



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

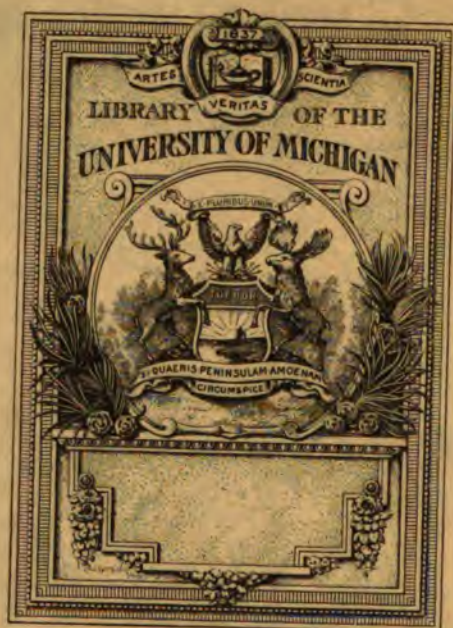
Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>





860.8

B582

V.24

V 24

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES

24

81082

1555

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

100735

COMEDIAS ESCOGIDAS

DE

FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO

JUNTAS EN COLECCION Y ORDENADAS

POR D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

TOMO PRIMERO



TERCERA EDICION

MADRID:
M. RIVADENEYRA—EDITOR
ADMINISTRACION: MADERA BAJA, NÚM. 8

1871

PRÓLOGO DE ESTA EDICION.

Iba cayendo el sol, y acercábase á la peripecia última, precursora del desenlace, una comedia que en un teatro de Madrid (ó *corral*, como solia entonces decirse) representaban cuatro galanes, dos damas, un barba, dos graciosos, dos graciosas y otros actores de clase inferior, ante una porcion de espectadores, con sombrero calado, como quienes encima de sí no tenían otra techumbre que la del cielo. Ya la primera dama habia hecho su postrera salida con el mas rico traje de su vestuario: absorto su amante del señoril porte de aquella mujer, que, siendo una humilde criada, sabia, sin embargo, llevar el pomposo guardainfante, como si en toda su vida no hubiese arrastrado otras faldas; ciego de pasion y atropellando los respetos debidos á su linaje, se habia llegado á ella, y asiéndole fuera de sí la mano, le habia ofrecido la suya. El galan segundo se habia opuesto resueltamente á la irregular y precipitada boda; pero al oir que la supuesta Isabel tenia por verdadero nombre el ilustre de doña María Guzman y Portocarrero, y era, aunque *moza de cántaro*, parienta del duque de Medina, su resistencia habia desaparecido. Hecha pues una gran reverencia muda á la novia, se adelantó el actor á la orilla del tablado para dirigir esta breve allocucion al público:

Aquí
Puso fin á esta comedia
Quien, si perdiera este pleito,
Apela á *Mil y Quinientas*.
MIL Y QUINIENTAS ha escrito:
Bien es que perdon merezca.

De las gradas y barandillas, de las ventanas y desvanes, de todos los asientos, pero principalmente de los que llenaban el patio, hubo de salir entonces, entre ruidosas palmadas, un grito unánime de admiracion, de entusiasmo y orgullo nacional justísimo. « ¡Vitor, LOPE! » clamaba aquella alborozada multitud una vez y otra; « ¡Viva el *fénix* de los ingenios! ¡Viva LOPE DE VEGA! »

¿Quién era LOPE?

FREY LOPE FELIX DE VEGA CARPIO, en el año de 1632, en que suponemos repetida con el final preinserto *La moza de cántaro*, comedia escrita con diferente conclusion, á fines de 1625, era un sacerdote septuagenario, caballero del hábito de San Juan, príncipe de la poesia española, milagro de la naturaleza, pasmo del orbe.

PRÓLOGO.

A los once años habia escrito su primera composicion dramática.

A los cuarenta y uno ya llevaba escritas doscientas treinta.

Seis años después habia doblado el número con exceso : contaba cuatrocientas ochenta y tres.

De cincuenta y seis años era autor de ochocientas.

Dos años después tenia cien comedias mas, novecientas.

Cumplia sesenta y dos años, y léjos de menguar su fecundidad poética, escribia mas comedias al año que nunca : no pasaban de mil y setenta las que tenia repartidas por los teatros del reino hasta entonces ; mil y quinientas eran á los setenta. Cincuenta y cuatro comedias por año habia producido en edad tan poco á propósito así para el trabajo corporal recio como para tareas penosas del espíritu ; en solas veinte y cuatro horas, mitad en un dia y mitad en otro, componia LOPE un drama de dos mil y cuatrocientos versos ó mas : agigantado y poco menos que increíble esfuerzo, que habia repetido en su vida, no dos ni tres ni diez veces solas, sino mas de ciento.

Además de las mil y quinientas comedias, habian brotado de su inagotable pluma unos cuatrocientos autos, diez novelas, diez poemas mayores y otros menores ; epistolas, églogas, entremeses, loas y otra multitud de composiciones, con las cuales (aunque no en su totalidad) el impresor don Antonio de Sancha formó una coleccion de veinte y un tomos en 4.^o, que principió á publicarse en Madrid el año de 1776.

Si todas las obras de LOPE se conservaran, ellas solas formarian mas de cincuenta y ocho tomos como los de esta BIBLIOTECA ; de catorce á quince, lo menos, se necesitarian para incluir las que aun pueden hallarse. No cabe en nuestra BIBLIOTECA tanto ; no querrian nuestros lectores tal número de volúmenes de un autor mismo : nos es necesario escoger. Se darán pues tres tomos de comedias y uno de obras sueltas escogidas de LOPE, donde se procurará reunir lo mejor que compuso y lo que mas propiamente sirva para conocer sus facultades en todos géneros y el desarrollo sucesivo de su númen poético. En el último tomo irá un catálogo de todas las comedias de LOPE, con una breve noticia del argumento de las que he podido haber á las manos y quedan fuera de la coleccion. Al catálogo acompañarán observaciones y noticias sobre varios dramas, y, sujeto en lo posible á orden cronológico, reparará la casi arbitraria colocacion que lleven las comedias en los tres tomos : al terminar el último sabré de esto algo mas que ahora.

Una buena biografía de LOPE haria muy al caso á este primer tomo de sus comedias escogidas. Tiempo há que pensaba escribirla un autor de gran erudicion é ingenio, hábil, y felicísimo sobre todo, para buscar y hallarse á medida de su deseo cuantos documentos necesitare : imprudencia seria empeñarme yo en hacer como cualquiera lo que otro puede como ninguno. Mientras el futuro biógrafo de LOPE da á luz su obra, súplala imperfectamente la que nos dejó el doctor Juan Perez de Montalban, agregándosele aquí algunas noticias tomadas del *Diccionario de hijos ilustres de Madrid*, que escribió el diligentísimo don José Alvarez y Baena, y alguna tambien del señor Adolfo Federico de Schack, autor de una historia excelente del teatro español,

publicada en Berlin ocho años há. Con la *Fama póstuma de Lope*, obra de Montalban, su discípulo, con el bien razonado juicio acerca del *Fénix de los ingenios* que incluyó en su *Manual de literatura* el excelentísimo señor don Antonio Gil de Zárate, y un atinado artículo del señor don Adolfo de Castro, sobre el carácter de LOPE, que apareció en las columnas del *Semanario pintoresco*, y se reproduce aquí, junto á lo demás que va mencionado, tiene á mi entender el lector lo bastante para saber qué estimacion se hizo de LOPE en su siglo y en el pasado, cómo se le aprecia en el dia y cuál concepto debe merecer en todas las edades.

Veinte y siete comedias comprende este tomo, nueve con prólogo ó dedicatoria del autor, que siempre nos dice allí alguna cosa útil de saber. La de *El verdadero amante*, primera que doy, está dirigida por FREY LOPE FELIX á Lope de Vega, *su hijo*, y aparece impresa con la nota de *primera comedia* de nuestro autor. A pesar de tal calificación, debida simplemente al impresor que publicaba el tomo XIV de LOPE, *El verdadero amante* no es su primera obra dramática, sino la mas antigua de las que de él conocemos. LOPE la compuso, segun afirma él propio, cuando tenia los años que entonces su hijo : este contaria sobre catorce años de edad cuando su padre le dedicaba *El verdadero amante* ; LOPE no aguardó á su décimocuarto abril para producir su primera obra escénica. «Las escribí de once y doce años,» dice en el *Arte nuevo de hacer comedias*. Hubo, sí, de retocarla después, porque las primeras de LOPE salieron divididas en cuatro actos, y *El verdadero amante* aparece en tres, aunque se nota que el primero contiene casi tantos versos como juntos los otros ; prueba de que al modificar LOPE este drama, refundió los dos primeros actos originales en uno.

El verdadero amante, además de ser uno de los primeros ensayos de LOPE, reúne la circunstancia de una extraordinaria rareza : yo, por lo menos, nunca la he visto sino en el ya citado tomo XIV de LOPE, de cuya coleccion de comedias en veinte y cinco, apenas se halla ejemplar completo en el mundo. En el mismo caso están *El bobo del colegio*, *La discreta enamorada*, con cuyo argumento tiene no poca semejanza *La escuela de las mujeres* de Molière, *La corona merecida* y *El ausente en el lugar*, una de las fábulas buenas de LOPE. Seis de las mas difíciles de encontrar sueltas van en este tomo.

La estrella de Sevilla, *La viuda valenciana*, *La noche toledana*, *La dama boba*, *Los molindres de Belisa*, *Quien ama no haga fieros*, *Lo cierto por lo dudoso* y *La moza de cántaro* eran muy conocidas del público desde que aparecieron refundidas en el teatro ; las ediciones antiguas se habian hecho tambien muy raras.

De *La niña de plata*, *El perro del hortelano*, *Las flores de don Juan*, *Los Tellos de Moneses* y *El premio del bien hablar* hay varias ediciones modernas, pero faltas de trozos y aun de escenas considerables, que se han restablecido en esta reimpression, siguiendo el texto autorizado por LOPE, es decir, el de la coleccion suya, que inspeccionó en la mayor parte. Así, de los veinte y siete dramas insertos en el presente volumen, seis apenas eran conocidos, siete no se hallaban en el comercio de libros, y otros seis solo aparecian incompletos y viciados. El tomo primero pues de las come-

dias escogidas de LOPE DE VEGA, por el eminente mérito del autor y por los escritos de que consta, debe merecer la atención del público.

Todas las comedias del tomo, á excepcion de la primera y la última, van divididas en escenas, por las razones, buenas ó malas, que alegué al reimprimir en parte el teatro del maestro Tirso de Molina. No he respetado la ortografía de las ediciones antiguas, pero sí la doble pronunciaci6n de algunos vocablos en aquel tiempo. Puntúo las cláusulas y acentúo las vocales segun hoy se estila; escribo, por ejemplo, *haber* en lugar de *aver*, *Zaragoza* por *Çaragoça*, *Juan* en lugar de *Iuan*, *nube* en lugar de *nuue*; pero imprimo unas veces *de esto*, *de ello*, *de él*, y otras *dél*, *dello* y *desto*; aquí *decidle*, allí *decilde*; tan pronto *doctor*, *efecto*, *concepto*, *envidia*, *recibir* y *ahora*, como *dotor*, *efeto*, *conceto*, *invidia*, *recebir* y *agora*; *descender* y *decender*, *adivinar* y *adevinar*, *perfeccion* y *perfeccion*, *ansi* y *así*, *propio* y *proprio*, *escuro*, *obscurro* y *oscurro*, etc., etc. De un modo y otro se decia; de un modo y otro puede escribirse.

De la correccion del texto no debo tratar: el de varias comedias aparece alterado; algunas correcciones he hecho, muchas he omitido porque no veia clara la enmienda. *La estrella de Sevilla*, esa tragedia célebre, donde se admiran situaciones tan bellas y tan felices rasgos, carece de sentido en varios pasajes, mutilados oprobiosamente: supresiones ó añadiduras mal hechas embrollan su desenlace de tal manera, que apenas se entiende la intencion del autor. En *La niña de plata*, que debe ser obra de LOPE y otro, aparecen en el acto 3.º dos personajes con los nombres trocados. La segunda parte de *Los Tellos de Meneses*, compuesta en el mismo año que *La moza de cántaro*, está escrita en estilo tan diferente, que en conciencia no se la debe tener por obra de LOPE; en su totalidad no lo es de seguro. Sobre estos y otros semejantes puntos se hablará en las notas.

Reunir en tres tomos las mejores comedias de LOPE y otras que son recomendables por varios títulos es el fin que me he propuesto al emprender esta coleccion: no se me pida mas. LOPE, la mayor gloria de nuestro teatro, una de las mas grandes de España, el poeta con mas facultades de tal que hubo en el mundo, merecia una edicion monumental y completa de sus obras, no este pobre y desmedrado rebusco: si puede servir de algo á los que emprendan otras mejores, me daré por contento.

Los amigos que, tan generosos como siempre, me han facilitado sus libros para reimprimir ó cotejar algunas de las piezas incluidas en este volúmen, los señores don Agustín Durán y don Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe, reciban el sincero testimonio de gratitud que les es debido. Mas cabal quisieran algunos eruditos á LOPE: yo tambien; pero hágala yo, hágala otro, no ha de ser esta su postrera edicion. Mientras se hable castellano en el mundo, y aun después que nuestros sucesores dejen de hablarlo, tendrá quien reproduzca sus admirables páginas el padre feliz, el portentoso creador de la escena española.

FAMA PÓSTUMA

A LA VIDA Y MUERTE

DEL DOCTOR FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO,

ESCRITA POR EL DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALBAN,

NATURAL DE MADRID Y NOTARIO DEL SANTO OFICIO.

(Madrid, en la imprenta del Reino, año 1636. Reimpresa en las Obras sueltas de Lope, Madrid, 1776, tomo xx.)

Félix de Vega y Francisca Fernandez, él hidalgo de ejecutoria y ella noble de nacimiento, y vecinos entrambos de la ilustre villa de Madrid, fueron los felicísimos padres del doctor **FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO** (A), portento del orbe, gloria de la nación, lustre de la patria, oráculo de la lengua, centro de la fama, asumpto de la invidia, cuidado de la fortuna, fénix de los siglos, príncipe de los versos, Orfeo de las ciencias, Apolo de las musas, Horacio de los poetas, Virgilio de los épicos, Homero de los heróicos, Píndaro de los líricos, Sófocles de los trágicos y Terencio de los cómicos; único entre los mayores, mayor entre los grandes, y grande á todas luces y en todas materias.

Nació en Madrid en casas de Jerónimo de Soto, en la puerta de Guadalajara, á 23 de noviembre, año de 562, día de San Lope, obispo de Verona. Bautizóse en 6 de diciembre en la iglesia parroquial de San Miguel de los Octoes, siendo cura el licenciado Muñoz, y padrinos Antonio Gomez y Luisa Ramirez, su mujer. A los dos primeros abrilés de su edad, ya en la viveza de sus ojos, ya en el donaire de sus travesuras, y ya en la fisonomía de sus facciones, mostró con los amagos lo que después hizo verdad con las ejecuciones. Iba á la escuela, excediendo conocidamente á los demás en la cólera de estudiar las primeras letras; y como no podia por la edad formar las palabras, repetía la lición mas con el ademan que con la lengua. De cinco años leía en romance y latin; y era tanta su inclinacion á los versos, que mientras no supo escribir, repartía su almuerzo con los otros mayores porque le escribiesen lo que él dictaba. Pasó después á los estudios de la Compañía, donde en dos años se hizo dueño de la gramática y la retórica; y antes de cumplir doce tenía todas las gracias que permite la juventud curiosa de los mozos, como es danzar, cantar y traer bien la espada, quizá porque sabia que tocaba al buen poeta la noticia destas tres artes, como lo advierte Horacio en su sátira nueve, diciendo que los versos medidos tienen cierto parentesco con los compases de los piés en el ejercicio de danzar, con el movimiento de las manos en la destreza de las armas, y con la entonacion de las voces en la armonía de la música.

Viéndose ya mas hombre, y libre del miedo de su padre, que ya habia muerto, ambicioso de ver mundo y salir de su patria, se juntó con un amigo suyo, que hoy vive, llamado Hernando Muñoz, de su mismo genio, y concertaron el viaje, para cuyo intento cada uno se previno de lo necesario: fuéronse á pié á Segovia, donde compraron un rocin en quince ducados, que entonces no seria malo, por el valor que tenia el dinero; pasaron á La-Bañeza, y últimamente á Astorga, arrepentidos ya de su resolucion, por verse sin el regalo de su casa; y así, determinaron volverse por el mismo camino que llevaron; y faltándoles en Segovia el dinero, se fueron entrambos á la platería, el uno á trocar unos doblones y el otro á vender una cadena. Pero apenas el platero (escarmentado quizá de haber comprado mal otras veces) vió los doblones y la cadena, claro está, pensó lo peor, pero lo posible, y dió parte á la justicia, que luego vino y los prendió; mas el juez, que debia de estar bien con su conciencia, habiéndoles tomado su confesion, y viendo que decian entrambos verdad, porque decian una misma cosa, y que su culpa era mocedad, y no delito, y en efeto que su modo, su hábito y su edad no daban indicios de otra cosa, les dió li-

bertad, y mandó que un alguacil los trujese á Madrid y los entregase á sus padres con los doblones y la cadena; lo cual se ejecutó brevemente y á poca costa: tanta era entonces la justificación de los ministros, que el día de hoy, para ocho días de pleito no hubiera hartó en un patrimonio. Luego que llegó á Madrid, por no ser su hacienda mucha y tener algun arrimo que ayudase á su lucimiento, se acomodó con don Jerónimo Manrique, obispo de Ávila, á quien agradó sumamente con unas églogas que escribió en su nombre, y con la comedia de *La pastoral de Jacinto*, que fué la primera que hizo de tres jornadas, porque hasta entonces la comedia consistia solo en un diálogo de cuatro personas, que no pasaba de tres pliegos, y destas escribió LOPE DE VEGA muchas, hasta introducir la novedad de las otras; para que sepan todos que su perfeccion se debe solo á su talento, pues las halló rústicas y las hizo damas; y cuantos después acá las han escrito (aunque alguno bárbaramente lo niegue), ha sido siguiéndose por esta pauta, como los que aprenden á escribir, que ponen la materia del maestro debajo del papel, para imitarle en el brioso desempeño de los rasgos y en la perfecta forma de las letras. Los aplausos que se le siguieron con el nuevo género de comedias fueron tales, que le obligaron á proseguirlas con tan feliz abundancia, que en muchos años no se vieron en los róticos de las esquinas mas nombres que el suyo, heróicamente repetido. Mas pareciéndole que seria importante saber de raíz la filosofia, para no hablar en ella acaso (desgracia que sucede á muchos), hizo eleccion de la insigne universidad de Alcalá, donde cursó cuatro años hasta graduarse, siendo el mas lucido de todos sus concurrentes, así en las conclusiones como en los exámenes. Supo que estaba el señor duque de Alba en Madrid, y vino á verle y á besarle la mano, de que se holgó su excelencia mucho, porque le amaba con extremo; y así lo mostró ofreciéndole su casa, y haciéndole, no solo su secretario, sino su valido: favor que pagó LOPE con escribir á su orden la ingeniosa *Arcadia*, enigma misterioso de sugetos altos, desalumbrado en el rebozo de pastores humildes.

Perseveró en esta privanza mucho tiempo, ya estando con su excelencia en Alba, y ya viniendo á la corte á sus negocios, hasta que, enamorado de doña Isabel de Urbina, hija de don Diego de Urbina, rey de armas y muy conocido en esta villa, hermosa sin artificio, discreta sin bachillería y virtuosa sin afectacion, se casó con ella, con permission de los deudos de entrambas partes. Mas el desden de la fortuna, que siempre mira con ceño la quietud de las seguridades, desbarató á LOPE todas estas glorias: ¡qué mucho, si los méritos y las desdichas se dan las manos tan fácilmente! Es pues el caso, que habia en este lugar un hidalgo entre dos luces (que hay tambien crepusculos en el origen de la nobleza como en el nacimiento del día), de poca hacienda, pero de mucha maña para comer y vestir al uso, sin mas oficio que la asistencia en las conversaciones, donde pedia barato con desahogo á título de decir donaires á los presentes y cortar de vestir á los que no estaban delante. Supo LOPE que una noche habia entretenido la ociosidad del auditorio á su costa, y disimuló la descortesía, no por temor, sino por desprecio; que hay hombres que aun no merecen la ira del ofendido; mas viendo que porfiaba en su civil tema, cansóse, y sin tocar en la sangre ni en las costumbres, que lo primero es impiedad y lo segundo despropósito, le pintó en un romance tan graciosamente, que causó en todos risa, pero no escándalo; que en los versos escritos sin odio y con buen gusto cabe el donaire, pero no la injuria. Picóse el tal maldiciente con grande extremo; que hay hombres que apodan á todos, y en diciéndoles algo á ellos pierden el juicio, y remitió su defensa á la espada, enviando á LOPE un papel de desafío: lance de que salió tan airoso, que dejó calificado su brio y enmendada la condicion de su contrario (B). Este y otros desaires de la fortuna, ya negociados de su juventud y ya encarecidos de sus opuestos, le obligaron á dejar su casa, su patria y su esposa, con hartó sentimiento; si bien se le templó la cortesana acogida que le hizo la ciudad de Valencia y sus ciudadanos mientras fué su huésped. Después de algunos años que estuvo en los reinos, los afectos naturales de la patria, las floridas riberas de Manzanares, objeto lírico de su pluma, y los justos deseos de ver su esposa, le restituyeron á sus brazos con tan destemplado contento, que se temió su vida en el mismo regocijo; que es tanto el melindre de nuestra salud, que pelagra en el gozo como en la pena; si no es que fuese ensayo del dolor que le estaba esperando, pues dentro de un año (C) el agudo acero de la muerte, que corta y deshace las mas firmes lazadas, se la quitó intempestivamente de los ojos; golpe que le partió el corazón por medio, y que solo pudo hacerle sufrible el respeto á la mano que le tiraba. Sucedió esta desgracia en ocasion de efectuarse la jornada de Inglaterra, que alenaba el generoso brazo del excelentísimo señor duque de Medina-Sidonia, á cuya sombra se alistó de soldado, con ánimo de perder la vida, porque acabasen con ella sus congojas. Salió de Ma-

drid, atravesó toda la Andalucía, llegó á Cádiz y pasó á Lisboa, donde se embarcó con un hermano suyo que tenia alférez, y habia muchos años que no se vian; placer que tambien le duró pocas horas, porque en una refriega que tuvieron con ocho velas de holandeses, le alcanzó una bala y murió en sus brazos. Y como sea verdad que nunca viene un pesar solo, porque siempre el que se padece es vispera del que ha de seguirse, sucedió tras tantos azares, que el viento (tirano príncipe de las provincias de Neptuno) con una borrasca continuada malogró, á pesar de la razon y de la justicia, el noble coraje de tantos esforzados leones, cuyo lamentable suceso volvió á Madrid á nuestro LOPE mas aprisa que imaginó su ardimiento; donde viéndose no muy sobrado, sirvió al marqués de Malpica de secretario, y luego con el mismo oficio al conde de Lemos, que fué el último dueño que tuvo, y que le tuviera siempre, si no le cautivara la belleza de doña Juana de Guardio, hija tambien de vecino de Madrid, con quien repitió el matrimonio, y de quien tuvo varon y hembra, que es la mayor dicha que pueden tener los casados, porque el padre quiere á la hija y la madre al hijo, cada uno encareciendo su amor y su gusto; si bien á los seis años murió Carlos, que era el primogénito, y quedó sola doña Feliciana de la Vega, que hoy vive casada con Luis de Usategui. Sintió la madre la falta de su hijo con tan verdadera fatiga, que nunca volvió en su antigua salud, y á la primera enfermedad murió en ocho dias; que una calentura sobre una pesadumbre, de derecho pide la mortaja (D). Quizá para mas bien de la difunta y para mayor desengaño de LOPE, que viendo en aquella profanada belleza desteñida la púrpura de sus mejillas, ajada la nieve de su frente, macilento el color de su semblante, quebrados los cristales de sus ojos, traspilladas las perlas de sus dientes, helados los marfiles de sus miembros y desconocidas las señas de sus facciones, se resolvió á no admitir tercero casamiento y á buscar nuevo modo de vida humana que le asegurase la divina, para cuyo efeto dejó de raiz cuantos estorbos le pudieran embarazar en el siglo. Retiróse de las ocasiones mas leves; trató solo del remedio de su alma; solicitó el hábito de la sagrada orden Tercera, entró en la congregacion del Caballero de Gracia, acudió al servicio de los hospitales, ejercitóse en muchas obras de misericordia, visitó el templo de Nuestra Señora de Atocha, de quien era muy apasionado, los sábados por voto y todos los dias por devocion; y últimamente, resuelto á lo mejor, se fué á Toledo y volvió sacerdote. Confesóse generalmente. Dijo la primera misa en el Cármen descalzo, donde tenia su confesor. Hizo un oratorio en su casa, no solo curioso, sino rico, donde celebró todos los dias, menos los precisos de la parroquia y los que dispensaba al amor de una deuda religiosa que tiene en las Trinitarias descalzas. Y sabiendo que habian hecho los sacerdotes naturales de Madrid una venerable y santa congregacion, cuyo fin es enterrar los clérigos que mueren pobres, vestir á los desnudos, libertar á los presos y ayudar con dinero á los menesterosos, metió una peticion para ser admitido, que al punto se decretó; y fué tan perfecto congregante, que jamás faltó á entierro ni á ejercicio de caridad ninguno; y así, con mucho exceso de votos le propuso la Congregacion para capellan mayor suyo; y quiso la suerte que de cuatro que entraron en ella saliese él solo, que, confesando su insuficiencia para tanto peso, admitió el cargo, abrazó á todos, y cumplió con sus obligaciones tan liberal como cuidadoso.

Con este concierto de vida pasó muchos años, viviendo siempre con tanta atencion á su conciencia, con tanto respeto á su estado, con tanto despego al siglo, con tanto afecto á la virtud, con tanto descuido de su vida y con tanto cuidado de su muerte, que parece la deseaba ó la suponía muy cerca, porque con mucho tiempo hizo su testamento, en que dejaba, después de las mandas precisas, por muestra de su amor y para memoria de su voluntad, al señor duque de Sesa un retrato suyo de grande estimacion y todos los papeles que se hallasen; al secretario Juan de Piña, por su confidente mas antiguo, cincuenta cuerpos de libros de su estudio, que escogiese á su voluntad; á Alonso Perez de Montalban, por amigo verdadero del alma, un cuadro de nuestra Señora y san José, que llevaba al niño Jesus de la mano; al doctor Francisco de Quintana, por virtuoso, por docto y por muy apasionado suyo, un lienzo de la Fortuna que navegaba el mar, puesto el pié derecho sobre una bola; al licenciado José de Villena, por solícito en juntar sus obras para tenerlas como reliquias de tal ingenio, una lámina curiosa; á don Luis Fernandez de Vega, por el deudo que tenian sus casas en la montaña, y porque siempre fué su amigo íntimo y le fió sus pensamientos, un relicario de Roma; y á mí, por su alumno y su servidor, un cuadro en que estaba retratado cuando era mozo, sentado en una silla y escribiendo sobre una mesa que cercaban perros, monstruos, trastos, monos y otros animales, que los unos le hacian gestos y los otros le ladraban, y él escribia sin hacer caso dellos.

No se fiaba de su salud, con ser tan buena, porque sabia que cualquier enfermedad tiene mas peligro en los hombres muy sanos que en los muy achacosos. Fuera de que habia tenido de un año á esta parte dos disgustos (como si para una vida no bastase uno) que le tenian casi rendido á una continua pasion melancólica, que ahora nuevamente se llama hipocondriaca. Viéndole Alonso Perez de Montalban, su amigo, tan triste, le convidó á comer el dia de la Transfiguracion, que fué á 6 de agosto; y después de haber comido, estando todos tres discurriendo en varias materias, dijo que era tanta la congoja que le afligia, que el corazon no le cabia en el cuerpo, y rogaba á nuestro Señor que se la templase con abreviarle la vida, como fuese en servicio suyo. Respondióle yo entonces: «No piense vuestra merced en eso; que yo confío en Dios y en la buena complexion que tiene, que se le ha de acabar ese humor y le hemos de ver con la misma salud de hoy en veinte años.» Y replicó con un género de ternura: «¡Ay, Doctor! ¡plegue á Dios que salgamos deste!» No se engañaba, no; que todas eran diligencias del corazon, que siempre trata verdad á su dueño, y en estas ocasiones hace lo que los señores cuando caminan, que envian los criados delante para que les tengan prevenido el aposento. Habia de morir Lope muy presto, y su corazon, que, profeta, lo adivinaba, enviábele los suspiros adelantados porque tuviese los desengaños prevenidos; pues á 18 del mismo mes, viérnes, dia de San Bartolomé, se levantó muy de mañana, rezó el oficio divino, dijo misa en su oratorio, regó el jardin y encerróse en su estudio; á mediodia se sintió resfriado, ya fuese por el ejercicio que hizo en refrescar las flores, ó ya (como afirman los mismos de su casa) por otro mas alto ejercicio, hecho tomando una disciplina (costumbre que tenia todos los viérnes en memoria de la pasion de Cristo nuestro Señor), y averiguado con ver en un aposento donde se retiraba salpicadas las paredes y teñida la disciplina de reciente sangre: así la virtud suele disimularse en los que son buenos, sin hacer ruido ni andar melancólicos ni mal vestidos; que la virtud no está reñida con el aseo, que se queda en el término de la modestia; y si la mortificacion es indicio de la santidad, tambien es instrumento de paliar los vicios la hipocresia. Con sentirse indispuerto Lope, y tener licencia para comer carne por un corrimiento que padecia en los ojos, comió de pescado; que era tan observante católico, que hacia escrúpulo, aunque lo murmurase su achaque, de faltar á las órdenes de la Iglesia. Estaba convidado para la tarde para unas conclusiones de medicina y filosofia, que defendió tres dias el doctor Fernando Cardoso, gran filósofo y muy noticioso de las buenas letras, en el seminario de los escoceses; y hallóse en ellas, donde le dió repentinamente un desmayo, que obligó á llevarle entre dos de aquellos caballeros á un cuarto del doctor don Sebastian Francisco de Medrano, muy amigo suyo, que está dentro del mismo seminario, donde sosegó un poco, hasta que en una silla le trujeron á su casa. Acostóse, llamaron los médicos, que, informados de que habia comido unos huevos duros y unos fideos guisados, presumiéndole embarazado el estómago, le dieron un minorativo para purgalle; y luego, porque la calentura lo pedia, le sangraron, si bien le descaeció la falta de la sangre, aunque no era buena. Pasó acaso por la misma calle el doctor Juan de Negrete, médico de cámara de su majestad (que este título y sus aciertos son buenas señas de su talento, de su ciencia y de su experiencia), y diciéndole que estaba Lope de Vega indispuerto, le entró á ver, no como médico, porque no era llamado, sino como amigo que deseaba su salud. Tomóle el pulso, vióle tambien la fatiga del pecho, reconoció la calidad de la sangre y previno el suceso, diciéndole con mucha blandura que le diesen luego el Santísimo Sacramento, porque servia de alivio al que habia de morir y de mejoría al que habia de sanar. «Pues si vuestra merced lo dice (respondió Lope muy conforme), ya debe de ser menester;» y volvióse del otro lado á pensar bien lo que le esperaba. Despidióse el Doctor, y advirtió que tuviesen cuidado con él, porque estaba acabando. Con esto vino á la noche, con la solemnidad que suele, el Viático Santísimo del cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, que recibió con reverencia y lágrimas de alegría, agradeciéndole la visita, pues así le daba á entender que, como quien quiere honrar al huésped que espera, le sale al camino y le acompaña hasta llevarle á su palacio, así su divina Majestad venia á recibirle hasta dejarle en las celestes moradas de su eterna gloria. Quedó mas sosegado por dos horas; pero luego se conoció el peligro evidente, y le trujeron el último remedio de la santa Extrema-uncion. Recibióla, llamó á su hija, echóla su bendicion, y despidióse de sus amigos, como quien se partia para una jornada tan larga. Consolóse mucho con el maestro José de Valdivieso, porque, ayudándole en aquella congoja, le dijo en pocas palabras muchas razones que le sirvieron de doctrina y de alivio. Preguntó por el padre fray Diego Niseno, á quien queria y reverenciaba juntamente, por haberle tratado muchos años y haber leído todos sus escritos, y por el

padre maestro Juan Baptista de Ávila, de la compañía de Jesus; porque quien en vida le advirtió como docto de muchas cosas importantes á su salvacion y á su crédito, mejor lo haria en la muerte como religioso y como entendido. Mas no se logró su justo deseo, por estar entonces el padre Niseno ausente y el padre Ávila enfermo en la cama. Encargó al señor duque de Sesa, como á su dueño y su testamentario (que siempre le asistia sin faltarle un punto) el amparo de su hija doña Feliciana de la Vega; aconsejó á todos la paz, la virtud y el cuidado de sus conciencias; djome á mí que la verdadera fama era ser bueno, y que él trocara cuantos aplausos habia tenido por haber hecho un acto de virtud mas en esta vida; y volviéndose á un Cristo crucificado, le pidió con fervorosas lágrimas perdon del tiempo que habia consumido en pensamientos humanos, pudiendo haberle empleado en asuntos divinos; que aunque mucha parte de su vida habia gastado en autos sacramentales, historias sagradas, libros devotos, elogios de los santos y alabanzas de la Virgen Santísima y del Niño recién nacido en todas sus fiestas, quisiera que todo lo restante de su ocupacion fuera semejante á esto. Resignó en las manos de Dios su voluntad, prometió no ofenderle jamás, aunque viviera muchos años, arrepintiéndose de haberle ofendido dolorosamente, confesó que era el mayor pecador que habia nacido en el mundo, hizo un acto de contricion, en que tuvieron mas parte las lágrimas que las razones, llamó en su ayuda los santos de su devocion, invocó la piedad de la Virgen Sacratísima de Atocha, á quien pidió que, pues habia sido siempre su valedora, que lo fuese tambien entonces, y pues tenia en sus brazos al Juez de su causa, que intercediese por él al darle la sentencia. Dejéronle reposar un poco, porque dió á entender que se fatigaba; pasó la noche con inquietud, y amaneció el lunes ya levantado el pecho y tan débil, que la falta de la respiracion no le dejaba formar las palabras; si bien tuvo siempre libres las potencias y muy pronto el sentido para responder á los que en aquel aprieto asistian á sus últimas congojas, que eran siempre el señor duque de Sesa, el señor don Rafael Ortiz, recibidor de la orden de San Juan; don Francisco de Aguilar, el maestro José de Valdivieso, el doctor Francisco de Quintana, el licenciado José de Villena, el secretario Juan de Piña, don Luis Fernandez de Vega, Alonso Perez de Montalban, su confesor, muchos religiosos de todas órdenes, y el reverendísimo padre provincial fray Juan de Ocaña, que con su espíritu, como de predicador tan grande, le esforzaba para que pasase aliviado aquel preciso y temeroso trance. En efecto, oyendo salmos divinos, letanias sagradas, oraciones devotas, avisos católicos, actos de esperanza, profesiones de fe, consuelos suaves, cristianas aclamaciones y llantos amorosos, los ojos en el cielo, la boca en un crucifijo y el alma en Dios, espiró la suya al eco del dulcísimo nombre de Jesus y de María, que á un mismo tiempo repitieron todos.

Tratóse de su entierro, de que se encargó el señor duque de Sesa, como su dueño y albacea y como tan magnánimo principe, y determinóse para el mártes siguiente á las once. Repartiéronse muchas limosnas de misas, que es la mas importante honra para el que yace. Convocóse todo el pueblo sin convidar á ninguno; vinieron cofradías, luces, religiosos y clérigos en cantidad; la orden de los caballeros del hábito de San Juan, la de los terceros de San Francisco, la congregacion de los Familiares y la de los Sacerdotes de Madrid, compitiendo piadosamente sobre quién habia de honrar sus hombros con llevar su cuerpo, y consiguiólo la venerable congregacion de los Sacerdotes. Empezóse el entierro segun estaba prevenido; y fué tan dilatado, que estaba la cruz de la parroquia en San Sebastian, y no habia salido el cuerpo de su casa, con ser tanto el distrito y haber rodeado una calle (E) á peticion de soror Marcela de Jesus, religiosa de la Trinidad descalza y muy cercana deuda del difunto, que gustó de verle. Las calles estaban tan pobladas de gente, que casi se embarazaba el paso al entierro, sin haber balcon ocioso, ventana desocupada ni coche vacio. Y así, viendo una mujer tanta grandeza, dijo con mucho donaire: «Sin duda este entierro es de Lope, pues es tan bueno.» Iban con luto al remate del acompañamiento don Luis de Usategui, yerno de Lope, y un sobrino suyo, en medio del señor duque de Sesa y de otros grandes señores, títulos y caballeros. Llegaron á la iglesia, recibíóles la capilla real con música. Díjose la misa con mucha solemnidad, y al último responso, viéndole quitar del túmulo para llevarle á la bóveda, clamó la gente con gemidos afectuosos. Depositóse en el tercero nicho por orden del señor duque de Sesa, con permission del doctor Baltasar Carrillo de Aguilera, cura propio de la parroquia de San Sebastian, y con declaracion de la justicia por el secretario Juan de Piña. Vacíóse en cera la cabeza Antonio de Herrera, excelentísimo escultor de su majestad, y despidiéronse los amigos llorando la soledad que les hacia Lope, como quien echa menos una joya que le han hurtado.

Prosiguiéronse las honras hasta el novenario con la misma costa y autoridad de música y cera que el primer día, y dilatose el funeral último ocho días porque estaba ausente el padre fray Ignacio de Vitoria, y era el elegido para el sermon, con mucho gozo suyo y de todos los discretos, que á una voz dijeron que tal orador merecia tal difunto, y tal difunto era digno de tal orador. Entre tanto que se esperaba este gran día, quiso la venerable congregacion de los Sacerdotes cumplir con los honores de su hermano amantísimo. Aderezose la iglesia de San Miguel lo mejor que se pudo, sin exceder las órdenes limitadas en la premática. Cubriéronse de luto los bancales del coro, donde asistian los congregantes con sobrepellices, en compañía del licenciado José de las Cuevas, su capellan mayor. Acudió gran número de gente, hasta no haber mas en la iglesia, con muchos señores que, á lisonja del señor duque de Sesa y á devocion de Lope, se convidaron ellos mismos. Dijo la misa de pontifical don fray Gaspar Prieto, obispo de Alguer y electo en Elna, y predicó el sermon el doctor Francisco Quintana, de quien me holgara, si fuera posible en mi amor, ser hoy su mayor enemigo, para ponderar sin sospecha de pasion alguna la pureza en el lenguaje, la cordura en el asunto, la profundidad en los pensamientos, la ternura en las admiraciones, y sobre todo, el hablar á propósito, cumpliendo siempre con su entendimiento y su voluntad; que cuando se juntan, todo se acierta. El lunes siguiente á las ocho de la mañana, con el deseo de oir al padre Ignacio de Vitoria, estaba ocupada toda la iglesia, sin que faltase príncipe grande, caballero entendido, cortesano curioso y hombre de buenas letras: unos llevados de la obligacion y otros traídos de la curiosidad. Vino la Capilla, cantó el intróito, salió á decir la misa el doctor don Cristóbal de la Cámara y Murga, obispo de Salamanca; si bien el tumulto de la gente ni dejó atender á la misa ni dió lugar á escuchar la música. Púsose en el púlpito el sutilísimo Agustino de nuestros tiempos con muy buena gana de hacer alarde, como lo hizo, de su voluntad, en alabanza de un varon tan famoso y en lisonja de un auditorio tan lucido. Mas fué tanto el ruido de los mal acomodados, la inquietud de los que llegaron tarde, el cansancio de los que fueron temprano, el aprieto de algunos y el calor de todos, que no dejó gozar universalmente de la doctísima oracion; si bien los que la oyeron bastaron á informar á los demás de lo agudo de sus conceptos, de lo extraño de sus novedades, de lo noticioso de sus letras, de lo gallardo de sus acciones y de lo eminente de sus idiomas, y después lo harán á mejor luz los caracteres de plomo, vaciado en la inmortalidad de la estampa. Al siguiente día dispuso la piadosa cofradía de los Representantes los honores funerales con tanto lucimiento como gasto. Vistióse de pontifical para celebrar el mayor sacrificio don fray Micael de Avellan, obispo de Siria. Cantó la capilla real, como siempre, sin faltar ninguno de los mejores, con que hicieron la iglesia cielo; y predicó el muy reverendo padre fray Francisco de Peralta, antorcha angélica de su sagrada religion de Predicadores, y predicador tan felice en esta ocasion, que aun la muda retórica del silencio no basta á ponderarle, porque oró tan á propósito de los méritos del sugeto, tan á medida del gusto de los señores, tan conforme al talento de los doctos, tan bastante al melindre de los entendidos, tan copioso al afecto de los apasionados, y tan ajustado al genio de los vulgares, que no pudiendo los unos y los otros sufrir tanto género de sutilezas sin pagárselas de contado, introdujeron en el templo un género de ruido devoto y un linaje de rumor ponderativo, cuyas inquietas admiraciones empezaron en aplausos públicos y acabaron en victores disimulados; con que se dió fin á sus exequias, pero no á sus honras, pues ahora las harán eternas con sus elogios panegíricos los divinos Apolos de Manzanares, á imitacion del Tracio Orfeo, que á pié llevaba tras sí los montes con la dulcísima consonancia de sus himnos; y yo, que mas le quise, daré principio á sus loores para que los adelanten sonoros cisnes con voces mejor aplaudidas y con plumas mas bien rizadas.

Fué FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO... — ¡Oh, cómo parece que el nombre solo embaraza la posibilidad de su ponderacion! Mas; qué importa que se encoja el entendimiento por limitado, si se descuella la voluntad por infinita? — Digo pues que fué nuestro insigne LOPE DE VEGA el mas favorecido y festejado de todo género de personas que nació en el mundo. Porque no hubo legado de su santidad, príncipe de Italia, cardenal de Roma, grande de España, nuncio del Pontífice, embajador de reino, título de Castilla, gobernador, obispo, dignidad, religioso, caballero, ministro ni hombre de letras, que no le buscasse y le diese su lado y mesa en reconocimiento preciso de tan altas prendas. Las reales majestades Católicas siempre que le encontraban, como á hombre superior á los otros, le miraban con mas atencion; y nuestro santísimo padre Urbano VIII, que hoy vive, y viva eternos siglos, ya que no pudo verle por la distancia, quiso comunicarle por

la pluma, escribiéndole de su mano una carta muy amorosa y favorable, y dándole el hábito de San Juan con título de doctor en teología. No hay villa, ciudad, provincia, señorío ó reino que no haya solicitado su correspondencia. No hay casa de hombre curioso que no tenga su retrato, ó ya en papel, ó ya en lámina, ó ya en lienzo. Vinieron muchos desde sus tierras solo á desengañarse de que era hombre. Enseñábanle en Madrid á los forasteros como en otras partes un templo, un palacio y un edificio. Ibanse los hombres tras él cuando le topaban en la calle, y echábanle bendiciones las mujeres cuando le vian desde las ventanas. Hiciéronle costosos presentes personas que solo le conocian por el nombre. Escribiéronle varios elogios en su alabanza muchos varones graves sin haberle visto, y laureáronle en Roma por solo, por único, por raro y por eminentísimo, sin haber dia ni hora que no tuviese ocasion alguna para su desvanecimiento, á no ser tan humilde como prudente y tan desconfiado como modesto.

Fué el poeta mas rico y mas pobre de nuestros tiempos. Mas rico, porque las dádivas de los señores y particulares llegan á diez mil ducados. Lo que le valieron las comedias, contadas á quinientos reales, ochenta mil ducados; los autos, seis mil; la ganancia de las impresiones, mil y seiscientos, y los dotes de entrambos matrimonios, siete mil, que hacen mas de cien mil ducados; fuera de doscientos y cincuenta de que le hizo merced su majestad en una pension de Galicia; ciento y cincuenta de una capellanía que le cupo en Ávila por antigüedad de criado de don Jerónimo Manrique; cuarenta de una casa pequeña que tenia junto á la calle de la Cruz; trescientos de una prestamera que le dió en un lugar suyo el excelentísimo señor duque de Sesa, su amigo, su valedor, su dueño y su heróico Mecénas; y mas cuatrocientos ducados para su plato, de muchos años á esta parte, porque le dijo que no queria escribir mas comedias; sin otras liberalidades secretas de tanta cantidad, que, hablando una vez el mismo Lope de las finezas del Duque, su señor, aseguró que le habia dado en el discurso de su vida veinte y cuatro mil ducados en dinero: grandeza digna solamente de príncipe tan soberano, que con esto se dice todo. Y fué tambien el mas pobre, porque fué tan liberal, que casi se pasaba á pródigo, y tuvo tan encendida caridad, que jamás le pidió pobre limosna en público ó en secreto que se la negase; antes bien se la daba doblada si era vergonzante, y si conocia que llegaba la necesidad á extrema, le vestia desde el zapato hasta el sombrero. Hacia en su oratorio muchas fiestas á los santos, y con mas virtuoso exceso la de Cristo nuestro Señor en su nacimiento, buscando para esto, no solo figuras comunes, sino de costa, de novedad y de riqueza. Convidaba á los amigos, sin tasa en el regalo. Gastaba en pinturas y libros sin reparar en el dinero; y así, le vino á quedar tan poco de cuanto tuvo, que apenas dejó seis mil ducados en casa y muebles. Fué hombre de mucha salud, porque fué muy templado en los humores, muy suelto en los miembros, muy ágil en las fuerzas, muy proporcionado en las facciones y muy ligero de piés y manos, y así estaba bueno siempre, porque andaba mucho sin cansarse, y es el ejercicio el mas útil remedio de la naturaleza. Era discreto en las conversaciones, modesto en las visitas, atento en los actos públicos, importuno en los negocios-ajenos, descuidado en los suyos propios, apacible con su familia, juglar con los amigos, mesurado con los señores, generoso con los forasteros, galante con las mujeres y cortesano con los hombres; si bien se cansaba mucho de los que regateaban el sombrero siendo el tafetan tan barato, de los que tomaban tabaco habiendo de hablar con gente honrada, de los que se teñian las canas quedándose con los años y con los achaques, de los que decian mal de las mujeres sabiendo que nacieron dellas, de los que creian á las gitanas estándó vestidos de negro, y de los que preguntaban su edad á los otros no habiendo de casarse con ellos.

Escribió él solo mas en número y en calidad que todos los poetas antiguos y modernos; y si no, pónganse sus obras (que no es dificultoso, pues todos las tenemos en las librerías) y las de Lope en una balanza, y se verá la ventaja con la experiencia. Las comedias representadas llegan á mil y ochocientas (F). Los autos sacramentales pasan de cuatrocientos. Los libros y papeles impresos, muchos, como se verá en estos títulos: *La Jerusalem conquistada*, *La Dragonlea*, *La Arcadia*, *El Peregrino*, *El patron de Madrid*, *Los pastores de Belen*, *La beatificacion de san Isidro*, *El Certamen*, con comedias del mismo santo; *La Filomena*, *La Circe*, *Las rimas humanas*, *Las rimas sacras*, *Los triunfos divinos*, *Los soliloquios amorosos*, *La corona trágica de Maria Estuarda*, *La Virgen de la Almudena*, *La Isagoge á las lecciones de los estudios reales de la compañía de Jesus*, *El laurel de Apolo*, *El epitome de su vida*, *La Dorotea*, *El Burguillos*, *El huerto deshecho*, *Los desagrazos de Cristo*, *La égloga de Eliso*, en la muerte del reverendísimo padre maestro fray Hortensio Félix Paravicino; *La fiesta nueva del palacio ó retiro nuevo*, *La égloga de Filis á la décima musa*,

La égloga de Amarilis á la reina Cristianísima de Francia, El nacimiento del Príncipe nuestro señor, La congregacion de los Sacerdotes de Madrid, La égloga panegrica al serenísimo infante don Carlos, que Dios tenga; Los elogios á la muerte de Juan Blas de Castro, La venida del excelentísimo señor duque de Osuna á España, La Pira sacra, en la muerte del excelentísimo señor don Gonzalo Fernandez de Córdoba; unas Rimas nuevas que dejó para imprimir, y veinte y cuatro tomos de comedias; que en todos son cincuenta cuerpos, sin los versos menores que hizo á particulares asuntos, porque no hubo suceso que no publicasen sus elogios (G), casamiento grande á quien no hiciese epitalamio, parto feliz á quien no escribiese natalicio, muerte de príncipe á quien no consagrarse elegía, victoria nueva á quien no dedicase epigrama, santo á quien no celebrara con villancicos, fiesta pública que no luciese con encomios, y certámen literario á que no asistiese como secretario para repetirle y como presidente para juzgarle; sin otras muchas obras que no salian en su nombre, cuya cantidad no tiene medida, porque aun la misma aritmética, si se empeñara en contar sus versos, ó se rindiera á la prolijidad, ó como mercader que quiebra, hiciera pleito de acreedores de sus números por no gastarlos; pues el mismo LOPE, con ser tanta su modestia, dijo de sí en un papel impreso «que salia toda su vida á cinco pliegos cada dia»; que, multiplicados por su edad, hacen ciento y treinta y tres mil y doscientos y veinte y cinco pliegos, que aun no parece posible en el estudio de muchos hombres. A que se añade ser tan atento, tan prudente y tan católico en cuanto escribia, que con ser tanto, nunca el desvelo cuidadoso de la Inquisicion halló palabra, opinion, pensamiento ni sentido que calificarle.

No hubo escritor entre griegos, latinos, italianos y españoles que le igualase en tener todas las circunstancias de perfecto poeta; porque, miradas con atencion sus obras, es fuerza confesar que su blandura en los versos enamora, su agudeza en los pensamientos admira, su propiedad en los atributos satisface, su noticia en las imitaciones suspende, su verdad en los avisos aprovecha, su variedad en las materias deleita, y la facilidad con que todo lo hacia asombra; pues aun la pluma no alcanzaba á su entendimiento, por ser mas lo que él pensaba que lo que la mano escribia. Hacia una comedia en dos dias (H), que aun trasladarla no es fácil en el escribano mas suelto; y en Toledo hizo en quince dias continuados quince jornadas, que hacen cinco comedias, y las leyó como las iba haciendo en una casa particular donde estaba el maestro José de Valdivieso, que fué testigo de vista de todo; y porque en esto se habla variamente, diré lo que yo supe por experiencia. Hallóse en Madrid Roque de Figueroa, autor de comedias, tan falto dellas, que estaba el corral de la Cruz cerrado, siendo por Carnestolendas; y fué tanta su diligencia, que LOPE y yo nos juntamos para escribirle á toda prisa una, que fué *La tercera orden de San Francisco*, en que Arias representó la figura del Santo con la mayor verdad que jamás se ha visto. Cupo á LOPE la primera jornada y á mí la segunda, que escribimos en dos dias, y repartióse la tercera á ocho hojas cada uno, y por hacer mal tiempo me quedé aquella noche en su casa. Viendo pues que yo no podia igualarle en el acierto, quise intentarlo en la diligencia, y para conseguirlo me levanté á las dos de la mañana y á las once acabé mi parte; salí á buscarle, y halléle en el jardin muy divertido con un naranjo que se helaba; y preguntando cómo le habia ido de versos, me respondió: «A las cinco empecé á escribir; pero ya habrá una hora que acabé la jornada, almorcé un torrezno, escribí una carta de cincuenta tercetos y regué todo este jardin, que no me ha cansado poco.» Y sacando los papeles, me leyó las ocho hojas y los tercetos; cosa que me admirara si no conociera su abundantísimo natural y el imperio que tenia en los consonantes.

Mucho es esto, pero mas es lo que se sigue; perdonen los antiguos y tengan paciencia los modernos. Aleanzó por sus aciertos un modo de alabanza, que aun no pudo imaginarse de hombre mortal, pues creció tanto la opinion de que era bueno cuanto escribia, que se hizo adagio comun para alabar una cosa de buena decir que *era de LOPE*; de suerte que las joyas, los diamantes, las pinturas, las galas, las telas, las flores, las frutas, las comidas y los pescados, y cuantas cosas hay criadas se encarecian de buenas solamente con decir que eran suyas, porque su nombre las calificaba. Elogio admirado de todos y merecido de ninguno; si bien, mirado á buena luz, no es nuevo; que ejemplar tiene, pero tan alto, tan superior y tan divino, que le añade lustre y crédito casi infinito; porque es Dios solamente quien dió ocasion primero á este género de encomio. Para cuya ilustracion se ha de suponer que los hebreos no usan de superlativos cuando quieren alabar alguna cosa; y así, es cierto que se valen del nombre de Dios para su realce. Dícelo David en el salmo 39, pues para pintar unos montes los llama «montes de Dios», sin dilatarse como poeta, que lo fué divino, en encarecer su altura, sus verdores y su eminencia. Explican este lugar Belar-

mino, Arias Montano, Juan Bautista Folengio, Genebrardo y el padre Lorino, diciendo que en llamarlos montes de Dios los llamó grandes, sublimes y superiores; porque, siendo Dios su dueño, su nombre solo sirvió de alabanza. El capítulo sexto del *Génesis* llama á unos hombres hijos de Dios; y dice Oleastro que quiso con su nombre encarecer la grandeza en la estatura de aquellos hombres; y Ezequiel, en el capítulo primero, para ponderar que unas revelaciones que Dios le comunicó eran misteriosísimas, las llama visiones de Dios, como lo notan agudamente Nicolao de Lira, la Glosa ordinaria, Tertuliano, Teodoreto, san Basilio el Grande, y con mas particularidad Cornelio à Lapide, que expresamente con Oleastro afirma que es frásis comun de los judíos para ponderar cualquiera cosa decir que es de Dios. De suerte que lo que en nuestra lengua es hispanismo del nombre de *Lorx*, podemos decir que fué primero hebraismo del nombre de Dios en la Escritura: honor para *Lorx* grande, empero, á mi ver, para el señor duque de Sesa mucho mayor. Paréceme, Señor excelentísimo (hablo con vuestra excelencia ahora, porque deseaba mucho la ocasion presente); paréceme, Señor, digo otra vez, que tendrá por paradoja esta proposicion, y no es sino verdad legítima, cuya prueba se verá calificada en tres razones, que hacen unalogismo evidente. Todas las cosas buenas fueron de *Lorx*, esto nadie lo ignora; *Lorx* fué siempre todo de vuestra excelencia, esto todos lo saben; luego vuestra excelencia es dueño de *Lorx* y de todo lo que le toca. La consecuencia es tan clara, que no necesita de prueba, porque ella se está publicando á voces; y así, para encarecer la persona de vuestra excelencia es ocioso repetirle lo clarísimo de su sangre, lo venerado de su valor, lo aplaudido de su entendimiento, lo grande por tantos lados, lo imperioso por tantas jurisdicciones y lo amable por tan heroicas prendas, sino llamarle dueño de *Lorx*; con que se excusan los demás títulos, pues esos y otros muchos mas entran en el número de las cosas buenas: sea abono deste modo de ponderacion el *Espíritu Santo* en el capítulo veinte y seis del *Génesis* y en el tercero del *Exodo*, donde dice Dios, para acreditarse con los incrédulos de su omnipotencia y darles á entender su deidad altísima, que es Dios de Abraham. Admirase Cornelio à Lapide, explicando este lugar en sus *Comentarios*, de que, pudiéndose llamar Dios de todas las criaturas, se satisfaga con que sepan que lo es de Abraham solamente; y responde el mismo Cornelio que era Abraham tan puro, tan virtuoso, tan venerable, tan santo y tan bien querido, que le bastó á Dios para la reduccion de aquellos infieles y para la demostracion de su infinito poder llamarse Dios de un varon tan justo. La aplicacion es tan fácil y tan consecuente, que nadie puede huir la cara á su inteligencia; y así, para no malograr el tiempo, vuelvo á proseguir los elogios de nuestro *Lorx*, que es lo mismo que volver á las alabanzas de vuestra excelencia.

Tuvo un espíritu tan generoso y una inclinacion tan noble de ilustrar su nacion, su patria á sus amigos, que hizo vanidad virtuosa de que no hubiese hazafioso principe, varon celebrado, catedrático docto, predicador provecto, capitan valiente, pintor insigne, artífice famoso y poeta elegante, que no celebrase en sus escritos; si bien con todo esto no se pudo librar de emulaciones; que hacer beneficios y hacer ingratos no son dos cosas; pues mientras vivió, á vueltas de los honores que por otras partes granjeaba, siempre estuvo padeciendo sátiras de los maldicientes, detracciones de los ignorantes, libelos de los enemigos, notas de los mal intencionados, correcciones de los melindrosos y invectivas de los bachilleres, con tanto extremo, que solo su muerte pudo ser asilo de su seguridad, haciendo la lástima lo que no pudo recabar el mérito, pues muchos de los que le lloraron muerto fueron los mismos que le murmuraron vivo; bien así como á Moisen los israelitas, que, segun Oleastro, nunca le alabaron en vida; antes, en lugar de agradecerle los milagros, ya exprimiendo las piedras para apagar su sed insaciable, ya haciendo calles en los páramos del mar para que pasasen seguros, y otros infinitos favores á este modo, le tiraban piedras; y viéndole morir plañieron amargamente diciendo: «¡Ay tristes de nosotros, que perdimos nuestro profeta santo!» Que no es novedad, aunque es desdicha, haber menester morirse un hombre grande para hacerse bienquisto, y aun plegue á Dios que así lo quede; que hay envidia tan terca, que conserva un odio sobre una muerte, y pasa el rencor de esotra parte de la vida. Pero ¿qué importa, si solo con dejarla en su afan, repetido sin provecho, se castiga su destemplanza? Y mas hoy, que ha de estar viendo, aunque la pese, en favor deste felicísimo héroe tantas glorias de pompas funerales, tantos honores de príncipes augustos, tantos aplausos de concursos nebles, tantos sufragios de corazones piadosos, tantas lágrimas de afectos apasionados, tantos créditos de predicadores insignes, tantas inscripciones e varones doctos, y tantos dulcísimos metros de diferentes Sénecas y Virgilio, que están virtuo-

samente quejosos de la fortuna porque ya no está pronto el jaspe, prevenido el mármol y aparejado el bronce, ó para la estatua, ó para la urna, ó para el sepulcro, ó para todo; que todo lo merece quien nació para milagro de la naturaleza y murió para crédito de la posteridad. Y si alguno hiciere escrúpulo de que este linaje de honores se haga con un hombre particular, vuelva los ojos á las historias, haga memoria de las noticias y consulte las canas de la antigüedad, y verá en ellas cómo se festejaron los cadáveres de los singulares varones en otros tiempos. Por el cuerpo de Homero batallaron siete ciudades en sangrienta contienda; y no solo le edificaron templo todas, sino que Grecia le batió moneda, que se llamaba *homeria*, para memoria eterna de su nombre. Estando Alejandro sobre Atenas, determinado al último asalto, tuvo nuevas de que dentro de la ciudad habia muerto Sófocles, poeta trágico, y que le querian enterrar; y porque la asistencia del asalto no impidiese el último beneficio al poeta, suspendió el orden que tenia dado por tres dias; y entrando después, derribando las casas, reservó la de Píndaro por lo mismo, con las vidas de todos sus deudos. Roberto, rey de Nápoles, pidió al Petrarca recibiese de su mano el laurel de príncipe de los poetas de Italia. Honorio y Claudio, emperadores, consagraron estatuas en el foro Trajano á Claudio, poeta elegantísimo. Roma mandó colocar las cenizas de Enio. Domiciano sentaba á su mesa á Estacio, y Vespasiano hablaba á todas horas con Valerio, y en su muerte les asistieron para honrarlos. El emperador Elio Vero estimó á Marcial de manera, que puso después de muerto su retrato entre los augustos emperadores. Augusto César tuvo á Virgilio por su privado íntimo; y mandando el mismo poeta en su testamento quemar su *Encida*, no solamente lo excusó Augusto, sino que compuso nuevos versos en su alabanza. Al insigne Camoens, único poeta, le hizo Lisboa solemnísimas honras. El duque del Infantado fabricó capilla y urna al celebrado Juan de Mena en Guadalajara. Y lo que es mas para el intento nuestro, el invictísimo emperador Carlos V, viendo una vez herido á Garcilaso de la Vega, salió con su gente á defenderle. Y sabiendo en otra ocasion, de allí á muchos dias, que le habian muerto unos villanos enemigos nuestros, despeñándole de una torre donde le tenian preso, puso sitio á la torre, y en entrándola, con ser tan piadoso, no dejó vivo á ninguno dellos, en venganza del muerto, á quien estimaba por gran poeta.

Todo esto es verdad constante; luego si LOPE DE VEGA solo monta mas que todos los poetas juntos, digno será del premio que merece cualquiera; y si es verdad tambien que muchos autores gastaron toda una vida en encarecer una virtud particular; como la grandeza en Alejandro, la ciencia en Ptolomeo, la justicia en Numa Pompilio, la clemencia en Julio César, el ingenio en Ulises, el valor en Hércules, la poesía en Virgilio, la gravedad en Caton, la pobreza en Curio, la verdad en Trajano, la paciencia en Augusto, la piedad en Antonino, la templanza en Constancio, la humildad en Teodosio, ¿qué merecerá quien lo tuvo todo, siendo, como hemos dicho, liberal, docto, justo, blando, ingenioso, constante, poeta, circunspecto, pobre, verdadero, magnánimo, perdonador, templado y humildísimo? Pues si esto es así, y de mas á mas murió tan prevenido de diligencias para su salvacion, que hizo certidumbres nuestras esperanzas (tales fueron sus resignaciones en la voluntad de Dios, tales las lágrimas que vertieron sus ojos enternecidos, y tales los actos de contricion verdadera que pronunciaron sus labios afectuosos), ¿qué importa que la detraction blasfeme, que la calumnia brame, que la ignorancia murmure, que el rencor informe, que el engaño porfie, que la soberbia ladre, que el odio persevere y que la envidia escupa veneno en lugar de saliva, si está de nuestra parte la verdad dando voces, la fama publicando triunfos, las naciones previniendo lauros, los reinos consultando estatuas, y toda la redondez del orbe erigiendo pirámides á su memoria, por el mas insigne varon que han conocido y venerado entrambos mundos, el de Europa por la presencia y el de América por la noticia? Y ¿qué importa, finalmente, cuantos émulos quiera introducir la cavilacion, si tiene LOPE de su parte por defensa, asilo y sagrado la magnífica piedad de Felipe IV el Grande, imitador en todo del invencible Carlos V, su bisabuelo; por Mecénas al señor duque de Sesa, su amigo y su valedor verdadero; y por piadosa madre á la ilustre villa de Madrid, que siempre le trató con veneracion, honrándole con aplausos en la vida y aplaudiéndole con lágrimas en la muerte? ¿Qué mucho, si perdió en tres dias su mayor tesoro, quedando sin el Apolo que alumbraba sus tinieblas, sin el Orfeo que suspendia sus sentidos, sin la lira que cantaba sus hazañas, sin la pluma que repetia sus fiestas, sin el espíritu que celebraba sus santos, sin la voz que pregonaba sus antigüedades, sin el ingenio que divertia sus pesadumbres, y sin el hijo que la honraba con solo su nombre?

ADICIONES A LA FAMA POSTUMA.

A.

Don José Antonio Alvarez y Baena, en su diccionario histórico titulado *Hijos ilustres de Madrid*, dice (tomo III, pág. 350) al principio de la biografía de LOPE:

«Fueron sus venturosos padres Félix de Vega y Francisca Fernandez, personas de conocida nobleza y vecinos de esta villa, adonde sucesivamente los trajo desde el valle de Carriedo, en que está el solar de Vega, en Asturias, á él el amor que, faltando á su fidelidad, profesaba á una mujer hermosa, y á ella los celos que de este amor padecía. Sosegado el espíritu de ambos esposos, vivieron pacífica y amorosamente, y lograron los frutos de tres hijos.»

LOPE, en la epístola titulada *Belardo á Amarilis*, que puede verse en la colección de sus obras sueltas, tomo primero, escribe los tercetos siguientes:

Tiene su silla en la bordada alfombra
De Castilla el valor de la montaña,
Que el *valle de Carriedo* España nombra.

Allí otro tiempo se cifraba España,
Allí tuvo principio; mas ¿qué importa
Nacer laurel y ser humilde caña?

Falta dinero allí, la tierra es corta:
Vino mi padre del solar de Vega:
Así á los pobres la nobleza exhorta.

Siguióle hasta Madrid, de celos ciega,
Su amorosa mujer, porque él quería
Una española Helena, entonces griega
Hicieron amistades, y aquel día
Fué piedra en mi primero fundamento
La paz de su celosa fantasía.

En fin, por celos soy. ¿Qué nacimiento!
Imaginadle vos; que haber nacido
De tan inquieta causa fué portento.

B.

«Vióse LOPE con este motivo en la cárcel, de donde sacó la astucia ó valor de Claudio Conde, á quien llama su íntimo amigo en la dedicatoria que le hace de la comedia *Buscar su propia desdicha*, una de las de la parte XV, y en la precisión de dejar ambos la patria,

y refugiarse en Valencia, en donde pagó LOPE la fidelidad de Claudio con igual beneficio de extraerle de la torre de Serranos, que es una de las cárceles de aquella ciudad, adonde le habían llevado sus travesuras.» (Alvarez y Baena.)

C.

«En el de 1588, á tiempo que él (LOPE) cumplía los veinte y seis de su edad.» (Alvarez y Baena.)

«El fruto de este matrimonio, una hija llamada Teodora, murió aun antes de cumplir un año.» Así resulta de un soneto y un epigrama latino, que se hallan en las *Rimas de LOPE DE VEGA* (parte I, soneto 178). (Schack, *Historia de la literatura y arte dramática en España*, tomo II, pág. 170.)

Las composiciones mencionadas son estas:

SONETO.

Mi bien, nacido de mis propios males,
Retrato celestial de mi BELLEZA¹,
Que en mudas voces y con dulce risa
Mi destierro y consuelo hiciste iguales:
Segunda vez de mis entrañas sales;
Mas pues tu blanco pié los cielos pisa,
¿Por qué el de un hombre en tierra tan aprisa
Quebranta tus estrellas celestiales?
Ciego llorando, niña de mis ojos,
Sobre esta piedra cantaré, que es mina
Dónde el que pasa al indio en propio suelo
Halle mas presto el oro en tus despojos,
Las perlas, el coral, la plata fina...
Mas ¡ay! que es ángel, y llevólo al cielo!

THEODORAE URBINAE SARCOPHAGUS.
PATERNA INSCRIPTIO.

*Hec Urbina jacet saxo Theodora sepulta,
Quae Theodori almo martyris nata die.
Exactis nondum complevit mensibus annum
Quum petit superas, non redditura, domos.
Cui monumenta parens haec moestus uterque dicavit,
Angelicos coetus dum colit illa polo.*

¹ Anagrama de Isabel.

D.

«Montalban dice que doña Juana sintió con tal extremo la muerte de su hijo, que nunca volvió á su antigua salud, y á la primera enfermedad murió en ocho días; mas el mismo Lope, en la citada *Carta de Belardo á Amarilis*, asegura que murió de sobrepeso de la hija. No quiso exponerse á escasa pérdida, ó ya por ahorrase de sentimientos, ó ya porque doña María de Lujan lo tuvo tan prendado, que no le dejó libertad para ello, y prodigándole sus favores, consiguió los frutos que pudiera haber adquirido lícitamente por el vínculo del matrimonio. En 1605 le dió una niña, que se llamó *Marcela*, y en la temprana edad de quince años entró religiosa de coro, á 28 de febrero de 1621, en el convento de Trinitarias Descalzas de esta corte (nueve años después de su fundacion), trocando el nombre de doña Marcela del Carpio en el de sor Marcela de San Félix; profesó al año siguiente, y murió en 9 de enero de 1688 con excelente opinion. Las solemnidades de entrada y profesion las cuenta el mismo Lope en la epístola á don Francisco de Herrera Maldonado, con estilo tan dulce y patético, que enternece al mas yerto de corazon. Allí dice que se adornó el templo de ricas telas y varias riquezas; que fué la madrina de la desposada la marquesa de la Tela; que asistió el marqués de Povar con la guarda de su majestad, el duque de Sesa y otros señores; que cantaron las letras, que él habia compuesto, Florian, Ponce y Valdés, célebres músicos y cantores de la real capilla; y que predicó el padre maestro fray Hortensio Félix Paravicino: circunstancias en que se ve la general estimacion que se habia granjeado Lope de todo el mundo. En el año de 1606, que fué el siguiente al nacimiento de Marcela, tuvo otro hijo en la misma doña María de Lujan, que en el año de 1620, en que se celebró la *justa poética* á la beatificación de san Isidro, no habia cumplido catorce años, é hizo la primera gloria del certámen 5.º con el nombre de *Lope Félix el Moso*. Este se inclinó á la milicia, con sentimiento de su padre, que le encargó al marqués de Santa Cruz, para que la aprendiese, y medrase á su sombra. A poco después del referido certámen se embarcó, y asistió en algunas ocasiones que se ofrecieron contra holandeses y turcos, y murió á los quince años en un bajel que navegaba á la isla Margarita y se sumergió con toda la gente que llevaba. Su padre lloró esta desgraciada muerte con la mayor ternura en la égloga piscatoria *Felicio*, en cuyo título le llama *Lope Félix del Carpio y Lujan*, dándole este último apellido de su madre. Montalban no menciona este hijo, llama deuda cercana de Lope á Marcela, y le convierte el apellido religioso de *San Félix* en el de *Jesus*. Esto sería sin duda por no descubrir á quien lo ignoraba estas flaquezas de su amigo y maestro, que luego se resolvió á dejarlas, mudando de vida y estado.» (Alvarez y Baena.)

E.

«La carrera fué por la calle de Francos, la de San Agustín, que hace frente á las vistas del convento de las Trinitarias Descalzas, y por donde pasó para que le viese su hija Marcela; la de Cantarranas, la de Leon, la plazuela de Anton Martín y calle de Atocha.» (Alvarez y Baena.)

F.

«En la *Égloga á Claudio*, escrita por los años de 1632, y en la conclusion de *La mosa de cántaro*, se declara Lope autor de mil y quinientas comedias... Montalban en la *Fama póstuma* le atribuye mil ochocientas... Pero segun todos los fundamentos de la crítica, es de suponer que las comedias de Lope no pasaron mucho de las mil y quinientas ya dichas, pues sabemos que muchos años antes de su muerte cesó de escribir las (Montalban lo dice así, *muchos años* 1), y que obtuvo del duque de Sesa una pension en resarcimiento del perjuicio que tal resolucion le ocasionaba. Después del año 1632 solo vivió Lope tres mas.» (Schack.)

G.

Una *Relacion de la jornada de las entregas de las serenísimas señoras doña Ana, reina de Francia, y doña Isabel, princesa de España, hechas en los meses de octubre y noviembre de este año de 1615*, la cual se halla manuscrita en la Biblioteca Nacional, estante H, número 50, concluye así:

«En la jornada ha andado el famoso poeta Lope de Vega, Pedro Mantuano y otros dos, tomando por memoria todo lo que pasaba para hacer historia dello: dellos se sabrá todo lo sucedido.»

H.

Así creo yo se deben entender aquellos versos célebres:

Que mas de ciento, en horas veinticuatro,
Pasaron de las musas al teatro.

Es decir, veinte y cuatro horas de trabajo, repartidas en dos dias. En la comedia titulada *La noche de San Juan*, puso Lope estos versos:

Hará Avendaño

Una comedia, que creo
Es retrato desta noche,
De cuyo confuso lienzo
Tomó Lope la invencion,
Y se ha estudiado y compuesto
En cinco dias.

1 Lo que Montalban afirma (véase la página xv), es que Lope dijo al duque de Sesa que no quería escribir mas comedias; pero no expresa Montalban que Lope dejase de escribir para el teatro. (Nota del Colector.)

JUICIO GENERAL DE LAS OBRAS DE LOPE,

POR EL EXCELENTISIMO SEÑOR DON ANTONIO GIL DE SARATE.

(Manual de Literatura, segunda parte.)

FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO fué el escritor que gozó de mas fama en su tiempo y el ingenio mas portentoso que ha producido la naturaleza. Debíó su inmensa popularidad, no solo á la prodigiosa fecundidad de su pluma, sino tambien á que, apartándose del camino seguido por sus antecesores, y abandonando el culto exclusivo de la poesía erudita, no se desdeñó de escribir para el vulgo, y fundó, al contrario, en esto sus principales laureles.

Fénix de los ingenios le llamó su siglo; y con efecto tal nombre merece si se atiende á su rica fantasía, á su variada imaginacion, al don portentoso que tenia para acomodarse á todos los géneros y crear toda clase de invenciones, á la flexibilidad de su estilo, que á cualquier asunto se acomodaba, que no conocia dificultades, siendo siempre puro, natural y fluído; en fin, á su incansable laboriosidad, que, unida á su fácil vena, le hizo componer tal número de obras, que apenas cabe en la imaginacion sean el fruto de la vida de un solo hombre.

No hubo género de poesía en que no diese prodigiosas muestras de su fecundidad: desde la composicion mas corta hasta el poema épico, todos los recorrió, no siempre con acierto, es verdad, pero asombrando en todos. No obstante, el que mas ejercitó su pluma, el que le hizo ser idolo de su siglo, el que le ha granjeado eterna fama, aun entre las naciones extranjeras, fué el género dramático, de que en realidad debe considerársele como creador y padre, así en España como en toda Europa.

Y con efecto, aquí está su verdadero mérito; porque, prescindiendo del valor intrínseco de sus dramas, ello es que él creó una poesía popular en España, y apartándose de la servil imitacion de los antiguos, adivinó el drama de la edad moderna, é impuso á este género de composicion el verdadero carácter que en la actual civilizacion le corresponde. Hizo mas: introdujo en la poesía popular el lenguaje poético que le faltaba, y con este servicio la sacó del estado de abatimiento en que yacia, la hizo gustar hasta de los eruditos, fué ocasion de que los buenos ingenios se dedicasen tambien en lo sucesivo á ella y produjesen obras agradables á un tiempo al vulgo y á la gente docta; fin principal de toda buena poesia, pues sin él, ora queda oscurecida por falta del conveniente adorno, ora es el patrimonio exclusivo de unos pocos, por no simpatizar con las ideas é intereses generales.

Este feliz maridaje que hizo Lope de la poesía popular con la erudita, ennobleciendo aquella, vulgarizando esta, es pues el mayor servicio que le debe nuestra literatura; servicio que acaso no se le ha tenido bastante en cuenta. Por él, aunque mas bien sentido que apreciado de sus contemporáneos, logró aquella fama inmensa que le granjeó el aplauso de grandes y plebeyos, la admiracion de los extraños, las consideraciones de los reyes, las recompensas de sumos pontífices; y por él ejerció tanta influencia en la literatura de su siglo, así dentro como fuera de su patria.

Sin embargo, si llegó á lo sumo el aura popular de Lope durante su vida, después de su muerte,

cuando hubo desaparecido el asombro que causara su prodigiosa fecundidad, cuando otros poetas se presentaron en la escena, superiores á él en dotes dramáticos; cuando, en fin, principiaron á cundir principios literarios mas ajustados á los preceptos de la antigüedad, y las obras de esta se consideraron como los únicos modelos dignos de imitacion, entonces las alabanzas se convirtieron en vituperios, y no faltó quien quisiera confundir á tan grande hombre con los mas despreciables dramaturgos. Injusticia fué esta mucho mas inexcusable que el desmedido aplauso que se le tributara en vida. Al menos este se fundaba en un mérito real, en el prestigio que no puede menos de acompañar al genio, en sus facultades portentosas, que si abusó de ellas lastimosamente, el mismo abuso demuestra cuán grandes y poderosas eran. Libres ahora á la par de aquel prestigio y de toda preocupacion nacida de doctrinas literarias, apreciamos á Lope en lo que vale y juzgamos de su mérito con imparcial templanza.

Si consideramos solo el número de sus escritos, la historia literaria no presenta ejemplo semejante de una fecundidad que parece fabulosa; y aun cuando no tuviese otro mérito, su nombre viviria siempre en la memoria de los hombres, como uno de aquellos prodigios que la naturaleza no ofrece mas que una vez sola. No hubo género de poesia que no cultivase, desde el madrigal hasta la oda, desde la égloga hasta la comedia, desde la novela hasta la epopeya: todo lo recorrió y en todo dejó señales de su privilegiado talento. Se lee en el prefacio de un libro impreso en 1604, que á la edad de cuarenta y dos años llenaban mas de veinte y tres mil hojas los versos que hasta entonces habia hecho para el teatro. En 1618 asegura él mismo que llegaban á ochocientas las comedias que llevaba compuestas, y en 1620 á novecientas. Cuando en 1629 publicó la vigésima parte de sus obras dramáticas, decia que le quedaba todavía tiempo para escribir hasta mil y setecientas. Por último, en 1635, año de su muerte, afirman Pérez de Montalban y el sabio don Nicolás Antonio que ascendia á mil ochocientas el número de sus comedias. Estas son en tres jornadas y en verso; todas se representaron y la mitad se imprimieron. De ellas hubo muchas que no le costaron mas que un dia de trabajo, como él mismo lo asegura en estos versos:

Y mas da ciento, en horas veinte y cuatro,
Pasaron de las musas al teatro.

A estas mil ochocientas comedias hay que añadir cuatrocientos autos sacramentales, un gran número de intermedios, muchos poemas épicos, didácticos y burlescos; epístolas, disertaciones, composiciones sueltas é infinidad de sonetos. Se ha calculado que en los setenta años de su vida le tocan á cada dia ocho páginas, y casi todas ellas de poesia. Sus escritos todos componen el número de ciento treinta y tres mil páginas y veinte y un millones de versos.

Facilidad increíble, mas asombrosa que envidiable si se reflexiona en los peligros á que arrastra, y que extravió tan frecuentemente al mismo Lope.

Por lo que llevamos dicho hasta ahora acerca de los progresos que habia tenido nuestra escena, se debe haber visto cuán incierta habia sido en su marcha, produciendo solo, ya farsas chocarerras é indecentes, aunque á veces llenas de chiste y gracia, ya novelas dialogadas, en las que el embrollo suplía la falta de interés, ya dramas monstruosos bárbaramente atroces, que aun no lograba sostener el lujo de poesia que se prodigaba en ellos. Cuando apareció Lope, teniamos muchas obras dramáticas; pero careciamos todavía de un verdadero teatro. Se conocia que era preciso seguir diferente rumbo que los antiguos; pero no se atinaba con el verdadero; hacíanse ensayos de todas clases, y ninguno correspondia al deseo general, ninguno acertaba con el verdadero gusto de la nacion: tal vez el pueblo bajo se solazaba con las groseras farsas que solian presentársele, tal vez los esfuerzos de algunos para dar decoro á la escena con mas nobles argumentos y mas culto lenguaje merecian los aplausos de las personas ilustradas; pero no existia un espectáculo que excitase á un tiempo las simpatías de todos, que gustase á todos sin distincion de clases; que formase, en fin, un teatro nacional. Entre las toscas producciones de los unos y los esfuerzos casi convulsivos de los otros, no se encontraba una obra de que un verdadero español pudiese decir: « Hé aquí mi drama. »

Si se recuerdan los caracteres que hemos señalado á nuestra poesia para ser nacional, caracteres deducidos tanto de las diferencias que distinguen la civilizacion moderna de la antigua, como de las circunstancias políticas y religiosas de nuestro país, se verá que las obras dramáticas de

que hemos hablado hasta ahora carecian de ellos casi absolutamente. Convenian todos en repeler la sencillez clásica; pero no se reproducia en las comedias el espiritualismo de los tiempos modernos, ni la caballería española, ni el sentimiento religioso de la época. La risa ó la curiosidad podian quedar á veces satisfechas; pero el alma permanecia del todo indiferente. Hasta la poesía de tales obras no era la que se necesitaba: descuidada ó pretenciosa, ya le faltaba armonía, ya le sobraba estudio; careciendo de la gala, facilidad y soltura que halaga el oído, ó de aquella metafísica propia del espíritu cristiano y caballeresco, que, si no siempre es clara é inteligible, arrulla al menos, produciendo una especie de arrobamiento indefinible y delicioso.

Todo esto provenia de no haberse aun verificado la union tan necesaria de las dos literaturas que, creciendo á la par en un mismo suelo y adoptando un mismo idioma, eran, sin embargo, extrañas la una á la otra. Pero en medio de este apartamiento habian ido creciendo tanto las dos, que, saliendo del estrecho ámbito en que ya no cabian, hubieron de acercarse, de ponerse en contacto, y por último, de confundirse; bien así como los círculos concéntricos que forman dos piedras al caer en el agua, crecen, se ensanchan, se tocan y confunden. El momento era llegado de verificar este feliz enlace.

Mientras nuestra nacion se encontraba reducida á estrechos límites, mientras las clases permanecian apartadas con pocas comunicaciones entre si, mientras la lengua era tosca y grosera, pudieron y debieron caminar separadas, é indiferentes la una para la otra; la literatura popular y la erudita, no echándose de menos entre los españoles ningun lazo comun literario. Pero en el momento en que formamos un gran pueblo, en que adquirimos influencia y preponderancia entre las naciones europeas, y en que nuestra lengua, desechando su rudeza, tomó asiento entre las lenguas cultas, fué ya indispensable semejante lazo, y hubo de existir una literatura comun á todos y que en todos causase entusiasmo. Esta vez no fué la poesía la primera que tuvo semejante gloria; la prosa se le adelantó, y los libros de caballería, que acertaron á reproducir el espíritu de la época, se granjearon las simpatías generales, siendo los primeros escritores que agradaron á la vez á grandes y pequeños, á sabios é ignorantes, á nobles y plebeyos, á hombres y mujeres, y á todas las edades. Pero los libros de caballería, reducidos á la lectura solitaria, destituidos de las galas poéticas y de otras cualidades esenciales, tenian que caer y ceder el campo á otra literatura mas variada, mas galana, mas amena, mas simpática, en fin, por estar destinada especialmente á agradar, no en el silencio del gabinete, sino en el bullicio de la sociedad, donde las sensaciones se comunican y excitan unas á otras, donde adquieren mayor intensidad con las muestras de placer ó desagrado que arrancan ostensiblemente á todos. Tal fué la poesía dramática que sucedió en abundancia y popularidad á los libros de caballería, pero que conservó muchas de las dotes de estos mismos libros, tan gratos durante siglo y medio á la nacion española, y sin las cuales no era posible que ninguna literatura se generalizase entre nosotros.

La poesía popular, la erudita y los libros de caballería fueron pues los tres manantiales que, después de haber corrido separados, se reunieron en un solo caudal para componer el inmenso de nuestra poesía dramática. Esta gloria la tuvo LOPE DE VEGA, que, dotado de extraordinarias facultades poéticas, llegó además en la ocasion oportuna de completar una revolucion ya preparada. Comprendiendo y abarcando las necesidades del espíritu nacional, hizo un todo completo de partes que estaban diseminadas, é inspirado por su genio y por el de la nacion, inventó el verdadero drama español, que, si existia como deseo y necesidad de todo el pueblo, carecia de formas con que realizarse.

« Conoció LOPE, dice el erudito don Agustin Duran, que las reglas clásicas relativas á las unidades no eran esenciales mas que á cierto y determinado sistema de imitacion, á cierta clase de verosimilitud; pero que, existiendo en la naturaleza otros medios de imitacion y de verosimilitud que en aquellos no cabian, ningun inconveniente resultaba de abandonarlas. Buenas, excelentes, indispensables eran para las naciones bajo cuya civilizacion se crearon y en cuyas costumbres las hallaron sus poetas; pero en un pueblo meridional por excelencia, místicamente religioso, ferviente de imaginacion, que buscaba las impresiones íntimas del alma mas bien que las de los sentidos, los efectos de la lucha de las pasiones, y no los resultados del fatalismo; en un pueblo ansioso de asuntos complicados, curioso de examinarse á sí mismo, lleno de fe para con los hechos maravillosos y las enredadas situaciones, ¿cómo habian de bastar á interesarle las sencillas y breves combinaciones que caben en un cuadro clásico? Nuestro genio especial abarcaba un inmenso espacio poético; para tenerle suspenso y entretenido en el teatro necesitaba una historia

entera, un poema épico completo. Poco nos importaba que el poeta corriese de oriente á occidente, que pasase de siglos á siglos; pues como nuestro drama era una historia, y eso buscábamos allí, volábamos en el teatro con el poeta como seguíamos en un libro al historiador. La curiosidad que nos conducía á la escena, y nuestra imaginación, abarcaban las creaciones del ingenio; y ya en el cielo ó ya en el abismo, estábamos contentos si, como en la tierra, veíamos al héroe que con hechos maravillosos, intrigas complicadas, combates íntimos de pasiones, cuestiones de punto de honor, galantería, metafísica, acciones caballerescas y religiosas, nos reproducía á nosotros y nuestros íntimos sentimientos. Y ni aun esto bastaba para construir el drama popular. En ello ciertamente consistía su esencia; mas para su parte de ornato exigía nuestro gusto y tendencia natural que se revistiese de todos los tonos de la poesía; necesitábamos, en fin, que la lírica, la épica, la narrativa ostentasen todos los recursos en el teatro; porque, acostumbrados á la gala, riqueza y abundancia de nuestra hermosa lengua, los oídos españoles no podían renunciar, ni aun en el drama, los encantos de sus variados y armoniosos sonidos.

»Necesidades de tal tamaño y extensión no podían satisfacerse en el estrecho círculo que contenía la de los pueblos antiguos, ni tan encontrados y diversos elementos amalgamarse y colocarse convenientemente dentro de él. Ya Juan de la Cueva, Virués y los Argensolas habían conocido la precisión de exceder tan cortos límites; pero, como eran eruditos por fe, no lo hicieron con la debida resolución. Luchando sus doctrinas académicas con la necesidad, fueron tímidos y no se atrevieron de lleno á seguir el intento del pueblo; por lo cual, en vez de inventar un sistema nuevo é independiente del antiguo clásico y con formas propias y originales, solo produjeron monstruosos dramas, compuestos de elementos inconciliables.

»Al ingenio grande, audaz, eminentemente español de Lope estaba reservado comprender é inventar un sistema dramático que fuese verdadera expresión de nuestras necesidades intelectuales y morales. Por inspiración ó por sentimiento íntimo, quizá mas que por estudio, halló el drama español; y formándolo con la quinta esencia del carácter indígena, le apropió además cuanto no era incompatible con él y habíamos adquirido de los extraños. Cultivado el árbol de nuestra poesía popular, creció magnífico y robusto hasta las nubes, y sus vigorosas ramas asombraron la culta Europa. Modelo fué de ella casi un siglo entero, y sus mayores ingenios se alimentaron de su sustancia para producir obras análogas en cuanto lo permitía la diferente índole de las naciones para quienes escribían.

»Y no se crea, ya lo hemos dicho, que Lope se apartó voluntariamente de las reglas clásicas por solo apartarse de ellas; lo hizo si para crear otro sistema, mas instintivo á la verdad que razonado. No dejó á su país desierto de poesía nacional, ni produjo monstruos como los que le precedieron. El drama popular y grosero que existía antes que el suyo también tomó una parte muy esencial en su nueva creación, porque en él se hallaba el tipo característico del pueblo. Salíó, empero, de sus manos libre de la bárbara corteza que lo cubría, salió adecuado á los progresos que se habían verificado en la cultura social. ¿Qué diferencia enorme no se nota con efecto entre las sales groseras y el lenguaje de las antiguas farsas, si se comparan con las gracias oportunas y decentes de Lope? Y ¿qué diremos de la expresión noble y caballerésca de los amores introducidos en sus dramas? Esto es todo invención suya; no existía en las farsas, si bien ya se hallaba connaturalizado en las costumbres é introducido en la sociedad por la lectura popular de los libros de caballería.

»Las reglas que los críticos dedujeron de las creaciones clásicas, y de que se apartó Lope, no afectaban esencialmente las generales que constituyen la imitación de la bella naturaleza; si de estas se olvidara, jamás hubiera conseguido representar ni satisfacer las necesidades de un pueblo, pues siendo ellas mismas esencialmente necesarias, son una parte del instinto con que el pueblo concibe y siente la belleza. Por inspiración se apartó de aquellas Lope, por inspiración conservó estas, y por inspiración hicieron otro tanto los grandes poetas, que, dedicados á producir, jamás se ocuparon en la crítica filosófica ni en escribir reglas, que *a posteriori* se dedujeron de sus obras.

»El teatro de Lope de Vega es una prueba del mas extenso y sólido saber. La teología, la jurisprudencia, la filosofía, las bellas artes, y hasta las mas mecánicas, todo lo abraza en él, nada le era extraño ni peregrino. Allí está consignada toda la ciencia de su siglo y de su nación, allí sus usos y costumbres, allí su fe y creencias religiosas, allí sus principios morales y políticos, allí sus necesidades, gustos y placeres; allí lo que contenía su originalidad; y allí mejor que en la

historia, que respeta y adula á los individuos, se pintaban con verdad en seres ideales atributos que constituian entre el pueblo la idea de lo bueno y de lo malo, de lo útil y de lo dañoso, y hasta el extravío que produce en los juicios humanos la constitucion social y la educacion.

«El caos que desembrolló LOPE DE VEGA para fundar el sistema dramático, hasta ahora mas bien sentido que definido, fué inmenso. Las sencillas églogas de Juan de la Encina; las comedias, ya mas cultas é ingeniosas, de Torres Naharro; las farsas de Lope de Rueda, Timoneda y otros, incrustadas de cuentos novelescos; los dramas informes, hinchadamente épicos y gigantescos de Cueva, Argensola y Virués, que olian todavía á la erudicion del mal gusto; el amor humano, asimilado al místico y metafísico; la gala, la riqueza y la tendencia melancólica de la poesia árabe, provenzal é italiana; las hermosísimas y variadas combinaciones métricas de los petrarquistas, introducidas entre nosotros por Boscan y Garcilaso; la gracia sencilla y tierna que caracterizaba nuestras canciones populares; el tono épico, grave y solemne con que en nuestros romances heroicos ó de historia se cantaron las glorias, los desastres y la constancia nacional; la gala y brio descriptivo de los romances moriscos y caballerescos: todo, todo existia ya, todo era popular en la civilizacion castellana á principios del siglo xvii. Solo faltaba una inteligencia superior que, abarcando con una mirada sola este caos de elementos diseminados, y despojándolos de sus formas divergentes, supiese ponerlos en armonia para crear un todo conveniente, cuya belleza simpaticizase con las masas populares á quienes debia servir de instruccion, de moralidad, de placer y de recreo, y á quienes, en fin, como un espejo se debia retratar para sí propias y para la posteridad.

«Pues bien, el hombre que supo aproximar elementos tan distantes y edificar con ellos un monumento real é idealmente bello y armonioso fué LOPE DE VEGA. Creó su drama, y creado, se lo presentó al pueblo y le dijo: «Hé aquí tu poema; hé aquí la verdadera creacion que debes continuar para ser sublime, para ser original é independiente; porque esta obra, aunque salida de mis manos, es propia tuya, porque se ha formado de tus leyes, tus costumbres, tu saber, tus gustos, tus sentimientos, tus creencias, y en fin, de tu propia sustancia. Tú fuiste el mármol que contenia la imagen de la belleza; y yo el artista cuya inteligencia comprendió dónde estaba oculta y cuyo cincel la despojó de su corteza; tú fuiste el diamante, yo el que le labré é hice competir en brillo con el sol.» La nacion, atónita y embelesada, aceptó el presente del gran poeta y ciñó sus sienes con inmarcesible corona de gloria, de gratitud y respeto, y la fama llevó su nombre y sus obras inmortales á los otros climas.»

Para consumir tan grande obra necesitaba LOPE ser lo que fué: un verdadero portento, un monstruo de la naturaleza. El cielo habia reunido en aquel hombre extraordinario el genio de muchos poetas juntos, prodigándole los tesoros de la imaginacion y de la mas rica fantasia, el don de inventar y de trazar cuadros infinitamente variados: facilidad, soltura, elegancia, claridad, armonia, todo en él se reúne; es un manantial que á todo basta y que jamás se agota. Su poesia es por lo general dulce y fluída, como el agua limpia de una fuente pura, que fluye sin obstáculo alguno; su expresion deja pocas veces de ser clara, inteligible para todos y exenta de los defectos de culteranismo y mal gusto que afearon á muchos escritores de su época y la siguiente; los argumentos de sus dramas son variados y siempre felices, á pesar de ser tantos y tan prontamente concebidos; los caracteres de sus personajes, si no perfectos siempre en la ejecucion, bellos en la invencion y con rasgos admirables que arrebatan; el diálogo es fácil y animado; una galanteria fina y culta sobresale en él, no ofendiendo nunca el decoro; y por lo general descubre una sensibilidad viva y delicada que mueve é interesa, sin que le falte á veces fuerza y sublimidad, bien que estas últimas cualidades son en él las que menos resaltan.

Vemos pues justificado nuestro aserto de haber sido injustos para con LOPE los que le han achacado la corrupcion de nuestro teatro, haciéndole causante del desarreglo y mal gusto que reinó en la escena española á juicio de ciertos críticos. Léjos de esto, contuvo el desarreglo que sus predecesores habian introducido, rectificando el gusto que andaba perdido entre las farsas groseras de unos y los monstruosos engendros de otros. Mejoró infinito la parte relativa á la invencion de la fábula. Unas veces se mostraba esta pobre, como en Rueda y Naharro; otras pasaba á ser desatinada y delirante por la aglomeracion confusa de incidentes desligados entre sí, como en Cueva y Virués. La fábula de LOPE está llena de movimiento, de situaciones, de lances; hasta la exposicion misma se hace en accion, y no en discursos, desterrándose la costumbre poco ingeniosa de las loas ó prólogos. A pesar de la multitud de lances, camina con mas claridad, con mas arte en la disposicion del argumento; y aunque se halla léjos de ser perfecta, rectificada la anti-

gua confusion y la exageracion ridicula, puede decirse que dió á la comedia mas regulares y sencillas formas.

Otra cosa que aquellos no conocieron fué la pintura de los caracteres, y á Lope se debe la creacion de esta parte tan principal de la poesia dramática, en la que sobresalió, señaladamente cuando ponía en escena caracteres femeniles. Nadie ha descrito con mas verdad ni al mismo tiempo con mas ingenio y, por decirlo así, con mas efusion del alma, la ternura y constancia del corazon mujeril, el valor del bello sexo en las situaciones mas dificiles de la vida, y la disposicion á hacer los mayores sacrificios por el objeto amado. Su manera de sentir el amor y los celos está expresada en las numerosas comedias de Lope con una variedad admirable, correspondiente á las casi infinitas situaciones que inventó para describirla. En los demás caracteres, generalmente hablando, observó la debida decencia. El lenguaje del padre anciano no es como el del jóven amante, del monarca poderoso, del criado, del pastor, del villano. Nada de esto se veía en los que le precedieron: cuando mas, supieron trazar algunos caracteres generales, pero no los individuales, que son los que la comedia requiere; y fué tan notable la mejora que en esta parte introdujo, que él mismo se alababa de ella, diciendo con razon en su *Égloga á Claudio*:

Déjenme á mí de su principio el arte.

Pintar las iras del armado Aquiles,

Guardar á los palacios el decoro...

La furia del amante sin consejo,

La hermosa dama, el sentencioso viejo...

Describir el villano al fuego atento...

¿A quién se debe, Claudio?

Tampoco sabian sus antecesores manejar el diálogo con verdad, gracia y soltura. Algo se notaba ya de esto en Lope de Rueda; mas solo en la parte jocosa. Lope de Vega enseñó el modo de hacer hablar entre sí á los interlocutores de todas clases con verdad, viveza y naturalidad, huyendo de los largos razonamientos, haciendo que las réplicas fuesen prontas, oportunas, adecuadas á la situacion y al personaje. En suma, como ya hemos dicho, antes de Lope existian comedias; pero él creó el arte dramática.

Mas si esta arte le debió tanto, ¿hizo por ella todo lo que hubiera podido? ¿La llevó al grado de perfeccion de que era susceptible en su tiempo? A nosotros nos parece que no, y en esto vemos la gran culpa de Lope. Sin quitar al teatro español su originalidad, sin defraudarle de una sola de las buenas cualidades con que supo dotarle, en nuestro juicio debió darle mas perfectas formas é introducir en él un gusto mas depurado. El mismo lo conoció, se acusó de ello, y este testimonio es mas poderoso que todas las excusas que se puedan inventar para disculparle.

Si tuvo grande inventiva, no fué tan afortunado en la composicion ó disposicion de la fábula, que casi siempre es defectuosa, señaladamente cuando se aproxima el desenlace. Su genio le inspiraba una buena idea; poníase á trabajar, y generalmente empezaba bien, porque entonces le animaba la inspiracion; pero caminando sin plan y siempre de prisa, se iba extraviando y se cansaba. Añadía escenas á escenas conforme se le ocurrían, aunque no tuviesen entre sí la conexion necesaria: salían unas buenas, otras malas; ya se cansaba, y su composicion se resentía de la fatiga ocasionada por el excesivo trabajo; ya por un nuevo impulso ó recobradas sus fuerzas, volvía la inspiracion, y era otra vez el inimitable Lope. Cuando llegaba el desenlace, el cansancio, la dificultad de atar tanto cabo suelto y de llevar á un fin comun tan varios incidentes, el ansia de acabar, le hacían echar mano de cualquier medio, y resultaba el final tan malo como buena habia sido la exposicion. Así, de todos los poetas dramáticos es el que tiene mayor número de escenas admirables y menor de comedias buenas. Esto consiste en que la invencion pertenece al genio y es hija de la inspiracion; pero la composicion lo es del talento y del arte. Las escenas, los diálogos y los versos se hacen dictando la musa de la fantasia; pero la disposicion y el enlace de las diversas partes del drama, de modo que camine artificiosamente á su fin, prepare la catástrofe y mantenga al espectador siempre suspenso, esto requiere mucha meditacion y gran detenimiento.

Estas últimas cualidades son las que le faltaron á Lope para ser perfecto, y su falta le precipitó en grandes extravíos. Entregándose sin freno alguno á su lastimosa facilidad, demasiado pronto á tomar la pluma, é impaciente por acabar, sacrifica el conjunto á los pormenores, y desgracia lo esencial por los accesorios. Corre sin saber adónde marcha ni cuándo parará; no se concede el

tiempo de respirar siquiera, y á lo mejor se queda sin aliento. Semejante al pródigo, derrama inconsideradamente sus tesoros, en vez de distribuirlos con cordura; y en medio de tantas riquezas, aparece muy á menudo pobre y miserable. Así, Lope para ser apreciado en lo que vale necesita presentarse cargado con el inmenso caudal de sus obras: vistas juntas asombran y dejan anonadado al que las contempla; desmenuzadas, se pierde el prestigio, y no pocas veces causan extraño desagrado. Se pueden comparar á un inmenso paisaje que desde léjos presenta imponentes masas de árboles y montes, nubes y variados celajes: el conjunto sorprende y asombra; pero internándose en él se desvanece la ilusion, y á par de bellas flores, sombras agradables y fuentes deliciosas, se encuentran sitios agrestes, rocas incultas, extensos eriales, cenagales inmundos; y por todas partes la maleza ahoga la vegetacion, que de léjos parecia tan lozana.

Y no estuvo todo el daño en lo bueno que dejó de hacer, sino en el mal ejemplo que diera, siendo imitado en sus defectos por la mayor parte de sus contemporáneos y sucesores. Como una de las cualidades que en él mas sorprendieron fué su inmensa fecundidad, todos sus imitadores creyeron que no eran poetas dramáticos si no eran tambien fecundos, y diéronse todos á escribir comedias á destajo, produciéndolas á cientos. Quedándose aun en esta parte muy atrás, no le aventajaron en las demás; y excepto algunos pocos que indudablemente produjeron obras mejores que las suyas, el vulgo de los dramaturgos escribió todavía con mas desarreglo y menos gusto. Acostumbró además Lope á componer, no para el arte, sino para el pueblo únicamente y segun su capricho. Si es cierto que el poeta, y mas el dramático, tiene que escribir para el pueblo, tambien lo es que no debe constituirse en servil-adulador de sus gustos, con frecuencia depravados. El cielo no le da el ingenio para esto solo, y es su obligacion corregir lo que el buen gusto y la razon desaprueban. El arte le ha de merecer tambien algun esfuerzo, y él está para perfeccionarlo; que la gran dificultad y la verdadera gloria consisten, no en agradar á la plebe á expensas del arte; no tampoco en sujetarse á este sin consideracion á los gustos del pueblo, sino en atender á las dos cosas juntamente, en hermanar estos dos fines indispensables y en vencer todos los obstáculos que ofrece tan ardua empresa. Si Lope hubiera hecho esto, no se diria de él que ha escrito mil ochocientas comedias; pero tendríamos unas pocas que sabríamos de memoria.

Basta ya sobre las bellezas y los defectos de Lope de Vega y sobre la influencia que tuvo en el teatro moderno. Contraigámonos ahora á hablar mas particularmente de sus comedias.

Estas se pueden dividir en varias clases:

1.ª Las de costumbres, en que mas se acercó á Terencio y á Plauto, é imitó acaso sobradamente la licencia de los cómicos antiguos. Llamamos así á las comedias en que se pintan los vicios de los hombres en sociedad y se retratan sobre la escena; pero, como en tiempo de Lope no podian criticarse los vicios de ciertas personas y clases, hubo de limitarse á las mas abyectas y bajas, como en el *Rufian Castrucho*. En estas obras no es Lope tan culto y urbano como en las demás; pero afortunadamente tiene pocas.

2.ª Comedias de intriga y amor, llamadas generalmente de capa y espada. En este género fué original y mejor que en ningun otro. A él deben referirse muchas en que, aunque se introduzcan reyes y emperadores, la fábula no versa sobre hechos históricos, sino sobre lances de amor y celos. Es tambien el que mas se cultivó por todos nuestros antiguos poetas dramáticos y en el que tenemos mas riquezas.

3.ª Comedias pastoriles, género que agradaba mucho á Lope y en que imitó el *Aminta* del Tasso y el *Pastor Fido* de Guarini, pero dando mas complicacion é interés á la fábula. Sobresalió en él por las excelentes descripciones poéticas que admite. En todas las obras de Lope se ve el placer con que describe las bellezas sencillas, las escenas hermosas de la naturaleza, las dulzuras de la vida del campo y la sencillez de costumbres que es consiguiente á ella; pero introdujo tambien en estas comedias el mismo género novelesco que en las demás.

4.ª La comedia heroica ó de sucesos verdaderos ó creidos, tales como la historia de Bernardo del Carpio. En las comedias de este género se observa en Lope mas celeridad que en otro alguno, y se acercó mas á la manera de Cueva y Virués; muchas fueron comedias de circunstancias.

5.ª La tragedia: puso el título de tragedia á algunas de sus composiciones porque el desenlace era lastimoso, aunque la forma fuese la misma que en los demás dramas; de modo que no hay mas diferencia entre lo que él llama comedia y lo que tal vez intitula tragedia, que el ser en la primera el desenlace feliz y en la segunda funesto.

6.ª Las comedias mitológicas: por lo general son comedias de teatro.

7.ª Las de santos : tambien de apariencias teatrales, en las cuales estaba recibido que se introdujesen los demonios, saliendo por escotillon, y los ángeles por nubes. Estos dos últimos géneros por sí son ya bastante inferiores : el uno por ser de una creencia que no nos pertenece, y el otro por acercar demasiado al auditorio los objetos de la suya. No tienen en Lope bastante mérito.

8.ª La comedia filosófica ó ideal, en que se conoce la intencion de desenvolver alguna máxima de moral universal, género en que Lope se elevó apenas sobre la comedia de intriga, y que Calderon llevó después á tan alto grado de perfeccion ; son pocas tambien las que tiene de esta clase ¹.

Mucho habria que citar de Lope; pero es difícil elegir en tal cúmulo de obras. Sus comedias mas nombradas, ó por lo menos las que mas se han conservado en el teatro hasta estos últimos tiempos, son : *El anzuelo de Fenisa* ; *Obras son amores, y no buenas razones* ; *Si no vieran las mujeres* ! *Las flores de don Juan* ; *La esclava de su galan* ; *La moza de cántaro* ; *Querer su propia desdicha* ; *Los milagros del desprecio* ; *El castigo sin venganza* ; *La estrella de Sevilla* ; *El premio del bien hablar* ; *Por la puente, Juana* ; *El mejor alcalde el Rey* ; *Lo cierto por lo dudoso* ; *El perro del hortelano* ; *La dama melindrosa* ; *Los Tellos de Meneses* ; *Amar sin saber á quién* ; *El acero de Madrid* ; *La ilustre fregona* ; *La hermosa fea* ; *El mayor imposible* ; *La boba para los otros y discreta para sí*. En el prólogo del *Peregrino en su patria* puso Lope una lista de las comedias que habia publicado hasta entonces.

Lope, que se ensayó en todos los géneros, no podia menos de imitar una de las obras que mas celebridad tenían, y que, sin ser verdadera comedia, ofrecia sus formas, *La Celestina*. Hizo *La Docta*, que, como aquella, es una novela en diálogo; y aunque está léjos de igualarla, hubo de dejar á su autor bastante satisfecho, puesto que hablando de ella dice : « Por ventura de mí la mas querida. » Está dividida en cinco *actos*, que este nombre les da, y no el de jornadas, y escrita en prosa con intercalacion de bastantes composiciones poéticas. Como novela tiene poco interés y es cansada de leer ; pero el lenguaje es bellísimo, y sobre todo los versos son de los mejores de Lope, hallándose entre ellos sus famosas barquillas.

¹ Debemos esta clasificacion al profundo humanista y excelente crítico, maestro incansable de la juventud, don Alberto Lista y Aragon, cuyo fallecimiento, acaecido en 5 de octubre de 1848, llenó de luto á los verdaderos amantes de las letras, quienes perdieron á su muerte un verdadero oráculo.

RELACION

ENTRE LAS COSTUMBRES Y LOS ESCRITOS DE LOPE DE VEGA,

POR EL SEÑOR DON ADOLFO DE CASTRO.

(Semanario pintoresco español, núm. 13 del año 1851.)

«Con dos flores de un jardín, seis cuadros de pintura y algunos libros, vivo sin envidia, sin deseo, sin temor y sin esperanza; vencedor de mi fortuna, desengañado de la grandeza, retirado en la misma confusión, alegre en la necesidad, y si bien incierto del fin, no temeroso de que es tan cierto. Con esta filosofía camino por donde mas me puedo apartar de la ignorancia, desviando las piedras de la calumnia y las trampas de la envidia.»

Así describía su carácter el ingenioso poeta español LOPE DE VEGA, en la dedicatoria que hizo de su comedia *El Alcalde mayor* á cierto amigo residente en la ciudad de Méjico. Con tales costumbres y con tal manera de pensar, es claro que sus versos nacieron en la sencillez y tranquilidad de ánimo, en la práctica de las virtudes, en el desprecio de las riquezas y en la admiración de la hermosura.

LOPE DE VEGA manifestaba sinceramente sus pensamientos. Por eso, mientras mas bellos son los objetos que describe, los pinta con mayores encantos y atractivos. La inocencia de las aves, los afectos de un amor puro, la belleza de una doncella, las galas de las flores, hijas del mayo, y las mansas corrientes de los rios y de los arroyos, se hallan retratados en sus escritos con la sencillez de la verdad, con flúidos y suavísimos versos, y con palabras y frases mas suaves todavía.

En el vario discurso de su larga vida, así seglar como sacerdote, LOPE DE VEGA se dejó regir constantemente por el amor con que acataba la justicia, la razón, la virtud y la hermosura. Ni la ira podia cegarle el entendimiento hasta el punto de vengar por medio de las armas las pretensas injurias, ni la codicia desviarle de la honestidad de sus costumbres.

Salustio se quejaba de la corrupción de Roma y de la venalidad y ambición de los que desempeñaban cargos en la república; pero tuvo que salir del Senado por sus vicios y por su insaciable sed del oro, por bajos medios solicitado y adquirido. LOPE DE VEGA celebraba la excelencia de las virtudes y los encantos de un espíritu tranquilo en el reposo y en la contemplación de la naturaleza, y ejercitaba en su vivir lo mismo que tan deliciosamente describía en sus obras poéticas.

El Salustio senador romano era muy distinto del autor de las admirables historias de la *Conjuración de Catilina* y de la *Guerra de Yugurta*. El LOPE DE VEGA sacerdote español no se diferenciaba del poeta que tan bien solía encomendar en sus escritos la sencillez de vida y el ejercicio de las virtudes.

Cuando seglar compuso una comedia intitulada *El asalto de Maestricht*, para celebrar la victoria que recientemente habían adquirido las armas españolas en los Países-Bajos, donde corrían entonces tantos arroyos de sangre, y donde tanta gente de nuestra nación iba á perecer en defensa de las ambiciones de la casa de Austria.

Acertó, ó mas bien tuvo el poco acierto de poner LOPE DE VEGA, entre las personas que representaban en su comedia, un alférez de los que mas se habían distinguido en la *presa* (como en aquel tiempo se decía sin incurrir en galicismos) de la plaza de Maestricht. El actor encargado de reci-

tar el papel era de ruin persona. Terminada la representacion de la comedia con feliz suceso, cierto hidalgo, muy descolorido y enojado, llamó aparte al bueno de Lope, y le dijo «que habia sido muy mal término dar el papel del alferez (que era hermano suyo) á un comediante tan villano de talle y de tanta cobardia en las maneras, cuando su pariente tenia buena presencia y gentil espíritu, segun lo mostraban sus proezas». Lope, al oir querella tan extraña, se excusó lo mejor que pudo en tan inesperado trance. Pero el hidalgo no se satisfizo con sus excusas; y así, le previno que si no entregaba el papel á otro representante, desde luego se diese por desafiado. Lope, hombre pacífico é inofensivo, al escuchar tales bravezas, ofreció cumplir lo que el hermano del alferez tan vivamente solicitaba. Dió el papel á otro actor de buen rostro y mejor talle, y le encargó que hiciese muchos ademanes de valiente, con lo cual se serenó el hidalgo, y en vez de acuchillar al poeta, le envió unos regalos ¹.

Esta suavidad del carácter de LOPE DE VEGA, en la edad viril y en un tiempo en que la educacion y las costumbres exaltaban los brios, permaneció igual aun en los dias de la vejez, cuando los achaques, los desengaños de las vanidades del mundo y de la constancia de los amigos, y la gran fama pudieran haber agriado su condicion y encendido su orgullo.

«Un hombre iracundo y mal advertido desafió á Lope, hallándole en estado que ya los hábitos eclesiásticos le excusaban la respuesta. Instó el que desafiaba, y empuñando la espada, enojado mas con su silencio, le dijo: —Ea, salgamos fuera. —Vamos, dijo Lope, poniéndose con mucho espacio el manteo; vamos, yo al altar á decir misa, y vuesamerced á ayudarme á ella.—»

Esto refiere fray Francisco de Peralta en un sermón predicado en las exequias de Lope, Madrid, 1635; obra bastante rara ².

LOPE DE VEGA era además un hombre modelo de modestia. Ni los aplausos lo engreian ni la estimacion universal lo cegaba. Para él fueron tormentos irresistibles las honras merecidas que le tributaban por su ingenio los reyes y los grandes.

Su íntimo amigo y compañero inseparable, el doctor Francisco de Quintana, autor de varias novelas y poesias celebradas en aquel siglo, predicó tambien en otras exequias de Lope. En su sermón, impreso igualmente en Madrid el año de 1635, hay curiosísimas noticias acerca del carácter y costumbres de LOPE DE VEGA. Ninguna de ellas ha sido conocida por los biógrafos de este esclarecido ingenio, porque el original del elogio fúnebre de Quintana es de una rareza singular ³.

Véase cómo describe un constante amigo de Lope su modestia: «Los príncipes, así eclesiásticos como seglares, le veneraron, y aun le desearon, quejándose de que no los visitase; pero él se portaba tan templadamente en estas honras, que á la queja de un príncipe grande, eclesiástico, de que no le veia, respondió: —Yo viera mas veces á vuestra ilustrísima si me hiciera menos honores cuando le veo.—Secretario fué en su juventud de dos príncipes grandes, y cuando estimaban mas su persona, los dejó por huir de las lisonjas y estimaciones de sus familias; y estaba tan desengañado de este género de favores, que solia decir: —Aun á las figuras de los tapices de palacio tuviera lástima, si tuvieran sentimiento.—Tan templado fué en esta parte, que, siendo así que murió en el servicio de un generoso príncipe..., y estando en estado que pudiera como amigo gozar de sus favores, no quiso pasar por ello, sin estar primero escrito en los libros de los criados de su casa. Cuando salia de la suya, llegaban mil diferentes personas á verle, conocerle y decirle varios encarecimientos de sus escritos, y con tanto aliento repelia estas estimaciones, que, después de haberse cubierto su anciano rostro de vergüenza, introducía diferentes razones en orden á que cesasen sus alabanzas; y si, no obstante esta diligencia, proseguian, dejaba la conversacion, teniendo por mejor parecer descortés que dejar de ser en tantos honores magnánimo.»

Este desprecio de la próspera fortuna y de las pompas mundanas, este ánimo igual, esta confianza en su grandeza, y esta modestia, hija de la sabiduría, descubren en LOPE DE VEGA al poeta eminente, cantor de las bellezas del mundo.

LOPE al propio tiempo cumplia constantemente con las obligaciones que se habia impuesto, sin que nada hubiese de bastante poderío para desviarle del desempeño de sus palabras. Pertenecía á una congregacion destinada á socorrer á los sacerdotes pobres, á negociar su libertad cuando gemian por los rigores de la contraria fortuna en tierras de infieles, y á sepultar de limosna á los que fallecian sin haberes, y la cual en ninguna manera permitia que manos de seglares tocasen

¹ Lope refiere este suceso en una de sus novelas. (Nota del autor del artículo.)

² Está reimpresso en la Coleccion de las obras sueltas de Lope, tomo xix.

³ Reimpresso en el tomo xix de las Obras sueltas de Lope.

á los difuntos eclesiásticos: «Ofrecióse enterrar, dice el citado amigo de LOPE, en el hospital general á un sacerdote pobre, y vimos que LOPE DE VEGA se quitó el manteo, y aunque se lo quisieron estorbar algunos por excusar este trabajo á sus años, entró en la sepultura, recibió piadosamente el cadáver, salióse fuera, y comenzó á cubrirle de tierra con el instrumento allí diputado para este ejercicio.»

De este modo el gran LOPE DE VEGA daba el admirable espectáculo de un hombre lisonjeado por los aplausos universales, despreciando el orgullo y siendo vencedor de sí mismo, sin que la mucha edad ni las atenciones y cuidados de sus amigos pudiesen separarlo del camino de los que él consideraba como deberes de su conciencia.

LOPE además fué notable por su caridad verdaderamente evangélica. En su casa siempre tenía «puesta cantidad de dinero sobre la mesa, para que el criado no tuviese necesidad de pedirlo ni tuviese mas que hacer que darla en llegando el pobre á la puerta». Tal decia de la caridad de LOPE el citado Quintana.

Otra de las acciones notables de LOPE en este punto está referida tambien por su íntimo amigo, en las palabras siguientes: «Llegó una vez un sacerdote pobre... Llamó á la puerta, no habia en casa quien respondiese, salió él mismo, y vió que el que llamaba, sobre pobre, sacerdote y ciego, llevaba la indecencia de un asqueroso sombrero. Miró si tenia qué darle; no se halló con cosa considerable, y llevado de su piedad, quitóse el sombrero que tenia en la cabeza, y púsoselo al pobre. Supose necesariamente este suceso, porque no pudo salir de casa con los amigos que le asistían, testigos fieles de esta verdad, hasta que uno de ellos hizo diligencia para que le llevasen otro.»

Con esta condicion tan afable, tan caritativa, tan generosa, pronta á ejercitar el bien, sensible ante la desdicha lo mismo que ante la hermosura, acostumbrada á la sencillez de las costumbres, llena de delicados afectos, no mancillada con los crímenes, LOPE DE VEGA habia de escribir necesariamente versos de una suavidad extraordinaria, y ser uno de los pintores que han sabido mejor retratar los encantos de la naturaleza.

En la rarísima comedia *Mas vale salto de mata que ruego de buenos* LOPE describe de esta suerte los tiernísimos afectos amorosos de un ganadero:

Por verte á tí, Señora,
Saldré cuando le corra las cortinas
Al rubio sol la aurora,
Siguiendo sus pisadas peregrinas;
Y en viendo las estrellas,
Solo las miraré por verte en ellas.
Traeréte muchas veces
El conejuelo tímido y medroso;
Y viendo que me ofreces
Gracias debidas á mi amor forzoso,
Con pecho mas sencillo
Te traeré el amoroso cabritiño.

La tórtola en el nido
Y el escamoso pez en el anzuelo,
El madroño teñido
Con la escarcha que arroja el duro suelo;
Que cosas semejantes
Son en amor zafiros y diamantes.
.....
Daré un golpe á tu puerta,
Y tú, que velarás por aguardarme
Con una fe despierta,
Llegarás muchas veces á abrazarme,
Y dirás, como amas.
«No des tan recio; que en es alma llamas.»

El espíritu de LOPE DE VEGA, acostumbrado á ejercitar la virtud y á hallar en todo bellezas, no se contentaba solo con encontrarlas en los campos, en los jardines y en las selvas, ya en las delicadas flores, ya en el cantar de las sencillas aves, ya en las mansas corrientes de los arroyuelos, ya en las sombras y frescuras de las silenciosas florestas. LOPE se traslada con el pensamiento á la rústica casa de un labrador, y describe admirablemente y con un entusiasmo singular la riqueza de los frutos naturales depositados en aquel albergue. Véase la descripción que se lee en su comedia intitulada *El vaquero de Moraña*:

Algun año sea tan bueno
En tierras propias y extrañas,
Que seguemos con guadañas
Como en los prados el heno;
Vistase el prado libre
Con la yerba cada hora;
Vierta aquí su copia Flora,
Y su abundancia Amalte;

Rompan del aire los filos
Las cañas de los barbechos,
Y toque el trigo los techos
En las trojes y en los silos.
No solo en siega, en vendimia
Os dé el cielo tal tesoro,
Que hagáis los vasos de oro
Que agora tenéis de alquimia.

Ya que en agosto repose,
Pisen para vuestras cubas
Vuestras gentes tantas uvas,
Que todo en mosto rebose.

Y de manera se huelguen
Con las uvas vuestras casas,
Que aunque muchas hagáis pasas,
Muchas por los techos cuelguen.

Por los pezones y cabos
Cubran con color pajizos
Los melones invernizos
De vuestra casa los clavos.

Sirvan colmos á montones
De membrillos ó granadas,
En vuestros techos colgadas,
De dorados artesones.

Sin rectitud y gobierno
De reales pesadumbres,
Vuestras ahumadas techumbres

Coronen frutas de invierno.
Sirvan á vuestras familias
Costales de verdes nueces,
Para acabar tras los peces
Los viérnes y las viglias.

Higos tambien os reserve
Esta campaña vecina,
Que afeitados con harina,
Enjугue el techo y conserve.

Mátice estas huertas luego
La berengena morada,
La verde col, arrugada
Como pergamino al fuego.

Echad por mayor deleite
En la postre vez alguna,
En adobo la aceituna,
Y los quesos en aceite;
Que yo, siguiéndoos á vos,
Daré en mi rústico modo
Gracias al Dueño de todo;
Que dueño de todo es Dios.

Sin embargo, LOPE DE VEGA, á pesar de la pureza de su alma, no manchada con los vicios que afeaban las costumbres de sus contemporáneos, como buen autor dramático, supo retratarlas admirablemente, incluyendo á todos, desde Felipe II, castigador de su hijo don Carlos y de Juan de Escobedo, hasta las busconas y rufianes, que vivian de la estafa y en los mayores crímenes.

Para describir la muerte de Juan de Escobedo, secretario de don Juan de Austria, dada por Antonio Pérez de orden de Felipe II, y para afear la persecucion que hizo este soberano á su privado por haber ejecutado sus disposiciones, compuso LOPE DE VEGA su tragedia intitulada *La estrella de Sevilla*. Tal se cree por algunos críticos en vista de la semejanza de los sucesos en ella referidos con los que admiró el mundo durante el reinado de Felipe, y considerando que la accion de esa tragedia se finge en el reinado de don Sancho el Bravo, tiempo del cual no se conserva noticia alguna igual tocante á Sancho Ortiz ni á la familia antigua sevillana de los Taberas.

Tambien LOPE en el reinado de Felipe III compuso otra tragedia con el título de *El castigo sin venganza*, donde un duque ideal de Ferrara manda matar á su hijo por tener amores con su madrastra: accion en que la corte de Madrid vió retratado al príncipe don Carlos, á Isabel de Valois y á Felipe IV, segun las voces que corrian entonces acerca de este suceso fuera de España. La tragedia, al siguiente dia de su representacion, fué prohibida.

LOPE DE VEGA, para pintar la sociedad española de su tiempo, recorrió todos los estados, y al fin, desde los palacios descendió á las vidas de las busconas en su comedia *El anzuelo de Fenisa*, y á la de los bribones en *El rufian Castrucho*.

Pero, aunque LOPE DE VEGA se dejase arrastrar de su deseo de describir las costumbres de su siglo, y las describiese con negros colores, nunca fueron tales que igualasen al horror de ellas. Por eso en todas las comedias de LOPE, sean cuales fueren sus asuntos, siempre se ve al alma pura de su autor en las bellas pinturas de la naturaleza y en la delicada expresion de dulcísimos afectos.

En nada se puede contemplar mejor el candoroso espíritu de LOPE DE VEGA que en el carácter de las mujeres de sus comedias. Así como Calderon pinta las suyas infelices é impecables, pero altivas; Tirso de Molina bellacas cuanto da de sí la malicia, y Montalban mas vehementes de lo que permite la modestia; LOPE las retrata apasionadas y afectuosas con una ternura llena de encantos y atractivos.

LOPE DE VEGA en sus escritos revela pues las bondades de su alma y la sencillez de sus costumbres.

EL VERDADERO AMANTE,

PRIMERA COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO⁽¹⁾,

DIRIGIDA A LOPE DE VEGA, SU HIJO.

MIRANDO un día el retrato de vuestro hermano Carlos Félix, que, de edad de cuatro años, está en mi estudio, me preguntastes qué significaba una celada que, puesta sobre un libro en una mesa, tenía por alma del cuerpo esta empresa: *Fata sciunt*; y no os respondí entonces porque me pareció que no érades capaz de la respuesta. Ya que teneis edad, y comenzais á entender los principios de la lengua latina, sabed que tienen los hombres para vivir en el mundo, cuando no pueden heredar á sus padres mas que un limitado descanso, dos inclinaciones: una á las armas, y otra á las letras, que son las que aquella celada y libro significan con la letra, que en aquellos tiernos años dice que el cielo sabe cuál de aquellas dos inclinaciones tuviera Carlos si no le hubiera, como salteador, la muerte arrebatado á mis brazos y robado á mis ojos, puesto que á mejor vida, dolorosamente, por las partes que concurrían en él de hermosura y entendimiento, con esperanzas de que había de mejorar mi memoria sobreviviendo á mis años, por la razón del curso de la naturaleza, orden sujeta á los accidentes de la vida. Vos quedastes en su lugar, no sé con cuál genio, cuya definicion os darán Pausánias y Plutarco cuando sepais entenderlos, el uno en los *Acaicos*, y el otro en la *Vida de Bruto*. Ni aun conozco la calidad de vuestro ingenio; que san Agustín tuvo por felicísimo al que nacia con él, como en el libro cuarto de la *Ciudad de Dios* lo siente el Santo; y fué opinión de Ciceron y de Aristóteles la ventaja que hace al arte la naturaleza, á quien afrenta Plinio pensando que la cultura de las artes se debe á la avaricia; bien que casi siempre es verdad cuando no las estudia el gran señor y principe, y aun entonces puede ser vanidad, y no virtud, como he visto en muchos. Mas ¿para qué os persuado con autores, cuando aun estáis en los primeros rudimentos de la lengua latina? Cosa que no podeis excusar, aunque si hubiera quien os enseñara bien la castellana, me contentara mas de que la supierades; porque he visto muchos que, ignorando su lengua, se precian soberbios de la latina, y todo lo que está en la vulgar desprecian, sin acordarse que los griegos no escribieron en latin, ni los latinos en griego; y os confieso que me causa risa ver algunos hombres preciarse de poetas latinos, y en escribiendo en su lengua parecer bárbaros; de donde conoceréis que no nacieron poetas, porque el verdadero, de quien se dice que ha de tener uno cada siglo, en su lengua escribe y en ella es excelente, como el Petrarca en Italia, el Ronsardo en Francia, y Garcilaso en España; á quien tambien debe sus patrias esta honra; y lo sintió el celestial ingenio de fray Luis de Leon, que pretendió siempre honrarla, escribiendo en ella, como tambien le sucedió á fray Luis de Granada, después de muchos sermones que hay suyos en la lengua latina; y en ella escribieron fray Fernando del Estillo, fray Agustín de Avila, el padre Ribadeneyra, el doctor Mariana, y otros excelentes ingenios, sus historias. No os desanimo para que con menos cuidado estudiéis esta reina de las lenguas tercera en orden á las del mundo, aunque mas comun que todas; procuralda saber, y por ningún caso os acontezca aprender la griega, porque desvanecido, no digais lo que algunos que saben poco della y de otras, por vendernos á gran precio la arrogancia de que la entienden; y porque no sepais lengua tan engendradora de soberbios, y que tan pocos pueden saber que la sa-

(1) De lo que en la dedicatoria dice el autor se infiere que no fue la primera, pues omite circunstancia de tanto bulto. En el Arte nuevo de hacer comedias asegura que á la edad de doce, y aun á la de once años, ya las escribía.

beis, que un catedrático de griego, natural de Guipúzcoa, hallándose en su escuela de Alcalá asaltado de improviso de muchos señores de la corte, oró en vizcaino delante dellos, y fué tenido por hombre insigne, hasta que un secretario de un príncipe, que era de la misma patria, deshizo el atrevido engaño, diciendo que le habia entendido. En una de aquellas famosas librerías de Sevilla pidió el padre fray Luis de Leon una Biblia, si acaso la tenían, hebrea. Diósele el dueño, admirado de que la pidiese, y mucho mas de vérsela leer en alta voz; pero llevando consigo un sobrino suyo, ingenio singular y del mismo hábito, pidió otro cualquiera libro, si acaso le tenían en la lengua hebrea; dióle el librero los salmos de David, de maravillosos caracteres y impresion del excelente Plantino; y comenzando á leer disparates, porque ignoraba la lengua entonces, volvió fray Luis á reprehenderle airado; á quien el sobrino dijo: «Déjeme vuesa paternidad; que para el señor librero tan hebreo es esto como esotro.» Vos me habréis entendido; y en razon de la inclinacion, que fué el principio de esta carta, no tengo mas que os advertir, si no os inclináredes á las letras humanas, de que tengais pocos libros, y esos selectos, y que les saqueis las sentencias, sin dejar pasar cosa que leais notable, sin linea y margen; y si por vuestra desdicha vuestra sangre os inclinare á hacer versos (cosa de que Dios os libre), advertid que no sea vuestro principal estudio, porque os puede distraer de lo importante, y no os dará provecho. Tened en esto templanza; no sepais versos de memoria, ni los digais á nadie; que mientras menos tuviéredes desto, tendréis mas de opinion y de juicio; y en esta materia, y lo que os importa seguir vuestros estudios sin esta rémora, no busqueis, Lope, ejemplo mas que el mio, pues aunque vivais muchos años no llegaréis á hacer á los señores de vuestra patria tantos servicios como yo, para pedir mas premio, y tengo, como sabeis, pobre casa, igual cama y mesa, y un huertecillo cuyas flores me divierten cuidados y me dan concetos. Libraréisos con esto de que os conozcan; que por la opinion de muchos es gran desdicha, y así tenia por jeroglífico un hombre docto deste tiempo un espejo en un árbol, á quien unos muchachos tiraban piedras, con esta letra: *Periculosus splendor*. Yo he escrito novecientas comedias, doce libros de diversos sugetos, prosa y verso, y tantos papeles sueltos de varios sugetos, que no llegará jamás lo impreso á lo que está por imprimir; y he adquirido enemigos, censores, asechanzas, envidias, notas, reprehensiones y cuidados; perdido el tiempo preciosísimo, y llegada la *non intellecta senectus*, que dijo Ausonio, sin dejaros mas que estos inútiles consejos. Esta comedia, llamada *El verdadero Amante*, quise dedicaros, por haberla escrito de los años que vos teneis; que aunque entonces se celebraba, conoceréis por ella mis rudos principios; con pacto y condicion que no la tomeis por ejemplo, para que no os veais escuchado de muchos y estimado de pocos. — Dios os guarde.

VUESTRO PADRE.

NOTA. Esta pastoral de *El verdadero Amante*, por ser el primer drama de LOPE incluido en nuestra coleccion, se reimprime sin division de escenas, para que vean los lectores de la BIBLIOTECA en qué forma publicó el autor sus comedias.

EL VERDADERO AMANTE.

FIGURAS DE LA COMEDIA.

JACINTO.
DANTEO.
MENALCA.
CORIDON.
EURISTO.

PELORO.
ERGASTO.
DORISTO.
BELARDA.
AMARANTA.

EREUSA.
DÓRIDA.
FELICIO.
GLICERIO.
ALCALDES LABRADORES.

UN SACERDOTE DE LA DIO-
SA JUNO.
PASTORES.
MÚSICOS.

Representóla RIOS.

ACTO PRIMERO.

Salen JACINTO, MÚSICOS Y PASTORES,
con baile y flauta, Y UN SACERDOTE.

SACERDOTE.

No suene rumor alguno
Hasta que á avisaros vuelva
En tiempo mas oportuno,
Pues llegamos á la selva
Sagrada á la diosa Juno,
Cuyas manos vengativas
Tanto las nuestras altivas
Castigan cuando se atreven,
Que hasta los vientos no mueven
Las hojas destas olivas.

UN PASTOR.

En nada os disgustaremos,
Ni la gran Diosa permita
Que su selva despreciemos.
¡Hola! Cese el baile y grita.

OTRO.

Pues lo mandais, cesaremos.

SACERDOTE.

Todos hincad la rodilla,
Y con voluntad sencilla
Mostrad que es nuestra intencion
Ofrecerle el corazón,
Que por víctima se humilla.
(Descubren la diosa Juno en un tem-
plo.)

¡Oh santa Juno, que fuiste
Del alto Júpiter prenda!
Tú, que mas bella, venciste
A Páris en la contienda,
Y á Venus escureciste,
Asiste á nuestro deseo,
Por el despojo y trofeo
Que se te ofrece este día,
Y venga en tu compañía
El sacro dios Himeneo.
Doristo con Amaranta
Quieren tu yugo amoroso:
Asiste pues, Juno santa,
Y el lazo dificultoso
De la coyunda levanta;
Y en tanto que se levante,
Cualquier agüero se espante
De tu poderosa diestra:
Ni la corneja siniestra,
Ni el buho noturno cante.—
Ya vuestras bodas pronuncia.
—Aquella blanca paloma,
Doristo, tu bien anuncia.—
La mano á tu esposo toma, (A la novia).
Y tu libertad renuncia.
No hay que temer sin prolijo.

DORISTO.

A la aldea nos volvamos.
¡Qué grande bien nos predijo!

SACERDOTE.

Pastores, de aquí partamos.

PASTORES.

Cese el baile y regocijo.

(Vanse todos, queda Jacinto solo.)

JACINTO.

¡Permitirás levantarme,
Falso amor, de aqueste suelo,
Donde he venido á humillarme?
Pero si caí del cielo,
¿Dónde puedo asegurarme?
¡Ay pregunta sin provecho!
Pues en el aire, sospecho,
Por donde amor me subió,
Mis esperanzas y yo
Nos hemos pedazos hecho.
¿Que te casaste, Amaranta?
¡Muerto soy!

Sale DANTEO.

DANTEO. (Sin ver á Jacinto.)

¡Oh Atalanta!

Préstame tus piés veloces,
Así tu Hipómenes goceas,
(Que en verte agora se espanta.
Déjame dar esta nueva
A aquel verdadero amigo;
Eco, mis acentos lleva;
Detente, viento enemigo,
No la estorbes; que ya prueba.
Dile á Jacinto el dichoso,
Que el rapacillo envidioso
En este punto le ha dado
El mas venturoso estado
Que tuvo pecho amoroso.
Dile que se abraza y arda,
Que pene, padezca y muera,
Pues que le adora Belarda,
De toda nuestra ribera
La pastora mas gallarda.
No es este amor, que provoca
A una alma á volverse loca,
Malicia que imaginé;
Que de su boca lo sé,
Y lo sabrá de mi boca.
Basta que me ha preguntado
Quién es y en qué punto precia
El ser de zagal honrado,
Y sí el ganado desprecia,
O guarda ajeno ganado;
Y he hecho lo que he podido
En decirle que ha tenido
Eleccion de mujer cuerda,
Y que á mi cuenta se pierda
Por un ganado perdido.—

Santo Apolo, ¿velo ó sueño?
¡Ah! Jacinto! ¿Destá suerte
Sirves á tu nuevo dueño?
¡Oh dura imagen del sueño,
Sombra y color de la muerte!
¿Estás en tí?

JACINTO.

¡Es posible que te veo?

DANTEO.

¿Qué has tenido? ¿No estás lueno?

JACINTO.

Si estoy, aunque bien ajeno
Del mayor bien que deseo.

DANTEO.

¡Animate. ¿Qué has tenido?
¿Estás dormido ó despierto?

JACINTO.

Estoy despierto y dormido,
Estoy sano, estoy herido,
Estoy vivo y estoy muerto.
Tal me tiene mi dolor.

DANTEO.

Pues duerme y vela, pastor,
Y cúrate y no te cura,
Y muere y vivir procura:
Quizá te hallarás mejor.
¿Estás burlando del tiempo?

JACINTO.

El se ha burlado de mí,
Pues que ya ha llegado el tiempo
Que del tiempo que perdí
Estoy llorando sin tiempo.

DANTEO.

No mas; que tu queja entiendo.
Todo tu mal comprendo:
A Belarda á amar te inclinas.

JACINTO.

Ni aun la ceniza adivinas
Del fuego en que estoy ardiendo.

DANTEO.

No disimules conmigo.

JACINTO.

Por Dios, Danteo, que ¡moras
Mi mal.

DANTEO.

Antes soy testigo,
Y de su boca te digo
Que sé que á Belarda adoras.
Y porque mejor me creas,
Hoy me ha dado el cargo á mí
Para que la hables y veas,
Y aun de su pecho entendi
Que gusta que la poseas.
¡Brava ventura tuviste!

JACINTO.
(*Aparte. Quiérome disimular, Callando el suceso triste.*)
¿Dónde la pudiste hablar?
¿Adónde vella pudiste?
¿Que soy amado me cuentas!

DANTEO.
Tanto, que alegre te asientas
En el trono del amor.

JACINTO.
Poco sientes mi dolor,
Y gusto que no le sientas.—
¿Ay falsa! ¿Que te casaste?

DANTEO.
¿Qué dices?

JACINTO.
Que te engañaste
En pensar que esa pastora
Me quiera bien.

DANTEO.
Y te adora.

JACINTO.
¿Es cierto?

DANTEO.
Es muy cierto.

JACINTO.
Baste.

Sin falta, por mano ajena
La suerte mi vida guarda,
Y que se resuelva ordena,
Con la gloria de Belarda,
De mi Amaranta la pena.
Hrémosla luego á ver.

DANTEO.
Así quedó concertado.

JACINTO.
Galan me quiero poner;
Que me ha tenido enlutado
De un desposorio el placer.
Y pues que tantos lo van,
Bien es que vaya galan.—
¿Euristo!

Sale EURISTO.

EURISTO.
¿Qué mandas?

JACINTO.
Presto

Trae volando á este puesto
Pellico, banda y gaban.
(*Vase Euristo.*)

DANTEO.
¿Desposorio te enlutó?

JACINTO.
Sí; porque envidia me alcanza
De ver que allí se cumplió
De dos almas la esperanza,
Que para mí no llegó.

DANTEO.
Nuevo es eso para mí,
Que he estado fuera de aquí.
Hoy vine á aquesta ribera.

JACINTO.
Para mí también lo fuera,
A no estar fuera de mí.

Sale EURISTO.

EURISTO.
Aquí hay recaudo: bien puedes
Vestirte.

JACINTO.
Muestra el pellico.
Aquesto quiero que heredes;
Y de dueño no muy rico
No esperes grandes mercedes.

EURISTO.
¿Qué dices?

JACINTO.
Si aquesto viera
Belarda, ¡qué burla hiciera
De ver un pobre pastor
Con hazañas de señor!

DANTEO.
Harto bien le pareciera,
Pues lo que el ser no te ofrece,
Has por virtud alcanzado;
Que tan bien el sol parece
Si en un árbol resplandece,
Como en un techo dorado.

JACINTO.
Ya estoy bien. Vamos de aquí.

EURISTO.
¿Mandas que vaya tras tí?

JACINTO.
Ya bien te puedes quedar.

EURISTO.
Pues ¿no te he de acompañar?

JACINTO.
No, mientras ande sin mí.
(*Vanse Jacinto y Danteo.*)

EURISTO.
¿Qué novedad es aquesta,
Jacinto? ¿Qué nueva llama
Así tu pecho molesta,
Que cuando entierras tu dama
Sales vestido de fiesta?
¿Es este acaso el tributo
Del tierno llanto y del luto?
¿Son estas colores verdes
De la esperanza que pierdes
El mal sazonado fruto?
¿Si acaso el dolor espanta?
Mira, Señor, si te mueres,
Nunca la causa fué tanta,
Pues se ha casado Amaranta,
La prenda que tanto quieres.
Mírala en brazos ajenos,
Y que de su gloria llenos...
—Mas conviéneme que calle;
Que sueña gente en el valle,
Y es Menalca cuando menos. (*Vase.*)

• Salen MENALCA y CORIDON.

MENALCA.
¿Conoces, dime, Coridon, alguno
Que en todo el Tajo, y en el mundo todo,
Posea tanto bien como posco?
Y no quiero decir pastor ninguno;
Que fuera cortedad tan á mi modo
Medir con la ventura mi deseo;
¿Viste algun rey, ufano del trofeo
De haber ganado un reino, por ventura,
En paz santa y segura
Gozar su alegre estado?
Pues deste fuera yo tan envidiado,
Que trocara del reino lo mas rico
Por un solo giron desté pellico.
No la púrpura sacra y la corona
Que cifie al claro príncipe las sienes,
Mas llenas de soberbia que de gusto;
No la parlara fama, que pregoná
Pequeños males como grandes bienes
En la boca del vulgo, torpe, injusto,
Diciendo á voces: «Príncipe tan justo
Excede en guerra y paz con igual mano
A Numa y á Trajano;»
Ni el ver su nombre eterno,
Se iguala á que yo pase el duro invierno
Y los calores del ardiente estío
Contento con el bien pequeño mío.

CORIDON.
¿Qué tal te tiene amor!

MENALCA.
¿Qué tal me tiene?

Tal me tiene, gozando el bien que gozo,
Que vivo como rey sin desearlo.

CORIDON.
Furor debe de ser que te entretiene.
Vuelve en tu seso, descuidado mozo.

MENALCA.
Coridon, por demás será buscarlo.
Dichosamente supe aventurarlo.

CORIDON.
¿Rey te juzgas queriendo? ¿Gran locura!

MENALCA.
Pues dime, ¿qué ventura
Tan próspera me aguarda
Como gozar el alma de Belarda?
¿Qué reino puede haber como sus ojos,
De quien tengo y tendré ricos despojos?

CORIDON.
¿De manera que ya, Menalca loco,
Te habemos de llamar rey?

MENALCA.
De contento.

CORIDON.
¿Y el título ha de ser rey de Belarda?

MENALCA.
A título tan alto un rey es poco.
No cabe en un pastor merecimiento,
Que pobremente sus ovejas guarda;
Un dios podrá reinar; que en Dios no
[hay pena.]

CORIDON.
Júpiter, como hizo en Alcúmena,
Podrá reinar, dejándola preñada.
Pasión desenfadada
Te rige el pensamiento.

MENALCA.
Y á tí de libertad ocioso intento.

CORIDON.
Vuelve en tu seso, cobra tu sentido.

MENALCA.
Ganado está muy bien cuando perdido.

CORIDON.
Pues quieres que así sea, dime, cuerdo,
¿Cómo podrás gozar mientras que vives
Tu Belarda gentil?

MENALCA.
Viviendo en ella.

CORIDON.
¿Cabrás dentro muy bien!

MENALCA.
Cabré en su acuerdo.

CORIDON.
En fin, á todo engaño te apercibes.
Bien ves que no podrás casar con ella,
Porque es humilde el nacimiento della
Para tu generoso nacimiento.

MENALCA.
¿Oh sumo atrevimiento!

CORIDON.
Dime: ¿nacido en la tierra?

MENALCA.
En una choza junto aquella sierra.

MENALCA.
Y yo ¿dónde nací?

CORIDON.
Muy diferente;
Que eres de dioses y de ilustre gente.

MENALCA.
La nobleza mayor, la mayor palma,
No para en el pellico, llega al alma.

Salen BELARDA y ERGASTO.

BELARDA. (*A Ergasto.*)
Vuélvete, Ergasto, á la fuente;
Que al pie del verde laurel

EL VERDADERO AMANTE.

Que da sombra á su corriente,
He perdido y puse en él
Una cinta de la frente.
Corre.

ERGASTO.
¿Has miedo que se huya?

BELARDA.
Búscala, por vida tuya.

ERGASTO.
Ya tarde parecerá;
Que el sol la habrá hurtado ya
Para ceñírsela suya.

CORIDON.
Tu Belarda es esta á fe.

MENALCA.
Y cuyos son los despojos
Del alma que la entregué.
¿Cómo no pongo los ojos
Adonde estampa su pié?

BELARDA. (A Ergasto.)
Al sol le llamas ladrón!
¿Es esa buena razón?

ERGASTO.
Como sus rayos dorados
De la luna son hurtados,
De los tuyos son...

BELARDA.
¿Qué son?

ERGASTO.
Harto los del sol.

BELARDA.
¿Mis rayos?

ERGASTO.
Tus rayos.

BELARDA.
Pues ¿resplandezco?

ERGASTO.
Tal, que si á verte me ofrezco,
Trasco la vista en desmayos,
Y desmayado fallezco.

BELARDA.
¿Así; que sabes hablar.

ERGASTO.
Ahora bien, voyla á buscar.

BELARDA. (Ap.)
¿Oh cuánto el rústico tarda!

ERGASTO.
Haz una cosa, Belarda,
Para que la pueda hallar.

BELARDA.
Acaba con tus enojos.

ERGASTO.
Quiero, para que me alumbre,
Llevar, en lugar de anteojos,
La resplandor de la lumbre
De aquellos divinos ojos.

BELARDA.
¿Qué necia filosofía!
Vete; que luz tiene el día
Con que la puedas hallar.

ERGASTO.
Voye por no te enojar,
Parte de la vida mía.

BELARDA. (Vase.)
Ap. Mas ¿de qué suerte me tienes,
(Que pasa de enojo á rabia!)
¿Oh Menalca! A tiempo vienes.

MENALCA.
Siempre al tiempo que te agravia
Fierza de ajenos desdenes,
Para que mal me recibas.

BELARDA.
En esta esperanza estribas,

Y siendo tú mi esperanza...

MENALCA.
O merezco tu privanza,
O de tu gloria me privas.
¿Tanto á todos me adelanto?
Sin falta de mí te burlas.

BELARDA.
(Ap. No puedo decirte cuánto.)
Pues ¿llamas pesadas burlas
Verdades que pesan tanto?

MENALCA.
No mas; que sin falta creo
Que de tu alma poseo
La rendida voluntad.

BELARDA. (Ap.)
Así parece verdad,
Aunque te engaña el deseo.

MENALCA.
¿Oh, Belarda, y cuán notable
Se halla en tí la virtud!
No hay vicio mas detestable
Que la injusta ingratitud.
No porque en mis cosas hable;
Que no quiero persuadirte
Que para tanto rendirte
Han sido mis obras parte;
Que si valgo para amarte,
No valgo para servirte.
Que para tanto valor
Un príncipe ser quisiera,
Y no tan pobre pastor.

BELARDA. (Ap.)
En ese estado pudiera
Aborrecerte mejor.

MENALCA.
¿Qué respondes?

BELARDA.
Que tu estado
Es el mejor que han honrado
Hoy las riberas jamás
Pues hoy el mas rico estás
De cuantos guardan ganado;
Y si quieres como muestras,
El mas rico de contento.

MENALCA.
Excede el alma á las muestras,
Porque á lo menos que siento
Me faltan palabras diestras.
Pero toda esta riqueza
Ofrecida á tu belleza
Es un humilde caudal.

BELARDA. (Ap.)
Y para quererte mal
No es muy pequeña pobreza.
¿Si supieses de qué suerte
Te aborrezco, aunque te engaño!...

MENALCA.
Coridon, ahora advierte
Si acierto á buscar mi daño
Y en procurarme la muerte.
Mirame tan bien pagado,
Y tan del alma adorado
De aquella que de las almas
Tiene mas triunfos y palmas
Que el propio niño vendado.

CORIDON.
Digo que razón te sobra.
Ama, pues tanto mereces,
Y pon tu intento por obra;
Que si mucha paga ofreces,
Por una á ciento se cobra;
Que puesto que merecieras
Prendas que igualar pudieras,
Lo que falta en igualarte,
Le sobra en lo que fué parte
Para que tanto la quieras.

MENALCA.

Bien me has dicho, bien me enseñas
De mi empleo la ventura.

BELARDA. (Ap.)
Pues haz cuenta que lo sueñas,
Porque en balde te asegura
Con palabras halagüeñas.

Salen DANTEO Y JACINTO.

DANTEO. (Ap. á Jacinto.)
¿Buen encuentro, ¿no se hallar
Aqueste, que, á mi pesar,
Cada vez aquí le encuentro?

JACINTO.
No tengo por buen encuentro
El que comienza en azar.

DANTEO.
Pues á fe que aquesta vez
Que ha de ser azar de cedro,
Pues tienes padre juez.

JACINTO.
Si en tales azares medro,
Mas negro voy que la pez.

MENALCA.
Al fin, ¿dices que eres mía?

BELARDA.
Y que en mi postrero día
Tu nombre repetirá.

MENALCA.
¿Oh Belarda! A tanta fe
Otro premio se debía;
Que poco valen palabras
Donde apenas obras pueden,
Y mas de un pastor de cabras;
Pero pues ellas no exceden,
Gusto que el pecho me abras.
Mira tu retrato en él,
Porque amor es pintor fiel;
Solo te diferencié
En que allí blanda te vió,
Y aquí te pinta cruel.

BELARDA.
Muestra. ¿Qué es eso que veo?
Abre el pecho.

MENALCA.
No es ingrato:
Daréte cuanto poseo,
Si ya no has visto el deseo,
Que es el cerco del retrato.
Mas este no lo verás,
Porque no te obligue mas
A cumplille.

BELARDA.
A todo sales.
Buenos son estos corales.

MENALCA.
Por estar donde tú estás.
Espera; que ya los quito,
Porque los goce ese cuello.

BELARDA.
Será si yo lo permito.

MENALCA.
No hay que replicar en ello.

DANTEO. (Ap. á Jacinto.)
¿Has leído el sobrescrito?

JACINTO.
Por cierto, ¿á muy buen lugar
Me has traído á despeñar!
¿Quién te dijo mi suceso?

MENALCA.
¿Qué bien te están!

BELARDA.
¿Bueno es eso!
Bien los sabes alabar.
Ya sé que tienen valor.

MENALCA.
Desde que ya tuyos fueron,
Le tendrán mucho mayor,
Pues parece que escogieron
De tus labios el color.
Aunque les haces agravio,
Porque tan cerca del labio
Perderán la color suya;
Mas hurtarante la tuya.

JACINTO. (Ap.)
A fe que el pastor es sabio.

BEJARDA.
No sé qué te dió en pago
De este don, te certifico.

MENALCA.
Con poco me satisfago.

BEJARDA.
Pero tú das como rico,
Y yo como pobre pago.

JACINTO. (Ap.)
Bien lo sabe agradecer.

BEJARDA.
Espera: iréme á coger
Flores que traiga en la falda,
Para hacerte una guirnalda.

MENALCA.
Aquí la puedes hacer.
No quiero que te fatigues.
Coridon irá por ellas.

BEJARDA.
No quiero que así me obligues;
Que veo mis dos estrellas
Que con tu sombra persigues.

DANTEO.
Por tí lo dice, Jacinto; (Ap. á él.)
Que te ha visto.

CORIDON.
Voyme, y pinto
En tus faldas un abril. (Vase.)

DANTEO.
A fe que es harto gentil.

JACINTO. (Ap.)
Y gentil el laberinto.
¡Oh amor! ¡Fáltábase mas?
Hoy me casas mi pastora;
Y esta que agora me das,
Para que la olvide agora,
¡Cerca de casalla estás!

DANTEO. (Ap. á Jacinto.)
Sentir nos tienen por tí.

BEJARDA. (Ap.)
¿Cómo le echaré de aquí?
Que he visto mi nueva gloria.

MENALCA.
Siendo tuya la vitoria,
¿Me das la guirnalda á mí?
Mira que no es la corona
Para la frente vencida;
Que el vencedor se corona.

BEJARDA.
Aquesta vez tu homicida,
Menalca, te galardona.—
¡Ay Dios! ¡Qué leon tan fiero,
Arrimado á aquel sendero,
Por aquel repecho entró!
Mataráme.

MENALCA.
Mí bien, no;
Que yo moriré primero.
Pero ¿dónde fué? ¿Qué es del?
Espera; que tras él voy.

BEJARDA.
¡Ay Dios! No vayas tras él;
Que te matará.

MENALCA.
No soy
Menos animoso que él. (Vase.)

BEJARDA.
Buena industria! Ya se fué.—
Hola, pastor, hola, ce.

DANTEO.
¿Llámasme á mí?

BEJARDA.
Y á los dos.

JACINTO.
Guárdeos el cielo.

BEJARDA.
Y á vos

Parte de mi vida os dé.

JACINTO.
No sino á vos de la mía;
Y no digo parte della;
Que toda es vuestra, y podría,
Si os preciais de poseella,
Serlo el alma que os daría.
Por relacion he sabido
Que me habeis engrandecido
En darme nombre de vuestro.

BEJARDA.
Holgara veros tan diestro
En el ser agradecido.
Mas si de mí conoceis,
Como yo de vos confío,
Lo que á mi alma debeis,
En darme lo que es tan mío
¿Quién duda que lo seréis?

JACINTO.
Pues me abona ese valor,
Vos seréis mi flador,
Y firmará la escritura
El tiempo, que ya procura
Darme otra deuda mayor.

BEJARDA.
Yo pienso que la tendréis,
Y que debiéndos yo á vos,
También vos me deberéis.

DANTEO.
Si tanto os debeis los dos,
Con no pagar pagaréis.
Cumplido se ha mi deseo,
Pues tan conformes os veo,
De ausentes enamorados.

JACINTO.
Trujo el fin de mis cuidados
El nuevo bien que poseo.
Hoy sale, aunque á su pesar,
Y Belarda en su lugar
Entra llevando la palma,
Pues perdí para ganar.
Hoy, Danteo, en nueva forma
Amor en mí se transforma;
No sé si el amor ordena
Que esté suspensa la pena,
Cosa que al vivir conforma.

BEJARDA.
Coridon viene. ¡Ay de mí!
Allí os podreis esconder.

JACINTO.
Siempre, Belarda, temí
Que había mas que temer.

BEJARDA.
Mi suerte lo quiere así.
(Escóndense los dos.)

Sale CORIDON, con un ramo de laurel
en la mano.

CORIDON.
Belarda, de aquesta rama,
Que agora laurel se llama,

Y un tiempo Dáfnes esquivo,
Corona la frente altiva
Del vencedor que te ama.
Toma, enemiga cruel;
Y mira si he sido fiel,
Y lo que puedes conmigo,
Pues para que mi enemigo
Corones traigo el laurel.
Toma, y ¡plega Dios, si alcanza
En mi dabo la venganza,
Que el laurel que le previenes
Se le marchite en las sienes,
Como lo está mi esperanza,
O que en fuego se resuelva,
O cuando al que te idolatra
La suerte humana revuelva,
En los áspides se vuelva
Que mataron á Cleopatra!
Mas pues tan poco restauro,
Arda en su cabeza el lauro
Como Hércules ardió
En la camisa que dió
A Deyanira el Centauro.
No traigo rosa ni flor,
Que no serán necesarias;
Que la corona de amor
No ha de ser de flores varias
Para el constante amador.
Y pues Menalca se jata
De la firmeza que trata,
Toma; que bien sé, cruel,
Que se la das de laurel,
Porque te la dé de plata.

BEJARDA.
Basta, Coridon, no mas.
No me trates desa suerte.

CORIDON.
Pues di, ¿qué excusa darás
De haberme dado la muerte?

BEJARDA.
Vivo estás.

CORIDON.
Muerto dirás.

BEJARDA.
¿Parécete que es razon
Que te quiera?

CORIDON.
Y sinrazon

No lo hacer.
BEJARDA.
Pues ¿por qué, di,
Cuando Menalca está aquí
No me dices tu pasión?

CORIDON.
Porque te quiere, y me excede
En riquezas; que ese es rey
A quien Dios se las concede,
Y porque es del mundo ley
Que muera el que poco puede.
Téngole, te certifico,
Aquel respeto que al rico
Tiene el pobre, cuando acierta
A tener nobleza muerta
Debajo de su pellico.
Sé yo que te quiere bien:
Tengo con mi mayoral
De ponerme ten con ten,
Siendo un humilde zagal
Que apenas se sabe quién?

BEJARDA.
Al fin, ¿confesas que es noble?

CORIDON.
En lo exterior, al doble;
Que en lo interior, decir puedo
Que tanto, cruel, le excede
Cuanto la alta palma al roble.

BEJARDA.
Al fin tú, como menor,
¿Le respetas?

EL VERDADERO AMANTE.

7

CORIDON.
Sí respeto.

BELARDA.
Pues ¡por qué no tendré amor
A quien tú, como á mejor,
Le guardas tanto respeto?
Anda, véte; que estás ciego.

CORIDON.
Eso, Belarda, no niego,
Porque tu vista me mata.
¡Oh mas que la palma ingrata,
Libre del cuchillo y fuego!

BELARDA.
¡Ingrata llamado has
A la palma?

CORIDON.
Y creo yo
Que tal como ella serás,
Pues no dió fruto jamás
Al dueño que la plantó.
Yo fui en amante el primero,
Y del fruto desespero,
Pues me niegas el tributo,
Y vienes á dar el fruto
Al pretendiente postrero.

BELARDA.
Ven aquí. Si le desamas,
¡Por qué siempre estás con él?

CORIDON.
Porque, como tú le amas,
De ti gozaré por él
Estas veces que le llamas.
Lo que á ti te enamoró;
Amor á amar me forzó;
Quiere bien hasta que mueras;
Que basta que tú le quieras
Para que le adore yo.
¡Oh ingrata Belarda! Ponte
A querer un monte fiero,
Y á darle el alma dispoite;
Que pues por un monte muero,
Bien puedo querer á un monte.
Pon en un monte tu amor,
Tan inmóvil á mi dolor;
Y harás que le adore y quiera,
Y ¡ojalá que un monte fuera,
Y que no fuera un pastor!
Mas dime, ¿dónde se fué?
¡Aquí no quedó contigo?

BELARDA.
Partíose ¡ay triste! y quedé
Llorando, sin él, conmigo.

CORIDON.
Sin fe te sobra la fe.
Dime, ¿por qué se partió?

BELARDA.
Porque aquí me defendió
De un león, y fué tras él.

CORIDON.
¡León!
BELARDA.
Furioso y cruel,
Que deste monte bajó.
¡Ay Dios! ¡Si le ha de matar!

CORIDON.
Yea, Belarda, no me mates
Con oírte lastimar;
Que sangre te puedo dar
Con que la suya rescates.
Yo voy á hacer de manera
Que viva, aunque si él muriera,
Viviera yo; mas no es justo
Que yo viva á tu disgusto,
Y que tu gusto se muera.
Sea de mi cuerpo triste
Igualura este león,
Sea de aquel á quien le diste

Por vivo en el corazón,
Después que muerto le viste.
El goce de tus abrazos,
Y á mí me haga pedazos;
Que no es decente que muera
En los brazos de una fiera
El que mereció tus brazos. (Vase.)

BELARDA.
¡Qué bien se traza el engaño!
¡Hola, Jacinto!

Salen JACINTO y DANTEO.

JACINTO.
No puedo
Dejar de sentir mi daño,
Porque fué tan cierto el miedo
Cuanto fué tu desengaño.
¿Qué te quiere este pastor?

BELARDA.
Quiere crecer tus amores.
JACINTO.
¿Qué importa que crezca amor,
Si tengo para un favor
Cuarenta competidores?
¿Enójante mis recelos?

BELARDA.
Y aun me regalan en parte.
JACINTO.

Si me los das, pedirélos.
Celos pido antes de amarte.

BELARDA.
¿Son hijos de amor los celos?

JACINTO.
Sus hijos dicen que son.
BELARDA.
Pues ¿cómo nacen sin padre?

JACINTO.
No falta mucha afición,
Que los cria como madre
Al pecho de la razón.

BELARDA.
¿Bien á fe! Toma, Danteo,
¡Fuerce esta guirnalda, en tanto
Que hablamos de mi deseo;
Teje aqueste laurel santo,
Por quien suspiró Peneo,
Y con esta cinta le ata.

DANTEO.
Que me place.
JACINTO.
¿Y para quién?

BELARDA.
Para el pastor que me mata.
JACINTO.
No, no sus hojas le dén
A quien las vuelve de plata.
Soy tan pobre, que permito
Que la goce, y me la quito;
Porque un pobre tanto pierde,
Que este laurel siempre verde
Ya le volverá marchito.
Mal conservamos el bien;
Que es nuestra ventura tal,
Que cuando mucho nos dén,
Le convertimos en mal.

DANTEO.
A Menalca siento.
JACINTO.

¿A quién?
DANTEO.

A Menalca.
JACINTO.
Pues sus, vamos.

BELARDA.
¿Y el verte?
JACINTO.
Luego podrás;

Que en el desposorio estamos.

BELARDA.
Mil hermosuras verás.

JACINTO.
La tuya solo esperamos.
(Vanse Jacinto y Danteo.)

Salen MENALCA.

MENALCA.
¡Qué buena burla me has hecho!
Que en todo aqueste repecho
No hay león, ni sombra vi.

BELARDA.
Ahora se fué de aquí,
Y casi me lleva el pecho.
¿Vístele?

MENALCA.
No, por mi fe.

BELARDA.
Pues aunque está en otro cabo,
En el pecho le guardé.
Ya sé que se me hace bravo;
Pero yo le amansaré.

MENALCA.
Basta; que burlas conmigo

BELARDA.
Si burlo, será por él.

MENALCA.
¿Que vino?

BELARDA.
Vino, te digo,
Y aun otro león con él,
Que debe de ser su amigo.

MENALCA.
No mas burlas, mi Belarda.
Ponme el laurel; que me aguarda
Doristo á su fiesta y boda;
Y vén conmigo; que en toda
Otra mayor se te aguarda.

BELARDA.
Toma, y mira qué te pones;
Que á fe que te la tejí.
Uno de aquellos leones.

MENALCA.
Pues tambien lo seré yo
Después que tú me coronas.
(Vanse.)

—
Suena grita y baile de pastores, y sa-
len DORISTO y AMARANTA, novios;
PELORO, padrino; EREUSA, ma-
drina; DÓRIDA, pastora; ERGASTO,
pastor.

EREUSA.
Mejor están en lo bajo,
Y ordénese alguna fiesta;
Que ya, si el baile os molesta,
Descansaréis del trabajo,
Y pasaremos la siesta.
Doristo, ¿estás bien sentado?

DORISTO.
¡Júzgalo, pues tengo al lado
A mi dulce y cara esposa...

AMARANTA.
En merecerte dichosa.

Salen JACINTO y DANTEO.

JACINTO. (Ap. á Danteo.)
Ya llevo el color trocado.
¿Cómo he de poder hablar?
Danteo, da el parabien.

DANTEO.
Muy enhorabuena estén
La prez de nuestro lugar
Y la hermosura también.
DORISTO.
¡Oh mi Danteo! En buen hora
Vengas. Cabe mi te asienta.
JACINTO.
Años que pierdan la cuenta
Goces del bien que te adora. —
Y tú te logres contenta. (A Amaranta.)

AMARANTA. (Ap.)
¡Ah traidor! ¿Que aquí te vienes?

DORISTO.
Ea, deja los parabienes,
Y siéntate cabe mi.

JACINTO. (Ap.)
¡Ay! Que adonde estás me vi,
Y en el lugar que me tienes.

DORISTO.
Ergasto, dale tu lado.

JACINTO.
Bien estoy aquí.

ERGASTO.
Bien puedes.

JACINTO.
(Ap. A ver mi muerte he llegado.)
¡Oh Ergasto, tantas mercedes!
(Ap. ¡Ay falsa, que te has casado!)

Salen CORIDON y MENALCA.

CORIDON.
Huélgome que fué mentira,
Y de hallarte aquí.

MENALCA.
¡Oh señores!
El cielo os dé mil favores.

ERGASTO.
Doristo, á Menalca mira.

DORISTO.
¡Oh Menalca, oh mayoral!
Aquí sentaros podréis,
Aunque al humilde igualéis
Vuestro valor sin igual.

Sale BELARDA.

BELARDA.
No os quisiera perturbar
Tan buena conversacion;
Mas la mucha obligacion
Por fuerza me obliga á entrar.
Gócense por muchos años.

AMARANTA.
¡Oh mi señora Belarda!
Este lugar os aguarda.
Perdonad los ricos paños;
Que es de campo el aparato.

BELARDA.
Y vos palacio lo haceis.

AMARANTA.
No cual vos lo mereceis,
Que teneis de reina el trato.

PADRINO.
Cesen ya de cumplimientos.
Siéntate, niña, y callad.
¡No veis que la soledad
Hace iguales los asientos?
Siéntate.

BELARDA.
Ya estoy sentida...
Sentada quise decir.

JACINTO.
Si has de hablar como sentir;

Errarás toda la vida.

PADRINO.
¡Buenos estamos, por Dios,
Para jugar algún juego!

DORISTO.
Bien dices: juéguese luego.

MENALCA.
Alto; inventadlo los dos.
Mas no ha de ser levantado:
Por eso mirad cuál va.

DANTEO.
Yo os diré. Demos librea,
Como se suele, al soldado.

CORIDON.
Bien dice.
DANTEO.
Es de mucha ciencia.

ERGASTO.
Sí, pero tiene primor;
Y en errando la color,
Que pague su penitencia.

MADRINA.
A fe que es de regocijo.
Bien le podemos jugar.

PADRINO.
Y no hay mas que comenzar,
Pues que mi mujer lo dijo.

CORIDON.
Danteo tome la mano;
Que suele ser el maestro.

DANTEO.
Acudis al menos diestro.
ERGASTO.
Siempre te excusas en vano.
Comienza; que es tarde: acaba.

DANTEO.
Ea pues. — Este cayado
Es, señores, el soldado,
Que de vestirle excusaba.
Coridon diga primero
Su color.

CORIDON.
Pues yo le visto
De lo que nunca me visto.

DANTEO.
Que te declares espero.
CORIDON.
¡Ya no sabes que es de verde
La esperanza que perdí,
Que nunca me la vestí?

DÓRIDA.
Que se pierda, que se pierda.

DANTEO.
Calla, Dórida.

DÓRIDA.
A fe mía.
MENALCA.

Men es que todos calleis;
Que tarde le vestiréis
Hablando en filosofía.
O es verdad ó es juego.

DANTEO.
Ereusa, ¿de qué le vistes?

EREUSA.
De negro, color de tristes.

DANTEO.
¿Tú, Dórida?

DÓRIDA.
Color casto.

DANTEO.
¿Tú, Doristo?

DORISTO.
Colorado,

Que es señal de mi alegría.

DANTEO.
¿Tú, Amaranta?

AMARANTA.
De la mía.

DANTEO.
¿Cuál es la tuya?

AMARANTA.
Leonado.

DANTEO.
¿Tú, Jacinto?

JACINTO.
Aunque mi vida
Camina á puerto seguro,
Le visto de verde oscuro,
Que es esperanza perdida.

DANTEO.
¿Tú, Ergasto?

ERGASTO.
La deslealtad,
Por quien yo tan firme he sido,
Turquesado le ha vestido,
Color de mi lealtad.

DANTEO.
¿Y tú, Peloro?

PELORO.
De oro,
Que es la color que me agrada

DANTEO.
¿Y tú, Menalca?

MENALCA.
Encarnada,
De aquella cruel que adoro.

DANTEO.
Eso es sangrarte en salud.
¿De qué lo vistes, Belarda?

BELARDA.
Yo le visto color parda.

DANTEO.
Es color de la virtud.
Bien está así: comencemos. —
¡Oh qué bien está vestido
Este soldado polido!
Bravos colores tenemos.
A fe que ha de ir muy galán
A la guerra que se ofrece.
¡Oh qué gallardo parece!
Todos mirándole van.
Buena es la pluma leonada.

AMARANTA.
Leonada.

DANTEO.
Y el borcegui
No es malo, porque es turquí,
Y tiene vuelta doblada.

ERGASTO.
Turquí.

DANTEO.
Tardóse.

ERGASTO.
No hice.

DANTEO.
Adelante. — El buen soldado
Lleva jubon encarnado,
Porque lo negro desdice.
(Está Menalca embebida mirando á Be-
lar-da.)

EREUSA.
Negro.

DANTEO.
Ya dije encarnado:
Pague Menalca.

JACINTO.
Es así.

DANTEO.
¡Hola, Menalca, está aquí!
¡Hola, hola, embelesado!
¡Tírale del brazo.

PADRINO.
¡Hola!

MENALCA.
¿Qué es eso? Encarnado.

DANTEO.
¡Bien!

BELARDA.
Su penitencia le dén.

DANTEO.
Y tú la mereces sola.

MENALCA.
Pues ¡ya no dije encarnado?

DANTEO.
Anda, loco, embebecido.

MENALCA.
Alto; penitencia pido.

PADRINO.
Dénsela; que ha confesado.

DANTEO.
Yo mando que aquel laurel
Ponga á Jacinto, y que diga
Que es mas digna su fatiga
De coronarse con él.

MENALCA.
No mandes eso.

DANTEO.
Perdona

Y obedece.

MENALCA.
No es razon;
Que es un laurel de un león,
Que me puso una leona.

PADRINO.
Si ha de ser, ¿qué te detienes?

MENALCA.
Porque déel indigno soy,
Jacinto, el laurel te doy:
Corona tus dignas sienes.

JACINTO.
Prosigue el juego adelante.

MENALCA.
Caro me cuesta la fiesta;
Dura penitencia es esta.

BELARDA.
Y á tu pecado importante.

MENALCA.
¿Pecado llamas mirar?

BELARDA.
Sí, porque engendra deseo.

ERGASTO.
Prosigue el juego, Danteo;
Que es esto nunca acabar.

DANTEO.
Par diez, que él parte brioso
Con el capotillo verde,
Claro oscuro...

CORIDON.
Verde, verde.

DANTEO.
Y que el sombrero es vistoso
Con la pluma colorada...

DORISTO.
Colorada.

DANTEO.
Es alegría.

Y la blanca...

DÓRIDA.
Blanca.

DANTEO.
Es mía,
Porque lo negro me agrada.

MADRINA.
Negro.

DANTEO.
Y la cinta de oro
Es buena con la roseta.

ERGASTO.
No ha sido mala la treta.
Pague Peloro, ¡ah Peloro!

PADRINO.
¿Pues?...
Pague el señor padrino.

PADRINO.
Par diez que me descuidé,
Con los mozos que envíe
Por la harina al molino.

DANTEO.
Esa disculpa no abona.
Mando, con su parecer,
Que Ereusa, su mujer...

PADRINO.
¿Qué?

DANTEO.
Le haga una mamona.

PADRINO.
Obedezco, aunque es mi daño.

DANTEO.
¿Quién la sella?

CORIDON.
Por Dios, yo.

PADRINO.
¿Qué papirote me dió!
(Ap. ¡Oh hipeputa picaño!)

DANTEO.
Adelante. Así que, digo
Que el soldado lleva espada
Con la guarnicion dorada.

PADRINO.
¡Ofrezco al enemigo!
Dorada, sesenta veces.

DANTEO.
Y que va con tanto brio
A entrar en un desafio,
Que se admiran los jueces.
Mueve la planta gallarda
Con la caja al son gallardo
Con banda y griguesco pardo...
—¡Hola! ¿Qué digo, Belarda?
¡Aho! tenemos otro bobo.

BELARDA.
¿Llámanme á mí?

MENALCA.
¡Bueno es eso!
(Ap. ¡Cielos, he perdido el seso!)
Cogido os han con el roho.
(Ap. ¿Qué es esto? A Jacinto mira.)

BELARDA.
Digo, Señor, que perdi.

MENALCA. (Ap.)
¿Que no mirándome á mí,
Tan largo espacio se admira?

DANTEO.
Yo le doy en penitencia
Que á Jacinto, aquel pastor,
Bese la mano.

MENALCA.
¡Oh rigor
De inadvertida sentencia!

ELARDA.
¿No ves que eso no es decente?

PADRINO.
En el juego sí. Callad.

BELARDA.
Alto pues; si es libertad,
A vuestra cuenta se asiente.

JACINTO.
Toma mi rústica mano;
Baja tu cielo á mi suelo,
O mi suelo suba al cielo
De tu cielo soberano.
(En dándole la mano, se pone Amaranta el lienzo en los ojos.)
(Ap. ¡Ay Dios! No me abrasas tanto.
Hasme muerto, hasme encendido,
Pues cual ícaro atrevido,
Caigo en el mar de mi llanto.
Cuando mi cuerpo mortal
Se vuelva en ceniza poca,
Este lugar de tu boca
Quedará siempre inmortal;
Que del tiempo los agravios
No pueden hacerle guerra,
Pues no ha de volverse tierra
Lo que fué cielo en tus labios.)

MENALCA.
(Ap. ¿Qué es esto, cielo cruel?
Qué es esto, cielo inhumano?
¡Belarda besa su mano,
Y yo le doy mi laurel!
Ya no lo puedo sufrir.)
Adios, señores; que tengo
Mucho que hacer; luego vengo,
Luego. (Ap. Si vuelvo á vivir.) (Vase.)

PADRINO.
¿Por qué Menalca se va?

BELARDA.
Debe de tener qué hacer.

DANTEO.
¿Al juego no hay que volver?

DÓRIDA.
No vuelvas; que cansas ya.
Amaranta, ¿por qué lloras?

AMARANTA.
No lloro.

DÓRIDA.
Pues ¿qué es aquesto?
¿Cómo ese lienzo te has puesto
Para eclipsar mis auroras?
Pase de presto el nublado;
Salga el sol, muéstrese el día.

AMARANTA.
Ciega estoy.

DÓRIDA.
Bien quedaria,
De vuestra luz eclipsado.
¿Quién os pudo dar enojos?

AMARANTA.
Belarda, cuando pasó,
Con su ropa me cegó.

BELARDA.
Cegaran antes mis ojos.
¿Fué cuando pedi la mano?

AMARANTA.
Cuando la mano pediste.
Bien al descuido lo liciste;
Pero matóme su mano.
Y solo os puedo decir
Que del dolor es lo menos;
Que el tener mis ojos buenos
Estuvo en no la pedir.

DANTEO.
Jacinto, ¿entiendes los celos? (Ap. á él.)

BELARDA.

¡Que no hay fiesta sin azar!

DÓRIDA. (A Amaranta.)

¡Que te han venido á cegar
De pura envidia los cielos?
Que así tus ojos maltratan?
Que así tus ojos ofenden?
Prenda amor, pues ya no prenden;
Mate amor, pues ya no matan.

MADRINA.

¡Qué! Presto se pasará
Ese dolor que ja escuece.

DÓRIDA.

Y tan presto te parece
Para quien se muere ya?

(Suena grito que viene un toro; vanse
las pastoras, y juegan los pastores
con él, y derriba al padrino, que ha
de estar vestido de botarga.)

MADRINA.

¡Ay triste! ¡Y qué gran ruido!
¡Si es el toro?

CORIDON.

El mismo es.

PADRINO.

Guárdenle para después,
Si está cansado y corrido.

CORIDON.

Ya es tarde; él viene.

DÓRIDA.

Amaranta,
Huye por esa emboscada.

AMARANTA.

¡Ay pobre!

MADRINA.

¡Ay triste!

DÓRIDA.

¡Ay cultada!
Vaya en tus piés Atalanta.
(Sale el toro.)

CORIDON.

Avive, señor Peloro.

PADRINO.

¡Ah hosquillo! vénte á mí.

ERGASTO.

Venga acá, súbbase aquí.

PADRINO.

Vénte á mí, torejo, toro.

CORIDON.

Mas que coge al viejecito?

ERGASTO.

Ya le cogió.

PADRINO.

¡Que me muero!

¡Ay, que me rompe el braguero!
No me le rompas, torito.

ACTO SEGUNDO.

Salen MENALCA y CORIDON.

CORIDON.

Por eso, Menalca, solo
Te fatigas y entristesces,
Si tú solo en nuestro polo
Tan divino resplandeces
Como en los suyos Apolo?
Un villano te maltrata?
Un pastorcillo te mata?
¡Celos las prendas te dan,
Cuya vida te darán
Por lo que pesa de plata?
Cobra el amor que te quita

Del temor que te acobarda:

¡Es bien que se le permita
Tal liviandad á Belarda,
Si á Jacinto solicita?
Yo sé que por él padece;
Yo sé bien que te aborrece.

MENALCA.

Calla en mal hora, pastor;
Que la enfermedad de amor
Con el desengaño crece.
Yo vengo desengañado
Desde aquel maldito juego,
Donde jugué de picado
Tanto resto de mi fuego,
Que estoy, de perdido, helado.
Quiso amor que me picase
Y mis prendas empeñase;
Comencé por mi laurel...

—¡Mal fuego se prenda en él,

Que las entrañas le abraze!

Su frente fingida y doble

Coroné del ramo noble

Que fué digno de la mia,

La que apenas merecía

Enebro, acebuche ó roble.

¡Ay triste! Que el seso pierdo

Cuando de aquel sueño vano

Para la muerte recuerdo,

Y cuando de aquella mano,

De aquella mano me acuerdo.

Por la mano le gané,

Pues que primero la amé;

Mas ¡triste! ¿qué me sirvió?

Que la mano me ganó

Borrando el punto á mi fe.

Viste que le dió la mano,

Y que ella le dió su boca?

Luego, según esto, es llano

Que él ganó el bien que le toca,

Y que yo la adoro en vano.

¡Oh condicion de mujer,

Tan enseñada á jugar!

Fortuna te has de llamar,

Pues gana el que ha de perder,

Y pierde el que ha de ganar.

¡Ay Dios! ¿Qué mal te aconsejas,

Si ya de mí bien te alejas,

Olvidada de mis obras!

No ves el dueño que cobras

Por el esclavo que dejas?

CORIDON.

Calla, mayoral. ¿Qué es esto?

¡Ansí desmayar te agrada?

Venganza, venganza presto.

MENALCA.

A mi pasión obstinada

Cualquier consejo es molesto.

CORIDON.

Pues ¿cómo tendrás paciencia

Para ver en tu presencia

Que un hombre tan desigual

Trate tus cosas tan mal

Como si fuera en ausencia?

¿Qué aguardas desta liviana,

Movida de un loco antojo?

Si sufres de buena gana

Que hoy te haga aqueste enojo,

¿Qué esperas que hará mañana?

Si hoy inadvertida y loca

Con su hermosa boca toca

La mano de aquel villano,

Mañana hará que su mano

O su pié pise su boca.

Mira que pierdes honor

Consintiendo tal baja.

MENALCA.

Aquel tiene mucho amor

Que no sale de nobleza

Cuando le tiente el rigor.

Si á Jacinto doy la muerte,

¡Qué negocio desta suerte,
Pues lo que adora le quito?

CORIDON.

Considerar te permito;
Mas no con rigor tan fuerte.
Mira, por cien cosas puedes
Animarte á esta hazaña
Para que contento quedes;
Y si atención me concedes,
Verás que el amor te engaña.
Muerto Jacinto, es muy cierto
Que ha de ser aborrecido,
Porque si un vivo está incierto
De que es presente querido,
¿Qué puede esperar un muerto?

MENALCA.

Verdad; mas el sentimiento
Dura mucho.

CORIDON.

Ni un momento;

Que el bien que se pierde junto
Solo dura hasta aquel punto

Que es cierto su perdimiento.

Y esto es fácil de entender,

Mirando el fácil sugeto

Del pecho de una mujer,

Que es pocas veces perfecto,

Y nunca en el buen querer.

Y fuera desto, es mejor

Para que entienda tu amor;

Pues si á matarle te animas,

Verá lo mucho que estimas

Sus desden y tu favor.

Y al fin no puedes dejar

De matarle en tiempo alguno;

Y haste, para acabar,

Que no ha de gozar ninguno

Lo que no puedes gozar.

MENALCA.

Basta. No sé, te prometo,

Qué furia, si no es Aleto,

Se me reviste en el pecho.

Yo estoy de tí satisfecho;

Solo te encargo el secreto.

Aqui te puedes quedar;

Que hoy le tengo de acabar.

Hoy no se ha de ver con vida:

Tanto puede la homicida

Que me ha enseñado á matar.

Voy á buscar ocasion

Para ejecutar mi intento. (Vase.)

CORIDON.

Sus alas te ponga el viento

A los piés, y al corazón

Su fuego el cuarto elemento.

Ya desde hoy mas en el mio

Salga el fuego al hielo frío

Que en lágrimas se resuelve,

Pues hoy tan aprisa vuelve

Atrás su corriente el río.

Fortuna, hoy vuelves atrás,

Pues en la mano me das

El bien que mi alma quiere;

Si aqueste Jacinto muere

No puedo pedirte mas.

Que si Menalca le mata,

Mientras el perdon se trata,

Por fuerza se ha de ausentar;

Y yo me vengo á quedar

Solo con aquesta ingrata.

Sale ERGASTO.

ERGASTO.

Fatigado me ha la cuesta;

Pero ya he llegado al valle:

Plega á Júpiter que halle

De todo buena respuesta.—

¿Es Coridon? Es sin duda.

CORIDON.
¡Oh Ergasto! Seas bien venido.
¿Dónde?...

ERGASTO.
Donde me ha traído
Aquel que todo lo muda.

CORIDON.
¿Por qué has dejado tu aldea?
¿Cómo quedan los casados?

ERGASTO.
¡Ah Coridon! Mal logrados :.
No hay bien que seguro sea.
Ya sabes cómo Doristo
Llevó a vivir a su hacienda
Su esposa, su amada prenda.

CORIDON.
Toda la mudanza he visto,
Y supe cómo te fuiste
Con el padre de Amaranta.

ERGASTO.
Oye; que desdicha tanta
Jamás de tus ojos viste.
Murió el pastor de improviso.

CORIDON.
¿Doristo es muerto?

ERGASTO.
Sí, muerto.

CORIDON.
¿Es cierto, Ergasto?

ERGASTO.
Muy cierto.

Llegó su punto preciso.

CORIDON.
Voyme, Ergasto.

ERGASTO.
¿Adónde vas?

CORIDON.

Allá lo voy a decir.

ERGASTO.

Albricias podrás pedir
De las nuevas que les das.
¿Quién se huelga de su muerte?

CORIDON.

Me te importa; queda adios. (Vase.)

ERGASTO.

¿Quién os las pidiera a vos,
Si se trocara la suerte?
Algun pretendiente amigo
Bahrá que albricias le dé.
¡Oh falsa, fingida fe,
Brama de eterno castigo!
Con razon llamo fingida
El alma de engaños llena,
Que pone en la muerte ajena
La esperanza de su vida.

Salen BELARDA y JACINTO.

BELARDA.

¿Que tan de veras me quieres?

JACINTO.

Que tan de veras te quiero,
Que en ti vivo y por ti muero.

BELARDA.

¿Que por mí vives y mueres?
Pues yo... Mas oye; que veo
Genie.

JACINTO.

¡Hola, Ergasto!

ERGASTO.

¿Quién es?
Mirádeos el cielo, y después
Remedie vuestro deseo,

Aunque mejor acabado
Que el de Doristo.

JACINTO.

¿Mejor?
Nunca me ponga el amor
En mas venturoso estado
Con las prendas que mas quiero.

ERGASTO.

Mejor tengais la ventura,
Pues que ya en la sepultura
Reposa.

BELARDA.

¿De qué manera?

ERGASTO.

Murió Doristo otro día
De su boda desdichada.

BELARDA.

¿Es burla?

ERGASTO.

Fuera pesada.
Murió en la presencia mia.
En estos brazos pagó
Lo que a la muerte se debe.

JACINTO.

¿De qué enfermedad tan breve?

ERGASTO.

De un desmayo que le dió.

BELARDA.

Brava desgracia por cierto,
Que me llega al corazón!

ERGASTO.

El mío con mas razon
Tiene rasgado y abierto;
Que amaba a mi mayoral.

JACINTO.

De suspenso, apenas puedo
Decir que sin alma quedo,
Con el temor de su mal.
¿Siéntelo mucho Amaranta?

BELARDA.

¿Impórtate el sentimiento?

JACINTO.

Será justo su tormento,
Pues es su desdicha tanta.

ERGASTO.

No lo siente como debe,
Porque casó a su disgusto;
Pero hace lo que es justo
Y lo que a su honra debe.
De su pena soy testigo.

JACINTO.

Siempre se debe a la muerte
El llanto de cualquier suerte,
Aunque muera un enemigo;
Porque allí nos acordamos
Que nos falta aquella pena,
Y llorando por la ajena,
Por nuestra muerte lloramos.

BELARDA.

Bien sabes disimular. —
Dime, Ergasto, ¿qué ha de hacer
La viuda?

ERGASTO.

Quiere volver,
Belarda, a nuestro lugar;
Que no quiere estar allí
Donde su esposo murió;
Y a la casa que dejó
Me envía su padre a mí,
Porque ya con ella viene,
Y quiere que la prevenga.
Voyme pues, antes que venga,
A ver el orden que tiene;
Que habrá menester miralla.

JACINTO.

Vé con Dios.

ERGASTO.

Con los dos quede. (Vase.)

JACINTO.

Por Dios, Belarda, que puede
Con su marido enterralla.
¿Qué piensa el padre hacer della?

BELARDA.

¿Que la entierre?

JACINTO.

Ansí lo digo.

BELARDA.

No; mas casarla contigo,
Para enterrarte con ella.

JACINTO.

Antes en tierra extranjera
Tenga incierta sepultura,
Y a manos de mi locura
En vuestra desgracia muera,
Sin que aun en tiempos después
Mi cuerpo entierre la tierra
Que tanta ventura encierra,
Pisándola vuestros pies. —
¿Estáis burlando conmigo,
O merezco vuestros celos?

BELARDA.

Saben, Jacinto, los cielos
Si estoy burlando contigo.
¡Oh traidor! ¿Piensas que ignoro
Que has adorado a Amaranta
Con fe tan injusta y tanta
Como yo la tuya adoro,
Y que por verla casada
Veniste a querermé a mí,
Para que tu alma ansi
Se entretuviese engañada?
Bien a costa de mi fama
Diré que de tí lo he sido:
¿Tan buena te he parecido
Para falta de tu dama?
Eres hombre, haces tu oficio;
Y el bien que perdiste allí,
Quisieras ganallo en mí;
Que es su ordinario ejercicio.
Al fin me engañaste, injusto;
Que eres tan diestro en el arte,
Que me has obligado a amarte
Mas de lo que fuera justo.
Cantabas como sirena,
Y estabas deshecho en llanto;
¿Cómo, si penabas tanto,
Disimulabas tu pena?
A fe que finges muy bien;
Que grande amor me has mostrado;
Mas estabas enseñado:
Pocas gracias se te dén.
Anda, burlate de mí,
Vete y cástate con ella;
Que para vengarme della,
Basta conocerte a tí.

JACINTO.

¿Adónde vas? Ten la planta.
¿Qué resolucion es esta?

BELARDA.

Anda, vé por la respuesta
A tu mujer Amaranta.
¿Quieres que a voces me queje?
Déjame.

JACINTO.

No he de dejarte;
Que ni la muerte no es parte
Para que el alma te deje.
¡Ah gloria mia!

BELARDA.

¿Qué dices?
¡Yo gloria tuya!

JACINTO.
Y mi pena.
BELARDA.
No mas; fingida sirena;
Advierte que te desdices.
Vuelve á tu centro, camina.

JACINTO.
Pues ¿cómo, si tú te vas?

BELARDA.
¿Piensas acaso que estás
Con tu Amaranta divina?
¡Oh falso! Dios te haga mal.
Déjame; que te aborrezco.

JACINTO.
¿Es posible que merezco
Que puedas decirme tal?

BELARDA.
Mira, imagina en el viento
Los animales mas graves,
Y dentro en el mar las aves,
Y helado el cuarto elemento,
Primero que verme un punto
Asistirá á tu presencia.

JACINTO.
Ese que tenga de ausencia,
Basta á dejarme difunto.
Tuyo soy, muero por tí.
¿Dónde vas, señora mía?

BELARDA.
No me voy; que no podria,
Cruel, si te llevo en mí.
¿Posible es que has de dejarme?
¿Posible es que has de casarte?
¿Posible es que has de trocarlo?
¿Posible es que has de olvidarme?
Jacinto, vesme á tus piés.
Mátame, será mejor;
No aguardes, falso traidor,
Que yo me mate después.
¿Por qué quieres que te vea
De ajeno dueño en los brazos?

JACINTO.
Antes los haga pedazos
Quien la muerte me desea.
Alza, Señora, del suelo,
Y no des causa á la tierra
Que mueva á Júpiter guerra
Viendo tan humilde al cielo.
Si es verdad que pude amar,
Aunque no te lo confieso,
Como no fué amor de peso,
Púdolo el viento llevar.
Era de un árbol mi amor;
Amaranta para sí
Cortó una imagen de mí,
Tosca y de poco primor.
Llegué á tu mano divina,
Y artifice sin igual,
Perficiones de metal,
En mi labor peregrina.
Sola te adoro, Belarda;
La mano en prendas te doy
Para ser tuyo.

BELARDA.
Yo soy...
—Gente viene: un poco aguarda.

Salen GLICERIO y AMARANTA, y un
CRIADO suyo.

GLICERIO.
Alabo mucho que de aquesta suerte
Lleves con discrecion, hija Amaranta,
De tu marido la temprana muerte.
Aqui podrás, pues tu desdicha es tanta,
Pasar mejor la pena que te aguarda,
De verle sin sazon cortada planta.

AMARANTA.
Para todo me aflige y me acobarda
Mi enemiga fortuna; en todo muero.

JACINTO. (Ap. á Belarda.)
Salgámosle al encuentro, mi Belarda.

BELARDA.
Mejor es que te escondas; que no quiero
Que aqui nos hallen juntos.

JACINTO.
Pues tú llega;
Que yo me escondo.

BELARDA.
Escóndete primero.
(Escóndese Jacinto.)

Puesto, Glicerio, que el dolor me niega
Poderte dar el pésame debido,
El alma diga lo que al alma llega.
Seas después de aquesto bien venido
Con mi pastora mal lograda.

AMARANTA.
Oh amiga!
¿Cuánto mejor no verte hubiera sido!

GLICERIO.
¡Oh Belarda gentil! siempre bendiga
Tus verdes años el piadoso cielo.

BELARDA.
Y en parte alivie tu mortal fatiga.

GLICERIO.
De su parte me viene tu consuelo.
Huélgome que mi hija te haya visto;
Que no tiene sin tí prenda en el suelo.
Ya tú sabes la muerte de Doristo;
Pero porque mi hija te la cuente,
Y yo tan mal sus lágrimas resisto,
A ver me voy en tanto si mi gente
Mi casa me adereza.

BELARDA.
Vé en buen hora.

Siéntate aquí.
(Vase Glicerio.)

AMARANTA.
No mandes que me asiente.

BELARDA.
Sí, por tu vida.
JACINTO. (Ap. escondido.)

Oh sabia engañadora!
De qué manera quiere verle el alma,
Por ver si está en la suya la que adora!
Nueva imaginacion me pone en calma.
Juntos agora están mis dos sujetos:
¿A cuál de entrambos le daré la palma?
Mas, ¿quién podrá juzgarlos mas perfetos
Que yo, en mi propio pecho conociendo
La causa que es mejor, por los efetos,
Pues el que amaba estoy aborreciendo,
Y adoro aquel que cuando á mi memoria
Llegó, aunque tarde, me dejó muriendo?
Luego, del vencedor es la vitoria.
(Entre tanto que Jacinto está diciendo
esto, están hablando solas quedo.)

BELARDA.
¿Que desa suerte murió?

AMARANTA.
Murió, amiga, desta suerte.

BELARDA.
Tan poco sientes su muerte,
Que harto mas la siento yo,
Pues á llorar me provocho,
Y tú estás de pasatiempo.

AMARANTA.
Conocile poco tiempo,
Y así el sentimiento es poco.
Igualo al tiempo el dolor,
Y esto no es de pecho ingrato;
Que á nosotras solo el trato
Nos obliga á mucho amor.

BELARDA.
También queremos sin él;
Mas no es esa la ocasion;
Que tenemos condicion
Mas piadosa que cruel.
Y si tú, amiga, no amaras,
Como sospecho, otro dueño,
No como burlas de sueño
Su muerte crucl pasaras.
Di la verdad: ¿quieres bien?

AMARANTA.
La verdad te he de decir.
Quiero bien hasta morir.

BELARDA.
Pues confiesas, dime á quién.

AMARANTA.
¿A quién, preguntas? No sé,
Belarda, si te lo diga.
Pero al fin eres mi amiga.
A Jacinto di mi fe.

BELARDA. (Ap.)
¿Ay desdichada de mí!

AMARANTA.
¿Qué tienes?

BELARDA.
Oh mi pastora!
He echado menos agora
Una prenda que perdí.
Mas di adelante tu cuento,
Y dime: ¿querida fuiste?

AMARANTA.
Fuílo un tiempo; mas ¡ay triste!
Que su fe se llevó el viento.

BELARDA.
Ya la prenda pareció.

AMARANTA.
¿Qué era, Belarda?

BELARDA.
Este anillo.
De hallarle me maravillo,
Y entre las dos se perdió.

JACINTO. (Ap.)
No ha estado malo el engaño.

BELARDA.
Al fin, ¿qué piensas hacer?

AMARANTA.
Porfiar siempre hasta ver
Del todo mi desengaño.

JACINTO. (Ap.)
¿Mas que se pierde otra prenda?

BELARDA.
Y aun querrás con él casarte.

AMARANTA.
Solo eso es, Belarda, parte
A que yo deje mi hacienda.
Y si la verdad te digo,
Vengo á tratarlo con él.

BELARDA.
¿Ay qué dolor tan cruel!
Yo muero; tenme contigo.

AMARANTA.
¿Ay Dios! ¿Qué nueva ocasion?...
¿Qué color tan amarillo!

JACINTO. (Ap.)
¿Mas que tengo yo el anillo
Del dedo del corazon?

AMARANTA.
Triste! ¿Qué tengo de hacer?

JACINTO.
(Ap. Ahora bien, quiero llegar;
Que no sufre el alma estar
Adonde la pueda ver.)

¿Qué es esto, pastora hermosa?
¿Soy yo menester también?

AMARANTA.

¡Oh mi Jacinto! Oh mi bien!

JACINTO.

(Ap. No me faltaba otra cosa.)
Dejemos eso, y tratemos
de saber desta pastora...

AMARANTA.

¿Que ven mis ojos agora
Día en que libres nos vemos?

JACINTO.

¡No te digo que me digas
Qué mal es este que veo?

AMARANTA.

Ya te digo mi deseo,
Que es el mal de mis fatigas.
¡Traidor! ¿así me recibes?

JACINTO.

¡Hola Belarda! ¡Ah, mi gloria!
¡Digo, digo! ¿Sin memoria?

AMARANTA.

Tarde, cruel, te apercibes.
Declarada es tu pasión,
Y mi muerte declarada.

JACINTO.

Estarás desengañada
Que los sueños sueño son.
¿Cómo le daré remedio?

AMARANTA.

Parte á esa fuente, traidor,
Por agua.

JACINTO.

Busca mejor
O mas conveniente medio.

AMARANTA.

¿Agua no podrás traella?

JACINTO.

Deso de traer no trates.
Porque en tanto no la mates,
Tiembo de apartarme della.

AMARANTA.

¿Tal maldad decir osaste?

JACINTO.

Agua no la he de traer;
Si con agua ha de volver,
Yo lloraré la que baste.
Amque tú le has dado enojos,
Veré en aquesta ocasion
Si se cura el corazon
Con lágrimas de los ojos.

AMARANTA.

¿Cómo, estando yo delante,
Pasa tan grande maldad?
¿Cuál hombre trata verdad?
¿Cuál es verdadero amante?
¿Qué ejemplo de ingratitud
Como este ha visto mujer?
Aprended á bien querer;
Que os importa la salud.

JACINTO.

¡Ah mi señora, ah mi prenda,
Ah mi dulce bien! recuerda.

AMARANTA.

(Ap. El seso quiere que pierda,
Y que la venganza emprenda.)
¡Ah falso!

BEARDA.

Gran mal me dió.
Certe que he estado sin mí.

AMARANTA.

¿Aun alguno que está aquí.

JACINTO.

Eso, sin falta, soy yo,

Que me precio de adoraros.

BEARDA.

¡Oh Jacinto! ¿Aquí estuviste?

JACINTO.

Y tal, que mi llanto triste
Fué parte á resucitaros.

BEARDA.

Dios te lo pague.

JACINTO.

¿Dó vas?

BEARDA.

A mi casa; que voy muerta.

JACINTO.

Iré contigo.

BEARDA.

Estoy cierta
Que mejor te quedarás.
Excusemos cumplimientos.

JACINTO.

Iré, sin falta, contigo.

BEARDA.

No irás, si puedo, conmigo.

JACINTO.

Aunque vayas por los vientos.
Belarda, ¿que huyes de mí?
(Vanse los dos.)

AMARANTA.

¿Hay mal que como este sea?

Hay piedra que sufra y vea

Tanto mal como yo vi?

¿Ay desdichada! ¿qué haré?

Celos y rabia mortal,

¿Daré voces con mi mal,

O con mi mal callaré?

¿Ay fe de viento, en arena

Firmada, y con agua escrita!

¿Pecho que el alma me quita,
Por dar lugar á la ajena!

Sale ERGASTO.

AMARANTA.

¿Adónde vas?

ERGASTO.

Por tí vengo.

AMARANTA.

¿Adónde vas? Di, traidor.

ERGASTO.

¡Yo traidor!

AMARANTA.

Téngote amor:

¿Que te vas porque te tengo?

ERGASTO. (Ap.)

¿Qué extremos hace de loca!

¿Qué diablo tiene?

AMARANTA.

¿Oh qué bien!

¿Acá vienes tú también?

Pues mira, calla la boca,

Y no digas que me voy,

A mi padre, cuando venga.

ERGASTO.

Tendréte... El diablo le tenga.

AMARANTA.

¿Sabes quién soy?

ERGASTO.

¿Quién?

AMARANTA.

Soy el elemento quinto:

Por eso á mi padre di

Que hasta los cielos me fui

A casarme con Jacinto.

(Vase.)

ERGASTO.

¡Oh, pesa á quien me vistió!
Por aquí han andado celos;
Que deben de ser los pelos
Del perro que la mordió.
Ella va tras sus cuidados,
Y detenella quisiera;
Pero temi que me diera
Cuatro palos muy bien dados.
Bien estuviera casada
Con Jacinto; aunque no es tarde.

Salen GLICERIO y FELICIO, padre
de Jacinto.

FELICIO.

Venid, ansí Dios os guarde,
Glicerio, á nuestra posada;
Que para todos habrá.

GLICERIO.

Téngolo á gran beneficio.
A la mia iré, Felicio,
Que desocupada está. —
¿Qué haces tú solo aquí?
¿Dónde está Amaranta? ¿Dónde?
¿Por qué te encoges? Responde

ERGASTO.

Agora se fué... ¿Ay de mí!
Que no sé cómo te diga
De la manera que fué.

GLICERIO.

¿Cómo que se fué?

ERGASTO.

No sé...

Tanto el dolor me fatiga...
—Que hay grande mal encubierto;
Y si licencia me das,
El principio y fin sabrás.

GLICERIO.

Dilo; que me tienes muerto.

ERGASTO.

Eriéronse en este valle
Amaranta con Jacinto,
Vuestros hijos regalados,
Desde pequenuelos niños.
Fué el amor con la ignorancia
Mezclando su fuego vivo;
Quisieronse largo tiempo
De amor casto y primitivo.
Casó Glicerio á Amaranta,
Como sabeis, con Doristo,
Tan á su disgusto della,
Que aun muerto piensa que es vivo.
Agora, que libre está,
Debe de amar á Jacinto,
Y sospecho que de celos
Lleva perdido el juicio;
Porque va dando mil voces
Por esos ásperos riscos.
Poned, Señor, el remedio,
Que está en manos de Felicio:
Sosegaréis su furor
Si se le dais por marido;
Que es mujer y tiene celos,
Y hará cualquier desatino.

GLICERIO.

¿Oh cielos poderosos! ¿qué es aquesto?
¿Tan gran castigo me tenéis guardado?
¿Oh mala hija! Adios, señor Felicio;
Que me parto á buscarla, y os prometo
De no volver sin su cabeza infame.

FELICIO.

Tenéos. ¿Adónde vais? Paso, Glicerio;
Que siendo ese traidor el instrumento,
Me importa refrenaros, como padre,
Cuando no me bastara el ser amigo.
No veis que vos también habeis pasado
Por esta edad, y que pasamos todos?

¿De qué os maravillais? Mejor sería
Poner al caso el conveniente medio,
Que no aguardar á publicar el caso.

GLICERIO.

¿Qué remedio quereis? ¡Oh viejo triste!
¡Oh mala hija, afrenta de mis canas!

FELICIO.

Dejadme vos coger el rapacito;
Que yo le haré que pueda ser ejemplo.
No mas. Vamos, Glicerio, á lo que im-
[porta.]

GLICERIO.

¿Qué me pueda importar sino casallos?

FELICIO.

Pues ¿para qué teneis la boca llena?
¿Quisierades que yo me convidara?
Porque tan rico sois y yo tan pobre...

GLICERIO.

No, amigo; que conozco la nobleza
Y el valor dese pecho. Al fin te pido
Me des tu hijo.

FELICIO.

Yo te lo concedo;
Y á fe que has de llevarle castigado.

GLICERIO.

Pues vámosle á buscar.

FELICIO.

Vamos, y Ergasto
Se quede por aquí, por si vinieren.
(Vanse.)

ERGASTO.

Buena va la vejez con tanta flemma
Tras la sangre colérica encendida.
Que corre ardiendo por los verdes años!
De ayer viuda, tratan de casarla.
Pero querrán tratarlo solamente.
Quiero disimular; que viene gente.

Sale MENALCA y CORIDON.

CORIDON.

¿Que no te ha sido posible
Hallar, Menalca, ocasion?

MENALCA.

Tales mis desdichas son,
Y su remedio imposible.
Mas dame tú que le vea
En parte un poco segura,
Que no ha de haber desventura
Que como la suya sea.
Aunque ver muerto á Doristo
Me ha dado claro á entender
Que á Amaranta ha de volver.

CORIDON.

Poco de su pecho has visto;
Que la tiene aborrecida.

MENALCA.

¡Ah buen Ergasto! ¿aquí estabas?

ERGASTO.

¡Oh Menalca!

MENALCA.

¿Qué buscabas?

ERGASTO.

Una celosa perdida,
Que se va tras sus antojos.

MENALCA.

¿Es Amaranta?

ERGASTO.

Ella es,
Que lleva en ajenos pies
La misma luz de sus ojos.

MENALCA.

¿A quién sigue?

ERGASTO.

A quien la deja
CORIDON.

¿Quién es?

ERGASTO.

Jacinto.

CORIDON. (A Menalca.)

¿No entiendes

Lo que dice?

MENALCA.

Su fe ofendes;
Antes Jacinto se queja,
O á lo menos se quejó,
De que se hubiese casado.

ERGASTO.

Vives, Menalca, engañado;
Puedo asegurarte yo
Que en este punto Felicio
Y Glicerio pretendian
Casarlos, porque temian
Que ella perdiese el juicio.

CORIDON.

En nuevo engaño te fundas.
Apenas Doristo es muerto,
¿Cuando ya tienes por cierto
Que tratan bodas segundas!

ERGASTO.

Esto es, sin falta: yo voy
Con nuevas de la vitoria.

(Vase.)

MENALCA.

Vé con Dios. — Ya trueca en gloria
Amor la pena en que estoy. —
Coridon, ¿qué dices desto?

CORIDON.

Que tu celoso tormento
Asegura el casamiento
Entre los viejos propuesto.
Casado Jacinto, quedas
En la antigua posesion.

MENALCA.

Haz cuenta en esa ocasion
Que toda mi hacienda heredas,
Coridon. Si me confiesas
Que son ciertas estas bodas,
Pazcan tus ovejas todas
La yerba de mis dehesas.
Colma de mis limpias eras
Tus troyes del rojo trigo,
Y tenme por tan amigo,
Que para todo me quieras.
Toma, toma á manos llenas
El fruto de mis ganados,
La fruta de mis cercados
Y la miel de mil colmenas;
Que á mí Belarda me sobra.

CORIDON. (Ap.)

Y á mí mejor que tu hacienda,
Porque es del alma una prenda
Que por ninguna se cobra.
¿Qué poco amor te enloquece!
Porque el enfermo amador
Conoce el ajeno amor
Por el mismo que padece.

Sale JACINTO huyendo, y FELICIO tras
él con un cayado.

FELICIO.

¿Ansí, traidor, infamia de los hombres,
Tal libertad me respondéis tan presto?

JACINTO.

Padre y señor...

FELICIO.

No quiero que me nombres.
MENALCA.

Paso, señor Felicio. ¿Qué es aquesto?
¿Con vuestro hijo tan injusto enojo!

FELICIO.

¿Injusto le llamais? Santo y honesto.
¿Pensais que porque tengo solo un ojo,
Que no sabré sacarle, si me ofende?

JACINTO.

Y yo tambien, si con razon me enojo.

FELICIO.

¿Es posible que el mundo te defiende?
¿Que te consiente el cielo?

MENALCA.

Poco á poco.

¿Quereis herille?

JACINTO.

Y aun matarme entiende.

CORIDON.

¿Por qué le maltratais?

FELICIO.

Porque es un loco,
Desvanecido, inobediente, y tiene
Mi mandamiento paternal en poco.
Sabe el falso traidor que me conviene
Casalle á mi contento, y descansado
Ver que la muerte á mis espaldas viene;
Y con saber que estaba lastimado
Por la propia mujer que quiero dalle,
Que fué de aquel Doristo mal logrado,
Responde que no tiene aqueste valle
Pastora que aborrezca en tanto extremo,
Y pone falta en su gallardo tallo.

JACINTO.

Gallardo dice... Respondelle temo;
Que yo le hiciera conocer su engaño.

FELICIO.

Calla, intratable bárbaro, blasfemo;
Que yo te hiciera conocer tu daño,
A no valerte la acogida tanto.

MENALCA.

Por Dios, Jacinto, que te juzgo extraño,
Y que de tu propósito me espanto;
Que si por tu Amaranta tantas veces
Movió las selvas tu piadoso llanto,
No sé por qué razones la aborreces,
Cuando á tus esperanzas el efeto
Mas deseado con el alma ofresces.
Juzguéte siempre por pastor discreto,
Y pues lo eres, dime, ¿en qué te fundas?

JACINTO.

En otras esperanzas, te prometo.

MENALCA.

Pues cuando con razones me confundas,
Confesaré tu ingenio y mi ignorancia.

JACINTO.

Muchas dijera; pero son profundas.
No quiero presumir con arrogancia
De argumentar contigo; mas advierte
Lo que es en mis negocios de importan-
cia.

Puede llamarse con razon la muerte
Mas fiera suerte que la vida larga
Del que en casarse tuvo mala suerte?
¿Iguala del infierno pena amarga,
Ni de los varios elementos guerra,
Del mal casado á la penosa carga?
Si no lo niegas, mira; cuánto yerra
Quien me quiere casar con mi enemiga!

CORIDON.

¡Ved las mudanzas que el amor encierra!
Agora para siempre, agora digo
Que es mudable el humanopensamiento.

MENALCA.

De que la has adorado soy testigo.

FELICIO.

Pues mira, con solene juramento,
Por la sagrada Juno, te prometo
Que si en aquesto no me das contento,
Que no has de estar en público ó secreto
Un punto mas en nuestro valle; mira
Que á tal estado te verás sujeto.

JACINTO.

Pasaránse las furias de tu ira,
Y tú verás que no es razon casarme,
Y que lo que te dicen es mentira;

Verás que no es razón acompañarme,
Siendo tan pobre, con quien no es muy

MENALCA.

(Ap. Ahora será bien aventurarme.)
Jacinto, si eso temes, hoy te aplica
Justo remedio tu fortuna diestra.

FELICIO.

Espántome de ver que no replica.
De qué manera la ventura nuestra
Se puede mejorar?

MENALCA.

Escucha, advierte,
Verás de mi nobleza alguna muestra.
Condolido de ver la pobre suerte
Desta pastora triste y mal lograda,
Y de vuestra amistad el nudo fuerte,
Yo te daré una cédula firmada
De darte mil cabezas de ganado
El día que contigo esté casada.

FELICIO.

Pastor, el mas gallardo que el dorado
Rio divino que sus campos riega
Tuvo jamás en su ribera ó prado,
Aquesos piés, aquesos piés me entrega,
Besárelos mil veces.

MENALCA.

Padre, tente:

FELICIO.

Hijo, llega tambien, conmigo llega.

JACINTO.

Yo quedaré, Menalca, eternamente
Agradecido á tu valor divino;
Mas ya mi desventura no consiente
Que vuelva atrás del áspero camino,
Por quien amor me lleva á dar el alma
A quien hacer mi dueño determino.
Primero se verá del cielo en calma
El movimiento, y que el humilde olivo
Venza en altura á la ensalzada palma,
Que yo me muestre desleal y esquivo
A las obligaciones infinitas [vivo].
Que debo á aquella por quien muero y
Posible puede ser, estando escritas
En medio de la frente, no se lean?

FELICIO.

Traidor, traidor! tu muerte solicitas.
Yo pienso hacer que hoy borradas sean
Con sangre tuya. Aguarda, aguarda,
[aguarda.]

JACINTO.

Nunca tus ojos tal venganza vean.
(Vanse los dos.)

CORIDON.

El ánimo suspenso me acobarda,
Menalca, la extrañeza del suceso.
¡Mira si es adorado de Belarda!

MENALCA.

Calla; que estoy para perder el seso;
Y así en este punto determino
Hacer un loco y temerario exceso.
Que no me hiciera mi cruel destino
De tan humildes padres, que igualara
Desta Belarda el casamiento indino!
Sospecho que con ella me casara...
Y aun sin sospecho casaré con ella.

CORIDON.

¿Barias?

MENALCA:

¡Pluguiera á Dios que me burlara!

CORIDON.

¿Así tan fácilmente se atropella
Tanta nobleza?

MENALCA.

Todo se le debe
A la excelencia de una cosa bella.
La amor un océano que bebe
Todos los ríos sin guardar decoro!

Tanto las almas á su fuerza mueve.
Los azadones y los cetros de oro
Junta, como la muerte, en una liga;
Condena el libre pecho á eterno lloro,
Y aun á vivir en cuerpo ajeno obliga.

Sale AMARANTA.

AMARANTA.

(Para sí. Ya de su guerra mortal
Mis celos en paz estén,
Pues con las nuevas del bien
Se va templando mi mal.)
Pastores, ¡habeis por dicha
Visto á Glicerio?

MENALCA.

¡Oh pastora,

A quien la fortuna ahora
Puso en la mayor desdicha!
Hemos por lo menos visto
Aquel tu ingrato pastor,
Por quien te fuera mejor
Que te viviera Doristo.
Ya tú sabrás el concierto
De tus padres.

AMARANTA.

Bien lo sé.

MENALCA.

Mas no sabrás de su fe
Que está por Belarda muerto.

Aquí su padre trataba
Su casamiento con él;
Yo por mí, por tí y por él,
De mi hacienda te dotaba;
Mas el traidor, que tan solo
El bien de Belarda precia,
Mejores prendas desprecia
Que si fuera el dios Apolo.
El padre corre tras él,
Pensando dalle la muerte:
Esta es tu suerte y mi suerte,
Mas que hasta ahora cruel.
Sabes que á Belarda adoro,
Y temo, si él te dejase,
Que con Belarda se case,
Causa de mi eterno lloro.
Mira en qué punto me tiene
La fortuna que me sigue!

AMARANTA.

¿Tanto el cielo me persigue?
¿Cuál Dios á matarme viene?
¡Pobre de mí! ¿Qué he de hacer
Sin mi adorado enemigo?
¿Que tan mal está conmigo?

CORIDON.

Tú lo podrás conocer.
Mas cuando adelante pase,
Cree, si el traidor te deja,
Que no será con la queja
De que con otra se case,
O con Belarda á lo menos;
Que yo le haré mil pedazos
Y en sus brazos estos brazos
Vendrán de su sangre llenos.
Yo daré fin á su suerte.

AMARANTA.

Detente, no hagas tal;
Que no le quiero tan mal,
Que le desee la muerte.
Mas podeis amenazalle
Con lo que dijere yo,
Y á lo que nunca pensó
Con esta industria obligalle.
Mas temo que me falseis.

MENALCA.

La vida falte primero.
¿Qué dudas?

AMARANTA:

Deciros quiero
El remedio que teneis,

Y lo que el mio ha de ser:
Veréis en mi industria tal
Lo que es agudo en el mal
El ingenio de mujer.
Sabréis, y sabe todo aqueste valle,
Que fui querida del traidor Jacinto,
De quien ahora soy aborrecida,
Con el extremo que de Clicia Apolo.
Casáronme mis padres con Doristo,
Para mi muerte y á disgusto suyo.
En el segundo día de mis bodas,
Sabeis que de improviso quedé muerto,
Cosa que ha sido murmurada tanto.
Podeis los dos jurar que este Jacinto
Comunicaba con los dos mil veces
Darle un veneno por casar conmigo;
Y yo de la traición daré querella.
Pues como todos saben que me amaba,
Y ven mi esposo de improviso muerto,
¿Quién duda que no den crédito al caso,
Y preso le sentencien á la muerte?
Podré yo entonces, con piedad fingida,
Comoqueaquello me ha inspirado el cie-
Decir que le perdono, si me ofrece [lo,
Que por el muerto me dará su vida,
Casándose conmigo, y esto antes
Que de la cárcel libremente salga.

MENALCA.

¿Qué dices desto, Coridon?

CORIDON.

¿Qué digo?

Que Dios me libre de mujer airada,
Y no de la ponzoña de mil viboras.

MENALCA.

Solo pudiera de tu raro ingenio [co,
Ser esta industria; y desde aquí me ofrezco.
Si Coridón se anima á acompañarme,
Ponerte preso al falso tu enemigo.

CORIDON.

Si me ofrezco me dices? ¡Bueno es eso!
¡Importame seguirte en este caso,
Y por ventura mas de lo que piensas.
Vamos á darle parte á la justicia;
No sea que del valle se nos vaya
Con el temor del enojado padre.

MENALCA.

Pues vamos, Amaranta, y está á punto
Para que des querella en avisándote;
Porque primero por el vulgo todo
Conviene que el negocio publiquemos,
Para después mejor mover á lástima.

AMARANTA.

Vamos; que en vuestras manos va mi vi-
[da.]

MENALCA.

Y la mia en las manos de Belarda.
(Vanse, y queda Coridon solo.)

CORIDON.

¿Qué bueno me llevais, amor tirano!
¿Parécenos que he ganado en vuestras fe-
[rias?]

Mirad ¡qué de traiciones hago en esto!
Soy traidor á Jacinto porque muera,
Soy traidor á Menalca, pues le vendo,
Siendo en su pecho verdadero amigo;
Soy traidor á Belarda, pues la adoro,
Y la quito del alma lo que adora;
Y sobre todo, soy traidor al cielo.
Mas quien te conociere, amor tirano,
Si sabe que es amor fuerza del alma,
Verá que no es posible de otra suerte;
Que, aunque eres niño, vences al mas
[fuerte.]

ACTO TERCERO.

Salen LOS PASTORES á prender á JACINTO, y DOS ALCALDES VILLANOS; entran por una puerta, y salen por otra, y AMARANTA.

JACINTO.

Saben los cielos la verdad del caso;
Y ellos, á quien ofende la malicia,
Me librarán de vuestras manos fieras.

(Vase.)

ALCALDE 1.º

¡Que se nos fué el traidor!

MENALCA.

¡Que se nos fuese,

Entre cien hombres!

ALCALDE 1.º

Juro al sol que es fuerte.

¡Hi de puta, rapaz, y cuán ligero
Jugaba del baston á todas partes!

ALCALDE 2.º

No lo digas de burla, Bertolano; ¡zo,
Que juro á non del sol que traigo un bra-
De un palo que me dió, que en quince
No será mucho no tomar la azada. [dias

ALCALDE 1.º

Alborotado vengo del caletre.
Por toda la semana me perdonen;
Que no daré sentencia de provecho.

AMARANTA.

Señores, no os dé pena que él se vaya;
Que el cielo propio le traerá al castigo.

MENALCA.

Movido tiene á ira á todo el pueblo.
Viendo la muerte que el traidor ha dado
Al buen Doristo, cuya muerte siento.

DANTEO.

Paso, paso, Menalca; que te mira
El enojado Júpiter: no digas
Que le mató Jacinto; que bien sabes
Que le habeis acusado de malicia.

MENALCA.

Hablas adonde es fuerza que te salgas
Con lo que dices, rústico; mas cree
Que no te alabarás.

ALCALDE 1.º

Pues, ¿qué es aquesto?

En las barbas de toda la justicia
Osastes levantar escarapela!.

ALCALDE 2.º

Calla, Danteo; que habrás con enojo.
¿Noves que hay dos testigos con sus ties-
Tan gordos como el puño cada uno? [tos,

ALCALDE 1.º

¡Verá la necedad! Está probado
Con una resma de papel escrito,
Y cómo y dónde se le dió el veneno,
¡Y llámaste inocente! Mas albréchigos.

CORIDON.

¿Qué se cansan en esto? ¿Ya no saben
El amistad de aqueste y de Jacinto?
¿No saben que estos dos tienen un alma,
Y en una voluntad viven sujetos?
Vamos en busca del traidor, que huye;
Que solo en este caso nos importa
El jurar la verdad.

ALCALDE 2.º

Pues alto; vamos,
Andemos estas huertas y cabañas;
Que si al traidor hallamos, ¡voto al soto,
Que se ha de hacer un hecho que á él-
[quien pese!

MENALCA.

Vamos; que la verdad hijas del tiempo.
Con él se viene á descubrir.

ALCALDE 2.º

Pues vamos.

(Vanse, y queda solo Danteo.)

DANTEO.

Si el tiempo de la verdad
Es el padre y desengaño,
Yo fio que por tu daño
Se descubra la maldad.—
¡Pobre de ti, desdichado
Jacinto, mozo afligido,
De enemigos perseguido
Y de amigos envidiado!

Sale BELARDA.

BELARDA.

¿Cuándo las desdichas mías
Han de acabarse, Danteo?
Si tendrá fin mi desco,
O por lo menos mis dias?
¿Qué embuste es este tan nuevo,
Tan riguroso y cruel,
Que urden al alma de aquel
Que apenas nombrar me atrevo?
¿Adónde estás, mi Jacinto?
¡Desventurada de mí!

DANTEO.

No llores, Belarda, anstí,
Aunque el natural destinto
Obliga á los animales
A sentir las cosas tanto;
Porque el remedio, y no el llanto,
Previene el fin de los males.
¿Qué bien á sufrir te enseñas,
Pues que ya por tu ocasión
Teñido en sangre el vellon
Deja por zarzas y peñas!
Ayer, que la humildad suya
Mas á su extremo llegó,
Verter sangre le vi yo,
Sangre suya y sangre tuya;
Que á su cruel padre vi
Que recios golpes le daba,
Y vi que el pastor se holgaba
De verter sangre por ti.
Echóle de su cabaña
Su padre, fiero enemigo,
Y él llora á su propio amigo
Necesidad tan extraña.
No quieras mas del estado
De sus cosas y las mías.
Pues hoy me dijo: «Há tres dias
Que no he comido bocado.»
Espera; que voy ahora
A buscar algún sustento.

BELARDA.

¡Oh padre ingrato, avariento,
Del bien que mi alma adora!

DANTEO.

Voyme.

BELARDA.

Espera; que conviene,
Pues le ha faltado su padre,
Que yo le sirva de madre
Al que por mí no la tiene.
Íreme á casa, Danteo,
Y buscaré qué le dar

DANTEO

¿Dónde le piensas hallar?

BELARDA.

Que me lo digas deseo,
Si sabes adónde está.

DANTEO.

En la cueva que está enfrente
Del álamo de la fuente,

Creo que me espera ya.
Vamos; haré que te espere.

BELARDA.

¡Ah cielos! Perdida soy.
Danteo, como yo voy,
No vaya quien mal me quiere. (Vase.)

DANTEO

Padres fieros, rigurosos,
No os acabais de entender.
Buen medio quereis hacer
De dos extremos viciosos!

Sale JACINTO.

JACINTO.

¡Qué cansado y muerto vengo!
Vengo del vivir cansado,
Y muerto porque he dejado
La vida en quien yo la tengo.
Un hombre veo. ¡Ay de mí!

DANTEO.

No huyas, Danteo soy.

JACINTO.

¡Cielos! ¿Que contigo estoy?
¿Estamos seguros?

DANTEO.

Si;

Que esta peña nos encubre,
Y esta quiebra, que la parte,
Del camino la mas parte
Hasta la senda descubre.

JACINTO.

¡Ay Danteo! ¿Y mi Belarda?
¿Como quedaba?

DANTEO.

Muy buena.

JACINTO.

¿Siente mi pena?

DANTEO.

¿Tu pena?

Ni tiene fe ni la guarda.
Vila, y no la hubiera visto;
Que quizá fuera mejor
Dijome: «Vaya el traidor
Que dió la muerte á Doristo,
Y cásese con su dama;
Que para siempre conmigo
Acabó.»

JACINTO.

No mas, amigo;

Que ya la muerte me llama.
De la hambre y del trabajo
Casi estoy para espirar.
Adios; que me voy á echar
De aqueste peñasco abajo.

DANTEO.

¿Adónde vas, ignorante?
Que por quien la muerte pides
Es la coluna de Alcides,
Es la firmeza de Atlante.
Es una roca batida,
Es un acero perfeto,
Es un varonil sugeto,
Dispuesto á darte la vida.
Yo la vi, y tu mal la dije;
Y no quieras saber mas
De que muy presto verás
La causa por quien te affige.
Dijela que me aguardase
Donde te suele esperar;
Y así, la voy á buscar,
Porque adelante no pase.
Escóndete.

JACINTO.

De la muerte

Revivo en que muerto estaba.
Esta vida me faltaba,

Danteo, que agradecerte.
Vé con Dios. y aquí la envía,
Y díla que no se tarde;
Que podrá venir tan tarde,
Que llóre la muerte mía.

DANTEO.

De la hambre y del trabajo
No me puedo menear!
Adios; que me voy á echar
De aqueste peñasco abajo!

JACINTO.

¡Ahora de mí te burlas?
¡Oh amigo fiel, de buen celo!

(Vase Danteo.)

¡Qué de suertes de consuelo
Me busca en veras y burlas!—
Triste! que apenas, de hambre,
Junto el uno al otro labio.
Muerte, ¡con tan vil agravio
Cortas la vital estambre?
La vida á la muerte iguale;
Que esta es baja á quien la tuvo
Tan alta, que dentro estuvo
Del pecho que tanto vale.
Muerte, aguarda; muerte, aguarda;
No acabe mi vida así;
Pues en Belarda viví,
Miera yo cuando Belarda.
No puedo tenerme. ¡Ay triste!
Quiero sentarme. Cuidados,
¡Que aun no descansais sentados?
¡Que ningún mal os resiste?
Pues no os acaba este mal
Que suele acabar mil males,
En mí sois tan naturales
Cual la hambre natural.
Yo muero, amor inhumano.
¡Ah Belarda! ¡Has de venir?
¡Que me tengo de morir
Sin que te bese una mano!

Sale BELARDA.

BELARDA. (Al salir.)

¡É cual dices, Danteo.
Pierde cuidado; que estoy
Dextra en este monte, y voy
Ahora con mi deseo,
Que de la mano me lleva
Y con su lumbre me guía.

JACINTO.

Suspiros del alma mía,
Llévadle la triste nueva,
Decid que muero.

BELARDA. (Ap.)

¡Ay de mí!

Que mi Jacinto es aquel.

JACINTO.

No pensé, muerte cruel,
Que tuvieras parte en mí.
Pero pues ya me has deshecho,
Y el verte no me acobarda,
Es gran señal que Belarda
Me ha dejado de su pecho.

BELARDA. (Ap.)

¡Dejado! Cuando tal sea,
Lo dejaré de vivir.

JACINTO.

¡Que me tengo de morir,
Y primero que te vea?

BELARDA.

(Ap. ¡Quién oyera con paciencia
Las quejas que decir sabe!
Que en amor lo mas suave
Son los regalos de ausencia.
Mas no lo puedo sufrir.
¡Llegar quiero.) ¡Ah pastor mío!
¡Ay triste! ¡Qué helado y frío!

¡Si se me quiere morir?
¡No respondes?

JACINTO.

¡Quién me llama?

BELARDA.

Una humilde esclava tuya.

JACINTO.

¡Mi vida se restituya
Cual vela muerta en la llama.
Sopló la muerte y matóme;
Y aunque es verdad que mató,
En el humo que quedo,
Llegó tu luz, y encendíome.
Vivo estoy, y ya deseo
Vida; que si estuve aquí
Muerto porque no te vi,
Ya vivo porque te veo.

BELARDA.

¡Oh prenda tan justamente
De lo mejor de mi pecho!
¡Cómo estás? Dime, ¡qué has hecho
Por tantos siglos de ausente?
Mas ¡ay necia! ¡qué pregunto?
Toma, comienza á comer;
Que causa debió de ser
De que te viese difunto.

JACINTO.

¡Con aquestos embarazos
Tan bellos brazos cargaste?

BELARDA.

Bien dices, bien me culpaste,
Teniendo sangre en los brazos;
Que era justo sacrificio
De mi amor y celo honesto;
Pero cuando falte aquesto,
Yo la ofrezco á tu servicio.
No temas perder tu padre
Mientras te puedo valer.

JACINTO.

Quiero empezar á comer,
Pues cobro tan buena madre.
Este pan está mojado.

BELARDA.

Viniendo he mojado el pan:
Quizá lágrimas serán
Que habrán en la cesta entrado.
Cómelas, Jacinto.

JACINTO.

¡Y cómo!

Negra de buena es la salsa,
Cuando no se guisa falsa,
Porque entónces no la como.
Lágrimas es manjar tal
Que la ventaja le dén:
Verdaderas saben bien;
Pero fingidas muy mal.

BELARDA.

Tu propio serás testigo.
Come, come á tu placer.

JACINTO.

No quiero; que por comer
Me pierdo de hablar contigo.

BELARDA.

Basta; que contigo estoy.
Come, come.

JACINTO.

Aunque no quiera,
Me obligas. ¡Oh quién bebiera!...
Pero ¡qué necio que soy!
Como es el manjar tan nuevo,
Olvidome que me dan
En las lágrimas y el pan
Agua y pan, que como y bebo.
A fe que es nuevo el misterio.

BELARDA.

Come, come.

JACINTO.

¡Oh mi Belarda,
Por quien libertad aguarda
De mi alma el cautiverio!
¡Cuál es aquel ignorante
Que no quiere conocer
El valor de una mujer,
Cuando es mujer semejante?
Yo, á lo menos, mientras viva
Conoceréme deador,
Y haré que mi tierno amor
Tu nombre en el alma escriba.
Que de una mujer nací,
Y este ser del suyo tengo,
Y ahora, Belarda, vengo
De nuevo á vivir por tí.
Hablen los que las ofenden;
Que yo diré á boca llena
Que de una mujer que es buena
Mil cosas buenas se aprenden.

BELARDA.

Come, come.

JACINTO.

¡No lo ves?
Bien me va de todo junto.
Como, respondo y pregunto.

BELARDA.

Gente suena.

JACINTO.

¡Mi padre es.
¡Ay desdichado de mí!
Adios, adios.

(Vase.)

Sale FELICIO.

FELICIO.

¡Ah traidor!

¡Huyes?

BELARDA. (Ap.)

¡Ah tirano amor!
¡Esto te faltaba aquí!

FELICIO.

Huye, traidor; que algún día
A las manos me vendrás.
¡Cómo, cómo! ¡Que aquí estás?
¡Buena insolencia á fe mía!
¡Pues, Señora, es bueno eso?
¡Parécenos bien lo que pasa?
Ya como huésped de casa,
Traéis de comer al preso?
Coged, coged lo que queda.

BELARDA.

Yo lo haré así, padre ingrato
Del hijo del mas buen trato
Que hallarse en el mundo pueda.

FELICIO.

Coged, coged.

BELARDA.

A lo menos
No es de lo que tú le has dado,
Como lo tienen sobrado
Los hijos de padres buenos.

FELICIO.

Coged, coged.

BELARDA.

Ya no hay mas.
FELICIO.
Pues ya que lo habeis cogido,
Advertid bien el oído.

BELARDA.

¡Qué poco advertido estás!

FELICIO.

¡Parécete ingratitud
De un hijo que tengo honrado,
Procurar con gran cuidado
Su honra, vida y quietud?

Y si el padre es bueno al fin,
 ¡Párecete bien que cuadre
 Hacer obras de buen padre
 Al hijo perverso y ruin?
 Mas yo ¿para qué argumento
 Con una rapaza amante,
 Mas ligera y inconstante
 Que la débil caña al viento?
 Que si mal no me estuviere,
 Por los sagrados penates,
 Que si...

BELARDA.

Paso, no me trates,
 Felicio, desa manera.
 Si respeto te he tenido,
 No te lo debo cruel;
 Respétote por aquel
 Que es y ha de ser mi marido.

FELICIO.

¿Tu marido? Antes le veas
 De un leon hecho pedazos.

BELARDA.

Tú le verás en mis brazos,
 Y no como tú deseas.

FELICIO.

¿A mi hijo?

BELARDA.

¿Qué dijiste?
 ¿Tu hijo? Mío dirás;
 Y no esperes verle mas,
 Viejo codicioso y triste;
 Que á mi me cuesta á lo menos
 El dolor que no me pagas.
 Véte con Dios, y no hagas
 Tuyos los hijos ajenos.

FELICIO.

¡Ay la loca, sienes de aire!
 ¿No veis qué notable exceso?
 Por Dios, que perdiera el seso,
 A no lo echar en donaire.
 Descuide la bachillera;
 Que antes de velle en sus brazos,
 La fiera le hará pedazos,
 Y será mi mano fiera.

Sale MENALCA.

MENALCA.

A fe que siento el cansarme.—
 Pues, Felicio, ¿qué hay de nuevo?

FELICIO.

A responderte me atrevo,
 Pues que te atreves á hablarme.
 Di, mayoral, que bienquisto
 Solias ser, ¿qué te mueve
 A decir que mi hijo debe
 La muerte de aquel Doristo?
 ¿No sabes tú que es verdad,
 Y no fué engañoso intento,
 Que no hacer el casamiento
 Fué sobra de voluntad?
 Cree, mas que no te cuadre,
 A estas canas desdichadas,
 A estas manos arrugadas,
 Que al fin son manos de padre.
 Dame mi hijo.

MENALCA.

¿Qué es esto?
 ¿Estás loco por ventura?

FELICIO.

No, mas por la desventura
 En que tu rigor me ha puesto.
 Si á Belarda quieres bien,
 Y por ser pobre la dejas,
 ¿De qué, mayoral, te quejas?
 ¿Por qué te affige el desden?
 El rico no ha menester
 Hacienda, sino su gusto;
 El pobre, que busque es justo

Hacienda con la mujer.
 Si la tienes, ¿por qué dudas?

MENALCA.

¡Oh padre! Bien me aconsejas.
 Vanas han sido mis quejas;
 Hoy mi propósito mudas.
 Ea pues, vélo á tratar;
 Que cansado de andar ciego,
 Procurando mi sosiego,
 Ya lo quiero efetuar.
 Da por mi mano la tuya;
 Que ya estoy de verlo loco.

FELICIO.

Pues espérame aquí un poco;
 Que yo te traeré la suya. (Vase.)

MENALCA.

Esto es hecho; no hay que hacer.

Sale CORIDON.

CORIDON.

¡Oh Menalca! ¿Dónde vas?

MENALCA.

Ya, Coridon, no podrás
 Mudarme de parecer.
 Sábete que estoy casado.

CORIDON.

¿Casado? Muy bueno es eso.
 ¿A fe que medras de seso.
 ¿Cómo ó cuándo lo has soñado?

MENALCA.

Llegado á querer casarme,
 Hay pastora en este valle
 Rica de hacienda y de tallo
 Poderosa á despreciarme,
 Pues no hay pastor que sea tal?

CORIDON.

Tu malicia te engaño;
 Antes ninguno hallo yo
 Para tu nobleza igual,
 Y se tendrá por dichosa
 La que llegue á merecerte.

MENALCA.

¿Es eso de aquea suerte?

CORIDON.

Sí.

MENALCA.

Pues Belarda es mi esposa. (Vase.)

CORIDON.

Desa manera te vas?
 Sin duda que es frenesí.
 Yo me doliera de ti,
 A no estar como tú estás.
 Mas si acaso lo tratase,
 Y Menalca lo supiese,
 No dudo que lo entendiese
 Cuando ya lo efetuase.
 ¿Que este por rico ha alcanzado
 Lo que apenas ha podido
 Jacinto el triste, que ha sido
 Tan sin culpa condenado?

Sale JACINTO.

JACINTO.

(Ap. ¡Oh interés, que tanto puedes!
 ¿Si es ida ó si aquí se está?
 Fortuna, cánsate ya;
 Que ya de lo justo excedes.
 Este es mi fiero enemigo,
 De quien me pienso vengar.
 Solo está; quíerole hablar
 En paz de fingido amigo;
 Que fio que no se atreva
 Solo á prenderme.) ¡Ah pastor!
 ¿Ha cesado ya el rigor
 De aquella justicia nueva?
 Solo estoy, no me defendo.
 Llegas, si quieres prenderme.

CORIDON.

¿Justicia quieres hacerme?
 Yo ni te busco ni prendo,
 Y mas en esta ocasion,
 Que ya tan poco aprovecha.

JACINTO.

Dado me has nueva sospecha.
 ¿Hay novedad de traicion?
 ¿Hase cerrado el proceso?
 ¿Deshizose la mentira?

CORIDON.

Mira lo que dices, mira
 Que son palabras de peso,
 Y lo que yo te aseguro
 Es que nadie te persigue.

JACINTO.

¿Quieres tú que yo me obligue
 A tenerte por seguro?
 Tarde llegas.

CORIDON.

Si llegué,
 Pues ya se casa Belarda.

JACINTO.

¿Qué dices? Espera, aguarda.
 ¿Que se casa? ¿Cómo, qué?
 ¿Belarda casada?

CORIDON.

Si,
 O por lo menos se trata.

JACINTO.

¿Con quién?
 Un hombre de plata
 La compra á peso de sí.

JACINTO.

Conózcole por las señas.

CORIDON.

Gente suena.

JACINTO.

Allí me voy.
 Llama en pasando; que estoy
 Detrás de aquellas dos peñas. (Escóndese.)

CORIDON.

Anda, véte.

Sale FELICIO.

FELICIO.

Buena nueva,

Menalca.

CORIDON.

¿No me conoces?

FELICIO.

No, Coridon, así goces
 La prenda que amor te deba.
 Loco de contento vengo,
 Y así no te conocí.

CORIDON.

¿De qué, Felicio?

JACINTO. (Ap. escondido.)

¡Ay de mí!

Que cierta sospecha tengo.

FELICIO.

Partí en este punto yo
 Por Menalca á hablar la madre
 De Belarda; que su padre
 Ya tú sabes que murió.
 En efeto, fui á tratar
 Que se la dé por mujer,
 Y dióla mucho placar.
 Haráse, no hay que dudar,
 Haráse ese casamiento,
 Y librárame mi hijo.

CORIDON.

Padre, cuando esto te dijo.

¡Daba en la veleta el viento?
Fíate que te ha engañado,
Y dime, ¿qué parte es él
A qué de muerte cruel
Libre á un hombre condenado?

FELICIO.

¡Eso me dices, traidor?
Pues si eso no fuera parte,
Yo, su padre, ¿había de hablarte
Con tanta amistad y amor?
¡Muy bueno está! Yo he de hacer
Que en este día le dé
La mano, palabra y fe
De que ha de ser su mujer.
Quédate para quien eres.

Sale JACINTO.

CORIDON.

No hay que dudar del concierto,
Jacinto.

JACINTO.

¿Es cierto?

CORIDON.

Muy cierto.
¿Qué mayor probanza quieres?
¿No te basta lo que has visto?

JACINTO.

Sí, Coridon; cierto es.

CORIDON.

Tu padre quiere después
Darte en lugar de Doristo.
Bravamente lo rodea.

JACINTO.

El cielo me venga del,
Y antes mi padre cruel
Muerto en sus brazos me vea.
Y presto me verá muerto,
Pues que Belarda se casa,
Y el fuego que á mi alma abrasa
Saldrá por el lado abierto.
¡Ay falsa! ¿Que el sí le diste?
Marieras sin darle el sí.
Mas yo, que te adoro á tí,
Moriré porque le diste.
Era de pecho mudado,
Como al fin don de mujer,
El que me daba á comer,
Pan en lágrimas bañado.
Y con qué gusto comí
Las mentiras que fingiste!
Otro veneno me diste,
Que yo á Doristo le di.
¿Cómo ha de entrar en provecho
Manjar que el gusto me estraga?
¡Ah! mal provecho me haga
Hasta que reviente el pecho.
La muerte quiero buscarme...
Pero en balde me fatigo:
Veneno llevo conmigo,
Que basta para matarme.
Adios, monte; adios, sombrío
Bosque, selvas, plantas, fuentes,
Siempre á mi dolor presentes,
Testigos d'el llanto mio.
Hoy acaban mis enojos.
Tristes de hoy mas quedaréis,
Y sola esta vez veréis
Las lágrimas de mis ojos.

CORIDON.

¿Qué lastimado me dejas!
¿Adónde te vas? No huyas;
Que oyendo las quejas tuyas,
No me acuerdo de mis quejas.
¡Pobre de tí, pues también
Perdes el bien que perdí!
Pero mas pobre de mí,
Que siempre lo fui del bien.
¿Cómo! ¿Que he de consentir
Que así Menalca se case?
Antes un rayo me abrase,

(Vase.)

Que tal haya de sufrir.
Irme quiero á la justicia
Y decir que este traidor
Al inocente pastor
Ha acusado de malicia,
Y que vine á consentirlo
Por su mucha diligencia,
Y que mi propia conciencia
Hoy me fuerza á desconfiarlo.
Y aunque á mí me den la muerte,
Porque también se la den,
Pensaré que mayor bien
No puede hacerme la suerte.
El casamiento se impida.
Belarda ha de perdonar,
Porque no se ha de casar
Mientras yo tuviere vida.

(Vase.)

Salen los DOS ALCALDES Y MENALCA,
BELARDA, GLICERIO, FELICIO Y
AMARANTA.

ALCALDE 1.º

De qué sirve que os mostreis,
Señora Belarda, esquivas,
Y que tanto os extrañéis
En cosa, que así yo viva,
Que ganais y no perdeis?
¡A Menalca despreciais,
Y tan de veras jurais
Que no seréis su mujer!

ALCALDE 2.º

Aun no quiere responder.
¿Para qué la importunais?

FELICIO.

Hija, si agora viviera
Vuestro muerto honrado padre,
Y así tan rebelde os viera,
Mas fuerza que vuestra madre
En el negocio pusiera;
Que, fuera de la riqueza,
Tiene Menalca nobleza;
Y por solo emparentar,
La mano le habeis de dar.

ALCALDE 1.º

¿Os quebrarán la cabeza.
¿Han mirado el zahareño
Con que se está cabizboja?

ALCALDE 2.º

Compadre, mi fe os empeño
Que en balde el casco trabaja,
Si el alma tiene otro dueño.

MENALCA.

¿Es posible, ingrata fiera,
Que una palabra siquiera
No me quieras responder?

GLICERIO.

Quizá lo debe de hacer
Como es la ocasión primera.
Yo quiero llegarla á hablar. —
Belarda, tu entendimiento
Me obliga á no te cansar
En dar palabras al viento,
Que se las suele llevar.
Menalca es hombre perfecto,
Es rico, es noble, es discreto,
Y adora tu gentileza,
Y con toda esta nobleza
Será tu esclavo sujeto.
¿No respondes? — Otro llegue
Que sea mas venturoso.

FELICIO.

Aunque el respeto me niegue,
Yo llevo, mas codicioso
De que la mano me entregue. —
Hija, Menalca esta tarde,
Como en tus amores arde,
Mostrándome su tesoro,

Me dijo: « Esta plata y oro
Para mi prenda se guarde;
Que por su rara belleza,
Valor y virtudes tantas,
Discrecion y gentileza,
Sobre esta humilde riqueza
Pondrá sus hermosas plantas. »
— Dame esa mano, no hayas.
Ata aquestas y las tuyas,
Tu bello rostro levanta.

GLICERIO.

Llega tú, hija Amaranta,
Quizá te dará las tuyas.

AMARANTA.

Pues ¿cómo, hermana, tan brava
Contra Menalca te muestras?
Dale aqueza mano, acaba;
Que bien sabes que yo estaba
Presente á ocasiones vuestras.
Yo sé que bien le has querido.

MENALCA.

Ya me tiene aborrecido.
Tú se lo ruegas en vano.

AMARANTA.

Menalca, dame esa mano;
Pierde esta vez de atrevido.

MENALCA.

Vesla aquí. Mas oye, mira,
Que no la enojos.

AMARANTA.

Aguarda.
Ya templa el fin de su ira.
Dame esa mano, Belarda.

MENALCA.

Ves que se enfada y retira.
¡Oh! ¡mal haya el corazón
Adonde tan sin razón
Ha vivido tigre hircano!

ALCALDE 1.º

Por Dios, que me viene gana
De dalla un gran mojicon.
¿Diz que no ha de responder?

ALCALDE 2.º

Esta es la primer mujer
Que he visto hogaño sin lengua.
Voto al sol, que tengo á mengua
Que andemos á su querer!
Cuando hable, hablará tanto
Que nos quiebre la cabeza.

Sale JACINTO.

JACINTO.

Ya llega el fin de mi llanto,
Ya de mi humilde bajeza
Hasta el cielo me levanto.
Hoy el amador de Abido
Se me confiesa rendido,
Pues ya volúntariamente
Vengo á la muerte presente,
Sin ser de nadie oprimido.
Yo soy aquel Jacinto desdichado
Que á Doristo maté con el veneno;
Vengo del alto Júpiter forzado
Adonde justamente me condeno.
Rendido estoy: alzá el brazo airado.

MENALCA.

¡Oh fiero monstruo, de maldades lleno!
Prendelde luego.

BELARDA.

¡Oh bien de mi deseo!
¡Oh cuántos años há que no te veo!

ALCALDE 1.º

¡Milagro! ¡Hola! ¿No veis que tiene len-
guage?
Y brazos para dar á mi enemigo.

FELICIO.
Hijo, ¿qué es esto?
ALCALDE 2.º
¿Cómo! ¿Que se venga
A nuestra misma casa el enemigo!
MENALCA.
No permitais, Señor, que así le tenga.
Suelte los brazos; dalde su castigo.
ALCALDE 1.º
Sed preso.
JACINTO.
Ya lo soy, morir deseo.
BELARDA.
¡Oh cuántos años há que no te veo!
MENALCA.
Basta; que toman como burla el caso.
GLICERIO.
¡Por qué llorais, Felicio, desa suerte?
FELICIO.
Lloro en ver que el traidor tan paso á paso
A la prision se venga y á la muerte.
MENALCA.
Tanta es la rabia que de verte paso,
Tanta es la pena que recibo en verte...
-Fuera, Belarda...- que yo propio quiero
Ser de aqueste traidor cuchillo fiero.
¿Qué le mirais atentos? Vaya luego
A la cárcel.
ALCALDE 1.º
Merece su delito
Que acabe el falso en encendido fuego,
Pues él confiesa cuanto veis escrito.
AMARANTA.
Paso; no le lleveis. Oid os ruego.
Hablalle quiero.
ALCALDE 1.º
Hablalle te permito.
AMARANTA.
Dime, Jacinto, ¿has muerto á mi marido?
JACINTO.
Yo le maté.
FELICIO.
Del todo soy perdido.
Hijo, ¿por qué confiesas dese modo?
¿Estás loco por dicha?
JACINTO.
Amor, que excede

* Acaso.

Los límites de amor, me obliga á todo.
MENALCA.
Pues que confiesa, condenar se puede.
AMARANTA.
Oid; que á perdonarle me acomodo,
Como en lugar de mi marido quede;
Que si él me le quitó, no está obligado
De darme mas de lo que me ha quitado.
ALCALDE 1.º
Vivas mil años. Ea, que esto es hecho.
Jacinto, dala aquesa mano tuya.
JACINTO.
Primero me verán pedazos hecho
Que aqueso casamiento se concluya.
(*Híncase de rodillas su padre.*)
FELICIO. [cho?
¿Tienes por dicha 2 de diamante el pe-
¿A qué furia permites que atribuya
Esa rusticidad? Dime: ¿estás loco?
¿Verme á tus piés estimas en tan poco?
Hazlo, hijo, por todo lo que debes
A aquesta sangre que te dió la vida.
JACINTO.
Padre, puesto que el pecho á llanto mue-
El alma persevera endurecida. [ves,
No lo he de hacer.
FELICIO.
¿Que á tal maldad te atreves!
Máténle luego.
MENALCA.
Pague el homicida.
BELARDA.
¡Ay! No le lleven, esperad primero:
Rogaréelo yo, rogarle quiero.—
Por todo lo que debes á mis ojos,
A quien tan tiernas lágrimas les cuestras,
Te pido que te cases, pastor mio;
Que menos mal lo pasará mi alma
Viéndote vivo, aunque con otra vivas.
JACINTO. [aquesto?
¡Oh falsa! ¿Tal me ruegas? ¿Qué es
Solo un momento que de vida tengo
Hubo de darme al fin tal desengaño?
Debe de ser misterio de los dioses
Que no pueda morir hombre ninguno
Con engaño de que hay mujer constante.
A voces pido muerte, muerte pido.
Alto, de aquí me lleven.
* Acaso.

Sale CORIDON.

CORIDON.
¡A buen tiempo!
¿Qué justicia es aquesta inadvertida?
Paso, no le lleveis; que el alto cielo
Hoy mueve mi conciencia á que declare
La verdad deste caso.
MENALCA. (Ap.)
¿Qué es aquesto?
CORIDON.
Amaranta, movida de su pena,
A Menalca y á mí nos ha pedido
Que juremos que fué Doristo muerto
A manos de Jacinto con veneno,
Pensando que con miedo de la muerte
La recibiera por su amada esposa.
Aquesto es la verdad; y aquí me mueve
El cielo justo, que justicia pide,
Que no muera Jacinto.
ALCALDE 1.º
¡Extraño caso!
¿Enmudeces, Menalca? ¿No respondes?
FELICIO.
Gracias te doy, ¡oh Júpiter inmenso!
Que descubriste la verdad del caso.
Pase Amaranta y los traidores pasen
Por el castigo que á mi hijo daban.
GLICERIO.
Blanda la mano, buen Felicio; advierte
Que fué de amor la culpa.
FELICIO.
De amor dices?
Justicia pido al cielo y á la tierra.
ALCALDE 1.º
No mas: este negocio está encontrado;
Y si pedis los unos y los otros,
Habemos de gastar nuestras haciendas,
Y mas si de ciudad viene justicia.
Tomad mi parecer, señor Felicio,
Y demos á Jacinto su Belarda;
Y en pago de que son testigos falsos,
Casemos á Menalca y Amaranta;
Que á Coridon, porque esto se sosiegue,
Yo le daré á mi hija con mi hacienda.
FELICIO.
Al Senado le enfadan cumplimientos.
Ya nuestra historia declarada queda:
Llévese cada cual su prenda amada;
Que aquí se acaba la comedia nuestra.
A quien su autor, por el amor constante,
Ledió por nombre *El verdadero Amante*.

EL MOLINO.

PERSONAS.

EL PRÍNCIPE ARISTIPO.
EL REY, *su padre*.
EL CONDE PRÓSPERO.
VALERIO, *caballero*.
RUFINO, *caballero*.

ALBERTO.
LERIDANO, *viejo*.
MELAMPO.
TAMIRO.
CELIA, *duquesa*.
TEODORA, *su dama*.

MADAMA FLOR DE LIS,
princesa.
LAURA, *hija de Leridano*.
ARSELO.
GALO.
CRIADOS.

UN PAJE.
UN EMBOZADO.
SOLDADOS.
ACOMPAÑAMIENTO.
GENTE.

La escena es en España.

ACTO PRIMERO.

Vista exterior de la quinta de la duquesa Celia.

ESCENA PRIMERA.

EL PRÍNCIPE, VALERIO.

VALERIO.
Mejor viva vuestra alteza,
Que en eso acertado ha.
PRÍNCIPE.
Valerio, déjame ya;
No me quiebres la cabeza.
¡Vive el cielo, que es el Conde
Preferido á mi valor!

VALERIO.
Yo sé de Celia, Señor,
Que á tu valor corresponde.
Engañado te han los celos
Que de Próspero fabricas.

PRÍNCIPE.
Tarde medicina aplicas
A quien han muerto los celos.
No hay remedio que me cuadre

VALERIO.
¡Perdido estás desahuerte?
Oye.

PRÍNCIPE.
Daréle la muerte,
Por vida del Rey, mi padre.

VALERIO.
Si el conde Próspero fuera
El que la Duquesa amara,
¿A qué efecto te engañara,
Ni tanto favor te hiciera?
Que ella está en su libertad
Para amar y aborrecer.

PRÍNCIPE.
¡En condicion de mujer
Afirmas la voluntad?
Muéstrame, porque la quiero,
Buen rostro y agradecido;
Mas es el Conde querido
Con este amor verdadero.
Es discreta, y agradece
De un príncipe el mucho amor,
Estimando á mi valor,
Si alguna vez se le ofrece;
Pero dale el alma grata
Al traidor Conde en secreto,

¹ No se expresa en qué punto.

Que es el halcon en efeto
Que nuestra garza nos mata.
Días há que lo pensé;
Mas no lo creí del todo,
Por no agraviar de algun modo
Mi calidad y su fe.
Mas ya que la vi rendida
Dalle ella propia un papel,
Que á su fe la llamó fiel,
Y á mi calidad fingida,
Yo creo lo que temí,
Y creo lo que ha de ser.

VALERIO.
¿Y qué pretendes hacer?

PRÍNCIPE.
Hablalle, Valerio, aquí.

VALERIO.
¿Hasle enviado á llamar?

PRÍNCIPE.
No tardará de venir.

VALERIO.
¿Y qué le piensas decir?

PRÍNCIPE.
Lo que pudiere escuchar,
Y lo que mi celo pida.

VALERIO.
¿Y será, en resolucion?...
PRÍNCIPE.

Que deje la pretension,
O le quitaré la vida.

VALERIO.
¿Riguroso mal!

PRÍNCIPE.
Terrible.
Celia me tiene intratable.

VALERIO.
Enfermo estás.

PRÍNCIPE.
Incurable.
VALERIO.

¿Fiero dolor!
PRÍNCIPE.
Insufrible.

VALERIO.
Mucho pierdes de tu punto
En pedir al Conde celos.

PRÍNCIPE.
Yo los tuve: pedirélos
Al Conde y al mundo junto.

VALERIO.
Yo le hablaré.
PRÍNCIPE.
No quiero.

VALERIO.
¿Por qué?

PRÍNCIPE.
Porque me es forzoso;
Que mal se cura un celoso
Con remedios de tercero.
Quiero que esta enfermedad
Ella se busque el remedio.

VALERIO.
Por mas que me ponga en medio,
Crece tu enojo.

PRÍNCIPE.
Es verdad.

ESCENA II.

EL CONDE PRÓSPERO, con dos CRIADOS. — DICHOS.

CONDE. (*Aparte á sus criados.*)
Mirad que estéis avisados,
Y no os apartéis de mí.

CRIADO 1.º
¿Cuándo en el servirte á tí
Hemos sido descuidados?

CONDE.
Si acaso estoy en aprieto,
Haced como hidalgos.

CRIADO 2.º
Llega;
Que si en tu ofensa se ciega,
No ha de haber ley ni respeto.

CONDE. (*Al Príncipe.*)
De un paje he sido avisado
Que aquí te viniese á hablar.

PRÍNCIPE.
Y en este mismo lugar,
Conde, te espero enojado.

CONDE.
¿Con quién, Príncipe?
PRÍNCIPE.
Contigo.

Porque há dias que te hallo
Muy traidor para vasallo,
Y fingido para amigo.

CONDE.
Mal informado te tiene
Quien te ha dicho mal de mí;
Y eso no nace de tí,
Mas del que á tu lado viene.
Y ¡vive el cielo!...

VALERIO.
Ya, Conde,
Mal me pagas desahuerte
Disculparte y defenderte.

CONDE.
¡Defenderme! ¿Cuándo? ¿Adónde?
PRÍNCIPE.

Hasta, no mas.

CONDE.
Si el lugar
Donde ahora me has traído,
Es donde yo te he ofendido,
Ei me puede disculpar.
Digan estas altas rejas,
Estas piedras y paredes,
Si por sus quiebras ó redes
Entraron jamás mis quejas.
Diga Celia si en mi vida
Puse en ella el pensamiento,
Y el mismo viento, si el viento
Vió mi esperanza perdida.
Diga un hombre si jamás
Hablar me ha visto con ella.

PRÍNCIPE.
Pues no lo negara ella,
Si fuera el tormento mas;
Que quien ya se ha confesado
Por escrito y por papel,
Mas se precia de fiel
Que quien su fe le ha negado.
Próspero, yo estoy celoso
Con razon ó sin razon;
Tú tienes obligacion
De procurar mi reposo.
Pierda yo aquesta sospecha,
O tú perderás la vida.

CONDE.
Esa será bien perdida,
Si á tu servicio aprovecha.
¡Mándasme que desde aquí
No la hable ni la vea?

PRÍNCIPE.
Mas firme quiero que sea
Asegurarme de ti.

CONDE.
Pues dime tu voluntad.

PRÍNCIPE.
Conviene á mi desengaño,
Conde, que por todo un año
Te ausentes de la ciudad.
Véte á tu tierra en buen hora;
Que estás pobre, y será bien
Que dejes la corte á quien
Comienza á gastar ahora.
Ya has mostrado bien quien eres;
A mi padre has obligado,
Con hombres acreditado,
Adorado de mujeres.
Descansa un año siquiera,
Cuelga la espada dorada,
Haz un arrimo ó cayada
De alguna caña ligera.
Y con esto, si aprovecha
El ponerlo yo á mi cuenta,
Crecerá tu estado y renta,
Y menguará mi sospecha.

CONDE.
Si atento á solo mi bien
Ese consejo me dieras,
Ya pudiera ser que fueras
Obedecido tambien.
Mas como el tiempo procuras
Para quererme hacer daño,
He conocido el engaño
Con que matas y aseguras.
Príncipe, con justa ley
Tienes poder para honrarme;
Mas no para desterrarme;
Que aun ahora no eres rey.
Contentate que no vea
Ni hable á Celia jamás.

PRÍNCIPE.
Loco y atrevido estás,

Y es fuerza que yo lo sea.
No bastaba ser mi gusto,
Sin que ya la ley lo impida,
Y el no quitarte la vida
Por el pasado disgusto?
¡Infame, vil, mal nacido,
Traidor, cobarde, sin ley!...

CONDE.
A no ser hijo de un rey,
Yo te hubiera respondido;
Mas tu afrenta no es afrenta,
Porque es la misma justicia;
Aunque tu mucha malicia
Tirano te representa;
Que si tú fueras mi igual,
Cuerpo á cuerpo yo te hiciera...

PRÍNCIPE.
¿Qué hicieras?
CONDE.
Lo que pudiera.

PRÍNCIPE.
¿Qué pudieras?
CONDE.
Mucho mal.

PRÍNCIPE.
Y si yo fuera tu igual,
Como yo no fuera hombre...

CONDE.
Muchos tienen ese nombre,
Y son mujeres.

PRÍNCIPE.
¡Hay tal!
Ya estoy por bajarme á ser
Quien eres y ser tu igual,
No mas que por ven el mal
Que tú me puedes hacer.

CONDE.
Prueba.

PRÍNCIPE.
Digo que ya soy
Tu igual, y que no soy rey,
Y que sujeto á la ley
Como los demás estoy.
Mira agora lo que quieres;
Respóndeme mal ó bien.

CONDE.
¿Ya no eres rey?

PRÍNCIPE.
No.

CONDE.
¿Pues quién?

PRÍNCIPE.
Un hombre como tú eres.

CONDE.
¿Y dices que soy villano,
Infame, vil y traidor?

PRÍNCIPE.
Y que lo diré mejor
Con esta espada en la mano.

CONDE.
Pues en cuanto dices, mientes;
—Y recibe aqueste guante.

PRÍNCIPE.
¿Habrá maldad semejante?

CONDE.
Muera.
(Desenvainan los criados del Conde y
Valerio.)

CONDE.
Aparta.
CRIADO 1.º
No lo intentes.

PRÍNCIPE.
¿Con las espadas desnudas
Estáis delante de mí!

CRIADO 2.º
Verás, si pasas de aquí,
Que tienen puntas agudas.

PRÍNCIPE.
¿Cómo! ¿Al Príncipe!

CRIADO 1.º
Eso no,
Que tú propio has confesado
Que eres nuestro igual.
(Llévase el Conde á sus criados.)

ESCENA III EL PRÍNCIPE, VALERIO.

VALERIO.
Tú has dado

La ocasion.
PRÍNCIPE.
Páguelo yo.
Envaina, Valerio amigo;
Que algun día aquesta espada,
Y aun luego, verás manchada
De sangre de mi enemigo.
¡Ah, traidor, conde villano!
Ah mal conde!

VALERIO.
Aquesta afrenta
Está, Señor, á tu cuenta.
Muera el Conde.

PRÍNCIPE.
¡Ah falsa mano!
Vive Dios, que en este muro
Estoy por quebrar la espada!

ESCENA IV. LA DUQUESA CELIA, TEODORA. —DICHOS.

DUQUESA. (Ap. á Teodora.)
Bajo, Teodora, turbada;
Que el sol me parece obscuro.

VALERIO.
La Duquesa te ha sentido,
Pues que sale de la huerta.

PRÍNCIPE.
Como el que sueña y despierta,
Tengo, Valerio, el sentido.

DUQUESA.
Príncipe, ¿qué espada es esta?
Qué rigor, qué cuchilladas?
No están á verlas mostradas
Paredes de dama honesta.
No es aqueste buen indicio,
Si esperaban mis paredes
Con vuestras muchas mercedes
Ser un eterno edificio.
¡Las piedras acuchillais!

PRÍNCIPE.
No es muro que sufre yedras,
Y así acuchillo las piedras,
Por ver si en ellas estáis;
Que á mi grave pesadumbre
Sois de pedernal tan fiero,
Que aun es menester acero
Para haceros saltar lumbré.
A Valerio le decia,
Cuando en estas piedras daba,
Que mas difícil entraba
Amor donde amor no habia.
Y como el amor me fuerza,
Ensayo mi libertad
A que en vez de voluntad
Me aproveche de la fuerza.

DUQUESA.
Segun eso, no es amor
El que decís que teneis.

EL MOLINO.

23

PRÍNCIPE.
Pues ¿cómo le llamaréis?

DUQUESA.
Tema, locura y furor.

PRÍNCIPE.
Bien al fuego que me quema
Se pueden dar tales nombres,

DUQUESA.
Bien digo yo de los hombres
Que los mas quieren por tema.
Resístese una mujer
De un hombre al primero ruego,
Y cuanto procura luego
No es amar, sino vencer.

PRÍNCIPE.
Nunca por sola porfía
De sujetaros, Duquesa,
He seguido aquesta empresa,
Ni para llamaros mía;
Sino porque el vivo fuego
Que agora me desatina
Para serviros me inclina,
Y me abrasa loco y ciego.
Este amor no fué elegido
Como cosa accidental;
Aunque ha sido tanto el mal,
Que fuera mejor fingido.
Yo os amo, ¡y pluguiera á Dios
Que este fuego que me quema
No fuera amor, sino tema,
Y que venciérais vos!
Que yo os dejara de amar,
Como en mi mano estuviera,
Y mas cuando alguno hubiera
Como ahora en mi lugar.

DUQUESA.
¿Alguno, Príncipe?

PRÍNCIPE.
Alguno,
Y mas que yo cuando menos;
Que aunque soy bueno entre buenos,
Soy para con vos ninguno.

DUQUESA.
¿Mas que vos? ¿Quién es?
PRÍNCIPE.

¿Quién es?
Quien, próspero de favor,
Puso en el cielo su amor,
Y tiene un rey á los pies.

DUQUESA.
¿El conde Próspero?

PRÍNCIPE.
El Conde:
¿Para qué os haceis de nuevas?

DUQUESA.
No es negocio para pruebas;
Pero mi valor responde,
Y alegará de mi parte,
Que ha de ser rayo del cielo
Quien, fuera de ti, en el suelo
Me abraze y pueda agraviarte.
¿Qué leon tan bravo y fiero!
¿Qué Narciso tan hermoso!
¿Qué Príncipe poderoso,
O qué galán caballero!
Anda; que es impertinencia
Pedirme celos de un loco.

PRÍNCIPE.
Que lo esté, Celia, tan poco
Desatina la paciencia.
Dime tú que fuera él;
Que si yo loco estuviera,
Fuera, si de mí tuviera
Los celos que tengo dél.

DUQUESA.
No estaba contigo aquí
El Conde?

PRÍNCIPE.
Di, ¿cuándo?

DUQUESA.
Agora.

PRÍNCIPE.
No, por Dios.

DUQUESA.
Señor...

PRÍNCIPE.
Señora,

Creedme que no le vi;
Que pudo ser que rondase,
Como suele, vuestra huerta;
Mas no que junto á la puerta
Donde yo he estado llegase.
Mi mal habeis conocido
Y mis celos alterado;
Pero una nueva me han dado
De que vuestro conde es ido.
Y así, me dará lugar,
Mientras dura aquesta ausencia
Que descanse la paciencia,
Tan enseñada á callar.

DUQUESA.
¿El Conde es ido?

PRÍNCIPE.
Sin duda.

DUQUESA.
¿Y adónde?

PRÍNCIPE.
Un camino largo.
DUQUESA. (Ap.)

¿Ay!
PRÍNCIPE.
El secreto os encargo.

DUQUESA.
Haced cuenta que soy muda.
(Ap. Mas no lo estarán los ojos,
Que hablarán, pidiendo al cielo
Con lágrimas el consuelo
De su luz y mis enojos.)
¿Y entendéis que volverá?

PRÍNCIPE.
Imposible me parece.
DUQUESA.

Buena ocasion se os ofrece
Para aseguráros ya.
Segura teneis la gloria
Que amor os dará en ausencia.

PRÍNCIPE.
¿Qué importa, si la presencia
Está fresca en la memoria?
Pero será flaca herida
La que me puede ofender;
Que aunque prenda, sois mujer,
Que en ausencia presto olvida.

DUQUESA.
¿Cómo os vais?

PRÍNCIPE.
Vame la honra
En apartarme de vos.

DUQUESA.
¿La honra?

PRÍNCIPE.
Sí, vive Dios.

DUQUESA.
¿Luego mi casa os deshonra?

PRÍNCIPE.
Lo que aquí me he detenido
Me puede hacer mucho daño.

DUQUESA.
(Ap. Por detenerle, le engaño.
¿Mal conde, conde atrevido!)
Señor.

PRÍNCIPE.
Déjame.

DUQUESA.
Otras veces
Que os fuédesos os rogaba.

PRÍNCIPE.
Valerio, el caballo... Acaba.

DUQUESA.
Señor...
(Vanse Valerio y el Príncipe.)

ESCENA V.

LA DUQUESA, TEODORA.

TEODORA.
¿Qué te desvaneces?
Déjale ir.

DUQUESA.
Calla, necia;
Que no sabes lo que pasa.
Hoy se abrasará mi casa,
Y he de ser otra Lucrecia.

TEODORA.
Pues ¿qué temes?
DUQUESA.
Mala suerte,

Si el cielo no me socorre.

TEODORA.
¿Cómo así?
DUQUESA.
Desde esta torre
He visto agora mi muerte.

TEODORA.
¿Tu muerte?
DUQUESA.
Mi muerte, pues;
Porque vi al Conde sin duda
Toda la espada desnuda
Contra el Príncipe.

TEODORA.
¿Y después?
DUQUESA.
Y después á sus criados.

TEODORA.
¿En qué han parado?
DUQUESA.
Huyeron.
¿Qué menos mal prometieron
Los celos averiguados?

ESCENA VI.

EL CONDE. — DICHAS.

CONDE.
¿Celia! Celia!
DUQUESA.
¿Ay Dios! ¿Quién llama?

CONDE.
Un muerto que vive en verte;
Que si descansa en la muerte,
La misma vida desama.

DUQUESA.
¿Próspero!
CONDE.
¿Celia!

DUQUESA.
¿Mi bien?
¿Hay atrevimiento igual?
¿Puede ser mayor el mal,
Cuando la muerte me dén?

CONDE.
Por lo que dices entiendo
Que todo el suceso sabes,

Y es justo que tú te alabes
De lo que yo estoy muriendo.

DUQUESA.

¿Qué has hecho?

CONDE.

No puede mas;
Que fué cólera y honor.

DUQUESA.

No fué sino poco amor,
Con que la muerte me das.
¿Estabas loco?

CONDE.

Si estaba;
Que por tí sufrir debiera
Cualquiera cosa que hiciera,
Pues un rey no me agraviaba.
Pero nada fué bastante;
Que para honrados enojos,
La misma luz de los ojos
Se ciega, si está delante.

DUQUESA.

Y ya que á mí me has perdido,
¿Cómo te quieres perder,
Traidor, en venirme á ver,
Habiendo un rey ofendido?
Apenas se va de aquí,
¿Cuando te vienes tras él!

CONDE.

Estoy mas seguro dél,
Aquí donde le ofendi,
Que en huirme solícito;
Pensará en su mal deseo
Que nunca se vuelve el reo
Donde cometió el delito.

DUQUESA.

¿A qué vienes?

CONDE.

A morir.

DUQUESA.

Piensa en lo que has de hacer.

CONDE.

¿Qué tengo yo que perder,
Pues que me mandas partir?
Antes el tener perdida
La vida, será mejor.

DUQUESA.

Pierde mi vida, traidor;
Que la llervas con tu vida.
Huye, escápate. ¿Qué aguardas?

CONDE.

Sola tu vida pudiera
Hacer que Próspero huyera:
Tú eres quien me acobardas.
Y este verme enflaquecer,
Y que este temor me asombre
No es temer la muerte un hombre,
Mas amar una mujer.
¿Dónde me mandas que huya
Mientras esta furia pasa?

DUQUESA.

¿No hay de un amigo una casa?

CONDE.

¿Y qué mejor que la tuya?

DUQUESA.

Serás luego descubierto
(Que tiene ya los criados
El Príncipe sobornados),
Y á manos de alguno muerto;
Y como es aquesta huerta
Mas aldea que ciudad,
Y está en esta soledad
Tan guardada y encubierta,
Cuando entrases allá dentro,
El salir es imposible,
Y á mi honor es conveniente
Quitar ese mal encuentro.

Mejor será que te vayas
Fuera del reino unos días,
No á tierras tuyas ni mías,
Sino á las ajenas playas;
Que mi palabra te doy
De no ser de otro mujer;
Y aunque no te vuelva á ver,
Haz cuenta que tuya soy.
Tú lo has querido, tú mismo,
Tú, Conde. (Llora.)

CONDE.

¿Gentil consuelo!

Agora me cubre el cielo,
Cuando estoy en el abismo.
Esas lágrimas ¿por dicha
Han de aplacar este fuego?

DUQUESA.

No; que lo encenderá luego
El aire de mi desdicha.
Mas soy, Próspero, mujer,
A quien es dado llorar.

CONDE.

Yo te quisiera imitar;
Mas nunca lo supe hacer.
¿Al fin mandas que me vaya,
Y del reino me destierras?
Quien paz tiene y busca guerras,
Que bien pierda y que mal haya.

DUQUESA.

Este es el postrer remedio...
Y que en llegando me escribas.
— ¿Será posible que vivas,
Tanto mar y tierra en medio?

CONDE.

Si; que al fin me mandas ir,
Y quien tal puede mandar,
Podrá sin vida quedar
Y sin el alma vivir.

DUQUESA.

Mira que há un hora y mas,
Que de la huerta salí.

CONDE.

Pues di... Pártome de tí,
¿Y tanta prisa me das!
¿Qué es esto, Celia, qué es esto?
¿Hay alguna novedad?
Mi bien, ya es mucha crueldad.

DUQUESA.

Huye, por Dios, huye presto.
Temo que te hallen aquí,
Y te maten á mis ojos,
Para que en ver tus despojos
Me maten sin hierro á mí.
Que, como claro se infiere
Que el hijo que no ha nacido
Muere en el vientre escondido,
Si acaso la madre muere;
Así matando tu vida,
Quedará el cuerpo deshecho
De la que tengo en mi pecho,
Y morirán de una herida.
Véte con Dios; que yo espero
Librarte con este brazo.

CONDE.

Pues dame el postrer abrazo.

DUQUESA.

Toma el abrazo postrero.
Digo postrero esta vez;
Que después de la partida
Seré tu esposa.

CONDE.

Eso pida

El alma, que es el juez.
Mira que solo te encargo
Que si á dicha me olvidares,
Y otro nuevo amor tomares
En este destierro largo,
Como el Príncipe no sea,

Sea cualquier caballero.

DUQUESA.

¿Eso pides?

CONDE.

Eso quiero:
Así yo vuelva y te vea.

DUQUESA.

Esa palabra te doy
Y esta cadena.

CONDE.

Este anillo

Te doy pues.

DUQUESA.

Con recibillo
Soy tu esposa, y viuda soy.

CONDE.

Adios.

DUQUESA.

Véte por detrás
Deste cercado.

TEODORA.

Adios, Conde.

CONDE.

Teodora, adios. Voyme.

TEODORA.

¿Adónde?

CONDE.

Donde no parezca mas. (Vase.)

ESCENA VII.

LA DUQUESA, TEODORA.

TEODORA.

Enterrecida me dejas.

DUQUESA.

¡Ah, tiempo mudable y vario!
Es en balde y necesario
Formar de tu agravio quejas.
¿Qué triste suceso ha sido
El que mi bien ha quitado?
Siempre el mas determinado
Llora mas arrepentido.
(Vase.)

Sala del real Palacio.

ESCENA VIII.

EL PRÍNCIPE, VALERIO, ARSELO,
GALO.

PRÍNCIPE.

En todo voy siguiendo tu consejo;
Que este conde, Valerio, es atrevido;
Y así, será muy cierto que á deshora.
Disimulado bien, venga á hablarla,
Donde podrá venir á nuestras manos
Y al pago que merece su locura.

VALERIO.

Dado un pregon que mandas en la corte
Que quien te dijere preso al conde Prós-
Le darás otro tanto como él tiene, (pero,
Título, hacienda, villas y lugares;
Por loco se tendrá el que no lo diere.
Pero para saber si acaso escribe
A Celia, y la Duquesa le responde,
Es bien que pongas á los muros guardas;
Y en todas las que tienes escogidas,
De Arselo y Galo, que presentes tienes,
Puedes hacer tan justa confianza
Como merecen dos soldados tales,
Hidalgos, belicosos y valientes.

GALO.

Por tu valor, Valerio valeroso,
Que siempre á tus hechas favoras,

Pónganos do quisiere nuestro príncipe;
Que ni el pesado sueño de la noche
Ni aun otras mil prolijas circunstancias
Divertirán un poco nuestros ánimos.

ARSELO.

Yo creo, gran señor, del buen deseo
Con que en aqueste caso te servimos,
Que ha de llegar á colmo tu esperanza.

PRÍNCIPE.

Mas que esto fio yo del valor vuestro,
Y la paga de todo es á mi cargo.
(*Vanse Arselo y Galo.*)

ESCENA IX.

EL PRÍNCIPE, VALERIO.

PRÍNCIPE.

¿Qué te parece, Valerio?

VALERIO.

Que si esto adelante pasa,
Será de Celia la casa
Recogido monasterio.

PRÍNCIPE.

Pues ¿por-qué no ha de pasar?

VALERIO.

Porque llevo un presupuesto,
Que al Conde hallarás muy presto,
En quien te puedes vengar.

PRÍNCIPE.

¿Qué dices de la Duquesa?

VALERIO.

Que disimula tan bien
El querer al Conde bien,
Que creo que no le pesa.

PRÍNCIPE.

Mi padre viene.

VALERIO.

Sospecho
Que ya tu negocio sabe.

PRÍNCIPE.

Que me riña ó que me alabe,
Yo pongo al peligro el pecho.

ESCENA X.

EL REY, RUFINO. — DICHOS.

REY.

¿Qué es esto que han pregonado,
Con que alborotas mi corte?

PRÍNCIPE.

Cuando á tu valor importe,
¿Habré por ventura errado?

REY.

¿A mi valor puede ser
Estar á Próspero!

PRÍNCIPE.

Escucha;
Que es mucha la culpa.

REY.

¿Mucha? Mucha
¿Mucha amar á una mujer!

PRÍNCIPE.

¿Quién pudo haberte informado,
Que tal maldad te contó?

REY.

Salte allá fuera.

PRÍNCIPE.

Eso no,
Mientras estás enojado.

REY.

Salte allá fuera.

PRÍNCIPE.

Paciencia.

Írreme por no enojarte.

RUFINO.

Bien haces en apartarte
Agora de su presencia.

PRÍNCIPE.

Írreme desesperado,
Por dar gusto á tu rigor,
Del mundo.

RUFINO.

Calla, señor;
Que es padre, al fin, aunque airado.
(*Vanse el Príncipe y Valerio.*)

ESCENA XI.

EL REY, RUFINO; después, UN PAJE.

REY.

¡Oh mozo mal advertido,
Loco, vano, mal mirado,
A todos los vicios dado,
A ningún bien recogido!
¿Con qué acuerdo ó qué consejo
Hace á un hombre tantos daños,
Cuyo padre muchos años
Me ha servido, mozo y viejo?
(*Sale un paje.*)

PAJE.

Señor, aquí está una dama
Que quiere hablarte.

REY.

¿Quién es?

PAJE.

Podrálo saber después;
Mujer del Conde se llama.

REY.

¿Del Conde?

PAJE.

Si, mi señor:
Así lo dice, y cubierta
Pide para entrar la puerta.

REY.

¿Sola?

PAJE.

Sola.

RUFINO.

¿Grande amor!

REY.

Di que entre.

(*Vase el paje.*)

RUFINO.

Pues ¿no sabrás
Si lo merece? No sea
Alguna grosera y fea.

REY.

En gracioso extremo das.
¿Parécete que mujer
Del conde Próspero acaso
Ha de ser de á cada paso?

RUFINO.

Yo sigo tu parecer.

ESCENA XII.

LA DUQUESA. — EL REY, RUFINO.

DUQUESA.

Aunque haya sido grande atrevimiento
Venir, excelso Rey, á tu presencia;
Mas como de mujer el sentimiento
Sea parte de justicia y de clemencia,
Que en tu pecho real el cielo puso,
Me dieron para aquesto esta licencia.
Estarás espantado y aun confuso
De ver que una mujer, y no casada,
A semejante hazaña se dispuso;

Pero si no lo estoy, estoy prendada
A peligro de fama, vida y honra.
Tu hijo lo estorba, de quien soy forzada,
Pues pretende ver cierta mi deshonra:
Estórbale, Señor, remedio mío,
Pues la ocasion legitima me honra.
Yo soy hija del conde Leonadio,
Viejo, y enfermo de servirte en guerras,
Al fuego indiano y al flamenco frío.
Sabén aquesto conquistadas tierras
Que tienes hoy por él, y tú lo sabes;
Aunque de tu memoria lo destierras.
Amor, que nunca vino en gruesas naves,
Con salva ni alboroto, mas secreto,
Hasta tomar del corazon las llaves;
Como somos iguales en efeto,
A mí y al conde Próspero nos puso
De matrimonio el yugo mas perfeto.
Nunca á pedirme el Duque se dispuso,
De miedo que tu hijo, como agora,
Hiciese la maldad de que le acuso.

REY.

Refrenad esas lágrimas, Señora;
Que para tan honrados ojos bastan.
Pues siempre mueve la mujer que llora.
En balde perlas tan hermosas gastan,
Si ya no piensan que es de piedra el pey
Y como tal le rinden y contrastan. [cho,
Cuanto á lo de justicia, satisfecho
Estoy del Conde, cierto, y de mi hijo
Creo lo que encubris, y yo sospecho.
Id norabuena; que el dolor prolijo
Que agora os atormenta y apasiona,
Será muy presto gloria y regocijo.
Yo guardaré del Conde la persona
De la manera que la propia mía.

DUQUESA.

El cielo guarde esa real corona;
Que en esa fe, como es razon, confia
Aquesta hechura de un leal vasallo,
Que te sirvió, Señor, cuando podia.
(*Vase.*)

ESCENA XIII.

EL REY, RUFINO.

RUFINO.

¡Gentil! ¡talle!

REY.

Gentil, y de mirallo
Me pretendí guardar.

RUFINO.

¡Dichoso el Conde,
Pues solamente tiene de gozallo!

REY.

No hay palmo desde aquesta tierra adon-
El contrapuesto mar del occidente [de
La cabeza del sol baña y esconde,
Que no haya andado y visto variamente;
Pero jamás, Rufino amigo, he visto
Tan bellos ojos, boca, ceja y frente.

RUFINO.

¿Hate agradado?

REY.

Tanto, que resisto
A toda fuerza el daño.

RUFINO.

Pues ¿qué aguardas?

REY.

¡Mi reino te daré, si la conquisto.

RUFINO.

¡Tan presto tanto amor!

REY.

Ya me acobardas,
Tirano amor, en ver cómo has podido
Romper del pecho y corazon las guardas.
Como arruinada torre me has batido,

Al fin la barbacana me has ganado;
Viejo en cabello fui, mozo en sentido.
No en balde estaba el Príncipe preñado;
Disculpa tiene de su mal, Rufino,
Pues está tan celoso y agraviado.

RUFINO.

En qué rayo del cielo envuelto vino
Ese fuego de amor que ya te abrasa?

REY.

O fué su hechizo, ó fué mi desatino.
Si es amor un espíritu que pasa
Por los ojos al alma y la sujeta,
Como por el cristal el sol traspasa?
Todo lo altera amor y lo quieta.

RUFINO.

Busca remedio, quítate de enfmas.
Si es hechizo el amor, rayo ó saeta,
Si á tal empresa el corazón animas,
¿Cuál ocasión, di, siendo rey, te altera?

REY.

Poco el valor de la Duquesa estimas.
Si el Príncipe, mi hijo, que pudiera
Con gentileza y años juveniles
Obligarla á que al Conde aborreciera,
Es desdichado entre personas viles,
Un pobre viejo como yo, ¿qué presta?

RUFINO.

Ulises era astuto, y fuerte Aquiles.
No mpidas, Rey, tu voluntad dispuesta,
Y haz al Conde buscar, y dale muerte,
Pues está tu ventura en eso puesta.
Y en habiéndole hallado desta suerte,
Teniendo preso al Conde, por libralle
Se rendirá la fortaleza fuerte.

REY.

Bien dices: yo pretendo hacer buscallo;
Que por su libertad será la mía.
Y al Príncipe podemos engañalle.

RUFINO.

De tu valor y de tu ingenio fia.

REY.

En eso solo mi remedio dejo.
Vamos; que luego que se acabe el día,
En achaque de ver al Duque viejo,
Cual su largo servicio merecía,
Veré de aquestos ojos el espejo.
(*Vanse.*)

Bosque, ó inmediato á él un molino.

ESCENA XIV.

EL CONDE, vestido de labrador.

CONDE.

Fortuna, jamás cansada
De mudar la humana vida,
Que dando, no diste nada,
Porque es tu gloria fingida
Y tu firmeza prestada;
¿Dónde por estos desiertos
Guías mis pasos inciertos,
Tan cerca ya de perdidos,
Que llevo por los oídos
Ya los pensamientos muertos?
Muerto voy, porque el traidor
Que me va siguiendo es fuerte,
Y vivo por el temor
De la vida y de la muerte;
Que no sé cuál es mayor.
La muerte no la deseo,
Porque no goce quien creo
Que es la vida que he perdido;
Ni la vida, porque ha sido
El peligro en que me veo.
Mas la muerte ha de vencer;
Que según seré buscado

De tanta fuerza y poder,
No hay desierto ni poblado
Donde me pueda esconder.
Huyendo de mi linaje,
Sin caballo ni sin paje,
Vengo; quiero que se queden,
Por ver si esconderme pueden
Este bosque y este traje.
Que lejos de la ciudad
Sé yo que me van buscando;
Y con mas seguridad
Aquí viviré llorando
Mi muerte y mi soledad.
Desde esta orilla del río,
Si del bosque me desvío,
Mis ojos contemplarán
Donde los tuyos están,
Celia hermosa, cielo mío.
Desde aquí, si quiera el viento
Me traerá nuevas de ti,
Y podrá mi pensamiento
Ir al lugar que perdí,
Con mas fácil movimiento.
Aquí sobre esta cayada,
El alma triste y cansada
Quiere descansar, si el peso
Del pesar en ella impreso
Sufriera sin ser quebrada.
Sed, cayada, fuerte palma...
— Pero probemos los dos
A tener en una calma
Cuerpo y alma, el cuerpo vos,
Y yo, mientras vive, el alma.
(*Échase sobre la cayada, y se duerme.*)

ESCENA XV.

LAURA, que sale del molino tras ME-
LAMPO, tirándole salvado. — EL
CONDE, dormido.

LAURA.

Aguárdame, burlador.

MELAMPO.

Si me alcanzas.

LAURA.

Alcanzarte

Fuera lícito á mi honor;
Que, según leyes de amor,
Ventaja pudiera darte;
Porque venciera á Atalanta
Y á la amazona que espanta,
Pues por los trigos corría,
Y en las espigas ponía
De una en otra la planta.

(*Vase Melampo.*)

ESCENA XVI.

LAURA; EL CONDE, dormido.

LAURA.

¿Qué hace aquel labrador
Sobre la cayada echado?
¡Hola! ¿Qué digo, señor?
¿Qué lleno está de cuidado,
Y qué falta de color!
Sin duda al molino vino,
De algun pueblo convecino,
Y yo no le he visto entrar;
Mas quíerole despertar.
Desta vez me determino.
(*Échale un puñado de harina ó salvado.*)

CONDE.

¿Que me ahogo, santo cielo!
¡Socorro, ayuda, favor!

LAURA.

No tengais deso recelo.
Despertad, buen labrador,
Bajad los ojos al suelo.

CONDE.

¿Y sois vos quien me ha burlado?

LAURA.

Sacudíos el salvado,
Y veréis quien os burló.

CONDE.

Si esa mano me tiró,
Salvo estoy de mi cuidado.

LAURA.

En salvado os ahogais?
Cochino debeis de ser.

CONDE.

Mejor diréis en placer;
Que el mucho que en veros dais,
A todos puede exceder;
Que á tanto bien es estrecho
El aposento del pecho.

LAURA.

Sacudíos el salvado.

CONDE.

Conviéneme estar manchado
De la mano que lo ha hecho.

LAURA.

Sacudíos.

CONDE.

Bien estoy;
Que yo sé que desta suerte
Mas desconocido voy.

LAURA.

¿De quién?

CONDE.

De la misma muerte,
Pues ya de la vida soy;
Que esta señal conocida
Es vuestra; que es de la vida
Que me habeis dado con veros.

LAURA.

Mas señal de molineros.

CONDE.

¿Sóislo vos?

LAURA.

Y aquí nacida.

CONDE.

¿Sois hija del dueño?

LAURA.

No;

El dueño es mas ancho y largo;
Empero soy hija yo
Del que lo tiene á su cargo,
Y por un año arrendó.
El dueño es dueño de brio:
Son del duque Leonadio
Y de Celia, la duquesa,
Desde el bosque hasta la presa.

CONDE.

Son del mismo dueño mío.
¿Qué buen dueño y qué divino!
No en balde el alma me inclina
A seguir este camino.

LAURA.

A verme vuelvo la harina:
¿Qué mandais para el molino?

CONDE.

Esperad.

LAURA.

¿Qué me queréis?

CONDE.

Que una razon me escuchéis,
Pues me tirasteis salvado.

LAURA.

Si haré, si habeis despertado
Del cuidado que teneis.

CONDE.

Grande yerro hubiera sido,
Aunque una noche de enojos

EL MOLINO.

Ha de dormir el sentido,
Habiendo ya el sol salido,
Que salió con vuestros ojos.
Despierto estoy, y contento
De que una noche que os cuento
Sotaba que me ahogaba
En un mar que navegaba,
Donde todo el agua es viento;
Y que cuando desperté
Al favor de vuestra mano,
Fuerto próspero tomé.

LAURA.
Mucho habláis de cortesano.

CONDE.
Nunca en ella puse el pié.
Vuestro padre ¿tiene aquí
Alguien que le sirva?

LAURA.
Sí.

CONDE.
¿Cuántos?

LAURA.
Dos mozos tenía;
Pero fuéese el otro día
El uno á casarse.

CONDE.
¿Ah! ¿sí?

LAURA.
Y por mi mal.

CONDE.

¿De qué suerte?

LAURA.
Porque por darme mi vida,
Gastó de darme la muerte.
El mas firme amor se olvida;
No hay cosa en el mundo fuerte.

CONDE.

¿Pensastes casar con él?

LAURA.

Pensélo.

CONDE.

¿Ay suerte cruel!
¿Ha habido en mi lugar
Con quien me pensé casar.

LAURA.

No hay esperanza fiel.
Pues ¿quedó por ella?

CONDE.

No,

Sino que otro mayoral
Mas rico me la quitó.

LAURA.

¿Y ese llamais mucho mal,
Si á para fuerza os dejó?
¿Ay de quien sufre sin ella!

CONDE.

Por Dios, molinera bella,
Que yo no le lloraré.

LAURA.

Ya no estoy como solia:
Como eso el tiempo atropellá.
Ya me alegro, taño y canto;
Ya no lloro, ni estoy triste;
Ni de memorias me espanto;
Que mal el daño resiste
La pura fuerza del llanto.
¿No me vistes cual retozo
Con el uno y otro mozo,
Viéndoles el salvado?
¿Amor lo busco prestado,
Por muestras de risa y gozo.

CONDE. (Ap.)

Mucho sabe una mujer,
Por mas villana que sea,
La materia de querer.

LAURA.
¿Qué dices?

CONDE.

Que no eres fea,
Y que has de hacerme un placer.

LAURA.
¿En qué?

CONDE.

En decirme tu nombre.

LAURA.
Todo el nombre y sobrenombre
Se encierra en Laura no mas.

CONDE.

¿Firme nombre!

LAURA.

Y que jamás
Halló verdadero un hombre.

CONDE.

Yo sé que si me quisieras,
El mas verdadero hallaras;
Y porque hablemos de veras,
Y sepas que en almas claras
Hay palabras verdaderas,
En lugar del que se fué,
A tu padre serviré,
Y te daré el alma á tí.

LAURA.

De los dos te doy un sí
Por galardón de tu fe.
Si á mi padre servir quieres,
Yo haré que te dé el partido
Que tú mismo le pidieres.

CONDE.

Ese perdón, ó otro pido.

LAURA.

¿Burlas?

CONDE.

¿Bueno!

LAURA.

¿De adónde eres?

CONDE.

De aquí soy, de Belmirar;
Aunque ya solo soy tuyo.

LAURA.

Conozco bien el lugar.

CONDE.

Conocerán lo que es suyo
Los que me quieren matar.

LAURA.

¿Quién te busca?

CONDE.

Esos tus ojos

Me buscan el corazón,
Y conozco que es razón;
Que los que me dan enojos,
Señora, tus ojos son,

LAURA.

Digo que me mueve á risa.

CONDE.

Huyo de darme ocasión
A quien anda en mi pesquisa,
Porque ya el alma me avisa
Que me miran á traición.

LAURA.

¿Hablas conmigo?

CONDE.

¿Pues no?

LAURA.

Ahora bien, quiero llevarte.
¿Cómo te llamas?

CONDE.

¿Quién? ¿Yo?
Del martes tengo harta parte,
Que sus desdichas me dió.

LAURA.

¿Pues qué! ¿Llamaste Martín?

CONDE.

El mismo nombre.

LAURA.

Y en fin,

¿Quieres servir?

CONDE.

Y tan fiel

Como Jacob por Raquel,
Si no se me muda al fin.

LAURA.

No estoy de creerte un dedo...
Pero vén; que ya de amor
Es mensajero este miedo.

CONDE.

De mi bien dirás mejor,
Si en este molino quedo.

(Vase Laura.)

ESCENA XVII.

EL CONDE.

¿Hay locura mas notable?
Permita el cielo que hable
En tal punto al molinero,
Que me acoja adonde espero
Vida y muerte saludable;
Que aquí la harina y vestido
Sé yo que me han de tener
De tal manera escondido,
Que pueda hablar y ver
A los que me han perseguido.
A Celia veré tambien
Cuando las cosas estén
En punto menos mortal;
Que sin ella todo es mal,
Y con ella todo es bien.

ACTO SEGUNDO.

Portal del molino.

ESCENA PRIMERA.

MELAMPO, TAMIRO.

TAMIRO.

¿Que es posible que ha llegado
A tanto extremo con él?

MELAMPO.

Digo que pierde por él
El sentido, enamorado.

TAMIRO.

¿Tan presto puso en olvido
Lo que me quiso?

MELAMPO.

Es mujer:
Sabe amar y aborrecer.

TAMIRO.

Bastante causa ha tenido;
Que en efecto á su pesar
Con Dalisa me casé,
Y aquesta ocasión le fué
Para poderme olvidar.
Ella amó desesperada:
No debo ponelle culpa.

MELAMPO.

Bien le basta la disculpa
De ser por otro olvidada.
Mas conmigo no la tiene;
Mas con tu ausencia debía
Agradecer la familia,

Y no á quien se la mantiene ;
Que dos años la he querido ,
Aborrecido por tí ;
Y era bien quererme á mí ,
Y no á un hombre de hoy venido .
Pero al fin tu ingratitud ,
Teniéndola mas ahora ,
Ha venido á que le adora
A costa de mi salud .

TAMIRO.
¿Cuánto há que está en el molino?

MELAMPO.
Poco mas habrá pasado
De un día que en casa ha entrado ,
Y á darme la muerte vino .

TAMIRO.
¿Cómo se llama?

MELAMPO.
Martin .

TAMIRO.
¿De dónde es?

MELAMPO.
De Belmirar .

TAMIRO.
¿Buen talle?

MELAMPO.
El que basta á dar
A mi vida amargo fin ;
El que pudiera dar celos ,
No digo entre labradores ,
Pero entre aquellos señores
Que compiten con los cielos .
Debajo de aquel sayal ,
Es un hombre tan bien hecho ,
Que algunas veces sospecho
Que es persona principal .
Buen rostro , gran cortesía ,
Gran músico de vihuela...
¿Pues danzar! como en escuela...
Todo para envidia mia .
Tira la barra una legua ,
Que no hay señal que no borre ,
Y si alguna yegua corre ,
Parece viento la yegua .
Tiene fuerza como un toro ,
Ligereza como cabra ,
Y gracia , que no hay palabra
Que no parezca de oro .
Cuando aquesto considero ,
Yo propio á Laura disculpo .

TAMIRO.
Si él es tal , yo no la culpo ;
Que hombre soy , y bien le quiero ;
Y si por sola la fama
Se deja de hombres querer ,
Yo disculpo á la mujer
Que por sus obras le ama .
Ten , Melampo , sufrimiento ,
Pues te deja por quien vale
Mas que tú .

MELAMPO.
No hay mal que iguale
A mi envidioso tormento .
Consuelo pudiera ser
Que por otro me dejara ,
Donde mas partes hallara
Y mas dignas de querer ,
Si la envidia no me hiciera
Tanta guerra en el sentido .

ESCENA II.

LERIDANO. — DICHOS.

LERIDANO. (Dentro.)
¿Que ya Tamiro es venido?

TAMIRO.
Leridano es este : espera ,
No te vayas .

LERIDANO. (Saliedo.)

¡Oh galán!
Vengais muy enhorabuena .

TAMIRO.
¡Oh nuesamo!

LERIDANO.
Con gran pena
Todos los de casa están ;
Que há un mes que de tí no saben .
Al fin , como hombre casado ,
Tus amos has olvidado :
De agradecido te alaben . —
¿Cómo te va con tu esposa?

TAMIRO.
Bien , nuesamo , á su servicio .

LERIDANO.
¿Es el holgá buen oficio?

TAMIRO.
Un mes es cosa forzosa .
Y no me olvido de vos ;
Que un costal os he traído
De aceituna... .

LERIDANO.
¿Hasla cogido?

TAMIRO.
Es del dote .

LERIDANO.
¡Bien , par Dios!

TAMIRO.
Y otro de buena bellota .

LERIDANO.
Buena tu ventura sea .
Haz porque Laura te vea
Con sombrero y marquesota .

MELAMPO.
Ya sale : no hay que aguardar .

ESCENA III.

LAURA. — DICHOS.

TAMIRO.
¿Laura mia!

LAURA.
Tente afuera .

LERIDANO.
De verte galán se altera .

TAMIRO.
¿No me quieres abrazar?

LAURA.
¿Yo abrazar hombres casados?

LERIDANO.
Ea , muchacha... .

TAMIRO.
¿Qué! ¿No estoy
Mas seguro , pues lo soy?
Olvida enojos pasados ;
Que con llaneza te quiero ,
Y dos cantarillas llenas
De arrope y de berengenas
Te traigo , y un queso entero .

LAURA.
Al fin , ¿que te he de abrazar?
¡Ay! mala rabia te dé .

TAMIRO.
Abrazame ; que yo sé
Cuándo te pude apretar .
(Abrazanse.)

ESCENA IV.

EL CONDE , que sale y ve abrazados á
LAURA y TAMIRO ; LERIDANO , ME-
LAMPO .

CONDE.
Eso sí! ¡Bendigaos Dios!
Dadle la recien venida .
MELAMPO.
Quien bien ama , tarde olvida .

CONDE.
Bien se dirá por los dos .

TAMIRO.
¿Es este acaso Martín ,
El mozo nuevo?

CONDE.
Yo soy .
TAMIRO.
Aficionado os estoy .

CONDE.
Soy velloso como espin .

TAMIRO.
¿Buen tallazo!

CONDE.
Razonable .
Bien levanto un buen costal .
¿Quereis tirarme un real
O alguno que por vos hable?
Dos pies os doy de ventaja
Con barra ó piedra .

TAMIRO.
No há un mes
Que á vos os diera yo tres ;
Ya no levanto una paja .

CONDE.
¿Tanto os heis debilitado
En un mes de casamiento?

TAMIRO.
Menos valiente me siento ;
Que muda el tomar estado .

LERIDANO.
Ahora bien , Martín , dejemos
Las pláticas excusadas .
Las sacas ¿están cargadas?

CONDE.
Seis en tres machos tenemos .
¿Para quién decís que son?

LERIDANO.
Para Celia , la duquesa .

CONDE.
De ir á la corte me pesa
En esta buena ocasion . —
¿Y tengo mas que hacer
Que ponellas en su casa?

LERIDANO.
No mas . Hijos , ya se pasa
Hora y tiempo de comer .
Melampo , corre á decir
Que tengan la mesa puesta .

MELAMPO.
Haced á Tamiro fiesta .
LERIDANO.
Nunca dejes de gruñir .

(Vase Melampo.)
Vamos , Tamiro ; que quiero
Hablarle despacio .

TAMIRO.
Vamos .
(Vase Leridano y Tamiro.)

ESCENA V.

EL CONDE , LAURA .

LAURA.
¿Qué tenemos? ¿Cómo estamos?

VOYME.

CONDE.

LAURA.

Espera.

CONDE.

Desespero.

LAURA.

Vuelve, Martín, esos ojos,
Que son la luz de los míos.

CONDE.

Mejor dijeras dos ríos,
Que han de llorar mis enojos.

LAURA.

Sin causa te has enojado.

CONDE.

Dios sabe la que he tenido,
Pues á un hombre que has querido,
Entre tus brazos he bailado.
Ya vengo á experimentar,
Aunque es con tan caro aviso,
Que lo que un tiempo se quiso,
Tarde se viene á olvidar.

LAURA.

Deja, mi bien, de quejarte
Dese fingido favor;
Que solo ha sido su amor
Ensayo para adorarte.
¿Piensas tú que le abracé
De mi propia voluntad?

CONDE.

¿Quién forzó tu voluntad?

LAURA.

MI padre.

CONDE.

¿Tu padre fué?

LAURA.

¿No ves que me lo mandó?

CONDE.

Tú podieras excusarlo.
Al fin, quisiste abrazarlo;
No importa, páguelo yo.
Siempre quereis las mujeres
A quien os deja y desprecia.

LAURA.

No soy tan blanda, aunque necia.

CONDE.

Yo sé bien, Laura, quién eres;
Que sin duda que te asió
Con montera y sayo nuevo.

LAURA.

¿Por esas cosas me nuevo!
Hebo de ser niña yo.
Mas me agrada tu capote
Lleno de harina y salvado
Que su sayo agironado
De damasco y chamelote.
Págame toda esa harina
En aqueste pecho y brazos,
Mi alma, con dos abrazos.

CONDE.

Gracia tienes peregrina.
(Abrazanse.)

(Ap. ¡Ah Celia! si aquesto vieras,
¿A qué risa te incitará!)

LAURA.

¿Am no me vuelves la cara?
¿Luego enojáste de veras?

CONDE.

Estoy muy sucio y trocado;
Otro día me verás
Mas limpio, y me abrazarás,
Si acaso: engo apadado.

LAURA.

Según yo tengo ventura
En amar quien me aborrezca,

¿Quién duda que me acontezca
Otra mayor desventura?
¿Quién duda que me suceda
Lo que temo y adevino.
Pues ya tiene en mi molino
Fortuna puesta su rueda?
Cásate, ingrato, en buen hora;
Que aunque es malo para mí,
Ya de una vez aprendí
Lo que he de llorar agora.
Ya viuda de dos maridos
Soy, primero que casada.

CONDE.

(Ap. ¡Oh molinera pesada
Para molar los sentidos!
Si ya me dejases ir
A ver á Celia, mi bien...
Pero cese mi desden
Porque me deje partir.)
Ea, Laura, no haya mas;
No llores, cesen enojos,
No falte el sol en tus ojos,
Con cuya luz me la das.
Mira que estoy de partida:
No te quedes enojada.

LAURA.

Mi bien, en lo que te agrada
Está mi muerte ó mi vida.
No me digas mas de un hombre
De quien la muerte deseo;
Que huyo desde que lo veo,
Y blasfemo de su nombre.
Como no muele el molino
Con el agua que pasó,
Así el amor que olvidó
No vuelve al mismo camino.
Tuya soy: ya soy mas diestra,
Pues amé á quien olvidase,
Para que cuando te amase,
Fuese en amarte maestra.

CONDE.

Mi Laura, todo lo creo.
Véte, porque estoy de prisa.
Pues ya de mí fe te avisa
La fuerza de mi deseo,
Dime, ¿qué te he de traer
De la corte?

LAURA.

¿Que te vas?

CONDE.

Bien ves que no puedo mas,
Y que luego he de volver.
Voy á llevar esta harina
A casa de la Duquesa.

LAURA.

Nunca de mandarte cosa
Mi padre.

CONDE.

Bien adevina,
Si de mi servicio piensa
Que has de ser el galardón.

LAURA.

Hame dado el corazón
Que te vas para mi ofensa.

CONDE.

¿Cómo?

LAURA.

Que alguna mujer
Te lleva con tanta prisa.

CONDE.

Bien el corazón te avisa
Que la voy, mi vida, á ver;
Que la Duquesa me llama,
A quien esta harina llevo.

LAURA.

¿Y qué milagro tan nuevo,
Martín, que el alma te mueva?
Dicenme que es muy hermosa:

Haz, si mi bien me deseas,
De suerte que no la veas.

CONDE.

(Ap. ¡No me faltaba otra cosa!)
Voyme; que están ya cargados
Los tres machos y el rocín.

LAURA.

Pues no la mires, Martín;
Lleva los ojos vendados.

CONDE.

Bien ciegos de harina van.
Aunque todo es menester;
Que no me han de conocer
Ciertos hombres que allí están.—
¿Qué te traeré?

LAURA.

En duda estoy.

Tráeme un polido botín.

CONDE.

Adios, Laura.

LAURA.

Adios, Martín.

CONDE. (Ap.)

¿Mi Celia, que á verte voy!
(Vanse.)

Vista exterior de la quinta de la Duquesa.

ESCENA VI.

EL PRÍNCIPE, VALERIO.

PRÍNCIPE.

El Conde, en fin, Valerio, no parece,
Y este es de todos el mayor engaño.
Pues la ocasión y el tiempo me le ofrece,
Para alivio y remedio de mi daño.

VALERIO.

Puesto que amor las almas enloquece,
Y tiene con la muerte desengaño,
Es entre gente sabia preferida
A sus mayores gustos honra y vida.
Es Próspero discreto, como sabes,
Y créeme que ha puesto en salvo el pecho,
Por tierra en postas, y por agua en naves
Y es buscalte intentallo sin provecho;
Y así es mejor que con industria acabes
Lo que no pueden fuerzas ni derecho,
Y en ver que has admitido mi consejo,
Te juzgo en pocos años cuerdo y viejo.
Venga el Conde fingido, y por la puerta
De Celia pase con sus guardas preso;
Que si aquesta prision tiene por cierta,
No hay duda que de pena pierda el seso.
Y como á veces el rigor concierta
Lo mas dificultoso de un suceso,
Finge matarle; que si bien le quiere,
Por velle libre hará cuanto pudiere.
Y por ventura (que es mujer) podría
(Viéndole muerto, pues creará su muerte)
Trocar por esperanza tan baldía (te)
La posesion de amarte y de quererte.

PRÍNCIPE.

¿Bien haya aquel que sus secretos fia
Del hombre sabio, pues acerca suerto
Y estrella rigurosa mudar sabe (be!)
Con la experiencia y ciencia que en él cae.
¿Es tiempo ya que aquel balcon de en-
Reciba luz con sus divinos ojos, [frente
Como las rojas luces del oriente,
Del claro sol con sus cabellos rojos?

VALERIO.

Paréceme que sí.

PRÍNCIPE.

Llamo esta gente
Con el Conde fingido y sus despojos,

Que sus pasos y estrépitos feroces
A la puerta de Celia darán voces.

VALERIO.

Ya vienen, como mandas; porque al pun-
Los tuve, gran Señor, apercebidos. (Lo

PRÍNCIPE.

Pues pase cada cual al Conde junto,
Los cabos de las mechas encendidos.

VALERIO.

Verás del conde Próspero un trasunto,
Y los soldados todos prevenidos,
No menos que de hoy entre dos luces,
De picas y alabardas y arcabuces.

ESCENA VII.

SOLDADOS, con un HOMBRE EMBOZADO.—
DICHOS.

UN SOLDADO.

Pase adelante el escuadrón formado,
Y téngase gran cuenta con el preso.

PRÍNCIPE.

He hecho muy bien. Valerio amado,
Quédate á ver el fin deste suceso.
¿Dónde está mi caballo?

VALERIO.

Queda atado
En una encina de este bosque espeso.
(Vase el Príncipe.)

EL SOLDADO.

A la puerta de Celia nos paremos;
Que es órden que del Príncipe traemos.
(Páranse con el preso.)

ESCENA VIII.

LA DUQUESA Y TEODORA, que salen
á una ventana de la quinta.—SOLDA-
DOS, EL EMBOZADO Y VALERIO, delan-
te de la quinta.

TEODORA.

Llega, Señora, llega por tu vida:
Verás un escuadrón de gente armada.

DUQUESA.

Ya vengo, del temor descolorida,
Y sobre el corazón la sangre helada.
¿Qué gente es esta, de crueldad vestida?

TEODORA.

Un preso llevan.

DUQUESA.

¡Ay, Teodora amada!

¿Si es el Conde?

TEODORA.

¿Qué dices?

DUQUESA.

Que sospecho
Bien cierto que es el Conde.

EL SOLDADO.

Bien se ha hecho.

(Vanse los soldados y el preso.)

ESCENA IX.

LA DUQUESA Y TEODORA, en la ven-
tana; VALERIO, delante de la quinta.

DUQUESA.

¡Ah señor caballero!

VALERIO.

¿Soy en algo

A vuestra señoría de provecho?

DUQUESA.

Que me esperéis os ruego, si algo valgo,

Por ser quien soy, en vuestro honrado pe-
VALERIO. (cho.

Que me place, Señora.

DUQUESA.

Pues ya salgo.

(Quítanse de la ventana la Duquesa y
Teodora.)

VALERIO.

Basta; que tiene el corazón estrecho.
A hablarme baja, y de su pena infiero
Que piensa que es el Conde verdadero.

ESCENA X.

LA DUQUESA Y TEODORA, que salen
de la quinta.—VALERIO.

DUQUESA. (A Teodora.)

¿Valerio dices que fué?

TEODORA.

Valerio me pareció.

VALERIO.

Ese fui, Señora, yo,
Y el que en la reja os hablé;
Y pues creo que estimais
Al Príncipe mi señor,
Tanto porque os tiene amor,
Como porque vos le amais,
Y que os habeis de holgar
De lo que gusto recibe,
Nuevas os doy que ya vive
Con placer y sin pesar.

DUQUESA.

¿De qué suerte?

VALERIO.

Ese que veis

Llevar al justo castigo
Es el Conde, su enemigo,
Cuyo delito sabéis.
Ese es aquel conde falso,
Que os parece verdadero,
A quien presto ver espero
En un alto cadahalso.
Ese es aquel embaidor,
Que en la corte se alababa
De que os hablaba y trataba
Con mas palabras que amor.
Ese es aquel que muriendo
Darà vida á vuestra honra,
Por cuya lengua y deshonor
Muríó, Señora, viviendo.
De quien veis que le atropella
Fué preso en la propia raya,
Atado el caballo á un haya,
Y él durmiendo al tronco della;
Y un pedreñal y una espada
Le quitaron que traía,
Con que dispiarto podía
Defenderse poco ó nada;
Que es en extremo cobarde,
Y así viene como veis,
Donde vivir le veréis
Hasta mañana la tarde.
Ved si otra cosa mandais;
Que en este bosque he dejado
Al Príncipe, descuidado
De lo que escuchando estáis,
Y voy á pedirle albricias
Del buen suceso.

DUQUESA.

Es razón,

Y que sea el galardón
Mayor que tú lo codicias.
Vé, Valerio, en hora buena:
El cielo aumente tu bien.

VALERIO.

Los cielos, Celia, te dén
Mas gloria que al Conde pena. (Vase.)

ESCENA XI.

LA DUQUESA, TEODORA.

DUQUESA.

Si no me fuera forzoso
Disimular mi tormento,
Hiciera mi pensamiento
Algun efecto furioso,
Y fuera que con mis manos
A aqueste vil mensajero
Diera la muerte primero,
Y después á los tiranos;
Que con una espada sola
Y la furia de mi pecho
Hiciera, Teodora, un hecho
De verdadera espavola;
Que corazón tengo yo
Con que el preso les quitara,
Aunque el mundo lo estorbara,
Y esto por...

TEODORA.

Aqueso no:

No te lleve la locura
Dese amor desesperado,
A que tanto bien guardado
Se pierda por desventura.
No te acuerdas que en palacio,
Y aun aquí, viniendo á verte,
Dijo el Rey que poseerte
El Conde con mucho espacio
Tenía?

DUQUESA.

Dices muy bien:

Excusado es el temor.
El Rey me ha cobrado amor,
Y aun me desea también:
Yo sé que reino en su pecho,
Y que el Conde está seguro.

ESCENA XII.

EL CONDE; y deteniéndolo, ARSELO
Y GALO.—DICHAS.

CONDE.

Déjeme entrar; que yo juro
Que en casa soy de provecho.

DUQUESA.

¿Qué es aquesto?

ARSELO.

Este villano,

Que se burla con nosotros.

DUQUESA.

¿Y sois las guardas vosotros
Dese príncipe tirano?

ARSELO.

Los dos somos sus criados.

DUQUESA.

Pues ¿qué teneis que mirar?

GALO.

Los que aquí quieren entrar
Públicos y arrebazados.

DUQUESA.

Eso yo no lo sabía
Hasta que hoy me lo dijeron
Los que probaron y vieron
Vuestra grande alevosía;
Que á saberlo, yo hiciera
Que los dos fuerades guardas,
Con las picas y alabardas,
De alguna infame ramera.
Volved á quien os envía:
Que os haré cortar las piernas.

CONDE.

Tú, Señora, ¿no gobiernas
Esta casa?

DUQUESA.
Sí; que es mía.

CONDE.
¿Cómo á cualquiera que viene,
Con tanta curiosidad,
Como á puerta de ciudad,
Le examinan lo que tiene,
Que las manos me han metido
En las alforjas y el pecho?
El Príncipe ¿qué te ha hecho
Mientras que no es tu marido?

DUQUESA.
No dice mal el villano.

ARSELO.
De le haber examinado
El miente; que no ha llegado
A su ropa nuestra mano.
Y pues sabes la intencion
Con que esta puerta guardamos,
No te espantes que tengamos
Con todos cuenta y razon;
Que el Príncipe no pretende
Enojarte, mas honrarte,
Buscando en aquesta parte
Quien te deshonra y ofende,
Que es el Conde; que podria
Con este mismo villano
Escribirte de su mano.

CONDE.
Mejor diréis de la mía.
En eso debe de estar.

DUQUESA.
Si eso andáis por inquirir,
Desde luego os podréis ir;
Que no teneis que buscar.

GALO.
¿Cómo así?

DUQUESA.
Porque no há una hora
Que ha pasado por aquí
Preso.

CONDE.
¿Preso?

DUQUESA.
Yo le vi.

CONDE.
¿El Conde preso, Señora?

ARSELO.
Vamos de aquí, ¿qué aguardamos?
A pedir albricias desto.

GALO.
Dichoso el que se le ha puesto
En las manos vivo.

ARSELO.
Vamos.
(Vase Arselo y Galo.)

ESCENA XIII:

EL CONDE, LA DUQUESA, TEODORA.

CONDE.
¿Dijiste por burlarte
Eso de ser preso el Conde?
¿Conocístelo?

DUQUESA.
Sí.

CONDE.
¿Dónde?

DUQUESA.
Destá casa y de otra parte.

CONDE.
Porque le tengo afición,
Me di si fué verdadera
Su prision.

DUQUESA.
Si no lo fuera,
Fuera burla mi pasión.
Ahora le llevan preso
Un escuadron de soldados.

CONDE.
O van todos engañados,
O tengo perdido el seso.

DUQUESA.
Yo le vi con estos ojos,
Y le he llorado con ellos.

CONDE.
No les deis, pues son tan bellos,
Por tan poca causa enojos;
Que el Conde es buen caballero,
Y sabrá volver por sí.

DUQUESA.
Estando preso, ¡ay de mí!
De su salud desespero;
Y si cual tigre no he sido
En saliendo de su cueva,
Cuando el cazador le lleva
El hijo recién nacido,
Es que el Rey y mi afición
Me han dado palabra y fe
Que á Próspero gozaré,
Aunque viviese en prision.

CONDE.
El os debe de pagar
Ese amor y justo oficio,
Y del vuestro es gran indicio
Poneros conmigo á hablar;
Que al fin, por tratar del Conde,
Me habeis tratado en expreso
De que le han llevado preso
Y que una cárcel lo esconde;
Y no despreciáis mi traje,
Lleno de harina y pobreza.

DUQUESA.
Tratar del Conde es riqueza,
Para mí, de gran linaje.

CONDE.
¿Es acaso vuestro esposo,
Que habláis como su mujer?

DUQUESA.
Eslo el Conde, y lo ha de ser,
A pesar de un envidioso.

CONDE.
¿Quién es?

DUQUESA.
El Príncipe, y tiene
Envidia del Conde, y grande.
De ver que el Conde me mande,
Y que él á servirme viene.

CONDE.
¿Queréis que le mate yo,
Que tengo en casa guardada
De vuestro conde una espada?

DUQUESA.
¿Quién ó cómo te la dió?

CONDE.
Estando yo en mi molino,
Pasó huyendo á pié y cansado;
Que el caballo habia dejado
Medio muerto en el camino.
Y por un vestido así,
Espada y capa me dió,
Y aquella noche durmió
Conmigo.

DUQUESA.
¿Contigo?

CONDE.
Sí.
DUQUESA.
Grande es el dolor del miedo.

CONDE.
No tengais tanto, por Dios;
Pues está hablando con vos
El Conde.

DUQUESA.
¿El Conde?

CONDE.
Sí.

DUQUESA.
Quedo,
Próspero, no te alborotes.
¿Eres tú?

CONDE.
Yo soy, mi bien.
Paso: mira que no estén
Los neblis sin capirotes.

DUQUESA.
Si yo no te abrazo y toco,
No he de creer que tú eres.

CONDE.
Abrazame, no te alteres.
¿Qué temes?

DUQUESA.
Espera un poco.

CONDE.
¿Qué tienes?
DUQUESA.
Fuite á abrazar,
Y dióme imaginacion
Que no eres tú.

CONDE.
¿Qué razon,
Mi bien, te obliga á dudar?

DUQUESA.
¿Es tu rostro ese que veo?

CONDE.
Aunque con máscara vengo
De la harina que tengo,
Próspero soy.

DUQUESA.
Yo lo creo:
Mi alma se determina
A darte dos mil abrazos.

CONDE.
No aprietes tanto los brazos;
Que te pegarás la harina.

DUQUESA.
¿Qué traes, que no te aprieto,
Por mucho que lo procuro?

CONDE.
Traigo ya el pecho mas duro;
Que está cubierto de un peto.

DUQUESA.
Bien has hecho. Pero dime,
¿Quién es el que va en prision?

CONDE.
Engaños, Señora, son
De ese rey que nadie estima,
Que por darte pesadumbre
Ha trazado aqueste enredo.

DUQUESA.
¿Adónde estás?

CONDE.
Donde puedo
Ver desde lejos tu lumbre.
Cual otro Leandro, estoy
Desde el suelo contemplando
La torre que está alumbrando
El sol, cuya cera soy.
Por estar en lo que es tuyo,
Que al fin estoy en sagrado,
Tu molino me ha guardado;
Que soy molinero suyo.
El que le arrienda me tiene
Por su mozo en este traje.

DUQUESA.
¿Que á tanto el amor te abaje!
CONDE.
¿No es buena industria?
DUQUESA.
Solene.
¿Cómo, mi bien, has sufrido
Trabajo tan ordinario?

CONDE.
Poderoso fué el contrario;
Pero el amor le ha vencido.
Y es molinero el amor;
Que tambien dentro del pecho
Un molino tiene hecho
Para moler mi dolor.
La piedra del pensamiento
Con el agua de mis ojos,
Moliendo trigo de enojos,
Hace harina de tormento.
De aquesta se cuece el pan
Del dolor, que me sustenta;
Que cuando mas me alimenta,
Es cuando menos me dan.
Y ofreciéndose ocasion,
Vine á verte, y me atreví;
Porque estaba ya, sin tí,
Sin fuerzas el corazon.
Un mes há que no te veo;
Y los dias que ha durado,
Treinta mil años ha estado
En un infierno el deseo.
Pero al fin, con la esperanza
De verte, Señora, aquí,
Y el estar cerca de tí,
Puse á mi dolor templanza.
¿Has sentido mis trabajos?

DUQUESA.
Cuando es tan justo el tormento,
Morir presto el sentimiento
Es de pensamientos bajos.
Helos llorado y sentido;
Pero ya ligeros son,
Pues que tu ausencia y prision
Ha sido todo fingido.
Mas di, ¿qué tengo de hacer?
¿Iréme contigo agora?

CONDE.
No por tu vida, Señora;
Que será echarme á perder.

DUQUESA.
Pues ¿qué haré?
CONDE.
Disimular,
Y creer que soy el preso;
Pues consiste solo en eso
Venirte yo á ver y hablar;
Y aun seria buen engaño
Que al Rey fueses muy sentida,
Para pedirle mi vida,
Libre de peligro y daño;
Que así se descuidarán,
Y yo mil veces vendré
Donde esos cielos veré,
Que tanta gloria me dan.

DUQUESA.
Es de un ingenio discreto,
Mi Próspero, la invencion:
Yo lloraré tu prision,
Y la reiré de secreto.
Iré al Rey, como me adviertes,
A pedir tu libertad,
Y diré por la ciudad...

(El Conde se suspende como que oye
ruido.)

¿Qué escuchas? ¿Qué te diviertes?

CONDE.
¿Qué ruido es este, Teodora?

TEODORA.
¿Ay de mí, Señor, que viene
El Príncipe!
CONDE.
Ya no tiene
Otro remedio, Señora.
Mas no me conocerá,
Pues vos no me conocistes.

ESCENA XIV.

EL PRÍNCIPE, VALERIO.—Dichos.

PRÍNCIPE.
Alegre mis ojos tristes
El sol que me alumbra ya.
No os altereis, Celia hermosa,
Puesto que me aborrecíais.

TEODORA.
¿Ah, molinero! ¿No os vais?
¿Fáltaos algo?

CONDE.
Cierta cosa.

TEODORA.
Pues despachadla, y partíos.
(Vase el Conde, y vuelve para escon-
char desde la puerta.)

PRÍNCIPE.
Guerra piden vuestros ojos;
Pues me miran con enojos,
Habrá de llorar los míos.
¿Por ventura es la ocasion
La prision del Conde?

DUQUESA.
Y tanto,
Que si no me acaba el llanto,
Piedra he vuelto el corazon.

PRÍNCIPE.
Pues preso, ¿qué honor os quita?

DUQUESA.
Ver lo que el mundo dirá.

PRÍNCIPE. (Ap.)
¿Que así engañándome está?
¿A mas cólera me incita.

VALERIO. (Ap. al Príncipe.)
Di que le quieres matar.

PRÍNCIPE.
Ya, Celia, acierte ó no acierte,
Al Conde dará la muerte.

DUQUESA.
Y yo la sabré vengar.

PRÍNCIPE.
Mejor podrás estorballa
Con solo hacer mi gusto.

VALERIO. (Ap. al Príncipe.)
Llega, y quitale el disgusto.
Sola está; intenta abrazalla.

PRÍNCIPE.
Bien sé, mi vida, que estáis
Muy enojada conmigo,
Porque yo soy enemigo
De un hombre á quien adorais.
Pero dadme aquestos brazos;
Que si me hacéis este bien,
Yo haré que libre os le dén
Donde le deis mil abrazos.

DUQUESA.
Príncipe, ¿qué atrevimiento
Es este? Suelta.

VALERIO.
No quieras;
Que las mujeres mas fieras
Tienen tierno el sentimiento.

PRÍNCIPE.
Temo, Valerio... (Ap. á él.)
VALERIO. (Ap. al Príncipe.)
Porfia.

PRÍNCIPE.
Ea, dame aquestos brazos.
(Sale el Conde, y pónese en medio.)

CONDE.
Nunca faltan embarazos.
¿Qué digo? ¡Ah, Señora mía!

PRÍNCIPE.
¿Quién es este?

DUQUESA.
Un molinero
De casa.—¿Qué quieres? di.

PRÍNCIPE.
¿Qué puede quererte á tí?

CONDE.
Mas que vos pretendo y quiero.

VALERIO.
¿Qué rústico es el villano!
CONDE.
Cuando en el macho subia,
Me vino á la fantasia
Mi amo.

DUQUESA.
¿Quién?
CONDE.
Leridano,
Que me mandó que os dijese
Lo que denantes no pude,
Porque el molino no mude
Si acaso el rio creciese;
Y es que mandeis reformar
La presa, que el agua bate;
Que el rio al primer combate
Se la ha querido llevar.
Esté mas firme, y no sea
Causa que pierda el molino,
Porque al segundo camino
Mas firme que antes la vea.
Y dice que le escribais
Las hanegas y la cuenta
Del trigo que acá se asienta,
Porque respuesta tengais;
Que él escribirá tambien
Lo que le deben, allá.

DUQUESA.
El mayordomo ¿no está
Donde esas cuentas le dén?
¿Cómo me vienen, Teodora,
Con esas cuentas á mí?

TEODORA.
Este villano es así:
¿No le conoces, Señora?

DUQUESA.
Hermano, pues que así es
Que ya en mi casa no hay gente
Que os entienda y os contente,
Y es la cabeza los pies.
Yo, que al fin os he entendido,
La respuesta á cargo tomo,
Haciendo de mayordomo
El oficio no entendido.
Y así, digo que digais
A vuestro amo y mi casero,
Que lo que él quisiere quiero,
Como vos me lo mandais;
Y que no tenga temor
Que el rio la presa lleve,
Por mas que á romperla pruebe
Su crecienté y su rigor;
Que tiene buenos críentios
En la fe de quien la hizo;
Y que no sea espantadizo
De solo sus pensamientos.

Duerma en su cama, seguro
Que la presa lo estará;
Que no es vid que se caerá
Marchita de roble duro;
Que yo por fiadora salgo.
Andad con Dios, labrador,
Y mirad que ese temor
Es mas villano que hidalgo.
En lo que toca á la cuenta,
Cada dia escribirá,
Si hay buena memoria allá,
Y lo que recibe asienta.
Y con esto, andad con Dios.

CONDE.

Vivas mil años, Señora,
Con quien te habla y mira ahora. (Vase.)

ESCENA XV.

EL PRÍNCIPE, LA DUQUESA, TEODORA, VALERIO.

PRÍNCIPE.

Él lo dice por los dos.
Discreto el villano anduvo.

TEODORA. (Ap.)

Harto bien lo ha despachado.

DUQUESA.

El mayor gusto me ha dado
Que en mi vida el alma tuvo.
La gente del Duque siento;
Vuestra alteza me perdone.

PRÍNCIPE. (Ap. á Valerio.)

Ya, Valerio, el sol se pone:
¿Qué haré?

VALERIO. (Ap. al Príncipe.)

Ten sufrimiento.

DUQUESA.

¿Mandas, Señor, otra cosa?

PRÍNCIPE.

¿Que os vais?

(Vanse la Duquesa y Teodora.)

VALERIO.

¿De qué estás cobarde?
Ascia el brazo.

PRÍNCIPE.

Ya es tarde.

VALERIO.

¿No es mujer?

PRÍNCIPE.

Es muy hermosa,

Y una divina hermosura
Obliga á tener respeto.

VALERIO.

Jamás el cobarde afeto
Gozó de la coyuntura.

PRÍNCIPE.

Aquí mal la puede haber.

VALERIO.

Poco vales para amor.

PRÍNCIPE.

Temo á Celia.

VALERIO.

Anda, Señor;

Que basta que sea mujer.
(Vanse.)

Sala del real palacio.

ESCENA XVI.

EL REY, RUFINO.

REY.

Yo quisiera, Rufino, no haber ido,
Por no venir tan presto de su casa
I.-J.

Y tener por pasar la dulce gloria, [do;
Que es infierno ya en mí, habiendo pasa-
Que es gloria ver á Celia, y es infierno
Apartarme tan presto de su vista.
¿Cuán poco fué, Rufino amigo, el tiempo
Que estuve contemplando su belleza?

RUFINO.

El tiempo que tuviste no fué poco;
Harto lugar tuviste de miralla,
Y aun de poder decir tu pensamiento.

REY.

Si no estuviera allí el Duque, su padre;
Aunque en presencia de su padre el Du-
No pude tanto detener los ojos, [que
Que no hablase y diese larga cuenta
De lo que dentro el pecho aposentaba;
Que los ojos, Rufino amigo, suelen
Ser lenguas del amor, cuando la lengua
Está atada por miedo ó por el tiempo.

ESCENA XVII.

UN PAJE.—DICHOS.

PAJE.

Una dama, Señor, en una silla,
Cubierta toda de bayeta negra,
Aunque el traje y edad no es de viuda,
Licencia aguarda para entrará hablarte.
Si mandas, entrará.

REY.

¡Ay, Rufino amigo!
El corazón me dice que esta es Celia,
Que me viene á pedir el Conde preso,
Por cuya pena viste negro luto.—
Dile á esa dama que entre, que bien pue-
Enriquecer mi alma con su vista. [de
(Vase el paje.)

Rufino amigo, mucho quiere al Conde.
RUFINO.

¿Extraño sentimiento es el que hace!

REY.

¡Ah, Conde venturoso, que mereces
Tanta lealtad de tan hermoso pecho!
Un rey te envidia, y por tu humilde es-
Trocara el suyo, y venturoso fuera, [tado
Pues la suma riqueza deste suelo
Es la beldad que á Celia ha dado el cielo.

ESCENA XVIII.

LA DUQUESA, de luto.—EL REY, RUFINO.

DUQUESA.

Espejo y clara luz resplandeciente
Del antiguo valor de tus abuelos,
De quien eres divino descendiente;
Rey, á quien dieron los eternos cielos
El alma mas real y generosa
Que cubrieron jamás humanos velos;
Esta que ves, cual sombra lastimosa,
A tus piés arrojada, es por su daño
Del Conde preso la viuda esposa.

REY.

Tu funesto espectáculo es extraño,
Señora Celia: ¿necesario ha sido
Tan blancas tocas y tan negro paño
Para vencer un hombre ya rendido
A la hermosura vuestra, á quien me alle-
Aunque sin luto, de dolor vestido? [go,
Y cuando no estuviera yo tan ciego,
¿Mi real palabra no bastara sola
Para daros al Conde libre luego?
Si en las necesidades se acrisola
El oro de la fe, y aqueste ejemplo
Os hace mas romana que española,
Pedid á mi valor que os libre un templo;
Seréis imagen de su altar divino,
Porque os adoren como yo os contemplo.

DUQUESA.

No en balde vuestro nombre es peregrino
De polo á polo, y vuestra cortesía
Digna de un pecho de adoraros dño.
¿A quién mejor el templo convenia
Que á un rey que, de mil lauros adornado,
Busca la paz, y guerra aborrecia?
Preso como ladrón, y maltratado
El Conde, mi marido, en el castillo
Con guardas tiene el Príncipe encerrado.
Y es lo peor que su cruel cuchillo
Ya dicen que amenaza su garganta:
A vos le pido, Rey, á vos me humillo.

REY.

[branta,
Las piedras, cuanto mas hombres, que-
Duquesa, ¿vuestró llanto, y mueve á pena;
Y mas, cor mas razon, quien tiene tanta.
Pero decidme: una amistad tan buena,
Como seria daros libre al Conde,
Y negando mi sangre por la ajena,
¿Merece galardón?

DUQUESA.

Por vos responde
El mismo bien que pretendéis hacerme,
Y el beneficio al premio corresponde.

REY.

A quien tan liberal quiere entenderme,
No es necesario declararme tanto:
Yo creo que esperais favorecerme.
Vé, Rufino, al castillo; y entre tanto
Que el Príncipe no sabe lo que intento,
Aunque á las guardas todas cause espan-
Al Conde saca libre, y al momento [to,
A mí y á Celia nos le trae.

RUFINO.

Ya parto.
(Ap. Agora se descubre el fingimiento.)
De dar contento al Príncipe me aparto,
Solo porque le tengas.

DUQUESA.

Es tan grande,
Que ya por los sentidos lo reparto.
(Vase Rufino.) [de
De hoy mas, Señor, tu majestad me man-
Como á esclava que compra en este pun-
Pues es razon que con tus hierros ande.

REY.

¡Ay, Celia, que me tienes ya difunto!
No te llares esclava, sino reina
De un rey esclavo y de su reino junto.
Para corona tus cabellos peina;
Que en ellos caerá bien, pues es tan justo
Que reine en reinos, quien en almas rei-
DUQUESA. [na.

Dispuesta estoy, Señor, para tu gusto,
Si al Conde me das libre.

REY.

¿En eso dudas?

DUQUESA.

Mira que das al Príncipe disgusto.

REY.

Así, Duquesa, á mi remedio acudas,
Como te trae Rufino libre al Conde.

DUQUESA.

Háblenme de placer las piedras mudas.
(Ap. ¡Ah torre fuerte, que mi bien escon-
Combatida del agua que te baña!) [de,
¿Adónde le hallaré? decid, adónde?
(Vuelve Rufino.)

RUFINO.

¿Hase visto jamás crueldad tamaña?
Hase visto rigor como el presente,
En los cristianos límites de España?
¡Oh Príncipe cruel! ¿Quién le consiente
Al Príncipe tu hijo estas crueldades,
Dignas de scitas é inhumana gente?

REY.
¿Qué es aquesto, Rufino?
RUFINO.
Las maldades
Del fiero Domiciano y de Ezzelino
Mas parecen, Señor, antigüedades.
Al Conde ha muerto el Príncipe.

REY.
[Ah Rufino!
¿Qué me dices?
RUFINO.
Que queda el Conde muerto.

REY.
¿Quién ha hecho tan grande desatino?
RUFINO.
El Príncipe tu hijo.

REY.
¿Es cierto?
RUFINO.
Cierto.

DUQUESA.
¡Ay misera de mí! ¿qué es lo que escucho?
Salga mi alma al corazón abierto.

REY.
Tenla; que se desmaya.
RUFINO.
Puede mucho
La fuerza de un dolor.

REY.
¿Conqué contrarios,
Desesperado amor, batallo y lucho!
Ah hijos, á los reyes necesarios,
Y escándalo mil veces á los reyes,
Bienes costosos, males ordinarios! [yes!
Dichosos los que guardan pobres bue-
Tristes de aquellos que vasallos guar-
dan,
Pues tienen mas rigor en otras leyes!
Pues el dolor y mi desdicha tardan
En acabar mi vida, no sospechen
Que mis brazos se encogen y acobardan.
Yo buscaré remedios que aprovechen
Para morir con esta propia mano,
Por mas que mis flaquezas lo desechen.
¿Adónde tiene el Príncipe tirano
Al Conde muerto, triste mensajero?

RUFINO.
En la plaza del fuerte mas cercano.
En una parte yace el cuerpo entero,
Y en otra la cabeza destroncada
Sobre un tapete negro.

DUQUESA.
¡Ay triste! Muero.

RUFINO.
Sus ropas la acompañan y la espada,
Que mas horrendo el caso pronostica.

DUQUESA.
¡Oh príncipe cruel! Oh mano airada!
¡Ay alma hermosa! desde el cielo aplica
Tus divinos oídos á mi llanto.

RUFINO.
¿Qué gran lealtad tu llanto significa!

DUQUESA. [to,
Aunque me cause el verte muerto espan-
Averte voy, porque en tu sangre envuelta
Mejor pida justicia al cielo santo.

REY.
Tenla.

RUFINO.
Espera, Señora.

REY.
Tenla.

DUQUESA.
Suelta.
¡Justicia, cielos, de te rey tirano!
(Vase)

ESCENA XIX.

EL REY, RUFINO.

RUFINO.
En no aguardar razon está resuelta.

REY.
¿Que no la detuvieras!

RUFINO.
Fuera en vanó;
Que va furiosa.

REY.
¡Ah hijo inobediente!
Abrase un rayo tu enemiga mano.
Yo no sé qué me haga, ó cómo intente
Remedio ya para mi mal, Rufino,
Y para el alboroto de mi gente.

RUFINO.
Para todo, Señor, habrá camino.
Mas oye un poco; que tu hijo viene.

REY.
Haria, si le viese, un desatino.

ESCENA XX.

EL PRÍNCIPE. — Dichos.

PRÍNCIPE.
¿Es verdad, mi señor, que tú mandabas
Que soltases al Conde libremente?

REY.
¿A mis ojos pareces, fiero bárbaro!
Quitate de mis ojos, mal nacido,
Incapaz de llamarte hijo mio.
Pues mira que te aviso y te prometo
Que si estás en la corte y á mis ojos,
Que la muerte que al Conde dar hiciste,
Has de pagar con otra, y no con menos;
Y agradece que luego no lo hago.
Vamos, Rufino; deja ese cobarde.

PRÍNCIPE.
Yo cumpliré, Señor, tu mandamiento.
(Vase el Rey.)

ESCENA XXI.

EL PRÍNCIPE, RUFINO.

RUFINO.
Calla, Señor; que es cólera de padre.
Mañana estará blando y amoroso.
No te ausentes, sosségate.

PRÍNCIPE.
No puedo.
(Vase Rufino.)

Determinado estoy, pues cielo y suelo,
Amor, mi padre, Celia y mi fortuna
Son contra mí y procuran mi tormento,
De no hacer resistencia ni pedirles
El daño que me causan todos juntos.
Iréme de la corte, y aun del mundo,
Donde jamás las nuevas de mi muerte
Puedan venirte, padre, pues la vida,
Dejando á Celia, dejo ya perdida. (Vase.)

ACTO TERCERO.

Bosque y vista exterior del molino.

ESCENA PRIMERA.

EL PRÍNCIPE.

El cielo está cansado de sufrirme,
Y yo de ir contra él no estoy cansado;
Mi padre, reino y Celia me han dejado,
Y yo no puedo de ellos extirarme.

Mi pensamiento veo perseguirme,
Y siempre estoy en él mas engolfado;
De la causa del daño me han echado,
Y no veo camino por do irme.
Estáme el bien llamando, y voy huyen-
Y huye de mi alma quien yo sigo, [do,
Pues me aborrece Celia, á quien yo amo.
Quiero acabar con mi dolor muriendo;
Y por darme la muerte cruel castigo,
No me quiere matar, porque la llamo.
Con el ausencia pensaba
Que el dolor se aplacaríase:
Por eso me desterraba;
Mas la memoria porfia,
Y el pensamiento no acaba.
Vuelvo, patria y padre, á verte,
Pues al pesar y mi suerte
Quiere que á esa mi homicida
Le venga á dejar la vida
En pago de darme muerte.
¡Ah, si Valerio viniese,
Para que de aquella ingrata
Algunas nuevas me diese,
Y de qué la corte trata!
¡Ah, Valerio, si te viese!
Que con tí descansaría
Alguna parte del día,
Si en mí puede haber descanso,
Pues con el gusto me canso,
Y me cansa el alegría.
Porque aqueste fiel criado
En mi peregrinacion
Me ha seguido y amparado,
Y ha sido el fuerte bordon
Que siempre me ha sustentado.
Mas ya siento entre estos nobles
Su voz, que con ecos dobles
Todos los cóncavos suena.
¡Oh consuelo de mi pena
Y ejemplo de siervos nobles!

ESCENA II.

VALERIO. — EL PRÍNCIPE

VALERIO.
¿He sido en venir pesado?
PRÍNCIPE.
¡Oh Valerio! bien venido
Seas; ¿cómo te has tardado?

VALERIO.
Y, lo que peor ha sido,
De malas nuevas cargado.

PRÍNCIPE.
¿Malas nuevas?

VALERIO.
Y harto malas.

PRÍNCIPE.
¿Cómo así?

VALERIO.
Patios y salas
De palacio hallé cubiertas
De postas, que me hizo ciertas
La fama con prestas alas.

PRÍNCIPE.
¿De dónde vienen?

VALERIO.
De Francia.

PRÍNCIPE.
Serán de poca importancia.

VALERIO.
Ya sé las nuevas que son;
Pero están del corazón
Una infinita distancia.

PRÍNCIPE.
¿Es eso del casamiento,
Que de Francia se decía?

VALERIO.
Y con tanto fundamento.
Que mañana antes del día
Sale el sol de tu contento.

PRÍNCIPE.

¿Qué sol?

VALERIO.

El de tu mtjer,
Que tu padre hizo traer,
Y el de Francia te ha enviado.

PRÍNCIPE.

Pues será sol eclipsado,
Porque no la pienso ver.

VALERIO.

Pues ¿qué sirve que te apartes,
Si han despachado correos,
Que te busquen por mil partes?

PRÍNCIPE.

Haz cuenta que esos deseos
Nacieron, Valerio, en martes;
Que pues él me desterró
Cuando matarme intentó,
No ha de hallarme cuando quiere;
Y el que culpa no tuviere,
Que se sufra como yo.

VALERIO.

Pues ¿qué ha pecado Madama,
Que viene para tu esposa,
Y como á esposo te ama?

PRÍNCIPE.

A Celia tengo por diosa,
A Celia mi alma llama.
Apartate del camino;
Que sale deste molino
Gente que baja á la presa.
Estos son de la Duquesa:
¿Cómo á sus piés no me inclino?

ESCENA III.

EL CONDE, MELAMPO. — Dichos.

MELAMPO.

Entra en el bosque, Martín;
Que aquí me conviene hablarte.

CONDE.

¿No me dirás á qué fin?
Pues no vienes á esta parte
Sin pensamiento ruin.

MELAMPO.

Mal mi pasión adivinas,
Si tal locura imaginas;
Otro es el mal que me ahoga,
Y dígame aquesta sogá
Y estas robustas encinas.

CONDE.

Dime, ¿qué quieres hacer?

MELAMPO.

Lo que quiero es que le digas
A aquella ingrata mujer,
Que al fin de tantas fatigas
Aun no me quiere querer,
Que pues veo que te ha dado
El alma que me ha quitado,
Dile que en este cordel
Queda Melampo fiel
Bien perdido y mal pagado.

CONDE.

Deja, loco; suelta, necio.
¿Por eso quieres hacer
Al cielo tanto desprecio,
Y tras la vida, perder
La joya de mayor precio!

MELAMPO.

Dejala.

CONDE.

Suéltala, digo.

MELAMPO.

No haces oficio de amigo.

CONDE.

Haréle de tal manera,
Que me aborrezca y te quiera,
Y á darte á Laura me obligo.

MELAMPO.

¿A Laura?

CONDE.

A Laura.

MELAMPO.

Esos piés
Son dignos de aquesta boca.

CONDE.

La mano bastará pues.

MELAMPO.

La mano y el alma.

CONDE.

Toca;
Que esa basta que me des.

MELAMPO.

En fin, ¿que aborrecerás
A Laura?

CONDE.

Pienso hacer mas;
Que si me la traes aquí,
Haré que te quiera á ti.

MELAMPO.

Lo que es imposible harás.
Mas por verte aborrecella
En mi presencia, yo voy
A traella.

CONDE.

Ve por ella.

MELAMPO.

Contento y pagado estoy
Solo en que te burles della.

(Vase.)

ESCENA IV.

EL PRÍNCIPE, VALERIO. — EL CON-
DE, distante de ellos.

PRÍNCIPE.

¿No es ese, Valerio amigo,
El molinero entonado
Que, estando-Celia conmigo,
Entró á darme aquel recado?

VALERIO.

Dese cuento soy testigo.

PRÍNCIPE.

Pues lleguémosle á hablar:
Quizá nos sabrá informar
Del estado de mis cosas.

CONDE.

Desas carrascas hojosas
Siento las ramas turbar.
(Ap. Mas ¡ay! Extrño accidente!
Tengo al Príncipe presente,
¿Y no me hiela el temor!)

PRÍNCIPE.

Dios os guarde, labrador.

CONDE.

Bien venga la buena gente.
¿Habeis errado el camino,
O acaso tenéis que hacer
Algo en aquesta molino?

PRÍNCIPE.

No venimos á moler.

CONDE.

Bien molidos imagino.

PRÍNCIPE.

No lo adivináis muy mal;
Que quien anda y nunca para,
Parece al molino igual.

CONDE.

Bien se os parece en la cara
Que sois hombre principal.

PRÍNCIPE.

Yo os he visto en otra parte.

CONDE.

Estaría de otro arte.

PRÍNCIPE.

No, sino de aquesta suerte.

CONDE.

Así se espanta la muerte,
Y la vida se reparte.

PRÍNCIPE.

Era en cas de la Duquesa.

VALERIO.

De Celia: ¿no la conoces?

CONDE.

Nuesama, por Dios, es esa.

PRÍNCIPE.

Y de quien lo dice á voces.

VALERIO.

Mas que le piden confiesa.

CONDE.

¿Sois vos tambien su criado?

PRÍNCIPE.

Soy un hombre que le adora,
Y soy un cautivo herrado.

CONDE.

¡Oxte, puto! ¿A mi señora?
Vos saldréis descalabrado.

PRÍNCIPE.

Si tú supieras quién soy,
Dirías que lo merezco.

CONDE.

Ya lo sé; que al diablo os doy:
Y perdonad; que os ofrezco
Por el enojo en que estoy.

PRÍNCIPE.

¿Quién soy?

CONDE.

Sois un engañado,
Que os andais embelesado
Por quien jurara yo aquí
Que me quiere mas á mí,
Lleno de harina y salvado.

VALERIO.

Todos saben su rigor.

PRÍNCIPE.

¿Cuánto habrá que allá no fuiste?

CONDE.

De entonces acá, Señor,
Sola una vez.

PRÍNCIPE.

Y esa, ¿vistes
Su divino resplander?

CONDE.

Antes no resplandecía;
Que un luto negro traía
Por un conde que murió.

PRÍNCIPE.

Mas vivo está que no yo.

CONDE.

¡Miren qué bellaquería!

PRÍNCIPE.

¿Viste acaso á quien hablaba?

CONDE.

Con una carfilamida,
De un príncipe se quejaba,
Que quitó á un conde la vida,
Y socarron le llamaba.
Echábanle maldiciones

Entre las dos á montones,
Y para ayudallas bien
A todas dije yo *amen*;
Que digo las oraciones.
Hoy que tengo de ir á vella
Y llevalle cierta harina,
Pienso hablar á su doncella
Y pedille esta dotrina
Para salvarme con ella;
Que aunque ya yo estoy salvado,
No estoy bien asegurado;
Que á fe que temblando estoy.

PRÍNCIPE. (Ap. á Valerio.)

Valerio, de vida soy,
Después de estar enterrado.

VALERIO.

¿Cómo así?

PRÍNCIPE.

Yo fabriqué
El remedio mas seguro
Que para hablalla tendré.
En traje tosco y oscuro
Con este villano irá.

VALERIO.

¿Quiéreste hacer molinero?

PRÍNCIPE.

Eso mismo hacerme quiero,
Y á su lado deste entrar,
Adonde la pienso hablar
Y decille cómo muero.

VALERIO.

Agrádame la invencion.

PRÍNCIPE. (Al Conde.)

Buen hombre, ¿no harás por mí
Cierta cosa?

CONDE.

Si es razon,
Yo os lo ofrezco desde aquí.

PRÍNCIPE.

Y yo esta en galardón.
(Dale una cadena de oro.)

CONDE.

¿Es de oro?

PRÍNCIPE.

De oro fino.

CONDE.

Por Dios, si yerro el camino,
Que de hierro me la dais;
Mas cuando me conozcáis,
Me daréis lo que adevino.

PRÍNCIPE.

Hoy á ver aquesta dama
En traje de molinero
Iré contigo.

CONDE.

¿A nuesama?

Guarda ahuera, al matadero!
Eso alcahuete se llama.

PRÍNCIPE.

¿Tú no ves que es rectitud
Hacer á un hombre amistad?

CONDE.

Tal os venga la salud;
Que no es buena caridad
Daros mi propia virtud.
Pero porque estoy seguro
Que callaréis como un muro,
Id dese traje á mudaros;
Que yo me ofrezco á llevaros.

PRÍNCIPE.

¿Cierto?

CONDE.

Pues que yo lo juro...

PRÍNCIPE.

¿Que al fin haré que la vea?

CONDE.

¿Ya no te digo que sí?

PRÍNCIPE.

Pues alto, vamos de aquí;
Que en esa primera aldea
Habrá vestido.

VALERIO.

Sea así.

CONDE.

Vamos; que yo te aseguro
Que con el traje, á lo oscuro,
No te conozcan.

PRÍNCIPE.

Y en fin,

¿Quieres?...

CONDE.

A fe de Martin.

PRÍNCIPE.

¿Cierto?

CONDE.

Pues que se lo juro...

(Vase el Príncipe y Valerio.)

ESCENA V.

EL CONDE.

¿Hase visto jamás igual suceso?
Hase visto desdicha semejante?
Mas no pienses, fortuna, que por eso
A tus desdichas mudaré semblante;
Queen Celiano ha de haber tan pocosos,
Que conociendo al Príncipe se espante;
Antes entiendo de su raro estilo
Que le ha de herir, y por el mismo filo.
Solo de aquesto me resulta un daño,
Y es estorbarme el bien que yo tuviera
Hablando á Celia, y en el mismo engaño
Que sus brazos toqué la vez primera.
¡Ah tiempo! á ti que toca el desengaño
De cuanto encubre la mentira fiera,
El fuego de la fénix presto imita,
Y aquesta vida muerta resucita.
Salga, que es justo, del villano traje
Quien no nació de sangre de villanos;
Reciba nuevo lustre mi linaje,
Tocando á Celia sus divinas manos;
No quieras que la espada tanto baje
Destos pérfidos bárbaros villanos;
Conténtate de ver, sin merecello,
Su punta amenazando mi cabello.

ESCENA VI.

LAURA, MELAMPO. — EL CONDE.

LAURA. (A Melampo.)

¿Aquí dices que quedó?

MELAMPO.

Aquí entre aquestas carrascas
Estuvo oyendo mis bascas,
Y sus desengaños yo.

LAURA.

Martin, ¿qué melancolía
Es aquesta que te ha dado?

CONDE.

El haberte declarado
El engaño que fingía.

LAURA.

¿Qué engaño?

CONDE.

Decir que amaba
A quien siempre aborrecí.

LAURA.

¿Tú me aborreces á mí?

CONDE.

Y contigo me burlaba

Dos años há que Melampo
Te ha querido sin favor,
Enterneciendo su amor
Monte, molinos y campo.
Este sí que te merece,
Y á quien es justo que pagues;
Y no acaricies ni halagues
Quien te engaña y aborrece.
Movíome á desengañarte
Ver que matarse intentó,
Y que esta sogá colgó
De una encina por vengarte.
Y así, ha podido conmigo
Tanto su pena y tormento,
Que le hice juramento
De no verme mas contigo.
Ya, Laura, yo te aborrezco:
Créme, y quiere á Melampo,
En cuyas prendas estampo
Lo que yo de tí merezco,
Porque no he de hablarte mas.

LAURA.

No menos me prometia
La grande desdicha mia:
Que el galardón que me das.
No quiero de tí quejarme,
Ni dar á entender que siento
Perder un hombre de viento,
Que ha confesado dejarme.
Quéjome solo de mí,
Que con engaño te amé.

CONDE. (A Melampo.)

¿Qué te parece?

MELAMPO.

No sé

Con qué pagarte.

LAURA.

¡Ay de mí!

Martin, que mejor dijera
Martirio del pecho mio,
Martillo de hierro frio,
Que rompe un alma de cera,
¿Posible es que eres tan duro,
Que divides á los dos,
Que me dejas?...

CONDE.

Sí, por Dios.

LAURA.

¿Cierto?

CONDE.

Pues que se lo juro...

LAURA.

¿Y que estás determinado?
¿Y que ya no me verás?

CONDE.

Ya no pienso hablarte mas;
Pon en Melampo el cuidado.

LAURA.

¿Eso intentas, mármol duro?

CONDE.

No he de escuchar tus enojos,
Por vida de ciertos ojos.

LAURA.

¿Cierto?

CONDE.

Pues que se lo juro... (Vase.)

ESCENA VII.

LAURA, MELAMPO.

LAURA.

Al fin el cruel se fué.

MELAMPO:

Aquí está quien te desea;
Laura, ¿Quién habrá que crea
Tu desengaño y mi fe?

EL MOLINO.

¡No miras el desconcierto
Que haces con él y conmigo;
Pues dejas un cierto amigo
Por un enemigo cierto?
Por qué, ingrata, no me quieres,
Pues que conoces mi amor?

LAURA.

(Ap. Para un hombre que es traidor
Poco valen las mujeres;
Mas pues este me dejó,
No se ha de burlar de mí;
No se vengue en que perdí,
Por él lo que no estimó.
Fingirme quiero contenta,
Y á quien aconseja, amar;
Que con un diestro olvidar
El mejor come pimienta.
El que mas presto olvidó,
Si ve que se le da poco,
Suele volver como loco
A querer lo que dejó.)
Melampo, ya yo deseo
Dar remedio á tu pasión.
Porque tu mucha afición
Lo merece, cual lo veo.
Habrá dos días ó tres
Que mi padre me hablaba
De que casarme trataba,
Como ya tan viejo es;
Y de Martín y de ti
Me dijo que yo escogiese
El que mas gusto me diese;
Pero no le he dado el sí.
Vé á mi padre, y di que quiero
Que tú seas mi marido.
Pues lo tiene merecido
Tu fe y amor verdadero.
Cree que tu bien procuro;
Y el remedio de los dos.

MELAMPO.

¿Es de veras?

LAURA.

Sí, por Dios.

MELAMPO.

¿Cierto?

LACRA.

Pues que se lo juro...

MELAMPO.

Dame, mi bien, esa mano
Por prendas de aqueste bien.

LAURA.

La mano y brazos también.

MELAMPO.

Amor, reviento de ufano.

LAURA.

Mi palabra te aseguro
Que he de gozarte algun día.

MELAMPO.

¿Jurasio?

LAURA.

Por vida mía.

MELAMPO.

¿Cierto?

LAURA.

Pues que se lo juro...

(Vanse.)

Sala en la quinta de Celia.

ESCENA VIII.

EL REY, LA DUQUESA, TEODORA.

REY.

Si, como aquí te ofrezco el alma mía,
Mi reino y mi corona, todo el mundo
Santo pudiera, es cierto que lo haría.

Solo en servirte y agradarte fundo
Lo que merezco, lo que soy y valgo.
Y en que quieras hacerme tu segundo.
Jamás verás que de tu gusto salgo;
Sin ti no tengo en nada mi persona,
Por ti pretendo yo merecer algo.
Sola es esta humildad la que me abona,
Y la que puede enriquecer mi gusto.
Si este amor, Celia, se me galardona.
Un muerto conde no te dé disgusto;
Pues se te ofrece un rey en lugar suyo,
Recíbele por él, pues es tan justo.
Mi reino, Celia hermosa, será tuyo;
Todo ha de estar debajo de tus plantas:
Aguardándote un sí, callo y concluyo.

DUQUESA.

Yo conozco, Señor, que me levantas
Del polvo de la tierra á tu grandeza,
Y me dispones á grandezas tantas.
Mas desto se te sigue la bajeza
De hacer á tu vasallo igual contigo;
Lo que es para mi alma gran tristeza.
Con todo esto, no replico y digo
Cosa en contrario; mas decirte quiero
Lo trates con mi padre, y no conmigo;
Porque en aquestos términos espero
Alegrarme, vestirme y componerme.

REY.

Vivo en tus ojos, en tu ausencia muero,
Aunque no quieras, Celia, socorrerme;
Y pues que la venida de mi nuera
Será muy presto, por venir á verme,
Yo parto á recibilla; y bien quisiera
Que se hiciera la boda con contento.
Bios sabe si por ti mejor la hiciera.
En ti, Celia, estará mi pensamiento,
En ti vivo y por ti: dame licencia,
Pues que ya sabes lo que en partirsiento.

TEODORA. (Ap.)

Y lo que ella aborrece tu presencia
Lo sabe también Dios, y no lo sabes;
Que al fin, amor añade y quita ciencia.
Ya tiene de su pecho otro las llaves:
No hallarás entrada.

REY.

¿Celia mía?

TEODORA. (Ap.)

Esfuerzo te dé amor para que acabes.
Mientras mas se calienta, mas se enfria,
Y apartarse de verla apenas osa,
Y ella verle presente no querría.

REY.

¡Ay Celia de mi alma! Ay Celia hermosa!

(Vase.)

ESCENA IX.

LA DUQUESA, TEODORA.

DUQUESA.

¿Hay, Teodora, desdicha como aquesta?

TEODORA.

Estoy, Señora, helada y temerosa.
Veo la voluntad del Rey dispuesta,
Y veo al Conde que por ti padece,
Y que dejalle es cosa manifiesta.

DUQUESA.

Antes el sol, que agora resplandece,
Se cierre con la noche, y en lo bajo
Del suelo aquella estrella que amanece;
Y en formas nuevas con igual trabajo,
Fortuna avara mudará las cosas. [Tajo,
Mezclando al Ebro el Duero, el Nilo al
Que el Conde y sus pasiones amorosas
Se borren de mi alma eternamente,
A pesar de sus manos rigurosas.
Porque el perfecto amor no me consiente
Que á nadie quiera, pues al Conde quie-

[ro;

Y cuando hacerme fuerza el Rey intente,
Todo es morir, y moriré primero.

ESCENA X.

EL PRÍNCIPE, de villano, con un costal
al hombro, y EL CONDE con él. —
DICHAS.

CONDE.

No tengais miedo, Pascual,
Que se enoje la Duquesa;
Que no me quiere tan mal.

PRÍNCIPE.

Oh hi de puta, cómo pesa!
Ofrezco al diablo el costal.

DUQUESA.

¿Qué es esto?

TEODORA.

Los molineros.

DUQUESA.

¿Era ya tiempo de veros?

CONDE.

Deténgase su mercé:
No vé que la ensuciaré
Con los nuevos compañeros?

DUQUESA.

Pues, Martín, ¿acompañado?

CONDE.

No lo he podido estorbar,
Por mas que lo he procurado.

DUQUESA.

Ya no te quiero abrazar.

CONDE.

Por vos, Pascual, se ha enojado.

PRÍNCIPE.

¡Hola, Martín!

CONDE.

¿Qué me quieres?

PRÍNCIPE. (Ap. al Conde.)

Que pues que su amigo eres,
Te allegues cerca, y le digas
Quien soy.

CONDE.

A mucho me obligas;

Empero no desesperes;
Que yo llegaré en secreto,
Y diré que eres un hombre
Que la adora; y en efeto
Servirá saber tu nombre.

PRÍNCIPE.

Que lo sabe te prometo.
Pero háblala después:
Dile que el Príncipe es,
Y que la quiere hablar.

CONDE.

Pues mira, deste lugar
No pienses mudar los pies;
Que yo llegaré por ti,
Y tu nombre le diré.

PRÍNCIPE.

No me moveré de aquí;
Hecho una piedra estaré.

CONDE.

Aguárdate, y fía de mí;
Que nadie mejor desea
Que bueno el suceso sea
Destas cosas en que andamos. —
Pues, nuesama, ¿cómo estamos?

DUQUESA. (Ap. al Conde.)

Mi conde, ¿quién esto crea?
Dime, ¿no es este traidor
El Príncipe?

CONDE.

Sí, Señora,

Ya sabeis que os tiene amor.

DUQUESA.

¿Qué es esto, Próspero, agora?

CONDE.

Habla bajo y sin temor;
Que este traidor me ha buscado
Para venir disfrazado,
Viéndome aquí el otro día;
¡Sábelo Dios, Celia mía,
Si yo lo tengo llorado!
Pero al fin, no puedo mas,
Y le traigo á que te hable.

DUQUESA.

¿Quién lo creyera jamás!

CONDE.

Es mi fortuna mudable.

DUQUESA.

Dime, mi bien, ¿cómo estás?

CONDE.

En viéndote, bueno y sano.

PRÍNCIPE. (Ap.)

¡Oh lo que tarda el villano!

DUQUESA.

Yo estoy sin verte perdida.

CONDE.

Ponte delante, mi vida,
Y tomaréte la mano.

DUQUESA.

Vesla aquí.

CONDE.

Besalla quiero.

PRÍNCIPE. (Ap.)

¡Lo que tarda el molinero!

DUQUESA.

Con el contento de verte
Se me olvida de mi muerte.

PRÍNCIPE. (Ap.)

Ya de esperar desespero.

CONDE.

¿Cómo es esto?

DUQUESA.

Que estoy loca
De ver que el Rey quiere hacer
(Tanto el amor le provoca)
Suya propia tu mujer.

CONDE.

¿Eso tomas en la boca?

DUQUESA.

En esta locura ha dado;
Pero no te dé cuidado
Que el Rey haga, aunque mas valga,
Que el Conde que adoro salga
Del pecho que le ha guardado.

CONDE.

Eso creo yo muy bien
De tu amor.

DUQUESA.

Y del desden
Que le muestro á causa tuya.

CONDE.

Esto, mi bien, se concluya,
Por este traidor tambien.

DUQUESA.

En fin, ¿le he de hablar aquí?

CONDE.

Conviene, Señora, así. —
Llegad, Pascual; que por Dios,
Que he negociado por vos
Lo que no hiciera por mí.

PRÍNCIPE.

¿Conóceme, Celia hermosa?

DUQUESA.

¡Parécote justa cosa,

Loco Príncipe, y debida
A una dama recogida,
Esta invencion vergonzosa?
Si aquí fueras conocido,
¡Pudieras darme la fama
Que en este tiempo he perdido,
Mientras que no soy tu dama,
Ni tú mi propio marido?
Deja ya las mocedades;
Que si va á decir verdades,
Eres mas loco que cuerdo.

PRÍNCIPE.

Cuando ves que el seso pierdo,
¿Con razon me persuades?
Yo conozco que estoy loco,
Y que nace esta ocasion
De solo tenerme en peco;
Que priva de la razon
La pena á que me provoco.
¿Qué esperas del Conde muerto?
¿Tú no ves que es desconcierto
Amarle con tal pasion?
¿Es de piedra el corazon?
¿Tienes diamante encubierto?
Ya la tierra le aprisiona:
¿De qué sirve voces dalle,
Ni maltratar tu persona?
¿Piensas de resucitalle
Como hace la leona?
Piensa, Celia, que jamás
Le verás vivo.

DUQUESA.

No estás
En eso engañado peco;
Yo le veo vivo y toco,
Y pienso gozarle mas;
Que dentro de mi sentido,
Para gozalle en el cielo,
Tengo á Próspero esculpido.

PRÍNCIPE.

¡Oh pecho de fuego y hielo,
Y de un fiero áspid ceñido!
¿Muerto el Conde, me aborreces?

DUQUESA.

Y tanto te desvaneces,
Que aun vivo se representa,
Y me está tomando cuenta
Del hablarte tantas veces.
Presente le tengo, digo.

CONDE.

Príncipe, ya; ¿no te cansas?

PRÍNCIPE.

Por arduo camino sigo.
Muerte, ¿que no me descansas
Deste dolor enemigo?

CONDE.

Ea, señora nuesama,
Sed menos brava por Dios,
Y amad un hombre que os ama.

DUQUESA.

¿Y sabeis, villano, vos,
Si le conviene á mi fama?
¿Podeis vos darme licencia,
Si casada me procura
Otro marido en presencia?

CONDE.

¿Soy yo papá por ventura?
¿No es aquesa impertinencia?

DUQUESA.

¿Parécete que tal ha sido
Querer al primer marido?

PRÍNCIPE.

Si es muerto, aguardad que venga.

DUQUESA.

No se os dé nada que tenga
Mi amor trocado el vestido.

CONDE.

Par Dios, Pascual, yo no veo
Remedio, si ella os desama.

PRÍNCIPE.

Ni lo tendrá mi deseo.

ESCENA XI.

LERIDANO. — Dichos.

LERIDANO.

Bien dirá agora nuesama
Que vengo por jubileo.

CONDE.

¡Ah nuesamo! ¿Que acá estáis?

LERIDANO.

Dadme, Señora, esos piés.

DUQUESA.

Casero, con bien vengais,
Aunque ya se pasa un mes
Que en esta casa no entráis.
¿Cómo está el molino?

LERIDANO.

Bueno,
Que siempre besa sus manos.
Casa, huerta y jardín lleno
De mil alhelies tempranos.
Con todo su campo ameno;
Mil almendros florecidos,
Con los pimpollos cubiertos,
De blanco y nácar vestidos,
Tienen los ramos abiertos
Que penetran los sentidos.
Váyase su señoría
Por allá, si gusta, un día;
Que la habemos menester.

DUQUESA.

¿Hay en qué haceros placer?

LERIDANO.

Desposo una-hija mía.

DUQUESA.

¿A Laura?

LERIDANO.

A Laura, Señora.

DUQUESA.

¿Y con quién?

LERIDANO.

Con un garzon
Que há dos años que la adora.

DUQUESA.

Digo que es justa razon.
Madrina soy desde agora.
Mañana voy al molino,
Tened bien puesta la huerta.

LERIDANO.

Ella con su olor divino
Hasta las flores despierta,
Y las tiende en el camino.

DUQUESA.

¿Irás conmigo, Teodora?

TEODORA.

Será muy cierto, Señora;
Es mi propio beneficio.

LERIDANO.

Hágame aqueste servicio.

CONDE.

Contento estaréis agora.

LERIDANO.

¿Quién es aqueste ragal?

CONDE.

Un amigo de mi tierra.

LERIDANO.

En aquesta ocasion tal,
Martín, el odio destierra.

Si á Laura no quieres mal,
Romper tienes los zapatos.

CONDE.

Todos bailamos á ratos,
Y mas con esta madrina.

LERIDANO.

¿Diste cuenta de la harina?

CONDE.

Servid á viejos ingratos.

LERIDANO.

¿Has llevado las carretas?

CONDE.

Bien nos podemos volver;
Bien lo hacen las muletas.

LERIDANO.

¿Gran boda!

CONDE.

Pienso romper
Seis pares de castañetas.
(*Vanse.*)

Vista exterior del molino.

ESCENA XII.

LA PRINCESA, ALBERTO, ACOM-
PAÑAMIENTO.

ALBERTO.

¿Qué os parece, Madama, desta tierra?
No os da contento su agradable vista,
Las plantas della fértiles y bellas,
Tanta diversidad de fruta y árboles?
¿No os admiráis de ver tanta grandeza?

PRINCESA.

Todas las cosas de la noble España
Me agradan por extremo; que no es poco
Para quien deja en Francia su regalo,
Sus padres, sus abuelos y parientes.

ALBERTO.

Unigo que bien os haya parecido,
Pues es forzoso que viváis en ella.

PRINCESA.

En extremo, Señor, estoy confusa
De ver que hasta la corte hemos llegado,
Sin que nadie nos haya recibido,
Ni el Príncipe. No sé cuál sea la causa.

ALBERTO.

No os cause aquesto, Flor de Lis, disgus-
to; ha sido la venida de secreto, [to;
Y puede ser que no lo haya sabido;
Si ya no fuese caso que ocupado
Esté en cosa que importe, y que no pue-
la causa se sabrá bien presto. Hola, [da.
Marcha á la corte... Mas, ¿qué gente es es-
ta?

ESCENA XIII.

EL REY; RUFINO. — Dichos.

REY.

Haced que lleguen luego esa carroza,
Para que á la ciudad volvamos juntos.

PRINCESA.

Deme tu majestad tus piés.

REY.

Mis brazos
Os daré, mi Madama, con gran gusto,
Y mi hijo también.

PRINCESA.

Esclava vuestra; ¡cia,
Que vengo como en prendas desde Fran-
de la amistad que el Rey mi padre os de-
be.

REY.

La discrecion á la hermosura iguala.

EL MOLINO.

En todo os hizo peregrina el cielo.
¿Cómo ha venido la Princesa, Alberto?

ALBERTO.

El mar le hizo, Señor, algunos días
El mal alojamiento que ella suele;
Mas, gloria al cielo, no fué nada todo.

REY.

Espantada estaréis, Madama, hermosa,
Que el Príncipe no salga á recibirlos;
Mas pensando que fuera la venida
Por tierra, por la posta fué á buscarlos.
Mas dentro de dos días tendrá aviso,
Y dará vuelta, con deseo y gana
De recibir aquellos dulces brazos.

PRINCESA.

Pésame á mí que mi señor el Príncipe
Sin causa haya tomado este trabajo;
Mas bien se vengará de nuestra burla
Con el deseo y gana de esperallo.
(*Habrá ruido dentro diciendo: Para, para.*)

REY.

¿Qué gente es esta que camina al bosque,
Rufino amigo?

RUFINO.

Aquestos son criados
De la duquesa Celia, que esta tarde
Se ha venido á aquestas caserías
A ser madrina de una boda rústica
De una hija de aqueste molinero.

REY.

Y di, ¿será capaz aquesta casa
Esta noche de tan honrados huéspedes?

RUFINO.

Ya entiendo al blanco, gran Señor, que tí-
Y digo que la casa basta y sobra [ras,
A aposentar doblada gente en ella.

REY.

Pues alto; huésped tiene la Duquesa,
Y esa boda mejor de padrino.

Haz que nos traigan de la corte presto
Lo necesario para aquesta noche,
Porque con otras fiestas mas solemnes
Madama Flor de Lis entre en mi corte.

RUFINO.

Apercibida tienes la carroza;
Venga tu majestad.

REY.

Venid, Princesa,
Donde descansaréis aquesta noche,
Y mañana dará lugar el día
Para poder serviros con contento.
(*Vanse, y queda Rufino solo.*)

RUFINO.

Extraño es el pensamiento
Del Rey en quedarse aquí;
Pero está lejos de sí,
Y cerca de su tormento.
Por gozar á la Duquesa,
Sin quien no puede vivir,
Quiere en el campo dormir
Con la madama francesa.

ESCENA XIV.

EL PRÍNCIPE Y EL CONDE, *de labra-
dores.* — RUFINO.

PRÍNCIPE.

Grande alboroto he sentido,
Martín, hacia nuestra casa;
Dicen que la infanta pasa
Que desde Francia ha venido.

RUFINO.

¡Ah molineros!

CONDE.

¿Quién llama?

RUFINO.

¿Cuándo viene la Duquesa?

CONDE.

Por esa senda atraviesa.

RUFINO.

Madrina tenéis de fama.

PRÍNCIPE. (*Ap.*)

Este es Rufino, criado
Del Rey: quiérome esconder.

RUFINO.

¿Cuándo la boda ha de ser?

CONDE.

Ahora está concertado.

RUFINO.

A hablar la Duquesa voy:
Quedad con Dios.

CONDE.

El os guarde.
(*Vase Rufino.*)

ESCENA XV.

EL PRÍNCIPE, EL CONDE.

CONDE.

¿De qué estúviste cobarde?

PRÍNCIPE.

De que este sabe quien soy.
Oye.

CONDE.

¿Qué quieres?

PRÍNCIPE.

Martín,
¿Adónde viene esa gente
Del Rey?

CONDE.

Si pasa la puente,
Irá de Celia al jardín.

PRÍNCIPE.

Dices la verdad, por Dios;
Que el Rey y su nuera van
A la huerta.

CONDE.

Y dormirán
Esta noche allí los dos;
Que aquí se ha de ver su intento.

PRÍNCIPE.

Huélgome; que disfrazado
Veré la mujer que han dado
Al Príncipe en casamiento.

CONDE.

Es buena imaginacion
Esa que el Príncipe tiene.

PRÍNCIPE.

Martín, la Duquesa viene.

CONDE.

Ella y Leridano son.

ESCENA XVI.

LA DUQUESA, LERIDANO. — Dichos.

DUQUESA.

¿Que en esta huerta se entró
Sin licencia el Rey?

LERIDANO.

Y quiere

Dormir en ella.

DUQUESA.

Si fuere
Mi gusto y lo quiero yo.

LERIDANO.

El huésped, Señora, es tal,
Que obliga á darle la huerta.

DUQUESA.
¿Quién es el que está á la puerta?

LERIDANO.
Martín, Señora, y Pascual.

DUQUESA.
Pues, Martín, ¿y todavía
Sois de Pascual compañero?

CONDE.
Después que soy molinero,
Me muele de noche y día.

DUQUESA.
Pues sois molinero, amor,
Y sois moledor.

PRÍNCIPE.
Yo creo
Que te muele mi deseo,
Y endurece mi dolor.

DUQUESA.
¿No puede hacerse la boda
Sin Pascual, señor Martín?

CONDE.
Es un grande bailarín,
Viene á revolveilla toda.

DUQUESA.
Si él la piensa revolver,
Dentro habrá quien le castigue.

PRÍNCIPE.
Ya no hay cosa que me obligue
A dejarte de querer.
Mas pues ya soy molinero,
Y no te ablando jamás,
Moler tengo hasta no mas
Aquese pecho de acero;
Que por mas que piedra seas,
Es molino de diamante
La firmeza de un amante
A quien la muerte desear.

DUQUESA.
Si tú la diste también,
¿Qué mucho quererte mal?

PRÍNCIPE.
Moler tengo pedernal
Con agua de tu desden.

LERIDANO.
El Rey viene.

PRÍNCIPE.
Aquí me aparto;
Que quiero ver la Princesa. *(Apártase.)*

ESCENA XVII.

EL REY, LA PRINCESA.—EL PRÍNCIPE, LA DUQUESA, EL CONDE y LERIDANO.

REY.
Quiero tanto á la Duquesa,
Que á recibilla me parto.

DUQUESA.
Beso vuestros pies supremos
Y á vos, señora Madama:
Por mi vida, que sois dama
De peregrinos extremos.

PRINCESA.
Soy yo muy vuestra criada.

REY.
A lo menos no diréis
Que en esto no me habeis
Quedar, Duquesa, obligada,
Pues que vengo á ser padrino,
Sabiendo que sois madrina.

DUQUESA.
De merced tan peregrina
Hallo mi valor indino.

PRÍNCIPE. *(Ap.)*
No es fea la francesilla;
Obliga á tenelle amor.

DUQUESA.
Es esa merced, Señor,
Para el mejor de Castilla.
Y el ser padrino conmigo
Donde la Princesa está,
Injusta cosa será;
Solo á servirlos me obligo.
Ella será la madrina
Con vos, y yo os serviré.

REY.
En nada contradiré
Lo que Celia determina.

PRINCESA.
A fe que dichosos fueron
Los señores desposados;
Que padrinos tan honrados
Pocos reyes los tuvieron.

DUQUESA.
Mi señor el Rey ha sido
De quien yo recibo honor.

PRÍNCIPE. *(Ap.)*
Cobrándole voy amor.
Harto bien me ha parecido.

REY.
Duquesa, haced que veamos
Los novios, y trataremos
De que aquí los desposemos,
Y buen agüero tengamos;
Que esta su boda lo es
De alguna que hacer espero.

DUQUESA.
*(Ap. Acá se siente el agüero
Para tu gusto al revés.)*
Pues alto, casero amigo,
Y vos, Martín, allá entremos,
Y los novios sacaremos
Para que vengan conmigo;
Y mirad que habeis de hacer
Cierto negocio por mí.

LERIDANO.
Haré, Señora, por tí
Cualquier cosa.

DUQUESA.
Así ha de ser.
(Vanse todos, menos el Príncipe.)

ESCENA XVIII.

PRÍNCIPE. *(Ap.)*

Considero tan sin pena
A aquesta hermosa dama,
Que con gran razon se llama
Flor de lirio y azucena.
Aquí sí que mis cuidados
Y amorosos desatinos
Por tan honrados caminos
Serán mas bien empleados.
¿Mal haya el tiempo que amé
La ingrata que me aborrece!
Mujer sin fe no merece
Que nadie la tenga fe.
Princesa del alma sola,
Este es el Príncipe, este es:
Serás ahora y después
Mi princesa y española.
Aquí estoy arrepentido
Del tiempo que me engañó:
No llores mi ausencia, no;
Que aquí tienes tu marido.

(Vase.)

Huerta del molino.

ESCENA XIX.

LA DUQUESA, *embozada y vestida á lo villano*; LERIDANO y LOS DESPOSADOS y EL CONDE *con alguna gente*, y salen cantando los del molino; EL REY, LA PRINCESA, EL PRÍNCIPE.

(Cantan.)
Esta novia se lleva la flor,
Que las otras no.
Bendiga Dios el molino
Que tales novias sustenta;
Muela su harina sin cuenta
A costa de tal padrino.
Estas muelen de lo fino
Del trigo, que muele amor;
Que las otras no.

REY.
Muy bueno es esto por Dios!
¿Gentil agüero y fortuna!
¿Esta novia no era una?
¿Cómo agora vienen dos?

LERIDANO.
Eran almendras partidas
Las que estas huertas criaban;
Que en una cáscara estaban
Dos desposadas metidas.
Melampo y Martín se casan
Con las dos que son mis hijas,
Pues honras y regocijas
La boda.

REY.
¿Qué cosas pasan!
Este villano es discreto,
Y viendo que soy padrino,
No halla mozo en el molino
Que nó le case en efeto.

LERIDANO.
En fin, Señor, ¿que gustais
Que se hagan estas bodas
Con gran alegría todas?

REY.
Y otras muchas que traigais.

MELAMPO.
¿Vuestra palabra real
Obligais, justo ó injusto,
De no recibir disgusto?

REY.
En mi vida he visto tal.
Digo que sí.

LERIDANO.
Esto es hecho.
Venga un clérigo que os case.

REY.
Mirad si hay álguien que pase;
Que le casaréis sospecho.
Pero llamadme primero
La Duquesa; que sin ella
No es bien hacerlo.

LERIDANO.
Por ella
Voy como un viento ligero.
(Destápase la Duquesa.)

REY.
¿Qué es lo que mis ojos ven?

DUQUESA.
A Celia con su marido.
Rey, la palabra te pido.

REY.
¿Este es el Conde?

DUQUESA.
También.
CONDE.
El conde Próspero soy,

EL MOLINO.

41

Que humilde estoy á tus piés;
Que vida ó muerte me des,
Humilde á tus piés estoy.
En este traje he vivido,
Huyendo el fiero rigor
Del Príncipe mi señor,
A quien también perdón pido.

REY.

¿Quién es aqueste villano?

PRÍNCIPE.

Tu hijo soy, que á tus plantas
Pido de mis culpas tantas,
Señor, tu perdón y mano.
Aunque estoy en este traje,
En que mi enojo me puso,
Con la Duquesa me excuso
De mi fingido viaje.
Todo, Señor, fué fingido,
El Conde muerto y mi ausencia;
Que cerca de tu presencia
En este traje he vivido.
Perdonad, esposa mía,
Y dadme esa mano y brazos.

PRINCESA.

De vuestra esclava son lazos,
Que los doy desde este día.

REY.

Estoy de manera mudo,
Que no sé qué responder;
Y entre el pesar y placer
Lo que estoy mirando dudo.
¡Ah, Celia, mucho has sabido!

DUQUESA.

Hazañas fueron, Señor,

De mujer que tiene amor.

REY.

Paciencia: engañado he sido.
Todos os habeis casado.
Gozad vuestra mocedad;
Que bien veo que mi edad
Se excusa dese cuidado.

LAURA.

¡Ah señor Conde!

CONDE.

¡Ah Señora!

LAURA.

¿Érades vos el galán
Que tanta pena y afán
Suele dar á quien le adora?
¿Érais vos aquel perjuró
Contra la fe de los dos?

MELAMPO.

¿No lo has visto?

CONDE.

Sí por Dios.

LAURA.

¿Cierto?

CONDE.

Pues que se lo juro...

LAURA.

Basta, que burla de mí.

REY.

Desde hoy los molineros
Se tengan por caballeros.

MELAMPO.

En mi macho me lo fui.
De comer, Señor, procuro,
Que es la perfeta hidalguía.

REY.

Renta os doy desde este día.

MELAMPO.

¿Cierto?

REY.

Pues que se lo juro...

CONDE.

Piedra de mi fuerte muro,
Sabed que ya vuestro soy.

DUQUESA.

Yo, Señor, mi mano os doy.

CONDE.

¿Cierto?

DUQUESA.

Pues que yo lo juro...

REY.

Yo lo mismo os aseguro;
Y así entrarnos bien podemos
Donde el casamiento harémos.

LAURA.

¿Cierto?

DUQUESA.

Pues que yo lo juro...

CONDE.

Yo fui dichoso con tino,
Pues que mi mal se remedia.
—Y aquí acaba la comedia,
Gran senado, del *Molino*.

EL DÓMINE LÚCAS,

COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO;

DIRIGIDA A JUAN DE PIÑA, SECRETARIO DE PROVINCIA Y SU MAYOR AMIGO.

SIRVIENDO al excelentísimo señor don Antonio de Toledo y Beaumont, duque de Alba, en la
edad en que pude escribir

La verde primavera
De mis floridos años,

al contar alguna parte desta fábula, de cuyos principios habia sido testigo; dando por autor de su verdad, si tiene alguna, á un caballero valenciano, por apellido Borja, por ánimo Alejandro, y por valentía de su persona otro español Alcides: aficionéme al suceso, porque ya lo estaba al caballero que digo, y escribíla en el estilo que corria entonces; halléla en esta ocasion pidiendo limosna como las demás, tan rota y desconocida cual suelen estar los que salieron de su tierra para soldados con las galas y plumas de la nueva sangre, y vuelven después de muchos años con una pierna de palo, medio brazo, un ojo menos, y el vestido de la municion sin color determinada: hice por corregirla, y bien ó mal, sale á luz con el nombre del mayor amigo. Saben muchos que lo es vuesa merced, y sería cansada la disculpa de no ofrecerle cosas mayores, mas dignas de su ingenio; pero muchas veces no dan los hombres á lo que aman las cosas de mas precio, sino las que mas estiman. Tenía yo en la memoria esta comedia por las causas que refiero, y porque representándola Melchior de Villalba, hombre que en su profesion no tuvo quien le precediese, ni habemos conocido quien le igualase, era por aquellos tiempos de las bien escuchadas, como ahora se dice por las mujeres de las bien prendidas; y así, la quise poner en esta parte entre otras de mas consideracion, no sé si de mas gusto, y dedicándola al nombre de vuesa merced, calificarla léjos de toda lisonja, que en tantos años de amor fuera locura; y mas añadiendo á las amistades recibidas tantas obligaciones, que solo le ha faltado á vuesa merced haber escrito la mitad de mis versos, porque en las elecciones, disposiciones y pensamientos siempre le he debido la mejor parte, y con su consejo, puesto en el papel con menos miedo la pluma; que no quieren las cosas del ingenio ser menos comunicadas que los edificios que se fabrican, si han de acertarse, mayormente deste género en que se ha de agradar á tanta diferencia de entendimientos, dificultad mayor que la de los pintores, donde repara mas el vulgo en la alegría de las colores que en la simetria de las figuras. En tres partes dividió Plutarco la amistad; que á mi parecer ninguno con mas claridad y acertamiento. Para amar los amigos, dijo que era necesario buen juicio (aquí entiendo en el escogerlos), deleite en el conversarlos, y seguridad de su ánimo en las necesidades que se ofreciesen: todas tres partes he hallado en vuesa merced confirmadas en tantas ocasiones, que como este amor comenzó á los principios de la vida, tendrá la misma fuerza hasta los últimos fines de su término; pudiendo decir, como Paulino á Ausonio:

*Et cum solutus corporali carcere,
Terraque prolaberetur,
Que me locarit axe communis Pater,
Illic quoque te animo geram.*

Y donde quiera que esté
Mi espíritu, libre ya
De la cárcel en que está,
Vivo en él te llevaré.

*Amigo y capellan de vuesa merced,
LOPE DE VEGA CARPIO.*

EL DÓMINE LÚCAS.

PERSONAS.

FLORIANO, *estudiante, galán.*
ALBERTO, *estudiante, galán.*
FULGENCIO, *viejo.*

LUCRECIA, *dama.*
LEONARDA, *dama.*
ROSARDO, *galán.*
DECIO, *capigorrón.*

FABRICIO, *galán.*
DORISTO, *villano.*
LAVINO.
NEBRO.

LISANDRO, *corregidor.*
PLÁCIDO, *escribano.*
UN MESONERO.
DOS PAJES.
CRIADOS.

La acción pasa en Alba de Tórmes y en un cortijo.

ACTO PRIMERO.

Calle en Alba de Tórmes, con vista de la casa de Fulgencio.

ESCENA PRIMERA.

FABRICIO, ROSARDO, FULGENCIO,
LUCRECIA, LEONARDA; DOS PAJES,
con hachas.

FABRICIO.

¡Extremada fiesta ha sido!

ROSARDO.

¡Bravo toro!

LEONARDA.

Aquí le temo.

¡Y las suertes?

FABRICIO.

Por extremo.—

Y mas la que yo he tenido.

(*Aparte á ella.*)

LUCRECIA.

¡Vos, Fabricio! ¿En qué?

FABRICIO.

En miraros,

Acompañaros y veros.

LUCRECIA.

No puedo aquí responderos.

FABRICIO.

Ni yo dejar de obligaros.—

¿Qué os parece deste día,
Señor Fulgencio?

FULGENCIO.

Que está

Alba diferente ya
De lo que en mi edad solía;
Que por mi fe, que á esta fiesta
Vi toda una corte aquí,
Y que aquesta plaza vi
Mas adornada y compuesta.

ROSARDO.

¡Mas que la corte?

FABRICIO.

Sin duda;

Que lo fué la que algun día
El viejo Duqué tenía.

FABRICIO.

El tiempo lo acaba y muda;
Fué hombre de gran valor.

FULGENCIO.

No menos esta Alba espera
Cuando amanezca en su esfera
El sol de tal sucesor;
Que yo, con esta vejez,
Pienso esperar confiado
De que aquel siglo dorado
Ha de volver otra vez.—
¿Que hoy no ha podido la fama
Sacar de su olvido fiero
A la plaza un caballero,
Ni á la ventana una dama?

FABRICIO.

Si es por hacernos afrenta
A mí y á Rosardo, advierte
Que no pongas desa suerte
Tu hija y sobrina en cuenta;
Que ellas solas en el suelo
(Que en otra parte es error)
Dan mas luz y resplandor
Que el sol y luna en el cielo.

ROSARDO.

Por Dios, que yo no salí
Por estar mi overo manco,
Dejando una suerte en blanco;
Que á una negra prometí.
Y de Fabricio yo sé
Que por eso lo dejó;
Porque, no saliendo yo,
A no salir le obligué.

FABRICIO.

Yo tenía mis jaeces
En Salamanca prestados,
Y estábamos disculpados
Saliendo otras muchas veces.
Pero yo juro enmendallo,
Ofreciéndose ocasión.

FULGENCIO.

¡Que hoy no saliese un rejon,
Ni un hombre solo á caballo!
Cierto que os he de reñir.
Pues no salir causa fué
Que un forastero y á pié
Pudiese hacer y decir.

LUCRECIA.

¡Decís por el estudiante
De Salamanca?

FULGENCIO.

¿Pues quién?

LUCRECIA.

Bien anduvo.

ROSARDO.

Anduvo bien;

Pero es un poco arrogante.
Y no fué solo; que había
Otros valientes con él.

FULGENCIO.

Ya por ellos y por él
Fué regocijado el día.—
A casa habemos llegado:
Si entrar no quereis, adios.

FABRICIO.

Quede, Fulgencio, con vos,
Aunque me habeis agraviado.

ROSARDO. (*Ap. á Leonarda.*)

Mi bien, ¿cuándo podré veros?

LEONARDA.

Que lo deseo creed.

FULGENCIO.

¡Hola! esas hachas volved
Con aqueles caballeros.

(*A los dos pajes.*)

FABRICIO.

Eso no habeis de mandar.

FULGENCIO.

Irán sin duda.

ROSARDO.

Eso no:

No he de llevar hacha yo.

FABRICIO.

Ni yo la puedo llevar.

FULGENCIO.

Pues adios. Entra adiante.

(*Vanse Fulgencio, Lucrecia, Leonarda y los pajes.*)

ESCENA II.

FABRICIO, ROSARDO.

ROSARDO.

El viejo nos ha corrido.

FABRICIO.

¡Oh cuánta envidia he tenido
Al venturoso estudiante!
¡Qué soberbias cuchilladas
Que le daba al toro!

ROSARDO.

Y tales.

Que no tuvieron iguales.
Y pueden ser celebradas.
¡Gallardos brazos!

FABRICIO.

¡Soberbios!

Pues cada vez que herian,
Poca resistencia hacían
Cuero, carne, hueso y nervios.
Confieso mi envidia.

ROSARDO.

Y yo
Mi envidia y mis celos juntos.

FABRICIO.

Pues en mí crecen por puntos
Los que su talle me dió.
Fuera de que yo entendí
Que se le inclinó Lucrecia:

ROSARDO.

Si; mas no anduvo tan necia
Como yo á Leonarda vi;
Que aun aquí me quema y arde
De ver cómo le decia,
Cuando al toro acometia:
«¡Valate Dios!»; Dios te guarde!
Y por eso entre la gente
Tuvo tales opiniones,
Porque aquellas oraciones
¿A quién no hicieran valiente?
Si ella á mí me deseara
Tal bien y buena opinion,
No á un toro; á un tigre, á un león
Acometiera y matara.

FABRICIO.

Y Lucrecia, ¿qué decia,
Cuando Leonarda rezaba?
¿No viste lo que rogaba,
Y lo que al cielo pedia?
¿Oh cuánto habemos errado
En no haber salido al coso!

ROSARDO.

¿No es este aquel venturoso?

FABRICIO.

¿Cuál?

ROSARDO.

Aquel que va embozado.

FABRICIO.

Pues ¿en qué le conociste?

ROSARDO.

En la capa con el oro,
Que mil veces sobre el toro
Con el blanco acero viste.

ESCENA III.

FLORIANO y ALBERTO, embozados, de
estudiantes, muy galanes y con cues-
tos bajos.—DICHOS.

FLORIANO.

Desto, Alberto, no te asombres;
Que has después de hacer extremos.

FABRICIO. (Ap. á Rosardo.)

¿Quieres que ahora probemos
Si es tan bravo con los hombres?

ROSARDO.

Y de un hombre ha de temer
Quién rinde un fiero animal?

FABRICIO.

Creed que una espada igual
Mas miedo suele poner.
Pero, pues es forastero,
Y que mañana se irá,
Segura el alma estará
De sus celos y su acero.

ROSARDO.

Ves, ¿habéisle conocido?

FABRICIO.

Anduvo tan embozado,
Que mientras mas fué mirado,
Menos conocido ha sido.
Pero vamos, que no importa;
Que es esto mucha flaqueza.

(Vanse Fabricio y Rosardo.)

ESCENA IV. FLORIANO, ALBERTO.

ALBERTO.

Al fin, ¿qué á tan gran belleza
Juzgas tu ventura corta?

FLORIANO.

A otras fiestas he venido,
Trayendo determinado
De decirle mi cuidado
Para despertar su olvido.
Porque en efeto la adoro;
Pero nunca me atreví.

ALBERTO.

Pues ¿á qué vienes aquí?

FLORIANO.

No mas de á matar un toro.
Solo aficionarla espero.

ALBERTO.

Muy bien tus brazos podrán,
Pues en lugar de galán,
La sirves de carnícero!
Si de Salamanca, adonde
Estudias, vienes aquí
A descuartizarle así,
¿Qué efeto esperas? Responde.
Si siempre embozado vienes,
Que aun apenas te conoce,
¿Qué fruto quieres que goce
De la esperanza que tienes?
¿Qué papel te dió molestia?
¿Qué razones estudiadas,
Sino andar á cuchilladas
Y á brazos con una bestia?
Cuando se enternezca así,
¿Piensas que te ha de rogar,
Y que en un corto lugar
Puedes verla, y verte á ti?
Tu amor, al fin, vitupero,
Porque á esta, para ser casta,
Llamarse Lucrecia basta,
Casto nombre y mal agüero.
¿Hasme entendido, Floriano?
Floriano, ¿duermes?

FLORIANO.

¡Yo! Sí;

Que á tus razones dormí:
Fuerza de amor inhumano;
Que el alma, que está despierta
A mil penas y pasiones,
A la luz de tus razones
Se duerme obstinada y muerta.
Y porque es muy ordinario
De tu amor aconsejarme,
Quiero ahora consolarla
Con este dolor contrario;
Que todos tus argumentos
Aquí se han de resolver;
Que amor de amigo y mujer
Son contrarios elementos.
Tú me encaminas al bien,
Y Lucrecia á tanto mal,
Que hoy por medio desigual
Quiero probar su desden.
Lo mejor he conocido,
Y lo peor aprobado;
Ya soy áspid encantado:
En vano tientas mi oído.
A Salamanca te vé,
Y di que á Madrid me fui;
Porque yo me quedo aquí,
Por ver si hallarme podré.
Llevarás esos criados,
A quien tendrás por mi cuenta,
Mientras á la suya asienta
Amor mis largos cuidados.
Y di en escuelas por cierto
Que vuelvo; y presto ha de ser,
Si es cierto poder volver
Un hombre después de muerto;

Que cuatro pequeñas leguas
Que hay de Salamanca aquí,
Andaré por verte á ti
Y dar á mis ansias treguas;
Que eres al fin el descanso
De mis penas, dulce Alberto,
Y para llegar al puerto
Viento en popa y viento manso.
Esto fué desdicha mía.
Alba mi sol ha de ser;
Que tras tanto anochecer,
Espera el alma algun día.

ALBERTO.

Vé ordenando el testamento.
Item mas, di lo que queda,
Porque á cuerpo y alma pueda
Dar descanso y monumento.
¿Qué es aquesto, mata-toros?
Todas aquellas fierezas
¿Paran en esas tristezas
Y en aquesos tiernos lloros?
¿Eres quien hoy como un Cid
Con el valor de tus brazos
Hizo aquel toro pedazos.
Sin gastar traicion ni ardid?
Pues ¿qué sentimiento es ese,
Y mas donde está mi ayuda,
Que no hay cosa á que no acuda,
Aunque á estudio y amor pese?
No te quiero aconsejar,
Aunque fuera lo mejor,
Sino esforzar este amor,
Y este dalito ayudar.

Ya soy cómplice contigo:

¿Qué es lo que piensas hacer?

FLORIANO.

Ahora acabo de ver
Que eres verdadero amigo.
Pero es forzosa tu ausencia
Por dos imposibles grandes.

ALBERTO.

Ni lo quieras ni lo mandes;
Que perderé la paciencia.
Mas ¿qué imposible no es sueño
A un amor tan desigual?

FLORIANO.

Ser mujer tan principal,
Y ser lugar tan pequeño.

ALBERTO.

Antes por esa razon
Solo te echarás de ver.

FLORIANO.

Muy diferente ha de ser
Mi nueva imaginacion.

ALBERTO.

¿Cómo?

FLORIANO.

Aquí suelen venir
De Salamanca estudiantes.

ALBERTO.

¿Qué estudiantes?

FLORIANO.

Mendicantes,
Que vienen á Alba á pedir.
Y destos uno he de ser,
Con pobre traje y vestido.

ALBERTO.

Con risa te he respondido.
Y bien, ¿qué piensas hacer?

FLORIANO.

Hablalla y vella.

ALBERTO.

¿Y no mas?

FLORIANO.

Y declararme con ella.

ALBERTO.

Y ese traje, para vella;

¿Adónde hallarle podrás?

FLORIANO.

Decio, ese capigorrón
Que nos compra de comer,
Vino á las fiestas ayer,
Y hoy le he visto en el mesón.
Entra, Alberto, por tu vida,
Y á la plaza le enviarás.

ALBERTO.

¿Quieres robarle?

FLORIANO.

No mas

De la sotana raída,
El ferreruero y sombrero.

ALBERTO.

Entro pues.

FLORIANO.

Entra, y no tardes.

ALBERTO.

Si sale, no te acobardes;
Que darle esta espada quiero. (Vase.)

ESCENA V.

FLORIANO.

[go
Si amor sus flechas, y el infierno el fue-
Perdido hubieran, de mi pecho ardiente,
Para matar y atormentar la gente,
Fuego y flechas sacar pudieran luego.
Y si á Neptuno, que en mi llanto anego,
Faltara el agua y la inmortal corriente,
Hallara nuevo mar en la gran fuente
De lágrimas, que ya me tienen ciego.
Y si al áspid soberbio é iracundo
Faltara la ponzoña de su aliento,
La hallara de mi pecho en lo profundo.
Y si faltara al ave su elemento,
Con mis suspiros sustentara el mundo;
Que soy ponzoña, fuego, mar y viento.

ESCENA VI.

DECIO, con una sotanilla muy raída
y otra hecha pedazos debajo, y un
mal sombrero y mal ferreruero.—
FLORIANO, embozado.

DECIO. (Ap.)

¿Qué hora para enviar
A un forastero á la plaza!

FLORIANO. (Ap.)

Vil resolucion y traza
Me manda amor intentar.
Decio es este.

DECIO. (Ap.)

¿Estaba loco

Hombre que tal enviaba?
Mas yo, que sali, lo estaba,
No siendo el peligro poco.
¿A quién he de preguntar?
Que no hay un hombre en el suelo,
Ni una estrella en todo el cielo,
Por quien me pueda guiar.
Pues yo ¡soy muy animoso!
No hay sombra que no me asombre,
Con imaginar que es hombre.—
¿Válgame Dios poderoso!
Héle aquí puesto delante,
O que de arriba cayó.

FLORIANO.

¿Qué gente?

DECIO. (Ap.)

¡Díjelo yo!

FLORIANO.

¿Qué gente?

DECIO.

Un pobre estudiante.

FLORIANO.

¿Estudiante? ¿De á dó bueno?

DECIO.

Salmanticense, Señor.

FLORIANO.

Sosegáos; no hayais temor,
Y cubrios; que hace sereno,
Y es para el celebro malo.

DECIO.

Tiene razon, en verdad.

FLORIANO.

Quam artem?... ¿Qué facultad?

DECIO.

(Ap. Con el latin me regalo:
Ya voy cobrando el aliento.)
Logicam audio et sum ego
Compostellanus.

FLORIANO.

¿Gallego?

DECIO.

Maxime.

FLORIANO.

(Ap. ¡Gracioso cuento!)

¿A qué habeis aqui venido?

DECIO.

Veni ad agitando tauros,
Con otros dos bacalauros,
Que los habemos corrido.

FLORIANO.

¿Servis?

DECIO.

Al hombre mas ruin
Que tiene toda la Europa:
Testigo esta pobre ropa.

FLORIANO.

¿Y de qué?

DECIO.

Curo un rocín
Y compro lo que manduca.

FLORIANO.

¿Y dónde está?

DECIO.

En el lugar.

FLORIANO.

¿A qué ha venido?

DECIO.

A acabar
Un padre que ya caduca.

FLORIANO.

¿De dónde es?

DECIO.

Es de Madrid.

FLORIANO.

¿Es caballero?

DECIO.

Eso es llano,
Sino que, siendo un villano,
Presume venir del Cid.

FLORIANO. (Ap.)

¿A buen mozo, por mi vida,
Doy de comer y salario!

DECIO.

Si no soy mas necesario,
Da veniam que me despida,
Quia vado per pasteles,
Et ad tabernam cum bota.

FLORIANO.

Iréis la cabeza rota.

DECIO.

Deten tus manos crueles;
Que yo no tengo tesoros.

FLORIANO.

Arrojad luego la capa.

DECIO. (Ap.)

Si desta el cielo me escapa,
¡Nunca mas á Alba á ver toros!

FLORIANO:

Quétese la sotanilla
Y el sombrero.

DECIO.

Que me place.

Pero ¿de qué intento nace,
Siendo tan mala, el pedilla?
Ea, declare si es ludus.

FLORIANO.

Camine, capigorrón.

DECIO.

Nudus salí del mesón,
Et illuc revertar nudus.

(Vase.)

ESCENA VII.

FLORIANO.

No se ha negociado mal,
Pues son estos los despojos
Que han de llevarme á los ojos
De aquel ángel celestial.
Otros para ver sus damas
Sacan libreas costosas,
En las cubiertas vistosas
Manifestando sus llamas.
Ponen morado de amor
Y nácar de crueldad,
Carmesi de voluntad
Y pajizo de temor;
Y yo, con tanta firmeza,
Pongo á la luz de mi espejo
Un vestido negro y viejo,
Porque es vieja mi tristeza.
Pero es bien que el alma mia
Con algun consuelo quede;
Que desta tristeza puede
Salir después mi alegría.
Vamos pues; que hasta su vista
Ha de durar mi tristeza;
Que si es cielo la pobreza,
Hasta los cielos conquista. (Vase.)

Salí en casa de Fulgencio.

ESCENA VIII.

LEONARDA, LUCRECIA.

LUCRECIA.

Al fin, ¿no le viste bien?

LEONARDA.

Digo que entonces le vi,
Y que fué milagro en mí
Y rayo su luz tambien.

LUCRECIA.

¿Qué! ¿te ha enamorado?

LEONARDA.

No.

LUCRECIA.

¿Pues qué?

LEONARDA.

Bien me ha parecido.

LUCRECIA.

Deso mi parte he tenido;
Que tambien tengo alma yo.

LEONARDA.

¿Eso me dices? Presume
Que le he de solicitar,
Y tengo de confesar
Que me abraza y me consume,
Y estará muy en mi mano,
Pues en Salamanca vivo.

LUCRECIA.

Tu propósito concibo;

(Aselo.)

ESCENA IX.

FULGENCIO.—DICHAS.

FULGENCIO. (Ap.)

Yo sé
Cómo esto se ha de tratar.

LUCRECIA. (Ap. d. Leonarda.)

¡Mas que ya te viene á hablar?...!

LEONARDA. (Ap. d. Lucrecia.)

Lucrecia, ¿qué le diré?

FULGENCIO.

Sobrina...

LEONARDA.

Tío y señor...

FULGENCIO.

Solo á buscarte he venido.

LEONARDA.

Ya la ocasion he sabido,
Y que me has hecho favor.

FULGENCIO.

Deseo de tu remedio
Es, Leonarda, mi intencion;
Que la presente ocasion
Apenas se pone en medio;
Que con ser hija, no sé
Si esto á Lucrecia deseo.

LEONARDA.

En la nobleza lo veo,
Que de la tuya heredé.

FULGENCIO.

Rosardo, que ya conoces...

ESCENA X.

FLORIANO.—DICHOS.

FLORIANO. (Llamando dentro.)

¿Quién está acá?

FULGENCIO.

¿Qué importuno?...!

—Al fin, Rosardo, que es hombre
De grande linaje y nombre...

FLORIANO. (Dentro.)

¿Quién está acá?...!

FULGENCIO.

¿No hay alguno

Que responda en esta casa?

¿Algun criado? ¡Hola, gente!

LUCRECIA.

Ya es ido el impertinente.
Señor, adelante pasa.

FULGENCIO.

Digo pues que te ha pedido
Por mujer este Rosardo,
Que, como ves, es gallardo,
Muy rico y muy bien nacido.
Trájetelo de Salamanca
Para que, viniendo aquí...

(Sale Floriano con los vestidos que quitó al capigorrón.)

FLORIANO.

¿Quién está acá?

FULGENCIO.

¿No hay ahí

Quien dé á ese pobre una blanca?
Entrá, hermano, entrá en buen hora.
Veamos qué nos quereis.

¿Quién sois?

FLORIANO.

Ya, Señor, lo veis.

El que vuestro auxilio implora,
Páuper escolástico,
Que pide un poco de pan.

FULGENCIO.

Aguardad: dároslo han.
¿Qué importuno sois! ¡Jesus!
—Vé tú por ello.

LUCRECIA.

Yo voy. (Vase.)

FULGENCIO.

¿Qué importuno sois, hermano!

FLORIANO.

Con pan de tan bella mano,
Por hoy satisfecho estoy.

ESCENA XI.

UN CRIADO.—LEONARDA, FULGENCIO, FLORIANO.

CRÍADO.

Rosardo está en el jardín,
Que viene á hablarte, Señor.

FULGENCIO.

Que suba será mejor... (A Leonarda.)
—Pero turbaráste, al fin.
Voy, y estarás advertida
De que luego subirá.

(Vase, y el criado.)

LEONARDA.

A ver á mi muerte va.

FLORIANO. (Ap.)

Y yo espero ver mi vida.

LEONARDA.

Quieroirme á componer,
Ya que aqueste ha de subir;
Y mas quisiera morir
Que haberle de hablar y ver. (Vase.)

ESCENA XII.

FLORIANO.

Amor, tiempo, ocasion, fortuna, cielo.
Veisme aquí pobre, que el sustento pido;
Amor me dió el sugeto enriquecido,
En cuyas alabanzas me desvelo. [lo
El tiempo me dió tiempo; y con su vue-
Esta ocasion presente me ha ofrecido.
Si la fortuna me ha favorecido,
¿Quién debe al cielo lo que yo en el suelo?
Eché la hacienda por salvar la vida
En tu piélago, amor, y llegué al puerto
Pidiendo, como pobre, la comida.
Ya de la vida estoy seguro y cierto:
¿Qué milagro me queda que te pida [lo?
Después de haberle dado vida á un muer-

ESCENA XIII.

LUCRECIA, con pan.—FLORIANO.

LUCRECIA.

¡Hola, hermano!

FLORIANO.

¿Mi señora!

LUCRECIA.

¿Estáis ahí?

FLORIANO.

¿No lo ve?

No puedo mover el pié,
Ni fuera posible ahora.

LUCRECIA.

¿Estáis enfermo?

FLORIANO.

Mortal.

LUCRECIA.

Pues no se os echa de ver,

Pero es pensamiento vano;
Que mi padre te ha traído
A que Rosardo te vea,
En razon de que desea...

LEONARDA.

Dilo.

LUCRECIA.

Hacerle tu marido.
Y esto está medio tratado,
Y no te podrás volver;
Que ha de quedar; dijo ayer,
Escrito y efetuado.

LEONARDA.

¡No se ha de hacer con un sí,
Y aqueste yo le he de dar?
Pues quírosele negar,
Y podré librarme así.

LUCRECIA.

Modable debes de ser.

LEONARDA.

Tú con extremo lo eres,
Pues hoy á un extraño quieres,
Queriendo á un amigo ayer.

LUCRECIA.

¡Yo á un extraño!

LEONARDA.

¿No lo dices?

LUCRECIA.

¿Yo querer! ¿Por qué razon?
¿Qué has visto en mi condicion
Para que te escandalices?
¿He llorado? He suspirado?
¿No he comido? No he dormido?
¿A qué mi honor he ofendido,
Ni á mis padres agraviado?
¿Qué gracias he visto en él,
Sino que ayer mató un toro,
Con una capa con oro,
Mas fiero y robusto que él?
El no es estudiante, prima,
Y reside en la ciudad?

LEONARDA.

Si.

LUCRECIA.

Pues, ¿qué facilidad
A pretendelle te anima?
Que hoy se irá, si ya no es ido.
(Ap. Basta; que esta necia ha dado
La poner nuevo cuidado
Adonde yo le he tenido;
Que yo sé que es Floriano,
Y viene al lugar por mí,
Aunque jamás lo entendí
De su lengua ni su mano;
Pero sólo de sus ojos,
Que hablan y escriben mas.)

LEONARDA.

Tratando acaso estarás
Borne ocasiones de enojos.

LUCRECIA.

¡No! ¿cómo?

LEONARDA.

Dando á mi tío
De mis desatinos cuenta.

LUCRECIA.

Quien así mi amor afrenta,
No debe de ver que es mío.
Digo que saber quisiera
Moras dese hombre que darte.

LEONARDA.

Solo eso, Lucrecia, es parte
Para que ya no le quiera.
Yo le dejo desde ahora,
Porque nunca una mujer
Mas presto viene á querer
Que cuando hay competidora.—
Fulgencio viene.

FLORIANO.
No lo querer entender
Tengo por mala señal.
LUCRECIA.
Tomad, *Dómine*.
FLORIANO.
¿Sabeis
Que *señor* quiere decir?
LUCRECIA.
Lo sé.
FLORIANO.
A quien ha de servir,
¿Vos *señor* llamar queréis?
Por buen agüero lo tomo,
Y ese nombre he de llamarme;
Que vos podeis confirmarme.
LUCRECIA.
Coméos el pan.
FLORIANO.
Ya lo como,
Y mejor diré lo beso,
Porque es tan bendito el pan;
Que alma y cuerpo comerán
De la dulzura del beso.
LUCRECIA.
¿Vino ayer de la ciudad?
FLORIANO.
Vine, aunque no vi la fiesta,
Por lo que ya me molesta
Tan áspera enfermedad.
LUCRECIA.
¿Qué es su mal?
FLORIANO.
Calor es todo.
LUCRECIA.
¿Del hígado?
FLORIANO.
Cerca está.
LUCRECIA.
¿No hay remedio?
FLORIANO.
Alguno habrá.
LUCRECIA.
Pues cúrese.
FLORIANO.
¿De qué modo?
LUCRECIA.
Hablando al médico.
FLORIANO.
Es rico.
LUCRECIA.
¿Y vos?
FLORIANO.
Pobre por extremo.
LUCRECIA.
No importa.
FLORIANO.
Eso solo temo.
LUCRECIA.
¿Moriréis?
FLORIANO.
Remedio aplico.
LUCRECIA.
¿Cómo?
FLORIANO.
Que jarabes tomo.
LUCRECIA.
Ya es principio.
FLORIANO.
Buenos son.

LUCRECIA.
Pues ¿qué os duele?
FLORIANO.
El corazon.
LUCRECIA.
Coméos el pan.
FLORIANO.
Ya lo como.
LUCRECIA.
(Ap. ¡Notable es el estudiante!
¿Qué buena cara que tiene!)
¡Ah, *Dómine*!
FLORIANO. (Ap.)
Ya se viene.
Amor, camina adelante.
LUCRECIA.
¿Sois acaso bien nacido?
FLORIANO.
Sí, en verdad; pero quedé
Sin padre: al fin me apliqué
A las letras, que he seguido,
Y me cuestan lo que veis;
Porque, si oficio aprendiera,
Menos trabajo tuviera.
LUCRECIA.
Hombre honrado pareceis.
FLORIANO.
Dios se lo pague y le dé
Entero conocimiento;
Lo que mas ahora siento
Es que tan sin él esté.
En verdad que conocí
A mi padre con criados;
Que viven ahora honrados
Con la hacienda que perdí,
Y aun he visto un mayordomo
Con no poca presuncion. (Llora.)
LUCRECIA.
No lloréis.
FLORIANO.
Es condicion.
LUCRECIA.
Coméos el pan.
FLORIANO.
Ya lo como;
Y creed que ya prevengo
Con esta epítima rica
La medicina que aplica
El tiempo al dolor que tengo.
Es propiedad del veneno
Irse luego al corazon;
Y así en aquesta ocasion
Va el pan de lágrimas lleno.
Porque la purga le mueva
Siempre se mezcla con él;
Y así, porque vaya á él
Este pan, lágrimas lleva.
LUCRECIA.
¿Estudiais filosofia,
O qué es aquesto que hablais?
FLORIANO.
Para que el alma entendais
Hablar romance querria.
Pero, si aqui no hay lugar,
Porque no digais que he sido
Ingrato al pan que he comido,
El pan os quiero pagar.
¿Teneis algun dolorcillo
O alguna secreta falta?
LUCRECIA.
¿Buena! la pregunta es alta;
Pero no me maravillo.
Quizá el *dómine* tocó
Un paso de *Celestina*,
En que da esta medicina

A otra Lucrecia cual yo.
De lo que es secretas faltas
No tengo que confesar;
Lo que es dolor, me hace dar
Muchas veces voces altas,
Porque me duelen las muelas.
FLORIANO.
¡Alabado sea el Señor,
Y mas con tanto favor
Como ahora me revelas!
Que, como si lo supiera,
Traigo una oracion escrita
De aquella santa bendita
Que es su abogada primera.
LUCRECIA.
¿Es santa Polonia?
FLORIANO.
Sí;
Y como aquesta receis,
Salvoconduto tendréis
Que no os duelan mas que á mí.
¿Sabeis leer y escribir?
LUCRECIA.
¿No hasta saber leer?
FLORIANO.
Para ser noble mujer,
Que es falta os puedo decir.
Hablad vuestro padre honrado;
Que, si queréis, yo estaré
En casa, y os mostraré,
Y á leer latin tirado.
LUCRECIA.
Yo entiendo que él gustará,
Y yo, amigo, en grande extremo.
FLORIANO. (Ap.)
¿Oh amor! ¿qué dudo? ¿qué temo?
Todo de mi parte está.
LUCRECIA.
Pues estáis enfermo así,
No os vais; que aqui comeréis;
Y mientras le hablo, podeis
Iros á sentar allí;
Que él es tan caritativo,
Que os hará limosna y bien.
FLORIANO.
Dadme vos los pies tambien
Por la merced que recibo.
LUCRECIA.
¿Cómo os llamais?
FLORIANO.
¿Yo, Señora?
LUCRECIA.
Idos á sentar,
Lúcas: yo os haré llamar.
FLORIANO. (Ap.)
¿Oh prenda que el alma adora!
Oh pan! Oh esperanza mía!
Oh dichoso fingimiento!
LUCRECIA. (Ap.)
¿Qué cara! ¿Qué entendimiento!
FLORIANO. (Ap.)
Alma, esfuérzate y porfia. (Vase.)
ESCENA XIV.
LUCRECIA.
¿Lo que ha podido moverme
El traer carta de favor!
Porque es gran despertador
De la voluntad que duermo.
¿Qué buena presencia tiene!
Seguramente camina,
Porque parezca que inclina,
Y que á los ojos se viene...

—Quiero la oracion leer
De aquella bendita santa.
Lo que es la entrada me espanta.
Mas prosa debe de ser.

(Lee.) «No he tenido atrevimiento
para descubrir mi pecho, con el temor
de mi bajeza y tus méritos, hasta que
la enfermedad ha sido de muerte, y tan
sforzoso el último remedio, que por
ventura, por no perdella del todo, te es-
cribo que soy *Floriano*, y que por tu
ocasion he venido á aquestas fiestas á
aventurar la vida, porque no la estimo
hasta saber si me la deseas. La tuya
aguarde el cielo, para que me la quites
ó me la des; que en tales manos todo
es vida.»

—¡Extremada es la oracion,
Y el remedio singular!
Y podria aprovechar
Dicha con buena intencion.
¡Qué discreto es *Floriano*!
En el tercero que envia!
¡Qué santidad que fingia
Hasta ponerla en mi mano!
Basta; que de aqueste oficio
Dejó *Celestina* nietos,
Y no con menos efectos
Para engañar el juicio.
Aqui no hay qué resistir.
Floriano es caballero;
Yo le adoro y por él muero...
—¡Qué gran falta es no escribir!
Pero, pues principios tengo,
Este hombre me ha de enseñar.

ESCENA XV.

FULGENCIO, ROSARDO.—
LUCRECIA.

ROSARDO.

De quererle dilatar,
Fulgencio, enojado vengo;
Que parece que á mi amor
No es buena correspondencia,
Después de tan larga ausencia,
Desvanecerme el favor.

FULGENCIO.

Faltas en eso razon;
Que sabed que os quiere bien.
Pero hay mujeres tambien
De esta esquiva condicion.
Que hay alguna que, si aqui
Le tratasen de marido,
Sin haberle conocido,
Dirá treinta veces sí.—
Lucrecia...

LUCRECIA.

No seré yo

Por quien eso vas diciendo.

FULGENCIO.

¿Eres que no te ofendo.

ROSARDO.

Todo en esta casa es no.
Te decís que no habeis sido
Quien este trato teneis,
Y vos, que no la ofendeis!

FULGENCIO.

Si *Leonarda* te ha ofendido;
Que esto no, yo le aseguro,
Y aquel sí no la ha engañado:
De vos estoy agraviado,
Y de *Leonarda* seguro;
Que ella en esta dilacion
Ha hecho como mujer.

ROSARDO.

Y vos debéis de volver
Por vuestra buena opinion.
¡...!

FULGENCIO.

¿En qué con vos la perdí?

ROSARDO.

En que este pago me dén
Las esperanzas del bien
De aqueste negado sí;
Que, por vos asegurado,
Me he atrevido, como necio,
Hasta llegar al desprecio
Del no cierto y sí negado.

FULGENCIO.

Fuera justa vuestra queja,
Rosardo, si os prometiera
Lo que en mi poder tuviera,
Puesto que os ama y no os deja.
Pero si esta dilacion
Es honesto proceder,
¿En qué se puede ofender
Vuestro honor y mi opinion?
Con *Lucrecia*, que es mi hija,
Y de quien disponer puedo,
Y donde respeto y miedo
Sufren que la mande y rija,
Hoy podréis quedar casado,
Cumpliendo mejor así
Esa palabra que os di.

ROSARDO.

Es cumplimiento excusado.
Lo que ella no ha de aceptar,
Fulgencio, me prometeis.

FULGENCIO.

¿Por qué no, si vos quereis?

ROSARDO.

Eso ¿es cumplir ó engañar?

FULGENCIO.

Dadme esa mano, *Rosardo*,
De hacer este casamiento,
Y veréis si es fingimiento.

ROSARDO.

¿Cierto?

FULGENCIO.

Cierto.

ROSARDO.

Pues ¿qué aguardo?

(Ap. Que ya el amor á *Leonarda*
Se acabó con su desden,
Y con ser mayor el bien
Que de *Lucrecia* me aguarda.
Pero ¿cómo he de poder
Desenjojar á *Fabrizio*,
Y dar tan contrario indicio
De mi hidalgo proceder?
Mas tambien es grande error,
Cuando todo es falsedad,
Guardar á nadie lealtad,
Y mas de interés de amor.
Mujer y diez mil ducados
¿A quien no disculparán?
(Que por menos que esto están
Mil necios desengañados.)
Señor, la palabra vuestra
No es quien os ha de obligar
A quererme ahora dar
De quien sois tan clara muestra.
Si acaso igual os parezca
A vuestra imaginacion,
Para tan alta ocasion
Humildemente me ofrezco;
Que yo no os quiero forzado,
Sino voluntario en esto.

LUCRECIA. (Ap.)

¡Airado cielo! ¿qué es esto?

FULGENCIO.

Por todo estoy obligado.
Y si la palabra dada
No cumplí en la prenda ajena,
La propia obligo á la pena
Como fianza pagada;

Que en esto tengo poder
Como en propia hacienda mia.

ROSARDO.

Pues, Señor, desde este día
Es *Lucrecia* mi mujer.
¿Cómo no me dais la mano?

(A *Lucrecia*.)

LUCRECIA.

Detened la vuestra un poco.

ROSARDO.

Juzgado me habréis por loco,
O por lo menos liviano.
Mas mirad vuestro valor
En cuánto á *Leonarda* excede,
Y veréis que me concede
Bastante disculpa amor.

FULGENCIO.

¿Mas por ventura entendido
Que es esta mi voluntad?

LUCRECIA.

No tienes dificultad
Para ser obedecido;
Que eres mi padre en efeto.
Pero yo sé de *Leonarda*
Que este casamiento aguarda,
Y ama á *Rosardo* en secreto.
Y como ella no lo impida
Ni diga que está quejosa,
Yo digo que soy su esposa.

FULGENCIO.

¡Justa respuesta!

ROSARDO.

¡Escogida!

Yo sé que dirá que sea,
Sin impedillo jamás.

LUCRECIA.

Pues yo no pretendo mas
De ver que no lo desea.

ROSARDO.

Pues vámosla á hablar.

FULGENCIO.

Partamos.

(Vase *Rosardo*.)

ESCENA XVI.

FULGENCIO, LUCRECIA.

LUCRECIA.

Oye, Señor.

FULGENCIO.

¿Qué me quereis?

LUCRECIA.

Bien es que nobles mujeres
Firmar y escribir sepamos.
Aquel enfermo estudiante
(Que ayer limosna pidió,
A enseñarme se ofreció)
Mientras no pasa adelante.
Puesto que el mal lo detiene,
Permitete que se cure,
Y que enseñarme procure.

FULGENCIO.

¡A extremado tiempo viene!
Dénle en casa un aposento
Donde se pueda curar.

LUCRECIA.

Y en el mio ¿podrá estar?

FULGENCIO.

Podrá, si ta da contento.

(Vase.)

LUCRECIA.

Confusa y turbada estoy,
Entre dos extremos puesta.
Si dijese en mi respuesta
Que ya de otro dueño soy...

¿Consentiré lo tratado?...
 ¡Tal dije! ; En mi lengua cupo
 Cosa que el alma no supo!

ESCENA XVII.

FLORIANO.—LUCRECIA.

FLORIANO.
 Pues ¿qué habemos negociado?
 ¡Háme señor recibido,
 O ya de casa me voy?

LUCRECIA.
 ¡Oh Lúcas! muriendo estoy.

FLORIANO.
 ¿Vos! ¿De qué?
LUCRECIA.
 Pierdo el sentido.

FLORIANO.
 ¿No se mitigó el dolor
 Con esa oración que os di?

LUCRECIA.
 Cuando la recé, creí
 Que era acabado el rigor,
 Y sentí tanto consuelo,
 Que no entendí que podía
 Bajar el tiempo en un día
 Mis esperanzas del cielo.
 Porque ese tu Floriano,
 Que aqueso papel te dió,
 Es á quien le diera yo
 De mujer palabra y mano:
 ¡Tanto como esto le quiero
 Desde el punto que la vi!
 Pero ya ¡triste de mí!
 De gozalle desespéro,
 Porque mi padre me fuerza
 A dar la mano á Rosardo.

FLORIANO.
 Desde este punto acobardo
 Todo el valor que me esfuerza.
 ¡Qué oigo, triste de mí!

LUCRECIA.
 ¿Qué dices?
FLORIANO.
 Que es caso extraño.

LUCRECIA.
 Extraño para mí daño,
 Pero nuevo para ti.

FLORIANO.
 ¿Qué es lo que piensas hacer?

LUCRECIA.
 Resistir, aunque me mate.

FLORIANO.
 Es este el primer combate;
 Y sois, Lucrecia, mujer.
 ¿Cómo habéis de resistir,
 Si vuestro padre lo quiere?

LUCRECIA.
 Resistir cuanto pudiese,
 Y poder hasta morir.

FLORIANO.
 ¿Es caballero ese hombre?

LUCRECIA.
 Sí.

FLORIANO.
 ¿Y es galán?

LUCRECIA.
 Por extremo.

FLORIANO.
 Ahora de nuevo temo.
 ¿Cómo decís que es su nombre?

LUCRECIA.
 Rosardo.

FLORIANO.
 Ya caigo en él.

A fe que es galán de fama,
 Y que tan hermosa dama
 Se emplea muy bien en él.
 Obedeced, pues es justo,
 A vuestro padre, Señora;
 Que no os va menos ahora
 Que tener provecho y gusto;
 Que por ser yo bien nacido,
 Lo que es verdad aconsejo,
 Aunque á Floriano dejo
 Por vos perdiendo el sentido.
 Pero él os dirá lo propio,
 Según es hombre de bien;
 Aunque por quereros bien
 Parece consejo impropio.
 Rosardo es buen caballero;
 Notorio en este lugar,
 Con quien os podeis honrar
 Mejor que de un forastero.
 Floriano es advenedizo,
 Pobre estudiante, aunque honrado,
 Y que solo os ha obligado
 Con lo que ayer veis que hizo,
 Que fué cosa para vos
 Bien excusada en verdad,
 Y para él necedad,
 Si no lo remedia Dios.
 ¡Bueno es que al vuestro dejéis
 Por un matador de toros!
 ¿Qué respetos, qué decoros,
 Qué obligacion le teneis?
 Un papel que os ha enviado
 Con un pobre como yo:
 ¿Es más que esto?

LUCRECIA.
 Amigo, no;
 Pero es mucho haberle amado.
 Y este amor es de tal suerte,
 Que ya tu consejo es vano,
 Porque en solo Floriano
 Está mi vida ó mi muerte.
 Y no digas que naciste
 Menos que como villano,
 Pues aquí contra Floriano
 La amiga lengua moviste.
 Yo tenia negociado
 Que os que fasedes aquí;
 Pero, pues sois contra mí,
 Ya me habéis desobligado.
 No estaréis en casa un punto:
 A la de Rosardo, hermano;
 Que aquí vive Floriano,
 Y Rosardo está difunto.
 ¡Con qué suspension y calma
 Me reprehende el grosero!
 ¡Por cierto, gentil tercero
 Para faltar mi alma!
 ¡De Floriano dice mal,
 Que no hay en la corte dama
 Que no lo quiera por fama
 Y porque no tiene igual?
 Pártete de mi presencia,
 Aunque descubras el caso.

FLORIANO.
Dómina, dómina, paso;
 Que es esa mucha licencia.

LUCRECIA.
 ¿Cómo! ¿no os puedo yo echar?

FLORIANO.
 Detened, mi bien, la mano,
 Porque echais á Floriano
 De su dichoso lugar.
 Yo soy el que os ha querido;
 Aquel vuestro esclavo soy,
 De quien el alma, que os doy,
 Os habla al mejor sentido.
 Yo aquel que, siempre callando,
 Hablé tanto con los ojos,
 Para que en un mar de enojos

Se vaya el alma anegando.
 Que este enemigo suceso
 Que así de casaros trata,
 Poco hará si no me mata,
 Después de quitarme el seso.
 Ya estoy aquí; ya llegué
 A lo mas que pretendí;
 De la tempestad salí,
 Y en el puerto me anegué.
 ¡Pluguiera á Dios que muriera
 Entre aquellas ondas bravas,
 Dulce amor, que levantabas!
 ¡Fiero olvido! ¡ausencia fiera!
 Y no ahora que en el puerto
 Me veo favorecido,
 Cierto de mi bien perdido,
 Y de mi remedio incierto.

LUCRECIA.
 Floriano, á quien ha visto
 Tantas pruebas de mi fe,
 Poco importa que las dé
 Con el llanto que resisto.
 Huélgome que hayas probado
 Los quilates de aquel oro
 Con cuyo valor te adoro,
 Y su fineza tocado.
 Y pues ya no hay qué decir
 Mas de lo que visto has,
 O tú mi esposo serás,
 O tú me verás morir.
 Mi padre quiere curarte,
 Siendo tú el médico mío,
 Porque de mi desvario
 Eres medicina y parte.
 Aquí tendrás aposento,
 Y aun dos creo que tendrás,
 Porque en mi alma estarás,
 Para ser huésped, de asiento.
 Y pues que tiempo tenemos
 Para contar nuestras cosas,
 De las que son sospechosas
 Las ocasiones quitemos.
 Créeme que estoy corrida
 De no haberte conocido,
 Aunque es mas culpa el vestido
 Que el ser yo desconocida;
 Que ya el alma me avisaba,
 Si yo creería quisiera;
 Pero de cualquier manera,
 En tu pensamiento estaba.
 Ya es hora de ir á comer.
 Apercibe tinta y pluma;
 Que habemos de hacer la suma
 De un infinito querer;
 Que esta ha de ser la cubierta
 Con que podremos hablar.

FLORIANO.
 Dame esos piés á besar,
 Gloria de mi cielo abierta,
 A cuyo sol desde hoy
 Ofrezco un águila nueva,
 Que en esos rayos se prueba
 Para conocer quien soy.
 Pues espacio me prometes,
 No quiero ahora cansarte,
 Mas solamente avisarte
 Que el casamiento no acetes;
 Que yo te daré invención
 Con la que burles á todos.

LUCRECIA.
 Cuando falten nuevos modos,
 Morir es resolución.

FLORIANO.
 Vivirás, pues que yo espero
 Gozarte con mucho gusto.

LUCRECIA.
 Muy bien sabe el cielo justo
 Que eres mi amor verdadero.

FLORIANO.
Estaré este tiempo en calma.
LUCRECIA.
Ya aperciben la comida.
FLORIANO.
Adios, Lucrecia querida.
LUCRECIA.
Adios, Dómine del alma.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

LEONARDA, LUCRECIA.

LEONARDA.
Vuelve á decir, por mi vida,
Amada prima, ese cuento.
LUCRECIA.
¿Cuento?
LEONARDA.
Pues ¿no es fingimiento?
LUCRECIA.
¿Yo fingida!
LEONARDA.
Tú fingida.
LUCRECIA.
¿Por qué?
LEONARDA.
Por darme á entender
Que Floriano estaba aquí,
Y viene á pedirme á mí
A Fulgencio por mujer.
LUCRECIA.
Leonarda, yo no lo he visto;
Pero dicen que ha llegado
De hidalgos acompañado
(Que es en el lugar bienquisto),
Y por mujer te pidió.
LEONARDA.
¿Posible es que fué verdad?
LUCRECIA.
Pues ¿qué es la dificultad?
LEONARDA.
Que no le merezco yo.
LUCRECIA.
Deja esa humildad tan necia.
LEONARDA.
¿Quién te lo dijo?
LUCRECIA.
Fabricio,
Dándome bastante indicio
De lo que te estima y precia.
LEONARDA.
Y, prima, ¿qué ha respondido?
LUCRECIA.
Mi padre, de aficionado,
Tenia casi tratado...
LEONARDA.
Dilo.
LUCRECIA.
Hacerle mi marido;
Y creyendo que tu gusto
Agora otras cosas trata,
La respuesta le dilata,
Y no con poco disgusto.
LEONARDA.
Pues hámele dado grande.
Digo que ese es gusto mío,
Y no hay para qué mi tío
En hacienda ajena mande;
Que si el yerno le contenta

Y le quiere para sí,
Floriano me quiere á mí.
LUCRECIA.
Codicia el talle y la renta;
Pero yo te quiero tanto,
Que no te le he de quitar.
LEONARDA.
¿Quién ha de poder turbar
Lo que ordena el cielo santo?
El quiere que Floriano
Sea mi esposo: ya lo es.

LUCRECIA.
Digo que luego le des
La fe, la palabra y mano.
A mí me sirve Fabricio,
De quien yo seré mujer;
Mas tambien has de entender
Que te hago en esto servicio.
Y así te vengo á avisar
De que á hablarte han de venir,
Y con instancia pedir
El sí, que le has de negar.
Y mira lo que te quiero,
Que su traición te declaro.
(Ap. ¿Oh traza de ingenio raro!
¿Qué bien engañarte espero!
Todo cuanto digo aquí
Floriano lo ha trazado,
Y es un enredo extremado
Para que él me goce á mí.)

LEONARDA.
¿Y qué traición puede haber?

LUCRECIA.
Han concertado venir
Con Rosardo á concluir
Que quieras ser su mujer,
Y detrás deste aposento
Hacer que esté Floriano,
Para que tenga por llano
Que tratan su casamiento.
Y como dirás de no
A Rosardo, claro está
Que por sí lo entenderá.

LEONARDA.
Ansí pues, si diré yo
Desde una hasta mil veces.

LUCRECIA.
Pues eso es lo que has de hacer
Si quieres ser su mujer,
Ya que á agradarle te ofreces.

LEONARDA.
Por el declarado engaño,
Darte, prima, el corazón
Es corta satisfacción.

LUCRECIA.
(Ap. ¿Qué á mi contento la engaño!)
Rosardo y Fulgencio vienen:
Yo aseguro que ya está
Floriano donde oír
El pensamiento que tienen.

LEONARDA.
A lo menos, el contrario,
Porque pienso decir sí.

ESCENA II.

ROSARDO, FULGENCIO. — DICHAS.

FULGENCIO. (A Rosardo.)
Como ella lo niegue aquí,
¿Qué testigo es necesario,
Aunque palabra no hubiera?

ROSARDO.
Todas las que yo le he dado
El viento las ha llevado.
Bien puedes hablarla.

FULGENCIO.

Espera.—
Leonarda, aquí está Rosardo,
A quien la palabra niegas.

LEONARDA. (Ap.)
¿Qué descuidado que llegas
De que yo engañarte aguardo!

FULGENCIO.
Yo, que por tí se la di,
Si no te quieres casar,
Mi hija le quiero dar.

LEONARDA.
Digo mil veces que sí.

FULGENCIO.
¿Cómo sí? Pues ¿no decías
Que procuraba tu daño?

LUCRECIA. (Ap.)
¿Oh qué bien que va el engaño!

LEONARDA.
Señor, múdanse los días.
Hoy sale el sol, y mañana
No quiere salir, y llueve;
Y como el cielo se mueve,
Mueve esta máquina humana.
Hoy se abomina una cosa,
Y mañana causa gusto:
Yo he conocido que es justo
Ser, como digo, su esposa,
Y aquesto respondo aquí.

FULGENCIO.
¿Mirad lo que son mujeres!

ROSARDO.
Leonarda, en fin, ¿que me quieres?

LEONARDA.
Digo mil veces que sí.

ROSARDO.
Mira que me da Fulgencio
á Lucrecia.

LEONARDA.
Ya lo sé;
Y aun esa la causa fué
Para mover mi silencio.

FULGENCIO.
Bien os podeis ir de aquí.
(Ap. Envidia debió de ser.)

ROSARDO.
¿Confiesas ser mi mujer?

LEONARDA.
Digo mil veces que sí.

ROSARDO.
Esto no tiene remedio.

LUCRECIA.
(Ap. ¿Qué bravamente la incita!
El la mueve y solicita
Por estar yo de por medio.)
Ya estaréis desengañados
De que esta lo ha de impedir.

LEONARDA.
¿Tengo yo mas qué decir?

ROSARDO. (Ap.)
Hoy pierdo diez mil ducados.
Pero ¿qué se puede hacer,
Sino acetar la mitad
Con quien muestra voluntad
Y quiere ser mi mujer?

FULGENCIO.
En fin, ¿que callado habías
Para dar aquestas voces?

LEONARDA.
Mal las mujeres conoces,
Si lo que aman les desvias.

FULGENCIO. (Ap.)
Celos y envidia lo han hecho.

LEONARDA.
Vergonzosa estoy: adios.

FULGENCIO.
¿Qué decis, Rosardo, vos?

ROSARDO.
Que ha descubierto su pecho,
Y que es forzoso el casarme.

FULGENCIO.
Pues Leonarda lo procura,
Vamos á hacer la escritura;
Que quiero desobligarme
De la palabra que di.

LUCRECIA.
¿Ya en efeto libre quedo?

ROSARDO.
Mirad si serviros puedo.

LUCRECIA.
Vos podeis mandarme á mí.
(Vase Rosardo.)

Ingeniosa traza ha sido
Para remediar mi daño,
Si no se sabe el engaño
Hasta hacerle mi marido.

Y creo que cierto es,
Aunque fuese descubierto,
Porque de un engaño cierto
Resultan muchos después.

ESCENA III.

FLORIANO, con escribanía y papel.—
LUCRECIA.

FLORIANO.
¿Es hora ya de lición?

LUCRECIA.
De la tuya siempre es hora.

FLORIANO.
Pues ¿qué hay de nuevo, Señora?
¿Es cierta mi perdición?

LUCRECIA.
Antes mi ventura es cierta
Con la traza que me has dado.

FLORIANO.
¿Que en mí bien ha resultado?

LUCRECIA.
La escritura se concierta;
Que aumenta la prisa el gusto.
Pero he quedado celosa
De Leonarda, que es hermosa

FLORIANO.
¿Oh qué pensamiento injusto
Y falsa imaginación!
Sentáos, porque no entre alguno;
Que en tiempo mas oportuno
Os daré satisfacción.

LUCRECIA.
Dejad vos el almohada;
Que no me habeis de servir

FLORIANO. (De rodillas en la almohada.)

¿Celosa os queréis fingir?
Eso de servir me agrada.
Creed que anda el alma agora
Mas humillada que el traje.
O soy grande para paje,
O no me queréis, Señora.

LUCRECIA.
Antes por lo que os estimo,
Mal de rodillas estáis.

FLORIANO.
Diré, si esto me estorbais,
Que es por lo que a vos me arrimo.
Yo estoy bien, y estoy tan bien,

(Vase.)

Que, como fuera inmortal,
Ni mi mal temiera mal,
Ni mi bien fuera mas bien.
Dejad que pueda Floriano
El por sí reconocer
La distancia que ha de haber
De lo divino á lo humano.
Sol es vuestro entendimiento
Que alumbra mi ceguedad,
Luna vuestra voluntad
Por el fácil movimiento;
Que aunque ahora está creciente,
Temo después la menguante.

LUCRECIA.
Hoy estáis muy estudiante,
Y cerca de impertinente.
Vamos á lo que hace al caso;
Que yo no puedo menguar;
Que soy luna en el llorar,
Y soy sol cuando me abraso.

FLORIANO.
Si en esto os vine á ofender,
Bien es activo mi celo;
Que estando cerca del cielo,
Era forzoso caer.

LUCRECIA.
¿Jesus! ¿del cielo caistes?

FLORIANO.
Sí; que vos sois celestial.

LUCRECIA.
¿Habeis os hecho gran mal?

FLORIANO.
No; que vos me detuvistes;
Que es también del cielo oficio.

LUCRECIA.
Desto de escribir tratemos.

FLORIANO.
Aquí materia tenemos,
Y á mí me la da Fabricio,
Que por la calle pasea
Mientras escribiendo estáis.

LUCRECIA.
Si en esa materia hablais,
Haré yo la letra fea.

FLORIANO.
¿Pues qué, si me da pasión!

LUCRECIA.
Callad; que ya me avergüenzo.

FLORIANO.
Escribid pues.

LUCRECIA.
Ya comienzo.

FLORIANO.
Ya pasa.

LUCRECIA.
Ya eché un borron.

FLORIANO.
Así su ventura sea.

Mostrad...

LUCRECIA.
Si será, pues mengua.

FLORIANO.
Quitaréle con la lengua.

LUCRECIA.
No; que os quedará muy fea.

FLORIANO.
¿Por qué, Señora? Mostrad.

LUCRECIA.
Dejalde; que así me agrada;
Porque no ha de estar manchada
Lengua que trata verdad.

FLORIANO.
¿Ha de quedarle el paje?

LUCRECIA.
¿Pensais que se quejará?

FLORIANO.
Vuestra fe parecerá,
Que es tan blanca como él.
Pero hay en medio un borron,
Que amaros Fabricio fué.

LUCRECIA.
Otro, por mi vida, eché.

FLORIANO.
¿Luego dos Fabricios son?

LUCRECIA.
Mancharé toda la pluma,
Si me vais tratando débil.

FLORIANO.
Quedará bueno el papel;
Y escribiréle mañana;
Que yo os daré tinta, ¡ay cielos!

LUCRECIA.
¿Cómo?

FLORIANO.
Porque estos enojos
La sacarán de mis ojos
Por quinta esencia de celos.

LUCRECIA.
No la dais por poco precio,
Si por mi afición la dais.

FLORIANO.
Razon es que ya escribáis;
Que yo sé que he andado necio.

LUCRECIA.
Eso en estar de rodillas.

FLORIANO.
Yo estoy como debo estar.

LUCRECIA.
Solo me enseñá á firmar,
Ya que de firme te humillas.
Estas letras A, B, C,
Ayer las iba imitando.

FLORIANO.
Si las quieréis ir juntando,
Escribe.

LUCRECIA.
¿Qué letra haré?

FLORIANO.
¿Quieres escribir tu nombre?

LUCRECIA.
¿Ya no te digo que sí?

FLORIANO.
Pues toma la pluma. Así.
Libre estoy; mas no te asombre
Ser fuerza tocar la mano.

LUCRECIA.
Turbaréme si la tocas.

FLORIANO.
¿A qué gloria me provocas,
Cielo mío soberano!

LUCRECIA.
¿He de escribir ó escuchar?

FLORIANO.
Todo lo puedes hacer.

LUCRECIA.
Di qué letra he de poner.

FLORIANO.
Por L has de comenzar.

LUCRECIA. (Escribiendo.)
Comienzo.

FLORIANO.
Una F has hecho.

LUCRECIA.
¿F? Pues perdona, hermano;

Que iba á poner *Floriano*,
Como le tengo en el pecho;
Y si *Lucrecia* quería,
Ya todo una cosa es.

FLORIANO.
Deja esa letra, y después
Comienza, por vida mía,
Porque es uso en corte usado,
Cuando la carta se firma,
Poner antes de la firma
La letra del nombre amado.

LUCRECIA.
¿Luego la *F* está bien?

FLORIANO.
Extremadamente está.

LUCRECIA.
La *L* he formado ya.

FLORIANO.
Haz la *U*.

LUCRECIA.
Y la *C* también.

FLORIANO.
Haz la *R*...

LUCRECIA.
¡Bien, á fe!
En mi vida la escribí.

FLORIANO.
Haz la *E*.

LUCRECIA.
¿Está buena?

FLORIANO.
Sí.

LUCRECIA.

El ojo un poco cegué;
Mas ¿cómo podrá una ciega
Dar ojos á quien le faltan?

FLORIANO.
Tres letras solas te faltan.
A esa *C* otro punto llega.

LUCRECIA.
¿Linda letra es esta *I*,
Que tiene poco que hacer!

FLORIANO.
La *A* falta por poner.

LUCRECIA.
¿Está bien?

FLORIANO.
Bien está así.

LUCRECIA.
¿Cómo dice aquí?

FLORIANO.
Lucrecia.

LUCRECIA.
La firma en blanco he dejado.

FLORIANO.
Tu castidad has firmado.

LUCRECIA.
Fue la de Roma muy necia.

FLORIANO.
Dame el papel, por tu vida;
Que quiero guardar tu nombre
Contra la vision de un hombre.

ESCENA IV.

FULGENCIO, ROSARDO, PLÁCIDO.—
DICHOS.

PLÁCIDO. (A Fulgencio.)
La traza tengo entendida,
Y sé que solís sa tutor.

FULGENCIO.
Plácido, aquí se procura

Hacer llana la escritura,
Y que no resulte error.
Mi hija está aquí también,
Y el domine que la enseña.
¡Hola, Lúcas!

ROSARDO.
Creo que sueña.

FLORIANO. (A Lucrecia.)
Formad las letras mas bien.

FULGENCIO.
¿No oyes que te estoy llamando?

FLORIANO.
Tu padre está aquí, Señora.

LUCRECIA.
¿Hay en que te sirva ahora?

FULGENCIO.
¿No ves lo que estoy tratando?
Vé por Leonarda, tu prima.

LUCRECIA.
Ya voy por ella, Señor. *(Vase.)*

FULGENCIO.
Ahora podrá mejor
Decir que á Leonarda estima.—
No os vais vos; que habeis de ser
Desta escritura testigo. *(A Floriano.)*

PLÁCIDO.
Vaya, llame algun amigo;
Que bien será menester.

FLORIANO.
El pastor estaba aquí.

FULGENCIO.
¿A qué ha venido?

FLORIANO.
A llevar
Recado de quesoear.

¿Quieres que le llame?

FULGENCIO.
Sí;
Que solo á que firme aguardo
Leonarda lo que nos dijo,
Para partirme al cortijo.

(Vase Floriano.)

ESCENA V.

LEONARDA, LUCRECIA.—FULGEN-
CIO, ROSARDO, PLÁCIDO.

LEONARDA. (Ap. á Lucrecia.)

¿Yo casarme con Rosardo!
¿Quién, prima, lo concertó?

LUCRECIA.
Tú misma lo prometista.

LEONARDA.
Fué por lo que me dijiste;
Que no por quererle yo.

ROSARDO.
Leonarda viene.

LEONARDA.
He venido
A saber lo que me quieres.

FULGENCIO.
Di que de Rosardo eres
Mujer, y él es tu marido;
Que ya está aquí el escribano;
Y firmaráis los dos.

LEONARDA.
He de casarme con vos,
Si lo estoy con Floriano!

ROSARDO.
¿Cómo, cómo!

FULGENCIO.
¿Qué es aquesto?

ROSARDO.
¿Hay locura semejante!

FULGENCIO.

¿Quién es ese?

LEONARDA.
El estudiante.
¿Para qué te admiras desto?
¿Piensas que no lo he sabido,
Y que has querido engañarme
Teniéndole, para hablarme
Detrás de un paño escondido?
¿Piensas, engañoso tío,
Darle á tu hija Lucrecia?
Pues cree que le desprecia,
Solo por saber que es mío.
No me quites mi contento.
Con Floriano estoy casada.

PLÁCIDO.
La escritura es extremada,
Y extremado el casamiento.
Si ya con otro lo está,
¿Qué me mandan escribir?

FULGENCIO.
¿No me acabas de decir
Que á Rosardo quieres ya?
¿Estás por ventura loca?

LEONARDA.
Ya supe vuestra intencion,
Y no fia el corazon
Las palabras de la boca.
Escondióse Floriano;
Y por eso dije allí
Una y mil veces que sí,
Y le di palabra y mano.

ROSARDO.
¿Qué es esto? ¿Qué furia es esta?
¿Deshonra mía, ¿qué dices?
¿Cómo ahora te desdices
De aquella dulce respuesta?
¿Qué es esto, enemiga mía?

FULGENCIO.
Lucrecia, ¿de qué está loca?

LUCRECIA.
Sospecho que la provoca
Alguna melancolia.
Ella dió en triste después
Que la tratan de casar.

FULGENCIO.
Vuélvela, Rosardo, á hablar;
Que amor ó locura es.

ROSARDO.
Mi bien, ¿que se os ha olvidado
Que vuestro marido soy?

LEONARDA.
Casada, Rosardo, estoy,
Y tú dos veces casado.
¿A Lucrecia no te dieron?
¿Para qué vuelves á mí?

ROSARDO.
No me dieron sino á tí,
O tus palabras mintieron.

LEONARDA.
Que ya sape vuestro enredo
Por quitarme mi marido,
Y cómo estaba escondido...

ROSARDO.
¿Quién?

LEONARDA.
Floriano.

ROSARDO.
¿Bueno quedo?

LEONARDA.
¿Piensas que no sé muy bien
Que por mujer me pidió?

ROSARDO.
¿Quién?
LEONARDA.
Floriano.
ROSARDO.
Que soy yo.
FULGENCIO.
Loco te hará á ti tambien.
ESCENA VI.
FLORIANO, DORISTO. — Dichos.

DORISTO.
Por muchos años y buenos
Todo á tu gusto suceda.
FLORIANO.
Ya por testigos no queda.
PLÁCIDO.
Testigos es lo de menos.
Mirad, Señor, que es locura:
Curalda; después se hará.
FULGENCIO.
Desto no se trate ya;
Que quiero ponerla en cura.—
Rosardo, Lucrecia es vuestra:
Para los dos servirán
Los testigos que aquí están.—
Muestra la mano.

LUCRECIA.
¿Qué?
FULGENCIO.
Muestra.
LUCRECIA.
¿Cómo muestra! ¿Pues no hay mas
De, en faltando, dar en mí?
FULGENCIO.
Esto me conviene así.
Si luego no se la das,
¡Vive Dios que te!...

LUCRECIA.
Detente;
Que ese término no es hijo
De tu valor.

FULGENCIO.
¿Quién te dijo
Que no es término decente?
Soy padre, y lo puedo hacer.

LUCRECIA.
¡Ved á qué punto he llegado!

FULGENCIO.
Esto ha de quedar firmado. (A Rosardo.)
Lucrecia es vuestra mujer.—
Vos, Lucas, y vos, Doristo,
Testigos desto seréis.

FLORIANO.
Yo diré que, si lo haceis,
Es con la fuerza que he visto;
Que es casamiento forzado,
Y contra la ley de Dios.

FULGENCIO.
¿Quién os mete en esto á vos,
Bellaco, desvergonzado?
Es esta la recompensa
De haberos curado aquí?

FLORIANO.
Señor, ¿en qué os ofendí?

FULGENCIO.
¿Esta no llamais ofensa?

FLORIANO.
Soy estudiante, y estoy,
A ley desto y de hombre honrado,
A avisaros obligado,
Y porque cristiano soy.

Matadme, heridme, acabadme.
Estas causas me han movido.
Ya, Señor, perdon os pido.

FULGENCIO.
Calla, enemigo.

FLORIANO.
Matadme;
Pero no he consentir
Que aquí se ofenda al Señor.
FULGENCIO.
¡Oh hipócrita de mi honor!
Calla.

FLORIANO.
Hablando he de morir.

ROSARDO.
¿Qué os va á vos, Dómine, en esto?

FLORIANO.
Defiendo mi teología.

ROSARDO.
¿Por qué causa?

FLORIANO.
Porque es mia,
Y me la quitan tan presto.

PLÁCIDO.
Este mozo es buen cristiano,
Y habla como estudiante.
No pase ahora adelante
La boda.

FULGENCIO. (A Floriano.)
Calla, villano.

FLORIANO. (Llorando.)
Señor, no lo permitais
Por vuestro divino amor!

FULGENCIO.
¡Hay mas gracioso doctor!

ROSARDO.
Hermano, ¿de qué llorais?

FLORIANO.
No he de llorar un pecado
Contra el Dómine y Maestro?

FULGENCIO.
No es bajo temor el vuestro
Por un tonto, mi criado?—
Dale allí luego la mano. (A Lucrecia.)

FLORIANO.
Señores, ¿que es herejía!
Que se ha casado este día
Lucrecia con Floriano!

FULGENCIO.
¿Otro Floriano? ¡Bueno!
Algo han estos dos comido.

FLORIANO.
Floriano es su marido:
Segundas bodas condeno.

LEONARDA.
Mientes, necio; que conmigo
Floriano está casado.

PLÁCIDO.
¡Ved la locura en que han dado
La casada y el testigo!

LUCRECIA.
(Ap. Ahora es buena ocasion
Para hacerme tambien loca;
Que no poco me provoca
Tanto mal de corazon.)
¿Quién te dijo á ti que estabas
Casada con Floriano?

LEONARDA.
Tú.

LUCRECIA.
¡Yo!

LEONARDA.
SI.
LUCRECIA.
Cánsaste en vano;
Sofíaste el bien que esperabas.
Floriano es mi marido.

FULGENCIO.
¡Tambien! Perdido está todo.

FLORIANO.
Y yo dese mismo modo
Testigo de todo he sido.

FULGENCIO.
¿Qué Florianos son estos?

ROSARDO.
¿No me diréis qué han comido?

FULGENCIO.
Unas setas que han traído
Algunos villanos destos.
Yo apostaré que tenían
Ponzoña y que los han muerto.

ROSARDO.
Eso es sin duda, eso es cierto,
Y por eso desvarían.

DORISTO.
Yo las traje, y juraré
Que no tenían ninguna.

PLÁCIDO.
¿Eran de prado ó laguna?

DORISTO.
Del monte las arranqué;
Que junto á un roble nacian.

PLÁCIDO.
Curallos será mejor.

ROSARDO.
¡Solo traigan triaca.

FLORIANO.
Es amor.

LUCRECIA. (Ap. á Floriano.)
¡Solo traigan triaca.

FLORIANO.
Mi bien, ¿que me menester;

LUCRECIA. (Ap.)
Dien la habre para el tratado,

LEONARDA. (Ap.)
Como á loca me han tratado,

FULGENCIO.
Y ellos lo deben de ser.

LEONARDA.
Entráis adentro los tres.

LUCRECIA.
Aunque hagais mas invenciones
Y géneros de traiciones,
Floriano mi esposo es.

LUCRECIA.
¿Floriano? No lo creas,
Porque ha de ser mi marido.

FLORIANO.
Digo que testigo he sido,
Y que sé que lo deseas.

ROSARDO.
¡Buenos van con su locura!

FULGENCIO.
Yo voy á darles triaca.

PLÁCIDO.
Si este frenesi se aplaca,
Volveré á hacer la escritura.

(Vase.)

Calle.

ESCENA VII.

ROSARDO.

Como se echa de ver que siempre
De cualquiera deseo el justo efeto,

Y que lo aborrecido se concluye!
Que el hombre á lo contrario está sujeto
De mi deseo de casar se arguye;
Pues como no hay partido que no aceto,
No hay casamiento que á su efecto llegue,
Y todo quiere amor que se me niegue.
Tema parece ya tanta inconstancia.
Ya de Leonarda soy, ya de Lucrecia.
Pero tanta nobleza y tal ganancia
Con justa presunción se estima y precia.
No procurar el bien es ignorancia,
Y es loco y sin razón quien le desprecia;
Que para casamiento en tierra propia
En esta el cielo derramó su copia.

ESCENA VIII.

FABRICIO. — ROSARDO.

FABRICIO. (Para sí.)

No hay que fiar de lisonjero amigo
Después que la verdad perdió su fuerza;
Y pues soy en mi mal parte y testigo,
A la venganza la opinión me esfuerza. —
Mas ¿no es este Rosardo, mi enemigo,
Nuevo Tarquino que á Lucrecia fuerza?
Sin duda que vengarme es justo celo,
Pues que á su puerta me le ofrece el cie-
(lo. —

¡Fuiste testigo, di, en aquesta puerta
De mis lágrimas, quejas y tormentos,
Estando para tí del pecho abierta
Para los mas secretos pensamientos?
¿Qué es esto, di, que tu traición concierta
En esta variedad de casamientos?
¿No era Leonarda tuya? ¿Cómo es esto,
Que ya en Lucrecia el pensamiento has
[puesto?
Casado estás; que en Alba se murmura;
Vendido me has; que á todos es notorio;
Mas primero verás tu muerte dura
Que el clandestino y falso desposorio.
Ni gozarás, si puedo, la perjurá,
Infame rama del linaje Osorio,
Porque esta espada vengará mi agravio.

ROSARDO.

¡Resolución de caballero sabio!
Oye primero mi razón, y entiendo
Que, aunque aquí respondiera bien la
[espada,
Por tu amistad la lengua se defiende;
Que miro al fin la voluntad pasada.
Quien á su amigo sin razón ofende
Por falsa información con lengua airada,
Mejor merece nombre de enemigo,
Y aquel que no le sufre no es su amigo.
Y pues que esas locuras te he sufrido,
Fabricio; como amigo verdadero,
Que de Fulgencio importunado he sido
Con Lucrecia, con ruego y con dinero;
Que ni la solicito ni la pido,
Níte la quito á ti, ni yo la quiero.
Si dije si por ocasión tan alta,
Fué ajena fuerza, que no propia falta.

FABRICIO.

¡Que si dijiste! ¿Que tan sin vergüenza
Lo confiesas, traidor!

ROSARDO.

Habla mas quedo;
Que no habrá amor que tu locura vengas,
Ni tanto atrevimiento sufrir puedo.

FABRICIO.

Pues mete mano: véngate; comienza.

ROSARDO.

¿Debe de ser porque te tengo miedo?

FABRICIO.

Déjate de razones, vil cobarde;
Que tus satisfacciones llegan tarde.

(Echan mano.)

ESCENA IX.

FLORIANO, FULGENCIO y DORISTO,
alborotados. — DICHOS.

FULGENCIO.

¡Espadas á la puerta!

FLORIANO.

Llega presto;
Que Rosardo y Fabricio se acuchillan.

FULGENCIO.

Ténganse, caballeros.

FABRICIO.

Agradece
Que es en la calle y en lugar tan público;
Pero en el campo, como voy, te aguardo.
(Vase.)

ROSARDO.

Haz como caballero lo que has dicho.

FLORIANO.

El puede irse; pero vos, Rosardo,
De aquesta casa no saldréis un punto.

DORISTO.

La puerta cierro; que se llega gente.
(Éntranse en la casa.)

Sala en casa de Fulgencio.

ESCENA X.

FULGENCIO, FLORIANO, ROSARDO,
DORISTO.

FULGENCIO.

¿Qué ha sido la ocasión?

ROSARDO.

Mi casamiento.

FULGENCIO.

¿Cómo?

ROSARDO.

Por estorbarlo...

FULGENCIO.

¿Quién?

ROSARDO.

Fabricio.

FULGENCIO.

Pues; qué le va á Fabricio?

ROSARDO.

Bien se entiende
Sin que lo diga yo.

FULGENCIO. (A Doristo.)

Llama á Lucrecia.

(Vase Doristo.)

FLORIANO. (Ap.)

¡Oh cómo viene todo á mi propósito!

FULGENCIO.

¿En qué funda Fabricio su locura?

ROSARDO.

El sabe la ocasión y quién la ha dado.

FLORIANO.

Aquí está mi señora con su prima.

ESCENA XI.

LUCRECIA, LEONARDA. — FULGEN-
CIO, ROSARDO, FLORIANO.

FULGENCIO.

¡Eran, Lucrecia, las locuras estas,
La ponzoña comida, la triaca,
El decir disparates á concierto,
El no darle las manos á Rosardo?
¿Qué tienes con Fabricio? Dilo, acaba;
Confiesa, perra.

LUCRECIA.

Yo... Señor...

FULGENCIO.

Confiesa.

Va mi honra y la tuya en remediallo.

FLORIANO. (Ap.)

Huélgome que mis celos se averigüen,
Y que por mí los pida el mismo padre.
Ahora sabré yo lo que temía.

FULGENCIO.

¿Haslo pensado ya?

LUCRECIA.

Voluntad tuve

De casarse con...

FLORIANO. (Ap.)

¡Túrbase!

LUCRECIA.

Y propósito...

FULGENCIO.

¿Hablóte alguna vez?

LUCRECIA.

Una ó dos veces.

FULGENCIO.

Y esto ¿por dónde fué?

LUCRECIA.

Por la ventana.

FULGENCIO.

¿Hate tocado manos ó vestido?

LUCRECIA.

Ni me tocó el vestido ni las manos.

FULGENCIO.

¿Hate escrito?

LUCRECIA.

Verdad es que me ha escrito.

FULGENCIO.

¿Y respondido tú?

FLORIANO. (Ap.)

¡Tenedla, cielos;

Que me mata si dice que le ha escrito!

FULGENCIO.

Habla: ¿de qué te turbas?

LUCRECIA.

Como era

Dirigido á casarse...

FLORIANO. (Ap.)

¡Ella lo dice!

LUCRECIA.

Con mucha honestidad, con mucho
[acuerdo,
Dos papeles no mas he respondido.

FLORIANO. (Ap.)

¡Matóme! Muerto soy! ¡Ah celos, celos!
¡Pluguiera á Dios que no se averiguara!

FULGENCIO.

¡Dos papeles! ¡Mirad si la pendencia
Era sin ocasión! ¡Alto! Doristo.

ESCENA XII.

DORISTO, CRIADOS. — DICHOS.

FULGENCIO.

Lleven aquestas damas á la aldea,
No vivan mas en Alba solo un punto.
(A los criados.)

Vé á aderezar el coche tú, Felino,
Lleva recado de cocina y cama. —
No repliquen palabra: vayan luego.

(A Lucrecia y Leonarda.)

FLORIANO. (Ap.)

¡Que celos no bastaban, cielo airado?
¡Tambien ausencia, y una muerte á oír,
Y para contrastar tan flaca vida!

LEONARDA.

¡Hete ofendido yo, que me destierras?

FULGENCIO.

Camina, no repliques.

LEONARDA.

¿Por qué causa?

FULGENCIO.

¿Quién duda que eres cómplice con ella?

LEONARDA.

¿Son invenciones nuevas, son por dicha
Para quitarme todavía mi esposo?

Pues todo he de escribirlo á Floriano.

DORISTO.

¿Qué poco efeto ha hecho la triaca!

FULGENCIO.

Váyanse luego.

LUCRECIA.

¡Esto faltaba, cielo!

DORISTO.

Callen; quese holgarán de ver el campo
Todo esmaltado de diversas flores,
De hacer el queso y de cufajar la leche,
Los requesones y las blancas natas.
Y allá está mi mujer, que las aguarda
Con mil regalos y con mil deseos.
(*Vanse Lucrecia, Leonarda, Doristo y los criados.*)

FULGENCIO.

Vos quedaréis aquí, domine Lucas,
En guarda de la casa y desta gente.

FLORIANO.

¿No estuviera mejor en el aldea
Ayudando, Señor, á los pastores?
Que yo también sé desto de hacer queso;
Que en mi tierra lo vi diversas veces.

FULGENCIO.

Aquí os he menester.

FLORIANO. (*Ap.*)

Y aquí sin duda

Me acabarán los celos y el ausencia.

FULGENCIO.

Vos, Rosardo, podeis venir conmigo,
Mientras este negocio se averigua;
Que de una y otra parte está muy cierto
Que los deudos querrán ponerse en han-
[dos.]

ROSARDO.

Mientras que no hay agravios, no lo te-
Mas vamos á San Juan, por si codicia[mas].
Meternos en la cárcel la justicia.

(*Vanse Rosardo y Fulgencio.*)

ESCENA XVI.

FLORIANO.

Si alguno justamente quejas forma
De su contraria estrella y de los cielos,
Consuélese en los suyos con mis duelos,
Y no se queje mientras no se informa.
Ya Circe de hombre en piedra me trans-

[forma:]
Y aun fuera bien por no sentir mis celos;
Que en efeto presentes sufrirélos, [ma-
Y no en la ausencia que al morir confor-
Bien puede ser de un hombre resisti-
Un contrario cruel y su violencia; [do
Mas no cuando á traición como este em-
[biste.]

Los celos por los ojos me han venido;
Pero por las espaldas el agravio;
Y lo que no se ve, no se resiste.

ESCENA XVII.

DECIO.—FLORIANO.

DECIO.

¿Quién está acá?

FLORIANO. (*Ap.*)

Pobre es este,

Pero mas pobre estoy yo,
Pues lo que el cielo me dió,
Quiere que tanto me cueste.
No hay pobreza que á la mia
Pueda hacelle competencia;
Mas, rico soy de paciencia,
Si yo la tengo este día.

DECIO.

¿Hay algo acaso que dar
A aqueste pobre estudiante?—
¿Qué es lo que he visto delante!

FLORIANO.

¿Hasta acá os habeis de entrar?
¿No podréis desde allá fuera?...

DECIO.

¿Ya desconoces, Señor,
A tu antiguo servidor?

FLORIANO.

Yo hablara si os conociera.

DECIO.

Yo soy el desconocido...
— Pero ya no puede ser,
Pues mas vengo á conocer.

FLORIANO.

¿Y qué es?

DECIO.

Mi propio vestido.

FLORIANO.

Yo soy quien te le quité
Para hacer esta invencion.

DECIO.

¿Aquí paró tu afición?

FLORIANO.

No, porque adelante fué;
Que aunque el cuerpo venga á estar
Deshecho en ceniza y hielo,
Es como el noveno cielo,
Que nunca puede parar.

DECIO.

¿Que al fin tú fuiste ladrón?

FLORIANO.

Dime, ¿dónde quedó Alberto?

DECIO.

Estudiante queda, y cierto
De tu daño y perdición.

FLORIANO.

¿No sustenta á mis criados?

DECIO.

Solo conmigo es cruel;
Que todos están con él
Bien puestos y acomodados,
Y yo ando cual me ves.

FLORIANO.

A muy buen tiempo has venido
Para despertar su olvido.

DECIO.

¿De qué suerte?

FLORIANO.

Hoy irás á Salamanca,
Y aquesto le has de contar.

DECIO.

No estoy para caminar.

FLORIANO.

¿Cómo?

DECIO.

Estoy sin una blanca.

FLORIANO.

No te faltará dinero.

DECIO.

Y sin él te he de servir.

FLORIANO.

Pero escucha; que has de ir

Aquí á mi huésped primero;
Y con una carta mia
Mi vestido pedirás.

DECIO.

¿Y esto bastará no mas?

FLORIANO.

No le traigas si porfla;
Mas buenas señas pondré
De la arca en que le metió.

DECIO.

Fiador le daré yo.
Mas di: ¿adónde le traeré?

FLORIANO.

Aquí: pregunta por mí,
Porque luego me le vista.

DECIO.

¿Adónde vas?

FLORIANO.

Donde asista

Mas cerca al bien que perdí.
Voy, Decio amigo, á una aldea,
Adonde Lucrecia va.

DECIO.

¿Es léjos?

FLORIANO.

Cerca será,
Puesto que muy léjos sea;
Aunque siempre oí decir
Que es media legua no mas.

DECIO.

¿Allá en este traje vas?

FLORIANO.

Así me conviene ir
Para no ser conocido.

DECIO.

Guiente, Señor, los cielos.

FLORIANO.

Casados ausencia y celos,
¿Qué han de engendrar sino olvido?
(*Vanse.*)

Sala en casa de Fabricio.

ESCENA XV.

FABRICIO, NEBRO, LAVINO.

NEBRO.

Torras en llamarlo agravio,
Después de lo sucedido.

FABRICIO.

No es tanto por lo que ha sido,
Cuanto porque yo me agravio.

LAVINO.

Desa suerte, el nombre trueca.

FABRICIO.

Todo me obliga á furor;
Que los negocios de amor
Traen la pólvora seca.

NEBRO.

Mejor pudieras formar
Esas quejas de Lucrecia.

FABRICIO.

Si ella á Rosardo desprecia,
¿En qué la debo culpar?

LAVINO.

Ocaion habrán hallado,
Pues el padre los desposa.

FABRICIO.

Es la que ha sido forzosa
La que el intento le ha dado;
Que es en extremo avariento,
Y es porque Rosardo es rico.

LAVINO.

Menos esa causa aplico
Por sustancial fundamento;
Que vos le igualais en todo,
Y en nobleza le excedeis.

FABRICIO.

Como deudo respondeis.

LAVINO.

Y aquí me hallaréis á todo,
Y no hay en todo el lugar,
Cuanto mas en el linaje,
Hombre que mas se aventaje,
Y lo pueda sustentar.

NEBRO.

De Lavino y aun de mí
Estad seguro á lo menos.

FABRICIO.

Deudos y amigos tan buenos
Basta que vuelvan por mí.

ESCENA XVI.

FULGENCIO. — DICHOS.

FULGENCIO. (A Fabricio.)

A solas quisiera hablaros
Por satisfacer mi antojo;
Que no con pequeño enojo
Vengo, Fabricio, á buscaros.
Mas pues vuestros deudos son
Los que ahora os acompañan,
No creo que aquí me dañan
Testigos de mi razon.

FABRICIO.

La que teneis en quejaros,
Yengo en quejarme de vos,
Y podrán muy bien los dos,
Resculpándose, culparos.
Hay mas de que estáis quejoso
Que á vuestra hija serví?

En qué, Fulgencio, ofendi
Vuestra casa y trato honroso?
Pese acaso alguna escala?
Rompi ventanas ó puertas?
Eran pretensiones muertas?
Soy igual á quien la iguala?
Pediéndomela entregar,
Como él acaso diria,
No es mayor queja la mia
Si ya se la queréis dar?

FULGENCIO.

¿Qué obligacion me ha corrido
De daros mi hija á vos,
Porque lo queréis los dos,
Porque la hayais vos servido?
Si yo la quiero casar,
¿Qué me importa vuestro amor?

FABRICIO.

Si ella quiere, ¿no es error
Querérmela á mí, quitar
Por darta á quien no es tan loco?

FULGENCIO.

Cuando no fuera, podia
Estar, ¿no es hacienda mia?
¿Quién os mete en gusto ajeno?
Brome luego dos papeles
Que de mi hija teneis,
Si por dicha no queréis
Probar mis manos crudes;
Que, aunque caducas están,
Les da fuerza la razon.

FABRICIO.

¿Vana era pretension,
Las demás lo serian;
Que los papeles que tengo
Indicacion han de ser
Para lo que pienso hacer.

FULGENCIO.

¡Esto escucho y á esto vengo!
¿Qué me habeis de hacer á mí?

FABRICIO.

Pedir mi esposa con ellos.

FULGENCIO.

¿Y qué fuerza tendrán ellos,
Si ha dado á Rosardo el sí?

FABRICIO.

La justicia os lo dirá.

FULGENCIO. (Ap.)

Menester es buena prisa,
Porque ya aqueste me avisa
Que en otro poder está.
Y porque llegue mas tarde,
Luego á entregársela voy.

(Vase.)

ESCENA XVII.

FABRICIO, NEBRO, LAVINO.

FABRICIO.

En grande peligro estoy:
No es bien que mi daño guarde.
¿Qué me aconsejais en esto?

NEBRO.

Que este matrimonio impidas,
Y que por mujer la pidas,
Si no se la dan tan presto.

FABRICIO.

Los papeles no son tales
Que la obliguen, si no quiere.

LAVINO.

Como el padre no la aliere,
Bastan menores señales.

NEBRO.

Busca algun falso testigo
Que diga que ella te dió
La palabra.

FABRICIO.

Bien sé yo

Que pudiera mi enemigo;
Que él solo estaba presente
A nuestro requiebro y gusto.

NEBRO.

¿Será de su disgusto?

FABRICIO.

Esto es verdad llanamente.
¿Y no sabeis qué he pensado,
Por lo que puede interesar?
Que aquel domine, ó lo que es,
Es para el caso extremado;
Que en fin, como hombre de casa,
Podrá jurar que lo vió.

LAVINO.

Como eso el oro acabó,
Como esos peligros pasa,
Como esas dificultades
Tiene llanas por el suelo.

FABRICIO.

Si; mas ¿cuándo tiene el cielo
Encubiertas las verdades?
Si este jura lo que ha visto,
Que, pues es pobre, si hará,
Seguro el negocio está.
Con tres doblones le cambio.

NEBRO.

Pues ¿qué tiros le combaten
Para que no le derriben?

FABRICIO.

No habrá lealtad que no priven,
Ni respeto que no maten.

NEBRO.

No hay remedio que mas crastre
Como este á tus pretensiones.

FABRICIO.

Hombre hay que por tres doblones
Jurará contra su padre.
(Vase.)

Campo y vista exterior de la alquería
de Fulgencio.

ESCENA XVIII.

LEONARDA, LUCRECIA.

LEONARDA.

No es mala la casería
Para en el campo.

LUCRECIA.

Es tan mala,
Que solamente la iguala
La misma desdicha mia.

LEONARDA.

Dame que fuera un palacio,
Que lo mismo pareciera.

LUCRECIA.

Para un día buena era;
Mas no para tanto espacio.
Y aun aquella labradora
Que allá tanto me agradó,
Solo en vella me enfadó
Por morar adonde mora.

LEONARDA.

¿Aquí te quedas?

LUCRECIA.

Estoy
Tan triste, que me ha de dar
Vida hartarme de llorar.

LEONARDA.

Si te enfado, ya me voy;
Aunque de manera vivo,
Que, cuando aquí me quedara,
A llorar te acompañara.

LUCRECIA.

Sola mas gusto recibo.

LEONARDA.

Si así te vuelancolizas,
En la salud lo hallarás.

LUCRECIA.

Con poco viento verás
El fuego entre las cenizas.

LEONARDA. (Ap. yéndose.)

Aquí me quiero esconder
Por saber este secreto. (Recóndese.)

LUCRECIA.

Solo valle, monte quieto,
Oye una triste mujer;
Que si á escucharme te inclinas,
De su propia voluntad
Se moverán á piedad
Los duros robles y encinas.
De un cruel padre me quejo,
Para escurecer mi gozo
Con desatinos de mono
Y con intentos de viejo.
Casarme por fuerza quiero.

ESCENA XIX.

FLORIANO, vestido de galán. — LUCRECIA,
CIA, LEONARDA, ocultas acocchando.

FLORIANO. (Ap.)

No he tomado mal la senda,
Pues veo la dulce prenda
Que por otras manos muere.
Dicha ha sido hallarla sola.

LUCRECIA.
¡Jesus! ¿qué hombre es este?
FLORIANO.
Soy
Quien en la fragua de hoy
Tu ángida te acrisolá.
LUCRECIA.
¡Floriano!
FLORIANO.
¡Enemiga mía!
LUCRECIA.
¿Qué hábito es este?
FLORIANO.
El que es mio.
LUCRECIA.
¿Quién te incita á un desvarío
Tan grande?
FLORIANO.
Tu alevosía.
LEONARDA. (Ap.)
Mirad si decia yo
Que tenian escondido
A Floriano mi marido!
LUCRECIA.
Floriano, ¿quién te engañó?
FLORIANO.
Tú ¿no eres la que escribiste
Dos papeles, y juraste
Que al fin á Fabricio amaste,
Y esto á tu padre dijiste?
LUCRECIA.
Eso que dices, há un año;
Que es antes que yo te viese.
FLORIANO.
Y no es razon que me pese,
Y mi fe se llame á engaño?
Tendré yo en tí confianza
Si olvidas para querer,
O será justo temer
Lo mismo de tu mudanza?
Mas no quiero ser ingrato,
Ni estar celoso de tí;
Que solo he venido aquí
Para gozar este rato.
Abrevia con esta ausencia;
Que si vuelves tarde, es cierto
Hallarme sin seso ó muerto.
LEONARDA. (Ap.)
¿Para esto tengo paciencia?
LUCRECIA.
Ya sabes tú la razon
Que á mi viejo padre esfuerza
Para casarme por fuerza
Y vencer mi obstinacion.
Deja que el destierro dure,
Pues de noche podrás verme;
Que en la vida ha de ofenderme
Cuando casarme procure.
Y mira que te verán,
Si te detienes aquí.
FLORIANO.
¿Y no merezco de tí,
Algo porque estoy galán?
LUCRECIA.
A que te viese veniste,
Y fingeste muy celoso.
FLORIANO.
¿No lo soy mas que tu esposo?
LUCRECIA.
Tú solo mi esposo fuiste.
FLORIANO.
Ahora que limpio estoy,
Bien puedes darme un abrazo
Con un amoroso lazo.

LUCRECIA.
Tu esclava y rendida soy.
(Se abrazan. Sale Leonarda.)
LEONARDA.
¿Para aquesto te escondias?
LUCRECIA. (Ap.)
¡Ay triste! Aquí está Leonarda.
FLORIANO.
¿Quieres que me vaya?
LUCRECIA.
Aguarda.
LEONARDA.
¿Qué buenas melancolías!
Tan triste, Leonarda, estoy,
(Remedando á Lucrecia.)
Que aquí me quiero quedar
Para hartarme de llorar.
FLORIANO. (A Leonarda.)
¿No me conoce?... Yo soy...
LEONARDA.
Con poco viento verás
El fuego entre las cenizas.
(Lo mismo.)
—Si así te melancolizas,
Mil envidiosas tendrás.
FLORIANO.
¿No me conoce, aunque estoy
Con el vestido galano?
LEONARDA.
¡Traidor! ¿no eres Floriano?
FLORIANO.
El *dómine Lucas* soy.
LEONARDA.
En la cara lo pareces;
Y sin duda que has fingido
Aquel infame vestido
Con que á engañarme te ofreces.
Mi tío ha llegado ya:
Yo te asiré y tendré fuerte,
Para que te dé la muerte.
FLORIANO.
Suelta.
LEONARDA.
¡Aquí, que se me va!
Fulgencio! ¡Señor! ¡Ah, gente!
LUCRECIA.
Mira, necia, que estás loca.
¿Qué deseo te provoca
Al alboroto presente?
(Floriano huye.)

ESCENA XX.

FULGENCIO, DORISTO, CRIADOS. —
LUCRECIA, LEONARDA.

LEONARDA.
Floriano estaba aquí,
Y con Lucrecia abrazado.
FULGENCIO.
¿Ved la tema que ha tomado!
LEONARDA.
No es tema; que bien lo vi.
FULGENCIO.
¿Qué es esto, Lucrecia?
LUCRECIA.
Es poco
Lo que tiene que perder.
FULGENCIO.
Tristezas deben de ser.
LEONARDA.
No estoy loca; tú estás loco.

Floriano trata de amores
Con Lucrecia, y aquí estaba.
FULGENCIO.
Sin duda que lo soñaba.
LEONARDA. (Llorando.)
¡Aquí de Dios!...
FULGENCIO.
No me llores.
LEONARDA.
¿Que me quitan mi marido!
FULGENCIO.
¡Vive el cielo, de matarte!
DORISTO.
¿Que no quieres sosegarte?
LEONARDA.
¿Tú me tocas, atrevido?
FULGENCIO.
Asilda; que está furiosa.
DORISTO.
¿Tú no ves que se resiste?
FULGENCIO. (A Doristo.)
Ea, para-poco, embiste.
LEONARDA.
¡Loca! ¿hay semejante cosa?
Por dar á tu hija esposo,
¿Loca me haces á mí?
FULGENCIO.
¿Qué esposo?
LEONARDA.
El que estaba aquí.
FULGENCIO.
¡Oh frenesí lastimoso!
¿Quién es?
LEONARDA.
El *dómine Lucas*.
LUCRECIA.
¡Mirad qué bien lo concierta!
FULGENCIO.
Milagro es que no estés muerta
Por estas manos caducas.
Llévalda luego de ahí.—
Y tú apercibe ese coche, (A un criado.)
Y lleguen á Alba á la noche.
LUCRECIA.
¿Hay algo de nuevo?
FULGENCIO.
Sí.
LUCRECIA.
¿Qué es?
FULGENCIO.
Un pleito de Fabricio,
Fundado en tus dos papeles,
Para honrarme, como sueles,
En dar tan honesto indicio.
Mas yo te daré á Rosardo
Para vengarme de tí.
LUCRECIA.
Haz tu voluntad en mí,
Fe en que vivo y ley que guardo.
FULGENCIO.
Vencerásme dese modo.
LUCRECIA. (Ap.)
Para tanto desvarío,
Solo en el *Dómine* fio
Que dará remedio á todo.
—
¡Equivale á Juro al cielo de matarte, juro
que he de matarte.

ACTO TERCERO.

Salen en casa de Fulgencio, en Alba de Tórmes.

ESCENA PRIMERA.

FULGENCIO, LUCRECIA, FLORIANO,
de dómine Lúcas.

FULGENCIO.

¿Cómo que no has de casarte?

LUCRECIA.

A ti de ti mismo apelo.

FULGENCIO.

No, sino al cielo; que el cielo
Solo á tu remedio es parte.
Mira, enemiga, que importa
Que des la palabra luego.

LUCRECIA.

Arroja mi cuerpo al fuego;
Saca el alma, el cuello corta,
Y no me mandes casar,
Cosa que tanto aborrezco.

FULGENCIO.

¿Que esto de tí no merezco
Con poder ni con rogar?
Dame el sí.

FLORIANO.

No se le des,

Y verás lo que te va.

FULGENCIO.

Aconsejasele ya,
Lúcas; échate á sus piés.

FLORIANO.

Señora, ¿que el sí no deis?
Es cosa bien conocida
Que os importa el alma y vida;
Que á tal peligro os poneis.
Negais con tal corazon
Que es en balde mi consejo.
Mirad vuestro padre viejo,
Y mirad mi obligacion.
Haced, como mujer noble,
Señora, lo que es tan justo.

LUCRECIA.

No creas que de mi gusto
Fuerza ni ruego me doble.
No tienes tú que advertirme,
Ni mi padre que mandarme;
Que es hacer, con avisarme,
Que esté como roca firme.

FULGENCIO.

Yo haré de tí sacrificio,
Pues tan obstinada eres.
Esto es confesar que quieres
Que venza el pleito Fabricio,
Y casarte sin mi gusto.

LUCRECIA.

Si yo á Fabricio deseo,
Del bien que presente veo
Me venga el mayor disgusto.

FULGENCIO.

¡Mirad qué buen juramento
Á mí que presente estoy!

FLORIANO. (Ap.)

No es sino á mí; que yo soy
Señor de su pensamiento.

FULGENCIO.

¿Estás resuelta?

LUCRECIA.

¿Eso dudas?

FULGENCIO.

Bien te puedes confesar;
Que te tengo de matar.

Si el propósito no mudas.

LUCRECIA.

Ya espero yo tu martirio.

FULGENCIO.

¡Qué! ¿santa pensabas ser?
Las carnes te he de poner
Como las hojas de un lirio.
Ténmela, Lúcas, aquí.

FLORIANO.

Yo la tendré con firmeza;
Que es bien que tanta dureza.
Se me entregue solo á mí.

FULGENCIO.

Ásela bien desos brazos.

FLORIANO.

¡Mira por dónde se mete
Tu padre á ser alcahueta
Destos dichosos abrazos!

LUCRECIA.

Quando me quite la vida
(Que de su crueldad lo espero),
Yo estoy contenta; que muero
A buena coluna asida.
¿Qué temes?

FLORIANO.

Tu pensamiento.

(Vuelve Fulgencio con una cuerda.)

FULGENCIO.

Ata bien.

FLORIANO.

Atada está.

FULGENCIO.

Métemela luego allá;
Que yo la daré tormento.

FLORIANO.

Quiere, Señora, que es justo,
Á quien te digo que quieras.

LUCRECIA.

Tú verás la fe que esperas,
Hasta morir por tu gusto.
Y, para que esté mas fuerte,
De puntal me servirás,
Y por eso vas detrás
Para animarme á la muerte.

(Vanse Lucrecia y Floriano.)

ESCENA II.

FULGENCIO.

No es tan robusta sobre el alta sierra
La vieja encina, ni en la mar salada
La roca, de los vientos contrastada,
Opuesta siempre á su furiosa guerra,
Ni mas dureza aquella piedra encierra
Que con la sangre suele ser labrada,
Que á su disgusto la mujer rogada,
Aunque conozca que su gusto yerra.

En vano el hombre á la mujer desvia
De su opinion rebelde, y la importuna
Al blando ruego y al desnudo acero;
Porque, si es por amor lo que porfia,
Contará las estrellas una á una
Y las arenas de la mar primero.

ESCENA III.

FLORIANO. — FULGENCIO.

FLORIANO.

Sin duda que ya tomaste
Con Lucrecia nuevo acuerdo,
Y ha sido parecer cuerdo.

FULGENCIO.

Y tú; ¿por qué la dejaste?

FLORIANO.

Porque, como te tardabas,

Tenella así no era justo.

FULGENCIO.

Pues ¿qué haré contra su gusto?

FLORIANO.

Tirano medio tomabas;
Que no ha de ser el castigo
Igual en todas mujeres,
Y es bien que mires quién eres.

FULGENCIO.

Pues ¿qué haré, Lúcas amigo?
Dame, pues eres discreto,
Un consejo de tu mano.

FLORIANO.

Mal puede el enfermo al sano.

FULGENCIO.

Como estudiante, en efeto.

FLORIANO.

Mira, lo que yo hiciera,
Si esta cuestion fuera mía,
Era dejar la porfia
De que á Rosardo quisiera,
Y hacerle contra el honor
Una gentil amenza.

FULGENCIO.

¿Pues cómo?

FLORIANO.

Escucha la traza;
Que no es de poco primor.
Di que á toda Alba dirás
Que la has ballado conmigo,
Porque con este castigo,
Lo que quisieres harás.

FULGENCIO.

Di: ¿dúrate todavía
La locura de las setas?

FLORIANO.

¡Qué bien la traza interpretas!

FULGENCIO.

No hables mas.

FLORIANO.

La industria mia
Fué tomada de Tarquino
Para obligar á Lucrecia.

FULGENCIO.

Quien de estudiante se precia,
¿Intenta igual desatino?

FLORIANO.

Como esta Lucrecia es,
Y no se deja forzar,
Quise este ejemplo tomar.

FULGENCIO.

¿Y qué resulta después?

FLORIANO.

Que, por no ver su deshonra,
Se casará con Rosardo.

FULGENCIO.

Ahora bien, la prueba aguardo,
Aunque se ofenda mi honra.

FLORIANO.

¿Qué honra pierdes, si esto pasa
Solamente entre tí y ella?
Cosa es que no ha de sabella
Ninguno fuera de casa.

FULGENCIO.

Voy á ponerle ese miedo;
Que quiero intentallo todo. (Vase.)

FLORIANO.

¡Oh, si hiciese deste modo
Algun provechoso enredo! —
Gente siento en el portal.

ESCENA IV.

FABRICIO. — FLORIANO.

FABRICIO.
Ce, Dómine, dos razones.

FLORIANO.
(Ap. De mis celosas pasiones
Este es el original.)
¿Qué buscáis, señor Fabricio?

FABRICIO.
Dómine Lucas, yo estoy
Perdido, á fe de quien soy.

FLORIANO.
Dello me habeis dado indicio.
¿No va el pleito bien fundado?

FABRICIO.
Bien; pero sois menester.

FLORIANO.
Yo, Señor, ¿qué puedo hacer?

FABRICIO.
Darne el bien que me han negado.

FLORIANO.
Pues ¿está en mi mano?

FABRICIO.
Sí.
FLORIANO.

¿Cómo?
FABRICIO.
Que habeis de jurar
Que aquí me habeis visto entrar.

FLORIANO.
Pues yo, Señor, ¿cuándo os vi?

FABRICIO.
Abrid la mano y callad.

FLORIANO.
Vivit Dominus in cælis
Cum sanctis et cum angelis,
Que no haga tal maldad!
¿Bien á Lucas conocéis!

FABRICIO.
Acabad, dómine Lucas.

FLORIANO.
Ne in tentationem me inducas;
Basta las que me poneis.

FABRICIO.
Dejáos de hablar latin,
Y tomad estos doblones.

FLORIANO.
Ruines són vuestras razones;
No sé yo si el dueño es ruin.
Y de mí, aunque no valgo
Nada en el traje en qué estoy,
Creed que como vos soy
Tan caballero y hidalgo.
Todo el oro de la tierra
Que mi pobreza contraste,
Os prometo que no baste,
Si un siglo me hiciese guerra.
Tengo en esta ropa pobre
Un alma de oro tan rica,
Que lo que la vuestra aplica
Puede convertir en cobre.
Bellaco pleito teneis,
Pues testigos sobornais.

FABRICIO.
Ya que en nada me ayudais,
Lucas, mirad lo que haceis.
Callad la boca, y seamos,
Como antes, buenos amigos.

FLORIANO.
¿Sobornaditos testigos!
Buena sentencia esperamos!

FABRICIO.
Deste oro os serviréis;
Que aunque yo os lo vine á dar
Por jurar y por hablar;
Ya os lo doy porque calleis.

FLORIANO.
Que no lo quiero. Guardaldo;
Que de albricias os lo diera,
Si acaso yo lo tuviera.

FABRICIO.
Tomaldo, Lucas, tomaldo.

FLORIANO.
Escuchad. Rifiendo están
Fulgencio y su hija.

FABRICIO.
Deseo
Saber la causa.

FLORIANO.
Esó creo.

FABRICIO.
Oye las voces que dan.

ESCENA V.

FULGENCIO y LUCRECIA, dentro. —
DICHOS.

FULGENCIO. (Dentro.)
¿Oh traidora! ¿No te hallé
Con el Dómine acostada?

FABRICIO.
¿Cómo, cómo!
FLORIANO.
¿Qué! No es nada;
Que solo una noche fué.

FABRICIO.
¿Vos con Lucrecia!
FLORIANO.
Yo pues.

FABRICIO.
¿Y esta por mujer pretendo?
¿Fuego de Dios!

LUCRECIA. (Dentro.)
No me ofendo
Que aqueso esposo me des.
Ese es igual para mí.

FABRICIO.
Mirad si ella lo confiesa!
De que la pedi me pesa:
Yo la dejo desde aquí.

FULGENCIO. (Dentro.)
¿Por qué dejas á Fabricio?

FLORIANO.
Porque es mi mujer le deja.

FABRICIO.
Por cierto, ¿gentil pareja!
¿Con un mozo de servicio!
Dómine, ¿sois hechicero?

FLORIANO.
No; soy hombre como vos.
FULGENCIO. (Dentro.)
Matarte tengo, por Dios.

FABRICIO.
Ni oírle ni verla quiero. —
Quédate, infame mujer,
De bajo trato y servil,
Que diste al hombre mas vil
En tu persona poder.
Quédate, falsa marena,
Que del profundo del mar
Saliste ardiendo á buscar
La culebra en el arena.
Quédate, armiño enlodado

Porque no te cojan vivo;
Pez ignorante y lascivo,
Con piés de cabra engañado;
Sol de invierno, que salió
Para llover, muy hermoso;
Flor de almendro presurdo,
Que al primer aire cayó;
Oro y moneda de pobre
Envuelto en sucio sayal;
Mujer propia y natural;
Que esta cifra baste y sobre.
Ya mi pleito se acabó,
Y ya tus papeles dejo,
Como pedazos de espejo
Que al muladar se arrojó.
(Tira unas cartas y vases.)

ESCENA VI.

FLORIANO.

Mejor de lo que pensaba
Ha sucedido el enredo:
Libre de los célos quedo
Que aqueste necio me daba.
¿Oh papeles enemigos!
Bien á mi poder vengais:
Dejáos tomar, no me huyais;
Que hemos de ser muy amigos.
Veamos qué dice aquí.

ESCENA VII.

DECIO. — FLORIANO.

DECIO.
Floriano, ¿puedo entrar?
FLORIANO.
Bien puedes, Decio, llegar,
Y mi Alberto, si está ahí. —
Quiero guardar los papeles.
DECIO.
Entra, Alberto.

ESCENA VIII.

ALBERTO, de camino. — FLORIANO,
DECIO.

ALBERTO.
¿Oh Floriano!
FLORIANO.
¿Oh amigo! Oh mi propio hermano!
Tiempo es ya que me consueles.

ALBERTO.
¿Cómo es esto que me escribes?
FLORIANO.
Es que te quiero casar.

ALBERTO.
¿Adónde?
FLORIANO.
En este lugar.

ALBERTO.
¿Es en la casa que vives?
FLORIANO.

¿Vivaste lo cierto.
ALBERTO.

¿Cómo?
FLORIANO.
En ella hay una dama
Hermosa, noble y de fama,
Más sobre todo, Alberto,
Por fama está perdida
Por Floriano.

ALBERTO.
Pues bien...

FLORIANO.
Esta me estorba también
El remedio de mi vida.
Dirás que eres Floriano
Y casarás con ella :
Quedaré yo libre della ,
Y quedarás rico, hermano.

ALBERTO.
¡Bravas quimeras inventas!

FLORIANO.
Esta tu remedio es.

ALBERTO.
¿Qué resultará después?

FLORIANO.
Ahora el *después* me cuentas?
Casémoste una por una ;
Que después , ¿qué hay que temer?

ALBERTO.
Casa me mandas hacer
Que á toda razon repña.
Pero si muestra amistad
Jamás cosa nos negó,
Y yo soy tú, y tú eres yo,
Y entrambos de uno mitad,
¿Cómo excederé tu gusto?
Muéstrame aquesa mujer.

FLORIANO.
Ya conozco que ha de ser
En que ella ha venido al justo.

ALBERTO.
Si es la que sale, es extremo.

FLORIANO.
Esta, mi Alberto, es Leonarda.

ALBERTO.
¿Quieres que la hable?

FLORIANO.
Aguarda;

No te turbes.

ALBERTO.
Eso temo.

ESCENA IX.

LEONARDA. — DICHOS.

LEONARDA.
En busca tuya me traes
Todo el día.

FLORIANO.
Aquí estoy yo.

LEONARDA.
¿Quién es, di, quien me engaña?

FLORIANO.
¿Que en tus engaños no caes?
Yo soy el que me vesti,
Por burlarte, aquel vestido ;
Que el otro estaba escondido,
Y luego con él me fui.

Llega, Floriano, acá ;
Desengañarásla agora.

ALBERTO.
Dadme esas manos, señora
Leonarda; que tiempo es ya.

LEONARDA.
¡Jesus! ¿Vos sois Floriano?

ALBERTO.
Yo soy, Señora, y aquel
Que á vuestro tío cruel
Por vos le pedi la mano ;
Que ya Lucas me escribió
Que á Lucrecia me ofrecia,
Y debeis que este día
Venga á visitaros yo.
Aunque esto yo lo he debido
Como quien está obligado,

A que vos le hayais amado
Y á su amor correspondido. —
¿Voy bien? (Ap. á Floriano.)

FLORIANO. (Ap. á Alberto.)
¡Extremadamente!

LEONARDA.
Mi tío, Señor, no quiso,
Cuande de vos tuvo aviso,
Que gozase el bien presente,
Sino esconderos de mí,
Codicioso del valor
Que de vos cuentan, Señor,
Y porque yo os quiero así;
Que la vista nunca fué
Quien de vos me aficionó ;
La fama sí, que bastó
Para que yo el alma os dé.
Si gustais, por vuestra quedo,
A pesar deste tirano.

ALBERTO.
Ya os doy, Señora, la mano
Con cuanto del alma puedo.

LEONARDA.
Yo os recibo por mi esposo.

FLORIANO.
Yo soy de todo testigo,
Y las dos manos bendigo.

LEONARDA.
¡Dichosa yo!

ALBERTO.
¡Yo dichoso!

FLORIANO.
¡Extremado casamiento!

ALBERTO.
Alba es un corto lugar :
¿Podré en él secreto estar?

FLORIANO.
Bien podrás en mi aposento.
Entra sin que visto seas
Deste viejo escrupuloso.

ALBERTO.
Adios.

LEONARDA.
Adios, dulce esposo.

ALBERTO. (Vase.)
Mira que luego me veas.

FLORIANO.
Vete tú, Decio, al meson,
Y acudirás luego aquí.

DECIO.
Harélo, Señor, así.

FLORIANO.
Punto en boca ; que es razon.

DECIO. (Vase.)
Cosida, Señor, la llevo.

FLORIANO.
Ya estás, Leonarda, casada.
¿Qué me dices? ¿No te agrada?

LEONARDA.
Es un gallardo mancebo ;
Y no has de perder de mí
La diligencia que has hecho.

FLORIANO.
Todo lo debo á mi pecho :
En nada te sirvo á tí.

LEONARDA.
¿Cómo?

FLORIANO.
*Que habeo tibi gratiam ;
Que servite fué mi oficio ;
Verum este beneficio
Mihí et tibi et illi faciam.*

ESCENA X.

FULGENCIO. — LEONARDA,
FLORIANO.

FULGENCIO.
Basta ; que no es posible que se ablande.

LEONARDA.
Dejad, Señor, de atormentarla tanto.

FLORIANO.
Ofenderá mas mientras mas ande.
(Vase Leonarda.)

FULGENCIO.
¿A quién no da su pertinacia espanto?
Ni que yo como padre se lo mande,
Ni que le ruegue por el cielo santo,
Como si fuese yo su humilde hechura.
Hallan remedio en condicion tan dura.

FLORIANO.
¿Con quién quiere casarse?

FULGENCIO.
Eso me admira ;
Que á Fabricio me dice que aborrece.

FLORIANO.
¿Luego ya por Fabricio no suspira?

FULGENCIO.
Con nombralle á Fabricio se entristece.

FLORIANO.
¿Y á Rosardo?

FULGENCIO.
Respóndeme con ira.

FLORIANO.
Pues ¿á cuál de los dos el alma ofrece?

FULGENCIO.
A todos dice *no* con alma y boca.

FLORIANO.
¿Y qué imaginas deso?

FULGENCIO.
Que está loca.

ESCENA XI.

ROSARDO. — FULGENCIO,
FLORIANO.

ROSARDO.
Si la prisa que has dado por casarme,
Cumpliendo tu palabra y juramento,
Era para encubrir y deshonrarme,
Fulgencio, de tu honra el detrimento,
El cielo permitió desengañarme,
Y á Fabricio tomó por instrumento,
Que va diciendo tu maldad por Alba,
La tuya con la suya haciendo salva.
¿Para aquesto forzabas á Lucrecia ?
Para aquesto, traidor, la maltratabas?
Mejor que tú su alma estima y precia,
Pues al fin conoció que me engañabas.
¿Era de menos bríos ó mas necia
Mi sangre y parentela, que afrontabas,
Que darsela á Fabricio no querias,
Cumplir diciendo obligaciones mias?
Por esta infame de tu hija loca,
¿Que á tu casa y hacienda fuego echaras,
Y que tu vida y honra fuera poca!

FULGENCIO.
Bien se conoce en tus razones claras
Que el vino ó la locura te provoca ;
Que solo en él ó en ella las hallaras.
¿Qué dices de mi honra, ni qué vicio
De mi hija podrá decir Fabricio?

ROSARDO.
Fabricio oyó que tu hija castigabas [zos.
Porque la hallaste en deshonrosos bra-

FULGENCIO.
¿Con quién?
ROSARDO.
Con quien...
FULGENCIO.
Comienzas y no acabas.

ROSARDO.
Con este, que yo hiciera mil pedazos.
Pues ¿qué dirás si esta maldad alabas?

FULGENCIO.
Nuestros cuellos se vean en dos lazos,
Rosardo, si el traidor no te ha mentido,
Por quitarle á Lucrecia su marido.
¿Con el Dómine dices?

ROSARDO.
Sí, con esta.

FLORIANO.
¿Conmigo! ¿Hay tal maldad! ¡Oh vil, infame!

FULGENCIO.
La vida haré que la maldad le cueste.
¿Que porque no la doy me la disfame!
Paciencia el cielo ó su rigor me preste.

FLORIANO.
¿Y no es mejor que á la justicia llame
Rosardo, pues que en esto es ofendido,
O entrambos que eres padre y el marido.

FULGENCIO.
Vamos allá; que importa el desagravio
De una deshonra como aquesta mia.

ROSARDO.
Llévalo por justicia como sabio:
En la verdad el sabio se confía;
Y si quieres mejor vengar tu agravio,
No lo encomiendes á tu sangre fría;
Que yo la tengo como fuego vivo,
Y por propia la quiero y la recibo.

FULGENCIO.
Dejemos por ahora las espadas;
Que los papeles para el vulgo importan,
Porque en las honras mal averiguadas
Discretamente las palabras cortan:
Los que prueban verdades apuradas
Las armas en sus términos reportan;
Y dan, para probar lo que penetras,
La sangre manchas y la tinta letras.

ROSARDO.
Pues vamos; que quedaba en este punto
La justicia en la plaza y el culpado.
(*Vanse Fulgencio y Rosardo.*)

FLORIANO.
¿Oh cómo se traza bien!
¿Quién imaginara tal?
Ya soy á Ulises igual:
Su astuto nombre me dén.
¿Qué haré para que esto pare
Y en mi provecho redunde?
¿Oh amor! tu ciencia me infunde,
Tu inmenso favor me ampare.

ESCENA XII.

ALBERTO. — FLORIANO.

FLORIANO.
¿Dónde, Alberto?
ALBERTO.
Como tú
Que sale el viejo de casa,
Vine á saber lo que pasa.
FLORIANO.
Grande mal hay.
ALBERTO.
¿Cómo así?
FLORIANO.
Hice á Fulgencio decir

A su hija que diría
Que conmigo estado había,
Y él mismo la vió dormir,
Si no quería á Rosardo,
Porque el temor la venciese;
Y quiso Dios que lo oyese
Fabricio.

ALBERTO.
El suceso aguardo.

FLORIANO.
A toda Alba lo ha contado,
Y vino Rosardo aquí
Tal, que delante de mí
Le ha corrido y disfamado.

ALBERTO.
¿Y paró?...
FLORIANO.

En que los dos van
A hacer prender á Fabricio;
Que infamalla es claro indicio
Que es porque no se la dan.

ALBERTO.
Y tú ¿qué piensas hacer?

FLORIANO.
Probar que ha sido verdad.

ALBERTO.
¿Con quién?

FLORIANO.
La dificultad
En la probanza ha de ser.
Pero mira: yo he guardado,
Desde que enseñó á Lucrecia,
Un papel que el alma precia
Por tener su nombre amado.
Ella hizo aquesta firma
(*Le enseña la firma de Lucrecia.*)

No mas de para aprender;
Pero ahora vendrá á ser
Lo que esta verdad confirma,
Porque puedo encima della
Una cédula escribir,
Y que es mi mujer decir.

ALBERTO.
¿Qué importa si niega ella?

FLORIANO.
Yo sé que no ha de negar.

ALBERTO.
Si es así, no hay que receles.

FLORIANO.
También de ciertos papeles
Me tengo de aprovechar.

ALBERTO.
¿Son suyos?

FLORIANO.
Sí, suyos son;
Pero escritos á Fabricio.

ALBERTO.
Pues ¿cómo darán indicio
De que te tuvo afición?

FLORIANO.
Porque diré que son míos.

ALBERTO.
¿Cómo á tus manos llegaron?

FLORIANO.
Las suyas los aflojaron
Con iguales desvarios,
Cuando creyó que yo había
De su Lucrecia gozado.

ALBERTO.
No va muy mal ordenado.

FLORIANO.
Hoy será Lucrecia mia.

ALBERTO.
¿Plega á Dios que tus cuidados

Tengan fin tan venturoso,
Que añadas al ser su esposo
Mas de doce mil ducados!

FLORIANO.
Leonarda tiene seis mil,
Y seis millones quisiera;
Pero buena hacienda espera.

ALBERTO.
Ha sido invención sutil.
Hazla que entre á hablar conmigo.
Estoy muy enamorado.

FLORIANO.
¿Ya el dios de amor te ha picado?

ALBERTO.
Y á él mismo doy por testigo.

FLORIANO.
Voy á escribir el papel
Sobre la firma.

ALBERTO.
Bien haces:
Él ha de hacer esas paces.
Obligala mucho en él.
(*Vanse.*)

Plaza.

ESCENA XIII.

LISANDRO, *corregidor*; FULGENCIO,
ROSARDO, FABRICIO, NEBRO, LA-
VINO.

CORREGIDOR.
Parecen mal en amistades hechas,
Y en mi presencia es justo que se excu-
Rosardo, las palabras injuriosas; [sen,
Que esta persona representa el Duque,
(*Señalando á sí mismo.*)

Y es justo que en aquesto se interponga
Su autoridad y la de aquesta vara;
Que los buenos respetan la justicia,
Y los malos no temen al castigo.
Averiguarse con razones pueda
El que la tiene de los dos en esto.

FULGENCIO.
Yo digo que querello de Fabricio
Como disfamador de mi honra y casa,
Porque no le he querido dar mi hija.

FABRICIO.
¿En qué te he disfamado, si á tí propio
Oí decir lo que en la plaza dije?

FULGENCIO.
¿A mí! ¿Dónde?

FABRICIO.
En tu casa.
FULGENCIO.

¿Y dónde estabas,
Cuando en mi casa lo que dije oíste?

FABRICIO.
Entré á buscar á Lucas, tu criado,
Esa que en casa y fuera llaman Dómine;
Y él sabe bien que aquesto le decías
Con soberbias palabras á Lucrecia,
Y en esto le presento por testigo.

FULGENCIO.
Pues yo quiero quedar por condenado,
Si el Dómine dijere que lo ha oído.

FABRICIO.
Bien puede ser que niegue, si por dicha
Teme tus amenazas, y conoce
El bien que de tu casa ha recibido.

ROSARDO.
Si lo sabe, no creas que lo niegue,
Porque es en tanto extremo buen cria-
(*tiño,*)

Que contra todos defendió tu parte
El día que me daban á Lucrecia.
Llamarle importa; vayan á buscallo.
CORREGIDOR. [mo.
Noes menester; que ya se ofrete él mis-

ESCENA XIV.

FLORIANO.—DICHOS.

FULGENCIO.
A buen tiempo has venido.
CORREGIDOR.
No le hables;
Que quiero examinarle yo primero.—
Dómine Lúcas, puesto que vinistes
Enfermo y pobre á casa de Fulgencio
Y de su mano socorrido fuistes,
Mirad queno hay respeto que os obligue
A que en daño del alma jureis falso,
Y que es el cielomas perfecto amigo,
Padre y socorre y verdadero amparo.

FLORIANO.
Pues ¿para qué es agora tanta arenga?
Declarate conmigo sin preámbulos;
Que soy tan ignorante como el hábito.
Yo sé que hay Dios y que es verdad in-

[mensa;
Conozco su bondad y su justicia,
Y que hay rey en la tierra que la rige,
Con jueces que gobiernan la república;
Caballeros, hidalgos, ciudadanos,
Artífices mecánicos, y en todo
Para el bien premio y para el mal castigo.

CORREGIDOR.
Pues á quien sabe y sabe lo que importa
Preciarse un hombre, como vos honra-
[do,
De decir la verdad, sobra este prólogo,
¿Fabricio ha entrado hoy en vuestra ca-

FLORIANO. [sa?
Entró á buscarme.

CORREGIDOR.
¿Habló con vos?

FLORIANO. Un poco.

CORREGIDOR.
¿Qué oyó á Fulgencio que á Lucrecia di-

FLORIANO. [jo?

Que conmigo la halló.

CORREGIDOR.
¿Cierto?

FLORIANO. Sin duda.

CORREGIDOR.
¿Qué respondes?

FULGENCIO.
Confieso que lo dije.

FABRICIO.
Pues ¿para qué de mí querellas?

FULGENCIO.
Oye;

Que eso es maldad; que fué invencion
[de Lúcas,

Porque, haciendo á Lucrecia esta ame-
[naza,

Hiciese con Rosardo el casamiento,
Temiendo el detrimento de su honra.

CORREGIDOR.
¿Y fué tuyo el consejo?

FLORIANO. No lo niego.

CORREGIDOR.
¿Pues esto aconsejaba un estudiante?

¿Qué has estudiado?

FLORIANO.
Cánones y leyes,
Y soy por Salamanca licenciado.
CORREGIDOR.

¿Tú?

Yo.

CORREGIDOR.
Pues ¿cómo desa suerte vives,

Sirves, pides por Dios y, sin paráfrases,
Andas hecho bribon por las tabernas?

FLORIANO.
Ninguno con verdad podrá decirlo;

Que donde yo serví, pedí y me mandan,
Es solamente en casa de Fulgencio;

Y para lo que fué, ya lo habeis visto;
Que al fin estoy casado con su hija.

ROSARDO.
¿Con Lucrecia?

FLORIANO.
Su padre ¿no lo dice?

FULGENCIO.
¿Yo lo dije, traidor! ¿Fuera!

CORREGIDOR! Detente.

FULGENCIO.
Déjame: pasaré aquesta espada.

FLORIANO.
Si así me pasas, ¿casarásme luego?

CORREGIDOR.
Tengan respeto á la justicia todos.

FABRICIO.
Ninguno ofenda al Dómine, ó presuma

Que Fabricio y sus deudos le defienden.

FULGENCIO.
Ya no me quejo déi; pero es muy justo

Que de vosotros todos forme queja,
Que á un loco dais, en mi deshonra, cré-

FLORIANO. [dito.

Si soy loco, no quiero ser creído;

Mas si de lo que digo doy probanza,
¿Por qué no me tendrán por hombre

FULGENCIO. [cuerdo?

Pues ¿qué probanza tienes, enemigo?

FLORIANO.
¿De Lucrecia no hasta aquesta cédula,

Y dos papeles suyos amorosos
De letra ajena, aunque de propia nota,

Porque escribir entonces no sabia?

FULGENCIO.
¿Cédula de Lucrecia!

FLORIANO.
Esta presento,

Lisandro, por mí abono; y sean testigos
Que se la doy y entrego.

CORREGIDOR.
Está seguro

Que no te faltará. Muestra la firma.

FLORIANO.
La cédula leed.

CORREGIDOR.
Así comienza.

(Lee.) «Digo yo, Lucrecia Fulgencia,

»que siempre que me sea pedido por

»Lúcas de Madrid, estudiante que en

»mi casa vive, me entregará por su pro-

»pia mujer, sin para ello alegar cosa en

»contrario, porque de mi propia volun-

»tad hago este casamiento.—Lucrecia

»Fulgencia.»

FULGENCIO. [cuerdos
Hay maldad semejante! ¿Que hombres

Puedan creer una maldad tan grande?

Esto es mentira y invencion notoria.
ROSARDO.
Pide, Señor, que prendan á Fabricio.

FULGENCIO.
Que prendas á Fabricio te requiero.

FABRICIO.
¿A mí! ¿Por qué?

FULGENCIO.
Porque es invencion tuya;

Que te has aprovechado deste loco,
Y has hecho aquesta cédula fingida.

FABRICIO.
¿Es menester prenderme para eso?

CORREGIDOR.
Ni yo puedo prendelle sin testigos.

FULGENCIO.
Pues echa mano del infame Dómine;

Que él dirá la verdad en el tormento.

FLORIANO.
Sea el tormento el de tu propia hija,

Aunque será el descanso de mi alma.
Condéneme su lengua, y si ella dice

Que aquesto no es verdad, pónme en un
[palo;

Que allí quiero morir pedazos hecho.

CORREGIDOR.
Bien dice, bien se allana. ¿Qué le pides?

FULGENCIO.
Áganle bien; que puede, si va suelto,

Meterse en San Estéban de camino.

CORREGIDOR.
No es menester asille: yo le fio.

FLORIANO. [los.

¿Qué! no meiré, aunque me echeis á pa-

FULGENCIO.
¿Ay pobre viejo!

FABRICIO.
Dómine, ¿qué es esto?

FLORIANO.
Dómine desta casa será presto.

(Vanse.)

Portal de un meson.

ESCENA XV.

DECIO, UN MESONERO.

DECIO.
¿Palabras tan afrentosas

Me habeis de decir á mí!

MESONERO.
¿Qué es del vestido que os dí,

Medias, plumas y otras cosas?

DECIO.
Cuando entré en vuestro meson,

¿No me vistes por criado

De Floriano?

MESONERO.
Habeis dado

Muestras de fino ladrón.

Verdad es que os vi con él;

Pero ya con él no estáis:

Cuatro dias há que andais

En este lugar sin él.

Una carta me trajistes

Para que el vestido os diese,

Y no querria que fuese

Fingida.

DECIO.
Y vos ¿qué la hicistes?

MESONERO.
Guardada la tengo aquí.

DECIO.
Pues ¿de qué habeis colegido
Que me he llevado el vestido?

MESONERO.
¿Qué necio en dároslo fui,
Sin tomar un fiador
O buena seguridad?

DECIO.
Que se lo he dado es verdad.

MESONERO.
¡Vos! ¿A quién?

DECIO.
A mi señor.

MESONERO.
A algun ropante que ya
Le tendrá en la percha puesto.
Confesad la verdad presto,
Y decidme dónde está.

DECIO.
Digo que ya se le di.

MESONERO.
Pues no habeis de Alba salido,
¡Y habeis llevado el vestido!

DECIO.
Eso ¿os da sospecha?

MESONERO.
Sí.

Hay quien dice que no hay día
Que en la taberna no os ve.

DECIO.
¿Qué importa si le llevé,
Y eso de vuelta sería?
¡Suelta, diablo!

MESONERO.
Oyete.

DECIO.
Suelta.

MESONERO.
¡Por el Duque, don Bribon,
Que te deshaga la faz!

DECIO.
Averigüémoslo en paz.

MESONERO.
Eso pido.

DECIO.
¡Oh confusion!

Buen huésped, ¿tendrás secreto?

MESONERO.
Eso sí: decid verdad,
Y de quien yo soy fiad.

DECIO.
¿Que he de decirlo en efeto?

MESONERO.
¿Dónde le habeis empeñado?

DECIO.
Que no es eso lo que os pido.

MESONERO.
¿Pues cómo! ¿Habeislo vendido?

DECIO.
Al mismo dueño lo he dado,
Sino que escondido está
En casa de una mujer.

MESONERO.
¿Sí? Mas téngolo de ver.

DECIO.
Venid con el diablo ya,
Aunque sé que ha de matarme,
Sin deber por eso pena.
Soltadme.

MESONERO.
¡La industria es buena!
¡Persábados engañarme?
(Vase.)

Sala en casa de Fulgencio.

ESCENA XVI.

EL CORREGIDOR, FULGENCIO, ROSARDO, LUCRECIA, LEONARDA, FABRICIO, FLORIANO.

FULGENCIO.
¡Traidora! ¡que esto confiesas!

LUCRECIA.
Digo que es Lúcas mi esposo.

ROSARDO.
Ya no os mostréis riguroso.

CORREGIDOR.
Las probanzas son expresas.
¿Es aquesta vuestra firma?

LUCRECIA.
Digo, Señor, que lo es.

FLORIANO.
Querella de mí después,
Si ella lo dice y confirma.

CORREGIDOR.
Ellos están concertados.

LEONARDA.
Yo, si importa lo que digo,
Afirmo que soy testigo
De haberlos visto abrazados.

CORREGIDOR.
¿Adónde?

LEONARDA.
En el alquería,
Cuando allá nos envió
Fulgencio.

FULGENCIO.
Pensaba yo
Que honrada hija tenía;
Pero, pues es tan infame
Que ella misma se condena,
Quedándose en mí la buena,
Su sangre aquí se derrame.
¡Vive Dios, que has de morir!

ROSARDO.
Y yo propio, si yo he sido
Quien pensó ser su marido,
Pienso al traidor perseguir;
Que en faltando de mis ojos
Esa vara á quien respeto,
Le he de acabar, y en efeto
Satisfacer mis enojos.
Y tú, que el lugar gobiernas,
¿Permites esta traicion?

CORREGIDOR.
Hablad mas bajo.

ROSARDO. (A Floriano.)
¡Bribon!

Yo os he de cortar las piernas.

FLORIANO.
Suplico á vuesamerced
Siquiera me deje una.

ROSARDO.
No os ha de quedar ninguna,
Ni vida, infame, ¡creed!...

FLORIANO.
¡Ea, no mas, hablador!
Que si otra espada tuviera,
Echado á mis piés te hiciera
Confesar tu loco error.

ROSARDO.
¡Hay desvergüenza como esta!
¿Esto á un villano escuchais?

LUCRECIA.
¿Qué ha de hacer si le afrontais?

FULGENCIO.
¡Y vos tambien, dama honesta!...

—Llevaldos á vuestra casa.
(Al Corregidor.)CORREGIDOR. (A Fulgencio.)
Honrad, Señor, vuestro yerno.FULGENCIO.
¿Cómo, mi yerno! En eterno
Fuego primero me abrasa.

CORREGIDOR.
¿Eso me habeis de decir!
¿Pues eso se puede hacer,
Si dijo que es su mujer?

FULGENCIO.
No lo quiero consentir.

ESCENA XVII.

DECIO, EL MESONERO.—DICHOS.

MESONERO.
Huélgome que hemos venido
Donde la justicia está.

DECIO.
No habeis de dar voces ya.

MESONERO.
Yo he de cobrar el vestido.

CORREGIDOR.
¿Qué es esto?

MESONERO.
Un pleito, Señor.

CORREGIDOR.
¿Y aquí se ha de averiguar?

DECIO.
¿Quereis, buen hombre, callar?

CORREGIDOR.
¿No era en la audiencia mejor?

MESONERO.
En mi meson ha posado
Floriano, el caballero
Que deshizo el toro fiero
Al pié de vuestro tablado.
Dióme á guardar un vestido
Mientras á Madrid se fué,
El cual después entregué
Al que ahora traigo asido.
Pero he venido á entender
Que fué la carta fingida.

DECIO.
Esa es maldad conocida
Y muy fácil de entender.
Y digalo Floriano.
Pues aquí presente está.

CORREGIDOR.
¿Quién es?

FLORIANO.
Yo.

DECIO.
Pregunta ya
Si le di el vestido, hermano.
(Al mesonero.)

MESONERO.
¿Señor! ¿Cómo estáis así?

DECIO.
Ya me dejaréis en paz. (Al mesonero.)

FLORIANO.
Buen huésped, es un disfraz.

FULGENCIO.
¿Este es Floriano!

MESONERO.
Sí.

FLORIANO.
¿Conocéisle?

MESONERO.
Y dos mil veces
Ha posado en mi meson.

LEONARDA.
No está mala la invención!
Que te azotasen mereces. (A Floriano.)

FLORIANO.
¿Por qué?

LEONARDA.
Por haber bagido
Que eres Floriano.

FLORIANO.
Y lo soy.

LEONARDA.
¿Cómo, si con él estoy
Casada?

FLORIANO.
Engañada has sido.

LEONARDA.
Señores, no es Floriano;
Que estoy casada con él.

FULGENCIO.
Pues ¿en dónde está? ¿Qué es dél?

LEONARDA.
Hoy me dió su propia mano,
Y yo le he dado la mía,
Y este trazó el casamiento.

CORREGIDOR.
Pues ¿dónde está?

LEONARDA.
En su aposento

CORREGIDOR.
¿Hay tan gran bellaquería!
¿Que se fingiese Floriano
Con estos falsos testigos!

FULGENCIO.
¿Y qué les han dado, amigos?

ROSARDO.
¿Con qué les untó la mano?

MESONERO.
Floriano digo que es,
Caballero de Madrid.

CORREGIDOR.
¿No ha sido malo el ardid!

LEONARDA. (Al mesonero.)
Y ¿a qué te ofreces después,
Si traigo aquí á Floriano?

MESONERO.
A que me saquen los dientes.
(Vase Leonarda.)

Ya espero, Señor, que cuentes
(A Floriano.)
Tu vida, encubierta en vano.

FLORIANO.
¿Qué hay en eso que decir
Sino que ese propio soy,
Aunque en este traje estoy,
Porque lo quise fingir?
Después que el toro maté,
En la plaza rebozado,
A Decio, que es mi criado,
Este vestido tomé,
Y con él me descubrí,
Como habeis visto, á Lucrecia.

FULGENCIO.
No la culpo yo de necia,
Si es verdad que pasa así.

LUCRECIA.
Ni me tengas por mujer
Que menos que á Floriano
Había de dar la mano.

ESCENA XVIII.

LEONARDA, ALBERTO. — DICHOS.

ALBERTO. (A Leonarda.)
¿Que aun no lo podeis creer?

CORREGIDOR.
Ya vienen los dos aquí.

LEONARDA. (A Alberto.)
No.

ALBERTO.
Que soy Alberto yo;
Que Floriano me dió
Su nombre, Leonarda, á mí;
Aunque como la amistad
Ha sido tan verdadera,
Ser su mismo ser pudiera.

LEONARDA.
¿Eso es cierto?

ALBERTO.
Esto es verdad,
Aunque tambien eso es llano;
Que es tanto el amor que ves,
Que no sabemos quién es
Alberto ni Floriano.

Aunque yo tengo por cierto,
Segun en él mismo estoy,
Que yo Floriano soy,
Y que él es el mismo Alberto.
Si contigo me casé,
No creo que te he engañado;
Que soy caballero honrado
Y alguna renta heredé.
De Floriano soy primo;
Y así, pues eres tú prima
De Lucrecia, á mí me estima
En lo mismo que la estimo.

LEONARDA.
Digo que ya soy contenta
De hacer tan buen casamiento,
Y perdono el fingimiento.

FULGENCIO.
Ellos se han hecho la cuenta:
No hay mas lío ni respeto.

LEONARDA.
Pienso que será tu gusto,
Pues es negocio tan justo.

FULGENCIO.
Eso yo te lo prometo.—
Y vos, Dómine, ¿no habláis?

FLORIANO
Yo os pido, Señor, perdon.

FULGENCIO.
Mejor es la bendición,
Por el favor que me dais.
Abrazad á esos señores,
Y dad la mano á esa dama.

ROSARDO.
Vos teneis yerno de fama.

FABRICIO.
¿Extremado fin de amorés!

FULGENCIO.
Ya sois dómine de casa,
De mi hija y de mi hacienda.

FLORIANO.
A esto llega, dulce prenda,
Quien tantos trabajos ppsa.

LUCRECIA.
Merécelo mi afición.

FLORIANO.
El Dómine acaba aquí,
Y por todos y por mí
Pide al senado perdon.

LA VIUDA VALENCIANA,

COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO,

DIRIGIDA A LA SEÑORA MARCIA LEONARDA.

Después que supe que vuesamerced habia enviudado en tan pocos años, que aunque las partes y gracias de su marido la obligaran á sentimiento, la poca edad la excusara, pues es aforismo en los discretos *mirar por lo que falta, y no por lo que dejan*, me determiné á dirigirle esta comedia, cuyo título es *La Viuda valenciana*: no maliciosamente; que fuera grave culpa dar á vuesamerced tan indignos ejemplos. Discreta fué Leonarda (así lo es vuesamerced y así se llama) en hallar remedio para su soledad, sin empañar su honor; que como la gala del nadar es saber guardar la ropa, así tambien lo parece acudir á la voluntad sin faltar á la opinion. Lo mas seguro es no rendirla; pero si pocos años, mucha hermosura, bizarro brio y ejercitado entendimiento dieran tal vez oido á la lisonja de algun ocioso, no le estará mal al peligro haber leído esta fábula; que esgrimiendo no se llama herida la que recibe otra, ni el músico merece este nombre si arrastrando los dedos por las cuerdas no tañe limpio. Muchos se han de oponer á tan linda cátedra: perdonen los críticos esta voz *linda*; que Fernando de Herrera, honor de la lengua castellana y su Colón primero, no la despreció jamás ni dejó de alabarla, como se ve en sus *Comentarios*; pero pues á vuesamerced no se le ha de dar nada dél, ni de sus prólogos, ni de mí, ni de esta comedia, volvamos al consejo; que de los maduros le han de tomar los agraces, ó no llegarán jamás á darle á otros. Opuestos pues los altos para secretos gustos, los iguales para bendiciones públicas, será fuerza que vuesamerced confusa consulte sus íntimas privanzas, si no lo fueren mas sus privaciones. Aquí es donde entra *La Viuda valenciana*, espejo en que vuesamerced se tocará mejor que en los cristales de Venecia, y se acordará de mí, que se la dedico. No fué todo mentira; que sino pasó á la letra, á lo mas sustancial no hice mas de darle lo verisímil, á imitacion de las mujeres que se afeitan. Estoy escribiendo á vuesamerced y pensando en lo que piensa de sí con ojos verdes, cejas y pestañas negras, y en cantidad cabellos rizos y copiosos, boca que pone en cuidado los que la miran cuando se rie, manos blancas, gentileza de cuerpo y libertad de conciencia en materia de sujecion, pues la señora muerte, en figura de redentor de la Merced, la sacó de Constantinopla y de los baños de un hombre que comenzaba á barbar por los ojos y acababa en los dedos de los piés. Oí decir que su madre del tal difunto era de Osuna, ó que al hacerse preñada pensó en un cofre: la imaginacion hace caso; no nos metamos con los filósofos, que creen mas á las acciones del espíritu que á la naturaleza de la comun herencia; él tenia estas gracias, y por añadidura el mas grosero entendimiento que ha tenido celoso después que se usa estorbar mucho y regalar poco. Suelen decir por encarecimiento de desdichados: «Fulano tiene mala sombra.» No la tuvo mujer, tan mala desde que hay sol; y siéndolo vuesamercéd de hermosura, se es-pantaban muchos de verla con tan mala sombra. ¡Bien haya la muerte! No sé quién está mal con ella, pues lo que no pudiera remediar fisica humana, acabó ella en cinco dias con una purga sin tiempo, dos sangrías anticipadas y tener el médico mas aficion á su libertad de vuesamerced que á la vida de su marido. Puedo asegurarle que se vengó de todos con sola la duda en que nos tenia si

se había de morir ó quedarse: tanto era el deseo de que se fuese; no porque él faltase, pues siempre faltó, sino porque habiendo imaginado que nos dejaba, fuera desesperacion el volver á verle. Bien creará vuesamerced cuán léjos estaré yo de su oposicion; y así, debe creerme el deseo de su bien, libre de interés humano; porque, ¿quién no admira tantas gracias, tanta hermosura y celestial ingenio? Si vuesamerced hace versos, se rinden Laura, terracina; Ana Bins, alemana; Saffo, griega; Valeria, latina, y Argentaria, española; si toma en las manos un instrumento, á su divina voz é incomparable destreza, el padre desta música, Vicente Espinel, se suspendiera atónito; si escribe un papel, la lengua castellana compite con la mejor, la pureza del hablar cortesano cobra arrogancia, el donaire iguala á la gravedad, y lo grave á la dulzura; si danza, parece que con el aire se lleva tras sí los ojos, con la disposicion las almas, y que con los chapines pisa los deseos. Mas ¿cómo soy yo tan atrevido, que donde todo es milagro ponga lunares con mi rudeza, y como mal pintor, desacredite el original con la imperfeccion de mi retrato? Vuesamerced repare en mis deseos, de quien sacará mejor lo que no acierto á decir, que lo puede preguntar al espejo: perdonará á mi pluma, y en el del alma retratará mas vivo su entendimiento. — Dios guarde á vuesamerced.

Su capellán y aficionado servidor,

LOPE DE VEGA CARPIO.

LA VIUDA VALENCIANA.

PERSONAS.

—LUCENCIO, *viejo*.
—LEONARDA, *viuda moza*.
—URBAN, *escudero suyo*,
 mozo.
—JULIA, *criada*.

—CAMILO, *galán*.
—FLORO, *criado suyo*.
—CELIA, *dama*.
—OTON, *galán*.
—VALERIO, *galán*.

—LISANDRO, *galán*.
—ROSANO, *cortesano*.
—UN ESCRIBANO.
—CRIADOS.
—ALGUACILES.

La acción pasa en Valencia.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Leonarda.

ESCENA PRIMERA.

LEONARDA, *con un libro*; después, JULIA.

LEONARDA.
¡Celia! ¡Julia! ¿no me oís?

JULIA. *(Saliendo.)*
Señora...

LEONARDA.
Loca, ¿en qué andas?

JULIA.
Ya vengo á ver lo que mandas.

LEONARDA.
Guárdame ese *Fray Luis*.

JULIA.
Viéndote en esos traspasos,
No será mucha lisonja
Apostar que de ser monja
No has estado dos mil pasos;
Aunque, como me nombrabas
A *fray Luis* cuando sali,
En verdad que colegí
Que todo un fraile me dabas.

LEONARDA.
No son para tu rudeza,
Necia, razones tan altas.

JULIA.
¿Qué mal encubrí las faltas
Que me dió naturaleza!
Que al no tener hermosura
No añado la discrecion.

LEONARDA.
Basta una buena razon
Y una bonrada compostura,
Julia, en cualquiera mujer;
Que si de aguda se precia,
Está muy cerca de necia,
Y aun de venirse á perder.
Yo, después que me faltó
Mi Camilo, que Dios tiene,
Que á hacer el oficio viene
Del alma que me llevó,
Como he dado en no casarme,
Leo por entretenerme,
No por bachillera hacerme
Y de aguda graduarme;
Que á quien su buena opinion
Encierra en silencio tal,

No halla en los libros mal
Gustosa conversacion.
Es cualquier libro discreto
(Que si cansa, de hablar deja),
Es amigo que aconseja
Y reprehende en secreto.
Al fin, después que los leo
Y trato de devocion,
De alguna imaginacion
Voy castigando el deseo.

JULIA.
¿Y en qué materia leías?

LEONARDA.
De oracion.

JULIA.
¿Quién no se goza
De ver que, tan bella moza,
Tan santas costumbres crias?
Ver hablar en la ciudad
De tu mucho encerramiento,
Cordura y entendimiento,
Fama, honor y honestidad?
Dicen que el siglo dorado
Nuevo estado ahora toma;
Que has hecho á Valencia Roma,
Y presente lo pasado;
Que en tí se encierra y anida
Todo el bien que tiene el suelo,
Y que eres ángel del cielo
En hermosura y en vida.
Los mozos están de forma,
Que nadie á verte se atreve,
Porque no hay quien no se eleve,
Si de tu vida se informa.

LEONARDA.
De todo, Julia querida,
Se sirva Dios; que esa fama
Es de estopa fácil llama,
Antes muerta que encendida.
No procuro ser nombrada,
Ni comer, como Artemisa,
Las cenizas que ya pisa
La muerte con planta helada;
Ni ser la que el nombre toma
De que de antojo murió,
Porque á ver no se asomó
El monstruo que entró por Roma;
Ni la que con el carbon
Pintó la sombra al marido,
Que tuvo, siendo partido,
En igual veneracion.
Quiero ser una mujer,
Que como es razon acuda
Al título de viuda,
Pues á nadie he menester.

JULIA.
Que en fin ¿no te casarás?

LEONARDA.
¡Jesus! Julia, no lo nombres.
Asco me ponen los hombres;
No me los nombres jamás.
Tráeme la imagen acá
Que compré de aquel pintor.

JULIA.
¿Pedirle quierases favor?
Tentaciones te dan ya.

LEONARDA.
Calla, necia; que la quiero
Solamente para vella.

JULIA.
¿Y cómo diste por ella
Tanta suma de dinero?

LEONARDA.
Por el pincel que le dan;
Que el dueño me satisfizo
Que allá en la corte la hizo
Un famoso catalán.

JULIA.
Voy.

(Vase.)

ESCENA II.

LEONARDA.

No hay ya de qué tratar
Que servir á Dios no sea:
Bien así la vida emplea
Quien ve lo que ha de durar.
Terror es que perseguida
En esta edad guarde á un muerto
Fe tan cierta, amor tan cierto,
Verdad viva y casta vida.
Pero en la dificultad
Escriben que está la gloria,
Y eso se llama vitoria,
Resistir la voluntad.
Dejadme aquí, pensamientos;
No hay mas, no me he de casar.

ESCENA III.

JULIA, *con un cuadro*. — LEONARDA.

JULIA.
Aun no le acertaba á hallar.

LEONARDA. *(Aparte.)*
Resistid, castos intentos.

JULIA.
Vesle aquí.

(Dale el cuadro, que es un espejo.)

LEONARDA.
*(Ap. Cure mi olvido
Las vanidades que dejó.)*

¿Qué es esto, necia? ¡El espejo
Por la imagen me has traído!
Toma.

JULIA.
Acábate de ver:
Verás lo que has de llorar,
No lo pudiendo cobrar,
Si aquí lo dejas perder.

LEONARDA.
Toma allá.

ESCENA IV.

LUCENCIO.—DICHAS.

LUCENCIO.
No se le des,
Pues quiso Dios que viniese
A tiempo que verte viese,
Tú, que á ti ni á nadie ves.
¿Qué milagro, di, sobrina,
Es este de hallarte así?

LEONARDA. (A Julia.)
Si hoy no me vengo de tí...

JULIA.
Pues ¿vile yo entrar?

LEONARDA.
Camina.

LUCENCIO.
Bien tendrán canas de un viejo
Con tu edad autoridad.

LEONARDA.
Juzgarás á liviandad
Hallarme con el espejo;
Que suele ser conocida
La mucha de una mujer
En irse y venir á ver,
Después de una vez vestida.
Y yo, conforme á mi estado,
Hago en eso mas delito.

LUCENCIO.
A enojo siempre me incito
Con tu melindre extremado. ✓
Es mucho que una mujer
Que ha de estar un día compuesta,
Vaya á ver si está bien puesta
La toca ó el afíler?
¿Quién se lo dirá mejor,
Si está bien ó si está mal,
Que ese palmo de cristal?

LEONARDA.
¿Cómo disculpas mi error!

LUCENCIO.
Eso fuera, á ser de aquellas
Que junto á las celosías
Hacen colgar muchos días
Su espejo, ó en medio dellas;
Y así como están hablando
Por de fuera á su galán,
El habla y meneos van
En el espejo mirando;
Y el necio á quien satisface,
Por si lo entiende y se admira;
Y es el espejo á quien mira,
A quien la fiesta se hace.
No eres tú la que le lleva
A la iglesia y al sermon,
—Y fingiendo devocion,
Se mira cuando se eleva.
Ni al beber haces agravio,
Con pico de aguamanil,
Porque la color sutil
No se despegue del labio.
No te quiero decir cosas,
Que á un viejo parecen mal,
Esta regla universal
De feas y melindrosas.
Mírate, y guárdete Dios;

Y pues que he venido á verte
Cuando tú te has visto, adviérta...
—Y estemos solos los dos.

LEONARDA.
Tío, si es de casamiento,
Ni se miente ni se hable.

LUCENCIO.
¿Que has de ser tan intratable,
Con tan buen entendimiento!
¿Escucharme no merezco?
¿Dónde un viejo honrado hablara,
Que, siéndolo, no escuchara
Cualquier hombre?

LEONARDA.
(Ap. Hoy me enfiaquezo.)
Si yo sé lo que me quieres,
¿Por qué he de dejar cansarte?

LUCENCIO.
¿Que has de ser en esta parte
Igual á tantas mujeres?
¿Qué pertinacia es la tuya?
¿Piensas que estas cosas son
Para tu buena opinion?
Son para que se destruya.
¿Cómo piensas conservarte,
Ya que tan resuelta vienes,
En el estado que tienes,
Tantos años sin casarte?
Es verdad que te han quedado
Tres mil ducados de renta;
Pero yo no pongo en cuenta
Lo que es vivir descansado
(Que si esto te faltara,
Gracias á Dios que me sobra),
Sino el verte empezar obra,
De acabarse bien tan cara.
¿Adónde te esconderás
De la envidia y vulgo vil,
Aunque en un año y en mil
No salgas de donde estás?
Que con sol abras tu puerta,
Y cierras á la oracion;
Que los que mas luces son,
No vean ventana abierta;
Que un átomo, que el sol mismo
No entre en casa tan rara,
Por si oscura, y por ti clara,
Cielo en parte, en parte abismo;
Que tengas dragones y argos
Mas que vellocino y fruta,
¿Qué importa? La envidia astuta
Tiene lengua y ojos largos.
Dirán que con el esclavo
Que dentro de casa tienes,
A ser Angélica vienes,
Soberbia y infame al cabo;
Y ofendido tu decoro,
Mil que seguido te han,
A Júpiter cisne harán,
O por dicha lluvia de oro.
¿Cuánto es mejor que te cases,
Y estas malicias excuses?

LEONARDA.

Ya no habrá de que me acuses,
Si no es que adelante pases.
No dirás que no te oi.
Dime, Lucencio, ¿es mejor
A peligro de un error
Poner mi vida por ti?
A este daño me acomodas,
Si todos los que han escrito
Han reprendido infinito
Siempre las segundas bodas?
La viudez casta y segura
No es de todos alabada?
Si es de la envidia infamada,
Este engaño poco dura;
Que al fin vence la verdad
Y vuela la buena fama,
Que es fénix que de su llama

Nace para nueva edad.
¿No sino venga un mancebo
Destos de ahora, de alcorza,
Con el sombrerito á orza,
Pluma corta, cordón nuevo,
Cuello abierto muy parejo,
Puños á lo veneciano,
Lo de fuera limpio y sano,
Lo de dentro sucio y viejo;
Botas justas, sin podellas
Descalzar en todo un mes,
Las calzas hasta los pies,
El bigote á las estrellas;
Jabonillos y copete,
Cadena falsa que asombre,
Guantes de ámbar, y grande hombre
De un soneto y un billete;
Y con sus manos lavadas
Los tres mil de renta pesque,
Con que un poco se refresque
Entre sábanas delgadas;
Y pasados ocho días,
Se vaya á ver forasteras,
O en amistades primeras
Vuelva á deshacer las mias!
Vendrá tarde, yo estaré
Celosa, dará mi hacienda,
Comenzará la contienda
Desto de si fué ó no fué.
Yo esconderé y él dará;
Buscará deudas por mí,
Entrará justicia aquí,
Voces y aun coques habrá;
No habrá noche, no habrá día,
Que la casa no alborote...
—Daca la carta de dote.
—Soltad la hacienda, que es mi
—Entrad en esta escritura.
—No quiero. —¿Ah sí! ¿No queréis?
Yo os haré, infame, que entreis,
Si el brio de ahora os dura.—
Y que mientras mas me postro,
Me haga muy mas apriesa
De dos títulos condesa,
Cocentaina y Puñoenrostró. —
Yo he dicho.

LUCENCIO.
Acabado has
Como oracion en latin.

LEONARDA.
Latin pudo ser el fin;
Mas romance lo demás.
Esto propuse aquel día,
Y á ser varonil mujer,
Brasas habia de comer,
Y abrasar alma tan fria.

LUCENCIO.
Sobrina, aquí se acabó.
Desde aquí doy á los vientos
Todos cuantos casamientos
Me han hablado y busco yo:
Que tres á escoger traia,
Y ya solo he de pedir
Que no demos que decir
De tu edad ni de la mia.
Mira por ti, pues te quedas
En tan moza libertad,
Que es mucho que en tal edad
Tan segura vivir puedas.
Cuando mires al espejo
Tu hermosura y pocos años,
Tú verás cuántos engaños
Te dan los dos por consejo.
Y Dios te lleve adelante
Ese silicio y ayuno.

LEONARDA. (Ap.)
¿Qué viejo tan importuno!

LUCENCIO. (Ap.)
¿Qué mujer tan arrogante!
(Vase.)

Calle.

ESCENA V.

LISANDRO.

✓ Rompe una peña el agua cuando es-
Por largo curso en ella su corriente,
Y á la segur del labrador valiente
Se humilla el pino y la arrugada oliva.
De su fruto el caudal la palma altiva
Rinde, aunque tarde, á la africana gente;
Viene el novillo al yugo, y la serpiente
A la voz del encanto se derriba.
Fabrica un escultor una figura [da,
De un mármol duro, de una piedra hela-
Y viene á tener ser lo que no era;
Y por mas que mi amor vencer procura
Una mujer hermosa y delicada,
Con ser mujer, está rebelde y fiera.

ESCENA VI.

VALERIO, sin ver á — LISANDRO.

Baja del monte el agua despeñándose,
Y va de piedra en piedra entremetiéndose-
Y con venir como el cristal riéndose, [se;
Va por la tierra con el tiempo entrándo-

[se.
Mi mal, con beneficios aumentándose,
Hace que vaya el alma consumiéndose,
Y del bien la esperanza entreteniéndose-
Sin verle florecer está acabándose. [se,
Amor me ve morir, y satisfácese
Donde con tiempo y obras desmerécese;
Que es ola que en la mar se rompe y há-

[cese.
El bien y el mal para mí mal ofrécese;
Pero en un punto el bien muérese y ná-
[cese,
Y luego la esperanza desaparecese.

ESCENA VII.

OTON, sin ver á — VALERIO
Y LISANDRO.

OTON.

Halla con lengua, lágrimas y ruego,
Entre bárbaros, paso el peregrino,
Guia por las montañas de Apenino,
Agua en la Libia, y en la Scitia fuego.
El abarimo, en sus crueldades ciego,
Por sus tierras le da franco camino,
Halla en Arabia pan, en Persia vino,
Y en los alarbes de Africa sosiego.
Corren el llanto y la alegría parejas,
Y el cautivo en el moro de Marruecos
Halla piedad entre cadena y rejas.
Y un áspid hecho de penascos secos,
De mis cansadas lágrimas y quejas,
Aun no se precia de escuchar los ecos.

VALERIO.

¡Lisandro!

LISANDRO.

¡Valerio!

VALERIO.

¡Oton!

OTON.

¡Oh hidalgos!

VALERIO.

Creo que junta
Amor la conversacion.

LISANDRO.

Eso de amor se pregunta
A los que amantes no son.
En, acabaos de cubrir
Que bien se puede decir
¿Questo de amor, cubiertos;
Que no es Evangelio.

OTON.

Adviértos

Que así se había de oír;
Que son tales sus antojos,
Que había, cuando se empieza
A tratar de sus enojos,
De estar libre la cabeza
Y descubiertos los ojos.
No porque á verdad aspira,
Que antes de ella se retira;
Mas porque son menester
Muchos ojos para ver
Tan agradable mentira.

LISANDRO.

Bien á Oton se le parece
Que por la hermosa viuda
Se deshace y desvanece.

OTON.

Y de vos ¿pondrémos duda
Que os abrasa y enflaquece?
¿Por qué rompéis á los cielos
Cuántas túnicas y velos
Los astrólogos les ponen,
Porque con ella os abonen?

VALERIO.

Declárense si son celos.
Entraré yo de por medio
A quitar la pesadumbre,
Y dar algun corte y medio.

LISANDRO.

Mas á entraros por su lumbra-
Por el último remedio,
Que dé la que vive aquí.
Mas ¡ay! que en Oton y en mí
Es el alma enamorada
De mariposa turbada,
Que habrá de morir allí.

VALERIO.

¿Yo por Leonarda?

LISANDRO.

Vos, pues.
¿Pensais que está muy secreto
Lo que tan notorio es?

OTON.

Finalmente, ¿que á un sugeto
Queremos bien todos tres?

VALERIO.

Ahora bien, porque lo es tal,
Confesar no me está mal,
Y porque este casamiento
Me ha dado algun pensamiento.

LISANDRO.

¡Gran mujer!

OTON.

No tiene igual.

LISANDRO.

Lo que Valerio pretendiendo.

OTON.

Yo lo mismo solicito.

VALERIO.

Si emprendais lo que yo emprendo,
No os ofendo si os lo quito,
O en quitármelo me ofendo?
¿Puédese esto componer?

LISANDRO.

Muy bien se puede hacer.
Ande el pleito y la amistad.

OTON.

Competencia y voluntad
No suelen juntas poder
Pero habrá de ser así
Que á todos está mejor
Si no es que ha alguno aquí
Que tenga del favor.

VALERIO.

No diré yo que yo fui,

Aunque el que he tenido puedo
Contar á los dos sin miedo,
Como palabra me deis
Que los vuestros contaréis.

LISANDRO.

Por mi parte lo concedo.

OTON.

Y yo por mi parte,

VALERIO.

Oid,

Y el galardón de mi amor
Deste favor presumid.

OTON.

Di, Valerio, tu favor.

VALERIO.

Ya comienzo.

LISANDRO.

Di.

VALERIO.

Advertid.—

A esta gallarda viuda
Que tiene el alma de tigre,
En un coche vi una tarde
Como tres mil serafines.
Iba subiendo del sol,
Porque el sol iba á encubrirse,
Aunque la cortina á veces
Era á mis ojos eclipse.
Hiciele una reverencia,
Y ella con algun melindre
Sacó del estribo afuera
Todos los pechos de un cisne.
Yo, creyendo que podía
En este favor asirme,
Con mi guitarra en su calle
Me tocó san Juan matines.
Había hecho una glosa;
Por mi mal la glosa hice.
Empecé á cantar mas tierno
Que un tiempo Piramo á Tisbe:
«Socorre con agua á la gosa»,
Fué lo primero que dije,
Y lo postrero tambien;
Del socorro Dios os libre.
Si era agua limpia ó mezclada,
Dioscórides lo averigüe;
Basta que toda la noche
Gasté en limpiarle y reírme.

LISANDRO.

Va el mío; pero es mejor;
Que en efecto fué favor,
Y el de Valerio pesar.

OTON.

Empieza pues á contar.

LISANDRO.

Comienzo en nombre de amor.—
Por esta dichosa calle,
Desdichada en tanto extremo,
Donde mil penantes viven,
Velando prendas de un muerto,
Llevaban unos ladrones,
Una noche oscura, huyendo
De la vecina justicia,
De vino un famoso cuero.
Al pasar los desdichados,
Las puertas de mármol vieron
Desta viuda mas dura,
Y pusieronle en lo hueco.
Los alguaciles y mozos,
Embebecidos corriendo,
No vieron dónde quedaba
El arrimado mancebo;
Yo, que estaba en una esquina
Mirándolo desde lejos,
Apresuré luego el paso,
Llevándome el aire en peso.
Llegando á la amada puerta,
Vi un bulto á mis ojos negro,
Con su capa y con su espada,

Mirando y hablando adentro.
Llegueme á él, y metíme
Hasta la barba el sombrero,
Y díjele: «¡Ah gentilhombre!
Terciando el corto herruero.
Como no me respondía,
Saco la daga de presto,
Y por el pecho á mi gusto
Hasta la cruz se la meto.
Dióme la sangre en el mio,
Y vuelto á mi casa buyendo,
Miro á una luz la ropilla,
Y oía como un incienso.
Tomo una linterna y parto,
Y cuando á mirarle vuelvo,
Hallo derramado el vino,
Y el cuero midiendo el suelo.

OTON.

Si esos son vuestros favores,
Remiego de los amores.

VALERIO.

Diga Oton el suyo, á ver.

OTON.

¡Ah Tulio! aquí he menester
Tus retóricos colores.
Cantaban la vez primera
Con su voz ronca los gallos,
Respondiéndose muy léjos
Los del lugar y del campo,
Cuando de nuestra viuda,
Como un reloj concertado,
La ventana con los ojos
Y la calle mido á pasos.
Estaba el cielo mas negro
Que un portugués embozado,
Y á esta causa erré la raja,
Los ventanas mas abajo.
Vivia un buen zapatero
Donde yo con gran cuidado
Puse los ojos, por ver
La casa en que viven tantos;
Y vi en un balcón un bulto,
La mitad del cuerpo blanco;
Y creyendo ser la viuda,
Así la requiebro y hablo:
«Angel, cuya alba es la toca
Y cuya estola el rosario,
Oid un secreto solo
Deste enamorado esclavo.»
No lo hube dicho, señores,
Cuando el zapatero honrado,
Que estaba en camisa al fresco,
Dijo, un ladrillo tomando:
«¡A mi mujer requiebritos!
Por estas barbas, bellaco,
Que yo os conozca de día;
Y si al tirar no me bajo,
Con los polvos del ladrillo
Me deja allí rociados,
Como escudilla de arroz,
Los sesos entre los cáscos.

VALERIO.

Los favores son iguales.
Mas al fin, tratando veras,
Y dejando burlas tales,
¡No veis que estas tres quimeras
Han de engendrar cien mil males?

OTON.

Un consejo os quiero dar.

LISANDRO.

¿Cómo?

OTON.

Que el pleito tratemos
Dejándonos de tratar.

VALERIO.

¿Queréis que no nos hablemos?

OTON.

Yo á ninguno pienso hablar,
Encuéntrele adonde quiera.

LISANDRO.

Yo me voy desá manera.

OTON.

¡Ay Leonarda hermosa y muda!

LISANDRO.

¡Ay bellísima viuda!

VALERIO.

¡Ay hermosísima fiera!

(Vase.)

Vista exterior de una iglesia.

ESCENA VIII.

LEONARDA, JULIA.

JULIA.

Castigado han tu locura
Los cielos.

LEONARDA.

Y de tal suerte,
Que no me han dado la muerte
Para mayor desventura.
Y pues que así me declaro,
Créeme que algun hechizo
Este viejo astuto hizo
Contra mi helado reparo;
Que llevarme aquesta tarde
A buscar mi vituperio
No carece de misterio.

JULIA.

Dios de pensallo me guarde.
Tan ignorante está él
De lo que te ha sucedido,
Como ese mismo que ha sido
Basilisco tan cruel.
¡Malditos sus ojos sean,
Que á la primer vista pueden
Hacer que otros ciegos queden!

LEONARDA.

Déjalos, Julia, que vean;
Que es bien que tan buenos ojos
No pierdan porque me vieron.

JULIA.

¡Por mi abuela, que te dieron
Muy aprisa los antojos!
¡Rabía en él!

LEONARDA.

No digas eso.
Dios le guarde. ¿Qué te va?

JULIA.

¡Ay Señora! ¿adónde está
Tu autoridad y tu seso?
¿Qué es de aquella gravedad
Con que hoy al turbado viejo
Subiste al cielo el espejo
De tu fama y castidad,
Y del melindre que hiciste
De verte en el de cristal?

LEONARDA.

No me predicas muy mal.

JULIA.

Calla ahora, no estés triste.
Ello ¡ha de ser tempestad,
O cosa para de asiento?

LEONARDA.

Estoy sin entendimiento
Del mal de la voluntad.

JULIA.

Ahí falta una potencia:
Sangrarse della, y adiós.

LEONARDA.

Amor, ¡esto podeis vos!

JULIA.

¿Qué hombre te agrada en Valencia?

¿Que ya no eres tú la helada,
La santa, la recogida?

LEONARDA.

No me hables en tu vida,
Necia, no me digas nada;
Que todo será accesorio,
Si me tengo de perder.

JULIA.

No sé qué tengo de hacer
De los libros y oratorio.
Pues ¿qué dirá fray Luis?
¿Y aquellas cosas tan altas?

LEONARDA.

¡Oh mujeres, cuántas faltas
Hasta la prueba encubris!
Quien vió mi celo y mi pecho,
¡Oh mancebo! antes de verte...
— Pero el rigor de la muerte
No es conmigo de provecho.
No me tengo de casar,
Si el mundo está de por medio.

JULIA.

Ye, Señora, sé un remedio.

LEONARDA.

¿No te he mandado callar?
Si no te hubiera criado,
La cara te deshiciera.
Vesme ardiendo, ¡y como fiera
Te burlas de mi cuidado!
Pues remedio he de tener
Sin perder mi punto y fama,
Y he de apacar esta llama
Cruel.

JULIA.

Todo puede ser.

ESCENA IX.

URBAN. — DICHAS.

URBAN.

¡Oh! ¡Gracias á Dios que os hallo!
¿Hasta cuándo era el rezar?
¿Queríadesos quedar
Hasta la misa del gallo?
En días de jubileo
No te querría servir.

LEONARDA.

¿Tan presto nos hemos de ir
Una tarde que el sol veo?

URBAN.

No sueles tú decir eso;
Que aun te ofende su arrebol.

LEONARDA.

Ya quiero sol.

URBAN.

Anda al sol.

JULIA. (Ap. á Urban.)

Déjala; que está sin seso.

URBAN.

¿De qué? ¡Válame san Blas!

LEONARDA.

Mira si está el coche á punto.

URBAN.

Ya, Señora, lo pregunto.

LEONARDA.

Vuelve, necio. ¿Adónde vas?

URBAN.

Por el coche del sol iba,
Para que al sol nos andemos.

ESCENA X.

CAMILO, FLORO. — DICHAS.

CAMILO.

¡Gentil recado tenemos!

Dile tú que no me escriba.

FLORO.

No le rasgues, por el tiempo
Que la amaste.

CAMILO.

Va está hecho.

FLORO.

¿Que aun eso no es de provecho?

CAMILO.

Es cosa de pasatiempo.

LEONARDA.

Urban, ¿ves este mancebo?

URBAN.

Muy bien.

LEONARDA.

Pues llega el oído.

URBAN. (Háblale aparte.)

¿Casa y nombre? Ya.

FLORO. (A Camilo.)

No ha sido

Ese tu desden muy nuevo.

Siempre con esa mujer

Esta aspereza tuviste.

LEONARDA.

Vamos, Julia.

JULIA.

Vén.

LEONARDA. (Ap.)

¡Ay triste!

¿Si te he de volver á ver?

(Vase Leonarda y Julia.)

ESCENA XI.

CAMILO, FLORO. — URBAN, retirado de ellos.

URBAN. (Ap.)

¡Por mi fe, bueno he quedado

A saber su casa y nombre

De este galán gentil hombre!

CAMILO.

No quiero amor ni cuidado.

Estése Celia en su casa,

De favor á quien quisiere,

Hable, si su gusto fuere,

Al que llega ó al que pasa;

Busque un nuevo moscatel

A quien con celos engañe;

Que ya á mí no hay qué me dañe,

Sino es la lástima del.

URBAN.

(Ap. Siempre fué bueno traer

Tintero y escribanía.)

(Saca tintero y papel, y se llega á Camilo.)

¡Ah caballero! querría...

CAMILO.

Hablad, ¿qué quereis?

URBAN.

Saber

Si acaso os habeis escrito

En el santo jubileo

Por cofrade.

CAMILO.

Antes desee

Serío, buen hombre, infinito;

¿Qué se paga?

URBAN.

Soto un real.

CAMILO.

Ves aquí dos por los dos.

Tomad.

URBAN.

Recibalo Dios.

El nombre y casa nombrad.

Camilo, y vivo á San Juan.

CAMILO.

URBAN.

¿Sois noble?

CAMILO.

Bastantemente.

URBAN.

Dígole porque se asiente

Su buena gracia, galán.

FLORO.

Yo Floro.

URBAN.

Basta: yo vuelvo

A la iglesia.

CAMILO.

Andad con Dios.

Cofrades somos los dos.

(Vase Urban.)

ESCENA XII.

CAMILO, FLORO.

FLORO.

¿Rezarás?

CAMILO.

Hoy me resuelvo...

— ¡Vive Dios, que di un doblon

Al hombre por dos reales!

FLORO.

¿Ahora con eso sales?

Ya no tiene redencion.

CAMILO.

Entra; que aun habrá reparo.

FLORO.

Por eso te dijo allí

Que eres noble.

CAMILO.

¡Oh pesia mi,

Que soy cofrade muy caro!

(Vase.)

Sala en casa de Leonarda.

ESCENA XIII.

LEONARDA, JULIA, URBAN.

LEONARDA.

Gentil industria tuviste,

Urban!

URBAN.

Soy flor de los hombres.

LEONARDA.

¿Qué bien sus casas y nombres

En el papel escribiste!

¿Que al fin Camilo se llama?

¿Eso mas tiene del muerto?

URBAN.

Sin duda el ser noble es cierto,

Aunque ignoramos su fama.

¿Qué argumento como ver

Que es tan fácil ocasión

Por un real me dió un doblon?

JULIA.

Liberal debe de ser.

Cierto que fué gran nobleza.

LEONARDA.

Di, Julia: ¿qué no tendrá

A quien tales gracias da

La franca naturaleza?

URBAN.

Eso de gracia, no vi

Jamás, por vida de Urban,

Hombre mas bello y galán

Desde el día en que nació.

¿Qué rostro, qué compostura!

¿Qué barba tan aseada?

¿Qué mano tan regalada!

Parecióme nieve pura.

¿Qué cuerpo, qué pierna y pié!

¿Qué fabla, qué discrecion!

¿Qué lindo dar de doblon!

Y ¿qué afición le cobré

Cuando le vi relucir!

LEONARDA.

Ahora bien, ya no es posible

Sufrir el fuego insufrible

De que me siento morir.

Amigos, grande flaqueza

Os parecerá la mía;

Pero mi pecho confía

De vuestro amor y nobleza.

Desde mis padres habeis

Servido siempre esta casa:

Yo sé al extremo que pasa

El amor que me teneis.

Supuesto que no pretendo

Casarme ni sujetarme,

Hoy habeis de remediarme.

Hoy mi vida os encomiendo.

En vuestra lengua y secreto

Está mi opinion y fama.

URBAN.

¿O tu temor nos disfama,

O es de tu amor este efeto.

¡Vive Dios, que si en un potro,

O con oro me engañasen,

Palabra no me sacasen

Por eso ni por esotro!

Fía de Julia y de mí,

Y di lo que hemos de hacer.

LEONARDA.

Tú mi remedio has de ser.

Escúchame atento.

URBAN.

Di.

LEONARDA.

Ya ves cómo anda alterada

Con sus máscaras Valencia.

URBAN.

Bien.

LEONARDA.

Pues con esta licencia,

Ponte una ropa extremada

Y una máscara, y camina

A hablar aquesse galán,

Y dile en disfraz, Urban,

Que una dama se le inclina,

Y que la hable tiernamente,

Y que la podrá gozar

Como hoy te quiera esperar

Del Real dentro en la puente.

Y si te dice que sí,

Esta noche irás por él.

URBAN.

Luego ¿bien ha de ver él

Adónde vives y á mí?

LEONARDA.

No; que con máscara irás,

Y para que nada note,

Le pondrás un capirote,

Con que á casa le traerás.

Entrará á oscuras, y cuando

Se haya de ir, vuelvo á poner,

¿A quién podrá conocer?

URBAN.

Brava industria vas trazando.

¿Qué bueno vendrá el halcón!

Pero yo ¿en qué me detengo?

Parto.

LEONARDA.

No tardes.

URBAN.

Ya vengo. (Vase.)

JULIA.
¿Quién te dijo esta invencion?

LEONARDA.
Amor, que tiene á los pies
A cuantos han estudiado.

JULIA.
Paréceme que han llamado.

LEONARDA.
Anda, vé, mirá quién es.
(Vase Julia.)

ESCENA XIV.

LEONARDA. [da
¿Qué habrá que una mujer determina-
No intente por su gusto? Qué tormento
La mudará del firme pensamiento?
Qué fuego, qué cordel, qué aguda espa-
[da?

¿Qué gigante con furia mas airada
Intentará subir al firmamento,
O qué Alcides con mas atrevimiento
Al centro bajará con alma osada?
Efetos son de un niño poderoso
Haber mi hielo con su ardor vencido,
Y aquella fe de mi primero esposo.
Yo he sido como rio detenido,
Que va, suelta la presa, mas furioso;
Y es lo mas cierto que mujer he sido.

ESCENA XV.

JULIA.—LEONARDA; después, OTON.

JULIA.
No sé qué gente está aquí,
Que libros y estampas vende.

LEONARDA.
Si es máscara ¿qué pretende?

JULIA.
Yo sin máscara la vi.

LEONARDA.
Pues para que no parezca
Que mi devocion se muere,
Entre, y veamos qué quiere,
O si hay qué comprar se ofrezca.
(Va Julia á avisar y vuelve inmediata-
mente con Oton que trae libros en
una cesta.)

OTON.
Dios guarde á vuesamerced,
Y le dé un gentil marido.

LEONARDA.
En que no lo haya querido
Me ha hecho mucha merced.

OTON.
¿Por qué, teniendo ese talle?

LEONARDA.
Mostrad: ¿qué libros vendeis?

OTON.
Uno traigo que podeis
Por poco precio compralle.
Mas es una historia mia,
Y sois vos muy recatada.

LEONARDA.
¿Qué cifra tan extremada!
Julia, ¿no te lo decia? (Ap. á ella.)
¿Quién es este? (A Oton.)

OTON.
Es El pastor
De Filida.

LEONARDA.
Ya lo sé.

OTON.
Y Gálvez Montalvo fué,
Con grave ingenio, su autor.
Con hábito de san Juan
Murió en la mar, y yo muero
En mar mas profundo y fiero.

LEONARDA.
¿Sois librero ó sois galan?

OTON.
No se lo sabré decir.
Aqueste es la *Galatea*,
Que si buen libro desea,
No tiene mas que pedir.
Fué su autor Miguel Cervantes,
Que allá en la Naval perdió
Una mano, y pierdo yo...

LEONARDA.
Calla, Julia, no te espantes. (Ap. á ella.)
¿Qué perdeis?

OTON.
El alma y vida,
Y por otra *Galatea*
Mas cruel que fué *Medea*,
Y menos agradecida.

LEONARDA.
¿Quién es este?

OTON.
Es *Espinel*.
LEONARDA.

¿Qué trata?
OTON.
Solos canciones;
Mas tiene lindas razones
Y hay graves versos en él.
Quiso bien hasta morir;
Mas no del mal que yo muero.

LEONARDA.
¿Sois galan ó sois librero?

OTON.
No se lo sabré decir.
El *Cancionero* está aquí;
Mas lleno de disparates.

LEONARDA.
De mal impreso no trates.

OTON.
Mejor impreso está en mí...

LEONARDA.
¿El qué?

OTON.
Un eterno servir,
Un amar, un padecer.

LEONARDA.
¿Es requehrar ó vender?

OTON.
No se lo sabré decir.

JULIA.
El estampero se ha entrado.

ESCENA XVI.

VALERIO, en hábito de mercader, con
estampas.—DICHOS.

VALERIO.
¿A la rica estampa fina!

LEONARDA.
(Ap. Mal mi sospecha adivina,
O este trato es concertado;
Que el uno y otro galan,
Que este engaño concertaron,
Las máscaras se quitaron
En allegando al zaguan.)
Julia, ¿es esto conveniente
A mi encerramiento?

JULIA. (Ap. á su ama.)
Creo
Que te engañan.

LEONARDA.
Bien lo veo. (Ap. á Julia.)
—¿En mi casa tanta gente!

VALERIO. (Ap.)
¿Acá está primero Oton?

OTON. (Ap.)
¿Que Valerio vino acá?

LEONARDA.
¿Qué vendeis?

VALERIO.
Vos lo veis ya;
Vendo el mismo corazon.

LEONARDA.
Mostrá. ¿Qué es este papel?

VALERIO.
El Adonis del Ticiano,
Que tuvo divina mano
Y peregrino pincel.
¿Oh quién este hubiera sido,
Cuando fué tan regalado!
Pues muero desesperado,
Y él murió favorecido.
Esta, por vida de Aurelio,
Que es de las ricas y finas;
Que es de Rafael de Urbinas
Y cortada de Cornelio.
Esta es de Martin de Vos,
Y aquesta de Federico.

LEONARDA.
Mal á estas cosas me aplico.
¿No traeis cosas de Dios?

VALERIO.
Si traigo. Aquí hay una estampa
Del matrimonio, escogida.

LEONARDA.
Ese no espero en mi vida.

VALERIO.
Mal su estampa se os estampa.
Pues no sé yo por qué sea;
Que hay mil que esperan un sí...
Y por ventura está aquí
Un hidalgo que os desea.
Soy Valerio, aunque me veis
Que esta máscara he tomado.

OTON.
Pues ya va tan declarado,
A Oton delante teneis.
Soy rico y soy caballero,
Y pierdo el seso por vos.

LEONARDA.
¿No hay aquí quien á los dos
Les pague en mejor dinero?
¡Hola!

ESCENA XVII.

DOS CRIADOS.—DICHOS.

CRiado 1.º
Señora...

LEONARDA.
Al librero
Y al que los papeles vende...

OTON.
Pues, Señora, ¿qué te ofende
Pedirte nuestro dinero?

LEONARDA.
Ea, ¿qué aguardais, criados?

VALERIO.
Paso, no os alborotéis.

LEONARDA.

Libertades me vendeis?
Libros, por mi fe, extremados!
Boia, cargados de palos.

VALERIO.

Ne harin tal; que irnos sabrémos.

OTON.

Nessa afrenta sufrirémos.

CRIADO 3.º

¡No están los gabachos malos!

CRIADO 1.º

Con pastillas y perfumes

Aguarda otro para entrar.

CRIADO 2.º

Ei, empiécen á bajar.

VALERIO.

¡Que en tal crueldad te resumes!

LEONARDA.

Cerrad la puerta, y quien llama
Tráera menos libertad.

VALERIO.

Julia, ¿no hay mas amistad? (Ap. d ella.)

JULIA. (Ap. á Valerio.)

Galla, no lo oiga mi ama.

(Vanse.)

Sala en casa de Camilo.

ESCENA XVIII

CAMILO; URBAN, vestido de máscara.

CAMILO.

Máscara, juro por Dios
Que grande empresa acometo,
Y sin saber quien sois vos.

URBAN.

Camilo, aqueste secreto
Ha de ser entre los dos.

CAMILO.

Pues me da el alma esa dama,
¿No me fiara su fama?
¿No pudiera yo servilla,
Y hablalla, vella y oílla,
Y saber cómo se llama?

URBAN.

¿No habemos de hablar en eso;
Que en queriendo saber algo,
Queda perdido el suceso.

CAMILO.

Juro por la fe de hidalgo
Que me haceis perder el seso.
¿Yo tuviera euemigos,
Los cielos me son testigos
Que era engaño claro y visto;
¿No hay hombre tan bienquisto
Que tenga mas amigos.
Para deso, estoy contento
Que digais que hasta el retrete
Estoy armado á mi contento,
Y que lleve un pistolete.

URBAN.

¿Qué uno, llevá ciento.
¿No os falta habilidad,
Gusto y voluntad,
Que el interés lo atropella,
Y más la cara mas bella
Que tiene aquesta ciudad.

CAMILO.

¿Qué importa que bella sea,
¿Y á oscuras he de gozalla?
¿Más prezumo que es fea.

URBAN.

En hablalla y en tocalla
Habrá luz con que se vea.
Si os pesare y os cansare,
No volvais.

CAMILO.

No hay que repare
Mas que en el tr tan cubierto.

URBAN.

Esa es la ley del concierto.
Mirad si hay mas que os declare.

CAMILO.

¿Que cubierto tengo de ir?

URBAN.

Y desá suerte, Camilo,
Habeis de entrar y salir.

CAMILO.

¡Brava industria, bravo estilo!

URBAN.

Todo lo habeis de sufrir.

CAMILO.

¿Y adónde os he de aguardar?

URBAN.

A las tres podeis estar
Del Real puesto en la puente;
Y guardaos de llevar gente,
Porque no os tengo de hablar.

CAMILO.

(Ap.) Por ver á Italia no pasa,
O las naciones francesas,
Quien deja su patria y casa
Por las Indias portuguesas,
Y largos mares traspasa?
¿No deja el otro su tierra
Por ver la extranjera guerra?
Por una fiesta, ¿no hay mil
Que están entre gente vil,
Donde el calor los entierra?
¿No está alguno al sol y al hielo,
Esperando á ver salir
El tímido conejuelo,
Y el pescador por asir
El pez simple en el anzuelo?
Pues yo, mozo y orgulloso,
¿Qué me excuso temeroso
De ver este encantamento?)
Camina; que soy contento.

URBAN.

Si vais, vos seréis dichoso.

CAMILO.

A la hora concertada
En la puente me hallaréis.

URBAN.

¿Qué noche tan regalada
Con aquel ángel tendréis!

CAMILO.

A lo menos encantada.

URBAN.

Ella estará prevenida.
Adios.

CAMILO.

Ya vuestra partida
Aguardo.

URBAN.

Será muy presto.

CAMILO. (Ap.)

Yo he de saber lo que es esto,
Aunque me cueste la vida.

ACTO SEGUNDO.

Campo y entrada á un puente. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

CAMILO.

¡Buen ánimo, pensamiento
De temeridad vestido!
Al puesto habemos venido
Donde vuestro atrevimiento
Me lleva á vencer vencido.
Entre el temor y el deso,
Con quien batallo y peleo,
Tantas veces quedo y voy,
Que con estar donde estoy,
Otras tantas no lo creo.
¿Qué sé yo si algun contrario,
De invidia de verme noble,
Me forja este trato doble,
Donde sea necesario
El sufrir espada ó roble?
¡Bravamente el cuello humillo,
Como simple corderillo,
Que ser vendido no ve,
Que va él por su propio pié
Al carnicero cuchillo!
Mas yo jamás he entendido
Que haya hecho á hombre ofensa.
Mal mi entendimiento piensa;
Que el que á ninguno ha ofendido,
Bien camina sin defensa.
Y mas, que aquel que me ha dado
Las nuevas deste cuidado
Me ha dicho que armarme puedo;
Pero fué por darme miedo;
Que anda siempre el miedo armado.
Pero aunque vaya cual voy,
¿De qué peligro me escapa,
Si al fin los ojos me tapa?
Que ptes sin ojos estoy,
Bien puede echarme la capa.
¿Quién oyó jamás tal cosa?
¿Que una mujer tan hermosa,
Que tanto á un hombre desea,
No permita que la vea?
¿Qué fama tan vergonzosa!
Y ¿qué sé yo si pensando
Que abrazo algun ángel bello,
A un demonio enlazo el cuello,
Que á oscuras anda volando
Porque es indigno de vello?
¿O que fuese alguna vieja,
Ya sin pestaña ni ceja,
Con unos dientes postizos,
Que me hiciese con hechizos
Andar como simple oveja?
¿O fuese alguna cuitada
Herida del mal francés,
Que me hiciese andar después,
Por un hora de posada,
Muerto dos años ó tres?
Mas gente viene á la puente.

ESCENA II.

URBAN, de máscara y con un capirote
de bayeta en la mano.—CAMILO.

URBAN.

Solo está un hombre. ¿Qué gente?

CAMILO.

¿Es acaso aquel amigo?

URBAN.

Quien te sirve está contigo.

CAMILO.

¡Que esto un hombre cuerdo intente!

URBAN.
¿Hay alguien que vernos pueda?

CAMILO.
Las estrellas y la luna.

URBAN.
Mas que no vele ninguna.
¡Oh cuál aquel ángel queda!
Dichosa fué tu fortuna.

CAMILO.
No niego que es muy dichosa;
Mas sea fea ó hermosa,
Para aborrecer y amar,
Si á oscuras la he de gozar,
¿No es todo una misma cosa?

URBAN.
Una misma? ¿De qué suerte?
Un cuerpo grueso y perfecto
No hay mas gusto que despierte,
Que tocar un esqueleto
Como pintan á la muerte?
Lo hermoso es como el olor,
Que aquel natural valor
Se conoce, mira y huele.
Por la suavidad que expelle.

CAMILO.
¿Soy herbolario ó doctor?
¿Qué me importan á mí olores?
Los ojos hacen gozar;
Que aquel ver, causa el hallar
Suavidad en los amores,
Y el conocer y el tratar.
¿Qué por lo contrario, el ciego,
Como yo á esa dama llevo,
Es en el deleite igual
A cualquier bruto animal.

URBAN.
Ese argumento te niego;
Que ese en la imaginación
Fabrica un rostro no mas;
Mas si tú despierto estás,
Mirando con atención,
Mucho del vivo verás.
Hay ojos que en tales puntos
Hacen fuego, y cuatro juntos
¿Qué cielo y tierra no ven?

CAMILO.
Algunos habrá que estén
En ese tiempo difuntos.
Ella ¿es moza?

URBAN.
¿No has de vella?

CAMILO.
¿Casada ó doncella en duda?
¿Es viuda? ¿Es tal, que se muda
En casada y en doncella,
Y otras veces en viuda?

URBAN.
Ni es viuda, ni casada,
Ni doncella, ni violada
De alguno que la desdenea.

CAMILO.
Desa suerte será dueña
Entre algodones guardada.
¡Válate Dios por señora,
Si te acabo de entender!
(Ap. Engaño debe de haber.
¿Cosa que fuese esta ahora
Alguna hombruna mujer?
Pero ¿tan lindo era yo?...
¡Oh qué tentación me dió
De quitarle el rostro á este,
Aunque la dama me cueste
Que tan poco me costó!
Mas gran deseo me inflama,
Y este brio que hay en mí.)
Amigo, vamos de aquí
A ver esa oscura dama
De aquellas que nunca vi.

URBAN.
Ponéos el capirote.
CAMILO.
¿Quién habrá que no me note
Que loco?

URBAN.
Jamás lo fuistes.
CAMILO.
¿Aun de bayeta lo hickstes!
¿No fuera de chamelote?
(Pone Urban el capirote á Camilo.)
¿Hay mucho que andar?

URBAN.
Gran rato.
CAMILO.
Ahora llevadme al río,
Y remojareisme el brio.

URBAN.
Todo es verdad cuanto os trato.
No os enojeis, señor mío.

ESCENA III.

OTON.—DICHOS.

OTON. (Para sí.)
Noche de estrellas vestida,
Que mis pasos y mi vida
Guias á la sepultura,
Vuélvete negra y obscura
Porque algun favor te pida.
Porque aunque al campo he salido,
Donde debiera el sosiego
Templar este ardor tan ciego,
Algo mas anda encendido
Con el desden de mi fuego.

URBAN. (Ap. á Camilo.)
Un hombre hemos encontrado;
Asídem de la pretina.

OTON.
¿Hola! ¿Quién va? ¿Quién camina?
CAMILO. (Ap.)
Yo vengo muy bien armado,
Sin ojos, como gallina.

OTON.
¿No respondeis?
CAMILO. (Ap.)
Yo voy bueno.

OTON.
¿Oh si descargase el trueno!

URBAN.
Máscara soy.
OTON.
¿Gentil loco!
URBAN.
Habemos bebido un poco,
Y andámonos al sereno.
Echad, Señor, por aquí. (A Camilo.)

CAMILO.
¿Oh san Blas! sed en mi ayuda.
(Vanse Urbano y Camilo.)

ESCENA IV.

OTON.
Bravamente el vino muda!
Y amor es lo mismo en mí
Por esta ingrata viuda.
¿Posible es que pueda aquesta
Ser tan casta y tan honesta,
Y tan Artemisa en fe,
Y que á tanto hidalgo dé
Un mismo no por respuesta?
No es posible: aquí hay maldad,
Yo sospecho que es fingida
La santidad de su vida;

Que suele la santidad
Ser flaca y descolorida.
Viuda tan regalada
Y que come descansada
Tres ó cuatro mil de renta,
¡Tan moza vive contenta,
A la media noche heladal
Que se encierre en lo postrero,
Que tenga buena opinión,
Ni que trate de oración,
¿Qué importa, si el desponsero
Compra el pavo y el capon?
Ahora, yo no he de dormir
Cien noches, y he de acudir
Todas á su calle y puerta,
Y si alguno la despierta,
¡Vive Dios, que ha de morir!
Ya el sufrir la escarcha helada,
Aunque aquí poco se usa,
O el sueño, no se me excusa.
Piedra soy de su portada,
Como si fuera Medusa. (Vase.)

Sala en casa de Leonarda.

ESCENA V.

LEONARDA, JULIA.

LEONARDA.
Las telas y terciopelos
No sé si están bien colgados.

JULIA.
Están, Señora, extremados.
Vuelve, por tu vida, y vélos.

LEONARDA.
En esa sala ¿está bien
Aquesa tapicería?

JULIA.
Tenerla el Virey podría,
Y aun el mismo Rey tambien.

LEONARDA.
¿Qué á propósito es la historia!
Que es de Jacob el amor.

JULIA.
Diversa dirás mejor
Del fin de tu presta gloria;
Que esperó catorce años
Lo que tú en un hora tienes.

LEONARDA.
¡Plega á Dios que tantos bienes
No paren en tantos daños!
Urban tarda. ¿Qué haremos?

JULIA.
Un poco puedes jugar.

LEONARDA.
No le debió de agradar.
¡Ay triste!

JULIA.
No hagas extremos;
Que no es eso de creer
De un mozo tan belicoso.

LEONARDA.
¡Ay! mira que en ser hermoso
Algo tendrá de mujer.
Cuanto mas que ¿qué Roldan
Sufriera cubrirse así,
Y á oscuras venir aquí?
Un mozo hidalgo y galán,
Un mancebo varonil,
No como otros mujerieles,
Con quien fuera el mismo Aquiles
Ahora cobarde y vil!...

JULIA.
Leandro, ¿no pasó el mar
Dos mil veces animoso?

LEONARDA.

¿No ves que eso es fabuloso...
Y después de ver y hablar?
Y en la torre contra el viento
Luz le solían encender;
Y aquí no la ha de tener
Dentro del mismo aposento.
Si dijeras el romano
Que en un hueco se arrojó,
O el que el puente acometió,
O el que se quemó la mano,
Aun aquesta verdad fué.

JULIA.

Dame albricias.

LEONARDA.

No lo creo.

JULIA.

Ea.

LEONARDA.

Toma aquel manto,
Julia, que ayer me quitó.

JULIA.

¿Es aquel de oro y morado?

LEONARDA.

Dame la máscara presto,
Y toma la tuya.

ESCENA VI.

CAMILO, con el capiroto puesto; URBAN. — LEONARDA y JULIA, con máscaras.

URBAN.

Al puesto.

Camilo, habemos llegado.

CAMILO.

Pues escalera subí,
Y estaré en el aposento.

LEONARDA.

Dale una silla al momento.

URBAN.

Adéntate.

CAMILO.

¿Adónde?

URBAN.

Aquí.

CAMILO.

¿Qué es aquella que habló?

URBAN.

Ei señora.

LEONARDA.

Y vuestra esclava

Es la que de hablar acaba.

CAMILO.

¿Ah pesa quien me paró?

El capirote me quitó.

(Quítaselo.)

Por Dios, á oscuras estoy.

LEONARDA.

Pues licencia os doy,

Y se os perdona el delito.

Dadme silla junto á él.

CAMILO.

¿Ay mas lindo encantamento?

LEONARDA.

Ay señor! con vos me asiento.

CAMILO.

Por Dios, que es hecho cruel.

Ya me enciende el corazon

Amor sin luz, pues no veo;

Que ha tocado en el deseo

Como piedra el eslabon.

Como el hombre que está á oscuras,

Y para encender luz, toca,

Fué en mi alma vuestra boca,
Que ha dado centellas puras.
Y esca ha sido el corazon.
Que era materia dispuesta,
Y el golpe fué la respuesta,
Y la lengua el eslabon.
Tengo una luz encendida
En el alma, que os ve y trata,
Si el aire no me la mata
De veros escurecida.
No os vea yo como ciego
Dentro en la imaginacion,
Porque parece invencion;
Haber tinieblas y fuego.
Si no es mi fianza buena,
No se comience la historia;
Y pues es limbo sin gloria,
No sea limbo con pena.
Sed vos, para que yo os vea,
Como pintor extremado,
Que aunque la noche ha pintado,
Deja luz con que se vea.
Yo soy un hidalgo noble,
Que si cara á cara os trato,
Fio de mi honrado trato
Que os parezca bien al doble.
Esto he de alcanzar de vos.
Ea, dadme aquea mano.

LEONARDA.

¿Mi mano? Tomad.

CAMILO.

Ya es llano

Que lo concedéis, por Dios.

JULIA. (Ap. á Urban.)

A fe que no es necio el hombre.

URBAN.

Bien habla.

JULIA.

Por lindo estilo.

LEONARDA.

Pues, por vida de Camilo...

CAMILO.

Ese es, Señora, mi nombre.

LEONARDA.

Que no pienso que he hecho poco

En dáros luego mi mano.

CAMILO.

Digo que es bien soberano,

Digo que me vuelvo loco.

LEONARDA.

Decid, ¿y parecéis bien?

No me la apreteis. ¡Jesús!

CAMILO.

Esta mano es de Esaú,

Y la voz no sé de quién.

LEONARDA.

Traigan luz por eso solo.

(Vase Julia.)

URBAN.

Ya se descubre el farol.

CAMILO.

Luz pido donde está el sol;

Pero está eclipsado Apolo.

(Vuelve Julia con luz.)

JULIA.

La hacha está aquí.

CAMILO.

¿Qué es esto?

¿Todos con máscara están?

LEONARDA.

Tened las manos, galán;

Que aquí no ha de haber mas que esto.

En llegando á querer verme,

Os harán dos mil pedazos.

AMILO.

En tal sagrado de brazos
No podrán acometeme.
No por su miedo, por Dios
(Que pues vine, no le tuve),
Mano y deseos detuve,
Mas por mandármelo vos.
¿Qué bello cuerpo teneis!
Qué traje y rico vestido!
Con razon no he merecido
Que en mi hajeza fieis.
¡Bravas telas y brocados!
Bravos cuadros y pinturas!
Pero todo queda á oscuras
Con tales ojos cerrados.
¿Que no hay aquí quien me abone?
Quien me ama, ¿no me fia?

LEONARDA.

El alma se le confía:
Vuesamerced me perdona;
Que cuando de su lealtad
Mas experiencia se tenga,
Harémos que á casa venga
Con mas luz y claridad.
Sientese, y no se alborote.

CAMILO. (A Urban.)

Si la caza no he de ver,
Tornadme, amigo, á poner
Pigüelas y capirote.
Mas valdrá para estar quedo
No tener ojos ni oídos,
Porque se van los sentidos
Tras aquello que ver puedo.
En descubriendo el halcon
Para que la caza vea,
Ya está cierta la pelea,
Y es suyo aquel corazon.
Pero aquí, después de vella
Con alguna claridad,
Le quitan la libertad
De poder volver tras ella.
Y aun hay otra condicion
En esta caza encubierta,
Que va la perdiz cubierta,
Y descubierto el halcon.
¡Aquí de Dios, mi señora!
¿Vos habeis de permitir
Que quien os merece oír,
No os merezca ver ahora?

LEONARDA.

Ahora bien, tráiganle aquí

Un poco de colacion

Con que amanse el corazon.

(Vase Julia.)

ESCENA VII.

LEONARDA, CAMILO, URBAN.

CAMILO.

¿Qué colacion, pesa á mí?

¿Cómo tengo de comella,

Si eso mismo se me abrasa?

¡Ah! doyme á Dios con la casa;

¿Que aun no hay una cara en ella?

¿Qué fianzas me habeis dado

Para comer, satisfecho

Que no es veneno?

LEONARDA.

Este pecho

Que me habeis enamorado.

CAMILO.

Ligero argumento haceis.

Id á una tienda embozada,

Y veréis si os fian nada

Por mas que el pecho mostreis.

Yo soy aquí mercader,

Vos quien rebozada llega:

Luego bien la vida os niega

El que no os merece ver.

LEONARDA.
Camilo, no os afijais
De verme esconder así;
Que hay partes, Señor, en mí
Que vos ahora ignorais.
Yo os vi, y el alma os rendí
De suerte, en cierto lugar,
Que no me excusé de dar
Fin á mi cuidado así.
Esté remedio busqué
Para que entreis donde estáis,
Y para que no digais
Con quién ni en qué parte fué.
Si pensais que aquesto ha sido
No tener crédito en vos,
Bien quedará entre los dos
Averiguado y reñido.
Joyas os daré en valor
De dos mil ducados.

CAMILO.
¿Buenas?

LEONARDA.
¡Hola! Dame esas cadenas
Y ese brinco, dios de amor.
Dame...

CAMILO.
Paso, no pidais
Eso; que me dáis enojos.
Mas quisiera vuestros ojos
Que cuantas joyas me dáis.
Dieradesme esos zafiros,
Y los rubies y perlas
Desa boca; que por verías
Pudiera con mas servirlos.
También hay oro en mi casa.
Gracias á Dios, no soy pobre.

LEONARDA.
Deseo que mas os sobre
Que de oriente á España pasa.
Pero por señal de amor,
Esta sortija tomad,
Que en vos tendrá calidad.

CAMILO.
Y esta en vos tendrá valor.
Servios de que en mi nombre
La traiga esa blanca mano.

ESCENA VIII

JULIA, con la colación.— Dichos.

JULIA.
La colación viene.

CAMILO.
En vano
Viene: á fe de gentil hombre,
Que no tengo de comer.

LEONARDA.
A lo menos el probar
No lo podeis excusar;
Que soy honrada mujer.

CAMILO.
¿Es lo del veneno?

LEONARDA.
Sí.
Por mi vida, que probeis.

CAMILO.
Si ese juramento haceis,
Haya mil infortes aquí.
Quiero tomar el veneno,
Que Alejandro del doctor;
Que donde la fe es mayor,
No le hace el daño ajeno.

URBAN.
¡Oh lo que sabe de historia!

JULIA.
En verdad que es muy leido.

URBAN.
No lo tomeis tan polido;
Que en verdad que es zanahoria.
Entro, y la bebida saco. (Vase.)

CAMILO.
Donaire tiene por cierto.
Pero hagamos un concierto.

LEONARDA. (Ap.)
Es discreto y es bellaco.

CAMILO.
Si esto pasa entre los tres,
Que sois vos y estos criados,
Para hablar ó ser llamados,
Sin nombres, trabajo es.
Quiérooslos poner fingidos;
Que yo así me entenderé.
(Vuelve Urban con la bebida.)

URBAN.
Bebed.

CAMILO.
Luego beberé.

URBAN.
Bebed.

JULIA.
Están divertidos.

URBAN.
(Ap. Estos mozos confitados,
Todo alimbar y jalea,
Que no hay ninfa que tal sea,
De boca y dedos miriados,
Me hacen perder el seso.)
Bebed.

CAMILO.
Mostrad: beberé.

URBAN.
¿Qué poco y qué á tienta fué!
Diga, y haréle mal eso?

CAMILO.
(Ap. Tras tanta plata, ¿qué espero?)
No me muestren mas, Señora.

URBAN. (Ap. á Julia.)
Haga melindres ahora,
Haráse después un cuero.
Pues esta va por mi ama,
Y esta, Camilo, por vos;
Esta, Julia, por los dos;
Que bien bebe quien bien ama.

JULIA.
Escucha, ó véte de ahí;
Que nombres nos quiere dar
Para podernos llamar.

URBAN.
Escucho. Esta va por mí.

LEONARDA.
¿Cómo me pensais llamar?

CAMILO.
A vos os llamo Diana,
Y está la razon muy llana.

LEONARDA.
Esa podeis declarar.

CAMILO.
¿No es luna y alumbra?

LEONARDA.
Sí.

CAMILO.
¿No se oscurece y desdora?

URBAN.
¡Oh qué bien!

JULIA.
Escucha ahora.

URBAN.
Escucho. Esta va por mí.
CAMILO. (A Julia.)
Vos tendréis íris por nombre,
Que es de Diana mensajera,
Y vos Mercurio.

LEONARDA.
¿Pudiera
Darse á todos mejor nombre?

URBAN.
En fin, ¿que Mercurio á mí?
Baco ¿no fuera mejor?

JULIA.
Escucha un poco, hablador.

URBAN.
Escucho. Esta va por mí.

LEONARDA.
Ya es tarde, y es bien que os vais;
Que hablando no se ha sentido
Tiempo y noche que han corrido.

CAMILO.
¿Que al fin oubierta os quedais?

LEONARDA.
Noches quedan, mi Camilo:
Esto por ahora basta.—
Llévale donde le hallaste, (A Urban.)
¡Hola! por el mismo estilo.

URBAN.
Encajáos el capirote.

CAMILO.
¿No os he de abrazar primero?

LEONARDA.
Sí por cierto.

CAMILO.
¡Ah bien ligero!
Paso. (Urban le pone el capirote.)

URBAN.
Alto sois de cogote.

LEONARDA.
Pues, necio, ¡así le lastimas!

URBAN.
Nunca vos haréis buen son.
¡Bendiga Dios el bordon,
Que dura por treinta primas!
Asid la pretina bien.

CAMILO.
Adios, señora Diana.

LEONARDA.
¡Ay! ¿cuánto tarda mañana!
Descúbrome.

JULIA.
Yo también.

URBAN.
Entra á recogerte luego.

(Vase.)
CAMILO.
¡Buena voy! ¡Ah ciego amor!

URBAN.
¿Y voy acaso mejor?
¿Quién manda rezar al ciego?
(Vase.)

—
Cala.

ESCENA IX.

VALERIO, embosado.

[cistas,
Sospechas, que al mas cuerdo enloque-
Y en el mas escogido entendimiento
Representastes mas quimeras varias
Que la imaginacion profunda suele

Del pintor que diseña alguna máquina,
O el poeta que traza algún discurso,
¿Dónde lleváis mi loca fantasía
A desvelarse cuando todos duermen?
Ya el estrellado carro con su guía
Parece que se humilla á su descanso,
Y declinando van las seis hermanas,
Con la que entre ellas vergonzosa vive;
Y yo, solicitada de vosotras,
No como estrella estoy en luz ardiendo,
Mas como fuego del eterno abismo,
Por donde dicen que encendido sale,
Cuyas bocas jamás de darle cesan.
Hágame puesto, y no será por dicha,
En la imaginación que esta Leonarda,
Entre aquellas imágenes y libros,
Alguna tiene aparte á quien adora.
Noche, si está allá dentro algún dichoso,
Házie salir, con dar lugar al alba.
Mas ¿cómo podré yo saberlo solo,
Siendo esta casa como un tiempo tébas.
Que se ilustraba de cien puertas grandes?
Gente viene: tomemos esta esquina
De la portada, á ver dónde camina.

(Retírase.)

ESCENA X.

OTON, embozado; VALERIO, á un lado de la portada de la casa de Leonarda.

OTON.

Cierta cuestión de amigos y parientes
Me ha detenido: perdonadme, calle,
Y vos también, ventana venturosa,
Si he tardado en venir á saludaros.
¡Ah mi ventana! ¿Quién de vos supiera
Si ha salido por vos algún suspiro!
Que entrado, yo aseguro que son tantos,
Que no son mas de abril las varias flores,
Ni las perlas que el alba entonces vierte.
¿Cuántos íris colgados de esas rejillas,
Que no merecen, de un cabello solo,
Piden al cielo que convierta en mármol
Aquella que de mármol tiene el pecho!
También vos, puerta... — Mas ¿qué es
[esto? ¡Ay triste!
¿Qué sombra es esta ó qué nueva columna?
No en balde el corazón me lo decía,
Y esta noche el venir solicitaba.
¿Será por dicha aqueste el venturoso
Que de la viuda posesión merece?
¿Qué le diré? ¿Qué haré? Viven los cielos,
Que se ha de conformar la arquitectura,
Y que han de estar los mármoles iguales!

(Colócase al otro lado de la puerta.)

ESCENA XI.

LISANDRO, embozado. — VALERIO y OTON, cada uno á un lado de la puerta.

LISANDRO.

Viuda, así os guarde Dios,
Que puesto á aquea ventana, c...
Lo que hay de aquí á la mañana
Quisiera pasar con vos.
El sí que á todos negais,
Decidme ¿en qué no consiste?
Santa y moza, alegre y triste,
Zagala, no me agradais.
Este ser vos tan discreta
Hace á mil necios pensar
Que os debe de regalar
Alguna prenda secreta.
Para que esto no se vea,
¿Qué importa que os encerreis,
Si las veces que queréis
Vais y venis á la aldea?
Este campo y soledad,
Estas huertas y jardines,
Sin abrir á los maitines,

Abren franca libertad.

Viuda, ya no hay quica crea
Que estais sin dueño secreto
Del alma, porque en efecto
Andais triste y no sois fea.
Mujer bella, rica y moza
(Que hasta libre y mujer),
Yo no tengo de creer
Que no se regala y goza;
Porque aunque mas me digais,
Huyendo segunda boda,
Que sois angelica toda,
Doyme á Dios, si vos no amais.

(Ve á los dos.)

¿Que tan desvanecido hablase al aire,
Que apenas reparase en que podía
Ser escuchado destas vivas sombras?
En fin, pared, no escapais sin oidos.
¡Oh casa del mayor peso del mundo!
Ya os arriman gigantes á la puerta,
Ya están vuestras columnas revestidas.
¡De noche guardas á las puertas! ¡Buenol
A fe que adonde tantas guardas ponen,
Que hay escondido algún tesoro rico.
Si asisten al sustento de la casa,
Sirvamos todos de estantes juntos.
Y pues el irme es caso sin remedio,
Hagan lugar; que yo me pongo en medio.
(Pónese entre Valerio y Oton.)

ESCENA XII.

ALGUACILES, UN ESCRIBANO. — DICHOS.

ALGUACIL.

Lindo salto se hizo en los del juego.

ESCRIBANO.

¡Y qué hermoso dinero se paraban!

ALGUACIL.

Aun esta casa tiene mas secretos;
Que se da de comer y entran mujeres.
Yo les haré una información que salten.
Gente hay en esta puerta. ¿Quién va?
Al Rey.

OTON.

Tenidos somos; no nos meta
La lanterna en los ojos.

ALGUACIL.

He de verlos,
Y desarrebozarlos treinta veces.

VALERIO.

Mire que somos caballeros.

ALGUACIL.

Créolo;
Mas yo he de verlos por mis propios ojos;
Que suelen engañarnos por momentos.
Ea; que es ya...

LISANDRO.

Suplicoos que sea aparte.

ALGUACIL.

No ha de ser sino aquí: por Dios, descú-
[branse.

(Desembózanse los tres.)

¡Señor Oton, Lisandro, y vos, Valerio!
¿Los nombres no pudierades decirme?

OTON.

Convínome callarle.

LISANDRO.

Y á mí y todo.
Mas yo me huelgo deste desengaño.

VALERIO.

Y yo he tenido por dichosa suerte
Saber así lo que saber temia.

ALGUACIL.

Desa manera, ¿puedo estar seguro
Que no he dado disgusto?

LISANDRO.

Antes quedamos
En mucha obligación.

ALGUACIL.

Yo soy quien debo.

Vuassas mercedes; ¿quiénren compañía?

OTON.

Quedar nos cumple aquí.

ALGUACIL.

Pues adios. — Vamos.

LISANDRO.

¡Que siempre en todo juntos nos halla-
[mos!

(Vanse los alguaciles y el escribano.)

ESCENA XIII.

OTON, VALERIO, LISANDRO.

VALERIO.

Oton es bravo arquitecto.

OTON.

Y á Valerio ¿qué le falta?

LISANDRO.

Para portada tan alta
Los tres hicimos efecto.
Pero tóveos mil ventajas.

VALERIO.

Estar en medio son mil.

OTON.

Si no viene el alguacil,
Todos nos hacen traxas.

LISANDRO.

Consuélome, que los tres
Fuimos necios por extremo.

OTON.

Dar aqueso nombre temo
A lo que locura es.
Pero cuando aqueso fuera,
El mas necio fuistes vos,
Que os metistes entre dos.

LISANDRO.

Y entre ciento me metiera,
Aunque fueran Rodamontes.

OTON.

¡Ea, leon!

VALERIO.

No es hurlando;
Que puede, como otro Orlando,
Romper árboles y montes.

LISANDRO.

La necedad en su punto
Fué aquello del estampero,
Cuando Oton, hecho librero,
Entró con Valerio junto.

OTON.

¿Con máscaras no llegamos
Hasta la puerta?

VALERIO.

Esperad;
Que de aquella necedad
Iguales partes llevamos;
Que el vino de bohonero
Con mil rosarios allí,
Y no le abrieron.

OTON.

¡Ah! ¿sí?
Pues darle el parabien quiero.

LISANDRO.

Pues si todo se ha sabido,
Por necios todos quedemos,
Y el propósito mudemos
En quien la ocasión ha sido;
Que habrá bien qué murmurar.

VALERIO.

Si va de murmuración,
Yo diré á qué vino Oton
Esta noche á este lugar.

Fué á saber si aquesta puerta
A algun dichoso se abría.

OTON.

A eso, por Dios, venía.

LISANDRO.

Téngolo por cosa cierta,
Porque yo vine á lo mismo.

VALERIO.

Y á mí, ¿qué pudo traerme
Sino el ver lo mismo y verme
En este celoso abismo?

OTON.

Ya que nos hemos hablado,
Confórmese el amistad
Contra la fiera crueldad
Deste ingrato pecho helado.
De su deshonor tratemos,
Y que pierda la opinion.

LISANDRO.

¡Oh qué bien ha dicho Oton!
¿Qué venganza tomaremos?
Pero sabéis qué he pensado,
Y nunca lo dije en duda?

VALERIO.

¿Qué?

LISANDRO.

Que tiene esta viuda
Galan en casa encerrado.
Que este no acudir á ver
Ninguna cosa de fuera,
Si en casa no le tuviera,
¿Cómo se pudiera hacer?
Mujer sola, libre y rica,
Y que á tantos se ha negado,
A fe que hay algun criado
Que al lado de noche aplica.
Y entre los que tiene, Urban,
Que es bellacon y discreto,
Tengo sospecha en efeto
Que hace oficio de galán;
Porque no se aparta della,
Y anda bien puesto y vestido,
Siempre se burla atrevido,
Y habla en secreto con ella.

OTON.

¡Vive Dios! que ahora he caído
En una malicia tan clara.
Yo le cortaré la cara,
O no será bien nacido.
¿Quién duda que esto es así?

VALERIO.

Yo soy de ese parecer;
Que cosas le he visto hacer
De que sospechoso fui.
Y desde aquí le prometo
Una grande cuchillada.

LISANDRO.

Dejad algo, si os agrada,
Para el dueño del secreto;
Que tambien le he yo de dar
Una en medio desas dos.

OTON.

Amanecido ha por Dios.
¿Qué dulce es el murmurar!
Vamos y hablémonos hoy.

VALERIO.

En matarle me reporto.

LISANDRO.

¿Qué narices que le corto!

OTON.

¿Qué cuchillada le doy!
(*Vanse.*)

Campo con huertas.

ESCENA XIV.

LUCENCIO, ROSANO.

LUCENCIO.

Hela leido y entendido todo,
Y contiene que Ercino me da un yerno
Para Leonarda, encareciendo el modo
De su nobleza, término y gobierno.

ROSANO.

No le aventajan en la sangre el godo,
Ni en gentileza de mancebo tierno
El mismo Adónis, Piramo y Narciso,
Ni el mas discreto en discrecion y aviso.
Como el Gallego escribe, tañe y danza
Como otro Julio, y porque mas le alabe,
De retratar como Guzman alcanza
Aquella parte que á milagro sabe;
Escrime como el célebre Carranza,
Su oficio es secretario del mas grave
Príncipe de la corte, donde vive
Con gallarda opinion.

LUCENCIO.

Así lo escribe.

¿Cuándo salistes de Madrid?

ROSANO.

Sospecho

Que habré tardado solos cuatro días.

LUCENCIO.

¿Hay nuevas?

ROSANO.

No sé cosa de provecho.

Pero mucho del caso te desvias;
Muéstrame en él mas descubierto el pe-
Si acaso de mí crédito le fias; [cho,
Y muéstrame esta viuda, porque el vella
Me importa para darles nuevas della.
Encargáronme mucho que la viese;
Que allá tiene gran fama de hermosura.

LUCENCIO.

Eso podría ser si ella quisiese;
Mas es mas que su fama su clausura.
Y aunque de oírlo por ahora os pese,
Sabed que es la mujer mas broca y dura
Que ha criado la sierra mas fragosa,
Supuesto que es discreta y que es her-
mosa.

Há un mes y mas que ya no la visito,
Sobre esto de tratarle casamientos;
Que de mí enojo y suyo en esto quito
Malas palabras y desabrimientos;
Y si el de aqueso hidalgo solicito,
Serán, sospecho, vanos pensamientos;
Porque quien no se casa aquí en Valen-
Menos hará para Madrid ausencia. [cia,
Con todo eso, diligencia harémos.

ROSANO.

Mucho me habeis, Señor, desconsolado;
Pero será razon que lo intentemos,
Porque diga, aunque mal, que he nego-
ciado.

LUCENCIO.

Digo que ordenaré de que hoy la hablé-
mos;
Que siempre á Ercino estuve yo obliga-
do.

ESCENA XV.

CAMILO, FLORO. — Dichos.

FLORO. (*A Camilo.*)

Prosigue, por tu vida, tan buen cuento.

LUCENCIO.

Gente es esta: no entienda nuestro in-
tento.

(*Vanse Lucencio y Rosano.*)

ESCENA XVI.

CAMILO, FLORO.

CAMILO.

Después de la primer noche,
Como te he contado, Floro,
En que, como halcon y ciego,
Ciego fui siguiendo á otro,
Otras seis ó siete fui
Por el mismo estilo y modo,
Hasta que al fin la gocé.
Sin mas luz que de los ojos.
No habia pájaro destos
Que de noche vuelan solos,
Cuyos ojos no invidiasen,
Por ver lo que á tiemto adoro.
Hela cobrado aficion,
Sin ver mas que lo que toco
De tacto, como los ciegos,
Que es peregrino negocio.
He hecho cosas por verla
(Que no pienses que soy corto),
Que hubieran enternecido
Un indio, un bárbaro, un monstruo,
Ya fingiéndome morir
Con suspiros y sollozos,
Ya jurando de no vella
Con juramentos y votos.
Pero ni por mis ternezas,
Ni por mis rabias y enojos,
Se ha dejado ver; y así,
Estoy encantado y loco.

FLORO.

¿Cómo no? ¡Gracioso cuento!
Lleva tú luz encendida.

CAMILO.

Podráme costar la vida,
Floro, aqueste atrevimiento;
Que si Psiques vió al amor,
A quien á oscuras gozaba,
Perdió la gloria en que estaba,
Y negoció su dolor.

FLORO.

Pues ¿qué has de hacer encantado,
Enamorado sin ver?

CAMILO.

Imitar á amor, y ser
Sin ojos enamorado.

FLORO.

¿No puedes llevar un yeso
Con que la puerta señales?

CAMILO.

Tiene el hombre industrias tales,
Que me hace perder el seso.
Fuera de la puerta estoy,
Y dice que estoy en casa.

FLORO.

Un coche de damas pasa.

CAMILO.

Y baja, á fe de quien soy,
Dél una hermosa viuda.

FLORO.

Y no es mala la criada.

ESCENA XVII.

LEONARDA y JULIA, con maletas. — Dichos.

LEONARDA.

Esta huerta es extremada.

JULIA.

En ningún tiempo se muda.

LEONARDA.

Julia, Camilo es aquel. (*Ap. á Julia.*)

JULIA.

¡Ay, Señora! ya le vi.

CAMILO.

¡Hay algo en que os sirva aquí?

LEONARDA. (Ap. á Julia.)

¡Hablaréle?

JULIA.

Habla con él;

Que todo el campo está solo.

LEONARDA.

Yo os agradezco el favor.

CAMILO.

Débese á vuestro valor,
Como aquesta luz á Apolo.
Y á ella misma os comparo,
Porque es lo que mas deseo
De cuanto veo, aunque veo
Pocas veces, mi bien, claro.
Pero en fin, la luz es cosa
De tanta estima, que al suelo
No la ha dado igual el cielo.
Después de haceros hermosa.

LEONARDA.

Mucho la luz estimais,
Para no ser ciego.

CAMILO.

Nace

De una falta que me hace,
Que no es bien que la sepaís.

LEONARDA.

Ello se entiende: ¿es de amor?

CAMILO.

Pues mas os espantaréis,
Si de mi dama sabeis
El divino resplandor.

LEONARDA.

¿Es por encarecimiento?

CAMILO.

No, sino porque es Diana
Tan divina y soberana,
Que no la veo y la siento.

LEONARDA.

¿Cómo, Diana? ¿La luna?

CAMILO.

La propia

LEONARDA.

Pues no andais bien;

Que esa mil vistas la ven;
Mas no la toca ninguna.

CAMILO.

Pues yo la toco sin vella.

LEONARDA.

Sin duda os tengo por loco.

CAMILO.

Si, pues á oscuras la toco,
Y me he enamorado della.

LEONARDA.

Y esa luna ¿veos á vos?

CAMILO.

Ella lo afirma, y es fe
Que cada día me ve;
Mas yo no la veo, por Dios.

LEONARDA.

Pues os ve, no lo dudeis,
Sino que está enamorada.

CAMILO.

Pienso que de mí se agrada.

LEONARDA.

Y en los efectos lo veis.
¡Hay mujer por quien ahora
La dejáisedes?

CAMILO.

Me agravió

De que ponga vuestro labio

L-1.

Tal duda en mi fe, Señora.
Si un ángel de hermosa fuese,
Y una romana en valor,
No es posible que el amor
A mí imposible perdiese.

LEONARDA.

Si la viésedes, yo os juro
Que os trocase el desencanto.

CAMILO.

Bien puedo estar dese daño
Por muchas causas seguro;
Que con las manos la siento,
Y la frente es extremada;
La nariz perficionada,
Que es de un rostro el fundamento.
Los ojos son relevados,
Que es señal que buenos son;
Todo esotro es perfeccion;
Cuello y pechos extremados.
Entendimiento y donaire,
Es locura hablar en ello;
Que no falta mas de vello
Para dar el seso al aire.
Pues; una ~~leis~~ que tiene,
Y un Mercurio embajador!
No tiene el mundo valor
Cuando de su cielo viene.

LEONARDA.

Vos sois extraño galán.
Nunca tal oí decir.

CAMILO.

Ni á nadie he visto sufrir
La oscuridad que me dan.
Y aunque en parte mi alegría
Con este rigor se aniebla,
Mas quiero yo mi tiniebla
Que alguno estima su día.

LEONARDA.

¿Y cómo os llaman?

CAMILO.

Camilo.

LEONARDA.

Es justo saber el nombre
De un mas que Amadis, de un hombre
Que ama por tal estilo.
Ahora bien, por muchos años
Vuestra Diana goceis.

CAMILO.

Si vivo, no lo dudeis,
A pesar de sus engaños.

LEONARDA.

Adios, oscuro galán.

CAMILO.

El un rico.esposo os dé.

FLORO. (Ap. á Julia.)

Diga: ¿hablarla no podré
Esta noche en el zaguan?

JULIA.

Vivo junto á la Zaidia.
No quiera dama tan léjos.

(Vanse Leonarda y Julia.)

ESCENA XVIII.

CAMILO, FLORO.

FLORO.

Hablado habeis como viejos.
¿Qué ocasion esta, qué día!
¿Por qué no la requebrabas?
Que es una viuda bella,
Que andan mil muertos por ella.

CAMILO.

En mi pensamiento estabas!
Por ella ni otras mas bellas,
Respeto de mi sugeto,

No se me da, te prometo,
Lo que por mí, Floro, á ellas.
Esta no vale dos clavos,
Ni cuantas puedes nombrar,
Porque es querer comparar
Los reyes con los esclavos.
Yo te digo que la mia
Es algun ángel sin duda.

FLORO.

¿Tan mala era la viuda?

CAMILO.

Así, así; pasar podía.

FLORO.

A mí bien me pareció.

CAMILO.

¡Ah, Floro! si aquesta vieras,
¡Qué bien que la encarecieras!

FLORO.

La viuda tomara yo.

ESCENA XIX.

URBAN, con la espada desnuda, retirándose de OTON, LISANDRO y VALERIO. — Dichos.

URBAN.

¡Tres hombres á uno solo!

OTON.

¡Muera el perro!

URBAN.

¿No me diréis qué ofensa os hice?

VALERIO.

¡Muera!

CAMILO.

Paso, señores, ténganse ya basta.
Si estar yo de por medio en cortesía
De caballero recibirse suele,
Camilo soy, y amigo soy de todos.

FLORO. (A Urban.)

Ponte detrás.

URBAN.

Vinieran uno á uno...

OTON.

El tuvo en vos, Camilo, buen padrino;
Que es un lacayo vil, desvergonzado.

CAMILO.

No haya mas, por mi vida; que por dicha
No os habrá conocido.

VALERIO.

Basta y sobra

Quererlo vos.

LISANDRO.

¿Mandaís en que os sirvamos?

CAMILO.

Quedo en obligacion notable.

OTON.

Vamos.

(Vanse Oton, Lisandro y Valerio.)

ESCENA XX.

CAMILO, URBAN, FLORO.

CAMILO.

[hecho

Decid, hombre del diablo, ¿qué habeis
A aquestos caballeros?

URBAN.

Buen Camilo, ¡juro

Después de echarme á vuestros piés, os
Que mi en obra, palabra ó pensamiento
Les ofendí jamás.

CAMILO.

Pues sin ofensa,
¡Caballeros mataban en cuadrilla
Un hombre solo! No es posible.

URBAN.

Es cierto.

Y puede ser que se hayan engañado,
Y tenidomé á mi por otro.

CAMILO.

Créolo.

FLORO.

En gentil escampado os la juraban.

CAMILO.

Vamos con él hasta su casa, Floro.

URBAN.

Hasta la puerta de la ciudad basta.

FLORO.

A mi señor estáis bien obligado.

URBAN. (Ap.)

Si se lo debo, bien se lo he pagado.

ACTO TERCERO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

CAMILO; CELIA, con manto.

CAMILO.

Calla y déjame.

CELIA.

¿Que calle?

CAMILO.

Después iré.

CELIA.

No hay después.

CAMILO.

¡Tan loca estás, que novés,
Celia, que estás en la calle!

CELIA.

En la calle y donde quiera
Tengo por cuerda razon
Que se entienda tu traicion.

CAMILO.

Templa el enojo y espera.
Hablemos de suerte aquí,
Que quien pasa no lo entienda,
Y suéltame ya.

CELIA.

¿Qué prenda

Me tienes dada de ti?

Malas noches, malos días,
Palabras, celos y rabias;
Y aun de que ya no me agravia
Nacen estas ansias mías;
Que, tan malo, te quisiera.
Mira cuál estoy, traidor.

CAMILO.

Ir allá será mejor.

Vé, Celia, á casa y espera;
Que hay mucho que averiguar,
Y en la calle no estás bien.
Fuera de que á mi me ven,
Y tengo que negociar.

CELIA.

¡Tú á mi casa! Pues no has ido
En dos meses, ¡y tan loca
Me ves, que crea tal boca
A corazón tan fingido?
No, amigo; que si se escapa,
Será anárme tras el viento.

CAMILO.

Tenme, por tu fe, con tiento;
Que me has rasgado la capa.

CELIA.

Ese corazón quisiera,
Donde tal dureza cabe.

CAMILO.

Ya fué para ti suave,
Y á tu voluntad, de cera.
Pero hay hombres que descan
No tener comun el bien.
Pero advierte que nos ven.

CELIA.

Mucho teme que le vean.
Calle, no se le dé nada,
Y amartelárase ahora,
Si no lo está, la señora
Que nuevamente le agrada.
Y cuando riñan un poco
Por celillos, bien sabrá
Dar satisfacciones ya.

CAMILO.

Tú quieres volverme loco.

CELIA.

¿Quién duda que le diría:
«Pérgueme esa mujer;
Pero no la puedo ver,
Por tu vida y por la mía;
Y no hay de qué recelarte;
Que haré que delante esté
Viendo que te beso el pie?»

CAMILO.

¿Quieres dejarme y cansarte?
Esto ¿no era ya acabado?

ESCENA II.

LEONARDA y JULIA, con mantos. —

DICHOS.

JULIA.

Muy tarde y sola has salido.

LEONARDA.

Por tarde que es, no ha venido
Urban.

JULIA.

Mucho se ha tardado.
Pero ¿por qué no quisiste
El escudero de Clara?

LEONARDA.

Por no velle aquella cara
Tan melancólica y triste. —
¡Ay Julia! mas lo es mi suerte.

JULIA.

¡Jesus! Señora, ¿qué has?

LEONARDA.

¡Ay Julia!

JULIA.

¿Qué muerta estás!

LEONARDA.

¿Y es mucho viendo mi muerte?

JULIA.

Mira que no es tan de noche.
Calla, ó cúbrete la cara.
Todo aquesto se excusara,
Si hubieras venido en coche. —
¡Ay, amarga, que ya veo
De adonde el aire te vino!

LEONARDA.

Galardon es este dño
De mi loco y mal deseo.
¡Oh, quién no te conociera,
Como tú á mí, pues así,
Como no me ves á mí,
Te gozara y no te viera!
¡Fiad de los juramentos,

De las palabras y votos!
Pero son papeles rotos
Que se entregan á los vientos.
¡Quien le oyó que no quería
Otra en el mundo!

JULIA.

Y bien jura;

Que dice de noche escura,
Y esta guerrála de día.
Mira, Señora, no creas
Que sin dejarte mirar
Has de poder conservar
Un hora el bien que deseas.
Por la vista entra el amor;
Que por las manos no puede.

LEONARDA.

¿Y el oír?

JULIA.

Eso se quede

Para un amante hablador.
Sigue un hombre, oyendo hablar,
Un rebozo, aunque no vea;
Y en viendo que es mujer fea,
Al diablo la quiere dar.

CAMILO. (A Celia.)

Di, veamos, ¿qué te debo?
Que yo te satisfaré.

CELIA.

Lo primero una gran fe,
Que es en nosotros muy nuevo.
Luego con mucha lealtad
No conocer otro gusto,
Y en la mía muy al justo
Vestirme tu voluntad.
Pasar mil noches al hielo;
Esperándote á una reja,
Sufrir voces de una vieja,
Y aun ¡ay del brazo y del pelo
No te haber jamás faltado
Cosa que hayas querido.

CAMILO.

Todo eso te he servido
Con haberte regalado.
Algun dinero me cuestas,
Y galas... las que tú sabes.

CELIA.

¡Palabras, por cierto, graves,
Y en tu hidalga boca honestas:
El cofre abriré; no quiero
Cosa tuya. Venga Floro,
Llévelo; y aun darte en oro
Eso que me has dado espero
¡Hermosas galas en fin!
Una triste basquiñuela,
Con dos fajuelas de tela,
Un amargo faldellín...

— ¡Qué sartas de perlas grandes,
Qué cadenas me ponías!
Qué ricas tapicarias
De las mejores de Flandes!
Qué casa que me has labrado,
Con jardín, reja y balcón!
Y tiénenlas mil, que son
Esterillas de mi estrado.
¿Con quién, ya que se me aleja
Aqueste tiempo empleara,
Que á lo menos no quedara,
Ya que sin paga, sin queja?
Hallárame muy rota,
Muy pobre, muy despreciada,
Cuando te di en casa entrada.

LEONARDA. (Ap. á Julia.)

¿No ves cómo se alborotó?

¡Oh quién lo que hablan oyera!

JULIA.

¡No era mejor irte á casa,
Que no esperar de quien pasa
Que alguno te conociera?
Fuera desto, ya anochece.

LEONARDA.

Eso y el estar tapada
Hace que no importe nada.

JULIA.

Mas son celos, me parece.
En mi vida lo pensara,
Que por tales aventuras
Dama que se goza á oscuras,
Fuera con celos tan clara.

CELIA.

¿Hombre yo?

CAMILO.

Si, Celia, tú;

Y pues que me he declarado,
Déjame.

CELIA.

Ya estás dejado.

¿Jesú, qué maldad! Jesú!

CAMILO.

Santiguete con cien manos.

CELIA.

¿Con testimonios me dejas?
Quédate á Dios; no mas quejas.

CAMILO.

Testimonios son bien llanos.
(Vase Celia.)

ESCENA III.

LEONARDA, CAMILO, JULIA.

CAMILO. (Ap.)

¿Es posible que se ha ido?

LEONARDA.

Ce, le digo.

CAMILO.

¿A mi embozadas?

LEONARDA.

No somos tan declaradas
Como esa necia lo ha sido.
¿Es acaso la Diana
Que dijistes en la huerta?

CAMILO.

(Ap. Esta viudilla anda muerta
Por ser conmigo liviana.)
Suplicoos que os destapeis,
Porque no lo parezcais.

LEONARDA.

Enélgome que lo que amais
Tan presto lo aborreceis.

CAMILO.

Son esas divinidades
Acá ciertas fantasías,
Son unas noches sin días,
Y unas mentiras verdades.
Son unos gustos inciertos
Y un buen manjar sin sazón,
Una fiesta en confusion
Y unos sueños que son ciertos.
Es andar de noche en huertas,
Es lo no visto fingir,
Y es contar y recibir
Números á luces muertas.
Si vos me quereis á mí,
Dormirá un poco Diana,
Porque es noche sin mañana,
Y se quiere mucho á sí.
Quiere que la amen por fe,
Cual si cielo hubiera sido,
Y es en efeto sonido
Que se oye y no se ve.

LEONARDA.

En duda que la habeis visto,
Y os habeis desengañado.

CAMILO.

Antes por no haber mirado,

A mi obligacion resisto.
Si la viera como á vos,
Y bella como vos fuera,
No dudo que la quisiera.

LEONARDA.

¿Y de veras?

CAMILO.

Si, por Dios,

Porque sois vos una perla;
Y me he de cansar al cabo
De ser de una dama esclavo,
Que no me consiente el veria.
Por qué yo mi mocedad
He de pasar, por su gusto,
Con este censo y disgusto
Guardando su honestidad?
Si teme ser descubierta
Como otras que el vulgo infama,
O estima tanto su fama,
Ponga un gigante á la puerta.

LEONARDA.

Vos lo habeis dicho muy bien;
Pero porque gente viene,
Que os vais, Señor, me conviene.

CAMILO.

Pues ¿tan presto tal desden?
Por tenerme por mudable,
Sin duda, me despedis.

LEONARDA.

Que os vais digo: ¿no me ois?

CAMILO.

Voyme, viudilla intratable. ✓ (Vase.)

ESCENA IV.

LEONARDA, JULIA.

LEONARDA.

¡Oh traidor! ¿Que no bastaba
La ofensa que aquí me hacia,
Que requiebrarme queria?

JULIA.

De desengañarte acaba.
No ha sido malo el sermón,
Si le sabes entender.

LEONARDA.

Mejor me le supo hacer
Que si viera la ocasion.
Muda quedo. ¿Que no supe
Hablar?

JULIA.

Fué sermón muy alto.

LEONARDA.

Un súbito sobresalto
No hay sentido que no ocupe.
Aquesta noche y no mas.
Aunque por lo comedido,
Verás como le despidio.

JULIA.

Y desto ¿qué le dirás?

LEONARDA.

¿Yo le habia de hablar desto?
¿Qué donosa necedad!

ESCENA V.

URBAN. — DICHAS.

URBAN.

No ha quedado en la ciudad
Otra calle ni otro puesto.
Dos veces á casa he ido,
Por si allá hubieras llegado.

LEONARDA.

Harto bien te has disculpado
Un día que á pié he salido.

Esta noche llamarás
Aquel galán de la puente.

URBAN.

Harélo liberalmente.

LEONARDA.

Tú, Julia, cuenta tendrás
De la puertecilla falsa.

URBAN.

Tu tío en casa te espera.

LEONARDA.

¡Bien! Porque pena tan fiero
No la comamos sin salsa.

URBAN.

Con él está un forastero
De Madrid.

LEONARDA.

¿A qué ha venido?

URBAN.

No sé.

LEONARDA.

¡Cielos! dad me olvido,
Si aquesta noche no muero.
(Vanse.)

—

Calle.

ESCENA VI.

LISANDRO y OTON, en traje de noche.

LISANDRO.

Ya que la noche nos da
Lugar á nuestra porfia,
¿Cómo, Oton, de pena os va?

OTON.

¿No basta ser pena mía?
Con eso entendido está.
¿Qué dolor al mío se iguala,
Pues á la cosa mas mala
Me ha traído mi furor?

LISANDRO.

¿Cómo?

OTON.

A mi competidor
Hace favor y regala.

LISANDRO.

Cansada está la paciencia
De sufrir celos y agravios
Cuando es paz la competencia;
Mas sabed que es de hombres sabios
Esa cuerda diligencia.

OTON.

No estoy deso arrepentido,
Pero muy necio y corrido
De que quite aqueste Urban
A tanto mozo galán
Galardon tan merecido.
Yo soy un hombre arriscado;
Y aunque hubiera cien Camilos
Para su defensa y lado,
Una vez fuera los filos,
El volviera colorado.
Este Camilo, ¿quién es,
Que así trata del arnés?
Bueno es tener respeto
A un hombre; mas yo os prometo
Que me arrepentí después.

LISANDRO.

No os pese; que aquesta puerta
No pienso que verse espere,
Noche oscura ó clara, abierta,
Que el que por ella saliere
No vuelva la cara abierta.—
Este es Valerio, en el taller.

OTON.

Y fuera bueno dejalle
A que en un punto se armara.

ESCENA VII

VALERIO. — DICHOS.

VALERIO.
Mas que el enemigo entrara
Por la boca de la calle.

OTON.
A propósito responde.
No me digas de Gradaso
Ni del Orlandino conde,
Que guardaran este paso
Como los dos.

LISANDRO.
Sentáos.

OTON.
¿Dónde?

LISANDRO.
En aqueso puro suelo,
Cada cual en su herruero,
Y a su lado la rodela.

VALERIO.
Esta noche poco vela
La blanca luna en el cielo.

OTON.
Andará como la viuda,
Con los cerros de humedad.
Es para llover sin duda.

LISANDRO.
No hubiera en esta ciudad
Una hechicera barbuda!

VALERIO.
¿Para qué?
LISANDRO.
Para que hiciera
Que por treinta se muriera.

OTON.
Mejor para que olvidara
Un traidor, a cuya cara
Hoy un beneficio espera.

VALERIO.
Una sátira le hagamos.

OTON.
Vive Dios, que es gran bajeza!
Sin duda la deshonramos.

LISANDRO.
Teniendo tanta nobleza,
Mas corridos nos quedamos.

OTON.
Las sátiras inventivas
Que dan en las llagas vivas
Son para la gente baja.
¿Qué bien aquesto me encaja:
«Nunca digas mal ni escribas!»

VALERIO.
Aquel decir mal, hermano,
No guarda ningún gobierno;
Porque dicen, y es muy llano,
Que es chimenea eh invierno
Y sala baja en verano.
Mejor será que cantemos,
O que de repente echemos
En loor de los amantes.

LISANDRO.
¿Prestaréisme consonantes?

OTON.
Mejor será que glosemos.

VALERIO.
¡Oh! vos sois un cancionero.

LISANDRO.
Venga el verso.

OTON.
Diga así:
«La viuda y su escudero.»

VALERIO.

¡Oh, qué tal es, pesia á mí!

LISANDRO.

Pues yo comienzo el primero. —
Mirando nuestros amores
Y su grave competencia,
He presumido, señores,
Que Angélica está en Valencia
Con todos sus pretendores.
Vos sois Orlando el guerrero,
Y vos Sacripante fiero,
Yo Ferragud, bravo moro;
Pero Angélica y Medoro
«La viuda y su escudero.»

VALERIO.

Escudero el mas honrado
Que salir de España pudo,
Que á tener has acertado
El mas reluciente escudo
De tus armas adornado;
Una medalla hacer quiero,
Aunque pobre caballero,
De plata y de mil tesoros,
Do estén como el cinco oros
«La viuda y su escudero.»

OTON.

En las celestes alturas,
Siendo Géminis su nombre,
Hay un signo en dos figuras,
Una mujer, otra hombre,
Pegados en carnes puras.
Yo no soy buen estrellero;
Pero, por Dios verdadero,
Que cada noche imagino
Que están como aqueste signo
«La viuda y su escudero.»

VALERIO.

¡Hola! la puerta han abierto,
Y Urban embozado sale.

OTON.

¿Quién?

VALERIO.

Urban.

OTON.

¿Es cierto?

VALERIO.

Cierto.

LISANDRO.

¡Oh pesia tal!

ESCENA VIII

ROSANO, que sale embozado de casa
de Leonarda. — DICHOS.

VALERIO. (Ap. á Lisandro.)

Llega y dale.

LISANDRO.

Basta aquesta.

(Da una cuchillada á Rosano.)

ROSANO,

¡Ay! que me han muerto.

OTON.

Echad por esa esquina.

LISANDRO.

Bien se ha hecho.

(Vanse los tres.)

ESCENA IX

ROSANO.

Abranme aquesa puerta. ¡Ay demi triste!
La casa es grande, y llamo sin provecho.
¡Aquí, viejo fingido, me trujiste?

Pretendientes lo han hecho. Hacer buen
[pecho;

Que á una traicion ningún valor resiste.
¡Qué gentil cuchillada queme han dado!

¡Oh! cómo á Madrid voy bien despacha-
(Vase.) [do]

Sala en casa de Leonarda.

ESCENA X.

LEONARDA, LUCENCIO, JULIA.

LEONARDA.

Vaya una hacha con mi tío.

JULIA.

Ya Rodolfo está con ella.

LUCENCIO.

¿Qué necesidad hay della?

LEONARDA.

¿Cómo que no, señor mío?
Y otro criado también
Con espada os acompañe.

LUCENCIO.

¿Quién ha de haber que me dañe?

LEONARDA.

Ya yo sé que os quieren bien.

LUCENCIO.

Del hombre estoy muy contento;
Que parte bien despachado.

LEONARDA.

Digo, tío, que me agrado
De hacer este casamiento;
Que habiendo á mí propios sido
Aspera, disculpa espero
En querer á un forastero.

LUCENCIO.

Ventura el hombre ha tenido.
Ricas albricias le esperan
En allegando á Madrid.

LEONARDA. (A Julia.)

Que se aperciban decid.

JULIA.

Ya esperan y desesperan.

LUCENCIO.

Adios.

LEONARDA.

El vaya contigo.

(Vase Lucencio.)

JULIA.

Desesperándome estaba;
Que en la puerta falsa andaba
No sé quién.

ESCENA XI.

URBAN. — LEONARDA, JULIA.

LEONARDA.

Urban amigo,
¿Cómo solo desa suerte
Con la máscara en la mano?

URBAN.

Hay mucho mal.

LEONARDA.

¿Cómo, hermano?
De lo que pasó me advierte.

URBAN.

A la puente del Real
Llegué á las diez, donde atento
Ya me esperaba Camilo,
El curso del agua huyendo.
Llegué á hablarle, y él alzó
De la baranda los pechos,
Y cubriéndole los ojos,
Yo fui el mozo y él el ciego.

Entramos por la ciudad,
Hablando y encareciendo
Yo tu hermosura y tu fama,
Y él su amor y sus deseos.

Preguntábale si había
En Valencia algun sugeto
Que le agradase de día
Mas que tu oscuro aposento;

Y él me contaba una historia
De una mujer que de celos
Le seguía y perseguía
En calles, plazas y templos;
Cuando un alguacil llegó,
Y al querer reconocernos,
La venda del dios de amor
Camilo se quita presto.
Llegó, y quien era le dijo,
Dejándole satisfecho;
Pero no quiso regalé
Que me dejase cubierto.
La máscara me quitaron;
Camilo y todos me vieron;
Bien que me dejaron libre,
Que mejor dijera preso.
Camilo, en viéndome el rostro,
Me dijo: «Amigo (riendo),
Dejemos estas quimeras,
Y vámonos descubiertos.»
Yo entonces, como en los montes
Acosado corre el ciervo,
A Camilo dejó atrás,
Y voy igualando al viento;
Y por calles desusadas,
De este triste suceso,
Conocido y afrentado,
A darte las nuevas vengo.

LEONARDA.

Pobre de mí! ¡Tras un mal
Otro mayor! ¿Qué he de hacer?

JULIA.

Tu valor ¿puede perder
Su condición natural?
Ahora el esfuerzo importa.

LEONARDA.

No le hay en tal desconsuelo;
Que cuando castiga el cielo,
Acero y diamantes corta.
Ahora bien: cualquier flaqueza
Es notable en quien yo soy;
Pero fabricando estoy
Una aguda sutileza.
Urban, por algunos días
A mi prima servirás,
Y por Valencia andarás
Muy lejos de cosas mías.
Así que, cuando te siga
Este hombre, entenderá
Que por ella viene y va.

JULIA.

A mucho el honor te obliga.

URBAN.

Pues di: ¿quieres deshonrar
Tu prima? ¿No es desvario?

LEONARDA.

Urban, por este honor mío,
Todo se ha de perdonar.
Caiga esa mancha en mi prima,
Y librese mi opinión.

URBAN.

¿Tú no ves que es sinrazón?

LEONARDA.

Así la fama se estima.
Si cuando te acuchillaban
Delante al otro ponías,
De quien favor recibías,
Y los otros en él daban;
Y si defender la mano
Al rostro es tan natural,
Por parte mas principal,
No es pensamiento inhumano.—
Recógelos, y mañana
A misa con ella irás
Al Milagro.

URBAN.

Tú le harás
Con esta industria grociana.

Pero di, ¿quién ha de ir
Mañana por tu galán?

LEONARDA.

Julia, disfrazada, Urban,
Que de hombre se ha de vestir.

JULIA.

¿Y si algun hombre me topa?

LEONARDA.

Defenderáte tu ciego.

JULIA.

Dél me temo.

LEONARDA.

¿Cómo?

JULIA.

Es fuego,

Y conocerá la estopa.

(*Vanse.*)

Calle.

ESCENA XII.

OTON, VALERIO; después, LISANDRO.

VALERIO.

Dicen que ya se levanta.

OTON.

Es un liron en dormir.

Lo que se tarda en vestir,
Valerio, es cosa que encanta.

VALERIO.

Acostóse pues temprano;
Que anoche poco rondó.

(*Sale Lisandro.*)

LISANDRO.

Esa á fe me desveló
Escudero y cirujano

OTON.

¿Aun os poneis los botones?

VALERIO.

¿El cirujano os desvela?

Buena burla; mas ¿creeréla?

OTON.

Dejémonos de razones.

¿Hubo quien nos conociese?

LISANDRO.

Era un desierto la calle.

VALERIO.

¿Qué bien que se puso al dalle!

OTON.

Mas ¿qué tan bien sucediese!

¿Fué en la cabeza ó la cara?

LISANDRO.

En todo pienso que hirió,
Porque revés que doy yo,
Hasta el pescuezo no para.

OTON.

¿Válame san Jorge!

VALERIO.

Amen.

OTON.

Esto cuentan de Roldán.

¡Hola! ¿Hacia acá viene Urban!

VALERIO.

¿Quién?

OTON.

Urban.

LISANDRO.

¿Quién dices? ¿Quién?

OTON.

¡Hola! Urban es, y muy sano.

VALERIO.

Míralo bien.

OTON.

¿Qué hay que ver?

Tú debías de tener
Anoche blanda la mano.

VALERIO.

Cuando yo doy un revés,
Hasta el pescuezo no para.

OTON.

Cogiendo cabeza y cara,
Queda abierto hasta los piés.

LISANDRO.

Estoy por dársele ahora.

OTON.

Detenéos.

ESCENA XIII.

URBAN. — Dichos.

VALERIO.

Urban, ¿dó bueno?

URBAN.

De prisa y cuidado lleno;
Que va á misa mi señora.

OTON.

¿Quién? ¿Leonarda?

URBAN.

Há ya mil días
Que en cas de su prima estoy,
Y con ella vengo y voy.

VALERIO. (*Ap. á Lisandro.*)

¡Muy bien así le darías!

LISANDRO.

Sin duda, pues, que hay herido
O forastero ó criado.

OTON.

Tenga, pues se ha disculpado,
Perdon.

LISANDRO.

Mas yo se le pido.

URBAN.

¿Mandais mas? Que voy de prisa.

OTON.

Dinos algo de tu ama.

URBAN.

Que es una Porcia en la fama.

LISANDRO.

Ven acá.

URBAN.

Tocan á misa. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

VALERIO, LISANDRO, OTON.

VALERIO.

Fuése; que es gran bellacon.

OTON.

Sin duda su prima está
Sola, si este no está allá.

LISANDRO.

¡Oh vana murmuración!
Si aqueste su galán fuera,
Sin él ni un hora pasara.

VALERIO.

Amando, es cosa muy clara.

LISANDRO.

Pues ¿no sabrémos quien era
El que llevó el beneficio
Anoche? Y no por el boto,
Sino por el filo.

VALERIO.

Has roto
Mas que un romano Fabricio
Ya no preguntes quien sea;
Que ya no debe de ser.

LISANDRO.

Pues téngolo de saber.

(*Desnuda la espada.*)

OTON.

Basta que el filo se vea.

LISANDRO.

Sangre tiene: ¿qué dudamos?

VALERIO.

Por mí, Lisandro, lo creo.

OTON.

¿Dónde iremos?

VALERIO.

A la Seo.

LISANDRO.

Mejor es que á San Juan vamos.

(*Vanse.*)

ESCENA XV.

CAMILO, FLORO.

FLORO.

¿Tantas cruces te haces?

CAMILO.

Pues ¿qué quieres,
Viendo tan espantoso desengaño
Deste mi encantamiento y aventura?

FLORO.

¿Viste anoche muy bien el hombre?

CAMILO.

Vilo

Como te veo, Floro amigo, ahora;
Y vile con tal fuerza de deseos
De conocerle bien, que desvelado
Toda la noche estuve, con su imagen
En la memoria como piedra impresa,
Hasta que me dormí cansado al alba.
Puedo en la mesa retratarle al vivo,
Como se cuenta del famoso Apéles.

FLORO.

¿Y que hoy le has visto acompañar su

CAMILO.

[ama?

Pues ese es, Floro, el desengaño mío;
Que como anoche conocí su cara,
Y hoy le vi con aquesta buena dueña,
Estoy desesperado.

FLORO.

Dime el cuento

De suerte que lo entienda.

CAMILO.

Estáme atento.

Yo salía del Milagro,
Discursos varios haciendo
Sobre el suceso de anoche,
Que fué notable suceso.
Iba bajando las gradas,
Cuando el escudero veo
Con sereno y corto paso,
Rostro humilde, afroso cuerpo.
De la su mano traía
(Que así lo dicen los viejos),
Una niña que ganaba
Con cuatro quince el juego.
No me dé mejores cartas
En su vida el compañero,
Que los puntos desta diosa,
— Diosa en años, diablo en gesto,
El cual era de un color
Tan pálido y macilento,
Que el bronce no le igualaba,
Aunque de bronce era hecho.
La frente vellosa y chica,
Blancos y pocos cabellos,
Cejas tiznadas de hollín,
Por la falta de los pelos;
Ojos á oscuras sùaves,

Porque eran de rocin muerto,
Nariz de jabon de sastre,
Y barbuda por lo menos;
La cabeza tuerta un poco,
Los hombros, Floro, sin cuello,
El andar como de un ganso,
Muy á espacio y patiabierito.
Quisiera empujarla entonces
Y dar con ella en el suelo;
Pero al fin, desengañado,
Vuelvo corrido en extremo.

FLORO.

¿Estos, Señor, han sido tus peligros?
¿Esto ponerte á una perpetua infamia?
¿Así tomaras luego mi consejo,
Y rompieras un poco el capirote,
O fuerza hicieras con la espada en mano!
Que no habian de matarte ni ofenderte.
Todo fué muy galán aficionarte
De una camilla de damasco y tela,
Y de unos terciopelos y brocados.
Mas ¿qué piensas hacer?

CAMILO.

La primer casa
Me ha de dar pluma y tinta, y con la có-
[lera

Le he de escribir quiénes, y su mal tér-
Y quedará de lengua castigada; [mino,
Que gran castigo suele ser la lengua,
Y mas cuando se vez conocida,
Y que pierde el mocito que engañaba.

FLORO.

¿No me contabas tú que la tocaste,
Y que era moza muy briosa y cuerda,
Que hablaba con extremo y respondía?

CAMILO.

Sin ojos, no me culpes ni me corras.—
Urban queda con ella ahora en misa;
Darásle este papel que he de escribirle,
Para que se le lleve como digo.

FLORO.

¿Linda dama has gozado!

CAMILO.

¿Burlas, Floro?

FLORO.

¿Oh qué niña tan linda!

CAMILO.

Como un oro.

(*Vanse.*)

Sala en casa de Leonarda.

ESCENA XVI.

LEONARDA, JULIA.

JULIA.

¿Que al fin te has determinado
A querer un forastero?

LEONARDA.

Celos, Julia, me han forzado
Deste traidor por quien muero,
Y este mi honor estimado.

JULIA.

¿Y que saldrás de Valencia?

LEONARDA.

Antes que con cierta ciencia
Sepan mi secreto estilo,
Es bien dejar á Camilo,
Y halo de hacer el ausencia;
Porque, segun está impreso
En el alma que le di,
Julia amiga, te confieso
Que verle y no hablarle aquí
Sería perder el seso.

JULIA.

Por extraño modo has hecho

Tu gusto, sin que tu honor
Quede manchado ó deshecho.

LEONARDA.

Una mujer con amor
Desahará todo el derecho.

JULIA.

Cierto, que si las señales
Del secretario son tales
Como escriben, aunque en breve,
Que nada á Camilo debe.

LEONARDA.

Mucho son en todo iguales;
Pero lo visto era bueno.

JULIA.

¡Oh, cómo el verte casar
En reino extraño y ajeno,
Por la ciudad ha de dar
Un bravo estampido y trueno!

LEONARDA.

No importa, pues della salgo.

ESCENA XVII.

URBAN. — DICHAS.

URBAN.

Para tus industrias valgo
Un mundo.

LEONARDA.

Urban, ¿con tal prisa?

URBAN.

Ya me vió llevar á misa
A tu prima aquel hidalgo.

LEONARDA.

¿Y qué? ¿Puso buen semblante?

URBAN.

Con un rostro entre dos luces
Se puso á vernos delante,
Haciéndose cien mil cruces,
Que es satisfacion bastante.
Y al salir me dió el criado
Aqueste papel cerrado
Para que á tu prima diese,
Como si culpa tuviese.

LEONARDA.

Bien le habemos engañado.—
Muestra, á ver lo que le escribe.

URBAN.

¿Quién duda que le dirá
Que de su gusto se prive?

LEONARDA.

Dirá que corrido está,
Y cuán engañado vive. [dieces
(*Lee.*) «Vieja de Satanás, que á siete

»Te enamoras, y gozas con hechizos
»De mozos por su mal antojadizo,
»Con quien te haces niña y enterneces;
»Hoy vi tu antigua cara con dobleces,
»Tiznadas cejas y canudos rizos,
»Con la tuerta nariz, dientes postizos,
»Y las hermosas manos de almireces.
»Desengañéme, y dije muy corrido:
»Adios, señora Circe; á Lanzarote
»Sirva de quintañona, y será moza.
»Busque otro necio, como yo lo hesido,
»A quien ponga de noche el capirote;
»Que presto la pondrán una corozta.»

URBAN.

Bravo fuego viene echando!
Mas no hay que espantarse dél.

LEONARDA.

Y yo me estoy lastimando;
Que no hay cosa en el papel
Que no me deje abrasando,
Porque hago dello honor.

URBAN.

Eres mujer, y en rigor

No pueden sufrir ser feos.
¿Corrido te has?

LEONARDA.
No lo creas.

JULIA.
Pues ¿hay afrenta mayor?

URBAN.
¿Cómo afrenta? Si ese piensa
Que es esa vieja tu prima
De quien recibió la ofensa.

LEONARDA.
Por ventura amor me anima
A que me ponga en defensa.
Y necio Camilo anda,
Pues hoy confiesa tan dura
La que ayer sintió tan blanda.

URBAN.
Lo que es mal, presto asegura,
Y así en hablar se desmanda.
¿Qué has de hacer?

LEONARDA.
A su posada
Vé esta noche; que me agrada
Con otro mayor engaño
Dalle un cierto desengaño.

URBAN.
Tú quedarás engañada.
(*Vanse.*)

Sala en casa de Camilo.

ESCENA XVIII.

CAMILO, FLORO.

CAMILO.
¿Eso me dices, Floro?

FLORO.
Bien sabía
Que había, señor mío, de ofenderte;
Y sabe Dios lo que á mi alma cuesta
Dar licencia á mi lengua y á mi boca,
Para palabras de vergüenza poca.
Desde aquesta mañana, que me diste
Aquel papel que al escudero diese,
Anduve comenzando mil razones,
Y nunca pude pronunciar ninguna.
Bien sé, Señor, que hacello fué mal tér-
[mino];
Mas quien es tan discreto, y ha leído
Tantas historias, verá bien por ellas
Que amor tiene disculpa en sus efectos
Con solo ser amor.

CAMILO.
Ya lo sé, Floro,
Y no es esa la culpa que en ti hallo.

FLORO.
Como yo vi que despreciaste á Celia,
Y ella, Señor, se vió desamparada;
Por su consuelo entraba á visitarla;
Y visitóme amor de suerte el pecho,
Que le dije mi intento, y di palabra
De casarme con ella, como fuese.
Señor, tu gusto, y con licencia tuya.
Ella desesperada que en su vida
La volverías á ver, y porque todas
Oyen muy bien aquesto de casarse,
También me dió palabra y juramento.
Ve sigustas de hacerme un bien tan gran-
En consideración de mis servicios, [de
Pues sabes que mis padres te criaron,
Y que he sido tu esclavo desde entonces.

CAMILO.
Floro, no pienses tú que á mi me pesa
Que te cases con Celia, y porque tengo,
Habiendo sido Celia cosa mía,

Celos ahora, juzgo que es mal término;
Sino porque el amor que te he tenido
Pensaba hacer de ti mejor empleo.
Ello es tu gusto: no te contradigo.
Si está de Dios, el hombre no lo estorbe.
Vé por Celia á su casa, y hablaréla.

FLORO.
Mas cerca está, Señor.
CAMILO.
¿Cómo?

FLORO.
Está en casa;
Que hoy vino á mi aposento.

CAMILO.
Vé por ella.
(*Vase Floro.*)
Extrañas cosas hace este amor ciego!
A mí por una vieja me trae loco,
Y aqueste Floro casa con mi amiga.
Pero esto estáme bien, pues me asegura
De que no me persiga.

ESCENA XIX.

FLORO, CELIA. — CAMILO.

FLORO.
Aquí está Celia
Y aqueste esclavo tuyo.

CELIA.
El cielo sabe,
Señor, si vengo á hablarte con vergüen-
Pero para una cosa que es tan justa [za;
Espero tu favor.

CAMILO.
Celia, yo pienso
Que el cielo te ha mirado pladoso.
Pues á tu vida ha dado tal remedio.
Como es Floro mi amigo, y no criado,
Padre tendréis en mí y amparo todos;
Y el día que os caseis te daré, Celia,
Sin vestidos ni alhajas, mil ducados.—
Vuélvela ahora, Floro, á tu aposento.

CELIA.
El cielo aumente esos gallardos años.
FLORO.
Dame, Señor, aquelesos piés.

CAMILO.
Levántate.

CELIA.
Na hay príncipe como él.
FLORO.
Nadie le iguala.
(*Vanse Floro y Celia.*)

ESCENA XX.

CAMILO; después, FLORO.

CAMILO.
Contento parte Floro, que es amante,
Que su gusto escogió con muchos ojos.
¿Ay de aquel necio que le tuvo á escuras!
(*Vuelve Floro.*)

FLORO.
Con no haberse cerrado bien la noche,
Aquel tu enmascarado está á la puerta.
Fulgencio me lo dijo y que este leas.

CAMILO. [caras?
Que no quieren dejarme aquestas más-
¿Todavía esta vieja me persigue?

FLORO.
Lee; veamos qué es lo que te escribe.

CAMILO. [ra;
(*Lee.*) «Creerse de ligero no es cordu-
Que suele resultar en propio daño;

» Y no tengais temor de que es engaño;
» Que al fin el que es mas fuerte poco
[dura.

» Venid, Camilo, á ver mi fe tan pura;
» Que esta noche os darán el desengaño,
» Ó á lo menos la muestra dese paño,
» Que por su afrenta defenderse jura.
» No soy quien vos pensais; y así, de-
[seo,

» Aunque cual siempre guardaré mi fa-
» Desengañaros, como ya comienzo. [ma,
» No penseis que habeis hecho mal em-
[pleo,

» Ni á Circe presumais tener por dama;
» Que en todo os soy igual, y en algo os
[venzo.]

» Hay cosa igual? Aquesta es hechice-
» Yo he perdido, Floro, mi juicio. [ra,
» Con esto sale ahora nuevamente? [vos?
» Quiere enredarme con encantos nue-
» Mas donde fué lo mas, lo menos vaya.
» Dame un jaco de presto.

FLORO.
Voy.

CAMILO.
Aprieta. —
» Guardar quiere su fama? Aquesta noche
» Luz tengo de llevar, si allá me matan.
» Pónme en una lanterna una bujía.

FLORO.
» Muerta?
CAMILO.
Encendida, necio, mas cerrada
» De suerte que llevarla no se vea.
» Que aun quiere hacerse hermosa aque-
[ta fea?

Sala en casa de Leonarda.

ESCENA XXI.

LEONARDA, LUCENCIO, JULIA.

LUCENCIO.
Hasta hoy no había sabido,
Sobrina, aqueste suceso,
De que estoy, que pierdo el seso.

LEONARDA.
¿Y qué! ¿tan mal le han herido?

LUCENCIO.
¿Cómo herido? Si no fuera
En Valencia, no escapara;
Que es la cirujía muy rara;
Y así, su salud se espera.
La noche que de aquí fué
Con las cartas que escribimos,
Esas albricias le dimos.

LEONARDA.
Sin duda que hizo por qué.

LUCENCIO.
El jura que á nadie habló,
Ni sabe por qué le dieron.

LEONARDA.
¿Y no se sabe quién fueron?

LUCENCIO.
Diera por saberlo yo
La mitad de mi hacienda.

LEONARDA.
Y ¿no le haceis regalar?

LUCENCIO.
A casa le he de llevar,
Y hacer que nadie lo entienda;
Que es conveniente á tu honor.
¿Hay recado de escribir?
Porque es razon advertir
A ese hidalgo y su señor.

LEONARDA.
«Hola! poned unas velas
Allá en mi cuadra.

LUCENCIO.

Yo voy.

(Vanse Julia y Lucencio.)

ESCENA XXII.

LEONARDA.

¡Que no me aprovechan hoy
Con este viejo cautelas!
Cuando á Camilo he de ver,
¡Tengo aquesta sombra en casa!
Pero bien lejos del pasa,
Y yo le sabré esconder.

ESCENA XXIII.

JULIA.—LEONARDA; después, CAMILO y URBAN.

JULIA.

Ya el viejo queda escribiendo.

LEONARDA.

Urban sin duda es venido.

(Sale Urban, guiando á Camilo, que trae el capirote puesto.)

URBAN.

No dirás que no he traído
Tu ciego.

LEONARDA.

En verla me ofendo.

CAMILO.

¿Podréme ya descubrir?

LEONARDA.

Llévase esas luces.

CAMILO.

¡Que aun dura
Eso de ser dama oscura?
Ya no se puede sufrir.
Héme aquí que me descubro.—
¿Qué importa, si ciego estoy
Para el desengaño de hoy?

LEONARDA.

Por quien soy, de vos me encubro.
Pero no saldréis de aquí,
Sin que vais desengañado,
Y habeisme mucho agraviado
Con pensar eso de mí.
Y fué sin duda locura
No reparar en que ha sido
La dama que habeis tenido
Menos espantosa y dura.
Que no es un hombre tan ciego,
Que así sus manos le engañen,
Para que le desengañen
Vanos pensamientos luego.
Pero sois mozo en efeto,
Y no poco confiado;
Y así, en lo escrito y hablado
No habeis andado discreto.
Mas quiérooslo perdonar
No mas de por lo que os quiero.

CAMILO.

Disculpa daros espero,
Si es que me pude engañar.
Pero si luz no ha de haber,
No procureis desengaño;

Que quien hizo aquel engaño,
Otros muchos sahrá hacer.

LEONARDA.

Pues luz no la imaginéis.

CAMILO.

¿Eso es ya resolución?

LEONARDA.

Aunque os pierda, está en razón
Que con luz no me goccéis.

CAMILO.

Pues burlar á un caballero
Tampoco, Señora, es justo.
Daros quiero un gran disgusto.
Luz traigo, y veros espero.

(Descubre la luz.)

¡Jesus! ¿No sois la viuda
Que yo tantas veces vi?

LEONARDA. *(Cubriéndose el rostro con las manos.)*

¡Ay desdichada de mí!

CAMILO.

Ya mi mal en bien se muda.

LEONARDA.

Ese ¿es término de hidalgo?

CAMILO.

Del rostro la mano alzá.

LEONARDA.

¡Hay tal fuerza! ¡Hay tal maldad!

ESCENA XXIV.

LUCENCIO.—Dichos.

LUCENCIO.

Leonarda, á tus voces salgo.

(Camilo saca la espada.)

¿Cómo es aquesto? ¿Hombre aquí,
Y hombre con desnuda espada!

CAMILO.

Estuvo siempre envainada,
Y desnudóse por tí.

LUCENCIO.

Saca una luz, llama gente.

(Va Julia, y saca un hacha.)

LEONARDA.

Señor, esto es hecho ya:

Poner silencio será
Remedio mas conveniente.
Aqueste hidalgo es Camilo,
A quien tú conoces bien;
Quíereme bien, y tambien
Yo á él por el mismo estilo.
Si fuere voluntad tuya,
Yo quiero ser su mujer.

LUCENCIO.

Como estéis de un parecer,
Yo gusto que se concluya.—
Mas blando, señor armado;
Que os conocí muy pequeño.

CAMILO.

Vos sois mi padre y mi dueño.
Haced lo que os han rogado.

LUCENCIO.

Vé, Urban, y llama testigos.

URBAN.

Yo voy volando.

(Vase.)

LUCENCIO.

¡Esto pasa!

¿Cuando estoy, sobrina, en casa,
Tienes en casa enemigos?
¿Para qué escribir me hacías,
Si en este negocio andabas?

ESCENA XXV.

URBAN, con VALERIO, LISANDRO, OTON y FLORO.—LEONARDA, LUCENCIO, CAMILO, JULIA.

LEONARDA.

¿Por qué un pueblo no llamabas,
O media ciudad traías?

URBAN.

Estaban casi á la puerta.

LUCENCIO.

Ellos están bien llamados;
Caballeros son honrados.
Oigan cómo se concierta
Que Camilo con Leonarda
Se ha de casar, y lo juran.

VALERIO.

Justamente lo procuran,
El noble y ella gallarda.
Hoy de mil tesoros llenos
Os haga el cielo á los dos,
Y goccéisos, ruego á Dios.
Por muchos años y buenos.

FLORO.

En un día mi señor
Y yo nos hemos casado.

LISANDRO.

Casamiento tan honrado
Vuelve en olvido mi amor.
Mejor que en reinos ajenos
Y con el bien que teneis,
Estaréis donde os goccéis
Por muchos años y buenos.

URBAN.

¿No me dan á Julia á mí?

LEONARDA.

De hoy mas será tu mujer.

OTON.

El testigo vengo á ser,
Aunque pretendiente fui.
Mas confieso que soy meros;
Y así, tan bien escogéis,
Que es bien que este bien goccéis
Por muchos años y buenos.

LISANDRO.

¿Será la boda?

LUCENCIO.

Mañana.

VALERIO.

¿Tan presto?

LUCENCIO.

Conviene así.

CAMILO.

Pues bien es que acabe aquí
La Viuda valenciana.

LOS EMBUSTES DE CELAURO.

PERSONAS.

GERARDO, *viejo*.
LUPERCIO, *su hijo*.
FULGENCIA, *dama*.
ESTEBAN, *niño*.

ENRIQUE, *niño*.
CELAURO, *gentilhombre*.
LEONELA, *su hermana*.
OTAVIO, *caballero*.

SABINO,
RISELO,
ALFREDO,
FELICIO. } *criados*.

BELARDO.
SIRENO.
PINARDO.
ORSINDO.

La escena es en el Piamonte¹.

ACTO PRIMERO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

GERARDO, LUPERCIO.

GERARDO.

¡Traidor! ¿con una mujer
Tan loca y pobre te casas?

LUPERCIO.

Siempre para bien hacer
Tienes las manos escasas,
Y largas para ofender.
Padre, el báculo reporta.

GERARDO.

¡Por qué, si me rompe y corta
Tu infamia el de mi vejez,
Y yo sé bien que esta vez
Volverle espada me importa?
Y no ha estado mas tu vida
Que en traer esta cayada,
En vez de la espada, asida,
Para la mano arrugada,
No para el lado ceñida.

LUPERCIO.

¡Pluguiera á Dios que lo fuera,
Porque menos me afrentara
Cuando la muerte me diera,
Y esta sangre de mi cara
Honradamente saliera!
Soy tu hijo y caballero.

GERARDO.

Pues ¿qué tiene de grosero
Que uno y otro la derrame?

LUPERCIO.

Porque es la del palo infame,
Y honrada la del acero.

GERARDO.

¡Luego las leyes del duelo
Tocan á los padres?

LUPERCIO.

Tocan

A cuantos hoy cubre el cielo.

GERARDO.

Tus locuras me provocan
A honrar de tu sangre el suelo.

LUPERCIO.

Tu ira, Señor, contenta;
Mas porque no está á mi cuenta.

GERARDO.

Porque el padre y el señor,
La justicia y el mayor
No pueden hacer afrenta.
Antes yo me vengo en tí
De la que me has hecho á mí,
Si un loco puede afrentar.

¿Tú te pretendes casar
Sin mi gusto?

LUPERCIO.

Escucha.

GERARDO.

Dí.

LUPERCIO.

¿Quién te ha dicho que me caso?

GERARDO.

El pueblo, que es voz de Dios.

LUPERCIO.

No es su voz en cualquier caso,
Ni es el pueblo un hombre ó dos,
O una calle por quien paso.

GERARDO.

¿Cómo no?

LUPERCIO.

Pruébalo.

GERARDO.

Dí.

LUPERCIO.

Si aquel que me envidia á mí
Lo dice de malicioso,
Voz de Dios y de envidioso
No puede ser.

GERARDO.

Es así.

Mas di: la justicia en Dios,

¿No es atributo?

LUPERCIO.

Si es.

Cristianos somos los dos;
Y que esta temais después
Es ejemplo para vos.

GERARDO.

Pues Dios, para castigar,
¿No suele á veces tomar
Los malos por instrumento?
Luego es llano el argumento:
Justicia se han de llamar.

LUPERCIO.

En cuanto á aquel ministerio.

GERARDO.

Pues aqueste vituperio
De mi honor por tu ocasion
Tiene esta misma razon,
Y yo en tí paterno imperio.
Pero ¿para qué disputo
Contigo, si tengo en tí
Poder pleno y absoluto?

LUPERCIO.

¿Qué tienes tú contra mí,
Si tu mandado ejecuto?

GERARDO.

Mi sangre.

LUPERCIO.

La que has sacado,

Por eso no te la pido.

GERARDO.

¿Cómo?

LUPERCIO.

Porque me la has dado.

GERARDO.

¡Ah, cordero en el vestido,
Y en piel de lobo aforrado!
Dime luego la verdad:

¿Quién es aquesta mujer?

LUPERCIO.

Mujer es de calidad.

GERARDO.

Luego ¿haste casado?

LUPERCIO.

Ayer.

GERARDO.

¡Hay tan notable maldad!
Justicia venga del cielo
Sobre tí.

LUPERCIO.

Tente, Señor;
Que no fué en esto mi celo
Mas que probar tu rigor.
Vesme aquí echado en el suelo

GERARDO.

¿Que no lo has hecho?

LUPERCIO.

Quería

Pero ya que sé tu gusto,
Es tu voluntad la mía:
Con ella mi gusto ajusto.

GERARDO.

Y yo te engendro este día.
Hoy has nacido, Lupercio;
Hoy, con solo obedecer,
Mi amor has crecido un tercio
Deja esa vana mujer
Y su lascivo comercio.
Deja, hijo de mi vida,
El vano amor, y repara
Que has de dejar ofendida
La sangre y virtud mas clara
Que ha sido vista ni oída.
Bien sé qué es tener pasión...
Mozo fui... Pero ya basta
Su infame conversacion.
Juega, come, viste, gasta,
Busca otra nueva pasión,
Haz una gala costosa,
Rinde un caballo andaluz
Con la espuela rigurosa,
O con el presto arcabuz
El ciervo ó liebre medrosa.
¿Qué quieres? ¿Qué has menester?
¿Quiérete coger cercado
Por pobre aquesta mujer?
¿Qué debes? ¿Qué te han prestado?
Qué es lo que empeñaste ayer?

¹ Así parece por unas expresiones que se hallan en el acto tercero; aunque de otras del primer acto pudiera inferirse que los principales personajes de la comedia son españoles.

No tengas vergüenza; dame
Esos brazos, y mi amor
Deshaga el amor infame.

LUPERCIO.

Deja que á tus piés, Señor,
Tú sangre en agua derrame.
No mas perdición pasada;
Tabla nueva soy desde hoy:
Escribe en mí.

GERARDO.

No me agrada
Que seas papel.

LUPERCIO.

Pues soy
Piedra en tus manos labrada.

GERARDO.

Esto que ahora te imprimo,
Quiero que dure, pues es
Mi honor el que solo estimo:
No le venza el interés,
Pues á tus gustos me animo.
En esta bolsa contados
Van ciento y veinte ducados,
Que son, y doce escudos,
Dos reales y otros menudos,
Por una deuda pagados.
Espera: ¿quién se lo ver?

LUPERCIO.

No, Señor, no es menester;
Que así tu crédito afrentas.

GERARDO.

Bien se ve, pues no los cuentas,
Que no los has de volver.
Gasta, huélgate y pasea,
Y mi bendición te alcance.

LUPERCIO.

Llorar me has hecho.

GERARDO.

¿Hay quien vea

Tu humildad?

LUPERCIO.

¡Dichoso lance!

GERARDO.

¡Que tus desatinos crea!
Adios.

LUPERCIO.

El te guarde...

(Vase Gerardo.)

ESCENA II.

LUPERCIO.

Y guarde

La vida del ángel mio.
¿Qué miro? ¿Qué estoy cobarde?
¿Cómo este don no le envío?
Que para amor todo es tarde.
Corre con el pensamiento,
Como tiene alas, amor.
Pero ¡hay tan gracioso cuento!
Hay tal padre! Hay tal rigor!
Hay tan lindo casamiento!
Pues, señor viejo, paciencia;
Que vive Dios, que está hecho,
Y que es vana resistencia
De un determinado pecho
Castigo ni diligencia.
Piensa un padre que no hay mas
De cástate y no te cases,
Y que no exceda jamás
Un hijo de estos compases;
Y amor no danza á compás.
Es muy vieja esta pasión,
Con mil trabajos prolijos
Para mas confirmacion,
Y con dos hermosos hijos,
Sellos desta provision,

Y no pendientes de seda,
Sino de tan blanco pecho,
Que no hay nieve que no exceda;
Y lazo que es tan estrecho
No es bien que romperse pueda.

ESCENA III.

SABINO. — LUPERCIO.

SABINO.

Basta, que has dado en la treta
De quien debe, pues te escondes
Cuando el pagar te inquieta.
Mal á la deuda respondes,
No es satisfacion discreta.
Hoy prometiste llevar
Dineros para Fulgencia,
Y hasla mandado esperar
Sobre su misma paciencia,
Plazo que no ha de llegar.
Advierte que si es mujer,
Y se sustenta de ver
Tu tallo á falta de todo,
Que hay dos niños, que de un modo
Saben llorar y comer.
Avisa si ha de empeñarse
Otra basquiña ó vaquero.

LUPERCIO.

Si un triste quiere aborcerse,
Nunca falta un majadero
Que le ayude á rematarse.

SABINO.

¿Estarás muy triste?

LUPERCIO.

Estoy,

Sabino, para matarme.

SABINO.

¿Deso comeremos hoy?

¿Que no hay plata?

LUPERCIO.

Ni un adarme.

Ahora á venderme voy.

SABINO.

¿De qué estás tan descompuesto?

LUPERCIO.

Desta manera me ha puesto
El buen viejo á puros palos.

SABINO.

En verdad que no son malos,
Para no comer tan presto.
¡Oh! que le acabe la gota.

LUPERCIO.

No, sino el mar de mi amor.
Cuando su campo alborota,
Esperaba su favor.

SABINO.

¿Tras tanta brújula, sota?
¿Qué hemos de hacer?

LUPERCIO.

Morir.

SABINO.

¡Bueno!

LUPERCIO.

A Italia me quiero ir.

SABINO.

Y que se quede al sereno
Tu mujer y hijos...

LUPERCIO.

O así

Algun vaso de veneno.

SABINO.

¿Querrás brindarme?

LUPERCIO.

No quiero

Sino bebérmele entero.

SABINO.

Si en la mano le tuvieras;
Sospecho que dél me dieras.

LUPERCIO.

A la ocasion me refiero. (Alza la bolsa.)
¿Beberé?

SABINO.

Ten, pesia tal.

¿Es bolsa?

LUPERCIO.

Pues ¿no lo ves?

¿Estaráte el medio mal?

SABINO.

Y aunque todo me le des.

¿Oro es?

LUPERCIO.

Si.

SABINO.

Rico metal.

LUPERCIO.

Fuera como oro potable.

SABINO.

Dime, Señor, ¿quién te dió
Su epictima favorable?

LUPERCIO.

Del mismo palo salió
El antidoto admirable.
Toma, y á la plaza irás,
Donde de cenar traerás
Con que excedas las comidas
De Cleopatra.

SABINO.

Eres un Midas.

LUPERCIO.

Mido esta bolsa y no mas.—
Camina.

SABINO.

¿Traeré un capon?

LUPERCIO.

Trae un pavo.

SABINO.

¿Habrás perdid?

LUPERCIO.

Con su pimienta y limon,
Que es deste invierno el tapiz
Y para el vino un jamon.

SABINO.

De lo de á dos pelos saco.

LUPERCIO.

Yo en tanto á Fulgencia aplaco
Desta mi ausencia tardia.

SABINO.

¡Ah! ¿Cómo Vénus se enfria,
Si faltan Ceres y Baco!

(Vase.)

Sala en casa de Lupercio.

ESCENA IV.

FULGENCIA, CELAURO.

CELAURO.

Digo que el no haber venido
De lo que digo procede.

FULGENCIA.

¿Tanto mi desdicha puede?

CELAURO.

Mucho en el querer lo has sido,
Porque si eres extremada
En discrecion y hermosura,
Fué pensión de tu ventura
Ser en amor desdichada.

FULGENCIA.

¿Que mi Lupercio, Celauro,
Quiere bien á otra mujer?

CELAURO.

Su amistad quiero ofender
Porque tu vida restauro.
Digo, Fulgencia, que si,
Y que el no venir á casa
Es que por ella se abrasa,
Y no se acuerda de ti.

FULGENCIA.

¿De mí no se acuerda?

CELAURO.

No.

FULGENCIA.

¿Qué dices, Celauro?

CELAURO.

Digo

Que no es Lupercio mi amigo
Después que tu fe rompió.
¡Jesus! ¿Quién imaginara
Que por viles ocasiones
A tales obligaciones
Pudiera volver la cara?
¿Esto es amor? Esto es fe?
Esto es amor de amistad?
Esto es gusto? Esto es lealtad?
Esto en los hombres se ve?
Hombre soy, y desde aquí,
Para que mejor te asombres,
Quiero estar mal con los hombres,
Quiero comenzar por mí.

FULGENCIA.

Dame un poco de lugar
Para que mi sentimiento
Se pueda de mi tormento
Mas á la larga informar;
Que si déi así te quejas,
Y no te importando á ti,
No sabré yo para mí
Las injurias que me dejas.
En fin, ¿dices que este hombre
Quiere bien á otra mujer?

CELAURO.

Y digo que lo has de ver,
Y saber su casa y nombre.

FULGENCIA.

Digo que es poca lealtad
De una mujer como yo,
A quien Lupercio obligó
Con su hacienda y voluntad,
Crear del esta bajeza
Sin rematillo á la vista.

CELAURO.

Quien la costumbre conquista
Desmiente á naturaleza.
El trato te hace estar
Tan confiada del daño,
Pues no puede el desengaño
Tu loco amor derribar.
Si no juzgas por traición
Ser de Lupercio enemigo,
Ven esta noche conmigo,
Verás su loca afición.
Verás que lo que se goza
Se tiene en poco ó fastidia,
Y que ha de engendrar tu envidia
Celos de una hermosa moza.

FULGENCIA.

¿Que eso podrá ver?

CELAURO.

¿Y cómo!

Si es secreto que me fia.

FULGENCIA.

¡Notable paciencia mía!
¿Cómo de burlas lo tomo?
Ahora bien: ¿de qué manera
Podré verlo?

CELAURO.

Rebozada,
O como hombre disfrazada,
Al descuido, desde afuera.

FULGENCIA.

¿A qué hora?

CELAURO.

Entre las doce

Y la una la ha de hablar,
Y como él acierte á entrar,
Ten por cierto que la goce.
Y si aquesto no te obliga
A estimar mi voluntad,
Y su mucha deslealtad
No te ofende y desobliga,
Desde allí me verás ir
Donde nunca mas me veas.

FULGENCIA.

Que haré lo contrario creas;
Que no me quiero morir.
Somos todas las mujeres
De un humor tan bien dispuesto,
Que nos consolamos presto.

CELAURO.

Basta decir que lo eres.
Está á punto prevenida;
Que Alfredo vendrá por ti.

FULGENCIA.

¿Que también lo sabe?

CELAURO.

Si;

Que es testigo de mi vida.
Ya sabes que los criados
No se excusan al secreto,
Porque son para este efecto
Enemigos no excusados.
En fin, es hombre de bien.

FULGENCIA.

Pues llama en siendo ocasión.

CELAURO.

Él te hace á ti traición,
Y yo á Lupercio también;
Pero en fin mas te debía,
Y menos bien te ha pagado,
Pues yo estoy por ti abrasado,
Y el entre fuego se enfria.
Voyme: ¡plega á Dios que sea,
Fulgencia, para tu bien!

FULGENCIA.

Celauro, aun el bien no es bien
Para quien no le desea.

CELAURO.

Todas estas cosas dichas
Verás en dando las once.

FULGENCIA.

El alma tiene de bronce
Quien quiere ver sus desdichas.

(Vase Celauro.)

ESCENA V.

FULGENCIA.

La mano pone en la caliente cama
Del áspid que el veneno ardiente espira,
Desde cerca á las piedras flechas tira,
El vidrio quiebra y el licor derrama;
Su infamia dice al vulgo y á la fama,
Al hambriento leon incita á ira,
Al toro silba, al basilisco mira,
Al vivo fuego quiere asir la llama;
La jaula rompe al tigre y abre al loco,
En el mar busca la perdida joya,
Y escupe cuando menos á los cielos;
La espada del contrario tiene en poco,
Y el caballo de Grecia lleva á Troya,
Quien quiere averiguar sus propios ce-

llos.

ESCENA VI.

LUPERCIO.—FULGENCIA.

LUPERCIO.

Mi señora, en hora buena
Mis ojos merezcan veros,
Y se alegre el alma llena
De la luz desos luceros
De la noche mas serena.
Norabuena, mujer mía,
Salga el sol de mi alegría,
Y para dar gloria al suelo,
El aurora de mi cielo
Abra las puertas al día.
Norabuena, mi Fulgencia,
Vertiendo perlas y rosas
Corra el alba sin licencia
Las cortinas temerosas
De la noche de mi ausencia.
Norabuena yo merezca,
Después que el sol amanezca,
Ver un ángel como vos,
Donde la imagen de Dios
Mas al vivo resplandezca;
Y norabuena os lo diga,
No amiga en breve amistad,
Mas mujer que á eterna obliga;
Aunque si digo verdad,
Nunca fuistes mas mi amiga.
Mil horas, y todas buenas,
Por mi gloria os dan mis penas.

FULGENCIA.

¿Qué gracioso habeis llegado!
Las horas que habeis tardado
Me pagais en horas buenas;
Y á quien sin verme se pasa,
Hasta en cortesía escasa
La gente de fuera imita;
Que norabuena y visita
Es muy de fuera de casa.
¿Qué habeis hecho tantos años?
Horas digo, perdonad.

LUPERCIO.

Son mis padres tan extraños,
Que anda su riguridad
A caza de mis engaños.
Mi viejo dice que estoy
Casado con vos, mi bien.

FULGENCIA.

Dirá cuán indigna soy.

LUPERCIO.

Dirá el alma que también
Por un cabello os la doy.
Habla como padre, en fin.

FULGENCIA.

No habrá cosa mas ruin
Que yo en aqueste lugar.

LUPERCIO.

Veneno suele sacar
Un araña de un jazmin.
Mal lo toma si le toco
En que es casamiento justo;
Yo niego, y sosiego al loco,
Porque lo que da disgusto
Se ha de tragar poco á poco;
Y así, con no frecuentar
Vuestra casa, como suelo,
Pienso á mi padre engañar.

FULGENCIA. (Aparte.)

Bien dijo Celauro. ¡Ah cielo!
¿Qué tengo mas que probar,
Que acá no quiere venir?

LUPERCIO.

No le podrá persuadir
Todo el mundo, si se enoja.

FULGENCIA.

¡Eso, Señor, os congoja?

LUPERCIO.
¿Quién se lo podrá decir?
FULGENCIA.
¿Qué! No, mi bien, no, Señor;
Mejor será desvelalle:
No venir acá es mejor.

LUPERCIO.
Sí; porque desengañalle
Es dar fuerza á surrigor.
Vendré de noche, y vendré
Secreto siendo de día,
Hasta que seguro esté.

FULGENCIA. (Ap.)
Ya de la desdicha mía
Bastantes pruebas hallé.
¿Esto hace un hombre? ¿Así
Paga un hombre á una mujer?

LUPERCIO.
¿Qué decís?
FULGENCIA.
Pensaba en mí
Si era bien ausencia hacer
Por algun tiempo de aquí.
Con mis hijos y licencia
Me iré donde vos mandéis,
A Zaragoza ó Valencia,
Por cuatro meses ó seis,
Que podré sufrir de ausencia;
Y creed que á esto me atrevo,
Porque á casos tan prolijos,
No sin vos, con vos me muevo;
Que llevando vuestros hijos
En dos pedazos os llevo.
Y como ya para vos,
Aunque para mí no, es carga,
Quiéroos dividir en dos;
Que al fin la jornada es larga.

LUPERCIO.
¿Llorais? ¿Oh qué bien, por Dios!
Pues yo os prometo que es día
Para tener alegría.

ESCENA VII.

CELAURO. — DICHOS.

CELAURO.
¿Está aquí Lupercio?
LUPERCIO.
Estoy.

CELAURO.
Escucha.
(Hablan ap. Celauro y Lupercio.)

FULGENCIA. (Ap.)
Sin duda hoy
Se traza la muerte mía.
Hablándole está al oído:
Debe de ser el concierto
Entre los dos prevenido.
Si esto escucho, si esto advierto,
¿Qué aguardo al mayor sentido?
¿Si hablaré? Si le diré
Mis celos á mi enemigo?

LUPERCIO.
(Ap. á Celauro. Quanto me mandas haré;
Que el peligro en el amigo
Es la prueba de su fe.)
Fulgencia, adios.

CELAURO.
Mi señora,
Perdonad; que no se excusa
A lo que vamos agora.

LUPERCIO. (Ap. á Celauro.)
Parece que está confusa.

CELAURO.
(Ap. á Lupercio. Es que á lo que vas ig-
nitas de salir? (nora.)

FULGENCIA. (Ap. á Celauro.)
Venga Alfredo.
CELAURO. (Ap. á Fulgencia.)
Pues mira que has de callar.

FULGENCIA.
Yo sé que cumplirlo puedo,
Porque cuando quiera hablar,
Atará mi lengua el miedo.
(Vanse Lupercio y Celauro.)

ESCENA VIII.

FULGENCIA.

¿Ay desdichada mujer
Entre cuantas han nacido!
Lupercio, ¿esto vengo á ver?
La posesion de marido
¿Te ha enseñado á aborrecer?
Si marido vituperas
La que mis brazos te dan,
Y otra que pierdas esperas,
Mas te quisiera galán
Para que amor me tuvieras.
Hoy muero sin duda alguna.

ESCENA IX.

RISELO. — FULGENCIA.

RISELO.
(Ap. Ya parece que nos mira
Favorable la fortuna.
Fulgencia está aquí y suspira:
Humedad tiene la luna.)
Señora...

FULGENCIA.
¿Oh Riselo amigo!

RISELO.
¿De qué estás triste?
FULGENCIA.
No sé.

RISELO.
¿No estaba agora contigo
Lupercio?
FULGENCIA.
Y de aquí se fué
Con su amigo y mi enemigo.

RISELO.
Alégrate; que he topado
A Sabino, su criado,
Hecho un rico despensero;
Que la flota del dinero
Ya debe de haber llegado.
Pavos, perdices, capones,
Buena ternera y jamones
Alegre estaba comprando,
Y comprándolo trocando
Muy regalados doblones.

FULGENCIA.
¿Qué dices?
RISELO.
Lo que te cuento.
FULGENCIA.
¿Ay triste!
RISELO.
¿Qué! ¿No ha llegado?

FULGENCIA.
Ni lo tiene en pensamiento;
Que todo lo que ha comprado
Es con otro fundamento.

RISELO.
Yo le hablé, y es para tí;
Que no es para el viejo, no.

FULGENCIA.
¿Que en efecto te vió?

RISELO.
Sí,
Y digo que le hablé yo,
Y el oro y la cena vi.
FULGENCIA.
Crees que es para otra parte,
Donde ya Lupercio vive.

ESCENA X.

SABINO. — DICHOS.

SABINO. (Dentro.)
Eso dejarás aparte,
Y lo demás aperebe,
Si sabes del gusto el arte.
Capón y perdices asa,
Y pon el pavo á lo fresco;
Que la mano mas escasa
Hoy hace un brindis tudesco
A la gente desta casa. (Sale.)

FULGENCIA.
¿Qué hay, Sabino?
SABINO.
Soy vaeodor
Esta noche de una cena
Que quiere dar mi señor.

RISELO.
¿Ves que para tí se ordena
Toda esta gira y favor?
FULGENCIA.
¿Ay Riselo! Ya lo entiendo.
Como vió que tú le vias
El oro distribuyendo,
Viene para fiestas mías
Este convite fingiendo.
Dame tú que no le vieras,
Que nunca viniera acá.

SABINO.
¿Qué! ¿Tenemos ya quimeras
RISELO.
No sé, por Dios; triste está.

SABINO.
No debe de ser de veras.
¿Díote cincuenta doblones
Lupercio en una bolsilla?

FULGENCIA.
¿Bueno vienes de invenciones!
Pero tal es la cartilla
Donde te enseñan traiciones.

SABINO.
Veinte escudos me dió á mí,
De ciento y veinte que ahora
Sacó al viejo, y yo los vi;
Y sé que dijo, Señora,
Que eran todos para tí.
Ea, desecha el recato,
Porque mostrarte inhumana
Parece en tu pecho ingrato
Como quien niega que gana,
Por no obligarse al harato.
¿Linda cena te he traído!
Y para mañana un pavo
Pequeño, gordo y manido.

FULGENCIA.
(Ap. Hoy de conocerte acabo
Cuán cierto, Celauro, has sido.)
¿Ay de mí!

SABINO.
Baste.
FULGENCIA.
A ver voy
Esos regalos. (Vase.)

ESCENA XI.

SABINO, RISELO.

SABINO.
¿Qué es esto?RISELO.
De todo inocente estoy.SABINO.
¿En qué confusion me ha puesto!RISELO.
Poco espantadizo soy;
Que como conozco amantes,
Nunca sus enojos creo,
Porque son muy semejantes
A las lunas en que veo
Sus crecientes y menguantes.
Ellos llueven y hacen sol,
Cuando les viene al capricho
El nublado ó arrebol.SABINO.
Sí; pero lo que me ha dicho
No es bueno, á fe de español.
Entra y mira en lo que entiende,
Porque es amor como duende,
Que siempre escucha y acecha.RISELO.
Voy.SABINO.
Mas ¿de qué la aprovecha,
Si Lupericio no la ofende?

(Vase Riselo.)

ESCENA XII.

CELAURO, LUPERICIO. — SABINO.

CELAURO.
Desdicha ha sido, y para mí de suerte,
Por haberos sacado desta casa,
Que no es menos dolor el de la muerte:
Con tal rigor el corazón me pasa.LUPERICIO.
Menos, por vida vuestra, me divierte
Que así mi condicion noteis escasa.
Celauro, yo he perdido, ya está hecho,
Y es todo sentimiento sin provecho. —
Sabino...SABINO.
Mi señor...LUPERICIO.
¿Qué hay de Fulgencia?SABINO.
La cena truje, y á mirarla es ida.LUPERICIO.
Parte y dile que salga á mi presencia;
Que ya espero tenella desabrada.SABINO. (Ap.)
También estotro viene de pendencia,
La vista en los bigotes escondida.
¡Oh amor! ¿Quién templará tus instru-
mentos, Siendo tus cuerdas locos pensamientos?
(Vase.)

ESCENA XIII.

LUPERICIO, CELAURO.

CELAURO.
Conozco ya la casa de Ricardo:
Dijeis mil veces que no entraseis dentro;
Que allí nadie se viste paño pardo.LUPERICIO.
Mi dinerillo en fin volvió á su centro.CELAURO.
Parábadles también á lo gallardo.

LUPERICIO.

¡Nunca entre mil azares un encuentro!

CELAURO.
¿Qué perdeis? La verdad.LUPERICIO.
Siempre la digo;
Que de fanfarrias nunca he sido amigo.CELAURO.
¿Perdeis seiscientos?...LUPERICIO.
¡Bueno! Y cien escudos
De á once reales y de tres cuartillos,
Recien nacidos, solos y desnudos,
De miedo de mis manos, amarillos.CELAURO.
Con eso ya esta noche iremos mudos;
Que es del gusto el perder cadena y gri-
llos.LUPERICIO.
No puede el interés perdido tanto;
Vos veréis que de alegre taño y canto.
¿Dónde decis que viven esas damas?CELAURO.
Todo se os ha olvidado con el juego.
Por la que yo me abraso en vivas llamas,
Celoso el padre, pierde su sosiego;
Yo por guardar sus honras y sus famas,
A su ventana disfrazado llevo;
El padre me conoce, y se ha corrido
De que le ofenda quien su amigo ha sido.
Ella con el castigo ha confesado
Que es otro y no soy yo, y en esta prueba,
Queda para esta noche concertado
Que como no sea yo mejor lo lleva.
Llegad á la ventana disfrazado;
Que engaños en amor no es cosa nueva,
Y como el viejo vea el desengaño,
No temeremos de su enojo el daño.LUPERICIO.
Así lo entiendo, pues si aquesto pasa
Como se traza, el padre se asegura.CELAURO.
Y como antes entraré en su casa, [ra.
Que es lo que el alma de mi amor proca-

ESCENA XIV.

FULGENCIA. — DICHOS.

FULGENCIA.
(Ap. La mano liberal, la vista escasa
Trae Lupericio en esta coyuntura.)
¿Es acaso Celauro convidado?CELAURO.
No es nuevo el verme en vuestra casa hon-
Pero de buena gana lo aceptara, [rado.
A no tener qué hacer; y así, Fulgencia,
Licencia os pido.FULGENCIA. (Ap.)
¿Qué traidora cara!LUPERICIO.
Responde.
FULGENCIA.
Vos teneis, Señor, licencia.CELAURO. (Ap. á Lupericio.)
En fin, ¿aguardo?
LUPERICIO. (Ap. á Celauro.)
En mi temor repará,
Y no me habléis secreto en su presencia.
(Vase Celauro.)

ESCENA XV.

FULGENCIA, LUPERICIO.

FULGENCIA.
¿Para qué es tan espléndida comida?LUPERICIO.
Para servirlos, para vos, mi vida.FULGENCIA.
¿Para servirme á mí? Pues ¿á qué efeto?
Rico sin duda estáis.LUPERICIO.
Antes muy pobre;
Que el rico á la miseria está sujeto,
Y el pobre gusta que el sustento sobre.FULGENCIA.
Pues ¿el dinero me teneis secreto?LUPERICIO.
Si moneda de oro, plata ó cobre
Yo tengo en mi poder, Dios me destruya.FULGENCIA.
(Ap. ¿Hase visto maldad como la suya!)
¿Que no tienes dinero?LUPERICIO.
Ni una blanca.FULGENCIA.
¿Ni hoy tu padrete ha dado cien ducados?LUPERICIO.
¡Sí, que es su mano liberal y franca!
¡Allí los tiene para mí contados!
Si entrara yo en la cueva en Salamanca,
Y sacara seis diablos conjurados,
No le sacara de un doblon arriba.FULGENCIA.
¿Así viva mi Estéban?LUPERICIO.
Así viva.FULGENCIA.
¿Que no os ha dado nada?LUPERICIO.
¿Qué es aquesto?FULGENCIA.
¿Por vida de Enriqueito?LUPERICIO.
Y de vos propia.FULGENCIA.
Miraldo bien.LUPERICIO.
Verdad os digo en esto,
Si palos, para dar, no es voz impropia;
Que por vuestra defensa, descompuesto
Su báculo, me ha dado tanta copia,
Que hoy me costais la sangre deste lienzo.FULGENCIA.
Mostrad.LUPERICIO.
Este es.
(Muéstrale el pañuelo ensangrentado,
que saca de la faltriquera.)FULGENCIA. (Ap.)
¿Qué presto que me venzo!
Es posible que aquesto sea mentira?
Es posible que en trato de diez años
Quepa maldad que así me mueva á ira?
Amor, déjame estar en mis engaños.LUPERICIO.
Vuélveme el lienzo, mi señora, y mira...FULGENCIA. (Ap.)
¿Qué me queréis, crueles desengaños?LUPERICIO.
¿Qué divertida estás! El lienzo suelta.

FULGENCIA.
Deja; que el alma va en su sangre en-
[vuelta].
LUPERCIO.
No le laven, Señora, por tus ojos,
Déjale por testigo deste día.

FULGENCIA.
Lavaránle mis lágrimas y enojos.
LUPERCIO.
Con esas perlas no, señora mía.

FULGENCIA.
Antes, mi bien, con sus corales rojos,
Guardarlas en el lienzo amor podría,
Y en memoria á los cielos ofrecerlas.

LUPERCIO.
¡Qué rico lienzo de coral y perlas!

FULGENCIA.
Vente á canar, mi bien.

LUPERCIO.
Soy tu marido.

FULGENCIA.
Habla bajo, no lo oiga algun criado;
Pues por tu padre tan secreto ha sido,
Que nadie ha de saber que estás casado.

LUPERCIO.
De no poder decirlo estoy corrido; /
Que mucho gana el bien comunicado.

FULGENCIA.
Tu esclava soy.

LUPERCIO.
¡Jesus! Amor lo ha hecho.

FULGENCIA. (Ap.)
Aun llevo el corazon fuera del pecho.
(*Vanse.*)

Sala en casa de Leonela.

ESCENA XVI.

LEONELA, CELAURO.

LEONELA.
Extraña es esa invencion.
¡Que hable á Lupercio me mandas?

CELAURO.
En pasos de mi pasión.

LEONELA.
¡Y que él me ha de requebrar?

CELAURO.
Haz esto por mí, Leonela.

LEONELA.
Poner puedes una escueta
De fingir y de engañar.

CELAURO.
Vame en aquesto la vida.

LEONELA.
Pues ¿qué resulta en tu bien?

CELAURO.
Que la posesion me dén
De una esperanza perdida.
Haz, hermana de mis ojos,
Esto ahora por tu hermano.

LEONELA.
Que he de obedecerte es llano...
—Y que lo son mis enojos.
Pero mira, hermano mío,
Que desdices á tu valor
Que yo muestre á un hombre amor.

CELAURO.
Del tuyo esto y mas confío.

LEONELA.
¡No me dirás á qué efecto
Eres tercero conmigo
De tu amigo?

CELAURO.
Ser su amigo
Y tener del buen conceto.
Porque quiere amartelar
Una dama con quien habla.

LEONELA.
Bien mi negocio se entabla,
Si me pretendes casar!
Mira, Señor, lo que haces.

CELAURO.
Leonela, tu honor pretendo.
Haz esto que te encomiendo;
Que así mi amor satisfaces.

LEONELA.
Vé con Dios; que yo estaré
En la ventana esperando.

CELAURO.
Y yo á verle requebrando
Su ingrata dama traeré.

LEONELA.
¡Eso te debe de hacer
Que intentes eso tan ciego?

CELAURO.
Cosas, Leonela, te niego
Que un ciego las puede ver.

LEONELA.
¿Quieres bien?

CELAURO.
Tengo perdida

LEONELA.
Tu hermana soy;
Habla.

CELAURO.
Satisfecho estoy.

LEONELA.
Pues di.

CELAURO.
Escucha, por tu vida.
En una casa de juego,
Donde reina la fortuna
Mas que en el mar y en palacio
Entre lisonjas y burlas,
Hice amistad con Lupercio,
Un hombre en quien viven juntas
Cuántas gracias pensar puedes;
Que es poco aunque pienses muchas.

Pasados algunos días,
De dos almas hizo una
Amor, el trato ó la estrella
Que nuestros pechos ajusta.
Confíome sus secretos,
Pareciéndole segura

El arca en que los guardaba;
Pero no hay fuerte ninguna.
Llévome á ver una dama...

No la consideres rubia:
Así te dé Dios contento,
Que harás á mi gusto injuria.

No pienses que de su rostro,
Prestándome amor la pluma,
Quiero hacer vanas quimeras
Con fabulosas pinturas.

No robaré á los jardines
Entre los cuadros de murta,
Los jazmines y claveles,
Oro al indio, plata al Fúcar.

No diré que es sol ni imagen,
Vénus clara ó blanca luna,
Sino que es una mujer

Que vi por mi desventura,
Roca del mar en firmeza,
Tigre de Hircania en la furia,

Sibila en la discrecion,
Y Fénix en la hermosura.
Vila en efecto, Leonela,
Y que enamorarla juzga,
No digo á un hidalgo noble,
Pero á un villano de Asturias.
Pasé gran tiempo callando,
Y entre estas penas y angustias,
Con ser yo quien me sufría,
Fué insufrible mi locura.
Lo que he dicho y lo que he hecho,
A quien ama lo pregunta;
Pero es labrar en un jaspe
Con un vidrio una figura.
Viendo pues que no tuvieron
Mis penas remedio nunca,
Pretendo descomponerlos
Y dar principio á las suyas.
Quiero que Fulgencia vea
Que de otras mujeres gusta
El mas firme de los hombres,
Y que á estas horas las busca;
Que yo sé que aunque no olvide
Amor que tanto há que dura,
Daré gusto por venganza
A esta vida, sangre tuya.
Si te parece traicion,
Mira adónde el amor triunfa,
A Egisto, Tarquino y París,
Que amarrados me disculpan;
Y ¡plega á Dios que me vea
En una galera turca,
Si es vicio mi pretension,
Sino del amor la culpa!

LEONELA.
Las doce, hermano, han tocado:
Déjame que arriba suba
Mientras que vas á llamarle.

CELAURO.
¡Oh hermana! mi intento ayuda.

LEONELA.
Parte; que en la reja espero.

CELAURO.
Advierte que si te turbas,
Me puedes quitar la vida.

LEONELA.
Quien ama todo lo duda.
(*Vanse.*)

—
Calle.

ESCENA XVII.

OTAVIO, ARISTO.

OTAVIO.
Si supieras qué es celos,
Yo sé que mi cuidado disculparas.

ARISTO.
No lo quieran los cielos;
Que para no ver cosa con dos caras,
Hay muchas opiniones
Que son aborrecibles los doblones.

OTAVIO.
¡Celos tienen dos caras?
Dime de qué manera, por tu vida.

ARISTO.
Si en los celos reparas,
Verás bien que no hay cosa mas fingida.

OTAVIO.
Eso saber deseo;
Que entiendo menos cuando mas poseo.

ARISTO.
Cuando un celoso quiere
Averiguar sus celos, luego llama;
Pues por saberlos muere,

Amigas ó criadas de su dama,
Y jurando secreto,
Dice que importa para cierto efecto.
No le han desengañado, [tierno,
Cuando escondiendo el que mostraba
Les muestra el rostro airado,
Y se convierte en furia del infierno:
Ya ves aquí dos caras.

OTAVIO.

Digo que por extremo lo declaras.

ARISTO.

Pues si habla con su dama,
Verás que la regala y la requiebra,
Y que su bien la llama,
Y está como una víbora ó culebra
Oculta entre las flores.
Estas ¿no son dos caras?

OTAVIO.

¡Qué mayores!

ARISTO.

Pues todo cuanto intentan,
Hablan, regalan, piensan, imaginan,
Fabrican, trazan, cuentan,
Prometen, disimulan, determinan,
Todo tiene dos caras.

OTAVIO.

¿Luego téngolas yo.

ARISTO.

Que se ven claras.

¿No dejaste á Leonela
Esta noche segura?

OTAVIO.

Amor me abrasa.

ARISTO.

Luego ha sido cautela
Volver celoso á ver su calle y casa.
Quien ama, ese confía.

OTAVIO.

Quien ama teme, cela y desconfía.

ARISTO.

Amor es confianza.

OTAVIO.

Amor es miedo, y posesion medrosa
Después que el bien alcanza.

ARISTO.

[posa.

Quien quiere está en su centro, allí re-

OTAVIO.

No hay reposo en quien ama;
Solicito es amor, temor se llama.

ARISTO.

Quien duda y teme, ofende
La confianza de la cosa amada.

OTAVIO.

Temiendo la defiende;
Que del amor es el temor la espada.

ARISTO.

Gente viene.

OTAVIO.

Aquí espero.

ARISTO.

Mas ¿si fuese tu miedo verdadero?

ESCENA XVIII.

CELAURO y LUPERCIO, en hábito de
noche. — Dichos.

LUPERCIO.

Quisiera que te hallaras en la cena,
Porque fué por extremo regalada.

CELAURO.

Para tí, por lo menos, lo sería.

LUPERCIO.

No lo digas de burlas; que no hay cosa

Como la mesa para dos que se aman.
Aquel hacer el plato, aquel partírlle
Lo mas sabroso, y ver que si lo come
Parece que es del que lo da sustento,
No tiene igual con los tesoros de Indias.

CELAURO.

Dices muy bien; que en esas ocasiones
Trinchan los ojos y hace salva el alma,
Pues que el saber que gusta de una cosa
Y el haberla buscado con cuidado,
Y ver que come en ella juntamente
La voluntad con el sustento, creo
Que puede de placer matar un hombre.

LUPERCIO.

¿No estoy bien empleado, por tu vida?

CELAURO.

¿Eso preguntas? Es Fulgencia un ángel.
No he visto yo virtud como la suya.

LUPERCIO.

Ni has visto voluntad como la mia.

CELAURO.

Lo mismo quiero que en oyendo á Flérida
Digas de mi firmeza y su hermosura.
La reja es esta: llega; que aquí aguardo.

LUPERCIO.

¿Y saldrá con la seña?

CELAURO.

En el momento

Que con el pomo en la rodela toques.
(*Llégase Lupercio á la reja.*)

OTAVIO. (Ap. á Aristo.)

¿Qué te parece desto, Aristo?

ARISTO.

Digo.

Que sois casi poetas los amantes.

OTAVIO.

¿Parécete que es justo tener celos?
Preven la espada.

ARISTO.

Mejor fuera el ánimo.

ESCENA XIX.

ALFREDO; FULGENCIA, en hábito de
hombre. — Dichos.

ALFREDO.

Esta es la calle y esta es la ventana.

FULGENCIA.

Un hombre está debajo de la reja.

ALFREDO.

[percio;

Si es hombre, no lo dudes que es Lu-
Mas suele amor hacer de sombras hom-

FULGENCIA.

[bres.

Señas hace.

ALFREDO.

Ya sale la señora.

ESCENA XX.

LEONELA, que sale á una reja. —
Dichos.

OTAVIO. (Ap. á Aristo.)

¿Señas, Aristo? Cosa nueva es esta.

ARISTO.

Mas nueva me parece que ella sale.

OTAVIO.

Matarle quiero.

ARISTO.

Tente; que ha venido

Bastantemente aperebido el hombre;
Que uno está rebozado en esta esquina,
Y dos vienen ahora en retaguarda,

De suerte que han de ser cuatro por fuer-
Pues cuatro á dos es la mitad. [za.

OTAVIO.

Hoy muero.

ARISTO.

Advierte el fin.

OTAVIO.

El de mi vida espero.

LEONELA.

¿Cómo, mi bien, no me habláis?
Que há rato que estoy aquí.

LUPERCIO.

Porque no hay fuerzas en mí
Hasta que vos me las dais;
Que como hasta que el sol sale
Todo está mudo en silencio,
No menos me diferencio,
Ni él mas que esos rayos vale.
Ya que me habeis hecho salva,
Y decís que el sol espera,
Soy la calandria primera
Que canta en saliendo el alba.

ARISTO. (Ap. á Otavio.)

A fe que es hombre leido.
¿No ves la comparacion?

OTAVIO.

Leido habré su traicion,
Que letra bastarda ha sido.

ALFREDO. (Ap. á Fulgencia.)

¿No escuchas, Fulgencia bella,
A tu Lupercio?

FULGENCIA.

No sé

Si al alma crédito dé,
O al traidor que vive en ella.
¿Que esto pasa? ¿Que esto ven
Los ojos? ¿Que esto adoraba?
Hoy con la vida se acaba,
Alfredo, el amor tambien.
¿Qué me tienes, honra infame?
Déjame vengar mi afrenta.

ALFREDO.

¿Qué es lo que tu furia intenta?
Oye, ¿quieres que le llame?

FULGENCIA.

No, amigo; que aunque estoy loca,
Guardo el rostro á mi opinion,
Reprimiendo el corazon,
Que viene ardiendo á la boca;
Que si faltase esta luz,
Con una voz que daría,
Del pecho se escaparía
Como bala de arcabuz.

CELAURO. (Ap.)

Todo se traza á mi gusto.
Fulgencia se va inquietando.
Muere, pues matas amando,
De celos, rabia y disgusto.
¿Hay bien que á mi bien se iguale?
¡Oh industria, cuánto aprovechas
Para fortunas deshechas,
Donde la fuerza no vale!

LUPERCIO. (A Leonela.)

Traigo contento el deseo
De una esperanza tan loca,
Que ya parece que toca
Lo que pienso que poseo.
Suplicos que algun favor
Confirme esta confianza.

LEONELA.

Si haré, por mi fe, si alcanza
Tanto la mano de amor.

LUPERCIO.

Con la vuestra me contento.

LEONELA.

Es imposible alcanzar,

OTAVIO. (Ap.)
 ¿Que á tanto puede llegar
 Un cobarde sufrimiento?

FULGENCIA. (Ap. á Alfredo.)
 ¿Ves, Alfredo, cómo pide
 La mano al galán?

ALFREDO.
 Sí veo.

LUPERCIO. (A Leonela.)
 Pues yo mido mi desen,
 Tú, Señora, tu amor mido.
 Llega mi deseo á ti,
 Que va por este favor;
 Baje á mi tu mano amor,
 Verás su medida así;
 Aunque era mejor tu mano
 Para esforzarme á subir;
 Pero ¿quién podrá medir
 Lo divino por lo humano?

LEONELA. (Ap.)
 ¿No es bueno que sin amor
 Hablo á un hombre que no veo?

LUPERCIO. (Ap.)
 ¿No es bueno que sin deseo
 Estoy pidiendo favor?

OTAVIO. (Ap. á Aristo.)
 ¿No es bueno, Aristo, que está
 Aquí un hombre como yo?

FULGENCIA. (Ap. á Alfredo.)
 ¿No es bueno que le pidió
 La mano? ¿Oh traidor sin fe!

ALFREDO.
 ¿No es bueno que tú lo aguardes,
 Fudiéndolo remediar?

OTAVIO.
 Déjame, Aristo, llegar;
 Que nunca hay celos cobardes.

CELAURO. (Ap.)
 ¿No es bueno que estoy contento
 De ver á Fulgencia así?

FULGENCIA.
 Déjame llegar á mí;
 Que me ahoga el sufrimiento.

ALFREDO.
 Detente.

FULGENCIA.
 Déjame hacer.

(Llega arrebozada á Lupercio.)
 ¿Ah caballero! ¿A quién digo?

LUPERCIO.
 ¿Es amigo?

FULGENCIA.
 No es amigo;
 Que vos no lo sabeis ser.

LUPERCIO.
 ¿En qué os ofendo?

FULGENCIA.
 En hablar

Esta mujer.
LUPERCIO.
 ¿Esto había!

¿Es vuestra?
FULGENCIA.
 Si fuera mía,
 Yo la supiera guardar.

LUPERCIO.
 Pues ¿qué es lo que pretendéis?

FULGENCIA.
 Que dejéis este cuidado;
 Que yo sé que estáis casado.

LUPERCIO.
 ¿Vos! Pues ¿de qué lo sabeis?

FULGENCIA.
 Esto basta, y dame pena

Lo que aquí en su ofensa pasa;
 Y mal guardais vuestra casa
 Mientras andais por la ajena.

LUPERCIO.
 ¿Es mi hermano?

FULGENCIA.
 Soy quien soy.

Salid de la calle luego.
CELAURO. (Ap.)
 Yo he de perder este juego,
 Si á remediarle no voy.
 ¿Ah celos, que no guardais
 Palabra que prometeis!

LEONELA.
 ¿Ah caballeros! ¿no veis
 Que mi opinion infamais?

ARISTO. (Ap.)
 Habia un competidor,
 Y ya hay dos.

LUPERCIO.
 Vamos de aquí.

FULGENCIA.
 Seguidme.

LUPERCIO.
 Venid tras mí.

¿Hay mas extraño rigor?
ALFREDO. (Ap. á Celauro.)
 ¡A reñir van! ¿Qué remedio?

CELAURO.
 Alfredo, yo soy perdido.
 Si aquesto queda entendido.
(A un lado riñen Fulgencia y Lupercio.)

ALFREDO.
 Vén, que riñen.

CELAURO.
 Ponte en medio.

ALFREDO.
 Paso, señores.

FULGENCIA.
 No hay paso.

LUPERCIO.
 ¿Quién es?

FULGENCIA.
 Apartaos de ahí.

LUPERCIO.
 Déjale pues.

FULGENCIA.
 ¿Pesá á mí!

De aquesta punta le paso.
CELAURO.
 ¿No ve que estoy de por medio?

Llévame, Alfredo, á ese galán.
ALFREDO.
 Vamos, Señor.

FULGENCIA.
 ¿Qué no harán
 Celos? ¿Oh mal sin remedio!

(Vanse Fulgencia, y Alfredo sossegados.)
CELAURO.
 Echa tú por esta calle,
 Y no os encontréis los dos.

LUPERCIO.
 ¿Sabes quién es?

CELAURO.
 No, por Dios.

LUPERCIO.
 ¿Qué buen mozo!

CELAURO.
 ¿Gentil tallo!

(Vanse Lupercio y Celauro.)

ESCENA XII.

OTAVIO, ARISTO; LEONELA, en la reja.

OTAVIO. (Llegando á la reja.)
 ¡Ah Señora! ¿Por quién son
 Las presentes cuchilladas,
 O aquesta danza de espadas
 Hecha á vuestra devocion?

LEONELA.
 ¿Ah, Señor, el que lo mira
 Y está en la calle envainado!
 ¿Cuanto le cuesta el tablado?

ARISTO. (Ap.)
 Gentiles pedradas tira.

OTAVIO.
 Cuando riñen dos galanes
 De una dama tan fingida;
 No se ha de jugar la vida
 Ni se han de hacer ademanes;
 Y crea vuesamercé
 Que cuando mi causa fuera,
 A estocadas los cosiera
 Yo solo en esta pared;
 Mas si con igual querella
 Riñen sobre este lugar,
 Ventana quiero alquilar,
 Y ver los toros en ella.

LEONELA.
 ¿Es mi Otavio?

OTAVIO.
 Soy el diablo.

LEONELA.
 Otavio, Señor, espera.

OTAVIO.
 ¿Que espere? ¿Gentil quimera!

LEONELA.
 Oye, escucha. ¿Con quién hablo?

ARISTO.
 Oyela, Señor.

OTAVIO.
 No quiero.

LEONELA.
 Oye la satisfacion.

ARISTO.
 Oye, Señor, su razon.

OTAVIO.
 Déjame tú, majadero.

ARISTO.
 Mira que está haciendo extremos.

OTAVIO.
 Ya no hay hablarnos los dos.

LEONELA.
 ¿No queréis?

OTAVIO.
 No.

LEONELA.
 Pues adios;
 Que mañana nos veremos.

ACTO SEGUNDO.

Sala de una casa donde está hospedada
 Fulgencia.

ESCENA PRIMERA.

CELAURO, ALFREDO.

ALFREDO.
 ¿Que tanto descompuso la pendencia
 Dos voluntades que el amor tenia
 En tan estrechos lazos obligadas?

CELAURO.

Luego que te partiste desta villa,
Amigo Alfredo, fué creciendo el daño;
Porque entre los amantes las pendencias
Suelen durar, por ser tan pertinaces,
Porque quieren que el uno ruegue al otro.

ALFREDO.

Yo los dejé en extremo desabridos,
Después, Señor, de los injustos celos...
¡Supo, dime, Lupericio que era ella
La que en hábito de hombre lo fué tanto,
Que osó refirir con él de cuerpo á cuerpo?

CELAURO.

No lo supo Lupericio ni lo sabe,
Porque yo le llevé tan divertido,
Que cuando vino á verla aquella noche,
Ella estaba en la cama y sosegada.
Mas como amor no duerma bien con celos
Y sean los dos tan grandes enemigos,
Puesto, Alfredo, que padre y hijo sean,
Así se los pidió de aquella dama,
Así enojada estubo, así ha llorado,
Que Lupericio, movido á ira y cólera,
Puso las manos en su rostro hermoso,
Puso las manos en el sol, Alfredo,
Ofendió las estrellas de los ojos,
Escureció la clara luz del día;
Y como en los eclipses de ordinario
Nos muestre el sol aquel color sangriento,
Sangre puso en el sol, sangriento estubo
El rostro á quien esta alma adora y teme.

ALFREDO.

¡Válame Dios! ¿Que esa bajeza hizo?

CELAURO.

No le culpes, Alfredo; que unos celos
Pedidos sin razón, de esos privan.

ALFREDO.

Razon tuvo Fulgencia.

CELAURO.

En el engaño;
Mas Lupericio inocente es de la culpa.

ALFREDO.

¡No te pesa de haber con tus embustes
Dado ocasión para que aquellas manos
Hayan tocado temerariamente
En el sol, en el cielo, en las estrellas,
Del cabello, del rostro y de los ojos?

CELAURO.

Dios sabe que su daño me ha pesado,
Y que me cuesta lágrimas piadosas;
Pero ¿qué quieres? que el camino es este
De negociar mi bien, porque no hay otro
Como sembrar discordia entre sus almas.

ALFREDO.

¿Qué tienes negociado?

CELAURO.

Que Fulgencia
Dejó su casa y sus queridos hijos,
Y como huyendo, vino á la de Andronico,
Que, como sabes, es mi tío, adonde
He comido y cenado aquestos días,
Sustentando esta vida de sus ojos;
Que así en la India se sustentan gente
De solo olor y solo de la vista,
Y no es mucho milagro para un ángel.

ALFREDO.

¿Hasla hablado?

CELAURO.

He la hablado y persuadido.

ALFREDO.

¿Y qué responde?

CELAURO.

Que á Lupericio adora.

ALFREDO.

¡May adelante estás!

L-L

CELAURO.

Hice á mi hermana
Que la viniese á ver y á persuadilla,
Y ha dormido con ella cuatro noches
Con envidia del mundo y de mi alma.

ALFREDO.

¿Qué negocia?

CELAURO.

Que siga mi justicia.

ALFREDO.

¿Dura el enojo?

CELAURO.

No; que ya se hablan,
Y se han de ir á su casa aquesta noche,
Para mis ojos y alma noche eterna.

ALFREDO.

¿Qué poca fuerza tus enredos tienen!

CELAURO.

Retírate, que sale.

ALFREDO.

Aquí me aparto.

CELAURO.

Costarme tiene hacienda, vida y alma,
O desta ingrata he de llevar la palma.

ESCENA II.

FULGENCIA, RISELO, dándole un papel. — CELAURO y ALFREDO, retirados.

RISELO.

Acaba, lee el papel.

FULGENCIA.

No me porfies, Riselo.

RISELO.

Por mi vida, que recelo
Que te enfiaqueces por él.
Ea, cesen los enojos,
Señora, de tantos días.

FULGENCIA.

Primero las manos mías
Se vengarán en sus ojos.

RISELO.

Harto mas te vengas tú
En los tuyos, con llorar
Perlas, que pueden comprar
Las riquezas del Perú.
Lee; que te estás muriendo.

FULGENCIA.

Ahora bien, leo por tí.

RISELO.

¿Y por tí no?

FULGENCIA.

Yo por mí...

Soy muy tierna.

RISELO.

Así lo entiendo.

FULGENCIA.

Dame que allá no tuviere
A Estéban y á Enrique.

RISELO.

Lee;

Que Lupericio así lo cree.

FULGENCIA.

Él dice desta manera.
(Lee.) «Basta ya, señora mía,
»De pesadumbres de un mes;
»Que la venganza no es
»Amor, sino tiranía.
»Vén, mis ojos, vén, mi cielo;
»Que si un hora tardas mas,
»Cuando venga me hallarás
»Muerto.»

RISELO.

Ea, entrañas de hielo...

FULGENCIA.

¿Muerto dice?

RISELO.

¿Y eso dudas?

FULGENCIA.

No, sino con otra dama,
Muerto en sus brazos.

ALFREDO. (Ap. á Celauro.)

¿Qué llama,

Celauro, en hielo no mudas?

CELAURO.

Antes aquello me enciende.

ALFREDO.

¿Eres loco?

CELAURO.

Soy amante.

RISELO.

Lee, Señora, adelante.

FULGENCIA.

Solo engañarme pretende.
(Lee.) «Si de mí quieres vengarte,
»Mejor estarás aquí;
»Pero no vengas por mí,
»Pues ya no puedo obligarte.
»Vén por Estéban y Enrique,
»Que lloran por tí, mi bien,
»Y si allá hay otro, también
»Le ruego te lo suplique.—
»Tu Lupericio.»

RISELO.

¿Lloras?

FULGENCIA.

No.

RISELO.

¿Pues qué?

FULGENCIA.

La vista penetra
El rejalar de la letra.

CELAURO. (Ap.)

¿Qué buena disculpa dió!

RISELO.

Eso es en letra de estampa;
Que hay no sé qué humo en ella.

FULGENCIA.

¿Qué mas estampa que aquella
Que en el corazón se estampa?
Y bien dices que trae humo;
Que es fuego con humedad.

RISELO.

Ten, mi señora, piedad.

CELAURO. (Ap. á Alfredo.)

Cual nieve al sol me consume.
¡Vive Dios, que el vil tercero
Me ha de pagar estas paces!

ALFREDO.

Como enamorado haces;
Mas no como caballero.

FULGENCIA.

Dile á ese hombre, Riselo,
Dile á ese traidor amigo,
Dile á ese falso enemigo,
Que de noble sufre el cielo...
Que venga luego por mí.

RISELO.

Dame esos píd.

FULGENCIA.

Para.

RISELO.

Voy. (Vase.)

FULGENCIA.

¡Celauro! ¿aquí estás?

CELAURO.

Estoy,
Qual sombra, siempre tras tí.—
Véte, Alfredo.

ALFREDO. (Ap.)

Mal se lucen
Los enredos deste loco. (Vase.)

ESCENA III.

FULGENCIA, CELAURO.

CELAURO.

¿Estás ya mas tierna?

FULGENCIA.

Un poco.

CELAURO.

A esto siempre se reducen
Los enojos de quien ama.
Esta noche ¿vas con él?

FULGENCIA.

Acúsame de cruel,
Y en este papel me llama.

CELAURO.

¿Tanto un papel enternece?

FULGENCIA.

No sé qué tiene de hechizo.

CELAURO.

¡Maldiga Dios quien le hizo,
Que tan tierno te parece!

FULGENCIA.

Maldígate Dios á tí.

CELAURO.

No digo quien le escribió.

FULGENCIA.

Para maldecirte yo,
Basta el papel.

CELAURO.

¿Cómo así?

FULGENCIA.

Porque cosa que ha tocado
Tal mano, queda su ofensa
A cuenta de mi defensa,
Como está un lugar sagrado.

CELAURO.

¡Oh pesa tanto rigor
Y mi loco sufrimiento!

FULGENCIA.

¿Qué ofensa en tu daño intento
Por tener á un hombre amor?
¿Soy yo tu sangre, por dicha,
Soy tu hermana ó tu mujer?

CELAURO.

No; pero debes de ser
Toda junta mi desdicha.
Pues véte, ingrata, en buen hora,
Aunque sea mal para mí;
Gózale, y goca de tí,
A pesar de quien te adora;
Que pues que no he merecido
De tí una palabra buena,
Yo haré que rabies de pena,
Como yo rabio de olvido.

FULGENCIA.

Tú, ¿qué me puedes hacer?

CELAURO. (Saca la daga.)

¡Vive Dios, que estoy de suerte,
Que estoy por darte la muerte,
Y acabarme de perder!

FULGENCIA.

¿Estás loco? ¿Para mí,
Para una mujer la daga!

CELAURO.

Sí, porque una puerta haga

Con que me saque de tí.

FULGENCIA.

¿Yo te tengo? Espera un poco.

CELAURO.

Bien dices que yo te tengo.

ESCENA IV.

LUPERCIO, SABINO, RISELO.

—DICHOS.

LUPERCIO. (Dentro.)

Loco de contento vengo.

SABINO. (Dentro.)

Y yo de contento loco.

(Salen Lupercio, Riselo y Sabino.)

CELAURO. (Disimulando.)

Puesta la mano, Señora,
Sobre esta daga, te juro,
Por ser cruz, que es su amor puro,
Y que Lupercio te adora.
Deja celos y quimeras,
Véte esta noche con él.

LUPERCIO.

¡Oh amigo noble y fiel!
Dame esos brazos, ¿qué esperas?

CELAURO.

¡Oh buen Lupercio! Primero
Los has de dar á Fulgencia.

LUPERCIO.

No sé si tengo licencia;
Pero obedecerte quiero. (Arrodillase.)
Y así, echándome á sus piés,
Veré si sus manos gano,
Subiendo del pié á la mano,
Y de ella al brazo después,
Y desde el brazo al abrazo,
Y del abrazo...

FULGENCIA.

Prosigue,

Porque tu hechizo me obligue

A ser de tus brazos lazo.

CELAURO. (Ap.)

¿Es posible que esto veo!

FULGENCIA.

¿Cómo has estado sin mí?

LUPERCIO.

Pregúntalo al alma en tí,
Infierno de mi deseo.
Fué como el mundo en su caos
Y sin forma, inanimadas
Las materias, y varadas
Sobre la tierra las naos;
Como en el limbo el rapaz...

—Mas no es comparacion buena;

Porque yo he tenido pena,

Y fui de gloria capaz.—

Cual tórtola sin hallar

Compañía alegre alguna;

Como sin el sol la luna,

Y sin la luna la mar;

Como el instrumento está

Sin la mano del que toca;

Como Tántalo, á la boca

La fruta que se le va;

Y como sin tí, mi bien,

Que eres mi causa y mi forma,

Quien me mueve y quien me informa.

SABINO.

Por siempre jamás amen.

Acaba, vamos de aquí;

Que me muero ya por veros

En casa.

LUPERCIO.

Hermosos luceros,

¿Posible es que os ofendi?

FULGENCIA.

Entra, Riselo, y dirás
A Leonela que me voy,
Y tráeme manto.

(Vase Riselo.)

ESCENA V.

LEONELA. — FULGENCIA, LUPERCIO, CELAURO, SABINO.

LEONELA.

Aquí estoy,

Y he sabido que te vas.
Pero, así me guarde Dios,
Que me pesa, aunque es tu gusto.

FULGENCIA.

¡Oh mi Leonela!

CELAURO.

Esto es justo.
Ea, despedios las dos.

LEONELA.

Déjala cubrir si quiera.

Pues Lupercio no porfia,

¿Qué quieres?

CELAURO.

Hermana mía,

Lo que es amor considera.
Déjalos; que tras pendencia
Es gran gusto la amistad.

FULGENCIA.

Cubierta estoy: perdonad.

LEONELA.

Adios, hermosa Fulgencia.

FULGENCIA.

Mi Leonela, adios, y ved

Que me habeis de ver.

LEONELA.

¿Pues no?

CELAURO.

Allá la llevaré yo.

FULGENCIA.

Hartíame mucha merced.

LUPERCIO.

Leonela y Celauro, adios.

LEONELA.

Adios.

CELAURO.

(Ap. á Fulgencia. Adios, tigre hircana.)

—Por quedarme con mi hermana,

No voy, Lupercio, con vos.

FULGENCIA.

Vos quedais bien ocupado.

LUPERCIO.

Vamos, señora enojada.

SABINO.

La cena está aparejada,

Y el amor por convidado.

FULGENCIA.

¿Qué dice Enriqueito?

SABINO.

Llora

Por su mama y por su taita,

Que apenas con una gaita

Le puedo acallar, Señora.

Vén, alegra aquella casa;

Entre el sol, la noche huya.

FULGENCIA.

Vamos, vamos.

SABINO.

¡Aleluya!

Hoy brindo...

RISELO.

¿A quién?

SABINO.

A Ganasa.

(Vanse Fulgencia, Lupercio y Sabino.)

ESCENA VI.

CELAURO, LEONELA.

LEONELA.

No dudo que habrás sentido,
Celauro, aquesta mudanza,
Porque, en fin, de tu esperanza
Riguroso viento ha sido.
¿Qué te embelesas? Qué miras?
Ea, ya pasó la calle.
¡Hola! Quiero despertalle.
Celauro.

CELAURO.

¡Ay Dios!

LEONELA.

¿Qué suspiras?

CELAURO.

Cual queda desvanecido
El niño que volar vió
El pájaro que pensó
Coger durmiendo en el nido;
O como queda el villano
Viendo la liebre correr,
Que la pensaba coger
En la cama con la mano;
O como queda despierto
El que dormido soñaba
Que en arca ó campo se hallaba
Algun tesoro encubierto;
O quien por un mal suceso
Soñaba en cautividad
Que ya estaba en libertad,
Y despierto se halla preso;
Así yo en la posesion
Del bien que estaba gozando,
Mi libertad vi soñando,
Y despierto mi prision.
Yo muero, hermana Leonela,
Sin remedio de remedio,
Aunque ponga de por medio
Toda Grecia su cautela.
¡Desventurado! ¿que haré?
Que ya se van á gozar.

LEONELA.

Tienes razon de penar.
Alabo, hermano, tu fe;
Que es la cosa que yo he visto
Mas digna de ser amada.

CELAURO.

Y tú la mas envidiada
De las que en ella conquisto;
Que al fin dormiste á su lado.

LEONELA.

Si vieras partes tan bellas,
Mas almas dieras por ellas
Que por lo exterior le has dado.

CELAURO.

Cuéntame, Leonela mia,
Algo de aquel ángel santo.

LEONELA.

¿Santo? No te alargues tanto,
Que toques en herejía.

CELAURO.

Mira, bien puedo llamar
Ángel santo una mujer
Virtuosa, sin hacer
Cosa digna de culpar.
Vive en sí y fuera de sí,
Y esto es mas de ángel que de hombre:
Luego en darle aqueste nombre
No estoy yo fuera de mí.

LEONELA.

No me mandes que te diga
Mas de que es un mármol pario.

CELAURO.

Para eso no es necesario
Haberle yo visto, amiga.
Ya sé que es mármol tan fuerte,
Que me resiste y me mata.
Pero lo demás retrata.
Y de otras cosas me advierte.

LEONELA.

Basta decir que es bien hecha,
Limpia, conforme y igual.

CELAURO.

Es hecha de un mármol tal,
Que ningún hierro aprovecha.
Y el mayor mito es querer
Hacer en esta ocasion,
Sin ser yo Pigmaléon,
De un mármol una mujer.

LEONELA.

Debajo del pecho izquierdo
Tiene un lunar peregrino.

CELAURO.

Luna en cielo tan divino,
¿Por qué no hará loco un cuerdo?
¿Qué color tiene?

LEONELA.

Muy buena,
Que parece en su blancura
Como sangre en nieve pura,
Y clavel con azucena.
Sale un cabello sutil
De en medio por tanto trecho.
Que puede dar vuelta al pecho.

CELAURO.

¡Hermoso lazo!

LEONELA.

Gentil.

CELAURO.

Milagro, Leonela, fuera
Que ese cometa de hielo
No tuviera en ese cielo
Rastro que muerte me diera.
Si no es en forma de espada
Para matarme su brazo,
Es á lo menos de lazo,
Y en mi cuello ejecutada.
¿Qué haré, si en mi cielo veo
Pronósticos de mi muerte?
Mas yo pienso hacer de suerte
Que ó vo muera ó mi deseo.
Quédate aquí; que en mi mal
Ya no hay remedio mayor
Que pretender por traidor
Lo que pierdo por leal.

(Vase.)

ESCENA VII.

LEONELA.

Menos lástima tuviera
A tu dolor inhumano,
Si lo que es amor, hermano,
Libre del mismo amor viera.
Pero tengo amor tambien,
Y conozco tu disgusto,
Aunque dél me alegre y gusto,
Pues me quitaste mi bien.
Hablé á Lupercio por tí,
Y viólo mi amado Otavio,
Que sentido deste agravio,
Vive quejoso de mí.
Pero ¿quién es el que viene
Sollozando y suspirando?

ESCENA VIII.

ARISTO, llorando. — LEONELA.

ARISTO.

¡Triste del que vive amando!
Galeras perpetuas tiene.
¡Ay de mí! ¿Qué podré hacer
Sin mi señor, solo y pobre?
¿Cuál otro hallaré en que cobre
Lo que en él vengo á perder?

LEONELA.

Aristo...

ARISTO.

Señora mía...

LEONELA.

¿De qué te enjugas los ojos?

ARISTO.

Porque cifra mis enojos
Mi desventura este día.

LEONELA.

¿Dónde queda tu señor?

ARISTO.

¿Dices Otavio?

LEONELA.

¿Pues quién?

ARISTO.

Ya le ha muerto tu desden.

LEONELA.

Mejor dijeras mi amor.

ARISTO.

¿Qué amor?

LEONELA.

El que le he tenido.

ARISTO.

Bien dices, pues ya es pasado.

LEONELA.

Dime, ¿adónde queda?

ARISTO.

Ha estado

Estos días escondido,
Y desta melancolla
Salió de consulta hoy
Irse á meter fraile.

LEONELA.

Estoy

Al cabo, por vida mia.
Ea, señores, á mí.

ARISTO.

Si no lo quieres creer,
Mañana le puedes ver.

LEONELA.

¿Qué me cuentas?

ARISTO.

Lo que vi.

LEONELA.

Ea, que es cosa de risa.

ARISTO.

No, sino de llanto es;
Que, los ojos en los pies,
Le he visto ayudar á misa.
Este papel me dejó
Para que te diese.

LEONELA.

Muestra.

ARISTO.

¿Qué amor, qué amistad la nuestra!
Sin tí, Señor, ¿qué haré yo?

LEONELA.

(Lee.) «Ingrata, pues ya tienes otro gusto,
Cubra este cuerpo un hábito de paño,
Que en invierno y verano venga al justo,
Luto á mi amor y fiesta de tu engaño.

«Esto quiero que pueda mi disgusto,
Y que aqueste papel, al fin de un año,
Sea carta de pago y finiquito
De nuestro amor.» — Bien breve viene
¿Tanto ha sentido el agravio? [escrito.]

ARISTO.

Ese papel lo confirma.
¿No dice Otavio la firma?

LEONELA.

Mejor fuera fray Otavio.
Pero ¿es de veras?

ARISTO.

Tan cierto

Como que contigo estoy.

LEONELA.

¡Ay, Otavio, que no soy
Causa deste desconcierto!
La culpa tuvo mi hermano,
Que me ha hecho hablar un hombre,
Y que mudándome el nombre,
El me requiebrase en vano,
Solo por amartelar
Una mujer con cautela.

ARISTO.

Ya no es posible, Leonela,
Que lo puedas remediar.

LEONELA.

¿Cómo no? Iré dando voces,
Y de allí le sacaré,
Y que es mi esposo diré.

ARISTO.

No podrás, así te goces.

LEONELA.

Pues si no, daréme muerte.

ESCENA IX.

OTAVIO. — Dichos.

OTAVIO.

Eso no, señora mía;
Que solo mi amor quería
Ver si es el tuyo tan fuerte.

LEONELA.

¡Jesus! ¿Que no es verdad?

OTAVIO.

No.

LEONELA.

¿Cómo entraste?

OTAVIO.

Vi á tu hermano

Salir fuera.

LEONELA.

Ese tirano
Nuestro disgusto causó.

OTAVIO.

Todo lo tengo entendido.

ESCENA X.

ALFREDO. — Dichos.

ALFREDO.

¿Es Otavio?

LEONELA.

Alfredo viene.

ALFREDO. (A Otavio.)

Mi señor que hablaros tiene.

OTAVIO.

Notable desdicha ha sido.
Sin duda que entrar me vió.
¿Adónde queda?

ALFREDO.

En la puerta

De Fulgencia.

LEONELA.

Yo soy muerta.

OTAVIO.

No es altereis.

LEONELA.

¿Cómo no?

Con achaque de visita
A Fulgencia, iré á su casa.

OTAVIO.

Cuando sepa lo que pasa,
Y este mi amor solicita,
No estará muy agraviado
Que entre en su casa, si ha sido
A título de marido.

ALFREDO.

¿No venís?

OTAVIO.

Voy.

LEONELA.

Vé á su lado.

(Vanse.)

Calle.

ESCENA XI.

CELAURO.

Ya solo de mi engaño me sustento,
Ya no tengo mas vida que mi engaño,
Con este engaño mi tormento engaño;
Que es verdad el engaño en mi tormento.
Con engaño se alienta el pensamiento,
Engañando su mismo desengaño; [ñó,
Y aunque este engaño ha sido por mi da-
El mismo engaño en engañarme sienta.
Mas ¿qué me quejo del engaño ¡ay
[triste!

Si deste engaño tengo el alma asida,
Engaño que de muchos me divierte?
Porque con este engaño se resiste
La fuerza del engaño de la vida,
Porque todo es engaño hasta la muerte.

ESCENA XII.

ALFREDO, ARISTO, OTAVIO. — CELAURO.

ALFREDO.

Aquí está Celauro.

OTAVIO.

Aquí

Está Otavio, que ha venido
A ver en qué sois servido
De mis cosas y de mí.

CELAURO.

Apártense los criados.

OTAVIO.

Véte, Aristo.

CELAURO.

Y tú también.

(Vanse Alfredo y Aristo.)

ESCENA XIII.

CELAURO, OTAVIO.

CELAURO.

¿Conoceisme?

OTAVIO.

Sí, y muy bien.

CELAURO.

¿Y mis padres?

OTAVIO.

Son honrados.

CELAURO.

¿No mas de honrados?

OTAVIO.

¿Qué mas?

CELAURO.

Caballeros.

OTAVIO.

Eso es menos,
Porque honrados dice buenos,
Que es punto deste compás.

CELAURO.

¿A qué entrastes en mi casa,
Si sabeis que honrados son,
Y su virtud y opinion
Por buena moneda pasa?
¿No sabeis que vive allí
Una mujer que es mi hermana
Y su hija?

OTAVIO.

Cosa es llana
Que lo supe y que lo vi.
Pero así me fué forzoso
Parx el intento que emprendo.

CELAURO.

¿Cómo así?

OTAVIO.

Porque pretendo

Servirla.

CELAURO.

¿Qué?

OTAVIO.

Soy su esposo.

CELAURO.

¿Sábenlo mis padres?

OTAVIO.

No.

CELAURO.

Pues es mal hecho.

OTAVIO.

No es,

Si lo han de saber después.

CELAURO.

¿Sin saberlo ellos ni yo!
Meted mano, Otavio.

OTAVIO.

Oid.

CELAURO.

No hay oír.

OTAVIO.

Eso es furor.

(Ríen.)

ESCENA XIV.

RISELO, LUPERCIO. — Dichos.

RISELO. (Dentro.)

Celauro riñe, Señor.

LUPERCIO. (Dentro.)

Di, necio, que riñe el Cid.

(Salen Lupercio y Riselo desenvainando.)

Fuera digo.

OTAVIO.

¿Cómo! ¿tres
Para un caballero solo?
Este es fraude, engaño y dolo.
Valdránme manos y piés. (Huye.)

ESCENA XV.

ARISTO y ALFREDO, que salen riendo. — CELAURO, LUPERCIO, RISELO.

ARISTO.

Tente, hombre.

ALFREDO.

Cuando riñe
El amo, es son concertado
Para que baile el criado,
Si es hombre que espada ciñe.

CELAURO.

Déjale, necio.

ALFREDO.

Huye, perro.

ARISTO.

¡Tantos á uno!

CELAURO.

Dejalde.

ALFREDO.

No lo llevará de balde,
Si con esta punta ciervo.

(Aristo huye.)

ESCENA XVI.

SABINO, que sale desenvainando. —
CELAURO, LUPERCIO, ALFREDO,
RISELO.

SABINO.

¡Fuera, bellacos! ¿Qué es esto?
¡A Lupercio, mi señor!

LUPERCIO.

Ten, majadero, el furor.

¿Dónde vas tan descompuesto?

CELAURO.

Paso; no lo oiga Fulgencia.

SABINO.

De cólera estoy perdido.

RISELO.

Como Santelmo has venido,
Acabada la pendencia.

SABINO.

¿No ha quedado por ahí
Alguna cosa fiambre?

LUPERCIO.

Vé, necio, á matar el hambre.
Apartaos todos de aquí.

ALFREDO.

¿Si vuelven?

LUPERCIO.

No volverán.

CELAURO.

Entraos allá.

RISELO.

A punto ponte.

SABINO.

Yo voy hecho un Rodamonte.

ALFREDO.

Yo un Rugero.

SABINO.

Yo un Roldan.

(Vanse Alfredo, Riso y Sabino.)

ESCENA XVII.

CELAURO, LUPERCIO.

LUPERCIO.

¿Qué ha sido aquesto?

CELAURO.

Todo niflería.

LUPERCIO.

¿Por qué has reñido?

CELAURO.

Digo que no es nada.

LUPERCIO.

¿Nada, Celauro, y tanta pesadumbre?

CELAURO.

No es nada, á fe de caballero.

LUPERCIO.

Basta,

No lo digais; que bien sé yo que en esto
Lo que es nada es mi amor, para que

Del vuestro merecer cosa tan fácil.

CELAURO.

¿Por eso os enojais?

LUPERCIO.

Pues ¿no os parece
Que es bastante ocasion para enojarme?

¿Esto se usa en amistad como esta?

En dos amigos ¿hay secreto alguno?

¿Qué os he negado yo, no de mis obras,

Que ese fuera de amor pequeño efeto,

Mas de mis pensamientos escondidos?

CELAURO.

Querido amigo, amigo mio del alma,

El negaros aquesto no procede

De poco amor ni de que soy ingrato,

Sino de ser negocio y causa vuestra.

El amigo, Lupercio, que es honrado,

A su amigo defiende con la espada,

Sin darle pesadumbre con la ofensa.

Esta os importa que yo calle.

LUPERCIO.

¡Bueno!

Tanto mas encendistes mi deseo,

Cuanto mi causa fué la defendida;

Que aunque los dos tengamos una cau-

Yo moriré si no la sé.

CELAURO.

No creo

Que puede ser, porque es de pesadum-

LUPERCIO.

Esa es mayor.

CELAURO.

Mirad, señor Lupercio,

Que os va la honra en este desengaño.

LUPERCIO.

Y en saberlo, Celauro, está mi vida,

Mi honra, gusto y salvacion.

CELAURO.

Es cosa

Que tiemblo de decilla.

LUPERCIO.

¿Sois mi amigo?

CELAURO.

Si soy.

LUPERCIO.

Pues ¿qué dudais?

CELAURO.

Temo el suceso.

LUPERCIO.

¡Oh pesia tal! Sacad la daga, y dadme
Por este corazon.

CELAURO.

Ahora bien, sea;
Que mi desdicha quiso que palabras
Hiciesen la pendencia antes de tiempo;

Que yo, Lupercio, le llevaba al campo.

LUPERCIO.

No dilateis, Celauro, con rodeos

Mi muerte, mi disgusto, mi deshonra.

CELAURO.

Va de deshonra, muerte y de disgusto.

—Sabed que las mujeres en el mundo

Nacieren para ser destruccion suya;

Y que supuesto que haya muchas bue-

Virtuosas y santas, hay algunas [nas,

Ingratas en extremo al amor nuestro,

Falsas, lascivas, locas y perjuras.

LUPERCIO.

Que no quiero preámbulos.

CELAURO.

Fulgencia...

LUPERCIO.

¡Ay, cuánto lo temí!

CELAURO.

Fulgencia, digo,

Aunque há diez años que tratáis sus co-
La sustentais, la regalais... [sas,

LUPERCIO.

¡Ay triste!

CELAURO.

Quiere bien á este Otavio.

LUPERCIO.

Eso es quimera.

Ni en mi vida le he visto por su calle.

CELAURO.

Yo sí, de dia y de noche, y aun alguna
Le he hecho salir della á cuchilladas,
De que es Alfredo buen testigo.

LUPERCIO.

¿Adónde

O cómo la habla?

CELAURO.

No hay cosa mas ciega
Que un pobre amante. Basta, aquesto
[basta.

LUPERCIO.

Prosigue, buen Celauro: ya te creo.

CELAURO.

¿Habian de llamarte por ventura
Los dias ó las noches que se hablaban?

LUPERCIO.

Bien dices: ciego estoy.

CELAURO.

Yo por tu gusto,

Y temiendo el disgusto deste dia,
Rogábale á este necio que dejase
Su loca pretension.

LUPERCIO.

¿Qué mas hacias?

CELAURO.

Hoy, finalmente, vi que su criado
Con un papel la hizo señas.

LUPERCIO.

¿Dónde?

CELAURO.

En la ventana.

LUPERCIO.

¡Bien!

CELAURO.

Llegué y quitésele,

Y viniendo á cobrarle el dueño infame,
Resultó la pendencia.

LUPERCIO.

El papel muestra;

Que aun viéndole no creo que es posi-
[ble

CELAURO.

Aun no le he visto yo. (Dale un papel.)

LUPERCIO.

Celauro, escucha

(Lee.) «Este necio de Celauro,

»Mi vida, me impide el verte;

»Mas hoy pienso con su muerte

»Gozar desta empresa el lauro.

»No llores, que es sin provecho,

»Sino procurame hablar;

»Sí, por vida del lunar

»Que cubre tu blanco pecho,

»Cuyo cabello sutil

»Es lazo de mi prision.»

—No mas, no mas; señas son

De Fulgencia, infame y vil.

No leo mas sus concetos,

Bastan estas señas ya;
Que creo que las dará
De otros mayores secretos.
¡Ay de mí! Verdad es todo.
¡Notable seña! ¿Qué dudo?
Porque saberla no pudo.
Sin gozarla, de otro modo.
¡Ay Fulgencia! Ay enemiga!
¿Estas tus lágrimas son?
¡Ay de mí sana intención!
¡Ay de mi antigua fatiga!
¡Ay de diez años de amor
Con tantas persecuciones!
¡Ay de mis obligaciones
Fundadas en tanto error!
¿Tus señas otro hombre! ¿Otro hombre!
De aquel cabello colgado,
En que estuve aprisionado
Con los hierros de tu nombre!
Tu lunar ó luna amengua
Su viva color leonada,
Ya de tu infamia eclipsada,
Y menguada de tu mengua.
¡Oh, maldiga Dios mi boca,
Que así celebró esa luna,
Ese lunar, si otra alguna
Le jura, le besa y toca!
¡Malditas mis manos sean,
Que se dejaron atar
De ese cabello al lunar,
En que otras manos se emplean!
Y mi desdicha también
Sea maldita, enemiga,
Pues á maldecir me obliga
Lo que fué todo mi bien.
Yo te amé, yo te adoré,
Yo estuve engañado así!

CELAURO.

¡Oh por Dios, vuelve ya en tí!

LUPERCIO.

Tarde ó nunca volveré.

CELAURO.

¡Ves cómo fuera mejor
Dejarte estar con tu engaño?

LUPERCIO.

No entendí que el desengaño
Viniera con tal rigor,
No entendí que una mujer
Fuera tan mujer, Celauro.

CELAURO. (Ap.)

Hoy mi perdición restauro.
Este la ha de aborrecer.

LUPERCIO.

Quédate aquí.

CELAURO.

No, por Dios;
Que querrás irle á matar.

LUPERCIO.

Bien se puede asegurar
Que hay una vida en los dos.

CELAURO.

Dame la palabra aquí
De no tocarla.

LUPERCIO.

Sí haré.

CELAURO.

Jura

LUPERCIO.

Por Dios y su fe.

CELAURO.

Otro juramento di.

LUPERCIO.

Pues por vida de la lumbre
Destos ojos, que es Fulgencia.

CELAURO.

¡Juramento de conciencia!
¿Es ironía ó costumbre?

LUPERCIO.

Es que quiero asegurar
Tu sospecha mal nacida;
Que jurando por su vida,
No se la quiero quitar.

CELAURO.

Vámonos, y tu amor sella
Con que no vamos allá.

LUPERCIO.

No podrá el alma, que está
Abrasándose por vella.

CELAURO.

Entretenerte es mejor.
Vamos á jugar.

LUPERCIO.

No puedo;
Que de verla tengo miedo,
Y de no verla mayor.

CELAURO.

¿Verla?

LUPERCIO.

¡Impórtame infinito.

CELAURO.

¿Eso Lupercio declara?

LUPERCIO.

Quiero ver si aquella cara
Pudo hacer este delito.

(Vase.)

ESCENA XVIII.

CELAURO.

¡Hay entrañas de león
Mas crueles que las mias,
Veneno en áspides frias,
Ni en Grecia mayor traicion?
¡Hay mas furia en el abismo?
No es posible; antes recelo
Que no ha hecho cosa el cielo
Como yo, sino yo mismo.
Amor, ¿qué es tu pensamiento?
Mas ¿qué te pregunto yo,
Después que el alma te dió
Su razon y entendimiento,
Pues querértela pedir
Es verme de mí distinto?
Ya estoy en el laberinto,
O he de salir ó morir.

(Vase.)

Sala en la casa de Lupercio

ESCENA XIX.

FULGENCIA.

Cuánto, y con cuánta razon
Arrogante debo estar
Júzguelo quien supo amar
Y tuvo satisfacción.
Amo un hombre que es espejo
De hombres en tallo y consejo,
Con quien mil contentos gozo,
Para mi regalo mozo,
Y para mi honra viejo.
Galan, discreto, aseado,
Limpio, apacible, animoso,
Liberal, cuerdo, alentado,
De mi vida cuidadoso,
Y de la suya olvidado;
Casado, aunque de secreto
Conmigo, que fué el efeto
Mas alto de voluntad,
Cuando tuvo á su amistad
Mi entendimiento sujeto.
Aunque ¿á cuál piedra tan dura
Dos hijos no enternecieran
De tan notable hermosura?
Que bastardos nunca hicieran

Legítima mi ventura.
Cuántas hoy tenéis amor,
Tened envidia al favor
Que el cielo en esto me ha hecho;
Que fuera del, no sospecho
Que puede haberle mayor.
Y tú, mi bien y mi dueño,
¿Dónde estás, que estás sin mí?
Ya no te tengo en empeño,
Ya eres mío, ya te di
El alma en precio pequeño.
Vén á ver aquestos ojos,
De tu víctima despojos,
En cuyas niñas retratas
El tallo con que me matas
Y me das celos y enojos.

ESCENA XX.

LUPERCIO, tristísimo.—FULGENCIA.

FULGENCIA.

¡Eres tú, Señor? Sí, él es.
Dame esos brazos que adoro,
Porque en tu prision estés;
Déjame asir el tesoro,
De toda el alma interés;
Que cual suele el avariento
Del cofre cada momento
Sacar el oro y contallo,
No menos avaro hallo
Contigo mi pensamiento.
Que aunque te tengo y poseo,
Si mil veces no te loco,
Si mil veces no te veo,
Pienso que te tengo en poco,
Y que ya no te deseo.
Eres mi tesoro, en quien
Las armas de su hacedor
Se ven esculpidas bien...
— ¡Ay! ¿qué es aquesto, Señor?
¿Qué enojo es este y desden?
¡Vos el sombrero en los ojos!
¡Vos los ojos en el suelo,
Que estos tienen por despojos!
Decidme, por Dios del cielo,
Si tenéis conmigo enojos.
Mi bien, alma desta vida,
¿Qué os he dicho? ¿Qué os he hecho?
¿No hablais?

LUPERCIO.

¡Ah, mujer fingida,

Áspid que entraste en mi pecho,
Y estás en el alma asida!
Sanguíjuela de mi honor,
Que en él pegada, has sacado
Toda su sangre mejor;
Fuego en nieve disfrazado,
Pensamiento de traidor,
Amigo vil que te alejas
En viendo pobreza y quejas;
Víbora que concebí
Que para salir de mí
El pecho abierto me dejás;
Rayo que me has abrasado
Dejando sano el vestido;
Enemigo perdonado,
Ingrato que me has vendido,
Y deudo que me has negado;
Enmascarada homicida,
Calentura lenta asida
Con tan tibio proceder,
Que no se echando de ver,
Está acabando la vida;
Fuego secreto sin llama,
Que nunca de abrasar cesa;
Vil en obras, casta en fama,
Arpia en mi alegre mesa
Y Clitemnestra en mi cama;
Mujer de quien este ser
Aun no quisiera tener,
Mujer que tan mal viviste,

Que por ser mujer quisiste
Dejar de ser mi mujer...
— Abreviemos de razones
Sin hablar, sin preguntar
Causas justas ni ocasiones;
Que esta daga ha de pasar
Aquí tus dos corazones:
El mío que está en el tuyo,
Y el tuyo que está en el mío.
Concluye; que aquí concluyo.

FULGENCIA.

Si eso es justo, señor mío,
Matadme, aquí estoy, no huyo.
Pero si acaso no es justo,
Decidme vuestro disgusto...
— Mas esta réplica es fea;
Que para que justo sea,
Basta ser de vuestro gusto.
Véis aquí el pecho, pasadle
De suerte que no toqueis
Este inocente; guardadle,
O heridme si vos queréis,
Y por la herida sacalde;
Que os juro, dulce Señor,
Que en mi vida os ofendí,
Si no es ofensa el amor;
Que el quereros mas que á mí
Me obligaba á algun rigor.
Hoy salistes de mis brazos:
¿Por qué casos tan siniestros
Quereis hacerlos pedazos,
Pudiendo hacer de los vuestros
A mi cuello estrechos lazos?
¿Qué os han dicho, mi señor,
Dulce bien mío y mi vida,
Que con tanto desamor
Me llamais vuestra homicida,
Fe falsa y paz de traidor?
Que de que vos me mateis,
Que soy vuestra humilde hechura,
Ningun agravio me haceis;
Siento por mas desventura
Solo el ver que me afrenteis.
¿Queréismelo decir?

LUPERCIO.

Calla,

Calla, sierpe venenosa,
Que entre la yerba se halla,
Flor de adelfa, araña en rosa,
Con mas hierros que una malla.
No quieras saber lo que es;
Que no habrá muerte decente.

FULGENCIA.

Alto, Señor, si así es,
Dejadme, como inocente,
Que me arrodiille á esos piés.
Ya que todo se me niega,
Que cubrais mis ojos ruega
Con una toca mi boca;
Pero no ha menester toca
Mujer que ha estado tan ciega.

LUPERCIO.

¿Que cubra me persuades
Tus ojos? ¿Oh error profundo!
Bien saben sus liviandades,
Que no hay ya toca en el mundo
Con que cubrir tus maldades.
Esa toca es que me toca
Matarte y lavar mi honor,
Y si á toca me provoca,
Es para cegar á amor,
Que esta sentencia revoca.
Porque aunque es ciego, es de arte
Este mi amoroso fuego,
Que para no perdonarte,
Ha de estar dos veces ciego,
Porque una venda no es parte.

FULGENCIA.

Tres estamos á este fiero
Sacrificio prevenidos;

Tú con el desnudo acero,
Hechos piedras los oídos,
Inexorable y severo;
Yo cual víctima inocente,
Y el ángel que condolido
Te está diciendo: «Detente,»
En mis entrañas metido,
Y á la ejecución presente.
El te detenga, y Dios sea
En mi guarda.
(Va él á darla con la daga y se detiene.)

LUPERCIO.

(Ap. ¿Qué temor

Me detiene, que no vea
La venganza de mi honor,
Que es lo que el alma desea?
¿Oh amor, que en tener mi acero,
Como con alas estás,
Eres ángel, aunque fiero!
Basta, que pudiste mas;
Basta; obedecerte quiero.
Y pues que nadie ha sabido
Que con esta estoy casado,
¿Qué obligación me ha corrido?
Qué leyes me han obligado
De las que tiene un marido?
Alto, dejalla es mejor.)
¡Hola, Riselo, Sabino!

ESCENA XXI.

SABINO, RISELO. — Dichos.

RISELO.

¿Qué es lo que mandas, Señor?

LUPERCIO.

En lo que hacer determino,
Será replicarme error;
Porque, vive Dios, si al hecho
Que intento replica en nada
Alguno, aunque sin provecho,
Que la cruz de aquesta espada
Le sirva muriendo al pecho.

SABINO.

¿Pues, Señor, ¿qué ira es esta?

LUPERCIO.

Vaya, no haya mas respuesta.
Traed á Estéban y á Enrique.

FULGENCIA.

Ea, nadie le replique.

SABINO. (Ap.)

Tragedia ha sidola fiesta.

(Vanse Sabino y Riselo.)

ESCENA XXII.

LUPERCIO, FULGENCIA.

FULGENCIA.

¿Y no podré yo saber,
Mi señor, dónde los llevan?

LUPERCIO.

Donde no los has de ver.

FULGENCIA.

¿Señor! ¿Enrique; ay! y Estéban!
Partid con esta mujer.

LUPERCIO.

Ya no; que no lo eres mía.

FULGENCIA.

Mi bien, mi señor...

LUPERCIO.

Desvía.

FULGENCIA.

¿No son bienes gananciales?

LUPERCIO.

Los hijos no; celestiales,
Que el cielo los da y envía.

FULGENCIA.

Llévao á Estéban, Señor...

LUPERCIO.

Aunque él mismo lo suplique.
Vete, infamia de mi honor.

FULGENCIA.

Dejadme, Señor, á Enrique,
Que me costó mas dolor.
Dejadme, señor mío,
Porque un retrato me quede
De esa cara, talle y brio;
Que este consolarme puede,
Ya que os vais con tal desvío.

ESCENA XXIII.

SABINO, con los dos niños. — Dichos.

SABINO.

Aquí los niños están.

LUPERCIO.

Vénte conmigo.

SABINO.

Yo iré.

FULGENCIA.

Espérate y me verán;
Que verlos yo no podré,
Segun mis lágrimas van.
Hijos, yo soy la mujer
Del mundo mas desdichada.
Vuestra madre solia ser;
Ya soy madrastra culpada,
Y que no os tengo de ver.
Si acaso vivís, y acaso
Sabeis por quién esto paso,
Vengadme dél, hijos míos.

LUPERCIO.

¿Qué notables desvarios,
Cuando en cólera me abraso!
Quitálos de ahí.

FULGENCIA.

¿Señor!

— Angeles, besadme.

LUPERCIO.

Suelta.

FULGENCIA.

¿A mí con tanto rigor!

LUPERCIO.

Suelta, adúltera, resuelta
En la infamia de mi honor.

FULGENCIA.

Gracias á Dios, que ya sé
Por qué es aqueste castigo!
¿Yo te he ofendido?

LUPERCIO.

Y no fué

Ese lunar mal testigo
Del eclipse de tu fe.

FULGENCIA.

Pues oye.

LUPERCIO.

No hay mas que oír.

FULGENCIA.

¿Dónde, vas?

LUPERCIO.

A un monte voy.

FULGENCIA.

Allá te quiero seguir.

LUPERCIO.

Mataréte.

FULGENCIA.
Muerta estoy.
No he de volver á morir.
LUPERCIO.
Vuélvete.
FULGENCIA.
Señor...
LUPERCIO.
Detente;
Que aumentaré tu castigo.
FULGENCIA.
¡Hijos, hijos!
LUPERCIO.
¡Ah insolente!
FULGENCIA.
A Dios pongo por testigo
Que estoy de culpa inocente.

ACTO TERCERO.

Bosque cercano á un pueblo.

ESCENA PRIMERA.

FULGENCIA.

Desesperados pasos,
¿Dónde llevais tan lejos de la muerte,
Después de varios casos,
Mi triste vida? Pues mi triste suerte,
Si no la pone en medio,
No puede hallar á tanto mal remedio.
Y tú, causa de todo,
Lupercio mío, ¿dónde vas huyendo,
Sin advertir el modo
Con que te van mis lágrimas siguiendo,
Que ya mis pies se quedan
Atrás, pues no podrán cuando mas pue-
Cual la tigre parida, [dan?
A quien el cazador los hijos lleva,
Y en los hijos la vida,
Salgo furiosa de la oculta cueva,
Y voy al agua adonde
Entre la tierra y mar me los esconde.
Días há que camino
Por este monte en busca tuya, ingrato,
Con tanto desatino,
Que de ninguna fiera me recato;
Que no puede haber fiera
Que iguale tu crueldad y tu carrera.
¿Dónde llevas, tirano,
Esos pedazos de mi sangre y vida,
Si ya tu propia mano
No ha sido de las suvas patricida,
Y en parte los desmiembra,
Y cual Medea por la tierra siembra?
¡Oh qué dura venganza!
¡Oh qué fiera de hombre nunca vista!
Y mas que la esperanza,
Por mas que á mis temores se resista,
Conoce que no puedo,
Cobrar el bien de que desierta quedo.
Pues ¿qué tarda la muerte,
Que no acaba una vida tan errada,
Pues no hay cosa que acierte,
Ni alguna en que no viva lastimada?
Y ¿en qué tendrá esperanza
Quien desea su mal, y aun mal no al-
Posible es que no pueda, [canza?
Ya que el dolor no pueda, el miedo
Desta áspera arboleda [grave
Tanto en mis fuerzas, que mi vida aca-
¿Quién dice que es flaqueza, [be?
Ni fué, nuestra comun naturaleza?
¡Ay Dios! ¿qué gran ruido!
¡Si fuese alguna fiera rigurosa,
Como la que el vestido

De Tisbe hizo pedazos animosa?
Que no haya miedo que entre
En otra cueva que su mismo vientre.

ESCENA II.

BELARDO, SIRENO, FELICIO.—FUL-
GENCIA.

BELARDO.
Par diez, que se ha de comprar
El sayuelo y la basquiña,
Aunque se venda la viña,
O que no me he de casar.

FELICIO.
No digo que no, muchacho,
Son ¹ que sea conforme al dote.

BELARDO.
¡Oh pesar de mi capote!
Ya decís que estoy borracho.
¡Voto al sol y á treinta soles,
Que han de ser los mas polidos!

FELICIO.
¡Ha de irse todo en vestidos?
¿Somos por dicha españoles?

SIRENO.
Callad, Felicio, en buen hora,
Dejad que su esposa vista.

FELICIO.
Que la vista y la revista;
Que ya yo sé que la adora,
Y tambien sé que merece
La muchacha cualquier cosa;
Que, á la fe, es limpia y hermosa.

SIRENO.
Pues si es eso, ¿qué os parece?
¿No es justo, pese á mi sayo,
Que se lo compre de seda?

FELICIO.
¡Ved lo que el demonio enreda!

BELARDO.
Vended mi bucy.

FELICIO.
¿Cuál?
BELARDO.
El bayo.

FELICIO.
¡Hay tal locura! ¡El bayuelo!
¡Tal alhaja has de vender
Para dar á una mujer
Una basquiña y sayuelo!

BELARDO.
Pues bien, ¿es el bucy persona?
¡La comparacion es linda!
¿No me sirve mas Lucinda,
Que cuece, guisa y jabona?

SIRENO.
Y mas si es porque te ama,
Y tú la tienes amor.

BELARDO.
¡Sí, que un bucy será mejor
Para acostalle en la cama!
Padre, caminad; que hoy quiero
Comprar sayuelo y faldilla.
El mejor que halle en la villa.

FELICIO.
Tú gastas bien tu dinero.

BELARDO.
En vuestro tiempo era bien
Vestir las novias de paño.
Sabad, padre, que este año
Se muda el paño tambien.

FELICIO.
Pues bien haces si le mudas;

¡Sino.

Que al tiempo que yo gozaba,
La virtud vestida andaba,
Y las personas desnudas.
Ahora, por la inquietud
Con que se alteran las vidas,
Van las personas vestidas,
Y desnuda la virtud.

SIRENO.
Dejáos de filosofías.

BELARDO.
Padre, padre, yo no os quiero
Aquí para consejero.

FELICIO.
No llegarás á mis días.

BELARDO.
¿Pensáis que son muchos daños?
¡Plega á las desdichas mias,
Que no llegue á vuestros días
Y pase de vuestros años!

SIRENO.
¡Hola! ¿quién va por aquí?

FELICIO.
¡Ay Dios! ¿y qué puede ser?

FULGENCIA.
Soy una triste mujer,
Que por serlo me perdí.

BELARDO.
¡Válame Dios! ¿De qué suerte?

FULGENCIA.
Un hombre que me sacó
De mi casa, me dejó
Aquí en manos de la muerte.
Robóme, y en la espesura
Desta montaña quedé,
Donde hasta ahora no hallé
Ni el lugar ni la ventura.
¿Cómo se llama esta aldea?

SIRENO.
La que veis es San German,
Y por esta senda van
A Olavia y á Claridea.

BELARDO.
Padre, ¿veis este vestido?

FELICIO.
Pues bien.

BELARDO.
Pues así ha de ser.

FELICIO.
¿Quiéreste echar á perder?

BELARDO.
No, padre, ya estoy perdido.

(Lleva á un lado á Fulgencia y la ha-
bla aparte.)

¡Sabréisme acaso decir,
Dueña, que Dios os mantenga
Mientras vuestro amante venga,
Y en después hasta morir,
Qué os costó la ropa y saya?

FULGENCIA.
¿Para qué queréis sabello?

BELARDO.
No me va tan poco en ello,
Cuando sabido lo haya;
Porque sabed que me caso,
Si no lo habeis por enojo,
Y me ha venido en antojo
Vestir la novia de raso.
Este buen viejo es mi padre,
Gran hombre de mi desprecio;
Pero sabed que es un necio
Desde el vientre de su madre.
Diz que de paño no exceda,
Que la seda viste el Rey;
Y yo con vender un bucy,
Hago una reina de seda.

Querría saber de vos
A qué os llega stay y ropa.

FULGENCIA.

(Ap. Mis desdichas van en popa.)
¿Que te casas?

GERARDO.

Si, par Dios.

FULGENCIA.

¿Sabes qué es el casamiento?

GERARDO.

Un buen día, cena y baile,
Y aun me sé que éterto fraile
Dijo que era sacramento.
Pero lo que fuere sea:
Cuando el hombre tiene amor,
Nunca escoge lo mejor;
Que no hay ojos con que vea.
Ya les rogaba yo allá
Que me la diesen a cata.

FULGENCIA.

Ropa tendrás mas barata,
Y en fin la tienes acá.

GERARDO.

¿Cómo?

FULGENCIA.

Trácame el vestido
Por alguno de sayal.

GERARDO.

Par Dios, que sois liberal.

FULGENCIA.

Bien se ve en lo que he perdido.

GERARDO.

Veníos conmigo quedito,
Que os daré ropa y dinero;
Que es este viejo un partero.

FULGENCIA.

Vamos. (Ap. Hoy mi dicha imito.
Ya no hay temor que me rinda;
Segura podré pasar.)

GERARDO.

Pardibre, que ha de quedar
Hecha una reina Lucinda.

(Vanse Fulgencia y Belardo.)

ESCENA III.

FELICIO, SIRENO.

FELICIO.

¿Fuese aquel, Sireno?

SIRENO.

Si,

Y se llevó la mujer.

FELICIO.

¿Verá el diablo!

SIRENO.

Es Lucifia.

FELICIO.

Así, cuando mozo, fui.
Pero temo su salud;
Que aunque es la dama polida,
Así sola y bien vestida
Arguye poca virtud.

ESCENA IV.

GERARDO, SABINO. — Dichos.

GERARDO.

¿Qué me cuentas, Sabino?

SABINO.

Lo que oyes.

GERARDO.

¿Hay tan extraño caso!

SABINO.

Yo te juro

Que le han llorado bien aquestos ojos,
FELICIO.

Gerardo es este, el dueño de la hacienda.
—Retrate, Sireno, entre estos árboles:
No nos llame baldíos, como suele.

SIRENO.

Vamos; que trae pesadumbre, y creo
Que este paje chismoso le ha traído
Algunas travesuras de Lupercio.

(Vanse Felicio y Sireno.)

ESCENA V.

GERARDO, SABINO.

GERARDO.

¡No me dirás la causa que fué origen
De aquesta desventura?

SABINO.

Tu dureza.

GERARDO.

Ne te piden, Sabino, mis desdichas
Que las resuelvas tanto.

SABINO.

Pues advierte...

GERARDO.

Prosigue las obsequias de mi muerte.

SABINO.

Después que de aquesta aldea
Pasó Lupercio á la corte,
Trocando en galas de hidalgo
Las abarcas y el capote,
Sacó el talle de la funda
Mas gallardo, airoso y noble
Que jamás tuvo mancebo
De cuantos tiene el Piamonte.
Pusieron en él los ojos
Muchas damas; pero vióse
Que el amor es accidente,
Y que es gusto el que se escoge.
De todas amó á Fulgencia,
Que era á su gusto conforme;
Que parece, á ser posible,
Que las almas se conocen.
Mujer hermosa en extremo,
Y bien nacida, aunque pobre,
Secreta en sus libertades,
Y astuta en sus condiciones.
Desde el día que Lupercio
Comenzó á decille amores,
Nació Lucrecia otra vez,
Otra Porcia y Penelope.
Comenzaron á quererse,
Creciendo amor desde entonces,
Tanto, que en edad de niño
Fué gigante en sus pasiones.
Diez veces dió vuelta Febo,
O discurrieron diez soles
Del Aries al Pez, y fueron
Las lunas diez veces doce,
Mientras preso amor le tiene;
Que dicen que cuando coge,
Abre una puerta de cera,
Y cierra cuatro de bronce.
Nacieron de aquesta trato
Dos niños como unas flores;
Llámanse Estéban y Enrique:
Permita Dios que se logren.
Lupercio viendo á los ojos
Sus hijos y obligaciones,
Ellos dos y dos mil ellas,
Quiere que la deuda cobren.
Casóse con gran secreto,
Y cree que corresponde
Esto á ser noble y cristiano,
Y lo contrario se opona.

GERARDO.

¿Que se casó?

SABINO.

No lo dudes.

GERARDO.

Dime lo demás.

SABINO.

Casóse,

Y vivía mas contento,
Libre de tantos temores;
Pero como á las espaldas
Del bien siempre el mal se esconde,
Y el oro de la fortuna
Se gasta, y descubre el cobre,
Comenzó un infame amigo
A traellos desconfornes;
De manera que á Lupercio
Le dijo dos mil traiciones.
La última fué de suerte,
Que el triste una triste noche
Tomó sus hijos, y fuése
Por lo oculto deste monte.
Siguióle la triste dama;
Mas no es posible que cobre
Sus hijos ni su esperanza,
Ni ellos vuelvan ni ella torne.
Yo, que los iba siguiendo,
Perdílos junto á la torre
Que esta montaña atalaya,
Dando suspiros y veces,
Donde créo que ella ha muerto
Por la maldad de aquel hombre,
Y que Lupercio y sus hijos...—
¿Lloras?

GERARDO.

¿No quieres que lllore?

Parte, Sabino, otra vez;
Llama mi gente y pastores,
Lleva toda aquesta aldea,
Si no quieres que me arroje
Desta peña en este río,
Que de mis lágrimas corre:
Ten lástima que estas canas
El suelo de yerba adornen.
¡Ay mis hijos!

SABINO.

Quiera el cielo
Que los halle, y tú los goces. (Vase.)

GERARDO.

¡Cuán mal lo que dél está
Quiieren impedir los hombres!
Como la fortuna es vidrio,
Cuando mas luce se rompe.
¡Ay Lupercio! ¡Ay hijo mío!
Pues te llamo y no respondes,
Ni habrá bien que no me falte,
Ni habrá mal que no me sobre.

ESCENA VI.

FULGENCIA, en traje de serrana. —
GERARDO.

FULGENCIA. (Sin ver á Gerardo.)

Si á la desdicha valiera,
Como la que yo he tenido,
Mudar el traje y vestido
Para que no conociera,
¡Cuán libre della quedara
De la manera que voy,
Pues apenas de quien soy
Sola una parte declaro!
Troqué el vestido... ¡Ay de mí,
Que hablaba sin ver que había
Quien escucharme podía!
¡Jesus! ¡Cortesano aquí!
Pero este debe de ser
El señor de aquesta hacienda.
Aun no sé si hablarle emprenda.

GERARDO.

¿Quién sois, hija?

FULGENCIA.

Una mujer.

GERARDO.
¿Qué buskais?

FULGENCIA.
Dueño, Señor;
Que he perdido el que tenía,
Quizá porque le servia
Con tal cuidado y amor.
Si vivis en esta aldea,
Servios de mi persona,
Que mi desdicha me abona
Para que fiadora sea;
Que si me desamparaís,
Segun mi tristeza es fuerte,
Luego me daré la muerte.

GERARDO.
¡Ay hija! ¿Tan triste estáis?

FULGENCIA.
No tengo igual en el mundo.

GERARDO.
Por triste quiero acogeros,
Por consolarme de veros
Triste en mi dolor profundo.

FULGENCIA.
Luego ¿triste estáis?

GERARDO.
Estoy
Perdiendo á gran prisa el seso,
Del daño de un mal suceso.

FULGENCIA.
Sin duda á mi centro voy.
¿Qué daño os ha sucedido?

GERARDO.
He perdido un hijo honrado,
Por no haberle yo estimado
O no haberle merecido.
Y porque Dios me depare
Lo que perdi, estoy contento
De daros acogimiento.

FULGENCIA.
El os le traiga y ampare.
¿Es muy pequeño?

GERARDO.
Es ya hombre.

FULGENCIA.
¿Cómo se pudo perder?

GERARDO.
Por una mala mujer,
Que tiemblo en decir su nombre.

FULGENCIA.
¿Era en aqueste lugar?

GERARDO.
No, hija; en la villa fué,
Adonde yo le embarqué
Para perderle en la mar.
Que si aquí en aquesta sierra,
Adonde yo lo he criado,
Le hubiera siempre guardado,
Menos peligros encierra.

FULGENCIA.
¿Cómo, Señor, se llamaba?

GERARDO.
Lupercio.

FULGENCIA.
¡Válame Dios!

GERARDO.
Hija, ¿conocéisle vos?

FULGENCIA.
Sí, Señor, con él estaba.

GERARDO.
¿Cómo?

FULGENCIA.
Servile diez años
Allí en casa de Fulgencia,
Y eso lloro en mi conciencia.
¡Ay, ay!

GERARDO.
¡Sucesos extraños!
¿Que le serviste?

FULGENCIA.
¿Pues no?

GERARDO.
Diz que se casó con ella.

FULGENCIA.
Mereciáselo ella.

GERARDO.
¡Ay hija, que le engañé!
Pasan de seis mil ducados
Los que de renta tenía.
Pero contadme, hija mia,
Sucesos tan desdichados.

FULGENCIA.
De aquí á casa, señor mio,
Os diré cuanto ha pasado.

GERARDO.
Basta; que al cielo han llegado
Los suspiros que le envío.
Sin este consuelo os llevo
Por prenda suya tambien.

FULGENCIA. (Ap.)
¿Que este es padre de mi bien?
¡Oh cielo, cuánto te debo!
(Vanse.)

ESCENA VII.

LUPERCIO.

Asperos montes, de tinieblas llenos
Por resistir al sol con vuestras ramas,
Cuevas de lobos, y leones camas,
De sierpes, basiliscos y venenos;
Cielo, que con relámpagos y truenos
Su intrincada maleza desenramas,
Y por entre estos robles y retamas
Quieres herir los infernales senos;
Aguas, que despenadas de la suerte
Que el llanto mio. vais por campos rasos;
Que no hay estio que su yerba queme;
Si no es este camino de la muerte,
Decidme, ¿dónde van tan tristes pasos?
Que quien desea morir, la vida teme.

ESCENA VIII.

BELARDO, con el vestido de Fulgencia. — LUPERCIO.

BELARDO.
¿Hase vido igual ventura?
¿Que así me diese un vestido
Tan costoso y tan polido?
Todo este mundo es locura.
Lucinda, que sayal viste,
De aquesta seda se agrada,
Y estotra, á seda enseñada,
Quiere sayal pardo y triste.
Esto es ya cosa entendida
Y averiguado argumento,
Y es que nadie está contento
Del estado de su vida.
¡Oh, cuál se le ha de poner
Lucinda, aunque al viejo asombre!

LUPERCIO.
(Ap. Quiero pedir á este hombre
Si trae algo de comer.)
¡Buen hombre!

BELARDO.
¡Válgame el cielo!

¿Quién sois?

LUPERCIO.
Soy un peregrino.
No temais, no hayais recelo.

BELARDO.
¿Qué! yo no tengo temor.
(Ap. ¿Si habrá por adónde huya?)
Dígame, por vida suya,
¿Es ladrón ó salteador?

LUPERCIO.
A ver aqueste vestido:
BELARDO. (Ap.)
El me le quiere quitar.

LUPERCIO.
¡Ay triste!
BELARDO.
No hay que mirar;
Que en verdad que está polido.
Y que para no mentir,
Para una novia se ha hecho;
Mas vénele un poco estrecho,
Y llévole á hacer abrir.

LUPERCIO.
¿Quién te dió, villano, infame,
Este vestido?

BELARDO.
¡Ay, Señor!
Piedad.

LUPERCIO.
¿Qué piedad, traidor,
Sin que tu sangre derrame?
¿Qué se ha hecho la mujer
A quien desnudaste?

BELARDO.
¡Ay triste!

LUPERCIO.
Di presto lo que la hiciste.
BELARDO.
¿Debímelas de comer?

LUPERCIO.
Di presto, ó aquesta espada
Te hará otra lengua en el pecho.
BELARDO.
Ni la desnudé, ni he hecho
Cosa en que fuese agraviada.

LUPERCIO.
Pues ¿cómo hubiste el vestido?
BELARDO.
Señor, un novillo overo,
Celoso, insufrible y fiero,
Y de mi ganado huido,
La mató en esta sendeja,
Y dos pastores y yo
Luego al punto que espiró
La llevamos á la iglesia,
Y á mí me cupo del hato
Esto que veis.

LUPERCIO.
¿Que un novillo
La ha muerto!

BELARDO.
Entre este tomillo.
La dió la vuelta del gato;
Y aun en verdad que discierno
Distintamente su mal;
Que aquí ha de estar la señal
Por donde la metió el cuerno.

LUPERCIO.
Suelta, ¡maldigate Dios!
Villano, vil, ignorante,
O quitateme de delante,
Porque haré, si me replicas,
Lo que Hércules cuando Licas
De Deyanira su esposa
La camisa ponzoñosa
Le trujo y le dió en presente.

BELARDO.
Yo me iré tan brevemente,
Que su merced no lo vea.

1 Verso suelto entre aconsonantados.

(Ap. ¿Que para tan poco sea,
Que así me deje engañar?
Que este se me ha de quedar
Con mi vestido? ¡Hay tal cosa!
¿Qué hará mi Lucinda hermosa?
Bañará en agua el jardín,
Rosa, clavel y jazmin
De su rostro celestial.

LUPERCIO.

¡Hay pena y desdicha igual
Como lo que miro y toco?

BELARDO. (Ap.)

Hasta, que este, haciendo el loco,
Se queda con el vestido.

LUPERCIO.

Villano, ¿que no eres idiota?

BELARDO.

Esperad; que voy por gente. (Vase.)

ESCENA IX.

LUPERCIO.

Trae diez, trae doce, trae veinte,
Trae mil, trae el mundo todo,
Porque ya yo estoy de modo
Que no tengo qué temer.
¡Triste! ¿Qué habemos de hacer,
Muerta aquella que solía
Ser alma por quien vivía
Este espíritu cansado?
Que aunque es verdad que afrentado
Di en venirme como loco,
No la he querido tan poco,
Que aunque me agravia la olvide.
¡Oh cielos! venganza pide
La muerte de mi Fulgencia:
Por eso dadme paciencia,
O quitadme el sentimiento.
Toro feroz y sangriento,
Que mueras corrido en coso,
¿Cómo mataste celoso
A quien yo no la di muerte,
Siendo mi celo mas fuerte,
Y el dueño de aquella ofensa?
¡Plega á Dios que en recompensa,
De tu contrario vencido,
Bramando vayas huido
Entre esta ciega espesura!
¡Plega á Dios que la figura
En que eres signo del cielo,
Caiga de su esfera al suelo,
Y mil pedazos te haga!
¿Qué habrá que me satisfaga,
Cielos, Fulgencia perdida?
¿Para qué quiero la vida?
¿Hay alguno que la quiera?
¿No hay un áspid, una fiera?
Mas ¿por qué me desespero?
¿No me agravió? Pues ¿qué quiero?
¿Qué pretendo? ¿Qué me mata?
¿No fué á mis obras ingrata?
Pues ¿qué su muerte lamento?
Mas ¡ay! que sin fundamento
Di crédito á un falso amigo,
Y sin parte y sin testigo
Quise pronunciar sentencia
Contra la humilde Fulgencia,
Porque no pudo agraviarme
La que por solo buscarme
Perdió la vida y la fama.
Parece que aquesta rama
Con sus brazos me convida
A que me quite la vida
Arrojando un lazo en ella.
Perdi mi Fulgencia bella,
Perdi juntamente el alma.
Pero ¿qué vitoria y palmas
Saco deste mal consejo,
Si mis tristes hijos dejo
En esta cueva escondidos,

Adonde serán comidos
De algun oso ó tigre fiero,
O si aqui me desespero,
La hambre podrá matarlos?
Mejor será sustentarlos
De aquestas silvestres frutas,
Y del agua destas grutas,
Aspera, fria y salobre,
Pasando esta vida pobre
En penitencia que abone
El haber muerto á Fulgencia,
Si puede haber penitencia
Que mi delito perdone.

ESCENA X.

BELARDO, FELICIO, SIRENO, OR-
SINDO, PINARDO. — LUPERCIO.

BELARDO.

Digo que me le quitó,
Y que con él se me va.

SIRENO.

¿No sabrémos dónde está?

BELARDO.

Entre estas ramas quedó.

ORSINDO.

Estos espesos castaños
Un ejército cubrieran.

LUPERCIO. (Ap.)

Estos villanos se alteran
Para aumento de mis daños.
Quiero del monte salir
Con mis hijos al aldea;
Que ellos son causa que sea
Hoy mi enemigo el morir;
Que si hijos no tuviera,
Que son del alma pedazos,
O los matare en mis brazos,
O entre sus brazos muriera.

(Vase.)

ESCENA XI.

BELARDO, FELICIO, SIRENO, OR-
SINDO, PINARDO.

PINARDO.

¡Pardiez, Orsindo! si él era
Salteador, no andaba á solas.
Ya que bandera enarbolas,
Forme escuadron tu bandera:
No quede mozo ninguno
En San German que no venga.

FELICIO.

Como desto aviso tenga,
No creo que falte alguno.
Vendrá Peloro, Salicio,
Nemoroso, Alfesibeo,
Felinardo, Rosileo,
Pánfilo, Ergasto y Claricio,
Que cada cual por el cuerno
Derriba al suelo un novillo.

BELARDO.

Pardiez, que me maravillo
De vuestro engaño y gobierno.
Cuando este salteador
Tenga tres hombres, es todo.

ORSINDO.

Pues andemos de ese modo
Todo el monte al rededor
Hasta que con él topemos.

BELARDO.

Orsindo ha dicho muy bien.
¿Viene Pinardo?

PINARDO.

Tambien.

Seguidme todos.

ORSINDO.

Si haremos.

(Vase.)

Entrada de un pueblo.

ESCENA XII.

LUPERCIO, con sus hijos.

LUPERCIO.

Reliquias de aquel ángel, que ya pisa
Con su dorada planta las estrellas,
Mirando aqueste llanto con su risa,
Y los suspiros con que llego á ellas,
No os espanteis si os traigo tan aprisa,
Cubriendo de agua vuestras frentes be-
[llas;

Que no guarda mi vida mas la vuestra
En fortuna tan áspera y siniestra.
Hijos, estas pequeñas caserías
Fueron de vuestro padre nacimiento.
Aqui gocé de mis primeros días,
Libre del mal que en los presentes siento.
Todas aquestas huertas eran mías,
Y cuanto por aqui refresca el viento,
Pues hoja sin ser mía no se mueve,
Ni oveja arroyo destes prados bebe.
Mi padre quiso que á la corte fuese
Al apuntar de mi primero bozo,
Y el cielo quiso que á Fulgencia viese,
La madre vuestra y de mi honor destrozó;
Y el amor quiso que á un traidor creyese,
Libre y precipitado como mozo,
Para perder por tan ligera cosa.
Vosotros vuestra madre, y yo mi esposa,
Llamemos pues, á ver si algun criado
De los que cuando está mi padre ausente
Guardan su casa, nos da un pan prestado
Ó de limosna en la ocasión presente.
Cual pródigo á sus puertas he llegado;
Pero guardo ganado diferente:
Que sois vosotros mis corderos tiernos,
Quejosos de mis ásperos gobiernos.
¡Ah de casa! Ah gente honrada!
¡Criados de buen señor!

ESCENA XIII.

FULGENCIA. — DICHOS.

FULGENCIA. (Dentro.)

¿Quién está ahí?

LUPERCIO.

¿Qué furor!

Puerta rica al fin, cerrada.
¡Ah Señora! ¿Habrá por dicha
Para dos niños y un padre,
Si acaso haber sido madre
Os mueve á ver su desdicha,
Algun pedazo de pan?

FULGENCIA. (Dentro.)

¿Hijos decís?

LUPERCIO.

Hijos digo

De madre muerta.

FULGENCIA. (Dentro.)

¡Ay amigo!

¿Son los que con vos están?

LUPERCIO.

Estos, mi señora, son.

(Sale Fulgencia con un panecillo.)

FULGENCIA.

¡Cielos! ¿Qué es esto que veo?

LUPERCIO.

¡Ay Dios! ¿Si es de mi deseo
Esta sombra ó ilusión?
Esta ¿no es Fulgencia? ¡cielos!
¿Cómo en casa de mi padre?

FULGENCIA.

¡Hijos de mi alma!

LOS NIÑOS.

¡Madre!

FULGENCIA.

Suelta, traidor.

LUPERCIO.

Soltarélos;

Y cree que me ha pesado
Que sea tu vida cierta,
Aunque creyéndote muerta
Mil lágrimas he llorado.
Muerta tú, pensó mi honra
Estar soberbia y altiva;
Pero aquí, viéndote viva,
Vuelve á vivir mi deshonra.
Y pues con haberte visto
Vuelvo á ver mi deshonor,
Vanamente con mi amor
A tus maldades resisto.
¿Tú con mi padre? Tú aquí?
Tú viva? Tú labradora?
Tú en mi casa? Tú señora?
Tú darme limosna á mí?
¿Qué puede querer tu pecho
Que agora á tu gusto cuadre,
Sino deshonrar al padre,
Como al hijo, infame, has hecho?
Algun Simón de su casa
A ella trujo esta joya,
Como el caballo de Troya,
Que ya la enciende y abrasa.
Pues tus hijos, bien ha sido
Dártelos, para que sean
Los soldados que pelean,
Y de tu vientre han salido.
Da ese pan á esas arpías,
Que bien será de dolor;
Podrán pelear mejor,
Que há que no comen, tres dias;
Que yo me vuelvo, y quisiera
Haber hallado la muerte
Primero que hablarte y verte.

FULGENCIA.

¿Mi bien!

LUPERCIO.

Suelta.

FULGENCIA.

Espera, espera.

(Vase Lupercio apresuradamente.)

ESCENA XIV.

FULGENCIA y sus hijos.

FULGENCIA.

¿Hay entre los fieros scitas,
Caribes ó lotofagos,
Ni en los abarimos lagos
Crueldades mas inauditas?
Hay hombre que quiera mas
Ni que se parezca menos?
Dime, cifra de venenos,
¿Dónde huyes? ¿Dónde vas?
Pero véte donde quieras,
Cazador acobardado,
Pues mis hijos he cobrado,
Como tigre en tus riberas.
Anda, aborrece á Fulgencia,
Si te ha cansado su trato;
Que yo te prometo, ingrato,
Que vuelvas á la querencia.
Huye, y déjame con ellos;
Que ya sospecho que vas,
Villano, volviendo atrás
La cabeza para vellos.
Anda pues; que si no sabes
Quién son en esta ocasion,
Las llaves del alma son:
Tú volverás por las llaves.
Hijos, pues os he cobrado,
Buen Lupercio en vos me queda.

ESCENA XV.

GERARDO. — FULGENCIA, sus hijos.

GERARDO.

¿Que un perdido hallar no pueda
Quien guarda tanto ganado?
¿Ay larga desdicha mía!
Terencia, ¿qué haces aquí?

FULGENCIA.

A dar este pan salí
A un pobre que lo pedia.

GERARDO.

¿Quién son estos niños?

FULGENCIA.

Son

Sus hijos, que aquí ha dejado
Por no caminar cargado.

GERARDO.

¿Qué Benjamín y Absalon!

FULGENCIA.

Son bonitos.

GERARDO.

Como un oro.

FULGENCIA.

A esta traza eran tus nietos.

GERARDO.

Si ellos eran tan perfectos,
Mayores pérdidas lloro.
¿A qué va el padre á la corte?

FULGENCIA.

A ver si un deudo que tiene
Le socorre.

GERARDO.

A tiempo viene,

Que mas que el deudo le importe.
Ávisame, y le daré,
Por estos niños no mas,
Cincuenta escudos.

FULGENCIA.

Harás

Como quien eres, á fe;
Que es hombre que ha sido rico;
Y de un traidor con fiado,
Se va triste y desterrado:
Yo por él te lo suplico.

GERARDO.

Mayores cosas, Terencia,
Son las que me has de pedir.

FULGENCIA.

Y yo os tengo de servir
De hoy mas con mas diligencia.

GERARDO.

Hija, si no pareciere
Lupercio, quiero casarme,
Porque no venga á heredarme
Alguno que mal me quiere.
Y si tengo de escoger,
Yo no he menester dinero;
Mi gusto, Terencia, quiero,
Y tú has de ser mi mujer.

FULGENCIA.

Bésos, mi señor, las manos
Por tan singular favor;
Pero fáltame valor,
Y son pensamientos vanos.

GERARDO.

Terencia, para mis canas
Esa virtud y gobierno
Tienen valor casi eterno.

FULGENCIA.

Damás habrá cortesanas
En quien hagais eleccion.

GERARDO.

Terencia, eleccion he hecho;

Que tu noble y casto pecho
Me ha robado el corazon.
Tú has de mandar esta hacienda;
Tus hijos la heredarán.

FULGENCIA. (Ap.)

No dice mal; que aquí están.

GERARDO.

Tú serás mi amada prenda.
Voy agora á ver si hay nueva
De aquel perdido; tú en tanto
Guarda este secreto cuanto,
Terencia, á mi honor se deba;
Que tú te verás señora
Desta casa.

(Vase.)

FULGENCIA.

Dios te guarde.

ESCENA XVI.

FULGENCIA y sus hijos.

FULGENCIA.

¿Hay mas fortunas que aguarde!
Mas ¿de qué me quejo agora?
Que antes me ha venido bien
Para hacer un nuevo engaño;
Que me ha enseñado mi daño
A hacer engaños tambien.
Yo quiero decir que si
A este viejo en lo que intenta;
Que ya se me representa
Que engaño á Lupercio así;
Que como en torno de casa
Por sus hijos ha de andar,
Oír á todos publicar
Cómo su padre se casa;
Y sabiendo que es conmigo,
Ha de entrar por estas puertas,
Donde las del alma abiertas
Acojan su dulce amigo.
Vamos para que lo emprenda,
Hijos, y tened consuelo;
Que ya dice vuestro abuelo
Que habeis de heredar su hacienda.

(Vase.)

Bosque.

ESCENA XVII.

SIRENO, FELICIO, PINARDO, con CELAURO, herido, ayudándole á andar, y BELARDO, con la espada.

FELICIO.

Andad, amigo.

CELAURO.

No puedo;

Que es esta herida mortal,
Y la causa de mi mal
La que me da mayor miedo.
Tengo á Dios muy ofendido;
Y así, para el mal que siento
Os tomo por instrumento.

BELARDO.

Dad acá luego el vestido.

CELAURO.

¿Qué vestido?

BELARDO.

El que hoy aquí,
Ruín hombre, me habeis tomado.

CELAURO.

En este punto he llegado
De la ciudad.

SIRENO.

¡Eso sí!

Estáis cercano á la muerte,
¿Y negais lo que es verdad?

CELAURO.
Tened, pastores, piedad
de mi mal áspero y fuerte.
Mirad que es grande rigor;
Acabadme de matar.

BELARDO.
Luego ¿quereis negar
que no sois el saltador?

CELAURO.
¿Yo saltador?

BELARDO.
El que agora
Un vestido me ha robado.

CELAURO.
Soy un caballero honrado,
Que en la ciudad vive y mora;
Que en busca de una mujer
Voy por el mundo perdido.

BELARDO.
Dad acá luego el vestido.

FELICIO.
Que te engañes puede ser.
Mira bien, hijo Belardo,
Si es él quien te lo tomó.

BELARDO.
Voto al sol, que me quitó
Hasta el capotillo pardo!

CELAURO.
Mira, hermano, que te engañas;
Que soy caballero noble.

BELARDO.
¿Oh! que os cuelguen de ese roble
Para que perdais las mañas.

PINARDO.
Tá, ¿no sabes bien que es él?

BELARDO.
Como que vos sois Pinardo.

PINARDO.
Pues ¿qué aguardais ó qué aguardo?
Muestra, Sireno, el cordel.

FELICIO.
No le ahorqueis, por vida mía,
Sino atalde en esa rama.

BELARDO.
Perro, saltador de fama,
Hoy es de tu muerte el día.
Aquí atado quedarás,
Hambre fieras ó hambre fiera
Te acaben.

SIRENO.
A no que quiera
Darte el vestido.

BELARDO.
No hay mas.
Voto á mi vida, Sireno,
Que le ha de comer un lobo!
(*Atale a un árbol.*)

PINARDO.
Aquí pagaréis el robo,
Saltador de engaños lleno.

FELICIO.
Barto mejor os sería
Decir adónde tenéis
El vestido.

BELARDO.
Aquí estaréis,
Ladron.

CELAURO.
¡Ay desdicha mía!

SIRENO.
Vámonos luego al aldea,
Y contémoslo á nuestro amo.

FELICIO.
Camina pues.

BELARDO.
Ese ramo
Quiero que tu horca sea.

PINARDO.
Pardiobre, con ella alinda.

SIRENO.
Y aun poco castigo ha sido.

BELARDO.
A él le mata el vestido,
Y á mí el amor de Lucinda.
(*Vanse los villanos.*)

ESCENA XVIII.

CELAURO, atado.

Fábricas de la tierra, polvo, nada,
Vano, mortal, caduco fundamento,
Esperanzas de viento, que en el viento
Parais al fin, en fin de la jornada.
Máquina de soberbia levantada
En las alas del loco pensamiento,
Razon dormida, ciego entendimiento,
Señora voluntad desenfadada;
Icaro corazon, Faetonte pecho,
Que cara á cara al sol miró la suya,
Hoy nuestro laberinto se ha deshecho.
¡Oh justo Juez! ¿quién mirará la tuya?
Ya de la muerte llega el paso estrecho.
Piedad, Señor; que no hay adónde huya.

ESCENA XIX.

LUPERCIO, sin usar á CELAURO.

LUPERCIO.
¿Qué sirve huir de lo que voy siguiendo?
¿Por qué aborrezco lo que mas adoro?
¿Qué me finjo contento cuando lloro?
Y ¿por qué sano si me estoy muriendo?
¿Por qué, si soy culpado, reprehendo?
Si pobre soy, ¿por qué desprecio el oro,
Busco mi honor, y pierdo mi decoro,
Y si vencido estoy, vencer pretendo?
¿Por qué de lo que busco mas me alejo,
Y huyo de gozarios si lo toco? [No]
Y si sé que es mi bien, ¿por qué me engaño
Y si lo tengo ya, ¿por qué lo dejo?
Debe de ser porque el amor es loco,
Y cansado del bien, procura el daño.

CELAURO.
¡Ah caballero!

LUPERCIO.
¿Quién se queja?

CELAURO.
Un hombre
Casi en el mortal tránsito.

LUPERCIO.
¿Oh qué lástima!
¿Válgame Dios! ¿qué es esto?

CELAURO.
¿Cielo santo!
¿Es Lupercio?

LUPERCIO.
¿Es Celauro?
CELAURO.
Soy el mismo.

LUPERCIO.
Abrazame, querido hermano mío,
Y dime la ocasion de tu desdicha.

CELAURO.
Desviarte de mí.

LUPERCIO.
¿Por qué, Celauro?
¿Qué tienes tú para que yo me aparte?
Aguarda, amigo, y con aquesta lienzo
Te limpiaré la sangre.

CELAURO.
No la limpies,
Si no quieres beberla, aunque es mas
[justo]
Que te venga de mí con ir corriendo
Desde mi boca hasta tus piés.
(*Lupercio desata á Celauro.*)

LUPERCIO.
¿Qué dices?
¿He sido por ventura yo la causa
Destas heridas por buscarme?

CELAURO.
El cielo
Quiere que tenga vida hasta que sepas
Cómo por causa tuya me castiga.

LUPERCIO.
¿Por causa mía!

CELAURO.
Escucha atentamente;
Que quiere Dios que la verdad te cuente.
Sin saber que era tu esposa
La desdichada Fulgencia,
En ella puse los ojos,
Y el corazon puse en ella.
Descubrite mis deseos;
Pero su honrada vergüenza
Me arrojó de sí mas fácil
Que el arco arroja las flechas.
Yo, con la de amor herido,
Con celos quise vencerla,
Llevándote á hablar la dama,
Que fué mi hermana Leonela.
Hice que te oyese y viese;
Pero puse al fuego leña,
Volviéndose contra mí
Las mismas armas secretas.
Después fingí lo que sabes,
Lupercio, de Otavio y de ella;
Otavio, que de mi hermana
Goza, y merece sus prendas.
Porque en su vida la vió;
Que de la carta las señas
Mi hermana me las contaba,
Que fué quien durmió con ella.
Cuando vi que te seguía
Por estos bosques y peñas,
Vine tras ella, pensando
Hacer á Fulgencia fuerza.
Pero en lo bajo que cubren
Retamas, brezos y adelfas,
Me toparon seis villanos,
Dijera mejor seis fieras,
Y pidiéndome un vestido,
Con cayados y con piedras,
Llamándome saltador,
Me han puesto desta manera.

LUPERCIO.
¿Ay de mí triste! Celauro,
¿Que es posible que tú seas
La causa desta desdicha
Y la ocasion de las nuestras?
¿Que tú me hiciste el engaño
Que tanta pena me cuesta?

CELAURO.
Yo soy, Lupercio piadoso;
Y así, mi maldad te ruega
Desnudes aquesta espada
Y me atraveses con ella,
Para que, muerto á tus manos,
Tú mismo vengues tu ofensa.

LUPERCIO.
Celauro, yo no soy hombre
De los que en muertos se vengán,
Sino de los que perdonan
A quien su maldad confiesa.
Tú has causado mi deshonra;
Y yo tu muerte, aunque fuera
Mejor excusarla, causo.

CELAURO.

¿Tú mi muerte? ¡Oh gloria inmensa!
 ¿Cómo, Señor? ¿Cómo, amigo?
 Para que salga contenta
 El alma que te ha ofendido
 En ver que á tus manos muera.

LUPERCIO.

Ese vestido, Celauro,
 Fué de la triste Fulgencia,
 Que le llevaba á la villa
 Un villano de la aldea.
 Quitésele yo, pensando
 Consolarme con sus prendas,
 Y él ha juntado esta gente,
 Hijos de este monte y sierra,
 Que teniéndote por mí,
 Te han dado muerte.

CELAURO.

Yo era,
 Lupercio, el que merecía
 La muerte que ya se acerca;
 Y pues lo permite Dios,
 Lévame adonde merezca
 Decirle esta culpa y otras.

LUPERCIO.

Vén, que mis hombros te llevan.
 Dios sabe con qué piedad
 Soy de tu desdicha Enéas.

CELAURO.

Eres noble; aun no conoces
 La carga infame que llevas.
 (Vase.)

Sala en casa de Gerardo.

ESCENA XX.

LEONELA, OTAVIO, *de camino*,
y GERARDO.

GERARDO.

De que honreis aquesta casa
 Estóy contento en extremo.

OTAVIO.

Antes enojaria temo
 Viendo lo que en ella pasa;
 Que me han dicho que os casais,
 Y estará ocupada toda.

GERARDO.

Antes la casa y la boda
 En esta ocasion honrais;
 Porque segun es secreta,
 Hacer padrinos queria
 A los que en mi caseria
 Está mi hacienda sujeta,
 Que son dos viejos honrados;
 Pero, pues habeis venido
 Seréis padrinos, que ha sido
 Ventura de mis cuidados.
 Y pues solo vais á ver
 De vuestra hacienda el agravio
 O el aumento, amigo Otavio,
 Con vuestra hermosa mujer
 Detenéos aquí dos días.

OTAVIO.

¿Qué dices, Leonela?

LEONELA.

Digo
 Que obedecer tal amigo
 Son honras vuestras y mías.
 Apadrinemos su boda.

GERARDO.

¡Hola! sacadnos asientos.

ESCENA XXI.

FULGENCIA.—DICHOS.

FULGENCIA. (Ap.)

¿Con qué extraños pensamientos
 Este engaño se acomoda!

LEONELA.

¿Es la novia?

FULGENCIA.

Soy, Señora,
 Vuestra esclava.

OTAVIO.

¡Gran presencia!

LEONELA.

¡Fulgencia, amiga Fulgencia!

FULGENCIA. (Ap. á Leonela.)

Calla, mi Leonela, agora,
 Y advierte al oído...

LEONELA.

Di.

OTAVIO.

A fe que es la novia hermosa.

GERARDO.

Sentáos, mi querida esposa,
 Y sentáos vos junto á mí.

(Siéntanse.)

ESCENA XXII.

PINARDO.—DICHOS.

PINARDO.

Par Dios, nuesamo, que me pesa mucho
 De traeros acá tan tristes nuevas,
 Y en día de tan alto regocijo.

GERARDO.

¿Qué nuevas dices?

PINARDO.

Que Lupercio es muerto
 A manos de unos fieros labradores,
 Que por saltador en este monte
 Le mataron con palos y con piedras,
 Y un hombre hasta el lugar le trujo en
 [hombros.]

GERARDO.

¡Misero yo! ¿qué escucho?

FULGENCIA.

(Oh triste nueva!

Afuera fingimientos y disfraces,
 Afuera enredos. ¡Ay de ti, Fulgencia!
 Fulgencia soy, Lupercio fué mi esposo;
 Muerto Lupercio, ya Fulgencia es muerta.
 Gerardo, ingrato padre de mi gloria, [ta.
 Esos niños que ves son nietostuyos;
 Mira por ellos, sirveles de padre
 Mas noble que lo has sido de Lupercio,
 En tanto que el cuchillo deste estache
 Pasa este pecho y abre puerta al alma.

GERARDO.

Tenelda, amigos. Gente de mi hacienda,
 Salid todos aquí, tenelda todos.

ESCENA XXIII.

PASTORES.—DICHOS.

GERARDO.

Hija, ya que me falta mi Lupercio,
 No pierda yo tu alegre compañía.
 Serás mi hija, herederás mi hacienda;
 Tus hijos son mis nietos.

OTAVIO.

(Hay desdicha.

Que con esta, Leonela, se compare!
 ¡Ah señora Fulgencia!

LEONELA.

¡Ah mi Fulgencia!

FULGENCIA.

(to.

Dejadme, perros; que Lupercio es muerta.
 Furia soy, ya no soy Fulgencia; afuera.

GERARDO.

¡Hija de mis entrañas! no te mates.

ESCENA XXIV.

SABINO.—DICHOS.

SABINO.

Albricias, mi señor.

GERARDO.

(Oh mi Sabino!

¿Qué albricias puede haber, Lupercio
 SABINO. [muerto?

Lupercio vive, y viene á toda prisa
 A remediar la culpa que cometes
 En que con su mujer quieres casarte.

GERARDO.

¡Lupercio vive!

FULGENCIA.

¡Ay Dios!

SABINO.

(Lupercio vive;

Que el herido es Celauro, y le han cura-
 Y no son las heridas de peligro. [do,

LEONELA.

¡Celauro herido! ¡Ay triste! que es mi
 SABINO. [hermano

No tengais pena; que no son heridas
 De peligro, cual digo.

OTAVIO.

A verle vamos.

SABINO.

Esperad; que traerle á casa quieren.

ESCENA XXV.

LUPERCIO, *desatinado*.—DICHOS.

LUPERCIO.

Si no fueras, padre ingrato,
 Mi padre, en esta ocasion
 Tomara satisfacion
 De la maldad de tu trato.
 ¿En qué ley cristiana ó mora
 Se usa que pueda ser
 Casarte con mi mujer,
 Como lo intentas ahora?

GERARDO.

¡Hijo mío!

FULGENCIA.

¡Esposo amado!

LUPERCIO.

Desvia, falsa, engañosa.

FULGENCIA.

Fué esta boda fabulosa
 Para darte algun cuidado.
 Tu padre con ignorancia,
 Y yo por traerte aquí,
 Lo habemos trazado así;
 Que no hay cosa de importancia.

GERARDO.

Desta manera ¿yo soy
 El engañado?

FULGENCIA.

Es forzoso.

GERARDO.

Pues quiero ser el quejoso;
 Que al fin de los dos lo estoy.

FULGENCIA.

No harás; que los dos aquí
Nos echamos á tus piés
Para que perdon nos des.

GERARDO.

¡A un viejo engañar así!

LUPERCIO.

Ea, Señor; que aquí es justo
Adviertas si justo ha sido
Que haya á Fulgencia querido.

GERARDO.

Hoy alabo tu buen gusto.
Tu disculpa y mi perdon
Llegan juntos, y las nuevas
De tu vida.

LUPERCIO. (A Leonela.)

Que me debas
La de tu hermano es razon.
Yo te contaré el suceso.

LEONELA.

Estoy, Lupercio, sin mí.

ESCENA XXVI.

FELICIO, con LOS DOS NIÑOS. — DICHOS.

FELICIO.

Los niños están aquí.

LUPERCIO.

¡Oh, mi Enrique! dadme un beso.

GERARDO.

Suelta; que estos ya no son

Tus hijos.

LUPERCIO.

¿Pues cuyos?

GERARDO.

Mios,

Porque no aprendan tus bríos.

LUPERCIO.

Echales tu bendicion.

GERARDO.

Desde agora los señalo
Mil ducados de alimentos,
Y á vos por los fingimientos,
Dos mil, sin algun regalo.
Doy quinientos á Sabino
Con mi criada Armelinda.

FELICIO.

¿Y á Belardo con Lucinda?

GERARDO.

De la boda el pan y el vino;
Que hoy es día en que restauro
Mis hijos.

FULGENCIA.

Todos te alaban.

LUPERCIO.

Aquí, Senado, se acaban
Los embustes de Celauro.

LOS LOCOS DE VALENCIA,

COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO,

DIRIGIDA AL MAESTRO SIMON XABELO.

PREGUNTA Aristóteles, doctísimo maestro, la causa por qué los hombres desean mas parecer buenos, que serlo y no lo parecer, y responde él mismo que porque *solus homo honoris est particeps*, lo que tambien dijo en los *Tópicos*; de que nace que cualquiera lo apetece; pero la naturaleza huye el trabajo. *Virtutes autem non nisi labore consequimur*. Y á este propósito trae Marco Antonio Zimara las palabras del mismo filósofo en el primero de los *Elencos*: que la naturaleza de los sofistas es desear mas parecer sabios, que serlo y no lo parecer. Notablemente cuadra con algunos arrogantes desta edad este problema, que con ingenios bárbaros, cortos estudios ó ningunos, quieren adquirir la opinion que no merecen; y pareciéndoles que los otros la consiguen, escurecen sus vigiliass con sus desprecios. ¡Terrible razon de estado de la envidia, pensar que matando la opinion de los otros con impropérios, suceden ellos en el mayorazgo de la fama, que no se adquiere con violencia, detraccion y envidia, sino con méritos, obras y trabajos, á quien llamó Stobeo padres de la buena fama! Fué opinion de San Gregorio, que no era perfecto en sus obras á quien contradecia la malicia de su lengua: *Nec in sermone laudabilis qui hoc quod loquitur opere non ostendit*. Mas ¿quién persuadirá á la calumnia, hará paces con la envidia, y humillará la arrogancia? Cuando Platon dijo que el hombre recibe gloria de lo que sabe, sintió la que naturalmente reconoce en sí y se sigue al virtuoso estudio, y esta jamás excedió las justas márgenes de la humildad, fundamento de la mas alta sabiduría. Ya vuesamerced, por lo que ha vivido en España y su corte, habrá conocido y visto lo que digo, y asimismo en muchos sabios y doctos desear mas serlo que parecerlo, si bien no huyendo el premio á sus desvelos, méritos y trabajos; y otros, cuya ignorancia le quiere á pesar de la razon y del conocimiento ajeno, por quien dijo el poeta toledano:

Si estuvieran contentos de sí mismos,
No murmurarían del ingenio ajeno.

Verdaderamente halló Diógenes bien la semejanza destes hombres en las armas lustrosas y doradas, pues *non similia sunt interiora exterioribus*. Si el ánimo es cobarde y la arrogante aparien-
cia cubre la interior ignorancia, señor maestro, creamos que son locos; y á este propósito lea vuesamerced esta comedia, que tiene el mismo título, y sale á luz á la sombra de su clarísimo nombre, que en tan tiernos años solicita la espectacion de tan insignes frutos. Mas no la mire con los ojos del arte que á las antiguas, griegas y latinas, terencianas ó aristofánicas, en cuyas lenguas es tan docto como nos muestran sus escritos; de quien fuera justo que yo hiciera aquí grandes elogios; pero basta el de nuestro amigo:

Honrad, musas, á Simon,
Que ha peregrinado á España
Como á Sicilia Platon;

sino con la benignidad que ha mostrado siempre, honrando y defendiendo mis escritos de la calumnia de algunos que, después de imitallos, los condenan, y cuyas objeciones no sirven mas que de mostrar sus ánimos; porque *necesse est* (por opinion del filósofo) *alteram partem contra-dictionis esse veram*.

Capellan de vuesamerced,
LOPE DE VEGA CARPIO.

LOS LOCOS DE VALENCIA.

PERSONAS.

FLORIANO.
VALERIO.
REINERO.
ERIFILA.
FEDRA.

GERARDO.
VERINO.
LEONATO.
PISANO.

TOMÁS.
MARTÍN.
LIBERTO.
LAIDA.

BELARDO.
CALANDRIO.
MORDACHO.
LOCOS Y LOCAS.
GENTE.

La escena es en Valencia.

ACTO PRIMERO.

Arboleda á la entrada de Valencia, inmediata al hospital de locos.

ESCENA PRIMERA.

VALERIO, FLORIANO.

FLORIANO.
Acabo de llegar en este punto.

VALERIO.
Por Dios, que estoy de veros, Floriano,
Mas que vuestro color, muerto y difunto.

FLORIANO.
¡Ah buen Valerio! dadme aquesta mano.
En vos está mi vida.

VALERIO.
¿De qué suerte?
FLORIANO.
Oh amigo en amistad, en sangre her-
Yo he dado... [mano]

VALERIO.

Hablad;
FLORIANO.
Yo he dado...

VALERIO.
Decid.

FLORIANO.
Muerte.

VALERIO.
¿A quién?
FLORIANO.
¿Oyenos álguien?

VALERIO.
Nadie.

FLORIANO.
A un hombre,
Que por mi mal...

VALERIO.
Decidlo; ¿qué os divierte?

FLORIANO. [bre
No os espanteis, Valerio, que me asom-
Bel mas pequeño murmurar del viento.

VALERIO. [bre.
¿Quién es? Acabad ya, decidme el nom-
FLORIANO.

Vendráme tanta gente en seguimiento,
Que es justo de mi mismo recelarme.

VALERIO.
Mas muerto estáis que el muerto.

FLORIANO.
Estadme atento.

Para poder mejor asegurarme
De las contrarias armas y violencia
Que sin número salen á buscarme,
Haciendo á la hambre infame resisten-
Desde que á pié salí de Zaragoza [cia,
Hasta que vi los muros de Valencia,
Sin ver poblado mas que alguna choza,
Donde cualquier pastor partió conmigo
El negro pan que en soledades goza,
Vengo como me veis, Valerio amigo;
Que aun no tuve lugar de ver mi casa.

VALERIO.
Solo quiero saber vuestro enemigo.
¿Quién es este hombre muerto?

FLORIANO.
Si álguien pasa,
Podráme suceder...

VALERIO.
¿Es caballero?
FLORIANO.
No sé, por Dios.

VALERIO.
¿Ah voluntad escasa!
O no os fiais de mí como primero,
O hacéis burla de mí.

FLORIANO.
Ya me declaro.
Sabad que he muerto al príncipe Reine-
VALERIO. [ro.

FLORIANO.
¡Jesus! ¿Qué mal suceso!
FLORIANO.

Extraño y raro.
Matar un caballero humilde y pobre
Un sucesor de un reino!

VALERIO.
El daño es claro,
Porque por mas industria que nos so-
Un enemigo poderoso, es fuerza [bre,
Que al fin del mundo á su enemigo co-
FLORIANO. [bre.

Si me desmaya el alma que me es fuerza,
Que es solo vuestro amor, á quien acudo,
En mi garganta un vil cordel se tuerza.
Cuando me veo de favor desnudo,
Y despreciar algunos por el vuestro,
¿Me respondeis así!

VALERIO.
Vuestro bien dudo,
No porque rompa el lazo estrecho nues-
[tro
(Que ¡ojalá que mi sangre os libertara,
Que agora hierve en el lugar siniestro!)
Mas porque el alma ve al temor la cara
Tan amarilla y fea, que la obliga

A imaginar el mal que le declara.
Hecho es en fin; no hay mas, no hay mas
[que os diga.
Industria vence al enemigo fuerte,
Porque es de los peligros grande amiga.
Mas ¿cómo ó sobre qué le distes muerte?

FLORIANO.
Matéle en una calle de una dama,
Donde le traje mi contraria suerte.

VALERIO.
La mas parte de sangre que derrama
El hierro que afló nuestra malicia,
Causa, tirano amor, tu ardiente llama.

FLORIANO.
Con dos hombres, en forma de justicia,
Arrodelados bien, quiso matarme
Con muestras de tiránica codicia.
Yo entonces, por poder mejor librarme,
En una calle angosta retiréme,
Y allí como un león vino á buscarme.
Mas como aquel que ya morir no teme,
Cruzando las espadas en estrecho,
Tirándole un revés, arrodeléme,
Y en ese mismo ser, caminé al pecho
Con tal destreza entre el broquel y el
Que allí cayó difunto. [brazo,

VALERIO.
¿Extraño hecho!

FLORIANO.
Presumo que la espada hasta el recazo
Pudiera entrar, segura de la suya,
Que por el hombre me pasó un pedazo.
Huíme, porque es bien que luego huya
El que ha salido bien de un mal suceso;
Aunque en contrario desto el duelo ar-
[guya.

Vi que era él en que lloró mi exceso,
Diciendo: «¡Ay hombre triste! ¿á quién
[has muerto?
Mas no eres tú, sino mi poco seso.
Yo soy el desdichado Rei...» Y es cierto
Que entonces desmayé de tal manera,
Que mas que el Rei... estaba helado y
[yerto.

Salí por una encrucijada afuera,
Puse en la vaina la mellada espada,
Llena de sangre, que aun aquí me altera,
Y antes que el alba amaneciese helada,
Caminadas tenía nueve leguas:
Tanto pica al temor la muerte airada.

VALERIO.
Si fueran por el golfo de las Yeguas,
O por el extendido de Narbona,
Con el contrario me obligara á treguas;
Mas no sé dónde esté vuestra persona
Segura de enemigos. ¿Quién podría
Sacaros á la mas ardiente zona?

¡Mal haya la destreza y valentía!
 ¡Mal haya aquel valor y confianza!
 Que os puso tanta sangre y hidalguía!
 No sé qué hiciera mas el gran Carranza,
 A quien las armas en España deben
 Cuanta mayor destreza el arte alcanza.
 Mil cosas el espíritu me mueven,
 Mil imaginaciones que fabrico
 A remediaros mi flaqueza atreven. [co...
 Que os quiero yo esconder, aunque soy ri-
 No puedo contra un rey aseguráros.
 —Todo es remedio vano cuanto aplico.
 —Pero escuchad; que á veces son mas

[raros
 Los primeros conceptos de la idea.
 ¡Sabréis haceros loco y disfrazaros?

FLORIANO.

Y ¿qué me importa cuando loco sea?

VALERIO.

Oid; que habeis de haceros tan furioso,
 Que todo el mundo por furioso os crea.
 Tiene Valencia un hospital famoso,
 Adonde los frenéticos se curan
 Con gran limpieza y celo cuidadoso.
 Si aquí vuestros peligros se aventuran,
 Y os encerrais en una cárcel destas,
 Creed que de la muerte os aseguran;
 Que ¿quién ha de pensar que estáis en

[estas,
 Ni viéndoos preso, sucio y mal tratado,
 Con tanta paja y desventura á cuestras,
 Creer que sois un hombre tan honrado?

FLORIANO.

¡Oh cómo decis bien! Solo eso puede
 Un hombre redimir tan desdichado.
 Pues dadme que una vez furioso quede,
 Que yo lo haré de suerte que os espante,
 Si el fingimiento á la verdad excede.

VALERIO.

Para fingir os basta ser amante.

ESCENA II.

ERÍFILA, con capotillo y sombrero;
 LEONATO, con botas.—Dichos.

LEONATO.

Esta, Erífila, es Valencia;
 La puerta es esta de Cuarte;
 Aquí dió Vénus y Marte
 Una divina influencia.
 Estos son sus altos muros,
 Y aqueste el Turia, que al mar
 Le paga en agua de azar
 Tributo en cristales puros.
 Aquel es el sacro Seo,
 Y este el alto Micalete.

ERÍFILA.

Ella es tal cual la promete
 Su grande fama al deseo.
 ¡Qué fértil!

LEONATO.

Por grande extremo.

FLORIANO. (A Valerio.)

¡Es gente de fuera?

VALERIO.

Sí;

Apartémonos de aquí.

FLORIANO.

Que no me conozcan temo.

VALERIO.

Al que es administrador
 Podremos ir á buscar.

(Vanse Floriano y Valerio.)

ESCENA III. ERÍFILA, LEONATO.

ERÍFILA.

Él es un bello lugar.

LEONATO.

Yo no le he visto mejor.

ERÍFILA.

Ventura habemos tenido

En haber llegado á él.

¿Qué hará mi padre cruel?

LEONATO.

Lo que un hidalgo ofendido.

Huirá de verse en la plaza,

Por tener al vulgo miedo,

Que señala con el dedo,

Y con la lengua amenaza.

Llamaráte hija infame,

Y á mi criado traidor.

ERÍFILA.

Loca, si sabe de amor,

Te aseguro que me llame.

LEONATO.

Confieso que fué locura

Querer á tu desigual;

Pero no me trates mal

Ni agravies á mi ventura;

Que el amor, que puso en mí

Lo que ha podido agradarte,

Hace que pueda igualarte,

Porque ya no soy quien fui.

ERÍFILA.

Ese agravio, mi Leonato,

Mio fuera, que no tuyo.

LEONATO.

De tus palabras le arguyo.

ERÍFILA.

¿Tan mal con ellas te trato?

LEONATO.

Tan mal, que muestras en ellas

Que vienes arrepentida.

ERÍFILA.

Dejas el alma y la vida,

Y formas agravio dellas!

Si estas dos cosas te di

Cuando á mis padres dejé,

Una palabra que hablé

¿Para qué te ofende así?

Cuanto mas que ser locura

No ofende lo que tú vales.

LEONATO.

Amor entre desiguales

Poco vale y menos dura.

Yo sé muy bien que el recato

Que muestras en mi contento

Es puro arrepentimiento.

ERÍFILA.

¿Yo arrepentida, Leonato?

¿Eres menos de lo que eras

Cuando yo el alma te di?

¿No eres mi criado?

LEONATO.

Sí.

ERÍFILA.

Pues ¿qué agravios consideras?

Engañáste me tú acaso

Fingiéndolo que no fuiste?

Todo lo vi.

LEONATO.

Bien lo viste;

Mas no el desprecio que paso.

No tienes por qué negar

Que no me tienes en poco.

ERÍFILA.

¿Estás loco?

LEONATO.

Estuve loco;

Mas no lo pude excusar.

ERÍFILA.

¿Qué tiene aqueoso que ver
 Con decir que por amarte
 Estoy loca? ¿Es agraviarte,
 Por quererte, enloquecer?

LEONATO.

Yo entiendo tu corazón.

ERÍFILA.

¿Quién mejor le entenderá
 Que el mismo que en él está
 Por amor y por razón?
 A la fe, Leonato amigo,
 Que esta ocasión es buscarme
 Alguna para dejarme.

LEONATO.

Declárate mas conmigo.
 No te canses de mi ofensa,
 Si hay mas agravios que aguarde:
 Tras hombre bajo y cobarde,
 Piensa mas que digas, piensa.
 Levántame que te de
 De miedo del aire mismo.

ERÍFILA.

¿Qué furia del mismo abismo
 Te ha dado tan mal consejo?
 En qué, cómo ó para qué,
 Esas bajezas me diccs?
 ¿Cómo á mis ojos desdices
 Las verdades de mi fe?
 No pienso que hablas conmigo,
 O que por otra me tienes.

LEONATO.

Eso ya no son desdenes,
 Sino desgracia y castigo.
 Háblame, Erífila, bien;
 Que no estoy fuera de mí.

ERÍFILA.

¿Yo digo tal?

LEONATO.

Sí.

ERÍFILA.

¿Yo?

LEONATO.

Sí.

ERÍFILA.

Levántame eso tambien.

LEONATO.

Bien parece, desleal,
 Que por hombre me has tenido
 Vil y bajo, que no ha sido
 A tus méritos igual.
 Pues á tenerme el amor
 Con que al fin me has engañado,
 Nunca me hubieras negado
 Lo que tú llamas honor;
 Pues ni lágrimas ni ruegos,
 Desiertos, ni soledades,
 Para huir dificultades
 Te tienen los ojos ciegos,
 Porque á fe que si me amaras
 Como lo sabes fingir,
 Que no supieras decir
 En las cosas que reparas.

ERÍFILA.

¿No sabes que eso ha nacido
 De solo ser yo quien soy,
 Y que esta disculpa doy
 Mientras no eres mi marido?
 Lo que me has de agradecer,
 ¿Eso me quieres culpar?
 ¿Qué mas te puedo yo dar
 Que palabra de mujer?

Pues cuando á serlo viniera
Después de darte este gusto,
Siempre te diera disgusto
El ver que tan libre fuera;
Que los hombres sois tan buenos,
Que por lo que persuadís,
En gozándolo, venís
A tener su dueño en menos.

LEONATO.

Cuando el bien que se pretende
De tantos méritos pasa,
Después de gozado abrasa,
Si antes de gozado enciende.
Y el no fiarte de mí
No es por aquesta ocasión,
Sino ser todo ficción
Cuanto me has dicho hasta aquí.
Mira si estoy engañado
En el presente desprecio.

ERÍFILA.

Anda ya; que estás muy necio.

LEONATO.

Bien dijeras desdichado.

ERÍFILA.

Pues ¡cómo, si te engañara,
Y fingido amor tuviera,
Padres y patria perdiera,
Vida y honra aventurara?
¿No ves tu engaño?

LEONATO.

No sé.

Mejor he visto tu engaño.

ERÍFILA.

Venir hasta un reino extraño
Contigo, ¿es falta de fe?

LEONATO.

Ninguna cosa me agrada.
Pienso que fué tu venida
Mas de estar aborrecida
Que de estar enamorada.
Cree que estoy en lo cierto.

ERÍFILA.

¡Aborrecida, Leonato?
Ese sí que es falso trato
Y desamor descubierta.
Yo aborrecida! ¿De qué?
Mis padres ¿no me casaban?
Que imposibles lo estorbaban,
Mas que tu amor y mi fe?
Tan malas prendas tenía,
Que así me desconfié?
Mira, amores, que agradé
Tu alma, que es alma mía.
Deja esa tema en que das,
Y vuélveme aqueos ojos,
Si es verdad que los enojos
El amor aumentan mas.

LEONATO.

Dejemos amor, y dame
Esas joyas que guardaste
Cuando á Requena pasaste.

ERÍFILA.

Llama...

LEONATO.

¿Qué quieres que llame?
Mejor es que me las des
Antes que entre en la posada.

ERÍFILA.

¿Para qué?

LEONATO.

Para nada.
Yo te lo diré después.

ERÍFILA.

¿Hase acabado el dinero?

LEONATO.

¿Para qué puedo pedirlas?

ERÍFILA.

Pues vende aquestas manillas.

LEONATO.

Todas digo que las quiero.

ERÍFILA.

¿Todas?

LEONATO.

Todas.

ERÍFILA.

¡Ay amigo!

¿Quiéresme acaso dejar?

LEONATO.

Creo que te ha de costar
Este hablar.

ERÍFILA.

Mi bien, ¡conmigo!

Regalo mío, ¿qué es esto?

Que otro dueño hemos tenido

Las joyas y yo?

LEONATO.

No ha sido

Sino tu amor deshonesto.

Dame las joyas, infame.

ERÍFILA.

¿Infame? ¡Triste de mí!

¿Ansí te afrontas á ti,

Marido?

LEONATO.

No me lo llame.

Déque presto, ó mataréla.

(Saca la daga.)

ERÍFILA.

¡Ay Dios! Sin duda te vas.

LEONATO.

Muéstre las todas.

ERÍFILA.

No hay mas.

Enváinala.

LEONATO.

Envainaréla.

Déme el sombrero y capote.

(Váyase las dando poco á poco.)

ERÍFILA.

¿Sombrero y capote, amigo?

LEONATO.

No se alborote, la digo.

ERÍFILA.

¿No quieres que me alborote?

LEONATO.

Si me replica, daréla. (Saca la daga.)

ERÍFILA.

Mi bien, ¿castigo tan grave

Por una palabra?

LEONATO.

Acabe.

ERÍFILA.

Enváinala.

LEONATO.

Envainaréla.

ERÍFILA.

Yo vi tu boca de risa,

Y vi mi fortuna en popa.

LEONATO.

Quítese agora la ropa.

ERÍFILA.

¿La ropa?

LEONATO.

Y aun la camisa.

ERÍFILA.

Espérate, quitaréla.

Pero mira...

LEONATO.

No repliques. (Saca la daga.)

ERÍFILA.

¡Ah entrañas!...

LEONATO.

No te alfeñiques.

ERÍFILA.

Enváinala.

LEONATO.

Envainaréla.

Quédese para quien es.

ERÍFILA.

Eso no. Traidor, espera.

LEONATO.

Mira que...

ERÍFILA.

Ya no me altera:

¿Qué se me da que me des?

LEONATO.

Suelta.

ERÍFILA.

¡Ah traidor, enemigo!

Aguarda.

LEONATO.

Que no hay que aguarde.

(Vase Leonato, y queda Erífila en un juboncillo y un manteo.)

ESCENA IV.

ERÍFILA.

Déjame al fin, de cobarde,
Por no me llevar contigo.
¿Qué menos infame hazaña
De un hombre bajo esperé?
¿Fuése el traidor? Ya se fué;
Su soledad me acompaña.
Triste de mí! ¿Qué he de hacer,
Sin bien y con tanto daño,
Sola y en un reino extraño,
Pobre, desnuda y mujer?
¡Buena el ladrón me dejó!
Pero gran consuelo ha sido
Robarme solo el vestido;
Que el alma no me robó.
Que si á mis padres dejé
Por un vil criado suyo,
No fué, amor, efecto tuyo;
Que á nadie en mi vida amé.
Antes fué aborrecimiento
De casarme á mi disgusto,
Porque adonde falta el gusto,
No sobra el entendimiento.
Sin consejo le perdí
Por excusar de matarme,
Y á la mar quise arrojarle,
De donde agora salí.
La nave dejo perdida,
Y el áncora de esperanza;
Entre la falsa bonanza
De aquel traidor prometida.
Desnudo entre mil enojos
Sin alma el cuerpo salvó,
Con el agua que le dió,
Para que lloren mis ojos.
¿Qué he de hacer? ¡Pobre de mí!
Que en pensar adonde estoy,
A perder el seso voy,
Y el dolor me vuelve en mí.
¿Dónde iré? ¿Qué me detengo?
No es este pequeño indicio;
Mas no perderé el juicio,
Que há dias que no le tengo.
Pues ¿qué dirá quien me viere?
¡Ay Dios! gente suena ya. (Retírase.)

ESCENA V.

VALERIO, PISANO, MARTIN y TOMÁS,
sin ver á — ERÍFILA.

PISANO.
Pues él á mi cargo está,
Yo he de hacer cuanto pudiere.

VALERIO.
Agora será muy presto
Para dalle medicinas.

PISANO.
No son agora tan finas
Como cuando esté dispuesto.
Pero mucho habeis errado
En no le dejar meter.
En la jaula, si ha de ser
Cuerdo el loco aprisionado.

VALERIO.
No estando agora furioso,
Como es la luna en contrario,
No ha sido muy necesario;
Si lo está, será forzoso.
Y cuanto alegre le veis,
Si le da malencolla,
Se nos morirá en un día.

PISANO.
Desa suerte bien haceis.
¿Cómo se llama?

VALERIO.
Beltran.

PISANO.
Y ¿de dónde es?

VALERIO.
De Toledo.

ERÍFILA. (Ap.)
Si estos me ven, tengo miedo
Que por loca me tendrán.

PISANO.
Y ¿qué era su profesion?

VALERIO.
Filosofia estudiaba.

PISANO.
La flecha ¿fué desa aljaba?

VALERIO.
Y de un poco de afición.

PISANO.
¿Eso anduvo por ahí?
De suerte que el daño ha sido
Entre Platon y Cupido.

VALERIO.
Cada cual pudo por sí;
Que el estudio y el amor
Suelen quitar el juicio.

PISANO.
Ha de ser aqueste oficio
Templado, y no con rigor;
Mas ¡ay del gran estudiante
Cuando amor le toca el seso!

VALERIO.
Es de la ciencia el exceso
Mas locura en el amante,
Porque cuanto mas sabia,
Tanto mas sabe penar.

PISANO.
No sé si es esto de amar
Locura ó filosofia.
¿Vas estos dos?

VALERIO.
Bien los veo.

PISANO.
Eran grandes estudiantes,
Y á peligros semejantes
Los trujo el mismo deseo.

Están agora templados,
Y en casa sirven muy bien,
Piden limosna tambien,
Y saben hacer mandados.
Tomás.

TOMÁS.
Señor.

PISANO.
Ven acá.

ERÍFILA. (Ap.)
¿Írme? ¡Triste! ¿qué haré?

PISANO.
Sois muy buen hijo.
(Regístrate la cabeza.)

TOMÁS.
Si á fe;
Mas murió mi padre ya;
Y pues ya no tengo padre,
No soy hijo.

PISANO.
Y vos, Martín,
¿Sois hidalgo?

MARTIN.
Si algun ruin
No pone falta en mi madre.

PISANO.
Este da en esta hidalguía;
Que es negocio de su tema.

MARTIN.
¿Sabeis vos si el fuego quema?

PISANO.
Yo juraré que no enfria.

MARTIN.
¡Mirá si lo jurará,
Que quemaron á su agüelo!

PISANO.
¡Oh bellaco! Deso apelo.

TOMÁS.
¡Ox! que apela.

MARTIN.
Tarde es ya.

VALERIO.
¿Quién es aquella mujer?

TOMÁS.
Santa Tisbe en el desierto,
Que busca á su esposo muerto.

ERÍFILA. (Ap.)
Ya me han echado de ver.

Quiero dar voces, diciendo
Que me robaron aquí,
Porque se duelan de mí
Los que me fueren oyendo;
Porque así disculparé
Esta desnudez villana,
Y en la piedad valenciana
Algun remedio hallaré.

MARTIN.
¡Hola mujer! ¿tienes padre?
¿Fué bien nacido tu agüelo?

ERÍFILA.
Justicia de Dios del cielo
Y santa María su Madre!
¡Robarme un ladrón á mí
Tantas joyas y vestido!

PISANO.
A buen tiempo hemos venido.

VALERIO.
Parece loca.

ERÍFILA.
¡Ay de mí!
¡Que acabada de llegar,
Tal desgracia me suceda!

TOMÁS.
¡Ah mujer!

ERÍFILA.
¿Qué?
TOMÁS.
Estáte queda.

ERÍFILA.
¿Por qué?
TOMÁS.
Quérote abrazar

ERÍFILA.
Desviate allá, grosiero.
PISANO.
Loca es sin falta.

TOMÁS.
Llegad.
ERÍFILA.
¿No hay en él mundo piedad?
¡Ah Señor, ah caballero!
Mirad que aquí me han robado
Por un extraño suceso.

MARTIN.
Par Dios, que si ha sido el seso,
Que harto poco os han dejado.

ERÍFILA.
Tres mil ducados valian
Las joyas que me robaron.

PISANO.
Este es el tema.

TOMÁS.
¿Y llevaron
La joya que pretendian?

ERÍFILA.
No, sino el diablo, que os lleve.

TOMÁS.
¡Hola, hola!

VALERIO.
Poned paz.

PISANO.
¡Ah, Tomás!
TOMÁS.
¿Sois montaraz?

MARTIN.
¿Sabe aquesta á quien se atreve?

ERÍFILA.
Pondréme agora á pensallo.

MARTIN.
Ténmela luego.

ERÍFILA.
¿A qué fin?

TOMÁS.
Dile que eres san Martín.

MARTIN.
No soy sino su caballo.

ERÍFILA.
Que no me pesara digo
El santo que dices fueras;

Que si lo fueras, partieras
Tu media capa conmigo.
¿Qué no quereis condoleros
De mi pena y desnudez?

PISANO.
Antes iréis esta vez
Donde ese bien pienso haceros.

Ea, asilda. ¿Qué aguardais?

ERÍFILA.
¿A mí! ¿Cómo ó para qué?

PISANO.
Ea pues.

ERÍFILA.
Llegad; que á fe
Que vos lleveis si llegais.

TOMÁS.
Bate á prision, perra mora.

ERÍFILA.
¿A prision? Pues ¿soy yo esclava?
PISANO.

Asilda bien.

MARTIN.
Date, acaba.

ERÍFILA.
¿Así remediais quien llora?
Esta piedad es la fama
De las cosas de Valencia?

PISANO.
Esa piedad y conciencia
Agora en vos se derrama.

ERÍFILA.
Pues tras haberme robado,
¿Quieres ponerme en prision?

PISANO.
Allá diréis el sermon
Del tema que habeis tomado.

ERÍFILA.
¿No fuera mejor prender
El ladron que me robó?

PISANO.
¿No veis la tema en que dió
Aquesta pobre mujer?

MARTIN.
Ea, camina.

ERÍFILA.
¡Ay de mí!
¿Robarme y aprisionarme!
(*Llévanta los dos locos en peso.*)

PISANO.
Mañana podréis hablarme;
Que me importa el ir aquí.

VALERIO.
Id, Pisano, en hora buena,
Y al buen administrador
Le agradeced el favor
De lo que á Beltran ordena.
Y dejalde sin prision
Mientras la furia le deja.

PISANO.
Sí haré; pero si se queja,
Jaula ha de haber.

VALERIO.
Y es razon.
(*Vase Pisano.*)

ESCENA VI.

VALERIO.

¡Muy buen lance echó mi suerte
En el suceso de hoy,
Pues desta ocasion estoy
Casi al punto de la muerte!
Llevé con temor no poco
Al hospital á Floriano,
Donde dejó un cuerdo sano,
Y traigo un enfermo loco.
Después que vi la mujer
Que agora llevan de aquí,
Ó todo el seso perdí,
O no tengo qué perder.
¡Jesus! ¿qué gran perfeccion!
Bien dicen que es accidente
Lo que pasa fácilmente
Por la vista al corazon.
¿Era mujer lo que vi
O era algun ángel del cielo?
Estoy en mí? Que recelo
Todo estoy fuera de mí.
¿Por qué la dejé llevar,
Pudiéndolo resistir,
O hasta saber inquirir
Su patria, estado y lugar?

Ya veo mi seso poco,
Pues que mi alma no toca
En que es loca; mas si es loca,
¿Qué mucho que yo sea loco?
Si el amante se trasforma
En lo amado, loco soy,
Pues á una loca le doy
El alma en que está su forma.
¡Habrá caso mas extraño,
Si aquí me vengo á perder?
Quiérola volver á ver;
Que por ventura es engaño.
Volver quiero al hospital,
Porque en viéndome afligir,
O no me dejen salir,
O allá me curen el mal.

(*Vase.*)

Patio del hospital.

ESCENA VII. FEDRA, LAIDA.

FEDRA.
De manera me porfiás,
Que al patio en fin he bajado.

LAIDA.
Culparás mis fantasías,
Como quien á un loco ha dado
Prendas del cielo, aunque mías.
Pues el administrador,
Que es tu tío y mi señor,
Salió ya del hospital,
No te parezca tan mal
Que yo te enseñe mi amor.

FEDRA.
¿Que en fin quieres bien un loco?

LAIDA.
Amor, Señora, lo es,
Y no es amor si lo es poco.

FEDRA.
¿Cosa que por él lo estás?

LAIDA.
A vengelle me provooco.

FEDRA.
Pues un hombre de hoy venido
Ya te ha quitado el sentido,
Bien se ve que te faltó.

LAIDA.
El talle que me engañó
Bien cuerdo me ha parecido.
No ha sido de verle hablar
La locura que me esfuerza,
Sino de verle callar.

FEDRA.
Pues ¿cómo el silencio fuerza
A querer y desear?

LAIDA.
¿No nos mueve una pintura
Cuando es de extraña hermosura?
Pues así me mueve á mí.
A un mármol el alma dí.

FEDRA.
Principios son de locura.
¿A un loco mudo y de piedra
Diste el alma!

LAIDA.
El alma dí
A una piedra, hermosa Fedra.

FEDRA.
Medrarás, ¡pobre de tí!

LAIDA.
Quien sirve á amor poco medra.

FEDRA.
¿Es furioso?

LAIDA.
Con la luna,
Cuando crezca tendrá alguna,
Y entonces yo la tendré;
Que va creciendo mi fe
Con el sol de mi fortuna.

FEDRA.
Locos, en fin, sois los dos,
El con luna y tú con sol.
Curaos juntos.

LAIDA.
¡Plega á Dios!

FEDRA.
¿Qué nacion?

LAIDA.
Es español.—
Amor, remediadme vos.

FEDRA.
¿Cómo español?

LAIDA.
Castellano.
FEDRA.
También lo es el valenciano;
A España tributo doy.

LAIDA.
Pues yo toledana soy,
Porque es mi amor toledano.

ESCENA VIII.

FLORIANO, fingiendo el loco, con su
sayo. — DICHAS.

FLORIANO.
¿Grillos á mí! ¿por qué ó cómo?
¿Sois vos desta casa honrada
El discreto mayordomo?
Seguidme pues, si os agrada;
Veréis qué lágrimas tomo.
Que conmigo no es bastante
El veros hacer gigante,
Aunque me veis pastorcillo;
Que os daré con un ladrillo,
Y no turron de Alicante.

FEDRA.
¡Ay Laida! huyamos.

LAIDA.
Detente;
Que con quien le enoja es bravo,
Y manso ordinariamente.

FLORIANO.
Aquí teneis un esclavo,
Cuerdo, humilde y diligente.
No os altereis, detenéos;
Que ni entre los indios feos
Ni en Etiopia nací;
El amor me trujo aquí
Por ejemplo de descos.
Soy un hombre que no soy,
Porque ser no es menester;
Que sin ser, mejor estoy,
Y así, disfrazo mi ser.
Porque huyendo de ser voy.
Fui estudiante de desdichas,
Y aprendí tantas, que dichas,
No hay hombre mas desdichado;
Aunque aqueste sayo ha dado
Nuevo principio á mis dichas.
Quise bien una mujer
Entre discreta y hermosa,
Libre y de buen parecer;
Que á no ser ella piadosa,
Yo no perdiera mi ser.
Daba entrada á toda gente;
Pero al mejor pretendiente
Yo le hice de corona;
Porque era cierta persona,
Que se la puse en la frente.

FEDRA.
¡Ay, qué lástima tan grande,
Laida amiga!

LAIDA.
¡Cómo si es!

FLORIANO.
Vuestra majestad me mande
Darme sus divinos pies,
Porque entre los aires ande;
Que cierto que es un retrato
De aquel serafín ingrato
Por quien soy loco en Valencia.

FEDRA.
¡Qué linda cara y presencia!

FLORIANO.
Mucho el corazón dilato;
Que á fe que temo por él,
Si desembarcan fragatas,
Verme cautivo en Argel,
O en el río y sin zapatas,
Entre el agua y el cordel.
Mirad que os digo verdades;
No me descubrais ninguna.

LAIDA.
Ya temo que dél te agrade.

FEDRA.
¡Quién fuera, Laida, la luna
Destas locas voluntades!

LAIDA.
¡Luego ya te pagas dellas?

FEDRA.
Solo quisiera crecellas
En el punto que esta veo.

LAIDA.
¡Qué vale un loco deseo?

FEDRA.
Asegura de perdellas.

LAIDA.
Celos me dan tus razones.

FEDRA.
Como estás loca, los tienes.

FLORIANO.
Para celosas pasiones,
Ponerse aceite en las sienes
Y darse de mojicones;
O si no, sangre caliente
De murciésgalo en la frente;
Que si á quitar pelos vale,
También lo que en ella sale
Con el celoso accidente;
Y si los celos son cuernos,
¡Quién hay que dellos se escape?
¡Vive amor, que son eternos,
Por mas que Pan se los tape
Con hojas de álamos tiernos!
Esto del celoso abismo
Ya ha pasado por mí mismo:
Oid; que de cuernos tales
Y de celos desiguales
Quiero hacer un silogismo.
Todo hombre que ama es celoso;
Todo celoso los tiene,
Porque es al temor forzoso,
Pues de imaginarlos viene
Aquel efecto enojoso;
Que de obra ó pensamiento,
Es hacer torres de viento
Pensar que nadie se guarda,
Si bien hay silla y albarda
De menos ó mas tormento;
Que una cosa es el temer,
El que tiene posesion,
Lo que puede suceder,
Y diferente ocasion
Ser caso de padecer.

FEDRA.
Extraños discursos hace.
Sin duda, Laida, que nace
De su claro entendimiento.

FLORIANO.
¡Quereis me dar un contento
Con que *requiescat in pace*?

FEDRA.
¡Cómo así?
FLORIANO.
Dadme esa cinta,
Que de Apuleyo animal,
Las mismas rosas me pinta;
Quizá será de mí mal
La medicina sucinta;
Será el antidoto solo
Deste mal, y vos mi Apolo,
A quien deba mi salud.

FEDRA.
¡Que tendrá tanta virtud?

FLORIANO.
Será mi norte y mi polo.

LAIDA.
Mejor es esta encarnada.

FLORIANO.
¡Quién en mi mal os desvela,
La bella marmaridada?
Pido azúcar y canela,
¡Y daisme paja y cebada!

LAIDA.
Siempre tuve este recelo.

FLORIANO.
A los recelos decíldes
Que no levanten el vuelo,
Porque son alas humildes
Para volar á mi cielo.

FEDRA.
Esta es mejor, porque es verde.
(*Dale una cinta.*)

FLORIANO.
Sí, porque tal esperanza
En ningún tiempo se pierde.
Quiero hacer una mudanza
Que de la vuestra me acuerde.

FEDRA.
¡Cómo? ¡Del pasado amor?

FLORIANO.
De danzar diréis mejor.
Entendeldo allá no mas.

LAIDA.
Dí tú que loca no estás.

FEDRA.
Calla, Laida, que es error.
Estoy me aquí entreteniendo,
Y porque no se enfurezca,
Mil disparates sufriendo.

FLORIANO. (Ap.)
Temo que bien me parezca,
Porque sé que á Celia ofendo.
Aunque ya, Celia cruel,
Pues te pudiste trocar,
Podrá mi pecho fiel.

FEDRA.
Gente suena. ¡Hanme de hallar
Sola aquí, Laida, con él?

LAIDA.
No, Señora; salte presto.
Subamos al corredor;
Que no es pensamiento honesto.
(*Vanse las dos.*)

FLORIANO.
¡Con qué noche de dolor
Tan bello sol se me ha puesto!

Acordáos allá de mí,
Si algun rato estáis ociosa.

ESCENA IX.

PISANO, TOMÁS, y MARTIN, con ERÍFILA, asida. — FLORIANO.

ERÍFILA.
¡Por qué me tratáis así?

PISANO.
Estáte queda, furiosa.

ERÍFILA.
No lo soy; que ya lo fui.

TOMÁS.
Ya está en casa la hechicera.
Pague la patente.

MARTIN.
Pague.

ERÍFILA.
¡Presá á mí desta manera!

MARTIN.
No es bien que la ley se estrague.
Pague luego.

TOMÁS.
Pague ó muera.

FLORIANO.
¡Qué gente?

MARTIN.
Gente de paz.

TOMÁS.
¡Quién os mete á vos en eso?

ERÍFILA. (Ap.)
Ya soy de seso incapaz;
Que en lugar donde no hay seso
Es la opinion pertinaz.
Alto; yo quiero ser loca,
Pues ya no hay otro remedio,
Aunque la causa no es poca,
Y este furor viva en medio
Del daño que me provoca.

PISANO.
Quédese aquí mientras vengo,
Y guardáos de hacella mal. (Vase.)

ESCENA X.

FLORIANO, ERÍFILA, MARTIN,
TOMÁS.

FLORIANO. (Ap.)
¡Qué es lo que á mis ojos tengo?
Para un rayo celestial
Del sol la vista prevengo.
¡Oh peregrina belleza,
Pobreza de mi ventura,
Y de los cielos riqueza,
Corona de la hermosura,
Bien de la naturaleza!
¡Estoy conmigo ó sin mí?

TOMÁS.
Pague luego.

MARTIN.
Paga aquí.

ERÍFILA.
¡Qué he de pagar?

TOMÁS.
La patente.

ERÍFILA.
No la tengo.

FLORIANO.
¡Ah buena gente!

MARTIN.
¡Hablaís con nosotros?

FLORIANO.
Si.
¿Qué es lo que pedis?
TOMÁS.
La entrada.
FLORIANO.
Por ella la pagaré,
Si esta sortija os agrada.
MARTIN.
Muestra, á ver.
TOMÁS.
Buena es á fe.
MARTIN.
¿Va' empeñada ó rematada?
FLORIANO.
Como os diere mas contento.
TOMÁS.
Vivas mil años, amén.
MARTIN.
Avisa á todo el convento
Que hoy hay fruta de sarten
Y almojabanas de viento.
TOMÁS.
Por mi fe, que hay brava gira.
(Vase Martín y Tomás.)

ESCENA XI.

FLORIANO, ERÍFILA.

ERÍFILA.
¡Ay Dios! ¿qué tiene este loco,
Que tan suspenso me mira?
FLORIANO.
Yo lo fuera, á mirar poco
Lo que cielo y tierra admira.
(Ap. ¡Ay de mí! que me destruyo,
Si la pienso hablar sin seso.)
ERÍFILA. (Ap.)
¿En qué pienso, que no huyo?
El miedo yo le confieso,
Mas el detenerme es suyo.
¡Qué buena presencia y talle!
¡Oh temor! déjame hablalle,
O déjame ir, voluntad.
FLORIANO. (Ap.)
¡Divina, hermosa beldad!
Hable amor, la lengua cae.
ERÍFILA. (Ap.)
¡Extraña manera de hombre!
Que tanto bien te dió el cielo
Con tal censo?
FLORIANO. (Ap.)
El mundo asombre
Ver la hermosura del suelo
Abatida con tal nombre.
Que de tan alta hermosura
Fuese pensión tu locura!
ERÍFILA. (Ap.)
Que á tan perfecto edificio
Falte el mas divino oficio
Que adornó su compostura!
FLORIANO. (Ap.)
Que en tan hermoso aposento
No haya mas de voluntad,
Y que falte entendimiento!
¡Oh mármol de gran beldad
Sin agente entendimiento!
Oh imagen bella y notable
De todo el mundo universo,
Corruptible y generable!
Oh cuerpo en algo diverso
Del otro mundo, admirable!
En dos partes de las tres
Conforme á los otros es;
Mas en la parte tercera,

Que es cifra del alta esfera,
El cielo os puso á los piés.
Si son el entendimiento,
El alma y divinidad
Sus grados y fundamento,
De fuera está la beldad
Y vacío el aposento.

ERÍFILA. (Ap.)
Este loco desdichado
Es como un vaso dorado
Que está lleno de veneno,
Pudiéndole tener lleno
Licor aromatizado.
Pero con todo, confieso
Que sin seso me podría
Quitar gran parte del seso.

FLORIANO. (Ap.)
Dichosa prision la mia,
Si el mismo amor está preso.
Ya es esto darle sospecha.

ERÍFILA. (Ap.)
Quizá de verme parada,
Que me da gusto sospecha.

FLORIANO. (Ap.)
¿Qué aljaba tan alunada
Te dió, amor, aquesta flecha?
En qué, loco pensamiento,
Templaste la punta de oro?

ERÍFILA. (Ap.)
Será hablalle atrevimiento.

FLORIANO. (Ap.)
¡Oh loca á quien cuerdo adoro,
Que solo es loco el tormento!
Si á mí me estuviera bien
Que supieras que soy cuerdo,
Quizá me quisieras bien.

ERÍFILA.
(Ap. Como de un sueño recuerdo,
Y vuelvo á dormir también.
Soy yo la que de Leonato
Fui engañada, y sin recato
Padres y patria dejé,
Y arrepentida lloré
La bajeza de su trato?
Pues ¿qué es lo que pienso aquí?
¿Quién me trujo, ó cómo vine
A estar tan fuera de mí?
¿Que un hombre loco me incline
Casi á llevarme tras sí!
En qué pienso? ¿Qué imagino?
Sin duda que con razon
Por otro igual desatino
Me han traído á esta prision
En que á ser loca me inclino.
¿Qué dudo? ¿Qué estoy pensando?)
Loca soy.

FLORIANO.
(Ap. Ya está eclipsando
Las dos estrellas su furia.)
¡Ay! no hagas tal injuria
Al sol, que te está mirando.

ERÍFILA.
Loca soy, loca en efeto.

FLORIANO.
Cielo, estad sereno un poco.

ERÍFILA.
¡Por mi fe, que estáis discreto!

FLORIANO.
No estoy sino, en verte, loco,
Y serlo de hoy mas prometo.

ERÍFILA.
Afuera, afuera.
FLORIANO. (Ap.)
¿Qué aguardo?
Estando loco mi bien,
¿Para qué el sentido guardo?

ERÍFILA.
Ea, déname un palafren;
Que me aguarda Mandricardo.

FLORIANO.
Dénme á mí caballo y lapza.
Y un vestido de mudanza
Hecho de todas colores,
(Ap. Pues dejo viejos amores,
Por una nueva esperanza.)

ERÍFILA.
Tenme tú de aquese estribo.

FLORIANO.
¿Y cómo si te tendré!
Que eres alma por quien vivo.

ERÍFILA.
¡Oh ladron! ¿muérdeme el pié?

FLORIANO.
Ladron no; que soy cautivo.

ERÍFILA.
¿Sabes que soy Doralice?

FLORIANO.
Tu hermosura me lo dice.
¿Seré yo ta Mandricardo?

ERÍFILA.
De aquese si me acobardo,
Aunque dél me satisface.
El otro tenía seso;
No puede ser que tú seas.

FLORIANO.
Que me falta te confieso;
Pero cuando el alma veas,
Verás un notable exceso.

ERÍFILA.
Pregúntale á mi escudero
Si ha venido aquí Rugero.

FLORIANO.
Aquí dice que llegó,
Y un poco de agua pidió
En casa de un zapatero.

ERÍFILA.
¿Cómo te llamas?

FLORIANO.
Beltran.

ERÍFILA.
Pues ¿no eras tú don Roldán?

FLORIANO.
Y como dello te goce,
Hoy seré todos los doce
Que á una mesa comen pan.

ERÍFILA.
¿Conoces á Calafinos?

FLORIANO.
Y fui mil veces con él
A caza de golondrinos.

ERÍFILA.
¿Y á Sansoneto?

FLORIANO.
Y á Urgel,
Gran comedor de pepinos.

ERÍFILA.
Era gente muy honrada.

FLORIANO.
Pues ¿digote yo que no?

ERÍFILA. (Ap.)
¿Cómo este loco me agrada?
O está en seso, ó estoy yo
De mi seso enajenada.

FLORIANO.
(Ap. Parece que ha conocido
Que no me falta sentido.
Cúmpleme disimular.)
Quiero salir á cazar;

¡Hanme caballos traído,
Los braquetes y sabuesos,
Falcones y baharías?

ERÍFILA.

Perritos en trailla presos,
Y en píguelas los neblies.

FLORIANO.

Pues échenles sendos huesos;
Que quiero volar en fin,
Si hay azor, un francolin.

ERÍFILA.

¡Malos años y mal mes!
Déname el hilo portugués;
Que quiero hacer un garbín.

ESCENA XII.

PISANO. — DICHOS.

PISANO.

Ya está, Señora, vuestra saya á punto:
Entraos acá; que quiero que se os prue-
Y vos, Beltran, no os alleguéis á ella; [be.
Que sois muy gentilhombre y atrevido,
Y donde no gobierna entendimiento,
Tiene mucho lugar el apetito.

ERÍFILA.

¿Qué os viene deso á vos, barba de he-
[reje?

FLORIANO.

¿Qué os viene deso á vos, cresta de gallo?

PISANO.

¡Ya me le defendeis? Huélgome dello;
Que no os veréis con él hasta la fiesta
De los benditos niños inocentes.

ERÍFILA.

¡Mal año para vos! que yo soy libre,
Y puedo hacer de mí capote un trago
Y de mi corazón unas alforjas.

PISANO.

¡Entrá, acabad.

ERÍFILA.

Adios, hermoso loco.

FLORIANO.

Divina loca, adios.

PISANO.

Poquito á poco.

(Llévase á Erífila.)

ESCENA XIII.

FLORIANO.

Vete despacio, pensamiento mío;
Que como otros se pierden por el viento,
Por el mas bajo y áspero elemento,
A su pesar de la razón te guío.

Tú vas donde te lleva el albedrío
Con fuerza de un primero movimiento,
Y yo lloro con cuerdo entendimiento
Las ansias de tu loco desvario.

No me aventuras á tan loca empresa,
Pues no hay contento que esperar de un
[loco,

Cuando á faltar entre los cuerdos viene.
Pesa tu daño, y tu provecho pesa:
Déjame en paz; que no es razón tampoco
Perder el seso por quien no le tiene.

ESCENA XIV.

VALERIO. — FLORIANO.

VALERIO.

No me agradezcas ni á fineza tengas
Que tan aprisa tus visitas haga,
Pues vengo agora con negocio propio,

Y no, amigo, negocio como quiera,
Sino en que estriba de mi alma y vida
El gusto y la salud que me deseas.

FLORIANO.

¿Qué es esto, buen Valerio? Hase sabi-
[do
Que estoy por dicha en esta cárcel loco?
¿Hay alguna desdicha en mi suceso?

VALERIO.

Yo soy, Floriano, el loco; yo soy loco;
Que tú con solo el hábito que tienes,
Haces oficio de sagaz y cuerdo.
No se sabe hasta agora cosa tuya,
Ni se sabrá tampoco, si los cielos
No se conjuran en tu daño y mio.

FLORIANO.

Pues ¿qué es esto, Valerio? ¿Qué suceso
Puede alterar tu cuerda compostura?
¿Quién mudó tu color? ¿Quién ha vencido
Tu raro entendimiento, y ha trocado
De su lugar tu corazón y el mio?

VALERIO.

¡No trujeron agora aquí una loca
Mas hermosa que el orden de los cielos,
Que los planetas y los elementos,
Y que todo lo que es mortal criatura?

FLORIANO.

¿Es cosa tuya, dime, aquella loca?

VALERIO.

No es cosa mía; pero yo soy suyo.

FLORIANO.

Espera, vén conmigo á aquella sala,
Que está desocupada y tiene asientos,
Y dirásme despacio tu suceso.

VALERIO.

¡Ay Dios!

FLORIANO.

¿Suspiras?

VALERIO.

¡Bueno! Pierdo el seso.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

FLORIANO.

Cansada estar pudiera la fortuna
De los muchos agravios que me ha he-
Dejando ya sin resistencia alguna [cho,
Las flacas fuerzas de mi débil pecho.
Jamás que nuestro ruego la importuna
Daré sin muchos daños el provecho:
Libróme de la muerte, y de tal suerte,
Que agora estoy mas cerca de la muerte.
Yo vi los bellos y divinos ojos,
Por donde amor vertió locura y fuego,
Y como mariposa, mis despojos
A su amorosa lumbre arderse luego;
Y cuando me bastaran los enojos
De mi fiero mortal desasosiego,
Quiéren mis hados que el mayor amigo
Sirva por instrumento á mi castigo.
Valerio, que es de todo mi secreto
Archivo, amparo, defensor y asilo,
Por esta loca, por el mismo efeto,
Sigue de amor el amoroso estilo,
Y dice que le pone en tanto aprieto,
Que su curso vital cuelga de un hilo,
Y que la ha de gozar, ó cuerda ó loca;
Que amor ha menester cordura poca.
Para esto dice que pedilla quiere,
A título de que es parienta suya;
Porque con el honor que se requiere
A su primero ser la restituya.

¡Oh amor, en qué peligros vive y muere
Quien una vez probó la fuerza tuya!
Déjame con mi loca, ó loco ó cuerdo;
Que entonces seré loco si la pierdo.

ESCENA II.

FEDRA, sin ver á—FLORIANO.

FEDRA. (Para sí.)

Acá me vengo á buscar
Si hay quien dé señas de mí;
Que dicen que me perdi
En este mismo lugar.
Y no es poco que me acuerde
De quien vivo y por quien muero;
Que menos memoria espero
Adonde el seso se pierde.
Con tan extraño tormento
El amor me ha combatido,
Que ya no tengo sentido,
Sino solo sentimiento.
De mi locura me espanto;
Que de oídas, aunque poco,
Creí que amor era loco,
Mas no que lo fuese tanto.
Por sus dolores secretos
Conozco ya su rigor:
¿Qué ha de dar un loco amor
Sino tan locos efetos?
Un loco, y por otra loco,
Que es menos obligación,
Me ha hecho camaleon
Cuando sus colores toco.
No sé qué tiene ¡ay de mí!
Que hechiza cualquier cordura.
Mas ¡ay! ¿qué mayor locura
Que no ver que estaba aquí?

FLORIANO. (Ap.)

Ya que desta he de guardarme,
Y conozco su intención,
Quiero, huyendo su pasión,
Con mi pasión remediarne.
Fingirme menos cuerdo
De lo que otras veces fui.

FEDRA. (Ap.)

Por un loco estoy sin mí.
¿Qué injustamente me pierdo!

FLORIANO.

¿Habeis visto por allá
Una cosa que perdí?

FEDRA.

Y ¿tú no me has visto á mí,
Que ando en pena por acá?

FLORIANO.

Hermana, si andais en pena,
Muy cierta tendréis la gloria.

FEDRA.

¡Oh palabra de vitoria,
De grandes misterios llena!

FLORIANO.

¡Oh sabrosa berengena,
Membrillos y zanahoria,
Que echó en arropo de Coria
El poeta Juan de Mena!

FEDRA. (Ap.)

¿Qué presto le vuelve el seso
El furioso frenesi!

FLORIANO.

¿Sabeis desto que perdí,
Y os daré en hallazgo un queso?

FEDRA.

¡Pluguiera á Dios que supiera,
Como sé lo que has perdido,
Adónde está tu sentido,
Porque yo te lo trujera!

FLORIANO.
¿Haceislo por las albricias?
¡Oh hi de pucha golosa!
A ser vos la mas hermosa,
Yo os dijera mis malicias.

FEDRA.
Pues esa que tú querías,
¿Tiene mas merecimientos?

FLORIANO.
Tiene de nieve y pimientos
Los dientes y las encías.
Queríala, y aun la quiero,
Que así digo mas verdad,
Porque es de mi calidad
Y muere del mal que muero.

FEDRA.
¿Por ella, loco, en efeto,
Lo que te falta has perdido?

FLORIANO.
Cuando allí pierdo el sentido
Soy en extremo discreto.
Mas no es lo que busco eso;
Otra cosa me ha faltado;
Que á fe que es bien empleado
Perder bien perdido el seso.
¿Veisme con aquestos trapos?
Pues perdi...

FEDRA.
¿Qué, por mi vida?

FLORIANO.
Una borrica parida
Con una toca de papos.

FEDRA. (Ap.)
¿Que esto no desenamore,
Sino que obligue á deseo?

FLORIANO.
Hace el no seros muy feo
Que mi esperanza mejore;
Que si bien os parecí,
Siendo tan cuerda mujer,
Bien lo puedo parecer
A quien me parece á mí.

FEDRA.
¿Qué lindo ingenio tendria
Por la beldad natural,
Si curase deste mal!

FLORIANO.
¿Ya hablais en filosofia?
Y aun tenéis mucha razon;
Que el ingenio tiene aumento
Con el buen temperamento,
Y la buena complexion
Ayuda á su movimiento.
Porque del alma, ya es llano
Que ha de ser el cuerpo humano
De sus obras instrumento.

FEDRA.
¿Qué hiciste de aquella cinta
Que de esperanza te di?

FLORIANO.
Perdila luego que vi
La figura por la pinta;
Que como no estaba ciego
De amor ni de confianza,
Descarté aquella esperanza
Porque me entró mejor juego.

FEDRA.
¿Qué te entró?

FLORIANO.
Una reina de oros,
Carta nueva en la baraja,
Que hace á mil reinas ventaja
Para ganar mil tesoros.
Aunque un diablo de un caballo
De por medio se metió,
Que con mas cartas que yo

Pretende desbaratallo.
Y son cosas tan pesadas
Amistad y bien querer,
Que adelante podria ser
Que me entrase flux de espadas.

FEDRA.
En fin, ¿que tú aventuraste
Mi esperanza?

FLORIANO.
Y aun la mia.

FEDRA.
¿Quieres otra?

FLORIANO.
Bien querría,
Si no os pesa que la gaste;
Que antes se alegran mis ojos,
Que en semejantes contiendas
Pueda yo dar tales prendas
A mi señora en despojos.
¿Dónde está la cinta?

FEDRA.
Aquí.

FLORIANO.
¿En la frente?

FEDRA.
¿No la ves?

FLORIANO.
Pues quitáosla.

FEDRA.
Mejor es
Que me la quites tú á mí.

FLORIANO.
Ya desato la lazada.
(Desdátale una cinta de la cabeza.)

FEDRA. (Ap.)
¿Ay Dios! ¿Si le abrazaré?
¿Si podré? Mas bien podré;
Que es loco, y no importa nada.

FLORIANO.
¿Andaisme en las faltriqueras?
¿Algo me queréis hurtar?

FEDRA. (Ap.)
Aun no me atrevo á juntar
Los brazos. ¿Oh amor! ¿qué esperas?

ESCENA III.

ERÍFILA, con sayo de girones y una caperuilla de loca.—DICHOS.

ERÍFILA.
No me desagrada el lazo.
Iguales sois á lo menos;
Por muchos años y buenos
Goceis los dos el abrazo.
¿Erais vos el que queria
Ser mi esposo, Mandricardo?
Desde agora me acobardo
De lo que pensado habia.
Y vos, casada secreta,
Doncella de Dinamarca,
¿Mirais si sois de la marca
Con esta lanza jineta?
Si sois cuerda, ¿qué quereis
Ser entre los locos loca?
¿Por qué tanto cuello y toca
Y tantas galas traeis?
Sali afuera, noramala;
Que tiene dueño este loco.

FEDRA.
Elvira, poquito á poco.

ERÍFILA.
Subíos luego á la sala.
Valga el diablo la parlara,
Y con qué poca ocasion

Quiere hurtar la bendicion
A la hija verdadera!

FEDRA.
Quíerome quitar de aquí;
No diga algun disparate.

(Vase.)

ESCENA IV.

FLORIANO, ERÍFILA.

FLORIANO.
(Ap. No hay alcahuele que trate
Mejor mi favor por mí.
¡Oh cielo, que el amor creces!
¿Quién te llama hijo de amor?
Su padre dirá mejor;
Que le engendras muchas veces.
Negociado has mi remedio;
Mas ¿cómo se ha suspendido
La que del alma y sentido
Ha puesto su silla en medio?)
¿Cómo callais vos agora?
¿Qué melancolia es esa?

ERÍFILA.
De haber hablado me pesa
Con la reina mi señora.
Lo uno porque ya vos
Pensaréis que soy muy vuestra,
Y lo otro por la muestra
Que me habeis dado los dos.

FLORIANO.
Elvira, plega á los santos
Que si yo la quiero bien,
Que me mate una sarten
Con sus duelos y quebrantos,
Y si no soy Mandricardo
Y esclavo de Doralice,
Por cosa que jamás hice
Me vistan de paño pardo.
Como ella es mujer burlona
Y criada en esta casa,
Jugamos de pasa pasa,
Y hiclele la mamona.
Si otra cosa hemos tratado
Yo y aquesta chocarrera,
Luego en tu desgracia muera
Frito, cocido y asado.

ERÍFILA.
Perro, ¿agora os haceis bobo?
Asado os quiero tambien,
Y si no me sabeis bien,
Os haré echar en adobo.
Luego que vine á esta casa
Puse los ojos en vos,
Porque no me dieseis
El juego de pasa pasa.
Mandricardo habeis de ser,
Aunque pese á Rodamonte,

FLORIANO. (Ap.)
¿Oh amor! de por medio ponte
Y enseña aquesta mujer;
Dale agora su sentido,
Si á quien le tiene le quitas.

ERÍFILA. (Ap.)
Amor, pues al cielo imitas,
Enmienda á lo que has perdido.
Si esto no es naturaleza,
Dale su seso á este mostro.

FLORIANO. (Ap.)
¿Oh amor! pon alma en un rostro
Que es monstruo de la belleza;
Haz que me escuche mi pena
Y que me entienda mi mal.

ERÍFILA. (Ap.)
Amor, un milagro tal
Vitoria es tuya, y no ajena;
Haz que este loco me entienda,
Porque sepa agradecer.

FLORIANO. (Ap.)

Cielo, esta loca mujer
A tu poder se encomienda.

ERÍFILA. (Ap.)

Yo no quiero declararme
Hasta ver si fiarme puedo.

FLORIANO. (Ap.)

De aclararme tengo miedo
Hasta ver si puedo fiarme.

ERÍFILA. (Ap.)

Ansí loca, bien podré
Decille mis pensamientos.

FLORIANO. (Ap.)

Loco diré mis tormentos,
Aunque es bien cuerda mi fe.

ERÍFILA.

Hola, buen hombre, ¿por dicha
Sabes tú lo que es amor?

FLORIANO.

Aborcadó esté el traidor
Al humo como salchicha.—
Deseo que engendra el ver;
Pero es contrario sugeto,
Porque el fin deste es su efeto,
Y de amor aborrecer.

ERÍFILA. (Ap.)

¡Ay, amor, qué bien empiezas!

FLORIANO.

Deseo, en fin, de lo hermoso.
Dicen que hay dos, y es forzoso
Que haya también dos bellezas,
La hermosura corporal,
Y la otra intelectual,
De quien el cielo te priva
Solo por hacerte mal,
Pues te falta el ornamento
Del alma mas necesario.

ERÍFILA.

Calla, loco incierto y vario,
Mas que la luna y el viento.

FLORIANO.

Y á tí también ¿no te toca
La variedad de la luna?

ERÍFILA.

En el cuerpo tengo alguna;
Que en el alma no soy loca.

FLORIANO.

Si á la luna parecieras
En amar al sol, de quien
Recibe luz, vida y bien,
Ejemplo de amores fueras;
Aunque si en el nacimiento
Con Mercurio la tuvieras,
Tan casta como ella fueras
En daño de mi tormento.
Mas tú, que de amor preguntas,
¿Conoces de su dolor?

ERÍFILA.

Sé que es nuestro padre amor,
Y todas las cosas juntas,
Y de la plática sé
Desde el punto que te vi;
Que antes desto conocí
Por teórica mi fe.

FLORIANO.

Luego ¿alguna fe me tienes?

ERÍFILA. (Ap.)

Este ¿es cuerdo por ventura?

FLORIANO. (Ap.)

¿Tiene esta agora cordura?

ERÍFILA.

¿Agora á entenderme vienes?
Digo que me agradas tanto
Como la pimienta al vino.

FLORIANO.

Y tú á mí como el tocino
Después del Sábado Santo.

ERÍFILA. (Ap.)

El responde en mi lenguaje.
Válame Dios, ¿si no es loco?

FLORIANO. (Ap.)

Esta es cuerda, y no lo es poco.

ERÍFILA.

Yo vengo de alto linaje.

FLORIANO.

Yo también soy caballero,
Con renta que allá en París
Vale mil maravedis,
Y ando así porque yo quiero.

ERÍFILA.

A mí me sacó un ladrón
De en casa de un padre hidalgo,
Y se me fué como galgo,
Sin llevarme el corazón.
Y porque me halló esta gente
Dando voces destocada,
Me trajeron agarrada
Al audiencia del tiniente.

FLORIANO.

Pues yo dicen que maté
Un príncipe de Aragón,
Y por tan fuerte ocasión
En esta cárcel me entré.
Hago el loco, y guardo el cuello
Del solivianos á malo;
Que mas quiero sufrir palo
Que no perder el resuello.

(Vuelven en sí.)

ERÍFILA.

¿Diceslo de veras?

FLORIANO.

SI.

Y tú ¿diceslo de veras?

ERÍFILA.

Yo sí.

FLORIANO.

Pues, por Dios, que quieras,
Mi bien, dolerte de mí.
Mira el amor que te tengo,
Pues que loca y sin juicio
Te digo el secreto indicio
De que por tí á serlo vengo.

ERÍFILA.

Amigo, no soy Elvira,
Ni loca, como has pensado;
Que mi nacimiento honrado
Á mayor nobleza aspira.
Erífila fué mi nombre

Hasta que llegase aquí:
Bien puedes fiar de mí
Secretos que á ningún hombre;
Que yo te adoro y te amo,
Y soy tuya hasta la muerte.

FLORIANO.

Venturosa fué mi suerte;
Suerte del cielo la llamo.
Dame, Señora, esos brazos.

ERÍFILA.

Aun pienso que no soy diña.

ESCENA V.

PISANO.—DICHOS.

PISANO.

¡Oh, mal garrote de encina
Que os haga el cuerpo pedazos!
¡No está malo!

FLORIANO.

¡Ah puto viejo!

¿La paz os parece mal?

PISANO.

Yo os haré una guerra tal
Que os escueza el salmorejo.
¡Ah, Martín! ¡Hola, Tomás!

FLORIANO. (Ap.)

Desdichados hemos sido.

ESCENA VI.

TOMÁS, MARTÍN.—DICHOS.

TOMÁS.

¿Qué hay nuevo? ¿Qué ha sucedido?

PISANO.

A fe que no se hablen mas.
Al señor echá unos grillos,
Y á la dama unas esposas.

ERÍFILA. (Ap.)

A serlo fueran dichosas,
De los pies que han de sufrillos.
¿Que han de aprisionar mi bien?

FLORIANO.

Ponédme todo á mí;
Que yo tuve culpa,

PISANO.

¡Ah! ¿sí?

FLORIANO.

A mí pues, Matusalen.
(Ap. Quisierame hacer furioso;
Pero temo la prision.)

MARTÍN.

¿No sabéis la condicion
De aqueste hospital, mocoso?
¿Cuándo habeis vos visto estar
Los hombres con las mujeres?

PISANO.

Llevaldos ya.

FLORIANO.

¿Mas que quieres
Llevarme á dar de cenar?

ERÍFILA.

¿También me llevais á mí?

PISANO.

Llevalda ya, noramala.

ERÍFILA.

¡Oh maldita martingala
De las mas lindas que vi!

(Vanse todos, menos Pisano.)

ESCENA VII.

PISANO.

No me espanto que esta loca
Tenga enamorado un loco;
Que á un cuerdo que no lo es poco,
A dalle el alma provoca.
Por ella traigo el cerbelo
Mas mudable que un molino:
¡Oh amor! si eres desatino,
¿Cómo eres dios en el cielo?
Cuando cuentas y clarete
Me habian de entretener,
¡Me viene amor á poner
Garceticas y copete!
Perdida va la veleta,
No hay que fiar en la edad;
Que siempre es la voluntad
Del apetito alcahueta.
Con todo, es tal mi pasión,
Que por ventura la estimo.

ESCENA VIII.

TOMÁS. — PISANO.

TOMÁS.
Nuesamo, aquí está su primo,
El vergueta de Aragón.

PISANO.
¿Dices Liberto?

TOMÁS.
Ese propio.

PISANO.
Pues entre muy norabuena
En su casa, aunque es ajena;
Que al cuerdo es lugar impropio.

ESCENA IX.

LIBERTO. — DICHOS.

LIBERTO.
No os quajardis de que á Valencia vengo
Sin veniros á ver en apeándome.

PISANO.
Dadme esos brazos una y muchas veces.

LIBERTO.
Dos veces á lo menos quiero dallos,
Una por deudo y otra por amigo;
Que me precio de amigomas que deudo.

PISANO.
Aquí teneis, Liberto, aquesta casa,
Aunque parece maliciosa oferta;
Pero si ella lo es, en este pecho
Teneis la voluntad pronta á servirlos.
¿Qué negocios os traen á Valencia?

LIBERTO.
¿No habeis sabido aquel suceso triste
Del principe Reinero, hijo legitimo
Del conde Arnolfo?

PISANO.
Por acá se ha dicho,
Aunque de algunos es temido á fábula.

LIBERTO.
¿Pluguiera á Dios, oh primo, que lo fuera!
Muerto es sin duda, y por desgracia
[muerto]

A manos de un varon de la moniaña,
En cuya busca vengo, entre otros muchos
Que á varias partes vamos repartidos.

PISANO.
¿Quién duda que se haga diligencia?
¿Plega á Dios que le halléis! que á fe que
[os fuese]
Una prision de crédito y provecho.

LIBERTO.
Todos llevamos retratado el rostro;
Que han hecho copias dél en Zaragoza
Para que no se pierda por industria.

PISANO.
Holgárame de verle por extremo.

LIBERTO.
Presto podréis cumplir ese deseo.
Este es el matador. *(Muestra un retrato.)*

PISANO.
¿Gentil presencia!
¿Cómo dicen las letras?

LIBERTO.
Floriano,
Etatis suæ veinte y nueve ó treinta,

PISANO.
Mirado el rostro, me ha movido á lástima.

LIBERTO.
¿Hanos visto por dicha aqueste loco?
Que me importa la vida en el secreto.

PISANO.

Suspenseo está mirando las estrellas.
No teneis que temer; venid conmigo;
Daréos un regalo mientras llega
La hora de cenar.

LIBERTO.

Basta el de veros.
En cuidado me ha puesto aqueste loco
(Vase Pisano y Liberto.)

ESCENA X.

TOMÁS.

No hay secreto en el mundo que lo sea.
Por esto dicen que la tierra ha dado
Con voto eterno esta palabra al cielo,
Y que tienen oídos las paredes.
Si agora este secreto me importara,
Librara mi persona de la muerte
La del hermano ó el amado amigo.

ESCENA XI.

FLORIANO, con grillos. — TOMÁS.

FLORIANO. *[viven]*
(Para sí.) Bueno es tener amigos los que
Sujetos deste mundo á la miseria;
Mas yo ¡triste de mí! los he tenido
Para solo mi mal y desventura.
Aun hablo en seso sin mirar quién oye.)
¿Qué hay por acá, Tomás?

TOMÁS.
¿Oh Beltranico!
¿Cómo va de pigüelas? ¿son pesadas?

FLORIANO.
Echáronme, Tomás, los de la vieja,
Como dicen algunos en Castilla;
Que fué una mala hembra, que queriéndome
Dejó de piedad su hacienda toda, [dese,
Para comprar prisiones, á las cárceles.

TOMÁS.
Igualas las tuviera el desdichado
Que ha muerto, segun dicen, á Reinero,
Y le van á buscar por todo el mundo
Con retrato que llevan de su rostro.

FLORIANO. *[sabes?]*
(Ap. ¡Válgame el cielo!) Y tú ¿de qué lo

TOMÁS.
Un hombre de Aragón que del portero
Es primo, segun dicen, ha venido
En busca suya, y su retrato trae.
Llámasse á lo que pienso...

FLORIANO.
¿Cómo?

TOMÁS.
Empieza
Por *flor*, y lo demás se me ha olvidado.

FLORIANO.
¿Dijo por dicha Floriano?

TOMÁS.
El mismo;
Así, así, Floriano, que era un hombre
De treinta años, un año mas ó menos.

FLORIANO.
Y ¿adónde fué?

TOMÁS.
Sin duda á ver la casa;
Que nadie viene aquí que no la vea.

FLORIANO.
Por Dios, que pienso ver ese retrato.
Quédate aquí; que voy en busca suya.

TOMÁS.
No digas que te he dicho nada.

FLORIANO.

Basta.
A mí me importamas que á ti el secreto.

TOMÁS.
Ya sé que aunque eres loco eres discreto.
(Vase Floriano.)

ESCENA XII.

ERÍFILA, con esposas. — TOMÁS.

ERÍFILA.
*(Ap. Escapádome he, por Dios,
Aunque con esposas vengo;
Que aunque de hierro las tengo
No es ninguna de las dos.)*
¿Qué hacéis por acá, Tomás?

TOMÁS.
Ya lo veis, buena mujer.
Si el viejo os echa de ver,
A fe que os encierre mas.

ERÍFILA.
Ya ¿no me tiene sin manos?
¿Qué quiere? ¿Qué tengo? ¿Rabio?

TOMÁS.
Pues por mí fe que hace agravio
A los cielos soberanos;
Que de alguno eres estrella,
Segun tienes resplandor.

ERÍFILA.
Por solo aquesse favor
Me bajo de la querella.
¿Parécote muy bonita?

TOMÁS.
¿Vive Dios, que estaba cuerdo,
Y que en verte, el seso pierdo,
Porque tu rostro le quita!
¿Queréste casar conmigo,
Que soy?...]

ERÍFILA.
¿Quién?

TOMÁS.
Gran turco soy.

ERÍFILA.
La fe y palabra te doy...

TOMÁS.
¿De qué?

ERÍFILA.
De comerme un higo.

TOMÁS.
Luego ¿no quieres casarte?

ERÍFILA.
Si hubiera cura, sí hiciera.

TOMÁS.
¿Que por un cura cualquiera
Me pierda yo de gozarte!

ERÍFILA.
¿Sabes quién está ordenado
De hacer este casamiento?

TOMÁS.
¿Quién?

ERÍFILA.
Beltran.

TOMÁS.
¿Diceslo á tiento?

ERÍFILA.
Antes lo tengo pensado.
Lámamele por tu vida;
Que prima ha cantado ya,
Y á los dos nos casará.

TOMÁS.
Damela mano.

ERÍFILA.
Está asida.

Tomás.
Pues voy.
ERÍFILA.
Anda.
(Vase Tomás.)

ESCENA XIII.

ERÍFILA.
Amor piadoso,
Pues vuelas y no reposas,
Venga á ver sus tres esposas
El que me das por esposo.
Venga aquel por quien tan grave
Prision en que estoy metida,
Tengo por dichosa vida
Y por tormento suave.
Venga aquel por quien es poco
Que el seso y la vida pierda,
Por quien tengo el alma cuerda
Y el entendimiento loco;
Que es tal aquella hermosura
Por quien vivo y por quien muero,
Que para siempre no quiero
Volver á mayor cordura.

ESCENA XIV.

FLORIANO, *sin nada de cara*.—ERÍFILA.

FLORIANO. (Ap.)
Bueno vengo desta vez
Con la máscara fingida;
Bien parece que esta vida
Es un juego de ajedrez.
¡Oh cómo es mudable y vana!
Y échase en esto de ver,
Que una pieza blanca ayer
Puede ser negra mañana.

ERÍFILA.
Beltran.
FLORIANO.
Elvira.
ERÍFILA.
¿A qué efecto
Te has puesto así?
FLORIANO.
Mi señora,
Juego al ajedrez ahora,
Porque es un juego discreto.
Un rey con dos mil peones,
Siendo yo un caballo pobre,
Me persigue hasta que cobre
Su venganza en mis traiciones.
Hoy me ha venido á buscar
A aquesta casa un arfil,
Que con un jaque sutil
Un mate me quiere dar;
Y porque en mi mal se alegra,
Ya de matarme resuelto,
De pieza blanca, me he vuelto,
Como veis, en pieza negra.

ERÍFILA.
¿Que aquese arfil ha venido?
FLORIANO.
Dicen que trae mi retrato,
Y por eso me recato
Y vengo desconocido.
ERÍFILA.
Ese juego ya me llama
A que pierda mi sosiego.
FLORIANO.
¡Y cómo! si sois del juego,
Y no menos que la dama.
Por eso ayudadme bien;
Que estoy muy cerca de preso.
ERÍFILA.
Bien puedes hablarme en seso;

Que no nos oyen ni hay quién.
¿Es verdad que aquí han venido
Con tu retrato á buscarte?
FLORIANO.
Del alma quieren sacarte
Este tu loco fingido.
Pero no te cause pena;
Que de la suerte que estoy,
Libre del peligro voy
Que el rey de Aragón me ordena;
Que no será conocido,
Tan loco y desfigurado.

ERÍFILA.
Gran secreto me has flado;
Conozco que me has querido.
Y pues deso estás seguro,
Hablemos en nuestras cosas.

FLORIANO.
¿Que al fin te echaron esposas?
¡Oh hierro dichoso y duro!
Oh hierro que has acertado
A ser prision venturosa
En la parte mas hermosa
Que el cielo á la tierra ha dado!
¿Hate hecho alguna señal?
Ha sido tan atrevido?
¿No está muy agradecido
De gozar de gloria tal?
Mas no es posible que encarne;
Que enternecido de tí,
Se habrá recogido en sí
Por no lastimar tu carne.
¡Oh, quién ese hierro fuera
Por gozar de tal tesoro,
O por convertirse en oro
Que tu mano enriqueciera!
¿Que tal te traten por mí
Aquesas carnes hermosas!

ERÍFILA.
Manillas son, que no esposas,
Estas que sufro por tí.
Joyas son que amor me dió;
No es bien que esposas las llames;
Que no quiero yo que ames
Mas de una esposa, y ser yo.

FLORIANO.
Si son joyas y manillas
Que da amor á los amantes,
De perlas y de diamantes
Pienso algun tiempo cubrillas.
Bien parece que los dos
Solo uno somos ya;
Que de dos hecho nos ha
Solo un cuerpo-el ciego Dios;
Pues viendo aquestos villanos
Que el preso uno solo es,
A mí me hierran los pies,
Y á vos, Señora, las manos;
Que con esto quedará
De piés y manos seguro
Este preso, que yo os juro
Que aun muriendo no se irá.

ERÍFILA.
Los que en los piés te pusieron
Tengo en las entrañas yo;
Que estos que tu amor me dió,
Corona de gloria fueron;
Solo siento que mis brazos
No se pudiesen abrir,
Para en ellos recibir
Tus amorosos abrazos;
Mas como mi alma puede,
Imaginados los da.

FLORIANO.
El alguacil viene ya.
ERÍFILA.
¿Quieres que huya, ó me quede?
FLORIANO.
No importa; quédate aquí;

ESCENA XV.

PISANO, LIBERTO.—Duenos.

LIBERTO.
No me puedo detener;
Que tengo mucho que hacer.

PISANO.
¿No os queréis servir de mí?

LIBERTO.
El haberos visto sobra,
Y aquesta famosa casa.

PISANO.
¿Aquí estáis vos? ¿Esto pasa?

FLORIANO.
Siempre me haceis mala obra,
Y mas ahora que andais
Con esotro bellacon
Que busca mi perdicion.

ERÍFILA.
¿Quién sois vos? ¿A quién buscáis?

LIBERTO.
Yo, hermana, vengo á buscar
Un famoso delincuente.

FLORIANO.
Sospecho que está presente,
Y que no le habeis de hallar.

LIBERTO.
Lo postrero puede ser.

ERÍFILA.
¿Qué ha hecho?

LIBERTO.
Mató el tirano

A un rey.

ERÍFILA.
¿Y el nombre?

LIBERTO.
Es Floriano.

ERÍFILA.
Pues veis aquí su mujer.

LIBERTO.
Graciosa loca y hermosa.

PISANO.
Es perfecta por extremo.

FLORIANO.
¡Hola! Vive Dios que os temo
Por esa gaita golosa;
Que en mi vida os ofendi
Mas de lo que agora veis;
Pero creo que traeis
Ciertas bulas contra mí.

PISANO.
Este es un gran estudiante
Que de amor enloqueció.

FLORIANO.
Y este un asno que tiró
Dos coces á un elefante.

PISANO.
Estotra es una mujer
Que dice que la han robado,
Y en aquesta tema ha dado.

ERÍFILA.
¿Sabéislo vos, bachiller?
¿Qué tenéis que ver en eso?
Si me han robado á traicion,
Con grillos tengo al ladron;
Preso está.

FLORIANO.
Yo soy el preso.

LIBERTO.
Por mi vida, que es hermosa,
Y á compasion me ha movido,

ERÍFILA.
¿Qué es quesciosa, marido,
Tres esposas y una esposa?

FLORIANO.
Las trévedes.

ERÍFILA.
¡Bien por Dios!

FLORIANO.
Malo estaba de acertar.

ERÍFILA.
Anda, bellaco escolar,
Yo soy una y estas dos.

FLORIANO.
¿Parece que erré poco?
¿Cúyas son? que no me acuerdo.

ERÍFILA.
Las dos son de aqueste cuerdo,
Y la una deste loco.

PISANO.
Poco tiempo estará aquí;
Que es muy principal mujér.

LIBERTO.
Bien se deja conocer.

FLORIANO.
Y vos ¿conoceisme á mí?

LIBERTO.
Ni os conozco, ni aun quisiera.

FLORIANO.
Pues á fe que os importara.

LIBERTO.
Teneis muy negra la cara.

FLORIANO.
Mas negro, á ser blanco, fuera.
Vos seréis gabilan manco.

LIBERTO.
De ser como soy me alegro.

FLORIANO.
¿Sabeis por qué estoy tan negro?
Porque no deis en el blanco.

ERÍFILA.
Amarga está la librea.

FLORIANO.
Soy, por no buscar cuartagos,
Loco de los reyes magos,
Y embajador de Guinea.
Contra un rey no valen postas.

PISANO.
Una nueva quiero daros,
Elvira.

ERÍFILA.
Y yo presentaros
Estas que me están angostas.

PISANO.
A nuestro administrador
El pariente que sabeis,
Os pide.

ERÍFILA.
¿Y esa teneis.

Por buena nueva, hablador?

PISANO.
Sabe Dios lo que lo siente
Quien gustaba de escucharos.
Dice que quiere curaros
En su casa honradamente.

ERÍFILA.
¡Mal año y mal mes, hermano!
Antes que allá coma y duerma,
Mas me quiero estar enferma,
Que curada de tal mano.
Tiene aquí tanta virtud
Una cierta voluntad,
Que quiero mi enfermedad
Mas que alguno su salud.

LIBERTO.
Hora es que yo me vaya;
Y antes que deje á Valencia,
Volveré á vuestra presencia.

FLORIANO.
Poco vale quien desmaya.
Diz que traeis un retrato
De cierto moro de Argel.

ERÍFILA.
Yo me holgara harto con él,
Y de miedo po lo trato.

LIBERTO.
¿Queréislo ver?

FLORIANO.
Sí, por Dios.

LIBERTO.
Pues veáse aquí descogido.
(Enseña el retrato.)

FLORIANO.
Pardiez, que está parecido,
Aunque no os parece á vos.
Pues yo conozco á su dueño,
Y sé muy bien dónde está.

LIBERTO.
Irme quiero; tarde es ya.

FLORIANO.
¿Qué me daréis si os lo enseño?

PISANO.
Salir quiero á acompañaros.

LIBERTO.
Eso no.

PISANO.
Dejadme un poco.
(Vanse Pisano y Liberto.)

ESCENA XVI.

FLORIANO, ERÍFILA.

ERÍFILA.
Ahora digo que estás loco.

FLORIANO.
No os enturbieis, ojos claros;
Que no hay temer mal suceso
En lugar que vos estáis,
Aunque el hábito digais
Que imprime falta de seso.

ERÍFILA.
El alma me has alterado.

FLORIANO.
Mi bien, en mí lo he sentido
Como quien el cuerpo ha sido
Donde agora habeis estado;
Que cual forma sustancial,
Y yo materia en que vive,
De quien con acto recibe
Perfeccion lo que es mortal,
Luego senti movimiento
Y me tembló el corazón.

ERÍFILA.
Ha sido en esta ocasion
Extraño tu atrevimiento.

FLORIANO.
Pues me libré deste mal,
¿Sabes, mi bien, qué quisiera?

ERÍFILA.
Ya te entiendo, y si pudiera
No tuviera gloria igual.

FLORIANO.
Tu amorosa estimativa
Entiende mis intenciones
De mis inciertas razones,
Con deseo de que viva;
Pero yo te abrazaré,
Si no puedes abrazarme.

ESCENA XVII.

LAIDA. — Dichos.

LAIDA.
De aguda puedo loarme.
¡A qué buen tiempo hajé!
Suelta la loca, ladron.

ERÍFILA.
¡Oh traidor! ¿Forzarme á mí!

LAIDA.
Luego ¿él te forzaba?

ERÍFILA.
Sí.

FLORIANO.
Fuerza fué del corazón.

LAIDA.
Estudiante ó Satanás,
Que esto debiste de ser,
¿Qué té ha hecho esta mujer,
Que siempre con ella estás?

FLORIANO.
Hame dado un mojicon
Por medio de las entrañas;
Que ha tenido por hazañas
Matar un muerto á traicion.
Y por Dios, que he de vengarme,
Hasta que el suyo le vea.

ERÍFILA.
Ya ha visto lo que desea,
No tiene ya que buscarne.

LAIDA.
Beltran, no la mires tanto;
Mirame á mí.

FLORIANO.
Ya te veo;
Pero llévame el deseo
A que te dé con un canto.

LAIDA.
Así te tengo la mano.
A fe que no has de ir tras ella.

ERÍFILA.
¡Oh, qué graciosa doncella
Para de invierno y verano!
Mucho se os abraza el pecho.
¿Andáis en caniculares?

LAIDA.
¿Que aun en verme no repares?

ERÍFILA.
Aun de burlas es mal hecho.
Quedáos con Dios, Mandricardo;
Que me saben mal los celos.

FLORIANO.
¿Cubrir piensa tales cielos
Aqueste nublado pardo?
¡Oh pesar de Rodamonte!
¿Que á Doralice me lleva?

ERÍFILA.
Yo te cerraré la cueva.

FLORIANO.
Cierra, y súbete en el monte.
(Vanse Erífila y Floriano.)

ESCENA XVIII.

LAIDA.

¿Esto es posible? ¿Hay dolor
Que al que padezco parezca?
¿Que por un loco padezca
Que á otra loca tiene amor!
Bien sé yo de qué ha nacido;
Que como juntos están,
Del verse y hablarse harán
Hábito al alma y vestido.
Pues no, no; que yo pondré

Metiéndome de por medio,
En su locura remedio,
Y el agravio de mi fe.
No siento industria mejor
Para poderme quedar
En este mismo lugar,
Sino seguir su furor.
Fingirme quiero furiosa,
Y dar en un frenesí;
Que si me dejan aquí,
Seré cuerda venturosa.
Ea pues, ¿qué me detengo?
(*Vocea comp loca.*)

¡Hola, gente de palacio!
¿Cómo venis tan despacio?
Decidle al Rey que ya vengo.
Apartá aquesta carroza;
Dadme vos, Duque, la mano;
Hágame viento ese enano,
Que por mi fe que me goza.—
Bueno va aquesto hasta aquí.

ESCENA XIX.

FEDRA. — LAIDA.

FEDRA.
Hola, Laida, ¿estás acá?

LAIDA.
¿Laida? La Reina dirá.

FEDRA.
¿Qué nuevas traigo, ay de mí?

LAIDA.
¿Nuevas? ¿Qué nuevas?

FEDRA.
Mortales.

LAIDA.
¿Hase algun reino perdido,
O flota de las que han ido
A las Indias Orientales?

FEDRA.
Mi padre me envía á llamar
Para que parta á Segorbe,
Sin que remedio lo estorbe,
Ni se pueda replicar.
Recibió cartas mi tío
De que la vida le importa
Hacer mi jornada corta.

LAIDA.
Que se alegre el reino fio.

FEDRA.
¿Qué reino?

LAIDA.
El que yo gobierno
Como absoluta señora.

FEDRA.
¿Estás loca?

LAIDA.
Estoy agora
Buscando á mi madre un yerno.

FEDRA.
¡Ay Dios! El seso ha perdido.

LAIDA.
Por eso el alma ha ganado.

FEDRA.
Laida, ¿qué hechizo te han dado?

LAIDA.
Por los ojos le he bebido.

FEDRA.
Vuelve en tí.

LAIDA.
Ponéos del lodo.

FEDRA.
¡Dichosa, que loca estás,
Pues aquí te quedarás

A gozar de mi bien todo!
¡Ay de quien le ha de perder!

LAIDA.
¡Hola, dueña, ah camarera!...

FEDRA.
¡Oh quién tan loca estuviera!
¡Qué venturosa mujer!

LAIDA.
Traedme un búcaro de agua
Y una niranja. ¿Venís?

FEDRA. (Ap.)
Ya me admiran...

LAIDA.
Dueña, ¿ois?
FEDRA. (Ap.)

Los desatinos que fragua.
Por mi fe, que estoy movida
A seguir su buen ejemplo,
Porque dos cosas contemplo
Que entrambas me dan la vida
La una, que si estoy loca,
Aquí me habré de quedar,
Donde podré negociar
Lo mas que mi alma toca.
La otra, que estando así
Soy tan igual á Beltran,
Que con él me casarán,
Viéndome por él sin mí,
Pues verán que deste modo
Se remedia mi locura.
Ya comienzo. Adios, cordura,
Adios, seso y honra y todo.

LAIDA.
Dueña, ¿cómo no venís?

FEDRA.
¿Qué quereis, reina y señora?

LAIDA.
Aguardo mas há de un hora
Un poco de agua y anís.

FEDRA.
Descuidóse el maestresala,
Y vertióse el escabeche.

LAIDA.
¿Úntenle el pecho con leche,
Y dénle con una bala.
(Ap. ¿Qué es aquesto de mi ama,
Que así me lleva el humor?)

FEDRA. (Ap.)
Seguir quiero este furor;
Que el amor furor se llama.

LAIDA. (Ap.)
¿Si me entiende el pensamiento,
Y se ha burlado de mí?

FEDRA.
Gran Reina, un paje está aquí
Que os quiere contar un cuento.

LAIDA.
Si es paje de don Beltran,
Decid qué le dén licencia.

FEDRA.
¿Aun osais en mi presencia
Nombrar ese ganapan?

LAIDA.
¿No está luego averiguado
Que Beltran es cosa mía?

FEDRA.
¿Qué gentil bellaquería,
Estando el otro casado!

LAIDA.
¿Casado! ¿Con quién?

FEDRA.
Conmigo.

LAIDA.
¿Contigo?

FEDRA.
Como lo cuento.

LAIDA.
Y ¿quién hizo el casamiento?

FEDRA.
El Papa.

LAIDA.
Mas papahigo.

FEDRA.
Pues ¿qué! ¿pensó la fregona
Casarse ella con Beltran?

LAIDA.
¡Ay! ¿A la reina de Oran
Una dueña Quintañona!
Armense mis carabelas,
Y vayan por todas partes
Tendidos mis estandartes.

FEDRA.
¡Ah! ¿Si? ¿Quebraréos las muelas.

LAIDA.
¿Las muelas á mi una dueña,
Bastarda de su linaje!
¡Hola! Traígame aquí un paje
Una hacha de partir leña.

FEDRA.
¿Reina vos! Mentis, villana.

LAIDA.
¿Mentis? Tomá un bofetón.

FEDRA.
¿Bofeton á mí á traicion!
Esperad, doña Avellana.
(*Ásense las dos.*)

ESCENA XX.

GERARDO, VALERIO. — Dichos.

GERARDO.
Entrad; que quiero ver este ruido,
Y luego trataremos mas de espacio
A lo que habeis venido.

VALERIO.
Llegad presto;
Que una loca maltrata vuestra hija.

GERARDO. [ta.
Sobrina, ¿qué es aquesto? Suelta, apar-
¿A qué bajaste aquí? Porteros, hola,
Recoged esta loca, y si es furiosa,
¿Por qué razon la sacan de su cárcel?

LAIDA.
¿Ya no me conocéis, hermano viejo?

GERARDO.
Laida, ¿eres tú?

LAIDA.
Yo soy.

FEDRA.
Y la bellaca
¿Sabeis que está diciendo que es la Rei-
Y que con don Beltran está casada, [na,
Siendo, como lo sabe Dios y el mundo,
Ese picaño mi marido?

GERARDO.
¿Oh cielos!

¿Qué dices, Fedra?

VALERIO.
¡Vive Dios, Gerardo,
Que están entrambas locas, sin juicio!

GERARDO. [to?
¡Válame Dios! Y ¿qué habrá sido aque-
¿Si les dieron por dicha algun hechizo?

FEDRA.
No es hechizo el amor, sino hechicero.
El hechizo es la gracia y hermosura;
Y si quereis saber el que me han dado,

Mirad el talle de Beltran; y luego
Me juzgaréis por loca venturosa.

LAIDA.

A mí tambien me ha dado ese hombre
[hechizos.
Si lo quereis saber, miradme el pecho,
Que, de abrasado, está cenizas hecho.

GERARDO.

Por Dios, amigo Valerio,
Que tiene aquesta desgracia
Otra razon y misterio.

LAIDA.

Yo soy la reina de Tracia,
Aunque tengo aquí mi imperio.

VALERIO.

De manera estoy suspenso,
Que pienso que esto es hechizo.

GERARDO.

¡Ay de mí! Lo mismo pienso;
Aunque si el amor lo hizo,
Sabed que es hechizo intenso.
En mal punto me trajistes
A esta casa ese Beltran.

VALERIO.

¿Tan presto su amor hicistes?

GERARDO.

¿No veis del talle que están?

FEDRA.

Bailemos, que estamos tristes.

GERARDO.

Creciendo va su porfía.
(Bailen.)

LAIDA.

Deligo, deligo, deligo...

GERARDO.

¿Qué es esto, sobrina mía?

FEDRA.

Que deligo de candeligo.

GERARDO.

¡Oh, qué extraña fantasía!
Hija, ¿quién te ha puesto así?

FEDRA.

Beltran, Beltran: ¿no lo entiende?

GERARDO.

Beltran es, ¡triste de mí!

VALERIO.

¿Que un loco este fuego enciende?

GERARDO.

Sobrina...

FEDRA.

Quiquiriquí.

VALERIO.

Por mejor tengo encerrallas
Antes que nadie las vea;
Que el castigo ha de curallas.

GERARDO.

Yo haré que bastante sea
A curallas ó acaballas,
Y pondré á Beltran de suerte
Que tenga en su desventura
Por mas contento la muerte.

VALERIO.

A tener Beltran cordura,
Fuera justo; pero advierte...

GERARDO.

Que no tengo qué advertir:
El ha sido la ocasion.

¿No acabais ya de venir?

FEDRA.

Si le poneis en prision,
A fe que me he de morir.

ESCENA XXI.

PISANO, MARTIN, TOMÁS.—DICHOS.

PISANO.

¿Qué es, Señor, lo que se ofrece,
Que tanta prisa nos das?

GERARDO.

Esto, que el alma entristece.

PISANO.

Señora Fedra, ¿aquí estás?

FEDRA.

Aquí estoy: ¿qué le parece?

TOMÁS.

¿Hales dado la locura?

LAIDA.

Pregúntaselo á Beltran.

GERARDO.

Yo las pondré presto en cura.

MARTIN.

Laida.

LAIDA.

¿Qué quiere el ruñan?

PISANO.

¿Qué incierta es nuestra cordura?

¿Cómo fué aquesto, Señor?

GERARDO.

¡Ay amigo! que no sé.
Ellas dicen que es amor.

PISANO.

Pues yo se le quitaré.

GERARDO.

En tu mano está mi honor.

PISANO.

Ea, asilidas.

TOMÁS.

Está queda.

FEDRA.

Llega, perro, y llevarás.

MARTIN.

No hay quien llegárseles pueda.

GERARDO.

Tenla bien fuerte, Tomás.—
No hay dolor que aqueste exceda

VALERIO.

¿Cuándo me daréis mi loca?

GERARDO.

En encerrando esta gente,
Lo que á quererla os provoca
Tratarémos largamente.

FEDRA.

Suéltame.

MARTIN.

Calla la boca.

FEDRA.

Digo que es Beltran mi esposo.

LAIDA.

Mentis; que yo soy su esposa.

VALERIO.

Digo que es cuento donoso.

GERARDO.

No hay cosa mas lastimosa
Que es un amante furioso.

ACTO TERCERO.

Sala ó galería del hospital.

ESCENA PRIMERA.

GERARDO.—VERINO.

VERINO.

Tambien es de peligro que no coma;
Haced, Gerardo, con regalo ó fuerza
Que reciba el sustento necesario.

GERARDO.

Desde que dió, Verino, en su locura,
Porque á Beltran le quiten que no vea,
No ha querido comer, ni bastan rucgos.

VERINO.

Así parece que el color del rostro,
Que es lo que acá llamamos *atrófia*,
Por falta de sustento muestra pálido;
Descaece el estómago por hambre,
Y enfriase de forma, que se siente
Del cuerpo en todas las extremas partes.
Daréisla á oler un poco de vinagre
O algun caliente pan, que es gran re-
medio,

O bañaráisla todos los extremos.

GERARDO.

Tambien ha dado en tal melancolía,
Viéndose presa, que su vida temo.

VERINO.

Un poco la sentí de calentura;
Viene tambien de humores melancóli-
Aqueste mal se llama *catálepsis*, [cos;
Con el furor y frenesí partípe;
Aunque mas propiamente los antiguos
Llamaron este mal de vuestra Fedra
Erótes, que es un género de tristes
Que solo del amor están enfermos.
El frenesí conturba los sentidos,
Levanta en ellos furia y fiera cólera,
Hácese cuando acaso el que le tiene
Percibe dentro en si vanas imágenes.

GERARDO.

Esas deben de ser las que han podido
Perdella por amores deste loco.

VERINO.

Del frenesí escribe Posidonio
Que es hinchazon de las membranas,
De la cabeza, con calor tan vivo [cerca
De fiebre aguda, que enajena el seso.
Pudieranse aplicar muchos remedios;
Pero si vos quereis que yo no os canse,
Vuestra sobrina morirá sin duda,
Si le quitais la vista deste loco.

GERARDO.

Pues ¿qué tengo de hacer para juntallos?

VERINO.

Subirle donde está y entreténella
Con decir que muy presto haréis las bo-
Pues esta fué la tema de su furia; [das,
Porque sabed que la mujer al hombre,
Como la forma á la materia quiere.

GERARDO.

Mil veces he pensado, por volvella
A su primer sentido, contentalla
Con fingir que la caso con el loco.

VERINO.

Ese es discreto y único remedio,
Sin revolver Galenos ni Avicenas.
Nunca encerréis al loco melancólico,
Sino sacalde á ver gustos y fiestas,
Y dalde vino, si beberlo quiere, [bras
Que desbaratan mucho aquellas *soma-*
Los humos densos y vapores crasos;
Que en afeto es humor árido y frío.

Hoy, día de los Santos Inocentes,
Hace fiesta Valencia en esta casa.
Que se llama *porrale* en nuestra lengua.
Sacada á un corredor, á una ventana;
Vea la gente, alégrese, entreténgase;
Y si os parece, a questa misma tarde
Se finja el desposorio con el loco;
Que por dicha la fuerza deste gusto
La volverá como primero estaba.

GERARDO.

En todo he de seguir vuestro consejo.
Mas esperad; que está en el cuento el

VERINO.

¿De qué manera es eso?

GERARDO.

Beltran viene.

ESCENA II.

FLORIANO. — Dichos.

FLORIANO.

Por Dios, de no salir aunque me maten,
Y que sobre eso perderé la vida.

GERARDO.

Beltran, ¿qué es eso?

FLORIANO.

Quieren que esta tarde
Al patio salga con los otros locos,
Como si fuese yo loco como ellos.
Yo soy muy cuerdo, y tengo mas sentido
Que vos, ni vos, ni cuantos hay en casa,
Y no quiero salir donde me vean.

GERARDO.

Tiene mucha razon. ¡Hola! dejalde;
Hartos habrá que pidan la limosna.
No le lleveis por fuerza, si él no quiere.

FLORIANO.

¿Quién es este buen hombre, seor Gerar-

VERINO.

¿Ya te olvidas, Beltran, de los amigos?

FLORIANO.

¿Quién, quién, por vida mia?

VERINO.

Soy el médico.

FLORIANO.

¡Oh, señor licenciado, y cuánto huelgo
de ver su reverendo personaje!
Que soy amigo de hombres virtuosos
Y que sepan el alma de las cosas;
Pero no que me entiendan la del pecho.

VERINO.

¿Tú sabes lo que es alma?

FLORIANO.

¿Sé que es alma
Acto primero y perfeccion del cuerpo.

VERINO.

¿Y sabes qué es tener pasión en ella?

FLORIANO.

¿Y cómo si lo he visto en mis trabajos?
Y aun tengo un alma yo dentro en la
[mia,
Por quien me faltan de pasar algunos.

VERINO.

¿Alma en tu alma?

FLORIANO.

Alma dentro el alma.

VERINO.

¿Sabes tú en qué lugar el alma vive?

FLORIANO.

Dentro en el corazon, dicen algunos,
Seguendo al Sabio en los *Proverbios*.

1-2

VERINO.

¿Cómo?

FLORIANO.

«Guarda tu corazon, dice, y advierte
Que del mismo procede lo que es vida.»
Mas los médicos grandes y filósofos,
Cual vos lo sois, la han puesto en el ce-
[lebro,

De donde todos los sentidos salen,
Y proceden del alma las acciones.
Esta fuerza se vierte por el cuerpo,
Vivificando con calor los miembros.

GERARDO.

¿Acierta en lo que dice?

VERINO.

¿Y cómo acierta!

Sin duda que este fué gran estudiante;
Que aun habla cuerdamente estando lo-
Beltran.

FLORIANO.

Señor.

VERINO.

Pues vos sabéis qué es alma,
Y en ella habéis dolores padecido,
Y por ventura son por esa misma
Que en la vuestra decís que agora vive,
En vuestras manos vive su remedio.

FLORIANO.

Pues ¿qué ha tenido?

VERINO.

Está la pobre Fedra
Loca por vos, frenética y furiosa,
Y morirá si no os casais con ella.
Gerardo y yo lo habemos concertado:
Por eso estad á punto; que esta tarde
Pienso que se ha de hacer el desposorio.

FLORIANO.

¿De veras ó de burlas?

VERINO. (Ap. á Gerardo.)

¿Qué dirémos?

GERARDO.

Decid que burlas.

VERINO.

Burlas será todo;
Que no queremos mas de que se alegre.

FLORIANO.

Pues id; que yo me siento cuerdo un po-
Y pienso hacer muy bien el desposado.

GERARDO.

Yo tengo para mí, según es sabio, [to.
Que habemos de salir con nuestro inten-
Beltran, quedáos aquí; que en siendo
[tiempo,

Yo os enviaré á avisar.—Vámos, Verino.

FLORIANO.

Aquí estaré para servirlos.

VERINO.

Vámos.
Porque lo necesario prevengámos.
(Váase Gerardo y Verino.)

ESCENA III.

FLORIANO.

Hoy es el día que tengo
Ser de alguno conocido,
Por la gente que ha venido
A verme por grande extremo.
Quitáronnos las prisiones;
Que es día de libertad,
En que toda la ciudad
Hace aquí sus estaciones;
Pero por esta razon
Hoy dobladas las tomara,

Y encerrado asegurará
El miedo del corazon;
Aunque agravio mi fortuna,
Que está tanto en mi favor.
Que es poca fe mi temor.
Si temo desdicha alguna.

ESCENA IV.

ERIFILA. — FLORIANO.

ERIFILA.

En tu busca andaba ya
Para darte el parabien,
Aunque el pésame me dén
De bien que tan mal me está.
Mil años á Fedra goces,
Loco bienaventurado.

FLORIANO.

Aun de burlas me has picado.

ERIFILA.

¿De burlas? Mal me conoces.
Esto mal se pudo hacer
Sin dar tú consentimiento.

FLORIANO.

Ya digo que en burlas siento
Nombrarme aquea mujer.
No te finjas muy sentida
De lo que ser burla sabes.

ERIFILA.

Nunca yo en cosas tan graves
Me burlé en toda mi vida.
Casado estás.

FLORIANO.

¿Yo casado?

¿Qué dices?

ERIFILA.

Ansí se dice.

FLORIANO.

Pues ¿cómo, si no lo hice?

ERIFILA.

Basta que esté concertado.

FLORIANO.

Ese concierto es verdad;
Mas es para entreteneilla,
Porque ha dado en decir ella
Que me tiene voluntad,
Y diz que con esta burla
Sanará del frenesí.

ERIFILA.

Que no; burla es para mí;
Que nunca el alma se burla.

FLORIANO.

Mi bien, si es de otra manera
El concierto que se ha hecho,
En tu lugar en mi pecho
Entre á vivir una fiera,
Maldiga amor mis venturas,
Truéquese en guerra mi paz,
Y lleve el viento en agraz
Mis esperanzas seguras.
Seas un sol para mí
Que no te miren mis ojos,
Y una tempestad de enojos
Que me divida de ti.
¿Tal habías de creer
Deste tu sujeto esclavo?

ERIFILA.

Ahora de creer acabo
Que ya es Fedra tu mujer;
Que quien da satisfacion,
Y con tantas veras viene,
Es gran señal que no tiene
Inocente el corazon.
Si por burla lo tuvieras,
Mucho menos lo juraras;

COMEDIAS ESCOGIDAS DE LOPE DE VEGA CARPIO.

Y pues en ella reparas,
No son burlas, sino veras.
Mas yo ¿qué te pido á tí?
Qué me debes ó te debo?
Qué te dejo ó qué me llevo?
Si hoy te dejo, ayer te vi.
De qué padres me sacaste?
De qué tierra me trujiste?
¿Qué servicios me hiciste?
¿Cuándo ó cómo me engañaste?
Muéstrame acaso un papel,
O alguno tuyo me pide.
¿Quién nos junta ó nos divide?
¿Por qué te llamo cruel?
¿Por qué te vedo el casarte?
Agora sin duda creo
Que no sin culpa me veo
En esta furiosa parte.
Desde aquí digo, Floriano,
Que alzo la mano de tí.

FLORIANO.
Pues póngala el cielo en mí,
Si alzares de mí tu mano.
Es verdad que há pocos días
Que nuestro amor comenzó;
Pero el alma ya te vió
Por sombras y profecías.
Muchos años que se ven
Se hablan dos sin voluntad,
Y en un día de amistad
Se suelen dos querer bien.
Si fueron nuestras estrellas
Las que nuestro amor conforman.
¿Qué mucho que en lo que forman
Nos parezcamos á ellas?
Si en dos días de deseo
Mil años y mas se ven,
Mil años te quiero bien,
Mil años há que te veo.
Lo que no hace una vista,
Muy tarde el tiempo lo hace.

ERÍFILA.
Muy poco me satisface
Que te me hagas sofista.
No me conquistas con ciencia;
Conquistame con amor;
Que un inocente es mejor
Que toda vana elocuencia.

FLORIANO.
Si es así, grande es el mío:
Vuelve, amores, ese cielo;
Que tengo el alma de hielo,
Y en el pecho el fuego frío.
Como te me has enojado,
De manera mortificas
La parte que vivificas.
Que estoy como muerto helado.
Alza esas manos hermosas
A los brazos de tu esposo,
Pues ya el cielo piadoso
Te ha quitado las esposas.
Vuelve, mi regalo y bien,
A confirmarme en tu gracia.

ERÍFILA.
Mal conoces mi desgracia,
Como nuevo en mi desden.
¿Yo manos á tí!

FLORIANO.
Sin falta,
Que de tu piedad lo arguyo.

ERÍFILA.
Aparta.

FLORIANO.
¿Ah mi bien!

ERÍFILA.
¿Yo tuyo?

FLORIANO.
Dentro del alma me falta.

ERÍFILA.
Busca las manos de Fedra.

FLORIANO.
Las tuyas solas adoro.
¿Ves por ventura que lloro?

ERÍFILA.
No lo veo; que soy piedra.

FLORIANO.
Mataréme.
ERÍFILA.
¿Qué me importa?

FLORIANO.
¿Eso dices?
ERÍFILA.
¿Eso haces?

FLORIANO.
Si deso te satisfaces,
Cortaréme el cuello.

ERÍFILA.
Corta,
Para que muera la lengua
En que se formó tal sí.
FLORIANO.
¿Yo sí, mi bien, contra tí!
Mira que hablas en tu mengua.

ERÍFILA.
Hazte allá, que viene gente.
FLORIANO.
Este es aquel mi enemigo.

ESCENA V.
VALERIO. — DICHOS.

VALERIO. (Dentro.)
Yo traigo gente conmigo,
Con que irá bastantemente.

FLORIANO.
Sin duda viene por tí.

ERÍFILA.
¿Plugiésses á Dios!
FLORIANO.
¿Y te irás?

ERÍFILA.
¿Bueno! Agora lo verás.
(Sale Valerio.)
VALERIO. (A Erífila.)
En busca vengo de tí.

ERÍFILA.
¿Sois vos el embajador
De mi tío el preste Juan?
VALERIO.
¿Cómo os va, amigo Beltrán?

FLORIANO.
Pardiez, hermano, peor.
VALERIO.
¿No sabeis cómo saqué
Licencia para sacar
A Elvira deste lugar?

ERÍFILA.
A fe que albricias os dé.
FLORIANO.
Dios sabe si yo me he holgado.

VALERIO.
Quiero en mi casa curalla.
FLORIANO.
En fin, ¿que pensais llevalla?
VALERIO.
En esta locura he dado;

Que en efecto es mi parienta,
Y no es bien dejarla así.
Gente y silla traigo aquí.

ERÍFILA.
Por mi fe, que voy contenta.
Sacadme, sacadme luego;
Que no quiero estar á ver
Una fiesta que han de hacer;
Que es fiesta con mucho fuego.

VALERIO.
¿No iréis vos conmigo, Elvira?

ERÍFILA.
¿Y cómo si dello gusto!
Sois galán, vestis al justo,
Y pierdo con vos la ira;
Que á fe que estaba enojada.
Mas, pues buen tallo tenéis,
Vos me desenojaréis.

FLORIANO. (Ap.)
¿Cuál es la mujer airada!

ERÍFILA.
Esta tarde había de haber
Por acá unos desposados,
Y celos averiguados
Son malos de padecer.
Un ojo quieren quebrarme;
Mas yo les quebraré dos;
Que tengo brios, por Dios,
Para matar y matarme.

FLORIANO.
Elvira, si acaso gustas
De salir de la prison,
¿Por qué tomas ocasion
De lo que no te disgustas?
Si esto te parece bien,
No trates á nadie mal;
Que aquí queda el hospital
Por siempre jamás amen.

ERÍFILA.
Ea pues, ¿no vamos?
VALERIO.
Vamos;
Que á la puerta está la silla.

FLORIANO.
(Ap. Quiero callar y sufrilla,
Para que no nos perdamos;
Que apenas habrá salido
Cuando luego se arrepienta.)
En fin ¿te vas?

ERÍFILA.
Y contenta.
FLORIANO.
Yo quedo triste y corrido;
Y pues mas no puede ser,
Vayanse los que se han de ir;
Que si habremos de morir,
Tiempo habremos menester.

VALERIO.
Adios, amigo Beltrán;
Que me importa sacar esta.
Después vendré á vuestra fiesta.

ERÍFILA.
Queda con Dios, ganapan.
Decilde á la desposada
Que no se me da un cuatrín.

FLORIANO.
A falta de un serafín,
No es muy mala una empanada.

ERÍFILA.
Ella ¿no es Fedra? pues basta;
Que algun alnado tendréis.

FLORIANO.
Vos os arrepentiréis,

Señora doña Canasta.

(*Entrando y saliendo sea esta vaya.*)

ERÍFILA.

Anda, bellaco goloso,
Que te han cogido por hambre.

FLORIANO.

Callá vos, galgo fiambre,
Que os escapáis de medroso

ERÍFILA.

Dalde allá mis besamanos
A vuestra doña Coneja.

FLORIANO.

Idos con Dios, mansa oveja,
Que vais en poder de alanos.

(*Vanse Erifilay Valerio.*)

ESCENA VI

FLORIANO.

Por el miedo de la vida
He gustado de callar,
Y ver en qué ha de parar
Esta loca arrepentida;
Que, según me tuvo amor,
Efetos son de sus celos
Estos miedos y recelos;
Que no hay amor sin temor.
No me quise descubrir,
Porque agrada á Valerio
Es la fuerza del misterio
En que tengo de vivir.
Soledad me hace mi loca;
Pero ella volverá presto;
Que en el alma se me ha puesto
Que es amor quien la provoca.
No quiero hacer sentimiento
Hasta ver si se declara,
Sino ver en lo que para
El fingido casamiento.

(*Vase.*)

ESCENA VII.

PISANO, con un azote; LAIDA, TOMÁS, MARTIN, BELARDO, MORDACHO, CALANDRIO y OTROS LÓCOS.

PISANO.

Pasen delante, y pónganse por orden,
Sin hacer ni decir cosa que enfade;
Porque alegren la gente que los vea,
Y den liberalmente la limosna.

TOMÁS.

¿No sabe qué ha de hacer? Estarse quedo
Y llevar el azote poco á poco.

MARTIN.

[nos haga]
¿Hay quién nos dé limosna? Hay quién
Alguna caridad á aquestos pobres?

BELARDO.

[cos?]
¿Hay quién les dé limosna á aquestos lo-

MORDACHO.

Ut, sol, fa, sol, re, mi, sol, fa, re, ut.

CALANDRIO.

Eu tenho já determinado em tudo
Que minha dama falle cõ seu pai,
E que se faça o desposorio ainda,
Porque me morro é tudo me disfaço.

BELARDO.

Ese verso es tomado del Petrarca,
Y corresponde muito con Ovidio.

LAIDA. (Ap.)

Todo fué comenzar esta locura;
Que apenas juraría que estoy cuerda:
Tanto puede en las cosas la costumbre.

MORDACHO.

La música es divina concordancia
Deste mundo inferior y del angélico.
Todo cuanto hay en todo, todo es música:
Música el hombre, el cielo, el sol, la luna,

Los planetas, los signos, las estrellas;
Música la hermosura de las cosas.
Ut, sol, fa, sol, re, mi, fa, sol, re, ut.

CALANDRIO.

¿Vistes per aventura aquí la nave
Que em Portugal chamaron Cagafoço,
Que arrojaba os piloiros por o vento?
Pois tal mi coração ternos suspiros
Del fogo cõ que amor minha alma en-

BELARDO.

[cende.
Dos cosas, ó dos partes proplamente
Ha de tener la poesía, y estas
Dicen que son dulzura con provecho.
Por eso Ciceron nos aconseja
Que la oracion no solo sea dulce,
Pero que tenga utilidad, que importa.

LAIDA.

Hermosos son de mi Beltran los ojos,
Graciosa boca y apacible lengua.
¿Dichosa el alma que de oirla goza!

TOMÁS.

[pobres?
¿No hay quien nos dé limosna á aquestos

ESCENA VIII.

UN CABALLERO, de camino; LEONATO, de criado suyo. — DICHOS.

CABALLERO.

De las cosas, Leonato, mas notables
Que en aquesta ciudad insigne he visto,
Después que ando por ella rebozado,
Es aqueste hospital, obra famosa [nen;
Entre las mas que aqueste nombre tie-
Que aunque el de Zaragoza lo sea tanto,
Que pienso que con él competir puede,
Este puede á su lado alzar la frente
Por una de las siete maravillas
Que la piedad en este mundo ha hecho.

LEONATO.

Es obra digna de ciudad tan bella,
Y sin habella visto me pesara
De haber dejado sus labrados muros:
Fuera de que la dama que te he dicho,
Dicen que en esta casa estaba loca,
Y de vella en extremo me holgaria.

CABALLERO.

Déjame var de espacio aquestos locos.

PISANO.

¿Ah señor gentilhombre!

LEONATO.

¿Mandais algo?

PISANO.

Saber quién es aqueste caballero.

LEONATO.

No lo sabré decir, aunque le sirvo;
Porque há dos dias, y no mas, que es-

[tando
En el Aseo ocioso entre otros mozos,
Me habló, y llevó consigo á su posada.
Dice que es de Aragon, y no otra cosa;
Mas bien se ve que es noble en su pre-

[sencia,
Fuera de que en su trato lo conozco;
Que yo, como lo veis, soy castellano.

PISANO.

Pedirle quiero, si mandais, limosna.

LEONATO.

Acertaréis; que es pródigo en extremo.

PISANO.

Mandadnos dar, oh ilustre caballero,
Alguna cosa para aquestos pobres.

CABALLERO.

Estos agora, amigo, ¿están templados?

PISANO.

Algunos dellos suelen ser furiosos,
Que agora con el tiempo están tratables

CABALLERO.

¿Quién es aqueste?

PISANO.

Aqueste es un gran músico,
Cuyo nombre es Mordacho, aunque fin-

[gido;

Que el que tuvo en su seso fué Lisandro.

CABALLERO.

Y este ¿quién es?

PISANO.

Belardo fué su nombre:
Escribe versos, y es del mundo fábula
Con los varios sucesos de su vida,
Aunque algunos le miran que merecen
Este mismo lugar con mejor título.
Aquesta es Laida, una criada pobre
Del administrador; perdió el juicio
Por un Beltran que aquí tambien le falta.
Este y aquel están ya reducidos;
Aunque les falta alguna vez el seso.

CABALLERO.

¿Y este mancebo?

PISANO.

Es portugués famoso.
Que, enamorado de una gran señora, [do,
Perdió en Coimbra el seso, y por el mun-
Cual otro Orlando, fué peregrinando;
Paró en este lugar, y está mas cuerdo.

CABALLERO.

¡Gracias á Dios! y dénselas mil veces
Aquellos que de aqueste mal se escapan.

BELARDO.

Pocos por esa parte se las dieran;
Aunque de todo es bien darle infinitas.

CABALLERO.

¿Por qué, Belardo?

BELARDO.

Porque en este tiempo
No me daréis un hombre tan perfecto,
Que no haya hecho alguna gran locura,
Y vos podeis juzgar por vuestro pecho
Lo que conozco yo por vuestra frente.

CABALLERO.

¡Jesus! ¿Es este hombre quiromántico?

PISANO.

Fué muy buen estudiante, como dicen,
Y no mal matemático y astrólogo.

LAIDA.

¿Que esté Beltran agora descuidado
De que por él estoy en este punto!

CALANDRIO.

Coimbra me matou e deu vida.
¡Oh montes de Coimbra, fermoseados
De la inmortal belleza de aquel corpo,
Em que vive hum espirito tão grave!

MORDACHO.

Ningun motete iguala á La Susana,
Digan lo que dijeren cuantos cantan.

CABALLERO.

Extraños son los temas que han tomado.

PISANO.

Veos tan inclinados á gustar dellos,

Que si quereis gozar aquesta tarde.
Del acto mas curioso que habeis visto,
Os llevaré donde podais gozarle.

CABALLERO.

Seráme de grandísimo regalo;
Y enseñadme la casa muy de espacio;
Que de limosna os mandoveinte escudos.

PISANO.

Páguenos el cielo caridad tan grande.
Sabed, Señor, que un noble caballero,
Que es administrador en esta casa,
Trujo con su mujer una sobrina,
Extremo de cordura y de belleza,
Y esta se enamoró de tal manera
De un loco desta casa, que hoy ha estado
Cerca de dar el alma á quien la hizo.
Por consejo del médico se hace
De burlas, de los dos el desposorio;
Porque, como ella ha dado en esta tema,
Con esta industria piensan aplacalla:
Será cosa de ver y nunca vista.

CABALLERO.

[de gusto.]
Por Dios, que me habeis hecho un gran-
Vámos, y recoged á los amigos;
Que yo daré lo prometido.

PISANO.

Vámos;
Que vuestra caridad suple por todo.
Ea, señores, entren sin ruido,
Porque andará el azote si le hacen.

LAIDA.

A ver voy á Beltran. ¡Hola, escuderos!
Guiad esa carroza hácia palacio.

CALANDRIO.

¡Oh! d'hoje per diante, hermosa Laida,
Por vosso amor conquistarán mis mãos
Tuda la India é costa de Guínea.

MORDACHO.

No vale todo el tono una seminita.

TOMÁS.

Todo este mundo es locos.

MARTIN.

Y encubiertos.

BELARDO.

¡Oh musas, musas! ¿Quién os hizo nueve,
Si mas de nueve mil son los poetas?
Mas no os pese; que son los buenos pocos,
Y los que escriben mal, necios ó locos.

(Vase.)

Patio del hospital.

ESCENA IX.

GERARDO, VERINO.

GERARDO.

De suerte, señor doctor,
Ha sido vuestro consejo,
Que alegre y contenta deo
A nuestra enferma de amor.
Apenas del casamiento
Mi voluntad entendió,
Cuando habló, comió y bebió
Con excesivo contento.

VERINO.

El ver su tema cumplida,
Que fué con Beltran casalla,
Ha sido resucitalla
Y darle segunda vida.
Con yerbas Ovidio dice
Que el amor no es medicable,
Y así, lo mas salubre

Fué el remedio que le hice.
Muy poco entiende Galeno
De curar la voluntad,
Porque es una enfermedad
Que se cura con veneno;
Que aunque le solemos dar
Con otras cosas templado,
Aqui se ha de dar mezclado
En muerte que ha de sanar

GERARDO.

Y de Laida, mi criada,
¿No hay esperanza de bien?

VERINO.

Pondréla en cura también,
Después de Fedra curada.
Hacedla luego llamar.

GERARDO.

Y póngase esto en efecto.
Ya mandé que de secreto
La hiciesen aqui bajar.

VERINO.

¿Es esta que viene?

ESCENA X.

PISANO, FEDRA. — Dichos.

PISANO.

Entrad,
Y estad con mucho cuidado,
Porque entienda el desposado
Que le teneis voluntad.

FEDRA.

Y Beltran ¿adónde está?

GERARDO.

Hija, agora le traerémos.

FEDRA.

Luego ¿aquí nos casarémos?

GERARDO.

El cura aguardamos ya.

PISANO.

Un hidalgo aragonés,
Que veinte escudos ha dado
De limosna, me ha rogado,
Señor, si tu gusto es,
Le dejes ver esta fiesta.

VERINO.

Entre quien quisiere á velia;
Que no es cosa de importancia.

FEDRA.

Si yo hago esta ganancia,
Yo os daré barato della.
(Vase Pisano.)

GERARDO.

Pues hija, sosiega un poco,
Y de quien eres te acuerda.

FEDRA.

¿Cómo puedo yo estar cuerda
Mientras me falta mi loco?

GERARDO.

Pues después de estar casada,
¿No piensas volver en tí?

FEDRA.

Digo que sí, sí, sí, sí;
Que este mi mal todo es nada
Alborotóse la mar
Con un poco de tormenta,
Y mi nave anduvo atenta
Solo á poderse salvar.
Vió desde lejos el puerto,
Y hasta llegar no paró;
Todas las jarcias perdió,
Y hasta el casco quedó abierto.

GERARDO.

Eso creo yo que están,
Hija, los que vos teneis.

FEDRA.

¿Cómo aquí nó me traeis
Al buen viejo don Beltran?

ESCENA XI.

EL CABALLERO, LEONATO, PISA-
NO. — Dichos.

CABALLERO.

Con vuestra licencia, en fin,
A ver esta fiesta vengo.

GERARDO.

Por grande merced lo tengo.

FEDRA.

¿Quién es aqueste rocín?

GERARDO.

¡Hola! haced que sillan saquen,
O bancos, porque no ocupen,
Y haced que se desocupen
Cuantos hoy la furia aplaquen:
Que no hay boda si no hay gente.
(Vase Pisano.)

FEDRA.

Pardiez, que teneis razon.
¡Hola! haced dar un pregon
Desde oriente hasta poniente:
Que si es de los Doce Pares
Don Beltran, como decís,
Llegue la nueva á Paris
Con botones y alamares.
Su hermano es el rey Pepino,
Y Calafinos su madre,
Y Lanzarote su padre,
Cuando de Bretaña vino.
(Vuelve Pisano con algunos locos, que
traen y cotean bancos en el patio.)

PISANO.

Ya están aquí los asientos.

GERARDO.

Siéntese vuesamerced.

CABALLERO.

Aquí basta.

GERARDO.

¡Hola! traed
Sillas.

CABALLERO.

Cesen cumplimientos.

FEDRA.

Y yo ¿no me he de sentar?
¡Hola! tráiganme un estrado.

VERINO.

Id vos por el desposado.

PISANO.

Pues yo le voy á llamar.

(Vase.)

FEDRA.

¡Oh, buena pascua os dé Dios,
Que os vais doliendo de mí!

GERARDO.

¿Daisme la palabra aquí
Que habeis de volver en vos?

FEDRA.

Si yo me veo casada,
Luego cesará el enredo;
Mas sabed que tengo miedo
Que toda esta fiesta es nada.
Pero guardaos de engañarme,
Y de aquesta burla hacervos;

Que á fe que habeis de perderme
Por donde pensais ganarme.

GERARDO.

¿Tú no ves que es desatino
Presumir que yo te engaño?

FEDRA.

Yo sé que os pesa mi daño;
Mas decid, ¿qué es del padrino?

VERINO.

Dad, Señor, licencia vos
A ese hidalgo, vuestro paje.

CABALLERO.

A la boda haceis ultraje;
Que yo lo seré, por Dios.

VERINO.

No, no; basta que él lo sea.

CABALLERO.

¡Hola! Leonato.

LEONATO.

Señor.

CABALLERO.

Ya eres padrino.

LEONATO.

He temor

De vestirme la librea;
Porque es un mal pegajoso,
Y entre locos no hay cordura;
Aunque tan bella locura
Me tiene el seso envidioso.

FEDRA.

¿Quién sois vos, que sois padrino?

LEONATO.

Un hidalgo toledano.

FEDRA.

¿Estais de los cascos sano?

LEONATO.

Blando estoy con el camino;
Pero bien puedo servir.

FEDRA.

Tocad; que sois hombre honrado.

VERINO.

Aquí viene el desposado.

GERARDO.

Salgámosle á recibir.

ESCENA XII.

Locos, que salen de dos en dos; MARTIN, TOMÁS, BELARDO, CALANDRIO, LAIDA, MORDACHO, y detrás PISANO, con FLORIANO de la mano, vestido de desposado, á lo gracioso. — EL CABALLERO, FEDRA, GERARDO, VERINO, LEONATO.

GERARDO.

Siéntense los dos aquí,
Y Laida será madrina.

LAIDA.

¿Madrina me haceis á mí?
Volveréme á la cocina,
¿Por el día en que nací?
Baste que sufra los cuernos,
Sin padecer dos infiernos
En penar y consentir.

VERINO.

Detente.

LAIDA.

Quiérome ir;
Que tengo los ojos almorzados.

GERARDO.

No, no; hija, por mi vida;
Yo buscaré quien lo sea.

FEDRA.

¿Han visto la relamida?

LAIDA.

Callad vos, cabra Amaltea,
La de la barba fingida;
Que á fe que si agora os dan
Al bellaco de Beltran,
Que mañana no sea vuestro.

FEDRA.

Haréos echar un cabestre,
Marquesa de Marifán.

FLORIANO.

Callad, y tened respeto
A vuestro marido, loca.

FEDRA.

¿No he de hablar?

FLORIANO.

¿Vos? ¿A qué efecto?

Coséos luego la boca
Con un poco de hilo prieto.

FEDRA.

¿Son esos vuestros regalos?

BELARDO.

No gruñáis, que os haceis viejo.

FLORIANO.

¿Estos os parecen malos?

FEDRA.

¿Queréis callar, Perrotejo?

FLORIANO.

¿Que calle? Daréos mil palos.

FEDRA.

¿Pues cómo! ¿A vuestra mujer?

FLORIANO.

¿Vos lo habláis de ser?

FEDRA.

Luego ¿no está averiguado?

FLORIANO.

Como no está deseado,
Sabed que hay mucho que hacer.

GERARDO.

Ea, dejad disparates.

FLORIANO.

Antes de aqueo no trates,
Porque verdades dirémos.

MORDACHO.

¿Queréis que nos soseguemos?
Que parecemos orates.

VERINO.

Muy bien ha dicho Mordacho.

CALANDRIO.

¿Vos queréis que folixemos,
¿ois que contente me acho?

MORDACHO.

Pardiez, Calandrio, bailémos,
Si quiere aqueste gabacho.

GERARDO.

Antes yo mismo os lo ruego.
Mandad que nos toquen luego,
Y ayudarános Belardo.

BELARDO.

De pesado me acobardo;
Pero no diréis que os niego.

(Hacen estos una máscara de locos, y vanse en acabando.)

ESCENA XIII.

VALERIO, ERÍFILA, EL CABALLERO, FEDRA, LAIDA, GERARDO, VERINO, LEONATO, FLORIANO.

VALERIO.

¿Que en efecto has porfiado
Hasta que has llegado aquí?

ERÍFILA.

No vengo huyendo de tí,
Sino á buscar mi cuidado.

GERARDO.

¿Qué es esto?

VALERIO.

Esta loca es,
Que, como si fuera brasa,
Vuelve huyendo de mi casa,
Llegando al umbral los pies.

GERARDO.

Elvira, ¿cómo te vienes?
¿Del remedio huyendo sales?

ERÍFILA.

Porque allá estaban mis males,
Y dejaba acá mis bienes.
Pensé poderlo sufrir,
Y un grande engaño pensé;
Que con solo que llegué,
Llegué á punto de morir.

VALERIO.

No me ha bastado razon,
Y al fin tras ella me vengo.

ERÍFILA.

¿No veis que razon no tengo,
Sino locura y pasion?
Este es efecto de celos,
Que la paz de amor destierra.
Porque no han dado á la tierra
Mayor castigo los cielos.
No tengais de mí esperanza,
Que por Beltran me perdi.

LEONATO. (Ap.)

¡Jesus! ¿Erífila aquí!
¿Hay tan extraña mudanza?

VALERIO.

¿Por Beltran? Sin duda alguna
Que este loco es hechicero.

FLORIANO.

No os enojeis, compañero,
Pues que no hay razon ninguna;
Que yo ¿qué ofensa os he hecho?

ERÍFILA.

Y dime, ¿estás ya casado?

FLORIANO.

Sí, Elvira: ¿no ves al lado
El alma de aqueste pecho.

ERÍFILA.

¿Que te has casado, traidor?

FLORIANO.

Caséme, como te fuiste,
Y porque me aborreciste,
Teniendo á Valerio amor;
Con quien, desde aquí te digó
Que te vuelvas, porque es justo
Que á tus parientes des gusto.

ERÍFILA.

¿Que te has casado, enemigo?

FLORIANO. (Ap.)

Ella piensa que es de veras.

ERÍFILA.

¿Que ya, traidor, fementido,
Para siempre te he perdido?

Perro, yo te haré que mueras.
No piense que ha de gozarte
Nadie, pues yo te perdi.

FLORIANO. (Ap.)

¿Cosa que esta diga aquí
Mi historia parte por parte?

ERIFILA.

¿Piensas, traidor Floriano,
Con ese sayo fingido?...

FLORIANO.

(Ap. ¡Vive Dios, que soy perdido!)
Ta, ta.

ERIFILA.

Desvia la mano.
Haciéndote falso loco,
¿Encubrir de aquesta suerte
Del gran Reínero la muerte?

GERARDO.

¿De Reínero? Espera un poco.
¿Traidor! ¿Tú eres Floriano,
El que mataste á Reínero?

FLORIANO.

Callad, que es loca. (Ap. Yo muero
Desta vez. ¡Oh amor tirano!
Mal haya el que su secreto
Descubre á mujer ninguna!)

GERARDO.

Gran bien me dió la fortuna.
Las albricias te prometo.
Asilde todos muy bien.

PISANO.

¡Oh traidor! ¿Con este engaño
Quieres remediar tu daño,
Y que la muerte nos dén?

GERARDO.

Yo de Valerio me quejo,
Que ha sido quien me engañó.

VALERIO.

Ser su amigo me forzó
A darle ayuda y consejo.

CABALLERO.

Si no ha hecho mas delito
Que dar á Reínero muerto,
Soltalde.

GERARDO.

Pues ¿de qué suerte?

CABALLERO.

¡Oh cielo santo y bendito!
¿Cuántas maravillas son
Las que salen de tu mano!
¿Conóceme, Floriano?

FLORIANO.

¿Es sombra ó es ilusion?

CABALLERO.

Yo soy, no te cause espanto.

FLORIANO.

¿Príncipe! ¿que no eres muerto?

VALERIO.

¿Es Reínero?

CABALLERO.

El mismo.

VALERIO.

¿Cierto?

CABALLERO (ó REÍNERO).

Yo soy; no te admires tanto.

VALERIO.

Pues Señor, ¿no te mató
Floriano?

REÍNERO.

No, pues vivo.

FLORIANO.

De tí la vida recibo,
Que tu muerte me quitó.
Pero dime, ¿de qué suerte
Fué suceso tan extraño?

REÍNERO.

Mi muerte ha sido un engaño.

FLORIANO.

¿Engaño? pues ¿cómo?

REÍNERO.

Advierte.

Amando á la hermosa Celia,
A quien tú tambien amaste,
De Aragon corona y gloria
Por hermosura y linaje;
Después de las muchas fiestas
Que hice en su misma calle,
Torneos de á pié famosos,
De galas y de plumajes;
Sortijas llenas de cifras,
Con invenciones iguales,
En que las letras decian
Lo mas que las almas saben;
Muchos toros, en que hice
Suertes, venturas y lances,
Y cuyo arrugado cuello
Hizo mi espada dos partes;
Y de algunas gentilezas,
En que á todos fui agradable,
Sino es á la ingrata Celia,
Que vive para matarme,
Pues cuando puse mas bien
Al caballo el acicate,
Si decian: «Dios te guie,»
Ella, «Un estribo te arrastre;»
Salí á rondarla una noche
Harto oscura, porque salen
Entonces á ver su lumbre
Los murciélagos amantes,
Yo con espada y rodela,
Y con un broquel un paje,
Aunque sin este venian
Otros dos con dos montantes.
Aquel paje del broquel
Traia mi nombre y traje,
A quien tú diste una herida,
De que ya difunto yace.
Yo mandé que de los otros
Nadie siguiese el alcance,
Sino que el muerto del suelo
Levantasen al instante.
Hice que por la ciudad
Fama de mi muerte echasen,
Moviendo á piedad las piedras
De una desgracia tan grande,
Por ver si se condolia
En la muerte de mis males,
La que jamás en la vida
Tuvo lástima notable.
Lastimó la triste nueva
Al viejo Conde mi padre,
Haciendo mil diligencias
Por hallarte y por hallarme;
Porque hice que en secreto
Al paje muerto enterrasen,
Y partí de Zaragoza
Otro dia por la tarde.
Aquí he sabido que Celia
Por mi grandes llantos hace;
Y así, pienso volver vivo
Donde de nuevo me mate.
Porque el Conde mas se alegre,
Conmigo quiero llevarte;
Que es bien lleve un muerto á un loco
Que tan bien fingirlo sabe.

FLORIANO.

Por tan extraño suceso
Gracias al cielo se dén.

VERINO.

Cosa es para que estén,
Los que le tienen, sin seso.
Pero decid, Floriano,
¿Quién es Elvira, esta loca?

LEONATO.

Eso á mí solo me toca.
Si me quiere dar la mano;
Que yo soy criado suyo,
Y de su padre lo fui.

GERARDO.

Pues ¿cómo ha venido aquí?

LEONATO.

De decir la verdad huyo.
Yo, señores, la saqué
De en casa de un padre honrado,
Tan hidalgo y estimado,
Cuanto después os diré.
Aquí la truje á Valencia,
Donde el ánimo perdi,
Porque á su padre temí;
Y así, hice della ausencia.
Las joyas que le tomé,
Tres mil ducados valdrán;
Que todas juntas están,
Y sin falta las daré.
Halláronla dando voces,
Y por loca la trujeron,
Donde estos amores fueron
Tan grandes como conoces.
Dame, Erifila, perdon;
Que este es tu nombre, y no Elvira.

GERARDO.

El es suceso que admira,
Y me pone en confusion.
¿Casaránse, según eso?

FLORIANO.

Eso no; que la ha querido
Valerio, por quien yo he sido
Libre de peor suceso.
El se casará con ella.

VALERIO.

Es forzar la voluntad
Con el rigor y amistad
Que vuestro gusto atropella.
Pero vuestras voluntades
Están conformes; y así,
No es bien apartar por mí
Tan estrechas amistades.

FLORIANO.

En mayor obligacion,
Valerio, me habeis echado,
Pues dos vidas me habeis dado
En esta loca prision.
Dame esa mano, mi bien;
Que todo ha sido fingido.
Recíbeme por marido,
Y por tu esclavo tambien.

ERIFILA.

La mano y el alma y todo,
Dueño de mi libertad.

REÍNERO.

En tan gran solenidad
Justo es que se cumpla todo.
Valerio, pues ya sabeis
Quién es Fedra, y quién ha sido
El casamiento fingido,
Gusto que vos le acabeis.
Quiero que os caseis con ella.

VALERIO.

A tener Fedra sentido,
Fuera, Príncipe, servido,
Y yo dichoso en querella.

FEDRA.

En eso no hay que culparme;
Que aunque por tí le perdí,

Solo ser loca fingi
Para con Beltran casarme.
Si gustas, yo soy dichosa.

GERARDO.

Hija, ¿que tienes sentido?

VALERIO.

Digo que soy tu marido.

FEDRA.

Y yo, Valerio, tu esposa.

VERINO.

¿Hay enredo semejante?

VALERIO.

Segun eso, loca mia,
Mia sois.

FEDRA.

¿Cuya podria,
Sino de tan loco amante?
Huelgome que vos seais
Tan principal caballero.

VALERIO.

Y de lo mucho que os quiero

Yo sé tambien que os holgais.

LAIDA.

Pues ¿piensan que yo soy loca,
Señores casamenteros?

GERARDO.

¿Que aun falta mas?

LAIDA.

Falta haceros
Una oracion grave y poca.

VERINO.

Pues ¿qué es esto?

LAIDA.

Haber fingido
Este loco frenesi
Por ver si pudiera ansi
Gozar del bien que he perdido.
Solo les pido en estrenas
Me vuelvan á lo que fui.

LEONATO.

Y aun si me quieres á mí,
Podrás remediar tus penas;

Que me has parecido bien;
Y ansi, por mujer te pido.

LAIDA.

Y yo á ti por mi marido;
Que me contentas tambien.

REINERO.

De aquestos tres casamientos
Yo quiero ser el padrino.
Porque este suceso es dino
De iguales merecimientos.
Y iremos á Zaragoza,
Floriano, vos y yo.

FLORIANO.

Hoy vive quien os mató,
Y vivo, Señor, os goza;
Que es cuento de que habrá pocos.

REINERO.

Tan buen fin seguro estaba.

FLORIANO.

Aquí, Senado, se acaba
El hospital de los locos.

LA ESTRELLA DE SEVILLA.

PERSONAS.

EL REY DON SANCHE EL
BRAVO.
DON ARIAS.
DON PEDRO DE GUZMAN,
alcalde mayor.

FARFAN DE RIBERA, *alcalde
mayor.*
DON GONZALO DE ULLOA.
FERNAN PÉREZ DE MEDINA.
DON SANCHE ORTIZ.

BUSTO TABERA.
ESTRELLA, *dama.*
TEODORA.
MATILDE.
DON INIGO OSORIO.

DON MANUEL.
CLARINDO, *gracioso.*
UN ALCAIDE.
ACOMPAÑAMIENTO.
CRIADOS. MÚSICOS. GENTE.

La escena es en Sevilla.

ACTO PRIMERO.

Salon del alcazar.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, DON ARIAS, DON PEDRO DE
GUZMAN, FARFAN DE RIBERA.

REY.

Muy agradecido estoy
Al cuidado de Sevilla,
Y conozco que en Castilla
Soberano rey ya soy.
Desde hoy reino, pues desde hoy
Sevilla me honra y ampara;
Que es cosa evidente y clara
Y es averiguada ley
Que en ella no fuera rey,
Si en Sevilla no reinara.
Del gasto y recibimiento,
Del aparato en mi entrada,
Si no la dejo pagada,
No puedo quedar contento.
Tendrá mi corte su asiento
En ella; y no es maravilla
Que la corte de Castilla
De asiento en Sevilla esté;
Que en Castilla reinare
Mientras reinare en Sevilla.

DON PEDRO.

Hoy sus alcaldes mayores
Agradecidos pedimos
Tus piés, porque recibimos
En su nombre tus favores.
Jurados y regidores
Ofrecen con voluntad
Su riqueza y su lealtad,
Y el Cabildo lo desea,
Con candicion que no sea
En daño de tu ciudad.

REY.

Yo quedo muy satisfecho...

DON PEDRO.

Tus manos nos da á besar.

REY.

Que en recibirme habéis hecho
Como quien sois; y sospecho
Que á vuestro amparo ha de hacerme
Rey de Gibraltar, que duerma
Descuidado en las columnas;
Y con prósperas fortunas
Haré que de mí se acuerde.

¹ Faltó un verso á esta décima.

² Acuerda no es consonante de *Acuerde* y *duerna*.

FARFAN.

Con su lealtad y su gente
Sevilla en tan alta empresa
Le servirá á vuestra alteza,
Ofreciendo juntamente
Las vidas.

DON ARIAS.

Así lo siento

De vos el Rey y de vos:
Satisfecho de los dos
Queda, y de vuestro deseo.

REY.

Todo, Sevilla, lo creo
Y lo conozco. Id con Dios.
(*Vanse los Alcaldes.*)

ESCENA II.

EL REY, DON ARIAS.

DON ARIAS.

¿Qué te parece, Señor,
De Sevilla?

REY.

Parecido

Me ha tan bien, que hoy he sido
Solo rey.

DON ARIAS.

Mucho mejor,

Mereciendo tu favor,
Señor, te parecerá
Cada día.

REY.

Claro está

Que ciudad tan rica y bella,
Viviendo despacio en ella,
Mas despacio admirará.

DON ARIAS.

El adorno y sus grandezas
De las calles, no sé yo
Si Augusto en Roma las vió,
Ni tuvo tantas riquezas.

REY.

Y las divinas bellezas,
¿Por qué en silencio las pasas?

³ Tampoco *alteza* es consonante de *em- presa*.

⁴ Aquí aparece incompleto y viciado el texto en la única y rarísima edicion antigua que se halla de esta preciosa composicion. Los versos quinto, sexto y sétimo de esta décima se leen allí de este modo:

Las vidas.

ARIAS.

Así lo siento, y satisfecho
Su majestad de los dos
Queda de vuestro deseo.

Donde se ve que sobran algunas palabras en el primero ó en el segundo de estos versos, y falta uno entero.

¿Cómo limitas y tasas

Sus celajes y arreboles?
Y di ¿cómo en tantos soles
Como fueron, no te abrasas?

DON ARIAS.

Doña Leonor de Ribera
Todo un cielo parecia;
Que de su rostro nacia
El sol de la primavera.

REY.

Sol es, si blanca no fuera,
Y á un sol con rayos de nieve
Poca alabanza se debe,
Si en vez de abrasar, enfria.
Sol que abrasase querría,
No sol que helado se bebe.

DON ARIAS.

La que te arrojó las rosas,
Doña Mencía se llama
Coronel.

REY.

Hermosa dama;
Mas otras vi mas hermosas.

DON ARIAS.

Las dos morenas brisas
Que en la siguiente ventana
Estaban, eran doña Ana
Y doña Beatriz Mejía,
Hermanas, con que aun el dia
Nuevos resplandores gana.

REY.

Por Ana es comun la una,
Y por Beatriz la otra es
Sola como el fénix, pues
Jamás le igualó ninguna.

DON ARIAS.

La buena ó mala fortuna
¿También se atribuye al nombre?

REY.

En amor (y no te asombre)
Los nombres son ⁵extrañeza,
Son ⁶calidad y nobleza
Al apetito del hombre.

DON ARIAS.

La blanca y rubia...

REY.

No digas

Quién es esa: la mujer
Blanca y rubia vendrá á ser
Mármol y azófar; y obligas,
Como adelante prosigas,
A oír lo ⁷que me da pena.

⁵ Con dice en la edicion antigua.

⁶ Con dice aquí también en la edicion antigua.

⁷ La dice en la edicion primitiva.

Una vi de gracias llena,
Y en silencio la has dejado;
Que en sola la blanca has dado,
Y no has dado en la morena.
¿Quién es la que en un balcon
Yo con atención miré,
Y la gorra le quité
Con alguna suspensión?
¿Quién es la que rayos son
Sus dos ojos fulminantes,
En abrasar semejantes
A los de Júpiter fuerte,
Que están dándome la muerte,
De su rigor ignorantes?
Una que, de negro, hacia
Fuerte competencia al sol,
Y al horizonte español
Entre ébano amanecía.
Una noche, horror del día,
Pues, de negro, luz le daba,
Y él eclipsado quedaba;
Un borron de la luz pura
Del sol, pues con su hermosura
Sus puras líneas borraba.

DON ARIAS.

Ya caigo, Señor, en ella.

REY.

En la mujer mas hermosa
Repara, que es justa cosa.

DON ARIAS.

Esa la llaman la Estrella
De Sevilla.

REY.

Si es mas bella
Que el sol, ¿cómo así la ofende
Sevilla? ¿Cómo no entiende
Que merece su arrebol
Llamarse Sol, pues es sol
Que vivifica y enciende?

DON ARIAS.

Es doña Estrella Tabera
Su nombre, y por maravilla
La llama Estrella Sevilla.

REY.

Y Sol llamarla pudiera.

DON ARIAS.

Casarla su hermano espera
En Sevilla como es justo.

REY.

Se llama su hermano...

DON ARIAS.

Busto

Tabera, y es regidor
De Sevilla, cuyo honor
A su calidad ajusto.

REY.

¿Y es casado?

DON ARIAS.

No es casado;
Que en la esfera sevillana
Es sol, si estrella es su hermana;
Que estrella y sol se han juntado.

REY.

En buena estrella he llegado
A Sevilla: tendré en ella
Fuerte favor, si es tan bella
Como la deseo; ya
Todo me sucederá
Muy bien, con tan buena estrella.

El resto de esta décima se lee en la edición antigua así:

Si es mas bella
Que el sol, ¿cómo así la ofende?
Mas Sevilla no se entiende,
Mereciendo su arrebol;
Llamarase sol, pues es sol
Que vivifica y enciende.

¿Qué orden, don Arias, darás
Para que la vea y hable?

ARIAS.

Esa estrella favorable,
A pesar del sol, verás.
A su hermano honrar podrás;
Que los mas fuertes honores
Baten tiros de favores.
Favorecele; que el dar,
Deshacer y conquistar
Puede imposibles mayores.
Si tú le das y él recibe,
Se obliga; y si es obligado,
Pagará lo que le has dado;
Que al que dan, en bronce escribe.

REY.

A llamarle te apercibe,
Y dar orden juntamente
Cómo la noche siguiente
Vea yo á Estrella en su casa;
Epicio que me abraza
Con fuego que el alma siente.

(Vase don Arias.)

ESCENA III.

DON GONZALO DE ULLOA, con luto.

—EL REY.

DON GONZALO.

Díme los pies vuestra alteza.

REY.

Levantad, por vida mia.
Día de tanta alegría
¿Venís con tanta tristeza?

DON GONZALO.

Murió mi padre...

REY.

Perdí

Un valiente capitán.

DON GONZALO.

Y las fronteras están
Sin quien las defienda.

REY.

Sí.

Faltó una heroica persona,
Y enternecido os escucho.

DON GONZALO.

Señor, ha perdido mucho
La frontera de Archidona;
Y puesto, Señor, que igual
No ha de haber en su valor,
Y que he heredado el honor
De tan fuerte general,
Vuestra alteza no permita
Que no se me dé el oficio
Que ha vacado.

REY.

Claro indicio

Que en vos siempre se acredita.
Pero la muerte llorad
De vuestro padre, y en tanto
Que estáis con luto y con llanto,
En mi corte descansad.

DON GONZALO.

Con la misma pretension
Fernan Pérez de Medina
Viene, y llevar imagina
Por servicios el baston;
Que en fin adalid ha sido
Diez años, y con la espada
Los nácares de Granada
De rubies ha teñido;
Y por eso adelantarme
Quise.

REY.

Veréme en ello;

Que supuesto que he de hacello,
Quiero en ello consultarme.

ESCENA IV.

FERNAN PÉREZ DE MEDINA.—

DICHOS.

FERNAN.

Pienso, gran Señor, que llego
Tarde á vuestros altos pies;
Besarlos quiero, y después...

REY.

Fernan Pérez, con sosiego
Los pies me podeis besar;
Que aun en mis manos está
El oficio, y no se da
Tal plaza sin consultar
Primero vuestra persona
Y otras del reino importantes,
Que siendo en ellos atlantes,
Serán rayos de Archidona.
Id, y descansad.

DON GONZALO.

Señor,

Este memorial os dejo.

FERNAN.

Y yo el mio, que es espejo
Del cristal de mi valor;
Donde se verá mi cara
Limpia, perfecta y leal.

GONZALO.

Tambien el mio es cristal
Que hace mi justicia clara.

(Vanse Don Gonzalo y Fernan.)

ESCENA V.

DON ARIAS, BUSTO TABERA.—

EL REY.

DON ARIAS.

Aquí, gran Señor, está
Busto Tabera.

BUSTO.

A esos pies

Turbado llego, porque es
Natural efecto ya
En la presencia del Rey
Turbarse el vasallo; y yo,
Puesto que esto lo causó,
Como es ordinaria ley,
Dos veces llego turbado,
Porque el hacerme, Señor,
Este impensado favor,
Turbación en mí ha causado.

REY.

Alzad.

BUSTO.

Bien estoy así;
Que si el Rey se ha de tratar
Como santo en el altar,
Digno lugar escogí.

REY.

Vos sois un gran caballero.

BUSTO.

De eso he dado á España indicio;
Pero conforme á mi oficio,
Señor, los aumentos quiero.

REY.

Pues yo los puedo aumentar.

BUSTO.

Divinas y humanas leyes
Dan potestad á los reyes;
Pero no les dan lugar
A los vasallos á ser
Con sus reyes atrevidos,
Porque con ellos medidos,
Gran Señor, deben tener
Sus deseos; y así, yo,

Que exceder las leyes veo,
Junto á la ley mi deseo,

REY.

¿Cuál hombre no deseo
Ser mas siempre?

BUSTO.

Si á mas fuera,
Cubierto me hubiera hoy;
Pero si Tabera soy,
No ha de cubrirse Tabera.

REY. (Aparte con don Arias.)

¡Notable filosofía
De honor!

DON ARIAS. (Ap. con el Rey.)

Capricho el primero
Sin segundo.

REY.

Yo no quiero,
Tabera, por vida mia,
Que os cubrais hasta aumentar
Vuestra persona en oficio,
Que os dé deste amor indicio;
Y así, os quiero consultar,
Sacándoos de ser Tabera,
Por general de Archidona;
Que vuestra heroica persona
Será rayo en su frontera.

BUSTO.

Pues yo, Señor, ¿en qué guerra
Os he servido?

REY.

En la paz
Os hallo, Busto, capaz
Para defender mi tierra;
Tanto, que ahora os prefiero
A estos que servicios tales
Muestran por sus memoriales,
Que aquí en mi presencia quiero
Que leáis y despacheis.
Tres pretenden, que sois vos
Y estos dos: mirad qué dos
Competidores teneis.

BUSTO.

(Lee.) «Muy poderoso Señor: Don Gon-
zalo de Ulloa suplica á vuestra alteza
«le haga la merced de la plaza de capi-
«tan general de las fronteras de Archido-
«na, atento que mi padre, estándole sir-
«viendo mas tiempo de catorce años, ha-
«ciendo notables servicios á Dios por
«vuestra corona, murió en una escara-
«muza. Pido justicia, etc.»
—Si de su padre el valor
Ha heredado don Gonzalo,
El oficio le señalo.

REY.

Leed el otro.

BUSTO. (Lee.)

«Señor,
«Fernan Pérez de Medina,
«Veinte años soldado ha sido,
«Y á vuestro padre ha servido,
«Y serviros imagina
«Con su brazo y con su espada,
«En propios reinos, y extraños.
«Ha sido adalid diez años
«De la vega de Granada,
«Ha estado captivo en ella
«Tres años en ejercicios
«Cortos; por cuyos oficios,
«Y por su espada, que en ella
«Toda su justicia abona,

« Edición antigua :

REY.

Leed el otro memorial.

BUSTO.

(Lee.) Muy poderoso Señor.

«Pide en este memorial
«El baston de general
«De los campos de Archidona.»

REY.

Decid los vuestros.

BUSTO.

No sé
Servicio aquí que decir,
Por donde pueda pedir,
Ni por donde se me dé.
Referir de mis pasados
Los soberanos blasones,
Tantos vencidos pendones
Y castillos conquistados,
Pudiera; pero, Señor,
Ya por ellos merecieron
Honor; y si ellos sirvieron,
No merezco yo su honor.
La justicia, para sello,
Ha de ser bien ordenada,
Porque es caridad sagrada
Que Dios cuelga de un cabello.
Dar este oficio es justicia
A uno de los dos aquí;
Que si me le dais á mí,
Haceis, Señor, injusticia.
Y aquí en Sevilla, Señor,
En cosa no os he obligado;
Que en las guerras fui soldado,
Y en las paces regidor.
Y si va á decir verdad,
Fernan Pérez de Medina
Merece el cargo; que es digna
De la frontera su edad.
Y á don Gonzalo podeis,
Que es mozo y cordobés Cid,
Hacer, Señor, adalid.

REY.

Sea pues lo que quereis.

BUSTO.

Solo quiero (y la razon
Y la justicia lo quieren)
Darles á los que sirvieren
Debida satisfacion.

REY.

Basta; que me avergonzais
Con vuestros buenos consejos.

BUSTO.

Son mis verdades espejos;
Y así, en ellas os mirais.

REY.

Sois un grande caballero,
Y en mi cámara y palacio
Quiero que asistais despacio,
Porque yo conmigo os quiero.
¿Sois casado?

BUSTO.

Gran Señor,
Soy de una hermana marido,
Y casarme no he querido
Hasta dársele.

REY.

Mejor
Yo, Busto, se le dará.
¿Es su nombre?

BUSTO.

Doña Estrella.

REY.

A Estrella, que será bella,
No sé qué esposo le dé
Sino es el sol.

BUSTO.

Solo un hombre,
Señor, para Estrella anelo;
Que no es estrella del cielo.

REY.

Yo la casaré, en mi nombre,
Con hombre que la merezca.

BUSTO.

Por ello los piés te pido.

REY.

Daréla, Busto, marido
Que á su igual no desmerezca.
Y decidle que he de ser
Padrino y casamentero,
Y que yo dotarla quiero.

BUSTO.

Ahora quiero saber,
Señor, para qué ocasion
Vuesa alteza me ha llamado;
Porque me ha puesto en cuidado.

REY.

Teneis, Tabera, razon.
Yo os llamé para un negocio
De Sevilla, y quise hablaros
Primero, para informaros
Dél; pero la paz y el ocio
Nos convida: mas despacio
Lo trataremos los dos.
Desde hoy asistidme vos
En mi cámara y palacio.
Id con Dios.

BUSTO.

Los piés me daq.

REY.

Mis dos brazos, regidor,
Os daré.

BUSTO.

Tanto favor
No entiendo mi actividad.
(Ap. Sospechoso voy: quererme,
Y sin conocerme honrarme,
Mas parece sobornarme,
Honor, que favorecerme.) (Vase.)

ESCENA VI.

EL REY, DON ARIAS.

REY.

El hombre es bien entendido,
Y tan cuerdo como honrado.

DON ARIAS.

Destos honrados me enfado.
¿Cuántos, gran Señor, lo han sido,
Hasta dar con la ocasion!
Sin ella, son destos modos
Todos cuerdos; pero todos
No en todas, Señor, lo son.
Aquel murmura hoy de aquel
Que de otro ayer murmuró;
Que la ley que ejecutó,
Ejecuta el tiempo en él.
Su honra en una balanza
Pone; en otra poner puedes
Tus favores y mercedes,
Tu lisonja y tu privanza.

REY.

Encubierto pienso ver
Esta mujer en su casa,
Que es sol, pues tanto me abraza,
Aunque estrella al parecer.
Viva yo, y diga Castilla
Lo que quisiere decir;
Que, rey ciego, he de seguir
A la Estrella de Sevilla.
(Vase.)

Sala en casa de Busto Tabera.

ESCENA VII.

DON SANCHE, ESTRELLA, MATIL-
DE, CLARINDO.

DON SANCHE.

Divino ángel mio,
¿Cuándo será tu dueño,

Sacando deste empeño
Las ansias que te envío?
¿Cuándo el blanco rocío
Que vierten mis dos ojos,
Sol que alumbrando sales
En conchas de corales, [jos,
De que ha formado amor los labios ro-
Con apacibles calmas [mas?
Perlas harás que engasten nuestras al-

ESTRELLA.

Si como mis deseos
Los tiempos caminarán,
Al sol aventajaran
Los pasos gigantes,
Y mis dulces empleos
Celebrara Sevilla,
Sin envidiar celosa,
Amante venturosa,
La regalada y tierna tortolilla,
Que con arrullos roncós
Tálamos hace de los huecos troncos.

DON SANCHE.

¡Ay cómo te agradece
Mi vida esos deseos!
Los etéreos trofeos
De la fama apetece
Mi alma, y se te ofrece.

ESTRELLA.

Yo con ella la vida,
Para que viva en ella.

SANCHE.

¡Ay, amorosa Estrélla,
De fuego y luz vestida!

ESTRELLA.

¡Ay, piadoso homicida!

SANCHE.

¡Ay, sagrados despojos,
Norte en el mar de mis confusos ojos!

CLARINDO. (A Matilde.)

¿Cómo los dos no damos
De holandas y cambrayes
Algunos blandos ayes,
Siguiendo á nuestros amos?

SANCHE.

¿No callas?

CLARINDO.

Ya callamos.

¡Ay, hermosa muleta (Ap. á Matilde.)
De mi amante desmayo!

MATILDE.

¡Ay hermoso lacayo,
Que al son de la almohaza eres poeta!

CLARINDO.

¡Ay mi dicha!

MATILDE.

¡Ay dichoso!

CLARINDO.

No tiene tantos ayes un leproso.

DON SANCHE.

¿Qué dice al fin tu hermano?

ESTRELLA.

Que hechas las escrituras
Tan firmes y seguras,
El casamiento es llano,
Y que el darte la mano
Unos días dilate
Hasta que él se prevenga.

DON SANCHE.

Mi amor quieré que tenga
Misero fin, si el tiempo le combate.
Hoy casarme querrá;
Que da el tiempo mil vueltas cada día.

ESTRELLA.

Si el tiempo se detiene,
Habla á mi hermano.

DON SANCHE.

Quiero

Hablarle, porque muero
Lo que amor le entretiene.

CLARINDO.

Busto Tabera viene.

ESCENA VIII.

BUSTO.—DICHOS.

BUSTO.

¡Sancho amigo!...

ESTRELLA.

¡Ay! ¿Qué es esto?

DON SANCHE.

¿Vos con melancolía?

BUSTO.

Tristeza y alegría
En cuidado me han puesto.
Entrate dentro, Estrella.

ESTRELLA.

¡Válgame Dios! El tiempo me atropella.
(Vase Estrella y Matilde.)

ESCENA IX.

DON SANCHE, BUSTO, CLARINDO.

BUSTO.

Sancho Ortiz de las Roelas...

SANCHE.

¿Ya no me llamais cuñado?

BUSTO.

Un caballo desbocado
Me hace correr sin espuelas.
Sabed que el Rey me llamó,
No sé por Dios para qué;
Que aunque se lo pregunté,
Jamás me lo declaró.
Haciame general
De Archidona, sin pedillo;
Y á fuerza de resistillo,
No me dió el bastón real.
Hízome al fin...

DON SANCHE.

Proseguid;

Que todo eso es alegría.
Decid la melancolía,
Y la tristeza decid.

BUSTO.

De su cámara me ha hecho.

DON SANCHE.

También es gusto.

BUSTO.

Al pesar

Vamos.

DON SANCHE. (Ap.)

Que me ha de costar
Algun cuidado sospecho.

BUSTO.

Díjome que no casara
A Estrella, porque él quería
Casarla, y se prefería,
Cuando yo no la dotara,
A hacerlo y dalla marido
A su gusto.

DON SANCHE.

Tú dijiste

Que estabas alegre y triste;
Mas yo solo el triste he sido.
Pues tú alcanzas las mercedes,
Y yo los pesares cojo.
Déjame á mi con tu enojo,
Y tú el gusto tener puedes;
Que en la cámara del Rey,

Y bien casada tu hermana,
El tenerle es cosa llana.
Mas no cumples con la ley
De amistad, porque debías
Decirle al Rey que ya estaba
Casada tu hermana.

BUSTO.

Andaba

Entre tantas demasías
Turbado mi entendimiento,
Que lugar no me dió allí
A decirlo.

DON SANCHE.

Siendo así,

¿No se hará mi casamiento?

BUSTO.

Volviendo á informar al Rey
Que están hechos los conciertos
Y escrituras, serán ciertos
Los contratos; que su ley
No ha de atropellar lo justo.

SANCHE.

Si el Rey la quiere torcer,
¿Quién fuerza le podrá hacer,
Habiendo interés ó gusto?

BUSTO.

Yo le hablaré y vos también,
Pues yo entonces, de turbado,
No le dije lo tratado.

DON SANCHE.

Muerte pesares me dé.
Bien decía que en el tiempo
No hay instante de firmeza,
Y que el llanto y la tristeza
Son sombra de pasatiempo.
Y cuando el Rey con violencia
Quisiere torcer la ley...

BUSTO.

Sancho Ortiz, el Rey es rey:
Callar, y tener paciencia.

(Vase.)

ESCENA X.

DON SANCHE, CLARINDO.

DON SANCHE.

En ocasión tan triste, ¿miénte?
¿Quién paciencia tendrá, quién sufrirá?
Tirano, que veniste,
A perturbar mi dulce casamiento,
Con aplauso á Sevilla,
No goces los imperios de Castilla.
Bien de don Sancho el Bravo
Mereces el renombre; que en las obras
De conocerte acabo,
Pues por tu crueldad tal nombre cobras;
Pero Dios las humilla.
De Sevilla salgamos;
Vamos á Gibraltar, donde las vidas
En su riesgo perdamos.

CLARINDO.

Sin ir allá las damos por perdidas.

DON SANCHE.

Con Estrella tan bella,
¿Cómo vengo á tener tan mala estrella?
Mas; ay, que es rigurosa,
Y en mi son sus efectos desdichados!

CLARINDO.

Por esta estrella hermosa
Morimos como huevos estrujados;
Mejor fuera en tortilla.

DON SANCHE.

No goces los imperios de Castilla.

(Vase.)

Calle.

ESCENA XI.

EL REY, DON ARIAS, ACOMPAÑAMIENTO;
después, BUSTO.

REY.

Decid cómo estoy aquí.

DON ARIAS.

Ya lo saben, y á la puerta
A recibirte, Señor,
Sale don Busto Tabera.

(Sale Busto.)

BUSTO.

¡Tal merced, tanto favor!
¡En mi casa vuestra alteza?

REY.

Por Sevilla así embozado
Sali, con gusto de verla,
Y me dijeron, pasando,
Que eran vuestras casas estas,
Y quise verlas; que dicen
Que son en extremo buenas.

BUSTO.

Son casas de un escudero.

REY.

Entremos.

BUSTO.

Señor, son hechas
Para mi humildad, y vos
No podéis caber en ellas;
Que para tan gran señor
Se cortaron muy estrechas,
Y no será bien notado
En Sevilla, cuando sepan
Que á visitarme venís.

REY.

No vengo, Busto, por ellas;
Por vos vengo.

BUSTO.

Gran Señor,
Notable merced es esta;
Y si aquí por mí venís,
No es justo que os obedezca;
Que será descortésia
Que á visitar su rey venga
Al vasallo, y que el vasallo
Lo permita y lo consienta.
Criado y vasallo soy,
Y es mas razon que yo os vea,
Ya que me queráis honrar,
En el alcázar; que afrontan
Muchas veces las mercedes,
Cuando vienen con sospecha.

REY.

¿Sospecha? ¿De qué?

BUSTO.

Dirán,
Puesto que al contrario sea,
Que venistes á mi casa
Por ver á mi hermana; y puesta
En buena opinion su fama,
Está á pique de perderla;
Que el honor es cristal puro,
Que con un soplo se quiebra.

REY.

Ya que estoy aquí, un negocio
Comunicaros quisiera.
Entremos.

BUSTO.

Por el camino
Será, si me dais licencia;
Que no tengo apercebida
La casa.

¡Quedan, dice la eticicia antigua.

REY. (Ap. con don Arias.)

Gran resistencia

Nos hace.

DON ARIAS. (Ap. con el Rey.)

Llevarle importa;

Que yo quedare con ella,
Y en tu nombre la hablaré.

REY.

Habla paso, no te entienda;
Que tiene todo su honor
Este necio en las orejas.

DON ARIAS.

El peso las romperá.

REY.

Basta; no quiero por fuerza
Ver vuestra casa.

BUSTO.

Señor,
En casando á doña Estrella,
Con el adorno que es justo
La verá.

DON ARIAS.

Esos coches llega.

REY.

Ocupad, Busto, un estribo.

BUSTO.

A pié, si me dais licencia,
He de ir.

REY.

El coche es mío,
Y mando yo en él.

DON ARIAS.

Ya esperan

Los coches

REY.

Quien al alcázar.

BUSTO. (Ap.)

Muchas mercedes son estas;
Gran favor el Rey me hace:
¡Plegue á Dios que por bien sea!
(Vase.)

Sala en casa de Busto.

ESCENA XII.

ESTRELLA, MATILDE; *después*, DON
ARIAS.

ESTRELLA.

¿Qué es lo que dices, Matilde?

MATILDE.

Que era el Rey, Señora.
(Sale don Arias.)

DON ARIAS.

El era,

Y no es mucho que los reyes
Siguiendo una estrella vengan.
A vuestra casa venia
Buscando tanta belleza;
Que si el Rey lo es de Castilla,
Vos de la beldad sois reina.
El rey don Sancho, á quien llaman
Por su invicta fortaleza
El Bravo el vulgo, y los moros
Porque de su nombre tiemblan,
Esa divina hermosura
Vió en un balcon, competencia
De los palacios del alba,
Cuando en rosas y azucenas
Medio dormidas las aves,
La madrugan y recuerdan,
Y del desvelo llorosa,
Vierte racimos de perlas.
Mandóme que de Castilla
Las riquezas te ofreciera,Aunque son para tus gracias
Limitadas las riquezas.
Que su voluntad admitas;
Que si la admites y premias,
Serás de Sevilla el sol,
Si has sido hasta aquí la estrella.
Daráte villas, ciudades,
De quien serás ricahembra,
Y daráte á un ricohombre
Por esposo, con quien seas
Corona de tus pasados
Y aumento de tus Taberas.
¿Qué respondes?

ESTRELLA.

¿Qué respondo?

Lo que ves. (Vuelte la espalda.)

DON ARIAS.

Aguarda, espera.

ESTRELLA.

A tan livianos recados
Da mí respalda la respuesta. (Vase.)

ESCENA XIII.

DON ARIAS, MATILDE.

DON ARIAS.

(Ap. ¡Notable valor de hermanos!
Los dos suspenso me dejan.
La gentilidad romana
Sevilla en los dos celebra.
Parece cosa imposible
Que el Rey los contraste y venza;
Pero porfia y poder
Talan montes, rompen peñas.
Hablar quiero á esta criada;
Que las dádivas son puertas,
Para conseguir favores
De las Porcias y Lucrecias.)
¿Eres criada de casa?

MATILDE.

Criada soy; mas por fuerza.

DON ARIAS.

¿Cómo por fuerza?

MATILDE.

Que soy

Esclava.

DON ARIAS.

¿Esclava?

MATILDE.

Y sujeta,

Sin la santa libertad,
A muerte y prision perpetua.

DON ARIAS.

Pues yo haré que el Rey te libre,
Y mil ducados de renta
Con la libertad te dé,
Si en su servicio te empleas.

MATILDE.

Por la libertad y el oro
No habrá maldad que no emprenda.
Mira lo que puedo hacer;
Que lo haré, como yo pueda.

DON ARIAS.

Tú has de dar al Rey entrada
En casa esta noche.

MATILDE.

Abiertas

Todas las puertas tendrá,
Como cumplas la promesa.

DON ARIAS.

Una cédula del Rey
Con su firma y de su letra,
Antes que entre te dará.

MATILDE.

Pues yo le pondré en la misma
Cama de Estrella esta noche.

DON ARIAS.
¿A qué hora Busto se acuesta?
MATILDE.
Al alba viene á acostarse.
Todas las noches requiebra;
Que este descuido en los hombres
Infinitas honras cuesta.

DON ARIAS.
Y ¿á qué hora te parece
Que venga el Rey?

MATILDE.
Señor, venga
A las once; que ya entonces
Estará acostada.

DON ARIAS.
Lleva
Esta esmeralda en memoria
De las mercedes que esperas.
(*Vanse.*)

Salon del alcázar.

ESCENA XIV.

DON ÍÑIGO OSORIO, BUSTO y DON MANUEL; con llaves doradas.

DON MANUEL.
Goce vuestra señoría
La llave y cámara, y vea
El aumento que desea.

BUSTO.
Saber pagalle querria
A su alteza la merced
Que me hace sin merecella.

DON ÍÑIGO.
Mucho mereceis, y en ella
Que no se engaña creed
El Rey.

BUSTO.
Su llave me ha dado,
Puerta me hace de su cielo;
Aunque me amenaza el suelo,
Viéndome tan levantado;
Que como impensadamente
Tantas mercedes me ha hecho,
Que se ha de mudar sospecho
El que honra tan de repente.

ESCENA XV.

DON ARIAS. — DICHO.

DON ARIAS.
A recoger, caballeros;
Que quiere el Rey escribir.

DON MANUEL.
Vamos pues á divertir
La noche.
(*Vanse Busto, don Íñigo y don Manuel.*)

ESCENA XVI.

EL REY. — DON ARIAS.

REY.
¿Que sus luceros
Esta noche he de gozar,
Don Arias?

DON ARIAS.
La esclavilla
Es extremada.

REY.
Castilla
Estatuas le ha de labrar.

DON ARIAS.
Una cédula has de hacella.

REY.
Vén, don Arias, á ordenalla;
Que no dudaré en firmalla,
Como mi amor lo atropella.

DON ARIAS.
¿Buena queda la esclavilla,
A fe de noble!

REY.
Recelo
Que me vende el sol del cielo
En la Estrella de Sevilla.

ACTO SEGUNDO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, DON ARIAS y MATILDE, á la puerta de casa de Busto.

MATILDE.
Solo será mas seguro;
Que todos reposan ya.

REY.
¿Y Estrella?
MATILDE.
Durmiendo está,
Y el cuarto en que duerme, oscuro.

REY.
Aunque decillo bastaba,
Este es, mujer, el papel,
Con la libertad en él;
Que yo le daré otra esclava
A Busto.

DON ARIAS.
El dinero y todo
Va en él.

MATILDE.
Dadme vuestros piés.
DON ARIAS. (Ap. al Rey.)
Todas con el interés
Son, Señor, de un mismo modo.

REY.
Divina cosa es reinar.
DON ARIAS.
¿Quién lo puede resistir?

REY.
Al fin, solo he de subir,
Para mas disimular.

DON ARIAS.
¿Solo te aventuras hoy?

REY.
Pues dime, ¿en qué me aventuro?
Y cuando no esté seguro,
¿Conmigo mismo no voy?
Véte.

DON ARIAS.
¿Dónde aguardaré?

REY.
Desviado de la calle,
En parte donde te halle.

DON ARIAS.
En San Márcos entraré.

REY.
¿A qué hora Busto vendrá?

MATILDE.
Viene siempre cuando al alba
Los pájaros hacen salva;
Y abierta la puerta está
Hasta que él viene.

REY.
El amor
Me alienta á tan alta empresa.

MATILDE.
Busque tras mi vuestra alteza
Lo oscuro del corredor.
(*Vanse.*)

ESCENA II.

DON MANUEL, BUSTO, DON ÍÑIGO

BUSTO.
Esta es mi posada.

DON ÍÑIGO.
Adios.

BUSTO.
Es temprano para mí.
DON MANUEL.
No habeis de pasar de aquí.

BUSTO.
Basta.

DON ÍÑIGO.
Tenemos los dos
Cierta visita que hacer.

BUSTO.
¿Qué os pareció Feliciano?
DON MANUEL.
En el alcázar mañana,
Amigo, en esa mujer
Habláremos; que es figura
Muy digna de celebrar.
(*Vanse don Manuel y don Íñigo.*)

ESCENA III.

BUSTO.

Temprano me entro á acostar.
(*Mirando el portal de su casa.*)
Toda la casa está obscura.
¿No hay un paje? ¡Hola, Lujan,
Osorio, Juanico, Andrés!
Todos duermen. ¡Justa, Inés!
Tambien ellas dormirán.
¿Matilde! Tambien la esclava
Se ha dormido: es Dios el sueño,
Y de los sentidos dueño.
(*Éntrese en su casa.*)

Sala de casa de Busto.

ESCENA IV.

EL REY, MATILDE; después, BUSTO.

MATILDE.
Pienso que es el que llamaba
Mi señor. ¡Perdida soy!

REY.
¿No dijiste que venia
Al alba?

MATILDE.
Desdicha es mía.
(*Sale Busto, y el Rey se emboza.*)

BUSTO.
¿Matilde!

MATILDE.
¡Ay Dios! Yo me voy.
REY. (Ap. á ella.)
No tengas pena.
(*Vase Matilde.*)

¿Otra vez empresa por con...
allá.

ESCENA V.
EL REY, BUSTO.

BUSTO.

¿Quién es?

REY.

Un hombre.

BUSTO.

¿A estas horas hombre
En mi casa! Diga el nombre.

REY.

Aparta.

BUSTO.

No sois cortés;
Y si pasa, ha de pasar
Por la punta desta espada;
Que aunque esta casa es sagrada,
La tengo de profanar.

REY.

Ten la espada.

BUSTO.

¿Qué es tener,
Cuando el cuarto de mi hermana
Desta suerte se profana?
Quién sois tengo de saber,
O aquí os tengo de matar.

REY.

Hombre de importancia soy;
Déjame.

BUSTO.

En mi casa estoy,
Y en ella yo he de mandar.

REY.

Déjame pasar: advierte
Que soy hombre bien nacido,
Y aunque á tu casa he venido,
No es mi intencion ofenderte,
Sino aumentar mas tu honor.

BUSTO.

¡El honor así se aumenta!

REY.

Corre tu honor por mi cuenta.

BUSTO.

Por esta espada es mejor.
Y si mi honor procurais,
¿Cómo embozado venis?
Honrándome, ¿os encubris?
Dándome honor, ¿os tapais?
Vuestro temor os convenza,
Como averiguado está;
Que ninguno que honra da,
Tiene de dalla vergüenza.
Meted mano, ó ¡vive Dios,
Que os mate!

REY.

¡Necio apurar!

BUSTO.

Aquí os tengo de matar,
O me habeis de matar vos.

(Mete mano.)

REY.

(Ap. Diréle quien soy.) Detente; }
Que soy el Rey.

BUSTO.

Es engaño.
¡El Rey procurar mi daño,
Solo, embozado y sin gente!
No puede ser; y á su alteza
Aquí, villano, ofendeis,
Pues defecto en él poneis,
Que es una extraña bajeza.
¡El Rey habia de estar
Sus vasallos ofendiendo!
De nuevo en esto me ofendo;
Por esto os he de matar,
Aunque mas me porféis;
Y ya que á mi me ofendais,
En su grandeza pongais

Tal defecto, pues sabeis
Que sacras y humanas leyes
Condenan á culpa estrecha
Al que imagina ó sospecha
Cosa indigna de los reyes.

REY.

(Ap. ¿Qué notable apurar de hombre!)
Hombre, digo que el Rey soy.

BUSTO.

Menos crédito te doy;
Porque aquí no viene el nombre
De rey con las obras, pues
Es el Rey el que da honor;
Tú buscas mi deshonor.

REY. (Ap.)

Este es necio y descortés:
¿Qué he de hacer?

BUSTO.

(Ap. El embozado
Es el Rey, no hay que dudar.
Quiérole dejar pasar,
Y saber si me ha afrentado
Luego; que el alma me incita
La cólera y el furor;
Qus es como censo el honor,
Que aquel que le da, le quita.)
Pasa, cualquiera que seas,
Y otra vez al Rey no infames,
Ni el Rey, villano, te llames.
Cuando haces bazañas feas.
Mira que el Rey, mi señor,
Del Africa horror y espanto,
Es cristianísimo y santo,
Y ofendes tanto valor.
La llave me ha confiado
De su casa, y no podía
Venir sin llave á la mia
Cuando la suya me ha dado.
Y no atropelleis la ley;
Mirad que es hombre en efeto:
Esto os digo, y os respeto
Porque os fingisteis el Rey.
Y de verme no os asombre
Fiel, aunque quedo afrentado;
Que un vasallo está obligado
A tener respeto al nombre.
Y sin mas atropellallos
Contra Dios y contra ley,
Así aprenderá á ser rey
Del honor de sus vasallos.

REY.

Ya no lo puedo sufrir;
Que estoy confuso y corrido.
¡Necio! Porque me he fingido
Ser el Rey, ¿me dejas ir?
Pues advierte que yo quiero,
Porque dije que lo era,
Salir de aquesta manera; (Mete mano.)
Que si libertad adquiero
Porque aquí rey me llamé,
Y en mi respetas el nombre,
En las obras lo seré.
Muere, villano; que aquí
Aliento el nombre me da
De Rey, y él te matará.

BUSTO.

Solo mi honor reina en mí.
(Ríen.)

ESCENA VI.

CRÍADOS, con luces; MATILDE.— EL
REY, embozado, BUSTO.

CRÍADOS.

¿Qué es esto?

REY. (Ap.)

Escaparme quiero
Antes de ser conocido.

Deste villano ofendido
Voy; pero vengarme espero.

(Vass.)

UN CRÍADO.

Huyó quien tu afrenta trata.

BUSTO.

Seguidle, dadle el castigo...
—Déjale; que al enemigo
Se ha de hacer puente de plata.
Dadle una luz á Matilde,
Y entráos vosotros allá.
(Dánsela, y vanse los críados.)

ESCENA VII.

BUSTO, MATILDE.

BUSTO.

(Ap. Esta me vende, que está
Avergonzada y humilde.
La verdad he de sacar
Con una mentira cierta.)
Cierra de golpe esa puerta.—
Aquí os tengo de matar:
Todo el caso me ha contado
El Rey.

MATILDE.

(Ap. Si él no guardó
El secreto, ¿cómo yo,
Con tan infelice estado,
Lo puedo guardar?) Señor,
Todo lo que el Rey te dijo
Es verdad.

BUSTO.

(Ap. Ya aquí colijo
Los defectos de mi honor.)
¿Que tu al fin al Rey le diste
Entrada?

MATILDE.

Me prometió
La libertad; y así, yo
Por ella, como tú viste,
Hasta este mismo lugar
Le metí.

BUSTO.

Y ¿sabe Estrella
Algo desto?

MATILDE.

Pienso que ella
En sus rayos á abrazar
Me viniera, si entendiera
Mi concierto.

BUSTO.

Cosa es clara;
Porque si acaso enturbiara
La luz, estrella no fuera.

MATILDE.

No permite su arrebol
Eclipse ni sombra oscura;
Que es su luz brillante y pura,
Participada del sol.
A su cámara llegó;
Y dándome este papel,
Entró el Rey, y tú tras él.

BUSTO.

¿Cómo? ¿Este papel te dió?

MATILDE.

Con mil ducados de renta
Y la libertad.

BUSTO.

(Ap. ¡Favor
Grande á costa de mi honor!
¡Bien me engranece menta!)
Ven conmigo.

MATILDE.

¿Dónde voy?

BUSTO.

Vas á que te vea el Rey;
Que así cumplo con la ley
Y obligacion en que estoy,

MATILDE.
¡Ay desdichada esclavilla!

BUSTO. (Ap.)

Si el Rey la quiso eclipsar,
Fama á España ha de quedar
De la Estrella de Sevilla.

(Vase.)

Calle que sale al alcázar.

ESCENA VIII.

EL REY, DON ARIAS.

REY.

Esto al fin ha sucedido.

DON ARIAS.

Quisiste entrar solo.

REY.

Ha andado
Tan necio y tan atrevido,
Que vengo, amigo, afrentado;
Que sé que me ha conocido.
Metió mano para mí
Con equivocadas razones,
Y aunque mas me resistí,
Las naturales acciones
Con que como hombre nací,
Del decoro me sacaron
Que pide mi majestad.
Boy sobre él; pero llegaron
Con luces, que la verdad
Dijeran que imaginaron,
Si la espalda no volviera,
Temiendo ser conocido;
Y vengo desta manera.
Lo que ves me ha sucedido,
Arias, con Busto Tabera.

DON ARIAS.

Pague con muerte el disgusto;
Degüéllale, vea el sol
Naciendo el castigo justo,
Pues en el orbe español
No hay mas leyes que tu gusto.

REY.

Matarle publicamente,
Arias, es yerro mayor.

DON ARIAS.

Causa tendrás suficiente;
Que en Sevilla es regidor,
Y el mas sabio y mas prudente
No deja, Señor, de hacer
Algun delito, llevado
De la ambición y el poder.

REY.

Es tan cuerdo y tan mirado,
Que culpa no ha de tener.

DON ARIAS.

Pues hazle, Señor, matar
En secreto.

REY.

Eso sí:
Mas ¿de quién podré fiar
Este secreto?

DON ARIAS.

De mí.

REY.

No te quiero aventurar.

DON ARIAS.

Pues yo darte un hombre quiero,
Valeroso y gran soldado,
Como insigne caballero,
De quien el moro ha temblado
En el obelisco fiero
De Gibraltar, donde ha sido
Muchas veces capitán

Victorioso, y no vencido,
Y hoy en Sevilla le dan,
Por gallardo y atrevido,
El lugar primero; que es
De militares escuelas
El sol.

REY.

Su nombre ¿cómo es?

DON ARIAS.

Sancho Ortiz de las Roelas,
Y el Cid andaluz después.

REY.

Ese al momento me llama,
Pues ya quiere amanecer.

DON ARIAS.

Vén á acostarlo.

REY.

¿Qué cama,
Arias, puede apeteer
Quien está ofendido y ama?
Ese hombre llama al momento.

DON ARIAS.

En el alcázar está
Un bulto pendiente al viento.

REY.

¿Bulto dices? ¿Qué será?

DON ARIAS.

No será sin fundamento.

REY.

Mira quién es.

DON ARIAS.

La esclavilla,
Con el papel en las manos.

REY.

¡Hay tal rabia!

DON ARIAS.

¡Hay tal mancilla!

REY.

Mataré á los dos hermanos,
Si se alborota Sevilla.

DON ARIAS.

Mándale luego quitar,
Y con decoro y secreto
También se puede enterrar.
¡Así se pierde el respeto!
Tabera no ha de quedar.
(Vase.)

Sala en casa de Busto.

ESCENA IX.

BUSTO, ESTRELLA.

ESTRELLA.

¿Qué es esto?

BUSTO.

Echa ese marco.

ESTRELLA.

Apénas el sol dormido
Por los balcones del alba
Sale pisando zafros,
Y me levantas del lecho,
Solo, triste y afligido!
Confuso estás y turbado.
Dime, ¿has visto algun delito
En que cómplice yo sea?

BUSTO.

Tú me dirás si lo has sido.

ESTRELLA.

¿Yo? ¿Qué dices? ¿Estás loco?
Dime si has perdido el juicio.
Yo delito! Mas ya entiendo
Que tú lo has hecho en decillo,
Pues solo con preguntallo,
Contra mí lo has cometido.

¿No me conoces? No sabes
Quién soy? En mi boca ¿has visto
Palabras desenlazadas
Del honor con que las rijo?
Porque si no has visto nada
Que me pueda ser indicio,
¿Qué delito puede haber?

BUSTO.

Sin ocasión no lo digo.

ESTRELLA.

¿Sin ocasión?

BUSTO.

¡Ay, Estrella!

Que esta noche en casa...

ESTRELLA.

Dilo;

Que si estuviere culpada,
Luego me ofrezco al suplicio.
¿Qué hubo esta noche en casa?

BUSTO.

Esta noche fué epíciclo
Del sol; que en ella esta noche
Se trocó de Estrella el signo.

ESTRELLA.

Las llanezas del honor
No con astrólogo estilo
Se han de decir: habla claro,
Y deja en sus zonas cinco
El sol; que aunque Estrella soy,
Yo por el sol no me rijo.

BUSTO.

Quando partía la noche
Con sus destemplados giros
La campana de las Cuevas,
Lisonja del cielo empuero,
Entré en casa, y topé en ella,
Cerca de tu cuarto mismo,
Al Rey solo y embobado.

ESTRELLA.

¿Qué dices!

BUSTO.

Verdad te digo.
Mira, Estrella, á aquestas horas
¿A qué pudo haber venido
El Rey á mi casa solo,
Si por Estrella no vino!
Matilde con él estaba;
Que á los pasos y al ruido
Saltó, porque entonces era
Sabio lince el honor mio.
Metí mano, y «¿Quién va?» dije;
Respondió: «Un hombre;» y embisto
Con él; y él, de mi apartado,
Que era el Rey, Estrella, dijo;
Y aunque le conocí luego,
Hiceme desentendido
En conocerle; que el cielo
Darne sufrimiento quiso.
Embistióme, como rey
Enojado y ofendido;
Que un rey que embiste enojado,
Se trae su valor consigo.
Salieron pajes con luces;
Y entonces, por no ser visto,
Volvió la espalda, y no pudo
Ser de nadie conocido.
Conjuré la esclava; y ella,
Sin mostralle de Dionisio
Los tormentos, confesó
Las verdades sin martirio.
Firmada la libertad
Le dió en un papel que hizo
El Rey, cabeza al proceso
En que sus culpas fulminó.
Saquéla de casa luego,
Porque su aliento nocivo
No sembrara deshonor
Por los nobles edificios.
Cogla á la puerta, y luego,

Puesta en los hombros, camino
Al alcázar, y en sus rejas
La colgué por su delito;
Que quiero que el Rey conozca
Que hay brutos contra Tarquinos.
Esto me ha pasado, Estrella;
Nuestro honor está en peligro:
Yo he de ausentarme por fuerza,
Y es fuerza darle marido.
Sancho Ortiz lo ha de ser tuyo;
Que con su amparo te libro
Del rigor del Rey, y yo
Libre me pongo en camino.

ESTRELLA.

¡Ay Busto! Dame esa mano
Por el favor infinito
Que me has hecho.

BUSTO.

Hoy has de ser,
Y así, Estrella, te aperciho,
Su esposa: guarda silencio,
Porque importa al honor mío. (Vase.)

ESTRELLA.

¡Ay amor! y ¡qué ventura!
Ya estás de la venda asido;
No te has de librar. Mas, ¡quién
Sacó el fin por el principio,
Si entre la taza y la boca
Un sabio temió el peligro? (Vase.)

Salon del alcázar.

ESCENA X.

EL REY, con dos papeles; DON ARIAS.

DON ARIAS.

Ya en la antecámara aguarda
Sancho Ortiz de las Roelas.

REY.

Todo el amor es cautelas;
Ya la piedad me acobarda.
En este papel sellado
Traigo su nombre y su muerte,
Y en este, que yo he mandado
Matarle: de aquesta suerte
El quedará disculpado.
Hazle entrar, y echa á la puerta
La loba, y tú no entres.

DON ARIAS.

¿No?

REY.

No; porque quiero que advierta
Que es este secreto yo
Solamente que concierta
La venganza mi deseo
Mas acomodada así.

DON ARIAS.

● Voy á llamarle. (Vase.)

REY.

Ya veo,
Amor, que no es este en mí
Alto y glorioso trofeo.

ESCENA XI.

DON SANCHE. — EL REY.

DON SANCHE.

Vuestra alteza á mis dos labios
Les conceda los dos piés.

REY.

Alzad; que os hiciera agravios.
Alzad.

DON SANCHE.

Señor...

REY. (Ap.)

Galan os.

L-1.

DON SANCHE.

No es mucho que yo, Señor,
Me turbe, no siendo aquí
Retórico ni orador.

REY.

Pues decid, ¿qué vels en mí?

DON SANCHE.

La majestad y el valor.
Y al fin, una imagen veo
De Dios, pues le imita el Rey;
Y después dél, en vos creo.
A vuestra cesárea ley,
Gran Señor, aquí me empleo.

REY.

¿Cómo estáis?

DON SANCHE.

Nupca me he visto
Tan honrado como estoy.

REY.

Pues aficionado os soy,
Por prudente y por bienquisto.
Porque estaréis con cuidado,
Codicioso de saber
Para lo que os he llamado,
Deciroslo quiero, y ver
Que en vos tengo un gran soldado.
—A mí me importa matar
En secreto á un hombre, y quiero
Este caso confiar
Solo de vos; que os prefiero
A todos los del lugar.

DON SANCHE.

¿Está culpado?

REY.

Sí está.

DON SANCHE.

Pues ¿cómo muerte en secreto
A un culpado se le da?
Poner su muerte en efeto
Públicamente podrá
Vuestra justicia, sin darme
Muerte en secreto; que así
Vos os culpáis en culpalle,
Pues dais á entender que aquí
Sin culpa mandais matarle.
Si ese hombre os ha ofendido
En leve culpa, Señor,
Que le perdoneis os pido.

REY.

Para su procurador,
Sancho Ortiz, no habeis venido,
Sino para darme muerte;
Y pues se la mando dar
Escondiendo el brazo fuerte,
Debe á mi honor importar
Matarle de aquesta suerte.
¿Merece el que ha cometido
Crimen *laesae*, muerte?

DON SANCHE.

En fuego.

REY.

¿Y si crimen *laesae* ha sido
El deste?...

DON SANCHE.

Que muera luego,
A voces, Señor, os pido;
Y si es así, la daré,
Señor, á mi mismo hermano,
Y en nada repararé.

REY.

Dadme esa palabra y mano.

DON SANCHE.

Y en ella el alma y la fe.

REY.

Hallándole descuidado
Puedes matarle.

DON SANCHE.

¡Señor!

Siendo Roela y soldado,
¿Me quieres hacer traidor?
Yo muerte en caso pensado!
Cuerpo á cuerpo he de matalle,
Donde Sevilla lo vea,
En la plaza ó en la calle;
Que al que mata y no pelea,
Nadie puede disculpalle;
Y gana mas el que muere
A traicion, que el que le mata;
Y el vivo, con cuantos trata
Su alevosía refiere.

REY.

Matadle como queráis;
Que este papel para abono
De mi firmado llevais,
En que consta que os perdono.
Cualquier delito que hagais.
Referidlo. (Dale el papel.)

DON SANCHE.

Dice así:

(Lee.) «Al que ese papel advierte,
»Sancho Ortiz, luego por mí
»Y en mi nombre dadle muerte;
»Que yo por vos saigo aquí;
»Y si os hallais en aprieto,
»Por este papel firmado
»Sacaros dél os prometo.—
»Yo el Rey.» —Estoy admirado
De que tan poco conceto
Tenga de mi vuestra alteza.
Yo cédula! Yo papel!
¿Qué! Mas en vos que no en él
Confía aquí mi nobleza.
Si vuestras palabras cobran
Valor que los montes labra,
Y ellas cuanto dicen obran,
Dándome aquí la palabra,
Señor, los papeles sobran.
Rompedlo, porque sin él
La muerte le solicita,
Mejor, Señor, que con él;
Que en parte desacredita
Vuestra palabra el papel. (Rompelo.)
Sin papel, Señor, aquí
Nos obligamos los dos,
Y prometemos así,
Yo de vengaros á vos,
Y vos de librarme á mí.
Si es así, no hay que hacer
Cédulas, que estorbo han sido:
Yo os voy luego á obedecer;
Y solo por premio os pido
Para esposa la mujer
Que yo eligiere.

REY.

Aunque sea

Ricafembra de Castilla
Os la concedo.

DON SANCHE.

Posea

Vuestro pié la alarbe silla;
El mar los castillos vea
Gloriosos y dilatados,
Y por sus climas helados...

REY.

Vuestros hechos excelentes,
Sancho, quedarán premiados.
En este papel va el nombre

(Dale un papel.)

Del hombre que ha de morir;

4 Verso que se halla en la edición hecha
en Boston, año de 1840, y no se lee en la
impresión antigua que nos sirve de original.
5 Falta un verso que consuene con *asae*
louas.

Cuando lo abrais no os asombre;
Mirad que he oído decir
En Sevilla que es muy hombre.

DON SANCHO.

Presto, Señor, lo sabrémos.

REY.

Los dos, Sancho, solamente
Este secreto sabemos.
No hay que advertiros; prudente
Sois vos: obrad, y callemos. (Vase.)

ESCENA XII.

CLARINDO.—DON SANCHO.

CLARINDO.

¡Había de encontrarte
Cuando nuevas tan dulces vengo á darte?
Dame, Señor, albricias
De las glorias mayores que codicias.

DON SANCHO.

¡Agora de humor vienes?

CLARINDO.

¡Cómo el alma en albricias no previenes?
(Dale un papel.)

DON SANCHO.

¡Cáyo es este?

CLARINDO.

De Estrella, [lla.
Que estaba mas que el sol hermosa y be-
Mándome que te diera
Ese papel, y albricias te pidiera.

DON SANCHO.

¡De qué?

CLARINDO.

Del casamiento,
Que se ha de efectuar luego al momento.

DON SANCHO.

¡Qué dices! La alegría [mia?
Me ha de matar. ¡Que Estrella ha de ser
El hermoso lucero
Del alba ¿es para mí? Del sol espero
Que los dorados rayos
En abismos de luz pinten desmayos.
(Lee.) «Esposo, ya ha llegado
»El venturoso plazo deseado:
»Mi hermano va á buscarte.
»Solo por darme vida y por premiarte.
»Si del tiempo te acuerdas,
»Búscale luego, y la ocasión no pierdas.
»Tu Estrella.» — ¡Ay forma bella!
¡Qué bien no he de alcanzar con tal es-
Cava al mayordomo [trella?
De la dichosa sujeción que tomo,
Y que saque al momento
Las libreas que están para este intento
En casa reservadas,
Y saquen las cabezas coronadas
Mis lacayos y pajes
De hermosas pesadumbres de plumajes.
Y si albricias codicias,
Toma aqueste jacinto por albricias;
Que el sol también te diera,
Cuando la piedra del anillo fuera.

CLARINDO.

Vivas mas que la piedra,
A tu esposa enlazado como hiedra;
Y pues tanto te precio,
Vivas, Señor, mas años que no un necio.
(Vase.)

ESCENA XIII.

DON SANCHO.

Buscar á Busto quiero;
Que entre deseos y esperanzas muero.

Mas con el miedo y gusto
Me olvidaba del Rey, y no era justo.
Ya está el papel abierto.
Quiero saber quién ha de ser el muerto.
(Lee.) «Al que muerte habeis de dar,
»Es, Sancho, á Busto Tabera.»
— ¡Válgame Dios! ¡Que esto quiera!
Tras una suerte un azar!
Toda esta vida es jugar
Una carteta imperfecta,
Mal barajada, y sujeta
A desdichas y á pesares;
Que es toda en cientos y azares
Como juego de carteta.
Pintada la suerte vi;
Mas luego se desmintió,
Y el naipe se barajó
Para darme muerte á mí.
Miraré si dice así...
Pero yo no lo leyerá.
Si el papel no lo dijera.
Quiérole otra vez mirar.
(Lee.) «Al que muerte habeis de dar,
»Es, Sancho, á Busto Tabera.»
¡Perdido soy! ¡Qué he de hacer?
Que al Rey la palabra he dado...

Y á su hermana he de perder...
Sancho Ortiz, no puede ser.
Viva Busto. — Mas no es justo
Que al honor contraste el gusto:
Muera Busto, Busto muera. —
Mas detente, mano fiera;
Viva Busto, viva Busto.
— Mas no puedo con mi honor
Cumplir, si á mi amor acudo;
Mas ¿quién resistirse pudo
A la fuerza del amor?
Morir me será mejor,
O ausentarme, de manera
Que sirva al Rey, y él no muera.
Mas quiero al Rey agradar.
(Lee.) «Al que muerte habeis de dar,
»Es, Sancho, á Busto Tabera.»
¡Si le mata por Estrella
El Rey, que servilla trata?...
Sí, por Estrella le mata:
Pues no muera aquí por ella.
Ofendelle y defendella
Quiero. — Mas soy caballero,
Y no he de hacer lo que quiero,
Sino lo que debo hacer.
Pues ¿qué debo obedecer?
La ley que fuere primero.
Mas no hay ley que á aquesto obligue.
Mas si hay; que aunque injusto el Rey,

A él después Dios le castigue.
Mi loco amor se mitigue;
Que, aunque me cueste disgusto,
Acudir al Rey es justo:
Busto muera, Busto muera,
Pues ya no hay quien decir quiera:
«Viva Busto, viva Busto.»
Perdóname, Estrella hermosa;
Que no es pequeño castigo
Perderte y ser tu enemigo.
¡Qué he hacer? ¿Puedo otra cosa?

ESCENA XIV.

BUSTO.—DON SANCHO.

BUSTO.

Cañado, suerte dichosa
He tenido en encontraros.

1 Falta en esta décima un verso que con-
sueña con dado.
2 Falta un verso: don Cándido María Tri-
gueros, que refundió esta comedia, lo su-
plió con este:

Es abedecerie ley.

DON SANCHO. (Ap.)

Y yo desdicha en hallaros,
Porque me buskais aquí
Para darme vida á mí;
Pero yo para mataros.

BUSTO.

Ya, hermano, el plazo llegó
De vuestras dichas bodas.

DON SANCHO. (Ap.)

Mas de mis desdichas todas,
Decirte pudiera yo.
¡Válgame Dios! ¡Quién se vió
Jamás en tanto pesar?
¡Que aquí tengo de matar
Al que mas bien he querido!
Que á su hermana haya perdido!
Que con todo he de acabar!

BUSTO.

Ya por escritura estáis
Casado con doña Estrella.

DON SANCHO.

Casarme quise con ella;
Mas ya no, aunque me la dais.

BUSTO.

¡Conoceisme? ¡Así me hablais!

DON SANCHO.

Por conoceros, aquí
Os hablo, Tabera, así.

BUSTO.

Si me conoceis, Tabera,
¡Cómo hablais de esa manera?

DON SANCHO.

Hablo porque os conocí.

BUSTO.

Habréis en mí conocido
Sangre, nobleza y valor,
Y virtud, que es el honor;
Que sin ella honor no ha habido.
Y estoy, Sancho Ortiz, corrido...

DON SANCHO.

Mas lo estoy yo.

BUSTO.

¡Vos! ¿De qué?

DON SANCHO.

De hablaros.

BUSTO.

Si en mi honra y fe
Algun defecto advertís,
Como villano mentís,
Y aquí os lo sustentaré. (Mete mano.)

DON SANCHO.

¡Qué has de sustentar, villano?
(Ap. Perdona amor; que el exceso
Del Rey me ha quitado el seso,
Y es el resistirme en vano.)

(Riñen.)

BUSTO.

¡Muerto soy! Deten la mano. (Cae.)

DON SANCHO.

¡Ay, que estoy fuera de mí,
Y sin sentido te herí!
Mas aquí, hermano, te pido
Que ya que cobré el sentido,
Que tú me mates á mí.
Quede tu espada en vainada
En mi pecho; abre con ella
Puerta al alma.

BUSTO.

A doña Estrella

Os dejo, hermano, encargada.
Adios. (Muere.)

DON SANCHO.

Rigurosa espada,
Sangrienta y fiera homicida,
Si me has quitado la vida,

Acábase de matar,
Porque le pueda pagar
El alma por otra herida.

ESCENA XV.

Los dos alcaldes mayores DON PEDRO
DE GUZMAN Y FARFAN DE RIBERA,
Y OTROS CABALLEROS. — DON SAN-
CHO; BUSTO, muerto.

DON PEDRO.

¿Qué es esto? Deten la mano.

DON SANCHO.

¿Cómo, si á mi vida he muerto?

FARFAN.

¡Hay tan grande desconcierto!

DON PEDRO.

¿Qué es esto?

DON SANCHO.

He muerto á mi hermano.

Soy un Cain sevillano,

Que vengativo y cruel,

Maté un inocente Abel:

Véisle aquí; matadme aquí;

Que pues él muere por mí,

Yo quiero morir por él.

ESCENA XVI.

DON ARIAS. — DICHOS.

DON ARIAS.

¿Qué es esto?

DON SANCHO.

Un fiero rigor;

Que tanto en los hombres labra

Una cumplida palabra

Y un acrisolado honor.

Decidle al Rey mi señor

Que tienen los sevillanos

Las palabras en las manos,

Como lo veis, pues por ellas

Atropellan las Estrellas

Y no hacen caso de hermanos.

DON PEDRO.

Dió muerte á Busto Tabera.

DON ARIAS.

¡Hay tan temerario exceso!

DON SANCHO.

Prendedme, llevadme preso;

Que es bien que el que mata muera.

Mirad qué hazaña tan fiera

Me hizo el amor intentar,

Pues me ha obligado á matar,

Y me ha obligado á morir,

Pues por él vengo á pedir

La muerte que él me ha de dar!

DON PEDRO.

Llevadle á Triana preso,

Porque la ciudad se altera.

DON SANCHO.

¡Amigo Busto Tabera!...

FARFAN.

Este hombre ha perdido el seso.

DON SANCHO.

Dejadme llevar en peso,

Señores, el cuerpo helado,

En noble sangre bañado;

Que así su atlante seré,

Y entre tanto le daré

La vida que le he quitado.

DON PEDRO.

Loco está.

DON SANCHO.

Yo, si atropello

Mi gusto, guardo la ley.

LA ESTRELLA DE SEVILLA.

Esto, Señor, es ser rey,
Y esto, Señor, es no sello.
Entendello y no entendello
Importa, pues yo lo callo.
Yo lo maté, no hay negallo;
Mas el por qué no diré:
Otro confiese el por qué,
Pues yo confieso el matallo.
(*Llévanselo y vanse.*)

Sala en casa de Busto.

ESCENA XVII.

ESTRELLA, TEODORA.

ESTRELLA.

No sé si me vestí bien,
Como me vestí de prisa.
Dame, Teodora, ese espejo.

TEODORA.

Verte, Señora, en tí misma
Puedes, porque no hay cristal
Que tantas verdades diga,
Ni de hermosura tan grande
Haga verdadera cifra.

ESTRELLA.

Alterado tengo el rostro
Y la color encendida.

TEODORA.

Es, Señora, que la sangre
Se ha asomado á las mejillas
Entre temor y vergüenza,
Solo á celebrar tus dichas.

ESTRELLA.

Ya me parece que llega,
Bañado el rostro de risa,
Mi esposo á darme la mano
Entre mil tiernas caricias.
Ya me parece que dice
Mil ternezas, y que oídas,
Sale el alma por los ojos,
Disimulando sus niñas.
¡Ay venturoso día!
Esta ha sido, Teodora, estrella mía.

TEODORA.

Parece que gente suena.
Cavó el espejo. De envidia,
El cristal, dentro la hoja,
De una luna hizo infinitas. (Alzate.)

ESTRELLA.

¿Quebróse?

TEODORA.

Señora, sí.

ESTRELLA.

Bien hizo, porque imagina
Que aguardo el cristal, Teodora,
En que mis ojos se miran.
Y pues tal espejo aguardo,
Quiébrese el espejo, amiga;
Que no quiero que con él,
Este de espejo me sirva.

ESCENA XVIII.

CLARINDO, muy galán. — DICHAS.

CLARINDO.

Ya aquesto suena, Señora,
A gusto y volatería;
Que las plumas del sombrero
Los casamientos publican.
A mi dueño di el papel,
Y díome aquesta sortija
En albricias.

ESTRELLA.

Pues yo quiero
Feriarte aquesas albricias.

Dámela, y toma por ella
Este diamante.

CLARINDO.

Partida

Está por medio la piedra:
Será de melancolía;
Que los jacintos padecen
De ese mal, aunque le quitan.
Partida por medio está.

ESTRELLA.

No importa que esté partida;
Que es bien que las piedras sientan
Mis contentos y alegrías.
¡Ay venturoso día!
Esta, amigos, ha sido estrella mía!

TEODORA.

Gran tropel suena en los patios.

CLARINDO.

Y ya la escalera arriba
Parece que sube gente.

ESTRELLA.

¿Qué valor hay que resista
Al placer?

ESCENA XIX.

LOS DOS ALCALDES MAYORES, con GENTE
que trae el cadáver de Busto. — Di-
chos.

ESTRELLA.

Pero... ¿qué es esto?

DON PEDRO.

Los desastres y desdichas
Se hicieron para los hombres;
Que es mar de llanto esta vida.
El señor Busto Tabera
Es muerto.

ESTRELLA.

¡Suerte enemiga!

DON PEDRO.

El consuelo que aquí os queda,
Es que está el fiero homicida,
Sancho Ortiz de las Roelas,
Preso, y del se hará justicia
Mañana sin falta...

ESTRELLA.

Dejadme, gente enemiga;
Que en vuestras lenguas traeis
De los infernos las iras.
¡Mi hermano es muerto, y le ha muerto
Sancho Ortiz! ¿Hay quien lo diga?
Hay quien lo escuche y no muera?
Piedra soy, pues estoy viva.
¡Ay riguroso día!
Esta, amigos, ha sido estrella mía.
Pero si hay piedad humana,
Matadme.

DON PEDRO.

El dolor la priva,

Y con razón.

ESTRELLA.

¡Desdichada

Ha sido la estrella mía!
¡Mi hermano es muerto, y le ha muerto
Sancho Ortiz! ¡El quien divida
Tres almas de un corazón!...
Dejadme; que estoy perdida.

DON PEDRO.

Ella está desesperada.

FARFAN.

¡Infeliz beldad!

DON PEDRO.

Seguidla.

CLARINDO.

Señora...

1 Verso incompleto.

ESTRELLA.

Déjame, ingrato,
Sangre de aquel fratricida.
Y pues acabo con todo,
Quiero acabar con la vida.
¡Ay riguroso día!
Esta ha sido, Teodora, estrella mía.

ACTO TERCERO.

Salon del alcázar.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, LOS DOS ALCALDES, DON ARIAS.

DON PEDRO.

Confiesa que le mató;
Mas no confiesa por qué.

REY.

¿No dice qué le obligó?

FARFAN.

Solo responde: «No sé.»

DON PEDRO.

Es gran confusion.

REY.

Y ¿no

Dice si le dió ocasion?

DON PEDRO.

Señor, de ninguna suerte.

DON ARIAS.

¡Temeraria confusion!

FARFAN.

Dice que le dió la muerte;
No sabe si es con razon.
Solo confiesa matalle
Porque matalle juró.

DON ARIAS.

Ocaion debió de dalle.

DON PEDRO.

Dice que no se la dió.

REY.

Volved de mi parte á hablalle,
Y decidle que yo digo.
Que luego el descargo dé;
Y decid que soy su amigo,
Y su enemigo será
En el rigor y castigo.
Declare por qué ocasion
Dió muerte á Busto Tabera,
Y en sumaria informacion
Dé del delito razon
Antes que de necio muera.
Diga quién se lo mandó
Y por quién le dió la muerte,
O qué ocasion le movió
A hacello; que desta suerte
Oír su descargo yo;
O que á morir se aperciba.

DON PEDRO.

Eso es lo que mas desea.
El sentimiento le priva,
Viendo una hazana tan fea,
Tan avara y tan esquiva.
Sin juicio está.

REY.

¿No se queja
De ninguno?

FARFAN.

No, Señor,
Con su pesar se aconseja.

REY.

¡Notable y raro valor!

FARFAN.

Los cargos ajenos deja,
Y á sí se culpa no mas.

REY.

No se habrán visto en el mundo
Tales dos hombres jainás.
Cuando su valor confundo,
Me van apurando mas.
De mi parte le decid
Que diga por quién le dió
La muerte y le persuadió
A ello, y le prevenid
Que declare, aunque sea yo.
Si no confiesa al momento,
En un teatro mañana
Daré á Sevilla escarmiento.

DON ARIAS.

Voy pues.

(Vase los Alcaldes y don Arias.)

ESCENA II.

DON MANUEL. — EL REY.

DON MANUEL.

Doña Estrella pide
Para besaros las manos
Licencia.

REY.

¿Quién se lo impide?

DON MANUEL.

Gran Señor, los ciudadanos.

REY.

¡Bien con la razon se mide!
Dadme una silla, y dejad
Que entre ahora.

DON MANUEL.

Voy por ella.

(Vase.)

REY.

Vendrá vertiendo beldad;
Como en el cielo la estrella
Sale tras la tempestad.

(Vuelve don Manuel.)

DON MANUEL.

Ya está aquí.

Parece así su arrebol
El sol gallardo y gentil,
Aunque por verano el sol
Vierte rayos de marfil.

ESCENA III.

ESTRELLA, ACOMPAÑAMIENTO.—
DICHOS.

ESTRELLA.

Cristianísimo don Sancho,
De Castilla Rey ilustre,
Por las hazañas notable,
Heróico por las virtudes:
Una desdichada estrella
Que sus claros rayos cubre
Deste luto, que mi llanto
Lo ha sacado en negras nubes,
Justicia á pedirte vengo;
Mas no que tú la ejecutes,
Sino que en mi arbitrio dejes
Que mi venganza se funde.
No doy lugar á mis ojos,
Que mis lágrimas enjuguen,
Porque anegándome en ellas,
Mi sentimiento no culpes.
Quise á Tabera, mi hermano,
Que las sacras pesadumbres
Ocupa, pisando estrellas
En pavimentos azules.
Como hermano me amparó,
Y como á padre le tuve:
La obediencia y el respeto
En sus mandamientos puse.
Vivia con él contenta,
Sin dejar que el sol me injurie;

Que aun rayos del sol no eran
A mis ventanas comunes.
Nuestra hermandad envidiaba
Sevilla, y todos presumen
Que éramos los dos hermanos
Que á una estrella se reducen.
Un tirano cazador
Hace que el arco ejecute
El fiero golpe en mi hermano,
Y nuestras glorias confunde.
Perdi hermano, perdi esposo:
Sola he quedado, y no acudes
A la obligacion de Rey,
Sin que nadie te disculpe.
Hazme justicia, Señor;
Dame el homicida, cumple
Con tu obligacion en esto;
Déjame que yo le juzgue.

REY.

Sosegáos, y enjugad las luces bellas,
Si no queréis que se arda mi palacio;
Que lágrimas del sol son las estrellas,
Si cada rayo suyo es un topacio.
Recoja el alba su tesoro en ellas,
Si el sol recién nacido le da espacio,
Y dejad que los cielos las codicien;
Que no es razon que aqúisedesperdicien.
Tomad esta sortija, y en Triana
Allanad el castillo con sus señas:
Pónganlo en vuestras manos, sed tirana
Fiera con él de las hircanas peñas,
Aunque á piedad y compasion villana
Nos enseñan volando las cigüeñas;

[bre,

Que es bien que sean, porque mas acoun-
Aves y fieras confusion del hombre.

ESTRELLA.

Aquí, Señor, virtud es avaricia...
Que si en mi plata hubiera y oro hubiera,
Luego de mi cabeza le arrancara,
Y el rostro con fealdad oscureciera,
Aunque en brasas ardientes le abrasara.
Si un Tabera murió, quedó un Tabera;
Y si su deshonor está en mi cara,
Yo la pondré de suerte con mis manos,
Que espanto sea entre los mas tiranos.

(Vase todos, menos el Rey.)

ESCENA IV.

EL REY.

Si á Sancho Ortiz le entregan, imagino
Que con su mano misma ha de matalle.
Que en vaso tan perfecto y peregrino
Permite Dios que la fiereza se halle!
Ved lo que intenta un necio desatino!
Yo incité á Sancho Ortiz: voy á libralle;
Que amor que pisa púrpura de reyes,
A su gusto no mas promulga leyes.

(Vase.)

Prision.

ESCENA V.

DON SANCHE, CLARINDO, músicos.

DON SANCHE.

Algunos versos, Clarindo,
No has escrito á mi suceso?

CLARINDO.

¿Quién, Señor, ha de escribir
Teniendo tan poco premio?
A las fiestas de la plaza
Muchos me pidieron versos,
Y viéndome por las calles,

¡Verso suelto entre dos octavas! debe
pertenecer á alguna que se omitió en la edi-
cion antigua, no sabemos por qué.

Como si fuera maestro
De cortar ó de coser.
Me decían: «No está hecho
Aquel recado?» Y me daban
Mas prisa que un rompimiento.
Y si qué comer tuviera,
Excediera en el silencio
A Anaxágoras, y haría
De los latinos y griegos
Ingenios hiciera.

ESCENA VI.

LOS ALCALDES, DON ARIAS. — DICHOS.

DON PEDRO.

Entrad.

CLARINDO.

Que vienen, Señor, sospecho
Estos á notificarte
La sentencia.

DON SANCHE.

Pues de presto

Decid vosotros un tono. (A las músicos.)

¡Agora si que deseo
Morir, y quiero cantando
Dar muestras de mi contento!
Fuera de que quiero dalles
A entender mi heroico pecho,
Y que aun la muerte no puede
En él obligarme á menos.

CLARINDO.

¡Notable gentilidad!
¿Qué mas hiciera un tucesco,
Llena el alma de lagañas
De pipotes de lo añejo?

MÚSICOS. (Cantando.)

Si consiste en el vivir
Mi triste y confusa suerte,
Lo que se alarga la muerte,
Eso se alarga el morir.

CLARINDO.

¡Gallardo mote han cantado!

DON SANCHE.

A propósito y discreto.

MÚSICOS. (Cantan.)

No hay vida como la muerte
Para el que vive muriendo.

DON PEDRO.

¡Ahora es tiempo, Señor,
De música?

(Vanse los músicos.)

DON SANCHE.

Pues, ¿qué tiempo

De mayor descanso pueden
Tener en su mal los presos?

FARFAN.

Cuando la muerte por horas
Le amenaza, y por momentos
La sentencia está aguardando
Del fulminado proceso,
¿Con música se entretiene?

DON SANCHE.

Soy cisme, y la muerte espero
Cantando.

FARFAN.

Llegado ha el plazo.

DON SANCHE.

Las manos y pies os beso
Por las nuevas que me daís.
¡Dulce día á mi deseo!

DON PEDRO.

Sancho Ortiz de las Rocas,
Vos ¿confesáis que habeis muerto
A Busto Tabera?

DON SANCHE.

Sí,

Aquí á voces lo confieso.
Buscad bárbaros castigos,
Inventad nuevos tormentos,
Porque en España se olviden
De Fálaris y Majencio.

FARFAN.

Pues sin daros ocasion

¿Le matásteis?

DON SANCHE.

Yo le he muerto:

Esto confieso, y la causa,
Pues tan callada la tengo,
Si hay alguno que la sepa,
Dígallo; que yo no entiendo
Por qué murió; solo sé
Que le maté sin saberlo.

DON PEDRO.

Pues parece alevosia
Matarle sin causa.

DON SANCHE.

Es cierto

Que la dió, pues que murió.

DON PEDRO.

¿A quién?

DON SANCHE.

A quien me ha puesto

En el estado que estoy,
Que es en el último extremo.

DON PEDRO.

¿Quién es?

DON SANCHE.

No puedo decirlo.
Porque me encargó el secreto;
Que como rey en las obras,
He de serlo en el silencio.
Y para matarme á mí,
Basta saber que le he muerto,
Sin preguntarme el por qué.

DON ARIAS.

Señor Sancho Ortiz, yo vengo
Aquí, en nombre de su alteza,
A pedirlos que á su ruego
Confeseis quién es la causa
Deste loco desconcierto:
Si lo hicisteis por amigos,
Por mujeres ó por deudos,
O por algun poderoso
Y grande de aquestos reinos.
Y si teneis de su mano
Papel, resguardo ó concierto
Escrito ó firmado, al punto
Lo manifesteis, haciendo
Lo que debeis.

DON SANCHE.

Si lo hago,

No haré, Señor, lo que debo.
Decidle á su alteza, amigo,
Que cumplo lo que prometo;
Y si él es don Sancho el Bravo,
Yo ese mismo nombre tengo.
Decidle que bien pudiera
Tener papel; mas me afrento
De que papeles me pida,
Habiendo visto rompellos.
Yo maté á Busto Tabera;
Y aunque aquí librar me puedo,
No quiero, por entender
Que alguna palabra ofendo.
Rey soy en cumplir la mia,
Y lo prometido he hecho;
Y quien promete, tambien
Es razon haga lo mesmo.
Haga quien se obliga hablando,
Pues yo me he obligado haciendo.

DON ARIAS.

Si en vuestra boca teneis
El descargo, es desconcierto
Negarlo.

DON SANCHE.

Yo soy quien soy,
Y siendo quien soy, me venzo
A mí mismo con callar,
Y á alguno que calla afrento.
Quien es quien es, haga obrando
Como quien es; y con esto,
De aquesta suerte los dos
Como quien somos harémos.

DON ARIAS.

Eso le diré á su alteza.

DON PEDRO.

Vos, Sancho Ortiz, habeis hecho
Un caso muy mal pensado,
Y auduvisteis poco cuerdo.

FARFAN.

Al cabildo de Sevilla
Hábeis ofendido, y puesto
A su rigor vuestra vida,
Y en su furor vuestro cuello.

(Vanse los Alcaldes y don Arias.)

ESCENA VII.

DON SANCHE, CLARINDO.

CLARINDO.

¿Es posible que consientas
Tantas injurias?

DON SANCHE.

Consiento

Que me castiguen los hombres
Y que me confunda el cielo,
Y ya, Clarindo, comienza.
¡No oyes en confuso estruendo
Bramar los aires, armados
De relámpagos y truenos?
Uno baja sobre mí
Como culebra, esparciendo
Círculos de fuego aprisa.

CLARINDO.

Pienso que has perdido el seso.
(Ap. Quiero seguirle el humor.)

DON SANCHE.

¡Que me abraso!

CLARINDO.

¡Que me quemol!

DON SANCHE.

¿Cogióte el rayo tambien?

CLARINDO.

¡No me ves cenizas hecho?

DON SANCHE.

¡Válgame Dios!

CLARINDO.

Sí, señor.

Ceniza soy de sarmientos.

DON SANCHE.

Ya estamos en la otra vida.

CLARINDO.

Y pienso que en el infierno.

DON SANCHE.

¿En el infierno, Clarindo?

¿En qué lo ves?

CLARINDO.

En que veo,

Señor, en aquel castillo
Mas de mil sastres mintiendo.

DON SANCHE.

Bien dices que en él estamos;
Que la soberbia está ardiendo
Sobre esa torre, formada
De arrogantes y soberbios.
Allí veo á la ambicion
Tragando abismos de fuego.

CLARINDO.
Y mas adelante está
Una legión de cocheros.

DON SANCHE.
Si andan coches por acá,
Destruirán el infierno.
Pero si el infierno es,
¿Cómo escribanos no vamos?

CLARINDO.
No los quieren recibir
Porque acá no inventen pleitos.

DON SANCHE.
Pues en el pleitos no hay,
Bueno ha de ser el infierno.

CLARINDO.
¿Bueno?
Allí está el tirano honor,
Cargado de muchos necios
Que por la honra padecen.

DON SANCHE.
Quiérome juntar con ellos.—
Honor, un necio y honrado
Viene a ser criado vuestro,
Por no exceder vuestras leyes.—
Mal, amigo, lo habeis hecho,
Porque el verdadero honor
Consiste ya en no tenerlo.
[A mí me huscáis allá,
Y há mil siglos que estoy muerto!
Dinero, amigo, buscad;
Que el honor es el dinero.
¿Qué hicisteis?—Quise cumplir
Una palabra.—Riendo
Me estoy: ¿palabras cumplis?
Pareceis majadero;
Que es ya el no cumplir palabras
Bizarria en este tiempo.—
Prometí matar á un hombre,
Y le maté alrado, siendo
Mi mejor amigo.—Malo.

CLARINDO.
No es muy bueno.

DON SANCHE.
No es muy bueno.
Metedle en un calabozo,
Y condénese por necio.—
Honor, su hermana perdi,
Y ya en su hacienda padezco.—
No importa.

CLARINDO. (Ap.)
¿Válgame Dios!
Si mas proseguir le dejo,
Ha de perder el juicio.
Inventar quiero un enredo. *(Da voces.)*

DON SANCHE.
¿Quién da voces? ¿Quién da voces?

CLARINDO.
Da voces el Cancerbero,
Portero deste palacio.—
¿No me conocéis?

DON SANCHE.
Sospecho
Que sí.

CLARINDO.
Y vos ¿quién sois?
DON SANCHE.
¿Yo?

Un honrado.
CLARINDO.
¿Y acá dentro
Estáis? Salid, noramala.
DON SANCHE.

¿Qué decís?

¹ O sobra esta palabra, ó faltan un hemistiquio y un verso.

CLARINDO.
Salios presto;
Que este lugar no es de honrados.
Asidle, llevadle preso
Al otro mundo, á la cárcel
De Sevilla por el viento.—
¿Cómo?—Tapados los ojos,
Para que vuele sin miedo.—
Ya está tapado.—En sus hombros
Al punto el Diablo Coimelo.
Allá le ponga de un salto.—
¿De un salto? Yo soy contento.—
Camina, y lleva tambien
De la mano al compañero.—
(Da una vuelta, y ádjale.)
Ya estáis en el mundo, amigo.
Quedaos á Dios.—Con Dios quedo.

DON SANCHE.
¡Dios dijo!
CLARINDO.
Sí, Señor; que
Este demonio, primero
Que lo fuese, fué cristiano
Bautizado, y es gallego
De Cal-de-Francos.

DON SANCHE.
Parece
Que de un éxtasis recuerdo.
¿Válgame Dios! ¡Ay Estrella,
Qué desdichada la tengo
Sin vos! Mas si os perdi,
Este castigo merezco.

ESCENA VIII.

EL ALCAIDE, y ESTRELLA, con el manto echado.—DICHOS.

ESTRELLA.
Luego el preso me entregad.

ALCAIDE.
Aquí está, Señora, el preso,
Y como lo manda el Rey,
En vuestras manos lo entrego.—
Señor Sancho Ortiz, su alteza
Nos manda que le entreguemos
A esta señora.

ESTRELLA.
Señor,
Venid conmigo.

DON SANCHE.
Agradezco
La piedad, si es á matarme,
Porque la muerte deseo.

ESTRELLA.
Dadme la mano y venid.

CLARINDO. (Ap.)
¿No parece encantamiento?

ESTRELLA.

Nadie nos siga.
CLARINDO.
Está bien.

(Vanse Estrella y don Sancho.)
¡Por Dios, que andamos muy buenos,
Desde el infierno á Sevilla,
Y de Sevilla al infierno!
¡Plegue á Dios que aquesta Estrella
Se nos vuelva ya lucero!
(Vanse.)

—
Campo.

ESCENA IX.

ESTRELLA, cubierta con el manto;
DON SANCHE.

ESTRELLA.
Ya os he puesto en libertad.

Idos, Sancho Ortiz, con Dios,
Y advertid que uso con vos
De clemencia y de piedad.
Idos con Dios; acabad.
Libre estáis. ¡Y os detenéis!
¿Qué miráis? ¿Qué os suspendéis?
Tiempo pierde el que se tarda:
Id, que el caballo os aguarda,
En que escaparos podeis.
Dineros tiene el criado
Para el camino.

DON SANCHE.
Señora,
Dame esos piés.

ESTRELLA.
Id; que ahora
No es tiempo.

DON SANCHE.
Voy con cuidado.
Sepa yo quién me ha librado,
Porque sepa agradecer
Tal merced.

ESTRELLA.
Una mujer
Vuestra aficionada soy,
Que la libertad os doy,
Teniéndola en mi poder.
Id con Dios.

DON SANCHE.
No he de pasar
De aquí, si no me decis
Quién sois ó no os descubris.

ESTRELLA.
No me da el tiempo lugar.
DON SANCHE.

La vida os quiero pagar,
Y la libertad tambien.
Yo he de conocer á quien
Tanta obligacion le debo,
Para pagar lo que debo,
Reconociendo este bien.

ESTRELLA.
Una mujer principal
Soy, y si mas lo pondero,
La mujer que mas os quiero,
Y á quien vos queréis mas mal.
Idos con Dios.

DON SANCHE.
No haré tal,
Si no os descubris ahora.

ESTRELLA.
Porque os vais, yo soy. *(Descúbrese.)*
DON SANCHE.

Señora!
¿Estrella del alma mia!

ESTRELLA.
Estrella soy que te guía,
De tu vida precursora.
Véte; que amor atropella
La fuerza así del rigor;
Que como te tengo amor,
Te soy favorable estrella.

DON SANCHE.
¿Tú resplandeciente y bella
Con el mayor enemigo!
Tú tanta piedad conmigo!
Trátame con mas crueldad;
Que aquí es rigor la piedad,
Porque es piedad el castigo.
Haz que la muerte me dé;
No quieras tan liberal
Con el bien hacerme mal,
Cuando está en mi mal el bien.
¡Darle libertad á quien
Muerto á su hermano le dió!
No es justo que viva yo,
Pues él padeció por mí;

Que es bien que te pierda así,
Quien tal amigo perdió.
En libertad desta suerte,
Me entrego á la muerte fiera,
Porque si preso estuviera,
¿Qué hacia en pedir la muerte?

ESTRELLA.
Mi amor es mas firme y fuerte;
Y así, la vida te doy.

DON SANCHO.
Pues yo á la muerte me voy,
Puesto que librarme quieres;
Que si haces como quien eres,
Yo he de hacer como quien soy.

ESTRELLA.
¿Por qué mueres?

DON SANCHO.
Por vengarte.

ESTRELLA.
¿De qué?

DON SANCHO.
De mi alevosía.

ESTRELLA.
Es crueldad.

DON SANCHO.
Es valentía.

ESTRELLA.
Ya no hay parté.

DON SANCHO.
Amor es parte.

ESTRELLA.
Es ofenderme.

DON SANCHO.
Es amarte.

ESTRELLA.
¿Cómo me amas?

DON SANCHO.
Muriendo.

ESTRELLA.
Antes me ofendes.

DON SANCHO.
Viviendo.

ESTRELLA.
Oyeme.

DON SANCHO.
No hay qué decir.

ESTRELLA.
¿Dónde vas?

DON SANCHO.
Voy á morir.

ESTRELLA.
Pues con la vida te ofendo.

ESTRELLA.
Vete y déjame.

DON SANCHO.
No es bien.

ESTRELLA.
Vive y librate.

DON SANCHO.
No es justo.

ESTRELLA.
¿Por quién mueres?

DON SANCHO.
Por mi gusto.

ESTRELLA.
Es crueldad.

DON SANCHO.
Honor también.

ESTRELLA.
¿Quién te acusa?

DON SANCHO.
Tu desden.

ESTRELLA.
No lo tengo.

DON SANCHO.
Piedra soy.

ESTRELLA.
¿Estás en tí?

DON SANCHO.
En mi honra estoy,
Y te ofendo con vivir.

ESTRELLA.
Pues véte, loco, á morir;
Que á morir también me voy,
(*Vanse por distintos lados.*)

Salon del alcázar.

ESCENA X.

EL REY, DON ARIAS.

REY.
¿Que no quiera confesar
Que yo mandé darle muerte!

DON ARIAS.
No he visto bronce mas fuerte;
Todo su intento es negar.
Dijo al fin que él ha cumplido
Su obligacion, y que es bien
Que cumpla la suya quien
Le obligó comprometido.

REY.
Callando quiere vencerme.

DON ARIAS.
Y aun te tiene convencido.

REY.
El cumplió lo prometido.
En confusion vengo á verme
Por no podelle cumplir
La palabra que enojado
Le di.

DON ARIAS.
Palabra que has dado
No se puede resistir,
Porque si debe cumplilla
Un hombre ordinario, un rey
Le hace entre sus labios ley,
Y á la ley todo se humilla.

REY.
Es verdad, cuando se mide
Con la natural razon
La ley.

DON ARIAS.
Es obligacion.
El vasallo no la pide
Al Rey; solo ejecutar,
Sin vello y averiguallo,
Debe la ley el vasallo;
Y el Rey debe consultar.
Tú esta vez la promulgaste
En un papel; y pues él
La executó sin papel,
A cumplille te obligaste
La ley que hiciste en mandalle
Matar á Busto Tabera;
Que si por tu ley no fuera,
El no viniera á matalle.

REY.
Pues ¿he de decir que yo
Darle la muerte mandé,
Y que tal crueldad usé
Con quién jamás me ofendió?
El cabildo de Sevilla,
Viendo que la causa fui,
Arias, ¿qué dirá de mí?
Y ¿qué se dirá en Castilla,
Cuando don Alonso en ella
Me está llamando tirano,

Y el Pontífice romano
Con censuras me atropella?
La parte de mi sobrino
Vendrá á esforzar por ventura,
Y su amparo la asegura.
Falso mi intento imagino;
También si dejo morir
A Sancho Ortiz, es bajeza.
¿Qué he de hacer?

DON ARIAS.
Puede tu alteza
Con halagos persuadir
A los Alcaldes mayores,
Y pedilles con destierro
Castiguen su culpa y yerro,
Atropellando rigores.
Pague Sancho Ortiz: así
Vuelves, gran Señor, por él,
Y ceñido de laurel,
Premiado queda de tí.
Puedes hacerle, Señor,
General de una frontera.

REY.
Bien dices; pero si hubiera
Ejecutado el rigor
Con él doña Estrella ya,
A quien mi anillo le di,
¿Cómo lo barémos aquí?

DON ARIAS.
Todo se remediará.
Yo en tu nombre iré á prendella
Por causa que te ha movido,
Y sin gente y sin ruido
Traeré al alcázar á Estrella.
Aquí la persuadirás
A tu intento, y porque importe,
Con un grande de la corte
Casarla, Señor, podrás;
Que su virtud y nobleza
Merece un alto marido.

REY.
¿Cómo estoy arrepentido,
Don Arias, de mi flaqueza!
Bien dice un sabio que aquel
Era sabio solamente
Que era en la ocasion prudente,
Como en la ocasion cruel.
Vé luego á prender á Estrella,
Pues de tanta confusion
Me sacas con su prision;
Que pienso casar con ella,
Para venirla á aplacar,
Un ricohombre de Castilla;
Y á poderla dar mi silla,
La pusiera en mi lugar;
Que tal hermano y hermana
Piden inmortalidad.

DON ARIAS.
La gente desta ciudad
Obscurece la romana. (Vase.)

ESCENA XI.

EL ALCAIDE.—EL REY.

ALCAIDE.
Dénme los pies vuestra alteza.

REY.
Pedro de Caus, ¿qué causa
Os trae á mis pies?

ALCAIDE.
Señor,
Este anillo con sus armas
¿No es de vuestra alteza?

REY.
Este es privilegio y salva
De cualquier crimen que hayais
Cometido.

ALCAIDE.

Fué á Triana,
Invicto Señor, con él
Una mujer muy tapada,
Diciendo que vuestra alteza
Que le entregase mandaba
A Sancho Ortiz. Consulté
Tu mandato con las guardas
Y el anillo juntamente;
Y todos que le entregara
Me dijeron: dile luego;
Pero en muy poca distancia
Sancho Ortiz, dando mil voces,
Pide que las puertas abra
Del castillo, y como loco,
«No he de hacer lo que el Rey manda»,
Decía, y «quiero morir»;
Que es bien que muera quien mata.»
—La entrada le resistí;
Pero, como voces tantas
Daba, fué abrirle fuerza.
Entró, donde alegre aguarda
La muerte.

REY.

No he visto gente
Mas gentil ni mas cristiana
Que la desta ciudad: callen
Bronces, mármoles y estatuas.

ALCAIDE.

La mujer dice, Señor,
Que la libertad le daba,
Y que él no quiso admitirla,
Por saber que era la hermana
De Busto Tabera, á quien
Dió la muerte.

REY.

Mas me espanta
Lo que me decis agora.
En sus grandezas agravian
La mesma naturaleza.
Ella, cuando mas ingrata
Había de ser, perdona,
Lélibra; y él, por pagaria
El ánimo generoso,
Se volvió á morir. Si pasan
Mas adelante sus hechos,
Darán vida á eternas planchas.
Vos, don Pedro de Caus, traedme
Con gran secreto al alcázar
A Sancho Ortiz en mi coche,
Excusando estruendo y guardas.

ALCAIDE.

Voy á servirle. (Vase.)

ESCENA XII.

UN CRIADO. — EL REY; después, LOS
ALCAIDES.

CRIADO.

Aquí
Ver á vuestra alteza aguardan
Sus dos alcaides mayores.

REY.

Decid que entren con sus varas.
(Vase el criado.)

Si yo puedo, á Sancho Ortiz
He de cumplir la palabra,
Sin que mi rigor se entienda.
(Salen los dos alcaides.)

DON PEDRO.

Ya, gran Señor, sustanciada
La culpa, pide el proceso
La sentencia.

REY.

Sustanciada:
Solo es pido que mueras,
Pues sois padres de la patria,
Su justicia, y la clemencia

Muchas veces la aventura.
Regidor es de Sevilla
Sancho Ortiz, si es el que falta
Regidor; uno piedad
Pide, si el otro venganza.

FARFAN.

Alcaldes mayores somos
De Sevilla, y hoy nos carga
En nuestros hombros, Señor,
Su honor y su confianza.
Estas varas representan
A vuestra alteza; y si tratan
Mal vuestra planta divina,
Ofenden á vuestra estampa.
Derechas miran á Dios,
Y si se doblan y bajan,
Miran al hombre, y del cielo,
En torciéndose, se apartan.

REY.

No digo que las torzais,
Sino que equidad se haga
En la justicia.

DON PEDRO.

Señor,
La causa de vuestras causas
Es vuestra alteza: en su *fiat*
Penden nuestras esperanzas.
Dadle la vida, y no muera,
Pues nadie en los reyes manda.
Dios hace los reyes, Dios
De los Saules traslada
En los humildes Davides
Las coronas soberanas.

REY.

Entrad, y ved la sentencia,
Qué da por disculpa, y salga
Al suplicio Sancho Ortiz,
Como las leyes lo tratan.
Vos, don Pedro de Guzman,
Escuchadme una palabra
Aquí aparte.

(Vase Farfan.)

ESCENA XIII.

EL REY, DON PEDRO.

DON PEDRO.

Pues, ¿qué es
Lo que vuestra alteza manda?

REY.

Dando muerte á Sancho, amigo
Don Pedro, no se restaura
La vida al muerto; y querría,
Evitando la desgracia
Mayor, que le dexteremos
A Gibraltar ó á Granada,
Donde en mi servicio tenga
Una muerte voluntaria.
¿Qué decis?

DON PEDRO.

Que soy don Pedro
De Guzman, y á vuestras plantas
Me tenéis. Vuestra es mi vida,
Vuestra es mi hacienda y espada.

REY.

Dadme esos brazos, don Pedro
De Guzman; que no esperaba
Yo menos de un pecho noble.
Id con Dios: haced que salga
Luego Farfan de Ribera.
(Ap. Montes la lisonja allana.)
(Vase don Pedro.)

ESCENA XIV.

FARFAN. — EL REY.

FARFAN.

Aquí á vuestros piés estoy.

REY.

Farfan de Ribera, estaba
Con pena de que muriera
Sancho Ortiz; mas ya se trata
De que en destierro se trueque
La muerte, y será mas larga,
Porque será mientras viva.
Vuestro parecer me falta,
Para que así se pronuncie.

FARFAN.

Cosa de mas importancia
Mande á Farfan de Ribera
Vuestra alteza, sin que en nada
Repere; que mi lealtad
En servirle no repara
En cosa alguna.

REY.

En fin, sois
Ribera, en quien vierte el alba
Flores de virtudes bellas
Que os guarnecen y acompañan.
Id con Dios.

(Vase Farfan.)

ESCENA XV.

EL REY.

Bien negocié.
Hoy de la muerte se escapa
Sancho Ortiz, y mi promesa
Sin que se entienda se salva.
Haré que por general
De alguna frontera vaya,
Con que le destierro y premio.

ESCENA XVI.

LOS ALCALDES. — EL REY

DON PEDRO.

Ya está, gran Señor, firmada
La sentencia, y que la vea
Solo vuestra alteza falta.

REY.

Habrà la sentencia sido
Como yo lo deseaba
De tan grandes caballeros.

FARFAN.

Nuestra lealtad nos ensalza.

REY.

(Lee.) «Fallamos y pronunciamos
»Que le corten en la plaza
»La cabeza.» — Esta sentencia
Es la que traeis firmada!
¿Así, villanos, cumplís
A vuestro rey la palabra?
¡Vive Dios!

FARFAN.

Lo prometido
Con las vidas, con las almas
Cumplirá el menor de todos
Como ves, como arrimada
La vara tenga; con ella,
Por las potencias humanas,
Por la tierra, por el cielo,
Que ninguno dellos haga
Cosa mal hecha ó mal dicha.

DON PEDRO.

Como á vasallos nos manda;
Mas como alcaides mayores,
No pidas injustas causas;
Que aquello es estar sin ellas,
Y aquesto es estar con varas,
Y el cabildo de Sevilla
Es quien es.

REY.

Bueno está. Basta;
Que todos me avergonzais.

ESCENA XVII.

DON ARIAS, ESTRELLA. —DICHOS.

DON ARIAS.

Ya está aquí Estrella.

REV.

Don Arias,
¿Qué he de hacer? Qué me aconsejas
Entre confusiones tantas?

ESCENA XVIII.

EL ALCAIDE, DON SANCHE, CLARINDO. —DICHOS.

ALCAIDE.

Ya Sancho Ortiz está aquí.

DON SANCHE.

Gran Señor, ¿por qué no acabas,
Con la muerte mis desdichas,
Con tu rigor mis desgracias?
Yo maté á Bustos Tabera;
Matadme, muera quien mata.
Haz, Señor, misericordia,
Haciendo justicia.

REV.

Aguarda.
¿Quién te mandó darle muerte?

DON SANCHE.

Un papel.

REV.

¿De quién?

DON SANCHE.

Si hablara

El papel, él lo dijera;
Que es cosa evidente y clara;
Mas los papeles rompidos
Dan confusas las palabras.
Solo sé que di la muerte
Al hombre que mas amaba,
Por haberlo prometido.
Mas aquí á tus piés aguarda
Estrella mi muerte heroica,
Y aun no es bastante venganza.

REV.

Estrella, yo os he casado
Con un grande de mi casa,
Mozo, galán, y en Castilla
Príncipe, y señor de salva;
Y en premio desto os pedimos,
Con su perdon, nuestra gracia,
Que no es justo que se niegue.

ESTRELLA.

Ya, Señor, si estoy casada,
Vaya libre Sancho Ortiz.
No ejecutéis mi venganza.

DON SANCHE.

Al fin me das el perdon
Porque su alteza te casa?

ESTRELLA.

Si, por eso te perdono.

DON SANCHE.

¿Y quedais así vengada
De mi agravio?

ESTRELLA.

Y satisfecha.

DON SANCHE.

Pues porque tus esperanzas

Se logren, la vida acepto,
Aunque morir deseaba.

REV.

Id con Dios.

FARFAN.

Mirad, Señor,
Que así Sevilla se agravia,
Y debe morir.

REV. (A don Arias.)

¿Qué haré,
Que me apura y acobarda
Esta gente?

DON ARIAS.

Hablad.

REV.

Sevilla,
Matadme á mí, que fui causa
Desta muerte. Yo mandé
Matalle, y aquesto basta
Para su descargo.

DON SANCHE.

Solo

Ese descargo aguardaba
Mi honor. El Rey me mandó
Matarle; que yo una hazaña
Tan fiera no cometiera,
Si el Rey no me lo mandara.

REV.

Digo que es verdad.

FARFAN.

Así

Sevilla se desagravia;
Que pues mandasteis matalle,
Sin duda os daría causa.

REV.

Admirado me ha dejado
La nobleza sevillana.

DON SANCHE.

Yo á cumplir salgo el destierro,
Cumpliéndome otra palabra
Que me disteis.

REV.

Yo la ofrezco.

DON SANCHE.

Yo dije que aquella dama
Por mujer habias de darme
Que yo quisiera.

REV.

Así pasa.

DON SANCHE.

Pues á doña Estrella pido,
Y aquí á sus divinas plantas
El perdon de mi error pido.

ESTRELLA.

Sancho Ortiz, yo estoy casada.

DON SANCHE.

¿Casada!

ESTRELLA.

Si.

DON SANCHE.

¿Yo estoy muerto!

REV.

Estrella, esta es mi palabra.
Rey soy, y debo cumplirla:
¿Qué me respondeis?

ESTRELLA.

Que se haga
Vuestro gusto. Suya soy.

DON SANCHE.

Yo soy suyo.

REV.

Ya ¿qué falta?

DON SANCHE.

La conformidad.

ESTRELLA.

Pues esa
Jamás podrémos hallarla
Viviendo juntos.

DON SANCHE.

Lo mesmo
Digo yo, y por esta causa
De la palabra te absuelvo.

ESTRELLA.

Yo te absuelvo la palabra;
Que ver siempre al homicida
De mi hermano en mesa y cama
Me ha de dar pena.

DON SANCHE.

Y á mí

Estar siempre con la hermana
Del que maté injustamente,
Queriéndolo como el alma.

ESTRELLA.

Pues ¿libres quedamos?

DON SANCHE.

Si.

ESTRELLA.

Pues adios.

DON SANCHE.

Adios.

REV.

Aguarda.

ESTRELLA.

Señor, no ha de ser mi esposo
Hombre que á mi hermano mata,
Aunque le quiero y le adoro. (Vase.)

DON SANCHE.

Y yo, Señor, por amarla,
No es justicia que lo sea. (Vase.)

REV.

¿Grande fe!

DON ARIAS.

¿Grande constancia!

CLARINDO. (Ap.)

Mas me parece locura.

REV.

Toda esta gente me espanta.

DON PEDRO.

Tiene esta gente Sevilla.

REV.

Casarle pienso y casarla
Como merece.

CLARINDO.

Y aquí

Esta tragedia os consagra
Lope, dando á *La Estrella*
De Sevilla eterna fama,
Cuyo prodigioso caso
Inmortales bronce guardan.

LA DISCRETA ENAMORADA.

PERSONAS.

BELISA, *viuda*.
FENISA, *su hija*.
EL CAPITAN BERNARDO.
LUCINDO, *su hijo*.

HERNANDO, *criado*.
LEONARDO, *criado*.
GERARDA, *dama*.
DORISTEO, *gentilhombre*.

FINARDO, *gentilhombre*.
FULMINATO, *criado*.
LISEO.
FABIO. — *CRÍADOS*.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

BELISA y FENISA, *tapadas*.

BELISA.

Baja los ojos al suelo,
Porque solo has de mirar
La tierra que has de pisar.

FENISA.

¡Qué! ¿No he de mirar al cielo?

BELISA.

No repliques, bachillera.

FENISA.

Pues ¿no quieres que me asombre?
Crió Dios derecho al hombre
Porque el cielo ver pudiera;
Y de su poder sagrado
Fué advertencia singular,
Para que viese el lugar
Para donde fué criado.
Los animales, que el cielo
Para la tierra crió,
Miren el suelo; mas yo
¿Por qué he de mirar al suelo?

BELISA.

Mirar al cielo podrás
Con solo el entendimiento;
Que un honesto pensamiento
Mira la tierra no mas.
La vergüenza en la doncella
Es un tesoro divino:
Con ella á mil bienes vino,
Y á dos mil males sin ella.
Cuando quieras contemplar
En el cielo, en tu aposento
Con mucho recogimiento,
Tendrás, Fenisa, lugar.
Desde allí contemplarás
De su grandeza el proceso.

FENISA.

No soy monja, ni profeso
Las liciones que me das;
Y si para atormentarme
Me trujiste al jubileo,
Mas cumplirás tu deseo
Pudiendo en casa encerrarme.
Dejárasme con diez llaves.

BELISA.

¡Extremos haces agora?

FENISA.

Pues ¿no he de sentir, Señora,
Que por momentos me acabes?

¿Con mis ojos vas riñendo!
¿En qué te dan ocasion?

BELISA.

Por ser santa la estacion,
Voy tus ojos componiendo.
Y no recibas enojo;
Que doncellas y hermosuras
Son como las criaturas,
Que suelen morir de ojo.
Hay mancebete en Madrid,
Que si te mira al soslayo,
Hará el efecto del rayo.

FENISA.

El efecto me decid.

BELISA.

Abrasarte el corazon,
Dejando sano el vestido.

FENISA.

Ya sabes tú que no he sido
De tan tierna condicion.

BELISA.

Decía tu abuela honrada
Que una doncella altanera
Era en la calle una fiera
De cazadores cercada.
Piérdese cuando la alaban,
Ríndese cuando suspiran;
Que cuantos ojos la miran,
Con tantas flechas la clavan.

FENISA.

Pues ¿cuándo se ha de casar
Una mujer nunca vista?

BELISA.

Eso no ha de ser conquista;
Que es imposible acertar.

FENISA.

Pues ¿qué ha de ser?

BELISA.

Buena fama
De virtud y de nobleza.

FENISA.

Donde falta la riqueza
Mucho la hermosura llama;
Que ya no quieren los hombres
Sola virtud.

BELISA.

Pues ¿qué?

FENISA.

Hacienda.

ESCENA II.

LUCINDO, GERARDA y HERNANDO,
*que se quedan á un lado de la calle,
distantes de—* BELISA y FENISA.

GERARDA. (A Lucindo.)

Que soy tu querida prenda?

LUCINDO. (A Gerarda.)

Así es razon que te nombres.

GERARDA.

Galan de palabras vienes.

LUCINDO.

Ando al uso.

FENISA. (Aparte.)

Este es Lucindo.

GERARDA.

Luego ¿préciaste de lindo?

LUCINDO.

¿De lindo? Donaire tienes.

Préciome de hombre.

FENISA. (Ap.)

¡Ay de mí!

Locamente imaginé
Poner en hombre la fe,
Que con el alma le di,
No habiendo nacido dél
La pretension de mi amor.

GERARDA.

Para un amante hablador
Soy en las tretas cruel;
Que conmigo no hay chacota,
Por vida del gusto mío.

LUCINDO.

De tus locuras me río.

GERARDA.

¿Qué gato de algalia azota!
Por su vida, que no saque,
Con arrobas de rigor,
Un adarme de mi amor.

LUCINDO.

Tu rigor mi amor aplaque;
Que alabarte una mujer
Que pasaba junto á ti,
No haciendo malicia en mí,
¿Qué delito puede ser?
Y ya te dije que tú
Eras mi querida prenda.

GERARDA.

Vaya á poner esa tienda
A las Indias del Perú.
Todas esas niñerías
De cuentas y de espejuelos
Para bobas son anzuelos;
No conmigo argenterías.
Oro macizo de amor
Me han de dar, no plomo, á mí.

FENISA. (Ap.)

¿Que á quien no sabe de mí
Amase con tal rigor?
Que no me conozca este hombre,
Y que me muera por él?

ESCENA III.

DORISTEO, FINARDO. — BELISA y FENISA, *á un lado*; LUCINDO, GERARDA y HERNANDO, *al otro*.

FINARDO. (*A Doristeo*).
Por aquí la vi con él.

DORISTEO.
Y ¿es galán?

FINARDO.
Es gentilhombre.

DORISTEO.
¿Si son estos?

FINARDO.
Estos son.

GERARDA.
¿Ve aquel mancebo que viene?

LUCINDO.
Sí veo.

GERARDA.
Pues aquel tiene
De mis veras posesion.
Cuanto te dije es fingido;
Cuanto te quise es burlando.
Voyme; que me está aguardando.

(*Pásase á Doristeo*.)

LUCINDO.
¿Qué haré?

HERNANDO.
Mosquetazo ha sido.
LUCINDO. (*Ap. á Hernando*.)

¿Quitaréle la mujer?
¿Acuchillarle, Hernando?

HERNANDO.
¿Quiérela?

LUCINDO.
Estoyme abrasando,
HERNANDO.

Agua será menester.
¿Que nadie merezca amor
Sino es las libres mujeres!

GERARDA. (*A Doristeo*).
Digo que mis ojos eres.

DORISTEO.
Templando vas mi rigor.
Como acompañarte vi
Este galán majadero,
Preciado de caballero,
Notable enojo senti;
Mas en ver que le has dejado,
Brazos y gracias te doy.

GERARDA.
Vén conmigo.

DORISTEO.
¿Adónde?

GERARDA.
Al Prado.
(*Vanse Gerarda, Doristeo y Finardo*.)

ESCENA IV.

BELISA, FENISA, *á un lado*; LUCINDO y HERNANDO, *al otro*.

LUCINDO.
¿Fuéronse?

HERNANDO.
Con mucha prisa.
No te aflijas; que es martelo.

LUCINDO.
¿Quién es aquella?

* Falta un verso para la redondilla.

HERNANDO.
Recelo
Que esta vecina Fenisa.
Pero tiene una giganta
Por madre; que es emprender
A Irlanda.

FENISA. (*Ap.*)
Nunca mujer
Se puso á locura tanta.
¿A un hombre que no me ha visto,
Ni se acuerda si nací,
Quiero bien!

LUCINDO.
Nunca la vi.
FENISA. (*Ap.*)
¿Qué mal mi inquietud resisto!
¿Cómo le daré ocasion
Para que el rostro me vea?
Amor mil cosas rodea...
— Todas sin remedio son.

HERNANDO.
Si vieses esta doncella,
Te doy palabra, Señor,
Que olvides tu loco amor.
Porque es sabia, honesta y bella.
Aunque no sé que he pensado
De tu padre...

LUCINDO.
¿De mi padre?
HERNANDO.
Pero quizá con su madre
Casarse tiene pensado,
Y aun es mas puesto en razon.

LUCINDO.
¿Casarse mi padre agora?

HERNANDO.
Habla y mira á esta señora,
Que es de rara perfeccion.

LUCINDO.
Llévome el alma Gerarda,
Celos me tienen sin mí.
¿Qué quieres que mire aquí?

HERNANDO.
Esta hermosura gallarda.

LUCINDO.
No hay vista en hombre celoso;
Todo le parece mal.

FENISA. (*Ap.*)
Ya he pensado traza igual
A mi designio amoroso.
Pasaré junto á Lucindo,
Dejaré el lienzo caer,
Y al dármele, podrá ser
Mire el alma que le rindo;
Que si á los ojos me mira,
Verá toda el alma en ellos.

HERNANDO.
Mira aquellos ojos bellos.
Donde amor de amor suspira.

BELISA.
Vámonos, hija; que es hora
De recogernos á casa.

HERNANDO.
Ya junto á nosotros pasa;
Mira su belleza ahora.
(*Pasan Belisa y Fenisa, y esta deja caer el lienzo*.)

LUCINDO.
Un ángel me ha parecido.

HERNANDO.
El lienzo se le cayó.

LUCINDO.
Quedo, dársele yo.
(*Alza el lienzo, y se dirige á las damas*.)
Que volvais el rostro os pido.

FENISA.
¿Qué es, Señor, lo que mandáis
LUCINDO.
Este lienzo se os cayó.

FENISA.
¿A mí? sospecho que no.
Pero esperad.
(*Desenfúldase toda, y descúbresse*.)

LUCINDO.
¿Qué buscáis?

FENISA.
Si tengo en la manga el mio.

BELISA.
¿Qué es eso?

FENISA.
En esta no está.

BELISA.
¿Qué es eso?

FENISA.
El lienzo me da.

BELISA.
Pues ¿es tuyo?

LUCINDO. (*Ap.*)
Gentil brio.

FENISA.
Eso es lo que ando mirando.
En esta no está tampoco.

HERNANDO. (*Ap.*)
Volver puede un hombre loco
Aquel mirar suave y blando.

FENISA.
Miraré las faldriqueras.

BELISA.
Acaba.

FENISA.
Ya me doy prisa.

No está aquí.
BELISA.
Vamos, Fenisa.

FENISA.
Ni en estotra está.

BELISA.
¿Qué esperas?

FENISA.
¿Tiene unas randas?

LUCINDO.
Sí tiene.

FENISA.
¿Y encaje?

LUCINDO.
¿No lo mirais?

BELISA.
Despacio en la calle estáis,
Donde todo el mundo viene.

FENISA.
Pues ¿quiere vuesamerced
Que lleve lo que no es mio?

LUCINDO.
Señora, de vos le fio.

FENISA.
Haceisme mucha merced.
¿Tiene un poco descosido
De una randa?

LUCINDO.
Sí, sospecho.

FENISA.
¿A qué lado?

BELISA.
Es sin provecho.

LUCINDO.
De vos sospecho que ha sido.

BELISA.
Señor, dejadnos pasar.
Poned el lienzo en la pila
Del agua bendita.

FENISA. (Ap.)
Afila,
Amor, tu flecha al tirar.
BELISA.

Vamos.

FENISA.
Yo voy.
(Hace que se va, y luego vuelve.)

HERNANDO.
¿No es hermosa?
LUCINDO.

Celos, ¿por qué me cegais?

FENISA. (Volviendo.)
¡Ah, Señor!

LUCINDO.
¿Qué me mandais?
FENISA.

Advertiros de una cosa.
Si de aqueste lienzo acaso
Parece mas cierto dueño;
Que mi palabra os empeño
(Ap. Iba á decir que me abraso)
Que no sé cierto si es mío;
Diréis que vivo en la calle
De los Jardines...

HERNANDO. (Ap.)
¿Qué tal le!
Qué gracia! Qué rico brío!

FENISA.
Enfrente del capitán
Bernardo Lucindo.

LUCINDO.
El mismo

Es mi padre.

FENISA. (Ap.)
¡Ay dulce abismo
Donde abrasándome están!

BELISA.
¿Estás loca?

FENISA.
Ya me voy;
Que aqueste hidalgo decía
Que es mi vecino.

BELISA.
¿Porfial

Vamos.

FENISA. (Ap.)
¿Qué perdida estoy!
(Vanse las dos.)

ESCENA V.
LUCINDO, HERNANDO

HERNANDO.
¿Qué te parece?

LUCINDO.
Que es bella,
Cortés, discreta y gallarda;
Mas quiero bien á Gerarda,
Y vase el alma tras ella.
Celos es suelo traidor,
Resbaladizo, de suerte,
Que hará caer al mas fuerte
En los lodos del amor.
Terrible cosa es mirar
Una mujer desdeñosa
Hablar otro hombre celosa,
Cuando se quiere vengar.
Aunque mi amor fuera poco,
Que poco debe de ser,
Ver tan libre una mujer
Bastaba á volverme loco.

HERNANDO.
Mujeres libres, Señor,
Son siempre las mas queridas,
Y aun iba á decir perdidas,
Pues han perdido el honor.
Llora la mujer honrada
El siempre injusto desden
Del hombre que quiere bien;
Y á él no se le da nada,
Porque sabe que ha de estar
Pudriéndose en su aposento;
Pero cuando el pensamiento
Se pone aquí, no hay burlar;
Que apenas con los enojos
Sacarás de casa el pié,
Cuando consolada esté
Con mil hombres á tus ojos.

LUCINDO.
Por eso el amor no dura
En libres, sino en honradas.

HERNANDO.
Cuelgan de celos y espadas
Hombres de poca cordura,
Quiero decir poca edad.
Ya espero verte algun dia
Lejos de aquesta porfia
Y cerca desta verdad.

LUCINDO.
Hartas causas me retiran.
HERNANDO.
Una mujer libre y loca
Es como mona, que coca
A los niños que la miran;
Pero cuando llega el hombre
Que tiene gobierno y palo,
Espúlgale con regalo,
Y no hay voz que no le asombre.
A los mozos sin consejo
Las mujeres hacen cocos,
Porqué son niños y locos;
No al hombre maduro y viejo.
Ya te ha visto en los anzuelos;
Y aunque no puede sacarte,
Alarga cuerda, con darte
Celos, celos y mas celos.

LUCINDO.
¿Qué he de hacer?
HERNANDO.
Buscar, Señor,
Una bella contracifra.

LUCINDO.
¿Luego el amor se descifra?

HERNANDO.
Sí.

LUCINDO.
¿Con qué?
HERNANDO.
Con otro amor.

LUCINDO.
No tratemos de eso agora;
Vamos á ver en qué para.
HERNANDO.
¿Ves como es cosa muy clara
Que con celos te enamora?
¿Qué bien, Lucindo, un discreto
Cañas de pescar las llama!
Pescan honra, hacienda y fama,
Aunque cañas en efeto.
¿No te afrentas que una cosa
Que á todo viento blande,
Para derribarte sea
Enemiga poderosa?
A tu hacienda pone cebo,
De celos hace sedal;
Pues ¿cabe que en hilo igual
Cuelgue un discreto mancebo?
Lo que aquel sabio decía
Por las leyes, muy mejor

Por la mujer y el amor
Agora decir podía.
Son como telas de araña,
Pescan moscas, débil gente;
Mas no el animal valiente,
Que las rompe y desmaraña.
Afréntate de que yo
Te enseñe el vivir.

LUCINDO.
No seas
Pesado: mientras me veas
Donde el amor me enlazó,
De aquella tela de araña
Soy mosca.

HERNANDO.
¿Y qué mosca... tell
LUCINDO.

Ya soy pez simple y fiel
Del cebo de aquella caña.
Vamos, volveréla á ver;
Que me ha picado en el dedo
Del corazon.

HERNANDO.
Tengo miedo,
Que algo te ha de suceder.

LUCINDO.
A ver vuelvo mis enojos.
HERNANDO.

¿Jesus! qué necios desvelos!
LUCINDO.
Díome pimienta de celos;
Voy á beber por los ojos.
(Vanse.)

Sala en casa de Belisa.

ESCENA VI.
BELISA, FENISA.

BELISA.
¿Haste quitado tu manto?

FENISA.
Quitado, Señora, está.

BELISA.
Pues toma ese manto allá.

FENISA.
De tu cólera me espanto.
¿Válgame Dios! ¿qué te hago?
Con cualquier cosa te ofendo.

BELISA.
¿Tú piensas que no te entiendo?
Yo tengo mi justo pago.
Si yo te cerrase en casa,
Pocas veces me darías
Estos disgustos.

FENISA.
Los dias
Que esto por milagro pasa,
Que al fin son de un jubileo,
Tan caros me han de costar,
Que te tengo de rogar
Que me encierres.

BELISA.
No lo creo.

FENISA.
De qué te quejas de mí,
Que siempre me andas riñendo?

BELISA.
De tu libertad me ofendo.

FENISA.
¿Libertad?

BELISA.
Yo ¿no lo ví?

FENISA.

¿Qué mancebo me pasea
Destos que van dando el tallo?
¿Qué guijas desde la calle
Me arroja, porque le vea?
¿Qué seña me has visto hacer
En la iglesia? Quién me sigue,
Que á estar celosa te obligue?
¿Qué vieja me vino á ver?
¿Qué billetes me has hallado
Con palabras deshonestas?
¿Qué pluma para respuestas,
Que tintero me has quebrado?
¿Qué cinta, que no sea tuya
Ó comprada por tu mano?
¿Qué chapín, qué toca?

BELISA.

En vano

Quieres que mi honor te arguya.
No me quejo de que sea
Verdadera la ocasión.

FENISA.

Pues, ¿qué es esto?

BELISA.

Prevención.

MI honor el tuyo desea.
Querría que te guardases
Deso mismo que me adviertes,
Y que á esas puertas mas fuertes
Nuevos candados echases.

FENISA. (Ap.)

Tanto me podrás guardar...

BELISA.

¿Qué dices?

FENISA.

Que haré tu gusto,

Pero cáusame disgusto
Tanto gruñir y encerrar.
Fuieste santa, por tu vida,
En tu tierna edad?

BELISA.

Fui ejemplo

En casa, en calle y en templo,
De una mujer recogida.
Los ojos tuve con llave.

FENISA.

¿Cómo te casaste?

BELISA.

El cielo

Vió mi virtud y mi celo;
Que el cielo todo lo sabe.

FENISA.

MI tía me dijo á mí
Que hacías mil oraciones,
Y andabas por estaciones.

BELISA.

¿Yo para casarme?

FENISA.

Sí;

Y mil viérsenes ayunabas,
A un padre del yerno igual;
Y haciendo esto, es señal
Que casarte deseabas.

BELISA.

Nunca tal imaginé.
Miente, por tu vida y mía;
Que antes monja ser quería,
Y sin gusto me casé.

FENISA.

Pues, ¿cómo fuiste celosa
De mi padre, que Dios haya?

BELISA.

Porque no había joya ó saya,
Plata en casa, ni otra cosa,
Que no diese á cierta dama.
Hacia aquel sentimiento
Por vosotras.

FENISA.

Golpes siento.

BELISA.

Mira, Fenisa, quién llama.

(Llégase Fenisa á mirar por la reja.)

FENISA.

Por entre la reja vi
El capitán tu vecino.

BELISA.

Ya lo que quiere adivino.

FENISA.

¿Ya lo sabes? ¿Cómo así?

BELISA.

Há días que da en mirarme.
Creo que me quiere bien;
Yo le he mostrado desden,
Y querrá en bodas hablarme.
Y por tu vida, Fenisa,
Que no me estuviese mal;
Que es un hombre principal.

FENISA.

Perdona, madre, esta risa.

BELISA.

¿De qué te ries?

FENISA.

De ver

La santidad que tendrías
Cuando mas moza serías,
Que ejemplo debió de ser
En casa, en calle, y en templo.
De llamar el capitán
¡Esos barruntos te dan?
Tomar quiero el buen ejemplo.

BELISA.

Loca, es un hombre muy rico,
Y esta casa está sin hombre:
Seráte padre en el nombre.

FENISA.

Que me escuches te suplico.
¿Es para guardarme á mí?

BELISA.

No es otra mi prevención
Que ver en casa un varón
Que te guarde y honre á tí.

FENISA.

Pues cáusame á mí primero,
Y guárdeme mi marido.

BELISA.

Cuando se hubiera ofrecido,
Lo hiciera, y hacerlo espero.

FENISA.

Yo en los términos te arguyo.

BELISA.

Este guardará tu honor.

FENISA.

¿No me guardara mejor
Mi marido que no el tuyo?

BELISA.

Hijo tiene, y ser podría
Concertar esto también.

FENISA. (Ap.)

¡Ay, mi Lucindo y mi bien!
¿Quién viese tan dulce día!

ESCENA VII.

EL CAPITAN BERNARDO, muy galán,
con su gorra de plumas, espada y daga,
como capitán á lo anti-quo; FUL-
MINATO y OTRO CRIADO.—DICHAS

CAPITAN.

Como en salirse tardaban,
La licencia no aguardé;

Porque en eso imaginé,
Señoras, que me la daban,
Fuera de que el ser vecino
Desde que vine de Flándes,
Me alienta á cosas mas grandes.

BELISA.

(Ap. Lo que me quiere imagino.)
Agravo se nos hiciera,
Si vuestra merced no entrara,
Y en esta casa mandara
Como si en la suya fuera.
Llega esas sillas, Fenisa.

(Siéntase el Capitán.)

CAPITAN.

Vosotros salios allá.

(A sus criados, que se van.)

BELISA.

Pena, Fenisa, me da (Ap. á ella.)

Que me cogiese de prisa.
¿Está bien puesta esta toca?

FENISA.

Nunca mejor te la vi.

BELISA.

¿Tengo alegre el rostro?

FENISA.

Sí.

BELISA.

¿Parécete que provoca?...
FENISA.

Sí, madre.

BELISA.

¿A qué?

FENISA.

A devoción.

BELISA.

¡Maldita seas, amen!
Nunca me has querido bien.

FENISA. (Ap.)

¡Oh santas de privación!
Cuando no pueden comer,
Les pesa de ver con dientes
A las otras. ¿Que esto intentes?
No me espanto; eres mujer.

BELISA.

Hoy me descuidé en ponerme
Un poquito de salud.

FENISA.

No tengas tanta inquietud.

BELISA.

¿Cómo?

FENISA.

Tu galán se duerme.

BELISA.

Ahora bien, voy á sentarme.

FENISA.

La vergüenza de su amor
Te dará, madre, color.

(Siéntase Belisa.)

BELISA.

Ya, Señor, podeis hablarme.

CAPITAN.

Belisa, el ser vecino (que en efeto,
Me obliga á reparar en vuestra casa)
De su virtud me ha dado buen conceto.
Veo tarde y mañana cuanto pasa;
Tras esto sé de coro su nobleza,
Como suele informarse quien se casa;
Y como la virtud y la belleza
Sean despertadores del sentido,
Aunque duermela edad con mas pereza,
Yo me he animado á daros un marido
Tal como yo, que tengo menos años
De los que habréis, de verme, conocido;
Sino que esto de andar reinos extraños

Con las armas, dormir en la campaña,
Caminos, velas, militares daños,
Correr la posta á Flándes desde España,
Consumen la robusta gallardía
Que los floridos años acompaña.
Dios haya á Carlos Quinto, que decía
Que la posta y la mar le envejecieron,
Cuando apenas cuarenta y seis cumplía.
Yo nací el año de sesenta, y fueron
El Duque y la Duquesa mis padrinos,
Cuyas Albas tal luz á España dieron.
Heme hallado en jornadas y caminos,
Que si fuera de bronce me acabarían.
En fin, señoras, somos hoy vecinos.
Mucho los viejos una casa amparan;
Los mozos son polilla de la hacienda.

[ran.]
Que unos á andar comienzan, y otros pa-
Miedad no es bien vuestra virtud ofenda;

[mo.]
Que estoy muy ágil, fuerte, como y duer-
Y sé á un caballo gobernar la rienda.

[fermo;]
Yo pienso que en mi vida he estado en-
Solo mano enemiga me ha sangrado,
Y un desafío público en Palermo.
Ese hijuelo que tengo es bien criado,
Mañana le darán una bandera,
Y un hábito le tengo negociado:
No dará pesadumbre.

FENISA. (Ap.)

¡A Dios pluguiera
Que ya estuviera en casa!

CAPITAN.

Finalmente,
Se irá Lucindo por momentos fuera.
Suplicoos pues, Belisa, humildemente
Que me deis á Fenisa vuestra hija;
Que yo pienso dotarla honestamente,
Para que ella gobierne, mande y rija.
La poca hacienda que ganó mi espada,
Si no es que mi cansada edad la aflija;
Que muy presto verá que no es cansada.

BELISA.

¡A mi hija, Capitan,
Me pide vuestra merced!

CAPITAN.

Y tendré á mucha merced,
Si esas manos me la dan.

FENISA. (Ap.)

¡Triste de mí! ¿Qué es aquesto?
Pensé que á mi madre amaba,

Y que ya Lucindo estaba
A mi remedio dispuesto.
Sueño fué mi fantasía
En una ocasión tan alta,
Pues la gloria que me falta,
Soñaba yo que tenía.

BELISA.

Pensé que vuestro deseo
A quererme se inclinaba.

CAPITAN.

No, Belisa.

BELISA.

Alegre estaba...
Y lo estoy de lo que veo.
—Hija, ya ves su intención.

FENISA.

(Ap. La fe que tuve en mi bien
Me hizo tener también
Alegre mi corazón.
Mas como era fe engañada
Del sueño que imaginé,
Fe falsa y fingida fué,
Fe traidora y fe burlada,
Fe de un sueño que dormía;
Y si soñada ha de ser,
Yo juro de no creer

Mas á la fe.) Madre mía, (Ap. á ella.)
Pensé que fuéades vos
La novia del Capitan.

BELISA.

Léjos sus intentos van,
Y estoy corrida, por Dios.

FENISA. (Ap.)

¡Ay sueño de mi afición!
¿Qué bien, pues que me engañé.
Por vuestras burlas, diré
Que los sueños sueños son!

BELISA.

Fenisa, aunque estoy corrida
De haber pensado casarme,
No lo estoy de imaginarme
De tu verde edad vencida.
Discreta eres; procura
Persuadirte á lo que ves.

FENISA.

Si á tu edad vence interés,
A mi edad vence hermosura.
Los viejos, que habeis gozado
Vuestros años, atendeis
A lo que gozar podeis
Con avariento cuidado.
Quereis regalo, dinero,
Descanso y ociosidad,
Y envidiando nuestra edad,
Esto pretendéis primero.
Desobedecerte fuera
Cosa indigna á mi virtud;
Pero faltame salud.
El término considera,
Y pídeme por un mes,
Mientras se concierta todo.

BELISA.

Yo lo sabré hacer de modo
Que muchas gracias me deis.

(Llégase á hablar al Capitan)

FENISA. (Ap.)

Discreta he sido en decir
Que este casamiento aceto,
Pues de mi amor el efeto
Puedo por él conseguir,
Que si luego le negara
Y con disgusto se fuera,
Tarde á mi Lucindo viera,
Tarde á mi Lucindo hablara.
Con entrar su padre aquí,
Habrá comunicación.

(Hablan á solas el Capitan y Belisa.)

CAPITAN.

Todas esas cosas son
De gran gusto para mí.
El término acepto, y digo
Que un mes la quiero esperar.
Pero dejáme hablar.

FENISA. (Ap.)

¿Qué notable intento sigo!

CAPITAN.

Nunca desa discrecion,
En Madrid tan celebrada,
Saló, mi Fenisa amada,
Mas cuerda resolucion.
Tu virtud he confirmado;
Que no apetece tu edad
Muestra bien la calidad
De ese pensamiento honrado.
Seré de hoy mas, pues me honra
Tanto el saber que te igualo,
Un padre de tu regalo
Y un alcalde de tu honra.
Y dándome Dios salud,
Esta misma barba anciana
Servirá de barbacana
Al fuerte de tu virtud.
Y si esta nieve no trata
Bien el juvenil decoro,

Juntando á tus hebras de oro
Estos cabellos de plata,
Supliré en regalo y galas
Los defectos de la edad.

FENISA.

Con tu honor y calidad,
Señor, mis años igualas.
Deja la humildad aquí,
Pues ya soy tuya.

CAPITAN.

¿Soy tuya?

FENISA.

Si, ya no es suya
Quien se ha de llamar de ti.

CAPITAN.

¿Otro favor? ¿Pesía tal!
No fuera en Flándes aquesto,
Para que se echara el resto
Con un festin general!
Torneo habia de haber,
Por vida del Capitan;
Y si licencia me dan,
En Madrid le pienso hacer.

FENISA.

Suplicoos, por vida mia,
La corte no alboroteis.

CAPITAN.

Haré lo que me mandeis,
Dulce esposa y prenda mia;
Mas si no fuera por vos...

FENISA.

Un poco tengo que hablaros.

CAPITAN.

Yo mucho que regalaros.

FENISA.

Mil años os guarde Dios.—
Yo no sabia que era vuestro hijo
(Ap. á él.)

Lucindo, un caballero que solia
Entrar en vuestra casa algunas veces.
Mi madre me lo dijo cuando entráades;
Y pues es vuestro hijo y vos mi esposo,
Que lo seréis, si Dios fuere servido,
Y me diere salud para gozaros...

CAPITAN.

¿Qué palabras tan dulces! Por Dios vivo,
Que el sol de aquella boca de claveles
La nieve de las canas me derrite.

FENISA.

Digo, Señor, que importará atajarle
La loca pretension con que me sirve.

CAPITAN.

¿Mi hijo os sirve?

FENISA.

Si el servirme fuera
Con la cordura y cortesía licita
A una mujer de mis iguales prendas,
No me quejara con melindres vanos;
Que nunca me precíé de gusto hipócrita.

CAPITAN.

Pues ¿cómo os sirve?

FENISA.

Con papeles locos,
Por manos de terceros, que á mi casa
Vienen con mil achaques y invenciones,
Echando mis amigas por terceras;
Y en todo aquesto, ni por pensamiento
Se le acuerda tratar de casamiento.

CAPITAN.

Es loco el mozo: perdonalde, os ruego;
Que yo saldré fiador que no os enoje
De aquí adelante.

FENISA.

Pues que ya es mi hijo,
Os suplico, Señor, que cuerdaamente

Le digais que me quejo deste agravio,
Y fiolo de vos, pues sois tan sabio.

CAPITAN.

Dejadme escudado. El cielo os guarde.
—Belisa, yo le he dicho á mi Fenisa
Que pienso regalarla, y que no quiero
Vida por otra cosa: á Dios te queda;
Que yo volveré á verte; pero advierte
Que me has de dar licencia para verte.

BELISA.

Guárdate el cielo.

(Vase el Capitan.)

ESCENA VIII.

BELISA, FENISA.

BELISA.

Gran ventura ha sido,
Fenisa, la que el cielo nos ha dado.

FENISA.

¿Estás contenta?

BELISA.

¿No lo ves?

FENISA.

Sospecho
Que disimulas el pesar que tienes.

BELISA.

¿Cómo?

FENISA.

Porque quisieras tú casarte.

BELISA.

Malicia tuya. Ven.

FENISA. (Ap.)

¿Ay mi Lucindo!
Si no me entiendes con aqueste enredo,
No eres discreto ni en Madrid nacido;
(nos,
Mas si me entiendes, y á buscarme vie-
Tú naciste en Madrid, discrecion tienes.
(Vase.)

Calle.

ESCENA IX.

LUCINDO, HERNANDO.

LUCINDO.

Aun no sale aquel galán.

HERNANDO.

¿Qué es salir? Está despacio.

LUCINDO.

Mis celos no me le dan.

HERNANDO.

Es esta casa un palacio;
Mostrándosele estarán.
En solo ver niñerías
Hay dos semanas enteras.
Andarán las galerías...
—Mejor esté yo en galeras,
Que la sirviera dos días.

LUCINDO.

Si en galeras de Gerarda
Anda al remo este dichoso
Que agora en salir se tarda,
No sé yo cuál envidioso
A la ribera le aguarda.
¿Ay de mí, Hernando, que quiero
Una mujer diestra, astuta,
De amor vano y tisonjero,
Despejada y resuelta,
Y con una alma de acero!

HERNANDO.

Que el amor cause afición

Está muy puesto en razon;
Pero que el ser muy querido
Descuido engendre y olvido,
Efectos bastardos son.

LUCINDO.

El sale, y ella se ha puesto
A la ventana.

HERNANDO.

Querrá
Verle galán y dispuesto.

ESCENA X.

DORISTEO, que sale con FINARDO de
casa de GERARDA, la cual se asoma
á su ventana. — DICHOS.

GERARDA. (Ap.)

Lucindo en la calle está.

LUCINDO.

¿Tantas desdichas! ¿Qué es esto?

DORISTEO.

¿No es gallarda?

FINARDO.

Es extremada.

¿Qué discreta y qué cortés!

DORISTEO.

Todo en su tallo me agrada.

FINARDO. (Ap. á Doristeo.)

¿Si es este Lucindo?

DORISTEO.

El es.

FINARDO.

¿Si viene á sacar la espada?

DORISTEO.

Venga á lo que mas quisiere;
Yo sé que es aborrecido.

GERARDA.

(Ap. Celoso está; desespere;
Que por desdenes y olvido
Yo sé lo que un hombre quiere.
Mas para picarle mas,
Quiero hablar con Doristeo,
A quien no quise jamás;
Que por abreviar rodeo,
Y por saltar vuelvo atrás.)
¡Ah, caballero!

LUCINDO.

¿Es á mí?

GERARDA.

No os llamo, Señor, á vos.

DORISTEO.

¿Y á mí, Señora?

GERARDA.

A vos sí.

LUCINDO.

¿No ves aquello?

HERNANDO. (Ap. á Lucindo.)

Por Dios,

Que es infamia estar aquí.

LUCINDO.

Buscaremos invencion
Para que entienda que vengo
Aqui con otra ocasion.

GERARDA. (A Doristeo.)

Salir esta noche tengo;
Acompañarme es razon.

DORISTEO.

¿Dónde iréis?

GERARDA.

Pienso que al Prado.
Venid por mí.

DORISTEO.

Yo vendré.

LUCINDO.

Ir al Prado han concertado.

HERNANDO.

Tú fueras mejor, á fe.
Tus mismos celos te han dado.

DORISTEO.

¿Qué me mandáis mas?

GERARDA.

Serviros.

DORISTEO.

Adios.

FINARDO.

¿No nos quiere nada?

DORISTEO.

¿Puedoirme?

FINARDO.

Podeis iros.

(Vase Doristeo y Finardo.)

ESCENA XI.

LUCINDO y HERNANDO, en la calle;
GERARDA, en la ventana.

LUCINDO.

¿Que no he sacado la espada,
Haciéndome tantos tiros?
Pues ¡vive Dios, que he de darte
Celos, por ver si con celos
Puedo á querirme obligarte,
Ya que no quieren los celos
Que pueda amando obligarte!

HERNANDO.

¿Cómo se los piensas dar?

LUCINDO.

Quiero esta noche llevar
Al Prado alguna mujer,
Adonde me pueda ver
Hablar, requebrar y amar.

HERNANDO.

Y ¿quién ha de ser?

LUCINDO.

No sé.

HERNANDO.

Hallarla será imposible.

LUCINDO.

No importa. — Yo te pondré
Un manto...

HERNANDO.

Dofia Terrible

Me podrás llamar.

LUCINDO.

Si hará.

HERNANDO.

¿Estás loco?

LUCINDO.

Pues ¿qué importa?

HERNANDO.

¿No importa, si topo acaso
Gente de palabras cortas?

LUCINDO.

Saldré yo muy presto al paso.
Hernando, la voz reporta.
Llega, y habla esa mujer.
Pregunta si vió unas damas.

HERNANDO.

Bien dices, déjame hacer.
Pues no agradas porque amas,
Celos serán menester. —
¡Ah, mi señora Gerarda!

GERARDA.

¿Eres tú, Hernando?

HERNANDO.

Yo soy.

GERARDA.
Tengo que hacer.
HERNANDO.
Oye, aguarda.

GERARDA.
¡Por tí en la ventana estoy!

HERNANDO.
Eres discreta y gallarda.

GERARDA.
¿Qué quieres?

HERNANDO.
Saber querría
En qué casas destas vive
Cierta doña Estefanía,
Porque un loco no me prive
De la ración deste día;
Que me la mandó seguir,
Y la perdí por mirarte.

GERARDA.
¡Oh qué gracioso fingir!
Dígame á su Durandarte
Que me suelo yo reír
De tretillas tan groseras.
¡Ah, mi señor Belienébros! (A Lucindo.)
¿Para qué son las quimeras?
¿Trueque celos en requiebros;
Lléguense, hablemos de veras.
¿De qué se finge valiente,
Si está, de verme, temblando?
Muestre el pulso; ¿á ver la frente?
¡Jesus, que se está abrasando!
¿Qué temerario accidente!
¡Hola! lleva á aquel celoso
Dos tragos de agua de azar.

HERNANDO. (Ap.)
Macacao.

GERARDA.
¿Cuento donoso!
¡El me viene á amartelar!

LUCINDO.
Corrido estoy.

HERNANDO.
Yo furioso.
¿Conoces algun poeta?

LUCINDO.
¿Para qué?

HERNANDO.
Para enviar
Una sátira en receta
A esta bruja, ó hazle dar
Una hermosa cantaleta.
Haya pandorga esta noche;
Yo compraré los cencerros,
Aunque hasta el alba trasnoche.
Haya sábanas y entierros,
Campanillas, hacha y coche.
¡Vive Dios!...

LUCINDO.
Calla, ignorante.
¡Ah mi bien, ah mi Gerarda!

GERARDA.
¿Llamas?

LUCINDO.
¿Quitaste delante?
—¿Adónde te vas? Aguarda,
Oye la voz de tu amante.
¿Para qué se matarme así?

HERNANDO.
¿Vive Estefanía aquí?

LUCINDO.
¿Quieres callar, bestia?

HERNANDO.
No.
Por aquí pienso que entró.

LUCINDO.
¡Mi bien, duélete de mí!

L-1.

HERNANDO.
Tu padre.
LUCINDO.
¡Válgame el cielo!

ESCENA XII.

EL CAPITAN.—LUCINDO, HER-
NANDO.

CAPITAN.
Todo hoy ando en busca tuya.

LUCINDO.
Lo que me quieres recelo;
Que no es macho que lo arguya
De mi inquietud y desvelo.
Pero advierte, padre mio,
Que querer una mujer
No es en mi edad desvario,
Antes señal de tener
Generoso tallo y brio.
Si es porque no es muy honrada...

CAPITAN.
¿Cómo que honrada no es?
Lengua en escorpión bañada,
¿Mereces besar sus piés,
Ni aun tierra dellos pisada?

LUCINDO.
Estoy con enojo ahora
De mil celos que me ha dado,
Con un hombre ó dos que adora.

CAPITAN.
¿Qué dices de hombre adorado,
Y tan principal señora?
Pero dírselo por mí,
A quien debe de adorar.

LUCINDO.
¿Que también te quiere á tí?

CAPITAN.
¿No la merezco agradar?

LUCINDO.
Sí, Señor.

CAPITAN.
¿Mascas el sí?
LUCINDO.
Pésame que hables con ella;
Que es mujer que á veinte trata.

CAPITAN.
¿Tu lengua pones en ella,
Porque de celos te mata,
Siendo tan noble doncella!
Vive Dios, que si no fuera
Por no dejar de casarme,
Que una estocada te diera!

LUCINDO.
¿Casarte? Eso sí es matarme.
Padre, Señor, considera...

CAPITAN.
¿Qué debo considerar?
LUCINDO.
Que es una mujer de amores.

CAPITAN. (Ap.)
Dado me ha que sospechar...
— Pero póneme temores
Por estorbarme el casar.
Como el que con los espejos
Puestos al sol da en los ojos
Al que viene desde lejos,
Quiere el necio darme enojos
Con estos vanos consejos.
Mas quiero volverla á hablar,
Y decirle esta respuesta;
Que me ha dado qué pensar.

HERNANDO.
¿Qué te parece?

LUCINDO.
Por esta
Mujer hoy me he de matar.

(Vase.)

Rompe esas puertas.
HERNANDO.
Aguarda.

LUCINDO.
Sal aquí, infame Gerarda.
HERNANDO.
Con mas tiento; espera un poco.

ESCENA XIII.

GERARDA.—LUCINDO, HERNANDO.

GERARDA.
¡Golpes en mi casa, loco!

LUCINDO.
¿Qué respeto me acobarda,
Que no te quito la vida?

GERARDA.
¡Daguita! ¡Oh, qué lindo cuento!

LUCINDO.
¿Tú con mi padre, fingida,
Has tratado casamiento?

GERARDA.
La tracilla es escogida.
Si para volver acá
Buscas embustes, Lucindo,
Eso ¿en qué razón está?

LUCINDO.
¿Por qué en mirarte me rindo?
¿Por qué no te mato ya?
¿No viste á mi padre aquí?
Pues él me ha dicho, cruel,
Que para matarme á mí,
Quieres casarte con él.

GERARDA.
¿Yo, que en mi vida le vi?
¿Dióte la industria este necio
Para tener ocasión
De hablarme?

HERNANDO.
Menos desprecio;
Que no es aquesto invención,
Sino verdad.

GERARDA.
No hablar recio.

HERNANDO.
¿Por qué no? Con la verdad
Hable bajo la mentira,
La verdad con libertad.

GERARDA.
Tu desvergüenza me admira.

LUCINDO.
Y á mí tu temeridad.
¿Cuándo viste al padre mio?
¿Dónde te habló?

GERARDA.
¿Qué es aquesto?
¿Hay mas loco desvario?

LUCINDO.
¿Posible es que has descompuesto
Sus canas con ese brio?
Demonios sois las mujeres.

GERARDA.
¿Muy ángeles son los hombres?
Lucindo, ¿para qué quieres
Disfrazar con estos nombres,
Que por mis desdenes mueres?
¿Qué padre es este? ¿No adviertes
Que entiendo tus invenciones?

LUCINDO.
¡Plegue á Dios tan mal aciertes
En casarte, ya que pones
Mi vida entre tantas muertes,
Que te viva dos mil años
El viejo por quien me dejas

En tantas penas y daños,
Y á quien por ojos y orejas
Le has dado hechizos y engaños!
¡Plegue á Dios!... Mas ¡qué inhumanas
Maldiciones puedo hacer
Mas que verte las mañanas,
Como sierra, amanecer
Con la nieve de sus canas?
¡Qué mas que ver un anciano
A tu lado hermoso y tierno,
De tu belleza tirano?
¡Qué gentil hielo en invierno,
Y qué espantajo en verano!
Adios, madrastra cruel;
Que presto, estando con él,
Te pesará el ver en vano
Que te bese yo la mano,
Y que tú la boca á él.
¡Jesus, qué mala elección!

GERARDA.

Hernando, ¿es esto de veras,
O vuestras quimeras son?

HERNANDO.

¡Ojalá fueran quimeras!

GERARDA.

Ya entiendo vuestra intencion.
Oísteisme concertar
Ir al Prado aquesta noche,
Y querésmelo estorbar.
Pues por Dios que ha de baher coche,
Y quien nos venga á cantar.
Piquen por hacerme gusto
En casa de Estefanía.

LUCINDO.

Mataréte.

GERARDA.

¡Ay Dios, qué susto! (Vase.)

ESCENA XIV.

LUCINDO, HERNANDO

HERNANDO.

Entróse.

LUCINDO.

¡Cerraste, arpia?
¡Mal haya amor tan injusto!
Abre esta puerta, mi bien.
—Acécha por esta llave (A Hernando.)
Si sus criadas se ven.

HERNANDO.

¡Qué bien engañarte sabe!

LUCINDO.

Matarme sabe también.

HERNANDO.

Al viejo ha desvanecido
Para darte mas enojos.

LUCINDO.

Liviano en extremo ha sido;
Mas ¿qué no podrán tus ojos,
Dulce Argel de mi sentido?

ESCENA XV.

CAPITAN. — Dichos.

CAPITAN.

¿Estáste aquí todavía?

LUCINDO.

Pues ¿eso, Señor, te espanta?
Si con la mujer que adoro,
En esos años te casas,
¡Es mucho que me despidas
Destas puertas y ventanas,
Si mañana han de ser tuyas,
Y hoy su dueño me llamaban!

CAPITAN.

Pienso que te has vuelto loco.

Dijíste me mil infamias
De aquel ángel de Fenisa,
Hija de Belisa bonrada;
Voylas á hablar, y por poco
Saliera, traidor, sin cara;
Que caída de vergüenza,
No era menester cortarla.
Yo tengo mujer mas noble
Que tu madre.

LUCINDO.

¿De quién hablas?

CAPITAN.

De Fenisa.

LUCINDO.

Pues, Señor,
Fenisa es doncella, y basta;
Que la que yo te decia,
Es Gerarda, cortesana,
Que vive en este balcon.

CAPITAN.

¿Qué tiene que ver Gerarda
Con Fenisa?

LUCINDO.

Yo, Señor,
En aquesta calle estaba
Cuando me reprehendiste
De que amaba aquella dama.

CAPITAN.

Otro enredo habrás pensado
Con aquella buena cara
De tu criado.

HERNANDO.

¿Yo enredo?

Siempre piensas que te engañan;
Propia condicion de viejos.

CAPITAN.

Niega, Lucindo, que amas
A Fenisa.

LUCINDO.

¿Yo, Señor?

CAPITAN.

¿Luego tampoco la causas
Con papeles y alcahuetas?
Pues en este punto acaba
De decirme que antenoche,
Por aquella reja baja,
Enfrente de tu aposento,
Muy tierno llegaste á hablarla.

LUCINDO.

¿Yo papeles! ¿Yo alcahuetas?
Yo por reja ni ventanas?
Hernando...

CAPITAN.

¿Qué buen testigo!

Falsos ojos, lengua falsa,
Falsa la cara y la boca,
Falso el pecho y falsa el alma.
Pues mira lo que te aviso:
¡Vive el cielo, que si pasas
Por su puerta, ni la miras,
Ni por la reja la llamas,
Que para siempre jamás
Has de salir de mi casa!

LUCINDO.

Escúchame.

CAPITAN.

¿Para qué?

LUCINDO.

Escúchame una palabra.

CAPITAN.

¿Qué palabra?

LUCINDO.

Que le digas

Que si ha de ser mi madrastra,
No comience antes de serlo,
Pues aun agora lo tratas,
A hacerme tan malas obras.

CAPITAN.

Quita, necio.

LUCINDO.

Advierte.

CAPITAN.

Guarda. (Vase.)

ESCENA XVI.

LUCINDO, HERNANDO.

LUCINDO.

¿Qué es esto, triste de mí?
¿Testimonios me levanta
Antes que su rostro vea!

HERNANDO.

¡No es aquesta aquella dama
Que te miró tiernamente
Cuando el lienzo de las randas?

LUCINDO.

La misma.

HERNANDO.

Pues que me maten
Si no es enredo que traza,
Enamorada de ti.

LUCINDO.

¿Qué me cuentas?

HERNANDO.

Lo que pasa.

Yo lei cuatro renglones
En sus ojos, de una carta,
Que al darte el lienzo escribió
A tu ausente pecho y alma.
Dejóle caer adrede,
Si la vista no me engaña,
Y lo que á tu padre dice
De que la escribes y causas,
Es decirte que la escribes,
Y que por las rejas bajas
Vengas á hablarla de noche.

LUCINDO.

Cosas me dices extrañas.

HERNANDO.

¿Qué se pierde en que las pruebes?

LUCINDO.

No se pierde, Hernando, nada;
Que esa doncella podría,
Con su bellísima cara,
Con su rico entendimiento,
Con su voluntad esclava,
Desamartelarme el pecho,
Despicarme de Gerarda.
Vámosla á hablar esta noche;
Que si es verdad que me llama
Con esta industria que dices,
Es la cosa mas gallarda
Que ha sucedido en el mundo.

HERNANDO.

Mucho importa enamoralla,
Así por dejar del todo
Esta fementida ingrata,
Como porque nos perdemos
Si el viejo otra vez se casa.
Y si se quiere casar,
¿Qué cosa mas acertada
Que con Belisa, su madre
Destas bellísima dama?

LUCINDO.

Si me quiere, Hernando mio,
Te mando ropilla y calzas.

HERNANDO.

Bien puedes dárme las luego.

LUCINDO.

Pues con discrecion tan alta
Supo engañar á dos viejos
De edad y experiencia tanta;

Y enamorada de quien
Apenas le vió la cara,
Ha dicho su pensamiento,
Y se le ha entendido el alma,
Bien la podemos llamar
La discreta enamorada.

ACTO SEGUNDO.

El Prado de San Jerónimo. — Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DORISTEO y FINARDO, *en hábito de noche*; GERARDA, *con rebecino y sombrero*; LISEO, FABIO.

DORISTEO.
Notable frescura.

FINARDO.
Extraña.

GERARDA.
Mucho de sus fuentes gusto.

DORISTEO.
No hay sitio de tanto gusto,
Gerarda bella, en España.

GERARDA.
¿Qué lindas tazas!

DORISTEO.
Famosas.

GERARDA.
Con perlas brindando están.

DORISTEO.
¿Qué liberales que dan
Sus aguas claras y hermosas!
¿Haste holgado de venir?

GERARDA.
Basta venir á tu lado.

DORISTEO.
Sentémonos.

FINARDO.
Todo es Prado.
DORISTEO.

Así se suele decir.
¿Templaron vuestras mercedes?

LISEO.
La prima se me bajó.

GERARDA.
Subilla.

DORISTEO.
Eso digo yo.

FABIO.
¿Comienzo?

DORISTEO.
Empezar podeis.
FABIO.

¿Qué dirémos?

DORISTEO.
La de Lope,
Por vida del buen Liseo.

LISEO.
La del suspiro y deseo.

FINARDO.
A fe, que hay bien donde tope.
Músicos. *(Tocan y cantan.)*

*Quando tan hermosa os miro,
De amor suspiro,
Y cuando no os veo,
Suspira por mí el deseo.
Quando mis ojos os ven,
Van á gozar tanto bien;*

LA DISCRETA ENAMORADA.

*Mas como por su desden
De los vuestros me retiro,
De amor suspiro;
Y cuando no os veo,
Suspira por mí el deseo.*

ESCENA II.

LUCINDO, HERNANDO. — Dichos.

LUCINDO. *(Ap. á Hernando.)*
Dijeron que llevarian
Quien cantase.

HERNANDO.
Ellos serán,
Pues aquí cantando están.

LUCINDO.
Ni cantan mal ni porfían.

HERNANDO.
Cesaron, como las aves
Luego que alguno se acerca.

LUCINDO.
Llega y miralos mas cerca.

HERNANDO.
Plegue á Dios, Señor, que acabes
De ser necio.

LUCINDO.
Si no es hora
Para hablar con mi Fenisa,
¿Qué importa, pues todo es risa?

HERNANDO.
Celos rien, y amor llora.
Yo paso á lo caballero
Por delante; espera aquí.

LUCINDO.
Yo aguardo.
*(Pasa Hernando embozado por delante
de los sentados, y vuélvese adonde
quedó su amo.)*

FINARDO.
¿Qué mira así
Este necio majadero?

DORISTEO.
Algo debe de buscar
Que de casa se le fué.

GERARDA.
Canta solo.

LISEO.
Cantaré.
GERARDA.
Sí; pero no has de templar.
HERNANDO. *(Ap. á su amo.)*
En la voz la conocí.

LUCINDO.
¿Luego es Gerarda?

HERNANDO.
Sin duda.

LUCINDO.
¡Ay!

HERNANDO.
¿Es menester ayuda?

LUCINDO.
Y el otro ¿es su galán?

HERNANDO.
Sí.

LUCINDO.
¿Triste de mí!

HERNANDO.
¿Qué tenemos?

LUCINDO.
¿Date por ventura el parto?

LUCINDO.
Mientras mas de tí me aparto,
Mas me acerco.

HERNANDO.
Sin extremos;
Que te podrá conocer.

LUCINDO.
¿Está en su regazo?

HERNANDO.
¿Y cómo!

LUCINDO.
Celos por los ojos tomo,
Y el alma comienza á arder.
¡Oh veneno, que desalmas
La vida con tus enojos,
Siendo la copa los ojos
Donde le beben las almas,
Nunca yo viniera acá!

HERNANDO.
Vámonos de aquí, Señor.
¿No es aquel ángel mejor,
Que esperándonos está?

LUCINDO.
¿Cuál ángel?

HERNANDO.
Fenisa bella.

LUCINDO.
No estoy para hablar agora
Con ángeles.

HERNANDO.
Si te adora,
¿No será justo querella?

LUCINDO.
Esa peligro no corte;
Que como es amor primero,
Estará, como otra Hero,
Aguardándome en la torre;
Pero esta que está en los brazos
Deste venturoso amante,
Si me descuido un instante,
Haráme el alma pedazos.
¿Traes el manto?

HERNANDO.
¿Pues no?

LUCINDO.
Póntele.

HERNANDO.
Gran mal recelo.

LUCINDO.
Haz saya del herrero.

HERNANDO.
¿Yo mujer! ¡Tu dama yo!

LUCINDO.
A esos árboles te vé,
Y de mujer te disfrazas.

HERNANDO.
Voy; mas temo que esta traza...

LUCINDO.
Vé, majadero.

HERNANDO.
Yo iré;
Mas defenderme te toca,
Y si hacerlo no quisieres,
No te espantes si me vieres
Con la barriga á la boca. *(Vase.)*

ESCENA III.

LUCINDO, *en pie y lejos de GERARDA*,
DORISTEO, FINARDO, LISEO y
FABIO, *sentados*.

LUCINDO. [nes!
¿Qué mal se cura amor con invencio-
Qué vano error sobresanar la herida,
Si en las muertas cenizas escondida
La viva lumbre al corazón le pones!
Celos, desdenes, iras, sinrazones
Tienen el alma alguna vez dormida:

Mas ¿qué letargo habrá que no despida
La fuerza de celosas prevenciones?
¡Oh celos! con razon os han llamado
Mosquitos del amor, de amor desvelos:
El humo de su fuego os ha engendrado.
¿Qué importa que se duerma un hom-
bre (¡oh ciegos!),
De pesadumbres del amor cansado,
Si con sus voces le despiertan celos?

ESCENA IV.

HERNANDO, con un manto puesto, y la
capa por saya. — LUCINDO: y en el
proscenio, GERARDA, DORISTEO,
FINARDO, FABIO y LISEO.

HERNANDO. (Ap. á Lucindo.)
Vengo bien?

LUCINDO.
Vienes tan bien,
Que espero que bien me vaya.

HERNANDO.
¿Qué te parece la saya?

LUCINDO.
Muy bien.

HERNANDO.
¿Y el manto?

LUCINDO.
También

HERNANDO.
¿No voy muy apetecible?

Vamos.
LUCINDO.

HERNANDO.
¿Llevo malos bajos?

LUCINDO.
Llega.

HERNANDO.
En notables trabajos
Me pone tu amor terrible.
(Acércanse á los otros cinco.)

DORISTEO.
Un galán con cierta dama
Hacia donde estamos viene.

GERARDA.
¿Gentil brio y arte tiene?
A fe que es ropa de fama.

DORISTEO.
¿Cómo?

GERARDA.
Díome el buen olor.

DORISTEO.
Tomó pastilla al salir.

FINARDO.
Pastilla y Prado es decir
Que es dama...

DORISTEO.
¿De qué?

FINARDO.
De amor.

DORISTEO.
A tu lado toma asiento.

GERARDA.
¿Qué de golpe se ha asentado?

FINARDO.
Debe de tener pesado
Lo que es el quinto elemento.
LUCINDO. (A Hernando.)

Bella doña Estefanía,
¿Qué os parece esta frescura?

HERNANDO. (Con voz de mujer.)
Fue mucha descompostura
Venir aquí sin mi tia;

Pero el mucho amor que os tengo
A mas me puede obligar.

LUCINDO.

Señores, ¿quieren cantar?

HERNANDO. (Con voz de mujer.)

¿Déjanlo porque yo vengo?

GERARDA. (Ap.)

Lucindo es este. ¡Ay de mí!
Verdad sin duda seria
Que aquella dama queria,
Por quien preguntar le vi.
Celos que pensé fingidos
Me han salido verdaderos.

¡Ay, amores lisonjeros,
De engaño y traicion vestidos!
Entendídomela ha la letra,
Herido me ha por el filo,
Vengose del mismo estilo.

HERNANDO. (Ap. á Lucindo.)

Ya se altera y inquieta:
¿Qué te parece el jarabe?

LUCINDO.

Que hace su operacion.

GERARDA.

(Ap. ¿Qué bien sabe dar pasion!
Qué mal el tomarla sabe!)
Por vida de Doristeo,
Que un poco de agua traigais.

DORISTEO.

Y traeré con que bebalis;
Que regalaros deseo.
Entretenos aquí
Mientras voy por colacion.

GERARDA.

Que vais solo no es razon.

FINARDO.

¿Acompañarle?

GERARDA.

Si;
Que aquí quedan los amigos.

FINARDO.

Pues vamos.

DORISTEO.

Venid.

FINARDO.

Adios.

(Vanse Doristeo y Finardo.)

ESCENA V.

GERARDA, LUCINDO, HERNANDO,
LOS MÚSICOS.

GERARDA. (Ap.)

Muérome porque las dos
Quedásemos sin testigos.

LISEO.

¿Queréis que cantemos?

GERARDA.

No.

Antes merced recibiera
En quedar sola.

FABIO. (Ap. á Liseo.)

Algo espera.

LISEO.

Lindamente los echó.

FABIO.

Pues no estorbemos, Liseo.

LISEO.

Fabio, venid por aquí.

(Vanse los músicos.)

ESCENA VI.

LUCINDO, GERARDA, HERNANDO.

GERARDA.

¡Ah mi señora!

HERNANDO. (Con voz femenil.)

¿Es á mí?

GERARDA.

Veros y hablaros deseo.

HERNANDO.

¿Verme y hablarme! ¿Por qué?

GERARDA.

Porque soy vuestra vecina.

HERNANDO.

¡Jesus, qué extraña mohina!

GERARDA.

¿Desto solo os enfadé?

HERNANDO.

Hace notable calor;
Vamos, Lucindo, de aquí,

LUCINDO.

Mi bien, enfaldarse así
Parece mucho rigor.
Descubrios á esa dama,
Pues Dios os dió tal belleza,
Y esa hermosa gentileza
Tiene en la corte tal fama.
Descubrid los ojos bellos,
Dén envidia y den amor.

HERNANDO.

No estoy agora de humor,
Ni está enjuto el llanto en ellos;
Que los traéis bechos mar
De celos de esa Gerarda,
Que me dicen que es gallarda.

LUCINDO.

¿Gerarda os los puede dar?
No sé de qué los teneis.
¡Plegue á Dios que si la quiero,
Que para el mal de que muero
Nunca remedio me déis!
¡Plegue á Dios que si la estimo,
Nunca merezca estos brazos,
Ni á mis amorosos lazos
Dén vuestros muros arjimo!
¡Plegue á Dios que si la amare,
Nunca mi ventura poca
Goce de esa dulce boca,
Ni por mi bien se declare!
¡Plegue á Dios que si la viere,
Jamás me vea con vos,
Ni nos casemos los dos!

GERARDA. (Ap.)

¿Que esto sufra? Que esto espere?

HERNANDO.

¡Ay Dios! ¿qué de maldiciones!

GERARDA. (Ap.)

Todas vengan sobre mí,
Si mas te sufriere aquí,
Traidor, tantas sinrazones.

HERNANDO.

Dícanme que vais allá,
Y estoy muy descolorida.

LUCINDO.

Pues tomad color, mi vida;
Que á vos os adoro ya.

GERARDA.

No será, infame, en mis días.
(Embiste á Hernando.)

LUCINDO.

¿Cómo así te has descompuesto!

HERNANDO.

¡A Estefanía! ¿Qué es esto?

GERARDA.
Y á cuarenta Estefanías.
LUCINDO.
Déjala, Gerarda.
HERNANDO.
¡Ay cielo!
¡A una mujer como yo!
GERARDA.
Matarla tengo.
LUCINDO.
Eso no :
Huye.
HERNANDO.
Mi muerte recelo.

(Vase.)

ESCENA VII
LUCINDO, GERARDA.

GERARDA.
¿Qué mujer es esta, perro?
LUCINDO.
Una mujer que me adora,
Y eso que tú has hecho agora
Ha sido un notable verror;
Que es señora principal,
Y te ha de costar la vida.
GERARDA.
¡Puede ser ya mas perdida,
Que viéndome en tanto mal?
Déjame pasar.
LUCINDO.
Detente;
Que á quien me aborrece á mí,
Nunca licencia le di
De hablarme tan libremente.
GERARDA.
¡Yo te aborrezco, mi bien?
LUCINDO.
¿Tu bien soy?
GERARDA.
¡Ay prenda mía!
Cuanto te dije flagia,
Y cuanto hablaba tambien.
Aborrezco á Doristeo;
Solo te adoro, Lucindo :
De nuevo el alma te rindo.
LUCINDO.
¡Cielos! ¿Qué es esto que veo?
GERARDA.
En prenda de que tú eres
Mi verdad, vénte conmigo.
LUCINDO.
Mucho os alienta el castigo;
Como bestias sois, mujeres.
Ahora bien: ya se acabó,
Yo adoro en Estefanía.
GERARDA.
¿Por qué me dejas, luz mía?
LUCINDO.
Porque tu noche llegó.
GERARDA.
Vén conmigo hasta mi casa.
LUCINDO.
No hay remedio.
GERARDA.
¡Que esto veo!
LUCINDO.
Presto vendrá Doristeo,
Que es el que agora te abraza.
GERARDA. (De rodillas.)
De rodillas, mi señor,
Que vayas quisiere pedirte,
Porque allá quiero decirte

La causa deste rigor.
Celos, por tu vida, han sido.
No seas tirano, vén;
Vén, Lucindo; vén, mi bien.
LUCINDO.
En efeto ¿me has querido?
GERARDA.
Siempre te quise, mis ojos.
LUCINDO.
Yo haré que sangre te cueste...

ESCENA VIII.

HERNANDO, *ya en su traje.* — Dichos.

HERNANDO.
¿Qué sacrificio es aqueste?
LUCINDO.
El haberme dado enojos.
HERNANDO.
Si Lucindo quiere hacer
Una venganza gallarda,
Y Gerarda el golpe aguarde,
El ángel vengo yo á ser.
¿Qué es esto, Señor?
LUCINDO.
¡Oh Hernando!
Seas mil veces bien venido.
HERNANDO.
Dos horas ando perdido,
Todo este Prado buscando;
Que en casa han echado menos
A esta dama.
LUCINDO.
Otra seria.
HERNANDO.
¿Luego no es Estefanía?
LUCINDO.
Ha habido rayos y truenos.
HERNANDO.
¿Es Gerarda?
LUCINDO.
¿No lo ves?
HERNANDO.
Déjala, ¡triste de mí!
Que te ponen culpa á tí.
LUCINDO.
Gerarda, hablemos después.
GERARDA.
Oye.
LUCINDO.
No hay remedio.
GERARDA.
Aguarda.
HERNANDO. (Ap. á Lucindo.)
Grande valor has tenido.
LUCINDO.
El saber que soy querido
Me ha despicado, Gerarda.
(Vanse los dos.)

ESCENA IX.

DORISTEO, FINARDO. — GERARDA.

DORISTEO.
Desgracia ha sido, por Dios,
El no haber ya tienda abierta.
FINARDO.
Quebrada queda una puerta.
GERARDA.
Cansado os habeis los dos.
DORISTEO.
¿Sola estabas?

GERARDA.
Sola estaba.
DORISTEO.
Los músicos...
GERARDA.
Libres son.
FINARDO.
¿Que no hubiese colacion!
Y en el verano se alaba
Madrid, para quien trasnoche
Sin cotas ni sin broqueles,
Que tiene nieve y pasteles,
Vino y dulce á media noche!

GERARDA.
Tarde llegara el favor;
Que no estoy buena.
DORISTEO.
Sospecho
Que este fresco mal te ha hecho.
GERARDA.
Mas me ha dañado el calor.
DORISTEO. (A Finardo.)
¿Entiendes de estrellas?
FINARDO.
Sé
Que el carro ha de estar allí
Para amanecer.
DORISTEO.
¡Ah! sí.
Pues ya muy alto se ve.
Vamos, y descansarás.
¿Qué amigos!
FINARDO.
Pocos hay buenos.
GERARDA. (Ap.)
Cuando tú me quieres menos,
Lucindo, te quiero mas.
(Vase.)

Calle.

ESCENA X.

LUCINDO y HERNANDO.

HERNANDO.
Tan consolado vienes, qué presumo
Que no te acuerdas ya de aquella loca.
LUCINDO.
No lo digas de burlas.
HERNANDO.
¿Quién ha hecho
Milagro tan notable en tu sentido?
LUCINDO.
La confianza de que soy querido.
Bendiga el cielo la invencion, la traza,
La hora, el movimiento, el manto, el
Los celos, los disgustos! [Prado,
HERNANDO.
Y ¿no dices
Que bendiga tambien á Estefanía?
Pues en verdad, que aun traigo las seña-
De algunos mojicones de Gerarda. [Les
LUCINDO.
La ventana han abierto; espera, aguarda.

ESCENA XI.

FENISA, *en la ventana.* — Dichos.

FENISA.
¡Ah, caballero!
LUCINDO.
¿Quién llama?

FENISA.
Llegad quedo. Una mujer.

HERNANDO.
Fenisa debe de ser,
Que habrá dejado la cama.

FENISA.
Vuestro nombre me decid
Antes que os empiece á hablar.

LUCINDO. (A Hernando.)
Mira no echemos azar.

HERNANDO.
Todos duermen en Madrid,
Hasta el viejo Arias Gonzalo.

LUCINDO.
Lucindo, Señora, soy,
Que de vos quejoso estoy,
Si esta queja no es regalo.
¿Sabeis que del capitán
Bernardo soy hijo?

FENISA.
Sí.

LUCINDO.
¿Sabeis que en mi vida os vi?
¿Cómo soy vuestro galán?
Yo, Fenisa, os solicito!
Yo os escribo mil papeles!
Yo á estas rejas y verjeles
La casta defensa os quito!
Yo os desvelo con paseos
Y terceras os envío!

FENISA.
No os enfaden, señor mío,
Mis amorosos rodeos.
Ni me habeis solicitado,
Ni habeis cansado mis rejas,
Ni son verdades mis quejas,
Supuesto que me he quejado.
Jamás escrito me habeis,
Ni por vos nadie me habló;
En lo que esto se fundó,
Pues venis, vos lo entendéis.
No halló mi recogimiento
Cómo decir mi pasión;
Amor me dió la invención,
Y vos el atrevimiento.
Vuestro padre me ha pedido;
Mas yo nací para vos,
Si algún día quiere Dios
Que os merezca por marido.
Y el hacerle mi tercero
No os parezca desatino;
Que es cuerdo, viejo y vecino,
Y os quiere como yo os quiero.
Este camino busqué
Para que sepaís mi amor;
Solo os suplico, Señor,
Que agradezcáis tanta fe.
Y si mi hacienda y mi tallo,
Puesto que mas mereceis,
Os obligaren...

LUCINDO.
No echéis
Mas favores en la calle.
Sembrarla de almas quisiera
En esta buena fortuna,
Porque palabra ninguna
Menos que en alma cayera.
A mi ventura agradezco
Saber, mi bien, que os agrado;
Que bien sé que no he llegado
A pensar que lo merezco.
El día, mi bien, que os vi
De aquel santo jubileo,
Despertastes el deseo;
Nunca mas con él dormí.
Mi poco merecimiento
Que entendiese me impedía
Lo que mi padre decía,

Y era justo pensamiento;
Mas viéndole porfiar,
Vine á ver lo que ya veo.

FENISA.
Conoceis mi buen deseo.

LUCINDO.
El conocerle es pagar;
Que tras el conocimiento
De una deuda, pagar sobra.
Pero si se pone en obra
De mi padre el casamiento,
¿Qué tal vendré yo á quedar?

FENISA.
No creáis que ellos lo puedan;
Que los dos que los heredan
Son los que se han de casar.
Mal conoceis lo sutil
De una rendida mujer.

LUCINDO.
Discreta debéis de ser
Y de ánimo varonil.
Bien se ha visto en la invención.

FENISA.
Pues hasta agora no es nada.

LUCINDO.
La discreta enamorada
Llamaros será razón.

FENISA.
Perdóneme vuestro padre;
Que dél me pienso valer,
Para daros á entender
Lo que no quiere mi madre.
Cuanto deciros quisiera,
Será quejarme de vos,
Y verémos los dos
Por donde posible fuere.
Cuando os riña, estad atento,
Que son recaudos que os doy.

LUCINDO.
Digo, Señora, que estoy
En el mismo pensamiento.

FENISA.
Así sabréis lo que pasa
Desta puerta adentro vos,
Casándonos á los dos
Cuando él piensa que se casa;
Que ya estaremos casados
El día que se descubra.

LUCINDO.
Quiera el amor que se encubra
El fin de nuestros cuidados.
—Y dad orden como os vea,
Pues no os falta discreción.

FENISA.
He pensado otra invención
Para que el remedio sea;
Y es que diré á vuestro padre
Que os envíe á que tomeis
Mi bendición, y vendréis
Sin que se enoje mi madre.
Pero tratadme verdad,
O desengañadme aquí.

LUCINDO.
El alma, Señora, os di
Por fe de mi voluntad.
Preguntadle allá si os quiero.

HERNANDO.
Señor, advertid que al alba
Hacen las calandrias salva,
Y está muy alto el lucero.
En cas deste mercader
Una codorniz cantó,
Con que á tu amor avisó
De que quiere amanecer.

FENISA.
Véte, mi amor; que amanece;

No me eche menos mi madre.

LUCINDO.
Pide licencia á mi padre
Para verte.

HERNANDO.
La luz crece.

LUCINDO.
Dame alguna prenda tuya
Con que me vaya á acostar.

FENISA.
A mí me quisiera dar.

HERNANDO.
Dile, Señor, que concluya.

FENISA.
Truécame esa cinta. (Echa un listón.)

LUCINDO.
¿A qué?

FENISA.
A deseos.
HERNANDO.
Bueno está.

LUCINDO.
Todos los tienes allá.

FENISA.
Adios. (Retírase.)

ESCENA XII.

LUCINDO, HERNANDO.

LUCINDO.
¿Fuése?

HERNANDO.
Ya se fué.

LUCINDO.
¿Gran ventura!
HERNANDO.
Dí que estás

Enamorado.
LUCINDO.
¿Pues no?

HERNANDO.
¿Y Gerarda?

LUCINDO.
Ya pasó.
HERNANDO.

¿Cómo?
LUCINDO.
Lo que oyendo estás.
Es bella, es noble, es gallarda.

HERNANDO.
¿Brava cólera española!

LUCINDO.
Mas precio esta cinta sola
Que mil almas de Gerarda.
(Vanse.)

Zaguan de casa de Gerarda.

ESCENA XIII.

DORISTEO, GERARDA.

DORISTEO.
¿Para qué es tanto desden,
Sino decirme verdad?
Hombre soy, y hombre de bien;
Háblame con libertad:
¿Quieres á Lucindo bien?

GERARDA.
Pensé que no le quería,
Y anoche...

DORISTEO.
Pasa adelante.

GERARDA.

Quiso la desdicha mia
Que fuese un desden bastante
A encender nieve tan fria.
¡No viste aquella mujer
Que se sentó junto á mí?

DORISTEO.

Lucindo debió de ser
El que la trujo.

GERARDA.

Es así.

DORISTEO.

Eso me basta saber.
¡Ay, Gerarda, cuánto pueden
Unos celos!

GERARDA.

Muerta estoy.

En fuerza al amor exceden;
No hay desden, mi fe te doy,
De que triunfando no queden.
Estudiado parecia
Lo que Lucindo decia,
Y lo que ella preguntaba;
Supe al fin que se llamaba
Esta dama Estefanía,
Y que es mujer principal;
Que un criado, á un rayo igual,
Vino á decir que en su casa
La echaron menos.

DORISTEO.

¡Que pasa

Por mí una desdicha igual!
Pero es dicha: ¿cómo dices
Que esa dama se llamaba?

GERARDA.

¡Hay de qué te escandalices?

DORISTEO.

Pensando en el nombre estaba
De esa mujer que maldices.

GERARDA.

Estefanía decia.

DORISTEO.

¿Estefanía?

GERARDA.

Esto pasa.

DORISTEO.

¡Buena venganza seria,
Si porque he entrado en tu casa,
Diese Lucindo en la mia!

GERARDA.

¿Cómo?

DORISTEO.

Una hermana que tengo,
Estefanía se llama.

GERARDA.

Ella es.

DORISTEO.

¿Cómo detengo

La defensa de mi fama,
Y del traidor no me vengo?

GERARDA.

El la sirve, porque un día
Dijo que se vengaría
Deste agravio.

DORISTEO.

Y lo cumplió;

Porque anoche me contó
Que fué al Prado Estefanía.
Alto, mi honor es perdido.
Véte en buen hora, Gerarda...

GERARDA.

Mas que quisiera he sabido.

DORISTEO.

Que si mi deshonra aguarda,
¡Hoy ha de ser su marido.

GERARDA.

¡Su marido! Mayor daño
Es el que me viene agora.

DORISTEO.

Pues ¿hay otro desengaño?

GERARDA.

¡Bien vivirá quien le adora,
Si le casas!

DORISTEO.

(Ap. ¡Caso extraño!)

Pues ¿puede ser de otra suerte?

GERARDA.

Dame primero la muerte.

DORISTEO.

Véte de aquí.

GERARDA. (Yéndose.)

¡Nunca hablara!

DORISTEO.

¡Con mi hermana! ¿Quién pensara
Una venganza tan fuerte?
Buscar á Finardo quiero,
Para que á Lucindo saque
Donde, pues es caballero,
O saquemos el acero,
O casándose me aplaque.
Hoy muere si no se casa.
¡Oh vil hermana! ¿Esto pasa?
Mas, justa ley me condena;
Que no anda bien en la ajena
Quien ha de guardar su casa.
(Vanse.)

Sala en casa de Belisa.

ESCENA XIV.

BELISA, EL CAPITAN, FENISA,
FULMINATO.

FENISA.

Hacedme aqueste placer,
Para mayor regocijo:
Que vea yo vuestro hijo,
Pues su madre vengo á ser.

CAPITAN.

Digo que teneis razon.

FENISA.

Pues todo queda tan llano,
Venga á besarme la mano
Y á tomar mi bendición.

BELISA.

Ya sois dueño desta casa;
Venga vuestro hijo acá.

CAPITAN.

Digo que á veros vendrá;
Que ya sabe lo que pasa.
—Fulminato...

FULMINATO.

Señor...

CAPITAN.

Corre,

Llama al alférez mi hijo.

FULMINATO.

Voy.

FENISA. (Ap.)

Que le llamasen dijo:
Todo el cielo me socorre.
Hoy te verán estos ojos
En esta casa, mi bien.

CAPITAN. (Ap.)

Aunque le muestre desden,
Me ha dado el llamarle enojos.
Es galán, mozo y discreto,
Y dirá acaso entre sí
Que no le caso, y que á mi

Me caso, viejo en efeto.

¿Quién duda que le parezca
Mejor, y que le dé pena
Ver que á mi edad se condena
Donde sin gusto padezca?
Fuera de eso, es mal consejo
Que venir aquí le mande;
Que á vista de un hijo grande
Parece un hombre mas viejo.
Ya comienzo á estar celoso;
No entrará otra vez acá.

ESCENA XV.

LUCINDO, FULMINATO.—BELISA,
EL CAPITAN, FENISA.

FULMINATO.

Aquí el alférez está.

LUCINDO.

(Ap. ¡Cielos, que fui tan dichoso!
Aquí mis ojos están.)
Señor...

CAPITAN.

(Ap. De enojo estoy lleno.)
Para danzar eras bueno.

LUCINDO.

¿Cómo?

CAPITAN.

Eres cierto y galán.

LUCINDO.

¿No me mandaste venir?

CAPITAN.

Besa la mano á tu madre.

LUCINDO.

Yo voy.

CAPITAN.

¡Qué presto!

LUCINDO.

Mi padre...

FENISA. (Ap.)

Ya me comienzo á reir.

LUCINDO.

Como á madre que sois mia,
Me manda ¡oh bien soberano!
Que os bese esa hermosa mano.

CAPITAN.

¿Qué superflua cortesía!
La mano basta decir;
¿Para qué es decir hermosa?

LUCINDO.

Quiere mi boca dichosa
Este epíteto añadir.

FENISA.

Hablan así los discretos.

BELISA.

¿De eso recibis disgusto?

CAPITAN.

Levántate; que no gusto
Que beses con epítetos.

BELISA.

Dejalde, no seas extraño;
Bese la mano á su madre.

LUCINDO.

Señor, siendo vos mi padre,
No resulta en vuestro daño.

CAPITAN.

No me llames padre aquí.

LUCINDO.

Llamo madre á una señora
Tan moza, y ¡á vos agora
Os pesa que os llame así!

CAPITAN.

Adonde la edad no sobre,
Padre, dulces letras son;

Mas á un viejo, no es razon,
No siendo ermitaño ó pobre.
Acaba, besa la mano.

FENISA. (Ap.)

¡Que me veo en tanto bien!

LUCINDO.

Dadme esa mano, por quien
De mano esta suerte gano.
(Ap. á ella. Ten, mi vida, este papel.)

(Métete un papel en la mano.)

FENISA. (Ap.)

Ya le tengo.

LUCINDO.

Y dadme aqui
Vuestra bendicion; que en mí
Tendréis un hijo fiel.

CAPITAN.

¡Hijo fiel! mas ¿que quiere
Comprar algun regimiento?

LUCINDO. (Ap.)

¡Qué gloria en los labios siento!

FENISA.

Dios te bendiga y prospere.
Dios te dé mujer que sea
Tal como la has menester;
En efeto, venga á ser
Como tu madre desea.
Dios te dé lo que á este punto
Tienes en el corazon;
Quien te da su bendicion,
Todo el bien te diera junto.
Dios te haga, y si serás,
Tan obediente á mi gusto,
Que jamás me des disgusto,
Y que á nadie quieras mas.
Dios te haga tan modesto,
Que queriendo estos envites,
A tu señor padre quites
Esta pesadumbre presto.

(Señala en el pecho.)

Y te dé tanto sentido
En querer y obedecer,
Que te pueda yo tener,
Como en lugar de marido.

CAPITAN.

¿Qué libro matrimonial
Te enseñó esas bendiciones?
Acaba, abrevia razones.

FENISA. (Ap.)

Celos tiene.

LUCINDO. (Ap.)

¿Hay cosa igual?

FENISA.

Una palabra, madre de mis ojos.
(Habla aparte Fenisa con su madre, y
el Capitan con Lucindo.)

BELISA.

¿Qué quieres?

FENISA.

¿Ves este papel?

BELISA.

Si veo.

FENISA.

Pues es memoria de vestidos míos,
Que el Capitan me ha dado; yo querria
Leerle, y no quisiera que él lo viese,
Porque no me tuviese por tan loca
Que pensase que estimo en mas las galas
Que no el marido; por tu vida, madre,
Que le entretengas.

BELISA.

Que me place.

FENISA. (Ap.)

¡Ay cielo!

¿Qué industria hallé para leer agora
El papel que me dió Lucindo, al tiempo

Que me besó la mano, por si es cosa
Que importa darle luego la respuesta!

BELISA. (Al Capitan.)

Escuchadme á esta parte dos palabras.

FENISA.

[tado,

(Lee.) «Mi bien, mi padre tiene concer-
»De celos de que has dicho que te quiero,
»Enviarme á Portugal; remedia, amo-

(res,

»Esta locura, ó cuéntame por muerto:
»Esto escribí, sabiendo que venia
»A besarte la mano; á Dios te queda,
»Y quiera el mismo que gozarte pueda.»

(Ap. ¿Hay desdicha semejante?

Hay celos con tal locura?

Así Dios me dé ventura,

Que he de hablarle aquí delante.)

—Lucindo, el papel lei;

(Ap. á Lucindo.)

No me haga el cielo este mal,

Que vayas á Portugal,

Ni que una hora estés sin mí;

Y si dicen que mejor

Vive en él su desvario,

Vive en mí, Lucindo mío,

Que soy Portugal de amor.

LUCINDO.

¡Ay Dios! ¿Quién pudiera haberte?

¿Quién abrazarte pudiera?

FENISA.

Yo sabré hacer de manera

Que me abrace.

LUCINDO.

¿En qué parte?

FENISA.

Fingir quiero que cal;

Tú me irás á levantar,

Y me podrás abrazar.

LUCINDO.

Tropieza.

FENISA.

Caigo. ¡Ay de mí!

(Caer; Lucindo la abraza para levantarla.)

CAPITAN.

¿Qué es aquesto?

LUCINDO.

Tropezó

Mi señora madre aquí,

Y yo levántola así.

CAPITAN.

Y levántola así yo.

(Sepáralos.)

—Salte de aquí noramala.

LUCINDO.

Pues cayendo ¿es cortesía?..

BELISA.

¿Haste hecho mal, hija mía?

CAPITAN.

Despeja luego la sala.

LUCINDO.

Yo me iré.

CAPITAN.

Vete al momento.

LUCINDO.

¿Así me arrojas?

CAPITAN.

Camina.

LUCINDO. (Ap.)

¡Ay mi Fenisa divina!

¡Ay divino entendimiento!

¡Ay discrecion extremada!

Por vos se puede entender

Lo que puede una mujer

Discreta y enamorada.

(Vase.)

ESCENA XVI.

BELISA, FENISA, EL CAPITAN,
FULMINATO.

FENISA.

No tengo mal ninguno, por tu vida.

CAPITAN.

Así lo creo yo.

FENISA.

¿Fuése mi hijo?

CAPITAN.

Tu hijo se fué ya.

FENISA.

Mil males tengo.

BELISA.

[to!

¿Quieres verle? Beatriz, ¡hola, ven pres-

FENISA.

No quiero, por tu vida.

CAPITAN.

Aquel grosero

Debió de daros causa á la caída.

No ha de estar en mi casa un punto solo,

Ni entrar en esta mientras tengo vida.

BELISA.

¿Qué poco amor tenéis á vuestro hijo!

Que os prometo que es gentil mancebo,

Y que le miro yo con tales ojos,

Que si en mis mocedades me cogiera,

Holgara de tenerle por marido.

FENISA. (Ap.)

Asíte la ocasion por el copete.

CAPITAN.

¿Este loco os agrada?

FENISA.

Escucha, madre.

BELISA.

Como sois capitan, la casa es guerra.

Todo es escucha.

CAPITAN.

Tal me la dan celos.

FENISA. (Ap. á su madre.)

El papel que te dije, no es vestidos,

Ni me le dió Bernardo.

BELISA.

¿Qué me cuentas?

FENISA.

Lucindo me le dió.

BELISA.

Pues ¿qué te escribes?

FENISA.

Una cosa que á risa ha de moverte.

BELISA.

No me tengas suspensa.

FENISA.

Al fin, me dico

Que se quiere casar.

BELISA.

¿Con quién?

FENISA.

Contigo

BELISA.

¿Conmigo! ¿Qué me cuentas?

FENISA.

Lo que pasa.

Dice que le parece en extremo,

Y que esa gravedad, esa cordura

Le agrada mas que yo á su padre agrado.

Dice mas: que con este casamiento

Se juntan las haciendas, de manera

Que los hijos de entrambos quedanceros.

Si supieras leer, mil cosas vieras;

Mas dice que le pidas que no trate

Enviarle á Portugal; que antes le mata.

BELISA.

¿Qué es ir á Portugal? Hija, las hijas
Cuerdas y honradas, todo el gusto suyo
Ponen en solo dársele á sus padres:
Ya sabes que soy moza, y que en efeto
Estaré mas honrada con marido,
Y marido que así te logres, hija,
Que me lleva los ojos en mirándole.
¿Qué cortés! qué galán! Qué lindo talle!

FENISA.

Si esto pasa, ¿qué hará quien mandar

BELISA.

¿Qué dices?

FENISA.

Que le estorbes la partida.

BELISA.

[noche]
Partida! ¿qué partida? Haz que esta
Me venga á hablar Lucindo de secreto.

FENISA.

Vete, y déjame hablar con mi marido.

BELISA. (Ap.)

[porta;
Que me cogió á descuido! Mas no im-
Ponerme quiero menos largas tocas;
Consultaré el espejo. ¡Ay mi Lucindo!
Si tú me quieres, cuanto soy te rindo.
(Vase.)

ESCENA XVII.

EL CAPITAN.—FENISA.

CAPITAN.

Milagro, Fenisa, fué;
Dejarnos solos Belisa;
Y pues que nadie nos ve,
Dame, gallarda Fenisa,
Tus manos.

FENISA.

¡Bien por mi fe!

Mucho os precials de galán.

CAPITAN.

Si celos enojo dan,
Dame la mano de amigos.

FENISA.

No me atrevo sin testigos.

CAPITAN.

Presentes, Señora, están
Celos, amor y deseo.

FENISA.

Con justos celos, Señor,
De vuestro Lucindo os veo.

CAPITAN.

¡Prosigue en tenerte amor?

FENISA.

Y aun me cansa.

CAPITAN.

Yo lo creo.

FENISA.

Anoche sentí ruido
A la reja, y dióme un miedo,
Que me privó de sentido.
Levántome como puedo,
Sin luz no aclaré el vestido,
Topo el manto en efeto,
Salgo á la reja, y en ella...
—¿De qué estáis tan inquieto?

CAPITAN.

Es cólera, esposa bella,
De ese rapaz indiscreto.

FENISA.

Y entre la reja y ventana
Hallo en lo hueco un papel.

CAPITAN.

Eso ya es cosa inhumana.
Hoy seré un león con él

FENISA.

Ser padre os dará cuartana.
Sosegáos.

CAPITAN.

No puede ser.

Yo le tengo de buscar.

(Vase.)

ESCENA XVIII.

FENISA.

¿Qué bien le he dado á entender
Dónde el papel ha de hallar!
Que le quiero responder,
Para que quede advertido
Que con mi madre he trazado
Que diga que es su marido,
Para que quede estorbado
El camino prevenido.
Que mi madre hará por él
Que se impida la tormenta
Desta partida cruel;
Porque si mi bien se ausenta,
Todo se pierde con él.
(Vase.)

—
Calle.

ESCENA XIX.

HERNANDO, LUCINDO.

HERNANDO.

¿Que todo eso ha pasado?

LUCINDO.

Si me vieras
De rodillas, Hernando, á mi Fenisa,
Que era imagen bellísima dijeras.

HERNANDO.

No lo dudes, murierame de risa.

LUCINDO.

Si á Tántalo en el agua consideras,
Verás que ya le tengo por divisa;
Porque si aquel ni fruta ni agua toca,
Yo vi su boca y no llegué á su boca.

HERNANDO.

¿No te hastó la mano?

LUCINDO.

Templó el fuego
Arrimando la nieve de su mano,
Porque salió á la boca el alma luego,
Hecha un volcan de amor, por agua en
[vano.]

¿Qué me dirás cuando á la boca llego?

HERNANDO.

¿Mordistela?

LUCINDO.

No sé; ¿mármol indiano,
Cristal de roca, quieres que mordiese?
¿No hasta, si es imagen, que la bese?

HERNANDO.

Tu padre.

LUCINDO.

Calla, y déjale que pase.

ESCENA XX.

EL CAPITAN.—DICHOS.

CAPITAN.

¿Qué cabizbajo en viéndome te pones!
Como si no me viesen.

LUCINDO.

Si pensase
Que contigo ese crédito tenía,
No á Portugal, hasta el Japon me iria.

CAPITAN.

Pues no te admires; que peor le tienes.
¿No te avisé que es mi mujer Fenisa?

LUCINDO.

No me mandaste tú que le besase
La mano como á madre? ¿Es por ventura
Porque llamé su blanca mano hermosa?

CAPITAN.

[blanca.]

Hermosa entonces, y ahora hermosa y
¿Qué lindo bellacon te vas haciendo!

LUCINDO.

Cosas te enfadan de tan poco tomo, [llo
Que es ponerte á la sombra de un cabe-
¿Válgame Dios! ¿En qué te ofendo tanto?

CAPITAN.

¿No es nada, si Fenisa me ha contado
Que anoche hiciste en su ventana ruido,
Y que entre el suelo della y de la reja
Le pusiste un papel?

LUCINDO.

¿Yo?

CAPITAN.

Tú, villano.

LUCINDO.

Pues di que te le dé; que si mi letra
Tuviere ese papel...

CAPITAN.

Detente un poco;

Que si es ajena, mayor mal seria.

LUCINDO.

Hernando. (Ap. á él.)

HERNANDO.

Señor.

LUCINDO.

¿Oyes?

HERNANDO.

Ya lo entiendo.

Sin duda que papel quiere escribirte,
Y que te avisa que á buscarle vayas
Entre la reja y la ventana.

CAPITAN.

Escucha;

Que pasa alguna gente, y no querría
Se dijese en Madrid mi casamiento.
(Hablan bajo.)

ESCENA XXI.

DORISTEO, FINARDO.—DICHOS.

DORISTEO.

Hablando está con su padre.

FINARDO.

Pues apártale; que importa.

DORISTEO. (A Lucindo.)

Una palabra os quisiera.

LUCINDO.

Estoy con mi padre agora;
Pero sepamos lo que es
Buscarme con tanta cólera;
Que después habrá lugar (A su padre)
De responderos á solas.

(Apártase á hablar con Lucindo.)

CAPITAN.

¿Qué quieren estos, Hernando?

HERNANDO.

Amigos son.

CAPITAN.

Serán cosas

Del juego.

HERNANDO.

Así lo sospecho.

CAPITAN.

Nunca dél resultan pocas.

DORISTEO. (A Lucindo.)

Sin tener obligacion
Ni conoceros (que sobra
Para no guardar la cara
Que un hidalgo no os conozca),
Puse en Gerarda los ojos.

LUCINDO.
Si es esa la queja sola,
Yo os doy desde aquí á Gerarda.

DORISTEO.
No es esa.

LUCINDO.
Pues, ¿cómo? ¿Hay otra?
DORISTEO.

Otra tan grande, que creo
Que solo el ver me reporta
Aquí vuestro anciano padre.

LUCINDO.
Engaños son de esa loca.

DORISTEO.
Vos, de picado de ver
Que á vuestro amor me anteponga,
Habeis pensado vengaros
Quitándome á mí la honra.
Servido habeis á mi hermana;
Y ella mal sabia y bien moza,
Fué anoche con vos al Prado.

LUCINDO.
¡Extraña invencion de historia!
Ni conozco á vuestra hermana,
Ni trato vuestra deshonra,
Ni sé, por Dios, vuestra casa.

FINARDO.
La tercera es sospechosa.
¡Vive Dios, que os ha engañado!

DORISTEO.
¿Cómo engañado, si nombra
A Estefanía, mi hermana,
De un indiano muerto esposa?

LUCINDO.
Ya entiendo todo el engaño.
La dama, Señor, fué otra,
Con quien me pienso casar;
Que porque aquesta celosa
Por el nombre no supiese
Quién era antes de las bodas,
La puse el nombre primero
Que me vino á la memoria;
Que lo mismo fuera Inés,
Francisca, Juana ó Antonia.
Esto es la yerda, por Dios.

DORISTEO.
Pues siendo verdad notoria,
Para satisfacion mia,
Aunque decirlo vos sobra,
Hogaré que me digais
El nombre de esa señora.

LUCINDO.
Porque habeis de ver muy presto
Que conmigo se desposa,
Fenisa, Señor, se llama.
Esta quiero, ella me adora;
La calle de los Jardines
Es la esfera donde posa,
Y yo soy vecino suyo.
Recelo mi padre toma,
Y yo querria dejarle;
Dadme licencia.

DORISTEO.
Estas cosas
Hace el honor. Perdonad.
Mil años goceis la novia.

(Véase Lucindo.)

ESCENA XXII.

EL CAPITAN, DORISTEO, FINARDO,
HERNANDO.

CAPITAN.
¿Dónde va aquel?

HERNANDO.
No sé.

CAPITAN.
¿Si es desafío?

HERNANDO.
Habla esos hombres.

CAPITAN.
¡Ah señores! creo,
Si no me engaña de mi sangre el brio,
Que de reñir los dos teneis deseo.
Sabed que aquel hidalgo es hijo mio;
Y pues va solo, y dos con armas veo,
Yo iré con él, y dos á dos podrémos
Probar los corazones que tenemos.
Soldados fuimos ya los dos en Flándes;
Fui capitan, y él fué mi alférez: vamos.

FINARDO.
Los dos irán á que servir los mandes;
Que es bien que de soldados te sirva-
[mos].
De hoy mas serán, Señor, amigos gran-
[des];

Que aunque por unos celos le buscamos,
El nos aseguró que no servia
La dama que este hidalgo presumia.
Ya sabemos quién es á quien pasea,
Y Fenisa nos dijo que se llama.

CAPITAN.
¿Cómo? ¿Fenisa!

FINARDO.
En fin, como desea
Casarse, y que á esta sola adora y ama.

CAPITAN.
Antes su muerte á vuestras plantas vea.

DORISTEO.
¿Mandáisnos otra cosa?

CAPITAN.
Que esa dama
Tengais por mujer mia; que no suya.

DORISTEO. (Ap. á Finardo.)
El cobarde mintió.

FINARDO.
La culpa es tuya.

DORISTEO.
¡Vive el cielo, que sirve á Estefanía!

FINARDO.
Disimula y busquémosle.

DORISTEO.
El soldado
Se fué de aquí de pura cobardía.

FINARDO. [do!]
¿Que este es hijo de un padre tan honra-
(Váase Doristeo y Finardo.)

ESCENA XXIII.

EL CAPITAN, HERNANDO.

CAPITAN.
¿Que sirva este traidor la esposa mia,
Con quien casarme tengo concertado,
Y que se alabe que ha de ser su esposa!

HERNANDO.
¿Posible es que lo dijo? ¡Extraña cosa!

CAPITAN.
Alto; pónle su ropa en la maleta.
No ha de quedar aquí ni solo un día;
Camíne á Portugal.

HERNANDO. (Ap.)
No fué discreta
La industria de Lucindo.

CAPITAN.
¿Hay tal porfia?
De noche por las rejillas la inquieto;
Besó su mano, y dijo: «madre mia,»
Y quizá dijo «esposa» entre los labios.
No se pueden sufrir tantos agravios.

Notifícale luego la partida,
Cálzate botas.

HERNANDO.
Cásate primero.

CAPITAN.
No quiero dar lugar á que lo impida;
Que sirva al Rey, y no á Fenisa, quiero.
No ha de entrar en Madrid mas en mi vi-
[da].

HERNANDO.
Que templarás aquece enojo espero.

CAPITAN.
Daréte, vive Dios, con la de Juanes.
¡Oh, qué lindo soy yo para truhanes!

ACTO TERCERO.

Calle en que vive Belisa. — Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

LUCINDO, con capa con oro, y plumas;
HERNANDO.

LUCINDO.
¿Que mi padre les contó
Que era su esposa, y no mia?

HERNANDO.
¿Que siendo yo Estefanía,
Aude en estos cuentos yo?

LUCINDO.
El nombre ha dado á entender
Que es su hermana á Doristeo.

HERNANDO.
Tan ciego á tu padre veo,
Que te ha de echar á perder.
Pienso que van á buscarte;
Que de Fenisa el amor,
Dirán que ha sido temor
Y término de escaparte.
¿Para qué se lo decias?

LUCINDO.
Para asegurar un hombre,
No entendiendo que aquel nombre
Se le acordara en sus dias.

HERNANDO.
¿Piensas ir á Portugal?

LUCINDO.
¿Cómo, si mi bien me avisa
De que su madre Belisa
Ha de remediar mi mal?

HERNANDO.
¿Fuiste á la reja?

LUCINDO.
¿Pues no?

HERNANDO.
Y ¿hallaste el papel?

LUCINDO.
Estaba
Donde á mi padre avisaba,
Cuando á mi padre engañó.
Halléle al fin en la reja,
Ledle, y dice que luego
Me finja de amores ciego
De su madre.

HERNANDO.
¿De la vieja?

LUCINDO.
De la misma.

HERNANDO.
¿Extraño caso!

LUCINDO.
Pues mas me ha mandado hacer.

¿Y es?

HERNANDO.

LUCINDO.
Pedirla por mujer.

HERNANDO.

¿Por mujer?

LUCINDO.

Habla mas paso;
Que ha de salir al balcon,
Y acaso te puede oír.

HERNANDO.

Solo pudiera impedir
Tu partida esta invencion.
¿Discreta mujer!

LUCINDO.

Notable.

HERNANDO.

¿Y piensas con ella hablar?

LUCINDO.

Tú has de estar en mi lugar,
Para que contigo hable.
Fígete Lucindo, y yo,
Mientras hablas á Belisa,
Estaré con mi Fenisa;
Que así el papel me avisó.

HERNANDO.

¿Qué hablaré?

LUCINDO.

Cosas de amor.

HERNANDO.

Mucho sabe esta doncella;
Mil veces pienso si es ella...

LUCINDO.

¿Quién?

HERNANDO.

La doncella Teodor.

LUCINDO.

Hoy quiero probar tu seso.
Veamos cómo requiebras
Esta vieja.

HERNANDO.

Hoy me celebras

Por único.

LUCINDO.

Yo confieso
Que por inferior me nombre
Á tu ingenio, si la engañas.

HERNANDO.

Mis telas son telarañas.
¿Qué importa ser gentilhombre,
Si faltan galas?

LUCINDO.

Pues bien...

HERNANDO.

Dame esa capa con oro.

LUCINDO.

Dírate, Hernando, un tesoro.
Toma el sombrero tambien.

HERNANDO.

Tú podrás ponerte el mio.
(Cambian de capa y sombrero.)

LUCINDO.

A fe que quedo galan.

HERNANDO.

¡Ah Lucindo, cómo dan
Los vestidos talle y brio!

LUCINDO.

Quedo; al balcon han salido.

ESCENA II.

FENISA y BELISA, que salen á una re-
ja alta. — Dichos.

BELISA.

Dame, Fenisa, lugar;

Que quiero á Lucindo hablar.

FENISA.

¿De qué sabes que ha venido?

BELISA.

Veo dos hombres parados
Mirando nuestro balcon.

FENISA.

Bien conoces, ellos son;
Que hacen señas embozados.
Voyme, y Dios te dé ventura...
— Mas dame licencia un poco
De hablar á Hernando.

BELISA.

Es un loco.

FENISA.

Agradame su locura,
Y téngole que decir
Un recado al Capitan.

BELISA.

Vé á esotra reja.

(Retírase Fenisa.)

HERNANDO.

Ya están

Donde nos pueden oír.

LUCINDO.

Fenisa se fué de allí.

HERNANDO.

Su madre la despidió.

BELISA.

¿Sois Lucindo?

HERNANDO.

No soy yo,
Después que vivis en mí;
Pero soy el que os adora
Con el alma que le daís,
Pues mi humildad levantaís
A vuestro valor, Señora.
— ¿No va bueno? (Ap. á Lucindo.)

LUCINDO.

¡Pesía tal,

Que hablas con gran discrecion!

HERNANDO.

Estoy hecho un Ciceron.

BELISA.

Puesto que parece mal,
Lucindo, que una mujer,
Que en fin de Fenisa es madre,
La case con vuestro padre
Y á vos os venga á querer,
Que en efeto sois su hijo;
Llegado á que me queráis,
Yo confieso que me daís
Un juvenil regocijo.
Es posible que os agrado
Y que os parezco tan bien?

ESCENA III.

FENISA, que sale á otra reja; BELI-
SA, en la primera reja; LUCINDO y
HERNANDO, en la calle.

FENISA. (En voz baja.)

¿Cé, Lucindo!

LUCINDO.

¿Quién es?

FENISA.

Quien

El alma y vida te ha dado.
Llega, mientras entretiene
A la loca de mi madre
Tu criado.

HERNANDO.

Si mi padre,
Como viejo, á querer vieneLa tierna edad de Fenisa,
Yo, como mozo, os adoro
Por ese grave decoro.

FENISA.

Muréndome estoy de risa.

HERNANDO.

Esas tocas reverendas,
Ese estupendo monjil,
Ese pecho varonil,
Testigo de tantas prendas;
Ese chapin enlutado,
Que del pié los puntos sabe,
Que pisa el suelo, mas grave
Que un frison recién herrado,
Esa bien compuesta voz,
Ese olor, de amor espuela,
Que es azúcar y canela
De aquestas tocas de arroz;
Esos anteojos al lado;
Para encubrir los de enfrente;
Ese manto, en que consiente
Ser el amor manteado;
Esa encarnada nariz,
Donde amor destila y saca
Ambar, mirra y tacamaca,
Mas que el Arabia feliz;
En fin, tocas, piés, frison,
Nariz, monjil, manto, anteojos,
Voz, chapin, son á mis ojos
Selvas de varia licion.

LUCINDO.

¿Escuchástele?

FENISA.

Sospecho

Que ha de entender el engaño.

LUCINDO.

En que yerre está mi daño,
Y en que acierte mi provecho.
Pero dime, prenda mia,
¿Qué ha de ser de nuestro amor,
Si de ti con tal rigor
Este padre me desvia?
No te descuides, mi bien;
Que apresura mi partida.

FENISA.

No tengas pena, mi vida,
Ni esos miedos te la dén;
Que mi madre loca y vana
Está por tu amor de modo,
Que pondrá remedio en todo.

LUCINDO.

Sí; mas la boda cercana
Me amenaza, como ves;
Y si él se llega á casar,
¿Cómo podrás remediar
Mi ausencia, y muerte después?
A la fe, que aunque es tan cierto
Que eres discreta y sutil,
Que no halles modo entre mil
Para dar la vida á un muerto.

FENISA.

Si soy tuya, si nací
Para tí sola, y si estoy
Cierta que como yo soy
Tuya, tú lo eres de mí,
Da traza cómo salgamos
Destos padres enemigos.
Hacienda tienes y amigos;
Adonde quisieres vamos.
Discreta y enamorada
Me sueles Lucindo hacer;
Mas ya solo quiero ser
Mujer y determinada.

LUCINDO.

Si tienes resolucion
De que te saque de aquí,
Animo me sobra á mí
Para igual ejecucion.
Esta noche, gloria mia,

Joyas y vestidos coge,
Y aunque tu madre se enoje,
Te sacaré á mediodía;
Que no temo de mi padre
El mal que me pueda hacer.

FENISA.
Si voy á ser tu mujer,
Mátame después mi madre.

BELISA.
¿Que tiene determinado
Enviarte á Portugal?

HERNANDO.
No he visto locura igual
Como en la que el viejo ha dado.
Dice que adoro á Fenisa,
Que la sirvo y solicito,
Que el sueño y quietud le quito,
Y sigo en saliendo á misa;
Y de celos me destierra.

BELISA.
Mi bien, y ¿quereisla vos?

HERNANDO.
¡Yo á Fenisa! ¡Plegue á Dios
Que aquí me trague la tierra,
Que me maten seis villanos
En su heredad ó su aldea,
Porque no hay muerte que sea
Mas infame que sus manos;
Plegue á Dios que un arcabuz
Probándole me traspase,
O que una espada me pase
Desde la punta á la cruz,
Si en mi vida tuve intento
De amalla ni pretendella,
Ni jamás hablé con ella
De amor ni de casamiento!

LUCINDO.
Muy bien lo puede jurar.

BELISA.
Satisfecha estoy, mi bien.

HERNANDO.
Dejando aquesto también,
Tienes algo que me dar?
Porque en dándome un enojo,
O en jurando alguna cosa,
Me da una hambre espantosa;
Soy preñada con antojo.

BELISA.
¿Gana tienes de comer?

HERNANDO.
Rabio, por Dios.

BELISA.
Todo es malo
Cuanto hay en casa; un regalo
Mañana te quiero hacer.
¿Qué conserva comes bien?
Que soy en dulces notable;
De guindas es razonable,
Y de perada también.
Duraznos es extremada.
¿Qué conserva haré?

HERNANDO.
Un menudo
Con su perejil; que dudo
Que la haya tal, bien lavada.

BELISA.
¿Deso gustas? Pues ballaste
La limpieza, la sazón
Y el buen gusto.

HERNANDO.
Cosas son
En que el tuyo conformaste.
Enviamele mañana.

LUCINDO.
¿Hay villano tan grosero?

BELISA.
¿Qué menudo hacerte espero!

HERNANDO.
No será peor la gana.

BELISA.
¿Menudo comes?

HERNANDO.
No pudo
Ponerse ese gusto en duda,
Porque quien sirve á viuda,
Se obliga á comer menudo.

LUCINDO.
Gente pasa. ¡Cé!

BELISA.
¿Quién llama?

HERNANDO.
Hernandillo, mi criado,
Que allá con Fenisa ha hablado.

BELISA.
¿Lindo pícaro!

HERNANDO.
De fama.

Diceme que pasa gente.
Adios.

BELISA.
El, mi bien, os guarde.

LUCINDO.
Pues pasa gente y es tarde,
Adios.

FENISA.
¿Ay mi gloria ausente!
— ¿Qué bien que la has divertido!

HERNANDO.
Famosamente la hablé.

LUCINDO.
Vén tras mí. Pero ¿qué fué
Aquello que le has pedido?

HERNANDO.
Un menudo.

LUCINDO.
¿Y eso pudo
Pedir tu lengua, grosero?

HERNANDO.
Tú negocias por entero,
Yo negocio por menudo.
(Vanse.)

Sala en casa de Gerarda.

ESCENA IV.

DORISTEO, GERARDA.

GERARDA.
Sosiega el pecho celoso;
Que yo sabré si es verdad.

DORISTEO.
Sospecho que temeroso
De alguna temeridad,
A que obliga un caso honroso,
Dijo que el nombre fingía,
Y fué á cuento Estefanía,
Porque su padre en mi daño
Me dijo por desengaño
Cómo á Fenisa servía.

GERARDA.
El padre acaso pensó
Que á Fenisa amabas...

DORISTEO.
¿Yo?

GERARDA.
Y para en paz os poner,
Dijo que era su mujer.

DORISTEO.
No lo entiendo.

GERARDA.
¿Cómo no?
Si pensó que la cuestión
Era por Fenisa allí,
¿No fué sutil invención
Hacerla su mujer?

DORISTEO.
Sí,
Tienes, Gerarda, razón;
Pero mi celoso honor
Aun quiere desto mas prueba.

GERARDA.
También la pide mi amor.

DORISTEO.
Esta sospecha me lleva
De un temor á otro mayor.

GERARDA.
¿Quieres que los dos sepamos
Si es verdad que ama á Fenisa?

DORISTEO.
Si quiero.

GERARDA.
A su casa vamos.

DORISTEO.
¿Cuál ignorancia te avisa
Que si le quisiere digamos?

GERARDA.
¿Digo yo que sea así?

DORISTEO.
Pues ¿cómo?

GERARDA.
Yo entraré huyendo.

DORISTEO.
¿De quién has de huir?

GERARDA.
De tí.
Que eres mi esposo diciendo.
Sacarás la daga...

DORISTEO.
Bien.
GERARDA.
Pondrános en paz su gente;
Quedaréme allí también,
Donde á Fenisa le cuente
Que quiero á Lucindo bien,
Y que por él me matabas;
Que te llame, y en secreto
Te diga lo que dudabas.

DORISTEO.
Gentil industria! En efecto
De mujer.

GERARDA.
¿Su ingenio alabas?

DORISTEO.
Oh mujeres!

GERARDA.
Y españolas...

DORISTEO.
Camina.
Si estamos solas,
Ella dirá la verdad.

DORISTEO.
Mujeres con voluntad
Son como la mar con olas.
(Vanse.)

Una cuarteta entre Gerarda y Doristeo.

Sala en casa de Belisa.

ESCENA V.

EL CAPITAN, FENISA, BELISA.

CAPITAN.

Si supiera vuestro intento,
No le echara de mi casa.

BELISA.

Yo os he dicho lo que pasa.

CAPITAN.

Huélgome del casamiento;
Daros quiero el parabien.

BELISA.

Si mi bien camino va,
El paramal me dará
Quien me ha dado el parabien.

CAPITAN.

Si yo estuviera avisado
De que Lucindo os queria
(Que en opinion le tenia
De hombre menos asentado),
Yo propio tratara aqui,
Belisa, del casamiento;
Que es dar á mi bien aumento
Que nos troquemos ansí.
Casado con quien es madre
De mi bien, como confío
De vos misma, el hijo mío
Vengo yo á tener por padre;
Y Fenisa, mi mujer
Y vuestra hija, tendrá
Padre en Lucindo; y dará
A todo el mundo placer
La discrecion del trocar
Las edades por los gustos.

BELISA.

Dado me habeis mil disgustos
En pretenderle ausentar;
Y no os descuideis en ir
Donde el camino estorbeis.

FENISA.

Gran rigor usado habeis.

CAPITAN.

No me supe resistir.

FENISA.

¡Fué celos, por vida mia,
Del destierro la ocasion?

CAPITAN.

Celos de su vida son;
Que una cierta Estefanía
Le trae de manera ciego,
Que le han querido matar
Dos hombres deste lugar,
Y le matan si no llevo.

BELISA.

Pues ¿quiere á alguna mujer?

FENISA. (Ap.)

¡Qué es lo que escucho? ¡Ay de mí!

CAPITAN.

Así entonces lo entendi;
Mentira debe de ser.
No me acordé que le amais.
Perdonad: que por él voy.

(Vase.)

ESCENA VI.

BELISA, FENISA.

BELISA.

Confusa, Fenisa, estoy.

FENISA.

Mi pensamiento imitais.

BELISA.

Si tiene alguna mujer,
¡Buen lance habemos echado!

FENISA. (Ap.)

A tí poco te ha burlado,
Si burla te quiso hacer;
Pero á mí, que me engañó
Fingiéndome de veras...

BELISA.

¿Qué dices?

FENISA.

Que no creyeras
Lo que este viejo contó;
Que con los celos que tiene
Finge dos mil desatinos.

BELISA.

¡Por qué notables caminos
A darnos enojo viene!
Gente se nos entra acá.

FENISA.

Dejóse abierta la puerta.

BELISA.

¡Bien hará lo que concierta,
Si otra mujer tiene ya!

ESCENA VII.

GERARDA, huyendo de DORISTEO, la daga desnuda. — DICHAS.

GERARDA.

¡Favor, señores! Socorredme presto;
Que me mata este bárbaro tirano.

DORISTEO.

[tera?

¿Quién te ha de dar favor, infame adúltero?

BELISA.

Tened, Señor; no la mateis, os ruego.

FENISA.

Paso, Señor: ¿por qué le dais la muerte?

GERARDA.

¡Yo adúltera, Señor!

BELISA.

Tened la mano,
Respetad esas tocas norabuena.

DORISTEO.

Si no mirara esa presencia noble,
De vuestra calidad notorio indicio,
El corazon le hubiera atravesado.

GERARDA.

Y matáste en él; que en él te tengo.

DORISTEO.

¡Ahora amores, falsa, vil, perjura!
¡Ahora hechicerías! ¡Vive el cielo!...

FENISA.

Acabad, si quereis; que venis loco,
Y algun demonio revestido en celos
Os debe de mover la lengua y manos.

BELISA. (A Doristeo.)

No habeis de estar aquí, por vida mia.

[sento;

Venid; que os quiero hablar en mi aposento;
Descansaréis de vuestro mal conmiigo.

DORISTEO.

Yo os quiero obedecer, y referirle,
Aunque traiga mi infamia á la memoria.

BELISA.

Pues con mi hija quedará esta dama.
¿Qué nombre tiene?

DORISTEO.

Estefanía se llama.
(Vanse Belisa y Doristeo.)

ESCENA VIII.

FENISA, GERARDA.

FENISA.

De gran peligro os ha librado el cielo.

GERARDA.

¡Ay Señora! que estoy temblando toda.
¿Dónde me podré ir?

FENISA.

No tengais miedo.
Contadme vuestro mal.

GERARDA.

Si haré, si puedo.

Yo soy, gallarda señora,
Una mujer desdichada;
Aunque esto ya lo sabeis,
Pues lo veis en mi desgracia.
Nací en Búrgos, ciudad noble,
Y mis padres, que Dios haya,
Me trajeron á la corte
Niña en los brazos del ama.
Criáronme con regalo,
Y de mi tallo ó mis galas
Rendido el hombre que veis,
Me pide con grandes ansias.
Casáronme á mi disgusto;
En fin, sobre estar casada
De la manera que digo,
Carga el peso desta infamia.
Vime, sin gusto con él,
Mil veces determinada
Para quitarme la vida.

FENISA.

No digais tal.

GERARDA.

Esto pasa.

FENISA.

Pues, por desdicha ninguna,
¿Dice una mujer cristiana
Que se ha de quitar la vida?

GERARDA.

Señora, experiencia os falta.
No sabeis lo que es tener
En la mesa y en la cama
Un enemigo de día,
Y de noche una fantasma.
Mas mi desesperacion
Fué en este medio templada
Con la vista de un mancebo,
Soldado y sol dado al alma.
Era un alférez galan,
Por quien por puntos les daba
A las niñas de mis ojos
Alferecía sin causa;
Que en la mala compañía
Del marido que me daban,
Pensé que con un alférez
Pudiera sufrir las faltas.
Pagóme la voluntad,
Y con obras y palabras
Marchamos diez y seis meses,
Llevándose amor las armas.
Mas como en marchando amor
Toca la envidia las cajas,
Oyó el bando mi marido
Y los tiros á su fama.
Comenzó á tener sospechas;
Puso un espantajo en casa,
Para que el pájaro buyese
Que al hortelano burlaba.
Busqué medios por vecinos,
Hubo puertas y ventanas,
Porque cuando quieran dos,
Fácilmente se haraja.
Mas para abreviar, Señora,
Con mi amor y mi esperanza,
No ha faltado quien me ha dicho
Que el ver mi marido en arma
Hizo á Lucindo mudar
(Que así el alférez se llama)
El alma y el pensamiento
Adonde agora se casa
Con una Fenisa, dicen,
A quien de discreta alaban;
Que quien la alaba de hermosa,

Dicen que á su rostro agravia.
He perdido tanto el seso,
Que he salido de mi casa,
Y buscado de tal suerte
Este ingrato que me agravia,
Que hoy, como veis, mi marido
Me ha topado disfrazado;
Que pensaba hallarle aquí;
Que aquí vive quien me mata.
¿Conoceis en esta calle
Esta dama, hermosa dama?
¿Sabéis quién es por ventura
La que mis desdichas causa?
Que ya que de mi marido
Tomé puerto en vuestra casa,
Tras el remedio del cuerpo,
De vos espero el del alma.

FENISA.

¿Que Lucindo os quiere bien?

GERARDA.

¿Conoceisla?

FENISA.

¿A Dios pluguiera

Que mi yo le conociera,
Ni él á mí!

GERARDA.

¿Ni vos también!

¿Cosa que á tiento haya dado
Con la causa de mi mal!

FENISA.

El vuestro no ha sido igual
Al mal que me habeis causado.
Yo soy Fenisa, ¡ay de mí!
Engañada de ese ingrato,
Que no sabiendo su trato,
Mucho del alma le di.
Yo soy con quien de secreto
Su casamiento trató,
Porque no pensaba yo
Tanto mal en tal sugeto.
Pero pues á tiempo estoy,
Y mi honor salvo, creed
Que agradezco la merced,
Y que de mano le doy.
Hoy con su padre me caso,
Por solo hacerle pesar;
Que le tengo de abrazar
Con el fuego en que me abraso.
Y pues que vos le queréis,
Gozaos por largos años.

GERARDA.

¿Que vos me haceis tantos daños,
Y que vos muerto me habeis?
Que vos os llamais Fenisa?

FENISA.

Estad segura que ya
Lucindo vuestro será.

GERARDA.

Mi desengaño os avisa.
Es el hombre mas traidor,
Mas mudable y lisonjero
Que ha visto el mundo.

FENISA.

No quiero

Mas desengaños, amor.
Adios, gustos atrevidos.
¿Vuestro nombre?

GERARDA.

Estefanía.

FENISA.

Bien su padre me decia,
No eran sus celos fingidos.
Ya sabia vuestro nombre,
Ya sé todo lo que pasa.

GERARDA.

No admitais en vuestra casa,
Pues que sois cuerda, tal hombre;

Mirad que os ha de quitar
El honor.

FENISA.

Perded el miedo.

GERARDA.

Ya, Señora, que me puedo
De mi marido librar,
Dadme licencia; que quiero
Irme en casa de una hermana.

FENISA.

¿Queréis verme?

GERARDA.

Cosa es llana.

Ser muy vuestra amiga espero.
¿Hay puerta falsa?

FENISA.

Si habrá,

Si por Lucindo salis.

GERARDA.

¿Qué bien, Señora, decís!
Adios.

FENISA.

Presto; que os verá.

GERARDA. (Ap. yéndose.)

Famosamente he sabido
De Lucindo el pensamiento,
Y su gusto y casamiento
Por notable estilo impido.
¡Bella mujer, lindo talle!
Muriéndome voy de celos.
Guardad á Lucindo, cielos;
Que he de matarle en la calle. (Vase.)

ESCENA IX.

FENISA.

Salga del alma aquel violento rayo
Que la dejó como ceniza fria,
Porque parezca la esperanza mia
Palma sobre las nieves de Moncayo.

Ya estaba en flor, cuando en mitad de
El hielo derribó su lozanía;
Que cuando muda el tiempo, basta un
Para que su verdor trueque en desmayo.

No mas gustos de amor, que son enga-
Que llevan la razon por los cabellos;
No sufra el alma tan injustos daños.

No quiero bienes ya, por no perdellos;
Mas ¿cómo olvidaré con desengaños,
Si dicen que se aumenta amor con ellos?

ESCENA X.

LUCINDO.—FENISA.

LUCINDO.

Con la determinacion,
Bella Fenisa, de ser
En tan dichosa ocasion
Tu esposo, y tú mi mujer,
Que nombres seguros son,
He tenido atrevimiento
De llegar á tu aposento,
Y dejo un coche en la calle,
Que de ese gallardo talle
Viene á ser alojamiento.
Ven, sin poner dilacion,
Al coche, fénix divina;
Porque en aquesta ocasion
Te quiero hacer Proserpina
Desté abrasado Pluton.

¿Qué te suspendes? ¿Qué miras?

FENISA.

¿No quieres que me suspenda?
¿Qué dices? ¿Burlas? ¿Deliras?
¿Con quién hablas?

LUCINDO.

Dulce prenda
Del alma, ¿á qué blanco tiras?
¿Hay alguien con quien cumplir?
¿No es hora ya de salir.
Como anoche concerté?

FENISA.

¿Con quién el concierto fué?
Eso me vuelve á decir!

LUCINDO.

¿No me hablaste anoche?

FENISA.

Si.

LUCINDO.

Lo que concertamos di.

FENISA.

Que te cases con mi madre,
Pues yo lo estoy con tu padre.

LUCINDO.

¿Con tu madre? Eso fingi.

FENISA.

Ya no puede ser fingido.
Testigos hay que has tratado
Ser de mi madre marido.

LUCINDO.

¿Luego tú me has engañado?

FENISA.

El engaño tuyo ha sido.
De mí no hay que pretender;
Que soy mujer de tu padre,
Y mi madre es tu mujer.

LUCINDO.

¿Cómo mi mujer tu madre?
Demonio debes de ser.
¿No te acuerdas que tú fuiste
La que primero me quise?
Tercero á mi padre hiciste,
Mi padre me dió el aviso,
Y te hablé donde quisiste.
En orden á nuestro intento
Fingimos el casamiento.
¿Qué me dices de tu madre?

FENISA.

Yo soy mujer de tu padre,
Esto es verdad y esto siento.
Si mi madre no te agrada,
Mas señora, mas honrada
Que tu dama Estefanía,
Vete á buscarla, y porfia.
Que es dulce la fruta hurtada.
Mas guarda; que su marido
Te busca.

LUCINDO.

En lo que has hablado,
Celosa te he conocido.
Sin duda te han engañado
Con ese nombre fingido.
Mi lacayo Hernando fué
Una noche Estefanía;
Que así al Prado le llevé.
No dilates, fénix mia,
El galardón de mi fe;
Que si he visto á Estefanía,
La vida me quite el cielo,
Fálteme el sol, falte el día,
Sepúlteme vivo el suelo,
Y pierda tu luz, luz mia.
Mira que te han engañado,
Porque Hernando disfrazado
Ha sido la Estefanía.

FENISA.

Conozco tu alevosia;
Tarde, Lucindo, has llegado,
Y no me hagas perder
El respeto; que has de ser
Antes de un hora mi padre;
Que al marido de mi madre
Debo por padre tener.

LUCINDO.
¿Qué dices?

FENISA.
Lo que has oído.
LUCINDO.

¿Tienes seso?
FENISA.
El que te falta.

LUCINDO.
O tú ó yo le hemos perdido.

FENISA.
Eso sí, da voces, salta;
Que ya vendrá mi marido.

LUCINDO.
¿Válgame Dios!
FENISA.
Valga pues.
LUCINDO.

¿Mataréme?
FENISA.
Necedad.
LUCINDO.

Pues ¿qué haré?
FENISA.
Casarte.
LUCINDO.

¿Ves
Como fué mi amor verdad,
Y tu liviandad lo es?
Ves cómo vine por tí,
Y que como hombre cumplí
Lo que anoche concerté?
Ves cómo mujer te hallé,
Y no mujer para mí?
Ves cómo es bien empleado
Todo cuanto mal decimos
De vosotras? Ves que he estado,
Conforme el concierto hicimos,
Prevenido y confiado?
Pues ¡plegue á Dios que te veas,
Y tan presto, arrepentida,
Que tú mi venganza seas!
Que en lo que toca á mi vida,
Será lo que tú desees.
Goza á mi padre; que es padre,
Y es mejor que yo en efeto,
Puesto que menos te cuadre;
Que yo seré tan discreto,
Que la mujer trueque en madre;
Que pues mi padre me envía
A Portugal, porque tal
Delito en quererte hacia,
Me pasará á Portugal
Por la libertad, que es mia. (Vase.)

FENISA.
¡Ay Dios! detente Señor...¹
—Pero no, que es cauteloso. ²
Vaya esta vez el traidor. ³

ESCENA XI.

HERNANDO.—FENISA.

HERNANDO.
Oye, escucha.

FENISA.
¿Que haces señas? ⁴
HERNANDO.

¿Tan tibia en esta ocasión! ⁵
¿Cómo ese rigor me enseñas? ⁶
No vino Lucindo aquí,
Segun me dijo, por tí?

FENISA.
Ya estamos desconcertados.
HERNANDO.

¿Cómo?
¹²³⁴⁵⁶ Seis versos de dos quintillas incompletas.

FENISA.
Hay amores casados;
No era bueno para mí.
¿Quién es una Estefanía
A quien Lucindo queria?

HERNANDO.
¿Hasta acá llega el enredo?
FENISA.

¿Qué enredo?
HERNANDO.
Decirte puedo
Que fui yo esa dama un día.

FENISA.
¿Tú esa dama?
HERNANDO.
Disfrazado
Con un manto, estuve al lado
De cierta dama. En efeto
Dí celos, y esto secreto,
No sepa que lo he contado.
Que mi señor la queria
Antes que os viese; y después
Os juro, señora mia,
Que un tigre á sus ojos es,
Aunque se cansa y porfia;
Que anda perdida y celosa.

FENISA.
Sin duda me han engañado.
HERNANDO.
Yo sé que no hay otra cosa
Que le dé en Madrid cuidado
Sino vos, Fenisa hermosa.
Mas ¿qué le diré?

FENISA.
No sé;
Que viene mi madre aquí.
Huye.

HERNANDO.
Por allí me iré. (Vase.)

ESCENA XII.

BELISA.—FENISA

BELISA.
Ya, Fenisa, despedí
Aquel hombre.
FENISA.
Y ¿cómo fué?

BELISA.
No sé si podré, de risa,
Contarte lo que ha pasado.

FENISA.
De todo, madre, me avisa.

BELISA.
De verte se ha enamorado.
FENISA.

¿Tan presto?
BELISA.
Escucha, Fenisa;
Que te quiere por mujer.

FENISA.
¿Siendo casado?

BELISA.
Es enredo
Que esta mujer quiso hacer.

FENISA.
Que son celos tengo miedo.

BELISA.
Celos debieron de ser.
Contóme que concertaron
Que se hiciese su marido,
Porque los dos sospecharon,
El que su hermana ha servido,
Y ella que aquí le engañaron...

FENISA.
¿A quién?
BELISA.
A Lucindo.

FENISA.
¿Bien!
¿Que de Lucindo son celos?
BELISA.
Y á mí me los dan tambien.

FENISA.
Pusieron en paz los celos
Su verdad y mi desden.
(Ap. Perdi gallarda ocasion
De gozarle á mi contento;
Mas no faltará invencion.
Hoy será mi casamiento
En casa y con bendicion.)
Madre, no estés divertida.
Después que esta cautelosa
Mujer, falsa y atrevida,
Vino sin vida, celosa,
Para quitarnos la vida,
Ha estado Lucindo aquí
Y me ha dicho que te adora.

BELISA.
¿Es cierto?
FENISA.
Esto pasa así.
Pero dícame, Señora,
Que hablando á su padre en tí
Le halla muy desabrido
En que sea tu marido,
Y que es forzoso en efeto
El casaros de secreto.

BELISA.
Siempre lo tuve entendido.
No quisiera el capitan
Que su hijo se casara,
Porque murmurar podrán
Que el viejo goza esa cara,
Y que á Lucindo me dan.
—Pues mi marido ha de ser.

FENISA.
El dice que en tu aposento
Te quiere esta noche ver.

BELISA.
¿Qué sientes de eso?
FENISA.
¿Qué siento?

Que allí serás su mujer.

BELISA.
Trázalo, pues anochece.

FENISA.
Véte á prevenir, y calla.

BELISA.
Mi ventura me enloquece;
Por no darte que envidialla,
No digo lo que me ofrece.
Voy á perfumarlo todo
Y que esté con grande aseó.

FENISA.
Hazlo, madre, de ese modo.
(Vase Belisa.)

¿Qué bien mis bodas rodeo,
Y el nuevo engaño acomodo!

ESCENA XIII.

EL CAPITAN.—FENISA.

CAPITAN.
¿Es mi Fenisa?

FENISA.
Soy quien te desea.
¿Adónde está Lucindo? Que mi madre
Ya quiere efetuar el casamiento.

CAPITAN.
¿Qué casamiento?

FENISA.

El sayo con el mio.

CAPITAN. [minos;
Bien dice, y no aguardemos á mas tér-
Que ya los dos tenemos corta vida.

FENISA.

Yo estoy, Señor, tambien desengañada
De que no era Lucindo el que venia
De noche á mi ventana.

CAPITAN.

¿Qué me cuentas?

FENISA.

Hoy supe que era un cierto amigo suyo;
Y así, quiero que vayas á buscarle,
Y le digas que ronde aquesta noche
La puerta desta casa con Hernando;
Porque anoche á las diez, por la ventana
Del huerto entró el amigo que te digo,
Y á la puerta llamó de mi aposento.
Levantéme, pensando que mi madre
Venía á visitarme, y si no cierro,
No dudes que sucede una desgracia.

CAPITAN.

¡Hay maldad semejante! ¡Vive el cielo,
Que he de ser yo quien ronde!

FENISA.

No, mis ojos;
Que en ese tiempo habeis de estar con-
CAPITAN. [migo.

¿Adónde?

FENISA.

En mi aposento, de secreto.

CAPITAN.

Dadme esas manos.

FENISA.

Advertid que quiero
Que vengais muy galan y rebozado,
Y que os hagais la barba; que no gusto
De verla de esa hechura; que en efecto
Pareceréis mejor mas atusado.

CAPITAN.

Quien para tanta gloria se previene,
No dudeis que vendrá galan del todo.
La barba haré cortar á vuestro gusto;
Pues hacerse la barba es muy de novios;
Y yo lo he de ser vuestro.

FENISA.

Ya es muy tarde,
Hablad á vuestro hijo.

CAPITAN.

El cielo os guarde.

(Vase.)

Sala en casa del Capitan.

ESCENA XIV.

LUCINDO, HERNANDO.

LUCINDO.

Arrepintióse.

HERNANDO.

¿Qué dices?

LUCINDO.

Lo que oyes.

HERNANDO.

No lo creas.

LUCINDO.

Ni tú mudanzas que veas.

HERNANDO.

Son retóricos matices
Para encarecerme el bien.

¿Hasla por dicha gozado?
Que te veo muy mirrado.

LUCINDO.

Y aun muerto me ves tambien.

HERNANDO.

¿Hablas de veras?

LUCINDO.

Llegué

Para sacalla de allí,
Y de manera la vi,
Que dando voces bajé.
Volvi el coche, y los amigos
Se volvieron á su casa.

HERNANDO.

Pues ella toda se abraza,
Y estos ojos son testigos...

LUCINDO.

¿Cómo?

HERNANDO.

De celos crueles.

LUCINDO.

Pues ¿de quién?

HERNANDO.

De Estefanía.

LUCINDO.

¿Que esto dure todavía!
No me aflijas, como sueles;
Que todo nace de amor.

HERNANDO.

Tu padre.

LUCINDO.

No importa nada.

ESCENA XV.

CAPITAN. — Dichos.

CAPITAN.

Bien aprestas la jornada.

LUCINDO.

Mañana me voy, Señor.

CAPITAN.

¿Buena es eso! Estás casado
Con Belisa, y vástelo luego!

LUCINDO.

Eso ha sido burla y juego.

CAPITAN.

Yo sé que tomas estado;
Pero que sea ó no sea,
Ya te quedarás aquí.

LUCINDO.

¿Por qué?

CAPITAN.

Porque ya entendi
Quién á Fenisa desea,
Y aun es grande amigo tuyo.

LUCINDO.

Tambien te habrán engañado.

CAPITAN.

Ya Fenisa me ha contado
Que fué todo engaño suyo.
Dice que anoche pasó
Por la pared de la huerta
Cierta persona incierta,
Y á su aposento llegó:
Llamó, salió á abrir, y viendo
El engaño, cerró.

LUCINDO.

Extraño

Hubiera sido el engaño.

CAPITAN.

Dió voces, y fuése huyendo.

Hame dicho que te diga
Rondes esta noche allí.
¿Haráslo así?

LUCINDO.

Señor, sí:

Mandármelo tú me obligas.

CAPITAN.

Pues yo vengo muy de prisa.
Armate, y guardete Dios. (Vase.)

ESCENA XVI.

LUCINDO, HERNANDO.

LUCINDO.

Hoy nos casamos los dos.

HERNANDO.

¿Cómo?

LUCINDO.

Ya entiendo á Fenisa.

Quiere que entre á su aposento
Por el huerto.

HERNANDO.

Dices bien;

Y que ella estará tambien
Allí con el mismo intento,
Mas los celos la han picado;
Hoy se cumplen tus deseos.

LUCINDO.

¿Por qué notables rodeos
A mi remedio he llegado!
Vente á armar, porque has de entrar
Al huerto y guardar la puerta.

HERNANDO.

Beatriz es dama encubierta;
Pero allá la pienso hallar.

(Vase.)

Calle.

ESCENA XVII.

DORISTEO, FINARDO.

FINARDO.

Yo no sé si le llame desengaño [do,
Entré fingiendo que era su marido;
El que de vuestra hermana habeis teni-
Pues veo que resulta en vuestro daño,
Viniedo de Fenisa tan rendido.

DORISTEO.

Hizo Gerarda aquel enredo extraño.
Entré fingiendo que era su marido;
Pero en viendo á Fenisa, quedé luego
Ciego del rayo de su ardiente fuego.
Estuve con su madre en su aposento;
Y si verdad os digo, dije el caso,
Y pedile á Fenisa en casamiento.

FINARDO.

Estas son sus ventanas; hablad paso.

DORISTEO.

¡Ay divino y dichoso alojamiento
De la décima musa del Parnaso,
De la mujer mas bella, y fénix solo.
Que en su giro veloz ha visto Apolo!

FINARDO.

Y ¡qué! ¿os pensais casar?

DORISTEO.

Si ella me quiere

FINARDO.

¿Es gente principal?

DORISTEO.

De virtud tanta,
Que la doncella á las demás prefiere,
Y la madre, Finardo, es una santa.

FINARDO.
¿Qué hacienda tiene?

DORISTEO.

Sea la que fuere,
Virtud en dote á todos se adelanta.
De su recogimiento y virtud quiero
Hacer, Finardo, el dote verdadero.

ESCENA XVIII.

EL CAPITAN, con barba diferente,
muy hecha, en hábito de noche; FUL-
MINATO.—DICHOS.

CAPITAN. (A Fulminato.)
Ya puedes volverte á casa.

FINARDO. (Ap. á Doristeo.)
Gente pasa.

DORISTEO.
Y encubierta.

FINARDO.
Creo que para á la puerta;
Que de la puerta no pasa.

FULMINATO.
¿Mandas que te aguarde aquí,
O que llame otros criados?

CAPITAN.
No; que aquellos embozados
Vienen á guardarme á mí.
Entro: vuélvete.

FULMINATO.
¿Quién son?

CAPITAN.
Lucindo y Hernando. (Éntrase.)

FULMINATO.
Quiero
Hablarlos.

FINARDO.
Entró.

DORISTEO.
¿Qué espero?

FINARDO.
¡Gran virtud! Gran religion!

FULMINATO.
¿Es menester compañía?

FINARDO.
Pase adelante, galan.

FULMINATO.
Perdonen...

DORISTEO.
Perdon le dan.

FULMINATO.
Que por otros los tenia. (Vase.)

DORISTEO.
¡Corrido estoy, vive Dios!

FINARDO.
¿Qué gran dote es la virtud!

DORISTEO.
Tal les dé Dios la salud.

FINARDO.
Pues quedo.

DORISTEO.
¿Cómo?

FINARDO.
Otros dos.

ESCENA XIX.

LUCINDO, HERNANDO.—DORISTEO,
FINARDO.

LUCINDO.
Piés, en mi amor os tened. 1

DORISTEO.
¿Echó escala?

FINARDO.
Y suben ya. 2

DORISTEO.
¿Qué casa es esta?

FINARDO.
No sé.
Que es fuerza es lo mas seguro,
Pues por la puerta y el muro
Tanto enemigo se ve.

DORISTEO.
¿Suben los dos?

FINARDO.
Así pasa.

DORISTEO.
Muchas mujeres habrá.

FINARDO.
Pues mas gente viene ya;
Que aun no está llena la casa.

ESCENA XX.

GERARDA, en hábito de hombre.—
DORISTEO, FINARDO.

GERARDA.
(Ap. Por ver si aquel mi enemigo
Viene á rondar por aquí,
Salgo de mi casa así,
Con mi amor y sin testigo.
No creo que me he engañado;
El y su Hernando serán
Los que en esta esquina están.
¡A qué buen tiempo he llegado!)
¿Eres tú, cruel?

DORISTEO.
¿Quién va?

GERARDA.
Yo soy, Lucindo.

DORISTEO.
¿Quién?

GERARDA.
Yo.

DORISTEO.
¿Es Gerarda?

GERARDA.
Tuya, no;

DORISTEO.
De Doristeo soy ya.

DORISTEO.
Yo soy ese Doristeo.

GERARDA.
¿Tú! Pues ¿qué buscas aquí?

DORISTEO.
A tí te busco.

GERARDA.
¿Tú á mí!

FINARDO.
Con un mismo intento os veo.
Tú por Fenisa venias,
Y tú por Lucindo vienés.

DORISTEO.
Es sin duda.

GERARDA.
Razon tienes.

1 2 Dos versos sueltos entre dos redon-
dillas: deben faltar otros dos.

DORISTEO.

Hoy habemos sido espías.
Mas mira; qué casa aquesta!
Tres hombres tienen allá.

GERARDA.

¿Tres hombres?

FINARDO.

Y aun treinta habrá.

GERARDA.

¡A fe que es Fenisa honesta!
Llama con una invencion,
Para que quién son sepamos.

FINARDO.

Fuego, que hay fuego digamos.

DORISTEO.

Y no con poca razon.

FINARDO. (A voces.)
¡Fuego, fuego!

DORISTEO.

¡Fuego!

GERARDA.

¡Fuego!

ESCENA XXI.

BELISA, y luego, FENISA y LUCINDO.
—DICHOS.

BELISA. (Dentro.)

¡Fuego en mi casa! ¡Ah, criados!

DORISTEO.

¡Fuego!

BELISA. (Dentro.)

¡Ah vecinos honrados!

¡Fenisa, levanta luego!

FENISA. (Dentro.)

¡Fuego, madre!

DORISTEO.

Que se abrasa

La casa.

LUCINDO. (Dentro.)
Luces de presto.

ESCENA XXII.

EL CAPITAN, BELISA, LUCINDO,
FENISA, HERNANDO, con una ha-
cha encendida.— GERARDA, DO-
RISTEO, FINARDO.

CAPITAN.

¿Fuego en la casa?

BELISA.

¿Qué es esto?

LUCINDO.

¿Fuego en casa?

FENISA.

¿Fuego en casa?

HERNANDO.

¿Dónde, Señor, está el fuego?

GERARDA.

Entre vosotros está;
Pero nadie lo verá,
Estando el honor tan ciego.
Dentro de una casa honrada
De una mujer como vos,
Hay dos hombres!

DORISTEO.

¿Cómo dos?

Y aun tres.

HERNANDO.

¡Hermosa empanada!

BELISA.

Yo con mi marido estoy.

CAPITAN.
Y yo estoy con mi mujer.

BELISA.
Otro pensé yo tener.

CAPITAN.
De otra que aborrezco soy.

BELISA.
¿Cómo es aquesto, Fenisa?

FENISA.
Con Lucindo me he casado.

BELISA.
Pues ¿cómo me has engañado?
Mas ya lo dice tu risa.

CAPITAN.
Di, Lucindo, ¿á un padre noble
Los buenos hijos engañan?

LUCINDO.
Señor, yo adoro á Fenisa;
Y ella, como ves, me paga.
Cuanto contigo trató
Son enredos que buscaba
Para casarse conmigo;
Los que presentes se hallan,

Aunque mis contrarios sean,
Juzguen, Señor, nuestra causa.
No es mejor que el padre mio,
Con esta señora honrada,
Que es madre de mi mujer,
Se case, pues que se igualan
En méritos y en edad,
Y que como nuestras almas,
Los dos juntemos los pechos?
Habla, y perdona, Gerarda.

GERARDA.
Aunque celosa venia,
La razon, Lucindo, es tanta,
Que con los dos asesores
Que á este pleito me acompañan,
Digo que tu padre sea
De Belisa, y que esta dama
Te goce, amen, muchos años.

DORISTEO.
La sentencia está bien dada,
Y yo la confirmo.

FINARDO.
Y yo.
LUCINDO.

Dame esa mano.

FENISA.
Y el alma.

CAPITAN.
Dadme vos tambien la vuestra.

BELISA.
Dais honra y remedio á entrambas

HERNANDO. (Ap.)
Para tan viejo rocín
Cualquiera silla le basta.

GERARDA.
Los dos me acompañaréis

DORISTEO.
Llevarémoste á tu casa.

CAPITAN.
Hernando, avisa en la mia
Que allí cenan estas damas.

HERNANDO.
Para en uno sois, por Dios.

LUCINDO.
Si es para muchos la farsa,
Mi amor lo diga, y dé fin
La Discreta enamorada.

EL BOBO DEL COLEGIO,

COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO,

DIRIGIDA AL LICENCIADO DON LORENZO VAN DER HAMMEN Y LEON.

DESIGUAL paga de mi obligacion, desigual título á un hombre tan discreto, y desigual lugar al que vuestra merced tiene en mi opinion es el ofrecerle esta comedia; pero igual la voluntad á las deudas, y igual la escuela donde sucede el alma desta fábula á los estudios de vuestra merced, y igual mi conocimiento de su ingenio al deseo de servirle. Leí el *Secretario*, obra tan digna suya, con la atencion y gusto que merecia (que no hay pasar deste encarecimiento); y deseando que salga á luz, le suplico no sea de los que esperan á dejar sus obras en el peligro de los amigos, en la memoria de los olvidos, ó en el hurto de los ambiciosos de honra con las vigilijs ajenas. El libro es tal, que si algo le puede hacer sospechoso, es mi aprobacion, ya sea por mi amor, ya por mi ignorancia; y cierto que el confesarla no es lo que llamó san Agustín *hermosa templanza*, sino tenerla por cierta. Si se hallara en el mundo un secretario como vuestra merced le pinta, pensáramos que podia haber un Ciro como le describe Jenofonte; pero justo es poner tan altamente sus virtudes y partes para que sepan los que lo son á qué grado pueden llegar, y las que han menester para ser perfetos; que no porque piense el Filósofo en sus *Físicos* que aquel lo es *cui nihil deest*, quedan excluidos los que de aquel todo tienen las mayores partes. Las de un insigne poeta me holgara mucho que describiera vuestra merced; aunque no sé de qué podia servir á muchos, que con solo un limitado natural se atreven á imaginarse perfetos. ¡Bien haya el que repartió los juicios de los hombres, pues no hay uno que quisiese trocar el que tiene, ni conocer que hay otro! Cuidado causa esta milicia, que es como batallon intestino, alojado en nuestros oidos, aunque nos pese. ¡Dichoso quien se retira á sí! Que para saber esto, tambien es soledad la corte como el aldea; y en un cármén de esa insigne ciudad pueden los deseos acompañar á un hombre con los ejércitos de Jérjes. Vuestra merced lea esta fábula, con la noticia que tiene de que en aquel célebre Colegio nunca falta un bobo; esto sin malicia, pues no pasa á sus dueños; que fuera de allí, bien sé que no falta; pero es mas léjos de las ciencias y mas cerca de la ignorancia.

Capellan de vuestra merced,

LOPE DE VEGA CARPIO.

EL BOBO DEL COLEGIO.

PERSONAS.

DON JUAN.
TRISTAN.
OCTAVIO.
GARCERAN.

MARIN, lacayo.
FULGENCIA.
RISELO.
LUCINDO.

LISARDA.
CELIA.
FERMIN, lacayo.
CHINCHILLA, esoudero.

REINEL.
FABIO.
GERARDO.
RODRIGO. — Músicos.

La escena es en Salamanca y en Valencia.

ACTO PRIMERO.

Calle en Salamanca.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, TRISTAN.

DON JUAN.
No me consueles, Tristan;
Que daré voces al cielo.

TRISTAN.
Pues ¿qué has de hacer sin consuelo
En tal desdicha, don Juan?

DON JUAN.
Matarme, perder la vida,
En que mi pena consiste;
Porque una cosa tan triste
Mejor estará perdida.
Hoy me han llevado á Valencia
El aliento en que respiro,
La misma luz con que miro,
Del alma la misma esencia,
El movimiento con quien
Se sustenta el corazón,
Mi propia imaginación
Y mis discursos también;
Hoy la junta y armonía
Que para vivir iguales
Los instrumentos vitales
Con tal concierto tenía.
Hoy no soy; y si algo soy,
Es una sombra de mí,
Un retrato del que fui.

TRISTAN.
¿Hoy, dices?

DON JUAN.
Luego ¿no es hoy?

TRISTAN.
Ha un mes que falta de aquí
Fulgencia, y ¡hoy te parece!

DON JUAN.
Si lo mismo se padece,
Hoy es ayer para mí;
Heyes, aunque pase un mes,
Si en la misma pena estoy;
Que lo que atormenta hoy,
Tan hoy como entonces es.
Allá me estaba en mi aldea,
Que mi mal no presumía,
Aunque el alma me decía
Que no hay bien que firme sea;
Vine á Salamanca á ver
Lo que no veré jamás.
Muerto soy.

TRISTAN.
¡Gracioso estás!

DON JUAN.
Pues dime, ¿qué puedo hacer?

TRISTAN.
Si fueras cuerdo, don Juan,
Vieras que cualquiera ausencia,
Pues era mujer Fulgencia,
¿No era segura?

DON JUAN.
¡Ay, Tristan,
Que pinto muy ciego á amor!

TRISTAN.
Sola en casa de su hermano,
Que vive á lo cortesano,
Seguro de su valor,
A sus deudos parecía,
Formando desto querella,
Que á una principal doncella
Ni era bien ni convenia.
Entrábanle á visitar
Mil caballeros mancebos
Y estos generosos nuevos
Que aquí vienen á gastar
La primer sangre y la plata
Primera del avariento
Padre, en cuyo pensamiento
Mas el amor se dilata
Que los esperados cursos.
Aquí espadas negras luego
O naipes eran su juego;
Aquí sus largos discursos
Sobre aficiones y votos;
Aquí cenas y meriendas,
En que se alargaban riendas,
Y aun iban los frenos rotos.
Y aunque Fulgencia no estaba
Presente á aquestas locuras,
Juraré, si tú lo juras,
Que á este tiempo no rezaba;
Sino que por los resquicios
Miraba el que, mas galán,
Daba, como tú, don Juan,
De haberla mirado indicios.
Esto es cosa natural;
Y así, fué justo el llevarla
Adonde puedan guardarla;
Que aquí la guardara mal
Un mozo hermano, brioso,
Lleno de amigos, que todos,
Aunque por diversos modos,
Y el mejor mas cauteloso,
Venían por la doncella,
Como moscas á la miel.
Vino su tía, y con él
Habló largamente en ella;
Y aunque resistió, no pudo
Negar tanto la razón,
Que no la diese.

DON JUAN.
Estas ¿son

Cosas de sufrir? ¿Qué dudo,
Que no me doy muerte aquí?

TRISTAN.
Su tía, en fin, á Valencia
Llevó en un coche á Fulgencia.

DON JUAN.
¡Demonio fué para mí!
¡Oh tía, nuevo Pluton,
Que en ese coche camina
Con la bella Proserpina
Que me abraza el corazón!
Tristan, ¿hay cosa en la tierra
Que se pudiera excusar
Como una tía, ó que dar
Pueda á un hombre mayor guerra?
¿Qué es esto que llaman tía?
Di, Tristan, ¿quién lo inventó.
¿Por dónde en el mundo entró
Tan grande desdicha mía?
¿Hay mar que mas naves sorba
Que una tía de parientes?
¿Qué tiene de inconvenientes!
¿Qué no enfada? ¿Qué no estorba?
Padres y hermanas se mueren;
Siempre queda alguna tía,
Que nos deshace y porfia
Contra lo que todos quieren.
El primer tío del mundo
Fué Cain; mira ¡quién son!
Pero basta una razón
En que sus malicias fundo,
Y es que á todos los villanos
Llaman *nos*, siendo gente
Maliciosa, impertinente,
Debajo de hábitos llanos.
En confianza de un tío
O de una tía avarienta,
Llena de hacienda y de renta,
Pasa un sobrino hambre y frío;
Y después de noventa años
(Que vive mucho una tía),
Suele darlo á quien le hacía
Un presente y mil engaños.
Ven conmigo; que yo haré
Con que en Valencia la vea,
Si mi padre no rodea
Lo que ayer imaginé;
Que se muere por casarme.

TRISTAN.
Mejor será ya olvidar.

DON JUAN.
Si puedo el alma forzar,
Podré á deíarla esforzarme.
(*Vase.*)

Una calle de Valencia.

ESCENA II.

GARCERAN, MARIN.

GARCERAN.
Para ser tan nuevo amor,
No ha sido el favor pequeño.

MARIN.
Enseña, á ver.

GARCERAN.
Ya le enseño.

¿Flor?

GARCERAN.

Sí.

MARIN.
¡Buen agüero, flor!

¿Por qué?

MARIN.
Por que es esperanza
De fruto.

GARCERAN.
Dices verdad;
Pero la facilidad
Con que una dicha se alcanza,
Suele tambien tener
En perderse.

MARIN.
No podrá,
Si ella te ha mirado ya,
Y es tan principal mujer.

GARCERAN.
No sé que me haya mirado;
Sé que desde que llegó
A Valencia, he sido yo
Quien la ha mirado y buscado.
Fué notable dicha mia
Posar de mi casa en frente
Su tio, y ser mi pariente.

MARIN.
¿No es castellana su tia?

GARCERAN.
Sí, Marin; que se casó
Con aqueste deudo mio.

MARIN.
La moza es de lindo brío.
¡Bien haya quien la parió!

GARCERAN.
No le faltará mi amen.

MARIN.
¡Pesía á tal, y qué ojos tiene!
Pues ¡pico!

GARCERAN.
¡Ay, Marin, que viene
De donde se estudia bien!

MARIN.
Pues ¡pégase á las mujeres
Algo de los estudiantes,
O son con ellos pasantes
De sus cursos?

GARCERAN.
Necio eres.
Salamanca encierra en sí
Todo lo bueno del mundo;
Es un Liceo segundo,
Aún se cifra allí.
De su luz el resplandor
Tambien en las casas da,
Como donde el fuego está
Alcanza en torno el calor.
Donde la sabiduria
Está en su trono, Marin,
¿Quién ha de ignorar? Que en fin
Vemos hablar cada día

Mil aves la lengua humana
Porque están entre la gente.

MARIN.
Aunque es Julio tu pariente,
Y su mujer castellana,
Que suelen fiarse mas,
Mira bien cómo te portas,
Cómo alargas, cómo acortas
Desde este punto el compás;
Porque ya podría ser
Que se enfadasen de tí.

GARCERAN.
Como ella me quiera á mí,
¿Qué puedo, Marin, temer?
Sin visitarla no puedo
Conquistar su voluntad;
Que se engendra la amistad,
Perdiendo al respeto el miedo.
Hoy entré segunda vez
En su sala, y vi, Marin...

MARIN.
Mas que dices serafín,
Y que su cándida tez
La comparas á los ampos
Que de la nieve descienden,
Cuando por enoero emprenden
Igualar montes y campos?
Mas que dices que tenia
Por mejillas dos claveles?

GARCERAN.
¿Búrlaste ya, como sueles?

MARIN.
El amor todo es poesia.
De cuando yo fui gorrón,
Que llaman aquí en Valencia
Machucas, esta sentencia
Aprendí de Cicerón,
Que dijo que la poesia
Era de amores un monte,
Hablando de Anacreonte:
Tan dulces versos hacia.

GARCERAN.
Yo la vi, y para pintalla
Poeta quisiera ser;
Mas para no la ofender,
No quiero agora alaballa.
Llegué, y mirando el tocado,
Dije á furto en voz sutil:
«Con razon ha sido abril
En Valencia celebrado;
Pero esta vez ha venido
Su azár de donde es el hielo.»

MARIN.
Sí; que el castellano suelo
Es por el hielo encogido;
Y los naranjos de allá
Se tienen entre algodones,
Con tiendas y pabellones,
Por el hielo que les da.
Són los de acá mas corteses;
Los de allá, si no te ries,
Son como guadamecies,
Que sirven solos tres meses.
Pero ¿qué te respondió?

GARCERAN.
Dióme aquesta flor de azár.

MARIN.
¿Azar para comenzar?

GARCERAN.
Eso dije entonces yo;
Pero ella, abriendo la rosa,
O las hojas del clavel,
Mostró á lo falso por el
Una risa vergonzosa,
Y durmiéronse al son
Los ojos...

MARIN.
¿Ojos dormidos?

Malo.

GARCERAN.
Porque á mis sentidos
Despertase el corazón.

MARIN.
Esto de dormir los ojos
Cuando no quieren hablar,
Suele en un alma causar
Mil amorosos antojos.
— Pero ¿no es esta?

GARCERAN.
Ella es.

MARIN.
De Predicadores viene.

GARCERAN.
¿Qué lindo talle que tiene!

MARIN.
Con tales ojos la ves.

ESCENA III.

LISARDA y FULGENCIA, con mantos;
UN ESCUDERO. — Dichos.

FULGENCIA.
Mucho madruga el calor,
Señora tia, en Valencia.

LISARDA.
Es esta tierra, Fulgencia,
De mas templanza y mejor.

ESCUDERO.
Y cómo si es mas templada!
Libreme Dios de Castilla.

FULGENCIA.
¿Es mala tierra, Chinchilla?

ESCUDERO.
Es por todo extremo helada.
Cuando á Salamanca fui
Con cartas de mi señora
(Pienso que era por agora),
Me pensé quedar allí.
No es tierra para viudos.
Vale Dios que cierta bota
Con un licor, que una gota
Puede hacer hablar los mudos,
A mi lado se acostaba,
Y pasábamos el frio.

MARIN. (Aparte á Garceran.)
Verás el ingenio mio.

GARCERAN.
Llega pues.

MARIN.
Espera.
GARCERAN.
Acaba.

MARIN.
Mientras la tia entretengo,
Podrás con Fulgencia hablar.

GARCERAN.
Hoy quiero experimentar
Qué ingenio en mi casa tengo.

MARIN. (A Lisarda.)
Mil años te guarde el cielo.

LISARDA.
¡Oh Marin! ¿Adónde vas?

GARCERAN. (Ap. á Fulgencia.)
¿Puedo hablarte?

FULGENCIA.
No podrás.

Ya sabes lo que recelo.

GARCERAN.
Marin engaña á tu tia.

FULGENCIA.
 ¿Y si parla el escudero?

GARCERAN.
 Como eso puede el dinero.

FULGENCIA.
 Chinchilla...

ESCUDERO.
 Señora mía...

FULGENCIA. (Ap. á Chinchilla.)
 Mirad qué os da Garceran.

GARCERAN.
 Padre, todo aquesto es nada,
 Id mañana á mi posada.

ESCUDERO.
 No hay mancebo tan galán,
 Señora, en toda Valencia.
 Si os casáades con él,
 Yo os doy palabra por él
 Que os adorase, Fulgencia.
 Codiciala la hermosura
 De toda aquesta ciudad.

GARCERAN.
 Allí, padre, os retirad.

ESCUDERO.
 No hay sino llamar al cura,
 Y Dios os haga dichosos.

FULGENCIA.
 Fuerza del oro en rigor.

GARCERAN.
 Mas fuerza tiene el amor
 En esos ojos hermosos.

MARIN.
 Como digo, no se halló,
 Lisarda, á mi mal remedio,
 Aunque puse de por medio
 Cuanto Galeno alcanzó.
 Dijome cierta mujer
 Que estaba hechizado, y creo
 Que si es hechizo un deseo,
 Hechizos deben de ser.

LISARDA.
 Gordo estás para hechizado.

MARIN.
 No es hechizo que enflaquece;
 Que amor que no se mereca
 Corre despacio y templado.
 Lo que enflaquece es deber,
 Es fiar y es confiar;
 Mujer que quiere mandar,
 Que basta decir mujer.
 El servir á ingrato dueño,
 El pleitear con razon,
 El forzar la inclinacion,
 El poco sustento y sueño,
 El andar en opiniones
 La honra, que hartos padecen;
 Los estudios enflaquecen,
 Y las largas pretensiones.
 Enflaquece el intentar,
 Y el sufrir verse sujeto
 Á un necio, que por discreto
 Le quieren canonizar.
 También enflaquece oír
 Malos versos, cantar mal,
 Y al que era ayer vuestro igual,
 Hoy mandar y hoy presumir.
 Enflaquece una visita,
 Si no os da mucho contento;
 Un noble lleno de viento,
 Que á nadie el sombrero quita;
 Un lindo, todo alfenique,
 Hecho mujer con bigotes,
 Y unos ciertos marquesotes
 Que os hablan por alambique;
 El ver á un tonto reír,
 Y el querer á una mujer,

Que hablando pedido ayer,
 También hoy vuelve á pedir.

LISARDA.
 Cesa ya; que es infinito
 El proceder por enojados.

MARIN.
 Por amorosos cuidados
 Me enflaquezco y debilito.
 El remedio que me dió
 Un astrólogo es notable...
 —Mas porque de veras hable,
 Todo aquesto sucedió,
 Lisarda hermosa, ¿dirélo?
 A mi amo Garceran,
 A quien de honesto y galán
 Dió tantas partes el cielo.
 Solicitante mil damas;
 Y él es tan casto, Señora,
 Que sus amores ignora,
 Y solo atiende á sus farnas.
 Esta que de mí decia,
 A Garceran hechizó,
 Porque no correspondió
 Al amor que le tenia.
 Dicen que el desasosiego
 Que trae el pobre señor
 De los hechizos de amor
 Y este conjurado fuego,
 Se le quitará si halla
 Una mujer recogida,
 De inculpable y limpia vida,
 Tal, que pueda el mundo honralla
 Por su honesta castidad,
 Y en ayunas le bendice
 Siete mañanas.

LISARDA.
 ¿Quién dice,
 Marin, esa necesidad?

MARIN.
 ¿Necesidad? Por Dios, Lisarda,
 Que no hay en toda Valencia
 Mayor hombre. Da licencia,
 Aunque el decillo acobarda,
 A Fulgencia, tu sobrina,
 Que bendiga á Garceran.

LISARDA.
 El verte medio truhan
 Apenas me determina
 Para enojarme contigo.

MARIN.
 En cosas de caridad,
 Tu virtud y santidad
 ¿Quiere enojarse conmigo?
 ¿Esa es la buena opinion
 Que te da toda Valencia?

LISARDA.
 Pues ¿por qué ha de echar Fulgencia
 A un hombre su bendicion?
 ¿Partes pueden concurrir,
 Marin, en una doncella,
 Ni por casta ni por bella,
 Para poder bendecir?

MARIN.
 Si está la virtud en ser
 Doncella casta y hermosa,
 ¿Parécete á ti que es cosa
 Que no puede suceder?

LISARDA.
 De los hechizos oí
 Que todos son cosas tales.

MARIN.
 Si sabes que son iguales,
 ¿Por qué te quejas de mí?
 ¿No sabes tú las virtudes
 De una doncella en ayunas?

LISARDA.
 Di; á ver si sabes algunas.

MARIN.
 Importan á mí saludes.
 Dame un instante atencion.

LISARDA.
 ¿Qué es aquello? ¿Es Garceran?

MARIN.
 Sí; que dándole estarán
 La primera bendicion.

LISARDA. (A Fulgencia.)
 Pues ¿tú hablas de esa suerte?

FULGENCIA.
 El lienzo se me cayó,
 Que Garceran le alcanzó.

LISARDA.
 ¿Bien!

FULGENCIA.
 ¿Es delito de muerte?

LISARDA.
 Entra en casa; que hay acá
 Muy diferente recato.

GARCERAN.
 La llaneza con que os trato,
 Esta licencia me da;
 Que soy deudo y soy vecino.

LISARDA.
 Entra adentro.

FULGENCIA.
 Esto pasó.

LISARDA.
 Lo que Marin me contó,
 Tengo yo por desatino.

MARIN.
 ¿No quieres que le bendiga?

LISARDA.
 ¿Por qué le ha de bendecir,
 Ni yo tengo de sufrir
 Que esto en Valencia se diga?

MARIN.
 ¿No? Pues yo haré que mañana
 Amanezcan á esa puerta
 Mil pobres.

LISARDA.
 ¿Y es cosa cierta?

MARIN.
 Tenla por cierta y por llana.
 Mira si es mejor sufrir
 Que bendiga á Garceran.

LISARDA.
 (Ap. Ahora bien, estos darán
 A Valencia qué decir,
 Si no consiento en su ruego.)
 Garceran venga, no mas.

MARIN.
 Ahora sí que darás
 A sus hechizos sosiego,
 Si entra dentro.

FULGENCIA.
 Yo ¿qué sé
 De lo que te enoja á ti?

LISARDA.
 Venid cuando no esté aquí
 Julio. ¿Entendeis?

GARCERAN.
 Yo vendré.
 (Vase Lisarda, Fulgencia y el escudero.)

ESCENA IV.
GARCERAN, MARIN.

GARCERAN.
 ¿Qué es esto, Marin?

MARIN.

Ahora

De mi ingenio ¿qué dirás?
Siete mañanas podrás
Hablar con esta señora,
Consintiendo su tia.

GARCERAN.

¿Qué dices?

MARIN.

Lo que ha pasado.

GARCERAN.

¿Siete mañanas?

MARIN.

Yo he dado

En la mayor picardía
Que se puede imaginar.

GARCERAN.

¿Cómo?

MARIN.

Dije que en Valencia
Muchas hacen diligencia
Para poderte engañar;
Mas que tú, de puro honesto,
Resistes á su afición,
Y una dellas con pasión
Te ha hechizado y descompuesto;
Mas que un remedio te dan:
Bendecirte una doncella.

GARCERAN.

¿Y ha de ser ella?

MARIN.

Con ella

Puedes hablar, Garceran.
Porque en saliendo su tío,
Puedes, con esta invención,
Venir por su bendición.

GARCERAN.

De tus embustes me río.
Ello va como ha de ir:
Fulgencia me muestra amor.

MARIN.

Pues ¿qué te ha dicho, Señor,
Si es que se puede decir?

GARCERAN.

Que me quiere responder;
Que licencia le pedí
Para escribirla.

MARIN.

¡Eso sí!

Y pare en ser tu mujer.
No mas esas bellaconas
Que te gastan cuanto tienes.
¡Vivirás si te entretienes
Con semejantes personas!
Ama y sirve una doncella
Para servicio de Dios,
Pues que lo estaréis los dos
En casandote con ella.
¡Hay locura de un mancebo
Como verle andar perdido
Tras una destas, que ha sido
De mil ignorantes cebo,
Muy pagado de sufrir
Otros cuarenta galanes?
Ya esconderse por desvanes,
Ya por corrales huir
Del alguacil y escribano...
Y después, muy flaco y tierno,
Quejarse por el invierno,
Pelarse por el verano.
Pues ¿qué, si es alguna vieja
Con cabellos de azafran,
De las que polvillo dan,
Ni queda barba ni ceja?
Sirve este ángel, eso sí;
No gastes mal esta herencia,
Tan limitada en Valencia,

Que apenas hay para tí.
Esta es rica, y con su dote
Vivirás con mas sosiego.

GARCERAN.

Lo que es silencio te ruego,
Marin, porque nadie note
Que ya de Fulgencia soy.

MARIN.

Ya sabes tú mi lealtad.

GARCERAN.

Agradeced, voluntad,
El noble dueño que os doy.

MARIN.

¡Adios, rapante nacion!

GARCERAN.

¡Ay divina castellana!

MARIN.

Madrugaba mucho mañana;
Que has de ir por su bendición
(*Vanse.*)

Sala en Salamanca en casa de don Juan.

ESCENA V.

OCTAVIO, CELIA.

CELIA.

Después que mi hermano vino,
Ando con este recato.

OCTAVIO.

Yo, Celia, menos le trato,
Por mas que á su amor me inclino,
Después que faltó en mi casa
El juego y conversacion.

CELIA.

¿Si ha entendido tu afición,
Y sabe ya lo que pasa?

OCTAVIO.

Recélome de Tristan;
Que andan juntos estos dias.

CELIA.

Yo sé que á las prendas mías
Tiene respeto don Juan;
Y si de algo está celoso,
Es porque si quiso bien
A tu hermana, hará tambien
Ese argumento forzoso,
Si tú me miras á mi;
Y mas después que á Valencia
Has enviado á Fulgencia,
De que está fuera de si;
Y no querrá que me veas,
Pues no hay donde se esquivar.

OCTAVIO.

No la envié por pensar
(Y esto es razon que me creas)
Que me importaba guardalla,
Pero porque solo estoy.
Y por disculpa te doy,
Siendo justo acreditalla,
La llaneza y la verdad
Con que siempre te he servido.

CELIA.

Confieso, Octavio, que ha sido
Cosa que mi voluntad
Pudo rendir á la tuya;
Porque si no procedieras
Tan casto, lo que perdieras,
De mi condicion se arguya.

ESCENA VI.

DON JUAN, TRISTAN. — DICHOS.

TRISTAN.

Hablando los dos están.

DON JUAN.

¡Buena libertad, por Dios!

OCTAVIO.

Ya nos han visto á los dos.

CELIA.

¿Quién es?

OCTAVIO.

Tristan y don Juan.

DON JUAN.

¿Qué es esto? ¿Octavio! ¿Tú aquí?
Y tú, Celia, ¿esto tratabas?

OCTAVIO.

Quando tú en mi casa entrabas,
¿Preguntábase eso á ti?

DON JUAN.

Yo nunca tu hermana habló.

OCTAVIO.

El venirme yo á buscar
¿Puede dar que sospechar,
Si de paso pregunté
A tu hermana cómo estaba?

DON JUAN.

Si la enviaste á Valencia
Por recatos de tu ausencia
Y alguno que la miraba,
¿Parécete que no son
Los demás tan cuidadosos?

OCTAVIO.

Esos recatos celosos
De solos mis dandos son.
Mas si te parece á ti
Que ha sido justa advertencia,
Como yo envié á Fulgencia,
Envia á Celia de aquí;
Que si venirme á buscar,
Como á buscarme venias,
Te pone esas fantasías,
Ya no te quiero obligar
Ni tenerte por amigo.

DON JUAN.

Pues ¿qué me puedes querer?

OCTAVIO.

Que me la des por mujer.
Mira qué presto lo digo.

DON JUAN.

No niego, Octavio, que es justo,
Y que en ello ganaremos;
Pero si un truco no hacemos,
No podré hacerte ese gusto.

OCTAVIO.

¿Cómo?

DON JUAN.

Que me des tu hermana,
Y que la traigas aquí.

OCTAVIO.

Bien me atrevo á darte el sí
Y hacerte escritura llana.
Pero traella no puedo,
Menos que estando casado;
Que con eso disculpado
De pedirla á Julio quedo;
Pues diré que en Salamanca
Podrá estar con mi mujer.

DON JUAN.

Con eso te quiero hacer
Mi sangre y mi hacienda franca;
Que venida aquí Fulgencia,
Mi hermana negociará
Su voluntad.

OCTAVIO.
Ella está,
Como sabes, en Valencia,
Y no de muy buena gana,
Aunque es la tierra tan bella;
Yo me partiré por ella,
Y la traeré con tu hermana.

DON JUAN. (A Celia.)
Dale la mano.

CELIA.
El concierto
Que habeis hecho me ha obligado,
Aunque con pecho turbado,
A no mostralle encubierto.
Mi mano es esta.

TRISTAN.
Yo os doy
A los dos el parabien,
Pues que me alcanza tambien
Por lo que tan vuestro soy.

OCTAVIO.
Para serviros será.

DON JUAN.
De Celia el dote es tan claro,
Que en decirle no reparo.

OCTAVIO.
Ese en su virtud está.

DON JUAN.
Venid; comeréis conmigo,
Y Tristan se quedará,
Por amigo, y porque ya
Es el mas cierto testigo.

TRISTAN.
Ninguno de vuestro bien
Mayor contento recibe.

OCTAVIO. (A Celia.)
Ya no hay quien de vos me prive.

CELIA.
Ni á mí de tan alto bien;
Aunque hace resistencia
Al gozo deste placer
Un pesar.

OCTAVIO.
¿Cuál?

CELIA.
El saber
Que os habeis de ir á Valencia.

OCTAVIO.
No temais; que sabré ser
Tan galán, que alcance al ir
El mal de verme partir
Al bien de verme volver.
(Vase.)

Valencia. — Sala en casa de Lisarda.

ESCENA VII.

LISARDA, FULGENCIA.

FULGENCIA.
Todo, Señora, me agrada;
Cierto que es bella ciudad,
De notable majestad,
Y hermosamente cercada.
Parece toda un jardín;
Ricos edificios tiene;
A ser á mis ojos viene
La mejor que he visto, en fin.
Es de linda vista el mar,
Y tan cerca de sus muros,
Que á no estar de sí seguros,
Pudierálos alterar.
Hame dado gran placer
Ir en el coche por ella,

Ver el agua y no temella:
¡Gran fiesta para mujer!
Es apacible su gente,
Es en extremo amorosa.

LISARDA.
Para como estoy celosa,
Me pesa que te contente;
Que decir bien de un lugar
Tan presto, me da sospecha.

FULGENCIA.
Estás á tus celos hecha,
Con que me quieres culpar.
Yo digo bien de Valencia
Por si misma.

LISARDA.
Y ¿quién llegó
Cuando el coche se apartó
De nuestra gente, Fulgencia?

FULGENCIA.
¿Piensas tú que yo le vi?

LISARDA.
Luego tambien ¿no le hablaste?

FULGENCIA.
Lo poco que tú escuchaste,
Al que me habló respondí.

LISARDA.
Tú veniste á defenderte
A este reino donde estás;
Pero pienso...

FULGENCIA.
No hables mas;
Que me enojas desa suerte.
Que yo en Salamanca fui
Espejo de honestidad,
Y seré en esta ciudad
Lo que tú sabrás de mí.

ESCENA VIII.

MARIN. — DICHAS.

MARIN.
¿Estás aquí?
LISARDA.
¿No me ves?
¿Cómo te entras desa suerte?

MARIN.
Licencia tengo de verte,
Y vengo á que me la des
Para que le dé Fulgencia
A Garceran, mi señor,
Su bendicion.

LISARDA.
¿Hay rigor,
Hay crueldad y impertinencia
Como la deste lacayo?

FULGENCIA.
Pues ¿qué importa que bendiga
A un hombre, si el mal le obliga
A tanta pena y desmayo?

LISARDA.
¿No importa que hables con él?

FULGENCIA.
Hablo en su salud no mas.

MARIN.
Extraña, Señora, estás,
Y con Garceran cruel.
Después que su bendicion
Esta señora le ofrece,
De sus males convalece.

LISARDA.
¿Hay semejante invencion?
¿Qué santidad has hallado
En Fulgencia, mi sobrina,
Que sirva de medicina
A un caballero hechizado?

Si Julio sabe que yo
Lo sufro, me ha de matar.

FULGENCIA.
Pues ¿quién esme tú quitar
La gracia que Dios me dió?

LISARDA.
¿Cómo gracia?
FULGENCIA.
En bendecir.

LISARDA.
Ahora lo confirmo mas.
Pues que de su parte estás.

FULGENCIA.
No lo acabes de decir.
Di, Marin, á Garceran
Que venga al instante á casa;
Que la gracia se me pasa,
Y no le aprovecharán
Mis bendiciones después.

LISARDA.
¿Hay libertad semejante?

MARIN.
Ya está Garceran delante.

ESCENA IX.

GARCIERAN. — DICHOS.

GARCIERAN.
Ya estoy, Señora, á tus pies,
Pidiendo la bendicion.

FULGENCIA. (Ap. á Garceran.)
Haz que me quieras besar
La mano, y podré dar
Un papel.

GARCIERAN. (Ap. á Fulgencia.)
¿Linda invencion!
Pero advierte que tambien
Traigo del de ayer respuesta.

LISARDA.
¿Hay insolencia como esta?
¿Qué es lo que mis ojos ven?

FULGENCIA.
Dios, Garceran, te bendiga.

GARCIERAN.
Dame, Señora, la mano.

LISARDA.
¿La mano?

MARIN.
Pues eso es llano;
Que la bendicion le obliga.

LISARDA.
Y ¿qué le ha dado?
MARIN.
La ofrenda,

A modo de feligrés.
Mas óyeme; que después
Tomarás de todo enmienda.

LISARDA.
Pues ¿delante de los dos
Te pones?

MARIN.
Oye una cosa,
La mas nueva y prodigiosa
Que ha visto el mundo, por Dios.

LISARDA.
Alcahuete, ya te entiendo.

MARIN.
Eso es poco y mal hablado.
Mas oye lo que ha pasado;
Que es un caso tan horrendo,
Que han de temblar cuantos viven.

LISARDA.
Ya sé que me engañas; mira
Que me provocas á ira.

MARIN.

De las damas se reciben
Por favor los bofetones;
Pega, bien tienes en qué.

LISARDA.

¿Mas que has de hacer que te dé,
Si delante te me pones? (Dale.)

MARIN.

¿Dásme, y dices que darás!
¿Volver á darme pretendes?
Pero mientras mas me ofendes,
Pienso que me quieres mas.

ESCENA X.

FERMIN, *de camino*. — DICHOS.

FERMIN.

¿No hay un hombre en esta casa,
O no es por ventura aquesta?

LISARDA.

¿Qué grita y qué gente es esta?

FULGENCIA. (*Ap. á Garceran.*)

Mira, mi bien, lo que pasa.

FERMIN.

¿Vive Julio aquí?

LISARDA.

Sí vive:

FERMIN.

¿Es vuesa merced Lisarda?

LISARDA.

Yo soy.

FERMIN.

Su licencia aguarda
Y para entrar se apercibe
Un caballero que llega
De Salamanca.

FULGENCIA.

(*Ap. ¿Ay de mí!*)

¿Mi hermano?

FERMIN.

Señora, sí.

(Vase.)

LISARDA.

¿Oh mocedad siempre ciega!
¿Qué ha de hacer si aquí los ve?

FULGENCIA.

Tía, detrás de aquel paño
Podrán estar.

LISARDA.

Este daño

No me dirás que no fué
Avisado y aun temido.

GARCERAN.

Señoras, ¿qué importa verme?

LISARDA.

Darle sospecha á tenerme
Por lo que jamás he sido.
Métanse los dos allí;
Que luego que entre se irán.

MARIN.

Temblando voy, Garceran.

GARCERAN.

Entra, gallina.

MARIN.

¿Yo?

GARCERAN.

Sí.

(Vase Garceran y Marin.)

LISARDA.

En estas cosas me pones
Por tus locuras, Fulgencia.

ESCENA XI.

OCTAVIO, *de camino*; FERMIN. — LISARDA, FULGENCIA.

FULGENCIA.

¡Jesus, hermano! ¿En Valencia?

OCTAVIO.

Tales son las ocasiones.
Mas primero que te abrace,
Me ha de dar su bendición
Mi tía.

LISARDA.

Mejores son
Unas que Fulgencia hace.
Dale la tuya, que ya
Tendrás bien hecha la mano.

FULGENCIA.

¿Qué venida es esta, hermano?
¿Es á verme? No será;
Que no te debe mi amor
Finezas tan de galán.

OCTAVIO.

¿Cómo mis tíos están?

LISARDA.

Julio está mucho mejor
De sus achaques, y yo
Como me ves. ¿Vienes bueno?

OCTAVIO.

Bueno, y de contento lleno;
Que tu vista le aumentó,
Y el hallar buena á mi hermana,
Causa de aqueste camino.

FULGENCIA.

Que me has casado imagino.

OCTAVIO.

No fué tu esperanza vana.
Pero queda concertado,
Y yo desposado ya
Con quien dos veces hará
Tu marido mi cuñado.

FULGENCIA.

¿Desposado estás?

OCTAVIO.

Sí, hermana;

Que ya con Celia lo estoy.

FULGENCIA.

¿Bueno! El parabien te doy.

LISARDA.

No pensé que castellana
Me ganara por la mano;
Pensé casarte en Valencia.

OCTAVIO.

Ya no diréis que Fulgencia
No puede estar con su hermano.
Por ella vengo, Lisarda.

LISARDA.

Bien lo echaba yo de ver.

OCTAVIO.

De don Juan eres mujer,
Que por momentos te aguarda.
Apenas me desposé,
Cuando hizo que por tí
Tomase la posta.

FULGENCIA.

Y di,

¿Cómo sabes que yo iré?

OCTAVIO.

Como es para tu remedio,
Y quieres bien á don Juan.

FULGENCIA. (*Ap.*)

¡Ay, cielos, que Garceran
Está ahora de por medio!

OCTAVIO.

¿Qué dices?

FULGENCIA.

Que no es razón
Que tan aprisa me lleves.

OCTAVIO.

Tú cumplirás lo que debes,
Conforme á tu obligacion.

FULGENCIA.

Lleva, Señora, á mi hermano
A descansar.

OCTAVIO.

Si es vergüenza,
Haz, Fulgencia, que la venza
El estilo cortesano;
Que esas dudas y temores
Ya son para las aldeas.

LISARDA.

Vén, sobrino, si deseas
Descansar destos calores;
Y créeme que agradezco,
Aunque á Fulgencia he perdido,
Que tenga noble marido.

FULGENCIA. (*Ap.*)

Yo en extremo me entristezco.

OCTAVIO.

No le pesa, aunque parece
Que lo siente de otro modo.

LISARDA.

Suceda, sobrino, todo
Como Fulgencia merece;
Que me huelgo, porque acá
Se excuse una bendición
Que me puso en confusion.

OCTAVIO.

Allá también la tendrá.
—Fermin.

FERMIN.

Señor.

OCTAVIO.

Parte luego,
Y busca y concierta un coche,
Porque sola aquesta noche
Tendré en Valencia sosiego.

FERMIN.

Que no falte estoy muy cierto.

LISARDA.

¿Tanta prisa?

OCTAVIO.

Y ¿no es forzosa?

LISARDA.

¿Amores son de tu esposa?

OCTAVIO.

Estoy en su ausencia muerto.

(Vase Octavio, Lisarda y Fermin.)

ESCENA XII.

FULGENCIA.

[do]

¿Qué poco dura el bien á un desdicha-
Que cortas son las horas que le tiene,
Pues con la prisa que á su casa viene,
Mas es huésped partido que llegado!

¡Ay, Garceran, para perdido hallado!
¿Qué imposible paciencia nos conviene!
Parece que la suerte el mal previene
Para que corra tras él bien que ha dado.
Aun apenas mis dichas fueron dichas,
Cuando fortuna se desdica dellas,
Trocándolas en penas y desdichas.

¡Ay Dios! ¿Cuán mejor fuera no tene-
[llas]
Que al desdichado, si le vienen dichas,
Es para la desdicha de perdellas.

ESCENA XIII.

GARCERAN, MARIN. — FULGENCIA.

GARCERAN.

Detente, Fulgencia, un poco.

FULGENCIA.

¿No eres ido?

GARCERAN.

No he podido,

Aunque de verme tu hermano
Me puse á tanto peligro.
¿Qué es esto?; Ay cielo! ¿A qué viene?
Que aunque lo tengo entendido,
Es tan incrédulo amor,
Que no quiere, como has visto,
Porque estaba en medio un paño,
Dar crédito á los oídos.

FULGENCIA.

¿Qué te puedo yo decir,
Si escuchaste lo que dijo?
A Salamanca me vuelve,
Y ha de ser tan de improviso,
Que aunque ha sido atrevimiento
Quedarte aquí, lo he tenido
Por notable dicha mía,
Para hablar, mi bien, contigo
Estas últimas palabras.

GARCERAN.

¿Qué dices?

FULGENCIA.

Que te suplico
Tengas memoria de mí,
Pues con lágrimas la pido;
Que aunque en ojos de mujer
Son fáciles, yo te digo
Que salen del corazón.

GARCERAN.

¡Ay, Fulgencia, que no quise
Mi fortuna que durase
Tu bien mas tiempo conmigo,
Del que ha sido menester
Para llorarle perdido!
¿Que te llevan de Valencia?
Que te he de perder, y vivo?
Que no es desta casa incendio
El aire de mis suspiros?
Que no doy voces? Que estoy?...

FULGENCIA.

Advierte, Garceran mío,
Que aunque de muchos dolores
Se descansa dando gritos,
En este importa el silencio
Tu vida y mi honor.

GARCERAN.

No ha sido

Este suceso desdicha,
Ni fuerza del hado impío,
Ni influencia de los cielos,
Ni mudanzas de los signos,
Ni oposicion de la luna,
Ni otro sangriento prodigio;
Sino rayo acelerado
Que sobre nosotros vino,
Para abrasar hasta el alma
Las potencias y sentidos.
¿Dónde vas? Dónde me dejas?
¿Es posible que han tenido
Tan tristes y ásperos fines
Tan regalados principios?
¿Que no te han de ver mis ojos?

MARIN.

De tu locura me admiro.
Advierte, Señor, que estás
Donde, si fueres sentido,
Nos han de quitar la vida.

GARCERAN.

Marin, ya estoy sin juicio.
Ni discurre la razon,

Ni de su lumbre me sirvo;
Todo es confusa tiniebla.

MARIN.

Mira que este mozo altivo
Es hermano de Fulgencia,
Y de Lisarda sobrino;
Y que si siente tus voces,
Por su honor y el de su tío
Ha de hacer un disparate.

FULGENCIA.

Garceran, en este sitio
Te vi, te quise y te amé;
Y en el mismo me despido
De tí, tan firme, que todo
Lo que te he dicho confirmo.
Ya puede ser que don Juan
Viniese á ser mi marido,
Puesto que sabrás muy presto
Lo mucho que le resisto;
Pero poderte olvidar,
No lo creas en mas siglos
Que han de vivir nuestras almas
Y tristezas van conmigo,
Que me quitarán la vida
Antes que llegue á los riscos
Que del alto Guadarrama
Encubren nieves y pinos.
Escribeme, Garceran,
Y verás cómo te envío
Mil almas en cada letra.

GARCERAN.

Haz cuenta que ya te escribo;
Que Marin irá y vendrá
Por la posta este camino
Mas veces que tiene rayos
El sol que en tu frente miro.

MARIN.

Yo iré, Señora, y vendré,
Como navio de aviso,
Por el mar de vuestro amor,
Todos los lienzos tendidos.
Ya iré picando alazanes,
Ya melados, ya morcillos,
Ya bayos, ya machos rucios,
Ya zainos y ya mohinos.
No se habrá visto estafeta
De los yanaconas indios,
Que vaya con mas presteza
Desde Chacona á Tampico.
Cuando estés en Salamanca,
Seré arriero de libros
De vuestras cartas de amor;
Y por no ser conocido,
Me fingiré licenciado;
Que yo sé que por lo fino
Me ha dado borla Segovia.

GARCERAN.

Mi bien, aunque es desvarío
Tomarse tanta licencia
Un hombre que es tan indigno,
Por ser el último bien
Dame un abrazo.

FULGENCIA.

Ya he dicho
Que he de ser tuya. Eso es menos.
(Abrazanse.)

GARCERAN.

¡Ay Dios! quién fuera contigo!
¿Acordarás de mí,
Que con un amor tan limpio
Te he querido en solo un mes
Lo que pudiera en mil siglos?

FULGENCIA.

Por esos brazos lo juro;
Pero yo tambien te pido
Que de mí tengas memoria.

GARCERAN.

Fulgencia, Dios me es testigo

Que de todas mis acciones,
Mis potencias y sentidos,
Sola esa prenda me dejas.

MARIN.

Aunque es tambien desatino
Tomarse tanta licencia
Un lacayo tan intrínseco,
Por ser el último bien,
Aunque te manche el vestido,
Te suplico que me abracés.

FULGENCIA.

Marin, seamos amigos,
Y acuérdate á Garceran
Lo mucho que me ha debido
Por este amoroso abrazo.

MARIN.

¡Ay Dios! quién fuera contigo,
Por gozar en Salamanca
Los aires del Tabladillo!

FULGENCIA.

Adios, Garceran.

GARCERAN.

Adios.

(Vase Fulgencia.)

ESCENA XIV.

GARCERAN, MARIN.

MARIN.

Sal presto; que anda rúido,
Y pienso que Julio viene.

GARCERAN.

Marin, ponte de camino;
Que ha mucho que estoy ausente.

MARIN.

De tus locuras me río.
Vase Fulgencia mañana,
Y apostaré que has escrito
Mil cartas en tu memoria.

GARCERAN.

¿Qué mal conoces mis bríos!
Haz cuenta, Marin, que entrambos
A Salamanca partimos.

MARIN.

¿Tú á Salamanca?

GARCERAN.

Yo, pues.

Pon tres ó cuatro vestidos
En una maleta luego.

MARIN.

Ni respondo ni replico.

GARCERAN.

Adios, amada Valencia,
Hermosos campos Elisios;
Que voy siguiendo mi sol
A los castellanos frios.

MARIN.

Adios, dulce malvasía,
Congrete, hipocrás, mariscos;
Que voy siguiendo á mi amo
Al Tórmes salamanquino,
Donde sin ser estudiante,
Me den algun beneficio.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Octavio, en Salamanca.

ESCENA PRIMERA.

CELIA, FULGENCIA.

FULGENCIA.

Con ese nombre de hermaná
Mucho mas me enriqueceis.

CELIA.

Grande tristeza traeis,
Presto fuistes valenciana.
Pues acuérdomos que aquí
No os hallábades tan mal.

FULGENCIA.

Es mi patria natural;
Que en Salamanca nací.
Y esta tristeza es cuidado
Del que mis tíos tendrán.

CELIA.

Pensaba yo que don Juan
Mucho os hubiera alegrado;
Que le debistes amor,
Y no le mirastes mal.

FULGENCIA.

De un hombre tan principal
Siempre lo tuve á favor.
Y muy contenta he venido
De saber vuestro concierto;
Que no merezco por cierto
Tan noble y galán marido.
Mas no puedo por ahora
Determinarme á casar.

CELIA.

¿Qué es lo que os puede faltar,
Si no es contento, Señora?

FULGENCIA.

Salud; que en ella consiste
El tener, Celia, contento.

CELIA.

¿Salud os falta?

FULGENCIA.

Esto siento,
Y sin ella vengo triste.

CELIA.

Si lo ha causado el camino,
No será, Fulgencia, nada.
Mas pienso que os desagrada,
O es malicia que imagino,
Haber venido á mi casa;
Que soy cuñada en efeto.

FULGENCIA.

Que eso me alegra os prometo;
Y mirad que andáis escasa
De la merced que os merezco,
Si tal sospecháis de mí.

CELIA.

Si os veo venir aquí,
Donde alma y casa os ofrezco,
Y que estáis sin alegría,
Y que á don Juan no miráis,
No he de pensar que os halláis
Sin gusto en mi compañía?

FULGENCIA.

Pues si yo os doy la razón,
Señora Celia, no es justo
Que atribuyáis á disgusto
Cosas que del cielo son.

CELIA.

No os quiero humilde forzada;
Pero si me hacéis merced,
Por hermana me tened,

No, Fulgencia, por cuñada.
Y estáis cierta que venís
Donde hasta el alma os darán;
Que no vivís con don Juan;
Con vuestro hermano vivís.
Ni él, ni yo, ni el que os adora,
Por fuerza os quieren casada.

FULGENCIA.

Vos sois mi hermana y cuñada,
Y mi amiga y mi señora,
Y con vuestra compañía
Recibo yo mucho honor.

ESCENA II.

DON JUAN. — DICHAS.

DON JUAN. (A Fulgencia.)

Esta vez me dijo amor
Que sola hallaros podría;
Cérelle, por lo que tiene
De adivino, y vine á veros.
Dadme, divinos luceros,
La luz, que del sol os tiene
Tan cerca, que me abraseis.

FULGENCIA.

Desviad, don Juan, los brazos;
Que anticipáis los abrazos
Que en esperanza tenéis.

DON JUAN.

¿No he de ser vuestro marido?

FULGENCIA.

Pues por eso es bien, don Juan,
Que os tema como á galán,
Tan cerca de arrependido.

DON JUAN.

Yo os vi mas tierna en Castilla.

FULGENCIA.

No lo he perdido en Valencia.

DON JUAN.

¡Bravas mudanzas de ausencia!

FULGENCIA.

De ausencia, ¿qué os maravilla?

DON JUAN.

Si en ir, estar y volver
Dos meses no habeis estado...

FULGENCIA.

Montes se hubieran mudado,
Cuanto mas una mujer.

DON JUAN.

Luego ¿mudada venís?

FULGENCIA.

Vos ¿no decís que lo veis?

DON JUAN.

Con burlas no me mateis;
Que pienso que lo fingís.
A vuestro hermano le he dado
A mi hermana, aunque era justo,
Sin mi gusto; que ese gusto
Tuve en el vuestro, y fiado
Que él se obligó de hacer cierto
Lo que tratamos los dos.

FULGENCIA.

¿Y fué?

DON JUAN.

Casarme con vos.

FULGENCIA.

¿Halléme yo en el concierto?

¿Qué firma tuvistes mía?

DON JUAN.

Entre honrados caballeros
Remitense á los aceros
Las palabras.

FULGENCIA.

¿Valentía?

DON JUAN.

No, por Dios, sino pesar
De perder vuestro valor.

FULGENCIA.

Yo os tengo, don Juan, amor;
Mas no me puedo casar
Con la priesa que he venido.
Esperad, que bien podeis,
Por un mes, no os morireis:
Este de término os pido,
Para ver lo que me escriben
De Valencia.

DON JUAN.

Vuestro soy.

FULGENCIA.

Con esto, don Juan, me voy;
Que pienso que me aperciben
El cuarto en que he de vivir,
Y quiero verle asear.

DON JUAN.

¿De espacio quereis estar?

FULGENCIA. (Ap.)

Apriesa pienso morir.

(Vase.)

ESCENA III.

DON JUAN, CELIA.

DON JUAN.

¿Qué es esto?

CELIA.

Ya ¿no lo ves?

DON JUAN.

Di, hermana, ¿qué ha de ser esto?
¿Bien que esperaba tan presto,
Hoy se me dilata un mes!

CELIA.

Melindres son valencianos;
Allá los aprendería.

DON JUAN.

Los estilos, Celia mía,
Son allá muy cortesanos.
No creas que es aprendido;
Natural debe de ser.

CELIA.

Querrásate encarecer
Por el nombre de marido.
Todas nos hacemos graves
En tocando en este nombre.

DON JUAN.

Tu marido Octavio es hombre
Del buen estilo que sabes:
No se burlará con él;
Mas si esto adelante pasa,
Octavio por tí se abrasa,
Muéstrate, Celia, cruel.
No te vea alegre un hora
Hasta hacer mi casamiento.

CELIA.

¿Yo fingiré descontento,
Que sé que Octavio me adora?

DON JUAN.

¡Ay, que muero por Fulgencia!

CELIA.

Efectos de ausencia han sido.

DON JUAN.

Algunas yerbas de olvido
Debió de hallar en Valencia.

(Vase.)

Sala en un meson de Salamanca.

ESCENA IV.

FABIO, *de camino*; REINEL, *de gorron*;
GARCERAN, MARIN.

FABIO.

Este llaman el meson
Del Estudio.

GARCERAN.

Aunque no vengo
A estudiar, desde hoy le tengo
Por posada.— ¡Hola, Chacon!

MARIN.

Señor.

GARCERAN.

La ropa acomodada.

MARIN.

Llave de aquel aposento
Me han dado.

FABIO. (A Garceran.)

Mucho contento

Traje la jornada toda,
Señor Clarindo, hasta aquí;
Que por vuestra compañía
Me pesa que llegue día
En que os apartéis de mí.
Vuelvo á cursar, como veis;
Mis padres tengo en Madrid.

GARCERAN.

Yo he de ir á Valladolid.
A cinco días ó seis
Que descansen en Salamanca.
¿Dónde entre tanto os veré?

FABIO.

Ahora, por Dios, no sé;
Que con esta feria franca
No me quiero declarar,
Por holgarme cuatro días.

GARCERAN.

Por ciertas tristezas mías
No salgo á ver el lugar.
Id con Dios, y holgáos en él.

FABIO.

Luego ¿verle no pensáis?

GARCERAN.

De noche, si me llevais
A divertirme por él.

FABIO.

Dejais de ver un lugar
De los famosos de España.

GARCERAN.

Tal grandeza le acompaña.

FABIO.

Pues yo os le quiero cifrar.
Yace en el sitio que veis,
Mirándose Salamanca
En los cristales del Tórmes,
Cuyas celebradas aguas
Garcilaso pinta bien
En aquella égloga rara
Que ha eternizado en el mundo
El nombre del duque de Alba.
De mayorazgos ilustres
Tiene las siguientes casas:
Rodríguez de las Varillas,
Zúñigas, Monroyes, Bandas,
Solises, Paces, Bonales,
Sosas, Manzanos, Anayas.
Vázquez, Herreras, Brocheros,
Pimenteles, Flores, Arias,
Corobados y Godínez,
Ordóñez, Juárez, Abarcas,
Maldonados y Peretras,

Villafuertes, noble casa;
Yáñez, Enriquez, Ovalles,
Guzmanes, de claras armas,
Y Manríques.

GARCERAN.

¡Brava cosa!

FABIO.

Esta máquina levantan
Al cielo cuatro colegios
Que aquí los mayores llaman:
El Viejo, el del Arzobispo,
De Cuenca y Oviedo, y hasta
Que uno de los cuatro diga
Para saber que se igualan.
Tiene el de la Madalena,
Que los que digo acompaña,
Verdes, y Santa Maria,
Santo Tomás y el de varias
Lenguas, con Monte Olivete,
Sin otros.

GARCERAN.

¡Oh Fabio! para.

¿Qué de personas famosas,
Qué insignes, qué celebradas,
Ya en los consejos del Rey,
Ya en las religiones santas
Habrán salido de ahí!

FABIO.

Antes, Clarindo, contara
Sus flores á abril, sus frutos
A junio, á enéro su escarcha,
Su arena al Tórmes, al sol
Sus átomos, que bastara
A referirte los hombres
Que dellos dan gloria á España.
Las órdenes militares
Con otros cuatro la ensalzan,
Que son, Santiago, San Juan,
Alcántara y Calatrava.
El del Rey al de Santiago
Llaman; es insigne fábrica,
A quien hace reverencia
Tórmes, besando sus plantas.
Los monasterios famosos
Son tan notables, que pasan
Los límites que el ingenio
Puede hallar en su alabanza.
Oído habrás en Valencia
De San Estéban la fama,
Cuya capilla mayor
Justamente se compara
Con el día mas hermoso,
Si en ella se encierra el alba;
Del santo humilde que dicen
Que fué de Cristo la estampa;
Del que escribió la *Ciudad*
De Dios con tanta elegancia;
Del que á golpes de una piedra
Llamaba en el pecho al alma;
De Vicente, de Bernardo,
De la Compañía sacra
De aquel dulcísimo nombre
Que los infernos espanta;
Trinidad, Cármén, Merced
Y otras órdenes descalzas.
Insignes son los de monjas,
Santa Isabel, Santa Clara,
Santa Maria de las Dueñas,
La Penitencia, Santa Ana,
Carmelitas y agustinas.
Y otras que para contarlas
Era menester el día.
La iglesia mayor se alaba
De ser en las maravillas
La mayor, que no la octava.
Hay tres escuelas que exceden
Las de Grecia y las de Italia,
De tan divinos maestros
Y cátedras adornadas,
Que Escoto, Hipócrates, Baldo

Y Aristóteles se honraran
De oponerse á quien las rige;
Y si el amor no me engaña,
No pienso yo que el imperio,
Cuando á su eleccion se hallan
Los principes electores,
Ya con mitras, ya con armas,
Resplandece en mayor vista
Que cuando ocupan sus gradas
Tantas borlas de colores
Verdes, azules y blancas,
Carmesies y amarillas;
Porque este jardin esmalta
La madre Universidad,
Naturaleza del alma.
Tiene iglesias parroquiales,
Que para alabarlas basta
Decir que todos sus curas,
Que han de ser de sangre hidalga,
Son capellanes del Rey;
Y puesto que en dar se alargan
Trecientas puertas á Tébas
Las historias ó las fábulas,
Once Salamanca tiene,
Que con mayor arrogancia
Su muro antiguo ennoblecen,
Pues puede decir España
Que há tres siglos que por ellas
Entra muda la ignorancia,
Y sale con mil laureles
Docta, ilustre, eterna y sabia.
Hay un hermoso hospital
De Santa Maria la Blanca,
Dónde se curan reliquias
De las flaquezas humanas,
Y el General, cuyo nombre
Da á entender de lo que trata.
Hay una gran cofradía,
Que de Roque Amador llaman,
De hijosdalgo conocidos.
Hay los padres de la patria
(Ya entendeis), los regidores,
Cuya nobleza bastaba
A honrar provincias y reinos;
Y si de escuchar te cansas,
Acabaré con decir
Un colegio que me falta,
Que se llama *de los mudos*.
Este es una sala baja
Junto á la cárcel; mas tiene
Sus dos puertas á la plaza.
Aquí arrimados los cueros
Del vino de partes varias
Hasta que se distribuye,
Calla entonces, después habla
Tabernilla y Tabladillo
Tienen por tierras extrañas
Tal fama, que no me excusa
De que en esta cifra vayan.
La provision no te alabo,
Porque has de experimentarla
Los días que ver mereces
La divina Salamanca.

GARCERAN.

Hay unos hombres aquí,
Amigo Fabio, y trataban
Con el huésped una cosa
Que me dió gusto escucharla.
Oye, por tu vida.

FABIO.

Di.

GARCERAN.

El colegio que aquí llaman
El Viejo, dicen que tiene
Constitucion, que se guarda
Inviolablemente, y es
Que esta sabia ilustre casa
Sustenta un simple.

FABIO.

Es verdad.

GARCERAN.

Notables cosas contaban
De los bobos que han tenido.

FABIO.

Suelen tener mucha gracia.

GARCERAN.

Entre sus cuentos graciosos,
Dicen que ahora les falta.

FABIO.

Debe de ser; mas ¿qué importa?

GARCERAN.

No me importa; mas espanta
Que falte un bobo en el mundo
Para que adelante vaya
Tan santa constitucion,
Que por sustentarle es santa.

FABIO.

Malicia es esa.

GARCERAN.

No es.

FABIO.

Reinel.

REINEL.

Señor.

FABIO.

¿Tengo cama?

REINEL.

Sábanas echaba ahora
Una entre gallega y galga,
Que con la santa limpieza
Tiene inmortal repugnancia.

FABIO.

Quedad, Clarindo, con Dios.

GARCERAN.

El os guarde.

MARIN.

Edad muy larga.

(Vanse Fabio y Reinel.)

ESCENA V.

GARCERAN, MARIN.

MARIN.

Desesperado he que aqueste
Cesase sus alabanzas;
Que yo no entiendo á qué efeto
En este sucinto mapa
Ha querido reducir
Todo lo mejor de España.
Ya con nombre de Clarindo
(Y yo de Chacon) te hallas,
Sin saber lo que has de hacer,
Garceran, en Salamanca.
¿Cómo sin ser conocido
Intentas ver á tu dama?
Y ¿qué ha de ser de nosotros?

GARCERAN.

Marin, lo que preguntaba
Deste bobo del Colegio
A Fabio, no era sin causa;
Que dicen que aqueste bobo
Tiene en las casas entrada
De todos los caballeros,
Y aun estiman que en sus casas
Entre el Bobo del Colegio.
Busca dos sayos y capas
De labradores groseros,
Y pues que bobo le falta
Al Colegio, allá me lleva;
Que yo, fingiendo ignorancia,
Quiero ser aqueste simple;
Pues si el traje me disfrazo,
Podré entrar con libertad
Tardes, noches y mañanas
A ver y hablar á Fulgencia.

MARIN.

¡Pruebas mi paciencia, ó tratas
Tu deshonor, con mi muerte?

GARCERAN.

Si me replicas palabra,
¡Vive Dios!...

MARIN.

Señor...

GARCERAN.

Marin,

Ciego es amor: no repara
En la vida ni en la muerte,
En la honra ni en la infamia.
Cuando Ovidio y otros pintan
A Júpiter que tomaba,
Ya de cisne, ya de toro
Ya de fuego, formas varias,
Esto quisieron decir;
Que para hablar á sus damas
Se transforman los amantes.
Ponte un sayo y capa parda,
Y dirás que eres mi tío.

MARIN.

Y con ese talle y cara,
¿Han de creer que eres bobo
Hombres doctos?

GARCERAN.

Tantos andan

De esa manera, Marin,
Por las ciudades de España,
Que antes quitará la duda.

MARIN.

Pues ánimo, á la batalla;
Que para todo los cielos
Me dieron ingenio y maña.
¿Qué nombre te han de llamar?

GARCERAN.

Pablos.

MARIN.

El nombre me agrada.
Y ¿de qué lugar?

GARCERAN.

De Coria.

MARIN.

Camina, y estudia gracias.

GARCERAN.

Por lo menos por el nombre
Seré agradable á mi dama.
(Vanse.)

—

Sala en casa de Octavio.

ESCENA VI.

DON JUAN, TRISTAN.

DON JUAN.

Esto que os digo responde,
Y da en aquestas tristezas.

TRISTAN.

¿Qué bien á vuestras firmezas
Ese desden corresponde!

DON JUAN.

Estoy tan desesperado,
Como de Octavio quejoso.

TRISTAN.

Que os cumpla será forzoso
La palabra que os ha dado.

DON JUAN.

Mientras Fulgencia, Tristan,
No dispusiere de sí,
Mas que de Octavio, de mí
Queja mis celos tendrán.
Por mil caminos intento
Saber de qué ha procedido

El haberme ahorrécido
Y vivir con descontento;
Mas no me cuadra ninguno.
Y aunque pienso que en Valencia
Se pudo prender Fulgencia,
Y mudable amar á alguno,
En dos meses no podía
Venir tan triste de allá
Como en Salamanca está;
Y es necia sospecha mía.

TRISTAN.

Antes no, porque el amor
Mas fuerza al principio tiene;
Que es como rio que viene
Hasta la mar con furor,
Y luego se pierde allí.

DON JUAN.

Pues si Fulgencia quisiera,
¿No escribiera?

TRISTAN.

Si escribiera.

DON JUAN.

Pues creed, Tristan, de mí
Que he hecho mi diligencia.

TRISTAN.

Vendrá con particular.

DON JUAN.

Aquí nadie puede entrar.

TRISTAN.

Deso está triste Fulgencia.

DON JUAN.

Su hermano intenta alegralla.
Hoy traerá música aquí.

ESCENA VII.

OCTAVIO, FERMIN.— DICHOS.

OCTAVIO.

¿Vendrán presto?

FERMIN.

Señor, sí.

OCTAVIO.

Aunque pienso que cantalla
Ha de ser entristecella...

DON JUAN.

Si música le traeis,
Justa sospecha teneis;
Que es de los efetos della
Añadir tristeza al triste.

(Vase Fermin.)

TRISTAN.

Ella y Celia juntas vienen.

ESCENA VIII.

CELIA, FULGENCIA.— DON JUAN,
OCTAVIO, TRISTAN.

FULGENCIA.

Mis males remedio tienen;
Pero en la muerte consiste.

CELIA.

La mayor enfermedad
Llaman la melancolia,
Porque no admite alegría
Y anda á buscar soledad.
Vuelve en tu acuerdo, Fulgencia,
Mira que está aquí mi hermano.

DON JUAN.

Que yo la entristezco es llano,
Pues toda su diligencia
Ha puesto en huir de mí.

FULGENCIA.

No soy yo tan descortés,

En vuestro término es
Para trataros así.
Mi enfermedad ha crecido
Con preguntarme la causa.

DON JUAN.

No saber de qué se causa
Toda la culpa ha tenido.
Y no os espanteis que sea
En esto tan porfiado
El que con tanto cuidado
Vuestra vida y bien desea;
Que á lo menos me debeis
Que mil que tuviera, os diera
Porque se disminuyera
La tristeza que teneis.

ESCENA IX.

FERMIN. — DÍGROS.

FERMIN.

Los músicos han venido.

OCTAVIO.

Diles que pueden entrar.

(Vase Fermin.)

CELIA.

Todos os podéis sentar.

FULGENCIA. (Ap.)

¡Oh qué mal cubre el olvido
Un desatinado amor!
¡Ay Garceran! si en ausencia
De solo un mes de Valencia
Usas de tanto rigor,
¿Qué esperanza vive en mí?
Es esto lo que decías,
Lo que escribir prometías,
Y lo que esperé de ti?
¿Tienes allá por ventura
Otro dueño? Si tendrás;
Que el no pensar verme mas
Tu mudanza me asegura.

ESCENA X.

Músicos. — FULGENCIA, CELIA, DON JUAN, OCTAVIO, TRISTAN.

UN MÚSICO.

Aquí, Octavio, nos teneis;
Mirad qué es lo que mandais.

OCTAVIO.

Que hoy Anfiones seais
De aquesta piedra que veis.
Cantad para que se mueva;
Que es fundamento del muro
De todo el bien que procuro.

MÚSICO.

Oid una letra nueva.
(Cantan.) Claros aires de Valencia,
Que daís á la mar embates,
A sus verdes plantas flores
Y á sus naranjos azúres,
Fuédes frescos de abril,
Instrumentos de sus aves,
Campanitas del amor
Que despertais los amantes,
Llevad mis suspiros,
Aires suaves,
Al azar de unas manos
Que en ellas nace.

FULGENCIA.

Mucho me habeis alegrado;
Muy linda es esa canción.

DON JUAN.

Si; pero en esta ocasión
Mas hubieran acertado
Si celebraran el Torneo.

MÚSICO.

Aunque en Salamanca vive
El poeta que esto escribe,
No es bien que esa queja formes,
Porque es de Valencia, y tiene
La música esta influencia
Allá en Valencia.

FULGENCIA.

¿En Valencia?

MÚSICO.

Dé allá la influencia viene
Con que estos versos distila.

FULGENCIA.

Con eso tan dulces son.
¿Tienes dél otra canción?

MÚSICO.

Una letrilla.

FULGENCIA.

Pues dila.

MÚSICOS. (Cantan.)

Naranjitas me tira la niña
En Valencia por Navidad;
Pues á fe que si se las tiro,
Que se le han de volver azúr.

TRISTAN.

No vi en mi vida poeta
Con tanto azar.

DON JUAN.

Si jugara,

Poco pienso que ganara.

MÚSICO.

Es metáfora secreta
De ciertos ramos de azúr
Que de su jardín cogió.

FULGENCIA.

Cantad; que os escucho yo

MÚSICO.

Ya volvemos á cantar.
(Cantan.) A una máscara salt,
Y paréme á su ventana;
Amaneció su mañana,
Y el sol en sus ojos vi.
Naranjitas desde allí
Me tiró para favor;
Como no sabe de amor;
Piensa que todo es burlar;
Pues á fe que si se las tiro,
Que se le han de volver azúr
Naranjitas me tira, etc.

FULGENCIA.

Gracia tienen estas cosas
De Valencia.

DON JUAN.

Si tendrán.

CELIA. (Ap. á Fulgencia.)

Celos has dado á don Juan.

FULGENCIA.

Mis tristezas son forzosas.
Lo que me ha dado alegría
Ya me vuelve á entristecer.

TRISTAN.

Valencia debe de ser
Toda su melancolía.

OCTAVIO.

En esta ocasión quisiera
Ser un príncipe.

CELIA.

¿A qué efeto?

OCTAVIO.

Con el poder, te prometo
Que tales fiestas hiciera,
Que mi hermana se alegrara;
Y con lo poco que puedo,
Si pobre gastando quedo,
He de ver en lo que para.

Toda esta casa ha de ser
Juego y fiestas desde hoy.

FULGENCIA.

Cantad; que á fe de quien soy,
Que me daís mucho placer.
Pero no ha de ser aquí;
Hacia el jardín nos entremos.

MÚSICO.

Cantando, Señora, iremos.

FULGENCIA.

¿Será de Valencia?

MÚSICO.

Si.

(Cantan.) En el Grao de Valencia,
Noche de San Juan,
Todo el fuego que tengo
Traje de la mar.

(Vanse.)

Calle.

ESCENA XI.

GARCERAN, ya con saya de colores y polainas; MARIN, de labrador.

GARCERAN.

¡Qué presto me recibieron!

MARIN.

Tales gracias les dijiste.

GARCERAN.

¿Fingi bien?

MARIN.

Tan bien fingiste,
Que mil sospechas me dieron
Que ya habías hecho otras veces
Esta figura del bobo.

GARCERAN.

Tú verás que á todos robo
La voluntad.

MARIN.

Tú mereces

Ser bobo del Gran Sofí.

GARCERAN.

Y tú del Gran Turco tío.

MARIN.

¿Qué te parece del brio
Con que el villano fingi?
Bien ganáramos partido
Los dos en una comedia.

GARCERAN.

La nuestra llega á la media:
Favor al amor le pide
Para la postrer jornada,
Que es el gusto de la acción.

MARIN.

Aun te queda la ocasión
De hablar con tu prenda amada,
Con lo demás, que ha de ser
De gusto y de habilidad.
Hoy causarás novedad;
Paciencia habrás menester.

GARCERAN.

Un bobo muchos hará.

MARIN.

Pues á fe que si anduvieran
De colores los que fueran
Para vestirse ya,
Que hubiera mas de color
Que de negro, á lo que entiendo.

ESCENA XII.

RISELO, GERARDO. — Dichos.

RISELO.
Que me declareis pretendo
Eso que decís, mejor.

GERARDO.
Pues desto ¿no haceis conceto?

MARIN. (Ap. á Garceran.)
Estos arguyen.

GERARDO.
¿Qué haré?

MARIN.

Disimular.

GERARDO.

O diré

Un disparate en efeto.

GERARDO.

Digo que de los cuerpos celestiales
Han dudado, Riselo, los antiguos
Utrum sint animata an non.

MARIN.

Escucha.

GERARDO.

Los que pensaron que animados eran,
Imaginaron que efectivamente
Su movimiento procedía del ánima.

RISELO.

Pues eso la verdad lo contradice;
Que ni vegetativa, sensitiva,
Ni racional virtud existe en ellos.

GERARDO.

Si por agentes intelectuales,
Inteligencias digo movedoras,
Animados parecen, no me espanto.

RISELO.

Esas inteligencias no se juntan
A los orbes celestes, como al cuerpo
Se junta por union formal el alma
Y sustancial informacion.

GERARDO.

Repugna

A la intelectual naturaleza
Angélica, como es patente y claro,
Cum materid componere rem unam,
Porque entre el alma racional, Riselo,
Y la naturaleza ilustre angélica
Hay esta diferencia, que es unible
El alma al cuerpo, *quamvis etiam possit
Separatim subsistere*, y nacida
Con él sola una cosa componerse;
Pero poder naturaleza angélica
Al cuerpo ó la materia ser unible,
Nequaquam; porque solo *per se nata
Est subsistens*.

RISELO.

Pues ¿cómo se le junta?

GERARDO.

Íntase al orbe que se mueve, y tócale
Solo con su virtud, y no se puede
Decir que el cuerpo celestial tiene alma,
Mas que la nave que moverse vemos,
Porque hay dentro el piloto que la rige.

RISELO.

Bien habeis declarado lo que os dije.

MARIN. (Ap. á Garceran.)

Para que te acredites mayormente
Conestudiantes, llega ahora y háblalos.

GERARDO.

Que estáis diciendo necedades, ¡hola!

GERARDO.

¿Qué figura!

RISELO.

Notable.

GERARDO.

Nueva.

RISELO.

Extraña.

GERARDO.

¿Teneisme por novato, mentecatos?
Pues el mundo está lleno de novatos.

RISELO.

¿Qué nuevo bobo es este?

MARIN.

Es del Colegio.

No le hagan mal, señores, por su vida;
Caten que es mi sobrino en mi concien-
Y que há tan poco tiempo que le traje,
Que no le oso dejar.

GERARDO.

¿Cómo es tu nombre?

GERARDO.

¿Dice á mí?

Sí.

GERARDO.

GERARDO.

Pabfillos, y mi tio

Se llama Juan Vicario, y es hermano

[mana,

De mi padre, y mi madre no es su her-
Sino mi madre, y yo soy hijo suyo;

[vengo

Que me hubieron en casa; y aunque
Con mi tio, mi tio no es mi padre,
Ni mi madre tampoco, sino tio,
Que le viene de zaga por alcurnia.
Mas todos somos muy polida gente,
Y yo vengo á estudiar á Salamanca;
Que dix que tengo de ser presto cura
Y me han de graduar de *bobalorum*.

MARIN.

Señores, no le piquen por su vida;
Que si se enoja es un demonio suelto.

GERARDO.

Callad, tio; que yo, de dos la una, [za.
Meto un ladrillo á un hombre en la cabe-
Pero á aquestos borrachos, que decian
Del cielo, que no han visto, disparates,
Les quiero pescudar una conseja.

RISELO.

Pues ¿entendiste tú lo que tratábamos?

GERARDO.

¿Y cómo si entendí los lengromentos! —
¿No dijistes que el cielo era una cosa
Que por sus diligencias se movia,
Y que andaban por él algunas ánimas?

GERARDO.

¡Oh qué gracioso bobo!

GERARDO.

Pues, borrachos,

¿Cómo llamastes desalmado al cielo,
Si está hirviendo de ánimas, que es gro-
[ria,

Que algunas de ellas han estado en Co-
[ria?

RISELO.

El tonto es gran persona.

GERARDO. (Ap. á Riselo.)

Visitando

A Octavio, que es un grande amigo mio,
Vi, Riselo, su hermana... Ya sospecho
Que habeis visto su hermana.

RISELO.

Ya la he visto.

GERARDO.

Está de unas tristezas tan al cabo,
Que anda buscando músicos y haciendo
Mil fiestas solo á efeto de alegrarla

Su hermano, que la tiene prometida
A don Juan, su cuñado, en casamiento:
Yo pienso que le haria un gran servicio
Si este bobo á su casa le llevase.

RISELO.

No dudo que en extremo se alegrase;
Que tal vez las tristezas de un discreto
Suele alegrar un ignorante.

GERARDO.

Pablos,

¿Queréis venir conmigo á cierta casa
Donde os darán de merendar?

GERARDO.

Si tienen

Allá muchos buñuelos y pasteles
Y algunas manecillas de ternera,
Pardiez que vaya allá de buena gana.

GERARDO.

Todo eso y mas habrá.

GERARDO.

Pues vamos, tio.

MARIN.

No me parece mal. — Garceran, oye.
(Ap. á su amo.)

GERARDO.

¿Qué sientes?

MARIN.

Que ahora es bien á los principios
Acreditarte de apacible.

GERARDO.

Vamos,

Con tal que en esa casa merendemos.

GERARDO.

Pues seguidme los dos.

GERARDO. (Ap. á Marin.)

¡Ay cielo santo!

¿Si acaso en esta casa hallaré nuevas
De mi Fulgencia?

MARIN.

Siendo gente noble,

No se puede esconder.

GERARDO.

Así lo creo,

Y donde no, la hallara mi deseo.

(Vase.)

Sala en casa de Octavio.

ESCENA XIII.

CELIA, FULGENCIA.

FULGENCIA.

Persuadida de tu amor
Y de un desprecio, que es cosa
Que una pasion amorosa
Suele volver en furor,
Y por vengar el rigor
Del mal término y grosero
De un villano caballero,
Indigno de mi firmeza,
Hoy, Celia, de mi tristeza
Que sepas la causa quiero.
Hasta agora no podia
Este mal declarar,
Porque un incierto esperar
Engañada me tenia;
Pero hame dado osadía
Su ingratiud de manera,
Que como quien ya no espera,
Diré con desconfianza
Que mereció mi mudanza
Perderse en su misma esfera.

CELIA.

Yo te confieso, Fulgencia.

QUE tu tristeza entendi,
Porque enamorada vi
Que te partiste á Valencia,
Y con dos meses de ausencia
De tal manera volviste;
Que á don Juan aborreciste,
Y mataste de pesar
Cuanto te vieron estar
Tan melancólica y triste.
¿Qué te pudo suceder,
Que tan presto te mudaste?

FULGENCIA.
Desconfiar (que esto baste)
Celia, de volver á ver
A don Juan, y ser mujer.
Vi un caballero galán,
Cuyo nombre es Garcerañ;
Quisome bien con pasión,
Escuchéle una razón,
Y unas tras otras se van.
Al principio no entendi
Que hiciera mas de escuchar
Para poder aliviar
El mal que saqué de aquí;
Pero tal sirena oí,
Que llorando me engañó:
Cierto fué que se burló,
Pues no he visto letra suya.

CELIA.
Que toda la culpa es tuya
Juraré, Fulgencia, yo.
Si presto no te rindieras,
¿Cuán mejor te aseguraras!

FULGENCIA.
¿Qué importan palabras raras
Ni de burlas ni de veras?
El, con todas sus quimeras,
Solos palabras me debe.

CELIA.
Y amor ¿no es nada?

FULGENCIA.
Ese en breve
Saldrá del alma tirana,
Como frío de terciana.

CELIA.
¿Tienes guardada la nieve?
Presto quieres; pero ¿luego
Truecas amor en desvío?

FULGENCIA.
Es como me viene el frío
Después del calor del fuego.

CELIA.
Que á querer vuelvas te ruego
Mi hermano, pues que podrás.

FULGENCIA.
Agora le querré mas,
Que tengo este desengaño.

ESCENA XIV.

DON JUAN. — DICHAS.

DON JUAN.
No camines tanto, engaño;
Que va la esperanza atrás.
Mira que no puede ser
Que te alcance, aunque es de viento;
Porque sigue el pensamiento
De una mudable mujer.

FULGENCIA.
El eco me hace creer
Que os vais quejando de mí.

DON JUAN.
La razón lo dice así,
Y el amor, que no es tan sabio,
Que sepa callar su agravio.

FULGENCIA.
¿Agravio?
DON JUAN.
Señora, sí.
FULGENCIA.

Don Juan, pues he conocido
Vuestro valor en querirme;
No quiero mas defenderme;
Vuestra soy y vuestra he sido.
Licencia con esto os pido;
Que he dicho mas que pensé.

DON JUAN.
Pues ¿no os agradeceré
Siquiera tanto favor?

FULGENCIA.
Bastará pagar mi amor,
Que vuelve á ser el que fué. (Vase.)

ESCENA XV.

DON JUAN, CELIA.

DON JUAN.
Eres bien, volando vas. —
¿Qué es esto, Celia?

CELIA.
Mudanzas;
Pero, pues el viento alcanzas,
¿Para qué preguntas mas?
Mas si palabra me das,
Te diré todo el secreto.

DON JUAN.
Como quien soy lo prometo.
CELIA.

Soy tu hermana y soy mujer;
Que á no callar nuestro ser
Dicen que nació sujeto.
Fulgencia quiso en Valencia,
Y fué amada de un galán,
Cuyo nombre es Garcerañ;
Hizo de Valencia ausencia,
Y vuelve á querer Fulgencia
A lo que quiso primero.

DON JUAN.
Golpe me has dado tan fiero,
Que si con celos se olvida,
Harán que toda mi vida
Aborrezca lo que quiero.
¿Cómo podré ya casarme
Con tan mudable mujer?

CELIA.
¿Qué importa un fácil querer?

DON JUAN.
Importa poder matarme.
¿Cómo podré confiarme?

CELIA.
Luego ¿habrá muchas doncellas
Que de querer y querellas
Se escapan en verdes años?

DON JUAN.
Pues ¿por qué lamenta engaños
Quien pone esperanza en ellas?

ESCENA XVI.

GARCERAN, MARIN, RISELO, GERARDO. — DICHAS.

MARIN.
Mira que vayas con seso.

GARCERAN.
Pues si yo seso tuviera,
¿Pensais que en esto anduviera,
Mortero con ajo y queso?

RISELO.
¿Está aquí el señor Octavio?

DON JUAN.
Poco há que estaba aquí.
GARCERAN.

¿Es esta la dama?
MARIN.
Sí.

GARCERAN.
¡Hola, aho! mirad que rabio,
Por eso mandad sacar
La merienda.

GERARDO.
La tristeza
Que oprime tanta belleza
Nos ha obligado á sacar
Este del Colegio Viejo,
Que es pieza de Rey.

GARCERAN.
Y vos,
¿Sois, que mal os haga Dios,
La enferma del sobrecejo?
¿Para qué os entristecéis,
Con esos años y cara?

MARIN.
En lo que dices repara.

GARCERAN.
Reparad vos, si queréis;
Que aun yo no he visto el azar
De las huertas de Valencia.

CELIA.
Allá bien curan de ausencia.

GARCERAN.
Tambien saben enfermar.

CELIA.
No soy yo la que estoy triste.

GARCERAN.
¿No? Pues ¿quién?
CELIA.
Soy su cuñada.

GARCERAN.
Y estáis con este casada?

DON JUAN.
No; que yo soy quien resiste
Las tristezas desa dama.

GARCERAN.
Harto trabajo teneis.
A la cuenta la queréis,
Y ella sin cuenta os desama.

DON JUAN.
Esa fué verdad de loco.

GARCERAN.
Echad acá la mujer;
Que la tengo de morder
Solo porque os tiene en poco.

DON JUAN.
¿Cómo te llamas?

GARCERAN.
¿Yo?

DON JUAN.
Sí.

GARCERAN.
¿Mal año si lo dijese,
Y alguno me conociese
Delos que andan por ahí!

MARIN.
Pablos, Señor; y yo soy
Su tío, y es Juan Vicario
Mi nombre de calandario,
Que para mostralle, estoy
En el Colegio con él,
Las oraciones.

DON JUAN.
Aquí
Viene la que es para mí

Por todo extremo cruel.
Dile con tus hoberias
Y con tus simples razones,
Pues no bastan discreciones,
Pablos, las congojas mias.
Dile que cure mi mal.

GARCERAN.
Si es sarna, yo sé un ingüente
Con que el mal se os acreciente,
Y os lleven al hospital.

GERARDO.
Pablos, vos quedais adonde
Os sabrán regalar bien.
Quedad con Dios.

GARCERAN.
Digo amen.

RISELO.
Por si esta dama se esconde
Viéndonos aquí, nos vamos.

DON JUAN.
Diré á Octavio esta merced.

GARCERAN.
¡Hola! por acá volved.

RISELO.
¿Cuándo?

GARCERAN.
El domingo de Ramos.
(*Vanse Riscelo y Gerardo.*)

ESCENA XVII.

FULGENCIA. — CELIA, GARCERAN,
DON JUAN, MARIN.

FULGENCIA.
Con vergüenza vuelvo á veros.

DON JUAN.
Estaréis arrepentida.

GARCERAN.
Hola, mujer relamida,
¿Por qué no amais á Gaiféros?

FULGENCIA.
¡Jesús!

DON JUAN.
¡Ay Dios!
GARCERAN.
¿Qué le ha dado?

DON JUAN.
Fulgencia se desmayó.

CELIA.
Tal sobresalto le dió
Ver este simple á su lado.

MARIN.
No es feo que obligue á extremos.

CELIA.
Id, don Juan, mandad sacar
Un poco de agua de azar.

GARCERAN.
Naranjos somos, hloremos.

DON JUAN.
Voy por agua. (Vase.)

GARCERAN.
Traed vino.

ESCENA XVIII.

FULGENCIA, desmayada, CELIA,
GARCERAN, MARIN.

CELIA. [cia]
¡Fulgencia! ¡Ah hermana! ¡Ah Fulgen-

GARCERAN. (*Ap. á Marin.*)
¡Ay, Marin, ay!

L-L

MARIN.
Ten prudencia.

GARCERAN.
Que es el desmayo adivino
De verme loco, Marin.

MARIN.
Señora, aunque labrador,
Yo sé un salmo.

CELIA.
¿Tú?

MARIN.
El mejor.

CELIA.

Dile.
MARIN.
Ya limpio el magin...
—Pero habeis de estar aparte.

CELIA.
¿Volverá?

MARIN.
Sí.

CELIA.
Llega y di.

MARIN. (*Ap. á Fulgencia.*)
Garceran, loco por tí,
Fulgencia, viene á buscarte.
Está en el Colegio Viejo
Disfrazado en bobo.

FULGENCIA.
¡Ay Dios!

CELIA.
¿Habló?
GARCERAN.
Mal conoceis vos
Aquel salmo ó salmorejo.
MARIN. (*Ap. á Fulgencia.*)
Advierte que aunque es locura,
Es nacida de tu amor.

ESCENA XIX.

DON JUAN, con agua. — Dichos.

DON JUAN.
Esta es el agua.
GARCERAN.
Mejor
Tengan mis cosas ventura
Que la ha de beber Fulgencia.

DON JUAN.
¿Por qué, Pablos?
GARCERAN.
Porque ya
Lágrimas beber podrá,
Agua de azar de Valencia.
Dad el agua á Juan Vicario.

MARIN.
¡Malos años para vos!

GARCERAN.
Pues sus, dénos á los dos...
Aguardiente y letúario.

DON JUAN.
¿Qué teneis, Fulgencia mia?

FULGENCIA.
Lo que tener no pensé.

DON JUAN.
¿Es mal?

FULGENCIA.
Ya el mal olvidé,
Como vi que el bien venia.

DON JUAN.
Aquí estoy; vos sois bien mío.

GARCERAN.

Y yo tambien, á la fe,
Aunque no me desmayé
Porque me riñó mi tío.
Hola, tristisima dama,
Catadnos acá, y catad
Cuán vamos por la ciudad:
Tal sabe hacer quien bien ama.
No os espanteis otra vez
De ver un bobo, aunque fuera
Como yo, porque si hubiera
Pesquisidor ó juez
Deste delito en el mundo,
La cárcel fuera mayor,
Y mentecatos de amor
Tienen el lugar segundo.
Solo tuve por agüero
Lo que aqueste me mandó,
Porque os quiere como yo;
Que bien sabeis vos que os quiero.
Dice que no le quereis,
De que algo estoy consolado;
Que lo que me habeis costado
Es razon que lo estimeis.
¿Cómo os llamais?

FULGENCIA.
¿Yo? La Firme.

GARCERAN.
¡Plegue á Dios que lo seais!
Buena estáis si firme estáis,
Como agora se confirme.

FULGENCIA.
Presumiendo ingratitud,
Cerca de mudarme estuve.
Saltó el sol, pasó la nube.

GARCERAN.
Templado habeis el laud.

DON JUAN.
Si el simple os enoja, haré
Que se vaya.

FULGENCIA.
Antes me alegra.

GARCERAN.
Pues, señor cara de suegra,
¿Sabe cómo le daré?

DON JUAN.
¿Qué me darás?

GARCERAN.
Pesadumbre.

DON JUAN.
Ahora bien, quiéroos dejar;
Que á Celia tengo que hablar.

GARCERAN.
Pues nunca Dios os alumbre,
Por mas preñado que estéis
De deseos y de antojos.

CELIA.
Vamos.
FULGENCIA. (*Ap. á Garceran.*)
¿Que te ven mis ojos?

MARIN.
Quedo, paso; que os perdéis.

CELIA.
Bien quedas entretendida.
Luego á verte volveré.

DON JUAN.
¡Desmayo, Celia! ¿Qué fué?

CELIA.
Melindres.

DON JUAN.
¡Bien, por mi vida!

GARCERAN.
¿No se van?
MARIN.
Aguarda un poco.
(*Vanse Celia y don Juan.*)

ESCENA XX.

FULGENCIA, GARCERAN, MARIN.

MARIN.

Cierra, hijo.

GARCERAN.

¡Ay prenda amada!

FULGENCIA.

Tente; que estoy enojada
De verte, mi bien, tan loco.

GARCERAN.

¿Los brazos me niegas?

FULGENCIA.

Sí.

¿Por qué has hecho esta locura?

GARCERAN.

Porque tu mucha hermosura
Me tiene fuera de mí.

FULGENCIA.

¿Cómo podré yo ser tuya,
Si te quitas el honor?

GARCERAN.

Como á tu gracia y mi amor
Esta hazaña se atribuya.

FULGENCIA.

Quítate, por Dios, mi bien,
Ese traje tan extraño.

GARCERAN.

Eso no, porque este engaño
Me desengaña también.

FULGENCIA.

En traje de caballero,
¿No puedes servirme?

GARCERAN.

No,

Porque no te veré yo
Cuando quiera y como quiero.
Con el hábito que vas,
Entraré y saldré en tu casa;
Y sin saber lo que pasa,
Fulgencia, tu miedo es,
¡Buen lance habemos echado
Aventurando el honor!
Que si le tuviste amor
Y me has, Fulgencia, olvidado,
No querrás que yo te vea
Aprisa y con libertad.

FULGENCIA.

No hay, Garceran, necedad,
Que de mas quilates sea
Que la de un discreto.

GARCERAN.

¡Ay cielos!

FULGENCIA.

Es verdad que este es don Juan,
A quien por dueño me dan...

GARCERAN.

No eran sin causa mis celos.

FULGENCIA.

Dios sabe lo que me debes,
Garceran.

GARCERAN.

Pues siendo así,
Déjame sin honra aquí,
Y mi paciencia no pruebes;
Que quien llega á estas locuras,
También se sabrá matar.

FULGENCIA.

No te quiero aconsejar.

GARCERAN.

Mas ¿de tu amor me aseguras?

MARIN.

Si estimas desta manera

El lugar que amor os da,
¿No veis que se correrá?
Advertid que hay gente afuera,
Y que os faltará ocasión.

GARCERAN.

No hará con este disfraz.

FULGENCIA.

Si en esto estás pertinaz,
Aquestos mis brazos son.

GARCERAN.

Y estos, Señora, los míos.

MARIN.

Bendígaos el cielo, amen.

GARCERAN.

Agradéceme, mi bien,
Estos locos desvarios.

ESCENA XXI.

OCTAVIO. — Dichos.

OCTAVIO.

¿Está aquí mi hermana?

GARCERAN.

Y yo,

Que la abrazo, aunque no quiera.

OCTAVIO.

¿Quién eres?

GARCERAN.

Quien antes era,
Que del tejado cayó.

FULGENCIA.

Pablos es mi grande amigo,
Que es del Colegio, y le quiero
Mucho.

GARCERAN.

Y yo ando al retortero,
Por esto que hace conmigo.
¿Sois vos su hermano?

OCTAVIO.

Yo soy.

Alegra mucho á mi hermana.

GARCERAN.

Tan sana os la doy mañana,
Como yo con verla estoy.

FULGENCIA.

Mucho me he holgado con él.

GARCERAN.

Por eso vine yo acá;
Que bien me estaba yo allá;
Pero en fin vine por él.

OCTAVIO.

¿Por mí has venido?

GARCERAN.

¿Pues no?

Si él no fuera, no viniera;
Que me trajo la mollera,
Y sin seso me dejó.
Secóse todo el azar
Luego que faltó el abril;
Descuidéme del candil
Y quemóseme el pajar.
Como vi que no quedó
Esperanza de provecho,
Puse á la fortuna el pecho,
Que este alborno me vistió,
Aconsejéme mi tío
Viniese á estudiar acá,
Aunque hacé calor allá,
Y acá tememos el frío.
Pero todo se hará bien,
Y yo saldré graduado,
Como vos me deis el grado,
Y yo os hurte la sarten.

OCTAVIO.

¿Gracioso simple!

FULGENCIA.

Extremado.

Obliga á tenerle amor.

GARCERAN.

Si yo le tengo mayor,
¿Qué mucho que haya obligado?

OCTAVIO.

Dice cosas en razón.

GARCERAN.

No creais mis bobberías
Antes después de los dias
Que os hurte la bendición.

OCTAVIO.

Vamos á comer, hermana.

FULGENCIA.

Come el huésped con nosotros.

GARCERAN.

O con ellos ó con otros,
Siempre me sobra la gana.
Pero de mi historia toda
No cantarán villancicos
Hasta que coma los picos
De las roscas de la boda.

OCTAVIO.

Entra; que tengo que hablarte
Del contento de don Juan.

GARCERAN.

Y á mi tío ¿no darán
De mis buenas dichas parte?

OCTAVIO.

¿Es ese buen labrador
Tu tío?

MARIN.

Pues ¿no lo ve?
Yo le truje y le asenté
En el Colegio, Señor;
De donde espero que presto
Saldrá á ser hombre de bien.
(Vanse Octavio y Fulgencia.)

ESCENA XXII.

GARCERAN, MARIN.

GARCERAN.

Todo nos sucede bien.

MARIN.

Hoy la fortuna te ha puesto
Donde puedes desear.

GARCERAN.

Que me conserve deseo.

MARIN.

Bien haces el bobo.

GARCERAN.

Creo

Que habemos hoy de engañar
Algun discreto.

MARIN.

¿Qué efetos
Tan propios de la ambicion!
Porque ya los bobos son
Quien engañan los discretos.

GARCERAN.

Hoy levanto un templo egregio
Al amor.

MARIN.

¿Qué bien harás!
Y su puerta honrar podrás
Con las armas del Colegio.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

OCTAVIO, CELIA.

OCTAVIO.

Aun para ser tu galán
Es ese mucho rigor,
Y que tengas mas amor,
Aunque es tu hermano, á don Juan.
Advierte que soy marido,
Y que en posesion estoy.

CELIA.

Si pesadumbre te doy,
Pon la venganza en tu olvido;
Demás que solo te ofendo
En estar triste.

OCTAVIO.

Y ¿es poco,
Si hasta á volverme loco
Cuando tu gusto pretendo?
Vuelve, Celia, esposa mia,
A tu contento y placer;
Que es prudencia en la mujer
Mostrar al hombre alegría.
¿Nunca ha de faltar un triste?
Cuando Fulgencia lo estaba,
Tú alegre; y cuando ella acaba
La tristeza en que la viste,
Comienza la tuya en casa.

CELIA.

Ella no tuvo ocasion;
Yo sí.

OCTAVIO.

Pues ¿por qué razon,
Si no es porque no se casa?...
CELIA.

¿Qué mayor, pues no cumplís
Vuestras palabras los dos?

ESCENA II.

GARCERAN.—DICHOS.

GARCERAN.

¡Bueno me poneis, por Dios!
Pues esperad, pues huiis;
Que si yo cojo dos lanchos,
A Roma iremos por todo.—
¿Qué haceis los dos deste modo,
Desocupando los ranchos
Donde os puso el casamiento?
Siempre mujer y marido
Han de tener en el nido,
Como palomas, asiento.
Muy cuerdos estáis. ¿Qué es esto?
¿No estáis con gusto? ¿Hay celera?

OCTAVIO.

Pablos, allá fuera espera.

GARCERAN.

¿Vos tambien estáis compuesto?

OCTAVIO.

Yo no soy el enojado.

GARCERAN.

Luego ¿vos dáis en celosa?

CELIA.

Es muy diferente cosa.

OCTAVIO.

Celia, yo no estoy culpado
De que no quiera Fulgencia
Desposarse con don Juan.

CELIA.

Si ella adora en Garceran,
Caballero de Valencia,
¿Cómo quieres que se case
Con mi hermano?

OCTAVIO.

Y de mi hermana
Dices cosa tan liviana!
¿Vive el cielo, que la abrase!

GARCERAN.

¿Oste, puto!

CELIA.

Yo sé bien
Que porque en Valencia vió
A Garceran, á quien dió
Su fe y palabra tambien,
A mi hermano trata así.

GARCERAN.

¿Hi de puta, ruin mujer!

OCTAVIO.

Fulgencia ¿pudo querer
Ni hablar ningun hombre allí?

CELIA.

Pues ella me lo ha contado;
Bien sabré yo lo que digo.

GARCERAN.

No querais mejor testigo.

OCTAVIO.

¿Eso en Valencia ha pasado?

GARCERAN.

¿Eso en Valencia pasó?

OCTAVIO.

¿Fiad honor de mujer!

GARCERAN.

¿Fiad cosas de comer
De pajes!

OCTAVIO.

Pensaba yo
Que la llevaba su tia
Para guardarla mejor,
Y yame quitado el honor!

GARCERAN.

¿Hay tan gran bellaquería?

OCTAVIO.

Y ¿quién es el Garceran?

GARCERAN.

Será un hombre como yo;
Hombre que si la pescó,
Buenas noches.

CELIA.

Un galán
Mas bien nacido que rico.

GARCERAN.

Sí, porque si rico fuera
Como noble, no sufriera
Que le pongais tanto hocio.

OCTAVIO.

Iré á Valencia y haré
Que no la escriba ni engañe.

GARCERAN.

Si queréis que os acompañe,
Porque allá le halleis, yo iré.

OCTAVIO.

Mataréle sobre el caso.

GARCERAN.

Sobre el caso ó sobre el queso,
Pardiez, hacelde un proceso
De versos de Garcilaso.

CELIA.

Mejor es que le escribais
Con propio y le amenaceis.

OCTAVIO.

¿Quién irá?

GARCERAN.

Yo, si quereis

CELIA.

Si la carta le fiais
A su tio deste bobo,
Que ha dado ya en estudiar,
¿Quién mejor la puede dar?

GARCERAN.

¿La oveja le dáis al lobo?

CELIA.

En hábito de estudiante
Sirve en Salamanca ya,
Y en los principios está,
Segun dicen, adelante.
Dalde dineros y parta.

OCTAVIO.

La carta voy á escribir.

CELIA.

Y yo á ayudar á decir
Lo que es de esencia en la carta.
(*Vanse Celia y Octavio.*)

ESCENA III.

GARCERAN.

¿Dónde me llevas, pensamiento loco.
De una desdicha en otra hasta la muerte?
¿Por qué medio tan áspero y tan fuerte
Cortos principios de mis dichas toco?
Si con mi deshonor no te provoco,
Y el verte en tanto mal no te divierte,
Acaba de matarme de otra suerte,
Si te parece que padezco poco.
Advierte que no hay música sin pausa;
Descansa un poco porque tome aliento,
Si lo permite de tu amor la causa.
Pero no te acobardes, pensamiento;
Que mas vale tu mal por quien le causa,
Que verme libre del dolor que siento.

ESCENA IV.

MARIN, en hábito de capigorrón.—

GARCERAN.

MARIN.

En tu busca vengo.

GARCERAN.

Aqui

Siempre, Marin, me hallarás.

MARIN.

¿Cómo al Colegio no vas?
Que se me quejan de tí.

GARCERAN.

Quédome en aquesta casa
Por actos de posesion,
Y porque ya mi pasión
A tales extremos pasa.
Desde aquí á Fulgencia veo,
Ya desnuda, ya vestida,
Cuelga en su vista mi vida,
Y la suya en mi deseo.
Ella pues, como me ve
Sobre esas mesas quedar,
Busca con qué me pagar
La firmeza de mi fe.
Levántase de mañana
(A hacerme este bien sospecho),
Y ya el cuello, el blanco pecho,
Me muestra por la ventana.
Deja que al descuido esté
La manga de la camisa,
Por donde el brazo divisa.
Quien desde abajo la ve.
Yo, mas bobo que mi traje
Con el sol que me amanece,
Le digo que me enloquece,

Y hago al pensamiento paje.
Va y viene con mil recados;
Pagados pienso que son:
Mira si tengo razon.

MARIN.
Pienzan los enamorados
Que los que los ven son ciegos.
¿Cosa que des á entender
Lo que nos venga á poner
En nuevos desasosiegos?

GARCERAN.
Entra, Marin, por tus ojos,
Y mira lo que hace allá;
Que hay desdichas por acá,
Que me hacen dar mil enojos.
A Celia dijo Fulgencia
Que aborrecia á don Juan
Por amar á Garceran,
Caballero de Valencia.
No sé si fué por locura,
O para echarme á perder.

MARIN.
¡Oh secretos en mujer!

GARCERAN.
Por ellas ninguno dura.

MARIN.
Voy.

GARCERAN.
Dile que espero aquí,
Y que escriben á Valencia
Que yo les deje á Fulgencia.

MARIN.
¿Que tú se la dejes?

GARCERAN.
Sí.

MARIN.
¿Cómo, si con ella estás?

GARCERAN.
Y ¿cómo la dejaré?

MARIN.
En fin, eso le diré.

GARCERAN.
Y que la espero dirás.
¡Ay de mí, que ya no puedo
Vivir sin ver lo que vi!

(Vase Marin.)

ESCENA V.

DON JUAN, TRISTAN.— GARCERAN.

TRISTAN.
Esto se ha de hacer así,
Y muera Octavio.

DON JUAN.
Hablad quedo.

TRISTAN.
El bobo está aquí, no importa.

GARCERAN. (Ap.)
¿A Octavio quiere matar?

DON JUAN.
Yo le he de desafiar,
Porque vea lo que corta
La espada con el agravio
En el amigo mayor;
Que me ha ofendido el honor
Con aqueste engaño Octavio.

TRISTAN.
Pues escribilde un papel
Para las once en la puente,
Y llevad alguna gente,
Por si lo fuere con él.

DON JUAN.
Esó no; que es caballero,
Y yo sé que solo irá.

TRISTAN.
Atento este bobo está.

DON JUAN.
Escribir el papel quiero,
Y que se le lleve un paje.

TRISTAN.
Yo os le ayudaré á notar.

DON JUAN.
A Fulgencia me ha de dar,
O he de abrasar su linaje.
(Vanse.)

ESCENA VI.

GARCERAN.

¿Qué es esto, cielos? ¡Ya trata
Don Juan de matar á Octavio,
Que tiene el ver por agravio
Que su gusto se dilata!
Para las once en la puente?
Pues basta; que amigo habrá
Que al camino le saldrá,
Porque se excuse la gente.

ESCENA VII.

MARIN.—GARCERAN.

GARCERAN.
¿Qué hay, Marin?

MARIN.
Salir queria,
Y no salió por don Juan.

GARCERAN.
Peor nuestras cosas van
De lo que yo te decia.
Búscame luego un vestido,
Capa y espada.

MARIN.
Vendi
Los tuyos, para que así
Fueses menos conocido;
Que estaban en el meson
Dando sospecha.

GARCERAN.
Es verdad.

MARIN.
Mas yo tengo en la ciudad
Amigos, que algunos son
Hombres de bien y galanes.
Entra, y verás á Fulgencia,
Que está llorando tu ausencia
Con divinos ademanos.

GARCERAN.
¡Ay, Marin! qué mal agüero!

MARIN.
¿Agüero?

GARCERAN.
Llorar el sol;

¿Es poco?
MARIN.
A fe de español,
Que eres lindo majadero.
(Vase Garceran.)

ESCENA VIII.

MARIN.

Amor, ¿en qué han de parar
Tus enredos y quimeras?
Ya, Tórmes, en tus riberas
Otra vez vuelvo á estudiar.
Vesme aquí de licenciado,
Siempre pensando en latín,
Habiendo sido un rocín
Los pienso de mi cuidado.

Y diceme Garceran
Que aproveche el tiempo así,
Y esté perdiendo aquí,
Donde mil penas le dan.
¡Ay Valencia de mis ojos!
¡Ay plaza de la Olivera!
¿Quién por el aire te viera,
Para templar sus enojos?

ESCENA IX.

RISELO, GERARDO, LUCINDO.—
MARIN.

RISELO.
En tu busca venimos.

MARIN.
¿Quién os dijo
Que estaba por acá?

GERARDO.
Las amistades
Que en esta casa á tí y á tu sobrino
Os hacen con regalos tan notables.

MARIN.
Pues ¿qué se ofrece?

RISELO.
Holgarnos esta noche,
Porque el señor Lucindo es grande ami-
Y tiene prevenido gira y cena. [go.
LUCINDO.

Dicenme del honor, donaire y gusto
Del señor licenciado Juan Vicario
Tantas cosas aquestos caballeros,
Que quiero conocerle. Toque.

MARIN.
Toco.

RISELO.
Yo digo que la fiesta será buena
En este modo.

MARIN.
Dé vuarcé la traza.

RISELO.
A la puerta de Toro hay cierta ninfa
Que se nos hace á todos del Parnaso,
Y entre las cantaletas y matracas
Que merecen sus ascos y melindres,
Me ha parecido que llevando á Pablos
Vestido de galán, se le dejemos,
En figura de príncipe reciente
En la Universidad, á solas.

MARIN.
¿Bueno!
Cuádrame la invencion; pero el vestido
¿Adónde se ha de hallar?

LUCINDO.
Yo le he traído
Para de noche, de Sevilla, bueno.

MARIN.
Pues yo voy á sacarle como un trueno.

GERARDO.
¿Dónde le vestiremos?

RISELO.
En mi casa.

MARIN.
Pues no sepa ninguno lo que pasa.

LUCINDO.
¿Qué gracia será ver vestido á Pablos!

MARIN.
La ninfa se ha de dar á treinta diablos.
(Vanse.)

ESCENA X.

FULGENCIA, GARCERAN.

GARCERAN.

Pues ¿qué te pudo obligar
A decirte tu secreto?

FULGENCIA.

Desconfiar; que en efeto
Causa me pudiste dar.

GARCERAN.

Fiaste poco de mí.

FULGENCIA.

Garceran, tardaste un mes,
Y ya tú has visto después
Lo que ha pasado por mí.
Cuando á Celia le conté
Que te amaba, Garceran,
Fué agradecida á don Juan
Por tanta firmeza y fe,
Y de tí desconfiada;
Pero luego que veniste,
Ya mis resistencias viste,
Y que al fin no estoy casada.

GARCERAN.

¿Casada habías de estar,
Y vivo yo?

FULGENCIA.

Si la fuerza
A un desatino me esfuera,
¿Podrélo yo remediar?
Don Juan la palabra pide
A mi hermano, y él á mí;
Celia vive mal por mí,
Y Octavio la boda impide.
Ya dice que á un monasterio
Mañana la llevarán.
¿Qué puedo hacer, Garceran,
Si mi hermano tiene imperio
Para casarme y forzarme?

GARCERAN.

¿Agora estamos ahí?
¿Desto me ha servido aquí
El venir á deshonrarme?
¿Mas que quieres que me quede
En el Colegio de veras?
¿Quién pensara que dijeras
Que Octavio forzarte puede?
¿Es eso lo que decías
En Valencia, castellana,
Cuando el alma valenciana
Pensaba yo que tenías?
¿Mal haya yo, que creí
Palabras de una mujer,
Para venir á perder
La honra y la vida así!
Bien te dije que temía,
Y era justo mi temor;
Que traías el amor,
Fulgencia, á tierra muy fría.
Allá amaste en tiempo breve;
Pero acá, para mi mal,
Volviste á tu natural,
Y está cubierto de nieve.
¿Buena quedará sin tí
Y con aquestas colores,
Ya de vergüenza mayores,
De ver que el honor perdí!
Yo tomé propia figura
De lo que he venido á ser;
Que tal es quien por mujer
La vida y honra aventura.
¿Qué no he pasado por tí?
Que á ser tú cielo, Fulgencia,
Ganara por penitencia
Lo que por Luzbel perdí.
¿Cuántas noches he dormido
Esta suerte en una tabla,

En los ecos de tu habla
Dulcemente divertido!
Cuántas descomodidades
De estudiantes descortes
Ha padecido en dos meses,
Sufriendo tantas crueldades!

El picarme cada día,
A que apenas respondí...

Pero estábalo de tí,
Y de nadie lo sentía.
Agora, ¡muy tibia sales
Con que te quieren forzar;
Y á un caballero dejar

Estas infames señales
De tu crueldad! Pues, Fulgencia,
Con mi lengua he de morir;
Lo que soy he de decir
Antes que vuelva á Valencia.
Aquí te dejo el vestido,
Aunque el engaño no dejo,
Como culebra el pellejo
Entre dos piedras metido,
De alma y condicion tan dura.
—Octavio, Celia, don Juan, (A voces.)
Oid; yo soy Garceran.

FULGENCIA.

¿Hay tan extraña locura!
No te desnudes. ¿Qué es esto?

GARCERAN.

Garceran soy.

FULGENCIA.

Vuelve en tí.

GARCERAN.

Garceran soy.

FULGENCIA.

¿Ay de mí!

Que vienen. Vistete presto;
Que mi palabra te doy
De ser tuya hasta la muerte,
Y que fué probarte advierte.

GARCERAN.

¿Probarme? Vestido estoy.

ESCENA XI.

OCTAVIO. — DICHOS.

OCTAVIO.

¿Quién daba voces aquí,
Llamándose Garceran?

FULGENCIA.

Aquí los que ves están.
Yo estoy quejosa de tí.

OCTAVIO.

¿De mí? ¿Por qué?

FULGENCIA.

Porque has dado

En creer á tu mujer,
Que desde Adán viene á ser
A todo el mundo vedado.
Las voces que daba aquí
Es decir que Garceran
Dice que fué mi galán.

GARCERAN.

Y yo, cuando las oí,
Dije que era yo también;
Y lo digo, y es verdad;
Que andando por la ciudad,
Aunque me ven, no me ven.
Garceran soy, aunque os pese.
No soy yo vuestro galán?
Luego yo soy Garceran.

OCTAVIO.

Fulgencia, tu engaño cese.
O con don Juan, mi cuñado,
Has de amanecer casada,
O dar causa mas honrada
Que hasta aquí á los tres has dado.

Sin esto, me has de firmar
Dos cartas para Valencia.

GARCERAN.

Bien dice su reverencia;
Y yo las he de llevar.

OCTAVIO.

En ellas has de decir
Que á Garceran aborreces.

GARCERAN.

¿Mas que os doy pan como nueces
Si tal la haceis escribir?

FULGENCIA.

Yo haré cuanto tú quisieres;
No me digas vituperios;
Que por eso hay monasterios
Para amparar las mujeres.
Y yo me sabré vengar
De Celia y de tí.

(Vase.)

OCTAVIO.

No importa;
Que á la larga ó á la corta
Con don Juan te has de casar.

GARCERAN.

¡Malos años para vos!
Que se ha de casar conmigo.

ESCENA XII.

RODRIGO. — GARCERAN, OCTAVIO.

RODRIGO.

¿Está aquí Octavio?

OCTAVIO.

Rodrigo,

¿Qué quieres?

GARCERAN.

¿Qué es esto? ¿Ay Dios!

RODRIGO.

Este papel que te diese
Me dió mi señor don Juan.

GARCERAN.

¿Escriben, y en casa están?

RODRIGO.

No me dijo que volviese
Con la respuesta.

OCTAVIO.

Pues véte.

(Vase Rodrigo.)

Quejas serán.

GARCERAN.

Es sin duda.

(Ap. Dice que á la puente acuda.)

OCTAVIO.

¡Breve y sangriento billete!
Pues ¿don Juan me desafia?
Parentesco y amistad
¿Permiten tanta crueldad?
Pues ni por su valentía
Ni por su razon, Octavio
Quedará en mala opinion.
Pésame que ya no son
Las once.

GARCERAN.

Haced como sabio.
Si acaso estáis de pendencia
Y caláos las once mil.

OCTAVIO.

¡Oh hermana! Oh Fulgencia vil!
¡Nunca fueras á Valencia!

(Vase.)

GARCERAN.

Concertóse el desafío;
Que es honrado caballero.

ESCENA XIII.

MARIN. — GARCERAN.

MARIN.
Mas há de un hora que espero
Para hablarte, dueño mío.

GARCERAN.
¿Has buscado con cuidado
El vestido?

MARIN.
El se ha venido.

GARCERAN.
Pues ¿de qué manera ha sido?

MARIN.
Cuatro amigos me han rogado
Que te dejase vestir
Para burlar una dama;
Que hay una cena de fama.

GARCERAN.
No estoy yo para reir.

MARIN.
¿Qué tenemos? ¿Hay maretá?

GARCERAN.
Y aun fortuna habrá, Marin.

MARIN.
Anda á la orilla el delín,
O qué viento la inquieta?

GARCERAN.
El mas cruel huracan
Que sus ondas levantó
A las estrellas.

MARIN.
Pues yo
Piloto soy, Garceran.

GARCERAN.
Oye la historia. Mas, vén;
Sabrás la por el camino.

MARIN.
Si no hay maretá de vino,
No puede parar en bien.
(*Vanse.*)

ESCENA XIV.

CELIA, FULGENCIA.

FULGENCIA.
Muy necia, Celia, anduviste,
Y muy cuñada conmigo.

CELIA.
Yo usé, Fulgencia, contigo
Lo mismo que tú quisiste.
Pues nada te pregunté
De lo que á tu boca oí,
¿Por qué te quejas de mí
Si el secreto no guardé?
Cuando tú, desconfiada
De ver mas á Garceran,
Me dijiste que á don Juan
Estabas mas inclinada,
¿Cómo no echaste de ver
Que te podías mudar,
Y él volverte á conquistar,
Como ya debe de ser?
Si ya por cartas estáis
En los amores pasados,
Y por dicha concertados,
Y de secreto os casáis,
¿Qué ofensa te pude hacer?

FULGENCIA.
Celia, no te culpo en nada,
Porque añadiste cuñada
A condición de mujer.
Desengañaros podeis
Tú y don Juan que Garceran

Es mi esposo, y no galán,
Como vosotros le haceis.
Y háceme ser atrevida
Lo que conmigo lo estáis,
Y ver que los tres me dáis
Tan cruel y áspera vida,
Que sois del alma enemigos
Mas fuertes que ella los tiene.
Octavio á ser mundo viene,
Lleno de falsos amigos;
Tú, la carne, que manida
Por la sangre de tu hermano,
Me tientas que dé la mano
A una mano aborrecida;
Pues si el demonio es don Juan,
Las obras mira.

CELIA.
Ya tarda
De llegar tu ángel de guarda.
Venga el señor Garceran,
Y librete de nosotros.

FULGENCIA.
Pues si vendrá; que alas tiene.

CELIA.
Justo castigo me viene
De emparentar con vosotros,
Locos, necios, ignorantes.

FULGENCIA.
Quedo, Celia, poco á poco.

CELIA.
Don Juan en darme fué loco
A villanos semejantes.

FULGENCIA.
Sé que eres necia en extremo,
Y no quiero responder.

CELIA.
Soy de tu hermano mujer,
Y ninguna lengua temo,
Ni me quiere Garceran.

FULGENCIA.
Confieso que sois mas buenos,
Por mi honor; pero á lo menos
No ha de gozarme don Juan.
(*Vanse.*)

Calle.

ESCENA XV.

RISELO, GERARDO, LUCINDO, MARIN;
GARCERAN, muy bizarro, con
capa, espada y broquel; LOS MUSICOS,
con instrumentos.

RISELO.
Por Dios, que vestido Pablos,
No pudiera conocerlo
Ningun hombre en Salamanca.

GARCERAN.
¿A la fe que vengo bueno!
No me lo quiten, señores,
Hasta hacer mi casamiento.

GERARDO.
Luego tú ¿quieres casarte?

GARCERAN.
Y concertado lo tengo;
Sino que se mete agora
El demonio de por medio,
Y no sé en qué ha de parar.

RISELO.
Ahora bien, dejemos esto,
Y demos con él en casa
De Teodora.

LUCINDO.
¡Bravo cuento

Para mañana en escuelas!

GERARDO.
Para Teodora es muy presto;
Porque andarán sus galaes
Por su calle á sotaviento,
Y es menester hacer hora
Porque no erremos el juego.

MARIN.
Pienso que en el Tabladillo
Algunos nos conocieron,
Y que nos siguen á longe.

RISELO.
Dalles, si llegán á vernos,
Seis pares de cuchilladas.
Pablos, ¿serás para ello?

GARCERAN.
¿Pesía tal! Juro á mi sayo
Que si le mondo el hollejo,
Que no hay en treinta estoriantes,
Para que corte, pescuezos.

MARIN.
No sabemos qué hora es.
¿Hay quien conozca del cielo?

LUCINDO.
Por allí he visto á Saturno.

RISELO.
Dadle al diablo; que es un puerco,
Mortífero y desabrido;
Porque si nascitur foetus
Ipso dominante, ó muera,
O vive falto y contrechó,
Naciendo en el mes octavo,
Morir las criaturas vemos,
Porque allí reina Saturno,
Y vivir en el seteno.

LUCINDO.
Yo con Júpiter nací,
Que mis nueve meses tengo.
¿Vos, Pablos?

GARCERAN.
No sé, par Dios;
Que solamente me acuerdo
De que mi madre y la burra
Parieron á un mismo tiempo,
Y muriéndose mi madre,
A la burra me pusieron,
De cuya leche salí
Con aqueste entendimiento.

GERARDO.
La hora se ha de saber
Por el norte.

RISELO.
Allí esta Venus,
Temperans Martis malitiam
Con su femenino aspecto.
Es parainfo del sol,
Llámase á las tardes Héspero,
Como lo dijo Virgilio
En sus bucólicos versos:
Ite domum saturae, venit
Hesperus, ite capellae.

GARCERAN. (*Ap. á Marin.*)
¿Oh, si me pudiese ir,
Mientras se divierten estos,
Al plazo del desafío!

MARIN.
Quiero para entretenerlos
(*Ap. á Garceran.*)

Esforzar lo que comienzan. —
Dime, estudioso Riselo,
Ya que del cielo tratamos,
¿Cuál es la causa que vemos,
Cuántas naciones se saben,
Tantos ingenios diversos?
¿Es el cielo el que lo causa?

RISELO.
Las influencias del cielo

Vencen los hombres, ni hay patria
Donde algun sabio no hallemos.
Mira en la Scitia á Anacársis,
Plinio refiere unos versos
En sus epístolas, tales,
Que como el escultor diestro
Hace de cera una imagen
Formándola con los dedos,
Así las artes con docta
Mano forman los ingenios.
La razon, dentro del hombre,
Como lo dijo Galeno,
De usu partium, libro primo,
Comprende los sujetos
De las artes; lo que dijo
Julio Firmico no creo,
Porque fué por alabar
Sus astrólogos efetos,
Dándoles á los planetas
Las causas de los sucesos.
Pero si quisieros ver
De mil naciones y pueblos
La calidad, y en España
La condicion que tenemos,
Del uso de astrologia
Leerás á Levinio Lemnio.

*(Durante esta relacion se ha escapado
Garceran sin que le vean.)*

GERARDO.
Si nos salimos á holgar,
¿Para qué hablamos en esto?
Lleve el diablo á los astrólogos,
Y á mí, si á ninguno creo.
Pablos, Pablos, ¿creeislo vos?

LUCINDO.
¡Ah, Pablos! ¿Qué es dél? ¿Qué es esto?

RISELO.
¿Dónde está vuestro sobrino?

MARIN.
¡Vive Dios, que no le veo!

RISELO.
Pues ¿cómo se pudo ir?

MARIN.
Mas que se volvió al Colegio
Porque le viese el Rector?

GERARDO.
Ello fué desnudo nuestro,
Por hablar en disparates.

LUCINDO.
¡Por Dios, que seria muy bueno
Topar quien le desnudase!
Que ningún vestido tengo
Que estime como el que lleva.

GERARDO.
Vamos á buscarle presto.

MARIN.
Sin duda al Colegio es ido.

LUCINDO.
Nunca ha sucedido menos
A quien las estrellas mira,
Y se descuida del suelo.

(Vase.)

Entrada al puente.

ESCENA XVI.

GAR CERAN, con una mascarilla de
tafetán negro, levantada sobre la
falda del sombrero.

GAR CERAN.
Esta es la puente del Tórmes
Y la hora concertada;
Que ella y mi fortuna airada
Parece que andan conformes.
Extremada soledad
Para honrados caballeros,

Si han probado sus aceros
La mayor dificultad.
Mas no pienso que han venido;
Porque mi mucho cuidado
Me ha traído anticipado
Aunque el menos ofendido.
Con aqueste tafetan
Haré mucho en andar bien;
Que si los ojos no ven...
Pero ¿si es este don Juan?
El es sin duda.

ESCENA XVII.

DON JUAN.—GAR CERAN.

DON JUAN.
*(Ap. No ha sido
Octavio muy perezoso,
Siendo cual soy el quejoso,
Pues que primero ha venido.
Es principal caballero,
Y habrá sentido el papel.
Bien será acercarme á él,
Y hablarle en esto primero.)*
¿Es Octavio?

GAR CERAN.
No, don Juan.
DON JUAN.
¿Cómo no? Pues ¿qué es aquesto?

GAR CERAN.
Un hombre que ocupa el puesto.

DON JUAN.
Y ¿quién es?
GAR CERAN.
Soy Garceran.
DON JUAN.

GAR CERAN.
¿Garceran?
El mismo soy,
Que de Valencia he venido.

DON JUAN.
Si de Octavio habeis sabido
Lo que concertamos hoy,
Ha sido término injusto.

GAR CERAN.
A mí no me ha dicho nada;
Que yo estaba en mi posada
Y supe vuestro disgusto,
Y quise ganar á Octavio
Por la mano, pues por mí
Le desafiáis aquí,
Y satisfacer mi agravio.

DON JUAN.
Luego ¿Tristan me ha vendido?

GAR CERAN.
Yo no conozco á Tristan.
DON JUAN.
¿Que estáis aquí, Garceran?

GAR CERAN.
Y de Fulgencia marido.

DON JUAN.
¿Marido sois de Fulgencia?

GAR CERAN.
Ella lo dirá por mí;
Que á este efecto la servi
Desde que vino á Valencia.

DON JUAN.
¿Quereis desembozar?

GAR CERAN.
Yo me holgara de poder.

DON JUAN.
Luego ¿no os tengo de ver?

GAR CERAN.
Cuando me deis casar.

DON JUAN.
¿Qué era vuestro intento aquí?

GAR CERAN.
Matarme con vos primero
Que llegue Octavio.

DON JUAN.
Yo espero
A Octavio.

GAR CERAN.
Matadle en mí.
DON JUAN.
¿Para qué, si estáis casado
Desde Valencia, y Fulgencia
Os trujo á vos de Valencia?

GAR CERAN.
Vos sois caballero honrado;
Y como yo os conociera,
Tanto respeto os guardara,
Que á cualquier hombre matara
Que en Valencia la quisiera.
No lo supe; ya me quiso,
Ya con ella me casé.

DON JUAN.
Que yo no os la quitaré,
Desde este punto os aviso;
Y por ese buen respeto
Y la razon que teneis,
Cuando descubierto estéis,
Solicitarla os prometo,
Y teneros por amigo.

GAR CERAN.
¿Daisme esa palabra?

DON JUAN.
Sí.
GAR CERAN.
¿Cumpliréisla?

DON JUAN.
No la di
Jamás, el cielo es testigo,
Que no la cumpliese.

GAR CERAN.
Adios.
DON JUAN.
Pues ¿dónde vais?

GAR CERAN.
A Valencia.
DON JUAN.
Luego ¿dejais á Fulgencia?

GAR CERAN.
No; que habemos de ir los dos. *(Vase.)*
DON JUAN.
¿Hay suceso tan extraño?
Es hombre, es fantasma, es sombra?
Pues ya se declara y nombra,
¿Para qué dura mi engaño?
Si Fulgencia se ha casado,
¿Por qué Octavio me entretiene?
Un hombre á la puente viene.

ESCENA XVIII.

OCTAVIO.—DON JUAN.

OCTAVIO.
Perdonadme si he tardado;
Que voces de vuestra hermana
Con Fulgencia me han tenido
Casi fuera de sentido.

DON JUAN.
Si cuando yo esta mañana
Os escribi aquel papel
Supiera vuestras quimeras,
No tomara tan de veras
Las quejas que puse en él.
Encubris á Garceran
En vuestra casa, casado,
Que aquí ha venido, embozado
El rostro de un tafetan;
Contaisle mi desafío,
Y por eso os deteneis;

Y agora, que ya le veis
Desotra parte del río,
¡Venís de nuevo á engañarme!

OCTAVIO.

Yo no sé lo que decís;
Y con la espada venís,
No con la lengua, á matarme.
Ni conozco á Garceran.
Ni sé mas de que mi hermana
Habló en él esta mañana,
Y esta es la verdad, don Juan;
Y porque somos cuñados
No me arrojó á un desatino.

DON JUAN.

Pues digo otra vez que vino,
Con los ojos embozados,
Para matarse conmigo
Garceran.

OCTAVIO.

Bien puede ser;
Mas no que pudo tener
Conocimiento conmigo;
Porque quien esto dijere...

DON JUAN.

Verdad es que él lo negó,
Preguntádoselo yo;
Pero dice que le quiere
Fulgencia, y que es su marido
Desde que estuvo en Valencia.

OCTAVIO.

Si Garceran, por Fulgencia
En Salamanca escondido,
Sabe todo lo que pasa
Y ella misma se lo cuenta,
Lejos estoy de su afrenta
Ni de saber que se casa.

DON JUAN.

Veo que teneis razon;
Y pues ya sabeis de mí
Que Garceran está aquí,
Y que los conciertos son
Dar hermana por hermana,
Vuélvase la espada pluma.

OCTAVIO.

¡Pleito?

DON JUAN.

Si.

OCTAVIO.

Nadie presume
Que su justicia es tan llana.

DON JUAN.

Entre tanto no tendréis
A Celia.

OCTAVIO.

¿En eso os vengais?

DON JUAN.

Lo mismo que me quitais,
Eso mismo sentiréis.

OCTAVIO.

¿Soy culpado?

DON JUAN.

No os condena
La culpa; mas no os disculpa
Ser de Fulgencia la culpa,
Para no sufrir la pena.

(Vase.)

Sala en casa de Octavio.

ESCENA XIX.

FULGENCIA, MARIN; después, GAR-
CERAN.

MARIN.

¿Qué puede haber sucedido,
Pues que ninguno parece?

FULGENCIA.

Mi bien tarda, y amanecé.

MARIN.

¡Nunca le diera el vestido!
¿Si se han muerto él y don Juan?

FULGENCIA.

Lo que es mal siempre es lo cierto.
(Sale Garceran.)

GARCERAN.

Garceran vive, no es muerto.

FULGENCIA.

Señor mio, ¡tan galán!

GARCERAN.

¿Parezcóos mejor así?

FULGENCIA.

Lo que sois me pareceis.
¿Qué noche dado me habeis!

GARCERAN.

Vos amanecéis en mí,
Como el alba entre las flores.

FULGENCIA.

¿Qué hay de Octavio y de don Juan?

GARCERAN.

Ya sospecho que vendrán
De sí mismos vencedores;
Que yo dispuse el suceso
Para aplacarlos así.
Primero que entrambos fui,
Con otro intento, os confieso;
Pero sucedió mejor.

FULGENCIA.

Luego ¿ya los dos sabrán
Que estás aquí, Garceran?

MARIN.

Necio has andado, Señor.

GARCERAN.

¿Qué quieres? Cánsame el traje,
Y el Colegio está mohino
De lo poco que me inclino,
Como no sabe mi ultraje,
A asistir y estar en él;
Sin esto, al bien que deseo
Me parece que es rodeo,
Y que nunca llevo á él.
Determinate, bien mio,
A ser tú loca por mí,
Pues yo lo he sido por tí
Al aire, al calor y al frío.
Vente conmigo á Valencia,
Haz una hazaña de amor.

FULGENCIA.

Temo...

GARCERAN.

¿Qué temes?

FULGENCIA.

Mi honor.

GARCERAN.

No tienes amor, Fulgencia.

MARIN.

Ea, Señora, ¿qué aguardas?
Si á este loco quieres bien,
A Valencia vamos: ven;
Que no hay mar, montes ni guardas.
Desde aquí á Madrid habrá
Lindas posadas secretas;
Que yo conozco las tretas
Con que en el mundo se va.
Desde Madrid á Toledo,
Dulce cosa, tierra mansa;
Pues desde Toledo á Almansa
¿Qué puede ponerte miedo?
Pues en entrando en *ma terra*,
¡Cap de llus! als *bordegats*,
Borinots castellans,
Nafarriles la gaita esquerra.
Casarás, habrá sarao,

Haránte mi. epigramas,
Visitaránte las damas,
Irémos al Puche, al Grao,
Bañarás en aiguarrós,
Y mas limpia que un jazmín,
Serás valenciana, en fin.

FULGENCIA.

¡Ay, Marin, pluguiera á Dios!

ESCENA XX.

CELIA. — Dichos.

CELIA.

¿Tan pronto te has levantado?

MARIN.

Huye, Señor.

GARCERAN.

Ya me voy.

CELIA.

¿Qué es esto?

FULGENCIA.

Aquí hablando estoy

Con el señor licenciado,
Que sus estudios me cuenta.

MARIN.

Como digo, estoy opuesto
A una cátedra.

FULGENCIA.

¿Tan presto?

CELIA. (Ap.)

¡Hombre aquí! No me contenta.

MARIN.

¡Deso poco te alborotas?
Con exceso se la llevo
De lo añejo á lo que es nuevo,
Por mas de cuarenta botas.
Mi leccion de oposicion
Tiene á Salamanca loca.

ESCENA XXI.

DON JUAN, OCTAVIO, TRISTAN --
FULGENCIA, CELIA, MARIN.

DON JUAN.

Puesto que la causa es poca,
Grandes los efetos son.

TRISTAN.

¡Ya tan de mañana están
Estas damas levantadas?

OCTAVIO.

Andan desasogadas
De nuestras cosas, Tristan.

TRISTAN.

Grande merced me habeis hecho
En llamarme.

DON JUAN.

Tu prudencia

Lo merece.

OCTAVIO.

Di, Fulgencia,

¿Cómo con tan falso pecho
Encubres á Garceran,
Y tienes atrevimiento
De tratar su casamiento
Y despreciar á don Juan?
Vive Dios, que si no fuera
Por ser en esta ciudad
Fábula, que una crueldad
Con tu desatino hiciera!
¿Tú eres mi hermana?

DON JUAN.

No quiero

Que hagas demostraciones,
Octavio, con tus razones
De pecho enojado y fiero.
A Celia me he de llevar;
Tristan depósito sea.

OCTAVIO.

Antes, don Juan, que lo vea,
Mas fuerza lo ha de mandar.

DON JUAN.

Tú no has cumplido el concierto:
Fulgencia es de Garceran.

OCTAVIO.

Muéstramele tú, don Juan,
Encubierto ó descubierto;
Que á tal hora, y en la puente,
Bien pudo ser ilusion.

DON JUAN.

Yo sé que verdades son.

CELIA.

Y yo sé que está presente;
Y agora se fué de aquí
Con muchas plumas y galas.

OCTAVIO. (A Fulgencia.)

Medea, que á Circe igualas,
¿Adónde le tienes? Di,
Que; vive Dios! que te mate.

FULGENCIA.

Yo solo este hombre hablé.

MARIN.

Yo soy, Señora; á la fe
Que es lo demás disparate.

CELIA.

Aunque el rostro no le vi,
Yo sé que era Garceran,
Y por extremo galán.

ESCENA XXII.

GARCCERAN, en hábito del bobo, como
antes. — DICHO.

GARCCERAN.

(Ap. Aquí se trata de mí.)
¡Hola, borrachos! ¿Qué es esto.
¿Tan de mañana os juntáis?
Si es que almuerzo concertais,
Aquí estoy; sacadle presto.
¿Faltaos algun convidado?

DON JUAN.

Sí, Pablos; un Garceran.

GARCCERAN.

Pues yo soy: par Dios, don Juan,
Que ando, cual veis, disfrazado.
Mil veces le digo á Octavio
Que esta Fulgencia me dé;
Que aunque bobo, yo sabré
Poner en paz vuestro agravió.

OCTAVIO.

Ea, Fulgencia, declara
Lo que hay en esto al momento.
¿Adónde está Garceran?

FULGENCIA.

Señores, plegue á los cielos
Que aquí la tierra se abra
Y me sepulte en su centro
Si he visto mas que este bobo,
Ni otro busco ni otro quiero,
Ni con otro hablé jamás
En cosa de casamiento.
Con él me entretengo aquí...
No es verdad que me entretengo
Contigo, desde que vine,
En amorosos requiebros?

GARCCERAN.

Pues que jura y no revienta,
Bien podeis todos creerlo.
Y dice mucha verdad,
Porque tambien yo la tengo
En lugar de mi mujer.
Sabe Dios lo que padezca
Desde que una vez la vi
En casa de un pastelero,

La mas hermosa serrana
De la Sagra de Toledo,
Por quien amor fuera mulo
De mejor gana que cesto.

OCTAVIO.

No es tiempo de desatinos.

GARCCERAN.

Si yo atinara al remedio,
No fuera desatinado.

TRISTAN.

Señores, alguno demos;
Que no es razon que esto pase
Entre tales caballeros.

DON JUAN.

El medio es llevarme á Celia.

OCTAVIO.

Si yo sin la vida quedo.

GARCCERAN.

Tate, tate, borrachones;
Tate, tate, majaderos;
Que helo, helo por dó viene
Garceran con un recuero;
La barba trae crecida
Y el sayo con mil remiendos.

FULGENCIA.

Don Juan, ¿por qué á Celia llevas?

DON JUAN.

Porque fué nuestro concierto
Que tú fueses mi mujer.

FULGENCIA.

¿Y si ya no puedo serlo?

DON JUAN.

Eso aguardo de tu boca;
Y anoche, si bien me acuerdo,
Dije á Garceran (ese hombre
Que ya se llama tu dueño,
Por verle tan comedido,
Tan galán y tan discreto,
Que me dijo que si acaso
Entendiera mis deseos,
No solo no te quisiera,
Mas que al mas amigo y deudo
Matará si lo intentara)
Que á su justo casamiento
Ayudaría aquel día
Que le viese descubierto.

TRISTAN.

Esperad una palabra.

GARCCERAN.

Oigan al señor Borrego,
Dará su alcaldada aquí.

TRISTAN.

Fulgencia, ¿en qué topa esto?
Garceran ¿es hombre noble?

FULGENCIA.

Tan noble, que sé muy cierto
Que con ser Valencia ilustre
En antiguos caballeros,
Ninguno mas limpia sangre.

GARCCERAN.

Para menudo era bueno.

TRISTAN.

Pues ¿qué falta á Garceran?

FULGENCIA.

Ventura.

TRISTAN.

Y ¿qué mas?

FULGENCIA.

Dinero.

GARCCERAN.

Por esa faltilla sola
Hay en el mundo escuderos,
Dueñas, pajes y lacayos,
Oficiales y hombres buenos,
Y poetas hay tambien;

Que á mí me dijo un discreto
Que nacieron los poetas
De la falta del dinero.

TRISTAN.

Pues si es noble, aunque sea pobre,
¿Qué importa? Demos un medio,
Pues don Juan dió su palabra
Para aqueste casamiento,
Y con buen gusto de Octavio
Iré á buscarlo y traerlo.

OCTAVIO.

Por mí, si gusta don Juan,
A serle amigo me ofrezco.

DON JUAN.

Yo, que lo consiento digo.

GARCCERAN.

Pues alto, cásenme luego.

CELIA.

Desviate, bestia, allá.

GARCCERAN.

Callá vos, urraca en zuecos;
Que yo he de ser Garceran,
Si ninguno quiere serlo.

TRISTAN.

Di, Fulgencia, dónde está,
Y acábense estos enredos.

FULGENCIA.

Veisle ahí.

OCTAVIO.

¿Quién? ¿Pablos?

GARCCERAN.

Sí:

Yo, que ya lo digo en seso.
Garceran soy, veisme aquí,
Y el que anoche los aceros
Quiso sacar con don Juan.
Vi en Valencia el bien que espero,
Con vuestro gusto, este día;
Quitáronmele tan presto,
Que con desesperacion,
Loco le vine siguiendo.
Parecióme disfrazarme
Por poder hallar mi centro;
Dióme el Colegio esta ropa,
Y el amor me dió el consejo.
¿Qué respondeis?

DON JUAN.

Que sea suya

Por muchos años y buenos.

GARCCERAN.

Dame, Señora, esos brazos,
Pues sabes que los merezco.

FULGENCIA.

¿Qué me cuestas, Garceran!

GARCCERAN.

Ninguna cosa te debo.

MARIN.

Conózcanme á mí, señores.

OCTAVIO.

¿Eres caballero?

MARIN.

Menos.

OCTAVIO.

Pues ¿quién?

MARIN.

Cerca de caballo;

Tan cerca, que con el pecho
Suele tocar mis espaldas.

OCTAVIO.

¿Lacayo?

MARIN.

De medio á medio.

Esto hice por mi amo.

GARCCERAN.

Mi hacienda tendrás en premio,
Porque demos con mis bodas
Fin al Bobo del Colegio.

LA NOCHE TOLEDANA.

PERSONAS.

FLORENCIO.
BELTRAN.
JULIO.
UN HUÉSPED ó MESONERO.
EL CAPITAN ACEBEDO.
EL ALFÉREZ CARRILLO.

LUCINDO.
RISELO.
GERARDA.
LUCRECIA.
CELIO, *su criado*.
LISENA.

AURELIO.
BELARDO.
FINEO, *caballero*.
TORIBIO.
UN ESCRIBANO.
DOS ALGUACILES. —GENTE.

La escena es en Toledo.

ACTO PRIMERO.

Sala ó patio de un meson.

ESCENA PRIMERA.

FLORENCIO, BELTRAN, JULIO.

FLORENCIO.
Veré la iglesia mayor.

BELTRAN.
Pues quitate las espuelas.

FLORENCIO.
Si es que importa, quitarélas;
Si no, paréceme error,
Pues habemos de pasar
A dormir aquesta noche
A illescas.

BELTRAN.
Hoy se va un coche,
Que el sol le puede invidiar
Para salir en su oriente,
Después que el otro quebró
Faeton, cuando no llegó
Con su carrera á occidente.

FLORENCIO.
De damas debe de ser.

BELTRAN.
Y hermosas, á fe de hidalgo.
Si yo tengo voto en algo
Desto que llaman mujer.

FLORENCIO.
Tu voto en esta materia
No es para feas ni hermosas:
Siempre hablas de sus cosas
Conforme te va en la feria.
¿Estaban ya de camino?

BELTRAN.
Del coche las vi apeaar.

FLORENCIO.
¿Sabes tú de qué lugar
El coche á Toledo vino?

BELTRAN.
Un meson mas adelante
Deste, presumo que están.

FLORENCIO.
Pues vaya Julio, Beltran,
Si te parece importante,
Y sepa dónde caminan;
Porque si á Madrid se van,
Conversacion llevarán,
Si á conversacion se inclinan.

BELTRAN.
Vé, Julio, y con discrecion...

JULIO.
Voy con la que á ti te sobra. (Vase.)

ESCENA II.

FLORENCIO, BELTRAN.

FLORENCIO.
Mi soledad fuerzas cobra,
No habiendo conversacion;
Que en dejándome, Beltran,
Entra Granada y su historia
A hacer mártir la memoria
Donde mis celos están.

BELTRAN.
¿Tenemos ya tabarreras?
¿Agora quieres volver
A memorias de mujer,
Causa de tantas quimeras?
Dala al diablo treinta veces;
Que así nos puso á los dos,
Que aun aqui temo, por Dios,
El rigor de los jueces.

FLORENCIO.
El mío me da mas pena
Que la herida de aquel hombre.

BELTRAN.
¿A quién habrá que no asombre
Tu fe, de fealdades llena?
¿Con mujer que te obligó
A celos y á cuchilladas
Tienes fe! Bien empleadas
Fueran en ti; que en él no.
Atiende con mas concierto,
Florencio, en este lugar;
Que por dicha puede estar
Aquel caballero muerto;
Y que cuando no lo esté,
No es negocio un desafío
Que se ha de quedar tan frio,
Aunque tan honrado fué;
Porque la Chancillería
No sufre burlas allá.

FLORENCIO.
Si muerto ó si vivo está,
Ya fué, Beltran, suerte mía.
¿Cómo haré que el corazon
Rompa la estampa que impresa
Tiene amor?

BELTRAN.
Con darte prieta
A no perder ocasion.
¿Es posible que en seis años
De amistad no has aprendido

Una lición para olvido
Ni una treta para engaños?
Es posible que no ves
De la manera que llevo
A jugar de amor el juego,
Con mas alas en los pies
Que le pintan á Mercurio,
Y con mas llave en la mano
Que estaba el templo de Jano?

FLORENCIO.
A mi condicion injurio
Cuando no guardo lealtad,
Beltran, á cualquier mujer.

BELTRAN.
Dellas querrás aprender,
Que tratan siempre verdad
¿Oh cuitado moscatel!

FLORENCIO.
¿Es falta de entendimiento
Ser firme de pensamiento,
O tener nobleza en él?

BELTRAN.
Yo soy de amor un fullero;
Que al juego de los amores,
Aunque mas le dén favores,
Siempre gana el lisonjero.
En baraja desatada
Que otro primero jugó,
¿Porque he de perderme yo,
Ni en la que está cercenada?
Si la que conmigo juego
Los encuentros me señala,
¿Parécete á ti que es gala
Ser yo su gallina ciega?
Con fulleras tan taimadas
Que nos corren como á toros,
Pues siempre se toman oros,
Y siempre nos dan espadas,
Yo, como sé sus derrotas,
De tal manera he jugado,
Que tengo en lo tripulado
Mas de setecientas sotas.

ESCENA III.

JULIO. — Dichos.

JULIO.
A una criada llegué
De aquellas damas, Señor,
Que á ver la iglesia mayor
Iban, si no me engañé,
Y díjome que á Toledo
Venian desde Madrid.

BELTRAN.
Si son de Madrid, el Cid,
Vive Dios, les tendrá miedo;

Que vienen de soledad,
Después que el alma faltó
Que la discreción le dió,
El despejo y libertad;
Y querrán hablar de modo
Que matarán el primero
Que topen.

FLORENCIO.

Seguirías quiero
Por darte contento en todo,
Y para ver de camino
Esta famosa ciudad.

JULIO.

Las espuelas os quitad.

BELTRAN.

Bien dices, porque imagino
Que ellas á la iglesia van,
Y porque es bien que las veas.
Aunque me pesa que seas
Sin las espuelas galán,
Porque siempre el que es discreto
Se las debiera poner...

FLORENCIO.

¿Espuelas? pues ¿á qué efeto?

BELTRAN.

Y aun dos pares.

FLORENCIO.

Buen decir.

BELTRAN.

Dos, Florencio, ha de llevar,
Las unas para alcanzar,
Y las otras para huir.

FLORENCIO.

¿Qué mujer hará favor
A un hombre tan de camino?

BELTRAN.

Es un sainete divino
Que llama á tener amor.
La mujer siempre apetece
Aquello que se le va,
Porque lo que en casa está,
Como á seguro, aborrece.
¿No has visto un ave enjaulada,
Que no da tanto contento
Como la que va en el viento,
Libre, hermosa y despenada?
Pues así vienen á ser
Los hombres ya de camino:
Porque se van, imagino
Que los emprenden coger.

FLORENCIO.

Ahora bien... —; Huésped!

ESCENA IV.

EL HUÉSPED. — DICHOS.

HUÉSPED.

Señor...

FLORENCIO.

¿Habrá de comer?

HUÉSPED.

Si habrá.

FLORENCIO.

¿Qué hay agora?

HUÉSPED.

No hay acá,

Puesto que fuera mejor,
La costumbre de la tierra
Donde venis; mas podremos
Traer de todo.

¹ La corte había pasado á Valladolid.

² Faltó un verso. Quizá diría:

«Al seguir una mujer.»

FLORENCIO.

¿Qué harémos?

Que quien pregunta no yerra.

BELTRAN.

Estarnos hoy sin comer.
Da un doblón á ese lacayo,
Y partirá como rayo...

FLORENCIO.

¿Adónde?

BELTRAN.

A Zocodover...

O al rollo de Ecija... y luego
Comprará un par de capones,
Pues ya no habrá perdigones;
Y poniéndolos al fuego,
Se asarán; y estando asados,
Comerás en esta tierra,
Si quien pregunta no yerra.

FLORENCIO.

Donaires tienes cansados.

¿No tengo de preguntar?

BELTRAN.

Pues ¿estamos en la China?

FLORENCIO.

Ahora bien, Julio, camina.

HUÉSPED.

Yo iré con él á comprar.

FLORENCIO.

Merced me baréis.

BELTRAN.

De aquí á un rato

Volverémos á comer.

FLORENCIO.

¿Que otra mujer voy á ver?

¿Ay Lisena!

BELTRAN.

¿Ay mentecato!

(Vanse.)

Calle.

ESCENA V.

GERARDA y LUCRECIA, de camino,
con capotillos y sombreros; CELIO.

CELIO.

La fiesta se dilató,
Aunque á todos ha pesado.

GERARDA.

¿La fiesta se ha dilatado?

LUCRECIA.

¿Que no es el miércoles?

CELIO.

No.

GERARDA.

¿Qué pesadumbre se iguala?

Pues ¿cómo se ha descompuesto?

CELIO.

Dicese que está indispuerto
Don Pero Lopez de Ayala,
Un gran caballero, hijo
Del conde de Fuensalida.

LUCRECIA.

No te pese, por tu vida,
Que se alargue el regocijo;
Que me parece Toledo
Muy bien, y cuanto se tarda
La fiesta, tanto, Gerarda,
Méalegro mas.

GERARDA.

Tengo miedo

Que sepa nuestra venida
Aquel loco de Fineo;

No le traiga su deseo
Donde nuestro gusto impida;
Que también me agrada á mí
Esta ciudad generosa.

LUCRECIA.

Allí va una dama hermosa.

GERARDA.

Y un hombre gallardo allí.

LUCRECIA.

¿Qué buen manto!

GERARDA.

¿Qué buen aire!

CELIO.

La gallardía advertid.

GERARDA.

Dios te perdone, Madrid,

¿Qué tuviste de donaire!

CELIO.

Yo sé que aquí pareceis
Muy bien por lo ballenato,
Y que en la iglesia gran rato
Os miraron mas de seis,
Que me dijeron á mí
Algunas cosas.

LUCRECIA.

¿De veras?

CELIO.

¿Y cómo!

GERARDA.

Ser forasteras

Lo merece siempre así;
Que van tras la novedad
Los hombres con desatino.

LUCRECIA.

Mucha gente de camino
He visto por la ciudad.

GERARDA.

Todos vienen á la fiesta.

CELIO.

Estos, forasteros son.

ESCENA VI.

FLORENCIO, BELTRAN. — DICHOS.

FLORENCIO. (A Beltran.)

En las armas y blason
El milagro manifiesta.

BELTRAN.

La misma Reina del cielo,
Dando á Alfonso premio honroso
De su ingenio milagroso
Y su católico celo,
Tomó por armas la iglesia.

FLORENCIO.

Con razon prima se llama,
Mas digna de eterna fama
Que la maravilla Efesia.
¿Qué sagrario, qué tesoro,
Qué reliquias y grandezas!
¿Qué de fuentes, qué de piezas,
¿Qué de ricas joyas de oro!

BELTRAN. (Aparte á Florencio.)

Quedo; que son estas dos
Las forasteras gallardas.
Llega y háblalas: ¿qué aguardas?

FLORENCIO.

Donatre tienes, por Dios.
¿No hay mas de llegar y entrar,
Como en casa que se alquila?

BELTRAN.

Ea pues, la lengua afía,
Corta la pluma de hablar,
Pon los ojos para ver
En cierta forma compuestos,

Hazme tres ó cuatro gestos,
Para que pueda escoger.
Serena el rostro, endereza
El cuerpo, limpia el zapato,
Finge vergüenza y recato,
Volviendo atrás la cabeza,
Frisa el pelo de la frente,
Pasa á la barba la mano,
Y muy tierno y cortésano
Llega con la voz doliente,
Y jugando del vocablo,
Diles alguna razon
A quien por solo un doblon
Suelen hablar con el diablo.

FLORENCIO.

Extraño estás hoy, Beltran.

BELTRAN.

¡Bien haya mi gusto, amen!
En pareciéndome bien,
No miro si soy galán,
Sino compro, si es mediana,
Un corte de primavera
O catalufa ligera,
Y esto de muy mala gana.
Enviolo con un paje;
Y cuando es de lo parejo,
Envío perdiz, conejo,
O cosas deste linaje.
Y lo que sueles gastar
En pulirte y componerte
(Oye y la lición advierte),
Gasto en darme de cenar.

FLORENCIO.

¿Todas han de ser así?

BELTRAN.

¿A quién pesa que le den?
Dime tú en el mundo, ¿á quién?

FLORENCIO.

¿No hay nadie?

BELTRAN.

Escúchame.

FLORENCIO.

Di.

BELTRAN.

El médico está mirando
Cuándo el de á ocho le encajas;
El letrado cuándo bajas
La mano al párrafo, dando;
El juez cuándo le toca
La parte del denunciado;
El procurador no ha dado
Paso hasta que el plus le toca;
El que escribe, solo atiende
Cuándo sacas el doblon;
Cualquiera negociacion
De solo el dinero pende.
El que viene á ser tu amigo,
Si nunca le has dado nada,
Culpa tu amistad honrada
Y deja de andar contigo.
El que se pone á mirar,
No está mirando aquel rato
Si es flux, sino el barato.
Aguarda que le has de dar.
¿Quién ha hecho algun placer,
Que no espere el galardón?
Pues la misma condicion
Tiene cualquier mujer.
Llega dando, y llegarás
Siempre en ocasion tan buena,
Que excusando mucha pena,
Lo que quisieres harás.

FLORENCIO.

Si yo te creyese á tí,
Lindas locuras haria.

GERARDA. (Ap. á Lucrecia.)

¡Buen talle, por vida mía!
¿Si son andaluces?

LUCRECIA.

Si;

Que el brio y vestido son
Al uso de aquella tierra.

GERARDA.

Bien puede el mozo hacer guerra.

LUCRECIA.

Pues no es malo el bellacon.

FLORENCIO.

¡Oh qué bello serafín!

BELTRAN.

De los de pesuña y zanca.

FLORENCIO.

¡Gentil moza!

BELTRAN.

Y la potranca

No es mala, á fe de rocin.

GERARDA.

No he visto en esta ciudad
Hombre de tan buen despejo.

LUCRECIA.

¿Ni el que dejas?

GERARDA.

Ni el que dejo.

LUCRECIA.

No hay ley en la voluntad.
Pues la sombra con quien viene
No me desagrada á mí.

FLORENCIO.

En cuantas he visto aquí
Ninguna su talle tiene.

BELTRAN.

¿Ni Lisena?

FLORENCIO.

Ni Lisena.

BELTRAN.

¡Eso sí, cuerpo de tal!

FLORENCIO.

Tenlo por buena señal.

BELTRAN.

Ya lo tengo por muy buena.
Pues la hermana compañera...

FLORENCIO.

¿Parécete bien?

BELTRAN.

No á fe;

Mas ¿cuánto va que es ó fué
Desta guitarra, tercera?
¿Qué ojos!

FLORENCIO.

Bellos.

BELTRAN.

Y escasos

De hacer á ninguno bien.

FLORENCIO.

¿Qué sientes dellos?

BELTRAN.

Que ven

Una bolsa á treinta pasos.

FLORENCIO.

Poco te deben, Beltran,
Las mujeres.

BELTRAN.

Antes tanto,

Que á pagármelo...

FLORENCIO.

Me espanto

Del crédito que te dan.

BELTRAN.

Todo lo que les he dado
Me lo deben muy debido,
Porque mal tomado ha sido,
Y es deuda lo mal tomado.

FLORENCIO.

Ocasion quiero buscar
Para hablarlas.

BELTRAN.

Llega.

FLORENCIO.

Voy.

Medio enamorado estoy.

BELTRAN.

Amor, comer y rascar,
Todo en el principio estriba.

FLORENCIO. (A Gerarda.)

Si es que puede un forastero...

BELTRAN. (Ap.)

¿Hay tan grande majadero?

GERARDA. (Ap.)

¡Gallardo mozo, así viva!

FLORENCIO.

Hablar á una forastera...

GERARDA.

Aunque noble y principal,
Siendo el forastero tal...

BELTRAN.

Todo es moneda forera.

FLORENCIO.

Suplicoos, señora mía...

BELTRAN.

Señora, no le escuchéis;
Que ya cansada estaréis
De tanta forastería.
Tenia talle, por Dios,
De no parar en un año.

LUCRECIA.

¡Oh cómo es negro el picaño!

BELTRAN.

Mucho me parezco á vos.

FLORENCIO.

¿Que aun en las cosas de veras
Tus burlas has de mezclar?

BELTRAN.

¿Tan de veras es llegar
A hablar á dos forasteras?
Diga, señor forastero.

FLORENCIO.

Déjame por Dios, Beltran.

BELTRAN. (A Lucrecia.)

Beltran me llamo, ¿es delito?

LUCRECIA.

Que por muchos años sea.

En la puente de Alcolea

¿Tomastes el sobrescrito?

¿Llevastes la delantera

A los ciento y veinte ciegos?

BELTRAN.

¡No dije que éramos legos

Para gente bachillera

De la que en Madrid nacia?—

Vámonos de aquí, Florencio. (Ap. á él.)

FLORENCIO.

Ten un momento silencio,

Por tu vida ó por la mía;

Que me agrada esta mujer.

BELTRAN.

A mí esotra no me agrada.

FLORENCIO.

¿Por qué?

BELTRAN.

Saco poco ó nada,

Y sabe muy bien volver.

1. Dos versos sueltos entre dos redondillas: faltan, lo menos, otros dos.

FLORENCIO.

Si no teneis, por ventura,
Quien en aquesta ocasion
Os sirva, y la condicion
De vuestro estado es segura,
Suplicoos que me mandeis,
Si es que la fiesta esperais,
Que busque en qué la veais
Con el gusto que veréis;
Que no soy tan pobre aquí,
Que no pueda en un balcon
Prometeros colacion.

LUCRECIA. (A Beltran.)

Y él ¿qué me promete á mí?

BELTRAN.

Si acaso desde el meson
En que estoy se puede ver,
Señora, á Zocodover,
Allí teneis un balcon;
Mas pensar que quien aquí
Casas ni raíces tiene,
Y con los muebles se viene,
Ha de hacer lances en mí,
Es cosa de disparate.

LUCRECIA.

Cierto que sois descortés.

BELTRAN.

No soy hombre de interés;
Solo de gusto me trate.

GERARDA. (A Florencio.)

Aceto el ofrecimiento,
Por ver que esa cortesía
No es lisonja ni osadía,
Sino honrado nacimiento.
Vuestro tallo da á entender
Que me puedo confiar,
Porque es lo mismo que obrar
Un hidalgo prometer.
Y ya no es por ver la fiesta,
Sino por veros á vos.

FLORENCIO. (Ap. á Beltran.)

Esto es hecho.

BELTRAN.

¡Bien, por Dios!

FLORENCIO.

¡Vitoria!

BELTRAN.

¿Cuánto te cuesta?

FLORENCIO.

Una ventana no mas
Y un poco de colacion.

BELTRAN.

Y ¿quién te ha dicho que son?

FLORENCIO.

En la calidad estás.

BELTRAN.

Pensarás que del anzuelo
Ya cuelga alguna lamprea,
Y será algun tollo.

FLORENCIO.

Sea.

BELTRAN.

Que te ha de engañar recelo.

FLORENCIO.

¡Cuál mujer, Beltran, cuál dama
Pudo ser que hombre engañase.
Que manchada no quedase
En las obras ó en la fama?
Déjame la ver, desvia;
Que aquella rara belleza
Es efeto de nobleza,
Como de la luz el día.—
Señora, ese tallo y brio
De tal manera me allana,
Que no digo la ventana,
Mas por vuestro gusto y mio.

Si llega mañana aquí
Mi gente y un alazan,
Saldré á la plaza galan.

GERARDA.

Y ¿qué es lo que haréis por mí?

FLORENCIO.

Aunque tienen por leones
A los toros de Jarama,
Y sé que es cierta la fama,
Gastaré cuatro rejonos
En sus cuellos arrugados.

LUCRECIA.

Y vos ¿no saldréis por mí?

BELTRAN.

Si llegan mañana aquí
Con un frison mis criados,
Palabra os doy... de no entrar
En la plaza en todo el día.

LUCRECIA.

¡Gallardo, por vida mia!

BELTRAN.

Nunca me pongo á jugar
Con quien no tiene dinero;
Nunca con el poderoso
Truje pleito, aunque forzoso,
Ni desenvainé el acero.
Nunca del mar me creí,
Nunca por vado pasé,
Ni con loco me burlé,
Ni con amigo esgrimi.
Nunca he rogado á villano,
Ni he hecho por mal nacido,
Ni desquité lo perdido,
Ni dejé pájaro en mano,
Ni dije á nadie malicia,
Ni con secreto escuché,
Ni gusto á nadie quité,
Ni acuchillé la justicia,
Ni dije á nadie su falta
Adonde alguno lo oyese,
Ni vi toro, que no fuese
En la ventana mas alta.

LUCRECIA.

Vos teneis gracioso humor.

BELTRAN.

Así me parió mi madre.

FLORENCIO.

Señora, un honrado padre
Me ha dado aqueste valor.
De Granada soy, y della
A Madrid iba seguro
De perderme, porque os juro
Que me pareceis tan bella
Y me dais tan dulce guerra,
Que tardaré mas que Ulises
Ó que la sangre de Anquises,
En dar la vuelta á mi tierra.
Decidme vuestra posada;
Que pues sola habeis venido,
Y mi buena dicha ha sido
Que de nadie estéis guardada,
Ó yo me pasaré allá,
O vos adonde yo estoy.

GERARDA.

Con algun recelo voy.

FLORENCIO.

¿Qué pensamiento os le da?
Los dos somos forasteros,
Aquí nadie nos conoce:
Dejad que siquiera goce,
Mientras aquí estáis, de veros.

GERARDA.

Dije en Madrid que venia
A illescas, á mis parientes.

FLORENCIO.

Injustos inconvenientes
Estorban la dicha mia.

Hacedme pariente á mí;
Decid que soy vuestro hermano.

GERARDA.

En el parentesco gano...
—Pero tracémoslo así;
Que pues que vos queréis ser
Mi hermano, habeis de guardar
Como mi hermano el lugar
Que él supiera defender.

FLORENCIO.

Digo que el partido aceto,
Y que guardaré de mí
La belleza que en vos vi.
Teniéndos justo respeto.
Desde aquí soy vuestro hermano;
Si algo hiciere contra vos,
De mi mano entre los dos
Os defenderá mi mano.

GERARDA.

Pues con esa condicion
Entraré en vuestra posada.
(Ap. Basta, que el hombre me agrada.)
Si es amor, principios son.
¿Qué puedo en esto perder?
¿No me sabré yo guardar?
Pero ¿qué puede fiar
De sí misma una mujer?)

FLORENCIO.

Beltran, aquestas señoras
Han de ir á nuestra posada.

BELTRAN. (Ap. á Florencio.)

¿Está hecho el precio?

FLORENCIO.

¿Que en nada

Tendrás silencio dos horas?

BELTRAN.

En casa del mercader,
Del joyero ó del platero,
Deja un hombre al compañero
(Mientras precio quiere hacer)
A la puerta de la tienda,
Y cuando sale y se juntan,
Esto mismo se preguntan.

FLORENCIO.

¿Qué hay aquí que compre ó venda?

BELTRAN.

Este par de catalufas,
Buena vista y poco tomo.
(Alto.) Ea, yo soy mayordomo:
Habrá paños, habrá estufas,
Habrá temerario plato.
Gastemos esos doblones,
Aunque el amor en mesones
Suele comprarse barato;
Que cuando desta ocasion
Salga tu hacienda medrada,
Volveremos á Granada,
Tú el pródigo y yo el lechón.

FLORENCIO.

Señoras, Beltran es hombre
Deste humor: dél os servid;
Que á fe que aprendió en Madrid
El buen humor como el nombre;
Que dejando estos donaires
Es hombre para las veras.

BELTRAN.

¿Qué se intentan de quimeras,
Cuando anda el seso en los aires!
Con qué invencion han de entrar
En la posada?

FLORENCIO.

Eso es llano:

Yo diré que soy su hermano,
Y que la vine á buscar
Para llevarla á Granada,
Y que ella partió tambien
Para buscarme.

BELTRAN.
¡Oh qué bien!
Digo que es traza extremada,
Que á todas las aventajo,
Pues viene á ser esta vez
El meson Aranjuez,
Que junta á Jarama y Tajo.
En fin, ¿eres ya su hermano?

FLORENCIO.
¿No lo ves?

BELTRAN. (A Lucrecia.)
Y yo ¿qué soy
De vuesamerced?

LUCRECIA.
Estoy
Por asentalle la mano.
¿El mi pariente?

BELTRAN.
¡Pues qué!

¿No puedo ser su pariente,
Siendo hidalgo, y decendiente
De un rey mago?

LUCRECIA.
¡Bien á fé!

BELTRAN.
Pero ya sé la ocasion
De que no lo quieres ser.

LUCRECIA.
¿Y es?

BELTRAN.
Por no te detener
En buscar dispensacion.

GERARDA.
¿Cómo os llamais?

FLORENCIO.
¿Yo? Florencio.

GERARDA.
Gerarda.

BELTRAN.
Decid,
¿Cómo os llamais?

LUCRECIA.
Advertid...

BELTRAN.
Una hora os daré silencio.

LUCRECIA.
Yo tengo el nombre de aquella,
Ejemplo de castidad.

BELTRAN.
Sí; mas no será verdad
Que la guardéis como ella.

GERARDA.
Cello...

GELIO.
Señora...

GERARDA.
Mi ropa
Mada Inego á la posada
Destos hidalgos.

FLORENCIO.
Robada

Hoy llevo la bella Europa.
Dadme la mano.

GERARDA.
Esta es.

BELTRAN.
¿Y la vuestra?

LUCRECIA.
Esta es la mía.

BELTRAN.
Fria está

LUCRECIA.
¿De qué está fria?

BELTRAN.
De que no toca interés.
(Vase.)

—
Sala del meson.

ESCENA VII.
LISENA, en hábito de labradora;
AURELIO.

AURELIO.
¿Que aquí te quieres quedar,
Lisena, en este meson?

LISENA.
Es, Aurelio, la ocasion
Como la pude pintar.
No quiero pasar de aquí,
Pues, como ves, disfrazada
Sirviendo en esta posada,
Ninguno repara en mí.
El huésped me convidó
A servirle viendo el traje
Humilde, y tosco lenguaje
Que estaba fingiendo yo.
Así á la ocasion la frente,
Y con él me concerté,
Aurelio, mientras no sé
De aquel mi adorado ausente.
Porque, como esta ciudad
Es paso á tantas ciudades,
Y siempre las novedades
De alta ó baja calidad
Llegan (porque ya son leyes
De fama y tiempo ligero)
A las posadas primero
Que á las cortes de los reyes,
Sabré lo que hay en Granada,
Y en Madrid lo que hay sabré,
Donde mi Florencio fué.

AURELIO.
La industria poco me agrada;
Pero de tu entendimiento
Podré en aquesta ocasion
Fiar la rara invencion
De encubrir tu pensamiento.
El huésped sale: repara
En que te ha de conocer.

LISENA.
Mal sabes lo que es mujer.

AURELIO.
Semíramis lo declara.
Querer su hijo fingiendo,
Tanto imperio gobernó.

LISENA.
Gobernar agora yo
Solo un corazon pretendo.

ESCENA VIII.
EL HUÉSPED. — Dichos.

HUÉSPED.
¡Siquiera para que veas
La casa que has de servir,
Arriba puedes subir,
Inés, si verla deseas;
Que tambien habrá qué hacer.

LISENA.
Tio Aurelio, adios.

AURELIO.
Adios.
(Vase Lisena.)

ESCENA IX.
EL HUÉSPED, AURELIO.

HUÉSPED.
Como si fuérais vos;

Seguro podeis tener
Su tratamiento y regalo.

AURELIO.
Así de vos lo confío.

HUÉSPED.
Seré padre si sois tio.

AURELIO.
Ya por su padre os señalo.
Cumplid vuestra obligacion

HUÉSPED.
¿Adónde vais?

AURELIO.
A Madrid. —
Que es bien nacida advertid,
Aunque por cierta ocasion
Ha venido á tal pobreza.

HUÉSPED.
En ella se echa de ver;
Mas la virtud ha de ser
La verdadera riqueza.
(Vase Aurelio, y el huésped le sigue.)

ESCENA X.
JULIO. — EL HUÉSPED.

JULIO.
Entre, seor huésped.

HUÉSPED.
¿Qué hay?

JULIO.
Aquellas damas,
Que en esotro meson mas adelante
Se apearon de un coche, son las mismas
Que á buscar á Madrid iba mi amo;
Que la una es hermana, y la otra prima.
Hanse pasado acá, y es necesario
Que aderecen las camas de esa sala,
Y otra para un criado, porque quieren
Quedarse á ver las fiestas.

HUÉSPED.
Sea en buen hora.

—; Hola, Toribio, Inés!

ESCENA XI.
TORIBIO. — Dichos.

TORIBIO.
¡Tan noramala
Hubo fiestas de toros en Toledo!
Que á fe que lo paguemos bien nosotros.

HUÉSPED.
¿Qué aposentos están desocupados?

TORIBIO.
La sala del balcon y tres de arriba.

HUÉSPED.
¿La del segundo corredor?

TORIBIO.
Bien dices:
La sala adonde estuvo aquel indiano
Y el aposento del rincon.

HUÉSPED.
Pues alto:
En esa del balcon estén las damas.

TORIBIO.
Venid conmigo.

JULIO.
Vamos.
(Vase Toribio y Julio.)

HUÉSPED.
Estos dias
Aun pienso que el alcázar fuera estrecho;
Que todo el mundo acude á ver las fiestas.
Inés! ¿Qué digo? ¡Inés! Ella es hermosa.
No habrá en Toledo cosa mas famosa.
(Vase.)

ESCENA XII.

EL CAPITAN ACEBEDO Y EL ALFÉREZ CARRILLO, *de camino; después, EL HUÉSPED.*

ALFÉREZ.
Buena posada.

CAPITAN.
Y quieta.

ALFÉREZ.
Mañana lo estará mas.

CAPITAN. *(A un criado, que está dentro.)*

De aquí á un rato quitarás
La funda desa jineta,
Y saldremos por Toledo.

(Sale el huésped.)

HUÉSPED. *(Ap.)*
Nunca nos falta un soldado.

CAPITAN.
Pues, huésped, ¿habrá recado?
HUÉSPED.

Sí, gracias á Dios; bien puedo
En mi casa aposentar
Toda vuestra compañía.

ALFÉREZ.
La de agora bien podría.
HUÉSPED.

¿Vaisla á hacer?

CAPITAN.
Voyla á buscar.
HUÉSPED.

¿Adónde?

CAPITAN.
A Ocaña, pues, voy.
¿Qué hay de fiestas?

HUÉSPED.
¡Bravas fiestas!

CAPITAN.
En ocasiones como estas
No hay hombre, á fe de quien soy,
Que no procure mostrar
La fe que debe á su rey.

HUÉSPED.
Sois noble, y es justa ley.
¿Qué cosa puede alegrar
Mas á un español que ver
Nacer un príncipe á España?

ALFÉREZ.
Pienso que en la tierra extraña
Fiestas se deben de hacer.

CAPITAN.
En las Indias Orientales
Y Antárticas las habrá;
Pero no es mucho, si allá
Son vasallos naturales.
En los reinos extranjeros
Habrá justo regocijo.

ALFÉREZ.
Dios guarde ese sol, que es hijo
De tan hermosos luceros.
Id, huésped, á procurar
Que pongan las mesas luego.

HUÉSPED.
Voy.

CAPITAN.
¿Habrá un poco de juego?

ALFÉREZ.
Si hubiere con quien jugar.

El que fué después Felipe IV. Nació en
Valladolid á 8 de abril de 1606.

ESCENA XIII.

LISENA. — EL CAPITAN, EL ALFÉREZ.

LISENA.
En esta sala de enmedio
Puede entrar el capitan.

CAPITAN.
Si la que decis me dan,
En casa hallé mi remedio.
¿Gentil moza! ¿Sois por dicha
Hija del huésped, Señora?

LISENA.
No, Señor; soy labradora,
Natural de mi desdicha,
Que es un lugar bien desierto,
Donde nacen á morir
Los que vienen á servir.

CAPITAN.
No lo merecis por cierto;
Que debierades mandar,
Si aquel que lo pudo hacer
No os obligara á nacer
En ese estéril lugar.

ALFÉREZ.
¿Hay tal moza de meson!

CAPITAN.
¿Hay labradora tan bella!

ALFÉREZ.
¿Que aquestos se sirvan della!
Locos y bárbaros son.

CAPITAN.
Venid acá, por mi vida;
Volveros quiero á mirár.

LISENA.
Digo que podeis entrar,
Porque es la sala escogida.

CAPITAN.
Y vos mas que no la sala,
Aunque del Alcázar fuera. —
Alferez, ¿qué pareciera
Con alguna honesta gala
Labradora tan hermosa?

ALFÉREZ.
Una dama, un serafín.

CAPITAN.
¿Que en una mina tan ruin
Haya piedra tan preciosa? —
¿Cómo os llamais?

LISENA.
Yo, Señor,
Con perdon me llamo Inés.

ALFÉREZ.
Donaire ó malicia es.

CAPITAN.
Y el mio parece amor.
¿Cómo? qué fortuna airada
Trajo, Inés, tu condicion
A servir á un meson?

LISENA.
Porque nunca acierta en nada.
Oí cantar en mi aldea
Que la fortuna tenia
Un árbol, donde ponía
El bien que el mundo desea;
Y que en las ramas colgadas
Estaban joyas, banderas,
Libros, honras, armas fieras,
Dineros, sogas, espadas,
En fin, todo estado humano;
Debajo estaba la gente,
Y la fortuna insolente
Con una vara en la mano.
Con ella en el árbol daba,

Cayendo en varias cabezas
Alegrias ó tristezas,
Como la suerte alcanzaba.
Sin duda á mala ocasion
Llegué, porirme de espacio,
Pues pidiéndole un palacio,
Me ha dado aqueste meson.
(Apártase de los dos.)

CAPITAN.
Alferez... *(Ap. á él.)*

ALFÉREZ.
¿Qué hay?

CAPITAN.
En mi vida
Tal placer me habeis de hacer
Como hablar á esta mujer.

ALFÉREZ.
Un ciego os verá la herida.

CAPITAN.
Decilde que si conmigo
A Italia quiere pasar,
Que la sabré regalar,
Y desto vos sois testigo.
Que la vestirá de tela,
Y la bordará de modo,
Que sea de perlas todo.

ALFÉREZ.
¿Y Marcela?
CAPITAN.
No hay Marcela.

Decilde que le daré
Un manteo tan galán,
Que gaste el oro á Milan
Desde la cintura al pié.
Decilde que de una extraña
Tela le haré una gorguera,
Que valga mas que si fuera
Gran capitana de España.
Y tambien quiero advertiros
Que para qué valga tanto,
Le haré de soplillo el manto
De soplos de mis suspiros.
Y en señal de mis prisiones,
Una cadena tan bella,
Que tenga la de Marsella
Menos gruesos eslabones.
Para telas y cojines
Mil piezas juntas desata;
Di que en las minas de plata
Haré hañar sus chapines.
Y por la fe de español,
Si no es amor lo que digo,
Que ha de caminar conmigo
En los caballos del sol;
Y que en no viendo serenos
Sus ojos, porque te asombres,
Que me mate con mil hombres,
Y esto será lo de meusos.

ALFÉREZ.
Yo voy.

CAPITAN.
Dios te guie.
ALFÉREZ.
Inés,

Oye aparte.
LISENA.
¿Qué mandais?

ALFÉREZ.
El que ves...
LISENA.
Que prosigais

Aguardo.
ALFÉREZ.
En fin, el que ves...
(Ap. á Lisena.)

Es el mayor fanfarrón
Que hay desde Flandes aquí.
El te ha visto, y yo te vi.

LISENA.
Tendréisme mucha afición.

ALFÉREZ.
Jamás este hombre trató
Mujer que no la azotase,
Y las joyas le quitase.

LISENA.
Por esos me muero yo.

ALFÉREZ.
Yo soy un hombre muy tierno,
Gran regalador, lloron,
Tan fácil de condicion,
Que sin freno me gobierno.
No pido celos, no guardo,
No me enojo, no hago fieros,
Juego y sobranme dineros.

LISENA.
Sois soldado y sois gallardo.
En fin ¿tengo de escoger?

ALFÉREZ.
Eso te vengo á rogar.

LISENA.
Pues yo lo voy á pensar.
Mañana podeis volver.

(Vase.)

ESCENA XIV.

EL CAPITAN, EL ALFÉREZ.

CAPITAN.
¿Fuése?

ALFÉREZ.
¿No lo ves?

CAPITAN.
Pues bien,
¿Qué dijo?

ALFÉREZ.
Que yo le habia
Parecido bien.

CAPITAN.
Sí haria.

ALFÉREZ.
Y que conmigo tambien

iria á Italia y á Flándes.

CAPITAN.
Tú ¿quieresla?

ALFÉREZ.
¿Para qué?

CAPITAN.
¿Con qué pensamiento fué?

ALFÉREZ.
De que hará cuanto le mandes.

Hablala; que me decia

Que era muerta por soldados;

Que durarán tus cuidados

Menos que durare el día.

Pero dice que la lleves

Como paje.

CAPITAN.
¿Vive Dios,

Que habemos de andar los dos

Como el miércoles y el juéves!

¿Pesia á tal, que es como un oro!

(Vase el Alferez.)

ESCENA XV.

LUCINDO, RISELO. — EL CAPITAN.

LUCINDO.
En este meson entraron.

RISELO.
¿Tan de veras te agradaron?

LUCINDO.
Prometi matar un toro

A cuchilladas, por Dios,
En servicio de la una.

RISELO.
¿Hay guarda?

LUCINDO.
Poca ó ninguna;
Aunque se llegaron dos,
Al parecer forasteros,
Y las han acompañado.

RISELO.
Aquí hay un galan soldado.

LUCINDO.
Y no de malos aceros. —

¿Jesus, señor Capitan!

¿Vos en Toledo?

CAPITAN.
¿Pues dónde?

Esta grandeza os responde.

LUCINDO.
¿Qué hay del Marqués?

CAPITAN.
Fuése á Oran.

LUCINDO.
Ya me acuerdo.

CAPITAN.
Con él fué

Don Lorenzo, nuestro amigo.

LUCINDO.
¿Qué bueno venis! Yo os digo

Que se os luce y que se os ve

El regalo de la corte.

¿Grandes fiestas!

CAPITAN.
La ocasion

Es grande. En este meson

¿Qué puede haber que os importe?

LUCINDO.
Siguiendo á dos forasteras,

Desde la iglesia he venido.

CAPITAN.
Solo he sentido el ruido.

LUCINDO.
Agradóme tan de veras

Una dellas, que he de hablalla,

Si vos espaldas me haceis.

CAPITAN.
Bien seguras las teneis,

Si amor os deja gozalla.

Y para hablalla mejor,

Comeréis aquí conmigo;

Que bien se sufre á un amigo.

LUCINDO.
Yo soy vuestro servidor.

Pero al revés ha de ser:

A mi casa habeis de ir.

CAPITAN.
No puedo de aquí salir.

LUCINDO.
¿Por qué?

CAPITAN.
Por cierta mujer.

LUCINDO.
Pues alto; con vos me quedo.

ESCENA XVI.

FLORENCIO y BELTRAN, d'un lado. —
A otro, EL CAPITAN, LUCINDO y
RISELO.

FLORENCIO.
¿Hubo qué comer, Beltran?

BELTRAN.
Lo que hubiere les darán,

Sin quedar cosa en Toledo.

FLORENCIO.
Regálense por mi vida;

Que estoy...

BELTRAN.
No me digas mas.

FLORENCIO.
Pongan la mesa.

BELTRAN.
Hoy verás

Una espléndida comida.

Para principio les doy

De Juanelo el artificio.

FLORENCIO.
¿Que siempre has de estar de vicio?

BELTRAN.
¿Qué quieres? Deste humor soy.

Galanes hay.

FLORENCIO.
Dices bien,

Y que parecen soldados.

CAPITAN.
Basta á amigos tan honrados

Que la voluntad les dén.

LUCINDO.
Yo siempre me llevo á ella

Mejor que á la mesa.

CAPITAN.
Vamos,

Porque esas mozas veamos.

RISELO.
La una en extremo es bella.

(Vase el Capitan, Lucindo y Riso.)

FLORENCIO.
Estos se van á comer;

Nosotros ¿no comeremos?

BELTRAN.
Como tanto amor tenemos,

Sustentémonos de ver.

Voy á hacer que aquel bergante

Traiga lo que hubiere luego. (Vase.)

ESCENA XVII.

FLORENCIO; después, EL HUÉSPED,
dentro.

FLORENCIO.
Tuve vista, y estoy ciego;

Era amado, y soy amante.

Extraños efectos hace

El ciego amor cuando quiere:

Donde un fuego apenas muere,

Otro mayor fuego nace.

¿Huésped, hola! Huésped, hola!

Haced traer agua á manos.

HUÉSPED. (Dentro.)

¿Dónde están estos villanos?

Vé, Inés, pues tú sirves sola.

FLORENCIO.
Con razon agua he pedido;

Pero si está el fuego dentro,

Írse metiendo al centro

Del corazón encendido,

En lavándome las manos.

ESCENA XVIII.

LISENA, con plato, jarro y toalla. —
FLORENCIO.

LISENA.
¿Qué voces dais? Veisme aquí.

FLORENCIO.
¿Sabeis qué fuego hay en mi,

Y qué pensamientos vanos?
Echad, por ver si templais
Por la mano el corazon.—
¿De qué es tanta suspension?
¿Qué teneis? Qué me mirais?
LISENA. (Ap.)
¡Cielos! ¿no es este Florencio?
FLORENCIO. (Ap.)
¡Cielos! ¿no es esta Lisena?
LISENA. (Ap.)
¡En tanto gozo tal pena!
FLORENCIO. (Ap.)
¡En tanto bien tal silencio!
LISENA. (Ap.)
¡Ah traidor! ¿Damas aquí?
¿Tan presto tanta mudanza?
FLORENCIO. (Ap.)
Hoy pierdo, amor, la esperanza
De gozar el bien que vi.
LISENA. (Ap.)
Quiero negar que yo soy,
Aunque no puedo negar.
FLORENCIO.
(Ap. Lisena en este lugar!
O está loca ó yo lo estoy,
O la fortuna está loca,
O el tiempo perdió el juicio.
Hasta saber con qué indicio
De amor en mis celos toca,
Tengo de negar quien soy,
Aunque mas me llora y diga.)
¿Ha mucho qué estais, amiga,
Aquí en casa?
LISENA.
Habrá que estoy
Cosa de un año y un mes.
FLORENCIO.
Echad agua.
LISENA.
Que me place.
FLORENCIO.
¿Uh año?
LISENA.
Ahora lo hace.
FLORENCIO.
Y ¿cómo es llamais?
LISENA.
Inés.
FLORENCIO.
Hermosa solis.
LISENA.
Yo solia
Parecerlo á algun mudable.
FLORENCIO.
Si se mudó, razonable
Causa ese galan tendria.
LISENA.
Los hombres luego que olvidan,
Dicen que causa les dan.
FLORENCIO.
Sin ella, firmes están,
Aunque mil almas les pidan.
LISENA.
El que yo digo, tomó
Por excusa ciertos celos.
FLORENCIO.
Los inciertos culparélos;
Pero si son ciertos, no.
LISENA.
Yo pienso que eran inciertos.
FLORENCIO.
Pensais en vuestro favor.
LISENA.
Yo sé que es cierto mi amor,

Como son mis daños ciertos;
Que á fe que el amante mio
Que no me ha guardado fe.
FLORENCIO.
Echad agua
LISENA.
¿Para qué,
Estando el fuego tan frio?—
Otra mujer quiere ya.
FLORENCIO.
El remedio suele ser;
Que para mal de mujer,
Purga de mujer se da;
Aunque esta será triaca.
LISENA.
¿Mujer con mujer? ¿qué bueno!
FLORENCIO.
Sí; que como son veneno,
Una con otra se saca.
LISENA.
Laváos; que aun no podréis,
Aunque os diese yo mi llanto,
Lavaros, mi señor, tanto,
Que limpio y salvo quedeis.
FLORENCIO.
Dadme el paño.
LISENA.
Veisle ahí.
FLORENCIO.
¿Quién os trujo á este meson?
LISENA.
El decirme el corazon
Que estaba su dueño aquí.
FLORENCIO.
Y ¿si es ya de otra?
LISENA.
Los dos
Sabrémos mudar de prendas.
FLORENCIO.
Id á hacer vuestras haciendas.
LISENA.
Quedad con Dios.
FLORENCIO.
Id con Dios.

ACTO SEGUNDO.

Patio del meson.

ESCENA PRIMERA.

EL CAPITAN, EL ALFÉREZ, LUCINDO, RISELO.

CAPITAN.
Perdonad; que en un meson
No puede haber mas regalo.
LUCINDO.
Al de Atalante le igualo.
CAPITAN.
Si es la mesa el corazon.
¿Qué atrevida es la amistad!
ALFÉREZ.
Amor es atrevimiento.
RISELO.
Donde sirve el cumplimiento
No asiste la voluntad.
LUCINDO.
¿Qué os pareció de la dama
De Madrid?
CAPITAN.
Que os ha servido

De comida, y me ha valido
Para no perder la fama;
Que dando con su hermosura
Dulces cosas de comer,
No reparastes en ver
La mesa.

LUCINDO.

Y fuera locura;
Porque donde el alma come,
El cuerpo es razon que ayune.

CAPITAN.

¿Vos quereis que la importune
Y que esto á mi cargo tome?

ALFÉREZ.

De aquí á las fiestas, no creo
Que habeis de tener lugar;
Que muy poco le ha de dar
La guarda con que la veo.

RISELO.

Debajo de que es hermano,
No ha de ser tan codicioso;
Que no es amante celoso
Ni marido cortésano.
Esta tarde se irá á ver
La ciudad.

LUCINDO.

¡Quíralo el cielo!

CAPITAN.

Mas corto levanto el vuelo,
Con el temor de caer.
Nunca pongo el pensamiento
Donde tenga fuerza alguna
El tiempo ni la fortuna,
Ni pueda llevarle el viento.
¿Vos estais enamorado
Desta dama de Madrid?

LUCINDO.

Perdido estoy.

CAPITAN.

Advertid
En la bajeza que he dado.
Ni yo camino en el mar
Ni en el viento, ni al sol miro,
Ni por el fénix suspiro,
Ni estrellas quiero alcanzar;
Ni me matan seda ó tela,
Ni artificio, ni cabellos
Rizos, ni anda el alma en ellos,
Como anda el viento á la vela.
Solamente me parezco
A vos, en que hoy me ha nacido
En casa este amor, que ha sido
Legítimo.

LUCINDO.

No os ofrezco
Ser padrino de ese amor,
Hasta saber el sugeto;
Y si no importa el secreto,
Tendrélo á mucho favor.

CAPITAN.

Los soldados no podemos
Amar con secreto, y ser
Constantes en el querer;
Que estas dos faltas tenemos.
Apenas entra el soldado
Con las medias de color,
Calzon de extraña labor,
Sombrero rico emplumado,
Ligas con oro, zapato
Blanco, jubon de Milan,
Quando ya todos están
Murmurando su recato.
Llevan colores y brio
Los ojos, y en galas solas
Mas jarcias y banderolas
Que por la barra el navío.
Pues ¿constancia en el querer?
¿Cómo puede ser constancia?
Ya está en Flándes, ya está en Francia;

El ausente, ella mujer...
—¡Bien haya mi condicion!

RISELO.

Solo de oiros hablar
He venido á sospechar
Que hay duende en este meson.
Y si es así, no penseis
Que sois el doliente vos
De ese dolor; que por Dios,
Que hay mas de cuatro y de seis.

CAPITAN.

Por vida del capitan,
Que sospecho, y sin sospecho,
Que ha de entrarme en mal provecho,
El ser boy de Inés galan;
Porque ninguno la ve
Que no piense que ya es suya.

ALFÉREZ.

Inés es como aleluya,
No hay verso donde no esté.
Pero ya es del Capitan
Esta empresa.

RISELO.

Y es razon.

CAPITAN.

Eso no; que en un meson
No ha de haber solo un galan.
Sirvan todos, y ella escoja.

LUCINDO.

A rio vuelto, señores,
Ganancia de pescadores.

CAPITAN.

¿Tambien á vos se os antoja?

LUCINDO.

No; pero el que hablare á Inés,
Tercie por mi con Gerarda.

CAPITAN.

Inés viene: aquí me aguarda.

LUCINDO.

Adios.

CAPITAN.

Hablemos después.

(Vanse el Alferez, Lucindo y Riselo.)

ESCENA II.

LISENA. — EL CAPITAN.

LISENA. (Sin ver al Capitan.)

Andan mis males por vol verme loca,
Como si yo negase que lo he sido;
Andan mis bienes por cubrir de olvido
Lo que confiesa el alma por la boca;
Andan mis penas por decir que es poca
La que por tal sugeto he padecido;
Y mis agravios, como lo han sentido,
Dicen que la venganza al honor toca;
Andan mis celos por que amor intente
Alguna sinrazon, viendo que puedo;
Anda mi amor porque de aquí me ausen-
Anda él con artificios en Toledo; ¡te.
Mas es andar y andar; que finalmente
He de anegarme entre el amor y el maledo.

CAPITAN.

¡Ah, señora Inés!

LISENA.

¿Quién es?

CAPITAN.

Un hombre, un huésped de casa.

LISENA.

Pase en buen hora, si pasa.

CAPITAN.

Un poco te quiero, Inés.

LISENA.

Si es muy poco, diga presto;
Que ando, como ve, ocupada.

CAPITAN. (Ap.)

Ya tengo el alma turbada;
Respeto, por Dios, me ha puesto.
¡Pues cómo yo, que atrevido
Andando con el marqués
De Santa Cruz, y después
Con el Archiduque, he sido
Del turco y del rebelado
Flamenco, rayo en la guerra,
Y en propia y ajena tierra
Soy por quien soy respetado,
Temo una flaca mujer,
Moza que sirve un meson?
Mas de amor efetos son,
Que es niño, y dios en poder.
¿Quién sino amor ha burlado
Libros y armas? Quién ha sido
El que fuertes ha vencido
Y sabios ha derribado?
Amor poderoso es.

LISENA.

¿No acabais?

CAPITAN.

Quiérote un poco.

LISENA.

Decildo.

CAPITAN.

Vuélvome loco;

Yo te lo diré después.
(Ap. ¿Hay tal temor? Hay tal fuerza
De amor? ¿Qué temo? ¿Qué aguardo?
¿Soy yo el que, fuerte y gallardo,
Anima, acomete, esfuerza?
¿El que asalta al escuadron,
A la galera, al navío?
Amor, ¿dónde está mi brio?
¿Qué has hecho á mi corazon?
Vuélmelo: ¿tú no ves
Que soy soldado de amor?)

LISENA.

¿Qué es lo que queréis, Señor?

CAPITAN.

Un poco te quiero, Inés.

LISENA.

¿Qué puede ser que os obligue
A suspenderos así?

CAPITAN.

Verte, Inés.

LISENA.

¿Qué veis en mí?

CAPITAN.

Yo callo, y amor prosigue;
Y espántome que no des
En que quien te ve, te adora.

LISENA.

¿Hay mas?

CAPITAN.

Sí.

LISENA.

Decildo agora.

CAPITAN.

Yo te lo diré después.

LISENA.

¿Cuándo ó cómo?

CAPITAN.

Si tú vienes

Esta noche á visitarme,
Sabré mejor declararme.

LISENA. (Yéndose.)

¡Bien por Dios!

CAPITAN.

¿Qué prisa tienes?

LISENA.

¿Cómo puedo estar despacio
Adonde hay tanto que hacer?
Suelto; que voy á barrer.

CAPITAN.

¿A barrer?

LISENA.

Aquel palacio.

CAPITAN.

Manos hermosas, por Dios,
Que otro instrumento os conviene.

LISENA.

(Ap. ¡Cielo, mi enemiga viene!
Mi remedio espero en vos.
Valedme, industria, ayudadme,
Cielos; que no quiero amor.)
Id en buen hora, Señor.

CAPITAN.

Oya, Inés.

LISENA.

Señor, dejadme;
Que viene Gerarda aquí.

CAPITAN.

Pues ¿vendráisme á ver?

LISENA.

Sí haré.

CAPITAN. (Ap.)

¡Victoria! Vine, llegué,
Venci á Inés, á Inés venci. (Vase.)

ESCENA III.

GERARDA. — LISENA.

GERARDA.

¿Con quién das voces, Inés?

LISENA.

¡Oh mi señora Gerarda!
Con ese necio, que aguarda
Lo que de otro dueño es.
Persuadirme pretendia
Que esta noche visitase
Su aposento.

GERARDA.

Que intentase

Tu amor con descortesía,
Fué culpa; mas no lo es
Quererte, siendo tu gusto;
Antes parece muy justo
Quererte todos, Inés.

LISENA.

Si eso hubiérades tratado,
Rendida de algun dichoso,
Ya fuese galan, ya esposo,
Que os hubiese conquistado,
¿Seria entonces razon
Que otro que os persiguiese,
La misma noche quisiese
La misma conversacion?

GERARDA.

Eso, Inés, no puede ser;
Que es de comunes mujeres;
Y si guardar honra quieres,
Uno solo has de querer.

LISENA.

Tengo mi palabra dada
De ser de cierto galan,
Y tambien el Capitan
Quiere ocupar la posada:
Cosa que no puede ser.

GERARDA.

Notable placer me has hecho
En descubrirme tu pecho.

LISENA.

Sois mujer, y soy mujer.
¿Qué queréis? Flaquezas son.

GERARDA.

Dime la verdad, Inés:
¿Ha sido amor ó interés?

LISENA.
Dos deditos de afición.

GERARDA.
¿Aficionado te has?

LISENA.
¿Soy piedra?

GERARDA.
Pensé que amor
Se trataba á lo señor,
Y andaba entre ellos no mas.
No creí que en los mesones
Hallaba el amor posada.

LISENA.
Al amor tal vez le agrada
Dejar calzas por calzones.
Suele enfadar el faisán,
Suele la vaca dar gusto;
Que no hay vestido mas justo
Que aquel que nuevo le dan.
Si del ver nace el amor,
Y de privación deseo,
En los que caminan, creo
Que será mas el rigor.

GERARDA.
Tú á lo menos disculpas
Cualquiera deseo, Inés;
Que es muy justo que le des,
Si en tus méritos reparas.
Mas, pues me has declarado
Lo mas, que es decir que quieres,
Y que el galán que prefieres
Tendrá esta noche tu lado,
Dime cuál de los dos es:
Ansí logres tu deseo.

LISENA.
Muy cuidadosa te veo;
Yo te lo diré después.

GERARDA.
Vuelve, detente y advierte
Que solo es este cuidado
Gusto de ver si has echado
El dado con buena suerte.
¿Quién, por mi vida? Y no mientas.

LISENA.
(Ap. Bien se traza mi invencion.)
¿En amores de meson
Saber secretos intentas?
No te lo niego por mí;
Que confesar que ha de ser
Es lo mas que puedo hacer
En esta ocasion por tí.
Por honra del caballero,
Gerarda, te encubro el nombre

GERARDA.
Pues ¿qué pierde ningún hombre?

LISENA.
Su calidad considero;
Y que nunca en el sayal
Suele estar envuelto el oro
Sin que pierda su decoro.

GERARDA.
No sientas de tí tan mal;
Que si el mismo amor posara,
Inés, en este meson,
Pudiera con afición
Rendirse á tu hermosa cara.
Y como se suele dar
A la huésped el dinero
Que lo guarde, considero
Que amor te diera á guardar
Las flechas de sus despojos,
Aunque de rayos son hechas;
Que para guardar sus flechas,
Eran muy propios tus ojos.

LISENA.
Lisonjas os ha enseñado
El deseo de saber

El galán que ha de tener
Aquesta noche mi lado.
Pues ni el mío ó su decoro
Me han detenido, por Dios,
Sino el ver que os toca á vos
Lo que yo, Gerarda, adoro.

GERARDA.
¿A mí en aqueste meson?

A vos.
GERARDA.

¿Quién es?

LISENA.
Vuestro hermano.

GERARDA.
¿Mi hermano? Es buen cortesano,
Te dirá alguna invencion.

LISENA.
Si soy la que las saetas
De amor pudiera guardar,
¿No pudo alguna tocar
Su pecho? — ¿Qué te inquietas?
Qué tienes?

GERARDA.
¿Qué be de tener?

¿Mi hermano es hombre.
LISENA.
Es así.

GERARDA.
¿Que te quiere tanto?

LISENA.
Sí,
Si bien me supo querer.

GERARDA.
¿Que esta noche ha concertado
Verte?

LISENA.
Y con tanta afición,
Que en prendas que de amor son,
Esta sortija me ha dado.
Y aunque tan pobre me ves,
Cree de mis pensamientos
Que á tales atrevimientos
No me moviera interés.
Amor me mueve; que estoy
Perdida.

GERARDA.
Gran bien me has hecho.
(Ap. Y hoy saldrá de mi pecho
Su amor, á fe de quien soy;
Y no será grande hazaña
Que hoy salga quien hoy entró.)

LISENA. (Ap.)
Bravamente lo sintió.

ESCENA IV.

FLORENCIO, BELTRAN. — DICHAS.

BELTRAN.
Cosa, vive Dios, extraña,
Y que si yo no la viera,
No la creyera á ninguno.

FLORENCIO. (Ap. á Beltran.)
Aquí están las dos.

BELTRAN.
Si alguno
Me contara esta quimera,
Lo tuviera á bernardina.

¿Que esta es Lisena, Florencio?

FLORENCIO.
Quedo, Beltran, con silencio.

BELTRAN.
Quien ama y se determina,
No habrá cosa que no intente.

LISENA.
Señora, á hacer voy las camas.

GERARDA.
Mejor dirás si las llamas
Llamas de infierno.

LISENA. (Ap.)
Bien siente.
Quiérome quitar de aquí
Y dar lugar á sus celos.

FLORENCIO. (A Gerarda.)
Guarden tu vida los celos.

GERARDA.
Como la guarden de tí.
(Hablan bajo Florencio y Gerarda.)

BELTRAN.
Oye, Inés.

LISENA.
¿Qué quiere?
BELTRAN.
Escuche.
Bien la quiero... ya me entiende.

LISENA.
No puede ser.

BELTRAN.
¿Cómo?

LISENA.
Hay duende.

BELTRAN.
Y la daré...

LISENA.
¿Qué?
BELTRAN.
Un estuche.

LISENA.
Barbero debe de ser.

BELTRAN.
Muy su servidor es soy. (Vase Lisena.)

ESCENA V.

FLORENCIO. — GERARDA, BELTRAN.

FLORENCIO.
¿Cómo en tu desgracia estoy?

GERARDA.
Dí tú cómo soy mujer.

BELTRAN.
¿Qué tenemos? ¿Hay capote?
Hay ceño? Hay capa aguadada?

FLORENCIO.
No há un hora que tu bien era.

BELTRAN.
No hay paz que no se alborote,
Si entran de por medio celos.

¿Cuánto va que estás, Gerarda,
De la fregona gallarda
Con principios de recelos?

Yo holgaría de saber
Si deste enojo soy parte,
Porque puedo asegurarte
Con que vive en mi poder.

Este concierto hemos hecho
Siempre que vamos los dos
Algun camino; y por Dios,
Que te hablo abierto el pecho.

El ha de hablar cuantas damas
Le ofrecieren sus personas,
Yo con todas las fregonas
Que nos hicieren las camas.

Así que, Inés me ha tocado,
Y es de mi jurisdicción,
Y al rededor del meson
Cinco leguas.

GERARDA.
Si has pensado,

Beltran, que en Madrid hay bobas,
Y que el tiempo y la fortuna
No dejaron cosa alguna,
Mucho en sus leyes inovas.
Imagina que es Madrid,
En la tempestad que fué,
Como el arca de Noé.

BELTRAN.

Mas como el arca del Cid,
Que en vez de oro tiene arena.

GERARDA.

De cada género tiene
Dos animales.

BELTRAN.

Mas viene
A estar de animales llena;
Que los conejos del Parque
Se suben hasta San Juan.

GERARDA.

Cosas que en el arca están,
Es justo que el tiempo embarque.
Hay dos discretos, dos necios,
Dos ricos, dos mendigantes,
Dos sabios, dos ignorantes,
Dos altos, dos bajos precios,
Dos tues, dos señorías,
Dos grandes y dos pequeños,
Dos gordos y dos cenceños,
Dos palomas, dos arpas,
Dos legos, dos estudiosos,
Dos jardines, dos desiertos,
Dos con ojos y dos tuertos,
Dos sucios y dos curiosos,
Dos damas y dos fregonas,
Para que en pasando el agua,
Haya sin ir á la fragua
Aquellas mismas personas.
Tú, Beltran, no has de pensar
Que soy de las bobas yo:
Florencio no me engañó;
Pero quisome engañar.
Y si es que las ocasiones
Le dan las damas, sin duda
Que, pues de dama se muda,
Trocastes jurisdicciones.
Ya Florencio en tu afición
Tiene tanta señoría,
Que como chancillería
Se entra en tu jurisdicción.
Dile que siendo galán
De las damas, que no es justo
Que fregonice su gusto,
Pues es tu oficio, Beltran;
Que Inés no es lugar que caa.
Cinco leguas del meson,
Pues de tu jurisdicción
Hoy á la suya la trae.
Esta noche ha concertado
Tener su lado de Inés,
Y por prenda, si lo es,
Una sortija le ha dado.
Pues quien me ha de amar á mí
No ha de tener pensamientos
De tan bajos fundamentos,
Ni ha de humillarlos así.
Quien tanta gala pregona,
Y me llama su mujer,
Una estrella no ha de ver,
Cuanto y mas una fregona.
¡Jesus! ¡Qué asco! ¡Qué infame
Gusto! ¡Qué sucio deseo!
Qué vil amor! ¡Qué trofeo
Tan bajo!

BELTRAN.

Quedo, no llame
Vuesamerced tales nombres
Al buen gusto de Beltran;
Porque es creencia en que están
Muchos muy discretos hombres.

FLORENCIO.

Calla, Beltran; que si vuelves
Por ellas, ha de pensar
Que es mi gusto.

BELTRAN.

¡He de callar,
Cuando á callar te resuelves,
Tocándome en las dos niñas
De los ojos? ¡Vive Dios,
Que hay fregonas mas de dos
Sin las bordadas basquiñas,
Sin el manto soplonesco,
Sin el garbo ni el chapin,
Con el tranzado garbin,
Y el delantal blanco y fresco,
Que van vendiendo cuajada
Mas que nieve y que tomillo,
Porque aquel amor sencillo
Es lo que al buen gusto agrada!
¡Qué faldellin de persona
Grave iguala en nieve y flores
Al ver en paños menores
Una cándida fregona?
¡Para qué puede ser bueno
Al marido ni al galán
Brindalle con soliman,
Que es en efeto veneno?

GERARDA.

Beltran, yo digo que Inés
Y otras fregonas de aquí
Serán pavos para ti;
Pero mirales los piés;
Que yo conozco un discreto
Que esa rueda deshacia
Luego que los piés les via,
Que es espantoso defeto.
Cuando pinta algun pintor
Al demonio, ya después
Que ha hecho el rostro, en los piés
Pone el quién es, como autor.
Pues ¿qué piensas tú que son
Fregonas? ¡Diablos pintados.

BELTRAN.

Esas llevan mis cuidados,
Y no damazas de don.

GERARDA.

Al tinte huele, Beltran,
Quien tiñe; al olio el pintor,
A la pesca el pescador,
El que curte al cordobán,
Las fregonas al fregado.

BELTRAN.

Y no es pastilla mejor
Que el artificial olor,
El melindre y el cuidado?
Ahora bien, cuando de todas
Digas mal, déjame á Inés.

GERARDA.

¿Que en fin, Beltran, tuya es?

BELTRAN.

Y esta noche son las bodas.

GERARDA.

¿Cómo, si ella me ha contado
Que mi hermano la requiebra?

BELTRAN.

Florencio, ¡el cuento celebra!
¡Que soy su hermano ha pensado!

FLORENCIO.

Si tu hermano dijo, advierte
Que piensa que lo es Beltran.

GERARDA.

Mal en hombre tan galán
Pensamientos desa suerte
Podieran caber. Yo digo
Que engañada me enojé;
Y si en tu disgusto hablé,
Humilde espero el castigo.

Aunque mejor lo tomara
De esos brazos en el cuello.

FLORENCIO.

Son de amor la firma y sello,
En que obligarse declara.
(*Abrázanse.*)

ESCENA VI.

LISENA. — DICHOS.

LISENA. (Ap.)

¡Ay de mí!

BELTRAN. (Ap.)

Lisena es,
Delante ponerme quiero.
(*Pónese Beltran delante, fingiendo que
no la conoce.*)

Inés, ¿que en fin soy barbero?
¿Que en fin soy barbero, Inés?

LISENA.

Déjame pasar, desvia.

BELTRAN.

Un abrazo me has de dar.

LISENA.

Déjame, Beltran, mirar
Celos por tu celosía.
Déjame, pues me conoces.

BELTRAN.

¿Celosía yo? ¿Y qué tal?
De ébano de Portugal.

LISENA.

¡Beltran!

BELTRAN.

¡Inés!

LISENA.

Daré voces.

BELTRAN.

¿Qué importa que tú las des?

LISENA.

Ya no importa. ¡Triste caso!

BELTRAN.

Gerarda, guárdame el paso; (Ap. á ella.)
Que quiero abrazar á Inés.

GERARDA.

Abrázala; que aquí estoy.
Mas págamé en otro tanto.

LISENA. (Ap.)

De lo que sufro me espanto.

FLORENCIO. (A Gerarda.)

¿Eres mía?

GERARDA.

Tuya soy.

LISENA.

¡Tuya soy!

BELTRAN.

¿Que tú eres mía?

LISENA.

No digo á ti.

BELTRAN.

¿Cómo no?

«Tuya soy» dijiste.

LISENA.

Yo

Lo que escuché repetía.
Déjame pasar, Beltran.

GERARDA.

Florencio, tú eres mis ojos.

LISENA.

¡Tú eres mis ojos!

BELTRAN.

¿Qué enojos

Tus ojos no quitarán?

¡Tú eres mis ojos, me dices! *

LISENA.

No soy Inés.

BELTRAN.

Loca estás. *

¿Cómo que no eres Inés? *

FLORENCIO. (A Gerarda.)

Sola te quiero.

GERARDA.

Y lo creo,

Porque lo merezco yo.

LISENA.

¿Sola te quiero? (Ap. Eso no,

Cuando yo, traidor, te veo.)

¿Sola te quiero!

BELTRAN.

Mi Inés,

¿Que en fin solo me has querido?

LISENA.

Beltran, que pierdo el sentido.

Lisena soy, ¿no lo ves?

FLORENCIO. (A Gerarda.)

Sin tí no vivo.

LISENA.

(Ap. ¡Esto sufre

El cielo? ¡Oh rigor eterno!

¡Oh celos, color de infierno!

Llama azul de piedra azufre!

¿Sin tí no vivo!

BELTRAN.

¿Es posible

Que sin mí no vives ya?

LISENA.

De los requiebros de allá

Soy, Beltran, eco invisible.

Respondo al postrer acento

A la voz de aquel Narciso,

Que en aquesta fuente quiso

Volver mi espíritu en viento.

BELTRAN.

¿Qué fuente? ¿Cómo? ¿No ves

Que no hay fuentes en Toledo?

GERARDA.

Vamos, mi bien.

(Vanse Florencio y Gerarda.)

ESCENA VII.

LISENA, BELTRAN.

LISENA.

¡Buena quedo!

BELTRAN.

Sostégate un poco, Inés.

LISENA.

Al fin, infame alcahuete,

Capa y manto de los dos,

Se me escaparon por vos.

BELTRAN.

¡Y es mal oficio ir á Huete?

No hay cosa de mas primor

Que ser alcahuete ó capa,

Mayormente cuando tapa

Gustos y celos de amor.

Los árboles ¿no son buenos?

LISENA.

Buenos son.

BELTRAN.

Pues ¿quién encubre

Mas que un bosque, hasta que octubre

Seca sus troncos amenos?

El cielo ¿es bueno?

LISENA.

¿Pues no?

* * * Tres versos sueltos entre redondillas.

BELTRAN.

Pues cuando el sol se le va,

¿Quién encubre cuanto está

Debajo dél? Luego yo

Soy aquí su semejante.

La noche, que es capa y manto,

Llama á su silencio santo;

Las manos encubre el guante,

Al cuerpo encubre el vestido,

El zapato cubre el pié,

El dosel al Rey, que fué

Majestad de su apellido;

La bolsa cubre el dinero,

El retrato la cortina,

A los diamantes la mina,

La cubierta al marinero;

El soliman los defectos

De la cara de las damas...

Si esto es así, ¿por qué infamas

A quien encubre secretos?

LISENA.

¿Cómo, Beltran, cuatro días

De ausencia á Florencio han puesto

De tal suerte, y descompuesto

Las obligaciones mías?

¿Cómo, Beltran? No era ayer

La que en Granada le vi

Llorar mas tierno por mí

Que la mas tierna mujer?

¿Cómo, Beltran, un hidalgo

Llora y miente, vende, infama

Una mujer que lo llama

Su bien?

BELTRAN.

De juicio salgo

Con ver lo que Beltraneas.

Lisena, si he de dejar

De llamarte Inés, y hablar

En las cosas que deseas,

Oye, y mira que le has dado

Para mudanza ocasion;

Que mudanzas siempre son

Como el son que se ha tocado.

¿Cuerpo de tal! La mujer

Que quiere no dé lugar

A que otro la pueda hablar.

¿Cómo pueda hablar? Ni aun ver.

Sírvete Estacio, y tú gustas

Del servicio y del favor;

Y tras ser competidor

(Cosas en buen trato injustas),

Préciase de bravo, y viene

A echarnos ya de su calle;

Y quieres que el otro calle

Las ocasiones que tiene.

Viene huyendo de Granada

Por tí, y á sus padres deja;

Y tú con graciosa queja

Dices que has sido olvidada.

¿Qué respondes?

LISENA.

Dado á Florencio ocasion,

Porque en fin, sus celos son

Autores de esa quimera,

El venir, como he venido,

Infamando mi linaje,

Y el servir en este traje,

La culpa hubiera vencido.

¡Ah Beltran! Di tú que viste

A la amiga de Gerarda,

Moza de Madrid gallarda,

Y á Florencio persuadiste,

Porque hallaste gusto aquí;

Y no digas que yo he sido

Causa de su injusto olvido.

BELTRAN.

No me conoces tú á mí.

¡Vive Dios, que si el pincel

De naturaleza agora

Pintara en una señora

Cuanto el cielo puso en él;

Si le dieran los colores

El sol, las piedras preciosas,

Los cristales y las rosas,

Y el divino olor las flores;

Si el entendimiento, aquellos

Espíritus celestiales,

Si los labios, los coraies;

Y verter perlas por ellos,

No me pudiera obligar

A un escrúpulo, á una dráma

De amor? ¿Yo, Lisena dama?

Yo querer tierno y amar?

Yo escribir borracheras?

Yo andar con cintas y enredos?

Yo con celos? Yo con miedos?

¡Ah santas fregonas mías,

Voled por nuestro derecho!

¡Vive Dios! si me afrentaras

Con cuantos nombres hallaras,

Si me pasaras el pecho,

Si me hicieras una afrenta

Pública, si me escribieras

Libelos, no me ofendieras

Mas, ni quien mi agravio intentó,

Que con decirme que quiero

Mujer de manto. Es verdad

Que me muestra voluntad,

Y respondo lisonjero;

Pero ¿yo interés ni amor?

Quédate con Dios, Lisena;

Que me has dado mucha pena. (Vase.)

LISENA.

Oye, espera. ¿Hay tal rigor?

¡Desdichada suerte mía!

Todo me deja. ¿Qué haré,

Pues ya no hay cosa que esté

En el lugar que solía?

¡Ah traidor, que disimulas!

Yo conozco bien tus tretas.

ESCENA VIII.

EL ALFÉREZ; FINEO, de camino. —

LISENA.

FINEO. (A un criado que está dentro.)

Haz que guarden las maletas,

Y dén recado á esas mulas.

ALFÉREZ.

Cuando os vi pasar, Fineo,

Apenas os conocía.

FINEO.

Habeisme hecho cortesía

Y pagado mi deseo

En llamarme.

ALFÉREZ.

¿Buena estás!

No pasa día por vos.

FINEO.

Pues no es gusto; que por Dios

Que hay mas mal del que pensais.

ALFÉREZ.

¿Hay gusto como encontrarse

Dos amigos caminando?

FINEO.

Y ¿dónde vais?

ALFÉREZ.

Voy gastando

Tiempo que no ha de cobrarse.

Voy á hacer gente.

FINEO.

¿Con quién?

ALFÉREZ.

El capitan Acebedo

Me lleva consigo.

FINEO.

Puedo
Daros de eso el parabién;
Que es gran amigo, y un hombre
De valor.

ALFÉREZ.

Vos ¿dónde vais?

FINEO.

Hay mil cosas que sepais.

ALFÉREZ.

Ya no hay cosa que me asombre.

FINEO.

¿No nos darán aposento?

LISENA.

Aquí está delllos la llave.

FINEO.

¡Brava fregatriz!

ALFÉREZ.

Suave.

FINEO. (Ap. al Alferez.)

¿Déjase asir?

ALFÉREZ.

Es un viento.

Al Capitan ha vencido:
No quiere salir de aquí;
Hase fiado de mí,
Y estoy por ella perdido.
Veremos aquí los toros;
Que ha de ser fiesta famosa,

FINEO.

¡Bella labradora!

ALFÉREZ.

Hermosa

Y limpia como mil oros.

FINEO.

Si la quiere el Capitan
Y el Alferez, yo querria
Servir en su compañía.

ALFÉREZ.

No sé, por Dios, si os querrán;
Que es hosca como un novillo.

FINEO.

¡Ah, mi reina! ¿De qué está
Triste?

LISENA.

En eso, ¿qué le va?

FINEO.

Quiere el alferez Carrillo,
Tan tierno á vuesa merced;
Que, como amigo, querria
Merecer su cortesía,
Y que me hiciese merced.

LISENA.

Este aposento es famoso.
¿Sois solo?

FINEO.

Solo he de estar.

LISENA.

Yo le voy á aderezar.

FINEO.

¡Qué gallardo talle!

ALFÉREZ.

Airoso.—

Y antes, ninfa, que os entreis,
Me decid de qué estáis triste.

LISENA.

De que hay hombres.

FINEO.

Si consiste

En alguno que quereis,
Que no os paga como es justo,
Escoged; que otros habrá.

LISENA.

Ninguno gusto me da.

(Vase.)

FINEO.

Teneis estragado el gusto.

ESCENA IX.

EL ALFÉREZ, FINEO.

ALFÉREZ.

¿Es buena?

FINEO.

Como mil perlas.

ALFÉREZ.

Ya estamos solos; decid
Lo que os saca de Madrid.
¿Son fiestas?

FINEO.

No vengo á verlas.

ALFÉREZ.

Pues ¿á qué?

FINEO.

Sigo una dama.

ALFÉREZ.

¿Haos engañado?

FINEO.

Tal vez.

Que venia á Aranjuez
Eché entre sus deudos fama.
Salí, seguila, y busqué
Sus huertas.

ALFÉREZ.

Y ¿estaba en ellas?

FINEO.

No.

ALFÉREZ.

Mil cosas cuentan dellas.

FINEO.

Lo que yo he visto os diré.
Grandes maravillas tiene
El católico Filipo,
Aumentadas en España,
De su abuelo y padre invicto;
Y si maravillas fueran
Personas como edificios,
Diera primero lugar
A sus soberanos hijos.
El templo del Escorial
Maravilla octava ha sido,
Desde nuestro polo al austro,
Y del ocaso á Calisto.
Tienen Toledo y Segovia
Dos alcázares altivos,
Madrid su rico palacio,
De pintura y cuadras rico;
Pero dejando estas cosas,
Dadme por un rato oído,
Y veréis á Aranjuez,
Puesto que es mapa su sitio.
A Vaciamadrid llegué;
Dios me libre de haber ido
A Vaciamadrid de noche;
Que no le tengo por limpio.
Allí vi el rico palacio
Con linda vista de río;
Perdone la casa antigua,
Ruina del tiempo antiguo;
Que mejor saben las damas
Su mala traza y abrigo.
Partí á Arganda, y vi la quinta
Del Embajador; prosigo,
Y en San Martín de la Vega
Duermo.

ALFÉREZ.

Aténgome al del vino.

FINEO.

A la barca de Bayona
Madrugo, y atento miro

Los diques en medio el agua,
Contra su curso excesivo.
Llego en fin á Aranjuez,
Paso el palenque, y admiro
En la huerta Totipela
Tantos árboles distintos:
Cermenos, melocotones,
Albérchigos y membrillos,
Avelanos y nogales,
Peros, duraznos y guindos.
Veo la puente del Tajo;
Tajo, que el nombre latino,
A pesar del fiero moro,
Conservó por tantos siglos;
Por cuya causa en su iglesia,
Toledo en aljibes frios
Le deja entrar, como á hidalgo,
De cuatro costados limpio.
Por la calle de Toledo
(Que así se llama), partimos
Aquel estanque, ó mar Tonta.

ALFÉREZ.

¿Mar Tonta?

FINEO.

Es su nombre mismo.
Muchos, tenidos por sabios,
Vi en sus ondas sumergidos
Y convertidos en cisnes,
Los confiados por lindos,
Los que pasean, los que fian,
Los graves y los remisos,
Los que casan pobremente,
Los avarientos y ricos,
Los mordaces, los que enfadan,
Los cortos y los prolijos.

ALFÉREZ.

Cisnes son de la mar Tonta
Mil pretendientes anfibios.

FINEO.

¡Notable es aquel palacio!
¡Edificio peregrino!
Galerías, salas, cuadras,
Mármoles y jaspes lisos,
La capilla y corredores,
Y aquel retablo divino
Del Ticiano, y el reloj
De tan notable artificio;
Las huertas de los franceses,
Donde, de murta vestidos,
Mil músicos vi tañendo,
Imagen de los de oficio;
Que no tienen mil que cantan
Alma, gusto ni sentido.
Vi mil galeras de yerba,
Toros, perros, cocodrilos,
Pájaros y cazadores,
Culebras y basiliscos;
La huerta de las moreras,
Donde con soberbios picos
Vi coronados pavones,
Llenos de plumajes ricos.
A la no acabada puente
Fui del Tajo cristalino,
Y al embocada del agua,
Caracol y laberinto.
A la casa de las vacas
Fui con igual regocijo,
Y por doce verdes calles
A la plaza vuelta dimos,
A cuya sazón pasaron
Siete camellos asirios,
Que en España, aunque son de Asia,
Están sirviendo á Filipo,
Que es rey de Jerusalem,
Y muestra que cuarto ó quinto,
Librará la Ciudad Santa
Y el gran sepulcro de Cristo.
Vide al fin, tras destas cosas,
Las bodas de los dos rios,
Porque allí son para en uno
Sin firma del Arzobispo.

No os encarezco las fuentes,
Ya en mármoles, ya en castillos,
Los tiros de agua, las burias,
Ninfas, sátiros y niños;
Y aquellas calles de flores,
Donde iba á hacer ejercicio
La serenísima Infanta¹,
Primavera deste sitio,
Que adonde puso los pies,
Puesto que fuese el estío,
Nacieron rosas de nácar,
Como de Vénus se dijo.
Allí está el blanco jazmín
Y el oloroso junquillo,
Con la pálida retama,
El adonis y el narciso;
Allí el pinto azul y rojo,
La salvia, el cárdeno lirio,
El alelí como jaspé,
Los claveles y el citiso;
Y el agua que asierra piedras,
Y ciertos pájaros indios,
Con dos borlas coloradas
Sobre unas gortas de rizo,
Que llaman zaidas sin ser
Descendientes de moriscos.
Pero ¿qué me meto en aves,
O sus diferencias pinto,
Ni en proseguir el retrato
Del segundo paraíso?
Baste dar fin á esta cifra
Con decir que fué edificio
De aquel soberano, padre
Del nieto de Carlos Quinto.

ALFÉREZ.

Puesto me habeis mas deseo.
Seis dias no pasarán
Sin verle.

FINEO.

Puesto que están
En él los bronces que veo
Y los mármoles que os digo,
No estaba mi dama en él.
Dejé, Alférez, el verjel,
Y el camino á Illéscas sigo,
Donde tampoco la hallo.
Supe esta fiesta de acá,
Y vengo á ver si aquí está,
Con lo que yo siento y callo;
Que os prometo que estoy loco.

ALFÉREZ.

Ahora bien, dejad la pena;
Que hay ocasion harto buena
Para divertirla un poco.
En ese aposento entrad;
Quitáos espuelas y botas;
Que desembarcan mil flotas
De damas en la ciudad,
A ver la famosa fiesta;
Que hay rejonés y lanzadas;
Y las penas ocupadas
Siempre son menos molestas.
Naturaleza, por varia,
Mas hermosa suele ser:
También dicen que ha de haber
Una justa literaria;
Y pues picáis de poeta,
Al premio escribir podeis.

FINEO.

¿Qué sugetos?

ALFÉREZ.

Mas de seis.

FINEO.

¿Hay glosa?

ALFÉREZ.

Y un pie que aprieta:

«De Dios es insigne hazaña

¹ Ana Mauricia, á la sazón de cuatro años, primogénita de Felipe III.

Que al mar de Austria se remita,
Pues el nácar Margarita
Pare una perla en España.»

FINEO.

El tercero y el primero
Tienen mas dificultad.
Entro á descalzarme.

ALFÉREZ.

Entrad;

Que hablando á Inés os espero.
(Vase Fineo.)

ESCENA X.

LISENA.—EL ALFÉREZ.

ALFÉREZ.

¡Ah, mi Inés! ¿No quiere ser
Vuesamerced cosa mia?

LISENA.

¡Para mi melancolia
Venís! Dejadme barrer.

ALFÉREZ.

Inés, que, como el aurora,
Pudieras barrer estrellas,
Pues en esas manos bellas
Tal luz el cielo atesora,
Vénte conmigo á la guerra.
Toma las armas, Inés,
Y verás...

LISENA.

Quedo; después,
Cuando la noche se cierra,
Me podeis venir á hablar,
Que ya sabeis mi aposento;
Que de día no consiento
Ni doy á nadie lugar,
Porque el buésped no querría
Que supiese esta flaqueza.

ALFÉREZ.

Hoy á tu mucha belleza
Igualas tu cortesía.
Fiado de tu palabra,
Voy á rogar á los cielos
Cierrén al día los velos,
Y que nunca el sol los abra. (Vase.)

ESCENA XI.

LISENA.

Nunca Dios te dé salud,
Ni á ese necio capitán.
¡Buenos mis negocios van!
Arded, celosa inquietud,
Matadme el pecho, romped,
Salga el llanto por los ojos,
Destúense mis enojos,
Arded, corazon, arded.
Arded, triste corazon,
Para que siendo alquitara,
Vierta el agua por la cara
Venenos de su pasión.
Arded sin cesar de arder,
Y aunque es mi muerte abrasarme,
Valedme vos con matarme,
Pues yo no os puedo valer.

ESCENA XII.

GERARDA, LUCRECIA.—LISENA.

GERARDA.

¡Oh Inés! ¡gran mal!

LISENA.

¡Ay de mí!

¿Qué os puede haber sucedido?

GERARDA.

¡Un forastero ha venido

Para mi desdicha aquí!
Si me ve, soy muerta, Inés.

LISENA.

¿Por qué, siendo vuestro hermano
Florencio?

GERARDA.

Ya encubro en vano

Mi desdicha: no lo es.

LISENA.

¿Y eslo por dicha el que viene?
Que estáis muy emparentada.

GERARDA.

Soy, Inés, muy desdichada;
Diferente deudo tiene.
Esta noche has de esconderme;
Que este sin duda se irá
Por la mañana.

LISENA.

(Ap. ¿Si ya

Quiere el amor socorrerme?)
Yo tengo en el corredor
Desocupada una cuadra,
Que para secreto os cuadra;
En ella estaréis mejor.
Por de fuera os cerraré,
Y en dando el tiempo lugar,
Os llevaré de cenar.

LUCRECIA.

¿Dirálo Inés?

LISENA.

No podré.

Que me va en callar la vida.

LUCRECIA.

La nuestra queda en tu mano.

LISENA.

Entrad quedo.

(Vanse Gerarda y Lucrecia.)

ESCENA XIII.

LISENA; luego, LUCINDO y RISELO.

LISENA.

¡Oh soberano
Cielo, esperanza cumplida!
(Salen Lucindo y Risele.)

RISELO.

Yo la hablé de vuestra parte,
Y dijo que la hablaría.
Aquí está Inés.

LUCINDO.

¿Inés mia!

LISENA.

Por Dios, que ando á buscarte.

LUCINDO.

¿Cómo has hablado á Gerarda?

LISENA.

A las dos, Lucindo, hablé
Por los dos.

RISELO.

Discrecion fué.

LUCINDO.

Y ¿qué responden?

LISENA.

Aguarda.

Que aquesta noche os quedeis
A dormir en el meson,
Y os harán conversacion
Desde las doce á las seis.

LUCINDO.

¿A dormir? Pues ¿de qué modo?

LISENA.

Dándoos aposento yo;
Que Gerarda lo trató
De aquesta manera todo.

RISELO.

Pues no habemos de dormir
Sin en su aposento entrar,
Donde quiera habrá tugar.

LISENA.

Pues los dos os podeis ir;
Y al Capitan rogareis
Que os convide á cenar.

RISELO.

Vamos.

LUCINDO.

¡Gallarda noche esperamos!

LISENA.

Mañana me lo diréis.

(Vanse Lucindo y Riselo.)

ESCENA XIV.

FINEO. — LISENA.

FINEO. (Sin ver á Lisena.)

¡Cosas extrañas suceden!
Algunas parecen sueños
Tales, que los mismos dueños
Menos entenderlos pueden.
Vine siguiendo á Gerarda
Con muy celosa pasión,
Y vide en este meson
Una villana gallarda,
Que me ha puesto mas antojos
Que á un caballo desbocado,
Con que no poco he templado
La furia de aquellos ojos.
Esta noche por lo menos
Quiero ver... Pero aquí está.

LISENA.

(Ap. Este es quien buscando va
Aquellos ojos serenos.)
¡No agrada á vuesamerced
El aposento?

FINEO.

Por Dios,

Que harto mas me agradais vos.

LISENA.

Haceisime en eso merced.

FINEO.

Sola esta noche he de estar
En Toledo.

LISENA.

Ansí lo creo.

FINEO.

Quiéroos contar un deseo.

LISENA.

Voy á guisar de cenar.

FINEO.

Esta noche ¿no tendréis
Lugar para que os lo cuente?

LISENA.

¡Jesus! ¡Y aunque fuesen veinte!

FINEO.

Pues, Inés, ¿dónde estaréis?

LISENA.

En pasando á la cocina,
A mano izquierda es mi estancia.

FINEO.

Es la señal de importancia.

LISENA.

A lo seguro camina.
Mas yo fio mas de vos,
Ved lo que en el mundo pasa!
Pero no entiendan en casa,
Señor, que hablamos los dos.
Id; que á las doce sin duda
Entrará en vuestro aposento
Este humano pensamiento
Que de pensamientos muda.

FINEO. (Ap.)

¡Posible es que en un meson
Haya tan bella mujer?
Mas nuestro comun placer
Aumenta la estimacion.
Las cosas bajas, hermosas,
Tienen vil precio y estima;
Hasta declarar la enima
Solo se estiman las cosas.

LISENA. (Ap.)

Mil cosas he prometido,
Y para esta noche todas;
¡Quién será de estas bodas
El celebrado marido?
El Capitan ya me aguarda,
Y el Alferez ya me espera,
Y aqui dice que le quiera
Este galan de Gerarda.
A Lucindo y á Riselo
He prometido á las dos.
¡Noche, remedialdo vos!
¡Tended, noche, el negro velo!
Que puesto que hasta mañana
Solo tengo de lugar,
A fe que se han de acordar
De la Noche Toledana.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

FLORENCIO, JULIO, BELTRAN.

FLORENCIO.

¿Qué dices, Julio?

JULIO.

Que os conviene, digo.
Salir de la ciudad, porque en la plaza
Vi un receptor de la chancillería
Preguntar por Florencio de Granada.

BELTRAN.

[gro,
Sin duda que aquel hombre está en peli-
O que ya no le tiene, ó será muerto.
Requisitoria viene tras nosotros.

FLORENCIO.

Malo será para los dos, si agora
De la ciudad salimos.

BELTRAN.

¡Por qué causa,
Siendo, cual ves, las nueve de la noche,
Y haciéndola tan lóbrega y oscura?

FLORENCIO.

Porque podrá toparnos la justicia,
Que ya estará avisada, y el ser tarde
Es lo mas peligroso.

BELTRAN.

Llama al huésped.

(Vase Julio.)

FLORENCIO.

Al fin del día, al comenzar la noche,
Es el tiempo de todos mas seguro;
Que como entonces se recogen todos,
Es mas la confusion, el trato y gente.

ESCENA II.

EL HUÉSPED, JULIO. — FLORENCIO,
BELTRAN.

JULIO.

El huésped está aquí.

FLORENCIO.

Salte allá fuera. —

(Vase Julio.)

Huésped, con hombres que del mundo

Que han sidotán de bien y tan de hecho,
Bien puede un hombre honrado decla-
[saben
[arse.

HUÉSPED.

¿En qué os puedo servir?

FLORENCIO.

Estadme atento.

Yo dí en Granada á un hombre cierta he-
[rida,
De que á peligro estuvo de ser muerto;
Requisitoria dicen que ha venido.
Para salir de la ciudad es tarde.
¡Hay en casa aposento donde pueda
Esconderme esta noche?

HUÉSPED.

Este de enfrente

Tiene á la Concepcion unas ventanas,
O al Cármen, si queréis; que sin peligro
Daréis en un tejado de otra casa,
Y della en un corral, y deste al campo,
Por donde entrar podréis al monesterio.

FLORENCIO.

Pues alto; en vuestro amparo me confío.

BELTRAN.

Huésped, ¿es este salto peligroso?

HUÉSPED.

Es muy fácil, por Dios.

BELTRAN.

Por eso, digo;

Que no soy muy ligero, y pues el cielo
No me dió cara de ángel, no querría
Hurtalles el oficio.

FLORENCIO.

Abrilde, huésped.

HUÉSPED.

¡Inés! ¿Oyes, Inés?

ESCENA III.

LISENA. — FLORENCIO, BELTRAN,
EL HUÉSPED.

LISENA.

En comenzando
A dar en mí, no sabes otro nombre.
¡Válame Dios, ¿no llamarás á otra?
¡Parécete que estoy poco cansada
De guisar á mil huéspedes la cena?

HUÉSPED.

Abre aquel aposento.

LISENA.

¿Cuál?

HUÉSPED.

¡Qué espacio!

Muestra esas llaves.

LISENA.

No está aquí la suya.

HUÉSPED.

¿Cómo que no?

LISENA.

Perdióse.

HUÉSPED.

Aquí está. Presto.

LISENA.

¿Para qué quieres este? Allí no hay otros?

HUÉSPED.

Este ha de ser, rapaza, no replique. —
Entrad, que camas hay; y si sintiéredes
(Ap. á los dos.)

Que llama la justicia, á la ventana,
Y dad con vuestros cuerpos en el Cár-
[men.

FLORENCIO.

¡Ad, huésped, de mí que lo agradezco.

Sale el sol tras el nublado,
La tormenta allá en el mar.
Huyendo de un receptor
De Granada, le pedí
Al huésped...

BELTRAN.

¿No es eso aquí,
Florencio, notable error?
Necios son galán y dama
Cuando á solas se preguntan.
¿No ves tú cómo se juntan
Callando Tajo y Jarama?

FLORENCIO.

Ni preguntes cómo entramos,
Ni cómo estabas acá;
Sino, pues que el tiempo ya
Nos junta, no le perdamos.
¿Venturosa suerte mía,
Y mi venida á Toledo!
¡Oh noche! llamarte puedo,
Pues gozo el sol, claro día.
Noche bella toledana!
Las noches áticas, digo,
Pierdan su fama contigo,
Pues tan hermosa Diana
Aquesta noche me alumbró.

BELTRAN.

Deja las exclamaciones;
Nunca á lo oscuro, razones
El que es discreto acostumbra.

LUCRECIA.

Tú, por no decirme á mí,
Beltran, cosas que no sientes,
Juzgas por impertinentes
Amantes que hablan ansí.

BELTRAN.

Lucrecia, si yo supiera
Que lo que dicen amantes
Eran cosas importantes,
Muchas también te dijera;
Pero son todas mentiras.
Si sol te llamo, ya ves
Que miento, pues el sol es
Macho, y tú mujer te miras.
Pues luna, es hacerte agravio;
Que es gran falta el ser mudable
Y húmeda. Pues cuando hable
Del fénix, muy á lo sabio,
Es darte tanta nariz.
Pues decir que eres diamante
Es hacerme pujavante
De los tus pies de perdiz.
Pues decir que eres coral
Es hacerte algun rosario;
Pues nieve, es grande contrario
Del gusto, y crueldad mortal;
Pues plata, no la hay agora;
Pues oro, á peligro estás
De cercenarte: no hay mas
De que te adoro, Señora.

ESCENA VIII.

EL CAPITAN, dentro. — DICHOS.

CAPITAN. (Dentro.)

Abrañ aquí.

FLORENCIO.

Golpes dan.

BELTRAN.

La hora llegó menguada.
¿Es vara ó pomo de espada?

FLORENCIO.

Llega á la puerta, Beltran.

CAPITAN. (Dentro.)

Abrañ aquí á la justicia.

BELTRAN.

¿A la justicia, por Dios!

LUCRECIA.

¿Perdidas somos las dos!

GERARDA.

¿Si fué del huésped malicia?

FLORENCIO.

Saltemos.

BELTRAN.

Yo ¿cómo puedo?
¡Ah noche, que eres mi día!
¿Venturosa suerte mía,
Y mi venida á Toledo!

FLORENCIO.

¿Agora burlas, Beltran?
¿Pesar de quien me parió!
Saltemos.

BELTRAN.

Pues ¿puedo yo?

FLORENCIO.

Los tejados cerca están.

BELTRAN.

¿Soy yo gato, que he de andar
Por los tejados, Florencio?

FLORENCIO.

Salta, Beltran, con silencio.

BELTRAN.

¿Con silencio he de saltar?
¿Vive Dios, que se ha de bundir
Conmigo medio tejado!

FLORENCIO.

Acaba, no seas pesado.
Salta; que quieren abrir.

BELTRAN.

Pues si yo fuera ligero,
¿Ya no hubiera yo volado
Por maromas, y ganado
Gran cantidad de dinero?

FLORENCIO.

Salta.

BELTRAN.

¿Soy perro, que salto
Por el rey de Francia?

FLORENCIO.

Sí.

BELTRAN.

Pues voy delante de tí.
— ¡Vive Dios, que está muy alto!
Haz cuenta que el perro salta
Por la mala tabernera.

FLORENCIO.

Gran gente suena allá afuera.

BELTRAN.

La cárcel no está tan alta.
Creo que es menor el daño
De irme á la cárcel á pié.

FLORENCIO.

Salta, acaba.

BELTRAN.

Saltaré.

¿Vive Dios, que estás extraño!
¿Noche bella toledana!
Pierdan su fama contigo
Las noches áticas.

FLORENCIO.

¿Digo

Que nos prendan?

BELTRAN.

Cosa es llana;
Que soy pesado, por Dios,
Para danzar saltarelo.

FLORENCIO.

Pues yo ya salto.

BELTRAN.

Yo apelo...

—Pero saltamos los dos;

Que la vida es del amigo.
¿Hay quién la quiera tomar
De dos la una?

FLORENCIO.

¿Qué azar!

Salto. (Salta por la ventana.)

BELTRAN.

Dios vaya contigo.

GERARDA. (A Lucrecia.)

Abre, y hallaránnos solas.

BELTRAN.

Saltaré antes.

LUCRECIA.

¿Buen gobierno!

BELTRAN.

¿Que quiera un hombre al infierno
Irse haciendo cabriolas!

(Salta Beltran, y abre Lucrecia la
puerta.)

ESCENA IX.

LISENA. — GERARDA, LUCRECIA.

LISENA.

Sosegáos; que ya se han ido.

GERARDA.

¿Quién era?

LISENA.

Alguaciles son,
Que buscaban un ladron.

GERARDA.

¿Qué pesadumbre he tenido!

LISENA.

¿Saltó Florencio?

LUCRECIA.

Saltó.

GERARDA.

Por esos tejados van.

LISENA.

¿Sintiólo mucho Beltran?

LUCRECIA.

En extremo lo sintió.
Pero ¿quién los trujo aquí?

LISENA.

Yo, por haceros placer;
Y de suerte supe hacer,
Que eché el alguacil de aquí.

GERARDA.

Buena suerte hemos tenido.

LUCRECIA.

Envíalos á llamar,
Para que vuelvan á entrar.

LISENA.

Luego, en cesando el ruido,
Se volverán al meson.
Tú en mi aposento estarás,
Y á solas con él tendrás,
Gerarda, conversacion;
Y Lucrecia, en el de enfrente
Quiero que á solas esté.

GERARDA.

¿Dónde mi Florencio fué?

LISENA.

¿Sientes mucho verle ausente?

GERARDA.

¡Ay Inés! haz de manera
Que le goce.

LISENA.

Vén conmigo.

GERARDA.

Como á mi estrella te sigo;
Tráeme el sol que el alma espera.

LISENA.

Digo que hasta la mañana
Podréis al seguro hablar.
(Ap. A fe que se han de acordar
De la Noche Toledana.)
(Vase.)

Vista de tejados.

ESCENA X.

FLORENCIO, BELTRAN.

FLORENCIO.

¿Haste hecho mal?

BELTRAN.

No tengo hueso sano.

FLORENCIO.

¿Adónde estamos?

BELTRAN.

¿Puedo yo sabello?
¿Hay mapa de tejados en el mundo?
¿Hay carta que señale rumbo ó línea
De chimeneas ni de caballetes?
¿Hay Tolomeo ni otro algun cosmógrafo
Que trate de azoteas?

FLORENCIO.

Esta casa

Me parece meson.

BELTRAN.

Y eslo sin duda;
Porque lo son las desta acera todas
Desde la Concepcion al Cármen.

FLORENCIO.

Creo
Que es palomar aqueste ó gallinero.

BELTRAN.

Yo pienso que en algun tejado destos
Hay alguna colmena.

FLORENCIO.

Y no de abejas,
Sino de aleves zánganos ó avispas,
Que la cara, las piernas y las manos
Me tienen hechas criba.

BELTRAN.

En las narices
Me ha dado un avispon un picotazo,
Que me ha hecho elefante, vive el cielo.

FLORENCIO.

¿Si estaremos mejor con las gallinas?

BELTRAN.

Dalas al diablo; porque entraba apenas,
Cuando cerró conmigo el señor gallo,
Creyendo que robarle quise alguna,
Y me ha sacado un ojo con el pico.

FLORENCIO.

¿Estoy muy sucio?

BELTRAN.

Estás como un estiércol.

FLORENCIO.

¿Qué es aquello primero donde entra-

BELTRAN.

Una pocilga, de donde he sacado [to.
Tal cantidad de pulgas, que estoy muer-

FLORENCIO.

Escapar de aquel perro fué milagro.

BELTRAN.

Yo, á lo menos, no fui tan venturoso.

FLORENCIO.

¿Mordióte?

BELTRAN.

Traigo menos libra y media
e desta izquierda pantorrilla.

FLORENCIO.

Morderte perro es seda sobre seda.

BELTRAN.

No quiso respetar al parentesco;
Que perro soy, aunque parezco hidalgo.

FLORENCIO.

¿Cruel noche, por Dios!

BELTRAN.

Si yo creyera
Al buen humor que tengo, escarmentara
De enamorarme.

FLORENCIO.

Amor ¿qué culpa tiene?

BELTRAN.

Amores en Toledo son muy buenos,
Si son de día, pero no de noche;
Que hay cuestras espantosas y ladrillos,
Hombres del diablo, avispas, perros, pul-
Tejados, gallineros y alguaciles. [gas,
VOCES. (Dentro.)

Ladrones son. ¿Ladrones!

BELTRAN.

Esto es bueno.

FLORENCIO.

¿Oh, pesia tal! la casa se alborota.

UNA VOZ. (Dentro.)

Dame aqúese arcabuz, suelta ese perro.

BELTRAN.

Por mí lo dice; ya me sabe el nombre;
Conocido nos han.

FLORENCIO.

Por aquí abajo,
En la caballeriza nos entremos,
Y en saliendo algun huésped nos iremos.
(Vase.)

Patio del meson.

ESCENA XI.

FINEO.

Noche, pues te llamaron los poetas
Escura y negra máscara del día,
Cúbreme á mí con la tiniebla fría,
Como al planeta de oro que respetas.

A tus aras ofrezco las bayetas
Mas blancas que el flamenco suelo envía,
Si de la bella Inés, tu luz y mia,
Dejas que goce en horas tan secretas.

El meson de Atalante y sus encantos
Están en este, donde me han traído
Para que en él sucedan otros tantos.

Haz, noche, como á Siquis y Cupido,
Sábanas y frazadas de tus mantos,
Y dormirán mis celos en tu olvido.

ESCENA XII.

EL ALFÉREZ.—FINEO.

ALFÉREZ.

Noche, que das descanso á cuanto vive
Y al son de arroyos y de fuentes duermes;
Tú, que madres solícitas aduermes,
Cuando sus ojos Argos apercibe:

Tú, cuyo manto azul el cielo escribe
De figuras é imágenes inermes,
Así jamás de su humedad enfermes,
Ni el tiempo de sus céfiro te prive;

Porqué goce, primero que te huyas,
De Inés, corona de tus luces bellas,
Haz que me miren con piedad las tuyas;
Que así la suya gozaré por ellas,

Si no es que por invidia de las tuyas
Contrarias se me vuelvan tus estrellas.

FINEO.

Otro huésped embozado
Ronda de Inés el terrero.
Irme con desnudo quiero,
Para no le dar cuidado;
Que él se quitará de aquí.

(Vase.)

ALFÉREZ.

Otro huésped aquí estaba,
Que por ventura esperaba
Lo que Inés me ofrece á mí.
Pero en viéndome se fué.
No hay de qué tener recelos;
Que en meson no ha de haber celos,
Aunque el amor me los dé.

ESCENA XIII.

EL CAPITAN.—EL ALFÉREZ.

CAPITAN.

Negra, desaseada, descompuesta,
Desafeitada poche, deslucida
De manto, y de cabellos esparcida,
Envidiosa del sol, con sombra opuesta;
Remisa en bienes y en traiciones pres-
Adúltera, ladrona y homicida, [ta,
Disfrazada, cobarde y atrevida,
Del ganado terror, del mbo fiesta;
Por tus mismas traiciones te conjuro,
Miedos, engaños, laberintos, celos,
Que me dejes gozar lo que procuro.
Así te canten buhos y mochuelos,
Y igualen con el sol hermoso y puro
Tu negro curso los piadosos cielos.

ALFÉREZ. (Ap.)

Un huésped se ha levantado,
Y de Inés el aposento
Mira curioso y atento.

CAPITAN. (Ap.)

Por la mano me han ganado.
¿Quién este huésped será?
¿Si por dicha aguarda á Inés?

ALFÉREZ. (Ap.)

¿Si es el Capitan? El es.

CAPITAN. (Ap.)

¿Aquí el Alferez está!

ESCENA XIV.

FINEO.—DICHOS.

FINEO. (Ap.)

Por ver si aquel hombre es ido,
Otra vez al puesto vengo. —
Muy buena ventura tengo!
Basta, que dos han venido.
¿Cosa que vengan aquí
Con el mismo pensamiento?
El uno me mira atento,
Y el otro se viene á mí.
Quiero, por disimular,
Vol verme á entrar otra vez.

(Vase.)

CAPITAN. (Ap.)

Muchas piezas de ajedrez
Comienza Inés á entablar.
Pienso que sus pensamientos
Son sacar de la talega
Los huéspedes con que juega,
De todos los aposentos.
¿Si está el Alferez picado?
Que si no es mi fantasía,
A toda la compañía
Inés ha desafiado.
Sin duda que todos salen.
Otros dos viniendo van;
Que rendido el capitan,
Poco los soldados valen.

ESCENA XV.

LUCINDO, RISELO. — EL CAPITAN,
EL ALFÉREZ.

LUCINDO.
Noche serena, dulce, hermosa y clara...
RISELO.
Noche oscura, cruel, fiera, enojosa...
LUCINDO.
Encúbreme en tus alas amorosa.
RISELO.
Cúbreme, noche, á sombra de tu cara.
LUCINDO.
Mi pensamiento con tu mano ampara.
RISELO.
Hazme Tarquino de Lucrecia hermosa.
LUCINDO.
Dame á Gerarda, noche venturosa.
RISELO.
Tu curso, noche, en mis venturas para.
LUCINDO.
Noche, tú sola amores satisfacés.
RISELO.
Noche, tú eres de amor cifra sucinta.
LUCINDO.
Tú la vergüenza y el desden deshaces.
RISELO.
Danos el bien que tu silencio pinta...
LUCINDO.
Y en tus aras pondrémos, si lo haces...
RISELO.
Carbon...
LUCINDO.
Ébano...
RISELO.
Mirra...
LUCINDO.
Lapiz...
RISELO.
Tinta.
LUCINDO.
Gente, Riseló, hay aquí. (Ap. á él.)
Florencio y Beltran serán.

ESCENA XVI.

FINEO. — DICHOS.

FINEO. (Ap.)
¡Bueno, por Dios! Cuatro están,
Y por dos solos me fui.
Pues no me quiero volver;
A esperalla me resuelvo;
Que hallaré tantos, si vuelvo,
Que no podamos caber.
Cinco somos, ¡cosa extraña!
Notable es de Inés el brio;
Que sin duda es desafío
Conforme al fuero de España.
Tres donde los piés estampo,
Y aun cuatro quiso que fuesen,
Y que si cinco saliesen,
No piensa huirles el campo;
Y para mayor bazaña,
A todos campo aplazó,
Y las armas les midió,
Conforme al fuero de España.
De todos estos llamados,
¿Quién ha de ser escogido?

ESCENA XVII.

LISENA. — DICHOS.

LISENA. (Ap.)
¡Válame Dios! ¿qué han salido

De amantes desatinados!
Húmedo patio, ¿qué es esto?
¿Estos robles producís?

CAPITAN. (Bajo.)

¿Ce, Inés!

ALFÉREZ. (Bajo.)

¡Hola, Inés! ¿Oís?

LISENA. (Ap.)

¿Qué ciertos vienen al puesto!
No hay ave simple, engañada,
Como el hombre, á nuestro cebo.
A hablar ninguno me atrevo,

FINEO. (Bajo.)

¡Inés bella!

LUCINDO. (Bajo.)

¡Inés amada!

¿Qué digo? ¡Inés!

LISENA.

(Ap. Ahora bien,

Mala noche han de llevar;
Que todos se han de trocar,
El amor sabe con quién.
Pero para recogellos,
Industria será forzosa.)
¿Hay tal descuido? Hay tal cosa?

(Da voces.)

¡Fuego, fuego, fuego!... (Ap. En ellos.)

ESCENA XVIII.

EL HUÉSPED. — DICHOS.

HUÉSPED.

¿Por qué das voces, Inés?

LISENA.

A la cocina, Señor.

CAPITAN. (Ap.)

Ofrezco al diablo el amor. (Vase.)

ALFÉREZ. (Ap.)

Voyme, y volveré después. (Vase.)

LUCINDO. (Ap. á Riseló.)

Vén, y volverémos luego.

(Vanse Lucindo y Riseló.)

FINEO. (Ap.)

Esta mujer desatina. (Vase.)

HUÉSPED.

Oscura está la cocina.

LISENA.

Calle, Señor. — ¡Fuego, fuego!

(Vase.)

—
Calle.

ESCENA XIX.

FLORENCIO, BELTRAN.

BELTRAN.

Huye.

FLORENCIO.

¿De qué sirve ya?

BELTRAN.

¡Ventura habemos tenido!

FLORENCIO.

¡Famosa la noche ha sido!

BELTRAN.

Si ha sido; ¿qué hora será?

FLORENCIO.

Por Dios, que tienes razon;
Que aun no es la noche pasada.

BELTRAN.

La una pienso que es dada.

FLORENCIO.

¿La una? Y aun las tres son.

BELTRAN.

No; que ya salido hubieran
Las siete hermanas Cabrillas,
Y del cielo en las orillas
Trepando al norte subieran.
¡Tres horas dos pobres hombres
En una caballeriza,
Haciendo mil pulgas riza
En sus cuerpos!

FLORENCIO.

No las nombres
Pulgas; demonios las llama.

BELTRAN.

Pulga vi yo que tenía
Tenazas con que mordía.

FLORENCIO.

¡Linda noche!

BELTRAN.

¡Linda cama!

FLORENCIO.

¡Enamorás en Toledo
De las mozas del meson!

BELTRAN.

Noches toledanas son...

FLORENCIO.

Sosiegáte.

BELTRAN.

¿Cómo puedo?

FLORENCIO.

¿Por qué?

BELTRAN.

¡Con pulgas cebadas!

Cada una vale dos.

FLORENCIO.

¡Terrible noche, por Dios!
Trocara las cuchilladas
Con el que en Granada está,
Si estos ministros envía.

BELTRAN.

Si aquel huésped no salía,
Hoy nos quedamos allá.
Pues mas mal me vino á mí.

FLORENCIO.

¿Cómo?

BELTRAN.

Al salir, de la puerta
En la aldaba larga, tuerta,
Todo este muslo me así,
Y allá me dejo el un lado
Del calzon, y traigo acá,
De la forma que está allá,
El hierro que está estampado.

FLORENCIO.

No vengo muy bueno yo,
Porque una mula, al salir,
Sin que le fuese á pedir,
De tal manera me dió,
Que traigo rota una pierna;
Y de aquella puerta baja,
En el madero que ataja
El umbral, sin la linterna,
Tal golpe, Beltran, me di,
Que á no ser en el celebro,
Nariz y frente me quiebro,
Y vengo fuera de mí.
¡Válgate el diablo el amor!
¡Nunca mas noche en Toledo!

BELTRAN.

Gente es esta.

FLORENCIO.

Tengo miedo

Que aun nos falta lo mejor.

BELTRAN.
¿Qué haremos?
FLORENCIO.
Ya es imposible
Huir.

ESCENA XX.

DOS ALGUACILES, UN ESCRIBANO,
GENTE, *de ronda*. — DIGNOS.

ALGUACIL 1.º
¿Quién va?
FLORENCIO.
¿No lo ven?
ALGUACIL 1.º
¿Quién son?
FLORENCIO.
Dos hombres de bien.
ALGUACIL 1.º
¿A estas horas? No es posible.
BELTRAN.
Luego ellos no lo serán.
ALGUACIL 1.º
A la justicia se tengan.
FLORENCIO. (*Ap. á Beltran.*)
¿Cosa que á prendernos vengán?

BELTRAN.
Pues no dudes que vendrán.
FLORENCIO.
Múdate el nombre.
BELTRAN.
Sí haré;
Y tú no digas el tuyo.

ESCRIBANO.
¿Huir quereis?
BELTRAN.
Yo no huyo;
Cánsome de estar en pie.
ESCRIBANO.
Traiganle una silla aquí.
¿Qué gente?

FLORENCIO.
Dos forasteros.
ESCRIBANO.
¿Qué ejercicio?

FLORENCIO.
Caballeros.
ESCRIBANO.
¿Caballeros? ¿Cómo así?
Pues ¿dónde á tal hora van?

BELTRAN.
A la posada.
ALGUACIL 1.º
Y ¿de dónde

Vienen?
ALGUACIL 2.º (*Ap. al Escribano.*)
Turbado responde.
Estos ladrones serán;
Apartadlos.

ESCRIBANO.
Decis bien.
Este asid, y apartad este.
(*Sepáranlos.*)
BELTRAN. (*Ap.*)

¡Plegue á Dios que no nos cueste
Mas de lo pasado, amen!
¡Mala noche por tejados,
Desvanes y palomares,
Caballerizas, pajarés;
Puigas, coces y bocados
Por huir de la justicia;
Y al cabo venir á dar
en ella! ¡Gentil azar!

FLORENCIO.
Señores, menos codicia;
No hay qué mirar.
ALGUACIL 1.º
Diga el nombre.

FLORENCIO.
Don Fernando es mi apellido.

ALGUACIL 1.º
Y el que con él ha venido
¿Quién es?

FLORENCIO.
Cierta gentilhombré.
ALGUACIL 1.º

¿El nombre?
FLORENCIO.
Marzal se llama.

ALGUACIL 1.º
¿De dónde son?

FLORENCIO.
De Jaén.
ESCRIBANO.
Eso está dicho muy bien.

BELTRAN.
¿Qué es lo que quieren de mí?
ESCRIBANO.
¿Cómo os llamais?

BELTRAN.
¿Yo? Tomé.
Tomico mi nombre fué;
Tomé después que crecí.

ESCRIBANO.
¿Qué sois deste caballero?

BELTRAN.
Su lacayo solia ser;
Y ya soy su botiller,
Enjerto en su despensero.
ESCRIBANO.

¿Cómo se llama?
BELTRAN.
Don Blas.

ESCRIBANO.
¿De dónde es?
BELTRAN.
De Talavera.
ALGUACIL 1.º

Asildos.
BELTRAN.
Pues ¿qué os altera?
ALGUACIL 1.º

Esa relacion no mas.
¿Picaños, ladrones viles!

ESCRIBANO.
Estos son de la cuadrilla
De aquel hurto de Sevilla.

ALGUACIL 1.º
Sí; pero poco sutiles.
Tomé dice el bellacon,
Y el otro dice Marzal.
Vayan á la cárcel real.

FLORENCIO.
Señores...

ALGUACIL 1.º
Vaya el ladron.
ALGUACIL 2.º

Que ha de ir mañana á galeras.
¡Brava prision hemos hecho!

BELTRAN. (*Ap.*)
Que nos azotan sospecho.
FLORENCIO. (*Ap.*)

¡Hay mas extrañas quimeras!

¡Falta en vuestro.

Ya deseo la mañana,
Por ver en qué ha de parar.

BELTRAN. (*Ap.*)
Por Dios, que me he de acordar
De la Noche Toledana.
(*Vanse.*)

Patio del meson.

ESCENA XXI.

LISENA, GERARDA, LUCRECIA.

GERARDA.
Pues ¿para qué nos vistes desta suerte?

LISENA.
Entra en este aposento con silencio;
Que en él está Florencio: esome advierte.

LUCRECIA.
Luego ¿del Cármen vino ya Florencio?

LISENA.
Florencio es muy ligero, Beltran fuerte,
Y apenas de Sanson los diferencio.
Volvieron á subir por el tejado,
Y en sus dos aposentos se han entrado

GERARDA.
Y ¡aquí está mi Florencio?

LISENA.
Habla mas quedo;
Que andan desvanecidos mil galanes.
Finge que eres Inés, entra sin miedo,
Y no cruja el chapin los tafetanes;
Que te espera el mancebo mas gallardo
Que en Granada nació.

GERARDA.
¿Qué me acobardo?
La palabra me dió de ser mi esposo.

LISENA.
Él te la cumplirá.
(*Éntrase Gerarda.*)

ESCENA XXII.

LISENA, LUCRECIA.

LUCRECIA.
Dime, Inés bella,
¿Adónde está Beltran? Que aquel gracioso
Donaire me ha rendido, ó fué mi estre-
[la.]

LISENA.
En aquel aposento, deseoso
De merecer tu voluntad; que en ella
Consiste de un amante el bien mas alto

LUCRECIA.
Por dicha, ¿hizose mal?

LISENA.
¿De qué?

LUCRECIA.
Del salto

LISENA.
Entra; que bueno está, pues te desea.
Mas por si te escuchare algun curioso,
Finge que eres Inés, porque no sea
Deslustrado tu nombre generoso.

LUCRECIA.
Como toda esta noche se pasea
Este patio por tí, será forzoso.

LISENA.
De que os llamen Inés tengo avisados,
Lucrecia, á vuestros dos enamorados.

LUCRECIA.
¿Que no dirán jamás el nombre nuestro?

LISENA.
Ni vosotras.
LUCRECIA.
Ya sé lo que me importa.
Quédate á Dios. (Vase.)

ESCENA XXIII.

LISENA.
¡Oh sol! si el rayo nuestro
De mis enredos el discurso acorta,
La vana industria del ingenio diestro
Será la tela que la muerte corta;
Mas yo espero que el alba matizada
Me verá de sus flores coronada.
Yo triunfaré del enemigo mio, [ño;
Pues que su dama he dado al propio due-
Que en la verdad de mi firmeza ño
Que le despierte del injusto sueño.
¡Oh fuerza de mujer! ¡Oh industria! Oh
[brio,
Que de una noche el término pequeño
De suerte á sus desdichas acomoda,
Que excede al curso de la vida toda!
Yo, sin perder aquel honor que debo
A los mayores de quien vengo honrada,
Con nueva industria, con engaño nuevo,
Tengo toda esta gente sosegada;
Mas primero dará su lumbré Febo
Que esté su pretension desengañada,
Porque todos me esperan de mil modos,
Y están cerrados y engañados todos. [to?
Golpes siento en la puerta. ¿Qué es aque-
¿Hay nuevo mal? Hay nueva desventura?

ESCENA XXIV.

BELTRAN, FLORENCIO.—LISENA.

BELTRAN. (Dentro.)
Abrañ aquí.
LISENA.
¿Quién llama?
FLORENCIO. (Dentro.)
Abre, Inés, presto.
LISENA.
La voz de Florencio. ¡Oh gran ventura!
Yo voy á abrir. —
(Abre y salen Florencio y Beltran.)
¡Señor, tan descompuesto!
FLORENCIO.
¡Oh noche, la mas áspera y oscura
Que he tenido en mi vida!
LISENA.
¿De qué suerte?
FLORENCIO.
Con mil peligros de prision y muerte.
Referirte las cosas que he pasado
Era esperar en este patio el día.
Vengo muerto, perdido y quebrantado,
Y Beltran casi en brazos me traía.
Dilo, Beltran.

BELTRAN.
Después de aquel tejado,
Y de otras circunstancias que tenía,
Venimos á parar en esta calle,
Llenos de polvo, y lo demás se calle.
Topónos la justicia; yo no puedo
Decirte mas; Florencio lo prosiga.
Respondimos, turbados con el miedo;
Que miedo al hombre mas honrado obli-
Y entre dos alguaciles de Toledo, [ga;
Y otra gente que agarra sin ser lica,
Nos llevan á la cárcel por ladrones.
LISENA.
¡Extraño mal, extrañas ocasiones!
FLORENCIO.
Pero apenas las cuatro calles veo,

Cuando arrebató á un corcél, pin la hoja,
Y lo mismo Beltran: dilo; que creo
Que cuanto me ha pasado se me antoja.

BELTRAN.
¿Qué es menester en esto mas rodeo?
A cintarazos cada cual se arroja
Hacia el Alcázar; mas con gran ventaja,
Puesto que aquel nos sigue, aquel ataja.
Damos los dos en una zanja abierta,
Y pasa la justicia por encima.
Tan ciegos, por un lado, que fué cierta
La libertad, que el hombre tanto estima.
Salimos, y llegamos á la puerta
Deste meson, á deshacer la enigma.
¿Qué hay de las damas?

LISENA.
Entra; que te aguarda
A ti Lucrecia aquí, y á ti Gerarda.

FLORENCIO.
Voy. Adios; que pues tú la causa diste,
Gerarda es ya mi dueño.

LISENA.
Entra mas quedo.
Iré por ella; que mi amor resiste
A tu crueldad con el valor que puedo.

BELTRAN.
En fin, ¿por ella vas?

LISENA.
Sí voy. ¡Ay triste!

BELTRAN.
¿Si para aquí la noche de Toledo?

LISENA. (Ap.)
No para aquí; que con mayor engaño
Comienza el vuestro, y cesará mi daño.
(Vase.)

Calle y vista exterior del meson.

ESCENA XXV.

**LOS ALGUACILES, EL ESCRIBANO,
GENTE; después, EL HUÉSPED.**

ALGUACIL 1.º
Digo que entraron aquí,
Y que esta puerta se abrió.
ALGUACIL 2.º
El ruido sentí yo.
ESCRIBANO.
Y yo los golpes sentí.
Llama.
ALGUACIL 1.º
¡Ah de arriba!

ALGUACIL 2.º
¡Ah de casa!
ESCRIBANO.
No responden. ¡Linda cosa!
HUÉSPED. (Dentro.)
¡Inés!

ALGUACIL 1.º
El huésped reposa.
ALGUACIL 2.º
El no sabrá lo que pasa.

ALGUACIL 1.º
Decís verdad; que es honrado;
Y como venga al meson
La gente honrada, el ladrón
Será en su traje estimado.
Solo conocen aquí
Por el vestido al que viene.

ALGUACIL 2.º
El huésped disculpa tiene.
¿Que se os escapase así!
HUÉSPED. (Dentro.)
¡Inés, Toribio! ¡No hay orden!

ESCRIBANO.
Vístase, acabe.

HUÉSPED. (Dentro.)
Ya voy.
¿Qué dichoso en mozos soy!
Todo es comer y desorden.
¿Quién es? (Asómase á una ventana.)

ALGUACIL 1.º
La justicia es.
HUÉSPED.
Pues ¿qué quiere antes del día?

ALGUACIL 2.º
¿Qué huéspedes tiene?

HUÉSPED.
Había
Anoche, de Madrid tres,
Dos de Granada, un soldado,
Y pienso que un capitán.

ESCRIBANO.
Llame luego donde están.

HUÉSPED.
(Ap. ¿Si se habrán ido á sagrado
Por donde los avisé?)
Vístanse todos, señores.—
¿Hay algo?

ALGUACIL 1.º
Los dos mayores
Ladrones...

HUÉSPED.
¡Buen lance eché!
ALGUACIL 2.º
Que han venido á esta ciudad.

ESCRIBANO.
¿No se acaban de vestir?

HUÉSPED.
Ya todos quieren salir.
(Quítase de la ventana el Huésped y
abre después la puerta.)

ALGUACIL 1.º
Abrid las puertas. Entrad.
(Entran en el meson los alguaciles,
Escribano y gente.)

Patio del meson.

ESCENA XXVI.

**EL CAPITAN, LOS ALGUACILES, EL ES-
CRIBANO, EL HUÉSPED, GENTE;
después, EL ALFÉREZ.**

CAPITAN.
¡Es muy gran delito acaso
Esperar una mujer
Que ahora acabo de ver
Pasar del umbral el paso?

ALGUACIL 2.º
Salga esa mujer acá.
(Sale el Alferez.)

ALFÉREZ.
Yo soy el que estoy aquí...

CAPITAN.
Alferez, ¿vos erais?

ALFÉREZ.
Sí.

CAPITAN.
¡Gracioso el engaño está!

ALFÉREZ.
Aquí me dijo que entrase
Inés; que aquí la hallaría.

CAPITAN.
Y á mí también que vendría,

Y que callando esperase;
Y püesto que entrar sentí,
Callé hasta ver quién entraba.

ALGUACIL 2.º

¿Es esta Inés vuestra esclava?

HUÉSPED.

No; que ayer la recibí.

ALGUACIL 2.º

¿Quién son estos caballeros?

HUÉSPED.

Alférez y Capitán.

ESCRIBANO.

Y los demás, ¿no abrirán?

CAPITAN.

De risa me caigo en veros,

Alférez: ¿vos me buscáis?

ALFÉREZ.

Y vos ¿me esperáis á mí?

ESCENA XXVII.

LUCINDO, *saliendo de uno de los cuartos.* — DICHOS; *después*, LUCRECIA.

LUCINDO.

¿Qué es lo que quieren aquí?

ALGUACIL 1.º

Ver quién sois y dónde vais.

LUCINDO.

Esta dama es mi mujer;

Y así, yo con ella estoy.

HUÉSPED.

¿Qué mujer?

LUCINDO.

Su esposo soy,

Convertido desde ayer. —

Salid, señora Gerarda.

(*Sale Lucrecia.*)

LUCRECIA.

Lucrecia soy yo, Beltran.

LUCINDO.

Soy Lucindo.

HUÉSPED.

¡Buenos van!

La burla ha sido gallarda.

LUCRECIA.

Beltran me dijo que aquí

Me esperaba. ¡Hay tal maldad!

LUCINDO.

Y á mí Gerarda.

ESCRIBANO.

En verdad
Que está bueno todo así.

ALGUACIL 1.º

Abranse esos aposentos.

¿Qué es esto, huésped?

HUÉSPED.

No sé.

¡Vive Dios, que me acosté

Libre destos pensamientos,

Y que Inés debe de ser

Algun demonio!

ALGUACIL 2.º

Abran presto.

ESCENA XXVIII.

FINEO. — DICHOS; *después*, GERARDA.

FINEO.

Con tanta furia, ¿qué es esto?
Hombre soy, y ella mujer.

ESCRIBANO.

¿Otra mujer?

HUÉSPED.

¡Ay de mí!

ESCRIBANO.

Hágase santo después.

HUÉSPED.

¿Qué mujer decís?

FINEO.

Inés;

Que entró á verme, y está aquí.

¡Es delito una fregona

Con un hombre que camina?

Ayer la hablé en la cocina.

(*Sale Gerarda.*)

ALGUACIL 1.º

¿Fregona con tal persona?

GERARDA.

De Florencio soy mujer;

Yo con mi marido estoy.

FINEO.

¿Gerarda!

GERARDA.

¿Quién es?

FINEO.

Yo soy;

¿Cómo aquí te vengo á ver?

GERARDA.

¿Eres Fineo?

FINEO.

Pues ¿quién?

GERARDA.

De vergüenza no te miro.

FINEO.

De tu deslealtad me admiro.

GERARDA.

Yo de la tuya también.

FINEO.

Inés me ha engañado así.

GERARDA.

También á mí me engañó.

ALGUACIL 2.º

Todo Inés lo concertó.

ESCRIBANO.

Venga Inés.

(*Llamanté otra puerta.*)

ALGUACIL 1.º

¿Quién está aquí?

ESCENA XXIX.

BELTRAN y RISELO. — DICHOS.

BELTRAN.

Par Dios, donaire tenéis.

¿Desa suerte me abrazáis?

RISELO.

Si vos á abrazarme entráis,

¿Qué es lo que de mí queréis?

BELTRAN.

Yo por Lucrecia os tenía.

RISELO.

Y yo á Lucrecia esperaba.

¿Quién os dijo que aquí estaba?

BELTRAN.

¿Quién os dijo que venía?

RISELO.

Inés fué.

BELTRAN.

Y á mí también

HUÉSPED.

¿Inés también? Bueno es esto.

CAPITAN.

¡Buenos Inés nos ha puesto!

BELTRAN.

Capitan, ¿á vos también?

ALGUACIL 1.º

Salga aquesta Inés aquí;

Que me muero ya por ver

Tan espantosa mujer.

HUÉSPED.

Pues ayer la recibí;

Que si hubiera cuatro días,

A la gente que juntara,

Zocodover no bastara.

ESCENA XXX.

FLORENCIO. — DICHOS.

FLORENCIO.

¡Tantas voces y porfías

Para cosa tan segura,

Si es Gerarda mi mujer?

GERARDA.

Eso ¿cómo puede ser?

FLORENCIO.

Como mi amor lo procura.

GERARDA.

¿No veis que Gerarda soy?

FLORENCIO.

¿Luego otra mujer ha sido

La que por vos he tenido?

GERARDA.

En el mismo engaño estoy;

Que yo soy ya de Fineo.

FLORENCIO.

A mí me ha engañado Inés.

GERARDA.

Y á mí también.

HUÉSPED.

Salga pues;

Que pienso, si no la veo,

Que debe de ser la mía,

Segun es su grande enredo.

ESCENA XXXI.

LISENA. — DICHOS.

LISENA.

Yo soy; que vine á Toledo,

Siguiendo mi fantasía,

Y no Inés, como pensais,

Sino Lisena, mujer

Del valor que podeis ver,

Si á los dos lo preguntais.

Siguiendo vine á Florencio,

Celosa de su mudanza,

En traje de labradora.

Le hallé en aquesta posada:

Servi, como veis, en ella,

Donde vi que desta dama,

Pagándome ingratamente,

Tenia cautiva el alma.

Valíme, como mujer,

Del ingenio.

ALGUACIL 1.º

¿Cosa extraña!

Huésped, ¿hay mas gente?

HUÉSPED.

No;

Sola esta gente hay en casa.

ALGUACIL 1.º

¿Es alguno destos hombres?

LA NOCHE TOLEDANA.

225

ALGUACIL 2.º

Este parece en el habla;
Mas dicen todos que son
Caballeros de Granada;
Y pues que son caballeros,
Escúchenme dos palabras.
Son estas damas iguales
A su valor?

ALGUACIL 1.º

Todos callan.

ALGUACIL 2.º

Si son iguales les digo.

FINEO.

A mí Gerarda me iguala.

LUCINDO.

A mí Lucrecia.

FLORENCIO.

Y á mí

Lisena.

ALGUACIL 2.º

Pues eso basta.
Déñse las manos aquí
Con fe y palabra jurada,
O á la cárcel juntos vengán.

FINEO.

Yo doy la mano á Gerarda.

LUCINDO.

Yo á Lucrecia.

FLORENCIO.

Yo á Lisena,

Y cumpliré la palabra.

CAPITAN.

Yo al Alférez.

BELTRAN.

Yo á Riselo.

ALFÉREZ.

Eso no; guarda la cara.

FLORENCIO. (A los alguaciles.)

Vuesas mercedes se vengán
Hoy á cenar á esta casa;
Llevarán cincuenta escudos
Para principio de paga.

ALGUACIL 1.º

Mil años todos se gocen.

BELTRAN.

¡ Bueno! la vida nos tasan.

FLORENCIO.

Aquí da, Senado noble,
Fin la Noche Toledana.

LA CORONA MERECEIDA,

COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO,

DIRIGIDA Á DOÑA ÁNGELA VERNEGALI.

¿A quién se podía dedicar mas justamente *La Corona merecida*, que á quien merece tantas quantas virtudes la adornan, donde se verifica que si las cosas convienen con los nombres, el que le dieron á vuesamerced no fué sin causa? Diferencias de coronas tenia Roma quando premiaba la virtud militar de sus soldados: así las tienen las gracias y virtudes, no de los árboles de Marte, sino de aquellas que con diversas flores dan las musas, aun en las naciones bárbaras, porque la virtud es de la naturaleza del sol, que haciendo de la fama cielo, discurre el mundo. La segunda parte de mis *Rimas* di á luz con el nombre de vuesamerced, poniendo á la puerta un ángel que supliese con su respeto lo que faltó mi pluma; y de entonces, ni mis sucesos me han dejado continuar el agradecimiento en público, ni tuvo cosa digna de tan alto ingenio; mas viéndome agora que el sugeto desta comedia era la historia de una señora tan celebrada por *La Corona merecida*, que con ella dió honor á España, gloria á su nombre, y nombre á sus descendientes, valiéndome mas del título y de la hazaña que de lo que de mi parte pudiera con otro ingenio servirle de ornamento, quise, atrevido, dedicar á vuesamerced mas el nombre desta dama que mi estudio; y así, le suplico afectuosamente reciba *La Corona merecida* de mano de las musas, en tanto que de sus mismas virtudes se las ofrezcan mayores mis deseos. Dios guarde á vuesamerced.

Su capellan,

LOPE DE VEGA CARPIO.

LA CORONA MERECEDA.

PERSONAS.

EL REY DON ALFONSO VIII.
DON ÍÑIGO, *conde*.
DON MANRIQUE.
DON PEDRO DE LARA.
DON ÁLVARO.
MADAMA LEONOR.

UN ESCUDERO.
DOÑA SOL.
DOÑA ELVIRA.
LUCINDA.
BELARDO, *alcalde villano*.
UN LACAYO.

SALISO, *alcalde villano*.
AGON, *regidor villano*.
UN SACRISTAN.
VIVAR.
ORDOÑO.
UN PAJE.

VILLANOS.
DANZANTES.
ACOMPANAMIENTO.
DAMAS.
MÚSICOS.

La accion pasa en Búrgos, en una aldea y en Toledo

ACTO PRIMERO.

Salon en el alcázar de Búrgos.

ESCENA PRIMERA.

EL REY DON ALFONSO VIII, DON PEDRO DE LARA, DON MANRIQUE, EL CONDE DON ÍÑIGO.

REY.

¿Qué nuevas hay de mi esposa?

DON ÍÑIGO.

Que nueve leguas está
De Búrgos.

REY.

¿Dícese ya
Que es hermosa?

DON ÍÑIGO.

Y muy hermosa.

REY.

Es inglesa y es Leonor.

DON MANRIQUE.

Y es divina maravilla.

DON PEDRO.

No habrá tenido Castilla
Señora de mas valor.

REY.

¿Dónde llegan á comer?

DON MANRIQUE.

Cuatro ó seis leguas de aquí.

REY.

¿Estará esta noche allí?

DON MANRIQUE.

Habrà por fuerza de ser,
Pues entra en Búrgos mañana.

REY.

Ahora, Íñigo, lo es;
Y pues las leguas son tres
O cuatro, y la tierra es llana;
Gusto me daría, embozado,
Que en un coche...

DON ÍÑIGO.

¿Querrás vella?

REY.

Será vella, si es tan bella,
Fineza de desposado.
Mudado el traje, podrémos
En la plaza desa aldea,
Ver, sin que nadie nos vea,
Sus alabados extremos,
Esa nieve, ese coral,
Ese oro de Inglaterra;
Que ha de enriquecer mi tierra
Con su valor celestial,

Que imaginado me mata.—
Vamosla, amigos, á ver;
Que disminuye el placer
La gloria que se dilata.

DON ÍÑIGO.

Con justa imaginacion
Formas, Señor, en tu idea
Un ángel, que después sea
De la misma proporcion.

REY.

No solo será la fama
Igual al vivo; mas veo
Que ha de encender mi deseo
En mas verdadera llama.

DON PEDRO.

Tiempo tienes de llegar
Antes que entre, si ahora partes.

REY.

Sus encarecidas partes
Me obligan á anticipar
Estas vistas con razon.
¿Qué vestidos tomarémos?

DON ÍÑIGO.

Si al sol encubrir queremos,
Nubes necesarias son;
Aunque pienso que si nace
Tu sol, y la luna ves,
Que es fuerza que luz le des,
Como el del cielo lo hace.

DON PEDRO.

Si te disfrazas galan,
Luego te han de conocer;
Pero pudéste poner
Una montera y gaban,
En forma de labradores,
Como que á las fiestas vamos.

REY.

Ya por disfraz comenzamos;
No es mala señal de amores.
Deseo amarla por Dios,
Por quién es y por mi gusto.

DON ÍÑIGO.

Es deseo noble y justo;
Que sois un alma los dos.

REY.

Pues alto, saquen el coche;
Que no se echará de ver.

DON MANRIQUE.

Y es bien; que puedes volver
Á Búrgos aquesta noche.

REY.

Muero por ver á Madama
Antes que entre en la ciudad,
Por saber si la beldad
Se conforma con la fama.
Vamos á mudar vestidos;
Cumplamos estos antojos,

Porque dé vida á los ojos
Quien mata por los oídos.
(*Vanse.*)

Plaza de un pueblo á cuatro leguas de Búrgos

ESCENA II.

BELARDO, SALISO, AGON.

SALISO.

Mirá, Belardo, que echais
A perder todo el Concejo;
Díce el regidor Alejo
Que todo el pueblo empeñais.
Gastar lo que es necesario
Es bueno, por buenos modos;
Pero empeñarnos á todos
Es negocio temerario.
Celebrese á maravilla
La venida de la Reina;
Que en fin en las almas reina,
Como en Búrgos y en Castilla;
Pero querer que quedemos,
Por gastar vos los ducados,
Toda la vida empeñados
Los que de propios tenemos,
Eso no es de buen alcalde.

BELARDO.

¿Queréis vos, por vuestra vida,
Que una reina tan lucida
Viniese á vernos de balda?
Voto al sol, que he de empeñar
Las dehesas y los pozos,
Y hasta las mozas y mozos
Casados y por casar!
Si viene el Rey de Toledo
Á Búrgos, adonde está,
Pudiendo casarse allá
Y estarase en su casa quedo,
Solo por hernos servicio,
¿Quién dejará de empeñar
Cuanto pudiera topár?

AGON.

Callá; que estáis sin juicio.
¿No bonda lo que ya estaba
Prevenido?

BELARDO.

Regidor,

Cumplir cosas del honor
No es lo que la hacienda acaba.
Esta reina es extranjera:
¿Qué escribirá de nosotros
Á su tierra, si vosotros
La tratáis desa manera?
Y ¿es bueno que de un lugar
Que cien vecinos encierra,
Se diga en Inglaterra
Que no sabemos gastar

Ni empeñar lo que topamos,
Cuanto y mas nuestras haciendas?

SALISO.

No quiero con vos contendas.

AGON.

¿No sobraba juncia y ramos?

BELARDO.

No son las fiestas honradas
De la menor aldeguela,
Si no hay grana y lentejuela,
Arroz, y danza de espadas.
La danza está en el lugar;
Y cuando pese á los dos,
La Reina es mejor que vos,
Y los ha de ver danzar.

AGON.

Ella va ya de borrasca.

SALISO.

Dejalde; que es un erizo.

AGON.

Ya que la danza se hizo,
¿De qué sirvió la tarasca?

BELARDO.

Yo la hice, y no hagais fieros,
Aunque os pese hasta los codos,
Porque á los ingleses todos
Ha de coger los sombreros.
Mirad si soy buen alcalde.

SALISO.

¿Síguese algun interés?

BELARDO.

Que vendiéndolos después,
Sale la fiesta de balde.

ESCENA III.

UN SACRISTAN. — DICHOS.

SACRISTAN. (Saliendo.)

Sube presto á repicar,
Benito; que ya se acerca.

BELARDO.

¿Qué hay, Mendo? ¿Viene muy cerca?

SACRISTAN.

Media legua del lugar.

SALISO.

¿De dónde la viste, Mendo?

SACRISTAN.

Dende la torre la vi.

BELARDO.

¿Es hermosa?

SACRISTAN.

A la fe, sí.

SALISO.

¿Ved lo que le está diciendo!
Mas de media legua viene
Del lugar.

BELARDO.

¿Bueno, por Dios!

AGON.

¿Qué pregunta!

BELARDO.

¿Sabeis vos

La vista que esotro tiene?—

¿Es muy blanca?

SACRISTAN.

Era tan bella,
Y dió de suerte en mirarme,
Que estuve para arrojarle
Desde la torre por vella.
Unos ojos verdes claros
A los dos lados tenía
De las narices, que hacia
Con ellos dos mil reparos.
Entre la barba y narices

Una boca colorada,
Digna de ser comparada
Con los piés de las perdices.
Dientes, cual cristal de roca:
No sé cuantos, que era léjos;
Pero sé que eran parejos
Y que estaban en la boca.
Era rojo su cabello,
Y, si no me engaño, estaba
En la cabeza, que daba
Luz al sol puesto cabe ello.
Tan blanca era su garganta,
Que pidió un poco de vino
Tinto, y como en cristal fino,
Lo vi por blancura tanta
Descender hasta los pechos,
Que, si vinieran desnudos,
Fueran de Medusa escudos
Contra amorosos despechos.
Y por estas soberanas
Partes, en un fabordon
Canté dos kiries al son
De las mejores campanas.

BELARDO.

Par Dios, Mendo, que podeis,
Por la gloria desta día,
Ser sacristan en Turquía.
¿Qué hermosa vista teneis!
Jamás con ese mirar,
Por mas que su dueño asista,
Se os pierde pollo de vista,
Ni tinaja del lugar.
Pues ¿mozas? No hay ballesta
Del tiempo del Cid que acierte
Como vos.

SALISO.

Si desa suerte
Veis, Mendo, cierto lechon
Se me perdió el otro día:
¿No me diréis dónde está?

SACRISTAN.

Entre los tres estará,
Si ser tan grande podia.
Quédense los muy camellos;
Que me voy á repicar
Un kirie que haga bailar
A tres asnos como ellos.

BELARDO.

Este sí que es ballestero.

AGON.

Ahora bien, ¿qué se ha de hacer?

ESCENA IV.

DOÑA SOL, vestida de labradora; LUCINDA, UN ESCUDERO. — BELARDO, SALISO, AGON.

ESCUDERO. (A doña Sol.)

Desde aquí la puedes ver,
Señora mia, primero
Que entre en la iglesia á rezar;
Porque es de tal condicion,
(Que antes va á hacer oracion
Que entre en casa del lugar.

DOÑA SOL.

No pienso que, disfrazada,
Aquí será conocida.

LUCINDA.

Descubierta, por tu vida,
Lo mismo que rebozada.

DOÑA SOL.

Cortesanos han venido.

LUCINDA.

No te conocen, Señora,
Pues los que vienen ahora
Aun no saben si has nacido.
Unos son de Inglaterra,
Y otros de Toledo son.

AGON. (A Belardo.)

Digo que teneis razon,
Pues es honra desta tierra
Que se le haga un presente.

BELARDO.

Pues vámoslo á negociar.

SALISO.

Y ¿quién se lo ha de llevar?

BELARDO.

El Cura es hombre insolente,
Y le dirá un buen sermon.

REGIDOR.

¿Qué habemos de presentalle?

SALISO.

Cuanto en el suelo se halle,
Desde el durazno al melon;
Aunque no sé bien si ingleses
Son muy amigos de fruta.

BELARDO.

Si el presente se ejecuta,
Tendrán que comer dos meses.

(Vanse Belardo, Saliso y Agon.)

ESCENA V.

DOÑA SOL, LUCINDA, EL ESCUDERO.

LUCINDA.

¿Cuáles andan los villanos
Con la entrada de Madama!

DOÑA SOL.

Es Castilla, adora y ama
Sus señores soberanos;
Vence sin duda en lealtad
Todas las demás naciones.

ESCUDERO.

¿No lo dicen los pendones
De Roma? En buena verdad
Que nunca César bastó
A sujetar sus montañas.

DOÑA SOL.

¿Ya comenzais con hazañas?

ESCENA VI.

EL REY, DON ÍNIGO, DON MANRIQUE
Y DON PEDRO, todos de labradores
— DICHOS.

(Rebózanse doña Sol y Lucinda.)

REY.

Digo que se me salió
De los dedos como arena,
Y entre la gente que habla,
Se me escapó.

DON MANRIQUE.

Bien podria;

Que estaba la iglesia llena.

REY.

Yo la tengo de buscar.

DON PEDRO.

¿De qué provecho ha de ser?

REY.

De amar el principio es ver,
Y el fin de amar es gozar.

DON PEDRO.

Pues ¿esto quieres, Señor,
No habiéndola apenas visto?

REY.

Confieso que no resisto
Este principio de amor;
Que es lo que pretendo en fin,
Por deleitarme, pensar
Que del cielo puedo hallar
En la tierra un serafín.

DON ÍÑIGO. (Ap.)

Es mozo el Rey; no me espanto
Que le agrade una mujer;
Pero pésame de ver
Que ahora le agrade tanto.

REY.

Si os dijese, caballeros,
Desta bella labradora
La gracia y luz que atesora
En dos hermosos luceros,
Y aquel donaire de hablar
Con que del peligro avisa
Por una boca de risa
Tan al compás del mirar,
Bastaría mi afición
Para despertar la vuestra.

DON MANRIQUE.

Harto en la tuya se muestra
Su divina perfección.
Pero á todos maravilla
Que una humilde labradora
Te olvide de ver ahora
Una reina de Castilla.
Ansi de España lo seas,
Y con atributo igual
De Navarra y Portugal
Y de Aragón la poseas,
Que diviertas ese gusto;
Que la Reina, mi señora,
Se acerca.

DON PEDRO.

Una labradora

Que enloquezca á un rey no es justo.
Dejémosla de seguir;
Vuelve á la iglesia, Señor.

REY.

Fué agüero ser labrador
Y el tosco traje vestir,
De lo que me ha sucedido,
Sin duda, y es justa ley;
Que no la ha seguido el Rey,
Sino el labrador vestido.
Y pues él no ha de pasar
De aquesta imaginación,
Ni de Madama es razón
Que me pueda deslumbrar,
No será muy gran flaqueza
Ejecutar un deseo,
Movido del bien que veo
En su celestial belleza.
Esta es pobre labradora...
Gozarla y dejarla.

DON ÍÑIGO.

¡Bien!

Y aborrecerla también;
Que todo acaba en un hora,
Y es condición de los hombres.

REY.

Quedo, por Dios. Véisla allí.

DON MANRIQUE.

¡Es la que nos dices?

REY.

Sí.

DON MANRIQUE.

Pues no temas, no te asombres.
¿De qué te has descolorido?
¿Qué te ha dado esta mujer?

REY.

¿Qué mas hechizos que ver?

DON MANRIQUE.

Luego ¿basilisco ha sido?

REY.

No; porque es su condición
Matar mirando, y morir
Si le miran.

DON ÍÑIGO.

Quiero ir

A ver tanta perfección...

—Mas tiene cubierto el velo.

REY.

Tente, Íñigo, no te atrevas;
Que son arrogantes pruebas
Quitar la cortina al cielo.
Mas la inocencia te salva
De no ver que en su arrebol,
Cuando se levanta el sol,
Corre la cortina el alba.

DON ÍÑIGO.

Tan de veras te ha tocado,
Que será bien procurar
Que dé á tu gusto lugar,
Y quede ese amor templado;
Que mil que por eso mueren,
Luego olvidan su pasión,
Porque ven la imperfección
De aquellas cosas que quieren.
¿Quieres que la hable?

REY.

Parte,

Íñigo, y di cuál me veo.

DON ÍÑIGO.

En sabiendo tu deseo,
Esos pies querrá besarte.—

(Llégase á doña Sol.)

Dios os guarde, labradora.

DOÑA SOL.

Y á vos, señor labrador.

DON ÍÑIGO.

¿Conoceis-me?

DOÑA SOL.

No, Señor,
Ni os he visto mas que ahora.

DON ÍÑIGO.

¿Ni á los que vienen conmigo?

DOÑA SOL.

No los he visto jamás.

DON ÍÑIGO. (Ap. á doña Sol.)

Pues el que está allí detrás
Es el Rey.

DOÑA SOL.

¿Quién?

DON ÍÑIGO.

El que os digo.

DOÑA SOL.

Hinca, Sancha, la rodilla,
Date en los pechos.

DON ÍÑIGO.

Tenéos;

Que os quieren ciertos deseos
Hacer reina de Castilla.

DOÑA SOL.

No se burle, palaciego;
Que no son bestias acá.

DON ÍÑIGO.

Por poco tiempo será:
Lo que tarde en ver un ciego.

DOÑA SOL.

Y eso ¿es poco?

(Apártase á hablar con Lucinda.)

DON ÍÑIGO. (Ap.)

¿Que es posible
Que esto haya agradado al Rey?
Como en el gusto no hay ley,
Es un bárbaro terrible.

DOÑA SOL. (Ap. á su criada.)

Basta, Lucinda; que aquel
Que allá en la iglesia me habló
Era el Rey, que se vistió,
Con los que vienen con él,
En el traje que traemos,
Por ver antes á su esposa.

LUCINDA.

Sí; pero es graciosa cosa

Que hablando á tu hermano estemos.

DOÑA SOL.

Aun no sabes lo que intenta.

LUCINDA.

¿Cómo?

DOÑA SOL.

Por el Rey me habla.

LUCINDA.

Pues si ese negocio entabla,
Di que le tome á su cuenta.

DON ÍÑIGO.

¿Habeislo ya conferido?

DOÑA SOL.

A Sancha se lo conté,
Y me dijo en buena fé
Que era el Rey un mal marido,
Pues habiendo de gozar
De su madama Leonor,
Quiere enlaquecer su amor,
Y á lo que debe faltar.
¿Pardiez, á mucho se atreve!
Decid que estime su nombre;
Que no le tendrán por hombre,
Si no hace lo que debe.

DON ÍÑIGO.

Mira, labradora hermosa,
Que puede ser tu ventura
Tan grande, que estés segura
De ser de nadie envidiosa;
Que según se maravilla
El Rey de verte mirar,
Temo que te ha de quedar
Un infante de Castilla.

DOÑA SOL.

¡Oh, pues sería importante
Llamarme en mi aldea ahora
La señora labradora,
Madre del señor infante!
¿Gentil fama! ¿No lo ve?

DON ÍÑIGO.

Aquí tengo yo una hermana,
Que por hermosa y lozana,
De la ciudad la saqué,
Y en su casa le hablarás.

DOÑA SOL.

Y si á vuestra hermana topa
Este rey, y es tan de estoja,
Que se vuelve á encenderinas?

DON ÍÑIGO.

Eso no; que la he guardado
Del sol, aunque Sol se llama,
Porque no queme su fama,
Y de Búrgos la he sacado.
Cerraréla en un retrete.

DOÑA SOL.

Pues ¡qué! ¿querrias, hermano,
(Descúbrese.)

Si el Rey es mozo y liviano,
Ser dese sol alcabуетe?

DON ÍÑIGO.

¡Jesus! Sol, ¿tú eres?

DOÑA SOL.

Yo soy.

DON ÍÑIGO.

Cúbrete.

DOÑA SOL.

Ya estoy cubierta. (Cúbrese.)

DON ÍÑIGO.

Solo advierte que á la puerta
De mi deshonora estoy.
No soy de aquellos que pueden
Infamar sus deudos.

DOÑA SOL.

Bien;

Ni yo soy mujer también
Para que infamados queden.

Vé seguro, y desengaña
Al Rey.

DON ÍÑIGO.
Conozco tu pecho.—

(Vase al Rey.)

¡Buen viaje habemos hecho!

REY.

¿Cómo, Íñigo?

DON ÍÑIGO.
Es cosa extraña.
REY.

¿Habráseta defendido?

DON PEDRO.

¡Qué! ¿Diría á un rey de no?

DON MANRIQUE.

Tendrá temor.

DON ÍÑIGO.

Pienso yo
Que otra la razon ha sido.

REY.

¿Cómo?

DON ÍÑIGO.

Es mujer principal,
Que se disfrazó por ver
La Reja.

REY.

¿Eso pudo ser?
¿Que os parece? ¿Hay cosa igual?

DON MANRIQUE.

Pienso que se disfrazó
Por verte, pues que te vió.

DON PEDRO.

Tanto mejor, si es señora;
Que será digna de ti.

DON ÍÑIGO.

Si; bien lo pudiera ser,
Como fuera su mujer.

REY.

¿Tanto vale?

DON ÍÑIGO.

Señor, sí.

REY.

Pues si Castilla tenía
Mujer de mi igual valor,
Y segura de mi amor
En su hermosura vivía,
¿Para qué me aconsejastes
Que enviase á Inglaterra?

DON ÍÑIGO.

Señor, en eso no yerra
Castilla.

REY.

Todos errastes.

DON ÍÑIGO.

Hay de la sangre real
Mujeres; mas no tan cerca.
Madama, Señor, se acerca,
Y aquesto parece mal;
Que los hijos de los reyes
No es bien que tengan vasallos
Parientes, no por no honrarlos,
Que fueran injustas leyes;
Mas por no tener iguales
Donde el reino se posea;
Que es bien que nadie lo sea
De las personas reales.

REY.

No me iré sin que primero
La disfrazada villana
Diga quién es.

DON ÍÑIGO.

Es hermana,
Gran Señor, de un caballero

¹ Falta un verso.

Que mereció vuestro amor,
Gracia y privanza algun día.

REY.

¿Cuya, Íñigo?

DON ÍÑIGO.
Señor, mía.

REY.

¿Vuestra, Conde?

DON ÍÑIGO.
Sí, Señor.
REY.

Acabóse; no haya mas.

¿Vive aqui?

DON ÍÑIGO.

Cuando yo fui
A Toledo, no entendí
Que os viera en Búrgos jamas,
Y de Búrgos retiréla
A esta aldea.

REY.

¿No es casada?

DON ÍÑIGO.

No, Señor, mas concertada,
Y si gustais, casaréla.

REY.

Si yo fuere necesario,
Haré lo que me es forzoso.

DON MANRIQUE.

El Rey se va vergonzoso.

DON ÍÑIGO.

Mi honor le ha sido contrario.

DON PEDRO.

Sigámosle.

DON MANRIQUE.

Será sueño,
Viendo su esperanza vana.

DON ÍÑIGO. (Ap.)

Si hoy puedo casar mi hermana,
No amanecerá sin dueño.

Tope en otro el mal cercano
De un poderoso atrevido;
Porque en habiendo marido,
No toca infamia al hermano.

(Vanse don Íñigo, don Manrique y don Pedro.)

ESCENA VII.

DOÑA SOL, LUCINDA, EL ESCUDERO.

DOÑA SOL.

Sin duda le declaró,
Lucinda, que era su hermana.

LUCINDA.

Que lo dijo es cosa llana,
Pues el Rey no prosiguió.

DOÑA SOL.

No debe de ser muy cuerdo,
Pues tal intenta en tal día.
Mas ¿que ha de ser culpa mía,
Y tú verás lo que pierdo?
Mas ¿que ha de decir mi hermano
Que yo he dado la ocasion,
Trocando mi estimacion
Por este disfraz llano?
Como si pudiera ser
Que yo imaginar pudiera
Que desta suerte viniera
El Rey á ver su mujer.

¿Cuánto va que hay monasterio
Y perpetua reclusion,
Y que me llama ocasion
De su infamia y vituperio?
Cuánto va que no doy señas
De las bodas que se hacen?

LUCINDA.

No dudes que te amenacen
De las montañas las peñas.

De aquesta vez te retira
Donde apenas de pie humano
Haya estampa.

DOÑA SOL.

Si mi hermano
Con estos ojos me mira,
¡Ay de don Alvaro, amigos!
¡Ay de mi ventura corta!
¡Muerta soy!

ESCUDERO.

La voz reporta;
Que hay testigos y enemigos.
Y no prevengas tu mal;
Que ya se le habrá olvidado,
Estando tan ocupado
Con la persona real.

DOÑA SOL.

Vé, Lafnez, y en la aldea
Busca á don Alvaro luego.

ESCUDERO.

Ten, mi señora, sosiego
Mientras el mal no lo sea;
Que no será menester
Buscallo.

DOÑA SOL.

¿Por qué razon?—

ESCUDERO.

Porque darás ocasion
Que el Conde lo pueda ver.

LUCINDA.

Gran ruido suena; sin duda
Entra madama Leonor.

DOÑA SOL.

Temo un poderoso amor,
Porque hasta los montes muda.

ESCENA VIII.

VILLANOS, DANZANTES, con espadas; BEL-
LARDO, SALISO, AGON.—Dichos.

UNO DE LA DANZA.

Ea; que hoy no ha de quedar
En nuestros cuerpos pedazo.

OTRO.

Anda, hijo, alarga el brazo.

SALISO.

No hay mas que verlos danzar.

BELARDO.

¿Va adelante la tarasca?

SALISO.

Va con un palmo de boca.

UNO.

Vuela.

OTRO.

Corre.

UNO.

Salta.

OTRO.

Toca.

AGON.

¡Ved los sombreros que masca!

DOÑA SOL.

Mirad; con qué la recibe
La pobreza desta aldea!
Aquí mi hermano me emplea
Mientras en la corte vive.
Pero pues tengo paciencia,
Y no replico á su gusto,
Ni alejarme mas es justo,
Ni lo será mi obediencia.

BELARDO.

Hablada, Saliso, vos,
Que teneis mejor caletre.

SALISO.

Pues ¿quién hay que mas penetre
Que vos?

AGON.
Ninguno, par Dios.
BELARDO.
Yo ¿quereis que ánimo tenga?
SALISO.
Ea, Belardo, acabad;
Decidie á su majestad
Que muy en buena hora venga,
Y no os turbeis.

BELARDO.
Daisme grita.
Pero el Cura ¿no pudiera?...
SALISO.

Allá en la iglesia la espera
Con la cruz y agua bendita.

BELARDO.
Pues ¿quírela conjurar?
SALISO.

No sé, por Dios; cruz sacó
El sacristan, y encendió
Dos velas en cada altar.
Quedo; que la gente viene.

AGON.
¿Si nos ha visto?

BELARDO.
No sé.

AGON.
Mirad que entreis con buen pié.

ESCENA IX.

EL REY, DON PEDRO.—DICHOS.

REY.
¡Buen tallo, don Pedro, tiene!
DON PEDRO.
Bueno, y muchas veces bueno;
Térnala á ver desde aquí.

REY.
Estoy, desde el sol que vi,
De ver el del cielo ajeno.

DON PEDRO.
Calla, Señor, no te acuerdes.

REY.
¿Con qué notables mudanzas
Marchitó mis esperanzas!
Aun no llegaron á verdes.

DON PEDRO.
Señor, el Conde es un hombre
A quien has de hacer merced.

REY.
¡Ay, esperanzas, creced,
Que aun no mereceis el nombre!
Como tras amor terrible
El imposible llegó,
Creció amor, porque intentó
Igualar al imposible.
Un rey ¿no puede?... ¿Yo soy
Rey de Castilla?

DON PEDRO.
En las cosas
Graves y dificultosas,
En ninguna duda estoy;
Mas en estas, que ya son
De tan diferente ley,
Alfonso, no reina el Rey,
Porque reina la razon.

DOÑA SOL.
El Rey ha vuelto. ¡Ay de mí!
LUCINDA.

Retirate, no nos vea:

DON PEDRO.
Los ojos, Señor, emplea
En quien es digna de ti;
Que ya madama Leonor
Llega al puesto donde estás.

REY.
Doña Sol me agrada mas,
Porque me abrasó de amor.
DON PEDRO.
Mírala desde esta parte,
Y mira lo que merece.

REY.
Como un ángel me parece;
Mas no es posible que aparte
De Sol la imaginacion.

ESCENA X.

ACOMPANIAMIENTO, y detrás, MADAMA
LEONOR, muy bizarra.—DICHOS.

UNO.
¡Plaza á su alteza!

SALISO.
Ea, Alcalde,
¡Llegad; la mano besalde.

BELARDO.
Turbado estoy.

SALISO.
Y es razon.
REY.
Basta, don Pedro; que aquí
Está doña Sol.

DON PEDRO.
Señor,
Mira á madama Leonor,
Que está como un sol allí.

REY.
¡Ay don Pedro! el sol que miro
Es doña Sol; que Leonor,
Si tiene algun resplandor,
Es del sol por quien suspiro.
Ya miro la majestad
De una reina y su grandeza;
Pero miro la belleza
Desta divina humildad,
Y miro adónde estuviera
Mejor el cetro y corona.

DON PEDRO.
Señor, no aciertas, perdona,
En hablar de esa manera.
¡Cuál ángel, en la pintura
De un lienzo, perficionara
El pincel como su cara?

REY.
Mira esta rara hermosura,
Y verás que no hay pintor
Que á retratarla se atreva,
Porque es maravilla nueva
De las del cielo de amor.

DON PEDRO.
Mira aquella compostura
Y celestial armonia.

REY.
Mira el sol que alumbra el día,
Y mira la noche oscura.

DON PEDRO.
Mira el norte donde mira
Castilla su gran señora.

REY.
Mira tú mi norte agora,
Y que el del cielo se admira.

DON PEDRO.
Mira si estas luces bellas
Son de diamante mejor.

REY.
Mira las Indias de amor,
Que tienen minas de estrellas.

DON PEDRO.
Mira aquí lo que es razon,
Cuando otra cosa no sea.

REY.
Llegado á que así lo vea,
Dos cielos sus ojos son,
Dos mil soles sus cabellos,
Perlas y coral la boca,
Sus manos cristal de roca,
Claveles sus labios bellos.
Es de un cisne su garganta
En blancura y en color,
Sus pechos cárcel de amor,
Con grillos de nieve tanta.
Esto, Pedro, es dar la palma
A la razon, que es querelle;
Mas llegado á estar sin ella,
Doña Sol me lleva el alma.

SALISO.
Ea, que se quiere ir;
Hablád, si la habeis de hablar.

BELARDO.
Temblando estoy de llegar;
Mas par Dios que ha de salir.—
Reina muesa de Castilla,
Salud y gracia: sepades
Que aunque habeis visto ciudades,
Nunca habeis visto esta villa.
No tien cerca ni arrabal;
Por eso no hay luminarias;
Pero aquí vino Pedro Arias,
Vuestro quillotro real,
Y mos suplicó y rogó,
De vuestra parte, barrer
Las pertenencias ayer,
Y el camino se allanó.
Dábanme todos consejo
Que os trajese á la memoria
Aqueña famosa historia
Del pródigo y san Alejo;
Pero no lo quiera Dios;
Que vos sabeis el suceso.
No habemos hallado queso
Para quien viene con vos;
Mas hay garbanzos tostados,
Y no falta vino y pan,
Ni para vos faltarán
Arroz ni patos asados,
Con otra fruta y legumbres.
A este tiempo semejante,
Un hijo tengo estudiante,
Que me da mil pesadumbres.
Querria que obispo fuese;
Que ya lo fué de San Blas;
Y pues que no es para mas,
La presente es bien que cese,
Y no de rogar á Dios
Por su esquilencia real.
Seis de junio, porte un real,
Año doscientos y dos¹.

LEONOR.
¡Notable oracion! — Pedilde (A uno.)
Que la escriba y me la dé.

UNO.
Siempre el que es grande se ve
En oír al que es humilde.—
Escribildo, Alcalde, todo,
Y daréiselo á su alteza.

BELARDO.
No lo tengo de cabeza;
Como puedo lo acomodo.
Pero yo lo llevaré.

LEONOR.
La iglesia ¿está lejos?

UNO.
Poco.
LEONOR.

Caminad.
(Vase la Reina y su acompañamiento.)

¹ El casamiento de Alfonso VIII de Castilla con Leonor de Inglaterra se verificó en el año de Cristo 1170, era de 1208.

SALISO.
Volverás loco.
SELARDO.
¡Lindamente lo encajé!
Suplicóme que lo escriba.
Seguidla; á la Iglesia va.

SALISO.
En tanto que llega allá,
Digan todos ¡viva!

VILLANOS.
¡Viva!

(*Vanse los aldeanos y danzantes.*)

ESCENA XI

**EL REY, DON PEDRO, DOÑA SOL,
LUCINDA, EL ESCUDERO.**

REY.
Don Pedro, el no replicar
Es el servicio mayor;
Solo el gusto del señor,
Bien ó mal, se ha de mirar.

DON PEDRO.
El consejo en el privado
Es ley de buen caballero;
Un privado lisonjero
Es un veneno dorado.
Yo cumplí mi obligacion;
Lo que intentas no lo apruebo;
Pero lo que mandas, debo
Poner en ejecucion.
Yo parto.

REY.
Yo espero aquí.

DON PEDRO. (A doña Sol.)
Si acaso me conocéis,
Suplicoos que me escuchéis,
Y no os encubrais de mí.

DOÑA SOL.
Que os conozco negar puedo;
Pero no que no he sabido
Que hayais con el Rey venido
A Burgos desde Toledo;
Que aunque el traje oculta al hombre,
Aquí el hombre se declara.

DON PEDRO.
Yo soy don Pedro de Lara.

DOÑA SOL.
Ya os conozco por el nombre.

DON PEDRO.
Hoy ¿habeis al Rey hablado?

DOÑA SOL.
Hoy hablé al Rey.

DON PEDRO.
Hoy venia
A ver su mujer.

DOÑA SOL.
Si haria,
Desde Burgos disfrazado.

DON PEDRO.
Al Rey habeis muerto.

DOÑA SOL.
¿Yo?

DON PEDRO.
De una flecha queda herido.

DOÑA SOL.
¿Era yo Dólos Bellido,
Que al rey don Sancho mató?

DON PEDRO.
¿Pinguiera á Dios que á Zamora
Conquistara!

DOÑA SOL.
Y ¿puede ser?
Porque hay ciudad y mujer

Que no se gana en un hora.

DON PEDRO.
El Rey no se atreve á hablaros.

DOÑA SOL.
En eso se ve que es rey,
Pues guarda al Conde esa ley.

DON PEDRO.
Sí; pero intenta agradaros,
Y es quien es.

DOÑA SOL.
Yo soy quien soy

DON PEDRO.
Todo su reino os promete.

DOÑA SOL.
Cuando al Rey por rey acete,
Léjos de su reino estoy.

DON PEDRO.
Mirad que errais en no errar.

DOÑA SOL.
Yo acertaré no acertando.

DON PEDRO.
Vuestro sol se va eclipsando.

DOÑA SOL.
Vos me habeis hecho eclipsar.

DON PEDRO.
Soy tierra entre el Rey y vos.

DOÑA SOL.
Si sois tierra, os desengañó;
Que os ha de alcanzar el daño
Del eclipse.

DON PEDRO.
¡Bien, por Dios!

No porfío.
DOÑA SOL.
Acertaréis;
Que os ha de necios porfiar.
(*Vuélvese don Pedro al Rey.*)

REY.
¿Podréla, don Pedro, hablar?

DON PEDRO.
Mejor es que la dejéis,
Gran Señor, por vuestra vida;
Porque no hay cosa tan loca
Como una mujer que toca
En discreta y presumida.
Habla de vos de la suerte
Que si fuera el alma el traje.

REY.
Como el traje fué el lenguaje,
Pero mas dulce que fuerte.
Su hermano lo habrá causado;
Esto el tiempo lo ha de hacer.

ESCENA XII

DON ÍÑIGO. — DICHO.

DON ÍÑIGO. (Sin ver al Rey.)
Tanta gente para ver
La nueva Reina ha llegado,
Que al Rey no he podido hallar.

REY.
Si á quien soy no desdijera,
A hablarla, don Pedro, fuera.

DON PEDRO.
Bien puedes; llégala á hablar.—
Tente; que el Conde ha venido.

REY.
Haz como que no le ves,
Y véntele tras mí.

DON PEDRO.
Después
Podrás hablarla escondido.

DON ÍÑIGO. (Ap.)
El Rey y don Pedro son...

¡Hablando á Sol! ¿Qué es aquesto?
Pero ya se van del puesto.
Sol habrá dado ocasion.
(*Vanse el Rey y don Pedro.*)

ESCENA XIII

**DOÑA SOL, DON ÍÑIGO, LUCINDA,
EL ESCUDERO.**

DON ÍÑIGO.
Sol para mí honor nublado,
¿Cómo aquí parado estás,
Pues sin milagro jamás
Pudo estar el sol parado?
Mas pues alargas el día,
Sin duda debe de ser
Para que pueda vencer
El que vencerte porfia.
Déjome el Rey con engaño,
Volvió el Rey para engañarte;
Y tú en esta misma parte
Estás buscando mi daño.
No fies en lo forzoso;
Que mal podrás detener
Con defensa de mujer
Un hombre tan poderoso.
Pero yo pondré remedio
A la amorosa malicia,
Como temor de justicia;
Que es lo mejor tierra en medio.

DOÑA SOL.
Dirás que yo soy culpada,
Y que con el Rey hablé;
Que le llamé y le incité,
Libre, loca y despeñada.
Y aun dirás que no su esposa
Le trajo aquí de Toledo,
Sino yo; y aun tengo miedo
Que no digas otra cosa.
Pues mal tu sangre conoces;
Que si rey del mundo fuera,
No llegara ni pudiera...

DON ÍÑIGO.
Quedo, Sol; no demos voces.

DOÑA SOL.
A que le tocara un rayo
Deste sol; que su temor
Solo pone á su calor
Nieblas con tan vil desmayo.

DON ÍÑIGO.
No te alteres.

DOÑA SOL.
¿Cómo no?

DON ÍÑIGO.
Óyeme hasta el fin.

DOÑA SOL.
Prosigue.

DON ÍÑIGO.
No es menester que te obligue,
Sol, el ser tu hermano yo,
Ni el ser hijos de quien sabes,
Ni nietos de quien oiste;
Porque la virtud consiste
En los pensamientos graves.
Satisfecho estoy de tí;
Pero sé la condicion
Deste hombre.

DOÑA SOL.
¿Por qué razon

Quieres persuadirme así?

DON ÍÑIGO.
Porque pongamos remedio
Al poder; que pues volvió,
Amor tiene, y del sé yo
Que si viese el mundo en medio,
Su esposa, su obligacion,
Su reino, cuanto en él ves,

Lo pondrá todo á los piés
Por salir con su intencion.

DOÑA SOL.

No prosigas. Todo eso
¿Se reduce á reducirme
A un monasterio?

DON ÍÑIGO.

Mas firme
Pretendo el fin del suceso.
Hablemos mas claro, hermana.
Enemigos que has tenido
Me han escrito, no que has sido
En cosa alguna liviana,
Pero que te quiere bien
Un hombre tu igual y mio.
Si esto es así, yo confío
Que le quieres tú tambien;
Porque á su primero amor
Corresponden las mujeres
Con mas fuerza; y si tú quieres,
La tierra en medio, mejor
Es casarte; que casada,
El Rey no podrá quitarte
A tu marido, y es darte
Eso mismo que te agrada.
Y cuando tal haya sido
La violencia de su mano,
Mejor podrá que tu hermano,
Defenderte tu marido.

DOÑA SOL.

Habiéndote declarado
Conmigo desa manera,
Fuera error que yo dijera,
Conde, que te han engañado.
Don Alvaro me ha servido,
Seis papeles tengo dél;
Toda tu ofensa es papel
De la mano de un marido.
Entró con los piés que ves;
Que si esto no pretendiera,
Luego que el compás perdiera,
Le hiciera cortar los piés.
Disfrazado vino aquí;
Que es muy propio no haber paz
En los dias de disfraz,
Aunque la habrá para mí.
Vaya lañez, que sabe
Adónde está.

DON ÍÑIGO. (Al escudero.)

Corred presto.

ESCENA XIV.

DON ÁLVARO. — Dichos.

DON ÁLVARO. (Ap.)

La ofensa fué en este puesto,
Y aquí quiero que se acabe.

ESCUDERO.

Ya, Señor, no es menester;
Don Alvaro viene aquí.

DON ÁLVARO. (Ap.)

Turbóse el sol para mí,
Porque era sol de mujer.
Conoci al Rey disfrazado,
Y he visto que el Rey la habló.
¿Qué es aquesto? — ¡Triste yo!
¿Con su mismo hermano he dado!

DON ÍÑIGO.

Esperad, si sois servido,
Don Alvaro; no empuñeis
La espada, si no sabeis
Que me teneis ofendido;
Que en tal caso la conciencia
Es la que rige al temor.

DON ÁLVARO.

No conoceros, Señor,
Y salir de una pendencia
Con un caballero inglés,

Fué causa desta recato.
La limpieza de mi trato
Conoced en que á esos piés
Rindo la espada y las manos.

DON ÍÑIGO.

Mas llano os quiero tambien;
Que me ha dicho no sé quien
Que somos ya medio hermanos.
Si es así, de aquesta espada
Y del pecho estaréis cierto
Que no estará, sin ser muerto,
A vuestro lado envainada.

DON ÁLVARO.

¿Quién, señor Conde, me hacia
Tanto bien y honor ahora?

DON ÍÑIGO.

¿Conoceis la labradora?

DON ÁLVARO.

Conozco al sol por el día.
Es doña Sol, vuestra hermana.

DON ÍÑIGO.

Y vuestra mujer tambien;
Que yo os doy el parabien
Con voluntad limpia y llana,
Y á ella licencia doy
Para que os dé mano y brazos.

DON ÁLVARO.

Suspended, Sol, los abrazos,
En que tan dichoso soy;
Que me ha puesto en confasion
Darme tanto bien tan presto.

DOÑA SOL.

Pues ¿hay que dudar en esto?

DON ÁLVARO.

¿Esto es verdad ó es traicion?

Conde, ¿qué os dicen de mí?

DON ÍÑIGO.

Sol vuestro amor me ha contado.
Ando en palacio ocupado,
Voy con el Rey desde aquí;
Pensé que era cosa hecha,
Y por eso me arrojé.

DON ÁLVARO.

Luego, ¿bien, Conde, podré
Asegurar mi sospecha?

DON ÍÑIGO.

¿De qué la podeis tener?
Sois mi igual, ó sois mejor;
Ni le diera á tal valor
Valor el de tal mujer.

DON ÁLVARO.

Sol, ¿qué es esto? Que estoy loco.

DOÑA SOL.

Ver que mi hermano se va,
Y querer, pues aquí está,
Y es el término tan poco,
Que me deje acompañada.

DON ÁLVARO.

A todos beso los piés;
Que estriba en tanto interés
Mi indignidad atajada.
A Íñigo pido perdon,
Y á vos la mano de esposa.
Hoy en su centro reposa
Mi abrasado corazón.

DOÑA SOL.

Mirad que estáis desposado;
No digais lo que otros suelen.

DON ÁLVARO.

Cuando tantos me consuelen,
Quedaré, Sol, disculpado.
Dadme vos, Conde, á besar
La mano como señor
Y padre.

DON ÍÑIGO.

Quiere mi amor
Que os abrace.

LUCINDA.

Dad lugar,
Señor, á vuestros criados.

ESCUDERO.

Y á mí, que os doy parabien,
Como á quien en vuestro bien
Tantos pasos tiene dados.

DON ÁLVARO.

A todos daré la vida,
Y el alma daré á mi Sol.
Nunca el oriente español
Vió el alba tan bien vestida.
¿Es posible que me vea
Con vos, viendo vuestro hermano
Que os tomo esta blanca mano?

DOÑA SOL.

Esto ha podido el deseo.

DON ÍÑIGO.

La partida será breve,
Y el desposorio; que es justo
Que sea luego.

DON ÁLVARO.

Ese es mi gusto.

DON ÍÑIGO.

(Ap. Temor de Alfonso me mueva.)
Sea dentro de seis dias,
Que de Burgos volveré;
Que casado el Rey, podré
Acudir á cosas mias.

DON ÁLVARO.

Sea como vos gustais. —
Venid, mi Sol.

DOÑA SOL.

El alma.
Solo os muestro

DON ÁLVARO.

Siendo tan vuestro,
Sol, ¿para qué me abrais?
(Vanse doña Sol, don Alvaro, Lucinda
y el escudero.)

ESCENA XV.

DON ÍÑIGO.

Agora Alfonso procure,
Solicite, intente, quiera;
Ponga yo á Sol en su esfera,
Y él en la conquista dure.
No hay que vivir temeroso
Deste género de afrenta;
Que ya corre por la cuenta
De don Alvaro, su esposo.
Mas si es de una mujer bella
Vidrio el honor que trabaja,
¿Quién pone el vidrio en la caja,
Si después se quiebra en ella?

ACTO SEGUNDO

Calle en el pueblo.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, DON PEDRO Y DON MANRI-
QUE, de noche.

DON PEDRO.

Segura estará la aldea
De que el galan mas honrado
De Castilla, disfrazado
Sus viles calles pasea;
Y segura estará Sol
De que en noche tan oscura
Venga á buscar su luz pura
El mejor cielo español.

REY.

Segura estará de mí

Quien sola una vez me vió;
 Pero no lo estaré yo
 Si sola una vez la vi.
 Presto, amor, el alma encantas,
 Aunque a la razón le pese.
 ¿Que sola una vez la viese,
 Y que me matase tantas!

DON MANRIQUE.

¿Posible es que tanto daño
 Causó de una vista amor,
 Aunque la vieras, Señor,
 Como á Bersabé en el baño?

REY.

Lo que no agrada y convida,
 Don Manrique, en el instante
 Que el hombre lo ve delante,
 No agrada en toda la vida.
 El verdadero veneno
 Es el que hace luego estrago
 Tanto con tomar un trago
 Como todo el vaso lleno.

«DON MANRIQUE.

¿Cómo, Señor, la grandeza
 Destos seis famosos días,
 Las comunes alegrías,
 La sin par rara belleza
 De la Reina mi señora,
 Seis noches de ti gozada,
 Y en su cara ver cifrada
 Toda Castilla en un hora;
 Saraos, fiestas, torneos,
 Juegos de cañas y toros,
 Libreas, galas, tesoros,
 Sortijas, motes, trofeos,
 Arcos, versos, epigramas,
 Fuentes fingidas, jardines,
 Música, voces, clarines,
 Comedias, galanes, damas,
 No fueron parte á que baste
 A divertirme otra cosa
 De una mujer, aunque hermosa,
 Que sola una vez miraste?
 Tantas imágenes juntas
 ¿No pudieron algun día
 Borrar de tu fantasía
 Una sola?

REY.

Bien preguntas;
 Mas como un hombre que atento
 Solo ver su rostro trata,
 Aunque el espejo retrata
 Lo que hay en el aposento,
 En el alma y sus dispuestas
 Partes, espejo luciente,
 Miraba á Sol solamente,
 Sin reparar en las fiestas.

DON MANRIQUE.

Altamente has declarado
 Tu enamorado deseo.

REY.

Mi rostro en su espejo veo,
 De lo demás descuidado.
 Y pues, dejando á mi esposa,
 Oso esta noche venir,
 Si no puedo á ver, á oír
 Esta sirena engañosa,
 Bien sé que mi amor infieres.

DON PEDRO.

¿Qué fuerzas, qué edad, qué honor,
 Qué santidad y valor
 No han derribado mujeres?
 Sigue tu empresa, si estás
 En ese estado, y sostega;
 Que á veces lo que se niega,
 Es lo que atormenta mas.
 Llama, y ruega á esta mujer;
 Que los ruegos del amante
 Suelen romper el diamante
 De la mas dura en querer.

REY.

Bien dices; porque en efeto
 Mas para tener dolor
 Mueve el mas necio amante
 Que el tercero mas discreto.
 Don Íñigo ¿quedó allá?

DON MANRIQUE.

Hoy no le he visto en palacio.

REY.

Pues vámonos mas de espacio;
 No esté por ventura acá.
 Dado me ha en el pensamiento,
 Si hoy todo el día ha faltado,
 Que á ver á su hermana ha estado.

DON MANRIQUE.

Ruido en su casa siento.

REY.

¿Ruido tan tarde? Mira
 Que ya todos dormirán.

DON MANRIQUE.

Despiertos, Señor, están,
 Y hay tantas voces, que admira.

DON PEDRO.

Íñigo es bravo español;
 Con doña Sol tendrá voces
 De celos.

REY.

Mal le conoces.

Es, como es casa del sol,
 Que ya quiere amanecer;
 Y ese ruido, al sacarlos,
 Deben de hacer los caballos
 Que allá le quieren poner.

DON PEDRO.

¿Qué bien lo encareces todo!
 Todo el amor es poesía.

DON MANRIQUE.

Por lo que miente, podía
 Ser poeta amor.

REY.

¿De qué modo?

DON MANRIQUE.

Amor dice que suspira
 Y abrasa; miente en rigor.
 Que se huela dice amor,
 Cuando á su dama no mira;
 También miente. Dice luego
 Que llora en ausencia tanto,
 Que crece el río su llanto,
 Y abrasa el mundo su fuego.
 Pues ¿quién ha visto creciente
 Con lágrimas de amante?
 Dice que está muerto amor,
 Y está vivo; también miente.
 Jura de amar lo que mira,
 Mil siglos, de enamorado;
 Y en habiéndolo gozado,
 No vuelve; luego es mentira.
 Así prosigue, y así
 Miente también el que escribe,
 Y mas si en pobreza vive.

REY.

De qué manera me di.

DON MANRIQUE.

Dando siempre en versos vanos
 A su dama un gran tesoro.
 Hacen sus cabellos oro,
 Bruñida plata sus manos,
 Perlas sus hermosos dientes,
 Coral su boca, esmeraldas
 Sus ojos; hasta en sus faldas
 Ponen auroras y orientes.

REY.

¡Ojalá que este mi amor,
 Manrique, fábula fuera!

DON PEDRO.

El ruido persevera.
 Sepamos lo que es, Señor.

ESCENA II.

DON ÍÑIGO, dentro. — EL REY, DON PEDRO Y DON MANRIQUE, en la calle.

DON ÍÑIGO. (Dentro.)

Alzad las mesas, y venga
 Música.

REY.

¡Válgame Dios!

¿Cómo música á las dos!

DON PEDRO.

Puede ser, Señor, que tenga
 Huéspedes.

REY.

¿Una mujer

Por casar! Manrique, no;
 Si no es que Íñigo volvió,
 Y fiestas la quiere hacer.

DON MANRIQUE.

Sin duda has dado en lo cierto;
 Porque viendo que acomodas
 Tu partida, hechas las bodas,
 Tornó, del cansancio muerto,
 Hoy en casa de su hermana,
 Y la regocija así.

DON PEDRO.

El rumor crece.

REY.

¡Ay de mí!

Toda mi esperanza es vana.

DON MANRIQUE.

Un hombre sale de allá.

ESCENA III.

UN LACAYO, borracho, con una espada desnuda. — EL REY, DON MANRIQUE, DON PEDRO.

LACAYO.

¿Piensan que todo está hecho?
 Pues si saco el pié derecho...

DON MANRIQUE. (Ap. al Rey.)

Este, Señor, lo dirá.

LACAYO.

¡Oh, qué bonito soy yo
 Para tú con tú conmigo!

DON PEDRO.

¡Amigo!

LACAYO.

¿Quién es amigo?

DON PEDRO.

Yo soy amigo.

LACAYO.

Yo no.

Juro á Dios no dar la mano,
 Aunque el Rey me la pidiese.
 Hágase allá, no le pese;
 Téngase todo cristiano.
 ¿Es cosa de burla dar
 Á un hombre una bofetada?

DON MANRIQUE. (Al Rey.)

Desnuda tiene la espada,
 Y apenas acierta á hablar.

REY.

Desviate en esas dudas
 De espada y lengua turbada;
 Que la mujer y la espada
 Son peligrosas desnudas.

DON PEDRO.

El debe de haber bebido. —
 ¡Ah, gentilhombre!

LACAYO.

¿Quién es?

¿Es castellano ó inglés?

DON PEDRO.
Algun inglés le ha ofendido.—
Tenga la espada, y advierta...

LACAYO.
Cuando se vierta ¿qué importa?
¡Oh, cuánto el aire conforta
Que sale por esta puerta!

DON PEDRO.
Oiga: yo seré el padrino.

LACAYO.
Hanme dado un bofeton...

DON PEDRO.
Tuvieron poca razon.

LACAYO.
Con un hueso de tocino.

DON PEDRO. (Al Rey.)
Por Dios, Señor, que no habla
Entendido su desgracia.

REY.
¿Qué tiene?

DON PEDRO.
Vino.

REY.
¡Oh, qué gracia!
Háblale, por vida mia.
Pregunta qué es la ocasión
Destie ruidó.

DON PEDRO.
Oya, hermano.

LACAYO.
¿Es inglés ó castellano?

DON PEDRO.
Dígame por qué razon
Hay en casa este ruidó.

LACAYO.
Porque no se han acostado.

DON PEDRO.
Muy buena razon me ha dado.

LACAYO.
¿No ve que no se han dormido?

DON PEDRO.
Qué es la causa, le pregunto.

LACAYO.
Don Íñigo, el sacristan,
Lainez y Sol están,
Y todo el proceso junto.

DON PEDRO.
¿Que don Íñigo está en casa?

REY.
Esa ¿es la fiesta?

LACAYO.
Escogida.

REY. (Ap. á don Pedro.)
Ahierto está; por tu vida,
Que entres á ver lo que pasa.

DON PEDRO.
¿Y si me ven?

REY.
No verán.

DON PEDRO.
Yo haré lo que mandas.

REY.
Entra.
(Don Pedro entra en casa de don Íñigo.)

ESCENA IV.

EL REY, DON MANRIQUE, EL LACAYO.

LACAYO.
Cosas un cristiano encuentra
Que en la Cartilla no están,
Ni aun en todo el Calendario.

DON MANRIQUE.
Oya, hermano.

LACAYO.
Ya lo entiendo;
Ya sé que está previniendo
Armas dobles el contrario.

DON MANRIQUE.
Pronuncie bien.

LACAYO.
Pues no hay fieros
Conmigo. Fuera embozados;
Que á dos mil hombres armados
Esperaré solo en cueros.

DON MANRIQUE.
Y tan en cueros, que temo
No se resfrie.

LACAYO.
No haré;
Que aunque en cueros me quedé,
Bien sabe Dios que me quemó.

DON MANRIQUE.
Don Íñigo ¿está acostado?

LACAYO.
¿Quién le mete á nadie en eso?

DON MANRIQUE.
¿Hay en casa algun suceso?

LACAYO.
A mí me han descalabrado;
Pero he muerto mucha gente.

DON MANRIQUE.
No hay sacalle una palabra. (Al Rey.)
—Oya, hermano; entrese, y abra
Esta puerta solamente.

LACAYO.
Ábrala Dios, que la hizo.

DON MANRIQUE. (Al Rey.)
No está el hombre de provecho.

LACAYO.
Cinco traiciones me ha hecho
Este perro advenedizo.

DON MANRIQUE.
La señora doña Sol
¿Duerme ya?

LACAYO.
Yo lo declaro.
Siendo noche, ¿no está claro
Que ha de estar durmiendo el sol?

REY. (A don Manrique.)
Déjale, quítate acá;
No dirá cosa que importe.

LACAYO.
Estos lacayos de corte
Luego presumen que está
El hombre fuera de sí.
Afuera...

REY.
Guárdate dél.

LACAYO.
Que no temo yo broquel.
¿Qué cuchillada te di! (Vase.)

ESCENA V.

DON PEDRO.—EL REY, DON MANRIQUE.

DON PEDRO.
No sé por dónde te diga
Lo que vi desde esa puerta;
Que pienso que no tendrás
Para escucharlo paciencia;
Que según tienes el alma,
Del nuevo sol que te quema,
No estarás para sufrir
Nuevas, Alfonso, tan nuevas;

Mas siendo fuerza,
Anima el alma, el corazon esfuerza.

REY.
Dime, don Pedro de Lara,
¿De qué temerosa cueva,
Donde vió el rey don Rodrigo
Lanzas y alarbes banderas;
De qué aposento de Circe;
Como el capitan de Grecia;
De qué selva, como Alcides;
De qué infierno, como Eneas;
De qué Libia, engendradora
De monstros y de culebras;
De qué India, donde admire
Alejandro tantas fieras,
Sales tan turbado y triste
A apercebir mi paciencia,
Que en el estado en que estoy,
Es imposible tenella?
Mas siendo fuerza,
Si amor desmaya, la razon esfuerza.

DON PEDRO.
Vi una mesa, rey Alfonso,
Luego que llegué á la puerta,
Con un grande aparador,
Vestido de ricas piezas.
Gran cantidad de criados,
Unos salen, otros entran,
Estos con platos vacíos,
Y aquellos con fuentes llenas.
Cuál en la dorada copa
El vino oloroso lleva,
Con la toalla en el hombro
Y el agua en la mano izquierda;
Cuál con las hachas delante,
Lleno de imperio, gobierna
Pajes con diversos platos,
Llenos de frutas diversas.
Parecióme que era el fin
De aquella abundante cena,
Y dándome tu cuidado
Licencia, sin su licencia,
A la puerta de la cuadra
Llegué, donde vi una mesa,
Que Cleopatra á Marco Antonio
No puso con tal riqueza.
Estaba el conde don Íñigo
Sentado en la cabecera,
Y al lado derecho estaba
Doña Sol, como el sol bella.
No reparé en el vestido
Ni en los diamantes y perlas;
Que donde lucen sus ojos,
Escurécense las piedras;
Mas á mí me parecieron
Mas galas que para fiestas,
Mas fiestas que para hermana,
Y no hermano el señor dellas.
Estaba un mozo gallardo
Junto á Sol, que su belleza
Parece que le pedia
Sol para abrasar la tierra,
Deshaciéndose en sus ojos
Como si fuera de cera;
Que hay almas que se derriten,
Si da el sol de rostro en ellas.
No compuesto como huésped,
Ni ella puesta como dueña,
Se regalaban los dos
Y se miraban apenas;
Sino con la libertad
Que los casados se ceban,
A imitacion de palomas
Que el primer nido comienzan.
Alzaron la mesa en fin;
Y dando el Conde licencia,
A su cuello echó los brazos,
Como vid al olmo envuelta.
Mostró las perlas con risa
Sol, y él mirando las perlas,
Pensé que hablaban de oído;

Mas si algo hablaron fué en ellas.
Besóla como marido.

REY.

¿Qué dices, don Pedro? Espera.

DON PEDRO.

Ella debió de esperar;
No yo, que estaba á la puerta

REY.

¿Que la besó?

DON PEDRO.

¿Que lo dudas?

REY.

¿Que hay un hombre que merezca
Aquella angelica boca?

DON PEDRO.

Angelica ó no, él la besa.

REY.

Agora es fuerza perder
El alma con la paciencia.
Sin duda que la casó
Íñigo, porque no fuera
Un rey señor de aquel mar,
Donde nacen tantas perlas.
La traza ha sido del Conde;
El Conde, Manrique, muera.

DON MANRIQUE.

Mira, Señor, que te engañas,
Y advierte que amor te ciega.
No puede el Conde en seis días,
Pues siempre ha estado en tus fiestas,
Hacer este casamiento
A efeto de darte pena.
Concertado lo tendrá
Para en viniendo á esta tierra.
Y ¡cuánto te está mejor!...

REY.

¿Cómo?

DON MANRIQUE.

Que casada sea.

REY.

¿Por qué?

DON MANRIQUE.

Porque la podrás

Gozar.

REY.

¿Cómo, si se queda
En esta aldea, y me voy,
O á la montaña la lleva?

DON MANRIQUE.

Yo daré un remedio.

REY.

¿Cuál?

DON MANRIQUE.

Escríbele, aunque te pesa,
A Íñigo el parabien...

REY.

Para mal del novio sea.

DON MANRIQUE.

Y di que por su servicio,
Quieres que á servirme venga
Este marido de Sol,
Y á tu persona le acerca.
Dale un oficio en tu casa,
Que á su persona convenga:
Traerá la suya á la corte,
Y podrás entrar en ella;
Que servicios, y de un rey,
Conversacion y asistencia,
Ruegos, terceros, papeles,
Joyas, honras y promesas,
Harán por fuerza [ra.

REY.

Vuéltonos has el cuerpo al alma.
Si este diamante valiera,
Don Manrique, seis ciudades,

Y todo un reino esta piedra,
Fuera, como ahora es, tuyo.

DON MANRIQUE.

Beso los piés de tu alteza.

REY.

Mañana escribo la carta.
Vengan las postas.

DON MANRIQUE.

No creas

Que te ha dañado el casarse,
Para lo que ahora intentas.

REY.

Vamos; que me da cuidado
Que me eche menos la Reina.

DON MANRIQUE.

Con el primer punto suelto,
No hay brio en mujer ni en media.

REY.

¡Ay Sol! ¿que es fuerza
Que tú me olvides y que yo te quiera?
(*Vanse.*)

Salon del alcázar de Burgos.

ESCENA VI.

MADAMA LEONOR, DOÑA ELVIRA.

LEONOR.

¿No dicen que está en palacio?

DOÑA ELVIRA.

Si estará. Tu amor me admira.

LEONOR.

Quiero apriesa, doña Elvira,
O quiéreme el Rey de espacio.

DOÑA ELVIRA.

Como es tan grande el camino
De un casamiento, es muy loco
Quien no se va poco á poco.

LEONOR.

Como apriesa desatino.

DOÑA ELVIRA.

En seis días...

LEONOR.

Pues ¿quién duda
Que es mas furioso el rigor
En los principios de amor?
Después se templó ó se muda.

DOÑA ELVIRA.

Puede ser que su salud
Retire de vuestra alteza
Al Rey, y tanta belleza
Causa de á tanta inquietud.
No hagamos mas diligencia.
Por ventura está acostado.

LEONOR.

Jamás hombre enamorado
Se fué sin pedir licencia.

DOÑA ELVIRA.

Nunca los maridos son
Galanes tan prevenidos,
Porque los tiene dormidos
La segura posesion.
Ya en casa están, ya no están;
Tienen gusto y no lo tienen,
Porque cuando quieren vienen,
Y en no queriendo se van.
Hablo á vuestra alteza aquí
Con lenguaje de casada,
Y no de reina, obligada
De verla affigir así.

LEONOR.

¿No me pudiera avisar
De cualquier cosa que hiciera,
Para que yo no estuviera

Con la pena de esperar?
Cenó á las ocho, y son ya
Las cuatro.

DOÑA ELVIRA.

Las horas pasan
Por los que amando se abrasan,
Mas aprícase.

LEONOR.

¿Dónde está?

DOÑA ELVIRA.

Yo pienso que descansando.
No pienses tanto una cosa;
Que vendrás á ser celosa,
Y morir imaginando.
Llaman hijos del amor
Los celos, y son sus nietos;
Que por los mismos efetos
Se ve la causa mejor.
Amor la imaginacion
Engendra, y ella los celos;
El amor es de los cielos,
Y ellos del infierno son.

LEONOR.

Vuelve á llamar, doña Elvira,
Los músicos.

DOÑA ELVIRA.

Bien harás
En divertirte, y podrás,
Porque ya el alba nos mira. (*Vase.*)

ESCENA VII.

LEONOR.

Amor, amor, ¿por qué te llaman gloria,
Siendo forzoso, amando, el mas querido
Vivir con celos y temer olvido,
Afrentoso blason de tu vitoria?
Entras á los principios de tu historia
Con dulcísimos pasos al sentido;
Mas, el estilo del hablar perdido,
A la mitad ofendes la memoria.
¡Oh, qué duro capítulo los celos,
Y aquel imaginar ajenos gustos,
Quitando á la verdad confusos velos!
Y si se han de temer, justos ó injustos,
Vuélvete, amor, tus gustos á tus cielos;
Que no quiero tu bien por tus disgustos.

ESCENA VIII.

DOÑA ELVIRA, músicos. — LEONOR.

DOÑA ELVIRA.

Los músicos han venido;
Y mas, que tienen templado.

LEONOR.

No dudas que han acertado,
Y que mi ventura ha sido;
Que á un inquieto corazon
Oír templar un instrumento
Es darle mayor tormento
Y doblarle la pasion.—
Cantad algo, si sabeis,
De celos.

UN MÚSICO.

Quien no lo sabe
No sabe de amor.

LEONOR.

Sea grave.

(*Ap. ¡Ay celos! ¿qué me queréis?*)
(*Siéntanse las damas, y cantan los músicos.*)

MÚSICOS.

Ahora sabréis de celos, corazon;
Que si pensáis que son celos,
Infiernos del alma son.

COMEDIAS ESCOGIDAS DE LOPE DE VEGA CARPIO.

ESCENA IX.

EL REY, DON PEDRO, DON MANRIQUE. — DICHOS.

REY.

¡Música ahora!

DOÑA ELVIRA.

El Rey viene.

REY.

¿Qué es esto, señora mía?

LEONOR.

Esperaros hasta el día
La que sin vos no le tiene.

REY.

¿Que no os habeis acostado?

LEONOR.

Sin vos ¿cómo?

DON PEDRO.

¡Extraño amor!

(Ap. Yo pienso que esta Leonor
Mas viste azul que leonado.)

REY.

Como el alba hermosa y pura,
Con música amanecemos.

LEONOR.

Noche soy; que me teneis
Con tan larga ausencia oscura.
Dorad con nuevo arrebol
Nubes de agua engendradoras,
Pues en venir á estas horas
Teneis condicion de sol.

REY.

Cuando lo fuera, por Dios,
Que muy nuevo lo parezco,
Si en dos albas amanezco,
Que son la del cielo y vos.
Dos albas y dos orientes,
En las Indias y en España.
El sol dora y acompaña;
Pero en cielos diferentes.
Mal puedo en el vuestro solo
Lo que él en dos cielos hace.

LEONOR.

Acostáos, mi bien; que nace
Con envidia vuestra Apolo;
Que habeis venido cansado.

REY. (Ap. á don Pedro.)

¿Quién le ha dicho donde fui?

DON PEDRO.

Si no ha enviado tras tí,
Nadie puede haberla hablado.

REY.

Mi bien, yo fui á ese lugar
De noche, porque temía
Al sol; que el sol me podía
En cuatro leguas matar.
Fui, pensando ser padrino
De una dama de un privado
Que tengo, y llegué cansado;
No os di cuenta, porque vino
Tarde el aviso. (Ap. Por Dios,
Que la verdad le confieso
Porque se temple con eso,
Y descansen los dos;
Que no hay gusto como hablar
Del agravio al agraviado,
Cuando él está descuidado
De que le puede agraviar.)
Pero fué tan encubierto,
Que pienso que me han burlado,
Porque ya estaba acabado
Cuando yo supe el concierto.
Venid conmigo, y creed
Que aunque de noche, estoy loco
Del sol, con darme tan poco;
Mas aunque tenga á merced

Y á favor y á cortesía
El no os haber acostado.
Creedme que me ha pesado
Que me aguardéis hasta el día.
Yo me entro. — Adios, caballeros. (Vase.)

ESCENA X.

LEONOR, DOÑA ELVIRA, DON MANRIQUE, DON PEDRO, músicos.

DON MANRIQUE. (Ap. á don Pedro.)

Enfado lleva.

DON PEDRO.

Notable.

DOÑA ELVIRA. (Ap. á la Reina.)

¿Quieres que á uno destos hable?

LEONOR.

¿Cómo?

DOÑA ELVIRA.

Los dias primeros
Dió en servirme, y me ha mostrado
Amor.

LEONOR.

Pues háblale, y sabe
Dónde fué el Rey.

(Vanse la Reina y los músicos.)

ESCENA XI.

DOÑA ELVIRA, DON PEDRO, DON MANRIQUE.

DON PEDRO. (Ap. á don Manrique.)

Hoy la have,
Don Manrique, el Rey me ha dado;
Mirad si importa agradar
A los reyes en su gusto.

DON MANRIQUE.

Fuera de que hacello es justo,
Es camino de medrar.

DOÑA ELVIRA.

Con vuestra licencia, quiero
A don Pedro hablar.

DON MANRIQUE.

Señora,
Vos la teneis desde ahora.
En el corredor le espero;
Y mirad si hay otra cosa
En que os sirva esta merced.

DOÑA ELVIRA.

Que soy muy vuestra creed.
(Vase don Manrique.)

ESCENA XII.

DOÑA ELVIRA, DON PEDRO

DON PEDRO.

¿Qué mandais, Elvira hermosa?
¿Posible es que se ha ofrecido
En que os pueda servir yo?

DOÑA ELVIRA.

La Reina no los pidió,
Y yo á vos celos os pido.
¿Paréceos bien, es bien hecho
Que quien me ha dicho que soy
Su dueño, y por él me estoy
En lo mejor de su pecho,
Toda la noche galan
Ande por Búrgos perdido?
Pero sois recien venido,
Veros y hablaros querrán.
Teneis mil aficionadas
De la fama entre los moros,
Y de haber dado á los toros.
Estos dias mil lanzadas.
¿Quién ha sacado las galas

Que vos? Quién caballos? Quién,
Cuando las damas le ven
En las calles y en las salas,
Lleva tantas bendiciones,
Y en ellas tantos deseos?
Yo pensé que estos trofeos,
Vitorias, triunfos, blasones,
Eran míos desde el día
Que me pedistes licencia
Para servirme. Paciencia!
Sois hombre; la culpa es mía.

DON PEDRO.

¿Toda una noche, Señora?
Por mí no creais que fuera
De noche, donde no hubiera
De amanecerme esta aurora.
Para estar en el terrero
Hasta que el sol me llamara,
Si el vuestro me despertara
(Que es vuestra la luz que espero).
Toda la noche estuviera
Desvelado; no por ver
La mas hermosa mujer
Que en toda Búrgos hubiera.
Sacóme el Rey, fui con él
A la aldea que él contó;
Que cierto sol le llevó,
Que nunca amanece en él;
Y es porque en otro anochece,
Con quien está desposada.

DOÑA ELVIRA.

Mentira tan bien formada
Algun crédito merece.

DON PEDRO.

No tenga de vida un hora
Si no es el Rey el galan,
Y si á otros negocios van
Mis pensamientos, Señora.
Y aun los suyos son en vano,
Y será su intencion vana;
Que es de don Inigo hermana,
Que llaman el Castellano,
Hombre de tanto valor,
Que aun el Rey no le hace ofensa.

DOÑA ELVIRA.

Pues ¿qué es lo que Alfonso piensa
Con ese imposible amor?

DON PEDRO.

Mocedades.

DOÑA ELVIRA.

Pues ¿ahora
Es tiempo de mocedades?

DON PEDRO.

Nunca con las majestades
Me pongo en puntos, Señora.
Yo te he dicho la verdad;
Y te suplico no creas,
Si hacermé merced deseas,
Ofensa en mi voluntad,
Que es la que en mi pecho reina.

DOÑA ELVIRA.

Tu mismo valor me abona.
Don Pedro, adios, y perdona;
Que está esperando la Reina.

DON PEDRO.

Dame un favor.

DOÑA ELVIRA.

Mi deseo

Y esta cinta.

DON PEDRO.

¿Aun eso mas?

Esta noche la verás
En las plumas del torneo.

(Vanse.)

Sala en casa de don Íñigo, en la aldea.

ESCENA XIII.

DOÑA SOL, DON ÍÑIGO, DON ÁLVARO.

DOÑA SOL.

¿Carta teneis? ¡Brava cosa!

DON ÍÑIGO.

En la iglesia me la dió
Un hidalgo que envió,
Su montero de Espinosa;
Y quiero albricias pedirlos
De la parte que os alcanza.

DON ÁLVARO.

Si no acetais la esperanza
Y el deseo de serviros,
Mi mayorazgo tomad,
Sapuesto que todo es poco.
Ya por la parte que os toco
Me ha honrado su majestad?

DON ÍÑIGO.

Por lo que vos mereceis,
Señor don Álvaro, es llano;
Que no porque sois mi hermano.

DON ÁLVARO.

Vos lo que gano sabeis.

DOÑA SOL.

Dejemos los cumplimientos,
Y esa carta nos leed.

DON ÍÑIGO.

Aun no iguala la merced
A vuestros merecimientos.

(Lee.) «He sentido, como es razon,
que no me hayais dado parte del casa-
miento de vuestra hermana, sabiendo
cuán á mi cuenta estaba honraros; pero
para que entendais lo que va del amor
del señor al del criado, hago á don Álvaro,
vuestro cuñado, mi camarero ma-
yor, así por sus méritos como por sa-
tisfacer vuestros servicios; y pues yo
pongo casa, es razon tenga cerca de mi
persona tales caballeros en ella: á quien
doy el paraben.—Dios os guarde.—El
Rey.»

DON ÁLVARO.

¿Qué decis?

DON ÍÑIGO.

Esto que digo.

DON ÁLVARO.

¡Yo camarero mayor!

DON ÍÑIGO.

Basta; que el Rey, mi señor,
Es bueno para enemigo.
Nunca, estando muy contento,
Mis servicios ha pagado;
Y ahora, estando enojado
Del secreto casamiento
(En que conozco que erré,
Pues licencia no pedí),
Nos ha honrado á vos y á mí.

DON ÁLVARO.

Sol, ¿qué es aquesto?

DOÑA SOL.

No sé.

Servicios son de mi hermano,
Que los ha pasado en vos
Por enojos de los dos.

DON ÍÑIGO. (Ap.)

¿Qué intenta el rey castellano?
¿Qué es esto? Mas ¿que me estoy
Deshaciendo? ¿Qué he de hacer?
De don Álvaro es mujer;
Ni es mía ni suyo soy.
La sangre que mía tenía,
Y de mi padre heredó,
Su marido la cobró,

De su desposorio el día.
Y por dicha yo me engaño;
Que el Rey trocará el amor
En virtud; que es gran señor,
Y no puede hacer gran daño.
Y algo se ha de confiar
De una mujer tan discreta.
La virtud no está sujeta
Ni á la tierra ni á la mar
Ni á todo el poder humano.
Esta es mujer virtuosa,
Que al furor de ser hermosa
Lleva la rienda en la mano.

DOÑA SOL.

Mirad, Conde, qué ha de hacer
Don Álvaro.

DON ÍÑIGO.

Hermana mía,
Partirse este mismo día
Con vos, que sois su mujer,
Y besar al Rey la mano.

DOÑA SOL.

¿Y después?

DON ÍÑIGO.

Servir después;
Que es el mayor interés
De un hidalgo castellano.

DON ÁLVARO.

No sé dónde mi alegría
Puede caber en mi pecho.
El alma es corta, y estrecho
Mi valor; la sangre mía
No alcanza; mi entendimiento
Ciega mi vista; mi lengua
Teme de caer en mengua
En tanto encarecimiento.
Sola mi memoria pueda
Tener la que es justa ley,
Pues de servir á mi rey
Tanta memoria me queda.
(*Hablan bajo don Álvaro y don Íñigo.*)

DOÑA SOL. (Ap.)

¡Ay, cómo me dice el alma,
Alfonso, que son fingidas
Estas honras mal nacidas,
Que ponen la nuestra en calma!
No llamas sin ocasion
A don Álvaro á tu casa;
Si el Conde por esto pasa,
Bárbaros los hombres son.
¡Ay mi bien! temo tu muerte.
No te llaman á servir;
¡Si te llaman á morir!
Desdichada fué mi suerte.
Querrá el Rey quitar tu vida
De enmedio de su deseo;
Y será mayor rodeo
De su esperanza perdida.
Vive tú, que has de vivir
En mi alma eternamente,
Si estuviere de ti ausente,
Y no pudiese morir.
¡Si le diré lo que pasa?
No; que es fuerza obedecer
Al Rey, pues no puede hacer
Menos que entrar en su casa.
Pues callar, ¿qué crueldad!
Pero ¿qué crueldad mayor
Que anticipar deshonor
A una inocente lealtad?
Vamos; que yo haré de suerte,
Pidiendo remedio á Dios,
Que sea igual en los dos,
Como la vida, la muerte.
DON ÁLVARO.
¡Iré bien desta manera?
DON ÍÑIGO.
Iréis por extremo bien,
Y podéis llevar también

La carroza y la litera
Que de Toledo traía,
Y algunos de mis criados.

DON ÁLVARO.

Vuestros servicios pasados
Fueron mi dote este día.
Vamos, Sol; que ya tenemos
Concertada la partida,
Porque el alma agradecida
A tan gran señor mostremos.
Bien estaba conocido
Que á quien á tal sol llegara,
Cualquiera rey estimara
Como de Alfonso lo he sido.
Dirá quien ve lo que pasa,
Que así á levantarme prueba,
Y de junto al sol me lleva
Para servirle en su casa.
Vamos, y ponéos gallarda,
Porque el Rey eche de ver
Que supe elegir mujer,
Y qué camarero aguarda.

DOÑA SOL.

Ha dicho mi hermano ya
Cómo habeis de entrar, Señor?

DON ÍÑIGO.

Que sea presto es mejor,
Y antes que se sepa allá,
Para no dar ocasion
A tantos deudos y amigos,
Ni á tantos falsos testigos
De mi perdida opinion.

DOÑA SOL.

Vamos; que ya no hay en mi
Voluntad; vuestra es: partamos.

DON ÁLVARO.

Gran señor á servir vamos.
(*Vanse don Íñigo y don Álvaro.*)

ESCENA XIV.

DOÑA SOL.

¿Qué alegre parte! ¡Ay de tí!
Mil veces me manda amor
Decir lo que el Rey intenta;
Pero es linaje de afrenta
Probar á nadie el valor.
Donde hay amistad jurada,
Por ver lo que el otro piensa,
No se ha de decir la ofensa.
Ni se ha de probar la espada.
Callar tengo prometido
Cuanto pueda suceder:
Seré la primer mujer
Discreta con su marido.

Salon del alcázar de Burgos.

ESCENA XV.

LEONOR, DOÑA ELVIRA.

LEONOR.

Extremada vida es esta;
Pero no hay de qué me espante
Que á la noche se levante
Quien salido el sol se acuesta.
¿Es hoy, Elvira, el torneo?

DOÑA ELVIRA.

No, Señora; que ha dormido
El Rey como quien ha sido
Galan sobre tal deseo.
Pagado te ha con el día
Lo que la noche faltó.

LEONOR.

Si el Rey, Elvira, pagó,
Señal es que me debía
Amores.

DOÑA ELVIRA.
Debia, bien dices.
LEONOR.
De mi ofensa es lo que digo.
DOÑA ELVIRA.
Sí; pero con el castigo
Del agravio te desdices.
¿Qué es tanto tiempo tener
En los brazos al que agravia?

LEONOR.
Es venganza en mujer sabia,
Cuando es la propia mujer;
Que si aborrece el marido,
¿Qué castigo ni qué lazos
Como tener en los brazos
Lo que tiene aborrecido?

DOÑA ELVIRA.
De cualquier manera acierta
La que le regala en ellos;
Que no se alcanza sin ellos
Lo que en ellos se concierta.
Retirarse con los celos
Y dividir el estado,
Es libertad del casado,
Y de la casada duelos;
Que ella en soledad le llora,
Y él se alegra en compañía.

LEONOR.
Llegarse á quien se desvia
Mucho del amor, desdora.
Tibieza en Alfonso, Elvira,
Tan al principio, no es bueno.
O vino á mi pecho ajeno,
U otra causa le retira.
Ya se duerme si le hablo,
Y tan helado se junta,
Que mil veces me pregunta
Una razon y un vocablo.
Pues quien no escucha en la cama
Donde hay tal silencio, Elvira,
O tiene amor con mentira,
O en otra parte la dama.
Trato estas cosas, amiga,
Como el alma de mi pecho.

DOÑA ELVIRA. (Ap.)
¿Posible es que á quien me ha hecho
Tanta merced, no le diga
La causa de su tristeza?
Desleal soy.

LEONOR.
¿Qué decias?
DOÑA ELVIRA.
Que pongas, Señora, espías
Estos dias á su alteza,
Porque ha dado en ser galán
De una recién desposada.

LEONOR.
¿Por tu vida?
DOÑA ELVIRA.
Todo es nada.
Muy en el principio están;
Mas será bien atajalle.

LEONOR.
¿Quién es?
DOÑA ELVIRA.
Doña Sol se llama,
Hermosa y bizarra dama,
De divino rostro y talle.
Yo veré tu discrecion
Si disimulas.

LEONOR.
¿De quién
Sabes que la quiere bien?
DOÑA ELVIRA.
La mas sutil invention
Que pudiera imaginarse
Hice á don Pedro de Lara.

LEONOR.
Si él lo ha dicho, cosa es clara.
¿Cómo podrá remediarse?
DOÑA ELVIRA.
Mostrándole al Rey amor;
Que tú gozas y él desea.
Pero no has de hacer que orea
Flaqueza de tu valor.

LEONOR.
¿Cómo?
DOÑA ELVIRA.
En dársele á entender;
Que en viendo mujer celosa,
No hay para los hombres cosa,
Y mas si es propia mujer,
Que los desatine tanto,
Y obligue á cualquier desprecio.

LEONOR.
Amor con celos es necio.
De que ya callo me espanto.
DOÑA ELVIRA.
Pues cuéntate por perdida.

LEONOR.
¿Es esa la del aldea?
DOÑA ELVIRA.
¿Cuál otra quieres que sea?

LEONOR.
Pues ya estamos de partida:
Quedarase en Burgos ella,
Y iréme á Toledo yo;
Y ¿cuál hombre se ausentó,
Que no olvide á la mas bella?
DOÑA ELVIRA.
Esa verdad te concedo.
Si á cortes quiere llamar
El Rey, cuando quiera hablar
Burgos, hablará Toledo.

LEONOR.
¿Oh qué contento me has dado!

ESCENA XVI.

EL REY, DON PEDRO. — DICHAS.

REY. (Ap. á don Pedro.)
¿Que don Álvaro ha venido?
DON PEDRO.
Toda su casa ha traído.
REY.
¿De quién viene acompañado?
DON PEDRO.
El Conde viene con él.
REY.
La Reina, Pedro, está aquí.

DON PEDRO.
¿Qué puede entender de mí?
Bien sabes que soy fiel.
LEONOR.
Señor mío...

REY.
¿Oh mi señora!
LEONOR.
¿Cómo os hallais?
REY.
Como quien
Tiene en vos todo su bien.
(Ap. Digo, en la que viene ahora.)

LEONOR.
¿Habeis descansado?
REY.
Sí;
Que el alma en vos descansó.
(Ap. ¡Igual descansara yo
En esta que viene aquí!)

LEONOR.
¿Cómo os va?
REY.
Como con vos,
Que sois mi sol y mi esfera.
(Ap. Miento; que mejor me fuera
Con la que viene, por Dios.)

LEONOR.
Gran merced de vos recibo.
Sois mi luz.

REY.
Vos sois mi estrella.
(Ap. ¡Oh si llegara ya aquella
Por quien estoy muerto y vivo!)
LEONOR. (Ap. á don Elvira.)
¿Voy bien?

DOÑA ELVIRA.
Es el propio modo.
Vencerásle.

LEONOR.
No lo creo.
REY. (Ap.)
Si tarda el bien que deseo,
Declararéme del todo.

ESCENA XVII.

DON MANRIQUE. — DICHOS.

DON MANRIQUE.
Don Íñigo el conde pide
A vuestra alteza licencia.
REY. (Ap. á don Pedro.)
¿Que topase en la presencia
De la Reina!

DON PEDRO.
¿Qué te impide?
DON MANRIQUE.
Tu camarero mayor
Viene con él.

LEONOR.
¿Habeis hecho
Camarero?

REY.
Satisfecho
De la nobleza y valor
De un caballero asturiano,
Deudo del rey de Leon
Y mío, por ocasion
De ser Íñigo su hermano...
Digo, que le dió su hermana
Doña Sol en casamiento...
Y por ver en este intento
La nobleza castellana,
Hice, Señora, eleccion
De don Alvaro Lain,
Que es benemérito, al fin,
Entre muchos que lo son.

LEONOR.
¿Es esta Sol, doña Elvira, (Ap. á ella.)
La que dices?

DOÑA ELVIRA.
Sí, Señora.
LEONOR.

Luego ¿irá á Toledo ahora?
DOÑA ELVIRA.
Lo que te he avisado mira.
LEONOR. (Ap.)
¡Triste de mí! muerta soy.

ESCENA XVIII.

DON ÍÑIGO, DON ÁLVARO, DOÑA SOL, ACOMPAÑAMIENTO. — DICHOS.

DOÑA SOL. (Ap.)
¡Qué turbada

¡Faltan un verso y un hemistiquio.

De verme en palacio estoy!

DON ÍFICO.

Dadme, Señor, esas manos.

DON ÁLVARO.

Y á mí esos pies, gran Señor.

REY.

Mi camarero mayor,
Alzad.

DOÑA ELVIRA. (Ap.)

¡Ay consejos vanos!

LEONOR. (Ap. á doña Elvira.)

¡Esto tengo de sufrir?

DOÑA ELVIRA.

Señora, haz pecho español.

REY.

Reina, haced sentar á Sol.

DOÑA SOL.

Señor, yo os vengo á servir.

LEONOR.

Sentáos, Sol.

REY.

Sol, sentáos;

La Reina lo quiere así.

LEONOR. (Ap.)

Basta; que estamos aquí

Celos y amor en sarao.

REY.

A don Alvaro cubriera,

Íñigo, á no ser criado:

Mucho en verle me he pagado.

DON ÍFICO.

Señor, quisiera que fuera

El mayor César del mundo,

Porque tuviera valor

Para servirlos, Señor

Pero en su lealtad lo fundo.

No es muy rico caballero;

Pero su antigua nobleza

Sangre ha dado á vuestra alteza.

REY.

Darle con que viva espero.

Sea, Sol, para bien vuestro

El casamiento.

DOÑA SOL.

Señor,

Vos solo tenéis valor,

Vos solo sois el bien nuestro.

REY.

Reina, daldá el parablen.

Sol mereca que la honreis.

LEONOR.

Yo sé que el bien que tenéis,

Sol, es de todos el bien.

Gocéislos por muchos años.

DOÑA SOL.

Esos vuestra alteza viva,

Y mil coronas reciba

De otros mil reinos extraños.

REY.

Aposenten en mi casa

A don Alvaro.

LEONOR. (Ap.)

Esto es hecho;

Si la lengua calla, el pecho

Hoy como Troya se abraza.

Irre es mejor.

(Levántase.)

REY.

¿Dónde vais?

LEONOR.

No basta para visita

De criados?

DON PEDRO. (Ap.)

¿Qué le incita?

REY.

Muy bien venidos seáis.

L-L

Voy á acompañar la Reina;
Vedme después.

DON ÍFICO. (Ap.)

Tiemblo.

DOÑA SOL. (Ap.)

Temo.

LEONOR. (Ap.)

Yo me abraso.

REY. (Ap.)

Yo me quemó.

LEONOR. (Ap.)

Celos viven.

REY. (Ap.)

Amor reina.

(Vanse los reyes.)

DON ÍFICO.

Vamos, Sol.

DON ÁLVARO.

Contento estoy.

(Vanse doña Sol, don Ífigo y don Álvaro.)

DON MANRIQUE.

El Rey se abraza.

DON PEDRO.

A Sol mira.

DON MANRIQUE.

¿Qué os ha dicho doña Elvira?

DON PEDRO.

Que muy en su gracia estoy.

DON MANRIQUE.

Bella es Sol.

DON PEDRO.

De un ángel copia.

DON MANRIQUE.

Mucho temo que este sol

A nuestro rey español

Nos le ha de hacer de Etiopía.

ACTO TERCERO.

Salon del alcázar de Toledo.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, DON PEDRO.

DON PEDRO.

Pues Hércules sujetó

Las estúpidas aves,

Y pues Jason en las naves

El mar furioso allanó;

Pues á la sierpe Lerneá,

El fiero toro y dragon

Trajo á humilde sujecion,

¿Qué habrá que imposible sea?

Los griegos con sus engaños,

Por aquella hurtada joya,

Rindieron la antigua Troya

Con paciencia de diez años.

A la corriente Letea

De Orfeo detuvo el son;

Jérjes abrió el monte Aton:

¿Qué habrá que imposible sea?

En el romano teatro

Conoció un león á un hombre;

De Semíramis el nombre

Rompí los muros de Babilonia;

A Jason venció Medea,

A Aníbal venció Sagunto,

Alejandro al mundo junto:

¿Qué habrá que imposible sea?

REY.

A Penélope no pudo,

En ausencia de veinte años,

Vencer amor con engaños.
Porque es cobarde y desmido;
Apolo á Dafne Penea,
A Porcia el cónsul Octavio,
Uno solo y otro sabio:
¿Qué habrá que posible sea?
Díose Sofronia la muerte,
Huyendo al príncipe Decio;
Hizo Baldraca desprecio
De Oton, de la misma suerte;
Viendo que el padre la emplea
En hombre que no la amó,
Fara llorando cegó:
¿Qué habrá que posible sea?
Si Dula con una toca
Se dejó matar primero;
Si á Hipólito en el mar fiero
Le despedazó la foca,
Y si Espurina se afea
El rostro con mil heridas,
Y se quitara mil vidas,
¿Qué habrá que posible sea?
Si Ciane y Medulina
A sus padres degollaron,
Porque, ciegos, las gozaron,
Del vino, que á amor inclina;
Si no pudo Estenobea
Vencer á Belerofon,
Ni aquel romano á Damon,
¿Qué habrá que posible sea?

DON PEDRO.

Verdad es que tu paciencia,
Gran Señor, tiene la culpa,
Aunque es bastante disculpa
Una honrada resistencia.
Un año y mas, desde el día
Que en la gran Toledo entraste,
Vencer á Sol procuraste
Con el ruego y la porfía;
Y con ser verdad así
Que dos solsticios pasó,
Nunca este sol acabó
De querer hacerle en tí.
En los ejemplos que das,
Con que su alabanza intentas,
Griegas y romanas cuentas;
Pero españolas jamás
A príncipes poderosos
Hicieron ese holocausto
De sus vidas: por un casto
Ballarás dos mil viciosos.

REY.

Don Pedro, ya tuvo hermana
Algun castellano rey,
Que á un bárbaro de otra ley
La dió con fuerza tirana;
Y resistiendo al marido,
Que bajase, mereció,
Del cielo un ángel, que dió
Temor al moro atrevido.
Ni menos merece gloria
Por sus mujeres España;
Que hay muchas, como esta hazas,
Dignas de eterna memoria.
Mas cuando ninguna hubiera,
Doña Sol sola bastara
Para que Roma callara
Y Atenas enmudeciera.
Yo muero al cabo de un año
Que la vi, y de suerte muero,
Don Pedro, que mas la quiero
Mientras mas me desengaña.
Mi camarero mayor
Hice á un montañés bidalgo,
Que si me ha servido en algo
Y merece mi favor,
Otros en la fiera guerra
Del rey de Leon, mi tío,
A quien debo el reino mío
Y posesion desta tierra,
Y aun la vida, que pequeño

Niño quitarme intentó,
Hallara mas dignos yo,
Y menos amor enseño:
Todo á efeto de obligar
A una mujer, y no puedo.

DON PEDRO.

Mas presto pudo á Toledo
Otro Alfonso conquistar,
Con ser tal su fortaleza.

REY.

¿Qué causa puede tener
Igualar esta mujer
La crueldad y la belleza?

DON PEDRO.

La que te he dicho mil veces:
Querer tanto á su marido,
Pues no le pone en olvido
Lo mucho que tú mereces.

REY.

¿Será ausentarle de aquí
Algun remedio?

DON PEDRO.

Ninguno.

REY.

¿Pues no ha de haber, Pedro, alguno
Para dolerse de mí?
¿Ha de morir un rey vuestro
A manos de la hermosura
De una mujer, que es tan dura,
Como en mis desdichas muestro?

DON PEDRO.

Si tú pudieras poner
En peligro de la vida
A don Alvaro, rendida
Vieras su esquivia mujer;
Que es cierto que por libralle,
Aventurara su honor á;
Y así, prendelle es mejor
Que no intentar ausentalle.
Sabe Dios lo que me pesa
De ayudarte en este engaño;
Pero considero el daño
De no salir con tu empresa;
Que eres mi rey en efeto.

REY.

¿Con qué causa podré yo
Prendelle, si no la dió
En público ni en secreto?
¿Enviarle en es mejor,
Como David hizo á Urias?...
DON PEDRO.

Mucho, Señor, te desvias
De la luz de tu valor.
No quedó ese ejemplo escrito
Para darte esa advertencia;
Imita su penitencia,
Y no imites su delito.

REY.

Pues ¿qué industria me darás
Para prendelle?

DON PEDRO.

Vestir
Dos moros, que han de venir
Cuando tú en consejo estás
En otra ocasión y día,
Con una carta imitada,
Que Almanzor, rey de Granada,
Has de decir que te envía;
Y con ella otra también,
Que de don Alvaro tenga
Firma falsa, y que contenga
Una traición.

REY.

Dices bien.

DON PEDRO.

Con esta le prenderás,
Y al querer darle la muerte,
Vendrá doña Sol de suerte,

Que quizá la eclipsarás.
Sabe Dios que estoy corrido
De aconsejarte tan mal;
Mas veo á mi rey mortal,
Enfermo, loco y perdido,
Y procuro su salud.

REY.

¡Ay Pedro! no digas eso,
Tu lealtad, tu amor confieso,
Tu piedad y tu virtud.
Eres mi amparo; no pares,
Pues ves que ayuda me das.

DON PEDRO.

Como esas cosas verás
Mientras á Sol no gozares;
Mas dame tú que te ame
Y que pase amor por tí,
Que luego dirás de mí
Que he sido tercero infame.

REY.

Pedro, bien puedo decir
Que es de poco entendimiento
Quien castiga el pensamiento
Y ofende lo por venir.
Vete á vestir esos moros,
Finge esas cartas, y luego
Saquea, rompe y pon fuego
A mi riqueza y tesoros.
Tú no eres el cauteloso,
Sino el que me da remedio;
Tú eres la virtud en medio,
Y yo el extremo vicioso.
Así agradezco tu celo,
Que cuando falte á tu amor,
Muerca á manos de un traidor.

DON PEDRO.

Que vivas le pido al cielo.
Aquí aguarda; que en un punto
Verás los moros y el pliego.

REY.

Vén presto.

DON PEDRO.

Haz cuenta que llego
Al bien que pretendes junto. (Vase.)

ESCENA II.

EL REY.

¿Quién es amor? Infierno de la vida.
¿De quién nace? Del ciego atrevimiento.
¿De qué vive? El favor es su alimento.
¿Qué fuerza tiene? Estar al alma asida.
¿Da muerte amor? Amor es homicida.
¿Da vida amor? Mezclada con tormento.
¿Dónde asiste? En el ciego entendimiento.
Pues ¿algo tiene amor? Gloria fingida.
¿Qué tiene bueno amor? Algun secreto.
Todo lo vence amor, griegos y godos.
Nadie se escapa, el mundo está sujeto.
¿Con qué engaña el amor? De varios
[modos].
¿Oh amor! vuelve por tí; dime, ¿á qué
[efeto]
Todos te infaman y te buscan todos?

ESCENA III.

LEONOR. — EL REY.

LEONOR.

¿Cómo se halla vuestra alteza?

REY.

Mejor, mi bien, me he sentido.

LEONOR.

¿Durmí bien?

REY.

Bien he dormido.
Duéleme algo la cabeza,
Y entretenerme querria.

LEONOR.

Como tanto al sol andais,
¿Qué mucho que la tengais
Indispuesta cada día!

REY.

(Ap. Algo madama Leonor
De doña Sol ha sabido.)
Poco, Señora, he salido
Al sol... Mas diré mejor
Que al sol de vuestra belleza
Tanto me suelo poner,
Que de eso podría ser
El dolerme la cabeza.

LEONOR.

No es mi sol el que os ofende,
Que ese apenas os calienta;
Otro mas bajo lo intenta,
Y mas sobre vos se extiende;
Que como tan bajo está,
Alcanza mas á ofenderos;
Que mal puede daño haceros
El que por alto se va.

REY.

Si es bajo, asegúroos yo
Que no os ofenda una tilde,
Ni ofende sol que es humilde
Rey que el vuestro mereció.

LEONOR.

Quejaisos de la cabeza,
Y por eso habia pensado
Que es de andar asoleado.

REY.

Engañóse vuestra alteza;
Que aunque es el tiempo en sus leyes
Igual, mas son las calores
Del sol para labradores
Que para frente de reyes.
Y esto está bien hasta aquí,
Si no es desafío español
Porque nos partan el sol.

LEONOR.

Gran parte me toca á mí,
Aunque me juzgais ajena,
Del sol que hiere á los dos,
Porque, aunque os abrasa á vos,
Soy yo quien siente la pena.

ESCENA IV.

DON ÍÑIGO, DON ÁLVARO. — DICHO.

DON ÍÑIGO.

Los caballos han llegado
Que envía el rey cordobés,
Y de todos ellos es
El mas gallardo el melado.
De telas de plata finas
Las cubiertas con mil franjas,
Y de hechuras de naranjas
Borlas á las cuatro esquinas.
Verlos podrá vuestra alteza
Desde aqueste corredor.

REY.

El moro muestra valor
Y agradecida nobleza.
¿Son los doce que me escribe?

DON ÍÑIGO.

Sí, Señor.

REY.

Dad el melado
A don Álvaro.

DON ÁLVARO.

Obligado
Queda el que de tí recibe
Caballo de tanta estima,
A emplealle en una hazaña.

LEONOR. (Ap.)

¿Con qué lisonjas le engaña!
Con qué favores le anima!

¡Pobre marido, inocente
De la traición deste ingrato!
Mas quiero hablar con recato;
Que quien ama luego siente
A quien de su amor mormura.

REY.

Bien está empleado en vos,
Pues que conmigo, por Dios,
Teneis la opinión segura.

DON ÁLVARO.

A la merced que me haceis
Quede Íñigo obligado,
Como fiador abonado
De que pagado seréis;
Que yo no basto por mí,
Siendo la misma humildad.

REY.

Yo os tengo gran voluntad.

ESCENA V.

DON PEDRO, DON MANRIQUE.—LOS
REYES, DON ÍÑIGO, DON ÁLVARO.

DON PEDRO.

Dos moros están aquí.

REY.

¡Son, Pedro, los que han traído
De Córdoba los caballos?
Porque luego saldré á hablallos.

DON PEDRO.

Eso, Señor, no he sabido.
Estos de Granada son,
Y traen cartas de su rey.

REY.

Aunque de diversa ley
Y de bárbara nación,
En fin son embajadores.
Dadnos sillas, y entren luego.—
Y que los oigais os ruego. *(A la Reina.)*

LEONOR.

Hacedme dos mil favores.

ESCENA VI.

VIVAR Y ORDOÑO, *vestidos de moros.*
— DICHOS.

VIVAR.

Alfonso, que guarde el cielo
Para bien de tus cristianos,
Después de besar tus manos...

REY.

Alzáos, amigos, del suelo.

VIVAR.

El granadino Almanzor...

REY.

Tomad asiento primero.—
¡Que bien finge el escudero!
(Ap. á don Pedro.)

DON PEDRO.

Es otro Ulises, Señor.

VIVAR.

Aqueste pliego te envía.

REY.

¡Teneis algo que tratar?

VIVAR.

Engrandecer y alabar
Tu grandeza y cortesía,
Y decirte que apercibe
Para tu esposa un presente,
Que hasta el fénix del oriente,
Que solo en el mundo vive,
Pienso que en él te previene
Entre tantas cosas raras.

(Lee para él el Rey.)

DON PEDRO.

Gran Señor, ¿en qué reparas?

DON ÍÑIGO. *(Ap.)*

Misterio la carta tiene.

LEONOR.

Señor, ¿de qué os alterais?

REY.

Don Álvaro...

DON ÁLVARO.

Gran Señor...

REY.

¿Tú le has escrito á Almanzor?

DON ÁLVARO.

Pues ¿eso me preguntais?

REY.

Almanzor me escribe aquí
Esta carta...

DON ÁLVARO.

Movimiento

Ni primero pensamiento

Tuve de escribirle.

REY.

¿Ansí?

DON ÁLVARO.

Sí, Señor. Yo ¿para qué
Tengo de escribir á un moro?

REY.

Lee esta carta.

(Don Álvaro la mira.)

DON ÁLVARO.

El Dios que adoro

Y de quien vivo en su fe,
Como cristiano primero,
Y luego como quien soy,
Mandé á la muerte que hoy
Me llegue al punto postrero,
Si tal escribí, ni puedo
Imaginar lo que sea.

REY. *(Leyendo otra carta.)*

¿Es posible que se crea
De un cristiano tal enredo?
¡Qué es lo que mis ojos ven!

DON ÍÑIGO.

Señor, ¿mi cuñado escribe
Al rey Almanzor?

REY.

No vive

Seguro aun quien hace bien.
Don Álvaro, ¿qué es aquesto?

DON ÁLVARO.

Pues ¿puedo yo saber?

DON ÍÑIGO. *(Ap.)*

¡Ah hermosura de mujer!
¡En cuánto daño me has puesto!
Todo viene por aquí.

REY.

Lee esa carta.

DON ÁLVARO.

Ya leo.

(Lee recio.) «Mil dias há que desco

»Que sepas mi amor de mí,
»Y llegando la ocasión,
»Verás si aquesto es verdad,
»Pues yo te guardo lealtad,
»Y tus vasallos traición.
»Don Álvaro, camarero
»Tuyo, esta carta me escribe.»
—Señor, el cielo me prive
De vida...

REY.

¡Oh mal caballero!

No prosigas; que esta carta
Tuya es, la firma es tuya.

DON PEDRO.

Muestra á ver. La letra es suya.
Ansí las líneas aparta.

DON MANRIQUE.

Suya parece, Señor.

DON ÍÑIGO.

A mí también. *(Ap. Esto es hecho.)*

DON ÁLVARO.

Mi letra habrá contrahecho
Y mi firma algun traidor.
Y á quien dijere que es mía,
Osaré decir que miente,
Y manda que lo sustente
En campo á tercero día.

REY.

Donde tu letra es testigo,
¡Traidor! en tu infame hazaña,
No importa el fuero de España,
Ni se ha de entender contigo.
—Llévadle preso.

DON ÁLVARO.

Señor,

Déjame siquiera ver
La carta.

DON ÍÑIGO. *(Ap.)*

¿Que puede ser

Que es don Álvaro traidor?
No lo creo.

VIVAR.

Un mensajero

Cristiano llegó á Granada
Con esta carta, sellada
De tu mismo camarero.
Si es este ó no, no lo sé.
Habló al Rey en gran secreto,
De que resultó el efeto
Que en tu presencia se ve.

REY.

Mira lo que dice el moro.

DON ÁLVARO.

Leeré la carta, Señor.
(Lee.) «Por otra, rey Almanzor,
»Que te ha dado Maniloro,
»Sabes que tengo deseo
»De dar á Alfonso la muerte,
»Y la corona ponerte
»Que en su indigna frente veo.
»Y espanta tu remisión,
»No sé si diga tu miedo.
»Pues llegar hasta Toledo
»Puedes en esta ocasión.
»El Rey alcalde me ha hecho
»Del alcázar; esta parte
»Puedo, en llegando, entregarle,
»Que es mas que entregarte el pecho
»Daré en rehenes, si quieres,
»A doña Sol, mi mujer...»
—; De qué me sirve leer,
Ni que tú á matarme esperes?
Esta es letra contrahecha.
Yo no la he escrito.

REY.

¡Traidor!

Para disculpar tu error
Ninguna cosa aprovecha.
¿Que os parece, Leonor mía,
Esta maldad?

LEONOR.

Que merece

Pasar por lo que este ofrece,
Quien de tales hombres fia.
¿Tú eres, caballero, infame
A tu rey? á quien te alzó
De la tierra?

DON ÁLVARO.

¿Que oiga yo

Que esto su alteza me llame,
Siendo la misma inocencia!
¡Ah invidia!

LEONOR.

Llévate luego.

DON ÍFICO.
Déjamele hablar, te ruego.
REY.
Habla; yo te doy licencia.

DON ÍFICO. (Ap. á don Álvaro.)
Don Álvaro, ya he caído
En la razón por que has hecho
Esta maldad, que es despecho
De haberte el rey ofendido.
Pero ¿qué importa su ofensa,
Si de parte de tu esposa
Casta, honesta y virtuosa,
Hay tan segura defensa?
Ella es un ángel, y ha hecho
Lo que pudo la romana
De mas valor; que es mi hermana,
Y soy alma de su pecho.
Soy Íñigo, que por honra
Me llaman el Castellano,
Y hermana de tal hermano
No puede hacer tal deshonra
Echaráslo bien de ver,
En que si te deshonrara,
Nunca el Rey te castigara
Respeto de tu mujer.

DON ÁLVARO.
¿Que el Rey pretende á mi esposa?
DON ÍFICO.

¿No lo sabías?
DON ÁLVARO.
No, hermano.
DON ÍFICO.

Mal hablé.
DON ÁLVARO.
No ha sido en vano
Esta traicion cautelosa.
Quitarle quiere la vida.

DON ÍFICO.
¿Qué arrepentido he quedado
De habértelo dicho!

DON ÁLVARO.
Has dado
Luz á un alma que, ofendida
De confusion, no acertaba
A salir de aqueste enredo.
Esa es la causa. ¿Que puedo
Hacer? Hoy mi vida acaba.
Sol, Íñigo, es virtuosa,
Yo lo sé; mas los casados
Son mil veces desdichados
Que tienen mujer hermosa.
Dame esos brazos, y di
A Sol que muero por ella;
Mas que me holgara de vella
Menos bella para mí.
Suelen los que aman decir
Que los mata, ó lo procura,
De su dama la hermosura,
Y todos suelen mentir;
Pero yo, aunque injusta ley,
Diré con verdad forzosa
Que por ser Sol tan hermosa,
Me ha dado la muerte un rey.

DON ÍFICO.
Hago testigo este llanto
Con que me has enternecido
(Porque en mi vida he sentido
Ninguna desdicha tanto),
Que ese día moriré;
Pero yo espero en el cielo
Que tendrá tu mal consuelo,
Pues que tu inocencia ve.
Muestra valor, pues lo tienes.

(Apártase de él.)
— Señor, mi hermano está aquí;
Y pues á pagarme así
Mis largos servicios vienes,
Corta á los dos las cabezas.

REY.
Vos no sois aquí culpado.
DON ÍFICO.
Antes yo la causa he dado:
Crearánlo vuestras altezas;
Porque si yo no tuviera
Lo que tuve por mi mal,
Nunca sucediera tal,
Ni don Álvaro muriera. (Vase llorando.)

LEONOR.
Llorando va.
REY.
No lo entiendo.
LEONOR.
Piadosa soy; yo me voy.

REY.
Por prender á Sol estoy.
LEONOR.
De que la prendais me ofendo.
No lo hagais, por vida mía.

REY.
Por vos la doy libertad;
Que á fe que desta maldad
Alguna parte tendria.

(Vase la Reina.)
—Id, Manrique, y en la torre
De Visagra le pondré.—
Moros, yo os haré merced;
Ya veis el tiempo que corre.
Venidme mañana á ver.

VIVAR.
Mahoma, Señor, te guarde.
(Vase Vivar y Ordoño.)
DON ÁLVARO. (Ap.)

Cuando el sol arde, hace alarde
De nubes para llover.
Sol, notable desventura
Me vino de conocerte.
¿Que el cuchillo de mi muerte
Se afilase en tu hermosura!
Mas, pues nos hemos amado,
Hagamos, Sol, una cosa:
Yo muero por ser tú hermosa,
Muere tú por ser yo honrado.
(Don Manrique se lleva á don Álvaro.)

ESCENA VII. EL REY, DON PEDRO.

DON PEDRO.
A compasion me mueve.
REY.
¿De qué modo
Puede moverte á compasion don Álvaro?
DON PEDRO.
No habiendo de morir, temblando quedo
El fin deste suceso; que es muy propio
De la mentira no tener salida
Sin mucho deshonor de quien la intenta.

REY.
Debajo de que todo va fundado
En que viva tu rey, ¿de qué te afliges?
DON PEDRO.

Quisiera que vivieras de otra suerte.
REY.
Consigase mi gusto, que estoy loco,
Y no repares en el fin; que nunca
Fué valiente jamás quien el fin mira.

DON PEDRO.
Por eso son los mas valientes locos,
Porqué no consideran la salida.

REY.
El Reyes preferido á cualquier súbdito.
DON PEDRO.
Al Rey conviene solo lo que es lícito.

REY.
Lícito es que viva un rey que muere.
DON PEDRO.
Excuse de morir el Rey, y viva.
REY.
Las pasiones del alma no le excusan?
DON PEDRO.
Luego ¿ya la razón no puede nada?
REY.
¿Qué puede la razón si está sujeta?
DON PEDRO.
No puede estar sujeto el albedrío.
REY.
¿Nunca has sabido tú lo que amor puede?
DON PEDRO.
Ya sé que puede amor lo que la ira
Y otras pasiones naturales nuestras,
Que se pueden sufrir y resistirse;
Pero ¿ay de quien se deja llevar dellas!

REY.
Pesado estás, habiéndome tú puesto
En aquesta invencion.
DON PEDRO.
Harto bien dices,
Y esto es lo mismo que te dije.

REY.
¿Cómo?
DON PEDRO.
Que ya dices que yo la culpa tengo.
REY.
Pues ¿para qué me matas y me animas?
DON PEDRO.
Porque negar no puedes que te engaña
La luz de la razón, que no conoces,
En viéndote perdido de remedio.

ESCENA VIII.

UN PAJE. — EL REY, DON PEDRO;
después, DOÑA SOL y EL ESCUDERO.

PAJE.
Doña Sol viene aquí.
DON PEDRO.
¿Mira si obra!

Fingote grave.
REY.
Fingiréme piedra;
Mas no podré. Di que entre.
(Vase el paje.)

Ahora crec
Que voy derecho al fin de mi deseo.
(Salen dona Sol y su escudero.)
DOÑA SOL.

No te pido con lágrimas mi esposo,
Ni que de mi dolor tengas mancilla,
Invito rey, Alfonso poderoso,
Alta rama del tronco de Castilla;
Porque si en los delitos es forzoso

[humilla.]
Cuando el que pide al que ha de dar se
Como sé que en don Álvaro no cabe,
Vengo contenta de que el Rey lo sabe.
Don Álvaro, Señor, es caballero
De vuestra casa y sangre, decendiente
De Lain Calvo, aquel juez primero
Que así estimó la castellana gente.
¿Porqué ha de dar á un bárbaro tan fiero
La corona real de vuestra frente,
Habiéndole vos hecho mil mercedes?
No sé si escucharán estas paredes; [ro.]
Mas no lo harán; y así, hablaremos cla-
Bien sé que estraza vuestra, Alfonso no-
[ble.]
Viendo que á vuestros tiros me reparo,
Querer que así mi honor su mármol do-
[ble.]

No hay contra un rey, si no es del cielo,
[amparo.]

¿De qué sirve ser palma ni ser roble,
Si el viento del poder, cuando se enoja,
Hojas y ramas por el suelo arroja?
Ríndome á vos: guardad á mi marido,
Y venid á mi casa; que ya quiero
Que el fuerte vencedor goce al vencido,
Con el secreto que de vos espero.
Allí podeis entrar desconocido:
Basta que os acompañe un caballero;
Que yo sé bien que habiéndomegozado,
Pagar no puedo lo que os he costado.
Acabaréis con tantas pretensiones,
Y acabaré con tantas amenazas;
Yo dejaré las vanas dilaciones,
Y vos las falsedades y las trazas.
Ni quiteis á mi esposo las prisiones,
Porque mi honor se escape de las plazas,
Y no entienda la Reina, mi señora,
Que á su cama real nací traidora.
Venid, Alfonso, gozaréis por fuerza
Una mujer de piedra, un mármol frío,
A quien la honra sin amor esfuerza,
Que está en la vida del esposo mío.
Si no hay razón que deste intento os tuer-
ni tiene libertad vuestro albedrío, [za,
Tiempo vendrá que le pagueis al doble
Tan gran ofensa á Dios y á un hombre
[noble.]

REY.
Espera, Sol, espera.
(*Vanse doña Sol y el escudero.*)

ESCENA IX.

EL REY, DON PEDRO.

DON PEDRO.
No des voces;
Que llegarán á oídos de quien sabes.
REY.
¿Desa manera mi amistad conoces?
DON PEDRO.
¡Graves palabras!
REY.
En extremo graves.
DON PEDRO.

Pues da lugar, Señor, á que las goces,
Y te da como á rey su honor las llaves,
Défate de buscalla y persuadilla.

REY.
¿Quién la pudiera hacer reina en Castilla!
¿Es posible, don Pedro, que ha rendido
Esta fiera mujer su altivo pecho?

DON PEDRO.
Tanto pudo el amor de su marido:
Mira si fué la industria de provecho.

REY.
Mudémonos, don Pedro, de vestido;
Que quiero, á su disgusto, á su despecho,
Gozarla, despreciarla y obligarla.

DON PEDRO.
Vendrá á quererte cuando tú á dejarla.
(*Vanse.*)

Sala en casa de don Álvaro, en Toledo.

ESCENA X.

DOÑA SOL, EL ESCUDERO, LUCINDA.

DOÑA SOL.
Toma este manto, Lucinda;
Y tú una hacha presto enciende.
LUCINDA.
¿Viene el Rey?

DOÑA SOL.
Eso pretende.
ESCUDERO.
No hay cosa que no se rinda.

DOÑA SOL.
¿Qué decis?
ESCUDERO.
Que me ha espantado
El ver que te hayas rendido.
DOÑA SOL.
La vida de mi marido
Me ha forzado y me ha obligado.
(*Vase el escudero.*)

LUCINDA.
¿Es posible que intentase
El Rey tan gran testimonio?
DOÑA SOL.
Cosa que traza el demonio,
¿En qué quieres que parase?
¿Cuán desdichada nací!
Triste fué, Lucinda, el día
Que á buscar la suerte mía
De donde sabes salí.
Nunca madama Leonor
Viniera de Inglaterra,
Para desventura y guerra
De mi vida y de mi honor!
¿Quién pensara tanto mal?
Y si esto había de ser,
Nunca yo fuera mujer
De un hombre tan principal!
Gozárame el Rey entonces,
Y no donde ahora escrita
La infamia que solicita
Quede eternamente en pronces.
Las carnes me están temblando.
(*Vuelve el escudero con una hacha en-
cendida.*)

ESCUDERO.
Señora, el hacha está aquí.
DOÑA SOL.
¿Ay cielos! volved por mí,
Pues veis que os estoy llamando.
ESCUDERO.
¿Es para que al Rey alumbre
Cuando suba?

DOÑA SOL.
Necio estás;
Que un ciego no ha de ver mas
Á oscuras que con la lumbre.
Dame el hacha.

ESCUDERO.
¿Para qué?
DOÑA SOL.
Quedáos entrambos aquí.

ESCUDERO.
¿Dónde vas, Señora, así?
DOÑA SOL.
Dios lo sabe y yo lo sé.
(*Ap. ¡El me valga!*)

ESCUDERO.
¿Para qué?
DOÑA SOL.
Quedáos entrambos aquí.

ESCUDERO.
¿Dónde vas, Señora, así?
DOÑA SOL.
Dios lo sabe y yo lo sé.
(*Ap. ¡El me valga!*)

ESCUDERO.
¿Para qué?
DOÑA SOL.
Quedáos entrambos aquí.

ESCUDERO.
¿Dónde vas, Señora, así?
DOÑA SOL.
Dios lo sabe y yo lo sé.
(*Ap. ¡El me valga!*)

ESCUDERO.
¿Dónde vas, Señora, así?
DOÑA SOL.
Dios lo sabe y yo lo sé.
(*Ap. ¡El me valga!*)

ESCUDERO.
¿Dónde vas, Señora, así?
DOÑA SOL.
Dios lo sabe y yo lo sé.
(*Ap. ¡El me valga!*)

ESCUDERO.
¿Dónde vas, Señora, así?
DOÑA SOL.
Dios lo sabe y yo lo sé.
(*Ap. ¡El me valga!*)

ESCUDERO.
¿Dónde vas, Señora, así?
DOÑA SOL.
Dios lo sabe y yo lo sé.
(*Ap. ¡El me valga!*)

Matóse encendiendo el fuego,
En que se deshizo luego
Por honra de su marido.

LUCINDA.
El alma la pondrá miedo.
ESCUDERO.
Yo pienso que, aunque cristiana,
Querrá, como la romana,
Ser Lucrecia de Toledo.

LUCINDA.
¿Quieres que vaya á mirar
Muy quedito lo que intenta?

ESCUDERO.
Vé, Lucinda, con gran cuenta,
Por si se quiere matar.

LUCINDA.
Voy; que aunque tenga cerrado,
Daré mil voces al cielo.

ESCUDERO.
Yo con la puerta en el suelo,
Aunque caduco y turbado.

(*Vase Lucinda.*)
—Triste de mí! ¡cuántas cosas
Nacen de un injusto amor!

ESCENA XII.

EL REY, DON PEDRO. — EL ESCU-
DERO.

(*Está oscura la sala.*)

DON PEDRO.
Entra quedito, Señor.

REY.
Dadme esas manos hermosas.

ESCUDERO.
Soy, Señor, el escudero.

REY.
Ah hermano mío!
¿Dónde está Sol?

ESCUDERO.
Con gran frío.

REY.
Andad, decid que aquí espero.

ESCUDERO.
Voy, Señor. (*Vase.*)

REY.
De la pasión,
Le ha dado algun accidente.

DON PEDRO.
Como por fuerza consiente,
Tendrá mucha alteracion.
Con su gusto una mujer,
Presto á la tracción se arroja;
Mas sin él, mucho se enoja,
Porque no le ha de tener.

ESCENA XIII.

LUCINDA, EL ESCUDERO. — EL REY,
DON PEDRO.

LUCINDA.
Solo dice mi señora
Que espereis, Señor, aquí...

REY.
Salios todos.

LUCINDA.
Que así
Quiere hablarte.

REY.
Sea en buen hora;
Mas partid entre los dos
Esta cadena y diamantes.

(*Verse incompleto.*)

ESCUDEIRO.
Mas que la gozaras antes.
LUCINDA.

Dios te guarde.

REY.
Guárdeos Dios.
(*Vanse don Pedro y los criados.*)

ESCENA XIV.

EL REY.

¡Hay cosa que se iguala en las pasiones
De un hombre al fin humano á que está
[junto?

¿Qué sientes hoy, mi alma, te pregunto,
Después de tantas penas y ocasiones?

Ya llega el fin de tantas pretensiones,
Que me tuvieron sin morir difunto;
Pues aunque es de la guerra amor tra-

[sunto,
Mas valen que las armas las traiciones.

¡Venci! victoria! La ciudad es mía.

Ya se canta la paz, la guerra cesa,
Y suspende el furor la artillería.

Mas con todo, confieso que me pesa,
Aunque llegó de mi victoria el día,
Haber vencido por traición la empresa.

ESCENA XV.

DOÑA SOL, LUCINDA, *con el hacha.*
— EL REY.

DOÑA SOL.
Sea vuestra majestad
En hora buena venido.

REY.
¿Qué mejor que recibido,
Mi Sol, de tu voluntad?
Perdona las invenciones
De amor, si te persuades
Que no han bastado verdades,
Y te han vencido traiciones.

DOÑA SOL.
Señor, yo no resistiera
A vuestro invicto valor,
Lleno de afición y amor,
Si para servirle fuera;
Que siempre le estimé así
Todo el favor que me hacia;
Pero no le agradecia,
Por las faltas que hay en mí.
Mas viendo que ya es forzoso,
La que soy, y como estoy,
Llana posesion os doy,
Como si fuera mi esposo.
Y ¡plega á Dios que no sea
Causa del mal que sospecho!
Que los brazos, cuello y pecho
Quiero que primero vea.
Estoy llagada de fuego,
Que há que tengo casi un año,
Por cuyo peligro y daño
A mi marido no llevo;
Que aunque bizarra y vestida
Me veis, y tan adamada,
Soy manzana colorada,
En el corazón podrida.
Mire estos brazos su alteza,

(*Descúbrelas.*)
Lléenos de la sangre y llagas.

REY.
¡Quedo, quedo! No me hagas
Mas asco. ¡Oh falsa belleza!
Quita estos paños sangrientos,
Que el estómago me mueven.
¡Cuántas hermosuras deben
De tener estos cimientos!
¡Ved lo que yo deseaba!
Ved por lo que me perdía!

DOÑA SOL.
Señor, yo me defendía

Porque tu salud guardaba,
Y porque mi propio esposo
Huye de mí.

REY.
Con razon.
Extraña y fea pensión
Para un rostro tan hermoso!
Suele tras haber gozado
Un hombre de su contento,
Ver del arrepentimiento
La espada y el rostro airado.
Pero es al revés aquí,
Y contra mi pensamiento;
Porque el arrepentimiento
Primero que el gusto vi.
¡Ah sol el mas eclipsado
Que de sangre ha visto el suelo,
Nunca te quitara el velo
El desdenoso nublado!
¡Falsa cadena dorada,
Roja adelfa venenosa,
Espada sucia y mohosa,
Con la guarnicion dorada!
¡Oh castigo á la memoria
Que te imaginó tan tierno,
Cuerpo hermoso! Oh fiero infierno,
Con apariencia de gloria!
¡Casa famosa desierta,
Con excelente portada!
¡Oh pared negra y borrada,
Con tela de oro encubierta!
Oh dulce imaginacion,
Con el suceso siniestro!
Oh imagen de pintor diestro;
Que de cerca es un borron!
Voyme, pues ha permitido
Dios, aunque le ofenda á él
Con intencion tan cruel,
No ofendiese á tu marido.
Bien en encubrirte hacias;
Pero admírome que hagas
Medicina de tus llagas,
Con que has curado las mias. (Vase.)

ESCENA XVI.

DOÑA SOL, LUCINDA.

LUCINDA.
Celebrese tu valor,
Gran Señora, en todo el mundo,
Que no ha de tener segundo,
Ni le ha tenido mayor.
Es posible que has sufrido
Con esta hacha ardiendo ahí,
Haberte abrazado así,
Y del pié al cabello herido?

DOÑA SOL.
Llévame á curar, amiga;
Que me muero de dolor.

LUCINDA.
¡Que á tanto obliga el honor!

DOÑA SOL.
Tanto á quien le tiene obliga.

LUCINDA.
¡Piensa el Rey que tienes fuego!

DOÑA SOL.
Fuego tengo, fuego ha sido.
Que no lo digas te pido.
Y que me cures te ruego.
(*Vanse.*)

—
Calle.

ESCENA XVII.

DON ÁLVARO, DON MANRIQUE.

DON MANRIQUE.
Mandóme el Rey de la prision sacaros
Con aqueste papel.

DON ÁLVARO.

¿Para soltarme
Con tal facilidad, mandó prenderme?

DON MANRIQUE.

Dice que ha sabido que fué envidia
De alguno á quien quitastes la privanza,
Y que fingiendo vuestra letra misma,
Ha enviado estas cartas á Granada,
De donde el moro al Rey se las envía.

DON ÁLVARO.

¿Que ya lo entiendo todo, don Manrique!
Bien sé que en los palacios hay envidia,
Y que la envidia es hija de la corte,
Y que los que del Rey fueron espejo,
Están mas cerca de quebrarse de ojo;
Que como la mujer con el aliento
Escurece al cristal cuando se mira,
Así al privado donde miran todos.

DON MANRIQUE.

Yo siempre imaginé vuestra inocencia.

DON ÁLVARO.

Aun no la sabeis bien.

DON MANRIQUE.

¡Nigo viene.

ESCENA XVIII.

DON ÍÑIGO. — DICHOS.

DON ÍÑIGO.

Dadme esos brazos.

DON ÁLVARO.

¿Dónde con tal prisa?

DON ÍÑIGO.

Solo á buscaros, para que al momento,
Aunque sean entrando en vuestra casa,
Pidais licencia al Rey para volveros
A Burgos, á la aldea ó la montaña.

DON ÁLVARO.

Bien pienso que acertais; pero decidme,
¿Hay novedades mas de que guardarme
De la fuerza del Rey?

DON ÍÑIGO.

En este punto
La Reina me llamó con gran secreto,
Y me dijo que sabe lo que pasa,
Del loco pensamiento de su esposo;
Que aunque me dijo poco, entendí mu-
Sale al teatro para ver las fiestas [cho.
Esta mañana con real aplauso:
No pude darle cuenta del suceso;
Pero conviene que á las fiestas vaya
En todo caso vuestra amada esposa.

DON ÁLVARO.

¿Cómo es posible, si á la Reina enfada?

DON ÍÑIGO.

Por la misma razon; y porque entienda
La invidia que mi hermana no se escon-
Como quien vive libre y inocente. [de,

DON ÁLVARO.

Decis muy bien; hablad á don Manrique.

DON ÍÑIGO.

A las obligaciones que os tenia,
De nuevo añadiré la de don Álvaro.
Contóme la merced que le habeis hecho.

DON MANRIQUE.

Yo fui su preso, y á él y á vos os pido
Me perdoneis la falta del regalo.

DON ÍÑIGO.

¿Vais á palacio?

DON MANRIQUE.

Voy.

DON ÍÑIGO.

Pues juntos vamos.

LA CORONA MERECIDA.

DON ÁLVARO.
Luego me partiré si al Rey hablamos.
(*Vanse.*)

Salon dispuesto y adornado para ver unas fiestas.

ESCENA XIX:

Por un lado, con música, salen LA REINA, con corona, y DAMAS; por otro salen EL REY y ACOMPAÑAMIENTO; después, DOÑA SOL, DON ÍÑIGO Y DON ÁLVARO.

LEONOR.
Ya se pueden comenzar Las fiestas.

REY.
No hay para mí Fiestas como vos.

LEONOR.
Aquí Tome doña Ana lugar.
(*Siéntase una dama á los pies de la Reina. — Salen doña Sol, don Álvaro y don Íñigo.*)

DON ÁLVARO.
Ya están los Reyes sentados.

DON ÍÑIGO.
Y la coronada Reina Hoy entre las damas reina,
De su sol rayos dorados.

DON ÁLVARO.
¿Sentárase Sol allí?

DON ÍÑIGO.
Por fuerza se ha de sentar. — Toma, Sol, aquel lugar.
(*Va doña Sol á sentarse á los pies de la Reina, y esta le da con el pie.*)

LEONOR.
¿Tú te sientas junto á mí, infame, baja mujer?

DON ÁLVARO.
¿Trista de mí! ¿qué es aquello?

REY.
¿Señora!

LEONOR.
Yo puedo hacello,
Por lo que podeis hacer.
(*Arremete á echalla.*)

DON ÁLVARO,
Mire vuestra majestad Que es mi mujer, y que soy...

DOÑA SOL. (*Ap.*)
¿De qué tiemblo? Muda estoy.

DON ÍÑIGO.
Habla, Sol, di la verdad.
DOÑA SOL. (*De rodillas.*)

Reina mía de Castilla,
Que á serlo vengas de España,
Oye á una noble mujer
En defensa de su fama.
Que tú con el pié me arrojes,
Gran Señora, destas gradas,
Me obliga públicamente
A que te diga la causa;
Que Luzbel cayó del cielo
Por soberbia y arrogancia;
Pero no es justo que yo
Del tuyo inocente caiga.
Salió de Burgos su alteza
Cuando veniste, Madama,
A verte, á una pobre aldea,
Donde yo tenía mi casa.
Vióme primero que á tí,
Y contento de mi gracia,
Solicítome en secreto...
Los presentes, por qué callan?
Casóme mi hermano apriesa;
Tan apriesa, que no estaba
Apenas casado el Rey,
Y mis bodas celebradas.
Súpelo, y dióle este oficio;
Y aunque imaginé la causa,
Callé, porque mi marido
No sospechase la infamia.
De Burgos vine á Toledo;
Un año habrá que me cansa
Con terceros, con promesas;
Pero no le importa nada.
Solo le valió la industria,
Pues con una carta falsa
Le prendió, por la sospecha
De los moros de Granada.
Yo, por librar mi marido,
Al Rey llamé, y con una hacha,
Metida en un aposento,
Desnúda sobre la cama,
Gasté la media en mi cuerpo,
Cubriéndome de mil llagas,
Cuya sangre sale ahora
Por los pechos y las mangas.
Entró el Rey, mostréle el cuerpo,
Diciéndole que yo estaba
Enferma de mal de fuego,
Mostrando el pecho mil ansias.
Huyó el Rey, como si viera
De noche alguna fantasma,
Jurando de aborrecerme
Con la vida y con el alma.
Si por hecho tan honrado
Soy digna de tu desgracia,
Las gradas, Señora, es poco,
Arrojame de tu alcázar.

LEONOR.
¿Oh mas que mujer famosa!
Dígate la fama, diga

Por mil siglos tu alabanza
Contra la muerte y la envidia!
Callen romanas y griegas,
Porcia, Evadne y Artemisa;
Que tú sola á todas llevas
Laureles, palmas y olivas.
España queda obligada
A la virtud peregrina
De tu casto y noble pecho,
Por quien ganó tanta estima:
Castilla dirá tus loores,
Sol hermosa, Sol divina,
Desde la cuna del sol
Hasta la cama en que espira;
Que tú nuevo sol has sido
Con aquella hacha encendida,
Otro Faeton en el carro,
Para abrasarte á tí misma.
Yo me quito esta corona,
Porque es razon y justicia
Que corone tu cabeza
Como á reina de Castilla.
Y porque el famoso hecho
En memoria eterna viva
De tu resistencia honrada
Y de mi corona rica,
Tú y cuantos de tí descendan,
Dejen de su casa antigua
El apellido, pues hoy
Tu virtud los apellida,
Y por aquesta corona,
Se llamen desde este día
Coroneles para siempre.

REY.
Cuanto ha dicho, el Rey confirma.
Doy á la Reina mis brazos,
Por lo que en esto me obliga;
Don Álvaro los dé á Sol,
Y yo les doy cuatro villas.
Y crea mi camarero
Que desta fuerte conquista
Ha ganado mas honor.

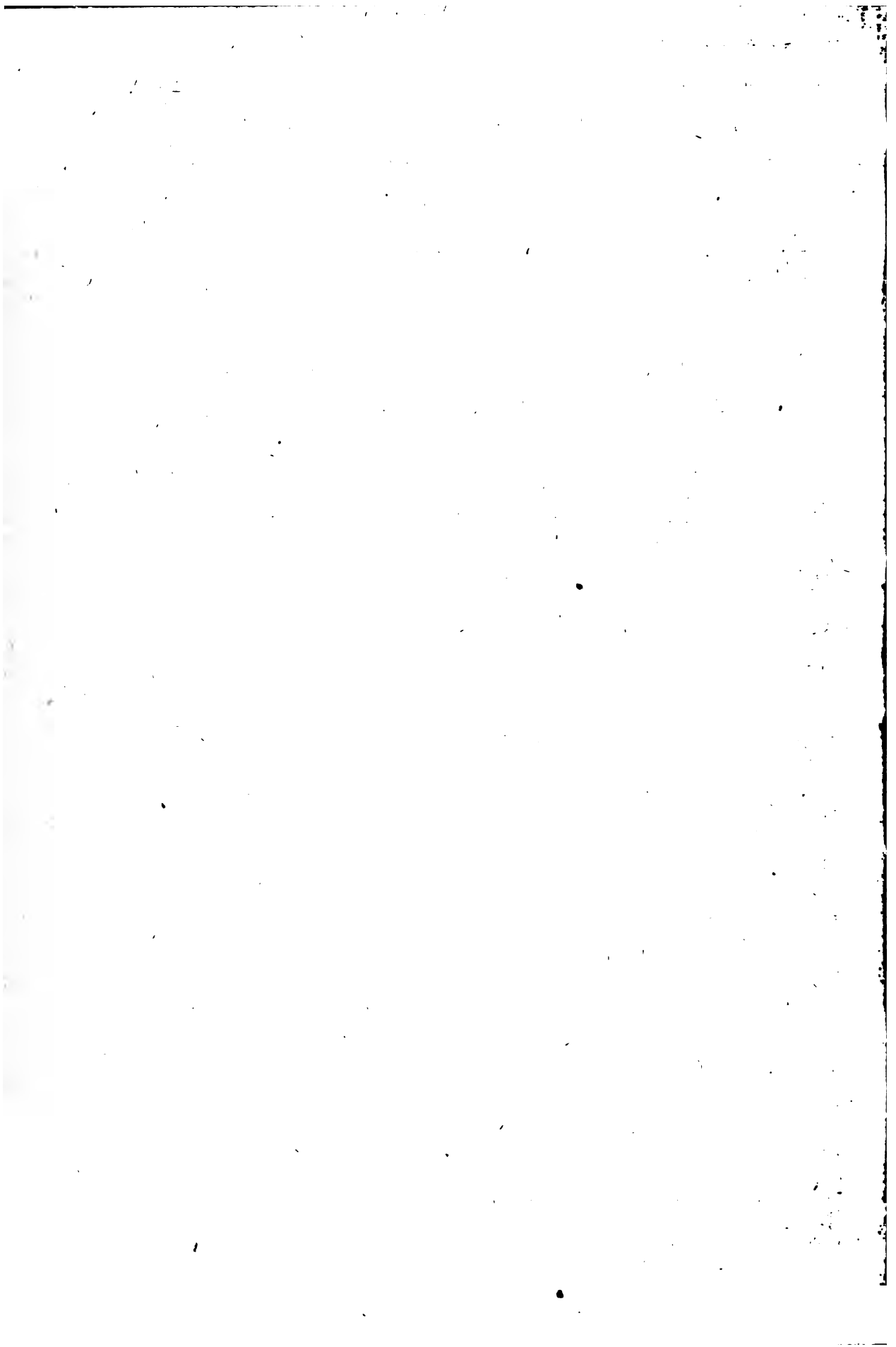
DON ÁLVARO.
Señor, yo lo tengo á dicha;
Que bien se ve que en el sol,
Que es una cosa tan limpia,
No puede caber la mancha!
De alguna pasion indigna.

REY.
Abrazadme, caballeros.

DON ÍÑIGO.
Aquí perdiera la vida,
Si otra cosa resultara.

REY.
Para mayor alegría,
Coman conmigo á mi mesa.

DON PEDRO.
Y aquí es justo que se pida
Perdon, Senado, y se acabe
La Corona merecida.



EL AUSENTE EN EL LUGAR.

PERSONAS.

FELICIANO, *caballero*.
FISBERTO, *criado*.
CARLOS, *caballero*.
ESTEBAN, *criado*.

AURELIO, *viejo*.
OCTAVIO, *su hijo*.
MAESE JUAN.
LAURENCIA, *dama*.

SABINA, *criada*.
ELISA, *dama*.
PAULA, *criada*.
MARQUINA.

LISARDO.
UN PAJE.
MÚSICOS.
CRIADOS.—GENTE.

La escena es en Toledo.

ACTO PRIMERO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

ELISA, LAURENCIA, PAULA y SABINA, *con mantos*; MAESE JUAN y MARQUINA.

ELISA.

Mándeme vuesamerced;
Que le quedo aficionada.

LAURENCIA.

Yo á serviros obligada.
Por muy vuestra me tened.

ELISA.

De hoy mas ser devota quiero
Desta iglesia.

LAURENCIA.

Guárdeos Dios;

Que yo, por veros á vos,
Me lo prometí primero.

ELISA.

¡Bellas manos, por mi vida!
Fuera de lo natural,
¡Qué haceis en ellas, si es tal
Nuestra amistad, que no impida
Que me deis aquestas muestras!

LAURENCIA.

¡Qué graciosas niñerías!
Creo que habláis en las mias.
Porque os alabe las vuestras;
Que con mas razon pudiera
Preguntaros qué os poneis.

ELISA.

Es porque negar quereis
Lo que os suplico?

LAURENCIA.

Eso fuera

Usar de término injusto
A la amistad profetada.
No suelo ponerme nada;
Pero á veces tengo gusto
De ponerme... Oid aparte,

(Bajan la voz.)

Si le tenéis de sabello.

PAULA. *(A Sabina.)*

Digo que me huelgo dello;
Que vendré mañana á hablarle.

SABINA.

No ha de faltar ocasion,
Pues vuestras amas han hecho
Amistad, de que á mi pecho
Pagues tan justa aficion.
Fuera dello, no habrá desta

Que no venga á misa aquí.
¿Ha mucho que sirves?

PAULA.

Sí.

SABINA.

Y ¿qué casa, Paula, es esta?

PAULA.

Muy honrada y principal.

SABINA.

¿Hay madre?

PAULA.

Pues si la hubiera,
A misa tambien viniera.

SABINA.

¿Tienes buen dueño?

PAULA.

¿Y qué tal?

SABINA.

¿Hay mas hijos?

PAULA.

Un mancebo,
Que es un retrato de Elisa,
Mi señora.

SABINA.

¿Ha estado en misa?

PAULA.

No; porque en él fuera nuevo
Acompañar á su hermana.
Allá sigue un monasterio,
Adonde cierto misterio
Es deste leon cuartana.

SABINA.

¿Es Elisa tan honesta
Como parece?

PAULA.

Sí, á fe.

SABINA.

¿No tiene algun no sé qué?

PAULA.

Tú misma te das respuesta.
Un no sé qué la desvia
De la quietud de su estado;
Pero con mucho cuidado
De su honor, por vida mia.

SABINA.

¿Quién duda que será gala
Y amor para casamiento?

PAULA.

En honesto encerramiento
La mas recogida iguala.

SABINA.

¿Tú, á la cuenta, no estarás
Sin otro poco de amor?

PAULA.

Sí tengo.

SABINA.

Y ¿será el señor

Su paje?

PAULA.

En el blanco das.

SABINA.

¿Quieres recio?

PAULA.

Estoy perdida.

SABINA.

¿Págate?

PAULA.

Landre le dé;
Que se va tras cuantas ve.
Mas ya que sabes mi vida,
¿Cómo no me dices algo
De lo que hay allá tambien?
Tu señora ¿quiere bien?

SABINA.

Quiere bien á cierto hidalgo.

PAULA.

Criado tendrá.

SABINA.

Y criado.

Que se arremete á pariente.

PAULA.

¿Quíerale apretadamente?

SABINA.

Sí, pues nunca le he soltado.

PAULA.

Yo nunca soy tan leal; *(Bajan la voz.)*
Dellos aprendo mudanza.

MAESE JUAN. *(A Marquina.)*

La sal al agua no alcanza.

MARQUINA.

Dicen que es el mayor mal
El servir, á la vejez.

MAESE JUAN.

¿Qué os dan, en fin, de racion?

MARQUINA.

Es vergüenza; cosas son
Que no pasaran en Fez.

MAESE JUAN.

¿Pan y dos reales?

MARQUINA.

Yo fuera

Príncipe.

MAESE JUAN.

¿Quitaré el medio?

MARQUINA.

Aun eso fuera remedio
De toda mi casa.

MAESE JUAN.

Hiciera

Juramento que era genté

Que os trataba como á padre.

MARQUINA.
Después que murió su madre
Se vive miserablemente.

MAESE JUAN.
A ninguno faltan duelos;
Que si yo no me valiese
De otras cosas, y anduviese
Con mil penas y desvelos
Buscando algun dinerillo,
Muriera, no lo dudeis.

MARQUINA.
Pues ¿en qué os entretenéis?

MAESE JUAN.
No falta algun remendillo.

MARQUINA.
Por san Payo, maese Juan,
Que si yo no me valiera
De otras cosas, que estuviera
Como mis padres están.

MAESE JUAN.
¿Sabeis vos algo tambien?

MARQUINA.
Sé una cosa.

MAESE JUAN.
Y ¿qué es la cosa?

MARQUINA.
Es un poco vergonzosa;
Mas vame con ella bien.

MAESE JUAN.
¿Curais exquísitos males?

MARQUINA.
Poor.

MAESE JUAN.
¿Llevais recaditos?

MARQUINA.
Esos no fueran delitos.

MAESE JUAN.
¿Suele valer esto reales?

MARQUINA.
Y entra al nombre de escudero
Por la puerta de la hambre.

MAESE JUAN.
Quedo: ¿haceis medias de estambre?

MARQUINA.
Ahora bien, decirlo quiero;
Pero, hablando con perdon.
Sabed que yo soy poeta...

MAESE JUAN.
¿Poeta?

MARQUINA.
Tan mala seta,
Que os puede dar compasion.

MAESE JUAN.
¿Deso llorais?

MARQUINA.
¿No queréis
Que lo sienta?

MAESE JUAN.
No, por Dios;
Que conozco mas de dos,
Mas de dos? y aun mas de seis,
Que se holgaran de sabello.
Vos ¿no estáis examinado?

MARQUINA.
Eso es ello, ¡mal pecado!

MAESE JUAN.
Pues qué, ¿castigan por ello?

MARQUINA.
Nuestras amas se van ya;
Veámonos, y os diré
Lindas cosas.

MAESE JUAN.
Allá irá.

MARQUINA.
Yo os irá á buscar allá.

MAESE JUAN.
No, no; por Dios, que he de ir
Para veros componer.
¿A qué hora suele ser?

MARQUINA.
A todas podeis venir.

MAESE JUAN.
Ello ¿juntaisos antes?

MARQUINA.
No.

MAESE JUAN.
Pues ¿cómo os apercebis?

MARQUINA.
Vos lo veréis si venis.

MAESE JUAN.
Y ¿podré aprenderlo yo?

MARQUINA.
A la fe, si vos queréis.
Que en menos de un año os haga
Poeta con tanta llaga.

MAESE JUAN.
Pierna de pobre me hacéis.
Mas quedáos con Dios, Marquina;
Que se han despedido ya.

LAURENCIA. (A Elisa.)
Por esa receta irá,
Después de comer, Sabina;
Y Dios os guarde mil años.

ELISA.
Adios, señora Laurencia.

LAURENCIA.
Sentir tengo vuestra ausencia.

ELISA.
Ea, por mi vida, engaños.

LAURENCIA.
¿Engaños? ¿Guárdame Dios!

SABINA.
Paula, adios.

PAULA.
Adios, Sabina.

ELISA.
Dame la mano, Marquina.

MARQUINA.
¿Qué habeis hablado las dos,
Que así os habeis detenido?

ELISA.
Cosas de mujeres son.
(Vanse Elisa, Paula y Marquina.)

ESCENA II.

FELICIANO, FISBERTO. — LAURENCIA, SABINA, MAESE JUAN.

FISBERTO. (Ap. á Feliciano.)
Llegaste á buena ocasion.

FELICIANO.
No poca ventura ha sido. —
Detente un poco, Laurencia;
Así Dios te haga dichosa
Como gallarda y hermosa.

LAURENCIA.
¿Qué graciosa impertinencia!
Pudisteme ver aquí
Todo el día, y cuando vienes
De tu gusto, me detienes.

FELICIANO.
Agora, por Dios, salí;
Que me ha detenido en casa
Persona de obligacion.
¿Quién son estas damas?

LAURENCIA.
Son...

FELICIANO.

Di presto.

LAURENCIA.
Gente que pasa.
FELICIANO.
Con ellas sé que has estado;

Contado me lo ha Fisberto.
LAURENCIA.
Gente principal por cierto;
No hay de qué tengas cuidado.

FELICIANO.
Díceme que por tres horas
No habeis dejado de hablar;
Y no suele ese lugar
Darle á las que son señoras.

LAURENCIA.
¿Qué quierens? Somos mujeres,
Presto amistad confirmamos,
Y las vidas nos contamos.

FELICIANO.
Fácil en tus cosas eres.

DIRIAS NUESTROS AMORES.
LAURENCIA.
Huélgome de hablar en tí.

FELICIANO.
Y ella ¿qué te dijo á tí?

LAURENCIA.
Otras historias mayores.
Prometía al despedirme
Que te enviaria allá;
Que quiere verte.

FELICIANO.
¿Y podrá

De visita recibirme?

LAURENCIA.
Irás con un papel mío,
Fingiéndote mi criado.

FISBERTO. (A Sabina.)
Y ella, diga, ¿cómo ha estado?

SABINA.
Hábleme con menos brío;
Que estoy un poco celosa.

LAURENCIA. (A Feliciano.)
No me puedo detener.

FELICIANO.
En fin, ¿la tengo de ver?

LAURENCIA.
Verás una dama hermosa.

FELICIANO.
Guárdete, Señora, el cielo.

FISBERTO. (A Sabina.)
Adios, reina.

SABINA.
Estoy sin gusto.

(Vanse Laurencia, Sabina y Maese Juan.)

ESCENA III.

FELICIANO, FISBERTO.

FELICIANO.
¿Gallardo tallo!

FISBERTO.
Es al justo

De un ángel cifra y modelo.

FELICIANO.
Merece, Fisberto, amor;
Y este amar en esperanza,
Mientras el bien no se alcanza,
Hace la causa mayor.

¿Qué bien pisa! Qué bien lleva
El cuerpo!

FISBERTO.
¿Gentil donaire!

Toda la mujer es aire;
No es mucho que bien se mueva.

FELICIANO.

Una gallarda mujer
Que pisa con aire y brio,
Es como ver un navio
Que lleva viento á placer.
Son los chapines la quilla,
Las sayas las obras muertas,
Con las jarcias que cubiertas
Salen de la verde orilla;
El pecho es árbol, los brazos
Mesana, la gavia el cuello,
Velas tocas y cabello,
Del viento prision y lazos.
Y como llevando viento
Parte con gala y donaire,
Y no puede andar sin aire,
Que el aire es su movimiento;
Así la mujer sin él
Es como un navio en calma,
Porque en la mujer es alma
El aire, y se mueve en él.

FISBERTO.

Harto bien la comparaste,
Bien sabes su calidad;
Mas conforme á su humedad
En las aguas la fundaste.
Por lo que toca á mudanza
Y á inquietud, le viene bien;
Por el navegar tambien
No poca parte le alcanza;
Que es navio la mujer,
Con quien en Indias se trata,
Que oro, piedras, perlas, plata,
Suele cargar y traer.
Ninguna cosa sin alma
Tanto imita al cuerpo humano;
Habla, anda, duerme, es liviano,
Ya corre, ya vive en calma;
Ya tiene el tiempo en bonanza,
Ya con la tormenta incierto,
Y hasta llegar á su puerto,
Le animan fe y esperanza.

FELICIANO.

De las burlas te has pasado
A lo moral.

FISBERTO.

Es verdad;
Tal vez de una liviandad
Se sigue un mote pesado.

ESCENA IV.

CÁRLOS y ESTÉBAN, quedándose distantes de—FELICIANO y FISBERTO.

CÁRLOS.

¿Qué te dijo?

ESTÉBAN.

Que se iba
Su padre á la quinta luego.

CÁRLOS.

Pues cese del alma el fuego
Que de su quietud la priva;
Cobren su perdida fuerza
Mis sentados, pues verán,
Si agora lugar les dan,
La gloria que los esfuerza.

ESTÉBAN.

Bien te puedes prevenir,
Cárls, á un grande favor.

CÁRLOS.

Bien me lo debe el amor
Por tanto amar y sufrir.

FELICIANO. (A su criado.)

¿Quién es este?

FISBERTO.

Un caballero

Destos á quien dió fortuna
Sangre, y sustancia ninguna;
Es noble entre carne y cuero.

FELICIANO.

Misera cosa, y hajeza
Del alma, aunque honor le sobre,
Vivir en cuerpo tan pobre!

FISBERTO.

Si la virtud es riqueza,
Solo es rico el que la tiene.

FELICIANO.

Todos lo dicen así
Cuando son pobres, y á mí
Como de perlas me viene;
Pero alaban la virtud,
Que es blason de la nobleza,
Y procuran la riqueza
Con toda solicitud.

FISBERTO.

Este mancebo es galán,
Aunque ser pobre se suena;
Porta cintillo y cadena,
Viste raso y gorgueran,
Y tal vez á la bayeta
Remite la mejor gala.

FELICIANO.

¿Piensas, Fisberto, que es mala?

FISBERTO.

No; que es de los pobres treta.
¡Oh, bien haya su inventor,
Que hizo honrados y galanes,
A pesar de gorgueranes
Y de la seda mejor!

FELICIANO.

Si diera título acaso,
Atributo ó epíteto
Un poeta en un soneto
Destos que pica el Parnaso,
A la señora bayeta,
¿Cómo te parece á tí
Que la llamara?

FISBERTO.

Si á mí
Me recibiera esa seta,
Muy ilustre la llamara.

FELICIANO.

¿Por qué razón, muy ilustre?

FISBERTO.

Por la gala, por el lustre,
Y por ser cosa tan rara.

FELICIANO.

¿Rara?

FISBERTO.

Sí; porque el valor
De un hombre es no depender
De nadie, ni tener ser
De otro igual ni otro mayor.
Y esto hace la bayeta,
Que no admite compostura,
Cuchillada, aprensadura,
Ni está á guarnición sujeta.
Ella se está guarnecida,
Ella tiene sus labores;
Y así, es de grandes señores
Venerada y admitida.

FELICIANO.

Demos vuelta á las ventanas
De Laurencia; que yo sé
Que este galán todo es fe,
Y que tardes y mañanas,
Con bayeta ó sin bayeta,
No sale de nuestra calle.

FISBERTO.

¿Date cuidado su talle,
Ó el ser su gala discreta?

FELICIANO.

En conquista de casar

Nunca temas hombre pobre.

FISBERTO.

Cuando entendimiento sobre,
Se ha de temer, y aun temblar.

FELICIANO.

¿Quieres tú que piense yo
Que sirve á Laurencia?

FISBERTO.

Sí.

FELICIANO.

Pues no nos vamos de aquí.

FISBERTO.

Aquel sí convierte en no;
Que en aquellas rejas mira
Muy diferente lugar.

FELICIANO.

Sígueme.

(Vanse Feliciano y Fisberto.)

ESCENA V.

CÁRLOS, ESTÉBAN.

CÁRLOS.

Quiero esperar.
Aquí, Estéban, te retira
Hasta ver si Aurelio sale.
Mas ¿quién es aquel mancebo?

ESTÉBAN.

A decirte no me atrevo
Lo que busca y lo que vale,
Por no darte pesadumbre.

CÁRLOS.

Lo que vale bien lo veo,
Lo que busca su deseo
Lleva delante una lumbre
Que lo dice á cuantos viven
En la calle donde estamos.

ESTÉBAN.

Si mil veces la pasamos,
Tantas los dos nos reciben.
Es este mozo un hidalgo,
Perdóneme Dios si miento,
Compuesto de nada y viento;
Agora sabrás si es algo.
Dióle ejecutoria el oro,
De galán, de cuatro abuelos,
Y de ingenio, que los cielos
Dan por divino tesoro.
No hay trencellín de diamantes
Que se acabe en otro nombre,
Ni tiene la corte un hombre
Cuyos coletos y guantes
Espiren olor igual;
Porque andan en competencia
Los jazmines de Valencia
Y el ámbar de Portugal.
Las cadenas han perdido
Invención y esmalte en él,
Y de noche no hay verjel
Como su galán vestido.
Tiene, como iglesia, ternos
De todas festividades,
Con bravas curiosidades
Y pensamientos modernos.
Tiene gala de desden,
De celos y de favor,
De esperanza, de temor,
Y de posesión tambien.
No hay almendro por bebrero
Que no se rinda á sus plumas;
Invidia el mar con espumas
La márgen de su sombrero.
Y sobre todo, le viste
El alma tanta arrogancia,
Que no hay mujer de importancia
Que no pretenda y conquiste.
No le falta entendimiento
Deato que llamar solía

Un discreto argentería,
Que brilla y que luce al viento.
No sé lo que quiere aquí,
Porque esta calle es el centro
De Vénus, y viven dentro
Muchas diosas.

CÁRLOS.

¡Ay de mí!

¡Quién duda que esa fantasma,
Compuesta como quimera,
A mí Elisa adore y quiera?

ESTÉBAN.

Aquí se alfeñica y pasta,
Aquí pica y aquí tiende
La discreta arquitectura
De su endiosada figura.

CÁRLOS.

¿Sabes tú si la pretende?

ESTÉBAN.

No puedo certificarlo;
La calle el testigo sea:
Tal vez á pié la pásea,
Tal vez la pasa á caballo.
Trae consigo un bellacon,
Entre valiente y gigante,
Que no hay cosa que no espante.

CÁRLOS.

Los celos gigantes son.
¿Cómo se llama?

ESTÉBAN.

Fisberto.

CÁRLOS.

¿Qué damas viven aquí?

ESTÉBAN.

Algunas conozco y vi:
De la que es estoy incierto.
Allí vive una viuda,
De ojos por envidiar,
Que es lindo censo al quitar:
Puede ser que á verla acuda.
Enfrente está una doncella,
Rubia como un alemán,
Que no hay oro de Milan
Que se compare con ella.
A tres casas, la casada
Menos casada que vi.

CÁRLOS.

¿Hay duende?

ESTÉBAN.

Pienso que sí,
Porque es mudable, aunque honrada.

CÁRLOS.

¿No se estima?

ESTÉBAN.

Si se estima;

Mas hay amor de mujer
Cuyo trato viene á ser
Como el juego de la esgrima;
Que cuando picados ves
Algunos mozos de cuenta,
Para entrar donde uno asienta
Están aguardando tres.

CÁRLOS.

Esa no es estimación
De ese hidalgo.

ESTÉBAN.

En esta acera

Hay una imagen de cera,
Como los milagros son.

CÁRLOS.

¿Es descolorida?

ESTÉBAN.

Sí.

CÁRLOS.

Linda hermosa, si viene
Con ojos negros.

ESTÉBAN.

No tiene

Mas negro algun borceguí.

CÁRLOS.

¿Hay dote?

ESTÉBAN.

Seis mil ducados.

Tras ella vive Laurencia,
Mujer de linda presencia,
Padres y hermanos honrados.

CÁRLOS.

Retírate; que han salido
Aurelio y su hijo.

ESTÉBAN.

Van

A la quinta.

CÁRLOS.

¿Qué galán!

ESTÉBAN.

Es para el campo el vestido.

ESCENA VI.

AURELIO, OCTAVIO.—Dichos.

AURELIO.

¿No quiso venir Elisa?

OCTAVIO.

No, Señor; que no anda buena.

AURELIO.

¿Tiene acaso alguna pena?

OCTAVIO.

Antes con alegre risa

A todo me respondió.

AURELIO.

Pues avisa los criados.

OCTAVIO.

Ya están todos avisados.

CÁRLOS. (Ap. á Estéban.)

¿Hanme visto acaso?

ESTÉBAN.

No.

CÁRLOS.

Pues vamos adonde vea
El dueño de aquestos ojos,
La gloria de mis enojos
Y el bien que el alma desea.

ESTÉBAN.

Hasta que todos se partan,
No es razon.

CÁRLOS.

Vén por aquí.

(Vanse Cárlas y Estéban.)

ESCENA VII.

AURELIO, OCTAVIO.

AURELIO.

Deste lugar, y aun de mí,
Justos cuidados me apartan;
Aléjome, Octavio, del
Solo para descansar.

OCTAVIO.

¿No es tu casa en el lugar
De las buenas que hay en él?
Yo pensé que el alegría
Del campo te lleva allá.

AURELIO.

Cuidado Elisa me da;
Pensar en su bien querría.

OCTAVIO.

Pues Elisa virtuosa
¿Qué cuidado puede darte?

AURELIO.

Tengo mucho que contarte.

OCTAVIO.

Moza, por casar y hermosa;
¿Tendrá algunos pretendientes?

AURELIO.

Haber mi hacienda perdido
En Cádiz, la causa ha sido
Destos locos accidentes.
Ella estuviera casada.

OCTAVIO.

¿Has sentido de su parte
Cosa que pueda enojarte?

AURELIO.

No, Octavio; que aun ciño espada.

OCTAVIO.

Algo has visto, pues que tratas
De Elisa con pesadumbre.

AURELIO.

Es de aquestos ojos lumbra.

OCTAVIO.

¿De quién, Señor, te recatas?
Despide á quien da ocasion.

AURELIO.

Ninguno ocasion me ha dado.

OCTAVIO.

¿Hanle dado algun recado?

¿De casa ó de fuera son?

AURELIO.

No es mas de ver en su edad
Que importa darle marido.

OCTAVIO.

Algo has visto ó has oído

Que ofenda su honestidad.

AURELIO.

Elisa tiene valor,
Aunque ya vive sin madre,
Para asegurar á un padre
Que le tuviera mayor.
No es mas de que honestamente
Se mostrara agradecida
A algun amor.

OCTAVIO.

Por mi vida,

Que lo pintas cuerdatamente.

¿Qué llamas agradecer?

AURELIO.

Mirar con honesto fin
De que puede ser en fin
De quien la mira mujer.
Mas si te digo verdad,
El hombre no me contenta.

OCTAVIO.

Si el decirme lo te ausenta
Del pueblo á la soledad,
Ya que me lo has declarado,
A casa puedes volver.

AURELIO.

¿Qué causa podré tener?

OCTAVIO.

Di que la gota te ha dado.

AURELIO.

Hame dado todo un mar,
¿Y una gota he de decir?

OCTAVIO.

Mucho tienes que sentir,
Y me has dado que pensar;
Y viene mal á mi intento,
Si no ha sido pretencion
De tu cuerda discrecion,
Tratarme su casamiento.

AURELIO.

¿Cómo?

OCTAVIO.

Porque yo querría
Tratarte de otro.

AURELIO.

¿De quién?

Mio.
OCTAVIO.
AURELIO.
¿Cásaste también?
OCTAVIO.
¿No puede ser?
AURELIO.
Bien podría.
¿Gúlate virtud ó amor?
OCTAVIO.
Entrambas cosas.
AURELIO.
¿Quién es?
OCTAVIO.
Algunas veces la ves.
AURELIO.
¿Es Laurencia?
OCTAVIO.
Sí, Señor.
AURELIO.
No escoges mal: así fuera
La elección de Elisa. Vamos;
Pues sin campo, en campo entramos
De una batalla tan fiera.

OCTAVIO.
¿Es á Elisa desigual
Ese mancebo que mira?
AURELIO.
El ser pobre me retira;
Que en lo demás es su igual.
Y casamiento nacido
Por gusto de una mujer,
De milagro suele ser
Acertado.

OCTAVIO.
Estoy corrido.
AURELIO.
Remedio habrá.
OCTAVIO.
Cuerdo eres.
AURELIO.
Hoy veré con experiencia
Si puede mas la obediencia
Que el amor en las mujeres.
(Vase.)

Sala en casa de Aurelio.

ESCENA VIII.

ELISA, CÁRLOS, PAULA, ESTÉBAN.

CÁRLOS.
Apenas pude esperar
Que de la villa saliese.
ELISA.
Ya estaba para espirar;
No hay nave que padeciese
Tanta tormenta en el mar.
Pero advierte, Cárlas mio,
Que no es bien que á desvarío
Juzgues esta libertad,
Si miras mi voluntad,
Como de tu amor confío.
CÁRLOS.
¿Libertad te ha parecido
Que pueda en tu casa entrar
Quien ha de ser tu marido?
ELISA.
El tiempo suele mudar
Grande amor en grande olvido.
CÁRLOS.
No hay cosa, fuera de ser
Mudable tu parecer,

Por que yo pueda mudarme.
Mudarme para casarme;
Que no mudarme en querer.
ELISA.
Pues yo te juro, mi bien,
Que el tiempo ni la fortuna,
Y entre la muerte también,
Derriben esta columna,
Por mas golpes que le dén;
Porque son temores vanos
La muerte ni mil tiranos
A quien te ha de amar después.
CÁRLOS.
Pedirte quiero los piés.
ELISA.
Agraviaránse las manos.
CÁRLOS.
Esas tantas veces beso,
Cuántas en esas razones
Hay letras; y te confieso
Que de mis obligaciones
Ya se rinde el alma al peso.
¿Ay Elisa! ¿que ni ausencia
Ni muerte harán competencia
A tu amor?

ELISA.
Sola una cosa
En el mundo es poderosa:
De mi padre la obediencia.
CÁRLOS.
Tu padre ¿puede mandarte
Que me olvides?
ELISA.
No podrá,
Cárlas, mandarme olvidarte;
Que en lo que en el alma está,
Solo el cielo tiene parte;
Pero podráme mandar
Que no me case contigo.
CÁRLOS.
¿Gentil manera de amar!
ELISA.
Cuanto es de mi parte obligo;
No tengo mas que te dar.
Estos ojos tuyos son,
Estas manos y este pecho;
A cualquiera posesion
Del alma tienes derecho;
Que mi amor te ha dado acción.
Pero en llegando á que diga
Mi padre: «De otro has de ser,»
Vana fué nuestra fatiga.
Por fuerza me has de perder,
Como quien lo ajeno obliga.

CÁRLOS.
No querrá el cielo, Señora,
Que llegue tan fuerte día,
Por el alma que te adora.
ESTÉBAN. (Ap. á Paula.)
¿De qué es la melancolía?
PAULA.
¿Quién le mete en eso agora?
ESTÉBAN.
¿No me puedo yo meter?
PAULA.
Ni él ni su ánima.
ESTÉBAN.
Advierta
Que me suelen responder
Con respéquito.
PAULA.
Estoy cierta
Que en su vida me ha de ver.
ESTÉBAN.
¿Son celosos?
PAULA.
Ni aun celosos.

ESTÉBAN.
¿Quién la ha dicho mis celosos?
PAULA.
Esa cinta del sombrero,
¿Le parece al majadero
Que no son mil sobrescritos?
ESTÉBAN.
Paula, por ver tu crueldad,
Encarnada la compré.
PAULA.
Eso ¿es cierto?
ESTÉBAN.
Esto es verdad.
PAULA.
Pues démela.
ESTÉBAN.
Sí daré,
Como hagamos amistad.
PAULA.
No es poderosa el ausencia
Ni la muerte á no quererte;
Solo te hará competencia
Una cosa.
ESTÉBAN.
Eso me advierte.
PAULA.
De mi padre la obediencia.
ESTÉBAN.
¿Padre tienes tú también?
PAULA.
Jure que me quiere bien.
ESTÉBAN.
Ponme, Paula, en el verano
Al pié de un peral enano,
Cuyas ramas sombra dén,
Con una bota que sea
De Illana, y un pernil tierno
Con hebras de taracea,
O ponme á una chimenea
En el rigor del invierno
Con una ollaza podrida;
Y si de tí me olvidare,
Si no me duermo, esta vida,
Después de mi muerte, pare
Donde tú fueres servida.

ESCENA IX.

MARQUINA. — DICHOS.

MARQUINA.
Un criado de Laurencia
Pide licencia: ¿entrará?
ELISA.
¿Jesus! ¿qué poca advertencia!
CÁRLOS.
¿Dónde está?
MARQUINA.
En la sala está.
ELISA. (A Cárlas.)
¿Quieres que le dé licencia?
CÁRLOS.
¿Quién es Laurencia?
ELISA.
Una dama
Con quien hoy he estado en misa.
CÁRLOS.
Toma el recado.
ELISA.
Antes llama
El paje. — Y tú, amigo, aprisa,
(Vase Marquina.)
Ponte detrás desta cama;
Que será descortesia,
Cuando á visitarme envía,
Que el paje no pueda entrar.

CÁRLOS.
Y Estéban, ¿dónde ha de estar?
ELISA.
Contigo.
CÁRLOS.
Adios, prenda mía.
(*Escóndense Carlos y Estéban.*)

ESCENA X.

FELICIANO, FISBERTO, MARQUINA.
—ELISA, PAULA.

FELICIANO.
Dadme esas manos.
ELISA.
¿Quién es?
FELICIANO.
Un hombre en quien hoy hablastes.
ELISA.
¿Qué es aquesto?

MARQUINA.
Lo que ves.
ELISA.
¿Por paje, Señor, entrastes?
FELICIANO.
Y lo soy á vuestros piés.
¿No quedó así concertado,
Que yo os trujese un recado?
ELISA.
Es verdad.

FELICIANO.
Pues paje soy;
Y si el recado no os doy,
Es porque me habeis turbado.
ELISA.
Si el veros, para saber
Que está Laurencia empleada,
Como principal mujer,
En persona tan honrada
Y de tan buen parecer,
Fué el recado del concierto,
Que le recibí os advierto;
Y á Laurencia responded
Que me ha hecho gran merced.

FELICIANO.
¿Parécocós bien?
ELISA.
Sí por cierto
FELICIANO.
Miradme de espacio.

ELISA.
Aquí
No teneis que me agradar;
Allá le diréis que os vi,
Y que le quiero enviar
Otro que me agrada á mí;
Que pues se me ha descubierto
Hasta enseñarme á quien ama,
No es bien que tenga encubierto
Lo que yo adoro, á esa dama.
FELICIANO. (*Ap. á Fisberto.*)
Como de un sueño despierto.
No he visto mayor belleza.

FISBERTO.
¿Nunca habías visto á Elisa?
FELICIANO.
Nunca vi su gentileza.
FISBERTO.

No es de las que hizo aprisa
La varia naturaleza.
Aquí detuvo el pincel,
Hizo, deshizo, quitó,
Todo el arte puso en él.

FELICIANO.
¿Que otro quiere?
FISBERTO.
¿Por qué nó,
Si se ha de casar con él?
FELICIANO.
Confieso que es liviandad;
Pero, por Dios, que me agrada
Su talley y su honestidad.

ELISA.
Inquieta estoy y turbada,
Señor, desta novedad;
Que no entran hombres aquí.
Id con Dios.

FELICIANO.
No sé, por Dios,
Cómo he de salir.

ELISA.
Yo sí.—
Muéstrales, Paula, á los dos
La puerta.

PAULA.
Venid tras mí.
FELICIANO.
Tenéos; no tan aprisa.

PAULA.
Quiero enseñaros la puerta.
FELICIANO.
Antes para entrar á Elisa,
La quisiera ver abierta.

PAULA.
¿Requiebro? Cosa de risa.
ELISA.

Ea, Señor, salid luego.
FELICIANO.
Que me permitais os ruego
Ver un momento esta casa.

FISBERTO.
Señor...
FELICIANO. (*Ap. á su criado*)
Lá mujer me abraza.

FISBERTO.
¿Linda estopa!
FELICIANO.
¿Inmenso fuego!
Entreten esa criada.

FISBERTO. (*A Paula.*)
¿Quiere oír tres mil razones?
Diga, señora entonada.

PAULA.
¿Oh, qué lindos gigantones!
FELICIANO.

¿Por qué, mi bien, tan airada?
ELISA.
Mirad que es descortesía.—
Marquina...

MARQUINA.
Señora mía.
ELISA.

¿Qué me habeis traído aquí?
MARQUINA.
¿No hablaste á Laurencia?
ELISA.

SÍ.
MARQUINA.
Pues de su parte venia.—
Caballero, no es razon
Que procedais deste modo.

FELICIANO.
Padre, efetos de amor son.
A buen fin camina todo.

ELISA. (*Ap.*)
¿Hay tan notable ocasion?

MARQUINA.
De amor no me maravillo,
Mas de que querais decillo
Por fuerza. Salios, que es tarde.
FELICIANO.

No quiero.
MARQUINA.
¿No? Pues aguarda.
FELICIANO.

¿Qué traeréis?
MARQUINA.
La del perrillo.

ESCENA XI.

AURELIO, OCTAVIO. — DÍGROS.

AURELIO.
¿Tan ocupada estás, que no respondas
Ni tú ni los criados desta casa?
¿Qué es esto?

FELICIANO. (*Ap.*)
¿Vive Dios, que soy perdido!
OCTAVIO.
¿Hombre en tus aposentos!

AURELIO.
Hombre y hombres.
Pero deten la espada.

OCTAVIO.
¿Esome mandas?
AURELIO.

Espera, hasta saber á qué te obligan.—
¿Qué haceis aquí? (*A Feliciano.*)

FELICIANO. (*Turbado.*)
Señor... quise... y llegando...
Cuando... no sé... mas yo...

OCTAVIO.
¿Qué aguardas?
AURELIO.

Tente;
Que no todas las veces se remedia
La honra con la espada.

ELISA. (*Ap.*)
¿Hay tal desdicha!

AURELIO.
No en vano á la cordura y á la furia
Pintaron un mancebo y un anciano;
El mozo con las manos pretendiendo
Arrancar una cola de un caballo,
Jamás pudo, y cayó rendido en tierra;
El viejo, cerda á cerda, poco á poco,
La vino á deshacer.

OCTAVIO.
Pues ¿qué pretendes
En tanta desventura sin la espada?

AURELIO.
¿Quién sois, hidalgo?
FELICIANO.
Soy un caballero.

AURELIO.
¿El nombre?
FELICIANO.
Feliciano.
AURELIO.
¿Vuestro padre?

FELICIANO.
Lisandro.
AURELIO.
Conocile. ¿Sois casado?

FELICIANO.
No soy casado.
OCTAVIO.
¿Qué preguntas?

AURELIO.
Calla;
Que voy sacando cerdas á la afrenta.

OCTAVIO.
Si está en forma de bestia, no me espanta.

AURELIO.
¿Sabéis acaso que esta casa es mía?

FELICIANO.
A no saber que es vuestra aquesta casa,
No hubiera puesto yo los pies en ella.

AURELIO.
Pasad allí.
FELICIANO. (Ap.)
Yo pierdo aquí la vida.

AURELIO.
Di, Elisa, que mejor dijera Elicia,
¿Quién es este mancebo?

ELISA.
El que él ha dicho.
AURELIO.
¿Cómo entró aquí?

ELISA.
Con un recado falso
De Laurencia, su dama.
OCTAVIO.

(Ap. Vive el cielo,
Que este es el mismo que Laurencia ado-
Y por quien soy aborrecido!) Padre, [ra,
Si no casais á Elisa y Feliciano,
No tengo honor.

AURELIO.
Detente, que estás loco.—
Elisa, que haya entrado honestamente
Este mancebo aquí, no lo tratemos;
Que de tus pensamientos yo lo creo.
Soy padre, tengo un hijo que á mi crédito
Sucederá mañana. No repliques
Acuanto vieres que mi honor emprende.

ELISA.
Si yo fui desdichada, si mi estrella
Me puso en ocasión de tantos daños,
El tiempo te dirá qué culpa tengo.

AURELIO.
Caballero, yo os hallo en esta casa,
Y en el mismo aposento de mi hija.
No es hago fuerza, porque no era justo
Por hallaros aquí, casaros luego;
¿Queréis ser su marido?

FELICIANO. (Ap. á Físberto.)
¿Qué diremos?

FÍSBERTO.
Yo pienso que te engañan; que si dices
Que no quieres casarte, han de matarte.
Si quieres defenderte, mete mano;
Quizá saldremos, aunque no haya puerta.

FELICIANO.
¿Quién duda que estarán todas cerradas?

FÍSBERTO.
Pues di que sí; que habrá después reme-
Si esto no fuere cosa de tu gusto. [dio,

FELICIANO.
Señor, yo gano tanto en ser esclavo,
Que no esposo, de Elisa, vuestra hija,
Que alabo la piedad del justo cielo
Que os trujo en ocasión que aquí me ha-
[llasedes;

Aunque os prometo que es la vez primera.

AURELIO. [cho
Pues porque no penseis que me aprove-
De la ocasión agora, id en buen hora,
Y pensad lo de espacio en vuestra casa;
Que puesto que soy pobre, rico he sido,
Y no es mi hacienda, no, tan limitada,
Que no os importe; aunque el valor de
Hace muchas ventajas á su dote. [Elisa

FELICIANO.
Porque veais con cuánto honor procedo
En vuestra estimación, venid conmigo,
Y haremos los conciertos y escrituras.

AURELIO.
Mis brazos quiero daros.

FELICIANO.
Yo los míos.

AURELIO.
Vamos en casa de mi hermano.

FELICIANO.
Vamos.

FÍSBERTO. (Ap. á su amo.)
¿Que te casaste?

FELICIANO.
Sí.
FÍSBERTO.
¿Qué hará Laurencia?

FELICIANO.
Lo que hice yo.

FÍSBERTO.
¿Qué fué?

FELICIANO.
Tener paciencia.

(Vanse Aurelio, Feliciano, Octavio,
Físberto y Marquina.)

ESCENA XII.

CÁRLOS, ESTEBAN.—ELISA, PAULA.

CÁRLOS.
Si se tardan un momento,
Fiera Elisa, mas ingrata
Que á las manos que la siembran
La verde y soberbia palma,
Sospecho que como mina
Por la boca reventará
El alquitran que en el pecho
Me estaba abrasando el alma.

Cuando vi que Feliciano
Te hablaba, te enamoraba,
Mil veces para salir
Puse la mano á la espada;
Pero viendo que tu honor,
El de tu padre y tu casa
Se pusiera al blanco vil
Del vulgo, que errando enclava,
Detuve mi justo enojo.

¿Qué mal hice! pues fué causa
Que Aurelio y Octavio entrasen,
Hija de uno, y de otro hermana,
Donde por cobrar su honor
Bajaron mis esperanzas
Del cielo de tus favores
Al infierno de mis ansias.

¿Cuántas veces presumí
Que lo que via soñaba,
Y que sin duda dormía,
Pues me escondiste en tu cama?
Mas limpiándome los ojos,
Y despertándome el alba
Del día de mis desdichas,
Y el tocar tu engaño al arma,
Conozco que estoy despierto;

Porque, aunque en sueños, me espanta
Que por quien no fuera yo
Tantas desdichas pasaran.
Mas ya que ha traido el tiempo
La prueba de tus palabras,
No te castigue el amor
Que has hecho sus firmas falsas;

No diga mi amor, Elisa,
Que cuando me diste tantas,
Torres en el viento hacías,
Y escribías en el agua.
Mientras van á sus conciertos,
Vamos á mi casa honrada,
O á las del juez del cielo
Que las voluntades casa.

Soy tu primero marido,
Tú mi mujer; pues ¿qué aguardas?
¿Cómo te detienes? Mira

Que quieren forzarle el alma.
¿Qué respondes?

ELISA.
Cárlas mio...
Mio no, que hablé turbada...
Cárlas tuyo, y mio un tiempo,
Que para mi muerte basta,
Cuando palabra te di
De ser tuya, ¿quién pensara
Que hallara un Sanson tan fuerte
El templo de mi esperanza?
Aqueste mancebo ciego
A las columnas se abraza
De mis pensamientos hoy,
Y á todos juntos nos mata.
Entre cuantos imposibles
Tu imaginación hallara
Para olvidarte, mi bien,
Ni hacer de mi amor mudanza,
La obediencia de mi padre
Fué, como ves, reservada:
En llegando á que es mi dueño,
Cesa el gusto, el amor para.
El me dió este ser que tengo;
A la sombra de sus alas
He vivido: no es razón
Ser á tanta deuda ingrata.
Si aquesto se desconcierta,
O tu ingenio y amor hallan
Remedio con que se impida,
Aquí está Elisa.

CÁRLOS.
¿Qué llamas
«Aquí está Elisa»? Mujer,
Que es el nombre que declara
Mejor la mudanza vuestra;
Porque sois muerte y mudanza.
Si Elisa estuviera aquí,
Cumplírame su palabra.
No está en sí; pero está en mí,
Como infierno que me abrasa.
Este fué concierto tuyo,
Todo concertado estaba;
El hablar hoy á Laurencia
No ha sido, Elisa, sin causa.
En tu cama me pusiste
A que viese mi desgracia.
¿Mal haya fe que pretende
Gloria de cielo de cama!
Trujíste me á que lo viese.
Oh, qué bien me desengañas!
Tuya la cama, león yo.
Que á sus pies dorados brama,
Camaleón vengo á ser,
Pues el día que te casas
Vengo á sustentar de viento
Tantas esperanzas vanas.
Don Fernando de Toledo
Hace gente. Afuera, España.
No mas patria, no mas vida.
Todo, contigo, me falta.
Iré á morir; ¡plega á Dios
Que en la primera batalla
Una pistola me borre
Tu rostro, Elisa, del alma.
¡Obediencia dices! ¿Cuándo
Amor obediencia guarda
Ni á padre, ni á honor, ni á esposo,
Ni al cielo?

ELISA.
Espera, repara...

CÁRLOS.
Tú ¿vienes conmigo?

ELISA.
No.

CÁRLOS.
Pues, loca, ¿por qué me llamas?

ELISA.
Si pudiera, Cárlas mio.
Yo fuera; he nacido honrada,

¿Qué dirá el mundo de mí?
Piensa algún medio.

CÁRLOS.

Quien ama
Y piensa, no tiene amor,
O el que tuvo se le acaba.
Hante hablado en casamiento,
Palabra que os arrebató
El seso: ¿quién duda, Elisa,
Que á este son bagas mudanza?
Dios te haga tan dichosa,
Que aquella misma mañana
De la noche de tu boda
Te traigan de Flándes cartas
En que digan que soy muerto.

ELISA.

Escúchame una palabra.

CÁRLOS.

Obras quisiera escuchar;
Que palabras todo es nada.

PAULA.

Estéban, ¿qué dices desto?

ESTÉBAN.

¡Plega á Dios que una bombardá
Pase de mí treinta leguas,
Si volviere á verte, Paula!
No mas España cruel,
No mas vida, no mas patria.
Arrieros van á Flándes,
Allá me lleven sus cargas;
Y si te casares...

PAULA.

Oye.

ESTÉBAN.

De aquí á mil años te traigan
Nuevas de que el Draque es muerto,
O el rey Chíco de Granada.

ELISA.

Parte, Paula, y llama á Cárlos.

PAULA.

Señora, desta ventana
Le daré una voz.

ELISA.

Camina.

PAULA.

No irá lejos; que quien ama,
Cuanto sale mas furioso,
Tanto mas despacio para,
Porque se aleja del centro,
Y lleva violenta el alma.

ESCENA XIII.

ELISA.

¡Ay, fuerte obligacion! Ay, honra, así-
A la virtud de un generoso pecho! [da
La justa resistencia que habéis hecho
En tanto amor, me costará la vida.

No sé si ya me siento arrepentida;
Que contra amorno hay fuerza de prove-
Pero saldrá del alma á su despecho [cho.
Cuando al honor la posesion le impida.

¡Casada yo sin tí! ¡Triste suceso!

Imagínallo solo me desalma;

Pero ya que en el alma estás impreso,

El tendrá los despojos, tú la palma;

Que quien tiene en Argel el cuerpo preso,
Tendrá por puntos en su tierra el alma.

(Vase.)

Sala en casa de Laurencia.

ESCENA XIV.

LAURENCIA, SABINA.

LAURENCIA.

Deseo en extremo ver

A Feliciano, Sabina.

SABINA.

Gloriosa estás de querer
Hombre tan galán.

LAURENCIA.

Inclina

A amarme á cualquier mujer.

SABINA.

Tienes, Señora, razon;
Que cuando pienso en Fisberto,
Se me baña el corazon
De un cierto incendio encubierto:
¡Agradable suspension,
Que no deja á mis sentidos
Lugar de volver en mí!

LAURENCIA.

Amando están divertidos.

No dirá Elisa que fui

Sirena de sus oídos.

Habrà visto en Feliciano

Que lo menos le conté,

Pues con atrevida mano

En corto mapa cifré

Todo un cielo soberano.

¡Quién duda que está invidiosa

De verme tan venturosa?

SABINA.

No hará, porque quiere bien.

LAURENCIA.

¡Parecerále tan bien?

SABINA.

¡Qué necedad tan famosa!

LAURENCIA.

Quiero mucho.

SABINA.

Tus deseos

Conozco.

LAURENCIA.

Pues no te espantes

Que encarezca mis empleos.

SABINA.

Los hijos y los amantes

No pueden parecer feos.

—Pasos siento.

LAURENCIA.

Y ellos son;

Que en los amorosos casos,

Quien espera con pasion

Siente trasladar los pasos

Desde el suelo al corazon.

SABINA.

Pienso que te has engañado.

LAURENCIA.

Tuyo el engaño habrá sido.

Mi bien y el tuyo han llegado.

ESCENA XV.

FELICIANO, FISBERTO. — DICHAS.

FISBERTO.

¡Sabina!

SABINA.

¡Fisberto amado!

Triste viene tu señor.

FISBERTO.

No sé qué pena se tiene.

LAURENCIA.

¿No me hablas?

FELICIANO. (Ap.)

¡Qué rigor!

SABINA.

¡Qué descolorido viene!

LAURENCIA.

¿Qué te enmudece?

FELICIANO.

Un temor.

LAURENCIA.

¡Temor conmigo! ¿De qué?

¡Viste á Elisa?

FELICIANO.

Ya la vi.

LAURENCIA.

¿Con suspiro?

FELICIANO.

¿Suspiré?

LAURENCIA.

Si, mis ojos. ¿Fué por mí?

FELICIANO.

Del alma á tus ojos fué.

LAURENCIA.

¡Válame Dios! ¿Dónde has ido?

FELICIANO.

A ver á Elisa.

LAURENCIA.

Y de allá

Esta tristeza has traído?

¿No está buena?

FELICIANO.

Buena está.

LAURENCIA.

Algo has visto ó has oído.

¿No te dijo que te quiero,

Que te alabo, que te adoro

Y que te estimo?

FELICIANO.

Si espero

Para guardarte el decoro,

Que es mas rigor considero.

Laurencia, yo he visto á Elisa

Porque tú me lo mandaste.

Entré en su mismo aposento,

Libre de tantos pesares.

No habia hablado con ella

Dos palabras, cuando el padre

Y Octavio entraron diciendo

Y haciendo mil disparates;

Que como deben de andar

Sospechosos, esta tarde

Fingieron aquella ausencia

Para que Cárlos entrase.

Halláronme en su lugar...

—No permitas que te canse

Con decirte sus locuras

Y amenazas desiguales.

Basta saber que salí...

—¿Cómo lo diré?

LAURENCIA.

No tardes;

Que me matas.

FELICIANO.

¡Ay Laurencia!

¡Casado!

LAURENCIA.

Calla.

FELICIANO.

¿Que calle?

¡Pluguiera á Dios que pudiera!

LAURENCIA.

Pues ¿qué razon hay bastante

A hacerte casar por fuerza?

FELICIANO.

Solo en su aposento hallárame.

LAURENCIA.

¿Estabas desnudo?

FELICIANO.

¿Yo?

LAURENCIA.

Pues ¿por qué un rigor tan grande?

FELICIANO.
Porque se dan á entender
Que soy quien entra y quien sale
A destiustar su nobleza
Y deshonrarles su sangre.
Las escrituras se han hecho.

LAURENCIA.
¿Qué dices?

FELICIANO
Con penas tales,
Que no se podrán romper,
O es decirles que me maten.

LAURENCIA.
¿Válame Dios! ¿Eres tú
Quien eso dices?

FELICIANO.
La cárcel
Ni la muerte, ¿me pudieran
A lo que has visto forzarme,
Si no fuera alguna estrella,
Cuya influencia es bastante
A que con quien nunca vi,
Por fuerza un hombre me case?
Y no es este el daño solo;
Que el venir agora á hablarte
También es otro dolor
Para que tantos me acaben.
Octavio, ya le conoces,
Quiere que contigo trate
Que te cases con él.

LAURENCIA.
Calla.
Esto me dijo en la calle.

LAURENCIA.
Todo lo entiendo: ya sé
Que Elisa vino á engañarme.
Concierto de todos fué.

FELICIANO.
Espera.

LAURENCIA.
¿En quién?
FELICIANO.
En mis males.

LAURENCIA.
Déjame saber mi muerte. (Vase.)

FELICIANO.
Escucha.

FISBERTO.
Furiosa parte.

FELICIANO.
Tenla, Sabina.

SABINA.
No puedo. (Vase.)

FELICIANO.
¿Qué he de hacer?

FISBERTO.
No te acobardes;
Que alguna industria ha de haber.

FELICIANO.
¿Quieres que de veras hable?

FISBERTO.
¿Pues no?

FELICIANO.
Pues, por Dios, que Elisa...

FISBERTO.
Dilo.

FELICIANO.
Me parece un ángel.

FISBERTO.
El dote es poco.

FELICIANO.
Y muy poco.
Si algo mas al dote añaden,
Yo soy marido de Elisa

L-1.

FISBERTO.
¿Qué linda traza de amante!
¿Amas, y pides dineros?

FELICIANO.
¿Sabes tú lo que es casarse?

FISBERTO.
Sé que es carga.
FELICIANO.
Pues si es carga,
Dineros y bestia, y ando.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Carlos.

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS Y ESTÉBAN, con botas, espuelas y plumas.

CÁRLOS.
¿Está todo prevenido?
ESTÉBAN.
No hay cosa por prevenir.
CÁRLOS.
En fin, ¿me puedo partir?

ESTÉBAN.
Sí, pues no te dan partido.

CÁRLOS.
¿Cómo ha salido esta gala?

ESTÉBAN.
Como de tu gusto, en fin.

CÁRLOS.
¿Come, Estéban, el rocín?

ESTÉBAN.
Comiendo queda en su estala.

CÁRLOS.
¿Buen nombre! Bien se autoriza.

ESTÉBAN.
Como á Flándes nos partimos,
Los soldados no decimos,
Como aquí, *caballeriza*.

CÁRLOS.
¿Salen estas plumas bien?

ESTÉBAN.
Que parecen un virote.
Pero di, mi matalote
¿Ha de ir á Flándes también?
Que tiene talle, por Dios,
De quedarse á hacer la cuenta
Aquí en la primera venta.

CÁRLOS.
¿Qué! Bien andarán los dos.
Las bestias en compañía
Andan mas.

ESTÉBAN.
Es pensamiento
Tomado del casamiento,
Que andan de noche y de día.
Mas, por Dios, que aunque vestido
Ya de camino te vea,
Y á mí con esta librea
A lo flandeseo lucido,
Que no creo que de illéscas
Has de pasar.

CÁRLOS.
¿Cómo no?

ESTÉBAN.
Como te conozco yo,
Y sé las truchas que pescas.
Para mí, tú quieres dar
Martelo de ausencia, y ver

Si estorbas que esta mujer,
Cárlas, se llegue á casar.

CÁRLOS.
No hay tratar deso; es partida
Tan cierta, que antes de un mes
Me verá el país de Artués.

ESTÉBAN.
¿Por tu vida?

CÁRLOS.
Por mi vida.

ESTÉBAN.
Confésote que pensaba
Que era máscara de celos.

CÁRLOS.
No vuelva el ave á los cielos,
Ni la flecha de la aljaba
Puesta en el arco, ni el rayo
De la nube, como yo
Parto á Flándes.

ESTÉBAN.
Luego ¿no
Tendrá fuerza algun desmayo,
Lagrimilla ó papel tierno?

CÁRLOS.
¿De unos ojos tan crueles,
Lágrimas, ni mas papeles
De tales manos? ¿Qué infierno!
Pues ¿de tal pecho desmayo?
¿Fuego del cielo!

ESTÉBAN.
Por Dios,
Que si llora solas dos,
Que el ave, la flecha, el rayo
Se detengan y se queden.

CÁRLOS.
Llamaron.

ESTÉBAN.
Dirás que son
Sus criados.

CÁRLOS.
¿No es razon?

ESTÉBAN.
Ni es razon, ni son, ni pueden.
Estaráles ya bailando
La boda en el cuerpo á todos,
Y de diferentes modos
Comida y galas buscando;
¿Y quieres que á verte vengan!

CÁRLOS. (Asomándose.)
Digo que son, majadero.

ESTÉBAN.
¿Tú lo ves?

CÁRLOS.
A su escudero

Y á Paula.

ESTÉBAN.
Pues alto; tengan
Las puertas de par en par.

CÁRLOS.
Abre, borracho.

ESTÉBAN.
¿Tú eres

El bravo? ¿Tú á Flándes quieres
Partirte?

CÁRLOS.
Déjala entrar.

ESTÉBAN.
¿Yo papel de tales manos,
Lágrimas de tales ojos?

CÁRLOS.
Mas como de esos enojos
Tiene amor por tierra llanos.

CÁRLOS.
Abre, ¡maldigite Dios!

(Va Estéban á abrir.)
Ya está abierto, y ya han entrado.

ESCENA II.

MARQUINA, PAULA. — DICHOS.

PAULA.

¡Oh qué gallardo soldado!

ESTÉBAN.

¿Uno solo? ¿no ves dos?

PAULA.

¿Dónde bueno desta suerte?

CÁRLOS.

A Flándes, amiga, voy.

PAULA.

¡Jesus! por reirme estoy.
Déjame despaacio verte.

CÁRLOS.

Bien dices; porque jamás
Me volverás, Paula, á ver.
¿Qué hace Dios de esa mujer?

PAULA.

¿Esa mujer ya no es mas?

CÁRLOS.

Nunca el nombre le ha venido
Como en aquesta ocasión.
Mujeres dicen que son
Las que ya tienen marido;
Y ella, pues que tiene dos,
Mas mujer debe de ser;
Que para el mundo es mujer
De otro, y mia para Dios.
¡Ay, padre, ay, Paula, ay, amigos!
Nadie mejor mi razon
Sabe, pues de mi pasion
Son vuestros ojos testigos.
Cásese Elisa, bien hace;
Obedezca, como dice,
A su padre: Dios bendice
Quien tan obediente nace.
Cuanto á mí, no hay que tratar,
Paula; consolado estoy.
No la he de ver, ya me voy.

PAULA.

Pegado se te ha el hablar
Tan resuelto y consolado
Del hábito soldadesco.
Ese es estilo flandesco.

CÁRLOS.

Bien dices; ya estoy soldado,
Y de manera lo estoy,
Que la palabra de estar
En Flándes no he de quebrar,
Paula, si en eñaire voy.
¿Qué bueno es la venida?

PAULA.

A traerte este papel.

CÁRLOS.

Contará su boda en él.

PAULA.

Contará su triste vida.

CÁRLOS.

Vuélvele, Paula, por Dios.
Letra de Elisa es veneno.

PAULA.

Léele, acaba.

ESTÉBAN.

¡Oh qué bueno!

¿Melindres?

CÁRLOS.

Venís los dos,
Y quiéroos tener respeto.

ESTÉBAN.

¡Lindo achaque!

MARQUINA.

Tú verás

Que Elisa no puede mas,
Pues eres, CÁRLOS, discreto.

CÁRLOS.

(Lee.) «Si una mujer principal,
»Porque á su padre obedece,
»CÁRLOS del alma, merece
»Que vos la trateis tan mal,
»Sea en buen hora, bien mio,
»Aunque para mí no es buena;
»Que os agradezco la pena,
»Y mil gracias os envío.
»Que como me ha de matar
»De vuestra ausencia el dolor,
»Mientras mas peno, Señor,
»Mas me quereis obligar.
»¡Oh qué bien he conocido,
»Mi bien, lo que tengo en vos,
»Sabiedo tan bien los dos
»Lo que vos me habeis debido!
»No quiero yo que no os vais;
»Mas no sea tan aprisa;
»Que aun no está casada Elisa,
»A quien vos decís que amaís.
»Hacedme merced, mis ojos,
»Que nos veamos primero;
»Que con vos descansar quiero
»De tantas penas y enojos.
»Esta noche habrá lugar.—
»Vuestra Elisa, aunque me maten.»
—; Que esto escriban, que esto traten
Manos que á otro se han de dar?
¡Hay traicion, hay fingimiento
Como este?

PAULA.

¿De qué es traicion?

CÁRLOS.

Pues ¿trae el papel razon
Que impida su casamiento?
¿No ves que me dice aquí
Que me vaya, y que no quiere
Detenerme?

PAULA.

Quien le oyere

Jurará que adora en tí.

¿Puede ser cosa mas tierna?

CÁRLOS.

Esto es tierno? Es fuego, es ira,
Es embeleco, es mentira.

PAULA.

¿Qué mal humor te gobierna?
Si Elisa no te adorara,
Ni escribiera bien ni mal.

CÁRLOS.

Como es mujer principal,
En su término repara.
Tras esto, no le ha movido
Amor (que bien se ve aquí),
Sino lástima de mí,
Viéndome quedar perdido.
Que aun no está casada Elisa,
Dice aquí: ¡fuego de Dios!
Pagáreisme, papel, vos
Palabras de tanta risa.

PAULA.

No le rasgues.

CÁRLOS.

Ya está hecho;
Que me abrasaba la palma.
Así quisiera algun alma,
Así quisiera algun pecho.

PAULA.

Luego ¿no responderás?

CÁRLOS.

Responder? Véte de aquí,
O haré lo que dél en tí.

PAULA.

¿En mí?

CÁRLOS.

Véte.

PAULA.

Loco estás.—

Vámonos de aquí, Marquina.

MARQUINA.

Vámonos; que está furioso.

PAULA.

No te espantes; que un celoso
Con el dolor desatina.

MARQUINA.

¿Quién le podrá resistir?
Vámonos. Estéban, adios.

ESTÉBAN.

Está adorando en los dos,
Y quiere fuerzas fingir.

PAULA.

¿Tú no me verás primero
Que te ausentes?

ESTÉBAN.

Allá irá.

PAULA.

¿Vas á caballo ó á pié?

ESTÉBAN.

Voy con este majadero
En un camello persiano.
Allá nos despediremos.

MARQUINA.

Vámonos, Paula, ¿qué hacemos?
Mira que en el viento vano
Anda deste mozo el seso.
Mira los gestos que hace.

PAULA.

Adios. De sus celos nace.

MARQUINA.

Temblando voy, te confieso.

(Vanse Paula y Marquina.)

ESCENA III.

CÁRLOS, ESTÉBAN.

ESTÉBAN.

Mal has andado en tratar
Esta gente deste modo:
Elisa es culpa de todo,
Della te debes quejar.
No viene Paula á ofenderte,
Ni ella es parte á que se case.

CÁRLOS.

¿Oh qué mal fuego te abraze!
¿A Elisa nombras?

ESTÉBAN.

Advierte

Que si no es que loco estás,
A lo menos lo pareces.

CÁRLOS.

Pena á mis penas ofraces,
Celos á mis celos das.

ESTÉBAN.

¿No era mejor responder
Que esta noche á verla irías?

CÁRLOS.

¿Fuéronse?

ESTÉBAN.

Habrá cuatro dias.

CÁRLOS.

Quiérolos hacer volver.
Parte á llamarlos.

ESTÉBAN.

Yo voy.

CÁRLOS.

Déjalos.

ESTÉBAN.

Ya me estoy quedo.

CÁRLOS.

Mas llámalos; que no puedo
Vivir si sin verla estoy.

Voy volando. ESTÉBAN.
CÁRLOS.
Aunque te diga
Que vayas, te has de estar quedo.
ESTÉBAN.
Que enloquezcas tengo miedo,
Si tanto el dolor te obliga.
CÁRLOS.
¿Que no respondí que iría?
Animo tuve y valor,
Porque es como negro amor,
Todo entono y fantasía.
Mas ¿cómo sufrir podré
El no verla?—Parte luego,
Y llama á Paula. ¿Estás ciego?
¿Estás sordo? ¿Oyes?
ESTÉBAN.
No sé.
¿No me mandaste no hacer
Lo que me mandases?
CÁRLOS.
Sí.
ESTÉBAN.
Pues yo te obedezco así.
CÁRLOS.
Ya que no me pueden ver,
Cojamos estos pedazos
De aquel rompido papel.
ESTÉBAN.
¿Agora adoras en él?
CÁRLOS.
Oh letras, rasgos y lazos
De aquella mano divina!
ESTÉBAN.
Paula vuelve.
CÁRLOS.
Y él al suelo.
ESTÉBAN.
Pues no es.
CÁRLOS.
¿Maldiga el cielo
Tu condicion!
ESTÉBAN.
Imagina
Que es entretener á un loco
Ciencia, humor, industria y flemma.
CÁRLOS.
¿Es celos, Estéban, tema
Para estario un hombre poco?
Estos papeles quisiera
Juntar.
ESTÉBAN.
Yo sé cómo.
CÁRLOS.
El cielo
Te dé en tus males consuelo.
ESTÉBAN.
Escucha.
CÁRLOS.
¿De qué manera?
ESTÉBAN.
Llevándolos al molino
Del papel, majados luego,
Volverán á hacer el pliego.
CÁRLOS.
¿Hay tan cruel desatino!
¿Y las letras?
ESTÉBAN.
Pues si allí
La letra quedar pudiera,
Molino y emprenta fuera.
CÁRLOS.
Hoy veré á Elisa.
ESTÉBAN.
¿Tú?

CÁRLOS.
Sí.
ESTÉBAN.
¿Cómo? ¿De noche?
CÁRLOS.
De día.
ESTÉBAN.
¿De día? ¿Con qué invencion?
CÁRLOS.
Vén conmigo.
ESTÉBAN.
Efetos son
De amor.
CÁRLOS.
¡Ay, Elisa mía!
(Vanse.)

Sala en casa de Laurencia.

ESCENA IV.

LAURENCIA, SABINA.

LAURENCIA.
¿Cómo quieres que sosiegue,
Sabina, en tanto dolor?
SABINA.
¿Es posible que el amor
De un hombre ingrato te ciegue
A tanta descompostura?
LAURENCIA.
Si no fuera amor mi mal,
Dices bien; mas es igual
A la furiosa locura.
No sé curan amor y ella:
Si sabes remedio, di,
Cómo me vuelvas en mí.
SABINA.
Queriendo tú salir della.
Amor se deja curar,
Si es el enfermo obediente.
LAURENCIA.
A tu mano diligente
Hoy me quiero sujetar.
Di; que quiero obedecer
La cura en que me pusieres.
SABINA.
Haz lo que muchas mujeres,
Pues eres tambien mujer.
LAURENCIA.
¿Qué he de hacer?
SABINA.
El mismo amor
Poner en otro sugeto.
LAURENCIA.
¿Fuerte remedio!
SABINA.
Discreto,
El mas breve y el mejor.
LAURENCIA.
Si amor fué en mí natural,
¿Qué podrá un amor violento?
SABINA.
Ocupar el pensamiento
Y ir entreteniendo el mal.
LAURENCIA.
¿A quién tengo de querer?
¿No hay mas de decir yo quiero?

SABINA.
A quien tu amante primero
Haga de celos arder.
LAURENCIA.
¿Quién?
SABINA.
El mismo que ha dejado

Elisa; que deste modo
Te podrás vengar en todo
De cuantos te han agraviado.
Pon los ojos tiernamente
En Cárllos; que tú verás
Qué dolor á Elisa das,
Y lo que tu ingrato siente.

LAURENCIA.
Elisa, de Feliciano
Contenta, ¿qué ha de sentir,
Ni Feliciano, de oír
Que quiero á Cárllos?

SABINA.
¿Qué en vano
Gasta un discreto el consejo
Con quien está pertinaz!
Haz lo que te digo en paz;
Que amor es como el espejo,
Que cuando se compra nuevo
No agrada ni satisface,
Hasta que el rostro se hace.

LAURENCIA.
Luego si á quererle pruebo,
¿Vendrá á parecerme bien,
Aunque agora no me agrade?

SABINA.
A querer te persuade;
Que si tus ojos se ven
Cada dia en los de Cárllos,
Tú vendrás á estar segura
Que retratan tu hermosura,
Y por lo mismo á adorarlos.

LAURENCIA.
Ahora bien, dime verdad,
¿Hate sucedido á tí?

SABINA.
Estoy por decir que sí;
Porque tuve voluntad
A quien tan mal me pagó,
Que en Fisberto la mudé,
Y que ya le amaba hallé
Cuando el otro me buscó.

LAURENCIA.
Luego ¿vinote á buscar?
SABINA.

Picóse y volvió.
LAURENCIA.
¿Qué espero?
Amor es tretas: yo quiero
Amar, ó fingir amar.
Mas ¿cómo habemos de hacer
Para que Cárllos me entienda?
Que puede ser que le ofenda
Si le comienzo á querer.

SABINA.
Finge que te ha dicho un hombre
Que es astrólogo, y que quieres
Saber, como otras mujeres,
Señas, trato, vida y nombre
Del que ha de ser tu marido.
El negará, tú dirás
Que lo sabes, y que estás
Cierta de lo que has oído.
Darásle luego la mano:
Creo de su discrecion
Que aproveche la ocasion,
Y que no la dé de mano.
De aquí la tendréis los dos
Para que el juego se entable.

LAURENCIA.
Cárllos es hombre notable:
Consuelo me das, por Dios.
Toma, Sabina, tu manto,
Véle á hablar, habla con él.

SABINA.
Escribeme tú un papel.
LAURENCIA.
De mi libertad me espanto.

Pero amor me da licencia
Que con discrecion me cure,
Y que el remedio procure
Que me muestra la experiencia
Y el desengaño me avisa.
¿Querráme Cárlos?

SABINA.

Sospecho
Que ha de quererte, á despecho
De las traiciones de Elisa.

(*Vanse.*)

Sala en casa de Aurelio.

ESCENA V.

AURELIO, OCTAVIO, FELICIANO,
FISBERTO, ELISA y PAULA.

AURELIO.

Toda la ciudad me ha dado
De la boda el parabien.

FELICIANO.

A mí es bien que me le dén,
Pues tanto bien he ganado.

OCTAVIO.

No sé cómo se ha sabido,
Señor, en tiempo tan breve.

AURELIO.

Como Feliciano debe
De ser bienquisto y querido,
Está en los ojos de todos.

OCTAVIO.

Las escrituras sospecho
Que tambien su parte han hecho,
Y cuéntase de mil modos.

AURELIO.

Como quisiere se cuente.
Ya es mi yerno Feliciano.

FELICIANO.

Todos saben lo que gano.

ELISA. (*Ap.*)

Yo me pierdo eternamente.

AURELIO.

Tráigannos sillas aquí.

OCTAVIO.

Sillas hay.

FISBERTO. (*Ap. á su amo.*)

Ya estás casado.

FELICIANO.

¿Qué necio, Fisberto, he andado!

FISBERTO.

Luego ¿arrepíenteste?

FELICIANO.

Sí.

FISBERTO.

Pues ¿antes del desposorio
Te muestras arrepentido?

FELICIANO.

Siento el saber que haya sido
A todo el mundo notorio,
Pues ya estamos empenados
En no deshacer lo hecho.

FISBERTO.

Que te ha de estar bien sospecho.

FELICIANO.

Pocos son seis mil ducados.

FISBERTO.

No es mal dote con Elisa;
Que te aseguro por Dios,
Que la piden mas de dos,
Como dicen, en camisa.
Tiene entendimiento y brio,

Y el valor que viendo estás.

FELICIANO.

Mientras que lo trato mas,
Mas, Fisberto, me resfrio.
No porque de su hermosura
No esté en extremo contento;
El modo del casamiento
Me ha parecido locura.
¿Bueno es que yo venga aquí
Solo á ver una mujer,
Y que mia lo ha de ser
No mas de porque la vi!

FISBERTO.

Si te hallan en su aposento,
Y es gente tan principal,
No sé que procedan mal.

FELICIANO.

Fisberto, la burla siento.
¿Vive Dios, que he sospechado
Que, codiciando mi hacienda,
Me han hecho comprar la prenda!
Al primer precio que he dado!
¿Nunca has visto los roperos,
Que á quien su calle pasó,
No mas de porque miró,
Ya le ha de costar dineros?
¿Que le llaman y le tiran,
Y le fuerzan á comprar?
Pues así me hacen casar.

FISBERTO.

Mira, Señor, que te miran.
Habla á tu esposa, no des
Ocasión para que entiendan
Que te pesa.

FELICIANO.

Aunque se ofendan,
Digo que es poco interés.
Si yo esta mujer pidiera,
Bien es que me contentara.

FISBERTO.

Si Aurelio con mas se hallara,
No dudes que mas te diera.
Está de suerte perdido,
Que aun á la hacienda de Octavio
Sé yo que ha hecho agravio,
Puesto que él lo ha consentido,
Por tener tan buen cuñado.

FELICIANO.

¿Seis mil ducados á mí,
Que con mas renta nació
Que este dote que me han dado!
¿Qué dirán cuantos lo saben?

FISBERTO.

Que has escogido mujer
Que de un rey lo puede ser,
Para que todos te alaben.

ESCENA VI.

UN PAJE. — DICHOS; después, CÁRLOS
Y ESTEBAN.

PAJE.

Un caballero está aquí,
Que á mi señor quiere hablar.

AURELIO.

Dile que bien puede entrar.

(*Vase el paje.*)

OCTAVIO.

¿Si es parabien?

AURELIO.

Creo que sí.

(*Salen Cárlos y Esteban, de soldados.*)

CÁRLOS.

Por estar tan de camino,
Como lo veis en el traje,
Aunque me dijo este paje
Lo que en veros imagino,

No pude excusar hablaros.

Suplicoos me perdoneis.

AURELIO.

Aquí una silla teneis.

OCTAVIO.

En esta podeis sentaros.

ELISA. (*Ap.*)

¡Cielos, qué es esto que veo!

PAULA.

¡Ay Señora! ¿á qué vendrá? (*Ap. á ella.*)

FELICIANO.

Fisberto, Cárlos se va. (*Ap. á él.*)

FISBERTO.

Saber la causa deseo.

CÁRLOS.

Antes que en mis cosas hable,
Desto que aquí viendo estoy,
Parabien, Señor, os doy.

ELISA. (*Ap. á Paula.*)

¿Qué atrevimiento!

PAULA.

Notable.

CÁRLOS.

Gocéis, señor Feliciano,
De la que tan vuestra es ya.

FELICIANO.

Para servirlos será.

AURELIO. (*Ap. á su hijo.*)

¡Buen mozo!

OCTAVIO.

Es muy cortesano.

CÁRLOS.

Y vos, mi señora Elisa,
Mil años el desposado.

ELISA.

Los que me habeis deseado
Vivais.

CÁRLOS.

Porque estoy de prisa
No encarezco la eleccion
Que en amar habeis tenido
Un hombre tan bien nacido.
Suplicoos me deis perdon.

ELISA.

Si en eso tengo de qué,
Yo os perdono.

CÁRLOS.

Dios os guarde.

Digo, Aurelio (porque es tarde,
Que ya las postas déjé
Puestas á punto), que yo
Voy á Flándes: el dinero
Que tengo, entregaros quiero;
Porque en plata me le dió
Un mercader de Toledo,
Y no le puedo llevar.

ELISA. (*Ap. á Paula.*)

Este me viene á matar.

PAULA.

Disimula.

ELISA.

¿Cómo puedo?

CÁRLOS.

Para algun correspondiente
De los que en Flándes teneis,
Cédula darne podeis,
O pues voy forzosamente
Por Francia, para cualquiera
Lugar.

AURELIO.

Fuera dicha mia,
Si el crédito que tenía,
Agora en Flándes tuviera,
Poderos, Señor, servir.
Ya ese tiempo se acabó.

CÁRLOS.
Mi desdicha lo causó.

ELISA.
A no ser fuerza partir
Esta tarde, yo os dijera
Quien para Flándes ó Francia
Os lo diera con ganancia.

CÁRLOS.
¿Pinguiera á Dios que pudiera
Detenerme, mi señora!

ELISA.
Detenéos, por vida mía.

FELICIANO. (Ap. á Físberto.)
¿Es este el que la servía?

FISBERTO.
Pienso que el partirse agora
Nace de verla casada.

FELICIANO.
Si por el tanto la quiere,
No se vaya, sino espere.

FISBERTO.
¿Son celos?

FELICIANO.
A la trocada.

ELISA. (A Cárlos.)
¿Tan forzosa es la partida,
Que no os podeis detener?

CÁRLOS.
Impórtame no perder,
Si me detengo, la vida.

ELISA.
¿Qué os puede haber sucedido?

CÁRLOS.
Una desgracia tan fuerte,
Que aunque el-partirme es mi muerte,
Ha sido el mejor partido.

ELISA.
El deseo de saber
Es en las mujeres tal,
Que el dolor de vuestro mal
Me obliga como á mujer.
¿Puedo saber la ocasion?

CÁRLOS.
Si os sirvo en que la sepais,
Oídme, porque tengais
De mi dolor compasion.—
Yo tuve en este lugar
Un amigo que servia
De alma al cuerpo en que vivia;
Que nos pudo amor juntar.
Y era tanto nuestro amor,
Que el tiempo de estar ausentes,
Los menores accidentes
Eran despecho y furor.
Comunicáhamos juntos
Los menores pensamientos,
Hablándonos por momentos,
Regatándonos por puntos.
A veces jurarle oi
Que ser mi cuerpo quisiera,
Porque siempre en él viviera
Sin apartarse de mí.
Pero á que esto me ofendiese
Llegar mi aficion solia,
Y ser yo el cuerpo queria,
Para ser el que muriese.
Pues entre aquestas finezas
(¿Quién creará tal sinrazon?)
Hizo tan cruel traicion
A este amor, á estas ternezas,
Que fué lo menos dejarme;
Y de suerte me dejó,
Que á ser dél su cuerpo yo,
Me muriera por vengarme.
Hizo con otro amistad,
A quien siempre aborrecí;
Díóle el alma en que viví;

Y esta injusta deslealtad
Blasona que es obediencia;
Yo, por no verlos andar
Siempre juntos, del lugar
Hago, como veis, ausencia.
Voy á Flándes, donde ruego
Al cielo que me traspase
Una bala, porque abraze
Un fuego con otro fuego.
Y para ser desta suerte
No tengo mas que llegar.
Pues yo me pondré en lugar
Que el menos diestro me acierte.

ELISA.
Extraña resolucion
La vuestra me ha parecido.
Para partiros no ha sido
Legítima la ocasion;
Que el amigo que decís,
Por dicha no os ofendió,
Si obediencia le forzó,
Como vos mismo advertís.
Demás desto, no habeis hecho
Diligencia por cobrar
Aquel perdido lugar
Que tuvistes en su pecho;
Porque no faltaran medios,
Noches, puertas, cartas, rejas,
Si lo que gastais en quejas,
Gastárades en remedios.
Y ¿qué señales mas grandes,
Aunque encareceis la costa,
De que amastes por la posta,
Pues las tomais para Flándes?
Muy colérico amador
Debeis de ser.

FELICIANO.
El se entiende.
Y ¿quién de entender se ofende
De una mudanza el rigor?
Ni sé yo para qué es bueno
Mudarse ni hacer traicion,
Ni á los que inocentes son.
Darles celoso veneno.
Mas para injustas mudanzas
Hizo el cielo las ausencias,
Por no andar en diligencias
De celos y de venganzas.—
Partid, Cárlos, bien haceis;
Dad á ese amigo en castigo
El iros; que si es amigo,
¿Qué mas venganza quereis?

FISBERTO. (Ap. á su amo.)
No te declares ansi.

FELICIANO.
Todos tres nos entendemos.

ESTÉBAN.
Señor, ya es tarde: ¿qué hacemos?

CÁRLOS.
Dices bien, vamos de aquí.—
Dadme, señores, licencia.

AURELIO.
El cielo os lleve con bien.

OCTAVIO.
Y os vuelva. Cárlos, también
Con salud de aquesta ausencia.
(Vase Cárlos.)

ELISA.
¿Ah gentilhombre!

ESTÉBAN.
Señora.
ELISA. (Ap. á Estéban.)
Si hoy no fuere la partida,
Venidme á ver, por mi vida.

ESTÉBAN.
Mi dueño dice que agora;
Mas yo le haré detener.

ELISA.
Una carta os quiero dar.
(Vase Estéban.)

ESCENA VII.

ELISA, AURELIO, FELICIANO, OCTAVIO, PAULA, FISBERTO.

PAULA. (Ap. á su ama.)
No sabes disimular.

ELISA.
Paula, quisiera poder.

AURELIO.
Pensó aqueste gentilhombre
Que trato en Flándes tenia.

FELICIANO.
Sí, Señor, sí pensaria.
AURELIO.
¿Cárlos decís que es su nombre?

FELICIANO.
Cárlos se llama.

AURELIO.
¿Por qué?

FELICIANO.
Sacóle el Emperador
De pila.

AURELIO.
¿Extraño favor!
Pero ¿dónde y cómo fué?

OCTAVIO.
No ves que se está burlando
Feliciano?

AURELIO.
Yo entendí
Que era de veras. Aquí
Os podeis quedar hablando,
En tanto que voy á ver
Un caballo que he comprado.

OCTAVIO.
Dejemos al desposado,
Padre, pues ya lo ha de ser,
Donde con menos recato
Hable un rato con su esposa.

AURELIO.
Bien dices: pues se desposa
Mañana, que hoy hable un rato.
(Vanse Aurelio y Octavio.)

ESCENA VIII.

ELISA, FELICIANO, PAULA, FISBERTO.

FISBERTO.
Señora Paula, pues ya
Nuestros dueños se han casado,
Yo quedo muy obligado,
Y vuesamerced lo está,
A que de la misma suerte
Nos queramos bien los dos.

PAULA.
Estoy agora, por Dios,
Poco menos que á la muerte.
Déjame; que se me va
Cierta cosa de los ojos,
Que me ha de causar enojos.

FISBERTO.
Luego ¿deso triste está?

PAULA.
¿No le parece ocasion?

FISBERTO.
Teníala por mujer
De otra estima.

PAULA.
Puede ser.

FISBERTO.
Mal gusto.

PAULA.
¿Por qué razón?

FISBERTO.
Es aquel hombre de aquellos
Que se llaman en la corte
Figuras.

PAULA.
De hablar acorte:
¿En qué le parece dellos?

FISBERTO.
Todo hombre cuya persona
Tiene alguna garatusa,
O cara que no se usa,
O habla que no se entona;
Todo hombre cuyo vestido
Es flojo ó amuecado,
Todo espetado ó mirlado,
Todo efetero ó fruncido;
Todo mal cuello ó cintura,
Todo criminal bigote,
Toda bestia que anda al trote,
Es en la corte figura.

PAULA.
Con malos ojos miró
Al soldado, por los suyos.

FISBERTO.
A mirarle con los tuyos,
¿Fuera galán?

PAULA.
¿Por qué no?
Eso que figura llama,
Es un mocito en efeto,
Entre bellaco y discreto,
Que de todo tiene fama.
Con la mano en el registro
Hace una guitarra hablar,
Y con la espada callar
A todo mortal ministro.
Es por lo agudo un milagro,
Y entre engañosas quimeras,
Tiene las burlas y veras
Como pernil gordo y magro.
Es poeta de donaire
Para seguidillas solas;
Danza, y con mil cabriolas
Dara de coces al aire.
Por lo que es noble yo salgo,
No hay que mirarle á los pies:
Un don Diego Ordóñez es;
Que aunque pobre, es buen hidalgo.

FISBERTO.
Hablas, Paula, con pasión;
Que este hombreillo es un mico.

PAULA.
Reportorio le suplico
Con los que difuntos son.

FISBERTO.
¿Cómo difuntos?

PAULA.
Ausentes;
Que si presente estuviera...

FISBERTO.
Le diera...

PAULA.
¿Con qué le diera?

FISBERTO.
Con este pomo en los dientes.

PAULA.
¿Pomo! ¿Jesus! ¿es de azar?

FISBERTO.
Por temer á Feliciano...

PAULA.
Bueno está, baje la mano;
Que no es libro de cantar.

FISBERTO.
A Feliciano he mirado,
Y no habla con su esposa.

PAULA.
Ni ella con él. ¿Brava cosa!

FISBERTO.
¿Buen principio de casado!—
(Ap. á su amo.)
¿Qué es esto? Pues ¿cómo estás
Sin hablar á Elisa ansi?

FELICIANO.
Como ella no me habla á mí,
No quiero enfadaria mas.

FISBERTO.
¿Sois los novios de Hornachuelos?
Eso es, comed, desposado,
—¿No come ella?

FELICIANO.
Estoy turbado,
Ni sé si es amor ni celos.
Para amor, no se lo debo,
Para celos es temprano.—
Dad licencia á Feliciano,
(A Elisa.)
Que cierto negocio llevo
Para palacio forzoso.

ELISA.
Vos, mi señor, la teneis.

FELICIANO.
Suplicoos que me mandéis,
Como á esclavo y como á esposo,
Algo en que conozca yo
Que el serlo vuestro estimais.

ELISA.
Para que de mí os sirvais,
Licencia ese nombre os dió.
Id en buen hora, y creed
Que estimo tanto favor.

FELICIANO.
Es muy propio del valor
Hacer á humildes merced.
(Vanse Feliciano y Fisberto.)

ESCENA IX.

ELISA, PAULA.

PAULA.
Ya que Feliciano es ido,
Te quiero reñir, Señora,
El haberle hablado agora
Con rostro tan desabrido.
Ya sé que nace de ver
Que Carlos se vaya á Flándes;
Pero en desdichas tan grandes
Es el valor menester.
¿En qué piensas? Vuelve en tí.

ELISA.
¿Ay Paula! Mi bien se va.
¿Estará en las postas ya?

PAULA.
Presumo, Elisa, que sí.

ELISA.
Pues ¿qué haré yo, que me muero?
La vida me ha de costar.

PAULA.
Bien lo puedes estorbar.

ELISA.
Paula, remediarlo quiero.
Vaya en buen hora el honor,
Si es que algun remedio sabes.

PAULA.
Como eso contigo acabes,
Me ha parecido el mejor
Dejar esta casa luego,
Y irte á la de alguna amiga,
Donde yo que estás le diga.

ELISA.
Iba tan celoso y ciego,
Que no ha de querer volver.

PAULA.
Sí hará; que te adora el hombre.

ELISA.
Honor, ya por vuestro nombre
Hice cuanto pude hacer;
Perdonad, y dad licencia
A mi amor.

PAULA.
¿Adónde irás?

ELISA.
De Laurencia fio mas.

PAULA.
Pues cerca vive Laurencia.
(Vanse.)

Sala en casa de Laurencia.

ESCENA X.

LAURENCIA, SABINA.

LAURENCIA.
Presto, Sabina, le hallaste.

SABINA.
De en cas de Aurelio salía.

LAURENCIA.
Y ¿dijote que vendría?

SABINA.
Habléle como mandasto,
Y leyendo tu papel,
Viene perdido de risa.

LAURENCIA.
Pues baja, y ábrele aprisa.

SABINA.
Estéban viene con él.

LAURENCIA.
No es Estéban de importancia.

SABINA.
Ellos entran.

LAURENCIA.
Tiemblo toda.
Sillas y estrado acomoda.

ESCENA XI.

CÁRLOS, ESTÉBAN.—DICHAS.

LAURENCIA.
¿De camino?

CÁRLOS.
Voy á Francia,
Y en ninguna cosa veo
Cuán desconocido estoy,
Como en que digais que soy
Cosa que apenas la creo.
¿Quién, Laurencia, os ha engañado?

LAURENCIA.
Estoy de vuestra partida
Tan helada, que en mi vida
Me he visto en mayor cuidado.
¿Cómo ó por qué causa os vais?
¿Es por celos esta ausencia?
Que ya, sin saber Laurencia
La ciencia que profesais,
Adivina la ocasión.

CÁRLOS.
Para con vos, lo he fingido,
Por dar pena á quien ha sido
La causa.

LAURENCIA.
Teneis razon.
Y con saber que no os vais

Carlos, tan contenta quedo,
Que diera albricias.

CÁRLOS.

No puedo
Pensar por qué me llamais
Para consultar conmigo
Vuestras bellas manos hoy.
¿Quién os ha dicho que soy
Quien buenas venturas digo,
Teniéndola yo tan mala?

LAURENCIA.

Cárlos, no me lo negueis;
Que bien sé que lo sabeis,
Y que ninguno os iguala.

CÁRLOS.

Estéban.

ESTÉBAN.

Señor...

(Ap. á él.)

CÁRLOS.

¿Qué es esto?

ESTÉBAN.

¿Qué desatinado estás,
Pues conocido no has
Lo que esta pretende en esto!
Como á Feliciano amó,
Que por Elisa la deja,
Y tú della tienes queja,
Pues que por él te dejó,
Con este achaque ha querido
Que junteis venganza y celos.

CÁRLOS.

No han hecho animal los cielos
Tan agudo y entendido.

ESTÉBAN.

Toma la mano á Laurencia,
Y lo que piensa adivina,
Mientras le digo á Sabina
Otro poco desta ciencia;
Que en amarla tomarás
Gran venganza de los dos.

CÁRLOS.

Bien me aconsejas, por Dios.—
No quiero negaros mas (A Laurencia.)
Lo que desta ciencia entiendo;
Pero ha de ser condicion
El silencio, que es razon,
Porque en extremo me ofendo
De que entiendan que adivino.

LAURENCIA.

A todo, Cárlos, me allano.

CÁRLOS.

Dadme, Señora, la mano.

LAURENCIA.

Veisla aquí.

CÁRLOS.

¿Favor divino!

Hago la cruz y la beso.

LAURENCIA.

Quedo, ¿la mano besais?

CÁRLOS.

La cruz no mas.

LAURENCIA.

Bien entráis.

CÁRLOS.

¡Jesus! ¿qué extraño suceso!
Aquí se ve claramente
Que un hombre en extremo amais,
De quien mal pagada estáis.

LAURENCIA.

¿Qué ingenio!

CÁRLOS.

Es cosa evidente.

Esta raya que atraviesa,
Es que otra mujer llegó,
Y esto galan os quitó.

LAURENCIA.

Y aun pienso que á vos os pesa.

CÁRLOS.

Pesárame; pero ya
Que desta mano me así,
La que por celos perdí,
Hoy la venganza me da.

LAURENCIA.

¿Qué decís?

CÁRLOS.

Que aquí se ve
Que vengaros intentais
Con otro hombre.

LAURENCIA.

¿Y vos pensais

Que si lo intento podré?

CÁRLOS.

Ya lo estoy aquí mirando,
Y me parece que sí.

LAURENCIA.

Miraldo en vos; porque en mí
Ya está mirado.

CÁRLOS.

En vos, ¿cuándo?

LAURENCIA.

Antes que os diese ocasion
Para adivinar mi gusto.

CÁRLOS.

Que hablemos aparte es justo.

LAURENCIA.

Hablemos.

CÁRLOS. (Ap.)

¡Brava invencion!

(Bajan la voz.)

ESTÉBAN.

Y ella, señora Sabina,
¿No sabe que soy criado
Del astrólogo?

SABINA.

¿Ha tomado

Algo de aquella doctrina?
Porque deseo saber
Mas de mil cosas.

ESTÉBAN.

Yo soy

Tal, que mil vueltas le doy.
Mas quiero darle á entender
Que en Valladolid habia
Un astrólogo estudioso,
Que un pronóstico famoso
Todos los años hacia.
Este tenia un criado,
Que todo al revés de aquel,
Escribía otro papel,
Y era siempre el acertado.
Murió el astrólogo en fin,
Y el criado no escribió,
Y á quien se lo preguntó,
Confesó que era un rocin,
Y que acertaba después
Que al amo contradecía;
Que alquimia y astrologia
Se han de entender al revés.

SABINA.

Nuestros amos, me parece
Que con gran contento están.

ESTÉBAN.

Vengarse los dos querrán.

SABINA.

Así en el mundo acontece.

ESTÉBAN.

Tambien tenemos los dos
De qué vengarnos.

SABINA.

Fisberto

Me deja.

ESTÉBAN.

Vuestro concierto
Habemos visto los dos.
A mí Paula me ha dejado.
Si me quieres, aquí estoy.

SABINA.

¡Ay, mi Estéban, tuya soy!

LAURENCIA.

Cárlos, verdad te he contado.
Yo te comienzo á querer
Por venganza y por furor;
Pero acabará en amor,
Y en que seré tu mujer.

CÁRLOS.

Cuando no fueras quien eres,
Por vengarme te adorara.
Tuyo he de ser.

LAURENCIA.

Pues repara

En que mi honor consideres.

CÁRLOS.

¿Llamaron?

LAURENCIA.

Pienso que sí.

ESCENA XII.

MAESE JUAN. — DICHOS.

MAESE JUAN.

Aquí está Elisa, Señora.

CÁRLOS.

¿Elisa aquí!

LAURENCIA.

¿Elisa agora!

CÁRLOS.

Sabe que te ofende á tí,
Y querráse disculpar.

LAURENCIA.

¿Qué haré? Qué es fuerza esconderte.

CÁRLOS.

Esconderme fué mi muerte;
Mas no se puede excusar.

LAURENCIA.

Ponte detrás dese paño.

(Vase Maese Juan.)

CÁRLOS.

Amor niño, ¿qué ha de hacer?
Juega, y juega al esconder,
Cuando mas descubre el daño.—
Ponte, Estéban, á este lado;
Veamos esta invencion.

ESTÉBAN.

No es mucho, si toros son,
Que andemos siempre en tablado.

(Escóndense Cárlos y Estéban.)

ESCENA XIII.

ELISA, PAULA. — LAURENCIA, SA-
BINA; CÁRLOS Y ESTÉBAN, ocultos.

ELISA.

Porque demítendrás, Laurencia hermo-
Formada justa queja, no he querido [sa,
Valerme de otra casa, ni á otra amiga
Descubrir el secreto de mi honra.
Dirás que me he casado con tu esposo,
Dirás que te he quitado á Feliciano;
Mi padre me forzó, mi humilde pecho
Por su obediencia aventuró su gusto.
Determinéme á ser hija obediente;
Verdad es que forzada obedecía;
Mas viendo que mi bien se parte á Flán-
Por no me ver casar, y tan aprisa, [des
Que ya queda en la posta, mis entrañas
Se han de manera enternecido, y tanto

Pudo el ver en sus ojos una lágrima,
Que loca, sin honor, sin alma vengo
A pedirte que envíes quien le llame;
Que aquí en tu casa le daré la mano,
Y eternamente quedará por suya.

LAURENCIA.

Elisa mía, ya acordaste tarde.
Carlos se fué; yo vi pasar las postas,
Y desde estas ventanas, admirada,
Le pregunté la causa por que hacia
Tan súbita jornada, y respondiome:
«Por no aguardar que goce Feliciano,
Laurencia amiga, el bien mayor que tu-
[ve.]»

Diciendo así, cubrió los ojos Carlos
De un lienzo, y con dolor picó la posta,
De suerte que pasó cual suele el rayo,
Que apenas de la vista se percibe.

ELISA.

¿Que es ido Carlos y que Elisa vive?
¿Desventurada de mí!
¿Tan tarde á buscarle vine!
Alma loca, pies cobardes,
¿Que tan poca prisa os distes?
¿Qué obediencia fué la mía?
El alma ¿no nació libre?
Dios ¿no me dió libertad?
Pues ¿qué es lo que dije y hice?
¿Adónde hallaré mi bien?
¿Por dónde podré seguirle?
¡Cielos! Si el alma me deja,
El cuerpo ¿de qué me sirve?
¿Oh notable imposible!
¿Que es ido Carlos y que Elisa vive?
¡Plega á Dios que si volviere,
Donde mi padre me obligue
A obedecerle jamás,
Que antes la vida me quite!
Vé, amiga, y di que soy muerta,
Di á mi padre que me viste
Hacer pedazos: ¿qué aguardas?

PAULA.

Señora, tarde te afliges;
Advierte...

ELISA.

¿Qué he de advertir?

PAULA.

Mira...

ELISA.

¿Qué quieres que mire?

PAULA.

Laurencia, ayúdame.

LAURENCIA.

¿Cómo?

ELISA.

¿Que no le he de ver? ¡Ay triste!
¿Que le dije que se fuése?
Que pudieron dividirse
Dos almas que junta el cielo?
¡Ah Carlos! ¿dónde te fuiste?
¿Oh notable imposible!
¿Que es ido Carlos y que Elisa vive?
CÁRLOS. (Ap. á Estéban, donde están
escondidos.)

No puedo sufrir, Estéban,
Aunque mas celos me animen,
Ni las lágrimas que llora
Ni las palabras que dice.
Salir quiero.

ESTÉBAN.

Tente un poco.

CÁRLOS.

Que me tenga no es posible.
¿No ves que me está adorando?

ESTÉBAN.

Ya que sabes que es tan firme,
Véngate, enséñate.

CÁRLOS.

¡Ah, cielos,
Que se me muere aquel cisne!
¡Ay, cuán dulcemente canta!
Déjame que resucite
Aquella fénix de amor.

ELISA.

¿Cómo los cielos permiten
Que viva Elisa muriendo?
Cuando Carlos se despidió
Pero verá el mundo agora
Que si es Piramo, soy Tisbe.
¿Oh notable imposible!
¿Que es ido Carlos y que Elisa vive?

ESCENA XIV.

OCTAVIO, FELICIANO.—Dichos.

OCTAVIO. (Dentro.)

Mis partes has de hacer como cuñado.

LAURENCIA.

Elisa, este es Octavio, y tu marido
Viene con él; atápate y escóndete.

ELISA.

¡Válame Dios!

LAURENCIA.

Ponéos las dos los mantos.

ELISA.

Aquí detrás me escondo.

(*Entranse Elisa y Paula donde están
Carlos y Estéban. — Salen Feliciano
y Octavio.*)

OCTAVIO.

¿Por qué causa,
Laurencia, se escondieron estas damas?

LAURENCIA.

Vienen de Atocha y por aquí se entraron;
Que vienen por tocar, y las mujeres
No quieren que las vean en bosquejo.
Mas ¿qué es la causa de que en esta casa
Tengas esta licencia, Feliciano?

FELICIANO.

Yo, Laurencia, no pienso que tuviera
Atrevimiento de venir á verte,
Menos que por hacerte este servicio.
No cree Octavio que te tengo hablado;
Soy su cuñado y obligado amigo,
Su bien deseo, y lo será muy grande
Para los dos que con mi Elisa vivas.
Concluyamos aquesto si te agrada,
Pues de sus partes todo el mundo tiene
Tanta satisfacción: ¿qué me respondes?

LAURENCIA.

Que estoy casada.

FELICIANO.

Tú, ¿con quién?

LAURENCIA.

Con Carlos.

OCTAVIO.

¿Qué Carlos?

LAURENCIA.

¿No conoces á quien digo?

OCTAVIO.

El Carlos que conozco es ido á Flándes.

FELICIANO.

Dice muy bien Octavio, ese mancebo
Tomó la posta agora.

LAURENCIA.

Fué fingido

Por cosas que le importan; mas lo cierto
Es que Carlos, Octavio, es mi marido,
Yo soy mujer de Carlos.

FELICIANO.

¿A quién piensas,
Laurencia, que das celos con mentiras?

LAURENCIA.

Si son mentiras lo verás mañana,
Primera monición de nuestras bodas.

OCTAVIO.

Feliciano, yo estoy sin seso: vamos
Donde me informe si verdad nos dica.

FELICIANO.

Digo que es ido Carlos por la posta.

LAURENCIA.

Digo que está muy cerca de mí Carlos.

OCTAVIO.

Vamos por Dios; que yo sé dónde vive.

FELICIANO.

Vamos, porque sosiegues; mas yo creo
(Ap. á Octavio.)

Que por dar pesadumbre, por dar celos,
Laurencia finge lo que no es posible.

OCTAVIO.

¡Ay triste yo si fuese verdad esto!
¿De qué cielo he caído á tanta pena,
Cuando mas la esperanza sostenía
La vida que guardé para Laurencia!

FELICIANO. (Ap.)

No voy menos picado y afligido;
Que no la quiero menos. ¿Qué venganza
Ha tomado de mí si fuese cierto!

SABINA. (Ap. á su ama.)

Con una piedra misma los has muerto.
(*Vanse Feliciano y Octavio.*)

ESCENA XV.

CÁRLOS, ELISA, ESTÉBAN y PAU-
LA, *saliendo de donde estaban ocultos*; LAURENCIA, SABINA.

CÁRLOS.

Detente, y no seas verdadía;
Que me quitaré la vida.

ELISA.

Detente tú, y no me toques;
Porque daré voces.

CÁRLOS.

Mira
Que soy tu Carlos, mi bien.

ELISA.

¿Tú mi Carlos?

CÁRLOS.

Sí, mi Elisa.

ELISA.

Tú mi muerte, tú mi infierno;
Que tú mi bien es mentira.

CÁRLOS.

¿Eres tú, Elisa del alma,
La que á buscarme venias,
Como la cierva las aguas,
De la ardiente yerba herida?
Pues ¿cómo, si me has hallado,
Huyes de mí?

ELISA.

Mas me incitas
Con ver que negar no puedes
El amor que me debías.
Cuando yo vengo á buscarte,
Alma, fama, honra y vida
Perdidas, ¿te hallas escondido
Adonde yo me escondía
De mi hermano y de mi esposo!
No mas: hoy verás á Elisa
Casada con Feliciano.

CÁRLOS.

Mi bien, escucha.

ELISA.

No digas
Palabra; que no hay disculpa.

¡Oh qué graciosa partida!
¡Qué lindas postas a Flandes! (Vase.)

CÁRLOS.

Elisa, Elisa divina,
Dulce Blisa de mis ojos,
Estrella y luz de sus niñas!

ESTÉBAN.

Fuése, no te canses mas.—
Aguarda, Paula querida,
Paula, Paula de mis ojos,
Lagaña de sus orillas,
Oye.

PAULA.

Váyase el picaño
Con la señora Sabina,
Pues que le escondió en su casa. (Vase.)

CÁRLOS.

Dame licencia que siga
Esta cruel.

LAURENCIA.

Oye, Carlos.

CÁRLOS.

Tu discrecion me permita
Que la detenga. (Vase.)

SABINA.

Oye, Estéban.

ESTÉBAN.

Haréle el rostro una criba. (Vase.)

LAURENCIA.

¡Buenas habernos quedado!
¡Oh qué mala astrología!
Mas yo buscaré remedio;
Que quien ama y solicita,
Todo cuanto quiere alcanza.

SABINA.

Luego ¡ya Carlos te pica?

LAURENCIA.

Si te digo lo que siento,
Quien bien ama, tarde olvida.
Mi verdad es Feliciano,
Si me le dejase Elisa.

ACTO TERCERO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

FELICIANO, FISBERTO.

FISBERTO.

¡Eso le dijiste?

FELICIANO.

Sí.

Este medio imaginé,
Con que fuera le dejé
Del casamiento y del sí.

FISBERTO.

En efeto le pediste
Cuatro mil ducados mas?
Pues ¡cómo volviste atrás
La palabra que le diste?

FELICIANO.

Celos de Laurencia son.

FISBERTO.

Señor, en tu honor repara.

FELICIANO.

Mas vale vergüenza en cara
Que mancilla en corazon.

FISBERTO.

No pienso que has acertado.

FELICIANO.

¿Por qué?

FISBERTO.

Porque estando escrito,
Es en ley de hombres delito,
Y infamia en el que es honrado.
Cuando la palabra dieras
Solamente, Feliciano,
En posesion de villano
Quedaras si la rompieras,
Cuanto mas una escritura.

FELICIANO.

Eso fué en tiempos atrás;
Que agora, ¿dónde hallarás
Fe ni palabra segura?
La firma, el prometimiento,
Son como nubes ó espumas;
Porque palabras y plumas
Dicen que las lleva el viento.

FISBERTO.

Esas plumas y palabras
No son las que á ti te obligan,
Porque estas prenden y ligan,
Cuando bien los ojos abras.

El amigo que promete
Por palabra ó por papel
Será su amigo fiel
Desde una vez hasta siete,
Y no lo cumple, no importa;
El príncipe ó el señor
Que promete hacer favor,
Y en la ocasion se reporta,
Mal hace; mas es costumbre;
El juez y el escribano
Que os promete dar la mano,
Y os da después pesadumbre,
No es del honor detrimento
Que os haga prender después,
Ni es maravilla, pues es
Vara sutil, pluma al viento;
Que pretendiendo el que ama
Escriba y diga mil cosas,
Y otras tantas fabulosas
Al mismo amante la dama,
Es negocio que se usa;
Que un sastre, que un oficial
Mienta, es cosa natural,
Porque con mentir se excusa;
Pero que habiendo firmado
Una escritura algun hombre,
Eh infamia de su nombre
La niegue, no es hecho honrado;
Demás de que le podrán
Por justicia convencer.

FELICIANO.

En cosas que entra mujer
Mayor licencia nos dan;
Que hasta dar un hombre el sí
Delante de un sacerdote,
No hay quien de infame le note
Ni fuerce á cumplirlo así.
Ya sabes que es ordinario
El no hacerse un casamiento.

FISBERTO.

Que le hayas dejado siento.

FELICIANO.

Dirán que soy hombre vario
Y fundado en interés;
Pero á lo que ves me esfuerza
Querer casarme por fuerza,
Que es muy mal hecho.

FISBERTO.

No es,
Pues dejaron el concierto
En tus manos, aunque viste
Que hallado en su casa fuiste.

FELICIANO.

Ya estás muy necio, Fisberto.
No ha de apretar al señor
De esa manera el criado.

FISBERTO.

Gente por la calle ha entrado.

FELICIANO.

Rebózate.

FISBERTO.

¿No es mejor
Entrar en cas de Laurencia?

FELICIANO.

Es tarde para visita.

FISBERTO.

Pues desta puerta te quita;
No obligues que la paciencia
De Octavio se vuelva en furia.

FELICIANO.

¿Qué me puede hacer Octavio?

FISBERTO.

Sentir de Elisa el agravio
Y satisfacer su injuria.

ESCENA II.

CÁRLOS y ESTÉBAN, en traje de noche. — Dichos.

ESTÉBAN.

Mira que hay gente en la calle.

CÁRLOS.

Arrímate por ahí.

ESTÉBAN.

Dos hombres están aquí.

CÁRLOS.

¿De qué talle?

ESTÉBAN.

De buen talle.

CÁRLOS.

Mas ¿si fuese el desposado?

ESTÉBAN.

¿Quieres que le dé un paseo?

CÁRLOS.

Ver tu buen pecho deseo.

ESTÉBAN.

Voy.

CÁRLOS.

Vé alerta y embozado;
Pon de manera la capa
Que no te estorbe al broquel,
Porque hay antuvion cruel,
Si ven que un hombre se escapa.

ESTÉBAN.

Ya estoy en mortal postura.

CÁRLOS.

Camina; que aquí te espero.
(Vase Estéban á Feliciano y Fisberto.)

FISBERTO. (Ap. á Feliciano.)

Aquí viene un caballero;
Encubrirete bien procura.

FELICIANO.

¡Oh cómo viene arrogante!

FISBERTO.

El parece, ó es malicia,
Espía de la justicia,
Destos que vienen delante.

ESTÉBAN.

¿Quién son?

FELICIANO.

Decid vos primero
Quién sois, que lo preguntáis.

ESTÉBAN.

¿No me ven?

FELICIANO.

Despacio estáis.

¿Quién sois?

ESTÉBAN.

Soy un caballero.

FELICIANO.

Pues ¿por qué os toca saber
Quién soy ó cómo me llamo?

ESTÉBAN.

Porque lo manda mi amo.
(Ap. Creo que lo eché á perder.)

FELICIANO. (Ap. á Fisberto.)

Justicia es esta, camina;
Que aunque son principal gente,
El que sale impertinente
Al mas cuerdo desatina.

FISBERTO.

Cierto que es tenerla en poco,
Siendo de tan alto precio,
Porque es la vara en un necio
Palo en ciego, espada en loco.

(Vanse Feliciano y Fisberto.)

ESCENA III.

CÁRLOS, ESTÉBAN.

ESTÉBAN.

¿Qué te parece?

CÁRLOS.

¿Qué has hecho?

ESTÉBAN.

Llegué como un paladin
A estos hombres, porque en fin
Importa mostrar buen pecho,
Y díjeles: « Caballeros
(Y por mostrarme cruel
Hicé sonar el broquel
Con los temidos aceros),
Yo he menester esta calle,
O matarlos á los dos. —
Tomalda, Señor, por Dios,
Dijo aquel de mejor tallo,
Y dejádnos ir en paz. —
Váyanse, dije, á sus casas
Y acuéstense. »

CÁRLOS.

El mundo abrasas.
¡Oh cuánto encubre un disfraz!

ESTÉBAN.

¿Qué es lo que habemos de hacer?

CÁRLOS.

¿No dices que has concertado
Hablar con Paula?

ESTÉBAN.

He pensado
Que te podrán conocer.

CÁRLOS.

No harán; que estará escondido.
Aunque mucho mejor fuera
Que yo ser tú me fingiera,
Y hablara á Paula atrevido.

ESTÉBAN.

¿No podré decirle yo
Lo que tú le has de decir?

CÁRLOS.

No lo sabrás tú sentir.
¿Abrió la ventana?

ESTÉBAN.

Abrió.

CÁRLOS.

Apártate, como que eres
Yo, que estoy allí arrimado.

ESTÉBAN.

Habla como yo, embozado,
Ya que ser lo que soy quieres.
(Embozándose.)

ESCENA IV.

ELISA y PAULA, que salen á una ven-
tana. — CÁRLOS y ESTÉBAN, en la
calle, embozados.

ELISA.

¿Aquí dijo que vendría
Estéban á hablarte agora?

PAULA.

Esto me dijo, Señora,
Hoy, que le hablé á mediodía.

ELISA.

Gente á nuestra puerta veo.
Que soy tú quiero fingir.

PAULA.

¿No le sabré yo decir
Lo que tú tienes deseo?

ELISA.

Desviate; que ya llega. —
¿Es Estéban?

CÁRLOS.

Y tú acaso

¿Eres Paula?

ELISA. (Ap.)

¿Extraño caso!

¡Oh cuánto amor puede y ciega!
En la voz he conocido
A Carlos.

CÁRLOS. (Ap.)

Elisa es esta;

Que la voz lo manifiesta,
Aunque la voz ha fingido.

ELISA.

Estéban, ¿dónde ha quedado
Aquel tu dueño cruel?

Mas ¿qué pregunto por él,
Si sé dónde le has dejado?
Estará con su Laurencia.

Tú entre tanto á verme vienes.

CÁRLOS.

¿Buena disculpa te tienes,
Después que sabes su ausencia!
Carlos nunca tuvo amor,
Ni aun pensamientos de amar
A Laurencia.

ELISA.

Si á negar

Obliga tanto furor
Lo que se sabe que es cierto,
Lo que se ve, ¿qué será?

CÁRLOS.

Ya que ella casada está,
Y tú quieres á Fisberto,
¿Para qué pueden ser buenos
Los celos á sangre fría?

ELISA.

Ni ella lo está, ni aun querria,
Ni yo á Fisberto á lo menos;
Pero Carlos á Laurencia
Bien sabemos que la adora.

CÁRLOS.

¿Cómo la adora, si agora
Emprende tan larga ausencia?

ELISA.

¿Que! No se irá.

CÁRLOS.

¿Cómo no,
Si esta tarde se ha partido?

ELISA.

¿Carlos es ido?

CÁRLOS.

Ya es ido.

ELISA.

¿Se partió?

CÁRLOS.

Ya se partió.

ELISA.

Pues ¿á qué te deja á tí?

CÁRLOS.

A despachar lo que lleva.

ELISA. (Ap.)

Basta; que le engaño, y prueba
Carlos engañarme á mí.

CÁRLOS. (Ap.)

¿Qué lindo picon le he dado!
Que piensa que estoy ausenta.

ELISA. (Ap.)

Esta piensa llanamente
Que su ausencia me ha picado,
Y véole desde aquí.

CÁRLOS.

Ahora bien, ¿qué le diré?
Porque mañana me irá.

ELISA.

Lo que quisieres le di;
Que yo sé que mi señora,
Viendo que quiere á Laurencia,
No solo siente su ausencia,
Pero que me dijo á mí
Que mañana se casaba.

CÁRLOS.

¡Fuego del cielo en Elisa!
¡Oh qué bien dice esa prisa
Con la que á Carlos amaba!
¡Plega al cielo que casada
Quede con tan mala estrella,
Que se haya dicho por ella
La bella maldaridad!
¡Plega al cielo que su esposo
Sea siempre perseguido
De un cobarde bien nacido
Y de un bajo poderoso!
Que el bien nacido cobarde
Compra y busca algun traidor,
Y el humilde con favor
Hace mal temprano ó tarde.
¡Plega al cielo!...

ELISA.

Poco á poco;
Que es mucho, señor lacayo.

CÁRLOS.

Soy Carlos, soy furia y rayo,
Soy... ¿Qué soy? Basta ser loco.

ELISA.

¿Carlos! Pues ¿no estaba ausente
Porque á Laurencia no amaba?

CÁRLOS.

Ausente de Elisa estaba,
Puesto que estaba presente;
Que ausencia es como el olvido.
Ausente está el olvidado;
Mas tú, que me has escuchado,
Dile que mi muerte ha sido,
Dile que es fiera cruel,
Dile que es ira del cielo,
Dile que no tiene el suelo
Hoja, pluma, flor, papel
Mas ligera ni mudable.
Dile...

ELISA.

Paso; que soy yo.

CÁRLOS.

Ya el alma te conocí,
Luna veloz, mar instable.
Hasta agora no tenia
Pensamiento de partirme;
Que soy hombre, que soy firme,
Y era verdad mi porfia.
Pero agora desde aquí
Pienso salir del lugar.
Pero quíerome vengar.
Oye.

ELISA.

Lo que quieres di.

CÁRLOS.
Estos tus papeles son,
Tus retratos y cabellos;
Ni yo iré con ellos, ni ellos
Conmigo en esta ocasión.

ESTÉBAN.
Tente, Señor.

CÁRLOS.
¿Tú me tienes?
ESTÉBAN.

Porque te has de arrepentir;
Que no has de poder vivir,
Si á hallarte sin ellos vienes.
Que por lo demás, no hay cosa
Mas discreta que rasgallos,
Por no ver después locallos
Una mano escrupulosa,
Que sin ver sus mocedades
Dirá que son desatinos,
Porque siempre en los vecinos
Se ven mas las liviandades.
Da ese retrato al demonio;
No diga algun mentecato
Que adoras en un retrato,
Y te ponga un testimonio
En ocasión de perderte.

CÁRLOS. (Ap. á Estéban.)

¿Tienes un papel ahí?
Fingiré que los rompí.

ESTÉBAN.
Buena industria.

CÁRLOS.
Amor me advierte.

ESTÉBAN.
Si á darte otra cosa vengo
Tan buena, no has de enojarte.

CÁRLOS.
No haré.

ESTÉBAN.
Pues es mucha aparte.

CÁRLOS.
Diez ó doce naipes tengo.

ESTÉBAN.
¿Naipes?

CÁRLOS.
Son para encajar,
Si necesidad se ofrece.

ESTÉBAN.
Muestra.

CÁRLOS.
Lástima parece.

ESTÉBAN.
CÁRLOS.
Estotros puedes guardar. —
Elisa, hoy te dejo rota,
Hoy rompo...

ESTÉBAN. (Ap. á su amo.)

Y pudiera ser,
Si fuera mala mujer,
Y rompes alguna sota.

CÁRLOS.
Tu retrato, que es razon,
Por figura, que del alma
Te rompe ausencia y desalma,
La emprenta del corazón.
Rasgo estos falsos papeles
De la manera que miras,
Para rasgar las mentiras
Que escribir y decir sueles.
Rasgo amores y locuras
Y encarecimientos vanos.
¡Ay, quién tuviera en las manos
Esas tus entrañas duras!
Mas no quiero entermecirme
Ni quiero volver á hablarte;
Perfúrmelo quiero y dejarte.

ELISA.
Oye, mi bien; vuelve á verme.
Una palabra me escucha.

CÁRLOS.
No hay palabra á quien las quiebra.
(Vase.)

PAULA.
¿Estéban, Estéban!
ESTÉBAN.
Cebra
Salmonada como trucha,
Quíno la soy sin descarte.
(Vase.)

ESCENA V.

ELISA Y PAULA, en la ventana.

PAULA.
Fuéronse.
ELISA.
Si no supiera
Que no es esta la primera
Que se queda y que se parte,
Perdiera el seso; mas creo
Que no se irá del lugar.

PAULA.
Tanto partir y quedar
Fué siempre de amor rodeo.
Parece el cielo nublado,
Que no acaba de llover.

ELISA.
Eso que pudo romper,
Me ha dado, Paula, cuidado.
Llama á ese viejo, y deciendo
Con una vela á la calle,
Y porque ninguno halle
Mi letra, el papel enciende;
Que puede ser que mi hermano
O mi padre entiendan esto.

PAULA.
Yo bajo á llamarle presto.

ELISA.
Yo espero.
PAULA.
Esperas en vano.
(Vase.)

ESCENA VI.

ELISA, á la ventana.

[tan,
¿Qué propios en amor, como lo can-
ir y quedarse, y con quedar partirse?
¡Oh cuántos pensamientos quieren irse,
Que al primer paso del partir se espantan!

Los pies con el agravio se adelantan
A la tierna piedad del despedirse;
Mas suele amor al mismo agravio asirse,
Y sentarse donde ellos se levantan.

Si amor es un colérico accidente,
No puede hacer efectos de cobarde;
Que es fuego, es ira, es furia, es rayo ar-
[diente.

Mal huye quien de amor se abrasa y ar-
[de;

Que como amor se precia de valiente,
Vuelve la espalda á su enemigo tarde.

ESCENA VII.

MARQUINA Y PAULA, saliendo á la
calle. — ELISA, en la ventana.

MARQUINA.
¿No me dejaras vestir?

PAULA.
¿Qué bueno para la prisa
Que nos está dando Elisa!

MARQUINA.
¿Qué bestia podrá sufrir
Tan extraño madrugar?

PAULA.
Si ella está ya levantada,

¿En qué os hace agravio?
MARQUINA.
En nada.

ELISA.
¿Aun no acabais de buscar?
MARQUINA.

PAULA.
Mi señora es,
Que está en la ventana.
MARQUINA. —
Admira

Su cuidado.
PAULA.
El papel mira.
MARQUINA.
Vesle aquí junto á tus pies.
PAULA. (A su ama.)

¿Rasgólos todos aquí
Cárlas cuando se partió?

ELISA.
Sí.
MARQUINA.
Naipes solo hallo yo.

PAULA.
¿Cómo?
MARQUINA.
Naipes.

PAULA.
¿Naipes?
MARQUINA.
Sí.

PAULA.
Mira no sea el retrato,
Que está en naipe.
MARQUINA.
La que ves,

La sota de bastos es.
Jugó, perdió y dió barato.
PAULA.

Mira que el revés será.
MARQUINA.
Por acá no hay otra cosa.

PAULA.
¿Hay industria mas graciosa?
Mira si por dicha está
Entre ellos algun papel.

MARQUINA.
La guarnicion está aquí
Del as de espadas.

PAULA.
¿Que así
Nos burle aqueste cruel,
Costándonos tantos lloros? —
Vuelve estas espaldas blancas.

MARQUINA.

Vuelvo.
PAULA.
¿Es papel?

MARQUINA.
Son las ancas...
PAULA.

¿De quién?
MARQUINA.
Del caballo de eros.

PAULA.
Brujelea aquestos dos.

MARQUINA.
Este el dos de copas es.
PAULA.

¿Que no hay papel?
MARQUINA.
¿No lo ves?

PAULA.
Notable enredo, por Dios.
ELISA.

¿Qué es eso, Paula?

PAULA.
Ha rompido
Este amor de ventaja,
Por vengarse, una baraja.

ELISA.
La baraja de Cupido
Billetes dicen que son.

PAULA.
Esta tiene, en mi conciencia,
De su majestad licencia.

ELISA.
No ha sido mala invencion.
Entrate, Paula, á acostar.

PAULA.
¿Cómo acostar, si amanece?

ELISA.
¿Es ya el día?

MARQUINA.
El día, y crece.

ELISA.
Así me pienso quedar. (Vase.)

PAULA. (A Marquina.)
Ya no sois mas menester.

MARQUINA.
Pues á componer me voy.

PAULA.
¿Qué teneis que escribir hoy?

MARQUINA.
Nunca me falta que hacer.
Un villancico á un mezquino
Que no mira por su casa,
Y corrige lo que pasa
En casa de su vecino.

PAULA.
No os prendan.

MARQUINA.
La torre es alta.
Seguro estoy del papel,
Pues no le prenden á él,
Que es el que tiene la falta.
(Vanse.)

Sala en casa de Aurelio.

ESCENA VIII.
AURELIO, OCTAVIO.

AURELIO.
No me consueles, porque no es posible.
OCTAVIO.

¿Es posible que tanto entendimiento
No pueda hallar remedio conveniente?
AURELIO.

Ni, gun remedio en mis desdichas siento.
¿Que agora pida cuatro mil ducados,
Lleno todo el lugar del casamiento!
¿Estos tienes por términos honrados?
Los que miran el oro, y no la esposa,
Suelen después vivir desesperados.

OCTAVIO.
Pienso, Señor, que de Laurencia hermo-
Debe de estar prendado Feliciano, [sa
Y que esta ha sido treta cautelosa.
Déjale estar; que tiene de villano
Algo, que por la corte se murmura.

AURELIO.
El por lo menos es hombre liviano.
¿Mal haya la sospecha mal segura
Que tuve de mi Elisa! pues por ella

Quise, Octavio, intentar tanta locura.
Casárase mejor con Carlos ella,
Pobre en efeto, pero bien nacido,
Y que hoy presumo yo que adora en ella.

OCTAVIO.
Pues tú, ¿qué piensas que la causa ha sido
Para irse á Flándes?

AURELIO.
Este casamiento
De Feliciano debe de haber sido.
Llama á Elisa, digámosle su intento.

OCTAVIO.
¿Estará levantada?

AURELIO.
Sí; que sale
Paula vestida ya de su aposento.

OCTAVIO.
Con el espejo entró.

AURELIO.
Pues entra, y dale
La nueva del deshecho trato nuestro.

OCTAVIO.
Yo voy. (Vase.)

AURELIO.
¿Qué pena habrá que á tanta igualé?
Si á Octavio los deseos no le muestro
Que de vengarme tengo deste agravio,
Es porque estoy en el sufrillo diestro;
Porque es mejor que no perder á Octavio.

ESCENA IX.

ELISA, OCTAVIO.—AURELIO.

ELISA.
¿Qué dices?
OCTAVIO.
Que no te casas;
Que pide otros cuatro mil
Sobre los seis.

ELISA. (Llorando.)
¿Hombre vill!
OCTAVIO.

Elisa, ya en eso pasas
Del ánimo varonil.
¿Qué se te da de perder
Un hombre que mas estima
El oro que tal mujer?

AURELIO.
Pues, Elisa, ¿así me anima
Tu discreto proceder?
¿Llorando vienes á verme,
Cuando tu consuelo espero?

ELISA.
Si acaba de sucederme
Tanto mal, rigor tan fiero,
Que ha de acabarme y perderme,
¿Qué te espanta el sentimiento?

AURELIO.
¿Piensas que te ha de faltar
Mas honrado casamiento?

ELISA.
El ver mi honor murmurar,
Señor, solamente siento.
¿Qué dirán todos de mí,
Sino que de un hombre fui
Por defectos despreciada?

AURELIO.
No será persona honrada
Quien lo presuma de tí.

ELISA.
¿Cómo no, si estando hecho,
Y cerca de ejecutar,
Queda, como ves, deshecho?

AURELIO.
Contra el rigor popular

No hay defensa de provecho.
Muchos tratan de casarse,
Que no llega á ejecución.

ELISA.
Cuando es no mas de tratarse,
No suele quedar razon
Para que puedan quejarse;
Mas cosa tan recebida,
Tan hecha, tan admitida
De amigos y de parientes,
¿Cómo, di, Aurelio, no sientes
Que me ha de costar la vida?
Pues bien creerás que no son
Nacidas estas razones
De tenerle yo afición.

AURELIO.
Con verte triste me pones,
Elisa, en mas confusion.
¿Qué puedo yo hacer en esto,
Si este mancebo se ha puesto
En tener el dote en mas
Que tu virtud?

ELISA.
Bien podrás
Tomar un partido honesto.
Dale deso que ha pedido
La mitad.

AURELIO.
No ha de querer.

ELISA.
Dalo todo.

AURELIO.
¿Tú has sabido
Lo que he perdido?

ELISA.
El perder
¿No es hacienda?

AURELIO.
Hacienda ha sido.
ELISA.

Pues diferente valor
Tiene el honor.

AURELIO.
Pues ¿qué honor
Pierdes?

ELISA.
Decir que me deja
Por algun defecto.

AURELIO.
Es queja
De poca fuerza en rigor.
Yo no tengo ese dinero,
Si no vendo hasta la casa
En que vivo.

ELISA.
En mal tan fiero,
La casa, la hacienda abrasa,
Y guarda el honor primero.

AURELIO.
Tiene Octavio parte aquí.
ELISA.

Octavio es hombre, y por mí
Se quedará sin hacienda.

OCTAVIO.
Digo que se empeñe y venda
Mi hacienda, Elisa, por tí.
Yo iré á buscar en la guerra
La muerte ó la vida.

ELISA.
Hermano,
Tuya soy, mi rostro hierra.

OCTAVIO.
Por casar á Feliciano,
Quedaré pobre en mi tierra;
(Ap. Que lo que yo gano aquí
Es, que si él queda casado,
Me queda Laurencia á mí.)

AURELIO.
Que Octavio sea soldado
Por darte remedio á ti
Es cosa puesta en razon;
Mas yo ¿con qué viviré?

ELISA.
Padre, á mi honor y opinion
Ahora remedio se dé,
Pues los importantes son;
Que vos viviréis conmigo.

AURELIO.
Ahora bien, pues quieres darte
A quien ha usado contigo
Ese término, no es parte
Ver que á ser pobre me obligo
Para no dar tu belleza
A quien con tanta bajeza
Ha tratado tu valor,
Y hombre en fin que puso amor,
No en ti, sino en tu riqueza.
Yo digo que soy contento
De pasar lo que me queda
De vida en un aposento
Pobre, porque hacerse pueda,
Elisa, tu casamiento.
Si quien comienza á vivir,
Como Octavio, está animoso,
Yo, tan cerca de morir,
¿Por qué he de estar temeroso,
Sino esforzarme y sufrir?
Vé, Octavio, y di á tu cuñado
Que á los seis mil, cuatro añado,
Y que diez mil le dará.

OCTAVIO.
Yo voy.

ELISA.
El cielo te dé,
Por el remedio que has dado
A mi honor, tan larga vida,
Que alcances los casamientos
De tus nietos.

AURELIO.
Si ofendida
De los bajos pensamientos
De quien no fuiste querida,
Me pones en tal rigor,
Que ruegues será mejor
Que abrevie el cielo mis años.

ELISA.
Tú verás mis desengaños
De los engaños de amor.
(*Vanse.*)

—
Sala en casa de Laurencia.

ESCENA X.

LAURENCIA, FELICIANO, FISBERTO, SABINA.

LAURENCIA.
¿Que te atrevas desahuciar
A entrar donde estoy?

FELICIANO.
Laurencia,
¿Quién podrá hacer resistencia
A un enemigo tan fuerte?
Y yo no viniera aquí
Si no te hubiera obligado.

LAURENCIA.
¿Cómo, habiéndote casado?

FELICIANO.
No me he casado por ti.

LAURENCIA.
¿Por mí! ¿Qué gracioso engaño!

FELICIANO.
¿Engaño llamas, Señora,

El venir mi amor agora
A traerte el desengaño?

LAURENCIA.
¿Tú desengañas á mí?

FELICIANO.
Luego ¿pueden ser mayores?

FISBERTO.
Laurencia, porque no ignores
Que todo ha sido por ti,
Yo quiero satisfacerte.
Ya el casamiento cesó,
Y quien ayer te ofendió,
Hoy vuelve rendido á verte.
Ya queda todo acabado;
No tienes mas que temer.

LAURENCIA.
Pues ¿puedese deshacer
Jurado, escrito y firmado?

FISBERTO.
De comun consentimiento
Se deshizo.

LAURENCIA.
Luego ¿ya
Carlos seguro podrá
Proseguir su pensamiento?

FISBERTO.
Carlos se fué ayer; no creo
Que le verá Elisa mas.

LAURENCIA.
¿Cierto?

FELICIANO.
Basta; que me das
Celos por lindo rodeo.
Carlos es ido, ¿qué quieres?

LAURENCIA.
¿Que Carlos sin verme es ido?
FELICIANO.
¿Fingirás que le has querido?

FISBERTO. (*A Laurencia.*)
En día que las mujeres
Pueden vengarse de quien
Les dió celos, no hay tratar
De que sabrán perdonar,
Y mas si buscarlas ven.
Laurencia, pues Feliciano
Tus celos ha satisfecho,
Vuelve su amor á tu pecho,
Y no le abras en vano.
Deja de decir que quieres
A Carlos ausente ya;
Háblale, pues ves que está
Rendido.

LAURENCIA.
¿Qué extraño eres!
Váyase á buscar á Elisa;
Déjeme estar en mi casa.

FELICIANO.
Da celos, castiga, abrasa,
Mátame, véngate aprisa.
Pues ¡vive Dios que he de ser
Otro Carlos, y irme á Flandes!

FISBERTO. (*A Laurencia.*)

Háblale.
LAURENCIA.
No me lo mandes.

FISBERTO.
¿Qué temeraria mujer!
Mira que está reventando
Por llorar.

LAURENCIA.
Descanse un poco.

FISBERTO.
¿Quieres que se vuelva loco?

FELICIANO.
Deja de estarla rogando;
No le digas mas, Fisberto;

Aprestemos la jornada,
Pues queda desengañada,
Y yo de su engaño cierto.
Bien te dije yo mil veces
Que era todo falsedad
Que mujer trate verdad.

LAURENCIA.
¿Qué mejor trato mereces?

FELICIANO.
Quédate, Laurencia, adios.

LAURENCIA.
¿Vase de veras?

FELICIANO.
¿Qué bien!

LAURENCIA.
¿A Flándes?

FELICIANO.
¿Pues no?

SABINA.
¿Y tambien

Fisberto?

FISBERTO.
Tambien.

SABINA.
¿Los dos?

FISBERTO.
Los dos, pues que tú nos dejas.

SABINA.
¿No ves que es tierra muy fria?

FISBERTO.
Llevar desta se podria,
Sabina, algunas pellejas.

SABINA.
No, sino algunas albardas.

LAURENCIA.
Quiero parecer mujer.

FELICIANO.
¿En qué, Laurencia?

LAURENCIA.
En creer.

FELICIANO.
Si de mí te te acobardas,
¿En quién la tendrás?

LAURENCIA.
¿Que soy

Por quien has dejado á Elisa?

FELICIANO.
Mi bien, todo es burla y risa.
Esta palabra te doy
De ser tuyo hasta la muerte.

LAURENCIA.
Diga mal della.

FELICIANO.
No es justo;

Que es mujer.

LAURENCIA.
Deme este gusto.

FELICIANO.
Pues ¿querrásme?

LAURENCIA.
Mucho.

FELICIANO.
Advierte.

Digo que es necia y que es fea.

LAURENCIA.
No digas mas, tuya soy.
(*Abrazanse.*)

FISBERTO.
Y yo, ¿voyme ó no me voy?

SABINA.
¿Cómo quiere que le crea?

FISBERTO.
Porque te quiero.

SABINA.
¿El á mí?
FISBERTO.
Pues ¿no ves que estoy mortal?
SABINA.
Dígame de Paula mal.
FISBERTO.
¿Querráme?
SABINA.
Igo que sí.
FISBERTO.
Digo que es un estropajo.
SABINA.
Y yo que soy tuya.
FISBERTO.
Tente;
Que siento en la sala gente.
SABINA.
Bien dices, hablemos bajo.

ESCENA XI.

OCTAVIO.—DICHOS.

OCTAVIO.
Un paje tuyo que en la calle espera
Me dijo, Feliciano, que aquí estabas,
Y con licencia de Laurencia, quiero
Hablarte dos palabras.
LAURENCIA.
Como sean
En mi presencia, yo la doy, Octavio.
OCTAVIO.
Poco importa, Laurencia, que las sepas.
FELICIANO.
Prosigue, Octavio, y dílo que me quieres.
OCTAVIO.
Firmados los conciertos y escrituras
Del casamiento de mi Elisa y tuyo,
Pediste nuevamente, Feliciano,
Que á los seis mil ducados se añadiesen
Otros cuatro: mi padre, alborotado,
Se enojó de aquel término; mas viendo
Lo que pierdes en perderte, y lo que gana
En ganarte, ha hecho cuenta con su ha-
(cienda,
Y halla que puede darte lo que pides,
Ayudándose un poco de la mía.
Por mí te ofrece los diez mil ducados,
Y para aquesta noche tiene juntos
A todos sus amigos y parientes.
Vente conmigo, y bésale las manos;
Que ya queda la novia componiéndose,
Y toda nuestra casa alborotada.

FELICIANO.
¿Qué dices desto?
LAURENCIA.
¿Yo? Pues ¿á qué efeto
Me pides parecer?
FELICIANO.
Laurencia hermosa,
Estas son cosas de honra, y de tal suerte,
Que si dijese no, no pongas duda
De que nuestros linajes se perdiesen,
Y que en mi vida...

LAURENCIA.
Paso, no prosigas.
¿Quieres decir que por diez mil ducados
No dejarás á Elisa?

FELICIANO.
Pues ¿tú piensas
Que me mueve interés?
LAURENCIA.
¿Y no está claro?
FELICIANO.
Laurencia, las mujeres, que no entienden

Lo que es palabra, que jamás la guardan,
Lo que es espada, que no ven ni ciñen,
Piensan que todo...

LAURENCIA.
Ya lo entiendo todo.
Ya sé que es ley entre hombres la palabra.
Ya sé que con espadas se defienden.
Véte con Dios y cástate.

FELICIANO.
Pues oye.
LAURENCIA.
¿Qué tengo ya que oír? Véte en buen hora;
Que te aguarda la novia, y se resfria.
FELICIANO.
Si pudiera excusarlo, sabe el cielo
Que tú fueras mi dueño.—Vén, Octavio.
OCTAVIO. (Ap.)
Mia serás, Laurencia, aunque te pese.
(Vanse Feliciano y Octavio.)

FISBERTO.
Sabina, ya tú sabes que danzamos
Los criados al son de nuestros dueños.
El vuelve á Elisa, y yo me vuelvo á Paula;
Dios sabe que me pesa.

SABINA.
Yo lo creo.
¿Maldiga Dios la loca que se arroja
A quereros, bellacos, socarrones!
FISBERTO.
Tienes razón; pero por vida mía,
Que os sabeis desquitar famosamente
El día que teneis la vuestra en frente.
(Vase.)

ESCENA XII.

LAURENCIA, SABINA.

SABINA.
Feas habemos quedado.
LAURENCIA.
Perdiendo el juicio estoy,
Pues que tal venganza doy
Después de haberme vengado.
¿Qué mal acuerdo tomé!
¿Oh quién esto adivinara,
Y á Feliciano le hablara
Como al principio le hablé!
Somos mujeres, no hay duda;
La que mas piensa que sabe,
Tiene el corazón sin llave
Y toda el alma desnuda.
Pero sobre todo siento
Que Carlos se haya partido;
Que pienso que hubiera sido
Contracifra de su intento.
¿Oh cómo soy desdichada!
Sin remedio estoy; ¿qué haré?

SABINA.
¿Que Carlos en fin se fué
Para tan larga jornada?
También yo pierdo con él
Mi poquito de venganza.

LAURENCIA.
Ya no me queda esperanza
De poder tomarla del.

ESCENA XIII.

CARLOS, ESTEBAN.—DICHAS.

CARLOS. (Ap. á su criado.)
Laurencia nos dirá bien
Cómo ha sido el desconcierto.

SABINA.
¿Es Carlos?
LAURENCIA.
Carlos es, cierto.

SABINA.
¿Y Estéban también?
LAURENCIA.
También.
CARLOS.
Dios te guarde.
LAURENCIA.
Carlos mío,
¿No eras partido?
CARLOS.
Fingí
Partirme; ya te advertí
De mi loco desvarío.
Pero agora lo estoy mas,
Porque se ha desconcertado
El casamiento tratado,
De que albricias me darás
Por Feliciano, y yo á ti
Por Elisa.

LAURENCIA.
De tu engaño
Viene á resultar un daño;
Que agora se van de aquí
Feliciano y su cuñado,
Tan vueltos á concertar,
Que esta noche ha de quedar...
CARLOS.
No me lo digas.

LAURENCIA.
Casado.
CARLOS.
Pues ¿danle lo que pedía?
LAURENCIA.
Es rico: en nada reparan.

CARLOS.
Hoy mis esperanzas paran,
Si alguna en mi amor tenía.
Hasta perderse una cosa,
Parece que da dolor;
Pero perdida, es menor,
Porque ya el alma reposa.
No quiero hacer desatinos,
No quiero decir tampoco
Despechos de amante loco,
Y de un hombre honrado indinos.
Pues Elisa se consuela,
Quiérome yo consolar.

LAURENCIA.
Y yo aprender á callar,
Carlos, de tan buena escuela.
Si te consuelas de Elisa,
De Feliciano lo estoy.

CARLOS.
Sus firmas al viento doy
Con mucho contento y risa.
Ya sus papeles cancelo,
Sus obligaciones rasgo.

LAURENCIA.
Basta; que este amor es traigo.
Ya es de fuego, ya es de hielo,
Ya está aquí, ya no está aquí,
Ya asoma por otra parte.
Carlos, si yo quiero amarte,
¿Querrás tú querirme á mí?

CARLOS.
Eso rogarte querria,
Y que esta noche emborazados
Vamos á ver los casados.

LAURENCIA.
¿Qué mayor venganza mia?
Yo me pondré de disfraz.

CARLOS.
Yo iré á tu lado también.
SABINA. (A Estéban.)
Y él ¿quiere querirme bien?

ESTÉBAN.

Es un trago este rapaz.
Ya conserva lo que topa,
Ya pone en mortal destierro,
Ya da con mano de hierro,
Ya da con mano de estopa.
Pero rogarte querria
Que me tuvieses amor.

SABINA.

(Ap. Hoy me vengo de un traidor.)
Tuya soy.

ESTÉBAN.

¿Que tú eres mía?

CÁRLOS.

Yo, Laurencia, estoy cansado
De sufrir competidores,
De ver amigos traidores
A mi mesa y á mi lado.
Todo es envidia y mentira,
Todo es tratar con engaño,
Quien mas puede hace mas daño:
Dichoso el que se retira.
Contigo lo quiero estar.

LAURENCIA.

Y yo ser tuya, mi bien.

CÁRLOS.

Pues yo soy tuyo tambien.

LAURENCIA.

La mano quiero obligar.

CÁRLOS.

Vén conmigo.

LAURENCIA.

Voy contigo.

(Vanse los dos.)

ESTÉBAN.

Sabina, yo estoy cansado
De ser paje mesurado
Del señor hijo podrido.
Yo me quiero retirar,
Dame esa mano.

SABINA.

Soy tuya.

ESTÉBAN.

Para que esto se concluya
Y nos podamos casar,
Vén conmigo á ver á Paula.

SABINA.

¿A quién te parezco? Di.

ESTÉBAN.

A Orfana. ¿Y yo á tí?

SABINA.

Al mismo Amadís de Gaula.
(Vanse.)

Sala en casa de Aurelio.

ESCENA XIV.

AURELIO, OCTAVIO, ELISA, muy ga-
llarda, de novia; MARQUINA, mu-
sicos, CBIADOS.

AURELIO.

Llegad las sillas.—Tú, querida Elisa,
Ocupa esta almohada.

(Siéntanse.)

OCTAVIO.

Ya parecen
Novia en estar turbada y vergonzosa.

AURELIO.

De la virtud es hija la vergüenza.

MARQUINA.

[ne?

Quien no tiene vergüenza, ¿qué bien tie-

AURELIO.

Cantidad alguna letra mientras viene.

UN MÚSICO.

Es la letra de Marquina.
No sé si os ha de agradar.

MARQUINA.

Puédela el Sofi cantar.

OCTAVIO.

¿Qué verso?

MARQUINA.

Cientopesina.

AURELIO.

No la canteis; que no habrá
Noche en que pueda caber.

MARQUINA.

Hachas podeis encender.

ESCENA XV.

UN PAJE. — DICHOS; después, FELI-
CIANO, FISBERTO y GENTE.

PAJE.

Aquí Feliciano está.

AURELIO.

¿Viene acompañado?

PAJE.

Viene

Con sus deudos.

AURELIO.

Entre pues.

(Llégase el paje á la puerta, y salen Fe-
liciano, Fisberto y gente.)

FELICIANO.

Dame, Señor, esos piés.

AURELIO.

Mi pecho estos brazos tiene.

OCTAVIO.

Aquí están tambien los míos.

FELICIANO.

¡Oh hermano!

OCTAVIO.

Hablad vuestra esposa.

FELICIANO.

Dad licencia, Elisa hermosa,
A que os diga desvarios;
Que á los desposados dan
Licencia para ser necios.

ELISA.

Hoy queréis ganar dos precios,
De discreto y de galán.

AURELIO.

Sentáos, por mi vida, aquí
Hasta que venga Lisardo.

OCTAVIO.

Aqueste lugar os guardo.

Vos solo estáis bien aquí.

FELICIANO.

Béseos mil veces las manos;
Que como hermano me honrais.
¿Por qué, Señora, callais?

ELISA.

La lengua espera á las manos;
En tomándolas diré
Lo que siento, y antes no.

ESCENA XVI.

CÁRLOS, LAURENCIA, SABINA y ES-
TÉBAN; ellas con capotillos y som-
breros, y ellos embozados.—DICHOS.

CÁRLOS. (A Estéban.)

Embozate como yo.

LAURENCIA.

¿A qué buen tiempo llegué!

CÁRLOS.

Bizarra la novia está.

LAURENCIA.

¿Tú no ves que me das celos?

CÁRLOS.

No han hecho cosa los cielos
Que iguale contigo ya.

ESTÉBAN.

¿No ves á Paula gallarda?

SABINA.

¿Quiéresme dar pesadumbre?

CÁRLOS.

¿Qué aguardan?

LAURENCIA.

Lo que es costumbre.
A la bendicion se aguarda.

CÁRLOS.

Estéban...

(Ap. á él.)

ESTÉBAN.

Señor...

CÁRLOS.

Por Dios,
Que de mirarla me muero.

ESTÉBAN.

Tente firme.

CÁRLOS.

Considero
Qué gloria tendrán los dos.

ESTÉBAN.

¿Qué gloria podrán tener,
Que á dos dias no sea infierno?

CÁRLOS.

Yo le tomara, y eterno,
Al lado de tal mujer.

ESTÉBAN.

¿Cuál dices?

CÁRLOS.

El de casado.

ESTÉBAN.

¿Que no el de fuego?

CÁRLOS.

Eso no,
Aunque aquí le tengo yo
En mis entrañas cifrado.

ESTÉBAN.

Considera una mujer
A tu lado al acostar,
A tu lado al levantar,
Y al mismo lado al comer;
Luego otra noche á tu lado,
Si el pié alargas, mujer topa,
Si quieres tirar la ropa,
Mujer te gana el cuidado;
Si echas un brazo, mujer;
Si miras, á mujer miras,
En mujer das si respiras,
Y aun te sabrá responder.
Considérala tambien
Con dos mil imperfecciones,
Que no caben en razones
Ni en boca de hombre de bien;
Y verás que esta Diana,
Que hoy como el sol maravilla,
Por cualquiera fregoncilla
Querrás trocarla mañana.

ESCENA XVII.

LISARDO.—DICHOS.

LISARDO.

Gocéis los novios mil años,
Mi querido hermano Aurelio,
Y ellos os gocen á vos
Con daros hermosos nietos.

AURELIO.
¡Oh Lisardo! ¿viene ya
El señor doctor?

LISARDO.
Ya entiendo
Que se quedaba aprestando:
Levantaros podeis luego;
Que no tardará un instante.
(Todos en plé.)

FELICIANO.
Mil años se hace el momento
De tocar tu hermosa mano,
Bella Elisa.

CÁRLOS.
(Ap. ¡Oh fieros celos!)

¡No sabrás tú hacer, Estéban, (Ap. á él.)
Aquí agora algun enredo
Con que no puedan casarse?

ESTÉBAN.
¿Cómo enredo?

CÁRLOS.
Un fingimiento.

ESTÉBAN.
¿Son á propósito aquí
Unas cuchilladas?

CÁRLOS.
¡Bueno!

ESTÉBAN.
¿Con quién tengo de reñir?

CÁRLOS.
Conmigo.

ESTÉBAN.
¿No eres mas necio?
Pondránnos estos en paz,
Vendrán dos grifos de aquestos
Que llaman campo una sala
Y desafío un tenéos,
Llevaránnos á la cárcel,
Haránnos tanto proceso,
Y entre tanto los dos novios
Cenarán diez huevos frescos,
Dormirán en seis colchones,
Y nosotros al sereno.

CÁRLOS.
Pues llega, y dile: «Señora,
Aquí está Cárlos.»

ESTÉBAN.
Sí puedo
Yo llegaré por detrás;
Ten tú cuenta, como herrero,
Que mientras los fuelles soy,
Pongas en la fragua el hierro.

AURELIO.
Aquí pudieran tomarse
Las manos; que después desto,
Viniera lo que esperamos,
Y fueranse nuestros deudos.

LISARDO.
Muy bien dice Aurelio.

ESTÉBAN.
Elisa, (Ap. á ella.)

Elisa, ¿qué digo?

ELISA.
¡Ay cielos!

ESTÉBAN.
Quedo.

ELISA.
¿Quién es?

ESTÉBAN.
¿No lo ves?

ELISA.
¿Quién?

ESTÉBAN.
Estebanico.

ELISA.
¡Oh perro!

¿Tú has osado entrar aquí?

ESTÉBAN.
Aquel principe encubierto
De pluma y cintillo de oro
Es Cárlos.

ELISA.
¿Quién dices?

ESTÉBAN.
¡Bueno!

ELISA.
¿Cuál Cárlos?

ESTÉBAN.
¿Cuál? Cárlos Quinto,
Aunque mas quisiera el sexto.

ELISA.
Dile que de aquí se vaya,
Dile que se salga luego.

ESTÉBAN. (Ap.)
Resolvióse. (Vase á su amo.)

CÁRLOS.
¿Qué hay, Estéban?

ESTÉBAN.
Ea, que todo está hecho.

CÁRLOS.
Besarte quiero en la cara.

ESTÉBAN.
Ten á las barbas respeto,
Si no quieres que los dos
Parezcamos en el beso,
Tú á Ganasa y yo á Tristulo.

CÁRLOS.
¿Qué es lo que dice en efeto?

ESTÉBAN.
Que te vayas y no pares
Diez leguas deste aposento.

CÁRLOS.
Mal te hagan mis desdichas.

ESTÉBAN.
Siempre esas albricias medro.

AURELIO.
Para que quede entendido,
Antes, hijos, que os casemos,
Que esta es vuestra voluntad,
El sí de los dos espero.

¿Queréis, Feliciano, á Elisa?

FELICIANO.
Sí, Señor.

AURELIO.
¿Es cierto?

FELICIANO.
Cierto.

AURELIO.
¿Vos, Elisa, á Feliciano?

ELISA.
No, Señor.

AURELIO.
¿Qué dices?

ELISA.
Esto.

AURELIO.
Pues ¿cómo públicamente
Dices que no?

ELISA.
Porque puedo.

¿Si le quiero no preguntas?
Pues digo que no le quiero;
Que hombre que en dinero mira,
Y que se vendió por precio,
Mas parece bestia que hombre,
Y bestia ¿para qué es bueno?
En seis mil ducados era
Del casamiento el concierto;
Pidió otros cuatro, y si dije
Que se los diese Aurelio,
Fué porque públicamente
Supiesen lo que merezco,

Y el término deste hidalgo.

FELICIANO.
Señora...

ELISA.
Calla, grosero.

AURELIO.
Hija, mira lo que pierdes.

ELISA.
Señor, si este hidalgo pierdo,
Tú ganas diez mil ducados.

AURELIO.
¿Cómo?

ELISA.
Porque esposo tengo
Que sin dineros me quiere.

OCTAVIO.
¿Adónde está?

ELISA.
Yo le veo.

AURELIO.
¿Es acaso el embozado?

ELISA.
Desembozáos, caballero.

CÁRLOS.
Cárlos soy.

ELISA.
¿Quiéresme?

CÁRLOS.
Sí.

ELISA.
La mano.

CÁRLOS.
El alma y el pecho.

LAURENCIA.
¿Para aquesto me trujiste,
Cárlos?

CÁRLOS.
Cumpló lo que debo.

FELICIANO.
¿Es Laurencia?

LAURENCIA.
Soy Laurencia.

FELICIANO.
Has venido al mejor tiempo
Del mundo. Dame esa mano.

LAURENCIA.
Tengo dueño.

FELICIANO.
¿Cómo dueño?

LAURENCIA.
¿Quiéresme, Octavio?

OCTAVIO.
¿Pues no?

FISHERTO.
¿Bueno quedas?

FELICIANO.
Bueno quedo.

SABINA.
Luego ¿yo seré de Estéban?

ESTÉBAN.
Mejor es que de Fisherto,
Porque soy de Paula yo.

AURELIO.
¿Qué valor!

FISHERTO.
Famoso hecho.

FELICIANO.
Ahora bien; seré padrino,
Ya que otra cosa no llevo.

CÁRLOS.
El Ausente en el lugar
Se queda en él, y contento
Da án, y os pide perdon
De sus faltas y sus celos.

LA NIÑA DE PLATA.

PERSONAS.

DOROTEA, <i>la Niña de Plata.</i>	DON JUAN.	FÉLIX, <i>hermano de Dorotea.</i>	MOROS.
TEODORA, <i>hija suya.</i>	CHACON, <i>lacayo.</i>	MARCELA, <i>dama.</i>	CRÍADOS.
DON ENRIQUE, <i>infante.</i>	ZULEMA.	LEONELO.	GENTE.
EL MAESTRE DE SANTIAGO	ALÍ.	UN ESCUDERO.	MÚSCOS.
DON ARIAS.	EL VEINTICUATRO, <i>padre de don Juan.</i>	UNA ESCLAVA.	ACOMPAÑAMIENTO.
EL REY DON PEDRO.		UN PAJE.	

La escena es en Sevilla.

ACTO PRIMERO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

DOROTEA Y TEODORA, *en un balcón.*

TEODORA.

Por aquí dicen que pasa
El infante don Enrique.

DOROTEA.

Pues bien es que signifique
Tanto placer nuestra casa.
Haz, por tu vida, colgar
Aquel tapete de seda;
Que aunque es tan pobre, y no pueda
Las riquezas igualar
De tanto noble vecino,
Mostrará nuestra afición.

TEODORA. *(A una esclava que está dentro de la casa.)*

Cuelga, Inés, este balcón.
— Pero ya dicen que vino.
Gran música y alegría
Suenan en la Puerta Real.

DOROTEA.

¿Vendrá el Rey?

TEODORA.

Llévanse mal.

DOROTEA.

Pues no le aconsejaría
Que en Sevilla se quedase;
Que es don Pedro muy severo.

TEODORA.

Enrique es gran caballero,
Y puede ser que envidiasen
El Rey la mucha afición
Que le muestran cada día
Castilla y Andalucía.

DOROTEA.

Rigurosa condición
Tiene el rey don Pedro, tía.

TEODORA.

No fuera tan riguroso,
A no vivir sospechoso;
Pero crece cada día
El temor de sus hermanos.

DOROTEA.

Como no son de su madre,
Sino de solo su padre,
Parecerán tiranos
De las honras que les dió
Y los estados que tienen.

TEODORA.

Ya me parece que vienen.

L-1.

DOROTEA.

Yo te confieso que yo
Soy aficionada á Enrique.

TEODORA.

¿Quién hay que á tanto valor
Su pensamiento, su amor
Y su esperanza no aplique?

ESCENA II.

ACOMPAÑAMIENTO, EL INFANTE DON
ENRIQUE Y EL MAESTRE DE SAN-
TIAGO, *de camino*; DON JUAN, GEN-
TE. — DICHAS.

MAESTRE. *(A don Enrique.)*

¿Qué os parece la ciudad?

DON ENRIQUE.

Una octava maravilla;
Pero con decir Sevilla
Se dice todo.

MAESTRE.

Es verdad.

DON ENRIQUE.

¿Cómo esta calle se llama?

MAESTRE.

De las Armas.

DON ENRIQUE.

Con razón;

Mas pienso que de amor son,
Con tanta bizarra dama;
Y son las mas peligrosas,
Si esta calle es de sus armas;
Que mas que á cien hombres de armas
Temo unas manos hermosas.
¿Quién es la de aquél balcón?

MAESTRE.

Una dama cuya fama
Décima musa la llama,
Por ingenio y discrecion;
Cuarta gracia, por tener
Tantas, que á las tres la añaden,
Por que no se persuaden
Que otra mayor puede haber;
Cleopatra por gentileza
Y Vénus por hermosura,
Porque competir procura
Con su tallo y su belleza.
En ella en fin se retrata
Una imagen del deseo.

¿Qué sirve tanto rodeo?
Esta es la Niña de Plata
Que habréis oído en Castilla,
Porque tanta perfeccion
Es monstruo y admiracion
Y grandeza de Sevilla.
Cuando tratan de su río,
De su alcázar eminente,
De sus calles, de su puente,

De sus armas, de su brio,
De su regalo y riqueza,
Todo se acaba y remata
Con que la Niña de Plata
Es cifra de su grandeza.

DON ENRIQUE.

Oí de su discrecion
Y gentileza en Castilla.

MAESTRE.

No hay mas qué ver en Sevilla.

DON ENRIQUE.

Los dos, Maestre, al balcón
Hagamos lo que es tan justo;
Que cuando de aquesta dama
No lo mandara la fama,
Lo hiciera por vuestro gusto.

TEODORA. *(A Dorotea.)*

Haz reverencia al Infante.

DOROTEA.

Guarde Dios á vuestra alteza.

DON ENRIQUE.

En viendo tanta belleza,
No hay que pasar adelante.

MAESTRE.

No os detengáis; que después
Habrá mejor ocasion;
Que aguarda el Rey, y es razon
Ir á besarle los piés.

(Vase el Infante, el Maestre, acompañamiento y gente.)

ESCENA III.

DOROTEA Y TEODORA, *en el balcón*;
DON JUAN, *en la calle.*

DON JUAN.

Sirena debéis de ser,
Bellísima Dorotea,
Pues donde hay tanto que vea,
A un rey haceis detener.
Ya no se puede pasar
La calle en que lo habeis sido,
Sin ir atado el sentido
Del oír y del mirar
Al árbol de la prudencia,
Como Ulises le llevó.

DOROTEA.

Quando hubiera sido yo
Sirena de la presencia
De un rey de tanto valor,
Resultaba en vuestra gloria.
Don Juan, pues que mi vitoria
Hace la vuestra mayor;
Porque quien tanto rindió
A quien rinde á quien decís,
Mas merece, si advertís
Que él es mío, y vuestra yo.

DON JUAN.

Con licencia de Teodora,
Os querría responder.

TEODORA.

Harto quisiera poner
Fin á este amor desde agora,
Si no viera tan perdida
Y tan loca á Dorotea;
No porque la culpa sea
De vuestro amor merecida,
Mas por ver que no ha querido
Vuestro padre el Veinticuatro,
Rogado una vez y cuatro
De quien sabeis que lo ha sido,
Que os caseis con mi sobrina;
Pues no habiendo de ser vuestra,
La misma razon os muestra,
Por mas que amor desatina,
Lo que pierde nuestra casa
Honor y reputacion.

DON JUAN.

Su avarienta condicion,
Como sabeis, no me casa,
Por ser pobre Dorotea;
Y preténdeme casar
Donde me venga á comprar
Con oro una necia y fea.
Mas yo, que en el corazon
Tengo una mina de plata
Que me enriquece y me mata,
Si las del alma lo son,
Estoy tan determinado,
Que antes de un mes ha de ser
Dorotea mi mujer,
Con el dote mas honrado
Que llevan las que lo son,
Que es virtud y entendimiento;
Que esto que perder consiento
De vuestro honor y opinion,
Es á cuenta de la mia;
Y no hay en qué reparar,
Pues se viene á restaurar
De mi casamiento el dia.

TEODORA.

De vuestra parte, don Juan,
No hay mas que pida el deseo.
Eso y mucho mas os creo;
Que de vuestra parte están
La inclinacion y el amor;
Pero de un avaro viejo,
La codicia y el consejo,
Mas de hacienda que de honor.
Con esto me voy de aquí;
No quiero que nadie vea
Que si hablais con Dorotea,
Pasa delante de mi.

DOROTEA.

Don Juan, bien dice mi tia.
Ya que vuestro padre os casa,
No es justo que en esta casa,
Aunque es mas vuestra que mia,
Tan públicamente hableis.
Lo que es el recato os ruego:
Al Alcázar vamos luego,
Y allá, mi bien, me veréis;
Que yo haciéndole á mi honor
La salva, pues es tan justo,
Os quiero bien por mi gusto,
Y os tendré perpetuo amor,
Que os caseis, que no os caseis,
Que me olvideis ó querais,
Que aquí os estéis ó que os vais,
Me escribais ó me olvideis;
Que si no sois mi marido,
No ha nacido de quien sea
En el mundo Dorotea.
Vuestra soy y vuestra he sido.

DON JUAN.

Señora, mi bien, mi luz...
— Fuése el sol; su noche he sido.

ESCENA IV.

CHACON. — DON JUAN.

CHACON.

¡Qué bravamente ha lucido
Manto y sombrero andaluz!
Locos van los castellanos,
Sevilla, en ver tu grandeza;
Blanco ha sido tu belleza
De mil pensamientos vanos,
Cual suele nuevo zaguan
Verse escrito de carbon.

DON JUAN.

En tales dias, Chacon,
¿Los amos solos se van?

CHACON.

Perdona; que me cegó
El concurso de la gente,
Y un forastero valiente
Que echando juncia llegó,
Con el cual palabras tuve
De rumbo y temeridad,
Entre cuya tempestad
Cerca de asentarme estuve
Dos mojadadas de antuvion;
Mas llegó la cofradia
De la sangre, y de la mia
Templaron la tentacion.
Ahogóse finalmente
La cólera en tinto y blanco;
Que anduvo medroso y franco
Conmigo y la demás gente.
Decia bien un molhino,
Que estas pendencias habladas
Eran castañas asadas,
Que todas paran en vino.

DON JUAN.

¡Quién estuviera de humor
Para oír tus valentías!

CHACON.

¿Qué tenemos?

DON JUAN.

Estos dias

Anda como loco amor.

CHACON.

Como demonio dirás;
Porque el dia que se suelta,
No hay libertad tan resuelta,
Que no se le rinda mas.
Han venido aquestos celos
De Castilla, por ventura?

DON JUAN.

Bien pudiera la hermosura,
Admiracion de los cielos,
Dárselos al mismo sol.
No son celos, es desden.

CHACON.

Luego ¿no te quieren bien?
Melindre, á fe de español.
Pero sangraste en salud.

DON JUAN.

Por abundancia de gusto
No me quejo; que no es justo;
Mas traigo justa inquietud
De que mude Dorotea
De intento en esta ocasion,
Pues mi padre sin razon
Le niega lo que desea,
Porque en esto ha respondido
Que es pobre, aunque muy honrada.
Y aunque se muestra obligada
Al amor que la he tenido,
Temo que viendo que ya
No es posible el casamiento,
Ha de mudar pensamiento.

CHACON.

Pues ¿qué responde?

DON JUAN.

Que está

Muy tierna y enamorada;
Que siempre me ha de querer,
Aunque la venga á tener,
Como casada, olvidada.
Mas como su entendimiento
Es tan notable, Chacon,
Creo que estas cosas son
Un discreto cumplimiento.
Cortesanos han venido,
Dorotea es celebrada,
Hoy, hermosa y despejada,
Contra mis celos ha sido
Retrato de su balcon:
Todos la vieron, y hablaron
Con los ojos, y enviaron
Recados al corazon.
Principios son de olvidar
Dejarse en público ver;
Que esconderse una mujer
Es alta señal de amar.
No dudes, los castellanos
Por la fama han de servilla.

CHACON.

Mil damas tiene Sevilla,
Que á tus pensamientos vanos
Pondrán entonces remedio.
Dos mil veces te he rogado
Que dejes este cuidado
Y que pongas tierra en medio.
Amas una cosa que es
Espiritu, entendimiento,
Eco, acento, pensamiento,
Serafin, donde no hay pies;
Oro sutil, si de Tibar,
Un junco, mimbre ó taray,
Un aljófar, un cambray,
Un alfenique, un alimbar,
Un extremo en filigrana,
Un dije, un hilo de pita,
Y un familiar que te incita
En un confite de mana;
Finalmente, una mujer
Que llamé, por engreilla,
Niña de Plata Sevilla,
Semanas debe de haber.
¡Cuerpo de tal! Si quisieras
Una mujer para todo,
Para polvo y para lodo,
Para burlas, para veras,
Destas de rua y camino,
Sin melindre, sin milagro,
Que tienen su gordo y magro,
Como perril de tocino;
Mujeres que duran mas
Que un zapato de baqueta,
No vieras en esta seta
Tus pensamientos jamás;
Que mejores son mostrencos.
Mas ya que desto te incitas,
No has visto en unas cajitas
Unos bolitos flamencos?
Pues así imagino yo
Esas damas delicadas:
Son buenas para miradas,
Mas para jugadas no.
¡Buen bolazo, que es mohina,
Pesia tal! y estése en pie,
Aunque un manchego le dé
Con una bola de encina.

DON JUAN.

¡Ah, Chacon! ya fué mi suerte.
Si mi padre, por dinero,
No quisiera lo que quiero,
Ten por segura mi muerte.
Niña de Plata ha de ser
De mis ojos, esto es cierto.

CHACON.

A Dios ruegas por ser tuerto.

¿Cómo?

DON JUAN.

CHACON.

¿No lo echas de ver?

Si esa niña que te mata,
Quieres que en tu vista asista,
Cuando uno no tiene vista,
Se pone niñas de plata.

DON JUAN.

Vén al Alcázar conmigo;
Que allá me dice que va.

CHACON.

Colgado y vistoso está.
Voy al Alcázar contigo.

DON JUAN.

Pues quedo, y no te alborotes,
Y aquella sierpe la riña.

CHACON.

¡Oh! válate Dios por niña!
¡Quién la diera veinte azotes!
(*Vanse.*)

Jardín del Alcázar.

ESCENA V.

DON ENRIQUE, EL MAESTRE, DON ARIAS.

DON ENRIQUE.

Ninguno lo sabrá como don Arias.

MAESTRE.

Es caballero noble de Sevilla.

DON ARIAS.

Aunque sus maravillas sean tan varias,
Esa fuera mas alta maravilla.
Las regiones remotas y contrarias,
El mar innavegable, cuya orilla
Jamás áncora vió de nave nuestra,
De sus grandezas el aplauso muestra.

MAESTRE.

No os pide Enrique que digais las cosas
Que en muchos libros no cupieran; pide
Que le digais quien fueron las hermosas
Damas con quien el sol sus rayos mide.

DON ARIAS.

Las que hoy vistas de vos fueron dichasas,
Con quien el cielo términos divide
Y la jurisdiccion de nuestras vidas.
Son estas, aunque en cifra referidas:
Es la de blanco y plata doña Elena,
Por quien llorar segunda Troya aguardo,
Que con vestido blanco, de morena
Se precia.

DON ENRIQUE.

¿Qué apellido?

DON ARIAS.

El de Fajardo.

Aquella en su hermosura Madalena,
Mas que en su penitencia, de oro y pardo,
Era Ramírez.

DON ENRIQUE.

Fuéralo si al cuello

Desalara las trenzas del cabello.

DON ARIAS.

Doña Ángela de Vargas, de azul y oro,
Tanto parece á Angélica la Bella,
Que aunque no conocemos el Medoro,
Mil Orlandos furiosos hay por ella.
La de lo negro con real decoro,
Que en una oscura noche blanca estrella,
Doña Leonor del Águila; ya sabes
Que el águila es la reina de las aves.
La de pazijo, que con mil memorias
El vestido bordó de canutillo,
Dña de dulces versos y de historias,
Se llama doña Brígida Carrillo;
Por no tener sus conocidas glorias

Principio y fin, como precioso anillo,
Doña Sol de Guzman dijo su esfera:
De tela de oro y de diamantes era.
La de lo verde (y con razon se atreve
A lo verde su rostro) es por quien vela
Desnudo amor entre su blanca nieve.

MAESTRE.

Su nombre di.

DON ARIAS.

Doña Casilda Vela.

De grandé ingenio y de estatura breve,
Vestida de color flor de canela,
Estaba en un balcon doña Teodora
Enriquez: no era sol; mas era aurora.
Doña Ana Téllez carmesí vestía,
Y nació doña Juana de Arellano;
Raso color de mar doña María
Núñez, y doña Laura Altamirano
De turquí; celestial, doña Mencía
De Rojas, cifra del tesoro humano;
Doña Luisa Ceron morado y palmas,
Cera que alumbra á amor y arde en las

[almas;

Doña Leonor Cabrera de leonado,
Y doña Ines de Zúñiga y Fonseca
De plata sobre raso naranjado,
Que al fruto del azar las flores trueca;
Doña Francisca de Padilla y Prado,
Vestida de tabi de rosa seca...
Mas ya la vista en un balcon retrata
La niña celestial, Niña de Plata.

DON ENRIQUE.

El Maestre se rie, y por mi vida
Que no sé yo por qué.

MAESTRE.

Malicia es esa,

Que aunque la celebráis, estáis sin vida.

DON ENRIQUE.

Que repareis en que la vi me pesa.
Alabásteis vos de entretenida,
Y de que hasta la envidia la confiesa
Por única entre damas de Sevilla,
Décima musa, octava maravilla.

DON ARIAS.

Cuando el Maestre, gran Señor, la álabo,
Puede con gran razon; que Dorothea
Es la sibila de Sevilla, y sabe
Cómo ha de parecernos que lo sea.
Sabe las burias y el estilo grave;
Llamáronla de plata porque crea
Quien oyere este nombre, que retrata
Una pieza bellísima de plata.
Canta y compone en punto diestramente
A cinco voces.

DON ENRIQUE.

¿Y no á dos?

DON ARIAS.

No, cierto.

Pinta como el mas célebre y valiente,
Danza con gala y con igual concierto,
Escribe versos con tal gracia...

MAESTRE.

Tente;

Que cuando en esta diferencia advierto,
Que los escribe una mujer y un loco,
El arte de escribirlos tengo en poco.

DON ENRIQUE.

Maestre, esto de hablar en consonancia
Y juntar de los versos la armonia,
No es la sentenciá, el arte y la elegancia
Con que se adorna y viste la poesia.
Muchos la escribirán con ignorancia,
Padeciendo las musas tiranía; [nas,
Pero estos no son hombres, que son mo-
Muertos, en fin, por parecer personas.
Algun desvanecido pensamiento
Prohó á hacer versos, no acertó, y porfia,
Como miró incapaz su entendimiento,
Que no es entendimiento la poesia.
Si alguno la escribió sin fundamento,

No por eso llegó donde podía,
Porque un órgano mismo, menos diestro
Le tañe un sacristan que un gran maes-
[tro.

No aboga el que jamás vió las escuelas
Como aquel que inventó los textos mis-
Ni cura la mujer ó el sacamuelas [mos,
Que á Hipócrates no vió los aforismos.

DON ARIAS.

Señor, injustamente te desvelas.
No iguala Dorothea los abismos [racio;
Del arte de escribir, no á Homero, á Ho-
Escribe á uso de corte y de palacio. —
Pero entre algunas que á mirar las salas
Del Alcázar vinieron, serafines
Desta ciudad, aunque les faltan alas,
La Niña está, Señor, en sus jardines.

ESCENA VI.

DOROTEA Y TEODORA, con mantos,
UN ESCUDERO.—DICHOS.

DON ENRIQUE.

¡Oh blanca Niña, queen tu nieve iguales
Azúres, azucenas y jazmines,
Y el carmesí de la color hermosa
A la pura vergüenza de la rosa!
Tu fama me robó desde Castilla
La memoria, y aquí me roba el alma.

DOROTEA.

¿Eso causa á su alteza maravilla?

DON ENRIQUE.

Allá me hirió y aquí metiene en calma.

DOROTEA.

Famosa es la Giralda de Sevilla,
La del esudo, el cáliz y la palma:
Por la fama pudiera y la grandeza
Su alteza enamorarse de su alteza.

DON ENRIQUE.

Volved: ¿no pasais de aquí?

DOROTEA.

Antes me quiero volver,
Porque si yo vengo á ver,
Ya no hay mas de lo que vi.

DON ENRIQUE.

Pues ¿qué es lo que á ver venistes?

DOROTEA.

Las riquezas de allá arriba,
Y aquí el jardín que cultivó
De esmeraldas y amatistas
El cielo con mil primores,
Y en vos hizo todo fin.

DON ENRIQUE.

¿Cómo?

DOROTEA.

En el talle el jardín,
Y en el ingenio las flores.

DON ENRIQUE.

¿Hay tal niña? Hay tal tesoro?
Muy necio fué quien os trata,
Niña, por Niña de Plata.

DOROTEA.

¿Por qué?

DON ENRIQUE.

Porque sois de oro.

DOROTEA.

Antes anduvo discreto:
Que á haberme de oro llamado,
Naciera en siglo dorado,
Y fuera vieja en efeto.
De plata fué cortesía,
Porque es un siglo después.

DON ENRIQUE.

Verdad lo que dicen es,
Maestre, por vida mia.
El ingenio es milagroso:
Yo soy desde hoy su galán.

DOROTEA.
Mirando, Señor, están.
DON ENRIQUE.
¿Es por dicha algun celoso?
DOROTEA.
No tengo á quien dar enojos;
Mas como con pocos trata,
Oigo decir que la plata
La codician muchos ojos.
Vuestra alteza dé licencia,
Porque á alguno no le sobre,
Que vuelva mi plata en cobre.

DON ENRIQUE.
Como vos me deis paciencia...
DOROTEA.

¿Para qué?
DON ENRIQUE.
Para sufrilla.

DOROTEA.
Luego ¿ya sois mi galán?
¿Ay Jesús! y ¿qué dirán
Las señoras de Sevilla?
Vamos, tía; que el Infante
Habla de recién venido.

TEODORA. (Ap. á Dorotea.)
Discrecion hubiera sido
Que pasaras adelante.
(Vanse las dos.)

ESCENA VII.

**DON ENRIQUE, EL MAESTRE, DON
ARIAS, EL ESCUDERO.**

DON ENRIQUE. (Al escudero.)
Una palabra, buen viejo.

ESCUDERO.
Buena vuestra vida sea.

DON ENRIQUE.
¿Servis vos á Dorotea?
¿Sois de los de su consejo?

ESCUDERO.
Escudero suyo soy.
DON ENRIQUE.
¿Quién la visita?

ESCUDERO.
Quisiera
Que su alteza conociera
Quién es la casa en que estoy.
El sol no ha entrado ni tiene
Licencia de entrar en ella.

DON ENRIQUE.
Adonde la luz es ella,
Bien hace el sol si no viene.
¿Podréla yo visitar?
¿Queréisle dar un recado?

ESCUDERO.
No le hubiera pronunciado,
Cuando me hiciera matar.

DON ENRIQUE.
Esto habeis de hacer por mí;
Que si os echare de casa,
Quien á mejor lugar pasa,
Medra y no pierde.

ESCUDERO.
Es ansí.

DON ENRIQUE.
Haré al Rey que alcaide os haga
Del alcázar.

ESCUDERO.
Con portero
Me contento. Mas primero
Que de mí se satisfaga,
Corre peligro mi honor;
Que soy muy gentil hidalgo.

DON ENRIQUE.
A todo digo que salgo.

ESCUDERO.
Pues vuestra alteza, Señor,
Crea que soy Cueva, Arjona,
Méndez, López, Juárez, Fañez,
Benavides, Santibáñez,
Córdoba, Enriquez, Cardona,
Sánchez, Vázquez y Loyola:
Cuesta en mi tierra, Señor,
Un dedo el papel mayor...

DON ENRIQUE.
¿Cómo?

ESCUDERO.
Por mi firma sola.

DON ENRIQUE.
Creo que sois bien nacido,
Y en la persona se os ve.

ESCUDERO.
Por desdicha el servir fué
Quien pudiera ser servido.
Mal pecado! en la montaña
Tuvo mi abuelo un casar
Que le pudiera envidiar
Para granja el rey de España.

MAESTRE.
No lloreis; tomad consuelo,
Como hidalgo bien nacido.
¿Sois de solar conocido?

ESCUDERO.
Zapatero fué mi abuelo.

DON ENRIQUE.
Bien conocido solar.
(Ap. El viejo es precioso humor.)
¿Comeis bien?

ESCUDERO.
Bebo mejor.
DON ENRIQUE.
Para todo os quiero dar.
Veis aquí cinco doblones.
Todos cinco son de á cuatro.

ESCUDERO.
Con ellos soy veinticuatro.
Oid cinco bendiciones.
— Dios os dé salud.

DON ENRIQUE.
Muy bien.

ESCUDERO.
Siempre tengais buena fama,
Buena mesa y buena cama,
Y buena mujer tambien.

DON ENRIQUE.
¿La tercera?

ESCUDERO.
Plata en mano,
Con las armas de Castilla.

DON ENRIQUE.
¿La cuarta?

ESCUDERO.
Casa en Sevilla.

DON ENRIQUE.
¿La quinta?

ESCUDERO.
Nieve en verano.

DON ENRIQUE.
¿Cuándo me vendréis á ver?
Que el Rey mi hermano ha venido.

ESCUDERO.
Mañana, y no me despido.

DON ENRIQUE.
Haréisme mucho placer;
Y la librea os daré,
Que esta noche he de sacar.

ESCUDERO.
Por allá podeis pasar.

DON ENRIQUE.
¿Saldrá la Niña?

ESCUDERO.
No sé...
— Ello ¿no es encamisada?

DON ENRIQUE.
Buena, y con galas crueles.

ESCUDERO.
En oyendo cascabeles,
Yo la doy por asomada. *(Vase.)*

ESCENA VIII.

**DON ENRIQUE, EL MAESTRE, DON
ARIAS.**

MAESTRE.
El viejo es alta figura.

DON ENRIQUE.
Entrémonos á vestir;
Que ya por vernos salir
La noche el carro apresura.

MAESTRE.
El Rey ¿estará vestido?

DON ARIAS.
De su cólera lo creo.

DON ENRIQUE.
Hoy me ha nacido un deseo.

MAESTRE.
Niño pintan á Cupido.

DON ARIAS.
Su madre sabrá criallo.

MAESTRE.
¿Bueno vas, por vida mía!

DON ENRIQUE.
Niña, alcanzarte querría;
A correr voy á tu calle.
(Vase.)

—
Habitacion de don Juan.

ESCENA IX.

DON JUAN, CHACON.

DON JUAN.
Visteme esa cota luego;
Que es noche de regocijo.

CHACON.
Algun ángel te lo dijo:
De tales noches reniego.

DON JUAN.
Las noches de las desgracias
Un discreto las llamó.

CHACON.
Al hombre que la inventó
Se deben honras y gracias.
En cayendo una cuitada
Que traigo en el trato vil,
Me calo las once mil.

DON JUAN.
Ella es defensa extremada.
No hay lado, no hay amistad
Mas fuerte.

CHACON.
Yo sé, Señor,
Otra mejor.

DON JUAN.
¿Cuál mejor?

CHACON.
Un aposento.
DON JUAN.
Es verdad;
Pero habiendo de salir,
Famoso amigo es un jaco.

CHACON.

Cuando dos azumbres sacos,
Puedo al diablo resistir.
¿Quieres espada ó estoque?

DON JUAN.

Estoque para broquel.

CHACON.

Hay mayor peligro en él.
Como el contrario se emboque.
Yo, si no lleve recado
Para el tajo y el revés,
Voy en cueros.

DON JUAN.

Así es,

Si hubo cena y te han brindado.

CHACON.

¡Remoquetico! Ahora bien,
¿Dónde va tu valentía?

DON JUAN.

Chacon, á mi niñería
Y á mi gigante desden.

CHACON.

Loco estás.

DON JUAN.

No hay en Sevilla
Niña de tal perfección.

CHACON.

Parece que al corazón
La echaste por zapatilla.
Ahora bien, yo solo debo
Que te cuadre ó no te cuadre,
Seguirte el humor.

DON JUAN.

¡Mi padre!

ESCENA X.

EL VEINTICUATRO.—DICHOS.

VEINTICUATRO.

¿Adónde bueno, mancebo?

DON JUAN.

Señor, ya lo ves, es noche
De encamisada y de luces.
Castellanos y andaluces...

VEINTICUATRO.

Y en un caballo ó un coche
¿No salieras mas seguro?

DON JUAN.

Ríñeme ya, como sueles.

VEINTICUATRO.

¡Jacos, estoques, broqueles,
Y Chacon!...

CHACON.

Su bien procho.
¿Con lindos regalos vienes!

VEINTICUATRO.

Si el que yo pienso tuvieras...

CHACON.

¿Dónde estuviera?

VEINTICUATRO.

En galeras.

CHACON.

Pues ¿en qué opinión me tienes?

VEINTICUATRO.

Del alcahuete mayor
Que puso mitra en cabeza.

CHACON.

¿De quién?

VEINTICUATRO.

De esa buena pieza.

DON JUAN.

No tengo de quién, Señor.

VEINTICUATRO.

Ya sé tus pasos.

DON JUAN.

Advierte,

Si no piensas vanos casos,
Que no tengo yo en mis pasos
Cosa que este me concierte.

VEINTICUATRO.

Eres tú muy concertado.
Ya sé dónde entras y sales.

DON JUAN.

Mis pasos son tan iguales,
Que el fin es santo y honrado.

VEINTICUATRO.

¿Santo y honrado? Sin duda
Vas á rezar á la Antigua.

DON JUAN.

Pues pregunta y averigua
Si hay juego donde yo acuda,
Ni otra cosa deshonesta.
Sola una calle paseo
De una mujer, que deseo
Con buen fin.

CHACON.

¿Linda respuesta!

VEINTICUATRO.

Es muy linda.

CHACON.

Pues querer

Para matrimonio santo
Mujer que merece tanto,
Y que ha de ser su mujer,
¿Puédolo ningún cristiano
Tener por injusta cosa?

VEINTICUATRO.

Con mujer pobre y hermosa
Y bachillera, es en vano;
Porque mientras yo viviere,
Don Juan no se ha de casar.

DON JUAN.

¿A qué tengo de aguardar?
¿Qué es lo que mandas que espere?
¿Soy doncella, que he de estar
Aguardando en mi labor
A que tú tengas humor
Para quererme casar?
Si te gastara tu hacienda
Con alguna mujercilla;
Si anduviera por Sevilla
Como caballo sin rienda;
Si tú me hubieras librado
De dos muertes ó de tres,
Si no pusiera los pies
Menos que en lugar sagrado;
Si fuera mi desconcierto
De mil mohatras perjuradas,
Haciendo veinte escrituras
Para cuando fueras puerto;
O quien me las socorriera,
Buscara con fingimiento
A real y medio por ciento,
Y otros enredos hiciera;
Si plata acaso tomara,
El marco á cómo quisiera
Quien el dinero me diera;
Y al mismo se lo entregara;
Si te vendiera la tuya,
O hurtara joya ó cadena
A mi hermana, y por tu pena
Disimulara la suya;
Fuera yo el hijo querido,
Anduviéste tras mí.

VEINTICUATRO.

Todo lo que has dicho aquí,
Menos lo hubiera sentido
Que casarte sin mi gusto.
Bien sé lo que allá se trata:
De aquesta Niña de Plata
Nace todo mi disgusto.
Si ella como el nombre fuere,
Y aquellas gracias luzieras

Fueran ó reales ó barras,
Niña en mis ojos la hiciera.
No se trate desto mas.
Yo te caso con dos mil
Ducados de renta.

DON JUAN.

¡Oh vil

Fortuna!

VEINTICUATRO.

Con esto harás
Casi cinco mil y aun seis.
Esta es noche peligrosa:
No tengo por justa cosa
Que en sus peligros andeis.
Entrad; que desde el balcon
Podréis ver la encamisada,
Si de Holanda mas delgada
Las de esa niña no son.
Ea: ¿qué me están mirando?
Entren dentro.

CHACON.

¿Hablas de veras?

DON JUAN.

¿A qué doncella dijeras
Lo que te estoy escuchando?

VEINTICUATRO.

Ea pues.

DON JUAN.

Obedecerte

Quiero. Ya voy, vé delante.

VEINTICUATRO.

Es á tu vida importante. (Vase.)

DON JUAN.

Mas lo parece á mi muerte.—
Chacon, por el azotea
Podré saltar á la casa
De don Luis; las armas para. (Vase.)

CHACON.

Quiera Dios que por bien sea;
Que temo que por burlalle
Caigamos sin resistencia,
Como gatos en pendencia,
Desde el tejado á la calle. (Vase.)

Salon del Alcázar.

ESCENA XI.

DON ENRIQUE, DON ARIAS.

DON ENRIQUE.

No está acabado el vestido,
Y el Rey, gran prisa.

DON ARIAS.

Señor,

Fué poco el tiempo.

DON ENRIQUE.

El amor,

De hoy en el alma nacido,
Y de hoy en ella tan viejo
Como si de un siglo fuera,
Me da prisa de manera,
Que me ha faltado consejo.
El que me diste tomé,
Y con industria he llamado
A su hermano.

DON ARIAS.

Has acertado.

DON ENRIQUE.

Poco, don Arias, podré,
O tendré entrada en su casa
De aquesta niña que adoro.

DON ARIAS.

Ella es de plata; hazla de oro,
Y tú verás lo que pasa.

ESCENA XII.

FÉLIX, UN CRIADO. — DICHOS.

CRÍADO.
Aquí está Félix, señor,
Hermano de Dorothea.

DON ENRIQUE.
Que muy bien venido sea.—
(Vase el criado.)

Llegad, no tengais temor.

FÉLIX.
¿Quién no le ha de tener en la presencia
De un príncipe tan alto y generoso?
Con cuidado he venido, pareciéndome
Cosa muy nueva que importarle pueda
El servicio de un hombre tan humilde.

DON ENRIQUE.
Félix, ¿a mí me han dicho que en Sevilla
No hay hombre que conozca los caballos
Como vos, y que en casa habeis criado
Un potro que de Córdoba os trujeron,
Que es excelente cosa. Yo querría
Que le ferieros, esto lo primero;
Y lo segundo, que con gran cuidado
Ocho ó diez me busques para Castilla.

FÉLIX.
Pienso que hay otro Félix en Sevilla;
Que yo, Señor, ni sé ni tengo gusto
De caballos ni potros; que muriendo
Mis padres, y harto pobres por fianzas,
Dejaron una hija casi en pelo
En el pesebre humilde de mi casa,
Que con necesidad y honor se cria
Debajo del amparo de su tía.
Otro debe de ser del nombre mío
El que tiene ese potro y que conoce
De caballos, Señor; que solo tengo
Esto que os digo y veinte ó treinta libros,
A que soy en extremo aficionado;
Que un pobre en ellos halla sus jardines,
Sus casas, sus caballos y sus galas.

DON ENRIQUE.
Basta; que se engañó por vuestro nombre
El que el recado os dió. Mas vuestro tallo
Y buen entendimiento me ha obligado,
Ya que os llamaron, que de vos me sirva.
¿Es casada esa hermana?

FÉLIX.
Si lo fuera,
No estuviera, cual dije, en otro amparo.
Es doncella discreta y virtuosa;
Que lo menos que tiene es ser hermosa.

DON ENRIQUE.
¿Por qué no la casais?

FÉLIX.
Porque no tengo
Lo que tan recibido tiene el mundo,
Pues ya no es dote la virtud; que todo
Se ha reducido á plata y á dinero;
Y con poderla dar toda de plata,
No es plata de virtud la que se trata.

DON ENRIQUE.
Estas, don Arias, son las cosas justas
A que debe acudir el justo príncipe.
¿Qué lástima, qué pena que me ha dado
El ver pobre un hidalgo tan honrado!—
Quedaos en mi servicio; que yo quiero
De hoy mas haceros bien y remediaros.

FÉLIX.
Tus generosos piés beso mil veces.

DON ENRIQUE.
Yo miraré el oficio que convenga
Con vuestra calidad.

ESCENA XIII.

EL CRIADO. — DON ENRIQUE, DON
ARIAS, FÉLIX.

CRÍADO.
Ya está el vestido,
Y lo demás que llevas, prevenido.

DON ENRIQUE.

¿Está el Rey?
CRÍADO.
Y el Gran Maestre.

DON ENRIQUE.

Veámonos mañana.

FÉLIX.

Guarda el cielo
Tus años, gran Señor; que yo y mi her-
Rogarémos á Dios eternamente [mana
Que tus estados y tu vida aumente.

DON ENRIQUE.
¿Ah, sí! ¿Cómo se llama?

FÉLIX.

Dorothea. (Vase.)

DON ARIAS.
¿Qué vas trazando?

DON ENRIQUE.

Junto materiales
Para aqueste edificio de mi gusto.

DON ARIAS.
Ya el escudero y el hermano tienes.

DON ENRIQUE.

¿Ay, Arias, por aquella niña ingrata
Daré un gigante de la misma plata!
(Vase.)

Sala en casa de Dorothea.

ESCENA XIV.

DOROTEA, DON JUAN, CHACON,
INES.

DOROTEA.

¿Cómo te has entrado aquí?

DON JUAN.

Porque hallé la puerta abierta.

DOROTEA.

¿No sabes tú que esta puerta
Es para mi esposo?

DON JUAN.

Sí,

Y por eso intento yo,
Como tu esposo, el ganar
Puerta que me la ha de dar
Adonde ninguno entró.
No me muestres, Dorothea,
Desden, por Dios te suplico;
Que si eres pobre y soy rico,
Amor quiere hacer que sea
El medio destes extremos
El casarnos, que es virtud.

DOROTEA.

Estoy con grande inquietud.

INES.

¿Ay, Señora!

DOROTEA.

¿Qué tenemos?

INES.

Tu hermano.

DOROTEA. (A don Juan)

Tú lo has quietado.

¿En qué confusion estoy!

DON JUAN.

¿Hay mas de decir que soy
Claramente tu marido?

DOROTEA.

No; que aventuras mi honor
Y tu vida. Aquí detrás,
Mientras se vuelve, estarás;
Que tiene un poco de amor,
Y es noche de luminarias.

DON JUAN.

Entra, Chacon.

CHACON.

A NO SER

Hermano...

DON JUAN.

Acaba...

(Escóndense don Juan y Chacon.)

ESCENA XV.

FÉLIX.—DOROTEA, INES.

FÉLIX.

El placer

Y el seso, cosas contrarias,
No me han de dar, Dorothea,
Lugar de hablarte con él;
Que caber mi dicha en él
Es imposible que sea.

DOROTEA.

¿Hante dado algun favor,
Papel, cinta, abrazo ó puertas?

FÉLIX.

Mal con mi gusto conciertras;
Que no es negocio de amor.

DOROTEA.

¿Pues qué?

FÉLIX.

Por verro, un criado

Del Infante me llamó,
Porque imaginó que yo
Era algun Félix que ha dado
En criar potros y hacer
Estudio en caballos: fui,
Desengañéle de mí,
Y díle, hermana, á entender
Que á tí sola te tenía
En mi casa, tu belleza,
Tu virtud y tu pobreza;
Y fué tal la dicha mía,
Que desde hoy soy su criado,
Y te quiere remediar.
Yo voy, hermana, á llevar
A las fiestas mi cuidado;
No quise verlas sin verte
Y esio de paso contarte.
El parabien vengo á darte
De nuestra dichosa suerte,
Porque tambien me le des.
Voy por mi requiebro. Adios;
No te acuestes; que los dos
Tenemos que hablar después. (Vase.)

DOROTEA.

¿Hay historia semejante?—

Bien puedes salir.

(A don Juan, y él sale.)

ESCENA XVI.

DON JUAN, CHACON. — DOROTEA,
INES; después, GENTE, dentro.

DON JUAN.

De aquí

Dirás mejor, ó de mí,
Si ya te sirve el Infante.

DOROTEA.

¿El Infante á mí! ¿Por qué?

DON JUAN.

En el Alcázar te habló.

DOROTEA.

Lo que mi hermano contó,
Ni lo entiendo ni lo sé.

DON JUAN.
¡Ay, Dorotea! no es yerro,
Si eres á mi amor ingrata,
Imaginar que tu plata
Para mí se vuelve en hierro.
¿Qué es esto?

DOROTEA.
¡Gracioso estás!
Dame culpa de tu pena.

CHACON.
Señor, la música suena.

DON JUAN.
¡Celos principes me das!

INES.
Señora, ¡la encamisada!
¿Los cascabeles no escuchas?

DOROTEA. (A don Juan.)
Nunca de palabras muchas
Fué satisfacción honrada.
En pocas digo que estoy
De esas culpas ignorante.

(Dentro ruido de cascabeles.)

UNA VOZ. (Dentro.)
Gallardo pasa el infante.

DOROTEA.
Bien ves que á verle no voy.

DON JUAN.
A lo que pasa en la calle
Estás atenta, y no á mí.

UNA VOZ. (Dentro.)
Dios te guarde.

OTRA.
¿Es el Rey?

OTRA.

Sí.

VOZ. (Dentro.)

Enrique es de mejor tallo.

DON JUAN.
Ea, no estés tan inquieta;
Véle á ver.

DOROTEA.
Mira, don Juan...

VOZ. (Dentro.)

El Maestre es muy galán.

DOROTEA.
Que aunque no soy muy discreta,
Siento tus atrevimientos.
Donde hay honra y opinión
Nunca los principes son
Para iguales casamientos.
Yo estoy contigo, y allá
Pasa la fiesta en la calle;
Si tiene bueno ó mal tallo
No lo habemos visto acá.
Estima aquesta quietud.

DON JUAN.
Si estimo; mas estoy loco.
Todo me parece poco,
Y conozco tu virtud.

ESCENA XVII.

UN ESCUDERO. — Dichos.

ESCUDERO.
¿Con este desnudo estás?

DOROTEA.
¿De qué he de tener cuidado?

ESCUDERO.
Tres reyes se han apeado
En nuestro zaguan, no mas.

CHACON.
Ni fueron mas á Belen.

ESCUDERO.
Reyes son, si son tan buenos;

El uno es rey por lo menos;
Y los otros dos tambien,
Pues que son sus dos hermanos,
El Maestre y don Enrique.

DON JUAN.
¿A qué quieres que lo aplique?

DOROTEA.
Deja pensamientos vanos.

ESCUDERO.
Agua piden, y han subido
Por ella.

DON JUAN.
Los mismos son.
Escóndete aquí, Chacon.

CHACON.
Páreceme que has venido
A jugar al escondite.

DON JUAN.
¿Y dice que es testimonio!

CHACON.
Al rey don Pedro, el demonio
Que le dijera venite.

(Vuelven á esconderse don Juan y Chacon.)

ESCENA XVIII.

EL REY, DON ENRIQUE Y EL MAESTRE,
TRE, con sayos de fiesta, plumas,
botas y espuelas. — DOROTEA, INES.

REY.
¿Sabéis vos que nos darán
Agua en esta casa?

MAESTRE.
Aquí

La pedirémos.
DOROTEA.
Sí á mí
Vuestras altezas me dan
Titulo de mar de España,
Daréles agua que sobre;
Pero si no, soy tan pobre,
Que aun agua no me acompaña.

DON ENRIQUE.
Siéntese aquí vuestra alteza,
Descanse un poco por mí.

REY. (Ap. á don Enrique.)
¿Sabes quién es esta?

DON ENRIQUE.
Sí.

REY.
Gran discreción, gran belleza. —
Ea, venga el agua luego.

DOROTEA.
Yo voy.

DON ENRIQUE.
Eso no.

DOROTEA. (Al escudero.)
Escalante,

Traed agua al señor infante.
(Vase el escudero.)

DON ENRIQUE. (Ap. á Dorotea.)
Quedáos vos á darme fuego.

REY.
¿Qué tiene Enrique, Maestre? (Ap. á él.)

MAESTRE.
Antojos desta mujer.

REY.
¿Tan presto?

MAESTRE.
Dicen que al ver
No es menester quien le muestre
Por dónde al alma se va,
A la voluntad y al gasto.

REY.
Ella muestra algun disgusto.

MAESTRE.
Por su opinion le tendrá.

DON ENRIQUE.
Si vuestra alteza viniera
Con mas espacio, me holgara
Que Dorotea cantara,
Y demostracion hiciera
De muchas gracias que tiene.

REY.
Eso quiere mas lugar;
Allá la podeis llevar
Para la fiesta que viene.

DON ENRIQUE.
¿Qué tal será para mí!
(Vuelve el escudero con un barro de agua, y paño.)

ESCUDERO.
El agua es esta.

REY.
¿Bizarro

Gentilhombre!
MAESTRE.
¿Cómo en barro,
Señora, se bebe aquí?

DOROTEA.
Lo poco que se contrata
No da para mas valor;
Que en esta casa, Señor,
Sola yo soy la de plata.

REY.
Brindara con vos á Enrique,
A ser vuestra boca taza.

MAESTRE.
Bien se pudiera dar traza
Como á la boca se aplique.

DOROTEA.
La traza, Señor, condeno;
Porque taza de mujer
Sin su gusto, suele ser
Sospechosa de veneno.

REY.
¿Bien dicho, por vida mia!
Doyle esta cadena, y doró
Aquella plata con oro.

MAESTRE.
¿Qué ingenio!

DON ENRIQUE.
¿Qué bazarria!

REY.
Por qué os llamaron, deseo
Saber, en toda Sevilla,
De plata. ¿Es por maravilla
De las gracias que en vos veo?

DOROTEA.
No, Señor; mas porque he sido
De muchos solicitada;
Y por estar obligada
Del honor, con que he vivido,
Enfermé de pensamiento;
Y temiendo que amor mata,
Quise ofrecirme de plata
Al templo del casamiento.

MAESTRE.
¿Bien, por el hábito santo
De Santiago! — Yo traia
Estas reliquias, que habia
Estimado siempre en tanto,
Que á mí hermano no las diera;
Y á Dorotea las doy.

REY.
Vámonos.
DON ENRIQUE. (Ap.)
Confuso voy.

REV.
Pero primero quisiera
Que nos dijera esta dama
Cuál le agrada de los tres
Por mas galan.

MAESTRE.

Justo es.

DOROTEA.

Preguntádselo á la fama.

REV.

Vos nos lo habeis de decir.

DOROTEA.

Que me place, si es forzoso.
El galan mas poderoso
Para poder competir
Es el Rey; el mas valiente
Para de noche en la calle,
El Maestre; el que del tallo
Se precia mas justamente
Es Enrique; y si yo fuera
Digna de tanto interés,
Uno que fuera los tres
Para mi gusto quisiera.

REV.

¡Notable mujer!

MAESTRE.

Famosa.

DON ENRIQUE.

Estas memorias le doy.

DOROTEA.

Pienso que obligada estoy
A decir muy vergonzosa:
Tendréla de vuestra alteza
Lo que tuviere de vida.

REV.

Ella es gallarda.

MAESTRE.

Escogida.

REV.

Para dé plata, ¡gran pieza!
(Vase el Rey y sus hermanos.)

ESCENA XIX.

DON JUAN, CHACON. — DOROTEA,
INES.

DON JUAN.

Para que no digas que es
Acaso ahora el venir
Tres principes á tu casa,
Salgo comenzando así.
Dorotea, yo te quise,
Cuando mi engaño creí,
Como al alma; mis intentos
Ya los supistes de mí.
Pensé que mi mujer fueras;
Pero viéndote servir
De reyes y de maestros...

DOROTEA.

Acábalos de decir.
Infantes, otro que tale.

DON JUAN.

Bien haces; dílo por mí,
Porque yo estoy de manera...

DOROTEA.

¡Mas que vienes á decir:
«Venga, venga la muerte contra mí;
Que para desdichados no es vivir»?

DON JUAN.

¡Burlaste cuando me muero?

DOROTEA.

¡Tú te mueres?

DON JUAN.

Si.

DOROTEA.

¡Tú?

DON JUAN.

Si.

DOROTEA.

Muestra el pulso.

DON JUAN.

¡Tú mi mano?

¡Tú me la llegas á así?

Daréte mil puñaladas.

DOROTEA.

¡Sin confesion?

DON JUAN.

Fuiste, en fin,

Mujer.

DOROTEA.

¡Qué! ¿pensaste que era

Albahaca ó toronjil?

DON JUAN.

¡Así pagas mis deseos?—

Corazon, ¿esto sufris?

Ojos, demonio se ha vuelto

Quien tuvo por serafín.

DOROTEA.

Las tres de la noche han dado,

Corazon, ¿y no dormis?

CHACON.

Ea; que son muchas burlas

Para quien muere por tí.

Consuélate y dile que esto

No se pudo resistir

Por ser violencia de un rey,

Y no te burles así;

Que supuesto que sé yo,

De lo que fui matachín,

Que cuando amor es carnero,

Celos son su perejil,

No es justo darle ocasion

A que un hombre como un Cid

Llore como una doncella.

DOROTEA.

Chacon, ¿en qué le ofendi?

CHACON.

Háblale, acaba.

DOROTEA.

¡Ah mi bien!

Volvedme esa cara, oid.

DON JUAN.

¡Qué tengo de oírte, fiera?

Si mas me vieres aquí,

Todo el cielo me persiga.

¡Conmigo trato tan vil!

DOROTEA.

¡Cómo vil! ¡Esa es palabra,

Loco don Juan, para oír

Una mujer como yo?

Si tú, ni cosa por tí,

Vuelve á esta casa jamás,

Ni en calle, iglesia, en jardín

Donde estuviere, me vieres,

Yo haré...

DON JUAN.

¡Ah mi vida! Advertid

Que lo dije con enojo.—

Chacon, ruégala por mí.

CHACON.

Ea, Señora...

DON JUAN.

Llega mas,

Llega mas.

CHACON.

Temo un chapín.—

Señora, ¡misericordia!

(Vase Dorotea.)

Inés...

Inés.

Haréte medir

La espalda con muchos palos. (Vase.)

CHACON.

Fués.

DON JUAN.

¡Ah fiera!

CHACON.

¡Ah puérco espin!

DON JUAN.

Vuélveme todas mis prendas.

CHACON.

Llamemos un alguacil.

DON JUAN.

¡Mi muerte, Chacon, celebra

Con burlar y con reír!

CHACON.

¡No sabes que las mujeres

Son como vidrio sutil?

DON JUAN.

¡Oh cruel Niña de Plata,

Y de piedra para mí!

Pues si fueres Anajarte,

Ísis soy.

CHACON.

¡Eres gentil?

DON JUAN.

Venga la muerte, venga contra mí!

Que para desdichados no es vivir.

ACTO SEGUNDO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

MARCELA, con manto; FÉLIX.

FÉLIX.

Huélgome de haberte hallado

En cal de Francos; ¿qué esperas?

MARCELA.

Creyéralo, como fueras

O veinticuatro ó jurado.

Félix, el ánimo tuyo

Bien conocido le tengo.

A comprar chapines vengo,

Que por momentos destruyo.

FÉLIX.

Alabo tu discrecion;

Que viendo las prendas misas,

No dijiste que venias

Por tela, raso ó gurbion,

No por Holanda ó Cambray,

No por cortes milaneses,

Puntas y encajes franceses,

Que por estas tiendas hay.

A chapines te humillaste:

Concierto harémos los dos,

Porque parece, por Dios,

Que mi bolsa consultaste.

Por la discreta humildad,

Añado á chapines guantes;

Que dan cosas semejantes

Galanes de voluntad.

MARCELA.

Por tu vida, que te engañas;

Que no te brindo á chapines;

Voy con diferentes fines,

Que verás si me acompañas;

Que el gastar tantos agora

Es buscar casa.

FÉLIX.

Dejaste

La tuya porque pensaste

Poder vivir con Leonora.

Dos de diversas naciones.

Marcela, vivir podrán
Juntos, juntos vivirán
Dos tigres y dos leones,
Un hidalgo y un villano,
Y dos poetas en paz,
Cosa extraña y incapaz
De trato y concierto humano;
Y dos damas no podrán
Vivir juntas, siendo hermosas;
Que envidiosas y celosas
Eternamente andarán.

MARCELA.

Añade, si es una dellas
Necia.

FÉLIX.

No es poco Leonora.

MARCELA.

Préciase muy de señora,
Compíte con las estrellas.

FÉLIX.

¿No sabes cómo mi hermana
A la casa se pasó
Que tú dejaste, aunque yo
La vivo de mala gana?

MARCELA.

¿A la casa que dejé?

FÉLIX.

A la misma.

MARCELA.

¿No es mejor

La suya?

FÉLIX.

Fué cierto humor
(Que otra ocasión no la sé);
Que siendo en la misma calle
Y peor casa, fué locura.

MARCELA.

Debe de probar ventura;
Que es lástima que aquel talle
No halle un rico marido;
Que hay casas que topa en ellas.

FÉLIX.

¿Casas hay contra doncellas?
Nunca lo he visto ni oído.
Notables supersticiones
Teneis todas las mujeres.

MARCELA.

Así nacimos: ¿qué quieréis?

FÉLIX.

Mas valian los balcones
Con las macetas que deja
De claveles y verduras,
Que un jardín.

MARCELA.

Tristezas puras:

Con razon della se aleja.
Pruebe otra casa, otras mil,
Hasta que halle casamiento.

FÉLIX.

Necedad.

MARCELA.

Dire otras ciento;

Mas si el ingenio sutil
De tu hermana Dorotea
De aquella casa se muda,
Claro está que no la ayuda
Para que dichosa sea.

FÉLIX.

Cuatro meses nos faltaban,
Marcela, del alquiler.

MARCELA.

¿Habeisla arrendado?

FÉLIX.

Ayer

Ciertos hombres la arrendaban
Que vienen con el infante,
Y no se la quisie dar.

MARCELA.

Yo la quisiera ocupar
En ocasión semejante,
Mientras junto a la Alameda
Una me deja un letrado
Que han proveído.

FÉLIX.

He pensado
Que todo el tiempo que queda
Será mucha discreción
Que aborres ese dinero.

MARCELA.

Si tienes las llaves, quiero
Pasarme luego.

FÉLIX.

Estas son.

MARCELA.

Vamos los dos.

FÉLIX.

Luego al punto
Haz que la ropa te pasen.

MARCELA.

Si algunos hombres se hallasen,
Podrá venir todo junto.

FÉLIX.

A traértelos me ofrezco.
La casa en el dueño gana.

MARCELA.

Donde ha vivido tu hermana,
Félix, vivir no merezco;
Mas no quiero ser ingrata
Al bien que los dos me dan.

FÉLIX.

Con mas razon te tendrán
A ti por niña de plata.

MARCELA.

De su valor soy despojos;
Y aunque su sombra he de ser,
Yo me contento con ser...

FÉLIX.

Dilo.

MARCELA.

Niña de tus ojos.
(Vanse.)

Sala en casa de don Juan.

ESCENA II.

DON JUAN, LEONELO.

DON JUAN.

Como os lo cuento ha pasado.

LEONELO.

El ha sido extraño cuento.

DON JUAN.

Pues nadie me lo ha contado;
Que yo en su mismo aposento
Lo vi, corrido y turbado.
Cabestrillo el Rey le dió,
Reliquias le dió el Maestre;
Pero el infante mostró
Mas amor.

LEONELO.

No hay mas que mostrare.
¿Quién su memoria olvidó?

DON JUAN.

Memorias le dió el infante,
Con que yo pasé la mia
Un mundo mas adelante.

LEONELO.

Un desengaño de un día
Es redención de un amante.

DON JUAN.

Si los redimidos son
El enfermo y el cautivo,

Yo llamo con mas razon,
Pues del alma la recibo,
Mi libertad redencion.
La amorosa enfermedad
En salud se me ha trocado,
La cárcel en libertad;
Que á dárme la se han juntado
La Merced y Trinidad.
La merced de un desengaño,
La trinidad del acuerdo
De tres potencias, que el daño
Miraron donde me pierdo
En el Argel de mi engaño;
Que á desengañarme dél,
Con la Trinidad que digo,
Vino la Merced á Argel;
Mucho pudieron conmigo,
Que estaba prendado en él.
Despertó mi entendimiento
A mi memoria dormida,
Y dando consentimiento
La voluntad ofendida,
Fué trinidad en mi intento.
Y en librarme convenidos,
De limosnas de mis daños,
Para cobrar mis sentidos,
Di por rescate dos años.
Aunque ya estaban perdidos.
¡Oh santa Merced! yo adoro
La tuya y mi redencion.
¡Oh libertad, gran tesoro,
Por que no hay buena prision,
Aunque fuese en grillos de oro!
No mas Argel, pues engaña
La razon. Vamos, deseo;
Que ha sido librarme hazaña.
¡Gracias á Dios que me veo
Entre cristianos de España!

LEONELO.

Vuestro discurso, don Juan
(Si como vos lo decís,
Y este desengaño os dan,
En el alma lo sentís),
Os hace un cuerdo galán.
Ya por ejemplo os contemplo
Del desengaño en el templo:
¡Dichoso vos, á quien huela
Pues lo que abrasa y desvela
Os sirve de claro ejemplo!
Pero guardaos bien del daño
Que suele hacer en quien ama
La pena de un desengaño;
Que es una secreta llama
De mas rigor que el engaño.
Pensaréis que no quieréis;
Y cuando os imaginéis
Mas libre en mas confianza,
Iréis á darle venganza,
Y á sus puertas lloraréis.

DON JUAN.

¡Plegue al cielo que ese día,
O primero que le vea
Para tal desdicha mia,
El fin de mi vida sea!
Tanto un desengaño enfría.
Yo quise mientras creí
Que me querian; llegué
Donde lo contrario vi,
Y de la suerte olvidé,
Que se olvidaron de mí.
No mas, no mas, niña ingrata,
Pues que ya tu edad de plata
Se ha vuelto en hierro.

LEONELO.

El valor

Se muestra en rendir á amor.

DON JUAN.

Cualquiera traición le mata.

ESCENA III.

UN PAJE. — DON JUAN, LEONELO;
después, UN ESCUDERO.

PAJE.

Aquí de la señora Dorotea
Un escudero quiere hablarte.

DON JUAN.

Dile

Que se vaya con Dios y que me deje,
Porque crea Leonele lo que digo.

LEONELO.

Eso, don Juan, no es justo, ni conviene
Al trato de tan noble caballero.
Recebid el recado en cortesía.

DON JUAN.

¿Por vos he de hacer cosa tan mal hecha?

LEONELO.

Ponelo por mi cuenta; que yo os juro
Que no lo sentís mucho.

DON JUAN.

Dile que entre.

(Retírase el paje, y sale el escudero.)

ESCUDERO.

Este papel me ha dado mi señora.
(Da á don Juan un papel y una caja.)
¿Cómo con esa cara le recibes?

DON JUAN.

No la tengo mejor para papeles
De quien se deja visitar de príncipes.

ESCUDERO.

Solías tú con palio recibirme,
Mandarme regalar, darme aguinaldo;
Ya te veo de suerte, que no quiero
Pedirte aquellas calzas y ropilla
Que me mandaste. Ya conozco: amantes
Son como arroyos que lloviendo corren,
Tras sí lo llevan todo con la furia,
Y en cesando, no dejan mas de piedras.
Mas no quiero culparte, á mí me culpo;
Que siempre he sido desdichado en cal-
[zas.

DON JUAN.

Idos con Dios; que estoy con pesadumbre.
Decid á la señora Dorotea
Que con Chacon responderé.

ESCUDERO.

No quiero

Parecer, en cansaros, escudero. *(Vase.)*

ESCENA IV.

DON JUAN, LEONELO.

LEONELO.

¿Cómo no abris el papel?

DON JUAN.

Como ya el tiempo pasó
Que diera mil besos yo
A cualquiera letra del.

LEONELO.

Acabad; que estáis muy necio.

DON JUAN.

Leerle quiero por vos.

LEONELO.

Por mí y por vos; que por Dios,
Que es ese mucho desprecio.

DON JUAN. *(Abriendo el papel.)*

¡Bueno es esto!

LEONELO.

¿Cómo ansí?

DON JUAN.

El papel es un soneto.

LEONELO.

Luego ¿es verdad en efecto
Que hace versos?

DON JUAN.

Estos sí.

(Lee.) «Ingrato dueño mío, aunque
Matarme con rigores y desdenes,
Y sin oír las partes me condenes,
Quiero que mi verdad y amor entiendas.

»Mas no es razón que sin razón me
[ofendas;

Y pues en otros gustos te entretienes,
Y de mi honor mayores prendas tienes,
Triunfa también desas humildes pren-
»Cesen, por vida mía, los enojos; [das.
Que príncipes conmigo son quimera,
Sueño del gusto, engaño de los ojos.

»Y cuando como piensas los rindiera,
¿Qué pierdes en tan ellos por despojos,
Pues á tus pies con ellos me pusiera?»

LEONELO.

¡Notable humildad! No hay gracia
Que no tenga esta mujer.

DON JUAN.

De tantas pudo nacer
Su desdicha y mi desgracia.

LEONELO.

El soneto es amoroso,
Y muestra bien ser de dama.
Pero ¿cómo, cuando os llama,
Estáis tan tibio y celoso?
En esa caja ¿os envía
Vuestras prendas?

DON JUAN.

Por cobrar

Las suyas; que es engañar
Con regalo y cortesía.
Yo las enviaré, cruel.

LEONELO.

Abrídla, á ver.

DON JUAN.

¿Qué es aquesto?

LEONELO.

¿Cómo?

DON JUAN.

Otras prendas ha puesto;

Mas estas, dice el papel. —
¡Las reliquias del Maestre
Y memorias del Infante
Me envía!

LEONELO.

¡Dichoso amante!

¿Qué mas fe queréis que os muestre?

DON JUAN.

Hasta del Rey la cadena
Viene aquí.

LEONELO.

Tal desengaño

Bien ha disculpado el daño
De la recibida pena.
Id á ver á Dorotea
Humilde y agradecido.

DON JUAN.

Hazaña discreta ha sido;
Pero no sé si la crea.

LEONELO.

Eso es grande ingratitud.
Enojáreme con vos.

DON JUAN.

Digo que frémus los dos:
Tal es la fuerza y virtud
Desta dulce encantadora.

ESCENA V.

CHACON. — Dichos.

CHACON.

¿Está mi señor aquí?

DON JUAN.

¿Qué hay, Chacon?

CHACON.

Escucha.

DON JUAN.

Di.

CHACON.

Quiere, sirve, alaba, adora
La niña de Bercebú,
Que pasando por su calle...
—Mas mejor es que lo calle.

DON JUAN.

Pues, necio, ¿no sabes tú
Que una razón comenzada
No se puede dilatar?
Pues no supiste callar,
Habla.

CHACON.

No importa, no es nada.

DON JUAN.

Habla digo.

CHACON.

En cuatro días
Que no habemos parecido
Por su calle, hay tanto olvido
De pasadas niñerías,
Que agora acabo de ver
A su puerta con mil cargos
De ropa dos carros largos.
¡Ah falsa, ah fiera mujer!
Vieras sillas, colgaduras,
Camas doradas, tapices,
Colchas de seda...

DON JUAN.

¿Qué dices?

CHACON.

Vidros, tarimas, pinturas,
Hasta asadores, morillos
Y aderezos de cocina.

DON JUAN.

Bien el dueño se adivina.
¿Son celos para sufrillos?
¿Parécenos que viene bien
Con este papel, Leonele?

LEONELO.

Digo que me libre el cielo
De sus embustes.

DON JUAN.

¿Que dén

Licencia un honrado hermano
Y una tía semejante
A que tan libre el Infante,
Sin otro respeto humano,
Cubra de sus telas de oro
Casa que con tal limpieza
Tuvo el honor por riqueza
Y la virtud por tesoro?
¡Ah, vil interés, que puedes
Rendir la virtud y honor!
No estaban, niña, mejor
Desnudas esas paredes?
No supiera yo vestillas
De seda, sin ser infante?
No he visto amor semejante.
¡Camas, tapices y sillas!
¡Bravo amor! De asiento están.

CHACON.

Quando vi los asadores,
Me salieron mas colores
Que á un ave que asando van.
¡Ah perros! dije entre mí,
No era mejor un marido

Noble, rico y bien nacido?

DON JUAN.

Chacon, mejor es así.
Pues yo no pienso morirme.
¿Quién hay en todo el lugar
Con quien la pueda picar,
Y yo alegrarme y reirme?

LEONELO.

En su misma calle vive
Marcela.

DON JUAN.

Tienes razón.
¿Conócetla tú, Chacon?

CHACON.

A escribilla te apercebe;
Que es una dama gallarda,
Que sabrá bien despicarte,
Y yo la he visto mirarte,
Y sé que há dias que aguarda
Que le digas que deseas
Visitarla.

DON JUAN.

Yo querria
No verla agora de día.

LEONELO.

Pues ¿no es mejor que la veas?

DON JUAN.

No; porque aquella cruel
No vea que á rogar voy,
Sino que admitido soy.

LEONELO.

Bien dices: rasga el papel,
Y del oro que te envia
Haz un presente á Marcela,
Para que el golpe le duela,
Si se le viere algun día.

DON JUAN.

Si verá; que á San Anton
A misa las fiestas van.

LEONELO.

¿Linda venganza, don Juan!

DON JUAN.

Esta noche tú y Chacon
Iréis conmigo; que quiero
Liberal del oro hacerme,
Porque se arroje á quererme.

LEONELO.

Notable venganza espero.

CHACON.

Yo quiero ser tu alcahuete,
Y si te acierta á agradar
Marcela, bien puedes dar
Con la niña en Tagarete.

(Vase.)

Salon del Alcázar.

ESCENA VI

EL REY, EL MAESTRE, DON ARIAS.

REY.

¿Adónde está mi hermano?

MAESTRE.

No está bueno;
Que desde ayer le ha dado una tristeza,
Que de todo placer le tiene ajeno.

REY.

¿Al infante tristeza?

MAESTRE.

La belleza
De una mujer le tiene desta suerte,
Preciada de su honor y su nobleza.

REY.

Maestre, es el amor tanto mas fuerte

Que todos los venenos, que le dieron
Muchos nombre de hermano de la mujer.
¡Oh cuántos á sus manos perecieron, [te.
De que se ven tan miserables memorias!
Oh cuántos de su triunfo esclavos fue-
¿Está en Castilla esa mujer? [ron!

MAESTRE.

Las glorias
De amor siempre consisten en violencias,
De que testigos son tantas historias.
Los desdenes, Señor, las resistencias
De aquella dama que una noche viste
(Que dijera mejor impertinencias),
Tan mal Enrique y sin valor resiste,
Que se deja morir de puro amante,
Ni duerme ya, de desechado y triste.

REY.

¿Hay lástima, hay suceso semejante?
¿En dos días de amor!

MAESTRE.

Verdad te digo,
Y que de plata es niña de diamante.

REY.

Esta noche los dos iréis conmigo;
Que yo se la traeré tan blanda y tierna,
Si con regalos de quien soy la obligo,
Que viva Enrique, á quien tan mal go-
La razón natural de su albedrio. [bierna

DON ARIAS.

Piensa ganar la niña fama eterna
Con mostrar al infante mas desvío
Que si fuera su igual: tanto se precia
Del casto honor.

REY.

¡Extraño desvario!
La casadas imiten á Lucrecia,
En resistirse digo, no en matarse;
Que en esto todos dicen que fué necia.
¿Que tal quimera pudo levantarse
La noche de la máscara, Maestre?

MAESTRE.

No puede el pobre Enrique repararse;
No hay hombre á quien alegre el rostro
DON ARIAS. [muestre.

Ya están aquí los moros de Granada.

REY.

¿Y será menester quien los adiestre?

DON ARIAS.

Bien saben nuestra lengua.

ESCENA VII.

ZULEMA, ALÍ, MOROS. — DICHOS.

ZULEMA.

En tu sagrada
Frente pongan los cielos mil laureles,
Ganados por los filos de tu espada.
El alcaide, Señor, de los donceles
Con la embajada de Mahomad venia,
Moro de lo mejor de los Gomeles;
Pero llámole Alí casi en el día
Que entrara por Sevilla si viviera.
El Rey, que lía de la ciencia mia,
Partir me hizo; pero ya no era
Tiempo de medicinas; que la muerte
Nunca vuelve á envainar la espada tona.
Murí, y en vez de Zaidé vengo á verte,
Trayéndote las treguas confirmadas,
Y la obediencia á rey tan alto y fuerte.
Con ellos treinta yeguas alheñadas,
Con dos potros al lado cada una,
Y con mantas de grana encubiertas.
No se parece en el color ninguna,
Y todas en las alas se parecen; [na.
Que corren mas que el tiempo y la fortu-
Adargas y finetas las guarnecen,
Cuyos campos ocupan mas colores [cen.
Que en los verdes de abril cuando flore-

Traigo cincuenta alfombras, que en la-
[bores

Compiten con las nubes de los cielos,
Al tiempo que las sombras son mayores.
Traigo dos cajas de listados velos
De amarillo, de nácar, de morado,
De flor de malva y de color de celos;
Y digno solamente de tu lado
Un cuchillo de monte damasquino,
En un cinto de lobo tachonado,
Que por las cerdas del color marino,
Sale tan bien el oro y los diamantes,
Que deslucen desnudo el temple fino.
Esto, con otras cosas semejantes,
Te presenta mi rey por obediencia,
Para que á tu grandeza le levantes.

REY.

Bien debe vuestro rey correspondencia
Justa á mi grande amor, moros honra-

[dos,

Que le he puesto en tan alta preminen-
Venci sus enemigos, que postrados [cia.
Yacen ante sus pies, y en paz procuro
Conservar con mi fuerza sus estados.
Agradezco el presente, y aseguro
Las treguas por los años del concierto.

ALÍ.

Tú solo has sido su defensa y muro.
El queda de tu amor y amparo cierto,
Y por nosotros á tus pies se inclina.

REY.

Maestre...

MAESTRE.

Gran Señor...

REY. (Ap. d él.)

Agora advierto

Que sabiendo este moro medicina
Con la curiosidad que estos la saben,
Que con yerbas es cosa peregrina,
Podrá ser que curándole se acaben
Las tristezas de Enrique.

MAESTRE.

O no será razón que los alaben.

REY.

Moro...

ZULEMA.

Señor...

REY.

De gran melancolía
Tengo un hermano enfermo, á quien ad-
Y que le cures deste mal querria. [ro,

ZULEMA.

Pondré en darle salud, á fe de moro,
La diligencia que verás.

ALÍ.

Bien puedes
Fiarle de Zulema.

REY.

Si un tesoro
Me cuesta su salud, quiero que quedés
Del amor que le tengo satisfecho.

ZULEMA.

En mandarme, Señor, me haces merce-
[des.

ALÍ.

Curas notables en Granada ha hecho,
Y adivinado cosas por las manos
Que hacen temblar el mas robusto pe-
[cho.

REY.

Júliclos para mí son cuentos vanos.

Ve, Maestre, y enséñale mi Enrique.

MAESTRE.

Vén conmigo.

ZULEMA.

Los cielos soberanos

Guarden tu vida.

(Vase el Maestre y todos los moros.)

ESCENA VIII.
EL REY, DON ARIAS.

REY.

En tanto que este aplique
Remedios á su amor ó á su accidente,
Don Arias, y su vida pronostique,
Por otra parte quiero yo que intente
El interés curar á esta señora
De la dureza que en el pecho siente.

DON ARIAS.

¿Cómo?

REY.

En la calle de las Armas mora;
Son señas de su casa dos balcones
Azules, que al salir el sol los dora.
Si á mano izquierda como vas te pones,
Te llamarán las flores y claveles
Que encubren de su dueño las traiciones.
Llévale pues seis pares de doseles
(Así llaman aquí las colgaduras),
Con cuadros que envidiarlos pueda Apé-
Acompaña doseles y pinturas [les;
De dos piezas de tela y terciopelo.

DON ARIAS.

El oro ablanda hasta las peñas duras.

REY.

Llévale mil escudos (que recelo
Que es pobre esa mujer) y dos cadenas
Que valgan otros mil.

DON ARIAS.

Gayó en el suelo.

REY.

Como es Enrique nuevo en estas penas,
No sabe que las damas quieren oro;
Que no viven de sangre de las venas.
Con él le curará mejor que el moro.

(Vanse.)

Sala en la nueva casa de Dorotea.

ESCENA IX.
DOROTEA, TEODORA.

TEODORA.

Tengo, por recién mudada,
En esta casa temor.

DOROTEA.

Todo nace del rigor
De tu condicion cansada.
Pues ya no tienes por quien
Estar celosa de mí,
Porque con mudarme aquí,
Todo se mudó también.
Después que el Infante entró
En la casa que dejamos,
Y después que nos mudamos,
Nunca mas don Juan me habló.
¿Qué es hablarme? Ni aun pasar
La calle.

TEODORA.

¿Son celos del?

DOROTEA.

Hoy en un tierno papel,
Tía, le quise obligar
A nuestra amistad pasada,
Y con tal satisfacción,
Que mereciera perdon,
No estando con él casada.
Pero ni me ha respondido,
Ni al criado preguntado
Nuevas de mí.

TEODORA.

Tu cuidado
Merece tan justo olvido.
¡Ah sobrina! ¡cuántas veces

Te dije que este don Juan
Era un fingido galán!
Bien lo que tienes mereces.
Solamente pretendía

Tu deshonor, no casarse;
Pretendió desobligarse,
Vió tu firmeza y la mía,
Y con tan poca ocasion
Como entrar aquí el Infante,
Muy á lo celoso amante,
Finge mal de corazon.
No quiso mas de una sombra
Para huir de obligaciones,
En que muy necia le pones.

DOROTEA.

¿Sombra, si de un rey se asombra?
¿Qué sabes tú si ha sabido
Las diligencias que ha hecho?

TEODORA.

Si no han sido de provecho,
¿De qué se muestra ofendido?
Que solo el mudarte aquí
Porque de tí no supiese,
Le obligaba á que te diese
Satisfacciones á tí.

DOROTEA.

De eso está tan olvidado,
Que aun no sabe que aquí vivo.

TEODORA.

Pena de verte recibo
Con tan injusto cuidado.
Y esta noche mucho mas;
Que con la pena que tienes,

A la reja vas y vienes,
Pero sin provecho vas;
Que don Juan entretenido
En casa de alguna dama,
Eso que debe á tu fama
Tendrá ya puesto en olvido.
¡Bien te casarás agora!

DOROTEA.

Pues ¿qué he perdido?

TEODORA.

Opinion.

DOROTEA.

Ea, comience un sermon.
Váyase á acostar, Señora.
Baste mi pena: ¿qué quiere?

TEODORA.

Aun no ha venido tu hermano.

DOROTEA.

¿No sabes ya cuán liviano
Por Marcela vive y muere?
No sabes ya que hoy le ha dado
La casa en que hemos vivido?

TEODORA.

Harta desvergüenza ha sido;
Dios sabe que me ha pesado.

DOROTEA.

Pues ¿qué daño se te sigue,
Si ya no vives allí?
Véte á acostar.

TEODORA.

Eso sí.

¿Es posible que te obligue
Un desden á tales celos?
Querrás muy loca esperar
A ver si te viene á hablar.

DOROTEA.

Esos serán tus consuelos.
Véte con Dios; que á tomar
El fresco voy al balcón.

TEODORA.

Para fuego de afición
No hay alre fresco en la mar.
Tú te cansarás en vano.

DOROTEA.

¿Pasárselo tú por mí?
(Vase Teodora.)

ESCENA X.

DOROTEA.

¡Ay triste! ¡cuán necia di
Mi libertad á un tirano!
¿Qué mas he podido hacer
Que darle satisfacción?
Yo mudé casa, en razon
De pretenderme esconder
A los ruegos del Infante,
Promesas y montes de oro;
Por el suyo y mi decoro
He sido un firme diamante.
Yo le escribí y le envié
Las joyas: ¿cómo su trato
Con un desden tan ingrato
Paga mi amorosa fe?
No es posible. Subir quiero
Al balcón; que podrá ser
Me venga esta noche á ver;
Que bien creará que le espero.
El no responderme abona
Que para verme se apresta,
Porque no hay mejor respuesta
Que de la misma persona. (Vase.)

Calle en que están las casas de Dorotea y Marcela.

ESCENA XI.

DON JUAN, LEONELO; CHACON, d lo bravo.

LEONELO. (Señalando la casa en que vivió Marcela.)

Esta es, don Juan, la casa de Marcela;
Mas pienso que te inclinas con mas gusto
A la de aquella niña en quien la tienes,
Porque después que entramos en la calle,
Todo es mirar sus puertas y balcones.

DON JUAN.

No te espantes, Leonele, que se vayan
Al hábito los ojos, que tenían,
Y mas viendo tan cerca aquella casa,
Donde está una mujer, que á ser de pie-
Y no de plata, mereciera de oro [dra,
Estatuas por divina.

CHACON.

Ya tenemos
Memorias de la niña: ¡puesnos vamos!
Pues porque se te quiten los bostezos
Con que sospiras ya, como borrico,
Que ha conocido el prado de su aldea,
Quiero decirte lo que vi esta tarde.

DON JUAN.

¿Qué? por tu vida.

CHACON.

Que en su casa entraba
Don Arias, gran privado del Infante.
Llevaban dos criados ricas piezas
De telas de oro, y otros dos dineros
En cantidad, al fin joyas de príncipe.
Propuse no decirte lo; mas viendo
Que te enterneces viéndote en su calle,
Y que es contra tu honor volver á verla,
Quise con este desengaño darte
De tu desdicha y su mudanza parte.

DON JUAN.

Confésote, Chacon, que enternecido
De memorias pasadas, me llevaba
El alma á las ventanas de esa fiera,
Y que pudiera ser que me rindiera;
Mas ya con este santo desengaño,
Con este saludable advertimiento,

Para siempre de verla me despidó.
No mas, no mas: afuera, pensamiento.
Si alguno estaba en mí, que como espíritu
No quería salir á tanto apremio,
No se defendía á la violencia santa
Deste conjuro que Chacon me ha dicho.
¿No es esta la ventana de Marcela?
Tira una china, llama. Aquesto es hecho.

LEONELO.

Si va á decir verdad, yo te quería
Conducir á tu niña, imaginando
Que te hacía lisonja; que un amante
Suele siempre negar lo que desea,
Y quiere que le rueguen lo que quiere;
Mas viendo que ya tiene don Enrique
Posesión tan pacífica en su casa,
Digo que ni la busques ni la nombres.

DON JUAN. (Ap.)

Abrásandome estoy de puros celos.
Quiero disimular. Paciencia; ¡oh cielos!

ESCENA XII.

DOROTEA, saliendo al balcon. — Dichos, en la calle.

DOROTEA. (Ap.)

Tres hombres hay en la calle;
Mirando el balcon están:
O es deseo de don Juan,
O lo parece en el tallo.
Sin duda es él, que celoso
No quiere llegar á hablarme.

DON JUAN.

Todo fué determinarme.
Amor, ya estoy en el caso;
Muera del engaño el toro,
Si el desengaño le mata.
Ríndete, Niña de Plata,
Ríndete á Marcela de oro.

CHACON.

Eso sí, juega al rentoy,
Y embida tres piedras mas.

DON JUAN. (A Dorotea.)

Si oyendo, Marcela, estás
Que desde aquí tuyo soy,
Abre ése balcon y advierte...

DOROTEA. (Ap.)

¡Ay triste! Aquesto es don Juan,
Que de Marcela galán,
La requiebra desta suerte.
Sin duda que no ha sabido
Que á su casa me he mudado.
Él viene á verla engañado:
Ventura notable ha sido.
Fingirme quiero Marcela;
Quiérome desengañar.

DON JUAN. (A Leonelo y Chacon.)

En las rejas oigo hablar;
Los dos os poned en vela
Guardando esas dos esquinas.

LEONELO.

Ponte á esa esquina, Chacon.

CHACON.

Habla, y venga un escudron;
Yo basto á treinta gallinas.

DON JUAN.

Marcela, Marcela, ca.

DOROTEA. (Fingiendo la voz.)

¿Quién llama?

DON JUAN.

Un nuevo galán.

DOROTEA.

¿Es por ventura don Juan?

DON JUAN.

Ventura el hallaros fué.

DOROTEA.

¡Jesus! ¿qué buscáis aquí?

DON JUAN.

Días há que os busco á vos.

DOROTEA.

¿A mí? Engañaisos, por Dios;
Que no me buscáis á mí.
Si vuestra Niña de Plata
Os ha hecho algun desden,
O vos (con celos tambien)
De que nuevos gustos trata
La quereis amartelar
Tan enfrente que lo vea,
Soy yo muy necia y muy fea,
Y antes la podréis vengar.
Id con Dios; que no soy buena
Para dar celos conmigo.

DON JUAN.

Oid, oid.

DOROTEA.

¡Ay amigo!

A estas horas anda en pena.
Vaya, llame, llore, diga
Que se casará con ella.

DON JUAN.

Si sabeis, Marcela bella,
Lo que á olvidarla me obliga,
Mirad que soy caballero.

DOROTEA.

Luego ¿tratais de olvidalla?

DON JUAN.

No; que olvidalla era honrilla,
Pues confiesa que primero
Tuvo amor quien olvidó.

DOROTEA.

Pues ¿nunca la habeis querido?

DON JUAN.

Quien la ha puesto en tanto olvido,
¿Cómo dirá que la amó?

DOROTEA.

Eso es mentira.

DON JUAN.

Esperad.

Hoy me ha escrito este papel,
Y me ha enviado con él,
Para mas seguridad,
Unas joyas que le dieron
El Rey y los dos Infantes:
Si el dar prueba los amantes,
Y amores las obras fueron,
Para que vos entendais
Lo que la estimo, un liston
Echad por ese balcon,
Puesto que al sol le pidais
Del cabello que os enlaza,
Y atadas en él, veréis
Si quiero que las goceis.

DOROTEA.

No me disgusta la traza.
Pero ¿qué os mueve á desprecio
Tan grande?

DON JUAN.

Echad el liston;

Que aun de hablar desta ocasion
Me afrento y tengo por necio.

DOROTEA.

Bésos las manos, don Juan,
Por las joyas; y aunque siento
Que es liviandad de mi intento
Tomar joyas de un galán
Tan recién venido á verme,
Por sola satisfacion
De que es cierta esa aficion,
Y asegurarme á perderme,
Quiero tomarlas, que á fe
Que deseaba este día,
Porque en el alma os tenía

Desde una vez que os hablé,
Pasando acaso á Triana,
Tapada en un barco.

DON JUAN.

Echad

La cinta.

DOROTEA.

Tomad y atad. (Echa la cinta.)

Entrarán por la ventana,
Y vos, joya de mas precio,
Por esa puerta otro día.

DON JUAN.

En esta caja os envía,
Marcela, un amante necio
Los ricos despojos de oro
De aquella Niña de Plata.

(Ata con la cinta la caja.)

DOROTEA.

Quien bien ata bien desata.
Creed, mi bien, que os adoro.

DON JUAN.

Subid quedo.

DOROTEA.

Gente viene.

(Sube la caja.)

Perdonad, mientras que pasa,
Por el honor desta casa. (Vase.)

ESCENA XIII.

FÉLIX. — DON JUAN, LEONELO, CHACON.

FÉLIX. (Ap.)

¿Que siempre esta calle tiene
Gigantes por las esquinas?

DON JUAN. (A Leonelo.)

¿Cómo Chacon ha dejado
Pasar aquel embozado?

LEONELO.

De miedo: ¿no lo adivinas?

¿Cómo te fué con Marcela?

DON JUAN.

Todas las joyas le di.

LEONELO.

¿Las joyas?

DON JUAN.

Si.

LEONELO.

¿Todas?

DON JUAN.

Si.

Que amor sin alas no vuela.

LEONELO.

¿Y tomólas?

DON JUAN.

Con la mano.

LEONELO.

¿De qué suerte?

DON JUAN.

A su balcon

Las subió con un liston:
Esto es negociar, hermano.
Mañana soy dueño aquí,
Y á la niña doy martelo.

FÉLIX. (Ap.)

Estos andan con recelo,
Pues que se encubren de mí.
Quiérome entrar á acostar.
Pues traigo llave. (Abre y entrase.)

ESCENA XIV.

DON JUAN, LEONELO, CHACON.

DON JUAN.

Oye, espera.

LEONELO.
¿Qué quieres? ¿Eso te altera?
DON JUAN.
¿No viste aquel hombre entrar?
LEONELO.
¿Y cómo!
DON JUAN.
Pues ¿dónde entró?
LEONELO.
¿Dónde? En casa de Marcela.
DON JUAN.
¿Hay tan notable cautela?
LEONELO.
¿Cautela, don Juan?
DON JUAN.
¿Pues no?
LEONELO.
No, porque si este era el dueño,
Por fuerza habrás de callar.
DON JUAN.
Ya me ha pesado de dar
Las joyas, mi fe te empeño.
¿Pesía tal con la!...
LEONELO.
Detente.
CHACON.
¿Qué tenemos? ¿Hay quistion?
DON JUAN.
Basta; que he dado, Chacon,
Mis joyas livianamente
A la dama desta casa.
CHACON.
¿Bien!
DON JUAN.
Y apenas se las di,
Cuando entrar un hombre vi.
¿Hay tal maldad! ¿Esto pasa!
CHACON.
Dijote que no entraría,
Si se las dabas?
DON JUAN.
No.
CHACON.
Pues,
Demás de que eso no es
Traicion ni descortesía,
¿No es justo que entre el primero,
Si es el platero?
LEONELO.
¿Buen trato!
DON JUAN.
No lo entiendo.
CHACON.
Al que hace el plato
Llaman las damas platero.
DON JUAN.
Pues si tengo de sufrir
Que entre un hombre como yo
Donde el desden me forzó,
Mas que el amor, á venir,
Mejor es sufrir á un rey
Donde tengo gusto: vamos
A Dorotea, y suframos
De amor la tirana ley.
No me replique ninguno;
Que mas quiero á Dorotea
Con gusto y rey, que á quien sea
De otro, y yo sin gusto alguno.
En esta resolucion
Reventó mi amor celoso.
¿Guardaos; que corre furioso!
LEONELO.
¿Qué dices desto, Chacon? (Ap. á él.)
CHACON.
Que esto ya me lo sabia,

Y en parte está disculpado.
Mas las joyas que le ha dado
Fué gran moscatería.
Pero él las sabrá cobrar,
Haciendo alguna invencion.
DON JUAN.
Llama á esa puerta, Chacon.
LEONELO.
¿Mejor no fuera llamar
A la de Marcela, di,
Y sacarle de los brazos
El galán á cincarazos?
DON JUAN.
¿Linda cabeza! Eso sí.
Cuando la quisiera bien,
Perderme fuera razon.
Llama á esa puerta, Chacon.
CHACON.
¿Con qué gracioso desden
Te ha de recibir la Niña,
Viendo que á rogarla vas!
DON JUAN.
El amor me obliga á mas.
¿Qué se me da que me riña?
LEONELO.
Quedo; que viene gente por la calle.
CHACON.
Tres hombres son, Señor, arrodelados.
DON JUAN.
¿De qué tiemblas, gallina? Sean cuarenta.

ESCENA XV.

EL REY, EL MAESTRE, DON ARIAS,
en hábito de noche. — DICHOS.

REY.
Gente hay aquí.
MAESTRE.
¿Qué importa que haya gente?
REY.
Preciado está el Maestre de valiente.
DON ARIAS.
¿No tiene obligacion?
REY.
Pues yo os prometo
Que aunque soy rey y reservarme es justo,
Que me saben tan bien seis cuchilladas
Como al bravo mejor de aquesta tierra.
DON ARIAS.
¿Y cómo si se sabe de experiencia!
Mas quisiera topar con treinta bravos
Que á vuestra majestad sin conocerte.
REY.
¿Está avisada esta mujer que vengo
Para ser su escudero?
DON ARIAS.
En dando un silbo,
Saldrá á la puerta.
REY.
Pues ¿qué aguardas? Silba.
DON ARIAS. (Llegándose á la casa donde vivió Dorotea.)
Miraba aquellos hombres.
REY.
Silba, acaba.
DON ARIAS.
Silbó.—Silbó.

ESCENA XVI.

MARCELA, con sombrerillo y rebocillo, saliendo de la casa donde vivió Dorotea. — DICHOS.

MARCELA.
Las señas esperaba.

DON ARIAS.
El Rey mismo está allí, que por tí viene.
MARCELA.
¿Tanta merced, Señor!
REY.
Venite conmigo;
Que esto puede la vida de un hermano.
(Vanse el Rey, Marcela, el Maestre y don Arias.)
DON JUAN.
Leonelo, el Rey es este, y Dorotea
Se va con él.
LEONELO.
¿En qué le has conocido?
DON JUAN.
En el traje, en el talle, en mi desdicha.
Sin duda que es el otro don Enrique.
¿Malo estaba de ver! ¿Yo soy perdido!
CHACON.
¿Quieres que acuchillemos estos reyes?
DON JUAN.
Hablas, gallina, en cosas imposibles.
¿Ay Dios! ¿cómo pretende asir el viento,
Parar el sol y detener los rayos,
Cuando abrasando las confusas nubes
Rompen el aire con horribles truenos,
Quien piensa en la mujer poner firmeza!
Pues no me he demorir. Animo, amigos.
Volvamos á las rejas de Marcela;
Que solo desquitarme me consuela.

LEONELO.

Bien dices: por ventura habrá salido
El galán, y entraremos á conversa;
Que canta un poco, y tiene dos esclavas
Que bailan por extremo y bufonizan.
(Acércanse á la casa que habitó Marcela.)

DON JUAN.

Tiro esta piedra. ¿Abrieron?

CHACON.

No se acuestan
En esta casa hasta que sale el alba.

ESCENA XVII.

DOROTEA, saliendo á la reja. — DON JUAN, LEONELO, CHACON.

DOROTEA.

¿Quién llama?

DON JUAN.

Don Juan soy, Marcela mía.

DOROTEA. (Fingiendo la voz.)

Tú debes de hacer hora en esta calle;
Y como tu ocupada Dorotea
Debe de estarlo, en tanto te entretienes
Inquietando mis puertas y ventanas.
(Chacon se aparta á un lado.)

DON JUAN.

Marcela mía, la verdad ta digo.
Yo vine á despicarme, amartelado
De los celos de aquella ingrata niña,
Si de mis ojos, ya de mis enojos.
Volviéme amor á requerir sus puertas;
Llegó (decirlo quiero) el Rey, y al punto
Que hicieron una seña, Dorotea
Salió á la puerta, y dél acompañada,
Y el Infante también, si allí venia,
Se fueron al Alcázar. Mira agora
¿Qué doncella serví para casarme!
¿De quién fié mis locos pensamientos!
Abreme; que ya estoy desengañado.
Mi hacienda te daré, todo soy tuyo.
Roharé al Veinticuatro, por Dios vivo.
Mañana te daré dos mil escudos.

DOROTEA.

[do,
Quedo, quedo, don Juan; que si he calla-

Mas cuando tocas tanto al honor mio,
Quiero que de tu error te desengañes.
¿No conoces mi voz? ¿Tan ciego vives?
Dorotea soy yo, no soy Marcela;
Marcela es la que el Rey lleva consigo.
Aquí vivió Marcela; que esta casa
Por huir del infante vivo agora,
Y esa Marcela, en la que yo vivia.
Oyeme bien, y mirame á la cara;
No me afrentes mañana por Sevilla;
Que soy mejor que tú, y en honra puedo
Decir que puedo competir conmigo;
Queno hay mas honra que la que yo tengo,
Testigos estas joyas que me has dado,
Pues que yo te las di por no tenellas;
Que quiero mas desnudas mis paredes
Y vestido mi honor, que á treinta infantes.
Vete, villano, vete con Marcela;
Síguela donde va: para tí es propia;
Que los hombres quereis quien os abrase;
Porque con malas obras andais finos,
Y en amándoos pagais con desatinos.

DON JUAN.

Quedo, quedo, señora Dorotea;
Que esos blasones fueran muy bien di-
Y los oyera yo de buena gana. [chos,
Cuando no hubiera visto; ah santo cielo!
Entrar un hombre con su misma llave
Por esas puertas.

DOROTEA.

Y eso ¿quién lo niega?
Entró mi hermano; que mi hermano pue-
[de
Entrar sin que mi honor manchado que-
Y para que lo veas, vive el cielo [de.
(Que otra vez no te he dicho tal palabra),
Que has de entrar en mi casa y has de
[hablarle.

DON JUAN.

No, mi vida, no es justo, yo lo creo,
Sino que yo te adore, y que tú muestres
Tu generosidad en perdonarme.
Vesme aquí de rodillas á tus rejas.

DOROTEA.

[hora;
¿Perdonarte? ¡Oh qué bien! Vete en buen
Que Marcela saldrá por la mañana,
Hermosa, linda, colorada y fresca,
Y le darás tu hacienda y tus regalos, [so
Robando al Veinticuatro, á quien yo pien-
Escribir un papel de tus maldades;
No piense que conmigo vas gastando
Eso que con la rabia y la cautela
Le pensabas robar para Marcela. (Vase.)

ESCENA XVIII.

DON JUAN, LEONELO; CHACON, re-
tirado.

DON JUAN.

Mi bien, espera; espera, niña mia,
Hermosa plata, limpia, tersa, pura,
Lustrosa mas que suele estar la nieve
En los extremos de los altos montes.
Mi vida, escucha, ó mataréme.

LEONELO.

Advierte
Que despiertas las gentes. ¿Estás loco?

DON JUAN.

¿Habeis oído lo que aquí ha pasado?

LEONELO.

Y ¿no es mejor que aquella sea Marcela,
Y sea Dorotea tan honrada?

DON JUAN.

Tienes razon; y por mirar su honra,
Quiero dejar la calle; que mis voces
Pueden ser causa de que alguna pierda.
Vamos al muro; que sus duras piedras
Se moverán, Leonele, al llanto mio.

Vén, Chacon.

LEONELO.

CHACON.

¿Qué tenemos? ¿Hay tinieblas?

LEONELO.

¿Por qué lo dices?

CHACON.

Si hay lamentaciones
Y oscuridad, ¿qué quieres que te diga?

LEONELO.

La Niña está enojada por Marcela.

CHACON.

Pues déle un tres, y cesarán las riñas;
Que es antiguo remedio para niñas.
(Vase.)

Salon del Alcázar.

ESCENA XIX.

DON ENRIQUE, melancólico; músicos,
CRIADOS.

DON ENRIQUE.

Cantad otra, por mi vida;
Que es esa muy enfadosa.

UN MÚSICO.

La de Cleopatra es famosa.

DON ENRIQUE.

Vaya. ¿Es nueva?

MÚSICO.

Es nunca oída.

(Cantan.) El blanco y nevado pecho,
Posada del dios Cupido...

DON ENRIQUE.

No mas; mataisme el oído.

MÚSICO.

Que es triste el tono sospecho.

DON ENRIQUE.

No topa en eso.

MÚSICO.

¿Es secreta

La causa?

DON ENRIQUE.

Fué porque llama

A los pechos de esa dama

Meson de amor el poeta.

MÚSICO.

Esta escucha.

DON ENRIQUE,

Quiero oílla.

MÚSICO.

Si no te agrada, perdona.

(Cantan.) Por los caños de Carmona
Por do va el agua á Sevilla...

DON ENRIQUE.

No mas.

MÚSICO.

Pues ¿qué te da pena
De aquesta letra, Señor?

DON ENRIQUE.

Cantalda á algun aguador.
Para algun enfermo es buena.

MÚSICO.

Tú lo estás; oye, te ruego.

DON ENRIQUE.

Esta enfermedad no fragua

Amor con deseos de agua;

Hidrópico soy de fuego.

MÚSICO.

Cantemos una letrilla;

Que podrá ser agradarte.

DON ENRIQUE.

Ni aun las letras serán parte,

Que tiene toda Sevilla.

músicos. (Cantan.)

Caminad, suspiros,
Adonde sois,
Y si duerme mi niña,
No la recordéis.

DON ENRIQUE.

¡Extremada, y mas que buena!
¡Linda letra!

MÚSICO.

¿Esta te agrada?

DON ENRIQUE.

Niña dormida y guardada
Fué la causa de mi pena.
¡Excelente, linda cosa!
¿Quién la hizo?

MÚSICO.

Yo, Señor.

DON ENRIQUE.

¡gora diste en mi humor.
Con niña es letra famosa.

MÚSICO.

¿Esto llamas novedad?
Sin niña y madre no hay letra.

DON ENRIQUE.

Esta el alma me penetra.
Cantad, que duerme, cantad.

ESCENA XX.

UN CRIADO.—DON ENRIQUE, mús-
cos, CRIADOS; después, EL MORO
ZULEMA.

CRIADO.

El moro, á quien hoy mandaste
Aquella figura hacer,
Dice que te quiere ver.

DON ENRIQUE.

Entre.
(Sale Zulema con un papel.)
—A buen tiempo llegaste.

ZULEMA.

Dame esos pies.

DON ENRIQUE.

No es razon

Que de esa manera estés.

¿Qué hay de la figura?

ZULEMA.

Que es

Contraria á tu pretension

Vénus, que á la Luna mira

Con grande malicia opuesta,

Y con Marte manifiesta

Que por un hombre suspira

De su calidad igual.

Los dos se miran de trino;

Después que tu alteza vino,

Por celos se tratan mal.

Aquí muestra el sol que un día

Sola contigo estará;

Pero libre quedará

Su honra de tu porfía.

Pero retírate mas;

Que aunque de aquesta mujer (Ap. á El)

Miré tu amor, puede ser,

Aunque tan seguro estás,

Que haya visto algunas cosas

Que son de mas importancia.

DON ENRIQUE.

¿Cómo?

ZULEMA.

Tú has de hacer por Francia
Dos toruadas peligrosas,
Huyendo del Rey tu hermano.

DON ENRIQUE.

¿Qué dices, que adora en mí?

ZULEMA.

Agora, Enrique, es así;
Que también Neron romano
Cinco años gobernó
Su república de suerte,
Que una sentencia de muerte
Con mil lágrimas firmó.
Séneca dél se admiraba;
Pero matóle después;
Y esta blandura que ves
En Pedro, ya el curso acaba.
A doña Leonor, tu madre,
Ha de matar.

DON ENRIQUE.

¿Estás loco?

ZULEMA.

Esto que te digo es poco;
Que á don Alonso, su padre,
Pienso que no perdonara,
Si en esta ocasión viviera.
Tú lo verás cuando muera
Tu hermano el Maestre.

DON ENRIQUE.

Para,

Para, astrólogo cruel,
Para esas locas mentiras.

ZULEMA.

Enrique, ¿desto te admiras?
Pues tú has de matarle á él.

DON ENRIQUE.

¿Yo á Pedro!

ZULEMA.

Y has de quedar
Rey pacífico en Castilla.

DON ENRIQUE.

¿Sueñas?

ZULEMA.

¿Qué te maravilla?
Sus hijos no han de heredar;
(Que han de morir en prision.

DON ENRIQUE.

Véte, moro, enhorabuena;
(Que quien aumenta la pena
No merece galardón.
¿Hay tan grandes desatinos?

ESCENA XXI

EL MAESTRE. — Dichos.

MAESTRE.

¿Está aquí Enrique, mi hermano?

DON ENRIQUE.

Aquí estoy, hermano mío.

MAESTRE.

Echa fuera los criados;
Que el Rey y yo te traemos
Para tu mal...

DON ENRIQUE.

Habla paso.

MAESTRE.

Un Hipócrates divino,
Un Galeno soberano,
Una yerba de Tesalia,
Una eptíma, un reparo
Y un alférrame de los ciegos
En un cristalino vaso.

DON ENRIQUE.

¡Ay Maestre! ¿Qué me dices?
Que no hay remedio en mis daños,
Fuera de unos bellos ojos,
Fuera de unos blancos brazos.

MAESTRE.

Esos mismos que desear,
Esos están aguardando
Que estés solo.

DON ENRIQUE.

¿Es Dorotea?

MAESTRE.

La misma.

DON ENRIQUE.

Fuera, criados;
Despejad la cuadra luego.

(Vanse los criados y músicos.)

Tú, moro astrólogo falso,
Mira; ¿qué presto mentiste!
Pues sin trinos ni cuadrados,
Sextiles ni oposiciones,
Me traen el bien que aguardo.

ZULEMA.

¿Eso es cierto?

DON ENRIQUE.

¿No lo ves?

ZULEMA.

Haré mis libros pedazos,
Si fuere verdad.

DON ENRIQUE.

Despeja.
Di que entre, y déjame, hermano.

MAESTRE.

Voy á decírselo.

(Vanse el Maestre y el moro.)

DON ENRIQUE.

¿Cielos!

No lo tengáis por agravio.
Perdonad; que amor me fuerza.
Dejad que roben mis brazos
Aquesta imagen de plata,
Aqueste raro milagro
Del templo de la hermosura,
Como otro París troyano.

ESCENA XXII

MARCELA. — DON ENRIQUE.

MARCELA.

Encareciéndome el Rey,
Señor infante, que cuando
Vuestra alteza entró en Sevilla
Con tantas fiestas y aplauso,
Me vió en un balcon...

DON ENRIQUE.

¿Qué es esto?

MARCELA.

Y que de amor y cuidado
Estaba enfermo...

DON ENRIQUE.

¿Quién eres?

MARCELA.

La que, agradecida tanto,
Rompo la vergüenza justa,
Atropello el honor casto,
Por dar remedio á tu vida.

DON ENRIQUE.

Maestre, Maestre, hermano,
Hola! ¿Qué mujer es esta?

MARCELA.

Señor, Marcela me llamo.

DON ENRIQUE.

¿No eres la Niña?

MARCELA.

¿Qué niña?

DON ENRIQUE.

Pues ¿cómo con este engaño
Pensastes curar á amor?
Criados, hola, criados!
Llebad de aquí esta mujer;
Que me muero, que me abrazo.
Crecido habeis mi locura.
¿Muerto soy!

(Vase.)

MARCELA.

¿Desprecio extraño!

Pues aunque un rey me tripula
Y me descarta enojado,
Yo sé que para su runfla
Me quisiera algún vasallo.

ACTO TERCERO.

Galería del Alcázar.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, DON ARIAS.

REY.

¿Que no era aquella la dama
Por quien Enrique padece?

DON ARIAS.

La historia, Señor, merece
Verso y prosa, nombre y fama.
Todas las joyas se dieron
A Marcela por engaño.

REY.

[Notable suceso!

DON ARIAS.

¿Extraño!

REY.

¿Qué mal empleadas fueron!

DON ARIAS.

A no ser merced de rey,
Que no se puede quitar,
Se las hiciera tornar.

REY.

Eso ni es razon ni es ley.
Por su lance las ganó:
Háganle tan buen provecho,
Como de Enrique sospecho.
Que daño igual le causó.

DON ARIAS.

Mayor pienso que es su daño
Que el provecho de Marcela.
Creció el amor la cautela,
Y la pena el desengaño;
Pero tendrá buen remedio.

REY.

Eso deseo saber.

DON ARIAS.

Dos cosas quiere poner
Del mar deste amor en medio.

REY.

¿La primera?

DON ARIAS.

El interés.

REY.

¿Y la segunda?

DON ARIAS.

Una tia.

REY.

Cualquiera de ellas podría
Bar con el mundo á sus pies.
Es el interés, don Arias,
Alta confecion de Alkérmes,
Por mas que del gusto enfermas,
Compuesta de cosas varias;
Pero aunque es tan poderoso,
Asegurarte podría
Que es alta cosa una tia
Para el caso mas dudoso.
Notables cosas se acaban
En casa de una parienta.

DON ARIAS.

Luego ¿buen remedio intenta?

REY.
Cuantos escriben le alaban.
Pero ¿qué tratabais con ella?

DON ARIAS.
Que le venga á hablar aquí.

REY.
Y ¿qué responde?

DON ARIAS.
Que sí.

REY.
Todo el oro lo atropella.

DON ARIAS.
Es el mas dulce tirano
De la voluntad.

REY.
No creo
Que hay imposible al deseo,
Si lleva plata en la mano.
La Niña se hará muy santa,
Y irán horras tia y sobrina.

DON ARIAS.
Rompe la cuerda mas fina,
Si el interés la levanta.

REY.
No lo dejes de la mano,
Píde lo que es menester;
Que al fin la Niña es mujer,
Poco mas que viento vano.
No te espanten sus razones
Ni te engañe un rostro honrado;
Que rompa un nuevo obligado
Mil viejas obligaciones.

DON ARIAS.
Como eso saben hacer
Cuando hay tierra de por medio.
(Vase el Rey.)

ESCENA II.

TEODORA ¹, con manto; UN ESCUDERO.
RO.—DON ARIAS.

TEODORA. (Al escudero.)
No hay para el amor remedio
Como querer no querer.
Pero si no hay discrecion
En saberse reportar,
Dos caminos suelen dar
Fin al amor.

ESCUDERO.
¿Cuáles son?

TEODORA.
El oro entre desiguales,
Como aquí lo intenta Enrique,
Cuando el que yo pienso aplique;
Y el casamiento entre iguales.

ESCUDERO. (Ap. á Teodora.)
Habla bajo; que ha salido
Don Arias al corredor.

TEODORA.
Y el corredor deste amor
Tambien don Arias lo ha sido.

DON ARIAS.
Mil años te guarde el cielo.

¹ En este acto el autor equivocó los nombres de la tia y la sobrina, aplicando constantemente á aquella el de Dorotea, y llamando á esta Teodora. El impresor (ó algun cómic antes que él) trató de remediar el descuido; pero enmendando los nombres, estropeó los versos. La edicion comun de *La Niña de Plata* es una refundicion de la presente: en ella está corregido este cambio de nombres y hay tambien otras enmendadas acertadas; pero no parecen de mano de Lope. De todos modos, creemos que no es suyo el acto tercero de *La Niña de Plata*.

TEODORA.
¿Mil años? Malicia es esa.
De los que tengo me pesa,
Los que me faltan recelo.

DON ARIAS.
Los que te deseo digo;
Que no hablo en los que tienes.
¿Cómo vienes?

TEODORA.
Con mil bienes.

DON ARIAS.
Hoy cobras un grande amigo.

TEODORA.
No lo seré poco suya,
Si este contento le doy.
Pero ¿sabe bien quién soy?

DON ARIAS.
De su sobrina lo arguya;
Que si pintara un pintor
Al honor, virtud divina,
Con pintar á tu sobrina
Dijeran que era el honor.
Pero ya viene el infante.

ESCENA III.

DON ENRIQUE.—DICHOS.

DON ENRIQUE.
Sea mil veces bien venida
Mi amiga la mas querida,
Mi joya, perla, diamante,
Mi antidoto del veneno
Que amor me dió por los ojos,
La gloria de mis enojos
Y el sol mas claro y sereno,
La luz de mi confusion
Y el bien del mal que padezco,
A quien los brazos ofrezco
Por señal del corazon.
¿Cómo viene? ¿Cómo está
Mi señora Dorotea?
Y ¿cómo haré yo que crea
Que lo es de mis prendas ya?
Estimo mas su salud
Que la del Rey, vive Dios.
Arias, ¿qué veces los dos
Hablamos en su virtud!
¿Qué te he dicho desta amiga?
¿De qué manera la quiero?

DON ARIAS.
Todo lo sabe.

TEODORA.
Ya espero
Que des lugar á que diga
Siquiera alguna razon
En que parezca que siento...

DON ENRIQUE.
Deja todo cumplimento;
Que en fin cumplimientos son.
Dime qué tienes pensado
De mi salud, pues don Arias
Te habló.

TEODORA.
Mil cosas contrarias
A tu gusto y á mi estado.
Puesto me has en confusion,
Mirando tu mocedad;
Mas tambien mi calidad
Da voces á la opinion.
Reportate si es posible.

DON ENRIQUE.
¿Oh, mi bien, no me aconsejes
Tanto mal!

² Teodora puso el impresor; pero el con-sonante *ores* del siguiente verso manifiesta que el autor escribió *Dorotea*.

TEODORA.
Cuando te alejes
Desta esperanza imposible,
En un mes ó en quince dias
Se te olvidará Teodora ².

DON ENRIQUE.
Si así me tratas, Señora,
Hoy será el fin de mis dias.
Dúete de mí, que estoy
A la muerte.

TEODORA.
¿Pena en tí?

DON ENRIQUE.
¿No soy hombre?

TEODORA.
Señor, sí.
DON ENRIQUE.
Pues ¿qué quieres si hombre soy?

TEODORA.
¿Lloras?

DON ENRIQUE.
Estoy me muriendo;
No duermo, como, ni vivo.

TEODORA.
Extraña pena recibo;
De verte penar me ofendo.

DON ENRIQUE.
Remédiamme.

TEODORA.
¿Cómo?

DON ENRIQUE.
Escucha:
Yo casaré tu sobrina.

TEODORA.
La honra es prenda divina.

DON ENRIQUE.
La fuerza del oro es mucha.

TEODORA.
¿Qué le darás?

DON ENRIQUE.
Bien podrá
Casarse: seis mil ducados.
Y no te cause cuidados
Que el secreto se sabrá;
Que no será la primera
Que lleve el honor en plata.

TEODORA.
Agora, á su honor ingrata
Y á su opinion verdadera,
Tendrá con mucha ocasion
Nombre de Niña de Plata.

DON ENRIQUE.
Mi bien, mi remedio trata,
Ten de mi mal compasion.
No le faltará marido
Con estos seis mil ducados;
Porque yerros tan dorados.
Presto se cubren de olvido.
¿Qué piensas hacer por mí?

TEODORA.
Ahora bien, dame el dinero,
No por quererlo primero;
Que está bien seguro en tí;
Mas por no volver después
Por el precio de mi honor.

DON ENRIQUE.
Que me place.

³ Dorotea dice la impresion; pero la palabra *señora*, en que termina el verso siguiente, prueba que el autor escribió *Teodora*. Lo mismo sucede en otros pasajes de este acto. Entienda el lector que los nombres de DOROTEA y TEODORA, fuera del diálogo van bien puestos; en el diálogo están equivocados.

TEODORA.
Pues, Señor,
Para que seguro estés,
A su hermano de Teodora
Con recado falso envía
Donde no venga hasta el día,
Pues en fin te sirve agora.
Yo me acostaré temprano
Y recogeré la gente;
Tú puedes seguramente,
En dejando el Rey tu hermano,
Ir con aquestas tres llaves,
Que de aquí á la noche harás
Que te imiten, y abrirás.
DON ENRIQUE.
Muestra.
TEODORA.
La puerta que sabes,
Que es de la calle, con esta.
DON ENRIQUE.
¿De qué son estotras dos?
TEODORA.
Estáme atento.
DON ENRIQUE.
Por Dios,
Que ya es la noche molesta.
TEODORA.
La puerta del corredor
Con esta llave abrirás.
DON ENRIQUE.
Dime, mi bien, lo demás.
TEODORA.
Junto á la sala, Señor,
Sobre la mano derecha,
Verás un cancel, que allí
Hay una lámpara.
DON ENRIQUE.
A ti
Vaya mi estrella derecha.
TEODORA.
¿A mí? Luego ¿á mi me quieres?
DON ENRIQUE.
Hablo, porque tú me guías.
TEODORA.
Si de mí no te desvias,
Despertarás mis mujeres.
Lleva linterna, y enciende
En la lámpara que digo;
Eutra el cancel... y el postigo
Que á mano izquierda deciendo,
Es de mi aposento, el cual
Por de dentro cerraré,
Para que aunque voces dé,
Todas las oigamos mal.
Pasa la cuadra, y enfrente
Verás durmiendo á Teodora;
Que una criada que adora
Está por cierto accidente
Hoy en casa de su madre;
Que no fué poca ventura.
Allí la tendrás segura,
Y cuanto á tu gusto cuadre;
Como el ánimo no sea
Vista primera de amante;
Que hay hombre como un gigante,
Que aunque mil espadas vea,
Por todas ha de romper,
Y puesto en una ocasion,
Le da frio de cicion
De mirar una mujer.
DON ENRIQUE.
Yo quedo bien instruido
De la casa y de las llaves;
Cuanto al ánimo, ya sabes
Que estando el muro rendido,
La misma facilidad
Hace cobarde al soldado;
Pero donde habrá cuidado,

Llanto, voces y crueldad,
Esa misma resistencia
Pondrá en mi pecho valor,
Porque como es rayo amor,
Muestra en lo fuerte violencia.
Vén á tomar el dinero;
Aquí en mi cámara está,
Y en escudos bien podrá
Llevarlo el escudero,
Y si no, quien tú quisieres;
Que á su hermano, yo le haré
Que nos deje.

TEODORA. (Ap.)
Siempre fué
Mujer quien rindió mujeres.
DON ENRIQUE.
Arias, bien se ha negociado. (Ap. á el.)
DON ARIAS.
Lindo dinero te cuesta.
DON ENRIQUE.
Mi vida compro.
DON ARIAS.
Si es esta,
Poco dinero costó.
ESCUDERO. (A Teodora.)
¿Habémonos de ir?
TEODORA.
Mirad
Que el silencio es santa ley.
ESCUDERO.
Pienso que ha de darte el Rey
La mitad desta ciudad.
(Vase.)
Calle.

ESCENA IV.

DON JUAN, LEONELO, CHACON.

LEONELO.
En fin, venimos á tu centro antiguo,
Después de dar mil vueltas á Sevilla.
DON JUAN.
De día no me atrevo á los umbrales
De la niña ingratisima que adoro,
Porque no entienda que á rogarla vengo;
Pero de noche este consuelo tengo.
CHACON.
Después que vimos que era todo engaño,
Y que es Teodora tan constante y firme,
Bien nos parece que á su casa vengas;
Pero venir, y con humildes ojos
Adorar estas rejas y balcones,
Y hacer á cada balaustre dellos
Mas reverencias que á un señor que bebe,
Párecenos extraño desatino.
DON JUAN.
¿No lo es mayor comparacion tan necia?
CHACON.
Mas pienso que lo son los que las hacen.
LEONELO.
¿Mas que tenemos entretenimiento?
CHACON.
No sé; yo digo en esto lo que siento.
LEONELO.
Pues, bestia, ¿no es razon y policia
Que se haga reverencia y cortesía?
CHACON.
La reverencia es justa, pero en tiempo.
LEONELO.
¿Y en la bebida no?
CHACON.
De ningún modo.
Cuando bebe el señor, verás que baja

Toda la multitud de los criados
El cuerpo, y inclinándole, es forzoso
Que los cuartos traseros estén fuera.
Y estar toda una sala en tal postura
Es peligroso en tiempo de castañas,
Y no puede beber limpio, ni es justo
Que toda la familia y coliseo
Estén haciendo entonces el guineo.

LEONELO.
Déjate desos locos desatinos,
Y despierta á tu amo.
CHACON.
¿Ah señor amo!
¿Qué tienen esas rejas?
DON JUAN.
Hierro tienen,
Mármoles tienen de que están asidas.
CHACON.
Ea, ¿mas que se suelta la poesia,
Y que encajas aquí qualque soneto?
DON JUAN.
Si entendiera acabarle, comenzárale.
CHACON.
Pocos saben, Señor, cómo se acaban;
Y así, verás sonetos milagrosos,
Que entran con obeliscos y pirámides,
Marfil, ebúrneo pecho, fuentes líquidas,
Y vienen á parar desustanciados.
DON JUAN.
¿Has sido tú poeta?
CHACON.
Cuatro veces:
La primera me dieron muchos palos;
La segunda vinieron cuatro curas
A conjurarme por maligno espíritu;
La tercera me echaron de la calle
Por apesado y hombre contagioso;
Y la cuarta, á la fe, gané unos guantes
Con un soneto.
DON JUAN.
Dile por tu vida.
CHACON.
¿Tendréis paciencia?
DON JUAN.
Sí.
CHACON.
Va de soneto.
LEONELO.
Di el sugeto.
CHACON.
En el mesmo está el sugeto.
Un soneto me manda hacer Violante,
Que en mi vida me he visto en tanto aprie-
Catorce versos dicen que es soneto; [to;
Burla burlando van los tres delante.
Yo pensé que no hallara consonante,
Y estoy á la mitad de otro cuarteto;
Mas si me veo en el primer terceto,
No hay cosa en los cuartetos que me es-
[pante.
Por el primer terceto voy entrando,
Y parece que entré con pié derecho,
Pues fin con este verso le voy dando.
Ya estoy en el segundo, y aun sospecho
Que voy los trece versos acabando;
Contad si son catorce, y está hecho.
LEONELO.
¿Cuyo pudiera ser tal desatino?
DON JUAN.
Déjale hablar; mi pena se entretenga
De cualquiera manera.
CHACON.
Mas me holgara
Deirme á acostar que entretener dos lo-
[cos.
DON JUAN.
¿Hay cuerdos con amor?

CHACON.
Sin amor, pocos.
DON JUAN.
Yo me muero de amor.
CHACON.
Y yo de sueño.
DON JUAN.
Yo me tengo la culpa : fui celoso,
Por lo menos, de un ángel de los cielos.
CHACON.
Extrañas sabandijas son los celos.
DON JUAN.
¿Haslos tenido tú?
CHACON.
¿No eres mas tonto?
¿No ves que son los celos como sarna,
Que ninguno se escapa de tenerla?
LEONELO.
¿Hermosa necedad!
CHACON.
Mayor es esa.
LEONELO.
La sarna es mal de niños, y los celos
Es mal mas ordinario en viejos.
CHACON.
Dime,
¿Cómo pintan á amor?
LEONELO.
Niño.
CHACON.
Pues, sabio,
Si amor es niño, amor los celos tiene :
Luego los celos son lo que yo digo.
LEONELO.
Chacon, no quiero disputar contigo.
DON JUAN.
¿Que ofendiese yo un ángel, que perece
Entre cuatro paredes por honrada?
CHACON.
Yo creo en Dios.
DON JUAN.
¿Qué dices?
CHACON.
Que estornudo,
Y creo en Dios.
ESCENA V.
DON ENRIQUE, EL MAESTRE Y DON
ARIAS, de noche.— Dichos.
DON ENRIQUE.
La puerta es esta.
MAESTRE.
Llega.
DON ENRIQUE.
Dame, don Arias, la linterna.
DON ARIAS.
Toma.
DON ENRIQUE.
Quedáos adios.
(Dirigese á la puerta de casa de Dorotea.)
LEONELO. (Bajo á don Juan y Chacon.)
¿Adónde va esta gente?
DON JUAN.
La puerta de Teodora abre aquel hombre.
CHACON.
¿Aquel hombre la puerta de Teodora?
(Abre el Rey, y entrase.)
LEONELO.
Ah! y entró, por Dios.
DON JUAN.
¿Qué es esto, cielos?

CHACON.
Diga Teodora agora que es honrada,
Entre cuatro paredes encerrada.
DON JUAN.
¿Válgame el cielo!
CHACON.
Valga, y lleve presto.
DON JUAN.
Romper quiero las puertas.
LEONELO.
Don Juan, tente;
Que sin duda el que ha entrado es el in-
[fante,
Porque este rebozado es el Maestre.
Vámonos de la calle, por tu vida;
Que no es esta ocasion para perderte.
Dios quiere que esto veas con tus ojos,
Para que des buena vejez, que es justo,
A los padres que tienes, tan honrados,
Casando con tu igual; porque bien sabes
Que aunque es noble la Niña, no merece
Que te iguale, con tales niñerías.
DON JUAN.
¿Cómo igualar? Leonelo, lo que he visto
De tal manera me ha desengañado,
Que hago al cielo voto y juramento
De no ver en mi vida aquestas puertas.
¿Estas puertas? ¿Qué dije? Ni esta calle.
Camina por ahí.
LEONELO.
¿Famoso acuerdo!
DON JUAN.
Tanta pena ¿qué loco no hará cuerdo?
LEONELO.
Chacon, ¿qué te parece?
CHACON.
Que no es mucho
Que esto haga una niña; mas no mandes
Que sufra enredos de mujeres grandes.
(Vanse don Juan, Leonelo y Chacon.)
MAESTRE.
Despacio pienso que estará mi hermano.
Vamos, don Arias, un momento al rio;
Que ha de llegar un coche á sus orillas
Con una de las siete maravillas.
DON ARIAS.
Seguro puedes ir por mas de un hora,
Y aun pienso que podrás hasta el aurora.
MAESTRE.
Verás una mujer, no tan discreta
Como Dorotea, pero mas hermosa.
DON ARIAS.
No son buenas mujeres tan discretas.
MAESTRE.
Anda; que buenas son para poetas.
(Vansa.)
—
Cuarto de Dorotea.
ESCENA VI.
DOROTEA, en manteo, con una ropa
debajo del brazo; DON ENRIQUE,
con una linterna.
DON ENRIQUE.
¿Adónde huyes de mí?
DOROTEA.
¿Dorotea! ¿Elvira! ¿Inés!
DON ENRIQUE.
No des voces, vuelve en tí.
DOROTEA.
¿Quién eres?
DON ENRIQUE.
Ya ¿no lo ves?

DOROTEA.
Pues ¿por dónde entraste aquí?
DON ENRIQUE.
Con estas llaves entré,
De tu tia las compré,
Seis mil ducados me cuestan,
Y seiscientos mil se aprestan,
Si pagas tan firme fe.
DOROTEA.
¿Mi tia!
DON ENRIQUE.
La misma.
DOROTEA.
Advierte
Que es noble.
DON ENRIQUE.
Amor me convierte,
Como á Júpiter, en lluvia :
Cree que esta color rubia
La mas honesta divierte.
Recogida en su aposento,
A todo ha dado lugar.
Ten de mi mal sentimiento;
Voces no han de aprovechar,
Que ha de llevarias el viento.
Hasta en la calle está gente,
Que á nadie entrar dejará.
Tambien tu hermano está ausente :
Todo prevenido está.
DOROTEA.
Detente, Infante, detente.
Desvia la luz de mí,
No me veas.
DON ENRIQUE.
Ya te vi
Cuando durmiendo te hallé.
Tu voluntad conquisté;
Pero no la merecí.
Por eso ha sido forzoso
Valerme de mi poder.
DOROTEA.
No fué valor generoso.
Para una flaca mujer
Te has mostrado poderoso.
¿Ah vil sangre de mi tia!
¿Ah pobre, engañado hermano,
Por su falsa alevosia!
DON ENRIQUE.
Ya te lamentas en vano.
Mira que se acerca el día:
Basta lo que has peleado;
Que el mas honrado soldado
Suele rendirse á partido;
Que si el tiempo le ha rendido,
No pierde nada el honrado.
¿Qué mas pretendes hacer?
Procura escapar la vida,
Si el honor no puede ser.
DOROTEA.
¿Parécete muy rendida?
DON ENRIQUE.
Dígalo cualquier mujer.
DOROTEA.
Mátame, y viéndome muerta,
Se te quitará el amor.
DON ENRIQUE.
Pienso que aun no estás despierta.
DOROTEA.
¿Que para vencer mi honor
Te dió mi sangre la puerta?
DON ENRIQUE.
Teodora, no es tiempo ya
De perderle.
DOROTEA.
Solo pido
Que me escuches.

DON ENRIQUE.

¿Quién podrá?

DOROTEA.

Un hombre tan bien nacido,
Pienso que obligado está.

DON ENRIQUE.

He llegado por quererte
Hasta la muerte.

DOROTEA.

Yo haré

Tu gusto.

DON ENRIQUE.

Di de esa suerte

DOROTEA.

Mata la luz.

DON ENRIQUE.

No osaré.

DOROTEA.

Pues ciérrala.

DON ENRIQUE.

Cierro. (Cierra la linterna.)

DOROTEA.

Advierte.

El día que con el rey
Don Pedro, tu hermano, entraste
En esta ciudad famosa
De Sevilla, ilustre Infante,
Años había que un hombre
Pasaba esta misma calle
Con mil honestos deseos,
Para obligarme bastantes.
Miróme con tales ojos,
Que pudieran bien entrarse
Por el corazón mas duro,
Si Dios le hiciera diamante.
No le quise bien muy presto;
Que después de mil combates
Mis ventanas consulté
Con palabras semejantes:
«Hierros destas rejas duras,
Piedras que servis de engastes,
Mármoles de aquesta puerta,
¿Querré bien? Aconsejadme.»
Y parecióme que un día
Me dijo un hielro: «¿Qué haces,
Si me ves enternecido
Solo de oírle quejarse?»
Las piedras me respondieron:
«A suspiros semejantes
Ya nos volvemos en cera;
No podremos sustentarte.»
Los mármoles me decían:
«Donde los que miras nacen,
No habrá tan duras entrañas,
Si te resistes de amarle.»
Creílos, túvele amor,
Trújome un papel un paje,
Entróme por casamiento
(Que no hay cosa que nos balle
La voluntad mas dispuesta
Para cualquier disparate).
Respondi tan desdenosa,
Que pudiera, á no adorarme,
Mudar de imaginación
Y ponella en otra parte;
Pero amor, que, verdadero,
Sufré y calla hasta vengarse,
Le dió para mis desdenes
Paciencia y valor notable.
Con esto alcanzó de mí
Venir una noche á hablarme:
En medio estuvo una reja;
Pero no para escucharla.
Sus tiernas quejas oí,
Sus amores y humildades;
Porque en los principios son
Muy humildes los amantes.
Esta noche trujo muchas:
Recieron las amistades,

Y fué perdiendo el amor
El respeto á los altares.
Aprátéle el casamiento,
Y él se lo dijo á su padre,
Hombre rico y veinticuatro,
De buena opinion y sangre.
Como supo mi pobreza,
¡Oh Enrique! pensó matarle;
Aunque en la sangre bien pienso
Que fuéramos harto iguales.
En fin, para divertirle,
Quiere el viejo que se case
Con una mujer mas rica
Que de codiciosas partes.
Con esto celosa y triste,
Fingí, Señor, retirarme;
Que aprietan mucho desdenes
Donde ha habido voluntades.
No fueras tú mal tercero
Con tu amor para abrasarle;
Que donde hay competidor
No hay boda que se dilate;
Mas has alterado todo,
Como eres un mar tan grande;
De suerte, que mi barquilla
Se anega en tus tempestades.
El sabe lo que me quieres,
Mi resistencia no sahe;
Por tí mi remedio pierdo
(Que yo supiera obligarle),
Y mas agora que estás
Donde Dorotea infame
De mi honor y de sus puertas
Te ha dado, Enrique, las llaves.
Bien sé que mi resistencia
Ya no puede ser que baste
A la traición que me han hecho
Por el interés infame;
Mas como Roma ha tenido
La matrona venerable
Que ha honrado con su laurel
A la castidad triunfante,
Haz tu gusto, pues no puedo
Defenderme ni librarme;
Que tambien tendrá Sevilla
Una mujer que se mate.

DON ENRIQUE.

Teodora, yo te he escuchado
Con atento y tierno oído:
El amor me has reportado
El brazo me has detenido.
Y el corazón lastimado.
Contásteme que quisiste
Un hombre, y de verte triste,
Con tal lástima te oí,
Que vengo á tener de tí
La que de mí no tuviste.
Bien me pudiera vengar
De tus desdenes, Teodora;
Pero llegar á mirar
Mujer que por otro llora
¿A quién no basta á templar?
No me has quitado el amor
(Que nunca amor es mayor
Que cuando es tenido en poco);
Pero has vuelto cuerdo á un loco,
Dando materia al valor.
Toda estás en mi poder,
Y esto basta á darme nombre;
Que rendirse á su querer
Es mas victoria del hombre
Que no el gozar la mujer.
En efeto, has confesado
Que estás sujeta á mi gusto,
Con que ya estoy reportado;
Que á quien se rinde, no es justo
No hacerle partido honrado.
Y ha sido gran desvarío
No haberme dicho el desvío
Que ya por tu amor arguyo,
Porque á haber sabido el tuyo,

No se adelantara el mío.
Pero ya que sé que quieres,
Yo preguntaré quién es,
Y será tuyo, pues eres
Tan firme en tanto interés;
Cosa bien nueva en mujeres.
Yo te prometo casarte,
Aunque se interponga el Rey
Para que venga á rogarte,
Aunque mujer de tal ley
Mas honra que puede honrarte.
Si cuentan de Cipión
Que volvió por la opinion
De aquella hermosa mujer,
España le ha de tener;
Que en ella todos lo son.
Si con las hijas de Dario
Fué Alejandro al nombre igual,
Fué á su fama necesario;
Yo he sido mas liberal,
Si es amor mayor contrario,
Algun tiempo me darán
Nombre de Cortés galán
Las historias de Sevilla;
Mas soy por padre Castilla,
Y soy por madre Guzman.

(Vase.)

ESCENA VII.

DOROTEA.

Enrique, Infante, Señor!...—
Fuése. ¿Qué notable hazaña
En hombre que tiene amor!
Pero es muy propio valor
De un hijo de un rey de España.
¿Hase visto maravilla
Que mayor que aquesta sea?
¿Plega al cielo que Sevilla
Coronar su frente vea
Por principe de Castilla!
Ya por la escalera baja,
Aunque con mayor ventaja
Por la de la fama sube.
Ya el alba en dorada nube
Romper la noche trabaja.
Quiero despertar la fiera
Que con las viles me iguala,
Por el interés que espera;
Que no hubiera mujer mala
Á no haber buena tercera.
Pero bien será cerralte,
Porque, si vuelve, no balle
La ocasion que puede asir,
Si se vuelve á arrepentir
Con los aires de la calle.

(Vase.)

Habitación de don Juan.

ESCENA VIII.

EL VEINTICUATRO, LEONELO.

LEONELO.

¿Tú me atribuyes las locuras tuyas?

VEINTICUATRO.

Su padre soy, Leonele, no te espantes.

LEONELO.

Mucho me espantan las palabras tuyas:
Esto es acompañar locos amantes.
Pero de mi verdad quiero que arguyas
Que no lo hiciera en pasos semejantes,
A no temer que un hombre poderoso
Mostrara su poder en un furioso.
Dios sabe que á don Juan he reportado
Los pasos deste loco pensamiento,
Y con buenos consejos estorbado
De la Niña de Plata el casamiento.
Sospecho que por mí no está casado.

VEINTICUATRO.

Si intentara don Juan tal casamiento.

Yo buscara un esclavo á quien le diera
Mi hacienda, ó me casara, ó me muriera.
Cásese con mi gusto, y le prometo
Hacerle veinticuatro de Sevilla,
Con tales alimentos, que en efeto
Mas envidia le tengan que mancilla.

LEONELO.

Don Juan es mozo agora, aunque es dis-
[creto.

ESCENA IX.

UN CRIADO.—Dichos.

CRIADO.

De don Enrique, infante de Castilla,
Está un criado aquí.

VEINTICUATRO.

¿Qué es esto?

LEONELO.

Que debe de cansarle su deseo. [des
Querrá, por dicha, que á don Juan le man-
Que no pase la calle de la Niña.

VEINTICUATRO.

Luego ¿quiere él?

LEONELO.

Celos tan grandes

Lo muestran bien.

VEINTICUATRO.

Querrá que á don Juan ríña.

Dile que entre, Adrian.

(Vase el criado.)

LEONELO.

Por Dios, que andes

Con él como quien eres.

VEINTICUATRO.

Cuando cifa

La espada que dejé, verás mi pecho.

LEONELO.

Será de tí valor heroico hecho.

ESCENA X.

FÉLIX.—EL VEINTICUATRO, LEO-
NELO; después, DON ENRIQUE.

FÉLIX.

El infante, mi señor,
En persona quiere hablarte.

VEINTICUATRO.

No tengo en mi casa parte
Donde quepa tal favor;
Pero pudiendo llamarme
Su alteza, es mucha llaneza...

FÉLIX.

Mira que llega su alteza.

VEINTICUATRO.

Quiero por la tierra echarme.
(Sale don Enrique.)

¿Qué es esto, invicto Señor?

DON ENRIQUE.

Veinticuatro, aunque os espante
La visita de un infante,
Bien cabe en vuestro valor.

VEINTICUATRO.

Tomad, Señor, esta silla,
Porque en mi linaje quede
Por armas, que envidiar puede
La nobleza de Sevilla.
Dejaréla vinculada
En mi mayorazgo honrado,
Con un telliz de brocado,
Y en blanca plata aforrada.
Sabrán mis hijos y nietos
Que estuvistes vos aquí,
Para que se honren así

Y tengan altos respetos.
Pero, Señor, ¿qué ocasion
A tanta humildad os mueve?

DON ENRIQUE.

Cumplir un rey lo que debe:
Deudas las palabras son...

Yo la he dado á aquel criado
Que agora conmigo viene,
Y una hermosa hermana tiene,
De ponerla en noble estado.

Y queriéndola cumplir,
Me quise informar primero
De algun mozo caballero
A quien pudiese elegir.
Supe que un hijo teneis,
Pienso que el nombre es don Juan,

Muy galan, y su galan;
Que esto por vos lo sabréis.

Daré veinte mil ducados
De dote á aquesta doncella,
Aunque en las virtudes della
Van mas de cien mil guardados.
Sin estos, le daré cuatro
Para joyas á Teodora,
Que es pobre en extremo agora;
Y para vos, Veinticuatro,
Me da mi hermano el Maestre
Un hábito de Santiago.
Con esto mi deuda pago.

VEINTICUATRO.

No sé, Señor, cómo os muestre
Debido agradecimiento.

DON ENRIQUE.

Con ir después á palacio,
Donde tratemos despacio
La forma del casamiento.
¿Respondéis que sí?

VEINTICUATRO.

Señor,

Mil veces digo que sí.

DON ENRIQUE.

Quedáos con Dios. Yo cumplí,
Félix, mi deuda en rigor.

FÉLIX.

Mil veces beso tus pies.
Mi hermana voy á avisar.

(Vanse don Enrique y Félix.)

VEINTICUATRO.

Véme, Leonele, á llamar,
A don Juan.

LEONELO.

Ya ¿no te ves?

ESCENA XI.

DON JUAN, CHACON.—EL VEINTI-
CUATRO, LEONELO.

DON JUAN.

Viendo, Señor, entrar á don Enrique,
Tanta pena me dió, que si pudiera,
Me fuera en este punto de Sevilla.
¿Infantes te visitan! ¿Qué te quieren?

VEINTICUATRO.

Huélgame de que estés tan ignorante;
Que, por lo menos, me darás albricias.
La Niña es tu mujer.

DON JUAN.

¿De qué manera?

VEINTICUATRO.

Cásala de su mano don Enrique,
Por pagar los servicios de su hermano;
Dale de dote veinte mil ducados,
Sin cuatro para joyas, y el Maestre,
Su hermano del infante, me da un hábito,
Cosa tan deseada de mi pecho,
Y que á mis enemigos dará envidia.
¿Bendita sea la hora que miraste,

Don Juan, esta mujer! Bendito sea
El primero renglon que le escribiste!
¿Oh Niña de mis ojos, que á tenellos
El alma, en los del alma la pusiera!
Concertados quedamos de que luego
Vamos los dos donde esto se concierte.

DON JUAN.

¿Oh cuánto la codicia desatía!
Cuando yo os suplicaba, padre mio,
Que con Teodora pobre me casádes
(Que entonces era pobre y virtuosa),
No fué posible ni aun oír nombrarla;
Y agora que es Teodora infame y rica,
Y un hábito os prometen de Santiago,
¿Ponérmele quereis de san Benito!

VEINTICUATRO.

¿Teodora infame y rica!

DON JUAN.

No le obliga
Al infante la deuda de su hermano,
Sino la de la honra, que la debe.
Anoche vió Leonele que entró Enrique
En su casa á las doce; y fuera desto,
A Chacon envié cerca del alba,
Y vió cómo salía, y que en la calle
Le esperaban don Arias y el Maestre.
VEINTICUATRO. (A Leonele.)
¿Tú viste entrar á don Enrique?

LEONELO.

En todo

Dice don Juan verdad.

VEINTICUATRO.

¿Y tú le viste,

Chacon, salir al alba?

CHACON.

Ya queria
Correr la noche su cortina lóbrega,
Y aparecer la luz del alba cándida,
Como dicen poetas en esdrújulos,
Cuando salió de ver la Niña el Principe,
Dejándola preñada de dos consules.

VEINTICUATRO. [bitos

Pues, hijo, aunque me dieran tantos há-
Cuantos la religion darme pudiera,
Y la dotara Enrique en las dos Indias,
Para Chacon no la tomara.

CHACON.

¿Cómo!

¿No hallaste otro mas triste y desdichado?

DON JUAN.

Esto te digo estando enamorado.

VEINTICUATRO.

Darte quiero mis brazos, y con ellos
Mi bendicion. Mas vamos á palacio,
Donde al infante con honrada excusa
Podré decir que estabas tú casado
Cuando lo prometí, no lo sabiendo.

DON JUAN.

Yo llevaré mujer, como tú quieras.

VEINTICUATRO.

¿Fingida?

DON JUAN.

Sí; que no ha de ser de veras.

VEINTICUATRO.

Pues Leonele y Chacon serán testigos.

CHACON.

Para falsos, yo tengo cuatro amigos.

(Vase.)

Salon del Alcázar.

ESCENA XII.

EL REY, DON ENRIQUE, EL MAES-
TRE, DON ARIAS.

REY.

En viéndole, presumí

De lo que estaba doliente.

DON ENRIQUE.

Rendiréisme fácilmente,
Si sois los dos contra mí.

MAESTRE.

Él es el mejor galán
Que trató cosas de amor.

REY.

¡Qué gentil don Galaor!

DON ENRIQUE.

Basta; que vaya me dan.

REY.

Mucho me ha pesado, Enrique,
Que seas tan para poco.

DON ENRIQUE.

¿Queréis que me vuelva loco?

MAESTRE.

Que un hombre se sinifique
Perdido de enamorado,
Y que le dén la ocasión
Sin gigantes, sin dragon,
Sin pasar el mar á nado,
Sin escala puesta al muro,
Sin fuerte competidor,
Sin alcaide del honor,
Y todo el campo seguro;
Que no temiese marido,
Hermano, padre ó criado,
Que haya con su llave entrado,
Y todo el mundo dormido;
Y que en viendo á quien buscaba
Se le hiele el corazón,
Y que pierda la ocasión
Que los cabellos le daba!
Mira, Enrique, desde hoy mas [bres.
No hables con hombres ni entre hom-

DON ENRIQUE.

Maestre, mas viles nombres
Merezco que aquí me das;
Pero yo sé que no ha sido
Flaqueza.

REY.

Pues ¿qué?

DON ENRIQUE.

Valor.

REY.

Virtud es, teniendo amor,
El haberle resistido;
Mas querer hacer virtud
Lo que entonces fué flaqueza,
No lo crea vuestra alteza,
Así Dios le dé salud.

DON ENRIQUE.

Mire vuestra majestad
Que entonces lo mismo hiciera,
Si una dama le pidiera
Con las dos manos piedad.

REY.

Anda, Enrique, no procures
Hacerte valiente agora.

DON ARIAS.

Aquí ha llegado Teodora.

MAESTRE.

¿Mas que viene á que la cures?

REY.

¡Teodora! pues ¿á qué efeto?

MAESTRE.

¿Mas que se viene á quejar
De la fuerza?

REY.

¿Qué es forzar?

Antes la tuvo respeto.

ESCENA XIII.

DOROTEA, TEODORA, EL ESCUDE-
RO. — Dichos.

REY.

Seas, Teodora, bien venida;
Cuéntanos este suceso,
Porque pierde Enrique el seso
De que vengas ofendida.
¿Cómo fué? ¿Qué sucedió?
¿Tembló? ¿Lloró? ¿Tuvo frío?
Para preciarse de brio,
Mucho crédito perdió.

DOROTEA.

Suplico á tu majestad
Que estime en mucho al Infante
Por el mas cortés amante
Que ha tenido voluntad.
Mire que no vengo aquí,
Como presume, á quejarme.

REY.

¿A qué vienes?

DOROTEA.

A casarme.

REY.

¿A casarte?

DOROTEA.

Señor, sí.

REY.

¿Cosa que fuese con él?

DOROTEA.

No soy tan loca, Señor;
Que solo quiere mi honor
Que vuelva el suyo por él.

REY.

Mas confuso estoy agora. —
Enrique, aquesto declara.

DON ENRIQUE.

Presto verás en qué para,
Que es en casarse Teodora.

REY.

¿Con quién?

DON ENRIQUE.

Ya viene con quién.

REY.

Menos lo entiendo, por Dios.

ESCENA XIV.

EL VEINTICUATRO, DON JUAN, MAR-
CELA, LEONELO, CHACON. — Di-
chos; después, FÉLIX.

VEINTICUATRO. (Hablando aparte á los
que vienen con él.)

Juntos lleguemos los dos.

DON JUAN.

Llegue Marcela tambien.

VEINTICUATRO. (A don Juan.)

Después de besar sus piés,
Di cómo estabas casado,
Y que á Marcela obligado,
La mano es bien que le des.

DON JUAN.

No conozcan á Marcela,
Y se entienda la invencion.

DON ENRIQUE.

El novio y su padre son.

REY.

Mas tu intencion me desvela.

(Sale Félix.)

VEINTICUATRO.

Pues está su majestad
Presente, haciéndole salva,

Quiero, generoso Enrique,
Honor y gloria de España,
Venir á dar mi disculpa
De no cumplir la palabra
Que, ignorante del suceso,
Como á rey te di en mi casa.
Tú me mandaste que diese
Para Teodora, á quien llama
Niña de Plata Sevilla
Por el valor de sus gracias,
A mi hijo por marido,
Diciendo que la dotabas
Para pagar á don Félix
Su servicio.

DON ENRIQUE.

Verdad clara.

VEINTICUATRO.

Veinte y cuatro mil ducados
De dote le señalabas,
Y á mí un hábito.

DON ENRIQUE.

Es así,

Aunque su virtud bastaba.

VEINTICUATRO.

Aceté luego el partido,
Y en tus generosas plantas
Puse mi boca; y contento,
A don Juan, que ausente estaba,
Busqué y dije su ventura;
Pero él respondió: « Una dama
Que conoces, es mi esposa,
Con obligaciones tantas,
Que he de morir ó cumplirlas. »
— Enrístecióseme el alma;
Y para que no creyeses
Que á mi palabra faltaba,
Los traigo á los dos.

DON ENRIQUE.

¿Qué dices?

VEINTICUATRO.

Lo que me pesa y me pasa.

DON ENRIQUE.

¿Tú eres don Juan?

DON JUAN.

Sí, Señor.

DON ENRIQUE.

¿Casado estabas?

MARCELA.

Repara,

Señor, en que esto es mentira;
Que soy de don Félix dama,
El hermano de Teodora;
Que no sabiendo que tratas
De casarla con don Juan,
Me sacaron de mi casa
Para disculpar su engaño
Y no hacer lo que les mandas.

REY.

Pues, Veinticuatro, ¿á los reyes
Que honrar sus vasallos andan,
Estos engaños se hacen!
¿Así los reyes se engañan!
Si Enrique casar quería
A Teodora, ¿no bastaba,
Para que os viniera bien,
Ser mi sangre y vos ser nada?
Vive Dios, que desde aquí
A los dos en esa plaza
Han de cortar la cabeza!

VEINTICUATRO.

Señor, escucha la causa,
Pareceráte piadosa.
Anoche don Juan estaba,
Con los que presentes miras,
A la puerta desta dama,
Y vió que con una llave
Entró el Infante en su casa;

LA NIÑA DE PLATA.

205

Y que salió con el día
Sabe el Maestrey don Arias.
Honra me obligó, Señor.

DON ENRIQUE.

Pues ya tanto te declaras,
Diré verdad, vive el cielo,
Poniendo mano á la espada,
Con la cual sustentaré
De sol á sol en campaña
A mi igual y á todo hidalgo
Que es Teodora tan honrada,
Que ninguna hay en Sevilla
Que sea mas, ni en España.
Que entré es verdad; mas compré
Con oro y pasos la entrada,
Y sin que ella lo supiese,
Llegué anoche hasta su cama.
De sus lágrimas temblé;
Y escuchando sus palabras,
Me dijo toda la historia
Que entre ella y don Juan pasaba.
Matarse quiso; detuve
Su brazo; y viendo que tanta
Firmeza merece premio,
Allí prometí casalla.
Aprovechóme el valor,
Y quise mas ganar fama
De hombre que supo vencerse
(Que es el mayor lauro y palma),
Que dar rienda al apetito.
Y así, en esta cruz sagrada,
Adonde la mano pongo,

Y Dios puso las espaldas,
Juro que esto pasa así;
Y miente quien desta dama
Piense ó crea lo contrario.

DON JUAN.

Señor, que lo digas basta
Para que el mundo lo crea,
Y mas el que tanto gana,
Pues en efeto la adora.

VELTICUATRO.

Llega pues, don Juan, ¿qué aguardas?
Ni quiero para tu dote
Mas que su virtud y gracia,
Ni mas hábito en mi pecho
Que una nuera tan honrada.

REY.

¿Cómo no? Si dió el Infante
Veinte y cuatro mil, añadan
Otros tantos que doy yo.

MAESTRE.

Pues no es razon que se vaya
Sin mi ofrenda. Aunque soy pobre,
Dos villas le doy.

REY.

Aguarda;

Que á su padre quiero hacer
Alcalde de nuestro alcázar.

MAESTRE.

Hábito con encomienda
Le mando.

MARCELA.

Ya estás casada.

Ruega á Félix que me quiera.

FÉLIX.

Yo, Marcela, aunque no haya
Infantes que te aseguren
Poniendo mano á la espada,
Digo que soy tu marido.

CHACON.

Todos se alegran y casan;
Perezca el pobre Chacon.
Nunca nadie le dé nada.

DON JUAN.

Yo te mando mil escudos.

CHACON.

¿Son de paciencia ó de pasta?

DON JUAN.

Del nombre de mi mujer.

REY.

En llegando doña Blanca,
Los dos serémos padrinos.

DON JUAN.

Aquí la comedia acaba
Llamada el Cortés galán.

DOROTEA.

¿Cómo?

DON JUAN.

Y la Niña de Plata.



LA DAMA BOBA.

PERSONAS.

LAURENCIO.
DUARDO.
FENISO.
LISEO.

MISENO.
OCTAVIO.
TURIN.
PEDRO.

UN ESTUDIANTE.
FINEA.
NISE.
CELIA.

CLARA.
UN MAESTRO DE ESCRIBIR.
OTRO DE DANZAR.
UN CRIADO. — Músicos.

La escena es en Illéscas y en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Portal de una posada en Illéscas.

ESCENA PRIMERA.

LISEO y TURIN, *de camino.*

LISEO.
¡Qué buenas posadas!
TURIN.
Frescas.
LISEO.
No hay calor.
TURIN.
Cuartos y ropa
Tienen fama en toda Europa.
LISEO.
¡Famoso lugar Illéscas!
No hay en todos los que miras
Quien le iguale.

TURIN.
Aun si supieses
La causa...

LISEO.
¿Cuál es?
TURIN.

Dos meses
De guindas y de mentiras.
LISEO.

Como aquí, Turin, se juntan
De la corte, de Castilla,
De Andalucía y Sevilla,
Unos á otros preguntan,
Unos de los otros cuentan,
Y entablan discursos largos
De provisiones y cargos,
Cosas que el vulgo alimentan.—
¿No tomaste las medidas?

TURIN.
Una docena tomé
De imágenes, con la fe
Que son de España adquiridas,
Por milagrosas en todo,
Cuanto en aquesta ocasión
Las tiene la devoción
De España.

LISEO.
Pues dese modo,
Lleguen las postas y vamos.
TURIN.

¿No has de comer?
LISEO.
Esperar
A que guisen es pensar
Que á media noche llegamos;
Y un desposado, Turin,

Ha de llegar, cuanto pueda,
Antes.

TURIN.
Muy atrás se queda
Con el repuesto Marín;
Pero ya traigo qué comas.

LISEO.
¿Qué traes?
TURIN.
Ya lo verás.
LISEO.

Dilo.
TURIN.
¡Guarda!
LISEO.
Necio estás.

TURIN.
¿Desto pesadumbre tomas?
LISEO.
Pues ¿para decir lo que es?...
TURIN.
Hay á quien pesa de oír
Su nombre; basta decir
Que tú lo sabrás después.

LISEO.
Entretiénese la hambre
Con saber qué ha de comer.

TURIN.
Pues sábetelo que ha de ser...
LISEO.

Presto.
TURIN.
Tocino fiambré.
LISEO.
Pues ¿á quién puede petar
De oír nombre tan hidalgo?
Turin, si me has de dar algo,
¿Qué cosa me puedes dar
Que tenga igual á ese nombre?

TURIN.
Esto y una hermosa caja.
LISEO.
Dame de queso una raja;
Que nunca el dulce es muy hombre.

TURIN.
Esas liciones no son
De galán y desposado.

LISEO.
Aun agora no he llegado.
TURIN.

Las damas de corte son
Todas un fino cristal,
Transparentes y divinas.
LISEO.

Turin, las mas cristalinas
Comerán.

TURIN.
Es natural;
Pero esa hermosa Finea,
Con quien á casarte vas,
Comerá...

LISEO.
Dilo.
TURIN.
No mas
De azúcar, maná y jalea...
Pasaráse una semana
Con tres puntos en el aire,
De azúcar.

LISEO.
¿Gentil domaire!
TURIN.
¿Qué piensas dar á su hermana?
LISEO.
A Nise, su hermana bella,
Una rosa de diamantes,
Que así tengan los amantes
Tales firmezas con ella;
Y una cadena también
Que compite con la rosa.

TURIN.
Oigo decir que es hermosa.
LISEO.
Mi esposa parece bien,
Si doy crédito á la fama;
De su hermana nada sé;
Pero basta que le dé
Lo que mas se estima y ama.

TURIN.
De un macho, con guarniciones
Verdes y estribos de palo,
Se apea un hidalgo.

LISEO.
Malo,
Si la merienda me pones.

ESCENA II.

UN ESTUDIANTE, *de camino.* — DÍCNOS.

ESTUDIANTE. (*Dentro.*)
Húsped, ¿habrá qué comer? (*Saló.*)

LISEO.
Seais, Señor, bien llegado.

ESTUDIANTE.
Y vos en la misma hallado.

LISEO.
¿A Madrid?

ESTUDIANTE.
Dejéle ayer,
Cansado de no salir
Con pretensiones cansadas:

LISEO.
Esas van adjetivadas

Con esperar y sufrir.
Holgara, por ir con vos,
Lleváramos un camino.

ESTUDIANTE.
Si vais á lo que imagino,
Nunca lo permita Dios.

LISEO.
No llevo qué pretender;
A negocio hecho voy.
¿Sois de ese lugar?

ESTUDIANTE.
Si soy.
LISEO.
Luego ¿podréis conocer
La persona que os nombrare?

ESTUDIANTE.
Es Madrid una talega
De piezas, donde se anega
Cuanto su máquina pare.
Los reyes, Roques y arfiles
Conocidas casas tienen,
Los demás que van y vienen
Son como peones viles.
Todo es allí confusion.

LISEO.
No es Octavio pieza vil.

ESTUDIANTE.
Si es quien yo pienso, es arfil
Y pieza de estimacion.

LISEO.
Quien yo digo es padre noble
De dos hijas.

ESTUDIANTE.
Ya sé quién;
Pero dijérades bien
Que de una palma y un roble.

LISEO.
¿Cómo?

ESTUDIANTE.
Que entrambas lo son;
Pues Nise bella es la palma,
Finea un roble sin alma
De discurso y de razon.
Y aun pienso que oi contar
Que la casaba.

LISEO. (*Aparte d Turin.*)
¿No escuchas?

ESTUDIANTE.
Verdad es que no habrá muchas
Que la puedan igualar
En el riquísimo dote;
Mas ¡ay de aquel desdichado
Que espera una bestia al lado!
Pues mas de algun marquesote,
A codicia del dinero,
Pretende la bobería
Desta dama, y á porfía
Hace su calle terrero.

LISEO.
(*Ap. Yo llevo lindo concierto.*)
A gentiles vistas voy. (*Ap. d Turin.*)

TURIN. (*Ap. d su amo.*)
Disimula.

LISEO.
Tal estoy, (*Ap. d Turin.*)
Que apenas á hablar acierto. —
En fin, Señor, Nise ¿es bella
Y discreta?

ESTUDIANTE.
Es celebrada
Por finca, y deseada,
Por las partes que hay en ella,
De gente muy principal.

LISEO.
¿Tan boba es esa Finea?

ESTUDIANTE.
Mucho sentis que lo sea.

LISEO.
Contemplo de sangre igual
Dos cosas tan desiguales;
Mas ¿cómo en dotes lo son?
Que hermanas, era razon
Que los tuvieran iguales.

ESTUDIANTE.
Oigo decir qué un hermano
De su padre le dejó
Esta hacienda, porque vió
Que sin ella fuera en vano
Casarla con hombre igual
A su noble nacimiento,
Supliendo el entendimiento
Con el oro.

LISEO.
Él hizo mal.
ESTUDIANTE.
Antes bien, porque con esto
Tan discreta vendrá á ser
Como Nise.

TURIN.
¿Has de comer?
LISEO.
Ponme lo que dices presto...
—Aunque ya puedes dejallo.

ESTUDIANTE.
¿Mandais, Señor, otra cosa?
LISEO.

Serviros.
(*Vase el Estudiante.*)

ESCENA III. LISEO, TURIN.

LISEO.
¿Qué linda esposa! —
Ponte, Turin, á caballo;
Que ya no quiero comer.

TURIN.
Ten paciencia, pues no es hecho.

LISEO.
Que me ha de matar sospecho,
Si es necia y propia mujer.

TURIN.
Como tú no digas sí,
¿Quién te puede cautivar?

LISEO.
Verla ¿no me ha de matar,
Aunque es basilisco en mí?

TURIN.
No, Señor.
LISEO.

Tambien advierte
Que, siendo tan entendida
Nise, me dará la vida,
Si ella me diere la muerte.
(*Vanse.*)

—
Sala en casa de Octavio, en Madrid.

ESCENA IV. NISE, CELIA.

NISE.
¿Díote el libro?
CELIA.
Y tal, que obliga
A no abrille ni tocallo.
NISE.

Pues ¿por qué?
CELIA.
Por no ensuciallo,
Si quieres que te lo diga.
En cándido pergamino

Tiene muchas flores de oro.
NISE.
Bien las merece Heliodoro,
Griego poeta divino.

CELIA.
¿Poeta? Pues parecióme
Prosa.

NISE.
Es que hay poesia
En prosa.

CELIA.
No lo sabia:
Miré el principio y canséme.

NISE.
Es que no se da á entender,
Con el artificio griego,
Hasta el quinto libro, y luego
Todo se deja entender
Cuanto precede á los cuatro.

CELIA.
En fin ¿es poeta en prosa?

NISE.
Y de una historia amorosa
Digna de aplauso y teatro.
Hay dos prosas diferentes,
Poética é historial:
La historial, lisa y leal,
Muestra verdades patentes
Por frasi y términos claros;
La poética es hermosa,
Varia, culta, licenciosa
Y oscura en ingenios raros:
Tiene mil exornaciones
Y retóricas figuras.

CELIA.
Pues de cosas tan oscuras
¿Juzgan tantos?

NISE.
No le pones,
Celia, pequeña objecion;
Pero así corre el engaño
Del mundo.

ESCENA V. FINEA, UN MAESTRO DE LEER. — DICHAS.

FINEA.
Ni en todo el año
Saldré con esta licion.

CELIA.
Tu hermana con su maestro.

NISE.
¿Conoce las letras ya?

CELIA.
En los principios está.

MAESTRO.
Paciencia, y no letras, muestro.
¿Qué es esta?

FINEA.
Letra será.
MAESTRO.

¿Letra?
FINEA.
Pues ¿es otra cosa?

MAESTRO.
No sino el alba! (*Ap. ¿Qué hermosa
Bestia!*)

FINEA.
Ah, sí, ya, ya, ya, ya!
El alba debe de ser,
Cuando andaba entre las coles.

MAESTRO.
Esta es K: los españoles
No la solemos poner
En nuestra lengua jamás.

Usaba mucho alemanes
Y flamencos.

FINEA.

¡Qué galanes
Van todos estos detrás!

MAESTRO.

Letras son estas tambien.

FINEA.

¡Tantas hay?

MAESTRO.

Veinte y tres son.

FINEA.

Ahora, vaya de lición;
Que yo la diré muy bien.

MAESTRO.

¡Qué es esta?

FINEA.

¡Esta? No sé.

MAESTRO:

¡Y esta?

FINEA.

No sé qué respuesta.

MAESTRO.

¡Y estotra?

FINEA.

¡Aquella redonda?

Letra.

MAESTRO.

¡Bien!

FINEA.

Luego ¿acerté?

MAESTRO.

¡Linda bestia!

FINEA.

¡Ah, sí, sí, sí!
Bestia, por Dios, se llamaba;
Pero no se me acordaba.

MAESTRO.

Esta es R... y esta es I.

FINEA.

Pues si tú lo traes errado...

CELIA. (A Nise.)

¡Con qué pesadumbre están!

MAESTRO.

Di aquí: B, s, n, den.

FINEA.

¡Dónde van?

MAESTRO.

¡Gentil cuidado!

FINEA.

Que se van ¿no me decías?

MAESTRO.

Letras son, míralas bien.

Di aquí: B, s, n, den.

FINEA.

¡Adónde?

MAESTRO.

Adonde en mis días
No te vuelva mas á ver.
Perdiendo el juicio estoy.

FINEA.

¡Ven, no dice? Pues ya voy.

MAESTRO.

Es imposible aprender.

Vive Dios, que te he de dar
Una palmeta!

FINEA.

¡Tú á mí?

MAESTRO.

Muestra la mano.

FINEA.

Héla aquí.

MAESTRO.

Aprende á deletrear.

(Dale una palmeta, y ella echa á correr tras él.)

FINEA.

¡Oh perro! ¿Aquesta es palmeta?

MAESTRO.

Pues ¿qué pensabas?

FINEA.

Aguarda. (Le embiste.)

CELIA.

Ella le mata.

MAESTRO.

Ya tarda

Tu favor, Nise discreta.

NISE.

¡A tu maestro! ¿Qué es esto?

MAESTRO.

Ténganla ahí.

FINEA.

Hame dado

Causa.

NISE.

¿Cómo?

FINEA.

Hame engañado.

MAESTRO.

¿Yo engañado?

NISE.

Dilo presto.

FINEA.

Estaba aprendiendo aquí

La letra bestia y la K...

NISE.

La primera sabes ya.

FINEA.

Es verdad, ya la aprendí.—
Sacó un zoquete de palo,
Al cabo una media bola,
Pidióme la mano sola,
¡Mira qué gentil regalo!
Y luego que la tomé,
Toma, y zas, el palo asienta,
Que pica como pimienta,
Y la mano me abrasó.

NISE.

Cuando el discípulo ignora,

Tiene el maestro licencia

De castigar.

FINEA.

¡Linda ciencia!

MAESTRO.

Aunque me diese, Señora,
Vuestro padre cuanto tiene,
No he de darte otra lición.

(Vase.)

ESCENA VI

NISE, FINEA, CELIA.

Fuése.

CELIA.

NISE.

No tienes razon.

Sufrir y aprender conviene.

FINEA.

Pues las letras que allí están,

Yo ¿no las aprendo bien?

Vengo cuando dice ven,

Y voy cuando dicen van.

¿Qué quiere, Nise, el maestro,

Quebrandome la cabeza

Con *den, bin, don*?

CELIA. (Ap.)

Ella es pieza

De rey.

NISE.

Quiere el padre nuestro
Que aprendamos.

FINEA.

Ya yo sé

El padre nuestro.

NISE.

No digo

Sino el nuestro, y el castigo

Por darte memoria fué.

FINEA.

Póngame un hilo en el dedo,

Y no aquel palo en la palma.

CELIA.

¡Mas que se te sale el alma

Si lo sabe?

FINEA.

Muerta quedo.

¡Oh Celia! no se lo digas,

Y verás qué te dará.

ESCENA VII.

CLARA. — DICHAS.

CLARA.

Topé contigo, á la fe.

NISE.

Ya, Celia, las dos amigas

Se han juntado.

CELIA.

A nadie quiero

Mas en todas las criadas.

CLARA.

Dame albricias tan bien dadas

Como el suceso requiere.

FINEA.

¿De qué son?

CLARA.

Que ya parió

Nuestra gata la romana.

FINEA.

¿Cuándo, Clara?

CLARA.

Esta mañana.

FINEA.

¿Parió en el tejado?

CLARA.

No.

FINEA.

Pues ¿dónde?

CLARA.

En el aposento;

Que cierto se echó de ver

Su entendimiento.

FINEA.

Es mujer

Notable.

CLARA.

Escucha un momento.

Salía por donde suele

El sol, muy galán y rico,

Con la librea del rey,

Colorado y amarillo;

Andaban los carretones

Quitándole el romadizo

Que da la noche á Madrid...

Aunque no sé quien me dijo

Que era la calle Mayor

El soldado mas antiguo,

Pues nunca el mayor de Flándes

Presentó tantos servicios.

Dormían las rentas grandes,

Despertaban los oficios,

Tocaban los boticarios

Sus almoreces de pino,

Cuando la gata de casa

Comenzó con mil suspiros
A decir: «¡Ay, ay, ay, ay,
Que quiero parir, marido!
Levántose Hociquimocho,
Y fué corriendo á decirlo
A sus parientes y deudos,
Que deben de ser moriscos;
Porque el lenguaje que hablan,
En tiple de monacillos,
Si no es jerigonza entre ellos,
Ni es español ni latino.
Vino una gata viuda,
Larga y compuesta de hocico
(Sospecho que era su abuela),
De negro y blanco vestido.
Trújole cierta manteca,
Desayunóse, y previno
En qué recibir el parto;
Hubo temerarios gritos.
No es burla: parió seis gatos,
Tan remendados y lindos,
Que pudieran, á ser pías,
Tirar el coche mas rico.
Regocijados bajaron
De los tejados vecinos,
Caballetes y terrados,
Todos sus deudos y amigos:
Lamicol, Aramizaldo,
Marfuz, Marramao, Miscito,
Tumbahollin con Piel de zorra,
Rabicornio, Zapaquildo;
Unos vestidos de blanco,
Y otros de negro vestidos,
Y otros con ropas de martas,
En cueras y zapatillos.
De negro vino á la fiesta
El gallardo Golosino,
Luto que mostraba entonces
De su padre el gaticidio.
Cuál la morcilla presenta,
Cuál el pez, cuál el cabrito,
Cuál el gorrion astuto,
Cuál el simple palomino.
Trazando quedan agora,
Para mayor regocijo,
En su gatesco senado,
Correr cañas cinco á cinco.
Vén presto; que si los ves,
Dirás que parecen niños,
Y darás á la parida
El parabien de los hijos.

FINEA.

No me pudieras contar
Cosa para el gusto mio
De mayor contentamiento.

CLARA.

Camina.

FINEA.

Tras ti camino.
(Vanse Finea y Clara.)

ESCENA VIII

NISE, CELIA.

NISE.

¿Hay locura semejante?

CELIA.

Y Clara es boba tambien.

NISE.

Por eso la quiere bien.

CELIA.

La semejanza es bastante;
Aunque yo pienso que Clara
Es mas bellaca que boba.

NISE.

Con eso la engaña y roba.

ESCENA IX

LAURENCIO, DUARDO, FENISO.—
DICHAS.

DUARDO.

Aquí, como estrella clara,
A su hermosura nos guía.

FENISO.

Y ahi es del sol su luz pura.

DUARDO.

¡Oh reina de la hermosura!

FENISO.

¡Oh Nise!

LAURENCIO.

¡Oh señora mia!

NISE.

Caballeros...

FENISO.

Esta vez

De un soneto de Duardo,
Por vuestro ingenio gallardo,
Os hemos de hacer juez.

NISE.

¡A mí, que soy de Finea
Hermana y sangre!

LAURENCIO.

A vos sola,

Que sois Sibila española,
No Cumana ni Eritrea;
A vos, por quien ya las gracias
Son cuatro y las musas diez,
Es justo haceros juez.

NISE.

Si ignorancias, si desgracias
Trujéades á juzgar,
Era justa la eleccion.

FENISO.

Vuestra rara discrecion,
Imposible de alabar,
Fué justamente elegida.
Oid, Señora, á Duardo.

NISE.

Vaya el soneto; ya aguardo,
Aunque de indigna, corrida.

DUARDO. (Lee.)

«La calidad elemental resiste
Mi amor, que á la virtud celeste aspira,
Y en las mentes angélicas se mira,
Donde la idea del calor consiste.

»No ya como elemento el fuego viste
El alma, cuyo vuelo al sol admira;
Que de inferiores mundos se retira
A donde el serafin ardiendo asiste.

»No puede elemental fuego abrasar-
La virtud celestial, que vivifica, [me;
Invidia el verme á la suprema alzarne.
»Que donde el fuego angélico me apli-
¿Cómo podrá mortal poder tocarme? ca,
Que eterno y fin contradiccion implica.»

NISE.

Ni una palabra entendí.

DUARDO.

Pues en parte se leyera,
Que mas de alguno dijera
Por arrogancia: «Yo sí.»
La intencion ó el argumento
Es pintar al que ya llega,
Libre del amor que ciega,
La luz del entendimiento,
A la alta contemplacion
De aquel puro amor sin fin,
Donde es fuego el serafin.

NISE.

Argumento é intencion
Queda entendido.

FENISO.

¡Profundos

Conceptos!

LAURENCIO.

Mucho se esconden.

DUARDO.

Tres fuegos, que corresponden,
Hermosa Nise, á tres mundos,
Dan fundamento á los otros.

NISE.

Bien os podeis declarar.

DUARDO.

Calidad elemental
Es el calor en nosotros,
La celestial es virtud
Que calienta y que recrea,
Y la angélica es la idea
Del calor.

NISE.

Con inquietud

Escucho lo que no entiendo.

DUARDO.

El elemento en nosotros
Es fuego.

NISE.

¿Entendeis vosotros?

DUARDO.

El claro sol que estáis viendo
En el cielo, fuego es,
Y luego el entendimiento
Seráico; pero siento
Que así difieren los tres:
Que el que elemental se llama,
Abraza cuando se aplica,
El celeste vivifica,
Y el sobreceleste ama.

NISE.

No discurras, por tu vida;
Véte á escuelas.

DUARDO.

Lo son.
Donde estás,

NISE.

Yo no escucho mas,
De no entenderte corrida.
Escribe fácil.

DUARDO.

Platon

A lo que en cosas divinas
Escribió, puso cortinas;
Que tales cual estas, son
Matemáticas figuras
Y enigmas.

NISE.

Oye, Laurencio.

(Hablan aparte.)

FENISO. (A Duardo.)

Ella os ha puesto silencio.

DUARDO.

Temí las cosas oscuras.

FENISO.

Es mujer.

DUARDO.

La claridad
Es á todos agradable,
Que se escriba ó que se hable.
NISE. (Ap. á Laurencio.)

¿Cómo va de voluntad?

LAURENCIO.

Como quien la tiene en tí.

NISE.

Yo te la pago muy bien.
No traigas contigo á quien
Me eclipse el hablarte, así.

LAURENCIO.

Yo, Señora, no me atrevo,
Por mi humildad, á tus ojos;

LA DAMA BOBA.

ESCENA XI.

LAURENCIO.

Hermoso sois sin duda, pensamiento,
Y aunque honesto tambien, con ser her-
moso,
Si es calidad del bien ser provechoso.
Una parte de tres, que os falta siento.
Nise con un divino entendimiento
Os enriquece de un amor dichoso;
Mas sois de dueño pobre, y es forzoso
Que en la necesidad falte el contento.
Si el oro es blanco y centro del descanso,
Y el descanso del gasto, yo os prometo
Que tarda en navegar con viento manso.
Pensamiento, mudemos de sugeto;
Si voy necio tras vos, y en ir me canso,
Cuando vengais tras mí seréis discreto.

ESCENA XII.

PEDRO. — LAURENCIO.

PEDRO.

¿Qué necio andaba en buscarte
Fuera de aqueste lugar!

LAURENCIO.

Bien me pudieras hallar
Con el alma en otra parte.

PEDRO.

Luego ¿estás sin ella aquí?

LAURENCIO.

Ha podido un pensamiento
Divertir mi movimiento
Desde mí fuera de mí.
Nunca has visto la saeta
Del reloj, que en un lugar
Firme suele siempre estar,
Aunque nunca está quieta,
Y tal vez está en la una,
Y tal en las doce está?
Pues así mi alma ya,
Sin hacer mudanza alguna
Deste puesto en que me ves,
Desde Nise que ha querido
A las doce se ha subido,
Que es número de interés.

PEDRO.

Pues ¿cómo es esa mudanza?

LAURENCIO.

Porque la saeta soy,
Que desde la una voy
Por lo que el círculo alcanza.
Señalaba á Nise...

PEDRO.

Si.

LAURENCIO.

Pues ya señala á Finea.

PEDRO.

¿Eso quieres que te crea?

LAURENCIO.

¿Por qué no, si hay causa?

PEDRO.

Di.

LAURENCIO.

Nise es una hora hermosa;
Finea las doce son,
Hora de mas bendicion,
Mas descansada y copiosa.
A las doce el oficial
Descansa, y bástale ser
Hora entonces de comer,
Tan precisa y natural.
Quiero decir que Finea
Hora de sustento es,
Cuyo descansó, ya ves
Cuanto el hombre le desea.

Que dando en viles despojos
Se afrenta el rayo de Febo;
Pero si quieres pasar
Al alma, hallarás la rica
De la fe que amor publica.

NISE.

Un papel te quiero dar;
Pero ¿cómo podrá ser
Que destos visto no sea?

LAURENCIO.

Si en lo que el alma desea
Me quieres favorecer,
Mano y papel podré aquí
Asir juntos atrevido,
Como finjas que has caído.

(Déjase Nise caer.)

NISE.

¡Jesus!

DUARDO.

¿Qué es esto?

NISE.

Cal.

(Laurencio da la mano á Nise para levantarla, y ella le entrega un papel.)

LAURENCIO. (Ap. á Nise.)

Con las obras respondiste.

NISE.

Esas responden mejor;
Que no hay sin obras amor.

LAURENCIO.

Amor en obras consiste.

NISE.

Laurencio mio, á Dios queda. —
Duardo y Feniso, adios.

DUARDO.

Y tanta ventura á vos
Como hermosura os conceda.

(Vanse Nise y Celis.)

ESCENA X.

LAURENCIO, DUARDO, FENISO.

FENISO.

¿Qué os ha dicho del soneto
Nise?

LAURENCIO.

Que es muy extremado.

DUARDO.

Habréis los dos murmurado;
Que hacéis versos en efeto.

LAURENCIO.

Ya no es menester hacellos
Para saber murmurarlos;
Que se atreve á censurarlos
Quien no se atreve á entenderlos.

DUARDO.

Los dos tenemos qué hacer;
Licencia nos podeis dar.

FENISO.

Las leyes de no estorbar
Queremos obedecer.

LAURENCIO.

Malicia es esa.

FENISO.

No es tal.

La divina Nise es vuestra,
O por lo menos lo muestra.

LAURENCIO.

Pudiera, á tener igual.

(Vanse Duardo y Feniso.)

Dénme pues las doce á mí,
Que soy pobre, con mujer,
Que dándome de comer,
Es la mejor para mí.
Doyme á entender que poniendo
En Finea mis cuidados,
A cuarenta mil ducados
Las manos voy previniendo.
Esta, Pedro, desde hoy
Ha de ser la empresa mia.

PEDRO.

Para probar tu osadía,
En una sospecha estoy.

LAURENCIO.

¿Y es?

PEDRO.

Que te has de arrepentir,
Por ser necia esta mujer.

LAURENCIO.

¿Quién ha visto de comer,
De descansar y vestir,
Arrepentido jamás?
Pues esto viene con ella.

PEDRO.

A Nise discreta y bella,
Laurencio, ¿dejar podrás
Por una boba ignorante?

LAURENCIO.

¿Qué ignorante majadero!
¿No ves que el sol del dinero
Va del ingenio adelante?
El que es pobre, ese es tenido
Por necio, el rico por sabio.
No hay en el nacer agravio,
Por notable que haya sido,
Que con oro no se encubra,
Ni hay falta en naturaleza,
Que con la mucha pobreza
No se aumente y se descubra.
Yo tengo de enamorar
A Finea.

PEDRO.

He sospechado
Que á un ingenio tan cerrado
No hay puerta por donde entrar.

LAURENCIO.

Yo sé cuál.

PEDRO.

Yo no, por Dios.

LAURENCIO.

Clara, su boba criada.

PEDRO.

Sospecho que es mas taimada
Que boba.

LAURENCIO.

Demos los dos
En enamorarlas.

PEDRO.

Creo

Que Clara será tercera
Mas fácil.

LAURENCIO.

De esa manera
Seguro va mi deseo.

PEDRO.

Ellas vienen; disimula.

LAURENCIO.

Harélo, si está en mi mano.

PEDRO.

¿Que ha de poder un cristiano
Enamorar una muía?

LAURENCIO.

Buena cara y talle tiene.

PEDRO.

Así fuera el alma.

ESCENA XIII.

FINEA, CLARA.—DICHOS.

LAURENCIO.

Ahora
Conozco, hermosa Señora,
Que no solamente viene
El sol de las orientales
Partes, pues de vuestros ojos
Sale con rayos mas rojos
Y luces piramidales.
Y si agora, que salís,
Tan grande fuerza traéis,
Al mediodía ¿qué haréis?

FINEA.

Comer, no como decís
Vos, pirámides ni peros,
Sino cosas provechosas.

LAURENCIO.

Esas estrellas famosas,
Esos nocturnos luceros
Me tienen fuera de mí.

FINEA.

Si vos andáis con estrellas,
¿Qué mucho que os tengan ellas
Arromadizado así?
Acostáos siempre temprano,
Y dormid con tocador.

LAURENCIO.

¿No entendéis que os tengo amor
Puro, honesto, limpio y sano?

FINEA.

¿Qué es amor?

LAURENCIO.

¿Amor? Deseo.

FINEA.

¿De qué?

LAURENCIO.

De una cosa hermosa.

FINEA.

¿Es oro? ¿Es diamante? ¿Es cosa
Destas que muy lindas veo?

LAURENCIO.

No, sino de la hermosura,
He una mujer como vos,
Que, como lo ordena Dios,
Para buen fin se procura.
Y esta, que vos la teneis,
Engendra deseo en mí.

FINEA.

Y yo ¿qué he de hacer aquí,
Si sé que vos me queréis?

LAURENCIO.

Querermos. ¿No habeis oído
Que amor con amor se paga?

FINEA.

No sé yo cómo se haga;
Que en mi vida no he querido,
Ni en la cartilla lo vi,
Ni me lo enseñó mi madre;
Preguntarélo á mi padre.

LAURENCIO.

Esperad; que no es así.

FINEA.

Pues ¿cómo?

LAURENCIO.

Destos mis ojos
Saldrán unos rayos vivos
Como espíritus visivos,
De sangre y de fuego rojos,
Que se entrarán por los vuestros.

FINEA.

No, Señor; arredo vaya
Cosa en que espíritus haya.

LAURENCIO.

Son los espíritus nuestros;
Porque el alma que yo tengo,
A vuestro cuerpo se pasa.

FINEA.

¿Tanto pasa el que se casa?

PEDRO. (A Clara.)

Con él, como os digo, vengo
Tan muerto por vuestro amor,
Que aquesta ocasión busqué.

CLARA.

¿Qué es amor? que no lo sé.

PEDRO.

¿Amor? Locura, furor.

CLARA.

Pues ¿loca tengo de estar?

PEDRO.

Es una dulce locura,
Por quien la mayor cordura
Suelen los hombres dejar.
En comenzando á querer,
Enferma la voluntad
De una dulce enfermedad.

CLARA.

No me la mandes tener;
Que no he tenido en mi vida
Sino solo sabañones.

FINEA. (A Laurencio.)

Agradánme las liciones.

LAURENCIO.

Tú verás, de mí querida,
Cómo has de querer así;
Que es luz del entendimiento
Amor.

FINEA.

Lo del casamiento

Me cuadra.

LAURENCIO. (Ap.)

Y me importa á mí

FINEA.

Pues ¿llevaráme á su casa,
Y tendráme allá también?

LAURENCIO.

Sí, Señora.

FINEA.

Y eso ¿es bien?

LAURENCIO.

Y muy justo en quien se casa.
Vuestro padre y vuestra madre
Casados fueron así:
De eso nacistes.

FINEA.

¿Yo?

LAURENCIO.

Sí.

FINEA.

Cuando se casó mi padre,
¿No estaba yo allí tampoco?

LAURENCIO. (Ap.)

¿Hay semejante ignorancia!
Sospecho que esta ganancia
Camina á volverme loco.

CLARA.

Tu padre pienso que viene.

LAURENCIO.

Adios, acordáos de mí.

FINEA.

Que me place.

(Vase Laurencio.)

CLARA.

¿Fuése?

PEDRO.

Sí,

Y seguirle me conviene.
Tenedme en vuestra memoria.

CLARA.

Si os vais, ¿cómo?

(Vase Pedro.)

ESCENA XIV.

FINEA, CLARA.

FINEA.

¿Has visto, Clara,
Lo que es amor? ¿Quién pensara
Tal cosa!

CLARA.

No hay pepitoria
Que tenga mas menudencias
De manos, tripas y piés.

FINEA.

Mi padre, como lo ves,
Anda en mil impertinencias.
Hame querido casar
Con un caballero indiano,
Toledano ó sevillano.
Tres veces me vino á hablar,
Y esta postrera sacó
De la caja un naipécito,
Muy repolido y bonito,
Y luego que le miró,
Me dijo: «Toma, Finea,
Este es tu marido;» y fuése.
Yo, como en fin no supiese
Esto de casar qué sea,
Tomé el negro del marido,
Que no tiene mas de cara.
Pero dime, amiga Clara,
¿Qué importa que sea polido
Este marido ó quien es,
Si todo el cuerpo no pasa
De la ropilla? que en casa
Ninguno sin piernas ves.

CLARA.

Digo que tienes razon.
Veamos, ¿tienesle ahí?
(Saca Finea de la manga un retrato en
un naipé.)

¿Buena cara y cuerpo!

FINEA.

Sí;

Mas no pasa del jubon.

CLARA.

Luego ¿esta no podrá andar?
¿Ay, los ojitos que tiene!

FINEA.

Señor con Nise.

CLARA.

¿Si viene

A casarte?

FINEA.

No hay casar;
Que este que se va de aquí
Tiene pierna y tiene traza.

CLARA.

Y mas que con perro caza;
Que el Pedro me muerde á mí.

ESCENA XV.

OCTAVIO, NISE.—DICHAS.

OCTAVIO. (Ap. á Nise.)

Por la calle de Toledo,
Dican que entró por la posta.

NISE.

Pues ¿cómo no llega ya?

OCTAVIO.

Algo por dicha acomoda.
Temblando estoy de Finea.

NISE.

Aquí está, Señor, la novia.

OCTAVIO.

Hija, ¿no sabes?...
NISE. (Ap.)

No sabe;

Que esa es su desdicha toda.

OCTAVIO.

Ya está en Madrid tu marido.

FINEA.

Siempre tu memoria es poca.

¿No me le diste en un naípe?

OCTAVIO.

Esa es la figura sola,

Que estaba allí retratada;

Que lo vivo viene agora.

ESCENA XVI

CELIA, OCTAVIO, NISE, FINEA,
CLARA; luego, LISEO y TURIN.

CELIA.

Aquí está el señor Liseo,

Apeado de una posta.

OCTAVIO.

Mira, hija, que has de estar

Muy prudente y muy señora.—

(Salen Liseo y Turin, de camino.)

Llegad sillones y almohadas.

LISEO.

Esta licencia se toma

Quien viene á ser hijo vuestro.

OCTAVIO.

Y quien viene á darnos honra.

LISEO.

Agora, Señor, decidme

Cuál de las dos es mi esposa.

FINEA.

Ya ¿no me ve?

LISEO.

Bien merezco

Los brazos.

FINEA. (A Octavio.)

Luego ¿no importa?

OCTAVIO.

Bien le puedes abrazar.

FINEA.

Clara...

CLARA.

(Ap. á ella.)

Señora...

FINEA.

Aun agora

Viene con piernas y piés.

CLARA.

Esta ¿es burla ó jerigonza?

FINEA.

El verle de medio arriba

Me daba mayor congoja.

OCTAVIO. (A Liseo.)

Abrazá á vuestra cuñada.

LISEO.

No fué la fama engañosa,

Que habló de vuestra hermosura.

NISE.

Soy muy vuestra servidora.

LISEO.

Lo que es el entendimiento

A toda España alborota.

La divina Nise os llaman:

Discreta sois como hermosa,

Y hermosa con grande extremo.

FINEA. (A su padre.)

Pues ¿cómo requiebra esotra,

Si viene á ser mi marido?

¿No es mas bobo?

OCTAVIO.

Calla, loca.

Sentáos, hijos, por mi vida.

LISEO.

Turin...

TURIN.

Señor...

LISEO. (Ap. á Turin.)

¿Linda tonta!

OCTAVIO.

¿Cómo venis del camino?

LISEO.

Con los deseos en hoja,

Que siempre le hacen mas largo.

FINEA.

Ese macho de la noria

Pudieras haber pedido,

Que anda como una persona.

NISE.

Calla, hermana.

FINEA.

Callad vos.

OCTAVIO.

Aunque honesta y virtuosa,

Es Finea deste humor.

LISEO.

Turin, ¿trujiste las joyas?

TURIN.

No ha llegado nuestra gente.

LISEO.

¿Qué de olvidos se perdonan

En un camino á criados!

FINEA.

¿Joyas traeis?

TURIN. (Ap.)

Y le sobra

De las joyas el principio,

Tanto el ojo se le acomoda.

OCTAVIO.

Calor teneis. ¿Queréis algo?

¿Qué os aflije? ¿Qué os congoja?

LISEO.

Agua quisiera pedir.

OCTAVIO.

Haráos mal el agua sola;

Traigan una caja.

(Vase Celia.)

FINEA.

A fe,

Si como venis agora,

Fuera el sábado pasado,

Que hicimos yo y esta moza

Un menudo...

NISE.

Calla, hermana.

FINEA.

Mucha especie: es linda cosa.

ESCENA XVII.

CELIA, con una caja y agua. — OCTAVIO, NISE, FINEA, CLARA, LISEO, TURIN.

CELIA.

Aquí está el agua. — Comed.

LISEO.

El agua sola provoca,

Porque con su risa dice

Que la beba y que no coma.

FINEA.

El bebe como una mula.

TURIN.

¡Buen requiebro!

OCTAVIO. (A Finea.)

¿Qué enfadosa

Que estás hoy! Calla, si quieres.

FINEA. (A Liseo.)

Aun no habeis dejado gota.

Aguardad, os limpiaré.

OCTAVIO.

Pues ¿tú le limpias?

FINEA.

¿Qué importa?

LISEO. (Ap.)

Media barba me ha llevado.

Lindamente me enamora.

OCTAVIO. (Ap.)

¿Hay padre mas desdichado?

Quiero, pues no se reporta,

Llevarme de aquí á Finea.

LISEO. (Ap.)

Tarde el descanso se cobra,

Que en tal desdicha se pierde

OCTAVIO.

Entrad adentro vosotras

A prevenirle la cama.

FINEA.

La mía pienso que sobra

Para los dos.

OCTAVIO. (Ap. á Finea.)

¿Tú no ves

Que aun no están hechas las bodas?

Entra dentro.

FINEA.

Que me place.

NISE.

Vamos, hermana.

FINEA.

Adios, ¡hola!

(Vase Nise, Finea, Clara y Celia.)

LISEO. (Ap.)

Las del mar de mi desdicha

Me anegan entre sus ondas.

OCTAVIO.

Yo tambien, hijo, me voy

Para prevenir las cosas,

Que para que os desposeis

Con mas aplauso me tocan.

El cielo os guarde.

(Vase.)

ESCENA XVIII.

LISEO, TURIN.

LISEO.

No sé

De qué manera disponga

Mis desdichas. ¡Ay Turin!

TURIN.

¿Quieres quitarte las botas?

LISEO.

No, Turin, sino la vida.

¿Hay boba mas espantosa?

TURIN.

Lástima me ha dado á mí,

Considerando que ponga

En un cuerpo tan hermoso

El cielo un alma tan loca.

LISEO.

Cuando estuviera casado

Por poder en causa propia,

Me pudiera descasar.

La ley es llana y notoria;

Pues concertando mujer

Con sentido, me desposan

Con una bestia del campo

Con una villana tosca.

TURIN.

Luego ¿no te casarás?

LISEO.

¡Mal haya la hacienda toda,
Que con tal pensión se adquiere
Y con tal censo se cobra!
Demás que aquesta mujer,
Si bien es hermosa y moza,
¿Qué puede parir de mí,
Sino tigres, leones y onzas?

TURIN.

Ese es engaño, pues vemos
Por experiencia notoria
Mil hijos de padres sabios
Que, de necios, los deshonran.

LISEO.

Es verdad; que Cicerón
Tuvo á Marco Tulio en Roma,
Que era un caballo, un camello

TURIN.

De la misma suerte consta
Que de necios padres suele
Salir una fénix sola.

LISEO.

Turin, por lo general,
Y es consecuencia forzosa,
Lo semejante se engendra.
Hoy las palabras se rompan,
Rómpanse letras y firmas;
Que ningún tesoro cobra
La libertad. Aun si fuera
Nise...

TURIN.

¡Oh qué bien te reportas!
Dicen que un hombre enojado
Que colérico se arroja,
Si le ponen un espejo
Que represente su sombra,
En mirando en él su imagen
Se templó y desapasiona.
Así tú, como tu gusto
Miraste en su hermana hermosa
(Que el gusto es cristal del alma,
Pues su libertad pregonó),
Luego templaste tu ira.

LISEO.

Es verdad, porque ella sola
El enojo de su padre,
Que, como ves, me alborota,
Me puede quitar, Turin.

TURIN.

¿Que no hay que tratar desotra?

LISEO.

Pues ¿he de trocar la vida
Por la muerte temerosa,
Y por un demonio un ángel?

TURIN.

Digo que razón te sobra;
Que no está el gusto en el oro;
Que son el oro y las horas
Muy distintas.

LISEO.

Desde aquí
Renuncio la dama boba.

ACTO SEGUNDO.

Sala que da á un jardín, en casa de Octavio.

ESCENA PRIMERA.

LAURENCIO, DUARDO, FENISO.

LAURENCIO.

En fin, se ha pasado un mes,
Y no se casa Liseo.

DUARDO.

No siempre vence el deseo
El codicioso interés.

FENISO.

De Nise la enfermedad
Ha sido causa bastante.

DUARDO.

Ver á Fines ignorante
Templará su voluntad.

LAURENCIO.

Menos lo está que solía.
Temo que amor ha de ser
Artificio á encender
Piedra tan helada y fría.

DUARDO.

Tales milagros ha hecho
En gente rústica amor.

FENISO.

No se tendrá por menor
Dar alma á su rudo pecho.

LAURENCIO.

Amor, señores, ha sido
Aquel ingenio profundo
Que llaman alma del mundo,
Y es el dotor que ha tenido
La cátedra de las ciencias,
Porque solo con amor
Aprende un hombre mejor
Sus divinas diferencias.
Así lo sintió Platon,
Esto Aristóteles dijo;
Que como del cielo es hijo,
Es todo contemplacion.
Della nació el admirarse,
Del admirarse nació
El filosofar, que dió
Luz con que pueda fundarse.
Todo es ciencia artificial,
Y á amor se ha de agradecer;
Que el deseo de saber
Es al hombre natural.
No dudo ya que á Fines,
Como él la comience á amar,
Le deje amor de enseñar,
Por imposible que sea.

FENISO.

Está bien pensado así;
Y su padre tendrá intento
Por dicha en el casamiento
Que ame y sepa.

DUARDO.

Y yo de aquí,
Infamando amores locos,
En limpio vengo á sacar
Que pocos saben amar
En lugar que saben pocos.

LAURENCIO.

¿Linda malicia!

FENISO.

Extremada.

DUARDO.

Difícil cosa es saber.

LAURENCIO.

Si; pero fácil creer
Que sabe el que poco ó nada.

FENISO.

¿Qué divino entendimiento
Tiene Nise!

DUARDO.

Celestial.

FENISO.

¿Cómo, siendo necio el mal,
Ha tenido atrevimiento
Para hacer tales agravios
De tal ingenio y desprecios?

LAURENCIO.

Porque de sufrir á necios

Suelen enfermar los sabios.

FENISO.

Ella viene.

DUARDO.

Y con razón
Se alegra cuanto la mira.

ESCENA II.

NISE, CELIA. — DÍCAS.

NISE. (Ap. á Celia.)

Mucho la historia me admira.

CELIA.

Amores pienso que son,
Fundados en el dinero.

NISE.

Nunca fundó su valor
Sobre dineros amor;
Que busca el alma primero.

DUARDO.

Señora, á vuestra salud
Hoy cuantas cosas os ven
Dan alegre parabien,
Y tienen vida y quietud;
Que como vuestra virtud
Fué sol que las alumbró,
Mientras ella se eclipsó,
También lo estuvieron ellas;
Que hasta ver vuestras estrellas,
Fortuna el tiempo corrió.
Mas como la primavera
Sale con piés de marfil,
Y el verde velo sutil
Tiende en la alegre ribera,
Corre el agua placentera,
Cantando los ruiseñores,
Y van creciendo las flores;
Así vos salís, mostrando
Vuestra salud, y sembrando
En campos de almas amores.

FENISO.

Ya se rien estas fuentes,
Y son perlas las que dieron
Lágrimas, con que sintieron
Vuestros cristales ausentes;
Ya las aguas sus corrientes
Hacen instrumentos claros
Para poder celebrarnos;
Todo se anticipa á veros,
Y todo intenta ofreceros
Con que procure alegraros.
Pues si con veros hacéis
Tales efectos agora
Donde no hay almas, Señora,
Mas de las que vos poseís,
En mí ¿qué efectos haréis
Este venturoso día,
Visto con tanta alegría,
Después de tantos enojos,
Siendo vos luz destos ojos,
Siendo vos alma en la mía?

LAURENCIO.

A estar enfermo llegué
El tiempo que no os serví;
Que fué lo mas que sentí;
Aunque sin mí culpa fué.
Yo vuestros males pasé,
Como cuerpo que animáis;
Vos movimiento me daís,
Yo soy instrumento vuestro;
Que en mi vida y salud muestro
Todo lo que vos pasáis.
Parabien me dén á mí
De la salud que hay en vos,
Pues que vivimos los dos
Con la que mostráis aquí;
Solamente os ofendí,
Ya que la disculpa os muestro,
En que este mal que fué nuestro

Solo tenerle debía,
No vos, que sois alma mía;
Yo sí, que soy cuerpo vuestro.

NISE.

Pienso que de oposicion
Me dais los tres parabien.

LAURENCIO.

Y es bien, pues lo sois por quien
Viven los que vuestros son.

NISE.

Divertíos, por mi vida,
Cortándome algunas flores
Los dos, pues con sus colores
La diferencia os convida
Desejardin, porque quiero
Hablar á Laurencio un poco.

DUARDO. (Ap.)

Quien ama y sufre, ó es loco
Ó necio.

FENISO. (Ap.)

¡Tal premio espero?

DUARDO. (Ap.)

No son vanos mis recelos.

FENISO. (Ap.)

Ella le quiere.

DUARDO.

Yo haré

Un ramillete de fe,
(Ap. Pero sembrado de celos.)
(Vase Duarado y Feniso.)

ESCENA III.

LAURENCIO, NISE, CELIA.

LAURENCIO.

Ya se han ido. ¿Podré yo,
Nise, con mis brazos darte
Parabien de tu salud?

NISE.

Desvia, fingido, fácil,
Lisonjero, engañador,
Falso, inconstante, mudable,
Hombre que en un mes de ausencia
(Que bien merece llamarse
Ausencia la enfermedad)
El pensamiento mudaste.
Pero mal dije en un mes,
Porque puedes disculparte
Con que mi muerte creiste;
Y si mi muerte pensaste,
Con gentil atrevimiento
Pagaste el amor que sabes,
Mudando el tuyo en Finea!

LAURENCIO.

¿Qué dices?

NISE.

Pero bien haces.
Tú eres pobre y ella rica,
Tú discreto, ella ignorante;
Buscaste lo que no tienes,
Y lo que tienes dejaste.
Discrecion tienes, y en mí
La que celebrabas antes
Dejas con mucha razon;
Que dos ingenios iguales
No conocen superior,
Y por dicha imagínaste
Que quisiera yo el imperio
Que á los hombres debe darse.

LAURENCIO.

¿Quién te ha dicho que yo he sido
En un mes tan inconstante?

NISE.

¡Parécete poco un mes?
Yo te disculpo, no hables;
Que la luna está en el cielo
Sin intereses mortales,

L-1.

Y en un mes, y aun algo menos,
Es su creciente y menguante.
Tú en la tierra, y de Madrid,
Donde hay tantos vendables
De intereses en los hombres,
No fué milagro mudarte.
¡Ay, Laurencio, qué buen pago
De fe y amor tan constante!
Yo enfermé de mis tristezas,
Que son bien terribles males;
Por regalos tuyos tuve
Engaños, mentiras, fraudes;
Pero pues tan duros fueron,
Dí que me diste diamantes.
Dile, Celia, lo que has visto.

CELIA.

Ya, Laurencio, no te espante
De que Nise, mi señora,
Destá manera te trate:
Yo sé que has dicho requiebros
A Finea.

LAURENCIO.

¿Que levantes,
Celia, tales testimonios?

CELIA.

Tú sabes que son verdades;
Y no solo tú á mi dueño
Ingratamente pagaste,
Pero tu Pedro, el que tiene
De tus secretos las llaves,
Ama á Clara tiernamente:
¿Quieres mas que te declare?

LAURENCIO.

Tus celos han sido, Celia,
Y quieres que yo los pague.
¿Pedro á Clara! ¿Yo á la boba!

NISE.

Laurencio, si la enseñaste,
¿De qué te quejas de aquello
En que de necio no caes?
Astrólogo me pareces;
Que siempre de ajenos males,
Sin reparar en los suyos,
Largos pronósticos hacen.
¿Oh quién os oyera juntos!
Debéis de hablar en romances,
Porque un discreto y un necio
No pueden ser consonantes.
Ahora déjame, Laurencio.

LAURENCIO.

Señora...

ESCENA IV.

LISEO. — DICHOS.

LISEO. (Ap.)

Esperaba tarde
Los desengaños; mas ya
No quiere amor que me engañe.

NISE.

Suelta.

LAURENCIO.

No quiero.

LISEO.

¿Qué es esto?

NISE.

Dice Laurencio que rasgue
Unos versos que me dió,
De cierta dama ignorante;
Y yo digo que no quiero.

LAURENCIO.

Tú podré ser que lo alcances
De Nise: ruégala tú.

LISEO.

Si algo tengo que rogarte,
Haz algo por mis memorias,
Y rasga lo que tú sabes.

NISE.

Dejadme los dos.

(Vase, y Celia la sigue.)

ESCENA V.

LAURENCIO, LISEO.

LAURENCIO.

¡Qué airada!

LISEO.

Espántome que te trate
Con esos rigores Nise.

LAURENCIO.

Pues, Liseo, no te espantes;
Que es defeto en los discretos
Tal vez el no ser afables.

LISEO.

¿Tienes qué hacer?

LAURENCIO.

Poco ó nada.

LISEO.

Pues vámonos esta tarde
Por el Prado arriba.

LAURENCIO.

Vamos

Donde quiera que tú mandes.

LISEO.

Detrás de los Recoletos
Quiero hablarte.

LAURENCIO.

Si el hablarme

No es con las lenguas que dicen,
Sino con las lenguas que hacen
(Aunque me espanto que sea),
Dejaré caballo y pajes.

LISEO.

Bien puedes.

(Vase.)

LAURENCIO.

Yo voy tras tí.

ESCENA VI.

LAURENCIO.

¿Qué celoso y qué arrogante!
Finea es simple: sin duda
De haberle contado, nace,
Mis amores y papeles.
Ya para consejo es tarde;
Que deudas y desafíos,
A que los honrados salen,
Para trampas se dilatan,
Y no es bien que se dilaten.

(Vase.)

ESCENA VII.

FINEA, UN MAESTRO DE DANZAR.

MAESTRO.

¿Tan presto se cansa?

FINEA.

Sí;

Y no quiero danzar mas.

MAESTRO.

Como no danza á compás,
Hase enfadado de sí.

FINEA.

Por poco diera de hocios
Saltando. Enfadada vengo.
¡Soy yo urraca, que andar tengo
Por casa dando salticos?
Un paso, otro contrapaso...
Floretas, otra floreta...
¿Qué locura!

MAESTRO.

¿Qué imperfecta

Cosa! En un hermoso vaso
Poner la naturaleza
Licor de un alma tan ruda,
Con que ya salga de duda
Que no es alma la belleza!

MAESTRO...
MAESTRO.
 Señora mía...

FINEA.
 Traed mañana un tamboril.

MAESTRO.
 Ese es instrumento vil,
 Aunque de mucha alegría.

FINEA.
 Que soy mas aficionada
 A cascabeles confieso.

MAESTRO.
 Es muy de caballos eso.

FINEA.
 Haced vos lo que me agrada;
 Que no es mucha rustiqueza
 El traerlos en los pies;
 Harto peor pienso que es
 Traellos en la cabeza.

MAESTRO.
 (Ap. Quiero seguille el humor.)
 Yo haré lo que mandais.

FINEA.
 Id danzando quando os vais.

MAESTRO.
 Yo os agradezco el favor;
 Pero llevaré tras mí
 Mucha gente.

FINEA.
 Un pastelero,
 Un sastre y un zapatero,
 ¿Llevan la gente tras sí?

MAESTRO.
 No; pero tampoco ellos
 Por la calle haciendo van
 Sus oficios.

FINEA.
 Si quieren ¿No podrán,

MAESTRO.
 Podrán hacellos;
 Mas yo no quiero danzar.

FINEA.
 No entreis mas aquí.

MAESTRO.
 No haré.

FINEA.
 No quiero andar en un pié,
 Ni dar vueltas ni bailar.

MAESTRO.
 Ni yo enseñar las que sueñan
 Disparates atrevidos.

FINEA.
 No importa; que los maridos
 Son los que mejor enseñan.

MAESTRO.
 ¿Han visto la mentecata?

FINEA.
 ¿Qué es mentecata, villano?

MAESTRO.
 Tened, Señora, la mano.
 Es una dama que trata
 Con aspereza y rigor
 A quien la sirve...

FINEA.
 ¿Eso es?

MAESTRO.
 Puesto que vuelve después
 Con mansedumbre y amor.

FINEA.
 ¿Es eso cierto?

MAESTRO.
 ¿Pues no?

FINEA.
 Yo os juro, aunque nunca ingrata,
 Que no hay mayor mentecata
 En todo el mundo que yo.

MAESTRO.
 El creer es cortesía.
 Adios; que soy muy cortés. (Vase.)

ESCENA VIII.

CLARA.—FINEA.

CLARA.
 ¿Danzaste?

FINEA.
 ¿Ya no lo ves?
 Persiguenme todo el día
 Con leer, con escribir,
 Con danzar, y todo es nada;
 Solo Laurencio me agrada.

CLARA.
 ¿Cómo te podré decir
 Una desgracia notable?

FINEA.
 Hablando, porque no hay cosa
 De decir dificultosa
 A mujer que viva y hable.

CLARA.
 Dormir en día de fiesta
 ¿Es malo?

FINEA.
 Pienso que no;
 Aunque si Adán se durmió,
 Buena costilla le cuesta.

CLARA.
 Pues si nació la mujer
 De una dormida costilla,
 Que duerma no es maravilla.

FINEA.
 Por eso vengo á entender,
 Solo por esa advertencia,
 Por qué se andan tras nosotros
 Los hombres, y en unas y otras
 Hacen tanta diferencia;
 Que si aquesto no es habilidad,
 Deben de andar á buscar
 Su costilla, y no hay parar
 Hasta topar su costilla.

CLARA.
 Luego, si para el que amó
 Un año y aun mas, muy bien
 Le dirán los que lo ven,
 Que su costilla topó.

A lo menos los casados.

Sabia estás.

FINEA.
 Aprendo ya;
 Que me enseña amor quizá
 Con liciones de cuidados.

CLARA.
 Volviendo al cuento, Laurencio
 Me dió un papel para tí.
 Púseme á hilar... ¡Ay de mí!
 ¿Cuánto provoca el silencio!
 Puse en la estopa el papel,
 Y como hilaba al candil,
 Y es la estopa tan sutil,
 Prendióseme el copo en él.
 Cabezas hay disculpadas
 Cuando duermen sin cojines,
 Y sueños como rocines,
 Que vienen con cabezadas.
 Apenas el copo ardió,
 Cuando, puesta en él de piés,
 Me chamusqué, ya me ves.

¿Y el papel?

CLARA.
 Libre quedó,
 Como el santo de pajaros.
 Sobraron estos renglones,
 Donde hallarás mas razones
 Que en mi cabeza aladadas.
 Mas bien se podrá leer.
 Toma y lee.

FINEA.
 Yo sé poco.

CLARA.
 Libre Dios de un fuego loco
 La estopa de una mujer.

ESCENA IX.

OCTAVIO.—DICHAS.

OCTAVIO. (Dentro.)
 Yo pienso que me canso en enseñarla:
 Ni el leer ni el danzar aprender puede,
 Aunque está menos ruda que solía. (Sale.)

FINEA.
 ¡Oh padre mentecato y generoso!
 Bien seas venido.

OCTAVIO.
 ¿Cómo mentecato?

FINEA.
 Aquel maestro de danzar me dijo
 Que era yo mentecata, y enojéme;
 Mas él me respondió que este vocablo
 Significaba una mujer que riñe,
 Y vuelve luego con amor notable;
 Y como vienes tú riñendo agora,
 Y has de mostrarme amor en breve rato,
 Quise también llamarte mentecato.

OCTAVIO.
 Pues, hija, no creais á todos hombres.
 No digais ese nombre; que no es justo.

FINEA.
 No lo haré mas; mas diga, señor padre,
 ¿Sabe leer?

OCTAVIO.
 Pues ¿eso me preguntas?

FINEA.
 Pues tome por su vida, y este lea.

¿Este papel?

FINEA.
 Sí, padre.

OCTAVIO.
 Oye, Finea.
 (Lee.) «Estoy muy agradecido á la
 merced que me haces, aunque he pa-
 sado toda esta noche contemplando tu
 hermosura.» (Rísgale.)

FINEA.
 ¿No dice mas?

OCTAVIO.
 No dice; y justamente
 Lo que falta rompió. ¿Quién te lo ha dado?

FINEA.
 Laurencio, aquel discreto caballero
 De la academia de mi hermana Nise,
 Que dice que me quiere por extremo.

OCTAVIO.
 (Ap. De su ignorancia mi desdicha temo.
 ¿Esto trujo á mi casa el ser hermosa
 Nise? El galán, el lindo, el oloroso,
 El afeitado, el limpio y el curioso!)
 ¿Hate pasado mas con este acaso?

FINEA.
 Ayer en la escalera, al primer paso,
 Me dió un abrazo.

OCTAVIO.

(Ap. ¡En buenos pasos anda
Mi pobre honor por una y otra banda!
La discreta con necios en concetos,
Y la boba en amores con discretos.
A esta no hay llevarla por castigo, [so.]
Y mas, que lo vendrá á entender su espo-
Hija, mirad que estoy muy enojado.
No os dejéis abrazar: ¡entendeis, hija?

FINEA.

No lo haré mas; y cierto que me pesa,
Porque me pareció muy bien el hombre.

OCTAVIO.

Solo vuestro marido ha de ser digno
De esos abrazos.

ESCENA X.

TURIN. — DICHOS.

TURIN.

En tu busca vengo.

OCTAVIO.

¿Qué hay, Turin?

TURIN. (Ap. á Octavio.)

Que á matarse van al campo
En este punto mi señor Liseo
Y Laurencio, un hidalgo marquesote,
Que desvanece á Nise con sonetos.

OCTAVIO.

[discretos,
(Ap. ¿Qué importa que los padres sean
Si les falta á los hijos la obediencia?
Liseo ¡habrá entendido la imprudencia
De ese Laurencio, atrevidillo y loco,
Y que sirve á su esposa? ¡Caso extraño!
¿Adónde irán?

TURIN.

Irán, si no me engaño,
Hacia los Recoletos agustinos.

OCTAVIO.

Pues vén tras mí. ¡Qué extraños desati-
(Vanse Octavio y Turin.) [nos!

ESCENA XI.

FINEA, CLARA.

CLARA.

Parece que se ha enojado
Tu padre.

FINEA.

¿Qué puedo hacer?

CLARA.

¿Por qué le diste á leer
El papel?

FINEA.

Ya me ha pesado.

CLARA.

Ya no puedes proseguir
La voluntad de Laurencio.

FINEA.

Clara, no la diferencio
Con el dejar de sentir.
Yo no sé lo que esto ha sido
Después que el hombre me vió,
Porque si es que siento yo,
El se ha llevado el sentido.
Si como, imagino en él;
Si duermo, le estoy soñando;
Y si bebo, estoy mirando
En agua su imagen dél.
¿No has visto de qué manera
Vuelve un espejo á quien mira
Su rostro, que una mentira
Le hace forma verdadera?
Pues lo mismo en ella miro
Que el cristal me representa.

CLARA.

A tus palabras atenta,
De tus mudanzas me admiro.
Parece que té trasformas
En otra.

FINEA.

En otro dirás.

CLARA.

Es maestro con quien mas
Para aprender te conformas.

FINEA.

Con todo eso, seré
Obediente al padre mio;
Fuera de que es desvario
Romper la palabra y fe.

CLARA.

Yo haré lo mismo.

FINEA.

No impidas
El camino que llevabas.

CLARA.

¿No ves que amé porque amabas,
Y olvidaré porque olvidas?

FINEA.

Harto me pesa de amalle;
Pero á ver mi daño vengo,
Aunque presumo que tengo
De olvidarme de olvidalle.

(Vanse.)

—

Campo.

ESCENA XII.

LAURENCIO, LISEO.

LAURENCIO.

Antes, Liseo, de sacar la espada,
Me decid la ocasion que á esto os obliga.

LISEO.

Pues bien será que la razon os diga.

LAURENCIO.

Liseo, si son celos de Finea,
Mientras no sé que vuestra esposa sea,
Bien puedo pretender, pues soy primero.

LISEO.

Disimulais, á fo de caballero,
Pues tan léjos andais del pensamiento
De amar una mujer tan ignorante.

LAURENCIO.

Antes de que lo diga no os espante;
Que soy tan pobre como bien nacido,
Y quiero sustentarme con su dote.
Y que lo diga así no os alborote,
Pues que vos, dilatando el casamiento,
Habeis dado mas fuerzas á mi intento;
Y porque cuando llegan obligadas
A desnudarse en campo las espadas,
Se han de decir verdades llanamente;
Que es hombre vil quien en el campo
[miente.

LISEO.

Pues yo os prometo de ayudaros tanto,
Que venga á ser tan vuestra como creo.

LAURENCIO.

Y yo con Nise haré por bien, Liseo,
Lo que veréis.

LISEO.

Pues démonos las manos,
Y no como fingidos cortesanos,
Sino como si fuéramos de Grecia,
Adonde tanto el amistad se precia.

LAURENCIO.

Yo seré vuestro Pilades.

LISEO.

Yo Oréstes.

(Abrazanse.)

ESCENA XIII.

OCTAVIO, TURIN. — DICHOS.

OCTAVIO.

Turin, ¿aquesta dices que es pendencia?

TURIN.

Conocieron de léjos tu presencia,
Y habrán disimulado.

OCTAVIO.

¡Oh caballeros!

¿Solos aquí?

LISEO.

Como Laurencio ha sido
Tan grande amigo mio desde el dia
Que llegué á vuestra casa ó á la mia,
Salimonos entrambos mano á mano
A tratar nuestras cosas igualmente.

OCTAVIO.

Deesa amistad me huelgo extrañamente,
Aqui vine á un jardin de un grande ami-
[go;
Y me holgaré de que os volvais conmigo.

LAURENCIO.

Vamos á acompañaros y servirlos.

OCTAVIO. (Ap. á Turin.)

Turin, ¿por qué razon me has engañado?

TURIN.

Porque en viéndote habrán disimulado,
Y porque en fin las mas de las pendencias
Mueren por madurar; que á no ser esto,
No hubiera mundo ya.

OCTAVIO.

Pues di, ¿tan presto
Se pudo remediar?

TURIN.

¿Qué mas remedio
De no refir que estar la vida en medio?
(Vanse.)

—

Sala en casa de Octavio.

ESCENA XIV.

NISE, FINEA.

NISE.

De suerte te has engreído,
Que te voy desconociendo.

FINEA.

De que eso digas me ofendo.
Yo soy la que siempre he sido.

NISE.

Yo te vi menos discreta.

FINEA.

Y yo mas segura á tí.

NISE.

¿Quién te va trocando así?
¿Quién te da licion secreta?
Otra memoria es la tuya:
¿Tomaste la anacardina?

FINEA.

Ni de Ana ni Catalina
He tomado licion suya.
La misma que ser solía
Soy, porque solo he mudado
Un poco de mas cuidado.

NISE.

¿No sabes que es prenda mia
Laurencio?

FINEA.

¿Quien te empeñó
A Laurencio?

NISE.

Amor.

FINEA.
¿A fe?
Pues yo le desempeñé,
Y el mismo amor me le dió.
NISE.
Quitaréte dos mil vidas,
Boba dichosa.
FINEA.
No creas
Que si á Laurencio deseas,
De Laurencio te dividas.
En mi vida supe mas
De lo que él me dijo aquí:
Eso sé y eso aprendí.
NISE.
Muy aprovechada estás.
Desde hoy mas no ha de pasarte
Por el pensamiento.

FINEA.
¿Quién?
NISE.

Laurencio.
FINEA.
Dices muy bien.
¿No volverás á enojarte?

NISE.
Si los ojos puso en tí,
Quítelos luego.

FINEA.
Que sea
Como tú quieres.

NISE.
FINEA.
Déjame á Laurencio á mí.
Marido tienes.

FINEA.
No creo
Que refirémos las dos.

NISE.
Quédate con Dios.

FINEA.
Adios.
(Vase Nise.)
¿En qué confusion me veo!
¿Hay mujer tan desdichada!
Todos dan en perseguirme.

ESCENA IV.

LAURENCIO. — FINEA.

LAURENCIO.
(Ap. Detente en un punto firme,
Fortuna veloz y airada,
Que ya parece que quieres
Ayudar mi pretension.
¿Oh qué gallarda ocasion!)
¿Eres tú, mi bien?

FINEA.
No esperes,
Laurencio, verme jamás:
Todos me riñen por tí.

LAURENCIO.
Pues ¿qué te han dicho de mí?

FINEA.
Eso agora lo sabrás.
¿Dónde está mi pensamiento?

LAURENCIO.
¿Tu pensamiento?

FINEA.
Sí.
LAURENCIO.

En tí;
Porque si estuviera en mí,
Yo estuviera mas contento

FINEA.
¿Vesle tú?
LAURENCIO.
Yo no, jamás.
FINEA.
Mi hermana me ha dicho aquí
Que no has de pasarme á mí
Por el pensamiento mas.
Por eso, allá te desvia,
Y no me pases por él.
LAURENCIO.
Piensa que ya estoy en él,
Y echarme fuera querría.
FINEA.
Tambien ha dicho que en mí
Pusiste los ojos.

LAURENCIO.
Dice
Verdad: no lo contradice
El alma, que vive en tí.

FINEA.
Pues tú me has de quitar luego
Los ojos que me pusiste.

LAURENCIO.
¿Cómo, si en amor consiste?

FINEA.
Que me los quites te ruego
Con ese lienzo de aquí,
Si yo los tengo en mis ojos.

LAURENCIO.
No mas: cesen los enojos.
(Pónete el lienzo en los ojos.)

FINEA.
¿Están en mis ojos?
LAURENCIO.
Sí.

FINEA.
Pues quita luego los tuyos,
Que no han de estar en los míos.
LAURENCIO. (Ap.)

¿Qué graciosos desvarios!
FINEA.
Ponlos á Nise en los suyos.
¿Llévastelos en el lienzo?

LAURENCIO.
Sí, Señora: ¿no lo ves?

FINEA.
Laurencio, no se los des;
Que á sentir penas comienzo.
Pues mas hay; que el padre mío
Bravamente se ha enojado
Del abrazo que me has dado.

LAURENCIO.
Mas ¿que hay otro desvario?

FINEA.
Tambien me le has de quitar,
No me ha de reñir por esto.

LAURENCIO.
¿Cómo ha de ser?
FINEA.
Siendo presto.
¿No sabrás desabrazar?

LAURENCIO.
El brazo derecho alcé
Entonces, muy bien me acuerdo;
Ahora alzaré el izquierdo,
Y el abrazo desharé. (Abrazala.)

FINEA.
¿Estoy ya desabrazada?
LAURENCIO.

Pues ¿no lo ves?

ESCENA XVI.

NISE. — Dichos.

NISE.
¿Oh qué bien!

FINEA.
Huélgome, Nise, tambien;
Que ya no me dirás nada.
Ya Laurencio no me pasa
Por el pensamiento á mí;
Ya los ojos le volví,
Pues que contigo se casa.
En el lienzo los llevé,
Y ya me ha desabrazado.

LAURENCIO. (Ap. á Nise.)
Tú sabrás lo que ha pasado
Con harta risa.

NISE. (Ap. á Laurencio.)
Aquí no.
Vamos los dos al jardin;
Que tengo bien que riñamos.
LAURENCIO.
Donde tú quisieres vamos.
(Vanse Nise y Laurencio.)

ESCENA XVII.

FINEA.

Ella se le lleva en fin.
¿Qué es esto que me da pena
De que se vaya con él?
Estoy por irme tras él.
¿Qué es esto que me enajena
De mi propia voluntad?
No me hallo sin Laurencio.
Mi padre viene: silencio.
Callad, lengua; ojos, hablád.

ESCENA XVIII.

OCTAVIO. — FINEA.

OCTAVIO.
¿Adónde está tu esposo?
FINEA. Yo pensaba
Que lo primero en viéndome que hicie-
Fuera saber de mí si te obedezco. (Ras,
OCTAVIO.
Pues eso ¿á qué propósito?

FINEA.
¿Enojado
No me dijiste aquí qué era mal hecho
Abrazar á Laurencio? Pues yo agora
Que me desabrazase le he rogado,
Y el abrazo pasado me ha quitado.

OCTAVIO.
¿Hay ignorancia tal? Pues dime, bestia,
¿Otra vez le abrazabas?

FINEA.
Que no es eso:
Al principio fué hecho aquel abrazo,
Alto el brazo derecho de Laurencio,
Y agora levantó, que bien me acuerdo,
Porque fuese al revés, el brazo izquierdo.
Luego desabrazada quedo agora.

OCTAVIO. (Ap.)
Cuando piensa que sabe, mas ignora.
Ello es querer hacer lo que no quiso
Naturaleza.

FINEA.
Diga, señor padre,
¿Cómo se llama aquello que se siente
Cuando se va con otra lo que se ama?

OCTAVIO.
Ese agravio de amor celos se llama.

ESGENA XX.

DUARDO, FENISO, PEDRO.—DICHOS.

PEDRO. (Ap. á *Duardo y Feniso*.)

Finea y Laurencio están juntos.

DUARDO.

Y él fuera de sí.

LAURENCIO. (Ap. á *Duardo y Feniso*.)

Seais los tres bien venidos
A la ocasion mas gallarda
Que se me pudo ofrecer;
Y pues de los dos el alma
A sola Nise discreta
Inclina las esperanzas,
Oid lo que con Finea
Para mi remedio pasa.

DUARDO.

En esta casa parece,
Segun por los aires andas,
Que te ha dado hechizos Circe:
Nunca sales desta casa.

LAURENCIO.

Yo voy aquí con mi ingenio
Haciendo una rica traza
Para hacer oro de alquimia.

PEDRO.

La salud y el tiempo gastas.
Igual seria, Señor,
Casarte, pues todo cansa,
De pretender imposibles.

LAURENCIO.

Calla, necio.

PEDRO.

El nombre basta
Para no callar jamás;
Que nunca los necios callan.

LAURENCIO. (Ap. á *Finea*.)

Si dices delante destos
Cómo me das la palabra
De ser mi esposa y mujer,
Todos los celos se acaban.

FINEA.

¿Eso no mas? Yo lo haré.

LAURENCIO.

Pues tú misma á los tres llama.

FINEA.

Duardo, Feniso, Pedro,
Yo doy aquí la palabra
De ser esposa y mujer
De Laurencio.

FENISO.

¿Cosa extraña!

LAURENCIO.

¿Sois testigos desto?

LOS TRES.

Sí.

LAURENCIO.

Haz cuenta que ya estás sana
Del amor y de los celos
Que tanta pena te daban.

FINEA.

Dios te lo pague, Laurencio.

LAURENCIO.

Venid los tres á mi casa;
Que tengo un notario allí.

DUARDO.

Pues ¿con Finea te casas?

LAURENCIO.

Sí, Duardo.

DUARDO.

¿Y Nise bella?

LAURENCIO.

Troqué discrecion por plata.

(*Vanse Laurencio, Duardo, Feniso y Pedro.*)

ESGENA XXI.

OCTAVIO, NISE.—FINEA.

NISE.

Hablando estaba con él
Cosas de poca importancia.

OCTAVIO.

Mira, hija, que esas cosas
Mas deshonor que honor causan.

NISE.

Es un honesto mancebo
Que de buenas letras trata,
Y téngole por maestro.

OCTAVIO.

No era tan blanco en Granada
Juan Latino, que la hija
De un veinticuatro enseñaba;
Y con ser negro y esclavo,
Porque era su madre esclava,
Del claro duque de Sesa,
Honra de España y de Italia,
Vino á casarse con ella;
Que gramática estudiaba,
Y la enseñó á *conjugas*
En llegando al *amo amas*;
Que así llama al matrimonio
El latín.

NISE.

De eso me guarda
Ser tu hija.

FINEA.

¿Murmurais

De mis cosas?

OCTAVIO.

¿Aquí estaba
Esta loca?

FINEA.

Ya no es tiempo
De refirme.

NISE.

¿Quién te habla?

OCTAVIO.

¿Quién te riñe?

FINEA.

Nise y tú.
Pues sabed que agora acaba
De quitarme el amor todo
Laurencio, como la palma.

OCTAVIO.

¿Hay alguna boberia?

FINEA.

Díjome que se quitaba
El amor con que le diese
De su mujer la palabra;
Y delante de testigos
Se la he dado; y ya estoy sana
Del amor y de los celos,
Que tanta pena me daban.

OCTAVIO.

Esta, Nise, ha de quitarme
La vida.

NISE.

¿Palabra dabas
De mujer á ningun hombre!
¿Tú no ves que estás casada?

FINEA.

Para quitar el amor,
¿Qué importa?

OCTAVIO.

¿Locura extraña!
No entre aquí Laurencio.

NISE. (Ap. á su padre.)

Es yerro
Que él y Liseo la engañan,
Y aquesta traza han tomado
No mas de para enseñarla.

FINEA.

¿Celos?

OCTAVIO.

Sí: ¿tú no ves que son sus hijos?

FINEA.

El padre puede dar mil regocijos,
Yes muy hombre de bien; mas desticha-
Del que tan malos hijos ha criado, [do

OCTAVIO. (Ap.)

Luz va tomando ya; por cierto creo
Que si amor la enseñase, aprenderia.

FINEA.

¿Con qué se quita el mal de celosia?

OCTAVIO.

Con desenamorarse, si hay agravio,
Que es el remedio mas prudente y sabio.
¿Dónde tu hermana está?

FINEA.

Junto á la fuente
Con Laurencio se fué.

OCTAVIO.

¿Cansada cosa!

Aprenda noramala á hablar su prosa,
Déjese de sonetos y canciones.
Allá voy á romperles las razones. (Vase.)

FINEA.

¿Por quién en el mundo pasa
Esto que pasa por mí?

¿Qué vi denantes? Qué vi,
Que así me enciende y abraza?
Celos dice el padre mio
Que son. ¡Brava enfermedad!

ESGENA XIX.

LAURENCIO.—FINEA.

LAURENCIO.

(Ap. Huyendo su autoridad,
De enojarle me desvío;
Aunque en parte le agradezco
Que excusase los enojos
De Nise. Aquí están los ojos
A cuyos rayos me ofrezco.)
Señora...

FINEA.

Estoy por no hablarte
Porque te fuiste con Nise.

LAURENCIO.

No me fui porque yo quise.

FINEA.

Pues ¿por qué?

LAURENCIO.

Por no enojarte.

FINEA.

Yo estoy celosa de tí,
Porque ya sé que son celos;
Que su digno nombre ¡ay cielos!
Me dijo mi padre aquí;
Mas tambien me dió el remedio.

LAURENCIO.

¿Cuál es?

FINEA.

Desenamorarame,
Y así podré sosegarme,
Quitando el amor de enmedio.

LAURENCIO.

Pues eso ¿cómo ha de ser?

FINEA.

El que me puso el amor
Me le quitará mejor.

LAURENCIO.

Otro mejor puede haber.

FINEA.

¿Cuál?

LAURENCIO.

Los que vienen aquí
Al remedio ayudarán.

OCTAVIO.
¡Oh! pues con eso yo callo.
FINEA.
¡Oh! pues con eso nos tapas
La boca.
OCTAVIO.
Vén allá dentro.
(Ap. ¡Qué descanso de mis canas!)

(Vase Octavio y Finea.)
NISE.
Hame contado Laurencio
Que han tomado aquesta traza
El y Liseo por ver
Si aquesta rudeza labran,
Y no me parece mal.

ESCENA XXII.

LISEO.—NISE.

LISEO.
¡Hate contado mis ansias
Laurencio, discreta Nise?
NISE.
¡Qué me dices? ¿Sueñas ó hablas?

LISEO.
Palabra me dió Laurencio
De ayudar mis esperanzas,
Viendo que las pongo en tí.

NISE.
Pienso que de hablar te cansas
Con tu esposa, ó que se embota
En la rudeza que labras
El cuchillo de tu ingenio,
Y para volver á hablarla
Quieres darte un filo en mí.

LISEO.
Verdades son las que trata
Mi amor, Nise; no mentiras.
Escúchame.

NISE.
¡Qué inconstancia,
Qué locura, error, traicion
A mi padre y á mi hermana!
Id en buen hora, Liseo.

LISEO.
¡Esta manera me pagas
Tan desatinado amor?

NISE.
Pues si es desatino, basta.

ESCENA XXIII.

LAURENCIO.—DICHOS.

LAURENCIO. (Ap.)
Hablando está con Liseo:
Si Liseo se declara,
Nise ha de entender sin duda
Que mis lisonjas la engañan.
Sospecho que ya me ha visto.

NISE.
¡Oh gloria de mi esperanza!

LISEO.
¡Yo vuestra gloria, Señora?

NISE.
Hanme dicho que me tratas
Con traicion; mas no lo creo;
Que no lo consiente el alma.

LISEO.
¡Traicion, Nise! Si en mi vida
Mostrare amor á tu hermana,
Me mate un rayo del cielo.

LAURENCIO. (Ap.)
Es conmigo con quien habla
Nise, y presume Liseo
Que le requiebra y regala.

NISE.
Quiérome quitar de aquí;
Que de manera me trata
Amor, que diré locuras.

LISEO.
No os vais ¡oh Nise gallarda!
Que después destos favores,
Quedará sin vida el alma.

NISE.
No puedo menos.

(Vase.)

ESCENA XXIV.

LAURENCIO, LISEO.

LISEO.
¡Aquí
Estabas á mis espaldas!

LAURENCIO.
Agora entré.

LISEO.
Luego ¿á tí
Te hablaba y te requiebra,
Aunque me miraba á mí,
Aquella discreta ingrata?

LAURENCIO.
Liseo, aquesta es discreta;
No podrás, si no la engañas,
Quitarle del pensamiento
El imposible que aguarda;
Porque yo soy de Finea.

LISEO.
Si mi remedio no trazas,
Cuéntame loco de amor.

LAURENCIO.
Déjame el remedio y calla;
Porque burlar un discreto
Es la mayor alabanza.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

FINEA.

¡Amor, divina invencion
De conservar la belleza,
De nuestra naturaleza,
Accidente ó eleccion!
Extraños efetos son
Los que de tu ciencia nacen,
Pues las tinieblas deshacen,
Pues hacen hablar los mudos,
Pues los ingenios mas rudos
Sabios y discretos hacen.
No há dos meses que vivía
A las bestias tan igual,
Que aun el alma racional
Parece que no tenia:
Con el animal sentía,
Y crecía con la planta;
La razon divina y santa
Estaba eclipsada en mí,
Hasta que tus rayos vi,
A cuyo sol me levanta.
Tú desataste y rompiste
La oscuridad de mi ingenio,
Tú fuiste el divino genio
Que me enseñaste, y me diste
La luz con que me pusiste
En el lugar en que estoy:
Mil gracias, amor, te doy,
Pues me enseñaste tan bien,
Que dicen cuantos me ven
Que tan diferente estoy.

ESCENA II.

CLARA.—FINEA.

CLARA.
En grande conversacion
Están de tu entendimiento.

FINEA.
Huélgome que esté contento
Mi padre en esta ocasion.

CLARA.
Atribuyen al amor
De Liseo este milagro.

FINEA.
En otras aras consagro
Mis votos, Clara, mejor.
Laurencio ha sido el maestro.

CLARA.
Como Pedro lo fué mío.

FINEA.
De verlos hablar me río
En este milagro nuestro.

CLARA.
Gran fuerza tiene el amor,
Catedrático divino.

ESCENA III.

OCTAVIO, MISENO.—DICHAS.

MISENO. (Ap. á Octavio.)

Yo pienso que es el camino
De su remedio mejor.
Y ya, pues habéis llegado
A ver con entendimiento
A Finea, que es contento
Nunca de vos esperado,
A Nise podeis casar
Con este mozo gallardo.

OCTAVIO.
Vos solamente á Duardo
Pudierades abonar.
Mozuelo me parecia
Destos que se desvanecen,
A quien agora enloquecen
La arrogancia y la poesia.
No son gracias de marido
Sonetos: Nise es tentada
De académica endiosada,
Y á casa los ha traído.
¡Quién la mete á una mujer
Con Petrarca y Garcilaso,
Siendo su Virgilio y Taso
Hilar, labrar y coser?
Ayer sus librillos vi,
Papeles y escritos varios;
Pensé que devocionarios,
Y desta suerte lei:
¡Historia de dos amantes,
Sacada de lengua griega,
Rimas de Lope de Vega,
Galatea, de Cervantes,
El xamores de Lisboa,
Los pastores de Belen,
Comedias de don Guillen
De Castro, Liras de Ochoa,
Cien sonetos de Liffan,
Y de Herrera el divino
Canciones, El peregrino,
El pícaro de Guzman,
Cancion que Luis Vélez dijo
En la academia del duque
De Pastrana, Obras de Luque,
Cartas de don Juan de Argüejo...
Mas ¿qué os canso? Por mi vida,
Que se los quise quemar.

MISENO.
Casalda, y veréla estar
Ocupada y divertida

En el parir y el criar.

OCTAVIO.
¡Qué gentiles devociones!
Si Duardo hace canciones,
Bien los podemos casar.

MISENO.
Es poeta caballero;
No temais, hará por gusto
Versos.

OCTAVIO,
Con mucho disgusto
Los de Nise considero.
Temo, y en razón lo fundo,
Si en esto da, que ha de haber
Un don Quijote mujer
Que dé que reír al mundo.

ESCENA IV.

NISE, LISEO, TURIN.—DICHOS.

LISEO. (Ap. d Nise.)
Trátasme con tal desden,
Que pienso que he de apelar
Adonde sepan tratar
Mis obligaciones bien.
Pues advierte, Nise bella,
Que ya Finea es sagrado;
Que un amor tan desdenado
Puede hallar remedio en ella.

NISE.
Liseo, el hacermes fieros
Fuera bien considerado
Cuando yo te hubiera amado.

LISEO.
Los nobles y caballeros
Como yo, se han de estimar;
No lo indino de querer.

NISE.
Poner freno á la mujer
Es poner límite al mar.
Extrañas quimeras son;
Que amor, como es accidente,
Tiénese donde se siente,
No donde fuera razón.

LISEO.
Eso, Señora, no es justo,
Y no lo digo con celos,
Que pongais falta á los cielos
En la bajeza del gusto.
A lo que se hizo mal,
No es bien decir: «Fué mi estrella.»

NISE.
Yo no pongo culpa en ella
Ni en el curso natural;
Porque Laurencio es un hombre
Tan hidalgo y caballero,
Que puede honrar...

LISEO.
Paso.

NISE. Quiero
Que reverenciéis su nombre.

LISEO.
A no estar tan cerca Octavio...

OCTAVIO.
¡Oh Liseo!

LISEO.
¡Oh mi señor!
NISE. (Ap.)
¡Que se ha de tener amor
Por fuerza? ¡Notable agravio!

ESCENA V.

UN CRIADO.—DICHOS.

CRIADO.
El maestro de danzar

A las dos llama á lición.

OCTAVIO.
Él viene á buena ocasión.
Vaya un criado á llamar
Los músicos, porque vea
Liseo á lo que ha llegado
Finea.

(Vase el criado.)

ESCENA VI.

OCTAVIO, NISE, FINEA, LISEO, MI-
SENO, CLARA, TURIN; luego, EL
CRIADO, EL MAESTRO DE DAN-
ZAR, y músicos.

LISEO. (Ap.)
Amor engañado,
Hoy volveréis á Finea;
Que muchas veces amor,
Disfrazado en la venganza,
Hace una justa mudanza
Desde un desden á un favor.

(Sale el criado.)
CRIADO.
Ya los músicos venían.
(Salen los músicos y el maestro de
danzar.)

OCTAVIO.
Muy bien venidos seáis.
LISEO. (Ap.)
Hoy, pensamientos, vengaís
Los agravios que os hacían.

OCTAVIO.
Nise y Finea...
NISE.
Señor...

OCTAVIO.
Vaya aquí, por vida mía,
El baile del otro día.
(Cantan los músicos, y bailan Nise y
Finea.)

LISEO.
Todo es mudanzas amor.

MAESTRO.
Gallardamente por cierto.

MISENO.
Dad gracias á Dios, Octavio,
Que os satisfizo este agravio.

OCTAVIO.
(Ap. d Misenio. Tratemos nuestro con-
de Duardo con Finea.) [cierto]
Hijas, yo tengo que hablar.

FINEA.
Yo nací para agradar.

OCTAVIO. (Ap.)
¿Quién hay que mis dichas crea?
(Vanse todos, menos Liseo y Turin.)

ESCENA VII.

LISEO, TURIN.

LISEO.
Turin...

TURIN.
Señor, ¿qué me quíeres?

LISEO.
Quiérote comunicar
Un nuevo gusto.

TURIN.
Si es dar
Sobre tu amor parecieres,
Busca un letrado de amor.

LISEO.
Yo he mudado parecer.

TURIN.
A ser dejar de querer
A Nise, fuera el mejor.

LISEO.
El mismo, porque Finea
Me ha de vengar de su agravio.

TURIN.
No te tengo por tan sabio,
Que esa discreción te crea.
Y no ha de ser el casarse
Por vengarse de un desden;
Que nunca se casó bien
Quien se casó por vengarse.
Porque es discreta Finea,
Y porque el seso cobró
(Pues de Nise no sé yo
Que tan entendida sea),
Será bien casarte luego.

LISEO.
Misenio ha venido aquí;
Algo tratan contra mí.

TURIN.
Que lo mires bien te ruego.

LISEO.
No hay mas: á pedirla voy.

TURIN.
El cielo tus pasos guíe,
Y del error te desvíe
En que yo por Celia estoy.
(Vase Liseo.)

¡Que enamore amor á un hombre
Como yo! Amor desatina.
¡Que una niña de cocina,
Para blason de su nombre
Ponga: «Aquí murió Turin,
Entre sartenes y cazos»!

ESCENA VIII.

LAURENCIO, PEDRO.—TURIN.

LAURENCIO.
Todo es poner embarazos
Para que no llegue el fin.

PEDRO.
Habla bajo; que hay escuchas.

LAURENCIO.
¡Oh, Turin!

TURIN.
Señor Laurencio...

LAURENCIO.
¡Tanta quietud y silencio!

TURIN.
Hay obligaciones muchas
Para callar un discreto,
Y yo muy discreto soy.

LAURENCIO.
¿Qué hay de Liseo?

TURIN.
A eso voy.

FUÉSE Á CASAR.
PEDRO.
¡Buena secreto!

TURIN.
Está tan enamorado
De la señora Finea,
Si no es que venganza sea
De Nise, que me ha jurado
Que luego se ha de casar;
Y es ido á pedirla á Octavio.

LAURENCIO.
Podré yo llamarme á agravio.

TURIN.
Él no os pretende agraviar.

LAURENCIO.
Las palabras ¡suelen darse

Para no cumplirse?

TURIN.
No.

LAURENCIO.

De no casarse la dió.

TURIN.

El no la quiebra en casarse.

LAURENCIO.

¿Cómo?

TURIN.

Porque no se casa

Con la que solía ser,
Sino con otra mujer.

LAURENCIO.

¿Cómo es otra?

TURIN.

Porque pasa

Del no saber al saber,
Y con saber le obligó.
¿Mandáis otra cosa?

LAURENCIO.

No.

TURIN.

Pues adios.

(Vase.)

ESCENA IX.

LAURENCIO, PEDRO.

LAURENCIO.

¿Qué puedo hacer?

Lo mismo que presumí
Y tenía sospechado
Del ingenio que ha mostrado,
Se viene á mostrar aquí.
Como la ha visto Liseo
Discreta, la voluntad
Ha puesto en la habilidad.

PEDRO.

Y en el oro algun deseo.
Cansóle la bobesía,
La discrecion le animó.

ESCENA X.

FINEA. — DICHOS.

FINEA.

Clara, Laurencio, me dió
Nueva de tanta alegría.
Luego á mi padre dejó;
Y aunque ella me lo callara,
Yo tengo quien me avisara,
Que es el alma, que te ve
Por mil vidrios y cristales,
Por donde quiera que vas,
Porque en mi memoria estás
Con memorias inmortales.
Todo este grande lugar
Tiene cubierto de espejos
Mi amor, juntos y parejos,
Para poderte mirar.
Si vuelvo el rostro allí, veo
Tu imagen; si á la otra parte,
Tambien; y así viene á darte
Nombre de sol mi deseo;
Que en cuantos espejos mira
Y fuentes de pura plata,
Tu bello rostro retrata,
Y tu imagen bella mira.

LAURENCIO.

¡Ay, Finea! A Dios pluguiera
Que nunca tu entendimiento
Llegara, como ha llegado,
A la mudanza que veo!
Necio me tuvo seguro,
Y sospechoso discreto,
Porque yo no te quería
Para pedirte consejos.

¿Qué libro esperaba yo
De tus manos? ¿En qué pleito
Habías jamás de hacermé
Informacion en derecho?
Inocente te quería,
Porque una mujer cordero
Es tison de su marido,
Que puede traerle al cuello.
Hable la dama en la reja,
Escriba, diga concetos
En el coche, en el estrado,
De amor, de engaños, de celos;
Pero la casada sepa
De su familia el gobierno,
Porque el mas discreto hablar
No es santo como el silencio.
Mira lo que ha resultado
De trasformarse tu ingenio,
Pues va á pedirte ¡ay de mí!
Para su mujer Liseo.
Liseo te quiere bien;
El se casa; yo soy muerto.
¿Nunca, plegue á Dios, hablaras!

FINEA.

¿De qué me culpas, Laurencio?
A pura imaginacion
Del alto merecimiento
De tus partes, aprendí
El que tú dices que tengo.
Por hablarte supe hablar,
Vencida de tus requiebros;
Para responderte escribo;
No he tenido otro maestro
Que amor; amor me ha enseñado;
Tú eres la ciencia que aprendo.
¿De qué te quejas de mí?

LAURENCIO.

De mí desdicha me quejo;
Pero, pues ya sabes tanto,
Dame Señora, un remedio.

FINEA.

El remedio es fácil.

LAURENCIO.

¿Cómo?

FINEA.

Sí, porque mi rudo ingenio,
Que todos aborrecían,
Se ha trasformado en discreto.
Liseo me quiere bien;
Con volver á ser tan necio
Como primero le tuve,
Me aborrecerá Liseo.

LAURENCIO.

Pues ¿sabrás fingirte boba?

FINEA.

Sí; que lo fui mucho tiempo;
Y la tierra donde nacen
Saben andarla los ciegos.
Demás desto, las mujeres
Naturaleza tenemos
Tan pronta para fingir,
Ya con amor, ya con celos,
Que antes de nacer fingimos.

LAURENCIO.

¿Antes de nacer?

FINEA.

Yo pienso
Que en tu vida lo has oído.
Escucha.

LAURENCIO.

Ya estoy atento.

FINEA.

Quando estamos en el vientre
De nuestras madres, hacemos
Entender á nuestros padres,
Para engañar sus deseos,
Que somos hijos varones;
Y así verás que contentos

Acuden á su regalo
Con amores, con requiebros.
Y esperando el mayorazgo,
Tras tantos regalos hechos,
Sale una hembra que corta
La esperanza á sus deseos.
Segun eso, si esperaron
Hijo varon, y hembra vieron,
Antes de nacer fingimos.

LAURENCIO.

Es evidente argumento;
Pero yo veré si sabes
Hacer, Señora, tan presto
Mudanza de extremos tales.

FINEA.

Paso; que viene Liseo.

LAURENCIO.

Aquí me quiero esconder.

FINEA.

Ya llega.

LAURENCIO.

Sígueme, Pedro.

PEDRO.

En grandes peligros andas.

LAURENCIO.

Tal estoy, que aun no lo siento.

(Vase Laurencio y Pedro.)

ESCENA XI.

LISEO, TURIN. — FINEA.

LISEO.

Yo lo dejo concertado.

TURIN.

Al fin estaba del cielo
Que fuese tu esposa.

LISEO.

(Ap. Aquí
Está mi primero dueño.)
¿No sabéis, señora mía,
Cómo ha querido Miseno
Casar á Duardo y Nise,
Y cómo yo tambien quiero
Que se hagan nuestras bodas
Con las suyas?

FINEA.

No lo creo;
Que Nise me ha dicho á mí
Que está casada en secreto
Con vos.

LISEO.

¿Connigo?

FINEA.

No sé
Si érades vos ó Olivéros.
¿Quién sois vos?

LISEO.

¿Hay tal mudanza?

FINEA.

¿Quién decís que no me acuerdo.
Y si mudanza os parece,
¿Cómo no veis que en el cielo
Cada mes hay luna nueva?

LISEO.

¿Hay tal locura?

TURIN.

¿Qué es esto?

LISEO.

¿Si le vuelve el mal pasado?

FINEA.

¿Daisos por vencido?

LISEO. (Ap.)

Creo

Que era locura su mal.

FINEA.

Guárdanlas para remiendos

De las que salen menguadas.
¿Veis ahí que sois un necio?

LISEO.

Señora, mucho me admiro
De que ayer tan alto ingenio
Mostráredes.

FINEA.

Pues, Señor,
Agora ha llegado al vuestro;
Que la mayor discrecion
Es acomodarse al tiempo.

LISEO.

Eso dijo el mayor sabio.

TURIN.

Y esto escucha el mayor necio.

LISEO.

Volved, mi señora, en vos,
Considerando que os quiero
Por mi dueño para siempre.

FINEA.

¿Por mi dueña, majadero?

LISEO.

Así tratáis un esclavo
Que os da el alma?

FINEA.

¿Cómo es eso?

LISEO.

Que os doy el alma.

FINEA.

¿Qué es alma?

LISEO.

¿Alma? El gobierno del cuerpo.

FINEA.

¿Cómo es un alma?

LISEO.

Señora,
Como filósofo puedo
Difinirla, no pintarla.

FINEA.

No es alma la que en el peso
Le pintan á san Miguel?

LISEO.

También á un ángel le vemos
Con alas; pero él en fin
Es espíritu.

FINEA.

Yo os creo.

¿Andan las almas?

LISEO.

Las almas
Obran por los instrumentos,
Por los sentidos y partes
De que se organiza el cuerpo.

FINEA.

¿Longaniza come el alma?

TURIN. (Ap. á su amo.)

¿Por qué te cansas?

LISEO.

No puedo
Pensar sino que es locura.

TURIN.

Pocas veces de los necios
Se hacen los locos, Señor.

LISEO.

Pues ¿de quién?

TURIN.

De los discretos,
Porque de diversas causas
Nacen efectos diversos.

LISEO.

¡Ay, Turin! vuélvome á Nise.
Mas quiero el entendimiento
Que toda la voluntad.—
Señora, pues mi deseo,

Que era de daros el alma,
No pudo tener efecto,
Quedad con Dios.

FINEA.

Soy medrosa
De las almas, porque temo
Que de tres que andan pintadas
Puede ser la del infierno.
La noche de los difuntos
No saco, de puro miedo,
La cabeza de la ropa.

LISEO. (Ap.)

Ella es loca sobre necio,
Que es la peor guarnicion:
Decirlo á su padre quiero.

(Vanse Liseo y Turin.)

ESCENA XII.

LAURENCIO, PEDRO. — FINEA.

FINEA.

¿Qué te parece?

LAURENCIO.

Muy bien:

Que has dado el mejor remedio
Que pudiera imaginarse.

FINEA.

Sí; pero siento en extremo
Volverme boba, aun fingida;
Y pues fingida lo siento,
Los que son bobos de veras
¿Cómo viven?

LAURENCIO.

No sintiendo.

PEDRO.

Pues si un tonto ver pudiera
Su entendimiento á un espejo,
¿No fuera huyendo de sí?
La razon de estar contentos
Es aquella confianza
De tenerse por discretos.

FINEA.

Háblame, Laurencio mio,
Sutilmente, porque quiero
Despicarme de ser boba.

ESCENA XIII.

NISE, CELIA. — LAURENCIO, FINEA
Y PEDRO, sin verlas.

NISE. (Ap. á Celia.)

Siempre Finea y Laurencio
Juntos: sin duda se tienen
Amor; no es posible menos.

CELIA.

Yo-sospecho que te engañas.

NISE.

Desde aquí los escuchemos.

(Escóndense.)

LAURENCIO.

¿Qué puede, hermosa Finea,
Decirte el alma, aunque sale
De sí misma, que se iguale
A lo que el alma desea?
Allá mis sentidos tienes:
Escoge de lo sutil,
Presumiendo que en abril
Por amenos prados vienes.
Corta las diversas flores,
Porque en mi imaginacion
Tales los deseos son.

NISE.

Estos, Celia, ¿son amores, (Ap. á ella.)
Ó regalos de cañado?

CELIA.

Regalos deben de ser;

Pero no quisiera ver
Cañado tan regalado.

PEDRO. (Ap. á Finea.)

Tu hermana escuchando.

FINEA.

¡Ay cielos!

Vuélvome á boba.

LAURENCIO.

Eso importa.

Voyme.

NISE. (A Laurencio.)

Los pasos reporta.

LAURENCIO.

¿Qué quieres? ¿Vendrás con celos?

NISE.

Celos son para sospechas;
Las que trato son verdades.

LAURENCIO.

¿Qué presto te persuades
Y de engaños te aprovechas!
¿Querías casar así
Levantando un testimonio,
Y de aqueste matrimonio
Echarme la culpa á mí?
Y si te quieres casar,
Déjame.

(Vase.)

NISE.

¿Qué bien me dejas!

Vengo á quejarme, ¿y te quejas?

¿Aun no me dejas hablar?

PEDRO.

Tiene razon mi señor.

Cásate y acaba ya.

(Vase.)

ESCENA XIV.

NISE, FINEA, CELIA.

NISE.

¿Qué es aquello?

CELIA.

Que se va

Pedro con el mismo humor.
Y aquí viene bien que Pedro
Es tan ruin como su amo.

NISE.

Ya le aborrezco y desamo.
¿Qué bien con las quejas medro!
Pero fué buena invencion
Anticiparse á reñir.

CELIA.

¿Y el Pedro? ¿quién le vió ir
Tan bellaco y socarrón!

NISE. (A Finea.)

Y tú, que disimulando
Estás la traicion que has hecho,
Lleno de engaños el pecho,
Con que me estás abrasando,
¿Pienzas que le has de gozar?

FINEA.

¿Tú me has dado pez á mí,
Ni sirena, ni yo fui
Jamás contigo á la mar?
Anda, Nise; que estás loca.

CELIA.

¿Qué es esto?

NISE.

Á tonta se vuelve.—

Á una cosa te resuelve. (A Finea.)

Tanto el furor me provoca,
Que el alma te he de sacar.

FINEA.

¿Tienes cuenta de perdon?

¡Nise no ha mentado pez, ni sirena, ni cosa parecida: quizá falta una redondilla después del verso con que me estás abrasando.

COMEDIAS ESCOGIDAS DE LOPE DE VEGA CARPIO.

NISE.
Téngola de tu traición,
Pero no de perdonar.
¿El alma quieres quitarme,
Con quien el alma vivía?
Dame el alma que solía,
Traidora hermana, animarme.
Mucho debes de saber,
Pues del alma me desalmas.

FINEA.
Todos me piden sus almas:
Almario debo de ser.
Toda soy hurtos y robos.
Montes hay donde no hay gente:
Yo me iré á meter serpiente.

NISE.
Que ya no es tiempo de bobos.
Dame el alma.

ESCENA XV.

OCTAVIO, MISENO, DUARDO, FENISO, PEDRO. — DICHAS.

OCTAVIO.
¿Qué es aquesto?
FINEA.
Almas me piden á mí.
¿Soy yo purgatorio?

NISE.
SI.
FINEA.
Pues procura salir presto.

OCTAVIO.
¿No me diréis la ocasión
De vuestro enojo?

FINEA.
Querer
Nise, á fuerza del saber,
Pedir lo que no es razón.
Almas, sirenas y peces
Dice que me ha dado á mí.

OCTAVIO.
¿Hase vuelto á boba?

NISE.
SI.
OCTAVIO.
Pienso que tú la embobeces.

DUARDO.
¿No decían que ya estaba
Con mucho seso?

OCTAVIO.
¿Ay de mí!

NISE.
No quiero hablar claro.

OCTAVIO.
DI.
NISE.
Todo su daño se acaba
Con mandar expresamente
(Pues como padre podrás,
Y aunque en todo, en esto mas,
Pues tu honor no lo consiente)
Que Laurencio no entre aquí.

OCTAVIO.
¿Cómo!
NISE.
Porque él ha trazado
Que esta no se haya casado,
Y que yo te enoje á tí.

OCTAVIO.
Pues eso es muy fácil cosa.

NISE.
En paz tu casa tendrás.

ESCENA XVI.

LAURENCIO, PEDRO. — DICHOS.

PEDRO.
Contento en extremo estás.

LAURENCIO.
¿Invencción maravillosa!

CELIA.
Ya Laurencio viene aquí.

OCTAVIO.
Laurencio, cuando labré
Esta casa, no pensé
Que academia instituí,
Ni cuando á Nise criaba,
Pensé que para poeta,
Sino que á mujer discreta
Con las letras la inclinaba.
Siempre alabé la opinión
De que á la mujer prudente
Con saber medianamente
Le sobra la discreción.
No quiero mas poesías,
Los sonetos se acabaron,
Y las músicas cesaron;
Que ya son pocos mis días.
Por allá los podeis dar,
Si os faltan telas y rasos;
Que no hay tales Garcilasos
Como dinero y callar.
Este venden por dos reales,
Y tiene tales sonetos
Elegantes y discretos,
Que vos no los haréis tales.
Ya no habeis de estar aquí.
Con ese achaque, id con Dios.

LAURENCIO.
Y es muy justo, como vos
Me déis mi mujer á mí.

OCTAVIO.
¿Qué mujer os tengo yo?

LAURENCIO.
Finea.

OCTAVIO.
¿Finea?

LAURENCIO.
Aquí
Hay tres testigos del sí
Que há mas de un mes que me dió.

OCTAVIO.
¿Quién son?
LAURENCIO.
Duardo, Feniso

OCTAVIO.
Y Pedro.

OCTAVIO.
¿Es esto verdad?

DUARDO.
Ella de su voluntad,
Octavio, dársele quiso.

OCTAVIO.
¿Hay tal cosa!

PEDRO.
¿No bastaba
Que mi señor lo dijera?

OCTAVIO.
Que como simple la diera
A un hombre que la engañaba,
No ha de valer. Di, Finea,
¿No eres simple?

FINEA.
Cuando quiero.

OCTAVIO.
Y ¿cuando no?

FINEA.
No.

OCTAVIO.
¿Qué espero?

Mas cuando simple no sea,
Con Liseo está casada:

A la justicia me voy.
(*Vanse Octavio y Misenio.*)

NISE.
Vén, Celia, tras mí; que estoy
Celosa y desesperada.

(*Vanse Nise y Celia.*)
LAURENCIO.
Id los dos tras él, por Dios;
No me suceda un disgusto.

FENISO.
Por vuestra amistad es justo.

DUARDO.
Mal hecho ha sido, por Dios.

FENISO.
¿Ya habláis como desposado
De Nise?

DUARDO.
Plénsolo ser.
(*Vanse Duardo y Feniso.*)

ESCENA XVII.

LAURENCIO, FINEA, PEDRO; después, CLARA.

LAURENCIO.
Todo se ha echado á perder.
Nise mi amor le ha contado.
Dime, ¿qué habemos de hacer,
Si á verte no puedo entrar?

FINEA.
No salir.
LAURENCIO.
¿Dónde he de estar?

FINEA.
Yo ¿no te sabré esconder?

LAURENCIO.
¿Dónde?
FINEA.
Yo tengo un desvan
Famoso para esconderte.—
¿Clara!...

(*Sale Clara.*)
CLARA.
Mi señora...

FINEA.
Advierte
Que mis desdichas están
En tu mano: por secreto
Lleva á Laurencio al desvan.

CLARA.
¿Y á Pedro?

FINEA.
Tambien.
CLARA.
Galan,

Camine.
LAURENCIO.
Yo te prometo
Que voy temblando.

FINEA.
¿De qué?

PEDRO.
Clara, en llegando la hora
De muquir, di á tu señora
Que algún consuelo me dé.

CLARA.
Otro cenará peor.
Vamos.

PEDRO.
¿Yo al desvan? ¿Soy gato?
(*Vanse Laurencio, Clara y Pedro.*)

ESCENA XVIII.

FINEA.
¿Por qué de imposible trato
Aqueste mi loco amor?

En llegando á saber
Una voluntad, no hay cosa
Mas triste y escandalosa
Para una honrada mujer.
Lo que tiene de secreto,
Eso tiene amor de gusto.

ESCENA XIX.

OCTAVIO. — FINEA.

OCTAVIO. (Dentro.)
Harélo, aunque fuera justo
Poner mi enojo en efeto.

(Sale.)

FINEA.
¿Estás ya desenojado?
OCTAVIO.
Por los que me lo han pedido.

FINEA.
Perdon mil veces te pido.

OCTAVIO.
¿Y Laurencio?
FINEA.
Aquí ha jurado
No entrar en la corte mas.

OCTAVIO.
¿Adónde se fué?

FINEA.
A Toledo.
OCTAVIO.

¿Volverá?
FINEA.
No tengas miedo
Que vuelva á Madrid jamás.

OCTAVIO.
Hija, pues simple naciste,
Y por milagro de amor
Perdiste el pasado error,
¿Cómo á ser boba volviste?

FINEA.
¿Qué quiere, padre? A la fe,
De bobos no hay que fiar.

OCTAVIO.
Fues yo lo he de remediar.

FINEA.
¿Cómo, si el otro se fué?

OCTAVIO.
Pues te engañan fácilmente
Los hombres, en viendo alguno
Te has de esconder; que ninguno
Te ha de ver eternamente.

FINEA.
¿Adónde?
OCTAVIO.
En parte secreta.

FINEA.
¿Será bien en un desvan
Donde los gatos están?
¿Quiéres tú que allí me meta?

OCTAVIO.
Adonde te diere gusto,
Como ninguno te vea.

FINEA.
Pues alto, en el desvan sea.
Tú lo mandas, será justo.
Y advierte que lo has mandado.

OCTAVIO.
Una y mil veces.

ESCENA XX.

LISEO, TURIN. — Dichos.

LISEO. (Ap.)
Si quise
Con tantas veras á Nise,
Mal puedo haberla olvidado.

LA DAMA BOBA.

OCTAVIO.
Tente, loca; ¿dónde vas?
FINEA.
Padre, yo voy á esconderme.

OCTAVIO.
Hija, Liseo no importa.

FINEA.
No yerra quien obedece;
Que no me ha de ver jamás
Sino quien mi esposo fuere. (Vase.)

ESCENA XXI.

OCTAVIO, LISEO, TURIN.

LISEO.
¿Qué es esto?
OCTAVIO.
No sé, por Dios;
Ella ha dado en esconderse
De los hombres, porque dice
Que la engañan fácilmente.

LISEO.
En gentil locura ha dado.
¿Dónde está Laurencio?

OCTAVIO.
Fuése
A Toledo.

LISEO.
Muy bien hizo.
OCTAVIO.
Y tú ¿por ventura crees
Vivir aquí sin casarte?
Porque el mismo inconveniente
Hay de que tú entres aquí.

LISEO.
¿Bien mi término agradece?
Vengo á casar con Finea,
Forzado de mis parientes,
Y hallo una simple mujer.
¿Que la quiera, Octavio, quiereres?

OCTAVIO.
Tiene razon achacosa;
Pero es limpia, hermosa, y tiene
Tanto doblon, que podría
Doblar el mármol mas fuerte.
¿Querrias cuarenta mil
Escudos con una fénix?
¿Es coja ó manca Finea?
Es tuerta? Y cuando lo fuese,
¿Hay falta en naturaleza
Que con oro no se afeite?

LISEO.
Dame á Nise.
OCTAVIO.
No há dos horas
Que Miseno la promete
A Duardo en nombre mio.

Y pues hablo claramente,
Hasta mañana á estas horas
Te doy para que lo pienses,
Porque de no te casar,
Quiero que en tu vida entres
Por las puertas desta casa,
Que tan enfadada tienes.
Haz cuenta que eres poeta. (Vase.)

ESCENA XXII.

LISEO, TURIN.

LISEO.
¿Qué me dices?
TURIN.
Que te aprestes,
Y con Finea te cases,
Porque si veinte mereces,
Porque sufras una boba
Te añaden los otros veinte

Si no te casas, Señor,
Te han de decir mas de siete:
«¡Miren la bobada!»

LISEO.
Vamos;
Que mi temor se resuelve
De no se casar á bobas.

TURIN.
Que se case me parece
Á bobas quien sin dinero
En tanta costa se mete.

(Vanse.)

ESCENA XXIII.

FINEA, CLARA.

FINEA.
Hasta agora bien nos va.
CLARA.
No hayas miedo que se entienda.

FINEA.
¿Oh cuánto á mi amada prenda
Deben mis sentidos ya!

CLARA.
¿Con la humildad que se pone
En el desvan!

FINEA.
No te espantes;
Que es propia casa de amantes,
Aunque Laurencio perdona.

CLARA.
En el desvan vive bien
Un matador criminal,
Cuya muerte natural
Ninguno ó pocos la ven.
En el desvan un preciado
De lindo, y es un caiman;
Pero tiénele el desvan,
Como el espejo, engañado.
En el desvan el que canta
Con voz de carro de bueyes,
Y el que viene de Muleyes,
Y á los godos se levanta.
Finalmente...

FINEA.
Espera un poco;
Que viene mi padre aquí.

ESCENA XXIV.

OCTAVIO, MISENO, DUARDO, FENISO. — Dichos.

DUARDO.
¿Que eso le dijistes?

OCTAVIO.
Sí;
Que á tal furia me provocho.
Pidióme resueltamente
Que con Nise le casase;
Dijele, que no tratase
De tal cosa eternamente,
Y así estoy determinado.

MISENO.
Oid; que está aquí Finea.
OCTAVIO.

Hija, escucha.
FINEA.
Cuando vea,
Como me lo habéis mandado,
Que estáis solo.

OCTAVIO.
Espera un poco;
Que te he casado.

FINEA.
¿Que nombres
Casamiento donde hay hombres!

OCTAVIO.
Luego ¡tíeneme por loco?
FINEA.
No, padre; mas hay aquí
Hombres, y voyme al desvan.
OCTAVIO.
Aquí por tu bien están.
FENISO.
Vengo á que os sirvais de mí.
FINEA.
¡Jesus, Señor! ¿no sabéis
Lo que mi padre ha mandado?
MISENO.
Oid; que hemos concertado
Que os caseis.
FINEA.
Gracia teneis.
No ha de haber hija obediente
Sino yo: voyme al desvan.
MISENO.
Pues ¿no es Feniso galán?
FINEA.
Al desván, señor pariente.
(*Vanse Finea y Clara.*)

ESCENA XXV.

OCTAVIO, MISENO, DUARDO, FENISO.

DUARDO.
Vuestra desdicha he sabido,
Y siento, como es razon.
FENISO.
Y yo que en esta ocasion
Haya perdido el sentido.
OCTAVIO.
Que ya era cuerda entendí,
Y estaba loco de vella.
MISENO.
¡Qué lástima!
DUARDO.
Nise bella
Con Liseo viene aquí.

ESCENA XXVI.

NISE, LISEO, TURIN. — Dichos; *después*, CELIA.

NISE. (*Ap. á Liseo.*)
Es doblar la voluntad
De mi afición.
LISEO.
Templa agora,
Bella Nise, tus desdenes;
Que se va amor por la posta
A la casa del agravio.
(*Sale Celia.*)
CELIA.
¡Señora!...

NISE.
¡Qué hay?
CELIA.
Una cosa
Que os ha de causar espanto.
OCTAVIO.
Di lo que es.

CELIA.
Yo vi que agora
Llevaba Clara un tabaque
Con dos perdices, dos lonjas,
Dos conejos, pan, toallas,
Cuchillo, salero y bota.
Seguilla y vi que al desvan
Caminaba.

OCTAVIO.
Celia loca,

Para la boba sería.

TURIN.
¡Qué bien que comen las bobas!
CELIA.
Eso fuera, á no haber sido
Para saberlo curiosa.
Corrí tras ella y cerró
La puerta.

OCTAVIO.
Pues bien, ¿qué importa?
CELIA.
No importa, si en aquel suelo,
Como si fuera una alfombra
Dé las que la primavera
En prados fértiles borda,
Tendí unos blancos manteles,
A quien hicieron corona
Dos hombres, ella y Finea?

OCTAVIO.
¡Hombres! Buena va mi honra.
¿Conocístelos?

CELIA.
No pude.
NISE.
Mira bien si se te antoja,
Celia.

OCTAVIO.
No será Laurencio,
Que está en Toledo.

DUARDO.
Reporta,
Señor, tu furia: los dos
Lo veremos.

OCTAVIO.
Reconozcan
La casa que han injuriado. (*Vase.*)

ESCENA XXVII.

NISE, LISEO, MISENO, TURIN, DUARDO, FENISO, CELIA.

DUARDO.
No suceda alguna cosa.
NISE.
No hará; que es cuerdo mi padre.
FENISO.
Cierto que es divina joya
El entendimiento.

LISEO.
Siempre
Yerra, Duarado, el que ignora.
DUARDO.
De eso os podréis alabar,
Nise, pues en toda Europa
No tiene igual vuestro ingenio.
LISEO.
Con su hermosura conforma.

ESCENA XXVIII.

LAURENCIO, con la espada desnuda; FINEA, á sus espaldas; PEDRO, CLARA; OCTAVIO, tras ellos. — Dichos.

OCTAVIO.
Mil vidas he de quitar
A quien el honor me roba.
LAURENCIO.
Detened la espada, Octavio.
Yo soy, que estoy con mi esposa.
DUARDO.
Tenéos, Octavio. — Es Laurencio?
OCTAVIO.
¿Quién pudiera ser agora,
Sino Laurencio, mi infamia?

FINEA.
Pues, padre, ¿de qué se enoja?
OCTAVIO.
Traidora, ¿no me dijiste
Que el dueño de mi deshonra
Estaba en Toledo?

FINEA.
Padre,
Si aqueste desvan se nombra
Toledo, verdad le dije.
Alto está; pero no importa;
Que mas lo estaba el alcázar
Y la puente de Segovia,
Y hubo Juanelos que á él
Subieron agua sin sogá.
¿El no me mandó esconder?
Pues suya es la culpa toda.
Sola en un desvan! Mal año,
Ya sabe que soy medrosa.

OCTAVIO.
Cortaréle aquella lengua,
Rasgaréle aquella boca.

MISENO.
Octavio, vos sois discreto.
Ya sabéis que tanto monta
Cortar como desatar.

OCTAVIO.
¿Cuál me aconsejais que escoja?
MISENO.

Desatar.
OCTAVIO.
Señor Feniso,
Si la voluntad es obra,
Recebid la voluntad.
Y vos, Duarado, la propia.
Ya Finea se ha casado;
Nise tambien se conforma
Con Liseo, que me ha dicho
Que le quiere y que le adora.

DUARDO.
Si fué, Señor, su ventura,
Gocen los que el premio gozan
De sus justas esperanzas.

LAURENCIO.
(*Ap. Todo corre viento en popa.*)
¿Daré á Finea la mano?

OCTAVIO.
Dásela, boba ingeniosa.
LISEO.

¿Y yo á Nise?
OCTAVIO.
Vos tambien.

TURIN.
Y la Clara socarrona
Que llevaba los gazapos?

CLARA.
Mandóme mi señora
TURIN.

¡Oh cuál los engullirían!

PEDRO.
Y Pedro, ¿no es bien que coma
Algun hueso, como perro,
De la mesa destas bodas?

FINEA.
Clara es tuya.
NISE. (*A Turin.*)
Y tuya Celia.

TURIN.
Será mi bota y mi novia.

DUARDO.
Vos y yo solos quedamos.
Dadme acá esa mano hermosa.

FENISO.
Al Senado la pedid,
Si vuestras faltas perdonan;
Que aquí para los discretos
Da fin la Comedia boba.

LOS MELINDRES DE BELISA.

PERSONAS.

TIBERIO.
LISARDA.
ELISO.
FABIO.

UN ALGUACIL.
UN ESCRIBANO.
BELISA.
CELIA.

PRUDENCIO.
FELISARDO.
CARRILLO.
DON JUAN.

FLORA.
UN ESCUDERO.
ALGUACILES.
CUATRO LACAYOS.

La escena pasa en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Lisarda.

ESCENA PRIMERA.

LISARDA, TIBERIO.

TIBERIO.

En fin, ¿se ha quitado el luto?

LISARDA.

Há mas de un año la muerte
De su padre.

TIBERIO.

Desa suerte
Podrèmos decir que es fruto
De la tristeza el contento.

LISARDA.

No lo será para mí,
Que tal marido perdí.

TIBERIO.

¡Oh qué inútil sentimiento!

LISARDA.

¡Inútil? Pues ¿no es razon
Que lloro su compañía
Una mujer que tenía
Tanto amor y obligacion?
No sabes tú que aun las aves
Dan ejemplo, pues que muda
Una tórtola vinda
Su canto en quejas suaves,
Y no se vuelve á casar
Si una vez su esposo pierde,
¿Si se sienta en ramo verde?

TIBERIO.

Pues ¿dónde se va á sentar?

LISARDA.

En un espino, en un ramo
Seco.

TIBERIO.

Desa imitacion
Como tortolillas son
Las que deste nombre llamo;
Que así Dios me dé salud,
Que pienso que se han sentado
Sobre espino por estrado,
Tal es su grande inquietud.
No paran en todo el día.

LISARDA.

Eso no me toca á mí;
Y es que jamás pretendí,
Tiberio, otra compañía.

TIBERIO.

Pues en verdad que pudieras;
Que bien moza has envidado,
Y con hacienda que ha dado

Codicia, si tú quisieras,
A mas de seis pretendientes.

LISARDA.

¿Con dos hijos?

TIBERIO.

Y con doce.

LISARDA.

Mal tu pecho me conoce.

TIBERIO.

Tú negarás lo que sientes.

LISARDA.

¿Qué es negar? Cien mil ducados
Mi marido me dejó;
Mas con dos hijos, que yo
Pienso ver pronto casados;
Y recogerme á la aldea
Con una esclava no mas
Y un escudero.

TIBERIO.

Pues das

En lo que es razon que sea,
¿Cómo vas tan descuidada
En que se case Belisa,
Pues que ya su edad te avisa,
Y el ser de mí conquistada?
Que don Juan al fin es hombre.

LISARDA.

¿Cómo puedo yo casar
A Belisa, y dónde hallar
Un hombre tan gentil hombre,
Y con partes tan notables
Como imaginadas tiene?

TIBERIO.

¿En ese humor se entretiene?

LISARDA.

Hay mujeres incasables,
Que dan en ser tan curiosas,
Que se les pasan las vidas
En andar desvanecidas
Y á todo el mundo enfadosas.
Y tardando en escoger,
Lo mejor suelen pasar,
Y andan después á rogar.

TIBERIO.

Luego ¿piensas que ha de ser
Belisa esa manera?

LISARDA.

Pues ¿ha hecho el Cielo cosa
Mas cansada y melindrosa,
Ni hombre que apetezca y quiera?
A codicia del dinero,
Del entendimiento y talte,
Es una lonja esta calle
Del ginovés caballero,
Del indiano portugués,
Del papelista, el letrado,
El viejo rico, el soldado,

El lindo... aunque no lo es
Ninguno dellos con ella;
A todos faltas les pone.

TIBERIO.

Pues Belisa me perdone;
Que aunque es tan discreta y bella,
No se ha de desvanecer
En arrogancias injustas.

LISARDA.

Tiberio, si hablaria gustas,
Y quieries darla á entender
Esta locura en que ha dado,
Hoy está hermosa y gallarda,
Que ciertas vistas aguarda:
Háblala.

TIBERIO.

Estoy enojado,
Y á fe que se ha de casar
De mi mano, aunque no quiera.

LISARDA.

Hoy cuatro novios espera;
No sé si le han de agradar.

TIBERIO.

¿De cuatro en cuatro la piden?

LISARDA.

Pica el dinero, Tiberio.

TIBERIO.

Métase en un monasterio.

ESCENA II.

BELISA y FLORA, sin reparar en —
LISARDA y TIBERIO.

FLORA.

Las celosias impiden
Que no veas bien la calle,
Pues dices que el del overo
No era galán caballero,
Bizarro y de lindo talte.

BELISA.

Flora, aquellas celosias
Los ojos me han afrentado.

FLORA.

¿Cómo?

BELISA.

En las niñas me han dado
De palos.

FLORA.

¿Qué niñas?

BELISA.

Como los ojos llegué
A sus palos, ellos fueron
Tales, que al fin me los dieron;
Pero luego me vengué.

FLORA.
¿De qué suerte?
BELISA.
Del estuche
Saqué un cuchillo, y les di
De puñaladas allí.
FLORA.
¿Quién hay que tal gracia escuche?
¿Mataste la celosía?
BELISA.
Hice á lo menos lugar
Por donde pude mirar
Quien por la calle venia.
Mas presto vino el castigo;
Pues en vez del caballero,
Pasó...
FLORA.
¿Quién?
BELISA.
Un acetero.
FLORA.
¿Y mirástele?
BELISA.
Eso digo:
Que le miré, y me manchó
El vestido.
FLORA.
¿Pues podía,
Tú detrás de celosía,
Y él en la calle?
BELISA.
¿Pues no?
Mirame bien.
FLORA.
¿De mirar
El que va aceite vendiendo
Te has manchado?
BELISA.
Así lo entiendo.
Vestido me puedes dar,
Y este harás luego vender.
FLORA.
Mira que muy limpio está.
BELISA.
Necia, ¿no te he dicho ya
Que daño me suele hacer
Quereme contradecir?
¿Jesus! ¿Qué fiero accidente!
FLORA.
¿Cómo?
BELISA.
Este pulso, esta frente
Mira, estoy para morir.
¿Qué terrible calentura!
FLORA.
No pienso contradecirte
En mi vida; que serviste
Mi amor y lealtad procura.
De rodillas te suplico
Me perdones.
BELISA.
Ya cesó
La calentura.
FLORA.
¿Quedó
Calor alguno?
BELISA.
Tantico;
Pero ya se va aplacando.
FLORA. (Ap. á Belisa.)
Tu madre y tu tío.
BELISA.
¿Ay Dios!
¿A dos me nombras?
FLORA.
Los dos

Te están sirviendo y amando.
BELISA.
Tráeme luego la labor;
No me vean tan ociosa.
FLORA.
¿Quieres las randas?
BELISA.
Es cosa
Cansada, aunque es de primor;
Y entre tantos majaderos
Hay uno que me ha quebrado
Las manos. ¿Ay! que me han dado,
Flora, dolores tan fieros,
Que no los puedo sufrir.
FLORA.
Mira que aun no te he traído
La almohadilla.
BELISA.
¿No has oído
Que no has de contradecir?
Tráeme una banda al momento
Eh que descanse la mano.
(Vase Flora.)
LISARDA. (Ap. á Tiberio.)
Persuadilla será en vano.
TIBERIO. (Ap. á Lisarda.)
¿Tan grande imposible intento?
—Sobrina...
BELISA.
Señor...
TIBERIO.
A fe,
Que sales del luto hermosa.
BELISA.
A lo menos deseosa
De servirte.
TIBERIO.
Bien se ve
Que andas de boda.
(Vuelve Flora.)
LISARDA.
Hola, Flora,
Sillas y dos almohadas.
FLORA.
La banda es esta.
BELISA.
Pesadas
Hacen las tocas agora.
Toma allá; que puede darme
Mas cansancio que provecho.
FLORA.
Sillas hay aquí.
BELISA.
Sospecho
Que vienes á predicarme.
TIBERIO.
Pues ya si oírme procuras,
Toma almohada.
FLORA.
Yo voy
Por ella.
TIBERIO.
Tu padre soy.
BELISA.
No la traigas de verduras;
Que ayer de sentarme en ella
Mal de estómago me dió.
(Vase Flora.)
TIBERIO.
¿Lo verde te resfrió?
BELISA.
Mátanme las yerbas della.
(Vuelve Flora.)
FLORA.
Aquí tienes almohada.

TIBERIO.
Siéntate, Lisarda, aquí.—
Tú, sobrina, junto á mí.
BELISA.
¿Oh cuánto el sentar enfada
Entre borlas de colores!
TIBERIO.
La causa esperando estoy.
BELISA.
Porque presumo que estoy
Sentada en cuatro doctores.
TIBERIO.
¿Cómo va de casamiento?
BELISA.
Mal, tío: nadie me agrada.
TIBERIO.
¿Qué es lo que dellos te ofende?
BELISA.
Tener mil faltas.
TIBERIO.
¿Qué faltas?
BELISA.
Un letrado me traían
Calvo.
TIBERIO.
¿Qué importa la calva?
BELISA.
Cuando yo fuera mujer
Espiritual y santa,
Y para vencer la carne,
Gran enemigo del alma,
Quisiera una calavera
Tener de noche en la cama,
Lindamente me venia
Un hombre al lado con calva.
LISARDA.
Era muy rico.
BELISA.
Ya quise
Asir la ocasion; estaba
Sin copete por la frente,
Y volvíome las espaldas.
LISARDA.
¿Por qué dejaste al maestro
De campo?
BELISA.
¿No es casi nada
Faltar un ojo?
LISARDA.
¿Qué importa,
Pues se le pope de plata?
BELISA.
Yo te diré la ocasion.
LISARDA.
Dila.
BELISA.
Si este hombre jurara
«Como á mis ojos te quiero»,
Y le costaba el de plata
Dos reales, en otros tantos
Mi amor y vida estimaba.
Fuera deso, no podía
Llamarle mis ojos.
LISARDA.
Calla.
BELISA.
Pues llamarle yo mi ojo,
Era ser negra.
TIBERIO.
¿Oh qué gracia!
LISARDA.
¿Qué dirás del portugués?
BELISA.
Que en el pecho y las espaldas
Se ha de poner el cilicio.

LISARDA.
No te entiendo.
BELISA.
Aquellas barbas
Negras, cerdosas y espesas,
Era ponerme en la cara,
Y aun en la boca, un cilicio,
Y en la lengua una mordaza.

LISARDA.
¿Y aquel caballero rico
De aquel lugar de la Mancha?

BELISA.
Tenia grandes los piés.

LISARDA.
¿Esa es falta de importancia?

BELISA.
No, madre; que sobra era,
Y temí, si se enojaba,
Que era sepultarme en losa
Cubrirme de una patada.
Vile algo negras las uñas;
Y no pretendo en mi casa
Cernicalo de uñas negras.

LISARDA.
¿Y no las tenia blancas
El caballero francés?

BELISA.
No quiero yo ser madama
Ni llamar mosiur mi esposo.

LISARDA.
Pues dime, ¿en qué hallaste falta
En don Luis, mozo y galan,
Cuyos pechos esmaltaba
Un lagarto de Santiago?

BELISA.
Calla, madre; que me espantas.
¿No dicen que las mujeres
A sus maridos abrazan?
Con un lagarto en el pecho,
En mi vida le abrazara.

TIBERIO.
Sobrina, llámase así
Aquella cruz colorada,
Que es espada, y no es lagarto.

BELISA.
Bastaba la semejanza
Para matarme de miedo.
¿Jesus!

TIBERIO.
¿Mas que te desmayas?
Pues, sobrina, si ninguno
Te agrada, y la edad se pasa
Como la flor, tiempo viene
A quien le tiene y le aguarda,
En que después se arrepiente.

LISARDA.
¿Llaman?

FLORA.
Sí.
LISARDA.
Mira quien llama.

ESCENA III

UN ALGUACIL Y UN ESCRIBANO. —
DICHOS.

ALGUACIL.
Siempre entramos sin licencia.

TIBERIO.
Siempre la tienen las varas.

ALGUACIL.
Los términos han pasado:

Mira si quieres, Lisarda,
Que saque prendas á Eliso.

TIBERIO.
¿Con Eliso en pleito andas?

LISARDA.
No hay remedio de cobrar
Los dos mil ducados.

TIBERIO.
Basta;
Que olvida su obligacion,
Y como á mujer te trata.

LISARDA.
Un año habrá que murió
Mi marido, y que no acaba
De pagarme; y si he callado,
Es por la amistad pasada,
Y la que tiene de nuevo
Con don Juan, mi hijo.

TIBERIO.
Vayan,
Y sáquenle prendas.

ALGUACIL.
Vamos;
Que no está lejos su casa.
(Vanse el escribano, el alguacil
y Flora.)

ESCENA IV.

LISARDA, BELISA, TIBERIO; des-
pués, FLORA.

TIBERIO.
Yo tambien me quiero ir.

LISARDA.
Belisa está desmayada.

TIBERIO.
¿Qué tiene?

BELISA.
Imaginé,
Como lo vi con la vara,
Que me sacara los ojos.

TIBERIO.
Ojos no, mas prendas sacan.
(Sale Flora.)

FLORA.
Cuatro novios por lo menos
Aguardan.

LISARDA.
¿Dónde?
FLORA.
En la sala.

LISARDA.
¿Quién son?

FLORA.
Fabricio.
BELISA.
Ya he visto

A Fabricio.
TIBERIO.
¿En qué te cansa

Fabricio?
BELISA.
En barba y cabeza
Tiene ciertas moscas blancas,
Y cuando ya hay tantas moscas,
Es que el verano se acaba.

FLORA.
El otro es médico.

BELISA.
¿Lindo!
Con médico siempre en casa,
Pensaré que estoy enferma.
Frio me da de cuartanas.
Tiemblo... Ti, ti, ti... ¡Jesus!
Hola, llévame á la cama.

TIBERIO. (Ap. á Lisarda.)
Si no fuera mi sobrina,
La diera dos bofetadas.

LISARDA.
No lo olga, ¡triste de mí!

Vamos á misa, muchacha,
Y despidanse esos novios.

TIBERIO.
¿Dónde irás tan de mañana?

LISARDA.
A San Jerónimo iré.

BELISA.
¡Ay! no, madre.

LISARDA.
¿Por qué causa?

BELISA.
Tiene á los piés un leon,
Que siempre que entro me espanta;
Y una vez, madre, no dudes
Que ha de saltarme á la cara.

LISARDA.
Pues no nos pongan el coche;
Que á San Miguel á pié basta.

BELISA.
Y ¿no es nada el de los piés,
Junto al peso de las almas?

TIBERIO.
No vendré á verte en mi vida.

FLORA.
Los novios, Señora, aguardan.

BELISA.
¡Jesus, y qué alteracion!
Hola, dame un vidrio de agua.
(Vanse.)

—
Sala en casa de Eliso.

ESCENA V.

ELISO, FABIO.

FABIO.
Intenta, por tu vida, el casamiento;
Que es rica, bien nacida y muy hermosa.

ELISO.
Belisa tiene extraño pensamiento
En no agradarse de ninguna cosa:
Cada dia en la corte hay nuevo cuento
Esta dama cansada y enfadada,
Porque son sus melindres, postres y an-
Alivio de cansados caminantes. [tes
Verdad es que mil cosas le levantan,
Costumbre de los cuentos, que en efeto
Van creciendo contados; que adelantan
Todos cuantos los cuentan un conceto.
Todos los hombres dice que la espantan,
Ni ella le quiere necio ni discreto,
Si es alto, porque sobra de lo justo,
Si es bajo, porque falta.

FABIO.
¿Lindo gusto!

ELISO.
Un hombre desechó porque tenía
Un lunar en la cara, y por bermejo
A un caballero.

FABIO.
Mas razon tenía.

ELISO.
¿Por qué?
FABIO.
Por lo que dicen del pellejo!

ELISO.
Mirando un novio muy galan un dia,
Dijo, viéndole limpio como espejo:
«Mas que dormir con este mentecato,
Quiero comer, que es bueno para plato.»

FABIO.
En Alcorcon pudiera hacer Belisa
Un desposado, que es famoso el barro.

ELISO.
Así le tuvo Eva: burla y risa
Hace del mas galan, del mas bizarro.

ESCENA VI.

FELISARDO, *que sale con la espada desnuda.*—DICHOS.

FELISARDO.
¿Está aquí Eliso?

ELISO.
¡Oh Felisardo!

FELISARDO. Aprisa;
Que á un caballero...

ELISO.
¿Qué dices?

FELISARDO. Navarro
Pienso que he muerto, acompañando á
Que venía del Prado con Aurelia. [Celia,
Salieron de mañana á pasearse;
Sali; siguiólas este caballero;
Volvieron, y él detrás, y sin quitarse
De paso á fuente, á lo de bravo y flema.
Llegaron las criadas á enfadarse;
Que no lo estaba yo poco primero.
Habléle, respondió, vino derecho.
Miréle, alzó, metíme, ya está hecho.
Huyeron las mujeres, di la mano
A Celia, y queda...

ELISO.
¿Dónde?

FELISARDO.
A vuestra puerta.

ELISO.
Metedla presto.

FELISARDO.
¡Celia, Celia!

ESCENA VII.

CELIA.—DICHOS.

CELIA. ¡Hermano!

FELISARDO.
Aquí estarás segura y encubierta.

CELIA.
Pues ¿dónde vas?

FELISARDO.
Al Carmen.
CELIA.

Es en vano
Quedar aquí sin tí, menos que muerta.
Si no hay peligro aquí, ¿por qué te alejas?
Y si aun aquí le hay, ¿por qué me dejas?

ELISO.
Bien dice. Cierra, Fabio, nuestra puerta;
Que á mas peligro vais por tantas calles.

FABIO. (Vase.)
Yo voy.

ELISA.
Aquí estará Celia encubierta,
Y tú, mientras remedio busques ó halles.

CELIA.
Bien dice, mientras algo se conierta;
Que dos mancebos de gallardos talles,
Que me vieron venir, no dirán nada.

ELISO.
Notemas; que no harán si es gente hon-
rada.

ESCENA VIII.

FABIO.—DICHOS.

FABIO.
¡Gran desdicha!

ELISO.
¿Qué dices?

FABIO.

Que aun apenas
Cerraba las dos puertas de la calle,
Cuando veo que llega la justicia.
Llamaron, y yo haciendo que no oía,
Cerré para deciroslo.

FELISARDO.
¿Qué harémos?

ELISO.
Esta casa no tiene parte oculta,
Ni menos de salir ventana ó puerta.

FABIO.
Señor, bien estarán en mi aposento.

ELISO.
En caso de buscar hombre por muerto,
No dejarán rincón que no le miren,
Y mucho mas, no habiendo ablierto luego.

CELIA.
¡Ay triste yo!

ELISO.
No os afijais, Señora.

FELISARDO.
Intentemos siquiera alguna industria.

ELISO.
Yo tenía en mi casa dos esclavos:
Pedro, que á los caballos asistía,
Porque era ya cristiano bautizado;
Y Zara, una esclavilla granadina: [Bos.
Los dos podeis fingiros, porque entram-
Están en la heredad. Tú, Felisardo,
Vé á la caballeriza, y en la cuerda
Que atraviesa de la una á la otra parte,
Hallarás el vestido que las fiestas
El esclavo se pone; y tú, Señora,
En la cocina el que se pone Zara.
Tú toma la almohaza, tú los platos,
Y no seréis de nadie conocidos.

FELISARDO.
Yo voy.
CELIA.
Y yo á lo mismo.
(Vanse los dos.)

FABIO.
Ya nos quiebran
La puerta.

ELISO.
Antes me espanto de la flema
Con quellaman, buscando un delincuente.

Te,
Baja, y di que yo estaba en mi escritorio,
En papeles y cuentas ocupado,
Y que nadie hasta agora los ha oído;
Y detente en hablar lo que pudieres,
Porque tengan lugar para vestirse.

FABIO.
Yo voy, y quiera el cielo que suceda
Tan felizmente, que burlados queden.

ELISO.
Por su desdicha conocerlos pueden.
(Vase Fabio.)

ESCENA IX.

ELISO.

Tirano amor, cuya opinion temática
Nos muestra bien la librería histórica,
Escura ciencia en lengua metafórica
De la esfinge de Tébas enigmática:

¡Dichoso el que se queda en tu gra-
mática,

Y no llega á tu lógica y retórica,
Pues el que sabe mas de tu teórica,
Mémoslo muestra en tu experiencia prác-
tica!

Pues igualas, amor, en tu matrícula
Los sabios y los bárbaros salvajicos,

El mar y el fuego, el hielo y la canícula,
Yo seré Ulises á tus cantos mágicos;
Pues solo vemos en tu accion ridicula
Principios dulces para fines trágicos.

ESCENA X.

EL ALGUACIL, EL ESCRIBANO, FA-
BIO.—ELISO.

ALGUACIL.
Pudiera vuesamerced
Tener estilo debido
A quien es.

ELISO.
No lo he sabido,
Y que le tengo creed.
Cuentas de hacienda intrincada
Divierten, y yo no soy
Portero en mi casa.

ALGUACIL.
Estoy,
Por ser de una casa honrada,
Dos horas á vuestra puerta,
Y sale vuestro criado
Muy dormido y enfadado!

ELISO.
La bestia ahora despierta;
Que no sale mas temprano
De la cama;—y, por mi vida,
Que este descuido no impida
El estilo cortesano
Digno de quien sois. Decid
Qué es lo que mandais.

ALGUACIL. ¡Muy bien!
Eso diréis que tambien
Es estilo de Madrid.
No os acordais que se os hizo
Por Lisarda ejecucion?

ELISO.
¡Ah sí! tenéis gran razon.
En fin, ¿no le satisfizo
Ningun concierto?

ALGUACIL.
Pasó
La oposicion, como veis;
Ningun término tenéis;
Porque todo se cumplió.
Prendas os vengo á sacar.

ELISO.
No tengo qué responder:
Lisarda lo puede hacer.

ESCRIBANO.
Licencia nos podeis dar.

ELISO.
Entrad; que Fabio os dará
Mi plata y tapicería;
Y si falta (que podría),
Satisfacion se os hará
Con otras prendas.

ESCRIBANO.
Muy bien.

Vamos.
(Vanse el alguacil, el escribano
y Fabio.)

ESCENA XI.

ELISO.

Yo estaba engañado.
Basta, que siendo el buscado,
Y el perseguido tambien,
Pensé que era Felisardo.
Mas bien es que estén así,
Por si los conoce aquí;
Que mi deuda presto aguardo

Remediarla con dinero,
Que espero en fin deste mes.
Tomé el consejo después
Que fuera mejor primero;
Porque si hubiera pedido
A Belisa por mujer,
Pienso que pudiera ser
De sus melindres marido;
Que toda mi cobardía
Nació de su condición.
Entrar quiero, que es razón,
A ver esa hacienda mía;
Que tiempo habrá de pedir
A Belisa y de trocar
La deuda en deudo, y pagar
Con el mismo recibir;
Que es la hacienda poderosa.
Pero bien es menester
Para sufrir y tener
Una mujer melindrosa.

(Vase.)

Sala en casa de Lisarda.

ESCENA XII.

LISARDA, BELISA, FLORA.

LISARDA.
Este hombre es un pincel,
¿Por qué no te ha de agradar?

BELISA.
Cuando te quieras casar,
Elige alguno como él;
Que á mí no me satisfizo.

LISARDA.
¿Por qué?
Porque allí contó
Una pendencia, y mostró...

LISARDA.
¿Qué mostró?
BELISA.
Un puño postizo.

LISARDA.
¿Eso importa?
BELISA.
Hombre que á mí,
Señora, me ha de querer,
Postizo le ha de traer?
Y cuando le traiga así,
Ha de ser tan descuidado,
Que por hacerse valiente
Se le caiga, cuando cuente
Las cuchilladas que ha dado,
Con el puño de la espada,
El puño de la camisa?

LISARDA.
Esos melindres, Belisa,
Me tienen ya muy cansada.
No sé á quién te has parecido;
Que yo no fui melindrosa.

BELISA.
El ser yo limpia y curiosa
¿Por melindres has tenido?

LISARDA.
Pues dime que no lo fué
No querer al caballero
Toledano.

BELISA.
Darte espero
La razón.

LISARDA.
Yo no la sé.

BELISA.
Tenía grandes los ojos,
Y algo el mirar espantado:
Si así mira enamorado,

L-1.

¿Qué hará después con enojos?

Muy bien despedido va;
Que vi la figura en él
Del rey don Pedro el Cruel,
Que en Santo Domingo está.

LISARDA.
¿Y el que anteayer te ofrecí?

BELISA.
¿Ay, Jesus!
LISARDA.
No te alborotes.

BELISA.
Muy caídos los bigotes
Sobre la boca le vi.
Imaginé que sería
O perro de agua ó salvaje,
O que estaba algun potaje
Sorbiendo por celosía.
Bien tiene, si come leche,
Con que poderla colar.

LISARDA.
Pues ¿quién te ha de contentar?

FLORA.
Un marido en escabeche.

ESCENA XIII.

EL ALGUACIL, EL ESCRIBANO. —
DICHAS.

ESCRIBANO.
Hízose todo muy bien.

ALGUACIL.
Bien se ha hecho.

LISARDA.
¿De qué modo?

ALGUACIL.
Depositado está todo,
Y pídemle que te dé
Dos prendas vivas á tí,
Que por fuerza le saqué.

LISARDA.
¿Prendas vivas?

ALGUACIL.
Por mi fe,
Que en toda mi vida vi
Dos tan gallardos esclavos.

LISARDA.
Hasme hecho gran placer.

ALGUACIL.
El uno es mujer.

LISARDA.
¿Mujer

Herrada?

ALGUACIL.
No tiene clavos;
Pero puédelos poner
En cualquiera libertad. —
Hola, Pedro y Zara, entrad.

LISARDA.
¿Bizarros! No hay mas que ver.

ESCENA XIV.

FELISARDO y CELIA, de esclavos. —
DICHOS.

ALGUACIL.
Yo los saqué, porque creo
Que un gran servicio te hago.

LISARDA.
Darále carta de pago,
Tal gracia en los moros veo,
De los dos mil, y aun á tí
Alpricias, porque los dé.

ALGUACIL.

Eso es mucho; mas yo sé
Que lo hará por tí y por mí,
Y que en caso de vendellos,
Gustará de hacerte gusto.

LISARDA.
Cualquiera precio es muy justo,
Aunque muy grande, por ellos.

ALGUACIL.
Yo tengo qué hacer: el cielo
Te guarde.

LISARDA.
Veme después;
Que tuya esta casa es.

ALGUACIL.
Que no tendrémelos, recelo,
Necesidad de vender
Prendas.

LISARDA.
Así lo imaginó.
ALGUACIL.

Adios.
(Vanse el alguacil y el escribano; Lisarda, Belisa y Flora se quedan hablando entre sí.)

ESCENA XV.

LISARDA, BELISA, FELISARDO,
CELIA, FLORA.

FELISARDO. (Ap.)
¿Qué extraño camino
De desdicha, aunque ha de ser
Para mas remedio mío!
Que en aqueste traje y casa,
Mientras esta furia pasa,
Estar guardado conño.
Pero ¿cuándo historia alguna
De cuantas ha visto el mundo
Dio capítulo segundo
Al libro de la fortuna?
¿Hay suceso mas gallardo?
¿Que un hombre que hoy en Madrid
Era mas noble que el Cid
Y mas libre que Bernardo,
Se vea esclavo y sacado
Por prenda de ejecución,
No con mayor dilacion
Que lo que habemos tardado
En vestirnlos Celia y yo,
Sin morato, sin jafer,
Y sin poder responder
A estos hombres si ni no?
Yo estoy como loco aquí:
No sé én qué podré parar.

CELIA. (Ap.)
Si me pudiera quejar,
Cielo contrario, de tí,
Por el traje en que me veo,
Pues él me diera licencia,
Perdiera aquella paciencia
Que ya te pido y deseo.
No puedo de mí quejarme,
Pues lo que me ha sucedido,
Engaño, y no culpa, ha sido.
Mas ¿qué podrá resultarme?
¿Qué daño puede venirme?
Todo es servir ocho dias.

BELISA.
Bien dices; y tú podrás
Hablarle.

LISARDA.
Si él está firme,
Yo le haré con el dinero
Que los deje, aunque no quiera. —
Esclavo...

FELISARDO.
Señora...

LISARDA.
Espera.
FELISARDO.
¿Qué he de esperar si esto espero?
LISARDA.
¿Tu nombre?
FELISARDO.
Pedro me llamo.
LISARDA.
¿Cristiano?
FELISARDO.
Sí, por la gracia
De Dios, aunque por desgracia
Mia te tengo por amo.
LISARDA.
¿Pésate de estar aquí?
FELISARDO.
No. (Ap. Porque mas me pesara,
Si allá en la cárcel pagara
Lo que no te debo a tí.)
LISARDA.
¿De dónde eres?

FELISARDO.
De Granada;
Aunque en Madrid he nacido
De esclava, que hubiera sido
Reina, á no ser desdichada.
El hijo de Carlos Quinto,
Don Juan de Austria, cautivó
A mi madre, y nací yo,
De la Alpujarra distinto,
Donde ella fué natural,
Y un caballero español,
Limpio y galan como el sol.
LISARDA.
¿Qué lástima! ¿Hay cosa igual?
¿Y tú, esclava?

CELIA.
Yo me llamo
Zara, y bautizarme quiero;
Soy de Oran, y estarlo espero
Si vuelvo á ver á mi amo,
Antes, Señora, de un mes.
BELISA.
Aquí también, si tú quieres.
Por cierto, hermosas mujeres
Tiene Oran.

LISARDA.
Esta lo es.—
Flora, muestra la cocina
A Zara, y lo que ha de hacer.
Tú puedes venir á ver
Cierta novio.

BELISA.
¿Qué mohina!
(Vanse madre é hija.)

ESCENA XVI.

CELIA, FELISARDO, FLORA.

FLORA.
Ea, Zara, vén conmigo.—
Tú, Pedro, visitarás
La caballeriza.

FELISARDO.
¿Hay mas
Esclavos?

FLORA.
No.
FELISARDO.
No lo digo
Por no servir.

FLORA.
Un lacayo
Del hijo de mi señora

Cura de su coche agora
Los caballos, y á él un bayo.
FELISARDO.

¿Hijo tiene?
FLORA.
Y muy galan.
FELISARDO.

¿Anda fuera?
FLORA.
Está en la cama.
Ronda de noche una dama,
Y no madruga don Juan;
Las doce le dan en ella
Los mas dias; tú tendrás
Dueño, si en la casa estás,
Hermano desa doncella,
Que es ángel en condicion,
Y yo te regalaré;
Que tu talle obliga á fe
Y buena conversacion.
De todo tengo las llaves.
¿Bebes vino? ¿Comes, di,
Tocino?

FELISARDO.
Pienso que sí,
Porque nací donde sabes;
Si no es que se me ha olvidado
Desde anoche que cené.

FLORA.
¿Oh, qué regalos te haré!
CELIA.

Si has de ser tan regalado,
Alaba, Pedro, á los cielos.

FELISARDO.
Oye, Celia.

CELIA.
No hay oír.
FELISARDO. (Ap. á Celia.)
Todo lo podré sufrir;
Pero no sufrir tus celos.
(Vanse.)

Habitacion de don Juan en casa de Lisarda.

ESCENA XVII.

DON JUAN, con una ropa, desabrochada,
poniéndose los botones; CARRILLO.

¿Ensilaste?

DON JUAN.
CARRILLO.
Ya lo está;
Pero es hora de comer.

DON JUAN.
¿Habrá misa?

CARRILLO.
Misa habrá.

DON JUAN.
¿Qué cansado vine ayer!

CARRILLO.
Con razon te cansas ya.

DON JUAN.
En pidiéndome dinero,
Luego me desmayo y muero.

CARRILLO.
Muchos escriben remedios
De amor, poniendo por medios
La ausencia por mas ligero,
A quien se sigue el olvido;
Otros los libros, la caza,
El pleito, el entretenido
Juego; y todos dando troza
De divertir el sentido.
Cuál con las hechicorias

Quiere librarse de amor;
Cuál con mayores porfias,
En otro gusto, Señor,
Pasa sus melancolias.
Plinio dijo que se echase
Un amador (¿qué molestia!)
Adonde se revolcase
Una mula, y que una bestia
Así otra bestia imitase;
Mas esto fué por mostrar
Que era una bestia quien ama;
No porque puede quitar
De aquella bestia la cama
Esta enfermedad de amar.
Mas yo digo que el pedir
Es el remedio de amor.

DON JUAN.
¿Dónde has oído decir
Eso de Plinio?

CARRILLO.
Señor,
Hanse dado á traducir
Tantos hombres que carecen
De ingenio, que ya sabemos
Los tontos lo que encarecen
Los sabios, y merecemos
Los nombres que ellos merecen.
Yo te tengo traducido.
Y aun á Horacio y á Lucano.

DON JUAN.
¿Esos hombres has leído?
CARRILLO.
Pues si están en castellano,
¿Qué dificultad ha sido?
Ya mi alazan latiniza.
Allá están.

DON JUAN.
Huélgame al fin;
Que estos que el mundo eterniza,
Buscan á Horacio en latin,
Y está en la caballeriza.
¿Que un lacayo te ha leído,
Divino Horacio!

CARRILLO.
Yo he sido;
Mas en verdad que me espanto
De que tú te estimes tanto
Por el latin aprendido;
Porque de cuantos es vista
Con la capa y con la espada
Tu persona latinista,
Siempre en libros ocupada,
Dicen que eres romancista.

DON JUAN.
¿Luego el ingenio y la ciencia
Son los honetes y grados
Por Sigüenza ó por Valencia?

CARRILLO.
En los vulgos engañados
Consiste la diferencia.
¿Espada? luego idiotismo;
¿Bonete? luego letrado.

DON JUAN.
¿Qué gracioso allogismo!

CARRILLO.
Ya está en el vulgo asentado.

DON JUAN.
¿Oh qué cansado hispanismo!
Lipsio con capa y espada
Fama inmortal tiene y goza;
Persona fué celebrada
Don Inigo de Mendoza,
Que ha dejado á España honrada.
Mí ejemplos te trujera
Con que el vulgo me entendiera.
Si aquí con el vulgo hablara.

CARRILLO.
¿Haste de lavar la cara?

DON JUAN.
Llama á Flora.
CARRELLLO.
Un poco espera. (Vase.)

ESCENA XVIII.

DON JUAN.

Ciencia es saber, que con ingenio y arte
Alcanza un hombre, no manteo y bonete;
Que si toda en los hábitos se mete,
Tendrán las mulas en la ciencia parte.
César siguió con alta espada á Marte;
Sus comentarios no ha cubierto el Lete;
Que quien tiene dos veces treinta y siete,
¿Quién le quita que de uno se descarte?
Yo he visto á Ciceron con un sombrero,
Y á Jenofonte armado: ¡letras santas,
Bien os puede tener un caballero!
¡Oh tú, que por los ojos te adelantas!
Si Apolo tiene pluma y Marte acero,
Junta á los dos en experiencias tantas.

ESCENA XIX.

CELIA, con un farró y un plato, y FLO-
RA, con una toalla. — DON JUAN.

CELIA.
Aquí tienes agua y plato.
FLORA.
Toalla tienes aquí.
DON JUAN.
Flora...

FLORA.
¿De qué es el recato?
DON JUAN.
Nunca esta criada vi. —
¿Vos servís? ¡Oh tiempo ingrato!
(A Celia.)

FLORA.
Mejor, Señor, lo dirás
Cuando sepas que es esclava.
DON JUAN.
¿Esclava, Flora! ¿Eso mas?

FLORA.
En casa de Eliso estaba.
¿Nunca la viste?

DON JUAN.
Jamás.
FLORA.
En prendas que le han sacado
De una deuda, la han traído.

DON JUAN.
Solo el habernos pagado
Con ella, disculpa ha sido
Del haberle ejecutado.
¿Bella esclava!

CELIA.
Desdichada
Diréis mejor, hasta agora
Que os sirvo.

DON JUAN.
¿Qué bien pagada
Deuda! Echad agua, Señora.

FLORA.
¿Tanto la esclava te agrada?

DON JUAN.
¿Has visto alguna en tu vida
Mas hermosa? Echad mas agua;
Echad mas, si sois servida,
Porque se temple la fragua
De vuestro fuego encendida.
¿Hay tales ojos?

CELIA.
Pudieran
Par agua el aquí fátara.

DON JUAN.
¿Qué manos la merecieran?
Mas si el alma se lavara,
Mas á propósito fueran.
Dame esa toalla, Flora,
Aunque no podrá limpiar
Lo que deja impreso agora.
Esclava que puede honrar
La mas principal señora,
Id por el cuello.

CELIA.
Yo iré. (Vase.)
DON JUAN.
Vé, Flora, á dársele.

FLORA.
Voy.
DON JUAN.
No vuelvas acá.

FLORA.
No haré. (Vase.)
DON JUAN.

Con gusto de verla estoy;
Algo á solas le diré.
Nunca esta esclava le vi
A Eliso; sin duda creo
Que él la guardaba de mí,
Porque el ajeno deseo
Debió de juzgar por sí.
¡Oh cuánto lo habrá sentido,
Si acaso le tiene amor!
Desdicha notable ha sido.
(Vuelve Celia con un cuello en un ta-
baque ó salva.)

CELIA.
Aquí está el cuello, Señor.
DON JUAN.
Y aquí, Señora, el rendido.
Ese es cuello, ponello
Podeis por argalla en mí,
Aunque bastaba un cabello;
Y este el cuello que os rendí.

CELIA.
¿Burlaisos? Ponéos el cuello.
DON JUAN.
No fuera hierro el asiento; (Pónesele.)
Pero ya por vos le siento.
Hierros en las trenzas hay.

CELIA.
Yo pensé que era cambray.
DON JUAN.
¿Qué engañado pensamiento!

CELIA.
Y si vuestros hierros son
Trenzas, con facilidad
Podréis romper la prision.

DON JUAN.
Prision de la voluntad
Está en la imaginacion.
No acierto á atarme la trenza;
Ponédmela vos, llegad.
Llegad, no tengáis vergüenza;
Atadme la libertad,
Que á ser tan vuestra comienza.
Llegad, ataréis el cuello.

CELIA.
Porque el serviros obliga,
Lo haré, pues os sirvo en ello.
Pero ¿quién habrá que os diga,
Aunque yo acierte á ponello,
Si está el cuello bien ó mal?
Voy por espejo.

DON JUAN.
Eso no;
Porque no habrá espejo igual
Como ese rostro, en que yo
Miro tan limpio cristal.

Retrátame vuestras bellas
Niñas; que bien puedo en ellas
Decir que en el sol me vi.
Atad.

CELIA.
¿No está bien así?
DON JUAN.
A vuestras claras estrellas
Se lo quiero preguntar.

ESCENA XX.
FELISARDO. — Dichos.

FELISARDO. (Ap.)
¡Bueno es aquesto por Dios!
Si aquí pudiera cortar,
Tanto montara en los dos
Cortar como desatar.

DON JUAN.
¿Quién está ahí?
FELISARDO.
Yo, Señor.
DON JUAN.
Pues ¿quién eres?

FELISARDO.
Un esclavo,
Que hoy te sirve por favor
De la fortuna, que alabo
Por conocer tu valor.
Fui de Eliso, y ya soy tuyo...
Mas ni soy tuyo ni suyo,
Ni sé á quién he de servir,
Tanto, que puedo decir:
Esclavo soy, pero ¿cuyo?
Por prenda vine á tu hacienda,
De una ejecucion; mas ya
A tanto pasa otra prenda,
Que conmigo en prenda está,
Que puede ser que te prenda.
Mi amo esta esclava amó;
Vi que á tu pecho llegó,
Y no es bien que á ti se junte;
Pero aunque me lo pregunte,
Eso no lo diré yo.

DON JUAN.
Buen tallo de esclavo tienes,
Y leal me has parecido,
Pues que tan celoso vienes.

FELISARDO.
Zara, buen principio ha sido;
Bien tu desdicha entretienes.

CELIA.
¿Tú me riñes?
FELISARDO.
¿Por qué no?
Señor me mandó que yo
Te riñese, y puedo hacello.
Pues hago en refírte aquello
Que cuyo soy me mandó.

DON JUAN.
No la riñas, por mi vida,
Esclavo; que no es culpada;
Y en tanto que aquí resida,
Aunque es de Eliso comprada,
Haz cuenta que fué vendida.
Yo soy su dueño.

FELISARDO.
Y yo, ¿cuyo?
DON JUAN.
Mio tambien.

FELISARDO.
¿Ya soy tuyo?
Mas debo temer, Señor,
De mi primer poseedor
Que no diga que soy suyo.
Zara estuviera mas bien
En la cocina que aquí.

CELIA.
Y tú curando también
Tus caballos.

FELISARDO. (Ap. á Celia.)
Por ti á mi
En sus pesebres me ven.

CELIA. (Ap. á Felisardo.)
Y á mí por ti entre los platos,
Sin que me regale Flora.
¡Villano ejemplo de ingratos!

DON JUAN.
No haya mas, por Dios, agora;
Que los dos sois dos retratos,
De hidalga y noble lealtad.
Servid alegres, creed
Que os tengo gran voluntad,
Y que os he de hacer merced.

FELISARDO.
Si Zara trata verdad,
Yo la tendré en lo que es justo.

DON JUAN.
A misa voy; que es muy tarde. (Vase.)

ESCENA XXI.

CELIA, FELISARDO.

FELISARDO.
Presto mudaste de gusto.

CELIA.
¡Sientes, así Dios te guarde,
De veras este disgusto?

FELISARDO.
¡Soy piedra yo? Soy diamante
O soy amante? Soy fiera
O soy hombre? Soy hidalgo
O soy la misma bajeza?
¡Tú dos mil leguas de un hombre
Cuanto mas; quién lo creyera!
La distancia que se pudo
Dividir con una trenza?
¡Tú dando lazos y nudos
Al cuello de otra cabeza
Que la mía, para hacerlos
En mi garganta de cuerda?
¡Ay Celia bella!
Ni fe en la mar, ni en la mujer firmeza.
¡Tú, recién venida aquí
Para ser última prueba
De amor en tan gran desdicha
Que merece fama eterna,
En los brazos!...

CELIA.
¿En qué brazos?

FELISARDO.
Déjame, no me detengas.

CELIA.
Pues ¿es bien tratar en burlas
En tiempo de tantas veras?
Vuelve, y mira dónde estamos,
Pues en nuestra misma tierra
Tú eres esclavo y yo esclava;
Que si de mi honor recelas
Ofensa tuya es locura,
Y para mi honor la ofensa.
Por ti, Felisardo mío,
Soy esclava; tus quimeras
Me trujeron á servir:
Si sirvo, ¿de qué te quejas?
Sali con otra criada
A dar agua á quien quisiera
Dar veneno; es hombre y mozo,
Díjome palabras tiernas;
Que es la ocasión ligera,
Pólvora el hombre, y la mujer centella.
Mandó que trujese el cuello,
Truje el cuello, até las trenzas:
Hízome espejo, fui espejo.

FELISARDO.
¿Y eso no quieres que sienta?

CELIA.
No; porque luego que entraste,
Como era vidrio y se quiebra,
Cesó el espejo.

FELISARDO.
Mejor
Dieras, Celia, por respuesta
Que la mujer es espejo,
Y que del dueño en ausencia
Hace la misma lisonja
A cualquier rostro que llega.

CELIA.
Deja esos celos injustos,
Deja, por mis ojos, deja
En tanto mal niñerías.

FELISARDO.
Siento, Celia, que lo sean;
Que si tú en las niñas tuyas
Retratas prendas ajenas,
Niñerías son que pueden
Hacer gigantes ofensas.
Mas, porque en tales desdichas
No es bien que hablemos en quejas,
Dime, mi bien, ¿qué he de hacer
En las muchas que nos quedan?
¿Quieres, dime, que esta noche
Nos vamos donde no sea
La fortuna poderosa
A hacernos burlas como estas?
Quieres que de aquí te saque?

CELIA.
Sabe Dios si lo quisiera;
Pero ponemos á Eliño
En notable contingencia;
Que como estamos en nombre
De esclavos, que diga es fuerza
Lisarda que él nos esconde,
O nos buscarán por ella.
Mejor es que mientras pasa
La furia, aquí te entretengas;
Que para estar escondidos,
Ninguna casa como esta.
Fuera desto, de mis padres
Seré buscada, y apenas
Saldré en mi traje á la calle,
Cuando conocida sea.
Y para mí, ¿qué mas gloria
Que estar adonde merezca
El nombre de esclava tuya?

FELISARDO.
Bien, Señora, me aconsejas.
Allí he visto los criados
Que están poniendo la mesa:
Vete, Celia, á la cocina;
Que podrá ser que nos vean.

CELIA.
Yo pondré en una toalla,
Si acaso hurtarle me dejan,
Algun regalo que comas...
—Pero no; que se me acuerda
Que Flora lo hará mejor.

FELISARDO.
Nunca te he visto tan necia.

CELIA.
Quien ama teme.

FELISARDO.
Quien ama
Cree.

CELIA.
¿Qué quieres que crea?

FELISARDO.
Que te adoro; mi Celia;
Que las desdichas crecen las firmezas.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Lisarda.

ESCENA PRIMERA.

BELISA, FLORA.

FLORA.
¿En qué tiene de parar
Tanta tristeza y disgusto?

BELISA.
Ya, Flora, todo mi gusto
Se ha convertido en llorar.
Ya mis melindres cesaron,
Ya mi arrogancia paró;
El cielo me castigó,
Y los hombres se vengaron.
Tenme lástima; que estoy
Para matarme.

FLORA.
No diga
Tal tu entendimiento.

BELISA.
Amiga,
Por pasos tan tristes voy,
Que es imposible vivir;
Porque en tanta desventura,
Es el callar mi locura
Determinarme á morir.
¿Qué tarde? ¿En qué me detengo,
Que no doy fin á mi vida?

FLORA.
¿Tú de ti misma homicida?

BELISA.
A darme la muerte vengo,
Flora, con tanta ocasión,
Que cuando en lo que la fundo
Venga á conocer el mundo,
Dirán que tengo razon.
Yo he de matarme: tú, Flora,
Después de muerta, podrás
Mirar mi pecho, y verás
La causa que calló agora;
Porque escrita en un papel,
Como el que muere por bando,
La llevaré al pecho cuando
Me mate hierro ó cordel.
Pensando estoy, triste vida,
Vuestro fin: si con espada,
Quedaré muy desangrada,
Mal puesta y descolorida;
Si en cordel, quedaré fea,
La lengua gruesa, y torcida
La boca; que sin herida
No hay muerte que tierna sea.
Con veneno, me pondré
Negra y hinchada; sangrada.
Es muerte á Séneca hurtada:
Dulcemente moriré;
Que será cosa famosa
Morir en filosofía;
Y de muerte de sangría
Quedaré limpia y hermosa.
Ea, llámame un barbero.
Diré que quiero sangrarme,
Y después podré quitarme
La venda hasta el fin postrero.
Vé, Flora, véme por él.

FLORA.
¿Qué dices? ¿Estás en tí?

BELISA.
Matarme tango...

FLORA.
¿Ay de mí!

BELISA.
Si tardas, con un cordel,

O alguna encendida brasa,
Como Porcia...

FLORA.

Si lealtad,
Si amor, si tratar verdad,
Si haber nacido en tu casa,
Pueden merecer saber
La causa de tus enojos,
Ellos y mis tristes ojos
Te obliguen.

BELISA.

No puede ser.

FLORA.

Pues si no, juntemos vidas
Y acábenos una muerte.

BELISA.

Si te obligas que una suerte
Nos iguale en dos heridas,
Aquí te diré mi mal.

FLORA.

Yo te lo prometo.

BELISA.

Escucha.

Verás que la causa es mucha,
Y á mi desventura igual.
En Madrid nacida,
Flora, como sabes,
Por regalo y gusto
De mis ricos padres,
Me crié en sus brazos
Con amores tales,
Que aun hablaba en niña
Pudiendo casarme.
Llovian las Indias
Indias Orientales,
Adonde tenía
Mi padre dos males
En su casa y cofre,
Perlas y diamantes,
Plata para gastos,
Y oro para engastes.
Con esto y quererme
Gastaban gran parte
En mis nuevas galas,
En mis ricos trajes;
Que don Juan, en fin,
Como era estudiante,
No gastaba en libros,
Lacayos y pajes
Lo que yo en espejos,
Pastillas y guantes.
Con estas locuras
Fui tan arrogante,
Que nunca pudieron
Casarme mis padres.
Treinta mil ducados,
Que en parte me caben
Esta gruesa hacienda,
Mas que no mis partes,
Obligan los hombres
Que por muchas nacen
A venir á verme,
Verme y conquistarme.
Yo, con la locura
De hacienda tan grande,
Y quizá engañada
De mi ingenio y talle,
He dado en melindres,
En melindres tales,
Que fui de la corte
Fábula notable.
Dí en decir un tiempo
Que tenía de carne
Las manos y rostro;
Lo demás de imagen;
Que cual ves las visten
Solo por el talle,
Sin piernas y cuerpo,
Con bultos iguales.
Dí en no ir á misa

Donde hubiese el ángel
Que venciendo pintan
Sierpes infernales.
Viendo á San Cristóbal
Forma de gigante,
Me dieron mil veces
Desmayos mortales.
Jamás en la pila,
Aunque con los guantes,
Tomé agua bendita,
Temiendo anegarme.
Nunca salí fuera
Que el aire sonase;
Y si me cogía
El aire en la calle,
Daba dos mil gritos:
«¡Que me lleva el aire!»
Nunca he visto toros,
De miedo que salten,
Aunque yo tuviese
Mil rejas delante.
La puente de piedra,
Con ser Manzanares
Rio tan pequeño,
No hay orden que pase.
Para entrar en coche,
Mil reliquias hacen
Escolta á mi cuerpo,
Cruces y señales.
No comí en mi vida
Ciruelas de fraile,
Porque dicen muchos
Que en el cuerpo nacen;
Caracoles, menos,
Porque nunca barren
En su aposentico
Sus necesidades.
Jamás consentí
Que me tome el sastro
Medida á vestido,
Porque no me abraze.
Nunca el zapatero
Lo que calzo sabe;
Zapatos de un punto
Y de dos me hace,
Hasta diez y seis,
Porque no se alaben
Que saben mis puntos
Curiosos galanes.
No quise en mi vida
Jugar á los naipes,
Porque la espadilla
Me hiela la sangre.
Mas, por qué te digo
Las cosas que sabes,
Y que no es posible
Que mi lengua baste?
Yo, en efecto, Flora,
Con melindres tales,
Desechando á tantos
Caballeros graves,
Ricos, gentilhombres,
Nobles, principales,
Con hábitos muchos,
Muchos con bastantes
Cargos en la guerra
Y oficios reales,
Poniendo mil faltas
A cuantos me salen...
No sé si lo diga
Antes que me mate,
Porque no me afrenten
Desatinos tales...
— Pero ya que es fuerza,
¿De qué estoy cobarde?
Un esclavo adoro,
Prenda que á mi madre
Trajo un alguacil;
Dios se lo demande.
No es de burlas, Flora.
Yo quise guardarme;
Diligencias hice;

Pero poco valen:
En estas prisiones
El amor alcalde
Castiga con muerte
Resistencias tales.
Ni duermo ni como,
Ni sé qué se traen
Estos pensamientos
Y dificultades.

Yo, que burla hice
De hombres semejantes,
Quiero un esclavillo;
Mas no diga nadie:
«Desta agua no bebo»;
Que los tiempos hacen
Humillar soberbias,
Subir humildades;
Truecan los melindres
En sucesos graves,
Enriquecen chicos,
Empobrecen grandes.
¡Mal haya quien hizo
Leyes desiguales,
Que lo peque el gusto,
Y el honor lo pague!

FLORA.

¿Qué podré yo responderle?
Corrido mi gusto vi
De lo que pasa por tí,
Que callo por no ofenderle;
Pero no puedo negarte
Que ha sido extraña locura.

BELISA.

¡Deja de ser la hermosa
Hermosura en cualquier parte!
Dejará de ser diamante
El que lo nació en la mina,
Porque esté en la mano inclina
O porque le cubra el guante?
Mas, á la cuenta, si á tí
Lo que á mí me sucedió,
No quiero culparte yo
Para disculparme á mí.
Lo que haré será matarme.

FLORA.

Mejor es buscar remedio.

BELISA.

Pues ¡hay sin la muerte medio
Con que poder remediarme?

FLORA.

Echarle de casa luego.

BELISA.

Hale cobrado afición
Mi madre, y la privación
Podrá acrecentar mi fuego.

FLORA.

Pues hazle herrar ó azotar:
Aféale de manera
Que le aborrezcas.

BELISA.

¿Qué fiera
Puede aborrecer y amar?

FLORA.

Piensa que á esa esclava adora,
Si desamartelan celos.

BELISA.

No han hecho salsa los ciclos
De amor, como celos, Flora.

FLORA.

Pues algo has de hacer.

BELISA.

Morir.

FLORA.

Mira el alma.

BELISA.

Esa razón
Sola vence la pasión

Con que desprecio el vivir.
Quiero tomar tu consejo,
Y hacer este esclavo herrar,
Como quien quiere quebrar,
Por no mirarse, el espejo.

FLORA.

Tu madre.

BELISA.

Apártate allí.

(Vase.)

ESCENA II.

ELISO, LISARDA.

LISARDA.

No tienes que replicarme;
Los esclavos has de darme,
Aunque vienes contra mí.

ELISO.

Tras haberme ejecutado,
Me quitas con tal disgusto
En lo que tengo mi gusto?

LISARDA.

Eres caballero honrado,
Y te obliga el ser mujer.

ELISO.

Yo tengo que te pedir,
Y así te quiero servir
Con hacerte este placer.
Pero advierte que son tres
Los esclavos que te doy.

LISARDA.

¿Cómo?

ELISO.

Porque yo lo soy;
Y el cómo sabrás después.

LISARDA.

Si es acaso pensamiento
De casarte con Belisa,
Ya su condición te avisa.

ELISO.

Sé que un imposible intento;
Pero tú lo tratarás
Con ella á solas.

LISARDA.

Sí haré.

Por allí estaba, y se fué.

ELISO.

Háblala en esto no mas,
Pues sabes mi nacimiento,
Porque en aquesta ocasión
Saques en la ejecución
Las prendas del casamiento.

LISARDA.

Ya Pedro y Zara son míos.
A hablar á Belisa voy.

ELISO.

Dispuesto á sufrir estoy
Sus notables desvarios.

(Vase Lisarda.)

ESCENA III.

FELISARDO. — ELISO.

FELISARDO.

¿Eliso del alma mía!

ELISO.

¿Mi querido Felisardo!

¿Cómo va?

FELISARDO.

Tu vista aguardo,
Como las aves al día,
En esta obscura prisión.

ELISO.

¿Prisión con Celia?

FELISARDO.

Es verdad;

Mas no tengo libertad
De decille una razón.
¿Qué hay por allá de la herida?
¿No podré salir de aquí?
¿Murmúrase que yo fui?

ELISO.

Aun tiene el hidalgo vida;
Pero está muy peligroso.
No salgas de donde estás,
Porque á peligro pondrás
La tuya.

FELISARDO.

¿Caso espantoso!

ELISO.

Este es el mejor sagrado.

FELISARDO.

¿Buscan á Celia?

ELISO.

También.

¿Cómo le va á Celia?

FELISARDO.

Bien.

Aunque con algun cuidado
De una criada que aquí
Se pierde por regalarme.

ELISO.

¿Celos?

FELISARDO.

Hoy quiso matarme.

Si me ven contigo así,
Darémos que sospechar.

ELISO.

¿Sales de casa?

FELISARDO.

Muy poco.

ELISO.

Adios.

(Vase.)

ESCENA IV.

LISARDA. — FELISARDO.

LISARDA. (Dentro.)

Si yo te provoco,
Belisa, á tanto pesar,
No hayas miedo que en mi vida
Te trate de casamiento.
— Pedro.

(Sale.)

FELISARDO.

Señora...

LISARDA.

Mi intento,

Que voluntad conocida
No te parezca, deseo
De esclavo haberte comprado.

FELISARDO.

¿Comprado me has?

LISARDA.

Hoy te ha dado

Eliso, y hoy te poseo.
¿No te lo dije?

FELISARDO.

Temí

Mi sentimiento, que es justo.

LISARDA.

¿No estás conmigo con gusto?

FELISARDO.

Muy grande le tengo yo
De servirte; mas Eliso
Es en fin dueño primero.

LISARDA.

Mal pagas lo que te quiero.

FELISARDO.

De que agradezco te aviso

La merced y el gran favor
Que me has hecho.

LISARDA.

Mas me debes

Que piensas.

FELISARDO.

Palabras breves

Son las señales de amor.

LISARDA.

Yo te quiero como á mí.

FELISARDO.

Mil veces beso tus piés.

ESCENA V.

CELIA. — Dichos.

LISARDA.

¿Es esta Zara?

FELISARDO.

Ella es.

LISARDA.

Zara, ¿qué quieres aquí?

CELIA.

A Pedro vengo á llamar;
Don Juan, mi señor, le llama.

LISARDA.

Id presto.

CELIA. (Ap. á Felisardo.)

¿También mi ama

Te comenza á regalar?

FELISARDO.

¿Otros celos?

CELIA.

Pues ¿qué quieres,

Si tú me das la ocasión?

LISARDA.

¡Buena! ¿aquí conversacion?

FELISARDO. (Ap. á Celia.)

¡Oh, Celia, qué extraña eres! (Vase.)

CELIA.

A Pedro le pregunté
Si hoy enseñarme queria
La oracion del otro día.

LISARDA.

¿No la sabes?

CELIA.

No la sé.

LISARDA.

Flora te puede enseñar.
Vete, perra, á la cocina.

CELIA. (Ap.)

Esta también se le inclina;
Mas yo me sabré pagar.

(Vase.)

ESCENA VI.

LISARDA.

¿Qué pensamientos son estos,
Que de un esclavo me han dado?
Ni es decente mi cuidado,
Ni ellos parecen honestos.
Agradame con extremo
Su tallo, su lengua y cara...
— ¡Qué liviandad! Amor, para,
Tente; que perderme temo.

ESCENA VII.

BELISA. — LISARDA.

BELISA.

Sabiendo que Pedro es tuyo
Y que le compraste á Eliso,
Vengo á darte cierto aviso.

LISARDA.
Será algun melindre tuyo.
BELISA.
Dícenme que es fugitivo :
Hoy has de mandar herralle.
LISARDA.
¿Herrar, Belisa, aquel talle?
BELISA.
¿Qué importa? ¿No es de un cautivo?
LISARDA.
Tengo lástima á la cara ;
No merece hierro en ella.
BELISA.
¿Parécete á ti muy bella?
LISARDA.
(Ap. Mucho el alma se declara.)
¿Qué me puede parecer
De un esclavo?
BELISA.
Pues consiente

Herrarle.
LISARDA.
Es inconveniente
Para volverle á vender,
Como quien hace tapices
Con sus armas.

BELISA.
¿Perderás

El esclavo?
LISARDA.
Importa mas
Herrarle, como tú dices.
Haz melindre, por tu vida,
De herrar una buena cara.

BELISA.
Si en no darme gusto para,
En cosa que yo te pida,
El aborrecerme á mi
Por querer á tu don Juan,
Presto tus ojos dirán
Si como don Juan nació. — (Yéndose.)
Abreme, Flora, esa cama,
Vé presto, llama el barbero,
Sángreme luego, hoy me muero.
¡Hola! al físico me llama. —
Presto verás si hoy acabo
Vida que tengo por ti,
Si es mejor perderme á mi
Que herrar la cara á un esclavo. (Vase.)

ESCENA VIII.

LISARDA.

¡Hay tan extraña mudanza!
Quien de ver dar una voz
Llamaba delito atroz,
¡Tanto atrevimiento alcanza,
Que quiere herrar el mas bello
Esclavo que el mundo vió!
O la condicion trocó
O es interesada en ello.
¡Hay tal locura y crueldad!

ESCENA IX.

TIBERIO.—LISARDA.

TIBERIO.
Aunque el ver desmayos tales
No son indicios mortales,
Mueven, Lisarda, á piedad.
No he visto jamás tan muerta
A Belisa ; ¿qué ha tenido?

LISARDA.
Una necedad ha sido,
Que de su humor desconcierta.
Ha dado en que se ha de herrar
Pedro.

TIBERIO.
Pues ¿es vuestro esclavo?

LISARDA.
Aun de comprarle no acabo,
Y ¿ya tengo de mostrar
Tan gran crueldad con él?

TIBERIO.
Ya sabéis su condicion ;
Pero porque no es razon
Hacer acto tan cruel,
Fingir podeis que le herrais ;
Que con un clavo fingido
Habréis con los dos cumplido,
Pues á ninguno agraviais ;
Que tambien es cosa fuerte
Darla tanta pesadumbre,
Si es de vuestros ojos lumbre.

LISARDA.
Pues ¿puedense hacer de suerte,
Que parezcan verdaderos?

TIBERIO.
Con mucha facilidad.

LISARDA.
¿Que á cualquiera liviandad
Me ha de hacer Belisa fieros!
Ahora bien ; quede á tu cuenta
Fingir los hierros.

TIBERIO.
Sí haré,
Porque esta loca no dé
En hacernos una afrenta.
El viene.

(Vase Lisarda.)

ESCENA X.

FELISARDO.—TIBERIO.

TIBERIO.
¡Oh Pedro!

FELISARDO.
¡Oh señor!

TIBERIO.
¿Cómo va en la nueva casa?

FELISARDO.
Bien, gracias á Dios, se pasa :
Todos me tienen amor.

TIBERIO.
De Lisarda yo lo juro ;
Pero de Belisa no,
Pues te manda herrar, y yo
Por su gusto lo procuro,
Aunque me pesa en extremo.

FELISARDO.
¿Cómo herrarle? ¡Vive Dios,
Que si lo intentais los dos,
Siendo yo leal, que temo
Que os quite á entrambos la vida!

TIBERIO.
Lo mismo manda á la esclava.

FELISARDO.
Aquí la invencion se acaba.
Yo soy, yo soy homicida (A voces.)
Del navarro caballero.
Venid ; que escondido estoy.

TIBERIO.
¿Qué dices?

FELISARDO.
Que el hombre soy
Que con el desnudo acero
Di la muerte á aquel hidalgo.

TIBERIO.
Loco le vuelve el pesar
De herrarle. No te han de herrar.

FELISARDO.
Esperad ; que luego salgo
Donde aventure la vida.

TIBERIO.
Mira que por darla gusto,
Y impedir tanto disgusto,
Será la letra fingida ;
Que á los dos quiero pintar
Los clavos con una tinta
Que luego se quite.

FELISARDO.
Pinta
Lo que se pueda borrar,
Y llámame esclavo tuyo.

TIBERIO.
Aguárdame, Pedro, aquí. (Vase.)

ESCENA XI.

CELIA.—FELISARDO.

CELIA.
¿Fuése ya Tiberio?

FELISARDO.
Sí.

CELIA.
¿Qué hay de Lisarda?

FELISARDO.
Que huyo,
Por tu gusto, de Lisarda.

CELIA.
¿Y de Belisa?

FELISARDO.
Una cosa
Bien nueva y dificultosa.

CELIA.
Dímela de presto.

FELISARDO.
Aguarda.
La desdicha que nos sigue
Nos confirma por esclavos.

CELIA.
¿Cómo?
FELISARDO.
Que hoy nos ponen clavos.

CELIA.
Pues ¿qué puede haber que obligue
A tal desatino?

FELISARDO.
Haber
Dado en aquesto Belisa.

CELIA.
De quién eres los avisas.

FELISARDO.
Ya no será menester,
Porque con clavos fingidos
Nos han de herrar á los dos,
Y viémenos bien, por Dios,
Para no ser conocidos ;
Que Eliso me dijo aquí
Que nos andan á buscar.

CELIA.
Si acertamos en errar,
De veras me hierre á mí
Quien, por tí pusiére clavos
A un rostro que ya los tiene
En el alma de quien viene
La estampa.

ESCENA XII.

DON JUAN, CARRILLO, sin ser visto
de—CELIA Y FELISARDO.

DON JUAN. (Ap. á Carrillo.)
¿Que estos esclavos
No se han de apartar jamás!

CARRILLO.
Son letra y tilde, son nombre
Y firma,

DON JUAN.
El es gentil hombre.
CARRILLO.
Y aun es discreto.
DON JUAN.
¿Eso mas?
CARRILLO.
Holgariaste de hablalle.
DON JUAN.
Si; mas no me puedo holgar
De verle con Zara hablar,
Si es discreto y de buen talle.
FELISARDO.
Pues aquí nadie nos ve,
(Abrazanse.)
Bien me puedes abrazar.
CELIA.
Siempre te has de anticipar
A mis deseos.
DON JUAN.
¿Qué fué?
CARRILLO.
Que se abrazaron los dos,
Me parece, en castellano.
DON JUAN.
¿Por qué la abrazas, villano?
CELIA. (Ap. á Felisardo.)
¿Viónos don Juan?
FELISARDO.
Si, por Dios.
DON JUAN.
Tú en casa tan principal,
Perro, haces esto?
FELISARDO.
Señor,
Si piensas que es esto amor,
El tuyo lo piensa mal;
Que porque me dijo aquí
Que bautizarse quería,
Lo que á cristiano debía
Hice en abrazarla así.
Si bajar pudiera el cielo,
Sospecho que la abrazara;
Pues lo que el cielo intentara,
Disculpa tiene en el suelo.
DON JUAN.
Véte á la caballeriza,
Perro.
FELISARDO. (Retirándose.)
Perdona, Señor.
Ser yo cristiano ¿es error?
(Don Juan habla bajo á Celia.)
CARRILLO.
La palabra atemoriza.
Hola, Pedro.
FELISARDO.
¿Qué me quieres?
CARRILLO.
Ser cristiano es gran bondad;
Pero es mucha cristiandad
Abrazar á las mujeres.
Véte, y advierte que aquí
Las esclavas no se abrazan.
FELISARDO.
Y si amo y lacayo trazan
Gozarlas, ¿úsase?
CARRILLO.
Si.
FELISARDO.
¿Si? pues espérate un poco. (Vase.)

ESCENA XIII.

DON JUAN, CELIA, CARRILLO.

CARRILLO. (Ap.)
Algo ha de hacer este perro.
DON JUAN.
Advierte, Zara, que es yerro
Volverme á desprecios loco.
CELIA.
¿Puedo, si no soy cristiana,
Quererte?
DON JUAN.
Dame tu fe
En teniéndola.
CELIA.
Si haré;
Pero no de ser liviana.
DON JUAN.
Pues ¿qué es lo que harás por mí?
CELIA.
Ser tu mujer.
DON JUAN.
Es deshonor
De un caballero.
CELIA.
Y ¿es honra
Mia que me rinda á ti?
DON JUAN.
Eres esclava.
CELIA.
Tú fueras
Lo mismo á estar en Argel.
DON JUAN.
En el tuyo estoy.
CELIA.
Si en él,
Como dices, estuvieras,
No tuvieras libertad
Para quitarme el honor.
DON JUAN.
A mí obligame el amor.
CELIA.
Y á mí mi sangre y lealtad;
Que soy allá mas honrada
Que tú aquí.
DON JUAN.
Detente, espera.
CELIA.
Es el vencerme quimera,
Menos que estando casada. (Vase.)
CARRILLO.
Cerróse.
DON JUAN.
Pensando estoy
Que si esta es noble en su tierra,
En lo que dice no yerra.
Allá fué lo que aquí soy.
CARRILLO.
Tu madre.

ESCENA XIV.

LISARDA. — DON JUAN, CARRILLO.

LISARDA.
(Ap. Aun de burlas es
Cosa que me da pesar
Hacer á los dos hérrar.)
¿Es don Juan?
DON JUAN.
Dame esos pies.
LISARDA.
Hoy ¿qué has hecho?
DON JUAN.
Salí un poco
Al Prado.

LISARDA. (A Carrillo.)

¿Tú estás aquí?
CARRILLO.
Mucho te espantas de mí.
LISARDA.
¿No quieres que espante un loco?
DON JUAN.
Deja á Carrillo, Señora;
Que tengo que hablarte.
LISARDA.
Di.
CARRILLO.
Nunca tan Carrillo fui
En tus manos como ahora.
DON JUAN.
Este esclavo que tienes en tu casa,
Es mas galan que esclavo: falta es esta
Mas que el vino; que amor su furia vence;
Y mas que el ser ladron; que el amor roba
Las almas, que es robar su hacienda al
[cielo];
Mas es que huir, porque este huir pudie-
Y perderse el valor; y amor espera, [ra,
Espera hasta que pierda honor y vida,
Después de estar la libertad perdida:
Y así, juzgo que es justo que le vendas;
Que para esclavo en fin le sobran prendas.
LISARDA.
¿Que le venda, don Juan?
DON JUAN.
Que luego al punto
Le vendas; y pues yo te lo aconsejo,
No me preguntes mas. Vuélvele á Eliso,
Y di que solo quieres esta esclava,
Si no quieres venderle en otra parte.
LISARDA.
Ahora bien; si conviene que le venda,
O que le vuelva á Eliso, vayan juntos
El esclavo y la esclava; que no quiero
Tener esclava tan hermosa y bella; [ce,
Que amor es mas que el vino, pues le ven-
Y mas que el hurto, pues las almas roba,
Y mas que huir, pues el amor espera
A que se pierda vida, hacienda y honra.
DON JUAN.
La esclava no te enoja ni deshonor.
LISARDA.
Pues ¿en qué me deshonor á mí un es-
DON JUAN. [clavo?
En abrazar la esclava, por lo menos.
LISARDA.
¿Vistelo tú?
DON JUAN.
Yo vi que se abrazaban,
Y Carrillo lo vió.
LISARDA.
¿Qué buen testigo!
CARRILLO.
Yo vi cruzar los brazos, y tocarse
Paloteado en las espaldas tanto,
Que solo les faltó, como flamencos,
El decirse al tocar *fróleque, fróleque*!
Lo que es la paz de Francia fué notable.
Como suelen tal vez mansas palomas
Envainarse los picos uno en otro,
Y decirse requiebros en el cuello...
LISARDA.
Celos deben de ser, don Juan. ¿Notienes
Mujeres por allá bellas y libres?
Deja esta mora, que en efeto es mora;
No trates de vencerla; que es delito
Que nos puede costar hacienda y honra;
Que al enojo de Pedro, con reñille,

1 *Vrolyk, vrolyk*, alegre ó alegrementes:
fórmula de saludo.

Con no dejar que suba, ni que pase
De aquestos corredores, se castiga.

(Vase.)

¿Fuéso?

DON JUAN.

CARRILLO.

Con los dos piés y los chapines.

DON JUAN.

¿Este gusto me da mi madre?

CARRILLO.

Calla;

Que tambien eres tú terrible en esto.

¿Por qué quieres que venda á Pedro, un

[hombre]

Tan cuerdo, tan discreto y gentil hom-

[bre?]

ESCENA XV.

CELIA, herrada en el rostro. — DON
JUAN, CARRILLO.

CELIA.

Apelo desta crueldad
Al supremo autor del cielo,
Pues no ha de haber en el suelo
Ni remedio ni piedad.

DON JUAN.

¿Qué es esto? ¿Hay mayor maldad!

¿Vive Dios, que sospechaba

mi madre que á Zara amaba,

Y que en el rostro la herró,

Porque aborreciese yo

Lo que della me agradaba!

¿Es esto verdad?

CELIA.

Sí es.

DON JUAN.

Míralo bien.

CARRILLO.

¿Qué lo dudas?

¿Qué te turbas y demudas?

Suyo es el daño que ves;

Que tú, porque mas estés

Sosegado de tu amor,

Antes recibes favor

En afearle la cara;

Que por ventura llegara

A mas peligro tu honor.

DON JUAN.

Déjame mirar, Carrillo,

Aquellos dos, cuyas rosas

Mancharon las rigurosas

Manos (bien puedo decirlo),

Que corte un fiero cuchillo

Ó que en Argel ate un moro.

Cielo rosado que adoro,

¿Qué cometas negras son

Las que con tal sinrazon

Eclipsan tus rayos de oro?

Esas rosas encarnadas

Han dado tan negro fruto,

Que es mirar el sol con luto

Verlas de negro eclipsadas;

Pero pues están bañadas

De tinieblas, cese el día

Que de su oriente salia:

Venga la noche y la muerte,

Y acábense de una suerte

Su luz y la vida mia.

Quien en tan blanco papel

Tales letras escribió,

No imaginaba que yo

Tengo de poner en él

El alma, para que dé

Salga aquel hierro estampado

Llega, no te dé cuidado,

Estampa ese hierro en mí.

CELIA.

¿Cómo te llegas así?

Amor licencia me ha dado.

DON JUAN.

CELIA.

Pues á mí no la crueldad
De tu madre.

DON JUAN.

¿Es gran razon!

Puesto me has en condicion
De hacer una liviandad.
Rosas puras, esperad;
Que voy hacer que esta afrenta
De vuestra hermosura sienta
Quien os deslustra y marchita;
Y será sentencia escrita
De quien vuestra muerte intenta.
Ven, Carrillo.

CARRILLO.

¿Dónde vas?

DON JUAN.

Casarme tengo con ella;
Que si antes era tan bella,
Ahora herrada lo es mas.

CARRILLO.

No es cristiana; no podrás.

DON JUAN.

Podré dar pena á Lisarda.

CARRILLO.

La afrenta ¿no te acobarda?

DON JUAN.

No hay cobarde en siendo loco.

CARRILLO.

Oye, advierte, aguarda un poco.

DON JUAN.

Amor con ira no aguarda.

(Vanse don Juan y Carrillo.)

ESCENA XVI.

CELIA.

Creido lleva don Juan
Que estos hierros son de veras,
Y son fingidas quimeras
De celos que en ellas dan.
Felisardo es tan galán,
Que en cualquier traje enamora;
Belisa, Lisarda y Flora
Le quieren de una manera:
¿Quién de un melindre creyera
Tan grande mudanza agora?

ESCENA XVII.

FELISARDO, herrado en el rostro. —

CELIA.

FELISARDO.

¿Estás aquí?

CELIA.

¿No me ves?

¿Cómo te subiste acá?

FELISARDO.

Amor licencia me da,
Sus alas puso á mis piés.
¿Qué bien los hierros te están!

CELIA.

Son en tu nombre, bien mio;
Aunque ha hecho un desvario,
Por verme herrada, don Juan.

FELISARDO.

¿Cómo?

CELIA.

Pienso que es de suerte
Su sentimiento, que ya
A sí mismo se dará,
Si no á su madre, la muerte.

FELISARDO.

¿En buen enredo ¡ay de mí!
Nos ha puesto amor cruel!
Pero ya saldremos dél;
Que no haber peligro aquí
Me obliga á sufrir que sea
Tu bello rostro afrentado.

CELIA.

¿Por qué, mi bien, si hoy me ha dado
Amor su firma y librea?
Hoy soy tuya; que lo ven
Todos mis cinco sentidos;
Alégranse los oídos,
La boca y manos tambien.
Porque olvidos ni destierros
Puedan negar tus despojos,
Desde su alcázar los ojos
Están mirando los hierros.
¿Qué sientes tú de los tuyos?

FELISARDO.

Que me corro que no sean
Como los tuyos desean,
Siendo estampa de los suyos.
Tambien mis ojos los ven,
Y mi boca los alaba,
Y aun una pendencia brava
Hay entre los dos tambien;
Que de los clavos, por ser
Tuyos, están tan preciados
Los ojos, que ya de honrados,
Suyos los quieren hacer.
La boca dice que están
Mas cerca, y que suyos son;
Pero en tan dulce cuestion
Los mismos hierros podrán
Poner paz, si los juntamos.
Dame los brazos, y iréme.

CELIA.

Amor llega, el alma teme.

(Abrazanse.)

ESCENA XVIII.

BELISA, FLORA. — DICHOS

BELISA.

¡A muy buen tiempo llegamos!
No te han dicho, perro, á tí
Que no subas solo un paso
De la escalera?

FELISARDO.

No paso

Sin causa: á pedir subí
Cosas que son menester,
Que aquí me las han de dar.

BELISA.

Y ¿es menester abrazar?

FELISARDO.

Somos marido y mujer.

BELISA.

¿Desde cuándo?

FELISARDO.

Desde el punto

Que á los dos nos han herrado,
Hierros habemos juntado
Porque se ande todo junto.

BELISA.

Pues ¿puede un hombre cristiano
Casarse con una mora?

FELISARDO.

Ya es cristiana, pues agora
Está el serlo en vuestra mano.
Su bautismo y casamiento
Podeis hacer en un día.

BELISA.

¿Quieres tú?

CELIA.

Yo bien querría;

Que mi noble nacimiento
Se emplea en Pedro muy bien;
Que es por parte de su padre
Caballero, y por su madre,
Aunque mora, lo es también.

BELISA.

Entrate, infame, allá dentro. —
Tú, perro, bájate allá.

CELIA.

Pues ¿esto enojo te da?

BELISA.

Entra, bárbara.

CELIA.

Ya entro. (Vase.)

ESCENA XIX.

BELISA, FELISARDO, FLORA.

BELISA.

Y tú, ¿qué aguardas aquí?

FELISARDO.

Ver si templas el rigor.

BELISA.

Templarse pudiera amor,
Si caber pudiera en tí.
Ven acá, Pedro.

FELISARDO.

Señora...

BELISA.

¿Sentiste mucho el herrarte?

FELISARDO.

Por ser el rostro la parte
Que mas el respeto honora,
Que mas la vista venera,
Dios sabe si lo he sentido,
Y mas sabiendo que ha sido
Por quien honrarme pudiera.

BELISA.

¿Piensas que soy yo?

FELISARDO.

Pues ¿quién?

BELISA.

Don Juan.

FELISARDO.

De celos será.

BELISA.

El dolor ¿pasóse ya?

FELISARDO.

¡Pluguiera á Dios que también
El de la afrenta pasara!

FLORA. (Ap. á Belisa.)

Tente; que te vas perdiendo.

BELISA.

Vame, Flora, suspendiendo
La hermosura de su cara.

FLORA.

¿Agora hermosa?

BELISA.

Los clavos
Son lunares que hermocean
Lo que otros rostros afean
De menos bellos esclavos.
¿Que castigasen los cielos
Mis melindres desta suerte?
Que un esclavo me dé muerte,
Y una esclava me dé celos!
¡Ay, Flora, qué mal consejo
Me diste! qua estando herrado,
Al bien la puerta he cerrado.

FLORA.

Por eso te lo aconsejo;
Que pudiera ser que hicieras
Alguna afrenta á tu honor.

BELISA.

Pues algo intenta mi amor
Que temple estas ansias fieras.
¿Cómo tocaré una mano
Deste esclavo?

FLORA.

¿Linda cosa!

¿Eras tú la melindrosa?

BELISA.

Es todo melindre en vano
Cuando llega amor por fuerza.
Haz, Flora, alguna invención;
No se pierda la ocasión.

FLORA.

¡Brava locura te esfuerza!
Finge un desmayo, y haré
Que en brazos te lleve allá.

BELISA.

Notable invención será. —
¡Jesus! ¡Ay Jesus!

FLORA.

¿Qué fué?

BELISA.

Pícame un mosquito un dedo;
Y como si fuera un rayo,
Toda me muero y desmayo. (Cae.)

FELISARDO.

¿De un mosquito?

FLORA.

(Ap. ¡Lindo enredo!)

¿Qué quieres? ¿Ya no sabías
Sus melindres? Ya está muerta.

FELISARDO.

¿Muerta?

FLORA.

Ten por cosa cierta
Que no vuelva en cuatro días.
Tómala en brazos; que yo
No la podré levantar.

FELISARDO.

¿Yo la tengo de llevar
En brazos?

FLORA.

Pues ¿por qué no?

FELISARDO.

Alto; yo haré lo que mandas.

(Levanta á Belisa.)

FLORA.

Y yo iré á ver si álguien viene. (Vase.)

FELISARDO.

Notable desmayo tiene.
Ahora bien; quiero ser andas,
Y llevar aquesta muerta.

ESCENA XX.

CELIA. — FELISARDO, *teniendo en brazos á BELISA.*

CELIA.

¿Adónde vas desta suerte?

FELISARDO.

Esta imagen de la muerte,
De aliento y vida desierta,
Llevo á echar sobre su cama;
Que Flora me lo mandó,
Porque aquí se desmayó,
Y es en efecto mi ama.

CELIA.

A lo menos porque ya
Debes de quererla bien.

FELISARDO.

Mejor los cielos me den
Vida. ¿No ves cómo está?

CELIA.

¡Ah Felisardo cruel!

Tú muy celoso de mí,
Y yo, ingratisimo, á tí
Por todo el extremo fiel.
Mas yo si los he tenido
Justamente, porque soy
Tan ofendida.

FELISARDO.

Yo voy,

Celia, en el traje fingido
Cumpliendo mi obligación;
No te ofendo en otra cosa.
Esta necia melindrosa
Dijo en aquesta ocasión
Que de picarla un mosquito
Estaba para expirar;
Mandáronmela llevar...

CELIA.

Ni aun tocarla te permito.

FELISARDO.

Pues si está como la ves,
¿Tengo de dejarla aquí?

CELIA.

Para darme gusto, sí;
Pero no si el tuyo es.
¿Yo había de verte en los brazos
Otra mujer?

FELISARDO.

Está muerta.

CELIA.

¿Muerta?

FELISARDO.

Pues ¿no es cosa cierta?

CELIA.

Llévala, y hazla pedazos
Dese corredor.

FELISARDO.

Bien fuera;

Porque tanto me aborrece,
Cuanto adora y encarece
Su madre; que si hoy quisiera,
Pienso de su hacienda toda
Pudiera ser tesoro,
Y hacerle un engaño espero.

CELIA.

Mal nuestro bien se acomoda.
¡Ay Felisardo! Ya herrados,
¿Qué podemos acertar?
Qué fin el tiempo ha de dar
A casos tan desdichados?

FELISARDO.

¿Ahora contemplas eso?
¿No ves que me estoy cansando?

CELIA.

Suéltala, y vénte callando
A tratar nuestro suceso
A mi aposento; que ya
No preguntarán por tí.

FELISARDO.

Alto; yo la dejo aquí.

CELIA.

Vamos.

FELISARDO.

Sin sentido está.

(Vase Celia y Felisardo.)

ESCENA XXI.

FLORA. — BELISA, *inmóvil, como sin sentido.*

FLORA.

Aunque con pena y con celos,
Al fin he dado lugar
A que puedan acabar
Tantos melindres los cielos.
Quien cuantos hombres miraba
Melindrosa despreció,

¡Con un esclavo vengó
A quien ofendió estaba
Y sin mirar su bajeza
Le quiere tomar la mano!

BELISA. (*Levantándose.*)

¡Qué estás murmurando en vano,
Si sabes la fortaleza
De aquel poderoso amor?

FLORA.

¡Jesus, Señora! ¡Aquí estás?

BELISA.

Dame la mano, y sabrás
La causa.

FLORA.

¡Extraño rigor!

¡Que aun no te llevé de aquí,
Dejándote yo en sus brazos?

BELISA.

¡Ay, Flora, que aquellos lazos
No se hicieron para mí!
Luego que adentro te fuiste,
Y yo llegada á su pecho,
Iba, como quien le adora,
Dando rienda al pensamiento,
Ya tocándole la mano,
Ya llegando el rostro al cuello,
Como que el mismo desmayo
Era destas cosas dueño,
Entró Zara, y de mi amor
Celosa rémora siendo,
Detuvo la nave mía,
Que llevaba en popa el viento.
Yo tenía entre sus brazos
El cuerpo, pero en el suelo
Los pies; y aunque me pesaba
De ver de los dos los celos,
Agradecía mi agravio;
Y por estar en su pecho,
Rogaba á Dios que durasen
Los enojos que me dieron.
¡Quién vió de amor, quién oyó
Tal laberinto y enredo,
Como que yo con fingido
Desmayo estuviere oyendo
Los mismos celos que daba
A quien le tuvo por cierto,
Y descubrió á voces claras
Los mas extraños secretos
Que hay en fábula ni historia?

FLORA.

¡Ay, Señora! ¡qué dijeron?

BELISA.

Ella le llamaba á él
Felisardo, que no Pedro;
Y él á ella Celis.

FLORA.

¿Cómo?

BELISA.

Celis, que no Zara.

FLORA.

¡Ay, cielos!

BELISA.

En fin, en sus relaciones,
En sus quejas, en sus miedos,
Yo entendí, si no me engaño,
Que no son esclavos estos.

FLORA.

Eso es engaño notorio.

BELISA.

¿Engaño, Flora?

FLORA.

A no serlo,

¿Cómo dejaran herirse?
¿Cómo sufrirían los hierros?
Aunque el otro día vi,
Al entrar en su aposento
De Pedro, un jubon de tela;

Pero engañóme, diciendo
Que un esclavo que le hurtó,
Allí le trajo á esconderlo.

BELISA.

¿Jubon de tela?

FLORA.

Y muy fina.

BELISA.

Si es aqueste caballero,
Y por alguna desdicha
Vino á tan triste suceso?

FLORA.

Si por los hierros no fuera,
No lo dudara.

BELISA.

¿Qué harémos?

FLORA.

Disimular.

BELISA.

Si; mas mira

Que se han de huir, y que quedo
Perdida, y mas desde agora.
Que es Felisardo, y no Pedro.

FLORA.

Para estorbar que se vaya,
Mal puedo darte consejo.

BELISA.

Ya yo le sé.

FLORA.

¿Cuál?

BELISA.

Escucha.

Líamame á Carrillo presto.

ESCENA XXII.

CARRILLO. — DICHAS

FLORA.

El llega por excusarme.

BELISA.

Amor le trujo á mi ruego.

CARRILLO. (*Ap.*)

¿A qué ha de llegar la furia
De amor? ¿Qué buenos están
De su obediencia don Juan,
Y Lisarda de su injuria!
La madre llora y prometo
Casarse por castigalle,
Y él con la esclava, por dalle
Mas pena.

FLORA.

¿Qué hay, alcahuete?

CARRILLO.

¡Oh secretaria cruel
De la ninfa melindrosa,
La que se alcorza y endiosa,
La que viendo en un papel
Un san Jorge dibujado,
De la sierpe se espantó!

FLORA.

Mira que está aquí.

BELISA.

Si yo,

Carrillo, hubiera mostrado
Melindre viéndote á ti,
¿Qué sierpe mas espantosa?

CARRILLO.

Perdona, que esto no es cosa
Que arguye malicia en mí,
Y pruébame en tu servicio
Si quieres ver lo que soy.

BELISA.

Hazme un placer.

CARRILLO.

Aquí estoy.

BELISA.

Yo he visto, Carrillo, indicio
De que Pedro quiere huirse;
Sin esto, su atrevimiento
Llega á entrar al aposento
De Zara, y no es de sufrirse.
Parte á un herrero, y harás
Una argolla y un virote.

CARRILLO.

Pues eso no te alborote,
Señora; que ayer no mas
Este regidor vecino
A un esclavo le quitó:
Iré á pedirsele yo.

BELISA.

Échasele de camino,
Con favor de los criados
De casa.

CARRILLO.

Traeré de enfrente

Un lacayo muy valiente,
De bigotes engomados,
Hombre de mas libertad
Que un cochero.

BELISA.

Parte presto;

Que yo viviré con esto
En mayor seguridad,
Mientras vengo á conocer
Si es Pedro ó si es Felisardo.

(*Vase Carrillo.*)

FLORA.

El fin del suceso aguardo.

BELISA.

Por fuerza lo ha de tener.

ESCENA XXIII.

LISARDA, DON JUAN, TIBERIO. —
BELISA, FLORA.

LISARDA.

¿Libertades á mí? Pues por el siglo
De vuestro padre, que veais muy presto
La venganza que tomo de vosotros.

TIBERIO.

Hermana, reportáos; don Juan es mozo
Y en fin es vuestro hijo.

LISARDA.

No es mi hijo.

BELISA.

¿Qué es aquesto, don Juan?

DON JUAN.

Vuestras quimeras;

Que mi madre te pone á ti la culpa.
¿Quién herrara una esclava tan hermosa?
En crueldades pararon tus melindres.

BELISA.

Pues ¿qué te importa á ti?

DON JUAN.

Mucho me importa;

Que es mi mujer.

LISARDA.

¡Oh infame! ¿de tu boca
Salen tales afrontas de tu sangre?

TIBERIO.

Dícelo con enojo; que no es hombre
Don Juan que ha de afrontar nuestro li-
[naje.

DON JUAN.

De veras hablo, tío.

TIBERIO.

Calla, loco.

LISARDA.

Pues alto; si don Juan se determina
A quererse casar con una esclava,
Yo me quiero casar con un esclavo.

La mitad de la hacienda es mía.

TIBERIO.

También eres tú loca: ¿qué te espantas?
Que don Juan te parezca?

LISARDA.

No hay cordura
Con hijos atrevidos, deslenguados
Y inobedientes. Hoy harémos cuenta:
No piense que le toca su legítima
Tan entera el villano; que en un año
Me ha gastado en sus deudas, en sus ga-

Y en sus placeres deshonestos, cinco,
¿Cinco? y aun mas de siete mil ducados.

DON JUAN.

Si pensabas casarte y pretendías
Desampararnos, sin enredos puedes
Casarte con quien ya tendrás trazado;
Que yo y mi hermana viviremos juntos
Con mas honra que estamos en tu casa.

TIBERIO.

Salte allá fuera ya; que es desvergüenza.
¿Así tratas las tocas de tu madre?

DON JUAN.

Respeto en vos las canas de mi padre.
(Vase.)

ESCENA XXIV.

FELISARDO, y tras él, CARRILLO y
CUATRO LACAYOS.— LISARDA, BELI-
SA, TIBERIO, FLORA.

FELISARDO.

¿Esto se puede sufrir?
Esto es bien hecho?

TIBERIO.

¿Qué es esto?

FELISARDO.

¿No basta el haberme puesto
Estos hierros sin buir,
Sino que mandais echarme
Argolla y virote á mí?

LISARDA.

Yo no lo mandé.

BELISA.

Yo sí.

FELISARDO.

Pues ¿en qué puedes culparme?

BELISA.

Madre, el esclavo se va;
Yo lo sé de Zara.

LISARDA.

¡Ah perro!

¡Hiérrenle: ¿no viene el hierro?

CARRILLO.

A punto el virote está
Y la valerosa gente.

LISARDA.

Echádsele al fugitivo.

LACAYO 1.º

¡Hola, Sancho! Por Dios vivo,
Que dicen que es muy valiente.

LISARDA.

Herralde, y vamos de aquí.

FELISARDO.

¿Qué notable confusion!

TIBERIO.

No me parece razon
Herrarle.

BELISA.

Pues á mí sí.

(Vanse las mujeres y Tiberio.)

ESCENA XXV.

CARRILLO, FELISARDO, LOS LACAYOS.

FELISARDO.

Llegad, perros.

CARRILLO.

Luego ¿piensas

Defenderte?

FELISARDO.

Solo siento
Mi valor que sois ruin gente,
No las afrentas y ofensas.
(Andan á mojicones y ásenle, y en fin
en el suelo, le ponen el virote.)

Sois muchos.— Al fin cá.

LACAYO 2.º

Ríndete, perro, Mahoma.

FELISARDO. (Ap.)

Cielos, ¿quien me adora toma
Tanta venganza de mí!

LACAYO 3.º

Ea, perrazo, está quedo.

LACAYO 4.º

Remacha bien.

CARRILLO.

Bien está;

Que no se le quitará
A dos tirones.

FELISARDO. (Ap.)

Hoy puedo

Decir que llegó mi mal
Al extremo que podía.

LACAYO 1.º (A Carrillo.)

Ya sabe que hoy es el día
De ser franco y liberal.

CARRILLO.

Cuélese en esa taberna.
Llevaré veinte aceitunas;
Que no ha de ser en ayunas.

LACAYO 2.º

Yo serviré de linterna.

(Vase Carrillo y los lacayos.)

ESCENA XXVI.

FELISARDO.

¡Cruel amor! ¡tan fieras sinrazones
Tras tanta confusion, tras pena tanta!
¿De qué sirve la argolla á la garganta
A quien jamás huyó de tus prisiones?
¿Hierro por premio das á mis pasiones?
Dueño cruel, tu sinrazon espanta:
El castigo á la pena se adelanta,
Y cuando sirvo bien, hierros me pones.
Gentil laurel, amor! ¡buenos despojos!
Y en un sugeto á tus mudanzas firme,
Hierro, virote, lágrimas y enojos! [me
Mas pienso que has querido persuadir-
Que, trayendo los hierros á los ojos,
No pueda de la causa arrepentirme.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

ELISO, LISARDA.

LISARDA.

Reporta, Eliso, el enojo.

ELISO.

¿En qué guerra le ganaste,
Lisarda, que le trataste

Como á bárbaro despojo?

¿Virote á un esclavo honrado,
Y que apenas tuyo es!

¿Qué le pondrás de aquí á un mes?

LISARDA.

Mi hija es loca, y ha dado
En aqueste desatino.
Temiendo que se ha de ir;
Mas tú la puedes reñir.

ELISO.

¿Por Dios, Lisarda, que vino
A lindo dueño el esclavo,
Del regalo que tenía?
Pues tú sabrás algun día
Quién es.

LISARDA.

Su virtud alabo,
Y doy la culpa á Belisa.

ELISO.

¿Es melindre herrar un hombre,
Que si supieras su nombre,
Aunque su talle te avisa,
Te movieras á piedad?
Pero vé porque la riñas.

LISARDA.

Pondréle entre las dos niñas
De los ojos.

ELISO.

Regalad
A quien tan bien lo merece;
Que algun día...

LISARDA.

Pues ¿quién es?

ELISO.

Yo sé que sabrás después
Lo que quien ama padece.

LISARDA.

En gran confusion me pones.

ELISO.

No hay que preguntarme mas;
Presto, Lisarda, sabrás
Notables trasformaciones.

LISARDA. (Ap.)

¡Oh amor! si fuesen verdad
Las sospechas que he tenido,
Hoy á este esclavo fingido
Declaro mi voluntad.

(Vase.)

ESCENA II.

CARRILLO.—ELISO.

CARRILLO.

No sé quién puede sufrir
Una mujer tan cansada.

ELISO.

¿Qué hay, Carrillo?

CARRILLO.

Poco ó nada:

Nada se puede decir
Aquello que solo es viento;
Los melindres viento son.

ELISO.

No lo son á mi pasión,
Aunque el viento es elemento
Que en fuego suele mudarse,
Y dese viento es mi fuego.

CARRILLO.

Pésame que estés tan ciego.

ELISO.

Puesto que bastara á helarse
En sus melindres amor,
Por ser de su fuego hielo,
Yo me abrazo y me desvelo.

CARRILLO.

Si yo no fuera, Señor,

Por Tiberio tan aprisa,
Lindas cosas te contara.

ELISO.

¿Son de Belisa?

CARRILLO.

Repara

En que la niña Belisa,
La que un conñte de rana
Parte en dos para comelle,
Y á quien un día vi hacelle,
De solo ver una rana,
Dos sangrias en un hora,
Ha dado en unos desmayos,
Que, como el sol por sus rayos,
Muestran que este esclavo adora.
En estando desmayada,
Le han de llamar ó morirse;
Y esto viene á resumirse
En que la niña alcorzada
Toma la mano al esclavo;
Que dice que el corazon
Siente sosiego en razon
De las uñas.

ELISO.

Mucho alabo

La virtud de Pedro en ser
De Belisa medicina,
Si no es que á querer se inclina
Lo que no puede querer.

CARRILLO.

¿Por qué no? ¿No es hombre?

ELISO.

Si;

Que en fin, aunque esclavo, es hombre.

CARRILLO.

Pues si no lo estorba el nombre,
Está seguro de mí,
Que he visto en él que la adora;
Aunque finge estar cansado
De verse siempre ocupado
En curar esta señora.
Mas es hombre, y es querido,
Ella hermosa y él mancocho:
No picar en tanto cebo
Tan de bestia hubiera sido,
Que la uña que tocara
Le fuera de mas provecho.
Mas ¿no miras lo que ha hecho
Esta á quien la fénix rara
Urraca le parecia,
Y el mas galán, sayagués?

ELISO.

Castigo del cielo es.

CARRILLO.

¿Qué bien un hombre decia
Que no hay eleccion mas fea
Que en la mujer melindrosa!
Pero ¿mandas otra cosa?

ELISO.

Adios.

CARRILLO.

Adios.

(Vase.)

ESCENA III.

ELISO.

¿Que se crea
De un hombre honrado y amigo
Esta traicion? ¿Esto aguardo
En galardón, Felisardo?
¿Tal traicion usas conmigo?
¿Es posible que olvidado
De Celia, mi dama quieres?

ESCENA IV.

DON JUAN.—ELISO.

DON JUAN. (Al salir.)

¿Que aquí quedaba?

ELISO. (Sin ver á don Juan.)

¿Tú eres

Noble, tú amigo, tú honrado?

DON JUAN.

¿Eliso mio!

ELISO.

¿Don Juan!

DON JUAN.

¿Qué esclava es esta que aquí
Trujiste?

ELISO.

¿Bueno!

DON JUAN.

¿Ay de mí!

ELISO.

(Ap. Todos parece que están
Contra mi honor de concierto.)
Dirás qué te agrada.

DON JUAN.

Y tanto,

Que de que viva me espanto
Un hombre después de muerto.

¿Querésmela dar á mí?

¿Querésmela á mí vender?

ELISO.

(Ap. Mi venganza viene á ser
Cierta y breve por aquí.)

¿Quieresla bien?

DON JUAN.

En mi vida

Me he visto en tan triste estado;

Tanto, que tengo pensado,

Si de quien soy se me olvida,

Viéndola á mis ruegos fuerte,

Hacerla propia mujer,

Y en acabando de ser

Mi mujer, darme la muerte,

O irme donde jamás

Visto de algun hombre sea.

ELISO.

Ya que en servilla te emplea

Amor, por quien loco estás,

Solo te puedo advertir

Que es mujer tan principal,

Que no naciste su igual.

DON JUAN.

¿No es turca?

ELISO.

Lo que es decir

Quién es, has de perdonarme;

Basta decirte que aciertas

Si el casamiento conciertas.

DON JUAN.

¿Con ella puedo casarme?

ELISO.

Por no te decir quién es,

Me voy.

DON JUAN.

Espera.

ELISO.

No puedo;

Que tengo á la lengua miedo,

Y yo te hablaré después.

(Vase.)

ESCENA V

DON JUAN.

No en vano yo te adoraba,

¡Oh prenda del alma mía!

Pues el alma me advertia

De aquello que yo ignoraba.

¿Hay tal bien? ¿Hay tal ventura?

ESCENA VI.

LISARDA.—DON JUAN.

LISARDA.

¿De qué es la ventura y bien?

DON JUAN.

De que los cielos me den
Una esperanza segura;
De que fui Pigmaleon,
Pues se me ha vuelto mujer
La que fué de piedra ayer,
Para mi honor y opinion.
Madre, yo estoy ya casado,
No me preguntéis con quién;
Que yo sé que os está bien,
Si Eliso no me ha engañado.
Apercebid, madre mía,
Joyas y casa á una nuera,
Que si el sol hijos tuviera,
Preciarse della podria.
Ya descansaréis, Señora,
Del cuidado de mi estado,
Ya el cielo mujer me ha dado;
No me preguntéis agora
Quién, para qué, ni por qué;
Que el quién, es el bien que vi;
El para qué, para mí;
Y el por qué, porque la amé.
Y ha de ser desta manera,
El cómo y cuándo se acabe:
El cómo, como amor sabe,
Y el cuándo, cuando Dios quiera.

(Vase.)

ESCENA VII.

LISARDA.

¿Qué enigmas, qué desatinos
Son estos? Qué loco error
De los consejos de amor?
Pero todos son caminos
Para conocer que son
Estos esclavos fingidos.
Pensamientos atrevidos,
Tomemos resolucion.
Este esclavo es cahallero:
¿Qué aguardo, pues que le adoro?

ESCENA VIII.

BELISA, furiosa; CELIA y FLORA, te-
niéndola.—LISARDA.

BELISA.

Llamadme ese perro moro,
De quien mi remedio espero.
Presto, presto; que me aprieta
Fuertemente el corazon.

LISARDA.

¿Qué es esto?

CELIA.

Aquella pasion,
Que la oprime y la sujeta
A los desmayos que ves.

BELISA.

Llamad á Pedro, enemigas.

LISARDA.

Hija, ¿de qué te fatigas?

¿Qué es esto?

BELISA.

¿No veis lo que es

Esta fuerza del sentir

Y este forzoso callar?

CELIA.

A Pedro voy á llamar,

BELISA.

No tú; Flora puede ir.

FLORA.

Pues yo voy.

(Vase.)

ESCENA IX.

LISARDA, BELISA, CELIA.

CELIA. (Ap.)

¿Que Felisardo

Guste de que viva aquí!

BELISA.

Madre, duéclase de mí.

LISARDA.

¿Qué tienes?

BELISA.

La muerte aguardo.

LISARDA.

¿Qué sientes?

BELISA.

Un no sé qué

Que me da en el corazón,
Con una cierta pasión
Que se siente y no se vé.
Tengo en él un arador
Que me escarba y hace mal,
Como un granito de sal,
Y aun sospecho que es menor.
Tengo el corazón tan niño,
Que llora de cualquier cosa...
—Madre mía, madre hermosa,
Oiga, mire que la riño
De que no me ha regalado.

LISARDA.

Triste! ¿Qué te puedo hacer,
Si el corazón ha de ser
Con epítimas curado?
Gasta mi hacienda en jacintos,
En perlas, oro y corales.

BELISA.

¿No ve que son estos males
De los que piensa distintos?
Hágame, madre, una cuna,
Donde mezca el corazón,
Porque duerma en la pasión
Que me aflige y importuna.
Cómprale un vaquerito
Y unos zapatos dorados,
Dele confites pintados.

LISARDA.

¿Estás loca?

BELISA.

Hable quedito;
Que pensará que es el coco.

CELIA.

Será el corazón primero
Con zapatos y vaquero.
(Ap. ¿Hay tal melindre?)

ESCENA X.

FLORA, FELISARDO. — DICHAS.

FELISARDO.

Estoy loco.

FLORA.

Ten paciencia; que has de ser
Médico desta doncella.

FELISARDO.

¿Téngome de andar tras ella,
Teniendo tanto que hacer?
¿Por mí fe, que estamos buenos!
¿Quién limpiará los caballos?

LISARDA.

Solos podemos dejarnos.

CELIA. (Ap.)

Yo me esconderé a lo menos.

LISARDA.

Sténtate en aquesta silla. —
Y tú, Pedro, llega a hablalla.

FELISARDO.

¿Cómo podré yo curalla?

Tu engaño me maravilla.
¿Qué tengo yo, que la curan
Mis uñas? ¿Soy la gran bestia?

LISARDA.

¿Esto te causa molestia?

FELISARDO.

¿Gentil médico os procuran!

¿A quien cura los caballos
Remiten vuestra salud?—

LISARDA.

Tienes tú grande virtud.
Ea, bien podeis dejarnos.

(Vase Celia y ocúltase.)

—Acude, Flora, a tu hacienda;
Que a hablar con Tiberio voy.

(Vase Flora.)

CELIA. (Ap. escondida.)

Cielos, escondida estoy.
Haced que este enredo entienda.

ESCENA XI.

BELISA, FELISARDO.

FELISARDO.

Ea, pues ya estoy aquí,
¿Qué he de hacer?

BELISA.

Dame esa mano.

FELISARDO.

(Ap. Bien te entiendo, amor tirano;
Pero ¿qué quieres de mí?
Adoro a Celia, aborrezco
Este melindre y enfado.)
Ya la mano os he tomado.

BELISA. (Ap.)

Válgame amor; que enmudezco.

FELISARDO.

Corrido estoy que tomeis
Mano tan áspera, y callos,
Que de almohazar seis caballos
La tienen como la vela.

BELISA.

Con ella descanso, Pedro.

FELISARDO.

Pues si os hago bien, Señora,
¿Cómo este virote agora
Por el bien que os hago medro?
¿Por qué me tratais así,
Si vuestro médico soy?

BELISA.

Porque si te vas, me voy
Hasta la muerte sin tí.

FELISARDO.

¿A cuál esclavo sin culpa
Clavos y virote han puesto?

BELISA.

¿Jesus! apriétame presto,
Y no me pidas disculpa.
Aquí, aquí... ¿Qué gran dolor!

FELISARDO.

¿Qué tiene vuesamerced?

BELISA.

Deseos de hacer merced
A quien ni aun pide favor.

FELISARDO.

¿Cómo es eso?

BELISA.

No sé a fe.

Pónenseme unas cositas
En los ojos tamafitas,
Que apenas el sol las ve;
Y estas se me entran por ellos,
Y con dulces alteracion
Pellizcan el corazón.

FELISARDO.

¿Qué lástima!

BELISA.

Tenia dellos.

FELISARDO.

Mayor la tengo de mí,
Por vos con este virote.

BELISA.

Pues eso no te alborote;
Que yo le traigo por tí.
¿Qué dije? ¿Jesus! ¿Qué es esto?
Loca estaba, necia estoy.
¿Qué desgracia! Muerta soy;
Aprieta esa mano presto.

FELISARDO.

Desmayóse. ¿Hay cosa igual!
Vergüenza debió de ser.
Fácil está de entender
La calidad de su mal.
Pero ¿triste yo! ¿qué haré?
¿Qué remedio le he de dar?

ESCENA XII.

CELIA. — FELISARDO; BELISA, desmayada.

CELIA.

Bien la puede remediar
Vuesamerced.

FELISARDO.

Yo, ¿por qué?

CELIA.

Porque quien le dió la mano,
¿Qué puede negarle ya?

FELISARDO.

¿Qué necio tu amor está!

CELIA!

Necio sí; mas no liviano.
Ah, Felisardo! ¿qué es esto?
Pues no creas que he de estar
Donde me puedas picar
Tan libre y tan descompuesto.
Don Juan me quiere; yo haré
Que hoy en sus brazos me veas.

FELISARDO.

Sin culpa matar deseas
Quien por la tuya se ve
En tantas persecuciones.
Esta loca melindrosa
Anda, mi bien, codiciosa
De que entienda sus razones;
Y es que sin duda ha sabido
O sospecha lo que soy;
Forzado con ella estoy,
Médico violento he sido.
Aquí me tomó la mano,
Y este diamante que ves
Me puso en ella: no estás
Conmigo enojada en vano;
Que yo, como en fin despojos
Que de su vana locura
Rinde el alma a tu hermosura,
Hoy le presento a tus ojos.
Toma el diamante, mi bien,
Y véte; no vuelva en sí.

CELIA.

¿Que yo me vaya de aquí?
Bueno! Aunque el mundo me dén.
Toma tu diamante allá.

FELISARDO.

Pues ¿quieres que yo me vaya?

CELIA.

Sí; que si amor la desmaya,
En tí la piedra hallará,
Y en mí el mayor desengaño.

FELISARDO.

Pues voyme; que es ley en mí
Tu voluntad.

(Vase.)

BELISA.
(Ap. ¿Esto sí?
¿Qué aguarda mi loco engaño?
Fuera digo.) Muerta soy.
CELIA.
¿Qué tienes, señora mía?
BELISA.
¡Oh nube de mi alegría
Y del sol que viendo estoy!
¡Madre, madre! ¡Flora! ¡Gente
De esta casa! ¡Hola, criados!

ESCENA XIII.

LISARDA, FLORA, CARRILLO.—
CELIA, BELISA.

LISARDA.
¿Qué es esto, tristes cuidados?
¿Es melindre ó accidente?
BELISA.
No es melindre.
LISARDA.
Pues ¿qué ha sido?
BELISA.
Ahora veréis quién son
Eslavos, y si es razon
Darle el castigo que os pido.
Bien conocéis el diamante
Que compré en los cien escudos...
CARRILLO.
Di mas; que nos tienes mudos
En suspension semejante.
BELISA.
Estando aquí desmayada,
Zara á mi mano llegó,
Y el diamante me tomó.
CARRILLO.
¡Oh perra disimulada!
A ver la mano.
LISARDA.
¿Tú, Zara,
Agora das en ladrona?
CELIA.
Señora...
CARRILLO.
Calla, perrona.
FLORA.
¿Ladrona! ¿quién tal pensara?
LISARDA.
¿Qué disculpa puedes dar?
BELISA.
Si á Carrillo no la entregas,
Si por su perdon me ruegas,
Si no la mandas pringar,
Cuéntame por muerta luego.
LISARDA.
Carrillo...
CARRILLO.
Señora...
LISARDA.
A tí
La entrego.
CARRILLO.
Déjame á mí.
CELIA.
¡Señora!...
BELISA.
Ponla en un fuego.
(Vanse Lisarda, Belisa y Flora.)

ESCENA XIV.

CELIA, CARRILLO.

CARRILLO.
Ya vusamerced esta,

Como ha visto, en mi poder.

CELIA.
Pues bien, ¿qué quieres hacer?
CARRILLO.
Eso agora lo verá.
Desnúdese.

CELIA.
¿Estás en tí?
CARRILLO.
Galga, agradezca que plugo
A su dicha, que un verdugo
Tuviese tan noble en mí.
Y concluya; que ha de haber
Azote y tocino ardiendo.

CELIA.
¿Tú eres hombre?
CARRILLO.
Así lo entiendo.

CELIA.
¿Y sabes que soy mujer?
CARRILLO.
Eso agora lo veremos.
Desnude.

CELIA.
(Ap. Tiempo es de hablar.)
¿Felisardo!

CARRILLO.
Eso es cansar
Los aires haciendo extremos.

CELIA.
¿Felisardo, esposo mío!
CARRILLO.
Su esposo está con Mahoma.
Acabe.

ESCENA XV.

DON JUAN. — DICHOS.

DON JUAN.
Aunque vaya á Roma,
Veréis si en mi error portio;
Y yo sé muy bien quién es.
CELIA.
¿Don Juan! ¿Señor!...
DON JUAN.
¿Qué es aquesto?
CARRILLO.
Cuando lo sepas, verás
Que causa y licencia tengo.
El diamante que tu hermana
Compró ayer de aquel platero,
Le hurtó la perra que miras,
La de los ojos honestos:
Hanme mandado azotalla,
Y yo, como ves...

DON JUAN.
¿Oh perro!
(Saca la espada.)
¿A un ángel?

CARRILLO.
Tente, Señor.
Si es ángel, no tengas duelo;
Porque si espíritus son,
Y están, como ves, sin cuerpo,
Mal pude yo hacerle agravio.

DON JUAN.
Villano, matarte tengo.

CARRILLO.
Tiberio, Lisarda, Flora,
Belisa!

CELIA.
Déjalde os ruego;
Que era en efeto mandado.

DON JUAN.
Por vos, Señora, le dejo.
¿Hay tal maldad! Hay tal furia!

Hay tal envidia! Ojos bellos,
Tomad venganza en los míos;
Ponedme esta espada al pecho;
Veisla aquí, matadme, dadme
Mil muertes, yo las merezco.

CELIA.
Señor, dejadme pasar;
Que tengo á Lisarda miedo.
Dejadme por Dios, Señor;
Porque si os hallan en esto,
Y á mí con vos sin testigos,
Habrá testimonios nuevos.
Dejadme ir á la cocina,
Dejadme.

DON JUAN.
Espera.

CELIA.
No puedo. (Vase.)

ESCENA XVI.

DON JUAN.

¿Hay tal crueldad! Mas ¿qué mucho
Que huyais de verme, pues llevo
A tiempo que un vil lacayo,
Obedeciendo al imperio
De una mujer que es mi madre,
Intente tal sacrilegio
A la imagen que criaron
Con tal perfeccion los cielos?
Pues mi mujer ha de ser,
Yo os desengañé, y tan presto,
Que os espanteis y tengais
Por imposible el remedio.

ESCENA XVII.

LISARDA, TIBERIO. — DON JUAN.

TIBERIO.
Don Juan, ¿qué es esto que dices?
DON JUAN.
Oíd lo que estoy diciendo,
Pues sois los dos á quien hoy
Prestar reverencia debo.
Aquí dejastes un hombre
(Que á no se escapar tan presto,
El llevara el justo pago
De su loco atrevimiento)
Para que azotase á Zara;
Pero advertid que no quiero
Que ponga nadie las manos
En mi mujer.

LISARDA.
¿Qué es aquesto?
DON JUAN.
Que es mi mujer.

TIBERIO.
¿Cuán mejor
Fuera, don Juan, llamar luego
Quien al Nuncio te llevara!

DON JUAN.
No estoy loco, no, Tiberio.

TIBERIO.
Pues ¿puede tales razones
Decíras un hombre cuerdo?
Rapaz, loquillo, ignorante,
Estaba por darte...

DON JUAN.
Quedo.

TIBERIO.
Para sacarte vergüenza,
Pues no la tienes en ellos,
Con la mano en los carrillos.

DON JUAN.
Háblame con mas respeto;
Que si no fuéras mi tío...

TIBERIO.
¿Tú á mí?
(Vase don Juan.)

ESCENA XVIII.
LISARDA, TIBERIO.

LISARDA.
Déjale, te ruego;
Que si él se quiere casar
Con una esclava, yo quiero
Casarme con un esclavo.

TIBERIO.
¿Qué dices?

LISARDA.
Vengarme tengo.
Mi hacienda le quiero dar:
Hoy me casaré con Pedro;
Que ya no puedo sufrir
De don Juan atrevimientos,
Y melindres de Belisa.

TIBERIO.
Tan necia estás como ellos.
Pero quírote decir
Para los dos un remedio,
Con que temprarás su furia
Y puedes ponerles miedo.

LISARDA.
¿Cómo?

TIBERIO.
En la corte, Lisarda,
Vive un cierto caballero,
Cuyo nombre es Felisardo,
Parecido en tanto extremo
A este Pedro, esclavo tuyo,
Que si los juntasen, creo
Que los que mas los conocen
No pudiesen conocerlos.
A tener vestido igual;
Y pues los clavos de Pedro
Son fingidos, y el virote
Puede quitarlo y ponerlo,
Hazle vestir ricamente
En tu casa de secreto,
Y di que te viene á ver
Conmigo, que trato desto;
Y fingiendo la escritura
Del tratado casamiento,
Pondrás temor á tus hijos,
Y rienda al uno en deseos,
Y al otro en tantos melindres.

LISARDA.
Bien me parece el consejo;
Pero podrán conocer
A Pedro.

TIBERIO.
Pues eso quiero,
Porque pensarán también
Que con engaño secreto
Das á un esclavo tu hacienda.

LISARDA.
Sí; pero importa primero
Instruir á Pedro en todo.

TIBERIO.
Voyle á hablar.

LISARDA.
Parte, Tiberio.
(Vase Tiberio.)

ESCENA XIX.

LISARDA.
¡Cielos! Sin saber por dónde,
A hallar mi remedio vengo.
Sospecho que aqueste esclavo
Es el mismo caballero.
Ellos me casan de burlas
Con aqueste fingimiento;

Y yo de veras me caso,
Porque si al alma yo creo,
¿Quién duda que es Felisardo
Este que parece Pedro?

ESCENA XX.
BELISA, FLORA.

BELISA.
Saca unas velas aquí.

FLORA.
Ya las prevengo, Señora.

(Vase y vuelve con luces.)

BELISA.
Arrastra un bufete, Flora.

FLORA.
¿Quieres escribir?

BELISA.
No y sí,
Porque si mis pensamientos
Quiero al papel remitir,
¿Qué pluma basta á escribir
Tan extraños sentimientos?

FLORA.
¿Cómo fué aquello de Zara,
Que tanta pena te dió?

BELISA.
Fingí desmayarme yo,
Porque el alma se animara,
Y cuando me dió la mano,
Púsele el diamante en ella.

FLORA.
¿A Pedro?
Sí; que por ella
Pudo entenderme el villano.
Mas no me quiso entender,
Pues que, saliendo celosa
Esa esclava rigurosa,
Ese demonio ó mujer,
Que escondida nos miraba,
Aquel diamante le dió,
Imaginando que yo,
Flora, desmayada estaba.
Yo con los justos enojos
Que de su amor recibí,
Que ella me le hurtó fingí,
Por desagraviar mis ojos.
Pero no lo quedé bien
Del castigo prevenido.

FLORA.
Don Juan la culpa ha tenido
Para que no se le dén.
Pero mira que has errado
En pensar que Pedro entiende
Tu amor, pues que se defiende;
Que lo que le has declarado
No ha sido mas que por señas;
Y en amores desiguales,
Si no eliges medios tales
Que le previenes y enseñas,
No vendrá en conocimiento
De tu amor.

BELISA.
Si yo supiese,
Flora, que este Pedro fuese
Quien tengo en el pensamiento,
Pienso que me atrevería
A decirle en el rigor
Que estoy de celoso amor.

FLORA.
Siempre de la luz del día
Huye la vergüenza noble.
Noche es ya; la oscuridad
Para toda libertad
Suele dar licencia al doble.
Háblale sin luz, y di:
«Pedro, yo soy, yo te quiero.»

BELISA.
Los melindres considero
Con que he vivido hasta aquí;
Pero si por castigarme
Amor esto permitió,
Será resistirme yo
Dar armas para matarme.
Mas ¿sabes lo que has de hacer
Cuando Pedro venga aquí,
Para que yo pueda así
Esta vergüenza romper?
Fingir que al despabilar
Las velas, mataste alguna

FLORA.
Sí; mas ¿la otra?

BELISA.
Ninguna.
Luz con luz ha de quedar;
Que la del entendimiento
Tengo de cegar también,
Para que pueda mas bien
Decille mi pensamiento.
Pero retráete aquí;
Que estos los esclavos son.
(Pónense en el hueco de un balcon á
otro paraje donde no se las ve.)

ESCENA XXI.

**CELIA, FELISARDO. — BELISA
Y FLORA, ocultas.**

FELISARDO.
Esta determinación,
Celia, me provoca así.

CELIA.
Detente y miralo bien.

FELISARDO.
Yo me quiero declarar;
Que no es razon esperar
A que alguna vez te dén
El castigo que hoy querian,
Y que un lacayo villano
Ponga en los ojos la mano,
Que en luz al sol desafian.

CELIA.
Miralo mejor primero.

FELISARDO.
¿Qué tengo ya que esperar,
Si me acaban de contar
Que el navarro caballero
Hoy salió á misa de herido,
Como suelen las de parto?
Y fuera deso, estoy harto
De las penas que he sufrido.
Como mal, duermo peor,
Traigo este virote aquí,
Que á no ser esto por tí,
Era insufrible rigor.
Ayer ¡mira qué vergüenza!
Me hicieron ir hasta el río.

CELIA.
Mira, Felisardo mío,
Que la fortuna comienza
Por un adverso suceso,
Y después se siguen mil.
Confieso que el traje es vil,
Y tus trabajos confieso;
Pero considera en mí
No menos pena y dolor.

FELISARDO.
Pues ¿será sufrir mejor?

CELIA.
Dícame el alma que sí. —
Salte de la sala luego; (Ap. á Felisardo.)
Que está allí Belisa.

BELISA.
Espera,
Pedro.

FELISARDO.
Tengo qué hacer fuera.
CELIA.
Espera.
FELISARDO.
Temblando llevo.
BELISA. (Viendo venir á Lisarda.)
No te vayas; que después
Que no esté mi madre aquí,
Tengo que hablarte.
CELIA.
¡Ay de mí!
FELISARDO. (Ap. á Celia.)
¿Qué tienes?
CELIA.
¿Ya no lo ves?
FELISARDO.
Dirás que celos.
CELIA.
¡Soy yo
De piedra?
FELISARDO.
Piensa, mi bien,
Que aunque mil mundos me den,
Diré á todo el mundo no.

ESCENA XXII.

LISARDA, TIBERIO. — DICHOS.

LISARDA. (Ap. á Tiberio.)
Esto dicen.

TIBERIO.
Es don Juan
Mozo; no me maravillo.
LISARDA.
Pues mas me ha dicho Carrillo.
TIBERIO.
¿Cómo?

LISARDA.
De concierto están
Él y sus locos amigos
De robar la esclava.
FLORA. (Ap. á Belisa.)
Agora

Es imposible, Señora,
Hablarle; que hay mil testigos.

BELISA.
Calla; que bien sabe amor
Dar á los extremos medio.

FLORA.
Pues ejecuta el remedio,
Porque le tenga el dolor.

BELISA. (Alto.)
Flora...

FLORA.
Señora...
BELISA.
Esas veías

Avisa.
FELISARDO. (Ap.)
Al despabilar
Llama esta loca avisar.

FLORA. (Ap.)
El amor todo es cauteloso.

(Apaga una luz.)
BELISA.

¿Matástela?
FLORA.
Por cortalla
Baja, la vela maté.

BELISA.
¿Que esto no sabes?
FLORA.

No sé
Avisalla y sé matalla,
L-1.

Porque quien mata no avisa.
Con estotra encenderé.
BELISA.
Aguarda, y te enseñaré
Cómo se avisa. (Apaga la otra luz.)

FLORA.
¡Oh qué risa!
La vela has muerto tambien.

LISARDA.
¿Qué es esto?
TIBERIO.
A oscuras estamos.
LISARDA.

¿Cómo?
FLORA.
Las velas matamos
Por avisarlas mas bien.

LISARDA. (Ap.)
Esta es famosa ocasion
Para llegarme á mi esclavo.

BELISA. (Ap.)
Hoy de declararme acabo,
Hoy le digo mi afición.

FELISARDO. (Ap.)
Mientras que velas encienden,
A Celia quiero acercarme.

CELIA. (Ap.)
Pues nadie puede estorbarme
De los que mi mal pretenden,
Quiero acercarme á mi bien.
(Van poco á poco, Belisa á su madre,
Celia á Flora, y Felisardo á Tiberio.)

LISARDA. (A Belisa, bajo.)
¡Ah, mi bien! ¿quereis oírme?

BELISA. (Bajo á Lisarda.)
Pues ¿qué quiere amor tan firme,
Sino que lo oigais tambien?

FELISARDO. (Bajo á Tiberio.)
¡Ah, mis ojos! no te enfades
Desta loca pretension.

TIBERIO. (Bajo á Felisardo.)
¿Dícame á mi esa razon?

FELISARDO.
Luego ¿no te persuades?
TIBERIO.

Yo bien creo que don Juan
Hará cualquier desatino.

FELISARDO.
Los de Belisa imagino
Que mayor pena me dan.
CELIA. (Bajo á Flora.)

En fin, mi vida, ¿que das
En darme celos?
FLORA. (Bajo á Celia.)

¿Quién es?
CELIA.

¿Quién es? Luego ¿no lo ves?
FLORA.
En gracioso engaño estás.

CELIA.
No la hables, por mi vida.
FLORA.

¿A quién no tengo de hablar?
BELISA. (A su madre.)

No me osaba declarar;
Mas ya no hay cosa que impida
Decirte mi pensamiento.

LISARDA.
Sabe Dios lo que he pasado
Por haber disimulado
La fuerza de mi tormento.

FELISARDO. (A Tiberio.)
¿Quiéreme dar una mano?

TIBERIO.
¡La mano yo! ¿para qué?
FELISARDO.
No te enojas, pues no fué
El enojarte en mi mano.

TIBERIO.
(Alto. ¡Hola! Velas.) (Ap. ¿Qué es aquesto?)
Tu voz, Lisarda, y razones (Ap. á ella.)
Desconozco.

BELISA. (A su madre.)
¿En qué ocasiones,
Mi bien, mi vergüenza has puesto?
Dame una mano.

LISARDA.
Y las dos.
FELISARDO. (A Tiberio.)
¿Que la mano no me das?

TIBERIO.
Velas, ¡hola!

ESCENA XXIII.

CARRILLO, con un hacha, alumbrando
á DON JUAN. — DICHOS.

CARRILLO.
¿Adónde vas?
DON JUAN.
Voy como un loco, por Dios...—
¿Qué haceis todos deste modo?

TIBERIO.
Lumbre estamos esperando.
BELISA. (Ap.)
¿Con mi madre estaba hablando!
Basta; que lo he dicho todo.

LISARDA. (Ap.)
A mi hija he declarado
Que quiero á mi esclavo bien,
Y ella me ha dicho tambien
Que tiene el mismo cuidado.

FELISARDO. (Ap.)
Basta; que á Tiberio hablaba,
Y requiebros le decia.

TIBERIO. (Ap.)
Lo que entonces no entendia,
Pues ser Lisarda pensaba,
Era que Pedro el esclavo
Me estaba diciendo amores.

CELIA. (Ap.)
¡Oh noche, madre de errores!
Ahora de ver acabo
Que dije amores á Flora.

LISARDA. (A don Juan.)
¿A qué vienes como griego
A poner á Troya fuego?

DON JUAN.
Dame mi mujer, Señora;
Que la tengo de llevar
Esta noche donde veas
Que si casarte deseas,
Tambien me quiero casar;
Que está mas puesto en razon.

LISARDA.
Vé, Flora, y encierra á Zara.
DON JUAN.

¿Encerrar?
TIBERIO.
Oye y repara.

DON JUAN.
¿Quién repara con pasion?
LISARDA.
Tú tambien, Pedro, con Flora
Guarda á Zara.

FELISARDO.
Que me place

Porque esto que don Juan hace
Es cosa injusta, Señora.

DON JUAN.

¿Vos también, perro?

FELISARDO.

Yo soy
Perro de sola esta huerta,
Y mientras guardo la puerta
Y por su defensa estoy,
Aunque por las tapias sea,
Ni entraréis ni cogeréis
La fruta que pretendéis,
Y ese loco amor desea;
Que tengo sembrada en ella
Una tan verde esperanza,
Que veréis en mi venganza
Lo que pienso hacer por ella.
Si el perro cuando le agravan
No hay dueño de que se acuerde,
Vos veréis qué perro os muerde,
Porque amor con celos rabia.
(Flora y Felisardo se llevan a Celia.)

ESCENA XXIV.

DON JUAN, TIBERIO, LISARDA,
BELISA, CARRILLO.

DON JUAN.

Dejadme que esta loca desvergüenza
Castigue en este bárbaro villano.

TIBERIO.

Don Juan, detente, y mira que no es justo
Que á la sangre, á las canas y al consejo
Pierdas respeto.

DON JUAN.

Yo no he sido viejo;
Tú has sido mozo, y sabes que amor pue-
En tierna edad hacer estas locuras; [de
Y yo no sé de tus obligaciones
El estrecho camino en que me pones.

LISARDA.

No le respondas; déjale por loco.

DON JUAN.

Dame, madre, mi esposa.

BELISA.

Aunque he callado,
Nóme ha faltado, hermano, el sentimiento.
Debido á semejante atrevimiento. [lo
¿Qué esposa te han de dar?

DON JUAN.

Zara es mi esposa.

BELISA.

¿Zara? ¿Una esclava!

DON JUAN.

Pues que yo la pido.

Yo sé quién es.

BELISA.

Pues si otra cosa sabes
De lo que desta turca saben todos,
Procede mas discreto, y como noble
Harás tus diligencias allá fuera.

DON JUAN.

Si os traigo aquí quien lo que digo os diga,
¿Qué me diréis?

TIBERIO.

Si alguno, como tenga
Crédito, nos dijere el desengaño,
Y pareciere justo que te cases
Con mujer que en la cara tiene un hierro,
Yo mismo quiero dártela esta noche.

DON JUAN.

Parte, Carrillo, y llama á Elisio. Aguarda;
Vamos los dos; que hasta su padre mismo
He de traer aquí.

CARRILLO.

Señor, ¿qué intentas?
Mira por Dios que tu linaje afrontas.

DON JUAN.

Infame, ¿acaso quieres que te mate?

CARRILLO.

Con esta luz ¿no ves tu disparate?

DON JUAN.

Amor es luz.

CARRILLO.

Confieso; pero mira
Que esta hacha alumbra con aquesta cera
Y se alimenta della; y luego mira
Que, volviendo su llama hacia la tierra,
La misma cera por quien esta vive
Es de quien muerte y confusión recibe.

DON JUAN.

Filósofo lacayo, ¿vive el cielo
Que te corte las piernas! Vé delante.

CARRILLO.

¿Qué luz podrá alumbrar un ciego aman-
(Vase Carrillo y don Juan.) [te?

TIBERIO. (Ap. á Lisarda.)

Buena ocasión, Lisarda, me parece
Para hacer tu fingido casamiento.

LISARDA.

Parte y harás que Pedro se transforme
En Felisardo, y que á las vistas venga;
Que yo haré que mis hijos se sosieguen.

TIBERIO.

Yo voy; que conocerle es imposible
Sin clavos, sin virote, y en el hábito
Bizarro que le tengo prevenido. (Vase.)

ESCENA XXV.

LISARDA, BELISA.

LISARDA.

(Ap. Con este engaño engañaré á Tiberio;
Que él piensa que á mis hijos doy castigo;
Y es que quiero casarme con un hombre
Que solo tiene ya de esclavo el nombre.)
¿Sabes dónde fué Tiberio?

BELISA.

¿Fué por la justicia acaso?

LISARDA.

Pues ¿no sabes que me caso?
¿No has entendido el misterio?

BELISA.

¿Tú te casas?

LISARDA.

Esta noche
Vendrá á vistas; ya le espero.

BELISA.

Y ¿quién es?

LISARDA.

Un caballero.
Ya va Tiberio en el coche
Para venirse con él.

BELISA.

¿Es martelo que nos das?

LISARDA.

¿Martelo? Ya lo verás,
Si no le tengo por él.
Daisme terribles enfados
Con vuestros locos antojos,
Quereisme sacar los ojos
Después que os tengo criados.
Teneisme muy acabada,
Tú con hacer melindritos,
Comiendo yeso y barritos,
Siempre opilada y sangrada;
Y aquel necio inobediente
Con pedir galas, cadenas,
Y verter á manos llenas
El oro, que no se cuenta.
Juego, caballos, ramerías,
Y agora querer casarse...

—Pues todo vino á acabarse;

Las burlas se han vuelto veras.
Ya no soy madre mimosa,
Ya no lloro ni me acabo;
Aunque fuese de un esclavo,
Será mas honesta cosa.
Quiero, pues que moza soy,
Tener quien mire por mí:
Hacienda tengo.

BELISA.

Es así;

Pero oidme.

LISARDA.

Oyendo estoy.

BELISA.

Madre, la mi madre,
Quejaños de mí
Que soy melindrosa:
La verdad decís.
Melindres tenía,
Con ellos nací;
Pero son en mozas
Flores en abril.
Mas vos, mi señora,
Que podéis decir
En las hidalguías
Del nieto del Cid;
Y que al seis y al siete
(Sean siete mil)
Os ha entrado el as,
Aunque lo encubris;
Trocais las edades,
Y sois lo que fui,
Por trocar en galas
La toca y monjil.
Si al ébano negro
Que en la frente os vi,
Ponen ya los tiempos
Lazos de marfil,
Livianidad parece
Que os caseis así,
Y antes de casarme,
Pensamiento vil,
Decís que es venganza.
Ay, madre! advertid
Que, pues hostezais,
Señal que os dormís.
Las flaquezas vuestras
Me cargais á mí;
Teneis carne y hambre,
Buscáis perejil.
La yerba del prado
Os hizo gruñir;
Relinchastes, madre,
Oyólo el rocín.
No pongais achaques
Al viernes aquí;
Beberéis el agua,
Pues coméis así.
Quereis compañía,
Medrosa vivís,
Porque no hay maleta
Que esté sin cojín.
Aquellos barritos
Que decís de mí,
Os han opilado,
Quereis morir.
Garabato sois
Que al gato decís,
Con la boca zape,
Con los ojos maz.
Pareceis hormiga;
La vejez, en fin,
En alada os vuelve;
Daréis que reir.
Parabien os doy,
Si ha de ser así;
Mas miradlo bien,
Y esto solo oid:
Si es viejo y sois vieja,
Juntaréis allí
Dos sierras heladas:

¡Qué triste vivir!
Si es mozo y sois vieja,
Madre, presumid
Que seréis maroma,
Como el volatin,
Que á piés por momentos
Os ha de medir,
Para dar mil vueltas
Al aire sutil.
Con hacienda vuestra
Comerá peruliz,
Vestirá de tela
Algun serafin.
Haránle su Adónis
Diosas de Madrid,
Que vuelven peon
El mejor arfil.
Esto os digo al alma;
Pero vos á mí,
Que á quien quiere hacer,
¡Qué sirve decir?

ESCENA XXVI.

TIBERIO, FELISARDO, *my galan, quitados virote y clavos.*—DICHAS.

TIBERIO.
Seguro podéis entrar;
Que á mí me han dado licencia.

FELISARDO.
Aun no me atrevo á llegar.

TIBERIO.
Pero entrad con advertencia
De que os habeis de llamar
Felisardo.

FELISARDO. (Ap.)
¡Extraña cosa!
Mi propio nombre me dice
Que me llame.

LISARDA.
Aquí es forzosa
La paciencia.

BELISA.
Esto desdice
A tu opinión generosa.
Viéndolo estoy, y no creo
Que te casas.

TIBERIO.
Ya ha venido
Tu esposo.

BELISA. (Ap.)
Cielos, ¡qué veo!
¿No es este Pedro?

FELISARDO.
Aunque he sido
Guiado de mi deseo,
Quiero decir que mi amor
Trajo ese raro valor.

LISARDA.
Mil veces seáis bien venido;
Que yo la dichosa he sido
En mereceros, Señor.

TIBERIO.
Siéntense los desposados.

BELISA. (Ap. á él.)
Tiberio...

TIBERIO.
¡Qué es lo que quieres?

BELISA.
¿Es verdad que están casados?

TIBERIO.
Casados no, no te alteres;
Mas pienso que concertados.

BELISA.
Pues este ¿no es Pedro?

TIBERIO.
¿Quién?

BELISA.
Pedro, el esclavo de casa.

TIBERIO.
¿Estás loca?

BELISA.
Y tú también.
¿Cómo con Pedro se casa
Mi madre?

TIBERIO.
Míralo bien;
Que aqueste es un caballero
Que se llama Felisardo.

BELISA.
Mirarle de espacio quiero.
El es sin duda: ¿qué aguardo?

TIBERIO.
Mirale mejor primero;
Que Pedro es esclavo herrado
En el rostro.

BELISA.
Dices bien...
Mucho me has desengañado...
Aunque puede ser también
Que se los haya quitado.

TIBERIO.
¿Cómo, si en la carne están?
Mira que es eso locura,
Y que por tal te tendrán.

ESCENA XXVII.

FLORA, CARRILLO.—DICHOS.

FLORA.
Así Dios me dá ventura,
Como es el novio galan.

CARRILLO.
No he visto en toda mi vida
Cara á la de nuestro esclavo
Tan propia y tan parecida.

BELISA.
Flora...
Flora.
Señora...

BELISA.
(Ap. Hoy acabo
Esta paciencia ofendida.)
—Este ¿no es Pedro? (Ap. á Flora.)

FLORA.
Señora,
Mucho le parece.

BELISA.
Flora,
Vé á llamar á Pedro luego.
Flora.
Verá que este es Pedro un ciego.

BELISA. (A Felisardo.)
Pienso que tu madre adora
La gallardía y valor
Deste esclavo, y que te engaña.

BELISA. (A Felisardo.)
Perro, si te tieme amor
Mi madre, y tan loca heaña
Cabe en su perdido honor,
No pienses que has de afrontar
Mi sangre; que á mí me toca
Matarte.—Dadme lugar.

FELISARDO.
¿Qué es esto?

LISARDA.
Una hija loca,
Que hoy no se pudo encerrar.
Hola, llevadla de aquí.

BELISA.
Yo no soy loca; tú sí,
Que con un perro te casas,

FELISARDO.
¡Qué lástima!

BELISA.
Mucha pasas
Haciendo burla de mí.

ESCENA XXVIII.

CELIA, con manto, y gallardamente vestida; UN ESCUDERO.—DICHOS.

CELIA.
Pienso que á buen tiempo vengo.

TIBERIO.
Esta dama es la madrina.

FELISARDO.
Guardado este asiento os tengo;
Aunque por prenda divina,
Mas el del alma os prevengo.

LISARDA.
Aquí, Señora, os sentad.

BELISA.
Esta ¿no es Zara la esclava?
Pues, perra...

TIBERIO.
Esa loca atad.

CELIA.
¿Quién es señora tan brava?

LISARDA.
No la escuchéis, perdonad;
Que de puro melindrosa
Le dan estos accidentes.

BELISA.
Esta ¿no es Zara? ¿Hay tal cosa?
Pues, Zara, ¿por qué consientes
Siendo tú de Pedro esposa,
Que con mi madre se case?

CELIA.
¿Que de melindres perdió
El seso?

BELISA.
¿Que aquesto pase!
No sería mujer yo,
Si dellos no me vengase.
Perros, ¿qué es esto?

FELISARDO.
Criados,
Tened esa loca allí.

BELISA.
¿Mi madre y Pedro casados!

ESCENA XXIX.

DON JUAN, PRUDENCIO, ELISO, AL-
GUACHILES.—DICHOS.

DON JUAN.
La casa de boda está;
Entrad, seréis embosados.

FELISARDO. (Ap. á Celia.)
Tápate, Celia. ¡Ay de mí!
Tu padre viene por tí.

ELISO.
¿Adónde está Felisardo?

FELISARDO. (Ap.)
Eliso es este: ¿qué aguardo?

UN ALGUACHIL.
¿Quién es Felisardo aquí?

FELISARDO.
Yo soy: ¿qué es lo que queráis?

ALGUACHIL.
¿Es este?

ELISO.
El mismo,

FELISARDO.

¿Tú, Eliso;

Traes la justicia?

ELISO.

Y es justo

Castigo de un falso amigo.

FELISARDO.

¿Yo falso?

ELISO.

Pues ¿no se ve,

Si habiendo yo pretendido

A Belisa por mujer,

Te casas, como se ha dicho

Y como se ve en el traje?

FELISARDO.

¿Yo?

ELISO.

Pues ¿quién sino tú mismo?

Y para mas desengaño

De tu traicion, ¿no es indicio

Haberte dejado en forma

De esclavo, herrado y vendido,

Para que no te prendiesen

Por el pasado delito,

Y hallarte en traje de novio,

Tan galan, vistoso y rico?

FELISARDO.

Si hallaras que eso es verdad,

Por el tiro te permito

Que la espada que me mate

Seques de mis propios tiros.

BELISA.

¿Porqué niegas, Felisardo,

Lo que ha de ser como ha sido?

Conmigo estás ya casado.

Hoy te has casado conmigo.

FELISARDO.

¿Yo contigo?

BELISA.

¿Luego no?

Flora y Carrillo lo han visto.

ELISO.

Pues ¿cómo, villano, niegas

Lo que han visto dos testigos?

LISARDA.

Esos no dicen verdad;

Que Belisa lo ha fingido

De envidia de que es mi esposo;

Y así, te la doy, Eliso,

Para que tu esposa sea,

Porque Felisardo es mío.

CELIA.

Quedo, señoras; que yo. *(Descúbrese.)*

Le tengo por mi marido.

Yo soy la propia mujer,

Y él lo diga.

FELISARDO.

Así lo digo.

PRUDENCIO.

¿Es Celia?

DON JUAN.

La misma es.

PRUDENCIO.

Pues, don Juan, perdón os pido

De la palabra que os di.

DON JUAN.

Todo el sentimiento mío

Se temple, viendo burladas

Mi madre y hermana; y digo,

Pues Eliso es caballero,

Que a Belisa le suplico

Le dé la mano.

BELISA.

Eso es justo.

Perdón del desden le pido,

Y a Celia del tratamiento;

Que Felisardo, pues vino

Hoy al fin de su deseo,

Ya no sentirá el castigo.

Y si prision ha de haber,

Quiero servirle y servirlo

Con mi hacienda.

ALGUACIL.

Ya, señores,

Aquel caballero herido

Está bueno; solo resta

Hacer a los dos amigos.

FELISARDO.

Vaya Tiberio y negocie

Que venga a sernos padrino.

TIBERIO.

El vendrá y yo lo seré

De Flora y del buen Carrillo.

LISARDA.

Y yo, pues no me he casado,

Dando a servirles principio,

Doy fin.

BELISA.

Si es a mis melindres,

Senado, perdón os pido.

EL PERRO DEL HORTELANO.

PERSONAS.

DIANA, condesa de Belflor.
TEODORO, su secretario.
MARCELA, } de su cámara.
DOROTEA, }
ANARDA, }
OTAVIO, su mayordomo.

FABIO, su gentilhombre.
EL CONDE FEDERICO.
EL CONDE LUDOVICO.
RICARDO, marqués.
TRISTAN, lacayo.
LEONIDO, criado.

ANTONELO, lacayo.
FURIO.
LIRANO.
CELIO, criado.
CAMILO.
UN PAJE.

La escena es en Nápoles.

ACTO PRIMERO.

Sala en el palacio de la Condesa.

ESCENA PRIMERA.

TEODORO y TRISTAN, huyendo.

TEODORO.
Huye, Tristan, por aquí.

TRISTAN.
Notable desdicha ha sido.

TEODORO.
¿Si nos habrá conocido?

TRISTAN.
No sé; presumo que sí.
(Vase.)

ESCENA II.

DIANA.

¡Ah gentilhombre! esperad.
Tenéos, oid: ¿qué digo?
¡Esto se ha de usar conmigo?
Volved, mirad, escuchad.
¡Hola! ¿No hay aquí un criado?
¡Hola! ¿No hay un hombre aquí?
Pues no es sombra lo que vi,
Ni sueño que me ha burlado.
¡Hola! ¿Todos duermen ya?

ESCENA III.

FABIO. — DIANA.

FABIO.
¡Llama vuestra señoría?

DIANA.
Para la cólera mía
Gusto esa flema me da.
Corred, necio, enhoramala,
Pues merecéis este nombre,
Y mirad quién es un hombre
Que salió de aquesta sala.

FABIO.
¿Desta sala?

DIANA.
Caminad,
Y responded con los pies.

FABIO.
Voy tras él.

DIANA.
Sabed quién es.

FABIO.
¡Hay tal traición, tal maldad! (Vase.)

ESCENA IV.

OTAVIO. — DIANA.

OTAVIO.
Aunque su voz escuchaba,
A tal hora no creía
Que era vuestra señoría
Quien tan aprisa llamaba.

DIANA.
¡Muy lindo Santelmo haceis!
¡Bien temprano os acostáis!
¡Con la flema que lleváis!
¡Qué despacio que os moveis!
Andan hombres en mi casa
A tal hora, y aun los siento
Casi en mi propio aposento
(Que no sé yo dónde pasa
Tan grande insolencia, Otavio);
Y vos, muy á lo escudero,
Cuando yo me desespero,
¡Así remediais mi agravio!

OTAVIO.
Aunque su voz escuchaba,
A tal hora, no creía
Que era vuestra señoría
Quien tan aprisa llamaba.

DIANA.
Volvéos; que no soy yo:
Acostáos; que os hará mal.

OTAVIO.
Señora...

ESCENA V.

FABIO. — DICHOS.

FABIO.
No he visto tal.
Como un gavilan partió.

DIANA.
¿Viste las señas?
FABIO.
¿Qué señas?

DIANA.
¿Una capa no llevaba
Con oro?

FABIO.
Cuando bajaba
La escalera...

DIANA.
¡Hermosas dueñas
Sois los hombres de mi casa!

FABIO.
A la lámpara tiró
El sombrero y la mató.
Con esto los patios pasa,
Y en lo oscuro del portal
Saca la espada y camina.

DIANA.

Vos sois muy lindo gallina.

FABIO.
¿Qué querías?

DIANA.
¡Pesía tal!
Cerrar con él y matalle.

OTAVIO.
Si era hombre de valor,
¡Fuera bien echar tu honor
Desde el portal á la calle?

DIANA.
¿De valor aquí! ¿por qué?

OTAVIO.
¡Nadie en Nápoles te quiere,
Que mientras casarse espere,
Por donde puede ta ve?
¡No hay mil señores que están,
Para casarse contigo,
Ciegos de amor? Pues bien digo,
Si tú le viste galán,
Y Fabio tirar bajando
A la lámpara el sombrero.

DIANA.
Sin duda fué caballero
Que, amando y solicitando;
Vencerá con interés
Mis criados; que criados
Tengo, Otavio, tan honrados.
Pero yo sabré quién es.
Plumas llevaba el sombrero,
Y en la escalera ha de estar.
Vé por él. (A Fabio.)

FABIO.
¿Si le he de hallar?

DIANA.
Pues claro está, majadero;
Que no habia de bajarse
Por él cuando huyendo fué.

FABIO.
Luz, Señora, llevaré. (Vase.)

ESCENA VI.

DIANA, OTAVIO.

DIANA.
Si ello viene á averiguarse,
No me ha de quedar culpado
En casa.

OTAVIO.
Muy bien harás;
Pues cuando segura estás,
Te han puesto en este cuidado.
Pero aunque es bachillería,
Y mas estando enojada,
Hablarte en lo que te enfada,
Esta tu injusta porfía

De no te querer casar
Causa tantos desatinos,
Solicitando caminos
Que te obligasen á amar.

DIANA.

¿Sabéis vos alguna cosa?

OTAVIO.

Yo, Señora; no sé mas
De que en opinion estás
De incasable cuanto hermosa.
El condado de Belflor
Pone á muchos en cuidado.

ESCENA VII.

FABIO. — Dichos.

FABIO.
Con el sombrero he topado;
Mas no puede ser peor.

DIANA.

Muestra. ¿Qué es esto?

FABIO.

No sé.

Este aquel galán tiró.

DIANA.

¿Este?

OTAVIO.

No le he visto yo
Mas sucio.

FABIO.

Pues este fué.

DIANA.

¿Este hallaste?

FABIO.

Pues ¿yo había

De engañarte?

OTAVIO.

¡Buenas son

Las plumas!

FABIO.

Él es ladrón.

OTAVIO.

Sin duda á robar venia.

DIANA.

Hartísimos perder el seso.

FABIO.

Este sombrero tiró.

DIANA.

Pues las plumas que vi yo,
Y tantas, que aun era exceso,
¿En esto se resolvieron?

FABIO.

Como en la lámpara dió,
Sin duda se las quemó,
Y como estopas ardieron.
Ícaro; ¡al sol no subía,
Y abrasándose las plumas,
Cayó en las blancas espumas
Del mar? Pues esto sería.
El sol la lámpara fué,
Ícaro el sombrero; y luego
Las plumas deshizo el fuego,
Y en la escalera le hallé.

DIANA.

No estoy para burlas, Fabio.
Hay aquí mucho que hacer.

OTAVIO.

Tiempo habrá para saber
La verdad.

DIANA.

¿Qué tiempo, Otavio?

OTAVIO.

Duerme agora; que mañana
Lo puedes averiguar.

DIANA.

No me tengo de acostar,

No, por vida de Diana,
Hasta saber lo que ha sido,
Llama esas mujeres todas.

(Vase Fabio.)

ESCENA VIII.

DIANA, OTAVIO.

OTAVIO.

Muy bien la noche acomodas.

DIANA.

Del sueño, Otavio, me olvido
Con el cuidado de ver
Un hombre dentro en mi casa.

OTAVIO.

Saber después lo que pasa
Fuera discrecion, y hacer
Secreto averiguacion.

DIANA.

Sois, Otavio, muy discreto;
Que dormir sobre un secreto
Es notable discrecion.

ESCENA IX.

FABIO, MARCELA, DOROTEA, ANARDA. — Dichos.

FABIO.

Las que importan he traído;
Que las demás no sabrán
Lo que descas, y están
Rindiendo al sueño el sentido.
Las de tu cámara solas
Estaban por acostar.

ANARDA. (Ap.)

De noche se altera el mar,
Y se enfurecen las olas.

FABIO.

¿Quieres quedar sola?

DIANA.

Sí.

Salíos los dos allá.

FABIO. (Ap. á Otavio.)

¡Bravo examen!

OTAVIO.

Loca está.

FABIO.

Y sospechosos de mí.

(Vanse Otavio y Fabio.)

ESCENA X.

DIANA, MARCELA, DOROTEA,
ANARDA.

DIANA.

Llégate aquí, Dorotea.

DOROTEA.

¿Qué manda vuseñoría?

DIANA.

Que me dijeseis querria
Quién esta calle pasea.

DOROTEA.

Señora, el marqués Ricardo,
Y algunas veces el conde
Páris.

DIANA.

La verdad responde
De lo que decirte aguardo,
Si quieres tener remedio.

DOROTEA.

¿Qué te puedo yo negar?

DIANA.

¿Con quién los has visto hablar?

DOROTEA.

Si me pusieses en medio
De mil llamas, no podré
Decir que, fuera de tí,
Hablar con nadie los vi
Que en aquesta casa esté.

DIANA.

¿No te han dado algun papel?
¿Ningun paje ha entrado aquí?

DOROTEA.

Jamás.

DIANA.

Apártate allí.

MARCELA. (Ap. á Anarda.)

¡Brava inquisicion!

ANARDA.

Cruel.

DIANA.

Oye, Anarda.

ANARDA.

¿Qué me mandas?

DIANA.

¿Qué hombre es este que salió?

ANARDA.

¡Hombre!

DIANA.

Destá sala; — y yo
Sé los pasos en que andas.
¿Quién le trajo á que me viese?
¿Con quién habla de vosotras?

ANARDA.

No creas tú que en nosotras
Tal atrevimiento hubiese.
¡Hombre, para verte á tí,
Había de osar traer
Criada tuya, ni hacer
Esa traicion contra tí!
No, Señora, no lo entiendes.

DIANA.

Espera, apártate mas;
Porque á sospechar me das,
Si engañarme no pretendes,
Que por alguna criada
Este hombre ha entrado aquí.

ANARDA.

El verte, Señora, así;
Y justamente enojada,
Dejada toda cautela,
Me obliga á decir verdad,
Aunque contra el amistad
Que profeso con Marcela.
Ella tiene á un hombre amor,
Y él se le tiene tambien;
Mas nunca he sabido quién.

DIANA.

Negario, Anarda, es error.
Ya que confiesas lo mas,
¿Para qué niegas lo menos?

ANARDA.

Para secretos ajenos
Mucho tormento me das,
Sabiendo que soy mujer;
Mas basta que hayas sabido
Que por Marcela ha venido.
Bien te puedes recoger;
Que es solo conversacion,
Y há poco que se comienza.

DIANA.

¡Hay tan cruel desvergüenza!
Buena andará la opinion
De una mujer por casar!
¡Por el siglo, infame gente,
Del Conde mi señor!

ANARDA.

Tente,

Y déjame disculpar;

Que no es de fuera de casa
El hombre que habla con ella,
Ni para venir á vella
Por esos peligros pasa.

DIANA.
En efeto ¿es mi criado?
ANARDA.

Sí, Señora.
DIANA.
¿Quién?
ANARDA.
Teodoro.

¿El secretario?
ANARDA.
Yo ignoro
Lo demás; sé que han hablado.

Retirate, Anarda, allí.
ANARDA.
Muestra aquí tu entendimiento.

DIANA.
(Ap. Con mas templanza me siento,
Sabiendo que no es por mí.)
Marcela...

MARCELA.
Señora...
DIANA.
Escucha.

MARCELA.
¿Qué mandas? (Ap. Temblando llego.)
DIANA.

¿Eres tú de quien fiaba
Mi honor y mis pensamientos?

MARCELA.
Pues ¿qué te han dicho de mí,
Sabiendo tú que profeso
La lealtad que tú mereces?

DIANA.
¿Tú lealtad?
MARCELA.
¿En qué te ofendo?

DIANA.
¿No es ofensa que en mi casa,
Y dentro de mi aposento,
Entre un hombre á hablar contigo?

MARCELA.
Está Teodoro tan necio,
Que donde quiera me dice
Dos docenas de requiebros.

DIANA.
¿Dos docenas? ¿Bueno á fe!
Bendiga el buen año el cielo,
Pues se venden por docenas.

MARCELA.
Quiero decir que, en saliendo
O entrando, luego á la boca
Traslada sus pensamientos.

DIANA.
¿Traslada? Término extraño.
Y ¿qué te dice?

MARCELA.
No creo
Que se me acuerda.
DIANA.
Sí hará.

MARCELA.
Una vez dice: «Yo pierdo
El alma por esos ojos;»
Otra: «Yo vivo por ellos;
Esta noche no he dormido,
Desvelando mis deseos
En tu hermosura.» Otra vez
Me pide solo un cabello

Para atarlos, porque estén
En su pensamiento quedos.
Mas ¿para qué me preguntas
Niñerías?

DIANA.
Tú á lo menos
Bien te huelgas.

MARCELA.
No me pesa;
Porque de Teodoro entiendo
Que estos amores dirige
A fin tan justo y honesto,
Como el casarse conmigo.

DIANA.
Es el fin del casamiento
Honesto blanco de amor.
¿Quieres que yo trate desto?

MARCELA.
¿Qué mayor bien para mí?
Pues ya, Señora, que veo
Tanta blandura en tu enojo
Y tal nobleza en tu pecho,
Te aseguro que le adoro,
Porque es el mozo mas cuerdo,
Mas prudente y entendido,
Mas amoroso y discreto,
Que tiene aquesta ciudad.

DIANA.
Ya sé yo su entendimiento,
Del oficio en que me sirve.

MARCELA.
Es diferente el sugeto
De una carta, en que les pruebas
A dos títulos tu deudo,
De verle hablar mas de cerca,
En estilo dulce y tierno,
Razones enamoradas.

DIANA.
Marcela, aunque me resuelvo
A que os caseis, cuando sea
Para ejecutarlo tiempo,
No puedo dejar de ser
Quien soy, como ves que debo
A mi generoso nombre;
Porque no fuera bien hecho
Daros lugar en mi casa.
(Ap. Sustentar mi enojo quiero.)
Pues que ya todos lo saben,
Tú podrás con mas secreto
Proseguir ese tu amor;
Que en la ocasion yo me ofrezco
A ayudarlos á los dos;
Que Teodoro es hombre cuerdo,
Y se ha criado en mi casa;
Y á ti, Marcela, te tengo
La obligacion que tú sabes,
Y no poco parentesco.

MARCELA.
A tus plés tienes tu hechura.

DIANA.
Véte.

MARCELA.
Mil veces los beso.
DIANA.

Dejadme sola.
ANARDA. (Ap. á Marcela.)
¿Qué ha sido?

MARCELA.
Enojos en mi provecho.

DOROTEA.
¿Sabe tus secretos ya?

MARCELA.
Sí sabe, y que son honestos.
(Marcela, Dorotea y Anarda hacen tres
reverencias á la Condesa, y se van.)

ESCENA XI.

DIANA.

Mil veces he advertido en la belleza,
Gracia y entendimiento de Teodoro,
Que á no ser desigual á mi decoro,
Estimara su ingenio y gentileza.
Es el amor comun naturaleza;
Mas yo tengo mi honor por mas tesoro;
Que los respetos de quien soy adoro,
Y aun el pensarlo tengo por baja.
La envidia bien sé yo que ha de que-
[darme];
Que si la suelen dar bienes ajenos,
Bien tengo de que pueda lamentarme.
Porque quisiera yo que, por lo menos,
Teodoro fuera mas, para igualarme,
O yo, para igualarle, fuera menos. (Vase.)

ESCENA XII.

TEODORO, TRISTAN.

TEODORO.
No he podido sosegar.

TRISTAN.
Y aun es con mucha razon;
Que ha de ser tu perdicion
Si lo llega á averiguar.
Dijete que la dejaras
Acostar, y no quisiste.

TEODORO.
Nunca el amor se resiste.

TRISTAN.
Tiras; pero no reparas.

TEODORO.
Los diestros lo hacen así.

TRISTAN.
Bien sé yo que si lo fueras,
El peligro conocieras.

TEODORO.
¿Si me conoció?

TRISTAN.
No y sí;
Que no conoció quién eras,
Y sospecha le quedó.

TEODORO.
Cuando Fabio me siguió
Bajando las escaleras,
Fué milagro no matalle.

TRISTAN.
¿Qué lindamente tiré
Mi sombrero á la luz!

TEODORO.
Fué
Detenella y deslumbralle,
Porque si adelante pasa,
No le dejara pasar.

TRISTAN.
Dije á la luz al bajar:
«Di que no somos de casa;»
Y respondiome: «Mentís.»
Alzé y tiré el sombrero:
¿Quedé agraviado?

TEODORO.
Hoy espero

MI muerte.
TRISTAN.
Siempre decís
Esas cosas los amantes
Cuando menos pena os dan.

TEODORO.
Pues ¿qué puedo hacer, Tristan,
En peligros semejantes?

TRISTAN.
Dejar de amar á Marcela,

Pues la Condesa es mujer
Que si lo llega á saber,
No te ha de valer cautela
Para no perder su casa.

TEODORO.

Y ¿no hay mas sino olvidar?

TRISTAN.

Liciones te quiero dar
De cómo el amor se pasa.

TEODORO.

¿Ya comienzas desatinos?

TRISTAN.

Con arte se vence todo:
Oye, por tu vida, el modo
Por tan fáciles caminos.
Primeramente has de hacer
Resolucion de olvidar,
Sin pensar que has de tornar
Eternamente á querer;
Que si te queda esperanza
De volver, no habrá remedio
De olvidar; que si está en medio
La esperanza, no hay mudanza.
¿Por qué piensas que no olvida
Luego un hombre á una mujer?
Porque, pensando volver,
Va entreteniendo la vida.
Ha de haber resolucion
Dentro del entendimiento,
Con que cesa el movimiento
De aquella imaginacion.
¿No has visto faltar la cuerda
De un reloj, y estarse quedas
Sin movimiento las ruedas?
Pues desá suerte se acuerda
El que tienen las potencias.
Cuando la esperanza falta.

TEODORO.

Y la memoria ¿no salta
Luego á hacer mil diligencias,
Despertando el sentimiento
A que del bien no se prive?

TRISTAN.

Es enemigo que vive
Asido al entendimiento,
Como dijo la canción
De aquel español poeta;
Mas por eso es linda treta
Vencer la imaginacion.

TEODORO.

¿Cómo?

TRISTAN.

Pensando defectos,
Y no gracias; que olvidando,
Defectos están pensando,
Que no gracias, los discretos.
No la imagines vestida
Con tan linda proporcion
De cintura, en el balcon
De unos chapines subida.
Toda es vana arquitectura;
Porque dijo un sabio un día
Que á los sastres se debía
La mitad de la hermosura.
Como se ha de imaginar
Una mujer semejante,
Es como un disciplinante
Que le llevan á curar.
Esto sí; que no adornada
Del costoso faldellín:
Pensar defectos, en fin,
Es medicina aprobada.
Si de acordarte que vias
Alguna vez una cosa
Que te pareció asquerosa,
No comes en treinta días;
Acordándote, Señor,
De los defectos que tiene,
Si á la memoria te viene,
Se te quitará el amor.

TEODORO.

¿Qué grosero cirujano!
Qué rústica curación!
Los remedios al fin son
Como de tu tosca mano.
Médico imprópico eres;
No has estudiado, Tristan.
Yo no imagino que están
Desa suerte las mujeres,
Sino todas cristalinas,
Como un vidrio transparentes.

TRISTAN.

¿Vidrio! Si, muy bien lo sientes,
Si á verlas quebrar caminas;
Mas si no piensas pensar
Defectos, pensarte puedo,
Porque ya he perdido el miedo
De que podrás olvidar.
Pardiez, yo quise una vez,
Con esta cara que miras,
A una alforja de mentiras,
Años cinco veces diez;
Y entre otros dos mil defectos,
Cierta barriga tenía,
Que encerrar dentro podía,
Sin otros mil parapetos,
Cuantos legajos de pliegos
Algun escritorio apoya,
Pues como el caballo en Troya
Pudiera meter cien griegos.
¿No has oído que tenía
Cierta lugar un nogal,
Que en el tronco un oficial
Con mujer y hijos cabía,
Y aun no era la casa escasa?
Pues desá misma manera,
En esta panza cupiera
Un tejedor y su casa.
Y queriéndola olvidar
(Que debió de convenirme),
Dió la memoria en decirme
Que pensase en blanco azar,
En azucena y jazmin,
En marfil, en plata, en nieve,
Y en la cortina, que debe
De llamarse el faldellín,
Con que yo me deshacía.
Mas tomé mas cuerdo acuerdo,
Y di en pensar, como cuerdo,
Lo que mas le parecía:
Cestos de calabazones,
Baulas viejos, maletas
De cartas para estafetas,
Almofrejes y jergones;
Con que se trocó en desden
El amor y la esperanza,
Y olvidé la dicha panza
Por siempre jamás amén;
Que era tal, que en los dobleces
(Y no es mucho encarecer)
Se pudieran esconder
Cuatro manos de almireces.

TEODORO.

En las gracias de Marcela
No hay defectos que pensar.
Yo no la pienso olvidar.

TRISTAN.

Pues á tu desgracia apela,
Y sigue tan loca empresa.

TEODORO.

Toda es gracias: ¿qué he de hacer?

TRISTAN.

Pensarlas hasta perder
La gracia de la Condesa.

ESCENA XIII.

DIANA. — DICHO.

DIANA.

Teodoro...

TEODORO. (Ap.)

La misma es.

DIANA.

Escucha.

TEODORO.

A tu hechura manda.

TRISTAN. (Ap.)

Si en averiguarlo anda,
De casa volamos tres.

DIANA.

Hame dicho cierta amiga
Que desconfía de sí,
Que el papel que traigo aquí
Le escriba: á hacerlo me obliga
La amistad, aunque yo ignoro
Teodoro, cosas de amor;
Y que le escribas mejor
Vengo á decirte, Teodoro.
Toma y léele.

TEODORO.

Si aquí,
Señora, has puesto la mano,
Igualarle fuera en vano,
Y fuera soberbia en mí.
Sin verle, pedirte quiero
Que á esa señora le envíes.

DIANA.

Léele.

TEODORO.

Que desconfíes
Me espanto: aprender espero
Estilo que yo no sé;
Que jamás traté de amor,

DIANA.

¿Jamás, jamás?

TEODORO.

Con temor
De mis defectos, no amé;
Que soy muy desconfiado.

DIANA.

Y se puede conocer
De que no te dejas ver,
Pues que te vas rebozado.

TEODORO.

¿Yo, Señora! ¿Cuándo o cómo?

DIANA.

Dijéronme que salió.
Anoche acaso, y te vió
Rebozado el mayordomo.

TEODORO.

Andaríamos burlando
Fabio y yo, como solíamos,
Que mil burlas nos hacemos.

DIANA.

Lee, lee.

TEODORO.

Estoy pensando
Que tengo algun envidioso.

DIANA.

Celoso podría ser.
Lee, lee.

TEODORO.

Quiero ver
Ese ingenio milagroso. [Ha sido,
(Lee.) « Amar por ver amar, envidia
Y primero que amar estar celoso.
Es invencion de amor maravillosa,
Y que por imposible se ha tenido.
» De los celos mi amor ha procedido,
Por pesarme que, siendo una hermosa,
No fuese en ser amada tan dichosa,
Que hubiese lo que envidia sospecha.

«Estoy sin ocasion desconfiada,
Celosa sin amor, aunque sintiendo:
Debo de amar, pues quiero ser amada.
»Ni me dejo forzar ni me desiendo;
Darme quiero á entender sin decir nada:
Entiéndame quien puede; yo me entien-
[do.]»

¿Qué dices?

TEODORO.
Que si esto es
A propósito del dueño,
No he visto cosa mejor;
Mas confieso que no entiendo
Cómo puede ser que amor
Venga á nacer de los celos,
Pues que siempre fué su padre.

DIANA.
Porque esta dama, sospecho
Que se agradaba de ver
Este galán, sin deseo;
Y viéndole ya empleado
En otro amor, con los celos
Vino á amar y á desear.
¿Puede ser?

TEODORO.
Yo lo concedo;
Mas ya esos celos, Señora,
De algun principio nacieron,
Y ese fué amor; que la causa
No nace de los efectos,
Sino los efectos della.

DIANA.
No sé, Teodoro: esto siento
Esta dama; pues me dijo
Que nunca al tal caballero
Tuvo mas que inclinacion,
Y en viéndole amar, salieron
Al camino de su honor
Mil salteadores deseos,
Que le han desnudado el alma
Del honesto pensamiento
Con que pensaba vivir.

TEODORO.
Muy lindo papel has hecho:
Yo no me atrevo á igualarle.

DIANA.
Entra y prueba.

TEODORO.
No me atrevo.

DIANA.
Haz esto, por vida mia.

TEODORO.
Vusifloria con esto
Quiero probar mi ignorancia.

DIANA.
Aquí aguardo: vuelve luego.

TEODORO.
Yo voy.

DIANA.
Escucha, Tristan.

ESCENA XIV.

DIANA, TRISTAN.

TRISTAN.
A ver lo que mandas vuelvo,
Con vergüenza destas calzas;
Que el secretario, mi dueño,
Anda salido estos dias;
Y hace mal un caballero,
Sabiendo que su lacayo
Le va sirviendo de espejo,
De lucero y de cortina,
En no traerle bien puesto.
Escalera del señor,
Si vi á caballo, un discreto,
Nos llamó, pues á su cara

Se sube por nuestros cuerpos.
No debe de poder mas.

DIANA.
¿Juega?

TRISTAN.
¡Pluguiera á los cielos!
Que á quien juega, nunca faltan,
Desto ó de aquello, dineros.
Antiguamente los reyes
Algun oficio aprendieron,
Por si en la guerra ó la mar
Perdian su patria y reino,
Saber con qué sustentarse:
¡Dichosos los que pequeños
Aprendieron á jugar!
Pues en faltando, es el juego
Un arte noble que gana
Con poca pena el sustento.
Verás un grande pintor,
Acrisolando el ingenio,
Hacer una imagen viva,
Y decir el otro necio
Que no vale diez escudos;
Y que el que juega, en diciendo
«Paro», con salir la suerte,
Le sale á ciento por ciento.

DIANA.
En fin, ¿no juega?

TRISTAN.
Es cuitado.

DIANA.
A la cuenta será cierto
Tener amores.

TRISTAN.
¡Amores!
¡Oh qué donaire! Es un hielo.

DIANA.
Pues un hombre de su tallo,
Galán, discreto y mancebo,
¿No tiene algunos amores
De honesto entretenimiento?

TRISTAN.
Yo trato en paja y cebada,
No en papeles y requiebros.
De día te sirve aquí;
Que está ocupado sospecho.

DIANA.
Pues ¿nunca sale de noche?

TRISTAN.
No le acompaño; que tengo
Una cadera quebrada.

DIANA.
¿De qué, Tristan?

TRISTAN.
Bien te puedo
Responder lo que responden

Las mal casadas, en viendo
Cardenales en su cara
Del mojicon de los celos:
«Rodé por las escaleras.»

DIANA.
¿Rodaste?

TRISTAN.
Por largo trecho.
Con las costillas conté
Los pasos.

DIANA.
Forzoso es eso,
Si á la lámpara, Tristan,
Le tirabas el sombrero.

TRISTAN. (Ap.)
¡Oxte, puto! ¡Vive Dios,
Que se sabe todo el cuento!

DIANA.
¿No respondes?

TRISTAN.
Por pensar

Cuándo... pero ya me acuerdo:
Anoche andaban en casa
Unos murciélagos negros;
El sombrero les tiraba,
Fuése á la luz uno dellos,
Y acerté, por dar en él,
En la lámpara, y tan presto
Por la escalera rodé,
Que los dos pies se me fueron.

DIANA.
Todo está muy bien pensado;
Pero un libro de secretos
Dice que es buena la sangre
Para quitar el cabello
(Desos murciélagos digo);
Y haré yo sacarla luego,
Si es cabello la ocasion,
Para quitarla con ellos.

TRISTAN. (Ap.)
¡Vive Dios, que hay chamusquina,
Y que por murciegalero
Me pone en una galera!

DIANA. (Ap.)
¿Qué traigo de pensamientos!

ESCENA XV.

FABIO, y después, EL MARQUÉS RICARDO y CELIO. — DIANA.

FABIO.
Aquí está el marqués Ricardo.

DIANA.
Poned esas sillas luego.
(Sale Ricardo y Celio, y vanse Fabio y Tristan.)

RICARDO.
Con el cuidado que el amor, Diana,
Pone en un pecho que aquel fin desea
Que la mayor dificultad allana,
El mismo quiere que te adore y vea:
Solicito mi causa, aunque por vana
Esta ambicion algun contrario crea,
Que dando mas lugar á su esperanza,
Tendrá menos amor que confianza.
Está vuseñoría tan hermosa,
Que estar buena el mirarla me asegura;
Que en la mujer (y es bien pensada cosa)
La mas cierta salud es la hermosura;
Que en estando gallarda, alegre, airosa,
Es necesidad, es ignorancia pura,
Llegar á preguntarle si está buena,
Que todo entendimiento la condena.
Sabiendo que lo estáis, como lo dice
La hermosura, Diana, y la alegría,
De mí, si á la razon no contradice,
Saber, Señora, cómo estoy querria.

DIANA.
Que vuestra señoría solenice
Lo que en Italia llaman gallardía
Por hermosura, es digno pensamiento
De su buen gusto y claro entendimiento.
Que me pregunte como está, no creo
Que soy tan dueño suyo, que lo diga.

RICARDO.
Quien sabe de mi amor y mi deseo
El fin honesto, á este favor se obliga.
A vuestros deudos inclinados veo
Para que en lo tratado se prosiga;
Solo falta, Señora, vuestro acuerdo,
Porque sin él las esperanzas pierdo.
Si, como soy señor de aquel estado
Que con igual nobleza heredé agora,
Lo fuera desde el sur mas abrasado
A los primeros paños del aurora;
Si el oro, de los hombres adorado,
Las congeladas lágrimas que llora
El cielo, ó los diamantes orientales
Que abrieron por el mar caminos tales,
Tuviera yo, lo mismo os ofreciera;

Y no dudeis, Señora, que pasara
Adonde el sol apenas luz me diera;
Como á solo serviros importara:
En campañas de sal piés de madera
Por las remotas aguas estampara,
Hasta llegar á las australes playas,
Del humano poder últimas rayas.

DIANA.

Creo, señor Marqués, el amor vuestro;
Y satisfecha de nobleza tanta,
Haré tratar el pensamiento nuestro,
Si el conde Federico no le espanta.

RICARDO.

Bien sé que en trazas es el Conde diestro,
Porque en ninguna cosa me adelanta;
Mas yo fio de vos que mi justicia
Los ojos cegará de su malicia.

ESCENA XVI.

TEODORO. — DIANA, RICARDO,
CELIO.

TEODORO.

Ya lo que mandas hice.

RICARDO.

Si ocupada
Vuseñoría está, no será justo
Hurtarle el tiempo.

DIANA.

No importara nada,
Puesto que á Roma escribo.

RICARDO.

No hay disgusto
Como en día de cartas dilatada
Visita.

DIANA.

Sois discreto.

RICARDO.

En dáros gusto. —
Celio, ¿qué te parece? (Ap. á él.)

CELIO.

Que quisiera
Que ya tu justo amor premio tuviera.
(Vanse Ricardo y Celio.)

ESCENA XVII.

DIANA, TEODORO.

DIANA.

¿Escribiste?

TEODORO.

Ya escribí,
Aunque bien desconfiado;
Mas soy mandado y forzado.

DIANA.

Muestra.

TEODORO.

Lee.

DIANA.

Dice así: [día fuera,
(Lee.) «Querer por ver querer, envi-
Si quien lo vió, sin ver amar no amara,
Porque si antes de ver, no amar pensara,
Después no amara, puesto que amar vie-
[ra.

» Amor, que lo que agrada considera
En ajeno poder, su amor declara;
Que como la color sale á la cara,
Sale á la lengua lo que al alma altera.

» No digo mas, porque lo mas ofendo
Desde lo menos, si es que desmerezco
Porque del ser dichoso me defiende.

» Esto que entiendo solamente ofrezco;
Que lo que no merezco no lo entiendo,
Por no dar á entender que lo merezco.»

DIANA.

Muy bien guardaste el decoro.

TEODORO.

¿Burlaste?

DIANA.

¡Pluguiera á Dios!

TEODORO.

¿Qué dices?

DIANA.

Que de los dos,
El tuyo vence, Teodoro.

TEODORO.

Pésame, pues no es pequeño
Principio de aborrecer
Un criado, el entender
Que sabe mas que su dueño.
De cierto rey se contó
Que le dijo á un gran privado:
«Un papel me da cuidado,
Y si bien le he escrito yo,
Quiero ver otro de vos,
Y el mejor escoger quiero.»
Escribióle el caballero,
Y fué el mejor de los dos.
Como vió que el Rey decía
Que era su papel mejor,
Fuése, y díjole al mayor
Hijo, de tres que tenía:
«Vámonos del reino luego;
Que en gran peligro estoy yo.»
El mozo le preguntó
La causa, turbado y ciego;
Y respondióle: «Ha sabido
El Rey que yo sé mas que él;»
—Que es lo que en este papel
Me puede haber sucedido.

DIANA.

No, Teodoro; que aunque digo
Que es el tuyo mas discreto,
Es porque sigue el conceto
De la materia que sigo;
Y no para que presuma
Tu pluma que, si me agrada,
Pierdo el estar quieta
De los puntos de mi pluma.
Fuera de que soy mujer
A cualquier error sujeta,
Y no sé si muy discreta,
Como se me echa de ver.
Desde lo menos, aquí
Dices que ofendes lo mas;
Y amando, engañado estás,
Porque en amor no es ansí;
Que no ofende un desigual
Amando, pues solo entiendo
Que se ofende aborreciendo.

TEODORO.

Esa es razon natural;
Mas pintaron á Faetonte
Y á Icaro despenados,
Uno en caballos dorados,
Precipitado en un monte;
Y otro, con alas de cera,
Derretido en el crisol
Del sol.

DIANA.

No lo hiciera el sol
Si, como es sol, mujer fuera.
Si alguna dama quisieres
Alta, sirvela y confía;
Que amor no es mas que porfia:
No son piedras las mujeres.
Yo me llevo este papel;
Que despacio me conviene
Verle.

TEODORO.

Mil errores tiene.

DIANA.

No hay error ninguno en él.

TEODORO.

Honras mi deseo; aquí
Traigo el tuyo.

DIANA.

Pues allá

Le guarda... aunque bien será
Rasgarle.

TEODORO.

¿Rasgarle?

DIANA.

Si;

Que no importa que se pierda,
Si se puede perder mas. (Vase.)

ESCENA XVIII.

TEODORO.

Fuése. ¿Quién pensó jamás
De mujer tan noble y cuerda
Este arrojarle tan presto
A dar su amor á entender?
Pero tambien puede ser
Que yo me engañase en esto.
Mas no me ha dicho jamás,
Ni á lo menos se me acuerda:
«Pues ¿qué importa que se pierda
Si se puede perder mas?»
Perder mas, bien puede ser
Por la mujer que decía...
—Mas todo es bachillería,
Y ella es la misma mujer.
Aunque no; que la Condesa
Es tan discreta y tan varia,
Que es la cosa mas contraria
De la ambicion que profesa.
Sirvenla principes hoy
En Nápoles, que no puedo
Ser su esclavo. Tengo miedo
Que en grande peligro estoy.
Ella sabe que á Marcela
Sirvo, pues aquí ha fundado
El engaño y me ha burlado...
—Pero en vano se recela
Mi temor, porque jamás
Burlando salen colores.
Y el decir con mil temores,
Que se puede perder mas?
¿Qué rosa, al llorar la aurora,
Hizo de las hojas ojos,
Abriendo los labios rojos
Con risa á ver cómo llora,
Como ella los puso en mí,
Bañada en púrpura y grana;
O qué pálida manzana
Se esmaltó de carmesí?
Lo que veo y lo que escucho,
Yo lo juzgo (ó estoy loco)
Para ser de veras poco,
Y para de burlas mucho.
Mas tenéos, pensamiento,
Que os vais ya tras la grandeza,
Aunque si digo belleza,
Bien sabeis vos que no miento;
Que es bellísima Diana,
Y en discrecion sin igual.

ESCENA XIX.

MARCELA. — TEODORO.

MARCELA.

¿Puedo hablarte?

TEODORO.

Ocasión tal

Mil imposibles allana;
Que por tí, Marcela mía,
La muerte me es agradable.

MARCELA.

Como yo te vea y hable,
Dos mil vidas perdería.
Estuve esperando el día
Como el pajarillo solo;
Y cuando vi que en el polo

Que Apolo mas presto dora,
Le despertaba la aurora,
Dije: «Yo veré mi Apolo.»
Grandes cosas han pasado;
Que no se quiso acostar
La Condesa hasta dejar
Satisfecho su cuidado.
Amigas que han envidiado
Mi dicha con deslealtad,
Le han contado la verdad;
Que entre quien sirve, aunque veas
Que hay amistad, no la creas,
Porque es fingida amistad.
Todo lo sabe en efeto;
Que si es Diana la luna,
Siempre á quien ama importuna,
Salió y vió nuestro secreto.
Pero será, te prometo,
Para mayor bien, Teodoro;
Que del honesto decoro
Con que tratas de casarte
Le di parte, y dije aparte
Cuán tiernamente te adoro.
Tus prendas le encarecí,
Tu estilo, tu gentileza;
Y ella entonces su grandeza
Mostró tan piadosa en mí,
Que se alegró de que en tí
Hubiese los ojos puesto,
Y de casarnos muy presto
Palabra también me dió,
Luego que de mí entendió.
Que era tu amor tan honesto.
Yo pensé que se enojara
Y la casa revolviera,
Que á los dos nos despidiera
Y á los demás castigara;
Mas su sangre ilustre y clara,
Y aquel ingenio en efeto
Tan prudente y tan perfeto,
Conoció lo que mereces.
¡Oh, bien haya amén mil veces
Quien sirve á señor discreto!

TEODORO.

¿Que casarme prometió
Contigo?

MARCELA.

Pues ¿pones duda
Que á su ilustre sangre acuda?

TEODORO. (Ap.)

Mi ignorancia me engañó.
¿Que necio pensaba yo
Que hablaba en mí la Condesa!
De haber pensado me pesa
Que pudo tenerme amor;
Que nunca tan alto azor
Se humilla á tan baja presa.

MARCELA.

¿Qué murmuras entre tí?

TEODORO.

Marcela, conmigo habló;
Pero no se declaró
En darme á entender que fui
El que embozado salí
Anoche de su aposento.

MARCELA.

Fué discreto pensamiento,
Por no obligarse al castigo
De saber que hablé contigo.
Si no lo es el casamiento;
Que el castigo mas piadoso
De dos que se quieren bien
Es casarlos.

TEODORO.

Dices bien,
Y el remedio mas honroso.

MARCELA.

¿Querrás tú?

TEODORO.

Seré dichoso.

Confirmalo.

MARCELA.

TEODORO.

Con los brazos,
Que son los rasgos y lazos
De la pluma del amor,
Pues no hay rúbrica mejor
Que la que firman los brazos.

ESCENA XX.

DIANA. — Dichos.

DIANA.

Esto se ha enmendado bien.
Agora estoy muy contenta;
Que siempre á quien reprehende
Da gran gusto ver la enmienda.
No os turbeis ni os altereis.

TEODORO.

Dije, Señora, á Marcela
Que anoche salí de aquí
Con tanto disgusto y pena
De que vuestra señoría
Imaginase en su ofensa
Este pensamiento honesto
Para casarme con ella,
Que me he pensado morir;
Y dándome por respuesta
Que mostrabas en casarnos
Tu piedad y tu grandeza,
Dile mis brazos; y advierte
Que si mentirte quisiera,
No me faltara un engaño;
Pero no hay cosa que venza,
Como decir la verdad,
A una persona discreta.

DIANA.

Teodoro, justo castigo
La deslealtad mereciera
De haber perdido el respeto
A mi casa; y la nobleza
Que usé anoche con los dos
No es justo que parte sea
A que os atreváis así;
Que en llegando á desvergüenza
El amor, no hay privilegio
Que al castigo le defienda.
Mientras no os casais los dos,
Mejor estará Marcela
Cerrada en un aposento;
Que no quiero yo que os vean
Juntos las demás criadas,
Y que por ejemplo os tengan
Para casarse todas. —
¡Dorotea! ¡ah, Dorotea!

ESCENA XXI.

DOROTEA. — Dichos.

DOROTEA.

Señora...

DIANA.

Toma esta llave,
Y en mi propia quadra encierra
A Marcela; que estos dias
Podrá hacer labor en ella. —
No diréis que esto es enojo.

DOROTEA.

¿Qué es esto, Marcela? (Ap. d ella.)

MARCELA.

Fuerza
De un poderoso tirano
Y una rigurosa estrella.
Enciérrame por Teodoro.

DOROTEA.

Cárcel aquí no la temas,
Y para puertas de celos
Tiene amor llave maestra.

(Vase Marcela y Dorotea.)

ESCENA XXII.

DIANA, TEODORO.

DIANA.

En fin, Teodoro, ¿tú quieres
Casarte?

TEODORO.

Yo no quisiera
Hacer cosa sin tu gusto;
Y créeme, que mi ofensa
No es tanta como te han dicho;
Que bien sabes que con lengua
De escorpion pintan la envidia;
Y que si Ovidio supiera
Qué era servir, no en los campos,
No en las montañas desiertas
Pintara su oscura casa;
Que aquí habita y aquí reina.

DIANA.

Luego ¿no es verdad que quieres
A Marcela?

TEODORO.

Bien pudiera
Vivir sin Marcela yo.

DIANA.

Pues dícame que por ella
Pierdes el seso.

TEODORO.

Es tan poco;
Que no es mucho que le pierda;
Mas crea vuseñoría
Que, aunque Marcela merezca
Esas finezas en mí,
No ha habido tantas finezas.

DIANA.

Pues ¿no le has dicho requiebros
Tales, que engañar pudieran
A mujer de mas valor?

TEODORO.

Las palabras poco cuestan.

DIANA.

¿Qué le has dicho, por mi vida?
¿Cómo, Teodoro, requiebran
Los hombres á las mujeres?

TEODORO.

Como quien ama y quien ruega,
Vistiendo de mil mentiras
Una verdad, y esa apenas.

DIANA.

Si; pero ¿con qué palabras?

TEODORO.

Extrañamente me aprieta
Vuseñoría. «Esos ojos
(Le dije), esas niñas bellas,
Son luz con que ven los míos;
Y los corales y perlas
Desa boca celestial...»

DIANA.

¿Celestial?

TEODORO.

Cosas como estas
Son la cartilla, Señora,
De quien ama y quien desea.

DIANA.

Mal gusto tienes, Teodoro.
No te espantes de que pierdas
Hoy el crédito conmigo,
Porque sé yo que en Marcela
Hay mas defectos que gracias,
Como la miro mas cerca.
Sin esto, porque no es limpia,
No tengo pocas pendencias
Con ella... Pero no quiero
Desenamorarte della;
Que bien pudiera decirte
Cosas... Pero aquí se quedan
Sus gracias ó sus desgracias;

Que yo quiero que la quieras,
Y que os caséis en buen hora.
Mas pues de amador te precias,
Dame consejo, Teodoro,
Así á Marcela poseas,
Para aquella amiga mía;
Que há días que no sosiega
De amores de un hombre humilde.
Porque si en quererle piensa,
Ofende su autoridad;
Y si de quererle deja,
Pierde el juicio de celos;
Que el hombre, que no sospecha
Tanto amor, anda cobarde.
Aunque es discreto, con ella.

TEODORO.
Yo, Señora, ¿sé de amor?
No sé por Dios cómo pueda
Aconsejarte.

DIANA.
¿No quieras,
Como dices, á Marcela?
No le has dicho esos requiebros?
Tuvieran lengua las puertas,
Que ellas dijieran...

TEODORO.
No hay cosa
Que decir las puertas puedan.

DIANA.
Ea, que ya te sonrojas,
Y lo que niega la lengua,
Confiesas con las colores.

TEODORO.
Si ella te lo ha dicho, es necia.
Una manó le tomé,
Y no me quedé con ella,
Que luego se la volví;
No sé yo de qué se queja.

DIANA.
Sí; pero hay manos que son
Como la paz de la Iglesia,
Que siempre vuelven besadas.

TEODORO.
Es necísima Marcela.
Es verdad que me atreví,
Pero con mucha vergüenza,
A que templase la boca
Con nieve y con azucenas.
DIANA.
¿Con azucenas y nieve?
Huelgo de saber que tiembla
Ese emplasto el corazón.
Ahora bien, ¿qué me aconsejas?

TEODORO.
Que si esa dama que dices,
Hombre tan bajo desea,
Y de quererle resulta
A su honor tanta baja,
Haga que con un engaño,
Sin que la conozca, pueda
Gozarle.

DIANA.
Queda el peligro
De presumir que lo entiendes.
¿No será mejor matarle?

TEODORO.
De Marco Aurelio se cuenta
Que dió á su mujer Faustina,
Para quitarle la pena,
Sangre de un esgrimidor;
Pero estas romanas pruebas
Son buenas entre gentiles.

DIANA.
Bien dices; que no hay Lucrecias,
Ni Torcatos ni Virginios
En esta edad; y en aquella
Hubo Faustinas, Teodoro,
Metálinas y Popeas.

Escribeme algun papel
Que á este propósito sea,
Y queda con Dios; ¡Ay, Dios!
Cal. ¿Qué me miras? Llegá,
Dame la mano.

TEODORO.
El respeto
Me detuvo de ofrecella.
DIANA.
¿Qué graciosa grosería!
¿Que con la capa la ofrezcas!
TEODORO.
Así cuando vas á misa
Te la da Otavio.

DIANA.
Es aquella
Mano que yo no le pido,
Y debe de haber setenta
Años que fué mano, y viene
Amortajada por muerte.
Aguardar quien ha caído
A que se vista de seda,
Es como ponerse un jaco.
Quien ve al amigo en pendencia;
Que mientras baja, le han muerto.
Demás que no es bien que tenga
Nadie por mas cortesía,
Aunque melindres lo aprueban,
Que una mano, si es honrada,
Traiga la cara cubierta.

TEODORO.
Quiero estimar la merced
Que me has hecho.

DIANA.
Cuando seas
Escudero, la darás
En el ferruero envuelta;
Que agora eres secretario:
Con que te he dicho que tengas
Secreto aquesta caída,
Si levantarte de las.

ESCENA XXIII.

TEODORO. [Puedo,
¿Puedo creer que aquesto es verdad?
Si miro que es mujer Diana hermosa.
Pidió mi mano, y la color de rosa,
Al dársela, robó del rostro el miedo.
Tembló, yo lo sentí: dudoso quedo.
¿Qué haré? Seguir mi suerte venturosa;
Si bien, por ser la empresa tan dudosa,
Niego al temor lo que al valor concedo.
Mas dejar á Marcela es caso injusto;
Que las mujeres no es razon que esperen
De nuestra obligacion tanto disgusto.
Pero si ellas nos dejan cuando quieren
Por cualquiera interés ó nuevo gusto,
Mueran tambien como los hombres mueren.]

ACTO SEGUNDO.

Callé.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE FEDERICO, LEONIDO.

FEDERICO.
¿Aquí la viste?
LEONIDO.
Aquí entró,
Como el alba por un prado,
Que á su tapete bordado
La primera luz le dió;
Y segun la devocion,

No pienso que tardarán;
Que conozco al capellan;
Y es mas breve que es razon.

FEDERICO.
¿Ay si la pudiese hablar!
LEONIDO.
Siendo tú su primo, es cosa
Acompañarla forzosa.
FEDERICO.
El pretenderme casar
Ha hecho ya sospechoso
Mi parentesco, Leonido;
Que antes de haberla querido,
Nunca estuve temeroso.
Verás que un hombre visita
Una dama libremente
Por conocido ó pariente,
Mientras no la solicita;
Pero en llegando á querella,
Aunque de todos se guarde,
Menos entra, y mas cobarde,
Y apenas habla con ella.
Tal me ha sucedido á mí
Con mi prima la Condesa;
Tanto, que de amar me pesa,
Pues lo mas del bien perdi,
Pues me estaba mejor vella
Tan libre como solia.

ESCENA II.

RICARDO y CELIO, que se quedan los dos de — FEDERICO y LEONIDO.

CELIO.
A plé digo que salia,
Y alguna gente con ella.
RICARDO.
Por estar la iglesia enfrente,
Y por preciarse del tallo,
Ha querido honrar la calle.
CELIO.
¿No has visto por el oriente
Salir serena mañana
El sol con mil rayos de oro,
Cuando dora el blanco toro
Que paca campos de grana
(Que así llamaba un poeta
Los primeros arboles)?
Pues tal salió con dos soles,
Mas hermosa y mas perfeta,
La bellissima Diana,
La condesa de Bellfor.

RICARDO.
Mi amor te ha vuelto pintor
De tan serena mañana;
Y hácesla sol con razon,
Porque el sol en sus caminos
Va pasando varios años,
Que sus pretendientes son.
Mira que allí Federico
Aguarda sus rayos de oro.

CELIO.
¿Cuál de los dos será el toro
A quien hoy al sol aplico?

RICARDO.
El por primera aficion,
Aunque del nombre se guarde;
Que yo, por entrar mas tarde,
Seré el signo del leon.

FEDERICO.
¿Es aquel Ricardo?

LEONIDO.
El es.
FEDERICO.
Fuera maravilla rara
Que deste puesto faltara.
LEONIDO.
Gallardo viene el Marqués.

FEDERICO.
No pudieras decir mas,
Si tú fueras el celoso.

LEONIDO.
¿Celos tienes?

FEDERICO.
¿No es forzoso?
De alabarle me los das.

LEONIDO.
Si á nadie quiere Diana,
¿De qué los puedes tener?

FEDERICO.
De que le puede querer;
Que es mujer.

LEONIDO.
Sí, mas tan vana,
Tan altiva y desdénosa,
Que á todos os asegura.

FEDERICO.
Es soberbia la hermosura.

LEONIDO.
No hay ingratitud hermosa.

CELIO.
Diana sale, Señor.

RICARDO.
Pues tendrá mi noche día.

CELIO.
¿Hablárasla?

RICARDO.
Eso querría,
Si quiere el competidor.

ESCENA III.

DIANA, OTAVIO, FABIO; y detrás,
MARCELA, DOROTEA Y ANARDA,
con mantos. — DÍGASE.

FEDERICO. (A Diana).
Aquí aguardaba con deseo de veros.

DIANA.
Señor Conde, seáis muy bien hallado.

RICARDO.
Y yo, Señora, con el mismo agora
A acompañaros vengo y á servirlos.

DIANA.
Señor Marqués, ¿qué dicha es esta mía?
¿Tanta merced!

RICARDO.
Bien debe á mi deseo
Vuestra este cuidado.

FEDERICO. (A su criado).
Creo
Que no soy bien mirado y admitido.

LEONIDO.
Háblala; no te turbes.

FEDERICO.
¡Ay, Leonido!
¿Quien sabe que no gustan de escuchalle,
¿De qué te admiras que se turbe y calle?
(Vase.)

—
Sala del palacio de la Condessa.

ESCENA IV.

TEODORO.

Nuevo pensamiento mío,
Desvanecido en el viento,
Que con ser mi pensamiento;
De veros volar me río,
Parad, detenet el brío,

Que os detengo y os provoco;
Porque si el intento es loco,
De los dos lo mismo escucho,
Aunque donde el premio es mucho,
El atrevimiento es poco.
Y si por disculpa dais
Que es infinito el que espero,
Averiguemos primero,
Pensamiento, en qué os fundais.
Vos á quien servís amais:
Diréis que ocasion teneis,
Si á vuestros ojos creéis;
Pues, pensamiento, decildes
Que sobré pajas humildes
Torres de diamante haceis.
Si no me sucede bien,
Quiero culparos á vos;
Mas teniéndola los dos,
No es justo que culpa os dén;
Que podréis decir también
Cuando del alma os levanto,
Y de la altura me espanto
Donde el amor os subió,
Que el estar tan bajo yo
Os hace á vos subir tanto.
Cuando algun hombre ofendido,
Al que le ofende defiende,
Que dió la ocasion se entiende:
Del daño que os ha venido,
Sed en buen hora atrevido;
Que aunque los dos nos perdamos,
Esta disculpa llevamos:
Que vos os perdeis por mí,
Y que yo tras vos me fui,
Sin saber adónde vamos.
Id en buen hora, aunque os dén
Mil muertes por atrevido;
Que no se llama perdido
El que se pierde tan bien.
Como á otros dan parábien
De lo que hallan, estoy tal,
Que de perdicion igual
Os le doy; porque es perderse
Tan bien, que puede tenerse
Envidia del mismo mal.

ESCENA V.

TRISTAN. — TEODORO.

TRISTAN.
Si en tantas lamentaciones
Cabe un papel de Marcela,
Que contigo se consuela
De sus pasadas prisiones,
Bien te le daré sin porte;
Porque á quien no ha menester,
Nadie le procura ver,
A la usanza de la corte.
Cuando está en alto lugar
Un hombre (y qué bien lo imitas!),
¿Qué le vienen de visitas
A molestar y á enfadar!
Pero si mudó de estado,
Como es la fortuna incierta,
Todos huyen de su puerta
Como si fuese apestado.
¿Párecete que lavemos
En vinagre este papel?

TEODORO.
Contigo, necio, y con él
Entrambas cosas tenemos.
Muestra; que vendrá lavado,
Si en tus manos ha venido.
(Lee.) «A Teodoro, mi marido.»
¿Marido? ¿Qué necio enfado!
¿Qué necia cosa!

TRISTAN.
Es muy necia.
TEODORO.
Pregúntale á mi ventura

Si, subida á tanta altura,
Esas mariposas precia.

TRISTAN.
Léele, por vida mía,
Aunque ya estés tan divino;
Que no hace desprecio el vino
De los mosquitos que cria;
Que yo sé cuando Marcela,
Que llamas ya mariposa,
Era águila caudalosa.

TEODORO.
El pensamiento, que vuela
A los mismos cercos de oro
Del sol, tan baja la mira,
Que aun de que la ve se admira.

TRISTAN.
Hablas con justo decoro;
Mas ¿qué haremos del papel?

TEODORO.
Esto.

TRISTAN.
¿Rasgástele?

TEODORO.
Sí.

TRISTAN.
¿Por qué, Señor?

TEODORO.
Porque así
Respondí mas presto á él.

TRISTAN.
Ese es injusto rigor.

TEODORO.
Ya soy otro; no te espantes.

TRISTAN.
Basta; que sois los amantes
Boticarios del amor;
Que, como ellos las recetas,
Vais ensartando papeles.
Récipe celos crueles,
Agua de azules violetas.
Récipe un desden extraño,
Sírapi del borrajaorum,
Con que la sangre *templorum*.

Para asegurar el daño.
Récipe ausencia: tomad
Un emplastro para el pecho;
Que os hiciera mas provecho
Estaros en la ciudad.

Récipe de matrimonio:
Allí es menester jarabes,
Y tras diez días suaves
Purgalle con antimonio.

Récipe *signum celeste*,
Que *Capricornius dicetur*:
Ese enfermo *moriatur*,
Si no es que paciencia preste.

Récipe que de una tienda
Joya ó vestido *sacabis*:
Con tabletas *confortabis*
La bolsa que tal emprenda.

A esta traza, finalmente,
Van todo el año ensartando.
Llega la paga: en pagando,
O viva ó muera el doliente,
Se rasga todo papel.

Tú la cuenta has acabado,
Y el de Marcela has rasgado
Sin saber lo que hay en él.

TEODORO.
Ya tú debes de venir
Con el vino que qtras veces.

TRISTAN.
Pienso que te desvaneces
Con lo que intentas subir.

TEODORO.
Tristan, cuantos han nacido
Su ventura han de tener;
No saberla conocer

Es el no haberla tenido.
O morir en la porfía,
O ser conde de Belflor.

TRISTAN.

César llamaron, Señor,
A aquel duque que traía
Escrito por gran blason :
« César ó nada ; » y en fin
Tuvo tan contrario el fin,
Que al fin de su pretension
Escribió una pluma airada :
« César ó nada, dijiste,
Y todo, César, lo fuiste,
Pues fuiste César y nada. »

TEODORO.

Pues tomo, Tristan, la empresa,
Y haga después la fortuna
Lo que quisiere.

ESCENA VI.

MARCELA y DOROTEA, sin reparar
en — TEODORO y TRISTAN.

DOROTEA.

Si á alguna
De tus desdichas le pesa,
De todas las que servimos
A la Condesa, soy yo.

MARCELA.

En la prisión que me dió,
Tan justa amistad hicimos,
Y yo me siento obligada
De suerte, mi Dorotea,
Que no habrá amiga que sea
Mas de Marcela estimada.
Anarda piensa que yo
No sé cómo quiere á Fabio.
Pues della nació mi agravio ;
Que á la Condesa contó
Los amores de Teodoro.

DOROTEA.

Teodoro está aquí.

MARCELA.

¡ Mi bien !...

TEODORO.

Marcela, el paso deten.

MARCELA.

¿ Cómo, mi bien, si te adoro,
Cuando á mis ojos te ofreces ?

TEODORO.

Mira lo que haces y dices ;
Que en palacio los tapices
Han hablado algunas veces.
¿ De qué piensas que nació
Hacer figuras en ellos ?
De avisar que detrás dellos
Siempre algun vivo escuchó.
Si un mudo viendo matar
A un rey su padre, dió voces,
Figuras que no conoces,
Pintadas sabrán hablar.

MARCELA.

¿ Has leído mi papel ?

TEODORO.

Sin leerle le he rasgado ;
Que estoy tan escarmentado,
Que rasqué mi amor con él.

MARCELA.

¿ Son los pedazos aquestos ?

TEODORO.

Si, Marcela.

MARCELA.

Y ya ¿ mi amor
Has rasgado ?

TEODORO.

¿ No es mejor
Que vernos por puntos puestos

En peligros tan extraños ?
Si tú de mi intento estás,
No tratemos desto mas,
Para excusar tantos daños.

MARCELA.

¿ Qué dices ?

TEODORO.

Que estoy dispuesto
A no darle mas enojos
A la Condesa.

MARCELA.

En los ojos
Tuve muchas veces puesto
El temor desta verdad.

TEODORO.

Marcela, queda con Dios.
Aquí acaba de los dos
El amor, no el amistad.

MARCELA.

¿ Tú dices eso, Teodoro,
A Marcela !

TEODORO.

Yo lo digo ;
Que soy de quietud amigo,
Y de guardar el decoro
A la casa que me ha dado
El ser que tengo.

MARCELA.

Oye, advierte.

TEODORO.

Déjame.

MARCELA.

¿ De aquesta suerte
Me tratas ?

TEODORO.

¿ Qué necio enfado ! (Vase.)

ESCENA VII.

MARCELA, DOROTEA, TRISTAN.

MARCELA.

¿ Ah Tristan, Tristan !

TRISTAN.

¿ Qué quieres ?

MARCELA.

¿ Qué es esto ?

TRISTAN.

Una mudancita :
Que á las mujeres imita
Teodoro.

MARCELA.

¿ Cuáles mujeres ?

TRISTAN.

Unas de azúcar y miel.

MARCELA.

Dile...

TRISTAN.

No me digas nada ;
Que soy vaina desta espada,
Nema de aqueste papel,
Caja de aqueste sombrero,
Fielro deste caminante,
Mudanza deste danzante,
Día deste vario hebrero,
Sombra deste cuerpo vano,
Posta de aquesta estafeta,
Rastro de aquesta cometa,
Tempestad deste verano ;
Y finalmente, yo soy
La uña de aqueste dedo,
Que en cortándome, no puedo
Decir que con él estoy.

(Vase.)

ESCENA VIII.

MARCELA, DOROTEA.

MARCELA.

¿ Qué sientes desto ?

DOROTEA.

No sé ;
Que á hablar no me atrevo.

MARCELA.

Pues yo hablaré.

¿ No ?

DOROTEA.

Pues yo no.

MARCELA.

Pues yo sí.

DOROTEA.

Mira que fué
Bueno el aviso, Marcela,
De los tapices que miras.

MARCELA.

Amor en celosas iras
Ningun peligro recela.
A no saber cuán altiva
Es la Condesa, dijera
Que Teodoro en algo espera,
Porque no sin causa priva
Tanto estos días Teodoro.

DOROTEA.

Calla ; que estás enojada.

MARCELA.

Mas yo me veré vengada...
Ni soy tan necia, que ignoro
Las tretas de hacer pesar.

ESCENA IX.

FABIO. — DICHAS.

FABIO.

¿ Está el secretario aquí ?

MARCELA.

¿ Es por burlarte de mí ?

FABIO.

Por Dios, que le ando á buscar ;
Que le llama mi señora.

MARCELA.

Fabio, que sea ó no sea,
Pregúntale á Dorotea
Cuál puse á Teodoro agora.
¿ No es majadero cansado
Este secretario nuestro ?

FABIO.

¿ Qué engaño tan necio el vuestro !
¿ Queréis que esté deslumbrado
De lo que los dos tratais ?
¿ Es concierto de los dos ?

MARCELA.

¿ Concierto ? ¿ Bueno !

FABIO.

Por Dios,
Que pienso que me engañais.

MARCELA.

Confieso, Fabio, que oí
Las locuras de Teodoro ;
Mas yo sé que á un hombre adoro,
Harto parecido á tí.

FABIO.

¿ A mí ?

MARCELA.

Pues ¿ no te pareces

A tí ?

FABIO.

Pues ¿ á mí, Marcela !

MARCELA.

Si te hablo con cautela,
Fabio ; si no me entoqueces,

Si tu talle no me agrada,
Si no soy tuya, mi Fabio,
Máteme el mayor agravio;
Que es el querer desprecia.

FABIO.

Es engaño conocido,
O tú te quieres morir,
Pues quieres restituir
El alma que me has debido.
Si es burla ó es invencion,
¿A qué camina tu intento?

DOROTEA.

Fabio, ten atrevimiento
Y aprovecha la ocasion;
Que hoy te ha de querer Marcela
Por fuerza.

FABIO.

Por voluntad
Fuera amor, fuera verdad.

DOROTEA.

Teodoro mas alto vuela;
De Marcela se descarta.

FABIO.

Marcela, á buscarle voy.
Bueno en sus desdenes soy,
Si amor te convierte en carta;
El sobrescrito á Teodoro,
Y en su ausencia déjala á Fabio.
Mas yo perdono el agravio,
Aunque ofenda mi decoro,
Y de espacio te hablaré,
Siempre tuyo en bien ó en mal. (Vase.)

ESCENA X.

MARCELA, DOROTEA.

DOROTEA.

¿Qué has hecho?

MARCELA.

No sé; estoy tal,

Que de mí misma no sé.
Anarda ¿no quiere á Fabio?

DOROTEA.

Si quiere.

MARCELA.

Pues de los dos
Me vengo; que amor es dios
De la envidia y del agravio.

ESCENA XI.

DIANA, ANARDA. — DICHAS.

DIANA. (Ap. á Anarda.)

Esta ha sido la ocasion;
No me reprehendas mas.

ANARDA.

La disculpa que me das
Me ha puesto en mas confusion.
Marcela está aquí, Señora,
Hablando con Dorotea.

DIANA.

Pues no hay disgusto que sea
Para mí mayor agora. —
Salte allá fuera, Marcela.

MARCELA.

Vamos, Dorotea, de aquí.
(Ap. Bien digo yo que de mí
O se enfada ó se recela.)

(Vanse Marcela y Dorotea.)

ESCENA XII.

DIANA, ANARDA.

ANARDA.

¿Puedote hablar?

DIANA.

Ya bien puedes.

ANARDA.

Los dos que de aquí se van
Ciegos de tu amor están;
Tú en desdenarlos, excedes
La condicion de Anajarte,
La castidad de Lucrecia;
Y quien á tantos desprecia...

DIANA.

Ya me canso de escucharte.

ANARDA.

¿Con quién se piensa casar?
No puede el marqués Ricardo,
Por generoso y gallardo,
Si no exceder, igualar
Al mas poderoso y rico?
Y la mas noble mujer

¿Tambien no lo puede ser
De tu primo Federico?

¿Por qué los has despedido
Con tan extraño desprecio?

DIANA.

Porque uno es loco, otro necio,
Y tú, en no haberme entendido,
Mas, Anarda, que los dos.
No los quiero, porque quiero,
Y quiero porque no espero
Remedio.

ANARDA.

¿Válame Dios!

¿Tú quieres?

DIANA.

¿No soy mujer?

ANARDA.

Si, pero imagen de hielo,
Donde el mismo sol del cielo
Podrá tocar y no arder.

DIANA.

Pues esos hielos, Anarda,
Dieron todos á los pies
De un hombre humilde.

ANARDA.

¿Quién es?

DIANA.

La vergüenza me atobarda,
Que de mi propio valor
Tengo: no diré su nombre;
Basta que sepas que es hombre
Que puede infamar mi honor.

ANARDA.

Si Pasife quiso un toro,
Semiramis un caballo,
Y otras los monstros que callo
Por no infamar su decoro,
¿Qué ofensa te puede hacer
Querer hombre, sea quien fuere?

DIANA.

Quien quiera, puede, si quiere,
Como quiso, aborrecer.
Esto es lo mejor: yo quiero
No querer.

ANARDA.

¿Podrás?

DIANA.

Podré;

Que si cuando quise amé,
No amar en queriendo espero.
(Tocan dentro.)

¿Quién canta?

ANARDA.

Fabio con Clara.

DIANA.

¿Ojalá que me diviertan!

ANARDA.

Música y amor conciertan
Bien; en la cancion repara.

(Cantan dentro.)

¿Oh quién pudiera hacer; oh quién hi-
ciese

Que en no queriendo amar aborreciese!
Oh quién pudiera hacer, oh quién hicie-
ra

Que en no queriendo amar aborreciera!

ANARDA.

¿Qué te dice la cancion?
¿No ves que te contradice?

DIANA.

Bien entiendo lo que dice;
Mas yo sé mi condicion,
Y sé que estará en mi mano;
Como amar, aborrecer.

ANARDA.

Quien tiene tanto poder
Pasa del límite humano.

ESCENA XIII.

TEODORO. — DICHAS.

TEODORO.

Fabio me ha dicho, Señora;
Que le mandaste buscarme.

DIANA.

Horas há que te deseo.

TEODORO.

Pues ya vengo á que me mandes.
Y perdona si he faltado.

DIANA.

Ya has visto estos dos amantes...
Estos dos mis pretendientes.

TEODORO.

Si, Señora.

DIANA.

Buenos talles

Tienen los dos.

TEODORO.

Y muy buenos.

DIANA.

No quiero determinarme
Sin tu consejo. ¿Con cuál
Te parece que me case?

TEODORO.

Pues ¿qué consejo, Señora,
Puedo yo en las cosas darte
Que consisten en tu gusto?
Cualquiera que quieras darme
Por dueño, será el mejor.

DIANA.

Mal pagas el estimarte
Por consejero, Teodoro;
En caso tan importante.

TEODORO.

Señora, en casa; no hay viejos
Que entienden de casos tales?
Óvavio, tu mayordomo,
Con experiencia lo sabe,
Fuera de su larga edad.

DIANA.

Quiero yo que á ti te agrade
El dueño que has de tener.
¿Tiene el Marqués mejor talle
Que mi primo?

TEODORO.

Si, Señora.

DIANA.

Pues elijo al Marqués: parte,
Y pídele las albricias.

(Vanse la Condesa y Anarda.)

ESCENA XIV.

TEODORO.

¿Hay desdicha semejante?
¿Hay resolucion tan breve?
¿Hay mudanza tan notable?
¿Estos eran los intentos?

Que tuve? Oh sol, abrasadme
Las alas con que subí,
Pues vuestro rayo deshace
Las mal atrevidas plumas
A la belleza de un ángel!
Cayó Diana en su error.
¡Oh, qué mal hice en fiarme
De una palabra amorosa!
¡Ay! ¡cómo entre desiguales
Mal se concierta el amor!
Pero ¡es mucho que me engañen
Aquellos ojos á mí,
Si pudieran ser bastantes
A hacer engaños á Ulises?
De nadie puedo quejarme,
Sino de mí. Pero en fin
¡Qué pierdo cuando me falte!
Haré cuenta que he tenido
Algun accidente grave,
Y que mientras me duró,
Imaginé disparates.
No mas; despedos de ser,
Oh pensamiento arrogante,
Conde de Belflor; volved
La proa al antigua márgen;
Queramos nuestra Marcela;
Para vos Marcela baste.
Señoras busquen señores;
Que amor se engendra de iguales;
Y pues en aire nacistes,
Quedad convertido en aire;
Que donde méritos faltan,
Los que piensan subir, caen.

ESCENA XV.

FABIO.—TEODORO.

FABIO.

¡Hablaste ya con mi señora?

TEODORO.

Ahora,
Fabio, la hablé, y estoy con gran contento.
Porque ya la Condesa mi señora (to,
Rinde su condicion al casamiento.
Los dos que viste, cada cual la adora;
Mas ella, con su raro entendimiento,
Al Marqués escogió.

FABIO.

Discreta ha sido.

TEODORO.

Que gane las albricias me ha pedido;
Mas yo, que soy tu amigo, quiero darte,
Fabio, aqueste provecho: parte presto,
Y pídelas por mí.

FABIO.

Si debo amarte,
Muestra la obligacion en que me has
[puesto.
Voy como un rayo, y volveré á buscarte,
Satisfecho de tí, contento desto.
Y alábase el Marqués; que ha sido empre-
De gran valor rendirse la Condesa. [sa

(Vase.)

ESCENA XVI.

TRISTAN.—TEODORO.

TRISTAN.

Turbado á buscarte vengo.
¡Es verdad lo que me han dicho?

TEODORO.

¡Ay, Tristan! verdad será,
Si son desengaños míos.

TRISTAN.

Ya, Teodoro, en las dos sillas
Los dos batanes he visto
Que molieron á Diana;
Pero que hubiese elegido;
Hasta agora no lo sé.

TEODORO.

Pues, Tristan, agora vino
Ese tornasol mudable,
Esa veleta, ese vidrio,
Ese río junto al mar,
Que vuelve atrás, aunque es río;
Esa Diana, esa luna,
Esa mujer, ese hechizo,
Ese monstro de mudanzas,
Que solo perderme quise
Por afrentar sus victorias;
Y que dijese me dijo
Cuál de los dos me agradaba;
Porque sin consejo mío
No se pensaba casar.
Quedé muerto, y tan perdido,
Que no responder locuras
Fué de mí locura indicio.
Díjome, en fin, que el Marqués
Le agradaba, y que yo mismo
Fuese á pedir las albricias.

TRISTAN.

Ella en fin ¿tiene marido?

TEODORO.

El marqués Ricardo.

TRISTAN.

Pienso
Que, á no verte sin juicio,
Y porque dar afliccion
No es justo á los affigidos,
Que agora te diera vaya
De aquel pensamiento altivo
Con que á ser conde aspirabas.

TEODORO.

Si aspiré, Tristan, ya espiro.

TRISTAN.

La culpa tienes de todo.

TEODORO.

No lo niego; que yo he sido
Fácil en creer los ojos
De una mujer.

TRISTAN.

Yo te digo
Que no hay vasos de veneno
Á los mortales sentidos,
Teodoro, como los ojos
De una mujer.

TEODORO.

De corrido,
Te juro, Tristan, que apenas
Puedo levantar los míos.
Esto pasó, y el remedio
Es sepultar en olvido
El suceso y el amor.

TRISTAN.

¡Qué arrepentido y contrito
Has de volver á Marcela!

TEODORO.

Presto serémos amigos.

ESCENA XVII.

MARCELA, sin reparar en—TEODORO y TRISTAN.

MARCELA. (Para sí.)

[ne]
¡Qué mal que finge amor quien no le tie-
Que mal puede olvidarse amor de un año,
Pues mientras mas el pensamiento enga-
Mas atrevido á la memoria viene! [no,
Pero si es fuerza y el honor conviene,
Remedio suele ser del desengaño
Curar el propio amor amor extraño;
Que no es poco remedio el que entretiene.
Mas ¡ay! que imaginar que puede
[amarse

En medio de otro amor, es atreverse
A dar mayor venganza por vengarse.

Mejor es esperar que no perderse;
Que suele alguna vez, pensando helarse,
Amor, con los remedios encenderse.

TEODORO.

Marcela...

MARCELA.

¿Quién es?

TEODORO.

Yo soy:

¿Así te olvidas de mí?

MARCELA.

Y tan olvidada estoy,
Que á no imaginar en tí
Fuera de mí misma voy.
Porque si en mí misma fuera,
Te imaginara y te viera;
Que para no imaginarte,
Tengo el alma en otra parte,
Aunque olvidarte no quiera.
¿Cómo me osaste nombrar?
¿Cómo cupo en esa boca
Mi nombre?

TEODORO.

Quise probar

Tu firmeza, y es tan poca,
Que no me ha dado lugar.
Ya dicen que se empleó
Tu cuidado en un sugeto
Que mi amor substituyó.

MARCELA.

Nunca, Teodoro, el discreto
Mujer ni vidrio probó.
Mas no me des á entender
Que prueba quisiste hacer;
Yo te conozco, Teodoro:
Unos pensamientos de oro
Te hicieron enloquecer.
¿Cómo te va? ¿No te salen
Como tú los imaginas?
No te cuestan lo que valen?
No hay dichas que las divinas
Partes de tu dueño igualen?
¿Qué ha sucedido? ¿Qué tienes?
Turbado, Teodoro, vienes.
¿Mudóse aquel vendabal?
Vuelves á buscar tu igual.
O te burlas y entretienes?
Confieso que me holgaría
Que dieseis á mi esperanza,
Teodoro, un alegre día.

TEODORO.

Si le quieres con venganza,
¿Qué mayor, Marcela mía?
Pero mira que el amor
Es hijo de la nobleza:
No muestrestanto rigor;
Que es la venganza baja
Indigna del vencedor.
Venciste: yo vuelvo á tí,
Marcela; que no salí
Con aquel mi pensamiento.
Perdona el atrevimiento.
Si ha quedado amor en tí.
No porque no puede ser
Proseguir las esperanzas
Con que te pude ofender.
Mas porque en estas mudanzas
Memorias me hacen volver.
Sean pues estas memorias
Parte á despertar la tuya,
Pues confieso tus victorias.

MARCELA.

No quiera Dios que destruya
Los principios de tus glorias.
Sirve, bien haces, portía,
No te rindas; que dirá
Tu dueño que es cobardía.
Sigue tu dicha; que ya
Voy prosiguiendo la mía.
No es agravio amar á Fabio,

Pues me dejaste, Teodoro,
Sino el remedio mas sabio;
Que aunque el dueño no mejoro,
Basta vengar el agravio.
Y quédate á Dios; que ya
Me cansa el hablar contigo;
No venga Fabio, que está
Medio casado conmigo.

TEODORO.

Tenla, Tristan; que se va.

TRISTAN.

Señora, Señora, advierte
Que no es volver á quererte
Dejar de haberte querido.
Disculpa el buscarte ha sido,
Si ha sido culpa ofenderte.
Oyeme, Marcela, á mí.

MARCELA.

¿Qué quieres, Tristan?

TRISTAN.

Espera.

ESCENA XVIII.

DIANA, ANARDA. — TEODORO, MARCELA, Y TRISTAN, *sin verlas.*

DIANA. (Ap.)

¡Teodoro y Marcela aquí!

ANARDA. (Ap. á la Condesa.)

Parece que el ver te altera
Que estos dos se hablen así.

DIANA.

Toma, Anarda, esa antepuerta,
Y cubrámonos las dos.

(Ap. Amor con celos despierta.)

(Ocultanse Diana y Anarda.)

MARCELA.

Déjame, Tristan, por Dios.

ANARDA. (Ap. á Diana.)

Tristan á los dos conierta,
Que deben de estar reñidos.

DIANA.

El alcahuete lacayo
Me ha quitado los sentidos.

TRISTAN.

No pasó mas presto el rayo,
Que por sus ojos y oídos
Pasó la necia belleza
Desa mujer que le adora.
Ya desprecia su riqueza;
Que mas riqueza atosora
Tu gallarda gentileza.
Haz cuenta que fué cometa
Aquel amor. Vén acá,
Teodoro.

DIANA. (Ap.)

¡Brava esta feta

Es el lacayo!

TEODORO.

Si ya

Marcela, á Fabio sujeta,
Dice que le tiene amor,
¿Por qué me llamas, Tristan?

TRISTAN.

¡Otro enojado!

TEODORO.

Mejor

Los dos casarse podrán.

TRISTAN.

¿Tú también? ¡Bravo rigor!
Ea acaba, llega pues,
Dame esa mano, y después
Que se hagan las amistades.

TEODORO.

Necio, ¿tú me persuades?

L-1.

TRISTAN.

Por mí quiero que le des
La mano esta vez, Señora.

TEODORO.

¿Cuándo he dicho yo á Marcela
Que he tenido á nadie amor?
Y ella me ha dicho...

TRISTAN.

Es cautela

Para vengar tu rigor.

MARCELA.

No es cautela; que es verdad.

TRISTAN.

Calla, boba.—Ea llegado.
¿Qué necios estáis los dos!

TEODORO.

Yo rogaba; mas por Dios,
Que no he de hacer amistad.

MARCELA.

Pues á mí me pase un rayo.

TRISTAN.

No jures.

MARCELA. (Ap. á Tristan.)

Aunque le muestro

Enojo, ya me desmayo.

TRISTAN.

Pues tente firme.

DIANA. (Ap.)

¿Qué diestro

Está el bellaco lacayo!

MARCELA.

Déjame, Tristan; que tengo
Qué hacer.

TEODORO.

Déjala, Tristan.

TRISTAN.

Por mí, vaya.

TEODORO.

Tenla.

MARCELA.

Vengo,

Mi amor.

TRISTAN.

¿Cómo no se van

Ya? Que á ninguno detengo.

MARCELA.

¡Ay, mi bien! no puedoirme.

TEODORO.

Ni yo, porque no es tan firme
Ninguna roca en la mar.

MARCELA.

Los brazos te quiero dar.

TEODORO.

Y yo á los tuyos asirme.

TRISTAN.

Si yo no era menester,

¿Por qué me hicistes cansar?

ANARDA. (Ap. á la Condesa.)

¿Desto gustas?

DIANA.

Vengo á ver

Lo poco que hay que fiar
De un hombre y una mujer.

TEODORO.

¡Ay! ¿qué me has dicho de afrentas!

TRISTAN.

Yo he salido ya, con veros
Juntar las almas contentas;
Que es desgracia de terceros
No se concertar las ventas.

MARCELA.

Si te trocara, mi bien,
Por Fabio al por el mundo,

Que tus agravios me den
La muerte.

TEODORO.

Hoy de nuevo fundo,
Marcela, mi amor también;
Y si te olvidare, digo
Que me dé el cielo en castigo
El verte en brazos de Fabio.

MARCELA.

¿Quieres deshacer mi agravio?

TEODORO.

¿Qué no haré por tí y contigo?

MARCELA.

Di que todas las mujeres
Son feas.

TEODORO.

Contigo, es claro.

Mira qué otra cosa quierca.

MARCELA.

En ciertos celos reparo,
Ya que tan mi amigo eres;
Que no importa que esté aquí
Tristan.

TRISTAN.

Bien podeis por mí,
Aunque de mi mismo sea.

MARCELA.

Di que la Condesa es fea.

TEODORO.

Y un demonio para mí.

MARCELA.

¿No es necia?

TEODORO.

Por todo extremo.

MARCELA.

¿No es bachillera?

TEODORO.

Es cuitada.

DIANA. (Ap. á Anarda.)

Quiero estorbarlos; que temo
Que no reparen en nada,
Y aunque me hielo, me que no,

ANARDA.

¡Ay, Señora! no hagas tal.

TRISTAN.

Cuando queráis decir mal
De la Condesa y su talle,
A mí me oid.

DIANA.

¿Escuchalle

Podré desvergüenza igual?

TRISTAN.

Lo primero...

DIANA. (Ap.)

Yo no aguardo.

A lo segundo; que fuera
Necedad.

MARCELA.

Voyme, Teodoro.

(Adelántanse Diana y Anarda; Marcela hace una reverencia á la Condesa, y se va.)

TRISTAN. (Ap.)

¡La Condesa!

TEODORO. (Ap.)

¡La Condesa!

DIANA.

Teodoro...

TEODORO.

Señora, advierte...

TRISTAN. (Ap.)

El cielo á tronar comienza:
No pienso aguardar los rayos. (Vase.)

23

ESCENA XIX.

DIANA, TEODORO, ANARDA.

DIANA.
Anarda, un bufete llega.
Escribiráme Teodoro
Una carta de su letra,
Pero notándola yo.

TEODORO. (Ap.)
Todo el corazón me tiembla.
¿Si oyó lo que hablado habemos?

DIANA. (Ap.)
Bravamente amor despierta
Con los celos á los ojos.
Que aqueste amase á Marcela,
Y que yo no tenga partes
Para que también me quiera!
Que se burlasen de mí!

TEODORO. (Ap.)
Ella murmura y se queja:
Bien digo yo que en Palacio,
Para que á callar aprenda,
Tapices tienen oídos,
Y paredes tienen lenguas.

ANARDA.
Este pequeño he traído,
Y tu escribanía.

DIANA.
Llega,
Teodoro, y toma la pluma.

TEODORO. (Ap.)
Hoy me mata ó me destierra.

DIANA.
Escribe.
TEODORO.
Di.

DIANA.
No estás bien
Con la rodilla en la tierra;
Ponle, Anarda, una almohada.

TEODORO.
Yo estoy bien.

DIANA.
Pónsela, necia.
TEODORO.

(Ap. No me agrada este favor
Sobre enojos y sospechas;
Que quien honra las rodillas,
Cortar quiere la cabeza.)
Yo aguardo.

DIANA.
Yo digo así.
TEODORO. (Ap.)
Mil cruces hacer quisiera.
(*Siéntase la Condesa en una silla alta:
ella dicta y él va escribiendo.*)

DIANA.
«Cuando una mujer principal se ha
declarado con un hombre humilde, es-
lo mucho el término de volyer á hablar
con otra; mas quien no estima su for-
tuna, quédese para necio.»

TEODORO.
¿No dices mas?
DIANA.
Pues ¿qué mas?

El papel, Teodoro, cierra.
ANARDA. (Ap. á Diana.)
¿Qué es esto que haces, Señora?

DIANA.
Necedades de amor llenas.

ANARDA.
Pues ¿á quién tienes amor?

DIANA.
¿Ann no le conoces, bestia?

Pues yo sé que le murmuran
De mi casa hasta las piedras.

TEODORO.
Ya el papel está cerrado;
Solo el sobrescrito resta.

DIANA.
Pon, Teodoro, para tí;
Y no lo entienda Marcela;
Que quizá le entenderás
Cuando de espacio le leas.
(*Vanse la Condesa y Anarda.*)

ESCENA XX.

TEODORO; y luego, MARCELA.

TEODORO.
¿Hay confusion tan extraña!
¿Que aquesta mujer me quiera
Con pausas, como sangría,
Y que tenga intercadencias
El pulso de amor tan grandes!
(*Sale Marcela.*)

MARCELA.
¿Qué te ha dicho la Condesa,
Mí bien! que he estado temblando
Detrás de aquella antepuerta.

TEODORO.
Díjome que te quería
Casar con Fabio, Marcela;
Y este papel que escribí
Es que despacha á su tierra
Por los dineros del dote.

MARCELA.
¿Qué dices?
TEODORO.
Solo que sea
Para bien, y pues te casas,
Que de burlas ni de veras
Tomes mi nombre en tu boca.

MARCELA.
Oye.
TEODORO.
Es tarde para quejas.

ESCENA XXI.

MARCELA.

No, no puedo yo creer
Que aquesta la ocasion sea.
Favores de aquesta loca
Le han hecho dar esta vuelta;
Que él está como arcaduz,
Que cuando baja, le llena
Del agua de su favor,
Y cuando sube, le mengua.
Ay de mí, Teodoro ingrato,
Que luego que su grandeza
Te toca al arma, me olvidas!
Cuando te quiere me dejas,
Cuando te deja me quieres.
¿Quién ha de tener paciencia?

ESCENA XXII.

RICARDO, FABIO. — MARCELA.

RICARDO.
No pude, Fabio, detenerme un hora.
Por tal merced le besaré las manos.

FABIO.
Dile presto, Marcela, á mi señora
Que está el Marqués aquí.

MARCELA. (Ap.)
Celos tiranos,
Celos crueles, ¿qué quereis agora,
Tras tantos locos pensamientos vanos?

FABIO.
¿No vas?

MARCELA.

Ya voy.

FABIO.
Pues dile que ha venido
Nuestro nuevo señor y su marido.
(*Vase Marcela.*)

ESCENA XXIII.

RICARDO, FABIO.

RICARDO.
Id, Fabio, á mi posada; que mañana
Os daré mil escudos y un caballo
De la casta mejor napolitana.

FABIO.
Sabré, si no servillo, celebrallo.

RICARDO.
Este es principio solo; que Diana
Os tiene por criado y por vasallo,
Y yo por solo amigo.

FABIO.
Esos piés beso.
RICARDO.
No pago así; la obligación confieso.

ESCENA XXIV.

DIANA. — DICHO.

DIANA.
¿Vuseñoría aquí?
RICARDO.
Pues ¿no era justo,
Si me enviáis con Fabio tal recado,
Y que después de aquel mortal disgusto,
Me elegís por marido y por criado?
Dadme esos piés; que de manera el gusto
De ver mi amor en tan dichoso estado
Me vuelve loco, que le tengo en poco,
Si me contento con volverme loco.
¿Cuándo pensé, Señora, mereceros?
Ni llegar á mas bien que desearos?

DIANA. [deros.
No acierto, aunque lo intento, á respon-
¿Yo he enviado á llamaros! O ¿es burla-
RICARDO. [ros?
Fabio, ¿qué es esto?

FABIO.
¿Puede yo traerlos
Sin ocasion agora, ni llamaros,
Menos que de Teodoro prevenido?

DIANA.
Culpa, Ricardo, de Teodoro ha sido.
Oyóme anteponer á Federico
Vuestra persona, como primohernando
Y caballero generoso y rico,
Y presumió que os daba ya la mano.
A vuestra señoría le suplico
Perdone aquestos necios.

RICARDO.
Fuera en vano
Dar á Fabio perdon, si no estuviera
Adonde vuestra imagen le valiera.
Bésos los piés por el favor, y espero
Que ha de vencer mi amor esta porfia.
(*Vase.*)

DIANA.
¿Paréceos bien aquesto, majadero?
FABIO.
¿Por qué me culpa á mí vuseñoría?
DIANA.
Llamad luego á Teodoro. (Ap. ¿Qué lige-
Este cansado pretensor venia, [ro
Quando me matan celos de Teodoro!)

FABIO. (Ap.)
Perdí el caballo y mil escudos de oro.
(*Vase.*)

ESCENA XXV.

DIANA.

¿Qué me quieres, amor? Ya ¡no tenía
Olvidado á Teodoro? ¿Qué me quieres?
Pero responderás que tú no eres,
Sino tu sombra, que detrás venía. [fla?
¡Oh celos! ¿qué no hará vuestra por-
Malos letrados sois con las mujeres,
Pues jamás os pidieron pareceres
Que pudiese el honor guardarse un día.
Yo quiero á un hombre bien; mas se me
[acuerda
Que yo soy mar y que es humilde barco,
Y que es contra razon que el mar se pier-
[da.
En gran peligro, amor, el alma embar-
Mas si tanto el honor tira la cuerda, [cor;
Por Dios, que temo que se rompa el arco.

ESCENA XXVI.

TEODORO, FABIO. — DIANA.

FABIO. (Ap. á Teodoro.)

Pensó matarme el Marqués;
Pero, la verdad diciendo,
Mas sentí los mil escudos.

TEODORO.

Yo quiero darte un consejo.

FABIO.

¿Cómo?

TEODORO.

El conde Federico
Estaba perdiendo el seso
Porque el Marqués se casaba.
Parte, y di que el casamiento
Se ha deshecho, y te dará
Esos mil escudos luego.

FABIO.

Voy como un rayo.

TEODORO.

Camina.

(Vase Fabio.)

ESCENA XXVII.

DIANA, TEODORO.

TEODORO.

¿Llamábasme?

DIANA.

Bien ha hecho
Ese necio en irse agora.

TEODORO.

Un hora he estado leyendo
Tu papel, y bien mirado,
Señora, tu pensamiento,
Hallo que mi cobardía
Procede de tu respeto;
Pero que ya soy culpado
En tenerle, como necio,
A tus muchas diligencias;
Y así, á decir me resuelvo
Que te quiero, y que es disculpa
Que con respeto te quiero.
Temblando estoy, no te espantes.

DIANA.

Teodoro, yo te lo creo.
¿Por qué no me has de querer,
Si soy tu señora y tengo
Tu voluntad obligada,
Pues te estimo y favorezco
Mas que á los otros criados?

TEODORO.

Ese lenguaje no entiendo.

DIANA.

No hay mas que entender, Teodoro,
Ni pasar el pensamiento

Un átomo desta raya.
Enfrena cualquier deseo;
Que de una mujer, Teodoro,
Tan principal, y mas siendo
Tus méritos tan humildes,
Basta un favor muy pequeño
Para que toda la vida
Vivas honrado y contento.

TEODORO.

Cierto que vuseñoría
(Perdóneme si me atrevo)
Tiene en el juicio á veces,
Que no en el entendimiento,
Mil lúcidos intervalos.
¿Para qué puede ser bueno
Haberme dado esperanzas
Que en tal estado me han puesto,
Pues del peso de mis dichas
Cai, como sabe, enfermo
Casi un mes en una cama.
Luego ¿qué trata mas desto
Si cuando ve que me enfrio
Se abrasa de vivo fuego,
Y cuando ve que me abraso
Se hiela de puro hielo?
Dejárame con Marcela.
Mas viénele bien el cuento
Del perro del hortelano.
No quiere, abrasada en celos,
Que me case con Marcela;
Y en viendo que no la quiero,
Vuelve á quitarme el juicio,
Y á despertarme si duermo.
Pues coma ó deje comer;
Porque yo no me sustento
De esperanzas tan cansadas;
Que si no, desde aquí vuelvo
A querer donde me quieren.

DIANA.

Eso no, Teodoro: advierto
Que Marcela no ha de ser.
En otro cualquier sugeto
Pon los ojos; que en Marcela
No hay remedio.

TEODORO.

¿No hay remedio?

Pues ¿quiere vuseñoría
Que, si me quiere y la quiero,
Ande á probar voluntades?
Tengo yo de tener puesto,
Adonde no tengo gusto,
Mi gusto por el ajeno?
Yo adoro á Marcela, y ella
Me adora, y es muy honesto
Este amor.

DIANA.

¿Picaro, infame!

Haré yo que os maten luego.

TEODORO.

¿Qué hace vuseñoría?

DIANA.

Daros, por sucio y grosero,
Estos bofetones.

ESCENA XXVIII.

FEDERICO, FABIO. — Dichos.

FABIO. (Ap. á Federico.)

Tente.

FEDERICO.

Bien dices, Fabio; no entremos.
Pero mejor es llegar. —
Señora mía, ¿qué es esto?

DIANA.

No es nada: enojos que pasan
Entre criados y dueños.

FEDERICO.

¿Quiere vuestra señoría
Alguna cosa?

DIANA.

No quiero
Mas de hablaros en las mías.

FEDERICO.

Quisiera venir á tiempo,
Que os hallara con mas gusto.

DIANA.

Gusto, Federico, tengo;
Que aquestas son niñerías.
Entrad y sabréis mi intento
En lo que toca al Marqués. (Vase.)

ESCENA XXIX.

FEDERICO, FABIO, TEODORO.

FEDERICO.

Fabio... (Ap. á él.)

FABIO.

Señor...

FEDERICO.

Yo sospecho
Que en estos disgustos hay
Algunos gustos secretos.

FABIO.

No sé, por Dios. Admirado
De ver, señor Conde, quedo
Tratar tan mal á Teodoro;
Cosa que jamás ha hecho
La Condesa mi señora.

FEDERICO.

Bañóle de sangre el lienzo.
(Vase Federico y Fabio.)

ESCENA XXX.

TEODORO.

[quieres,
Si aquesto no es amor, ¿qué nombre
Amor, que tengan desatinos tales?
Si así quieren mujeres principales,
Furias las llamo yo; que no mujeres.
Si la grandeza excusa los placeres
Que iguales pueden ser en designales,
Por qué, enemiga, de crueldad te vales,
Y por matar á quien adoras, mueres?
¡Oh mano poderosa de matarme!
¿Quién te besara entonces, mano hermo-
Agradecido al dulce castigarme! [sa,
No te esperaba yo tan rigurosa;
Pero si me castigas por tocarme,
Tú sola hallaste gusto en ser celosa.

ESCENA XXXI.

TRISTAN. — TEODORO.

TRISTAN.

Siempre tengo de venir
Acabados los sucesos.
Parezco espada cobarde:

TEODORO.

¡Ay, Tristan!

TRISTAN.

Señor, ¿qué es esto?
¡Sangre en el lienzo!

TEODORO.

Con sangre
Quiere amor que de los celos
Entre la letra.

TRISTAN.

Por Dios,
Que han sido celos muy necios.

TEODORO.

No te espantes; que está loca
De un amoroso deseo,
Y como el ejecutarle
Tiene su amor por desprecio,
Quiere deshacer mi rostro,

Porque es mi rostro el espejo
Adonde mira su honor,
Y véngase en verle feo.

TRISTAN.

Señor, que Juana ó Lucía
Cierren conmigo por celos,
Y me rompan con las uñas
El cuello que ellas me dieron;
Que me repelen y arañen
Sobre averiguar por cierto
Que les bice un peso falso,
Vaya: es gente de pandero,
De media de cordellate
Y de zapato fraileesco;
Pero que tan gran señora
Se pierda tanto el respeto
A sí misma, es vil acción.

TEODORO.

No sé, Tristan: pierdo el seso
De ver que me está adorando,
Y que me aborrece luego.
No quiere que sea suyo
Ni de Marcela; y si dejo
De mirarla, luego busca
Para hablarme algun enredo.
No dudes: naturalmente
Es del hortelano el perro.
Ni come ni comer deja,
Ni está fuera ni está dentro.

TRISTAN.

Contáronme que un doctor,
Catedrático y maestro,
Tenia un ama y un mozo
Que siempre andaban riñendo.
Reñían á la comida,
A la cena, y hasta el sueño
Le quitaban con sus voces;
Que estudiar, no habia remedio.
Estando en lición un día,
Fuéle forzoso corriendo
Volver á casa, y entrando
De improviso en su aposento,
Vió el ama y mozo acostados
Con amorosos requiebros,
Y dijo: «¡Gracias á Dios,
Que una vez en paz os veo!»
Y esto imagino de entrambos,
Aunque siempre andais riñendo.

ESCENA XXXII.

DIANA.—DICHOS.

DIANA.

Teodoro...

TEODORO.

Señora...

TRISTAN. (Ap.)

¿Es duende

Esta mujer?

DIANA.

Solo vengo

A saber cómo te hallas.

TEODORO.

Ya ¿no lo ves?

DIANA.

¿Estás bueno?

TEODORO.

Bueno estoy.

DIANA.

¿Y no dirás:

«A tu servicio?»

TEODORO.

No puedo
Estar mucho en tu servicio,
Siendo tal el tratamiento.

DIANA.

¿Qué poco sabes!

TEODORO.

Tan poco,

Que te siento y no te entiendo,
Pues no entiendo tus palabras,
Y tus bofetones siento.
Si no te quiero te enfadas,
Y enojaste si te quiero;
Escribesme si me olvido,
Y si me acuerdo te ofendo;
Pretendes que yo te entienda,
Y si te entiendo soy necio.
Mátame ó dame la vida;
Da un medio á tantos extremos.

DIANA.

¿Hicete sangre?

TEODORO.

Pues ¿no?

DIANA.

¿Adónde tienes el lienzo?

TEODORO.

Aquí.

DIANA.

Muestra.

TEODORO.

¿Para qué?

DIANA.

Para que esta sangre quiero.
Habla á Otavio, á quien agora
Mandé que te diese luego
Dos mil escudos, Teodoro.

TEODORO.

¿Para qué?

DIANA.

Para hacer lienzos. (Vase.)

ESCENA XXXIII.

TEODORO, TRISTAN.

TEODORO.

¿Hay disparates iguales!

TRISTAN.

¿Qué encantamientos son estos?

TEODORO.

Dos mil escudos me ha dado.

TRISTAN.

Bien puedes tomar al precio
Otros cuatro bofetones.

TEODORO.

Dice que son para lienzos,
Y llevó el mío con sangre.

TRISTAN.

Pagó la sangre, y te ha hecho
Doncella por las narices.

TEODORO.

No anda mal agora el perro,
Pues después que muerde, halaga.

TRISTAN.

Todos aquestos extremos
Han de parar en el ama
Del doctor.

TEODORO.

¡Quíralo el cielo!

ACTO TERCERO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

FEDERICO, RICARDO; CELIO, dis-
tante de ellos.

RICARDO.

¿Esto viste?

FEDERICO.

Esto vi.

RICARDO.

¿Y que le dió bofetones?

FEDERICO.

El servir tiene ocasiones,
Mas no lo son para mí;
Que al poner una mujer
De aquellas prendas la mano
Al rostro de un hombre, es llano
Que otra ocasión puede haber.
Y bien veis que lo acredita
El andar tan mejorado.

RICARDO.

Ella es mujer y él criado;

FEDERICO.

Su perdición solicita.
La fábula que pintó
El filósofo moral
De las dos ollas, ¿qué igual
Hoy á los dos la vistió!
Era de barro la una,
La otra de cobre ó hierro,
Que un río á los pies de un cerro
Llevó con varia fortuna.
Desvióse la de barro
De la de cobre, temiendo
Que la quebrase: y yo entiendo
Pensamiento tan bizarro
Del hombre y de la mujer,
Hierro y barro, y no me espanto,
Pues acercándose tanto,
Por fuerza se han de romper.

RICARDO.

La altivez y bizarría
De Diana me admiró,
Y bien puede ser que yo
Viese y no viese aquel día;
Mas ver caballos y pajes
En Teodoro, y tantas galas,
¿Qué son sino nuevas alas?
Pues criados, oro y trajes
No los tuviera Teodoro
Sin ocasión tan notable.

FEDERICO.

Antes que desto se hable
En Nápoles, y el decoro
De vuestra sangre se ofenda,
Sea ó no sea verdad,
Ha de morir.

RICARDO.

Y es piedad

Matarle, aunque ella lo entienda.

FEDERICO.

¿Podrá ser?

RICARDO.

Bien puede ser;

Que hay en Nápoles quien vive
De eso, y en oro recibe
Lo que en sangre ha de volver.
No hay mas de buscar un bravo,
Y que le despache luego.

FEDERICO.

Por la brevedad os ruego.

RICARDO.

Hoy tendrá su justo pago
Semejante atrevimiento.

FEDERICO. (Viendo venir á Tristan
y otros tres.)

¿Son bravos estos?

RICARDO.

Sin duda.

FEDERICO.

El cielo ofendido ayuda
Vuestro justo pensamiento.

ESCENA II.

TRISTAN, *vestido de nuevo*; FURIO,
ANTONELO, LIRANO. — Dichos.

FURIO.
Pagar teneis el vino en alboroque
Del famoso vestido que os han dado.

ANTONELO. [to.
Esobien sabe el buen Tristan que es] jus-

TRISTAN.
Digo, señores, que de hacerlo gusto.

LIRANO.
Bravo salió el vestido.

TRISTAN.
Todo aquesto
Es cosa de chacota y zarandajas,
Respeto del lugar que tendré presto.
Si no muda los bolos la fortuna,
Secretario he de ser del secretario.

LIRANO.
Mucha merced le hace la Condesa
A vuestro amo, Tristan.

TRISTAN.
Es su privanza,
Es su mano derecha, y es la puerta
Por donde se entra á su favor. Dejemos
Favores y fortunas, y bebamos.

FURIO.
En este tabernáculo sospecho
Que hay lágrima famosa y malvasía.

TRISTAN.
Probemos vino greco; que deseo
Hablar en griego, y con beberlo basta.

RICARDO. (Ap. á Federico.)
Aquel moreno, del color quebrado,
Me parece el mas bravo, pues que todos
Le estiman, hablan y hacen cortesia.—
Celio...

CELIO.
Señor.
RICARDO.
De aquellos gentilhombres
Llama al descolorido.

CELIO. (A Tristan.)
¡Ah, caballero!
Antes que se entre en esa santa ermita,
El Marqués, mi señor, hablarle quiere.

TRISTAN. (A sus amigos.)
Camaradas, allí me llama un principe:
No puedo rehusar el ver qué manda.
Entren, y tomen siete u ocho azumbres,
Y aperciban dos dedos de formache,
En tanto que me informo de su gusto.

ANTONELO.
Pues despachad aprisa.

TRISTAN.
Iré volando.
(Vanse Furio, AntoneLO y Lirano.)

ESCENA III.

RICARDO, FEDERICO, TRISTAN,
CELIO.

TRISTAN.
¿Qué es lo que manda vuestra señoría?

RICARDO.
El veros entre tanta valentía
Nos ha obligado al conde Federico
Y á mí, para saber si seréis hombre
Para matar un hombre.

TRISTAN. (Ap.)
¡Vive el cielo,
Que son los pretendientes de mi ama,
Y que hay algun enredo! Fingir quiero.

FEDERICO.

¿No respondeis?

TRISTAN.
Estaba imaginando
Si vuestra señoría está burlando
De nuestro modo de vivir; pues vive
El que reparte fuerzas á los hombres,
Que no hay en toda Nápoles espada
Que no tiemble de solo el nombre mío.
¿No conoceis á Héctor? Pues no hay Héctor
Adonde está mi furibundo brazo; [tor
Que si él lo fué de Troya, yo de Italia.

FEDERICO. [mos.
Este es, Marqués, el hombre que busca-
Por vida de los dos, que no burlamos;
Sino que si teneis conforme al nombre
El ánimo, y quereis matar un hombre,
Que os demos el dinero que quisiéredes.

TRISTAN.
Con docientos escudos me contento,
Y sea el diablo.

RICARDO.
Yo os daré trecientos,
Y despachalde aquesta noche.

TRISTAN.
El nombre
Del hombre espero y parte del dinero.

RICARDO.
¿Conoceis á Diana, la condesa
De Belflor?

TRISTAN.
Y en su casa tengo amigos.

RICARDO.
¿Mataréis un criado de su casa?

TRISTAN.
Mataré los criados y criadas
Y los mismos frisonos de su coche.

RICARDO.
Pues á Teodoro habeis de darla muerte.

TRISTAN.
Eso ha de ser, señores, de otra suerte,
Porque Teodoro, como yo he sabido,
No sale ya de noche, temeroso
Por ventura de haberos ofendido.
Que le sirva estos dias me han pedido:
Dejadmele servir, y yo os ofrezco
De darle alguna noche dos mojadas,
Con que el pobreto *in pace requiescat*,
Y yo quede seguro y sin sospecha.
¿Es algo lo que digo?

FEDERICO.
No pudiera
Hallarse en toda Nápoles un hombre
Que tan seguramente le matara.
Servilde pues, y así al descuido un día
Pegalde, y acudid á nuestra casa.

TRISTAN.
Yo he menester agora cien escudos.

RICARDO.
Cincuenta tengo en esta bolsa; luego
Que yo os vea en su casa de Diana,
Os ofrezco los ciento, y muchos cientos.

TRISTAN.
Eso de muchos cientos no me agrada.
Vayan vusñorias en buena hora; [ros,
Que me aguarde Mastranzo, Rompe-mu-
Mano de hierro, Arfuz y Espanta-diablos;
Y no quiero que acaso piensen algo.

RICARDO.
Decis muy bien: adios.

FEDERICO.
¿Qué gran ventura!

RICARDO.
A Teodoro contalde por difunto.

FEDERICO.

El bellacon, ¡qué bravo talle tiene!
(Vanse Federico, Ricardo y Celio.)

TRISTAN.
Avisar á Teodoro me conviene.
Perdone el vino greco y los amigos.
A casa voy; que está de aquí muy lejos.
Mas este me parece que es Teodoro.

ESCENA IV.

TEODORO.—TRISTAN.

TRISTAN.
Señor, ¿adónde vas?

TEODORO.
Lo mismo ignoro;
Porque de suerte estoy, Tristan amigo,
Que no sé dónde voy ni quién me lleva.
Solo y sin alma, el pensamiento sigo,
Que al sol me dice que la vista atreva.
¿Ves cuánto ayer Diana habló conmigo?
Pues hoy de aquel amor se halló tan nue-
Que apenas jurarás que me conoce, [va,
Porque Marcela de mi mal se goce.

TRISTAN.
Vuelve hácia casa; que á los dos importa
Que no nos vean juntos.

TEODORO.
¿De qué suerte?

TRISTAN.
Por el camino te diré quien cortá
Los pasos dirigidos á tu muerte.

TEODORO.
¿Mi muerte! Pues ¿por qué?

TRISTAN.
La voz reporta,
Y la ocasion de tu remedio advierte.
Ricardo y Federico me han hablado,
Y que te dé la muerte concertado.

TEODORO.
¿Ellos á mí?

TRISTAN.
Por ciertos bofetones
El amor de tu dueño conjeturan,
Y pensando que soy de los leones
Que á tales homicidios se aventuran,
Tu vida me han trocado á cien doblones,
Y con cincuenta escudos me aseguran.
Yo dije que un amigo me pedía
Que te sirviese, y que hoy te serviría,
Donde mas fácilmente te matase,
A efeto de guardarte desta suerte.

TEODORO.
¿Pinguiera á Dios que alguno me quitase
La vida, y me sacase desta muerte!

TRISTAN.
¿Tan loco estás?

TEODORO.
¿No quieres que me abrase
Por tan dulce ocasion? Tristan, advierte
Que si Diana algun camino hallara
De disculpa, conmigo se casara.
Teme su honor, y cuando mas se abraza,
Se hiela y me desprecia.

TRISTAN.
Si te diese
Remedio, ¿qué dirás?

TEODORO.
Que á tí se pasa

De Ulises el espíritu.

TRISTAN.
Si fuese
Tan ingenioso, que á tu misma casa
Un generoso padre te trájese,
Con que fueses igual á la Condesa,
¿No saldrías, Señor, con esta empresa?

TEODORO.
Eso es sin duda.

TRISTAN.
El conde Ludovico,
Caballero ya viejo, habrá veinte años
Que enviaba á Malta un hijo de tu nom-
[bre,
Que era sobrino de su gran maestro.
Cautiváronle moros de Biserta,
Y nunca supo dél, muerto ni vivo.
Este ha de ser tu padre, y tú su hijo,
Y yo lo he de trazar.

TEODORO.
Tristan, advierte
Que puedes levantar alguna cosa
Que nos cueste á los dos la honra y vida.
(*Vanse.*)

Sala del palacio de la Condesa.

ESCENA V.

TEODORO, TRISTAN.

TRISTAN.
A casa hemos llegado. A Dios te queda;
Que tú serás marido de Diana
Antes que den las doce de mañana.
(*Vase.*)

ESCENA VI.

TEODORO.

Bien al contrario pienso yo dar medio
A tanto mal, pues el amor bien sabe
Que no tiene enemigo que le acabe
Con mas facilidad que tierra en medio.
Tierra quiero poner, pues que remedio,
Con ausentarme, amor, rigor tan grave,
Pues no hay rayo tan fuerte que se alabe
Que entró en la tierra, de tu ardor reme-
[dio.

Todos los que llegaron á este punto,
Poniendo tierra en medio te olvidaron;
Que en tierra al fin le resolvieron junto.
Y la razon que de olvidar hallaron,
Es, que amor se confiesa por difunto,
Pues que con tierra en medio le enterra-
[ron.

ESCENA VII.

DIANA. — TEODORO.

DIANA.
¿Estás ya mas mejorado
De tus tristezas, Teodoro?

TEODORO.
Si en mis tristezas adoro,
Sabré estimar mi cuidado.
No quiero yo mejorar
De la enfermedad que tengo,
Pues solo á estar triste vengo
Cuando imagino sanar.
¡Bien hayan males que son
Tan dulces para sufrir,
Que se ve un hombre morir,
Y estima su perdicion!
Solo me pesa que ya
Esté mi mal en estado,
Que he de alejar mi cuidado
De donde su dueño está.

DIANA.
¡Ausentarte! Pues ¿por qué?
TEODORO.
Quiérenme matar.

DIANA.
Si harán.
TEODORO.
Envidia á mí mal tendrán,
Que bien al principio fué,

Con esta ocasion, te pido
Licencia para irme á España.

DIANA.
Será generosa hazaña
De un hombre tan entendido;
Que con eso quitarás
La ocasion de tus enojos,
Y aunque dés agua á mis ojos,
Honra á mi casa darás.
Que desde aquel bofetón
Federico me ha tratado
Como celoso, y me ha dado
Para dejarte ocasion.
Vete á España; que yo haré
Que te déis seis mil escudos.

TEODORO.
Haré tus contrarios mudos
Con mi ausencia. Dame el pié.

DIANA.
Anda, Teodoro. No mas.
Déjame; que soy mujer.

TEODORO. (*Ap.*)
Llora; mas ¿qué puedo hacer?

DIANA.
En fin, Teodoro, ¿te vas?

TEODORO.
Sí, Señora.

DIANA.
Espera... Vete...
Oye.

TEODORO.
¿Qué mandas?

DIANA.
No, nada;

Vete.
Voyme.

DIANA.
(*Ap.* Estoy turbada.
¿Hay tormento que inquiete
Como una pasión de amor?)
¿No eres ido?

TEODORO.
Ya, Señora,

Me voy. (*Vase.*)

DIANA.
¿Buena quedo ahora!
¡Maldigate Dios, honor!
Temeraria invencion fuiste,
Tan opuesta al propio gusto.
¿Quién te inventó? Mas fué justo,
Pues que tu freno resiste
Tantas cosas tan mal hechas.
(*Vuelve Teodoro.*)

TEODORO.
Vuelvo á saber si hoy podré
Partirme.

DIANA.
Ni yo lo sé,
Ni tú, Teodoro, sospechas
Que me pesa de mirarte,
Pues que te vuelves aquí.

TEODORO.
Señora, vuelvo por mí,
Que no estoy en otra parte;
Y como me he de llevar,
Vengo para que me des
A mí mismo.

DIANA.
Si después
Te has de volver á buscar,
No me pidas que te dé.
Pero vete; que el amor
Lucha con mi noble honor,
Y vienes tú á ser traspíe.
Vete, Teodoro, de aquí;
No te pidas, aunque puedas;
Que yo sé que si te quedas,

Allá me llevas á mí.

TEODORO.
Quede vuestra señoría
Con Dios.

ESCENA VIII.

DIANA.

¡Maldita ella sea,
Pues me quita que yo sea
De quien el alma quería!
¿Buena quedo ya sin quien
Era luz de aquestos ojos!
Pero sientan sus enojos:
Quien mira mal, llóre bien.
Ojos, pues os habéis puesto
En cosa tan desigual,
Pagad el mirar tan mal;
Que no soy la culpa desto.
Mas no lloren; que también
Tiempla el mal llorar los ojos;
Pero sientan sus enojos:
Quien mira mal, llóre bien.
Aunque tendrán ya pensada
La disculpa para todo;
Que el sol los pone en el lodo,
Y no se le pega nada.
Luego bien es que no den
En llorar. Cesad, mis ojos.
Pero sientan sus enojos:
Quien mira mal llóre bien.

ESCENA IX.

MARCELA. — DIANA.

MARCELA.
Si puede la confianza
De los años de servirte
Humildemente pedirte
Lo que justamente alcanza,
A la mano te ha venido
La ocasion de mi remedio,
Y poniendo tierra en medio,
No verme si te he ofendido.

DIANA.
¿De tu remedio, Marcela?
¿Cuál ocasion? Que aquí estoy.

MARCELA.
Dicen que se parte hoy,
Por peligros que recela,
Teodoro á España, y con él
Puedes, casada, enviarme,
Pues no verme es remediarme

DIANA.
¿Sabes tú que querrá él?

MARCELA.
Pues ¿pidiérate yo á ti,
Sin tener satisfacion,
Remedio en esta ocasion?

DIANA.
¿Hasle hablado?

MARCELA.
Y él á mí,
Pidiéndome lo que digo.

DIANA. (*Ap.*)
¿Qué á propósito me viene
Esta desdicha!

MARCELA.
Ya tiene
Tratado aquesto conmigo,
Y el modo con que podemos
Ir con mas comodidad.

DIANA. (*Ap.*)
¡Ay necio honor! perdonad;
Que amor quiere hacer extremos.
Pero no será razon,
Pues que podéis remediar
Fácilmente este pesar.

MARCELA.
¿No tomas resolución?

DIANA.
No podré vivir sin ti,
Marcela, y haces agravio
A mi amor, y aun al de Fabio,
Que sé yo que adora en ti.
Yo te casaré con él;
Deja partir á Teodoro.

MARCELA.
A Fabio aborrezco; adoro
A Teodoro.

DIANA.
(Ap. ¿Qué cruel
Ocasión de declararme!
Mas tenéos, loco amor.)
Fabio te estará mejor.

MARCELA.
Señora...
DIANA.
No hay replicarme. (Vase.)

ESCENA X.

MARCELA.

¿Qué intentan imposibles mis sentidos,
Contra tanto poder determinados?
Que celos poderosos declarados
Harán un desafío resistidos.
Volved, volved atrás, pasos perdidos,
Que correis á mi fin precipitados;
Arboles son amores desdichados,
A quien el hielo marchitó floridos.
Alegraron el alma las colores
Que el tirano poder cubrió de luto;
Que hielas ajeno amor muchos amóres.
Y cuando de esperar daba tributo,
¿Qué importa la hermosura de las flores,
Si se perdieron esperando el fruto?
(Vase.)

Sala en casa del conde Ludovico.

ESCENA XI.

EL CONDE LUDOVICO, CAMILO.

CAMILO.
Para tener sucesión,
No te queda otro remedio.

LUDOVICO.
Hay muchos años en medio,
Que mis enemigos son,
Y aunque tiene esa disculpa
El casarse en la vejez,
Quiere el temor ser juez,
Y ha de averiguar la culpa.
Y podría suceder
Que sucesión no alcanzase,
Y casado me quedase;
Y en un viejo una mujer
Es en un olmo una hiedra,
Que aunque con tan varios lazos
La cubre de sus abrazos,
El se seca y ella medra.
Y tratarme casamientos
Es traerme á la memoria,
Camilo, mi antigua historia
Y renovar mis tormentos.
Esperando cada día
Con engaños á Teodoro,
Veinte años há que le lloro.

ESCENA XII.

UN PAJE; y después, TRISTAN
Y FURIO.—DICHOS.

PAJE.
Aquí á vuestra señoría

Busca un griego mercader.
LUDOVICO.

Di que entre.
(Avisa el paje y salen Tristan y Furio
con traje griego.)

TRISTAN.
Dadme esas manos,
Y los cielos soberanos,
Con su divino poder,
Os dén el mayor consuelo
Que esperais.

LUDOVICO.
Bien seais venido.
Mas ¿qué causa os ha traído
Por este remoto suelo?

TRISTAN.
De Constantinopla vine
A Chipre, y della á Venecia
Con una nave cargada
De ricas telas de Persia.
Acordéme de una historia
Que algunos pasos me cuesta;
Y con deseo de ver
A Nápoles, ciudad bella,
Mientras allá mis criados
Van despachando las telas.
Vine, como veis, aquí,
Donde mis ojos confiesan
Su grandeza y hermosura.

LUDOVICO.
Tiene hermosura y grandeza
Nápoles.

TRISTAN.
Así es verdad.
Mi padre, Señor, en Grecia
Fue mercader, y en su trato,
El de mas ganancia era
Comprar y vender esclavos;
Y así, en la feria de Azéclias
Compró un niño, el mas hermoso
Que vió la naturaleza,
Por testigo del poder
Que le dió el cielo en la tierra.
Vendíale algunos turcos,
Entre otra gente bien puesta,
A una galera de Malta
Que las de un bajá turquescas
Prendieron en Ohafalonía.

LUDOVICO.
Camilo, el alma me altera.

TRISTAN.
Afiicionado al rapaz,
Compróle y llevóle á Armenia,
Donde se crió conmigo
Y una hermana.

LUDOVICO.
Amigo, espera,
Espera; que me traspasas
Las entrañas.

TRISTAN. (Ap.)
¿Qué bien entra!

LUDOVICO.
¿Dijo cómo se llamaba?

TRISTAN.
Teodoro.

LUDOVICO.
¿Ay cielo! ¿qué fuerza
Tiene la verdad de oírte!
Lágrimas mis canas riegan.

TRISTAN.
Serpallitonia, mi hermana,
Y este mozo (¡nunca fuera
Tan bello!) con la ocasión
De la crianza, que engendra
El amor que todos saben,
Se amaron desde la tierna
Edad; y á dieciséis años,
De mi padre en cierta ausencia,

Ejecutaron su amor,
Y creció de suerte en ella,
Que se le echaba de ver,
Con cuyo temor se ausenta
Teodoro, y para parir
A Serpallitonia deja.
Catiborratos, mi padre,
No sintió tanto la ofensa
Como el dejarle Teodoro.
Murió en efeto de pena,
Y bautizamos su hijo;
Que aquella parte de Armenia
Tiene vuestra misma ley,
Aunque es diferente iglesia.
Llamamos al bello niño
Terimaconio, que queda
Un bello rapaz ahora
En la ciudad de Tepécas.
Andando en Nápoles yo
Mirando cosas diversas,
Saqué un papel en que traje
Deste Teodoro las señas,
Y preguntando por él,
Me dijo una esclava griega
Que en mi posada servia:
«¿Cosa que ese mozo sea
El del conde Ludovico?»
Dióme el alma una luz nueva,
Y doy en que os he de hablar;
Y por entrar en la vuestra,
Entro, segun me dijeron,
En casa de la condesa
De Belflor, y al primer hombre
Que preguntó...

LUDOVICO.
Ya me tiembla

TRISTAN.
Veo á Teodoro.

LUDOVICO.

¿A Teodoro!

TRISTAN.
El bien quisiera
Huirse; pero no pudo:
Dudé un poco, y era fuerza,
Porque el estar ya barbado
Tiene alguna diferencia.
Fui tras él, así en fin,
Hablóme, aunque con vergüenza,
Y dijo que no dijese
A nadie en casa quien era,
Porque el haber sido esclavo
No diese alguna sospecha.
Díjeme: «Si yo he sabido
Que eres hijo en esta tierra
De un título, ¿por qué tienes
La esclavitud por bajeza?
Hizo gran burla de mí;
Y yo, por ver si concuerda
Tu historia con la que digo,
Vine á verte, y á que tengas.
Si es verdad que este es tu hijo
Con tu nieto alguna cuenta;
O permitas que mi hermana
Con él á Nápoles venga,
No para tratar casarse,
Aunque le sobra nobleza;
Mas porque Terimaconio
Tan ilustre abuelo vea.

LUDOVICO.
Dame mil veces tus brazos;
Que el alma con sus potencias
Que es verdadera tu historia
En su regocijo muestran.
¿Ay, hijo del alma mía,
Tras tantos años de ausencia
Hallado para mi bien!
Camilo, ¿qué me aconsejas?
¿Iré á verle y conocerle?

CAMILO.
¿Eso dudas? Parte, vuela,

Y añada vida en sus brazos
A los años de tus penas.

LUDOVICO.

Amigo, si quieres ir
Conmigo, será mas cierta
Mi dicha; si descansar,
Aquí aguardando te queda;
Y déntele por tanto bien
Toda mi casa y hacienda;
Que no puedo detenerme.

TRISTAN.

Yo dejé, puesto que cerca,
Ciertos diamantes que traigo,
Y volveré cuando vuelvas.
Vamos de aquí, Mercapónios.

FURIO.

Vamos, Señor.

TRISTAN.

Bien se entrecas

El engaño.

FURIO.

Muy bónis.

TRISTAN.

Andemis.

(Vanse Tristan y Furio.)

CAMILO.

¡Extraña lengua!

LUDOVICO.

Vente, Camilo, tras mí.

(Vanse.)

Calle.

ESCENA XIII.

TRISTAN, en el portal de una casa,
cuya puerta está cerrada; FURIO,
delante de la puerta.

TRISTAN. (Abriendo un poco la puerta.)
¿Trasponen?

FURIO.

El viejo vuela,
Sin aguardar coche ó gente.

TRISTAN.

¿Cosa que esto verdad sea,
Y que este fuese Teodoro?

FURIO.

Mas si en mentira como esta
Hubiese alguna verdad?

TRISTAN.

Estas almalafas lleva;
Que me importa desnudarme,
Porque ninguno me vea
De los que aquí me conocen.

FURIO.

Desnuda presto.

TRISTAN.

¿Que pueda
Esto el amor de los hijos!

FURIO.

¿Adóndete aguardo?

TRISTAN.

Espera,

Furio, en la choza del olmo.

FURIO.

Adiós.

(Vase.)

ESCENA XIV.

TRISTAN.

¡Qué tesoro llega
Al ingenio! (Sale á la calle.) Aquí debajo
Traigo la capa revuelta,
Que como medio sotana
Me la puse, porque hubiera

Mas lugar en el peligro
De dejar en una puerta,
Con el armenio turbante,
Las hopalandas greguescas.

ESCENA XV.

RICARDO, FEDERICO.—TRISTAN.

FEDERICO.

Digo que es este el matador valiente
Que á Teodoro ha de dar muerte segura.

RICARDO.

¡Ah hidalgo! ¡ansi se cumple entre la gen-
[te] [cura],
Que honor profesa y que opinion pro-
Lo que se prometió tan fácilmente!

TRISTAN.

Señor...

FEDERICO.

¿Somos nosotros por ventura
De los iguales vuestros?

TRISTAN.

Sin oirme,
No es justo que mi culpa se confirme.
Yo estoy sirviendo al misero Teodoro,
Que ha de morir por esta mano airada;
Pero puede ofender vuestro decoro
Públicamente ensangrentar mi espada.
Es la prudencia un celestial tesoro,
Y fué de los antiguos celebrada
Por única virtud: estén muy ciertos
Que le pueden contar entre los muertos.
Estáse melancólico de día,
Y de noche cerrado en su aposento;
Que alguna cuidadosa fantasía
Le debe de ocupar el pensamiento.
Déjenme á mí; que una mojada fria
Pondrá silencio á su vital aliento;
Y no se precipiten desá suerte;
Que yo sé cuándo le he de dar la muerte.

FEDERICO.

Paréceme, Marqués, que el hombre
Ya que le sirve, ha comenzado el caso.
No dudeis, matarále.

RICARDO.

Cosa es cierta.

Por muerto le contad.

FEDERICO.

Hablemos paso.

TRISTAN.

En tanto que esta muerte se concierta,
Vusiñorias ¿no tendrán acaso
Cincuenta escudos? Que comprar querria
Un rocin, que volase el mismo día.

RICARDO.

Aquí los tengo yo. Tomad, seguro
De que, en saliendo con aquesta empre-
Lo menos es pagaros. [sa],

TRISTAN.

Yo aventuro
La vida, que servir buenos profesa.
Con esto, adiós; que no me vean, procuro,
Hablar desde el balcon de la Condesa
Con vuestras señorías.

FEDERICO.

Sois discreto.

TRISTAN.

Ya lo verán al tiempo del efeto. (Vase.)

FEDERICO.

Bravo es el hombre.

RICARDO.

Astuto y ingenioso.

FEDERICO.

¡Qué bien le ha de matar!

RICARDO.

Notablemente.

ESCENA XVI.

CELIO.—FEDERICO, RICARDO.

CELIO.

¿Hay caso mas extraño y fabuloso?

FEDERICO.

¿Qué es esto, Celio? ¿Dónde vas? Detén-
[te].

CELIO.

Un suceso notable y riguroso
Para los dos. ¿No veis aquella gente
Que entra en casa del conde Ludovico?

RICARDO.

¿Es muerto?

CELIO.

Que me escuches te suplico.
A darle van el parabien contentos
De haber hallado un hijo que ha perdido.

RICARDO.

Pues ¿qué puede ofender nuestros in-
Que le haya esa ventura sucedido?

CELIO.

¿No importa á los secretos pensamientos
Que con Diana habeis los dos tenido,
Que sea aquel Teodoro, su criado,
Hijo del Conde?

FEDERICO.

El alma me has turbado.

RICARDO.

¿Hijo del Conde? Pues ¿de qué manera
Se ha venido á saber?

CELIO.

Es larga historia,
Y cuéntanla tan varia, que no hubiera
Para tomarla ni tiempo ni memoria.

FEDERICO.

¿A quién mayor desdicha sucediera!

RICARDO.

Trocóse en pena mi esperada gloria.

FEDERICO.

Yo quiero ver lo que es.

RICARDO.

Yo, Conde, os siga

CELIO.

Presto veréis que la verdad os digo.
(Vanse.)

Sala del palacio de la Condesa.

ESCENA XVII.

TEODORO, de camino; MARCELA.

MARCELA.

En fin, Teodoro, ¿te vas?

TEODORO.

Tú eres causa desta ausencia;
Que en desigual competencia
No resulta bien jamás.

MARCELA.

Disculpas tan falsas das
Como tu engaño lo ha sido;
Porque haberme aborrecido
Y haber amado á Diana
Lleva tu esperanza vana
Solo á procurar su olvido.

TEODORO.

¿Yo á Diana?

MARCELA.

Niegas tarde,

Teodoro, el loco deseo
Con que perdido te veo
De atrevido y de cobarde:
Cobarde en que ella se guarde
El respeto que se debe;
Y atrevido, pues se atreve
Tu bajaza á su valor;

Que entre el honor y el amor
Hay muchos montes de nieve.
Vengada quedo de ti,
Aunque quedo enamorada,
Porque olvidaré vengada;
Que el amor olvida así.
Si te acordares de mí,
Imagina que te olvido
Porque me quieras; que ha sido
Siempre error que suele hacer
Que vuelva un hombre á querer,
Pensar que es aborrecido.

TEODORO.
¿Qué de quimeras tan locas,
Para casarte con Fabio!

MARCELA.
Tú me casas; que al agravio
De tu desden me provocas.

ESCENA XVIII.

FABIO. — DICHOS.

FABIO.
Siendo las horas tan pocas
Que aquí Teodoro ha de estar,
Bien haces, Marcela, en dar
Ese descanso á tus ojos.

TEODORO.
No te dén celos enojos
Que han de pasar tanto mar.

FABIO.
En fin ¿te vas?

TEODORO.
¿No lo ves?

FABIO.
Mi señora viene á verte.

ESCENA XIX.

DIANA, DOROTEA, ANARDA. — DICHOS.

DIANA.
¿Ya, Teodoro, desta suerte?

TEODORO.
Alas quisiera en los piés,
Cuanto mas, Señora, espuelas.

DIANA.
¡Hola! ¿Está esa ropa á punto?

ANARDA.
Todo está aprestado y junto.

FABIO. (Ap. á Marcela.)
En fin ¿se va?

MARCELA.
¿Y tú me celas!

DIANA. (A Teodoro.)
Oye aquí aparte.

TEODORO.
Aquí estoy

A tu servicio.

DIANA.
Teodoro,
Tú te partes, yo te adoro.

TEODORO.
Por tus crueldades me voy.

DIANA.
Soy quien sabes: ¿qué he de hacer?

TEODORO.
¿Lloras?

DIANA.
No; que me ha caído
Algo en los ojos.

TEODORO.
¿Si ha sido

Amor?

DIANA.
Sí debe de ser;

Pero mucho antes cayó,
Y agora salir querría.

TEODORO.
Yo me voy, señora mía;
Yo me voy, el alma no.
Sin ella tengo de ir,
No hago al serviros falta,
Porque hermosura tan alta
Con almas se ha de servir.
¿Qué me mandais? Porque yo
Soy vuestro.

DIANA.
¿Qué triste día!

TEODORO.
Yo me voy, señora mía;
Yo me voy, el alma no.

DIANA.
¿Lloras?

TEODORO.
No; que me ha caído
Algo, como á ti, en los ojos.

DIANA.
Deben de ser mis enojos.

TEODORO.
Eso debe de haber sido.

DIANA.
Mil niñerías te he dado,
Que en un baul hallarás;
Perdona, no pude mas.
Si le abrieres, ten cuidado
De decir, como á despojos
De victoria tan tirana:
« Aquestos puso Diana
Con lágrimas de sus ojos. »

ANARDA. (Ap. á Dorotea.)
Perdidos los dos están.

DOROTEA.
¿Qué mal se encubre el amor!

ANARDA.
Quedarse fuera mejor.

DOROTEA.
Manos y prendas se dan.

DIANA.
Diana ha venido á ser
El perro del hortelano.

ANARDA.
Tarde le toma la mano.

DOROTEA.
O coma ó deje comer.

ESCENA XX.

LUDOVICO, CAMILO. — DICHOS.

LUDOVICO.
Bien puede el regocijo dar licencia,
Diana ilustre, á un hombre de mis años
Para entrar desta suerte á visitaros.

DIANA.
Señor Conde, ¿qué es esto?

LUDOVICO.
Pues ¿vos sola
No sabeis lo que sabe toda Nápoles?
Que en un instante que llegó la nueva,
Apenas me han dejado por las calles,
Ni he podido llegar á ver mi hijo.

DIANA.
¿Qué hijo? ¿Que no te entiendo el regocijo.

LUDOVICO.
Nunca vuseñoría de mi historia
Ha tenido noticia, y que há veinte años
Que enviaba un niño á Malta con su tío,
Y que le cautivaron las galeras
De Ali Bajá?

DIANA.
Sospecho que me han dicho
Ese suceso vuestro.

LUDOVICO.

Pues el cielo
Me ha dado á conocer el hijo mío
Después de mil fortunas que ha pasado.

DIANA.
Con justa causa, Conde, me habeis dado
Tan buena nueva.

LUDOVICO.
Vos, señora mía,
Me habeis de dar, en cambio de la nueva,
El hijo mío, que sirviéndoos vive,
Bien descuidado de que soy su padre.
¡Ay, si viviera su difunta madre!

DIANA.
¿Vuestro hijo me sirve? ¿Es Fabio acaso?

LUDOVICO.
No Señora, no es Fabio; que es Teodoro.

DIANA.
¿Teodoro!

LUDOVICO.
Sí, Señora.

TEODORO.
¿Cómo es esto?

DIANA.
Habla, Teodoro, si es tu padre el Conde.

LUDOVICO.
Luego ¿es aqueste?

TEODORO.
Señor Conde, advierta
Vuseñoría...

LUDOVICO.
No hay qué advertir, hijo,
Hijo de mis entrañas, sino solo
El morir en tus brazos.

DIANA.
¿Caso extraño!

ANARDA.
¡Ay, Señora! ¿Teodoro es caballero
Tan principal y de tan alto estado?

TEODORO.
Señor, yo estoy sin alma, de turbado.
¿Hijo soy vuestro?

LUDOVICO.
Cuando no tuviera
Tanta seguridad, el verte fuera
De todas la mayor. ¿Qué parecido
A cuando mozo fui!

TEODORO.
Los piés te pido,
Y te suplico...

LUDOVICO.
No me digas nada;
Que estoy fuera de mí. ¿Qué gallardía!
Dios te bendiga. ¿Qué real presencia!
Qué bien que te escribió naturaleza
En la cara, Teodoro, la nobleza!
Vamos de aquí; vén luego, luego toma
Posesion de mi casa y de mi hacienda;
Vén á ver esas puertas coronadas
De las armas mas nobles deste reino.

TEODORO.
Señor, yo estaba de partida á España,
Y así me importa.

LUDOVICO.
¿Cómo á España? ¿Bueno!
España son mis brazos.

DIANA.
Yo os suplico,
Señor Conde, dejéis aquí á Teodoro
Hasta que se reporte, y en buen hábito
Vaya á reconoceros como hijo;
Que no quiero que salga de mi casa
Con aqueste alboroto de la gente.

LUDOVICO.
Hablaís como quien sois tan cuerda men-
dejarle sientto por un breve instante; ¡te.

Mas porque mas rumor no se levante,
Me iré, rogando á vuestra señoría
Que sin mi bien no me anochezca el día.

DIANA.

Palabra os doy.

LUDOVICO.

Adios, Teodoro mío.

TEODORO.

Mil veces beso vuestros piés.

LUDOVICO.

Venga la muerte agora.

CAMILO.

¿Qué gallardo
Mancebo que es Teodoro!

LUDOVICO.

Pensar poco
Quiero este bien, por no volyermelo loco.
(*Vanse Ludovico y Camilo.*)

ESCENA XXI.

DIANA, TEODORO, MARCELA, DOROTEA, ANARDA, FABIO.

DOROTEA.

Danos á todos las manos.

ANARDA.

Bien puedes, por gran señor.

DOROTEA.

Hacernos debes favor.

MARCELA.

Los señores que son llanos
Conquistan las voluntades.
Los brazos nos puedes dar.

DIANA.

Apartáos, dadme lugar;
No le digais necedades.
Dáme vuestra señoría
Las manos, señor Teodoro.

TEODORO.

Agora esos piés adoro,
Y sois mas señora mía.

DIANA.

Salíos todos allá;
Dejadme con él un poco.

MARCELA.

¿Qué dices, Fabio? (*Ap. á él.*)

FABIO.

Estoy loco.

DOROTEA. (*Ap. á Anarda.*)
¿Qué te parece?

ANARDA.

Que ya
Mi ama no querrá ser
El perro del hortelano.

DOROTEA.

¿Comerá ya?

ANARDA.

Pues ¿no es llano?

DOROTEA.

Pues reviente de comer.
(*Vanse Marcela, Fabio, Dorotea y Anarda.*)

ESCENA XXII.

DIANA, TEODORO.

DIANA.

¿No te vas á España?

TEODORO.

¿Yo?

DIANA.

¿No dice vuseñoría:

«Yo me voy, señora mía,
Yo me voy, el alma no?»

TEODORO.

¿Burlas de ver los favores
De la fortuna?

DIANA.

Haz extremos.

TEODORO.

Con igualdad nos tratemos,
Como suelen los señores,
Pues todos lo somos ya.

DIANA.

Otro me parecen.

TEODORO.

Creo

Que estás con menos deseo:
Pena el ser tu igual te da.
Quisiérame tu criado,
Porque es costumbre de amor
Querer que sea inferior
Lo amado.

DIANA.

Estás engañado;
Porque agora serás mío,
Y esta noche de casarme
Contigo.

TEODORO.

No hay mas que darme:
Fortuna, tonte.

DIANA.

Confío

Que no ha de haber en el mundo
Tan venturosa mujer.
Véte á vestir.

TEODORO.

Iré á ver
El mayorazgo que hoy fundo,
Y este padre que me hallé
Sin saber cómo ó por dónde.

DIANA.

Pues adios, mi señor Conde.

TEODORO.

Adios, Condesa.

DIANA.

Oye.

TEODORO.

¿Qué?

DIANA.

¿Qué! Pues ¿cómo? ¿A su señora
Así responde un criado?

TEODORO.

Está ya el juego trocado,
Y soy yo el señor agora.

DIANA.

Sepa que no me ha de dar
Mas celitos con Marcela,
Aunque este golpe le duela.

TEODORO.

No nos solemos bajar
Los señores á querer
Las criadas.

DIANA.

Tenga cuenta
Con lo que dice.

TEODORO.

Es afrenta.

DIANA.

Pues ¿quién soy yo?

TEODORO.

Mi mujer. (*Vase.*)

DIANA.

No hay mas que desear: tente, fortuna,
Como dijo Teodoro, tente, tente.

ESCENA XXIII.

FEDERICO, RICARDO.—DIANA.

RICARDO.

En tantos regocijos y alborotos
¿No se da parte á los amigos?

DIANA.

Tanta

Cuanta vuseñorías me pidieren.

FEDERICO.

De ser tan gran señor vuestro criado
Os las pedimos.

DIANA.

Yo pensé, señores,
Que las pedis (con que licencia os pido)
De ser Teodoro conde y mi marido.
(*Vase.*)

RICARDO.

¿Qué os parece de aquesto?

FEDERICO.

Estoy sin seso.

RICARDO.

¿Oh, si le hubiera muerto este picaño!

FEDERICO.

Veisle, aquí viene.

ESCENA XXIV.

TRISTAN.—FEDERICO, RICARDO.

TRISTAN. (*Ap.*)

Todo está en su punto.
Bravá cosa! ¿que pueda un lacafiero
Ingenio alborotar á toda Nápoles!

RICARDO.

Tente, Tristan, ó como te apellidas.

TRISTAN.

Mi nombre natural es Quita-vidas.

FEDERICO.

¿Bien se ha echado de ver!

TRISTAN.

Hecho estuviera,
A no ser conde de hoy acá este muerto.

RICARDO.

Pues ¿eso importa?

TRISTAN.

Al tiempo que el concierto
Hice por los trecentos solamente,
Era para matar, como fué llano,
Un Teodoro criado, mas no conde.
Teodoro conde es cosa diferente, [te;
Y es menester que el galardón se aumen-
Que mas costa tendrá matar un conde
Que cuatro ó seis criados, que están [muertos,
Unos de hambre y otros de esperanzas,
Y no pocos de envidia.

FEDERICO.

¿Cuánto quieres?
Y mátele esta noche.

TRISTAN.

Mil escudos

RICARDO.

Yo les prometo.

TRISTAN.

Alguna señal quiero

RICARDO.

Esta cadena.

TRISTAN.

Cuenten el dinero.

FEDERICO.

Yo voy á prevenillo.

TRISTAN.

Yo á matallo.

¿Oyen?

RICARDO.

¿Que? ¿quieras mas?

TRISTAN.

Todo hombre calle.
(*Vanse Ricardo y Federico.*)

ESCENA XXV.

TEODORO.—TRISTAN.

TEODORO.

Desde aquí te he visto hablar
Con aquellos matadores.

TRISTAN.

Los dos necios son mayores
Que tiene tan gran lugar.
Esta cadena me han dado,
Mil escudos prometido
Porque hoy te mate.

TEODORO.

¿Qué ha sido
Esto que tienes trazado?
Que estoy temblando, Tristan.

TRISTAN.

Si me vieras hablar griego,
Me dieras, Teodoro, luego
Mas que estos locos me dan.
¡Por vida mía, que es cosa
Fácil el gregescizar!
Ello en fin no es mas de hablar;
Mas era cosa donosa
Los nombres que les decia:
Aztéclias, Catiborratos,
Serpilitoña, Xipatos,
Atécas, Filimoclia...
Que esto debe de ser griego,
Como ninguno lo entiende,
Y en fin, por griego se vende.

TEODORO.

A mil pensamientos llevo
Que me causan gran tristeza,
Pues si se sabe este engaño,
No hay que esperar menos daño
Que cortarme la cabeza.

TRISTAN.

¿Agora sales con eso?

TEODORO.

Demonio debes de ser.

TRISTAN.

Deja la suerte correr,
Y espera el fin del suceso.

TEODORO.

La Condesa viene aquí.

TRISTAN.

Yo me escondo; no me vea. (*Ocultase.*)

ESCENA XXVI.

DIANA.—TEODORO; TRISTAN, *oculto.*

DIANA.

¿No eres ido á ver tu padre,
Teodoro?

TEODORO.

Una grave pena
Me detiene; y finalmente,
Vuelvo á pedirte licencia
Para proseguir mi intento
De ir á España.

DIANA.

Si Marcela
Te ha vuelto á tocar al armá,
Muy justa disculpa es esa.

TEODORO.

¿Yo Marcela?

DIANA.

Pues ¿qué tienes?

TEODORO.

No es cosa para ponerla
Desde mi boca á tu oído.

DIANA.

Habla, Teodoro, aunque sea
Mil veces contra mi honor.

TEODORO.

Tristan, á quien hoy pudiera
Hacer el engaño estatua,
La industria versos, y Creta
Rendir laberintos, viendo
Mi amor, mi eterna tristeza,
Sabiendo que Ludovico
Perdió un hijo, esta quimera
Ha levantado conmigo,
Que soy hijo de la tierra,
Y no he conocido padre
Mas que mi ingenio, mis letras
Y mi pluma. El Conde cree
Que lo soy; y aunque pudiera
Ser tu marido, y tener
Tanta dicha y tal grandeza,
Mi nobleza natural
Que te engañe no me deja,
Porque soy naturalmente
Hombre que verdad profesa.
Con esto, para ir á España
Vuelvo á pedirte licencia;
Que no quiero yo engañar
Tu amor, tu sangre y tus prendas.

DIANA.

Discreto y necio has andado:
Discreto en que tu nobleza
Me has mostrado en declararte;
Necio en pensar que lo sea
En dejarme de casar,
Pues he hallado á tu bajeza
El color que yo quería;
Que el gusto no está en grandezas,
Sino en ajustarse al alma
Aquello que se desea.
Yo me he de casar contigo;
Y porque Tristan no pueda
Decir aqueste secreto,
Hoy haré que cuando duerma,
En ese pozo de casa
Le sepulten.

TRISTAN. (*Saliendo.*)

Guarda afuera.

DIANA.

¿Quién habla aquí?

TRISTAN.

¿Quién? Tristan,
Que justamente se queja
De la ingratitud mayor
Que de mujeres se cuenta.
Pues ¡siendo yo vuestro gozo,
Aunque nunca yo lo fuera,
En el pozo me arrojaís!

DIANA.

¿Qué! ¿lo has oído?

TRISTAN.

No creas
Que me pescarás el cuerpo.

DIANA.

Vuelve.

TRISTAN.

¿Que vuelva?

DIANA.

Que vuelvas.

Por el donaire te doy
Palabra de que no tengas
Mayor amiga en el mundo;
Pero has de tener secreta
Esta invencion, pues es tuya.

TRISTAN.

Si me importa que lo sea,
¿No quieres que calle?

TEODORO.

Escucha.
¿Qué gente y qué grita es esta?

ESCENA XXVII.

LUDOVICO, FEDERICO, RICARDO,
CAMILO, FABIO, MARCELA, ANAR-
DA, DOROTEA. — DICHOS.

RICARDO. (*Dentro.*)

Queremos acompañar
A vuestro hijo.

(*Salen Ludovico, Federico, Ricardo,
las damas y los criados.*)

FEDERICO. (*A Ludovico.*)

La bella
Nápoles está esperando
Que salga, junta á la puerta.
LUDOVICO. (*A Teodoro.*)

Con licencia de Diana,
Una carroza te espera,
Teodoro, y junta, á caballo,
De Nápoles la nobleza.
Vén, hijo, á tu propia casa
Tras tantos años de ausencia;
Verás adonde naciste.

DIANA.

Antes que salga y la vea,
Quiero, Conde, que sepáis
Que soy su mujer.

LUDOVICO.

Detenga
La fortuna, en tanto bien,
Con clavo de oro la rueda.
Dos hijos saco de aquí,
Si vine por uno.

FEDERICO.

Llega,
Ricardo, y da el parabien.

RICARDO.

Darle, señores, pudiera
De la vida de Teodoro;
Que celos de la Condesa
Me hicieron que á este cobarde
(*Por Tristan.*)

Diera, sin está cadena,
Por matarle mil escudos.
Haced que luego le prendan,
Que es encubierto ladrón.

TEODORO.

Eso no; que no profesa
Ser ladrón quien á su amo
Defiende.

RICARDO.

¿No? Pues ¿quién era
Este valiente fingido?

TEODORO.

Mi criado; y porque tenga
Premio el defender mi vida,
Sin otras secretas deudas,
Con licencia de Diana,
Le caso con Dorotea,
Pues que ya su señoría
Casó con Fabio á Marcela.

RICARDO.

Yo doto á Marcela.

FEDERICO.

Y yo

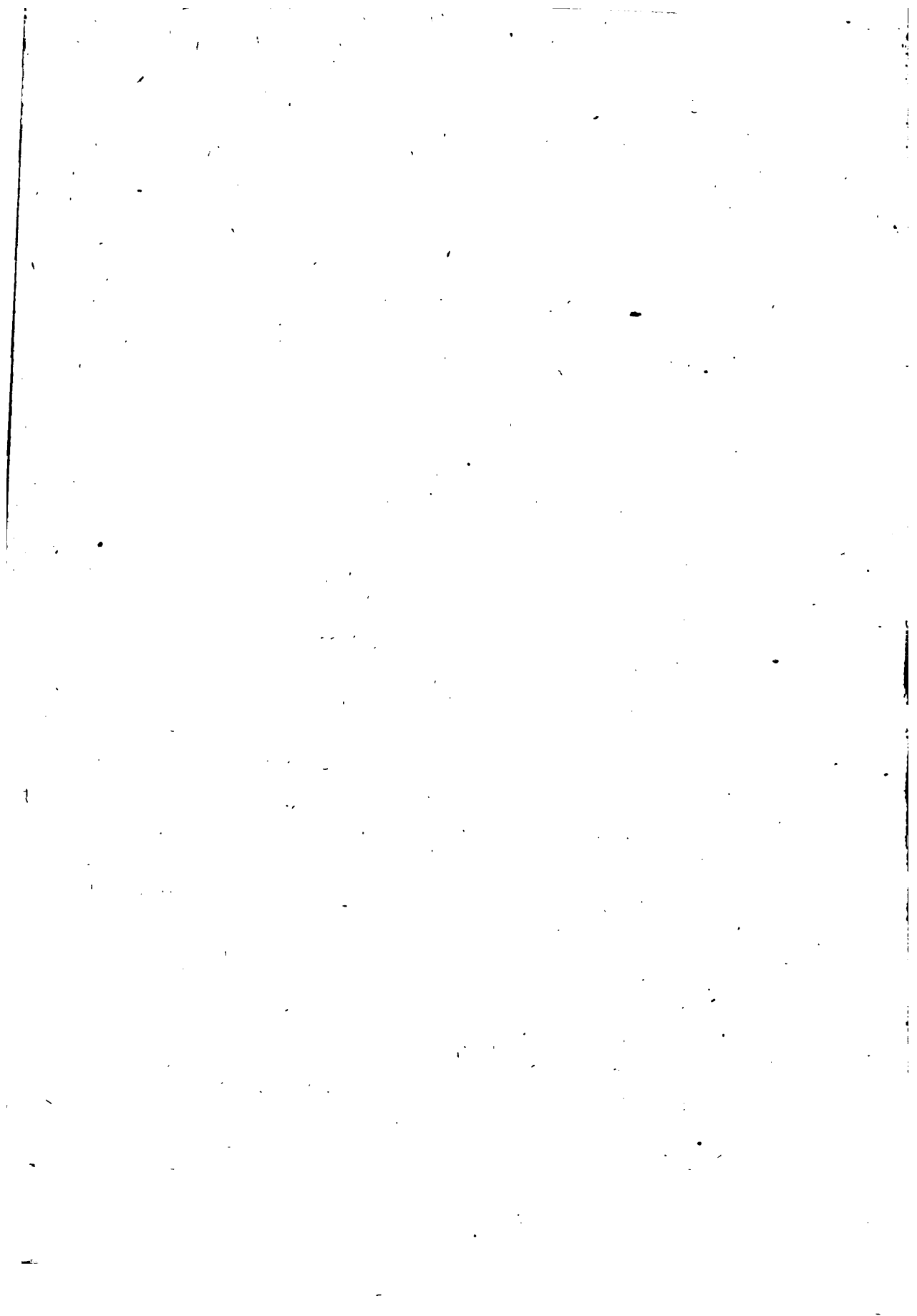
A Dorotea.

LUDOVICO.

Bien queda
Para mí, con hijo y casa;
El dote de la Condesa.

TEODORO.

Con esto, Senado noble,
Que á nadie digais se os ruega
El secreto de Teodoro,
Dando, con licencia vuestra,
Del *Perro del hotelano*
Fin la famosa comedia.



EL ACERO DE MADRID.

PERSONAS.

LISARDO,
RISELO,
OTAVIO,
GERARDO,
FLORENCIO,

caballeros.

BELTRAN,
SALUCIO, *criados.*
LEONOR, *esclava.*
PRUDENCIO, *viejo.*
BELISA, *su hija.*

TEODORA, *tia de Belisa.*
MARCELA, *dama.*
MÚSICOS.
CRIADOS.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

LISARDO, RISELO.

LISARDO.
Desde aquí la podeis ver.

RISELO.
Notable ha estado la iglesia.

LISARDO.
Este día de la Cruz
Ponen cuidado en la fiesta.

RISELO.
Si viérades á Sevilla,
Lo dijérades de veras.

LISARDO.
Ya he sabido que ese día
Celebran por excelencia.
Ya sale... y sale el aurora;
Que esta grada en que pasean
Es la prision de la noche
En columnas y cadenas.
Cantad, lisonjeras aves
De las jaulas de esas rejas;
Calles de Madrid, volvéos
Prados y alfombras de seda.
Caballos de aquestos coches,
Como animales y fieras,
Haced regocijo al alba,
Que sale vertiendo perlas.

RISELO.
¡Qué bien pintada mañana!

LISARDO.
Es todo amante poeta.

RISELO.
Pues, por Dios, que son las doce;
Que á mas de las once y media
Acabaron el sermon;
Y si vuestra dama bella
Viene á ser alba á las doce,
Harto mas parece fiesta;
Y si porque sale es alba,
Ya por lo menos no es fresca;
Que á las doce y tres de mayo,
Antes secará las yerbas.

LISARDO.
Quedo, por Dios. Esta es.

ESCENA II.

BELISA y TEODORA, con mantos.
— DICHOS.

TEODORA. (A Belisa.)
Lleva cordura y modestia:

Cordura en andar de espacio,
Modestia en que solo veas
La misma tierra que pisas.

BELISA.
Ya hago lo que me enseñas.

TEODORA.
¿Cómo miraste aquel hombre?

BELISA.
¿No me dijiste que viera
Sola la tierra? Pues dime:
Aquel hombre ¿no es de tierra?

TEODORA.
Yo la que pisas te digo.

BELISA.
La que piso va cubierta
De la saya y los chapines.

TEODORA.
¿Qué palabras de doncella!
Por el siglo de tu madre,
Que yo te quite esas tretas.
¿Otra vez le miras?

BELISA.
¿Yo?

TEODORA.
Luego ¿no le hiciste señas?

BELISA.
Fuí á caer, como me turbas
Con demandas y respuestas,
Y miré quién me tuviese.

RISELO.
Cayó: llegad á tenerla.
LISARDO. (Dando la mano á Belisa.)

Perdone vuesamercé
El guante.

TEODORA.
¿Hay cosa como esta!

BELISA.
Béseos las manos, Señor;
Que si no es por vos, cayera.

LISARDO.
Cayera un ángel, Señora,
Y cayeran las estrellas
A quien da mas lumbre el sol.

TEODORA.
Y yo cayera en la cuenta.—
Id, caballero, con Dios.

LISARDO.
Él os guarde... (Ap. Y me defienda
De condicion tan extraña.)

TEODORA.
Ya caiste: irás contenta
De que te dieron la mano.

BELISA.
Y tú lo irás de que tengas
Con que pudríme seis días.

TEODORA.

¿A qué vuelves la cabeza?

BELISA.
Pues ¿no te parece que es
Advertencia muy discreta
Mirar adónde cal,
Para que otra vez no vuelvá
A tropezar en lo mismo?

TEODORA.
¡Ay! mala pascua te venga,
Y cómo entiendo tus mañas!
¿Otra vez! ¿Y dirás que esta
No miraste al mancebito?

BELISA.
Es verdad.

TEODORA.
¿Y lo confiesas?

BELISA.
Si me dió la mano allí,
¿No quieres que lo agradezca?

TEODORA.
Anda; que entrarás en casa.

BELISA.
¡Oh, lo que harás de quimeras!
(Vanse las dos.)

ESCENA III.

LISARDO, RISELO.

RISELO.
Ya traspusieron la calle.

LISARDO.
¡Ay de mí!

RISELO.
¿Quién es aquella
Arpia que la acompaña?

LISARDO.
Una tia, que pudiera
Ser agüela de la envidia,
Porque es entre fraila y dueña,
Aguila de medio arriba,
De medio abajo culebra.
Todos mis intentos muda,
Ni hablarla ni verla deja;
Escribir es imposible:
Con mas ojos que Argos vela.

ESCENA IV.

BELTRAN. — DICHOS.

BELTRAN.
Aguardé que te apartases
De aquella Circe cruel,
Para que cierto papel
A diamantes me feriases,
Y es de balde aunque me dieras
Por cada letra un diamante.

LISARDO.
¿Es burla, Beltran?
BELTRAN.
¿Delante
De Riselo burla esperas?
Lo menos he referido.
Tal favor viene con él,
Que la funda del papel
Se vale lo que te pido.

(Muéstrale un guante.)

Al salir me vió Belisa;
Hízome con una estrella
Señas, tan linda, que en ella
Vieras del alba la risa.
Llegó á la pila del agua,
Fingió quererla tomar,
Y volviéndome á mirar,
(¡Mira el enredo que fragua!)
Metió un papel en un guante
Y de la cruz le colgó,
Como perdido; á quien yo
Luego me puse delante.
«Mio es,» dije á la gente
Que á tomar agua llegaba;
Y el sol, que ya caminaba,
Volvió la luz á su oriente.
Rióse de la presteza
Y gracia con que tomé
El guante.

LISARDO.
Muestra, y diré
Que ha igualado á su belleza
Su divina discrecion.

BELTRAN.
Pues ¿no lo agradeces mas?

LISARDO.
A este guante deberás
Calzas, ropilla y jubon.

BELTRAN.
Oh milagro soberano
Y de ningun hombre oído!
Que un guante hiciese un vestido,
Siendo oficio de la mano!
Y el papel, ¿qué das por él?

LISARDO.
Camisas por él tendrás.

BELTRAN.
Oh, papel, que has hecho mas
Que un molino de papel,
Y tan semejante fuiste,
Que os quedais los dos parejos,
Pues todos mis lienzos viejos
Limpios y nuevos hiciste!

LISARDO.
Guante, si con vos no hago
Locuras, es porque quiero
Ver este papel primero:
Perdonadme si no os pago
El ser cubierta importante
Deste precioso favor.
Pobre estaba, pues amor
Pidió limosna en tal guante.
Pero ¿qué mucho que en él
Venga el papel que me envía,
Pues allá también cubría
Una mano de papel?
Y pues por ella le gano,
Y de mano tanta fe,
Con justa causa diré
Que es pliego de aquella mano.

BELTRAN.
Encareces con razon
La mano por su hermosura
Y su fe, pues te asegura
Que es papel del corazón.
Lee, Señor, por tu vida.

LISARDO.
Leo, poniendo en mis ojos
De tanto amor los anteojos,

Pues hay alma que los pida.
(Lee.) «Mientras duermes la envidia desta
»Y la esclavilla si despierta vela,
»Te escribo á media noche, lumbre mía;
»Y pues vivir no puedo sin cautela,
»Oye dos cosas que el amor piadoso
»Para nuestro remedio me revela.
»Yo voy fingiendo, mi querido esposo,
»Que estoy descolorida y opilada,
»Para engañar un padre tan celoso
»Y una tía tan mal intencionada.
»Busca un médico amigo que me vea,
»Y avisale de todo, si te agrada.
»Este dirá que solo quien pasea
»Con el acero aqueste mes de mayo
»Sana de aqueste mal, porque lo crea.
»Yo fingiré también algun desmayo:
»Daráme los jarabes de livianas
»Cosas, aunque mi amor no teme un rayo.
»Saldré con este achaque las mañanas,
»Tal vez á Atocha, al Prado y tal al Soto;
»Que por ti juzgaré las cuevas llanas.
»Y por si aqueste velador piloto
»De mi nave medrosa va conmigo,
»No te espantes del hábito devoto.
»Llévate al lado algun discreto amigo,
»Y dile que con ella finja amores;
»Quizá me dejará que hable contigo.
»Esto me enseña amor, que mis temores
»Vence con su poder; que amar aprisa
»No sufre espacio: si los hay mejores,
»Dime tú los remedios.—Tu Belisa.»
¿Qué te parece?

RISELO.
Que creo
Que su amor y discrecion
No tienen comparacion
Sino es su mismo deseo.
¿Lindo remedio!

LISARDO.
Extremado.
Pero ¿dónde habrá doctor
Que ayude á mi justo amor?
RISELO.
Justamente habeis dudado.
Aunque mas amigo sea,
Ninguno lo querrá hacer,
Aunque le conste el saber
El buen fin que se desea.
Es el médico el oficio
De mas confianza.

BELTRAN.
Amor
Dió el medio y dará el doctor.

LISARDO.
¿Tienes perdido el juicio?

BELTRAN.
Ponedme á mí, si queréis,
Un hábito doctoral;
Que yo sé que no haré mal
Lo que los dos pretendéis.
Un poco sé de latin
De los rícepis, y haré
Con esto poco que sé
Que tenga salud.

LISARDO.
En fin,
Has de encajar tus locuras,
Beltran, en toda ocasion.

RISELO.
Por Dios, que tiene razon:
Amor es todo aventuras.
Entre estos encantamientos
Ejecuta un disparate.

LISARDO.
¿No ves que es este un orate?
Destruiré mis pensamientos.

RISELO.
¿Cómo?

LISARDO.
En medio de tener
Puesta en su punto la cura,
Hará la cura locura
Con que me echará á perder.

BELTRAN.
¿Yo? ¿Pues tiene Dios criado
Disimulo como el mio?

LISARDO.
Dijeras mulo, y yo fio
Que lo hubieras acertado.

BELTRAN.
Prueba, intenta.

RISELO.
No temais;
Que Beltran tendrá mas seso
Viendo que importa al suceso.

LISARDO.
Ahora bien: los dos estais
Dese parecer, yo digo
Que sea. Vénite á vestir.—
Pero ¿quién ha de decir
Que le envía?

RISELO.
Algun amigo.

LISARDO.
¿De quién?

RISELO.
Del padre.

LISARDO.
Eso no,
Sino amiga de Belisa,
A quien hoy la misma en misa
Su enfermedad le contó.

RISELO.
Vamos.

LISARDO.
Todas las razones
Te pienso hacer estudiar.

BELTRAN.
Mas que me vengo á quedar
Con doctor de opilaciones?
(Vanse.)

Sala en casa de Prudencio.

ESCENA V.

PRUDENCIO, OTAVIO, de camino;
SALUCIO, con fletro y maleta.

PRUDENCIO.
Dadme otra vez los brazos como deudo;
Que la primera vez fué como amigo.

OTAVIO.
Una y mil veces, mi señor Prudencio;
Que miro en vos el rostro de mi padre.

PRUDENCIO.
¿Con salud queda en fin?

OTAVIO.
Para servirlos.
—Lleva tú la maleta á la posada,
Salucio.

PRUDENCIO.
¿Qué posada! ¿Tal agravio
Quereis hacer á nuestra casa, Otavio?
¡Hola, Leonor! ¿No hay un criado en casa?

ESCENA VI.

LEONOR. — Dichos.

LEONOR.
¿Qué mandas?

PRUDENCIO.
Toma luego aquesta ropa,

EL ACERO DE MADRID.

Y llama esa muchacha y á su tía.
Di que está aquí su primo.

LEONOR.

Muestre, amigo.

SALUCIO.

Quien á vuestra merced da la maleta,
Le diera...

LEONOR.

Diga.

SALUCIO.

Toda la estafeta.

(Vanse Leonor y Salucio.)

OTAVIO.

Bien me parece este lugar.

PRUDENCIO.

Es cifra

De todo lo mejor que tiene España.
Danle gran majestad á estas calles,
Y el aire saludable que las baña
Es el mas importante cortesano.

OTAVIO.

¡Notables edificios!

PRUDENCIO.

Vanse haciendo.

ESCENA VII.

TEODORA, BELISA. — PRUDENCIO,
OTAVIO.

TEODORA.

Dadme, Señor, las manos.

OTAVIO.

¡Oh, Señora!

PRUDENCIO.

Vuestro sobrino regalad, Teodora. —
Tu primo abraza tú.

BELISA.

Seais bien venido.

OTAVIO.

Vos, mi señora, con el mismo hallada.
Por vuestro esclavo me tened, que es jus-

BELISA.

Por mi señor os tengo.

PRUDENCIO.

Tan buen huésped

Ha de honrar esta casa muchos días.

OTAVIO.

Segun la voluntad con que entro en ella
Y la merced tan grande que recibo,
Ya no me pesa del temor que todos
Me pusieron en esto del despacho;
Que dicen que en la corte los que vienen
Por un mes á negocios, si salieron
De su casa mancebos y lozanos,
O se quedan en ella ó vuelven canos.

ESCENA VIII.

LEONOR. — Dichos.

LEONOR.

A la puerta está un doctor
Que me dice que te diga
Que le envía cierta amiga
De mi señora, Señor.

PRUDENCIO.

Di que venga en hora buena.

(Vase Leonor.)

OTAVIO.

¡Doctor? ¡Hay enfermo en casa?

PRUDENCIO.

No es nada; pero si pasa
Adelante, dará pena.
Belisa, de haber comido
Deste barro portugués...

Bien dice; que amor lo es,
Que mi opilacion ha sido.

PRUDENCIO.

Sospecho que está opilada.

OTAVIO.

¡Qué lástima y compasion!

PRUDENCIO.

Ahora es buena ocasion
De curarla.

TEODORA.

Que no es nada.

Pienso que será peor

Ponerla en cura.

BELISA.

Si acaso

Tuvieras á cada paso

Este desmayo y dolor,

A fe que no lo dijeras.

ESCENA IX.

LEONOR, SALUCIO, y después, LI-
SARDO y BELTRAN. — PRUDENCIO,
BELISA, TEODORA, OTAVIO.

LEONOR.

El doctor entra, Señor.

PRUDENCIO.

Llega otra silla, Leonor.

LISARDO. (Ap. á Beltran.)

Mira que has de hablar de veras.

(Sale Beltran de médico, con gorra,
capa, guantes y sortijas; y Lisardo
con él de acompañante.)

BELTRAN.

Dios guarde á vuestras mercedes.

¿Qué es de la enferma?

TEODORA.

Aquí está.

LISARDO. (Ap.)

Por dónde amor no entrará,

Lince de tantas paredes?

BELTRAN.

Doña Inés, cierta señora

A quien en misa contó

Su mal Belisa, me habló

Entrando en su casa agora;

Que tiene del mismo mal

Una niña. — El pulso venga.

BELISA.

Yo le aseguro que tenga

En él bastante señal;

Porque se me alborotó

Después que entró, mucho mas.

LISARDO. (Ap.)

Si tú desas suerte estás,

Gloria mía, ¿qué haré yo?

A fe que si me tomara

El pulso á mí, que él me viera

Con calentura tan fiera,

Que los dedos se abrasara.

BELTRAN.

Venga esotro pulso; que este

Ya nos dijo la verdad.

PRUDENCIO.

Si tendrá necesidad,

Señor doctor, que se acueste?

BELTRAN.

Sospecho que fuera bien;

Mas no es agora razon:

Presto llegará ocasion,

En que el jarabe le den.

Cuénteme agora qué siente,

Y dígame la verdad.

BELISA.

Siento una gran soledad
De hablar y tratar con gente.

Allégome á la ventana,

Y aunque mucha gente veo,

No está allí lo que deseo,

Y quitaseme la gana.

Aquí, sobre el corazón,

Se me ponen unas cosas,

Que me quitan enfadosas

La vital respiracion.

Cuando algo quiero gozar,

Se pone en la vista mía

Una cosa como tía,

Que no me deja mirar.

Digo como tía grande

Y como viva persona,

Que me cansa y apasiona

De que no mirar me mande;

Que no siendo con intento

De ofender á Dios jamás,

Desto de *no mirarse*.

No sé que haya mandamiento.

Tras esto la opilacion,

Que esto me suele causar,

Tampoco me deja hablar,

Y apriétame el corazón.

Querria hablar y no puedo;

Mas agora espero en Dios

Que tengo de hablar por vos,

Si desopilada quedo.

BELTRAN.

Aquí hay mucho que decir;

Mas no da el tiempo lugar.

Yo haré que podais hablar

Y honestamente reir.

Al subir cuesta, escalera

O otra cosa, ¿qué sentís?

BELISA.

Siento ahogarme.

BELTRAN.

¿No subis

Ligera?

BELISA.

¿Cómo ligera?

BELTRAN.

Ahora bien; pues vos podréis

Muy presto, y tan solo quiero

Que por agora el acero

Cuatro mañanas tomeis,

Y os salgais á pasear

Al Soto, Atocha ó al Prado;

Pero con mucho cuidado

De que el sol no os ha de dar;

Porque allá Galeo dice

Que cuando acero *tometur*,

Sol in capite non detur,

Que á la cura contradice.

LISARDO. (Ap.)

¡Maldigite Dios, amén!

Si estos supiesen latin,

Yo soy perdido.

BELTRAN.

Y en fin,

Mañana comienza bien;

Porque ayer fué oposicion,

Y dice el doctor Laguna

Que *per opposita luna*

Non fiat ulla emision.

LISARDO. (Ap.)

¿Otra locura? ¡Ay de mí!

BELTRAN.

Sin esto, desde este día

No habrá la melancolla

De que os lamentais aquí,

Porque yo os quiero enviar

Músicos, y por agora

Esta sortija, Señora,

De grande virtud, prestar.

Pero también advertid
Que sin prenda no la doy,
Porque es, á fe de quien soy,
Ajena.

PRUDENCIO.

¡Jesus! Decid
Qué prenda queréis por ella.

BELTRAN.

Basta esa vuestra, Belisa.

PRUDENCIO.

Quitatela, niña, á prisa.

BELISA.

¿Que hay tanta virtud en ella?

OTAVIO.

Es uña de la gran bestia,
Señor doctor?

BELTRAN.

No, Señor;
Que otra halláramos mayor,
Sin dar buscarla molestia.
Esta es de cierto animal
Que á las mujeres adora,
Y esta es la causa que agora
Resulta en efeto igual.

LISARDO. (Ap.)

En esto anduvo discreto.
Bien mi sortija le dió,
Bien la suya le tomó.

BELTRAN.

Mañana salga en efeto,
Después que tome hasta media
Escudilla reposada
Del agua bien acerada,
Que desopila y remedia,
Con el ir á pasear,
Todas las opilaciones;
Que á la tarde bendiciones
Pienso que me habeis de echar.
Señor licenciado, mire (A Lisardo.)
Este pulso desta dama. —
Es estudiante de fama;
Llegue pues, no se retire.
Está un poco vergonzoso,
Como es agora pasante.

(Lisardo toma el pulso á Belisa.)

LISARDO.

Algo está febricitante,
Intercadente y dudoso.
(Ap. ¿Hay tan grande atrevimiento
Como decir bernardinas?)

BELTRAN.

A ciertas damas vecinas
Voy á ver.

LISARDO. (Ap.)

¡Qué gloria siento!

PRUDENCIO. (Dando dinero á Beltran.)
Sirvase vuesamerced,
Y perdíone.

BELTRAN.

No haré tal.

LISARDO. (Ap. á Beltran.)

¿Tomástelo?

BELTRAN.

¡Posía tal!

Dios guarde á vuesamerced.

(Vanse Lisardo y Beltran.)

ESCENA X.

PRUDENCIO, TEODORA, BELISA,
OTAVIO, LEONOR, SALUCIO.

PRUDENCIO.

¿Quedas algo consolada?

BELISA.

Hame dado gran consuelo;
Que parece que del cielo

Trajo la ciencia estudiada.

PRUDENCIO.

Hágase esta noche el agua,
Teodora, por vida mía,
Porque antes que salga el día...

BELISA.

¿Qué bien mi engaño se fragua!

PRUDENCIO.

Salga esta niña hácia el Prado
Con Leonor; que bastará.

TEODORA.

¿Sola con Leonor irá?

Vaya con ella un criado,
Y yo iré también con ella.

BELISA. (Ap.)

¿Perdida soy!

OTAVIO.

Si quereis
Que la acompañe, tendréis
Un escudero.

PRUDENCIO.

No es ella,
Otavio, tan gran señora,
Que ese escudero merezca.
Vamos adonde os ofrezca
Esta humilde casa agora,
No el aposento que os debe,
Pero el de su voluntad.

OTAVIO.

Para darme calidad,
Vuestra misma sangre os mueve.

(Vanse Teodora, Belisa, Prudencio y Leonor.)

ESCENA XI.

OTAVIO, SALUCIO.

OTAVIO.

¡Ay, Salucio, qué mujer
Para propia!

SALUCIO.

Si la estima
Tu amor, ponla para prima;
Que no es difícil de hacer
Al instrumento deseo;
Que una prima es consonancia
Notable.

OTAVIO.

Si es de importancia
Ser para sacarla Orfeo,
Haré, Salucio, lo mismo.

SALUCIO.

Poco espanto me dará;
Que cualquier amante está
Á las puertas del abismo.

OTAVIO.

De penas pierde el recelo,
Aunque en su fuego me abraso;
Que si con ella me caso,
Pienso estar á las del cielo.

(Vanse.)

—

Calle.

ESCENA XII.

MARCELA, FLORENCIO.

FLORENCIO.

Que guardes esa lealtad
Es muy conforme á quien eres;
Que es honra de las mujeres
Cuando tienen voluntad;
Pero es menester que el hombre
Pague en la misma moneda;
Que si no, muy necia queda,
Y no merece otro nombre.

Porque ser leal á quien
No la ha guardado en su vida,
Es necedad conocida,
Y no vengarse también.
Riselo sigue su gusto;
Sigue el tuyo, y no seas loca.

MARCELA.

No pienso mover la boca,
Aun para darle disgusto.
Del hombre la libertad
No se sujeta á opinion,
Y en la mujer es blason
De su honra la lealtad.
Por sí misma la mujer
Está á ser buena obligada,
Porque ser casta forzada
No se debe agradecer.
Cuando por vengarme así,
Venganza en mi honor hiciese,
¿Quién duda, si le perdiere,
Que la tomaba de mí?
Demás que no eres testigo,
Florencio, tan abonado,
Que crea yo que haya usado
Tan mal término conmigo.
Si tú de tu voluntad,
Movido de un noble celo,
Me dijeras que Riselo
No me guardaba lealtad,
Algun crédito te diera;
Mas si tú me solicitas,
Bien es razon que permitas
No darte crédito.

FLORENCIO.

Espera.

MARCELA.

¿Qué me puedes tú decir
Que no sea todo en razon
De tu loca pretension?

FLORENCIO.

¿Qué has de perder por oír?

MARCELA.

Mas ¿qué no podré perder?
Todas las que se han perdido
Fué solo de haber oído,
Porque á nacer la mujer
Sin oídos, mas segura
Por vuestro mar caminará.

FLORENCIO.

Eso fuera si te hablara
En tu ingenio y hermosura;
Quiérote hablar solamente
En abono de mi honor:
Sabrás á quien tiene amor
Riselo distintamente.
Después que tiene amistad
Tan estrecha con Lisardo,
Un caballero gallardo
De su traza y de su edad,
Traen requiebros los dos
Cerca de San Sebastian;
Que allí las flechas les dan,
Aunque ninguna por Dios.
Allí ó á la Trinidad
Van dos señoras á misa,
Una que llaman Belisa,
Cuya hacienda y calidad
Hace por dicha temer
Á Lisardo en esta villa,
Aunque es hidalgo, el pedilla
Á su padre por mujer.
Es moza cuyo despejo,
Rostro, galas y tocado
No viene mal consultado
Cada día con su espejo.
Sale de la iglesia haciendo
Mil caireles con el manto;
Pisa firme, esgrime, y cuanto
Va mirando va rindiendo.
La otra dicen que es tia,

Mujer de mejor asiento,
No de aquel entendimiento
Que parece argentería.
Hay fondo y conformidad
De su prudencia y buen trato,
Con un hábito beato
Que le causa autoridad.
Mas no sé si la anasaya
(Que no sé si es estameña)
Tiene desta noble dueña
Los pensamientos á raya;
Porque la veo mirar
A Risoelo atentamente,
Como á hurto de la gente,
Ya al salir y ya al entrar.
Ayer al salir de misa,
Las dos pasaron delante,
Y puso en la pila un guante
No sé á qué efecto Belisa;
Pero sé que un picaron,
Lacayo enjerto en truan,
Que sirve al dicho galán
Ya de ventor, ya de halcón,
Le tomó disimulado,
Y á los dos se le llevó.

MARCELA.

Aun no imaginaba yo
Que era tanto mi cuidado.
En eso entiende Risoelo,
Y el amistad de Lisardo
Vino á parar? Ya ¿qué aguardo?
Castigue su engaño el cielo.
Al principio imaginé
Que era tu aviso ficción;
Que una olvidada afición
Es sospechosa en la fe,
Y es el camino ordinario
De quien ama con desden
El decir que quiere bien
A otra mujer su contrario;
Mas agora que los cielos
Me declaran la verdad,
No es ofender mi lealtad
Tener de la suya celos.
Oh, traidor! ¿Que por el gusto
De un amigo que acompaña,
Pague mi amorosa hazaña
Con este indigno disgusto!
Pues no ha de pasar así.
¿Sabes la casa?

FLORENCIO.

Pues ¿no?

MARCELA.

Vén conmigo.

FLORENCIO.

Bien sé yo
Que le hallarás por allí.

MARCELA.

Si mujer de confianza
Ha de hacer algun error,
No será interés ni amor.
Dios nos libre de venganza.

(Vanse.)

Paseo del Prado.

ESCENA XIII.

LISARDO y RISELO, con capas de color, bizarros; BELTRAN.

LISARDO.

Oh, cómo tardan, Risoelo!
¿Qué he de hacer?

RISELO.

Amor te valga.

LISARDO.

Temo que, de envidia, saiga,

I.-1.

Deste mi sol, el del cielo.

RISELO.

Antes no saldrá si sabe
Que es sol y que fuera está.

BELTRAN.

Las aves le cantan ya
A Belisa en voz suave:
«Mañanicas floridas
Del mes de mayo
Recordad á mi niña,
No duerma tanto.»

LISARDO.

Campos de Madrid dichosos,
Si sois de sus piés pisados;
Fuentes, que por ver la huerta
Del Duque subis tan alto
El cristal de vuestros ojos,
Que asomais los blancos rayos
Por las verdes celosías,
Muros de sus verdes cuadros;
Hermosa alfombra de flores,
Donde tejiendo y pintando
Está la naturaleza
Mas há de cinco mil años;
Arroyuelos cristalinos,
Ruido sonoro y manso,
Que parece que correis,
Tonos de Juan Blas cantando,
Porque ya corriendo aprisa,
Y ya en las guijas despacio,
Parece que entraís con fugas,
Y que sois tipples y bajos;
Recordad á mi niña,
No duerma tanto.

RISELO.

Aves, que vais por el viento,
Ya del sol clarificado,
Sobre sus plumas tendiendo
Vuestros vistosos penachos;
Las que asomais por los nidos
Las cabezas gorjeando,
Y las que ya en altas ramas
Dais buenos días al prado;
Trigos, que con amapolas
Y mil amarillos lazos
Sois un tapiz de verduras
Sembrado de papagayos;
Alamos verdes, á quien
Con tantas hojas y ramos
Vistió de alegre librea,
A pesar de octubre, mayo;
Para que la niña venga,
Que está esperando Lisardo,
Recordad á su tia,
No duerma tanto.

BELTRAN.

Tabernas de san Martín,
Generoso y puro santo,
Que ya poneis reposteros
Como acémilas de Baco;
Cajones, que ya os cubris
Con el pan de leche blanco;
Franceses, que pregonais
Aguardiente y letuario;
Carretones de basura,
Que vais las calles limpiando;
Roperos, que amanecéis
Con solícito cuidado,
Sin ser procesion del Córpus,
Las tiendas entapizando;
Y vosotros, aires fríos,
Que dais tos y resfriado,
Romadizo y otras cosas
A los que salen sudando;
Porque despierte á la tia,
Y ella á Belisa, si acaso
Duerme descuidada agora
De que la aguarda Lisardo,
Recordad mi fregona,
No duerma tanto.

RISELO.

No me parece que tiene
De tu cuidado pesar.

LISARDO.

Terrible cosa es mirar
Aquel si viene ó no viene.

RISELO.

Mientras penas, como sueles,
Y ella el levantarse traza,
Vaya Beltran á la plaza
De Anton Martín por pasteles;
Que mientras que se regale
Nuestro estómago almorzando,
Estarás tú contemplando
Aquel si sale ó no sale.

LISARDO.

Bárbaro estás.

RISELO.

Libre estoy.

LISARDO.

Es para el entendimiento
Amor divino sustento.

RISELO.

Pues yo al cuerpo se le doy;
Que es lo que aprovecha y vale.

LISARDO.

Yo no, porque en mis deseos,
A un favor tras mil empleos,
No hay manjar que se le iguale.

BELTRAN.

Allí vienen tres mujeres.

LISARDO.

¿Tres? ¿Adónde?...?

BELTRAN.

En la Carrera.

LISARDO.

¿Son ellas?

BELTRAN.

Aquí me espera.

LISARDO.

Lince en mis cuidados eres.
Mas detente; que ella viene.

BELTRAN.

Ella es sin duda, Señor.

LISARDO.

¿Puede haber mayor favor
De cuantos el amor tiene?

ESCENA XIV.

TEODORA, BELISA y LEONOR, con sombreros de plumas y las ropas levantadas al uso de Madrid, ó en chinelas con listones.—DICHOS.

TEODORA.

Mientras mas te voy diciendo
Que á los hombres no te allegues;
Que mires y no te ciegues,
Porque ciega el amor viendo,
Mas te acercas y te allegas;
Y si en allegarte das,
Mariposilla serás,
Quemarás si te ciegas.

BELISA.

¿Válgame Dios, y qué extraña
Condición que se te ha hecho!
No me ha de ser de provecho,
Si tu rigor me acompaña,
Ni el acero ni el paseo.
Ves que el doctor me mandó
Que viese gente, y que yo
Cumpliese cualquier deseo;
Ves que á mi melancolía
Es aquesto conveniente,
Y apartarme de la gente.

LISARDO.
Agora sí que es de día.
Agora sí que salió
A estos campos el aurora!

TEODORA.
Luego ¿dejaréte agora
Hablar con los hombres yo?

BELISA.
Pues ¿con quién tengo de hablar?
¿Con las bestias? ¿Discrecion!...

TEODORA.
Para aquesta opilacion
Te mandó el doctor andar.

BELISA.
Y ver gente y hablar gente,
Y andar con gente, mejor.
¿No es esto verdad, Leonor?

LEONOR.
Y ¿cómo si es conveniente!
Y ¿cómo si es de importancia
A tanta melancolia!

TEODORA.
¿Qué buen testigo! Esta fria
Fuente, cuya consonancia
Basta para desechar
Del alma toda tristeza,
Mira, ¡y con cuánta belleza
Sube hasta querer entrar
Por ese verde aposento
Del jardín del Duque, y mira
Las blancas perlas que tira,
Rota en pedazos, al viento!
¿Mira estos árboles verdes
Que le hacen toldo y dosel,
Para que debajo dél
De ningún dolor te acuerdes!
Habla con ellos; que así
La soledad perderás.

BELISA.
Lindos consejos me das.
Y ¿responderánme?

TEODORA.
Sí.

BELISA.
Señores árboles, yo
Muy buena intencion traía
De decir la pena mía
A quien la causa me dió.
Para aqueste desafío
Del campo, donde ya espero,
El pecho armé con acero
Para dar un filo al mío;
Mas para la impertinencia
De quien no me deja hablar,
Desde hoy mas le pienso armar
Desta forzosa paciencia.
Toda la noche pasé
Esperando la mañana;
Pero fué esperanza vana,
Pues sin hablar me quedé.
Suplícoco, árboles verdes,
Que me tengais por fiel,
Y á tí, mi verde laurel,
Que de mis males te acuerdes.

LISARDO.
Harélo sin duda así.
Lo mismo te pido yo.

TEODORA.
¿Qué es eso?

BELISA.
El árbol habló.

TEODORA.
¿El árbol?

BELISA.
Señora, sí.

TEODORA.
¿Hay tan notable insolencia!

BELISA.
¿Esto te enfada también?
Los cielos, tía, me den
Con tus enfados paciencia.

TEODORA.
Pues ¿piensas que no entendí
Con los árboles que hablaste?

BELISA.
Pues malicias sospechaste.

TEODORA.
Y ¿dónde hay laurel aquí?

BELISA.
En San Jerónimo hay tantos,
Que puedo hablarlos así.

TEODORA.
Y ¿veslos tú desde aquí?
Cubrios luego los mantos,
Y demos la vuelta á casa;
Que ya entiendo tus maldades,
Ya sé tus enfermedades,
Ya sé todo lo que pasa.
Ya sé tus opilaciones,
Ya sé el agua de tu acero.
Decirlo á tu padre quiero:
Todas fueron invenciones.
Cúbrete presto.

BELISA.
¿Eso sí!

Riñe, riñe, no repares
En que me das mil pesares:
Yo me moriré por tí.
Enciérrame con mi mal,
Mátame melancolia,
Para mi no salga el día,
Sea todo tiempo igual.
¿Plega á Dios que antes de un mes
En otro hábito me vea
Llevar donde me desea
Tu rigor, para que estés
Contenta de ver mi vida
Donde á Dios pidiendo estás;
Que enterrada aun no dirás
Que estaré bien recogida!
Plega á Dios que crezca el mal,
Y reviente el corazón,
Y que en aquesta ocasion
Me dé una gota coral!
Plega á Dios!...

LEONOR.
Esto has querido.

Mírala ya desmayada.

LISARDO.
¿Cayó Belisa?

RISELO.
Alterada

Está su tía. ¿Qué ha sido?

LEONOR.
¿Ves aquí lo que has causado
Con tu mala condición?

TEODORA.
¿Qué le he dicho?

LEONOR.
Que es ficción:
Bastante ocasion le has dado.
¿Fingido debe de ser
Mal que encarece un doctor
Tan grave? — ¡Ah, Señor, Señor!

TEODORA.
¿Qué es lo que quieres hacer?

LEONOR.
¡Ah, señores! ¿tiene alguno
Sortija de corazón?

TEODORA.
Esta es mejor invencion.

LISARDO.
(Ap. No mas temor importame.)
¿Qué es esto, señoras mías?

LEONOR.
Desmayóse esta señora.

LISARDO.
¿Aquí en este punto?

LEONOR.
Agora.

Tocad sus manos.

LISARDO.
¿Qué frías!

TEODORA.
¿Por qué las ha de tocar?

LEONOR.
Porque con la alteracion
Se sosiegue el corazón.

LISARDO.
(Ap. ¿Hay mas bien que desear!)
Pondréle aquesta sortija
Al dedo.

BELTRAN. (Ap.)
Basta; que en paz
Amor con este disfraz
Viene á jugar la sortija.

LISARDO.
¿Hay en qué poder traer
Agua de la fuente?

LEONOR.
Sí;

Que un búcaro trae aquí.
(Sáquele de la manga un barro.)

RISELO.
Deso debe de nacer
Todo el mal que la atormenta.—
Parte á la fuente, Beltran.
(Vase Beltran.)

ESCENA XV.

LISARDO, TEODORA, RISELO, LEONOR; BELISA, desmayada.

LISARDO.
Mientras por el agua van,
Para que el dolor no sienta,
Quiero decirle al oído
Unas palabras notables.
(Háblala al oído.)

TEODORA.
Sí, sí; como tú las hables,
Ella cobrará el sentido.

RISELO.
Puso Dios virtud, Señora,
En las piedras, cuanto mas
En las palabras.

TEODORA.
Jamás
Pensó ver esto Teodora.
¿Hay insolencia fundada
En tanta fuerza y razon!

BELISA. (Despierta.)
¿Qué dulce consolacion!

RISELO.
¿Habló?

TEODORA.
Sí, después de hablada.

BELISA.
Parece que una abejita,
Cuyo tierno pico adoro,
Con un susurro sonoro,
Que todos mis males quita,
Un panal de miel sabrosa
En el oído me hacía.

TEODORA.
¿Abeja? ¡Alano sería,
Traidora, en tu oreja ociosa.
¿Hay desvergüenza como esta!

LISARDO.

Sentíos con ella, Señora;
Que no es bien que suba agora
Ese pedazo de cuesta.
Sentíos vos, señor Riselo,
Junto á ella, y yo estaré
Junto á esta dama, porque
(Que no lo permita el cielo)
Si se desmayare, pueda
Volverla á hablar al oído.

TEODORA.

Esto, Belisa, has querido.
¡Qué buena tu honra queda!

BELISA.

Calle, tía de mis ojos;
(*Siéntanse los cuatro.*)
Que el doctor manda que vea
Gente.

TEODORA.

Y ¿manda que esta sea?
(*Comienza Riselo á entretener la tía, y
Lisardo y Belisa hablan de oído.*)

RISELO.

No reciba deso enojos
Vuestra merced: oiga acá.

TEODORA.

¿Qué quiere vuesamerced?

RISELO.

Quiero que me haga merced
De escucharme.

TEODORA.

Acabe ya.

RISELO.

Ese monji de estameña,
Hábito beato y grave;
Ese donaire suave,
Que hará manteca una peña;
Esa dulce gravedad,
Ese claro entendimiento,
Ese honroso fundamento
De virtud y honestidad;
Esos ojos regalados,
Tan estrellas de mi empleo,
Que cuando ayuna el deseo,
Se los da amor estrellados;
Esa boca ilustre y bella,
Coral, sangre y pura rosa,
Que jamás ha hablado cosa
Que no la echase por ella;
Esa nariz rubicunda,
Que por única nariz
Merece hacerle un telliz
Que le sirviese de funda;
Esa bien puesta garganta,
Donde desa toca el punto
Tiene al amor todo junto
Con la argolla á la garganta;
Esos pechos, á quien paga
Pechos amor, cuando juega
Del vocablo, y con que ciega,
Tira, prende, mata y llaga,
Me tienen muerto de amor.

TEODORA.

¡Jesus! No pase adelante.
¿Cómo á mujer semejante
Habla en amores, Señor?
Levantáreme. ¡Ay Dios mío!
¿Es esto lo que hoy recé?

RISELO.

Deténgase y la diré
Que tiene un gallardo brio.

TEODORA.

El hábito ¿no le espanta?
No mira que está bendito?

RISELO.

Tarrible es el sobrescrito;
Mas siempre el amor levanta

De las cartas la cubierta,
Donde está la cortesía.
Yo la adoro, fraila mía,
Por la parte descubierta.

TEODORA.

¡Qué notable tentación!
¡Ay! qué mal hombre que está!
Dios le alumbré. Hágase allá.

RISELO.

Los de amor preñados son.
Bien dice: Con bien me alumbré.
Sepa que me da un antojo.

TEODORA.

Por su vida, que me enojo.

RISELO.

¿Esto le da pesadumbre?

ESCENA XVI.

BELTRAN, con el búcaro de agua.—

DICHOS.

BELTRAN.

Aquí viene el agua.

LEONOR.

Calla,

Y siéntate junto á mí.

(*Siéntase Beltran.*)

BELTRAN.

Luego ¿derrámola?

LEONOR.

Si;

Que ya se dan la batalla
Dos á dos.

BELTRAN.

¿Y la braveza
De la tía?

LEONOR.

Ya cesó.

BELTRAN.

Y ¿cómo estamos tú y yo?

LEONOR.

¡A fe que es él buena pieza!
¡Páreceme, diga, bien
Como habló con Catalina?

BELTRAN.

Habléla por tu vecina,
Y por tu amiga también.

LEONOR.

Que no quiero esa amistad.
(*Vuelve la tía la cabeza, y ve abra-
zarse Lisardo y Belisa.*)

TEODORA.

¿Qué es eso? ¡Oh qué lindo ensayo!

LISARDO.

Apuntáale el desmayo,
Y túvela.

TEODORA.

¡Qué piedad!

RISELO.

Dejaldos hablar; que son
Mozos, y bien podría ser
Fuesen marido y mujer.

TEODORA.

Ya entiendo la opilación.

LEONOR.

¡Maldito seas! ¡Qué bien
Ser dolor ingioste allí.

BELTRAN.

¿Parecete bien así?

LEONOR.

Y desta suerte también.

BELTRAN.

Sábase que sé curar.

LEONOR.

¿Cómo?

BELTRAN.

He curado un cuartago.
Que, después del de Santiago,
Con que le suelen pintar,
No tiene bestia Madrid,
Aunque no las tiene malas,
Como él; faltanle unas alas.

TEODORA.

Si sois libre me decid.

RISELO.

¿Tan encogido os parezco?

TEODORA.

No digo, sino si acaso
No sois casado.

RISELO.

Aunque caso,
Jamás casarme merezco.
Si yo hallase una mujer
De gobierno como vos...

TEODORA.

Eso encomendado á Dios,
Porque Dios lo puede hacer.

RISELO. (Ap.)

Sal quiere este huevo.

BELISA. (Ap. á Lisardo.)

El sol

Entra furioso, mi bien;
Y porque dure también,
Y no haya algun arrebol,
Es menester dar lugar
A la razon: véte agora,
Y habla primero á Teodora.

LISARDO.

Bien le ha sabido el hablar.
Riselo, vamos de aquí;
Que es muy tarde.

RISELO.

Adios, mi gloria.

(*Levántanse.*)

TEODORA. (Ap. á Riselo.)

Y ¿tendrá de mí memoria?

RISELO.

Hasta olvidarme de mí.

TEODORA.

No habrá salido del Prado,
Cuando todo se le olvide.

RISELO.

Mal vuestro descuido mide
Los léjos de mi cuidado.

TEODORA.

Véngame siguiendo agora,
Y nuestra casa sabrá.

LISARDO. (Ap. á Riselo.)

¿Qué hay de Teodora?

RISELO.

Que está
Como un mazapan Teodora.

TEODORA.

Vén, muchacha, por aquí.

BELISA.

¿Vas enfadada?

TEODORA.

¿De qué?

RISELO. (Ap. á Lisardo.)

Lindamente la engañé.

LISARDO.

¡Amor, vitoria! Venci.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Prudencio.

ESCENA PRIMERA.

OTAVIO, SALUCIO.

OTAVIO.

Un hombre determinado
Es incapaz de consejo.

SALUCIO.

Yo, Señor, no te aconsejo.

OTAVIO.

Ni es oficio de criado;
Eso ha de hacer el amigo,
El superior y el que es viejo.

SALUCIO.

No es querer darte consejo
Hablar de tu bien contigo.
Tu prima es bella mujer,
Y en sangre la misma tuya.

OTAVIO.

Si la diferencia es suya,
¿Qué puede Otavio perder?

SALUCIO.

No me ha parecido a mí
Que vive en la honestidad
De mujer de calidad,
Y que nació para ti.

OTAVIO.

¿Cuánto va, que has de obligarme
A hacer algun desatino?

SALUCIO.

Ya del tuyo lo imagino.
Quiero dejarte y guardarme.

OTAVIO.

Pues ¿cuál hombre hablar osara
En un ángel?...

SALUCIO.

Tiene piés

En que descubre lo que es.

OTAVIO.

En lo que dices repara.

SALUCIO.

Digo que aqueste salir
Cada mañana, me enfada.

OTAVIO.

A mí, Salucio, me agrada
Verla del campo venir
Cual rosa de Alejandría:
Tales colores sacó
Luego que el alba rompió
La prision en que vivía.
¡Oh! ¿cuál lirio aljofarado
Puede el rocío dejar,
Como ella suele mostrar
El rostro en sudor bañado?
¿Hay cosa como el despejo
Del sombrerillo y el manto?

SALUCIO.

Nunca la he mirado tanto.

OTAVIO.

Yo sí; que el alma le dejo
Cada vez (y á tener, mil)
En los cabellos revueltos,
Que, ya atados, y ya sueltos,
Adorna un velo sutil.
Pues en viendo la ohinela,
De listones enlazada,
De su pié roja dorada,
Donde estando preso vuela,
No hay tan cuerdo entendimiento
Que no trajese después
Todo el seso en tales piés.

SALUCIO.

Ya por el tuyo lo siento.
Mas si tanta bizarría
Y ese volver desde el Prado
Cual lirio en perlas bañado
Y rosa de Alejandría,
No vienen con ocasion
De la enfermedad que dice,
¿Qué importa que la matice
El pincel de tu aficion?

OTAVIO.

Necio, en volviendo de andar,
¿No ha de venir encendida?

SALUCIO.

Nunca está descolorida
Ni la veo desmayar.
Sino es cuando hablar la quieres;
Que pienso que tu aficion
Es toda su opilacion.

OTAVIO.

Maliciosa bestia eres.

SALUCIO.

Si yo veo la beata,
La de la manga y rosario,
La del pardo escapulario
Y la Concepcion de plata,
Que la culpaba y reñia,
Después que sale, contenta,
¿Qué quieres, Señor, que sienta?

OTAVIO.

¿Cómo, Salucio? ¿En su tía
Osas tú poner la boca!
En una santa!

SALUCIO.

No sé

Si es santa.

OTAVIO.

¿Cuán bien se ve

Que el demonio te provoca!
Doliame el otro día
La cabeza, y solamente
Bendecirme, de repente
Me quitó el mal que tenía.
Y; osas hablar!...

SALUCIO.

Pues á mí

La otra noche me bendijo,
Y ciertas cosas me dijo,
Rezando, que no entendí;
Y doliéndome de vicio
Una muela, tal anduve
De todas juntas, que estuve
Para perder el juicio.

OTAVIO.

Ese es milagro.

SALUCIO.

Sin duda,

De los que Mahoma hacia,
Pues lo que en una dolía,
A todas juntas lo muda.

OTAVIO.

Antes porque te faltó
La fe, quiso castigarte,
Y aquel dolor aumentarte,
Que de una en todas te dió.
Y toma resolucion
De no hablar en esto mal;
Que es mujer muy principal,
Y en fin mis parientas son.
Fuera de que por mujer
Quiero pedir á Belisa.

SALUCIO.

¿Tan aprisa?

OTAVIO.

Tan aprisa.

SALUCIO.

No te quiero responder.

ESCENA II.

BELTRAN, de médico.—Dichos.

BELTRAN. (Dentro.)

Dios sea en aquesta casa.

OTAVIO.

El doctor.

SALUCIO.

El bellacon.

OTAVIO.

¿Qué dices?

SALUCIO.

Que todos son
De una pasta y una masa.
(Sale Beltran.)

BELTRAN.

¿No está, Señor, levantada
Esa niña?

OTAVIO.

Poco habrá
Que vino del campo.

BELTRAN.

Ya

Andará mas descansada.

OTAVIO.

Provecho le van haciendo
Los jarabes.

BELTRAN.

Es gran cosa:
Aquella hinchazon acuosa
Va gastando y deshaciendo.
Dale la vida ver gente.

OTAVIO.

Yo, mi señor, no he dormido
Esta noche.

BELTRAN.

¿Qué ha tenido?

OTAVIO.

Cierto enfadoso accidente.

BELTRAN.

El pulso, por vida mia,
Que no está muy sosegado;
Mas esto mas se ha causado
De pura melancolía
Del alma y el pensamiento
Que de corporal pasion.
Algo parece aficion.

OTAVIO. (Ap.)

¿Qué divino entendimiento!

BELTRAN.

(Ap. Este majadero muere
Por Belisa, y nos persigue.)
Quien algun deseo sigue,
Mas poco á poco le espere;
Que del alma las pasiones
Se suelen comunicar,
Y dellas causas tomar
Las exteriores acciones.
Así lo dijo Avicena,
Quando anima contristatur,
Corpus maxime gravatur.
Y importa dejar la pena.

OTAVIO. (Ap.)

Tiene un ingenio divino.

BELTRAN.

Haga que cuezan romero,
Ruda y tomillo salsero
En media azumbre de vino,
Y átenso en un tobillo;
Que podrá dormir mejor.

SALUCIO.

Tambien yo tengo, Señor,
Cierta mal: ¿podré decillo?

BELTRAN.

Podeis.

SALUCIO.

Siento aquestos dias,
Después que en Madrid estoy,
Un descontento, que doy
En grandes melancolías.
Nada me parece bien;
Todos me son importunos.

BELTRAN.

¿Teneis dineros?

SALUCIO.

Ningunos.

BELTRAN.

Pues procurad que os los dén.
Vos sois hombre mal contento,
Y aun algo murmurador.

OTAVIO. (Ap.)

Este ¿es demonio ó doctor?

ESCENA III.

TEODORA; BELISA, como que se le-
vanta. — Dichos.

BELISA.

Mas aliviada me siento.

TEODORA.

Aquí está el doctor.

BELISA.

¿Señor!...

BELTRAN.

¡Jesus, niña, y cómo estas
Hoy á mi gusto! No hay mas.
Famoso tallo y color!
Dame ese pulso. Excelente.
Muestra esa mano.

BELISA.

¿Qué haces?

BELTRAN.

Una higa, y que me abracés.
(Hace una higa con la mano de Belisa.)
Aun no hay señal de accidente.

BELISA.

¿A quién la tengo de dar?

BELTRAN.

Désela al señor Otavio.

BELISA.

¿De gentilhomme?

OTAVIO.

Es agravio

Que os hacéis: haced sacar
Un espejo, y esa cara,
Mirad, y dádsela á ella,
Porque á una cosa tan bella
Su mismo amor la matara.

BELTRAN.

Hoy ¿dónde has andado?

BELISA.

Fui

Hasta la Casa del Campo,
En cuyas flores me estampo,
Y un hora me duermo allí.
Parecióme que soñaba,
Al son de una fuente pura,
Que un ángel en hermosura,
Tallo y discrecion me hablaba;
Que mil cosas me decia,
Jurando tenerme amor,
Y por Dios, señor doctor,
Que el alma me enternecía.
Quiso abrazarme tambien,
Y desperté.

BELTRAN.

Aquel jarabe,
Como es tan blando y suave,
Alegra la sangre bien.

BELISA.

Después que tomo el acéro
Y me saigo á pasear,
No siento ya aquel pesar
De no gozar lo que quiero.
Hállome muy aliviada
De aquella melancolía;
Que ya mi señora tía
No es mal acondicionada.
Ya no riñe su merced.

TEODORA.

Y yo ¿cuándo te reñí?

BELISA.

En otro tiempo la vi
Hacerme menos merced.

TEODORA.

Tú, sohrina, ya has dejado,
Andando, tu opilacion,
Y yo en la misma razon
La tengo de haber andado.
Debióseme de pegar;
Y como opilada estoy,
A nadie, á fe de quien soy,
Pienso reñir ni culpar.

BELTRAN.

¿Qué buena cosa sería
Que tu mal se le pegase!

BELISA.

Dios quiere que el mal se pase
A vusté, señora tía,
Porque sepa lo que son
Aquestas opilaciones.

BELTRAN.

Yo le haré en breves razones
Que pierda la opilacion.
¿Hay un criado?

SALUCIO.

Aquí estoy.

BELTRAN.

Vaya á la botica luego
Por un manojo de espliego.

SALUCIO.

Digo que volando voy. (Vase.)

TEODORA.

Pues ¿qué es lo que quiere hacer?

BELTRAN.

El efeto lo dirá.
Vuesamérced nos dará (A Otavio.)
Lugar, y podrá volver
Dentro de un instante aquí.

OTAVIO.

¡Jesus! Señor, yo me voy. (Vase.)

ESCENA IV.

BELISA, TEODORA, BELTRAN.

BELTRAN.

¿Fuése?

TEODORA.

Sí.

BELTRAN. (Ap. á Teodora.)

¿Sabes quién soy?

TEODORA.

Desde ayer te conocí.
Ya sé quién eres, Beltran;
Ya sé todo el fingimiento,
Y que eres el instrumento
Del amor deste galán.
Y pues ha querido el cielo
Castigar mi gravedad
Y aquella severidad,
Con adorar á Riselo,
Haz buen oficio con él.
Dile que mire que soy
Mujer noble, y que le doy

Palabra de ser fiel;
Y aunque no sientas de mí
Los méritos que él merece,
Mi persona le encarece.

BELTRAN.

Harélo, Teodora, así.
Arrima la hipocresía
Y la parda beatitud,
Porque en tanta juventud
Mas fuerte sangre se cría.
Traza que estos dos pichones
Hagan su nido en tu casa;
Que si su padre los casa,
Tu vida en remedio pones.
Gozarás de un caballero
Como Riselo, tan grave,
Tan dulce, honesto y suave.

TEODORA.

Sabe Dios lo que le quiero. 10

BELISA.

Tía, como ella solía
Reñirme, puedo yo agora
Reñirla. ¿No ve, Señora,
Que es alma también la mía,
Y que tengo yo que hablar
Con Beltran?

TEODORA.

Tienes razon.

Es nueva mi opilacion,
Y tengo mas que curar.

BELISA.

Dile, Beltran, á Lisardo...

TEODORA.

Calla; que tu padre viene.

ESCENA V.

PRUDENCIO, OTAVIO. — Dichos.

PRUDENCIO.

¿La misma enfermedad tiene?
Otra pesadumbre aguardo.

OTAVIO.

Así lo dijo el doctor.

BELTRAN.

Muestra el pulso.

PRUDENCIO.

¿Qué tenemos?

BELISA.

Anda este mal por extremos.

PRUDENCIO.

Por Dios, que temo, Señor,
Que ha de darme á mi tambien.

BELTRAN.

Estará muy presto buena;
No hay que tener desto pena:
Esto que digo le dén,
Y adios; que tengo una junta. (Vase.)

ESCENA VI.

PRUDENCIO, TEODORA, BELISA, OTAVIO; después, LEONOR.

PRUDENCIO.

Con lo que se quita el mal
¿Te ha dado á tí?

TEODORA.

Si es igual

La sangre, hermano, y se junta,
¿Qué mucho que me haya dado
De andar con ella?

(Sale Leonor.)

LEONOR.

Aquí están

Los músicos.

TEODORA.

¿Entrarán?

PRUDENCIO.

A muy buen tiempo han llegado.

ESCENA VII.

Músicos. — Dichos.

UN MÚSICO.

Hoy el doctor nos mandó
Alegar esta señora.

PRUDENCIO.

Mas lo ha menester Teodora.

EL MÚSICO.

¿Cómo?

PRUDENCIO.

El mal se le pegó.
(Ap. Enfadado, y con razon,
Estoy de mi hermana. Hoy quedo
Sopechoso : esto es enredo.)

MÚSICO.

Escuchad esta cancion,
(Cantan.) *Niña del color quebrado,
O tienes amor ó comes barro.
Niña que, al salir el alba
Dorando los verdes prados,
Esmaltan el de Madrid
De jazmines tus pies blancos;
Tú, que vives sin color,
Y no vives sin cuidado,
O tienes amor ó comes barro.
Que salgas tan de mañana
Con tal cuidado, me espanto;
Estoy por decir, por tí:
Eso que comes no es barro.
Pues madrugas y no duermes,
Y andas por mayo en el campo,
O tienes amor ó comes barro.*

PRUDENCIO. (Ap.) [sejan

Oh cuánto á un hombre avisan y acon-
Las canciones suaves y poesías,
Para enseñar los hombres inventadas !
No en balde se inventaron las comedias,
Primero en Grecia que en Italia y Roma.
Allí se ven ejemplos y consejos,
Porque son de la vida los espejos.
Ya puede ser que esta muchacha mia
Estuviese opilada de deseos;
Que no están ya los tiempos de manera
Que puedan descuidarse con las hijas
Los padres que profesan honra y fama.
Ya fué otro tiempo, que con años treinta
Llamaban niña una mujer, y andaba
Jugando con los mozos en cabello.
Mas hoy, por los pecados de los hombres,
Cierta señal de que se acaba el mundo,
De diez años aspira á casamiento,
A trece es madre, y á veintuno abuela.
Yo quiero, con ejemplo destes músicos,
Casar mi hija, que es el mejor medio
Para desopillalla; y á fe mia,
Queno ha venido Otavio, si él la quiere,
Á mal tiempo.

OTAVIO.

¿Qué estás contigo hablando?

PRUDENCIO. (Ap. á Otavio.)

Decía, Otavio, yo que los poetas
Nos están avisando por momentos
El modo de vivir á lo seguro,
Que entre aquella dulzura de la música
Nos dan mil aforismos y sentencias.
Danme deseos de casar mi hija.

OTAVIO.

¡Ojalá que tuvieras tal propósito!
Que una dispensacion poco costara.

PRUDENCIO.

¿Hablas de veras?

OTAVIO.

Tan de veras hablo,
Que después que la vi...

PRUDENCIO,

Basta, no digas

Otra palabra ya Belisa es tuya.

Tu padre soy, bien puedo yo casarte.

OTAVIO.

No lo es tanto, Señor, tu hermano.

PRUDENCIO.

Cuándo quieres que hablemos mas de
[espacio;Que están aquestos músicos presentes
Y ella tambien: no quiero que lo entien-

OTAVIO.

Esta tarde podremos hablar solos.

PRUDENCIO.

A Atocha nos iremos paseando.
Véte agora; que quiero que Teodora
Sepa su voluntad.

OTAVIO.

Llevarme quiero
Los músicos. — Señores, yo querría
Oírlos con espacio en mi aposento.

UN MÚSICO.

Vamos donde mandáredes. — Señora,
Adios.

BELISA.

El cielo os guarde.

OTAVIO.

Adios, Teodora.
(Vase Otavio, los músicos y Leonor.)

ESCENA VIII.

PRUDENCIO, TEODORA, BELISA.

TEODORA.

¿Por qué se va nuestro sobrino?

PRUDENCIO.

Creo
Que se le pegan ya vuestras tristezas:
Es toda aquesta casa opilaciones.
Mas oye, hermana, así te guarde el cielo.
(Hablan aparte.)

TEODORA.

¿Es por ventura que casar intentas
Esta muchacha?

PRUDENCIO.

¿Lo que dije oíste?

TEODORA.

En verte hablar á solas con Otavio,
Presumí que tratabas de casarla.

PRUDENCIO.

No quiero mas de que su intento sépas.

TEODORA.

No teniendo salud, ¿quieres casarla?
Pregúntalo al doctor, sabe primero
Si será bien.

PRUDENCIO.

Casarla es buen acero.

Dile que yo la caso con Otavio.

TEODORA.

Yo lo haré así.

PRUDENCIO.

Yo sé que no la agravio.
(Vase.)

ESCENA IX.

TEODORA, BELISA.

TEODORA.

¿Grande mal, gran desventura!

BELISA.

¿Cásame mi padre?

TEODORA.

Sí.

BELISA.

Todo lo que dijo oí.

Tía, mi muerte procura;

Tía, daréme la muerte

Tía, si me tiene amor,

Si sabe que este dolor

Es tan penetrable y fuerte;

Si ya ha visto de experiencia

Lo que saber no solía,

Mire que he de perder, tía,

La vida con la paciencia.

Mire que Lisardo es ya

Mi honor, mi vida, mi ser.

TEODORA.

Belisa, no es menester,
Cuando de por medio está
Todo mi bien en Riselo,
Mas de mi propio interés.
Antes que á Otavio le des
La mano, permita el cielo...

BELISA.

No lo jures: no se enoje,
Y nos venga un mal suceso.

TEODORA.

Perderé, sobrina, el seso.
Haz que luego se te antoje
Ir al campo, al Prado, al Soto,
Finge mil melancolías,
Pasa las noches y días
En temerario alboroto.
Yo me declaro, sobrina.
Vivan Lisardo y Riselo! —
¿Leonor!

ESCENA X.

LEONOR. — Dichas.

LEONOR.

Señora...

TEODORA.

¿Dirélo?

BELISA.

Traza, ordena y imagina
Lo que quisieres de mí.

TEODORA.

Quiero escribir un papel
A Riselo, porque en él
Sepa cuanto piensa aquí
Prudencio, y porque mañana
Con Lisardo esté en el Prado,
Donde quede concertado
Dar con la esperanza vana
De aqueste Otavio en el suelo,
Aunque tenga mas poder;
Que tú serás su mujer,
Como me quiera Riselo.

BELISA.

Y ¿cómo si te querrá!
Déjame besar tus pies.

TEODORA.

Este es mi propio interés.
Leonor á llevarle irá;
Que si no lo entiendo mal,
No quiere mal al doctor.

BELISA.

Tambien es mujer Leonor,
Y Leonor quiere á su igual.
Ven y escribe, por tu vida;
Mi desdicha le encarece.

TEODORA.

Voy.

(Vase.)

ESCENA XI.

BELISA, LEONOR.

BELISA.

Leonor, ¿qué te parece
Esta hipócrita fingida?

LEONOR.

Que aunque te dió pesadumbres
Mientras no supo querer,
Has de tener bien que hacer
En enmendar sus costumbres.

BELISA.

Tuvo al principio templanza;
Pero en fin vino á caer;
Que al son de amor no hay mujer
Que no haga una mudanza.

(Vanse.)

Calle.

ESCENA XII.

LISARDO, RISELO.

RISELO.

Anda desesperada, y justamente,
Con estos celos que le doy, Marcela.

LISARDO.

¿De quién lo sabe?

RISELO.

De la misma gente.

La fama es ave y por los aires vuela.

LISARDO.

Desdicha ha sido.

RISELO.

Y grande inconveniente
Para seguir la empresa que os desvela;
Porque por vos cualquiera cosa haría,
Hasta perder la misma sangre mía;
Mas á Marcela, vive Dios, Lisardo, [ble.
Que aunque quiera, no puedo ni es posi-
Ando con vos de visitarla tardo,
Y por venganza, que es mujer terrible,
A un marquesote, á un moceton gallardo
Ha dado franca entrada su imposible
En casa, donde al sol que la pasea
Puso el honor dragones de Medea.
Mandadme acometer cien escuadrones,
Mandadme detener los altos vuelos
De las aves, que tocan los balcones
De la luna, y se estrellan en los cielos;
Y no sufrir en estas ocasiones
De Marcela rigor, de un hombre celos;
Que servir á Teodora sin mi gusto,
Por el vuestro, Lisardo, fuera justo;
Pero verme olvidado de Marcela,
Celoso de Florencio, y desdenado,
No lo puedo sufrir.

LISARDO.

Ya se rebela

Tu cielo, amor, contrario á mi cuidado.
Celos os da Marcela con cautela,
Por lo que de Teodora le han contado;
Vos lo tomáis de veras, y de modo,
Que si vos la dejáis, lo pierdo todo.
¡Pluguiera á Dios, RISELO, que yo hubiera
Otro amigo llevado!

RISELO.

Yo me holgara,

O que para serviros libre fuera.

¿Abrieron?

LISARDO.

Sí.

RISELO.

Mi muerte se declara.

Florencio es este. De allá sate.

LISARDO.

Espera.

No le has de hablar.

RISELO.

Mi desventura es clara.

LISARDO.

El hombre no es culpado, no es tu amigo.

RISELO.

¡Cuánto mal me ha venido de ir contigo!
(Retíranse.)

ESCENA XIII.

FLORENCIO y GERARDO, sin reparar en— LISARDO y RISELO.

FLORENCIO. (A Gerardo.)

Parece que se ablanda.

GERARDO.

¿Quién lo duda?

Asiste; que asistiendo, estoy seguro
Que has de rendirla.

FLORENCIO.

La porfía muda

El áspero rigor de un monte duro.
Como RISELO á verla un mes no acuda,
No dudes que tendré lo que procuro.

GERARDO.

RISELO quiere bien á su beata. [ta.
Ya es mercader, que en estameñas tra-
Tratar solía en telas y diamantes;
O se ha perdido, ó quiere andarlo todo.

FLORENCIO.

Pues yo pienso con prendas semejantes
Hallar, Gerardo, á mi remedio el modo.
Y porque en el amor son importantes,
Mas que ser Salomon, Narciso y Godo,
Hoy de Guadalajara en la gran puerta,
Haré un empleo en lo que siempre acier-

GERARDO.

¿Qué sacarás?

FLORENCIO.

Catorce ó quince varas
Del mejor terciopelo de Toledo
Y un corte de Milan de flores raras
O de rica labor, si hallarle puedo;
Con esto y cien doblones de á dos caras,
No pienso á la de nadie tener miedo.

GERARDO.

Cuadróme.

FLORENCIO.

Es linda cosa, en estos tiros,
Trocar en seda y oro los suspiros.
(Vanse Florencio y Gerardo.)

ESCENA XIV.

LISARDO, RISELO.

RISELO.

Mucho he sufrido por ti.

LISARDO.

No es ocasion de perderte;
Que bien puedes de otra suerte
Remediar que no entre aquí.

RISELO.

Si ella está determinada,
¿Qué remedio puede haber?

LISARDO.

Posible es que una mujer
Esté ya tan olvidada?
Llama; que siendo forzoso,
Yo le diré la verdad.

RISELO.

Paréceme una ciudad,
Muro, foso y contrafoso.
Paréceme ya, Lisardo,
Que aquesta puerta ha de ser
Tan fuerte, que es menester
Para rompella un petardo.
Paréceme las ventanas
Troneras llenas de tiros.

LISARDO.

Con menos de dos suspiros

Apostaré que la allanas.

RISELO. (Llamando.)

¡Ah de casa!

ESCENA XV.

MARCELA, á una ventana.—Dichos.

MARCELA.

¿Quién es?

RISELO.

Yo.

MARCELA.

¿Yo no mas? ¡Grande palabra!

RISELO.

Abre, mis ojos.

MARCELA.

¿Que abra?

RISELO.

Luego ¿no has de abrirme?

MARCELA.

No.

RISELO. (A Lisardo.)

¿Qué os parece?

LISARDO.

Abre, Señora;

Mira que vengo yo aquí.

MARCELA.

Errados venis.

LISARDO.

¿Yo?

MARCELA.

Sí;

Que no vive aquí Teodora.
Cerca de San Sebastian
Vive esa dueña de honor,
Con su poco de color
Y sus tocas de azafrañ.
Es mujer de escapulario
Con mas botes de virtudes,
Aguas, yerbas y saludes
Que hay en cas de un boticario.
Es, diferenciando el centro
De aquella exterior esfera,
Ermitaña por defuera
Y demonio por de dentro.
Nunca sin imagen viene;
Mas es de la Concepcion;
Adonde hace oracion
Cierta devoto que tiene.
Su santidad ha llegado
(Que bien se puede decir)
A que ya se va á vivir
A Atocha, al Soto y al Prado.
Tiene una niña á que enseña
Todas estas devociones,
Con ciertas opilaciones,
Que anda en visperas de dueña;
Tan blanda, aunque toma acero,
Que no hay cera que la iguale.
Habla, mira, escribe y sale
A ver cierto caballero.
Esta hallarán donde digo;
Porque aquí solo hallarán
Mujer que quiere galan
Que menos quiera á su amigo.

(Quítase de la ventana.)

ESCENA XVI.

LISARDO, RISELO.

RISELO.

¿Entróse?

LISARDO.

No, sino el alba,

Cuando andaba entre las coles!

RISELO.
Alba para mí, y aun soles.
LISARDO.
La intencion, Riselo, os salva.
No temáis, pues que no habeis
Hecho ofensa á esta señora.
Llamad, decid que á Teodora
En vuestra vida veréis;
Que ya ni quiero á Belisa
Ni en mi vida la veré.

RISELO.
Esperad; que aunque se fué
Tan furiosa y tan aprisa,
Sin que perdais vuestro bien
He de procurar el mío.—
¡Ah de casa!

LISARDO.
Es desvario.
RISELO.
¿No responden?
LISARDO.
No habrá quién.
RISELO.
¡Ah de casa!

ESCENA XVII.**BELTRAN. — Dichos.**

BELTRAN.
En busca vuestra
Ando mas há de dos horas.
LISARDO.
¿Dirás, Beltran, que esta ignoras?
BELTRAN.
Este papel traigo.

LISARDO.
Muestra.
BELTRAN.
No es para tí; que Leonor
Me le dió para Riselo.
RISELO.
De Teodora. ¡Buen consuelo!
Abre, Marcela.

BELTRAN.
¡Ah, Señor!
RISELO.
Que no hay señor; quita allá.

LISARDO.
Lee, Riselo, por Dios.
RISELO.
¡Bien me aconsejais los dos!
Si acaso acechando está
Por la ventana Marcela,
Y el papel me ve leer...

LISARDO.
Para picarla, ha de ser
La mejor treta y caulela.
Lee, no seas tan tierno.

RISELO.
¿Qué no haré por tí, Lisardo?

LISARDO.
Ver abrir el cielo aguardo.

BELTRAN.
Yo ver abrir el infierno.

RISELO. (Lee.)
«Otavio pide á Belisa
»Por mujer.»

LISARDO.
Muerto soy ya.
RISELO. (Lee.)
«Y Prudencio se la da.»

LISARDO.
¿Tanto mal y tan aprisa?
(Toma la carta y lee.)

«Yo, mi bien, te quiero bien,
»Y lo procuro estorbar;
»Que con él se ha de casar,
»Y yo contigo.»

RISELO.
¿Con quién?
BELTRAN.
Confígo dice.

RISELO.
¿Connmigo?
LISARDO.
¡Ay, Riselo! echa de ver
Que hallarás otra mujer,
Y no hallarás otro amigo.

RISELO.
Lo mismo te digo yo.
LISARDO.
Yo quiero á Belisa mas.
Tú en la posesion estás
De tu deseo, y yo no.

RISELO.
Espera: hablaré con ella,
Y diréle la verdad;
Por dicha, por tu amistad
Sufrirá burlarme della.—
¡Ah Marcela! Ah mi señora!
Oye una palabra.

ESCENA XVIII.**MARCELA, que sale de su casa. — Dichos.**

RISELO.
¡Ah cielo!
MARCELA.
¡Ya no te he dicho, Riselo,
Que no vive aquí Teodora?

RISELO.
Oye, mi bien, y sabrás
La verdad.

MARCELA.
¿Verdad en tí?
RISELO.
Lisardo, mi amor le di.

MARCELA.
¿Qué buen testigo me das!
LISARDO.
Marcela, Teodora fué
De aquel mi amoroso encanto
El gigante, y entre tanto
Que le defendió, no entré.
Pedí á Riselo venciése
Con amor su hipocresía.
Esto con ella fingia
Para que lugar me diese.
Sucedió con gran ventura.
Si la engaña, ¿qué te ofende?

MARCELA.
¿No se entretiene y pretende?
LISARDO.
Sí, pero ¿á cuál hermosa?
MARCELA.
Quita allá; que cualquier cosa,
Aunque fea y despreciada,
Si es mucho tiempo tratada,
Viene á parecer hermosa.
Yo no entiendo esas quimeras;
Mil cosas hay, si te burlas,
Que se comienzan de burlas,
Y que se acaban de veras.
Id en buen hora los dos:
De mí no os podeis quejar;
Que yo no voy á buscar
Á Riselo.

RISELO.
¡Bien por Dios!

MARCELA.
Vete, loco.
RISELO.
¿Loco? Muy cuerdo soy ya.
Teodora tiene secretos
Que me despiquen de tí.
MARCELA.
Y Florencio ¿para mí
No sabrá algunos consetos?
Váyase vuesa merced

MARCELA.
Cuando yo á buscarle fuera,
Era bien satisfacerme;
Mas si él piensa hablarme y verme,
Ha de ser desta manera:
Que me ha de llevar mañana
Adonde el acero toma
Esa fraila de Mahoma,
Esa galga con cuartana,
Envuelta en manta de jerga,
Y le ha de decir allí
Que muere, que pena aquí,
Come, viste, vive, alberga,
Y que ha sido todo engaño
Cuanto le ha dicho hasta agora.

LISARDO.
¡Medraré por Dios, Señora,
Con ese buen desengaño!
¡Bien se hará mi casamiento
Con Belisa de ese modo,
Cuando mi edificio todo
No tiene otro fundamento!
Tú ¿no ves que es gran crueldad
Echarme á perder así?

MARCELA.
Piérdame Riselo á mí;
Que mas le va en tu amistad;
Que á mí, pues él me desecha,
No faltará quien me estime.

RISELO.
Eso hace que me anime
A proseguir mi sospecha.
¡Ah, Marcela! bien se ve
Que aqueste achaque has buscado,
Pues habiendo asegurado
Con tanta verdad mi fe;
Y sabiendo que es ficción
Todo el amor de Teodora,
Y que mi alma te adora,
Sales con esta invencion.
¡Oh! ¿cómo te ha estado bien,
Para que entre y salga aquí
Florencio, y tratarme á mí
Con este injusto desden,
El hacer yo la amistad
Que en esto á Lisardo hago!
Tú has dado, Marcela, el pago
Que merece mi verdad.
Entre Florencio en buen hora.—
Vamos, Lisardo; que ya
Querer de veras será
Lo que fué burla en Teodora.
¡Vive Dios, que no has de verme
En tu vida mas!

MARCELA.
Y yo
¿Moriréme de eso?

RISELO.
No.
MARCELA.
Pues ¿qué mal piensas hacerme?
RISELO.
El tiempo te lo dirá.—
Vén, Lisardo.

LISARDO.
Espera un poco.
RISELO.
No hay esperar.

MARCELA.
Vete, loco.
RISELO.
¿Loco? Muy cuerdo soy ya.

Teodora tiene secretos
Que me despiquen de tí.

MARCELA.
Y Florencio ¿para mí
No sabrá algunos consetos?
Váyase vuesa merced

Con su egipciaca señora,
Y mire que desde agora
Me hagan los dos merced
De no llegar á esta calle;
Porque donde entra Florencio
Ha de haber honra y silencio,
Y lo merece su tallo.

RISELO.

¡Esto sufro! Fuera digo. *(Saca la daga.)*
Mataréla.

MARCELA.

¡Ay Dios!

(Vase.)

LISARDO.

Detente.

ESCENA XIX.

LISARDO, RISELO, BELTRAN.

BELTRAN.

Entróse y cerró.

RISELO.

¡Que intente

Tal desvergüenza conmigo!
Las puertas le romperé.

LISARDO.

Por Dios, que mires su honor.

BELTRAN.

¿Qué es lo que intentas, Señor?

RISELO.

Estoy sin seso; no sé.
De la una parte el amigo
Mayor que tuve en mi vida
A seguirle me convida,
Y finalmente le sigo;
Por otra, aquesta mujer,
Que adora el alma tres años...:
En extremos tan extraños
¿Qué medio podré tener?

LISARDO.

El medio es dejarme á mí,
Pues á mí no me perdeis;
Que mas vuestro me tendréis
Con lo que ha pasado aquí.

RISELO.

Eso no, por mil mujeres,
Aunque reviente, aunque muera,
Pero; que esta injusta quiera,
Viendo que á Belisa quieres,
Y que finjo con su tia,
Escaparse por aquí! —
Abre, fuera.

LISARDO.

¿Estás en tí?

ESCENA XX.

MARCELA, á la ventana. — RISELO,
LISARDO y BELTRAN, en la calle.

MARCELA.

¿Oye, amigo?

RISELO.

¡Ah, prenda mia!

MARCELA.

A esa su dama encubierta,
A esa su fraila Teodora,
Voy á escribir que me adora
Y que me quiebra la puerta.

(Quítase de la ventana.)

RISELO.

Acabóse; yo soy muerto;
Ella está determinada.

LISARDO.

Dejalda; que está enojada:
Y de una cosa os advierto;

Que con no la ver dos dias,
Os ha de buscar, Riselo.

RISELO.

Por verme tierno, recelo
Burla de las ansias mias.

(Sale á la ventana Marcela.)

MARCELA.

¿Oye, Señor? A los dos
Adviento que son engaños;
Porque si se está dos años,
No le buscaré, por Dios.

(Vase.)

LISARDO.

Oye.

RISELO.

Escucha.

BELTRAN.

Grandes necios

Los dos con Marcela estáis;
Que en fin ocasion le dais
Para mayores desprecios.
Habla y escribe á Teodora;
Que aunque blasone, verás
Si llora y lo siente mas
Que lo río y burla agora.

MARCELA. *(Asomándose.)*

¿Oye, señor picaron?
No haya miedo que así sea,
Aunque un siglo no me vea;
Que tengo honor y razon.

(Vase.)

BELTRAN.

A caballero nos tira:

Arma detrás, y dispara.

RISELO.

La ventana la repara:

Su desenfado me admira.

Pues de aquesta vez me voy.

LISARDO.

Bien harás; que es mucho enfado.

RISELO.

Hoy á Marcela he dejado:

Mira si tu amigo soy.

(Vase.)

Sala en casa de Prudencio.

ESCENA XXI.

OTAVIO; SALUCIO, vistiéndole.

OTAVIO.

Dame la capa y la espada.

SALUCIO.

Ponte la trenza del cuello.

¿Quieres espejo?

OTAVIO.

Me enfada,

En po siendo el ángel bello
De mi esposa y prenda amada.

SALUCIO.

¿Qué capa?

OTAVIO.

La de color.

SALUCIO.

¿Dónde vas tan de mañana?

Mira que el alba, Señor,
Aun no llama á la ventana
Con el primer resplandor.

OTAVIO.

Habla bajo; que he sentido

Que Belisa se levanta,

Y su dulce voz oído:

No por diligencia tanta

Pierda el favor pretendido.

Y aunque entre rojo arrebol

El alba apenas se ría

En nuestro cielo español,
No digas que no es de día
Después que ha salido el sol.

SALUCIO.

Luego ¿quitérasla seguir?

OTAVIO.

Tengo unos pocos de celos,
Y tras el sol quiero ir.

SALUCIO.

¿Celos tienes en los cielos
De ver al alba reir?

OTAVIO.

Si los tuvo Endimion
De la luna, al fin mujer,
¿Por qué con mas afición
No los puedo yo tener
Del sol en esta ocasion?
Todas aquestas mañanas,
Que tan de mañana asoma
El sol por estas ventanas,
Es el acero que toma
Armas contra mi tiranías.
Armado de acero sale
Contra mí el sol de los cielos;
Y aunque en armas no le iguala,
Contra el poder de mis celos
Ninguna fuerza le vale.
Yo voy á ver dónde va;
Que después que en nombre está
De mi esposa, este cuidado,
Justo ó injusto, me ha dado.

SALUCIO.

Con justa causa te da.
Al principio te advertí.
Bien puede ser que este acero
No se vista contra tí.

OTAVIO.

Saberlo, Salucio, quiero.
¿Salieron?

SALUCIO.

Pienso que sí.

OTAVIO.

Pues déjalas trasponer.
Y en su seguimiento vamos.

SALUCIO.

Sospecho que te han de ver.

OTAVIO.

No harán; que hay yerbas y ramos,
Y yo me sabré esconder.

SALUCIO.

Aun no llevan escudero.

OTAVIO.

Sígueme; que saber quiero
Si tiene algun desafío
Quien sale con tanto brio
Al campo llena de acero.
(Vase.)

El Prado.

ESCENA XXII.

LISARDO, RISELO y BELTRAN, con
capas de color.

LISARDO.

Frescos vientos de Madrid;
Que las mañanas y tardes
Venís de las altas sierras
A refrescarle y bañarle,
Traed de sus pardas nubes
Algunos toldos que tapen
Estos tapetes de flores.
Que al alba las hojas abren.
Venid bañados de aljófar,
O destas fuentes tomadle,

Con que mojado las plumas,
Bañeis en perlas el aire;
Que si crece el sol que sale,
Volveráse la niña, dirá que es tarde.

RISELO.

Vientos, que habeis levantado
Tan extrañas tempestades
En el mar de mis amores,
Que me anegan sus pesares;
Vientos, que con la fortuna
Misma, de amigo tan grande,
De la calle de Marcela
Me trajistes á su calle;
Vientos, por quien ya perdí
Que me vea y que me hable:
Templad la furia del día,
Y en pardas nubes bañade;
Que si crece el sol que sale,
Volveráse la tia, dirá que es tarde.

BELTRAN.

Vientos, que en Madrid sois
Llevar de sus sucias calles
Mas liquidámbar y algalia
Que hay en treinta Portugales;
Pues sois tan claros y puros,
Que no hay cosa que le dañe,
Respeto de vuestra fuerza
Amorosa y saludable,
Cubrid con un garabito,
Hasta que su furia pase,
La cara del sol, y en Indias
Tenga la fiesta con Dáfnos;
Que si crece el sol que sale,
Volveráse mi tollo, dirá que es tarde.

(Vanse.)

ESCENA XXIII.

MARCELA, tapada; OTAVIO, SALUCIO.

MARCELA.

Suplico á vuesamerced
Me deje ir sola.

OTAVIO.

Quisiera
Solo que se descubriera,
Y me hiciera gran merced.

MARCELA.

No me puedo descubrir;
Que vengo á ver cierta cosa.

OTAVIO.

¿Estáis por dicha celosa?

MARCELA.

Mis celos vengo á seguir.

OTAVIO.

Encontrado nos habemos;
Que á lo mesmo vengo yo;
Y pues amor nos juntó,
Las desdichas nos contemos.

MARCELA.

Yo vengo á ver si aquí viene
Un hombre á ver una dama
Que toma acero, y que es fama
Que alguna blandura tiene.

OTAVIO.

Yo vengo á ver si otra sale
A pasear cierto acero,
O á hablar algun caballero.

MARCELA.

¿Que así el amor nos iguale!
Que así nos mate á los dos
Con un mismo acero!

OTAVIO.

El mío
Me mata de agudo y frío.
¿Cómo os hiere y mata á vos?

MARCELA.

A mí me mató el acero
Porque á la sazón que ardía,
Se templó en el agua fría
Y mudó el temple primero.

SALUCIO. (A su amo.)

Dos damas vienen allí.
Pienso que las tuyas son.

MARCELA.

Si son vuestras, mi pasión
Y la vuestra andan allí
En el yugo de los celos
Arando enojos, sembrando
Penas; y pues van llegando,
Así os remedien los celos,
Que me las dejéis hablar.

OTAVIO.

Bien podeis; que yo no tengo
Licencia de hablarlas.

ESCENA XXIV.

TEODORA, BELISA, LEONOR, por
un lado; por otro, LISARDO, RISE-
LO y BELTRAN.—Dichos.

BELISA.

Vengo

Llena de enojo y pesar
De lo que habemos tardado.

TEODORA.

Allí están: hablarlos puedes.

MARCELA. (A las damas.)

Dios guarde á vuestras mercedes,
Que así vuelven cielo el Prado.

BELISA.

Mejor se dirá por vos
Y ese tallazo gallardo.

RISELO.

Una tapada, Lisardo, (Ap. á él.)
Se llega á hablar con las dqs.

LISARDO.

¿Quién será?

RISELO.

No sé; sospecho
Que estorbo nos ha de hacer.

BELISA.

No me puedo detener;
Que traigo acero en el pecho.
Suplicoos me deis lugar.

MARCELA.

Tengo que hablar, reina mía,
Con vuestra señora tia.

TEODORA.

¿A mí me queréis hablar?

MARCELA.

A vos.

TEODORA.

¿Sobre qué?

MARCELA.

Allí enfrente
Ciertos hidalgos están.

TEODORA.

Ya los veo.

MARCELA.

Aquel galán,
Que la mira tiernamente,
Es mi marido.

TEODORA.

Pues bien,
Guárdeosle Dios; que es gallardo.

MARCELA.

Sé que da gusto á Lisardo
Fingiéndole quererla bien;
Yo porque tenga lugar
De hacer mejor este embuste,

Mientras que Belisa guste,
Le doy de que os pueda hablar.
Ayer le cerré mi puerta;
Fué á verme y hallóla así;
A sus lágrimas abrí.
De milagro no estoy muerta;
Que hubo daguita y querer
Romper una celosía.
Y aunque mil firmas tenía,
Y puedo ser su mujer;
Por serviros, y que vea
Madrid (que lo nuevo agrada)
Una hipócrita casada,
Le dejo que os hable y vea.
Esto me ha traído al Prado;
No contiene mas la historia:
Aquí gracia y después gloria.

TEODORA.

¿Qué mal habeis predicado!
Y advertid que ni Lisardo
Habló jamás con Belisa,
Como algun necio os avisa,
De quien la venganza aguardo;
Ni el hábito que profeso
Es para burlas de amor,
Porque bien sabe el Señor
Cuán léjos va el alma deso.
El encamine la vuestra
A su servicio.

MARCELA.

¡Oh qué bien!

Que ya os conozco, y tambien
El me lo cuenta, y me muestra
Vuestros muy necios papoles.

TEODORA.

Vos lo sois tanto, que fuera
Mejor que oído no hubiera
Disparates tan crueles.
Alguna debeis de ser
Destas de guadamecí.

MARCELA.

¡Jesus! Vos hablais así!
Aun no lo puedo creer.
Besad la tierra, rezad
Un rosario.

BELISA.

Quedo, quedo;
Que á no tener justo miedo
De otra mayor libertad,
Yo castigara la vuestra.

MARCELA.

Paso, señora Belisa.

ESCENA XXV.

FLORENCIO, GERARDO.—Dichos.

FLORENCIO. (A Gerardo.)

Por dónde vino me avisa.

GERARDO.

¿No ves el perro de muestra?

FLORENCIO.

Alto, Riselo está allí:
No estará la perdiz léjos.

TEODORA.

Tomaré vuestros consejos;
Harélo, Marcela, así.

BELISA.

¿Cómo hablas de esa suerte?

TEODORA. (Ap. á Belisa.)

¡Ay, Belisa! he visto á Otavio.

RISELO. (Ap. á Lisardo.)

¿Quién es, Lisardo, tan sabio,
Que á sufrir celos acierte?
Agora acabo de ver
A Florencio; y la señora
Que está hablando con Teodora,
Marcela debe de ser.

Tu negocio va perdido
Y el mío está por el suelo.

LISARDO.

¡Habrá mas fortunas, cielo!

MARCELA.

Pues con esto me despido;
Que allí he visto un caballero,
Y con él me quiero ir.

TEODORA.

No tengo mas que os decir
De que ser muy vuestra espero.

MARCELA.

¡Florencio mío!

FLORENCIO.

Señora,
Mira que está allí Ríselo.

MARCELA.

Solo por tí me desvelo.

RÍSELO. (Ap.)

¡Vive el cielo, que le adora!

¡Esto tengo de sufrir?

OTAVIO. (A Salucio.)

Pues á nadie habla mi esposa,
Páreceme justa cosa
Iria á hablar.

SALUCIO.

Bien puedes ir.

OTAVIO.

¡Belisa mía!

BELISA.

¡Señor!....

LISARDO. (Ap. á Ríselo.)

¡Qué bien á entrambos nos fué!

¡Es su primo aquel?

RÍSELO.

No sé;

Solo siento mi dolor.

SALUCIO.

Señora Leonor...

LEONOR.

Amigo...

SALUCIO.

¡Al campo tan de mañana?

LEONOR.

Tomo acero.

SALUCIO.

Pues, hermana,
No tenga aceros conmigo,
Que soy muy su servidor.

BELTRAN. (Ap.)

¡Buena mañana de mayo,
Que aun traje el primo un lacayo
Para que hablase á Leonor!

FLORENCIO.

Vén, Marcela; por aquí

Entrarás á ver la huerta

Del señor Duque.

MARCELA.

¡Está abierta?

FLORENCIO.

Llega; que pienso que sí.—

Llama al alcalde, Gerardo.

GERARDO.

Yo voy.

MARCELA. (Ap.)

¡Cuán bien, justo cielo,

Me vengaste de Ríselo!

(Vanse Marcela y Florencio.)

ESCENA XXVI.

BELISA, TEODORA, LEONOR, OTAVIO y SALUCIO, en un lado; en otro, LISARDO, RÍSELO y BELTRAN.

RÍSELO.

No me detengas, Lisardo.

LISARDO.

Pues yo sufrí que esté Otavio

Con Belisa desta suerte,

Sufre tú.

RÍSELO.

¡Puede haber muerte

Que se compare á mi agravio?

¡Nunca yo viera á Teodora!

TEODORA. (A Belisa.)

Vamos á ver estas fuentes,

Si cansada no te sientes.

BELISA. (Ap. á su tia.)

No podrán todas agora

Templar mi fuego.

TEODORA.

Y á mí,

¡Qué templanza me da el cielo?

¡Es bien hecho que Ríselo

Me haya engañado por tí?

BELISA.

¡No puede ser que, celosa,

Haya esta mujer mentido?

TEODORA.

Ni él ha de ser mi marido,

Ni tú de Lisardo esposa.

(Vanse Teodora, Belisa, Otavio, Leonor y Salucio.)

ESCENA XXVII.

LISARDO, RÍSELO, BELTRAN.

RÍSELO.

¡Buenos habernos quedado!

LISARDO.

¡Gentil madrugada ha sido!

Aun con Beltran no he podido

Dar á Leonor un recado.

BELTRAN.

¡Que aun no me pudo este agravio

Perdonar? Basta, silencio.

RÍSELO.

¡Juntos Marcela y Florencio!

LISARDO.

¡Juntos Belisa y Otavio!

BELTRAN.

¡Juntos Leonor y Salucio!

RÍSELO.

¡Con mi enemigo, traidora?

LISARDO.

¡Con un extraño, Señora?

BELTRAN.

VII, ¿con un hombre tan sucio?

RÍSELO.

¡Que requiebrándose van

Marcela y Florencio?

LISARDO.

¡Ah Dios!

¡Que vayan juntos los dos!

¡Qué me aconsejas, Beltran?

BELTRAN.

Oid.

LISARDO.

Di presto.

BELISA.

El sol arde:

Una exclamacion decid

A los aires de Madrid,
Porque en las nubes aguarde;
Que si crece el sol que sale,
Volveráse la niña, dirá que es tarde.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de Prudencio.

ESCENA PRIMERA.

PRUDENCIO, TEODORA.

PRUDENCIO.

Hoy he sabido del curial de Roma
Que la dispensacion, Teodora, vino,
Y la pienso tener antes que coma.

TEODORA.

Abrevió tu cuidado su camino.

PRUDENCIO.

Cuando una cosa del honor se toma
A cargo, y mucho mas por tal soborno,
Todo se abrevia, facilita y hace.

TEODORA.

Merece amor.

PRUDENCIO.

Del que le tengo nace.

Estoy de que se acerque el casamiento,
Por vivir de Belisa desculpado,
Con Otavio, Teodora, muy contento;
Pero hame puesto un miedo en gran cul-

TEODORA.

[dado.

¿Cómo?

PRUDENCIO.

Si miro esta muchacha atento,
Después de haberla, como ves, curado,
Con mas opilacion que antes la veo;
Que no está sana de sus males creo.
¡De qué ha servido el médico, el jarabo,
El paseó, el acero y las mañanas
De todo un mes? O el médico no sabe,
O son al mal las medicinas vanas:
No me parece el médico hombre grave.
Tras esto, á mil señoras cortesanas
Que por Belisa me preguntan, digo
Su nombre... Esto es hablar claro conti-
No le conoce nadie, ni en la corte [go.
Hay médico Beltran: yo con aquesto,
Por lo que al bien de nuestro honor im-

[porte,

Mas bien los ojos en Belisa he puesto;
Y si no es que haber ido me reporte
Con ella tú, cuyo consejo honesto,
Severidad y santidad son ciertas,
Dijera mil malicias encubiertas.
Crece la opilacion, y opilaciones
No están jamás en rostros colorados.
Opilada y color...

TEODORA.

¡En eso pones

Tu pensamiento?

PRUDENCIO.

Hablemos declarados
Yo he sospechado destas estaciones,
Sotos, huertas, paseos, quintas, prados,
Que alguna vez que te dormiste, herma-
Dejó Belisa el coro de Diana. [na,
Madrugabas, Teodora, y desvelada
En lo fresco del campo dormirias;
Que en lo demás, si tu virtud me agrada,
Te lordirán las alabanzas mias.

TEODORA.

La blanca edad, á quien la verde enfada,
Y siempre pone á su inocencia espías,
Siempre Prudencio es maliciosa, y pien-
En la mayor bondad mayor ofensa. [sa
Belisa, de tu hermana acompañada,

¿Pudiera en solo un átomo ofenderte?
Juzga del cielo la armonía parada,
Sin que su movimiento la concierte;
Dormidos luna y sol, y la estrellada
Máquina fija en la columna fuerte
De sus dos ejes; que antes que pudiera
Dormir Teodora, el tiempo se durmiera.

PRUDENCIO.

Calla; que hay varas de Mercurio sabio
Que aduermen ojos de Argos veladores.

TEODORA.

No los hubiera en mí para tu agravio;
Mis ojos fueran siempre vencedores.

PRUDENCIO.

Conmigo mismo no moviera el labio
En materia de honor; á los mayores
Se perdonan mil cosas, y contigo
Hablo como al mayor deudo y amigo.
Por la dispensación partirme quiero,
Y efectuar el casamiento, hermana,
Si no le estorba aqueste negro acero.
¿Nunca saliera la primer mañana!

(Vase.)

TEODORA.

Corrida estoy. Lo mismo considero
Que está Belisa, y no es sospecha vana.
Pienso que me burló con el anzuelo
De los amores falsos de Riselo.

ESCENA II.

BELISA. — TEODORA.

BELISA.

Aguardando estaba aquí
A que mi padre se fuese.

TEODORA.

¡Ay, sobrina! no te pesa
De que esto te diga así.
Tu padre está sospechoso
De verte mas opilada
Tras el acero... ó la espada
De nuestro honor generoso.
Vino la dispensación,
Y conmigo se declara
En que dice que repara
En tu negra opilación.
Y no es mucho, porque yo
Casi en lo mismo reparo.
¿Qué tienes? Háblame claro,
Dime si amor te burló.
Los hombres saben muy bien
Negociar con humildad,
Fingen grande honestidad,
Solo quieren que les den
Una mano; pero asida,
No se les suelta la presa
Hasta que el honor confiesa
Que está la guarda perdida.
Informóse del doctor,
Y no hay tal doctor Beltran,
De que sospechas le dan
Que se atreven á tu honor.
Solo le ha tenido á raya
Ver que yo contigo fui;
Mas dice que me dormí,
Y que no importa que vaya.
Y en esto tiene razón;
Que harto dormida vivía
Cuando la sirena oía
Del mar de mi perdición.
¡Buen sueño los dos me echastes
En Riselo! bien dormí
Mientras liviana creí
Lo que los tres concertastes!
Bien sé que porque os refía
Con tan loco desatino,
Me apartastes del camino
De la virtud que seguía.
Déjame luego (¡ay! ¡nunca fuera!)

Mis devociones, ¡traidores!
Y á vuestros locos amores
Dí mas lugar que quisiera.
Oratorios y rosarios
Troqué en papeles, tan necios
Cuanto muestran los desprecios
Y ven los fines contrarios.
Luego traté de casarme
Yo, que del mundo el imperio
Por el menor monasterio
No trocara sin trocarme.
Veis aquí de qué sirvió:
Yo sin Riselo engañada,
Y aun pienso que tú burlada.
¡Ay, si me engañase yo!

BELISA.

Tía de mis ojos,
Escúcheme atenta,
Pues de mis desdichas
Le han dado sospechas.
Aquel mancebito
Que me vió en la Iglesia
De San Sebastian,
Me tiró mil flechas:
Dellas con los ojos,
Dellas con terceras,
Unas en palabras
Y otras en promesas.
A la Trinidad,
Porque me valiera,
Me fui desde entonces
Domingos y fiestas.
Debió de ser ángel,
Pues se vino á ella,
Y para mirarme
Se puso mas cerca.
De carne nacimos,
No somos de piedra;
Si las siguen mucho,
Ríndense las fieras.
Del bronce mas duro,
Si al fuego le llegan,
Hacen mil figuras
Por la blanda arena.
De un mármol que nace
Dentro de una sierra,
Hacen una ninfa
De una fuente bella:
¡Qué mucho, Señora,
Que se muestre tierna
A ruegos de un hombre
La mayor flaqueza?
Por poder hablarle
(¡Nunca yo pudiera!)
Me fingí opilada,
Pálida y enferma.
Hizo el caballero
Que á curar viniera
Beltran, su lacayo,
Mi amorosa pena;
Y que aquel su amigo
Fingiese quererla,
Porque nos dejase
Proseguir la empresa.
Diérame un jarabe
De coral y perlas
El doctor fingido,
Y con oro á vueltas.
Pensaba mi padre
¡Oh qué mal lo piensa!
Que tomaba acero,
Apio y otras yerbas.
Sali todo el mayo,
Cuando el alba alegra
Las primeras flores
De la primavera,
A Atocha y al Prado,
En cuyas carreras
Bullían los aires
Con las hojas nuevas.
Un día que al Soto,
El Soto que riega

Manzanares claro,
Fuimos sin sospecha.
Ella con Riselo
Por las alamedas
Se apartaron juntos
Un tiro de piedra...
— No de piedra, tía,
Tiro de ballesta,
Pues amor entonces
Disparó sus flechas.—
Beltran con Leonor,
Sobre la ribera,
En los escondrijos
Que las zarzas cercan,
En blancas toallas
Ponían la mesa
Para que almorzasen
Las pobres enfermas.
Lisardo entre tanto,
Porque no rifiera,
Solo me decía
Palabras honestas;
Pero como estaban
Las flores risueñas
Llenas de rocío
Del aurora fresca,
Por aquestos lados
La frescura mesma
Se me entró de suerte,
Como yo soy tierna,
Que mi opilación
Creció de manera,
Que jamás me he visto
Tan posada y necia.
La dispensación
Mal venida sea;
Que quien ama á otro,
Todo lo desprecia.
Suplícole, tía,
Dílate las fiestas,
Hasta ver si acaso
Este bulto mengua.
Por lo menos, tía,
Cinco meses sean;
Que bien habrá cuatro
Que pisó las yerbas.

TEODORA.

¿Con qué paciencia, Belisa,
Podrá escucharte Teodora?
¿Con eso vienes agora!

BELISA.

Tía, amor tratado en misa
Será en servicio de Dios.
Lisardo será mi esposo.

TEODORA.

¿Cómo, siendo ya forzoso
No hablaros jamás los dos?
La dispensación venida,
Y Otavio hasta aquí engañado,
Harán que tu padre airado
Os quite á los dos la vida.

BELISA.

Pues ¿puedome yo casar
Con aqueste inconveniente?

TEODORA.

No; mas medio conveniente
¿Cómo te puede faltar?

BELISA.

¿Qué medio puedo tener?

TEODORA.

Dilatar el casamiento,
Y en pariendo, en un convento
Tu libertad recoger,
Adonde sirviendo á Dios
Hagas penitencia desto.

BELISA.

Yo negociaré mas presto
Que nos juntemos los dos,
Y entre tanto fingiré

Tal dolor de corazón,
Y de aquesta opilación
Tantos extremos haré,
Que padre y primo me dejen
Por cosa inútil.

TEODORA.
Quien ama

Y aventura vida y fama,
No quiere que le aconsejen.
Haz lo que quisieres; yo
No pienso ayudarte mas.

BELISA.
Yo sé, tia, que lo harás.

TEODORA.
Yo sé, sobrina, que no.

BELISA.
Si no lo hicieras, diré
Que tú fuiste la tercera
Para que yo me perdiera.

TEODORA.
¿Qué dices?

BELISA.
Que por ti fué.

TEODORA.
¿Comienza ya la locura?

BELISA.
¡Qué terrible opilación!
Parece que el corazón
Salir del pecho procura.
Llámenme luego un doctor.

TEODORA.
Al fin, te ayudo.

BELISA.
Querria...

TEODORA.
¿Qué tienes?
BELISA.
Señora tia,
De aquí aquí tengo el dolor.
(Vase.)

Calle.

ESCENA III.

LISARDO, RISELO.

RISELO.
Cuando mas pienso que estoy,
Lisardo, libre y contento,
Y que deste pensamiento
Mas lejos huyendo voy,
Entonces de los cabellos
Me arrastra, y sin resistencia
Del alma, con mas violencia
Vengo á sus puertas por ellos.
Si esta fuera una mujer
Menos diestra y entendida,
Pasara segura vida;
Pero ¿cómo puede ser,
Si apenas le doy ojos,
Cuando de aquel mismo estilo
Ya me ha herido por el filo
Con un Florencio en los ojos?
¿Cómo la veré que muero,
Si os digo verdad.

LISARDO.
Muy bien;

Que conmigo su desden
No tendrá rigor tan fiero.
Dejadme á mi negociar;
Que en mis cosas sois discreto,
Y yo en las vuestras.

RISELO.
Efecto

De amor.

LISARDO.
Yo quiero llamar.

RISELO.

Llamad; que no hay golpe ahí
Que no sienta el corazón.
¿Sale?

LISARDO.

Si, chapines son.

RISELO.

En el alma lo sentí.

ESCENA IV.

MARCELA.—Dichos.

MARCELA.

¡Jesus! ¿Quién llama? ¿Quién es?

LISARDO.

Yo soy, Marcela.

MARCELA.

¡Oh Lisardo!

¿Dónde queda aquel gallardo?

LISARDO.

¿Preguntas por lo que ves?

MARCELA.

¡Ah sí! No le había visto.
¿Qué buena venida es esta?
¡Vosotros aquí!

LISARDO.

La fiesta

Pasada...

MARCELA.

(Ap. Apenas resisto.
La risa; que no hay contento
Como ver un loco amante
Con invencion semejante
Declarar su pensamiento.)
¿Qué hay de la fiesta pasada?

LISARDO.

Que un bizarro pretensor
De vuestro amor (que á su amor
Por dicha habeis dado entrada),
En una conversacion
Mostró un papel de RISELO,
Haciendo burla, y recelo
Que puede ser ocasion
De una desgracia notable.
Merced á los dos haréis
De que los demás me deis
Y que en esto no se hable;
Que no es razon que de un hombre
Como RISELO, y que ha sido
De vos tan favorecido,
Y que ya tuvo este nombre,
Anden papeles así;
Que de amor no le hay discreto
Fuera del mismo sugeto.

MARCELA.

Lisardo, ¿esa treta á mí!
¡Yo papel suyo, que ya
Hasta memorias quemé!
Eso ya pasó, ya fué;
Y pues acabado está,
¿Para qué puede ser bueno
Vol verlo á resucitar?

RISELO. (Ap.)

La mujer me ha de matar.
Estoy de cólera lleno:
El juego me ha visto. ¡Ah cielo!
¿Qué poco sabe un rendido!

LISARDO.

Bien sabes que te ha querido
Y que te quiere RISELO.
No te digo que le quieras,
Mas que sus prendas no des,
Y no te quejes después
Si esta burla para en veras;
Que si le aprietas, por Dios,
Que te haga algun pesar.

MARCELA.

¡Acabais de concertar

Este enredillo los dos?

¿Qué pesar me puede hacer;
Que está el cuitado temblando?

RISELO.

¿Qué bien dices, confirmando
Que ya no debes de ser
Mi fuego, pues tiemblo á tí
Que si á tí me calentara,
Claro está que no temblara.

MARCELA.

No lo entiendes bien así.
Tiemblos del hielo, RISELO,
Que has visto en mí para tí;
Porque, habiendo tanto en mí,
Es fuerza temblar del hielo.
Mas ¿cómo vuelves acá,
Si no soy tu fuego yo?
Cuénteme el caso. ¿No halló
Lo que imaginaba allá?
¿No me dijo que tenía
Teodora grandes secretos
Para despigar discretos?
¿Qué ha sido, por vida mía?
¿Hallóla tonta? ¿Qué vió?
¿No es limpia? ¿Qué le ha pedido?
¿Cánsale el verse querido?
¿Qué defetillos la halló?
¿Es flaca, es mal hecha, es fria?
Cuénteme todo el suceso:
Ya soy buena para eso.

LISARDO. (Ap.)

¿Qué notable picardía!
Dios nos libre del estado
En que está agora RISELO.

MARCELA.

¿No habla?

RISELO.

(Ap. ¿Que quiso el cielo
Que un socarron despejado,
Atrevido picaron,
Burlador de cuantas via,
Se halle atajado este día
A manos de su traicion!)
¿Soy yo? Sospecho que no,
No es posible, hasme trocado.
¡Ay, Marcela! Hoy has vengado
Mil mujeres.

MARCELA.

¿Yo?

RISELO.

Tú.

MARCELA.

¿Yo?

RISELO.

Tú pues.

MARCELA.

Luego ¿mil mujeres
Le quieren? Hanle engañado.
Majadero confiado,
¿Con eso engañarme quieras?
No estás seguro de mí,
¿Y de mil lo estás!

LISARDO.

Es mas

Tu rigor que mil: ya estás
Vengada; esto basta así.
Por no te dar pesadumbre
Nunca mas habló á Teodora.
Marcela, el hombre te adora,
Tú eres de sus ojos lumbre.
Hágase aquesta amistad
Con protestacion...

MARCELA.

No quiero,

Si no me jura primero
Que me ha de tratar verdad.

RISELO.

¿Cuándo yo no la traté?

Cuándo tu esclavo no fui?

MARCELA.

Hinque la rodilla aquí,
Y diga así...

RISELO.
Si diré.

MARCELA.

Tuyo soy.

RISELO.

Tuyo soy.

LISARDO.

Mira

Que eso parece conjuro.

MARCELA.

Asegurarme procuro.

LISARDO.

Tu imperio, Marcela, admira.

MARCELA.

Ahora bien, bese la mano.

RISELO.

¿Mas que quieres, como mona,
Que te haga buzcorona?

LISARDO.

Abrácese, y quede llano
Por ciento y un año en paz,
Como la paz de Valencia.

(*Abrazanse.*)

RISELO.

¿Qué me cuestas de paciencia,
Bellísima pertinaz!

ESCENA V.

FLORENCIO, GERARDO. — DICHOS.

FLORENCIO. (*Ap. á Gerardo.*)

A buen tiempo hemos llegado.

GERARDO.

La amistad se confirmó.

FLORENCIO.

Por testigos nos llamó.

De que ya se ha confirmado.

GERARDO.

No hay que fiar en amantes
De largo trato y costumbre.

LISARDO. (*A Marcela.*)

No ha de haber mas pesadumbre.

RISELO.

Tocas, medias, cintas, guantes
Te quiero dar, prenda mia,
Mañana en cas de la Hermosa,
Y de una tela vistosa...

MARCELA.

Téngase; que eso sería
Gasto excesivo.

RISELO.

Mi bien,

Yo gusto desto.

MARCELA.

Yo no.

Oiga lo que quiero yo.

RISELO.

¿Qué quiere ella que la dén?

MARCELA.

Doce varas de estameña
Para un hábito Francisco,
Con que me suba en un risco
A ser frailla berroqueña,
Y un poco de tafetan
Para cierto escapulario.
Pero será necesario,
Si lo que pido me dan,
Pedir á Teodora el suyo,
Para que por su medida
Me le corten.

RISELO.
En mi vida
Vi desgarrar como el tuyo.

MARCELA.

Ahora bien; y os quiero dar
De merendar á los dos.

LISARDO.

¿Tienes algo?

MARCELA.

Sí, por Dios.

RISELO.

Pues dame de merendar;
Que há tres días que por tí
Solo he comido un capon,
Seis conejos y un jamon.

MARCELA.

Con eso vienes así.

RISELO.

¿Estoy flaco?

MARCELA.

Estás perdido.

No comen mas seis tudescos.

RISELO.

Solo treinta buevos frescos
Para dormir he sorbido.
Hormiguillos y almendradas
No tienen número.

MARCELA.

Bien.

RISELO.

Olvidanseme tambien...

MARCELA.

¿Qué?

RISELO.

Tres ó cuatro empanadas.

MARCELA.

¡Mirad lo que hay que fiar!

RISELO.

Pues ¿cuál amante lo fué,
Que por celoso que esté,
Se acostase sin cenar?
(*Vanse Marcela, Lisardo y Riselo.*)

ESCENA VI.

FLORENCIO, GERARDO.

GERARDO.

Feos habemos quedado.

FLORENCIO.

Pues yo he pensado un remedio,
Que, si de mi mal no es medio,
Es para quedar vengado.

GERARDO.

¿Cómo?

FLORENCIO.

Este Lisardo adora

A Belisa...

GERARDO.

Así es verdad.

FLORENCIO.

Y por amor é amistad
Este Riselo á Teodora.
Quiero pedirla á Prudencio
Por mujer, y tú tambien
Pide á Teodora.

GERARDO.

Harto bien.

FLORENCIO.

Pues con cuidado y silencio;
Que yo les daré un pesar
Con que me dejen la presa.

GERARDO.

Venganza terrible es esa.

FLORENCIO.

Amor enseña á vengar.
(*Vanse.*)

Portal de casa de Prudencio.

ESCENA VII.

BELTRAN, *de criado*; LEONOR.

BELTRAN.

No quiero satisfacciones.
¡Vive Dios, que el forastero
Es el que priva!

LEONOR.

No quiero

Gastar contigo razones,
Que eres un desatinado
En llegando á estar celoso.

BELTRAN.

Ladron de casa es forzoso
Que tope lo bien parado.
Este lacayo de Otavio
Vive en tu casa, Leonor;
Cobrándole vas amor,
Bien me lo dice mi agravio.
En el Prado ¿no te vi
Hablar, Leonor, con Salucio?

LEONOR.

¿Yo con un hombre tan sucio?

BELTRAN.

Todas lo decís así.
Yo estuve á todo presente,
Y por testigo te aplico
La fuente del Abanico:
Mira si es harto corriente.

LEONOR.

¡Plega á Dios que si le quiero,
Que jamás tenga ventura!
¿Ese andrajo, esa basura?

BELTRAN.

¡Ay, Leonor, que es forastero,
Y no hay forastero malo!
Porque en efeto se va,
Y así lo poco que da
Se tiene por mas regalo.

LEONOR.

¡Ay, Beltran, que mi señor
Y Otavio vienen allí!

BELTRAN.

Súbete arriba.

LEONOR.

¡Ay de mí!

BELTRAN.

Temblando estoy de temor.
(*Vase Leonor.*)

ESCENA VIII.

PRUDENCIO, OTAVIO, SALUCIO.

—BELTRAN.

PRUDENCIO.

¿Un hombre en el portal!

OTAVIO.

Llega, Salucio,

Mira quien está allí.

PRUDENCIO.

Con estos celos

Yo propio miraré quien es el hombre.—
¿Qué buscáis, gentil hombre, en esta ca-
[sa?]

BELTRAN.

Señor, pasaba cierto forastero
De mi tierra, y estoy no bien vestido,
Y quise esperar aquí escondido.

OTAVIO. (*Ap. á él.*)

Prudencio...

PRUDENCIO.

Otavio...

OTAVIO.

O yo he perdido el seso,
O es aqueste el doctor que visitaba
A Belisa, mi esposa.

PRUDENCIO.

¡Santo cielo!
Pues ¡el doctor en hábito lacayo!

BELTRAN.

¿Mandais alguna cosa?

PRUDENCIO.

Oid un poco.

¿No sois vos el doctor?

BELTRAN.

Ya caigo en ello.
Tengo un hermano aquí que me parece.
Somos de la montaña y gente pobre;
Servía en Salamanca al doctor Soria,
Aprovechése bien y graduóse
Por un colegio y vino á la corte.
Súpelo en Cangas, vine á que me hiciese
Algun bien; y mirándome tan roto,
Negó que era su hermano, y yo, afligido,
Metíme, como veis, lacayo.

PRUDENCIO.

Y ¿cómo?

Se llama ese doctor?

BELTRAN.

Beltran se llama.

PRUDENCIO.

¿Y vos?

BELTRAN.

Beltran tambien, porque nosotros
De aquel famoso ciego descendimos
Que llevó por la puente de Alcolea
Los ciento y veinte ciegos.

OTAVIO. (Ap. á Prudencio.)

No me agrada.

PRUDENCIO.

Ni á mí tampoco.

OTAVIO.

Sea verdad, que el hábito
Mucho de lo que vi le diferencia;
Mas ¡vive Dios, que el rostro, el habla, el
Que son del doctor mismo!

PRUDENCIO.

Pues, sobrino,
Yo quiero hablar con vos distintamente.
Mi sangre sois, y no mi yerno agora.
Aunque ha venido ya bula y licencia,
Sospechas traigo de mayor enredo.
Sacad la espada, y tú las manos ata
A ese villano.

(A Salucio.)

BELTRAN.

¡A mí! ¿Por qué, señores?

OTAVIO.

No despegue los labios, si no quiere
Una lengua de acero, señor médico.

PRUDENCIO.

Por el acero que le dió á Belisa,
Mereciera la paga con acero.

SALUCIO.

Estése quedo el bellacon.

OTAVIO.

Advierte
Que no está bien en el portal; arriba
Le puedes encerrar en tu aposento;
Que quiero examinarle.

BELTRAN.

¿Por qué causa?

Me tratais desta suerte?

OTAVIO.

¡Oh falso médico!

PRUDENCIO.

Di á quién sirves, villano.

SALUCIO.

Vaya arriba,

Señor doctor fingido.

PRUDENCIO.

¡Ay hija ingrata!
—Trae un hacha y tocino. (A Salucio.)

BELTRAN.

¿Soy yo negro?

OTAVIO.

Mas te quiero por padre que por suegro.

(Vanse.)

Sala en casa de Prudencio.

ESCENA IX.

BELISA, TEODORA.

TEODORA.

Ya por la dispensacion
Otavio y tu padre fueron.

BELISA.

Tia, si entonces le dieron
Tanta pena al corazon,
Cuando venga ¿qué será?
Perder pienso los sentidos.

TEODORA.

Amando ¿qué mas perdidos?
Por mí mal lo supe ya.

BELISA.

¿Cómo, si en esta ocasion
Mí padre quiere obligarme,
Puedo, Teodora, casarme?
¿Ay terrible confusion!

¿Será bien decirle á Otavio
El estado de mí mal?

—Mas soy mujer principal,
Y mucho mi honor agravio.

¿Hablaré algun religioso
Que lo diga al padre mío?

—Mas temo algun desvario
De su pecho riguroso.

¿Oh, nunca á Lisardo viera!
Nunca Beltran me curara!

Nunca el acero tomara!
Nunca á Manzanares fuera!

Que donde van á lavar
Cuanto una corte se viste,
Allí, honor, manchado fuiste.

TEODORA.

Ya ¿de qué sirve llorar?

BELISA.

¿Oh, malditos los papeles,
Las ternuras, los amores!
Oh lisonjeros traidores!
Oh amigos falsos, crueles!
¿Qué será agora de mí?

ESCENA X.

BELTRAN, *asomándose á una ventana
alta interior.* — Dichas.

BELTRAN.

Ce, Belisa; ce, Teodora.

BELISA.

¿Quién nos llama?

BELTRAN.

Yo, Señora.

TEODORA.

¿Quién?

BELTRAN.

Beltran.

BELISA.

¿Beltran aquí!

BELTRAN.

Aquí por mí mal estoy.

TEODORA.

¿Tú en nuestra casa, Beltran!

BELTRAN.

Siempre aqueste premio dan
A los que son como soy.
Yo fui no mas de tercero;
Mas como ha llegado el fallo,
No habiendo yo sido el gallo,
Estoy en el gallinero.

BELISA.

¿Cómo te han subido ahí?

BELTRAN.

Halláronme en el portal
Con Leonor.

BELISA.

¿Qué desigual

Desdicha!

BELTRAN.

Mucho lo fui.

Conocieron que yo era
El doctor que te curaba;
Y puesto que yo negaba
Con invencion que pudiera
Servir en una comedia,
Adonde solo se entiende
Lo que el poeta pretende
Para dos horas y media,
No me aprovechó; y así
Me ataron, y á este aposento
Me suben á dar tormento.
Doléis las dos de mí.

BELISA.

Perdidas somos, Teodora!
Todo se descubre.

TEODORA.

¡Ay cielo!

No digas lo de Riselo,
Beltran.

BELTRAN.

¿Cómo no, Señora?
¿No ves que soy un gallina?

TEODORA.

El me ha de echar á perder.

ESCENA XI.

LEONOR. — Dichos.

LEONOR.

¡Ay, Señora! ¿Qué has de hacer?
Tu remedio determina;
Que Otavio y tu padre airado
Un hacha encendiendo están
Para pringar á Beltran.

BELTRAN.

¿Que muera un hombre pringado,
No mas de por ser doctor!
Cuando yo astrólogo fuera,
Esa pena mereciera;
Mas no por curar de amor.—
Belisa, de mí te duele.

BELISA.

¿Cómo te podré librar?

LEONOR.

Por la puerta no hay tratar.

BELTRAN.

Pues ¿dónde quieres que vuele?
¿Nunca leiste la historia
De Fernan Gonzalez?

BELISA.

Si.

BELTRAN.

Y de la infanta que allí
Ganó tan alta memoria?

BELISA.

Ya sé que con un vestido
De mujer librarle pudo;
Pero ponértele duelo.

LEONOR.
Aquí una llave he traído
Que hace á aquel aposento.
BELISA.
Pues quedáos las dos aquí;
Que he de sacarle de allí,
Aunque fuese por el viento.
(Vase Belisa, y retrase Beltran de la ventana.)

ESCENA XII.

TEODORA, LEONOR.

TEODORA.
¿Dónde aquella loca es ida?
LEONOR.
Adonde la fuerza amor.
TEODORA.
Mejor dijeras su honor,
Que importa mas que la vida.
LEONOR.
Y aun á ti, porque dirá
Lo que sabe de Ríselo.

ESCENA XIII.

PRUDENCIO, OTAVIO.—DICHAS.

PRUDENCIO. (Ap. á Otavio.)
Que lo han sabido recelo.
Mas aquí Teodora está.
OTAVIO.
Si ha de dar por fuerza voces,
¿Quién duda que han de saber
Todo lo que se ha de hacer?
PRUDENCIO.
Ya es de noche: así te goces,
Que dejes hasta que sea
Mas tarde la ejecucion.
OTAVIO.
Reviértame el corazón,
Que la venganza desea.
Echa tu hermana de aquí.—
(Recio.) Tú, Leonor, vé á tus haciendas.
(Vase Leonor.)

PRUDENCIO.
Teodora, puesto que entiendas
Lo que no entiendo de ti,
Déjame solo un momento.

TEODORA.
Haz tu gusto, y plega á Dios
Que no os resulte á los dos
En mas pena y sentimiento!

PRUDENCIO.
Vé con Dios, santa; que ya
Se sabe tu hipocresía.

TEODORA.
Quien habla en la honra mía,
En la de fuera ¿qué hará?
¿Así te despeña Otavio,
Con años locos y pocos?

PRUDENCIO.
Véte, y déjanos ser locos.

TEODORA.
¿Tú eres noble? Tú eres sabio? (Vase.)

ESCENA XIV.

SALUCIO.—PRUDENCIO, OTAVIO.

SALUCIO.
Quando estaba apercebida
El hacha, á la puerta llama
Un hidalgo, cuya fama
Es agora conocida
En toda la corte. Abrió;
Que no lo pude excusar.
¿Ha de entrar?

PRUDENCIO.
Bien puede entrar,
Pero su nombre me di.

SALUCIO.
Florencio.

PRUDENCIO.
No le detengas,
Ni el hacha mates: será
Para acompañarle.

SALUCIO.
Ya.

Entra.

ESCENA XV.

FLORENCIO, GERARDO.—DICHOS.

PRUDENCIO.
En hora buena vengas.
¿Qué novedad es aquesta?
Tú, Florencio, en esta casa!

FLORENCIO.
Con razon te lo parece;
Mas mi padre, que Dios haya,
Que fué tan amigo tuyo,
De una edad y de una patria,
Me dejó la obligacion
De servirte.

PRUDENCIO.
¿Qué es la causa
De venirme á ver de noche?

FLORENCIO.
Que la vergüenza á la cara
Pusiese este velo negro.
Aquí conmigo te aparta.

PRUDENCIO.
Cualquiera cosa que quieras,
Seguramente la trata
Delante de Otavio, que es
Hijo de mi hermano.

FLORENCIO.
Estaba
Necio por no conocerle;
Que ser vuestra sangre basta.—
Tenedme por vuestro.

OTAVIO.
Y yo
Lo mismo os ruego.

FLORENCIO.
Quien ama
Dicen que tiene licencia
De hablar sin arengas largas.
Este caballero y yo,
Que es Gerardo de Navarra,
Que está haciendo en esta corte
Los negocios de Tafalla,
Hemos visto algunos días,
Y muchos oído en fama,
La hermosura y la virtud
De Belisa y vuestra hermana;
Y aunque hubiera los terceros
Que era justo; porque agravia
Quien ama á su mismo amor
Si por sí mismo no habla,
Como veis, venido habemos.

PRUDENCIO.
No digáis mas; que quien pasa
Tan adelante en las obras,
No lo ha de hacer en palabras.—
Veis aquí, Otavio, los dos
Que mi honrada casa infaman;
Que comp al doctor ven preso,
Hales temblado la barba.—
Cierra esas puertas, Salucio.

OTAVIO.
Muy bien has dicho. No salgan
Sin que averigües primero
El autor de tanta infamia.

GERARDO.
Señores, ¿qué es lo que hacéis?

FLORENCIO.
¿Por qué sacáis las espadas,
Y con tan feas razones
Nos tratáis en vuestra casa?

OTAVIO.
Agora sabréis lo que es.—
Vé presto, Salucio, llama
Al doctor fingido.

SALUCIO.
Voy. (Vase.)

ESCENA XVI.

PRUDENCIO, OTAVIO, FLORENCIO, GERARDO.

FLORENCIO.
Algun suceso os engaña
A que nos tengais por otros.

PRUDENCIO.
Luego, ¿no es tuya la traza
Para engañar á Belisa,
Recogida un tiempo y casta,
Y á la hipócrita Teodora,
Con el que aquí te acompaña?
¿De fingir la opilacion
Que ya en cuatro meses anda,
Y que un lacayo ó Beltran,
Con gorra y con guantes de ámbhar,
Se finja doctor, y mande
Que salga por las mañanas
Al Prado, con el acero
Que vida y honra me pasa?

FLORENCIO.
Este que traigo ceñido,
A mí me pase hasta el alma,
Si tal hicie.

OTAVIO.
¿Cómo no?

ESCENA XVII.

SALUCIO.—DICHOS.

SALUCIO.
El hombre que preso estaba
(El doctor digo ó lacayo),
Sin duda alguna almohaza
Las mulas de los demonios,
Porque ni parece en casa,
Ni se sabe de tu hija.

OTAVIO.
¿De Belisa? Otra desgracia.

PRUDENCIO.
¿Mi hija falta con él?

SALUCIO.
Beltran y tu hija faltan.

PRUDENCIO.
Dame esa espada, sobrino;
Octavio, dame esa espada.
Matar á mi hermana quiero.

OTAVIO.
¿Qué culpa tiene tu hermana?

FLORENCIO.
Señores, ¿queréis que os diga
Quién todo este daño os causa?
Pues sabed que el uno dellos,
Que me ha quitado una dama,
Me obliga á venir aquí
A quitarle, por venganza,
A Belisa desta suerte.
Venid antes que se vayan;
Que yo os diré dónde están.

OTAVIO.
¿Caso extraño!
PRUDENCIO.
¿Cosa extraña!
FLORENCIO.

Seguidme.

PRUDENCIO.

¿Quién es?

FLORENCIO.

Seguidme.

PRUDENCIO.

Sobriño, tomemos armas.

OTAVIO.

Prudencio, con tanto acero

Embotarán las espadas.

(Vanse.)

Calle.

ESCENA XVIII.

BELISA, con capa, espada, sombrero
y vaquero; BELTRAN, de mujer y
con manto.

BELISA.

¡Oh, lo que la noche encubre!

BELTRAN.

Gallarda vienes, por Dios.

BELISA.

Trocado habemos los dos
El ser que el hábito cubre.

BELTRAN.

Yo llevo gentil galán.

BELISA.

Yo llevo famosa dama.

BELTRAN.

Aquí está Lisardo.

BELISA.

Llama;

Que no te conozcan.

BELTRAN.

Tú has de llamar; que yo no.

BELISA.

¡Ah sí! que soy el que guardo.

¡Ah de casa! ¡Ah, seor Lisardo!

ESCENA XIX.

LISARDO, RISELO. — BELISA, de
hombre; BELTRAN, de mujer.

LISARDO. (Dentro.)

¿Llamaron?

RISELO. (Dentro.)

Sí.

LISARDO. (Saliento.)

¿Quién es?

BELISA. (Embozada.)

Yo.

LISARDO.

¿Quién busca á Lisardo?

BELISA.

Aquí

Os espera cierta dama.

LISARDO.

¿Dama á mí? ¿Cómo se llama?

BELISA.

Eso no me toca á mí.

Habladla y sabréis quién es.

LISARDO.

¿Es Leonor?

BELTRAN. (Fingiendo voz de mujer.)

¿No me conoce?

LISARDO.

Vuestramercé no se emboce.

¿Cómo ha venido?

BELTRAN.

En los pies.

ESCENA XX.

RISELO, MARCELA. — DICHOS.

RISELO. (Ap. á Marcela.)

Déjame, mi bien, que vea

L-L.

Los que con Lisardo están

MARCELA.

Mujeres celos me dan.

¿Cosa que Teodora sea?

RISELO.

Teodora habla de ser,

Hermana de un hombre grave?

MARCELA.

Como de esos graves sabe

Amor humildes hacer.

RISELO.

Hablando está con Lisardo.

No tengas celos de mí.

MARCELA.

¿Quién viene con ella?

RISELO.

Aquí

Está un mancebo gallardo.

MARCELA. (A Belisa.)

Ah, gentilhombre! ¿quién es

Esta encubierta señora?

BELISA.

¿Son celitos?

MARCELA.

De Teodora.

BELISA.

No es tan ligera de pies.

MARCELA.

Pues ¿quién es aquesta dama

Con quien habla este galán?

BELISA.

Doña Constanza Beltran.

MARCELA.

¿Cómo?

BELISA.

Este nombre se llama.

Es mujer de tanto punto,

Que si sale, lleva mas

De algun caballo detras.

MARCELA.

La cantidad os pregunto.

BELISA.

Pesará catorce arrobas.

MARCELA. (Ap.)

No es muy bobo el escudero;

Mas desengañarle quiero

Que no está hablando con bobas.

BELISA.

Si os digo la cantidad,

Un cuarteron mas ó ménos,

¿En qué os engaño?

LISARDO. (A Beltran.)

Tan buenos

Ojos descubrid, mostrad

Los dos.

BELTRAN.

¿No, sino los tres?

LISARDO.

¿No podeis ser tuerta?

BELTRAN.

¡Ay Dios!

LISARDO.

Ea, descubrid los dos.

BELTRAN.

¡Jesus! Tiempo habrá despues.

LISARDO.

No sabré yo la ocasion

Por que venís á buscarme?

BELTRAN.

¿Qué puede mas declararme?

Digo que os tengo afición.

LISARDO.

Fuese ¿adónde me habeis visto?

BELTRAN.

En mi casa muchas veces.

LISARDO.

¿Que haya aquí tantos jueces!

MARCELA. (Ap.)

¿Es posible que resisto

Mi celosa condicion

Sin descubrir esta dama?

BELISA. (Ap.)

Dirá despues que me ama!

Lisardo: ¡oh linda afición!

Mirad si está entretenido

Con el lacayo enmantado.

LISARDO. (A Beltran.)

Señora, ¿dónde os he hablado?

Dónde me habeis conocido?

BELTRAN.

¡Ay! qué desconocimiento!

LISARDO.

Mucho lo debo de ser.

BELTRAN.

Yo os he dado de comer

Mil veces.

LISARDO.

Extraño cuento!

¿Vos á mí?

BELTRAN.

Sí, y aun por mí

Soleis andar á caballo,

Y aun otras cosas que callo,

Por no descubrirme aquí.

Por vos cierto padre viejo

No há un hora que me pringaba.

LISARDO.

¿Sois negra?

BELTRAN.

Soy vuestra esclava.

Díome una dama el consejo

De que me viniese así,

Porque si no, ya tuviera

La panza como una cerza

LISARDO.

¡Ay Dios! ¿quién se hallará allí!

BELTRAN.

¿Cómo hallar? Burla pesada

Os pudiera suceder.

LISARDO.

Por Dios, que debeis de ser

La bella malmaridada.

¿Teneis marido?

BELTRAN.

Sí allí

Os hallais, Dios me confunda

Si no os pegan una tunda

De las mas lindas que vi.

LISARDO.

En obligacion estoy

A lo que por mí pasais;

Mas como no os descubrais,

Desobligándome voy.

BELTRAN.

¡Ay, Señor, qué disfavores

Tan notables que me haceis!

Por Dios, que no me dejeis.

Y pues tan bien os serví

Las mañanicas de mayo,

Si habeis de tomar lacayo,

No dejeis por otro á mí.

LISARDO.

¿Es Beltran?

BELTRAN.

Pues ¿no lo ves?

LISARDO.

¿Hay tan extraña novela!

BELTRAN.
 Calla, y burlaré á Marcela;
 Que hay grandes cosas después. —
 ¡Ah, señor Riselo!

RISELO.

¿A mí?

BELTRAN.

A vos pues.

RISELO. (A Marcela.)
 Con tu licencia.

MARCELA. (Ap.)

¿Tendré con esto paciencia?

RISELO. (A Beltran.)

Ya que habeis venido aquí,
 Que os descubrais os suplico,
 Porque aquella dama os vea.

BELTRAN.

No puedo.

RISELO.

¿Por qué?

BELTRAN.

Soy fea.

RISELO.

No hay fea con tan buen pico.

BELTRAN.

Aun no lo sabeis muy bien;
 Que no me habeis visto hablar.

MARCELA.

(Ap. ¿Téngome yo de matar
 Porque estos hablando estén?)
 Fuera digo. ¡Vive Dios,
 Que os habeis de descubrir!

BELTRAN.

¿A mí se me ha de decir
 Tal desacato por vos?
 ¿A la niña, á la beata,
 A la fraila del cordon!
 ¡Ay Jesus, qué tentacion!
 ¿Que me tira, que me mata,
 Que me destoca!

MARCELA.

¿Quién eres?

BELTRAN.

Beltran soy.

MARCELA.

¿Beltran!

BELTRAN.

Pues ¿quién?

LISARDO.

A mí me burló tambien.

RISELO.

Demonio en las burlas eres.
 Cúbrete; que viene gente.

MARCELA.

Metéos bien en el portal.

LISARDO.

Acá vienen.

RISELO.

Algun mal

Temo.

BELTRAN.

No huyas, detente.

ESCENA XXI.

PRUDENCIO, OTAVIO, FLORENCIO,
 GERARDO, SALUCIO, y CRIADOS ar-
 mados.—DICHOS.

FLORENCIO.

Esta es la casa.

GERARDO.

Aquí están.

FLORENCIO.

Llama á esa puerta, Gerardo

GERARDO.

No hay que llamar; que á la puerta
 Deben de estarle aguardando.

PRUDENCIO.

¿Quién va?

LISARDO.

¿Quién pregunta quién?

PRUDENCIO.

Un hombre noble agraviado.

LISARDO.

¿Es Prudencio?

PRUDENCIO.

Y sin prudencia.

¿Eres por dicha Lisardo?

LISARDO.

Yo soy, Señor. ¿A quién buscas?

PRUDENCIO.

A tí te busco, villano.

LISARDO.

Villano á mí! Si no fueras
 De tu edad...

PRUDENCIO.

El que es bidalgo
 No hace infames los hombres
 De mi sangre y de mis años.

LISARDO.

¿Qué te hice yo en mi vida?

PRUDENCIO.

¿Parécete poco agravio.
 Después de haber á mi hija,
 Como á ignorante, engañado,
 Y con el fingido acero,
 En las mañanas de mayo,
 Puesto mi honor por el suelo,
 Como saltador del campo;
 Habiendo al doctor fingido
 Preso, y sabiendo su engaño,
 Sacarla él mismo? Pues oye:
 Caballero soy honrado;
 Yo no he de traer justicia,
 La que tengo son mis manos.
 Para tí bien basto yo,
 Y para Riselo Otavio;
 Para los que están contigo,
 Bastan Florencio y Gerardo.
 Y si trajeres mas gente,
 Aquí me sobran criados,
 Y yo solo basto á todos.

LISARDO.

Si en servirla os hice agravio,
 Por la parte de ser pobre
 (Que en las demás os igualo),
 Yo os daré satisfacion
 Dando á Belisa la mano;
 Mas ¡vive Dios, que no sé
 Dónde ó cómo la ha llevado
 El hombre que vos prendistes!

OTAVIO.

Pues, Lisardo, si estáis salvo
 Del cometido delito,
 Dad lugar á que, mirando
 La casa, os dejemos libre.

LISARDO.

Eso no puedo negarlo.

FLORENCIO.

Señor, mírense primero
 Los que mirais embozados.

RISELO.

Yo soy Riselo, y quisiera,
 Florencio, en lugar hallaros
 Que os dijera si es bien hecho...

FLORENCIO.

Y yo tambien tiempo aguardo
 En que os diga si es Marcela
 Vuestra.

MARCELA.

¿Para qué es cansaros.

Pudiéndolo yo decir,
 Que es el mejor desengaño?

FLORENCIO.

Habla pues; que, como sepa
 Que es tu gusto, estoy pagado
 De mi amor y mis deseos.

MARCELA.

A Riselo doy los brazos.

RISELO.

¿Estás contento?

FLORENCIO.

Si estoy. (A Beltran.)

OTAVIO.

Señora, desembozáos.

BELTRAN.

¿A las mujeres por qué?

OTAVIO.

Porque una mujer buscamos.

BELTRAN.

Pues sepan que yo soy hombre.

PRUDENCIO.

Este es el doctor lacayo.

OTAVIO.

¿Mataréle?

PRUDENCIO.

No; que importa

Que viva.

OTAVIO.

Pues ¡tú con manto!

Di luego dónde llevaste
 A mi prima, ó por los labios
 Te haré tomar el acero
 Que á vuestras honras has dado.

BELTRAN.

Quedo, señores.

PRUDENCIO.

¿Qué es quedo?

BELTRAN.

Aunque me hagais mil pedazos,
 No diré dónde la tengo,
 A fe de pobre asturiano,
 Si no me dais la palabra
 De que á Lisardo, mi amo,
 Se la daréis por mujer.

PRUDENCIO.

Eso es forzoso, y yo gano;
 Que bien sabe mi sobrino
 Que quien toma acero en mayo,
 No estará para mujer
 Hasta los fines de marzo.

BELTRAN.

Pues esta es Belisa.

OTAVIO.

¿Quién?

BELISA.

Yo soy, que á tus piés aguardo
 Perdon.

PRUDENCIO.

Antes que te mire,

Dale á Lisardo la mano;
 Que á la santa que tu amor
 Cubrió del hábito pardo,
 Yo le daré un monesterio.

BELTRAN.

¿Y á Leonor?

PRUDENCIO.

Tengo pensado

Dársela á un doctor fingido.
 Con esto á mi casa vamos,
 Adonde cenando juntos,
 Queden en paz los agravios.

LISARDO.

Aquí acaba la comedia
 En vuestro nombre, Senado,
 Del Acero de Madrid.
 Béñase las manos BELTRAN.

AL PASAR DEL ARROYO.

PERSONAS.

JACINTA,
TERESA, } *labradoras.*
DORENA,
LISARDA, *dama.*
ISABEL, *criada.*
DON CARLOS.

DON LUIS.
BENITO.
PASCUAL.
LAURENCIO.
SILVIO, *criado.*
MAYO, *criado.*

ANTON.
MENDO, *vieja.*
GUZMAN.
UN HORTELANO.
LABRADORES.
MÚSICOS.

La escena es en Barajas y Madrid.

ACTO PRIMERO.

Campo de Barajas.

ESCENA PRIMERA.

JACINTA, TERESA.

JACINTA.
En mi vida tuve amor.
TERESA.
Para ser tan entendida,
Mucho admira tu rigor.
JACINTA.
Yo paso mejor mi vida.
TERESA.
La sola no es la mejor.
JACINTA.
El que dió su voluntad,
Ya no goza libertad;
Luego vivir en prision
No parece discrecion,
Sino pura necesidad.
TERESA.
No ha dado el cielo á la tierra
Otro bien como el amor:
Todos los bienes encierra.
JACINTA.
Mas antes todo el rigor,
Toda la discordia y guerra,
Y el mas soberbio enemigo.
TERESA.
Antes su descanso y paz.
JACINTA.
Yo le huyo.
TERESA.
Yo le sigo.
JACINTA.
Yo pienso estar pertinaz.
TERESA.
Y yo esperar tu castigo.
ESCENA II.
PASCUAL, BENITO, *sin ver á*—JACINTA Y TERESA.
BENITO.
Esto que digo me cuesta.
PASCUAL.
Tú pasas vida inhumana.
BENITO.
Y con un no por respuesta,
Sin sol toda la semana,

Hasta que llegue la fiesta.
Aunque ya el tiempo me vale;
No porque el torno solar
Días y noches iguale,
Mas porque á ver vendimiar
Tal vez á las viñas sale.
PASCUAL.
Vendrá á matar labradores;
Mas siendo alegre dolor
El amor en sus rigores,
En parte es hacer favor,
Benito, el matar de amores.—
Pero ¿no es Jacinta aquella?
BENITO.
Teresa, su grande amiga,
A la fe, viene con ella.
Pero déjame que diga
Que es de sus rayos estrella.
JACINTA.
¿Qué hay, Benito?
BENITO.
Dafne esquivo...
PASCUAL.
Teresa...
TERESA.
Pascual, hermano...
JACINTA.
¿Qué se trataba?
BENITO.
Así viva
La luz de ese soberano
Sol, que al sol de rayos priva,
Que de un monstro se trataba,
De cuya pintura brava
Tiembra, Jacinta, la villa;
Que si hay dellos maravilla,
Tú eres maravilla otava.
Monstros son tus bellos ojos,
Contradiciendose en ellos
Las paces y los enojos,
Tan bellos, que al ir á vellos
Llevan el alma en despojos.
¿Qué monstros hay en el suelo
Como ver sus lucés puras
Dar fuego entre nieve y hielo,
Con que parecer procuras
Cielo, mas airado cielo?
¿Cuándo ha de llegar el día
Que á algun dichoso himeneo
Rindas tu helada porfia?
Que verte dé otro desco,
Si es imposible ser mia.
JACINTA.
Benito, si cada cual
Sigue bien su inclinacion,
No haces bien en sentir mal
De mi esquivo condicion.

Por decreto celestial
Esto quieren las estrellas,
Y yo lo que quieren ellas.
BENITO.
Nunca su Autor las crió
Para forzarnos; que yo
Bien puedo librarme dellas.
JACINTA.
Pues ¿cuál es tu inclinacion?
BENITO.
Quererte.
JACINTA.
O fuerza ó padece,
BENITO.
No puedo.
JACINTA.
Luego ellas son
Quien fuerzan al que aborrece,
Como al que tiene aficion.
BENITO.
No dices bien, porque yo
Amo, y el amar es bien,
Y al bien nadie resistió;
Pues siendo mal el desden,
Tú has de resistir, yo no.
JACINTA.
Forzándome á aborrecer
El cielo á todos los hombres,
Resistir á su poder
Fuera tocura.
BENITO.
¿Que nombres
Fuerza tu mismo querer!
Deja la vana aspereza
Con que me tratas así;
Que ofende tanta belleza
Como el cielo puso en tí,
Tañ bárbara rustiqueza.
Escoge en todo Barajas
El mozo de mas ventajas,
O algun criado del Conde,
Si mas á tu humor responde
La seda que no las pajas.
Toma ejemplo en la azucena,
Que de granos de oro lleva
Al aurora resplandece,
Y que marchita anochece
Llena de tristeza y pena.
Mira los lirios al alba,
Cuando al padre de Faeton
Hacen los pajaros salva;
Que no en balde á la ocasion
Pintaron desnuda y calva.
Si cuando verte no quieras,
Piensas que te han de querer,
Yerras loca, necia esperas;
Que en bellezas de mujer

Pasan las horas ligeras.

JACINTA.

Ya tu mucha libertad
Con mi paciencia se mide;
Que es dar, aunque haya amistad,
Consejo á quien no le pide,
Bachillera necedad.
Para lo que yo profeso,
No es mi soledad exceso,
Mezquina mi condicion,
Pues que ya la inclinacion
De mi aspereza confieso.
Mas precio en el soto ó selva
Seguir de Atalanta el paso,
Sin que al oro el rostro vuelva
Hasta que el sol al ocaso
En oro ó sangre se envuelva;
Y en aqueste manantial,
Que riega con varias venas
El prado, á un jardin igual,
Ver retozar las arenas
Con los golpes del cristal;
Mas precio coger las flores,
De quien la naturaleza
Y el cielo fueron pintores,
Y que ciñan mi cabeza
Las cintas de sus colores;
Mas precio ver susurrando
Las avejas codiciosas,
Su arquitectura formando,
Y en estas selvas quejosas
Los ruiseñores cantando;
Que tus penas y cuidados,
Amores ciegos y locos,
Buenos solo imaginados,
Donde hay dichosos tan pocos,
Y tantos son desdichados.

(Vase, y síguela Teresa.)

ESCENA III.

BENITO, PASCUAL.

BENITO. (Mirando á Jacinta marcharse.)

A tanta resolucion
Y furia, yo no aconsejo;
Que donde hay obstinacion,
Sirve el mas cuerdo consejo
De espuela á la ejecucion.
Mucho en casarte acertaras;
Que mal tu belleza empleas,
Si en selvas y aguas reparas,
Después que casada seas,
Serán tan verdes y claras.
No hay bien que pueda llamarse
Bien, faltando compañía;
Que es fuerza comunicarse.

PASCUAL.

Deja esa vana porfia;
Que es ignorancia cansarse.
Después en otro lugar
Podrás á Jacinta hablar
Y merecer sus favores;
Que no andan bien los amores
En cestos de vendimiar.
Mira cómo tus criados
Cogen racimos opimos,
De que van carros cargados,
Para colgar de racimos
Tantos lagares lavados;
Que si no fué con ventaja
La cosecha deste agosto,
Agora en todo Barajas
Con la abundancia del mosto
Rebosarán las tinajas.
Ea pues, vamos de aquí.

BENITO.

Vamos.—Y ¡plegue á los cielos,
Pues no te dueles de mí,
Que quieras con tantos celos
Como yo tengo de ti!

Que supuesto que te vea,
Como dices, no querer,
No es posible que lo crea;
Que es condicion de mujer
Negar lo que mas desea.

(Vase.)

Madrid. Sala en casa de don Luis.

ESCENA IV.

LISARDA, ISABEL.

ISABEL.

Esto responde al papel.

LISARDA.

Muestra; que ya estoy turbada.

ISABEL.

Si ya estás desconfiada,
¿Qué temes que venga en el?
Demás, que ya son excesos
Tanto cuidado y temor.

LISARDA.

Desconfianzas de amor
No mejoran los sucesos.
(Lee.) «En mi enfermedad hice una
promesa á san Diego; y así, me parto á
Alcalá: hoigárame que hubiera en ella
qué traeros; pero como su trato es es-
tudiante, no pienso que serán á pro-
pósito para regalaros. Pasaré con el
coche por vuestra puerta, para llevar
mas presentes vuestros ojos en esta au-
sencia.»

ISABEL.

Donaire tiene el papel.

LISARDA.

Y tiene tanto donaire,
Que le ha de llevar el aire,
Y al mismo dueño con él.

ISABEL.

Yo me acuerdo que algun día
Fuera reliquia, colgado
Del cuello.

LISARDA.

No se ha pasado
La misma necia porfia;
Pero un disgusto de amor
Al mas tierno pensamiento
Obliga á desabrimiento,
Y el enojarse á rigor.
Vuelve á coger los papeles;
Que, así rotos como están,
Mis celos estimarán
Sus desengaños crueles.

ISABEL.

Bien dicen que es niño amor,
Pues lo mismo que tú has hecho
Suelen hacer con despecho
Y con infante furor;
Que aunque pidiéndole están
Con notable desconsuelo,
Arrojan el pan al suelo,
Si no les dan presto el pan.
¿Qué haré de aquestos pedazos?

LISARDA.

En esta manga los pon;
Que si del alma lo son,
Bien andarán con los brazos.
Espera. ¿Qué dice aquí?

ISABEL.

Tú propia enciendes tu fuego.

LISARDA.

En esta parte: San Diego
¡Buen agüero para mí!
No miro mas, Isabel.

ISABEL.

Ni hay para qué mirar mas.

LISARDA.

¿Es coche áquel?

ISABEL.

Buena estás.

LISARDA.

Tengo el pensamiento en él.

ISABEL.

Coche pienso que ha parado.

LISARDA.

Antes en mi pensamiento
Anda mas que el mismo viento.

ESCENA V.

DON CÁRLOS, muy galán, de camino;
MAYO.—DICHAS.

MAYO.

¿Sin licencia te has entrado?

DON CÁRLOS.

Cuando la vengo á pedir,
¿Cómo la puedo tomar?
Y no me vengo á mudar,
Aunque me vengo á partir.

LISARDA.

¡Jesus! Cárlas, ¡tan galán
A cosas de devocion!
¿A tan divina estacion
Cosas tan humanas van?
Plumas, colores! ¿Qué es esto?
Don Cárlas, no me agradais.
A diverso intento vais
Con esas galas dispuestos;
Sino que á imitar venis,
Temiendo mi desconsuelo,
Al arco hermoso del cielo,
Y tras las aguas salis;
Que las disculpas mejores
Es serenar de mis ojos
Las tempestades de enojos,
Vuelto en arco de colores.
Pero mas que de un abril
Vuestro campo, Cárlas, es,
Pues en el del cielo hay tres,
Y vos venis con tres mil.

DON CÁRLOS.

Si añadís las que me salen
Al rostro de que os quejéis,
Bien decís; ni aun hallaréis
Arco ó campo á quien se igualen.
Mas como naturalmente
Todas las mujeres son
Quejosas, su condicion
Nunca dice lo que siente.
Aquí no hay de que tener
Celos; yo voy á cumplir
Lo que, llegando á morir,
Después de Dios, pude hacer,
Que fué rogar á su santo,
Por cuyo medio cobré
Salud.

LISARDA.

¿Niego yo que fué
Justo, ni me alargo á tanto?
Mas pienso yo que san Diego
Sayal pardo se vistió,
Y no muy nuevo; que yo
Bien sé que era pobre y lego.
Y como ir á visitar
A un hombre en una prision
Con galas no era razon,
O algun muerto acompañar
Con plumas hasta el entierro,
Páreceme que no vais
A propósito.

DON CÁRLOS.

Vos dais,

Lisarda, en un grande yerro,
Pues no voy á visitar
Preso ni muerto, pues vive
En Dios, adonde recibe
Parabien, que no pesar.
Pues quien goza tanta gloria,
Con colores se ha de ver.

LISARDA.

Ya sé que habeis de vencer.

DON CÁRLOS.

Será la primer victoria;
Pues no tengo cosa en mí
De que vos no hayais triunfado.
(*Hablan bajo.*)

MAYO.

Y ella (que en fin ha callado)
¿Qué es lo que dice de mí?
Si se visten los criados
Lo que los amos desechan,
¿Cómo tan mal se aprovechan
Esta verdad sus cuidados?
De las sobras de los celos
Que su ama gasta aquí?
¿No hay un retal para mí?

ISABEL.

Comparaciones de cielos
Presumia el lacayon?
Sus amores son infinitos:
Los de Carlos son merinos,
Y los suyos burdos son;
Que sus requiebros, en fin,
Están por gente de plaza,
Impresos con almohaza
En las ancas de un rocín.

MAYO.

Luego ¿hay celos de ramplon,
Y requiebros de obra gruesa?

ISABEL.

Los amores que él profesa
Comedias de vulgo son,
Destas de grandes patrañas
Imposibles, y ruidos,
A quien les ha sucedido
Lo que á los juegos de cañas,
Que van á ver las libreas,
Y no lo que han de jugar.

MAYO.

Pues di, ¿cómo me has de hablar,
Si no es que no lo deseas?

ISABEL.

Lisarda hablará en discreto
Con Carlos, yo en necio á tí.

MAYO.

Una necedad me di.

ISABEL.

Que me guardes un secreto.

MAYO.

Pues ¿no le sabré guardar?

ISABEL.

Tú ¿no eres criado?

MAYO.

Si.

ISABEL.

Pues basta.

MAYO.

Ahora bien; á tí
¿Cómo te tengo de hablar?
Que si tú en necio me hablas,
No te he de hablar en discreto.

LISARDA. (*A don Carlos.*)

Frívolas son, te prometo,
Cuántas disculpas entablas.
Pagas mi amor con rigor.

DON CÁRLOS.

Por esta cruz de Santiago,
Lisarda, que te le pago

En cambio de mas amor.

LISARDA.

Pues así sobre ella veas
La encomienda de mas fama,
Como mientes; que quien ama
No da disgustos.

DON CÁRLOS.

No creas

Que te lo dé mi partida.

Acabóse, no me voy.

Ya no me voy.

LISARDA.

Necia estoy;

Mas confieso que en mi vida

Cosa me ha dado temor

Como es aquesta jornada.

DON CÁRLOS.

Digo que ya está acabada.

LISARDA.

No, Carlos, no, mi señor;

Que solo con que digais,

Solo con verme afligir,

Que ya no os queréis partir,

Ya quiero yo que os partais.

Amor entre los amantes

Tiene aquesta condicion.

DON CÁRLOS.

Vanos los temores son

En jornadas semejantes.

Que temais mi maravilla

Desde Madrid á Alcalá.

¿Qué Toledo en medio está,

Qué Granada ó qué Sevilla?

LISARDA.

Luego sin celos, quien ama,

¿No teme peligros fieros?

DON CÁRLOS.

Pues la venta de Viveros

Es canal de Bahama,

La Bermuda ó las Sirenas,

Donde hay peligros tan grandes;

O son los bancos de Flandes,

De Jarama las arenas?

He de topar de aquí allá

Mas que estudiantes y aldeas?

LISARDA.

Parte, mi bien, como creas

Que quedo sin alma ya.

ISABEL.

¡Ay, Señora! Tu hermano.

DON CÁRLOS.

¿Qué remedio?

LISARDA.

Plénsale tú; porque esconderte es cosa,
Como mas sospechosa, peligrosa.

ESCENA VI

DON LUIS. — DICHOS.

DON LUIS.

¿Búscanme á mí, Lisarda, por ventura
Aquestos caballeros?

LISARDA.

No hay en casa

Otra persona á quien buscar pudieran.

Como el señor don Carlos es del hábito,

Envíale el consejo de las Ordenes

A cierta informacion de un caballero,

Y dice que al partir, y aun en el coche,

Le dijeron que tú jurar podrias,

Por conocer sus padres; y así, viene

A informarse de tí, como me ha dicho.

MAYO. (*Ap.*)

¿Hase visto embleco semejante?

DON CÁRLOS.

Con esta informacion vine á buscaros;

Que es cosa que me importa sumamente,

Y á ofrecirme tambien para servirlos;
Que estoy aficionado á vuestro nombre.

DON LUIS.

Bésoos las manos por merced tan grande;
Que yo lo estoy del vuestro desde un día
Que en la carrera os vi con aire tanto,
Que pudieran en Córdoba envidialle;
Y así, os suplico que de aquí adelante
Os sirvais desta casa como propia.

DON CÁRLOS.

Lo mismo os pido yo; que de la mia
Habeis de ser de aquí adelante dueño.

MAYO. (*Ap. á Isabel.*)

¿Qué te parece desta polvareda
Que levantó tu alma?

ISABEL.

Que se usan

Mil amistades desta misma traza,

Adonde el ofendido y agraviado

Queda con las ofensas obligado.

DON LUIS.

¿Qué caballero es este que conozco,
A cuya informacion partis agora?

DON CÁRLOS.

(*Ap. Si digo nombre conocido, y miento,
Destruyo la invencion; mas acertado
Será decir un nombre que no haya.*)
Yo pienso que es muy vuestro conocido
Don Nofre de Canaria.

DON LUIS.

Ni á mí oído

Llegó jamás su nombre.

DON CÁRLOS.

Si por dicha

No le teneis por limpio, ¿de qué sirvel...

DON LUIS.

Por esa cruz y por la desta espada,
Que os engañó, don Carlos, quien os dijo
Que conozco á don Nofre de Canaria.

DON CÁRLOS.

Pues yo jurara que con él un día
Os vi jugar en casa de un amigo.

DON LUIS.

¿Qué señas tiene ese hombre?

DON CÁRLOS.

Es alto y flaco,

De color macilento, y barbirrubio,

Un poco calvo; pero gran soldado,

Que por la guerra el hábito le han dado.

DON LUIS.

Vuelvo á decir que no le vi en mi vida.

DON CÁRLOS.

Hoy ha de ser forzosa mi partida:
Dadme licencia; que volviendo, os juro
De veniros á ver con mas espacio.

DON LUIS.

Yo acudo algunas veces á Palacio;
Que tengo un pleitecillo en el Consejo,
Y nos podremos ver todos los días.

DON CÁRLOS.

Señora, ¿qué mandais?

LISARDA.

Que os guarde el cielo,

Y que os traiga con bien.

DON CÁRLOS. (*Ap. á Mayo.*)

¿Qué te parece?

MAYO.

Que fué toda la traza necesaria.
¿Dónde hallaste á don Nofre de Canaria,
Tan alto, desvaldo y vayandino?

DON CÁRLOS.

Bien llevo que reír todo el camino.
(*Vanse don Carlos y Mayo.*)

ESCENA VII.

LISARDA, DON LUIS, ISABEL.

DON LUIS.

¡Honrado caballero, por Dios vivo!

LISARDA.

Un poco hablé con él, y me parece
De buen entendimiento.

DON LUIS.

Desta traza

Quisiera yo, Lisarda...

LISARDA.

¿Qué?

DON LUIS.

Un cuñado.

LISARDA.

Sin duda que te trae desvelado
Este cuidado á tí!

DON LUIS.

Pues, por tu vida,
Que si agora vivieran nuestros padres,
No les diera ventaja en el deseo
De tu remedio.

LISARDA.

Basta; yo lo creo.

Mándente á tí jugar á la pelota,
Y de noche á las pintas, y mudarte
Del hábito galán que traes de día,
En el tabí de plata y medias blancas;
Tomar sombrero con la falda vuelta,
Asida del corchete de diamantes,
Cadena y otras galas semejantes;
Y venir á dar golpes, y á acostarse
Cuando ya quiere el alba levantarse,
Y pedir de comer á las dos dadas,
Rinendo sobre el cuello á mis criadas;
Que no acordarte, Luis, de mi remedio,
Porque esas son las cosas que olvidadas
Tienes, del mar de tu rigor en medio.

DON LUIS.

Dejemos quejas ¡oh Lisarda mía!
Comunes entre hermanos, cuanto injustas;
Que tú verás si mi cuidado es solo [tas;
Esas galas que dices y esos pasos.
Nunca poneis en cuenta las mujeres
Aquello de sentaros al espejo
Con tanta multitud de redomillas,
Que no hay pintor que tenga mas colores;
El tiempo que gastais en hacer mudas,
El dinero en vestidos y tocados,
De enriquecidas tiendas inventados:
Pues con vuestras cabezas á su viento,
Levantán mercaderes hasta el cielo
Casas, que tantas tienen por el suelo.
Ya pareceis Sibilas, ya Cleopatras,
Ya romanas, y griegas, ya flamencas:
Finalmente...

LISARDA.

No mas. ¡Nunca yo hablara!
Digo que no me cases en tu vida.

DON LUIS.

Si tú me riñes, es razon que sepas
Que doy satisfacion de mis costumbres;
Mas yo te casaré luego que acabe
Una encomienda de un amigo mio.

LISARDA.

¿Qué amigo y qué encomienda?

DON LUIS.

El conde Fabio,
De quien yo fui tan regalado en Nápoles,
Me escribe que es ya muerta la Condesa:
No dejó hijos, y llevar querría
Una que tuvo aquí de unos amores,
Que la dejó á criar en cierto pueblo,
Adonde vive, sin saber quién sea.
Yo tengo ya las señas, y una cédula
Para cobrar aquí dos mil ducados.Por ella quiero ir, y has de ir conmigo,
Para que de tí venga acompañada.
Pero no han de saber quién es.

LISARDA.

Pues dime,

¿Has de traerla aquí?

DON LUIS.

La orden en que llevarla me mandare,
Y que la rudes tú traje y lenguaje.

LISARDA.

¿En qué lugar está?

DON LUIS.

Barajas.

LISARDA.

Bueno.

El traje solo podrá ser mudarle;
Que en lo demás, la lengua de la corte
Tiene juridicion por cinco leguas,
Y Barajas está dos leguas solas.
¿Qué día quieres ir?

DON LUIS.

Pase la entrada
De nuestra serenísima princesa.

LISARDA.

¿Tienes ventañas ya? Pero no creo
Que serás tan galán: allá tus damas
Merecerán balcones para verla.

DON LUIS.

Tú tienes los mejores de la corte.

LISARDA.

Doyta mis brazos.

DON LUIS.

A comer nos vamos.

LISARDA.

Gran principio me has dado en las venta-
DON LUIS. [nas.

Yo te daré los postres en casarte. (Vase.)

ESCENA VIII.

LISARDA, ISABEL.

LISARDA.

Isabel...

ISABEL.

Mi señora...

LISARDA.

Bien se ha hecho.

ISABEL.

Amor es un Juanelo en artificios.

LISARDA.

Cárlos se fué, yo pierdo mil juicios;
Pero, pues su partida no me agrada,
No ha de ser por mí bien esta jornada.

Campo de Barajas.

ESCENA IX.

DORENA, SILVIO, PASCUAL, BENITO, ANTON, LABRADORES, MÚSICOS.

PASCUAL.

Famoso baile se ordena;
No hay lugar que tenga igual
Con Barajas.

DORENA.

¿Es Pascual?

BENITO.

Acá están Silvio y Dorena.

PASCUAL.

Si tú vienes á cantar,
¿Quién ha de faltar á oírte?

SILVIO.

Pues bien puedes prevenirte.

BENITO.

De la música y la mar,
Oigo decir que entristecen
Mucho mas los que lo están.

PASCUAL.

Los ojos te alegrarán
Que solo bien te parecen.

BENITO.

¿Sabes tú que han de venir?

PASCUAL.

Al baile nunca faltaron.

BENITO.

Hoy mis penas intentaron,
Pascual, morir ó vivir.

PASCUAL.

¿Cómo?

BENITO.

Con su padre hablé,
Y por mujer la pedi.

PASCUAL.

¿Mas que te dijo que sí?

BENITO.

Hasta agora no lo sé,
Porque es tan prudente el viejo
Que término me pidió.

PASCUAL.

El viene.

BENITO.

Hábréle yo.

PASCUAL.

Habrán entrado en consejo
El y su hija por dicha.

ESCENA X.

LAURENCIO. — Dichos.

BENITO.

Laurencio, el cielo te guarde.
¿Qué hay de mi dicha esta tarde?
Bien dijera mi desdicha.

LAURENCIO.

Benito, de tus méritos seguro
Y del valor de tus honrados padres,
No dudes de que diera á tu esperanza,
Con dulce posesion, tan dulce efeto.
Eres, para ser mozo, hombre discreto;
No te falta dinero ni limpieza
(Que no es pequeño bien limpiar riqueza);
Bienquisto, liberal y generoso,
Digno de ser en esta villa esposo
De la mujer mas bella que la habita;
Mas si Jacinta, ingrata, solicita
Que mi memoria y sucesion se acabe,
Y por ventura algun secreto sabe,
Y solo de vivir sola se precia, [precia?
¿Qué puedo hacer, pues todo amor des-
Ya está mi imperio en ruego convertido.

BENITO.

Conozco su rigor, lloro su olvido;
Mas como nunca el pensamiento humano
Está firme, Laurencio, en un propósito,
Y vemos que del cielo las mudanzas
Mudan tambien las cosas de la tierra;
Por si tu hija, vanamente esquiva,
Mudare del propósito que tiene
(Que en la mujer no suele ser muy firme),
Quiero de tu palabra prevenirme.
No son los pensamientos rios caudales
Que siguen un camino eternamente,
Y van entre dos márgenes corriendo
Con ley precisa al mar; que bien podria
Volver atrás, Laurencio, su porfia.
Lo que hoy se aborreció, mañana se ama;
Y quien huye, tal vez persigue y llama;

Con la necesidad, lo injusto es justo;
Que no tiene color ni ley el gusto.

LAURENCIO.

Allí, Benito, un poco te retira;
Que ella viene bizarra al baile.

BENITO.

Que están mis esperanzas á la muerte.

Advierte

ESCENA XI

JACINTA, TERESA.—DICHOS.

TERESA.

Acá están los bailadores.
No hay lugar desocupado.

JACINTA.

Los ojos me han ocupado
Otras distintas colores;
Que Benito estaba allí,
Y con mi padre trataba
Esto que hoy no le escuchaba.

TERESA.

Pues ¿quieres hablarle?

JACINTA.

Si.—

(A Laurencio)

Cansados te habrá dejado
Este necio los oídos;
Que amantes aborrecidos
Cansarán un monte helado.
Son como enfermos, que cuentan
A todos su enfermedad;
Que es peso la voluntad
De quien descansar intentan.
¿Qué te habrá dicho de mí!

LAURENCIO.

Hija, los extremos son
Una incierta imperfección,
Como la que miro en tí.
No te quisiera, si digo
Verdad, ver descaminar
De ingenio tan singular
Y de su consejo amigo.
Si muchas hijas tuviera,
Amara tu condición;
Mas si en tí la sucesión
De mi sangre aumento espera,
Pierde la injusta porfía
De tu vano entendimiento;
Darás con tu casamiento
Aumento á la sangre mía.
Elige en toda Barajas
El mas rico labrador;
Que el negar tiempo al amor
No son discretas ventajas.
En la edad dispuso el cielo,
Hija, tiempo para amar;
Quien no le ha dado lugar,
El alma tiene de hielo.
Tú lo mirarás mejor:
Tanto de tu ingenio fio,
Así por ser gusto mio,
Como por pagar á amor
El censo que los mortales
Le deben, y hasta las fieras;
Porque, como amar no quieras,
Serán á tu pecho iguales.

JACINTA.

No es fiereza, padre mio,
No dar al amor lugar.

LAURENCIO.

Es condición singular,
Y aunque labrador, me rio
De todos cuantos lo son;
Que las singularidades,
Cuando no son vanidades,
Arguyen imperfección.

JACINTA.

Yo te oí mas de una vez
Decir que no me podías
Casar: pues si esto decías,
Yo te establezco juez
De la causa de los dos.

LAURENCIO.

Tuve una esperanza incierta;
Que ya presumo que es muerta.

JACINTA.

Pues bien, perdónela Dios.
Pero dime, ¿qué secreto
En aquesto puede haber?

LAURENCIO.

En no decirle á mujer
Quiero parecer discreto.
De casamiento naciste,
No eres parto de la tierra,
Alma que ese cuerpo encierra
De carne y sangre se viste.
Jacinta, casados son
Todos los mas animales;
En las palmas orientales
Dicen que hay hembra y varón;
No dan dátiles opimos,
Sino es que los dos se ven;
Pero como cerca están,
Nacen dorados racimos.
Aquellas palomas van
Casadas á hacer sus nidos,
Los peces mas escondidos
Casados tambien están.
Mira la salvaje cierva
Seguir alegre su esposo,
Mira el novillo celoso
Peinar con los piés la yerba.
Todo ama: no es razon
Que no quieras bien lo que eres;
Pero mientras no quisieres,
No has de tener perfección. (Vase.)

ESCENA XII.

JACINTA, TERESA, DORENA, BENITO, PASCUAL, ANTON, LABRADORES, MÚSICOS.

TERESA.

Enojado va contigo.

JACINTA.

Valiente sermon me ha hecho.

TERESA.

Y ¿habrá sido de provecho?
Que el pretensor es mi amigo.

JACINTA.

Mientras cosas tan discretas
Me decia, yo pensé
Si por dicha me dejé
En casa las castañetas.
Aquí las traigo.—Ea, Gil,
Toquen, y de baile vaya.

TERESA.

Hoy he perdido una saya.

SILVIO.

¿Qué va?

JACINTA.

La del tamboril.
(Tocan, cantan y bailan.)
MÚSICOS. (Cantando.)

¡Oh qué bien que baila Gil
Con los mozos de Barajas,
La chacona á las sonajas
Y el villano al tamboril!
¡Oh qué bien, cierto y galán,
Baila Gil, tañendo Andrés!
O pone en fuego los piés,
O al aire volando van.
No hay mozo que tan gentil
Agora baile en Barajas,

La chacona á las sonajas
Y el villano al tamboril.
¡Qué moza desecharia
Un mozo de tal donaire,
Que da de coces al aire,
Y á volar le desafia?
A lo menos mas sutil,
Cuando baila se hace rajas.
La chacona á las sonajas,
Y el villano al tamboril.

BENITO.

Pudíerame ver bailar
La misma hermosa Princesa.

JACINTA.

De haber bailado me pesa,
Si es que te pude agradar.

BENITO.

Esto llamaras favor
Cuando mas discreta fueras.

JACINTA.

Mejor, Benito, dijeras
La que te tuviere amor;
Pero si gusto te di,
Yo me quiero despicar
Con darte aqueste pesar.

BENITO.

No lo será para mí.
Ya es noria mi pensamiento;
Mas tales vasos alcanza,
Los vacíos de esperanza,
Y los llenos de tormento.
Pues en tal desconfiar,
Y luego en tal padecer,
¿Qué males puedo temer?
¿Qué bienes puedo esperar?

JACINTA.

TERESA, escucha.

TERESA. (Ap. á Jacinta.)
Crueldad

Usas con aquesto mozo.

JACINTA.

De esas crueldades me gozo;
Yo nací sin voluntad.

TERESA.

Guárdate del refrancillo
Del agua no beberé.

JACINTA.

Esta mañana pensé
(Ahora bien, quiero decillo)
Ir á Madrid para ver
La entrada de la Princesa.
¿No irás conmigo, Teresa?

TERESA.

Si; pero ¿cómo ha de ser?
Mas ya sé lindo remedio.—
Benito...

BENITO.

¿Hay algo en mí bien?

TERESA.

Así los cielos te dén
Para tu desdicha un medio,
Que pongas un repostero
En tu carro, y que nos lleves
A Madrid.

BENITO.

Como tú apruebes
Lo que esta dice...

JACINTA.

No quiero.

BENITO.

Haz, Jacinta, tan feliz
Mi dicha, á mi amor responde;
Que al mayordomo del Conde
Pediré un rico tapiz,
Y á las mulas las pondré
Jáquimas de mil colores,

Y de alfombras de labores
Las estacas cubriré.
En almohadas labradas
De seda sentada irás;
Desde allí me abrasarás,
Si de abrasarme te agradas.
Haz esto, Jacinta mía:
Seré en tu fuego crisol,
Llevaré á Madrid el sol,
Por si hiciere pardo el día.
Yo sé que su Regimiento
Me lo sabrá agradecer,
Porque máscara y llover
¿Cómo puede dar contento?
Iré, como sobre apuesta,
Diciendo en mi carro nuevo:
«Fuera, apártense; que llevo
El sol para aquesta fiesta.»
Ea, voy á uncir.

JACINTA.

Teresa,
En dos pollinos irémos;
Que mas á placer verémos
A la divina Princesa.
Sombreros con plumas bellas
En tocas de argentería,
Mantecos con bizzarria,
Sertas, perlas como estrellas.
Ea, vamos.

TERESA.

¿Qué porfía!

BENITO.

Oyeme, Jacinta, aguarda.

JACINTA.

¿Alfombrita sobre albarda?
¿Famosa caballería!

MÚSCOS. (Cantando.)

¡Oh, qué bien que baila Gil,
Con las mozas de Barajas,
La chacona á las sonajas,
Y el villano al tamboril!

(Vanse.)

Camino de Madrid á Alcalá, orillas del arroyo
Abroñigal.

ESCENA XIII.

DON CARLOS, MAYO.

DON CARLOS.

Milagro de Dios ha sido.

MAYO.

Todas las piernas me ha roto.

DON CARLOS.

No hay duda, él iba borracho.

MAYO.

Tal es el año de zorros.
Rogamos á Dios por santos
(A los viejos decir oigo);
Mas no por tantos, que ya
Valga el vino á diez y ocho.
Branfial es nombre antiguo
Deste endemoniado arroyo:
De hoy mas, le llamo braguero;
En llegando, me le pongo.

DON CARLOS.

¡Jesus mil veces! ¿Tenía
Eso, Mayo, este demonio?
¿Hay tal cochero en el mundo?
¿Dónde llevaba los ojos?
¿Volcar el coche en el agua!

MAYO.

Bajó la cuesta furioso,
Y tropezando en las piedras,
Volvióse á un lado, y vació.

DON CARLOS.

¡Vive Dios, que fué milagro
Mi paciencia en tanto enojo;
Que el darle una cuchillada
Fué, saliendo, mi propósito!

MAYO.

A lo menos, de san Diego,
De quien eres tan devoto;
Que caer sobre las piedras
Era peligro notorio.
Yo en el agua parecía
Tortuga echada en remojo,
A lo menos bacallao,
Pardo atun, ó bayo tollo.
No en balde temió Lisarda.

DON CARLOS.

Un corazon amoroso
Es adivino del daño,
Mayo, que padece el otro.

MAYO.

¿Para qué me llamas Mayo?

DON CARLOS.

Pues ¿qué nombre?

MAYO.

Abrí lluvioso.

Tal como yo estoy en agua,
Tomara en vino un bizcocho.

DON CARLOS.

Mira si ha sacado el coche.

MAYO.

Allí le ayudaban todos;
Pero entienden poco de agua,
Y todos se ayudan poca.

DON CARLOS.

Mojáronseme las cajas.

MAYO.

Sembrado está el campo en torno
De alcorzas y peladillas,
Y todos hacen su agosto.

DON CARLOS.

¡Media legua de Madrid
Tal desgracia!

MAYO.

Es fiero monstro

Este arroyito que miras,
Y paso tan peligroso,
Que cuentan del mil desgracias,
Traiciones, muertes y robos.

DON CARLOS.

Alto; saquemos la ropa.
Esta vez no cumplo el voto;
Que ya con tantos azares
Me da la jornada asombro.
Alcalá de noche ha sido
Siempre lugar temeroso:
A Madrid me vuelvo, Mayo.

(Silbos y grúa dentro.)

¿Qué grita es esta?

MAYO.

Esos mozos

Que deben de haber sacado
El coche del agua en hombros.

ESCENA XIV.

UN HORTELANO.—DICHOS.

HORTELANO. (Dentro.)

¡Guarda el toro! Aparta, aguarda.

DON CARLOS.

¿Qué dicen de toro?

MAYO.

¿Cómo?

DON CARLOS.

De un toro.

MAYO.

Pues ¡toro aquí!

HORTELANO. (Dentro.)

¿Qué hiciera mas en el coso? (Sale.)

Apártense, caballeros;
Que viene por esos elmos
Un toro, que han perseguido
De Madrid algunos mozos,
En la vacada que tiene
La villa en aquestos sotos,
Para las fiestas que agora
Hace de cañas y toros
A la princesa de España.

DON CARLOS.

¿Toro agora tan furioso?

HORTELANO.

¿Cómo furioso? Por Dios,
Que los hortelanos somos
De aqueste arroyo en las huertas
Bastantemente animosos,
Y que ha dado, por silbarle,
Con algunos de nosotros
Muy lindas vueltas agora.

MAYO.

¿Por silbar? Por eso poco?
¿Cuál era para comedias
Ese toro valeroso!
Que hay pícaro que de un silbo
Deja un compañero tonto.

HORTELANO.

Aquí estaréis mas guardados,
Porque es un torillo hosco,
Cual suele un recien casado
A pocas noches de novio;
Herrado de las dos puntas,
Arrugado y negro el rostro,
Corto de cuello y de piés,
Ancho y hundido de lomo.
Después de mil rejonazos,
Con que da bramidos roncós,
Un reguilero de plumas
Le ofende el hocico romo.
Del jardin del Condestable
Estos hidalgos briosos
Salieron hoy á caballo,
Como galeras en corso:
Bien lo han hecho; mas, de seis,
Vuelven tres caballos solos;
Y aun algunos gorgueramos
Se han guarnecido de todo.
¡Oh! héle allí.

MAYO.

¿Pesía tal!

Levantando viene el polvo
Con los piés hasta las nubes,
Y á testeradas los chopos.

DON CARLOS.

Espere, por Dios; que vienen
Pasando agora el arroyo
Dos labradoras.

MAYO.

Y á fe

Que no son de malos rostros.
El parte á los dos pollinos.
¡San Diego! San Blas apóstol!

DON CARLOS.

Con una ha dado en el suelo.

MAYO.

Y aun por eso dijo el otro
Que á la que bien hila y tuerce,
Bien se le paréce.

DON CARLOS.

¿Cómo
Dejaré que miera allí?
Espérame, infame toro.

(Sacó la espada, y vase.)

ESCENA XV.

MAYO, EL HORTELANO.

MAYO.

A mí no hay que me esperar.

HORTELANO.

Discreto sois.

MAYO.

No soy bobo.

HORTELANO.

¡Qué enchillada le ha dado!
¡No le ayudais vos?

MAYO.

No oso;

Que tengo tan poco pulso,
Que no sé partir un hongo.

HORTELANO.

Las dos piernas le ha cortado.

MAYO.

Debian de ser de corcho.

HORTELANO.

La mujer en brazos saca.

MAYO.

Pensé que sacaba el toro.

HORTELANO.

¿Quién es este caballero?
Que pienso que le conozco.

MAYO.

Yo os lo escribiré mañana;
Que andamos de prisa todos.

ESCENA XVI.

DON CARLOS, con JACINTA en los brazos; TERESA.—DICHOS.

DON CARLOS.

Animo, bella aldeana.

HORTELANO.

Desmayóla el alboroto.

MAYO.

Y no habrá menester agua;
Que há rájo que está en remojo.

DON CARLOS.

Al coche quiero llevarla.

TERESA.

Haréis un hecho famoso,
Señor, en darle la vida.

MAYO.

¿Eso llevas?

DON CARLOS.

Calla, loco;

Que algo á mis ojos les debo.

MAYO.

¿Cuándo?

DON CARLOS.

Al pasar del arroyo.

ACTO SEGUNDO.

Plaza de Barajas.

ESCENA PRIMERA.

BENITO, PASCUAL, ANTON.

PASCUAL.

¡Que por tan breve jornada,
Tan ignorante haya sido!

BENITO.

¡Oh, lo que os habeis perdido

Por no haber visto la entrada
De la divina Isabel,
Princesa de España hermosa,
Del Cuarto Felipe esposa,
Digna de engastarse en él!
Soy hombre, al fin, de labranza;
¡Voto á mi sayo, Pascual,
Que estoy, aunque hablando mal,
Por hablar en su alabanza!
Mas lo que entiendo advertid,
Para mas grandeza suya.

ANTON.

Cuéntanos, por vida tuya,
Lo que ha pasado en Madrid.

BENITO.

San Jerónimo del Prado,
Que, cansado del desierto,
A ser palacio de Reyes
Subió su merecimiento,
Vestido de luminarias,
Como de estrellas el cielo
(Que por sus torres antiguas
Lugar sus almenas dieron),
Dio, Pascual y Anton, la noche
Antes de entrar en su centro
Este planeta divino,
A su grandeza aposento.
El sol, viendo que en Madrid
Entraba Isabel, corriendo
Cortinas de varias nubes
A su rostro y rayos bellos,
Dejó todo pardo el día,
«Pues entra Isabel (diciendo),
No he menester salir yo;
Porque dos soles, daremos
Tanta luz, que por ventura
Pienso el concertado tiempo,
O que ella viene á ser sol,
O que della envidia tengo.»
Bajó, en fin, acompañada
Este divino lucero
Hasta las casas del Duque
(Como al occidente vemos
La luna en serena noche,
Del espléndido ornamento
De sus brilladoras luces),
Del Norte á su lumbré opuesto,
Las Hélices, las dos Osas,
El Carro y la blanca Vénus.
Allí la Villa aguardaba,
Cerca de un arco del cielo,
Porque allí se apareció,
Y estuvo en dos horas hecho.
De un palio de blanca tela
Diez y seis varas abrieron
Una generosa calle
Al sol, porque fuese dentro.
Los vestidos que llevaba
El ilustre Regimiento
Eran conformes al día,
Que no hay mas encarecerlos;
Y ya sabeis que Madrid
Excede, como en el celo,
A muchas grandes ciudades
En riquezas y deseos.
Formaron por dos hileras
Las dos guardas, paralelos
Al planeta que traía
Luz á nuestro espurio suelo.
Los bizarros españoles
Y los gallardos tudescos
Llevaban sobre amarillo,
Blanco y rojo terciopelo.
Allí sus dos capitanes
Y sus tenientes hicieron
El lugar, orden y plaza
Que se fué siempre siguiendo.
Atabales y trompetas,
Del mismo color cubiertos,

1 La entrada de la Princesa en Madrid fue
á 19 de noviembre de 1615.

Parece que quién venía
Iban delante diciendo.
¿Cómo sabré yo pintaros
Tan grande acompañamiento,
Ignorante labrador,
Que de solo el campo entiendo?
No sé quién eran los grandes;
Solamente decir puedo
Que nadie en tan gran lugar
Puede llamarse pequeño.
Verdad es que conocí,
Pascual, al Conde mi dueño,
Con vestido regidor,
Entre muchos caballeros:
Aquel insigne Zapata,
Cuyos blasones excelsos
Tomó de los pies del sol,
Aunque son blancos y negros.
Al Conde, en fin, de Barajas,
Como á señor conociendo,
Me divertí de los otros.

PASCUAL.

De que le alabes me alegro;
Que al fin es nuestro señor,
Y hijo de padre tan bueno,
Que su famosa memoria
Vivirá siglos eternos.

BENITO.

También conocí al Mendoza;
Ilustrísimo sugeto
Para versos de Virgilio,
Para excelencias de Homero.

ANTON.

El duque del Infantado,
Benito, á los extranjeros
Está diciendo quién es.

BENITO.

Pues con él amanecieron
Los rayos de un Alba, clara
Por sus heroicos abuelos,
Por sus generosos padres,
Cuyas grandezas hicieron
Que en las de Alejandro y César
Callen el latino y griego.
Hablando en el duque de Alba,
Volví la cara á un manco
Que estaba alabando al duque
De Sosa y Soma, diciendo:
«Aquí se cifró la gloria
De los Córdoba, que dieron
Honra á España, fama al mundo,
Y al Rey Católico reinos.»
Pero dejé de escucharle,
Pascual y Anton, os prometo,
Por ver un príncipe, en quien
Puso las partes el cielo
De mas grandeza y valor
Que en muchos siglos se vieron.
Ya sabeis que yo no soy
Pretendiente lisonjero;
Porque mas precio una flor
De un huertecillo que tengo,
Que cuantas riquezas cubren
Los doseles de sus techos.
No daré tan solo un paso
Por cuantos diamantes bellos
Fueron pedazos del sol,
Que de sus rayos cayeron;
Pero á dar justa alabanza
A grandes merecimientos,
Mi natural condicion
Me obliga, sin otro premio.
Que vi pues tan gran señor,
Otra vez á decir vuelvo
(El de Lerma y Denja digo),
Con que digo cuanto puedo.
Mas porque ofenderse puede
Que villano tan grosero
Ose el tomarle en la boca,
La sello con el silencio.
Y porque, después de ver

Reyes de armas y maceros,
Uso de Castilla antiguo,
Con reales instrumentos,
Vi debajo de aquel palio
La flor de lis de los ciclos,
La soberana Princesa.
Por quien dimos igual peso
De estrellas, de sol, de perlas,
Que con Isabel nos dieron.
Pintaros de qué manera
Iba aquel ángel haciendo
Cielo el palio, es dar á un vidrio
Todo el resplandor de Febo.
Si os pintara su vestido,
Pudiera cualquier discreto
Decirme: ¿En eso ocupaste
Los ojos tan breve tiempo?
No era mejor ocuparle
En ver el rostro, el cabello,
Las manos, la compostura,
El aire gentil del cuerpo?
Pues á la fe, que paré
Mas en su belleza atento,
Que en vestidos y diamantes,
Y en el palafren, soberbio
De verse con tanta dicha;
Porque, á tenerle, sospecho
Que, desvanecido y loco,
Perdiera el entendimiento.
Sus damas iban después
Con galanes, que quisieron
Ver hablar francés á amor,
Y castellano al desco.
La calle Mayor pasaron,
La Princesa bendiciendo,
De ventanas y balcones,
Cuantos verla merecieron;
Porque pienso que llevó,
Mas que perlas y cabellos,
Almas y ojos aquel día,
En sus muchas gracias puestos.

PASCUAL.

¿No nos dices de la puerta
De Guadalajara?

BENITO.

Hicieron
En ella un arco de seda,
Y los insignes plateros,
Una calle toda de oro,
Ostentacion de sus pechos.
Y advertid que esta pintura
Es solamente bosquejo;
Que nadie gasta colores
Si no hay agradecimiento.

ESCENA II.

LISARDA, DON LUIS; LAURENCIO,
con una carta.—DICHOS.

LAURENCIO.

Cuanto decís es verdad,
Y conocida esta letra.
Hasta el alma me penetra
El pensar mi soledad.
Lo que hasta agora encubrí,
Es fuerza que se descubra.

DON LUIS.

Si; pero no que se encubra
La prenda que vive aquí.
Ya no hay que disimular.
El Conde quiere su hija.

LAURENCIO.

Pues ¿no queréis que me afija
De que falte del lugar?
A Madrid fué á ver la entrada
De la señora Princesa;
Si su tardanza me pesa,
Será disculpa excusada.
Demás, que dicen que un toro,
De unos mozos perseguido,
Vengado, puesto que herido,

En romper capas con oro,
Trató á mi Jacinta mal,
Hasta derribarla al suelo,
Al pasar el arroyuelo
Que llaman de Brañigal.
¿Ay de mí!

LISARDA.

Si por amor

La habeis, buen hombre, escondido,
Justa disculpa habrá sido;
Mas no carece de error.
Considerad que mi hermano
No se irá de aquí sin ella.

LAURENCIO.

Puesto que será el perdella
Mi muerte, tened por llano
Que os he tratado verdad.
Aqui hallaréis labradores
Desta villa, los mejores,
Que os dirán mi calidad.—
Benito, Pascual, Anton,
¿Soy hombre yo de invenciones?

BENITO.

Pues tú ¿das satisfacciones,
Laurencio, de tu opinion?
Señores, de aquí partió
Jacinta á Madrid; no ha vuelto;
De buscarla estoy resuelto;
Que he de ser su esposo yo.
Esto del arroyo y toro
Averiguaré lo que es,
Porque há dos años, y aun tres,
Que sus desdenes adoro.
Mas ¿para qué la queréis?

DON LUIS.

Buen hombre, cesad de hablar;
Que no os habeis de casar
Con Jacinta, ni podeis.
Jacinta es hija de un hombre
Noble, que por ella envia.

BENITO.

Aunque la bajeza mia
No tenga de noble el nombre,
Bien la puedo merecer.

LISARDA.

Dejad eso, labrador;
Que ni entendeis su valor,
Ni le podréis entender.

LAURENCIO.

Benito, cesa de hablar;
Que estas son cosas tan altas,
Que será descubrir faltas
El pretenderla igualar.
Señores, la relacion
Vuestra y las cartas son ciertas.
Un coche llegó á mis puertas
Años há; pasados son.
Aquesta niña traia;
Mi mujer la recibí,
Y el dueño me refirió
Que por bautizar venia.
Dejáronme buen dinero,
Porque á Italia se ausentaba,
Y supuesto que tardaba,
Fué en efeto caballero.
Siempre acudió por Madrid
Con lo que fué menester;
Mas en fin, por no saber
Nombre que darle, advertid
Que porque al cuello traia
Un san Jacinto de oro
Y diamantes, el decoro
Le guardé que le debia,
Y Jacinta la llamé.

DON LUIS.

Pues esa misma Jacinta
Que vuestra piedad me pinta,
Y en esta carta se ve,
Me habeis, buen hombre, de dar.

BENITO.

¿Que Jacinta es gran señora?

LAURENCIO.

¿Cómo he de poder, si agora
No ha venido á su lugar?

PASCUAL.

Vaya Benito á buscalla.

BENITO.

Presto pienso que os la diera,
Si del corazon pudiera,
Como la tengo, sacalla.

ESCENA III.

JACINTA, TERESA.—DICHOS.

JACINTA.

¿Gente de la corte á mí?

TERESA.

Y un caballero y su hermana.

ANTON.

Perdida, que hoy tanto gana,
Mirad que os buscan aqui.

LAURENCIO.

Hija, á quien ya no podré
Dar ese nombre, pues tienes
Otro padre, ¿cómo vienes
De aquesta suerte?

JACINTA.

No sé;

Que segun ha sido el mal,
Bien puedo decirlo así.

DON LUIS.

¿Es esta?

LAURENCIO.

Señores, sí.

DON LUIS.

Muestra á su nobleza igual
La hermosura y gentileza.

LISARDA.

Dad los brazos á los dos,
Y guarde mil años Dios
Tan extremada belleza,
Señora doña Jacinta.

JACINTA.

¿Cuál diablo de don! ¿Qué es esto?
A la fe, que me le han puesto
Con alfiler ó con cinta.
Tan en buena hora fuimos
Las dos á Madrid, Teresa?

DON LUIS.

¿Desto os pesa?

JACINTA.

Mas me pesa

Del peligro en que nos vimos.

LAURENCIO.

Hija, vos no lo sois mia;
Mirad que vienen por vos.
De dividirnos los dos
Llegó, con mi muerte, el día.
Lágrimas son... Estoy viejo...
¿Bien me pagan la crianza
Con mi muerte!

JACINTA.

¿Qué mudanza

Es esta?

LAURENCIO.

Ser vos mi espejo,
Y haberos quebrado aquí.

JACINTA.

¿Otro padre tengo yo?

LAURENCIO.

Si, hija, el que os engendró;
Que yo solamente fui
El que con vos ha pasado

Los trabajos que sabeis.
Allá en Italia teneis
Quien me dejó su cuidado;
Que estos caballeros vienen
Por vos : á Madrid iréis
Con ellos, donde tendréis
Los vestidos que convienen
A mujer tan principal.
Padres teneis *señoría*,
Que yo era *vos*, hija mía,
Y *vos* envuelto en sayal.
Tierno estoy, tengo razon.
Dios os haga venturosa.
(*Vase, y con él Benito, Pascual y Anton.*)

ESCENA IV.

JACINTA, LISARDA, DON LUIS,
TERESA.

LISARDA.
No lloreis, Jacinta hermosa,
Aunque es justa obligacion;
Que aquí estaremos los dos
El tiempo que vos gusteis,
Y cuando vais, si quereis,
Iré Laurencio con vos.

DON LUIS.
No se ha de hacer cosa aquí
Que vuestro gusto no sea.

JACINTA.
Así es justo que lo crea,
Y esto habeis de hacer por mí,
Que es estar algunos días
En Barajas, por el llanto
De mi padre, y hasta tanto
Que dispongo cosas mías.
Entrad porque descanséis,
Y contaréisme quién soy.

DON LUIS.
Palabra, Jacinta, os doy
De que iréis cuando querréis.

LISARDA.
Un coche teneis aquí.

JACINTA.
No me le nombreis, Señora;
Que pienso que paso agora
El peligro en que me vi;
Aunque por cierto que debo
A un caballero la vida.

TERESA. (Ap. á Jacinta.)
Calla; que vienes perdida.

JACINTA.
No puedo, amiga, aunque pruebo.
(*Vanse Jacinta y Teresa.*)

LISARDA.
¿No tiene buen parecer
Nuestra bella labradora?
DON LUIS.
No ve el sol en cuanto dora
Tan peregrina mujer.
(*Vanse él y Lisarda.*)

Vista exterior de una huerta de Barajas,
fuera del pueblo.

ESCENA V.

BENITO, PASCUAL.

PASCUAL.
¿Qué tenemos de amor?

BENITO.
Pierdo el sentido.

PASCUAL.
¿Pues ¿qué hay de tu esperanza?

BENITO.

Que ya es muerta.

PASCUAL.
¿No queda alguna luz?

BENITO.

Cerró la puerta.

PASCUAL.
Quien vive, espere bien.

BENITO.

Ya el bien es ido.

PASCUAL.
¿Qué puedes tú perder?

BENITO.

Lo que he sufrido.

PASCUAL.
¿Qué puedes tú ganar?

BENITO.

Pena tan cierta.

PASCUAL.
¿Nunca tuviste alguna gloria?

BENITO.

Incierta.

PASCUAL.
Alienta el corazón.

BENITO.

Estoy perdido.

PASCUAL.
El sufrir es valor.

BENITO.

No hay resistirme.

PASCUAL.
Los males tienen fin.

BENITO.

Son inmortales.

PASCUAL.
Con ellos has de amar.

BENITO.

Soy roca firme.

PASCUAL.
Pretende pues.

BENITO.

No hay méritos iguales.

PASCUAL.
Pues ¿qué piensas hacer?

BENITO.

Pascual, morirme.

PASCUAL.
Pues qué ¿cura el morir?

BENITO.

Todos los males.

ESCENA VI.

DON CÁRLOS, MAYO. — DICHOS.

MAYO. (A su amo, distantes los dos de los
labradores.)

Este es aquel labrador :
Ya que no te has excusado
De venir mal disfrazado,
Háblale luego, Señor.

DON CÁRLOS.

Mayo, si Jacinta bella
Me trajo el alma tras sí,
¿Cómo puedo estar en mí
Mientras que no vuelvo á vella?
Pasaba Leandro un mar,
Rompiéndole con sus brazos,
Por llegar á los abrazos
De quien le pudo obligar;
Ya en olas altas, ya en bajas,
Una y muchas veces fué :
Pues ¿por qué no pasaré
Desde Madrid á Barajas?

Dos leguas son, todo es calle,
¿Hay mar, hay montes de hielo?

MAYO.

No; pero hay un arroyuelo.
Que el diablo puede pasalle.

DON CÁRLOS.

No le infames; que le debo
Haber visto una mujer
Cuyos brazos pueden ser
Laureles del rojo Febo;
Tal, en fin, que de Lisarda
Apenas memoria tengo.

MAYO.

Yo, Señor, con gusto vengo;
Solamente me acobarda
El venir á este lugar
A tratar cosas de amor
En casa de un labrador,
Donde no puede faltar
Mozo de siega y vendimia,
Robusto como del campo,
Y su Roldán ó Melampo;
Con su carranca de alquimia;
Perrazo, que cuando ladra,
Ya tiene á un hombre en el suelo,
Con presas como un anzuelo,
Que hasta el ánima taladra.
Pero con esta invencion
Que tienes imaginada,
No hay que temer.

DON CÁRLOS.

Todo es nada,
Mayo, en habiendo aficion.—
Dios os guarde.

BENITO.

Su mercé

Venga muy en hora buena.

DON CÁRLOS.

Traigo...

BENITO.

Hablad, no tengais pena.

DON CÁRLOS.

Habeisme de hacer merced:

BENITO.

Véte en buen hora, Pascual.

PASCUAL.

Adios, si estorbo.

BENITO.

Ya sabes

Que hablando personas graves,
Testigos parecen mal.

PASCUAL.

Bien sé que es no estorbarás
Mandamiento cortesano.

(*Vase.*)

ESCENA VII.

DON CÁRLOS, BENITO, MAYO.

BENITO.

Hablad; que aunque soy villano,
Es en lo exterior no mas.

DON CÁRLOS.

Antes estoy informado
De vuestra mucha nobleza;
Que sangre donde hay limpieza
Dora el mas humilde estado.
¿No os llamais Benito?

BENITO.

Sí.

DON CÁRLOS.

Pues de Madrid vengo huyendo.
Anoche herí...

BENITO.

Ya lo entiendo;
No hay mas que decirme á mí.

DON CARLOS.
Soy Zapata, y soy pariente
Del Conde; sé que teneis
Una huerta...

BENITO.
Y vos podeis
Defenderos fácilmente
En la casa que allí tengo.

DON CARLOS.
Pienso que me han de buscar.

BENITO.
Será solo en el lugar.

DON CARLOS.
Del Conde informado vengo
Que sois hombre de valor,
Y que ayudarme podeis.

BENITO.
No se engaña, y lo veréis
Presto, el Conde mi señor.

DON CARLOS.
Si me visto de hortelano,
¿Podré estar en esa huerta?

BENITO.
Y seguro; que á su puerta
No ha de llegar hombre humano.

DON CARLOS.
¿Tendréis vestidos, por dicha,
Para mí y este criado?

BENITO.
No soy pobre, y soy honrado,
Con pension de una desdicha.

DON CARLOS.
¿Cuál es la huerta?

BENITO.
Esa es;
En ella entrad mientras voy.

DON CARLOS.
Mayo, de ventura soy.

BENITO.
¿Quién es Mayo?

MAYO.
Cierto mes.

BENITO.
Pensé que era vuestro nombre.

MAYO.
No, hermano.

DON CARLOS.
Si fuera ingrato
Jamás á tan noble trato...

BENITO.
No prosigais; que no hay hombre
Que tenga vuestro apellido,
Que no pueda ser dechado
De nobleza.

DON CARLOS.
Este cuidado
Me quiere mas escondido.
A la huerta voy. Adios,
Despacio hablaremos luego.

MAYO. (Ap. á su amo.)
No se entabla mal el juego,
Pues disfrazados los dos,
No hay que temer al lugar.

DON CARLOS.
De noche salir podremos
Adonde á Jacinta habremos.

MAYO.
Por tí se podrá cantar:
«Hortelano era Belardo
De las huertas de Valencia;
Si ha de haber hambre, paciencia;
Embuitir lechuga y cardo.»
(Vase don Carlos y Mayo.)

ESCENA VIII

MENDO. — BENITO.

MENDO.
Pascual me ha dicho que e á s
Con una tristeza extraña.

BENITO.
Pascual, padre, no te engaña,
Y en mí verás lo demás.

MENDO.
¿Qué te importa el casar con
De Jacinta?

BENITO.
En esa edad
No reina la voluntad;
Mas puede el entendimí nto.
Pero, padre, en esta m á,
¿Qué consuelo puede haber
Para dejar de querer
Lo que Jacinta querri ?
Dicen que es hija...

BENITO.
¿De quién?

BENITO.
De un conde napolitano;
Yo soy un pobre villano.

MENDO.
Tú eres mas noble también;
Y llegada esta ocasion,
Estoy, Benito, en efeto,
Por romper para un secreto
Las puertas del corazon;
Que no es mayor calidad
La suya.

BENITO.
Padre, no creas,
Por lo bien que me deasas,
Engañar mi voluntad;
Que si piensas remediar me
Y con mentiras valer me,
Será por dicha encender me
Con lo que piensas helarme.

MENDO.
Hijo, buen padre te dió
Tu fortuna, y no extranjero,
Sino español caballero;
Que no soy tu padre yo.
Deudo en esa casa tiene;
Las armas de su blason
No perdieron opinion
Por lo que á tocarlas viene.
Esto basta para tí,
Y no me preguntes mas.

BENITO.
La vida me quitarás,
Oh padre, en dejarme así.

MENDO.
No soy tu padre; que yace
En Madrid en la capilla
Del Conde.

BENITO.
No es maravilla
Que mientas: de tu amor nace.
Oye, padre, dime el nombre.

MENDO.
Déjame; que ya me pesa
De haber hablado.

(Vase.)

ESCENA IX.

BENITO.

Aquí cesa
Mi ser, pues que soy mas hombre.
Animo pues, pensamientos;
Que si es aquesto verdad,
Amor en mí calidad
Hará menos fundamentos.

Demás, que si al caballero
Que hoy á mi huerta ha venido
Favor y consejo pido,
Consejo y favor espero.
Si en calidad no hay ventajas,
Y mi loco amor porfia,
O Jacinta será mia,
O se ha de perder Barajas. (Vase.)

ESCENA X.

DON LUIS, LISARDA, ISABEL.

DON LUIS.
Yo he dado en esta locura.

LISARDA.
Desde Madrid lo temí.

DON LUIS.
Lisarda, en mi vida vi
Tan extremada hermosura.

ISARDA.
Tú eres lindo Galsor:
No ves mujer que no quieras.
Mas dime, hermano, ¿es de veras
Tener á Jacinta amor?

DON LUIS.
Si es hija del conde Fabio,
Y ya por fuerza heredera,
Será justo que la quiera,
Seré en pretendella sabio.
Si la tengo de llevar
A mi casa, estando allí,
No es mejor que para mí
La intente solicitar?
Háblala, hermana, y dirás
Que por ella estoy perdido:
Cosa tan justa te pido,
Que negarla no podrás.
Yo me retiro á esa huerta;
Llévame sola allá;
Quizá el amor me dará
Para estos principios puerta.
No examines aficiones;
Porque es una ley amor
Tan bárbara, que en rigor
No la averiguan razones.
Yo veré si tengo en tí
Tanta sangre como pienso.

LISARDA.
Yo lo haré.

DON LUIS.
Pondrás un censo
Perpetuo, Lisarda, en mí. (Vase.)

ESCENA XI.

LISARDA, ISABEL.

LISARDA.
Para mis cuidados, es
El de mi hermano extremado.
ISABEL.
De haber don Carlos tardado,
Es bien que con él estés,
Pues ya pasó de novena
La jornada de Alcalá.

LISARDA.
Si en ella, Isabel, está,
No á lo menos con mi pena.
Esta es Jacinta.

ESCENA XII.

JACINTA, TERESA. — DICHAS.

JACINTA.
Ya estoy
Con humos de cortesana.

LISARDA.
Oigo decir que Diana

(Que á Ovidio inclinada soy)
Es Luna y es Proserpina;
Vos tambien seréis agora
Cortesana y labradora;
Y si Vénus, seréis trina.

JACINTA.
No me habléis de esa manera;
Que no lo entiendo, por Dios.
Bajáos á mi campo vos,
Pues no subo á vuestra esfera.

LISARDA.
Yo tengo un poco que hablaros,
Y en una huerta ha de ser.

JACINTA.
Yo os tengo de obedecer,
Y como á mi dueño amaros.

LISARDA.
Pienso que mi hermano intenta
Hacerme vuestra cuñada.

JACINTA.
Si es burla, será extremada.

LISARDA.
Esa humildad me contenta.
Ya deseo que os vistais,
Para que soberbia estéis.

JACINTA.
Siempre humilde me hallaréis,
Y mas si vos me mandais.

LISARDA.
Voy á hacer que allá nos lleven
Algo con que regalaros.

JACINTA.
¿Qué mas que veros y hablaros,
Aunque con las fénix prueben?
(Vase Lisarda é Isabel.)

ESCENA XIII.

JACINTA, TERESA:

JACINTA.
¿Qué te dice el casamiento?

TERESA.
Que no te estuviera mal
Con hombre tan principal,
Si aquel nuevo pensamiento
No te taviere tan loca.

JACINTA.
Teresa, en mi vida amé:
Castigo y muy justo fué,
Que á amor por agravio toca.
¡Oh, qué bien me lo decias!
Mas dime, ¿á quién no obligara
Hazaña tan noble y rara
En tantas desdichas mias?
Pues sacarme desmayada
Y dejar de ir á Alcalá,
Por llevarme donde ya
Fui curada y regalada
De sus hermanas hermosas,
¿A quién no pudo obligar?

TERESA.
Cárlas es digno de amar
Por sus prendas generosas;
Mas ya que has de ir á su casa
De don Luis, no habrá remedio
De verlo.

JACINTA.
Siempre halla un medio
Quien de ciego amor se abrasa.

ESCENA XIV.

MAYO, de buhonero. — DICHAS.

MAYO.
¡Hay quien compre lindas cosas,

Joyas y curiosidades?

TERESA.
Creciendo las calidades,
Serán las galas forzosas.
Compra de aquí niñerías.

JACINTA.
Buen hombre, llegaos acá.

MAYO. (Ap.)
Sola con Teresa está.

JACINTA.
¿Qué vendéis?

MAYO.
Locas porfías
De un ciego amante abrasado.

JACINTA.
¡Mayo! ¿eres tú?

MAYO.
Y tan florido,
Que una huerta me ha tenido
En almendro transformado.
Yo vengo, como me ves,
A decirte que está aquí
Don Cárlas.

JACINTA.
¿Es cierto?

MAYO.
Sí.

JACINTA.
Amante bizarro es,
Y paga al justo mi amor.

MAYO.
En la huerta de Benito
Me ha dado por sobrescrito
Que está vuelto en labrador;
Porque le ha dado á entender
Que fugitivo ha venido
De la corte, y se ha querido
De su persona valer.
Dice que es deudo del Conde,
Y en esto dice verdad:
Benito, por amistad,
En su enramada le esconde.
Véle á ver, con un gaban
Y un escardillo en la mano;
Porque en forma de hortelano
No le conozca Galvan.

JACINTA.
Iré sin duda esta tarde.

ESCENA XV.

LISARDA, ISABEL. — DICHAS.

LISARDA.
Y ¿qué compra?

ISABEL.
No lo sé.

LISARDA.
Lo que fuere pagaré;
No estéis, Jacinta, cobarda.
¿Qué traéis?

MAYO.
Tocas famosas
Y cintas de mil maneras.
(Ap. ¡Cielos! ¿qué es esto? Por Dios
Que ó tengo el mosto en la testa,
Ó que es aquesta Lisarda.)
Señora, aquí un poco espera;
Que voy hasta la posada:
Verás unas cajas llenas
De varias curiosidades:
El Escarraman, la Venta,
Y hasta El pasar del arroyo.

JACINTA. (Ap.)
¡Ay Dios! si de eso me acuerdas,
Cuéntame por desmayada.

LISARDA.
Buen hombre, escucha á la oreja.

MAYO. (Ap.)

Mas quisiera que un alamo
Del Rastro me la mordiera.

LISARDA.
Mayo, ¿eres tú?

MAYO.
Yo soy Mayo;
Mas tantas mayas me cercan,
Que he de mayar como gato.

LISARDA.
¿Cómo estás de esa manera?

MAYO.
Cárlas supo que aquí estabas,
Y con este hábito y cesta
Me mandó venirte á hablar.

LISARDA.
¿Ya está en Madrid?

MAYO.
Allá queda,
Triste de no haberte hablado.

LISARDA.
Porque aquestos no lo entiendan.
Ven aquesta noche á hablarme,
Aguardaréte á la puerta;
Que de todo lo que pasa
Le quiero dar larga cuenta.
¿Tráesme carta?

MAYO.
En la posada
La dejó; pero traeréla
Esta noche. Adios, Señora.

ISABEL.
Mayo, escucha.

MAYO.
Cuando vuelva. (Vase.)

LISARDA.
Ya nos podemos partir:
Prevenida está merienda
Y algun entretenimiento.

JACINTA. (Ap. á Teresa.)
Teresa, cuando esta sepa
Que quiero bien á don Cárlas,
¿Qué importa?

TERESA.
Solo que tenga
Envidia de tu buen gusto.

LISARDA. (Ap. á su criada.)
Isabel, ¡brava fineza!
Cárlas á Mayo me envía.

ISABEL.
Habrá sentido tu ausencia.

JACINTA. (Ap.)
¡Ay Cárlas!

LISARDA. (Ap.)
¡Ay Cárlas mío!
Ya estoy besando tus letras.
(Vase.)

Huerta de Benito.

ESCENA XVI.

DON CÁRLOS, de hortelano.

Amor, que siempre barajas
Los bienes y males ciegos;
Ya tienes casa de juego,
Ya das naipes en barajas.
Jugadores de ventajas
Son tus manos, que estos días
Ganan las potencias mias;
Pues en efecto te vales,
Amor, de barajas tales
Para tales fullerias.
Amor, ¿de quién te acompañas
Para perder y ganar,

Pues sólo en el barajar
 Echo de ver que me engañas!
 No son honradas hazañas
 Ver de Lisarda la suerte,
 Y barajarla de suerte
 Que llegue la de Jacinta,
 Figura que con su pinta
 Pudiese darme la muerte.
 ¿Por qué tomas mis cuidados
 En Barajas tan á pechos,
 Pues jugar con naipes hechos,
 No es, amor, de hombres honrados?
 Si así los tienen cortados
 En Barajas de pesares,
 Ganarás cuanto repares,
 Pues en ellas juntos vi,
 Los encuentros para ti,
 Y para mi los azares.
 Barajas, y alzo por mano,
 Puesta en Madrid la mitad;
 Pero con tu habilidad
 Ha sido remedio en vano.
 Poco en tus barajas gano,
 Pues juego temiendo ausencia
 En Barajas sin licencia,
 Adonde vengo á probar
 La mano para ganar,
 Y si perdiere, paciencia.

ESCENA XVII.

DON LUIS. — DON CÁRLOS.

DON LUIS.
 Buen hombre, que Dios te guarde,
 Y en verde hortaliza aumente,
 ¿No sabes que todo oriente
 Viene á tu huerta esta tarde?
 No sabes cómo Jacinta
 Viene á cubrilla de flores,
 Que son sus piés las colores
 Con que abril los prados pinta?
 ¿Conocesla? Dime nuevas
 De su hermosura y valor.

DON CÁRLOS. (Ap.)
 Cuando harajas, amor,
 Todo lo tiras y llevas.
 Este es don Luis. ¿Qué es aquesto?

DON LUIS.
 ¿No respondes, labrador?

DON CÁRLOS.
 Estoy cavando, Señor;
 Que me va la vida en esto.
 Que venga Jacinta aquí
 Y la tengais afición,
 Me ha causado admiración.
 Nunca en Barajas os vi;
 Pero mejor os diré
 Mi amo lo que quereis,
 Pues en las eras que veis
 Todo mi remedio está.
 Que á la fe que me conviene
 Tener todo aqueste día
 Mas trabajo que solía.

DON LUIS.
 ¿Es este mozo que viene
 El dueño de aquesta huerta?

DON CÁRLOS.
 Y de los mozos mejores
 De Barajas.

ESCENA XVIII.

BENITO. — DICHO.

BENITO.
 Sabed, flores,
 Que os traigo una nueva cierta.
 La primavera ha llegado
 Anticipada en Jacinta,

De la que esperais distinta,
 Pues de huerta os vuelve en prado.
 Creced, los verdes cogollos,
 Porque al pasar de sus plantas
 Esmalten colores tantas.

DON CÁRLOS.
 ¿Qué buen año de repollos?
 Pues lo que es el perejil
 Picará como mostaza.
 (Ap. Mayo tarda con la traza;
 Primero ha llegado abril.)

DON LUIS.
 ¿Sois el dueño desta huerta?

BENITO.
 Y muy vuestro servidor,
 Aunque el traje labrador
 Mal con el vuestro concierta.
 Por Jacinta os vi venir,
 Y aunque lo tuve á pesar,
 Como al señor del lugar
 Os quiero y debo servir.
 Estoy ya medio casado
 Con ella; que si hay ventajas
 Del uno al otro en Barajas,
 Mi hacienda las ha ganado.
 Suplicoos humildemente
 Nuestra boda concertéis,
 Y á Jacinta la rogueis
 Que me trate blandamente;
 Que no habrá mes en el año
 Que os falte mi obligación,
 Desde la fruta al lechón,
 Mejor que la seda y paño.
 Desde aquí sois mi padrino,
 Desde aquí sois mi señor.

DON LUIS.
 Hablad bajo, labrador;
 Que aun sois de nombrarla indigno.
 Es muy principal señora,
 Y espera mejor marido.

BENITO.
 Es engaño conocido;
 Que Jacinta es labradora,
 Y como tal se crió,
 Y en su bautismo mi padre
 (Si es mi padre) fué el compadre
 Que de pila la sacó.
 Ella ha de ser mi mujer:
 Mirad si aquesto es verdad;
 Y si no, el libro mirad.

DON CÁRLOS.
 ¿Oh, lo que este año ha de haber
 De pepinos y borrajas!

DON LUIS.
 Buen hombre, cierto señor
 Con secreto y con temor
 La trajo niña á Barajas.
 En fe desto, la veréis
 Vestida hermosa y gallarda,
 Ir con mi hermana Lisarda,
 Si duda en esto poneis,
 Donde en Madrid vivirá,
 Conforme á quien es, casada.

BENITO.
 Ya entiendo, no ignoro nada:
 ¿A buenas deshonras va!
 Ya sé que hay ciertas mujeres
 Que en viendo una moza hermosa,
 Con su maña cautelosa
 La prenden con alfileres
 Un doña Tal de Guzman,
 De Toledo ó de Mendoza,
 Haciendo á una humilde moza
 Bastarda del preste Juan.
 Dan en la corte con ella,
 Donde por la novedad
 No hay colmena (esto es verdad)
 Con mas avispa en ella.
 Luego la cubren diamantes,

Fiados á buen pagar,
 Que son después al cobrar
 Mas duros que fueron antes.
 Luego hay casa con balcones,
 Luego hay destierros y vueltas;
 Pero en vueltas y revueltas
 Cogen muy lindos doblones.
 Así será la mujer
 Que vuestra hermana llamais,
 Con que á Jacinta engañais,
 Que era labradora ayer;
 Y vos, que ayudais al caso,
 Seréis el galán primero.

DON LUIS.
 No sé, villano y grosero,
 Cómo el alma no te paso.
 ¿Hay malicia semejante!
 ¡Vive Dios, que estoy!...

BENITO.
 Tenéos,
 Y en la huerta entretenéos,
 Pues sois de Jacinta amante,
 Que agora hablais con ventajas.
 Traer mi espada es razon,
 Y conoceréis quién son
 Los mancebos de Barajas. (V. se.)

ESCENA XIX.

DON LUIS, DON CÁRLOS.

DON LUIS.
 (Ap. Sin duda alguna está loco
 De amor de Jacinta bella;
 Mas ¿qué mucho, si por ella
 Es ya mi seso tan poco?)
 ¡Hola! Tú, que cabizbajo
 Limpias tu verde hortaliza,
 Oye.

DON CÁRLOS.
 El dimiño os atiza.
 Dejadme con mi trabajo;
 Que no me entiendo de amor.

ESCENA XX.

MAYO. — DICHO.

MAYO. (Ap.)
 Allí mi señor está:

DON CÁRLOS.
 (Ap. Mayo viene; pero ya
 Se ha llevado abril la flor.)
 ¿Qué hay, compañero? ¿Tenemos
 De lo dicho alguna traza?
 ¿Concertárase la fruta?
 ¿Írán á Madrid las cargas?
 Que hay otro marchante acá,
 Que diz que viene á comprarla.

MAYO.
 Hortelano era Belardo
 De las huertas de Barajas;
 Que los trabajos obligan
 A lo que el hombre no basta.
 Pasado el hebrero loco,
 Siembra para mayo trazas;
 Mas ninguna lleva flores:
 Aires de Madrid lo causan.
 Todos soplan hécia acá;
 No hay sino bajar la cara,
 Mientras soplan estos ciezos
 Que vienen de las montañas.

DON CÁRLOS.
 Ya lo entiendo, compañero,
 Y que engaño la esperanza,
 Porque quien la pone en huertas,
 O le falta el sol ó el agua.
 No sé qué habemos de hacer,
 Si tantos marchantes andan
 Para tan poca hortaliza.

MAYO.
Volver á Madrid mañana,
Donde hay huertas sin peligro,
Y entre melones y habas
Se venden nabos gallegos
Y berengenas zocatas.
No quiero huerta con noria,
Adonde las bestias sacan
Agua, tapados los ojos.

DON CARLOS.
¡Ay, Mayo! Al amor retratan.

MAYO.
¡Ay, abril, que viene agosto,
Y cuanto siembras abrasa!

ESCENA XXI.

JACINTA, TERESA, LISARDA, ISABEL.—DICHOS.

LISARDA.
No seas, Jacinta, esquivas;
Allí mi hermano te aguarda.

JACINTA.
Por tí le hablaré, Señora.

LISARDA.
Entre tanto que le hablas,
Me quiero yo entretener
Entre estas yerbas y plantas,
Hablando con su hortelano.

JACINTA. (A don Luis.)
Aquí me ha dicho Lisarda
Los favores que me hacéis.

DON LUIS.
Si favorece quien ama,
Bien decís; porque os adoro.

LISARDA. (A don Carlos.)
¡Ah, buen hombre!... El que trabaja...
Entretén una mujer.
¿Qué siembras, dime, qué cavas?

DON CARLOS.
Escardando estoy, Señora,
Por sacar las yerbas malas,
Que causan daño á las buenas.

LISARDA.
¿La cabeza no levantas?
Dame una lechuga de esas.

DON CARLOS.
¿Estáis acaso preñada?
Tomad.

LISARDA.
¿Carlos! (Ap. á él.) ¿Qué es aquesto?

DON CARLOS.
Señora, tu amor lo causa.

LISARDA.
Mayo me dijo, mi bien,
Que agora en Madrid quedabas.

DON CARLOS.
Por cogerte de repente,
Le dije que te engañara.
¿A qué habeis venido aquí?

LISARDA.
Venimos por esta dama.

DON CARLOS.
¿Dama aquella labradora?

LISARDA.
Es de un conde hija bastarda,
Gran amigo de don Luis,
Cuando pasaron á Italia.
Por cartas viene por ella;
Que ha de tenerla en su casa
Hasta que llegue ocasión;
Mas yo pienso que es llegada,
Porque desde que la vió,
De tal manera se abrasa,
Que, casándose con ella,

Se ha de excusar de enviarla.

DON CARLOS.
¡Extraña historia, por Dios!

ISABEL.
¿Y tú, Mayo, no me hablas? (Ap. á él.)

TERESA.
¡Ah, señor Mayo! ¿Así olvida
A las amigas?

MAYO.
Son tantas,
Que no sabe un hombre á quién
Vuelva aquesta hermosa cara.

ISABEL.
¿Conoces á Mayo tú?

TERESA.
Pues ¿no?

MAYO.
Teresa, repara (Ap. á ella.)
En que me echas á perder.

TERESA.
Cuando llevo de Barajas
Pan á Madrid, muchas veces
Voy á venderle á su casa.

ISABEL.
Fabló bien su señoría.

JACINTA.
Señor don Luis, con la salva
Debida á vuestro valor,
Digo que fué mas temprana
Esa vuestra voluntad
De lo que pide la causa.
Ahora vamos á Madrid,
Y yo voy á vuestra casa.
El tiempo y lugar es vuestro.

DON LUIS.
Con esa dulce esperanza
Vivirán mis pensamientos.

JACINTA.
No digo que os doy palabra,
Sino que el tiempo dispone
Cualquier cosa que se trata.

DON LUIS.
Servicios, Jacinta, obligan;
Tarde ó luego premio alcanzan.

ESCENA XXII.

BENITO, con la espada desnuda y un
gaban revuelto al brazo.—DICHOS.

BENITO.
Caballero de la corte,
Que, vestido de arrogancia,
Venís á quitarme el bien
Que solicitan mis ansias,
Y puesta para un desnudo
Mano á la cobarde espada,
Decís que me mataréis,
Haced la huerta campaña;
Que no soy desigual vuestro,
Aunque el sayal me disfrazo;
Que soy caballero noble,
Y sangre de los Zapatas.
¿Qué me miráis? Aquí estoy.
Hay desvergüenza, hay infamia
Como la deste villano? (Desenvaina.)
Afuera.

(Éntranse acuchillando.)

LISARDA.
¡A mi hermano matan,
Carlos! Al remedio voy.

DON CARLOS.
Señora, no tengo armas,
Y ese villano es mi dueño.

(Vase Lisarda.)

ESCENA XXIII.

JACINTA, DON CARLOS, TERESA,
ISABEL, MAYO.

DON CARLOS.
¡Ah, Jacinta!

JACINTA.
¡Ah, mi esperanza!

DON CARLOS.
Mira cuál estoy por tí.

JACINTA.
Ya sé, mi bien, lo que pasas.

DON CARLOS.
En fin, ¿á la corte vas?

JACINTA.
Del tiempo han sido mudanzas.

DON CARLOS.
En fin, ¿señora te han hecho!

JACINTA.
Ya ves lo que me importaba
Igualar tu calidad.

DON CARLOS.
Con tu hermosura la igualas.
¿Cuándo partís á Madrid?

JACINTA.
Partirémonos mañana.

DON CARLOS.
Teresa, ¿no has de ir allí?

TERESA.
Pues ¿podré quedar sin ama?

DON CARLOS.
En tí mi remedio fio.

JACINTA.
El alboroto me ataja;
No puedo aquí detenerme.

DON CARLOS.
Acuérdate que me matas,
Y de que estuviste muerta
En mis brazos desmayada.

JACINTA.
¿Dónde?

DON CARLOS.
Al pasar...
No lo digas,
Que me pasas las entrañas.

(Vanse don Carlos, Jacinta y Teresa.)

ESCENA XXIV.

MAYO, ISABEL.

MAYO.
Y ella, ¿cuándo va á Madrid?

ISABEL.
Cuando quisiere mi ama.

MAYO.
¿Acordarás de Mayo?

ISABEL.
Como fuere la labranza.

MAYO.
Junto á Brañigal espero,
Porque al pasar de sus aguas...

ISABEL.
No digas mas.

MAYO.
¿Qué la aflige?

ISABEL.
Temo que algun toro siga.

MAYO.
¿Es muy medrosa?

MANUEL.
Infinito.
MAYO.

Pues ¿oye? Con esta espada
Yo le dejaré retaré
Por la mitad de la panza.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de don Luis, en Madrid.

ESCENA PRIMERA.

DON LUIS, GUZMAN.

DON LUIS.
Bellísima está Jacinta
Con el cortesano traje.

GUZMAN.
Pues no lo pierde el lenguaje.

DON LUIS.
Es una cifra sucinta :
Parece que el cielo pinta
Todas las luces en ella :
Si cortesana, tan bella,
Tan bella, si labradora,
Que de una suerte enamora,
Y estoy muriendo por ella.

GUZMAN.
Con razón la quieres bien ;
Aunque estando ya en tu casa,
No sé cómo sufre y pasa
Tu amor su injusto desden.

DON LUIS.
Téngala yo donde estén
Mis cuidados obligando
Su desden, sirviendo, amando ;
Que amando y sirviendo, creo
Que vencerá mi deseo.

GUZMAN.
¿Cuándo?

DON LUIS.
El amor sabe cuándo.
GUZMAN.
No la he visto hablar en tí
Con el gusto que quien ama.

DON LUIS.
No pienso que me desama,
Si no se muere por mí.

GUZMAN.
Mi señora viene aquí.

ESCENA II.

LISARDA, ISABEL.—DICHOS.

LISARDA.
A pedir os un favor
Vengo con algún temor.

DON LUIS.
Pues ¿qué se os puede ofrecer
Donde vos podáis temer
Un agravio de mi amor?

LISARDA.
Mendo, hermano, un viejo honrado,
Padre de aquel atrevido
Que en Barajas...

DON LUIS.
Ya he sabido,
Lisarda, que os han rogado.
Ya le tengo perdonado.
¿Qué queréis?

LISARDA.
Que deis licencia
Que venga á vuestra presencia.

DON LUIS.
¿Está en Madrid?

LISARDA.
Aquí está.
DON LUIS.

Pues entre ; que ya tendrá
Pesar, como yo paciencia.
(Vase Guzman.)

ESCENA III.

BENITO.—DON LUIS, LISARDA,
ISABEL.

BENITO.
Para pedir perdon...

DON LUIS.
Alzáos del suelo.
BENITO.

Vengo, Señor, tan triste y vergonzoso,
Que al valor vuestro del castigo apelo.

DON LUIS.
Vos sois, Benito, un mozo valeroso.

BENITO.
De ofenderos me dió tal desconsuelo,
Al punto que dejé de ser celoso,
Que á mi padre pedí que negociase
Que humildemente á vuestros piés me [echase.

Habló con mi señora, que, advertida
De mi arrepentimiento, os ha forzado.

DON LUIS.
No me desagradaron en mi vida
Los hombres del valor que habeis mos-
Valiente mozo sois. [trado.

BENITO.
No se me olvida
Algo de lo que tuve ejercitado.

DON LUIS.
No me pesara de tener conmigo
Un hombre como vos.

BENITO.
Agora digo
Que castigais con eso mi locura.
Pensé que era Jacinta labradora ;
Y como al labrador es cosa dura
Si el hidalgo sus cosas enamora,
Hice tan desigual descompostura.
Mas cuando conocí que era señora,
Café de su valor á mi bajeza ;
Que no hay distancia de mayor grandeza.

DON LUIS.
Allí os cobré afición, y si mi casa
Os puede ser en algo de provecho,
Quedáos en ella.

BENITO.
Tanta merced pasa
Del corto espacio de mi humilde pecho.

LISARDA.
Ya os quiero concertar.

BENITO.
Mi amor sin tasa
Merece la merced que me habeis hecho.

LISARDA.
Benito ha de servir de hortelano ;
Que os importa el jardín este verano.

DON LUIS.
Si él quiere, desde aquí le doy partido.

BENITO.
¿Jardín teneis?

DON LUIS.
Entrad y le veremos ;
Aunque por mi descuido está perdido.

BENITO.
Presto veréis qué alegría le ponemos.
(Vase don Luis y Benito.)

ISABEL.
Valor de tu piedad, Señora, ha sido
Pacificar aquestos dos extremos.

LISARDA.
Es, Isabel, el labrador honrado.

ISABEL.
Y en talte y brio para ser mirado.

ESCENA IV.

JACINTA, ya vestida de dama, muy
bizarra.—LISARDA, ISABEL.

JACINTA.
Dijéronme que querias
Hablarme á solas un rato.

LISARDA.
Ya sabes tú lo que trato,
Jacinta, por tantos días.
(Vase Isabel.)

MI hermano te quiere bien,
Y esto de Italia le enfada :
No estarás mal empleada
En su persona. También
Que me respondas quería.
Si ha de tener esperanza.

JACINTA.
El tener desconfianza
Ya sobra de cortesía.
Y porque sepas de mí
Lo que mi desden causó,
Escucha, y sabrás que yo
No tengo la culpa.

LISARDA.
Dí.
JACINTA.

Sali de Barajas
Un lúnes, tirano
Por la vecindad
Del martes aciago,
De ver codiciosa
La entrada y los arcos
Que á la gran princesa
De España trazaron,
De Madrid deseos,
De su amor cuidados,
Cifra del que tienen
Todos sus vasallos.
Teresa, mi amiga,
Me iba acompañando,
No en coches ilustres
Ni en villanos carros,
Porque dos pollinos
Eran, entoldados
De alfombras, literas
En que caminamos.
Sombremos con plumas,
Sayuelos bizarros,
Sartas y corales,
Cintas y rosarios,
Basquiñas de seda,
Ricos pasamanos,
Manteos con oro,
Todo fué prestado.
Casi legua y media
Del amor tratamos,
Riendo yo entonces
Lo que estoy llorando ;
Que todas sus flechas
No le aprovecharon,
Para que rompiese
Mi pecho de mármol.
Labradores mozos
A perder llegaron
Por mi amor el seso ;
Pero todo en vano.
Noches de San Juan,

Me colgaban ramos
De juncia y verbenas,
Trébol y mastranzos.
No era amanecido,
Cuando todo el mayo
En el horno ardía,
De su amor burlando.
Si lloraba alguna
Por su amor ingrato,
No era mas mi amiga,
Riendo su engaño.
Pasando un arroyo...
No sé cómo basto
A nombrar, Lisarda,
Quien causó mis daños...
Linde de una viña,
Estaba un hidalgo,
Caballero, digo,
Caballero honrado.
Díble para el pecho
Su espada Santiago,
Y para los ojos
El amor sus rayos.
Su coche aguardaban
El y su criado:
Volcó en unas piedras;
Que es terrible el paso.
El arroyo arriba,
Por lomas cercado
De viñas y huertas
Y de álamos altos,
Venía un torillo
Bravo y enojado,
Si son los valientes
Con mujeres bravos.
Cerró con nosotras;
Mas nuestros caballos
Fueron como pollos
En viendo al milano.
Caí sobre el agua,
Cubríome un desmayo,
Bajó el caballero,
Y metiendo mano,
Cortóle las piernas
Y sacóme en brazos.
Púsome en su coche
Con muchos regalos.
Desperté en Madrid;
En su casa entramos,
Secáronme en ella
Sus hermanas, dando
Aliento á mi vida,
Y á mi mal reparo.
En aquellos días
Me obligó don Carlos;
Que este nombre tiene
El que adoro y amo.
Por mi fué á Barajas,
Por mi fué hortelano,
Por mi se olvidó
De antiguos cuidados.
Que fino me adora
Me jura llorando;
Si no se lo creo,
Que me pase un rayo;
Y mas como agora
En sangre le igualo;
Con que es imposible
Dejar de casarnos.
Esto que te fio,
No sepa tu hermano;
Que en el mismo día
Me iré con don Carlos.

LISARDA. (Ap.)
Puede haber otra mayor
Desventura que la mía?
¡Ay, que no en balde temía
Esta jornada mi amor!
Desde que á don Carlos vi,
Mis males adiviné,
Y aquello que después fué,
Entonces pasó por mí.

L-L

Para adivinar mejor
El alma de amor se vale;
Que no hay Sibila que iguale
A una alma llena de amor.
¿Qué haré? ¿Qué medio hallaré
Donde no ha de hallarse medio?
Mas si el morir es remedio,
Remedio en morir tendré.

JACINTA.
Bien pienso que habeis sentido
El haberme declarado.

LISARDA.
Notable pena me has dado.

JACINTA.
Lo menos habeis oído;
Porque me dijo Teresa
Que estando yo desmayada...

LISARDA.
Basta, no me digas nada;
Que aun de lo dicho me pesa.

ESCENA V.

DON CARLOS, DON LUIS, MAYO,
ISABEL. — DICHAS.

DON CARLOS.
Si antes supiera yo que vuestra casa,
Señor don Luis, tal huésped tenía,
Antes para servirla me ofreciera.

LISARDA. (Ap.)
Este es el fuego que mi pecho abrasa.

DON CARLOS. (Ap.)
Esta es la nieve que mi pecho enfria.

JACINTA. (Ap.)
Este es el sol de mi dichosa esfera.

DON LUIS.
Avisaros quisiera;
Y soy tan encogido,
Que hasta que os vi no pude.

DON CARLOS.
(Ap. Estoy corrido.)
Vuecamerced me tengaporsu esclavo.
(A Jacinta.)

LISARDA. (Ap.)
Aquí la vida y la paciencia acabo.

JACINTA.
Yo soy, Señor, muy vuestra servidora.

LISARDA. (Ap.)
¿Cómo el no conocerle disimula?

DON CARLOS.
Mayor me parecistes que la fama.

JACINTA.
Es porque estoy en esta casa agora.

DON LUIS.
No pienso que don Carlos os adula.

LISARDA. (Ap.)
¿Qué mal ¡ay celos! encubris la llama!

DON CARLOS.
Es muy gallarda dama
Mi señora Lisarda:
La señora Jacinta...

LISARDA.
Es muy gallarda;
Y mas, cuando al pasar del arroyuelo,
Vino el torillo y derribóla al suelo.
DON CARLOS.
Pues ¿cómo! ¿ha sucedido alguna cosa?

LISARDA.
Sábenlo hasta las mulas de algun coche,
Y hacéisos vos de nuevas?
(Don Luis habla bajo á Jacinta.)

DON CARLOS.
No lo entiendo.

LISARDA. (Ap. á don Carlos.)
Y cuando desmayada aquella rosa
Os prestaba su nieve, y esa noche
Al rayo de ese sol iba volviendo,
Y estándole diciendo
Amores al oído,
Cobró con las palabras el sentido,
¿Era barro tambien?

DON CARLOS.
¿Cuento bizarro!

LISARDA.
Mas al pasar arroyos siempre hay barro.
Pensaba verla agora confiado;
Hallóse la invencion: pues engañóse;
Que agora me la llevo á mi aposento.

DON CARLOS.
Lisarda mía, ¿quién os ha engañado?

LISARDA.
¡Ah, perro! ¿Yo soy tuya?
DON CARLOS. (Ap.)

Derribóse
De mi edificio el fuerte fundamento.

LISARDA.
No le dará contento
Esta vez la señora.
Mire cómo la habla quien la adora.
Y ella le quiere bien; ¿entiende, entien-
DON CARLOS. [de]
Ya lo entiendo, ya sé que la pretende.

LISARDA.
Vamos, Jacinta.
DON LUIS.
¿Tú este bien me quitas?

LISARDA.
Impórtame que vengas.
JACINTA.

Vamos luego.
Adios, señor don Carlos.
LISARDA. (Ap. á Jacinta.)
¿Es aquesto?

JACINTA.
El mismo.
LISARDA.
¿Buena lanza solicitas?

JACINTA.
¿Conocéale?
LISARDA.
¿Pues no? Tu amor es ciego.
(Ap. Paciencia, celos, el amor os presta.)
¿Que don Carlos es este?

JACINTA.
¿Tal hombre no te agrada?
LISARDA.
El tallo sí, con esa roja espada:
Mas serás desdichada, si le quieres;
Que me dicen que buria mil mujeres.
(Vanse Lisarda y Jacinta.)

ESCENA VI.

DON CARLOS, DON LUIS, MAYO,
ISABEL.

MAYO.
¿Qué tenemos, Isabel? (Ap. á ella.)

ISABEL.
Vaya el picaño lacayo.

MAYO.
Pues di, ¿no era yo tu Mayo,
Y tú mi fresco vergel?

ISABEL.
Allá con la barajefía
Que en el estribo llevó,
Hable el pícaro; que yo
Soy cortés y madrileña.

MAYO.
¡Ballenata no dirá?

ISABEL..
Con mucha honra, bellitre.

MAYO.
Mala pipa de salitre
Te vuele.

ISABEL.
Soy nieve ya.

(Vase.)

ESCENA VII.

DON CÁRLOS, DON LUIS, MAYO.

DON LUIS.
¡Que os pareció de Jacinta?

DON CÁRLOS.
Que es prenda digna de vos.

DON LUIS.
Adoro en ella, por Dios.

DON CÁRLOS.
Es tan ajena y distinta
Del traje de labradora,
En que me dicen que estaba
Cuando no se imaginaba
Tan bien nacida y señora,
Que á los que nunca la vimos,
Parece que siempre fué
Esto que agora se ve.

DON LUIS.
Por ella á Barajas fuimos
Lisarda y yo, y ese día
La vi con tantas ventajas,
Que presumí que en Barajas
Las selvas de Arcadia via,
Y en Jacinta labradora
La diosa que, en blanco velo,
Es luna hermosa en el cielo,
Y en la tierra cazadora.
Y pues ya con vos profeso,
Don Carlos, tanta amistad,
Y no ignorais la verdad
Deste notable suceso,
Sabed que quiero casarme,
Y al conde Fabio escribir
Que se digne de venir,
Si fuere su gusto, á honrarme;
Pues me dijo que tenía
Preensiones en la corte.

DON CÁRLOS.
Siempre lleva errado el norte
Quien tiene al amor por guía.
Conozco la calidad
De Jacinta; mas ¿qué hacienda,
Para hacella vuestra prenda,
Teneis con seguridad?
¿Ha de heredar el estado
De su padre por ventura?

DON LUIS.
La hacienda de su hermosura
Me tiene mas obligado.
Pero, como natural
Jacinta, y que fué su madre
Mas principal que su padre,
Aunque él es muy principal
(Porque, en efeto, murió
En posesion de doncella,
Y aun me dicen que con ella
Fabio, al morir, se casó,
Muerta la Condesa ya),
Forzosa heredera es.

DON CÁRLOS.
Mayor el peligro está;
Que si os casais sin su gusto,
Por ventura, de enojado,
Tomará de nuevo estado.

DON LUIS.
Es ya viejo y no es robusto;

Demás, que me quiere bien,
Y yo le pienso escribir.

DON CÁRLOS.
Esto no es mas de advertir.

DON LUIS.
Y hacerme merced tambien.

ESCENA VIII.

BENITO.—DICHOS.

BENITO.
Tres ó cuatro caballeros
Te aguardan en el jardín.

DON LUIS.
No os vais, porque tengo, en fin,
Con que puedo entreteneros,
Y gusto de hablar con vos.

DON CÁRLOS.
Yo me estaré por aquí.
(Vase don Luis.)

ESCENA IX.

DON CÁRLOS, BENITO, MAYO.

BENITO.
¿Ya no os acordais de mí?

DON CÁRLOS.
Nunca me olvido, por Dios,
Porque sé la obligacion
En que pone á un hombre honrado
Quien le ayuda en el cuidado
De un peligro en ocasion.

BENITO.
Para ser hombre de bien
Y merecer este nombre,
Cinco cosas en un hombre
Han de concurrir tambien:
Primero, tratar verdad,
Y vestir honestamente,
Sustentar su casa y gente
En honra y autoridad;
En los públicos lugares
Estar grave, cuerdo, honesto...
—Nunca en hombre descompuesto
Si es hombre ó bestia repares;
Porque la descompostura
En el público lugar,
A picaros se ha de dar;
Que no á quien honra procura.—
La quinta, Carlos, tambien
Es el ser agradecido;
Que si es ingrato, ha perdido
El nombre de hombre de bien.
Pienso que no lo será
Vuestra nobleza conmigo.

DON CÁRLOS.
Yo seré tan vuestro amigo
Como el efeto dirá;
Que quien su casa me dió
Cuando fugitivo fui,
Tendrá en la mia y en mí
Lo que entonces mereció;
Y que hayais aquí venido,
Y no á mi casa, me pesa.

BENITO.
Esa mi amorosa empresa,
Don Carlos, me trae perdido.

DON CÁRLOS.
Pues ¿queréis bien todavia
A tan principal señora?

BENITO.
El alma no es labradora,
Y amar lo que amé porfia;
Que si de un barro á un cristal
Pasasen algun licor,

No muda especie en rigor,
Sino el lugar desigual.

DON CÁRLOS.
Teneis tal entendimiento
Para en el campo criado,
Que me habeis siempre admirado.

BENITO.
Nace de mi nacimiento;
Y hablando con vos, es bien
Que en lengua discreta sea;
Cuando en el campo me vea,
Hablaré en necio tambien.
¡No habeis visto que pretende
El vulgo en las cosas altas
Poner muchas veces faltas,
Porque es lengua que no entiende;
Y que en hablándole en necio,
Celebra lo que entendió?
Pues de aquesta suerte yo
De entrambas lenguas me precio.
Hablo discreto con vos,
Y necio con mis iguales;
Que aunque lenguas desiguales,
Me importa saber las dos.
Finalmente, yo querria
Que agora vos me ayudeis.

DON CÁRLOS.
Pues ¿qué es lo que pretendéis
Con tan honrada porfia?

BENITO.
Casarme.

DON CÁRLOS.
¿Qué me decís?
¡Con mujer tan principal,
Y competidor igual
Al ilustre don Luis!

BENITO.
Si vos me ayudais y daís
Palabra, con un secreto,
Veréis posible el efeto
Delo que dudando estáis.

DON CÁRLOS.
Yo os la doy por esta cruz,
Como caballero honrado.

BENITO.
Este hombre que me ha criado
Comenzaba á darme luz
De mi noble nacimiento:
Echélo entonces al aire,
Pareciéndome donaire
Y cosa sin fundamento;
Mas dándome estos papeles,
Toda la verdad lei,
Y vos podeis verla aquí
Con mis desdichas crueles.
Yo soy hijo natural
De don Estéban Zapata,
Caballero de Madrid,
Sangre antigua, ilustre y clara.
El modo con que en secreto
Me criaron en Barajas,
No es para aqueste lugar;
Solo os diré que me espantan
Tantas peregrinaciones
Desde la primera barca;
Que así se llama la cuna
Del mar de la vida humana.
Segun esto, bien podré,
Con madre calificada,
Como yo sé que es la mia,
De lo noble de los Vargas,
Pretender una mujer
Que en las fortunas me iguala,
En el modo de nacer
Y en la rústica crianza.
Que pues en un tiempo mismo
Lo que tan secreto estaba,
Como veis, descubre el cielo,
No debe de ser sin causa.

DON CARLOS.

Apenas puede, Benito,
Hallar el alma ocupada
Lengua dispuesta, la lengua
Palabras, ni las palabras
Estilo que signifique
Mi admiración; que no bastan
Alma, palabras y lengua
A poder significarla.
Pero mira lo que dices;
Que don Estéban Zapata
Fué mi padre; y siendo así
Lo que estos papeles tratan,
Tú vienes á ser mi hermano.

BENITO.

¿Tu hermano?

DON CARLOS.

Es cosa tan clara
Como los rayos del sol;
Y en duda, Benito, abraza
Este pecho; que si tienes
Su sangre, yo sé que el alma
Me lo dirá con las señas,
Y el corazón con las ansias.

BENITO.

Siempre me avisaba el mío,
Pues sabes lo que te ama
Desde el punto que te vi.

DON CARLOS.

No hay duda, con señas tantas.
Por mi hermano te confirmo.

BENITO.

Yo sé que en estas probanzas
Hallarás que fué mi padre,
Carlos, el que tuyo llamas.

DON CARLOS.

Hermano, de aquestas nuevas
Solo las albricias faltan.
Ríome yo de los hombres
Que un caballo, que una espada,
Una pintura, una joya
Para su regalo guardan;
Lo bueno, hermano, ha de ser
Para el amigo que os ama,
Para lo que bien quereis,
Como aquella historia encarga.
De Apéles y de Alejandro,
Que hasta los niños la cantan.
Pues así será la nuestra.
La cosa mas estimada
Que yo he tenido es Jacinta,
Y desde hoy con manos francas
Te la doy; pero advirtiéndote
Que si con ella te casas,
Yo he llegado hasta sus labios
Cuando estuvo desmayada,
Al pasar aquel arroyo;
Pero esto no es de importancia
Entre hermanos, pues lo somos.

BENITO.

Yo te agradezco que hagas
Conmigo tan grande exceso.

DON CARLOS.

Haz cuenta que es darte el alma.

BENITO.

Pues no, hermano, no la quiero;
Que es historia muy cansada
Ver que al pasar del arroyo,
Te llegue á la boca el agua.
La mujer que ha de ser propia
Ha de estar en una caja,
Como el gusano de seda,
Hasta ser paloma blanca.
Si fuiste abeja en su rosa,
Que buen provecho te haga;
Que lo que no fué posible
Olivar con la mudanza
De su traje; ni acabaron
Sus desdenes y desgracias,

Con lo que me has dicho solo
Hoy para siempre se acaba.

DON CARLOS.

Muy delgado, hermano, eres:
A tales hombres despachan
Por mujeres á Alcorcon,
Que de barro se las hagan,
A Estremoz ó á Talavera,
Cuando han de ser vidriadas.
No se casan con melindres
Los que tan ciegos se casan;
Que es como beber en bota,
Que lo que viene, eso tragan.

BENITO.

Pues, Señor, yo he de beber,
Si Dios el seso me guarda,
En un cristal de Venecia.

DON CARLOS.

Muchos he visto, que andan
A buscar cristaleras
En que beber honra y fama;
Y pasado el primer año,
Los lleva un mozo á dar agua
Con un cabestro á un pilon,
Donde las dejan tan claras
Como suele el unicornio
Con la virtud de sus armas.
Pero mira qué te digo
Que entrambos en esta casa
Nos habemos de casar.

BENITO.

¿Entrambos?

DON CARLOS.

Sí.

BENITO.

¿Cosa extraña!

Lisarda viene.

DON CARLOS.

Pues véte.

ESCENA X.

LISARDA, ISABEL.—DICHOS.

ISABEL.

Aquí están.

LISARDA. (Ap. á Isabel.)

Espera y calla.

BENITO.

Yo haré el ramillete luego;
Mas de violetas moradas;
Que agora no hay otra flor.

DON CARLOS.

Por ser flor de amor me agrada.

(Vase Benito.)

ESCENA XI.

LISARDA, DON CARLOS, ISABEL
MAYO.

LISARDA.

Quisiera, mal caballero
Y indigno desta señal,
No ser mujer principal,
Para en estilo grosero
Refir con vos muy de veras;
Que después de ser ingrato,
Quien usa grosero trato
Merece injurias groseras.
¿Todavía estáis aquí,
Con desvergüenza tan clara
Enamorando en mi cara!

DON CARLOS.

Pues ¿vos me tratáis así?

LISARDA.

¿Cómo tengo de tratar
Un hombre que me ha engañado,
Hablándole yo adorado?

DON CARLOS.

Dadme, Señora, lugar
Para dar satisfacción;
Que el mas airado juez
Oye al preso alguna vez.

LISARDA.

¿Es esta la devoción
Y promesa de san Diego?
Bien servido quedaria.

DON CARLOS.

Oídme, Lisarda mía.

LISARDA.

¿Que os oiga?

DON CARLOS.

Escuchadme os ruego.

LISARDA.

¿Qué tengo ya que escuchar?
La novena me agradó,
Que hasta el arroyo llegó;
Pero no pudo pasar.
Vuélcanse en tales caminos
Los coches por la intención,
Y acuden á la oración
Dos ninfas en dos pollinos.
Alfombrada de color,
Jáquimas rojas á listas,
Con borlas como legistas,
Si hay algun asno doctor.
Sombremos, plumas, manteos
Y rebocío con oro...
—Y luego salir un toro
A despartir el torneo.—
Cortarle la media cola,
Sacar la tal del arroyo,
Y ponerla sobre un poyo
De vallico y amapola;
Darle coche, y como en jaula,
Gorjear bachillerías,
Parecen caballerías
Del mismo Amadis de Gaula.
Mas esto que yo temí,
Y que en efeto pasó,
Pase; que no digo yo
Que no es bien que pase así;
Pero que vuesa merced
Venga á requiebrarla acá,
Eso no lo mandará,
Si nos ha de hacer merced;
Que basta que ya pasemos
Porque á doña labradora
Quiera y solicite agora,
Sin que aposento le demos;
Que ya ve que no es razon.

DON CARLOS.

¿Burlas, Lisarda? Eso ¿es justo?

Y ¿que te parezca injusto
Cumplir con mi obligación?
El librar un caballero
De peligro una mujer,
Y una jornada temer
Hecha con tan mal agüero,
Y dar la vuelta á Madrid,
¿Ha sido tan gran delito?
¿Quién te ha dicho, quién te ha escrito
Tal disparate?

LISARDA.

¿Es el Cid?

Vuesa merced por ventura,
Amadis ó Esplandian,
Los que obligados están
A emprender toda aventura?
¿Paso Urganda por allí?
¿Qué le dijo la doncella
De Dinamarca?

DON CARLOS.

Por ella

No lo intenté; fué por mí;
Que esto debo al ser quien soy.

LISARDA.
Y el haberla regalado
¿Cómo queda disculpado?
DON CARLOS.
La misma disculpa doy.
Pero si quieres quedar
Satisfecha que te adoro,
Da lugar con tu decoro
Que pueda esta noche entrar
En tu aposento, y ordena
Como lo entienda tu hermano:
Verás si te doy la mano.

LISARDA.
Buena industria, Isabel.
ISABEL.
Buena,
Y justa satisfacción.

LISARDA.
Pues yo digo que así sea,
Como mi hermano lo vea.
DON CARLOS.
Pues esa es mi pretension.
LISARDA.
Con eso te doy los brazos.
DON CARLOS.
Y yo, Señora, me voy.

ESCENA XII.

JACINTA. — DIGNOS.

JACINTA.
No importa, no; que yo soy.
DON CARLOS.
No hay en aquestos abrazos
Cosa que cause sospecha.
LISARDA.
Si la hay ó no, discrecion
Tiene Jacinta.

JACINTA.
En razon
De sospecha está deshecha
Con haberte declarado
Mi secreto.

DON CARLOS.
Adios, señoras;
Que pasan ya ciertas horas
A que me llamo un cuidado.

LISARDA.
Oid, Carlos.
DON CARLOS.
¿Qué mandais?

LISARDA. (Ap. á don Carlos.)
Entráos en el aposento
Del jardinero.

DON CARLOS.
¿A qué intento?
LISARDA.

A que esperéis y no os vais.

DON CARLOS.
Yo voy á esperar allí. (Vase.)

ESCENA XIII.

LISARDA, JACINTA, ISABEL, MAYO.

MAYO.
¿Qué le dice este concierto?
ISABEL.
Que yo lo mismo le advierto.

MAYO.
Pues ¿voy á esperar?
ISABEL.

SI.
MAYO.
Y en fin, ¿nos determinamos
asarnos?

ISABEL.
¿No es razon?

MAYO.
Brava determinacion!
Fuerte pleito comenzamos. (Vase.)

ESCENA XIV.

JACINTA, LISARDA, ISABEL.

JACINTA.
¿No me dirás lo que ha sido
Darte don Carlos los brazos?

LISARDA.
Jacinta, aquellos abrazos
No se hubieran admitido,
Cuando no fuera por tí;
Porque á don Carlos hablé,
Y me dió palabra y fe
De no hablarte mas por mí;
Que le dije que mi hermano
Ya te llamaba mujer,
Y que no era justo hacer
Por un amor loco y vano
Burla á tan gran caballero.

JACINTA.
Pues no sé yo qué razon
Te puso en obligacion
De no respetar primero
La justa fidelidad
A mi secreto debida.

LISARDA.
¿No ves tú que es preferida
La sangre á toda amistad?

JACINTA.
Ha sido cosa muy necia;
Que ha de ser don Carlos mio,
Si sé hacer un desvario.

LISARDA.
Sois de condicion muy recia,
Como há poco que dejásteis
La que Barajas os dió.

JACINTA.
Antes de vos diré yo
Que mi valor barajasteis.
Pero ¿qué se me dá á mí,
Si haré lo que yo quisiere?

LISARDA.
Hará lo que le dijere
Mi hermano.

JACINTA.
¿Su hermano?

LISARDA. SI.
JACINTA.
Pues ¿qué le debo á su hermano?

LISARDA.
Lo que su padre mandó.

JACINTA.
¿Qué padre?
LISARDA.
El que Dios la dió.

JACINTA.
Mi padre es aquel villano.

LISARDA.
A lo menos le parece
En la fuerte condicion.

JACINTA.
Este engaño, esta traicion,
Justamente la merece
El tener yo confianza
De quien no tiene valor.

LISARDA.
El vuestro será mayor
Por vuestra noble crianza.
Y... componed vuestra lengua;
Que estáis ya muy atrevida.

JACINTA.

Siendo yo tan bien nacida,
¿Para qué me dais por mengua
No ser noble mi crianza?
Pero me quiero volver
Donde nadie pueda hacer
Traiciones á mi esperanza.
Úsase allá mas verdad:
¿Oh bien haya un verde prado,
Adonde sirven de estrado
Llaneza y seguridad!
Oh bien haya un aposento
En quien es tapiceria
La limpieza y la alegría,
Que es donde vive el contento!
No sé quién me trajo á mí,
Aunque la vida me importe,
A esta noria de la corte.

LISARDA.
¿Ya es noria la corte?

JACINTA.
SI;
Donde por calles y fuentes
Son arcaduces los coches,
Que los dias y las noches
Reciben y vacian gentes.
¿Hacen aquí todo el año
Mas que andar alrededor
Unos tras otros?

LISARDA.
Mejor
Estábades con el paño
Donde bailaba Anton Gil
Con las mozas de Barajas
La chacona á las sonajas
Y el villano al tamboril.
¿Válate Dios por discreta!
Perdida estaba la corte,
A no venir este norte
Por la ordinaria estafeta.

JACINTA.
¿Hay aquí mas de engañar
Y cada uno atender
A lo que puede coger
Para aumentarse y medrar?
Hay aquí mas de vivir
Aprieta, y sacar de noche
Un gran difunto en un coche
Sin acabar de morir,
Y apenas por la mañana
Preguntar nadie por él?

(Vanse Jacinta é Isabel.)

LISARDA.
¿Oh filósofa cruel
Y académica villana!
El mundo viene á enmendar,
Cuando ya el mundo se acaba.

ESCENA XV.

DON LUIS. — LISARDA.

DON LUIS.
¿Qué es esto, hermana?
LISARDA.
Que estaba,

De puro enojo y pesar
(A no tenerte respeto),
Por hacer un disparate.

DON LUIS.
¿Qué hay, en fin?

LISARDA.
Que no le trate
De tu amor. Tú eres discreto:
Aborrece á quien te olvida.

DON LUIS.
Mal conoces un desprecio.

LISARDA.
De decir verdad me precio.
DON LUIS.
Alargue el cielo tu vida.
LISARDA.
Esta mujer quiere bien.
DON LUIS.
¿A quién?
LISARDA.
No sé...
DON LUIS.
Muerto soy.
LISARDA.
A don Carlos.
DON LUIS.
Cierto estoy.
LISARDA.
¿Por qué?
DON LUIS.
Por ver su desden.
Y él, ¿quiérela?
LISARDA.
(Ap. Va de juego.)
Don Carlos me quiere a mí.
DON LUIS.
¿A tí, hermana?
LISARDA.
A mí.
DON LUIS.
Si á tí
Te quiere, por Dios te ruego
Que te cases muy aprisa;
Pues desconfiando así,
Jacinta me querrá á mí.
LISARDA.
¿Aprisa?
DON LUIS.
Mi amor te avisa.
LISARDA.
¿Será mucho de aquí á un año?
DON LUIS.
¿Burlas?
LISARDA.
¿Y medio?
DON LUIS.
Tampoco.
LISARDA.
¿Cuatro meses?
DON LUIS.
Estoy loco.
LISARDA.
¿Un mes?
DON LUIS.
¿Qué mayor engaño?
LISARDA.
¿Una semana?
DON LUIS.
Ni un día.
LISARDA.
¿Esta noche?
DON LUIS.
Sí, por Dios.
LISARDA.
Pues búscanos á los dos,
Si tanto tu amor perfía;
Que hallarás en mi aposento
A Carlos honestamente.
DON LUIS.
Dame esa mano.
LISARDA.
Detente;
Que gente de fuera siento.

ESCENA XVI

JACINTA, TERESA, PASCUAL, LAURENCIO y OTROS LABRADORES. —
DICHOS.
TERESA.
Los instrumentos tocad
Para alegrar á Jacinta.
LAURENCIO. (A Jacinta.)
¿No conoces por la pinta
La gente de tu ciudad?
JACINTA.
¿Padre mío!
LAURENCIO.
Ya no sé
Cómo ese nombre me cuadre.
JACINTA.
Vos habeis de ser mi padre.
LAURENCIO.
Con el alma lo seré.
JACINTA.
¿Qué hay, Teresa? ¿Qué hay, Pascual?
TERESA.
Estás, Jacinta, de modo,
Que parece perlas todo
Cuanto era antiyer sayal.
PASCUAL.
Dice la verdad Teresa:
En perla estás trasformada;
Y así, te hacemos entrada
Como al fin nuestra princesa.
A la fe, de talie estás,
Que has hecho la corte aldea,
Porque, aunque mas corte sea,
Eres tú cielo, que es mas.
Un presente te traemos.
JACINTA.
Si es mi padre, bueno es.
LAURENCIO.
Como ese nombre me des,
Bien pagados volveremos.
Sirvete de una ternera
Y seis pares de capones,
Tres cabritos, dos lechones...
DON LUIS.
Eso parece que espera
Alguna boda, Laurencio.
LAURENCIO.
Dios lo sabe. Mas cantad,
Y á mí Jacinta alegrad,
Mientras yo lloro en silencio.
(Tocan, cantan y bailan.)
LABRADORES. (Cantando.)
Al pasar del arroyo
Del alamillo
Las memorias del alma
Se me han perdido.
Al pasar del arroyo
De Brañigales,
Me dijeron amores
Para engañarme.
Pero con perderme
Gano yo tanto,
Que al amor perdono
Tan dulce engaño.
Al pasar del arroyo
De Canillejas,
Vióme el caballero;
Antojos lleva.
LISARDA.
¿Qué cansada impertinencia!
Tanto arroyo no canteis;
Que una tempestad haréis
Que se anegue la paciencia.
JACINTA.
Pues ¿qué te va en esto á tí?

LISARDA.
Mira, y yo te lo diré.
JACINTA.
Contigo á saberlo iré.
(Vanse Lisarda y Jacinta.)
DON LUIS.
Quedáos vosotros aquí;
Que pues es anochecido,
No quiero que allá volváis;
Que lo que nos presentais,
Para todos se ha traído.
LAURENCIO.
Mi amor obligado os queda,
Para que esta noche pueda
Despacio á Jacinta hablar.
(Vase don Luis.)

ESCENA XVII

LAURENCIO, PASCUAL, TERESA y LABRADORES.
LAURENCIO.
Pascual, ¿no está muy hermosa?
PASCUAL.
¿Ay de quien perderla siente!
TERESA.
No ve el sol por el oriente
Tal jazmin revuelto en rosa.
LAURENCIO.
Traigo en la imaginacion
Que don Luis la quiere bien.
TERESA.
Como casados estén,
Dios les dé su bendicion.
(Vanse.)

Patio de la casa de don Luis, rodeado de corredores. Es de noche.

ESCENA XVIII

BENITO, en hábito de caballero, con capa de oro y sombrero de plumas; después, LAURENCIO, PASCUAL, TERESA y LABRADORES.
BENITO. (Ap.)
A no ser Carlos mi hermano,
Tuviera alguna sospecha
De haberme vestido así.—
¿Ay Cielos! ¿qué gente es esta?
Parecen de mi lugar.
(Salen Laurencio, Pascual, Teresa y labradores. Benito se recata de ellos.)
PASCUAL.
Si han de aderezar la cena,
Vamos á dar el presente.
LAURENCIO.
Anton quedó con las cestas.
PASCUAL.
Deseo hablar á Benito,
Que, llevando mal la ausencia
De Jacinta, vive en casa.
LAURENCIO.
Pues vamos, para que tengan
Nuestros pollinos recado,
Y el carro que trajo Estéban
(Vanse todos, menos Benito.)

ESCENA XIX

BENITO.
Ya se han quitado de aquí.
No sé para qué concierto

Don Carlos aquesta noche
Esta amorosa quimera;
Pues estando, como está,
La casa de gente llena,
Cosa en que estribe el secreto
Temerariamente intenta.
¿Qué es questo, oscura noche?
Mas gente. Amor, ¿en qué piensas,
Cuando por tales peligros
Llevas voluntades ciegas?

ESCENA XX.

DON CARLOS y MAYO, rebozados. —
BENITO.

DON CARLOS.
De todo estás prevenido.

MAYO.
No haya miedo que me duerma;
Que aquí me convierto en lince.

DON CARLOS. (Ap. á Mayo.)
Aquí hay gente.

MAYO.
Pues tú llega;
Que yo no aprendí á esgrimir,
Porque me dijo mi agüela
Que excusar las pesadumbres
Era la cosa mas diestra.

DON CARLOS.
¿Quién va?

BENITO.
¿Quién en esta casa
Se toma tanta licencia,
Que lo pregunta embozado?

DON CARLOS.
¿Es Benito?

BENITO.
¿Es Carlos?

DON CARLOS.
Muestra
Agora el valor, hermano,
Que de nuestra sangre heredas.
Este es aquel aposento:
Abierta hallarás la puerta.
Haz lo que te dije.

BENITO.
Voy.
Si errare, tu culpa sea. (Vase.)

ESCENA XXI.

DON CARLOS, MAYO.

MAYO.
¿Quién era el hombre?

DON CARLOS.
Mi hermano.
MAYO.
Temo que Guzman nos vea;
Que mira bien á Isabel.
DON CARLOS.
Pues ya no es tiempo que temas;
Que la determinación
Es quien da ventura y fuerza
En los peligrosos casos.
(Suben á un corredor.)

ESCENA XXII.

DON LUIS y GUZMAN, rebozados, en
el patio. — Dichos.

DON LUIS.
Haz que todos se prevengan,
Porque sirvan de testigos.

GUZMAN.
Y de que ayudarnos puedan;

Que quien entra, como dices,
Desta suerte en casa ajena,
Mas fiado viene en plomo
Que en acero.

DON LUIS.
¿Qué sospechas?

GUZMAN.
Que trae algun arcabuz.
DON CARLOS. (En el corredor.)
En aquella puerta suena.
Mayo, el aire de algun silbo.

MAYO.
Si fuera puerta trasera,
Podría ser sospechoso.
Entra.
DON CARLOS.
Voy; que amor me enseña.
(Entrase.)

ESCENA XXIII.

ISABEL, en una ventana del corredor.
— DON LUIS y GUZMAN, en el pa-
tío; MAYO, en el corredor.

ISABEL. (Ap.)
El que está en el corredor,
Pienso que es Mayo.
MAYO. (Ap.)
Quien queda
Solo y en tan gran peligro,
¿A qué escapatoria apela?
¿Que díese á un gato en los pies
El cielo tal ligereza,
Que desde un tejado á otro
Una pelota parezca,
Y que un hombre como yo
Un costal de arena sea!

ISABEL.
¿Ah hidalgo!
MAYO.
¿Quién es quien llama?

ISABEL.
¿Oye? Lléguese mas cerca.
¿Es Mayo?

MAYO.
Y aun mayadero.
ISABEL.
Mayo de mis ojos, entra.

MAYO.
¿Es Isabel?

ISABEL.
¿No me ves?

MAYO.
Y ¿dices que entre?

ISABEL.
No temas.
MAYO.
Sosiega aquesa perrilla,
Que gruñe como una suegra.
ISABEL.
Entra, necio. (Quitase de la ventana.)

MAYO.
Claro está;
Porque si discreto fuera,
Nunca yo entrara á casarme.
Hoy seré perro entre puertas. (Entrase.)

ESCENA XXIV.

DON LUIS y GUZMAN, en el patio.

GUZMAN.
Ya están dentro del toril.
DON LUIS.
A nosotros nos viniera

Mejor el nombre. Da voces.
GUZMAN.
¿No quieres el hacha?

DON LUIS.
Muestra.
GUZMAN.
¿Ladrones, ladrones!

DON LUIS.
Dame,
Guzman, aquella rodela.
GUZMAN.
¿No es mejor la parte sana,
Pues hay tanta parte enferma?

ESCENA XXV.

LAURENCIO, PASCUAL, TERESA
y LOS LABRADORES. — Dichos.

LAURENCIO.
¿Ladrones á tales horas!

PASCUAL.
¿Mueran los ladrones, mueran!

TERESA.
¿Esto es dormir en la corte?

LAURENCIO.
Como estas cosas sustentas.

DON LUIS.
¿Aquí, amigos y criados!

¿Aquí! Todos á esta puerta.
GUZMAN.
Entra; que luego desmayan.

ESCENA XXVI.

BENITO, embozado, con LISARDA. —
Dichos.

LISARDA.
Paso: ¿qué furia es aquesta?
No es ladrón el que está aquí;
Que es mi marido.

DON LUIS.
Que sea
Por muchos años y buenos;
Pero que miremos deja
El aposento en que duerme
Jacinta.

GUZMAN.
La puerta cierran.

DON LUIS.
No hay que cerrar; que pondré
Fuego á las puertas.

ESCENA XXVII.

DON CARLOS, embozado, con JACINTA.
— Dichos.

JACINTA.
Espera;
Que yo estoy con mi marido.

DON LUIS.
¿Marido!

JACINTA.
Y pienso que quedan
Mas adentro otros casados.
(Entrase don Luis.)

PASCUAL.
Mirad lo que el tiempo ordena,
Pues se ha vuelto palomar
Casa de tanta nobleza!

ESCENA XXVIII.

DON LUIS, echando afuera á MAYO
y á ISABEL.—DICHOS.

DON LUIS.

¡Vive Dios, que he de vengar
De aquesta suerte mi afrenta!

MAYO.

¡Aquí de Dios, que me matan
Por marido de la vera!

DON LUIS.

Lisarda, dos hombres veo
Con espadas y rodela,
Y entrambos arrebozados:
Uno, de quien tú confiesas
Que es tu marido, y que serlo,
Estando en mi casa, es fuerza;
Otro, al lado de Jacinta,
Cosa en el concierto nueva.
—Caballeros, esta sangre
Nunca se manchó de afrenta:
Digan quién son.

LISARDA.

Mi marido

Es don Carlos; que no fuera
Con menos honra en tu casa
La afrenta de que te quejas.

(Desemboza á Benito.)

BENITO.

Haste engañado, Lisarda.
Benito soy.

DON LUIS.

¡Que se atreva
Un villano á tal maldad!

BENITO.

Ya es tiempo, don Luis, que sepas
Que soy caballero noble.
Hijo soy de don Estéban,
Y de don Carlos hermano.

DON LUIS.

Quien oye cosas como estas,
Mejor es que pierda el seso.

LISARDA.

¡No es don Carlos! Yo soy muerta.

DON LUIS.

¡Con quién probarás, traidor,
Esa fingida nobleza?

BENITO.

No soy traidor, que soy noble:
Don Carlos será la prueba.

DON LUIS.

¿Dónde está Carlos?

JACINTA.

Aquí. (Descúbrele.)

DON LUIS.

Pues ¿cómo desta manera
Se pagan las amistades?
Criados, mueran.

LISARDA.

No mueran;
Que si yo no tuve dicha

Que tanto amor agradezcas,
Carlos, basta que tu hermano,
Si ser tu hermano confiesas...

DON CARLOS.

Eso os mostraré probado.

LAURENCIO.

Y aquí hay testigos que sepan
Esa historia.

DON LUIS.

En fin, Jacinta,
¡Te pierdo!

JACINTA.

No te parezca
Ingratitud, sino amor.

DON LUIS.

Lo que los cielos conciertan,
¡Por qué lo impiden los hombres?
Jacinta, hoy quiero que veas
Que fué mi amor verdadero... —
Y tú, Lisarda, que sepas
Que quien quiere hacer traicion,
Siempre alcanza parte della.
Los casamientos se hagan;
Que yo, pues ha de ser fuerza,
Quiero con mas discrecion
Casarme con la paciencia.

BENITO.

Aquí la comedia acaba,
Cuya historia verdadera
Pasó al pasar del arroyo:
Los que quisiesen lo crean.

LAS FLORES DE DON JUAN,

Y RICO Y POBRE TROCADOS.

PERSONAS.

LA CONDESA DE LA FLOR.	EL MARQUÉS ALEJANDRO.	LUCIO,	} <i>criados del Mar- qués.</i>	UN ESPADERO.
DOÑA COSTANZA.	EL VIREY.	CELIO,		UN MORO.
DOÑA INÉS.	ROSELA,	RUTILIO,	} <i>pescadores.</i>	UN PAJE.
DON JUAN.	CELINDA,	LAURINO,		MÚSICOS.
DON ALONSO, <i>su hermano.</i>	GERMAN, <i>lacayo de don Juan.</i>	ALBERTO,		MOROS.
DON LUIS.	OTAVIO,	PISANO,		ALABARDEROS.
DON FRANCISCO.	CAMILO,	UN MERCADER.		GENTE.
LEONARDO, <i>capitan.</i>	DURANGO, <i>escudero.</i>	UN PLATERO.		

La escena es en Valencia.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de don Alonso.

ESCENA PRIMERA.

DON ALONSO, OTAVIO; *después,*
CAMILO.

DON ALONSO.
¿Está acabado el vestido?
OTAVIO.
Las calzas faltan, no mas.
DON ALONSO.
¿Qué descuidado que estás!
(*Sale Camilo.*)
CAMILO.

El espadero ha venido. (Vase.)

ESCENA II.

UN ESPADERO y UN MOZO, *con una es-
pada y daga dorada.*—DON ALONSO,
OTAVIO.

ESPADERO.
Aquí está la guarnición.
DON ALONSO.
Vengais, maestro, en buen hora.
ESPADERO.
¿Está á tu contento agora?
DON ALONSO.
Está á mi satisfacion.
¿No está en extremo dorada,
Otavio?
OTAVIO.
Bien merecia
La hoja esta cortesía.
Sécala.

ESPADERO.
¡Linda!
DON ALONSO.
¡Extremada!
ESPADERO.
¡Vive Dios, que es un diamante!
DON ALONSO.
Aun el diamante es comun;
Que espada de Sahagun
No ha de tener semejanza.

OTAVIO.
Esta bien se ve que es suya.
ESPADERO.
Lo menos las letras son.
DON ALONSO.
Ella da satisfacion.
ESPADERO.
Y mucho mas siendo tuya.
Cortará un hombre.
OTAVIO.
Es famosa.
ESPADERO.
Cortará en el mismo viento
La bolsa de un avariento,
Aunque no hay tan dura cosa.
DON ALONSO.
Pues no lo diréis por mí;
Que no gasto mal mi hacienda.

ESPADERO.
Antes haceis que se extienda,
Señor, vuestra fama así;
Que aunque sois gran caballero
Y acabado de heredar,
Mas grande os hace el gastar
Liberalmente el dinero.

ESCENA III.

CAMILO, y *después,* UN PLATERO.
—DICHOS.

CAMILO.
El platero quiere verte.
DON ALONSO.
¿Cómo luce el dinerillo!
(*Vase Camilo y sale el platero.*)
PLATERO.
Aquí traigo el cabestrillo.
DON ALONSO.
Muy bueno está desta suerte.
PLATERO.
¿Están los esmaltes bien?
DON ALONSO.
A mi gusto agora están,
Porque desta suerte van
Descubriéndose tambien
Los diamantes, y mejor
Se casan las dos colores.
(*Vuelve Camilo.*)
CAMILO.
Seis muestras trae mejores

El calcetero, Señor.
DON ALONSO.
Al juego de la pelota
Di que las lleve esta tarde,
O que un instante se aguarde.

OTAVIO.
¿Lo que brilla y alborota
Una fiesta de San Juan!
DON ALONSO.
¿Salen bien los capitanes?
PLATERO.
Mañana hay bravos galanes,
Porque de joyas lo van.
DON ALONSO.
¿Qué bien parece en Valencia
Ir al mar sus compañías!
PLATERO.
Alegres son estos dias.
DON ALONSO.

Importa su diligencia,
Porque los moros de Argel
Sepan que se ha de guardar
Con este cuidado el mar,
Y que hay gigantes en él.
Despacha, Otavio, á los dos:
Lo que te pidieren da.
OTAVIO.
Maestros, entren acá.
ESPADERO.
Mil años os guarde Dios.
PLATERO.
Veais con aquestas galas
Muchos dias de San Juan;
Que en esos años serán
De tus pensamientos alas.
(*Vanse Otavio, el espadero, el platero
y el mozo.*)

ESCENA IV.

EL CAPITAN LEONARDO, DON LUIS,
DON FRANCISCO.—DON ALONSO,
CAMILO; OTAVIO *vuelve después.*

LEONARDO.
Aun no se habrá levantado,
Si anoche salió á rondar.
DON ALONSO.
Bien me suelo levantar
La noche que me he jugado;
Que esa es ronda para mí
Que hasta el alba me desvela.

DON LUIS.
¿Vistes anoche á Rosela?

DON ALONSO.
Anoche á Rosela vi;
Mas cansame, vive Dios,
El verla entre tantas viejas,
De mis agüeros cornejas.

DON FRANCISCO.
¿Muchas os parecen dos?

DON ALONSO.
Cuando Dios las repartiera
Entre la tierra y el mar,
Había para cansar
Otros mil mundos que hubiera.

LEONARDO.
Una república había
Que grandes perros criaba
A quien los viejos echaba.

DON ALONSO.
Paes muy bárbara sería;
Aunque todas son consejos.

DON LUIS.
Son caracteres parejos,
Ay o; que dijo *viejos*,
Y había de decir *viejas*.

DON FRANCISCO.
Un hombre viejo es muy grave,
Muy venerable, y provoca
A respeto: al fin le toca
La confianza, la llave,
La dignidad, el oficio,
Y todo lo que es gobierno;
Mas una vieja...

DON ALONSO.
¿En qué infierno
Os metéis, de puro vicio!
Yo solo puedo quejarme;
Que para llegar á ver
A Rosela, he menester
En mil viejas anegarme.
Una me pide el vestido,
Otra el regalo, otra quiere
Dinero seco, otra muere
Por contarme lo que ha sido:
Su hermosura, sus galanes;
Que don Gasmio la sirvió,
Y que don Diablo se entró
Allá por unos desvanes.
Cuentos tan impertinentes,
Que sin sentido me deja.

LEONARDO.
¿Qué cosa es ver una vieja
Con mas historia que dientes!

DON FRANCISCO.
¿Desdichado del que pasa
Por mil viejas á su gusto?

DON ALONSO.
Solo en nombrallas me asusto.

DON LUIS.
No muy léjos de su casa
Hay unas mozas famosas:
Caza que yo descubri.

DON ALONSO.
¿Hay para todos?

DON LUIS.
No y sí.

DON ALONSO.
¿Son hermosas?

DON LUIS.
Muy hermosas.

DON ALONSO.
¿Cantan?

DON LUIS.
Ni por pensamiento.

DON ALONSO.
¿Piden?

DON LUIS.
No dan pesadumbre.

DON ALONSO.
¿Son muy bobas?

DON LUIS.
Ni por lumbre.

DON ALONSO.
Pues ¿qué intentan?

DON LUIS.
Casamiento.

DON ALONSO.
¿Guarda la cara!

DON LUIS.
A los bobos.

DON FRANCISCO.
Hazte acá, necio.

DON LUIS.
¿Braveza!

DON ALONSO.
En tocándome esa pieza,
Brinco, salto, y doy corcovos.

LEONARDO.
A la noche habeis de ver
De cierta viuda al fresco,
Con mas color que un tudesco,
El inmortal parecer.

DON LUIS.
¿De ese vocablo te vales?

DON ALONSO.
Cierto amigo de sus famas,
Las que há días que son damas,
Las llama las *inmortales*.

LEONARDO.
Algo tiene esta señora
De aquesa inmortalidad,
Porque compite su edad
Con la historia de Zamora.
Pero la buena alegría
Del rostro, y el estirallo,
Cubre ciertos perigallos
Que la edad antigua cria.

DON LUIS.
¿Qué tenemos en romance
Por *perigallos*?

LEONARDO.
Las quiebras

Que hace el rostro.

DON FRANCISCO.
Si celebras
Mujer que va dando alcance
A la cuarentigia edad,
Como si fuese escritura,
Lisarda es alta figura:
Allá esta noche cenad,
Y os dará en donaire y brío,
Aseo, gala y limpieza
Lo que le falta en belleza.

DON ALONSO.
De vuestras trazas me río.
Esas damas ya pasadas
¿Para qué las quiero yo?
Que no sé quién las llamó
Difuntas embalsamadas.
Vamos al vuelo y paremos
Donde quisiere la caza.

(*Vuelve Otavio.*)

DON FRANCISCO.
Dad en lo presente traza.

DON LUIS.
Paréceme que juguemos.

DON ALONSO.
Por mí, aquí estoy.

DON FRANCISCO.
Capitan,

¿Jugaréis?

LEONARDO.
Sí jugaré.

DON ALONSO.
¿Pintaremos?

DON LUIS.
No.

DON ALONSO.
¿Por qué?

DON LUIS.
Porque es tarde, y nos darán
Las pintas mala comida.

DON FRANCISCO.
La polla podeis jugar.

DON ALONSO.
Como la suele pelar.
A la polla nos convida.

LEONARDO.
Ea, que polla ha de ser.

DON FRANCISCO.
¿De á cómo?

DON LUIS.
A doblon.

DON FRANCISCO.
¿Braveza!

DON ALONSO.
Entrémonos á la pieza
Donde solemos comer.
¡Hola! Naipes.

CAMILO.
Aquí están.

LEONARDO.
Quien burro hiciere, que pague.

DON LUIS.
De juego que el gusto estrague,
Dios os libre, capitán.

LEONARDO.
Yo bien tomara los dados;
Mas quíerome entretener.
(*Vanse don Alonso, Leonardo, don Luis
y don Francisco.*)

OTAVIO.
Estos aquí han de comer:

CAMILO.
No hay platos aderezados.

OTAVIO.
Haz que añadan dos ó tres:
Dos carne y uno pescado.

CAMILO.
Voy.

OTAVIO.
Di que tengan cuidado.
(*Vase Camilo.*)

Extraña la vida es
De un mozo rico y soltero.
¿Qué desfrenado que corre!

ESCENA V.

DON JUAN, con vestido de bayeta, galan, aunque pobre; GERMAN. — OTAVIO.

DON JUAN.
Si agora no me socorre,
Irme de Valencia quiero.

GERMAN.
Mal pasarás sin tener
Un vestido de galan
Para el día de San Juan;
Si es que ya se puede hacer.

DON JUAN.
Dáme mi hermano el dinero,
Si es que me lo quiere dar

(Que es mas fácil conquistar
En la China un reino entero);
Que esta noche hasta.

GERMAN. (Ap. á don Juan.)
Aquí

Está el mayordomo.

DON JUAN.

Aguarda.

GERMAN.

¿Qué tiemblas? Qué te acobarda?

DON JUAN.

La desdicha en que nací—
Señor Otavio...

OTAVIO.

Don Juan...

DON JUAN.

¿Qué hace mi hermano?

OTAVIO.

Juega.

GERMAN. (Ap.)

¿A qué lindo tiempo llega!

DON JUAN.

¿Con quién?

OTAVIO.

Con el capitán

Leonardo, con don Luis
Y don Francisco.

DON JUAN.

¿Son dados?

OTAVIO.

Juego es de mil ducados,
Si en los tantos advertís,
Aunque es polla la que juegan.

DON JUAN.

¿Es á escudo?

OTAVIO.

Es á doblon.

DON JUAN.

Muy entretenidas son.

OTAVIO.

También pican, también ciegan.

DON JUAN.

Quisiera, señor Otavio,
Que para vestir me deis;
Que ando agora... ya me veis...
Y es de don Alonso agravio
Que salga un hermano suyo
Tal en día de San Juan;
Que yo pobre y él galán,
Lo que han de decir arguyo
De verle y de verme á mí;
Que para tanta riqueza,
Es notable la pobreza
En que me trae.

OTAVIO.

Es así;

Pero él me tiene ordenado
Que aun para medias no os dé
Sin avisarle.

DON JUAN.

¿Por qué?

¿Soy algun bastardo echado
A la puerta de su casa?
Soy frito de entendimiento?
Soy hombre sin fundamento?
¿Desbónrole yo?

OTAVIO.

Esto pasa.

DON JUAN.

¿Qué bajezas hago yo?
En qué malas compañías
Me ha visto andar estos días?

OTAVIO.

Esto, don Juan, me mandó.

DON JUAN.

Pues es ya mucha crueldad...
Tan buen padre y madre fueron
Los que esta sangre me dieron,
Como á él la suya.

OTAVIO.

Es verdad;

Pero aun hay causas mas grandes.
Quisiera (y fuera mejor)
Don Alonso, mi señor,
Que os fuéades vos á Flándes,
Donde al cabo de seis años
El Rey un hábito os diera.

DON JUAN.

No me habéis desamano.

OTAVIO.

Allá, en los reinos extraños,
No están los segundos mal;
Si en la patria, pues nacieron
Después.

DON JUAN.

Los primeros ¿fueron
De sangre mas natural
Para que sean los reyes,
Y sus esclavos los otros?

OTAVIO.

No lo juzguemos nosotros:
Esto disponen las leyes.
No quisiera vuestro hermano
Veros ocioso en Valencia.

DON JUAN.

¿Oféndele mi presencia?
¿Tanto le gasto?

OTAVIO.

En mi mano

Quisiera yo que estuviera:
Ya sabéis vos mi deseo.

DON JUAN.

¿A Flándes? ¿Lindo rodeo!
Ya sé yo lo que él quisiera;
Que me quitaran allá
La vida de un mosquetazo,
Por quitarle el embarazo
Que conmigo tiene acá.
¿A que un hábito pretenda
Me envía!

OTAVIO.

¿Y es maravilla?

DON JUAN.

Pues ¿hame dado ropilla
Adonde el hábito extiende?
¿Es cruz de saludador,
Que en la calle he de ponella?
Vaya él á pretendella,
Que podrá honralla mejor;
Que no es bien que hábito en mí
Parezca cruz en rincón.
Juega el tanto de á doblon,
Y deja á su hermano así!
Fuera mucho de barato
Vestirme para San Juan?
Cuando él anda tan galán,
¿Es conmigo tan ingrato!
Para Pascua ¿no decía
Que á mí y á un pobre criado,
Que me sirve por honrado,
Dos vestidos me daría?
Y en San Juan roto me veis.

GERMAN.

Aquí lindo lugar tiene,
«Si para Pascua no viene,
A San Juan me aguardaréis.»
Pardiez, señor mayordomo,
Que es terrible este señor,
Puesto que hermano mayor,
Y que yo no entiendo cómo
A su hermano trata así.

OTAVIO.

¿Vos también, picaño, hablais?

GERMAN.

El nombre que me llamas,
Me viene muy bien á mí;
Pues que le tiene don Juan,
Porque su hermano lo quiere.

OTAVIO.

Don Juan, esto se refiere
A que es orden que me dan.
Yo hablaré por vos en esto,
Y si él lo manda, se hará.

(Vase.)

ESCENA VI.

DON JUAN, GERMAN.

DON JUAN.

¿No ves con lo que se va?

GERMAN.

Descolorido te has puesto.

DON JUAN.

Quando te llamó picaño,
Quise la espada sacar,
Y de sus carnes cortar,
Con que te vistieras, paño.
¿Hay desvergüenza como esta!
¿Hay estado de hombre honrado,
Que á tal punto haya llegado,
Ni escuchado tal respuesta!
«Yo hablaré por vos en esto,
Y si él lo manda, se hará.»

GERMAN.

Este sirve en fin, y está
A la obediencia dispuesto.
Terrible cosa es oír
A un escudero cruel,
Que,preciado de fiel,
Suele un señor consumir:
«Esto me tiene mandado:
No puedo desto exceder;
Es orden; no puedo hacer
Mas de lo que está ordenado;»
Y otras frialdades así,
Espetadas en un palo.

DON JUAN.

No hubiera sido muy malo
Que se acordara de mí,
Dándole algunos, German.

GERMAN.

Desapastona, Señor,
Ese ingenio, ese valor,
Que como niños están
En paños de la fortuna;
Deja que el tiempo los crie.

DON JUAN.

¿Habrá tiempo en que confie
De mi mal mudanza alguna?

GERMAN.

Contentate con que el cielo
Te ha hecho gallardo y sablo.
La pobreza no es agravio.
Vive Dios, que me consuelo
Quando voy detrás de ti,
Y dicen: «¿Qué tal y cara!
¿Que este mozo no heredara,
Y no aquel tonto!»

DON JUAN.

¿Ay de mí!

GERMAN.

¿Ay del turco, y ay de quien
Lleva la fortuna en popa,
Si en algun escollo topa,
O da la barca vaiven!
Ríete; y para olvidarte,
Juega tú también un poco.

DON JUAN.

¿Yo? ¿Qué é con quién? ¿Estás loco?

GERMAN.
Dineros tengo que darte.
Ves aquí de la ración
No sé cuántos dinerillos.
DON JUAN.
Pobreza y tristeza, grillos
De la edad dicen que son.
Quiero estar pobre, y no triste:
De dos males el menor.
GERMAN.
Ea, siéntate, Señor.
DON JUAN.
Donaire, por Dios, tuviste.
Pues ¿con quién he de jugar?
GERMAN.
Conmigo.

DON JUAN.
¿Contigo?
GERMAN.
Sí.
DON JUAN.
¿Qué hará quien me viere aquí
Jugar contigo?

GERMAN.
Callar.
Como el sacar los aceros
Con el que diere ocasión,
Así el jugar es razón
Con quien trajere dineros.

DON JUAN.
Entra por una baraja;
Que no pocas hay allá.

GERMAN.
Aquí la baraja está,
Y el jugador de ventaja.

DON JUAN.
¿En el pecho la traías?
GERMAN.
Pues ¿hay almilla ni grana
De mas provecho? Mañana
Te la pongo: no te rías.

DON JUAN.
Arrastra el bufete aquí,
Y en las dos sillas sentados,
Juguemos nuestros cuidados,
Por ver si los pierdo así.

GERMAN.
¿A qué habemos de jugar?
DON JUAN.

Al triunfo.
GERMAN.
Barajo y doy.
(*Siéntanse á jugar.*)

ESCENA VII.

ROSELA y CELINDA, *con mantos.*—
DON JUAN y GERMAN, *jugando.*

ROSELA.
¿Pierdo acaso de quien soy
Porque le vengo á buscar?
CELINDA. (*Ap. á Rosela.*)
Tápate bien; que hay aquí
Quien te puede conocer.

ROSELA.
¿Juegan?
CELINDA.

Sí.
ROSELA.
¿Quién puede ser?
CELINDA.

¿Es don Juan, su hermano?
ROSELA.

Sí.

CELINDA.
¿Gentil flemma!
ROSELA.
¿Lindo ensayo!
El aprende en buena escuela.
CELINDA.
Por vida tuya, Rosela,
Que juega con su lacayo.
ROSELA.
Tan divertidos están,
Celinda, que no nos ven.
CELINDA.
¿Que en tan bajo punto estén
Las cosas deste galán
Por la crueldad de su hermano!
DON JUAN.

¿Renunció?
GERMAN.
No renuncié;
Que siempre espadas jugué,
Y esta me queda en la mano.
DON JUAN.
Seis bazas hice.

GERMAN.
Yo tres.
ROSELA.
¿Que un hombre tan principal
Trate á su hermano tan mal!
CELINDA.

Lástima por cierto es.
GERMAN.

Déme cartas.
ROSELA.
¿Juegan plata?
CELINDA.

Ni aun cobre pienso que vi.
ROSELA.
Don Juan se entretiene así.
Es pobre, y con pobres trata.

CELINDA.
¿No tiene gallardo talle?
ROSELA.
Y extremado entendimiento.

CELINDA.
El verle tan pobre siento.

ROSELA.
Yo no me atrevo á miralle.
CELINDA.

A este hombre quisiera yo,
Y me vendiera por él.
ROSELA.
¿Quiéres que hablemos con él?
GERMAN.

La malilla.
CELINDA.
¿Por qué no?
DON JUAN.

Serviré con esta sola.
ROSELA.
Tómalo por mal agüero.

CELINDA.
Nunca, Rosela, si quiero,
Eso que ves me alborota.

GERMAN.
¿Hay oros?
DON JUAN.
A quien le sobre.

GERMAN.
Oros juego.
DON JUAN.
No he tenido
Oro en mi vida.

GERMAN.
Y yo he sido
Hasta en los de naipes pobre.
¿Hay caballo por ahí?
DON JUAN.
¿Cuándo turve yo caballo?
CELINDA.
Turbada estoy de mirallo.
ROSELA.
Pues yo le hablaré por tí.
(*Llégase á ellos.*)
¿Quiéreme vnesamerced,
Señor don Juan, dar barato?
GERMAN. (*Ap.*)

¿Damas!
DON JUAN. (*Ap.*)
¿Pesia al tiempo ingrato!

ROSELA.
Si ganais, haced merced
A dos servidoras vuestras.

DON JUAN.
Por Dios, señoras tapadas,
Que me piden engañadas;
Si no, díganlo las muestras.
¿Solos en Valencia son
De mis cosas peregrinas?

GERMAN.
Pienso que son tus vecinas.

DON JUAN.
Pues si es burla, no es razón.

CELINDA.
Antes somos forasteras.
DON JUAN.

Pues forasteras ó no,
Barato les daré yo,
Sea de burlas ó de veras.
Tomen lo que entre los dos
Tenemos. Bien hay tres reales;
Mas no sé si están cabales;
Pero les prometo á Dios
Que es mas que darles mi hermano
Tres mil escudos.

CELINDA.
Creed
Que me hacedis mayor merced.

GERMAN. (*Ap. á su amo.*)

¿Tomáronlo?
DON JUAN.
Coh la mano.

GERMAN.
(*Ap. A fe que son cortesanías.*)
¿Pobre German, hoy no cenas?
¿Tres reales! (*Ap. á don Juan.*)

DON JUAN.
¿Esto condenas?
GERMAN.

¿Qué busconas tan humanas!

CELINDA.
Don Juan, vos nos habeis dado
Barato...

DON JUAN.
Cuanto tenia
Os dí; que la suerte mia
No pinta mejor mi estado.
Creed que si mundos fueran
Llenos de diamantes y oro,
Era pequeño tesoro
Para que mis manos dieran.

CELINDA.
Estamos agradecidas,
De suerte...

DON JUAN.
Tendréis por loco
Quien esto da.

CELINDA.
Que son poco
Mil mundos de almas y vidas
Para poderlos pagar.
Desta bolsilla os servid.

DON JUAN.
Mucho me corro.

CELINDA.
Advertid
Que esto se puede tomar,
Después que un hombre le ha dado
A una mujer cuanto tiene.
Con cien escudillos viene,
Que es de lo que me ha pesado;
Pero si otra vez nos vemos,
No faltarán otros tantos.

DON JUAN. (Ap. á German.)
¿Tomarélos?

GERMAN.
Toma cuantos
Te dieren. ¡Lindos extremos!

DON JUAN.
Tomaré, señora mía,
A cambio de voluntad
Este dinero, y fiad
Que vuelva el doble algun día;
Que agora quiero poner
Pleito de mis alimentos.

CELINDA.
Pagad vos mis pensamientos,
Que es lo que yo he menester.

DON JUAN.
Descubrid, por vida mía,
De ese cielo alguna estrella.

ROSELA.
No lo hayais todo con ella;
Que tambien parte querría
De vuestro agradecimiento.

DON JUAN.
De quien me regala soy.

ROSELA.
Yo estas sortijas os doy
Con el mismo pensamiento.

DON JUAN. (Ap. á German.)
¿Tomarélas? Di, German.

GERMAN.
¡No, sino el alba! Si puedes,
Desnúdalas.

DON JUAN.
Mil mercedes
Me haceis.

ROSELA.
Vos sois tan galan,
Que entre damas de buen gusto
Os habian de dar galas.

DON JUAN.
Solos están estas salas;
No hay quien os vea, y es justo
Que los rostros descubrais.

ROSELA.
Eso no; tened la mano.
Prenda soy de vuestro hermano.

GERMAN.
Si á don Alonso buscáis,
Entrad; que jugando está,
Y lo dado esquitareis.

DON JUAN. (Á Celinda.)
Vos, que no lo sois, podeis
Descubriros.

CELINDA.
Tarde es ya.
A quien deseastes ver,
Que os haga, don Juan, favor.

DON JUAN.
¿Cales?

CELINDA.
¿Cómo sin amor?
DON JUAN.
Condicion debe de ser.
(Vase Roselay Celinda.)

ESCENA VIII.
DON JUAN, GERMAN.

GERMAN.
Las dos se han entrado allá.

DON JUAN.
Éntrense donde quisieren.

GERMAN.
¿Quién serán?

DON JUAN.
Sean quien fueren.

Yo tengo dineros ya
Para salir mas galan
Que el sol, de San Juan el día.

GERMAN.
¿Qué dicha!

DON JUAN.
No como mía.

GERMAN.
Siendo mañana San Juan,
¿Cómo te harán el vestido?

DON JUAN.
Como eso puede el dinero.

Vestirme de blanco quiero.

GERMAN.
De blanco saldrás lucido;
Pero ¿habrá en los cien escudos?...
DON JUAN.

Con las sortijas si habrá.

GERMAN.
¿Cuál tu hermano quedará
Y sus amigotes?

DON JUAN.
Mudos.

GERMAN.
Pero advierte que no excusas
De vestirme á mí tambien;
Porque solo no vas bien.

DON JUAN.
Invoca, German, las musas.

GERMAN.
¿Diceslo por estas damas?
Pues ¿no era mío el dinero?

DON JUAN.
Vestirte de nuevo quiero.

GERMAN.
Eres Juan, gracia te llamas.

ESCENA IX.
DON ALONSO, LEONARDO, DON
LUIS, DON FRANCISCO.—DICHOS.

DON ALONSO.
No sé, por Dios, quién son.

LEONARDO.
¿Para qué es eso?
Perder y levantarlos no es sin causa,
Y no sabiendo vos picaros, poca.

DON LUIS.
Pues á fe que lo estábades, y tanto,
Que menos que las damas que vinieron,
No fuera el mundo parte á levantarlos.

DON FRANCISCO.
Vuestro hermano está aquí.

DON ALONSO.
¿Linda figura!

LEONARDO.
Mal haceis en tratarle desta suerte.
DON ALONSO. [mano?
Váyase á Flándes; ¿qué hace aquí mi her-
Sirva, pretenda, como lo hacen otros.
Venga con dos balazos, aunque traiga
El cuerpo en dos muletas, y esté cierto
Que le traeré en carroza y daré galas;
Pero en Valencia haciendo picardías...

DON LUIS.
No quiero que digais que las costumbres
De don Juan no son buenas.

DON ALONSO.
¿Buenas?

DON LUIS.
Tanto
Que es tenido por hombre virtuoso.

DON ALONSO.
Tal tenga la salud quien eso dice.

DON LUIS.
Otavio me ha pedido que os suplique
Vistais á vuestro hermano; que mañana
Es día de salir como segundo
De vuestra casa.

DON ALONSO.
Gracia tiene Otavio.

DON LUIS.
¿Erró mucho en echarme por tercero?

DON ALONSO.
No lo he de hacer, á fe de caballero.
(Vase.)

ESCENA X.
DON JUAN, LEONARDO, DON LUIS,
DON FRANCISCO, GERMAN.

DON FRANCISCO.
En hablándole en esto, se apasiona.

LEONARDO.
Pienso que tiene envidia á su persona.

DON LUIS.
Bien la puede tener.

GERMAN. (Ap. á su amo.)
Tu hermano es ido.

DON JUAN.
Hablar quiero con estos caballeros.—
¿Quién de vuestras mercedes ha perdido?

LEONARDO.
Todos hemos ganado, y solamente
Vuestro hermano ha perdido.

DON JUAN.
No me pesa.

DON FRANCISCO.
Barato os quiero dar.

DON LUIS.
Yo-haré lo mismo.

LEONARDO.
Y yo tambien, aunque he ganado poco.

DON JUAN.
Parece que limosna os he pedido;
Y tal estoy, que pienso que la pido.

Yo he menester que el capitán Leonardo
Un caballo me preste, porque quiero
Salir al Grao el alba de mi nombre.

LEONARDO. [ofrezca,
Yo os daré el blanco, y siempre que se
Estan él y otros dos para servirlos.

DON JUAN. [de.
Bésos las manos por merced tan gran-
No me atrevo á pedirsele á mi hermano,
Porque conmigo ha dado en ser tirano;

Y atrévome á pedirosle, seguro [hecho.
De la merced que siempre me habeis

LEONARDO.

Ya estáis de lo que os quiero satisfecho.

DON LUIS.

Don Alonso tendrá dos convidadas,
A lo que pienso, y no querrá testigos;
Yo convido á Don Juan.

DON JUAN.

Bésos las manos.

DON LUIS.

Y á los demás también.

LEONARDO.

Por mí, yo aceto.

DON FRANCISCO.

Y yo, porque comamos juntos.

DON LUIS.

Vamos.

GERMAN. (Ap.) [nelo
Dios me ha venido á ver; que en el ti-
Comiera mucho hueso, palo y pelo.
(*Vanse.*)

Playa y muelle de Valencia; mar en el fondo
y buques.

ESCENA XI.

LA CONDESA DE LA FLOR, con capa
con oro y sombrero con plumas; DOÑA
COSTANZA y DOÑA INÉS, con ca-
petillos y sombreros; DURANGO, un
PAJE.

CONDESA. (*Dentro.*)

Parad el coche, parad;
Que al muelle subir queremos.

DOÑA COSTANZA. (*Dentro.*)

Muy poco lugar tendremos;
Que hay gente de la ciudad.

DOÑA INÉS. (*Dentro.*)

No importa; lugar darán.

(*Salen.*)

DOÑA COSTANZA.

¡Hay tal vista!

CONDESA.

¡Hay tal frescura!

DOÑA INÉS.

Añade al mar hermosura
La mañana de San Juan.

DURANGO.

Tales mañanas como estas
Andan moros por aquí.

CONDESA.

¡Visteslos vos?

DURANGO.

Yo los vi,

Más de guerra que de fiestas;
Mas por esto el Grao se guarda,
Y andan por él estos días
Tan lucidas compañías
Haciendo cuerpo de guarda.
Llegan cerca de Valencia,
Y dan vaya á los soldados.

DOÑA COSTANZA.

Buenos barcos.

DOÑA INÉS.

Extremados.

Todo tiene diferencia.

CONDESA.

Las aguas se están riendo.

DURANGO.

Mejor se riera el vino,
Que un pernil de tocino.

DOÑA INÉS.

¡Siempre habeis de estar bebiendo?

DURANGO.

De aquesta salada balsa

¡Puede tal cosa decirse?

Bien puede el agua reirse,

Pero será risa falsa.

Mas cuando se ríe el vino,

Ríese de corazon;

Que sus alegrías son

Que en él se embarque un tocino.

¡Qué armada en vino se anega?

Qué flota en él se perdió?

CONDESA.

Aquí me sentara yo.

DOÑA COSTANZA.

Hola, aquella alfombra llega.

(*El paje extiende una alfombra.*)

DOÑA INÉS.

Bello sitio el desta puente.

DOÑA COSTANZA.

Remata dentro del mar.

DURANGO.

Desde aquí podeis mirar

Toda Berbería enfrente.

CONDESA.

Anoche se viera bien;

Que en Argel luces habria.

DOÑA INÉS.

¡Sabeis vos la Berbería?

DURANGO.

Y aun la he pisado también.

DOÑA INÉS.

¿Cómo? ¿Decendeis de moros?

DURANGO.

¡Arre allá! Soy montañés;

Mas fui dos años ó tres,

Por novillos ó por toros,

A las galeras de España.

DOÑA INÉS.

¿Por delito?

DURANGO.

¿Otra cañita?

Era el capitan Zurita

Mi pariente.

DOÑA INÉS.

¡Cosa extraña!

DURANGO.

Pues yo de veras lo tomo.

DOÑA INÉS.

Pues si Zurita consiente

Que seais vos su pariente,

¿Qué mucho que seais palomo?

DURANGO.

Argel, Túnez y Bugia

Hacia aquella parte están,

Adelante Mostagan,

Siguiendo de Oran la vía.

Luego Melilla y Bocmar,

Fez queda dentro, y enfrente

Aquel estrecho eminente

Que llaman de Gibraltar.

DOÑA INÉS.

Y la sierra de las monas,

¿No cae cerca de ahí?

DURANGO.

No suelen hablarme á mí

Otras tan nobles personas

Desa suerte, y he servido

En Castilla y Portugal.

DOÑA INÉS.

Yo no lo he dicho por mal.

CONDESA.

Muy presto os habeis corrido,

Para ser tan cortesano,

Y ser alba de San Juan.

DURANGO.

Pues si de burlas están,

Digan, y tendréis mano.

DOÑA COSTANZA.

Coche de música viene;

Que hay grande grita y ruido.

Cast en el mar se han metido;

Será porque mejor suene.

(*Grita y alegría dentro.*)

ESCENA XII.

MÚSICOS, dentro.—DICHOS.

MÚSICA. (*Cantan dentro con sonajas.*)

Salen de Valencia

Noche de San Juan

Mil coches de damas

Al fresco del mar.

CONDESA.

Bien responden las orillas.

DOÑA COSTANZA.

El eco aprende á cantar.

DURANGO.

Por Dios, que estoy por bailar,

Segun hace el son cosquillas.

MÚSICA. (*Dentro.*)

¿Cómo retumban los remos,

Madre, en el agua,

Con el fresco viento

De la mañana!

DURANGO.

Harto mejor retumbaran,

Al fresco vino sutil,

Los remos de un buen pernil.

¡Oh nunca de agua cantaran!

MÚSICA. (*Dentro.*)

Despertad, señora mía,

Despertad,

Porque viene el alba

De señor san Juan.

CONDESA.

Caballeros van viniendo...

A caballo algunos van.

DOÑA INÉS.

¿Correrán?

DOÑA COSTANZA.

No correrán.

CONDESA.

Algunos voy conociendo.

DOÑA COSTANZA.

Don Francisco y Don Luis

Son los de pardo y morado.

CONDESA.

¿Quién es aquel de encarnado?

DOÑA INÉS.

El capitan Don Dionis.

Galan viene de pajizo

Don Alonso.

DOÑA COSTANZA.

Está heredado.

CONDESA.

Al galan de lo leonado

Mi color le satisfizo.

DOÑA INÉS.

Trompetas hay en el mar:

DURANGO.

Moros son de Berbería.

CONDESA.

¿Qué dices?

DURANGO.

Vusiñoria

Se puede segura estar;

Que no llegarán aquí,
Ni á pieza estar osarán.

DOÑA INÉS.

No hay mañana de San Juan
Que estos no vengan así.

ESCENA XIII.

Moros, en dos fragatas, tocando trompetas y cajas. — DICHOS.

UN MORO.

Ah cristianos de Valencia,
Los que estar holgando al Grao
El mañana de Juan!
Escuchalde el que te hablamos.
Yo ser Celín de Marrócos,
Y en Castilla haber estado
Cautivo de un cristianillo
Que llamar hijo de galgo.
Escapamus del prision,
Gracias, Mahoma, melagro;
Que valemós setecientos,
E costamos mil ducados.
Por todo el bon tratamiento,
Os envío este regalo. —
Despara, demoslos grita.

TODOS LOS MOROS.

Ah vellicos, ah vellicos!
Ah galinias, pecarillos!
Vivir torco mochos años.
(Disparan los moros; cóntestantes desde tierra, y viran de bordo.)

ESCENA XIV.

LA CONDESA, DOÑA COSTANZA,
DOÑA INÉS, DURANGO, UN PAJE.

CONDESA.

Presto la espalda volvieron.

DOÑA COSTANZA.

Tal pieza les dispararon.

DOÑA INÉS.

Retumbando queda el mar.

DURANGO.

Brava grita nos han dado.
No estuviera aquí un marqués
De Santa Cruz, un gallardo
Conde de Niebla, un don Pedro
De Toledo, un Oria, un Cárlos!

DOÑA COSTANZA.

Vuelve, Condesa, los ojos.

CONDESA.

¿Quién es aquel de lo blanco?

DOÑA COSTANZA.

Apostaré que es don Juan.

CONDESA.

¿Quién?

DOÑA COSTANZA.

De don Alonso hermano.

CONDESA.

Aquel pobre caballero,
Que, envuelto en bayeta, ha dado
En ser tumba de su alma?

DOÑA COSTANZA.

El mismo.

CONDESA.

¡Notable caso!

¿Quién le ha dado de vestir?

DOÑA INÉS.

Quizá lo pidió prestado.

CONDESA.

No hay vez que venir le ves;
Envueltos los pobres brazos
En el pelado herruero
Que fué bayeta y es raso,

Que entre la risa no tenga
Dél lástima, y de su hermano
Queja.

DOÑA COSTANZA.

¿Qué gallardo viene,
El blanco, y blanco el caballo!

DOÑA INÉS.

Si tuviera que vestirse,
Yo sé bien que mas de cuatro
Tuvieran envidia de él.

CONDESA.

Enviémosle un recado.

DOÑA COSTANZA.

¿Cómo?

CONDESA.

Ahora lo veréis.

DOÑA COSTANZA.

Por el muelle viene entrando.

DOÑA INÉS.

¿Burla quieres hacer dél?

CONDESA.

¿Qué importa? Escuchad, Durango.
Decid á don Juan de Fox
Que le ruego, ó le rogamos,
Que por ese puente al mar
Ponga espuelas al caballo.

DURANGO.

Pues ¿ha de correr el otro?

¿No veis que en llegando al cabo,
Ha de caer en el mar,
Y podrá hacerse pedazos?

CONDESA.

Haced vos lo que yo os digo.

¿No entendéis que nos burlamos?

DURANGO.

Yo voy.

(Vase.)

ESCENA XV.

LA CONDESA, DOÑA COSTANZA,
DOÑA INÉS, EL PAJE.

CONDESA.

Con esta ocasion,
Veréis cómo viene á hablarnos.

DOÑA COSTANZA.

¿No es lástima que sea pobre
Un hombre tan bien hablado
Y de tan linda persona?

CONDESA.

El cielo no le hace agravio;
Que es suyo, y dalo á quien quiere;
Que no puede ser forzado.
A un pobre hará gentilhombre,
Y á un feo discreto y sabio.

(Suenan dentro cascabeles y ruido de un golpe en el mar.)

¿Qué es aquello?

DOÑA COSTANZA.

Que corrió,
Luego en dándole el recado,
Y como remata el puente
En el mar, hombre y caballo
Se han sumergido en sus ondas.

CONDESA.

El hecho ha sido gallardo;
(Levántase.)

Mas no quisiera, si muere,
Habérsele yo mandado.

DOÑA INÉS.

Que morirá no lo dudes.

CONDESA.

Pues anegárame en llanto,
Como él en agua del mar.

ESCENA XVI.

GENTE; y luego, DURANGO. — DICHOS.

GENTE. (Dentro.)

¡Gran lealtad!

UNO. (Dentro.)

¡Suceso extraño!

Aquí ayuda.

OTRO. (Dentro.)

Vivo está.

(Sale Durango.)

DURANGO.

¡Cuán mejor que de Alejandro
Este caballo merece
Sepulcro de jaspe y mármol!

CONDESA.

¿Qué es eso, amigo?

DURANGO.

Señora,

Apenas di tu recado,
Cuando poniéndole espuelas,
Batió al caballo los lados.
Corrió al puente, y dél cayó
Furioso en el mar, que, alzando
Blancas espumas al cielo,
Tiró al sol vidrios quebrados.
Mas dentro de breve tiempo
El y don Juan asomaron
Por el agua las cabezas,
Uno hablando, otro bufando.
Con la boca y las narices
Agua arrojaba el caballo;
Don Juan voces animosas,
A su cerviz abrazado.
A la orilla con el hombre
Salió el caballo nadando,
Donde algunos pescadores,
Que estaban atando un barco,
Ayudados de otra gente,
A sus chozas le han llevado,
Que están de la orilla cerca,
Y allí le están desnudando.

CONDESA.

Hacedme placer, amigo,
Que volvais á visitarlo,
Y de mi parte le deis
Este herruero aforrado
Para que se abrigue agora;
Que cuando á casa volvamos,
Yo le enviaré qué se vista.

DURANGO.

Dios te guarde. Voy volando. (Vase.)

ESCENA XVII.

LA CONDESA, DOÑA COSTANZA,
DOÑA INÉS, EL PAJE.

CONDESA.

¡Hola, cochero!

DOÑA COSTANZA.

¿No quieres

Gozar del fresco?

CONDESA.

Hame dado

El suceso pesadumbre.

DOÑA COSTANZA.

Pues ¿qué quieres?

CONDESA.

Que nos vaimos.

DOÑA COSTANZA.

Tienes razon de estar triste.

Si muera don Juan...

CONDESA.

Pensando

Que me burlara con él,

Me ha pesado de su daño.

DOÑA INÉS.

¿Qué importa que muera un pobre?

¿Tú no miras que es sacarlo
Del purgatorio del mundo?

CONDESA.

Ser la causa importa, y tanto,
Que estoy en la obligacion
De atender á su regalo;
Y si, como soy condesa
De la Flor, aunque mi estado
Está en Italia, una dama
Fuera humilde...

DOÑA COSTANZA.

Dilo.

CONDESA.

Callo,
Porque nunca de imposibles
Se pagan hechos gallardos.
(*Vanse.*)

Cabaña de pescadores á la orilla del mar.

ESCENA XVIII.

DON JUAN, *mojado*; GERMAN, LAURINO, ALBERTO y PISANO.

ALBERTO.

Sin asco podeis dormir
Un rato en aquesta cama.

DON JUAN.

No me teneis que advertir.

GERMAN.

Pensará que gana fama
En no quererla admitir.—
Mira que es bastante el susto.

DON JUAN.

German, déjame; que gusto
De enjugarme el agua así.

GERMAN.

¿Quiéreste morir aquí?

DON JUAN.

Necio, no me des disgusto.

GERMAN.

¿Disgusto te puede hacer
Quien procura tu salud?

DON JUAN.

Yo sé que no es menester.

GERMAN.

No quiere la juventud
Ni obedecer ni temer.

LAURINO.

A mí, que se muera luego.

PISANO.

Ya puede llegarse al fuego.

GERMAN.

Comiéntate á desnudar.

DON JUAN.

Así me podré enjugar.

GERMAN.

Que no seas loco te ruego.

ESCENA XIX.

DURANGO, *con la capa de la Condesa.*

—DICHOS.

DURANGO.

¿Está aquí el señor don Juan?

GERMAN.

¿Tú está; ¿qué le quereis?
mas fresco que galán.

DURANGO.

Vos no me conoceréis.

Tal vuestros ojos están.

DON JUAN.

Si conozco; que vos fuistes
Quien el recado me distes.

DURANGO.

La condesa de la Flor
Está muy triste, Señor,
De la locura que hicistes;
Que ella lo dijo, por dar
Ocasión á que con ella
Allegáredes á hablar;
Y pésale que por ella
Corriésedes hasta el mar.
Para que sepa, me envía,
Cómo estáis, y con dolor
Del daño que haber podría,
Este herruero, Señor,
Que trajo su señoría.
Abrigáos luego con él,
Que está muy desconsolada.

DON JUAN.

Hallaré la vida en él;
Que la triaca extremada
Tiene ponzoña cruel,
Que de víboras se saca;
Y así, será mi triaca
De la mano del veneno.

DURANGO.

Y ¿cómo estáis?

DON JUAN.

De agua lleno,
Aunque ya el frie se aplaca.
Y aquesta capa, os prometo,
Que muerto me dió vida,
Como lo dice el efeto.

DURANGO.

Ella se vuelve afligida,
Y vos respondéis discreto.
Esto la voy á decir.

DON JUAN.

Decidle que por servir
Persona de su valer,
No tuve á la mar temor,
Ni le tuviera al morir.
Que como aquel á quien luego
Roma mil estatuas fragua,
Con mas valor y mas ciego,
He sido Mucio de agua,
Como él de tierra y de fuego.
Y que quedo muy contento
De pensar que la he servido
Con solo mi pensamiento,
Luego que tocó mi oído
Su gusto y su mandamiento.
Que aunque no somos los dos
Iguales, como veis vos,
Si también me lo mandara,
Del Micaete me echara,
Como del puente, por Dios.

DURANGO.

Voy presto; que se ha de holgar
De la salud que teneis, (*Vase.*)

ESCENA XX.

DON JUAN, GERMAN, ALBERTO,
LAURINO, PISANO.

ALBERTO.

Ya el fuego os viene á llamar.

LAURINO.

Bien será que os desnudéis;
Que el agua os puede matar.

DON JUAN.

Entrad, amigos; que quiero
Hablar un poco á German.

PISANO.

Ya con la ropa os espero.
(*Retranse los pescadores.*)

ESCENA XXI.

DON JUAN, GERMAN.

DON JUAN.

Las desdichas de don Juan
El se las diga primero:
Desde el punto que salí
Este suceso temí.

GERMAN.

Ouisiera darte un consejo,
Ni de cuerdo ni de viejo,
Pero de quien te ama sí.

DON JUAN.

Ahora ¿qué puede ser?

GERMAN.

Que sirvas esta condesa.

DON JUAN.

¿Estás loco?

GERMAN.

¿No es mujer?

DON JUAN.

Es tan imposible empresa
Como ver el hielo arder
Y helar el fuego, German.

GERMAN.

Y ¿qué se pierde en servilla?

DON JUAN.

Que por loco me tendrán.

GERMAN.

Acuérdate desta orilla
En que te advierto, don Juan.

DON JUAN.

Necio, es Hipólita hermosa
De sus padres heredera,
Título, y forzosa cosa
Que sea, en suprema esfera,
De mayor planeta esposa.
Pidenla muchos señores
De Castilla y de Aragón.

GERMAN.

¿Qué importa decirle amores,
Si los pensamientos son,
Cuanto mas altos, mejores?

DON JUAN.

¿Y si tanto me enamoro,
Que cuando sin ella quede,
Me muero, me abraso y lloro?

GERMAN.

¿Ser al contrario no puede?

DON JUAN.

¿Qué calidad, qué tesoro
Tengo yo, para emprender
La condesa de la Flor?

GERMAN.

Ese tallo; que es mujer,
Y suele un poco de amor
Tales milagros hacer.

DON JUAN.

Confieso que me has hurtado,
Puesto que he disimulado,
El pensamiento, German.
Desde aquí soy su galán.

GERMAN.

Desde aquí soy su criado.
Suda el susto del morir,
Y daré dos liciones
De cómo la has de servir.

DON JUAN.

En laberinto me pones
Que es imposible salir.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de la Condesa.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA, DOÑA COSTANZA.

DOÑA COSTANZA.
Deste parecer estoy.

CONDESA.
¿Que á don Alonso tratáis
De esta manera?

DOÑA COSTANZA.
¿Pensáis
Que de las mujeres soy
Que por casarse no miran
La calidad del sugeto?

CONDESA.
Amar y tener respeto,
De andar juntos se retiran.

DOÑA COSTANZA.
Pues sepa vusifloria
Que yo le pienso tener,
Para no venir á ser
Necia y casada en un día.
Don Alonso me agradó,
Su deseo agradeci;
Y todo lo aborrecí
Cuando él la causa me dió.
Y no una, sino mil,
Siendo el hombre mas perdido
Que esta ciudad ha tenido,
Y de condicion mas vil.
Toda su hacienda ha jugado
Y dado á mujeres tales,
Como dirán las señales
Que en la salud le han dejado.
Sus lugares ha vendido,
Y come de aquel valor;
Decidme, ¿es digno de amor
O de ser aborrecido?
¿Será bien que pague yo
De mi dote estas locuras?

CONDESA.
Yo os deseo mil venturas;
Que tales desdichas no.
Eso, Costanza, ignoraba,
Supuesto que algo sabia
De la vida que traía
Y lo mucho que jugaba.
Mas que estuviere en estado
Que hasta sus lugares vende,
Eso no, porque me ofende
Aun de haberlo imaginado;
Que solamente por ti
A su persona inclinada,
No le aborrecí, cansada
De las crueldades que of
Que con su hermano don Juan
Usaba en toda ocasion,
Hombre de otra condicion.

DOÑA COSTANZA.
¿Y no añadés tu galan?

CONDESA.
Don Juan, porque le envié
Los regalos que supiste,
Por la enfermedad que viste,
Y que por mi causa fué,
Con loca satisfacción
De pensar que yo le quiero,
Siendo tan pobre escudero,
Me da á entender su aficion.
A veces estoy corrida
De ver que un galan tan roto
Causa en Valencia alboroto,
Siendo de su amor servida.
Y á veces tome á donaire

Verle siempre tras el coche,
Y que de día y de noche
Defenga á mi calle al site.
No voy á parte ninguna
Adonde no esté don Juan;
Y cierto que él es galan,
Pero de humilde fortuna;
Y que me da compasion,
Y le quisiera vestir,
Cuando le veo seguir
Tan lucida pretension.

DOÑA COSTANZA.
Yo os juro que si don Juan,
Condesa, á mi me quisiera,
Que así pobre le admitiera;
Mas que á su hermano galan;
Porque sus defectos son
Del hado, con él tirano,
Y los de su loco hermano
De su misma condicion.
Eso, porque mas no puede,
Es pobre; esotro lo ha sido
No mas de porque ha querido,
Y así es justo que lo quede.
¿Es posible que no mirás
A don Juan con aficion?

CONDESA.
Das tormento al corazón
Con sospechas de mentiras.
Confieso, pues hoy has hecho
Júez tu curiosidad,
Que le tengo voluntad;
Mas no me pasa del pecho.
Don Juan me parece bien,
Roto y pobre como está;
Su amor ocasion me da
A no mostrarle desden;
Pero el ver que es imposible
Ser mio, ni suya ser
(Que no siendo su mujer,
No se da medio posible;
Y serlo, es mucho mayor),
Por mas que el amor excede,
Para que correr no pueda
Tiene la rienda á mi amor.

DOÑA COSTANZA.
Discurre prudentemente;
Que donde el intento es vano,
Llevar la rienda en la mano
Es prevencion excelente.
El; ¿háblate algunas veces?
¿Qué te dice?

CONDESA.
Si es hablar
Un siempre humilde mirar
Con el tallo que encareces,
Mil veces habla don Juan;
Pero con la lengua no.

DOÑA COSTANZA.
Pues que habla muy bien sé yo.

CONDESA.
Y yo que no le darán
Desigualdad y pobreza
Licencia mas que á mirar;
Que siempre la dan á hablar
La arrogancia y la riqueza.
Y como hablar de discretos
Con efectos siempre ha sido,
Y no le deja el vestido
Que pueda hablar con efectos,
A los ojos les remita
Cuanto la lengua dijera,
Si hablar de mano pudiera.

DOÑA COSTANZA.
¿Que la fortuna les quite
A los hombres de valor
De esta manera las alás?

CONDESA.
¿Cuántos, tiempo, designalas,

Que hiciera iguales amor!
Vámonos, doña Costanza,
En casa de Inés un poco;
Verás á don Juan, que loco
Signa su vana esperanza.
Ce, Durango, ¿estáis aquí?

ESCENA II.

DURANGO.—DICHAS.

DURANGO.
Sí, mi señora, aquí estoy.

CONDESA.
Pongan el coche.

DURANGO.
Yo voy.

CONDESA.
¿Está don Juan por ahí?

DURANGO.
Pues ¿cuándo deja don Juan
De estar mirando tus rejas? (Vase.)

DOÑA COSTANZA.
Ten lástima de sus quejas.

CONDESA.
No puedo; que escribirán
Al señor mi desposado.

DOÑA COSTANZA.
¿Cuándo dicen que vendrá?

CONDESA.
De camino queda ya.

DOÑA COSTANZA.
¿Hasle visto?

CONDESA.
Retratado.

DOÑA COSTANZA.
¿Qué tales sus gracias vienen?

CONDESA.
Yo no fio de retratos,
Porque son estelionales,
Que venden lo que no tienen.

(Vase.)

Sala en casa de don Alonso.

ESCENA III.

DON ALONSO, DON LUIS, LEONARDO.

DON LUIS.
Si vos gastáis desatinadamente,
No es justo que os tregéis de la fortuna.

DON ALONSO.
¿No queréis, Don Luis, que me lamente
De ver que no me ayude en cosa alguna?

LEONARDO.
Sois en el juego un bárbaro impaciente,
Y en vuestros gustos, no hay mujer, no

[hay luna]
Que tantas menguas y crecientes tenga:
¿Qué bien queréis que por los dos os

DON ALONSO. [venga?
Otros suelen ganar, y cuando menos,
Tienen la dicha y la desdicha á días.

DON LUIS.
El juego ha sido infamia de mil buenos.

DON ALONSO.
Poco ha dañado las costumbres mías.

LEONARDO.
De sus iras están los libros llenos,
Tragedias que engendraron sus porrias

No hay cosa que deslustre tanto un hom-
[bre];

Fuego, y no juego, es ya su propio nom-
[bre].

DON LUIS.

Jugar tasadamente lo que puede
Un hombre que procura, estando ocioso,
Un rato entretener, se le concede;
Mas no su hacienda, vida y su reposo,
Ni que perdido para siempre quede,
Hecho afrenta del vulgo licencioso,
Vendiendo hasta las cosas vinculadas,
De sus honrados padres heredadas.
Los lugares que vos habeis vendido
Con los infames naipes y los dados,
En la conquista deste reino han sido
De vuestros ascendientes conquistados
Con sangre que les dió tal apellido,
Con lanzas, con espadas, con soldado;
No con las de papel, con bastos y oros,
En que expendido habeis tales tesoros.
No direis á lo menos que yo he sido
De los amigos que á perderse ayudan
El que va caminando á ser perdido,
Y que en faltando, de amistades mudan;
Siempre á todo vendré, como he venido,
Cuando todos os falten, y no acudan
A las obligaciones que les dieron
Los beneficios que de vos tuvieron.
Mas ¿cómo dejaré, si me he preciado
Siempre de ser leal y verdadero,
De deciros que vais tan engañado,
Y á vuestra perdicion correis ligero?
Si algun remedio tiene lo pasado,
Es que agora guardéis este dinero
En que vuestros estados se han vendido.

DON ALONSO.

Molesto amigo sois.

DON LUIS.

No soy fingido.

DON ALONSO.

¿No veis que concertado el casamiento
De Costanza, que ya llamo mi esposa,
He de mudar de vida y pensamiento,
Y que podré, pues es rica y hermosa?
¿Cuántos con desfrenado atrevimiento
Corrieron por la senda licenciosa
De la gallarda mocedad, que es fuego,
Y en llegando á casar pararon luego?
No vuela por el aire la cometa
Con tantos resplandores encendida,
Como la tierna edad corre inquieta,
De la caliente sangre persuadida;
Ni fenece más frígida y quieta
Exalacion ardiente, que la vida
De un mozo libre, y sus locuras todas,
A los umbrales santos de las bodas.
Yo seré así, y el dote puesto en renta
Mis lugares irá desempeñando;
Que en mozo es gala, y en casado afrenta,
El ir su hacienda y vida disipando:
El hombre que ha pasado sin tormenta
El mar de juventud, guárdese cuando
Llegue al de la vejez; que, las edades
Trocando, en ella hará mil mocedades.

LEONARDO.

Reformad vuestra casa de criados.

DON ALONSO.

No puedo descaecer, hasta casarme,
Del honor que he temido.

DON LUIS.

Viven todos los mozos! ¿Qué engañados
Es cansarme.

DON ALONSO.

DON LUIS.

Mas honra y casa han menester casados.

DON ALONSO.

¿Venis á entretenerme ó á matarme?

ESCENA IV.

OTAVIO.—DON ALONSO, DON LUIS,
LEONARDO; después DON JUAN y
GERMAN.

OTAVIO.
Un coche está á la puerta.

DON ALONSO.

¿Con qué gente?

OTAVIO. [te.
Tres damas, don Francisco y un valien-

DON ALONSO.

Vamos al Grao.

LEONARDO.

Tracemos esta tarde
Hablar á orilla de la mar un poco.

(Salen don Juan y German. Vase Otavio.)

DON JUAN. (sin ver á su hermano.)
¿No quieres que el ser pobre me aco-
GERMAN. [barde?

Ni te detengo aquí ni te provoco.

DON JUAN. [aguarde,

¿Qué es lo que quieres que en Valencia
Del vano amor de la Condesa loco,
Y sin tener con que mi cuerpo cubra,
Por mas que á todos mi pobreza encu-

Mátame en Flandes la impelida bala
Del polvo ardiente en bélico ejercicio,
Y no en Valencia amor, que se regala
Entre la seda, el ámbar, oro y vicio.
Para salir harémos una gala
Que diga en los colores el oficio:
Con esto dejaremos la Condesa.

GERMAN.

Que aciertas digo, y digo que me pesa.

DON JUAN.

Hoy han de dar dineros á mi hermano,
German, destos lugares que ha vendido:
Hablarle quiero, y no perder en vano
El tiempo, que jamás vuelve, perdido.
Salgamos del poder deste tirano.

GERMAN.

¿No miras que está aquí?

DON JUAN.

¿Si nos ha oído?

GERMAN.

Si hará; que el rico al pobre solamente
Oye lo que murmura del ausente.

DON ALONSO.

¿Quién es?

DON JUAN.

Yo soy.

DON ALONSO.

¿Qué quieres?

DON JUAN.

Quiero hablarte.

DON ALONSO. [nencias?

¿Qué tienes tú que hablarme? ¿Imperti-

DON JUAN.

Escucha y lo sabrás.

DON ALONSO.

Di presto.

DON JUAN.

Aparte

Quisiera hablar.

DON ALONSO.

Y yo comprar paciencia.

Acaba de decir.

DON JUAN.

Por no enfadarte,
Y como dices tú, con insolencia,
A Flandes quiero irme.

DON ALONSO.

Buen amigo

Ha sido, Juan, el que hoy habló contigo.
Y ¿tienes eso ya determinado?

DON JUAN.

Y que saldré pasados cuatro dias.

DON ALONSO.

[do.
Pues vé con Dios; que allá podrás, solda-
Perder los brios que en Valencia crías.

DON JUAN.

Dinero hemenester; hoy te lo han dado...

DON ALONSO.

¿Dinero yo, don Juan?

DON JUAN.

¿Pues qué! ¿querías
Que fuese de aquí á Flandes sin dinero?
¿No ves que soy tu hermano, y caballero?

DON ALONSO.

¿Qué has menester?

DON JUAN.

Lo menos mil ducados.

DON ALONSO.

¿Hay desvergüenza igual?

DON JUAN.

Nunca entre iguales
He conocido yo desvergonzados.

DON ALONSO.

¿Pues no te bastan, di, quinientos rea-

DON JUAN.

Si los echas al naipo ó á los dados
En una mano, y en jornadas tales
Que te infaman á tí, para jornada
Que te ha de honrar ¿qué es mil duca-
[dos? Nada.

¿Nacimos, don Alonso, por ventura
De un padre y una madre, á que tú vivas
Con tal arreglo y tal descompostura,
Que de ninguna libertad te privas;
Y yo con tal pobreza y desventura,
Por mil necesidades excesivas,
Que á tus esclavos venga yo á envidia-
Que curan y regalan tus caballos? [Uos,
¿Quinientos reales das á un hombre hon-
[rado?

De limosna eran buenos, no debidos
A un hermano que quiere ser soldado
Porque tú no le sueldas los vestidos.

DON ALONSO.

Es tan anejo el ser desvergonzado
Al ser pobre, que piensan atrevidos
Todos los que lo son, que se les debe
Lo que con esta haré que alguno lleve.

LEONARDO.

[hermano.

[La espada! No es razon; que es vuestro

DON ALONSO.

¿Vive Dios, que es un picaro!

DON JUAN.

No digo
Que mientes; que lo soy per ser tirano
Quien quiere usar esta crueldad con-
[migo;
Mas guardabien que no la pongas mano;
Que si la sacas, á mostrar me obligo
Que el picaro eres tú, pues estos brazos
Te harán vestido y carne mil pedazos.

DON ALONSO.

Dejadme, capitan; don Luis, dejadme.

DON JUAN.

Pues; vive Dios, que sí le dejan!...

DON LUIS.

Que debéis de estar loco.

DON ALONSO.

Que he de matarle.

DON JUAN.

Perdonadme;

De hambre, yo lo creo.

DON ALONSO.
Don Juan... Dejolas armas. Escuchadme.

DON JUAN.
Si decis que os moris; que eso deseo.

DON ALONSO.
Si entráis mas en mi casa, dos lacayos
Os han de hacer pedazos.

DON JUAN.
¡Bravos rayos!

DON ALONSO.
Si llegais á esta puerta, vive el cielo...

DON JUAN.
Cuando yo fuera Lázaro, llegara,
De perros y avariento con recelo.

DON ALONSO.
Miradme, infame, bárbaro, á esta cara.

DON JUAN.
Mirarla pensé yo por mi consuelo;
Mas no tan loca, desigual y avara.
Véte con Dios; que espero que algun día
Dé premio el cielo á la paciencia mia.

LEONARDO.
Dejadle ya.

DON ALONSO.
En una horca espero
Ver este libre mozo.

DON LUIS.
Basta. Vamos.
(Vanse don Alonso, don Luis y Leonardo.)

ESCENA V.
DON JUAN, GERMAN.

GERMAN.
¿Estás contento?
DON JUAN.
Sí; que estarlo quiero.

GERMAN. [mos?]
¿Por qué, Señor, pues como ves quedas?
DON JUAN.
Porque salimos de un tirano fiero,
Y de su cautiverio nos libramos.

GERMAN.
Y ¿qué habemos de hacer de doce á una?

DON JUAN.
Dar una higa y cuatro á la fortuna.

GERMAN.
Buen animo, Señor; que cierta dueña
Te acogerá en su casa, que es honrada,
Y algun amor sospecho que me enseña.

DON JUAN.
Eso es por lo que toca á la posada.

GERMAN.
Pues para una comida tan pequeña
Como en aquesta casa te fué dada,
Yo me pondré á peon de alguna obra;
Que con tres reales para entrambos so-
Allí trabajaré todos los días, [bra.
Y te traeré dinero.

DON JUAN.
No hay hermano
Como un amigo.

GERMAN.
Tente. ¿Qué portías?

DON JUAN.
Si no me das los plés, dame la mano.

GERMAN.
Detente pues.

DON JUAN.
Espero que las mias
Me podrán sustentar: verás que gano
Con que los dos comamos.

GERMAN.
¿De qué suerte?

DON JUAN.
Oye una habilidad.

GERMAN.
Prosigue.

DON JUAN.
Advierte.
Yo sé hacer flores con primor notable
(Que lo aprendi de cierta hermana mia),
Hasta imitar romero saludable
(Que es el mayor primor y gallardía),
La pálida retama, la admirable
Angélica, el rosal de Alejandria,
El clavel carmesi, la azul violeta,
La azucena y la candida mosqueta.
Haré mil flores: tú podrás llevallas
Por Valencia á vender hasta que el cielo
Dé fin á nuestras vidas...

GERMAN.
Remediallas
Puede tu habilidad.

DON JUAN.
No tiene el suelo
Flores que yo no sepa retratallas:
Soy de un jardin particular modelo.
Ven, compraremos rebotin y seda.

GERMAN.
El ingenio no hay cosa que no pueda.
(Vanse.)

ESCENA VI.

DON ALONSO, DON LUIS, DON FRANCISCO.

DON LUIS.
Si vos volveis á jugar
Y perdeis cuanto teneis,
Acabado de avisar
Que no juguéis, ¿qué quereis?
¿Quereis por fuerza ganar?
¿No sabeis lo qué difieren
Los que esa ventura adquieren,
Y que el juego y la poesia
Se enfadan de la porfia,
Porque vienen cuando quieren?
El que versos quiere hacer,
Y buena dicha en ganar,
No piense que ha de poder,
Por picarse y portiar,
Ni ganar ni componer.
Mejor, don Alonso, fuera
Ir al Grao.

DON ALONSO.
No pensé
Que el juego, don Luis, creciera:
Jugué, piquéme, llegué
A que mil mundos perdiera.
Por dar barato á Lisarda,
Tomé el dado.

DON LUIS.
El capitán

Hizo una suerte gallarda.

DON FRANCISCO.
Aquí las damas están,
Y el coche y merienda aguarda.

DON ALONSO.
¿Habeis vos jamás comido,
Que havais tan lindo dinero
En cuatro manos perdido?

Que lleven las damas quiero,
Ya que á mi casa han venido;
Pero que en llegando al mar,
Las echen dentro.

DON FRANCISCO.
Esto es hecho.
Las ninfas quiero tornar.

DON ALONSO.
Volved.

DON FRANCISCO.
Que os canso sospecho.

DON ALONSO.
Antes os tengo que hablar.

DON FRANCISCO.
¿En razon de qué?

DON ALONSO.
En razon
De aquella resolucion
Del casamiento tratado.

DON FRANCISCO.
Mas; qué propio de un picado!

DON LUIS.
Los mismos efetos son.

DON ALONSO.
Vive Dios, que he de probar
Si casándome es posible
Aborrecer el jugar!

DON FRANCISCO.
¿Qué medio mas conveniente
Donde no hasta el jurar?

Tendréis luego otro cuidado
De la familia y los hijos.

DON ALONSO.
Ocupenme y sean pesados.

DON FRANCISCO.
Antes con mil regocijos,
Y libre de mil cuidados.

¿Qué es ver una honrada cara
Y dos hijos á una mesa?

DON ALONSO.
Aquí mi discurso para,
Aquí mi locura cesa,
Y deste asilo se ampara.
Válgame contra mi edad
El freno del casamiento.—
Id presto, Francisco, hablad
A doña Costanza.

DON FRANCISCO.
Siento
Que os hago en esto amistad,
Y por esto voy.

DON ALONSO.
El cielo
Os pague tan grande bien,
O trágueme vivo el suelo
Si mas jugare, y á quien.
(Vase don Francisco.)

ESCENA VII.

DON ALONSO, DON LUIS.

DON LUIS.
Dese juramento apelo,
Y vuestra lengua no exceda;

Porque un discreto decia
Que no hay adonde se pueda
Conocer la gallardía
Como en quien perdiendo queda.

DON ALONSO.
¿Hay quien no lo sienta?

DON LUIS.
No;

Mas saber disimular
Con la prudencia nació.

DON ALONSO.
Poco supo de jugar
Quien ese aforismo os dió.
¿Pesia tal! la condicion
De los hombres no es igual
En sentir lo que es razon,
Y mas si de causa igual
Los efetos no lo son.
Vamos á la platería;
Algo que vender hallé.

DON LUIS.
Y el juramento que habia
De abrirse el suelo?
DON ALONSO.
¿Juré?
DON LUIS.
Bueno vais, por vida mia!
DON ALONSO.
Don Luis, esto solo os ruego:
Que no tengais por constante
Mas que la nieve en el fuego,
El juramento de amante
Ni de hombre que pierda al juego.
(*Vanse.*)

Sala en casa de doña Inés.

ESCENA VIII.

LA CONDESA, DOÑA INÉS, DOÑA
COSTANZA.

DOÑA INÉS.
La visita os merecí
Por hurtarme el pensamiento,
Aunque obligada me siento.
DOÑA COSTANZA.
No me la debeis á mí;
Que la Condesa trazó
El venir las dos á veros.

CONDESA.
Quise, Inés, entreteneros,
Porque Celia me contó
Que andais con ciertas tristezas.

DOÑA INÉS.
Algo venis á saber:
Curiosa debeis de ser
De las ajenas finezas.

CONDESA.
Malicia es esa.

DOÑA COSTANZA.
Y ¿qué tal!
CONDESA.

Si hablare en cosa de amor,
Que merezca el disfavor
De haber juzgado tan mal.

DOÑA COSTANZA.
Advierta vusifloria
Que si de amor no ha de ser,
No queda en que entretener
Tan largo y ocioso día,
O porque solas estemos,
O por no admitir galanes.

CONDESA.
Si es por solos ademanes,
Que es lo mas que en esto vemos,
Yo serviré de galán.

DOÑA INÉS.
Si; mas ¿de cuál de las dos?

CONDESA.
De entrambas; porque, por Dios,
Que así al propio me verán;
Pues una sola, no sé
Quién la quiera y sirva.

DOÑA COSTANZA.
Yo

Sé quién la adora.

CONDESA.

Yo no.

DOÑA COSTANZA.

Licencia, y yo lo diré.

CONDESA.
No habeis de decir don Juan;
Que ese no tiene vestido

Para querer dos; que ha sido,
Por pobre, de una galán.

DOÑA INÉS.
No os causa mucho donaire
El ver cuál se anda tras vos?

CONDESA.
Donaire y aire, por Dios,
Porque siempre le da el aire.
¿A quién no moverá á risa
Verle en pascua con bayeta?

DOÑA INÉS.
Si; pero buena es la treta
De buen zapato y camisa.
Lo demás es niño en faja.

DOÑA COSTANZA.
Voces en la calle dan,
Que flores vendiendo van.
CONDESA. (*A un criado que está dentro.*)
¡Hola! Por las flores baja.

ESCENA IX.

DURANGO.—DICHAS.

DURANGO.
Yo, Señora, estoy aquí.
CONDESA.
Id presto.

DURANGO.
Como un cohete.
DOÑA INÉS.

Cada cual su ramillete
Tiene en presente de mí;
Por ver si con esto excuso
El daros de merendar.

CONDESA.
¡Buen modo de regalar!
Si no es galán, es al uso.
La visita no es sangría.

ESCENA X.

DURANGO; y luego, GERMAN.—LA
CONDESA, DOÑA INÉS, DOÑA COS-
TANZA.

DURANGO.
El hombre ha subido ya.—
Llegad, y os las comprará; (*A German.*)
(*Sale German con un tabaquillo de flores de seda.*)

Mas llamadla señora. (*Ap. á German.*)

GERMAN. (*Ap.*)
¡Ay, cielos, dónde he subido!
Volverme á bajar quisiera.
No pensé que en esta casa
Estuviese la Condesa.

Irme quiero. ¿Qué lo dudo?

CONDESA.

¿Por qué se va el hombre?

DURANGO.

Florero. ¿De qué te cubres?

GERMAN.

Amigo, tengo vergüenza.

CONDESA.

¡Hola, buen hombre! detente.

GERMAN.

¿Qué quieren que me detenga?

CONDESA.

Dadnos flores. ¿Qué os turbais?

DOÑA COSTANZA.

¿De qué jardín son?

GERMAN. (*Ap.*)

¡No fuera

Un ave en aqueste punto!

DOÑA COSTANZA.
Por vuestra vida, Condesa,
Que es lacayo de don Juan!

DOÑA INÉS.
Y las flores son de seda.

CONDESA. (*Ap. á las damas.*)
¿Si es invencion para hablarme?

DOÑA COSTANZA.
La vergüenza no lo muestra;
Antes él le habrá dejado,
Y sirve á alguna florera.

CONDESA.
No me espanto; que tendria
Con don Juan comida y cena
Tan inciertas, que es disculpa.

DOÑA COSTANZA.
Por necesidad le deja.—
Es monja, amigo German,
Quien hace flores tan bellas?
¡Bendiga el cielo sus manos!

DOÑA INÉS.
No pueden las verdaderas
Ser mas lindas.

CONDESA.
Solo harán
En el olor diferencia.
Dinos algo. ¿Por qué callas?

GERMAN.

Una mentira y quimera
Os quise decir, señoras,
Si diera el tiempo licencia:
En esto suspenso estuve;
Mas desatando la lengua
A la verdad, os suplico
Estéis un instante atentas.
Hoy el cruel don Alonso,
Con fieros y voces fieras,
Echó á don Juan de su casa:
¡Gran prueba de su paciencia!
Llévle á una pobre choza
De una mi comadre vieja,
Que dice que me ha criado:
Recibíole en fin en ella.

Díjole que le daría
De comer cuando padiera
Pleitear sus alimentos
O salirse de Valencia.

Quiso saber cómo, y díje
Que en las fábricas ó cercas,
De peon me alquilara
Para dar ladrillo ó piedra.

Respondió que no era justo,
Mas que comprásemos seda
Y rebotín; que él sabia
Imitar las flores bellas.

Comprámosle; y como veis,
Ha comenzado por estas
Que llevo á vender agora.
Entré aquí (que no debiera)
Porque no pensé que estaba
Mi señora la Condesa,
Donde con este arafate
Me viera agora venderlas.

Así, Dios, bellas señoras,
Tan alta dicha os conceda,
Que la hermosa y la dicha
Se igualen en competencia,

Que no digais á don Juan,
Ni de burrias ni de veras,
Que me habeis visto, ó sabéis
De mi boca ni la ajena

Que él ha hecho aquestas flores;
Que me cortará las piernas;
Que mientras mas pobre está,
Mas estima su nobleza.

Con esto, si sois servidas,
Mandad que me déis licencia;
Que estoy temblando.

CONDESA.

Detente.

¡Hay tal lástima!

DOÑA COSTANZA.

¡Que sea

Tan bárbaro don Alonso!

CONDESA.

¡Qué bien dices! No le quieras.

Ea, señoras, tomad.

¡Hola! el azafate llega;

Comprar tenemos las flores.

DOÑA INÉS.

Yo compro aquestas violetas,
Y le doy estos escudos.

DOÑA COSTANZA.

Yo por estas azucenas
Le doy estos.

CONDESA.

Las demás

Para mí quiero que sean.

Guardad, Durango, estas flores.

Tomad, German; que pudieran

Dar otro fruto si el tiempo

No helara las manos dellas.

GERMAN.

Mil veces beso las tuyas.

CONDESA.

Si hiciere mas, me las lleva

A casa, por ver si en tantas

Alguna esperanza siembra.

Y ¡ojalá pudiera ser!...

GERMAN.

¡Qué, Señora?

CONDESA.

Que dijeras

Que estaban tan naturales,

Que han engañado una abeja.

GERMAN.

Loco de contento voy.

Los cielos, señoras bellas,

Os den mas años de vida

Que en los escudos hay letras.

(*Vanse German y Durango.*)

DOÑA COSTANZA.

Triste estás.

CONDESA.

Estoy de suerte

Con don Alonso, que á ser

Hombre...

DOÑA COSTANZA.

¡Qué habías de hacer?

CONDESA.

Dijera darle la muerte,

Si no creyera de ti

Que le tienes afición.

DOÑA COSTANZA.

Mátale; que no es razon

Que le perdones por mí.

ESCENA XI.

DON FRANCISCO. — LA CONDESA,
DOÑA COSTANZA, DOÑA INÉS.

DON FRANCISCO.

Antes de pedir licencia,

Hallé quien me la ha de dar;

Mas á quien trata en casar,

Nunca se le niega audiencia.

Yo vengo por solo un sí,

Si cuyo fué me entendió.

DOÑA COSTANZA.

Yo tengo que dar un no,

Si viene el recado á mí.

DON FRANCISCO.

A vos viene; mas de quien

Merece el sí.

DOÑA COSTANZA.

No hay ninguno.

DON FRANCISCO.

Bien decís; que solo es uno

Que queréis, y os quiere bien.

Licencia os pide de veros

Con título de marido.

DOÑA COSTANZA.

No poca licencia ha sido:

Con ella podeis volveros;

Y decid que no soy yo,

Cual piensa, universidad,

Que doy licencias.

DON FRANCISCO.

Mirad

Que es bien mirar mucho un no.

DOÑA COSTANZA.

Mas hay que mirar un sí,

Que es el que obliga y cautiva;

Que nunca hay no que se escriba,

Y el sí mil veces le vi.

DON FRANCISCO.

Dírelo de esa manera.

DOÑA COSTANZA.

Haréisme mucha merced.

DON FRANCISCO.

Dios os guarde.

DOÑA COSTANZA.

Esto creed.

(*Vase don Francisco.*)

CONDESA.

¡Quién mil abrazos te diera!

DOÑA COSTANZA.

¡Haste holgado?

CONDESA.

¿No lo ves?

DOÑA COSTANZA.

Pues basta.

ESCENA XII.

DURANGO. — LA CONDESA, DOÑA
INÉS, DOÑA COSTANZA.

DURANGO.

La mesa aguarda

Con la merienda.

CONDESA.

Es gallarda

En sus descuidos Inés.

DOÑA INÉS.

Las criadas hecho habrán

Alguna mala crianza.

CONDESA.

Después te diré, Costanza,

Mil lástimas de don Juan.

(*Vanse.*)

—

Plaza.

ESCENA XIII.

DON JUAN, GERMAN.

DON JUAN.

A no tenerte obligaciones tantas,

Te quitaba la vida. ¿Estabas loco?

Oficio de mujeres delicadas,

Dijiste que yo hacia, á la Condesa?

GERMAN.

Bien sabe Dios, Señor, lo que me pesa:

Entré ignorante; que no soy astrólogo,

Ni pude prevenir que visitaba

A doña Inés nuestra condesa Hipólita.

DON JUAN.

Pues ¿no bastaba, necio, ser la casa

De doña Inés?

GERMAN.

Si habia de guardarme

De todas las señoras que conoces,

¿A quién querías que las flores venda?

DON JUAN.

[las

¡Malditas sean las flores, que aun de bur-

Me dan por fruto penas tan de veras!

¡Que siembre flores yo de lienzo y seda,

Y que me den cosecha de pesares,

Y en cada grano, de pesar millares!

¡Hay vergüenza como esta! Aquí parece

Que escucho con la risa que se burlan;

Y me salen al rostro mas colores

Que hay dellas diferencias en las flores.

No te quiero culpar, culpo mis dichas.

¡Que quien seda sembró, coja desdichas!

¡Que haré? ¡triste de mí! Pero no impor-

El dinero que traes viene á tiempo; ¡ta.

Que nos pondrá en camino. Adios, Va-

[lencia.

Adios, honrados pensamientos míos,

O si queréis venir conmigo á Flandes,

Venid, donde vereis fuegos tan grandes,

Que si el mar no os consume, puedan

[ellos;

Mas no podrán entrambos deshacerellos.

GERMAN.

¿A Flándes quieres ir?

DON JUAN.

Pues ¿cómo quieres

Que delante de Hipólita parezca?

Mal conoces burlando las mujeres,

Ni hay hombre que mejor se la merezca.

GERMAN.

Mira que pienso que dichoso eres;

Porque me dijo: «Espero que florezca

Alguna destas flores.»

DON JUAN.

Disparate.

¡Flores de seda y tierra de azafate!

Vistámonos al punto de soldados,

Si alcanzare á los dos el dinerillo,

O por lo menos vames emplumados,

Medias bandas y plumas de amarillo.

GERMAN.

¿Quieres que lo probemos á los dados?

DON JUAN.

Pues yo ¿puedo ganar? Tiemblo de oílo.

GERMAN.

Si temes la fortuna, es mujer, hasta;

Que quien no la temió, no la contrasta.

ESCENA XIV.

DON ALONSO, DON FRANCISCO.

— Dichos.

DON FRANCISCO.

¿Qué os tengo de decir, si esto os respon-

DON ALONSO. [de?

En declinando de su estado alegre,

Don Francisco, la suerte con un hombre,

No para hasta acabarle y destruirle.

GERMAN.

Tu hermano.

DON JUAN.

Pues ¿qué temes? Esta plaza

Es de Predicadores, no es su puerta.

GERMAN.

[ses,

Con todo eso, es bien que el verie excu-

Porque segun estáis, es gran prudencia

Huir las ocasiones.

DON JUAN.

Porque quiero
Comprar alguna cosa con queirme,
Me voy; que por temor, no le dejara.

GERMAN.

A quien enfada, se ha de huir la cara.
(*Vanse don Juan y German.*)

ESCENA XV.

DON ALONSO, DON FRANCISCO.

DON FRANCISCO.

Tan gran resolucion no vi en mi vida.

DON ALONSO.

No tengo que esperar; perdido quedo,
Y hasta perder el seso tengo miedo.

DON FRANCISCO.

[bre,
Pues yo os prometo que la hablé tan li-
Aunque tuve respeto á la Condesa,
Como si menos calidad tuviera.

DON ALONSO.

¡Pesar de mi fortuna, siempre adversa
A todos mis intentos! ya no tengo
En qué esperar, ni qué perder, perdida
La que fuera el remedio de mi vida.
Tan gran mudanza, ¿quién la habrá cau-

[sado?

Sin duda que de mí la han informado!
La perdicion ha sido de mi hacienda
Ocasión de perder tan alta prenda.
Quien ama ayer, Francisco, y hoy des-
De lo que quiso tuvo infame fama. [ama,

DON FRANCISCO.

¡Pensais que os faltarian enemigos?

DON ALONSO.

¡Yo enemigos! Pues ¿quién?

DON FRANCISCO.

Los mas amigos.

DON ALONSO.

¡Los mas amigos?

DON FRANCISCO.

Si; porque, acabado
El dinero, las fiestas, los convites,
Los beneficios y otras cosas tales,
Se vuelven enemigos los amigos.

DON ALONSO.

Y bastan mis desdichas por testigos:
Nolas quiero aguardar, ni verlas quiero,
Por no decir ó hacer un disparate;
Antes pienso ausentarme de Valencia.

DON FRANCISCO.

Agora es necesaria mas prudencia.

ESCENA XVI.

OTAVIO. — DICHO.

OTAVIO.

Aquí vienen ya, Señor,
La condesa de la Flor,
Doña Inés, doña Costanza,
En fin, toda tu esperanza:
Llega, harante algun favor.
Del coche se han apeado;
Que entrar en Predicadores
Quieren.

DON ALONSO.

¡Gracioso criado!

OTAVIO.

Licencias se dan mayores
A un casamiento tratado.
Llega; que es buena tercera
La Condesa.

DON ALONSO.

Calla, Otavio;

Que en este punto esa fiera

Me ha becho el mayor agravio
Que un enemigo pudiera.
Sin ella quedo perdido;
Que no quiere ha respondido
Al cabo de tu concierto.

OTAVIO.

¿Cierto, Señor?

DON ALONSO.

No es tan cierto
Haber sin dicha nacido.

OTAVIO.

No sé qué respuesta darté.

DON ALONSO.

Yo sí; que en tantos cuidados,
Quiero dejarla y dejarte.
Vé, y despide mis criados,
Di que vayan á otra parte
Donde tengan mas ventura;
Ya no tengo qué les dar.

OTAVIO.

Oye, Señor.

DON ALONSO.

¿Quién procura

De mujer, sino es pesar? (*Vase.*)

ESCENA XVII.

DON FRANCISCO, OTAVIO.

OTAVIO.

Él tiene poca cordura.

Don Francisco, ¿qué es aquesto?

DON FRANCISCO.

Que se perdió la esperanza
Que en su dote se habia puesto.

OTAVIO.

¿No quiere doña Costanza?

DON FRANCISCO.

No, pues lo dijo tan presto.

OTAVIO.

¡Buenos habemos quedado!
Quien en la mujer y el dado
Puso esperanza, ¿qué espera?
(*Vanse.*)

ESCENA XVIII.

LA CONDESA, DOÑA COSTANZA Y
DOÑA INÉS, con mantos, y DU-
RANGO.

CONDESA.

Holgárame que no fuera
Tarde.

DURANGO.

El tiempo-está nublado,
No es día de ir á la mar:
Entren si quieren rezar;
Que no ha de ser todo fiestas.

CONDESA.

Las demandas y respuestas
Suelen, Costanza, dañar.
En esa resolucion
Se cifró tu desengaño.

DOÑA COSTANZA.

Pienso que fué discrecion,
Y de mi pasado engaño
Pido á los tiempos perdon.

DOÑA INÉS.

¿No sabe vusñoría

Cómo hay sarao mañana?

CONDESA.

Huélgome, por vida mia:
Una gala castellana
En el estrenar querria.
Durango, ¿no sabeis vos
Desto del sarao?

DURANGO.

Por Dios,
Que he de morir de un sarao:
Siempre dellos y del Grao
Traigo romadizo y tos.
Salen á las tres; que vengo
Lleno de mil desventuras.

CONDESA.

¿Teneis mujer?

DURANGO.

Mujer tengo.

CONDESA.

¿Celos?

DURANGO.

No digais locuras.

DOÑA COSTANZA.

De que es hermosa os prevengo;
Que yo la vi cierto día,
Y es moza.

CONDESA.

Por vida mia,

Que debeis andar celoso.

DURANGO.

Aunque viejo, soy airoso;
La edad no me desconfia.

CONDESA.

¿Tendréis mil años?

DURANGO.

¡Mil años!

¿Soy del tiempo de Noé?

CONDESA.

¿Qué celos tendréis!

DOÑA COSTANZA.

Extraños.

DURANGO.

¿Yo celos? ¿De qué ó por qué?

CONDESA.

¿No hay en mujeres engaños?

DURANGO.

No lo niego; mas por eso,
Que estoy sin celos confieso;
Que si no hay buena mujer,
Es imposible tener
Seguro el honor y el seso.

CONDESA.

¿Hay remedio para ver
Si los hijos de un celoso
Son suyos?

DURANGO.

Díjome ayer

Un hombre un cuento donoso,
Con que se puede saber.

CONDESA.

¿Cómo?

DURANGO.

Un cierto labrador,

Cuya mujer que paria,
Nunca estaba sin amor,
De sus hijuelos tenia,
Que no eran suyos, temor;
Y queriendo averiguar
Si era cierta en el lugar
De su mujer la opinion,
Halló una cierta invencion.

CONDESA.

¿Cómo?

DURANGO.

Mandóse castrar;

Porque con esto pensaba
Que si su mujer paria,
Sabria si le engañaba.

DOÑA COSTANZA.

Costosa invencion seria.

CONDESA.

Si; mas seguro quedaba,

Y vos lo podeis hacer.
DURANGO.
Yo tengo seguridad
De la fe de mi mujer.
CONDESA.
Si tenéis enfermedad,
Aun puede ser mehester.

ESCENA XIX.

GERMAN, *de soldadillo, con una pluma
y la valona, y en cuerpo.* — DICHOS.

GERMAN.
Aquí dijo que esperase,
Porque á hacer concierto vamos,
Para de aquí á Vinarros,
Con quien nos lleve á caballo;
Que después al mar le queda
De nuestras desdichas cargo;
Que el mar, en largos caminos,
Es posta de desdichados.

CONDESA.
¿No es aquí German?
DOÑA COSTANZA.
El mismo.

CONDESA.
German, ¿dónde tan bizarro?

GERMAN.
Esta vez ya no me pesa,
Bellas señoras, de habíaros;
Que si bien no voy muy rico,
Voy al fin como soldado.

CONDESA.
¿Como soldado! ¿Qué dices?

GERMAN.
Cansado don Juan, mi amo,
De tantas necesidades,
Y crueldades de su hermano,
Viendo que sus alimentos
Es imposible cobrarlos,
Porque don Alonso ya
Despide hasta sus criados,
Por mujeres y por juego,
Por banquetes y por bravos,
Que le han puesto en mas extremos
Que el de los dos, pues nos vamos;
Ir á Flándes determina,
Y de aquel oro, comprando,
Que de limosna le distes
Por las flores de sus manos,
Estos pobres vestidillos,
Vine á buscar dos caballos
Que nos lleven hasta el puerto:
Dile Dios á sus trabajos.

CONDESA.
¿Que don Juan se va esta tarde!
DOÑA COSTANZA. (Ap. á la Condesa.)
La color se te ha mudado.

CONDESA.
(Ap. á doña Costanza. Confésote que
Déjame hablar al lacayo.) [me pesa.
German, gran resolucion
Ese tu dueño ha tomado.
¿A Flándes!

GERMAN.
Pues ¿qué ha de hacer?
¿No es mejor que de un balazo
De un á tantas desdichas,
Y le entierre suelo extraño,
Que verse en la patria pobre,
Tan pobre, que haya llegado
A hacer con sus manos flores,
Sin ser primavera ó mayo?

CONDESA.
Quien hace flores sin fruto,
No se tenga por buen campo.
No le digo que se vaya

Ni que se esté; pero cuando
Un hombre de bien intenta
Seguir con ánimo honrado
Un heroico pensamiento,
Ha de morir sin dejarlo;
Que amor es como la guerra;
Que siendo mas los contrarios,
Y imposible huir con honra,
Basta morir peleando.
Y añade estas dos palabras.

GERMAN.
Ya, Señora, las aguardo.
CONDESA.
«Nunca buena dicha aguarde
El que se va de cobarde.»
Vamos, señoras, de aquí.

GERMAN.
Yo lo diré.
DOÑA COSTANZA.
¿Cómo vamos?

CONDESA.
Llena de enojo y pasión.
DOÑA COSTANZA.
Quieres bien y andas burlando.

CONDESA.
¿Yo quiero bien?
DOÑA COSTANZA.
¿No lo ves?

CONDESA.
¿A un pobre!
DOÑA COSTANZA.
Sí, mas gallardo.

CONDESA.
No lo creas.
DOÑA COSTANZA.
No hay señal
De amor mayor que negarlo.
(Vanse las damas y el escudero.)

ESCENA XX.

DON JUAN. — GERMAN.

GERMAN.
¿Eres tú, Señor?
DON JUAN.
Yo soy.
GERMAN.
¿Oh, si llegarás!

DON JUAN.
Temblando
Estuve de solo verla.
GERMAN.
Roto y desnudo has osado
Verla y seguirla otras veces;
Y ahora, galán, bizarro,
Lleno de plumas y airoso,
¿Tiembles de verla!

DON JUAN.
Pensando
En que la pierdo, German,
La lengua y piés se me helaron.

GERMAN.
Pues en tu vida pudieras
Llegar con ánimo tanto.

DON JUAN.
¿Cómo?
GERMAN.
Así como le dije
Que te vas desesperado,
Quedó como flor del sol
En ausencia de sus rayos.
Díjome que te dijese
Que quien con ánimo honrado

Seguía un gran pensamiento,
Ha de morir sin dejarlo;
Y que en amores y guerras
(Que se parecen entrambos),
No pudiendo huir con honra,
Se ha de morir peleando;
Y añadió tales palabras...

DON JUAN.
Ya las estoy escuchando.
GERMAN.
«Nunca buena dicha aguarde
El que se va de cobarde.»

DON JUAN.
¿Qué sientes de eso?
GERMAN.
Que quiero
Que esperes, y quiero tanto,
Que se lo viera en los ojos
Un ciego.

DON JUAN.
¿Suceso extraño!
¿La condesa de la Flor?

GERMAN.
Y aun de tus flores tratamos,
Y me dijo que en el fruto
Eras muy estéril campo.
Palabras son estas, digo,
Para esperar dos mil años.
De mi consejo, esperemos;
Por lo menos no partamos
Hasta ver si se declara.

DON JUAN.
Hay en amor mil engaños;
Mas si, como el Dante dice,
Amor á ninguno amado,
Que no amase perdonó;
Y el Petrarca, entre sus raros
Versos, que no hay corazon
De tan duro bronce ó mármol,
Que no se ablande ó se mueva,
Rogando, llorando, amando;
Ya puede, Hipólita bella,
Haber el tuyo tocado.
Mujer eres, muchos días
Me ha visto al sol abrasado,
A los hielos de la noche,
Al furor de mis contrarios,
Asistir á tus umbrales,
Seguir el dorado carro
De tu sol, su pura luz,
Como un indio, idolatrando.
Algun efeto habrán hecho
Tantos amores y agravios:
No mira amor en riquezas;
Desnudo suelen pintarlo.
Yo me quedo á proseguir
El intento comenzado,
Hasta que sepa del tuyo
Que con este amor te canso,

GERMAN.
Bien has dicho y bien has hecho.
Adios, plumillas de gallo:
¿Qué Flándes hay como ver
A tu señora en tus brazos?

DON JUAN.
Espero en Dios que algun día,
German amigo, veamos...

GERMAN.
Dilo, y en buen punto sea.
DON JUAN.
El rico y pobre trocados.

ACTO TERCERO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA COSTANZA y LA CONDESA,
*con mantos.*DOÑA COSTANZA.
¿Cómo habeis dejado el coche?
CONDESA.

Impórtame el ir así.

DOÑA COSTANZA.
Muy melancólica os vi
En el sarao de anoche.CONDESA.
Triste no, mas pensativa.
DOÑA COSTANZA.
¿Que un hombre como don Juan
Fuese anoche el mas galán?
CONDESA.

¿Es lisonja?

DOÑA COSTANZA.
Así yo viva,
Que nació mas su pobreza
Que la riqueza mayor.CONDESA.
Yo estoy bien necia de amor
Por su pobre gentileza.DOÑA COSTANZA.
De que no os puedo culpar,
Hipólita, os aseguro.CONDESA.
De que estoy corrida, os juro,
De lo que vengo á intentar.DOÑA COSTANZA.
¿Cómo?CONDESA.
Querría saber,
Para cierto pensamiento,
Si iguala el entendimiento
Al exterior parecer;
Que si me ha de desoliar
De don Juan alguna cosa,
Costanza, estoy sospechosa
Que ha de ser oírle hablar.DOÑA COSTANZA.
A tu mucha discrecion
Podrá ser que no contente;
Mas cierto que entre la gente
Tiene don Juan opinion.
Háblale; que vesle aquí.CONDESA.
Tápate, por Dios, muy bien.DOÑA COSTANZA.
Su Acátes viene tambien,
Y me ha de caer á mí.

ESCENA II.

DON JUAN, GERMAN. — DICHO.

DON JUAN.
Si andamos en el lugar
Tanto tiempo de soldados,
¿No hemos de ser muy notados?GERMAN.
Ya damos qué murmurar.
Ayer dijo un marquesote
Destos que hablan con espuma,
Al verte con tanta pluma:
«¿Cuándo sale este virote?»DON JUAN.
Desairada cosa esUn vestido de camino
Mas de un día.GERMAN.
Algun vecino
Le ha traído mas de un mes.DON JUAN.
A ese le diera yo
Del volver la bienvenida.GERMAN.
¡Brava dama!
DON JUAN.
Y bien vestida.GERMAN.
En viéndote se tapó.
CONDESA.¡Ah, caballero!
DON JUAN.
¿Es á mí?CONDESA.
Pues ¿quién es el caballero?
DON JUAN.Si ha de topar en dinero,
Ninguno hallaréis aquí.CONDESA.
¿Con ese talle sois pobre?
DON JUAN.

Bachillera parecéis.

Oid la causa y sabréis.

CONDESA.
Deseo que el bien os sobre.DON JUAN.
Gracia con hacienda alguna
Siempre se oponen las dos,
Porque alma y cuerpo da Dios,
Y la hacienda la fortuna.
La fortuna es desatino,
Y Dios ya sabeis quién es.
CONDESA. (Ap. á doña Costanza.)
¿Qué te parece?DOÑA COSTANZA.
¿No ves
Qué entendimiento?CONDESA.
Es divino.DOÑA COSTANZA.
¿Qué presto te contentó!CONDESA.
Llevaba yo buen deseo. —
¿Vais de camino? (A don Juan.)DON JUAN.
Yo creo

Que ninguno mas que yo.

CONDESA.

Pues ¿adónde caminais?

DON JUAN.

Voy tras el sol.

CONDESA.
¿Estáis loco?DON JUAN.
De no estarlo.CONDESA.
No haréis poco

Si al sol, Señor, alcanzáis.

DON JUAN.
Alcanzarle es imposible;
Con mirarle me contento,
Porque hasta el pensamiento,
Si es la empresa inaccesible.CONDESA.
¿Queréisnos decir quién es?

DON JUAN.

No me dan tanta licencia.

CONDESA.
Y ¿tomaréisla en su ausencia,Para que este milanés
Nos dé ciertos pasamanos?DON JUAN.
Forasteras parecéis,
Pues la historia no sabeis
De dos perdidos hermanos;
Mas os juro que en mi vida
Cosa nadie me pidió
Que se la negase yo.
En fin, haré que los pida
Este mozo al mercader,
Y si él me quiere fiar,
Cosa que en este lugar
Mas que imposible ha de ser
(Y mas que estoy de camino),
Con la tienda os serviré.(Llévase á una tienda.)
¡Ah, señor Laurencio!DOÑA COSTANZA. (Ap. á la Condesa.)
Fué
Pedirselos desatino;
Que se ha de ver en vergüenza.CONDESA.
¿Por qué, si yo estoy aquí?

ESCENA III.

LAURENCIO. — DICHO.

LAURENCIO.

¿Mandais algo?

DON JUAN.
Aunque de mí...DOÑA COSTANZA. (Ap. á la Condesa.)
Mas ¿qué turbado comienza!DON JUAN.
No os habeis jamás servido,
Os soy muy aficionado.
Estas damas me han mandado,
Puesto que su engaño ha sido,
Que les dé unos pasamanos
Y unos cortes de Milan,
Y, por vida de don Juan
(Mostrad, Laurencio, esas manos),
De pagáros del primer
Dinero que me han de dar
Para partirme.LAURENCIO.
Afrentar
Quereis lo-mucho que os quiero.
Si lo pidiera al Virey,
No lo llevara mejor.

CONDESA. (Ap.)

Todos le tienen amor.

LAURENCIO. (A las damas.)

¿Qué ha de ser esto?

CONDESA.
Oiga, rey:Esos cortes de Milan
Que el señor don Juan añade
(Que á esto me persuade
Verle tan cortés galán),
Y de pasamanos ricos,
Cuarenta varas.LAURENCIO.
Yo voy.
(Éntrese en la tienda.)

ESCENA IV.

LA CONDESA, DOÑA COSTANZA,
DON JUAN, GERMAN.DON JUAN.
Crédito tengo, aunque soy
Pobre.CONDESA.
Sois rico de hechizos.

Pasámanos os pedí,
Y cortes me dais demás.

DON JUAN.

Lo que me piden, jamás
El darlo me agradecí,
Sino lo que no me piden.

CONDESA.

De la suerte fué rigor
Que no seais gran señor.

DON JUAN.

Mis desventuras lo impiden:
Buen camino y buena estrella
Mi fortuna me enseñaba.

CONDESA.

No es la fortuna tan brava
Cuando el valor la atropella.

GERMAN. (A *doña Costanza*.)

Y ella, señora tapada,
Diga, ¿qué figura es?
¿Es dueña de negros pies
O es doncella mesurada?
¿No podrá un pobre soldado
Alcanzar de sus granzones?

DOÑA COSTANZA.

Pues ¿qué quiere?

GERMAN.

Sus faciones,
Si no todas, por un lado.

DOÑA COSTANZA.

¿No era ayer vuesa merced
Lacayo, si bien me acuerdo?

GERMAN.

Lacayo, mas no tan lardo,
Que otras no me hagan merced,
Si no tan buenas, mejores,
Aunque no con tanta seda.

DOÑA COSTANZA.

Pues tenga la mano queda.

GERMAN.

¡Por Dios, que hay bravos olores!
¡Brava cazoleta ha habido!
Mal le va del natural
Quien de olor artificial
Baña el cuerpo y el vestido.

ESCENA V.

LAURENCIO, con unos papeles atados.

— DÍCROE.

LAURENCIO.

Aquí viene todo, y bueno,
Si ha venido de Milan.

CONDESA.

Oid.

LAURENCIO.

Decid.

CONDESA. (Ap. a *Laurencio*.)

A don Juan,

Que está de vergüenza lleno,
No pidais nada; que yo
Soy mejor que habeis pensado.
Por probarle me he burlado.
¿Sabeis de piedras?

LAURENCIO.

Pues ¿no?

CONDESA.

Guardad aqueste diamante;
Que yo os enviaré el dinero.

LAURENCIO.

Ni vuestro diamante quiero
Ni otra prenda semejante;
Que mas estimo servir
A un hombre como don Juan
Que cuanto vale Milan;
Y si volvéis a pedir,

La casa le he de fiar,
Los hijos y la mujer;
Que la virtud ha de ser
Riqueza en cualquier lugar.
¿Hay cosa de mas estima
Que ver este caballero
Justar, ó con el acero,
En el torneo, en la esgrima?
Y en los actos militares,
Cuando en la plaza se ven,
¿Hay cosa que no haga bien?
Gracias tiene singulares.
Mal he hecho en a laballe;
Que es oficio de tercero.

(Vase.)

ESCENA VI.

LA CONDESA, DOÑA COSTANZA,
DON JUAN, GERMAN.

CONDESA.

Dos palabras, caballero.
Vuestra cortesía y tallo
Me obligan á grande amor:
Esta noche os quiero hablar.

DON JUAN.

Habeisme de perdonar,
Porque el divino valor
De la señora que sigo
No me da lugar á ofensa.

CONDESA. (Ap. a *doña Costanza*.)

¿Qué firme galan!

DOÑA COSTANZA.

¿Si piensa

Quién eres?

CONDESA.

(Ap. a *doña Costanza*. Lo mismo digo...

Mas pienso que se turbara.)
Mirad, don Juan, que esa empresa
Ya sé yo que es la Condesa;
Y todo en el viento para,
Porque aguarda cada día
Cierta marques siciliano
A quien ha de dar la mano.

DON JUAN.

Ya sé que la suerte mia
No merece su valor;
Mas ¿qué importa que se case,
Que me hiele ó que me abrase,
Para que la tenga amor?

CONDESA.

Y ¿si os quiero para daros
Un recado de su parte?

DON JUAN.

Eso sí, y á cualquier parte
Iré á servirlos y á hablarlos.

CONDESA.

En casa de doña Inés,
A las diez, por el jardin.
(Hacen las dos que se van, y vuelven.)

DON JUAN.

Ellas se van.

GERMAN.

¿A qué fin

Te quieren hablar después?

CONDESA.

Oid.

DON JUAN.

¿Qué es lo que mandais?

CONDESA.

No nos habeis de seguir.

DON JUAN.

Por allí me quiero ir,
Pues que vos por aquí vais.

CONDESA.

Sois en extremo galan,
Y parecíame muy bien.

DON JUAN.

¿Ay si lo dijera!...

CONDESA.

¿Quién?

DON JUAN.

La Condesa.

CONDESA.

Adios, don Juan.

(Vase.)

ESCENA VII.

EL MARQUÉS ALEJANDRO, LUCIO,
CELIO Y RUTILIO.

ALEJANDRO.

Aunque me dió contento Barcelona,
Valencia me ha agradado sumamente.

LUCIO.

Bellísima ciudad; pero quisiera
Que llegaras, Señor, con gallardía;
Que son muy principales los señores
Y caballeros desta tierra, y suelen
En las cosas de honor ser Alejandros.

ALEJANDRO.

De serlo yo en el nombre me contentó.
¿Cómo pude venir de otra manera,
Habiendo de venir á la ligera?
Demás, que la Condesa no me ha escrito
Mas há de cuatro meses, y no quiero
Venir tan fanfarron, si se ha mudado,
Que vuelva mas corrido que pagado.

RUTILIO.

Bien hace en esto vuestra señoría;
Que mejor es llegar humildemente,
Hasta saber de la Condesa el pecho.

CELIO.

¿Quién es esta señora, te suplico
Que me digas, pues tanto la encareces?

ALEJANDRO.

Vespasiano Gonzaga, que en Valencia
Un tiempo fué virey, trajo á sus padres,
Porque eran deudos suyos; nació Hipó-
En aquesta ciudad, y muertos ellos, [lita
De tres años estuvo en la Zaidía,
Monesterio tan célebre en España.
De allí salió después para casarse;
Puesto que ha sido en esto tan prolija,
Como heredera de tan gran estado,
Quenunca, aunque de muchos fué servi-
Se ha querido casar. [da,

CELIO.

Está guardada

Para solo Alejandro esta ventura.

ALEJANDRO.

Aun agora no sé si está segura.
Recójase la ropa y los criados,
Para que lo mejor que sea posible
Se pongan todos, porque luego quiero
Pedir licencia para verla.

RUTILIO.

En todo

Tendrémos el cuidado necesario.

ALEJANDRO.

Si en estas vistas tengo buena estrella,
¿Quién casó con mujer tan rica y bella?
(Vase.)

Jardin de casa de doña Inés.— Es de noche.

ESCENA VIII.

DOÑA INÉS, DOÑA COSTANZA
Y LA CONDESA.

CONDESA.

La merced que me habeis hecho
Me hace tan atrevida.

DOÑA INÉS.
En mi casa sois servida
Por dueño della y del pecho.
CONDESA.
Fingiros teneis oriadas;
Que la noche da lugar;
Que me quieren ayudar
Las estrellas disfrazadas.
DOÑA COSTANZA.
¿Cuándo no lo somos vuestras?
CONDESA.
Cumplimientos excusad.
DOÑA INÉS.
Notable es la voluntad
Que á este caballero muestras.
CONDESA.
Como es pobre, doña Inés,
Todas estas pruebas hago;
Que pues de un pobre me pago,
No me he de quejar después.
Pasar tiene por crisol,
Pues que me han de murmurar.
DOÑA COSTANZA.
¿La noche te ha de casar?
CONDESA.
Sí; mas con el mismo sol.

ESCENA IX.

DURANGO; después, DON JUAN
Y GERMAN. — DICHAS.

DURANGO.
Aquel caballero ha entrado.
CONDESA.
Pues retiráos vos allá.
(Vase Durango, y salen don Juan y Ger-
man.)
DON JUAN. (Sin ver á nadie aun.)
¿Dónde aquella dama está?
DOÑA COSTANZA.
¿Quién va?
DON JUAN.
Un hombre y su criado.
DOÑA COSTANZA.
Allegáos á aquel jazmin,
Y hallaréis esa mujer.
GERMAN.
Y yo, ¿qué tengo de hacer?
¿No mas de ser matachín?
DOÑA COSTANZA.
Estaréis entre las dos.
GERMAN.
Amargamente me irá.
CONDESA.
¿Quién va?
DON JUAN.
Quien no sabe ya
Si sois vos ni quién sois vos.
CONDESA.
Por lo menos, soy mujer
Que os quiere bien.
DON JUAN.
Y yo un hombre
Que apenas tengo más nombre
De que soy hombre de bien.
¿Cómo se ha de hablar aquí?
CONDESA.
Asentados; que hay espacio.
DON JUAN.
¿No hay cosa de cartapacio?
CONDESA.
En mi vida le aprendí.
Eso, ni vocablos nuevos,

Melindres, bachillerías,
Son gracias viejas y frias.
DON JUAN.
Muchos galanes mancebos
Han dado agora en hablar
Esto que llaman pausado.
CONDESA.
Cuatro veces me han sangrado
Solamente de escuchar.
DON JUAN.
Cierto que es cosa sin precio
Un discreto.
CONDESA.
¿Soislo vos?
DON JUAN.
No, por Dios; que entre los dos
Yo tengo de ser el necio,
Porque no os puedo querer;
Mas si Condesa no hubiera,
Estad cierta que os quisiera
Por tan galán proceder.
CONDESA.
Dios os pague la intencion.
Si la Condesa os hablara,
¿Qué hiciérais?
DON JUAN.
¿Yo? Temblara.
CONDESA.
Pues ¿qué es vuestra pretension?
DON JUAN.
Quererla hasta que me muera.
CONDESA.
Dios os harte de querer.
Pues en verdad que es mujer
Que si os hablara os quisiera.
DON JUAN.
¿A mí?
CONDESA.
A vos.
DON JUAN.
No lo creais.
Es angélica, es divina,
Trasparente, cristalina;
Mujer que si la mirais,
Suspirais por ser hombre.
¿Ay de mi humilde fortuna!
CONDESA.
Oí contar que á la luna,
Porque la empresa os asombre,
Ladraba un perro, y le hacia
Grandes fieros: ¿si sois vos?
DON JUAN.
No me quitaréis, por Dios,
Con eso de mi porfia;
Que tambien Endimion
Fué querido de la luna,
Con más humilde fortuna.
CONDESA.
¿No veis que fábulas son?
Mas buen ánimo tened;
Que es mujer, y ser podría
Vencerla vuestra porfia.
DON JUAN.
Haceisme mucha merced.
CONDESA.
Ella gana; que por Dios,
Que es fea y no muy discreta.
DON JUAN.
Levántome.
CONDESA.
Quedo.
DON JUAN.
¿Es treta,
O me enfadaré con vos?
Si os he de hablar, ha de ser

Solamente en la belleza
De Hipólita.
CONDESA.
La pobreza
Os hace desvanecer.
DON JUAN.
Pobre ó no, yo me contento
Con ser rico deste bien.
(Hablan bajo.)
GERMAN.
Hablemos acá tambien,
Pues que nos dan este asiento.
¿Son criadas desta dama
Vuestras mercedes?
DOÑA INÉS.
Como él
De su amo.
GERMAN.
(Ap: A lo cruel:
Más bajo.) Y ¿cómo se llama?
DOÑA INÉS.
¿Yo? Doña Tigre.
GERMAN.
¿Mal año!
Y mas si parida está;
Que dicen que coñerá
Tras el cazador un año.
¿Y ella? A ver.
DOÑA COSTANZA.
Doña Serpiente.
GERMAN.
¿San Jorge!
DOÑA COSTANZA.
Mi nombre digo.
GERMAN.
Si no se burlan conmigo
Por verme tan inocente,
Digo yo que su señora,
Segun la casa se entabla,
Se llamará doña Diabla.
DOÑA COSTANZA.
Ese nombre tiene agora.
GERMAN.
¿Cómo les va de racion?
¿Aborran pan? Mas, serpientes
Comeránse hasta las gentes
En buena conversacion.
Yo estoy ya medio comido.
DOÑA INÉS.
¿Para qué se puso en medio?
GERMAN.
Por ver si hallaba remedio
Para estar mejor vestido.
Apriétenme, déame seda,
Vistanme una vez con oro.
DOÑA INÉS.
Apriétele, amigo, un toro.
DOÑA COSTANZA.
Tenga la persona queda,
Y el medio como virtud.
GERMAN.
¿Son los extremos viciosos?
DOÑA COSTANZA.
No son sino virtuosos,
Así Dios le dé salud.
Acérquese deste lado.
DOÑA INÉS.
¿Qué fealdad tan atrevida!
GERMAN.
No he estado en toda mi vida
Mejor que agora acostado.
DOÑA COSTANZA.
Jure de no pegar nada.
DOÑA INÉS.
No granice, majadero.

GERMAN.

De un cabo me cerca Duero,
Y de otro Peñatjada;
Y tajadas dije bien,
Pues dos y de carne son.

ESCENA X.

DURANGO. — LA CONDESA, DOÑA
INÉS, DOÑA COSTANZA, DON JUAN
Y GERMAN.

DURANGO. (A su ama.)

Señora, en esta ocasión
Perdóneme tu desden.

CONDESA.

¿Cómo os entrásteis así?

DURANGO.

Porque dicen que ha venido
Aquel marqués tu marido.

CONDESA.

¿Cómo marido?

DURANGO.

Esto oí.

(Levántanse.)

CONDESA.

Yo no tengo otro marido
Que el señor don Juan.

DOÑA COSTANZA.

¿Qué es esto?

CONDESA.

Ese marqués siciliano,
Que viene á su casamiento.

DON JUAN.

Yo, Señora, ¿por qué causa
He de ser marido vuestro?
En vuestra casa no entré
Por gusto, ni amor que os tengo.
Daré voces; que es engaño.

CONDESA.

Y que es muy grande os confieso.
Yo soy la Condesa.

DON JUAN.

¿Quién?

CONDESA.

La Condesa; que no quiero
Marqueses, condes ni duques, •
Sino un pobre tan discreto,
Tan prudente, tan galán
Y tan firme caballero.
Ya sois conde de la Flor,
Y es este mi amor tan cierto,
Que hoy he hablado al Arzobispo,
De quien ya licencia tengo,
Para que nos den las manos
Esta noche.

DON JUAN.

¿Cómo puedo,

Ni dando á la lengua el cargo,
Ni á los ojos por el suelo,
Daros, heroica Señora,
Debido agradecimiento?
Las lágrimas se me vienen
A los ojos, y os prometo
Que en mí comprais un esclavo.

CONDESA.

Esto puede un hombre cuerdo;
Que quien ama, sirve y calla,
Merece tan justo premio.
¿Cómo no me conocisteis?

DON JUAN.

De deslumbrao, de ciego

DOÑA COSTANZA

Y á mí ¿conocéisme ya?

DON JUAN.

Apenas, porque no os veo

Delante de tanta luz.

DOÑA COSTANZA.

Doña Costanza, que os quiero
Por lo que Hipólita os quiere.

DOÑA INÉS.

Y yo también: ¿no merezco
Que me conozcáis á mí?

DON JUAN.

¿Es doña Inés?

GERMAN.

(Ap. ¡ Bueno quedo,

Que como á viles fregonas
Las he tratado! Hoy perezco.)

Señoras, dénneme perdon;
Que mi corto entendimiento
No juzga de cosas grandes.

DOÑA COSTANZA.

¡ Buena, German, me habeis puesto!

DOÑA INÉS.

Y á mí ¿dejóme en borron?

CONDESA.

Señoras, solo tratemos
De que no nos halle el alba
Tratando mi casamiento.
Amor es hoy el juez
Con *ejecútase luego*.

DON JUAN.

¿ Es posible, gran Señora,
Que pudo mi pensamiento
Asir los rayos del sol?

CONDESA.

Vuestros méritos han hecho,
Don Juan, que desprecie á cuantos
Su riqueza me han propuesto.
Esto solo me debeis.

DON JUAN.

Y la misma vida os debo.

CONDESA.

Vamos todos á mi casa;
Porque quiero que cenemos
Juntas, por mas regocijo.

DOÑA COSTANZA.

¡ Hola! El coche.

DURANGO.

Voy ligero.

(Vase.)

DON JUAN. (A German.)

¿Qué te parece?

GERMAN.

Que ha sido,
Señor, tu padrino el cielo.

DON JUAN.

¿No me llamas señoría?

GERMAN.

Bien dices: ya estás electo;
Pero bien es aguardar
La bendición, y el *si quiero*,
Que entre la S y la I,
Cabe un *no* si muda el tiempo.

(Vanse.)

—
Calle.

ESCENA XI.

DON ALONSO Y OTAVIO, pobres.

DON ALONSO.

Quien no supo del mal, dice un poeta,
Que no merece el bien; y yo podría
Decir que quien el mal no conocia,
Tendrá el alma con él mas inquieta.

No hay vida humana á mas dolor sujeta
Que la que del descanso que tenia
Vino á tan bajo estado, que no hay día
Que miserable fin no le prometa.

No puse mi esperanza en cosa alguna

En que tuviese firme confianza

Mas que en los cursos de la blanca luna.
Cual el principio fué, tal fin me alcan-

[za;
Que el mar, el juego, amor y la fortuna
No piensan que lo son, sin la mudanza.

OTAVIO.

Para qué te lamentas de fortuna,
Teniendo culpa tú de tus excesos?

DON ALONSO.

No hay cosa, Otavio, de mayor cuidado
Al que haya de un alto á humilde estado,
Como el ver que cualquiera se le atreva.

OTAVIO.

Y añade que tener paciencia deba.

DON ALONSO.

Ya sin criados, sin hacienda y honra
(Que es vínculo la honra de la hacienda),
Ya sin vestidos, ni tener de dónde
Pueda alcanzar un misero sustento,
¿Qué debo hacer? Y por tu vida, Otavio,
Que no me digas ya mas culpas mías;
Que no se han de afligir los afligidos.

OTAVIO.

En tanto mal, en desventura tanta,
Que ya tienes el agua á la garganta,
¿Qué remedio mayor que tus amigos?
Sean del mal como del bien testigos.

DON ALONSO.

¿No has leído en Ovidio que en el tiempo
De la felicidad acuden muchos,
Y que en la adversidad le dejan solo?
Pues ¿cómo pensaré que habrá remedio
Para mi mal, en falsas amistades?

OTAVIO.

[Justo.

Prueba, Señor; que sin probar no es

DON ALONSO.

Yo sé que no han de darme cosa alguna.
Amigos son de próspera fortuna.

OTAVIO.

Pareces al hidalgo de quien cuentan
Que tenía un amigo, y en la furia
De su amistad se retiró á su casa,
Y no le habló por mas de un año entero,
Ni aun le quitaba, en viéndole, el som-

Picado el otro, diligencias hizo [brero.
Con otro amigo por saber la causa.

El tercero le dijo que era cosa [dalo;
Que en todo aquel lugar causaba escán-

Que dijese la causa porque había [do,
Dejado la amistad de un hombre honra-

Porque satisfacción pudiese darle;
Y después de preguntas y respuestas,
Que el discurso duraron de una tarde,

Le dijo así: «Sabad que por entonces
Se me ofreció un camino, y que Fulano
Tiene un rocín que estima y quieremu-

Propuse de pedirle; mas viendo [cho.
Que, por quererle, había de negármele,
No le pedí: mirad si tengo causa.»

El otro replicó: «Pues sin pedirle,
Por solo imaginar que os le negara,
¿Le habeis quitado el habla? — Y, no os

[parece

(Le respondió el hidalgo) que es muy

[justo,

Si había de negármele?» De suerte
Que, sin probar el amistad del otro,
Tuvo mil quejas y enojado estuvo,

DON ALONSO.

¿Tengo de avergonzar mi rostro, Otavio?

OTAVIO.

Papeles se inventaron para eso, [pidan,
Que, por blancos que son, aunque mas
No se ponen entonces colorados.

DON ALONSO.
¿Qué pediré?

OTAVIO.
Poquito, cien ducados;
Porque si pides mucho, das excusa,
Y poco, pones ánimo de darlo;
Que quien volver no puede lo que pide,
No lo podrá alcanzar si no se mide.

ESCENA XII.

ALEJANDRO, muy galán; LUCIO, CELIO, RUTILIO. — Dichos.

ALEJANDRO.
Pregunta, Lucio, si la calle es esta.
LUCIO. ¡Ileros!
Yo sé bien que es la calle. — ¡Ah caba-
(A don Alonso y Otavio.)
¿Es la de los Mascones esta calle?
DON ALONSO. ¡Ile.
La misma. — El forastero es de buen ta-
(Ap. á Otavio.)

OTAVIO.
Extranjeros parecen.
DON ALONSO.
Por tu vida, ¡can.
Que preguntes quién son y lo que bus-
OTAVIO. (A Celio.)
¿Quién es, hidalgo, aqueste caballero?

CELIO.
El marqués Alejandro se apellida:
Es siciliano, y viene de secreto
A casarse á Valencia, y informado
Que la condesa de la Flor vivía
O vive en esta calle, viene á vella.

OTAVIO.
Esa es la casa, y ella la mas bella
De cuantas damas hoy Valencia tiene.

CELIO.
Por fama y por pincel perdido viene. —
Señor, esta es la casa. (Al Marqués.)
OTAVIO. (A don Alonso.)
Este es el nofio

De la condesa Hipólita.
DON ALONSO.
Es gallardo.
¡Gracias á Dios! que al necio de mi her-
Le quitara del loco pensamiento (mano
Ser fábula en Valencia por servilla.

ALEJANDRO.
¡Oh casa de la otava maravilla!
(Llaman.)

ESCENA XIII.

DURANGO. — Dichos.

DURANGO.
¿Quién está acá? ¿Con qué priesa
Nos vienen á visitar!

LUCIO.
Id, camarada, á ganar
Albricias de la Condesa;
Decid que está aquí el Marqués,
Que de Sicilia ha venido.

DURANGO.
¿Qué marqués es?

LUCIO.
Su marido.

DURANGO.
¿Su marido?

LUCIO.
Corred presto.

DURANGO.
¿Estáis loco?

LUCIO.
Corred pues.
DURANGO.
Don Juan de Fox, el galán,
Es su esposo.

LUCIO.
¿Qué don Juan?
ALEJANDRO.

Escudero descompuesto,
Decid que yo estoy aquí.

DURANGO.
Muy compuesto caballero,
Respondole que no quiero.

DON ALONSO. (A Otavio.)
¿Oyes lo que pasa allí?

OTAVIO.
Tu hermano llamó su esposo

DON ALONSO.
El escudero ha bebido.

ALEJANDRO.
Decid que soy su marido,
Presto, escudero enfadado.

DURANGO.
Desenfadado señor,
Pienso que durmiendo están
Doña Hipólita y don Juan
El primer sueño de amor;
Que anoche se desposaron.

DON ALONSO.
¿Cosa que fuese verdad!

ALEJANDRO.
¿Porfia en su necesidad!

DURANGO.
Antes ellos porfiaron.

ESCENA XIV.

GERMAN, muy galán. — Dichos.

GERMAN.
¿Qué es aquesto?

DURANGO.
Veis ahí
Dónde viene el mayordomo.
DON ALONSO. (A Otavio.)
Ya mas de veras lo tomo;
¿Es este el lacayo?

OTAVIO.
Sí.

ALEJANDRO.
Caballero, ¿sois por dicha
Desta casa?

GERMAN.
Sí, Señor,
Y por dicha la mayor
Que ha sido escrita ni dicha.

ALEJANDRO.
¿Podré hablar á la Condesa?

GERMAN.
Pienso que no se han vestido
Ella y su nuevo marido.

ALEJANDRO.
¿Marido!

DON ALONSO.
No hay alta empresa,

Otavio, dificultosa
Al esperar y al sufrir.
Quiero irme, por no oír
Una historia tan dichosa,
Y de tanta envidia mia.

OTAVIO.
Espera á ver si es don Juan.

DON ALONSO.
Necio, y de mí, ¿qué dirán,

Pobre á su puerta en tal día?
¡Ah cielos, qué gran castigo!
Su bien aumenta mi mal.
(Vanse don Alonso y Otavio.)

ESCENA XV.

ALEJANDRO, LUCIO, CELIO, RUTILIO, GERMAN, DURANGO.

ALEJANDRO.
(Ap. Puesto que á respuesta igual
De lo que usaron conmigo
Me obligaba este suceso,
Disimular es mejor.)
Id en buen hora, Señor.

GERMAN.
A todos parece exceso;
Pero, parézcalo ó no,
Posesion está tomada,
Como quien no dice nada,
Y sacado en limpio yo;
Que ayer con tanto retal,
Parecian mis faldetas
Borrador destos poetas
Que escriben sin natural. (Vase.)
(Dentro) ¡Hola! ese capon subid
Para el Conde mi señor.
(Vase Durango.)

ESCENA XVI.

ALEJANDRO, LUCIO, CELIO, RUTILIO.

ALEJANDRO.
Daré lugar al furor.
Entrad adentro y decid...
—Pero no, venid conmigo;
Que no sé de qué manera
A tan mudable y ligera
Mujer se ha de dar castigo.
¿Quién es aqueste don Juan

LUCIO.
Presto, Señor, lo sabrémos.

ALEJANDRO.
Amigos tengo; hoy verémos
Cómo palabras se dan.

CELIO.
¿Qué disculpa irán trazando?

ALEJANDRO.
Que las letras de mujer
Ólas del mar suelen ser,
Que las va haciendo y borrando.
(Vase.)

Sala en casa de la Condesa.

ESCENA XVII.

LA CONDESA y DON JUAN, de novios, él con capa y gorra, y ella con un vestido entero; después, DURANGO.

DON JUAN.
¿Tan presto vusifloria
Quiere enseñarme á vivir?

CONDESA.
Aun me queda que decir.

DON JUAN,
Pues no mas, por vida mia;
Que corre sangre el amor
Para hablar de esa manera.

CONDESA.
Antes agora sois cera,
Y imprime el sello mejor.

DON JUAN.
Yo pienso tan obediente
Estar siempre á vuestros ojos,
Que antes de daros enojos
Quitarme la vida intente.

¡Hola!

(Sale Durango.)

Señora...

El cofrecillo que os di.

Yo voy por él.

DON JUAN.

¿Cofre?

CONDESA.

Si.

¿No basta tanta merced?
¿Qué es lo que darne queréis?

Pues ¿tenéis necesidad?

Con vos no.

CONDESA.
Decid verdad.

Vos lo que digo sabeis.

Hablad, Conde mi señor:
En casa hay harta dinero.

Vos probaréis lo que os quiero,
Como yo vuestro favor,
En lo que os diré.

CONDESA.
Decid.

Los lugares que ha empeñado
Mi hermano, vendido ó dado...

CONDESA.
No digais mas, advertid.
Hoy todos se quitarán:
Traigan á vuestra presencia
De la tabla de Valencia
Cuanto allí tengo; don Juan.

Hay otras joyas tambien
Que don Alonso empeñó.

Pues quiténlas luego.

Y yo,
Por tal merced, por tal bien,
Besaré esas piés.

CONDESA.
Tenéos;
Que no me habeis conocido.

Herradme en el rostro os pido.

CONDESA.
Nunca hierran mis deseos,
Ni quiero yo, Conde, herrar
Donde tan bien acerté;
Sellar sí; mas yo diré
Adónde os quiero sellar.

ESCENA XVIII.

DURANGO. — LA CONDESA,
DON JUAN.

DURANGO.
El cofrecillo está aquí.

DON JUAN.
¿Para qué le traen, Señora?

CONDESA.
Abriré, y veréislo agora.

¿Flores teneis dentro?

CONDESA.
Si.
Estas son aquellas flores
Que solíades hacer,
Y German trajo á vender.

DON JUAN.
Haréisme salir colores.

CONDESA.
Aquí las he de guardar,
Y quisiera en un diamante;
Porque si sois arrogante,
Os las tengo de enseñar;
Que basta para castigo
Que veais en lo que os vistes;
Porque viendo lo que fuistes,
Seréis humilde conmigo.—
Tomad, y llevadle allí.

(Vase Durango.)

DON JUAN.
¡Buen espejo me habeis puesto!

ESCENA XIX.

GERMAN. — LA CONDESA,
DON JUAN.

GERMAN.
No os quisiera ser molesto,
Y es fuerza: sabed que está
Atejandro, por lo menos,
En Valencia.

DON JUAN.
Pues ¿quién es?
CONDESA.
¿En Valencia está el Marqués?

GERMAN.
Y con mas rayos y truenos
Que una nube de verano.

DON JUAN.
¿Quién es? Que yo no lo sé.

CONDESA.
El novio que tripulé.

DON JUAN.
¿Aquel marqués siciliano?

GERMAN.
El mismo, y mil envidiosos
De tu bien, que va juntando,
Hacen cabeza de bando.

DON JUAN.
Son enemigos forzosos;
Que á gran bien no ha de faltar
La envidia. Yo quiero ir
A ver si puedo impedir
Lo que comienza á intentar;
Que deudos y amigos tengo,
Y mas si rico me ven,
Que á daries y hacerles bien,
Y que no á pedirles vengo;
Que al rico todos acuden,
Como al pobre desamparan.

CONDESA.
Si en el interés reparan,
Yo haré que el intento muden.
Hacienda teneis: gastad.
Gastad, Conde mi señor.

DON JUAN.
Comprais con tanto favor
La vida y la libertad.

(Vanse don Juan y German.)

ESCENA XX.

LA CONDESA.

Casáronme mis ojos, mis oídos,
Mi voluntad, mi propio entendimiento,
Dando con la razon consentimiento
El consejo de todos mis sentidos;
No tan precipitados ni atrevidos,
Que los cegase un loco pensamiento;
Que antes en este mar del casamiento
Los ha embarcado el alma prevenidos.
Amor, yo te agradezco las porfias
Con que tantos dulcísimos engaños
Rindieron hoy las altiveces mías.
Y cuando deste bien resulten daños,
Por el placer de los primeros días,
Te perdono el pesar de muchos años.

(Vase.)

Calle.

ESCENA XXI.

DON ALONSO y OTAVIO, embezoados.

DON ALONSO.
Írme quiero del lugar;
Un hora no aguardo en él.

OTAVIO.
Respuesta ha sido cruel.

DON ALONSO.
El papel quiero rasgar:
¿Qué tengo yo que esperar?
Estos pedazos hiciera
Al capitán, si pudiera,
Y á los demás que escribí.
¿Cien ducados!; Ay de mí!
No hay amistad verdadera.
Cuando Luciano pintó,
Otavio, los siete ejemplos
De amigos que á siete templos
De la amistad consagró,
¿Fueron fábulas ó no?

OTAVIO.
En Grecia, en aquella edad,
Teníase la amistad
Por excelente blason;
Pero en la nuestra lo son
La mentira y falsedad.

DON ALONSO.
¿Qué haré? Que por no tener
Que vestir, de noche saigo,
Y de su capa me valgo,
Por no poderme poner
Con esta á dejarme ver
A la clara luz del día.
Yo, que partirla solía,
Y aun darla á todos entera,
Vengo ya desta manera!
¿Mal haya la suerte mía!
Mal haya el juego villano,
Tan hijo de la fortuna,
Que tiene su rueda y luna,
Y su volante en la mano!
Mal haya el gusto tirano
De tanta libre mujer!
¿Qué tengo, Otavio, de hacer
Para salir de Valencia?

OTAVIO.
Escúchame con paciencia;
Que bien la habrás menester.
Dicen que el Conde tu hermano...

DON ALONSO.
¿Conde mi hermano!

OTAVIO.
Está atento.

DON ALONSO.
¿Pod.é tener sufrimiento?

OTAVIO.
Prueba.
DON ALONSO.
 Intentaré en vano.
OTAVIO.
 Es tan gallardo y humano,
 Que después que se casó,
 Ningun hidalgo llegó-
 A pedirle alguna cosa,
 Que con mano piadosa...
DON ALONSO.
 No digas más.
OTAVIO.
 ¿Cómo no?
DON ALONSO.
 Pues, ignorante, ¿yo había,
 Aunque de hambre muriese,
 De pedirle que me diese
 Cosa alguna, á quien solía
 Negalle la hacienda mía,
 Ni dalle tanta venganza!
 ¿Esa vergüenza te alcanza?
 ¿Tienes seso?
OTAVIO.
 Escucha un poco.
DON ALONSO.
 La hambre te ha vuelto loco.
OTAVIO.
 Y á ti la desconfianza.
 Llegan de noche á su puerta
 Muchos hidalgos honrados,
 Hacia lo obscuro embozados,
 Que estos días está abierta.
 Con sus criados concierto
 Quitar la luz, y al pasar,
 Por lo menos suele dar
 A cada hidalgo un doblon;
 Y si le dan mas razon,
 A cuatro suele llegar.
 Llegá; que la escuridad
 Te ha de encubrir.

DON ALONSO.
 ¿Ay de mí!
OTAVIO.
 Habla una palabra allí,
 Y verás que su piedad
 En esta necesidad
 Te socorre.
DON ALONSO.
 Estoy temblando;
 Mas si el cielo va trazando
 Que este se venga de mí,
 Llegá.

OTAVIO.
 Gente viene allí.
DON ALONSO.
 Él es, con un hombre hablando.

ESCENA XXII.

DON JUAN y GERMAN, con espadas desnudas y broqueles. — Dichos.

DON JUAN.
 ¿Gente dices en la puerta?
GERMAN.
 Y mirando á las ventanas.
DON JUAN.
 ¿Si son galanes, por dicha,
 De Inés y doña Costanza?
 Que como son esta noche
 De Hipólita convidadas,
 Para ver si pueden verlas
 Querrán rondarme la casa.
 ¿Quién vá?
DON ALONSO.
 ¿Qué es aquesto, Otavio?
 ¿Con dos desnudas espadas
 Nos reciben?

GERMAN.
 Caballeros,
 ¿Qué es lo que rondan y aguardan? —
 (Ap. á don Juan. Son del marqués Alejandro.
 Desvíate allá; no traigan
 Alguna oculta pistola.)

DON ALONSO.
 Si necesidad son armas,
 No poca nos ha traído
 A las puertas desta casa.
 ¿Dónde está el señor don Juan?
DON JUAN. (Llegándose á don Alonso.)
 Don Juan de Fox, que se llama
 Conde de la Flor, soy yo.

DON ALONSO.
 ¿Pues de qué, Señor, te guardas?
DON JUAN.
 De un cierto Alejandro nuevo,
 Que me aseguran que anda
 Con cuidado de matarme.

DON ALONSO.
 Nunca los que avisan matan.

DON JUAN.
 ¿Quién sois vos?
DON ALONSO.
 Un caballero
 De noble y clara prosapia,
 Que ha venido á no tener
 Mas que aquesta pobre capa.
 Quiere irse á Flándes; y viendo
 Que la fortuna voltaria
 Os ha puesto en tal estado
 (Que unos ensalza, otros baja),
 Viene á pedirnos limosna
 Para hacer esta jornada.

DON JUAN.
 Esa, señor caballero,
 Daré yo de buena gana.
 Pero si esta es invencion,
 Y al henchiros de oro y plata
 Las manos, me henchis el pecho
 Del plomo de alguna bala,
 No será la culpa vuestra.
 Hacedme merced, y tanta,
 Que aquí solamente entreis...

DON ALONSO.
 ¿Adónde?
DON JUAN.
 A la primer sala.
DON ALONSO.
 No puedo donde haya luz;
 Porque si me veis la cara,
 En vez de darme limosna,
 Me atravesaréis la espada.

DON JUAN.
 ¿Yo á vos! Pues ¿qué me habeis hecho?
DON ALONSO. (Ap.)
 Las lágrimas se me saltan.

DON JUAN.
 Tomad de mí, caballero,
 Si lo sois, esta palabra,
 Que aunque fuéades mi hermano,
 Que es la cosa mas ingrata
 Que Dios ha hecho en el mundo,
 Estas venas me rasgara
 En viéndoos pobre; que yo
 Lo he sido tanto en su casa,
 Que en viendo un pobre, si es noble,
 Se me rasgan las entrañas.

DON ALONSO.
 ¿Cómo sufrirán las mias,
 Hermano, tales palabras?
 Yo soy don Alonso, yo,
 Que vengo á darte venganza.
 Vestme aquí á tus piés, don Juan.

DON JUAN.
 ¿Señor mío de mi alma!
 Vos á mis piés! Yo á los vuestros.
 Entrad, esta es vuestra casa.
 Vos en la calle á estas horas!

GERMAN. (A Otavio.)
 ¿No puede hablar?

OTAVIO.
 Esto basta
 Para ver...

DON JUAN.
 ¿Quién es?
OTAVIO. (Desembozándose.)
 Otavio.

DON JUAN.
 Otavio, no digas nada.—
 Venid, hermano, conmigo.

DON ALONSO.
 Mi señor, los ojos hablan.
 (Vanse don Juan, don Alonso y Otavio.)

ESCENA XXIII.

GERMAN.

¿Agora mi señor! ¿Lindo!
 Ah tiempo, cuántas mudanzas
 Vas haciendo en los discursos
 De nuestras vidas humanas!
 Que don Juan su hermano albergue
 En necesidad tan clara,
 Es imitacion de Dios,
 Noble hazaña, heroica y santa;
 Mas aquel mayordomillo
 Que la racion nos quitaba,
 ¿Por qué ha de venir aquí? (Vase.)

ESCENA XXIV.

DURANGO. — GERMAN.

DURANGO.
 ¿Qué alboroto es este que anda?

GERMAN.
 ¿Cómo?
DURANGO.
 Dicen que el Virey
 Prendió con toda la guarda
 Al Marqués.

GERMAN.
 ¿Al Marqués?
DURANGO.

Porque dijeron que andaba
 Para matar á don Juan.

GERMAN.
 La casa está alborotada.
 (Miran adentro.)

La Condesa mi señora
 Sale á la primera sala.
DURANGO.
 Y sus amigas con ella.
 (Éntranse.)

Sala en casa de la Condesa.

ESCENA XXV.

LA CONDESA, DOÑA INÉS y DOÑA COSTANZA.

DOÑA COSTANZA.
 Con razon estás turbada,
 Si quieren prender al Conde.
 Aunque al Conde, ¿por qué causa?
CONDESA.
 Hasta hacer las amistades,
 Podrá ser que preso vaya;
 Mas don Juan, ¿qué culpa tiene?

DOÑA INÉS.
Y ¡no es mejor que las hagan,
Y los bandos se sosleguen?

ESCENA XXVI.

DON JUAN, DON ALONSO, *ya bien vestido*, y OTAVIO.—DICHAS.

DON JUAN.
Estará muy descondada
Vuescoría; pues sepa
Que, si trajo convidadas,
Yo le traigo un convidado.

CONDESA.
Quien vuestra prision aguarda,
¿Qué descuido tener puede?

DON JUAN.
¡Mi prision!

CONDESA.
El Virey trata
De asegurar al Marqués,
Y le prendió con su guarda.

DON JUAN.
Eso nos está muy bien...
—Y mejor que honre esta casa
Don Alonso mi señor.

CONDESA.
¡Vuestro hermano! ¡Dicha extraña!

DON ALONSO.
Déme vuestra señoría
Los pies.

ESCENA XXVII.

GERMAN, *y después*, EL VIREY, ALEJANDRO, ALABARDEROS y CRIADOS.—
DICHOS.

GERMAN.
Con mil alabardas

Llega el Virey.

DON JUAN.
¡El Virey!

UN ALABARDERO. (*Dentro.*)
Plaza, caballeros, plaza.
(*Salen el Virey, el marqués Alejandro, alabarderos y criados.*)

CONDESA.
¡Vuestra excelencia, Señor,
En esta casa!

VIREY.
A guardarla
Como amigo y como deudo.

CONDESA.
Siendo de vos amparada,
A nadie puede temer.

VIREY.
Esta por visita valga,
En que os doy el parabien;
Y porque di la palabra
De hacer vuestras amistades,
Y el señor Marqués se vaya
Muy en buen hora á Sicilia...
Don Juan de Fox...

DON JUAN.
¿Qué me manda
Vuestra excelencia?

VIREY.
Que luego
Se den las manos.

ALEJANDRO.
Bastaba
Mandaros vuestra excelencia,
Y ser gusto destas damas.

DON JUAN.
Ya, Señor, que estáis presente,
Y haciéndonos merced tanta,
Suplicoos que me escuchéis.

VIREY.

Decid.

DON JUAN.
La fortuna es varia.
La historia de don Alonso
A toda Valencia es clara;
Yo bajé cuando él subía,
Y cuando yo subo él baja.
La Condesa y yo le habemos
Desempeñado su casa,
Sus lugares y sus joyas,
Y hablado á doña Costanza
Para que su esposa sea.

DON ALONSO.
Palabras, Conde, me faltan
Aun para pagar con ellas.

VIREY.
¡Noble y generosa hazafia!

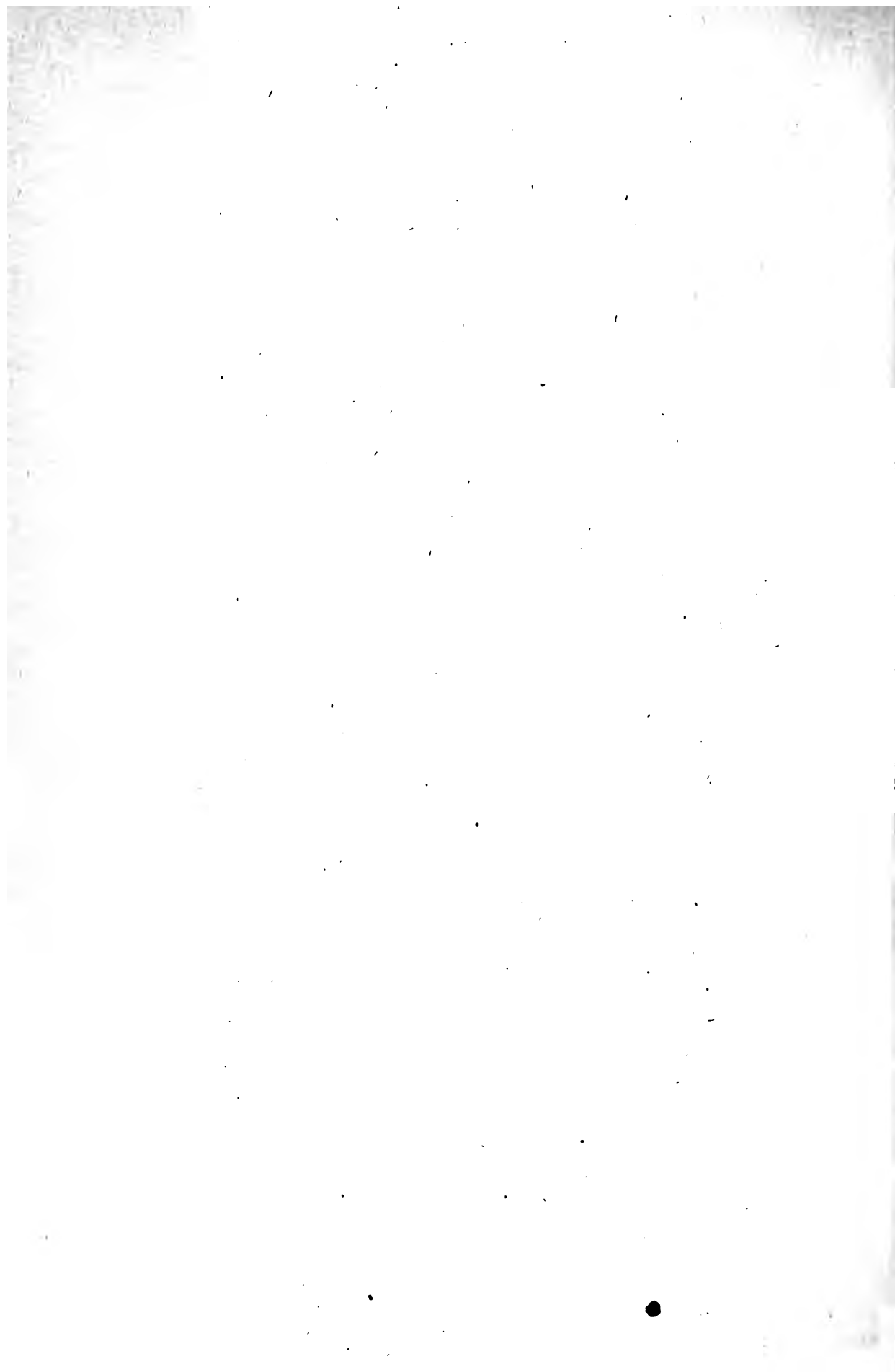
DON JUAN.
Si el señor Marqués se sirve
De llevar mujer á Italia,
Mi señora doña Inés
Está en él bien empleada.

ALEJANDRO.
De sus partes tengo nuevas,
Y su persona me agrada.

VIREY.
Pues dénse las manos todos,
Y quedarán confirmadas
Las amistades con deudo.

DON JUAN.
Aquí la comedia acaba
De *Las flores de don Juan*.

CONDESA.
Vusiñoría se engaña;
Que *El rico y pobre trocados*,
Dice su autor que se llama.



QUIEN AMA NO HAGA FIEROS,

COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO,

DEDICADA

À DON JORGE DE TOBAR VALDERRAMA,

alcaide de la fortaleza de Competa y oficial principal de Jorge de Tobar, su padre, del consejo de su majestad, y su secretario de Estado, cámara y patronazgo real de Castilla.

Por dos cosas principales se dirigen á los hombres que lo son los cuidados de los estudios y los trabajos del ingenio : ó por celebrar sus virtudes y dar (siendo tales los escritos) alguna inmortalidad á sus nombres, ó porque á la sombra de su proteccion, ellos la alcancen ; en que parece que corre el interés de entrambos. Cansados están ya los oidos desta proposicion en tantos libros ; mas, como es uno el intento, no es mucho que sean las razones identidades. Si yo quisiera celebrar las excelencias que en vuesamerced puso el cielo, así de su generoso nacimiento como de su natural valor, persona y cortesía, hiciera sospechosa la direccion desta comedia, y fuera mayor que el presente el papel con que le envío ; de suerte que me está mas bien la segunda intencion que la primera, poniendo á la sombra de la luz de su valor y entendimiento el discurso de esta fabula, tanto por honrarla de su favor, quanto por agradecer los que he recibido siempre del señor Jorge de Tobar, su padre, persona tan digna de la confidencia de los papeles de estado y de mayores lugares, si á mayores puede aspirar la pluma, acompañada de tanta virtud y confianza, en los reinos y sucesiones de tales principes ; luciendo su verdad, integridad y celo entre los excelentes ministros que ha tenido esta monarquía ; dicha grande del imperio, pues quando dijo Plinio que tenia necesidad de amigos la fortuna del Principe, yo siempre entendí que hablaba de los ministros, fundamento de su conservacion, en que está la dificultad, pues el suceder es por naturaleza. Alabo, entre otras partes, su cortesía, rara en los hombres de lugares eminentes ; y no soy solo en estimar esta virtud con tanto extremo, pues escribiendo Ciceron por Marco Fabio á Celio, fiel mayor entonces, entre las partes de que le alaba, dice que era cortés y comedido. Yo, por lo que tengo advertida esta modestia suya tantos años, digo con Ovidio :

*Huio igitur meritis grates, ubicumque licebit,
Pro tam mansueto pectore semper age.*

Que mirando muchas veces á vuesamerced, me parecia justamente que no podia ser de otro original tal ejemplo de modestia, afabilidad y cortesía : no menores causas que para amarle, para osar dirigirle esta imitacion de un amante al uso destos tiempos, la furia con que le ausenta la fuerza del agravio, y la invencion con que le vuelve la tibieza que imagina, quando con mas paciencia no le llaman : puede ser que este carecer de la posesion sea amor propio por la falta que hace el deleite á la costumbre ; así, fué opinion de Aristóteles que el hombre naturalmente con mas afecto se ama á sí mismo. Vuesamerced lea los que este discurso tiene, para que juntamente queden corregidos y honrados, lo primero con la lima de su gran juicio, y lo segundo con su nobleza y virtud, tan conocida y estimada, que solo hablar en ella me pueden culpar por atrevimiento. Dios guarde á vuesamerced como deseo.

Su capellan,

LOPE DE VEGA CARPIO.

QUIEN AMA NO HAGA FIEROS.

PERSONAS.

DON FÉLIX, *caballero.*
GASTON, *su criado.*
LISARDO, *novio.*
EL CONDE OTAVIO.

MARCELO, *su criado.*
FINEO, *casamentero.*
DOÑA ANA, *dama.*
FLORA, *su madre.*

DOÑA JUANA, *dama.*
INÉS, *criada.*
CRIADOS.
UN ESCUDERO.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Habitación de don Félix.

ESCENA PRIMERA.

DON FÉLIX, GASTON.

GASTON.

¿Cuánto me has de dar por él?

DON FÉLIX.

Pesarle á plata es lo mas.

GASTON.

¡Buenas albricias me das,

Si es un pliego de papel!

DON FÉLIX.

Yo te doy lo que se lleva

Desde Italia aquí, Gaston:

Si tantas las leguas son,

¿Qué quieres mas que te deba

De traer este papel

De cuatro calles de aquí?

GASTON.

Luego ¿no cuentas que fui

Con tal peligro por él?

Si la estafeta trojera

Sola una carta, ¿tomara

Lo que de plata pesara,

O mayor porte quisiera?

Y cuando hay un sepan cuantos,

Por quien piden tanta suma,

¿Esta el valor en la pluma

(Peso que ha pesado á tantos),

O en la sustancia, que obliga

Al otro que le firmó?

DON FÉLIX.

Pues ¿heme obligado yo?

GASTON.

Quien ama, á todo se obliga.

Dos cosas oi decir

A un cortesano hablador

Que ha de hacer un amador.

DON FÉLIX.

¿Y son?

GASTON.

Gastar y sufrir.

DON FÉLIX.

Todo es malo; pero yo

De buena gana gastara;

Sufrir no.

GASTON.

Sufrir, repara

Que agravios y celos no.

DON FÉLIX.

Pues ¿qué?

GASTON.

Las impertinencias

De una madre y de una tia,
Que, enfadando noche y dia,
Acaban dos mil paciencias.
¿Has alguna vez tenido
Dama con cuñado?

DON FÉLIX.

No.

GASTON.

¡Dichoso tú! porque yo
Desdichadísimo he sido
En materia de cuñados.

DON FÉLIX.

Amor es siempre importuno,

Y querria que ninguno

Se metiese en sus cuidados.

Todo estorba á los que quieren;

Padres, hermanos, sobrinos,

Hasta vecinos.

GASTON.

¿Vecinos?

Esos son los que refieren

Toda una historia de amor;

Que, no atendiendo á su casa,

Ven lo que en las otras pasa.

DON FÉLIX.

Eso es general error.

GASTON.

No se acostará un vecino

Hasta ver al otro entrar,

Si allí se pensase helar.

DON FÉLIX.

De cualquier desgracia es digno.

GASTON.

Yo conozco una mujer,

Adonde un galan hablaba,

Que toda la noche estaba

A una ventana, por ver

Y por escuchar los toques;

Y obligóle, descompuesta,

A traer una ballesta

Y disparalle bodoques.

Mas ella, con la flaqueza

De escuchar, ó la porfia,

Cada noche se ponía

Un caldero en la cabeza,

Con que el galan que tiraba

Hacia tanto ruido,

Que despertaba al marido,

Y á la señora llamaba.

DON FÉLIX.

Yo, por ver caza tan nueva,

Con arcabuz la tirara.

GASTON.

¿Qué importa? También buscara

Algún morrion á prueba.

DON FÉLIX.

Ahora bien, dame el papel.

GASTON.

Mucho debes á doña Ana.

DON FÉLIX.

Ponte el vestido mañana

Que me dió el Conde.

GASTON.

Por él

Te beso mil y quinientas
Veces, como apelacion,
Manos que tan francas son.

DON FÉLIX.

Y boca y alma contentas

Este papel donde puso

Las suyas.

GASTON.

Vuélveste loco

Con el favor.

DON FÉLIX.

Oye un poco;

Que hasta verle estoy confuso.

(Lee.) «Mi bien.»

GASTON.

¡Oh qué linda entrada!

DON FÉLIX. (Lee.)

«Mi Señor.»

GASTON.

Otro favor.

DON FÉLIX. (Lee.)

«Mi madre es mujer de honor,

Yo en extremo recatada;

No habrá remedio de hablar,

Si no es con una invencion.»

GASTON.

De oro es buena.

DON FÉLIX.

En ocasion

Que aqui no tiene lugar.

GASTON.

A Garcí-Sanchez pedia

Un sacristan que le hallase

Una invencion que sacase

Su manga de cruz un dia.

Pero, viéndole el calzon

Roto, y en pedir prolijo,

«Saca unas calzas, le dijo,

Y será buena invencion.»

Y si tú la has de sacar,

Regalo ó vestido sea;

Que á su madre, aunque áspid sea,

Podrá templar y ablandar.

DON FÉLIX. (Lee.)

«Y la invencion me parece,

Que te pongas de camino,

Y te linjas su sobrino.»

GASTON.

¡Oh cuánto amor enflaquece!

DON FÉLIX. (Lee.)
«Di que eres de la montaña;
»Que padres y señas van
»En esa memoria.»

GASTON.
¿Harán
Los diablos esta maraña?
Pero cierta vieja un día
Dicen que los engañó.

DON FÉLIX.
Ponte de camino.

GASTON.
¿Yo?
DON FÉLIX.
¿Tienes botas?

GASTON.
Sí tenía;
Mas viendo que es el beber
Camino mas pasajero,
Trocando cuero por cuero,
Dellas me deshice ayer.

DON FÉLIX.
¿Y fieltro?

GASTON.
¿Tan gran señor
Te sueñas, que has de llevar
Lacayo con fieltro?

DON FÉLIX.
Es dar
A mi persona valor.

GASTON.
No hay donaire para mi
Como un lacayo en verano
Con fieltro.

DON FÉLIX.
Tu blanca mano
Estuvo, Señora, aquí:
Mil veces beso el papel.

GASTON.
El papel y los dichosos
Se parecen.

DON FÉLIX.
¿Qué enfadosos
Donaires! Ya estás cruel.

GASTON.
Sonle en todo muy parejos
Los pobres que ya son graves;
Que el papel, si no lo sabea,
Se hace de trapos viejos.
Bésale; que podrá ser
Que haya estado en hospitales.

DON FÉLIX.
Los tiempos no son iguales;
Ya no es hoy lo que era ayer.

GASTON.
Mas antes siempre es lo que era,
Porque todos locos son.

DON FÉLIX.
¿Qué linda fué la invencion
Del papel!

GASTON.
¿Nunca lo fuera!

DON FÉLIX.
Ahora bien, cesa de hablar;
Pongámonos de camino.

GASTON.
Tú ¿qué has de ser?

DON FÉLIX.
Yo, sobrino.

GASTON.
Y yo, ¿no he de emparentar?

DON FÉLIX.
Si gustan de majaderos,
Pues los hay de tu librea.

GASTON.
¿Huérfano quieres que sea?
Pero ¿tuviera dineros,
O estuviera en gran lugar,
De la fortuna accidentes,
Que me salieran parientes
Mas que tiene arena el mar!
(Vase.)

Sala en casa de Flora.

ESCENA II.

DOÑA ANA Y FLORA, quitándose los
mantos; INÉS.

FLORA.
Toma esos mantos, Inés.
DOÑA ANA.
¿De qué vienes tan mohina?

FLORA.
Con el dedo se adivina
Lo que con los ojos ves.

INÉS.
Enfadania parlatorios.
DOÑA ANA.
Pues eso no es culpa mía.

FLORA.
Para doncellas se habia
De dar licencia á oratorios.

DOÑA ANA.
¿Es por aquellos corrillos
De galanes?

INÉS.
Claro está.

FLORA.
Basta; que eres blanco ya
Destos locos mozalbillos.

DOÑA ANA.
¿Espantaste de que miren
Una mujer por casar?

FLORA.
Mirar no; mas remirar...

DOÑA ANA.
Pues ¿qué importa que remiren,
Si yo no miro á quien mira?

FLORA.
Yo ¿no te vi con el manto
Hacer caireles?

DOÑA ANA.
Que tanto
Me aprietes, madre, me admira.

FLORA.
Una mujer ha de estar
En misa como una imágen,
Porque con esto se atajen
Los que la quieren mirar.

DOÑA ANA.
Madre, de mi parte es tal
La ofensa, que me la quita
El tomar agua bendita.

FLORA.
Fingete muy ventral.
Pues á fe que al bachiller
Que agua contigo tomó,
Que quizá le diera yo
Su necedad á entender.
En el agua santa ¿hay hombre
Que toque otra mano?

DOÑA ANA.
Espanta,
Señora, el verte tan santa.

FLORA.
¿No quieras tú que me asombre

De que te dijese allí:
«Si esta agua ponzoña fuera,
Tal unicornio la hiciera
Epítima para mí?»
¡Unicornio!

DOÑA ANA.
¿Eso te enfada?
INÉS.

Díjolo por la blancura.
FLORA.
¡Blancura! Necedad pura.

DOÑA ANA.
Antes necedad aguada.
FLORA.

Extraña cost es un necio.
DOÑA ANA.
Antes cosa natural.

FLORA.
Nombre tan universal
Me espanta y pone en desprecio.
Mil cosas son necesarias,
Y á su tiempo las hallamos,
Y aun á veces las buscamos
Y faltan en partes varias;
Pero un necio, adonde quiera
Le hallaréis á todas horas.

DOÑA ANA.
Mucho tu opinion desdoras
En condicion tan severa.

FLORA.
Si en la calle, allí le hallais,
Si en la iglesia, allí tambien;
Si en la comedia...

DOÑA ANA.
¿Oh, qué bien
Su centro, madre, les dais!
Que, como de ingenio son
Las cosas que allí han de ver,
Cualquiera quiere tener
De que le tiene opinion.

FLORA.
¿Adónde un necio no está?
¿En qué ocasion, en qué fiesta?

DOÑA ANA.
¿Tanto un necio te molesta?

FLORA.
Notable pena me da
Que en cuanto se dice y trata
Haya tanta cantidad.

DOÑA ANA.
¿Qué quieres? La necedad
Anda agora muy barata.

ESCENA III.

FINEO. — DICHAS.

FINEO.
Paz en esta casa sea.

FLORA.
Bien venga el señor Fineo.
¿Qué tenemos de los novios?

DOÑA ANA.
Este no dirá que es necio.

FINEO.
En verdad que con cuidado
Diligencias voy haciendo
Para que este serafín
Tenga un rico casamiento.

FLORA.
Ya le acaban las camisas.

FINEO.
Córrome qué trate deso.
Hágase nuestro negocio,
Que después hay harto tiempo:

FLORA.
Anda esta niña estos días,
Sabe Dios cuánto lo siento,
Con vagnidos de cabeza.
DOÑA ANA. (Ap.)
Del corazon por lo menos.
FLORA.
No se aplica á la labor.
DOÑA ANA. (Ap.)
Mas me aplico á los deseos.
FLORA.
Y no come por un pollo.
FINEO.
¿No la riñe?
FLORA.
No hay remedio.
FINEO.
Oiga lo que he negociado.
FLORA.
Ya le escucho.
FINEO.
Lo primero,
Un mancebo de Granada
Cierta amigo me ha propuesto.
Es hijo de un Veinticuatro.
FLORA.
¡Bueno! ¡Lindo!
FINEO.
Y ¡cómo bueno!
Pero tiene un defectillo.
FLORA.
En el pero vi el defeto.
FINEO.
Es sordo.
DOÑA ANA.
¡Ay, madre! ¡Jesus!
¿Sordo?
FLORA.
No te admires deso;
Que antes dicen que el marido
Fuera dichoso en efeto
Siendo sordo, por no oír
Tantas voces, tantos celos.
FINEO.
No dicen que es mucho.
FLORA.
¿Cómo?
FINEO.
Que bien entiende en poniendo
Una trompeta de plata
Al oído.
DOÑA ANA.
¡Lindo cuento!
FINEO.
Otro me habló por un hombre
Extranjero.
DOÑA ANA.
¡Ay! No. ¡extranjero!
FLORA.
¿Por qué?
DOÑA ANA.
Porque pasa mal
La voluntad á otro reino.
FINEO.
Por un famoso letrado
Me habló anteayer Filiberto.
DOÑA ANA.
¿Tiene muy larga la barba?
FINEO.
Mucho.
DOÑA ANA.
Pues váyase á un yermo.
FINEO.
Es hombre tan gran letrado,
Que entre sus libros suspenso,

Por entender una ley,
Tomó un orinal, y en medio
Del verso, hallando el sentido,
Dio con él sobre un Digesto,
Y haciéndole mil pedazos,
Dijo: *Sic intelligendum*.
DOÑA ANA.
Dios me libre desa gente.
No quiero libros; que quiero
Hombre para mí con alma
Y con libre entendimiento.
FLORA.
¿Un moceton es mejor
Ó mocetonto?
DOÑA ANA.
A lo menos
Conmigo hablará en romance,
Que es lengua con que me entiendo.
¿Piensas tú que los que saben
Letras, todos son discretos?
Pues cree que hay en latin
Muy gentiles majaderos.
FLORA.
Eso sí: venga el perfil
De uno de aquestos mozueltos
Que rizan los aladares
Con molde á fuego.
FINEO.
Y ¡qué fuego!
Ya dan muñecas tambien.
FLORA.
Si lo son, no será nuevo.
FINEO.
Si va á decir la verdad
(Que otra vez te traté desto),
Lisardo me agrada mucho,
Que es honrado caballero
Y de razonable hacienda.
FLORA.
Verle y hablarle deseo.
FINEO.
Yo le traeré cuando gustes...
—Y voyme.
FLORA.
Guardete el cielo.
INÉS.
¡Ah, señor Fineo!
FINEO.
¡Oh, Inés!
INÉS.
¿Tan coja soy, que no tengo
De hallar un marido yo?
FINEO.
Tengo un honrado mancebo.
INÉS.
¿Oficial?
FINEO.
No es oficial.
INÉS.
Pues arrímolé.
FINEO.
¿Tan presto?
INÉS.
No quiero gente de leva,
Que se remita al paseo
Y esto de andar á la droga,
Sino marido de asiento.
FINEO.
Calle; que yo la daré
Para asiento un zapatero,
Que de estar en la banqueta
Se le pega á los griguescos.

(Vase.)

ESCENA IV.

FLORA, DOÑA ANA, INÉS.

FLORA.
En fin, doña Ana, Lisardo
Me agrada, y verle pretendo.
DOÑA ANA.
No lo miras con los ojos.
FLORA.
¿No? Pues ¿con qué?
DOÑA ANA.
Con los dedos.
FLORA.
Mira quién llama.
INÉS.
Ya suben.
FLORA.
Y ¿quién son?
INÉS.
Dos forasteros:
Criado y amo parecen.
DOÑA ANA.
¿Entraréme en mi aposento?
FLORA.
De forasteros no importa.

ESCENA V.

DON FÉLIX, de camino, balan, y GASTON, graciosamente vestido. — Dichas.

DON FÉLIX.
Guardé vuestra vida el cielo
¿Sois Flora acaso?
FLORA.
Yo soy.
DON FÉLIX.
Los brazos...
FLORA.
Pues ¿á qué efecto?
DON FÉLIX.
Yo soy don Juan.
FLORA.
¿Qué don Juan?
DON FÉLIX.
Señora, un sobrino vuestro,
Hijo de Alvaro Velarde
Y de doña Juana Tello.
FLORA.
Ya el alma me lo decía,
Y con golpes en el pecho
El corazon.
DOÑA ANA. (Ap. á Inés.)
Bien cayó.
(Abrazanse.)
INÉS.
Famosamente lo han hecho.
DOÑA ANA.
¿Qué bizarro está don Félix!
INÉS.
Y Gaston ¿es barro?
DON FÉLIX.
Vengo
Con un disgusto notable.
FLORA.
¿Disgusto?
DON FÉLIX.
Pasando el Puerto,
Se le cayó una maleta
A este mozo, que es un necio,
Donde traía las cartas
De mis padres.
FLORA.
¡Mal suceso!
¿Venía otra cosa allí?

DON FÉLIX.
No hará falta, aunque era lienzo.

FLORA.
Porque vos sois carta viva;
Porque retratada veo
A mi hermana en vuestro rostro.

DON FÉLIX.
Cuando era yo mas pequeño
La parecí mucho mas;
Con la barba mas parezco
A mi padre.

FLORA.
Así es verdad.

DOÑA ANA.
¿No ves, Inés, el efecto (Ap. á ella.)
Que hace la imaginación?

INÉS.
Aquel socarrón contemplo
En forma de montañas.

FLORA.
Ahora bien, don Juan, ya es tiempo
Que conozcáis vuestra prima.

DON FÉLIX.
¡Jesus, y qué ángel tan bello!
¡Dadme, Señora, los brazos.

DOÑA ANA. (Ap. á él.)
Y como, Félix, que quiero
Dártelos mil veces!

DON FÉLIX.
Calla.

DOÑA ANA.
¿Que calle?

DON FÉLIX.
¡Importa.

DOÑA ANA.
No puedo.

GASTON.
Y yo ¿á quién he de abrazar?
¿No tengo aquí parentesco
Con nadie?

INÉS.
Diga, ¿no viene
De su tierra mas discreto?

GASTON.
Por eso vengo á la corte,
Por eso á la corte vengo
A darme un filo rabioso
En tantos entendimientos;
Porque dicen que hay aquí
Unos ciertos discretos
Que hablan en jerigonza.

FLORA.
Mi don Juan, entremos dentro;
Que quiero que descanséis;
Que en descansando, hablaremos
De vuestras cosas un rato.

DON FÉLIX.
Tía y señora, no vengo
Tan apriesa; que en la corte
Acomodarme pretendo
Si hubiese algun dueño tal...

FLORA.
Hay aquí famosos dueños.
Ahora bien; yo tengo amigos,
Tú buena gracia: yo espero
Acomodarte; entre tanto
Aquí tendrás aposento.
¿Quién viene contigo?

DON FÉLIX.
Un mozo
Que saqué del campo.

FLORA.
Haremos
Diligencia para entrambos.

GASTON.
Yo, Señora, también vengo

A ser aquí cortesano;
Que dix cacá son discretos.

FLORA.
¡La simplicidad del hombre!
¡Ah, montaña! á Dios le ruego
Que no me muera sin verte.

GASTON.
Vivirá siglos eternos.
(Vase Flora, y detiene don Félix á doña Ana.)

DON FÉLIX.
Aguarda.

ESCENA VI.

DON FÉLIX, DOÑA ANA, INÉS,
GASTON.

DOÑA ANA.
Tengo temor.

DON FÉLIX.
Ya no hay de qué, porque creo
Que tengo lisonjeada
La fortuna y grato el cielo.

DOÑA ANA.
¿Qué bien has disimulado!

DON FÉLIX.
En tu casa por lo menos
Estoy, y soy primo tuyo.

DOÑA ANA.
Haz cuenta, querido dueño,
Que has hecho un engaño á Circe,
A Medea, á Ulises griego.

GASTON.
Y ella, ¿cómo está conmigo?

INÉS.
Con nunca visto contento
De tenerte tan presente.

GASTON.
¡Importa tanto, que creo
Que en no estando un hombre así,
Un signo que anda paciende
Se le pondrá en la cabeza.

INÉS.
Luego ¿no hay fe?

GASTON.
De tinteros.

INÉS.
Que habla de estar quien ama
Siempre á la vista del pleito,
Como mano de reloj
Sobre las letras del cerco,
Dijo un sabio, y dijo bien,
Pues de hora en hora acudiendo,
Había de dar mil vueltas
Desde los ojos al pecho.

INÉS.
Mejor, como el reloj mismo,
Hubiera dicho.

GASTON.
¿A qué efecto?

INÉS.
Porque con dar, y dar siempre,
Asegurara sus celos.
(Vase.)

—

Calla.

ESCENA VII.

LISARDO, FINEO.

FINEO.
Habléla en vos, y estuvo agradecida;
Que ya teneis buena opinion con ella.

LISARDO.
No tuve amor, Fineo, ni en mi vida

Pensé querer, forzándome mi estrella;
Pero ver á doña Ana bien nacida,
Virtuosa y rica, y como veis, doncella
De tanta gracia y hermosura, ha hecho
Un incendio la nieve de mi pecho.
No lo dudéis: tal gracia y hermosura
No ha menester mas dote.

FINEO.

Así lo creo;
Pero en aquesta edad será cordura
Llevar el dote en ancas del deseo.
Pasóse el tiempo y la inocencia pura,
Cuando nunca se vió mejor manto
Que de bayeta ó frisa, y que la grana
Era la mayor gala cortesana.
¡Mal año! agora en solas guarniciones
Un dote de otro tiempo va cifrado,
Y aquestas son las ciertas ocasiones
Del honor mal perdido y peor guardado.
Lisardo, anteojos son las aficiones,
Amor á muchos se perdió casado,
Venga el dinero luego; que en el mundo,
Si no es lo principal, es lo segundo.

LISARDO.

Amor que solo estima el bien que espera,
A la imaginación desnudo asiste.

FINEO.

Eso de amor es bárbara quimera;
Si se resfría el trato, amor le viste.

LISARDO.

Doña Ana, al fin, es única heredera

FINEO.

En eso no presumo que consiste;
Porque es tan moza y tan gallarda Flora,
Que se puede casar, si quiere, agora.
Pues ¿qué bueno será que el día primero
Que riña con su yerno os amenace!

LISARDO.

Cásese, pára, como el bien que espero,
Un día, un hora, un cuarto, un punto
[abrace.]

FINEO.

¿Quereis la ver?

LISARDO.

La vida menos quiero.

FINEO.

Pues hoy serán las vistas, y amor trace
Que se concluya, pues os viene al justo.

LISARDO.

No hay mas riqueza que casar con gusto.
(Vase.)

—

Sala en casa de doña Juana.

ESCENA VIII.

DOÑA JUANA, MARCELO; después,
EL CONDE.

DOÑA JUANA.

Dile al Conde, tu señor,
Que yo estoy desocupada.

MARCELO.

La carroza está parada
Aguardando ese favor.

DOÑA JUANA.

Pues pídele albricias dél,
Si te parece que es grande.

MARCELO.

Y aun haré que me las mande
Antes que me advierta dél.
(Sale el Conde.)

CONDE.

Ya es tarde; que ya he subido.

MARCELO.

Ya las albricias perdí.

COMEDIAS ESCOGIDAS DE LOPE DE VEGA CARPIO.

CONDE.
No harás, aunque al bien que vi,
Por mi hallazgo se las pido.

DOÑA JUANA.
¿Tan perdido os presumis?

CONDE.
Pues no es encarecimiento;
Que sola en mi entendimiento
Por luz del alma vivis.

DOÑA JUANA.
No tiene locura amor
Como es el encarecer.

CONDE.
Siendo locura el querer,
Será el decirlo mayor.

DOÑA JUANA.
¿Cómo habéis hasta hoy estado?

CONDE.
Con esperanzas de veros;
Que no hay vivir sin teneros:
Con esto engaño el cuidado.
Pero vos no habréis tenido
Esa memoria de mí.

DOÑA JUANA.
No, porque no la perdí.

ESCENA IX.

UN ESCUDERO. — Dichos.

ESCUDERO.
Aquí, Señora, ha venido
Flora con su hija bella.

CONDE.
¿Estorbo yo?

DOÑA JUANA.
No, Señor.
(Vase el escudero.)
Antes nos haréis favor,
Y holgaréis de hablalla y vella;
Que tiene, aunque en tierna edad,
Un gallardo entendimiento.

ESCENA X.

FLORA, DOÑA ANA. — DOÑA JUANA,
EL CONDE, MARCELO.

FLORA. (A un criado, al salir.)
Volved el coche al momento.

DOÑA JUANA.
¡Jesus! ¿Tanta brevedad!

FLORA.
No estáis sola.

CONDE.
No seré

Visita pesada yo.
DOÑA JUANA.
Eso aseguro.

FLORA.
(Ap. Yo no.)
Mas ¿quién es?

DOÑA JUANA.
Yo os lo diré:
El conde Otavio, si habéis
Oído su gran valor.

FLORA.
Que me perdoneis, Señor,
Os ruego.

CONDE.
No merecéis
Perdon, pues no habéis errado.
Por muy vuestro me tened.

FLORA.
Haceisme tanta merced,
Que me habéis puesto en cuidado.

DOÑA JUANA.
¡Jesus! Niña, llega acá;
Veráte su señoría.

DOÑA ANA.
Vergüenza, Señor, tenía.

CONDE.
Bien de vuestra parte está,
Pues que da rosas tan bellas
A esas mejillas hermosas.
¿Quién pensara que sus rosas
Nacieran en las estrellas?
En verdad, señora Flora,
Que es muy linda aquesta dama.
¿Qué nombre?

FLORA.
Ana se llama.

CONDE.
A nadie perdona agora.

MARCELO. (Ap.)
Jugó el Conde, mi señor,
Del vocablo. ¡Triste caso!

CONDE.
(Ap. Si el amor se topa acaso,
Acaso he topado á amor.)
Ferias con vuestra licencia
La quiero dar.

FLORA.
Bien podeis;
Mas no las que vos queréis;
Que en estas hay diferencia.

CONDE.
Pues ¿teneis que me pedir?

FLORA.
Sí, Señor.
CONDE.
¿Dicha notable!

FLORA.
¿Daisme licencia que hable?

CONDE.
Dádmela vos para oír.

FLORA.
De la montaña ha venido
Hoy un sobrino que tengo;
Y pues á tal tiempo vengo,
Que le recibais os pido
En vuestra casa, Señor.

CONDE.
¿Cómo se llama?

FLORA.
Don Juan
De Velarde, y tan galán,
Que merece este favor.

DOÑA ANA.
Yo tambien os lo suplico.

CONDE.
Para terceros tan buenos,
O él habia de ser menos,
O yo mas noble y mas rico.

DOÑA ANA.
Vos no podeis ser mejor;
El lo será á vuestro lado.

CONDE.
Yo quiero ser su criado;
Don Juan será mi señor.

DOÑA JUANA. (Ap.)
No me agrada esta humildad:
Amor anda por aquí,
Si no es que lo hace por mí,
Sabiendo nuestra amistad.

FLORA.
Si vueseñoría quiere
Verle, afuera le dejó.

CONDE.
Mucho de verle holgaré.

DOÑA JUANA.
Llamalde, pues no hay que espero
Mejor ocasion que agora.
(Ap. Celos, tened el rigor;
Que no tengo tanto amor
Para tenerlos de Flora.
Siempre al Conde le he mirado
Con ojos de desigual.)

CONDE. (Ap.)
De un serafín celestial
Doña Ana es propio traslado.

ESCENA XI.

DON FÉLIX, GASTON. — Dichos

DON FÉLIX.
Déme vuestra señoría
Los plés.

CONDE.
¡Buen talte, por Dios!
No sé yo cuál de los dos
Servir al otro podia.
Alzáos del suelo, don Juan;
Que en mí tendréis un amigo.

DON FÉLIX.
Afuera he sido testigo
Desta merced.

CONDE.
¿Qué galán!
Qué gentilhombre y bien hecho!
Buen primo teneis, doña Ana.

DOÑA ANA.
¿Paréceos bien?

DOÑA JUANA.
Cosa es llana.
CONDE. (Ap.)
Doña Ana me ha satisfecho.

DOÑA JUANA. (Ap.)
Don Juan es mozo galán;
Si el Conde mira á doña Ana,
Por vida de doña Juana,
Que he de mirar á don Juan.

CONDE.
Flora me ha dicho las partes
Que taneis.

DON FÉLIX.
Flora es mi tia,
Y aun decir madre podia.

DOÑA JUANA. (Ap.)
¡Oh, qué bien flechas repartes,
Amor, en toda ocasion!
Dale de doña Ana al Conde;
Dejarásme las que esconde
Don Juan en mi corazon.

CONDE.
De hoy mas me podeis servir.

DON FÉLIX.
Dichoso en extremo soy.

CONDE.
Venid conmigo.

DON FÉLIX.
Yo voy
Adonde podré decir
Que recibo nuevo ser.

CONDE.
¿Quién es este gentilhombre?
(Por Gaston.)

DON FÉLIX.
Ya no ha de tener mi nombre;
Solo el vuestro ha de tener.

CONDE.
Quiero á los dos recibiros.

DON FÉLIX.
Téngolo á mucha ventura.

GASTON.
Soy, Señor, añadidura
De don Juan, para servirlos.
CONDE.
Hombre, parecéis muy sano.
GASTON.
Albricias os diera yo;
Que un albéitar que me vió
Me halló manco de una mano.
CONDE.
¿Qué érades en vuestra tierra?
GASTON.
Hidalgo no mas.
CONDE.
¿No mas?
GASTON.
Y ¿es poco?
CONDE.
Bueno serás
Para la guerra.
GASTON.
¿Qué guerra?
CONDE.
La de servir.
GASTON.
¿Qué mayor?
CONDE.
¿Tu nombre?
GASTON.
Gaston me llamo,
Muy bueno para mi amo,
Si es bueno ser gastador.
DOÑA JUANA.
Vamos al jardin primero.
¿Qué! ¿Os vais?
FLORA.
Tenemos que hacer.
DOÑA JUANA.
¿Cuándo nos hemos de ver?
FLORA.
Yo por momentos lo espero.
(*Vanse todos, menos doña Juana.*)

ESCENA XII.

DOÑA JUANA.

Si en un carcax dorado están metidas,
Amor, tus flechas, bien se ve que á tienta,
Ciego, las sacas, con diverso intento
Del que después se mira en las heridas.
Quitás sin vista diferentes vidas;
Y como las esparces por el viento,
Y el blanco no se ve del pensamiento,
Por eso quieres y por eso olvidas.
Tirando así, no hay alma que resista
Las duras puntas de tus flechas fieras,
Porque el mundo contigo se resista.
¡Oh si con vista, dulce amor, nacieras,
Y acertaras las almas con la vista!
Mas no fueras amor si la tuvieras.
(*Vase.*)

Sala en casa de Flora.

ESCENA XIII.

LISARDO, FINEO, INÉS, CRIADOS.

FINEO.
¿Aún no han venido de fuera?
INÉS.
No, Señor; mas ya vendrán.—
¿Es novio aqueste galán (*Ap. á Fineo.*)
Que á mis señoras espera?
FINEO.
¿No se ve que novio es?

INÉS.
Parécelo en el olor.
FINEO.
¿Huelen los novios?
INÉS.
Mejor
Los suelen oler después.
No tiene mala persona.
¿Son aquestos sus criados?
FINEO.
Los mismos.
INÉS.
¿Bien adornados!
Cosa que no poco abona;
Que los criados, Fineo,
Son portada del Señor.
FINEO.
Del coche es este rumor.
INÉS.
Que vienen mis amas creo.

ESCENA XIV.

FLORA, DOÑA ANA. — Dichos.

FLORA.
Cansada vengo.
DOÑA ANA.
Yo pajas;
Pero á gran ventura tengo
La comodidad del primo.
FLORA.
¿Qué gallardo caballero?
Es muchacho el conde Otavio.
DOÑA ANA.
Todos te agradan: no creo
Que has tenido quietos ojos.
FLORA.
¿Qué llamas ojos quietos?
DOÑA ANA.
Honestos quise decir.
FLORA.
Pues ¿en qué no son honestos?
¿Es vengarte del sermón?
DOÑA ANA.

¿Malicias?
FLORA.
Yo las confieso.
FINEO.
Aquí está el señor Lisardo.
FLORA.
Por todo extremo me huelgo.
LISARDO.
Pues holgáos con esa dama,
Y será por todo extremo.
INÉS. (*Ap.*)
¡Espantosa necedad!
FINEO.
¡Vive Dios, que es buen agüero!
El casamiento se hará;
Que ya el desposado es necio.
FLORA.
Siéntese vuesamerced.
LISARDO.
Sabe Dios lo que me siento.
INÉS. (*Ap.*)
¿Mas que le mata el albarda?
FINEO. (*Ap.*)
Mas que no para hasta ciento.
FLORA.
¿Mira qué buen talle tiene?
DOÑA ANA.
Hombre parece.

FLORA.
No entiendo.
DOÑA ANA.
No importa.
FLORA.
Pues ¿no te agrada?
DOÑA ANA.
Agora, Señora, es presto;
¿No nos miran á nosotras
Hasta el mismo pensamiento?
Pues tambien tenemos alma.
FLORA.
Las hijas, los ojos ciegos,
Han de querer lo que quieren
Sus madres.
DOÑA ANA.
¿Lindo consuelo
Para quien ha de dormir
Con un hombre tanto tiempo!
LISARDO.
Turbado estoy; mas no es mucho:
Tan cerca del sol me veo,
Que bien puede por los ojos
Cegarme el entendimiento.
Señora Flora, estas cosas
Trató conmigo Fineo;
Aquí no hay que tratar mas
De firmar nuestros conciertos.
No quiero dote; que bastan
Los grandes merecimientos
De doña Ana, mi Señora.
FLORA.
Mucho ese amor agradezco.
INÉS.
Mi señor, don Juan Velarde
Ha venido.
DOÑA ANA. (*Ap.*)
Y mi contento.

ESCENA XV.

DON FÉLIX, GASTON. — Dichos.

DON FÉLIX.
¿Qué caballero es aqueste?
LISARDO.
¿Quién es este caballero?
FLORA.
Este es don Juan, mi sobrino.—
Este es, sobrino, mi yerno.
LISARDO.
Téngame vuesamerced
Por cuñado.
DON FÉLIX.
¿Qué es aquesto?
DOÑA ANA.
Quiere mi madre casarme.
(*Ap. á él.*) Que viene este majadero
A las vistas tan vistoso,
Como allá dicen los ciegos.)
DON FÉLIX.
(*Ap.*) ¿Esto tenemos agora?
Señor Lisardo, tratemos
De esto á solas vos y yo.
LISARDO.
De buena gana. (*Ap. á él.*) Fineo.)
FINEO.
¿Qué dices?
LISARDO.
Que no me agrada
Aquesto del parentesco.
FINEO.
¿Con celos entras? No aciertas;
Que las mujeres que vemos
Con mal de madre preñadas,
Hasta parir no hay remedio.
Así tú, si te casases

Con celos, era muy cierto
Que para toda la vida
Fueras casado con celos.
(*Vanse Flora, Lisardo, Fineo y los criados.*)

ESCENA XVI

DOÑA ANA, DON FÉLIX, GASTON,
INÉS.

DON FÉLIX.

¡A buen tiempo, por Dios, Ana,
Este parentesco has hecho!
¡Bien quedará con ser primo,
Si este gallardo mancebo
Con ser tu marido sale!

DOÑA ANA.

Mejor de mi amor lo pienso;
Porque primero vendrá
Todo el firmamento al suelo,
Tendrá la envidia quietud,
Paz la soberbia, honra el miedo,
Sol la noche, amor templanza,
Pena el bien, gloria el infierno,
Que deje yo de ser tuya.

DON FÉLIX.

Así de tu amor lo creo;
Mas no temo tu firmeza;
Sola mi desdicha temo;
Y cuando esto desconciertes,
Como es forzoso, no tengo
Para qué vivir. ¿Qué piensas
Que hay por segundo suceso?

DOÑA ANA.

¿Qué puede haber?

DON FÉLIX.

Este Conde,
Que las dos me dais por dueño,
Desde que entré en su carroza
(*Privanza en criado nuevo*)
Hasta que llegó á su casa,
No cesé solo un momento
De alabarme tu hermosura
Desde la planta al cabello,
Y decirme que si gasta
Su estado y el de sus deudos,
Has de ser suya.

DOÑA ANA.

¿Qué dices?

DON FÉLIX.

Que vengo perdiendo el seso.

DOÑA ANA.

Igual puedo yo perderle,
Pues que de celos le pierdo
De doña Juana.

DON FÉLIX.

¿De quién?

DOÑA ANA.

De quien al Conde, su dueño,
Se pareció en la mudanza,
Pues él la olvidó tan presto,
Y ella por quererte á tí.

DON FÉLIX.

Con esto estaremos buenos.

DOÑA ANA.

Yo lo que no fuere tú,
Por todo extremo aborrezco.

DON FÉLIX.

Y yo lo que tú no fueres.

DOÑA ANA.

Ván al jardín, y hablaremos,
Mientras mi madre y Lisardo
Hacen tan necio concierto.

DON FÉLIX.

Si él sale con lo que intenta,
Yo le tendré por discreto.

(*Vanse doña Ana y don Félix.*)

ESCENA XVII

GASTON, INÉS.

GASTON.

¿Cómo estamos ella y yo?

INÉS.

Y ¿cómo le va de juego
A él?

GASTON.

Jugando á la argolla
Dijo que estaba Cisneros,
Cuando le llamó su amo,
Y él respondió: «Yo voy luego;
Que poco me falta ya:
Va á doce, y dos bocas tengo.»
¿Quién duda que los criados
Del desposado moderno
Tendrán á vuesamerced
Llena la testa de viento?
¿Qué paje barbon la mira?
¿En qué lacayo gallego
Ha puesto los oji-diablos?

INÉS.

Cáigase un cesto de peros,
Tengan dineros los sanos,
Tengan salud los enfermos,
Sepa bien el beber frío,
Pasen mis años de ciento,
Cuando yo no fuere tuya.

GASTON.

Pues voy contento con eso;
Que, como nunca decis
Verdad en los juramentos,
Al revés te vendrá todo.

INÉS.

Adios, Durango.

GASTON.

Adios, Duero.

INÉS.

Leandro quise decir.

GASTON.

Yo Ero; mas ya no acierto;
Que, como no sé nadar,
Siempre á la orilla me quedo.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa del Conde.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE, LISARDO, MARCELO.

CONDE.

Vos haréis como noble caballero
En dejar de casaros con doña Ana.

LISARDO.

Después que vi las sombras que os refle-
Propuse el fin á mi esperanza vana. [ro,

CONDE.

Yo la quise, Lisardo, y yo la quiero;
Ya sabéis que el poder todo lo allana,
Si bien guardando siempre su decoro.

LISARDO.

Ya sé la fuerza y el valor del oro.
Es el oro, Señor, la quinta esencia
Del poder de la tierra: donde él toca,
No queda honor, edad, fuerza y pruden-
Uno vence, otro priva, otro provoca. [cia:
Allá tuve también otra advertencia,
Con que mi voluntad, ó mucha ó poca,
Quedó, si no resuelta, al fin templada.

CONDE.

Pues ¿es mas que de mi doña Ana amada?

LISARDO.

De aquel Osorio habréis la historia oído,
Que vió caer el hombre cuarto á cuarto;
Lo mismo á mi temor le ha sucedido;
Con que de amor el pensamiento aparto.
Hase formado un hombre repartido
A mis ojos, de suerte que me parto
Para siempre de en casa de doña Ana;
Que no será temor ni sombra vana.

CONDE.

¿No me diréis quién hay que mas la quie-
LISARDO. [ra?

Satisfacer mis celos solo puedo,
Los vuestros no, pues basta que os refiera
Que dividido deste intento quedo. [pera;
Querelda, Conde, ó quien mi ausencia es-
Que de casarme sosegado el miedo,
No me importa saber el mas dichoso;
Que no lo seréis vos si estáis celoso.

(*Vase.*)

ESCENA II.

DON FÉLIX, GASTON. — EL CONDE,
MARCELO.

DON FÉLIX.

¿Era Lisardo este?

CONDE.

El mismo era.

DON FÉLIX.

Pues ¿Lisardo contigo?

CONDE.

Hele quitado

Su gusto de casarse.

DON FÉLIX.

Aunque él quisiera,
No pienso que quedara efetuado.
A Flora le pedi que desbiciara
Lo que entre ellos estaba concertado,
Por dar vida á tu amor.

CONDE.

Ya estaba muerto
A manos de ese bárbaro concierto.

DON FÉLIX.

Esto sé que me debes, y que hago
Todo lo que es posible por tu parte,
Y que con mil quimeras satisfago
Esta objecion de no poder casarte.

CONDE.

[go,
Yo sé, don Juan, que con mi amor te pa-
Y espero en obras, que es razon, pagarte,
El quitar á doña Ana el pensamiento
Deate mal prevenido casamiento.

Y pues has comenzado en mi servicio
Con tal felicidad, para obligarme [cio.
Hoy has de hacer tambien un nuevo ofi-

DON FÉLIX.

Ya la dificultad está en mandarme.

CONDE.

Yo amaba á doña Juana...

DON FÉLIX.

Bastante dese amor. Tuve indicio

CONDE.

Enamorarme

Pudo doña Ana, y olvidarme della.

DON FÉLIX.

No fué accidente, sino ser mas bella.

CONDE.

Para que doña Juana me dejase,
Querria que tratases de servilla,
Porque, ocupada en tí, se le olvidase.

DON FÉLIX.

Pues ¿cómo sabes que podré rendilla?

CONDE.

Si casarse contigo imaginase,
Presumo que era fácil reducilla:
Por lo menos, oyendo casamiento,
No hay mujer que no aplique el pensa-
miento.

Si te quierés casar, yo te prometo
Dote que te enriquezca; si engañalla,
No siendo de tu gusto, hasta su efeto
Podrás de mil promesas sustentalla.
Ya me entiendes, don Juan; tú eres dis-
creto:

Si doña Juana ha dado en visitalla,
Por ventura dé celos á doña Ana:
Será mi pretension incierta y vana.
Mas de tu amor fingido entretenida,
O que fuese, pues puede, verdadero,
No habrá esperanza que mi gusto impi-
da.

ELLO NO ES FÁCIL; MAS SERVIRTE ESPERO.

CONDE.

Yo sé que en esto me darás la vida.—
Marcelo, ver aquella ingrata quiero.

MARCELO.

Ya tienes á la puerta la carroza.

CONDE.

Lo que amor teme, la esperanza goza.
(Vanse el Conde y Marcelo.)

ESCENA III.

DON FÉLIX, GASTON.

DON FÉLIX.

¿Qué te parece desto?

GASTON.

Que es forzoso

Dar gusto al Conde.

DON FÉLIX.

Pues ¿querrá doña Ana,
Después de ser tercero cauteloso, [na?
Que quiera, aunque lo linja, á doña Ju-
gaston.

No hay discurso, Señor, tan amoroso,
Tan frágil es la condicion humana,
Que no importe tal vez darle á cautela
Celos, que son de amor famosa espuela.
No siempre se ha de amar como tú quie-
res.

DON FÉLIX.

Cuando guardan lealtad, amor lo manda.

GASTON.

Yo conozco, Señor, á las mujeres:
La que se queda atrás, con celos anda.
Sosiégala diciendo que te mueres,
Si muda amor; si en celos se desmanda,
Inquiétala, y obliga á mil desvelos;
Que amor se hace gigante con los celos.
(Vanse.)

Salen en casa de Flora.

ESCENA IV.

DOÑA ANA, DOÑA JUANA.

DOÑA JUANA.

Esta ha sido la ocasión,
Doña Ana, de visitarte.

DOÑA ANA.

En fin, ya por esa parte
Salgo de la obligacion.

DOÑA JUANA.

Toda la tiene don Juan,
Tu primo, á mi grande amor.

DOÑA ANA.

Pues ¿no es el Conde mejor,
Mas discreto y mas galán?

DOÑA JUANA.

No me lo parece á mi.

DOÑA ANA.

En fin ¿le olvidaste?

DOÑA JUANA.

Ya

Tan fuera del alma está
Como yo lo estoy de mí.
Hazme tan grande placer
¿Placer dije? Bien dijera
Mejor) de hacer que me quiera,
Pues tú lo podrás hacer;
Que, como tu sangre en fin,
Solicitarás mejor
El principio de mi amor
Y de mi esperanza el fin.

DOÑA ANA. (Ap.)

Esta ha venido á matarime.
¿Ay, celos! ¿qué me queréis?
¿No basta que me los deis,
Amor, con desconfiarne,
Sino que yo misma sea
Quien me mate y solicite
Mi muerte?

DOÑA JUANA.

Bien se permite

Que en nuestra amistad se vea
Esta fuerza de amor.

DOÑA ANA.

Digo que yo le hablaré
Para que estime tu fe
Y conozca tu valor.

DOÑA JUANA.

Conoceré tu amistad.

DOÑA ANA.

Segurísima estar puedes.

DOÑA JUANA.

Harásme dos mil mercedes.

DOÑA ANA.

Y él ¿sabe tu voluntad?

DOÑA JUANA.

Mis ojos, que lengua son
Del alma, dicho le han
Muchas veces á don Juan
La fuerza de mi aficion.

DOÑA ANA.

Pues ¿va á tu casa?

DOÑA JUANA.

Acompaña

Al Conde.

DOÑA ANA.

Será por verte.

(Ap. Declarado se ha mi muerte.

¿Falso amor! ¿Traicion extraña!

¡Ah, don Félix, cuántas veces

Esto de tu amor temí!)

Y él ¿nunca te dijo á tí

Lo mucho que tú mereces?

DOÑA JUANA.

Hasta agora me requiebra

Con palabras generales.

DOÑA ANA.

Pues ya con principios tales,

Haz cuenta que se celebra

Tu dichoso casamiento.

DOÑA JUANA.

Ese es el fin á que aspiro.

DOÑA ANA. (Ap.)

Por lo imposible suspiro:

Llevó mi esperanza el viento.

DOÑA JUANA.

El viene. ¡Ay, Ana! Remedía

Mi mal.

ESCENA V.

DON FÉLIX, GASTON.—DICHAS.

DON FÉLIX.

¡Mi prima y señora!

DOÑA ANA.

(Ap. ¿Qué podré callar agora?
Qué amor no acaba en tragedia?)
Mira, primo, que está aquí
Mi señora doña Juana.

DON FÉLIX.

Con los rayos de doña Ana;
Que me destumbran, no os vi.

DOÑA JUANA.

Disculpado estáis, don Juan.

DON FÉLIX.

Prima, aquí tengo que hablaros.

DOÑA ANA. (Ap.)

¿Qué sirve buscar reparos
Si tantos celos me dan?

DON FÉLIX. (Ap. á doña Ana.)

Prima, el Conde mi señor,
Que nunca mi señor fuera!
Quiere que á su dama quiera
Para proseguir tu amor;
Que dice que doña Juana
No estorbará, entretenida,
Su deseo, y que la vida
Daré á su esperanza vana.
Pareceme obedecer,
Como tu gustes, su gusto,
Pues no te dará disgusto
Lo que por burla ha de ser;
Que pues de mí estás segura
Que con el alma te adoro,
Y de guardarte el decoro
Nuevamente amor te jura,
No importará que la diga
Dos fingidos disparates.

DOÑA ANA.

¿Que desta suerte me trates!

DON FÉLIX.

¿Qué causa tu enojo obliga?

DOÑA ANA.

Pues tú, don Félix, ¿á mí
Hacer tercera me quieres
De tu gusto!

DON FÉLIX.

Las mujeres

Luego os alterais así;
Yo sirvo al Conde, aunque soy
Quien sabes: tú lo trazaste;
Y aunque en esto me obligaste,
Por tí sin descanso estoy.
Ya es fuerza, no hay qué enmendar;
Porque se suele decir
Que cuando servir, servir,
Y cuando mandar, mandar.
Esto el Conde me ha mandado:
Si paso porque te quiera,
Por conservar la quimera
De la invencion que has buscado,
Pasa tú porque le diga
Dos necesidades agora
A esta engañada señora,
Y que esta burla prosiga;
Que todo ha de resultar
En tenerte mas amor.

DOÑA ANA.

Antes será lo mejor,
Pues yo te daré lugar,
Que muy de veras la quieras;
Que aunque dices que te burlas,
Tal vez se comienzan burlas
Que acaban en muchas veras.
Anda, Félix; vesla allí:
Dile amores, haz tu gusto;
Que no me dará disgusto

Lo que te da gusto á tí.
 ¿Para qué es bueno engañarme,
 Sino tratarme verdad?
 Si la tienes voluntad,
 ¿De qué sirve atormentarme?
 ¿Hame de faltar á mí
 Algun gusto despreciado,
 Donde poner el cuidado
 Que no halla lugar en tí?
 ¿Gracia tienes! Y ¿qué tal
 Chillarte, Félix, quisiera,
 Si esta dama no entendiera
 Que ya te quiero tan mal!
 ¿Qué me miras?

DON FÉLIX.

¿Qué extrañeza!

Qué bárbara condicion!
 ¿Con qué extraña imperfeccion
 Os hizo naturaleza!
 ¿No ves tú que es conservar
 Nuestro amor este cuidado?

DOÑA ANA.

¿Lindo azúcar has buscado!
 Pero no me has de engañar;
 Que está debajo el veneno.

DON FÉLIX.

El Conde.

DOÑA ANA.

A buena ocasion.

(Vase hacia el Conde.)

ESCENA VI.

EL CONDE. — DICHOS.

CONDE.

¿Tales mis venturas son,
 Aunque dellas vine ajeno? —
 ¿Señora!...

DOÑA ANA.

Aquí, gran señor,
 Teneis vuestra esclava. (Ap. Quiero
 Vengarme.)

DON FÉLIX. (Ap.)

De celos muero,
 Que son cuartanas de amor;
 Que la piedad de los cielos,
 Viendo que era amor leon,
 Por templar su condicion
 Le dió cuartanas de celos.

CONDE.

Deseoso me tenia
 Vuestra ausencia.

DOÑA ANA.

No se ve;
 Porque nunca donde hay fe
 La presencia se desvia.

DON FÉLIX.

(Ap. Esta se quiere vengar,
 Y al Conde favorecer:
 Pues el reñir suele ser
 Recebir, doña Ana, y dar,
 Demos todos, y el amor
 Ayude al que mas pudiere;
 Que si yo vencido fuere,
 Al fin saldré del temor.)

(Vase á doña Juana.)

¿Qué soledad es aquesta?

DOÑA JUANA.

Faltar vuestra compañía.

DON FÉLIX.

A llegar me detenia
 La duda de esa respuesta.

DOÑA JUANA.

Quien puede estar tan seguro
 De lo mucho que merece,
 ¿Qué teme?

DON FÉLIX. (Ap.)

Amor me enloquece;

Sola mi muerte procuro.

DOÑA ANA. (Ap. al Conde).

Advierta vueseñoría
 Que doña Juana está allí,
 Y murmurará de mí.

CONDE.

Ya prevenido tenia
 A don Juan que la enamore.

DOÑA ANA.

Con todo, llegalda á hablar.
 (Ap. Muérome por estorbar
 Que hablen.)

DON FÉLIX. (Ap.)

Por mas que dore
 Doña Ana el favor que ha hecho
 Al Conde, no ha de poder
 En muchos tiempos volver
 Como la tuve á mi pecho.

CONDE.

Pues señora doña Juana,
 ¿Ya tan olvidada! (Llegando á ella.)

DOÑA JUANA.

Creo
 Que os debe mayor deseo
 La hermosura de doña Ana.
 Con esto, no os espanteis
 Si me retiro de vos.

CONDE.

En este jardin los dos
 Hablemos, si vos queréis;
 Porque tengo que contaros
 Un casamiento.

DOÑA JUANA. (Ap.)

¿Si fuese
 Con don Juan, y amor me diese
 Tanto bien!

CONDE.

Quiero obligaros. —
 Habla entre tanto, don Juan, (Ap. á él.)
 Con doña Ana en mi favor.

DON FÉLIX.

Yo voy á hablarla, Señor,
 Pues tanta ocasion me dan.
 (Vanse el Conde y doña Juana.)

ESCENA VII.

DON FÉLIX, DOÑA ANA.

DOÑA ANA.

¿Pensarás que estoy ya muerta
 Porque hablaste á doña Juana?

DON FÉLIX.

Y tú porque hablaste al Conde
 ¿Que debo de estar sin alma?

DOÑA ANA.

Si le hablé, señal sería
 Que tengo lengua.

DON FÉLIX.

No habla
 Quien no la tiene, y á mí
 No pienso yo que me falta.

DOÑA ANA.

¿Qué le dirías de amores!
 Qué de engañosas palabras!
 Qué de mentiras de hombres!

DON FÉLIX.

La mentira, cosa es clara
 Que nombre de mujer tiene.

DOÑA ANA.

La verdad es cosa llana
 Que tambien tiene ese mismo.

DON FÉLIX.

¿Estás contenta?

DOÑA ANA.

Y pagada. —

DON FÉLIX.

En fin, gustas de perderme;
 Pero tú dirás que ganas.

DOÑA ANA.

¿Qué pierdo si te he perdido?

DON FÉLIX.

Tienes razon: poco ó nada.

DOÑA ANA.

¿Cómo sufres que al jardin
 Lleve un galán á tu dama?

DON FÉLIX.

Como es tan grande mi amor,
 No he sentido que se vaya.
 Pero tú ¿cómo le dejas
 Si, como pienso, le amas,
 Que al jardin vaya con ella?
 ¿No ves que amor quiere guardas,
 Y que de las ocasiones
 Resultan cosas extrañas?

DOÑA ANA.

Como es tan grande mi amor,
 No he sentido que se vaya.

ESCENA VIII.

FLORA, que sale quedo. — DICHOS.

DON FÉLIX.

¿Qué mal término tuviste!

DOÑA ANA.

Pues; tú en mi término hablas,
 Villano, vil!

FLORA.

¿Qué es aquesto?

DON FÉLIX.

Tu madre: voyme. (Vase.)

ESCENA IX.

FLORA, DOÑA ANA.

FLORA.

¿En qué andas?

¿Piensas que ya no te entiendo?

DOÑA ANA.

Vén á matarme.

FLORA.

¿Tú tratas

De villano á don Juan?

DOÑA ANA.

Sí.

FLORA.

¿Si dices?

DOÑA ANA.

¿De qué te espantas?

FLORA.

¿No me he de espantar de ver
 Que le quieras bien, ingrata
 A Lisardo, al Conde, á todos
 Cuantos te quieren?

DOÑA ANA.

Acaba;

Que todo es quimera tuya.

FLORA.

¿Quimera el quererle llamas?
 En tanto pesar me huelgo
 Que has descubierto la hilaza.

DOÑA ANA.

Hilárasme tú mejor.

FLORA.

Basta necia; necia, basta.

DOÑA ANA.

¿Tan mal te parece á tí
 Que yo estuviera casada
 Con mi primo? ¿No es mi primo
 Don Juan hijo de tu hermana?
 ¿Pierde por su padre acaso?
 ¿No es Velarde? No es Sarabia?

No le dieron, como á ti,
Su principio las montañas?

FLORA.

Y de la dispensacion,
Si ese disparate entablas,
Dos mil ducados; es barro?
¡Plega á Dios!...

DOÑA ANA.

Tente, no hagas

Disparates.

FLORA.

¿Morderé?

DOÑA ANA.

No muerdas, puesto que rabias;
Que porque salgas de pena,
Si estas cosas te la causan,
Yo quiero querer...

FLORA.

¿A quién?

DOÑA ANA.

ni primo.

FLORA.

¡Oh fiera! Oh falsa!

DOÑA ANA.

sardo decir quise;
yase tal vez el alma
la lengua, porque amor
qualquier cosa resbala.

FLORA.

tú á Lisardo querrás?

DOÑA ANA.

, á Lisardo llama;
y me casaré con él.

FLORA.

¿Cumplirás esa palabra?

DOÑA ANA.

Tú lo verás.

FLORA.

Y tú en mí

Tanto amor y aficion tanta,
Que hoy, hoy quiero que á la puerta
De Guadalajara vayas,
Y saques por cuenta mia
Dos joyas y cuatro galas.

DOÑA ANA.

Ya he sacado yo una joya.

FLORA.

¿Qué joya?

DOÑA ANA.

Cierta venganza.

(Vanse.)

ESCENA X.

EL CONDE, DOÑA JUANA.

DOÑA JUANA.

Eso me parece bien.

CONDE.

Cuando un hombre se declara
Adonde debe respeto
Por obligaciones tantas,
¡Grande amor ó gran flaqueza!

DOÑA JUANA.

Pues Conde, ya que á la cara
De la verdad el rebozo
Le quita tu amor, descansa
De mi temor y respeto.
Sirve y pretende á doña Ana;
Que yo tambien quiero bien.

CONDE.

¡Ahora sí que me tratas
Como amigo, ahora sí
Que la verdad se levanta
De la opresion en que estuvo!
Pero ¿sabré yo á quién amas?

DOÑA JUANA.

A quien para casamiento
Me propones.

CONDE.

¿Cosa extraña!

¿A don Juan?

DOÑA JUANA.

A don Juan quiero;

Que á un mismo tiempo tu alma
Y la mia concertó
Un amor y una mudanza;
Porque yo quise á don Juan
Y tú quisiste á doña Ana.

CONDE.

Gran bien me has hecho: en albricias
Te mando una joya rara
Que de Italia me trujeron,
Donde verás las tres percas,
Por cien diamantes mas duras
Que por las vidas que acaban.

DOÑA JUANA.

Ya sabe don Juan mi amor,
Y yo le he dado esperanza.

CONDE.

Luego ¿bien podré valarme
De ti para con doña Ana?

DOÑA JUANA.

Tú verás, si con don Juan
Me ayudas para que salga
Mi casamiento á luz presto,
Lo que mi cuidado alcanza.

CONDE.

¿Puedome ya prometer
Algun bien?

DOÑA JUANA.

Sirve y aguarda;

Que hay ocasiones de amor
Que es buena la confianza.

(Vanse.)

ESCENA XI.

LISARDO, FLORA, DOÑA ANA, INÉS.

FLORA.

Mucho, Lisardo, estimo tu venida.

LISARDO.

Agradeces mi amor injustamente:
Una gran voluntad, aunque ofendida,
Vuelve con poca fuerza fácilmente.

FLORA.

Siempre fué la hermosura perseguida;
La justicia es mi hija claramente:
Quiérenla todos, si igualmente pasa,
Y ninguno la quiere por su casa.
El Conde nos promete mil quimeras,
Y da como esperanza de casarse;
Y esperanza aun entera, y mil enteras
Pocas veces se ven ejecutarse
De otros así; mas tú lo consideras,
Y ella, pues es razon debe excusarse.
Si nació para ti, ¿qué nos cansamos,
Cuando en un parecer los tres estamos?

LISARDO.

El Conde me llamó, díjome el Conde
Mil invenciones y temores vanos.

FLORA.

¿Qué mal á su nobleza corresponde!
Mas tiene amor sin ojos y aun sin manos.

LISARDO.

Sin ojos, Flora, ceguedad responde,
Así le pintan griegos y romanos; [gas,
Pero sin manos no; que han de ser lar-
Para que pueda darle el oro á cargas.

FLORA.

Ahora vamos á hacer las escrituras,
Y ruin sea esta vez por quien quedare.

LISARDO.

Vamos; que desta vez serán seguras,
Como en el juramento se repara.
(Vanse Flora y Lisardo.)

ESCENA XII.

DON FÉLIX, GASTON, que se quedan
retirados. — DOÑA ANA, INÉS.

DOÑA ANA.

¿Qué fin han de tener mis desventuras?
Pero ¿qué desventura habrá que pare
Sino es en mí?

DON FÉLIX.

¿Qué es esto Inés? (Ap. d ella.)

INÉS.

¿Qué quieres?

El tiempo, el son, mudanzas las mujeres.

DON FÉLIX.

¿Lisardo aquí otra vez?

INÉS.

Pues ¿no lo miras?

GASTON.

Háblala por tu vida cuerdamente.

DOÑA ANA.

¿Eres don Félix tú? ¿De qué te admiras,
Pues ocasion me has dado suficiente?
Si tú á casarte en otra parte aspiras,
¿Es milagro que yo lo mismo intente?
No sabes que no hay gustos ni placéres
Que olviden la venganza en las mujeres?

DON FÉLIX.

Prima, pero ya no prima,
Y si prima, falsa y tal,
Que en mis bienes suena mal,
Pues á dejarme se anima,
¿Qué pecho habrá que reprima
La fuerza de tu mudanza,
Que al honor y al alma alcanza?
¡Ah! ¿cómo se echa de ver
Que pasas, como mujer,
Del amor á la venganza!
Si te dije que queria
De burlas á doña Juana,
Porque eras mi luz, doña Ana,
Como lo es el sol al día,
¿Qué ofensa hacerte queria,
Pues antes era defensa
Del Conde, cuyo amor piensa
Tu ingrato pecho pagar?
Pero quien quiere olvidar,
Bien sabe fingir la ofensa.
¿Qué buena paga de amor!
Tarde y mal, pues nunca el mal
Llegó tarde. ¿Qué mortal
Veneno! ¿Qué vil temor!
Yo ser á tu fe traidor?
Yo mudarme? Mas ¿qué digo,
Si tu esposo y mi enemigo
Me han de vengar hoy aquí,
Pues yo quedo muerto en ti
Y él queda vivo contigo?

DOÑA ANA.

Poco á poco; que es locura
Pensar que nadie ha de ser
Tan suyo, que pueda hacer
Desprecios á la ventura.
La voluntad mas segura,
Si es discreta y fué dichosa,
Ha de estar mas sospechosa;
Que quien ama no ha de amar
De burlas, para matar
Un alma siempre celosa.
¿Qué querias que yo hiciera,
Si dices que has de querer?
¿Puedote yo el alma ver?
¿Es tu pecho vidriera?

No hay burla mas verdadera
Que llegarse amor burlando;
Que el amor lisonjeando
Entra mejor sin recelo;
Porque el trato es como anzuelo,
Que pesca el alma callando.
¡Había yo de aguardar
A lo que pudiera ser,
Y que hablando de querer,
Te supieras tú guardar?
La ocasion ha hecho errar
Muchos que no lo creyeron,
Que mas santos que tú fueron:
Luego, Félix, no presumas
Que te servirán las plumas
Con que los otros cayeron.

DON FÉLIX.

Disculpas tu liviandad
Con lo que está por venir.

DOÑA ANA.

Nunca ha sido el prevenir
A lo menos necesidad.

DON FÉLIX.

El mudar tu voluntad
Bien se ve que no es honor.

DOÑA ANA.

El casarme, ¿qué mayor?

DON FÉLIX.

¡Tal dices? ¡Plega á los cielos
Que nunca te falten celos
Y siempre te sobre amor!
¡Hay tan grande libertad?
¡Esto se sufre á mis ojos?

DOÑA ANA.

Félix, con menos enojos;
Que es esa mucha amistad.

DON FÉLIX.

¡Fíaste de mi lealtad?

DOÑA ANA.

Ni aun de mí pienso fiarme.

DON FÉLIX.

No has acertado en dejarme;
Que en llegando á no querer,
¿Qué piensas que puedo hacer
Sino vengarme ó matarme?

GASTON.

Señor, ten por Dios cordura.

INÉS.

Señora, ten mas acuerdo.

DOÑA ANA.

Déjame, necia.

GASTON.

Advierte...

DON FÉLIX.

Déjame, necio.

ESCENA XIII.

FLORA. — Dichos.

FLORA.

¿Qué es esto? ¡Otra vez pendencia!

DON FÉLIX.

Hago al cielo juramento,
Y á cuantas luces sagradas
Son guararnien de sus velos,
A la patria en que nací,
A mis padres y á mis deudos,
A mis amigos...

FLORA.

Detente.

DON FÉLIX.

No me detengas.

FLORA.

Si quiero.

DOÑA ANA.

¿De qué historia de Zamora,
Señor primo, sacó el reto?

DON FÉLIX.

No importan burlas, doña Ana,
En verdaderos sucesos:
Lo que juro cumpliré,
Si el mar, la tierra y el fuego
Y todos los vientos juntos
Se me pusiesen en medio.

DOÑA ANA.

¿Todos los vientos?

DON FÉLIX.

Y todo

Cuanto es poder y no es cielo,
De no verte eternamente
Mientras en tu casa...

FLORA.

Pienso,

Don Juan, que te has vuelto loco.

DON FÉLIX.

Pon, Gaston, mi ropa presto;
Esos papeles recoge,
Saca esas maletas luego.
Hoy me parto á la montaña:
Deme el valle de Carriedo
En sus simas sepultura;
Lloren mis padres.

FLORA.

¿Qué es esto?

¿Adónde vas de ese modo?

¿Es justo que su remedio
Quieras quitar á tu prima?

DON FÉLIX.

Tía, ya no mas, ya es hecho.
Yo he llegado á declararme:
No te espantes; que estoy muerto:
Cúlpatelo á ti, que formaste
La ingrata por quien me pierdo.

¿Para esto vine á la corte,
Y á tu casa para esto?

¿Para esto me diste en ella
Con tanto amor aposento?

¿Doña Ana se ha de casar!

Otra vez le ruego al cielo

Que si volviere á tu casa

Me pase...

GASTON.

Calla.

DON FÉLIX.

No quiero.

GASTON.

¿Voy á poner las maletas?

DON FÉLIX.

Pues ¿eso dudas?

GASTON.

Harélo

Con lágrimas de mis ojos.

(Vase don Félix.)

ESCENA XIV.

FLORA, DOÑA ANA, GASTON, INÉS.

DOÑA ANA.

Él se fué.

FLORA.

¿Qué es esto?

GASTON.

Celos.

Dame tus piés y perdona
Los pesares que te he hecho.

FLORA.

Yo te perdono, Gaston.

GASTON.

¿Sábelos todos?

FLORA.

Sospecho

Que no serán de importancia.

GASTON.

Como me voy, me confieso.
Primeramente, una noche,
De tu despena (ya tiemblo)
Descolgué cuatro chorizos
Y una pierna de carnero.
Las tres azumbres de vino
Por que azotaron al negro,
Yo me las bebi también.

FLORA.

Camina, déjate deso.

GASTON.

Échame tu bendicion;
Que espero, Flora, en el cielo
Que has de obispar algun día.

FLORA.

¿Qué dices?

GASTON.

Que siempre es bueno

Recibir la bendicion
De los que lo son por cierto,
Aunque no sean obispos,
Porque después pueden serlo.
A mi señora doña Ana
No hablo, porque la veo
Con las manos en los ojos.—
Tú, Inés, pues bien los merezco,
Dame tus abiertos brazos.

INÉS.

En fin ¿te vas?

GASTON.

¿Cómo puedo

No irme?

INÉS.

Dios te encamine.

GASTON.

Y á ti te libre de perros.

FLORA.

Alza los ojos, doña Ana,

Alza los ojos del suelo.

¡Lágrimas tú!

DOÑA ANA.

Pues ¿qué quieres.

Pues ya se va cuanto quiero?

Y cuando no fuera así,

¿A ser tu sangre no debo

Estas lágrimas?

FLORA.

No digo

Que no flores, que aun yo tengo

Como cera el corazón;

Pero que tengas consuelo;

Que en haciéndose la boda,

Con la bendicion del cielo,

Querrás bien á tu marido

Como otras muchas lo han hecho.

DOÑA ANA.

Desconfío, madre mía.

FLORA.

La cosa de mas contento

En la mujer son las galas,

Destas, dos mil te prometo.

DOÑA ANA.

Madre, las galas y joyas

No bastan, porque es lo menos

Para pasar tanta vida

Al lado de un hombre necio.

(Vanse.)

Sala en casa del Conde.

ESCENA XV.

EL CONDE, MARCELO.

CONDE.

Dos cosas son bien notables.

MARCELO.

La boda se vuelve á hacer,
Y se va don Juan.

CONDE.

No hablas
Jamás en loor de mujer;
Porque todas son mudables.

MARCELO.

Todas no; que hablas con ira;
Que es lo mas que dicen delias,
Engaño, burla y mentira.

CONDE.

Quien pone esperanza en ellas,
¿Qué piensa? De qué se admira?
¿Qué bien dijo Sanazaro,
Que sembraba en el arena,
Y que araba el viento claro...

MARCELO.

Mas vale sola una buena
Que el mundo.

CONDE.

Es ejemplo raro.

MARCELO.

¿Raro? Sin comparacion
Mas las que son buenas, son.

CONDE.

Créolo; estoy enojado:
Terrible ocasion me han dado,
Y háceme hablar la ocasion.
Bien sé yo que una mujer
Virtuosa puede ser
Corona de una ciudad;
En muchas hay variedad.

MARCELO.

Es que les falta el poder;
Mas que vario un hombre sea,
¿No es fealdad?

ESCENA XVI.

DON FÉLIX, de camino; GASTON. —
DICHOS.

DON FÉLIX.

Vuescñoría

Me dé los piés, porque vea
Que viene el mal en un día
Y que el bien siempre rodea.
Señor, mi padre me escribe
Que queda para morir.

CONDE.

Sola esa carta prohíbe
El detenerte, y sufrir
El alma el mal que reciba.

DON FÉLIX.

Yo lo quisiera excusar;
Pero mi pobre hacendilla
Mal se podrá gobernar;
Que costó mucho adquirilla,
Y es un honrado solar.

CONDE. (A Marcelo.)

Haz que le dén mil ducados.
Vénte conmigo, don Juan.

DON FÉLIX.

Vivas los años doblados
De Néstor.

(Vanse el Conde y Marcelo.)

ESCENA XVII.

DON FÉLIX, GASTON.

GASTON.

Por Dios, que van

Los dueños con pan dorados.

DON FÉLIX.

No hay, Gaston, sino partir.

GASTON.

¿No te alegra este dinero?

DON FÉLIX.

Ya no estoy para sentir;
Porque gozarlos no espero,
Como el que quiere morir.

GASTON.

¿Mil ducados! ¿No estás loco?
¿Pese al alma de un judío!

DON FÉLIX.

Ya todo lo estimo en poco.
Pero partamos con brio.
Celos, yo mismo os provooco;
Que todo aqueste accidente,
Es hasta pasar la puente.

GASTON.

La puente de amor son celos.
Paga el portazgo en consuelos,
Y pasarás felizmente.

DON FÉLIX.

¿Cómo tengo de poder
Olvidar hoy, si amé ayer?

GASTON.

¿Tuviera yo mil ducados!
Y una higa á los cuidados
De la mas linda mujer.

(Vanse.)

Sala en casa de Flora.

ESCENA XVIII.

DOÑA ANA, LISARDO.

DOÑA ANA.

No tienes que cansarme;
Que ya estoy con intento diferente.
Ya no quiero casarme.

LISARDO.

Ni yo tengo paciencia suficiente
Para tanta locura,
Ni hay palabra en mujer, ni fe segura.

DOÑA ANA.

¿Quién dice que la tengas?
Véte con Dios, Lisardo, véte luego,
Y eternamente vengas
A esta casa.

LISARDO.

¿Qué honor, qué amor! ¡Oh!

En quien pone esperanza
En la esfera mayor de la mudanza!
¿Para qué me llamabas?
Yo ¿no estaba de ti tan descuidado
Como de mí lo estabas?
Para tanta deshonra ¿me has llamado!
¿De qué estás ofendida?
Mas débese de estar de ser querida.
Basta; que soy el coco:
A cualquiera desden de tus afecciones.
Teniéndome en tan poco
Como se ve por burlas semejantes,
Venga Lisardo, ¡ah cielos!
Y á todos cause con casarse celos.
Concertemos, doña Ana,
Que esto pase por burla, y no de veras;
Que yo vendré mañana,
Y otras mil veces que casarte quieras,
A hacer el fingimiento
De aqueste malogrado casamiento.

DOÑA ANA.

Déjame; que estoy loca.

LISARDO.

¿De qué lo estás? Consuélate conmigo.

DOÑA ANA.

Con el agua á la boca,
¿Me pides que hable!

LISARDO.

Que te dejo digo
Por loca y por ingrata, [trata!
¿Mal haya, amor, quien con verdad te
(Vase.)

ESCENA XIX.

FLORA.—DOÑA ANA.

FLORA.

¿Qué voces son aquestas?

DOÑA ANA.

Que he despedido, madre, el desposado
En medio de las fiestas,
Y que se va de aquí desesperado.

FLORA.

¿Por qué?

DOÑA ANA.

Porque no veo
El bien que adoro, el dueño que deseo.
¿Ay madre! Ay madre mía! [ave!
¿Cuánto estará de aquí? ¿Quién fuera un
¿Qué leguas en un día
Anda una posta? Pero bien lo sabe
Mi loco pensamiento,
Que va tras él acompañando el viento.
¿Habrá mi bien parado?
¿En qué venta estará? ¿Si corre agora?

FLORA.

¿Que con vida he quedado,
Viéndote loca ya?

DOÑA ANA.

Mire, Señora,
Don Juan es su sobrino:
¿Qué culpa tuve yo si á verla vino?

FLORA.

Acabóse, esto es hecho.
Vénte á acostar, doña Ana, que estás loca.

DOÑA ANA.

Lleno de fuego el pecho,
Ya ni dormir ni descansar me toca.

FLORA.

Perdiendo estoy el seso.
¿Hay desdicha tan brava? Hay tal suceso?

ESCENA XX.

INES.—DICHAS.

INES.

Apenas puedo de risa
Darte un recado, Señora.

FLORA.

¿Viene el Conde por ventura?
Buscaré dónde me esconda.

INES.

Que no es el Conde.

FLORA.

Pues ¿quién?

INES.

Dos hidalgos en dos postas.

FLORA.

¿Quién?

INES.

Don Juan y su criado.

DOÑA ANA.

Toda el alma me alborotas.

FLORA.

Por el siglo de mi padre,
Que nos han de volver locas.

DOÑA ANA.
¿Burlaste, Inés?
INÉS.
¿Qué es burlarme?
Ya entran.

ESCENA XXI.

DON FÉLIX y GASTON, *en cuerpo*.—
DICHAS.

GASTON.
¿De qué te enojas?
DON FÉLIX.
¡Jesus! ¡Jesus! ¿Qué descuido!
¡Los papeles que me importan
Honra y vida, y por lo menos
Donde está mi ejecutoria!

FLORA.
¿Qué es esto, señor sobrino?
DON FÉLIX.
Este demonio, que acorta
Mi vida con sus descuidos.

DOÑA ANA. (Ap.)
Temblando me tiene toda.

DON FÉLIX.
¡La ejecutoria olvidada,
Que es todo mi amparo y honra,
Me deja en el aposento!
¡Vive Dios!

GASTON.
Tenle, Señora.
DON FÉLIX.
Estaba en Villacastín,
Y con la ocasión forzosa
De ser el lugar behetría,
Que noble ó no, tanto monta,
De mi ejecutoria trato
Con tres ó cuatro personas
Que estaban en la posada,
Y dice con linda sorna
El picaro, el ganapan,
Que se le olvidó.

GASTON.
Reporta
La cólera.

DON FÉLIX.
Pues, picaño,
No se os olvida la bota,
Ni para vuestros regalos
La bien prevenida alforja,
¿Y mi ejecutoria sí?

FLORA.
Ten la espada rigurosa.

GASTON.
Llega tú, pues eres ángel,
Si te acuerdas de la historia
Del sacrificio.

DOÑA ANA.
No sé
Si me conoce.

GASTON.
Y te adora.
DOÑA ANA.
Viníendola de tanta ausencia,
Puede ser que no conozca
Los que le habemos servido.

GASTON.
¿Ausencia llamas seis horas?

FLORA.
Repórtate ya, sobrino;
Que es ya tarde, y si alguien ronda,
Pensará lo que él quisiere;
Y es la vecindad de forma,
Que daremos que decir.
En fin, ¿tú vienes á posta,
Digo por la posta, en busca

De tu carta ejecutoria?
¡Ay, sobrino, cómo entiendo
Que la causa desto es otra!
Pero sea lo que fuere,
Achaque quieren las cosas.
DON FÉLIX.
¡Yo! plega á Dios!...

FLORA.
No lo jures.
DON FÉLIX.

Tú verás si un ave torna
Con mas presteza que yo,
Por mas que los aires rompa,
Si la ejecutoria veo.

FLORA.
En noche oscura y lluviosa
No corras postas, sobrino;
Sobrino, duérme y no corras;
Vente á descansar; que en fin
Achaque quieren las cosas. (Vase.)

ESCENA XXII.

DON FÉLIX, DOÑA ANA, GASTON,
INÉS.

DON FÉLIX.
¿No me hablas?
DOÑA ANA.
¿Qué he de hablar?
¿Soy tu ejecutoria ahora?
DON FÉLIX.
Eres alma por quien vivo,
Eres mi bien y mi gloria.
¿Casástete ya?

DOÑA ANA.
No sé.
DON FÉLIX.
Si te llamabas mi esposa,
¿Cómo te has casado? ¡Ay cielo!
Venga el dichoso que goza
Tus manos; déme la muerte,
Si bien el gozarte sobra.

DOÑA ANA.
Y todo aqueso que dice,
¿Lo dice la ejecutoria?
DON FÉLIX.
Sí, mi bien.

DOÑA ANA.
¡Válgame Dios,
Qué hidalguía tan famosa!—
Entra, Gaston, por la carta.

DON FÉLIX.
¿Qué carta?
DOÑA ANA.
¿De la memoria
Se te olvida á lo que vienes?
Achaque quieren las cosas.

GASTON.
¡Brava vaya nos van dando!

DON FÉLIX.
Voy á ver si la apasionan
Unos cueros rendidos
Por unos ojos que lloran.

INÉS.
Y á él ¿qué se le ha olvidado?
¿Es escarpin?

GASTON.
Una moza
Que estaba en aquesta casa
A manera de pelota.

INÉS.
¿No es él hidalgo también?
No viene á buscar la joya
De su ejecutoria?

GASTON.
Sí.
Pero eres tú, y está rota.
Hagamos las amistades,
Si en estrado y alhombra
Te sientes, y á la ventana
Tengas papagayo y mona.

INÉS.
Digo que yo te perdono.
GASTON.
Dame aquesa mano.

INÉS.
Toca;
Que cuando hay vergüenza en ellas,
Achaque quieren las cosas.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de doña Juana.

ESCENA PRIMERA.

LISARDO, DOÑA JUANA.

DOÑA JUANA.
En fin, ¿que se fué don Juan?

LISARDO.
Celos de mi casamiento,
Aunque todo ha sido viento,
Notable pena le dan.

DOÑA JUANA.
Y ¿que era primo y galán
De doña Ana?

LISARDO.
Desta suerte
Don Juan al Conde divierte;
Que cuanto trató contigo
Fue engaño de falso amigo,
Aspid, arsénico y muerte.
El áspid entre las flores
Mata al villano inocente,
Como en cristal el ardiente
Arsénico á los señores;
La muerte con sus rigores
Asalta con piés de lana
Nuestra flaca vida humana:
Tal vino á quitar la vida,
En su hermosura escondida,
La variedad de doña Ana.
Yo, Señora, arrepentido
De mi amor y su rigor,
Quise conducir mi amor
A las aguas del olvido.
Del tiempo que la he querido
Pido á tu gracia perdon,
Dando por satisfacción
Sus engaños tan mal hechos;
Que todos los nobles pechos,
De engañar fáciles son.

DOÑA ANA.
Antes te quiero creer
Que quererte.

LISARDO.
La venganza
En amor todo lo alcanza.

DOÑA JUANA.
Venganza debe de ser.

LISARDO.
Quise esta ingrata mujer.
Que á don Juan tanto ha querido;
Pero, el engaño entendido,
Pagó, Señora, tu amor;
Que la venganza mayor
Es pasar de amor á olvido.
Yo la amaba con lealtad
En tanto que me engañaba;
Que, como verdad trataba,

Juzgué su amor por verdad,
Mas viendo su falsedad,
Y de los dos el concierto,
Quedó todo descubierto,
Y como loco mi amor;
Que los celos son dolor
Que hará dar voces á un muerto.

DOÑA JUANA.
Con celos nunca se olvida;
No es posible que lo estés.

LISARDO.
Si es agravio, tú ¿no ves
Que no hay cosa que mas pida
Venganza tan merecida?

DOÑA JUANA.
Si no van tus pensamientos
Mas que á la venganza atentos,
Ni cases ni hagas mudanza;
Que nunca por la venganza
Son buenos los casamientos.

LISARDO.
No tienes ya qué temer;
Que no comenzar á amar,
Señora, en otro lugar,
Principios de aborrecer;
Y en siendo tú mi mujer,
¿Por qué ha de faltarme el trato
Que á nadie ha salido ingrato?

DOÑA JUANA.
Porque aunque en mis brazos sea,
Quien los que amaba desea,
Tendrá en el alma el retrato.
Tras esto, palabra di
De casarme con don Juan
Al Conde.

LISARDO.
Las que se dan,
Bella doña Juana, así,
Muy pocas veces las vi
Llegar hasta el cumplimiento;
Que basta ser casamiento
Para empezar á mentir,
Pues el eco ha de decir,
Tras el casamiento, *miento*.

DOÑA JUANA.
Ahora bien, yo he de informarme
Desta ausencia y deste enredo,
Donde verás lo que puedo,
En pudiendo asegurarme.

LISARDO.
Mucho quisiera emplearme
En quien vengarme pudiera.

DOÑA JUANA.
En casa de Flora espera.

LISARDO. (Ap.)
Celos, á muchos casais;
Pero no me arrepintais;
Pues es menos mal que muera.
(*Vanse.*)

Sala en casa de Flora.

ESCENA II.

DON FÉLIX, DOÑA ANA, GASTON,
INÉS.

DON FÉLIX.
No es de noble el castigar,
Ni la venganza hidalguía.

DOÑA ANA.
Es mucha la ofensa mía.

DON FÉLIX.
Quien no sabe perdonar
No diga que es bien nacido.
Y yo ¿cuando te agravié?

DOÑA ANA.
Cuando se atrevió tu fe
A solicitar mi olvido.

DON FÉLIX.
Celos en gente discreta
Siempre fueron disculpados.

DOÑA ANA.
Cuando son celos honrados,
De que el alma se inquieta.

DON FÉLIX.
¿Hay celos sin honra?

DOÑA ANA.
Sí.

DON FÉLIX.
¿Cuáles?
DOÑA ANA.
Los que piensan mal
De una persona leal.

DON FÉLIX.
Engañaste.

DOÑA ANA.
¿Cómo así?
DON FÉLIX.
Porque no puede haber celos
Que piensen bien, porque son
Temor.

DOÑA ANA.
La satisfacción
Ha de quitar los recelos;
Y los celos han de ser
Tales, que callarlos pueda
El que los tiene, y no exceda
Del crédito que ha de haber
De las prendas del honor.

DON FÉLIX.
Como no los has tenido,
Culpas mi error.

DOÑA ANA.
Nunca ha sido
Grande sin celos amor.

DON FÉLIX.
Pequeño el tuyo sería
Por esa misma razón.

DOÑA ANA.
Celos tuve; pero son
Como en causa tuya y mía.
Y bien te acuerdas que fueron
Principio de nuestro daño.

DON FÉLIX.
Ya, mi bien, el desengaño
De mis verdades te dieron;
¿A qué puede tu belleza
Ni mi grande amor llegar,
Que á obligarme á confesar
Que tuve, en volver, flaqueza?
Al Puerto, mi bien, llegué;
Pero no pasé del Puerto,
Porque de tu olvido cierto,
En su nieve me abrasé.

En su nieve me abrasé.
Apenas á Guadarrama
Vi la cumbre, cuando vi
Mi cierta muerte si allí
No hallaba paso mi llama.
Busqué el achaque que ves,
Y el rostro vuelto á la torre,
Dije á Gaston: «Pica, corre,
Hasta que en Madrid estés;
Que me dejó el alma allí,
Ejecutoria del cielo»...

—Y aun olvidada recelo,
Pues en tu pecho lo está.
Ya vine, ya he confesado
Que no he de vivir sin ti.—
Gaston, ¿no es aquesto así?

DOÑA ANA.
¿Qué bien testigo!

INÉS.
Abonado.

GASTON.
¿Hay tachas que me poner?

DOÑA ANA.
Mas que cabellos.

GASTON.
Señora,
Cuánto don Félix te adora
Ha confirmado el volver.
Desenójate, por Dios;
Que ya bastan cuatro dias
De vuestras melancolias.
Ea, ¿qué os mirais los dos,
Si os moris por abrazaros?
Acerca á doña Ana, Inés.—
Y tú mueve ya los pies.

INÉS.
Acabad de concertaros;
Que don Félix dirá al Conde
Que se volvió del camino
Porque un hombre propio vino,
En que su madre responde
Que ya está su padre bueno.

DOÑA ANA.
¿Pobre de cualquier mujer,
Que siempre habemos de ser
Vasos de vuestro veneno,
Blanco de vuestros enojos
Y centro de vuestros celos!

DON FÉLIX.
Por eso os dieron los cielos
Posesion de nuestros ojos,
Llave de nuestros sentidos,
Imperio de nuestros pechos,
Dudosos ó satisfechos,
Amados ó aborrecidos.

DOÑA ANA.
Yo te abrazo, y lo deseo.

DON FÉLIX.
A no ser tan pertinaz...

GASTON.
¿Oh, gracias á Dios, que en paz
Como gente honrada os veo!
Deme su merced á mí.
Los brazos.

INÉS.
También le abrazo.

ESCENA III.

DOÑA JUANA. — DICHOS.

DOÑA JUANA.
No me desagrada el lazo.
DOÑA ANA. (Ap. á don Félix.)
¿Es la tal?

DON FÉLIX.
Pienso que sí.

DOÑA JUANA.
Dícenme que estás ausente,
Y ya tan presente estás,
Que nunca te ausentarás
Del bien que tienes presente.

DON FÉLIX.
Dijéronte la verdad:
Yo llego ahora á Madrid.

DOÑA ANA.
Si os estorbo, me advertid;
Mas quíeroos dejar: hablad.

DOÑA JUANA.
Antes yo debo de ser
La que estorbo.

DOÑA ANA.
No lo creas,
(*Vanse doña Ana y Inés.*)

ESCENA IV.

DON FÉLIX, DOÑA JUANA, GASTON.

DOÑA JUANA.
Don Juan, bien venido seas.

GASTON. (Ap.)
Esta nos echa á perder.

DON FÉLIX.
No sé si soy bien venido;
Ya me quisiera tornar.

DOÑA JUANA.
¿Cómo lo puede dudar
Quien es tan bien recibido?

DON FÉLIX.
¿Es malicia?

DOÑA JUANA.
No lo sé.
Si pueden mentir los ojos...

DON FÉLIX.
No es bien, Señora, que enojos
Aquel abrazo te dé;
Porque ¿cuál recien venido
No le merece?

DOÑA JUANA.
Es así;
Pero al partirte de aquí
Ni al venir le he merecido:
Al partir, por no saber
Que de Madrid te partías;
Y al volver, porque tenías
Los brazos que vengo á ver.
De suerte que ni venido
Ni partido te he gozado;
Que á pecho tan apartado
Nunca le hicieron partido.

DON FÉLIX.
Yo soy lo que prometí,
Y tú sin causa celosa;
Mi prima es deuda forzosa,
Y cuando yo me parti
No me daban mas lugar,
Ni me pude detener.

DOÑA JUANA.
Disculpas de aborrecer
Nunca las admite amar;
Mas ya, don Juan, que has venido,
Asegura mis temores,
Pues las obras son amores,
Y la palabra te pido.

DON FÉLIX.
En hablando al Conde, haré,
Con su licencia (que es justo),
Señora mía, tu gusto;
Porque su gusto no sé;
Que no querria que hubiese
Reliquias de aquel amor
Que te tuvo.

DOÑA JUANA.
¿Qué temor
Tan sin propósito es ese!
Adora el Conde en doña Ana,
Casarse quiere con ella.

DON FÉLIX.
¿Qué dices?

DOÑA JUANA.
Que ya atropella
Aquella arrogancia vana
Con que fué Luzbel desi,
Y de sí mismo cayó.

DON FÉLIX.
¿Casarse el Conde!

DOÑA JUANA.
Pues ¿no?
DON FÉLIX.

¿Sábeslo?

DOÑA JUANA.
Digo que sí.
DON FÉLIX.
¿Gaston!
GASTON.
Señor...

DON FÉLIX. (Ap. á Gaston.)
¿Cómo habia
Doña Ana de recibirme?
¡Oh, qué mal hice en venirme!
No en vano me resistia
Con el Conde está casada.

GASTON.
El que quiere y se resiste,
En otro gusto consiste:
DON FÉLIX.
Que hallara, Gaston, mudada
Una mujer en ausencia
De un año, y aun de un mes, vaya;
Mas que mudado se haya
En seis horas, no hay paciencia.

GASTON.
¿Seis dices? ¿Deso te espantas?
Pues tu ingenio ¿no adivina
Que son casas de la China,
Compuestas de piezas tantas,
Que en un hora un caballero
Muda á otro barrio su casa?
Pues así esta gente pasa
Su casa al barrio primero.
Preguntaron á un letrado
Cómo firmeza tendria
Una mujer, y aquel día,
Después de haberlo estudiado,
Dijo, mil libros leídos,
Y advirtiendo en sus antojos:
«Como naciera sin ojos
Y tapados los oídos.»

DON FÉLIX.
Ahora bien; hasta saber
Si esto es así ó no es así,
Disimulemos aquí.

GASTON.
Y aun mudos podemos ser.
DON FÉLIX.

Doña Juana, si casada
Doña Ana está con el Conde,
La misma razon responde
Que está muy bien empleada.
Ello ha sido su ventura;
La mía contigo sea,
Que es es lo que el alma desea
Y lo que mi honor procura.

DOÑA JUANA.
Ahora si que procedes
Como hidalgo montañés;
Y así, quiero que me des
Los brazos que me concedes,
Ya por ser recien venido,
Ya porque mi dueño eres.

DON FÉLIX.
Por todo, pues tú los quieres.
(Abrázala.)

ESCENA V.

DOÑA ANA. — DICHOS.

DOÑA ANA.
¿Bien á fe!
DON FÉLIX. (Ap.)
Yo soy perdido.

DOÑA ANA.
Muchos años os goceis.
DOÑA JUANA.
Para servirte serán;
Que ya es mi dueño don Juan.
Y pues que ya lo sabeis,
Voy á visitar á Flora.

DOÑA ANA.
¿Tienes vergüenza en la cara?
GASTON.
Que viene el Conde repara.
DOÑA ANA.
Esto me faltaba agora.

ESCENA VI.

EL CONDE, MARCELO. — DOÑA ANA, DON FÉLIX, GASTON.

CONDE.
¿Tan presto vino don Juan?
DON FÉLIX.
Para servirlos, Señor.
CONDE.
¡Oh amigo! — Todo es amor.
(Ap. á Marcelo.)

MARCELO. (Ap. á Conde.)
Y mas, que juntos están.
CONDE.

MARCELO.
Disimulando
Harás aquesto mejor.
CONDE. (A don Félix.)
¿Cómo te has vuelto?

DON FÉLIX.
Señor...
MARCELO. (Ap. al Conde.)
¿No ves que se está turbando?
DON FÉLIX.
Una carta recebi
Con un propio, en que ya estaba
Mi padre bueno.

CONDE.
Pensaba
No verte tan presto aquí.
DON FÉLIX.

Los deseos de servirte
Me han vuelto.
CONDE.
Bien se parece.
MARCELO.

Que lo agradezcas mereca.
CONDE.
Tengo, don Juan, que decirte
Una grande novedad:
Que me caso con doña Ana.
MARCELO. (Ap.)

Bien dicho.
DON FÉLIX.
(Ap. Esperanza vana,
¿Qué aguardais? Desesperad.)
Huélgame yo de tener
Tal señora.

CONDE.
Yo pudiera
Buscar mi igual; mas no hubiera
En todo el mundo mujer
De su virtud y valor.
Por señora la tened.

DOÑA ANA.
Por tal favor y merced
Beso vuestros piés, Señor.
DON FÉLIX.
Dadme, Señora, las manos
DOÑA ANA.

Alzáos, don Juan.
GASTON. (Ap.)
¿Qué es aquesto?
DON FÉLIX. (Ap.)

(Vase.) ¡Ah, cielos!

DOÑA ANA. (Ap.)

Venguéme presto.

DON FÉLIX. (Ap.)

No eran mis recelos vanos.

CONDE.

Vamos un poco al jardín.

DOÑA ANA.

Aquesta mano os aguarda.

(Da la mano al Conde; y vanse ella, él y Marcelo.)

ESCENA VII.

DON FÉLIX, GASTON.

DON FÉLIX.

¿Qué respeto me acobarda

De no procurar mi fin?

¿Cómo no digo, Gaston,

Mis desventuras á voces?

GASTON.

Ya lo que es poder conoces,

Y juntamente qué son

Las mujeres, si hay reuñeta

De celos de su galán:

Baile de á cuatro, que están

Con otro hombre á cada vuelta.

DON FÉLIX.

Que no me digas consuelos;

Que nunca los hombres sabios

Los dan para los agravios;

Que en los agravios no hay celos.

Daré voces.

GASTON.

Oye un poco.

DON FÉLIX.

Detenerme es desvarío.

ESCENA VIII.

FLORA. — DICHO.

FLORA.

¿Qué es esto, sobrino mío?

DON FÉLIX.

¿Ya no lo ves? — Estoy loco.

FLORA.

¡Loco, sobrino! ¿De qué?

DON FÉLIX.

¿Quieres escucharme?

FLORA.

Si.

DON FÉLIX.

Oye, por tu vida.

FLORA.

Di.

GASTON. (Ap. á su amo.)

¿Qué quieres hacer?

DON FÉLIX.

No sé. —

Yo soy, generosa Flora,

Caballero de Granada...

—Has de escucharme hasta el fin

Sin responderme palabra. —

Don Félix es mi apellido,

De Córdoba, y de la casa

De los marqueses de Priego;

Que no menos que su hermana

Fué mi madre, si bien era

Natural, que no bastarda;

Pero ser Córdoba, Flora,

Por cualquiera parte basta

Para tener honra un hombre,

Grandeza, opinion y fama:

Son los Córdovas, Cardonas

Y Aragones sangre clara,

Donde hubo un hombre, que el Grande

Por excelencia le llaman.

No quedé con mucha hacienda:

Ser moderada fué causa

De venir á la ligera

A Madrid, centro de España.

Un hábito pretendía,

Que mis aumentos trataba,

Cuando amor en la Merced,

Oyendo misa una pascua,

Me la hizo de que viese

La hermosura de doña Ana.

Vila, perdí los estribos

Del sentido, llegué á hablarla,

Turbéme; que si hay estrellas,

En un instante se ama.

Debióle de suceder

Lo mismo; porque, turbada,

Cogieron sus ojos rosas

De su bellissima cara.

Pregunté quien era, y fui

Siguiéndola hasta su casa,

Donde, como flor del sol,

Hizo oriente sus ventanas.

Merecí que recibiese

Mis suspiros, sin palabras,

Después escritas, después

Dichas y después juradas.

Tras tanto después (que en fin,

Para mas después guardaba

Amor las penas de entonces),

Me escribió, por darme entrada

En su casa, que fingiese

El venir de la montaña,

Y llamarme don Juan, Flora,

De Velarde y de Sarabia.

Dije que era tu sobrino,

Fingiéndolo que de tu hermano

Las cartas se me perdieron

Al pasar por Guadarrama.

Acomodástele, Flora,

Para mayor abundancia

De la propuesta invención

Y de la fingida traza,

Con el conde Otavio, á quien

Sirvo, como ella lo manda.

Al cabo de mil sucesos,

Comienzan, Flora, mis ansias;

Que no hay fortuna de amor

Sin principio de bonanza,

Ni bonanza que no tenga

La tormenta á las espaldas;

Que no las tiene seguras

Aun de sí mismo quien ama.

Quiérese el Conde casar

Con ella; y ventura tanta

No quiera Dios que la pierda

Porque yo venga á inquietarla.

Cásese doña Ana, es justo;

Que no es mucho que sus gracias

Suban á ser señorías,

Pues que son señoras de almas.

Yo he puesto en razon mi amor;

Y con algo de venganza

(Que un pensamiento ofendido

Todo es trazas y amenazas),

Quiero casarme contigo;

Porque tus prendas son tantas,

Tan claro tu entendimiento,

Y tu nobleza tan clara,

Que no habrá quien no me estime

Por prudente; que mi casa

Ha menester tu gobierno,

Y la del Conde te aguarda;

Porque giendo suegros tuyos,

Haz cuenta, Flora, que mandas

Su estado y que él favorece

Mis pretensiones honradas.

Esto te digo en secreto,

Allá consigo lo trata;

Que yo sé que es tu remedio.

GASTON. (Ap. á su amo.)

¿Qué has hecho?

DON FÉLIX.

Buscar venganza

De una mujer que me ha muerto

Con obras y con palabras.

(Vanse los dos.)

FLORA.

¿Hay suceso, ni le ha habido,

Que tenga comparacion

Con tan extraña invencion?

Notable venganza ha sido.

ESCENA IX.

DOÑA ANA. — FLORA.

FLORA.

¿Hay mujer de tal ventura,

Si llega á efeto mi bien?

DOÑA ANA.

¿Qué hay, Señora?

FLORA.

En tu desden

Mi dicha estuvo segura.

¿Bien haya el primero día

Que amaste á don Félix!

DOÑA ANA.

¿Qué?

FLORA.

Ya sé quien es, ya lo sé,

Y sé que no soy su tia.

Ya me ha dicho la invencion:

Celos son grandes parleros;

Que son valientes, de fieros,

Puesto que cobardes son.

Ya sé que don Félix es

De Córdoba y de Cardona.

DOÑA ANA.

¿Luego el ser quien es abona,

Madre, la historia que ves?

FLORA.

Por mi bien le aborreciste,

Ana, y al Conde miraste,

Pues para ti padre hallaste,

Y á mi marido me diste.

Ya estamos los dos casados,

Que él me tiene voluntad;

Y no es, hija, liviandad,

Sino partir los cuidados

Del gobierno de la casa,

Y que asista un hombre en ella,

Porque sin él la atropella

Cualquiera viento que pasa.

¿Qué pícaro no se atreve

A una viuda así sola,

Pues por mas que se acrisola,

No cumple con lo que debe?

Tengo pleitos; es forzoso

Un hombre que entienda en ellos.

DOÑA ANA.

¿Saldrás fácilmente dellos,

Si los gobierna tu esposo?

FLORA.

Son cosas muy fastidiosas

Estas deudas de tu padre.

Hombre importa.

DOÑA ANA.

¿Ay madre, madre!

Achaque quieren las cosas.

FLORA.

Sin esto, mi soledad,

Y el verme de noche aquí

Con esclavos, es en mí,

Mas que honor, temeridad.

Si quisiese algun ladrón

Tomar esa poca plata,

De aquesta gente que trata

De escalar cualquier balcón

Y dar garrote á una reja,

¿Qué remedio nos quedaba?
Hija, la mujer mas brava
Es en fin humilde oveja.
No hemos de estar temerosas
Que un bellaco nos taladre
Las puertas.

DOÑA ANA.

¡Ay madre, madre!
Achaque quieren las cosas.

FLORA.

Con esto, si viene aquí,
Animale al casamiento.

ESCENA X.

DOÑA ANA.

Buenas noches, pensamiento;
Que ya no hay luz para mí.
Mas ¿cómo pueden ser buenas
En las camas regaladas,
Si no hay blandas almohadas
Cuando son duras las penas?
¡Hay desatino como este!
Yo, celosa, al fin pensé
Venganza que honrosa fué,
Aunque la vida me cueste;
Pero don Félix, ¿qué intenta
Si con mi madre se casa?
Mas es por tenerme en casa;
Que es potro en que me atormenta.
Querráme dar mala vida,
Padrastra me querrá ser.

ESCENA XI.

DOÑA JUANA. — DOÑA ANA.

DOÑA JUANA. (Ap.)

Bien puede un hombre temer
Una mujer ofendida,
Y esté muy cierto don Juan
Que, entendida su invencion,
Me la de dar mas ocasion
Que sus recelos me dan.

DOÑA ANA. (Ap.)

Esta es mi fiera enemiga,
Aunque mi madre lo es mas:
No pienso verla jamás;
Que hasta verla me fatiga.
Della comenzó mi daño,
Ella causó mi dolor,
Por ella entró con rigor
En mi alma el desencanto.
Dejad, engaños, mi pecho;
Que ya la desconfianza
En mi perdida esperanza
Tan grande escarmiento ha hecho.
Bien me pudiera casar
Con Félix; mas, temerosa
De vivir siempre celosa,
Su placer llamo pesar.
Ya no se atreve mi pecho
A dar lugar á su amor,
Porque es tanto mi temor,
Que huyo de mi provecho.
Decir pudiera mi engaño
Y dar mi amor á entender;
Pero no quiero querer
Con el miedo de mi daño.

ESCENA XII.

DOÑA JUANA.

Doña Ana está recelosa;
Ya no me habla, y de mí
Se guarda porque entendí
Toda la historia amorosa.
Pues presto los dos verán
Que puede el agravio mio.
El Conde es este, en quien se
La venganza de don Juan.

(Vase.)

ESCENA XIII.

EL CONDE, MARCELO. — DOÑA JUANA.

CONDE.

Es medio acertadísimo, Marcelo.

(Ap. á él.)

El fingir que me caso con doña Ana.

MARCELO.

Es en mujeres el mejor anzuelo;
Ninguna deja de picar en vana.

DOÑA JUANA.

¡Oh Conde, mi señor! guárdete el cielo.

CONDE.

¿Adónde bueno, hermosa doña Juana?

DOÑA JUANA.

A daros parabien del casamiento;
Que el pesame os viniera mas á cuento.

CONDE.

¿Es por la calidad?

DOÑA JUANA.

Ninguna os debe
Una mujer hidalga y bien nacida,
Y que por lo que tiene de ser rosa,
Vino bien que naciese en Espinosa.
Mas si esta rosa, aunque tan linda, fuese
Cogida al alba de extranjera mano,
¿Seria bien que ya marchita y seca
A las vuestras viniese?

CONDE.

¡Extraño caso!

Doña Juana, ¿qué dices? Si son celos
Mios ó de don Juan, ¿por qué me matas,
Y mi desdicha sin razon dilatas?

DOÑA JUANA.

Don Juan, su primo, es su galán, de suerte
Que casas con mujer que en tu criado
Ha puesto hasta en las obras su cuidado.

CONDE.

¿De qué lo sabes tú?

DOÑA JUANA.

De lo que he visto;
Pues, fuera de señales evidentes,
Le vi darle sus brazos.

CONDE.

¡Vive el cielo,
Que no hay de quién fiar! — ¿Qué haré,
MARCELO. [Marcelo?

¿Quién te ha de aconsejar?

CONDE.

Véte, Señora;
Que yo sabré tomar venganza agora
Del criado traidor que me ha ofendido.

MARCELO.

Agora, Señor, pienso que escondido
Estaría en su casa aquestos dias,
Y que fingió el camino para eso.

DOÑA JUANA.

Así porque decir verdad profeso,
Como por lo que debo á tu persona,
Quise desengañarte.

CONDE.

Agradecido,
De no te haber amado perdon pido.
(Vase doña Juana.)

MARCELO.

Siempre tuve, Señor, este recelo.

CONDE.

Morir tiene este bárbaro, Marcelo.

ESCENA XIV.

FLORA. — EL CONDE, MARCELO.

FLORA. (Ap.)

Bueno será darle parte,

Agora que solo está.

MARCELO. (Ap. al Conde.)

Su madre viene.

CONDE. (Ap.)

No habrá
Quien de matarle me aparte.

FLORA.

A hablar á vuesañería
Vengo con mucho contento.

CONDE.

Ese me falta, aunque intento
Tener contento algun dia.

FLORA.

Quiero decirle un secreto
Como á mi yerno y señor.

CONDE.

Como á tu amigo es mejor,
Cuya lealtad te prometo;
Que eso de yernos es cosa
Por celestial influencia
Malquista con la paciencia,
Y con el gusto enfadosa.
Lo que es suegros y cuñados
Es república insufrible.

FLORA.

Luego ¿ya será imposible
Que vivamos concertados?

CONDE.

Pues si tú me quieres dar
Esa tu marchita rosa,
Los monteros de Espinosa
¿Cómo la podrán guardar?
No la guardaste, ó quisiste
No la guardar de su primo,
Y á mi honor, que tanto estimo,
Su deshonor ofreciste!
Pues ¡vive Dios!...

FLORA.

¿Qué engañado

De algunos celos estás!

CONDE.

¿Yo engañado?

FLORA.

Aquí verás
La presuncion que te han dado;
Porque este no es mi sobrino.

CONDE.

Y eso ¿no es mucho peor?

FLORA.

No, Conde, sino mejor.
Este caballero vino
De Granada á pretender
Un hábito.

CONDE.

¿Qué amistad
Me haces en dar calidad
A quien has dado mujer?

FLORA.

No he dado tal.

CONDE.

Luego ¿en él
No has á doña Ana empleado?

FLORA.

No, pues tengo concertado
De casarme yo con él.

CONDE.

¿Tú con él?

FLORA.

Pues ¿por qué no?

CONDE.

¿Engáñasme?

FLORA.

De concierto,
Como á mí, Señor, te advierto.

CONDE.

Pues daré esta noche yo,

Porque se casa contigo
Seis mil ducados de albricias.

FLORA.

Pues, Otavio, si codicias
Ser tan liberal conmigo,
Yo me contento con dos.

CONDE.

No puede haber desengaño
Que satisfaga mi daño
Como casaros los dos. —
Marcelo, ¿puedo creer
Lo que dice Flora?

MARCELO.

Sí,

Y él acierta, en cuanto á mí,
En tan prudente mujer.

CONDE.

Cuál era de todo el mundo
El mas discreto, queria
Saber un rey, y aquel día
Dante, en las letras profundo,
Le dijo que el mas discreto
Fué Demócrito, aquel sabio,
Sin hacer á nadie agravio,
Mas prudente y mas perfeto;
Y era porque se reía
De todo cuanto pasaba;
Que si Herielito lloraba,
Fué necia filosofía.
Ciento y veinte años vivió
Demócrito con su risa;
El lloron se dió mas prisa;
Que á sesenta no llegó.

MARCELO.

Pues ¿qué quieres ser agora?

CONDE.

Un Demócrito, de ver
Que busque don Juan mujer...
(Ap. Y que se le antoje Flora.)

MARCELO.

Esto de los casamientos
Es cosa para reir;
Y así, se ven dividir,
Como dicen, por momentos.
Esto te ha estado muy bien:
Cácese Flora en buen hora.

CONDE.

Entra á componerte, Flora,
Y avisa á don Juan también;
Que esta noche quedarán
Firmadas las escrituras.

FLORA.

Pues tanto honrarme procuras,
Iré á buscar á don Juan,
Y guarde el cielo tu vida. (Vase.)

CONDE.

Ya estoy, Marcelo, contento,
Pues aqueste casamiento
Toda mi sospecha olvida.

ESCENA XV.

DON FÉLIX y GASTON, sin reparar en
—EL CONDE y MARCELO.

GASTON.

¿Perdiste el seso?

DON FÉLIX.

No sé;

Pero lo cierto sería
Que entonces no le tenía.

GASTON.

Desdicha notable fué.

DON FÉLIX.

¿No has visto luz desde lejos
Que los ojos encandila,
Porque parece que aña

En la vista los reflejos?

Pues viendo lejos, Gaston,
La luz de doña Ana bella,
De deslumbrado con ella,
Me puse en tal confusion.

GASTON.

El Conde está aquí.

DON FÉLIX.

Señor...

CONDE.

Don Juan, si es este tu nombre,
Yo he sabido que eres hombre
De prendas y de valor.
Ya no hay de qué recatarte;
Que Flora me ha dicho aquí
Quién eres.

DON FÉLIX.

Porque temi,

Aunque inocente, enojarte,
Le dije que era sobrino
Del marqués de Priego.

CONDE.

Aguarda.

DON FÉLIX.

Ya sin razón me acobarda
La fuerza de mi destino.
Don Félix es, gran Señor,
de Córdoba y de Cardona
Mi nombre.

CONDE.

Bien tu persona
Concierta con tu valor.
Eso me encubrió, pensando
Que el decir tu calidad
Torciera mi voluntad,
Como ya se va trazando.
Dame esos brazos; que soy
Primo tuyo.

DON FÉLIX.

Tus piés beso;

Que mas honrado con eso
Que de mis padres estoy.
Y pues que la fuerza es mucha,
Y el parentesco no es poco,
Oye á un hombre de amor loco.

CONDE.

Bien puedes hablar.

DON FÉLIX.

Escucha.

Dos años há, conde Otavio,
Que sirvo á doña Ana hermosa,
Y otros tantos que ella dice
Que mi pensamiento adora.
El recato de su madre
Nos dió, guardando su honra,
La invencion para engañarla,
Que ya te ha sido notoria.
El servirte fué invencion
Para desvelar á Flora,
Y el ausentarme fué celos
Por las concertadas bodas.
Tenerlos de doña Juana
Tanto á doña Ana alborota,
Que por ellos ha fingido
Que te quiere bien. Perdona;
Que no se agravia el valor
Porque en otro su amor ponga
Una mujer; que esas causas,
O gusto ó cielo las obra.
Creuyendo tu casamiento,
Fué tal mi llama celosa,
Que por tenerla á los ojos
Y atormentar su memoria,
Con Flora quise casarme.

CONDE.

¿Das licencia que responda?

DON FÉLIX.

Di, Señor, lo que quisieres.

CONDE.

No es decente á tu persona
El casamiento que dices,
Aunque tu palabra rompas;
Que bien sé que lo fingias,
Primo don Félix, con Flora,
Como con doña Ana yo,
Aunque en el valor me sobra.
Pero estoy casado ya,
Y espero presto la novia
Mas bella que ha visto el sol
Desde que había la aurora.
Liberal seré contigo;
Porque quiero que dispongas
Tú con el tuyo mi gusto.
Haz que nos las llamen. — ¡Hola!
Esas damas. — Tú, don Félix,
Finge ser el novio agora.

MARCELO.

Ya vienen todos, Señor.

GASTON.

Flora ha dejado las tocas,
Y viene con lechuguillas.
No dudes que, á venir sola,
Temo para mí que fuera
La mas hermosa de todas.

ESCENA XVI.

LISARDO y FINEO, acompañando á
DOÑA ANA y DOÑA JUANA, con vestidos enteros; y de la mano de Fineo,
FLORA, con lechuguillas y galas, y
INES, detrás. — Dichos.

LISARDO.

Por padrino me traían
Esta boda; pero ignoran
Que estabades vos aquí,
Y en ocasion tan dichosa.

CONDE.

Seré de buena gana,
Y vendrán á ser tres cosas:
Casamentero y padrino
Y velado en una sola.
Comienzo por la primera.

GASTON. (Ap.)

¡Bravos pares de palomas!
Mas las unas son torcaces,
Y palominos las otras.

CONDE.

Haced cuenta que echo suertes.
A doña Juana le toca
Lisardo; no hay replicar.

DOÑA JUANA.

Yo soy, Señor, venturosa.

LISARDO.

¡Qué dicha como la mía!

CONDE.

Doña Ana será mi esposa,
Si no hay nadie que lo impida.

DON FÉLIX.

Yo lo impido, y que antepongas
Mi amor al tuyo.

CONDE.

¿Hay testigos?

GASTON.

Ya llegan tres por la posta;
Pero todos con mil tachas.

CONDE.

¿Qué sabe Gaston?

GASTON.

Que á solas

Los he visto hablar mil veces.

CONDE.

¿Y Inés?

INES.

Que doña Ana adora

A don Félix; que don Juan
Es nombre que no le toca.

CONDE.

Es verdad, porque es mi primo,
Córdova, Aragón, Cardona,
Priego, Aguilar.

GASTON.

Y Montilla,

¡Pesía al alma de la loca!

CONDE.

Diga su dicho Fineo.

FINEO.

Diréle solo en la loa
De las partes de don Félix,
Que sé que son generosas.

CONDE.

¿Qué sabe Lisardo?

LISARDO.

Sé

Que si celos apasionan,
Yo me vi muerto por él.

CONDE.

La informacion va famosa;
Mas tomemos juramento
A doña Ana.

DOÑA ANA.

¿Dónde agora

Pondré la mano?

DON FÉLIX.

En aquesta,

Que la vuestra, esposa, os toma.

FLORA.

Eso no; que has de ser mio.

DON FÉLIX.

Tuyo soy, discreta Flora,
Pues soy de tu bella hija.

CONDE.

Flora, esto es hecho; reporta

El pensamiento.

FLORA.

Tú has hecho

Esta invencion.

DOÑA ANA.

¿Yo, Señora?

GASTON.

Vuesamerced se desnude
Las lechuguillas de novia,
Pues ya no se hace el partido
Como juego de pelota,
Y dénme por novia á Inés.

INÉS.

Inés se te rinde.

GASTON.

Toca;

Y sepa el señor Senado
Que aquí se acaba la historia
De *Quien ama no haga fieros*;
Que á mas venganza provocan.

LO CIERTO POR LO DUDOSO,

CÓMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO,

DEDICADA

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON FERNANDO AFAN DE RIBERA ENRIQUEZ,
duque de Alcalá, adelantado mayor de la Andalucía, marqués de Tarifa, conde de los Molares y señor
de la casa de Ribera.

Hice eleccion desta comedia entre las doce desta parte, para ofrecer á vuestra excelencia algun rústico fruto de nuestra humilde Vega, debido tributo á la sagrada Ribera del mar Océano, porque pasa en Sevilla, su dichosa patria, y porque, como en España no tienen (1) preceptos, no ofenderá su grave juicio en todo género de letras, así la disposicion de su contexto como el ornato de sus versos, que en esta ocasion tanto temor pone á todo ingenio científico; que á los vulgares en cualquiera calidad, no hay que tener respeto. Debiera Apolo hacer concilio de sus musas y definir qué estilo debemos usar ahora para quietud de los elevados y singulares; que así se llaman los que, malcontentos de la verdad de la lengua, cuanto agradados de su vanidad y locura, penan en diferentes lugares como las almas. Teofrasto Paracelso pone notables diferencias de hombres, después de los comunes á la naturaleza, en todos los elementos: undenas, silvas, gnomos, pigmeos, salamandras; y no se acordó de los del aire, porque no habia entonces este linaje de poetas. Yo no sé qué ideas son estas; deben de ser las de Platon, que no se pueden definir, como sintió Aristóteles: *Nec demonstrationem recipere, et ita vanae*. Constituyeron algunos el natural principio de todas las cosas en el caos (eran gentiles); dél quisieron que procediesen la materia, la forma, los elementos, á quien otros añadieron los átomos: no fuera sin causa poner entre ellos este género de versos, pues á la claridad del sol no se les halla mas que confusion y aire. Dice contra el Tasso la Crusca que se entienden sudando sus conceptos, por haberlos envuelto en tanta variedad de figuras; y que los poemas han de tener, con lo provechoso, lo deleitable, y que con lo deleitable no puede estar la fatiga, y que la que se siente en leer su *Gofredo*, no solo es fatiga, sino enojo y martirio; *Avendosi sempre a combattere con gli stravaganti ed intempestivi gheribizzi dell' autore* (en castellano no tenemos esta voz; que *fantasia* no es tan significativa). Esto sintieron del Tasso: ¿qué harémos en España de los que tan léjos viven de igualar este varon insigne, poeta y filósofo, y no escritor de plática (2), como los médicos impíricos?

En el ánimo, Señor excelentísimo, está la mente, en la mente el juicio, la sagacidad, la solercia y el ingenio; divídele el Constanciaro en su *Retórica* en dos cualidades: *Quaedam sunt commoda*, dice, *et quaedam incommoda; commoda ut acumen et celeritas ingenii et memoria* (y en estas facilidad y firmeza), *quas res eruditio comitatur atque doctrina*. Entre las cosas que pone al segundo género son la rudeza, la tardanza, las flacas fuerzas del ingenio, la poca erudicion y

(1) Las comedias.

(2) Práctica.

doctrina. Yo bien estoy con que los frutos de los estudios salgan tarde ; pero después de tarde, rudos, torpes, tibios y ineruditos, no lo apruebo. Si el remedio del corto natural se ha de fundar en la escuridad y bárbaro estilo, ¿para qué escribe el que ha de fatigar al que le ha de leer, pues solo su engaño le obliga ó su presuncion le desvanece? No es esta la diferencia del hablar natural ó figurado, *ut in sermone latino* : poco ornato de la oracion poética seria llamar naturalmente á los ojos, *el sentido con que vemos*; pero en el figurado basta llamar á Aristóteles *lumen Graeciae*, á la juventud *flos aetatis*, *manus* á la potestad, y *caput* al principio, con otros lugares tópicos donde hay tantas diferencias y tropos ; y aun desto, *modicus et opportunus usus* ; que así se ilustra la oracion, como quiere Fabio Quintiliano. *Ne inusitata et usu remota in orationem ingeras*, dijo el Ticinense ; puesto que la peregrinidad sea vicio de los españoles, como refiere Crinito, y lo confirma la inconstancia de sus trajes, barbas y cabellos ; pero sacar de su naturaleza á la retórica, y que no sea su difinicion *arte de bien decir*, sino de lenguaje bárbaro, ¿qué facultad lo permite? Qué nacion lo sufre? Si agora preguntaran á Guillelmo Budeo cuándo habia de ser el dia de mayor confusion, no respondiera aquel donaire, sino que en el tiempo que escribiesen los hombres para no ser entendidos. Pues luego ¡el modo de las reprensiones, con tantas libertades y convicios, obligando á los hombres acostumbrados á la alabanza á tratar, por volver por el propio honor, del vituperio ajeno! ¡Oh vano error! ¡Oh suma ignorancia! ¡Oh soberbia fantástica! ¡Oh presuncion intrépida!

Lloraban á Hermolao enfermo en Roma aquellas dos estrellas de Florencia, Pico Mirandulano y Ángelo Policiano, y dice Crinito, alabándolos y culpando á Platon y á Jenofonte : *Animi parum liberi et insinceri esse, invidiae magis quàm doctrina concedere*.

Si hubiéramos de proponer un alto ejemplo de los que sin envidia saben (que claro está que quien sabe no envidia), ¿quién fuera como vuestra excelencia, que desde la primera edad se consagró á las ciencias, como destinado á tan grandes virtudes, que le han hecho por sí mismo mas lugar en la fama que la generosa ascendencia de sus clarísimos progenitores, que en tantos, tan admirables y suntuosos edificios, lustre y inmortal ornamento de Sevilla, dejaron las cenizas de tal fénix? A quien podíamos decir lo que de aquel ave sagrada al sol dijo Lactancio, aplicando las selvas orientales á las riberas del Bétis :

*Antistes nemorum et luci veneranda sacerdos,
Et sola arcanis conscia, Phaebe, tuis.*

Pues nó hay facultad de que no tenga conocimiento y particular estudio, en el mejor que ha juntado príncipe en Europa : docto en la lengua siria, hebrea, caldaica y griega, cuando de sola la latina, en que es tan eminente, pudiera honrarse cualquiera profesor suyo. Pues si entre las sinopsis que en algun modo contienen principio, da el filósofo al esplendor, dignidad y autoridad la nobleza, ¿qué hará ilustrada de tan sublimes virtudes y insigneas letras? ¡Oh feliz siglo!

Capellan de vuestra excelencia,

LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.

LO CIERTO POR LO DUDOSO.

PERSONAS.

EL REY DON PEDRO.
EL CONDE DON ENRIQUE.
EL MAESTRE DE SANTIAGO.
RAMIRO, *criado.*

MENDO, *criado.*
EL ADELANTADO.
DOÑA JUANA.
DOÑA INÉS.

FLORIS.
TEODORA.
JUSTA.
SOLDADOS.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Sevilla y estramuros.

ACTO PRIMERO.

Orillas del Guadalquivir. Casas á un lado.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE DON ENRIQUE
Y RAMIRO, *de noche.*

DON ENRIQUE.

¡Hermosa playa!

RAMIRO.

En su orilla

Mil bellas ninfas están.

DON ENRIQUE.

Es la noche de San Juan

Y la fiesta de Sevilla.

Todo en esta gran ciudad

Es en extremo perfecto.

RAMIRO.

Y todo ese gusto efeto

De tu misma voluntad.

A mas, que es el bien mayor,

Y vives donde está el bien.

DON ENRIQUE.

Dale su parte tambien

A quien causó tanto amor.

(*Cantan, tocan y bailan dentro.*)

RAMIRO.

¿Cantan?

DON ENRIQUE.

Ansí lo parece,

Y aun bailan.

RAMIRO.

Mulatas son.

Cuanto alegría su cancion,

Su negro luto entristece.

(*Cantan dentro con sonajas.*)

Rio de Sevilla,

¿Cuán bien parecen

Con galeras blancas

Y remos verdes!

ESCENA II.

EL REY DON PEDRO, EL MAESTRE
DE SANTIAGO Y MENDO, *de noche.*
—Dichos.

REY.

¡No he visto cosa mejor!

MAESTRE.

Humilla tal vez el gusto

Lo sabroso, aunque no es justo

Si toca al debido honor.

REY.

Maestre, en anocheciendo

Todo es igual; que aquel manto

Cubre y escurece cuanto

Están nuestros ojos viendo.

¿No ves un campo de flores

Con olor y sin color?

Ansí de noche el olor

Diferencia á los señores.

DON ENRIQUE. (*Ap. á Ramiro.*)

Este es el Rey.

RAMIRO.

Y tu hermano

El Maestre.

DON ENRIQUE.

Huyamos dél:

Basta, que priva con él.

RAMIRO.

Quiérole bien.

DON ENRIQUE.

No es en vano.

REY.

Dos hombres se han embozado

De nosotros; mira, Mendo,

Quién son.

MENDO.

Que es el Conde entiendo.

REY. (*Llegándose al Conde.*)

Enrique, ¿tanto cuidado!

¿De mí te guardas?

DON ENRIQUE.

Señor,

Antes pensé que tú eras

El que guardarte quisieras.

REY.

Mal pagas mi justo amor.

¿Adónde vas por aquí?

DON ENRIQUE.

Ya ¿no lo ve vuestra alteza?

REY.

¡Ociosa tu gentileza

A estas horas!

DON ENRIQUE.

Señor, sí;

Porque debe de ser tal,

Que no sé adónde ocupalla.

REY.

Mas pienso que es estimalla

Porque no conoce igual.

DON ENRIQUE.

Por Dios, Señor, que he salido

Solo á escuchar disparates

Esta noche.

MENDO.

No le trates

Al Conde de presumido;
Que cuanto bueno hay en él
Vence con sentir de sí
Tan humilmente.

REY.

Ansí

Lo pienso y lo dicen dél.

¿Qué has hecho, en fin?

DON ENRIQUE.

Escuchado

Voces, guitarras, panderos,

Sonajas, locuras, lieros,

Y con el que traigo al lado

Probado á cuatro valientes

El pecho.

REY.

No hay en España

Tal brío. ¿Quién te acompaña,

Para que ser loco intentes?

DON ENRIQUE.

Ramiro viene conmigo.

REY.

Eso juráralo yo.

RAMIRO.

¿Tengo yo culpa?

REY.

Pues ¿no?

RAMIRO.

Basta, Señor; que contigo

No me puedo acreditar.

REY.

Conozco tu loco humor.

RAMIRO.

Dos cosas dieron, Señor,

A la disculpa lugar,

Apenas siendo formado

El mundo.

REY.

—Y ¿vienen á ser?

RAMIRO.

El hombre con la mujer,

Y el señor con el criado.

Norabuena dijo Adán

Que la mujer le engañó;

Que desde que la culpó,

Todos la culpa la dan.

Pues luego, todo señor

¿No ha errado cuando el criado

Es el que ha errado?

REY.

Tú has dado

Fria disculpa á tu humor.

Ahora bien, llévame, Enrique,

Donde nos entretengamos,

Ya que desta suerte estamos.

DON ENRIQUE.

No sé, por Dios, cómo aplique
A tu grandeza las cosas
Esta noche, si no pones
El gusto en las oraciones
Y respuestás fabulosas
En que han dado las doncellas,
Haciendo casamentero
A san Juan.

RAMIRO.

Deciros quiero
La causa, y volver por ellas.

REY.

¿Cómo?

RAMIRO.

¿No enseña el cordero?

REY.

SI

RAMIRO.

Pues deso han presumido
Que pueden tener marido;
Que ser manso es lo primero.

REY.

¿Qué loco á este loco excede? —
Mendo, ¿sabes tú las cosas
Donde con tu dueño pasas
Algunas noches?

MAESTRE.

No puede,
Gran Señor, Mendo decir
Cosa que tu gusto sea.

REY.

¿No hay una discreta fea
Adónde podamos ir?

MENDO.

Todas están ocupadas,
Digo la mas parte dellas:
En su oracion las doncellas
Y en su hechizo las casadas.

RAMIRO.

Lo que dice Mendo apruebo;
Que una destas que sé yo,
Un orinal me pidió
Donde ha de echar cierto huevo
Luego que las doce dén,
Y allí ha de ver grandes cosas.

DON ENRIQUE.

¡Bravas mentiras!

REY.

Famosos.

MAESTRE.

¡Mal fuego las quemé, amén!
¿Qué mal saben emplear
La fiesta de tan gran santo!

REY.

No hay cosa que pueda tanto
Las mujeres infamar
Como valerse de hacer
Hechizos.

RAMIRO.

Hechizos son,
Como afeites, ilusion
Del rostro de la mujer.
La edad tierna es el aurora:
Allí, ¿qué mujer se afeita?
La misma flor la deleita,
La misma edad lá enamora.
Mas como va entrando el día,
Fingidas luces previene,
Porque las propias no tiene
Que en el aurora tenía.
Allí también entra hacer
Hechizos y necedades,
Para vencer voluntades
Que no pudiera vencer.
¿No veis un clavel de seda,
Y otro que clavel nació?

Pues tal imagino yo
Que un rostro fingido queda,
Aunque en la plaza se venda.
Ello parece clavel;
Pero no nació con él;
Que le compró de la tienda.

REY.

Eso sucede en algunas.

RAMIRO.

Dijo un sabio reverendo
Que eran, en anocheciendo,
Todas las mujeres unas.

REY.

Habló del cuerpo, no dió
Lugar al alma.

DON ENRIQUE.

Epicuro

Debí de ser.

RAMIRO.

Pues yo os juro

Que Plutarco lo escribió.

REY.

Cánsame filosofías,
Y de la mujer desprecios:
Los feos, pobres y necios
Luego las hacen arpias;
Que quien puede conquistallas
Y las merece agradar,
Nunca acaba de acabar
De alaballas y de honrallas.
Por Dios, que donde no están
Que no hay gusto ni alegría,
Ni del hombre compañía
Como la que ellas le dan.
Lindas enfermeras son
De alma y cuerpo.

DON ENRIQUE.

Así es verdad,

A no tener vanidad
Su mudable condicion.

REY.

¿Adónde hay un hombre igual?

MENDO.

Y eso en la mujer ¿qué impide?

RAMIRO.

Bello animal si no pide;
Si pide, bravo animal.

REY.

Ahora, Enrique, alguna quieres;
Deja sus desigualdades.

DON ENRIQUE.

Temiendo sus libertades,
Huyo de algunas mujeres.

REY.

Di la verdad.

DON ENRIQUE.

Hay respeto.

REY.

Por mi vida.

DON ENRIQUE.

Si has jurado

Tu vida, estaré obligado
A preferirla al secreto.
Tengo, Señor, dos amores:
Uno posible al deseo,
Y otro imposible, que creo
Por fe de honestos favores.

REY.

(Ap. El imposible me mata
De celos del Conde. ¡Ay cielos!
¿Cómo sois tan necios, celos
Que se cansa amor si os trata?)
¿No dirás del imposible?

DON ENRIQUE.

El imposible, perdona;
Porque no hay en su persona
Cosa para mí posible.

REY.

(Ap. Mas me mata, mas me abraza.)
Y el posible ¿no sabrémos?

DON ENRIQUE.

Si, Señor; que le tenemos
Cerca.

REY.

¿Mucho?

DON ENRIQUE.

Esta es su casa.

REY.

Llamad.

DON ENRIQUE.

Llama tú, Ramiro.

RAMIRO.

¡Ab de casa! En el portal
Mi cuya está. ¿Pesía tal!
Daré por silbo un suspiro.

ESCENA III.

JUSTA. — Dichos.

JUSTA.

Luego que el son conocí,
Salí, Ramiro, al reclamo.

RAMIRO.

Di á Teodora que mi amo
El conde Enrique está aquí.

JUSTA.

Andamos tan ocupadas,
Que si excusarlo pudiera,
No la pesara.

RAMIRO.

Ya espera,

Justa, y las doce son dadas:
No le quites la ocasion
Del provecho que os prometo.

JUSTA.

Eres discreto en efeto.

RAMIRO.

Siempre los que os dan lo son. —
(Vase Justa.)

Ya va Justa á referir
Tu venida á su señora.

REY.

¿Es muy hermosa Teodora?

DON ENRIQUE.

No te lo sabré decir;
Que en mirando sin amor
No pongo tanto cuidado.
(Vase.)

Sala en casa de Teodora.

ESCENA IV.

TEODORA y JUSTA; luego DON ENRIQUE y RAMIRO, EL REY, EL MAESTRE y MENDO.

TEODORA.

No habrá tiempo reservado
Para el Conde mi señor.

(Salen don Enrique y Ramiro.)

DON ENRIQUE.

Teodora...

TEODORA.

Famoso Enrique,
Honor de Castilla...

DON ENRIQUE.

¿Estás

Ocupada? ¿No querrás
Que una cosa te suplique?

TEODORA.

Para ti no puede haber

Disculpa mi ocupacion.

(*Salen el Rey, el Maestre y Ramiro embizados.*)

¿Quién los embizados son?

DON ENRIQUE.

Dos que te vienen á ver.

TEODORA.

¡A verme á mí!

DON ENRIQUE. (*Ap. á Teodora.*)

Mis hermanos

El Rey y el Maestre : advierte

Que los agrades de suerte,

Que incites sus reales manos.

Y para darte lugar,

Me quiero ir.

TEODORA.

Eso no;

Que estimo en mas verte yo

Que cuanto me pueden dar.

DON ENRIQUE.

Vame la vida en que aquí

Un rato los entretengas.

TEODORA.

Como á verme después vengas,

Yo lo haré, Conde, por tí.

DON ENRIQUE.

Esa palabra te doy.—

Ramiro...

RAMIRO.

Señor...

DON ENRIQUE.

Camina.

(*Vanse don Enrique y Ramiro.*)

ESCENA V.

EL REY, EL MAESTRE, TEODORA,
JUSTA, MENDO.

REY.

La mujer se nos inclina;

¿Si sabe, hermano, quién soy?

TEODORA. (*Al Maestre.*)

Descúbrase vuestra alteza,

Aunque su sol me deslumbre;

Que no ofenderá su lumbre

Tocar mi humilde bajeza.

MAESTRE.

No soy yo el Rey; ese sol

Decid allí que se os muestre.

TEODORA.

Sois, si no sol, gran Maestre,

El mejor rayo español.—

Señor, allí dice un rayo

Que sois vos el sol.

(*Al Rey.*)

REY.

Teodora,

Sed vos de ese sol aurora.

TEODORA.

De tanta luz me desmayo.

Guárdeos el cielo, y Castilla

Por largos años os goce.

REY.

¿Qué haceis, ya dadas las doce?

TEODORA.

Decir mañana á Sevilla

Que á tal hora amaneció.

REY.

Es noche toda de fiesta.

TEODORA.

Quien esta noche se acuesta,

Gusto ó salud le faltó.

REY.

¿Sabeis cantar y tañer?

TEODORA.

Sí, Señor. ¿Queréis sentaros?

¿Y Enrique?

REY.

TEODORA.

Vendrá á buscarnos

Y á veros amanecer;

Que aquí cerca se llegó

A llamar quien entretenga

A vuestra alteza.

REY.

Que venga

Luego decid.

TEODORA.

No sé yo

Adónde fué el Conde.

REY.

¡Bien!

(*Ap. ¡Vive Dios, que me ha engañado!*)

(*Lindamente me ha dejado!*)

Maestre, conmigo vén;

(*Ap. á él. Que aquestas bachillerías*

Son licencias mas que iguales.)

MAESTRE.

Pues ¿qué sospechas, que sales

Tan triste?

REY.

Desdichas mias.

MAESTRE.

Tú ¿puedes ser desdichado?

REY.

¿No es desdicha tener celos?

MAESTRE.

No, Señor, cuando los cielos

De tanto bien te han dotado.

REY.

Si nadie puede enojarme,

Yo me quiero entristecer.

(*Ap. ¿Qué pueda Enrique tener*

Licencia para engañarme!)

(*Vanse el Rey, el Maestre y Mendo.*)

ESCENA VI.

TEODORA, JUSTA.

TEODORA.

¿Qué es esto?

JUSTA.

Ya ¿no lo ves?

Celos de Enrique,

TEODORA.

Es verdad

Que la mayor majestad

Pone el amor á sus piés.

Que entretuviese quería

Al Rey.

JUSTA.

El Rey le entendió.

TEODORA.

Perdí lo que él me advirtió

Que su alteza me daría.

JUSTA.

Celos ¿á quién guardan ley?

TEODORA.

Que dellos me queje es justo;

Que al Rey le quitan el gusto,

Y á mí la gracia del Rey.

(*Vanse.*)

Sala en casa del Adelantado.

ESCENA VII.

DOÑA JUANA, DOÑA INÉS.

DOÑA JUANA.

Hice esta santa oracion

Para saber, prima mia,

Si el Conde se casaría

Conmigo en esta ocasion,
O lo estorbaría el Rey.

DOÑA INÉS.

Pues ¿por qué lo ha de estorbar?

DOÑA JUANA.

Porque se quiere casar;

Que no hay en Castilla ley,

Que el casamiento le impida

Con la hija de un vasallo.

DOÑA INÉS.

Yo, por tus méritos, callo

Si es dicha ó no ser querida

De un rey para casamiento;

Que el señor Adelantado

Mayor no ignora su estado,

Igual á su nacimiento;

Pero no puedo excusarme

De decirte que es locura

No conocer tu ventura.

DOÑA JUANA.

Bien pudiera disculparme

Con pintar la condicion

De amor; pero yo sospecho

Que, aunque lo ignore tu pecho,

No tu ingenio y discrecion.

Alguna historia has leído

De mujeres que han amado.

DOÑA INÉS.

Siempre amor fué disculpado,

De necio no, de atrevido.

DOÑA JUANA.

Pues ¿cómo es necio mi amor?

¿No es del Rey hermano el Conde?

DOÑA INÉS.

Otra razon te responde,

Fuera del propio valor.

DOÑA JUANA.

¿No le sobra entendimiento,

Brio ni talfe? ¿Estás loca?

DOÑA INÉS.

A tí, que amor te provoca,

Te falta conocimiento;

Que yo, que no juego y miro,

Lo puedo entender mejor.

DOÑA JUANA.

Y sabrás de su valor

Cuán justamente suspiro,

Y que de mi amor y dél

Puede el cielo tener celos.

DOÑA INÉS. (*Ap.*)

Digo mal de Enrique, cielos,

Y estoy muriendo por él.

DOÑA JUANA.

Como no te he de pedir

Consejo, no importa nada

Que no te agrade; él me agrada.

DOÑA INÉS.

¿Quién te podrá persuadir?

DOÑA JUANA.

Hice en efeto este altar

A san Juan, robé las flores

Al jardin, y á los mayores

Naranjos su blanco azahar.

Trajeron del Alameda

Los olmos que ves aquí,

Con que la sala por mí

Transformada en selva queda.

Perfuman el aire olores,

Y entre yerbas circunstantes,

Al san Juan cubren diamantes,

Los arcos fingidas flores,

Sin las que son sin violencia

Olorosa maravilla,

Porque no envidia Sevilla

Los jazmines de Valencia.

Mas débense de agradar

Mas corazones que altares,

Pues entre tantos azahares

Pienso que me sale azar.
Recé; pero nunca oí,
Por mas que se lo suplique,
Si ha de ser el conde Enrique
Mi esposo.

ESCENA VIII.

DON ENRIQUE, RAMIRO.—DICHAS.

DON ENRIQUE.
Señora, si.

DOÑA JUANA.
¿Quién tan cerca respondió?

DON ENRIQUE.
Yo, que os estaba escuchando.

DOÑA JUANA.
¿Ya sois eco?

DON ENRIQUE.
Suspirando.

DOÑA JUANA.
¿Estorbarálo el Rey?

DON ENRIQUE.
No.

DOÑA JUANA.
Pues ¿quién?

DON ENRIQUE.
Vos, si le queréis.

DOÑA JUANA.
Sois eco de voz celosa,
Pues él responde una cosa
Y vos muchas respondéis.

DON ENRIQUE.
¿No os parece que es razon?

DOÑA JUANA.
Déjanos, Inés, aquí.

DOÑA INÉS. (Ap.)
Los celos, con ser en mí
Tan rigurosa pasión,
No me deja amor gozar;
Que aun celosa, ver quisiera
La causa, si amor me diera
Para gozarla lugar.
¡Oh terribles desconsuelos!
Oh nunca visto rigor,
Que aun no dejas á mi amor
Que pueda hartarse de celos!

ESCENA IX.

DON ENRIQUE, DOÑA JUANA,
RAMIRO.

DOÑA JUANA.
Mucho, Conde, me ha pesado
Que del Rey estés celoso.

DON ENRIQUE.
Un señor tan poderoso
¿A quién no ha de dar cuidado?
Con tan diferentes ojos
Se mira un rey, que no sé
Como queréis vos que esté
Sin celos y sin enojos.
Puesto que en sangre le iguale,
Si tiene mi pretension,
¿Quién no ha de hacer eleccion
De quien mas puede y mas vale?
Tanto mi amor le prefiere,
Que si posible me fuera
No quereros, no os quisiera,
Siquiera porque él os quiere.
Y aunque quiero con temor,
Y con esperanza muero,
Porque os quiera como os quiero,
Le quisiera dar mi amor.
Pero si no puede ser,
Su amor tomaré á mi cuenta;
Y pues quereros intenta,
Por los dos quiero querer.

Y así obligada quedais,
Queriéndoos los dos á vos,
Pues os quiero por los dos,
Que por los dos me queráis.

DOÑA JUANA.

Enrique, si al Rey hablé
Con palabras generales
Cuando sus manos reales
Humildemente besé
Luego que vine á Sevilla,
¿Qué celos puedes tener,
Y mas si se ha de volver
Dentro de un mes á Castilla?
Que es digno de ser amado
Te confieso, por señor,
Por rey y por su valor,
Y por haberme estimado
Con lo mas que puede ser.
Pues no puede hacer quien ama
Mas fineza por su dama
Que querella por mujer.
Mas ya que sin conocello
Puse en ti todo mi amor,
Conoceré su valor;
Pero no para querelle.
Que esta fe no ha de faltar
Sino es porque falte en ti;
Que el amor que reina en mí
No es rey que da su lugar.

DON ENRIQUE.

Juana divina, en tu día
Solamente sucediera
Tanto bien á quien te espera
Con tan honrada porfía.
Logres tus años, que agora
Cumplies, con tan altos bienes,
Como las gracias que tienes,
De que el amor se enamora;
Que yo vengo á celebrarlos
Contigo, aunque mas quisiera
Que el tiempo solo pudiera
Pasar por ti sin contallos.
Y ¡ojalá, pues sin engaños
Tanto de mi amor confías,
Por mi pasaran los días
Y tú cumplieras los años!
Tu virtud el medio sea
En que mi descanso viva:
No soy rey; que amor no estriba
En reinos que no desea,
Sino solo en voluntades:
¿Destá eres reina!

DOÑA JUANA.

¿Quién viene
Contigo?

DON ENRIQUE.

Quien solo tiene
Parte en estas amistades.—
Llega y besarás, Ramiro,
A la Condesa los pies.

DOÑA JUANA.

¿Es Ramiro?

RAMIRO.

El mismo es.
Como á una deidad te miro.
Y aunque á bajeza tan poca
Tu pie generoso inclines,
Sella con cinco jazmines,
Condesa ilustre, mi boca.
Darásme mas confianza
De alabarte; que ya sé
Que, tocada de tu pie,
Podrá hablar en tu alabanza.

DOÑA JUANA.

Mejor, Ramiro, quisiera
Que aprendieras á callar,
Si no lo sabes; que hablar
Sabes que sabe cualquiera.
Y pues el Conde se fia
De ti, no puedes servir

Mejor que con ver y oír
Y callar.

RAMIRO.

Ya lo sabía,
Aunque de tu entendimiento
Solamente procediera
Razon, Señora, que fuera
De tan grave advertimiento.
Y dices bien; que el hablar
Se enseña en modos suaves
A los hombres y á las aves;
Mas no se enseña á callar.
¡Lástima grande, que venga
Nuestro error á que nos den
Escuelas para hablar bien,
Y que el callar no las tenga!
Si rey fuera, instituyera
Cátedras para enseñar
A callar.

DOÑA JUANA.

Pues el callar
Estimas de esa manera,
Mira el peligro en que estamos
Enrique y yo, pues es ley
De hijodalgo...

ESCENA X.

DOÑA INÉS.—DICHAS.

DOÑA INÉS.

¡Ay prima! El Rey.

DON ENRIQUE.

¿Qué haré?

DOÑA JUANA.

Detrás de los ramos
Que este altar de san Juan tiene,
Te esconde.

DON ENRIQUE.

Estos, celos son.

DOÑA JUANA.

Yo no le he dado ocasion;
Basta, que á buscarme viene.
(*Escóndense don Enrique y Ramiro.*)

ESCENA XI.

REY, EL MAESTRE, MENDO.—DOÑA
JUANA, DOÑA INÉS; DON ENRI-
QUE Y RAMIRO, *escondidos*.

REY.

No se enojará, Maestro,
Pues da la noche licencia,
Y el ver tan curioso altar.

DOÑA JUANA.

¡Jesus, Señor! ¿Vuestra alteza
Honrando esta humilde casa?
De hoy mas se pondrá á sus puertas,
Para mas este blason,
Aunque están honradas ellas
Del que le han dado mis padres,
Y traerá de las fronteras
El que sirviéndoos está.

REY.

Si habláis en que por su ausencia
Osé entrar en vuestra casa,
Volveréme á salir della;
Que estimo al Adelantado
En la paz como en la guerra,
Adonde me sirve agora.

DOÑA JUANA.

Que de esa suerte engrandesca
Vuestra alteza la alegría
Que tengo de verle en ella,
Es deshacer la merced
Que nos ha hecho en quererla
Honrar esta noche.

MAESTRE.

Ansí

Será justo que lo entiendas.
¿Quién es aquesta señora?

DOÑA JUANA.

Es de mi sangre la prenda
Mejor: doña Inés, mi prima.

DOÑA INÉS.

Déme los pies vuestra alteza.

REY.

¡Gallarda dama!

MAESTRE.

No es poco
Que junto al sol lo parezca.—
Y pues ya le tienes, dame (Ap. al Rey.)
De dos la menor estrella.

REY.

Sírvela, si te da gusto,
Porque de venir le tengas
A ver el ángel que adoro.

MAESTRE.

Desde hoy para mí lo sea.

DOÑA INÉS.

Gallardo es el Rey.

DOÑA JUANA.

Galan.

DOÑA INÉS.

Cuando hombres humildes fueran
Los tres hermanos, por sí
No hay cosa que no merezcan.

DOÑA JUANA.

Yo con solo el Conde estoy
Notablemente contenta:
Escoge tú de los dos.

DOÑA INÉS.

No tengo yo por discreta
La que quiere porque escoge;
Que la afición verdadera
Ella se viene á los ojos
Cuando ellos menos lo piensan.

REY.

Por cierto que está la sala
Hecha un oráculo en selva,
Como de la antigüedad
Celebran tantos poetas.
¿Habeis hecho la bración?
¿Qué oistes, después de hacerla,
A quien por la calle pasa?

DOÑA JUANA.

No somos, Señor, tan necias;
Pero ya es costumbre antigua,
No porque en ella se crea.

REY.

¿Por qué no me distes parte
Del altar, para que os diera
Algo que poner en él?

DOÑA JUANA.

Por no hacer capilla vuestra
Tan pobre casa.

REY.

¿Por qué,
Si quiero enterrarme en ella?
Pero ya será de Enrique.

DOÑA JUANA.

No pienso yo que apetezca
El Conde lo que pensais.

REY.

Señora, hablemos de veras.
¿Há mucho que no le visteis?
¿Qué criada, qué doncella
Os respondió, por lisonja,
A las oraciones hechas,
Que sería vuestro Enrique?

DOÑA JUANA.

No le he visto, ni pudiera
Imaginar que pensara
Esas cosas vuestra alteza.
Yo aseguro que á estas horas

El Conde por las riberas
Desta ciudad generosa
Mas fáciles garzas vuela.
Allá andará con sus galas.
(Toca dentro un relojillo.)

REY.

Paso. ¿Qué es esto que suena?
Reloj de pecho es, por Dios:
Las tres dió.—Maestre, llega,
Llega Mendo; que detrás
De aquestos álamos suena.

DOÑA JUANA.

Paso, Señor; que en sus ramas
Le puse, porque me diera
Nuevas de las doce en punto.

MAESTRE.

Gente hay aquí.

REY.

Pues no temas.

MENDO.

Dos hombres son.

REY.

Pues ¿qué aguardas?

O los mata, ó salgan fuera.
(Don Enrique y Ramiro salen de donde
estaban escondidos.)

DON ENRIQUE.

Ten la espada. El Conde soy,
Que sin que nadie me viera
Me puse entre aquestas ramas,
Para responder por ellas
Alguna cosa á estas damas.

REY.

Y no fué mala respuesta,
A no dármele el reloj
De una mentira tan cierta.

DON ENRIQUE.

Antes el reloj me abona,
Y mi verdad desempeña,
Pues te quiso señalar
Las horas de mi inocencia;
Porque si después sabias
Lo que agora, no dijeras
Que me escondía de tí,
Pues no hay causa por que sea.
Y aun no pienso que fué dar
Horas, sino hacerse lengua
Y decir: «Aquí está el Conde;»
Para que tú lo supieras.

DOÑA JUANA.

Por lo menos, bien creeréis
Que se entró sin mi licencia.

REY.

No creeré sino el agravio
Que me manda amor que crea.—
Sal, Enrique, desta corte,
No estés el San Juan en ella,
Pues me das tan mal San Juan.

DON ENRIQUE.

Razon es que te obedezca,
Si esto has pensado de mí.

MAESTRE.

Señor, si el Conde creyera
Que te habia de enojar...

REY.

Déjame, Maestre.

MAESTRE.

Llega,
Enrique, y pide perdón
A su alteza.

DON ENRIQUE.

Si pidiera,
Maestre, á caber en mí
Solo un átomo de ofensa.

MAESTRE.

Señor, no se vaya Enrique;
Hazlo por mí.

REY.

Como él quiera
Hacerme pleito homenaje,
Pues su inocencia confiesa,
De dejar la pretension...

MAESTRE.

Enrique, di que la dejas.

DON ENRIQUE.

Señor, mas quiero fiar
Mi destierro de mi ausencia,
Que mi amor de mi deseo;
Que ausente, no habrá que temas,
Y estando presente sí;
Y no sé yo cómo puedas
Ni tú perder esos celos
Ni yo olvidar esta puerta.

Pues si estando yo presente,
Tienes presente la pena;
Estando ausente, conmigo
Tambien tu pena se ausenta.
Quiérola llevar de aquí,
Para que no me suceda
Que en un pecho tan leal
Un reloj tan falso venga;
Porque en las horas de amor,
Como dió tres, dará treinta,
Si para acortar mi vida
Una vez se desconcierta.
No quiero que me descubra,
Señor, su traidora lengua,
Pues que confesó el cobarde
Por darme trato de cuerda.
Estaba enseñando el alma
Silencio á sus tres potencias,
Y él pensó que le decía
Que eran las tres de su muestra.
—Pero admírome de ver
Que te pese de que quiera
A doña Inés, pues pensaba
Que era doña Juana bella,
Señor, á quien tú querías.

REY.

Luego ¿quieres que no entienda
Que quieres á doña Juana?

DON ENRIQUE.

Si á doña Juana quisiera,
Ella volviera por mí;
Y pues calla, es bien que sepas
Que doña Inés es y ha sido
Y ha de ser mi amada prenda. (Vase.)

ESCENA XII.

EL REY, DOÑA JUANA, EL MAESTRE,
DOÑA INÉS, MENDO, RAMIRO.

REY.

Ramiro...

RAMIRO.

Señor...

REY.

Escucha:

Dile á Enrique que no sea
Este destierro de burlas,
Pues es mi enojo de veras,
Y que por ningún suceso
En Sevilla le anochezca.

RAMIRO.

Ya sabes tú, gran Señor,
Su respeto y su obediencia.
Yo te aseguro que hoy
Corramos veinte y dos leguas
De aquí á Córdoba la llana.

REY.

Toma este diamante; espera.

RAMIRO.

Vivas mas años, generoso Pedro,
Que vivir suelen los que poco importan,
Y en las montañas donde no los cortan.

La vitoriosa palma, el verde cedro.
Tus manos, por quien hoy diamantes
[medro,
A tales versos mi Pegaso exhortan, [tan)
Que en él (si no es que envidias me repor-
Verás cómo el Parnaso desempiedro.
Al viejo tiempo tu fortuna estále,
Tu caballo del mar al viento pique,
Tu armada en otro mundo velas zafe.
La fama al bronce el labio eterno apli-
Desde el muro de Fez al Aljarafe, [que
Y desde Castilleja á Mozambique.
(Vase.)

ESCENA XIII.

EL REY, EL MAESTRE, DOÑA JUANA,
DOÑA INÉS, MENDO.

REV.

¡Valiente humor!

MAESTRE.

Peregrino.

REY.

¿Estaréis muy triste?

DOÑA JUANA.

¿Yo?

REV.

Si su ausencia os lastimó,
Saldrá mi amor al camino;
Que, puesto que es desatino
Deciros que tengo celos,
Han llegado mis desvelos
A ponerme en un crisol,
Donde los tengo del sol,
Y me dan celos los cielos.
Tales son ya mis antojos,
Que de mí mismo los tengo,
Cuando á retratarme vengo
En las niñas de esos ojos.
No os den mis penas enojos;
Basta que las tenga yo;
Y pues amor obligó
A penas á majestades,
Agradeced mis verdades,
Mis merecimientos no.
Y si sabeis que entre buenos
No hay ingratitud jamás,
No pierda yo por ser mas
Lo que otros ganan por menos.
Volved los ojos serenos
Al triunfo de esos despojos;
Si os da el ser quien soy, enojos, C
Reinad vos, y yo pondré
La corona en vuestro pié,
Como el alma en vuestros ojos.
(Vanse el Rey y Mendo.)

ESCENA XIV.

DOÑA JUANA, EL MAESTRE, DOÑA
INÉS.

MAESTRE.

Mal habeis hecho en callar,
Señora, en esta ocasion;
Que aunque desprecios no son,
Se suelen imaginar.
Yo no os puedo aconsejar:
Mi hermano es el Rey, y el Conde
Tambien; la razon responde
Que es mejor á toda ley
Querer en público á un rey
Que no á un conde que se esconde.
Mirad que es notable error
No conocer la fortuna;
Porque suele vez alguna
Mudar en odio el favor.

DOÑA JUANA.

Decid al Rey mi señor,
Maestre...

MAESTRE.

¿Qué le diré?

DOÑA JUANA.

No sé, por Dios.

MAESTRE.

Pues yo sé

Que no es de mujer prudente
No levantar á la frente
Corona que os pone al pié.

(Vase.)

ESCENA XV.

DOÑA JUANA, DOÑA INÉS.

DOÑA JUANA.

Confusa estoy.

DOÑA INÉS.

Con razon.

DOÑA JUANA.

¿Qué de cosas me combaten!

DOÑA INÉS.

Ya ¿qué puede haber que traten
Tu ignorancia y tu pasion,
Que no sea perdicion
De tu honor y de tu casa?
Si Enrique se va, y se casa
En Castilla, ¿qué has de hacer,
Perdiendo un rey?

DOÑA JUANA.

Soy mujer:

Todo me hiela y me abraza.
Veo á Enrique desterrado,
Veo enamorado al Rey,
Veo que en amor no hay ley,
Ni ausente firme cuidado.
Un poder determinado
Estorba lo que no alcanza;
Un ausente la mudanza
Teme y olvidar procura.
¡Oh amor sin parte segura!
Ya eres temor, ya esperanza.

DOÑA INÉS.

Olvidar es lo mejor,
Doña Juana, al Conde ausente;
No aguardes que el Rey intente
Cosa que ofenda tu honor.
(Ap. Como me muerdo de amor
De Enrique, aconsejo olvido.)

ESCENA XVI.

ENRIQUE, RAMIRO.—DICHAS.

RAMIRO.

Ea, todo va perdido.

DON ENRIQUE.

Falta por perderme á mí.

DOÑA JUANA.

¡Jesus! ¿Quién se ha entrado aquí?

DON ENRIQUE.

Enrique soy, ó lo he sido.

DOÑA JUANA.

¿Cómo te has entrado,
Conde, de esa suerte,
Sin ver el peligro
Que tan cerca tienes?
Mira que no hay
Burlas con los reyes;
Porque despreciados
Muestran lo que pueden:
Mal San Juan me dista
Con venir á verme;
No fui yo culpada
De que el Rey te viese.
¡Mal haya el galán,
Que al tiempo que viene
A ver de secreto
La dama que quiere,
Ni aun su sombra trae;

Pues vemos á
Por su sombra
El cuerpo se
¡Oh cuántos criados,
Porque los esperen,
Descubren sus dueños
Guardando broqueles
Caballos y coches
Parados enfrente,
Dicen á quien pasa
Quién los entretiene.
El galán discreto
Avisado quede
Que la misma luna
Puede conocerle.
No hay amor con gusto,
Si viene á saberse;
Que vecinos linceas
Penetran paredes.
¡Mal haya el reloj!
Nunca mas acierte
A tocar campanas
Que mi gusto entierren.
El nombre de Enrique
Tres sílabas tiene:
Tu nombre le dijo
Con tocar tres veces.
Mas ¿por qué me alargo?
No sea que intente
El Rey mi desdicha,
Si volviere á verte.
Si he de verte muerto,
Mas te quiero ausente:
Dichosas te gocen,
Desdichas te pierden.
Mucho se entra el día;
Ya no le detiene
La noche en su cárcel,
Sus tinieblas vence.
Vense ya los montes,
De nubes y nieves
Vestidos y blancos,
Y los prados verdes;
Las flores se miran
En las claras fuentes,
Las aves les cantan
Requiebros alegres.
Ya le dice el alba
Al sol que se apreste;
Que hay medio camino
De oriente á poniente.
¿Qué me estas mirando?
Conde, ¿qué me quieres?
Vete, conde Enrique;
Mira que amanece.

DON ENRIQUE.

Si yo imaginara
Que tales desdenes
Oyera á tu boca,
No volviera á verte.
No fué mucho engaño
Mirando quien eres,
Pensar que podia
Volver á perderte.
Ya te habia perdido;
Mal hice en que vieses
Otra vez perdido
Tu olvidado ausente.
¡Extraña desdicha,
Que antes que partiese
De los mismos ojos,
Ausente me cuentas!
Pero si el ausencia
Hace que amor cese,
Tú me has olvidado
Antes que me ausente.
Finges mi peligro,
Mi muerte encareces:
¡Graciosa disculpa,
Si hay graciosa muerte!
Al Rey enojado
Poderoso temas,

Airado le excusas,
Amante le absuelves,
Tienes mil razones,
Y todas me advierten
De que tú me guardas;
Pero es de quererte.
Por sol te adoraba,
No pude esconderme;
Que aunque no tocara
El reloj tres veces,
Le hicieras de sol
Para que me viesen;
Con todo, maldigo
Su artificio breve,
Su inventor primero,
Sus ruedas, sus ejes;
Las letras le infamen,
Las cuerdas le aprieten.
Las saetas pasen,
Los volantes vuelen;
Sus necias campanas,
Que hablan cuando quieren,
A su muerte toquen
Cuando no lo piense,
Pues hizo un enredo
Portátil, que fuese
Posta de la vida,
Funda de la muerte,
Correo del tiempo,
De los gustos huésped,
Que hasta los bocados
Quiere que nos cuenten.
Finalmente, dices
(Mas en finalmenta,
Dices cuanto sabes,
Muestras cuanto quieres)
Que me quieres vivo,
Para que otras lleguen
A gozar dichosas
La dicha que pierdes:
¿Cómo te deslumbran
Esos rayos reyes!
¿Qué presto me dejas!
¿Qué presto me vendes!
Pues doyte patabrá
(Y aun si esto me crees,
La doy á tus ojos,
A mi amor alevés,
Cuando mas los quiero)
De que eternamente
Otro dueño tengan
Los que tú aborreces.
Yo me iré á Castilla,
Donde si viviere,
Te dirán que he sido
Ejemplo valiente
De lealtad injusta,
Pues no lo mereces
Mas que por hermosa,
Pues en esto excedes
A mi mismo amor.
Y porque amaneca,
Como tú lo dices,
Adios para siempre.

(Vase.)

DOÑA JUANA.
¿Enrique, Enrique!
RAMIRO.
Ya es tarde.
¿Mandas algo?
DOÑA JUANA.
Dí, Ramiro
Al Conde, por quien suspiro,
Que aguarde.

Tu nombre qué aguarde.
(Vase.)

ESCENA XVII.

DOÑA JUANA, DOÑA INÉS.

DOÑA JUANA.
¿No es esta crueldad, Inés?

DOÑA INÉS.
No me parece crueldad,
Pues irse es fuerza.

DOÑA JUANA.
Es verdad:
Confieso que fuerza es;
Pero también ha de ser
Que me dé su ausencia muerte;
Porque no hay cosa mas fuerte
Que amor, si es cierto, en mujer. (Vase.)

ESCENA XVIII.

DOÑA INÉS.

Animo, corazón, flaca esperanza,
Bien le podeis decir al sufrimiento
Que ya puede tener atrevimiento,
Y que con el vivir todo se alcanza.
Comenzar en las cosas la mudanza,
Y tener los sucesos fin violento,
Al mas desesperado pensamiento
Le suele dar mas vida y confianza.
No hay á los reyes resistencia humana:
El Rey tiene supremo señorío,
Que la mayor dificultad allana.
Pues si él lo muestra, como yo confío,
No gozará de Enrique doña Juana;
Que ya me dice amor que Enrique es mío.

ACTO SEGUNDO.

Campo.

ESCENA PRIMERA.

EL ADELANTADO, SOLDADOS.

(Tocan cajas.)

ADELANTADO.
La cosa mas alegre que en la vida
Permite al ser mortal humana gloria,
Es la patria del hombre, tan querida
Después alguna próspera victoria.
Salir del mar, en que la vió perdida,
O á los amigos referir la historia
Del cantiverio, no es de tanto ejemplo
Como ofrecer una bandera al templo.
Tenemos, desde el tiempo de Rodrigo,
Siglo infeliz por la traidora Cava,
En nuestra misma casa al enemigo,
Y la que fué señora vive esclava.
Es hoy Granada pertinaz testigo,
Aunque en ella parece que se acaba
La soberbia del bárbaro africano.

UN SOLDADO.

Tal freno tiene en tu valor cristiano.

ESCENA II.

EL REY, EL MAESTRE.—DICHOS.

REY.
Al son de vuestras cajas he querido,
Adelantado primo, adelantarme,
Y venir, como veis.

ADELANTADO.
Habeis lucido
Mis armas como el sol.

REY.
Llegad á darme
Los brazos.

ADELANTADO.
A mi amor favorecido,
Bienes adelantais por él á honrarne;
Que los servicios de valor no pueden
Los hace grandes el amor de dueño.

Pensó Aliatar, pensó valiente el moro
¡Oh generoso Principe! que habia
De volver á Granada con el oro
Que á su africano rey llevar solia;
Y fuera de dejar tanto tesoro,
Perdió mil hombres él, que no queria
Menos que aquel tributo que hoy lamen
España, con dolor de tanta afrenta. (ta
Después de aquella célebre victoria,
En que á caballo, con la roja espada,
Se vió el Patron de España, que en memo-
A eterno feudo la dejó obligada; [ria
No se ha visto mayor ni de mas gloria,
Pues hasta Dinadamar de Granada,
Siguiendo los vencidos africanos,
Llegaron los caballos castellanos.

REY.

Adelantado, yo no sé qué pueda
Daros en premio, qué razon, qué estado;
Permitid que lugar se me conceda
Para salir de estar tan obligado.
Hija teneis que vuestra casa hereda;
Yo haré por ella que quedeis honrado,
Antes que salga de la gran Sevilla,
Al igual de los Reyes de Castilla.
También vuestra sobrina generosa
Alcanzará destos favores parte,
Pues es tan bien nacida como hermosa.
Y agora descansad, cristiano Marte.

ADELANTADO.

Señor, en vuestra empresa vitoriosa
Así levante el cielo el estandarte,
Que apenas quepa con sus orbes solos
El nombre vuestro en los opuestos polos.
(Vase, y con él sus soldados.)

ESCENA III.

EL REY, EL MAESTRE.

REY.
Todas aquestas vitorias,
Maestre, añaden valor
Al empleo de mi amor.

MAESTRE.
Yo pienso que destas glorias
Solo estimas el tener
Mas disculpas tus antojos.

REY.
Jamás culparé á mis ojos,
Si viene á ser mi mujer.

MAESTRE.
Ni pareciera razon,
Si has de casarte en España.

REY.
¿A quién, Maestre, acompaña
Mas generoso blason?
Y si mis antecesores
En España se casaron,
Y iguales casas hallaron
Al valor de sus mayores,
¿Qué tengo yo que temer?
¿En qué me pueden culpar?
¿Qué ejemplo debo buscar?

MAESTRE.
En fin, ¿será tu mujer?

REY.
Hoy la pienso ver.

MAESTRE.
Podrás,
Con el achaque de ver
A su padre.

REY.
¿Qué he de hacer,
Maestre? No puedo mas.
Merece el Adelantado
Este honor y ella también.

MAESTRE.
¿Tengo yo de querer bien

A su prima?

REY.

Si te ha dado
Sangre, como dicen, sí;
Si no te la ha dado, no.

MAESTRE.

No pienso que me mató.

REY.

Pues no la quieras por mí;
Que amor no es bien que se trate
Menos que como es el mío,
Que ruego, peno y porfio.
Y gusto de que me mate.

(Vanse.)

Calle.

ESCENA IV.

DON ENRIQUE, RAMIRO.

DON ENRIQUE.

¿Qué te cansas en reñirme?

RAMIRO.

A grande mal te resuelves.

DON ENRIQUE.

¿Muy grande?

RAMIRO.

¿A Sevilla vuelves?

DON ENRIQUE.

Pues ¿qué puedo hacer? ¿Morirme?

RAMIRO.

¿No era mejor tener firme,
Y proseguir el camino?

DON ENRIQUE.

¿Qué camino ó desatino,
Si salía luego amor,
Como suele el salteador,
A saltar al peregrino?

RAMIRO.

¿Que vuelva un señor atrás
De lo que juró primero!

DON ENRIQUE.

En resolución, me muero,
Ramiro; no puedo mas.

RAMIRO.

Y ya que en Sevilla estás,
¿Qué piensas hacer?

DON ENRIQUE.

No veo
De quien fie mi deseo;
Que todos me han de vender.

RAMIRO.

Teodora... Pero es mujer.
Poco en sus secretos creo,

DON ENRIQUE.

Engañaste; que mejor
Saben callar que los hombres.

RAMIRO.

No les han dado esos nombres
Los peligros del honor.

DON ENRIQUE.

Yo dije al Rey mi señor
Que desterrado saldria;
Pero no que no querria.
¿Quebro el destierro? Pues bien;
Habrá mas de que me den
La misma pena ese día?
Esta palabra le dí;
Que no de no amar á Juana.

RAMIRO.

Esta es, Señor, la ventana
De Teodora: ¿llamo?

DON ENRIQUE.

Sí.

(Llama.)

ESCENA V.

JUSTA, á la ventana. — DICHOS.

JUSTA.

¿Quién llama? ¿Quién está ahí?

RAMIRO.

Mi reina, dos olvidados.

JUSTA.

¿Dos, quién?

RAMIRO.

Dos mal informados
Del camino de Castilla,
Que volvemos á Sevilla
Por postas de desterrados.

JUSTA.

¿Válate Dios por Ramiro!

(Entrase.)

RAMIRO.

¿Qué notable admiración!

ESCENA VI.

TEODORA. — DICHOS.

TEODORA. (Dentro.)

¿Qué es esto?

JUSTA. (Dentro.)

Dos hombres son,
Que de mirarlos me admiro.

TEODORA. (A la ventana.)

¿Ay, cielos! al Conde miro.

DON ENRIQUE.

Paso, Teodora, si ignoras
Mis sucesos.

TEODORA.

Sé que adoras
A la mujer mas querida
Del Rey, y que está tu vida...

DON ENRIQUE.

¿Qué tarde mi vida lloras!
¿Qué hay de nuevo en la ciudad
Después que yo me partí?

TEODORA.

Que no se acuerdan de ti.

RAMIRO.

En mujer no es novedad.

TEODORA.

¿Quién por una majestad
No trueca una señoría?

DON ENRIQUE.

No hablen, Teodora mía,
Tus celos, si es que los tienes.

TEODORA.

¿Qué notable ausente vienes!

DON ENRIQUE.

Pues ¿hay ausencia de un día?

RAMIRO.

Pues lo dice, bien lo entiende.

TEODORA.

Para decirte verdad,
Solo sé que en la ciudad
El amor del Rey se extiende:
A doña Juana pretende,
Y dicen que por mujer;
Que yo no puedo saber
Si ella le quiere; mas creo
Que podrá tan gran deseo
Almas de hielo encender.
Y si tú sabes de amor,
Conocerás que presente,
Cuanto mas estando ausente,
Es fuerte competidor
Un rey de tanto valor,
Tan gallardo pretendiente,
Y tan valiente.

DON ENRIQUE.

En efecto

¿Te parece que le estima?

TEODORA.

A mí la razon me anima,
Y el saber nuestro sugeto.

DON ENRIQUE.

¿Sols muy mudables?

TEODORA.

No sé
Si eso toca en ser mudables.

RAMIRO.

Decir quiero interesantes;
Por el ejemplo se ve.

TEODORA.

¿Qué mujer tan necia fué,
Que no escoja lo mejor?

DON ENRIQUE.

Alguna que tenga amor.

TEODORA.

¿Ay Enrique! El mundo todo
Se gobierna de ese modo.

DON ENRIQUE.

No donde reina el valor.

TEODORA.

Echa por donde quisieres,
De lo mas alto á lo bajo,
Y hallarás mucho trabajo.

RAMIRO.

Verdad, si no es en mujeres.

DON ENRIQUE.

Ahora bien, aunque lo eres,
Me quiero fiar de ti
Y ser tu huésped aquí.

TEODORA.

Para tan grande señor
Será la casa menor.

DON ENRIQUE.

No la hay mayor para mí.

TEODORA.

Entra, y honra mi humildad.

DON ENRIQUE.

No me llamarás ingrato.
(Entranse don Enrique y Teodora.)

JUSTA. (A la ventana.)

Y él ¿no viene?

RAMIRO.

Con recato.

JUSTA.

Pues ¿de qué es la gravedad?

RAMIRO.

Mas es cierta enfermedad.

JUSTA.

Y ¿no puedo yo sabella?

RAMIRO.

La ausencia fué culpa della.

JUSTA.

La posta debió de ser:

RAMIRO.

Mucho tiene de mujer.

JUSTA.

¿Cómo?

RAMIRO.

Que muele y desuella.
(Entranse.)

Sala en casa del Adelantado.

ESCENA VII.

EL ADELANTADO, DOÑA JUANA, DOÑA INÉS.

ADELANTADO.

Esto del Rey conocí;

Pero no lo entiendo bien.
¿Sabes tú lo que es?

DOÑA JUANA.

También

Es enigma para mí.

ADELANTADO.

Pienso que quiere casaros
Con sus dos hermanos.

DOÑA INÉS.

Vienes

Tan humilde, cuando tienes
Al Rey, con hechos tan raros,
Puesto en mas obligación,
Que pienso que desentiendes
Lo que entiendes; con que ofendes
Tu valor y tu opinion.

ADELANTADO.

Pues ¿qué quieres tú que entienda?
¿Que el Rey se quiere casar?

DOÑA INÉS.

¿Por qué no lo has de pensar,
Si tienes tan alta prenda?

ADELANTADO.

Ahora bien, aunque podía,
Si no trae de tierra extraña
Mujer, casarse en España
El Rey, y en la sangre mía,
No lo quiero yo entender;
Porque si después no fuera;
Mas pesar, Inés, tuviera
Que entonces me dió placer.
Soy quien sabes, he servido
En paz y en guerra años largos,
Y los mas honrosos cargos
Que hay en Castilla he tenido;
Pero hasta ver declaradas
Las dudas que agora veo,
Solo os diré que deseo
Veros muy bien empleadas.

(Vase.)

ESCENA VIII.

DOÑA JUANA, DOÑA INÉS.

DOÑA JUANA.

No he querido, Inés, decir
A mi padre la intencion
Del Rey.

DOÑA INÉS.

Pues ¿por qué razón?

DOÑA JUANA.

Porque no pueda argüir
De su ausencia en la frontera
Cosa indebida á mi honor.

DOÑA INÉS.

¿Cómo te va del amor
De Enrique?

DOÑA JUANA.

Amor que no espera,
Mucho tiembla del deseo,
No porque ya le olvidé,
Mas porque no le veré
En mi vida.

DOÑA INÉS.

Así lo creo.

Y aciertas en olvidalle,
Pues se mejora tu amor
En hombre de mas valor,
Mas entendimiento y talle.

DOÑA JUANA.

Si hasta que yo me casara,
El Rey, Inés, no entendiéramos
Nuestro amor, yo preferiera
A Enrique, y al Rey dejara.
Pero si ya le entendió,
Y le desluciera de sí,
¿Qué esperanza queda en mí?

DOÑA INÉS.

La fortuna te ayudó,
Pues con Enrique quedaras
Pobre y humilde, aunque es ley
De amor; pero con el Rey,
¿Qué mayor bien desearas?

DOÑA JUANA.

Prima, yo me determino:
Con esforzarme á dejar
A Enrique, podré olvidar
Este loco desatino.
Los deseos dan contento
En tanto que son posibles:
Pero en llegando á imposibles,
Se van del entendimiento.
El Rey, cuando no tuviera
Mas de ser rey, ¿á qué amor
No deshiciéramos el rigor?
¿Qué pena no enterneciera?
Cuanto y mas siendo galán,
Entendido, fuerte, hermoso,
A pié y á caballo airoso;
Que la noche de San Juan,
Que le vi, me pareció
Que era ingratitud no amalle.

DOÑA INÉS.

Sin duda es de mejor talle
Que el Conde.

DOÑA JUANA.

¿Cierto?

DOÑA INÉS.

Pues ¿no?

DOÑA JUANA.

Pues desde hoy mas, prima mía,
¿Viva el Rey!

DOÑA INÉS.

Viva mil años,

Y acábense los engaños
De esa tu loca porfía.

Y pues ya quieres querer
Al Rey, y dejar á Enrique,
Bien será que te suplique,
Pues has de ser su mujer,
Un deseo que he tenido
Secreto, viendo tu amor.

DOÑA JUANA.

¿Tienesle á Enrique?

DOÑA INÉS.

El mayor

Que cupo en mortal sentido.
No me osaba declarar,
Juana, por no darte enojos;
Y aunque mil veces mis ojos
Te lo pudieron contar,
Deciales: «No mireis;
Que es de mi prima y señora
El Conde; y pues que le adora,
Respetalde y no le ameis.»
Mas ellos, inobedientes
A la razon, le miraban
Tan tiernamente, que daban
Señas de amor evidentes.
Cuando, viendo mis tristezas,
La causa me preguntabas;
Cuando llorando me hallabas,
O en iguales asperezas;
Cuando no queria vestirme
A las mas precisas fiestas,
Y sola tú mis respuestas
Pudieras, prima, sufrirme;
Era verte con favores
De Enrique; y muerta de celos,
Pedia siempre á los cielos
El fin de vuestros amores.
Cumplíose tan gran deseo
Sin daño tuyo, Señora,
Y por eso quiero agora,
Pues querer al Rey te veo,
Que le pidas que me case
Con Enrique, pues ya es mío.

DOÑA JUANA.

Prima, aunque yo desconfío
De que con el Conde pase
Mas adelante el amor,
No del todo le olvidé;
Que es fuego que ayer se fué,
Y aun no ha dejado el calor.
Loca has sido en declararte
Antes de saber de mí
Que ya sin celos de tí
A Enrique pudiera darte;
Y necia en no conocer
Que me habias de obligar
Con esos celos á amar;
Que es condicion de mujer.
De suerte que si volviese
A querer á Enrique yo,
Tuya será, mia no,
La culpa que en ello hubiese.
¿No supieras aguardar
A verme mas despicada?
Que de ayer enamorada,
No era posible olvidar.
El decirte del Rey bien
Es primer paso de amor,
No el último; que es rigor
Que mis deseos estén,
De sola un hora de ausencia,
De Enrique tan olvidados;
Que aun van con él mis cuidados
Como estaban en presencia.
Si algun intento tenia
De amar al Rey, le he perdido
Con saber que tú has querido
Gozar lo que yo quería.
Pierde de amarle el cuidado;
Que con el tiempo sabré
Cuando avisarte podré
Que tengo á Enrique olvidado. (Vase.)

ESCENA IX.

DOÑA INÉS.

Saca en el marzo agricultor moderno
Verde naranjo en apacible día,
Viendo que de los peces se desvia
El sol, que vuelve á su principio eterno.
Mas vuelve al fin el riguroso invierno,
Y así la primavera desafia,
Que toda aquella verde fantasía
Rinde á las ramas, desmayado y tierno.
¡Ay, débil esperanza, que así fuiste!
Pues cuando te saqué (que no debiera)
Al sol de la mudanza que tuviste,
En vez de la esperada primavera,
Volvió el invierno riguroso y triste,
Para que yo sin esperanza muera.

ESCENA X.

RAMIRO, de buhonero, con una arquilla
al hombro. — DOÑA INÉS.

RAMIRO.

¿Hay quien compre alguna cosa
De las que tiene esta caja?
(Ap. Mi notable atrevimiento,
Mi locura temeraria
Favorezca la fortuna.)

DOÑA INÉS.

Pues, amigo, ¿hasta la sala
Os entráis desta manera?

RAMIRO.

Traigo, bellísima dama,
Mil cosas que me compréis,
De Flándes, Italia y Francia:
Primeramente...

DOÑA INÉS.

¡Jesus!

RAMIRO.

¿Qué mira? ¿De qué se espanta?

RAMIRO!
DOÑA INÉS.
RAMIRO.
 Inés de los cielos,
 ¿Puedo hablar?
DOÑA INÉS.
 Estoy turbada.
 ¿Cómo te has entrado aquí?
RAMIRO.
 A la bella doña Juana
 Traigo del Conde, mi amo...
DOÑA INÉS.
 Habla de presto.
RAMIRO.
 Esta carta.
DOÑA INÉS.
 Muestra, darséla yo.
RAMIRO.
 ¿No será posible hablarla?
DOÑA INÉS.
 ¿Qué es hablarla? Tú eres muerto,
 Si te conocen en casa.
RAMIRO.
 ¿Qué hay del Rey?
DOÑA INÉS.
 Sus pretensiones,
 Y no pocas esperanzas.
RAMIRO.
 ¿Admítele?
DOÑA INÉS.
 Claro está.
RAMIRO.
 ¿Claro está?
DOÑA INÉS.
 Pues ¿qué pensabas?
RAMIRO.
 Ayer salimos de aquí,
 Y hoy puede haber tal mudanza!
DOÑA INÉS.
 ¿Que quieres? Vive quien vence.
RAMIRO.
 Lástima tengo á quien ama.
 ¿Fuego en las!...
DOÑA INÉS.
 Quédate en las.
RAMIRO.
 Pues si ya me entiendes, basta.
DOÑA INÉS.
 ¿Qué había de hacer, gusano
 Enrique?
RAMIRO.
 Abrasarle el alma,
 Como lo ha hecho. ¡Ay del Conde!
 Que á cada paso que daba,
 Decía: «¿Qué hará, Ramiro,
 La divina doña Juana?
 ¿Hablará con doña Inés?
 ¿Llorará?—¿No es cosa clara?»
 Decía yo, tan gran necio
 Como él, pues tal pensaba:
 «¡Ay, Ramiro (respondía),
 Quién de su divina cara
 Bebera agora las perlas
 Que de las estrellas bajan,
 Para templar este fuego!»
 —¡Oh qué graciosa templanza,
 Haberse rendido al Rey!
DOÑA INÉS.
 Oyes, loco, véte y calla;
 Que no sabes dónde estás.
RAMIRO.
 Vuélveme luego la carta;
 No quiero que se la des.
DOÑA INÉS.
 Véte sin hablar palabra;

Que por dicha hará su letra
 Efecto en dureza tanta,
 Pues sabes que los ausentes
 Por ellas se quejan y hablan.
RAMIRO.
 ¿Que no podré verla yo?
DOÑA INÉS.
 No podrás hasta mañana,
 Porque está escribiendo al Rey.
RAMIRO.
 ¿Al Rey tan presto?
DOÑA INÉS.
 Esto pasa.
RAMIRO.
 ¡Plega al cielo que los dedos
 Que el Conde marfil llamaba,
 Se vuelvan piedra; la tinta
 Sangre, la pluma una daga,
 El papel!...
DOÑA INÉS.
 Deja el papel.
 Mira que en vano te cansas;
 Que el Rey es muy gentil hombre;
 Y cuando no, el serlo basta.
 Aquí me dijo mi prima
 Que hacía al Conde ventaja;
 Que andaba á caballo airoso,
 Y á pié con notable gracia.
 Pero vuelve, como digo.
 Mañana.

RAMIRO.
 ¿Cómo mañana?
 Yo me vuelva, si volviere,
 Discreto con arrogancia.
 Rico aforrado de necio,
 Pretensor sin esperanza;
 Valiente sin enemigos,
 Viejo en años y sin canas,
 Desgraciado con envidia,
 Y envidioso con desgracia,
 Músico con mala voz,
 Danzador con malas patas,
 Jugador con poca dicha,
 Casado con mucha fama;
 Y finalmente, me vuelva
 Mujer (aunque muchos andan
 Que lo quieren parecer),
 Si acá volviere mañana.

ESCENA XI.

DOÑA INÉS.

¿Qué bien me va sucediendo!
 ¿Cómo se ve que se pasa
 A mi lado la fortuna!
 Amor, leamos la carta:
 Veamos qué dice Enrique
 A su venturosa dama. (*Ábrela y lee.*)

ESCENA XII.

EL REY, EL MAESTRE, MENDO.

— DOÑA INÉS, sin verlos.

MAESTRE.
 Nadie sabe que has venido.

REY.

Venir en secreto es causa.

MAESTRE.

Aquí está, Señor, su prima
 Leyendo un papel.

REY.

¿Podrémos saber, Señora,
 Ese secreto?

DOÑA INÉS.

No estaba

Con cuidado, que le tiene
 Vuestra alteza desta casa.

REY.

No escondais la carta.

DOÑA INÉS.

Es cosa

Que quisiera declararla
 A mi rey y mi señor,
 Gloria nuestra y sol de España,
 Si se me diera el lugar.

REY. (A Mendo.)

¡Hola! Despedad la sala. —
 Tú, Maestre, afuera espera.
 (*Vase el Maestre y Mendo.*)

ESCENA XIII.

EL REY, DOÑA INÉS.

DOÑA INÉS.

Señor, tu grandeza es tanta,
 A quien tu piedad, tu ingenio
 Divinamente acompaña,
 Que me obliga á suplicarte
 Mi remedio, que esta carta
 Te dirá mejor que yo
 Y con mas vivas palabras.

REY.

Pues ¿quieres tú que la lea?

DOÑA INÉS.

Si, Señor, porque cifrada
 Toda mi historia está en ella,
 Guardando el rostro á mi fama.

REY.

Aquesta letra es del Conde.

DOÑA INÉS.

Sí, Señor.

REY.

Escucha.

DOÑA INÉS. (Ap.)

Para

A la fortuna la rueda,
 Amor; que me importa el alma.

REY. (Lee.)

«Hoy he llegado á Sevilla; que las
 ansias de verte me volvieron de Córdoba;
 estoy escondido hasta que la
 noche me dé lugar; aguardame, se-
 ñora mía, en la puerta por donde so-
 las habíame; que tú serás mi mujer,
 ó yo perderé la vida.»
 Extraño caso! Luego el conde Enrique
 ¿No amaba á doña Juana?

DOÑA INÉS.

A mí me sirve

Desde la vez primera que á Sevilla
 Le trajo vuestra alteza de Castilla.

REY.

¿Qué dices?

DOÑA INÉS.

La verdad.

REY.

«Viven los cielos,

Que porque sea verdad te den mis celos
 La corona que tengo! Y si lo fuera,
 De cuanto cubre la suprema esfera.

DOÑA INÉS.

Señor, el Conde, como ves, me adora,
 En esa carta.

REY.

Pensamientos míos,

Haced fiestas á nuevas semejantes.
 ¡Oh vana presunción de los amantes!
 ¿Que Enrique te ama á tí? Pues ¿cómo
 O noche de San Juan no me dijera [el día
 Que por tí se cubrió de aquellos ramos?

DOÑA INÉS.

Porque dió doña Juana en estimarle
Y en quitármele á mí, y así fué justo
No pretender contradecir su gusto,
Sino solo querernos de secreto.
Callaba entouces, como, al fin, discreto,
El Conde por mi honor; y así, ha venido
Donde por mas seguro está escondido.
Esta noche, cual dice, vendrá á verme.
Si tú quieres, Señor, honrarme, hacer-
El mayor bien y asegurar tu gusto, [me
Cásame con Enrique, pues es justo;
Que el Conde, aunque me quiere, no me
[quiere

Para mujer, si bien por mí se muere.
El vendrá aquesta noche, como dice.
Házle casar por fuerza, que bien pue-
Para que mas asegurado quedas. [des,

REY.

Yo debo al valeroso Adelantado
Mayores cosas, si mayores puedo.
Deja venir á Enrique; que esta noche
La mano te dará.

DOÑA INÉS.

¡Plega á los cielos!

REY.

Vitoria, amor; que ya se van los celos.

ESCENA XIV.

DOÑA JUANA. — DICHOS.

DOÑA JUANA.

Sea, Señor, vuestra alteza
Muchas veces bien venido.

REY.

La dicha que hoy he tenido
Venciera mayor grandeza.
Ya estaba de vos quejoso.

DOÑA JUANA.

El Maestre me dijo agora
Esta merced.

REY.

Ya, Señora,
Despidió mi amor celoso
Las sospechas que tenía.
Carta de mi hermano es esta.

DOÑA JUANA.

Harán mis deseos fiesta
A las nuevas deste día.

REY.

De Córdoba me escribió.

DOÑA JUANA.

¡Lleva salud?

REY.

Salud lleva.

DOÑA JUANA. (Ap.)

Quiere el amor que me atreva,
Pero los respetos no.

REY.

(Ap. Hacerla quiero un engaño.)
Como ya, Señora, es justo
Comunicaros mi gusto
Después de aquel desengaño.
Sabed que el Conde me escribe
Grandes arrepentimientos
De los necios pensamientos
De que ya tar léjos vive.
Pideme perdón, y dice
Que le case de mi mano,
Que le estime como hermano,
Y como rey le autorice.
Yo, que, por asegurar
Mis celos, no puedo hacer
Cosa mas justa, mujer
Le quiero á Enrique buscar;
Y porque sin vos no es bien,

Quiero consultar con vos
Quién será, pues á los dos
Nos toca honrarle tambien.
Bien conoceis, ó por fama
O por vista, quién podría
Merecerle.

DOÑA JUANA.

No sería

Poco dichosa la dama.
Y pues que ya vuestra alteza
En su consejo me ha dado
Lugar, y en el que es de estarlo
Está su mayor grandeza;
Mirando bien qué mujer
Puede merecer al Conde,
La misma razon responde
Que sola yo puedo ser.
Déme vuestra alteza á mí
A su hermano; que bien creo
Que tiene el mismo deseo.
Pues me lo pregunta así;
Porque, si no le tuviera
De que él en mí se empleara.
Claro está que no me hablara
Ni ese consejo pidiera.
Que honrar al Adelantado
Puede vuestra alteza así,
Y darme tambien á mí
Lo que tanto he deseado;
Porque, volviendo por él,
Y de vos desengañada,
No puedo estar empleada,
Perdonad, mejor que en él.

(Vase.)

ESCENA XV.

EL REY, DOÑA INÉS.

REY.

¿Entiendes esto?

DOÑA INÉS.

Yo sí.

REY.

Quise saber si quería
Á Enrique.

DOÑA INÉS.

Presumiría

Que faltaba amor en tí.

REY.

No fué por esa ocasion;
Que si desa suerte fuera,
Antes que del Conde hiciera
Con tanto gusto eleccion,
Quejarse de mi fe
Y de mi poca lealtad:
Si va á decirte verdad,
Necio desengaño fué.
¡Ah! que nunca, desengaños,
Fuistes buenos en amor;
Que el desengaño mejor
Causa mayores engaños.
Parte á hablarla, sin que des
A entender que estoy corrido
De lo que me ha respondido;
Que yo te diré después
Lo que ha de hacer mi desprecio;
Y dila que no entendí
Que presumiera de mí
Un pensamiento tan necio.
Que no la quise ofrecer
Al Conde, pues mi deseo
No diera su mismo empleo,
Si me viera aborrecer.
Que si son celos de mí,
Los adoro como á cielos;
Que si hay amor donde hay celos,
Tendrá amor si se los di;
Con lo demás que sintieres
A propósito á mi honor.

DOÑA INÉS.

Poco saben con amor

Disimular las mujeres.
Yo voy á decir que crea
Que no tuviste intencion
De darla al Conde, en razon
De que tu amor la desea.
Y está, Señor, advertido
Que esta noche has de casar. **ma.**

REY.

A mí me importa, ó dejarme
Morir, pues tan necio he sido.

DOÑA INÉS.

Esa carta has de mostrar
Á Enrique.

REY.

Por fuerza haré
Que te quiera.

DOÑA INÉS.

Ya no sé
Mas de temer y esperar.

(Vase.)

ESCENA XVI.

EL REY.

¡Con qué justa razon á la esperanza
Dieron nombre de flor, pues que la vida
En que tan brevemente se marchita,
Que tiene entre las hojas la mudanza!
Lustrosas perlas á la aurora alcanzan,
De matizados círculos escrita;
Belleza que la noche solicita
Para perder su ardor en su templanza.
Sembraba yo, porque la tierra nueva
Me prometió de amor ricos favores:
¡Ay loco engaño, de mis celos prueba!
¿De qué sirve sembrar locos amores,
Si viene un desengaño que se lleva
Arboles, ramas, hojas, fruto y flores?

(Vase.)

Salen en casa de Teófila.

ESCENA XVII.

DON ENRIQUE, RAMIRO.

DON ENRIQUE.

¿Qué dices?

RAMIRO.

Esto que escuchas.

DON ENRIQUE.

¡Válgame Dios!

RAMIRO.

Valga y lleve.

DON ENRIQUE.

¿Doña Juana quiere al Rey?

RAMIRO.

Al Rey doña Juana quiere,
O por pasiva, es querido
De doña Juana el Rey.

DON ENRIQUE.

Siempre

Que algun bien me quieras dar,
Desta suerte le encareces.
Dime lo que ha respondido,
No me mates ni atormentes,
Como sueles, mi Ramiro.

RAMIRO.

Necio amor te desvanece.
Yo no he visto á doña Juana,
Sino á doña Inés, y advierte
Que ella fué quien me lo dijo,
De lástima que te tiene.

DON ENRIQUE.

¡Pese á doña Inés!

RAMIRO.

Embudo

Otras tres doñas Ineses.

DON ENRIQUE.

Diríalo por burlarte.

RAMIRO.

No te entiendo ó no me entiendes.
Teme, Señor, no seas necio,
Teme; que el discreto teme.

DON ENRIQUE.

¡Doña Juana al Rey!

RAMIRO.

¡Por Dios,
Que desesperarme quieres!

DON ENRIQUE.

Las señoras ¡hacen eso?

RAMIRO.

Sí, Señor; porque los reyes
Son los mayores señores.

DON ENRIQUE.

Mira que no son mujeres.

RAMIRO.

Sí son.

DON ENRIQUE.

Pues ¿de qué lo sabes?

RAMIRO.

De que paren.

DON ENRIQUE.

Bestia, tente;
Que me quitarás la vida.

RAMIRO.

¡Tengo yo la culpa?

DON ENRIQUE.

Pierde,
Loca esperanza, el color;
Y del luto de mi muerte
O de lo azul de mis celos
Esmalta sus hojas verdes.

RAMIRO.

No esmaltes hojas, por Dios,
Ni poetices desa suerte,
Sino vamos al remedio.

DON ENRIQUE.

¡Sábesle tú?

RAMIRO.

Dos, tres, veinte.

DON ENRIQUE.

Uno solo, y presto.

RAMIRO.

¡Presto?

DON ENRIQUE.

Sí, Ramiro.

RAMIRO.

Posta, y véte.

DON ENRIQUE.

Por bestia entraste: en efeto,
Remedio tuyo.

RAMIRO.

No deben

Los hombres mas á sus padres
Que á las postas, porque suelen
Librarlos de mil peligros;
Mas yo no quiero deberles
Nada, porque me maduran
El tamboril muchas veces.

DON ENRIQUE.

¡Ay, doña Juana! ¿es posible
Que con mudanza tan breve,
Pagas un amor tan justo?
Pues aun yo no estaba ausente...
¡Jesus!

RAMIRO.

¡San Blas!

DON ENRIQUE.

Yo me muero.

RAMIRO.

¿De qué?

DON ENRIQUE.

De amor.

RAMIRO.

Razon tienes;

Porque, si verdad te digo,
Dando un papel de alfileres
A una dueña en los umbrales
De una sala, la vi enfrente...
¡Diréte cómo?

DON ENRIQUE.

Sí, amigo,

Sí, hermano; piadoso vuelve
A curar á quien has muerto.

RAMIRO.

El seso, Señor, ¿quién puede?
Estaba aquella señora
Como el aurora amanece,
Dando luz al mismo sol,
Aunque dél la suya tiene;
Los cabellos en sortijas;
Y pues es naturalmente,
Bien haya el platero cielo
Que tales sortijas vende;
Los ojos... no quiero estrellas,
Que es cosa baja, y ofenden
Tantos ojos estrellados,
Sino decir que parecen
Dos breves celos de amor,
Adonde gloriosamente
Penen las almas.

DON ENRIQUE.

¿Qué dices?

¡En gloria quieres que penen?

RAMIRO.

Sí; que destos disparates
Altamente se encarecen
Los amorosos engaños.
Pero déjame que llegue
A pintar aquellas cejas,
Pobladas de pelos breves
Y sutiles, que á los ojos
Eran divinos doseles.
No las comparo á los arcos;
Porque los arcos celestes
No tienen pelos ni cubren
Los ojos que algunos quieren;
Que si luna y sol son ojos,
Como son tan diferentes,
Fuera tuerto el cielo á estar
Juntos en su hermosa frente.
¡Quieres que pinte la boca?

DON ENRIQUE.

¡Sabrás?

RAMIRO.

Ni supiera Apéles,
Ni pensó naturaleza
Criar una rosa en nieve.
Parece que por respeto
De las perlas de sus dientes,
Les puso el cielo, Señor,
Dos cordinas de claveles.

DON ENRIQUE.

Muerto estoy; no digas mas.

RAMIRO.

¡Bien bayan los portugueses,
Que á esto llamaron boquiña!
Que parece que convierte
Los deseos en jalea.

DON ENRIQUE.

Presumo que me entretienes
Porque no sienta mis males.

RAMIRO.

Es verdad: eso pretende
Mi rústico ingenio, Conde,
Porque temo...

DON ENRIQUE.

Ya ¿qué temes?

Pon á punto esos caballos;

Porque, volviendo de verte,
Angel de mi perdicion,
Y de dar mil parabienes
A tu amor, á tu mudanza,
A tu dicha y á mi muerte,
Pienso volverme á Castilla.

RAMIRO.

Señor, excusa, si puedes,
El verla, por el peligro,
Si acaso alguno te viese,
Y porque si desdenosa
Te respondiese, no aumentes
Tus celos, y algo le digas
Que mas desdicha nos caeste.

DON ENRIQUE.

No puedo excusar, Ramiro,
Ver á doña Juana. Dénme
Una rodela y un jaco.

RAMIRO.

¡Bravo amor!

DON ENRIQUE.

Bien lo merece;
Que si por el Rey me deja,
Acierta, y es bien que acierte.
Mejor es que yo mi hermano.
¡Muera yo! ¡Viva quien vence!

(Vanse.)

—

Calla.

ESCENA XVIII.

EL REY, EL MAESTRE y MENDO,
de noche.

REY.

Ya te digo que viene arrepentido
De haberme dado enojo, por guardalle
Secreto á Inés.

MAESTRE.

Extraña cosa ha sido.

¿Que quiere á Inés?

REY.

Y ha de rondar su calle.
Que le case con ella me ha pedido;
Y vive Dios, que tengo de casalle!
Porque, fuera de ser buen casamiento,
Importa al mio declarar su intento.
Vaya Mendo á avisalla de mi parte,
Para que esté á la puerta prevenida.

MENDO.

¡Diréte que aquí estás?

REY.

Díselo aparte.

(Vase Mendo.)

ESCENA XIX.

EL REY, EL MAESTRE.

MAESTRE.

[da?

¿Que Inés, Señor, de Enrique fué servi-

REY.

Esto puedo, Maestre, asegurarte,
Y que en su ejecucion me va la vida.

MAESTRE.

Mucho á la hermosa doña Juana quieres.

REY.

Corona puede ser de las mujeres.
Deseos, ¿qué quereis? Verla? Pues vamos
A verla. Tarda Enrique: bien podemos.
¿Qué dirán si me ven? Mas ¿qué dudamos?
Amor, cuando tan cerca el bien tenemos?
Ya que en segura posesion estamos,
Sin efeto es andar por los extremos. —
Maestre, aquí me aguarda, y si viniere
El Conde, haz de manera que me espere.

MAESTRE.
Írase si me ve.
REY.
Pues dame aviso;
Que amor me fuerza, y márame el deseo.
(Vase.)

ESCENA XX.

DON ENRIQUE, RAMIRO. —
EL MAESTRE.

RAMIRO.
Ninguno como tú tan recio quiso.
DON ENRIQUE.
Bien lo dice el peligro en que me veo.
RAMIRO.
¡Con qué temor aquesta calle piso!
DON ENRIQUE.
¡Que me olvidaste, Juana? No lo creo.
¡Ay engaños de amor! Muero de olvido,
Y no puedo creer que estoy perdido.

MAESTRE. (Ap.)
Este es Enrique, aquel es su privado.
Voy á llamar al Rey; que no es cordura
Llevarle á hablar, si se ha de huir. (Vase.)

ESCENA XXI.

DON ENRIQUE, RAMIRO.

DON ENRIQUE. Yo he dado
Poco dichoso fin á mi ventura.
Rejas, yo soy un hombre desdichado,
Que aun la vida no tengo en vos segura:
Doléos de mí; que donde se endurecen
Las almas, aun los hierros se enternecen.
RAMIRO. (Ap.)
Rejas, el diablo, que hace mas enredos
Que un hombre sin dineros, me ha traído
Donde, si no me escapo á puros créditos,
¡Qué tarde me verá quien me ha parido!
Pues no son de gallina aquestos miedos.
Moros he muerto, capitán he sido;
Mas enojos de un rey, y siendo tales,
A Aquiles volverán á sus pañales.

DON ENRIQUE.
¡Ay Juana de mis ojos tan amada! ¡da?
¡Por qué has querido en flor cortar mi vi-
RAMIRO. (Ap.)
¡Ay Dios! ¡quién estuviera en la posada,
Y llevaran los diablos la venida!
Tengo yo de medir á un rey la espada,
Que llega, cuando quiere sin medida,
De un reino á otro, y solo Dios le juzga?

ESCENA XXII.

EL REY. — Dichos.

REY. (Ap.)
No hay orden que á quererme la reduzga.
DON ENRIQUE. (Ap.)
Gente viene; rebozarme
Quiero. ¿Cosa que el Rey sea?
RAMIRO. (Ap.)
Ya comienzan á venir.
¡Ay del necio que quisiera
Un censo sobre mi vida!
REY.
(Ap. El Maestre está á la puerta.)
Maestre, ¿ha venido Enrique?
Que ya prevenida queda
Doña Inés, y ¡vive Dios
Que hoy se ha de casar por fuerza!
Entré á hablar á doña Juana,
Y hase enfadado, muy necia,
De que la viniese á ver.
Bien dije yo que desea
Al Conde, y que está llorando

Por su destierro y ausencia
Toda la noche y el día.
¿Cómo no me dais respuesta,
Don Tello, Maestre, hermano?
RAMIRO. (Ap.)
Ya se acerca, ya le pega.

REY.
Hombre, ¿quién eres? responde.
DON ENRIQUE.
No se espante vuestra alteza
Que no responda. (Desembózase.)

REY.
¿Es Enrique?
DON ENRIQUE.
No sé si serlo quisiera,
Pues te doy tantos enojos,
Que, como dices, intentas
Casarme por fuerza aquí.

REY.
Es porque tú lo desees,
Y á doña Inés lo has escrito;
Que yo conozco tu letra.

DON ENRIQUE.
A doña Juana escribí;
Y si doña Inés enreda
Desatinos por privanza,
No cumple, aunque quien es sea,
La obligación de su sangre.

REY.
Pues ¿cómo el destierro quiebras
De que me diste palabra?

DON ENRIQUE.
No la dí de no quererla,
Y es muy conforme al amor
Que los desterrados vuelvan
De noche á hacer por sus damas
Estas honradas finezas.
Si yo viniera de día,
Donde Sevilla me viera,
No solo fuera mal caso,
Pero fuera desvergüenza.
Desterrado que de noche
Viene á sus cosas, no quiebra
El destierro si no es
Que viene á cosas mal hechas;
Porque en efeto ya guarda
Respeto á quien le destierra;
Y la noche es confusion
De cosas malas y buenas.

REY.
Si es respeto á la justicia,
¿Qué es el Rey?

DON ENRIQUE.
Justicia.
REY.
Espera
Pues ¿conmigo no has topado?

DON ENRIQUE.
Es cosa, Señor, tan nueva
Topar con un rey de noche,
Que en mi vida se me acuerda
Haberlo oído.

REY.
Yo ¿soy
El Rey?

DON ENRIQUE.
Conozco á tu alteza
Por mi supremo señor.

REY.
Date preso.
DON ENRIQUE.
En mil cadenas
Me tiene tu obligación;
Pero no es justo que quieras
Prnderme tú; que los reyes,
Y mas en cosas pequeñas,
No prenden por sus personas.

Y perdona, que te asustes
Y quieres sacar la espada.

REY.
Dame la espada.
DON ENRIQUE.
Ahí te queda
Envainada; que no quiero
Que de otra manera sea.

REY.
Eres traidor.
DON ENRIQUE.
Soy tu hermano.
Nunca mi madre fué reina;
Pero fué tu padre el mío.

REY.
Enrique, no me entenezcas.
Vuelve.

DON ENRIQUE.
No puedo, Señor;
Que no quiero que me veas
En las manos sin espada,
Y en los ojos con flaqueza.
(Vanse don Enrique y Ramiro.)

ESCENA XXIII.

EL MAESTRE, MENDO. — EL REY.

REY.
¡Hay tal suceso!
MAESTRE.
¿Qué es esto?

MENDO.
Gran Señor, ¿de qué te quejas?

REY.
Toma, Mendo, aquesta espada.

MENDO.
¿Tuviste alguna pendencia?

REY.
Id delante y lo sabréis.
¡Maldiga el cielo estas puertas,
O maldiga mi desdicha!
Que no está la culpa en ellas.

ACTO TERCERO.

Sala en casa del Adelantado.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA JUANA, TEODORA, disfrazada.

TEODORA.
Esas flores que vendía
Entre listones y tocas,
Flores, por fingidas, pocas,
Aunque lo ha sido la mia,
Son mentiras para veros
Y verdades para hablaros
De quien ha sabido amaros,
De quien no sabe perderos.

DOÑA JUANA.
Luego vos ¿no sois florera?

TEODORA.
No, Señora; que en mi casa
El Conde esta vida pasa,
Y persuadiros quisiera.
No se atrevió, por el Rey,
A venir Ramiro aquí;
Puesto que dél entendi
Que campiera con la ley
De hijodalgo castellano
En morir por su señor.

DOÑA JUANA.
No hay aquí tanto rigor
Como él imagina en vano.

TEODORA.

Que piense no os espanteis
Que ya tiene posesion
El Rey de vuestra aficion,
Pues su peligro sabeis.
Yasi, por servirle yo,
Vine disfrazada asi;
Que el saber lo que hay en mí
Este consejo le dió.
Dice pues que sois cruel
Mas que cuantas han nacido,
Y que con el Rey ha sido
Trato desterrarle á él.
Que el interés de reinar
Os ha movido, no amor;
Aunque escoger lo mejor
Bien os puede disculpar;
Porque ya en el mundo es ley
Que en sus voluntades reina;
Y que pues que ya sois reina,
Le pongais bien con el Rey.
Que le pidais el perdon
De su enojo, y no el destierro;
Que el volver tiene por yerro,
Pues ya no tiene ocasion.
Que con sola la respuesta
Que me habeis de dar, se irá
A Castilla, pues ya está
Vuestra voluntad dispuesta
A querer y á no querer,
Cuando disculpada estais;
Pues mejor es que seais
Su reina que su mujer.

DOÑA JUANA.

Por serlo vos no he tomado
Vuestra venida sin gusto;
Mas por lo que fuera justo,
Mucho me hubiera enojado.
¿Tiene el mundo como Enrique
Mayor traidor?

TEODORA.

¿Qué decis?

DOÑA JUANA.

¿Para qué me persuadís
Que á sus engaños aplique
Los oídos, que ya tengo
Como el áspid al encanto,
Pues en despreciarle tanto,
Menos que es justo me vengo?
Sirve el Conde aquí á mi prima;
Hablaria de noche intenta,
Haciendo á mi amor afrenta,
Que hasta el honor me lastima;
Hallé yo al Rey embocado;
Lloro yo porque á Castilla
Se parte, y está en Sevilla
Muy de espacio enamorado!
Decidme que si pretende
La gracia del Rey por mí,
Que ¿por qué me engaña así,
Pues su mismo honor ofende?
Que si al Rey hablé, él me dió
La causa... — Y no repliqueis;
Que estais donde no sabeis.

TEODORA.

No tengo la culpa yo;
Porque el Conde, en confianza
Del pasado amor, me ha hecho
Disfrazar á mi despecho,
Y contra alguna esperanza;
Que aunque no es mi calidad
La vuestra, he querido al Conde.

DOÑA JUANA.

Eso también corresponde
A su mucha libertad.
Id con Dios, y agradeced
Que os dejo salir así.

TEODORA.

Señora...

DOÑA JUANA.

Salios de aquí.

TEODORA.

Que estoy sin culpa creed. (Vase.)

ESCENA II.

DOÑA JUANA.

Enrique, yo no quiero aventurarme
Portu ocasion, ni por mi amor perderme:
Si tú sabes, traidor, aborrecerme,
¿Por qué no sabré yo de tí vengarme?
¡Ay, que me cuesta mucho el apartar-

[me]

De la ocasion con que quisiste verme!
No me veas, cruel; que es ofenderme.—
Señora, yo me voy.—Vuelve á matarme.
—Oye, mi bien: ¿qué pierdes en oirme?
—Pierdo el honor y al Rey.—Verdad te

[trato.]

—Por eso de tu amor quiero partirme.
—Amor celoso olvida, como ingrato;
Mas no podrás.—Si haré, porque el mas

[firme]

A manos de otro amor le acaba el trato.

ESCENA III.

DON ENRIQUE, RAMIRO.

—DOÑA JUANA.

DON ENRIQUE.

No me tengas.

RAMIRO.

¿Dónde vas?

DON ENRIQUE.

A perderme.

RAMIRO.

¿Estás en tí?

DON ENRIQUE.

Pues si yo estuviera en mí,
¿Amara á una ingrata mas?

DOÑA JUANA.

¿Qué es esto? ¿Quién es?

DON ENRIQUE.

¿Quién es!

¡Oh, qué pregunta extremada!

¿Que ya estás tan olvidada,

Que me ves y no me ves?

Pues yo te diré quién soy.

DOÑA JUANA.

¡Válgame Dios, qué locura!

DON ENRIQUE.

Soy una alma que procura

El pecho en que ya no estoy.

Soy un hombre que solias

Decir, Señora, que amabas,

Cuando menos estimabas

Que el amor las monarquías.

Soy quien tuvo tal ventura,

Que mereció de tus labios

Seguridades de agravios,

Si hay cosa en mujer segura.

Soy el que perdió por tí

Su rey, su hermano, su dueño,

La noche para tí sueño,

Y desvelo para mí.

Soy cometa que pasó

Por el cielo, si se debe

Tal nombre á hermosa breve

Que adonde nació murió.

Soy finalmente...

DOÑA JUANA.

No mas;

No pases de finalmente,

Pues un fin tan indecente

A tantos favores das;

Porque ya no me dirás,

Enrique, cosa que crea...

—¿Enrique dije? No sea

Favor nombrarte; que fué

Yerro de la lengua, en fe
De que ofenderte desea;
Que cuando tu nombre nombre
Por venganza al despedirte,
¿Cómo puedo yo decirte
Mas afrenta que tu nombre?
Véte, Enrique; que eres hombre.
Y esta hazaña tuya es.

DON ENRIQUE.

¿Tú dices que á doña Inés
Escribí?

DOÑA JUANA.

Pues ¿no es así?

DON ENRIQUE.

No, Señora, sino á tí.
Ramiro presente está.

RAMIRO.

Quién crédito no te da,
¿Daráme crédito á mí?
Yo te truje aquel papel,
Tu prima me le tomó.

DON ENRIQUE.

Pues ¿cuándo la quise yo

Para regalarme en él?

Si quiso engañar con él

Al Rey, no lo sé; mas creo

Que nació de tu deseo:

Concierto debió de ser,

Porque tú puedas hacer

En el Rey mas alto empleo.

El Rey merece agradarte,

Mejor empleada estás;

Que lo que aquí siento mas

Es que quieras disculparte.

Pero amarle no era parte

Para venderme con él,

Pues pensando que el papel

Tu prima te hubiera dado,

Vine á tu puerta embocado.

Y di por tu culpa en él.

Partirme de tí, ¿qué vale,

Si vuelvo á Sevilla luego,

Como por la cuerda el fuego

Vuelve á la parte que sale?

Mejor es que el fin iguale

Al principio en que naci.

Yo quiero morir aquí:

Sepa el Rey que aquí me tiene,

Máteme; ¿por qué no viene,

Si quisiera vengarse en mí?

DOÑA JUANA.

¿Enrique! Enrique!

RAMIRO.

Señor,

¿Qué es esto?

DON ENRIQUE.

¿Tú no lo ves?

Yo he querido á doña Inés,

Ni tuve en mi vida amor?

Pase un villano traidor

Mi pecho si tal pensé,

Tal servi ni tal hablé;

Ni puede ser en lugar

Donde tú estabas entrar

Otra hermosura, otra fe.

No lo digo por moverte;

Que no te pienso mover,

Ni quererte, ni querer

Que me obligues á quererte;

Mas porque no quiero verte

Disculpada en mis agravios.

DOÑA JUANA.

¿Conde!

DON ENRIQUE.

No muevas los labios;

Que después de agravio cierto,

Nunca vuelven á concierto

Los amantes ni los sabios.

Estos tus papeles son,

Con esta encarnada cinta :
¿Quién dió veneno con tinta,
Sino mujer y traicion?
Romperá pues mi razon
Razones tan engañosas.

DOÑA JUANA.
No bagas, Enrique, cosas
De que te has de arrepentir;
Que aunque se vuelve á escribir,
No salen tan amorosas.

DON ENRIQUE.
Déjame.
DOÑA JUANA.
Así Dios me guarde...

DON ENRIQUE.
Eres reina: ¿qué he de hacer?
DOÑA JUANA.

Créeme.
DON ENRIQUE.
No puede ser.

DOÑA JUANA.
¿Por qué, Conde?

DON ENRIQUE.
Porque es tarde,
Y es razon que me acobarde
De mi rey justo respeto.

DOÑA JUANA.
Y ¿si ser tuya prometo,
Cuando esté desengañada?

DON ENRIQUE.
Serás de mí tan amada
Como mereces, y aun mas...
—Pero en efeto serás
Del Rey; que estás obligada.

DOÑA JUANA.
A quien se hace de rogar
Y me desprecia, no es bien
Que mis deseos le dén
Ocasión, sino lugar.
Voyme á no ver, á olvidar
Que he querido bien al Conde.

RAMIRO.
¿Dónde vas, Señora?

DOÑA JUANA.
¿Dónde?
Voy, Ramiro, á no querer
Al Conde.

RAMIRO.
No puede ser,
Si el Conde te corresponde.
Mira ¿qué celos aquellos
Y qué mirarte á traicion!
¿No le ves el corazon,
Por los ojos, todo en ellos?

DOÑA JUANA.
Tienesme por los cabellos.

RAMIRO.
No tengo tal; que tú eres
Quien te tienes, porque quieres
Tenerte.

DOÑA JUANA.
Mal me conoces.

RAMIRO.
No te irás, así te goces.

DOÑA JUANA.
Mal conoces las mujeres.

RAMIRO.
No lo eres tú; que ángeles tienes
Por nombre y por hermosura.

DOÑA JUANA.
¿Qué es lo que Enrique procura,
Ramiro, que me detienes?

RAMIRO. (A Enrique.)
Tú, ¿qué quimeras previenes,
Que no llegas á gozar
La dicha deste lugar?

DON ENRIQUE.
Quiérese ir.

RAMIRO.
Buen dormir!
Si ella se quisiera ir,
¿Quién se lo había de estorbar?
Pues mira que la mujer
Sabe sufrir mas que el hombre.

DON ENRIQUE.
Como mi mujer se nombre,
Di que la quiero querer.

RAMIRO.
Claro está que lo ha de ser.

DOÑA JUANA.
Conde, si estoy satisfecha
De mi pasada sospecha,
Seré tu esposa.

DON ENRIQUE.
No sé
Qué satisfacion te dé,
Si mi verdad no aprovecha.

ESCENA IV.

DOÑA INÉS, sin ser vista.—DICHOS.

DOÑA INÉS. (Ap.)
¿Qué es esto que viendo estoy!
Enrique es este. ¿Qué en vano
A dos que se quieren bien
Estorba ningún contrario!
Oír quiero desde aquí
Qué pueden estar hablando
Con tan grande atrevimiento.

DOÑA JUANA.
Firma, Conde, de tu mano
Esa verdad.

DON ENRIQUE.
Oye.

DOÑA JUANA.
Di;
Que yo haré luego otro tanto.

RAMIRO.
Y yo quiero ser juez,
Que no soy apasionado
De ninguno de los dos.

DOÑA INÉS. (Ap.)
Y yo testigo en mi daño.

DON ENRIQUE.
Si yo las flechas del amor tuviera,
De vos á todo el mundo enamorara,
Y en torres de diamantes os guardara,
Porque después de amaros nadie os viera.
Que tanto me quisiéades hiciera, ¡va!
Que de otro ningún bien se os acordara;
El pensamiento á una cadena atara,
Y la imaginacion os suspendiera.
Y si pudiera yo, con una llave
Cerrará al tiempo el curso presuroso
En esa dulce juventud suave,
Porque jamás en ese rostro hermoso
La edad pusiera cosa menos grave,
Ni yo pudiera ser menos dichoso.

RAMIRO.
¡Valiente, por Dios! ¡Ansí!
De lo que entiendo me agrado;
No aquello del ser sin ser,
Por el ser del ser formado,
Y el ser del ser que no fuera,
De que el vulgo hace milagros;
Y todos son disparates
En bernardinas fundados;
Que si lo que se oye aprisa,
Ello se oyera de espacio,
Mas de cuatro se corrieran
De lo que aquí celebraron.

DOÑA JUANA.
Cuando sin penas yo pudiera amaros

(Que sin celos no puede ser quereros),
Para tenerlas suspendiera el veros,
Pues el penar por vos fuera obligaros.
Quereros sin costarme aventuraros
Era quererme á mí, y era ofenderos;
Que mas quiero obligaros y perderos,
Que, sin quereros obligar, gozaros.
Glorias solas de amor amor condena;
Penas quiero por vos; que la memoria,
Si asiste á solas glorias, es ajena.
Penar amando es la mayor vitoria,
Y si amor es amor por lo que pena,
Por teneros amor, no quiero gloria.

DON ENRIQUE.
¿Qué juzgas?
RAMIRO.
Que os doy por buenos.
DOÑA INÉS. (Acercándoseles.)
Y yo, que estaba escuchando,
Digo lo mismo.

DON ENRIQUE.
Pudieras,
Señora, haberlo excusado,
Como el oír que la carta
Es para ti, pues es llano
Que Ramiro te la dió
Para doña Juana.

DOÑA INÉS.
Estando
Bien descuidada, llegó,
Don Enrique, el Rey, tu hermano;
Y yo, por no le decir
Verdades que sienten tanto,
Fingi que era para mí.

DOÑA JUANA.
Harto bien te has disculpado.

RAMIRO.
El Rey viene.
DOÑA JUANA.
No hay remedio
Sino esconderle.

DON ENRIQUE.
Aquí aguardo.

DOÑA JUANA.
¿Oyes?
SI
DOÑA JUANA.
¿Llevas reloj?

DON ENRIQUE.
No vengo tan descuidado,
Que de la pasada burla
No tenga el alma temblando.
Mas doña Inés queda ahí,
Que me servirá de mano,
Señalando dónde estoy
En las letras de mis daños.
(Escóndense don Enrique y Ramiro.)

ESCENA V.

DOÑA JUANA, DOÑA INÉS.

DOÑA INÉS.
En mala fama he caído,
Porque quise remediaros;
Mas ¿qué mejor premio tiene
Quien sirve pechos ingratos?
Pero la palabra os doy,
Para solo aseguraros,
De ayudar vuestros amores.

DOÑA JUANA.
Mira que viene: habla paso.

ESCENA VI.

EL REY. — DICHOS.

REY.
Habiendo dado cuenta, hermosa Juana,

A mi reino de aqueste casamiento,
Y informado de cosa que es tan llana
Como tu generoso nacimiento,
Todo con gusto á obedecer se allana
Y aprueba mi amoroso pensamiento;
Que las partes del noble Adelantado
Le hacen temido y igualmente amado.
Está para esta noche prevenida:
Será mi desposorio celebrado;
Y si no quieres tú que aquí resida,
Luego verás á Guadarrama helado.
Que como tengo en ti mi propia vida
Y el reino de mi amor depositado,
Adonde tu quisieres, allí sea
La corte, donde yo te goce y vea.

DOÑA JUANA.

Señor, siempre que tú á mi padre pue-
Honrarle solícitas: Dios te guarde. [des,
Mas con él solícita esas mercedes
Que le quieres hacer; que estoy cobarde.

REY.

Yo gusto que á tratar tus cosas quedes.
Aunque no importa el prevenir las tarde.
Voy á hablar á tu padre.

DOÑA JUANA.

Muchos años

Vivas.

REY.

Para servirte.

DOÑA JUANA. (Ap.)

[Hay mas engaños!

(Vase el Rey.)

ESCENA VII.

DON ENRIQUE, RAMIRO. — DOÑA
JUANA, DOÑA INÉS.

DON ENRIQUE.

Di agora que tenga vida.

DOÑA JUANA.

Y ¿tendrálala quien te escucha?

DON ENRIQUE.

No me descubrió el reloj;
Mayor fué mi desventura.
Si en la noche de San Juan
Sus horas mi muerte anuncian,
Allí tocaron campanas,
Y aquí fué mi sepultura.
Ya ¿qué esperanza me queda,
Si la posesion es suya,
Pues que viene á ser verdad
Lo que hasta agora fué duda?
¿Mal haya amén el papel,
Pues desde entonces procuro
Mi muerte, por un engaño
En una inocencia justa!
¿Esta noche! ¿Extraño caso!
¿Bravo amor, terrible furia,
Loco deseo y poder
Sin resistencia ninguna!
Nací de rey; mas ¿qué importa?
No hay fuerza contra la suya.
Rey poderoso y mi hermano,
¿Que de respetos se juntan!
¿Qué me aconsejas? ¿Qué haré?

DOÑA JUANA.

Primero que se concluya
El casamiento que dice,
Verás mi muerte.

DON ENRIQUE.

No cumpilas

Con lágrimas á la mia;
Que, pues ya lloras, la anuncias.
¿Qué agüero como llorar
Las estrellas? Restituya
Rayos á tu sol el lienzo,
Si las coge ó las enjuga.

¡Ay doña Juana! ¡Ay Señora!
Por premio de mis locuras,
De mis ansias, de mis celos,
De mis agravios y injurias,
Dame esas lágrimas solas,
Perlas desas luces puras,
Para consuelo en mi muerte,
Y porque mejor descubras
Los ojos que no he de ver.

DOÑA JUANA.

Toma, y mira que me excusa,
Enrique, tan grande fuerza.—
Vamos, Inés.

DOÑA INÉS.

¿Qué profunda
Tristeza! (Ap. Mas ¿qué alegría
De su dolor me resulta!)
(Vanse las dos.)

ESCENA VIII.

DON ENRIQUE, RAMIRO.

RAMIRO.

¡Hábe monos de morir?
¿No respondes?

DON ENRIQUE.

¿Qué preguntas?

RAMIRO.

¿Ha de haber exclamaciones?
¿Quieres invocar las musas?
¿Habrá décimas al lienzo?

DON ENRIQUE.

¿Cosa extraña!

RAMIRO.

¿Cosa injusta!

¿En lindo dinero paga
Amor! Y ¿á qué coyuntura
Te dan un lienzo de perlas!

DON ENRIQUE.

Suban mis lágrimas, suban
Al cielo de amor, y pidan
Justicia.

RAMIRO.

Es razón.

DON ENRIQUE.

Es mucha.

RAMIRO.

¿Digo yo que no?

DON ENRIQUE.

¿Qué liera

India, qué bárbara turca,
No le respondiera al Rey:
«Casada estoy»?

RAMIRO.

No presumas

Que esto de reinar es cosa
Que por amor se aventura.
Cuanto mas alta ha nacido
Doña Juana, mas la encumbran
Sus altivos pensamientos.

DON ENRIQUE.

Pues ¿cómo llora?

RAMIRO.

De industria.

Dijo un sabio que jamás
Le falta á mujer alguna,
Ni lágrimas para engaños,
Ni para errores excusas.

DON ENRIQUE.

En ángel no puede haber
Llanto fingido.

RAMIRO.

Si ayudas

Tu misma pena, ¿qué quieres?
Bien haces, pues la disculpas.

DON ENRIQUE.

¿Preveniste los caballos?

RAMIRO.

Pues ¿irás te?

DON ENRIQUE.

No se excusa.

¿Tengo yo de ver mi muerte?

¿Cómo quieres tú que encubran
Mis celos tanto dolor?

RAMIRO.

¡Oh! ¡cuánto, Señor, deslumbra
Una corona de oro!

DON ENRIQUE.

Hoy la sentencia pronuncias,
Divina Juana, á mi muerte;
Hoy mi sufrimiento apuras.
Ya no hay lugar donde pueda
Estar mi persona oculta.—
Pica, Ramiro, á Castilla.
Todo me congoja y turba.

RAMIRO.

Animo, Señor.

DON ENRIQUE.

Ya voy.

¿Qué mal quien no quiere juzga
De amor! — Adios, gran Sevilla,
Adios, señora perjura,
Que por verte reinar pones
Tu vida en tan vil fortuna.
Beso tu lienzo.

RAMIRO.

¿Están ya,
Di, las lágrimas enjutas?

DON ENRIQUE.

Sí.

RAMIRO.

Pues lo mismo en mujer
Las penas de ausencia duran.
(Vase.)

ESCENA IX.

EL REY, EL ADELANTADO, MENDO.

ADELANTADO.

No sé con qué razones, Rey supremo,
Estas visitas pueda yo pagaros.

REY.

Cubridos, Marqués.

ADELANTADO.

Honraisme con extremo.

REY.

Marqués de Cádiz, siempre yo he de hon-
[raros.

ADELANTADO.

¿Tantas mercedes!

REY.

(Ap. Declararme temo.)

Deseo cuanto puedo adelantaros,
Porque habemos de ser parientes presto.

ADELANTADO.

Dos hermanos teneis; yo estoy dispuesto.

REY.

Camina, Mendo, y de secreto llama

Al Arzobispo: di que presto venga.

MENDO.

Voy á servirte. Cierito que esta dama
Merece que lugar tan alto tenga. (Vase.)

ESCENA X.

EL REY, EL ADELANTADO.

REY.

Vuela tan presto la parlara fama,
Que porque algun instante se detenga,
Pretendo, Adelantado, de secreto
Hacer un casamiento.

ADELANTADO.

Sois discreto.

REY.

Quiero casar á vuestra hermosa Juana
De mi mano, Marqués, y con un hombre
Tan bueno como yo.

ADELANTADO.

Todo lo allana
Vuestro valor. ¿Podré saber el nombre?

REY.

Basta que le veáis.

ADELANTADO.

Mucho se humana
Vuestra grandeza.

REY.

No hay por qué os asombre.

ADELANTADO.

¿Tan bueno como vos?

REY.

Será muy cierto.

Adelantado, oíd lo que os advierto.
Al hombre que viniere de secreto
A vuestra casa, le daréis á Juana;
Que el Arzobispo viene al mismo efeto.
No pierda amor lo que el silencio gana.
Hablalde y estimalde; que os prometo
Que no hay en la corona castellana
Hombre como él, y mi mayor amigo.

ADELANTADO.

Guárdeos el cielo.

REY.

Lo que puedo os digo. (Vase.)

ESCENA XI

EL ADELANTADO.

¿Tan bueno como el Rey! No fueron vanos
Mis pensamientos, pues será forzoso
Que el uno venga á ser de los hermanos
Que tiene, el que ha deserd de Juana espo-
so.

Cualquiera en estos reinos castellanos
Tiene opinion de príncipe famoso
En letras y armas, y podrá cualquiera
Hacer mi casa como el sol la esfera.
¿Oh si fuese tan grande mi ventura,
Que fuese Enrique! ¿Oh si viniese el Con-
de á honrar mi casa!

ESCENA XII

DOÑA JUANA, ELVIRA. — EL ADE-
LANTADO.

DOÑA JUANA. (Ap.)

En tanta desventura,
Con llamar á la muerte, no responde.

ELVIRA. (Ap. á doña Juana.)

¿Es posible que dicha tan segura
Como te ofrece la fortuna, adonde
Señora de Castilla y reina seas,
Ingrata al cielo deshacer desees?

DOÑA JUANA.

¿Eso te espanta, Elvira? ¿Es maravilla
Que amor desprecie el bien?

ADELANTADO.

¿Oh hermosa Juana!

¿Sabes por dicha tú si está en Sevilla
El conde Enrique?

DOÑA JUANA.

Sé que esta mañana
En desgracia del Rey se fué á Castilla.

ADELANTADO.

Salió en efeto mi esperanza vana;
Aunque es razon que el mismo amor le
[maestre,

Si tu esposo ha de ser, al gran Maestre.
(Vase.)

ESCENA XIII.

DOÑA JUANA, ELVIRA.

ELVIRA.

Lleno de cuidado veo
A tu padre y mi señor.

DOÑA JUANA.

Él trata cosas de honor,
Yo trato de mi deseo.

ELVIRA.

Ya no es tiempo de tratar
Mas que en tu dicha, Señora.

DOÑA JUANA.

Elvira, si amaba agora,
¿Agora puedo olvidar?

ELVIRA.

Confieso que el Conde es hombre
Galan; mas, á toda ley,
El Rey es rey, y es el Rey
Muy galan y gentil hombre;
Pues cuando fueran iguales,
Le pudieras elegir.

DOÑA JUANA.

No suele amor presumir
De preciar cetros reales.

ELVIRA.

Tu intento me maravilla,
Mal á tu valor responde.

DOÑA JUANA.

¿Ay Elvira! ¿Estará el Conde
Muchas leguas de Sevilla?

ELVIRA.

¿Bien te enmiendas! Bien serás
Mujer del Rey dese modo!

DOÑA JUANA.

Ahora olvidémoslo todo,
Pues que no puede ser mas.

ESCENA XIV.

EL MAESTRE, MENDO, con un azafate
cubierto. — DICHAS.

MAESTRE.

Ya, Señora, como á quien
Es su mujer, os envia
El Rey...

DOÑA JUANA. (Ap.)

¿Ay desdicha mía!

MAESTRE.

Un presente.

DOÑA JUANA.

¿Para quién?

MAESTRE.

Para vos, reina y señora
De Castilla.

DOÑA JUANA.

¿Para mí,

Maestre!

MAESTRE.

Señora, si:
Tanto mi hermano os adora.

DOÑA JUANA.

Descubridle.

MAESTRE.

Aquesta es
De Castilla la corona,
Digna de vuestra persona.

DOÑA JUANA.

¿La corona!

MAESTRE.

A vuestros pies,
Cuanto y mas á vuestra frente,

La ofrece el Rey.

DOÑA JUANA.

¿Qué he de hacer?

Esto es á mas no poder. —
Toma, Elvira, aquella fuente. —
Decid al Rey mi señor,
Maestre... No digais nada.
Mas decid... Estoy turbada...

MAESTRE.

¿Qué os turba?

DOÑA JUANA.

Tanto favor.

Decídele..

MAESTRE.

¿Qué le diré?

DOÑA JUANA.

Que venga á verme.

MAESTRE.

Yo voy.

MENDO.

Maestre, confuso estoy. (Ap. á él.)
En los ojos se le ve
Que no le agrada el reinar.

MAESTRE.

Temo que anda el Conde aquí.

MENDO.

Esta mañana le vi.

MAESTRE.

Calla; que importa callar.
(Vanse el Maestre y Mendo.)

ESCENA XV.

DOÑA JUANA, ELVIRA.

DOÑA JUANA.

Muestra, Elvira, la corona.

ELVIRA.

¿Qué quieres hacer?

DOÑA JUANA.

Hablalla.

ELVIRA.

¿Cómo hablalla?

DOÑA JUANA.

Y preguntalla

Si amor su desprecio abona. —
Corona ilustre, perdona;
Que te quiero aventurar.
Bien sé que me han de culpar;
Pero dícame mi amor
Que ofenderé tu valor
Si amando llevo á reinar.
¿Cuántas traiciones se han hecho
Por ti! Cuántas crueldades!
¿Qué vidas, honras, ciudades
Has abrasado y deshecho!
Enrique se fué, y sospecho
Que de mí y de ti quejoso:
En estado tan penoso,
Si te podré despreciar?
Pero ¿quién ha de dejar
Lo cierto por lo dudoso?
Amor primero, perdona;
Que estoy dudosa de tí;
Mas no perdones, si á mí
Tu misma culpa me abona. —
Toma, Elvira, la corona;
No quede el Conde quejoso.
Diga el interés celoso
Que hay mujer que supo amar,
Perder un reino, y dejar
Lo cierto por lo dudoso.

ESCENA XVI.

EL REY. — DICHAS.

REY.

Después de haberte enviado,

Hermosa Juana, el valor
Destas bodas, de mi amor
Y de mi poder cifrado,
En la corona que has visto,
De que señora serás
Y mía, sin lo demás
Que de los moros conquisto,
El Maestro me avisó
Que me querías hablar;
Y el alma en otro lugar
Confusas nuevas me dió;
Porque también me previno
Mi hermano de que turbada
Le respondistes.

DOÑA JUANA.

Fiada.

Pedro, en tu valor divino,
En tu grande entendimiento
Y generoso valor,
Te quiero decir mi amor
Con notable atrevimiento.
Enrique, ya tú lo sabes,
Me sirvió; correspondí
A su amor; mas siempre di
Pasos honestos y graves.
Ni una palabra indecente;
Ni un papel que á mi valor
Solo un átomo de honor
Quitase, vió eternamente.
Y así el haber diferido
Amarte y corresponderte
Tiene ocasion, y mas fuerte
De lo que habrás presumido.
Escucha... Pero no sé
Cómo te diga este caso;
Que aunque sucedido, acaso
Menos colores me dé.
Los hombres, siempre atrevidos,
Aunque cuando enamorados,
En ocasiones turbados,
Las lloran arrepentidos,
Tal vez sin mirar respetos
Atropellan el temor.

REY.

Yo voy, Juana, ó va mi amor,
Haciendo varios concetos
De su engaño y de tu honor.
Habla pues, no me atormentes;
Que ya sé que hay apidantes
En los sucesos de amor.

DOÑA JUANA.

Palabras ando á buscar
Y retóricas colores,
Aunque las mías menores
Me salgan á disculpar.
Bajaba hablando conmigo
Enrique por la escalera
De palacio... No quisiera
Tratar aquesto contigo.
¿Quieres que lo escriba?

REY.

No;
Que el tiempo que has de tardar,
Es imposible esperar
Ni tener paciencia yo.

DOÑA JUANA.

Bajando por la escalera...
—No sé yo qué sentenciado
La sube con mas cuidado.

REY.

Acaba por Dios.

DOÑA JUANA.

Espera.

REY.

Mayor enojo me cansas.

DOÑA JUANA.

Ya lo comienzo á contar.

REY.

¿Cuándo piensas acabar?

Mira que es sangrarme á pausas.

DOÑA JUANA.

Siendo mi culpa tan poca,
Digo, Señor, que me asío
Enrique...

REY.

¿Y bien?

DOÑA JUANA.

Y llegó
(O fué por yerro) á la boca;
Que acaso hablarme quería,
Y la mucha obscuridad
Obligó á su autoridad
A tanta descortesía.
Ves aquí pues la razón
De no haber podido ser
Tu mujer.

REY.

Dame á entender

Que es todo, Juana, invencion.
Pero lo que fuere sea.
No es ido Enrique á Castilla;
Qué yo sé que está en Sevilla,
Y que enojarme desea.
Parece que es cosa fea
A un hombre de mi valor
Porfirar contra tu amor,
Y que necios y discretos
Dirán que no son efectos
Del alto y debida honor.
Pero yo, que ya ofendido
Y celoso estoy de modo,
Que los ojos cierro á todo,
Enamorado y corrido,
Ni á los necios he temido
Ni á los discretos tampoco;
Antes mas bien me provocho
A satisfacer mi injuria;
Que no hay venganza sin furia
Ni amor sin punta de loco.
Esta noche haré matar
A Enrique, y muerto, podré
Casarme, pues no tendré
En qué pueda reparar.
Vivo no me he de casar.
Claro está, porque viviera
El deshonor que me diera
El haberse anticipado
Al lugar que reservado
A solo su dueño espera.
Si en el suceso reparo,
Veo, aunque no lo procuro,
Que fué mentira á lo oscuro
Y desengaño á lo claro.
Pero, aunque caso tan raro
Sea mentira porque siga
Otro intento, y no prosiga
En el de casarme así,
Habérmelo dicho á mí
A la venganza me obliga.
Muera Enrique, porque muerto
Me casaré con viuda;
Si el amor pusiere duda
En la verdad del concierto:
Con esto, aunque descubierto
Quede lo que has referido,
Tú y yo no habrémos perdido
Honor, pues en tal suceso
Serás viuda de un beso,
Como otras de su marido.

ESCENA XVII.

DOÑA JUANA.

¡Señor, Señor! Esto es hecho.
Pero Enrique va á Castilla:
Escribirle es acertado
Que su camino prosiga
A Francia ó Inglaterra,
Pero no: mejor sería
A Granada; que el rey moro

Tendrá su servicio á dicha.
Quiero escribir al momento.—
¡Elvira!

ESCENA XVIII.

ELVIRA.—JUANA.

ELVIRA.

Señora...

DOÑA JUANA.

Elvira,

Yo estoy en gran confusion:
Vuela por papel y tinta;
Que quiero escribir á Enrique,
Pues no es menos que la vida
La que le va en este aviso.

ELVIRA.

Pues, Señora, no le escribas;
Que entre la gente que ha entrado
(Que la fama presto avisa),
Vi un hombre con una capa
De color que me decía:
«Elvira, Elvira.» Llegué,
Juzgando á descortesia
Llamarme de aquella suerte,
Y vi que era el Conde.

DOÑA JUANA.

Mira

Que te has engañado.

ELVIRA.

¡Buena!

De su ruego enternecida,
Le he metido en mi aposento.

DOÑA JUANA.

Luego, no se fué á Castilla?

ELVIRA.

Sí, Señora; pero ha vuelto;
Que estas celosas partidas
Son pelotas que amor saca
Con la furia de una riña,
Y celos de la otra parte
Se las vuelven con mas prisa.

DOÑA JUANA.

¡Jesus! En Sevilla el Conde,
Y que no solo en Sevilla,
Sino que en mi propia casa!

ELVIRA.

Dice que celos y envidia
Le traen, para olvidarte,
A verte casar.

DOÑA JUANA.

Porfías

De un loco amor. Voy á valle.

ELVIRA.

Pues mira cómo le miras.

DOÑA JUANA.

Antes á reñirle voy,

Y á que se vaya.

ELVIRA.

No escribas

Su muerte.

DOÑA JUANA.

Su vida estimo,
Porque es alma de la mía.

(Vase.)

ESCENA XIX.

EL ADELANTADO.—ELVIRA.

ADELANTADO.

En aquesta confusion
Al Rey he visto, y no veo
Ni la prenda que deseo
Ni darme satisfacion.—
Doña Elvira, ¿dónde va
Tu señora?

ELVIRA.
Tan confuso
Todo está, que se dispuso
Para no aguardarte ya,
Y pienso que se recogé.

(Vase.)

ESCENA XX.
EL ADELANTADO.

El Arzobispo ha venido,
El Rey está desabrido;
¿Qué puede haber que le enoje?
Gente de fuera se junta,
La de casa está turbada,
Llorosa la desposada,
Lo que sabe me pregunta.
Todos hablan de secreto,
Y á todos estoy mirando.

ESCENA XXI.
DOÑA INÉS. — EL ADELANTADO.

DOÑA INÉS.
(Ap. Diré lo que estoy dudando,
Pues es disculpado efeto
De mis celos la venganza.)
¿Cómo descuidado estás,
Cuando á tus hazañas das
Fin de tan baja mudanza?
Encerrado en su aposento
De Elvira está el Conde.

ADELANTADO.
¿Quién?

DOÑA INÉS.
Enrique.

ADELANTADO.
¿Sábeslo bien?

DOÑA INÉS.
Sí, pues lo he visto.

ADELANTADO.
¿A qué intento?

DOÑA INÉS.
¿Eso preguntas? ¿No sabes
La ocasión? Si ha sido amor,
¿No es preguntármelo error?

ADELANTADO.
Doña Inés, en cosas graves
Y de los reyes, silencio. (Vase.)

ESCENA XXII.
DOÑA INÉS.

¿Qué silencio he de tener,
Si no es que de ser mujer,
Amando, me diferencio?
¿Oh amor! ¿Para qué me obligas
A hacer cosas tan mal hechas?
En los tiempos que hay sospechas
Es bien que tus celos digas;
Pero no cuando hay agravios.
Mas ¿quién tendrá discrecion
Cuando quiere el corazón
Servir de lengua á los labios?

ESCENA XXIII.

**EL REY, EL MAESTRE, MENDO,
ACOMPAÑAMIENTO. — DOÑA INÉS.**

REY. (Ap. al Maestro.)
A Castilla á lo que digo
Va don Nuño despachado;
Matará en el camino,
Si acaso va caminando.
Por toda Sevilla van
Don Arias y don Gonzalo
Con gente, por si está en ella.

MAESTRE.
¿Cómo, Señor, con mi hermano

Usas de tanto rigor?
Mira que sus pocos años
Le disculpan, y esta ofensa
No es tuya.

REY.
Yo sé que cuando
Sepas la razon, Maestro,
Disculparás este caso.

MENDO.
Aquí está, Señor, su prima,
Y por ventura esperando
A la Reina mi señora.

REY.
Doña Inés...
DOÑA INÉS.
Señor...

REY.
De tantos
Parabienes no he querido
Hacer, sin el tuyo, caso.
¿Qué es esto?

DOÑA INÉS.
Soy tan de casa,
Que le tengo reservado
Para mejor ocasion.

REY.
Bien dices, si dilatando
Se van agora las bodas;
Mas, llama al Adelantado;
Que tengo que le decir.

DOÑA INÉS. (Ap.)
El Rey lo sabe: ¿qué aguardo?

REY.
Todos se turban. ¿Qué es esto?
O todos ven mis engaños,
O yo los engaño á todos.

MAESTRE.
La novedad lo ha causado,
Pues con secreto pretendes
Lo que fuera bien mas claro
Y á gusto de todo el reino.

REY.
Confieso que yerro, y hago
Una cosa sin razon,
Que no la entiendo y la trato.

MENDO.
El Adelantado viene.

ESCENA XXIV.
EL ADELANTADO. — Dichos.

REY.
¿Oh fuerte honor castellano!
ADELANTADO.
¿Qué me manda vuestra alteza?

REY.
Primo, que me deis los brazos.
¿Está prevenido ya
Lo que os dije?

ADELANTADO.
Mirad cuánto
Os quiero, que ya está hecho.

REY.
¿Cómo hecho?
ADELANTADO.
Ejecutado,
Señor, vuestro advertimiento:
Hallé el hombre y le he casado.

REY.
¿Qué hombre?
ADELANTADO.
Por el secreto,
El hombre que os digo callo;
Pero si se ha de saber,
Iré por él.

REY.
¿Caso extraño! —

Id por él. — ¡Cielos! ¿Qué es esto?

ADELANTADO.
Yo voy, Señor. (Vase.)

REY.
¿Es encanto?
¿Casado el hombre! ¿Qué hombre?
DOÑA INÉS. (Ap.)
Mis esperanzas llegaron
Al postrer punto.

REY.
¿Qué haré?

ESCENA XXV.
**EL ADELANTADO; DON ENRIQUE, con
DOÑA JUANA, RAMIRO. — EL REY,
EL MAESTRE, DOÑA INÉS, MEN-
DO, ACOMPAÑAMIENTO.**

ADELANTADO.
Yo sé que estoy disculpado
Con que al Rey obedeci.
Llegad á sus piés entrambos.

REY.
¿Es Enrique?

DON ENRIQUE.
Sí, Señor,
Y á tu servicio casado
Por mano del Arzobispo,
Y porque tu lo has mandado;
Que yo, Señor, no queria.
Solo vine rebozado
A ver tu boda, y me dijo
El Adelantado, estando
Oculto en un aposento,
Que era tu gusto.

REY.
No hallo
Respuesta á tan gran desdicha,
Fundada en tan necio engaño. —
Adelantado, ¿qué es esto?

ADELANTADO.
No me dijistes que, hallando
Un hombre esta noche aquí,
De secreto y disfrazado,
Que es tan bueno como vos?...
Pues si hallo á vuestro hermano
Y le caso con mi hija,
¿Con otro tal no la caso?

REY.
Adelantado, vos fuistes
Dos veces adelantado:
La una por vuestro oficio,
La otra en adelantaros
A casar á don Enrique.
A lo hecho no hay reparo.
Yo le perdono, y confirmo
El casamiento.

DOÑA JUANA.
Tus años
Prosperen el cielo, Señor.
RAMIRO.
¿Podré pedir un agravio?

REY.
No pidas nada, Ramiro;
Todos quedais perdonados.

RAMIRO.
Nunca te falten dineros.

REY.
Pon, doña Juana, en un cuadro
De tus armas mi corona,
Y porque la has despreciado,
Esté pintada al revés.

DON ENRIQUE.
Aquí se acaba, Senado,
Lo cierto por lo dudoso:
Si lo queda de agrados
El autor, será lo cierto,
Y lo dudoso el engaño.

EL MEJOR ALCALDE EL REY.

PERSONAS.

SANCHO.
DON TELLO.
CELIO.
JULIO.
NUÑO.
ELVIRA.

FELICIANA.
JUANA.
LEONOR.
DON ALFONSO VII DE LEON
Y CASTILLA.
EL CONDE DON PEDRO.

DON ENRIQUE.
BRITO.
PELAYO.
FILENO.
CRIADOS.—VILLANOS.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Leon, en un pueblo de Galicia y en sus cercanías.

ACTO PRIMERO.

Campo á orillas del Sil.

ESCENA PRIMERA.

SANCHO.

Nobles campos de Galicia,
Que, á sombra destas montañas,
Que el Sil entre verdes cañas
Besar la falda codicia,
Dais sustento á la milicia
De flores de mil colores;
Aves que cantais amores,
Fieras que andais sin gobierno,
¿Habeis visto amor mas tierno
En aves, fieras y flores?
Mas como no podeis ver
Otra cosa, en cuanto mira
El sol, mas bella que Elvira,
Ni otra cosa puede haber;
Así, habiendo de nacer
De su hermosura, en rigor,
Mi amor, que de su favor
Tan alta gloria procura;
No habiendo mas hermosura,
No puede haber mas amor.
¡Ojalá, dulce Señora,
Que tu hermosura pudiera
Crecer, porque en mi creciera.
El amor que tengo agora!
Pero, hermosa labradora,
Si en tí no puede crecer
La hermosura, ni el querer
En mí; cuanto eres hermosa
Te quiero, porque no hay cosa
Que mas pueda encarecer.
Ayer las blancas arenas
Deste arroyuelo volviste
Perlas, cuando en él pusiste
Tus pies, tus dos azucenas;
Y porque verlos apenas
Pude, porque nunca para,
Le dije al sol de tu cara,
Con que tanta luz le das,
Que mirase el agua mas.
Porque se viese mas clara.
Lavaste, Elvira, unos paños,
Que nunca blancos volvias;
Que las manos que ponias
Causaban estos engaños:
Yo detrás destes castaños
Te miraba con temor,
Y vi que amor por favor
Te daba á lavar su venda:
El cielo el mundo defienda;
Que anda sin venda el amor.

¡Ay Dios! ¿cuándo será el día
(Que me tengo de morir)
Que te pueda yo decir:
«Elvira, toda eres mía?»
¿Qué regalos te daría!
Porque yo no soy tan necio
Que no te tuviese en precio,
Siempre con mas afición;
Que en tan rica posesion
No puede caber desprecio.

ESCENA II.

ELVIRA.—SANCHO.

ELVIRA.

(Ap. Por aquí Sancho bajaba,
O me ha burlado el deseo.
A la fe que allí le veo;
Que el alma me le mostraba.
El arroyuelo miraba
Adonde ayer me miró.
¿Si piensa que allí quedó
Alguna sombra de mí?
Que me enojé cuando vi
Que entre las aguas me vió.)
¿Qué buscas por los cristales
Destos libres arroyuelos,
Sancho, que guarden los cielos,
Cada vez que al campo sales?
¿Has hallado unos corales
Que en esta margen perdí?

SANCHO.

Hallarme quisiera á mí,
Que me perdí desde ayer;
Pero ya me vengo á ver,
Pues me vengo á hallar en tí.

ELVIRA.

Pienso que á ayudarme vienes
A ver si los puedo hallar.

SANCHO.

¡Bueno es venir á buscar
Lo que en las mejillas tienes!
¿Son achaques ó desdenes?
Albricias, ya los hallé.

ELVIRA.

¿Dónde?

SANCHO.

En tu boca, á la he,
Y con extremos de plata.

ELVIRA.

Desvíate.

SANCHO.

¡Siempre ingrata
A la lealtad de mi fe!

ELVIRA.

Sancho, estás muy atrevido.
Dime tú: ¿qué mas hicieras,

Si por ventura estuvieras
En vísperas de marido?

SANCHO.

Eso ¿cuya culpa ha sido?

ELVIRA.

Tuya, á la fe.

SANCHO.

¿Mia? No.
Ya te lo dije, y te habló
El alma, y no respondiste.

ELVIRA.

¿Qué mas respuesta quisiste,
Que no responderte yo?

SANCHO.

Los dos culpados estamos.

ELVIRA.

Sancho, pues tan cuerdo eres,
Advierte que las mujeres
Hablamos cuando callamos.
Concedemos si negamos:
Por esto, y por lo que ves,
Nunca crédito nos des,
Ni crueles ni amorosas;
Porque todas nuestras cosas
Se han de entender al revés.
SANCHO.
Segun eso, das licencia
Que á Nuño te pida aquí.
¿Callas? Luego dices sí.
Basta: ya entiendo la ciencia.

ELVIRA.

Si; pero ten advertencia
Que no digas que yo quiero.

SANCHO.

Él viene.

ELVIRA.

El suceso espero
Detrás de aquel olmo.

SANCHO.

¡Ay Dios!

Si nos juntase á los dos!
Porque si no, yo me muero.
(Escóndese Elvira.)

ESCENA III.

NUÑO, PELAYO.—SANCHO, distante
de ellos.

NUÑO. (A Pelayo.)

Tú sirves de tal manera,
Que será mejor buscar,
Pelayo, quien sepa andar
Mas despierto en la ribera.
¿Tienes algun descontento
En mi casa?

PELAYO.
Dios lo sabe.
NUÑO.
Pues hoy tu servicio acabe;
Que el servir no es casamiento.
PELAYO.
Antes lo debe de ser.
NUÑO.
Los puercos traes perdidos.
PELAYO.
Donde lo están los sentidos,
¿Qué otra cosa puede haber?
Escúchame: yo quijera
Emparentarme...
NUÑO.
Prosigue
De suerte, que no me obligue
Tu ignorancia...
PELAYO.
Un poco espera;
Que no es fácil de decir.
NUÑO.
De esa manera, de hacer
Será difícil.
PELAYO.
Ayer
Me dijo Elvira al salir:
«A fe, Pelayo, que están
Gordos los puercos.»
NUÑO.
Pues bien,
¿Qué la respondiste?
PELAYO.
Amén,
Como dice el sacristán.
NUÑO.
Pues ¿qué se saca de ahí?
PELAYO.
¿No lo entiende?
NUÑO.
¿Cómo puedo?
PELAYO.
Estó por perder el miedo.
SANCHO. (Ap.)
¡Oh, si se fuese de aquí!
PELAYO.
¿No ve que es resquebro, y muestra
Querer casarse conmigo?
NUÑO.
¡Vive Dios!...
PELAYO.
No te lo digo,
Ya que fué ventura nuestra,
Para que tomes collera.
NUÑO.
Sancho, ¿tú estabas aquí?
SANCHO.
Y quisiera hablarte.
NUÑO.
Di.—
Pelayo, un instante espera.
(Apártanse de Pelayo.)
SANCHO.
Nuño, mis padres fueron como sabes,
Y supuesto que pobres labradores, [ves.
De honrado estilo y de costumbres gra-
PELAYO.
Sancho, vos que sabéis cosas de amores,
Decir una mujer hermosa y rica [res:
A un hombre que es galán como unas fro-
«Gordos están los puercos,» ¿no inifica
Que se quiere casar con aquel hombre?
SANCHO.
¡Bien el requiebro al casamiento aplica!

NUÑO.
Bestia, véte de aquí.
SANCHO.
Pues ya su nombre
Supiste y su nobleza, no presumo
Que tan honesto amor la tuya asombre.
Por Elvira me abraso y me consumo.
PELAYO.
Hay hombre que el ganado trai tan fraco,
Que parece tasajo puesto al humo;
Yo cuando al campo los cochinos saco...
NUÑO.
¿Aquí te estás, villano? ¡Vive el cielo!...
PELAYO.
¿Habro de Elvira yo, son ⁴ del barraco?
SANCHO.
Sabido pues, Señor, mi justo celo...
PELAYO.
Sabido pues, Señor, que me resque-
NUÑO. [bra...
¿Tiene mayor salvaje el indio suelo?
SANCHO.
El matrimonio de los dos celebra.
PELAYO.
Cochino traigo yo por esa orilla...
NUÑO.
Ya la cabeza el bárbaro me quiebra.
PELAYO.
Que puede ser maeso de capifla,
Si bien tiene la voz desentonada,
Y mas cuando entra y sale de la villa.
NUÑO.
¿Quiérela Elvira?
SANCHO.
De mi amor pagada,
Me dió licencia para hablarte ahora.
NUÑO.
Ella será dichosamente honrada,
Pues sabe las virtudes que alessora,
Sancho, tu gran valor, y que pudiera
Llegar á merecer cualquier señora.
PELAYO.
Con cuatro ó seis cochinos que tovierá,
Que estos parieran otros, en seis años
Pudiera yo labrar una cochera.
NUÑO.
Tu sirves á don Tello en sus rebaños,
Es señor desta tierra, y poderoso
En Galicia y en reinos mas extraños:
Decirle tu intencion será forzoso,
Así porque eres, Sancho, su criado,
Como por ser tan rico y dadivoso.
Daráte alguna parte del ganado;
Porque es tan poco el dote de mi Elvira,
Que has menester estar enamorado.
Esa casilla mal labrada mira
En medio de esos campos, cuyos techos
El humo tiñe porque no respira.
Están lejos de aquí cuatro barbechos... ¹
Diez ó doce castaños... Todo es nada ²,
Si el señor desta tierra no te ayuda
Con un vestido ó con alguna espada ⁴.
SANCHO.
Pésame que mi amor pongas en duda.
PELAYO. (Ap.)
¡Voto al sol, que se casa con Elvira!
Aquí la dejo yo; mi amor se muda.
SANCHO.
¿Qué mayor interés que al que suspira
Por su belleza darle su belleza,
Milagro celestial que al mundo admira?

¹ Sino.
² 3 4 Estando este trozo escrito en tercetos, falta un verso que consuene con *barbechos y techos*, y otro que consuene con *sada y espada*.

No es tanta de mi ingenio la rudeza,
Que mas que la virtud me mueva el dote.
NUÑO.
Hablar con tus señores no es bajeza,
Ni el pedirles que te honren te alborote;
Que él y su hermana pueden fácilmente,
Sin que esto, Sancho, á mas que amor se [note.
SANCHO.
Yo voy de mala gana; finalmente,
Iré, pues tú lo mandas.
NUÑO.
Dios con esto,
Sancho, tu vida y sucesion aumiente.
Vén, Pelayo, conmigo.
PELAYO.
Pues ¿tan presto
Le diste á Elvira, estando yo delante?
NUÑO.
¿No es Sancho mozo, noble y bien dis-
PELAYO. [puesto?
No le tiene el aldea semeiante,
Si va á decir verdad; pero en efeto
Fuera en tu casa yo mas importante,
Porque te diera cada mes un nieto.
(Vanse Nuno y Pelayo.)

ESCENA IV.

SANCHO; después, ELVIRA.

SANCHO.
Sal, hermosa prenda mía;
Sal, Elvira de mis ojos.
(Sale Elvira.)
ELVIRA. (Ap.)
¡Ay, Dios! ¡Con cuántos enojos
Teme amor y desconfía!
Que la esperanza prendada,
Presa de un cabello está.
SANCHO.
Tu padre dice que ya
Tiene la palabra dada
A un criado de don Tello:
¡Mira qué extrañas mudanzas!
ELVIRA.
No en balde mis esperanzas
Colgaba amor de un cabello.
¿Que mi padre me ha casado,
Sancho, con hombre escudero?
Hoy pierdo la vida, hoy muero.
Vivid, mi dulce cuidado;
Que yo me daré la muerte.
SANCHO.
Paso; que me burlo, Elvira.
El alma en los ojos mira,
Dellos la verdad advierte;
Que, sin admitir espacio,
Dijo mil veces que sí.
ELVIRA.
Sancho, no llores por ti,
Sino por ir á palacio;
Que el criarme en la llaneza
Desta humilde casería,
Era cosa que podía
Causarme mayor tristeza.
Y que es causa justa advierte.

SANCHO.
¿Qué necio amor me ha engañado!
Vivid, mi necio cuidado;
Que yo me daré la muerte.
Engaños fueron de Elvira,
En cuya nieve me abraso.

ELVIRA.
Sancho, que me burlo, paso.
El alma en los ojos mira;
Que amor y sus esperanzas
Me han dado aquesta lección.

Su propia difinición
Es que amor todo es venganzas.

SANCHO.

Luego ¡ya soy tu marido?

ELVIRA.

¿No dices que está tratado?

SANCHO.

Tu padre, Elvira, me ha dado
Consejo (aunque no le pido)
Que á don Tello, mi señor,
Y señor de aquesta tierra,
Poderoso en paz y en guerra,
Quiere que pida favor;
Y aunque yo contigo, Elvira,
Tengo toda la riqueza
Del mundo (que en tu belleza
El sol las dos Indias mira),
Dice Nuño que es razon
Por ser mi dueño : en efeto,
Es viejo y hombre discreto,
Y que merece opinion
Por ser tu padre tambien.
Mis ojos, á hablarle voy.

ELVIRA.

Y yo esperándote estoy.

SANCHO.

¡Piega al cielo que me dén
El y su hermana mil cosas!

ELVIRA.

Basta darle cuenta desto.

SANCHO.

La vida y el alma he puesto
En esas manos hermosas.
Dame siquiera la una.

ELVIRA.

Tuya ha de ser : vesia aquí.

SANCHO.

¿Qué puede hacer contra mí,
Si la tengo, la fortuna?
Tú verás mi sentimiento,
Después de tanto favor;
Que me ha enseñado el amor
A tener entendimiento.
(*Vanse.*)

Patio ó enverjado delante de la quinta de don
Tello en Galicia.

ESCENA V.

DON TELLO, *de casa*; CELIO, JULIO.

DON TELLO.

Tomad el venablo allá.

CELIO.

¿Qué bien te has entretenido!

JULIO.

Famosa la caza ha sido.

DON TELLO.

Tan alegre el campo está,
Que solo ver sus colores
Es fiesta.

CELIO.

¿Con qué desvelos
Procuran los arroyuelos
Besar los pies á las flores!

DON TELLO.

Da de comer á esos perros,
Celio, así te ayude Dios.

CELIO.

Bien escalaron los dos
Las puntas de aquellos cerros.

JULIO.

Son famosos.

CELIO.

Florisel
Es deste campo la flor.

DON TELLO.

No le hace mal Galaor.

JULIO.

Es un famoso lebrer.

CELIO.

Ya mi señora y tu hermana
Te ha sentido.

ESCENA VI.

FELICIANA. — Dichos.

DON TELLO.

¿Qué cuidados
De amor, y qué bien pagados
De mí son, oh Feliciana,
Tantos desvelos en vos!

FELICIANA.

Yo lo estoy de tal manera,
Mi señor, cuando estáis fuera,
Por vos, como sabe Dios.
No hay cosa que no me enoje;
El sueño, el descanso dejo:
No hay liebre, no hay vil conejo
Que fierá no se me antoje.

DON TELLO.

En los montes de Galicia,
Hermana, no suele haber
Fieras, puesto que el tener
Poca edad fieras codicia.
Salir suele un jabali
De entre esos montes espesos,
Cuyos dichosos sucesos
Tal vez celebrados vi.
Fieras son, que junto al anca
Del caballo mas valiente,
Al sabueso con el diente
Suelen abrir la carlanca.
Y tan mal la furia aplacan,
Que, para decirlo en suma,
Truecan la caliente espuma
En la sangre que le sacan.
Tambien hay oso que en pié
Acomete al cazador
Con tan extraño furor,
Que muchas veces se ve
Dar con el hombre en el suelo.
Pero la caza ordinaria
Es humilde cuanto varia,
Para no tentar al cielo.
Es digna de caballeros
Y principes, porque encierra
Los preceptos de la guerra,
Y ejercita los aceros
Y la persona habilita.

FELICIANA.

Como yo os viera casado,
No me diera ese cuidado,
Que tantos sueños me quita.

DON TELLO.

El ser aquí poderoso
No me da tan cerca igual.

FELICIANA.

No os estaba aquí tan mal
De algun señor generoso
La hija.

DON TELLO.

Plenso que quieras
Reprender no haber pensado
En casarte, que es cuidado
Que nace con las mujeres.

FELICIANA.

Engañaste, por tu vida;
Que solo tu bien deseo.

ESCENA VII.

SANCHO y PELAYO, *fuera de la
verja*. — Dichos.

PELAYO. (*A Sancho.*)

Entra; que solos los veo;

No hay persona que lo empida.

SANCHO.

Bien dices : de casa son
Los que con ellos están.

PELAYO.

Tú verás lo que te dan.

SANCHO.

Yo cumplo mi obligacion. —
(*Pasan la verja.*)

Noble, ilustrísimo Tello,
Y tú, hermosa Feliciana,
Señores de aquesta tierra,
Que os ama por tantas causas,
Dad vuestros piés generosos
A Sancho, Sancho el que guarda
Vuestros ganados y buerta,
Oficio humilde en tal casa.
Pero en Galicia, señores,
Es la gente tan hidalga,
Que solo en servir al rico
El que es pobre no le iguala.
Pobre soy, y en este oficio
Que os he dicho, cosa es clara
Que no me conocereis,
Porque los criados pasan
De ciento y treinta personas,
Que vuestra racion aguardan
Y vuestro salario esperan;
Pero tal vez en la caza
Presumo que me habréis visto.

DON TELLO.

Si he visto, y siempre me agrada
Vuestra persona, y os quiero
Bien.

SANCHO.

Aquí por merced tanta
Os beso los piés mil veces:

DON TELLO.

¿Qué quereis?

SANCHO.

Gran Señor, pasan
Los años con tanta furia,
Que parece que con cartas
Van por la posta á la muerte,
Y que una breve posada
Tiene la vida á la noche,
Y la muerte á la mañana.
Vivo solo, fué mi padre
Hombre de bien, que pasaba
Sin servir; acaba en mí
La sucesion de mi casa.
He tratado de casarme
Con una doncella honrada,
Hija de Nuño de Aibar,
Hombre que sus campos labra,
Pero que aun tiene paveses
En las ya borradas armas
De su portal, y con ellas
De aquel tiempo algunas lanzas.
Esto y la virtud de Elvira
(Que así la novia se llama)
Me han obligado : ella quiere,
Su padre tambien se agrada;
Mas no sin licencia vuestra;
Que me dijo esta mañana
Que el Señor ha de saber
Cuanto se hace y cuanto pasa
Desde el vasallo mas vil
A la persona mas alta
Que de su salario vive,
Y que los reyes se engañan
Si no reparan en esto,
Que pocas veces reparan.
Yo, Señor, tomé el consejo,
Y vengo, como él lo manda,
A deciros que me caso.

DON TELLO.

Nuño es discreto, y no basta
Razon á tan buen consejo. —
Celio...

SEÑOR.. CENSO.
 DON TELLO.
 Veinte vacas
 Y cien ovejas darás
 A Sancho, á quien yo y mi hermana
 Hemos de honrar la boda.
 SANCHE.
 ¡Tanta merced!
 PELAYO.
 ¡Merced tanta!
 SANCHE.
 ¡Tan grande bien!
 PELAYO.
 ¡Bien tan grande!
 SANCHE.
 ¡Rara virtud!
 PELAYO.
 ¡Virtud rara!
 SANCHE.
 ¡Alto valor!
 PELAYO.
 ¡Valor alto!
 SANCHE.
 ¡Santa piedad!
 PELAYO.
 ¡Piedad santa!
 DON TELLO.
 ¿Quién es este labrador
 Que os responde y acompaña?
 PELAYO.
 Soy el que dica al revés
 Todas las cosas que habra.
 SANCHE.
 Señor, de Nuño es criado.
 PELAYO.
 Señor, en una palabra,
 El pródigo soy de Nuño.
 DON TELLO.
 ¿Quién?
 PELAYO.
 El que sus puercos guarda.
 Vengo también á pedirlos
 Mercedes.
 DON TELLO.
 ¿Con quién te casas?
 PELAYO.
 Señor, no me caso ahora;
 Mas, por si el diablo me engaña,
 Os vengo á pedir terneros,
 Para si después me faltan;
 Que un astrólogo me dijo
 Una vez en Masalanca
 Que tenía peligro en toros,
 Y en agua tanta desgracia,
 Que desde entonces no quiero
 Casarme ni beber agua,
 Por excusar el peligro.
 FELICIANA.
 Buen labrador.
 DON TELLO.
 Humor gasta.
 FELICIANA.
 Id, Sancho, en buen hora. — Y tú
 Haz que á su cortijo vayan
 Las vacas y las ovejas.
 SANCHE.
 Mi corta lengua no alaba
 Tu grandeza.
 DON TELLO.
 ¿Cuándo quieres
 Desposarte?
 SANCHE.
 Amor me manda
 Que sea esta misma noche.

DON TELLO.
 Pues ya los rayos desmaya
 El sol, y entre nubes de oro
 Veloz al poniente baja.
 Véte á prevenir la boda;
 Que allá iremos yo y mi hermana. —
 ¡Hola! Pongan la carroza.
 SANCHE.
 Obligada llevo el alma
 Y la lengua, gran Señor,
 Para tu eterna alabanza. (Vase.)
 ESCENA VIII.
 DON TELLO, FELICIANA, PELAYO,
 CELIO, JULIO.
 FELICIANA.
 En fin, vos ¿no os casaréis?
 PELAYO.
 Yo, Señora, me casaba
 Con la novia deste mozo,
 Que es una lúmpia zagala,
 Si la hay en toda Galicia;
 Supo que puercos guardaba,
 Y desechóme por puercos.
 FELICIANA.
 Id con Dios, que no se engaña.
 PELAYO.
 Todos guardamos, Señora,
 Lo que...
 FELICIANA.
 ¿Qué?
 PELAYO.
 Lo que nos mandan
 Nuestros padres que guardemos. (Vase.)
 ESCENA IX.
 DON TELLO, FELICIANA, CELIO,
 JULIO.
 FELICIANA.
 El mentecato me agrada.
 CELIO. (A don Tello.)
 Ya que es ido el labrador,
 Que no es necio en lo que habla,
 Prometo á vueseñoría
 Que es la moza mas gallarda
 Que hay en toda Galicia,
 Y que por su talle y cara,
 Discrecion y honestidad
 Y otras infinitas gracias,
 Pudiera honrar el hidalgo
 Mas noble de toda España.
 FELICIANA.
 ¿Que es tan hermosa?
 CELIO.
 Es un ángel.
 DON TELLO.
 Bien se ve, Celio, que hablas
 Con pasión.
 CELIO.
 Alguna tuve;
 Mas cierto que no me engaña.
 DON TELLO.
 Hay algunas labradoras
 Que, sin afeites ni galas,
 Suelen llevarse los ojos,
 Y á vuelta dellos el alma;
 Pero son tan desdichadas,
 Que sus melindres me cansan.
 FELICIANA.
 Antes las que se defienden
 Suelen ser mas estimadas. (Vase.)

Sala en casa de Nuño.
 ESCENA X.
 NUÑO, SANCHE.
 NUÑO.
 ¿Eso don Tello responde?
 SANCHE.
 Esto responde, Señor.
 NUÑO.
 Por cierto que á su valor
 Dignamente corresponde.
 SANCHE.
 Mandóme dar el ganado
 Que os digo.
 NUÑO.
 Mil años viva.
 SANCHE.
 Y aunque es dádiva excesiva,
 Mas estimo haberme honrado
 Con venir á ser padrino.
 NUÑO.
 Y ¿vendrá también su hermana?
 SANCHE.
 También.
 NUÑO.
 Condicion tan llana
 Del cielo á los hombres vino.
 SANCHE.
 Son señores generosos.
 NUÑO.
 ¡Oh, si aquesta casa fuera,
 Pues los huéspedes espera
 Mas ricos y poderosos
 Deste reino, un gran palacio!
 SANCHE.
 Esa no es dificultad:
 Cabrán en la voluntad,
 Que tiene infinito espacio.
 Ellos vienen en efeto.
 NUÑO.
 ¿Qué buen consejo te di!
 SANCHE.
 Ciertos que en don Tello vi
 Un señor todo perfecto;
 Porque, en quitándole el dar,
 Con que á Dios es parecido,
 No es señor; que haberlo sido
 Se muestra en dar y en honrar.
 Y pues Dios su gran valor
 Quiere que dando se entienda,
 Sin dar ni honrar no pretenda
 Ningun señor ser señor.
 NUÑO.
 ¡Cien ovejas! ¡Veinte vacas!
 Será una hacienda gentil,
 Si por los prados del Sil
 La primavera los sacas.
 Págueme Dios á don Tello
 Tanto bien, tanto favor.
 SANCHE.
 ¿Dónde está Elvira, Señor?
 NUÑO.
 Ocupará el cabello
 O algun tocado de boda.
 SANCHE.
 Como ella traiga su cara,
 Rizos y gala excusara;
 Que es de rayos del sol toda.
 NUÑO.
 No tienes amor villano.
 SANCHE.
 Con ella tendré, Señor,
 Firmezas de labrador
 Y amores de cortesano.

NUÑO.

No puede amar altamente
Quien no tiene entendimiento;
Porque está su sentimiento
En que sienta lo que sienta.
Huélgome de verte así.
Llama esos mozos; que quiero
Que entienda este caballero
Que soy algo ó que lo fui.

SANCHO.

Pienso que mis dos señores
Vienen, y vendrán con ellos.
Deje Elvira los cabellos,
Y reciba sus favores.

ESCENA XI.

DON TELLO, y CRIADOS; PELAYO,
JUANA, LEONOR y VILLANOS.—DICHOS.

DON TELLO.

¿Dónde fué mi hermana?

JUANA.

Entró

Por la novia.

SANCHO.

¡Señor mío!...

DON TELLO.

¡Sancho!

SANCHO.

Fuera desvarío
Querer daros gracias yo,
Con mi rudo entendimiento,
Desta merced.

DON TELLO.

¿Dónde está
Vuestro suegro?

NUÑO.

Donde ya
Tendrán sus años aumento
Con este inmenso favor.

DON TELLO.

Dadme los brazos.

NUÑO.

Quisiera
Que esta casa un mundo fuera,
Y vos del mundo señor.

DON TELLO. (A Juana.)

¿Cómo os llamais vos, serrana?

PELAYO.

Pelayo, Señor.

DON TELLO.

No digo

A vos.

PELAYO.

¿No hablaba conmigo?

JUANA.

A vuestro servicio, Juana.

DON TELLO.

¡Buena gracia!

PELAYO.

Aun no lo sabe
Bien; que con un cucharon,
Si la pecaiga un garzon,
Le suele pegar un cabe,
Que le aturde los sentidos;
Que una vez, porque llegué
A la olla, los saqué
Por dos meses atordidos.

DON TELLO. (A Leonor.)

¿Y vos?

PELAYO.

Pelayo, Señor.

DON TELLO.

No hablo con vos.

PELAYO.

Yo pensaba,

Señor, que conmigo hablaba.

DON TELLO.

¿Cómo os llamais?

LEONOR.

¿Yo? Leonor.

PELAYO.

(Ap. ¿Cómo pescuda por ellas,
Y por los zagales no?)
Pelayo, Señor, soy yo.

DON TELLO.

¿Sois algo de alguna dellas?

PELAYO.

Sí, Señor; el porquerizo.

DON TELLO.

Marido digo ó hermano.

NUÑO.

¿Qué necio estás!

SANCHO.

¿Qué villano!

PELAYO.

Así mi madre me hizo.

SANCHO.

La novia y madrina vienen.

ESCENA XII.

FELICIANA, ELVIRA.—DICHOS.

FELICIANA.

Hermano, hacédles favores;
Y ¡dichosos los señores
Que tales vasallos tienen!

DON TELLO.

Por Dios, que teneis razon.
¡Hermosa moza!

FELICIANA.

Y gallarda.

ELVIRA.

La vergüenza me acobarda,
Como primera ocasion.
Nunca vi vuestra grandeza.

NUÑO.

Siéntense sus señorías.
Las sillas son como mias.

DON TELLO. (Ap.)

No he visto mayor belleza.
¡Qué divina perfección!
Corta ha sido su alabanza.
¡Dichosa aquella esperanza
Que espera tal posesion!

PELAYO.

Dad licencia que se siente
Sancho.

DON TELLO.

Sentáos.

SANCHO.

No, Señor.

DON TELLO.

Sentíos.

SANCHO.

¡Yó tanto favor,

Y mi señora presente!

FELICIANA.

Junto á la novia os sentad;
No hay quien el puesto os impida.

DON TELLO. (Ap.)

No esperé ver en mi vida
Tan peregrina beldad.

PELAYO.

Y yo ¿adónde he de sentarme?

NUÑO.

Allá en la caballeriza
Tú la fiesta solemaliza.

DON TELLO.

(Ap. Por Dios, que siento abrazarme.)
¿Cómo la novia se llama?

PELAYO.

Pelayo, Señor.

NUÑO.

¿No quierés
Callar? Habla á las mujeres,
Y cuéntaste tú por dama.
Elvira es, Señor, su nombre.

DON TELLO.

Por Dios que es hermosa Elvira,
Y digna, aunque serlo admira,
De novio tan gentilhombre.

NUÑO.

Zagalas, regocijad
La boda.

DON TELLO. (Ap.)

¡Rara hermosura!

NUÑO.

En tanto que viene el Cura,
A vuestra usanza bailad.

JUANA.

El Cura ha venido ya.

DON TELLO.

Pues decid que no entre el Cura.
(Ap. Que tan divina hermosura
Robándome el alma está.)

SANCHO.

¿Por qué, Señor?

DON TELLO.

Porque quiero,
Después que os he conocido,
Honraros mas.

SANCHO.

Yo no pido
Mas honras, ni las espero,
Que casarme con mi Elvira.

DON TELLO.

Mañana será mejor.

SANCHO.

No me dilates, Señor,
Tanto bien; mis ansias mira,
Y que desde aquí á mañana
Puede un pequeño accidente
Quitarle el bien que presente
La posesion tiene llana.
Si sabios dicen verdades,
Bien dijo aquel que decía
Que era el sol el que traía
Al mundo las novedades.
¿Que sé yo lo que traerá
Del otro mundo mañana?

DON TELLO.

(Ap. ¿Qué condicion tan villana!)

Quiérole honrar y hacer fiesta,

(Ap. á Feliciana.)

Y el muy necio, hermana mía,
En tu presencia porfia
Con voluntad poco honesta.—
Llévala, Nuño, y descansa
Esta noche.

NUÑO.

Haré tu gusto.

(Vase don Tello, Feliciana y criados.)

(Ap. Esto no parece justo.)

¿De qué don Tello se cansa?

ELVIRA. (Ap.)

Yo no quiero responder
Por no mostrar liviandad.

NUÑO. (A los novios.)

No entiendo su voluntad
Ni lo que pretende hacer.—
Es señor.—Ya me ha pesado
De que haya venido aquí.

(Vase.)

SANCHO.

Harto mas me pesa á mí,

Aunque lo he disimulado.

PELAYO.

¿No hay boda esta noche?

JUANA.

No.

PELAYO.

¿Por qué?

JUANA.

No quiere don Tello.

PELAYO.

Pues don Tello ¿puede hacello?

JUANA.

Claro está, pues lo mandó. (Vase.)

PELAYO.

Pues ¿antes que entrase el Cura
Nos ha puesto impedimento!

(Vase y siguen los demás villanos.)

ESCENA XIII.

SANCHO, ELVIRA.

SANCHO.

Oye, Elvira.

ELVIRA.

¡Ay, Sancho! Siento

Que tengo poca ventura.

SANCHO.

¿Qué quiere el Señor hacer,
Que á mañana lo difiere?

ELVIRA.

Yo no entiendo lo que quiere.
(Ap. Pero debe de querer.)

SANCHO.

¿Es posible que me quita
Que esta noche ¡ay, bellos ojos!
Tuvieses paz los enojos
Que airado me solicita?

ELVIRA.

Ya eres, Sancho, mi marido.
Vén esta noche á mi puerta.

SANCHO.

¿Tendrásla, mi bien, abierta?

ELVIRA.

Pues ¿no?

SANCHO.

¡Mi remedio ha sido;
Que si no, yo me matara.

ELVIRA.

También me matara yo.

SANCHO.

El Cura llegó y no entró.

ELVIRA.

No quislo que el Cura entrara.

SANCHO.

Pero si te persuades
A abrirme, será mejor;
Que no es mal cura el amor
Para sanar voluntades.
(Vase.)

Calle en que está la casa de Nuño.

ESCENA XIV.

DON TELLO, CELIO, CRIADOS.

DON TELLO.

Muy bien me habeis entendido.

CELIO.

Para entenderte, no creo
Que es menester, gran Señor,
Muy sutil entendimiento.

DON TELLO.

Entrad pues; que estarán solos

La hermosa Elvira y el viejo.

CELIO.

Toda la gente se fué
Con notable descontento
De ver dilatar la boda.

DON TELLO.

Yo tomé, Celio, el consejo
Primero que amor me dió;
Que era infamia de mis celos
Dejar gozar á un villano
La hermosura que deseo.
Después que della me canse,
Podrá ese rústico necio
Casarse; que yo daré
Ganado, hacienda y dinero
Con que viva; que es arbitrio
De muchos, como lo vemos
En el mundo. Finalmente,
Yo soy poderoso, y quiero,
Pues este hombre no es casado,
Valerme de lo que puedo.
Las máscaras os poned.

CELIO.

¿Llamarémos?

DON TELLO.

Sí.

(Llaman.)

CRIADO.

Ya abrieron.

ESCENA XV.

ELVIRA. — DON TELLO, CELIO y
CRIADOS, con mascarillas; después,
NUÑO.

ELVIRA.

Entra, Sancho, de mi vida.

CELIO.

¿Elvira?

ELVIRA.

Sí.

UN CRIADO. (Ap.)

¡Buen encuentro!

(Apoderanse de Elvira.)

ELVIRA.

¿No eres tú, Sancho? ¡Ay de mí!
¡Padre! Señor! Nuño! ¡Cielos!
¿Que me roban, que me llevan!

DON TELLO.

Caminad ya. (Llévanla.)

NUÑO. (Dentro de la casa.)

¿Qué es aquesto?

ELVIRA. (Léjos.)

¡Padre!

DON TELLO. (Léjos.)

Tápala esa boca.

(Sale Nuño.)

NUÑO.

¡Hija! ya te oigo y te veo;
Pero mis caducos años
Y mi desmayado esfuerzo...
¿Qué podrán contra la fuerza
De un poderoso mancebo?
Que ya presumo quién es.
(Sigue á los robadores.)

ESCENA XVI.

SANCHO y PELAYO, de noche.

SANCHO.

Voces parece que siento
En el valle, hacia la casa
Del Señor.

PELAYO.

Habremos quedado,
No nos acientan los criados.

SANCHO.

Advierte que estando dentro
No te has de dormir.

PELAYO.

No haré;

Que ya me conoce el sueño.

SANCHO.

Yo saldré cuando del alba
Pida albricias el lucero;
Mas no me las pida á mí,
Si me ha de quitar mi cielo.

PELAYO.

¿Sabes qué pareceré
Mientras estás allá dentro?
Muía de doctor, que está
Tascando á la puerta el freno.

SANCHO.

Llamemos.

PELAYO.

Apostaré

Que está por el agujero
De la llave Elvira atenta.

SANCHO.

Llego, y llamo.

ESCENA XVII.

NUÑO. — DICHOS.

NUÑO.

Pierde el seso.

SANCHO.

¿Quién va?

NUÑO.

Un hombre.

SANCHO.

¿Es Nuño?

NUÑO.

¿Es Sancho?

SANCHO.

Pues ¡tú en la calle! ¿Qué es esto?

NUÑO.

¿Qué es esto dices?

SANCHO.

Pues bien,

¿Qué ha sucedido? Que temo
Algun mal.

NUÑO.

Y aun el mayor;
Que alguno ya fuera menos.

SANCHO.

¿Cómo?

NUÑO.

Un escuadron de armados
Aquestas puertas rompieron,
Y se han llevado...

SANCHO.

No mas;

Que aquí dió fin mi deseo.

NUÑO.

Reconocer con la luna
Los quise; mas no me dieron
Lugar á que los mirase;
Porque luego se cubrieron
Con mascarillas las caras,
Y no pude conocerlos.

SANCHO.

¿Para qué, Nuño? ¿Qué importa?

Criados son de don Tello,
A quien me mandaste hablar.
¡Mal haya, amén, el consejo!
En este valle hay diez casas,
Y todas diez de pecheros,
Que se juntan á esta ermita:
No ha de ser ninguno de ellos.
Claro está que es el Señor,
Que la llave pida á su pueblo;

Que él no me deja casar
Es el indicio mas cierto.
Pues ¡es verdad que hallaré
Justicia fuera del cielo,
Siendo un hombre poderoso
Y el mas rico deste reino!
Vive Dios, que estoy por ir...
A morir! que no sospecho
Que á otra cosa...

NUÑO.
Espera, Sancho.
PELAYO.

¡Voto al soto, que si encuentro
Sus cochinos en el prado,
Que aunque haya guarda con ellos,
Que los he de apedrear!

NUÑO.
Hijo, de tu entendimiento
Procura valerte ahora.

SANCHO.
Padre y señor, ¿cómo puedo?
Tú me aconsejaste el daño,
Aconsejame el remedio.

NUÑO.
Vamos á hablar al Señor
Mañana; que yo sospecho
Que, como fué mocedad,
Ya tendrá arrepentimiento.
Yo fio, Sancho, de Elvira,
Que no haya fuerza ni ruegos
Que la puedan conquistar.

SANCHO.
Yo lo conozco y lo creo.
¡Ay que me muero de amor!
Ay que me abraso de celos!
¿A cuál hombre ha sucedido
Tan lastimoso suceso?
¡Que trujese yo á mi casa
El fiero leon sangriento,
Que mi cándida cordera
Me robara! ¿Estaba ciego?
Si estaba; que no entrán bien
Poderosos caballeros
En las casas de los pobres
Que tienen ricos empleos.
Páreceme que su rostro
Lleno de aljófares veo
Por las mejillas de grana,
Su honestidad defendiendo.
Páreceme que la escucho,
¡Lastimoso pensamiento!
Y que el tirano la dice
Mal escuchados requiebros.
Páreceme que á sus ojos
Los descogidos cabellos
Haciendo están celosías
Para no ver sus deseos.—
Déjame, Nuño, matar;
Que todo el sentido pierdo.
¡Ay que me muero de amor!
Ay que me abraso de celos!

NUÑO.
Tú eres, Sancho, bien nacido:
¿Qué es de tu valor?

SANCHO.
Recelo
Cosas que, de imaginallas,
Loco hasta el alma me vuelvo,
Sin poderlas remediar.
Enseñame el aposento
De Elvira.

PELAYO.
Y á mí, Señor,
La cocina; que me muero
De hambre, que no he cenado,
Como enojados se fueron.

NUÑO.
Entra, y descansa hasta el día;
Que no es bárbaro don Tello.

L-1.

SANCHO.
¡Ay que me muero de amor
Y estoy rabiando de celos!

ACTO SEGUNDO.

Sala en la quinta de don Tello.

ESCENA PRIMERA.

DON TELLO, ELVIRA.

ELVIRA.
De qué sirve atormentarme,
Tello, con tanto rigor?
Tú no ves que tengo honor,
Y que es cansarte y cansarme?

DON TELLO.
Basta; que das en matarme,
Con ser tan áspera y dura.

ELVIRA.
Vol verme, Tello, procura
A mi esposo.

DON TELLO.
No es tu esposo,
Ni un villano, aunque dichoso,
Digno de tanta hermosura.
Mas cuando yo Sancho fuera,
Y él fuera yo, dime Elvira,
¿Cómo el rigor de tu ira
Tratarme tan mal pudiera?
Tu crueldad ¿no considera
Que esto es amor?

ELVIRA.
No, Señor;
Que amor que pierde al honor
El respeto, es vil deseo;
Y siendo apéto feo,
No puede llamarse amor.
Amor se funda en querer
Lo que quiere quien desea;
Que amor que casto no sea,
Ni es amor ni puede ser.

DON TELLO.
¿Cómo no?

ELVIRA.
¿Quiéreslo ver?
Anoche, Tello, me viste:
Pues ¡tan presto me quisiste,
Que apenas consideraste
Qué fué lo que deseaste,
Que es en lo que amor consiste!
Nace amor de un gran deseo;
Luego va creciendo amor
Por los pasos del favor
Al fin de su mismo empleo;
Y en tí, según lo que veo,
No es amor, sino querer
Quitarme á mí todo el ser
Que me dió el cielo en la honra.
Tú procuras mi deshonor,
Y yo me he de defender.

DON TELLO.
Pues hallo en tu entendimiento,
Como en tus brazos, defensa,
Oye un argumento.

ELVIRA.
Piensa
Que no ha de haber argumento
Que venza mi firme intento.

DON TELLO.
Dices que no puede ser
Ver, desear y querer?

ELVIRA.
Es verdad.

DON TELLO.
Pues dime, ingrata,
¿Cómo el basilisco mata
Con solo llegar á ver?

ELVIRA.
Ese es solo un animal.

DON TELLO.
Pues ese fué tu hermosura.

ELVIRA.
Mal pruebas lo que procura
Tu ingenio.

DON TELLO.
¿Yo pruebo mal?

ELVIRA.
El basilisco mortal
Mata teniendo intencion
De matar; y es la razon
Tan clara, que mal podía
Matarte, cuando te vía
Para ponerte aficion.
Y no traigamos aquí
Mas argumentos, Señor.
Soy mujer y tengo amor:
Nada has de alcanzar de mí.

DON TELLO.
¿Puedese creer que así
Responda una labradora?
Pero confésame ahora
Que eres necia en ser discreta;
Pues al verte tan perfeta,
Cuanto mas, mas me enamora.
Y ¡ojalá fueras mi igual!
Mas bien ves que tu bajeza
Afrentara mi nobleza,
Y que pareciera mal
Juntar brocado y sayal.
Sabe Dios si amor me esfuerza
Que mi buen intento tuerza;
Pero ya el mundo trazó
Estas leyes, á quien yo
He de obedecer por fuerza.

ESCENA II.

FELICIANA.—DICHOS.

FELICIANA.
Perdona, hermano, si soy
Mas piadosa que quisieras.—
Espera, ¿de qué te alteras?

DON TELLO.
¿Qué necia estás!

FELICIANA.
Necia estoy;
Pero soy, Tello, mujer,
Y es terrible tu porfía.
Deja que pase algun día;
Que llegar, ver y vencer
No se entiende con amor,
Aunque César de amor seas.

DON TELLO.
¿Es posible que tú seas
Mi hermana?

FELICIANA.
¡Tanto rigor
Con una pobre aldeana!
(Llaman dentro.)

ELVIRA.
Señora, doléos de mí.

FELICIANA.
Tello, si hoy no dijo sí,
Podrá decirlo mañana.
Ten paciencia; que es crueldad
Que los dos no descanseis.
Descansad, y volveréis
A la batalla.

DON TELLO.
¿Es piedad

Quítarme la vida á mí?

(*Llamán.*)

FELICIANA.

Calla; que estás enojado.
Elvira no te ha tratado.
Tiene vergüenza de ti.
Déjala estar unos días
Contigo en conversacion,
Y conmigo, que es razon.

ELVIRA.

Puedán las lágrimas mías
Moveros, noble Señora,
A interceder por mi honor.

(*Llamán.*)

FELICIANA.

Sin esto, advierte, Señor,
Que debe de haber una hora
Que están llamando á la puerta
Su viejo padre y su esposo.
Y que es justo y aun forzoso
Que la hallen los dos abierta;
Porque si no entran aquí,
Dirán que tienes á Elvira.

DON TELLO.

Todos me mueven á ira.—
Elvira, escóndete ahí,
Y entre esos dos villanos.

ELVIRA.

¡Gracias á Dios, que me dejas
Descansar!

DON TELLO.

¿De qué te quejas,
Si me has atado las manos?
(*Vase Elvira.*)

FELICIANA.

¡Hola!

ESCENA III.

CELIO.—DON TELLO, FELICIANA.

CELIO. (*Dentro.*)

Señora...

FELICIANA.

Llamad

Esos pobres labradores.—
Trátalos bien, y no ignores

(*A don Tello.*)

Que importa á tu calidad.

ESCENA IV.

NUÑO, SANCHE.—DON TELLO,
FELICIANA.

NUÑO.

Besando el suelo de tu noble casa
(Que de besar tus pies somos indios),
Venimos á decirte lo que pasa,
Si bien con mal formados desatros.
Sancho, señor, que con mi Elvira casa,
De quien los dos habíais de ser padrinos,
Viene á quejarse del mayor agravio
Que referirte puede humano labio.

SANCHE.

Magnánimo Señor, á quien las frentes
Humillan estos montes coronados
De nieve, que bajando en puras fuentes,
Besan tus pies en estos verdes prados:
Por consejo de Nuño y sus parientes,
En tu valor divino confiados,
Te vine á hablar y te pedi licencia,
Y honraste mi humildad con tu presencia.
Haber estado en esta casa, creo
Que obligue tu valor á la venganza
De caso tan atroz, inorme y feo,
Que á la nobleza de tu nombre alcanza.
Si alguna vez amor algun deseo
Trujo la posesion á tu esperanza,
Y al tiempo de gozarla la perdieras,
Considera, Señor, lo que sintieras.

Yo, solo labrador en la campaña,
Y en el gusto del alma caballero,
Y no tan enseñado á la montaña,
Que alguna vez no juegue el limpio acero,
Oyendo nueva tan feroz y extraña.
No fui, ni pude, labrador grosero;
Sentí el honor con no le haber tocado;
Que quien dijo de sí, ya era casado.
Sali á los campos, y á la luz que excede
A las estrellas, que miraba en vano,
A la luna veloz, que retrocede
Las aguas y las crece al Océano,
«¡Dichosa, dije, tú, que no te puede
Quitar el sol ningún poder humano,
Con subir cada noche donde subes,
Aunque vengan con máscaras las nubes!»
Luego, volviendo á los desiertos prados,
Durmiendo con los álamos de Alcides
Las yedras vi con lazos apretados,
Y con los verdes rámpanos las vides.
«¡Ay! dije, ¿cómo estáis tan descuidada
Y tú, grosero, ¿cómo no divides, [dos]
Villano labrador, estos amores,
Cortando ramas y rompiendo flores?»
Todo duerme seguro. Finalmente,
Me robaron, Señor, mi prenda anida,
Y allí me pareció que alguna fuente
Lloró también y murmuró turbada.
Llevaba yo ¡cuán lejos de valiente!

Con rota vaina una mohosa espada;
Llegué al árbol mas alto, y á reverses
Y tajos le igualé á las bajas mieses.
No porque el árbol me robase á Elvira,
Mas porque fué tan alto y arrogante,
Que á los demás como á pequeños mira:
Tal es la fuerza de un feroz gigante.
Dicen en el lugar (pero es mentira,
Siendo quien eres tú) que, ciego amante
De mi mujer, autor del robo fuiste,
Y que en tu misma casa la escondiste.—
«¡Villanos! dije yo, tened respeto:
Don Tello, mi señor, es gloria y honra
De la casa de Neira, y en efeto
Es mi padrino y quien mis bodas honra.»
Con esto, tú piadoso, tú discreto,
No sufrirás la tuya y mi deshonra;
Antes harás volver, la espada en puño,
A Sancho su mujer, su hija á Nuño.

DON TELLO.

Pésame gravemente, Sancho amigo,
De tal atrevimiento, y en mi tierra
No quedará el villano sin castigo
Que la ha robado y en su casa encierra.
Solicita tú y sabe qué enemigo,
Con loco amor, con encubierta guerra,
Nos ofende á los dos con tal malicia;
Que, si se sabe, yo... te haré justicia.—
Y á los villanos que de mí murmuran
Jaré azotar por tal atrevimiento.—
¡Dios con Dios.

SANCHE. (*Ap. á Nuño.*)

Mis celos se aventuran.

NUÑO.

Sancho, tente, por Dios.

SANCHE.

¡Mi muerte intento.

DON TELLO.

Sabedme por allá los que procuran
Mi deshonra.

SANCHE.

¡Extraño pensamiento!

DON TELLO.

Yo no sé dónde está; porque, á sabello,
Os la diera, por vida de don Tello.

ESCENA V.

ELVIRA.—DICHOS.

ELVIRA.

Si sabe, esposo; que aquí

Me tiene Tello escandida.

SANCHE.

¡Esposa, mi bien, mi vida!

DON TELLO.

¡Esto has hecho contra mí?

SANCHE.

¡Ay, cuál estuve por tí!

NUÑO.

¡Ay, hija! ¡cuál me has tenido!

El juicio tuve perdido.

DON TELLO.

Tenéos, apartaos, villanos.

SANCHE.

Dejan e tocar sus manos;

Mira que soy su mar.do.

DON TELLO.

¡Celio, Julio! ¡Hola, criados,
Estos villanos matad.

FELICIANA.

Hermano, con más piedad;
Mira que no son culpados.

DON TELLO.

Cuando estuvieran casados,
Fuera uncho atrevimiento.

ESCENA VI.

CELIO, JULIO, CRIADOS.—DICHOS.

DON TELLO.

Matadlos.

SANCHE.

Yo soy contento

De morir y no vivir,
Aunque es tan fuerte el morir.

ELVIRA.

¡Ni vida ni muerte siento.

SANCHE.

Escucha, Elvira, mi bien;
Yo me dejaré matar.

ELVIRA.

Yo ya me sabré guardar
Aunque mil muertes me den.

DON TELLO.

¿Es posible que se estén
Requebrando? ¡Hay tal rigor!
¡Ah, Celio, Julio!

JULIO.

Señor...

DON TELLO.

Matadlos á palos.

CELIO.

Mueran.

(*Los criados echan á palos á Nuño y Sancho.*)

DON TELLO. (*A Elvira.*)

En vano remedio esperan
Tus quejas de mi furor.
Ya pensamiento tenía
De volverte; y tan airado
Estoy en ver que has hablado
Con tan notable osadía,
Que por fuerza has de ser mía.
O no he de ser yo quien fui.

FELICIANA.

Hermano, que estoy aquí.

DON TELLO.

He de forzalla ó matalla.

FELICIANA.

¿Cómo es posible librala
De un hombre fuera de sí?
(*Váase.*)

EL MEJOR ALCALDE EL REY.

Vista exterior de la quinta de don Tello.

ESCENA VII.

CELIO, JULIO y CRIADOS; luego, NUÑO y SANCCHO.

JULIO. (Dentro.)
Ansí pagan los villanos
Tan grandes atrevimientos.

CELIO. (Dentro.)
Salgan fuera de palacio.

CRIADOS. (Dentro.)
Salgan.

(Salen huyendo Sancho y Nuño.)

SANCCHO.
Matadme, escuderos.
¡No tuviera yo una espada!

NUÑO.
Hijo, mira que sospecho
Que este hombre te ha de matar,
Atrevido y descompuesto.

SANCCHO.
Pues ¿será bueno vivir?

NUÑO.
Mucho se alcanza viviendo.

SANCCHO.
¡Vive Dios, de no quitarme
De los umbrales que veo,
Aunque me maten! que vida
Sin Elvira no la quiero.

NUÑO.
Vive, y pedirás justicia;
Que rey tienen estos reinos,
O en grado de apelacion
La podrás pedir al cielo.

ESCENA VIII.

PELAYO.—NUÑO, SANCCHO.

PELAYO.
Aquí están.

SANCCHO.
¿Quién es?

PELAYO.
Pelayo,
Todo lleno de contento,
Que os viene á pedir albricias.

SANCCHO.
¿Cómo albricias á este tiempo?

PELAYO.
Albricias, digo.

SANCCHO.
¿De qué,
Pelayo, cuando estoy muerto,
Y Nuño espirando?

PELAYO.
Albricias.

NUÑO.
¿No conoces á este necio?

PELAYO.
Elvira pareció ya.

SANCCHO.
¡Ay padre! ¡Si la habrán vuelto!
¿Que dices, Pelayo mio?

PELAYO.
Señor, dice todo el pueblo
Que desde anoche á las doce
Está en casa de don Tello...

SANCCHO.
Maldito seas, amén.

PELAYO.
Y que tienen por muy cierto
Que no la quiere volver.

NUÑO.

Hijo, vamos al remedio.
El rey de Castilla, Alfonso,
Por sus valerosos hechos,
Reside agora en Leon.
Pues es recto y justiciero,
Parte allá y informárase
Deste agravio; que sospecho
Que nos ha de hacer justicia.

SANCCHO.
¡Ay Nuño! tengo por cierto
Que el rey de Castilla Alfonso
Es un príncipe perfeto;
Mas ¡por dónde quieres que entre
Un labrador tan grosero?
¿Qué corredor de palacio
Osará mi atrevimiento

Pisar? Que portero, Nuño,
Permitirá que entre dentro?
Allí, á la tela, al brocado,
Al grave acompañamiento
Abren las puertas, y tienen
Razon, que yo lo confieso;
Pero á la pobreza, Nuño,
Solo dejan los porteros
Que miren las puertas y armas,
Y esto ha de ser desde lejos.

Iré á Leon y entraré
En palacio, y verás luego
Cómo imprimen en mis hombros
De las cuchillas los cuentos.
Pues ¡andar con memoriales,
Que tome el Rey! Santo y bueno!
Haz cuenta que, de sus manos,
En el olvido cayeron.
Volveréme habiendo visto
Las damas y caballeros,
La iglesia, el palacio, el parque,
Los edificios; y pienso
Que traeré de allá mal gusto
Para vivir entre tejos,
Robles y encinas, adonde
Canta el ave y ladra el perro.
No, Nuño, no aciertas bien.

NUÑO.
Sancho, yo sé bien si acierto.
Vete á hablar al rey Alfonso;
Que si aquí te quedas, pienso
Que te han de quitar la vida.

SANCCHO.
Pues eso, Nuño, deseo.

NUÑO.
Yo tengo un rocin castaño,
Que apostará con el viento
Sus crines contra sus alas,
Sus clavos contra su freno.
Parte en él, y irá Pelayo
En aquel pequeño overo
Que suele llevar al campo.

SANCCHO.
Por tu gusto te obedezco.—
Pelayo, ¡irás tú conmigo
A la corte?

PELAYO.
Y tan contento
De ver lo que nunca he visto,
Sancho, que los pies te beso.
Dícenme acá, de la corte,
Que con huevos y torreznos
Empiedran todas las calles,
Y tratan los forasteros
Como si fueran de Italia,
De Flandes ó de Marruecos.
Dícen que es una talega
Donde junta los trebejos
Para jugar la fortuna,
Tantos blancos como negros.
Vamos por Dios á la corte.

SANCCHO.
Padre, adios, partirme quiero.

Echame tu bendicion.

NUÑO.
Hijo, pues eres discreto,
Habla con ánimo al Rey.

SANCCHO.
Tú sabrás mi atrevimiento.—
Partamos.

NUÑO.
Adios, mi Sancho.

SANCCHO.
Adios, Elvira!

PELAYO.
Adios, puerocos.
(Vase.)

Sala en la quinta de don Tello.

ESCENA IX.

DON TELLO, FELICIANA.

DON TELLO.
¿Que no pueda conquistar
Esta mujer la belleza?

FELICIANA.
Tello, no hay que porfiar;
Porque es tanta su tristeza,
Que no deja de llorar.
Si en esa torre la tienes,
¿Es posible que no vienes
A considerar mejor
Que, aunque te tuviera amor,
Te habia de dar desdenes?
Si la tratas con crueldad,
¿Cómo ha de quererte bien?
¡Advierte que es necedad
Tratar con rigor á quien
Se llega á pedir piedad.

DON TELLO.
¿Que sea tan desgraciado,
Que me vea despreciado,
Siendo aquí el mas poderoso,
El mas rico y dadivoso!

FELICIANA.
No te dé tanto cuidado,
Ni estés por una villana
Tan perdido.

DON TELLO.
¡Ay Feliciana!
Que no sabes qué es amor,
Ni has probado su rigor.

FELICIANA.
Ten paciencia hasta mañana;
Que yo la tengo de hablar,
A ver si puedo ablandar
Esta mujer.

DON TELLO.
Considera
Que no es mujer, sino fiera,
Pues me hace tanto penar.
Prométele plata y oro,
Joyas y cuanto quisieres:
Di que la daré un tesoro;
Que á dádivas las mujeres
Suelen guardar mas decoro.
Di que la regalaré,
Y dile que la daré
Un vestido tan galán,
Que gaste el oro á Milan
Desde su cabello al pie.
Que si remedia mi mal,
La daré hacienda y ganado,
Y que si fuera mi igual...

FELICIANA.
¿Posible es que diga tal?

DON TELLO.
Sí, hermana; que estoy de suerte

Que me tengo de dar muerte,
O la tengo de gozar,
Y de una vez acabar
Con dolor tan grave y fuerte.

FELICIANA.

Voy á hablarla, aunque es en vano.

DON TELLO.

¿Por qué?

FELICIANA.

Porque una mujer
Que es honrada, es caso llano
Que no la podrá vencer
Ningun interés humano.

DON TELLO.

Vé presto, y da á mi esperanza
Alivio; que si no alcanza
Mi fe lo que ha pretendido,
El amor que le he tenido
Se ha de trocar en venganza.
(*Vanse.*)

Salon en el palacio del Rey en Leon.

ESCENA X.

EL REY DON ALFONSO VII, EL CONDE DON PEDRO, DON ENRIQUE, ACOMPAÑAMIENTO.

REY.

Mientras que se apercihe
Mi partida á Toledo, y me responde
El de Aragon, que vive
Ahora en Zaragoza, sabed, Conde,
Si están ya despachados
Todos los pretendientes y soldados;
Y mirad si hay alguno
Tambien que quiera hablarme.

CONDE.

No ha quedado

Por despachar ninguno.

DON ENRIQUE.

Un labrador gallego he visto echado
A esta puerta, y bien triste.

REY.

Pues ¿quién á ningun pobre la resiste?
Id, Enrique de Lara,
Y traedle vos mismo á mi presencia.
(*Vase don Enrique.*)

CONDE.

¡Virtud heroica y rara!
Compasiva piedad, suma clemencia!
¡Oh ejemplo de los reyes,
Divina observacion de santas leyes!

ESCENA XI.

DON ENRIQUE, SANCHE, PELAYO.
→ EL REY, EL CONDE, ACOMPAÑAMIENTO.

DON ENRIQUE.

Dejad las azagayas.

SANCHE.

A la pared, Pelayo, las arrima.

PELAYO.

Con pié derecho vayas.

SANCHE.

¿Cuál es el Rey, Señor?

DON ENRIQUE.

Aquel que arrima

La mano agora al pecho.

SANCHE.

Bien puede, de sus obras satisfecho.
Pelayo no te asombres.

PELAYO.

Mucho tienen los reyes del invierno,
Que hacen temblar los hombres.

SANCHE.

Señor...

REY.

Habla, sosiega.

SANCHE.

Que el gobierno
De España agora tienes...

REY.

Dime quién eres y de dónde vienes.

SANCHE.

Dame á besar tu mano,
Porque ennoblezca mi grosera boca,
Príncipe soberano;
Que si mis labios, aunque indignos, toca,
Yo quedaré discreto.

REY.

¿Con lágrimas la bañas! ¿A qué efeto?

SANCHE.

Mal hicieron mis ojos;
Mas propuso la boca su querella,
Y quieren daria enojos,
Para que, puesta vuestra mano en ella,
Diera justo castigo
A un hombre poderoso mi enemigo.

REY.

Esfuérzate y no llores; [pícia,
Que aunque en mí la piedad es muy pro-
Para que no lo ignores,
Tambien doy atributo á la justicia. [bto.
Di quién te hizo agravio;
Que quien al pobre ofende, nunca es sa-

SANCHE.

Son niños los agravios,
Y son padres los reyes: no te espantes
Que hagan con los labios,
En viéndolos, pucheros semejantes.

REY. (Ap.)

Discreto me parece.
Primero que se queja me enternece.

SANCHE.

Señor, yo soy hidalgo,
Si bien pobre: mudanzas de fortuna,
Porque con ellas salgo
Desde el calor de mi primera cuna.
Con este pensamiento,
Quise mi igual en justo casamiento;
Mas, como siempre yerro
Quien de su justa obligacion se olvida,
Al señor desta tierra,
Que don Tello de Neira se apellida,
Con mas llaneza que arte,
Pidiéndole licencia, le di parte.
Liberal la concede,
Y en las bodas me sirve de padrino;
Mas el amor, que puede
Obligar al mas cuerdo á un desatino.
Le ciega y enamora,
Señor, de mi querida labradora.
No deja desposarme,
Y aquella noche con armada gente
La roba, sin dejarme
Vida que viva, proteccion que intente,
Fuera de vos y el cielo,
A cuyo tribunal sagrado apelo.
Que, habiéndola pedido
Con lágrimas su padre y yo, tan fiero,
Señor, ha respondido,
Que vieron nuestros pechos el acero;
Y siendo hidalgos nobles, [bles.
Nuestros hombros las ramas de los ro-

REY.

Conde...

CONDE.

Señor...

REY.

Al punto

Tinta y papel. Llegadme aquí una silla.
(*Sientase el Rey y escribe.*)

CONDE.

Aquí está todo junto.

SANCHE.

(Ap. Su gran valor espanta y maravilla.)
Al Rey hablé, Pelayo. (Ap. á él.)

PELAYO.

El es hombre de bien, voto á mi sayo.

SANCHE.

¿Qué entrañas hay crueles
Para el pobre?

PELAYO.

Los reyes castellanos
Deben de ser angeles.

SANCHE.

¿Vestidos no los ves como hombres il-
[nos?

PELAYO.

De otra manera habia
Un rey que Tello en un tapiz tenia,
La cara abigarrada
Y la calza caída á media pierna,
Y en la mano una vara,
Y un tocado á manera de linterna,
Con su corona de oro,
Y un barboquejo, como turco ó moro.
Yo preguntele á un paje
Quién era aquel señor de tanta fama,
Que me admiraba el traje;
Y respondiome: «El rey Baul se llama.»

SANCHE.

¡Necio! Saul diria.

PELAYO.

Baul, cuando á Badij matar queria.

SANCHE.

David su yerno era.

PELAYO.

Si; que en la iglesia predicaba el Cura
Que le dió en la mollera
Con una de Moises lágrima dura
Al gigante que olia.

SANCHE.

Goliás, bestia.

PELAYO.

El Cura lo decia.

REY.

Conde, esa carta cerrad.—

¿Cómo es tu nombre, buen hombre?

SANCHE.

Sanche, Señor, es mi nombre,
Que á los piés de tu piedad
Pido justicia de quien,
En su poder confiado,
A mi mujer me ha quitado,
Y me quitara tambien
La vida, si no me huyera.

REY.

¿Que es hombre tan poderoso
En Galicia?

SANCHE.

Es tan famoso,
Que desde aquella ribera
Hasta la romana torre
De Hércules es respetado:
Si está con un hombre airado,
Solo el cielo le socorre.
El pone y él quita leyes;
Que estas son las condiciones
De soberbios infanzones
Que están léjos de los reyes.

CONDE.

La carta está ya cerrada.

REY.

Sobreescribidla á don Tello

De Neira.

SANCHO.

Del mismo cuello
Me quitas, Señor, la espada.

REY.

Esa carta le darás,
Con que te dará tu esposa.

SANCHO.

De tu mano generosa
¿Hay favor que llegue á mas?

REY.

¿Veniste á pié?

SANCHO.

No, Señor;
Que en dos rocines venimos
Pelayo y yo.

PELAYO.

Y los corrimos

Como el viento, y aun injor.
Verdad es que tiene el mio
Unas mañas no muy buenas:
Déjase subir apenas,
Echase en arena ó rio,
Corre como un maldiciente,
Come mas que un estudiante,
Y en viendo un meson delante,
O se entra ó se para enfrente.

REY.

Buen hombre sois.

PELAYO.

Soy en fin
Quien por vos su patria deja.

REY.

¿Teneis vos alguna queja?

PELAYO.

Sí, Señor, deste rocin.

REY.

Digo, que os cause cuidado.

PELAYO.

Hambre tengo: si hay cocina
Por acá...

REY.

¿Nada os inclina
De cuanto aqui veis colgado,
Que á vuestra casa lleveis?

PELAYO.

No hay allá donde ponello:
Enviádselo á don Tello,
Que tien desto cuatro ó seis.

REY.

¿Qué gracioso labrador!
¿Qué sois allá en vuestra tierra?

PELAYO.

Señor, ando por la sierra,
Cochero soy del Señor.

REY.

¿Coches hay allá?

PELAYO.

Que no;
Soy quien guardo los cochinos.

REY.

(Ap. ¿Qué dos hombres peregrinos
Aquella tierra juntó,
Aquel con tal discreción,
Y este con tanta ignorancia!)
Tomad vos. (Dale un bolsillo.)

PELAYO.

No es de importancia.

REY.

Tomadlos, doblones son.—
Y vos la carta tomad, (A Sancho.)
Y id en buen hora.

SANCHO.

Los cielos

Te guarden.

(Vanse el Rey, el Conde, don Enrique
y el acompañamiento.)

PELAYO.

¡Hola!—Tomélos.

SANCHO.

¿Dineros?

PELAYO.

Y en cantidad.

SANCHO.

¡Ay, mi Elvira! Mi ventura
Se cifra en este papel;
Que pienso que llevo en él
Libranza de tu hermosura.
(Vanse.)

Sala en la quinta de don Tello.

ESCENA XII.

DON TELLO, CELIO.

CELIO.

Como me mandaste, fui
A saber de aquel villano,
Y aunque lo negaba Nuño,
Me lo dijo amenazado.
No está en el valle; que há dias
Que anda ausente.

DON TELLO.

¿Extraño caso!

CELIO.

Dice que es ido á Leon.

DON TELLO.

¡A Leon!

CELIO.

Y que Pelayo

Le acompañaba.

DON TELLO.

¿A qué efeto?

CELIO.

A hablar al Rey.

DON TELLO.

¿En qué caso?

El no es de Elvira marido,
Para que yo le haga agravio.
Cuando se quejara Nuño,
Estuviere disculpado;
Pero ¡Sancho!

CELIO.

Esto me han dicho

Pastores de tus ganados;
Y como el mozo es discreto,
Y tiene amor, no me espanto
Señor, que se haya atrevido.

DON TELLO.

Y ¿no habrá mas de en llegando
Hablar á un rey de Castilla?

CELIO.

Como Alfonso se ha criado
En Galicia con el conde
Don Pedro de Andrada y Castro,
No le negará la puerta,
Por mas que sea hombre bajo,
A ningun gallego.

(Llaman dentro.)

DON TELLO.

Celio.

Mira quién está llamando.
¿No hay pajes en esta sala?

CELIO.

¡Vive Dios, Señor, que es Sancho,
Este mismo labrador
De quien estamos hablando!

DON TELLO.

¿Hay mayor atrevimiento!

CELIO.

Así vivas muchos años,
Que veas lo que te quiera.

DON TELLO.

Di que entre; que aquí le aguardo.

ESCENA XIII.

SANCHO, PELAYO.—Dichos.

SANCHO.

Dame, gran Señor, los pies.

DON TELLO.

¿Adónde, Sancho, has estado,
Que há dias que no te he visto?

SANCHO.

A mí me parecen años.
Señor, viendo que tenias
Esa porfia en que has dado,
O sea amor á mi Elvira,
Fui á hablar al rey castellano,
Como supremo juez
Para deshacer agravios.

DON TELLO.

Pues ¿qué dijiste de mí?

SANCHO.

Que habiéndome yo casado,
Me quitaste mi mujer.

DON TELLO.

¡Tu mujer! Mientes, villano.
¿Entró el Cura aquella noche?

SANCHO.

No, Señor; pero de entrambos
Sabia las voluntades.

DON TELLO.

Si nunca os tomó las manos,
¿Cómo puede ser que sea
Matrimonio?

SANCHO.

Yo no trato

De si es matrimonio ó no;
Aquesta carta me ha dado,
Toda escrita de su letra.

DON TELLO.

De cólera estoy temblando.
(Lee.) « En recibiendo esta, daréis á ese
pobre labrador la mujer que le habeis
quitado, sin réplica ninguna; y adver-
tid que los buenos vasallos se conocen
léjos de los reyes, y que los reyes nun-
ca están léjos para castigar los ma-
los.—El Rey.»

Hombre, ¿qué has traído aquí?

SANCHO.

Señor, esa carta traigo
Que me dió el Rey.

DON TELLO.

¡Vive Dios,

Que de mi piedad me espanto!
Piensas, villano, que temo
Tu atrevimiento en mi daño?
¿Sabes quién soy?

SANCHO.

Sí, Señor;

Y en tu valor confiado,
Traigo esta carta, que fué,
No, cual piensas, en tu agravio,
Sino carta de favor
Del señor rey castellano,
Para que me déis mi esposa.

DON TELLO.

Advierte que, respetando
La carta, á tí y al que viene
Contigo...

PELAYO.

¡San Blas! San Pablo!

DON TELLO.
No os cuelgo de dos almenas.

PELAYO.
Sin ser día de mi santo,
Es muy bellaca señal.

DON TELLO.
Salid luego de palacio,
Y no pareis en mi tierra;
Que os haré matar á palos.
Pícaros, villanos, gente
De solar humilde y bajo,
¡Conmigo!...

PELAYO.
Tiene razón;
Que es mal hecho haberle dado
Ahora esta pesadumbre.

DON TELLO.
Villano, si os he quitado
Esa mujer, soy quien soy,
Y aquí reino en lo que mando,
Como el rey en su Castilla;
Que no deben mis pasados
A los suyos esta tierra;
Que á los moros la ganaron.

PELAYO.
Ganáronse á los moros,
Y también á los cristianos,
Y no debe nada al Rey.

DON TELLO.
Yo soy quien soy...
PELAYO. (Ap.)
¡San Macario!

DON TELLO.
Y por aquesto no tomo
Venganza con propias manos.
¡Dar á Elvira! ¡Qué es á Elvira!—
¡Matadlos! Pero dejadlos;
Que en villanos es afrenta
Manchar el acero hidalgo.

PELAYO.
No le manche, por su vida.
(*Vanse don Tello y Celio.*)

ESCENA XIV.

SANCHO, PELAYO.

SANCHO.
¿Qué te parece?
PELAYO.
Que estamos
Desterrados de Galicia.

SANCHO.
Pierdo el seso, imaginando
Que este no obedezca al Rey
Por tener cuatro vasallos.
Pues ¡vive Dios!...

PELAYO.
Sancho, tente;
Que siempre es consejo sabio,
Ni pleitos con poderosos
Ni amistades con criados.

SANCHO.
Volvámonos á Leon.

PELAYO.
Aquí los doblones traigo
Que me dió el Rey: vamos luego.

SANCHO.
Diréle lo que ha pasado.
¡Ay, mi Elvira! ¡Quién te viera!
Salid, suspiros, y en tanto
Que vuelvo, decid que muero
De amores.

PELAYO.
Camina, Sancho;
Que este no ha gozado á Elvira.

SANCHO.
¿De qué lo sabes, Pelayo?

PELAYO.
De que nos la hubiera vuelto,
Cuando la hubiera gozado.
(*Vanse.*)

ACTO TERCERO.

Salon del palacio del Rey.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, EL CONDE, DON ENRIQUE.

REY.
El cielo sabe, Conde, cuánto estimo
Las amistades de mi madre.

CONDE.
Estimo
Esas razones, gran Señor, que en todo
Muestras valor divino y soberano.

REY.
Mi madre gravemente me ha ofendido;
Mas considero que mi madre ha sido.

ESCENA II.

SANCHO, PELAYO.—DICHOS.

PELAYO. (Ap. á Sancho.)
Digo que puedes llegar.

SANCHO.
Ya, Pelayo, viendo estoy
A quien toda el alma doy,
Que no tengo mas que dar:
Aquel castellano sol,
Aquel piadoso Trajano,
Aquel Alcides cristiano
Y aquel César español.

PELAYO.
Yo, que no entiendo de historias
De Cides, son 2 de marranos,
Estó mirando en sus manos,
Mas que tien rayas, vitorias.
Llega y á sus piés te humilla,
Besas aquella fuerte mano.

SANCHO.
Emperador soberano,
Invicto rey de Castilla,
Déjame besar el suelo
De tus piés, que por almohada
Han de tener á Granada
Presto con favor del cielo,
Y por alfombra á Sevilla,
Sirviéndoles de colores
Las naves y varias flores
De su siempre hermosa orilla.
¿Conocesme?

REY.
Pienso que eres
Un gallego labrador
Que aquí me pidió favor.

SANCHO.
Yo soy, Señor.

REY.
No te alteres.
SANCHO.

Señor, mucho me ha pesado
De volver tan atrevido
A darte enojos; no ha sido
Posible haberlo excusado.
Pero si yo soy villano
En la porfía, Señor,
Tú serás emperador,

¡Deben de faltar versos: no se pondría
Lope á escribir endecasilabos para hacer so-
la estos seis.
2 Sino.

Tú serás César romano,
Para perdonar á quien
Pide á tu clemencia real
Justicia.

REY.
Dime tu mal,
Y advierte que te oigo bien;
Porque el pobre para mí
Tiene cartas de favor.

SANCHO.
La tuya, invicto Señor,
A Tello en Galicia di,
Para que, como era justo,
Me diese mi prenda amada.
Leida y no respetada,
Causóle mortal disgusto;
Y no solo no volví,
Señor, la prenda que digo,
Pero con nuevo castigo
El porte della me dió;
Que á mí y á este labrador
Nos trataron de tal suerte,
Que fué escapar de la muerte
Dicha y milagro, Señor.
Hice algunas diligencias,
Por no volver á cansarte;
Pero ninguna fué parte
A mover sus resistencias.
Hablóle el Cura, que allí
Tiene mucha autoridad,
Y un santo y bendito abad
Que tuvo piedad de mí,
Y en San Pelayo de Samos
Reside; pero mover
Su pecho no pudo ser,
Ni todos juntos bastamos.
No me dejó que la viera,
Que aun eso me consolara;
Y así, vine á ver tu cara,
Y á que justicia me hiciera
La imagen de Dios, que en ella
Resplandace, pues la imita.

REY.
Carta de mi mano escrita...
—¿Mas que debió de rompella?

SANCHO.
Aunque por moverte á ira
Dijera de sí algun sabio,
No quiera Dios que mi agravio
Te indigne con la mentira.
Leyóla y no la rompí;
Mas miento, que fué rompella
Leella y no hacer por ella
Lo que su rey le mandó.
En una tabla su ley
Escribió Dios: ¿no es quebrar
La tabla el no la guardar?
Así es mandato de Rey;
Porque para que se crea
Que es infiel, se entiende así;
Que lo que se rompe allí,
Basta que el respeto sea.

REY.
No es posible que no tengas
Buena sangre, aunque te afligen
Trabajos, y que de origen
De nobles personas vengas,
Como muestra tu buen modo
De hablar y de proceder.
Ahora bien, yo he de poner
De una vez remedio en todo.—
Conde...

CONDE.
Gran Señor...

REY.
Enrique...

DON ENRIQUE.
Señor...
REY.
Yo he de ir á Galicia;

Que me importa hacer justicia...
—Y aquesto no se publique.

CONDE.

Señor...

REY.

¿Qué me replicais?
Poned del Parque á las puertas
Las postas.

CONDE.

Pienso que abiertas
Al vulgo se las dejais.

REY.

Pues ¿cómo lo han de saber,
Si enfermo dicen que estoy
Los de mi cámara?

DON ENRIQUE:

Soy

De contrario parecer.

REY.

Esta es ya resolución.
No me repliqueis.

CONDE.

Pues sea
De aquí á dos dias, y vea
Castilla la prevencion
De vuestra melancolía.

REY.

Labradores...

SANCHO.

Gran Señor...

REY.

Ofendido del rigor,
De la violencia y porfía
De don Tello, yo en persona
Le tengo de castigar.

SANCHO.

¡Vos, Señor! Seria humillar
Al suelo vuestra corona.

REY. (A Sancho.)

Id delante, y prevenid
De vuestro suegro la casa,
Sin decirle lo que pasa,
Ni á hombre humano, y advertid
Que esto es pena de la vida.

SANCHO.

Pues ¿quién ha de hablar, Señor?

REY. (A Pelayo.)

Escuchad vos, labrador.
Aunque todo el mundo os pida
Que digais quién soy, decid
Que un hidalgo castellano,
Puesta en la boca la mano
Esta manera... advertid...
Porque no habeis de quitar
De los labios los dos dedos.

PELAYO.

Señor, los tendré tan quedos,
Que no osaré bostezar.
Pero su merced, mirando
Con piedad mi suficiencia,
Me ha de dar una licencia
De comer de cuando en cuando.

REY.

No se entiende que has de estar
Siempre la mano en la boca.

SANCHO.

Señor, mirad que no os toca
Tanto mi bajeza honrar.
Enviad, que es justa ley,
Para que haga justicia,
Algun alcalde á Galicia.

REY.

El mejor alcalde el Rey.
(Vase.)

Vista exterior de la quinta de don Tello.

ESCENA III.

NUÑO, CELIO.

NUÑO.

En fin, ¿que podré verla?

CELIO.

Podréis verla:

Don Tello, mi señor, licencia ha dado.

NUÑO.

¿Qué importa, cuando soy tan desdicha-
[do?]

CELIO.

No teneis qué temer; que ella resiste
Con gallardo valor y valentía
De mujer, que es mayor cuando porfia.

NUÑO.

Y ¿podré yo creer que honor mantiene
Mujer que en su poder un hombre tiene?

CELIO.

Pues es tanta verdad, que si quisiera
Elvira que su esposo Celio fuera,
Tan seguro con ella me casara
Como si en vuestra casa la tuviera.

NUÑO.

¿Cuál decís que es la reja?

CELIO.

Hacia esta parte
De la torre se mira una ventana,
Donde se ha de poner, como me ha dicho.

NUÑO.

Parece que allí veo un blanco bulto,
Si bien ya con la edad lo dificulto.

CELIO.

Llegad, que yo me voy; porque si os viere,
No me vean á mi, que lo he trazado,
De vuestro justo amor importunado.

(Vase.)

ESCENA IV.

ELVIRA, á una reja de una torre.—

NUÑO.

NUÑO.

¿Eres tú, mi desdichada
Hija?

ELVIRA.

¿Quién, sino yo, fuera?

NUÑO.

Ya no pensé que te viera,
No por presa y encerrada,
Sino porque deshonrada
Te juzgué siempre en mi idea;
Y es cosa tan torpe y fea
La deshonra en el honrado,
Que aun á mi, que el ser te he dado,
Me obliga á que no te vea.
¡Bien el honor heredado
De tus pasados guardaste,
Pues que tan presto quebraste
Su cristal tan estimado!
Quien tan mala cuenta ha dado
De sí, padre no me llame;
Porque hija tan infame
(Y no es mucho que esto diga)
Solamente á un padre obliga
A que su sangre derrame.

ELVIRA.

Padre, si en desdichas tales
Y en tan continuos desvelos,
Los que han de dar los consuelos
Viene á aumentar los males,
Los míos serán iguales
A la desdicha en que estoy,
Porque si tu hija soy,

Y el ser que tengo me has dado,
Es fuerza haber heredado
La nobleza que te doy.
Verdad es que este tirano
Ha procurado vencerme;
Yo he sabido defenderme
Con un valor mas que humano;
Y puedes estar ufano
De que he perdido la vida
Primero que este homicida
Llegue á triunfar de mi honor,
Aunque con tanto rigor
Aquí me tiene escondida.

NUÑO.

Ya del extremo celoso,
Hija, el corazón ensancho.

ELVIRA.

¿Qué se ha hecho el pobre Sancho,
Que solía ser mi esposo?

NUÑO.

Volvió á ver á aquel famoso
Alfonso, rey de Castilla.

ELVIRA.

Luego ¿no ha estado en la villa?

NUÑO.

Hoy esperándole estoy.

ELVIRA.

Y yo que le maten hoy.

NUÑO.

Tal crueldad me maravilla.

ELVIRA.

Jura de hacerle pedazos.

NUÑO.

Sancho se sabrá guardar.

ELVIRA.

¡Oh, quién se pudiera echar
De aquesta torre á tus brazos!

NUÑO.

Desde aquí con mil abrazos
Te quisiera recibir.

ELVIRA.

Padre, yo me quiero ir;
Que me buscan: padre, adios.

NUÑO.

No nos veremos los dos;
Que yo me voy á morir.

(Éntrase Elvira.)

ESCENA V.

DON TELLO.—NUÑO.

DON TELLO.

¿Qué es esto? ¿Con quién hablais?

NUÑO.

Señor, á estas piedras digo
Mi dolor, y ellas conmigo
Sienten cuán mal me tratais;
Que, aunque vos las imitais
En dureza, mi desvelo
Huye siempre del consuelo,
Que anda á buscar mi tristeza;
Y aunque es tanta su dureza,
Piedad les ha dado el cielo.

DON TELLO.

Aunque mas formeis, villanos,
Quejas, llantos é invenciones,
La causa de mis pasiones
No ha de salir de mis manos.
Vosotros sois los tiranos,
Que no la queréis rogar
Que dé á mi intento lugar;
Que yo, que la adoro y quiero,
Cómo puede ser, si muero,
Que pueda á Elvira matar?
¿Qué señora presumís

Que es Elvira? ¿Es mas agora
De una pobre labradora?
Todos del campo vivis;
Mas pienso que bien decís,
Mirando la sujecion
Del humano corazon;
Que no hay mayor señorío
Que pocos años y brio,
Hermosura y discrecion.

NUÑO.
Señor, vos decís muy bien.
El cielo os guarde.

DON TELLO.
Si hará,
Y á vosotros os dará
El justo pago tambien.

NUÑO. (Ap.)
Que sufra el mundo que estén
Sus leyes en tal lugar,
Que el pobre al rico ha de dar
Su honor, y decir que es justo!
Mas tiene por ley su gusto
Y poder para matar.

DON TELLO.
Celio...

ESCENA VI.

CELIO.—DON TELLO.

CELIO.
Señor...

DON TELLO.
Lleva luego
Donde te he mandado á Elvira.

CELIO.
Señor, lo que intentas mira.

DON TELLO.
No mira quien está ciego.

CELIO.
Que repares bien te ruego;
Que forzalla es crueldad.

DON TELLO.
Tuviera de mi piedad,
Celio, y yo no la forzara.

CELIO.
Estimo por cosa rara
Su defensa y castidad.

DON TELLO.
No repliques á mi gusto
¡Pesar de mi sufrimiento!
Que ya es bajo pensamiento
El sufrir tanto disgusto.
Tarquino tuvo por gusto
No esperar tan sola un hora,
Y cuando vino la aurora
Ya cesaban sus porfias;
Pues ¿es bien que tantos dias
Espere á una labradora?

CELIO.
Y ¿esperarás tú tambien
Que te den castigo igual?
Tomar ejemplo del mal
No es justo, sino del bien.

DON TELLO.
Mal ó bien, hoy os desden,
Celio, ha de quedar vencido.
Ya es tema, si amor ha sido;
Que aunque Elvira no es Tamar,
A ella le ha de pesar,
Y á mí vengarme su olvido.

(Vase.)

Sala en casa de Nuño.

ESCENA VII.

SANCHO, PELAYO, JUANA.

JUANA.
Los dos seais bien venidos.

SANCHO.
No sé cómo lo seremos;
Pero bien sucederá,
Juana, si lo quiere el cielo.

PELAYO.
Si lo quiere el cielo, Juana,
Sucedera por lo menos...
—Que habrémos llegado á casa...—
Y pues que tienen sus piensos
Los rocines, no es razon
Que envidia tengamos dellos.

JUANA.
¿Ya nos vienes á matar?

SANCHO.
¿Dónde está Señor?

JUANA.
Yo creo
Que es ido á hablar con Elvira.

SANCHO.
Pues ¿déjala hablar don Tello?

JUANA.
Allá por una ventana
De una torre, dijo Celio.

SANCHO.
¿En torre está todavía?

PELAYO.
No importa; que vendrá presto
Quien le haga...

SANCHO.
Advierte, Pelayo...

PELAYO. (Ap.)
Olivdème de los dedos.

JUANA.
Nuño viene.

ESCENA VIII.

NUÑO.—DICHO.

SANCHO.
¡Señor mío!...

NUÑO.
Hijo, ¿cómo vienes?

SANCHO.
Vengo
Mas contento á tu servicio.

NUÑO.
¿De qué vienes mas contento?

SANCHO.
Traigo un gran pesquisidor.

PELAYO.
Un pesquisidor traemos,
Que tiene...

SANCHO.
Advierte, Pelayo...

PELAYO. (Ap.)
Olivdème de los dedos.

NUÑO.
¿Viene gran gente con él?

SANCHO.
Dos hombres.

NUÑO.
Pues yo te ruego,
Hijo, que no intentes nada;
Que será vano tu intento;

Que un poderoso en su tierra,
Con armas, gente y dinero,
O ha de torcer la justicia,
O alguna noche durmiendo,
Matarnos en nuestra casa.

PELAYO.
¿Matar? ¡Oh qué buano es eso!
¡Nunca habeis jugado al triunfo!
Haced cuenta que don Tello
Ha metido la malilla;
Pues la espadilla traemos.

SANCHO.
Pelayo, ¿teneis juicio?

PELAYO. (Ap.)
Olivdème de los dedos.

SANCHO.
Lo que habeis de hacer, Señor,
Es prevenir aposento,
Porque es hombre muy honrado.

PELAYO.
Y tan honrado, que puedo
Decir...

SANCHO.
¡Vive Dios, villano!...

PELAYO.
(Ap. Olivdème de los dedos.)
Que no hablaré mas palabra.

NUÑO.
Hijo, descansa; que pienso
Que te ha de costar la vida
Tu amoroso pensamiento.

SANCHO.
Antes voy á ver la torre
Donde mi Elvira se ha puesto;
Que como el sol deja sombra,
Podrá ser que de su cuerpo
Haya quedado en la reja;
Y si, como el sol traspuesto,
No la ha dejado, yo sé
Que podrá formarla luego
Mi propia imaginacion.

(Vase.)

ESCENA IX.

NUÑO, PELAYO, JUANA.

NUÑO.
¡Qué extraño amor!

JUANA.
Yo no creo
Que se haya visto en el mundo.

NUÑO.
Vén acá, Pelayo.

PELAYO.
Tengo

Qué decir á la cocina.

NUÑO.
Vén acá pues.

PELAYO.
Luego vuelvo.

NUÑO.
Vén acá.

PELAYO.
¿Qué es lo que quieres?

NUÑO.
¿Quién es este caballero
Pesquisidor que trae Sancho?

PELAYO.
El pescador que traemos,
Es un... (Ap. Dios me tenga en buenas.)
Es un hombre de buen seso,
Descolorido, encendido,
Alto, pequeño de cuerpo,
La boca por donde come,
Barbirubio y barbinegro;
Y si no lo miré mal,
Es médico ó quiere serlo;

Porque, en mandando que sangren,
Aunque sea del pescuezo...

NUÑO.

¿Hay bestia como este, Juana?

ESCENA X.

BRITO. —Dichos.

BRITO.

Señor Nuño, corra presto,
Porque á la puerta de casa
Se apean tres caballeros
De tres hermosos caballos,
Con lindos vestidos nuevos,
Botas, espuelas y plumas.

NUÑO.

¡Válgame Dios, si son ellos!
Mas ¡pesquisidor con plumas!

PELAYO.

Señor, vendrán mas ligeros;
Porque la recta justicia,
Cuando no atiende á cohechos,
Tan presto al concejo vuelve,
Como sale del concejo.

NUÑO.

¿Quién le ha enseñado á la bestia
Esas malicias?

PELAYO.

¿No vengo

De la corte? ¿Qué se espanta?

ESCENA XI.

EL REY, EL CONDE Y DON ENRIQUE,
de camino; SANCHO. —Dichos.

SANCHO.

Puesto que os vi desde lejos,
Os conocí.

REY.

Cuenta, Sancho, (*Ap. á él.*)
Que aquí no han de conocernos.

NUÑO.

Seais, Señor, bien venido.

REY.

¿Quién sois?

SANCHO.

Es Nuño, mi suegro.

REY.

Estéis en buen hora, Nuño.

NUÑO.

Mil veces los pies os beso.

REY.

Avisad los labradores
Que no digan á don Tello
Que viene pesquisidor.

NUÑO.

Cerrados pienso tenerlos
Para que ninguno salga.
(*Sancho habla á Brito y á Juana, y se van.*)

Pero, Señor, tengo miedo
Que traigais dos hombres solos;
Que no hay en todo este reino
Mas poderoso señor,
Mas rico ni mas soberbio.

REY.

Nuño, la vara del Rey
Hace el oficio del trueno,
Que avisa que viene el rayo:
Solo, como veis, pretendo
Hacer por el Rey justicia.

NUÑO.

En vuestra presencia veo
Tan magnánimo valor,
Que, siendo agraviado, tiemblo.

REY.

La información quiero hacer.

NUÑO.

Descansad, Señor, primero;
Que tiempo os sobra de hacella.

REY.

Nunca á mí me sobra tiempo. —
¿Llegastes bueno, Pelayo?

PELAYO.

Sí, Señor, llegué muy bueno.
Sepa vuesa señoría...

REY.

¿Qué os dije?

PELAYO.

Póngome el freno.

¿Viene bueno su merced?

REY.

Gracias á Dios, bueno vengo.

PELAYO.

A fe que he de presentalle,
Si salimos con el pleito,
Un puerco de su tamaño.

SANCHO.

Calla, bestia.

PELAYO.

Pues sea puerco

Como yo, que soy chiquito.

REY.

Llamad esa gente presto.

(*Pelayo se llega á la puerta y llama.*)

ESCENA XII.

BRITO, FILENO, JUANA, LEONOR.
—EL REY, EL CONDE, DON ENRIQUE, NUÑO, SANCHO, PELAYO.

BRITO.

¿Qué es, Señor, lo que mandais?

NUÑO.

Si de los valles y cerros
Han de venir los zagales,
Esperaréis mucho tiempo.

REY.

Estos bastan que hay aquí.
¿Quién sois vos?

BRITO.

Yo, Señor bueno,

Só Brito, un zagal del campo.

PELAYO.

De casado le cogieron
El principio, y ya es cabrito.

REY.

¿Qué sabéis vos de don Tello
Y del suceso de Elvira?

BRITO.

La noche del casamiento
La llevaron unos hombres
Que aquestas puertas rompieron.

REY.

Y vos ¿quién sois?

JUANA.

Señor, Juana,

Su criada, que sirviendo
Estaba á Elvira, á quien ya
Sin honra y sin vida veo.

REY.

Y ¿quién es aquel buen hombre?

PELAYO.

Señor, Fileno el gaitero;
Toca de noche á las brujas
Que andan por esos barbechos,
Y una noche le llevaron
De donde trujo el asiento

Como ruedas de salmon.

REY.

Diga lo que sabe desto.

FILENO.

Señor, yo vine á tañer,
Y vi que mandó don Tello
Que no entrara el señor Cura.
El matrimonio deshecho,
Se llevó á su casa á Elvira,
Donde su padre y sus deudos
La han visto.

REY.

¿Y vos, labradora?

PELAYO.

Esta es Leonora de Cueto,
Hija de Pero Miguel
De Cueto, de quien fué agüelo
Nuño de Cueto, y su tío
Martin Cueto, morganero
Del lugar, gente muy noble;
Tuvo dos tías que fueron
Brujas, pero ha muchos años,
Y tuvo un sobrino tuerto,
El primero que sembró
Nabos en Galicia.

REY.

Bueno

Está aquesto por ahora. —
Caballeros, descansemos,
Para que á la tarde vamos
Á visitar á don Tello.

CONDE.

Con menos información
Pudieras tener por cierto
Que no te ha engañado Sancho;
Porque la inocencia destes
Es la prueba mas bastante.

REY. (*Ap. á Nuño.*)

Haced traer de secreto
Un clérigo y un verdugo.
(*Vanse el Rey, el Conde y don Enrique.*)

ESCENA XIII.

SANCHO, NUÑO, PELAYO, JUANA,
LEONOR, BRITO, FILENO.

NUÑO.

Sancho... (*Ap. á él.*)

SANCHO.

Señor...

NUÑO.

Yo no entiendo

Este modo de juez:

Sin cabeza de proceso

Pide clérigo y verdugo.

SANCHO.

Nuño, yo no sé su intento.

NUÑO.

Con un escuadron armado
Aun no pudiera prendello,
Cuanto mas con dos personas.

SANCHO.

Démosle á comer; que luego
Se sabrá si puede ó no.

NUÑO.

¿Comerán juntos?

SANCHO.

Yo creo

Que el juez comerá solo,

Y después comerán ellos.

NUÑO.

Escribano y alguacil

Deben de ser.

SANCHO.

Eso pienso. (*Vase.*)

Juana... **NUÑO.**
JUANA.
Señor... **NUÑO.**
 Adereza
 Ropa limpia, y al momento
 Matarás cuatro gallinas
 Y asarás un buen torrezno.
 Y pues estaba pelado,
 Pon aquel pavillo nuevo
 A que se ase también,
 Mientras que baja Fileno
 A la bodega por vino.

PELAYO.
 Voto al sol, Nuño, que tengo
 De comer hoy con el juez!

NUÑO. (Vase.)
 Este ya no tiene seso.

PELAYO.
 Solo es desdicha en los reyes
 Comer solos, y por eso
 Tienen siempre al rededor
 Los bufones y los perros.
 (Vanse.)

Patio en la quinta de don Tello. Pared ó verja
 en el fondo.

ESCENA XIV.

**ELVIRA, huyendo de DON TELLO;
 FELICIANA, deteniéndole.**

ELVIRA.
 Favor, cielo soberano!
 Pues en la tierra no espero
 Remedio. (Vase.)

DON TELLO.
 Matarla quiero.
FELICIANA.

Deten la furiosa mano.

DON TELLO.
 Mira que te he de perder
 El respeto, Feliciano.

FELICIANA.
 Merezca, por ser tu hermana,
 Lo que no por ser mujer.

DON TELLO.
 Pese á la loca villana!
 Que por un villano amor
 No respete á su señor,
 De puro soberbia y vana?
 Pues no se canse en pensar
 Que se podrá resistir;
 Que la tengo de rendir
 Ó la tengo de matar. (Vase.)

ESCENA XV.

CELIO.—FELICIANA.

CELIO.
 No sé si es vano temor,
 Señora, el que me ha engañado;
 A Nuño he visto en cuidado
 De huéspedes de valor.
 Sancho ha venido á la villa,
 Todos andan con recato;
 Con algun fingido trato
 Le han despachado en Castilla.
 No los he visto jamás
 Andar con tanto secreto.

FELICIANA.
 No fuiste, Celio, discreto,
 Si en esa sospecha estás;
 Que ocasión no te faltara

Para entrar y ver lo que es.

CELIO.
 Temí que Nuño después
 De verme entrar se enojara;
 Que á todos nos quiere mal.

FELICIANA.
 Quiero avisar á mi hermano;
 Porque tiene este villano
 Bravo ingenio y natural.
 Tú, Celio, quedate aquí
 Para ver si alguno viene. (Vase.)

CELIO.
 Siempre la conciencia tiene
 Este temor contra sí,
 Demás que tanta crueldad
 Al cielo pide castigo.

ESCENA XVI.

**EL REY, EL CONDE, DON ENRIQUE
 y SANCHE, que aparecen al otro lado
 de la verja.—CELIO.**

REY.
 Entrad y haced lo que digo.

CELIO.
 ¿Qué gente es esta?

Llamad.
 (Llaman; abre un criado, y pasan al patio el Rey, el Conde, don Enrique y Sancho.)

SANCHE.
 Este, Señor, es criado
 De don Tello.

REY.
 ¿Ah hidalgo! oid.
CELIO.

¿Qué me queréis?

REY.
 Advertid
 A don Tello que he llegado
 De Castilla, y quiero hablalle.

CELIO.
 Y ¿quién diré que sois?

REY. **Yo.**
CELIO.

¿No teneis mas nombre?

REY. **No.**
CELIO.

¿Yo no mas, y con buen talle!
 Puesto me habeis en cuidado.
 Yo voy á decir que Yo
 Está á la puerta. (Vase.)

ENRIQUE.
 Ya entró.
CONDE.

Temo que responda airado,
 Y era mejor declararte.

REY.
 No era, porque su miedo
 Le dirá que solo puedo
 Llamarme Yo en esta parte.
 (Vuelve Celio)

CELIO.
 A don Tello, mi señor,
 Dije cómo Yo os llamais,
 Y me dice que os volvais,
 Que él solo es Yo por rigor;
 Que quien dijo Yo, por ley
 Justa del cielo y del suelo,
 Es solo Dios en el cielo,
 Y en el suelo solo el Rey.

REY.
 Pues un alcalde decid
 De su casa y corte.
CELIO. (Túrbase.)

Iré,
 Y ese nombre le diré.

REY.
 En lo que os digo advertid.
 (Vase Celio.)

CONDE.
 Parece que el escudero
 Se ha turbado.

ENRIQUE.
 El nombre ha sido

SANCHE.
 Nuño ha venido;
 Licencia, Señor, espero
 Para que llegue, si es gusto
 Vuestro.

REY.
 Llegue, porque sea
 En todo lo que desea
 Parte, de lo que es tan justo,
 Como del pesar lo ha sido.

ESCENA XVII.

**NUÑO, PELAYO, JUANA y VILLANOS,
 fuera de la verja.—EL REY, EL
 CONDE, DON ENRIQUE, SANCHE.**

SANCHE.
 Llegad, Nuño, y desde afuera
 Mirad.

NUÑO.
 Solo ver me altera
 La casa deste atrevido.
 Estad todos con silencio.

JUANA.
 Hable Pelayo, que es loco.

PELAYO.
 Vosotros veréis cuán poco
 De un mármol me diferencio.

NUÑO.
 ¿Que con dos hombres no mas
 Viniese! ¿Extraño valor!

ESCENA XVIII.

**DON TELLO, FELICIANA, CRIADOS
 —DICHOS.**

FELICIANA.
 Mira lo que haces, Señor...
 Tente, hermano: ¿dónde vas?

DON TELLO. (Al Rey.)
 ¿Sois por dicha, hidalgo, vos
 El alcalde de Castilla
 Que me busca?

REY.
 ¿Es maravilla?
DON TELLO.

Y no pequeña, por Dios,
 Si sabeis quién soy aquí.

REY.
 Pues ¿qué diferencia tiene
 Del Rey quien en nombre viene
 Suyo?

DON TELLO.
 Mucha contra mí.
 Y ves ¿adónde traeis
 La vara?

REY.
 En la vaina está,
 De donde presto saldrá,
 Y lo que pasa veréis.

DON TELLO.

Vara en la vaina? ¡Oh qué bien!
No debeis de conocerme.
Si el Rey no viene á prenderme;
No hay en todo el mundo quién.

REY.

Pues yo soy el Rey, villano.

FELAYO.

¡Santo Domingo de Silos!

DON TELLO.

Pues, Señor, ¡tales estilos
Tiene el poder castellano!
¡Vos mismo! Vos en persona!
Que me perdoneis os ruego.

REY.

Quitadle las armas luego. —
*(Dejarman á don Tello; pasan la verja
Nuno y los villanos.)*

Villano, por mi corona,
Que os he de hacer respetar
Las cartas del Rey.

FELICIANA.

Señor,

Que cese tanto rigor
Os ruego.

REY.

No hay que rogar.

Venga luego la mujer
Este pobre labrador. *(Vase un criado.)*

DON TELLO.

No fué su mujer, Señor.

REY.

Basta que lo quiso ser.
Y ¿no está su padre aquí,
Que ante mí se ha querellado?

DON TELLO. *(Ap.)*

Mi jasta muerte ha llegado.
A Dios y al Rey ofendi.

ESCENA XIX.

ELVIRA, sueltos los cabellos. — Dichos.

ELVIRA.

Luego que tu nombre
Oyeron mis quejas,
Castellano Alfonso,
Que á España gobiernas,
Salí de la cárcel,
Donde estaba presa,
A pedir justicia
A tu real clemencia.
Hija soy de Nuño
De Aibar, cuyas prendas
Son bien conocidas
Por toda esta tierra.
Amor me tenía
Sancho de Roelas;
Súpole mi padre,
Casarnos intenta.
Sancho, que servía
A Tello de Neira,

Para hacer la boda
Le pidió licencia:
Vino con su hermana;
Los padriños eran:
Vióme y codicióme,
La traición concierta.
Difiere la boda,
Y viene á mi puerta
Con hombres armados
Y máscaras negras.

Llévome á su casa,
Donde con promesas
Derribar pretende
Mi casta firmeza;
Y desde su casa
A un bosque me lleva
Cerca de una quinta,
Un cuarto de legua;
Allí, donde solo
La arboleda espesa,
Que al sol no dejaba
Que testigo fuera,
Escuchar podía
Mis tristes endechas.
Digan mis cabellos,
Pues saben las yerbas
Que dejé en sus hojas
Infinitas hebras,
Qué defensas hice
Contra sus ofensas;
Y mis ojos digan
Qué lágrimas tiernas,
Que á un duro peñasco
Ablandar pudieran.
Viviré llorando,
Pues no es bien que tenga
Contento ni gusto
Quien sin honra queda.
Solo soy dichosa
En que pedir pueda
Al mejor alcalde
Que gobierna y reina,
Justicia y piedad
De maldad tan fiera.
Esta pido, Alfonso,
A tus piés, que besan
Mis humildes labios,
Ansí libres vean
Descendientes tuyos
Las partes sujetas
De los fieros moros
Con felice guerra;
Que si no te alaba
Mi turbada lengua,
Famas hay y historias
Que la harán eterna.

REY.

Pésame de llegar tarde:
Llegar á tiempo quisiera,
Que pudiera remediar
De Sancho y Nuño las quejas;
Pero puedo hacer justicia
Cortándole la cabeza
A Tello: venga el verdugo.

FELICIANA.

Señor, tu real clemencia

Tenga piedad de mi hermano.

REY.

Cuando esta causa no hubiera,
El desprecio de mi carta,
Mi firma, mi propia letra,
¿No era bastante delito?
Hoy veré yo tu soberbia,
Don Tello, puesta á mis piés.

DON TELLO.

Cuando hubiera mayor pena,
Invictísimo Señor,
Que la muerte que me espera,
Confieso que la merezco.

DON ENRIQUE.

Si puedo en presencia vuestra...

CONDE.

Señor, muévao á piedad
Que os crié en aquesta tierra.

FELICIANA.

Señor, el conde don Pedro
De vos por merced merezca
La vida de Tello.

REY.

El Conde

Merece que yo le tenga
Por padre; pero también
Es justo que el Conde advierta
Que ha de estar á mi justicia
Obligado de manera,
Que no me ha de replicar.

CONDE.

Pues la piedad ¿es bajeza?

REY.

Cuando pierde de su punto
La justicia, no se acierta
En admitir la piedad:
Divinas y humanas letras
Dan ejemplos: es traidor
Todo hombre que no respeta
A su rey, y que habla mal
De su persona en ausencia. —
Da, Tello, á Elvira la mano
Para que pagues la ofensa
Con ser su esposo; y después
Que te corten la cabeza,
Podrá casarse con Sancho,
Con la mitad de tu hacienda
En dote. — Y vos, Feliciana,
Seréis dama de la Reina,
En tanto que os doy marido
Conforme á vuestra nobleza.

NUÑO.

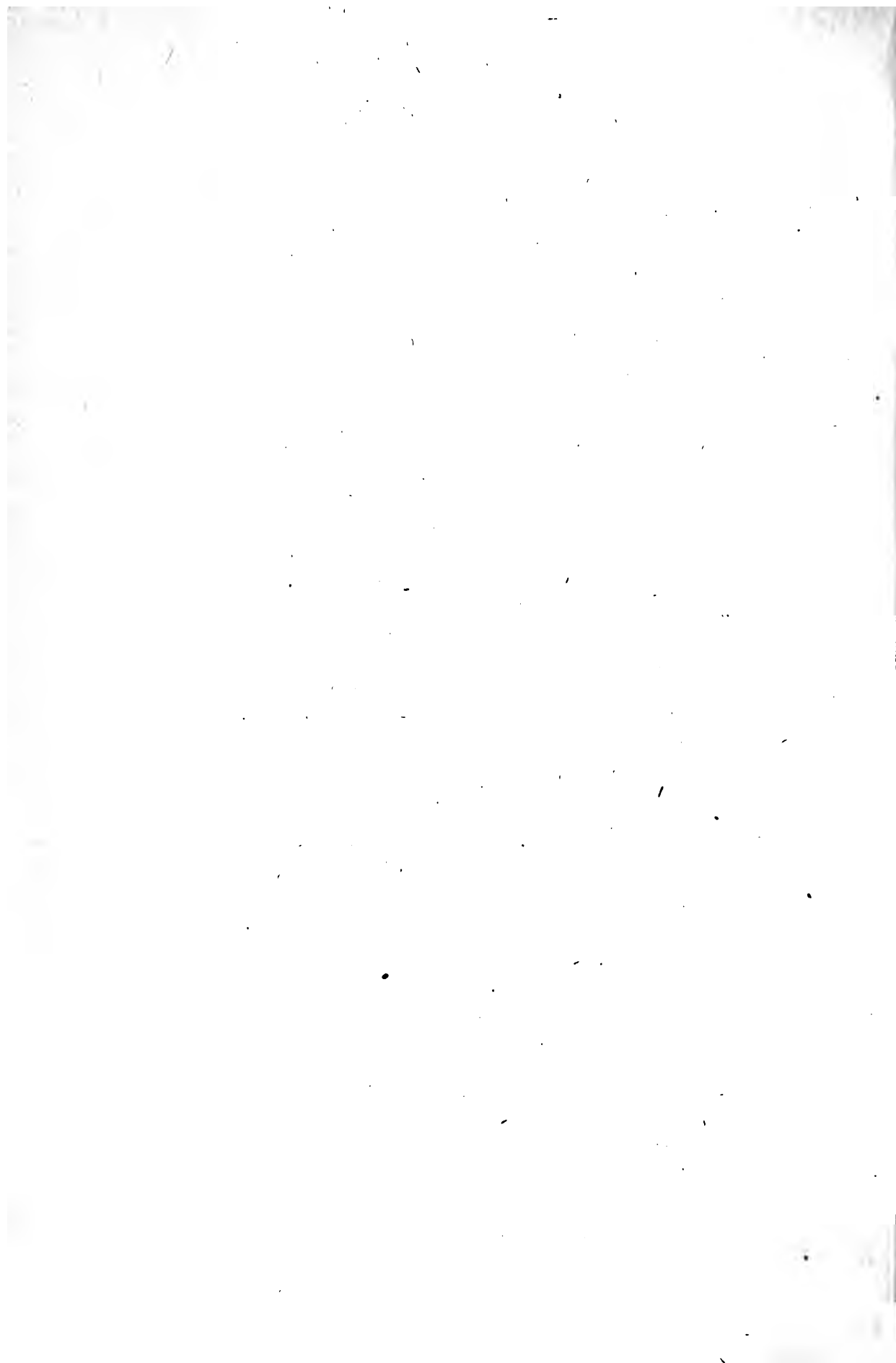
Temblando estoy.

FELAYO.

¡Bravo Rey!

SANCHO.

Y aquí acaba la comedia
Del *Mejor Alcalde*, historia
Que afirma por verdadera
La corónica de España:
La cuarta parte la cuenta



EL PREMIO DEL BIEN HABLAR.

PERSONAS.

LEONARDA, *dama.*
DON JUAN DE CASTRO.
DON ANTONIO, *viejo.*
MARTIN, *lacayo.*

DON PEDRO.
DOÑA ÁNGELA, *dama.*
FELICIANO.

RAMIRO, *huésped.*
RUFINA, *esclava.*
CAMILO, *criado.*
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena pasa en Sevilla.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de don Antonio.

ESCENA PRIMERA.

LEONARDA, RUFINA.

LEONARDA.

¿Dohlaste el manto?

RUFINA.

Ya vengo

De quitarte ese cuidado.

LEONARDA.

¿Dijiste, Rufina, á Hurtado
Que á la tarde salir tengo?

RUFINA.

Ya, Señora, le prevengo
De que has de ver á doña Ana.

LEONARDA.

¿Qué de juventud liviana
Que nos esperaba enfrente!

RUFINA.

Servir pudiera de puente
Desde Sevilla á Triana.
Mas si en toda la ciudad
No hay tu talle, ¿qué te admira?

LEONARDA.

Mas presumo yo que mira
Del oro la cantidad.
«Dineros son calidad»,
Dijo el cordobés Lucano;
Porque esto de padre indiano
Mueve mas la juventud;
Que á la nobleza y virtud
Pocos extienden la mano.—
¿No estaba don Pedro allí,
Aquel mi gran pretendiente?

RUFINA.

Aquel necio maldiciente
De su hermano entre ellos vi.

LEONARDA.

¿Lo que hablaria de mí
Toda aquella mocedad
Con su necia libertad!

RUFINA.

Allí estaba un caballero,
Al parecer forastero,
Con mas seso y gravedad.

LEONARDA.

En ninguno reparé,
Por si estaba allí mi hermano.

RUFINA.

No estaba allí Feliciano;
Que uno á uno los miré.
Pero el forastero fué

Quien me pareció mejor.
(*Dentro ruido.*)

LEONARDA.

Parece que oigo rumor...
Y cerca de nuestra casa.

RUFINA.

Como esto en Sevilla pasa.—
Abre ese balcon, Leonor.
(*A una esclava que está dentro.*)

ESCENA II.

DON JUAN Y MARTIN, *con las espadas
desnudas y las capas revueltas.*—
DICHAS.

DON JUAN.

Entra, y donde quiera sea.

LEONARDA.

¿Jesus!

DON JUAN.

No os alboroteis.

RUFINA.

¿Cómo no? ¿Qué pretendéis?

LEONARDA.

¿Quién habrá que aquesto crea?
¿Hasta mi estrado os entraís?

¡Hola! (*Llamando.*)

DON JUAN.

Si en venir huyendo
De la justicia os ofendo,
Vuestro respeto agraviais.
Casa tan noble me ha dado
Licencia, y no me engañé,
Pues donde un ángel hallé,
¿Quién duda que fué sagrado?
Mandad que cierren la puerta.

LEONARDA.

Rufina, corre.

RUFINA.

Yo voy.

LEONARDA.

Menos alterada estoy;
Que estuve de veros muerta.—
No cierren la de la calle;
Porque será dar sospecha.

(*Vase Rufina.*)

DON JUAN.

Que no fué cosa mal hecha
Os dice mi traje y talle.

MARTIN.

Señora, cuando yo fuera
Quien de esta manera entrara,
No es mucho que os espantara,
Y mala sospecha os diera;
Pero don Juan, mi señor,
Abona el haber pisado
Las barandas del estrado
De vuestro heroico valor.

Amparadle, pues oistes
Que su imagen os llamó.
(*Vuelve Rufina.*)

RUFINA.

Ya la gente que os siguió,
No sabe por dónde fuistes:
Toda en efeto se fué,
Y la calle está segura.

DON JUAN.

¿A tal templo de hermosura,
Buscando amparo, llegué!—
Yo soy, gallarda Señora
(Como ya os lo dice el traje),
Forastero de Sevilla,
Corona de las ciudades,
Que en España, en toda Europa,
Gobierna el Rey, que Dios guarde;
Que, como naturaleza
Es de todos patria y madre,
Nací en Madrid, aunque son
En Galicia los solares
De mi nacimiento noble,
De mis abuelos y padres.
Para noble nacimiento
Hay en España tres partes:
Galicia, Vizcaya, Astúrias,
O ya montañas se llamen.—
¿Qué turbado estoy, pues digo
En ocasion semejante
Cosas que os importan poco!
No os espanteis, perdonadme;
Que por Dios, que no me turban
Pendencias ni enemistades;
El templo sí, y en su altar
La belleza de su imagen.
¿Qué os importa á vos saber
Que descienda de la sangre
Del conde de Andrada y Lemos,
Y que la causa dilata
De la presente desdicha,
Que os ha obligado á escucharme
En vuestro mismo aposento,
Donde el sol fuera arrogante?
Sabed que vine á Sevilla
Huyendo (mirad ¡qué alarde
De fortuna!) porque á un hombre
Castigué la lengua infame.
Hablabá mal de mujeres;
Y yo, que he dado en preciarle
De defenderlas, no pude
Sufrir que tan mal hablase.
Pasarme quise á las Indias;
Que dos heridas mortales
Ya le tendrán bien seguro
Que mal de mujeres hable.
Llegué á Sevilla, y la flota,
Como veis, aun no se parte;
Entre tanto me entretenían
Caballeros y amistades.
Hoy vine á la Madalena,
Y como algunos hallase
A la puerta, me detuve;

Que ellos gustaron de bonrarme.
No salió mujer de misa,
A quien un don Diego, un áspid,
Helado para gracioso,
Para hablador ignorante,
No infamase en las costumbres,
No desluciese en el tallo,
No afease en la hermosura,
No descubriese el amante.
Palabra no les decía
Que el alma no me pasase;
Que cuando se habla en corrillos,
No es afrenta que se hace
Al ausente, que no la oye,
Sino á los que están delante,
Porque es tenerlos por hombres
Que gustan de infamias tales;
Y hablar mal de los ausentes
Afrenta los hombres graves.
Salió una señora indiana
Con dueña, escudero y paje,
Y en viéndolo se tapó,
Dejando caer la margen
Del manto al pecho, en lo negro
Luciendo cinco cristales.
Como cuando el sol hermoso
Por nubes opuestas sale,
Así de sus ojos bellos
Luz por las puntas de Flándes.
Pero no templó su lengua;
Que luego dijo: «¿Que trate
Mi hermano por interés
Con esta indiana casarse?
Que ¡vive Dios! que me han dicho
Que vendió en Indias su padre
Carbon ó hierro, que agora
Se ha convertido en diamantes;
Que puesto que es vizcaino,
Para el toldo que esta trae
Son muy bajos sus principios.
¡Mal hayan Indias y mares!»
Yo, no pudiendo sufrir
Palabras tan desiguales
Al valor de un caballero,
Dije: «Vuesamerced hable
Como quien es; que desdice
De las palabras el traje;
Que es honrar á las mujeres
Deuda á que obligados nacen
Todos los hombres de bien,
Por el primer hospedaje
Que de nueve meses deben,
Y es razon que se les pague;
Que, puesto que son las lenguas
Espadas, para templarse
Quiso Dios que las pusiesen
En los pechos de sus madres.»—
«¿Quién le mete en eso á él,
No conociendo las partes?»
Respondió descolorido.
Yo dije: «El ver que la infamen
Sin dar ocasion, y el ser
Hombre, que hasta á obligarme,
Cuando no naciera noble.»
Replicó: «Pues, paja y calle,
Si no sabe quién soy yo,
Y que no es bien que se case
Mi hermano desigualmente.»
Respondí yo: «Los que saben
Que en Vizcaya á los mas nobles
Se les permite que traten,
Con hábitos en los pechos,
No dicen razones tales;
Y, sin conocerla, digo
Que el ser mujer es bastante
Nobleza, y que no es honrado
Quien no las honra.»—«Dejadme
(Dijo entonces), mataré
Este necio, si es su amante.»
Replicó: «No la conozco;
Pero lo que digo basta
Para hablar en su defensa.
Saca la espada, cobardo;

Que donde palabras sobran,
Temo que las obras falten.
Saca la espada, ¿qué esperas,
Pues no te detiene nadie?»
Pero ¡vive Dios! que apenas
Las dos se vieron iguales,
Cuando pienso que la indiana
Vino en forma de algun ángel,
Y le derribó en el suelo,
Sin que á tenerle bastasen
Cuanlas espadas y amigos
Pretendieron ayudarle.
No espere mejor suceso
La lengua que las infame,
Ni menos que vida y honra
Quien las defiende y alabe.
Con esto quise tomar
La iglesia para librarme,
Y por la confusa gente
Tomé diferente calle.
Al revolver de la esquina
Vi estas casas principales,
Juzgué por ellas el dueño...
Es imposible engañarme.
Traigo una hermana conmigo,
A quien doy tantos pesares,
Que este postrero, Señora,
Temo que la vida acabe.
Esto solamente siento.
Hasta que la noche baje,
Os suplico permitais
Que en vuestra casa me ampare,
Para partirme á Sanlúcar,
Donde á las Indias me embarque,
Si pueden llevar el peso
De mis desdichas sus naves;
Que tan justa obligacion
Hará que el alma os consagre
La tabla de este milagro,
Que con letras de oro en jaspe
Diga que pudo en Sevilla
Don Juan de Castro librarse,
Con doña Ángela su hermana,
De dos peligros tan grandes.
Y porque vea el pintor,
Cuando la tabla señale,
Cómo ha de poner la historia,
Y pues sois la hermosa imagen,
Yo me pongo de rodillas,
Para que así me retrate;
Que quien defiende á mujeres,
Bien es que piedad alcance.

LEONARDA.

La ocasion en que os hallais
No da lugar á respuesta:
Vuestro valor manifiesta
Lo que haceis y lo que hablais.
Esa mujer que obligais,
Yo soy; y palabra os doy
Nieta de tan noble abuelo,
Que por bien nacida, al cielo
Siempre agradecida estoy.
Es de mi padre el solar
El mas noble de Vizcaya;
Que á las Indias venga ó vaya,
¿Qué honor le puede quitar?
Si le ha enriquecido el mar,
No implica ser caballero.
Quiso honrar ese escudero
Mi padre; mas no podrá;
Que esa espada es lengua ya
Con que diré que no quiero.
Eso de hierro y carbon
Es lenguaje maldiciente;
Pero, yo quiero, aunque miente,
Tener en esta ocasion
Ese trato y opinion,
Para que cuando le halle,
En aquella misma calle
Me sirva el hierro en su mengua
Para cortalle la lengua,

Y el carbon para quemalle.—
Pienso que viene mi hermano.
Rufina, escóndele presto.

DON JUAN.

¡Bien haya el cielo, que ha puesto
Mi remedio en vuestra mano!

MARTIN.

Rufina, color indiano,
¿No hay bodega ó palomar?

RUFINA.

El pajar te quiero dar,
Y á tu amo mi aposento.

MARTIN.

Si comen, ¿no habrá sustento?

RUFINA.

Ya ¿no te llevo al pajar? (Llévalos.)

ESCENA III.

FELICIANO, DON PEDRO, CARRILLO.
—LEONARDA.

FELICIANO.

Esto se ha de hacer así.
No hay sino armarnos de presto.

LEONARDA.

¿Dónde vas tan descompuesto?

DON PEDRO.

¿Sabeis mi desdicha?

LEONARDA.

SI.

DON PEDRO.

¡Ay, Leonarda, que espirando
Queda mi hermano don Diego!

LEONARDA.

Quien tan locamente ciego
Vivió siempre murmurando,
¿Qué mucho que muera así?

FELICIANO.

¿Qué buen modo de consuelo!
Vamos de aquí.

DON PEDRO.

Sabe el cielo

Qué reprensiones le di;
Mas era hermano mayor,
No me tocaba el castigo.

FELICIANO.

Yo soy de don Pedro amigo,
Y tuve á don Diego amor.
Si hablaba mal, solo fué
De ruin gente; que la honrada
Siempre fué del respetada.

LEONARDA.

¿Eso dices?

FELICIANO.

Esto sé,

Y ¡vive Dios! que si esconde
La tierra este forastero,
Que le he matar.

DON PEDRO.

No espero

Que habemos de saber dónde;
Que es Sevilla confusion;
Y si en monasterio está,
¿Quién, Feliciano, podrá
Matarle en esta ocasion?
Lo mejor será enviar
A Sanlúcar dos soldados,
Para matarle pagados;
Porque este se ha de embarcar,
Y no podrá concellos.

FELICIANO.

Vámosle á buscar agora;
Que es lo que importa.

DON PEDRO.

Señora,

Pensé que esos ojos bellos
Enterneciera la muerte
De don Diego; y tan airados
Los hallo, que mis cuidados
Crecen con rigor mas fuerte;
Que por doblar mis enojos,
Como á mi hermano un traidor,
Me mata con mas rigor
La espada de vuestros ojos.
Que si no estáis ofendida...

FELICIANO.

¿De qué os aflige mi hermana?
No ha de amanecer mañana
Este villano con vida.

(*Vanse Feliciano, don Pedro y Carrillo.*)

ESCENA IV.

DON ANTONIO.—LEONARDA.

DON ANTONIO.

¿Dónde va tu hermano así?

LEONARDA.

Allá, con sus amistades,
A ejecutar necedades,
Que te den cuidado á ti.

DON ANTONIO.

Dicen que ha herido á don Diego
Un forastero don Juan.

LEONARDA.

Los dos á buscarle van,
Uno necio y otro ciego.

DON ANTONIO.

Pues ¿qué! ¿quiere Feliciano
Acabar mi vida así?

LEONARDA.

Este don Pedro que aquí
Trujo á mi pesar mi hermano,
Queriendo que su mujer,
Como te lo ha dicho, sea,
En estas cosas le emplea.

DON ANTONIO.

Algo le ha de suceder.
Siempre los malos sucesos
Vienen por malos amigos.
No tiene un padre enemigos
Como los hijos traviesos.
Matarán este don Juan,
¿Quién lo duda? Es forastero.

LEONARDA.

Es valiente caballero,
Tendrá amigos; no podrán.
La causa de la cuestion
Fué decir mal de mujeres
Don Diego: pues ¿cómo quieres
Que le ayude la razon?

DON ANTONIO.

Luego ¿el don Juan defendía
Las mujeres?

LEONARDA.

Sí, Señor.

DON ANTONIO.

Ese hombre tiene valor:
No hay cosa, Leonarda mia,
Mas digna de un hombre honrado.
Ser quien le mató quisiera,
Así en las venas me altera.
El humor, del tiempo helado.
Si supiera dónde estaba,
Favor le diera y dinero.
¿Propia accion de caballero?
¿Quién lo bien hecho no alaba?
Voy á buscar á tu hermano,
Que es loco y rico.

(*Vase.*)

ESCENA V.

RUFINA.—LEONARDA.

RUFINA.

Ya quedan

Adonde hallarlos no puedan.

LEONARDA.

Solo temo á Feliciano.

¿Lónde pusiste el criado?

RUFINA.

Martin (que aqueste es su nombre)

Queda, por mas tordo que hombre,

En el pajar enjaulado.

Pienso que ha de cantar bien;

Porque aun apenas entró,

Cuando de comer pidió.

LEONARDA.

Haz que de comer le dén;

Que yo haré con gran secreto

La comida de don Juan.

RUFINA.

Lástima los dos me dan.

LEONARDA.

El caballero es discreto,
Y que me ha puesto, Rufina,
En notable obligacion.

RUFINA.

Por ella obliga á aficion,

Y por la persona inclina.

Pidióme un libro.

LEONARDA.

Hasme dado,

Rufina, grande contento.

Hoy sabrá mi nacimiento;

Que tú, sin mostrar cuidado,

Le darás mi ejecutoria,

Diciendo que aquí la hallaste

En un cofre mio.

RUFINA.

Pensaste...

LEONARDA.

Una sutil vanagloria.

Quiero que sepa que tengo
Sangre de un señor de España.

RUFINA.

Si la vista no me engaña,
A pensar que quieres vengo
Ser con él mas que piadosa.

LEONARDA.

¿No te parece que fuera
Quien á don Juan mereciera...

RUFINA.

Dí lo demás.

LEONARDA.

Venturosa,
Sin temer tormenta ó calma?
Porque el bien hablar, Rufina,
Es una señal divina
De la nobleza del alma.

(*Vase.*)

Cuarto en una posada.

ESCENA VI.

DOÑA ÁNGELA, RAMIRO.

DOÑA ÁNGELA.

No sé cómo he de tener
Paciencia en tan mal suceso;
Que, si no es perder el seso,
No me queda que perder.

RAMIRO.

¿No pudiera suceder

El matar á vuestro hermano?
Que fuistes dichosa es llano;
Que en dos males, es error
No agradecer el menor,
Y quejarse al cielo en vano.

DOÑA ÁNGELA.

Conozco que mayor mal,
Huésped, suceder pudiera;
Que esto no me sucediera,
Fuera á mi inocencia igual.
Una mujer principal
En tierra extraña os admira,
Que sin amparo se mira?

RAMIRO.

No me admira; que os engaña
Llamar esta tierra extraña.

DOÑA ÁNGELA.

¿A qué mi remedio aspira?

RAMIRO.

En Sevilla estáis, no estáis
En algun monte desierto.
¿Ay del que cerca del Puerto,
Si ya no es muerto, mirais!
En mi casa no temais
Necesidad ni violencia.

ESCENA VII.

FELICIANO, y luego, DON PEDRO y CARRILLO.—Dichos.

FELICIANO. (*Dentro.*)

¿Quién ha de hacer resistencia
Adonde hay tanta razon?

RAMIRO.

Estos los parientes son.

DOÑA ÁNGELA.

Defienda Dios mi inocencia.
(*Salen Feliciano, don Pedro y Carrillo.*)

FELICIANO.

¿Posaba don Juan de Castro,
Huésped, en aquesta casa?

RAMIRO.

Aquí posaba, Señor;
Que á mí me pesa en el alma.

FELICIANO.

¿Tiene aquí ropa ó criados?

RAMIRO.

No tiene mas de esta dama.

FELICIANO.

¿Es acaso criada suya?

DON PEDRO.

¿Es su amiga ó es su hermana?

DOÑA ÁNGELA.

Hermana por sangre soy,
De buena sangre heredada,
Que os suplico respeteis;
Y amiga, porque se llama
La amistad que es verdadera
Parentesco de las almas.
No fué por mí la cuestion,
Ni he sido parte ni causa
De vuestro disgusto y pena,
Aunque la mayor me alcanza.
Los hombres al fin son hombres,
Por mayores males pasan;
¿Ay de las pobres mujeres,
Que los hombres desamparan!
Aquí si que es el dolor,
Y mas cuanto mas honradas;
Porque es el mayor peligro
El honor á quien le guarda.
Yo soy la muerta, yo sola
A quien destruyen y matan,
Yo triste, que aun el valor
En tal desdicha me falta,

Entre vuestras armas sola,
Mujer entre mil espadas.
Dadme, señores, la muerte,
Yo me confieso culpada;
Que son sangre las desdichas,
Y de deudo á deudo pasan.
Mi fortuna dió los filos,
Y le sacó de la vaina
El acero de esta herida:
¿Qué aguardais? Tomad venganza.

DON PEDRO.
¿Qué os parece de este llanto?
¡Vive Dios! Si no mirara...

FELICIANO.
Callad, don Pedro, por Dios;
Que es bajeza esa palabra.
De lo que don Juan ha hecho,
¿Qué culpa tiene su hermana?
Esta moza, ¿está en las tierras
Donde con violentas armas,
Por una ofensa, un linaje,
Mujeres y amigos matan?
Aunque esta señora fuera
Culpada en esta desgracia,
¿No pudieran detener
La mas violenta arrogancia
Dos perlas de aquellos ojos?

DON PEDRO.
¡Buen amigo! ¡Linda traza
De vengar un muerto hermano!—
(Feliciano habla bajo á doña Ángela.)
Ven, Carrillo; que si aguarda
Mi agravio tiernos requiebros,
Locas son mis esperanzas.

CARRILLO.
Vamos por toda Sevilla.—
Déjale; que es una mandria.
(Ap. á don Pedro.)

Yo apostaré que á estas horas
Le está ofreciendo su casa.
Vamos por los monasterios;
Que ¡por la tribuna santa,
Que aunque esté en el refitorio,
Le he de dar cuatro mohadas!
(Vase don Pedro y Carrillo.)

ESCENA VIII.

DOÑA ÁNGELA, FELICIANO,
RAMIRO.

FELICIANO.
Señora, no tengais pena,
Aunque es bastante la causa.
Por amigo de don Pedro
Acompañé su venganza.
Que entré soberbio os confieso...
—Y en viendo este tallo y cara,
Amainé todas las velas.
Tengo sangre de Vizcaya:
Lo que dijere una vez
Será firme y sin mudanza.
Dadme licencia que os vea,
Y en esta ocasion os valga;
Que ¡vive Dios de poner
Un millon que hay en mi casa
Por vuestro servicio, y luego
Honor, sangre, vida y alma!

DOÑA ÁNGELA.
El cielo os pague el consuelo.

FELICIANO.
¿Vuestro nombre?

DOÑA ÁNGELA.
Ángela.

FELICIANO. Basta.
No se engañó quien le puso.—
Buésped...

RAMIRO.
Señor...

FELICIANO.

Dos palabras.—
(Ap. á Ramiro.)

Con estos cincuenta escudos
Regalaréis esta dama
Mientras que vuelvo á Sevilla.

RAMIRO.

¿Cuándo volveréis?

FELICIANO.

Mañana. (Vase.)

ESCENA IX.

DOÑA ÁNGELA, RAMIRO.

RAMIRO.

Cincuenta escudos me dió.

DOÑA ÁNGELA.

Término de gente hidalga.

RAMIRO.

¡Pesia tal! Es rico y noble,
Puede comprar á Triana.
Una hermana tiene hermosa,
Para quien su padre guarda
Cien mil ducados de dote.

DOÑA ÁNGELA.

La fortuna, mi madrastra,
Ha guardado para mí
Cien mil penas y desgracias.

(Vase.)

Teatro dividido: á un lado el cuarto de Rufina, á otro una pieza de paso.

ESCENA X.

DON JUAN y MARTIN, en el cuarto de Rufina.

DON JUAN.

¿Cómo pasaste á verme?

MARTIN.

Con licencia
De la mulata, que es la quinta esencia
De toda la discreta picardía
Que lo moreno de esta tierra cria.

DON JUAN.

¿Has comido?

MARTIN.

¿Qué dices? Treinta platos
Me trujo esta princesa de mulatos,
Y sirviendo la paja de manteles,
Comí mejor que en sillás ni doseles;
Y para postre mano y paz de Francia,
Que, puesto que temiendo la fragancia,
La limpieza pastilla y no ser fea,
Disimular pudiera la grajea.

¿Comiste tú?

DON JUAN.

Pedile á la morena
Un libro por pasar mejor la pena
De tanta soledad; y ella, que ignora
Qué historias salen en la corte agora,
En vez de tanta prosa, verso y fama,
Me trujo la nobleza de su ama,
De mil colores y oro, y la he leído;
Con que tan bien estuve entretenido
Como con los donaires del Parnaso
Del Orfeo, del nuevo Garcilaso.
Es tanta, finalmente, su nobleza,
Que puede competir con su belleza.
Vino, Martin, tras esto la comida,
Guisada de la dama defendida,
Con tal regalo, olor, gusto y aseo,
Que solo le ha faltado á mi deseo
El postre que te dió la mulatilla.

MARTIN.

¿Qué bizarra es la gente de Sevilla!
Que liberal! Qué limpia y generosa!

DON JUAN.

¿No es Leonarda discreta? No es hermosa?

MARTIN.

¿Cómo discreta? Ciceron, Cervantes
Ni Juan de Mena, ni otro después ni antes,
No fueron tan discretos y entendidos.
Es una arpa templada en los oídos.
Es sentencia en favor por el Consejo,
Consonancia en cristal de vino añejo,
Son de doblon en mesa ó plata doble,
Cortés respuesta de persona noble,
Ruido de arroyuelo ardiendo Febo,
Soneto de don Luis, Séneca nuevo,
Con hambre los torreznos que se frien,
Con tercianas las fuentes que se rien,
O mas sonoro que en la espalda suele
De los que azotan, á quien no le duele,
O en un falso testigo ó alcahueta,
El eco de la solfa de baqueta.
Pues en llegando á hablar de la hermosura,
Diana es fea, Filomena oscura, [ra,
La Doncella de Francia y la Doncella
De Dinamarca nones son con ella;
Porque el sol es muy lindo, y nos enfada
Por los caniculares, y esta agrada.
Quedémonos aquí, pues has topado
Las Indias sin la mar; que tú embarcado
Irás á tu aposento con Leonarda,
Y yo con la mulata, que me aguarda
En mi pajar, sin larga las escotas; [tas,
Porque, si aquí se encierran treinta flo-
¿Qué es menester buscar mayor tesoro?
Que aun esta esclava, si la vendo, es oro.

DON JUAN.

¿de!
¿Cómo piensas, Martin, lo que has soñado?
Bien parece que en paja te has echado.

MARTIN.

Si; mas no la he comido; que me dieron
Naranjas, que la cólera rompieron;
Un pernil con las hebras como grana,
Que abriera á un hipocóndrico la gana,
Y á estar hecha en figura mas perfeta,
De un cardenal pudiera ser muceta;
Una ave enamorada...

DON JUAN.

¿Enamorada?

MARTIN.

De tierna, derretida y bien asada.
Hubo su rabanito, oliva y queso,
Que pudieran venderse por el peso.
Con esto y diez tragazos de Cazalla,
Dije, poniendo aparte la toalla,
Los ojos ya del buen licor testigos:
«Muleta, ¿dónde están los enemigos?»

DON JUAN.

¡Ay, Martin! ¿Cómo todo me alegrara,
Si en Madrid á doña Ángela dejara!
Pero ver que es mi hermana, y que aña-
Ha de estar del peligro de mi vida,
No me permite gusto ni contento.

MARTIN.

¡to.
Quedo; que está Leonarda en tu aposen-

ESCENA XI.

LEONARDA, RUFINA. — Dichos.

LEONARDA.

Habréis pasado muy mal
De aposento y de comida.

DON JUAN.

No la he tenido en mi vida,
Hermosa señora, igual.

LEONARDA.

Dar un palacio real
A vuestro valor quisiera.

DON JUAN.

Menos á mi intento fu era.

Por ser de esclava le alabo;
Que siendo yo vuestro esclavo,
Me disteis mi propia esfera.
Vine á mi centro en venir
Donde vuestra esclava vive;
Parece que me apercibe
De que os tengo de servir.
Si aquí os puedo ver y oír,
Toda mi ventura encierra;
Todos mis males destierra;
Porque, después de no estar
En el cielo, no hay buscar
Mayor descanso en la tierra.
Pero ¿qué ha de ser de mí,
Ya que en tal lugar estoy,
Si en siendo noche, me voy
De aqueste día en que os vi?
Si tan presto el bien perdí,
Fímera fué mi ventura:
No es bien el que poco dura;
Mas ¿quién, Señora, pensara
Que mis contrarios vengara
Vuestra divina hermosura?
Cuál es el muerto no acierto,
Bella Leonarda, á juzgar:
Si el no veros me ha de dar
La muerte, yo soy el muerto.
Pensé que llegaba al puerto
De mis desdichas, y llevo
Donde á la muerte navego
Con tal tormenta y rigor,
Que quiere anegar amor
El alma en un mar de fuego.
¿Qué hice yo á vuestros ojos,
Que vengán mis enemigos,
Cuando los hice testigos
De mis lágrimas y enojos?
Juzgaréis que son antojos
Decirme que me desalma
Amor que me tiene en calma;
Pero vuestra discrecion
Sabe que la obligacion
Abre las puertas al alma.
Primero os amé que os vi:
¿Quién vió tan nuevo obligar?
Y no lo podeis negar,
Pues sabéis que os defendí:
Mirad cómo merecí
Favores antes de veros;
Pero fué para perderos,
Pues en viéndonos los dos,
No me defendí de vos,
Aunque supe defenderos.

LEONARDA.

Señor don Juan, si teneis
Determinado partiros,
Mal podré yo persuadir
Contra lo que vos queréis;
Y hasta que me dejéis
Con tantas obligaciones,
Sin decirme esas razones
Para mas pena y dolor;
Que no le detiene amor
A quien deja las prisiones.
Defenderme antes de verme
No fué amor, nobleza fué,
O condicion vuestra en fe
De obligarme y conocerme;
Pero si fué defenderme
Nobleza, nobleza fué
El haberos defendido;
Con que diréis con razon
Que cumple su obligacion
Beneficio agradecido.
Vos os vais porque queréis
Y algun deseo lleváis,
Pues porque queréis os vais,
Cuando quedaros podeis.
Al peligro anteponéis
El ángel que en la posada
Debe de estar lastimado,
Mirad ¿qué extraños desvelos,
Que os estoy pidiendo celos

L-I.

Sin amar ni ser amada!
Dicen que la enfermedad
Tiene la espada desnuda
Cuando está la vida en duda,
Y en mí el ejemplo mirad:
A matar la libertad.
La espada desnuda, entrastes,
Aunque piadosa me hallastes;
Pero el efeto que hicistes,
No os lo dije, pues os fuistes
Con mas prisa que llegastes.
Id en buen hora á buscar
Esa dama venturosa,
Que estará tan cuidadosa
Como me habeis de dejar.
Mirad si quereis llevar
Alguna cosa de aquí;
Que os aseguro que fui
Dichosa en que luego os vais;
Porque, si mas os tardais,
Me llevaréis á mí.

DON JUAN.

Leonarda, si yo me voy,
Es por no daros enfado;
Que del ángel lastimado
Legítimo hermano soy;
Y el favor que me dais hoy
En el alma le imprimí:
Bien quisiera estar aquí,
Si tuviera atrevimiento;
Porque este humilde aposento
Fuera cielo para mí.
El cuidado de mi hermana
Confieso que me le da.

LEONARDA.

¿Que es vuestra hermana?

DON JUAN.

No está

Léjos, sabedlo mañana.

MARTIN.

¿Para qué andais por rodeos
Donde se os ven los enojos,
Pues por la boca y los ojos
Andais trocando deseos?
Pensad la partida bien;
Que él se muere por no irse,
Y tú (si puede decirse)
Porque se quede tambien.
Por lo menos, ya que fuese
Prision esta voluntad,
Hasta saber la verdad,
Responde á prueba, y estése.
Ea, ¿qué os estáis mirando?

DON JUAN.

Por mí, yo me quedo aquí.

LEONARDA.

Y yo ¿qué diré de mí?

MARTIN.

Di que lo estás deseando.

RUFINA.

Y él ¿no tiene hermana allá?

MARTIN.

No, perra... Perla quería
Decir; que tú lo eres mía.

RUFINA.

Tu hermano ha venido ya.

LEONARDA.

Salgamos del aposento,
Y cierra tú.

DON JUAN.

Adios.

LEONARDA.

Adios.

RUFINA.

En fin ¿se quedan los dos?
O es amor ó atrevimiento.

(Leonarda y Rufina pasan á la pieza de
paso, y don Juan y Martin se retiran
á lo interior del cuarto de Rufina.)

ESCENA XII.

FELICIANO.—LEONARDA Y RUFINA,
en la pieza de paso.

LEONARDA.

¿Feliciano!

FELICIANO.

¿Hermana mía!

LEONARDA.

¿Cuánto me alegro de verte!
Que me has tenido con pena
De ver que tan loco fueses
A acompañar otro loco.
¿Qué ha sucedido? ¿Qué tienes?
¿Habeis hallado por dicha
Al forastero valiente?
¿Mas que le habeis muerto?

FELICIANO.

Yo

Soy el que vengo á la muerte.

LEONARDA.

¡Ay, cielos! ¿Estás herido?
¿Dónde? ¿Cómo?

FELICIANO.

Espera, tente;

Que es una herida invisible,
De que sola el alma muere.

LEONARDA.

El alma ¿puede morir?

FELICIANO.

De amor, hermana, ¿no puede?

LEONARDA.

Pues ¿tú sabes qué es amor,
Que con gusto indiferente
A ninguna quieres bien,
Y dices que á todas quieres?

FELICIANO.

Como yo pienso, Leonarda,
Que mi dinero pretenden,
Guardo el alma y doy la bolsa,
Que es lo que ellas apetezen.
Dijéronnos la posada
De aquel don Juan, y cual suelen
Romper los aires los rayos,
Fuimos á cal de la Sierpe.
Entramos, pensando hallar
Prendas de don Juan, y enfrente
Estaba un retrato suyo
Con alma entre vida y muerte.
Una doña Angela, un ángel,
Claro está, pues lo parece,
Con unas lágrimas tristes,
Que hicieran la noche alegre.
Las lágrimas te encarezco
Para que por ellas pienses
Cuál deben de ser los cielos
Que tales lágrimas llueven.
Pero si llorando y tristes
Nombre de cielos merecen,
¿Que serán con alegría
Ojos que tal gloria tienen?
Abrió por medio un clavel
(Ya quisieran los claveles
Tomar las perlas que vi),
Y dijo en razones breves
La desdicha en que se hallaba.
Habléla yo tiernamente;
Que no supo á tanto sol
El corazon defenderse.
Pesó á perlas mis palabras,
Enternecida de verme
De su parte en su desdicha;
Que á veces, Leonarda, mueve
Al llanto en las desventuras
El ver que alguno las siente.
Prometí darla favor:
Don Pedro enojóse y fuese;
Y aunque yo tambien me fui,
Diré la verdad, quedéme.

Di para regalo suyo
Cincuenta escudos al huésped,
Que llevaba en un bolsillo.
Con esto he venido á verte,
Porque sepas que don Pedro
Puede buscar quien le venga;
Porque yo pienso, Leonarda
(Y riñeme como sueles),
Tener el ángel que digo
Por mi dueño para siempre.

LEONARDA.

Lo que yo pienso reñirte
(Pues sabes que las mujeres
De ver otras en desdichas
Se lastiman fácilmente)
Es que á persona tan noble
Esa miseria le diesses,
Cuando le dabas el alma.

FELICIANO.

Razon, mi Leonarda, tienes;
Mas ¿no ves que los que pesan,
Por miedo de los fieles,
A lo principal añaden
Otra cosa diferente?
Así al alma puse el oro,
No porque valor hubiese,
Pero por cumplir el peso,
Aunque me pesa de verme
En peso tan desigual.
Si bien es un tiempo aqueste
Que á peso del oro hay almas,
Y almas que por él se pierden.
Ya lo dli... Corrido estoy.

LEONARDA.

Poco el oro me parece
Para contrapeso de alma.

FELICIANO.

No tuve mas, ¿qué me quieres?

LEONARDA.

En tal ocasion, hermano,
Y mas si amor te enloquece,
Era lo cierto decir,
Como hombre cuerdo y prudente:
«Yo tengo en casa una hermana,
Que en esta ocasion os puede
Tener consigo, entre tanto
Que esta negocio remedien
Ruegos, dineros y amigos.»

FELICIANO.

Luego si yo la trujese,
¿La tendrías tú contigo?

LEONARDA.

¿Eso dudas? Luego ¿entiendes
Que tengo el alma de piedra?
Iré por ella si quieres;
Y si hay lugar en tristezas,
Le diré lo que me pases.

FELICIANO.

¡Ay, Leonarda de mis ojos!
A tus pies quiero atreverme
A pedirte que me obliques
Y que esta dama consueles.
Haz poner el coche y parte
A la calle, que parece
Que, estando á los pies de un ángel,
Entonces fué de la Sierpe.
Toma mi hacienda, mi vida,
Como sola el alma dejes,
Y esto porque no la tengo.

LEONARDA.

Llama, Rufina, esa gente,
Hoy, que el ángel de mi hermano
El coche en cielo convierte.

RUFINA. (Ap. á Leonarda.)

Basta, que estáis dos á dos.

FELICIANO.

¡Ay, Ángela, si te viesen
En esta casa mis ojos!

LEONARDA. (Ap.)

¡Ay, don Juan, cuánto me debes!

RUFINA. (Ap.)

¡Ay, Martín, si á mi color

Tal san Martín le viniese!

(Vanse.)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN y MARTÍN, en la pieza de
paso.

MARTÍN.

Parece nuestra historia encantamento.

DON JUAN.

No lo parece, si lo es.

MARTÍN.

Al día
Abre las puertas con dorado aliento
La bella aurora, que las flores cria.

DON JUAN.

Estaba (como digo) en mi aposento,
Cuando la noche el filo igual tenía
En la balanza con que pesa estrellas,
Mas triste que ella suele estar sin ellas.
Pensaba solo en mi querida hermana,
Cuando oigo abrir la puerta, y que Rufina
Me dice que Leonarda, mas humana, [na
Hablarme en su aposento determina.
Voy tras la esclava como sombra vana.
Mira tú con qué luz mi error camina!
Y asido de su enfado, á oscuras llevo
A la esfera bellísima del fuego.
Una buja en una cuadra ardia,
Y con vislumbre trémula enseñaba [bia,
Lo que en la cuadra bien compuesta ha-
Dónde una cama de oro y seda estaba.
En ámbar el aliento se embelbia,
Que por las cuatro partes respiraba:
Allí yo te confieso que, suspenso,
Llegar mi dicha por la posta pienso.
«¿Qué os deteneis? (me dice la mulata),
Corred, cobarde, esa cortina luego.»
Y descubriendo un cielo de oro y plata;
De una hermosa mujer me abraza el fue-
[go.

Yo, cuando pienso que Leonarda trata
De algun yerro de amor, que es siempre
[ciego,
Conozco que es doña Ángela, mi herma-
Y fuése en humo mi esperanza vana. [na,
«¿Qué es esto (dije), dulce hermana mía?»
Y como con su rostro me juntaba,
Sentí que huésped en la cama había;
Que Leonarda de celos suspiraba.
Martín, yo te confieso el alegría [ha;
Que ver mi hermana en tal lugar me da-
Pero que en parte me pesó, pues creo
Que fuera mas dichoso mi deseo. [hora,
Después de hablar con ella mas de un
Le dije: «¿Cómo este lugar tomaste,
Pues era de Leonarda, mi señora?
«Tan presto el noble término olvidaste?»
«Mándome (respondió) mudarle agora,
Para poder hablar cuando llegaste;
Pasa de la otra parte, porque puedas
Agradecer lo que obligado quedas.»
«Yo escucho desde aquí» (dijo Leonar-
Y detúveme yo cobardemente; [da),
Pero ella, presumiendo de gallarda,
Remitió mi temor á su accidente.
Fingió que el animal, el que acobarda
Mas las mujeres, se atrevió á su frente.
Ya ves con qué donaire fingiría
El miedo, que era entonces osadía.
Ya desvia las trenzas, ya la ropa,
Ya del cuello los cándidos cambrayes,
Ya se vuelve á cubrir con lo que topa,

Mezclando alegre risa en dulces ayes.
Yo, viendo mi fortuna viento en popa,
Le dije al corazón: «No te desmayes,
Cuando la luz á ruego suyo inclina,
Aunque mulata su color, Rufina.
Suelto en crespos rizos sus cabellos,
Ondas de la tormenta del espanto,
Puso risueña en mí los ojos bellos,
No viendo el animal que temía tanto.
Rescaté el alma entre las luces dellos,
Y finjo por la colcha, que levanto,
Que pasa el animal y que le veo;
Y era lo que pasaba mi deseo. [mie:
No ha visto el mismo amor desde que
(Que desde que nació mentir sabía)
Tan bien fingido espanto, y accidente
Mas bien trazado para dicha mía. [le:
Y fué lo grande estar su hermano ausen-
(Porque á acostarse le conduce el día,
Que nos pudiera oír; mas la ventura,
Cuando ella quiere, todo lo asegura.
El rostro bajo á la bordada orilla
De la cama, por ver si hallaba el rostro,
Y hallé una desmayada zapatilla,
Que le faltaba el alma de alabastro.
Buen haya la limpieza de Sevilla!
Porque, por vida de don Juan de Castro,
Que el mas grave señor hacer pudiera
La limpia zapatilla bigotera.
Con esto á mi aposento vuelvo, y digo
A mi fortuna mil requiebros, tales.
Que desde agora á no sentir me obligo
Por tales bienes los mayores males.
No ha sido el sueño de mi bien testigo;
Que apenas en los fulgidos umbrales
Del cielo puso el pie la blanca aurora,
Cuando me halló como me ves agora.

MARTÍN.

¡Suceso extraño y último sosiego
De tu temor! Mas breve fué mi historia.
Por la mulata á la cocina llevo,
Que andaba en esos pasos de tu gloria.
Dormía echado en el umbral del fuego
Por tales bienes los mayores males.
Un mastín que pudiera andar la noria.
Siento roncar, y paso á paso aplico
La humilde boca al temerario hocico.
Pero apenas la boca en él repara
Que oía á pepitoria, y no á camuesas,
Cuando ladrando me agarró la cara,
Y en los carrillos me estampó las presas.
Pues ¡luego mi fortuna en eso para!
Quiero correr, tropiezo en dos artesas,
Y doy en la espetera con la frente,
Despertando los gatos y la gente.
Cuál me salta á la cara, cual me agarra
Por una pantorrilla, pierdo el tino,
Muero en el puerto, y sin hallar la barra,
Por embocar la puerta desatino.
¿Qué galgo con cencerro ó con guitarra,
Sacudiendo la cola, huyendo vino
Por las Carnestolendas, como salgo?
Las manos dejo y de los pies me valgo.
Pero ya que sali de la cocina,
Huyendo del ladrante seguimiento,
Por ir al aposento de Rufina,
De los servicios caigo al aposento.
¡Oh, bien haya, don Juan, la luz divina,
De cuanto ríse lustre y ornamento!
Pues con ella á tus ojos he llegado
Oloroso, mordido y arañado.

DON JUAN.

Gente suena; aquí te esconde
Hasta que sepas quién es.

MARTÍN.

¿Tengo de hablarte después?

DON JUAN.

¡Mi soledad te responde.
(Vase al cuarto de Rufina.)

MARTÍN.

Muy bien te puedes estar;
Que es Leonarda, mi señora,

ESCENA II.

LEONARDA.—MARTIN.

Martin...
LEONARDA.

MARTIN.
Pareces aurora
En la luz y el madrugar.
Querrás andar en tu casa.
Indiana en fin.

LEONARDA.
Otro fin
Me ha despertado, Martin,
Que de hacienda de Indias pasa.

MARTIN.
Dígoles porque teneis
Fama de ser miserables,
Por los trabajos notables
Que en tierra y mar padeceis.
Pero ¿qué te ha levantado?

LEONARDA.
Un desasosiego injusto.

MARTIN.
¿Es disgusto?

LEONARDA.
No es disgusto;
Que no hay gusto con cuidado.

MARTIN.
No será pena de amor;
Que dan gusto sus desvelos.

LEONARDA.
No te puede haber con celos.

MARTIN.
De celos es la mayor.
Pero ¿celos tú? ¿De quién?

LEONARDA.
Mis celos son testimonio
De que se ha vuelto demonio
Mi amor.

MARTIN.
No lo entiendo bien.

LEONARDA.
¿Qué nombre le puedo dar,
Si tengo de un ángel celos?

MARTIN.
¿De eso nacen tus desvelos?

LEONARDA.
Si me ha querido engañar
Don Juan, por haber pensado
Que le he de ayudar mejor,
Engañase; que el amor
No paga bien, engañado.
Doña Ángela no es su hermana.

MARTIN.
Es por Dios, y no es razón
Que juzgues de su intención
Por una apartencia vana.

LEONARDA.
Yo sé que su dama es,
Y que lo quiere encubrir;
Y á mí no me ha de mentir.
Por tan pequeño interés.
No me va la vida á mí
En tener mi libertad:
El sabe mi calidad;
Tan buena como él nació.
Yo regalaré su dama;
No por eso ha de pensar
Que es mejor aventurar
El crédito de mi fama.
Ella es muy linda, por Dios,
Y en él muy bien empleada:
Ya la he visto despojada;
Bien se pagaron los dos.
Hasta verla, tuve en duda
La voluntad y la vida:

Desvelos me dió vestida.
Celos me ha dado desnuda.
No es cosa para sufrir;
Que celos antes de amor
Es como necio acreedor,
Que firma sin recibir.
Dile que no me hable mas
En lo que habemos tratado.

MARTIN.
Si mi señor te ha engañado,
No vuelva á Madrid jamás.
¡Plega á Dios que un ignorante
Me lea, ilustre señora,
Perversos versos un hora,
Y un mal músico me cante,
Y que algun falso deudor
De esos mohatreros viejos,
Por audiencias y consejos
Haga pedazos mi honor!
¡Plega á Dios que sea creída
La primera informacion,
Y quitenme la opinion;
Que sin opinion no hay vida!
Que me vendan mis parientes
Y me olviden mis amigos,
Y que á mil falsos testigos
Nazcan otros tantos dientes.
Que sirva á señor ingrato,
Y si hubiere lugar, quiero
Que me tire un candelero
A quien pidiere barato.
Que se aficionen á capones
Mi dama por voces vanas,
Y si tuviere tercianas,
Me curen por sabañones.
Que compita con bonete,
Y me atruene un bachiller;
Que hable grueso mi mujer,
Y mi criado en falsete.
Que me ensucien una aldaba
Cuando por llamar la fuerza,
Y que me casen por fuerza;
Que con voluntad bastaba.

LEONARDA.
Ya te conozco, Martin,
Para tordo eres mejor.
Yo entendí que tu señor
Miraba otro blanco y fin.
Lo dicho dicho, no hay mas.

MARTIN.
Oye, Señora, detente,
Escucha.

LEONARDA.
Véte, insolente.
MARTIN.
¿De esa manera te vas?
(Vase Leonarda.)

ESCENA III.

FELICIANO.—MARTIN.

FELICIANO.
¿Qué es esto?
MARTIN. (Ap.)
Perdióse todo.
FELICIANO.
¿Quién sois? Y ¿qué haceis aquí?
MARTIN.
Señor, yo vine... yo fui...
FELICIANO.
Quien se turba de ese modo
Bien claro dice quién es.
MARTIN.
Soy cajero, y he vendido
Unas randas que he traído,
Como lo sabréis después.
Si algunas voces he dado,
Por mi dinero será.

FELICIANO.
Y la caja ¿dónde está?
MARTIN.
Aquí en frente la he dejado,
De donde agora pasé.

FELICIANO.
Y ¿á quién las habeis vendido?
MARTIN.
Si á vuestra mujer ha sido
O vuestra hermana, no sé...
Y aquí estaba una esclavilla,
La cual Rufina se llama.

FELICIANO.
No es mi mujer esa dama.

MARTIN.
Yo sé poco de Sevilla.

FELICIANO.
¿De qué nacion?

MARTIN.
Turco soy.

FELICIANO.
¿Turco?

MARTIN.
Digo, de Turin.

FELICIANO.
¿Piamontés?

MARTIN.
Sí, piamontina.
(Ap. En grande peligro estoy.)

FELICIANO.
¿De qué país del Piamonte?

MARTIN.
De Illéscas.

FELICIANO.
¿De Illéscas? ¿Cómo?

MARTIN.
Tal miedo de veros tomo;
Porque yo soy de Belmonte.

FELICIANO.
No me agradais. — ¡Ah Leonarda!

ESCENA IV.

LEONARDA.—DICHOS.

LEONARDA.
¿Es Feliciano?
FELICIANO.
Yo soy.
MARTIN.
¡Gracias á los cielos doy!
Nunca su socorro tarda.
A vuestra merced ¡no he dado
Unas randas, de que espero
En esta puerta el dinero?

LEONARDA.
Unas randas le he comprado.
FELICIANO.
Perdonad, hombre de bien.

MARTIN.
Las sospechas, caballero,
Perdono, mas no el dinero.

FELICIANO.
Pagaros quiero tambien.
Venid, amigo. (Vase.)

LEONARDA.
Martin,
Escuchad.
MARTIN.
¿Qué me mandais?

LEONARDA.
Que á verme siempre vengais.
MARTIN.
Pensé que dábamos fin

A nuestros cuentos, por Dios;
Pero mas ventura fué,
Pues descubierto podré
Hablar, Señora, con vos.

(Vase.)

ESCENA V.

LEONARDA.

A las perlas del alba descogian
Pintadas hojas las abiertas flores,
Cuando en alegre paz dos ruiseñores
Su nido sobre un álamo tejian.

Pero en el tiempo que coger querian
El fruto de sus cándidos amores,
Llegaron otros dos competidores,
Que cuanto fabricaban desbaciañ.

Las pajas de que ya vestido estaba,
Bañaron en cristal los arroyuelos
De una fuente que el álamo bañaba.

Así fueron mis ansias y desvelos,
Cuando pensé que nido fabricaba.
Tal fin promete amor, principio en celos.

ESCENA VI.

DOÑA ÁNGELA.—LEONARDA.

DOÑA ÁNGELA.

¿Estás sola?

LEONARDA.

¿No lo ves?

DOÑA ÁNGELA.

Mi hermano, Leonarda mía,
A asegurarte me envid,
Para que de mí lo estés.
Suplicate que me des
Crédito, por desagravio
De tu amor; que no es tan sabio
Amor, que á no ser su hermana,
Fuera la riqueza humana
Parte á sufrir un agravio.
Y mucho lo estoy de tí
En no haberte parecido
Aquello mismo que he sido
Desde el día en que nací.
¿Por qué presumes de mí
Que, si yo fuera su dama,
Aventurara tu fama,
Infamando tu nobleza?
Porque no hay mayor bajeza
Que ser tercero quien ama.
Mas ¿de qué sirven rodeos?
Para mas seguridad,
Pagaré con voluntad
De tu hermano los deseos,
Como de honestos empleos
No excedan, ni se levante
Mas que á ser cortés amante:
Mira tú si puede haber
Para celos de mujer
Seguridad semejante.

LEONARDA.

Doña Ángela, en tiempo breve
No puede haber mucho amor;
Esto ha sido que el honor
Se previene á lo que debe.
Cuando una mujer se atreve
A amar, mire los sugetos
Causa de iguales efectos;
Que examinar el valor
Antes de tener amor
Es prevencion de discretos.
Nunca aventuran la fama
Tan presto nobles mujeres:
Si, como su hermana eres,
Fueras, Ángela, su dama,
¿Qué nobleza no se infama
Amando lo que es ajeno?
Ya tengo tu amor por bueno,
Ya con mis celos acabo,

Tu satisfaccion alabo
Y mi sospecha condeno
Si á mi hermano favoreces,
Daré favor á tu hermano;
Que ya sabe Feliciano
Lo que vales y mereces.
La fortuna muchas veces
Ofrece mil ocasiones;
Si á las Indias te dispones,
Aquí es mejor que te pares,
Sin andar por altas mares
Peregrinando naciones.
Aficióneme de ver
Que sacase un caballero
En mi defensa el acero
Solo porque soy mujer.
Ángela, no he menester
Dineros, sino contento,
Ayuda mi pensamiento;
Que, fuera de mi nobleza,
No hay en las Indias riqueza
Que iguale tu casamiento.

DOÑA ÁNGELA.

Yo, Señora, haré tu gusto,
Fuera de ser de mi hermano.

LEONARDA.

Daba á don Pedro la mano
No cen pena ni disgusto;
Pero ya querer es justo
A quien defiende mi honor.

SCENA VII.

RUFINA.—DICHAS.

RUFINA.

Don Antonio, mi señor,
Viene con don Pedro á hablarte.—
Escóndete. (A doña Ángela.)

DOÑA ÁNGELA.

¿Si es casarte?

LEONARDA.

No hay obediencia en amor.
(Vase doña Ángela.)

ESCENA VIII.

DON ANTONIO, DON PEDRO.—LEONARDA, RUFINA.

DON ANTONIO.

¿En tal peligro queda?

DON PEDRO.

No parece
Que una hora puede dilatar la vida;
Menguá el valor y el accidente crece:
Mi casa queda toda reducida
A sola mi persona.

DON ANTONIO.

Si en vos queda,
Será mas aumentada que perdida.

DON PEDRO.

Bastante hacienda y mayorazgo hereda
Quien solo quiere ser esclavo vuestro,
Cuando esta dicha el cielo me conceda.

DON ANTONIO.

[tro.]
Vos conoceis el justo amor que os mues-
Aqui está mi Leonarda, que en su gusto
Sabeis, don Pedro, que semueve el nues-
[tro.]

Leonarda, sin respuesta, sin disgusto
Hoy se ha de hacer este concierto; hoy
[quiero]

Que lo que quiero yo tengas por justo.
Es don Pedro tan noble caballero,
Que quiero honrar mi casa de la suya.
Doyle, sin joyas tuyas, en dinero

Cuarenta mil ducados, aunque es tuya
Mayor parte después: dale tu mano,
Para que la escritura se concluya.
Mayorazgo he fundado en Feliciano.
Ya sabes que es razon. Diez mil de renta
(Gracias á Dios) le quedan á tu hermano.
Quien la nobleza y las virtudes cuenta,
Tiene por dote de mayor decoro
Lo que la vida y la opinion aumenta.

DON PEDRO.

Si llevo en mi Leonarda tal tesoro,
¿No me basta saber que es prenda mia?
¿Qué valor con su fe merece el oro?

LEONARDA.

Estimo vuestra noble cortesía,
Señor don Pedro, aunque yo estaba aje-
De que la dicha que decís tenia. [na
Esto solo os respondo.

DON ANTONIO.

No condena
La vergüenza jamás estas acciones.
Vamos adentro, no la demos pena.

DON PEDRO. (Ap. á don Antonio.)

No voy contento yo de sus razones.
Disgusto me parece que ha sentido.

DON ANTONIO.

Fingen disgusto en estas ocasiones.

DON PEDRO.

Poco dichoso con Leonarda he sido.

DON ANTONIO.

Aquel encogimiento fué forzoso.

DON PEDRO.

Aun no fui de sus ojos admitido.

DON ANTONIO.

Vos lo seréis cuando seais su esposo.

DON PEDRO.

Dadme licencia que después la vea.

DON ANTONIO.

Dueño sois de esta casa.

DON PEDRO.

¿Venturoso,
Padre y señor, quien tanto bien posea!
(Vase los dos.)

LEONARDA.

¿Quién pensara que tan presto
Tuvieran fin semejante
Mis pensamientos altivos?

RUFINA.

¿Puede mi señor forzarte?

LEONARDA.

Puede quitarme la vida.

ESCENA IX.

DON JUAN, MARTIN.—LEONARDA, RUFINA.

DON JUAN.

Déjame, necio.

MARTIN.

¿Qué haces?

DON JUAN.

¿Qué tengo de hacer? Morir.

MARTIN.

Pues ¿de esa manera sales?

LEONARDA.

¿Qué es esto, don Juan?

DON JUAN.

Perderme.

LEONARDA.

¿Adónde vas?

DON JUAN.

A matarme.

LEONARDA.
¿Por qué, Señor?
DON JUAN.
Por tu gusto.
LEONARDA.
¿Gusto? ¿De qué?
DON JUAN.
De casarte.
LEONARDA.
¿Oíste á mi padre?
DON JUAN.
Sí.
LEONARDA.
Pues ¿qué dijo?
DON JUAN.
Que me mates.
LEONARDA.
Yo ¿qué respondí?
DON JUAN.
Tibiezas.
LEONARDA.
Y ¿don Pedro?
DON JUAN.
Necedades.
LEONARDA.
Sosiégate.
DON JUAN.
¿Cómo puedo?
LEONARDA.
¿Dí yo el sí?
DON JUAN.
Bastó callarle.
LEONARDA.
Necio estás.
DON JUAN.
Soy desdichado.
LEONARDA.
Y yo mujer.
DON JUAN.
Eso bastó.
LEONARDA.
Háblame bien.
DON JUAN.
Estoy muerto.
LEONARDA.
Escucha.
DON JUAN.
¿Qué he de escucharte?
LEONARDA.
Eso es locura.
DON JUAN.
Es por tí.
MARTIN. (Ap.)
Parecen representantes
Que saben bien el papel.
LEONARDA.
Martin, así Dios te guarde,
¿Siente don Juan lo que dice?
MARTIN.
¿Si lo siente? ¿Qué donaire!
Pues vesle salir sin seso,
¿Y preguntas disparates?
DON JUAN.
Ea, Martin, á embarcar.
MARTIN.
¿Cómo quieres que me embarque,
Si he empleado mi dinero
En holandas y cambrayes?
Soy de esta casa cajero;
Pesquéle quinientos reales
A Feliciano, y pretendo
Tratar en Italia y Flandes.
DON JUAN.
Digo que te embarques luego.

MARTIN.
¿Dónde tengo de embarcarme?
DON JUAN.
Dentro del mar de mis ojos.
MARTIN.
Notables sois los amantes.
DON JUAN.
Mas no; que corre tormenta,
Y era forzoso anegarte.
LEONARDA.
Vé, Rufina, al corredor
Porque puedas avisarme. —
Tú, Martin, línce has de ser
En la puerta de la calle;
Que quiero hablar libremente.
RUFINA.
Yo voy.
MARTIN.
Y yo á ser alcaide.
(*Vanse los dos criados.*)

ESCENA X.

LEONARDA, DON JUAN.

LEONARDA.
Don Juan, las ingratitudes
Ofenden las voluntades:
Mucho en poco tiempo debes
Al alma que supo amarte.
¿Cuál hizo mas de los dos?
¿Tú en querermé, ó yo en dejarme
Engañar de los requiebros,
Cosa á los hombres tan fácil?
¿Qué mudanza has visto en mí?
¿Qué es lo que dije á mi padre?
¿Qué te obliga á hacer locuras?
¿Puede por fuerza casarme?
No puede; y mas, que te busca
Feliciano por mil partes,
Obligado á defenderte
Por mi inclinacion notable
Al servicio de tu hermano.
Por Dios, don Juan, que repares
En la pena que me das.

DON JUAN.
No sé cómo puedo hablarte
Con las desdichas presentes,
Porque es razon que me alcancen.
¿Que quien escucha, oiga mal!
Lo que escuché fué bastante
Para tener la caída
De mi fortuna mudable.
Si tu padre, prenda mía,
Con resolucion tan grande
Quiere casarte, ¿qué importa
Que tú con tu hermano trates
Resistir su voluntad?

LEONARDA.
No hayas miedo que me case
Con don Pedro, don Juan mio;
Que si de mi hermano sabes
Que desea conocerte,
No será mi padre parte
Para casarme por fuerza.

DON JUAN.
¿Qué notables tempestades
Corre esta pobre barquilla
En dos tan breves instantes!
¿Es posible que en dos dias
Cosas por un hombre pasen,
Que aun en dos años parecen
Imposibles de contarse?
Mil veces en mi aposento
Pienso que puedo engañarme,
Porque me niego á mí mismo
Ser tan presto y ser verdades;
O por lo menos que duermo
Y que sueño disparates,

Por mas que los accidentes
Concierren las amistades.
Entré, Señora, en tu cuadra;
Vi con doña Angela un ángel,
Y por unas celosías
De cabellos descuidarse
Blanco marfil mal ceñido
De lágrimas orientales.
Vi dos manzanas de nieve,
Escritas de azul esmalte,
Y dije: « ¡Bien haya el árbol
Donde tales frutos nacen! »
Luego vi encubrirse todo,
Quedando solo en cristales
Unos rayos que tenían
Breves grillos de diamantes.
Vine con esto mas loco,
Olividme de mis males;
Que no esperados placeres
Olvidan grandes pesares.
Prometíme de tener
Dueño que el mundo envidiase.
Rico, noble, hermoso, ilustre,
De alto valor, de alta sangre,
En pago de la defensa
Y alabanzas inmortales
Que me deben las mujeres,
Honras, virtudes, linajes,
Desde que coní la espada,
No sufriendo que afrontasen
Mujer niuguna á mis ojos;
Lo cual me ha costado cárcel,
Heridas, perder la patria,
Envidias, enemistades,
Oficios, cargos, hacienda,
Hasta que pude obligarte
Con lo que sabes, Señora,
Que te ha obligado á ampararme.
Y apenas quise salir
(No á dejar mis soledades,
Sino por ver si te vía).
Cuando el sueño se deshace,
Oigo decir que te casas
Y oigo decir que me maten.

LEONARDA.
Don Juan, un hombre valiente
¿Tan tiernos extremos hace?
Mirad que entrastes muy bravo,
Para salir tan cobarde.
¿Qué seguridad quereis
Para que con vos me case?

DON JUAN.
Una firma suele ser
Firmeza de amor constante.

LEONARDA.
Voy á escribir un papel.
DON JUAN.

Y ¿firmarásle?
LEONARDA.
Esperadme.
Mal conocéis las mujeres
Con amor.

DON JUAN.
El cielo os guarde.
(*Vase Leonarda.*)

ESCENA XI.

DON JUAN.

Fortuna, que á Sevilla me trujiste,
Huyendo del rigor en que me hallaste,
¿En qué mar á las Indias me embarcaste,
Que con tal brevedad me enriqueciste?
Mas no es el fin del bien que le con-
Si de la posesionte descuidaste, ¿quiste,
Pues para mas tristeza me alegraste;
Que no hay alegre bien si el fin es triste.
No me des dichas para no gozallas,
Nome des glorias para no tenerlas,

Ni el breve bien que en esperanzas ha-
[llas;
Que no pudiendo asegurarse dellas,
Parece que es mas dicha no alcanzallas
Que vivir con el miedo de perdellas.

ESCENA XII.

FELICIANO.—DON JUAN.

FELICIANO.

¿Quién es?

DON JUAN. (Ap.)

¡Notable desdicha!

FELICIANO.

¿Qué es lo que mandais aquí?

DON JUAN.

(Ap. Aunque perderla temí,
Muy breve ha sido mi dicha.
Aquí no hay otro remedio
Sino decir la verdad;
Que será temeridad
Perder lo que hay de por medio.)
¿Sois Feliciano?

FELICIANO.

Yo soy.

DON JUAN.

A vos os busco.

FELICIANO.

¿A qué efeto

Me buscais?

DON JUAN.

Yo soy don Juan

De Castro y Portocarrero.

FELICIANO.

¿Sois el que á don Diego hirió?

DON JUAN.

Soy el que ha herido á don Diego.

FELICIANO.

Saco la espada.

DON JUAN.

Esperad.

Y sabréis á lo que vengo.

FELICIANO.

Vos á matarme vendréis.

DON JUAN.

Oldme, Señor, os ruego,
Dos palabras.

FELICIANO.

Ya os escucho.

Aunque es por cierto respeto.

DON JUAN.

¿Sabéis (que si lo sabréis)
Que refinos bueno á bueno
Don Diego y yo?

FELICIANO.

Bien lo sé.

DON JUAN.

Pues segun eso, ¿qué debo
Entre caballeros nobles?

FELICIANO.

De todo estoy satisfecho.

DON JUAN.

Eso es cuanto á la herida;
Porque á vos, que no á don Pedro,
Doy esta satisfacción.

FELICIANO.

El término os agradezco.

DON JUAN.

Donde he estado retirado,
Ha una hora que me dijeron
Que la señora Leonarda
Con noble y piadoso pecho
Trujo á doña Angela aquí;
Yo, como en fin forastero,
No conociendo las partes,

Con el honor que profeso,
Por las tapias de la buerta
Desamparé el monasterio,
Y aventurando la vida,
A ver quien la trujo vengo.
Entré loco por la casa;
Pero en sabiendo los dueños,
Os pido humilde (que es justo)
Perdon de mi atrevimiento.
Suplicoos que la ampareis
Hasta que me vaya al Puerto;
Que en casa tan principal
Pienso que la puso el cielo.
Con esto y vuestra licencia
Al monasterio me vuelvo,
Y si saliere justicia
(Cosa que volviendo temo),
Las manos me han de valer;
Que á los piés poco les debo.

FELICIANO.

Puesto que yo soy amigo
De don Pedro y de don Diego,
Lo soy mas de la verdad
Y del valor de los pechos.
A estas horas puede ser
Que esté don Diego muriendo.
Ya que por tan justa causa
En peligro os habeis puesto,
No habeis de salir de aquí.
Porque no es justo, ni quiero,
Sino es que yo os acompañe;
Que si de Leonarda el celo
Fué amparo de vuestra hermana,
Tambien obligado quedo
Por ella, por vos, por mí
Y por Leonarda, á teneros
En mi casa hasta que vais
Seguro á Cádiz ó al Puerto.
¿Haos visto alguno en mi casa?

DON JUAN.

Ninguno.

FELICIANO.

Pues mi aposento,
Sin que lo entienda mi hermana
Ni mi padre, daros quiero.

DON JUAN.

Echaréme á vuestros piés.

FELICIANO.

Aquel es el cuarto nuevo.
Esta es la llave. Tomad,
Id aprisa, cerrad presto.
Y advertid que hay una puerta
Por donde, si no hablais quedo,
Os puede escuchar mi hermana.
Por eso andad con silencio;
Que á sus aposentos sale.

DON JUAN.

Mil años os guarde el cielo;
Que desde hoy prometo ser
Para siempre esclavo vuestro. (Vase.)

ESCENA XIII.

FELICIANO.

¿Qué pudo imaginar mi pensamiento
Que del alma viniese á la medida;
Como hallar á don Juan, en cuya vida
Estriba de mi amor el fundamento?
Cuando temí, para mayor tormento,
Mi muerte en el rigor de su partida,
De los cabellos la ocasion asida
Dispone á dulce fin mi atrevimiento.
Ya estaba el alma sin tener sosiego,
Vestida de mortal desconfianza;
Pero valíome la esperanza luego. [canza;
Ella es el bien, mientras el bien se al-
Que, como el árbol es materia al fuego,
Así vive el amor con la esperanza.

ESCENA XIV

LEONARDA.—FELICIANO.

LEONARDA. (Ap.)

Como mi hermano ha venido,
Don Juan se escondió.

FELICIANO.

Leonarda,

¿Qué hay de nuevo?

LEONARDA.

Que me aguarda

Un mal tambien prevenido.
Con don Pedro está firmando
Mi padre las escrituras.

FELICIANO.

En voluntades seguras
¿Quién puede temer, amando?

LEONARDA.

Si tú no temes, yo sí;
Que hacer ese casamiento
Estorba mucho tu intento.

FELICIANO.

Leonarda, después que vi
A doña Angela, que adoro,
Sin saber quien es don Juan,
Mil pensamientos me dan;
Cuyos efetos ignoro.
¿Quieres á don Pedro bien?
Quieres casarte?

LEONARDA.

No hay cosa
Cual una pregunta ociosa,
Con que mas penas me dén.

FELICIANO.

No te puedo encarecer
Lo que me alegra escucharte;
Porque á serlo solo es parte
Querer tú ser su mujer.
Este ha de ser enemigo
De doña Angela, si niuere
Su hermano; pues quien lo fuere
¿Cómo puede ser mi amigo?
¿Tengo de tener cuñado
Que á doña Angela persiga?

LEONARDA.

Feliciano, amor te obliga
De un ángel bien empleado.
Por tí no quiero casarme;
Que tambien á mí me dan,
Sin conocer á don Juan,
Pensamientos de guardarme.
Sin saber por qué, me guardo
De lo que los dos intentan.

FELICIANO.

Por tu vida, que me cuentan
Que es el hombre mas gallardo
Que ha venido de Castilla;
Que en un monasterio está,
Donde á visitar le va
Lo mas noble de Sevilla.
¿Quieres que vaya por él,
Para que á su hermana vea?

LEONARDA.

Claro está que lo desea;
Mas ¿cómo vendrás con él?

FELICIANO.

En un coche con recato.
(Ap. Honor, no es esto ofenderos;
Que antes es ennobleceros
Lo que con Angela trato.)

LEONARDA.

Busca á mi padre, y dirás
Esto que sabes de mí.

FELICIANO.

Yo voy. Advierte que aquí
Esa palabra me das.

LEONARDA.
De don Juan digo que soy,
Si tú quieres que lo sea,
Aunque nunca á don Juan vea.

FELICIANO.
Loco por Angela estoy. (Vase.)

LEONARDA.
¡Bueno es ir por él agora,
Y dentro de casa está!
Vivid esperanza ya.—
¿Oyes, Rufina?

ESCENA XV.

RUFINA.—LEONARDA.

RUFINA.
Señora...
LEONARDA.
Abre ese aposento, y llama
A don Juan.

RUFINA.
En él entré
Denantes, y no le hallé.
Hice despacio la cama;
Y como vi que no vino,
Fuíme.

LEONARDA.
¿Dónde puede estar?
Que no habiendo otro lugar,
Pareciera desatino.
¡Ay de mí! ¿Si se partió
Temiendo mi casamiento?

RUFINA.
Pues él no está en mi aposento,
Lo mismo imagino yo.

LEONARDA.
El se fué desconfiado.
¿Qué haré? ¡Muerta soy! ¡Ay cielos!
¡Extraña fuerza de celos!

RUFINA.
Si se fué, ¿qué te ha llevado,
Que, los ojos de agua llenos,
Haciendo extremos estás?

LEONARDA.
Del alma lleva lo mas,
Del cuerpo lleva lo menos.

ESCENA XVI.

DOÑA ÁNGELA, MARTIN. — DICHAS.

DOÑA ÁNGELA.
Leonarda...

LEONARDA.
Angela...

DOÑA ÁNGELA.
¿Qué es esto?

LEONARDA.
Don Juan es ido. Estoy loca.

DOÑA ÁNGELA.
¿Don Juan?

LEONARDA.
Con causa tan poca,
Que se echa de ver cuán presto
Olvida quien presto quiere.

MARTIN.
No era muy poco temer
Ser de don Pedro mujer,
Para que su muerte espere.

DOÑA ÁNGELA.
No me puedo persuadir
Que me dejase mi hermano.

LEONARDA.
Pues que te ha dejado es llano,
Para dejarme morir.

MARTIN.
El no salió por la puerta.

LEONARDA.
Si salió; que siendo bien,
Cuando se va, no le ven.

MARTIN.
Tu hermano viene.

LEONARDA.
¡Estoy muerta!

ESCENA XVII.

FELICIANO.—DICHOS; después, DON JUAN.

FELICIANO.
Angela, para alegraros
Os traigo lo mas que puedo:
Dad los brazos á don Juan.

DOÑA ÁNGELA.
¿Don Juan, mi hermano?

LEONARDA.
¿Qué es esto?
(Sale don Juan.)

FELICIANO.
En un coche con amigos
Le saqué del monasterio.

DOÑA ÁNGELA.
¿Cómo no hablas, hermano?

DON JUAN.
Porque enmudece el contento
Que viene sin esperanza.
Mucho á estos señores debo,
Pues en tan grave desdicha
Tanta merced nos han hecho.
¿Es la señora Leonarda?

LEONARDA.
Yo soy, á servicio vuestro.

DON JUAN.
No solo os beso los piés,
La tierra que pisan beso.

LEONARDA.
En extremo he deseado,
Señor don Juan, conoceros;
Que por allá habréis sabido
Lo que á doña Angela quiero.

DON JUAN.
Sé la merced que la haceis,
Digna de tan nobles pechos.
Ya mi desgracia supistes.
Con razon temo á don Pedro,
Que es quien pretende matarme.
(Ap. Mas ya me ha muerto de celos.)

LEONARDA.
¿Mataros? No lo creais:
No matará, si yo puedo;
Que hay muchos en esta casa
Que pretenden defenderos.

DON JUAN.
Como el señor don Antonio
Le quiere para su yerno,
De que os doy el parabien,
Con justa razon le temo.

LEONARDA.
Pues no temais; que he de ser
(Aunque por padre le tengo)
De quien quisiera mi hermano,
Que solamente obedezco.

FELICIANO.
Yo te casaré, Leonarda,
Y no será con don Pedro.

LEONARDA.
Mil veces te doy los brazos,
Y el pensamiento agradezco.

FELICIANO.
¿Parécete bien?

LEONARDA.
Sí, hermano.

MARTIN.
Abraçe vusté al cajero
De casa.

DON JUAN.
Con mucho gusto.

MARTIN.
Randas y cambrayes vendo.
Si hay bodas, no hay que sacar
De cal de Francos; que tengo
Ciertas holandas, sutiles
Mas que el propio pensamiento.
Comencé sin una blanca,
Y á la primer flota pienso
Enviar cuarenta fardos,
Y tresdoblando el dinero,
Cargar dos naves que valgan
Siete mil y cuatrocientos.
Luego compro mi lugar
Y en un coche me paseo.
Miro grave y hablo culto
Y quito el sombrero á dedos.
Tres cosas hacen los hombres
Y los levantan del suelo:
Las armas, letras y el trato.
Armas no las apetezco,
Viendo mil soldados mancos
Sopones de los conventos;
Letras no las aprendí;
Trato desde aquí comienzo.
Fortuna, pues eres dama,
Cuatro moños te prometo
Y diez naguas de algodón,
Con que estés gorda tan presto.
Que encubras, por lo estofado,
Las cantimploras del suelo.

RUFINA.
Mi señor viene.

FELICIANO.
Don Juan,
Volvéos al monasterio
Que sabeis; que cada día
Ir á buscaros prometo;
Y fiad de esta palabra.

DON JUAN.
Honrais un esclavo vuestro.—
Adios, señora Leonarda.—
Adios, Angela.

DOÑA ÁNGELA.
Los cielos
Os libren, don Juan.

LEONARDA.
Y os guarden
Para lo que yo deseo.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DON ANTONIO, FELICIANO.

FELICIANO.
Cuando don Pedro salia
(Que por su causa no entré),
Escuché que te decia:
«Padre y señor»; con que fué
Cierta la sospecha mia.

DON ANTONIO.
Pues ¿qué sospechas?

FELICIANO.
Sospecho
Que habrás casado á Leonarda.

DON ANTONIO.
Tratado está, no está hecho.
Como ser su esposo aguarda,
De tu amistad satisfecho,

Entra por padre y señor
Mas humilde que un deudor;
Porque cuantos se han casado
De esta manera han entrado,
O sea interés ó amor;
Pero apenas pasa un mes,
Cuando es suegro y dél se afrentan,
Y por cualquiera interés
Entre las cosas le cuentan
Que se aborrecen después.
Pésales de ver que vive,
Como de heredar los prive,
Y dicen que un siglo dura.

FELICIANO.

Don Pedro á tanta ventura
Justamente se apercibe;
Pero no se la darás,
A lo menos con mi gusto,
Pues desobligado estás.

DON ANTONIO.

¿Has tenido algun disgusto
Con don Pedro?

FELICIANO.

Yo jamás.

DON ANTONIO.

Pues dóysela yo por tí,
Cuya amistad con exceso
No es de gusto para mí,
Y ; ahora sales con eso!
¿No es tu amigo?

FELICIANO.

Señor, sí,
Y á otros muchos preferido.

DON ANTONIO.

No, Feliciano : los dos
Habeis reñido; ¿qué ha sido?

FELICIANO.

Amigos somos, por Dios;
No habemos los dos reñido.

DON ANTONIO.

¿Hay pendencia? Hay amenaza?
¿Habló mal de tí en ausencia?
Que hay amigos de esa traza:
Lisonjean en presencia,
Y murmuran en la plaza.
Por mujer debió de ser;
Alguna te habrá quitado.
No niegues.

FELICIANO.

¿Yo! ¿Qué mujer?

DON ANTONIO.

Pues ¿cómo hoy te causa enfado
Lo que abonabas ayer?

FELICIANO.

Porque mayorazgo era,
Presumiendo que muriera
Su hermano, y vive y está
Fuera de peligro ya,
Y que le dieras quisiera
Mejor marido á Leonarda.

DON ANTONIO.

La palabra ¿no se guarda?

FELICIANO.

Digo, Señor, que es muy justo;
Pero el no ser con su gusto
Me defiende y acobarda.

DON ANTONIO.

Pues ¿qué gusto es menester?
¿Tengo yo de obedecer
A Leonarda, ó ella á mí?
Yo le conocí por tí,
Por tí será su mujer.
Galas y joyas previno,
De mi palabra fiado,
Y cumpliría determino.

FELICIANO.

Temor notable me ha dado.

DON ANTONIO.

¿De qué?

FELICIANO.

De algun desatino.

DON ANTONIO.

¿Quién le ha de hacer?

FELICIANO.

Mi hermana.

DON ANTONIO.

¿Tu hermana?

FELICIANO.

Veráelo presto.

DON ANTONIO.

Pues fúndese en ser liviana,
Y tú necio y descompuesto;
Y casaréme mañana.

FELICIANO.

Pues has llegado á decir
Disparate semejante,
No te quiero persuadir.

DON ANTONIO.

Salte allá fuera, ignorante.

FELICIANO.

No es ignorancia sufrir.

(Vase Don Antonio.)

ESCENA II.

FELICIANO.

En gran confusion me siento.
Don Juan está en mi aposento,
Yo por su hermana perdido,
Y don Pedro prevenido
Al injusto casamiento.
¿Qué cortos plazos le dan
Al mal! y el bien ¿cómo tarda!
Todos en peligro están.
Mas ; ay cielos! ; si Leonarda
Quisiera bien á don Juan!

(Vase.)

Habitacion de Leonarda.

ESCENA III.

DON JUAN, DOÑA ÁNGELA, LEONARDA, MARTIN.

LEONARDA.

¿Entrarás muy triste aquí?

DOÑA ÁNGELA.

Agravias su voluntad.

DON JUAN.

Confieso la soledad
Del tiempo que estoy sin tí;
Pero luego que te veo,
Vence la satisfacion
Cuanto á la imaginacion
Está pidiendo el deseo.

DOÑA ÁNGELA.

El cuarto de Feliciano
De suerte compuesto está,
Que en él consolar podrá
Sus soledades mi hermano.
Tiene muy ricas pinturas
Y escritorios excelentes.

DON JUAN.

Son de unos ojos ausentes,
Ángela, sombras oscuras.
Abrí la puerta y pasé
Al de Leonarda; que aquí
Amanece para mí
El sol que anoche se fué.
¿Cuál hombre, de cuantos trata
Favorecer la fortuna,
Acostada vió la luna
En su círculo de plata?—
¿No es verdad, Martín?

MARTIN.

Señor,

La luna es húmeda y fría,
Y comparalla sería
Con Leonarda, poco amor.
Cada mes su condicion
Hace trecientas mudanzas,
Que para tus esperanzas
Contrarios efectos son.
¿De qué le sirve crecer
A quien luego ha de menguar?
Quien cuartos pudo inventar,
¿Pudo ser buena mujer?
Demás, que fué gran bajeza
Trocar en cuartos su plata
Por premio, ofendiendo ingrata.
Su misma naturaleza.
El cerro del Potosí
Ha hecho lo que ha podido;
Que hablemos en él ó pido,
Y no haya cuartos aquí.

LEONARDA.

¿Cómo podré entretener
Á don Juan mientras se esconde?

MARTIN.

Lo que el amor te responde
No quiero yo responder.

LEONARDA.

Pero jugando ó hablando
Habrá de ser.

MARTIN.

Pues contemos
Cuentos, porque no podrémos
Entretenernos bailando;
Que si no, yo y la mulata
Sabemos un gateado,
Que capona y rastreado
Son cuartos, y estotro plata.

DON JUAN.

Si llega tan dulce día
Que yo tenga libertad,
Verémos tu habilidad.

LEONARDA.

Pues comienza, Ángela mía.
(*Sientanse los tres.*)

DOÑA ÁNGELA.

Yo no sé cuento ninguno;
Pero tambien entretienen
Cosas varias: y así, os quiero
Hacer de un pleito jueces.
Había un hombre de bien,
Gran defensor de mujeres,
Que tenía cierta hermana
Que le acompañaba siempre.
Llamábase el hombre Otavio,
La dama Olimpia, y dos veces
Se vieron, por defenderlas,
Cerca de prision ó muerte.
Defendió una dama un día,
Y e'la tambien le defiende;
Enamóranse los dos,
Los dos casarse pretenden.
El hermano de esta dama
Vió á la hermana del ausente,
Enamoróse tambien,
Y ella dicen que le quiere.
En fin, por temor de Otavio,
A decirlo no se atreve.
Agora os ruego, señores,
Que me digais cómo puede
Vivir Olimpia, si amor
Difícilmente se vence.

LEONARDA.

¿Queréis que responda yo?

DOÑA ÁNGELA.

Claro está que lo deseo.

LEONARDA.

Pues haga Olimpia el empleo

A que Otavio la obligó,
Pues que la enseña á querer;
Y los hermanos trocados
Quedarán en paz casados.

DON JUAN.

¿Qué puedo yo responder?

MARTIN.

¡Brava cifra! ¡Pesía tal!
¿Qué enigma tan encubierta!
Si la quiere descubierta
Leonarda, ¿qué dicha igual?

LEONARDA.

Si quiero, y lo podré
Las alhucías á mi hermano.
Pero oíd un sueño.

MARTIN.

En vano
Sueñas; ya no hay para qué.

LEONARDA.

La madre de las tinieblas
En la silla de su imperio
Daba las puertas al hurto
Y las llaves al secreto;
Estaban todas las cosas
En un profundo silencio,
Hasta la envidia dormía
(No hay mas encarecimiento),
Cuando soñé que en un prado
Estaba sola durmiendo,
A cuyas flores servía
De abanillo el manso viento,
Y que vino un pardo azor,
De un águila negra huyendo,
Que se amparaba en mis brazos,
Y que por tenerle en ellos
Desperté, y vi que me había
Llevado del pecho abierto
El corazón en las uñas.
¿Qué podrá ser este sueño?

MARTIN.

Notables andais de cifras.
Que no lo entiende, os prometo,
Uno de aquestos que saben
Castellano como griego.
Declaráos un poco mas,
Y lo que decís sabrémos.

DON JUAN.

Si te llevó el corazón,
Paloma andaluz, durmiendo
El pardo azor de Castilla,
Hago testigo á los cielos
Que te dejó toda el alma.

MARTIN.

¡Oh qué fin para un soneto!
Nueva manera de amor,
Seguidillas en requiebros.
Azor de Castilla,
Paloma andaluz;
¿Quién los viera, madre,
Comer alcuzcuz!

DON JUAN.

Este está borracho ya.

MARTIN.

¡Pluguiera á Dios!

LEONARDA.

Di tu cuento.

DOÑA ÁNGELA.

¡A gentil entendimiento
Encomendado se ve!

MARTIN.

¡Tan linda te ha parecido
La cifra que nos dijiste?

DOÑA ÁNGELA.

Yo me entendí.

MARTIN.

¿Si entendiste?
Pues todos te han entendido.

DON JUAN.

¡Ay, mi Leonarda! Si viera
A doña Angela casada
Con tu hermano, y que empleada
Mi vida y alma estuviera
En tus méritos divinos,
¿Qué vida fuera la mía!
La fuerza de esta alegría
Me hace pensar desatinos.
Esta ciudad generosa
Fuera mi patria: saliera
Al alba; pero no fuera
A buscar jazmín y rosa
Al campo, sino á mi lado,
Porque lo hallara en tu cara;
Y yo en tus ojos hallara
Luz serena y sol dorado.
Viera regalada mesa
Tan alegre al mediodía,
Que de tanta dicha mía
Aun á mi propio me pesa.
Cuando la noche en su abismo
Cerrara el cielo español,
Durmiera yo con el sol,
Antípoda de mí mismo.
¿Qué príncipe, qué señor
Tan descansado viviera?

MARTIN.

Por Dios, que no le dijera
Tal requiebro un labrador.

DON JUAN.

Pues ¿qué le puedo decir?

MARTIN.

Grosero amador estás.
Aquí no has hablado mas
Que de comer y dormir.

DON JUAN.

¿Sabes tú mas?

MARTIN.

Sí, en verdad.

DON JUAN.

¿Eres tú culto, por dicha?

MARTIN.

Eso fuera por desdicha,
Que no por habilidad.
Dejo las cosas divinas,
A que un hombre está obligado
Después que se ha levantado:
Ya, Señor, las imaginas.
Pero después de comer,
¿No era justo regalar
Tu esposa, y ver el lugar?
Que una mujer quiere ver.

DON JUAN.

Bien es, Martin, que me riñas.
Los deseos me engañaron.

MARTIN.

¿Por qué piensas que llamaron
A las de los ojos niñas?
Porque fué su condicion
Ver cuanto pasa, y tambien
El desear cuanto ven;
Que así las mujeres son.
Llévemosla á cal de Francos;
Que mil mujeres ha habido
Que, por no ver lo encogido,
No dan limosna á los mancos.
Llévemosla por el río
En un encerado barco;
Que una ventana con marco
Hará triste el humor mío,
Vea el sáballo salir
Del agua á la blanca arena,
De lama y de conchas llena,
Y entre las redes bullir.
Vea cómo se alborota,
Preso del cáñamo y plomo
En otro elemento, y cómo
La fudosa red azota.

Vaya en el coche tambien
Por el campo de Tablada;
Que una mujer festejada
Sabe que la quieren bien.
O á la comedia; que algunas
Saben dejar los chapines,
Si hay rótulos buratines
Con su ramo de aceitunas.
Vaya á esas huertas vecinas,
Vea frutas, corte flores;
Que no todos los amores
Se cubren de las cortinas.
Siempre fué mi parecer
Que el que es discreto, don Juan,
Nunca ha de ser mas galán
Que de su propia mujer.

ESCENA IV.

RUFINA, alborotada. — Dichos.

RUFINA.

¡Ay, Señora! ¿Cómo estás
Con descuidó tan notable?
Que tu hermano y mi señor
Riñeron sobre casarte.
Jura que esta noche misma
Ha de ser. Mira qué haces;
Que están las joyas en casa,
Ricas telas y diamantes,
Y el sastre á la puerta, muerto
Por dividir en mil partes
Primaveras y tabies.

MARTIN.

Ya no saldremos las tardes
Por sábalos.

LEONARDA.

Aun no puedo
Mover la lengua.

DON JUAN.

Ni hables,
Pues has gustado, Leonarda,
De engañarme y de matarme.

LEONARDA.

¡Yo engañarte, mi señor!
¿Cómo puedo yo engañarte,
Si me ha de costar la vida
El no sufrir que me case?

MARTIN.

Lo que mas siento, Rufina,
Es saber que el sastre aguarde
A echar por esos tabies,
Como por cerros y valles,
Aquella santa tijera,
Que tales milagros hace.
Cuando la pérdida España
Se ganó de los alarbes,
Mandó Pelayo salir
A todos los oficiales.
Que saldrian respondieron
De buena gana los sastres
A pelear con los moros
Cuando un pendón acabasen,
Para que van allegando
Pedazos chicos y grandes;
Pero, con haber mil años,
No hay remedio que le acaben,
Y puede llegar á Roma
Si los pedazos juntasen.

DON JUAN.

Yo no sé mejor remedio.
Di á tu hermano y á tu padre
Lo que don Diego decia;
Que si tal infamia saben,
Y que por eso le hirieron,
No es posible que te casen.

LEONARDA.

Eso ya estuviera hecho,

Don Juan, si fuera importante;
Mas si llega a su noticia,
¿Cómo no te persuades
Que los han de hacer pedazos?

DON JUAN.

Pues ¿qué importa que los maten,
A trueco de verte libre?

LEONARDA.

Eso es locura.

DON JUAN.

Pues dame

Algún remedio, que muero,
Mas que nunca viva nadie.

RUFINA.

Tu padre.

LEONARDA.

Escondéos los dos.

DON JUAN.

¿Quién habrá que no se canse
De tanto esconder?

DOÑA ÁNGELA.

Quien tiene

Amor.

DON JUAN.

No hay amor que baste.

(*Vanse don Juan, doña Ángela, Martín
y Rufina.*)

ESCENA V.

DON ANTONIO. — LEONARDA.

DON ANTONIO.

¿Cómo, Leonarda! ¿Es posible
Que á ver las joyas no sales,
Siendo propio en las mujeres
Con las galas alegrarse?
Mira que están los criados
De don Pedro para darte
Tal presente, que es razón
Que le agradezcas y alabes.
¿Qué es esto? ¿No me respondes?

LEONARDA.

Señor, por no declararme,
No te respondo.

DON ANTONIO.

Bien dices;

Que, puesto que te declares,
Has de hacer mi voluntad,
Porque engendrarte y criarte
Me ha dado este imperio en tí.

LEONARDA.

¿Hacen el alma los padres?

DON ANTONIO.

No, sino el cuerpo; que el alma
Dios la infunde.

LEONARDA.

Si en tres partes

Se divide el alma, y una
Es la voluntad, ¿no sabes
Que no es tuya, sino mía?
Que aun Dios no quiso quitarme
La libertad, con ser Dios.
Fuera de esto, que es bastante,
El bien que se da una vez,
No fué de nobles quitalle.
Si el cuerpo me diste, ¿es bien
Que como á dueño le mandes?
Ya es mío, pues me le diste:
Mira que es en hombres graves
Pedir lo que dan, baja.

DON ANTONIO.

¿Hay libertad semejante?
Mas vén acá, que no quiero,
Como era justo, enojarme.
¿Cuál es mejor casamiento?
¿Que con extraño te cases

O con el que mas conoces?

¿No es mejor, hija, emplearte
En quien puedas tú decir,
Por conocerle y tratarle,
Que está dentro de tu casa?

LEONARDA.

Suplicote que repares
En la palabra que has dicho.

DON ANTONIO.

¿Cómo?

LEONARDA.

Yo quiero casarme
Con quien en tu casa vive.

DON ANTONIO.

Ahora quiero abrazarte
Y echarte mi bendición,
Y á los dos, Leonarda, alcánce.
(*Vanse.*)

Habitacion de Feliciano.

ESCENA VI.

DON JUAN, DOÑA ÁNGELA, MARTIN.

MARTIN.

En efeto ¿nos vamos?

DON JUAN.

No es posible

Aguardar á que venga el nuevo esposo.

DOÑA ÁNGELA.

Culpo, don Juan, tu condicion terrible.

DON JUAN.

¿Cuál hombre tan aprisa fué dichoso?

DOÑA ÁNGELA.

Queríendote Leonarda, es imposible
Darle la mano.

DON JUAN.

Un padre es poderoso.

MARTIN.

No hay padre en voluntades de mujeres.

DON JUAN.

¿Qué viento no mudó sus pareceres?

MARTIN.

Y ¿dónde quieres ir?

DON JUAN.

Quiero embarcarme,
Pues fuera de peligro está don Diego.
Aquí puedes, doña Ángela, esperarme,
Que á despedirme de Leonarda llevo,
Pues, porque así es razón, quiero forzar-
[me.

No se queje de mí. — Tú, parte luego,
Y apercibe la ropa que trujiste.

MARTIN.

Yo voy.

(*Vanse don Juan y Martín.*)

ESCENA VII.

DOÑA ÁNGELA. (Ap.)

Yo quedo enamorada y triste.
Pasa la mar el mercader que aspira
A enriquecer, y por la extraña tierra
De su querida patria se destierra:
Ni el frío teme ni el calor admira.
Del bien gozoso que en su gloria mira,
En alta nave la riqueza encierra;
Y sin temer del elemento guerra,
Las ondas rompe, por llegar suspira.
Mas cuando ya la patria se la daba,
Corre tormenta en el vecino puerto,
Y halló la muerte cuando no pensaba.
Así por este mar del mundo incierto

Contenta mi esperanza navegaba;
Perdonóla la mar, matóla el puerto.

ESCENA VIII.

DON ANTONIO. — DOÑA ÁNGELA.

DON ANTONIO.

¿Quién se queja y habla aquí?

DOÑA ÁNGELA. (Ap.)

Ya me ha visto: ¿qué desgracia!

DON ANTONIO.

Mujer de tan buena gracia
¿En mi casa vive así?
¿Quién sois?

DOÑA ÁNGELA.

Señor...

DON ANTONIO.

No os turbeis.

DOÑA ÁNGELA.

Señor, de vuestro valor

Bien puedo flar mi honor.

DON ANTONIO.

Seguramente podéis.

DOÑA ÁNGELA.

Don Juan de Castro es mi hermano;
Por la herida de don Diego
Vino á su posada luego,
Con don Pedro, Feliciano.
Piadoso me trujo aquí.

DON ANTONIO. (Ap.)

Ahora entiendo la historia.

DOÑA ÁNGELA. (Ap.)

Esperanzas de mi gloria,
Paciencia, que ya os perdi.

DON ANTONIO.

(Ap. No de balde Feliciano
El casarse defendía
Su hermana.) Y ¿aquí os tenía?

DOÑA ÁNGELA.

No me ha tocado una mano.

DON ANTONIO.

De tan principal mujer
Estoy yo muy satisfecho.
Vuestro hermano ¿qué se ha hecho?

DOÑA ÁNGELA.

(Ap. ¿Qué tengo de responder?)
A Sanlúcar fué, Señor.

DON ANTONIO. (Ap.)

Encerrarla quiero aquí.

DOÑA ÁNGELA.

¿Qué quereis hacer de mí?

DON ANTONIO.

Asegurar un temor.
No temáis; que en mi aposento
Estaréis mas recogida.

DOÑA ÁNGELA. (Ap.)

¡Ay esperanza perdida!
Cobrad vida y nuevo aliento.

DON ANTONIO.

Entrad; que os quiero cerrar.

DOÑA ÁNGELA.

Como no salga de aquí,
Ya no es prision para mí.

DON ANTONIO.

¿Qué decis?

DOÑA ÁNGELA.

Que quiero entrar.
(*Entrase.*)

DON ANTONIO.

Por Dios, que no ha de salir
Hasta que case á Leonarda.

ESCENA IX.

RUFINA.—DON ANTONIO.

RUFINA.

Don Pedro, Señor, te aguarda.

DON ANTONIO. (Ap.)

Agora puedo decir
Que está seguro mi intento,
Pues quitada la ocasión
Se pondrá en ejecución
De Leonarda el casamiento.

(Vase.)

ESCENA X.

MARTIN, con la ropa.—RUFINA.

MARTIN.

¿Puedo entrar?

RUFINA.

Puedes entrar.

MARTIN.

Vengo, Rufina, ¡ay de mí!
A despedirme de ti,
Hechos los ojos un mar,
Un mar de llanto y enojos.

RUFINA.

Ya veo yo, Martin amigo,
La tormenta que contigo
Están corriendo tus ojos.

MARTIN.

¡Ay, ay, ay!

RUFINA.

El ay, ay, ay
Há mucho que ya pasó.

MARTIN.

¿No lloras, Rufina?

RUFINA.

¿Yo?

¡Acuérdase del Cambray,
Con qué pescó los quinientos?
Pues dígame, ¿qué me dió?

MARTIN.

¿Qué habla de darte yo?

RUFINA.

Por lo menos los docientos.

MARTIN.

Esos no te faltarán;
Pero mira que nos vamos.

RUFINA.

Mujeres solo lloramos
Cuando se van los que dan.

MARTIN.

Si; pero huélgome aquí
De que nacieses mulata;
Que aunque no quieras, ingrata,
Te pondrás luto por mí.
¿Que no te mueva á piedad
Haber besado el mastín?
Eres su parienta al fin,
Usas la misma crueldad.
¿Cuál hombre pasó en el mundo
La noche que yo pasé?
De la cocina rodé
Al sótano mas profundo.
Tú sabes dónde dormí,
Cercado con mil cuidados
De orinales vidriados.

ESCENA XI.

LEONARDA, DON JUAN.—Dichos.

DON JUAN.

El confiarme de ti
Ha de ser para mi daño.

LEONARDA.

No hayas miedo que lo sea.

DON JUAN.

En fin ¿quieres que te crea?

LEONARDA.

Tú sabes que no te engaño.

DON JUAN.

¿Dónde doña Ángela está,
Martin?

MARTIN.

¿No está con Leonarda?

LEONARDA.

Conmigo no.

MARTIN.

Pues aquí
La dejé mientras juntaba
La ropa.

DON JUAN.

Y tú ¿no la has visto,
Rufina?

RUFINA.

¿No puede en casa
Andar doña Ángela libre?

MARTIN.

Si con Leonarda no estaba,
No hay aposento en que esté.

DON JUAN.

Habla, Leonarda, ¿qué aguardas?
¿Hame llevado tu hermano,
Como sabe que te casas,
A mi hermana? ¡Bueno quedo
Sin la suya y sin mi hermana!
¡Vive Dios, que si esto fuese,
Que pienso que tal infamia
Me obligaría!...

LEONARDA.

Don Juan,
Paso, y con dignas palabras
De quien eres y quien soy.

DON JUAN.

¿Qué palabras hay honradas
Donde no lo son las obras?

LEONARDA.

Mira que conmigo hablas,
Y que si eres defensor
De las mujeres, y tratas
Mal mi respeto, diré
Que las mujeres engañas.

DON JUAN.

Leonarda, si esta traicion
Procede de vuestra culpa,
Bien sabes que me disculpa
Mi honor y buena opinion;
Porque no será razon,
Donde es la ofensa tan llana,
Que tengas defensa humana,
Pues muy atrevida quieres
Que defienda las mujeres
Y no defienda mi hermana.
¿Seria buena defensa
Que, por defenderte á ti,
Me hiciese un hermano á mí
En el honor esta ofensa?
Cuando tú te casas, ¿piensa
Que ha de merecer su mano?
Pues no quiera Feliciano
Que vuestra casa alborote;
Que, aunque pobre, tiene en dote
Ser quien es, y yo su hermano.
Mi hermana ha de parecer;
Porque, en llegando á mi honor,
No hay hermosura ni amor
Por quien le deje ofender.
No he defendido mujer
Con mas razon en mi vida.
Dámela, si eres servida;
Basta que, de mí adorada,
Quedes, Leonarda, casada,
No doña Ángela perdida.
Mira tú si á tu hermosura
Igual respeto he guardado,

Pues la espada no he sacado
Para hacer una locura.
Mi honor puesto en aventura,
Y ¡yo tan cuerdo y discreto!
Pondré la furia en efeto,
Aunque le pese á mi amor;
Que no es bien perder mi honor,
Por no perderte el respeto.

LEONARDA.

Tente, espera; que no sé
Que pueda haberte ofendido
Feliciano, y si esto ha sido,
Satisfacerte podré.
Yo misma te vengaré,
Yo seré tuya si quieres;
No te vayas, no te alteres.
Ángela me toca á mí,
Porque he aprendido de tí
A defender las mujeres.
Si yo soy tuya, no es bien
Que de mi hermano te quejes;
Cuando la tuya le dejes,
Conmigo quedas tambien.
Seré tuya aunque me den
Mil muertes: cierra los labios.
Mi bien; que los hombres sabios
Cuando se ven agraviar,
Aunque mueran por callar,
No publican los agravios.
A mi padre, al mundo, al cielo
Diré que soy tu mujer.

DON JUAN.

Martin, ¿qué tengo de hacer
Entre tanto fuego y hielo?

MARTIN.

¿Qué puede darte recelo
En tanta seguridad?

DON JUAN.

¿No seria necedad?

MARTIN.

No, sino razon prudente;
Que si alguna mujer miente,
Veinte mil tratan verdad.
Aman, quieren y aventuran,
Cantan, bailan y entretienen,
Solicitan, van y vienen,
Limpián, regalan y curan.
Nuestro descanso procuran;
Por ellas hay tanta historia:
Que guarda eterna memoria:
La casa en que no hay mujer
Como limbo viene á ser,
Ni tiene pena ni gloria.
Lisonja te hago en decir
Que las quieras y las creas,
Porque yo sé que deseas
Honrallas hasta morir.
Sin mujeres no hay vivir;
Que aun Dios vió que convenia
Darle á Adán su compañía;
Que el mas valiente que ves,
Lloró, en naciendo, á sus pies,
Pensando que las perdía.

DON JUAN.

Ahora bien, aunque no tenga
En toda mi vida honor,
Quiero que mi justo amor
Espada y mano detenga.
Don Pedro á casarse venga,
Tu palabra quiero ver;
Que si supe defender
Mujeres, en esta ofensa
Será la mayor defensa
Fiar mi honor de mujer.
Que solo su defensor
Aquel puede ser llamado
Que su honor les ha fiado;
Y su enemigo mayor
Quien no les fia su honor.
Yo pongo en tí mi esperanza:

Edeno es hacer confianza
De mujeres principales;
Que hacerías todas iguales
Es la mas necia venganza.
Cuánto les debo me acuerdo,
Puesto que conozco ya
Que algun maldiciente habrá
Que no me tenga por cuerdo.
Con justa causa me pierdo
Y me obligo á defendellas;
Que mas quiero yo por ellas
Quedar contento de amallas
Y engañado por honrallas,
Que libre por ofendellas.
(*Vanse don Juan y Rufina.*)

MARTIN.

¿Puede haber mayor valor?

LEONARDA.

El verá si le hay en mí.

ESCENA XII.

FELICIANO.—LEONARDA, MARTIN.

FELICIANO.

¿Estaba don Juan aquí?

LEONARDA.

Yo detuve su furor,
Asegurando su honor
Por excusarte la muerte.

FELICIANO.

¿Cómo hablas de aquea suerte?

LEONARDA.

Pues ¿cómo tengo de hablarte,
Si has querido aventurarte
A infamarme y á perderte?

FELICIANO.

¿Qué es lo que dices, Leonarda?

LEONARDA.

Que por no verte perder,
Tengo de ser su mujer.

FELICIANO.

Lo mismo pretendo; aguarda.

LEONARDA.

Ya la traicion te acobarda:
¿No era al principio mejor?
¿A un hombre de tal valor
A su hermana le has quitado,
Habiéndote confiado
Liberalmente su honor!

FELICIANO.

¿Yo quitado! ¿Estás en tí?

LEONARDA.

Dí dónde la tienes, presto.

FELICIANO.

En tu aposento la he puesto,
Desde entonces no la vi;
Y sospechoso de mí,
Don Juan se la habrá llevado.
Y pues ya te has declarado,
Yo le tengo en mi aposento,
Porque solamente intento
Verme de su hermana honrado.

LEONARDA.

¿Tú has escondido á don Juan?

FELICIANO.

En mi cuarto le he tenido,
Y él á su hermana ha escondido
Porque á don Pedro te dan;
Que ya juntándose están
Sus deudos para venir
A casarse.

LEONARDA.

Tú has de ir
A darle satisfacion.

FELICIANO.

Antes de hacerle traicion,
Quiero mil veces morir.

(Vase.)

ESCENA XIII.

LEONARDA, MARTIN.

LEONARDA.

Pues di, Martin, ¿á qué efeto
Don Juan con esta mentira
Culpa á mi hermano? Eso ¿mira
A mi defensa y respeto?
¿Cuál hombre noble y discreto
Tal hubiera imaginado?
¿Dónde, Martin, la has llevado?
Tú la tienes, esto es cierto,
Y que ha de costarte muerto
La vida que me has quitado.

MARTIN.

Esto solo me faltaba.

LEONARDA.

¿Dónde está? Dímelo presto;
Que te sacaré los ojos,
Si no me lo dices luego.

MARTIN.

Mira que nos ha engañado
Feliciano, y que es enredo;
Que don Juan trata verdad.

LEONARDA.

No lo creo.

MARTIN.

¿No lo creo?

¿Plega á Dios, si la he llevado,
Que vuelva á darme otro beso
El mastin de la cocina,
Y que entre gatos y perros
Pase otra noche tan mala!
Pero déjame entrar dentro;
Que quiero hablar á don Juan. (Vase.)

LEONARDA.

¿Qué fin tendrán mis sucesos?

ESCENA XIV.

DON ANTONIO.—LEONARDA.

DON ANTONIO.

Paréceme que te burlas
De mi obediencia y respeto.
Tres recados te he enviado
De que ya viene don Pedro.
¿Bien agradecida estás,
Que aun sus joyas no te has puesto!
¿Qué tristezas son, Leonarda,
Estas que abigen tu pecho?
¿No basta ser gusto mío?
¿No basta que yo lo quiero?
¿En qué andais los dos hermanos?
¿Quereis acabarme presto?
¿No basta que diga un padre:
«Dada la palabra tengo»?
No ha menester una hija
Saber cuál hombre, cuál dueño
Su padre le quiere dar;
Que hay tal diferencia en esto,
Que ella escoge con los ojos,
Y él con el entendimiento.
Solo que te diga yo,
Que solo tu bien deseo:
«Cásate con quien hallares
Dentro de aquel aposento,»
Basta para obedecerme,
Y para saber que acierto.

LEONARDA.

Pues esa es tu voluntad,
Digo, Señor, que obedezco. (Vase.)

ESCENA XV.

DON PEDRO, galán; ACOMPAÑAMIENTO.
—DON ANTONIO.

DON PEDRO.

(Vase.) Vengo á servirte y honrarte,

Señor, con todos mis deudos.
Dame tus piés.

DON ANTONIO.

Con los brazos

Sale á recebirte el pecho.

DON PEDRO.

¿Adónde está Feliciano?

¿Qué poca ventura tengo!

¿No honrarme en esta ocasion!

DON ANTONIO.

Yo y Feliciano tenemos

Cierta disgusto.

DON PEDRO.

¿Soy yo

La causa? ¿No está contento

De ser mi cuñado? ¿Ya

Este nombre y parentesco

Le ha quitado el de mi amigo?

DON ANTONIO.

Vais de la ocasion muy lejos.

Hele escondido una dama,

Y con este pensamiento,

Lo que siente por amor,

No lo dice por respeto.

DON PEDRO.

¿Cómo no viene Leonarda?

DON ANTONIO.

Entremos en su aposento;

Que ya debe de aguardar.

ESCENA XVI.

Alzan el tapiz de una puerta, y vese á
DON JUAN y LEONARDA, dadas las
manos. —DICHOS.

DON ANTONIO.

¿Válgame el cielo! ¿Qué es esto?

DON JUAN.

Es que estoy con mi mujer,
Y de la mano la tengo.

DON PEDRO.

Pues si la tienes casada,
¿Cómo, don Antonio, has hecho
A un caballero esta burla?

DON ANTONIO.

¿Yo burla? ¿Viven los cielos,
Que ha de morir el traidor!

LEONARDA.

Paso, Señor; que no pienso
Que se dejará matar,
Y yo disculpada quedo,
Pues me mandaste casar
Con quien en este aposento
Hallase. Yo hallé á don Juan:
Lo que mandaste obedezco.

DON ANTONIO.

¿Hay tal maldad? ¿Feliciano!
Feliciano!

DON PEDRO.

Si don Pedro

Es el agraviado, él basta.

DON ANTONIO.

Mi aposento me han abierto.

ESCENA XVII.

Alzan por la otra parte el tapiz de otra
puerta, y vese á FELICIANO y DOÑA
ANGELA, de las manos. —DICHOS.

FELICIANO.

Abrile yo con razon,
Las tiernas voces oyendo
Que mi mujer daba en él.

EL PREMIO DEL BIEN HABLAR.

509

DON ANTONIO.
¿Qué mujer? Traidor, ¿qué has hecho?

DON JUAN.
Siendo la mujer mi hermana,
Yo Castro y Portocarrero,
No hay que preguntar quién es.
Si la herida de don Diego
Fué riñendo en ocasión
Como honrado caballero,
Y él me pudo herir á mí,
Bien sabéis que no le ofendo;
Pero si estais ofendidos...

DON PEDRO.
Señor don Juan, yo no siento
Mas herida que perder
La esperanza y el deseo.

Pero no se pierda todo.
Dadme los brazos; que quiero
Ser vuestro amigo y de todos.

DON JUAN.
Honrad, Señor, vuestro yerno;
Que, aunque pobre, tiene sangre
Del conde de Andrada y Lemos.

DON ANTONIO.
Cien mil ducados de dote
Os quiero dar, porque al *Premio*
Del bien hablar demos fin.

DON JUAN.
No le deis sin que primero
Salgan Martín y Rufina.

ESCENA XVIII.

Salen de las manos MARTIN y RUFINA,
vestidos de novios de graciosidad. —
Dícuos.

MARTIN.
Aquí, Senado discreto,
Están Rufina y Martín;
Que nunca salgo de perros.

RUFINA.
Yo he menester un padrino.

MARTIN.
A mis bodas, caballeros,
Convido para mañana,
Si no es que antes me arrepiento.



LOS TELLOS DE MENÉSES,

PRIMERA PARTE 1.

PERSONAS.

TELLO EL VIEJO.
TELLO, *su hijo.*
MENDO, *villano, gracioso.*
SANCHE, *villano.*
FORTUN, *labrador.*
AIBAR, *labrador.*

DON RAMIRO.
BATO, *villano.*
LAURA, *labradora.*
INES, *villana.*
ORDOÑO I, REY DE LEON.

DOÑA ELVIRA, *infanta.*
DON NUÑO.
SILVIO.
BENITO.
VILLANOS.
CRIADOS.

La escena es en Leon y en las montañas de este reino.

ACTO PRIMERO.

Habitacion de la Infanta en el real alcázar
de Leon.

ESCENA PRIMERA.

LA INFANTA DOÑA ELVIRA,
DON NUÑO.

INFANTA.

Parecerá loca accion
A quien la virtud ignora.

DON NUÑO.

Extraña resolucion
En una heroica señora,
Hija de un rey de Leon!
Otros medios puede haber.

INFANTA.

Así pienso defender
Cauta mi honor y decoro,
Al quererme hacer de un moro
Un rey cristiano mujer.

DON NUÑO.

Ejemplos hay conocidos
De mujeres que supieron
Reducir á sus maridos,
Y que á la fe los trujeron
Los brazos y los oídos.
Tal con el rey de Valencia
Tu hermosura y tu prudencia,
Señora, pudieran ser,
Y al mayor ejemplo hacer,
Si no igualdad, competencia.
Casa con él; que, aunque moro,
En las virtudes sin fe
Es un archivo, un tesoro;
Y aunque fuera della esté,
Sabrá guardarte decoro.
Hace el Rey esta amistad
Por ganar la voluntad
Del de Córdoba y Toledo,
No porque les tiene miedo,
Por mayor seguridad
Que nadie se ha de mover
En siendo Tarfe su yernó.

INFANTA.

Primero pudiera ser
Volverse gloria el inferno
Que ser de Tarfe mujer.

En lugar de flores bellas,
Nuño, nacerán estrellas,
Y los peces de los rios
Trocarán sus centros frios
Al manto que esmaltan ellas.
Primero el feroz denuesto
Del arrogante leon.
Tendrá de un cordero miedo,
Será firme la ocasion,
Y se estará el tiempo quedo.
Cesarán la competencia
Los elementos furiosos
De su inmortal resistencia,
Y no tendrán envidiosos
Privanza, virtud ni ciencia.
Será la flaqueza fuerte.
Tendrá venturosa suerte
El bien con la ingratitud,
Enfadará la salud
Y será dulce la muerte.

DON NUÑO.

¡Resuelta en efeto estás
De que el conde castellano
Te favorezca?

INFANTA.

Hoy verás
Del moro el intento vano,
Y el de mi padre, que es mas.
No juzgues á desvario,
Nuño, el pensamiento mio:
Siendo forzoso ausentarme,
Nadie puede remediarme
Mejor que el Conde, mi tio.
Heme fiado de tí,
De tu valor confiada,
Para defenderme así;
Que yo sé que iré guardada
De tí mejor que de mí.

DON NUÑO.

¡No me tengan por traidor,
Si te acompaño en tu error!

INFANTA.

No es error hacer defensa
Una mujer en la ofensa
De su virtud y su honor.
Fara cegó de llorar
Por no se querer casar;
Y fué de alabanza dina
Huyendo á un padre Eufrosina,
A quien pretendo imitar.
En hábito de varon
Huyó Eugenia, y yo he tenido

Para huir, mas ocasion,
De un rey de Leon, que ha sido
Para mí rey y leon.
A punto mis joyas tengo;
Que los sucesos prevengo
Que temo, aunque no los sé,
Pues que por guardar mi fe
A tantas fortunas vengo.
Si como Cecilia fuera,
Algun ángel esperara
Que mi virtud defendiera,
Porque ese moro dejara
Su ley tan bárbara y fiera.
Mucho del cielo confío,
De mí no, Nuño; y así
Intento tal desvario.

DON NUÑO.

Para servirme nací,
Blason de mi sangre y mio.
Mira á la hora que quieres
Que venga por tí, pues eres
Quien se vale de mi nombre;
Que nace obligado un hombre
A defender las mujeres.

INFANTA.

Cuando se ponga la luna,
Que media noche será.

DON NUÑO.

Vendré sin falta ninguna,
En un caballo, en que ya
Corramos los dos fortuna.

INFANTA.

Pues por el parque saldré.

DON NUÑO.

Y yo á la puerta estaré.

INFANTA.

Aunque es hazaña atrevida,
Mas quiero perder la vida
Que no aventurar la fe.

(*Vanse.*)

Vista exterior de la casa de los Tellos
en las montañas de Leon.

ESCENA II.

TELLO, *vestido de gala, con adorno
dorado y plumas;* LAURA.

TELLO

Finalmente, ¡no he podido

¹ En el tomo XXI de LOPE, impreso en Madrid año de 1635, muerto ya nuestro autor, no se da título de primera parte á esta comedia; solo se la llama así en ediciones posteriores.

Guardarme de tí!

LAURA.

De amor,
¿Quién puede? Y mas si el temor
De ausencia promete olvido.
Y de la suerte que vas,
Vestido á lo cortesano,
¿No ves que encubres en vano
Los enojos que me das?
Que entre esperanza y temor
Vivo con tantos recelos,
Que me avisaran los celos
Cuando se durmiera amor.
¿Cómo te has vestido así?

TELLO.

Prima, aunque Tello, mi padre,
Es labrador, por mi madre
Hidalgo y noble nací;
Y él en toda la montaña
De Leon siempre ha tenido
Fama de ser bien nacido,
Y de los godos de España.
Pues ¿qué quiere de un mancebo
Como yo? ¿No es poco honor
De los dos ser labrador?
Por dicha en el mundo ¿es nuevo
Que quien tiene hacienda emprenda
Ser algo mas de lo que es?
¿En qué desatinos ves
Que le gasto mal su hacienda?
¿Es mucho que á la ciudad
Vaya como hombre de bien,
Adonde los que me ven
Conozcan mi calidad?
¿Quién culpa lo que no pasa
De un honrado pensamiento?
¿Tengo de ir en un jumento,
Como un villano de casa?
En ella, gracias á Dios,
Afeitán la yerba á un prado
Cien yeguas: pues mi criado
Y yo ¿es milagro que en dos
Vámos á ver la ciudad
Y á comprar alguna cosa?

LAURA.

A no dejarme celosa
Del traje la novedad
Y de Leon la hermosura.
Tu pensamiento aprobará.
Galán, es cosa muy clara
Que harás alguna locura.
Tú gracias, yo pocas dichas,
¿Qué espero, pues de las galas
Nacen á los hombres alas
Y á las mujeres desdichas?
Fuera desto, si en Leon
Ves las damas cortesanas
O en visitas ó en ventanas,
Donde con tal perfeccion
Está el adorno y el traje,
Que en ángeles las convierte,
Después ¿qué ha de parecerte
Nuestro rudo villanaje?
Una mujer que consejo
Pide al tocarse á una fuente,
No á un mar de cristal enfrente,
Que es mas lisonja que espejo,
¿Qué podrá ser para tí
Cuando vuelvas de Leon?

TELLO.

Prima, lo mismo que son
Los prados en que nací,
Con su natural belleza,
No los jardines del arte;
Porque es en aquella parte
Madrastra naturaleza.
Deja celos excusados,
Porque me pone temor
Mostrarme tanto rigor
Antes de estar desposados.

¿Qué dejas para después,
Si esto me dices agora?

ESCENA III.

TELLO EL VIEJO, INÉS. — Dichos.

INÉS.

Bien lo sabe mi señora,
Pues le llamé.

TELLO EL VIEJO.

Espera, Inés.

¿Qué buena conversacion!
Tú con gente cortesana,
Laura?

TELLO. (Ap.)

Cogióme: por Dios,
Que le avisaron que estaba
De partida á la ciudad.

LAURA.

La vista ó la edad te engaña;
Con Tello, mi primo, estoy.

TELLO EL VIEJO.

¿Quién es Tello?

LAURA.

¿No le acabas

De conocer?

TELLO EL VIEJO.

¿Cómo puedo?

Que Tello mi hijo, Laura,
Es labrador como yo,
Aunque de aquestas montañas
El mas bien nacido y rico,
Y habrá dos horas que andaba
Con un gaban y un sombrero
Tosco, abarcas y polainas.
¿Hijo yo con seda y oro,
Espada y daga dorada,
Plumas y mas aderezos
Que una nave tiene jarcias!
No creas tú que es mi hijo.
Caballero, ¿dónde pasa?
¿Es cazador deste monte?
¿Perdióse acaso? No habla?

TELLO.

¿Qué tengo de hablar, Señor,
Si desta suerte me tratas?
Quien te avisó, mejor fuera
Que este enojo te excusara.
¿Es mucho que á la ciudad
Un hijo de un hombre vaya
Tan principal como tú,
Y que ha de heredar tu casa,
En traje que lo parezca?

TELLO EL VIEJO.

Y ¿es justo que en esas galas
Gastes con tanta locura
El dinero que no ganas?
¿En qué está la diferencia
De la nobleza heredada,
Al oficial ó al que cuida
De su cuidado y labranza?
En que el uno vista seda
Y el otro una jerga basta,
Que basta para su estado;
Pues ella dice que basta.
La carroza del señor,
Que cuando el techo levanta,
Descubre los arcos de oro
Con las cortinas de grana,
¿No ha de tener diferencia
A un carro con seis estacas,
Cuatro mulas por frisonas,
Su mismo pelo por franjas,
Que, cuando mucho, á una fiesta
Lleva en un cielo de caña
Algun repostero viejo
Con las armas de otra casa?
¿Beber en cristal es poco,
Ó de algun arroyo el agua
Con la mano, que le vuelve

La mitad desde la barba;
Comer en plata ó en barro,
Supuesto que mas se gasta,
Pues nunca de su valor
Faltó la plata quebrada?
¿Ay, Tello! la perdición
De las repúblicas causa
El querer hacer los hombres
De sus estados mudanza.
En teniendo el mercader
Alguna hacienda, no para
Hasta verse caballero,
Y al mas desigual se iguala.
¿Qué hijo de un oficial
Lo mismo que el padre trata?
De aquí nace aquella mezcla
De cosas altas y bajas,
Que los matrimonios ligan,
Con que sangres y honras andan
Revueltas; de aquí los pleitos,
Las quejas y las espadas.
Hidalgo naciste, hijo;
Pero entre aquestas montañas,
De un labrador que ha vivido
Del fruto de cuatro vacas,
Seis ovejas y dos viñas.
Dejad al señor las galas
Y á los soldados las plumas;
Volved al paño y la abarca;
Que yo soy mejor que vos,
Y tal vez los pies me calzan
Por el riguroso enero
Las nieves de las montañas,
Y en junio las canas cubre
Algun sombrero de paja;
Que de agradecido al trigo,
La pongo sobre estas canas.

TELLO.

¿Quién pudiera persuadir,
Padre mio, con palabras
A los años, que se olvidan
De lo que por ellos pasa?
No hay hombre anciano que crea
Que caminé la jornada
De la vida en aquel brio,
Cuando el que tuvo le falta.
Conozco que han sido excessos
De un labrador estas galas;
Pero no de un hijo vuestro,
Que sois rey destas montañas.
Si fuéades labrador
De aquellos que cavan y aran,
No pudiera á vuestra queja
Satisfacer mi ignorancia;
Pero si cuando del cielo
En copos la nieve baja,
No cubre mas destos montes
Que con las guedejas blancas
Vuestro ganado menor;
Y si de ovejas y cabras
Parecen los prados pueblos,
Y yerba y agua les falta;
Si teneis de plata y oro
Tantos cofres, tantas arcas,
Y tiran cien hombres sueldo
De vuestra familia y casa,
¿Por qué os engañó la edad
En decir que lo que acaba
Las ciudades es hacer
Los hombres tales mudanzas?
El que su casa no aumenta,
Y la deja como estaba,
No es hombre digno de honor,
Antes de perpetua infamia.
¿Para qué camina un hombre
Tanto mar sobre una tabla,
Para qué estudia y pelea,
Sino para que su fama
Aumente á su casa el nombre?
Que si el mundo se quedara
En el oficio de Adán,
Naturaleza, afrentada,

Se corriera de mirar
Por muros y torres altas,
Por palacios, por ciudades,
Montones de trigo y paja.
No hubiera ciencias, no hubiera
Quien el mundo gobernara,
Ni pinturas ni esculturas.
Sedas, piedras, oro y plata.
Fué divina providencia
Para las cosas humanas
Diversas inclinaciones;
Y por eso á nadie espanta
Que aprenda un hombre á empedrar,
Pudiendo desde su infancia
Aprender artes que en oro
Piedras preciosas engastan.
Yo, en efecto, padre mio,
No me inclino á cosas bajas:
Si os cansan mis pensamientos,
A mí los vuestros me agravian.
A Ordoño, rey de Leon,
Hace guerra el de Granada;
Con alistarme soldado
Vendrán bien plumas y galas.
Ni os gastaré vuestra hacienda
Ni oiré tan viles palabras;
Que si vos estáis contento
Del campo y de su ganancia,
Yo aspiro á cortes de reyes
Y á ennoblecer vuestra casa.

TELLO EL VIEJO.

Oye, Tello; Tello, escucha.
(Vase Tello.)

ESCENA IV.

TELLO EL VIEJO, LAURA, INÉS.

LAURA.

El tiene mucha razón.

TELLO EL VIEJO.

¿Tan poca reprehension
Le causa?

LAURA.

No es sino mucha.

TELLO EL VIEJO.

Ayuda tú, por tu vida;
Anda, di que no se vaya.

LAURA.

¿Cómo es posible que haya
Quien estorbe su partida?

TELLO EL VIEJO.

Pues yo iré; que por ventura
Tendrá respeto á quien soy,
Si no á tu amor.

LAURA.

¡Buena estoy!

INÉS.

Si estás de su amor segura,
¿Qué importa que vaya Tello
A la ciudad?

LAURA.

Nadie amó

Segura.

INÉS.

Presumo yo
Que con un sutil cabello
Le atarás y le tendrás.

ESCENA V.

MENDO.—LAURA, INÉS.

MENDO.

¿Está acá nuevo amo el mozo?

INÉS.

Cayóse el gozo en el pozo.

MENDO.

¿Qué dices?

L-I.

INÉS.

Que no te vas.

MENDO.

Engañaste; qué ha de ser
Lo que Tello una vez dice,
Si el mundo lo contradice.

LAURA.

Pues esta vez no has de ver
La ciudad, Mendo alcabуетe

MENDO.

¿Yo alcabуетe?

INÉS.

Pues ¿quién es
El que le lleva?

MENDO.

¡Yo, Inés!

INÉS.

Buen castigo te promete
Señor por esas maldades.

LAURA.

Sí, Mendo, culpado estás;
Que, como á la corte vas,
A que vaya le persuades,
Contándole lo que ves.

MENDO.

¿Qué veo yo?

• LAURA.

Mil mujeres,
Pintándolas como quieres
De la cabeza á los pies.
Y todo es linda invencion;
Porque ¿qué puedes tú ver
Mientras llevas á vender
Trigo, cebada y carbon?
Desnuda lo cortesano,
Vuelve al capote.

MENDO.

¿Por Dios,
Que me tratáis bien las dos!
Esto de serviros gano.
¿Quién dice á Tello, quién cuenta
Sus gracias? ¿Qué lindo humor!
¿Quién le anima á mi señor
Al casamiento que intenta?
¿Quién te pinta cuando al día
Sirves de alba al levantarte?
¿Quién, cuando vas á acostarte,
Tu cubierta bizzaría?
¿Quién le dice, como yo,
Laura, que te guarde fe?

LAURA.

Hoy, Mendo, yo te escuché
Donde ninguno me vió,
Cuando á Tello le dijiste:
«No es tu valor para el monte:
Déjale, alégrate, ponte
Galas, colores te viste.
Una tosca montañesa
Que consultó para erizo
Naturaleza, y la hizo
En el molde de una artesa,
Con un zapato de lazo
Como un medio celemin,
Sobre la ceja el garbín,
La cola en el espinazo,
¿Qué tiene que ver con ver
Una columna de nieve
En tres puntos de un pie breve?»

MENDO.

¿Yo lo dije?

LAURA.

Y hay mujer,
Perro, que tiene los pies
Como bonete doblado.
Pues si alabar el calzado
Hoy escucharas, Inés,
Medias, zapatillo y liga,
A Venus imaginaras.

Todas tienen lindas caras:
No hay mujer de quien no diga
Que es un serafín, un cielo,
Como de la corte sea:
Infierno llama á la aldea.

MENDO.

Bien pagas, Laura, mi celo!
Yo tengo la culpa, yo,
Porque alabo, estimo y quiero
Aquel tomillo salsero
Con que este monte os crió:
El oler á flor de espinos
Por abril en las orillas
De los ríos, no á pastillas
De esos ámbares divinos,
Que han dado á tantas mujeres
Mal de madre y á los hombres
Tanto enfado, y otros nombres
Que impidan vuestros placeres.
¿Quién vuestra limpia hermosura
Y vuestra tez encarnada,
Tiesa y firme como espada,
Sin pelo ni quebradura:
Aquel lavarse á dos manos,
Un caldero por espejo;
El querer al tiempo viejo,
Y el pedir sin pasamanos;
Aquel blanco delantal
Con mil randas y labores,
En que puede coger flores
La misma aurora oriental;
¿Quién lo alaba y encarece
Como yo?

LAURA.

Ya he conocido
Tus lisonjas.

MENDO.

¿Quién ha sido
La causa, esto y mas merece.
Pero yo lo enmendaré
Con llevalle á la ciudad,
Para que sea verdad.

LAURA.

Y yo á Señor le diré
Cómo eres perro de muestra
De Tello, el ventor y huron
De sus damas, destrucción
Suya y de la hacienda nuestra;
Que eres el que vende el trigo
Que le hurtáis, y aun el dinero...

MENDO.

Escucha, Laura.

LAURA.

No quiero:
Hoy cuanto pasa le digo.

MENDO.

Inés, deténla.

INÉS.

¿Yo?

MENDO.

¿Pues?

INÉS.

Mal conoces el estado
A que conmigo has llegado.

MENDO.

Oye una palabra, Inés.
(Vase Inés.)

ESCENA VI.

MENDO.

Mas quiero oír un vos, mas un despre-
de quien ayer en baja mar vivía: ¡cío
Mas por fuerza escuchar mala poesía,
Y á un sordo, oyendo yo, que me hable
[recio]
Mas quiero ver á la virtud sin precio,
Sufrir de un ignorante la porfia,

Querer una mujer que tenga tía,
Hablar á un bobo y respetar á un necio;
Mas quiero consentir de un estudiante,
El frío verso y bachillera prosa, [te;
Con mucha presunción, siendo ignoran-
Mas los melindres de una necia her-
[mosa,
Y que en falsete un barbinegro cante,
Que resistir una mujer celosa. (Vase.)

Sala en el alcázar de Leon.

ESCENA VII.

EL REY ORDOÑO, DON RAMIRO;
CRIADOS.

REY.

¿A qué podrá llegar mi desventura?
¿A qué podrá servirme de remedio?

DON RAMIRO.

Señor, el cuerdo el último procura;
Que la paciencia es saludable medio
Para curar los males imposibles.

REY.

[dio!
Fuerte elección, si está la muerte en me-
No fueran mis desdichas insufribles,
Ramiro, á no ser yo la causa dellas;
Que esto las hace justas y invencibles.
Si yo culpar pudiera á las estrellas,
O á un loco amor, que el mas real decoro
Suele vencer cuando faltaran ellas,
Remedio hallara en el dolor que lloro;
Mas no le puede haber faltando Elvira,
Porque, cristiano, quise darla á un mo-
[ro.

Mas quien el corazón penetra y mira,
Sabe que fué mi intento confianza
De que al bautismo el de Valencia aspi-
¿Qué dice Blanca en fin? [ra.—

DON RAMIRO.

Que la esperanza
Es vana de buscarla, á lo que piensa,
Si vive ya donde el poder no alcanza;
Pues, viendo que era débil la defensa
Con que pudiera resistir tu gusto,
Como era darla por mujer á un hombre
Que, no siendo cristiano, fuera injusto,
Salí con diferente hábito y nombre,
Donde tienen por cierto que se ha muer-
[to.

REY.

¿A quién habrá que mi dolor no asom-
Sin duda de las fieras del desierto [bre?
Sepulcro es ya, pues no parece en cuanto
Se ha buscado, inquirido y descubierto.
Que Porcia del amor aplaque el llanto
Comiendo brasas; que Lucrecia el pecho
Al hierro entregue, no me causa espanto,
Ni reducida á punto tan estrecho.
Darle Cleopatra á un áspid, ni el ardiente
De Dido y Fedra en lágrimas deshecho;
Pero que una mujer cristiana intente
Matarse, ¿á quién no causa maravilla?
¿Desesperada, infiel, inobediente!...—
¿Qué ha respondido el conde de Castilla?

DON RAMIRO.

Lo que todos responden admirados.
En fin, ningún lugar, ciudad ni villa
Dejó de verse en todos sus estados;
Ni el de Navarra sabe cosa alguna.

REY.

Quitaránme la vida mis cuidados.
No me quiero quejar de mi fortuna;
Castigo fué del cielo mi imprudencia.
Disculpa no podrá tener ninguna,
Ni mal tan grande permitir paciencia.
(Vase.)

Monte.

ESCENA VIII.

LA INFANTA, DON NUÑO, con una
caja de joyas.

INFANTA.

Suelta las joyas, villano,
Ya que me dejas así.

DON NUÑO.

Pienso, Elvira, que de mí
Te vienes quejando en vano,
Pues pudiendo ser tirano
De tu mas noble tesoro,
Y no como indigno moro,
Sino como noble hidalgo,
De tanto peligro salgo,
Libre tu honor y decoro;
Que en este monte pudiera,
Dando lugar al deseo,
Hacer que del vi Tereo
Menor la tragedia fuera,
Y esta montaña tuviera
Otra Filomena hermosa,
Mas desdichada y quejosa;
Pues si te dejo el honor,
¿Qué joyas tienen valor
Que igualen la mas preciosa?
Acompañarte no ha sido
Traición, pues que fué ampararte;
La traición fuera forzarte,
A tu grandeza atrevido.
Mi honor, mi patria he perdido:
Si es así, forzoso es,
Para librarme después
Entre moros y cristianos,
Llevar el oro en las manos,
Que son los mejores piés.

INFANTA.

Aunque las joyas te pido,
No es por ellas mi interés;
Por una sortija es
Que del Rey, mi padre, ha sido;
Que, aunque tanto me ha ofendido,
Le tengo notable amor.
Cosa es de poco valor.

DON NUÑO.

¿Es la desta siere?

INFANTA.

Si;
Que de un diamante y rubí
Tiene en la boca una flor.

DON NUÑO.

Toma; que aunque esta tuviera
(Dáale una sortija.)

El valor de las demás,
No te negara jamás
Cosa que tu gusto fuera.

INFANTA.

No me dejes sola, espera,
En tan ásperas montañas;
Llévame á aquellas cabañas.

DON NUÑO.

Seré, Elvira, conocido
Por autor, como lo he sido,
De tan infames hazañas.
Quien ha tenido valor
Para venir desta suerte,
No tema, Elvira, la muerte,
Pues no ha temido el honor.
Donde me lleva el temor
Voy arrepentido y triste;
Confieso que me pusiste
Una esperanza, que fué
Por donde hasta aquí llegué
Con la ocasión que me diste.
Codicia de tu belleza
Me dió causa aquella tarde;

Pero rendíla, cobarde,
A los piés de tu grandeza;
Que no pudo mi bajeza
Tener tan altos despojos,
Ni atreverme á darte enojos
Puede en ocasión igual;
Que la hermosura real
Tiene deidad en los ojos.
Cuántas veces me incitaba
Un pensamiento amoroso,
Tantas de tu rostro hermoso
La grave luz me cegaba.
Quien en tal batalla estaba,
Bien hace en dejarte, á efeto
De que el temor mas discreto,
Tratándote, fuera ingrato;
Que es tan poderoso el trato,
Que á nadie guarda respeto;
Que si algo suele perder,
Contra las humanas leyes,
Respeto, Elvira, á los reyes,
Solo el trato puede ser.
Túrbase quien llega á ver
De un rey la deidad severa,
Como su ser considera,
Y el mas sabio se recata;
Pero quien los sirve y trata,
Ni se muda ni se altera.
Yo parto, en fin, victorioso
De mí mismo, y tan leal,
Que dejo ocasión igual
Al mas cuerdo ó mas dichoso.
Lo que me trujo animoso,
Determinado en secreto,
Me vuelve necio y discreto.
Perdona, y quédate aquí;
Que voy huyendo de tí
Por no perderte el respeto. (Vase.)

ESCENA IX.

LA INFANTA.

Hurta los rayos al dorado hermano,
Para vestirse de su luz, la luna;
Sin mirar otra palma, de ninguna
Cortó racimos de oro el africano.
Gime la tortolilla, y gime en vano,
Cuando el esposo que naurió importuna;
Sin dueño no hay en monte fiera alguna,
Ni vida alegre en el discurso humano.
De la suerte que el alma al cuerpo in-
[forma,

Es como la primera inteligencia,
Materia la mujer, el hombre forma.
Y tanto nos ampara su presencia,
Y así su forma nuestro ser conforma.
Quesiendo este traidor, siento su ausen-
[cia.

ESCENA X.

UN VILLANO. — LA INFANTA.

UN VILLANO. (Canta dentro.)

Triste está la infanta Elvira,
Días há que no se alegra;
Que la casa el Rey, su padre,
Con el moro de Valencia.

INFANTA.

Aquí llegan mis desdichas;
Pero si la causa llega,
Tan triste como atrevida,
¿Qué mucho que lleguen ellas?

VILLANO. (Canta dentro.)

¿Qué mal lo ha mirado Ordoño!
A la fe que se arrepienta;
Porque quien no teme á Dios,
No puede hacer cosa buena.

INFANTA.

¡Ah buen hombre, ah labrador!

VILLANO. (Dentro.)

Digo que llaman, Teresa,
Detrás de aquellas carrascas,
Y voz de mujer semeja. (Sale.)
¿Quién llama? ¿Quién es? ¿Sos vos?
Voto al sol, que es cosa nueva
Vuestro traje en estos montes,
Que no es á la usanza nuestra!

INFANTA.

Mas nuevas son mis desdichas.
Trújome por esta tierra
Un capitán.

LABRADOR.

¿Quién lo duda?
Como tiene el amor flechas,
A las mas engañan plumas.
¿Como diablitos os inquieta
Tanto en vuestras almohadillas
El tapatan de la guerra?
Pero ¿cómo os deja aquí?

INFANTA.

Por mis desdichas me deja,
Que son largas de contar.
Pero, dime, ¿son aldeas
Esas grandes caserías,
Que dellas parecen peñas,
Y dellas huertas parecen?

LABRADOR.

Todas son casas que albergan
Hombres ricos montañeses,
Que se quedaron en ellas
Desde el tiempo de los godos;
Tienen aquí sus haciendas
Y son reyes destos montes.
Esa que mirais mas cerca,
Es de Ramiro de Aibar,
Mi amo; esotra mas vieja
Es de Servando Fernandez;
Estotra es de Mendo Vega,
Aquella es de Ortun Ordoñez;
Pero de aquí legua y media
La de Tello de Meneses,
Hombre á quien todos respetan.
Allí hallárades amparo,
Pero con alguna ofensa
De vuestro honor.

INFANTA.

¿Por qué causa?

LABRADOR.

Porque tiene un hijo en ella
Mas galan que Gerinédos,
Que no hay moza que no pesca
En todo aqueste distrito.

INFANTA.

Pues mejor será la vuestra.

LABRADOR.

Ramiro de Aibar, mi amo,
Tiene una hija doncella,
Y con ella estaréis bien;
Pero trocando la seda;
Que no os querrán recibir.

INFANTA.

Ninguna cosa desean
Mis penas sino mudar
El traje. Si alguno hubiera
Antes de llegar allá,
Por sayal, por tosca jerga
Le diera de buena gana.

LABRADOR.

Conmigo vino Teresa
Para ayudarme á cargar
De carrascas la carreta:
Hablad con ella; que pienso
Que os ayude cuanto pueda.

INFANTA.

Vamos pues adonde está.

LABRADOR.

No es mala la diferencia,
Pues por un carro de roblo

Llevo una carga de seda!
(Vanse.)

Otro punto del monte.

ESCENA XI.

DON NUÑO, con la caja de joyas.

Sin saber dónde camino,
Me lleva el justo temor
Donde me trujo el amor
O me enseña mi destino.
Mas ya, temor, no imagines
Que has de hallar segura tierra;
Que quien los principios yerra,
¿Cómo ha de acertar los fines?
Necio fué mi atrevimiento
En ayudar la locura
De Elvira, por la hermosura
Que cegó mi pensamiento;
Pero, en fin, ya la dejé,
Y por sendas tan incultas
Voy, que, al mismo sol ocultas,
Ni las penetra ni ve.
En mis imaginaciones
No hay rama en esta ocasion
Que no sea un rey de Leon,
Y cada rey mil leones.
Lo que me da mas cuidado
Son las joyas, enemigos
Que han de servir de testigos
Si soy de su gente hallado.
Y así, cavando la tierra
Con esta daga, las quiero
Esconder; pero primero,
Para conocer la tierra,
Poner alguna señal.
(Dan voces dentro.)

Gritos dan. Todo me asombra;
Que espanta su misma sombra
Á quien dice ó hace mal.

ESCENA XII.

MENDO, TELLO —DON NUÑO.

MENDO. (Dentro.)

Por aquí, por aquí fué.

DON NUÑO.

Ellos me buscan á mí.

TELLO. (Dentro.)

¿Dónde, Mendo?

MENDO. (Dentro.)

Por aquí.

TELLO. (Dentro.)

El es.

DON NUÑO.

¿Muerto soy! ¿Qué haré?
Pero detrás destas ramas
Será mejor esconderme.

(Huye.)

ESCENA XIII.

TELLO, con una ballesta; MENDO,
SANCHO.

TELLO.

Desdicha habemos tenido

MENDO.

¿Cómo?

TELLO

Que ya no parece.

MENDO.

En parte, por Dios, me huelgo;
Que es venir á cazar liebres

Durmiendo en sus verdes camas,
Como caza de mujeres;
Y querer matar un oso
Es peligro, donde suele
Burlarse el mas alentado,
Engañarse el mas valiente.

TELLO.

Yo desde léjos quería
Tiralle.

MENDO.

Pues no te acerques;
Que el ejemplo de Favila
Aun está en Leon presente.

TELLO.

Dime, ¿qué te dijo Laura?

MENDO.

¿Qué áspid, tigre ó serpiente,
Que caiman ó cocodrilo,
Pisados ó heridos, vuelven
Con tal furia como Laura
Contra mi pecho inocente,
Dicíendome que yo era...?
¿Dirélo?

TELLO.

Dilo.

MENDO.

Alcahuete,

Que te llevaba á Leon
Para que sus damas vieses;
Que te las pintaba á todas
Con lisonjeros pinceles.
Para moverte á cosquillas
La sangre en la edad que tienes;
Que yo te ayudaba á hurtar
El trigo; y aunque no miente,
Siendo tanta la abundancia,
Mucho cuidado parece.
Demás de que, ya tu padre,
De miserable, no quiere
Ni aun darte para vestir,
Cuando en ese campo llueve
Lana, trigo y aun maná,
Siendo por sangre Meneses.
Pues ¡á mí, que el otro día
Le pedí unos zaragüelles,
Me dijo: «Sin ellos te anda,
Mendo, pues camisa tienes;
Que con sayo á la rodilla,
Mis abuelos y parientes
Sin zaragüelles andaban
Mas ligeros y mas fuertes!»
Respondíle: «En esos tiempos
Eran los aires mas leves;
Pero agora son tan bravos,
Que diera risa á la gente.»
Añadió que te decia
Mi testimonios, y advierte
Que la he dado la palabra
Que no irás eternamente
Á la corte, aunque te llame
El Rey por trecientas veces.

TELLO.

Loca debe de estar Laura.

MENDO.

Cuerda ó loca, no te quejes
De mí si no voy centigo.

TELLO.

¿Qué es aquello que se mueve?

MENDO.

Allí han sonado las ramas.
El oso es: tira.

TELLO.

Acértéle,

Pues se queja.

MENDO.

¿Lindo tiro!

SANCHO.

¿Lindo flechazo!

MENDO.
Excelente.
TELLO.
Bien puedes llegarle á ver;
Que con yerba prego muere.
MENDO.
Pues no salió tras nosotros,
No hayas miedo que se vengas.
Por el corazón le diste.
TELLO.
Pues llega á verlo.

(*Entrase Mendo.*)
¿Qué temes?
MENDO. (*Dentro.*)
¡Vive Dios, que has muerto á un hombre!
TELLO.
¿Qué me dices?

MENDO. (*Dentro.*)
Llega á verle.
TELLO.
Sacalde los dos en brazos.
(*Entrase Sancho.*)
¡Hay tal desdicha! Hay tal suerte!
¿Era cazador acaso?
MENDO. (*Dentro.*)
Hidalgo y noble parece.

ESCENA XIV.

MENDO y SANCHE sacan á DON NUÑO
herido.—TELLO.

TELLO.
¿Quién sois, caballero?
DON NUÑO.
¡Ay cielo!
Esto mis culpas merecen.—
Yo soy... (*Muere.*)

MENDO.
Quedóse en ayo soy;
Lo demás dijo la muerte.

TELLO.
¡Buen tallo!
MENDO.
¡Gentil vestido!
Los despojos te competen.
¿Qué habemos de hacer?
TELLO.
Callar;
Y al hombre que lo dijere,
¡Vive Dios, que he de cortarle
La lengua!

MENDO.
Señor, pues eres
El dueño deste difunto,
¿Qué harémos dél?

TELLO.
Mendo, hacerle
Sepultura en ese arroyo.
SANCHE.
¡Cruel estrella!

MENDO.
¡Que llegue
A morir por eso un hombre!
TELLO.
Arrójale, Mendo, y vuélve.
(*Mendo y Sancho meten el difunto.*)

ESCENA XV.

TELLO.
¿De qué sirve esconderse de tu flecha,
Muerte cruel, pues donde quiera, airada,
Listas sin vos, y con la planta belada

Entras donde jamás entró sospecha?
Para esconderse, muerte, no aprove-
La cortina de púrpura bordada; ¡echa
Porque la mira en la ballesta armada
Desde que nace el hombre tienes hecha.
Pero este ejemplo, aunque cruel, ad-
vierte
Que fué la muerte deste merecida.
Y no por culpa desu triste suerte, ¡rida
Pues claramente da á entender la he-
Que quien como animal tuvo la muerte,
Murió en el traje que vistió la vida.

ACTO SEGUNDO.

Campo inmediato á la casa de los Tellos.

ESCENA PRIMERA.

LA INFANTA.

No se cansa mi fortuna
De engañarme y perseguirme,
Pues en mis desdichas firme,
No espero mudanza alguna.
Al hábito labrador
Incliné mi majestad,
Porque en tal desigualdad
Desconociere el valor;
Pero así me ha conocido,
Y ha hecho suertes en mí,
Como si fuera quien ful,
O supiera lo que he sido.
Servi en el rústico traje
Que estoy, para ser ejemplo
De que no hay tan alto templo
Que el tiempo no humille y baje;
Y aunque en la casa en que estaba,
Su dueño bien me quería,
Una hija que tenía
Mis acciones envidiaba:
Fuerza fué no lo sufrir,
Porque no hay mas que temer
Que una envidiosa mujer.
Adonde se ha de servir;
Que si tantas penas pasa
Quien por vecina la tiene,
A mayor desdicha viene
Quien vive en la misma casa.
La de Tello de Meneses
Me dicen que es por aquí.
¡Ay, fortuna, si de mí
Y de mi honor te dolieses!
Hame puesto un labrador,
Que sus locuras me dijo,
Miedo con Tello, su hijo,
Para defender mi honor;
Por otra parte he sabido
Que es muy cortés y galán.—
¿Dónde estos serranos van?
¿Qué dicha hubiera tenido
Si fueran de su labranza!

ESCENA II.

SANCHE, MENDO.—LA INFANTA.

MENDO.
Cuanto á Inés, Sancho, no quiero
Obligarte con que espero
En sus desdenes mudanza.
Tengo tan poco favor,
Que en dejar de pretender
No pienso que pueda hacer
Mayor servicio á mi amor.
Si te quiere bien á ti,
Yo me rindo; tuya sea.
SANCHE.
Amor me dice que crea

Que me favorece á mí.
Y no le falta razón;
Que batiendo el otro día
La dije que la tenía
En medio del corazón.
Con esto, en sala, en cocina,
Donde quiera que la veo,
Se rie, y muestra el desao
Que á tenerme amor la inclina.
Antiyer la pellizqué,
Y tal mojicon me dió,
Que sin seso me dejó.

Y ¿es favor?

SANCHE.
Pues ¡no lo fué,
Si brazo y mano tenía
Mas limpio que están las flores?

MENDO.
Sancho, de tales favores
Tengo yo muchos al día.
No tiene hacienda Señor
Para comprar cucharones,
Con que me dé coscorrones,
Sin tenellos por favor.
¡Oh qué mal, Sancho, conoces
Estas niñas del fregado,
Que, como yeguas en prado,
Retozan tirando coces!
Yo te la doy, pues estás
Desos favores contento.

SANCHE.
Quejas oigo, pasos siento.

MENDO.
Quedo, no te informes mas.—
Serrana, que guarde Dios,
¿Dónde bueno por aquí?

INFANTA.
De casa de Aihar salí,
Bien le conocéis los dos,
Donde he servido dos meses.
Era importuna mi ama,
Y voy huscando por fama
La de Tello de Meneses.
¿Sois auyos acaso?

MENDO.
Sí.
Y á vos detener el paso
No os ha hecho el cielo acaso.

INFANTA.
Dicha ha sido para mí
Hallar de su casa gente.
Pero de cierta ocasion
Traigo mala informacion.

MENDO.
Creed que la envidia miente.
Si quereis servir allá,
Buen salario os aseguro.

INFANTA.
Creedme que lo procuro.
¿Está lejos?

MENDO.
Cerca está.
INFANTA.

¿Querráme á mí?
MENDO.
¿Qué decis?

Tal gracia y talte teneis,
Que la casa mandaréis
Si un mes en ella servís.—
Sancho, acoto esta mujer; (*Ap. á él.*)
A Inés te di.

SANCHE.
Soy un necio;
Mas por la mitad del precio
Pleito te quiero poner,
Porque tiene tanta estima,
Que para que me la des

Te daré por ella á Inés
Y dos cabritos encima.

MENDO.

No hay que tratar: ella es mía.—
Seguidme, hermosa serrana;
Que nunca tan de mañana
Salió en este monte el día.

INFANTA.

Para perder el temor,
De aquí á su casa podréis
Contarme lo que sabeis
Deste hidalgo labrador;
Que entretenidos así,
No hay camino que se sienta.

MENDO.

Bien decís: estadme atenta;
Que no está lejos de aquí.
(Echando andar y vanse lentamente por
una senda que da varias vueltas por
el teatro.)

Serrana, cuya belleza
Nació para ser señora
En los palacios del Rey
(Y no es haceros lisonja),
Sabed, ya que nos honrais
Con vuestra presencia hermosa,
Que en las faldas de los montes
De Asturias yace á la sombra
Un Leon, cuyas gudejas
Tiembla el moro y el sol dora,
A quien el piadoso cielo
Restituye la corona.
Este las doradas garras
Muestra al Africa, de forma
Que por mil partes le vuelve
Las espaldas temerosas.
De donde los tuvo ocultos
Don Pelayo en Covadonga,
Tantos fidalgos deciden,
Que están las montañas solas;
Pero de los que han quedado,
Cuyos solares adornan
Paveses de antiguas casas,
Familias de gente goda,
La de Tello de Meneses,
Serrana, es la mas famosa,
Mas rica, y por muchas causas
Mas respetada de todas.
Cincuenta pares de bueyes
Aran la tierra, abundosa
De rubio trigo, que apenas
Hay trojes que le recojan.
Trepan estas altas peñas
Fértiles, cabras golosas
En cantidad, que parece
Que otro monte inculto forman.
Bajan á ese claro río,
De aquellas nevadas rocas,
A beber tantas ovejas,
Que unas á otras se estorban;
Que los cristales que encubren
Las arenas por un hora,
Los mismos peces enseñan
Envueltos en verdes ovas.
Las rocas llamé nevadas,
No por los hielos de Bórcaas,
Mas porque la blanca lana
Hace que no se conozcan.
No hay dehesas, vegas, prados
Adonde las vacas coman,
Con ser de Tello las países
Diez leguas á la redonda.
Los toros al herradero,
Como el fuego los provoca
Del hierro abrasado, vienen
Novillos y salen onzas.
En llegando la vendimia,
De negras uvas rebosan
Los lagares, que las espas
Por pardos sarmientos brotan.
Treinta y mas hombres las pisan,
Y el mosto que sus pies moja,

Para cuando vino sea
Les jura vengar su honra.—
Aquí en cárceles de orizos
Le dan castañas sabrosas
Los montes, las anchas vegas
Verdes peras, guindas rojas,
Con las pálidas camuesas,
Nueces, avellanas, moras,
Servas, nisperos y almendras,
Que flores de nácar bordan.
Gansos los arroyos cubren,
Aves tan vanas y locas,
Que con aquel débil cuello
Piensan que en el cielo topan.
Los animales morenos
(Lenguaje que el mundo toma,
Pues llama moreno á un negro,
Siendo la color notoria)
Salen al ronco instrumento
En gran número al aurora,
Aunque mas parece noche
Por donde el camino asombran.
En esos bosques sombríos
Con amorosas congijas
Braman mil sueltos venados
Por las ciervas desdeñosas.
Los conejos advertidos
Por los vivares se alojan,
Y escogen campo las liebres
Adonde ligeras corran.
Cuando el madroño sangriento
Su verde fruta colora,
Salir de sus altas cuevas
Los osos peludos osan.
No menos los jabalies,
Que el verano se remontan,
Vienen á buscar hambrientos
Las sezonadas bellotas.
Aquí entra bien Tello el mozo,
Que la fama mentirosa
Os ha pintado, diciendo
Que cuanto mira deshonra.
Digo que entra, porque suele
Con valor y vanagloria
Matar estos animales,
Puesto que á su padre enoja;
Que con su sangre á un venablo
De suerte el oro desdora,
Que está desta parte el asta,
Y el acero de la otra.
Es un mancebo galán,
Que puede servir de alcorza
Tan dulce, que algunas hembras
Se le llegan como moscas.
Hablar en su cortesía,
Es contar granos de aljófara
Sobre las flores que el alba
Llora en sus cogollos y hojas.
Su entendimiento y blandura
Su condición generosa
Para un príncipe nacieron,
Que no para gente tosca.
He sido yo de opinión
(Que tengo en algunas cosas,
Aunque labrador, buen gusto,
Ni es todo el sayal alforjas)
Que, como las frutas, hizo
Naturaleza estudiosa
Los hombres agros y dulces;
Y así, en esta casa agora
Tello el viejo es agro y Tello
El mozo es dulce.
(Desaparecen.)

Vista exterior de la casa de los Tellos.

ESCENA III.

LA INFANTA, MENDO, SANCHE.

MENDO.

No os pongan

Temor, porque el noble viejo
Trata de su hacienda sola,
Y aunque estéis aquí dos años,
Sin ser falta de memoria,
No sabrá si le servís,
Porque hay docientas personas;
Mas si fuéades oveja,
Como sois mujer, Señora,
Supiera cuándo nacistes
Mejor que vuestra parroquia.
El mozo no os hará mal,
Porque sus manos y boca
Componen su entendimiento,
Y á sus palabras sus obras;
Fuera de que es imposible
Que los ojos en vos ponga,
Respeto de que su padre
Le quiere dar por esposa
A Laura, una prima suya,
Que es una gallarda moza,
Si vuestra hermosura y gracia
Que esto diga me perdona;
Que no habiendo competencia
Con los claveles y rosas
De vuestra boca y mejillas,
Las suyas blancas y rojas
Pueden hacer un invierno
Primavera delectosa;
Porque de solas las almas
Merece ser labradora.
Pero ella y una criada
A esta fuente sonrosas
Por agua bajan: hablades;
Y á mí, á quien tanto enamoran
Esos ojos, dad licencia
Que á serviros me disponga;
Que en esta ruda corteza
Vive un alma que os adora,
De quien en tosca materia
Seréis vos divina forma,
Seréis miel en alcornoque,
Letras en persona rota,
Var en hombre sin dicha
Y ventura en vida corta.
Guante de ámbar en villano,
En ruin lengua buena copla,
Armas en cobarde pecho,
Doblón rico en pobre bolsa;
Que, desdeñado ó querido,
Seré vuestro en pena, en gloria,
Contento en cualquier estado
Que la fortuna me ponga.

ESCENA IV.

LAURA é INÉS, con dos cantarillas
— Dichos.

INÉS.

Digo que es Mendo, y que viene
Con Sancho y una mujer.

LAURA.

Que siempre este ha de traer
Lo que celosa me tiene?

INFANTA.

Dadme, Señora, esa mano.

LAURA.

¿Qué es esto, Mendo?

MENDO.

Señora,
Una hermosa labradora
Que hallé en ese verdé llano.
Dice que á Aibar ha servido,
Y que por cierto disgusto
Le ha dejado.

INFANTA.

Con mas gusto,
Si dicha hubiera tenido,
En vos me hubiera empleado;
Pero yo no merecia
Serviros.

LAURA.
La cortesía,
El talle, el traje, el agrado,
El rostro, obliga á estimar,
Serrana, el ofrecimiento.

INFANTA.
Menos os digo que siento,
Y solo os puede obligar
El hallarme en tierra extraña.

LAURA.
¿De dónde sois?

INFANTA.
De Castilla.

LAURA.
Mucho el veros maravilla
Que vengais á la montaña.

INFANTA.
Es larga historia: después
Os la quiero referir.

LAURA.
Mejor que para servir,
Es para servida. (Ap. á ella.)

INFANTA.
Recibela, por tu vida;
Que es lástima que se pierda.

LAURA.
La condicion se me acuerda
De Tello.

INFANTA.
Está defendida
Con el amor que te tiene;
Y esta es moza honesta y grave,
Si no encubre lo que sabe.

LAURA.
¿Qué sé yo de dónde viene?

INFANTA.
¿Habrá mas de despedilla
Si al rostro sale traidora?

LAURA. (A la Infanta.)
¿El nombre?

INFANTA.
Juana, Señora.

LAURA.
Tomad esta cantarilla
Y seguidme; que en la fuente
Me contaréis vuestra historia.
(Vanse las tres.)

MENDO.
Llevado me ha la memoria.

SANCHO.
Yo hallo un inconveniente.

MENDO.
¿Cómo?

SANCHO.
El viejo, que retozos
Teme en mozas de despejo.

MENDO.
Si no la quisiere el viejo,
Servirá para los mozos.
(Vanse.)

—
Sala en casa de los Tellos.

ESCENA V.
AIBAR y BATO; luego, TELLO EL VIEJO y SILVIO.

AIBAR.
Pienso que negociaremos;
Que es muy rico y liberal.

BATO.
Fortun no ha dado un real:
¡Bien con él la iglesia haremos!

AIBAR.
Tello es hombre de valor.

BATO.
¿Quién da voces?

(Salen Tello y Silvio.)

TELLO EL VIEJO.
¡Esto pasa!

Salid, villano, de casa.

SILVIO.
No tengo culpa, Señor;
Deten, por Dios, la cayada.

TELLO EL VIEJO.
¿Qué tengo de detener?

¿De mi hacienda habeis de hacer
Como de hacienda robada?

¿Vive Dios!...

SILVIO.
Oye en disculpa...

TELLO EL VIEJO.
¿Qué disculpa puedes darme,
Que no sirva de enojarme
Y de hacer mayor tu culpa?

¿Cuántos piés tiene un lechon?

SILVIO.
Cuatro.

TELLO EL VIEJO.
Pues ¿cómo has traído

Tres?

SILVIO.
El uno se ha caído;
Que ya sé que cuatro son.

TELLO EL VIEJO.
Del pecho te he de sacar
Ese pié si le has comido.
(Huye Silvio y sigue Tello el viejo.)

BATO.
¿A buen puerto hemos venido!
Vámonos, señor Aibar.

AIBAR.
Dices bien. ¿Este es Meneses,
Aquel noble y liberal?

No he visto miseria igual.

BATO.
Menester fué que lo vieses
Para poderlo creer.
(Vuelve Tello el viejo.)

TELLO EL VIEJO.
¿Quién va? ¿Quién sale de aquí?

Vuelva quien es.

AIBAR.
No entendí,

Puesto que te vine á ver,
Hallarte enojado.

TELLO EL VIEJO.
Aibar,

Ya sabes que soy tu amigo.
No lo estoy mucho, y contigo
Me sabré desenojar.

¿Qué quieres? ¿A qué venias?

AIBAR.
No mas de á verte.

TELLO EL VIEJO.
Es engaño,

Pues el irte es desengaño,
Que alguna cosa querias.

AIBAR.
No, cierto.

TELLO EL VIEJO.
Di la verdad;

Que nuestra amistad se ofende.

AIBAR.
Pues á quien tan bien la entiende,
Quiero hablarle en amistad.

Tello, á mí me han encargado
Recoger algunos días,
Por aquestas caserías,
La limosna y el cuidado
De la iglesia que labramos
Desta vega en la mitad,

Con que la dificultad
De ir á la villa excusamos.
Ella está ya comenzada;
Limosna os vine á pedir,
Porque siempre oi decir
Vuestra condicion honrada
Y la liberalidad
Con que procedeis en todo;
Pero entré, y hallé de modo.
Que, diciéndoos la verdad,
Os tuve por miserable;
Que reparar en un pié
Un hombre tan rico, fué,
Tello, bajeza notable.
Por esto á la fe me fui.

TELLO EL VIEJO.
Cierto que teneis razon.
Es así mi condicion;
Pero es en mi casa así.
Venid, Aibar, á la tarde,
Y contad tres mil ducados.

AIBAR.
¿Qué decis?

TELLO EL VIEJO.
Que á estar contados,
No fuera en darlos cobarde.

AIBAR.
¿Tres mil?

TELLO EL VIEJO.
Mirando en un pié
Y en otras cosas así,
Puedo daros lo que os di,
Y otros muchos os daré.
Id en hora buena, Aibar.

AIBAR.
Tres mil años (y aun es poco)
Vivais.

TELLO EL VIEJO.
Id con Dios.

AIBAR.
Voy loco.

BATO.
¿Tres mil! ¿Qué mas pudo dar
El mismo rey de Leon?

AIBAR. (Ap. á Bato.)
¿Qué te parece el ejemplo?

BATO.
Que quien á Dios labra templo,
Da beneficio á pension.
(Vanse Aibar y Bato.)

ESCENA VI.
TELLO EL VIEJO.

¿Cuán bienaventurado
Puede llamarse el hombre
Que con escuro nombre
Vive en su casa, honrado
De su familia, atenta
A lo que mas le agrada y le contenta!
Sus deseos no buscan
Las cortes de los reyes,
Adonde tantas leyes
La ley primera ofuscan,
Y por el nuevo traje
La simple antigüedad padece ultraje.
No obliga poca renta
Al costoso vestido,
Que al uso conocido
La novedad inventa,
Y con pocos desvelos
Conserva la igualdad de sus abuelos.
No ve la loca dama
Que por vestirse de oro,
Se desnuda el decoro
De su opinion y fama,
Y hasta que el arco rompa,
La cuerda estira de la vana pompa.
Yo salgo con la aurora

Por estos verdes prados,
Aun antes de pisados
Del blanco pie de Flora,
Quebrando algunos hielos
Tal vez de los cuajados arroyuelos.
Miro con el cuidado
Que salen mis pastores;
Los ganados mayores
Ir retozando al prado,
Y humildes á sus leyes,
A los harbechos conducir los bueyes.
Aquí las yeguas blancas
Entre las rubias reses,
Las emes de Meneses
Impresas en las ancas,
Relinchan por los potros,
Viéndolos retozar unos con otros.
Vuelvo, y al mediodía
La comida abundante
No me pone arrogante;
Que no pienso que es mía,
Porque, mirando al cielo,
El dueño adoro con humilde celo.
Todos los años miro
La limosna que he dado
Y lo que me ha quedado,
Y diciendo suspiro,
Viendo lo que se aumenta:
«Siempre me alcanza Dios en esta cuen-
Voy á ver por la tarde, [ta.]
Ya cuando el sol se humilla,
Por esta verde orilla,
El esmaltado alarde
De tantas arboledas,
Locos pavones de sus verdes ruedas;
Y, como en ellas ojos,
Frutas entre sus hojas,
Blancas, pálidas, rojas,
Del verano despojos,
Y en sus ramas suaves
Canciones cultas componer las aves.
Cuando la noche baja,
Y al claro sol se atreve,
Cena me aguarda breve,
De la salud ventaja;
Que, aunque con menos sueño,
Mas alentado se levanta el dueño.
De todo lo que digo
Le doy gracias al cielo,
Que fertiliza el suelo,
Tan liberal conmigo;
Porque quien no agradece
La deuda al cielo, ni aun vivir merece.

ESCENA VII.

LAURA, LA INFANTA, INÉS.—
TELLO EL VIEJO.

INÉS. (A Laura.)
Aquí está Señor.

LAURA. (A la Infanta.)
Bien creo
Que se ha de alegrar de verte.

INFANTA.
Tengo yo tan poca suerte,
Que lo imposible deseo.

LAURA.
Esta serrana, Señor,
Que de Aibar criada ha sido,
En tu nombre he recibido;
Que muestra á tu casa amor,
Y la habemos menester.

TELLO EL VIEJO.
Menester adonde hay tantas?
¿A qué cosas te adelantas!—
Id con Dios, buena mujer;
Que hostezos de señora
Tiene mi sobrina ya.
Viendo que la casa está
Con tanta familia agora,
¿Mas costa quiere añadir?

LAURA.
Costa una pobre mujer
En tu casa puede hacer,
Y que te viene á servir?

TELLO EL VIEJO.
Pues ¿no es una boca más?

LAURA.
Dónde todo está sobrado,
¿Te da una mujer cuidado?
Pienso que enojado estás.

TELLO EL VIEJO.
Laura, mira por la hacienda,
Pues es toda para tí.

INFANTA.
Doléis, Señor, de mí;
No permitais que me ofenda
Tan grave necesidad,
Que se me atreva al honor.
Por pobre os pido favor,
Aunque tengo calidad.
De limosna habeis de hacer
Esto por Dios y por mí.

TELLO EL VIEJO.
¿Por Dios decís?

INFANTA.
Señor, sí.
No me permitais perder.

TELLO EL VIEJO.
Jamás por Dios he negado
Cosa que pudiese hacer.—
Laura... (Ap. á ella.)

LAURA.
Señor...
TELLO EL VIEJO.
La mujer
Con lágrimas me ha obligado;
Ella queda recibida.
Vístela, para las fiestas,
De algunas cosas honestas.
Aunque no está mal vestida.

LAURA.
Yo buscaré qué la dar.
TELLO EL VIEJO.
Si tuyo, Laura, ha de ser,
¿Qué me puede á mí deber?
Hazle un vestido sacar
Que cueste hasta cien ducados.

LAURA.
Pues tú, que darla temías
De comer donde estos días
Comen docientos criados,
¿La mandas vestir así?

TELLO EL VIEJO.
Laura, una cosa es guardar
Nuestra hacienda, y otra es dar:
Lo que he guardado le di.

LAURA.
No habrá vestido en la sierra
Que á tanto pueda llegar.

TELLO EL VIEJO.
Pues bien la puedes comprar,
A la usanza desta tierra,
Arracadas y corales;
Que muestra ser bien nacida.

LAURA.
Juana, ya estás recibida.

INFANTA.
Esas manos liberales
Beso mil veces, Señor.

TELLO EL VIEJO.
Id en buen hora, y guardad
En todo la honestidad
Que merece vuestro honor.
(Vanse las mujeres.)

ESCENA VIII.

TELLO EL VIEJO.

En mi vida, aunque tratase
A quien jamás conociese,
Hice bien que le perdiere,
Ni mal que no me pesase.
O mal ó bien lo emplease,
Siempre de hacer la virtud
Resultó al alma quietud;
Aunque conozco tambien
Que del sol del hacer bien
Es sombra la ingratitud.

ESCENA IX.

TELLO, MENDO.—TELLO EL VIEJO.

TELLO.
Cansado estoy.

MENDO.
Has jugado
Dos horas largas y mas.

TELLO.
Señor me vió.

TELLO EL VIEJO.
¿Dónde vas?
TELLO.

A vestirme voy, cansado
De jugar un desafío
Con dos mozos montañeses.

TELLO EL VIEJO.
Es, por vida de Meneses,
Tu cuidado el propio mío!
¿Qué jubon es ese, Tello?

TELLO.
¿Nunca has visto este jubon?

TELLO EL VIEJO.
¡Bravas tus locuras son!
Tente. ¿Una cadena al cuello!
¿Qué te costó?

TELLO.
No lo sé.
Basta que yo lo he pagado.
TELLO EL VIEJO.
Sí, de lo que has trabajado.

TELLO.
No poco trabajo fué.
MENDO. (Ap.)
Bien dice, pues que sacamos
A cuestras cuarentas hanegas
De trigo.

TELLO EL VIEJO.
A locuras llegas,
Que has de hacer que nos perdamos.
¿Perdiste al juego?

TELLO.
Perdí.
TELLO EL VIEJO.

TELLO.
¿Cuánto?
Cien reales no mas.
TELLO EL VIEJO.
¿No mas? ¿Qué gracioso estás!

TELLO.
Esto ¿que te importa á tí?
TELLO EL VIEJO.
Pues ¿á quién le ha de importar?
Si á mí no me importa, loco?

TELLO.
¿Cosas dices!...
TELLO EL VIEJO.
Poco á poco.

TELLO.
¿Aun no me dejas hablar?

TELLO EL VIEJO.

Ten, en hora mala, seso.
¡Cien reales!

TELLO.

¡Desto te enojas?

TELLO EL VIEJO.

Y las mejillas ¡muy rojas
Del sudor y del excoeso! —
Vé, Mendo, y á Laura di
Que una camisa le dé;
No se resfrie.

(Vase Mendo.)

TELLO.

No haré,
Si estoy delante de ti,
Que me haces sudar de pena.

TELLO EL VIEJO.

Falta te harán los cien reales.

TELLO.

Si harán, porque mis iguales
No han de pedir cosa ajena.

TELLO EL VIEJO.

Vén por mí á mi aposento.

TELLO.

Mil años vivas, Señor.
(Vase Tello el viejo, y vuelve Mendo.)
¡Mil reales! ¡Qué extraño humor!
Y siento que pierda ciento.

MENDO.

De trigo se los ahorra.

TELLO.

Perdone ó de sí me aparte;
Que yo no tengo otra parte
Que mis fortunas socorra.
(Sale Mendo.)

ESCENA X.

LA INFANTA, con una camisa doblada
en un azafate. — TELLO.

INFANTA. (Ap.)

Querer mi honor resistir
Mi fortuna es desvario,
Si el primer servicio mío
Es á quien pensaba huir.
Díome esta camisa Inés
Para Tello, aquel traveso
Mozo de tan poco seso,
Que destas montañas es
El Júpiter, el Narciso,
El galán, el robador...
— Mas ya me ha dado el temor
De su condicion aviso.
¡Ay Dios! Allí está... si es él.
Pero es fuerza que lo sea.
¡Buen tallo! ¡Quién hay que crea
Que habrá mal término en él?
¡Gentil aire! No parece
De sangre humilde aquel brío.

TELLO.

¡Quién habla aquí?

INFANTA.

Señor mío,
Quien desde agora os ofrece
Una criada, añadida
A las muchas que teneis.

TELLO.

¡Vos servís...?

INFANTA.

Pues ¿no lo veis?

TELLO.

¿O venís á ser servida?
¿De dónde sois?

INFANTA.

¡Yo, Señor?

De Castilla.

TELLO.

¿De qué tierra?

INFANTA.

De Zamora.

TELLO.

Y ¿á esta tierra
Venís á servir? ¿Fué amor?
Que esté tiene gran poder,
Mayormente en la hermosura.

INFANTA.

Siempre he vivido segura
De querida y de querer.
Fué pura necesidad;
Pero tengo algun valor,
Y no era justo, Señor,
Que mujer de calidad
Sirviera en su propia tierra;
Que algun tiempo fui servida,
Y por no ser conocida
Vengo á servir á la sierra.

TELLO.

¿No hubo desde Zamora
A Leon gente ninguna
Que os hablase y viese?

INFANTA.

Alguna

Que en tantos lugares mora,
Y mucha que caminaba.

TELLO.

Y ¿eran ciegos?

INFANTA.

No, Señor.

TELLO.

Y ¿á nadie le dijo amor
Que en vuestros ojos estaba?

INFANTA.

¿Qué amor?

TELLO.

¿No sabeis lo que es?

INFANTA.

No, cierto.

TELLO.

Moveisme á risa.

INFANTA.

Ponéos, Señor, la camisa;
Que así me lo dijo Inés.

TELLO.

Es amor una pasión
Que se engendra de los ojos,
Que ciertos vapores rojos
Levantán del corazón;
Los cuales naturalmente
Suben y intentan salir:
Por eso es fuerza acudir
A los ojos como á fuente.
Miran la persona amada,
Y como es el corazón
Su patria, aunque ajenos son,
Como propia les agrada.
Pero, como en ella están
Con violencia sus enojos,
Vuelven á buscar los ojos
Por donde á los otros van.
Entran en quien los envía,
Y en el camino encontrados,
Son cometas abrasados
Que encienden la fantasta;
Con la cual el corazón
Se mueve, y el movimiento
Engendra el dulce elemento
De aquella imaginación.
Considerad (si os admira,
O me he declarado mal)
El aliento en el cristal
De un espejo que se mira;
Que desta manera son
Estos espíritus rojos
En el cristal de los ojos,
Espejos del corazón.

INFANTA.

Yo, Señor, como villana,

No entiendo filosofías;
Que hasta en las palabras mías
Voy por la senda mas llana.
No hay en mi tierra ese amor,
Ni espíritus que le formen;
Basta que dos se conformen,
Que es lo que entiendo mejor;
Que si alguno con mal fin
Con espíritus mirara,
El cura se los sacara
A puro hisopo y latín.
Advertid que habeis jugado,
Y que os podeis resfriar.

TELLO.

Antes me temo abrasar
Que morir de resfriado;
Que ya he visto en vuestros ojos
El fuego en que me abraseis.

INFANTA.

Tenéos, Señor, no me deis
Con los espíritus rojos;
Que se me pueden entrar
Al corazón si es así,
Y temo que no haya aquí
Quien me los pueda sacar.

TELLO.

No sé si pueda creer
De tu estilo y tu presencia,
Que es segura tu inocencia.

INFANTA.

Pues ¿en qué lo echais de ver?

TELLO.

En que cuando estás hablando
Tienes traidora la risa.

INFANTA.

Ponéos, Señor, la camisa;
Que me estarán aguardando.

TELLO.

¿Cómo te llamas?

INFANTA.

¿Yo? Juana.

TELLO.

Juana, seamos amigos;
Que á no temer los testigos...
— Pero vénme á dar mañana
Esa camisa; que agora
No me la quiero mudar.

INFANTA. (Ap.)

Yo me vuelvo en cas de Aibar.

TELLO.

Oye...

INFANTA.

¡Señora... señora!...

ESCENA XI.

LAURA, INÉS. — DICHO.

LAURA.

¿Qué es esto?

TELLO.

¿Qué puede ser?

¡No me envías esta moza
Con la camisa?

LAURA.

Y retoza

La burra en el alcazer. —

¿Quién la camisa te dió? (A la Infanta.)

INFANTA.

Inés, Señora.

LAURA. (A Inés.)

Pues di,

Doyle la camisa á ti,
Que estaba ocupada yo.
Y dasla á estotra, que apenas
Ha entrado en casa?

INÉS.

¿Qué quieres?

¿Todas no somos mujeres?

LAURA.

Sí; pero hay malas y buenas,
Y á esta puede la ocasion,
Aunque sea buena, hacer mala.
¿No había Silvia ó Pascuala?

TELLO.

No tienes, Laura, razon
En tenerme en poco á mí,
Que sabes que tuyo soy.
Aunque mas culpa te doy
En desconfiar de ti;
Que con tu merecimiento
Nadie se puede igualar.

LAURA.

Tello, por el mar de amar
Navega mi pensamiento,
Y ya sabes tú que celos
Son las tormentas de amor.

TELLO.

Ofendes, Laura, tu honor,
Y eres ingrata á los cielos.

LAURA.

Juana, si has de estar aquí,
Con Tello no has de hablar mas;
Solo aquello en casa barás
Que yo te mandare á tí.
¿Haslo entendido?

INFANTA.

Muy bien,

Y eso mismo quiero yo.

LAURA.

Pues esto basta.

TELLO.

Yo... (Ap. No.)

LAURA.

¿Qué dices?

TELLO.

Que yo tambien.

LAURA.

Entra á mudarte.

TELLO.

Ya es tarde.

LAURA.

No quiero que estés aquí.

TELLO. (Ap.)

¡Ay ojos! ¿para qué os vi,
Si ha de haber quien siempre os guarde?

(Vanse todos, menos la Infanta.)

ESCENA XII.

LA INFANTA.

Admiracion me ha causado
El tallo y la discrecion
De Tello: prodigios son
Y monstruos de un monte helado.
Si aquí me hubiera criado,
O su igual nacido hubiera,
Presumo que me pudiera
Obligar á algun amor;
Porque he visto en él valor
Que para un príncipe fuera.
No por esta variedad
Es bella naturaleza;
Que es dar ingenio y belleza
Donde falta calidad,
Error de su dignidad,
Si en ella le puede haber.
¿Qué estilo de proceder!
Pero ¡ay Dios! ¿en qué pensaba?
Necia estoy; que quien alaba
No está lejos de querer.
¿Cuántos que en las cortes nacen,
Envidiaran el valor
De un hijo de un labrador,
Que ilustre sus partes hacen!

O acaso me satisfacen,
Por ver que á lucir se alienta,
Donde apenas hay quien sienta;
Que á quien donde no pensó,
Mas que imaginaba halló,
Cualquier cosa le contenta.

ESCENA XIII.

TELLO EL VIEJO, FORTUN.—
LA INFANTA.

TELLO EL VIEJO.

Mucho me pesa de veros,
Fortun, en fortunas tantas.

FORTUN.

Fianzas me han puesto así.

TELLO EL VIEJO.

¿Qué mal no han hecho fianzas!
A muchos he dado hacienda
De la que tengo, á Dios gracias;
Mas no he fiado á ninguno.
Pero mirad las mudanzas
De la dicha de los hombres:
Toda vuestra hacienda os sacan
Con dos dedos de papel,
Y á mí me escribe esta carta
El Rey.

FORTUN.

Pues ¿á vos el Rey?

TELLO EL VIEJO.

Llevamos esta ventaja
Los ricos aun á los reyes,
Que nos escriben y llaman
Si tienen necesidad.—
¿Aquí estás, Juana?

INFANTA.

Aquí estaba

A ver si me mandas algo.

TELLO EL VIEJO.

A Tello luego me llama.

INFANTA.

Perdonad, Señor, no puedo;
Porque me ha mandado Laura
Que jamás hable con él,
Pena de perder tu casa.

TELLO EL VIEJO.

¿Qué necios celos! ¿Qué presto!

FORTUN.

Si quiere casarse Laura,
No los tiene sin razon;
Que puede dárselos Juana.
En casa de Aibar la vi,
Y es muy honesta.

TELLO EL VIEJO.

Eso basta;

Que tengo por imposible
Que la honesta yerre en nada.—
Llama á Mendo.

INFANTA.

Está en el monte.

TELLO EL VIEJO.

Pues haz que cualquiera vaya
A buscar á Tello luego.

(Vase la Infanta.)

ESCENA XIV.

TELLO EL VIEJO, FORTUN.

TELLO EL VIEJO.

En fin, de vuestras desgracias
Tengo, como amigo, pena;
Y el modo de remediarlas
Es que os lleveis mil ovejas
De la mas fértil manada;
Y si salís destos pleitos,
Y teneis con qué pagarlas,
Me las volveréis; si no,
Quédense, Fortun, por dadas.

FORTUN.

Besaros quiero los piés.

TELLO EL VIEJO.

Eso para el Rey ó el Papa;
Que mas os debo yo á vos,
Que me habeis dado la causa
Para daros las ovejas,
Que vos á mí con tomarlas.

ESCENA XV.

SANCHO, BENITO, con una pelleja.—
DICHOS.

SANCHO.

Entra, no tengas temor.

BENITO. (Ap.)

Mas temo aquella cayada
Que la vara de un alcalde,
Pues no ejecuta la vara
Tan presto lo que sentencia.

TELLO EL VIEJO.

¿Qué es eso, Sancho?

SANCHO.

No es nada.

Dice Benito que un lobo
Le comió ayer una cabra,
Y aquí te trae el pellejo.

TELLO EL VIEJO.

¿Qué disculpa tan cansada!
Juntanse cuatro serranos,
La que les parece matan,
Y ponen la culpa al lobo.
Escrito trae en la cara
(Aunque con poca vergüenza)
Lo que comió de la cabra.

BENITO.

No, Señor. (Ap. En la barriga.)

TELLO EL VIEJO.

Ahora bien, de su soldada
Se le descuente; que el lobo
Ni es mi pastor ni es mi guarda.

BENITO.

Si los perros se descuidan,
¿Quiéres tú que solo salga
Contra animal tan feroz?

TELLO EL VIEJO.

No me repliques palabra,
Que ¡vive Dios!...

BENITO.

¡Ay!

FORTUN.

Tenéos.

Daisme mil ovejas dadas,
Y ¡en una cabra mirais!

TELLO EL VIEJO.

¿No veis que aqueste me engaña,
Y vos venís á pedirme?

ESCENA XVI.

LA INFANTA, TELLO.—DICHOS.

INFANTA.

Aquí está Tello.

TELLO.

¿Qué mandas?

TELLO EL VIEJO.

Tello, el Rey me ha escrito.

TELLO.

¿A tí?

TELLO EL VIEJO.

¿Es mucho? ¿De qué te espantas?
Veinte mil ducados pide.
¿Parécete que es sin causa?

TELLO.

La necesidad te escribe,

Que en la guerra de Navarra
Y la del moro le aprieta.

TELLO EL VIEJO.

Con el moro se trataba
Darle á Elvira, y como Elvira,
La desesperada Infanta
(Que así la llaman los versos,
Que hasta los muchachos cantan),
Se mató, como se dice,
Tarfe ha juntado las armas
De sus amigos, y quiere
Que del alto Guadarrama
La blanca nieve enrojeczan
Aljubas de seda y grana.
Tú has de ir á Leon.

TELLO.

¿Yo?

TELLO EL VIEJO.

Sí, que es digna esta jornada
De tu persona; que yo,
Como sabe esta montaña,
No entré en mi vida en la corte,
Ni he visto sus anchas plazas,
Sus palacios ni sus reyes;
Pero ninguno me gana
En el amor y lealtad.

TELLO.

Pues ¿á qué quieres que vaya?

TELLO EL VIEJO.

Besarás la mano al Rey,
Y llevarásle una carta
Con cuarenta mil ducados:
Los veinte que el Rey me manda,
Y veinte que yo le doy.

TELLO.

Veinte mil veces bien haya
Tu condicion generosa!

TELLO EL VIEJO.

Tello, ¿su hacienda no gastan
Los hombres por sus amigos,
O se pierden por fianzas?
Pues ¿qué amigo como el Rey?
Oye aparte.

TELLO.

¿Qué me mandas?

TELLO EL VIEJO.

¿Tienes aquel vestidillo,
Con que ir á Leon pensabas
Cuando yo te lo estorbé?

TELLO.

Sí, Señor.

TELLO EL VIEJO.

Para que vayas
Con él; porque no gastemos
En hacerte nuevas galas.

TELLO.

Gracia tienes. Das al Rey
Tanto dinero, y ¡reparas
En un vestidillo mio!

TELLO EL VIEJO.

Luego ¿con el Rey te igualas?—
Vamos, Fortun, y ayudadme
A contar este oro y plata.

FORTUN.

A la fe que como vos
Pocos montañeses nazcan.
(Vanse Tello el viejo, Fortun, Sancho
y Benito.)

ESCENA XVII.

TELLO, LA INFANTA.

TELLO.

Espera, Juana.

INFANTA.

¿Qué quieres?

TELLO.

Hablarte media palabra.

INFANTA.

Y ¿si la dices entera?

TELLO.

Si la digo, que no valga.

INFANTA.

Di presto.

TELLO.

Tus bellos ojos
Me tienen cautiva el alma.

INFANTA.

Mas has dicho de catorce.
Véte, que nos mira Laura;
Que yo te hablaré después.

TELLO.

Por la primera esperanza,
Beso tu mano mil veces;
Que á la fe que yo te traiga
De Leon...

INFANTA.

Quedo, que viene.

(Vase Tello.)

¿Qué necio amor me amenaza!

ESCENA XVIII.

MENDO, con unas alforjuetas.—LA
INFANTA.

MENDO. (Para sí.)

Pues yo no pierdo el juicio,
No sé para qué le guarda
Alguna poca prudencia
O alguna mucha ignorancia.
Cavando estaba en el monte,
Cuando á los pies de una zarza
Me descubre el azadon
Tanto bien, riqueza tanta,
Que vengo fuera de mí.
Esta vez conquisto á Juana...
¿Qué es á Juana? ¡Voto al sol,
Que si estrellás fueran damas.
Que alcanzara las estrellas!
Ella está aquí.

INFANTA.

¿De qué tratas,

Mendo, en tu imaginacion?

¿Qué tienes, que á solas hablas?

MENDO.

Yo, Juana, tengo mil cosas
En que pensar.

INFANTA.

Los que andan
Con el ganado en los montes,
O en las viñas con la azada,
¿Tienen qué pensar?

MENDO.

A veces
Cosas por los hombres pasan,
Que obligan á pensamientos
Y á tratar en cosas altas.
No es todo lo que parece,
Y si de tí me fiara,
Yo te dijera...

INFANTA.

¿De mí

Tienes tú desconfianza?

MENDO.

Eres mujer.

INFANTA.

Las mujeres
Mejor los secretos guardan
Que los hombres.

MENDO.

A ser cierto,
Pocas hubiera preñadas.
Mas porque en algo me tengas,
Ya que con desden me pagas,

Sabe, Juana, que soy hijo
De un gran señor de Alemania,
Que pasando en romería
A Santiago desde Francia,
Me dejó en cierta señora.
Criéme en esta montaña,
Sabiendo solo el secreto
Una labradora honrada,
Que tiene toda mi hacienda.
Si por dicha fueras, Juana,
Bien nacida como yo,
Tal estoy, que me casara
Contigo; pero no es justo
Que si eres de gente baja,
Eche á perder mi linaje.

INFANTA.

Soy tan nueva en esta casa,
Mendo, que yo no conozco,
Hasta que el trato lo haga,
Ni los cuerdos ni los locos,
Ni los humores que gastan.
¿Que tú eras loco?

MENDO.

¿Yo loco?

INFANTA.

Pues ¿tú señor de Alemania!

MENDO.

Del marqués Piérres soy hijo;
Y ya que el amor me manda
Descubrirte mi secreto
(Advirtiéndome que si hablas
Serás causa de mi muerte),
Quiero que te satisfagas
De que es verdad lo que digo.

INFANTA.

¿Con qué locuras me engañas!

MENDO.

¿Miranos álguien?

INFANTA.

Ninguno.

MENDO.

Pues solo en aquesta caja
Tengo...

(Muestra la de las joyas de la Infanta.)

INFANTA. (Ap.)

¡Ay Dios! qué es lo que veo!

MENDO.

Piedras y joyas tan raras,
Que puedo comprar la hacienda
De Tello.

INFANTA.

Una sola basta.

MENDO.

Pues mira.

INFANTA.

¿Qué hermosas joyas!

MENDO.

Pues tuyas serán si callas.
Casarémonos los dos,
Aunque me ha dicho mi ama
Que por los caniculares
Ningun discreto se casa.
Mas no importa, yo soy mozo.

INFANTA.

(Ap. Aquí es ocasion que valga
La industria á la buena dicha.)
Mendo, yo no imaginaba
Que eras hombre de valor;
Pero por la confianza
Que has hecho de mí, yo quiero
Pagarte con otra tanta.
No es la infanta de Leon
Mejor que yo: historias largas
Quieren tiempo; bien sé yo
Que en nobleza no me igualas.
Con mas espacio hablaremos.
Pero mira que no traigas

Tan públicas esas joyas,
Y que yo podré guardarlas.

MENDO.

Hablémonos esta noche;
Que yo haré lo que me mandas.

INFANTA.

No me tengo de ir sin ellas.

MENDO.

Jura que no dirás nada.

INFANTA.

A mí me importa.

MENDO.

Pues toma,
Y dame esa mano blanca.

INFANTA.

¿Qué puedo negarte, Mendo?

MENDO.

¿Quiéresme?

INFANTA.

¿No es cosa clara?

MENDO.

¿Mucho?

INFANTA.

Y mas que mucho.

MENDO.

¡Ay, cielos!

Victor, Mendo.

INFANTA.

Victor, Juana.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

TELLO EL VIEJO, TELLO, MENDO.

TELLO EL VIEJO.

¿Que tan bien te recibí?

TELLO.

No te puedo encarecer,
Señor, el gusto y placer
Que el Rey de verme mostró.

MENDO.

Pues ¿á quién llevan dinero,
Que reciba mal á quien
Se lo lleva?

TELLO EL VIEJO.

Dices bien;

Y agradecerlo quiero;
Que en un librito he leído
Que en un jumento llevaban
Una diosa que adoraban
Con el respeto debido
Los que la vian pasar,
Hincándose de rodillas;
Cuyas altas maravillas
Pudo el jumento pensar
(Como en fin era jumento)
Que eran por él, y paróse.
Viéndolo el dueño, enfadóse
Del soberbio pensamiento,
Y pegándole muy bien,
Le dijo con voz furiosa:
«No es á tí, sino á la diosa;»
Que es esto mismo tambien.
Y así, pidiendo primero
Del compararte perdon,
Las honras del Rey no son,
Tello, á tí, sino al dinero.

TELLO.

Como quiera que haya sido,
Yo he sido del Rey honrado,
Y él con los dos se ha mostrado
Liberal y agradecido.

Celebró la carta, y dijo
No sé qué de mí persona:
Todo en efeto lo abona
El valor de ser tu hijo.
«No he visto menos renglones,
Dijo, ni mas voluntad.»

MENDO.

Dijo el Rey mucha verdad,
Si eran las obras razones.

TELLO.

Informóle un caballero
De tí por discreto modo,
Y sabiendo que eras godo,
Te hizo su tesoroero,
En muestra de sus deseos.
Y no es poca maravilla;
Porque en Leon y en Castilla
Se usa tenerlos hebreos,
Por ser en esta ocasion
Los mas poderosos hombres,
Y dar diferentes nombres
A oficios de estimacion.
Repliqué: «Si vos le haceis
A Tello señor de España,
No vendrá de su montaña:
Mal su condicion sabeis.»
Y dijo: «Si ser señor
De su montaña desea,
Señor de su tierra sea.»

TELLO EL VIEJO.

Aun eso me está mejor;
Pero, puesto que me obliga,
Como es razon que lo entienda,
El darme mi propia hacienda
Es casarme con mi amiga.

TELLO.

Horca y cuchillo teneis
Desde hoy.

TELLO EL VIEJO.

¡Bravo favor!

MENDO.

Hagamos cuenta, Señor,
Aunque poco me debeis;
Que no quiero que algun dia,
Si teneis juridicion,
Con razon ó sin razon,
Por alguna falta mia,
Useis desas facultades.

TELLO EL VIEJO.

¿Soy yo faltar de juicio?

MENDO.

Por ocupar el oficio
Haréis dos mil necesidades.

TELLO EL VIEJO.

Mendo, oyendo tu razon,
Conozco (aunque para honrallos)
Que soy señor de vasallos
En que ya tengo bufon.

MENDO.

Tambien es cosa asentada,
Si lo señor te tocó
Que soy virtuoso yo
En que no me has dado nada.

TELLO.

Oye tambien mis mercedes.

TELLO EL VIEJO.

¡Generosa condicion!

TELLO.

Alcaide soy de Leon.

TELLO EL VIEJO.

No sé, Tello, cómo puedes,
Sin casarte.

TELLO.

Ya te entiendo.

TELLO EL VIEJO.

¿Qué presto que nos pagó
Tú el llevarlo, el darlo yo!

Los reyes honran pidiendo,
Y es temeraria bajeza
De un vasallo dilatar
Lo que le mandaron dar
Dios y la naturaleza.

TELLO.

Finalmente, el Rey queria
Que tú le fueses á ver;
Mas viendo que no ha de ser,
Dijo: «Pues yo iré algun dia
A visitarle á su casa;
Que le quiero por amigo.»

TELLO EL VIEJO.

Eso sí, venga; que os digo
Que no se le muestre escasa.
Voyme á poner de señor.

MENDO.

Pues cierto que, bien mirado,
Que tienes algo mudado
Después de aqueste favor.

TELLO EL VIEJO.

¿Oficios mudan las caras?

MENDO.

Y aun las almas.

TELLO EL VIEJO.

Vén conmigo.

(Vanse Tello el viejo y Mendo.)

TELLO.

Amor, de mi mal testigo,
Si en mis cuidados reparas,
¿Cómo me dilatas, di,
El premio de tanta ausencia?

ESCENA II.

LA INFANTA.—TELLO.

INFANTA. (Ap.)

Como ve la resistencia,
Hace amor suertes en mí.
¿Quién pensara que sintiera
La ausencia de un hombre yo,
Y que en viendo que volvía,
Tan necia á verle viniera?
Mas ¡ay Dios!

TELLO.

¿Qué dicha mia,
Juana, á mis ojos te ofrece?
Agora sí que amanece,
Porque sin el sol no hay dia.
¿Qué largos son en Leon!
Era un siglo una mañana,
Si es reloj del tiempo, Juana,
La propia imaginacion.
Déjame verte; que quieren
Mis ojos satisfacer
Lo que han faltado de ver,
Pues verán mientras te vieren;
Que no viéndote, no vieron.

INFANTA.

¡Buen modo de encarecer,
Después que vienen de ver
Todo lo que ver quisieron!

TELLO.

Yo, mi bien, ¿qué vi sin tí?

INFANTA.

¿Yo tu bien?

MENDO. (Ap.)

Esto va bien.

ESCENA III.

MENDO, que sale sin que le vean.—
DICHOS.

TELLO.

Tú mi bien; que ni ellos ven
Sin tí, ni yo vivo en mí.

De un alma, por mas que emprendan
Negarlo tus dulces ojos?
¿Dónde irás sin que por ello
Te injurien? ¿Quién te ha de ver,
Que no diga: «Esta mujer
Se lleva el alma de Tello»?
Si de la planta al cabello
Laura envidia tu hermosura,
Muera Laura en su locura,
Piérdase Laura, no quien
Te estima y te quiere bien
Con fe tan honesta y pura.
¿Cómo, dime, negarás.
Si te prenden, que me llevas
El alma, en llegando á pruebas
De que tan hermosa estás?
Luego mas acertarás
En volver donde me has muerto,
Porque es sagrado mas cierto
Para excusar el castigo;
Pues mientras estás conmigo,
Tendrás el hurto encubierto.
Que estando los dos allí,
Pues tú mi alma has de ser,
Ninguno echará de ver
Que estoy sin la que te di.
Viviré yo, Juana, en tí,
Aunque sin alma, no ausente;
Que quien ama, si no miente
(Porque hay amar y hay fingir),
Eso deja de vivir
Que deja de estar presente.

INFANTA.

¿Qué de manera de engaños!
Qué de suertes de invenciones,
Si de tus dulces razones
No resultaran mis daños!
Ejemplos y desengaños
Me aconsejan que me aparte
Pero ¿dónde ó en qué parte,
Pues quise, siendo mujer,
No digo, Tello, querer,
Sino querer escucharte?
Si las aves no pusieran
El oído á la traidora
Voz que engaña y enamora,
Nunca en la liga cayeran;
Si á mí no me enternecieran
Los encantos de tu canto,
Tarde me rindieras tanto.
—Ahora bien, yo soy mujer.

TELLO.

¿Qué dices?

INFANTA.

Que esto es volver,
Aunque de serlo me espanto.

TELLO.

Pues vén, mis ojos; que allí
Mendo está con el caballo.

INFANTA.

¡Ay Tello! obedezco y callo;
Que manda otro dueño en mí.

TELLO.

¿Vuelves con tu gusto?

INFANTA.

Si;
Pero en fe de tu valor,
Que respetarás mi honor.

TELLO.

La luz que en tus ojos veo,
Sabrá tener el deseo
Y reportar el amor.

(Vanse.)

Sala en casa de los Tellos.

ESCENA XIV

TELLO EL VIEJO, LAURA, INÉS.

TELLO EL VIEJO.

¿Estás loca?

LAURA.

Loca estoy;
Y tú lo pareces mas,
Pues tal licencia le das.

TELLO EL VIEJO.

Yo ¿qué licencia le doy?

LAURA.

Tello ¿no es ido por Juana
Con tu licencia?

TELLO EL VIEJO.

El se fué;
Porque yo á Sancho envié,
Y no á Tello, esta mañana.

LAURA.

Si Tello tiene mujer,
Y tú nuera, dime, tío,
¿Esperar no es desvarío
Á que yo lo venga á ver?

TELLO EL VIEJO.

Tello, por hacerme gusto,
Aunque sin pedir licencia,
No porque siente su ausencia
Ni para darte disgusto,
Fue por Juana; y no hay razon
Que digas que es su mujer;
Porque ¿cómo lo ha de ser
Sin calidad? Que no son
Tan bajos los pensamientos
De Tello.

LAURA.

Ahora bien, yo soy
Desdichada y yo me voy;
Que, amores ó casamientos,
No los tengo de sufrir.

TELLO EL VIEJO.

¿Dónde vas?

LAURA.

En cas de Aibar.

TELLO EL VIEJO.

¿En cas de Aibar?

LAURA.

Y á serville.
A llorar...

TELLO EL VIEJO.

¿Tú á servir?
Quien manda treinta criadas,
¿Ha de servir?

LAURA.

¿Qué he de hacer,
Si Tello tiene mujer?

TELLO EL VIEJO.

Necedades excusadas.
Mi sobrina, ¿para quién
Es mi hacienda?

INÉS.

Mendo viene,
Y escrito en los ojos tiene
Que no ha sucedido bien.

ESCENA XV.

MENDO.—DICHOS.

MENDO.

Buenas nuevas.

TELLO EL VIEJO.

¿Pareció?

LAURA.

Mejor de otra suerte fuera.

MENDO.

Pareció Juana en un bosque,
Cuyas floridas riberas
Cubren dos mansos arroyos.
Mas que de cristal, de arena;
Que ellos propios la levantan,
Riñendo donde se encuentran.
Viola Tello, y arrojóse
Del caballo: así las riendas,
Y estuvimos los dos,
El contemplando la yerba,
Y yo de los dos hallados
Satisfacciones y quejas.
Juana volver no queria;
Que dice que la atormentan
Celos de Laura, y mi amo
La obligaba hasta vencerla;
Si bien es verdad, Señor,
Que las mujeres discretas
Obran lo que menos dicen,
Quiéren lo que mas descan.
En fin, por fuerza ó por gusto
(Que esto de alegar la fuerza
Las mujeres es lo mismo
Que dar la disculpa de Eva),
Entre los dos la pusimos
En las ancas. La destreza
De Tello á lo cazador
Se vió, pues sin ofendella
Sabió gallardo en la silla;
Pero, dejando la senda
Que viene á casa, del bosque
Siguió la inculta maleza.
Ella, para no caer
(Que pienso que si cayera
Se lastimara en los troncos
De aquella intrincada selva),
Echóle el derecho brazo
Al cuello; y desta manera
Se me perdieron de vista;
Que llevaba Tello espuelas.
Y aunque era entonces Pegasus
El rocín, yo le siguiera
Con ansia de ver á Juana,
Porque amor y celos vuelan;
Pero Tello me decía:
«Mendo, quédate ó te asienta;
Mira que te cansarás.»
Entendíle y di la vuelta.

LAURA.

Desto ¿qué dirás, Señor?

TELLO EL VIEJO.

Que, como sabe la tierra,
Tello buscaría el atajo.

MENDO.

Y es muy discreta respuesta;
Que no hay atajo en el mundo,
Laura, que mas fácil sea,
Que llevarse una mujer
Adonde jamás parezca.
Con esto se ahorra un hombre
De requiebros y promesas,
Y de andar, como en los pleitos,
En demandas y en respuestas.
Si es el fin el matrimonio,
Y el fin los sucesos prueba,
¡Bien haya amén el concierto
Que no aguardó la sentencia!

ESCENA XVI.

TELLO, LA INFANTA.—DICHOS.

TELLO.

Llega, y besarás la mano
A mi señor.

INFANTA.
Con vergüenza
De Laura llevo.

INÉS.
Estos son.
TELLO EL VIEJO.

¡Vive Dios, que te quisiera,
Mendo, con esta cayada
Hacer cuatro la cabeza!
¡Ves cómo por el atajo
Vino?

MENDO.
Y es cosa muy cierta;
Pero no le hay sin trabajo.
Mas yo me huelgo que venga...
(Ap. Porque me vuelva mis joyas.)

TELLO.
Juana la mano te besa
Por la merced que le has hecho.

INFANTA.
Señor, cuando yo ofendiera
A mi señora, era justo
Que castigara mi ofensa;
Pero no, estando inocente.

LAURA.
Sí, si la misma inocencia,
Y aun con esas humildades,
Se sale con cuanto intenta.

INFANTA.
Señora, yo no quería
Volver; Tello me hizo fuerza.
MENDO. (Ap. á Inés.)
¿A fuerza ha llegado el caso?
Para bien las bodas sean.

INÉS.
Calla, malicioso, y mira
Que es Juana mujer honesta.

MENDO.
¿Quítole su honestidad?
Tello se quedó con ella.

TELLO EL VIEJO.
Ahora bien, Laura, por mí
(Si es justo que lo merezca)
¡habeis de hacer amistad.

LAURA.
¿No basta que tú lo quieras?

TELLO EL VIEJO.
Juana, abraza á tu señora;
Y porque de hoy mas no tengas
Celos, casemos á Juana.

TELLO.
No habrá cosa con que pueda
Estar Laura mas segura.
Mendo su marido sea.

MENDO.
Antes de ir por el atajo,
Al mismo Rey no la dieras,
Y ¡á mí me la das agora!
No sé, por Dios, si la quiera.—
Mas será envite de falso.

TELLO.
No, Mendo, por Dios; que della
Sé que agradece tu amor.

MENDO.
¿Es verdad, Juana?

JUANA.
No tengas
Duda de mi amor.

MENDO.
Agora
Digo que los celos ciegan.—
Mira, Tello, no te espantes
De que yo á Juana no crea;
Que como en aquel rocío
Diste tan larga carrera,
Venir á parar en mí

No ha sido poca destreza.
TELLO EL VIEJO.
Ahora bien, yo doy en dote
A Juana cincuenta ovejas,
Dos vacas, cuatro lechones,
Y de trigo veinte hanegas;
Y á Mendo doy una vara.
Pues soy señor desta tierra.

MENDO.
No me des, Señor, oficio,
Que si no prendo me pierda
(Pues en efeto es prender),
Y si prendo me aborrezcan.

TELLO EL VIEJO.
Ahora bien, trazad la boda.
INÉS. (Ap. á Laura.)
Con esto segura quedas.

LAURA.
Juana, una sarten te mando
Y una cama de red nueva.

TELLO. (Ap. á la Infanta.)
¡Ay, Juana, que aun que es de burlas,
Siento el casarte de veras!
(Vanse los Tellos, la Infanta y Laura.)

ESCENA XVII.

MENDO, INÉS.

INÉS.
¡Parécete, Mendo, bien
De la suerte que me dejas?

MENDO.
Inés, cuando de casarme
Te resulte alguna ofensa,
No quieras mayor venganza.

INÉS.
Todos sois desa manera;
Pero todos os casais.

MENDO.
Inés, el casarse es fuerza.

INÉS.
Pues ¿cómo os quejais después?

MENDO.
No todos después se quejan;
Que muchos aciertan mucho,
Y otros por su culpa yerran.
No está la paz en castigos,
Que deshonran, no remedian,
Sino en no querer los hombres
Votar por casas ajenas.
Regalos guardan lealtad;
Debida correspondencia
En la mesa y en la cama
Hacen las mujeres buenas.

INÉS.
Bravo casado serás.

MENDO.
No quiera Dios que tal sea.

INÉS.
Pues ¿qué? ¿Manso?
MENDO.
Peor, Inés;

Sino que quiera y me quieran,
Y que alcance á nuestros hijos
La bendición de la Iglesia.
(Vanse.)

Vista exterior de la casa de los Tellos.

ESCENA XVIII.

TELLO EL VIEJO, SANCCHO.

TELLO EL VIEJO.
Ésos, Sancho, no es posible

Que sepan que soy señor.

SANCCHO.
Excusarse del rigor
Parece cosa imposible.

TELLO EL VIEJO.
Otro parece que estoy
Después que tengo el gobierno.

SANCCHO.
Tierno me pareces.

TELLO EL VIEJO.
¿Tierno?

Verás qué castigos doy.

SANCCHO.

Tampoco has de ser cruel.

TELLO EL VIEJO.
Ya sé yo que la balanza
Nos enseña la templanza
Que hay del cuchillo al cordel.

ESCENA XIX.

MENDO, con vara de alguacil, VILLANOS.—DICHOS.

MENDO.
No se puede imaginar
La ventura que he tenido.

TELLO EL VIEJO.
Pues, Mendo, ¿qué ha sucedido?

MENDO.
No acababa de tomar
La vara que veis aquí,
Cuando dicen que el Rey viene.

TELLO EL VIEJO.
¿El Rey?

MENDO.
Y el que solo tiene
Jurisdicción sobre mí.

TELLO EL VIEJO.
Pues di, ¿quién te dijo á tí
Que el Rey al monte venia?

MENDO.
Quien le vió cazar.

TELLO EL VIEJO.
Sería
Cerca de Leon, no aquí.

MENDO.
¿No aquí? Pues ese ruido
¿Qué piensas que puede ser?

SANCCHO.
Ya comienza á anochecer,
Y debe de haber venido
Con ánimo de que seas
Su huésped.

TELLO EL VIEJO.
Turbado estoy.—

Mendo, á recibirle voy. (Vase.)

ESCENA XX.

MENDO, SANCCHO, VILLANOS.

MENDO.
¡Hola, Sancho! enciendan teas
Por cuantas peñas y partes
Tiene este monte, que son
Esta humilde habitación
Los muros y baluartes.—
Vos á buscar frutas frescas.—
Tú di á Juana que no salga:

(A un villano.)
Porque aquesta gente hidalga
Se muere por villanescas;
Y ella, por lo remilgado,
Les hará conversacion.

SANCCHO.
Parte seguro: ellos son.

Todo se alborota el prado.
(*Vanse.*)

Sala en casa de los Tello.

ESCENA XXI.

EL REY, DON RAMIRO, LOS TELLOS,
CRIADOS, VILLANOS.

TELLO EL VIEJO.
¿Cuándo, Señor, merecí
Tanto honor?

REY.
A conoceros,
Tello, he venido, y á veros,
Pues vos no me veis á mí.
Vuestro hijo ¿dónde está?

TELLO.
A vuestros piés, gran Señor.

REY.
¿Sabeis que es mi alcaide?

TELLO EL VIEJO.
Honor
Tan grande otro ser le da
De aquel que tiene de mí.

REY.
¿No teneis mas?
TELLO EL VIEJO.
Hanse muerto;
Y estavieron en lo cierto;
Que para Tello hay aquí,
Y para tantos no había.

REY.
¿No le casais?
TELLO EL VIEJO.
Aquí tengo
Una sobrina...

REY.
Si vengo
A tiempo, servir querria
De padrino á mis parientes.

TELLO EL VIEJO.
Templad, Señor, los favores;
Que reyes y labradores
Son extremos diferentes.

REY.
¿Oh qué envidia, Tello, os tengo!

TELLO EL VIEJO.
Señor, por acá se pasa
Pobremente.

REY.
A vuestra casa
Mas pobre que nunca vengo.

TELLO EL VIEJO.
Pues no lo saldréis de aquí;
Que toda os la llevaréis.

ESCENA XXII.

LAURA.—Dichos.

LAURA.
Aquí, gran Señor, teneis,
Para que os sirvais de mí,
Vuestra pobre labradora.

REY.
¿Es vuestra sobrina?
TELLO EL VIEJO.
Laura,
Señor, mi casa restaura,
Si vos la casais agora.

ESCENA XXIII.

MENDO, SANCHE.—Dichos.

REY.
Mucho me alegro de veros.
SANCHE. (*Ap. á Mendo.*)
Arrima luego la vara.

MENDO.
¿Yo? ¿Por qué?
SANCHE.
Porque está el Rey

Presente.
MENDO.
No es de importancia.
SANCHE.

¿Cómo no?
MENDO.
Si un capitán,
De la guerra ó de las armas
Viene á ver y hablar al Rey,
Sancho, ¿quítale la espada?

SANCHE.
No, Mendo.
MENDO.
Pues ¿qué mas tiene?

SANCHE.
Necio, ¿no ves que es la causa
Porque representa al Rey,
Que es justicia soberana,
Y no hay otra en su presencia?

MENDO.
¿Que una cosa tan delgada,
Sancho, represente al Rey!

SANCHE.
En eso, Mendo, declara
Que no ha de tenerla adonde
Pueda estar cosa contraria.

MENDO.
Después que eres escribano,
Sancho, ¿a lo de corte hablas.

SANCHE.
Y tú ¿no piensas mudar
El ingenio y las palabras?
MENDO.
No sé, por Dios. Mas ya ponen
La mesa: arrimo la vara
Por pescar alguna cosa;
Que no porque es de importancia.

ESCENA XXIV.

UNOS VILLANOS sacan la mesa, y salen
los músicos.—Dichos.

(*Hay en la mesa una tortilla de huevos
y un poco de manjar blanco, y en la
tortilla de huevos una sortija.*)

TELLO.
Ya está prevenido todo.

REY.
Tello será maestra sala.

TELLO.
Turbaréme, gran Señor.

MENDO.
El manda como en su casa.

REY.
¿Quién sois vos?

MENDO.
El alguacil.

REY.
¿Queréis algo?
MENDO.
Los que tratan

De la salud, comer mucho,
Aunque tengan buena gana,
Dicen que es delito; y vengo
A ver si en tanta abundancia
Puedo pescar cualquier cosa.

REY.
Buen labrador...
TELLO EL VIEJO.
Es la gracia

De todo el monte.
MENDO.
Y la hambre.
REY.

Tomad.
MENDO.
¿Por cuánto faltara
Manjar blanco?
(*Dale el Rey el plato de manjar blanco.*)
Pareceis
Príncipe que come en farsa.
(*Cantan los músicos.*)

REY.
¿Tortilla de huevos? Bueno.
El gusto me adivinaba
Quien este cuidado tuvo.
¿Fuiste tú Ramiro?

RAMIRO.
En casa
Que á nadie conozco, fuera
Prevención muy excusada.
No, Señor, no he sido yo.
(*Va el Rey á comer, y topa con la sortija
en los dientes.*)

MENDO.
Traigan luego vino y agua;
Que ha topado alguna piedra.

TELLO EL VIEJO.
¿Piedra, Señor? ¿Cosa extraña!

REY.
Esta sortija conozco.
TELLO EL VIEJO.
¿Entre los huevos estaba
Sortija?

REY.
Y sortija mía.
MENDO.
Pues ¿deso poco se espanta?
En una morcilla un día
Hallé yo toda una sarta
De cuentas, que parecían
Dentro piñones y pasas.

REY.
¿Quién hizo aquesta tortilla?
TELLO EL VIEJO.

¿Quién guiso estos huevos, Laura?
LAURA.

REY.
Juana, Señor, los guiso.

¿Quién es Juana?
TELLO EL VIEJO.
Llama á Juana.

MENDO.
A prender á Juana voy.

SANCHE.
¿Por qué?
MENDO.
Por tortillas falsas,
Y porque quebró las muelas
A un rey de tanta importancia.

Los versos señalados con asteriscos
hallan en las ediciones modernas y faltan
la antigua (tomo XI de Lope), la cual
tiene muchos trozos que fueron omitidos
las posteriores.

(Ap. Esta vez cobro mis joyas.)
¡Oh ladrona, que le echabas
Piedras al Rey en los huevos,
Como á bestia en la cebada!

REY.

(Ap. Cielo, ¿quién imaginara
Que yo viniera á tener
Tanta pena en esta casa?)
Esta sortija es de Elvira. (A Ramiro.)

TELLO. (Ap. á su padre.)

Señor, hoy prenden ó matan
A Juana, si por ventura
Piensan que veneno daba
Al Rey en esta sortija.

TELLO EL VIEJO.

¡Veneno! Infame criada.

ESCENA XXV.

MENDO, trayendo á LA INFANTA,
toda turbada y tapándose la cara.—
DICHOS.

MENDO.

Por fuerza habeis de salir.

INFANTA.

Déjame, por Dios.

TELLO EL VIEJO.

Villana

De Zamora ó del infierno,
¿Qué es esto que al Rey le dabas?

REY.

Tello, dejádmela ver.

TELLO EL VIEJO.

¿Para qué encubres la cara?
Quita las manos.

REY.

¿Qué veo!

Ya se me entenece el alma.—

¿Eres tú, Elvira? Eres tú,
Hija, que de mis entrañas
Fuiste cuchillo en tu muerte?

TELLO EL VIEJO.

¿Cosa que fuese la Infanta!

TELLO.

¡Ay, padre! si lo es soy muerto.

REY.

Elvira, á tu padre abraza,
Y agora venga la muerte.

MENDO.

(Ap. Agora es cuando me manda
Freir en aceite el Rey.)

¡Ah Juana! si eres Infanta,
Destruécame aquel cordel;
Que yo te daré la caja.

INFANTA.

Tuyas serán todas, Mendo.

TELLO EL VIEJO.

Señor, toda nuestra casa
Perdona; que no supimos
Quién era.

REY.

Quise casarla

A su disgusto, y agora,
Tello, la doy la palabra

Que solo á su gusto sea.

INFANTA.

Si será; que estoy casada.

REY.

¿Casada? ¿Con quién?

INFANTA.

Con Tello,

A quien tu pariente llamas.

REY.

Si no te hubieras casado,
Elvira, yo te casara;
Porque no pudiera darle
Deste servicio otra paga.
Dáos las manos.

TELLO.

Bien merece

Mi amor, mi fe, mi esperanza
Este premio.

TELLO EL VIEJO.

No prosigas;

Porque aquí la historia acaba
De Los Tellos de Meneses,
Godos de la antigua España.

4 Así concluye la comedia en el tomo XI;
de las de LOPE; lo que prueba que cuando
la escribió, no pensaba en segunda parte: ¡
ediciones modernas tienen este fin!

... Aquí la historia acaba
De los Tellos de Meneses,
Godos de la antigua España,
Hasta la segunda parte,
Que repara sus hasaños.

VALOR, FORTUNA Y LEALTAD¹, SEGUNDA PARTE DE LOS TELLOS DE MENÉSES.

PERSONAS.

ALFONSO III, REY DE LEON.
TELLO EL VIEJO.
TELLO, su hijo.
GARCÍ-TELLO, niño.
DON ARIAS, conde.
DOÑA ELVIRA, infanta.

LAURA, su prima.
INÉS, villana.
MENDO, gracioso.
SANCHO, villano.
UN CURA.

SOLDADOS.
CRIADOS.
MÚSICA.
MOROS.
VILLANOS.
ACOMPAÑAMIENTO.

La acción pasa en las montañas de Leon y en esta ciudad.

ACTO PRIMERO.

Campo en las montañas de Leon.

ESCENA PRIMERA.

LA INFANTA DOÑA ELVIRA Y LAURA,
con sombreros y rebocinos; VILLANOS,
MÚSICA.

(Tocan, cantan y bailan.)

MÚSICA.

*Quien se levanta hermosa
Y con salud, parida,
Algo adivina.
Quien puede levantarse
Con bríos montañeses,
Volver quiere á enfermarse
Por otros nueve meses.
Quien hoy á su Meneses
Le pareció tan linda,
Algo adivina.*

LAURA.

Por muchos años, Señora,
De la cama te levantas
A dar envidia á la aurora,
Cuando con tiernos diamantes
Baña los campos de Flora.
Por pizarras desiguales,
Viendo que á los campos sales,
Tropieza en su misma prisa
La nieve, deshecha en risa,
Para que pises cristales.
Las flores de la ribera
Salen á verte á porfía;
Todo se esmalta y espera
De tus ojos alegría
Y de tus pies primavera.
Todo tu salud lo viste
De contento, hermosa Infanta;
Hasta la tórtola triste
Parece que alegre canta
Después que al prado saliste.
No hay ave que de su empleo
No muestre dulce deseo;
Que, con ser justa su pena,
Aun no llora Filomena

Los amores de Tereo.
Las hiedras, que en verdes techos
Preuden acopados colmos,
De ramas y de hojas hechos,
Con abrazos mas estrechos
Han enredado los olmos.
Aquesas voces suaves,
Que ya risueñas, ya graves,
Con naturales acentos
Suenan en dos elementos,
Son las fuentes y las aves.

INFANTA.

Laura mia, esos amores
No parecen de cuñada.

LAURA.

Pues ¿de quién serán mejores
Que de una prima, templada
Al gusto de tus favores?
¡Dichoso Tello, que fué
Digno de tan bella esposa!

INFANTA.

Paso, prima; que vendré
A estar de entrambos celosa.

LAURA.

Ahora, Elvira, ¿por qué?
Ocho años han pasado
Que yo los tuve de tí;
Pero en viéndote casado,
Con las esperanzas di
Al vago viento el cuidado.
Yo confieso aquel deseo
De que tan lejos me veo;
Digno fué de tu valor,
Porque le guardaba amor
Para mas dichoso empleo.
A mucho te aventuraste;
Por este bárbaro suelo
Muchos trabajos pasaste;
Pero ya, gracias al Cielo,
En sus brazos descansaste.

INFANTA.

Al misero navegante
Truecan, Laura, en un instante
La alegre color de celos
En tanto luto los cielos,
Que no parece un diamante.
Sus claraboyas serenas
Escupen balas de hielo,
Truenan nubes de horror llenas,
Que, desquiciando su velo,

Van arrastrando cadenas.
El uno y el otro polo
Parece que sacudir
Quieren la máquina, y solo
Entre nubes de zafir,
No sabe su aurora Apolo.
Sube hasta el cielo arrogante
Del mar el profundo abismo,
Porque no hay sol que le espante;
Y cayendo de sí mismo,
Es fulminado gigante.
Y así con las luces bellas
Traslada la tempestad
La furia del mar, que entre ellas
Ven los peces si es verdad
Que los hay en las estrellas.
Mas luego en tanta ruina
Corre la oriental cortina
La aurora bañada en hielo,
Y el sol, corazón del cielo,
La turbia mar ilumina.
Así yo tantas crueldades
Padece de mis desdichas
Entre aquestas soledades,
Hasta que el sol de mis dichas
Serenó las tempestades.
Así del mar inhumano
Mi pobre barca salió,
Dándome el cielo su mano,
Aunque mi padre murió,
Y me aborrece mi hermano.
Dos hijos tengo ya, en quien
Tengo el alma dividida,
Dando su parte tambien
A Tello, porque no hay vida
Adonde los tres no estén;
Que esa necia presunción
De don Arias es locura.

LAURA.

Cuéntame por qué razón
Volver contra tí procura
Leon al rey de Leon.

INFANTA.

A la margen de esa fuente,
Que se queja y no lo siente,
Quiero contarte su historia,
Aunque ofenda la memoria
Tan enojoso accidente.

LAURA.

Los necios son atrevidos.

¹ Tal es el título que lleva este drama en el ejemplar que nos ha servido como original, edición antigua, suelta, sin año ni lugar de impresión. En las modernas se titula *Valor, lealtad y ventura de los Tellos de Meneses, segunda parte.*

INFANTA.
De todos le diferencio,
Si amaron aborrecidos.

LAURA.
Pide á la fuente silencio
Mientras te doy los oídos.

INFANTA.
Presto verás que á ninguna
Tanta desdicha importuna,
Pues, ni villana ni infanta,
Me dejó con fuerza tanta
De perseguir la fortuna.
(*Vase.*)

Salon del alcázar real de Leon.

ESCENA II

EL REY, DON ARIAS, ACOMPAÑAMIENTO.

DON ARIAS.
La muerte del invicto Ordoño, padre
De vuestra alteza, y el debido llanto
A sus claras virtudes, vence tanto
Ser vos el heredero,
Príncipe soberano
De la parte mejor del reino Ibero,
Que ya el bramido del leon hispano,
Resucitando en vos su heroico hijo,
Las lágrimas convierte en regocijo.
Vos, Alfonso, seréis (en Dios lo espero)
De vuestro reino padre y la defensa
De España, vuestra madre,
Que oprime el moro con injusta ofensa.
La religion, la paz y la justicia,
La ciencia y la milicia
Se verán abrazadas,
De pacífica oliva coronadas.
Vivid siglos, vivid, y ¡plega al cielo
Que, oyendo el justo celo
Y el ánimo devoto,
Vuestras banderas ponga en el remoto
Márgen del mar de España,
Que las columnas baña
Que el tebano llamó fin de la tierra;
Pues ya teneis la torre en que se vian
Las fuertes naves de la gran Bretaña
Cuando el mar discurrían,
Amenazando guerra! Solo resta
Que nos deissuccion, que os ha faltado
De nuestra gran señora,
Y un sol leonés de castellana aurora.

REY.
Ese cuidado solo me molesta,
Don Arias, por vivir desconfiado;
Y así, prometo al cielo
Visitar con piadoso heróico celo
Al gran Patron de España,
A cuya espada debe tanta hazaña;
Y desde aquí le ofrezco,
Si tanto bien merezco,
Labrar la parte que á su templo falta.

DON ARIAS.
La sucesion esmalta,
Como al gobierno público las leyes,
Las coronas y cetros de los reyes.

ESCENA III

SANCHO; MENDO, con una carta.—
Dichos.

MENDO. (*Ap. á Sancho al salir.*)
Ya no tengo aquel temor,
Sancho, que tener solia
Cuando labrador vivia;

! Alusión á la venida hostil de los ingleses
á Cádiz en el año de 1625.

Que ya no soy labrador.
Con reyes trato en efeto;
Verdad es que á Dios y al Rey
No por tratarlos es ley
Que se les pierda el respeto.
Quiero decir que he llegado
A hablarlos con libertad.

SANCHO.
¿No es hombre la majestad?

MENDO.
Sí; pero es hombre endiosado:
Un rey es Dios en la tierra.

SANCHO.
Llega, que es buena ocasion;
Pues en su coronacion
A nadie las puertas cierra.

MENDO.
Invictísimo Señor, (*Arrodillase.*)
Que guarde y prospere el cielo...

REY.
¿Quién sois? Levantaos del suelo.

MENDO.
(*Ap. Cobrándole voy temor.*)
Criados somos de Tello,
Vuestro cuñado.

REY.
¿De quién?
(*Vuelve á Mendo la espalda.*)
SANCHO. (*Ap. á Mendo.*)

No escucha el cuñado bien;
Enderezóse de cuello.

MENDO.
Cuñado, aunque suele ser
Tal vez amistad segura,
Dicen que es afiadidura
Que dan con propia mujer.
De suerte que es como hueso
Del matrimonio un cuñado,
Que siempre viene forzado
Para hacer cabal el peso.

SANCHO.
Vuelve á hablar.
MENDO. (*Al Rey.*)
Tello, Señor, (*Dásela.*)

Con esta carta te envia
El parabien deste día;
Y en prendas de justo amor,
Tello el viejo, y padre suyo,
Un presente montañés,
Que, aunque indigno de tus pies,
Ya viene en nombre de tuyo.
Diez potros, que pueden ser
Por lo corpulento padres,
Y cuatro yeguas sus madres,
Que las pudiera poner
Al carro de oro Faetonte,
A haber moras en el cielo;
Porque del áfrico suelo
Las trasladó nuestro monte.
Trocando el color á veces,
Dos son cisnes y dos cuervos,
Aunque al correr fueran ciervos,
A no ser por los jaeces;
Aunque los pies como truenos
Corren, y vuelan tambien;
Que apenas ellas se ven,
Cuanto mas sillas y frenos.
Y un caballo para ti,
Que parece hijo del toro:
Tales son las manchas de oro,
Que puedo decirlo así.
Con blanco en lo rojo bebe;
Porque, para mas belleza,
Jugando naturaleza,
Le tiró pellas de nieve.
Como liso terciopelo
El pelo vino á quedar,
Y sobre lo rojo á estar
Ponido en oro el blanco pelo.

Y don Tello de Meneses
El mozo, Señor, te envia
Seis alfanges de atauja,
Diez jacos, veinte paveses.
Los jacos, por mas decoro,
Tienen, menudas y juntas,
Por los collares y puntas,
Un dedo de mailas de oro.
Los paveses, todos nuevos,
Traen pintado el blason
De Castilla y de Leon,
Y las tortillas de huevos,
Para memoria de aquella
En que le puso su hija
Del Rey la oculta sortija,
Y sus desdichas en ella.
Diez jaces recamados
De aljófar y oro...

REY.
No mas;
Que parece que me das
Los dos presentes pintados.—
¿Qué gracioso embajador!
Como del dueño en efeto.

MENDO.
No le hubo allá mas discreto
En todo el monte, Señor.

REY.
Leed, don Arias, la carta.

DON ARIAS.
Tello el viejo firma aquí.

REY.
Pues leedla.

DON ARIAS.
Dice así.
MENDO. (*Ap.*)
Carta y presente descarta.

DON ARIAS.
(*Lee.*) «Hijo, por muchos años os co-
roneis rey de Leon: parecéos á vuestro
padre, y seréis buen rey, imitando sus
virtudes, para que sea mas alegre vues-
tro reinado. Hoy os ha nacido otro so-
brino, hermano de Garci-Tello, que
hoy tambien cumple ocho años; de
suerte, que ya teneis dos sobrinos, y
yo dos nietos. La infanta, vuestra her-
mana y mi hija, irá á veros luego que
tenga salud. Dios os haga buen rey y
Santiago os ayude.— Tello de los Co-
ndos y Meneses.»

REY.
Hombres...
MENDO.
Señor...

REY.
Decid á los dos Tellos
Que estoy muy ocupado;
Que me alegré, como se alegran ellos,
De los hijos y nietos que han honrado.
Su casa con la mía;
Y á mi hermana decid que no sería
Razon que á Leon viniese
Sin que yo la avisase y lo supiese.

MENDO.
Prospere el cielo tu real persona,
Y ponga un mundo al pie de tu corona.

SANCHO. (*Ap. á Mendo.*)
No queda muy contento.
MENDO.

Siempre del alma el rostro fué argumen-
to. [to.
SANCHO.
Como no tiene hijos, le fatiga
Esto de los sobrinos.

(*Vanse Sancho y Mendo.*)

ESCENA IV.

EL REY, DON ARIAS, ACOMPAÑAMIENTO.

REY.

Por qué varios caminos
La fortuna enemiga
Trueca la gloria en pena!
¿Qué vida fué tan próspera y serena,
Qué bien con tal exceso,
Que sin alteracion de algun suceso
Llegase hasta su fin gloriosamente?
¡Hijo me llama á mi Tello insolente!
¡Oh cuánto erró mi padre! [dre
Pues no es posible que al gobierno cuan-
Ni á la razon de estado
Haber tan mal casado
Con Tello de Meneses [veses
Mi hermana, aunque blasonen sus pa-
De las reales armas de los godos.

DON ARIAS.

Señor, si era voz pública de todos
Que Tello el mozo...

REY.

Basta.

Si él fué atrevido y doña Elvira incasta,
Cortalle la cabeza era justicia.
Demás, que siempre fué vulgar malicia
Arbitra en los sucesos licenciosa;
Que Elvira fué muy santa y virtuosa,
Y solo erró en amalle.
¡Un pobre labrador, señor de un valle,
Con dos hijos que heredan mi corona,
Y yo sin ellos!

DON ARIAS.

Gran Señor, perdona

Si que fué te dijera necio acuerdo
De un rey prudente y cuerdo.
Pero pienso que puedes remediallo,
Si quieres, fácilmente;
Que no te han de heredar injustamente
Hijos de tu vasallo;
Que puesto que ya son de doña Elvira,
Siempre la sucesion al padre mira.

REY.

Por la razon de mas perfecto, al padre
Da la filosofía
Mas parte que á la madre,
Que nueve meses al infante cria.
Pero, Conde, los hijos de Meneses
¡Han de ser reyes en Leon!

DON ARIAS.

Querria

Que algun remedio en tanto mal pusie-
[ses.

REY.

Vamos; que yo daré remedio.

DON ARIAS.

El día

Que se determinare vuestra alteza,
Tendrá firme el laurel en la cabeza.
[Ap. ¡Oh Elvira! muerto Tello, serás mia,
Y á pesar de las partes mas contrarias,
Rey de Leon don Arias.
Terrible cosa emprendo; pero es loco
Quien piensa que lo mucho cuesta poco.)
(Vanse.)

Vista exterior de la casa de los Tellos.

ESCENA V.

TELLO EL VIEJO, vestido de negro;
TELLO.

TELLO EL VIEJO.

Mas ¿que me quieres quitar
El seso con estas cosas?

TELLO.

Siempre te son enojosas
Las que me pueden honrar.

TELLO EL VIEJO.

¡Coche has hecho! ¿Estás en ti,
Sabiendo tú que en Leon
No hay mas que el del Rey?

TELLO.

No son

Esas leyes para mí.
Y si es la infanta, su hermana,
Mi esposa, aunque mi señora,
¿Será bien que viva ahora
Como cuando fué villana?
Mas son achaques en ti
Solo por verme gastar;
Que no te puede pesar
De que yo la sirva así.
La iglesia que se acabó
Está lejos de tu casa,
Y el arroyo que se pasa,
No quiero ni gusto yo
Que lo pase en un pollino.
Y en las mulas, di ¿qué vienes
A gastar, si ciento tienes?

TELLO EL VIEJO.

Para tan breve camino,
¿Coche es menester?

TELLO.

Y el día

Que al campo quiere salir,
En un pollino ha de ir
Una infanta y mujer mia?

TELLO EL VIEJO.

El diablo nos infantó;
Mejor nos iba sin ella.

TELLO.

Cosa tan discreta y bella
Y tan santa ¿te causó?

TELLO EL VIEJO.

¿Cuánto te costó la caja?

TELLO.

Cien reales.

TELLO EL VIEJO.

¿Cien reales!

TELLO.

Pues,

Y á las carretas que ves
Apenas hace ventaja.
Esto y labrar la madera,
Clavazon y tafetan
Otros ciento costarán.

TELLO EL VIEJO.

¿Otros ciento?

TELLO.

Y mas.

TELLO EL VIEJO.

Espera;

Que lo quiero averiguar.

TELLO.

¡Qué gracia!

TELLO EL VIEJO.

¿A cómo costó
El tafetan?

TELLO.

No se halló,
Después de regatear,
Menos que á real la vara.

TELLO EL VIEJO.

¿A real el tafetan!
Perdidas las cosas van.
¡Jesus, qué cosa tan cara!

TELLO.

¿Santiguaste?

TELLO EL VIEJO.

Si compramos
Para tu madre un jubon,

Quando con la bendicion
De la iglesia nos juntamos,
Dos varas de terciopelo,
De lo mismo que sacó
La Reina el suyo, y costó
(Así goza ya del cielo)
A dos reales, y aun vive,
¿No quieres tú que me espanto?

TELLO.

No, siendo cosa importante,
Pues gusto Elvira recibe.

TELLO EL VIEJO.

De suerte que costará
El coche docientos reales
Sin mulas.

TELLO.

Si hará, y cabales.

TELLO EL VIEJO.

Acabarme quieres ya.

TELLO.

Señor, cuando labradores,
Aunque godos, justo fuera
Que á ese modo se viviera;
No cuando somos señores.

TELLO EL VIEJO.

¡Ah Tello! ¡Pluguiera á Dios
Que en aqueste verde muro,
Sin reyes, á lo seguro,
Descansáramos los dos!
Conozco tu gran fortuna;
Pero dime: ¿á quien levanta,
Puesto que ponga la planta
En la frente de la luna
(Que aquellas manchas que ves
Pienso que pisadas fueron
De dichosos, que pusieron
Sobre su rostro los pies),
Que no le haya derribado
Antes de acabar la empresa?
Que si del coche me pesa,
No es por lo que haya costado,
Mas porque de mala gana
Paso desde labrador
A imitar con el señor
La grandeza cortesana.
Que mirando sus cuidados,
¿No sabes, Tello, que pierdes,
En ciudades campos verdes,
Y por vasallos ganados?
Si á la mañana, entre gente
Tan lucida como ingrata,
Se lava en fuente de plata,
¿Qué mas plata que esa fuente?
Si escuchando aduladores,
Oye lisonjas suaves,
¿Qué mas dulces que esas aves,
Que se están diciendo amores?
Si le dan manjares varios
Los cocineros curiosos,
¿Cuándo fueron provechosos,
Sino á la salud contrarios?
Un capon cuando le mates,
Y una manida perdiz
Come el señor, con telliz
De azúcar y disparates;
Mas, cuando á comer te sientes,
Aunque te falte limon,
¿Qué ha menester un capon
Sino buena gana y dientes?
Pues á la noche acostarse
Mil hombres al rededor,
Te parece que es mejor
Que á sí mismo desnudarse?
¿Qué importa que mil acudan?
Mancos ó imágenes son
Los que otros sin ocasion
Los visten y los desnudan.
Blasone el señor bizarro;
Que nunca salió en rigor
Cometa por labrador,

Ni se dió veneno en barro.

TELLO.

Padre, de consejos tales
Ya no os tengo qué decir :
Ese modo de vivir
No es de hombres, es de animales.
Hasta ahora, desde Adán,
Que el mundo estaba en mantillas,
Y les daban las orillas
Agua y las bellotas pan,
Estudiaron policía
Los hombres ; las soledades
Trocaron por las ciudades,
Hubo rey y monarquía.
Las leyes fueron también
Instituto celestial
Para castigar el mal
Y para premiar el bien.
Mal cumplieran con sus nombres,
Ni fuera entre humanos ley
Que hubiera entre abejas rey,
Y les faltara á los hombres.
Y creed que no es compás
De almas nobles, de hombres buenos,
Estarle siempre á ser menos,
Y no llegar á ser mas.
Si están cerca vuestros nietos
De ser reyes de León,
La villana imitación
¡Será de hidalgos discretos!

TELLO EL VIEJO.

Tello, yo estoy viejo ya ;
De la paz hablo, y quisiera
Que aquesta paz no saliera
De la humildad en que está.
Haz lo que fuere tu gusto.

ESCENA VI.

LA INFANTA, LAURA, INÉS.—DICHOS.

INFANTA. (Ap. á Laura.)

A agradecerle venia
El coche, y está aquí el viejo.

TELLO EL VIEJO.

¡Por qué, Elvira, te retiras?

INFANTA.

Antes á besarte vengo
La mano, y Laura mi prima,
Por el presente y la carta
Que al Rey, mi señor, envías.

TELLO EL VIEJO.

Ya estará de vuelta Mendo.

LAURA.

Es menester que le escribas
Que venga á honrar el bautismo
Y saque el niño de pila.

TELLO EL VIEJO.

No sé si me atreva, Laura ;
No porque el Rey no vendría,
Mas porque darle aposento
Entre estos robles y encinas
A tan grande majestad,
Atrevimiento sería.

INFANTA.

Cómo respondiere el Rey,
Que ya tendrá mas altiva
La condición, trataremos
(Pues que lo fué de García
Su padre) escribir que sea
Padrino de Ordoño.

TELLO EL VIEJO.

Admiras
La mudanza con razon ;
Que puede ser que no admita
Rey lo que principe hiciera.

INÉS.

Mendo y Sancho á toda prisa
Bajan la cuesta del monte :

Prevenidles las albricias ;
Que de las yeguas se apean.

TELLO EL VIEJO.

Dárselas el Rey podía ;
Que ya le tengo contadas
Cuatro mil doblas, que habitan
El limbo de un cofre, á quien
Decendieron desde niñas.

TELLO.

Pues, dasle cuatro mil doblas
Al rey heredero, y ¡miras
En que con un coche yo
A Elvira y á Laura sirva,
Que cueste veinte ducados!

TELLO EL VIEJO.

Necio, esas son demasías,
Y estotras necesidades ;
Porque son las mas precisas
Cuando los reyes heredan.

ESCENA VII.

MENDO, SANCHE. — DICHOS.

MENDO. (Dentro.)

Los frenos solo les quita,
Y echarás de comer.

(Salen Mendo y Sancho.)

Guarde el cielo vuestras vidas.

TELLO EL VIEJO.

Seas bien venido, Mendo.
¡Qué hay del Rey?

MENDO.

¿No lo adivinas?

Pues no es tan malo de ver,
Por corto que estés de vista ;
Que al rostro triste ó alegre
Llamaron papel sin firma.
La corona de León,
De Asturias y de Galicia
La frente adornaba apenas,
Bellísima infanta Elvira,
A don Alfonso, tu hermano,
Que de cinco que tenias,
Quedó solo, y fué el mayor ;
Cuando, puesto de rodillas
A la majestad humana,
Imagen de la divina,
Le doy la carta y refiero
De los presentes la lista,
Hurtando pluma y pinceles
Al que escribe y al que pinta.
El Rey (la causa él la sabe)
Mal me escucha y peor me mira ;
Y quien no escucha á quien habla,
Claro está que se fatiga.
Mandó que abriese don Arias
La carta, y como decias
Hijo en el primer renglon,
Parecióle cosa indigna
De la grandeza de un rey,
Aunque amorosa caricia,
Que, sin ser padre, un vasallo
Hijo le nombre y escriba.
Así leyó lo demás ;
Y me mandó que te diga
Que responderá á su tiempo,
Y que la Infanta desista
De la venida á León :
Todas parecen enigmas.
Bajamos yo y Sancho al campo
Del palacio, en qué relinchan
Los mal empleados potros,
Murmurando la venida
De sus libres y anchos prados,
Donde á su gusto mordían.
Ya las yerbas, ya las flores.
Bebiendo en sus fuentes limpias
Con tal gusto, que el villano
Que al agua los conducía,
Pudiera contar de espacio

Los tragos en las barrigas ;
Murmuraban finalmente
Ver que á la corte venian
A estar con fuertes aldabas,
Que de libertad los privan.
Ellos, las yeguas, las armas,
Paveses y jacerinas,
Con los bordados jaeces,
Entrego al conde Favila ;
Y sin comer en León,
Como un alarbe en la silla
Salto sin arzon, y vengo
A deciros que la envidia
De Garci-Tello y Ordoño,
Hijos de la hermosa Elvira
Y forzosos herederos,
Alguna cosa imagina ;
Porque verse el Rey sin ellos,
Y imposible á Geloira,
Su esposa, hará que abortezca
Alfonso su sangre misma.

INFANTA.

¡Eso respondió mi hermano?

INÉS.

Sancho, ¿es verdad ó es mentira?

SANCHE.

Lo menos te ha dicho Mendo.

INFANTA.

¿Es posible que en el día
Que se corona, aun no sepa
Templar Alfonso la ira?

TELLO.

Conmigo debe de ser
El enojo.

TELLO EL VIEJO.

Como vivan

Mis hijos y nietos, Tello,
Para que á Dios y al Rey sirvan,
Hacienda teneis y tierra
Adonde paseis la vida
Siendo reyes, sin ser reyes.
Pero, porque no reciba
Como los potros las doblas,
No las verá si no envía
Con muchos ruegos por ellas.
A la fe que de otra guisa
Me trataba á mi su padre
Cuando á estos montes venia.
Ea, no hay mas que aguardar.
Hoy Ordoño se bautiza :
Sea padrino su hermano. —
Vístele de gala, Elvira,
Y ciñele espada y daga.

INFANTA.

Vén, Laura... (Ap. á ella. Que mi alegría
No la ha de templar el Rey
Con la envidiosa malicia
De don Arias, pues ya entiendes
Por los pasos que camina
A tan necias pretensiones.)

LAURA.

¿Qué importan las fantasías
De sus locos pensamientos?
(Vanse la Infanta, Laura é Inés.)

ESCENA VIII.

TELLO EL VIEJO, TELLO, MENDO,
SANCHE.

TELLO EL VIEJO.

Tello, parte y solicita
Lo que fuere necesario.

TELLO.

¡Sacarán las fuentes ricas?

TELLO EL VIEJO.

Y cuando fueran tan grandes
Como las que se derivan
De la nieve de esos montes.

¡Es cosa de cada día
Bautizar un nieto, y nieto
De un rey?

TELLO.

Yo voy.

TELLO EL VIEJO.

Date prisa.—

(Vase Tello.)

Y vosotros, Mendo y Sancho,
Descansad, porque querria
Que el bautismo se celebre
De manera, que se escriba
Por cosa rara en Leon.

MENDO.

Tú verás que regocijan
Los bailes y luminarias
Campos, valles, caserías,
Pastores, árboles, aves,
Cuantos la montaña habitan.

(Vanse Mendo y Sancho.)

ESCENA IX.

TELLO EL VIEJO.

La pena que me ha dado
La respuesta del Rey áspere y dura,
Puesto que me ha turbado,
Disimulé con prudencial cordura;
Que, si á entenderla diera,
Mayor cuidado el de mis hijos fuera.
¡Oh Tello! ¡Cuán seguro
Vivias tú, señor de la montaña
Que con eterno muro
Defiende y fortalece el mar de España!
¡Qué engaño entre tus bueyes
Aposentó caballos de los reyes?
Aquí no te alabaste
Que despertabas con la blanca aurora,
A ver el verde engaste
De la voz de cristal, fuente sonora,
En el trigo los grillos,
Y en la selva pintados pajarillos?
No alabaste las noches,
Las horas sin reloj siempre quietas?
¡Quién vió rodando coches
Por los sulcos de frágiles carretas,
Que, rompiendo pizarras,
Imitarán sus ruedas las cigarras?
¡No decias que hallaba
Su paz el alma en soledad? ¡Quién trujo
La corte donde estaba
De los yermos de Tébas el dibujo?
Y ¡quién en triste día
Engirió con el vos la señoría?
Pues, Tello, haced paciencia:
Si os quisisteis meter á caballero
Con tanta inadvertencia,
Sabed que la inquietud es lo primero;
Que es la caballería
Dulce cansancio, envuelto en cortesía.

ESCENA X.

GARCÍ-TELLO, niño, con espada.—

TELLO EL VIEJO.

GARCÍ-TELLO.

MI madre dice que ya
Está prevenido todo.

TELLO EL VIEJO.

¡Oh buen nieto! ¡Oh fuerte godo!
¡Qué bien la espada os está!

GARCÍ-TELLO.

Solo á vuestra señoría
Aguardan.

TELLO EL VIEJO.

No me llameis
Señoría, aunque podeis,
Pues que ser señor solia.

¡Por mí fe, que os tiene puesto
Galan Elvira!

GARCÍ-TELLO.

Señor,

Dios sabe con el temor
Que me ha vestido y compuesto.

TELLO EL VIEJO.

¡Temor! Pues ¿de qué, García?

GARCÍ-TELLO.

De que os soleis enojar,
Y á los vestidos llamar
Excusada demasia.

TELLO EL VIEJO.

La seda no me molesta,
Nieto; que lo que me enfada
Es la seda acuchillada,
Que está antes rota que puesta.
Y con vos no hay intereses
De hacienda, sábelo Dios;
Que os quiero yo mucho á vos,
Sí, por vida de Meneses.
Era yo de vuestra edad
Como ahora os vengo á ver...
Fué muy linda mi mujer,
Y mujer de calidad...
Hoy la tengo el mismo amor.

(Llora.)

GARCÍ-TELLO.

¡Llorais?

TELLO EL VIEJO.

No.

GARCÍ-TELLO.

Pienso que sí.

TELLO EL VIEJO.

¡Hay alguno por ahí
Que nos vea?

GARCÍ-TELLO.

No, Señor.

TELLO EL VIEJO.

A fe, que os he de abrazar.

GARCÍ-TELLO.

Pues ¿qué doncella soy yo?

TELLO EL VIEJO.

No quiero que piensen, no,
Que me podeis obligar
A mudar la condicion
De la aspereza pasada;
Y abrazaros con espada
No ha sido sin ocasion;
Que me habeis dado placer
En el pesar de algun daño;
Porque, si yo no me engaño,
Presto la habréis menester.
Y advertid que al ser tan bello
Lo fuerte igualéis.

GARCÍ-TELLO.

Sí haré.

TELLO EL VIEJO.

No digais que os abracé
A vuestra madre ni á Tello,
Y ponéos esta cadena.

(Dale una.)

GARCÍ-TELLO.

Bésos la mano, Señor.

TELLO EL VIEJO.

Y si Elvira mi valor
De miserable condena,
Mil ducados os señalo
Cada año para vestiros;
Tanto, de varos y oiros
Tan hombre ya, me regalo.

GARCÍ-TELLO.

Son tan nobles alimentos,
Abuelo, como de vos.

TELLO EL VIEJO.

¡Abuelo! Pues vive Dios,
Que os añada otros quinientos.

GARCÍ-TELLO.

Señor, en tantos favores,

Uno os quiero suplicar.

TELLO EL VIEJO.

Lo que tardais en hablar
Dejarán de ser mayores.

GARCÍ-TELLO.

Los mozos de nuestra casa
Quieren correr seis novillos;
No se atreven á pedillos,
No porque juzgan escasa
Vuestra mano liberal,
Pero porque yo los pida.

TELLO EL VIEJO.

¡Quién hay, nieto, que os impida
Serlo vos en fiesta igual?

GARCÍ-TELLO.

Tambien os pido licencia
Para torear, Señor.

TELLO EL VIEJO. (Ap.)

¡Cómo se asoma el valor
A prestar de sí experiencia!

GARCÍ-TELLO.

¡Este principio os admira,
Señor, sabiendo quién soy?

TELLO EL VIEJO.

Venid; que licencia os doy,
Si quieren Tello y Elvira.

(Vanse.)

Sala en casa de los Tellos.

ESCENA XI.

SANCHO, INÉS.

SANCHO.

¡No fuiste al bautismo, Inés?

INÉS.

Quedéme á guardar la casa.

SANCHO.

A la montaña se pasa
La corte del rey leonés.
No se ha visto fiesta en ella
De tan grande autoridad.

INÉS.

No pienso que la ciudad
Puede competir con ella.

SANCHO.

¡Hay cena de ostentacion?

INÉS.

No hay grandeza que no excedan;
Sin caza pienso que quedan
Las montañas de Leon.
El bautismo de García,
Con ser el hijo mayor,
Fué con aplauso menor,
Aunque con mas alegría.
Mendo viene de la fiesta.—
¡Qué hay, Mendo? ¡Acabaron ya?

ESCENA XII.

MENDO.—DICHOS.

MENDO.

Un cielo imitando está
La iglesia, nueva y compuesta.
Salió el bautismo, por estar tan léjos
El nuevo templo de la Ester dichosa,
La que tuvo de Dios tantos reflejos,
Que, ya que no fué sol, fué luna hermosa.
Adornando el camino verdes tejós,
Por la senda mas fácil y arenosa,
En caballos famosos que los prados
A tanta juventud dieron prestados.
Después de aquesta gente, que seria
De treinta mozos, luz de la montaña,

Pelayo un rico aguamanil traía,
Que fué del rey restaurador de España.
Tras él, Lain con Almendar venía;
Dos fuentes llevan, donde el sol se baña,
Que daba con su luz, nadando en ellas,
Ondas de rayos, agua de centellas.
Cubría un velo de brillante plata
El capillo, la vela y el salero,
En que la fe evangélica retrata
Las armas del cristiano caballero;
Y luego sobre un paño de escarlata,
Blazon de Tello, en un caballo overo,
Un mazapan que de Leon trajeron, [ron.
Que deudas monjas de la Infanta hicie-
No hay mapa que mejor ciudad describa,
Que el azúcar formaba un baluarte,
Almenas, muros, pórticos, y arriba
Un moro con un bárbaro estandarte:
Este, cercado de muchachos iba,
Con esperanza de alcanzar su parte;
Que desta fruta y género de roscas,
Son con los ojos importunas moscas.
Aquí vieras el coche, que el camino,
Por novedad, parece que rehusaba,
En que Rosenda al niño cristalino
Con el desnudo pecho regalaba;
Los dos Tellos, la Infanta y el padrino,
No el Rey, como su hermana lo esperaba;
Pero no menos Garcí-Tello airoso,
Lo que faltó de rey, sobró de hermoso.
Llegaron á la iglesia, en cuya puerta
El nuevo cura estaba revestido.
Allí la fe, que el alma le despierta,
Le abrió con sal la boca y el oído.
Laura, por parecer dama, tan muerta
Como sabeis, cuando mudó vestido,
Al Cura, que lo estuvo mas de oírlo,
Por responderle *volp*, dijo *birlo*.
A la pila en efeto le llevaron,
Y Ordoño, por su abuelo, le pusieron,
En el Jordan del cielo le bañaron,
Y con el olio soberano ungieron.
A su madrina Laura le entregaron,
Y la comadre y ella le envolvieron,
Encargando al padrino y la madrina,
Después del Evangelio, su doctrina.
Llevaba el mazapan muy sin recato
El sacristán, entre él y un monacillo;
Pero, como tocaron á rebato,
Ganaron los muchachos el castillo;
Y aunque el entralle no salió barato,
No le quedó muralla ni portillo;
Que aun la sobrepelliz desde este día
Servirá para bandas de sangría.

ESCENA XIII.

TELLO EL VIEJO, LA INFANTA, LAURA, INÉS, TELLO, GARCÍ-TELLO, de padrino; EL CURA del bautizo, y ACOMPAÑAMIENTO, con fuentes.—DICHOS.

TELLO EL VIEJO.
Sentáos, que vendréis cansados;
Y en estas fuentes nos traigan
Colación; que el señor Cura
Tendrá sed, porque son largas
Las oraciones.

EL CURA.
Señor,
Nunca lo que obliga cansa,
Demás de haberos servido;
Y ¡plegue á Dios que de España
Veáis reyes estos nietos!

TELLO.
Cuando esa dicha alcanzaran,
No os hubiera estado mal.

INFANTA.
García, ¿en qué le emplearas
Al señor Cura?

CURA.
Señora,
Hablad, por Dios, como Infanta,
Y no como labradora.

INFANTA.
La dignidad es tan alta,
Que mas honor se le debe.

GARCÍ-TELLO.
Si yo, señores, reinara,
Hiciera al Cura arzobispo.

CURA.
La mano en mercedes larga,
Como por la posesion,
Os beso por la esperanza.

MENDO.
Y á mí, Señor, ¿qué me hicieras?

GARCÍ-TELLO.
Hicierate del alcázar
De Leon alcaide.

MENDO.
Es poco.
GARCÍ-TELLO.

Mendo, menos arrogancias.
De los reyes, el que sirve
Tiene por ley cortesana
Tomar sin quedar quejoso.

LAURA.
¿Qué dieras, sobrino, á Laura?

GARCÍ-TELLO.
Acechárte dos días
A qué fidalgo mirabas,
Y casárte con él.

LAURA.
¿Ese es premio á tu crianza?
GARCÍ-TELLO.
¿Qué desdicha de los reyes,
Que por mas que den, no acaban
De contentar los quejosos!

INÉS.
Y á mí, ¿no me dieras nada?

GARCÍ-TELLO.
A Mendo te diera, Inés.

MENDO.
Señor, si todos los casar,
Mas eres cura que rey.

TELLO EL VIEJO.
Dad colación mientras cantan.
(Mientras cantan, sacan los criados la colación en las fuentes y suena dentro ruido.)

TELLO.
Paso, no canteis; oid.

INFANTA.
Gran gente llega con armas
A nuestra casa. ¿Qué es esto?

TELLO EL VIEJO.
¿Con armas á nuestra casa!

GARCÍ-TELLO.
Abuelo, ahora ¿es el tiempo
En que he menester la espada?

TELLO EL VIEJO.
No, nieto, hasta ver lo que es.

MENDO.
Señor, el Rey y don Arias.

ESCENA XIV.

EL REY, DON ARIAS.—DICHOS.

REY. (Dentro.)
Queden los soldados fuera.
(Sale el Rey, y con él don Arias.)

TELLO EL VIEJO.
Señor, ¿qué ocasion, qué causa

A mi casa os ha traído
Con tanta gente de guarda?
¿Deciendo yo de traidores?
Ha quedado alguna raza
De moros en estos montes?
Esos pavese y lanzas
Que mis paredes adornan,
¿Tienen las armas hurtadas?
¿No me las dieron los godos?
Por menos que reyes llaman
Mis ascendientes Meneses.

REY.
Tello, no gasteis palabras.
Yo no vengo por sospechas;
Que pusiera á las montañas
Fuego, si tuviera alguna;
Solo vengo por mi hermana:
No quiero que esté con vos.

TELLO EL VIEJO.
Pues, Señor, con vos se vayan
Ella y su esposo en buen hora;
Pero en honra de mis canas,
Dejadme de dos un nieto.

REY.
Tello, no es esa la causa.
Yo solo á mi hermana quiero;
Que, puesto que está casada
Con Tello, no está á mi gusto.
A Leon quiero llevarla;
Que ya me han dicho letrados
Que puedo por muchas causas
Disolver el matrimonio.

TELLO.
No habiendo en la sangre falta,
Ni en los hijos ni en la fuerza,
¿A nulidad puede darla
Causa en las leyes divinas
Ni en las razones humanas?

REY.
Después lo veréis, Meneses,

TELLO.
Si mi señora la Infanta
Tiene disgusto conmigo,
Sin pleito puede apartarla
De mis brazos vuestra alteza.

INFANTA.—
Necio temor os engaña.—
Y admiróme, hermano mío,
Que á diez años de casada
Digas que apartarme puedes;
Que todos los que se apartan,
Mienten á Dios, aunque al mundo
Parezcan verdades claras;
Que cuando sin voluntad,
Como sucede, los casan,
Después consienten, pues tienen
Una mesa y una cama.
Los letrados juzgan bien,
Que juzgan por la probanza;
Pero Dios, de otra manera,
Que está dentro de las almas.
Si yo quiero á mi marido,
Y él me quiere, ¿hay ley que valga
Para que me aparte del?

REY.
Ser él Tello, y vos la Infanta
De Leon, y yo sin hijos;
Y si la razon es alma
De la ley, y es en los reyes
La voluntad la que basta
Para hacer razon, ya es ley
Querer un rey lo que manda.
Yo no vengo por Elvira,
Ni á dar razon de llevarla,
Sino á llevarla no mas.
El Rey soy, y ella mi hermana:
Dáme la mano.

INFANTA.
Señor,
¿A qué tigre le quitáran

Dos hijos y su marido?
¡Ah consejos de don Arias!

DON ARIAS.

¡Yo, Señora? El Rey lo quiere;
Que yo bien seguro estaba.
Si de mí teneis ofensa,
Írme á Lugo mañana.
Yo solo sirvo á su alteza.

INFANTA.

Que ya os conozco.—Adios, Laura;
Adios, esposo; adios, hijos;
Adios, Tello.

TELLO EL VIEJO.

¡Quién pensara
Tal pesar en tal placer,
Y en tal gloria pena tanta!
¡Por qué no le habías, nieto?

GARCI-TELLO.

Porque callaban las canas,
Y no es bien que hablen nueve años
Adonde setenta callan.

TELLO.

Voy á ver mi muerte, y ver
Cómo me llevan el alma.

INÉS.

¡Qué te ha parecido, Mendo,
De tan notable mudanza?

MENDO.

Inés, en cosas de reyes
Mas vive quien menos habla.

ACTO SEGUNDO.

Salon del real alcázar de Leon.

ESCENA PRIMERA.

LA INFANTA, DON ARIAS.

INFANTA.

Satisfacerme es error,
Don Arias; dejadme aquí.

DON ARIAS.

Señora, ¿en qué te ofendi,
Para usar tanto rigor?

INFANTA.

Arias, vuestra pretension
Pienso decir á mi hermano.

DON ARIAS.

Será persuadir en vano
Su justa satisfacion.

INFANTA.

No hará, si se prueba cuánto
Llegasteis á pretender.

DON ARIAS.

Pues ¿cómo lo ha de creer
De quien me aborrece tanto?

INFANTA.

¡Quién os dió licencia á vos
De que adonde estoy entreis?

DON ARIAS.

No el Rey, pues vos no queréis,
Sino amor; que amor es Dios.

INFANTA.

No es amor, sino intereses
Del reino: bien lo entendi.

DON ARIAS.

¡No estará mejor en mí
Que en los nietos de Meneses?

INFANTA.

Villano, desvergonzado!
Yo os haré cortar la lengua.

DON ARIAS.

Amaros á vos no es mengua,
Sino excelente cuidado.

INFANTA.

Yo seré vuestra homicida.
Mandaré, vive Dios.

(Vase.)

DON ARIAS.

¡Para qué, si teneis vos
En vuestras manos mi vida?

ESCENA II.

EL REY.—DON ARIAS.

REY.

Don Arias, ¿qué es aquesto? ¿De qué sale
Mi hermana tan airada?

DON ARIAS.

(Ap. No me vale
Disculpa ni razon en este caso.)
Por vuestra alteza estas injurias paso;
Solo pretendo que vivais seguro;
Que no hay tan fuerte muro,
Que no derribe la ambicion de un reino.

REY.

Si justamente reino,
Pacífico señor de Leon y Asturias, [cos,
¡Por qué me han de inquietar vasallos lo-
Muchos en arrogancia, en fuerza pocos?

DON ARIAS.

Sufrir del vulgo bárbaras injurias
No es prudencia en un rey, porque el
[castigo

Temor engendra, y el temor respeto.

No deja el rey discreto
Criar atrevimiento en el vasallo;
Por esta parte se perdió Rodrigo:
El freno es la obediencia del caballo.
A Tello de Meneses se aficionan
Los mal contentos, y su intento abonan
Con que sus hijos son los que os heredan;
Y es porque la mudanza
A los caidos pone en esperanza
Que levantarse puedan,
Y que podrán caer los levantados,
Trocándose de todos los estados;
Porque un reino, es sin duda
Que cuando muda rey, todo se muda.

REY.

Yo he hecho diligencia
Con los obispos de Leon y Oviedo
Y con el arzobispo de Santiago,
Para templar de Tello la insolencia
Y librarme de algun atrevimiento,
Sin hacer en su vida y tierra estrago,
Para la nulidad del casamiento.
Responden que no puede dirimirse
Ni en ley divina ni en derecho humano;
Que envíe el pleito á Roma.

DON ARIAS.

Pretenden eximirse
Por amistad de Tello, pero en vano,
Si vuestra alteza toma,
Como absoluto rey, el caso á pechos;
Que bien sabrán, Señor, los dos dere-
[chos

Que se ha de disolver, siendo parientes,
No dispensando el Papa.

REY.

De esa suerte,
Con menos deshonor é inconvenientes
Se puede remediar dentro de España.

ESCENA III.

UN CRIADO.—DICHOS.

CRIADO.

Aquí está Tello, que ha venido á verte
Con Garci-Tello.

REY.

¡Quién?

CRIADO.

García, su nieto.

REY.

¡Que Tello sale ya de la campaña?
Entre; pero será con poco efeto.
(Vase el criado.)

DON ARIAS.

Oye con gusto un labrador discreto.

ESCENA IV.

TELLO EL VIEJO, GARCI-TELLO,
MENDO.—EL REY, DON ARIAS.

TELLO EL VIEJO.

Dadme los pies, gran Señor,
Y perdonad no humillarme;
Que no podré levantarme
Con el peso del dolor...
Iba á decir de la edad.

REY.

Vengais, Tello, en hora buena.
Sosegaos, hablad sin pena.

TELLO EL VIEJO.

Vuestra grandeza y piedad
Alientan mi flaco brio,
Renuevan mi sangre fria.—
Besa la mano, García,
Al Rey, mi señor, tu tio.

GARCI-TELLO.

Aquí teneis vuestra hechura.
Dadme la mano á besar.

REY.

Que Tello os supo criar
Se muestra en vuestra cordura.
Bien pareceis con espada.

GARCI-TELLO.

Con ella nací, Señor.

DON ARIAS.

Bien parece en su valor
Y en tu servicio empleada.
Y tiene muy buena madre.

TELLO EL VIEJO.

Señor, pues podeis hacello,
Dadle silla á Garci-Tello,
Que es nieto de vuestro padre.

REY.

Sentáos, Garci-Tello, aquí.

TELLO EL VIEJO.

Yo tambien me sentaré,
Si vos mandais, porque en pié
Estará la edad por mí.

REY.

Antes no es inconveniente.
Sentáos, porque gusto yo
Que quien hijo me llamo,
Como mi padre se siente.

(Siéntanse los tres.)

DON ARIAS. (Ap. al Rey.)

¡No es injusto atrevimiento?
May bien, Señor, lo sentais.

REY.

Decid, Tello, ¿á qué venis?

TELLO EL VIEJO.

Estadme, Señor, atento.—
Queriendo el rey Ordoño, que Dios haya,
Casar á vuestra hermana doña Elvira
Con el moro de Córdoba, Abenaya,
Tan mal las paces afrentosas mira, [raya
Que al tiempo que la noche en la aurea
Que deja el sol cuando al ocaso aspira,
Ponia el pié, que de sus sombras viste,
Dejó el palacio fugitiva y triste.
En fin, como mujer que á Dios temia,
Y que del moro temerosa estaba,
Que al verdadero Dios no conocia,

Y en el profeta bárbaro adoraba,
Asperos montes, por inculta vía,
Para oculta vivir solicitaba,
Dejando fama en tanto desconfuerto
Que con sus propias manos se había
A mi casa llevo desconocida [muerto.
En hábito de pobre labradora,
Donde, sirviendo en ella, fué servida
De Tello, que hoy la mereció y la adora.
El modo como ha sido conocida,
Nadie, Señor, presumo que lo ignora,
Y que, con gusto suyo como nuestro,
Se la dió por mujer el padre vuestro.
Los años que vivió, vos estuvistes
A Portugal, Alfonso, gobernando;
Heredastes al fin, y a Leon venistes,
Vuestra dichosa frente coronando:
El parabien os di, que recibistes
Mis cartas y presentes despreciando;
Porque siempre os causó desabrimiento
De la Infanta el humilde casamiento.
Y no es mejor el Conde de Castilla
Que Tello de Meneses, ¡vive el cielo!
Ni cuantos ciñe de una y otra orilla
El mar de España ni el celeste velo.
Del godo, que fué rayo y maravilla,
Y para el moro se engendró en el cielo,
De esa montaña soy centella viva,
Que de su misma sangre se deriva.
Si he vivido entre rudos labradores,
Los paveses fidalgos ¿qué han perdido?
Que sus blasones, armas y labores
Ni temen tiempo ni los cubre olvido.
Los abuelos de Dios fueron pastores;
Y pues que se honra de que lo hayan sido,
Y fué el oficio antiguo de mas nombre,
Lo que Dios estimó, bien puede el hom-
Quitastes a la Infanta su marido, [bre.
Contra la ley de Dios; pero si efeto
De algun temor (aunque es injusto) ha
[sido,

Dadme la Infanta y os daré mi nielo;
Criadle como fuéredes servido,
Y tened de mí fe mejor coneceto:
No todos somos reyes; pero todos
Somos reiqualas de los reyes godos.
Si las tortillas son blasones nuevos,
En mi casa se hicieron, antes dellas,
De cabezas de moros, no de huevos,
Hasta que vino vuestra hermana a hace-
[llas.
Mas disculpando yerros de mancebos,
Tales tortillas guisan las estrellas;
Que porque no haya diferencia alguna,
Bate claras y yemas la fortuna.
No le quiteis por miedo ó por consejo
A nadie su mujer; tratad de honrarlos,
Si vasallos queréis; que Tello el viejo
Tiene dineros, armas y caballos.
Mirad que sois agora nuevo espejo
En que se han de mirar vuestros vasallos:
No le mancheis; que no es de reyes sabios
Entrar en la corona haciendo agravios.
REY.

Basta, Tello, no mas; ya os tengo oído.
Si á vuestro hijo le quité mi hermana,
Fué porque, el matrimonio dirimido,
Pudiera ser condesa castellana.
Temiendo á Dios, la vuelvo á su marido.
Hoy la llevad, vuestra justicia es llana;
Mas con dos condiciones.

TELLO EL VIEJO.

Habeis hecho

Lo que esperé de tan heroico pecho.

REY.

Conmigo ha de quedarse mi sobrino.

TELLO EL VIEJO.

Eso es muy justo.

REY.

Yo os enviaré luego

La otra condicion.

TELLO EL VIEJO.

Ya la imagino.

Yo os serviré si á la montaña llevo. —
Mendo, quedate aquí.

DON ARIAS. (Ap.)

Tal desatino

¿Se vió ni oyó jamás?

TELLO EL VIEJO.

Al cielo ruego

Prosperé vuestra vida. — Nieto mío,
Adios, adios; servid á vuestro tío.

REY.

Id, don Arias; con él; dadle á mi herma-

DON ARIAS. (Ap.)

[na.

Muriendo voy.

GARCI-TELLO.

Encomendadme, abuelo,

A mi padre.

DON ARIAS. (Ap.)

¡Oh esperanza loca y vana!

TELLO EL VIEJO.

Vuelvo á decir, Señor, que os guarde el
[cielo.

(Vase Tello el viejo y don Arias.)

ESCENA V.

EL REY, GARCI-TELLO, MENDO.

REY.

¿Eres su deudo tú?

MENDO.

De una villana

Soy hijo, aunque mudé tambien el pelo
Después que nos hicimos cortesanos.

REY.

¿Tambien entre vosotros hay villanos?

MENDO.

En cuanto á labradores solamente;
Que en lo demás revienta la hidalguía.

REY.

¿De qué servís á Tello?

MENDO.

Entre su gente

Guardar ganado pródigo solia.

REY.

¿Qué es pródigo ganado?

MENDO.

Cortesmente

Quise encubrir el nombre que tenia;
Que por haberlo el Pródigo guardado,
Es el moreno pródigo ganado.

REY.

Y ¿qué oficio te dieron?

MENDO.

Gentilhombre.

REY.

Y ¿á esa traza mudaron los criados?

MENDO.

Los que tenían mas ingenio y nombre.

REY.

¿Que muden ya los hombres los estados?

— Venid, García.

GARCI-TELLO.

Aunque llegar me asombre

De su alteza, Señor, á los estrados,
Dadme licencia y besaré su mano.

REY.

Venid de la montaña cortesano. (Vase.)

ESCENA VI.

GARCI-TELLO, MENDO.

GARCI-TELLO.

Mendo, dile á mi padre lo que pasa.

MENDO.

Que me muero por irme te confieso.
Por momentos topará en nuestra casa
El pan, el vino, la cecina, el queso.
Aquí debe de ser la gente escasa;
Solo topo alabardas: pierdo el seso.

GARCI-TELLO.

¿De un hora estás quejoso?

MENDO.

Un hora ¿es poca?

GARCI-TELLO.

Por esto muere el mundo.

MENDO.

El mundo es loco.

(Vase.)

Sala en casa de los Tellos.

ESCENA VII.

LAURA, TELLO

LAURA.

Aunque me lastima el verte,
No me pesa de vengarme.

TELLO.

Es bajeza desearme
Mayor dolor que la muerte.

LAURA.

Que ha sido castigo, advierte,
De la palabra quebrada.

TELLO.

Laura, ¿la ofensa olvidada
Vuelves á tanto rigor?

LAURA.

Tello, de ofensas de amor,
¿Qué mujer se vió vengada?

TELLO.

En diez años ¿no se olvida?

LAURA.

¿Cómo se puede olvidar
Lo que no puede dejar
De durar toda la vida?
Demás de estar yo ofendida,
Fueron necios tus empleos
En blasones y trofeos
De altezas y majestades;
Que nunca desigualdades
Lograron bien sus deseos.

¿Nunca viste enamorado
El gigante tornasol
Crecer por llegar al sol,
Y quedar del sol burlado?
Abre el círculo dorado
Que forma corona altiva,
Y cuando mas alta y viva
Sus rayos de oro extendió,
El mismo sol que la abrió,
Ese mismo la derriba.

¿Nunca has visto trepadora
Planta que un olmo reviste,
Y ella de flores se viste
A la risa de la aurora,
Y que cuando el sol la dora,
Triste y marchita se ve?

Así tu esperanza fué:
Salió el aurora de Elvira;
Pero cuando el sol la mira,
No puede tenerse en pié.
De mil flores se previno
El necio almendro temprano,
Que presumió que el verano
Estaba ya de camino;

Con espeso torbellino
Espació por su elemento
Su vana hermosura al viento:

Así, vestido de flores,
Viento de fuerzas mayores
Derribó tu pensamiento.
Soñaste la majestad
Del sol de Elvira, en razón
Que en el signo de Leon
Daba entonces claridad:
Llegaste á su voluntad;
Pero á tales pensamientos
Faltaron merecimientos;
Que los edificios altos
No duran, si suben faltos
De primeros fundamentos.

TELLO.
Presto me verás morir,
Y tendrás mayor venganza.

LAURA.
Mi paciencia y mi esperanza
Hasta hoy pudieron vivir.

TELLO.
¿Qué tienes ya que pedir,
Injustamente agraviada?
En vaina, Laura, la espada
De tan injusto rigor.

LAURA.
Tello, de ofensas de amor
¿Qué mujer se vió vengada?

ESCENA VIII.

INÉS. — Dichos.

INÉS.
Albricias, y con razón
Las pido. Dichoso Tello,
Laura, albricias.

TELLO.
En desdichas
Ni las doy ni las prometo;
Que de no volverme á Elvira,
¿Qué bien sin la muerte espero?

INÉS.
Ella y Tello, mi señor,
Vienen.

TELLO.
¡Oh piadosos cielos!
Si viene la infanta, Inés,
Quisiera que hasta los hierros
De esos cofres fueran de oro.

INÉS.
Yo me contento con menos. —
Y tú ¿no me das albricias?

LAURA.
No sé; después nos veremos.

ESCENA IX.

TELLO EL VIEJO, LA INFANTA;
VILLANOS, cantando y bailando. —
Dichos.

VILLANOS. (Cantando.)
Sea bien venida
La hermosa Elvira,
Sea bien llegada
La hermosa Infanta.

TELLO.
Déjame echar á los pies
De mi buen padre, primero
Que te dé, Elvira, los brazos.

TELLO EL VIEJO.
Habla con tu esposa, Tello;
Que si por ella te manda
Dios, por divino precepto,
Que dejes tu padre y madre,
Acertarás en hacerlo.

INFANTA.
Con justa razón me dejas,

Tello, por quien hoy tenemos
Honra, vida y libertad.

TELLO.
Señora, por él merezco
Verte en mis brazos; mas ya
Que alegre en ellos te tengo,
Habla á Laura, que llorando
Por tu ausencia se ha deshecho.

INFANTA.
¡Laura!

LAURA.
¡Infanta, mi señora!...

INFANTA.
¡Gracias á Dios, que te veo! —
Inés!

INÉS.
¡Señora del alma!

TELLO.
¡Mi hijo, padre, y tu nieto?...
TELLO EL VIEJO.
Quedó con el Rey.

TELLO.
Pues ¿cómo?
INFANTA.

Yo, Tello, se lo agradezco.
Allí se criará mejor;
Porque los señores, pienso
Que solo en casa del Rey
Pueden aprender á serlo.

TELLO.
Tu cordura, Elvira, en fin,
A mí me enseña á ser cuerdo. —
Ea, bajen de esos montes
Labradores y vaqueros,
Celébrese tanta dicha;
Que hoy quisiera ser Orfeo,
Para que fieras y plantas,
Peñas, robles, bayas, tejos,
Se movieran á mi voz.

TELLO EL VIEJO.
Tello, suspende el contento,
Hasta ver lo que me escribe
El Rey; que allá quedó Mendo
Para traerlo.

TELLO.
Señor,
Pediros quiere dineros.
TELLO EL VIEJO.
Claro está que no se habían
Con este acontecimiento
De escapar del Rey las doblas.

ESCENA X.

MENDO, con un papel. — Dichos.

MENDO.
Cansado y rendido vengo.
TELLO EL VIEJO.
Pues, Mendo, ¿traes el papel?

MENDO.
Y me pesa de traerlo,
Porque has de sentir las costas
Del mal formado proceso.

TELLO EL VIEJO.
Lee, Tello, para todos.

TELLO.
Aquí dice lo primero:
(Lee.) «Condiciones...»

TELLO EL VIEJO.
¿Condiciones?

TELLO.
«Que han de guardar los dos Tellos.
»Primeramente, á mi hermana
»Ni en público ni en secreto
»La habeis de llamar infanta...»

TELLO EL VIEJO.

¡Riguroso mandamiento!

TELLO.
«Sino Elvira de Meneses.»
MENDO.
Balle, Señora, te han hecho.
Solo echad acá mis nueces
Faltaba en ese decreto.

INFANTA.
Mal lo entendió el Rey mi hermano;
Que por mas honor lo tengo
Que el título de Leon.

LAURA.
¡Bien haya tu entendimiento!

TELLO.
Dice mas. (Lee.) «Que vuelvan todos
»A sus vestidos primeros,
»Como propios labradores,
»Los criados y los dueños,
»Sin exceptuar ninguno.»

TELLO EL VIEJO.
Cumpliéronse mis deseos;
Que ¡vive Dios! que me daban
Pesadumbre por momentos
Estos follados ó fuelles,
Con que pienso que parezco
Al conde don Julian
Cuando salió de Marrúecos.
Pues ¡la capita y la gorra!
Milagro ha sido del cielo
No haber caído en palacio
Los pajes del Rey en ello.

MENDO.
Bien sé yo que el alegría
No tiene ese fundamento,
Sino el no haberte pedido
El Rey algunos dineros.
Ahora bien, ¿qué hemos de hacer,
Que está mi señor suspenso?

TELLO EL VIEJO.
Elvira, Inés, Tello y Laura,
Mendo y los demás, no es tiempo
De pensar en sinrazones.

INFANTA.
Todos estos son consejos
De mi enemigo don Arias.

TELLO EL VIEJO.
El Rey lo manda; no quiero
Examinar atrevido
Si es bien hecho ó si es mal hecho:
Eso es justo que el Rey mande.

TELLO.
Digo, Señor, que obedezco;
Pero no puedo negarte
El debido sentimiento
Por mi esposa.

INFANTA.
Pues ¿por qué?
Ya te he dicho que no tengo
Mas honra yo que ser tuya.

TELLO EL VIEJO.
Hijo, desnudáos de presto;
Volvamos á nuestra paz
Y á nuestro antiguo sosiego;
Que algun poderoso envidia
La que en el campo tenemos.
¡No habeis visto en las comedias
Que el villano es caballero,
Y el caballero villano?
Pues lo mismo represento.
Desnudáos; que puede ser
Que antes del acto postrero
Volvamos á ser señores.

TELLO.
No me sirven de consuelo
Mudanzas de la fortuna.

INFANTA.
A mí sí; que las padezco
Por tu amor y por el mío.
(*Vanse todos, menos Inés y Mendo.*)

ESCENA XI.

INÉS, MENDO.

MENDO.
Pues, Inés, ¿qué dices desto?

INÉS.
Que me vuelvo al delantal,
A la sarta y al sayuelo
De mala gana; pues ya
De chapines altos vengo
A chinelas con listones.

MENDO.
¡Mal año para mis celos,
Si no me alegro de ver
Que humilles los pensamientos!
Que estabades insufribles.
Dejad los ámbares necios,
Volved á oler á tomillo;
Que una labradora en pelo
Es flor de espinos en el soto,
Y en las viñas flor de almendro.
Voyme á vestir mi sayal;
Que andaba en estos grigüescos
Como después de los grillos
No acierta pasos el preso.

INÉS.
Aunque el viejo disimula,
Yo sé que no va contento.

MENDO.
Tú ¿querrásme á lo villano?

INÉS.
No sé; después nos veremos.
Haz lo que te manda el Rey.

MENDO.
Los reyes son como el tiempo:
Hacen y deshacen hombres.
Caro nos cuesta el ejemplo.
(*Vanse.*)

Salón del real alcázar.

ESCENA XII.

EL REY, DON ARIAS; después,
GARCI-TELLO.

DON ARIAS.
Hay mil razones contrarias.

REY.
La razón hace la ley.
(*Sale García acechando.*)

GARCI-TELLO. (Ap. al paño.)
Escuchando voy al Rey
Lo que habla con don Arias.

DON ARIAS.
Para asegurar tu vida,
¿Qué importan dos montañeses?

REY.
La sangre de los Meneses
Es por lealtad conocida
Desde el tiempo de Pelayo.
Yo no tengo qué temer.

DON ARIAS.
Sin trueno suele caer
De pequeña nube el rayo.
GARCI-TELLO. (Ap.)
Caiga, traidor, sobre tí.

REY.
Porque obispos y letrados

Dicen que están bien casados,
A su mujer le volví.
También tenemos los reyes
Juez, y tan poderoso,
Que es Dios, y es justo y forzoso
Temerle y guardar sus leyes.
Si digo que por Dios reino,
Mirémoslo bien los dos;
Que rey que no teme á Dios,
Poco gozará del reino.
Basta mandarle volver
Al primer traje que tuvo,
Si acaso arrogante estuvo
De verse con tal mujer;
Que puesto en tanta bajeza,
Jamás tendrá atrevimiento,
Conociendo en su elemento
Su misma naturaleza.

DON ARIAS.
Si vuestra alteza, Señor,
Se consuela de tener
Su propia hermana mujer
De un villano labrador
Que ayer iba tras los bueyes,
Aunque haya ejemplos tan llanos
De griegos y de romanos
Que hubo labradores reyes,
Leon no ha de permitir
Que salgan de una montaña
Para gobernar á España.

GARCI-TELLO. (Ap.)
Ya no lo puedo sufrir.

DON ARIAS.
Si temo lo que imagino,
Es por vos; que no por mí.
(*Adelántase García-Tello.*)

REY.
Hablad bajo; que está aquí
Garcí-Tello, mi sobrino.

GARCI-TELLO.
Ya la prevención es tarde,
Y hame pesado, Señor,
Que manchen vuestro valor
Los consejos de un cobarde.
Mi padre nunca ha tenido
Pensamientos de ser mas
De lo que hoy es; que jamás
Será mas de lo que ha sido;
Porque quien ha sido tanto,
Ni ha de ser mas ni ser menos:
Aconsejáis con los buenos,
Y reinaréis como un santo.
No temais los montañeses,
Pues ninguno fué traidor.
Mas ya alabasteis, Señor,
La lealtad de los Meneses.
Decir que han sido villanos
Mi abuelo y padre es mentira;
Y que lo sufrais me admira,
Teniendo poder y manos.
Pero, pues que yo lo oí,
Y es razón tan mal hablada,
Me obliga á sacar la espada,
Y por vos la saco así.
Dadle licencia al villano
Que saque la suya.

REY.
Quedo,
Sobrino.

GARCI-TELLO.
Tendráme miedo
Viéndome el rayo en la mano.

REY.
Seis niño, que no sabeis
El respeto de los reyes.

GARCI-TELLO.
Antes le debo á las leyes
De Dios.

REY.
¿Cómo lo entendéis?
GARCI-TELLO.
¿No me manda honrar mi padre?
REY.
Es verdad.

GARCI-TELLO.
Pues mirad vos
Si hacer lo que manda Dios
Es honrar mi padre y madre.
Pero, pues respeto os debo
Como á mi rey y señor,
Salga á ese campo el traidor:
Verá que solo le espero.

DON ARIAS.
No, no, seamos amigos;
Que no lo entendisteis bien.

GARCI-TELLO.
Desto quiero que me dén
Testimonio con testigos;
Por lo demás, yo me postro
Al Rey con toda humildad.

DON ARIAS.
El cetro os dará la edad,
Y el tiempo la barba al rostro;
Para entonces yo recibo
El desafío, antes no.

GARCI-TELLO.
Cuando tenga barbas yo
¿Hablades de estar vivo? (Vase.)

ESCENA XIII.

EL REY, DON ARIAS.

DON ARIAS.
¿Parece á vuestra alteza
Que se va echando de ver
Lo que en estos ha de hacer
Su fiera naturaleza?
Si esto hace en esta edad,
¿Qué espera en otra mayor?

REY.
Mas que parece valor,
Ha sido temeridad.
Confieso que me ha pesado
De ver que, alrady resuelto,
Por Tello, su padre, ha vuelto.

DON ARIAS.
No viene mal enseñado.
¿Ah, Señor! Vendrá algún día
En que os acordéis que fui
Quien este consejo os di.

REY.
¿Qué he de hacer, si es sangre mía?

DON ARIAS.
Tello ¿es vuestra sangre?

REY.
No.

DON ARIAS.
Pues quitad la vida á Tello.

REY.
Eso ¿cómo puedo hacello,
Sin que mal parezca, yo?

DON ARIAS.
Las montañas de Castilla
Que llaman de Guadarrama
Pasó Almanzor de Toledo;
Y aunque sus condes levantan
Gente y las armas previenen,
A Zamora y Salamanca
Dicen que ha llegado el moro:
Mandad á Tello que vaya
Por general de mil hombres,
Y que á su costa los haga.
El viejo dará el dinero;
El mozo con arrogancia

Querrá mostrar que le dieron
Sangre los godos de España.
Sin experiencia y sin gente,
En la primera batalla
Vos quedaréis sin sospecha,
Y con luto vuestra hermana.

REV.
¿Quién enviaremos á Tello?

DON ARIAS.
Yo mismo iré.

REV.
Pues, don Arias,
Muera Tello desta suerte,
Y quede libre la Infanta;
Que no he de andar cada día
Recelando que me matan
Hijos y nietos de Tello,
Que saben sacar la espada
A mis ojos, sin tener
Aun manos para tomarla.
(*Vanse.*)

Vista exterior de la casa de los Tellos.

ESCENA XIV.

TELLO, *de labrador*

Castigado y corrido
Os vengo á ver, montañas,
En el hábito rústico primero.
¿Podrá nunca ofendido,
Ni son dignas hazañas
Tratar tan mal un hombre caballero?
Pero si considero
Que en estas soledades
Me ha de dejar la envidia,
¿Para qué me fastidia
Que desconozca el Rey tantas lealtades,
Y me trate de suerte
Que fuera menos mal darme la muerte?

ESCENA XV.

LA INFANTA, *de labradora*.—TELLO.

INFANTA.
Tello...

TELLO.
Señora mía...
¿Vos por mi labradora!

INFANTA.
Pues ¿puedo yo tener mayor ventura?

TELLO.
Hoy parece que el día
Con disfrazada aurora
Las sombras á las selvas asegura.
Tal suele rosa pura
Amanecer helada
Y encubrir la corona;
Mas, como perficiona
Su esmalte rojo la del sol dorada;
Los rústicos despojos
Diamantes son al sol de vuestros ojos.

INFANTA.
Tello, afrentas mayores,
Si aquestas son afrentas,
Padeciera mi amor, por tí contento.
Entre aquestos rigores,
Que son iras violentas,
De nuestro hijo solamente siento
La ausencia, si el intento
Del Rey pasa adelante
En tan necia sospecha.

TELLO.
Para cosa mal hecha
No hayas miedo que el ánimo levante;

Antes es dicha mía;
Que al Rey le sobra amor, si el Rey le

ESCENA XVI.

TELLO EL VIEJO, LAURA, INÉS Y
MENDO, *de labradores*.—DICHOS.

MENDO.
Aunque reciba disgusto,
Tenemos de andar así.
¿Qué te parezco?

TELLO EL VIEJO.
Ahora sí
Que vienes, Mendo, á mi gusto.

MENDO.
¿Hablaré en la lengua antigua
Que solíamos hablar?

TELLO EL VIEJO.
Podiente castigar
Si el delito se averigua.
Habla como labrador,
Pues ya no eres caballero.

MENDO.
Este lenguaje grosero,
Si es el propio, es el mejor.
Un hombre que ausente estaba
Vino, y hallando otros trajes
Y diferentes lenguajes,
Les preguntó quién reinaba.

ESCENA XVII.

DON ARIAS, *de camino*.—DICHOS.

DON ARIAS.
Yo llego á buena ocasión,
Pues juntos os hallo á entrambos.

TELLO EL VIEJO.
¿Señor don Arias!...
TELLO.
¿Señor!...

DON ARIAS.
Bien podeis darme los brazos.
INFANTA. (*Ap. á Laura.*)
¿Ay, Laura, que el corazón
Me ha dado en el pecho saltos!
¿A qué vendrá mi enemigo?

DON ARIAS.
Perdonad si no he llegado,
Gran Señora, á vuestros piés.

INFANTA.
Advertid que estáis hablando
Con Elvira de Meneses;
Que así lo manda mi hermano.

DON ARIAS.
Vos sois quien sois: con el sol
Y con las estrellas hablo,
Hablo con el mismo cielo,
O á lo menos su retrato.
Vengo á daros buenas nuevas;
Que, sabiendo que ha pasado
Con gran ejército el moro
De las márgenes del Tajo
A los montes de Castilla,
Para atajarle los pasos
Nombra general á Tello,
Y quiere que forme un campo
De mil hombres, en afrenta
De los condes castellanos,
Que le han dejado llegar
Al Tórmes, con tanto estrago
De los pueblos convecinos
Y sus campos, como cuando
Rompe las puentes soberbio,
Temblando los montes altos
De ver que el agua revuelve
Los robles y los peñascos.

Ea, ¿no merezco albricias?

TELLO EL VIEJO.
Yo, por mi parte, que tanto
Debo al Rey en este honor,
Las que señaleis os mando.

DON ARIAS.
De la raza de los vuestros
No quiero mas que un caballo.

MENDO. (*Ap.*)
Mejor tomara la yegua
El Conde, si no me engaño.

TELLO EL VIEJO.
A mí solo por Elvira
Me pesa; en lo demás no hallo
Dificultad en volver
A caballero y soldado
Desde villano, quien pudo
De caballero á villano.
En fin, el Rey se obedezca.—
Aposentadle en el cuarto
Que estaba cuando el bautismo
Para el Rey aderezado.

LAURA.
Venid, Señor.
DON ARIAS. (*A Tello el mozo.*)
No viniera,

Si no presumiera daros
Gusto, honor, y últimamente
La gracia del Rey; que tanto
Sentimiento y tal silencio
Da á entender que os ha pesado.

TELLO.
No, Señor; pero quien ama
Teme la ausencia y el daño
Que suele traer la guerra;
Pero estimo y siento cuánto
Me favorece su alteza
Con aqueste ilustre cargo.
Contento y agradecido
Iré á besarle la mano.

DON ARIAS.
Aquí se ha de hacer la gente;
Que quiere el Rey obligaros
Con que á vuestra costa sea.

TELLO EL VIEJO.
¿Mil hombres! No hay para cuatro
En toda nuestra hacendilla.

DON ARIAS.
Vos lo miraréis de espacio.
(*Vanse don Arias y Laura.*)

ESCENA XVIII.

LOS TELLOS, LA INFANTA, INÉS,
MENDO.

INFANTA.
Bien pudierais responder...

TELLO.
¿Qué quieres que respondamos?
Por ventura ¿piensa el Rey,
O por deudo ó por cañado,
Que nos favorece en esto?

TELLO EL VIEJO.
Hijo, el que es noble fidalgo
Con vida y hacienda sirve
Al rey de quien es vasallo.
Paciencia, y tomar las armas.
Quitáos el capote pardo;
Pero guardadle también
Donde le halleis, por si acaso
El Rey os manda otro día
Que volváis á ser villano.

TELLO.
Mendo, pues has de ir conmigo,
Espadas y armas encargo.
Haz que estén todas á punto.

MENDO.
En fin, ¿á la guerra vamos?
(*Vanse.*)

ESCENA XIX.

GARCÍ-TELLO. — DICHOS.

GARCÍ-TELLO. (*Dentro.*)
Este caballo tened.

INFANTA.
¡Ay, Tello! ó ha sido engaño
Del amor, ó es Garcí-Tello.
(*Sale Garcí-Tello.*)

GARCÍ-TELLO.
Dadme, oh mis padres, los brazos.

TELLO EL VIEJO.
¿Qué es esto, García?

GARCÍ-TELLO.
Señor,

Mi venida quiere espacio.
Delante del Rey mi tío
Tuve con cierto fidalgo
Palabras; saqué la espada
Con ánimo de matarlo.
Enojóse desto el Rey;
Salí de palacio al campo,
Esperéle y no salió;
Dí de espuelas al caballo,
Y he venido, como ves,
Por no volver á palacio.

TELLO EL VIEJO.
Cuando os vi la espada, nieto,
Os dije, pronosticando
Para mas tarde el suceso,
No para tan tiernas manos,
Que la habríais menester.

GARCÍ-TELLO.
Si él sale cuando le aguardo,
Abuelo, aquesta es la hora
Que tocan por el fidalgo.

TELLO EL VIEJO.
¡Vive el cielo, que lo creo!
Ya nos teneis con cuidado;
Decidnos quién es.

GARCÍ-TELLO.
Señor,
Perdonad, porque hasta tanto
Que dél esté satisfecho,
Juré la vida de entrambos
Que no he de decir su nombre.

TELLO EL VIEJO.
Nieto, vos sois muy honrado,
Y lo habeis hecho muy bien.
Hoy, por veros tan gallardo,
Añado á los alimentos
Otros quinientos ducados.—
Descanse, Elvira, mi nieto.

INFANTA.
Piedad fué del cielo santo
Para la ausencia de Tello.

MENDO.
Oye, Inés.

INÉS.
Oigo, soldado.

MENDO.
¿Quieres casarte conmigo?

INÉS.
Ya estoy casada con Sancho.

MENDO.
¿Qué falta has ballado en mí?
Este taliejon ¿es barro?

INÉS.
¡Párecete poca falta
Ser celoso?

MENDO.
¡Malos años!

¿Marido buscas sin celos?
El lleva gentil despacho.

ACTO TERCERO.

Campo á vista de Leon.

ESCENA PRIMERA.

*Tocan cajas, y salen TELLO y MENDO,
de soldados; moros, CAUTIVOS y SOLDADOS,
de acompañamiento.*

TELLO.
Parad las cajas: vitorioso alarde.
No disperseis la envidia, por si duerme,
Si muerto ó vivo me esperaba tarde.—
Mendo...

MENDO.
Señor...
TELLO.
¿Qué sentirá de verme
En tan pocas jornadas vitorioso, [me?
Quien pensaba afrentarme ó deshacer—
MENDO.

Estará como suele toro en coso,
Muerto del caballero á cuchilladas;
Rendido á tierra el cuello sanguinoso,
O como el ciervo en selvas enramadas,
Que va buscando el agua con la flecha,
Las yerbas de la púrpura bañadas.

TELLO.
¡Agora sí que crece la sospecha!
Agora sí que mi inocencia pone
En mas peligro ó en prision estrecha!
Agora sí que tímido interpone
Esto que se llamó razon de estado,
Que las leyes del cielo descomponen!

ESCENA II.

EL REY, DON ARIAS, ACOMPAÑAMIENTO.
— DICHOS.

REY.
Apenas puedo creer
Lo que estoy viendo.

DON ARIAS.
Señor,
Entre fortuna y valor
Se diferencia el vencer.

MENDO.
Tello, el Rey te viene á ver.
TELLO.
Extraño exceso!

REY.
Cunado,
Seais mil veces bien llegado.

TELLO.
Señor, vuestro esclavo soy;
Que de los piés donde estoy
Tengo el ser que me habeis dado.

REY.
Levantáos para abrazarme;
Que no ha de estar en el suelo
Quien subió su nombre al cielo
Para hourarse y para honrarme.

TELLO.
¿Quién pudiera levantarme
Sino vos?

REY.
Vuestra opinion,
Pues en esta heroica accion
Contra las alarbes furias
Sois Alejandro de Asturias
Y sois César de Leon.

Luego que supe el suceso
De vitoria tan extraña,
Que parece en toda España
De favor del cielo exceso,
Que os di gran parte confieso
Del alma y la voluntad,
Confirmando la verdad
De vuestro raro valor;
Que tal vez halla el amor
Alguna dificultad.

TELLO.
No os diré, Señor, á vos
Que vine, que vi y venci,
Sino que vine y que vi;
Pero que ha vencido Dios.
Tan desiguales los dos,
Bien claramente se ve
Que este vencimiento fué
De quien parar puede al sol,
Y del Patrono español
A quien debemos la fe.
Con esto os pido licencia
Para ver á doña Elvira,
Centro donde siempre mira
Amor, que desvela ausencia;
Que cuando á vuestra presencia,
Señor, importe volver,
Vendré á serviros y á hacer
Lo que debo á hechura vuestra.

REY.
Tello, una sangre es la nuestra,
Y así el amor lo ha de ser:
No me cansaré de amaros.

TELLO.
Gran Señor, ¡tanto favor!

REY.
Merece vuestro valor,
Como lo veréis, honraros.

TELLO.
Mil veces vuelvo á besaros—
Las manos.

MENDO. (*Ap. á su amo.*)
¿A quién no admira
Tanto amor en tanta ira?

TELLO.
Vencer al Rey, fué vencer.

REY.
Mientras yo la voy á ver,
Dad el parabien á Elvira.
(*Vanse todos, menos el Rey, don Arias y
el real acompañamiento.*)

ESCENA III.

EL REY, DON ARIAS.

REY.
Arias...
DON ARIAS.
Señor...

REY.
Si pudiera
Pensar que me habian trocado
El alma, menos cuidado
Desta mudanza tuviera.
Ya no es la que de antes era,
Que la razon desta accion
Me ha trocado el corazon;
Que no debe de ser hombre
El que no se rinde al nombre
De la divina razon.
Sin esto, vengo á entender
(Y es lo que mas me acobarda)
Que si Dios este hombre guarda,
Nadie le podrá ofender.
Lo que es en un rey poder
Es en Dios omnipotencia.
¿Qué importa la diligencia
Que habemos hecho los dos,

Si se pone el mismo Dios
Delante de su inocencia?
¿Qué cristiano ni gentil,
¿Qué romano ó qué español,
Desde el que paraba el sol,
Venció con mil á diez mil?
Si desde el Tajo al Genil
Triunfa, rendido Gazul,
De tanta bandera azul,
Solo falta, echando el sello,
Canten las damas á Tello
Las canciones de Saul.

DON ARIAS.

Señor, la palabra os doy
Que estoy tan arrepentido
De haber á Tello ofendido,
Que ya con vergüenza estoy.
Claramente se ven hoy
Su valor y su prudencia
Y su dicha en competencia;
Aunque presumo, Señor,
Mas que efectos del valor,
Milagros de la inocencia.

REY.

¿Cómo le podré yo ver,
Que parezca que es acaso?

DON ARIAS.

Fingiendo que vais de paso,
Queriéndoos entretener:
Cazando podeis hacer
Una visita, que es justo,
A vuestra hermana.

REY.

El disgusto

Pasado quiero templar,
Y á mis sobrinos honrar;
Que ha sido rigor injusto.

(Vase.)

Campo á vista de la casa de los Tellos.

ESCENA IV.

LA INFANTA, LAURA, TELLO
EL VIEJO.

TELLO EL VIEJO.

Basta, Elvira; que se esfuerza
La nueva de la vitoria.

INFANTA.

Será de los cielos gloria,
Que no de la humana fuerza.

TELLO EL VIEJO.

Y aun dicen que ya volvía
A ver al Rey á Leon
Tello.

INFANTA.

Temer el corazón,
Y la esperanza confía.

ESCENA V.

INÉS, y luego, MENDO. — Dichos.

INÉS.

Ya se confirmó por cierta
La nueva: Mendo ha venido.

INFANTA.

¿Tú lo has visto ó lo has oído?

INÉS.

Y le he abrazado á la puerta.
(Sale Mendo.)

MENDO.

Dadme todos dos mil veces
Juntos los pies y las manos.

TELLO EL VIEJO.

¿Mendo!

INFANTA.

¿Ay cielos soberanos!
Almas por brazos mereces.
¿Viene tu señor?

MENDO.

Vendrá

Muy presto; que yo, temiendo
Que se adelantase á Mendo,
Deseoso de veros ya,
Aguila caudal volví
El caballo.

INFANTA.

¿Habeis vencido?

MENDO.

Pues ¿no?

TELLO EL VIEJO.

Mendo, ¿cómo ha sido?

MENDO.

Oid mientras viene.

TELLO EL VIEJO.

Dí.

MENDO.

En las riberas del Tórmes,
Por la parte que mas baja
Miran las sierras de Béjar,
Envidia de Guadarrama,
Que están con sonoras ondas
Pidiendo para sus aguas
Derrita cándidas torres
De su corona de plata;
En una campaña verde,
Bien presto roja campaña,
Tenia Celín Gazul
De ricas tiendas formada
Una ciudad populosa,
Una portátil montaña,
Coronada de banderas
Verdes, azules y blancas,
Cuyas arrogantes lunas
Ser hijas del sol negaban.
¿No has visto, cuando se pone,
Aquel intrincado mapa
De mil cambiantes de nubes
Que forman figuras varias?
Pues así nos parecían
Una mañana, que al alba
Los vistos trocaron miedo
Con los que entonces miraban.
No suele llevar pastor
Las visperas de las Pascuas
Los corderillos al cuello
Al que sus cuellos aguarda,
Como á los pobres leoneses
Les pareció que llevaba
Tello á los moros sus vidas
Vendidas á inútil fama.
Luego que vieron venir
Marchando nuestra vanguardia,
Que parecen mas que son
Soldados en ordenanza,
Presumieron que venía
El mismo león de España,
O los castellanos condes
Con el favor de Navarra.
Y aunque mas reconocieron
La poca gente, pensaban
Que era ardid y estratagema,
Repartiendo las escuadras
Por varias partes del monte
Que el verde llano cercaban,
Haciéndole antiguos robles
Una rústica guirnalda.
Al arma tocaron luego
Sus pifanos y sus cajas
Con tan horrible alarido,
Que al viento rompió las alas.
Corrieron el campo algunos,
Cuyas tocas y bengalas
De oro y sedas de colores
Duban flores á las plantas.

Caracoles y escarceos

Apenas mirar dejaban
Hacia qué parte tenían
Las caras ó las espaldas.
Y con tal fuerza y destreza
Blandian las fuertes lanzas,
Que juntándose los hierros,
Hicieron arcos las astas.
Y llegábanse tan cerca,
Que á no ser letra africana,
Leyéramos fácilmente
Las cifras de las adargas.
Fidalgos pedían licencia;
Mas Tello á nadie la daba;
Que tal vez una desórden
Todo un campo desbarata.
Cayó en estas bizarrías
La noche, tan mal tocada,
Que no salió para verla
Una estrella á la ventana.
A cada soldado Tello
Hacer un fuego le manda,
Quedando el campo de suerte,
Que el sol no le hiciese falta.
El se recogió á su tienda,
Y encima de su celada
Puso una imagen pequeña
Del santo Patron de España
En forma de caballero,
Cuyo lado acompañaba
San Millán monje, que suele
Hacer del báculo espada.
En unas doradas nubes,
Sobre los santos estaba
La que volvió en ave el Eva,
Siempre limpia y siempre santa.
Tales palabras decía,
Con lágrimas que bañaban
Su rostro, Tello á los tres,
Que pienso que, aunque callara,
Fuera delante de Dios
Cada lágrima palabra.
Tanto estuvo de rodillas,
Que cayó sobre las armas
Dormido, si duerme el cuerpo
Cuando está velando el alma.
Ya se acercaba el aurora,
Fuentes y prados la llaman,
Ellos en bocas de flores
Y ellas con lenguas de plata,
Cuando dando voces Tello,
Diciendo así se levanta:
«¡Esperad, oid, Señora;
¿Dónde vas, paloma blanca?
Espera, Millán divino;
Apóstol de España, aguarda.»
Y en viendo que yo le escucho,
Turbado me mira y calla.
«¿Qué es esto, Señor?» le digo.
Y él me responde: «¡Vi clara
La imagen de aquella iglesia
Que labró junto á su casa
Mi padre; con diferencia
Que está la túnica sacra
Bordada de estrellas puras
Entre flores de esmeraldas.
Abrió las rosas divinas
Diciendo: «Tello, en tu guarda
Enviaré dos caballeros.»
Mas siendo de merced tanta
Indigno, pienso que sueño;
Pero basta la esperanza,
Acompañando la fe;
Que caballos, hombres y armas
No dan vitorias; que Dios
Es quien vence las batallas.»
Yo, que con abiertos ojos
Enternecido escuchaba
Pronósticos tan divinos,
Respondí: «Señor, ¿qué tardas
En acometer los moros
Con segura confianza

Que Dios te ha de dar vitoria?»
 «Haz, Mendo, tocar al arma.»
 Me dijo; y pidió el caballo,
 Que, armadas la frente y ancas,
 Fogoso y lleno de espuma,
 Con los relinchos que daba
 Era tiple á las trompetas
 Y contrabajo á las cajas.
 Puesta pues la gente en órden,
 Tello á los soldados habla
 Como si fuese otro César
 En los campos de Farsalia.
 Morir ó vencer prometen:
 Ya las hondas amenazan
 Con tronantes estallidos
 Las bárbaras cimarras.
 Ya las ballestas se ponen
 Al blanco de las adargas,
 No volver, jurando todos,
 Sin sangre acero á la vaina:
 Contarte el valor de Tello
 Fuera contar mi ignorancia;
 Que ayer me vieron los montes
 Encordelar las abarcas;
 Y aunque enemigo, te juro
 Que el de Gazul le igualara,
 A estar de su parte quien
 Cumplió tan bien su palabra;
 Que aquellos dos caballeros,
 Con dos brillantes espadas,
 Eran rayos de los moros;
 Que de la suerte que tala
 Celeste piedra las vides,
 Dejando en torno sembradas
 De las ya desnudas cepas
 Las rendidas esperanzas
 Del labrador codicioso
 Entre racimos y balas,
 Así quedaban los moros
 Por donde los santos pasan.
 Murió á las manos de Tello
 Gazul; dió fin la batalla,
 Y yo á lo demás, pues viene
 Con diez banderas ganadas,
 Ricos despojos y esclavos;
 Si bien la mayor ganancia
 Ha sido servir al Rey,
 Pues ha ganado su gracia.

ESCENA VI.

TELLO, SOLDADOS Y MOROS, SANCHE.

—DICHOS.

TELLO EL VIEJO.

Con mil dñeros abrazos
 Te aguardamos, valiente caballero.

TELLO.

¿A quién daré los brazos,
 Esposa mía y padre mío, primero?

TELLO EL VIEJO.

A todos juntos, hijo,
 Pues ha de ser común el regocijo.

INFANTA.

Capitan valeroso,
 Mil parabienes con el alma os damos.

LAURA.

De verte vitorioso,
 No solo yo, pero los verdes ramos
 Estos altos laureles
 Inclinan para hacerte coroneles.

TELLO.

Laura, querida prima,
 Tu afecto estimo y tu deseo agradezco.

INÉS.

De Inés también estimo
 Los brazos, que por ansias te merezco
 De tu vida y vitoria.

TELLO.

Siempre tendré tu amor en la memoria.
 ~Mendo os habrá contado

La milagrosa nueva del suceso.
 Es valiente soldado.

INFANTA.

Ya nos ha dicho el admirable exceso
 De tu valor.

TELLO EL VIEJO.

En todo

Cumplió la obligacion de ilustre godo.

INFANTA.

¿Qué dice el Rey mi hermano?

TELLO.

Gané su gracia, fin de mi deseo;
 Pero, porque el humano
 Semblante miro y lo interior no veo,
 Será, padre, acertado
 Dejar el traje de galan soldado.
 Quitadme brevemente
 Galas, plumas, baston, gola y espada;
 Que, á su ley obediente,
 Al rústico gaban y á la cayada
 Vuelvo, en vez del acero,
 Y á ser el mismo ser que fui primero;
 Porque estando mi Elvira
 En el traje que veis, no fuera justo,
 Ni en tanto que la ira
 Dure del Rey, se le ha de dar disgusto.
 Pero guardadas queden,
 Por si acaso otra vez servirle pueden;
 Que, como la experiencia*
 Le ha mostrado, saldré mas animoso,
 Fiado en mi inocencia
 Que en las armas y ejército copioso;
 Que Dios da las vitorias,
 Cuyas son las batallas y las glorias.
 ¿Adónde está García?

TELLO EL VIEJO.

Llamad á Garcí-Tello, que ocupado
 De alguna niñería

(Vase Sancho.)

Estará, de las nuevas descuidado.

TELLO.

Todos os hallo buenos.
 De mil que yo llevé, diez traigo menos.

ESCENA VII.

GARCÍ-TELLO, SANCHE. — DICHOS.

GARCÍ-TELLO. (Dentro.)

¿Mi padre ha venido?

SANCHE. (Dentro.)

Si,

Y vitorioso del moro.
 (Sale Garcí-Tello, con un palo, y Sancho.)

GARCÍ-TELLO.

Padre y señor!

TELLO.

¿Qué tesoro,

Qué descanso para mí,
 Cómo tenerle, García,
 Mis brazos con tanto amor?
 Aunque verte labrador
 No ha sido por culpa mía.
 ¿Cómo estás?

GARCÍ-TELLO.

Para servirlos,

Aunque á fe que habeis costado,
 Después que fuistes soldado,
 Mil lágrimas y suspiros.
 Dícenme que habeis vencido,
 Y que á nuestra iglesia nueva
 Vuestra gente alegre lleva
 Despojos que habeis traído;
 Y que cuando mayor fuera,
 Vuestras vitorias felices*
 La excusaran de tapices*

* Los versos señalados con asterisco no se hallan en la edición antigua de que nos hemos servido.

Con tanta alarbe bandera.
 ¿Por qué no me habeis traído
 Un moro, que viera yo?

TELLO.

¿Nunca los has visto?

GARCÍ-TELLO.

No,

Sino solamente oído.

TELLO.

Pues, García, aquestos son.

GARCÍ-TELLO.

¿Estos son moros? Parecen
 Hombres.

TELLO.

Hombres son.

GARCÍ-TELLO.

Merecen

No serlo.

TELLO.

¿Por qué razon?

GARCÍ-TELLO.

Porque no creen en Dios
 Y en su siempre Virgen Madre.
 La sangre me alteran, padre.

TELLO.

¿Tienes miedo?

GARCÍ-TELLO.

Como vos. —

Perros, hoy entre mis manos
 Pedazos os pienso hacer,
 Hoy habeis de conocer
 Quién son fidalgos cristianos.
 (Da sobre ellos, huyen, y se entra si-
 guiéndolos. Sancho y los soldados se
 van tambien.)

TELLO EL VIEJO.

¡Oh buen nieto! Vive Dios,
 Que es fino como el coral.

TELLO.

Mendo, no les haga mal.

TELLO EL VIEJO.

Déjale mate á esos dos;
 Que así se enseña el alcon
 Desde pequeño á matar.

(Vuelve Garcí-Tello.)

GARCÍ-TELLO.

¿Que no los pude alcanzar?

MENDO.

¿Qué quieres, si galgos son?

GARCÍ-TELLO.

A no me quitar la espada,
 Aquí los mato á los dos.

INFANTA.

Hijo, soségas por Dios.

TELLO EL VIEJO.

Nieto, envainad la cayada;
 Que lo habeis hecho muy bien.

GARCÍ-TELLO.

¡Yo miedo, abuelo!

TELLO EL VIEJO.

Habeis hecho

Muestra del alma y del pecho.
 Ea, á merendar os dén;
 Que habeis venido cansado
 De matar moros.

GARCÍ-TELLO.

Podría

Ser que los mate algun día,
 Y estos, de mirarme airado,
 Cobardes huyen al monte.

MENDO.

No han de dejar liebre en él.

GARCÍ-TELLO.

Pues yo los echaré del
 Antes que el sol se trasmonta. (Vase.)

ESCENA VIII.

DON ARIAS. — LOS TELLOS, LA INFANTA, LAURA, INÉS, MENDO.

DON ARIAS.

Aunque he venido otras veces
(Que me tendréis por agüero)
A daros pena, señores,
Por culpa de los sucesos
De que yo no la he tenido,
Esta vez á daros vengo
Nuevas de que viene el Rey
A ver con mucho contento
A la Infanta, mi señora,
Y á dar parabien á Tello,
De la victoria y despojos
Con justo agradecimiento.
El queda tan cerca ya,
Que me ha pesado de veros,
En ese traje; y así,
Que le recibais os ruego
En hábito cortesano,
Como es razon; que yo vuelvo
A entretener á su alteza
Porque no llegue tan presto. (Vase.)

* Las ediciones modernas se apartan aquí notablemente de la antigua: persuadido el colector de que esta *Segunda parte de los Tellos* no es de Lope, no ha tenido reparo en preferir la variante de las ediciones comunes, poniendo al pié de la página el texto de la impresion antigua.

..... Yo vuelvo
A entretener á su alteza,
Que llegará aquí muy presto. (Vase.)

INFANTA.

Vámonos á vestir todos.
(Vase, y quedan Tello el viejo y Mendo.)

TELLO EL VIEJO.

¿Qué es esto, Mendo? ¿Qué es esto?

MENDO.

Yo no lo entiendo, Señor;
Pero presumo que ha hecho
Esta victoria en el Rey
Algun agradecimiento.

TELLO EL VIEJO.

¡Acuérdaste que te dije
Los días pasados, Mendo,
Que era comedia la vida,
Y que tenia por cierto
Que mudáramos traje
Antes del acto postrero?
Pues mira cómo es verdad.

MENDO.

¡Gracias á Dios, que no tengo
Vestido que me mudar!

TELLO EL VIEJO.

Haz que te le corten luego
De raja.

MENDO.

¿De seda no?

TELLO EL VIEJO.

¡De seda! ¿Qué desacuerdo!
Las repúblicas se pierden
Solamente por excesos
De vestidos, donde gastan
Los hombres todo el dinero
Que tienen, sin atender
Al accidente, al suceso,
A la ocasion, al fracaso
Y á las mudanzas del tiempo,
Cuando vale mas un real,
Y el vestido vale menos.

MENDO.

Con obras y con palabras
Tienes tanta hacienda, Tello,
Pues sustentaste mil hombres,
Sin las armas y pertrechos
De guerra, que fueron muchos.
Pero dime: los talegos
¿Han quedado boqueando?

TELLO EL VIEJO.

Mendo, ¿quién te mete en eso?
L-i.

TELLO EL VIEJO.

¿Qué es esto, Elvira?

INFANTA.

No sé;

Pero presumo que ha hecho
Esta victoria en el Rey
Algun agradecimiento.—
Laura, á vestir.

LAURA.

¿Qué mudanzas!

(Vanse las dos é Inés.)

TELLO EL VIEJO.

Lleva, hijo, á Garci-Tello,
Di que le ponga su madre
Muy galan.

TELLO.

Apenas creo

Que se mude la fortuna. (Vase.)

ESCENA IX.

TELLO EL VIEJO.—MENDO.

TELLO EL VIEJO.

Dije, si te acuerdas, Mendo,
Que era comedia la vida,
Y que tenia por cierto
Que mudáramos traje
Antes del acto postrero.
Pues mira cómo es verdad.

MENDO.

¡Gracias á Dios, que no tengo
Vestido que me mudar!
Tú ¿qué aguardas?

TELLO EL VIEJO.

No me acuerdo

Donde puse los follados
Que truje de caballero.
Tú ¿no los guardaste?

MENDO.

¿Yo?

TELLO EL VIEJO.

¿No te los dí?

MENDO.

No por cierto.—
Pero si bien se me acuerda...
¿Eran unos...

TELLO EL VIEJO.

Dilo presto.

MENDO.

Unos como no sé qué
Diablos, que para usar dellos
Era menester que el Cura
Los conjurase primero,

En servir á Dios y al Rey

Nadie ha de ser avariento.

Esto me parece á mí.

Y si escaso te parezca,

Yo te mando cien ovejas

Con otros tantos carneros,

Para que pases tu vida;

Que yo bien sé que con ellos

No has menester mas hacienda.

MENDO.

Veas de tu nieto nietos,

Todos reyes de Leon.

TELLO EL VIEJO.

Para servicio del cielo.

MENDO.

Señor, el Rey está en casa,

Y viene con Garci-Tello,

Elvira, Laura y tu hijo

Con grande acompañamiento.

TELLO EL VIEJO.

Voy á salirle al camino.

(Sale el Rey, don Arias, etc.)

Para que no hiciesen mal
A quien los trujese?

TELLO EL VIEJO.

Esos.

MENDO.

¿Aquellos eran follados?

TELLO EL VIEJO.

¿No los viste, majadero?

MENDO.

¿A los moños de las piernas
Ese nombre les han puesto?
Pues, Señor, perdona.

TELLO EL VIEJO.

¿Cómo?

MENDO.

Un espantajo con ellos
Hizo Silvio aquí el verano
A las higueras del huerto.
¿No te acuerdas que alabaste
Los higos que te subieron
Un día, que dije yo
(Pienso que lo dije quedo):
«Buenos follados te cuestan»?
Que si no fuera por ellos,
Bien sabes tú que los tordos
Y los gorriones viejos,
Que llaman zorras con alas,
Se los comen sin remedio.

TELLO EL VIEJO.

Pues ¿no habia una ballesta
Para echarlos? ¿Es bien hecho
Con las bragas de un fidalgo
Poner á las aves miedo?
Si fuera á los moros, vaya;
Que bien podia ser esto,
Pues un tiempo al ver las minas,
Los vi mil veces huyendo.
Vive Dios, si no mirara,
Mendo, que vienes con Tello,
Que te habia!...

MENDO.

En tales días

¡Buenas albricias te debo!

TELLO EL VIEJO.

¿Doyte yo á guardar mi hacienda?...

MENDO.

¿Qué hacienda, Señor, si has hecho
Mil soldados, que te cuestan
Tal cantidad de dinero?

TELLO EL VIEJO.

Necio, en servicio del Rey
Todo es poco: ¿qué honra tengo
O qué vida sin su amparo?
Pero para mí no quiero
Gastar mi hacienda dos veces,
Pues ya es fuerza hacerlos nuevos.

MENDO.

¿Eso sientes?

TELLO EL VIEJO.

¿No es razon?

Lláname á Sancho, que pienso
Que sabe desto de sasire.

MENDO.

Voy volando.

TELLO EL VIEJO.

Vuelve luego.

(Vase Mendo.)

ESCENA X.

TELLO EL VIEJO.

Gran cosa un rey: de solo Dios depen-
El corazon del Rey está en las manos [de];
De Dios, y en vano y con juicios vanos
Presume el hombre que el de Dios en-
[tiende].

El sol tal vez calienta y tal ofende ;
Mas siempre es vida y luz á los humanos,
Que en los valles, los montes, selvas, llas,
Flores y frutos, la corona extiende. [nos,
Si el rey es sol, y en su virtud no hay
[falta,
Pues Dios quiere que el hombre rey le
[nombre,
Cuyo atributo su grandeza exalta,
Sirva á su rey, despues de Dios, el
[hombre;
Que, si no fuera rey cosa tan alta,
No le tomara Dios para su nombre.

ESCENA XI.

MENDO, SANCHE.—TELLO EL VIEJO.

MENDO.
Aquí está Sancho.
TELLO EL VIEJO.
Sabrás
Que quiero hacer unas calzas.
SANCHE.
Pues á buena ocasion vengo.
¿De qué las haces?

TELLO EL VIEJO.
Aguarda.
Esta vez me arrojo al mundo :
Házmelas, Sancho, de raja.
SANCHE.
¿De raja en esta ocasion?
TELLO EL VIEJO.
¿Hanme de mirar las damas?
Pues á fe, que ahora treinta años...

MENDO.
Y aun ahora ¿qué te falta?
TELLO EL VIEJO.
¿Lisonjas? Vestido quieres.
MENDO.
Si comes bien, si bien andas,
Y te vistes á tí mismo,
Si como un lirón descansas,
Si das al rollo las piernas,
¿Qué te falta?

TELLO EL VIEJO.
Lo que callas.
Mas ¿cuánto habré menester?
SANCHE.
Habrás menester diez varas,
Que eres entre fresco y alto.

TELLO EL VIEJO.
Mas ¿que piensas hacer calzas
Para el gigante Goliás?
Pero como dos me bastan,
Darás las ocho al pendon,
Que eternamente se acaba.
SANCHE.
Porque anduvieras holgado
Lo hacia.

TELLO EL VIEJO.
Antes tú te holgabas,
Pues de diez tomabas ocho,
Como si fuera mohatra.
Ahora bien, Sancho, yo pienso
Que en aquellas viejas arcas
Que están en el armería,
Ha de haber unas guardadas
Con que se casó mi abuelo.
Pídele la llave á Laura;
Que para el tiempo que el Rey
Ha de hacer otra mudanza,
Y nos mande desnudar,
Cualquiera cosa me basta.

MENDO.
Y á mí, no me vistes?

TELLO EL VIEJO.
Si :
No digas que no te pagan
Las nuevas.

MENDO.
Guárdete el cielo
Mil años.

TELLO EL VIEJO.
¿Por qué me tasas
La vida?

MENDO.
Si mil son pocos,
Sean cien mil.

SANCHE.
¿De qué mandas
Que vista á Mendo?

TELLO EL VIEJO.
De seda
Con pasamanos de plata...
Que él te dará los dineros.

MENDO.
Yo, Señor? ¿Graciosa traza
Es vestirme á costa mía!
Yo no sé para qué guardas
Tanta hacienda : ¿plegue á Dios
Que no te vengán las calzas!

TELLO EL VIEJO.
Mira, Mendo, ¿de qué piensas
Que las repúblicas andan
Perdidas? De los excesos
De los vestidos, que gastan
Las haciendas que los hombres
Con tanto trabajo ganan.
Yo te daré cien ovejas,
Créeme, y con ellas trata,
Porque galas sin hacienda,
Mas son deshonra que galas.

MENDO.
Veas de tu nieto nietos,
Y en tu mesa y en tu cama
Remocen con media lengua
Tatarachoznos tus canas.
Llueva el cielo trigo en trojes,
Mosto en cubas y tinajas,
Y por mayor bendicion,
No te quite el Rey las calzas.

ESCENA XII.

EL REY, DON ARIAS, LA INFANTA,
LAURA, TELLO Y GARCI-TELLO,
de gala.—DICHOS.

REY.
Todos me han venido á ver,
Y ¿solo Tello no viene?

TELLO EL VIEJO.
El que mas amor os tiene
El postrero viene á ser.
Mas perdonadme, Señor;
Que el traje mudar queria,
Y por eso no salia;
Que no por falta de amor.

MENDO.
En trazar ciertos follados,
Gran Señor, se ha detenido;
Y pienso que seréisidos
Antes que estén acabados.

REY.
Haréisme mucho placer;
Que os quiero ver muy galan.

TELLO EL VIEJO.
¿Qué galas, Señor, serán
Como veniros á ver
Tan humano en esta casa?

REY.
Siempre, Tello, lo seré.
Lo pasado enojo fué;

Nunca ofende lo que pasa.
Vine á cazar por aquí,
Y quise ver á la Infanta
Y á vos tambien.

TELLO EL VIEJO.
Merced tanta
Por ella fué, no por mí.

REY.
Y por honrar, que es razon,
A Meneses, mi cuñado.

TELLO EL VIEJO.
Solo ese nombre le ha honrado.

REY.
Ellos como yo lo son.
INFANTA.
Besa la mano á su alteza,
García.

REY.
¿Sobrino mío!
¡Bravo mozo!

TELLO EL VIEJO.
Tiene brio.

REY.
Cubrid, cubrid la cabeza.
GARCI-TELLO.
Honrad, Señor, por mi madre
A mi padre...

REY.
Yo lo haré.
GARCI-TELLO.
Porque no me cubriré,
Si no se cubre mi padre.

REY.
Cubrios, señor cuñado;
Que lo manda mi sobrino.

TELLO EL VIEJO.
Es el rapaz peregrino;
De vuestro padre es traslado.

REY.
Tello, vaya alguna gente
Que sepa este monte bien,
Para que nuevas me den,
Antes que salir intento,
De algun oso ó jabali.

TELLO EL VIEJO.
Sancho le sabe en extremo.—
Parte.

SANCHE.
Yo voy. (Vase.)

TELLO EL VIEJO.
Al sol temo,
Si ahora salis de aquí.
Entre tanto podeis ver
Una iglesia que he labrado,
Y en vez de paños, colgado
De las banderas ayer,
Que ganó Tello á los moros.
Y en ella á la fe, Señor,
Haréisme un gran favor.

REY.
Favores, honras, decoros
Pedid, Tello; que allá voy.
Solo á honraros he venido.

TELLO EL VIEJO.
Señor, por merced os pido.
Si ya en vuestra gracia estoy,
Que en ella armeis caballero
A mi nieto don García.

REY.
Reservémoslo á otro día;
Que salir al monte quiero.

INFANTA.
Tiempo tendrá vuestra alteza;
Esto le suplico yo.

REY.
Que fuera me parecís

En Leon con mas grandeza,
Y con la corona y manto
Que los godos se ponian,
Si algun caballero hacian.

DON ARIAS.

No dejes de honrarle tanto:
Que yo truje de Leon
Corona y manto real.

REY.

¿Cómo en ocasion igual?

DON ARIAS.

Porque en aquesta ocasion
Honrases á tu sobrino.
Tello, Señor, me avisó.

REY.

Venid todos.

TELLO EL VIEJO.

¿Cuándo yo

Fuí de tantas honras digno?

(*Vanse todos, menos las damas y don Arias.*)

ESCENA XIII.

LA INFANTA, LAURA, DON ARIAS.

DON ARIAS.

Oiga vuestra alteza, y vos,
Señora Laura, escuchad.

INFANTA.

Arias, ya vuestra lealtad
Agradecemos las dos.

DON ARIAS.

El Rey no me mira bien:
Hacedme favor, Señora,
De honrarme con él ahora.—
Y porque quede tambien

(*Ap. á la Infanta.*)

Nuestra amistad confirmada,
Pedid que á Laura me dé
Tello por mujer.

INFANTA.

Si haré;

Que estará bien empleada.
Id con el Rey; que yo quedo
A decirse lo.

DON ARIAS.

Tendréis

Un esclavo en mí, si hacéis
Lo que os ruego.

INFANTA.

Haré, si puedo.

DON ARIAS.

No sé quién ama donde no es queri-
Siendo todo el amor un instrumento
Que, destemplando su divino acento,
Disuena á la razon como al oído. [do,
¿Qué consonancia harán amor y olvi-
La fuerza y el desden, si el fundamento
De amor es un igual consentimiento,
De las dos voluntades admitido?

Ya no quiero querer lo que solia,
Ni de amor las tormentas y las calmas:
Hoy toma puerto la esperanza mia.

Quien no merece, no pretenda pal-
Que consiste de amor el armonia [mas;
En la correspondencia de las almas.

(*Vase.*)

ESCENA XIV.

LA INFANTA, LAURA.

INFANTA.

Laura...

LAURA.

Señora...

INFANTA.

Ocaslon

Se ofrece, si eres discreta,
Para que quedes perfecta.

LAURA.

Burlas como tuyas son.

INFANTA.

Don Arias me ha dicho aquí
Que te pida por mujer:
¿Qué tengo de responder?

LAURA.

¿Quieres que diga que sí?

INFANTA.

¿Eso quieres que te pida?

LAURA.

Dame de término un hora
Para una cosa, Señora,
Que dura toda la vida.

INFANTA.

Mi Laura, tú eres discreta;
Que yo, cuando lo negases,
Si deseo que te cases,
Es porque quedes perfecta.

(*Vanse.*)

Vista exterior de una iglesia.

ESCENA XV.

TELLO EL VIEJO, MENDO, SANCHE.

TELLO EL VIEJO.

¿Está bien aderezado?

MENDO.

Los dos lo habemos compuesto.

SANCHE.

Mas adorno fuera justo;
Mas lo posible se ha hecho.

MENDO.

Tu rica tapicería
No se colgó.

TELLO EL VIEJO.

¿Por qué, Mendo?

MENDO.

Porque no dieron lugar;
Mas fueron Silvio y Alberto,
Y desnudando los prados
De jirios, jacinto y trébol,
De espadañas los arroyos,
Y el soto de álamos negros,
Es la iglesia un cielo.

TELLO EL VIEJO.

¿Y cómo!

Adonde está Dios es cielo;
Y por la misma razon
Hoy es corte el monte nuestro,
Pues el Rey en él está.
Pero dime, ¿vengo bueno?

MENDO.

Que pareces de veinte años.

TELLO EL VIEJO.

Bien sé yo que mientes, Mendo.
No me vienen mal las calzas.

MENDO.

Para el Juéves Santo quiero
Acotarias desde ahora.

TELLO EL VIEJO.

Buenos serán tus grigüescos.

ESCENA XVI.

EL REY, DON ARIAS, TELLO, LA IN-
FANTA, LAURA, INÉS; GARCÍ-TE-
LLO, con botas; criados, de acompa-
ñamiento, y músicos. — Dichos.

REY.

Es edificio extremado:
¿Qué os habrá costado, Tello?

TELLO EL VIEJO.

Lo que gasto para Dios
Nunca en los libros lo asiento;
Que para lo que él me ha dado,
Es poco lo que le vuelvo;
Porque, por mas que le pago,
Siempre le quedo debiendo.

REY.

Dadme el manto y la corona.

(*Sacan los criados dos fuentes: en una el manto y la corona, y en la otra espada y espuelas; y se verá un altar con luces, y va el Rey armando de caballero á Garcí-Tello, que estará de rodillas.*)

INFANTA.

¿Qué humano está el Rey!

TELLO.

¿Qué cuerdo!

¿García!

REY.

Llegad, sobrino,

Al altar.

TELLO EL VIEJO.

¡Dichoso Tello,

Que llegas á ver un día
De tanta gloria!

REY. (*A Garcí-Tello.*)

En el suelo

Poned la rodilla. Oid
Hoy, que os hago caballero,
García, con atencion
A lo que os obliga el serlo,
Mientras que os ciño la espada,
En cuyo desnudo acero
Escribiréis mis palabras,
Que os han de servir de espejo.
La ley de Dios, sobre todo,
Defenderéis lo primero:
Guardaréis lealtad al Rey,
Y á su justicia respeto;
En las guerras de los moros
Jamás volveréis huyendo,
Porque los hombres fidalgos
O vencen ó quedan muertos.
Saldréis al campo, García,
Si os hicieren algun rete;
Y todo pleito homenaje
Guardaréis, ó libre ó preso.
No consentiréis que agravia
Mujer ninguna: todo esto
Habels de jurar aquí.

GARCÍ-TELLO.

Si juro.

REY.

Pues, caballero,
Estos tres golpes os doy;
Accion con que honraros puedo.

INFANTA.

En tan dichosa ocasion
Viene bien pediros, Tello,
Para un caballero á Laura,
De cuyo acertado empleo
Podéis estar bien seguro,
Pues estoy yo de por medio.

TELLO EL VIEJO.

¿Sabe Laura que la casan?

INFANTA.

Sabe que yo lo deseo.

TELLO EL VIEJO.

Pues ya te habrá dado el sí,
Aunque no supiera el dueño;
El ansia desde que hacen
Es, Elvira, el casamiento.
Si es don Arias, doy el mío.

DON ARIAS.

A tanto favor no puedo
Responder, sino humillarme.
(*Danse las manos Laura y don Arias.*)

GARCÍ-TELLO.

Señora, sabéis que tengo
Desafiado á don Arias:
¿Cómo le ha dado mi abuelo
Por mujer á Laura, y vos
Se la pedís, sabiendo
Que entre las obligaciones
Que tengo de caballero,
Es la que toca á mi honor?
INFANTA.
Hijo, también os advierto

Que no puede haber agravio
Delante del Rey.

REY.

Los Tellos

Vengan conmigo á Leon,
Adonde premiar prometo
Tanto valor y lealtad.

TELLO EL VIEJO.

Y aquí, Senado discreto,
Fa fin la *Segunda parte*
De la historia de los Tellos.

LA MOZA DE CÁNTARO.

PERSONAS.

EL CONDE.
DON JUAN, } *galanes.*
DON DIEGO, }
FULGENCIO, }
DON BERNARDO, *viejo.*

PEDRO,
MARTIN, } *lacayos.*
LORENZO, }
BERNAL, }
DOÑA MARÍA, *dama.*

DOÑA ANA, *viuda.*
LUIZA,
LEONOR, } *criadas.*
JUANA, }
UN ALCAIDE.

UN INDIANO.
UN MESONERO.
UN MOZO DE MULAS.
MÚSICOS.—LACAYOS.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Ronda, en Adamuz y Madrid.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de don Bernardo, en Ronda.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA MARÍA y LUIZA, *con unos papeles.*

LUIZA.
Es cosa lo que ha pasado
Para morir de risa.

DOÑA MARÍA.
¿Tantos papeles, Lúisa,
Esos Narcisos te han dado?

LUIZA.
¿Lo que miras dificultas?
DOÑA MARÍA.
¿Bravo amor, brava fineza!

LUIZA.
No sé si te llame alteza
Para darte estas consultas.

DOÑA MARÍA.
A señoría te inclina,
Pues entre otras partes graves,
Tengo deudo, como sabes,
Con el duque de Medina.

LUIZA.
Es título la belleza
Tan alto, que te podría
Llamar muy bien señoría,
Y aspirar, Señora, á alteza.

DOÑA MARÍA.
¿Lindamente me conoces!
Dásme por la vanidad.

LUIZA.
No es lisonja la verdad,
Ni las digo, así te goces.
No hay en Ronda ni en Sevilla
Dama como tú.

DOÑA MARÍA.
Yo creo,
Lúisa, tu buen deseo.

LUIZA.
Tu gusto me maravilla.
A ninguno quieres bien.

DOÑA MARÍA.
Todos me parecen mal.

LUIZA.
Arrogancia natural
Te obliga á tanto desden.—
Este es de don Luis.

DOÑA MARÍA.
Lo leo
Solo por cumplir contigo.

LUIZA.
Yo soy de su amor testigo.
DOÑA MARÍA.
Y yo de que es necio y feo.
(*Lec.*) «Considerando conmigo á so-
las, señora doña María...»
No leo. (*Rompe el papel.*)

LUIZA.
¿Por qué?
DOÑA MARÍA.
¿No ves
Que comienza alguna historia,
O que quiere en la memoria
De la muerte hablar después?

LUIZA.
Este es de don Pedro.
DOÑA MARÍA.
Muestra.

LUIZA.
Yo te aseguro que es tal,
Que no te parezca mal.
DOÑA MARÍA.
¿Bravos rasgos! ¿Pluma diestra!

(*Lec.*) «Con hermoso, si bien severo,
no dulce, apacible si rostro, señora
mia, mentida vista me miró vuestro
desden, absorto de toda humanidad,
rígido empero, y no con lo brillante
solicito, que de candor celeste clarifi-
ca vuestra faz, la hebdomada pasada.»

¿Qué receta es esta, di? (*Rómpele.*)
¿Qué médico te la dió?

LUIZA.
Pues ¿no entiendes culto?
DOÑA MARÍA.
¿Yo?

¿Habla de acírtame aquí?
LUIZA.
Hazte boba, por tu vida.
¿Puede nadie ser discreto
Sin que envuelva su concreto
En invención tan lucida?

DOÑA MARÍA.
¿Esta es lucida invención?
Ahora bien, ¿hay mas papel?

LUIZA.
El de don Diego, que en él
Se cifra la discreción.

DOÑA MARÍA.
(*Lec.*) «Si yo fuera tan dichoso como
vuestra merced hermosa, hecho estaba
el partido.»

¿Qué es partido? No prosigo. (*Rómpele.*)
LUIZA.
¿Que nada te ha de agradar?

DOÑA MARÍA.
Pienso que quiere jugar
A la pelota conmigo.
Lúisa, en resolución,
Yo no tengo de querer
Hombre humano.

LUIZA.
¿Qué has de hacer,
Si todos como estos son?

DOÑA MARÍA.
Estarme sola en mi casa.
Venga de Flandes mi hermano,
Pues siendo tan rico, en vano
Penas inútiles pasa.
Cásese, y déjeme á mí
Mi padre; que yo no veo
Dónde aplique mi deseo
De cuantos andan aquí,
Codiciosos de su hacienda;
Que, si va á decir verdad,
No quiere mi vanidad
Que cosa indigna le ofenda.
Nací con esta arrogancia.
No me puedo sujetar,
Si es sujetarse el casar.

LUIZA.
Hombres de mucha importancia
Te pretenden.

DOÑA MARÍA.
Ya te digo
Que ninguno es para mí.

LUIZA.
Pues ¿has de vivir así?
DOÑA MARÍA.
¿Tan mal estaré conmigo?
Joyas y galas no son
Los polos de las mujeres?
Si á mí me sobran, ¿qué quieres?

LUIZA.
¿Qué terrible condicion!
DOÑA MARÍA.
Necia estás. No he de casarme.

LUIZA.
Si tu padre ha dado el sí,
¿Qué piensas hacer de tí?

DOÑA MARÍA.
¿Puede mi padre obligarme
A casar sin voluntad?

LUIZA.
Ni tú tomarte licencia
Para tanta inobediencia.

DOÑA MARÍA.
La primera necesidad
Dicen que no es de temer,
Sino las que van tras ella,
Pretendiendo deshacella.

LUIZA.
Los padres obedecer

Es mandamiento de Dios.

DOÑA MARÍA.

¿Va llegas á predicarme?

LUISA.

Nuño acaba de avisarme
Que estaban juntos los dos...

DOÑA MARÍA.

¿Quién?

LUISA.

Mi señor y don Diego.

DOÑA MARÍA.

¿Qué importa que hablando estén,
Si no me parece bien,
Y le desengaño luego?

LUISA.

Y don Luis ¿no es muy galán?

DOÑA MARÍA.

Tal salud tengas, Lúisa.
Muchas se casan aprisa,
Que á llorar despacio van.

LUISA.

Esa es dicha, y no eleccion;
Que mirado y escogido
Salió malo algun marido,
Y otros sin ver, no lo son.
Que si son por condiciones
Los hombres buenos ó malos,
Muchas que esperan regalos,
Encuentran malas razones.
Pero en don Pedro no creo
Que haya mas que desear.

DOÑA MARÍA.

Si hay, Lúisa...

LUISA.

¿Qué?

DOÑA MARÍA.

No hallar

A mi lado hombre tan feo.

LUISA.

Mil bienes me dicen dél,
Y tú sola dél te ries.

DOÑA MARÍA.

Lúisa, no me porfies;
Que este es don Pedro el Cruel.

LUISA.

Tu desden me maravilla.

DOÑA MARÍA.

Pues ten por cierta verdad
Que es rey de la necesidad,
Como el otro de Castilla.

LUISA.

Don Diego está confiado;
Joyas te ha hecho famosas.

DOÑA MARÍA.

¿Joyas?

LUISA.

Y galas costosas;
Hasta coche te ha comprado.

DOÑA MARÍA.

Don Diego de noche y coche.

LUISA.

¿De noche un gran caballero!

DOÑA MARÍA.

Mas ¡ay Dios! que no le quiero
Para don Diego de noche.
Otra le goce, Lúisa,
No yo. ¿De noche visiones!

LUISA.

Oigo unas tristes razones.

DOÑA MARÍA.

Volvióse en llanto la risa.
¿No es este mi padre?

LUISA.

El es.

ESCENA II.

DON BERNARDO, *de hábito de San-
tiago, con un lienzo en los ojos.*—
DICHAS.

DON BERNARDO.

¡Ay de mí!

DOÑA MARÍA.

Señor, ¿qué es esto?

Vos llorando y descompuesto,

¡Y yo no estoy á esos piés!

¿Qué teneis, padre y señor,

Mi solo y único bien?

DON BERNARDO.

Vergüenza de que me ven

Venir vivo y sin honor.

DOÑA MARÍA.

¿Cómo sin honor?

DON BERNARDO.

No sé.

Déjame, por Dios, María.

DOÑA MARÍA.

Siendo vos vida en la mía,

¿Cómo dejaros podré?

¿Habeis acaso caído?

Que los años muchos son.

DON BERNARDO.

Cayó toda la opinion

Y nobleza que he tenido.

No es de los hombres llorar;

Pero lloro un hijo mio

Que está en Flándes, de quien fio

Que me supiera vengar.

Siendo hombre, llorar me agrada;

Porque los viejos, María,

Somos niños desde el día

Que nos quitamos la espada.

DOÑA MARÍA.

Sin color, y el alma en calma,

Os oigo, padre y señor;

Mas ¿qué mucho sin color,

Si ya me teneis sin alma?

¿Qué habla de hacer mi hermano?

¿De quién os ha de vengar?

DON BERNARDO.

Hija, ¿quiereisme dejar?

DOÑA MARÍA.

Porfías, Señor, en vano.

Antes de llorar se causa

La excusa, pero no agora;

Que siempre quiere el que llora

Que le pregunten la causa.

DON BERNARDO.

Don Diego me habló, María...

Contigo casarse intenta...

Respondile que tu gusto

Era la primer licencia,

Y la segunda del Duque.

Escribi, fué la respuesta

No como yo la esperaba;

Que darte dueño quisieran

Estas canas, que me avisan

De que ya mi fin se acerca.

Puse la carta en el pecho,

Lugar que es bien que le deba;

Que llamarme deudo el Duque

Fué de esta cruz encomienda.

Vino á buscarme don Diego

A la Plaza (¡nunca fuera

Esta mañana á la Plaza!),

Y con humilde apariencia

Me preguntó si tenía

(Aunque con alguna pena)

Carta de Sanlúcar. Yo

Le respondi que tuviera

A dicha poder servirle:

Breve y bastante respuesta.

Dijo que el Duque sabia

Su calidad y nobleza;

Que le enseñase la carta,

O que era mia la afrenta

De la disculpa engañosa.

Yo, por quitar la sospecha,

Saqué la carta del pecho,

Y turbado leyó en ella

Estas razones, María.—

Quien tal mostró, que tal tenga.—

«Muy honrado caballero

«Es don Diego; pero sea

«El que ha de ser vuestro yerno

«Tal, que al hábito os suceda

«Como á vuestra noble casa.»

Entonces don Diego, vuelta

La color en nieve, dice,

Y de ira y cólera tiembla:

«Tan bueno soy como el Duque.»

Yo con ira descompuesta

Respondo: «Los escuderos,

Aunque muy hidalgos sean,

No hacen comparacion

Con los príncipes; que es necia.

Desdeos, ó le escribo

A don Alonso que venga

Desde Flándes á mataros.»

Aquí su mano soberbia...

Pero prosigan mis ojos

Lo que no puede la lengua.

Déjame; que tantas veces

Una afrenta se renueva,

Cuantas el que la recibe

A el que la ignora la cuenta.

Herrado traigo, María,

El rostro con cinco letras,

Esclavo soy de la infamia,

Cautivo soy de la afrenta.

El eco sonó en el alma;

Que si es la cara la puerta,

Han respondido los ojos,

Viendo que llaman en ella.

Alcé el báculo... Dijeron

Que lo alcancé... no lo creas;

Que mienten á el afrentado,

Pensando que le consuelan.

Prendióle allí la justicia,

Y preso en la cárcel queda:

¡Pluguiera á Dios que la mano

Desde hoy estuviera presa!

¡Ay, hijo del alma mia!

¡Ay, Alonso! Si estuvieras

En Ronda! Pero ¿qué digo?

Mejor es que yo me pierda.

Salid, lágrimas, salid...

Mas no es posible que puedan

Borrar afrentas del rostro,

Porque son moldes de letras,

Que aunque se aparta la mano,

Quedan en el alma impresas. (Vase.)

ESCENA III.

DOÑA MARÍA, LUISA.

LUISA.

Fuése.

DOÑA MARÍA.

Déjame de suerte

Que no pude responder.

LUISA.

Vé tras él; que puede ser

Que intente darse la muerte,

Viendo perdido su honor.

DOÑA MARÍA.

Bien dices: seguirle quiero;

Que no es menester acero

Adonde sobra el valor.

(Vase.)

Cuarto en la cárcel de Ronda.

ESCENA IV.

DON DIEGO, FULGENCIO.

FULGENCIO.
La razon es un espejo
De consejos y de avisos.

DON DIEGO.
En los casos improvisos
¿Quién puede tomar consejo?

FULGENCIO.
Los años de don Bernardo
Os ponen culpa, don Diego.

DON DIEGO.
Confieso que estuve ciego.
FULGENCIO.

Es don Alonso gallardo
Y gran soldado.

DON DIEGO.
Ya es hecho,
Y yo me sabré guardar.

FULGENCIO.
Un consejo os quiero dar
Para asegurar el pecho.

DON DIEGO.
¿Cómo?

FULGENCIO.
Que dejéis á España
Luego que salgais de aquí.

DON DIEGO.
¿A España, Fulgencio?

FULGENCIO.
Sí;
Porque será loca hazaña
Que á don Alonso esperéis;
Que, fuera de la razon
Que él tiene en esta ocasion,
Pocos amigos tendréis.
Toda Ronda os pone culpa.

DON DIEGO.
Claro está, soy desdichado...
Pues el haberme afrentado
Era bastante disculpa.

FULGENCIO.
Mostraros la carta fué
Yerro de un hombre mayor.

DON DIEGO.
En los lances del honor
¿Quién hay que seguro esté?

FULGENCIO.
El tiempo suele curar
Las cosas irremediables.

ESCENA V.

EL ALCAIDE DE LA CÁRCEL, con
barba y baston.—Dichos.

ALCAIDE. (A don Diego.)
Una mujer está aquí
Que quiere hablaros.

DON DIEGO.
Dejadme,
Fulgencio, si sois servido.

FULGENCIO.
A veros vendré á la tarde. (Vase.)

ALCAIDE.
Llegó á la puerta cubierta;
Pedile que se destape,
Y dijo que no queria.
Pareciome de buen talle
Y cosa segura; en fin,
Gustó de que la acompañe
A vuestro aposento.

DON DIEGO.

Que entra
La decid, y perdonadme;
Que es persona principal,
Si es quien pienso.

ALCAIDE.
En casos tales
Se muestra el amor. (Vase.)
(Dentro. Entrad.)

ESCENA VI.

DOÑA MARÍA, cubierta con su manto.
—DON DIEGO.

DON DIEGO.
Sola, mi señora, á hablarme,
Y en parte tan desigual
De vuestra persona y traje!

DOÑA MARÍA.
Dan ocasion los sucesos
Para desatinos tales.

DON DIEGO.
Descubrios, por mi vida,
Advirtiéndome que no hay nadie
Que aquí pueda conoceros.

DOÑA MARÍA.
Yo soy.
DON DIEGO.
Pues ¡vos en la cárcel!

DOÑA MARÍA.
El amor que me debeis
Desta manera me trae;
Que agradecida del vuestro,
Me fuerza á que me declare.
A pedirlos perdon vengo,
Y á que no pase adelante
Este rigor, pues el medio
De hacer estas amistades
Es el casarnos los dos;
Que cuando á saber alcance
Don Alonso que soy vuestra,
No tendrá de qué quejarse.
Con esto venganzas cesan,
Que suelen en las ciudades
Engendrar handos, de quien
Tan tristes sucesos nacen.
Vos quedaréis con la honra
Que es justo y que Ronda sabe,
Satisfecho el señor Duque,
Desenojado mi padre,
Y yo con tan buen marido,
Que pueda mi casa honrarse
Y don Alonso mi hermano.

DON DIEGO.
¿Quién pudiera sino un ángel,
Señora doña María,
Hacer tan presto las paces?
Vuestro gran entendimiento,
Y divino en esta parte,
Ha dado el mejor remedio
Que pudiera imaginarse.
No le habia mas seguro,
Y sobre seguro, fácil,
Para que todos quedemos
Honrados cuando me case.
No será mucha licencia
Que á el altar dichoso abrace,
Sagrado de mis deseos,
Donde está amor por imagen,
Pues ya decís que sois mía.

DOÑA MARÍA.
Quien supo determinarse
A ser vuestra, no habrá cosa
Que á vuestro gusto dilate.
Confirmaré lo que digo
Con los brazos.—Muere, infame.
(Al abrazarle, saca una daga y dale
con ella.)

DON DIEGO.

¡Jesus! ¡Muerto soy! ¡Traicion!

DOÑA MARÍA.
En canas tan venerables
Pusiste la mano, perro!
Pues estas hazañas hacen
Las mujeres varoniles.
Yo salgo.—¡Cielo, ayudadme! (Vase.)

ESCENA VII.

FULGENCIO.—DON DIEGO, mari-
bundo.

FULGENCIO.
Páreceme que he sentido
Una voz, y que salió
Esta mujer que aquí entró
(Que no sin sospecha ha sido)
Mas turbada y descompuesta
Que piden casos de amor.—
No fué vano mi temor.
¡Don Diego!... ¿Qué sangre es esta?

DON DIEGO.
Matóme doña María,
La hija de don Bernardo.
FULGENCIO.
¡Alcaide! ¡Gente! ¿Qué aguardo?
(Ap. Mas cosa injusta sería
Ocasionar su prision.
Esperar que salga quiero;
Que esto ya es hecho.)

DON DIEGO.
Yo muero
Con razon, aunque á traicion.
Muy justa venganza ha sido,
Por fiarme de mujer.
Mas no la dejéis prender.

FULGENCIO.
Yo pienso que habrá salido.
Pero ¿por qué no queréis
Que la prendan?

DON DIEGO.
Ha vengado
Las canas de un padre honrado.
Esto en viéndole diréis...
Y que yo soy, cuanto á mí,
Su yerno, pues se casó
Conmigo, aunque me mató
Cuando los brazos la di.
Con esto vuelvo á su fama
Lo que afrentaría pudiera.

FULGENCIO.
Toda la cárcel se altera.
Quiero buscar esta dama.
(Se lleva á don Diego.)

Una calle de Madrid.

ESCENA VIII.

EL CONDE, DON JUAN.

CONDE.
Hermosa viuda, don Juan!
No he visto cosa mas bella.

DON JUAN.
Con razon, Conde, por ella
Esos desmayos os dan.

CONDE.
¿Hay tal gracia de monjil?
Que es de azabache, repara,
Imagen, menos la cara
Y manos, que son marfil.

DON JUAN.
Vos teneis un gran sugeto
Para versos.

CONDE.
No he pensado
Meterme en ese cuidado;
Que pienso andar mas discreto.

DON JUAN.

¿Cómo?

CONDE.
Remitirme á el oro,
Que es excelente poeta.

DON JUAN.
Dicen que es rica y discreta:
Guardadle mas el decoro.

CONDE.
¿Fué vuestro criado allá?

DON JUAN.
Con una criada hablé,
Y á estas horas pienso yo
Que bien informado está.

CONDE.
Mejor entre sus iguales
Suele hablar mas libremente
Este género de gente.

ESCENA IX.

MARTIN. — Dichos.

DON JUAN.
¿Qué hay, Martín? Contento sales.

MARTIN.
Servir á el Conde deseo.

CONDE.
Yo estimo tu buen amor.

MARTIN.
Hablé con la tal Leonor,
Como si fuera en mi empleo,
Estando en larga oracion
La retórica lacaya,
Y ella, á manera de maya,
Serena toda faccion.
Dijela que me tenia
Sin alma Leonor la bella;
Que hacia un mes que la buella
De sus chinelas seguia;
Y que bailando en el rio
De la castañeta al son,
Me entró por el corazon
Y por toda el alma el brio.
Cuando ya la tuve tierna,
Pregunté la condicion
De su ama, y la razon
De estado que la gobierna.
Dijo que era principal,
Con deudos de gran valor,
Y que tenia su honor,
Desde que enviudó, cabal.
Que era rica y entendida,
Y no de su casa escasa,
Si bien no entraba en su casa
Ni aun sombra de alma nacida.
Que el parecer recatada
Era todo su cuidado,
Y díjome que habia estado
Solo dos meses casada;
Porque su noble marido,
De enamorado, murió.

CONDE.
No envidio la muerte yo,
La causa sí.

DON JUAN.
Necio ha sido,
Pues tanto tiempo tenia.

MARTIN.
Poca edad y mucho amor,
Toda la vida, Señor,
Remiten á solo un dia.

CONDE.
¿Cómo trae tan pequeñas
Tocas?

DON JUAN.
Mas hermosa está.

MARTIN.
Porque las largas son ya
Para beatas y dueñas.
Y las cortas en la corte
No se traen sin ocasion.

CONDE.
¿Qué ocasion dará razon
Que para disculpa importe?

MARTIN.
Muriósele á una casada
Su marido, y no quedó
Muy triste, pues le envolvió,
Como si fuera pescada,
En un pedazo de anejo;
Y sin que cumplierse manda,
Con largas tocas de Holanda
Salió vertiendo poteo
En un reverendo coche.
Pero el muerto, mal contento,
Del sepulcro á su aposento
Se trasladó aquella noche,
Y díjole: « Vos Holanda,
Y yo anejo, picarona!
No mereció mi persona
Una sábana mas blanda? »
Esto diciendo, el difunto
En las tocas se envolvió,
Y el anejo le dejó:
Ocasión desde aquel punto
Con que sin tocas las veo;
Y cuerdo temor ha sido,
Porque no vuelva el marido
A dejarlas el anejo.

CONDE.
Cuanto la licencia alargas,
La obligacion disimulas.

MARTIN.
Señor, en dueñas y en mulas
Están bien las tocas largas.

CONDE.
Mucha honestidad promete,
Y es decoro justo y santo.

MARTIN.
Una viuda con un manto
Es obispo con roquete.
Fuera de esto, aquel estar
Siempre en una misma accion
No mueve la inclinacion
Que el traje suele obligar.
Ver siempre de una manera
A una mujer es cansarse.

CONDE.
Pues ¿puede el rostro mudarse?

MARTIN.
Pues ¿no se muda y altera,
Mudando el traje, el semblante?

DON JUAN.

Conde, Martín dice bien;
Porque el variar tan bien
Da novedad á el amante.

MARTIN.
De mi condicion advierte
Que me pudren las pinturas,
Porque siempre las figuras
Están de una misma suerte.
¿Qué es ver levantar la espada
En una tapiceria
A un hombre, que en todo un dia
No ha dado una cuchillada?
¿Qué es ver á Susana estar
Entre dos viejos desnuda,
Y que ninguno se muda
A defender ni á forzar?
Linda cosa es la mudanza
Del traje.

CONDE.
La viuda, en fin,
¿Es conversable, Martín?

MARTIN.
No me quitó la esperanza,
Si entráis con algun enredo;
Que dice que da lugar
Que la puedan visitar.

CONDE.
Yo le buscaré, si puedo.

DON JUAN.
Como visto no te hubiera,
Fácil remedio se hallara.

CONDE.
Si en que me ha visto repara,
Fingirme enojarla fuera.
Llama; que yo he prevenido
Con que me pueda creer.

DON JUAN.
No lo echemos á perder.

CONDE.
No puedo estar mas perdido.
(*Vase.*)

Sala en casa de doña Ana.

ESCENA X.

EL CONDE, DON JUAN, MARTIN;
luego, DOÑA ANA, de viuda; LEONOR y JUANA.

MARTIN.
Ya te ha visto: á verte sale.
No le has parecido mal.

CONDE.
¿Hay jazmin, rosa y cristal
Que á la viudilla se iguale?
(*Salen doña Ana, de viuda, Leonor y Juana.*)

DOÑA ANA.
Novedad me ha parecido;
Vues Señoría perdone.

CONDE.
No hay novedad que no abone
El desgo que he tenido
De serviros, si yo fuese,
Para que no os cause enojos,
Tan dichoso en vuestros ojos,
Que serviros mereciese.

DOÑA ANA.
Leonor, sillas.
MARTIN. (*Ap. á don Juan.*)

No va mal,
Pues piden sillas.

DON JUAN.
Martín,
La viudilla es serafín
De perlas y de coral.

MARTIN.
¿Agradate á ti tambien?
DON JUAN.

A esa pregunta responde
Que está enamorado el Conde,
Y yo no.

MARTIN.
Dices muy bien.
DOÑA ANA.
¿Quién es este caballero?

CONDE.
Mi primo don Juan.
DOÑA ANA.
Señor,

Perdonad.
DON JUAN.
No ha sido error.

Hablad ; que estorbar no quiero.

DOÑA ANA.
Vos no podeis estorbar,
Ni aquí tendréis ocasion.

DON JUAN.
No lo mandeis.

DOÑA ANA.
Es razon.
DON JUAN.

No me tengo de sentar.

DOÑA ANA.

Ahora bien, yo no porfio.

DON JUAN.

Decisme que necio soy.

CONDE.

Oidme.

DOÑA ANA.

Oyéndos estoy.

DON JUAN.

Por lo mismo me desvío.

CONDE.

Señora, aunque os he mirado
Mil veces sin conoceros,
Antes que viniera á veros
Tuve de veros cuidado.
Vuestro esposo, que Dios tiene,
Era mi amigo : jugamos
Una noche ; comenzamos
Por una rifa, que viene
A ser, como en los amores,
La tercera que concierto,
O á lo menos que dispierta
El gusto á los jugadores.
Perdió, picóse, sacó
Unos escudos, y luego,
Terciando mi primo el juego,
Cuatro sortijas perdió.
Mas vamos á lo que importa.

DOÑA ANA.
Esas sortijas eché
Menos : pesadumbre fué
(Tan mal amor se reporta),
Porque vine á sospechar
Que á alguna dama las dió.

DON JUAN. (Ap. á Martin.)

Bien la mentira salió.

MARTIN.
¿Hay cosa como atinar
Las sortijas que faltaron?

DON JUAN.

Hay dichosos en mentir.

MARTIN.
A cuantas supe decir,
Con el hurto me pescaron.
No he mentido sin que luego
No se me echase de ver.

CONDE.
Así se vino á encender
Con esta pérdida el juego,
Que perdió seis mil ducados
Sobre palabra segura,
De que tengo una escritura.

DOÑA ANA.
Mas enredos y cuidados
Que días vivió conmigo
Don Sebastian me dejó.
¿Seis mil ducados?

CONDE.
Sí yo
Basto, que soy quien lo digo,
Y los testigos presentes.

MARTIN.
Al firmarla estuve allí
Tan presente como aquí.

DON JUAN. (Ap. á Martin.)
¿Con qué desvergüenza mientes!

MARTIN.
¿Qué gracia! El buen mentidor
Ha de ser, señor don Juan,
Descarado á lo truhan,
Y libre á lo historiador.

DOÑA ANA.
Pensé que vueseñoría
Me venia hacer merced.

CONDE.
Que os he de servir creed ;
Que esa fué la intencion mia.
No os dé pena la escritura,
Puesto que fué de mayor ;
Que no tiene mal fiador
La paga en vuestra hermosura.

MARTIN. (Ap. á don Juan.)

¿Hay oficial de escritorios
Que encaje el marfil así?

DON JUAN.
En amando, para mí
Son los engaños notorios.

MARTIN.
¿Amor se funda en engaños?

DON JUAN.
Primero que el amor fueron ;
Pues desde que ellos nacieron,
El mundo cuenta sus daños.

CONDE.
Si yo, Señora, creyera
Cobrar la deuda de vos,
Sin conocernos los dos,
Por otro estilo pudiera.
No vengo sino á ofreceros
Cuanto tengo y cuanto soy,
Con que pagado me voy,
Y aun deudor de solo veros.
Solo os suplico me deis
Licencia de visitaros,
Si fuere parte á obligaros
Confesar que me debeis,
No dineros, sino amor.

DOÑA ANA.
Yo quedo tan obligada,
Como deudora y pagada
De vuestro heróico valor.

CONDE.
Béseos las manos.
DOÑA ANA.
El cielo

Os guarde.
CONDE.
¿Vendré?
DOÑA ANA.
Venid.
(Vase el Conde.)

ESCENA XI.
DOÑA ANA, DON JUAN, LEONOR,
JUANA, MARTIN.

DOÑA ANA.
¿Ah, señor don Juan! Oid.

MARTIN. (Ap.)
Cayó el pez en el anzuelo.

DON JUAN.
¿En qué os sirvo?
DOÑA ANA.
Bien sé yo
Que todo aquesto es mentira.

DON JUAN.
Y yo sé que el Conde os mira ;
Esto de la deuda no.

DOÑA ANA.
Mala entrada de galan,
Entrar mintiendo!

DON JUAN.
Señora,
Mi primo el Conde os adora.
DOÑA ANA.
Id con Dios, señor don Juan ;
Que yerra el Conde en traeros.

DON JUAN.
¿Desacreditole yo?

DOÑA ANA.
Cuando el Conde me miró,
Me dió ocasion de quereros.
DON JUAN.
Aunque deudos, nos preciamos
Mucho mas de ser amigos,
Aunque envidias ni enemigos
No quieren que lo seamos.
Queredle bien ; que merece,
Señora, que lo queráis.

DOÑA ANA.
Lo que por él negociais,
Al Conde desfavorece.

DON JUAN.
Voy ; que en la carroza aguarda.
Dad licencia que os visite,
Y que yo lo solicite.

DOÑA ANA.
Si vuelve con vos, ya tarda.
DON JUAN.
Tanto favor da á entender
Que por él quereis honrarme.

DOÑA ANA.
Por vos quiero yo obligarme
Para que me vuelva á ver.

DON JUAN.
Todo se lo digo así.
DOÑA ANA.
Yo os tengo por mas discreto.

DON JUAN.
¿Volverá el Conde en efeto?
DOÑA ANA.
No sin vos, y con vos sí.
(Vase don Juan y Martin.)

ESCENA XII.
DOÑA ANA, LEONOR, JUANA.

LEONOR.
Mucho le has favorecido,
Para ser la vez primera.

DOÑA ANA.
Cuando él me favoreciera,
Mi favor lo hubiera sido ;
Mas no me quiso entender :
Tomo la amistad del Conde.

JUANA.
Agora tñblo responde.
Aun no ha llegado á querer.
DOÑA ANA. (Para sí.)

Necio pensamiento mio,
Que en tal locura habeis dado,
Volved atrás, afrentado
De ver tan necio desvío.
Yo, que de tantos me rio,
Ruego, pretendo, provoco!
Pensamiento, poco á poco,
No diga el honor que pierdo
Que sois con desdenes cuerdo,
Dieron los ojos en ver,
Puesto que en lugar sagrado,
Al hombre mas recatado
De mirar y de entender ;
Mas, ya que ha venido á ser
Provocado á desafio,
Responde tan necio y frio,

Que me pide que á otro quiera:
Mirad ¡quién tal os dijera,
Triste pensamiento mio!
En vano estoy descansando
Con daros disculpa á vos;
Mas tengámosla los dos,
Vos amando y yo pensando;
Porque de pensar amando
Lo que puede resultar,
Viene el alma á sospechar
Lo que imaginó del ver;
Porque no hubiera querer
Si no hubiera imaginar.
Que no queráis os advierto
Hombre tan fino y belado,
Que por lo helado me ha dado
Tristes memorias del muerto.
Pero si á cogerle acierto
Con mirar y con rogar...
Guárdese pues de llegar;
Que, agraviada una mujer,
Quiere hasta que ve querer,
Por vengarse en olvidar.
(*Vanse.*)

Patio de un meson de Adamuz.

ESCENA XIII.

UN INDIANO, y UN MOZO DE MULAS;
después, UN MESONERO.

INDIANO.
Pasarémos de Adamuz,
Si este recado nos dan.

MOZO.
Por eso dice el refrán:
«Adamuz, pueblo sin luz.»
Mas mira que desde aquí
Comienza Sierra-Morena.

INDIANO.
Tú las jornadas ordena;
Eso no corre por mí.
(*Sale el Mesonero.*)

MESONERO.
Bien venidos, caballeros.
INDIANO.
Pues, huésped, ¿qué hay que comer?
MESONERO.
Desde hoy á el amanecer
Dos mozos, seis perdigueros
Vienen con un perdigon,
De que estoy desesperado.

INDIANO.
Para mí basta.
MESONERO.
Ha llegado
A hurtaros la bendicion
Una mujer que le tiene.

INDIANO.
Y cuando yo le tuviera,
Por ser mujer se le diera.
¿Viene sola?

MESONERO.
Sola viene.
INDIANO.
¿Sola! ¿De qué calidad?

MESONERO.
Pobre, y de brio gallarda;
Porque en un rocín de albarda
(El término perdonas)
Como un soldado venia.
Ella propia se apeó,
Le ató y de comer le dió
Con despejo y bizarría.
Volvió á mirar y vi
Que un arcabuz arrimaba.

INDIANO.
¿Que es tan brava?
MESONERO.
Aunque es tan brava,
Os aseguro de mí
Que mas su cara temiera
Que su arcabuz.

INDIANO.
¿Habeis sido
Galan?
MESONERO.
Bien me han parecido.
Ya pasó la primavera,
Y estamos en el estío:
Así los años se van.

INDIANO.
¿Qué traje trae?
MESONERO.
Un gaban
Que cubre el traje, no el brio;
Un sombrero razonable...
Todo de poco valor;
Al fin, parece, Señor,
De buena suerte y afable,
Menos aquel arcabuz.

INDIANO.
¿Es esta?
MESONERO.
La misma es.

ESCENA XIV.

DOÑA MARÍA, con sombrero, gaban y
un arcabuz. — Dichos.

DOÑA MARÍA. (Ap.)
Temerosa voy, después
Que he entrado por Adamuz,
Por ser camino real,
A que nunca me atreví;
Si bien desde que salí,
Ha sido el ánimo igual
Al peligro que he tenido.
¡Ay, padre, y cuánto dolor
Me da el verte sin favor,
Si no es que el Duque lo ha sido!
Suelen faltar los amigos
En la mejor ocasion;
Mas ¡ay! que tus años son
Los mayores enemigos.
Los de mi hermano pudieran
Suplir los tuyos, Señor,
Aunque no para tu honor
Mas que mis manos hicieran.
Yo cumplí su obligacion;
Mas defenderte no puedo,
Por no acrecentar el miedo
De mi muerte ó mi prision.
Al fin, bien está lo hecho.
¿De qué me lamento en vano?
¡Traidor don Diego! ¡A un anciano
Con una cruz en el pecho!...
Así para quien se atreve
A las edades ancianas;
Que es atreverse á unas canas
Violar un templo de nieve.
Pero la mano piadosa
Del cielo quiere que espante
A un Holoférnes gigante
Una Judith valerosa.

INDIANO. (A doña María.)
Como suelen los caminos
Dar licencia á los que pasan
Para entretener las horas,
Que por ellos son tan largas,
A preguntaros me atrevo
Si lo ha de ser la jornada,
O por ventura teneis
Cerca de aquí vuestra casa.

DOÑA MARÍA.
No soy, Señor, de esta tierra.
INDIANO.
Como os vi sola, pensaba
Que érades de alguna aldea
De aquesta fértil comarca.
DOÑA MARÍA.
No, Señor; que yo nací
De esa parte de Granada,
Y á servir en ella vine;
Que cuando los padres faltan
En tierna edad á los pobres,
No tienen otra esperanza.
No se cansó mi fortuna,
Pues cuando contenta estaba
Del buen dueño que tenía,
Persona de órdenes sacras,
Le llevó tambien la muerte,
Que para mayor mudanza
Me dió ocasion, como veis.

INDIANO.
Y ¿dónde vais?
DOÑA MARÍA.
Siempre hablaba
Esta persona que digo,
Con notables alahanzas
De la corte y de Madrid:
Yo pues, á quien ya faltaba
Dueño, con algun deseo
Que de ver grandezza tanta
Nació con mi condicion,
Determiné de dar traza
De ir á servir á la corte.
Y una vez determinada,
Lo que viviendo tenía
El buen cura (que Dios haya)
Para su regalo y gusto,
Arcabuz, rocín de caza
Y este gaban, tomé luego,
Y voy con notables ansias
De ver lo que alaban todos.

MOZO.
El camino de Granada
No es este.
DOÑA MARÍA.
Decis muy bien;
Mas vine por ver si estaba
En Córdoba un deudo mio.

INDIANO.
¿Determinacion extraña
De una mujer!
DOÑA MARÍA.
Soy mujer.

INDIANO.
Decis muy bien, eso basta.
Yo voy tambien á Madrid:
Traigo jornada mas larga,
Porque vengo de las Indias;
Que pocas veces descansa
El ánimo de los hombres
Aunque sobre el oro y plata.
Y si allá habeis de servir,
Porque me dicen que tarda
El premio á las pretensiones
Que la ocupacion dilata,
Casa tengo de poner:
Si en el camino os agrada
Mi trato, servidme á mí.

DOÑA MARÍA.
El cielo por vos me ampara.
Desde hoy soy criada vuestra,
Y creed que soy criada
Que os excusaré de muchas.
MOZO. (Ap.)
Convertirse quiere en ama.
DOÑA MARÍA.
No habrá cosa que no sepa.

MOZO.
Y yo salgo á la fianza;
Que la buena habilidad
Se le conoce en la cara.

INDIANO.
Hanme dicho que en la corte
Hay ocasiones que gastan
Inútilmente la hacienda,
Y yo querría guardarla;
Que cuesta mucho adquirirla.

DOÑA MARÍA.
La familia es excusada
Donde hay tanta confusion,
Pues no se repara en nada.
Yo sola basto á servirlos:
No habrá cosa que no haga,
De cuantas haciendas tiene
El gobierno de una casa.

INDIANO.
Pues partamos en comiendo,
Y fiad de mí la paga.

DOÑA MARÍA. (Ap.)
¡Ay fortuna! ¿dónde llevas
Una mujer desdichada?
Pero no fueras fortuna,
A saber en lo que paras.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de doña Ana.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE, DON JUAN.

DON JUAN.
Compite con sus virtudes
Sus gracias y perfecciones.

CONDE.
Que tantas persecuciones,
Visitas, solicitudes,
Celos, desvelos, requiebros,
Tengan por premio su olvido,
Hasta verme convertido,
De Amadis, en Beltenebros?
No he visto tales aceros.

DON JUAN.
Conde, no habeis de cansaros;
Que el estado de estimaros
Ya es principio de quereros.

CONDE.
A los principios me estoy
A el cabo de tres semanas.
¿Adónde, esperanzas vanas,
Con este imposible voy?

DON JUAN.
Todas son penas posibles,
Pues que sin celos amais.

CONDE.
¡Ay, ojos, celos me dais,
Aunque celos invisibles!
Quéjase de amor doña Ana,
Y á mí no me tiene amor:
Esto es celos en rigor.

DON JUAN.
¡Por qué, si es sospecha vana

CONDE.
Es celos lo que imagino;
Que no es celos lo que sé:
Cosa que pienso que fue,
Y que en mi daño adivino.

ESCENA II.

MARTIN.—DICHOS.

MARTIN.
Por poco tuviera calma
La nave de tu deseo.
Entro, y á doña Ana veo,
Y una de marfil con alma.
¿Cómo te podré pintar
De la suerte que la vi?
Cultas musas, dadme aquí
Un ramo blanco de azahar
De las huertas de Valencia
O jardines de Sevilla.
Comience una zapatilla
De la Vera de Plasencia,
Porque entremos por la basa
A esta columna de nieve,
Argentado azul, pié breve,
Que de tres puntos no pasa.

CONDE.
¿Tres puntos? Necio, repara...

MARTIN.
Pues lo digo, yo lo sé:
Puntos son que de aquel pié
Los tomara por la cara.

DON JUAN.
¿Cómo lo viste?

MARTIN.
Un manteo
Esta licencia me dió,
Donde cuanto supo obró
La riqueza y el aseo.
Pero pidió los chapines
Porque mirarla me vió,
Y entre las cintas metió
Cinco pares de jazmines.

DON JUAN.
De escarpines presumí,
Segun anda el algodón.

MARTIN.
Esos paragambras son;
Que á cierta dama que vi
Con cañafistolas tales,
Que se pudiera, aunque bellas,
Purgar su galán con ellas
Por drogas medicinales,
Pregunté si era importante
Traer damas delicadas
Las pantorrillas preñadas.
Y con risueño semblante
Me dijo: «No es gentileza;
Pero cosa no ha de haber
En una honrada mujer
Que se note por flaqueza.»

CONDE.
¿Linda disculpa!

DON JUAN.
Extremada.

MARTIN.
La ropa de levantar,
Con tanto fino alamar,
Era una colcha bordada.
Finalmente, no quería
Salir, por no verte así;
Pero como yo la vi
Que para ti se vestía,
Por no estar siempre en el traje
De trágico embajador,
Porfié, y saldrá, Señor,
Si la haces pleito homenaje
De sola conversacion,
Como quedó concertado.

CONDE.
¿Qué ejercicio tan cansado
Para mi loca afición!

DON JUAN.
Música y versos quedaron

Para esta noche de acuerdo.
CONDE.
En tenerme por tan cuerdo
Muchos locos la engañaron.

ESCENA III.

DOÑA ANA, en hábito galán; JUANA,
MUSICOS.—DICHOS.

DOÑA ANA.
No dirá vuesañoría
Que no le fían el talle.

CONDE.
Quien tan bien puede fíalle,
Agravio á los dos haría:
A vos por seguridad,
Y á mí por justo desao.
¡Gracias á amor, que en vos veo
Señas de mas amistad!

DOÑA ANA.
Siéntese vuesañoría;
Que no le quiero galán
Esta noche, que nos dan
La música y la poesía
Los sujetos que han de hacer
Un rato conversacion.

CONDE.
Dice mi imaginacion
Que no quiere mas de ver.

DOÑA ANA.
Señor don Juan, ¿no os sentais?—
¡Qué esquivo primo teneis! (Al Conde.)

DON JUAN.
La culpa que me poneis,
Para disculpa me dais;
Pero quiero obedeceros.

CONDE.
Canten, y hablemos yo y vos.

DOÑA ANA.
Y los tres, porque los dos
No parezcamos groseros.

MUSICOS. (Cantan.)
¿De qué sirve, ojos serenos,
Que no me mireis jamás?
De que yo padezca mas,
Y no de que os quiera menos.

DOÑA ANA.
No me agrada que á los ojos
Llamen serenos.

CONDE.
¿Por qué,
Si el cielo, cuando se ve
Libre de azules enojos,
Se llama así?

DOÑA ANA.
En una dama
No apruebo vuestro argumento,
Si es el alma el movimiento
Que á cuantos los miran llama.
Y si al cielo en su azul velo
La serenidad cuadró,
A el sol y á la luna no,
Que son los ojos del cielo;
Porque estos siempre se mueven.

CONDE.
Perdonad á la cancion
No ser de vuestra opinion:
Tanto los versos se atreven.

DON JUAN.
Díganse á varios sujetos,
Como quedó concertado.

DOÑA ANA.
Comience el Conde.

CONDE.
Lo buscado

En vuestro loor seis concetos.
Oid.

DOÑA ANA.

No por vida mía;
Escritos me los daréis.

CONDE.

No sea, pues no quereis.

DOÑA ANA.

Emplead vuestra poesía
Adonde mas partes haya.

CONDE.

Pues oid, si sois servida,
Un soneto á la venida
Del inglés á Cádiz¹.

DOÑA ANA.

Vaya.

CONDE.

Atreviósse el inglés, de engaño arma-
Porque al leon de España vió en el

[do

Las uñas en el ámbar, y vestido,
En vez de pieles, del tuson dorado.

[uido,

Con débil caña, no con fresno her-

[rado².

Vió á Marte en forma de español Cupi-
Volar y herir en el jinete, herido [do,

Del acicate en púrpura bañado.

Armó cien naves y emprendió la

[falda

De España asir por las arenas solas
Del mar, cuyo cristal ciñe esmeralda;

Mas viendo en las columnas españolas
La sombra del leon, volvió la espalda,
Sembrando³ las banderas por las olas.

DON JUAN.

¡Levantó la pluma el vuelo!

DOÑA ANA.

¡Gran soneto á toda ley!

DON JUAN.

¡Qué bien pinta á nuestro rey!

DOÑA ANA.

Mejor le ha pintado el cielo.

MARTIN.

¡Gran soneto!

CONDE.

No le he dado,
Porque no estoy del contento.—
Decid vos.

DOÑA ANA.

¡Qué atrevimiento!

Donde vos habeis hablado!

DON JUAN.

Excusad tales excusas.

DOÑA ANA.

¡Mas que os ha de causar risa?

CONDE.

Hablad, divina poetisa.

MARTIN.

Silencio; que hablan las musas.

DOÑA ANA.

Amaba Filis á quien no la amaba,
Y á quien la amaba ingrata aborrecia;

Hablaba á quien jamás la respondia,
Sin responder jamás á quien la hablaba.

Seguia á quien huyendo la dejaba,
Dejaba á quien amando la seguia;

¹ Año de 1625.

² En la edicion antigua de la comedia:
Con débil caña, con freno herrado.

³ En la Corona trágica se lee sembrando;
en la edicion antigua de la comedia, *acudi-*
das.

Por quien la despreciaba se perdía,
Y á el perdido por ella despreciaba.

Concierta, amor, si ya posible fuere,
Desigualdad que tu poder infama:

Muera quien vive, y vivirá quien muere.

Da hielo á hielo, amor, y llama á lla-

[ma,

Porque pueda querer á quien la quiere
Ó pueda aborrecer á quien desama.

CONDE.

Vos os podeis alabar;

Que nadie puede, Señora.

DOÑA ANA.

Hablará don Juan agora.

DON JUAN.

Dejádmeme imaginar.

Una moza de cántaro y del rio,
Mas limpia que la plata que en él lleva,
Recien herrada de chiueta nueva,
Honor del devantal, reina del brio;

Con manos de maril, con señorío,
Que no hay tan gran Señor que se le

[atreva,

Pues donde lava, dice amor que nieva,
Es alma ilustre al pensamiento mio.

Por estrella, por fe, por accidente,
Viéndola henchir el cántaro, en despo-

[jos

Rendí la vida á el brazo trasparente;
Y, envidiosos del agua mis enojos,

Dije: «¿Por qué la coges de la fuente,
Si la tienes, mas cerca, de mis ojos?»

DOÑA ANA.

¡Malos versos!

DON JUAN.

No sé mas.

DOÑA ANA.

Un caballero discreto

¡Escribe á tan vil sugeto?

No lo creyera jamás.

CONDE.

Tiene doña Ana razon.

DON JUAN.

Si hubiérades visto el brio
Del nuevo sugeto mio,

La hermosura y discrecion,
Dijérades que tenia

Tanta razon de querer,
Que no supe encarecer

Lo menos que merecia.

DOÑA ANA.

Si es disfrazar vuestra dama,

Como suelen los poetas,

Por tratar cosas secretas

Sin ofensa de su fama,

Está bien; pero si no,

Bajo pensamiento ha sido.

DON JUAN.

Ninguna cosa he fingido,

Ni tengo la culpa yo;

Porque no léjos de aquí

Vive la hermosa Isabel,

Por quien el amor cruel

Hace estos lances en mí.

Sirve á un indiano, que viene

A la corte á pretender.

No sé qué puede querer

Quien tanta riqueza tiene.

DOÑA ANA.

A tal sugeto; tal fe!

DON JUAN.

La que me ha muerto y rendido,

Moza de cántaro ha sido,

Moza de cántaro fué.

En él este amor bebí,
Todo me abrasó con él;

Ella fué Sirena, y él
El mar en que me perdí.
Con él veneno me ha dado,
Con él me mató.

DOÑA ANA.

Si fuera

Martin quien eso dijera,
Estuviera disculpado;
Pero un ¡caballero, un hombre
Como vos!...

DON JUAN.

No es eleccion

Amor; diferentes son
Los efetos de su nombre.

Es desde el cabello al pié

Tan bizarra y alifiosa,

Que no es tan limpia la rosa,

Por mas que al alba lo esté.

Tiene un grave señorío

En medio desta humildad,

Que aumenta su honestidad

Y no deshace su brio.

Finalmente, yo no vi

Dama que merezca amor

Con mas fe, con mas rigor.

DOÑA ANA.

Advertid que estoy yo aquí,

Y toca en descortesia

Tan necio encarecimiento.

DON JUAN.

Yo he dicho mi pensamiento

Sin pensar que os ofendia.

CONDE.

No os levanteis. ¿Dónde vais?

DOÑA ANA.

Corrida me voy.

DON JUAN.

¡Por qué?

Sin ofensa vuestra habié.

DOÑA ANA.

Si cosas bajas amais,

No las igualeis conmigo.

(Vanse doña Ana y Juana.)

ESCENA IV.

EL CONDE, DON JUAN, MARTIN;

después, JUANA.

CONDE.

¡Por Dios, qué tiene razon!

MARTIN.

Cesó la conversacion.

DON JUAN.

¡Porque lo que siento digo!

CONDE.

Decir que no visteis dama

Como ella, ¿no ha sido error?

DON JUAN.

¡Error?

(Sale Juana.)

JUANA.

Conde, mi señor,

Entrad: mi señora os llama.

CONDE. (A don Juan.)

Ella me quiere decir

Que no os traiga mas conmigo.

DON JUAN.

Si lo tiene por castigo,

No apelo de no venir.

(Vanse el Conde y Juana.)

Di á el Conde que á verla fui,

(A Martin.)

Esa que á doña Ana enfada.

MARTÍN.

Tú ¿quieres lo que te agrada?

DON JUAN.

Sí, Martín, mil veces sí.

MARTÍN.

Pues quírela si la quieres;
Que tal vez agrada un prado
Mas que un jardín cultivado,
Y al fin todas son mujeres.
(*Vanse.*)

Calle.

ESCENA V.

DOÑA MARÍA, *en hábito humilde y devantal*; EL INDIANO, *siguiéndola*.

DOÑA MARÍA.

Advierta vuestra merced
Que si esto adelante pasa,
No estoy un hora en su casa.

INDIANO.

(*Ap. Pensamiento, detenido*
El paso; que hay honra aquí.)
Palabra, Isabel, te doy
Que no seré desde hoy
Importuno como fui.
Desprecia en fin tu belleza
Y ese donaire apacible;
Que ya sé que es imposible
Mudar la naturaleza.

(Vase.)

ESCENA VI.

DOÑA MARÍA.

Tiempos de mudanzas llenos,
Y de firmezas jamás,
Que ya de menos á mas,
Y ya vais de mas á menos,
Como en tan breve distancia,
Para tanto desconsuelo,
Habels humillado á el suelo
Mi soberbia y arrogancia?
El desprecio que tenía
De cuantas cosas miraba,
Las galas que desechaba,
Los papeles que rompía;
El no haber de quien pensase
Que mi mano mereciese,
Por servicios que me hiciese,
Por años que me obligase,
Toda aquella bazarria
Que como sueño pasó,
A tanta humildad llegó,
Que por mí decir podría:
Aprended, flores, de mí
Lo que va de ayer á hoy;
Que ayer maravilla fui,
Y hoy sombra mía aun no soy.
Flores, que á la blanca aurora
Con tal belleza salís,
Que soberbias competís
Con el mismo sol que os dora,
Toda la vida es un hora:
Como vosotras me vi,
Tan arrogante salí;
Sucedió la noche al día:
Mirad la desdicha mía,
Aprended, flores, de mí.
Maravilla solía ser
De toda la América;
O maravilla o María,
Ya no soy la que era ayer.
Flores, no os deis á entender
Que no seréis lo que soy,
Pues hoy en estado estoy,
Que si en ayer me contemplo,

Conoceréis por mi ejemplo
Lo que va de ayer á hoy.
No desvanezca al clavel
La púrpura, ni á el dorado
La corona, ni al morado
Lirio el hilo de oro en él;
No te precies de cruel,
Manutisa carmesí,
Ni por el color turquí,
Bárbara violeta, ignores
Tu fin, contemplando flores,
Que ayer maravilla fui.
De esta loca bazarria
Quedaréis desengañadas
Cuando con manos heladas
Os cierre la noche fría.
Maravilla ser solía;
Pero ya lástima doy;
Que de extremo á extremo voy,
Y desde ser á no ser,
Pues sol me llamaba ayer,
Y hoy sombra mía aun no soy.

ESCENA VII.

DON JUAN.—DOÑA MARÍA.

DON JUAN.

Dicha he tenido, por Dios.—
Isabel, ¿adónde bueno?

DOÑA MARÍA.

¿Adónde bueno, Isabel?
Adonde hallase un requiebro.
¿Pensais que no tengo yo
Mi poco de entendimiento?

DON JUAN.

Bien conozco que no ignoras
Tanto; que á veces sospecho
Que finges lo que no entiendes.

DOÑA MARÍA.

Lo que no quiero no entiendo.
Pero á la fe que me admira
Que un caballero tan cuerdo
Y tan galán como vos
Humille sus pensamientos
A una mujer como yo.
¿Sois pobre?

DON JUAN.

Pues ¿á qué efeto
Me preguntas si soy pobre?

DOÑA MARÍA.

Porque si os falta dinero
Para pretensiones altas,
No tengo por mal acuerdo
Requebrar lo que, á la cuenta
Del entendimiento vuestro,
Os costará zapatillas,
Ligas, medias y un sombrero
Para el río con su banda,
Ayantal de lienzo grueso,
Chinelas ya sin virillas
(Que solía en otro tiempo
En los pies de las mujeres
La plata barrer el suelo),
Castañetas, cintas, tocas;
Que para últimos empleos
De las damas, fondo en ángel,
No hay plata en el alto cerro
Del Potosí, perlas ni oro
En los orientales reinos.
Mas pienso que os costarian
Las randas de un telarejo
Que una legion de fregonas.

DON JUAN.

No juzgaras mis deseos
Por el camino que dices,
Si te dijera el espejo
El despejo de tu talla.

DOÑA MARÍA.

¿Espejo y despejo? ¡Bueno!

Ya con cuidado me habláis,
Porque en efeto os parezco
Mujer que os puedo entender.
Pues yo os prometo que puedo;
Pero el estar enseñada
A oír vocablos groseros
De un indiano miserable:
«Vé por esto, vuelve presto,
Esto guisa, aquello deja,
¿Limpiaste aquel ferreruero?
Vé por nieve, trae carbon,
Esto está sin sal, aquello
Sin agrio, llama á ese esclavo,
Este lava, y dame un lienzo,
¿Cómo gastas tanta azúcar?
Para madrugar me acuesto,
Despiértame de mañana,
Pon la mesa, luego vuelvo:»
Y otras cosas de este porte
Me han quitado el sentimiento
De otras razones mas grandes,
No porque no las entiendo.
En efeto ¿qué queréis?

DON JUAN.

Que me quieras en efeto.

DOÑA MARÍA.

¡Bien aforrada razon,
Y bien dicha para presto!
Bien digo yo que pensais
Que á mi corto entendimiento
Importan resoluciones,
Atajos, y no rodeos.
Pues levantad el lenguaje;
Que, como dicen los negros,
El ánima tengo blanca,
Aunque mal vestido el cuerpo.
Habladme como quien sois.

DON JUAN.

Yo, Isabel, así lo creo;
Porque, pensando en tu oficio,
Tal vez el respeto pierdo;
Pero en mirando á tu cara,
Vuelvo á tenerle respeto.
Mas no te debe enojar
Que te diga mi deseo;
Que solo son por el fin
Todos los actos perfectos.
¿Qué dirás deste lenguaje?

DOÑA MARÍA.

Que, aunque es el término honesto,
No me agrada la intencion
De la suerte que la entiendo.
Conmigo (á lo que imagino)
Tomais la espada á lo diestro.
Tiré, desviasteis, hui;
Y acometiéndome al pecho,
Herida de conclusion
Formó vuestro pensamiento.
Pues no, mi señor, por vida
De los dos, porque no quiero
Que, asiendo la guarnición,
Engañéis mi honesto celo.
Esténse quedas las manos,
Y aun los pensamientos quedos;
Que no serémos amigos
En no siendo el trato honesto.

DON JUAN.

Como das, Isabel mía,
(¿Mía dije? ¡Ay Dios! que miento)
En pensar que por ser pobre
Te busco, te sigo y ruego,
Dilatas á mis verdades
El justo agradecimiento.
Pues yo te juro, Isabel,
Que por quererte, desprecio
La mas hermosa mujer,
Donaire y entendimiento
Que tiene aqueste lugar;
Porque mas estimo y precio
Un listón de tus chinelas
Que las perlas de su cuello.

Mas precio en tus blancas manos
Ver aquel cántaro puesto,
A la fuente del Olvido
Pedirle cristal deshecho;
Y ver que á tu dulce risa
Deciende el agua riyendo,
Envidiosa la que cae
De fuera á la que entra dentro;
Y ver cómo se da prisa
El agua á henchirle de presto,
Por ir contigo á tu casa,
En tus brazos ó en tus pechos,
Que ver como cierta dama
Baja en su coche soberbio,
Asiendo verdes cortinas
Por dar diamantes los dedos,
Ó asoma por el estribo
Los rizos de los cabellos
En las uñas de un descanso,
Que á tantos sirvió de anzuelo.
Yo me contento que digas,
Dulce Isabel: ¡«Yo te quiero!»
Que tambien quiero yo el alma;
No todo el amor es cuerpo.
¿Qué respondes, ojos míos?

DOÑA MARÍA.

A ojos míos yo no puedo
Responder ninguna cosa,
Porque decis que son vuestros.
A lo de la voluntad,
Pienso que licencia tengo;
Y así, pues alma quereis,
Digo (porque os vais con esto)
Que el primer hombre sois vos
A quien amor agradezco.

DON JUAN.

¿No mas, Isabel?

DOÑA MARÍA.

¿Es poco?

Pues vaya por contrapeso
Que no me desagradais.

DON JUAN.

¿No mas, Isabel?

DOÑA MARÍA.

¿Qué es esto?

Conténtese, ó quitárele
Lo que le he dado primero.

DON JUAN.

¿Podré tomarte una mano?

Aunque por Dios que la temo,
Después que la vi tan diestra
Esgrimir el blanco acero.

DOÑA MARÍA.

Pues vos no me conocéis:
Por Dios que algun hombre he muerto
Aquí donde me mirais.

DON JUAN.

Con los ojos, yo lo creo.

DOÑA MARÍA.

Idos; que viene mi amo.

DON JUAN.

¿Dónde esta tarde te espero?

DOÑA MARÍA.

En la fuente, á lo lacayo.

DON JUAN.

Logre tu donaire el cielo.

(Vase.)

ESCENA VIII.

LEONOR.—DOÑA MARÍA.

LEONOR.

Isabel...

DOÑA MARÍA.

Leonor amiga...

LEONOR.

¿Con este hablabas?

DOÑA MARÍA.

¿Pues bien?

LEONOR.

¿Qué se hizo tu desden?

DOÑA MARÍA.

Un amor honesto obliga.
Y te aseguro de mí
Que es mucho tenelle amor.

LEONOR.

Su talle, ingenio y valor
Habrán hecho riza en ti.
Que lo merece confieso;
Pero en la desigualdad
No puede haber amistad.

DOÑA MARÍA.

Los elementos por eso
No tienen paz y sosiego:
El agua á la tierra oprime,
El aire á el agua, y reprime
La fuerza del aire el fuego.
Mas como él me quiere á mí
No mas de para querer,
¿Qué pierdo en corresponder?

LEONOR.

Mucho.

DOÑA MARÍA.

¿Cómo?

LEONOR.

Mucho.

DOÑA MARÍA.

Di.

LEONOR.

Adora mi ama en él.

DOÑA MARÍA.

¿Quién te lo ha dicho?

LEONOR.

Yo y Juana

Lo vemos, y á ella con gana
De casamiento, Isabel.
Por eso, si no envidaste,
Descarta y quédate en dos.

DOÑA MARÍA.

¿Sábealo bien?

LEONOR.

Sí, por Dios.

DOÑA MARÍA.

Tarde, Leonor, me avisaste;
No porque pueda alabarse
Del mas mínimo favor,
Sino por tenerle amor,
Que no es fácil de olvidarse.
Necia fui en imaginar
Que un don Juan tan entonado
Para mí estaba guardado.

LEONOR.

Un hombre te quiero dar
Compañero de otro mío,
Bravo, pero no cruel,
Que puede ser, Isabel,
De cuantas profesan brio.
No pone codo en la puente
Hombre de tales aceros,
Ni han visto los lavaderos
Mas alentado valiente.
Ama en tu misma region.
¿Quién te mete con don Juanes?

DOÑA MARÍA.

Tu ama ¿trata en galanes?

LEONOR.

De honesta conversacion
De un conde que la visita,
Le nacieron los antojos.

DOÑA MARÍA.

¿Quien la ve tan baja de ojos
A la señora viudita?

LEONOR.

Hermana, enviudó há dos meses,

Viénele grande la cama.

DOÑA MARÍA.

Y en fin ¿le quiere tu ama?

LEONOR.

Como si juntos los vieses.

DOÑA MARÍA.

Vé por el cántaro, y vamos
Al Prado.

LEONOR.

A Pedro verás;
Que se quedan siempre atrás
El y Martín de sus amos.

(Vase.)

ESCENA IX.

DOÑA MARÍA.

A mis graves desconsuelos
Solo faltaba este amor,
A este amor este rigor,
A este rigor estos celos.
No me bastaba tener,
Para no ser conocida,
Este género de vida,
Sino á quien quieren querer?
Pero andar en competencia,
Moza de cántaro en fin,
Cristalino serafín,
Con vos, será impertinencia.
Mejor es ser lo que soy,
Pues que no soy lo que fui:
Aprended, flores, de mí
Lo que va de ayer á hoy.

(Vase.)

Prado con una fuente.

ESCENA X.

MARTIN, PEDRO.

PEDRO.

Y ¿que tiene tan buen talle?

MARTIN.

Esto me dijo Leonor,
Y que es la moza mejor
Que tiene toda la calle.
Es una perla, un asombro;
Rinden parias á su brio
Cuantas llevan ropa á el río
Y llevan cántaro en hombro.
Es mujer que este don Juan,
Primo del Conde mi dueño,
Pierde por hablarla el sueño,
Desmayos de amor le dan.
De la suerte la pasea
Que á la dama de mas partes;
Pero en estos Durandartes
Poco el pensamiento emplea.
De noche la viene á ver,
Y anda el pobre caballero,
De su cántaro escudero,
Sin dormir y sin comer.
Sirve á un caballero indiano
Tan cultado, que consiente
Que vaya y venga á la fuente;
Puesto que le culpo en vano,
Porque pienso que ella gusta
De salir, por ver y hablar
(Que á mozas deste lugar
Mucho el no salir disgusta),
A jabonar y á lavar
A los pilares, á el río.

PEDRO.

En fin, es moza de brio,
Y que puede descuidar
De camisas y valonas
A un hombre de mi talante.

MARTIN.

Lleva, en saliendo, delante
Mas pretendientes personas
Que un oidor ó presidente.

PEDRO.

Si yo la moza poseo,
Luego habrá despolvoreo
De todo amor pretendiente:
A ellos de cuchilladas
Y á ella de muchas coces.
Ya mi cólera conoces.

MARTIN.

No la has visto ¿y ya te enfadas?

PEDRO.

Gente de un coche se apea.

MARTIN.

Con ellos viene don Juan.

PEDRO.

¡Por vida del alazan,
Que no es la viudilla fea!

ESCENA XI.

DOÑA ANA, JUANA, DON JUAN. —
DICHOS.

DON JUAN.

Por el coche os conocí,
Y luego al Conde avisé,
Que en la carroza dejé
Harto envidioso de mí.
Vine á ver lo que mandais;
Que apearos no habrá sido
Sin causa.

DOÑA ANA.

Causa he tenido;
Que siempre vos me la dais,
Quiero venir á la fuente,
Porque sé que es el lugar
Adonde os tengo de hallar,
Y donde sois pretendiente.

DON JUAN.

¡Buen oficio me habeis dado!
O de bestia ó de aguador.

DOÑA ANA.

Conociendo vuestro humor,
Señor don Juan, he pensado
Venir por agua también.—
Muestra ese búcaro, Juana.

DON JUAN.

Dado habeis esta mañana,
Filos, Señora, al desden.

DOÑA ANA.

Deseando enamoraros,
Moza de cántaro soy,
Por agua á la fuente voy.

DON JUAN.

Tenéos...

DOÑA ANA.

Quiero agradaros.

DON JUAN.

Es el cántaro pequeño,
Templará poco el rigor
A los enfermos de amor.

ESCENA XII.

DOÑA MARÍA Y LEONOR, con sus
cántaros.—DICHOS.

DOÑA MARÍA. (A Leonor.)

Esto me dijo mi dueño;
Que en el patio de palacio,
Archivo de novedades,
Ya mentiras, ya verdades,
Como pasean de espacio,
Lo contaba mucha gente.

LEONOR.

Y ¡que esa mujer mató
A el que á su padre afrontó?
¡Bravo corazón!

DOÑA MARÍA.

Valiente.

Dijo que había pedido
La parte pesquisidor,
Y que á el Rey nuestro señor
(Cuya vida al cielo pido),
Consultaron este caso,
Y que no quiso que fuese
Quien pesadumbre le diese.

LEONOR.

No fué la piedad acaso,
Si el padre estaba inocente.
¡Y nunca mas pareció
Esa dama que mató
A el caballero insolente?

DOÑA MARÍA.

De eso no me dijo nada.
Yo estoy contenta de ver
(Que en efecto soy mujer)
Que la hubiese tan honrada.

LEONOR.

¡Dijo el nombre que tenía?
Que me alegra á mí también.

DOÑA MARÍA.

No sé si me acuerdo bien...
Aunque sí: doña María.

MARTIN.

Aquí están dos escuderos
Para las dos.

LEONOR.

Isabel,
Este mozo es aquel
Que te dije.

DOÑA MARÍA.

¡Oh, caballeros!...

MARTIN. (A Pedro.)

Llega, no estés vergonzoso;
Llega y habla.

PEDRO.

Estoy mirando
A Isabel, y contemplando
Su talle y su rostro hermoso.
Téngame vuesa merced
Por suyo desde esta tarde.

DOÑA MARÍA.

(Ap. ¡Qué buen hombron!) Dios le guar-

PEDRO. (Ap.)

Cayó la daifa en la red.
Ya está perdida por mí.

DOÑA MARÍA. (Ap.)

Con pocos de estos pudiera
Conducir una galera
A la China, desde aquí,
Don Fadrique de Toledo.

PEDRO.

Pido mano, doy turrón.

DOÑA MARÍA.

¡Mas que lleva un mojicon,
Hombron, si no se está quedo?

PEDRO.

¡Por el agua de la mar,
Que tiene valor la hembra!

DOÑA MARÍA.

Pues no sabe dónde siembra.

PEDRO.

(Ap. A el primer encuentro azar.)

Voto á tus ojos serenos,
Isabel, porque te asombres,
Que me mate con mil hombres,
Y esto será lo de menos!
Ablandate, serafín.

DOÑA MARÍA.

Déjeme, no me zabuque.

PEDRO.

Aquí en la esquina del Duque
Hay turrón.—Vamos, Martín.

MARTIN.

Vamos, y gasta; que luego
Estará como algodón.

PEDRO.

Sí, mas ¡coz y mordiscon!...
Parece rocin gallego.

(Vanse Martín y Pedro.)

ESCENA XIII.

DOÑA ANA, DON JUAN, DOÑA MARÍA,
LEONOR, JUANA.

DOÑA ANA.

Quedo, no os pongais delante;
Que ya he visto por las señas
Que es aquella vuestra dama.

JUANA.

Pues Leonor viene con ella;
¿Quién duda que es Isabel?
Fuera de que no tuviera
Ninguna aquel talle y brio.

DOÑA ANA.

Disculpa tiene en quererla
El señor don Juan.

JUANA.

La moza

En otro traje pudiera
Hacer á cualquiera dama
Pesadumbre y competencia.

DON JUAN.

¿Es todo por darme vaya?

DOÑA ANA.

Quisiérala ver mas cerca.
Dígame vuesa merced
Que está aquí una dama enferma,
Que se le antoja beber
Por la cantarilla nueva;
Que no irá de mala gana.

DON JUAN.

Solo por serviros fuera.

DOÑA MARÍA.

¡Ay, Leonor!

LEONOR.

¿Qué?

DOÑA MARÍA.

Tu señora

Y aquel mi galán con ella.

LEONOR.

Parece que te has turbado.

DOÑA MARÍA.

Por poco se me cayera

El cántaro de las manos.

DON JUAN. (A doña María.)

Aquella señora os ruega
Que la deis un poco de agua.

DOÑA MARÍA.

De buena gana la diera

A ella el agua, y á vos

Con el cántaro.

DON JUAN.

No seas

Necia:

DOÑA MARÍA.

Llevádsela vos,

Y de vuestra mano beba.

DON JUAN.

Mira que en público estamos,

Y las mujeres discretas

No hacen cosas indignas.

DOÑA MARÍA.

¡Fré porque nadie entienda

Que me da celos á mí.—

(*Llégase á doña Ana.*)

Vuesamerced beba, y crea
Que quisiera que este barro
Fuera cristal de Venecia;
Pero serán en tocando
Esas manos y esas perlas.

DOÑA ANA.

Beberé, porque he caído.

DOÑA MARÍA.

Si el agua el susto sosiega,
Beba; que todos caeremos,
Si no en el daño, en la cuenta.

DOÑA ANA.

Yo he bebido.

DOÑA MARÍA.

Y yo también.

DOÑA ANA. (Ap.)

Yo pesares.

DOÑA MARÍA. (Ap.)

Yo sospechas.

DOÑA ANA.

¡Qué caliente!

DOÑA MARÍA.

Vuestras manos

De nieve servir pudieran.

DOÑA ANA. (A Juana.)

Haz que llegue el coche.

JUANA. (Llamando.)

¡Ah, Hernán! ¡lo!

DOÑA ANA.

¡Buena moza!

DOÑA MARÍA.

Buena sea

Su vida.

(*Vanse doña Ana y Juana.*)

ESCENA XIV.

DOÑA MARÍA, DON JUAN, LEONOR.

DOÑA MARÍA.

¿No la acompaña?

¡Mal galán! ¿Así se queda?

DON JUAN.

A darte satisfacciones.

DOÑA MARÍA.

Estoy yo tan satisfecha,

Que será gastar palabras.

DON JUAN.

Mira, Isabel, que esto es fuerza,

Y que bien sabe Leonor

(Dejo aparte mi fineza)

Que el Conde sirve á doña Ana.

DOÑA MARÍA.

Cántaro, tened paciencia;

Vais y venís á la fuente:

Quien va y viene siempre á ella,

¿De qué se espanta, si el asa

Ó la frente se le quiebra?

Sols barro, no hay que fiar.

Mas ¡quién, cántaro, os dijera

Que no os volviéades plata

En tal boca, en tales perlas?

Pero lo que es barro humilde,

En fin, por barro se queda.

No volvais mas á la fuente.

Porque estoy segura y cierta

Que no es bien que vos hagáis

A los coches competencia.

DON JUAN.

¿Qué dices? Mira, Isabel,

Que sin culpa me condenas.

DOÑA MARÍA.

Yo con mi cántaro hablo;

Si es mío, ¿de qué se queja?

Váyase vuesamerced,

Mire que el coche se aleja.

DON JUAN.

Írme desesperado,
Pues haces cosas como estas,
Sabiendo que Leonor sabe
Que no es posible que quiera
Eso de que tienes celos.

(*Vase.*)

ESCENA XV.

DOÑA MARÍA, LEONOR.

LEONOR.

Necia estás. ¿Por qué le dejas

Que se vaya con disgusto?

DOÑA MARÍA.

Leonor, el alma me lleva;

Que los celos me han picado.

Pero no seré yo necia

En querer desigualdades,

Aunque me abrase y me muera.

No he de ver mas á don Juan.

¡Esto faltaba á mis penas!

LEONOR.

¡Buen lance habemos echado!

Tú desesperada quedas,

Y mi ama va perdida.

ESCENA XVI.

PEDRO, MARTÍN.—DICHAS.

PEDRO.

Como dos soldados juegan:

Perdí el turron y el dinero.

MARTÍN.

Cosas la corte sustenta,

Que no sé cómo es posible.

¡Quién ve tantas diferencias

De personas y de oficios,

Vendiendo cosas diversas!

Bolos, bolillos, bizcochos,

Turron, castañas, muñecas,

Bocados de mermelada,

Lettuarios y conservas;

Mil figurillas de azúcar,

Flores, rosarios, rosetas,

Rosquillas y mazapanes,

Aguardiente, y de canela;

Calendarios, relaciones,

Pronósticos, obras nuevas,

Y á Don Alvaro de Luna,

Mantenedor destas fiestas.

Mas quedo; que están aquí.

PEDRO.

¡Oigan! ¿De qué es la tristeza?

¿No estaba alegre esta moza?

¡Qué pensativas están!

MARTÍN.

Pienso que andaba don Juan

Acechando una carroza.

PEDRO.

Quien te me enojó, Isabel,

Que con lágrimas lo pene:

Hágote voto solene

Que pueden doblar por él.

Vuelve, Isabel, esos ojos;

Que no soy yo por lo menos

Quien á tus ojos serentos

Quitó luz y puso enojos.

¿Quién tan bárbara y cruel,

A tu hermosura atrevido,

Causa de tu enojo ha sido?

Quien te me enojó, Isabel?

No es posible que tuviese

Indicia de mi rigor,

Que luego de temor

¡Oblitadamente muriese!

¿Quién te enojó, ¿vida tiene?

¿Que donde estoy, vivo esté?

Dime quién es; que yo haré

Que con lágrimas lo pene.

Dime cómo y de qué suerta

Que le maté se te antoja,

Porque en sacando la hoja,

Soy guadaña de la muerte.

Si el Cid á su lado viene,

Gigote de hombres haré,

Y de que lo cumpliré

Hágote voto solene.

Si yo me enojo en Madrid

Con quien á ti te ha enojado,

Haz cuenta que se ha tocado

La tumba en Valladolid.

Porque en diciendo, Isabel,

Que he de matarle, está muerto.

No hay que esperar, porque es cierto

Que pueden doblar por él.

DOÑA MARÍA.

Vén, Leonor; vamos á casa.

LEONOR.

Triste vas.

DOÑA MARÍA.

Perdida estoy.

PEDRO.

¿Así se va?

DOÑA MARÍA.

Así me voy.

PEDRO.

Pues cuénteme lo que pasa.

DOÑA MARÍA.

No quiero.

PEDRO.

Tendréla.

DOÑA MARÍA.

Tome.

PEDRO.

¡Ay!

MARTÍN.

¿Qué fué?

PEDRO.

Tamborilada.

LEONOR.

¡Dístele, Isabel?

DOÑA MARÍA.

No es nada.

Pregúntale si le come.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO, BERNAL, MARTÍN y LORENZO, dentro.

PEDRO.

¡Fuera digo! No haya mas.

LORENZO.

¡Ay, que me ha descalabrado!

MARTÍN.

Con el cántaro le ha dado.

BERNAL.

¡Lavado, Lorenzo, vas!

LORENZO.

Esto ¿se puede sufrir?

PEDRO.

Llévale á curar, Bernal.

LORENZO.

¡Vive Cristo, que la tal!...

(*Salen.*)

MARTÍN.

No lo acabas de decir.

PEDRO.
No queda lacayo en ser
Donde esta mujer está.
MARTIN.
Bravas bofetadas da.
PEDRO.
Dos mozas azotó ayer.
BERNAL.
¡Ea, ea! Que no es nada.

ESCENA II.

DOÑA MARÍA, LEONOR.—Dichos.

DOÑA MARÍA.
¡Pícaro! ¿Pellizco á mí?
¡Fuera, digo!
LEONOR.
¿Estás en tí?
LORENZO.
¡A mí, Isabel, cantarada!
¡Voto á el hijo de la mar!
DOÑA MARÍA.
Llegue el lacayo gallina.
PEDRO.
Daga trae en la pretina.
DOÑA MARÍA.
Y aun enseñada á matar.
Llegue el barbado, y daréle
Dos mohadas á la usanza
De mi tierra, por la panza,
Y hará el puñal lo que suele.
LORENZO.
¡Mataréla!
PEDRO.
Estoy aquí
A pagar de mi dinero.
LORENZO.
Pues con él haberlas quiero,
Aunque es mujer para mí.
PEDRO.
¡Miente!
LORENZO.
Véngase conmigo.
(Vanse los hombres.)

ESCENA III.

DOÑA MARÍA, LEONOR.

LEONOR.
¡Buenos van, desafiados!
DOÑA MARÍA.
¿Qué diferentes cuidados
Me da, Leonor, mi enemigo!
LEONOR.
¡No le has visto mas?
DOÑA MARÍA.
Ayer.
LEONOR.
Alegre quisiera hallarte,
Porque te alcanzara parte
De mi contento y placer.
Ya Martin se determina,
Y nos queremos casar:
Mira que nos has de honrar,
Y que has de ser la madrina.
DOÑA MARÍA.
Estoy desacomodada
Del indiano; que si no,
Yo lo hiciera: aquí me dió
Su casa una amiga honrada,
Donde de prestado estoy.
LEONOR.
Mi Señora te dará
Vestidos: vamos allá;
L-1.

Que pienso que ha de ser hoy.

DOÑA MARÍA.
Tendré vergüenza de vella.LEONOR.
Anda; que te quiere bien,
Y sé que tiene también
Gusto de que hables con ella.DOÑA MARÍA.
Vamos, y de aquí á tu casa
Te diré lo que pasó
En el río.LEONOR.
No fui yo;
Que mujer que ya se casa,
Ha de mostrar mas recato
Del que solía tener.DOÑA MARÍA.
Es achaque; voy por ver
Aquel caballero ingrato.
Fuimos Teresa, Juana y Catalina,
El sábado, Leonor, á Manzanares:
Si bien yo melancólica y mohina
De darme este don Juan tantos pesares.
De tu dueño las partes imagina;
Quecuando en su valor, Leonor, repares,
Presumirás, pues no me he vuelto loca,
Que soy muy necia ó mi afición es poca.
Tomé el jabon con tanto desvario
Para lavar de un bárbaro despojos,
Que hasta los paños me llevaba el río,
Mayor con la creciente de mis ojos.
Cantaban otras con alegre brio,
Y yo, Leonor, lloraba mis enojos:
Lavaba con lo mesmo que lloraba,
Y al aire de suspiros lo enjugaba.
Bajaba el sol al agua trasparente,
Y, el claro rostro en púrpura bañado,
Las nubes ilustraba de occidente
De aquel vario color tornasolado;
Cuando, despierta ya del accidente,
Saqué la ropa, y de uno y otro lado,
Asiendo los extremos, la torcimos,
Y á entapizar los tendedores fuimos.
Quedando pues por los menudos ganchos
Las camisas y sábanas tendidas,
Salieron cuatro mozas de sus ranchos,
En toda la ribera conocidas; [anchos,
Luego, de angostos piés y de hombros
Bigotes altos, perdonando vidas, [gua,
Cuatro mozos: no hablé; que fuera men-
Estando triste el alma, hablar la lengua.
Tocó, Leonor, Juanilla el instrumento
Que con cuadrada forma en poco pino,
Despide alegre cuanto humilde acento,
Cubierto de templado pergamino;
A cuyo son, que retumbaba el viento,
Cantaba de un ingenio peregrino,
En seguidillas, con destreza extraña,
Pensamientos que envidia Italia á España.
Bailaron luego hilando castañetas [ña.
Lorenza y Justa y un galán barbero
Que mira á Inés, haciendo mas corvetas
Que el Conde ayer en el caballo overo.
¡Oh celos! todos sois venganza y tretas,
Pues porque vi bajar el caballero
Que adora de tu dueño la belleza,
No le quise alegrar con mi tristeza.
Entré en el baile con desgaire y brio,
Que, admirándole ninfas y mozueros,
«¡Vitor!» dijeron, celebrando el mio:
Y era que amor bailaba con los celos.
Estando en esto, el contrapuesto río
Se mueve á ver dos ángeles, dos cielos,
Que á la Casa del Campo (Dios los guar-
dan á ser auroras por la tarde. [de)
No has visto á el agua, al súbito granizo
Esparcirse el ganado en campo ameno.
O volar escudron espantadizo
De las palomas, en oyendo el trueno?
Pues de la misma suerte se desbizo
El cerco bailador, de amantes lleno,

En oyendo que honraban la campaña
Felipe y Isabel, gloria de España.
No has visto en un jardín de varias flores
La primavera en cuadros retratada,
Que por la variedad de los colores,
Aun no tienen color determinada,
Y en medio ninfas provocando amores?
Pues así se mostraba dilatada
La escuadra hermosa de las damas be-
Flores las galas y las ninfas ellas. [llas,
Yo, que estaba arrobada, les decia
A los reyes de España: «Dios os guarde,
Y extienda vuestra heroica monarquía
Del clima helado á el que se abrasa y ar-
Cuando veo quedice: «Isabel mía,» [de,»
A mi lado don Juan; y tan cobarde
Me hallé á los ecos de su voz, que luego
Fué hielo el corazón, las venas fuego.
«Traidor, respondo, tus iguales mira;
Que yo soy una pobre labradora.»
Y diciendo y haciendo, envuelta en fra,
Sigo la puente, y me arrepianto agora:
Verdad es que le siento que suspira
Tal vez desde la noche hasta el aurora;
Mas recelo, si va á decir verdades,
Lo que se sigue á celos y amistades.
(Vanse.)

Sala en casa de doña Ana.

ESCENA IV.

DOÑA MARÍA, LEONOR; después,
DOÑA ANA Y JUANA.LEONOR.
A mi casa hemos llegado:
Después, que no puedo agora,
Porque viene mi Señora,
Te diré lo que ha pasado
Por los celos en los dos.
(Salen doña Ana y Juana.)DOÑA ANA.
¿Esta dices?JUANA.
Esta es.
DOÑA MARÍA.
Dadme, Señora, los piés.DOÑA ANA.
Isabel, guárdela Dios.
¿Qué se ofrece por acá?DOÑA MARÍA.
Quíreme hacer su madrina
Leonor, que no me imagina
Desacomodada ya.DOÑA ANA.
¿No está ya con el indiano?DOÑA MARÍA.
No, Señora.DOÑA ANA.
Pues ¿por qué?
DOÑA MARÍA.
Cierto atrevimiento fué,
De hombre al fin; pero fué en valio.DOÑA ANA.
¿Cómo, cómo, por mi vida?DOÑA MARÍA.
Pudiera estar satisfecho
De mi honor y de mi pecho:
De mi honor por bien nacida,
De mi pecho porque, habiendo
Entrado por los balcones
Una noche tres ladrones,
Que ya le estaban pidiendo
Las llaves, tomé su espada,
Y aunque ya se defendieron,
Por la ventana salieron,
Y esto á pura cuchillada.
Pero obligándole á amor

Lo que pudiera á respeto,
Me llamó una noche, á efeto
De no respetar mi honor.
Que le descalzase fué
La invencion: llegó á su cama,
Donde sentado me llama,
Y humilde le descalcé.
Pero echándose los brazos,
Tan descortés procedió,
Que á arrojarle me obligó
Donde le hiciera pedazos.
Mas de aquellos desatinos
Sus zapatos me vengaron,
Cuyas voces despertaron
La mitad de los vecinos.
Y aunque culpando el rigor,
Poniéndose de por medio,
Celebraron el remedio
Para quitarle el amor.

DOÑA ANA.

Notable debes de ser.
Cierto que te tengo amor.

JUANA.

Es el servicio mejor
Y la mas limpia mujer
De cuantas andan aquí.
Ruégale que esté contigo.

DOÑA ANA.

¿No querrás estar conmigo,
Isabel?

DOÑA MARÍA.

Señora, sí.

DOÑA ANA.

¿Qué sabes hacer?

DOÑA MARÍA.

Lavar,

Masar, cocer y traer
Agua.

DOÑA ANA.

¿No sabrás coser?

DOÑA MARÍA.

Bien sé coser y labrar.

DOÑA ANA.

Pues eso será mejor.
Manto y tocas te daré.

DOÑA MARÍA.

Señora, yo no sabré
Servir de dueña de honor.
Este es un hábito agora
De cierta desdicha mía,
Que vos sabréis algún día.

JUANA.

Aquí está don Juan, Señora.

ESCENA V.

DON JUAN, MARTIN.—DOÑA ANA,
LEONOR, JUANA.

DON JUAN.

Siempre soy embajador.
El Conde os pide licencia,
Y dice que de su ausencia
Fué causa vuestro rigor;
Que tratáis tan mal su amor,
Que ya toma por partido,
En la caza divertido,
Solicitar á su daño
Una manera de engaño
Que á los dos parezca olvido:
A vos excusando el veros,
Y á él, Señora, el cansaros.
Pero no quiere engañaros
Ni olvidarse de quereros:
Visitaros y ofenderos
Es fuerza para serviros.
Esto me manda deciros:
Mirad si le dais licencia;

Que le cuesta vuestra ausencia
Cuantos instantes, suspiros.

DOÑA ANA.

Vos venis en ocasion
Que os he hecho un gran servicio:
A lo menos es indicio
De esta mi loca pasión.
Mirad en qué obligacion
Os pone el haber traído
A mi casa quien ha sido
Lo que tanto habeis amado;
Que os quiero ver obligado,
Pues no puedo agradecido.
Volved los ojos, veréis
A Isabel, que viene aquí,
No para servirme á mí,
Sino á que vos la mandéis;
Que no quiero que os canseis
En buscarla en fuente ó prado
Mirad si estáis obligado,
Y cómo he sabido hacer
Que vos me vengais á ver,
No como hasta aquí, forzado.

DON JUAN.

De vuestra queja os prometo
Que es el Conde, mi señor,
La causa, cuyo valor
Únicamente respeto;
Porque ¿cuál hombre discreto
No conociera y amara
De vuestra belleza rara
La divina perfeccion,
Y el discurso á la razon,
Y á vos el alma negara?
Con esto la puse en quien
La misma desigualdad
Disculpe la voluntad,
Para no quererlos bien.
Mas no me pidais que os den
Gracias de haberla traído
Mis ojos; que antes ha sido
Para no poderla ver,
Pues testigo habeis de ser,
Y yo menos atrevido.

ESCENA VI.

EL CONDE.—DICHOS.

CONDE.

Tanto la licencia tarda,
Que sin ella vengo á veros.

DOÑA ANA.

Conde, mi señor, disculpa
De ausencia de tanto tiempo,—
Llega una silla, Isabel.

DON JUAN.

Aquí me estaban riñendo
Tu ausencia.

CONDE.

¿Buena criada!
Y nueva; que no me acuerdo
Haberla visto otra vez.

DOÑA ANA.

¿Buena cara, gentil cuerpo!
¿No es muy linda?

CONDE.

¿Sí, por Dios!
De que os agrade me huelgo;
Que es la dama de don Juan.

DOÑA ANA.

De que os agrade me huelgo;
Que es la dama de don Juan.

CONDE.

Si es así el entendimiento,
Disculpa tiene mi primo.
Verla mas de espacio quiero.—
Pasad, Señora, adelante,
¿De dónde sois?

DOÑA MARÍA.

No sé cierto;

Porque há mucho que no soy.

CONDE.

Partes en la moza veo,
Que en otro traje pudierai,
Con el donaire y aseó,
Dar, fuera de vuestros ojos,
A muchos envidia y celos.
Mi primo es tan singular,
Que por bizarria ha puesto
Las preferencias del gusto
En tan bajos fundamentos.

MARTIN.

A mí responder me toca.
Perdónenme si me atrevo,
Por el honor del fregado,
La opinion del lavadero,
Del cántaro y el jabón;
Que mas de cuatro manteos,
De esos con esteras de oro,
Cubren algunos defectos.

DOÑA ANA.

Cásase Martin agora
Con mi Leonor, y por eso
Siente que vueseñoría
Haga de don Juan desprecio.

DON JUAN.

¿Dar en el pobre don Juan!

CONDE.

Huélgome del casamiento.
Y ¡seréis vos la madrina!
Porque ser padrino quiero.

DOÑA ANA.

No, Señor, que es Isabel;
Que pienso que há mucho tiempo
Que ella y Leonor son amigas.

CONDE.

Pues tócale de derecho
Ser el padrino á don Juan.

DON JUAN.

Basta; que estáis de concierto
Todos contra mí. Pues vaya;
Que el ser el padrino aceto.

CONDE.

¿Cómo calla la madrina?

DOÑA MARÍA.

Señor, corto entendimiento
Presto se ataja, y mas donde
Hay tantos y tan discretos.
Allá en mi lugar un día
Un muchacho en un jumento
Llevaba una labradora,
Y perdonad, que iba en pelo.
«Hazte allá, que le maltratas»,
Iba la madre diciéndole;
Y tanto hacia atrás se hizo,
Que dió el muchacho en el suelo.
Dijole: «¿Cómo caiste?»
Y disculpóse diciendo:
«Madre, acabóseme el asno.»
Así yo, que hablando veo
A tan discretos señores,
Hago atrás mi entendimiento,
Hasta que he venido á dar
Con el silencio en el suelo.

MARTIN. (Ap.)

Tomen lo que se han ganado.

DOÑA MARÍA.

Es el Conde muy discreto,
Y la señora doña Ana
Un ángel; pues yo ¿qué puedo
Decir que no sea ignorancia?

DOÑA ANA.

Ahora bien, Señor, hablemos
De la ausencia de estos días.
Ya me olvidais, ya me quejo
De vos al pasado amor.

CONDE.

Negocios son, os prometo.

Que me han tenido ocupado
Por un notable suceso.
Mató en Ronda cierta dama
Guzman y Portocarrero,
Cuyo padre con el duque
De Medina tiene deudo,
Un caballero su amante.

DOÑA ANA.

¿Con qué ocasion? ¿Fueron celos?
CONDE.

Desagraviando á su padre
De un bofetón, porque el viejo
No estaba para las armas.

DOÑA ANA.

¡Gran valor!

DON JUAN.

¡Valiente esfuerzo!

Diera por ver á esa dama
Toda cuanta hacienda tengo.

DOÑA MARÍA. (Ap.)

Turbada estoy, encubrir
Puedo apenas lo que siento.

CONDE.

Al fin, perdonó la parte,
Poniéndose de por medio,
Entre deudos de unos y otros,
Muchos nobles caballeros.
Con esto me ha escrito el Duque,
Por el mismo parentesco,
Alcance el perdón del Rey;
Lo que hoy, Señora, se ha hecho.
Mándame también buscalla,
Si entre tantos extranjeros
Alguna nueva se hallase,
Siendo esta corte su centro.
Mirad si estoy disculpado;
Y porque me voy con esto,
Vendré, Señora, á la noche,
Si me dais licencia, á veros.

DOÑA ANA.

Id con Dios; volvé á la noche.

CONDE.

Si haré, encanto de Babel.—
Quedáos con vuestra Isabel;

(A don Juan.)

Que yo me voy en el coche.
(Vanse el Conde, doña Ana y los criados.)

ESCENA VII.

DOÑA MARÍA, DON JUAN.

DON JUAN.

Alegre, Isabel, estás,
Que ya el cántaro dejaste,
Pues con la fe le mudaste,
Y con el alma, que es mas.
Que desde que te la di,
De cántaro la tenía,
Pues pienso que se decía
Este proverbio por mí.
Nunca quisiste trocar,
Cuando yo lo deseaba,
Al hábito que te daba
El que ya quieres dejar.
Si cuando yo te rogué,
Hábito honrado tomaras,
La voluntad disculpas,
Que baja en tus prendas fué.
Si el venir aquí son celos,
Pensando que así me guardas,
Son, Isabel, sombras pardas
En ofensa de tus cielos.
¿Qué guarda de mas valor,
Isabel, que tu hermosura,
Si ella misma te asegura
Que merece tanto amor?
¡Vive Dios, que te he querido,

Y te quiero y te querré,
Con tanta firmeza y fe,
Que vive mi amor corrido
De no vencer tu rigor,
Siendo tú tan desigual!

DOÑA MARÍA.

Quien siente bien no habla mal;
Que para tener valor
Con que poder igualaros,
Aunque de vuestro apellido
Príncipes haya tenido
Italia y Francia tan raros,
Sóbrame á mí el ser mujer;
Pero si de vuestro engaño
A los dos resulta daño,
Desengaño habrá de ser.
No estoy contenta de estar
Donde, con hacer mudanza
Del hábito, mi esperanza
Aspire á mejor lugar.
Ni menos estoy celosa,
Ni os guardo, aunque os he querido;
Que en este humilde vestido
Hay un alma generosa,
Tan soberbia y arrogante,
Que el cántaro que dejé,
Un cielo en mis hombros fué,
Como el que sustenta Atlante.
Yo os quiero bien, aunque soy
De naturaleza esquiva;
Pero hay otro amor que priva,
Por quien os dejo y me voy.
No os dé pena; que os prometo
Que no hay nieve tan helada;
Pero he nacido obligada
A su amor y á su respeto.
No puedo hacer mas por vos
Que decir que os he querido:
En fe de lo cual os pido,
Y del amor de los dos,
Que una cosa hagais por mí.

DON JUAN.

¿Cómo ausentarte, mi bien?
Después de tanto desden,
¿Esto merezco de ti?

DOÑA MARÍA.

No excuso, aunque lo sintais,
Este camino.

DON JUAN.

Isabel,

¿Qué dices?

DOÑA MARÍA.

Que para él
Esta joya me vendais.
Diamantes son: claro está
Que justa sospecha diera
Si á vender diamantes fuera
Mujer que á la fuente va;
Que con lo que ella valiere,
Podré á mi casa llegar.

DON JUAN.

Quando pensaba esperar,
Quiere amor que desespere.
¡Notable desdicha mía!
¡Tristes nuevas! ¿Quién amó
Con la fortuna que yo?
Mas ¿quién, sino yo, podía?
Tened la joya y la mano,
Que entrambas diamantes son,
Si es la mina un corazón
Tan firme como tirano;
Que cuando forzosa sea
Vuestra partida, no soy
Hombre tan vil...

DOÑA MARÍA.

Si no os doy

La joya, don Juan, no crea
Vuestro pecho liberal
Obligarme con dinero;
Que, pues de vos no lo quiero,

Bien creeréis que me está mal.
¡Oh, qué habréis imaginado
De cosas, después que visteis
La joya! Aunque no tuvisteis
Culpa de haberlas pensado,
Pues yo os he dado ocasion.

DON JUAN.

Quando yo, Isabel, pensara
Tal baja, imaginara
Prendas que mas altas son
De las que teneis, bastantes
A abonaros; cuando fuera
Hurto, mayor le creyera,
Si fueran almas, diamantes.
Algo sospecho encubierto,
Isabel; y en duda igual,
Que sois mujer principal
Tengo por mayor acierto.
Que desde el punto que os vi
Con el cántaro, Isabel,
Eché amor suertes en él
Para vos y para mí.
Vos salisteis diferente
De lo que aquí publicais,
Y yo sin dicha si os vais,
Para que yo muera ausente.
¿Quién sois, hermosa Isabel?
Porque cántaro y diamantes
Son dos cosas muy distantes;
Que hay mucha baja en él,
Y en vos mucho entendimiento,
Mucha hermosura y valor,
Mucho respeto al honor,
Que es mas encarecimiento.
La verdad se encubre en vano;
Que como al que ayer traía
Guantes de ámbar, otro día,
Le quedó oliendo la mano;
Así, quien señora fué,
Trae aquel olor consigo,
Aunque del ámbar que digo,
Reliquias muestre por fe.

DOÑA MARÍA.

No os canséis en prevenciones;
Que yo no os he de engañar.

ESCENA VIII.

LEONOR. — DICHA.

LEONOR.

¿Cuándo piensas acabar,
Isabel, tantas razones?
Veníte á vestir y á vestirme;
Que mi señora te llama.

DOÑA MARÍA.

Voy á ponerme de dama.

DON JUAN.

¿Volverás?

DOÑA MARÍA.

A despedirme.
(Vanse los dos.)

ESCENA IX.

DON JUAN.

¿Qué confusion es esta que levanta
Amor en mis sentidos nuevamente,
Que á tales pensamientos adelanta
Mi dulce cuanto bárbaro accidente?
Así el cautivo en la cadena canta,
Así engañado se entretiene, ausente,
De vanas esperanzas, que algún día
Verá la patria en que vivir solía.
No con menos temor, menos sosiego,
Timido ruiseñor su esposa llama,
A quien el plomo en círculos de fuego
Quitó la amada vida en verde rama,
Que mi confuso pensamiento ciego
En noche obscura los engaños ama,

✓ Esperando que llegue con el día
La muerta luz de la esperanza mía.
Mas ¿cómo puede haber tales engaños?
Cómo pensar mi amor que la belleza
No puede haber nacido en viles paños,
Si pudo la fealdad en la nobleza?
Así, para mayores desengaños,
Mostró por variedad naturaleza
De un espinoso la flor cándida, hermosa,
Y vestida de púrpura la rosa. (sura)
Que darne yo á entender que la hermo-
Que vi llevar un cántaro á la fuente,
Por engastar el barro en nieve pura
Del cristal de una mano trasparente,
No pudo proceder de sangre obscura,
Y nacer entendida humildemente,
Es vano error, pues siempre amando veo
Calificar bajezas el deseo.
Pues ¿quién será Isabel, locura mía,
Con hermosura y prendas celestiales?
¡Oh! ¿cuándo resistió tanta porfía
La bajeza de humildes naturales?
No ha de pasar sin que lo sepa el día.
Industrias hay; y si por dicha iguales
Somos los dos, como mi amor desea,
Tu cántaro, Isabel, mi dote sea.
No te pienses partir, si por ventura
No lo quieres fingir para matarme;
Que ya no tiene estado mi locura
Que yo pueda perderte y tú dejarme;
Que si tienes nobleza y hermosura,
Del cántaro por armas pienso honrarme;
Que con el premio con que ya se trata,
Amor le volveré de barro en plata. (Vase.)

Calle.

ESCENA X.

MARTIN, PEDRO.

PEDRO.

Martin, en esta ocasion
Me habeis desfavorecido:
Quejoso estoy y ofendido.

MARTIN.

Pedro, no teneis razon;
Que el Conde gusta que sea
Padrino con Isabel.

PEDRO.

Ensancharase con él
Cuando á su lado se vea.
Yo sé que si me casara,
Padrino os hiciera á vos.

MARTIN.

Yo no pude mas, por Dios.

PEDRO.

Pedro ¿tambien no la honrara?
No tengo cueras y sayos,
Capas, calzas, que por yerro
Quedaron en su destierro
Vinculadas en lacayos?
Pues ¡por el agua de Dios,
Aunque poca me ha cabido,
Que soy yo tan bien nacido!...

MARTIN.

¿Quién pudiera me vos
Honrarme con Isabel?

PEDRO.

¿Hay hidalgo en Mondoñedo
Que pueda, como yo puedo,
Volver la silla á el dosel?

MARTIN.

Dejad el enojo ya;
Y pues que sois entendido,
Decidme si acierto ha sido
Casarme.

PEDRO.

Pues claro está;
Que es muy honrada Leonor,
Aunque pide mas caudal
La talega de la sal,
Que anda el tiempo á el rededor.
Mas queriendo el Conde bien
A doña Ana, por Leonor
Os hará siempre favor,
Y ella ayudará tambien
De su parte á vuestra casa.

MARTIN.

Pues con eso pasaremos.

PEDRO.

¿Quién quereis que convidemos?

MARTIN.

No lo excusa quien se casa.
A Rodriguez lo primero,
A Galindo y á Butron,
A Lorenzo y á Ramon,
Y á Piérres, buen compañero.

PEDRO.

Haced llevar un menudo;
Que no hay hueso que dejar

MARTIN.

Eso es darles de cenar.

PEDRO.

En esta ocasion no dudo
De que tendrán los señores
Arriba gran colacion.

MARTIN.

Por allá conservas son
Y confites de colores.

PEDRO.

Lobos de marca mayor
Tendremos en cantidad.

MARTIN.

Pedro, esa es enfermedad
Que no ha menester doctor
(Vanse.)

Sala en casa de doña Ana.

ESCENA XI.

DOÑA ANA, DON JUAN.

DON JUAN.

Yo pienso que es condicion,
Y no amor, vuestra porfía.

DOÑA ANA.

Y ¿quién sin amor podia
Sufrir tanta sinrazon?

DON JUAN.

No es sinrazon la ocasion
Que me fuerza á no querer
Lo que del Conde ha de ser.

ESCENA XII.

EL CONDE, que se queda escuchando
sin que le vean. — Dichos.

CONDE. (Ap.)

Necios celos me han traído
De un deudo amigo fingido
Y de una ingrata mujer.

DON JUAN.

Quando no os quisiera bien
El Conde, mil almas fueran
Las que estos ojos os dieran.

DOÑA ANA.

¡Oh, mal haya el Conde, amén!

CONDE. (Ap.)

Don Juan la muestra desden,
Y ella á don Juan solicita.

DOÑA ANA.

Con oro en mármol escrita
Tiene el amor una ley,
Que como absoluto rey,
No hay traicion que no permita.
Demás, que esto no es traicion;
Que nunca yo quise al Conde.

CONDE. (Ap.)

En lo que agora responde
Conoceré su intencion.

DON JUAN.

Ninguna loca aficion
Que se haya visto ni escrito,
Ha disculpado el delito
Del amigo; que el valor
Es resistir á el amor,
Y ver cer á el apétito.
Que yo con vos me casara
Es sin duda, si pudiera.

DOÑA ANA.

Y ¿si el Conde lo quisiera,
Y aun él mismo os lo mandara?

DON JUAN.

Entonces es cosa clara;
Mas cierta podeis estar
Que no me lo ha de mandar.
Y así, me voy; que no quiero
Dar á tan gran caballero
Ni sospecha ni pesar.

CONDE.

Detente.

DON JUAN.

Si habeis oído
Lo que ya sospecho aquí,
Pienso que estaréis de mi
Seguro y agradecido.

CONDE.

Todo lo tengo entendido;
Y si por quereros bien
Trata mi amor con desden
Doña Ana, no ha sido culpa,
Porque sois vos la disculpa,
Y mi desdicha tambien.
Dice que sabe de mi
Que os mandaré que os caseis:
Dice bien, y vos lo haréis,
Porque yo os lo mando así.
Que á saber, cuando la vi,
Que os tenia tanto amor,
No la amara; aunque en rigor
Fué engañado pensamiento
Que con tal entendimiento
No escogiese lo mejor.

DON JUAN.

Aunque á Alejandro imitais
En darne lo que estimais,
Ni como Apéles me hallais,
Ni enamorado me veis,
Ni vos mandarme podeis
Que sea lo que no fui;
Pues quando pudiera aquí
Ser lo que no puede ser,
No quisiera yo querer
A quien os deja por mí.

DOÑA ANA.

Quedo, quedo; que no soy
Tan del Conde, que me dá,
Ni tan de don Juan, que me dá.
Menos contenta ayer que hoy.
Libre, á mi misma me doy,
Y daré luego, si quiero,
A un honrado caballero
Mujer y cien mil ducados,
Sin suegros y sin cuñados,
Que es otro tanto dinero.

ESCENA XIII.

DOÑA MARÍA, *de madrina y muy bizarra*, con LEONOR, *de la mano*; MARTIN, PEDRO, LORENZO, BERNAL y otros lacayos, *muy galanes*; ACOMPAÑAMIENTO DE MUJERES DE LA BODA, MÚSICOS.

MÚSICOS. (*Cantan.*)

*En la villa de Madrid
Leonor y Martin se casan:
Corren toros y juegan cañas.*

MARTIN.

¡Mala letra para novios!

PEDRO.

Pues ¿no os agrada la letra?

MARTIN.

Correr toros y casarme
Parece a los que llevan
Pronósticos para el año
Dos meses antes que venga.

CONDE.

Gallarda viene la novia;
Pero quien no conociera
A Isabel, imaginara,
Viéndola grave y compuesta,
Que era mujer principal.

DOÑA ANA.

Juzgarse puede por ella
Cuánto las galas importan,
Cuánto adorna la riqueza.

CONDE.

¡Qué perdido está don Juan!

DOÑA ANA.

¡Qué admirado la contempla!

CONDE.

Por Dios, que tiene disculpa
De estimarla y de quererla;
Que la gravedad fingida
Parece tan verdadera,
Que, á no conocerla yo
Y saber sus bajas prendas,
Hiciera un alto conceto
De su gallarda presencia.

DON JUAN.

(*Para sí.* Amor, si en esta mujer
No está oculta la nobleza,
La calidad y la sangre.
Que por lo exterior se muestra,
¿Qué es lo que quiso sin causa
Hacer la naturaleza,
Pues pudiendo en un cristal
Guarnecido de oro y piedras,
Puso en un vaso de barro
Alma tan ilustre y bella?
Yo estoy perdido y confuso,
Doña Ana celosa de ella,

El Conde suspenso, hurtando
A su gravedad respuesta.
Ella se parte mañana,
Diamantes me da que venda;
¿Qué tienen que ver diamantes
Con la fingida bajeza?
Pues ¿he de quedar así,
Amor, sin alma y sin ella?
¿No alcanza el ingenio industria?
No suele en dudosas pruebas,
Por las inciertas mentiras,
Hallarse verdades ciertas?
Ahora bien; no ha de partirse
Isabel sin que se entienda
Si en exteriores tan graves
Hay algún alma secreta.)

Conde, el mas auto poder
Que reconoce la tierra,
El cetro, la monarquía,
La corona, la grandeza
Del mayor rey de los hombres
Todas las historias cuentan,
Todos los sabios afirman,
Todos los ejemplos muestran
Que es amor; pues siendo así,
Y que ninguno lo niega,
Que yo por amor me case,
Que yo por amor me pierda,
No es justo que á nadie admire,
Pues cuantos viven confiesan
Que es amor una pasión
Incapaz de resistencia.
Yo no soy mármol, si bien
No soy yo quien me gobierna;
Que obedecen á Isabel
Mis sentidos y potencias.
Cuando esto en público digo,
No quiero que nadie pueda
Contradecirme el casarme,
Pues hoy me caso con ella.
Sed testigos que le doy
La mano.

CONDE.

¿Qué furia es esta?

DOÑA ANA.

Loco se ha vuelto don Juan.

CONDE.

Vive Dios, que si es de veras,
Que antes os quite la vida
Que permitir tal bajeza!
¡Hola! Criados, echad
Esta mujer hechicera
Por un corredor, matadla.

DON JUAN.

Ninguno, infames, se atreva;
Que le daré de estocadas.

CONDE.

Un hombre de vuestras prendas
¡Quiere infamar su linaje!

DON JUAN.

¡Ay Dios! Su bajeza es cierta,
Pues calla en esta ocasión.
Ya no es posible que pueda
Ser mas de lo que parece.

CONDE.

Con cien mil ducados deja
Un hombre loco mujer,
Que me casara con ella,
Si amor me hubiera tenido?

DOÑA MARÍA.

Quedo, Conde; que me pesa
De que me deis ocasión
De hablar.

DON JUAN. (*Ap.*)

¡Ay Dios! ¡Si ya llega
Algun desengaño mío!

DOÑA MARÍA.

No está la boda tan hecha
Como os parece, Señor;
Porque falta que yo quiera.
Para igualar á don Juan,
Bastaba ser vuestra deuda
Y del duque de Medina?

CONDE.

Bastaba, si verdad fuera.

DOÑA MARÍA.

¿Quién fué la dama de Ronda
Que mató, por la defensa
De su padre, un caballero,
Cuyo perdon se concierta
Por vos, y que vos buscáis?

CONDE.

Doña María, á quien debau
Respeto cuantas historias
Y hechos de mujeres cuentan.

DOÑA MARÍA.

Pues yo soy doña María,
Que por andar encubierta...

DON JUAN.

No prosigas relaciones,
Porque son personas necias,
Que en noche de desposados
Hasta las doce se quedan.
Dame tu mano y tus brazos.

MARTIN.

Leonor, á oscuras nos dejan.
Los padrinos son los novios.

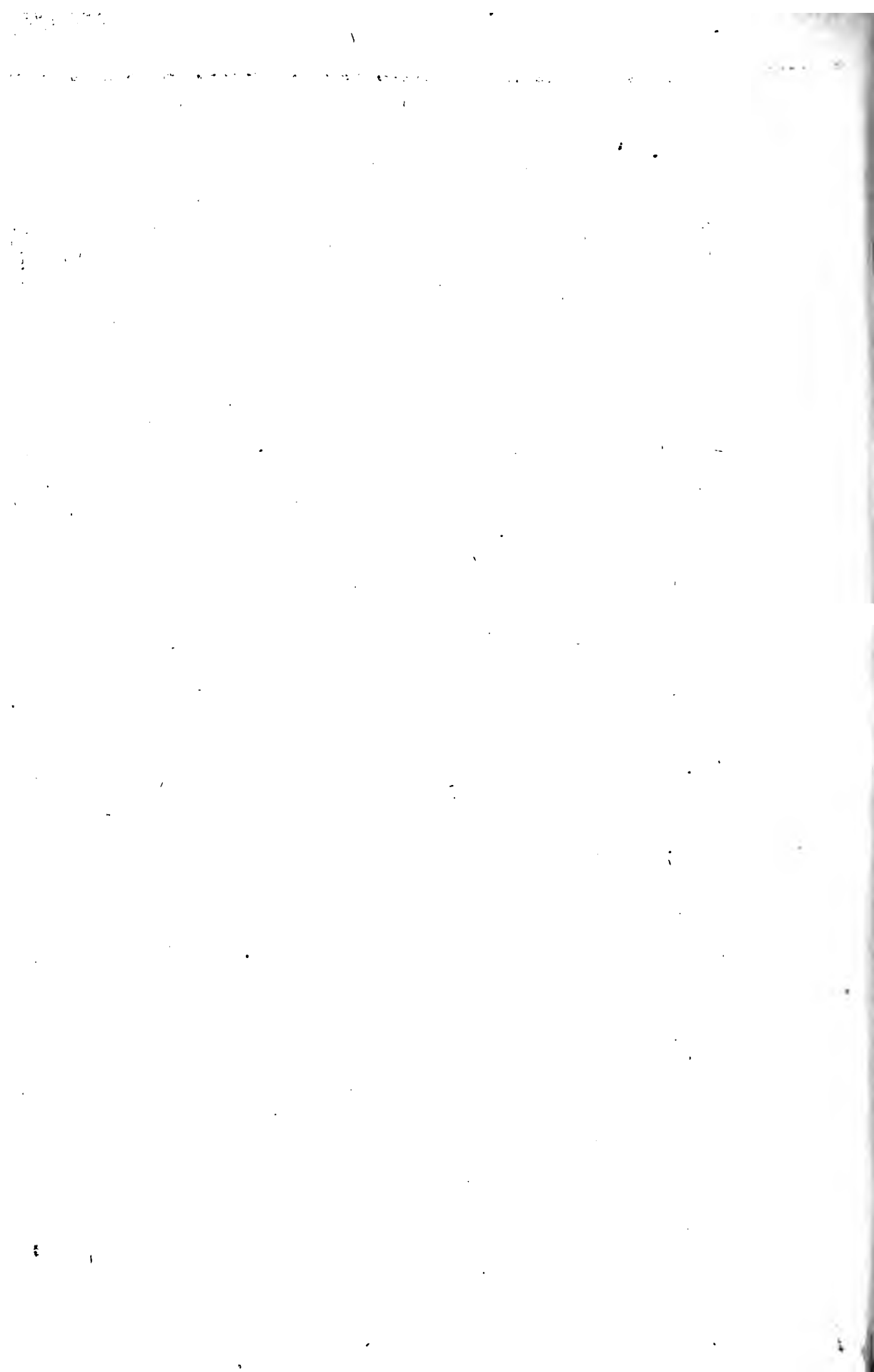
DOÑA ANA.

Justo será que lo sean
El Conde y doña Ana.

CONDE.

Aquí

Puso fin á la comedia
Quien, si perdiera este pleito,
Apela á *Mí y Quinientas*.
Mil y quinientas ha escrito:
Bien es que perdon merezca.



EL CASTIGO SIN VENGANZA,

TRAGEDIA DE FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO,

DEL HÁBITO DE SAN JUAN, PROCURADOR FISCAL DE LA CÁMARA APOSTÓLICA DEL ARZOBISPADO DE TOLEDO.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON LUIS FERNANDEZ DE CÓRDOBA, CARDONA Y ARAGON,

duque de Sesa, de Baena y de Boma; conde de Cabra, Palamós y Olivito; vizconde de Hinajar, señor de las baronías de Belpuque, Liñola y Calonge; gran almirante de Nápoles, capitán general del mar de aquel reino, y comendador de Bedmar y Albánchez; de la orden de caballería de Santiago, etc.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DUQUE DE SESA, MI SEÑOR.

DESIGUAL atrevimiento parece dedicar á vuestra excelencia esta *tragedia*, cuando fuera mas justo *poemas heróicos*, de quien fueran argumento las gloriosas hazañas de sus progenitores invictísimos, que dieron á la corona de España tantos reinos, á las plumas tantas historias, á la fama tantos triunfos, y á las armas insignes de su apellido tantas banderas; de que son fieles testigos reyes infieles, y alguno que, preso, ocupa con honra suya un cuartel de ellas entre los *Córdobas*, *Cardonas* y *Aragones*, ilustrísimos por inmortal memoria en tantos siglos, y por sangre generosa en tantos reinos. Mas, como suele el que cultiva flores enviar al dueño del jardín algunas, como en reconocimiento de que son suyas las que quedan, así yo me atrevo á enviar á vuestra excelencia las de este asunto; indicio de que reconocen las demás que de todas es señor, como del que las cultiva. En los amigos, los presentes son amor, en los amantes cuidado, en los pretendientes cohecho, en los obligados agradecimiento, en los señores favor, en los criados servicio. Este no va á solicitar mercedes, sino á reconocer obligaciones, de tantas como he recibido de sus liberales manos en tantos años que há que vivo escrito en el número de los criados de su casa. Guarde nuestro Señor á vuestra excelencia, cómo deseo.

FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.

PRÓLOGO.

Señor lector, esta *tragedia* se hizo en la corte solo un día, por causas que á vuesamerced le importan poco. Dejó entonces (1) tantos deseosos de verla, que les he querido satisfacer con imprimirla. Su historia estuvo escrita en lengua latina, francesa, alemana, toscana y castellana: esto fué prosa, ahora sale en verso; vuesamerced la lea por mía, porque no es impresa en Sevilla, cuyos libreros, atendiendo á la ganancia, barajan los nombres de los poetas, y á unos dan siete y á otros sotas; que hay hombres que por dinero no reparan en el honor ajeno, que á vueltas de sus mal impresos libros, venden y compran; advirtiéndole que está escrita al estilo español (2); no por la antigüedad griega y severidad latina; huyendo de las sombras, nuncios y coros, porque esto puede mudar los preceptos, como el uso los trajes y el tiempo las costumbres.

(1) Entre este prólogo y la dedicatoria anterior hay en el tomo viii de las obras sueltas de Lope, impresas por don Antonio de Sancha, una aprobacion del padre fray Francisco Palau, dada en Barcelona á 23 de julio de 1634; pero el *entonces* puesto aquí por Lope indica, en nuestro dictámen, que hacia mucho tiempo que la tragedia habia sido representada.

(2) No se ha dividido este drama en escenas, respetando el estilo español esta vez; se han indicado sí los sitios en que pasa la accion.

EL CASTIGO SIN VENGANZA.

PERSONAS.

EL DUQUE DE FERRARA.
EL CONDE FEDERICO.
ALBANO.
RUTILIO.

FLORO.
LUCINDO.
EL MARQUÉS GONZAGA.
CASANDRA.

AURORA.
LUCRECIA.
BATIN.
CINTIA.

FEBO.
RICARDO.
UNA MUJER.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Ferrara y otros puntos.

ACTO PRIMERO.

Una calle de Ferrara.

EL DUQUE DE FERRARA, *de noche*;
FEBO Y RICARDO.

RICARDO.

¡Linda burla!

FEBO.

Por extremo.

Pero ¿quién imaginara
Que era el duque de Ferrara?

DUQUE.

Que no me conozcan temo.

RICARDO.

Debajo de ser disfraz,
Hay licencia para todo;
Que aun el cielo en algun modo
Es de disfraces capaz.

¿Qué piensas tú que es el velo
Con que la noche le tapa?

Una guarnecida capa
Con que se disfraza el cielo.
Y para dar luz alguna,
Las estrellas que dilata
Son pasamanos de plata,
Y una encomienda la luna.

DUQUE.

¿Ya comienzas desatinos?

FEBO.

No lo ha pensado poeta
Destos de la nueva seta.
Que se imaginan divinos.

RICARDO.

Si á sus licencias apelo,
No me darás culpa alguna;
Que yo sé quien á la luna
Llamó requeson del cielo.

DUQUE.

Pues no te parezca error;
Que la poesia ha llegado
A tan miserable estado,
Que es ya como jugador
De aquellos transformadores,
Muchas manos, ciencia poca,
Que echan cintas por la boca,
De diferentes colores.
Pero, dejando á otro fin
Esta materia cansada,
No es mala aquella casada.

RICARDO.

¿Cómo mala! Un serafín.
Pero tiene un bravo azar,
Que es imposible sufrirlo.

DUQUE.

¿Cómo?

RICARDO.

Un cierto maridillo,
Que toma y no da lugar.

FEBO.

Guarda la cara.

DUQUE.

Ese ha sido

Siempre el mas cruel linaje
De gente deste paraje.

FEBO.

El que la gala, el vestido
Y el oro deja traer,
Tenga, pues él no lo ha dado,
Lástima al que lo ha comprado;
Pues si muere su mujer,
Ha de gozar la mitad,
Como bienes gananciales.

RICARDO.

Cierto que personas tales
Poca tienen caridad,
Hablando cultidiablesco,
Por no juntar las dicciones.

DUQUE.

Tienen esos socarrones
Con el diablo parentesco;
Que obligando á consentir,
Después estorba el obrar.

RICARDO.

Aquí pudiera llamar;
Pero hay mucho que decir.

DUQUE.

¿Cómo?

RICARDO.

Una madre beata,
Que reza y riñe á dos niñas
Entre majuelos y viñas,
Una perla y otra plata.

DUQUE.

Nunca de exteriores fio.

RICARDO.

No léjos vive una dama
Como azúcar de retama,
Dulce y morena.

DUQUE.

¿Qué brio?

RICARDO.

El que pide la color;
Mas el que con ella habita
Es de cualquiera visita
Cabizbajo rumiador.

FEBO.

Rumiar siempre fué de bueyes.

RICARDO.

Cerca he visto una mujer,
Que diera buen parecer
Si hubiera estudiado leyes.

DUQUE.

Vamos allá.

RICARDO.

No querrá
Abrir á estas horas.

DUQUE.

¿No?

Y ¿si digo quién soy yo?

RICARDO.

Si lo dices, claro está.

DUQUE.

Llama pues.

RICARDO.

Algo esperaba;

Que á dos patadas salió.

Sale CINTIA en lo alto.

CINTIA.

¿Quién es?

RICARDO.

Yo soy.

CINTIA.

¿Quién es Yo?

RICARDO.

Amigos. Cintia, abre, acaba;
Que viene el Duque conmigo:
Tanto mi alabanza pudo.

CINTIA.

¿El Duque?

RICARDO.

¿Eso dudas?

CINTIA.

Dudo.

No digo el venir contigo,
Mas el visitarme á mí
Tan gran señor y á tal hora.

RICARDO.

Por hacerte gran señora
Viene disfrazado así.

CINTIA.

Ricardo, si el mes pasado
Lo que agora me dijeras
Del Duque, me persuadieras
Que á mis puertas ha llegado
Pues toda su mocedad
Ha vivido indignamente,
Fábula siendo á la gente
Su viciosa libertad.

Y como no se ha casado
Por vivir mas á su gusto,
Sin mirar que fuera injusto
Ser de un bastardo heredado
(Aunque es mozo de valor.
Federico), yo creyera
Que el Duque á verme viniera;
Mas ya que como señor
Se ha venido á recoger,
Y de casar concertado,
Su hijo á Mantua ha enviado

Por Casandra, su mujer,
No es posible que ande haciendo
Locuras de noche ya,
Cuando esperándola está
Y su entrada previniendo;
Que si en Federico fuera
Libertad, ¿qué fuera en él?
Y si tú fueras fiel,
Aunque él ocasion te diera,
No anduvieras atrevido
Destruyendo su valor;
Que ya el Duque, tu señor,
Está acostado y dormido.
Y así, cierto la ventana;
Que ya sé que fué invención
Para hallar conversacion.
Adios, y vuelve mañana.
(*Quítase de la ventana y ciérrala.*)

DUQUE.
¡A buena casa de gusto
Me has traído!
RICARDO.
Yo, Señor,
¿Qué culpa tengo?

DUQUE.
Fué error
Fíarte tanto disgusto.

FEBO.
Para la noche que viene,
Si quieres, yo romperé
La puerta.

DUQUE.
¿Que esto escuché!

FEBO.
Ricardo la culpa tiene.
Pero, Señor, quien gobierna,
Si quiere saber su estado
Cómo es temido ó amado,
Deje la lisonja tierna
Del criado adulador,
Y disfrazado de noche
En traje humilde ó en coche
Salga á saber su valor;
Que algunos emperadores
Se valieron deste engaño.

DUQUE.
Quien escucha, oye su daño;
Y fueron, aunque lo dores,
Filósofos majaderos,
Porque el vulgo no es censor
De la verdad, y es error
De entendimientos groseros
Fíar la buena opinion
De quien, inconstante y vario,
Todo lo juzga al contrario
De la ley de la razon.
Un quejoso, un descontento
Echa, por vengar su ira,
En el vulgo una mentira,
A la novedad atento;
Y como por su bajeza
No la puede averiguar,
Ni en los palacios entrar,
Murmura de la grandeza.
Yo confieso que he vivido
Libremente y sin casarme,
Por no querer sujetarme,
Y que tambien parte ha sido
Pensar que me heredaría
Federico, aunque bastardo;
Mas ya que á Casandra aguardo,
Que Mantua con él me envía,
Todo lo pondré en olvido.

FEBO.
Será remedio casarte.

RICARDO.
Si quieres desenfadarte,
Pon á esta puerta el oído.

DUQUE.
¿Cantan?

RICARDO.
¿No lo ves?
DUQUE.
Pues ¿quién

Vive aquí?
RICARDO.
Vive un autor
De comedias.

FEBO.
Y el mejor
De Italia.

DUQUE.
Ellos cantan bien.
¿Tiénelas buenas?

RICARDO.
Están
Entre amigos y enemigos:
Buenas las hacen amigos
Con los aplausos que dan,
Y los enemigos malas.

FEBO.
No pueden ser buenas todas.

DUQUE.
Febo, para nuestras bodas
Preven las mejores salas
Y las comedias mejores;
Que no quiero que repares
En las que fueren vulgares.

FEBO.
Las que ingenios y señores
Aprobaren, llevaremos.

DUQUE.
¿Ensayan?

RICARDO.
Y habla una dama.
DUQUE.
Si es Andreína, es de fama. [mos!
¿Qué acción! Qué afectos! Qué extre-
UNA MUJER. (Dentro.)

Dejame, pensamiento;
No mas, no mas, memoria,
Que mi pasada gloria
Conviertes en torfiento,
Y deste sentimiento
Ya no quiero memoria, sino olvido;
Que son de un bien perdido,
Aunque presumes que mi mal mejoras.
Discursos tristes para alegres horas.

DUQUE.
¿Valiente acción!
FEBO.
Extremada.

DUQUE.
Mas oyera; pero estoy
Sin gusto. A acostarme voy.

RICARDO.
¿A las diez?
DUQUE.
Todo me enfada.

RICARDO.
Mira que es esta mujer
Única.

DUQUE.
Temo que hable
Alguna cosa notable.

RICARDO.
De ti, ¿cómo puede ser?

DUQUE.
Ahora sabes, Ricardo,
Que es la comedia un espejo,
En que al necio, el sabio, el viejo,
El mozo, el fuerte, el gallardo,
El rey, el gobernador,
La doncella, la casada,
Siendo al ejemplo escuchada
De la vida y del honor,

Retrata nuestras costumbres;
O livianas ó severas,
Mezclando burlas y veras,
Donaires y pesadumbres?
Basta, que oí del papel
De aquella primera dama
El estado de mi fama:
Bien claro me hablaba en él.
¿Que escuche me persuades
La segunda? Pues no ignores
Que no quieren los señores
Oír tan claras verdades.
(*Vanse.*)

Selva cruzada por un camino.

Sale EL CONDE FEDERICO, de camino,
muy galán, y BATIN.

BATIN.
Desconozco el estilo de tu gusto.
¿Agora en cuatro saucos te detienes,
Cuando á negocio, Federico, vienes
De tan gran importancia?

FEDERICO.
Mi disgusto
No me permite, como fuera justo,
Mas prisa y mas cuidado;
Antes la gente dejo, fatigado
De varios pensamientos,
Y al dosel destes árboles, que, atentos
A las dormidas ondas dese río,
Mirando están sus copas,
Después que los vistió de verdes ropas,
De mí mismo quisiera retirarme;
Que me cansa el hablarme
Del casamiento de mi padre, cuando
Pensé heredarle; que si voy mostrando
A nuestra gente gusto, como es justo,
El alma llena de mortal disgusto,
Camino á Mantua, de sentido ajeno;
Que voy por mi veneno [zoso.
En ir por mi madrastra, aunque e- for-

BATIN.
Ya de tu padre el proceder vicioso,
De propios y de extraños reprendido,
Quedó á los pies de la virtud vencido.
Ya quiere sosegarle;
Que no hay freno, Señor, como casarse.
Presentóle un vasallo
Al rey francés un bárbaro caballo
De notable hermosura,
Cisne en el nombre y por la nieve pura
De la piel, que cubrían
Las ricas canas, que á los pies caían
De la cumbre del cuello, en levantando
La pequeña cabeza;
Finalmente le dió naturaleza,
Que alguna dama estaba imaginando,
Hermosura y desden, porque su furia
Tenia por injuria
Sufrir el picador mas fuerte y diestro.
Viendo tal hermosura tan sin diestro,
Mandóle el Rey echar en una cava
A un soberbio león que en ella estaba.
Y en viéndole feroz, apenas viva
El alma sensitiva,
Hizo que el cuerpo al rededor se entoldó
De las crines, que ya crespas sin molde
(Si el miedo no lo era),
Formaron como lanzas blanca esfera,
Y en espin erizado
De orgulloso caballo transformado,
Sudó por cada pelo
Una gota de hielo,
Y quedó tan pacífico y humilde,
Que fué un enano á sus arzones tildé;
Y el que á los picadores no sufría,
Los picaros sufrió desde aquel día.

FEDERICO.

Batín, ya sé que á mi vicioso padre
No pudo haber remedio que le cuadre
Como es el casamiento;
Pero ¿no ha de sentir mi pensamiento
Haber vivido con tan loco engaño?
Ya sé que al mas altivo, al mas extraño
Le doma una mujer, y que delante
Deste león, el bravo, el arrogante
Se deja sujetar del primer niño,
Que con dulce cariño
Y media lengua, ó muda ó balbuciente,
Teniéndole en los brazos, le consiente
Que le tome la barba.
Ni rudo labrador la roja parva,
Como un casado la familia mira,
Y de todos los vicios se retira.
Mas ¿qué me importa á mí que se sosie-
Mi padre, y que se niegue [que
A los vicios pasados,
Si han de heredar sus hijos sus estados,
Y yo, escudero vil, traer en brazos
Algun león que me ha de hacer pedazos?

BATIN.

Señor, los hombres cuerdos y discretos,
Cuando se ven sujetos
A males sin remedio,
Poniendo la paciencia de por medio,
Fingen contento, gusto y confianza,
Por no mostrar envidia y dar venganza.

FEDERICO.

¿Yo sufriré madrastra!

BATIN.

¿No sufrias
Las muchas que tenias
Con los vicios del Duque? Pues agora
Sufre una sola que es tan gran señora.

FEDERICO.

¿Qué voces son aquellas?

BATIN.

En el vado del río suena gente.

FEDERICO.

Mujeres son; á verlas voy.

BATIN.

Detente.

FEDERICO.

Cobarde, ¿no es razón favorecellas?
(Vase.)

BATIN.

Excusar el peligro es ser valiente. —
¿Lucindo! Albano! Floro!

Salen LUCINDO, ALBANO y FLORO.

LUCINDO.

El Conde llama.

ALBANO.

¿Dónde está Federico?

FLORO.

¿Pide acaso

Los caballos?

BATIN.

Las voces de una dama,
Con poco seso y con valiente paso
Le llevaron de aquí: mientras le sigo,
Llamad la gente. (Vase.)

LUCINDO.

¿Dónde vas? Espera.

ALBANO.

Yo pienso que es burla.

FLORO.

Y yo lo mismo digo...
Aunque suena rumor en la ribera,
Te que camina.

LUCINDO.

Federico á obedecer se inclina
Al dueño, aunque por ella viene.

ALBANO.

Sale á los ojos el pesar que tiene.

Sale FEDERICO con CASANDRA
en los brazos.

FEDERICO.

Hasta ponerlos aquí,
Los brazos me dan licencia.

CASANDRA.

Agradezco, caballero,
Vuestra mucha gentileza.

FEDERICO.

Y yo á mi buena fortuna
Traerme por esta selva,
Casi fuera de camino.

CASANDRA.

¿Qué gente, Señor, es esta?

FEDERICO.

Criados que me acompañan.
No tengais, Señora, pena:
Todos vienen á servirlos.

Sale BATIN con LUCRECIA en los
brazos.

BATIN.

Mujer, dime, ¿cómo pesas,
Si dicen que sois livianas?

LUCRECIA.

Hidalgo, ¿dónde me llevas?

BATIN.

A sacarte por lo menos
De tanta enfadosa arena,
Como la falda del río
En estas orillas deja.
Pienso que fué treta suya,
Por tener ninfas tan bellas,
Volcarse el coche al salir;
Que si no fuera tan cerca,
Corriérades gran peligro.

FEDERICO.

Señora, porque yo pueda
Hablarlos con el respeto
Que vuestra persona muestra,
Decidme quién sois.

CASANDRA.

Señor,

No hay causa por que no deba
Decirlo. Yo soy Casandra,
Ya de Ferrara duquesa,
Hija del duque de Mantua.

FEDERICO.

¿Cómo puede ser que sea
Vuestra alteza y venir sola?

CASANDRA.

No vengo sola; que fuera
Cosa imposible: no lejos
El marqués Gonzaga queda,
A quien pedí me dejase,
Atravesando una senda,
Pasar sola en este río
Parte desta ardiente siesta;
Y por llegar á la orilla,
Que me pareció cubierta
De mas árboles y sombras,
Había mas agua en ella,
Tanto, que pude correr,
Sin ser mar, fortuna adversa;
Mas no pudo ser fortuna,
Pues se pararon las ruedas.
Decidme, Señor, quién sois,
Aunque ya vuestra presencia
Lo generoso asegura
Y lo valeroso muestra;
Que es razón que este favor,
No solo yo le agradezca,
Pero el Marqués y mi padre,
Que tan obligados quedan.

FEDERICO.

Después que me dé la mano,
Sabrá quién soy vuestra alteza.

CASANDRA.

¿De rodillas! Es exceso.
No es justo que lo consienta
La mayor obligación.

FEDERICO.

Señora, es justo y es fuerza:
Mirad que soy vuestro hijo.

CASANDRA.

Confieso que he sido necia
En no haberos conocido.
¿Quién, sino quién sois, pudierais
Valerme en tanto peligro?
Dadme los brazos.

FEDERICO.

Merezca

Vuestra mano.

CASANDRA.

No es razón.

Dejadles pagar la deuda,
Señor conde Federico.

FEDERICO.

El alma os dé la respuesta.

(Hablan queda.)

BATIN. (A Lucrecia.)

Ya que ha sido nuestra dicha
Que esta gran señora sea
Por quien íbamos á Mantua,
Solo resta que yo sepa
Si eres tú, vuesa merced,
Señoría ó excelencia,
Para que pueda medir
Lo razonado á las prendas.

LUCRECIA.

Desde mis primeros años
Sirvo, amigo, á la Duquesa.
Soy doméstica criada,
Visto y desnudo á su alteza.

BATIN.

¿Eres camarera?

LUCRECIA.

No.

BATIN.

Serás hácia-camarera,
Como que lo fuiste á ser,
Y te quedaste á la puerta...
Tal vez tienen los señores,
Como lo que tú me cuentas,
Unas criadas malillas,
Entre doncellas y dueñas,
Que son todo y no son nada.
¿Cómo te llamas?

LUCRECIA.

Lucrecia.

BATIN.

¿La de Roma?

LUCRECIA.

Mas acá.

BATIN.

¡Gracias á Dios que con ella
Topé! que desde su historia
Traigo llena la cabeza
De castidades forzadas
Y de diligencias necias.
¿Tú viste á Tarquino?

LUCRECIA.

¿Yo!

BATIN.

Y ¿qué hicieras si le vieras?

LUCRECIA.

¿Tienes mujer?

BATIN.

¿Por qué causas?

Lo preguntas?

LUCRECIA.
Porque pueda
Ir á tomar su consejo.

BATIN.
Herísteme por la treta.
Tú ¿sabes quién soy?

LUCRECIA.
¿De qué?

BATIN.
¿Es posible que no llega
Aun hasta Mantua la fama
De Batín?

LUCRECIA.
¿Por qué excelencias?

Pero tú debes de ser
Como unos necios, que piensan
Que en todo el mundo su nombre
Por único se celebra,
Y apenas le sabe nadie.

BATIN.
No quiera Dios que tal sea,
Ni que murmuré envidioso
De las virtudes ajenas.
Esto dije por donaire;
Que no porque piense ó tenga
Satisfacción y arrogancia.
Verdad es que yo quisiera
Tener fama entre hombres sabios,
Que ciencia y letras profesan;
Que en la ignorancia comun
No es fama, sino cosecha,
Que sembrando disparates,
Coge lo mismo que siembra.

CASANDRA. (A Federico.)
Aun no acierto á encarecer
El haberos conocido:
Poco es lo que habia oido
Para lo que vengo á ver.
El hablar, el proceder
A la persona conforma,
Hijo y mi señor, de forma,
Que muestra en lo que habeis hecho
Cuál es el alma del pecho
Que tan gran sugeto informa.
Bicha ha sido haber errado
El camino que seguí,
Fues mas presto os conoci
Por verro tan acertado.
Cual suele en el mar airado
La tempestad, después della
Ver aquella lumbre bella,
Así fué mi error la noche,
Mar el río, nave el coche,
Yo el piloto y vos mi estrella.
Madro os seré desde hoy,
Señor conde Federico,
Y deste nombre os suplico
Que me honreis, pues ya lo soy.
De vos tan contenta estoy,
Y tanto el alma repara
En prenda tan dulce y cara,
Que me da mas regocijo
Teneros á vos por hijo,
Que ser duquesa en Ferrara.

FEDERICO.
Basta que me dé temor,
Hermosa Señora, el veros;
No me impida el responderos
Turbarme tanto favor.
Hoy el Duque, mi señor,
En dos divide mi ser,
Que del cuerpo pudo hacer
Que mi ser primero fuese,
Para que el alma debiese
A mi segundo nacer.
Destos nacimientos dos
Llevals, Señora, la palma;
Que para nacer con alma,
Hoy quiero nacer de vos;
Que, aunque quien la infunde es Dios,

Hasta que os vi, no sentía
En qué parte la tenía;
Pues, si conocierla os debo,
Vos me habeis hecho de nuevo;
Que yo sin alma vivía.
Y desto se considera,
Pues que de vos nacer quiero,
Que soy el hijo primero
Que el Duque de vos espera.
Y de que tan hombre quiera
Nacer, no son fantasías;
Que para disculpas mías,
Aquel divino crisol
Há seis mil años que es sol,
Y nace todos los días.

Salen EL MARQUÉS GONZAGA
Y RUTILIO.

RUTILIO.
Aquí, Señor, los dejé.

MARQUÉS.
Extraña desdicha fuera,
Si el caballero que dices
No llegara á socorrerla.

RUTILIO.
Mandóme alejar, pensando
Dar nieve al agua risueña,
Bañando en ella los pies
Para que corriese perlas;
Y así no pudo llegar
Tan presto mi diligencia,
Y en brazos de aquel hidalgo
Salió, Señor, la Duquesa;
Pero como vi que estaban
Seguras en la ribera,
Corrí á llamarle.

MARQUÉS.
Allí está.
Entre el agua y el arena
El coche solo.

RUTILIO.
Estos sauces
Nos estorbaron el verla.—
Allí está con los criados
Del caballero.

CASANDRA.
Ya llega
Mi gente.

MARQUÉS.
¿Señora mía!...

CASANDRA.
¿Marqués!...

MARQUÉS.
Con notable pena
A todos nos ha tenido
Hasta agora vuestra alteza.
¡Gracias á Dios, que os hallamos
Sin peligro!

CASANDRA.
Después dellas,
Las dad á este caballero:
Su piadosa gentileza
Me sacó libre en los brazos.

MARQUÉS.
Señor Conde, ¿quién pudiera,
Sino vos, favorecer
A quien ya es justo que tenga
El nombre de vuestra madre?

FEDERICO.
Señor Marqués, yo quisiera
Ser un Júpiter entonces,
Que transformándome cerca
En aquel ave imperia!,
Aunque las plumas pusiera
A la luz de tanto sol,
Ya de Faetonte soberbia,
Entre las doradas uñas,
Tuson del pecho la hiciera,

Y por el aire en los brazos,
Por mi cuidado la vieran
Los del Duque, mi señor.

MARQUÉS.
El cielo, Señor, ordena
Estos sucesos que veis,
Para que Casandra os deba
Un beneficio tan grande,
Que desde este punto pueda
Confirmar las voluntades,
Y en toda Italia se vea
Amarse tales contrarios,
Y que en un sugeto quepan.
(Habían los dos, y aparte Casandra
y Lucrecia.)

CASANDRA.
Mientras los dos hablan, díme
Qué te parece, Lucrecia,
De Federico.

LUCRECIA.
Señora,
Si tú me diesses licencia,
Mi parecer te diría.

CASANDRA.
Aunque ya no sin sospecha,
Yo te la doy.

LUCRECIA.
Pues yo digo...

CASANDRA.
Di.
LUCRECIA.
Que mas dichosa fueras
Si se trocara la suerte.

CASANDRA.
Acierlas, Lucrecia, y yerra
Mi fortuna; mas ya es hecho,
Porque cuando yo quisiera,
Fingiendo alguna invención,
Volver á Mantua, estoy cierta
Que me matara mi padre,
Y por toda Italia fuera
Fábula mi desatino;
Fuera de que no pudiera
Casarme con Federico;
Y así, no es justo que vuelva
A Mantua, sino que vaya
A Ferrara, en que me espera
El Duque, de cuya libre
Vida y condicion me llevan
Las nuevas con gran cuidado.

MARQUÉS.
Ea, nuestra gente venga,
Y alegremente salgamos
Del peligro desta selva.—
Parte delante á Ferrara,
Rutilio, y lleva las nuevas
Al Duque del buen suceso;
Si por ventura no llega
Anticipada la fama,
Que se detiene en las buenas
Cuanto corre en siendo malas.—
Vamos, Señora, y prevengan
Caballo al Conde.

FLORO.
El caballo
Del Conde. (Vase.)

CASANDRA.
Vuestra excelencia
Irá mejor en mi coche.

FEDERICO.
Como mande vuestra alteza
Que vaya, la irá sirviendo.

El Marqués lleva de la mano á Casandra, y quédanse FEDERICO y BATIN.

BATIN.
¿Qué bizarra es la Duquesa!

FEDERICO.
¿Parécete bien, Batín?

BATIN.
Páreceme una azucena
Que está pidiendo al aurora
En cuatro cándidas lenguas
Que le trueque en cortesía
Los granos de oro a sus perlas.
No he visto mujer tan linda.
Por Dios, Señor, que si hubiera
Lugar (porque suben ya,
Y no es bien que la detengas),
Que te dijera...

FEDERICO.
No digas
Nada; que con tu agudeza
Me has visto el alma en los ojos,
Y el gusto me lisonjeas.

BATIN.
No era mejor para tí
Esta clavellina fresca,
Esta naranja en azar,
Toda de pimpollos hecha,
Esta alcorza de ámbar y oro,
Esta Venus, esta Helena?
¡Pese a las leyes del mundo!

CONDE.
Vén, no les demos sospecha;
Y seré el primer alnado
A quien hermosa parezca
Su madrastra.

BATIN.
Pues, Señor,
No hay mas de tener paciencia;
Que a fe que a dos pesadumbres,
Ella te parezca fea.

Sala con vistas a un jardín, perteneciente a
un palacio, próximo a Ferrara.

Salen EL DUQUE y AURORA.

DUQUE.
Hallará en el camino
Federico, si partió
Cuando dicen.

AURORA.
Mucho erró,
Pues cuando el aviso vino,
Era forzoso el partir
A acompañar a su alteza.

DUQUE.
Pienso que alguna tristeza
Pudo el partir diferir;
Que en fin, Federico estaba
Seguro en su pensamiento
De heredarme, cuyo intento,
Que con mi amor consultaba,
Fundaba bien su intencion,
Porque es Federico, Aurora,
Lo que mas mi alma adora,
Y fué casarme traicion
Que bago a mi propio gusto;
Que mis vasallos han sido
Que me han forzado y vencido
A darle tanto disgusto;
Si bien dicen que esperaban
Tenerle por su señor,
O por conocer mi amor,
O porque tambien le amaban;
Mas, que los deudos que tienen
Derecho a mi sucesion,
Pondrán pleito con razon;
O que si a las armas vienen,
No pudiendo concertarlos,
Abrasarán estas tierras,
Porque siempre son las guerras

A costa de los vasallos.
Con esto determiné
Casarme; no pude mas.

AURORA.
Señor, disculpado estás:
Yerro de fortuna fué.
Pero la grave prudencia
Del Conde hallará templanza,
Para que su confianza
Tenga consuelo y paciencia.
Aunque en esta confusion
Un consejo quiero darte,
Que será remedio en parte
De su engaño y tu aficion.
Perdona el atrevimiento;
Que fiado en el amor
Que me muestras, con valor
Te diré mi pensamiento.
Yo soy, invicto Duque, tu sobrina;
Hija soy de tu hermano,
Que en su primera edad, como temprano
Almendo que la flor al cierzo inclina,
Cinco lustros; ay suerte
Cruel! rindió a la inexorable muerte.
Criáste me en tu casa, porque luego
Quedé tambien sin madre:
Tú solo fuiste mi querido padre;
Y en el confuso laberinto ciego
De mis fortunas tristes
El hilo de oro que de luz me viste.
Disteme por hermano a Federico,
Mi primo en la crianza,
A cuya siempre honesta confianza
Con dulce trato honesto amor aplico,
No menos del querida,
Viviendo entramos una misma vida.
Una ley, un amor, un albedrio,
Una fe nos gobierna,
Que con el matrimonio será eterna,
Siendo yo suya y Federico mio;
Que aun apenas la muerte
Osará dividir lazo tan fuerte.
Desde la muerte de mi padre amado,
Tiene mi hacienda aumento:
No hay en Italia agora casamiento
Mas igual a sus prendas y a su estado;
Y yo, entre muchos grandes,
Ni miro a España ni me aplico a Flándes.
Si le casas conmigo, estás seguro
De que no se entristezca
De que Casandra sucesion te ofrezca,
Sirviendo yo de su defensa y muro.
Mira si en este medio
Promete mi consejo tu remedio.

DUQUE.
Dame tus brazos, Aurora,
Que en mi sospecha y recelo,
Eres la misma del cielo
Que mi noche ilustra y dora.
Hoy mi remedio amaneces,
Y en el sol de tu consejo
Miro, como en claro espejo,
El que a mi sospecha ofreces.
Mi vida y honra aseguras;
Y así, te prometo al Conde,
Si a tu honesto amor responde
La fe con que le procuras;
Que bien creo que estarás
Cierta de su justo amor,
Como yo, que tu valor,
Aurora, merece mas.
Y así, pues vuestros intentos
Conformes vienen a ser,
Palabra te doy de hacer
Juntos los dos casamientos.
Venga el Conde, y tú verás
Qué día a Ferrara doy.

AURORA.
Tu hija y tu esclava soy.
No puedo decirte mas.

Salen BATIN.

BATIN.
Vuestra alteza, gran Señor,
Reparta entre mí y el viento
Las albricias, porque a entrambo
Se las debe de derecho;
Que no sé cuál de los dos
Vino en el otro corriendo;
Yo en el viento ó él en mí,
El en mis piés, yo en su vuelo.
La Duquesa, mi señora,
Viene buena, y si primero
Dijo la fama que el río,
Con atrevimiento necio,
Volvió el coche, no fué nada;
Porque el Conde al mismo tiempo
Llegó y la sacó en sus brazos,
Con que las paces se han hecho
De aquella opinion vulgar,
Que nunca bien se quisieron
Los alnados y madrastras;
Porque con tanto contento
Vienen juntos, que parezca
Hijo y madre verdaderos.

DUQUE.
Esa paz, Batin amigo,
Es la nueva que agradezco;
Y que traiga gusto el Conde,
Fuera de ser nueva, es nuevo.
Querrá Dios que Federico
Con su buen entendimiento
Se lleve bien con Casandra.
En fin, ¿ya los dos se vieron,
Y en tiempo que pudo hacerle
Ese servicio?

BATIN.
Prometo
A vuestra alteza que fué
Dicha de los dos.

AURORA.
Yo quiero
Que me des nuevas tambien.

BATIN.
Oh, Aurora, que a la del cielo
Das ocasion con el nombre
Para decirte conceptos!
¿Qué me quieres preguntar?

AURORA.
Deseo de saber tengo
Si es muy hermosa Casandra.

BATIN.
Esa pregunta y deseo
No era de vuestra excelencia,
Sino del Duque; mas pienso
Que entrambos sabeis por fama
Lo que repetir no puedo,
Porque ya llegan.

DUQUE.
Batín,
Ponte esta cadena al cuello.

Salen con grande-ACOMPANAMIENTO y
bizarria RUTILIO, FLORO, ALBA-
NO, LUCINDO, EL MARQUÉS, FE-
DERICO, CASANDRA y LUCRECIA

FEDERICO.
En esta huerta, Señora,
Os tienen hecho aposento
Para que el Duque os reciba,
En tanto que disponiendo
Queda Ferrara la entrada,
Que a vuestros merecimientos
Será corta, aunque será
La mayor que en estos tiempos
En Italia se haya visto.

CASANDRA.
Ya, Federico, el silencio
Me provocaba á tristeza.

FEDERICO.
Fué de aquesta causa efeto.

FLORO.
Ya salen á recibiros
El Duque y Aurora.

DUQUE.
El cielo,
Hermosa Casandra, á quien
Con toda el alma os ofrezco
Estos estados, os guarde
Para su señora y dueño,
Para su aumento y su honor,
Los años de mi deseo.

CASANDRA.
Para ser de vuestra alteza
Esclava, gran Señor, vengo;
Que deste título solo
Recibe mi casa aumento,
Mi padre honor y mi patria
Gloria, en cuya fe poseo
Los méritos de llegar
A ser digna de los vuestros.

DUQUE.
Dadme vos, señor Marqués,
Los brazos, á quien yo debo
Prenda de tanto valor.

MARQUÉS.
En su nombre los merazco,
Y por la parte que tuve
En este alegre himeneo,
Pues hasta la ejecucion
Me sois deudor del concierto.

AURORA.
Conoced, Casandra, á Aurora.

CASANDRA.
Entre los bienes que espero
De tanta ventura mia,
Es ver, Aurora, que os tengo
Por amiga y por señora.

AURORA.
Con serviros, con quereros
Por dueño de cuanto soy,
Solo responderos puedo.
Dichosa Ferrara ha sido
¡Oh Casandra! en mereceros
Para gloria de su nombre.

CASANDRA.
Con tales favores entró,
Que ya en todas mis acciones
Próspero fin me prometo.

DUQUE.
Sentáos, porque os reconozcan
Con debido amor mis deudos
Y mi casa.

CASANDRA.
No replico;
Cuanto mandais obedezco.
(*Séntanse debajo del dosel el Duque y
Casandra, el Marqués y Aurora.*)

CASANDRA.
¿No se sienta el Conde?
DUQUE.

No;
Porque ha de ser el primero
Que os ha de besar la mano.

CASANDRA.
Perdonad; que no consiento
Esa humildad.

FEDERICO.
Es agravio
De mi amor; fuera de serlo,
Es ir contra mi obediencia.

CASANDRA.
Eso no.

EL CÁSTIGO SIN VENGANZA.

FEDERICO. (Ap.)
Temblando llego.

CASANDRA.
Tenéos...

FEDERICO.
No lo mandeis.
Tres veces, Señora, beso
Vuestra mano: una por vos,
Con que humilde me sujeto
A ser vuestro mientras viva,
Destos vasallos ejemplo;
La segunda por el Duque,
Mi señor, á quien respeto
Obediente; y la tercera
Por mí, porque no teniendo
Mas por vuestra obligacion
Ni menos por su precepto,
Sea de mi voluntad,
Señora, reconoceros;
Que la que sale del alma
Su fuerza de gusto ajeno,
Es verdadera obediencia.

CASANDRA.
De tan obediente cuello
Sean cadena mis brazos.

DUQUE.
Es Federico discreto.

MARQUÉS.
Dias há, gallarda Aurora,
Que los deseos de yerros
Nacieron de vuestra fama,
Y á mi fortuna le debo
Que tan cerca me pusiese
De vos, aunque no sin miedo,
Para que sepais de mí
Que, puesto que se cumplieron,
Son mayores de serviros
Cuando tan hermosa os veo.

AURORA.
Yo, señor Marqués, estimo
Ese favor como vuestro,
Porque ya de vuestro nombre,
Que por las armas eterno
Será en Italia, tenia
Noticia por tantos hechos.
Lo de galan ignoraba,
Y fué ignorancia os confieso,
Porque soldado y galan
Es fuerza, y mas en sugeto
De tal sangre y tal valor.

MARQUÉS.
Pues haciendo fundamento
De ese favor, desde hoy
Me nombro vuestro, y prometo
Mantener en estas fiestas
A todos los caballeros
De Ferrara, que ninguno
Tiene tan hermoso dueño.

DUQUE.
Que descanséis es razon;
Que pienso que entreteneros
Es hacer la necedad
Que otros casados dijeron.
No diga el largo camino
Que he sido dos veces necio,
Y amor que no estimo el bien,
Pues no le agradezco el tiempo.

*Todos se entran con grandes cumpli-
mientos, y quédanse FEDERICO y
BATIN.*

FEDERICO.
¡Qué necia imaginacion!

BATIN.
¿Cómo necia? ¿Qué tenemos?

FEDERICO.
Bien dicen que nuestra vida

Es sueño, y que toda es sueño,
Pues que no solo dormidos,
Pero aun estando despiertos.
Cosas imagina un hombre
Que al mas abrasado enfermo
Con frenesí, no pudieran
Llegar á su entendimiento.

BATIN.
Dices bien; que alguna vez
Entre muchos caballeros
Suelo estar, y sin querer
Se me viene al pensamiento
Dar un bofetón á uno
Y morderle del pescuezo.
Si estoy en algun balcon,
Estoy pensando y temiendo
Echarme dél y matarme.
Si voy en algun entierro,
Me da gana de reir;
Si estoy en la iglesia oyendo
Algun sermon, imagino
Que le digo que está impreso:
Y si dos están jugando,
Que les tiro un candelero.
Si cantan, quiero cantar,
Y si alguna dama veo,
En mi necia fantasía
Asirla del moño intento,
Y me salen mil colores,
Como si lo hubiera hecho.

FEDERICO.
¡Jesus! Dios me valga. Afuera.
Destinados conceptos
De sueños despiertos. ¡Yo
Tal imagino, tal pienso,
Tal me prometo, tal digo,
Tal fabrico, tal emprendo!
No mas. ¡Extraña locura!

BATIN.
Pues ¡tú para mí secreto!

FEDERICO.
Batín, no es cosa que hico;
Y así nada te reservo;
Que las imaginaciones
Son espíritu sin cuerpo.
Lo que no es ni ha de ser
No es esconderte mi pechó.

BATIN.
Y si te lo digo yo,
¿Negarásme lo?

FEDERICO.
Primero
Que puedas adivinarlo,
Habrá flores en el cielo,
Y en ese jardín estrellas.

BATIN.
Pues mira cómo lo acierto:
Que te agrada tu madrastra.
Estás entre ti diciendo.

FEDERICO.
¡No lo digas! Es verdad.
Pero yo ¿qué culpa tengo,
Pues el pensamiento es libre?

BATIN.
Y tanto, que por su vuelo
La inmortalidad del alma
Se mira como en espejo.

FEDERICO.
Dichoso es el Duque.

BATIN.
Y mucho.

FEDERICO.
Con ser imposible, llevo
A estar envidioso dél.

BATIN.
Bien puedes, con presupuesto
De que era mejor Casandra
Para tí.

FEDERICO.
Con eso puedo
Morir de imposible amor
Y tener posibles celos.

ACTO SEGUNDO.

Sala en el palacio del Duque en Ferrara.

Salen CASANDRA y LUCRECIA.

LUCRECIA.
Con notable admiracion
Me ha dejado vuestra alteza.

CASANDRA.
No hay alteza con tristeza,
Y mas si bajezas son.
Mas quisiera, y con razon,
Ser una ruda villana
Que me hallara la mañana
Al lado de un labrador,
Que desprecio de un señor
En oro, púrpura y grana.
¡Pluguiera á Dios que naciera
Bajamente, pues hallara
Quien lo que soy estimara,
Y á mi amor correspondiera!
En aquella humilde esfera,
Como en las camas reales,
Se gozan contentos tales,
Que no los crece el valor,
Si los efectos de amor
Son en las noches iguales.
No los halla á dos casados
El sol por las vidrieras
De cristal, á las primeras
Luces del alba, abrazados
Con mas gusto, ni en dorados
Techos mas descanso halló,
Que tal vez que penetró.
Del aurora á los principios,
Por mal ajustados ripios,
Y un alma en dos cuerpos vió.
¡Dichosa la que no siente
Un desprecio autorizado,
Y se levanta del lado
De su esposo alegremente!
La que en la primera fuente
Mira ó lava ¡oh cosa rara!
Con las dos manos la cara,
Y no en llanto, cuando fué
Mujer de un hombre sin fe,
Con ser duque de Ferrara.
Sola una noche le vi
En mis brazos en un mes,
Y muchas le vi después
Que no quiso verme á mí.
Pero de que viva así
¿Cómo me puedo quejar,
Pues que me pudo enseñar
La fama que quien vivía
Tan mal, no se emendaria
Aunque mudase lugar?
Que venga un hombre á su casa
Cuando viene al mundo el día,
Que viva á su fantasía,
Por libertad de hombre pasa
(¿Quién puede ponerle tasa?);
Pero quien con tal desprecio
Trate una mujer de precio,
De que es casado olvidado,
O quiere ser desdichado,
O tiene mucho de necio.
El Duque debe de ser
De aquellos cuya opinion
En tomando posesion,
Quieren en casa tener
Como alhaja la mujer,
Para adorno, lustre y gala,

Silla ó escritorio en sala;
Y es término que condono,
Porque con marido bueno
¿Cuándo se vió mujer mala?
La mujer de honesto trato
Viene para ser mujer
A su casa; que no á ser
Silla, escritorio ó retrato.
Basta ser un hombre ingrato,
Sin que sea descortés;
Y es mejor, si causa es
De algun pensamiento extraño,
No dar ocasion al daño,
Que remediarle después.

LUCRECIA.
Tu discurso me ha causado
Lástima y admiracion;
Que tan grande sinrazon
Puede ponerte en cuidado.
¿Quién pensara que casado
Fuera el Duque tan vicioso,
O que no siendo amoroso,
Cortés, como dices, fuera,
Con que tu pecho estuviera
Para el agravio animoso?
En materia de galán
Puedese picar con celos,
Y dar algunos desvelos,
Cuando dormidos están,
El desden, el ademan,
La risa con quien pasó,
Alabar al que la habló,
Con que despierta el dormido;
Pero celos á marido
¿Quién en el mundo los dió?
¡Hale escrito vuestra alteza
A su padre estos enojos?

CASANDRA.
No, Lucrecia; que mis ojos
Solo saben mi tristeza.

LUCRECIA.
Conforme á naturaleza
Y á la razon, mejor fuera
Que el Conde te mereciera,
Y que contigo casado,
Asegurando su estado,
Su nieto le sucediera;
Que aquestas melancolías
Que trae el Conde no son,
Señora, sin ocasion.

CASANDRA.
No serán sus fantasías,
Lucrecia, de envidias mías,
Ni yo hermanos le daré;
Con que Federico esté
Seguro que no soy yo
La que la causa le dió.
Desdicha de entrambos fué.

Salen el DUQUE, FEDERICO y BATIN.

DUQUE.
Si yo pensara, Conde, que te diera
Tanta tristeza el casamiento mio,
Antes de imaginarlo me muriera.

FEDERICO.
Señor, fuera notable desvario
Entristecerme á mi tu casamiento.
Ni de tu amor por eso desconfío.
Advierta pues tu claro entendimiento
Que si del casamiento me pesara,
Disimular supiera el descontento.
La falta de salud se ve en mi cara,
Pero no la ocasion.

DUQUE.
Mucho presumen
Los médicos de Mantua y de Ferrara,
Y todos finalmente se resumen
En que casarte es el mejor remedio

Con que tales tristezas se consumen.

FEDERICO.
Para doncellas era mejor medio.
Señor, que para un hombre de mi estado
Que no por esos medios me remedia.

CASANDRA. (Ap. á Lucrecia.)
Aun apenas el Duque me ha mirado.
¡Desprecio extraño y vil descortesía!

LUCRECIA.
Si no te ha visto, no será culpado.

CASANDRA.
Fingir descuido es brava tiranía.—
Vamos, Lucrecia; que, si no me engaño
Deste desden le pesará algun día.
(Vanse las dos.)

DUQUE.
Si bien de la verdad me desengañó,
Yo quiero proponerte un casamiento,
No léjos de tu amor ni en reino extraño.

FEDERICO.
¿Es por ventura Aurora?

DUQUE.
El pensamiento
Me hurtaste al producirle por los labios,
Como quientuvo el mismo sentimiento.
Yo consulté los mas ancianos sabios
Del magistrado nuestro, y todos vienen
En que esto sobredora tus agravios.

FEDERICO.
Poca experiencia de mi pecho tienen.
Neciamente me juzgan agraviado,
Pues sin causa ofendido me previenen.
Ellos saben que nunca reprobado
Tu casamiento de mi voto ha sido;
Antes por tu sosiego deseado.

DUQUE.
Así lo creo y siempre lo he creído;
Y esa obediencia, Federico, pago
Con estar de casarme arrepentido.

FEDERICO.
Señor, porque no entiendas que yo haga
Sentimiento de cosa que es tan justa,
Y el amor que me muestras satisfago,
Sabré primero si mi prima gusta;
Y luego disponiendo mi obediencia,
Pues lo contrario fuera cosa injusta,
Haré lo que me mandas.

DUQUE.
Su licencia
Tengo firmada de su misma boca.

FEDERICO.
Yosé que hay novedad, de cierta ciencia,
Y que porque á servirla le provoca.
El Marqués en Ferrara se ha quedado.

DUQUE.
Pues eso, Federico, ¿qué te toca?

FEDERICO.
Al que se ha de casar le da cuidado
El galán que ha servido, y aun enojos;
Que es escribir sobre papel borrado.

DUQUE.
Si andan los hombres á mirar antojos,
Encierran en castillos las mujeres
Desde que nacen, contra tantos ojos;
Que el mas puro cristal, si vertes quieres,
Semancha del aliento; mas ¿qué importa
Si del mirar escrupuloso eres?
Pues luego que se limpia y se reporta,
Tan claro queda como estaba de antes.

FEDERICO.
Muy bien tu ingenio y tu valor me enor-
señor, cuando centellas rutilantes tu.
Escupe alguna fragua, y el que fragua
Quiere apagar las llamas resonantes,
Moja las brasas de la ardiente fragua;
Pero rebeldes ellas, crecen luego,
Y arde el fuego voraz viéndolo apagar.

Así un marido del amante ciego
Templó el deseo y la primera llama;
Pero puede volver mas vivo el fuego;
Y así, debo temerme de quien ama;
Que no quiero ser agua que le aumente.
Y ando fuego á mi honor y humo á mi
duque. [fama.]

Muynecio, Conde, estás y impertinente.
Hablas de Aurora, cual si noche fuera,
Con bárbaro lenguaje y indecente.

FEDERICO.

¡Espera.

DUQUE.

¿Para qué?

FEDERICO.

Señor, espera.
(Vase el Duque.)

BATIN.

¡Oh qué bien has negociado
La gracia del Duque!

FEDERICO.

Espero

Su desgracia, porque quiero
Ser en todo desdichado;
Que mi desesperacion
Ha llegado á ser de suerte,
Que solo para la muerte
Me permite apelacion.
Y si muriera, quisiera
Poder volver á vivir
Mil veces, para morir
Cuantas á vivir volviera.
Tal estoy, que no me atrevo
Ni á vivir ni á morir ya,
Por ver que el vivir será
Volver á morir de nuevo.
Y si no soy mi homicida,
Es por ser mi mal tan fuerte,
Que porque es menos la muerte,
Me dejo estar con la vida.

BATIN.

Segun esto, ni tú quieres
Vivir, Conde, ni morir;
Que entre morir y vivir
Como hermafrodita eres;
Que como aquel se compone
De hombre y mujer, tú de muerte
Y vida; que de tal suerte
La tristeza te dispone,
Que ni eres muerte ni vida.
Pero, por Dios, que, mirado
Tu desesperado estado,
Me obligas á que te pida
O la razon de tu mal
O la licencia deirme
Adonde que fui confirme
Desdichado por leal.
Dame tu mano.

FEDERICO.

Batin,

Si yo decirte pudiera
Mi mal, mal posible fuera,
Y mal que tuviera fin.
Pero la desdicha ha sido
Que es mi mal de condicion,
Que no cabe en mi razon,
Sino solo en mi sentido;
Que cuando por mi consuelo
Voy á hablar, me pone en calma
Ver que de la lengua al alma
Hay mas que del suelo al cielo.
Véte, si quieres, tambien,
Y déjame solo aquí,
Porque no haya cosa en mí
Que aun tenga sombra de bien.

Salen CASANDRA y AURORA.

CASANDRA.

¿Leso lloras?

AURORA.

¿Le parece

A vuestra alteza, Señora,
Sin razon, si el Conde agora
Me desprecia y aborrece?
Dice que quiero al marqués
Gonzaga. ¿Yo á Carlos! Yo!
¿Cuándo? ¿Cómo? Pero no;
Que ya sé lo que esto es.
El tiene en su pensamiento
Irse á España, despedido
De ver su padre casado;
Que antes de su casamiento
La misma luz de sus ojos
Era yo; pero ya soy
Quien en los ojos le doy,
Y mis ojos sus enojos.
¿Qué aurora nuevas el dia
Trujo al mundo, sin hallar
Al Conde, donde á buscar
La de sus ojos venia?
¿En qué jardin, en qué fuente
No me dijo el Conde amores?
¿Qué jazmines ó qué flores
No fueron mi boca y frente?
Cuando de mí se apartó,
¿Qué instante vivió sin mí?
O ¿cómo viviera en sí,
Si no le animara yo?
Que tanto el trato acrisola
La fe de amor, que de dos
Almas que nos puso Dios,
Hicimos una alma sola.
Esto desde tiernos años,
Porque con los dos nació
Este amor, que hoy acabó
A manos de sus engaños.
Tanto pudo la ambicion
Del estado que ha perdido.

CASANDRA.

Pésame de que haya sido,
Aurora, por mi ocasion;
Pero templa tus desvelos
Mientras voy á hablar con él,
Si bien es cosa cruel
Poner en razon los celos.

AURORA.

¡Yo celos!

CASANDRA.

Con el Marqués,
Dice el Duque.

AURORA.

Vuestra alteza
Crea que aquella tristeza
Ni es amor ni celos es.

CASANDRA.

Federico.

FEDERICO.

¡Mi señora,
Dé vuestra alteza la mano
A su esclavo.

CASANDRA.

¿Tú en el suelo!
Conde, no te humilles tanto;
Que te llamaré excelencia.

FEDERICO.

Será de mi amor agravio.
Ni me pienso levantar
Sin ella.

CASANDRA.

Aquí están mis brazos.
¿Qué tienes? ¿Qué has visto en mí?
Parece que estás temblando.
¿Sabes ya lo que te quiero?

FEDERICO.

Al haberlo adivinado
El alma, lo dijo al pecho,
El pecho al rostro, causando
El sentimiento que miras.

CASANDRA.

Déjanos solos un rato,
Batin; que tengo que hablar
Al Conde.

BATIN. (Ap.)

¡El Conde turbado,
Y hablarle Casandra á solas!
No lo entiendo. (Vase.)

FEDERICO. (Ap.)

¡Ay cielo! en tanto
Que muero fénix, poned
A tanta llama descanso,
Pues otra vida me espera.

CASANDRA.

Federico, aunque reparo
En lo que me ha dicho Aurora
De tus celos cuidados
Después que vino conmigo
A Ferrara el marqués Carlos.
Por quien de casarte dejas,
Apenas me persuado
Que tus méritos desprecies,
Siendo, como dicen, sabios
Desconfianza y envidia;
Que mas tiene de soldado,
Aunque es gallardo el Marqués,
Que de galan cortesano.
De suerte que solo pienso
De tu tristeza y recato
Que es porque el Duque, tu padre,
Se casó conmigo, dando
Por ya perdida la accion,
A la luz del primer parto,
Que á sus estados tenias.
Y siendo así que yo causo
Tu desasosiego y pena,
Desde aquí te desengano,
Que puedes estar seguro
De que no tendrás hermanos;
Porque el Duque, solamente
Por cumplir con sus vasallos.
Este casamiento ha hecho;
Que sus viciosos regalos,
Por no les dar otro nombre.
Apenas el breve espacio
De una noche, que á su cuenta
Fué cifra de muchos años,
Mis brazos le permitieron:
Y á los deleites pasados
Ha vuelto con mayor furia,
Roto el freno de mis brazos.
Como se suelta al estruendo
Un arrogante caballo
Del atambor (porque quiero
Usar de término casto),
Que del bordado jaez
Va sembrando los pedazos.
Allí las piezas del freno
Vertiendo espumosos rayos.
Allí la barba y la rienda,
Allí las cintas y lazos;
Así el Duque, la obediencia
Rota al matrimonio santo,
Va por mujercillas viles
Pedazos de honor sembrando.
Allí se deja la fama,
Allí los laureles y arcos,
Los títulos y los nombres
De sus ascendientes claros;
Allí el valor, la salud
Y el tiempo tan mal gastado.
Haciendo las noches dias
En estos indignos pasos:
Con que sabrás cuán seguro
Estás de heredar su estado;
O escribiendo yo á mi padre
Que es, mas que esposo, tirano.
Para que me saque libre
Del Argel de su palacio,
Si no anticipa la muerte
Breve fin á tantos días.

FEDERICO.

Comenzando vuestra alteza
 Riéndome, acaba en llanto
 Su discurso, que pudiera
 En el mas duro peñasco
 Imprimir dolor. ¿Qué es esto?
 Sin duda que me ha mirado
 Por hijo de quien la ofende;
 Pero yo la desengañó
 Que no parezca hijo suyo
 Para tan injustos casos.
 Esto persuadido así,
 De mi tristeza, me espanto
 Que la atribuyas, Señora,
 A pensamientos tan bajos.
 ¿Ha menester Federico,
 Para ser quien es, estados?
 ¿No lo son los de mi prima,
 Si yo con ella me caso,
 O si la espada por dicha
 Contra algun principe saco
 Destos continantes nuestros,
 Los que me quitan restauro?
 No procede mi tristeza
 De interés; y aunque me alargó
 A mas de lo que es razon,
 Sabe, Señora, que paso
 Una vida la mas triste
 Que se cuenta de hombre humano
 Desde que amor en el mundo
 Puso las flechas al arco.
 Yo me muero sin remedio,
 Mi vida se va acabando,
 Como vela, poco á poco:
 Y ruego á la muerte en vano
 Que no aguarde á que la cera
 Llegue al último desmayo,
 Sino que con breve soplo
 Cubra de noche mis años.

CASANDRA.

Deten, Federico ilustre,
 Las lágrimas; que no ha dado
 El cielo el llanto á los hombres,
 Sino el ánimo gallardo.
 Naturaleza el llorar
 Vinculó por mayorazgo
 En las mujeres, á quien,
 Aunque hay valor, faltan manos;
 No en los hombres, que una vez
 Solo pueden, y es en caso
 De haber perdido el honor,
 Mientras vengan el agravio.
 ¿Mal haya Aurora y sus celos,
 Que un caballero bizarro,
 Discreto, dulce y tan digno
 De ser querido, á un estado
 Han reducido tan triste!

FEDERICO.

No es Aurora; que es engaño.

CASANDRA.

Pues ¿quién es?

FEDERICO.

El mismo sol;
 Que de esas auroras hallo
 Muchas siempre que amanece.

CASANDRA.

¿Que no es Aurora?

FEDERICO.

Mas alto
 Vuela el pensamiento mio.

CASANDRA.

¿Mujer te ha visto y hablado,
 Y tú le has dicho tu amor,
 Que puede con pecho ingrato
 Corresponderte? ¿No miras
 Que son efectos contrarios,
 Y proceder de una causa
 Parece imposible?

FEDERICO.

Cuando

Supieras tú el imposible,
 Dijeras que soy de mármol,
 Pues no me matan mis penas,
 O que vivo de milagro.
 ¿Qué Faetonte se atrevió
 Del sol al dorado carro,
 O aquel que juntó con cera,
 Débiles plumas infausto,
 Que sembradas por los vientos,
 Pájaros que van volando
 Las creyo el mar, hasta verlas
 En sus cristales salados?
 ¿Qué Belerofonte vió
 En el caballo Pegaso
 Parecer el mundo un punto
 Del círculo de los astros?
 Qué griego Sinon metió
 Aquel caballo preñado
 De armados hombres en Troya,
 Fatal de su incendio parto?
 Qué Jason tentó primero
 Pasar el mar temerario,
 Poniendo yugo á su cuello
 Los pinos y lienzos de Argos,
 Que se iguale á mi locura?

CASANDRA.

Estás, Conde, enamorado
 De alguna imagen de bronce,
 Ninfa ó diosa de alabastro?
 Las almas de las mujeres
 No las viste jaspe helado,
 Ligera cortina cubre
 Todo pensamiento humano.
 Jamás amor llamó al pecho,
 Siendo con méritos tantos,
 Que no respondiese el alma:
 «Aquí estoy; pero entrad paso.»
 Dile tu amor, sea quien fuere;
 Que no sin causa pintaron
 A Venus tal vez los griegos
 Rendida á un sátiro ó fauno.
 Mas alta se ve la luna,
 Y de su cerco argentado
 Bajó por Endimion
 Mil veces al monte Latmo.
 Toma mi consejo, Conde;
 Que el edificio mas casto
 Tiene la puerta de cera.
 Habla, y no mueras callando.

FEDERICO.

El cazador con industria
 Pone al pelicano indiano
 Fuego al rededor del nido;
 Y él, decendiendo de un árbol,
 Para librar á sus hijos
 Bate las alas turbado,
 Con que mas enciende el fuego
 Que piensa que está matando.
 Finalmente, se le queman,
 Y sin alas, en el campo
 Se deja coger, no viendo
 Que era imposible volando.
 Mis pensamientos, que son
 Hijos de mi amor, que guardo
 En el nido del silencio,
 Se están, Señora, abrasando:
 Bate las alas amor,
 Y enciéndelos por librarlos.
 Crece el fuego, y él se quema.
 Tú me engañas, yo me abraso;
 Tú me incitas, yo me pierdo;
 Tú me animas, yo me espanto;
 Tú me esfuerzas, yo me turbo;
 Tú me libras, yo me enlazo;
 Tú me llevas, yo me quedo;
 Tú me enseñas, yo me atajo;
 Porque es tanto mi peligro,
 Que juzgo por menos daño,
 Pues todo ha de ser morir,
 Morir sufriendo y callando.

CASANDRA.

No ha hecho en la tierra el cielo

Cosa de mas confusion
 Que fué la imaginacion
 Para el humano desvelo.
 Ella vuelve el fuego en hielo,
 Y en el color se transforma
 Del deseo, donde forma
 Guerra, paz, tormenta y calma,
 Y es una manera de alma
 Que mas engaña que informa.
 Estos oscuros intentos,
 Estas claras confusiones,
 Mas que me han dicho razones,
 Me han dejado pensamientos.
 ¿Qué tempestades los vientos
 Mueven de mas variedades
 Que estas confusas verdades
 En una imaginacion?
 Porque las del alma son
 Las mayores tempestades,
 Cuando á imaginar me inclino
 Que soy la que quiere el Conde,
 El mismo engaño responde
 Que lo imposible imagino.
 Luego mi fatal destino
 Me ofrece mi casamiento;
 Y en lo que siento, consiento;
 Que no hay tan grande imposible
 Que no le juzguen visible
 Los ojos del pensamiento.
 Tantas cosas se me ofrecen
 Juntas, como esto ha caído
 Sobre un bárbaro marido,
 Que pienso que me enloquecen.
 Los imposibles parecen
 Fáciles, y yo, engañada,
 Ya pienso que estoy vengada;
 Mas siendo error tan injusto,
 A la sombra de mi gusto
 Estoy mirando su espada.
 Las partes del Conde son
 Grandes; pero mayor fuera
 Mi desatino si diera
 Puerta á tan loca pasión.
 No mas, necia confusion.
 Salid, cielo, á la defensa,
 Aunque no yerra quien piensa;
 Porque en el mundo no hubiera
 Hombre con honra si fuera
 Ofensa pensar la ofensa.
 Hasta agora no han errado
 Ni mi honor ni mi sentido,
 Porque lo que he consentido
 Ha sido un error pintado.
 Consentir lo imaginado,
 Para con Dios es error,
 Mas no para el deshonor;
 Que diferencian intentos
 El ver Dios los pensamientos
 Y no los ver el honor.

Sale AURORA.

AURORA.

Larga plática ha tenido
 Vuestra alteza con el Conde.
 ¿Qué responde?

CASANDRA.

Que responde

A tu amor agradecido.

Sosiega, Aurora, sus celos;
 Que esto pretende no mas.

(Vase.)

AURORA.

¿Qué tibia consuelo das
 A mis ardientes desvelos?
 ¿Que pueda tanto en un hombre
 Que adoró mis pensamientos,
 Ver burlados los intentos
 De aquel ambicioso nombre
 Con que heredaba á Ferrara!
 Eres poderoso, amor:
 Por tí en vida ni honor,

Ni aun en alma se repara.
Y Federico se muere,
Que me solia querer,
Con la tristeza de ver
Lo que de Casandra infiere.
Pero, pues él ha fingido
Celos por disimular
La ocasion, y despertar
Suelen el amor dormido,
Quiero dárselos de veras,
Favoreciendo al Marqués.

Salen RUTILIO y EL MARQUÉS.

RUTILIO.
Con el contrario que ves,
En vano remedio esperas
De tus locas esperanzas.

MARQUÉS.
Calla, Rutilio; que aquí
Está Aurora.

RUTILIO.
Y tú sin tí,
Firme entre tantas mudanzas.

MARQUÉS.
Aurora del claro día
En que te dieron mis ojos,
Con toda el alma en despojos,
La libertad que tenía;
Aurora, que el sol envía
Cuando en mi pena anochece,
Por quien ya cuanto florece
Viste colores hermosas,
Pues entre perlas y rosas
De tus labios amanece:
Desde que de Mantua vine,
Hice con poca ventura
Eleccion de tu hermosura,
Que no hay alma que no incline.
¿Qué mal mi engaño previene,
Puesto que el alma te adora,
Pues solo sirve, Señora,
De que te canses de mí,
lallando mi noche en tí,
Cuando te suspiro aurora!
lo el verte desdicha ha sido;
Que ver luz nunca lo fué,
ano que mi amor te dé
Causa para tanto olvido.
Mi partida he prevenido,
que es el remedio mejor:
fugitivo á tu rigor,
oy á buscar resistencia
En los milagros de ausencia
en las venganzas de amor.
Dame licencia y la mano.

AURORA.
lo se morirá de triste
él que tan poco resiste,
si galán ni cortesano,
Marqués, el primer desden;
que no están hechos favores
Para primeros amores
Antes que se quiera bien.
Poco amais, poco sufris;
Pero en tal desigualdad,
Con la misma libertad
Que licencia me pedis,
Os mando que no os partais.

MARQUÉS.
Señora, á tan gran favor,
Aunque parece rigor,
Con que esperar me mandais,
No los diez años que á Troya
Cercó el griego, ni los siete
Del pastor á quien promete
Laban su divina joya,
Pero siglos inmortales,
Como Tántalo, estaré
Entre la duda y la fe
De vuestros bienes y males.

L-1.

Albricias quiero pedir
A mi amor de mi esperanza.
Mientras el bien no se alcanza,
Méritos tiene el sufrir.

Salen EL DUQUE, FEDERICO y BATIN.

DUQUE.
Escríbeme el Pontífice por esta
Que luego á Roma parta.

FEDERICO.
Y ¿no dice la causa en esa carta?

DUQUE.
Y qué sea la respuesta,
Conde, partirme al punto.

FEDERICO.
Si lo encubres, Señor, no lo pregunto.

DUQUE.
¿Cuándo te encubro yo, Conde, mi pe-
Solo puedo decirte que sospecho [cho?
Que con las guerras que en Italia tiene,
Si numeroso ejército previene,
Podemos presumir que hacerme intenta
General de la Iglesia; que á mi cuenta
También querrá que con dinero ayude,
Si no es que en la elección de intento
FEDERICO. [mude.

No en vano lo que piensas me encubrias,
Si solo te partias;
Que ya será conmigo; que á tu lado
No pienso que tendrás mejor soldado.

DUQUE.
Eso no podrá ser, porque no es justo,
Conde, que sin los dos mi casa quede.
Ninguno como tú regiría puede:
Esto es razon y hasta ser mi gusto.

FEDERICO.
No quiero darte, gran Señor, disgusto.
Pero en Italia ¿qué dirán si quedo?

DUQUE. [puedo
Que esto es gobierno, y que sufrir no
Aun de mi propio hijo compañía.

FEDERICO.
Notable prueba en la obediencia mia.
(Vase el Duque.)

BATIN.
Mientras con el Duque hablaste,
He reparado en que Aurora,
Sin hacer caso de tí,
Con el Marqués habla á solas.

FEDERICO.
¿Con el Marqués?

BATIN.
Sí, Señor.

FEDERICO.
Y ¿qué piensas tú que importa?

AURORA. (Al Marqués.)
Esta banda prenda sea
Del primer favor.

MARQUÉS.
Señora,
Será cadena en mi cuello,
Será de mi mano esposa,
Para no darla en mi vida:
Si queréis que me la ponga,
Será doblado el favor.

AURORA.
(Ap. Aunque es venganza amorosa,
Parece á mi amor agravio.)
Porque de dueño mejora,
Os ruego que os la pongais.

BATIN.
Ser las mujeres traidoras
Fué de la naturaleza
Invencion maravillosa;
Porque, si no fueran falsas

(Algunas digo, no todas),
Idolatraran en ellas
Los hombres, que las adoran.
¿No ves la banda?

FEDERICO.
¿Qué banda?

BATIN.
¿Qué banda? ¿Graciosa cosa!
Una que lo fué del sol,
Cuando lo fué de una sola,
En la gracia y la hermosura,
Planetas con que la adorna;
Y agora, como en eclipse,
Del dragon lo extremo toca.
Yo me acuerdo, cuando fuera
La banda de la discordia,
Como la manzana de oro
De París y las tres diosas.

FEDERICO.
Eso fué entonces, Batin;
Pero es otro tiempo agora.

AURORA. (Al Marqués.)
Venid al jardín conmigo.
(Vanse los dos.)

BATIN.
¿Con qué libertad la toma
De la mano y se van juntos!

FEDERICO.
¿Qué quieres, si se conforman
Las almas?

BATIN.
¿Eso respondes?

FEDERICO.
¿Qué quieres que te responda?

BATIN.
Si un cisne no sufre al lado
Otro cisne, y se remonta
Con su prenda muchas veces
A las extranjerías ondas;
Y un gallo, si al de otra casa
Con sus gallinas le topa,
Con el suyo le deshace
Los picos de la corona;
Y encrespando su turbante,
Turco por la barba roja,
Celoso vencerle intenta
Hasta en la nocturna solfa;
¿Cómo sufres que el Marqués
A quitarte se disponga
Prenda que tanto quisiste?

FEDERICO.
Porque la venganza propia
Para castigar las damas,
Que á los hombres ocasionan,
Es dejarlas con su gusto;
Porque aventura la honra
Quien la pone en sus mudanzas.

BATIN.
Dame por Dios una copia
De ese arancel de galanes,
Tomaré de memoria.
No, Conde: misterio tiene
Tu sufrimiento, perdona;
Que pensamientos de amor
Son arcaduces de noria,
Y deja el agua primera
El que la segunda toma.
Por nuevo cuidado dejas
El de Aurora; que si sobra
El agua, ¿cómo es posible
Que pueda ocuparse de otra?

FEDERICO.
Bachiller estás, Batin,
Pues con fuerza cautelosa
Lo que no entiendo de mí
A presumir te provocas.
Entra, y mira qué hace el Duque,
Y de partida te informa,

Porque vaya á acompañarle.

BATIN.

Sin causa necio me nombras,
Porque abonar tus tristezas
Fuera mas necia lisonja.

(Vase.)

FEDERICO.

¿Qué buscas, imposible pensamiento?
Barbaro, ¿qué me quieres? Qué me in-

[citas?

¿Por qué la vida sin razon me quitas,
Donde volando aun no te quiere el vien-
Deten el vagaroso movimiento; ¿lo?
Que la muerte de entrambos sollicitas:
Déjame descansar, y no permitas
Tan triste fin á tan glorioso intento.

No hay pensamiento, si rindió despo-

[jos,

Que sin determinado fin se aumente,
Pues dándole esperanzas, sufre enojos.

Todo es posible á quien amando in-
Y solo tú naciste de mis ojos, [tente;
Para ser imposible eternamente.

Sale CASANDRA.

CASANDRA. (Ap.)

Entre agravios y venganzas
Anda sollicito amor
Después de tantas mudanzas,
Sembrando contra mi honor
Mal nacidas esperanzas.
En cosas inaccesibles
Quiere poner fundamentos,
Como si fuesen visibles;
Que no puede haber contentos
Fundados en imposibles.
En el ánimo que inclino
Al mal, por tantos disgustos
Del Duque, loca imagino
Hallar venganzas y gustos
En el mayor desatino.
Al galan Conde y discreto,
Y su hijo, ya permito
Para mi venganza efeto,
Pues para tanto delito
Conviene tanto secreto.
Vile turbado, llegando
A decir su pensamiento,
Y desmayarse temblando,
Aunque es mas atrevimiento
Hablar un hombre callando.
Pues de aquella turbacion
Tanto el alma satisface,
Dándome el Duque ocasion,
Que hay dentro de mí quien dice
Que si es amor, no es traicion;
Y que cuando ser pudiera
Rendirme desesperada
A tanto valor, no fuera
La postrera enamorada,
Ni la traidora primera.
A sus padres han querido
Sus hijas, y sus hermanos
Algunas: luego no han sido
Mis sucesos inhumanos,
Ni mi propia sangre olvido.
Pero no es disculpa igual
Que haya otros males, de quien
Me valga en peligro tal;
Que para pecar no es bien
Tomar ejemplo del mal.
Este es el Conde. ¡Ay de mí!
Pero ya determinada,
¿Qué temo?

FEDERICO. (Ap.)

Ya viene aquí,
Desnuda la dulce espada,
Por quien la vida perdí.
¡Oh hermosura celestial!

CASANDRA.

¿Cómo te va de tristeza,

Federico, en tanto mal?

FEDERICO.

Responderé á vuestra alteza
Que es mi tristeza immortal.

CASANDRA.

Destemplan melancolías
La salud: enfermo estás.

FEDERICO.

Traigo unas necias porfías,
Sin que pueda decir mas,
Señora, de que son mías.

CASANDRA.

Si es cosa que yo la puedo
Remediar, fia de mí,
Que en amor tu amor excedo.

FEDERICO.

Mucho fiara de tí;
Pero no me deja el miedo.

CASANDRA.

Dijíste me que era amor
Tu mal.

FEDERICO.

Mi pena y mi gloria
Nacieron de su rigor.

CASANDRA.

Pues oye una antigua historia;
Que el amor quiere valor.
Antüco, enamorado
De su madrastra, enfermó
De tristeza y de cuidado.

FEDERICO.

Bien hizo si se murió;
Que yo soy mas desdichado.

CASANDRA.

El Rey su padre, afligido,
Cuanto médicos tenia
Juntó, y fué tiempo perdido;
Que la causa no sufría
Que fuese amor conocido.
Mas Erostrato, mas sabio
En su ciencia que Galeno,
Conoció luego su agravio;
Pero que estaba el veneno
Entre el corazon y el labio.
Tomóle el pulso, y mandó
Que cuantas damas habla
En palacio, entrasen.

FEDERICO.

Yo
Presumo, Señora mia,
Que algun espíritu habló.

CASANDRA.

Cuando su madrastra entraba,
Conoció en la alteracion
Del pulso, que ella causaba
Su mal.

FEDERICO.

¡Extraña invencion!

CASANDRA.

Tal en el mundo se alaba.

FEDERICO.

Y ¿tuvo remedio ansi?

CASANDRA.

No niegues, Conde, que yo
He visto lo mismo en tí.

FEDERICO.

Pues ¿enojaráste?

CASANDRA.

No.

FEDERICO.

Y ¿tendrás lástima?

CASANDRA.

Sí.

FEDERICO.

Pues, Señora, yo he llegado,

Perdido á Dios el temor

Y al Duque, á tan triste estado,
Que este mi imposible amor
Me tiene desesperado.

En fin, Señora, me veo

Sin mí, sin vos y sin Dios:

Sin Dios, por lo que os deseo;

Sin mí, porque estoy sin vos;

Sin vos, porque no os poseo.

Y por si no lo entendeis,

Haré sobre estas razones

Un discurso, en que podréis

Conocer de mis pasiones

La culpa que vos teneis.

Aunque dicen que el no ser

Es, Señora, el mayor mal,

Tal por vos me vengo á ver,

Que para no verme tal,

Quisiera dejar de ser.

En tantos males me empleo,

Después que mi ser perdí,

Que aunque no verme deseo,

Para ver si soy quien fui,

En fin, Señora, me veo.

Al decir que soy quien soy,

Tal estoy, que no me atrevo,

Y por tales pasos voy,

Que aun no me acuerdo que debo

A Dios la vida que os doy.

Culpa tenemos los dos

Del no ser que soy agora,

Pues olvidado por vos

De mí mismo, estoy, Señora,

Sin mí, sin vos y sin Dios.

Sin mí no es mucho, pues ya

No hay vida sin vos, que pida

Al mismo que me la da;

Pero sin Dios, con ser vida,

¿Quién sino mi amor está?

Si en deseáros me empleo,

Y él manda no desear

La hermosura que en vos veo,

Claro está que vengo á estar

Sin Dios, por lo que os deseo.

¡Oh, qué loco barbarismo

Es presumir conservar

La vida en tan ciego abismo

Hombre que no puede estar

Ni en vos ni en Dios ni en sí mismo!

¿Qué habemos de hacer los dos,

Pues á Dios por vos perdí,

Después que os tengo por Dios,

Sin Dios, porque estáis en mí,

Sin mí, porque estoy sin vos?

Por haceros solo bien,

Mis males vengo á sufrir;

Yo tengo amor, vos desden,

Tanto, que puedo decir:

Mirad ¡con quién y sin quién!

Sin vos y sin mí peleo

Con tanta desconfianza:

Sin mí, porque en vos ya veo

Imposible mi esperanza;

Sin vos, porque no os poseo.

CASANDRA.

Conde, cuando yo imagino

A Dios y al Duque, confieso

Que tiemblo, porque advino

Juntos para tanto exceso

Poder humano y divino;

Pero viendo que el amor

Halló en el mundo disculpa,

Hallo mi culpa menor,

Porque hace menor la culpa

Ser la disculpa mayor.

Muchos ejemplo me dieron;

Que á errar se determinaron;

Porque los que errar quisieron,

Siempre miran los que erraron,

No los que se arrepintieron.

Si remedio puede haber,

Es huir de ver y hablar;

Porque con no hablar ni ver,
O el vivir se ha de acabar,
O el amor se ha de vencer.
Huye de mí; que de tí
Yo no sé si huir podré,
O me dará muerte á mí.

FEDERICO.

Yo, Señora, moriré;
Que es lo mas que haré por mí.
No quiero vida: ya soy
Cuerpo sin alma, y de suerte
A buscar mi muerte voy,
Que aun no pienso hallar mi muerte,
Por el placer que me doy.
Sola una mano suplico
Que me des; dame el veneno
Que me ha muerto.

CASANDRA.

Federico,
Todo principio condeno,
Si pólvora al fuego aplico.
Véte con Dios.

FEDERICO.

¡Qué traición!

CASANDRA. (Ap.)

Ya determinada estuve;
Pero advertir es razon
Que por una mano sube
El veneno al corazón.

FEDERICO.

Sirena, Casandra, fuiste:
Cantaste para meterme
En el mar, donde me diste
La muerte.

(Entrándose cada uno por su parte.)

CASANDRA.

Yo he de perderme:
Ten, honor; fama, resiste.

FEDERICO.

Apenas á andar acierto.

CASANDRA.

Alma y sentidos perdí.

FEDERICO.

¡Oh, qué extraño desconcierto!

CASANDRA.

Yo voy muriendo por tí.

FEDERICO.

Yo no, porque ya voy muerto.

ACTO TERCERO.

Salen AURORA y EL MARQUÉS.

AURORA.

Yo te he dicho la verdad.

MARQUÉS.

No es posible persuadirme.
Mira si nos oye alguno,
Y mira bien lo que dices.

AURORA.

Para pedirte consejo,
Quise, Marqués, descubrirte
Esta maldad.

MARQUÉS.

¿De qué suerte
Ver á Casandra pudiste
Con Federico?

AURORA.

Está atento.
Yo te confieso que quise
Al Conde, de quien lo fui,
Mas traidor que el griego Ulises.
Creció nuestro amor el tiempo;
Mi casamiento previne,
Cuando fueron por Casandra,
En fe de palabras firmes,

Si lo son las de los hombres
Cuando sus iguales sirven.
Fué Federico por ella,
De donde vino tan triste,
Que en proponiéndole el Duque
Lo que de los dos le dije,
Se disculpó con tus celos.

Y como el amor permite
Que cuando camina poco,
Fingidos celos le piquen,
Díselos contigo, Carlos;
Pero el mismo efeto hice
Que en un diamante; que celos
Donde no hay amor, no imprimen.
Pues viéndome despreciada
Y á Federico tan libre,

Dí en inquirir la ocasión;
Y como celos son linceos
Que las paredes penetran,
A saber la causa vine.
En correspondencia tiene,
Sirviéndoles de tapices
Retratos, vidrios y espejos,
Dos iguales camarines
El tocador de Casandra;
Y como sospechas pisen
Tan quedo, dos cuerdas antes
Miré y vi; caso terrible!
En el cristal de un espejo
Que el Conde las rosas mide
De Casandra con los labios.
Con esto, y sin alma, fuíme,
Donde lloré mi desdicha
Y la de los dos; que viven,
Ausente el Duque, tan ciegos,
Que parece que compiten
En el amor y el desprecio,
Y gustan que se publique
El mayor atrevimiento
Que pasara entre gentiles,
O entre los desnudos cañes
Que lobos marinos visten.
Parecióme que el espejo
Que los abrazos repite,
Por no ver tan gran fealdad
Escureció los alindes;

Pero, mas curioso amor,
La infame empresa prosigue,
Donde no ha quedado agravio
De que no me certifique.
El Duque dicen que viene
Vitorioso, y que le ciñen
Sacros laureles la frente
Por las hazañas felices
Con que del pastor de Roma
Los enemigos reprime.
Dime: ¿qué tengo de hacer
En tanto mal? Que me afligen
Sospechas de mayor daño,
Si es verdad que me dijiste
Tantos amores con alma;
Aunque soy tan infelice,
Que parecerás al Conde
En engañarme ó en irte.

MARQUÉS.

Aurora, la muerte sola
Es sin remedio invencible,
Y aun á muchos hace el tiempo
En el tálamo fenices;
Porque dicen que no mueren
Los que por su fama viven.
Dile que te case al Duque;
Que, como el sí me confirmes,
Con irnos los dos á Mantua,
No hayas miedo que peligros.
Que si se arroja en el mar,
Con el dolor insufrible
De los hijos que le quitan
Los cazadores, el tigre,
Cuando no puede alcanzarlos,
¿Qué hará el ferrarés Aquiles
Por el honor y la fama?

¿Cómo quieres que se limpie
Tan fea mancha sin sangre,
Para que jamás se olvide,
Si no es que primero el cielo
Sus libertades castigue,
Y por gigantes de infamia
Con vivos rayos fulmine?
Este consejo te doy.

AURORA.

Y de tu mano le admite
Mi turbado pensamiento.

MARQUÉS.

Será de la nueva Circe
El espejo de Medusa,
El cristal en que la viste.

Salen FEDERICO y BATIN.

FEDERICO.

¿Que no ha querido esperar
Que salgan á recibirle?

BATIN.

Apenas el Duque vió
Los deseados confines,
Cuando dejando la gente,
Y aun sin querer que te avisen,
Tomó caballos y parte:
Tan mal el amor resiste,
Y los deseos de verte;
Que, aunque es justo que le obligue
La Duquesa, no hay amor
A quien el tuyo no prive.
Eres el sol de sus ojos,
Y cuatro meses de eclipse
Le han tenido sin paciencia.
Tú, Conde, el triunfo apercibe
Para cuando todos vengan;
Que las escuadras que rigen
Han de entrar con mil trofeos,
Llenos de dorados timbres.

FEDERICO.

Aurora, ¿siempre á mis ojos
Con el Marqués?

AURORA.

¿Qué donaire!

FEDERICO.

¿Con ese túbio desaire
Respondes á mis enojos?

AURORA.

Pues ¿qué maravilla ha sido
El darte el Marqués cuidado?
Parece que has despertado,
De cuatro meses dormido.

MARQUÉS.

Yo, señor Conde, no sé
Ni he sabido que sentis
Lo que agora me decís;
Que á Aurora he servido en fe
De no haber competidor,
Y mas si como vos fuera,
A quien humilde rindiera
Cuanto no fuera mi amor.
Bien sabeis que nunca os vi
Servirla; mas siendo gusto
Vuestro que la deje, es justo;
Que mucho mejor que en mí
Se emplea en vos su valor.

(Vase.)

AURORA.

¿Qué es esto que has intentado?
O ¿qué frenesí te ha dado
Sin pensamiento de amor?
¿Cuántas veces al Marqués
Hablando conmigo viste,
Desde que diste en ser triste,
Y mucho tiempo después?
Y aun no volviste á mirarme,
Cuanto mas á divertirme.
¿Agora celoso y firme,
Cuando pretendo casarme?

Conde, ya estás entendi(lo).
Déjame casar, y advierte
Que antes me dará la muerte
Que ayudar lo que has fingido.
Vuelvete, Conde, á estar triste,
Vuelve á tu suspensa calma;
Que tengo muy en el alma
Los desprecios que me hiciste.
Ya no me acuerdo de tí.
¡Invenciones! Dios te guarde.
Por tu vida, que es muy tarde
Para valerte de mí.

BATIN.

¿Qué has hecho?

FEDERICO.

No sé, por Dios.

BATIN.

Al emperador Tiberio
Pareces, si no hay misterio
En dividir á los dos.
Hizo matar su mujer,
Y habiéndose ejecutado,
Mandó, á la mesa sentado,
Llamarla para comer.
Y Mesala fué un romano
Que se le olvidó su nombre.

FEDERICO.

Yo me olvido de ser hombre.

BATIN.

O eres como aquel villano
Que dijo á su labradora,
Después que de estar casados
Eran dos años pasados:
«Ojinegra es la señora.»

FEDERICO.

¡Ay, Batin, que estoy turbado,
Y olvidado desatino!

BATIN.

Eres como el vizcaíno
Que dejó el macho enfrenado,
Y viendo que no comía,
Regalándole las crines,
Un Galeno de rocines
Trujo á ver lo que tenía;
El cual, viéndole con freno,
Fuera al vizcaíno echó;
Quitóle, y cuando volvió,
De todo el pesebre lleno
Apenas un grano había,
Porque con gentil despacho,
Después de la paja, el macho
Hasta el pesebre comía.
«Albétar, juras á Dios,
Dijo, es mejor que dótora,
Y yo y macho desde ahora
Queremos curar con vos.»
¿Qué freno es este que tienes,
Que no te deja comer,
Si médico puedo ser?
¿Qué aguardas? Qué te detienes?

FEDERICO.

¡Ay, Batin, no sé de mí!

BATIN.

Pues estése la cebada
Queda, y no me digas nada.

Salen CASANDRA y LUCRECIA.

CASANDRA.

¿Ya viene?

LUCRECIA.

Señora, sí.

CASANDRA.

¿Tan brevemente?

LUCRECIA.

Por verte

Toda la gente dejó.

CASANDRA.

No lo creas; pero yo
Mas quisiera ver mi muerte.
(*Hablan bajo los dos, apartándose los criados.*)

En fin, señor Conde, ¿viene
El Duque, mi señor?

FEDERICO.

Ya

Dicen que muy cerca está:

Bien muestra el amor que os tiene.

CASANDRA.

Muriendo estoy de pesar
De que ya no podré verte
Como solía.

FEDERICO.

¿Qué muerte

Pudo mi amor esperar,
Como su cierta venida?

CASANDRA.

Yo pierdo, Conde, el sentido.

FEDERICO.

Yo no, porque le he perdido.

CASANDRA.

Sin alma estoy.

FEDERICO.

Yo sin vida.

CASANDRA.

¿Qué habemos de hacer?

FEDERICO.

Morir.

CASANDRA.

¿No hay otro remedio?

FEDERICO.

No;

Porque perdiéndote yo,

¿Para qué quiero vivir?

CASANDRA.

Por eso ¿me has de perder?

FEDERICO.

Quiero fingir desde agora
Que sirvo y que quiero á Aurora,
Y aun pediría por mujer
Al Duque, para desvelos
Dél y de palacio, en quien
Yo sé que no se habla bien.

CASANDRA.

¿Agravios! ¿No bastan celos?

¿Casarte! ¿Estás, Conde, en tí?

FEDERICO.

El peligro de los dos

Me obliga.

CASANDRA.

¿Qué? ¿Vive Dios

Que si te burlas de mí,
Después que has sido ocasión
Desta desdicha, que á voces
Diga (¡oh qué mal me conoces!)
Tu maldad y mi traición!

FEDERICO.

Señora...

CASANDRA.

No hay que tratar.

FEDERICO.

Que te oirán.

CASANDRA.

Que no me impidas.

Quítame el Duque mil vidas;

Pero no te has de casar.

Salen FLORO, FEBO, RICARDO, AL-
BANO, LUCINDO, y EL DUQUE de-
trás, galan, de soldado.

RICARDO.

Ya estaban disponiendo recibirla.

DUQUE.

Mejor sabe mi amor adelantarse.

CASANDRA.

Es posible, Señor, que persuadirte
Pudiste á tal agravio?

FEDERICO.

Y de agravarse

Quejosa mi señora la Duquesa,
Parece que mi amor puede culparse.

DUQUE.

Hijo, el paterno amor, que nunca cesa
De amar su propia sangre y semejanza,
Para venir facilitó la empresa;
Que ni cansancio ni trabajo alcanza
A quien de ver á sus queridas prendas
Mal hiciera en sufrir larga esperanza.—
Y tú, Señora, así es razón que entiendas
El mismo amor, y en igualarte al Conde
Por encarecimiento, no te ofendas.

CASANDRA.

Tu sangre y su virtud, Señor, responde
Que merece el favor: yo le agradezco,
Pues tu valor al suyo corresponde.

DUQUE.

Bien sé que á entrambos ese amor merez-
Y que estoy de los dos tan obligado, [co,
Cuanto mostraren la ocasión me ofrezco.
Que Federico gobernó mi estado
En mi ausencia, he sabido, tan discreto,
Que vasallo ninguno se ha quejado.
En medio de las armas, os prometo
Que imaginaba yo con la prudencia
Que se mostraba senador perfecto.
¡Gracias á Dios, que con infame ausencia
Los enemigos del Pastor romano
Respetan en mi espada su presencia!
Ceñido de laurel besé su mano,
Después que me miró Roma triunfante,
Como si fuera el español Trajano.
Y así, pienso trocar de aquí adelante [bre,
La inquietud en virtud, porque mi nom-
Como le aplaude aquí, después le cante;
Que cuando llega á tal estado un hombre,
No es bien que ya que de valor mejora,
El vicio mas que la virtud le nombre.

RICARDO.

Aquí vienen, Señor, Carlos y Aurora.

Salen EL MARQUÉS y AURORA.

AURORA.

Tan bien venido vuestra alteza sea,
Como le está esperando quien le adora.

MARQUÉS.

Dad las manos á Carlos, que desea
Que conozcáis su amor.

DUQUE.

Paguen los brazos
Deudas del alma á quien tan bien se em-
[plea.

Aunque siente el amor los largos plazos,
Todo lo goza el venturoso día
Que llega á merecer tan dulces lazos.
Con esto, amadas prendas, yo querría
Descansar del camino, y porque estarde,
Después celebraréis tanta alegría.

CONDE.

Un siglo el cielo, gran Señor, te guarde.

Todos se van con el Duque, y quedan
BATIN y RICARDO.

BATIN.

¡Ricardo amigo!

RICARDO.

¡Batin!

BATIN.

¿Cómo fué por esas guerras?

RICARDO.

Como quise la justicia,
Siendo el cielo su defensa:
Llana queda Lombardia,
Y los enemigos quedan
Puestos en fuga afrentosa,
Porque el león de la Iglesia
Pudo con solo un bramido
Dar con sus armas en tierra.
El Duque ha ganado un nombre
Que por toda Italia suena;
Que si mil mató Saul,
Cantan por él las doncellas
Que David mató cien mil;
Con que ha sido tal la enmienda,
Que traemos otro Duque.
Ya no hay damas, ya no hay cenas,
Ya no hay broqueles ni espadas,
Ya solamente se acuerda
De Casandra, ni hay amor
Mas que el Conde y la Duquesa.
El Duque es un santo ya.

BATIN.

¿Qué me dices? ¿Qué me cuentas?

RICARDO.

Que, como otros con las dichas
Dan en vicios y en soberbias,
Y á todos tienen en poco
(Tan inmortales se sueñan),
El Duque se ha vuelto humilde,
Y parece que desprecia
Los laureles de su triunfo;
Que el aire de las banderas
No le ha dado vanagloria.

BATIN.

¡Plégue al cielo que no sea,
Después de estas humildades,
Como aquel hombre de Atenas,
Que pidió á Vénus le hiciese
Mujer, con ruegos y ofrendas,
Una gata dominica,
Quiero decir, blanca y negra!
Estando en su estrado un día
Con moño y naguas de tela,
Vió pasar un animal
De aquestos, como poetas,
Que andan royendo papeles;
Y dando un salto ligera
De la tarima al raton,
Mostró que en naturaleza
La que es gata, será gata,
La que es perra, será perra,
In saecula saeculorum.

RICARDO.

No hayas miedo tú que vuelva
El Duque á sus mocedades;
Y mas si á los hijos llega,
Que con las manillas blandas
Las barbas mas graves peinan
De los mas fieros leones.

BATIN.

Yo me holgaré de que sea
Verdad.

RICARDO.

Pues, Batin, adios.

BATIN.

¿Dónde vas?

RICARDO.

Fabia me espera. (Vase.)

Sale EL DUQUE, con algunos memoriales.

DUQUE.

¿Está algún criado aquí?

BATIN.

Aquí tiene vuestra alteza
El mas humilde.

DUQUE.

¡Batin!

BATIN.

Dios te guarde. Bueno llegas.
Dame la mano.

DUQUE.

¿Qué hacías?

BATIN.

Estaba escuchando nuevas
De tu valor á Ricardo,
Que es tan gran cronista dellas.
Héctor de Italia te hacia.

DUQUE.

¿Cómo ha pasado en mi ausencia
El gobierno con el Conde?

BATIN.

Cierto, Señor, que pudiera
Decir que igualó en la paz
Tus hazañas en la guerra.

DUQUE.

¿Llévose bien con Casandra?

BATIN.

No se ha visto, que yo sepa,
Tan pacífica madrastra
Con su alnado: es muy discreta
Y muy virtuosa y santa.

DUQUE.

No hay cosa que le agradezca
Como estar bien con el Conde;
Que, como el Conde es la prenda
Que mas quiero y mas estimo,
Y conocí su tristeza

Cuando á la guerra partí,
Notablemente me alegra
Que Casandra se portase
Con él con tanta prudencia,
Y estén en paz y amistad,
Que es la cosa que desea
Mi alma con mas afecto
De cuantas pedir pudiera
Al cielo; y así, en mi casa
Hoy dos victorias se cuentan:
La que de la guerra traigo,
Y la de Casandra bella,
Conquistando á Federico.
Yo pienso de hoy mas quererla
Sola en el mundo, obligado
Desta discreta fineza,
Y cansado juntamente
De mis mocedades necias.

BATIN.

Milagro ha sido del Papa
Llevar, Señor, á la guerra
Al duque Luis de Ferrara,
Y que un ermitaño vuelva.
Por Dios, que puedes fundar
Otra Camándula.

DUQUE.

Sépan

Mis vasallos que otro soy.

BATIN.

Mas, dígame vuestra alteza,
¿Cómo descansó tan poco?

DUQUE.

Porque al subir la escalera
De palacio, algunos hombres
Que aguardaban mi presencia,
Me dieron estos papeles;
Y temiendo que son quejas,
Quise descansar en verlos,
Y no descansar con ellas.
Véte, y déjame aquí solo;
Que deben los que gobiernan
Esta atención á su oficio.

BATIN.

El cielo, que remunera
El cuidado de quien mira
El bien público, prevenga

Laureles á tus victorias,
Siglos á tu fama eterna.

(Vase.)

DUQUE.

Este dice: (Lee.) «Señor, yo soy Estacio,
Que estoy en los jardines de palacio,
Y enseñando á plantar yerbas y flores.
Planté seis hijos: á los dos mayores
Suplico que les deis...» — Basta, ya en-

[iendo.

Con mas cuidado ya premiar pretendo.
(Lee.) «Lucinda dice que quedó viuda
Del capitán Arnaldo...» — También pide.
(Lee.) «Albano, quehás seis años que re-

[side...

Este pide también. (Lee.) «Julio Camilo,
Preso porque sacó...» — Del mismo es-

[tito.

(Lee.) «Paula — San German, doncella

[honrada...

Pues si es honrada, no le falta nada.
Si no quiere que yo la dé marido.
Este viene cerrado, y mal vestido
Un hombre me le dió, todo turbado,
Que quise detenerle con cuidado.

(Lee.) «Señor, mirad por vuestra casa

[atento;

Que el Conde y la Duquesa en vuestra

[ausencia...

—No me ha sido traidor el pensamiento.
Habrá regido mal, tendré paciencia. —

«Ofenden con infame atrevimiento
Vuestra cama y honor.» — ¿Qué resisten-

Harán á tal desdicha mis enojos! — [cia

«Si sois discreto, os lo dirán los ojos.»

¿Qué es esto que estoy mirando?

Letras, ¿decís esto ó no?

¿Sabeis que soy padre yo

De quien me estáis informando

Que el honor me está quitando?

Mentis; que no puede ser.

Casandra ¡me ha de ofender!

¿No veis que es mi hijo el Conde?

Pero ya el papel responde

Que es hombre y ella mujer.

¡Oh fieras letras villanas!

Pero diréisme que sepa

Que no hay maldad que no quapa

En las flaquezas humanas.

De las iras soberanas

Debe de ser permission.

Esta fué la maldición

Que á David le echó Natan:

La misma pena me dan,

Y es Federico Absalon.

Pero mayor viene á ser,

Cielo, si así me castigas;

Que aquellas eran amigas,

Y Casandra es mi mujer.

El vicioso proceder

De las mocedades mías

Trujo el castigo y los días

De mi tormento, aunque fué

Sin gozar á Betsabé

Ni quitar la vida á Urias.

¡Oh traidor hijo! Si ha sido

Verdad? Porque yo no creo

Que emprenda caso tan feo

Hombre de otro hombre nacido.

Pero si me has ofendido,

¡Oh si el cielo me otorgara,

Que, después que te matara,

De nuevo á hacerte volviera,

Pues tantas muertes te diera,

Cuantas veces te engendrara!

¡Qué deslealtad! ¡Qué violencia!

¡Oh, ausencia, y qué bien se dijo

Que aun un padre de su hijo

No tiene segura ausencia!

¿Cómo sabré con prudencia

Verdad que no me disfame

Con los testigos que llame?

Ni así la pedré saber;

Porque ¿quién ha de querer
Decir verdad tan infame?
Mas ¿de qué sirve informarme?
Pues esto no se dijera
De un hijo, cuando no fuera
Verdad que pudo infamarme.
Castigarle no es vengarme,
Ni sé venga el que castiga,
Ni esto á informacion me obliga;
Que mal que el honor estraga,
No es menester que se haga,
Porque basta que se diga.

Sale FEDERICO.

FEDERICO.
Sabiendo que no descansas,
Vengo á verte.

DUQUE.
Dios te guarde.

FEDERICO.
Y á pedirte una merced.

DUQUE.
Antes que la pidas, sabe
Que mi amor te la concede.

FEDERICO.
Señor, cuando me mandaste
Que con Aurora, mi prima,
Por tu gusto me casase,
Lo fuera notable mio;
Pero fueron mas notables
Los celos de Carlos, y ellos
Entonces causa bastante
Para no darte obediencia.
Mas después que te ausentaste,
Supé que mi grande amor
Hizo que ilusiones tales
Me trujesen divertido.
En efeto, hicimos paces,
Y le prometí, Señor,
En satisfacion, casarme,
Como me diese licencia,
Luego que el baston dejases.
Esta te pido y suplico.

DUQUE.
No pudieras, Conde, darme
Mayor gusto. Vete agora,
Porque trate con tu madre,
Pues es justo darle cuenta;
Que no es razon que te cases
Sin que lo sepa, y le pidas
Licencia como á tu padre.

FEDERICO.
No siendo su sangre yo,
¿Para qué quiere dar parte
Vuestra alteza á mi señora?

DUQUE.
¿Qué importa no ser tu sangre,
Siendo tu madre Casandra?

FEDERICO.
Mi madre Laurencia yate
Muchos años há difunta.

DUQUE.
¿Sientes que madre la llame?
Pues dicenme que en mi ausencia,
De que tengo gusto grande,
Estuvistes muy conformes.

FEDERICO.
Eso, Señor, Dios lo sabe;
Que prometo á vuestra alteza
(Aunque no acierto en quejarme,
Pues la adora, y es razon)
Que aunque es para todos angel,
Que no lo ha sido conmigo.

DUQUE.
Pésame de que me engañen;
Que me dicen que no hay cosa
Que mas Casandra regale.

FEDERICO.
A veces me favorece,
Y á veces quiere mostrarme
Que no es posible ser hijos
Los que otras mujeres parean.

DUQUE.
Dices bien, y yo lo creo;
Y ella pudiera obligarme
Mas que en querermelo en quererte,
Pues con estas amistades
Aseguraba la paz.
Vete con Dios.

FEDERICO.
El te guarde. *(Vase.)*
DUQUE.

No sé cómo he podido
Mirar, Conde traidor, tu infame cara.
¿Qué libre! ¿Qué fingido
Con la invencion de Aurora se repara,
Para que yo no entienda
Que puede ser posible que me ofenda!
Lo que mas me asegura
Es ver con el cuidado y diligencia
Que á Casandra murmura
Que le ha tratado mal en esta ausencia;
Que piensan los delitos
Que callan cuando están hablando á gri-
De que la llama madre *[tos]*
Se corre, y dice bien, pues es su amiga
La mujer de su padre,
Y no es justo que ya madre se diga.
Pero yo, ¿cómo creo
Con tal facilidad caso tan feo?
No puede un enemigo
Del Conde haber tan gran traicion for-
Porque con su castigo, *[jado,*
Sabiendo mi valor, quede vengado?
Ya de haberlo creído,
Si no estoy castigado, estoy corrido,

Salen CASANDRA y AURORA.

AURORA.
De vos espero, Señora,
Mi vida en esta ocasion.
CASANDRA.
Ha sido digna eleccion
De tu entendimiento, Aurora.

AURORA.
Aquí está el Duque:

CASANDRA.
Señor,
¿Tanto desvelo!

DUQUE.
A mi estado
Debo, por lo que he faltado,
Estos indicios de amor;
Si bien del Conde y de vos
Ha sido tan bien regido,
Como muestra, agradecido
Este papel, de los dos.
Todos sabian aquí
Lo que los dos merecáis.

CASANDRA.
Al Conde, Señor, debeis
Ese cuidado, no á mi;
Que sin lisonja os prometo
Que tiene heróico valor,
En toda accion superior,
Gallardo como discreto.
Un retrato vuestro ha sido.

DUQUE.
Ya sé que me ha retratado
Tan igual en todo estado,
Que por mí le habeis tenido;
De que os prometo, Señora,
Debida satisfaccion.

CASANDRA.
Una nueva peticion

Os traigo, Señor, de Aurora
Carlos la pide, ella quiere,
Y yo os lo suplico.

DUQUE.
Creo
Que le ha ganado el deseo
Quien en todo le prefiere.
El Conde se va de aquí,
Y me la ha pedido agora.

CASANDRA.
¿El Conde ha pedido á Aurora!

DUQUE.

Sí, Casandra.

CASANDRA.
¿El Conde!

DUQUE. Sí.

CASANDRA.

Solo de vos lo creyera.

DUQUE.

Y así, se la pienso dar.

Mañana se han de casar.

CASANDRA.

Será como Aurora quiera.

AURORA.

Perdóneme vuestra alteza;

Que el Conde no será mio.

DUQUE.

¿Qué espero? Mas ¿qué porfio?

Pues, Aurora, en gentileza,

Entendimiento y valor

¿No vence al Marqués?

AURORA.

No sé.

Cuando quise y le rogué,

El me desprecio, Señor;

Y agora que él quiere, es justo

Que yo le desprecie á él.

DUQUE.

Hazlo por mí, no por él.

AURORA.

El casarse ha de ser gusto;

Yo no le tengo del Conde.

DUQUE.

Extraña resolucion!

CASANDRA.

Aurora tiene razon,

Aunque atrevida responde.

DUQUE.

No tiene, y ha de casarse,

Aunque le pese.

CASANDRA.

Señor,

No useis del poder; que amor

Es gusto, y no ha de forzarse.

(Ap. ¡Ay de mí; que se ha cansado

El traidor Conde de mí!)

(Vanse Aurora y el Duque.)

Sale FEDERICO.

FEDERICO.

¿No estaba mi padre aquí?

CASANDRA.

¿Con qué infame desenfado,

Traidor Federico, vienes,

Habiendo pedido á Aurora

Al Duque?

FEDERICO.

Paso, Señora;

Mira el peligro que tienes.

CASANDRA.

¿Qué peligro, cuando estoy,

Villano, fuera de mí?

FEDERICO.
Pues ¿tú das voces así?

Sale EL DUQUE, acechando.

DUQUE.
Buscando testigos voy.
Desde aquí quiero escuchar;
Que aunque mal tengo de oír,
Lo que no puedo sufrir
Es lo que vengo á buscar.

FEDERICO.
Oye, Señora, y repara
En tu grandeza siquiera.

CASANDRA.
¿Cuál hombre en el mundo hubiera
Que cobarde me dejara,
Después de haber obligado
Con tantas ansias de amor
A su gusto mi valor?

FEDERICO.
Señora, aun no estoy casado.
Asegurar pretendí
Al Duque, y asegurar
Nuestra vida, que durar
No puede, Casandra, así;
Que no es el Duque algun hombre
De tan baja condicion,
Que á sus ojos, ni es razon,
Se infame su illustre nombre.
Basta el tiempo que tan ciegos
El amor nos ha tenido.

CASANDRA.
¡Oh, cobarde, mal nacido!
Las lágrimas y los ruegos
Hasta hacernos volver locas,
Robando las honras nuestras
(Que de las traiciones vuestras
Cuerdas se libraron pocas),
¡Agora son cobardías!
Pues, perro, ¿sin alma estoy?

DUQUE. (Ap.)
Si aguardo, de mármol soy.
¿Qué esperais, desdichas mías?
Sin tormento han confesado...
Pero sin tormento no;
Que claro está que soy yo
A quien el tormento han dado.
No es menester mas testigo;
Confesaron de una vez.
Prevenid, pues sois juez,
Honra, sentencia y castigo.
Pero de tal suerte sea
Que no se infame mi nombre;
Que en público siempre á un hombre
Queda alguna cosa fea.
Y no es bien que hombre nacido
Sepa que yo estov sin honra,
Siendo enterrar la deshonra
Como no haberia tenido;
Que aunque parece defensa
De la honra el desagravio,
No deja de ser agravio
Cuando se sabe la ofensa.

CASANDRA.
¡Ay, desdichadas mujeres!
¡Ay, hombres falsos sin fe!

FEDERICO.
Digo, Señora, que haré
Todo lo que tú quisieres,
Y esta palabra te doy.

CASANDRA.
¿Será verdad?

FEDERICO.
Infalible.

CASANDRA.
Pues no haya amor imposible.
Tuya he sido y tuya soy;

No ha de faltar invencion
Para vernos cada día.

CONDE.
Pues véte, señora mía;
Y pues tienes discrecion,
Finge gusto, pues es justo,
Con el Duque:

CASANDRA.
Así lo haré
Sin tu ofensa; que yo sé
Que el que es fingido no es gusto.
(*Vanse.*)

Salen AURORA y BATIN.

BATIN.
Yo he sabido, hermosa Aurora,
Que ha de ser, ó ya lo es,
Tu dueño el señor Marqués,
Y que á Mantua vas, Señora;
Y así, vengo á suplicar
Que allá me lleves.

AURORA.
Batín,
Mucho me admiro. ¿A qué fin
Al Conde quieres dejar?

BATIN.
Servir mucho y medrar poco
Es un linaje de agravio
Que al mas cuerdo, que al mas sabio
O le mata ó vuelve loco.
Hoy te doy, mañana no,
Quizá te dará después...
—Yo no sé quizá quién es;
Mas sé que nunca *quizó*.
Fuera desto, está endiablado
El Conde. No sé qué tiene:
Ya triste, ya alegre viene,
Ya cuerdo, ya destemplado.
La Duquesa, pues, tambien
Insufrible y desigual;
Pues donde va á todos mal,
¿Quieres que me vaya bien?
El Duque, santo fingido,
Consigo á solas hablando,
Como hombre que anda buscando
Algo que se le ha perdido.
Toda la casa lo está;
Contigo á Mantua me voy.

AURORA.
St yo tan dichosa soy
Que el Duque á Carlos me da,
Yo te llevaré conmigo.

BATIN.
Beso mil veces tus pies,
Y voy á hablar al Marqués.

Sale EL DUQUE.

DUQUE.
(Ap. ¡Ay, honor, fiero enemigo!
¿Quién fué el primero que dió
Tu ley al mundo, y que fuese
Mujer quien en sí tuviese
Tu valor, y el hombre no?
Pues sin culpa el mas honrado
Te puede perder, honor,
Bárbaro legislador.
Fué tu inventor, no letrado.
Mas dejarla entre nosotros
Muestra que fuiste ofendido,
Pues esta invencion ha sido
Para que lo fuesen otros.)
Aurora...

AURORA.
Señor...
DUQUE.
Ya creo
Que con el Marqués te casa
La Duquesa, y yo á su ruego;

Que mas quiero contentarla,
Que dar este gusto al Conde.

AURORA.
Eternamente obligada
Quedo á servirte.

DUQUE.
Bien puedes
Decir á Carlos que á Mantua
Escriba al Duque, su tío.

AURORA.
Voy donde el Marqués aguarda
Tan dichosa nueva. (*Vase.*)

DUQUE.
Cielos,
Hoy se ha de ver en mi casa
No mas que vuestro castigo;
Alzad la divina vara.
No es venganza de mi agravio;
Que ya no quiero tomarla
En vuestra ofensa, y de un hijo
Ya fuera bárbara hazaña.
Este ha de ser un castigo
Vuestro no mas, porque valga
Para que perdone el cielo
El rigor por la templanza.
Seré padre, y no marido,
Dando la justicia santa
A un pecado sin vergüenza
Un castigo sin venganza.
Esto disponen las leyes
Del honor, y que no haya
Publicidad en mi afrenta,
Con que se doble mi infamia.
Quien en público castiga,
Dos veces su honor infama,
Pues después que le ha perdido,
Por el mundo le dilata.
La infame Casandra dejo
De piés y manos atada,
Con un tafetan cubierta,
Y por no escuchar sus ansias,
Con una liga en la boca;
Porque al decirle la causa,
Para cuanto quise hacer
Me dió lugar, desmayada.
Esto aun pudiera, ofendida,
Sufrir la piedad humana;
Pero dar la muerte á un hijo
¿Qué corazon no desmaya?
Solo de pensarlo ¡ay triste!
Tiembla el cuerpo, espira el alma,
Lloran los ojos, la sangre
Muere en las venas heladas,
El pecho se desalienta,
El entendimiento falta,
La memoria está corrida
Y la voluntad turbada.
Como arroyo que detiene
El hielo de noche larga,
Del corazon á la boca
Prende el dolor las palabras.
¿Qué quieres, amor? ¿No ves
Que Dios á los hijos manda
Honrar los padres, y el Conde
Su mandamiento quebranta?
Déjame, amor, que castigo
A quien las leyes sagradas
Contra su padre desprecia,
Pues tengo por cosa clara
Que si hoy me quita la honra,
La vida podrá mañana.
Cincuenta mató Artajerjes
Con menos causa, y la espada
De Dario, Torcuato y Bruto
Ejecutó sin venganza
Las leyes de la justicia.
Perdona, amor; no deshagas
El derecho del castigo,
Cuando el honor, en la sala
De la razon presidiendo,
Quiere sentenciar la causa.

COMEDIAS ESCOGIDAS DE LOPE DE VEGA CARPIO.

El fiscal verdad le ha puesto
La acusacion, y está clara
La culpa; que ojos y oídos
Juraron en la probanza.
Amor y sangre, abogados,
Le defienden; mas no basta;
Que la infamia y la vergüenza
Son de la parte contraria.
La ley de Dios, cuando menos,
Es quien la culpa relata,
Su conciencia quien la escribe.
Pues ¿para qué me acobardas?
El viene. ¡Ay cielos, favor!

Sale FEDERICO.

FEDERICO.
Basta que en palacio anda
Pública fama, Señor,
Que con el marqués Gonzaga
Casas á Aurora, y que luego
Se parte con ella á Mantua.
¿Mándasme que yo lo crea?

DUQUE.
Conde, ni sé lo que tratan,
Ni he dado al Marqués licencia;
Que traigo en cosas mas altas
Puesta la imaginacion.

FEDERICO.
Quien gobierna, mal descansa.
¿Qué es lo que te da cuidado?

DUQUE.
Hijo, un noble de Ferrara
Se conjura contra mí
Con otros que le acompañan.
Fíose de una mujer,
Que el secreto me declara:
¡Necio quien dellas se fia,
Discreto quien las alaba!
Llamé al traidor, finalmente;
Que un negocio de importancia
Dije que con él tenía;
Y cerrado en esta cuadra,
Le dije el caso, y apenas
Le oyo, cuando se desmaya:
Con que pude fácilmente
En la silla donde estaba
Atarle, y cubrir el cuerpo,
Porque no viese la cara
Quien á matarle viniese,
Por no alborotar á Italia.
Tú has venido, y es mas justo
Hacer de tí confianza,
Para que nadie lo sepa.
Saca animoso la espada,
Conde, y la vida le quita;
Que á la puerta de la cuadra
Quiero mirar el valor
Con que á mi enemigo matas.

FEDERICO.
¡Pruébasme acaso, ó es cierto
Que conspirar intentaban

Contra tí los dos que dices?

DUQUE.
Cuando un padre á un hijo manda
Una cosa, injusta ó justa,
¿Con él se pone á palabras?
Véte, cobarde; que yo...

FEDERICO.
Ten la espada, y aquí aguarda;
Que no es temor, pues que dices
Que es una persona atada.
Pero no sé qué me ha dado,
Que me está temblando el alma.

DUQUE.
Quédate, infame.

FEDERICO.
Ya voy;
Que pues tú lo mandas, basta.
Pero ¡vive Dios!...

DUQUE.
¡Oh perro!
FEDERICO.
Ya voy... Detente... Y si hallara
Al mismo César, le diera
Por tí ¡ay Dios! mil estocadas.

DUQUE.
Aquí lo veré.
(*Entrase Federico.*)
Ya llega...

Ya el conde empuña la espada...
—Ejecutó mi justicia
Quien ejecutó mi infamia.—
¡Capitanes! Hola, gente!
Venid los que estáis de guarda!
¡Ah caballeros, criados!
Presto.

*Salen el MARQUÉS, AURORA, BATIN,
RICARDO, y todos los demás que se
han introducido.*

MARQUÉS.
¿Para qué nos llamas,
Señor, con tan altas voces?

DUQUE.
¡Hay tal maldad! A Casandra
Ha muerto el Conde, no mas
De porque fué su madrastra,
Y le dijo que tenía
Mejor hijo en sus entrañas
Para heredarle. Matadle,
Matadle; el Duque lo manda.

MARQUÉS.
¿A Casandra!

DUQUE.
Sí, Marqués.
MARQUÉS.
Pues no volveré yo á Mantua
Sin que la vida le quite.

DUQUE.

Ya con la sangrienta espada
Sale el traidor.

Sale FEDERICO, con la espada desnuda.

FEDERICO.
¿Qué es aquesto?
Voy á descubrir la cara
Del traidor que me decías,
Y hallo...

DUQUE.
No prosigas, calla.—
Matadle, matadle.

MARQUÉS.
¡Muera.
FEDERICO.
¡Oh padre! ¿por qué me matan?

DUQUE.
En el tribunal de Dios,
Traidor, te dirán la causa.—
(*Entranse todos riendo con Federico.*)
Tú, Aurora, con este ejemplo
Parte con Carlos á Mantua;
Que él te merece, y yo gusto.

AURORA.
Estoy, Señor, tan turbada,
Que no sé lo que responda.

BATIN.
Di que sí; que no es sin causa
Todo lo que ves, Aurora. (*Ap. á ella.*)

AURORA.
Señor, desde aquí á mañana
Te daré respuesta.

Sale EL MARQUÉS.

MARQUÉS.
Ya
Queda muerto el Conde.

DUQUE.
En tanta
Desdicha, aun quieren los ojos
Verle muerto con Casandra.

MARQUÉS.
Vuelve á mirar un castigo
Sin venganza. (*Descúbrenle.*)

DUQUE.
No es tomarla
El castigar la justicia.
Valor sobra y tanto falta.
Pagó la maldad que hizo
Por heredarle.

BATIN.
Aquí acaba,
Senado, aquella tragedia
Del castigo sin venganza,
Que, siendo en Italia asombro,
Hoy es ejemplo en España.

APÉNDICES.

El señor don Jorge Díez, dignísimo director del Colegio Real de Sevilla, persona igualmente instruida que generosa, me ha facilitado un cuaderno manuscrito, que comprende y se titula *Poesías de diferentes autores*, donde, entre composiciones ya conocidas, se hallan otras inéditas, de las cuales la última es un romance de Calderon, en que él propio describe menudamente su persona y da algunas noticias de sí. Por desgracia falta la última hoja del manuscrito, y el romance queda incompleto. Necesitando hacer en este primer volumen de LOPE algunas enmiendas á los tomos xiv y xx de la BIBLIOTECA, aprovecho esta ocasion para manifestar al señor don Jorge Díez públicamente mi gratitud, é incluir el romance de Calderon y dos décimas, una de las cuales, en mi concepto, hubo de ser escrita por don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza. Las demás composiciones inéditas del cuaderno saldrán á luz en los tomos de la BIBLIOTECA donde tengan lugar oportuno. La letra es indudablemente del siglo xvm.

ROMANCE DE DON PEDRO CALDERON Á UNA DAMA QUE DESEABA
SABER SU ESTADO, PERSONA Y VIDA.

Curiosísima señora,
Tú, que mi estado preguntas,
Y de moribus et vita
Examinarme procuras;
Quienquiera que eres, atiende,
Y en cómico estilo escucha;
Que he de decirte un romance
Para quitarte la duda.
Va de retrato primero;
Luego, si quiere la musa,
Irá de costumbres, bien
Que habré de callar alguna.
Sea lámina el papel,
Matiz la tinta, la pluma
Píncel; quiera Dios que salga
Parecida mi pintura.
Yo soy un hombre de tan
Desconversable estatura,

Que entre los grandes es poca,
Y entre los chicos es mucha.
Montañés soy; algo deudo
Allá, por chismes de Astúrias,
De dos jueces de Castilla,
Lain Calvo y Nuño Rasura.
Hablen mollera y copete:
Mira; qué de cosas juntas
Te he dicho en cuatro palabras,
Pues dicen calva y alcuernia!
Preñada tengo la frente
Sin llegar el parto nunca,
Teniendo dolores, todos
Los crecientes de la luna.
En la sien izquierda tengo
Cierta descalabradura;
Que al encaje de unos celos
Vino pegada esta punta.
Las cejas van luego, á quien
Desaliñadas arrugas
De un capote mal doblado
Suelen tener cejijuntas.
No me hallan los ojos todos,
Si atentos no me los buscan;
Que allá en dos cuencas, si lloran,
Uno es Huécar y otro es Júcar.
A ellos suben los bigotes
Por el tronco hasta la altura,
Cuervos que los he criado,
Y sacármelos procuran.
Pálido tengo el color,
La tez macilenta y mustia,
Desde que me aconteció
El espanto de unas bubas.
En su lugar la nariz,
Ni bien es necia ni aguda,
Mas tan callada, que ya
Ni con tabaco estornuda.
La boca es de espuerta rota,
Que vierte por las roturas
Cuanto sabe; solo guarda
La herramienta de la gula.
Mis manos son piés de puerco,
Con su vello y con sus uñas,

Que, á comérmelas tras algo,
 El *algo* fuera grosura.
 El talle, si gusta el sastre,
 Es largo; mas si no gusta,
 Es corto; que él manda desde
 Mi golilla á mi cintura.
 De aquí á la liga no hay
 Cosa ni estéril ni oculta,
 Sino cuatro faltriqueras
 Que no tienen *plus ni ultra*.
 La pierna es pierna, y no mas,
 Ni jarifa ni robusta,
 Algun tanto cuanto zamba,
 Pero no zamba-cañuta.
 Solo el pié de mí te alabo,
 Salvo que es de mala hechura,
 Salvo que es muy ancho, y salvo
 Que es largo, y salvo que suda.
 Este soy pintiparado,
 Sin lisonja hacerme alguna;
 Y si así soy á mi vista,
 ¡Ay Dios! ¡cuál será á la tuya!
 Dejemos en este estado
 Mi levantada figura,
 Y vamos de mis progresos
 A la innumerable chusma;
 Que hoy en tu servicio tengo
 De cejar hasta la cuna
 La memoria de mis años:
 ¡Oh, no me aflija entre burlas!
 Nací en Madrid, y nací
 Con suerte tan importuna,
 Que hasta un *Ventura de Tal*
 Conoció; no mas ventura.
 Crecí; y mi señora madre,
 Religiosamente astuta,
 Como habia en otra cosa,
 Dió en que habia de ser cura.
 El de Troya me ordenó
 De la primera tonsura,
 De cuyas órdenes solo
 La coronilla me dura.
 Bachiller por Salamanca
 También me hizo luego, cuya
 Bachillería es licencia
 Que en mil actos me disculpa.
 La codicia de un bolsico
 En la literaria justa
 De Isidro me hizo poeta;
 ¿Quién no ha pecado en pecunia?
 Con lo cual Bártulo y Baldo
 Se me quedaron á oscuras,
 Pues en vez de decir leyes,
 Hice coplas en ayunas.
 La cómica inclinacion
 Me llevó á la farandula:
 Comedias hice, si malas
 O buenas, tú te las juzga.
 Desde letrado á poeta
 Pasé; y viendo cuánto acusan
 A la poesía unos viejos
 De impertinencia machucha,
 Traté de mudar de estado,
 Y por mas estrecha y justa

Religion, la de escudero
 Me recibió en su clausura.
 Aquí discorra el lector,
 Si es que hay lector que discorra,
 ¡Cuáles son, para seguidos,
 Los pasos de mi fortuna!
 Gorrón, poeta, escudero
 He sido y seré; ¡oh suma
 Paciencia de Job! ¿tuviste
 Mas calamidades juntas?
 Con estas tres profesiones,
 ¿Quién imagina, quién duda
 Que habré sido el *no en mis dias*
 De cualquier suegra futura?
 Y así, soltero hasta hoy
 Me quedé, y hoy mas que nunca,
 Por razones de que el Duque
 Mi señor tiene la culpa;
 Que, como caballerizo
 Me hizo su excelencia augusta,
 Huyen todas, por no ser
 Caballeriza ninguna.
 De este desaire de todas,
 Me despico con algunas,
 Que me sufren mis defectos
 Porque los suyos les sufra;
 Si bien el día de hoy
 Está, con las grandes lluvias,
 El tiempo tan apurado,
 Que hasta amor pasa penuria.
 Mas como ajustarse al tiempo
 Dice un sabio que es cordura,
 Siendo cógrua de mi amor
 Tres damas, con dos se ajusta.
 Dos damas tengo no mas;
 Que en la compañía mas zurda
 Por fuerza ha de haber quien haga
 Primera dama y segunda.
 Y como al fin, por el *troppe*
Variar, bella es natura,
 De las dos con que me hallo,
 Una es morena, otra rubia.
 Una es dama de alta guisa,
 Con su poco de aventara;
 De baja guisa es la otra;
 Que una es clara y otra culta.
 Una es fea, y otra, y todo;
 Que en esto solo se aunan,
 Porque yo mas quiero dos
 Fealdades que una hermosura.
 A entrambas las quiero bien;
 Que aunque allá Platon murmura
 Que el que quiere á un tiempo á dos
 No quiere bien á ninguna,
 Miente Platon; porque ¿qué es
 Querer bien á una criatura,
 Sino querer su salud,
 Sus galas y sus holguras?
 Pues si yo quiero que tengan
 Mucha salud, fiestas muchas
 Y muchas galas, aunque...

El cuaderno del señor don Jorge Díez concluye aquí,
 dejando conocer que le falta una hoja.

II.

En el tomo xx de esta BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES, el cual comprende las comedias de don Juan de Alarcon, hallará el lector, á la página xxiii de los preliminares, el trozo siguiente:

«Ahora bien, este autor filósofo, original, correcto, buen dramático, ¿qué estima, qué concepto mereció á su siglo? Vimos ya que Montalban hizo de él honorífica mencion en su *Para todos*; Nicolás Antonio le pone en muy alto predicamento en su *Biblioteca*; LOPE DE VEGA en su *Laurel de Apolo* le consagró unos versos encomiásticos, cuyo último pensamiento no es muy comprensible; pero el propio Montalban, el mismo LOPE, y con ellos Quevedo, Góngora, Tirso de Molina, Mira de Amescua y otra porcion de autores buenos y malos, hicieron al infeliz Alarcon blanco de una sátira, que á primera vista parece la mas encarnizada y absurda que pudo imaginarse. Consérvase una letrilla de Quevedo ó Góngora contra Alarcon; se conservan trece décimas de los autores antes indicados, entre quienes vuelve Quevedo á contarse; consérvase además algun epigrama suelto y una porcion de seguidillas, todo encaminado á poner á don Juan de Alarcon en ridículo. Allí se le aplican los apodos de camello enano, cohombro, monaza vieja, galápago, poeta zambo, poeta entre dos platos, coco, tilde, esquilon de ermita, costal de huesos, nadador con calabazas, cara de buho, cuerpo de rana, y pasatiempo de todos; allí además le llaman corneja y ave de rapaña; allí se le dice que no ha escrito en su vida cosa buena, y que *Las paredes oyen y Mudarse por mejorarse* se han de llamar comedias de Alarcon para su descrédito. No hay que indignarse: por fortuna se halla en las seguidillas una expresion que aclara el misterio. Dicese en una de ellas que Alarcon «tiene por amigos hombres de cordelejo»; se dice asimismo en una décima que «se le esperaba y habia faltado»; de lo cual y de otros indicios se infiere que todo era una especie de burla ó vejámen de los que se usaban en las academias ó certámenes literarios; tan frecuentes á la sazón en España. Celebráronse en Madrid unas fiestas de toros y cañas, cuya memoria quiso perpetuar el duque de Cea en un poema descriptivo: encargó á nuestro poeta la descripcion; y él, que probablemente escribiria despacio, porque sus obras no son muchas, y revelan toda meditacion y detenimiento, recurrió para que le ayudaran á sus amigos don Antonio Mira de Amescua, Luis de Belmonte, Anastasio Pantaleon, y cierto don Diego, que no se sabe si seria Muget, Figueroa ó cuál, porque no consta el apellido. Salió (como aseguran los autores de las décimas y era de esperar) muy malo el poema de los cinco; y en estas circunstancias hubo de haber una academia, tertulia ó reunion literaria notable en Madrid, á la cual, debiendo concurrir, no asistiría Alarcon; falta que presumo fué castigada con las trece décimas, la letrilla y las seguidillas epigramáticas, ó con las décimas por lo menos, que en efecto parecen hechas de repente y en comunidad; todas son desaliñadas, muchas pecan de oscuras, y una

de ellas consta de once versos: distraído estaria el señor doctor que la compuso. En las obras de Pantaleon se halla un vejámen dado en una academia, en el cual, después de haber hecho espantosas caricaturas de los que entraron en el concurso, tildando á uno de ellos de puerco y á otro de vicioso, termina la sátira advirtiéndole que todo ha de entenderse como dicho de burlas: una burla de estas debió ser la que se le hizo á don Juan de Alarcon en las coplas de los trece; burla en la cual se cargaria mas la mano, por ir dirigida á un hombre á quien no se apreciaba mucho como poeta, y que por sus imperfecciones físicas estaria acostumbrado á oír necedades, así como por su carácter á despreciarlas.»

De las trece décimas que se mencionan en el párrafo preinserto, la sexta en orden es la de Luis Vélez de Guevara, y principia así (Véase la página xxxiii de los preliminares á las comedias de Alarcon):

La dama que en los chapines
Te esperaba en plé, muy alta,
Diga tu sobra ó tu falta,
¡Oh padre de matachines!

«Esto (se dice por nota á la décima), esto de esperar á Alarcon una dama y haber él faltado, induce á creer que, invitado á una tertulia ú otra reunion, no acudió á la cita, y ofendió con ello á los concurrentes.»

Pues véase ahora cuánto favorecen á esta suposicion las dos siguientes décimas que se hallan en el manuscrito de poesías varias que posee el señor don Jorge Diez.

ENIGMA.

Si á vistas me llaman hoy
A los ojos de mi bien,
Y he de morir si me ven,
Corazon, ¿adónde voy!
De diez una, se la doy
A los sátrapas mayores,
Que con todos sus rigores
Un verso de estos traduzgan
En latin, y de él induzgan
La causa de mis temores.

RESPUESTA.

Segun Calepino, estoy
Cierto que en latin limado
Quiere decir, cor, *quò vado?*¹
Corazon, ¿adónde voy?
Y aunque sátrapa no soy,
Interpreto que rigores
De la muerte anunciadores,
Cuyos son *corcova* y años,
Al autor son desengaños
Y causa de sus temores.

Para mí no cabe duda en que el *corcovado* y viejo don Juan de Alarcon es el autor de la primera décima,

¹ No pronunciando la *u* de *quò* y juntando las tres dicciones *cor*, *quò vado*, resulta *corcovado*.

y que algun amigo suyo, mas benigno que otros, escribió la segunda. Y en verdad que parece vaticinaba Alarcon la poca indulgencia con que iban á tratarle aquellos á quienes designó con el ambiguo nombre de *sátrapas*, cuyos rigores eran ya conocidos.

En la página xi del prólogo á las comedias de Alarcon puse la de *Los pechos privilegiados* como impresa por primera vez en el año 1634; lo estaba ya desde 1630

en la parte xxi de Lora, edición de Zaragoza, con el título de *Nunca mucho costó poco*.

He visto ya un ejemplar de la parte segunda de comedias de Alarcon (Barcelona, 1634), acompañada de las licencias correspondientes: cesan pues las dudas que manifesté en el prólogo mencionado acerca de si sería ésta segunda edición.

III.

El año próximo pasado, 1852, imprimió en Viena el señor baron Eligio de Münch-Bellinghausen un eruditísimo tratado sobre las colecciones antiguas de dramas españoles, donde aparece que la comedia de Calderon titulada *Con quien vengo vengo* se hallaba ya impresa en el año 1638, y que el *Secreto á voces*, el *Pintor de su deshonra* y una de las dos partes de la *Hija del aire*, tambien de Calderon, fueron impresas en el año 1650. Aunque ya en el tomo xx de la Biblioteca enmendé, antes de conocer la estimable obra del señor baron Münch, la fecha equivocada de *Con quien vengo vengo*, y otras inexactitudes, he creído oportuno repetir en este volúmen un compendio del catálogo cronológico de las comedias de Calderon, con todas las correcciones que hasta ahora he podido hacerle. Pongo la fecha de 1666 á la comedia titulada *El monstruo de los jardines* y á la de *Eco y Narciso*, por haberlas hallado incluidas en un papel satírico-político que se conserva manuscrito en la Biblioteca Nacional (estante M, código 195, pág. 128), y lleva este título: «Primera parte de las comedias nuevas de los mejores ingenios de España, recopiladas por el prior de san Jerónimo, y impresas en Ginebra, año 1666.» La 41 es *En esta vida todo es verdad y todo mentira*; la 46, *El monstruo de los jardines*; la 47, *Eco y Narciso*. Las tres debian haber sido compuestas mucho antes del año 1666, cuando ya se las calificaba de viejas entonces: prueba evidente de que *En esta vida todo es verdad y todo mentira*, aunque impresa en el año 1664, era muy anterior. La vaga indicacion que hago acerca de *El Castillo de Lindabridis* se funda en una observacion, á mi parecer, no despreciable. La zarzuela titulada *La púrpura de la rosa*, representada en 1660, tiene por desenlace la muerte de Adónis, á quien Venus convierte en flor. En el *Castillo de Lindabridis* (jornada 2.ª, escena 3.ª) dice el Fauno estos versos:

Esta divina hermosura

Buscando vengo, porqué
Es mia, y su dueño soy,
Desde que fui de su amante

Homicida y heredero,
Jóven á quien trasladó,
Nuevo Adónis, en estrella
La majestad de algun dios,
Porque era hecho ya otra vez
Lo de convertirle en flor.

Fresca debia estar en la memoria de los espectadores la trasformacion de Adónis, cuando temia Calderon que la recordasen al ver el *Castillo de Lindabridis*.

Fieras afemina amor aparece citada en un romance que se halla manuscrito en la Biblioteca Nacional, estante M, código 78, y hubo de ser compuesto en el año 1669, cuando salió de España el padre Nithard, á quien se aplica, segun entiendo, el título de la comedia *El Tirano castigado*. El romance principia así:

El rey sin reino es el Rey,
Y España clamando está
Que El tirano castigado
Sea, de tan gran maldad.

El príncipe esclavo es
Nuestro rey, y Dios le da
Libre de este cautiverio
Por La órden de San Juan.

La mujer que manda en casa
Es la Reina: reparad
Que Mujer contra consejo
Nunca sabrá gobernar.

Reinar después de morir
Su ambicion tambien querrá,
Si El mejor par de los doce
No obra con riguridad.

El príncipe perseguido
Es, y la firme verdad:
El señor don Juan imita
A La mas firme lealtad.

Mas adelante se halla el verso que hace á nuestro propósito.

Fieras afemina amor
Dice Astillano no mas;
Que El saber guardar la ropa
Es la gala del nadar.

En la postrera obra dramática de las incluidas en este volúmen, la de *El castigo sin venganza*, habrá visto el lector estos versos (pág. 573):

Bien dicen que nuestra vida
es sueño, y que toda es sueño.

Parece que Lora hubo de aludir en este pasaje á la célebre comedia de Calderon que lleva casi igual título; por lo cual, habiéndose impreso la tragedia de Lora en 1634, la comedia de Calderon debia estar escrita en el mismo año, y quizá algunos años antes.

Respecto á la comedia de *El segundo Escipion*, aun-

que no puede dudarse que fué representada en 6 de noviembre de 1677, pues así lo expresa la gaceta ordinaria de Madrid de 6 de aquel mes y año, aparece que ya se había representado un año antes en igual día para festejar el cumpleaños de Carlos II. En el catálogo de manuscritos españoles formado por don Eugenio de Ochoa, se da razón de uno de esta comedia existente en París en

la biblioteca del Arsenal, con una introducción que parece lleva este título: *Loa panegírica á Carlos de Austria; El anagrama de los quince años de su edad, hallada en las quince letras de su nombre*. Carlos II, que nació en Madrid á 6 de noviembre de 1661, cumplía los quince años en 6 de noviembre de 1676.

CATÁLOGO CRONOLÓGICO

DE LAS COMEDIAS DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

El mejor amigo el muerto. Comedia cuya primera jornada es obra de Luis de Belmonte, la segunda de don Francisco de Rojas, y la tercera se atribuye á don Pedro Calderon de la Barca. Fué estrenada en la Noche-Buena ó en el día de la Natividad del Señor de 1610, cuando Calderon solo contaba diez años de edad y once meses.

El carro del cielo, ó San Elias. Escrita en 1613, teniendo Calderon poco mas de trece años.

La devoción de la cruz, ó La cruz en la sepultura. Escrita probablemente antes del año de 1620; dada á la imprenta, es decir, autorizada con la licencia correspondiente, en 3 de abril de 1633.

En esta vida todo es verdad y todo mentira. Escrita hacia el año 1622.

Nuestra Señora de los Remedios, ó La Virgen de los Remedios. Escrita acaso en 1623.

El privilegio de las mujeres. Comedia de Calderon, del doctor Juan Pérez de Montalban y don Antonio Coello. Escrita en 1623.

El sitio de Bredá. Escrita en 1623.

San Francisco de Borja. Escrita probablemente en 1623.

El jardín de Falerina. Escrita en 1629, cuando menos.

Casa con dos puertas, mala es de guardar. Escrita en 1629.

La dama duende. Estrenada probablemente en 4 de noviembre de 1629.

Peor está que estaba. Escrita ya en 1630.

Mejor está que estaba. Escrita en 1631.

El astrólogo fingido. Dada á la imprenta en 7 de marzo de 1632.

La banda y la flor. Escrita en 1632.

Amor, honor y poder. Dada á la imprenta en 3 de abril de 1633.

Un castigo en tres venganzas. Idem.

El médico de su honra. Impresa en 1633.

El monstruo de la fortuna. De Calderon, del doctor Juan Pérez de Montalban y don Francisco de Rojas. Escrita ya en 13 de setiembre de 1633.

Polifemo y Circe. Del doctor don Antonio Mira de Méscua, Améscua ó Amézcuca, de Montalban y de Calderon. Escrita, cuando menos, en 1634.

Con quien vengo vengo. Escrita ya en 1636, impresa en 1638.

El mayor encanto amor. Estrenada á 24 de junio de 1635 en el teatro construido al efecto en el estanque del Buen-Retiro.

La vida es sueño. Escrita ya en 23 de julio de 1634, impresa en 1636.

El mayor monstruo del mundo, ó El mayor monstruo los ojos. Escrita ya en 21 de agosto de 1635.

Bien vengas mal. Escrita ya en 21 de agosto de 1635.

Para vencer á amor, querer vencerle. Escrita ya en 1635.

El galán fantasma. Escrita ya en 1635.

Basta callar. Idem.

El purgatorio de san Patricio. Escrita antes del 23 de noviembre de 1635.

La gran Cenobia. Idem.

La puente de Mantible. Idem.

Saber del mal y del bien. Idem.

Lances de amor y fortuna. Idem.

El príncipe constante y mártir de Portugal. Idem.

Mañana será otro día. Escrita probablemente á fines de 1635.

El escondido y la tapada. Escrita probablemente á principios de 1636.

Los tres mayores prodigios. Estrenada á 24 de junio de 1636 en el patio del Buen-Retiro, representándose cada una de sus tres jornadas en teatro diferente.

La desdicha de la voz. Estrenada en setiembre de 1636.

Don Quijote de la Mancha. Estrenada en 16 ó 17 de febrero de 1637.

Argénis y Poliarco. Dada á la prensa en 2 de marzo de 1637.

Júdas Macabeo. Idem.

Origen, pérdida y restauración de Nuestra Señora del Sagrario. Idem.

Hombre pobre todo es trazas. Idem.

A secreto agravio secreta venganza. Idem.

No hay burlas con el amor. Escrita ya en Pasqua de Resurrección de 1637.

El mágico prodigioso. Estrenada en Yépes año 1637, probablemente el día del Corpus.

No hay cosa como callar. Escrita en 1638.

Apolo y Climene. Escrita ya en 1639.

El hijo del sol, Faeton. Estrenada en el estanque del Retiro á 12 de junio de 1639.

Los empeños de un acaso. Escrita hacia el año de 1640.

Cerdimen de amor y celos. Estrenada en el estanque del Retiro á 2 de julio de 1640.

Las manos blancas no ofenden. Escrita probablemente hacia el año 1640.

Mujer, llora y vencerás. Probablemente escrita hacia el año 1640.

Ni amor se libra de amor. Escrita hacia el año de 1640.

La Virgen de la Almudena, 1.ª y 2.ª parte. Escrita probablemente en 1640.

Desagravios de María. Solo debe ser de Calderon en parte. Escrita probablemente en 1640.

El maestro de danzar. Escrita ya en 1640.

La Celestina. Escrita quizá antes de 1643.

La exaltación de la Cruz. Escrita ya en 1644.

Mañanas de abril y mayo. Escrita antes del 6 de octubre de 1644.

Enfermar con el remedio. De Calderon, Luis Vélez de Guevara y don Jerónimo Cáncer. Escrita en 1644, cuando menos.

Gudrúte del agua mansa. Estrenada en noviembre de 1649.

El pintor de su deshonra. Impresa en 1650.

El secreto á voces. Idem.

La hija del aire. Una parte. Idem.

El Alcalde de Zalamea. Impresa en 1651.

El Alcalde de sí mismo. Idem.

El acaso y el error. Anterior á *La señora y la criada*, que estaba ya escrita en 1651.

Amar después de la muerte. Escrita ya en 1651.

Amigo, amante y leal. Idem.

La aurora en Copacabana. Idem.

Los cabellos de Absalon. Idem.

Las cadenas del demonio. Idem.

La cisma de Inglaterra. Idem.

El conde Lucanor. Idem.

¿Cuál es mayor perfeccion? Idem.

De una causa dos efectos. Idem.

Los dos amantes del cielo. Idem.

El encanto sin encanto. Idem.

La fingida Arcadia. Idem.

Fuego de Dios en el querer bien. Idem.

El gran príncipe de Fez. Idem.

Los hijos de la fortuna. Idem.

El José de las mujeres. Idem.

Luis Pérez el gallego. Idem.

La Margarita preciosa. Idem.

Nadie fie su secreto. Idem.

La niña de Gómez Arias. Idem.

Primero soy yo. Idem.

La señora y la criada. Idem.

La Sibila del Oriente. Idem.

También hay duelo en las damas. Idem.

Las tres justicias en una. Idem.

La Virgen de Madrid, ó Nuestra Señora de Madrid. Idem.

Las armas de la hermosura. Escrita en 1652.

Cada uno para sí. Escrita en 1652 ó en 1653.

No siempre lo peor es cierto. Impresa en 1652.

La fiera, el rayo y la piedra. Estrenada en mayo de 1652.

Agradecer y no amar. Impresa en 1653.

Fortunas de Andrómeda y Perseo. Estrenada en 18 de mayo de 1653.

Darlo todo y no dar nada. Representada en 1653.

Gustos y disgustos son no mas que imaginacion. Reimpresa en 1656.

Amado y aborrecido. Idem.

El pastor Fido. De don Antonio Solís, don Antonio Coello y Calderon. Idem.

El golfo de las sirenas. Estrenada en la Zarzuela á 17 de enero de 1657.

El laurel de Apolo. Estrenada en 4 de marzo de 1658.

Los tres afectos de amor, piedad, desmayo y valor. Dada á la imprenta en 12 de noviembre de 1659.

La púrpura de la rosa. Escrita en 1660.

El castillo de Lindabridis. Escrita poco después que *púrpura de la rosa*.

Dar tiempo al tiempo. Impresa en 1662.

Antes que todo es mi dama. Idem.

Dicha y desdicha del nombre. Idem.

Auristela y Lisidante. Escrita ya en 1662.

Celos, aun del aire matan. Idem.

Céfalo y Pócris. Idem.

Afectos de odio y amor. Dada á la imprenta en 1664.

La hija del aire. Juntas las dos partes. Idem.

Eco y Narciso. Escrita ya en 1666.

El monstruo de los jardines. Idem.

El postrer duelo de España. Escrita ya en 1667.

Fieras afemina amor. Escrita ya en 1669.

San Francisco de Borja, duque de Gandía. Del padre Pedro de Fomperosa, imitando, segun parece, otra media del mismo título escrita por Calderon. Estrenada en 10 de agosto de 1671.

El fénix de España, san Francisco de Borja. Del padre Diego de Calleja, imitando quizá otra comedia de Calderon con el mismo asunto. Idem.

Finesa contra finesa. Dada á la imprenta en 18 de junio de 1672.

El segundo Escipion. Estrenada en 6 de noviembre de 1678.

Duelos de amor y lealtad. Escrita en 1678.

La Estatua de Prometeo. Escrita en 1679.

El triunfo de la Cruz. Escrita antes de 1680.

El condenado de amor. Comedia que no debe ser de Calderon; pero que si le pertenece en alguna parte, hubo de ser escrita mucho antes del año 1680.

El sacrificio de Efigenia. Comedia en que tal vez escribió Calderon un acto, antes del año 1680.

Hado y divisa de Leonido y de Marfisa. Ultima comedia de Calderon, estrenada en 3 de marzo de 1680.

En el tomo xiv de la BIBLIOTECA, 4.º y último de Calderon para el cual se rectifica el catálogo precedente, hay en la página 666, columna primera, línea 42, en lugar de *cuarenta años antes*, que leer *cuarenta y dos años*. Y en las líneas 44 y 45 de la misma página y columna, en vez de *Veinte y siete años nada menos*, debe leerse *Casi treinta años*.

En la página 669, primera columna, línea penúltima léase 1632, en lugar de 1635.

En la página 675, segunda columna, al fin, y en la página 674, columna primera al principio, corrija-se la falta del fallecimiento del segundo duque de Lerma con arreglo á la noticia dada por don Francisco de Quevedo, se lee en el tomo xxiii de la BIBLIOTECA, página 273, *apiró*, díce, á 12 de noviembre del año de 1635.

INDICE.

	Pág.		Pág.
PRÓLOGO DE ESTA EDICION.	v	El bobo del colegio.	179
FAMA PÓSTUMA A LA VIDA Y MUERTE DEL DOCTOR FREY LOPE		La noche toledana.	205
FÉLIX DE VEGA CARPIO, POR EL DOCTOR JUAN PEREZ DE		La corona merecida.	227 ✓
MONTALBAN.	ix	El ausente en el lugar.	249
ADICIONES A LA FAMA PÓSTUMA.	xix	La niña de plata.	275
JUICIO GENERAL DE LOS ESCRITOS DE LOPE, POR EL EXCELENTÍ-		La dama boba.	297
SIMO SEÑOR DON ANTONIO GIL DE ZARATE.	xxi	Los mellindres de Belisa.	317
RELACION ENTRE LAS COSTUMBRES Y LOS ESCRITOS DE LOPE,		El perro del hortelano.	341
POR DON ADOLFO DE CASTRO.	xxix	El acero de Madrid.	365
		Al pasar del arroyo.	387
		Las flores de don Juan.	409
		Quien ama no haga fieros.	433
		Lo cierto por lo dudoso.	453
		El mejor alcalde el Rey.	475
		El premio del bien hablar.	493
		Los Tellos de Meneses, primera parte.	511
		Los Tellos de Meneses, segunda parte.	531
		La moza de cántaro.	549
		El castigo sin venganza.	567
		APÉNDICES.	585
COMEDIAS.			
El verdadero amante.	1		
El molino.	21		
El domine Lucas.	43		
La viuda valenciana.	67		
Los embustes de Celayro.	89		
Los locos de Valencia.	113		
La estrella de Sevilla.	137		
La discreta enamorada.	155		